Trần Luyện Vượng

RETORICA
GRAMATICA


RETORICA
DIALECTICA
GRAMATICA
ASTRONOMIA
ARITMETICA
GEOMETRIA
MVSICA

José C. Nieto
19-IX/67

JUAN LUIS VIVES

OBRAS COMPLETAS

TOMO SEGUNDO

JUAN LUIS VIVES

OBRAS COMPLETAS

TOMO SEGUNDO



Tomado de Icones Virorum Illistrium de J. J. Broissard. Grabado por Theodore de Bry. Al parecer está basado en el retrato de Boulonois.

JUAN LUIS VIVES

OBRAS COMPLETAS

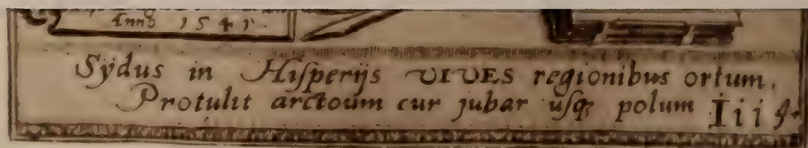
ERRATA IMPORTANTE

En la pág. 946, Diálogo XIX *(El príncipe niño)*, columna 2.ª, línea 22, se ha incluído, por error, una nota del traductor, que debe figurar al pie de página, independientemente del texto. Dicha nota comienza así: «El respectivo concepto en que...», y termina en la columna 2.ª, línea 5.ª, de la pág. 947: «buen fraile por confesor...»



M. AGUILAR
EDITOR
MADRID - 1948





Tomado de Icones Virorum Illistrium de J. J. Broissard. Grabado por Theodore de Bry. Al parecer está basado en el retrato de Boulonois.

JUAN LUIS VIVES

OBRAS COMPLETAS

PRIMERA TRASLACION CASTELLANA INTEGRA Y DIRECTA, COMENTARIOS, NOTAS Y UN ENSAYO BIOBIBLIOGRAFICO

JUAN LUIS VIVES, VALENCIANO

POR

LORENZO RIBER

de la Real Academia Española

TOMO SEGUNDO



M. AGUILAR
EDITOR
MADRID - 1948

ROLLÁN.—San Bernardo, 68.—Madrid.

OBRAS
POLITICAS

CARTA
AL PAPA ADRIANO VI
SOBRE EL MALESTAR Y LOS DISTURBIOS DE EUROPA

(DE EUROPÆ STATU AC TUMULTIBUS)

(1522)

Beatísimo Padre y Vicario del Dios Topoderoso: La trascendencia de tus nuevas ocupaciones, desde el momento en que se dijo que Tú habías sido elegido en Sumo Pontífice, hízome desistir de dirigirme a Ti por escrito, pues entre tanto epistolario de congratulación y tanto ruido de vítores, pensaba que ningún hueco había de quedar para las humildes letras mías. Ahora, mitigado algún tanto aquel entusiasmo fervoroso que suelen provocar la novedad de las funciones y los honores que acostumbran acompañarlas, parecióme, puesto que escribí al deán de Lovaina y al obispo de Tortosa, que no estaba fuera de lugar escribir unas pocas palabras a Tu Santidad, ya constituído Príncipe de los Sacerdotes y cabeza de la Religión cristiana. No me impresiona en exceso la jerarquía, aun cuando sea la más descollada y sublime que puede verse en la tierra, la cual todos sabemos haber recaído alguna que otra vez en sujetos que no la merecieron. El mejor de los hombres hace venerable el mayor de los honores, y entonces los hombres rinden justo acatamiento a la dignidad cuando la ven residir en la persona de quien, aun particularmente, merecería toda suerte de consideraciones y reverencias. Béfanse y mófanse aquellos que se ven obligados a llamar Santísimo Padre a un hombre malo y encenagado en los vicios, y danle aquel título, no por adhesión cordial, sino por imposición protocolaria, y es cosa que afrenta llamar Vicario de Cristo a quien nadie quisiera por vicario suyo. ¿De cuán profundo respeto piensas que estaban penetrados los que hicieron elección de un Sumo Pontífice no más que por la santidad de su vida, semejante a aquellos viejos Padres del yermo, que andaba medio desnudo y no se alimentaba sino de

hierbas? (1). Deslumbra nuestros ojos el brillo de la fortuna, pero no gana nuestra convicción. Por lo que a Ti toca, fuiste promovido a la cumbre de las dignidades humanas por sola la integridad de tu vida; y eres un vivo ejemplo de que todavía se reconoce mérito a la virtud y que los hombres no perdieron del todo el respeto que ella inspira; y la verdad obliga a decir que, en brusca contradicción con la de determinados pontífices anteriores, la ejemplaridad de tu vida hizo que pareciese que Tú honrabas el honor más grande que puede caber en la tierra.

Harto pondero yo los títulos tan desemejantes de los acostumbrados para acudir a Ti, que eres distinto radicalmente de aquellos pontífices que vió esta infelice edad nuestra, y no te duela oír lo que voy a decirte, puesto que no te duele vivir de otra manera como vivieron ellos, si no quieres que los hombres cohonesten con lisonjas idénticas costumbres contrarias. No conseguirás de la libre crítica que mientras Tú, con tu conducta, desautorizas su vida, yo te dedique un panegírico. Loores tuyos oíráslos en otras partes y más doctos y más aliñados de otras bocas. Ahora vas a oír de la mía algunas pocas y muy sencillas y bastas advertencias, según costumbre mía, pero, eso sí, rebosantes de afecto y de respeto para contigo. Si no me han engañado la opinión y el juicio que formé de tu benevolencia y de tu acogedora afabilidad, confirmados por repetidas experiencias, no rehusarás, Romano Pontífice, una carta de aquel de quien no la desdeñaste cuando eras simple obispo de Tortosa. La suprema dignidad a que fuiste sublimado no te trocó hasta tal punto que te haya quitado o amenguado en un ápice aquellas tus virtudes singulares y soberanas que siempre hemos loado, que hemos admirado siempre, únicas en Ti, y en hombros de las cuales te promoviste a gloria tan alta. Sufrirás, pues, unas pequeñas amonestaciones mías, sin duda más acicaladas en otros, pero no inspiradas por un afecto mayor. De su prudencia y de su oportunidad juzgarás Tú, que así aprendiste a escuchar al monitor bienintencionado como a no ser seducido del consejero halagüeño. Cualquiera que fuere, pues, esta admonición mía, no será peligrosa en Ti, pues buena te hará buena pro, y mala no te causará daño.

El día que se me hizo noticioso que Tú, en el más solemne de los comicios, habías sido declarado Romano Pontífice, todos en general mostrábanse poseídos de alegría increíble; empero, para mí, que no mido la felicidad humana por la opulencia o por el poder, no era tanto mi gozo como el recelo y el ansia por el destino que había cabido a mi amigo. Gozábame, en verdad, de que hubiera tocado a la virtud alguno de los premios de acá abajo, si no lo reducimos todo al sutil y acabado formulismo de los filósofos, de los estoicos especialmente, o, con mayor exactitud, de los cristianos. Gozábame de que, por fin, se hubiese dado al desinteresado aquello que antes acostumbróse exclusivamente dar al ambicioso. Gozábame de que la virtud hubiese tenido tanta influencia como antaño

(1) Hace aquí Luis Vives alusión muy clara a la elección recaída en la persona de un anacoreta de nombre Pedro, que descendió de su inaccesible cabaña del monte Murrone, cerca de Sulmona, para ascender al sumo pontificado con el nombre de Celestino V (5 de julio de 1294).

la habían conseguido las riquezas, el fraude y la intriga. Gozábame de que hubiese ido a parar en tus manos el galardón que tenías harto merecido y de que al mejor de los hombres le hubiera sido confiado el mayor de los honores. Y gozábame, finalmente, de que se Te hubiese dado ocasión de demostrar o, mejor, de ejercitar tu bondad y tu prudencia, singularmente en ese tiempo en que la postración es tanta y tan copiosa la materia de hacer bien.

De eso nacía mi viva preocupación, porque el negocio de la cristiandad había llegado al cabo mortal en que lo vemos: guerras por un lado; por otro lado, movimientos sediciosos, concitados por hombres perversos; de manera que restituirla a su anterior estado no menos es obra ardua y difícil como empeño hermoso y digno de todo alentador encomio. Allegábase a este recelo mío otra consideración que a los otros causaba gozo, y precisamente en mí despertaba una más punzante cuita, y era ésta: que Tú eras mejor que los otros. A tal punto han llegado las cosas tan prolijamente administradas por muchos de ellos, que teniendo por fuerza que desplacerte a Ti, con todo por el uso tan inveterado y por la tan arraigada costumbre, muy a duras penas pueden ser enmendadas por Ti. Y con todo, pese a quien pese, pensamos que se impone su enmienda radical. Tú y todos los buenos y todos los hombres, así deseamos verlo, y Tú el primero. Por todas estas causas y razones, no creo que merezca muchos parabienes aquel en quien recae la más alta de las dignidades humanas, sino muchas oraciones y estímulos para que ese tu ánimo modesto y verdaderamente santo empiece a pensar en reformas trascendentales congruentes con encumbramiento tan excelso; y debes sufrir que se te exhorte a no desfallecer en negocio tan complejo, tan dificultoso, de enojo tan grave y a que consagres a él tus días y tus noches y tus desvelos todos: cómo vas a cumplir deber tan grande, cómo acomodarás tu gestión a tu representación, no sea que, habiendo discurrido toda tu vida anterior merecedora de las más puras alabanzas y tan adaptada a las diversas funciones que desempeñaste, ahora, puesto en la que forzosamente tiene que ser la última de todas, te desmientas a Ti mismo, cosa que no quiera el Cielo, siendo así que ésta es la ocasión de ganar el supremo aplauso.

Dos son las cosas que se te piden y que se esperan de Ti: el silencio de las armas entre los príncipes, el sosiego de toda sedición entre las personalidades privadas. Todo lo otro que queda por hacer lo callaré de momento. De estas dos cosas que dije voy a hablarte con alguna libertad, según ya fué mi comienzo. Harto sé que hay otras cosas más agradables de oír, y yo te las podría decir si quisiera; pero esto que ya dije y lo que diré hallarás ser mucho más conveniente. Que no me pregunte nadie: ¿Y te lisonjeas tú con creer que al lado del Pontífice no hay quien le dé estos consejos y otros aún harto más atinados? Vaya si lo creo, y en gran número; pero es tal la grandeza del Sumo Pontificado, que los consejeros nunca son demasiados, singularmente cuando bien puede el Pontífice, luego de haberlos oído a todos, inclinarse por el aviso que más acertado le parece, y no está obligado, así que oyó a uno, dar a su parecer ejecución inmediata. Y ni aun quisiera que se me confundiese y abrumase con esta observación: Pero ¿eso no puede

verlo mejor el Pontífice en persona? Sin duda, y con ventaja mucho mayor; pero tendría que eliminar del gobierno, y aun de la vida, todos los consejos y todas las admoniciones aquel que no quisiese que el más sabio fuese avisado por el menos sabio. ¿Qué príncipe habría que sufriese, no ya consultas, sino advertencias de todos los miembros de su real consejo, y por el simple hecho de ser consultados los proclamase más sabios y más avisados que él? Así que vas a oír lo que Tú no ignoras, y ello te será un nuevo estímulo para ejecutar lo que Tú mismo piensas al entender que también hay otros que desean lo mismo, y será para tu propósito un activo acicate el deseo que otros hombres te manifiesten, de quietud interior y exterior, con la diferencia de que ahora, no como en tiempos pasados, ese deseo era puramente platónico, más apetecible que realizable. Pero de Ti, tan grande es la opinión ahincada en el ánimo de todos y su confianza tan maciza y tan firme, que su esperanza es más fácil que su deseo, y confían que este deseo se traducirá en hechos, y aun casi ya dan por efectivo el objeto de su confianza.

Hasta tal punto toda tu vida anterior soliviantó esa expectación tan arraigada, que ya no tienes opción para obrar de otro modo de lo que todos esperan, de lo que se prometió a sí misma esta ciega unanimidad que descansa en Ti, si ya no es que te sientes dispuesto a defraudar estas universales y casi suplicantes esperanzas. Cosa es ésta que ya no puedes hacer sin concitar una aborrecible odiosidad contra esa dignidad tuya tan alta, de la cual muchos concebirán tan venenosas suspicacias que van a creer que es ella quien muda las costumbres de los que a ella se encaraman. Todo el mundo conoce lo que has escrito, lo que has hecho. Si Tú no pones a tamaños males el remedio que todos se prometen, ¿qué reservas de esperanza pueden quedar para lo sucesivo? ¿Quién desearán que sea elegido Romano Pontífice para socorro de tantas calamidades? ¿Otro mejor que Tú? Esperanza vana. ¿Otro igual? Difícil hallazgo. Encarnará ese honor otra persona; pero ¿a qué viene acordarse del peor, si el mejor fué corrompido por el encumbramiento? Con esto afianzarás la confianza que en Ti han depositado Dios y los hombres, si puesto que fuiste, cuando particular, el mejor de todos, ahora ya no te es lícito asemejarte a tus predecesores. Esa es ineluctable condición de la Naturaleza. De tal manera entraste en la vida, que ya no puedes mudar sus leyes. Sentencia es de un varón sapientísimo que es más dura la condición de la virtud probada que la de la virtud inédita. Exigimos los beneficios como deudas. Aquello que acontece contra nuestra esperanza lo tomamos como fraude y lo recibimos con desabrimiento. La mediocridad de la virtud en quien ninguna esperanza daba de ella, truécase en alabanza grande; mas aquel que suscitó alguna expectación de ella, sólo puede desempeñarse con obras gloriosas. Aun cuando debieras alegrarte de que se te haya ofrecido materia en la que pueden relumbrar tu talento, tu bondad, tu prudencia y aun con el ejercicio pueden acrecentarse, pues en la inactividad se entorpecen y pierden bríos como el viento en una llanura sin obstáculo o el fuego que no encuentra combustible en que cebar su voracidad. Desearon la guerra aquellos pontífices antiguos para hacer en ella ostentación y alarde de

poderío y de reciedumbre moral y física. Pudo la guerra ser deseada por Ti; pero por una razón muy distinta. Pensaban ellos que con la devastación, con el asolamiento, con la carnicería, con la mortandad y el estrago, extendidos por doquiera, iban a granjear gran alabanza, clara nombradía, gloria imperecedera, y que para los mortales iba a ser sacrosanta la memoria de aquellos que causaron el aniquilamiento de una gran porción de mortales y que iban a ser beneméritos del linaje humano los que hasta tal punto odiaron a los hombres, que a muchísimos de ellos los echaron de sus posesiones, de sus fortunas, de la misma vida, y que iban a hacerse agradables a los buenos, contra quienes exclusivamente hacían la guerra, acompañados y aliados de ladrones y de bellacos.

¡Cuánto más atinadamente lo haces Tú y con cuánta mayor congruencia con la naturaleza humana! Tú, al revés de ellos, piensas ser amigo de los hombres, haciéndolos amigos entre sí; piensas hacerte grato a todos extirpando el odio, consiguiendo que cada uno, con tranquila seguridad, posea sus bienes, su esposa, sus hijos, sus amigos, cosa que sólo da la paz. ¡Cuanto más humana es esta conducta, más honrada y mejor! Verdad es ésta que proclamaron no solamente los cristianos, sino también los gentiles, todos los Sénecas, los Cicerones, los Platones, los Sócrates. Esto es lo que parece mejor en el hombre bueno, en el cristiano, en el obispo, en el Príncipe de los obispos.

No se atreverá a tanto mi avilantez que vaya a enseñarte tu propio oficio; no te dictaré lo que está bien que Tú hagas; ni en un exceso de confianza autorizada por tu afabilidad me arrogaré tal atribución, pues basta y sobra que te insinúe lo que esperan los hombres de Ti. Aun cuando pienso que Tú no lo ignoras, si ya no es que las graduales dignidades por las cuales subiste a esa suprema empinación han expulsado todo el tino y toda la cordura que tuviste como persona privada. Recuerda lo que Tú, cuando persona privada, deseaste de todo Pontífice novel, y fácil te será colegir lo que de Ti se desea. ¡Pluguiera al Cielo que todos los príncipes tuviesen alguna práctica y experiencia de la vida privada! ¡Con cuánta mayor solicitud acudirían a remediar las necesidades de sus súbditos y aprenderían a socorrer a los miserables, educados ellos en la escuela de la miseria! Ahora, por el contrario, nacidos y crecidos en medio de regias opulencias, no conociendo más que los halagos y blanduras de la fortuna, ríense de las calamidades de los ciudadanos porque no las experimentaron. Por ese fatal desconocimiento es por lo que se les antoja cosa de ningún momento, por una pequeña rencilla suya, por una ambicioncilla, por una codicia miserable, arrasar los campos, asolar villas y aldeas, sumir a pueblos y gentes en la vorágine de la guerra, hacer riza en naciones florecientes y arrancar de cuajo los reinos más sólidamente asentados. Piensan no ser reyes de verdad si no ocasionan al género humano males tan fieros. Con este proceder oyen que les dicen los aduladores que se gana renombre, que se acarrea gloria. Príncipes son éstos que para el bien público son pobres y son poderosos y opulentos para los males públicos. Yo no puedo ver sin gemido ni puedo referir sin lágrimas las muchedumbres de ancianos y de niños echados a la calle, lamentándose con grandes voces y alaridos en los sagrados umbrales de

los templos; sus fortunas modestas y aun a veces harto lucidas, pilladas o, lo que subleva todavía más, incendiadas por los enemigos, cuando no por los propios soldados amigos. Si sólo fueran pilladas, al menos aprovecharían a alguien; pero últimamente prevaleció un nuevo sistema de hacer guerra, que es prender fuego a todo. Los franceses incendiaron lo nuestro; ahora, nosotros, vencedores, incendiamos lo de los franceses; ellos, a su vez, hacen lo mismo por un golpe de mano ocasional. Lo que va a resultar de esta trágica alternativa dentro de poco tiempo va a ser el más grato de los espectáculos para los turcos, al ver que nosotros realizamos sus propios deseos, aun cuando yo, atribuyéndolos mayor benignidad, no creo que quisieran cebarse en nosotros con tanta sevicia y ciertamente conservarían una cordura mayor que no les dejaría perder unos bienes que la victoria les iba a dar indefectiblemente.

¿Qué pueblo bárbaro hubo jamás que se resignara a que la victoria no aprovechase ni a sí ni al enemigo? Esto es propio de aquellos que, reducidos al cabo de la desesperación, perdieron toda esperanza y toda ilusión de vida. Pero a nosotros, con perdón del Cielo, eso nos parece hermoso y magnífico. Creemos que sólo hay victoria cuando los vencidos se sienten vencidos y se verifica aquel viejo dicho inspirado por la crueldad: ¿Qué les queda a los vencidos sino el mísero abatimiento? Griegos y romanos, que vencieron a pueblos bárbaros y feroces, privárονse a sí mismos del libertinaje de la injusticia, y después de su vencimiento, dejáronlos más ricos, más instruídos, más morigerados, por manera que resultó más ventajoso para ellos ser vencidos por tales maestros de la vida que salir vencedores. Y ello aconteció entre gentiles, para quienes era incierta la inmortalidad del alma y no se les había dicho palabra alguna acerca de la caridad ni sabían que les era común el Padre del linaje humano, ni que por el Divino Maestro les fuese recomendada y aun obligada la paciencia y la venganza prohibida, ni habían oído del Oráculo infalible: *De nada aprovecha al hombre ganar el universo mundo, si sufre la pérdida de su alma.* Y nosotros, los cristianos, que recibimos del mismo Dios estas directas enseñanzas, y entre los cuales San Pablo desautorizaba y condenaba las más pequeñas diferencias, no nos avergonzamos un punto de provocar tan vastas matanzas de seres inocentes, por manera que parece ser más mansa la lucha con osos y con leones que con cristianos. Y hacen esto quienes, entre tanto, no se horrorizan de llamar Padre a Cristo, cuando ellos piensan que otros hijos de Cristo son, no hermanos suyos, sino enemigos suyos y no tiemblan, cuando van a entrar en combate, de invocar el auxilio de Cristo, que de ninguna otra cosa es más entrañable enemigo que de la guerra, puesto que fué el predicador primero del amor y su encarecedor más fervoroso, Maestro de la disciplina de la paz, y Legislador de la caridad única: *Mi mandamiento es éste: que os améis los unos a los otros.* ¿Qué tiene que ver el preceptor divino de la caridad con tantos espíritus henchidos o cancerados de odio, por manera que si alguno de nosotros compara lo que Cristo nos preceptuó con lo que nosotros hacemos, jurará que representamos una comedia miserable, cuando asistimos al divino Sacrificio, cuando queremos que se nos llame y se nos ten-

ga por cristianos? Harto sé que al leer esto vas pensando: Quisiera, si por ellos pudiera. Acaso diré una cosa enojosa, pero no por ello menos verdadera y sobre manera conducente a mi propósito. Te escribo esto a Ti sólo para hablarte con mayor sencillez y franqueza. Por ello debes conceptuarme tanto más celoso del decoro de tu dignidad y del bien público, puesto que no teniendo cuenta con mi propio interés, aun con riesgo de provocar desazón y enojo, te advierto de cosas que parecen redundar en tu propio interés y en el del bien público.

Existen, Beatísimo Padre, algunos hombres doctos que en la proximidad de los príncipes y con su aprobación, y gozando de su privanza y de su confianza cuando se les consulta sobre la guerra, de tal suerte embrollan los conceptos de guerra justa e injusta que con harta facilidad del consejo que les dan los tales consejeros, los príncipes, que de suyo son inclinados a condescender con sus pasiones y caprichos, toman ocasión para opinar que toda guerra, mientras les plazca, es guerra justa. Pretextos y colores nunca faltan, mientras no falten poder y ocasión. Esos tales consejeros, si de otra manera pensasen o se expresasen inculcando en el pecho del príncipe sentimientos de religión, cohibirían y retraerían a los hombres inclinados a las armas, azuzados a ellas por sus propias pasiones. Misión tuya es, Santísimo Padre, según los preceptos de nuestra religión, cuyo intérprete auténtico eres en el mundo, enseñar a los príncipes y a los consejeros de los príncipes que ese linaje de guerras entre hermanos, y lo que es más, entre iniciados en el mismo bautismo, es inicuo, es malvado contra toda licitud, contra toda piedad, no de otra manera que si los miembros de un mismo cuerpo luchasen entre sí, conforme la doctrina de San Pablo, según la cual, *ante Dios no hay ni griego, ni judío, ni francés, ni español; cada uno de nosotros renació por Cristo para ser una nueva creatura*. Los que tal piensan y ajustan su conducta a este pensamiento, paz sobre ellos. Si lo enseñas así Tú, que antes fuiste teólogo tan grande, luego varón tan sin tacha, luego Jerarca supremo de nuestra santa religión; si así lo determinas Tú ahora, que eres Vicario de Cristo en la tierra, ¿quién será osado de discutir con hombre de tanta sabiduría, o de contrastar tan grande autoridad como es la tuya, sin impiedad y sin daño?

Basta para esta ocasión y este lugar lo que dije hasta aquí. Ahora, por no estorbarte un punto en el cuidado del público bien, he de decir unas pocas palabras acerca de la quietud de nuestra religión, con tanto mayor parquedad y modestia cuanto que me dirijo a un Sumo Pontífice y a un hombre de tanta doctrina. Harto ves, sea la que fuere la pasión que los inspira, que algunos hombres han pasado más allá del límite debido y han tenido la osadía de atacar instituciones confirmadas en parte por las divinas leyes y en parte por antiguo consentimiento y costumbre de la Iglesia. No creo que ignores cómo se ha de acudir al remedio de este mal. Es un apotegma viejo que el gobierno de la ciudad debe conservarse por los mismos medios con que en sus comienzos se inició. Recordemos los orígenes de la grandeza de la Iglesia, y allí veremos lo que debemos hacer. ¿Qué ejemplo más seguro y más cómodo podemos seguir que el de aquellos a quienes favoreció tan copiosamente el divino

socorro, que de principios tan pequeños nos legaron aumentos tan grandes? En todos los tiempos, a los tumultos de la Iglesia se acorrió, convocando aquellas asambleas de Padres que llamamos Concilio general. Esta es la medicina única de aquellas dolencias que se consideraban incurables. Allí, expuestas las quejas o las razones que habían movido a quienes se desviaron del recto sentir, y una vez diagnosticada la enfermedad, aplicábanse remedios eficaces. No hay dolencias más peligrosas que las que están ocultas; no hay pus más dañino que el que no se exterioriza. Sabemos de muchas enemistades que se enconaron y cuajaron en odio mortal, bien porque crecieron solapadamente o porque no tuvieron ocasión de eliminar el veneno con querellas o riñas. Y, contrariamente, vemos cómo contraen amistad quienes con algún altercado desahogaron su mal humor y su bilis negra. De ahí aquel proverbio vulgar:

Riñen dos amantes, hácese la paz;
si el enojo es grande, es el gusto más (1).

Dícese que algunos papas de nuestros tiempos y de las pasadas edades evitaron el Concilio con más cautela que el veneno viperino, porque decíase que recelaban que no sufriesen merma alguna ni su poder ni su fortuna con la reforma de las costumbres del clero. Mal guardián del poder es el miedo; la sospecha constante admítese como verdad averiguada. ¿Qué argumento de inocencia es rehuir las asambleas y la crítica? ¿Qué es eso de no juzgarse seguro si se estudia la manera de mejorar el Estado? Sábenlo muchos, y por esto toman como indicio de conciencia culpada, aun cuando no exista culpa alguna, el hecho de que se eviten la luz y la discusión. Tú, nada de esto tienes que recelar; primeramente, por esa templanza tuya que con más gusto se acomodaría a una fortuna no tan estrepitosa; luego, por tu limpísima ejemplaridad, que es edificación para todo el mundo y, por fin, por el testimonio de tu conciencia, que, al no aterrorizar, lo mantiene todo en la más segura firmeza. Se impone, pues, convocar a Concilio general a la cristiandad toda y en sitio tal, que si alguno no acudiere por llamamiento evidencie que no fué allá porque desconfiase del lugar, sino de su propia conciencia. Allí, arrumbados todos los afectos humanos y revistiéndose exclusivamente de los cristianos, es a saber: de los divinos, estúdiase toda la causa con sumo detenimiento y cuidado.

Alguno preguntará: Pues ¿y qué? ¿No se ha estudiado ya todo con la máxima seriedad y diligencia? ¿Qué harás con aquellos que hasta ahora sienten el agobio de las autoridades privadas, y de ninguna pública ni suficientemente grave? Alguna concesión debe hacerse a éstos, y no hay que desdeñar tantos millares de almas por quienes el Señor tomó pasión y muerte. ¡Con cuánto alborozo, con cuánto ruido y propaganda fuera conquistada una sola ciudad turca, de la cual los unos huirían por no ser bautizados y los otros, bautizados a la fuerza, retendrían siempre a su Mahoma, y sólo un escaso número serían buenos! He aquí delante de tus propios ojos tantas ciudades bautizadas, salidas de su camino. Tómese algún trabajo porque, poco a poco, vuelvan a la buena senda, sobre todo

(1) Traduzco con esa interpretación cervantesca la sentencia de Terencio *Amantium iræ redintegratio amoris est.* (Enojos de amantes son reintegración de amor).

cuando en los comienzos es fácil la tarea, que resultará baldía si, cosa que no quiera el Cielo, el mal cunde y se encona y con el tiempo cobra pujanza y aumento. De todo punto el Concilio es necesario aun cuando no hubiera estallado tal borrasca. Con ese solo recado se pueden hacer muchos mandados; hartos males se remediarán y son muchos y muy importantes los extremos acerca de los cuales es menester que se abra consulta en la Iglesia.

En este Concilio, con gran sosiego y serenidad de espíritu, como sabes Tú muy bien que debe hacerse, se inquirirá y se resolverá exclusivamente acerca de aquellas materias que atañen a la religión y a la santidad de costumbres. Todos los otros asuntos sujetos a controversia y que puedan suscitar porfías escolásticas y pelamesas de academia, porque la religión ni las buenas costumbres, cualquiera sea el sentido en que se resuelvan, experimenten mengua o eclipse, reléguense a las universidades y échense al ruedo de las opiniones libres y de las apreciaciones de las escuelas, no sea que mientras todo lo tomamos con los dientes parezca que no tanto condenamos lo que se dice como a quien lo dice, y mientras, por ventura, damos algo dudoso por cosa averiguada y cierta o una cosa indiferente por otra categórica y necesaria, abramos la ventana a hombres depravados y astutos, que a todo le dan una aplicación siniestra, para que sospechen que todo lo otro es como aquello, y que nosotros nos aventuramos a afirmar por cierto lo que no está probado. Es incalculable hasta qué punto esa suspicacia puede redundar en provecho y ayuda de nuestros adversarios. Mientras quienquiera se esfuerza por arrimar el hombro al muro de la Iglesia, que amaga ruina, y a guisa de nuevo Atlante quiere sostenerla en sus espaldas, no hace más que ponerle a su base bastones frágiles y podridos que, desde el primer momento, quedaron aplastados. Aquellos que dijeron y aseveraron cosas que, ambiguas en su mayor parte, fueron dadas por muy ciertas y que, frívolas en su mayor parte, fueron dadas por sólidas, ridículas y dadas por serias en grado sumo, y siendo buenas fueron dadas por muy verdaderas, sacadas de la ciénaga de determinados libelos, quitaron peso y autoridad a su propia causa y con ello robustecieron la contraria, por manera que parecía no iban a obrar de otro modo si se hubieran propuesto prevaricar y con su agudo y depravado ingenio entregar la propia causa a los adversarios, los unos con sus arengas públicas, los otros con sus pláticas privadas, los otros con sus escritos.

Y no faltaron algunos que, sin sopesar sus propias fuerzas y las ajenas, en lucha con el más fuerte, debilitaron enormemente la buena causa, dando pie a que los adversarios por ellos juzgasen de todos. Los unos fueron llevados a ese extremo por espíritu de religión, pero temerario y por celo de Dios, pero no según sabiduría. Otros, porque tienen tan hiperbólico concepto de su valía que piensan que no asistirá nadie si no asisten ellos, como se me contó que en pasados tiempos dijo alguno: *Si yo me voy, ¿quién quedará? Y si yo me quedo, ¿quién se irá?* Los hay que del pueblo iban a captar un poco de viento o de los ricos un poco de oro, convencidos, según la sentencia de San Pablo, que el logro es piedad. En tanta confusión y barahunda, ¿qué lugar queda para escribir a un gran hombre que algún provecho habría de acarrear, cuando entre tanta pol-

vareda alzada por tanto rebaño se pierdan los más esclarecidos, cuando ninguno tiene tiempo y holgura de conocerlos a todos y no habiendo quien juzgue al mejor por digno de ser leído, prefiriendo cada cual a aquel a quien es adicto o a cuya clientela se adscribió, y no contento con su propio sufragio, sonsaca los ajenos y toma como injuria no ya solamente que se le tenga por segundón de alguien, sino también si, segundo y todo, le sigue a pequeña distancia? Y así anda la cosa, buscando cada cual el bien privado, no el público; no atendiendo a lo que cada uno pueda coadyuvar al bien común, sino cuánto dinero ha de granjear o cuánta fama ha de procurarse. Y por esto vemos que de los varones más indicados, parte de ellos se desmoralizan, y otra parte, desesperando de todo punto, callan.

El primer cuidado debía ser, si no me engaño, y ahora debe serlo, que ninguno escriba a chorro suelto; selecciónense con sumo tacto y muy agudo juicio quienes se encarguen de hacerlo. Los que escribieren, tomen por consejo el tino, no el ímpetu; por timonel, a Cristo, no la pasión humana; por fin, el premio celestial, no las riquezas; la alabanza de Dios, no la de los hombres. Con muy avivado desvelo examine esos escritos el Concilio ecuménico para aprobar y confirmar, con asentimiento general, lo que bien pareciere, y rechace lo restante, y calle lo que hubiere de ambiguo o déjelo como materia para ejercitar la sutileza de los ingenios.

Esto es lo que yo, beatísimo Padre, dejando a un lado muchas cosas y reservando otras para una oportunidad nueva, osé escribir a tu Santidad, no por confianza en mi talento o en mi prudencia, como si yo me lisonjease con la ilusión de hallar por mí mismo algo mejor que cualquier otro, sino afianzado en tu bondad y en la modesta afabilidad tuya, que, espontáneamente, convida a muchos a que se dirijan a Ti, y movido por el amor de la concordia de esa espaciosa y triste Europa, por la cual no puedo menos de gemir, tan rota y escindida entre sí, por su pobre población tan sumida en conflictos con tan grave daño general, por ese pueblo a quien Cristo, luego de haberle redimido al precio de su Sangre, mandó que se mantuviese unido en un solo cuerpo por el suave aglutinante de la caridad. Harto pudiera, sin darte ningún aviso, tejer con auténticos loores tuyos un extenso panegírico. Esto quizá fuera más grato a otros pontífices. Pero tanto más libre fué mi espíritu y más distanciado de toda lisonja, cuanto estas líneas debían elevarse a Ti y no me guiaba ninguna bastarda esperanza de riquezas, siendo así que las tienes cuantiosas. Inspirómelas mi viejo y probado afecto para contigo y mi acatamiento no por la opulencia, sino por la majestad del Sumo Pontificado. A Ti te toca, que todas tus miras pones en el bien, hacer que no sufran decepción, ni mi amor inconsiderado, ni mí impremeditada piedad y que no parezca que he desmerecido en lo que he procurado merecer bien. Réstame suplicar a Cristo fervorosamente que apruebe lo que Tú resolvieres y le dé suceso feliz. Ten salud, Padre Beatísimo y santo de verdad.

Lovaina, 12 de octubre de 1522.

FIN DE LA
«CARTA AL PAPA ADRIANO VI»

CARTA A JUAN LONGLAND

OBISPO DE LINCOLN
CONFESOR DEL ILUSTRE REY DE INGLATERRA

SOBRE LOS OBSTACULOS PARA LA CONSECUCION DE LA PAZ

(1524)

Se me dice que algunas embajadas en misiones de paz de una parte y de otra son expedidas y reexpedidas por los reyes interesados; las respuestas que traen, yo las ignoro. Mas paréceme a mí que esa guerra, ni fuerzas humanas la provocaron ni la lleva la voluntad de los beligerantes. Los franceses ninguna otra cosa desean más ansiosamente que la paz; a vosotros esa guerra os repugna; el emperador anhela la quietud, y, con todo, la guerra se arrastra y se prolonga por los que no quieren la guerra. Desean la paz y no consiguen dar con ella. ¿Quién no descubre en ese raro fenómeno la existencia de una voluntad más eficaz y pujante que la voluntad humana, cuyo querer conduce estos sucesos, puesto que la paz no puede encontrarse, aun cuando andan en su busca aquellos en cuyas manos parece que reside; que es objeto de todos sus deseos y que nosotros estamos persuadidos que ellos pueden alcanzar y regalárnosla? No es que el género humano combate entre sí mismo, sino que hace la guerra a Cristo. Y por ello es indigno de paz. *No hay paz para los impíos.* No hay concordia para los soberbios; sólo el bueno es amigo del bueno; el malo no es amigo ni del bueno ni del malo.

Se suena que casi no hay otro obstáculo para la paz del mundo sino que ninguna de las partes beligerantes quiere pedirla la primera. ¿Qué cosa puede decirse de mayor arrogancia y soberbia que ésta, verdaderamente inspirada y salida de la escuela del diablo, que por esto mismo será el eterno enemigo de Dios y que nunca inducirá a nadie a que pida perdón? ¡Cuán grande es la ignorancia de la verdad! Con un poco de cordura y algo más de atención, cualquiera entendería que no hay actitud más gallarda, más generosa, que honre más y que realce más, que esa de adelantarse espon-

táneamente a pedir la paz primero. ¿Qué otra cosa quiere decir: «Hagamos paces», sino «Cesemos la matanza, atajemos los saqueos, restablezcamos la concordia, devolvamos a la Humanidad el comercio, la religión, las letras, las artes, la tranquilidad, la seguridad, el contentamiento de la vida; restituyamos al mundo su faz risueña; desterremos la tristeza del orbe; vivan los buenos y campeen a su sabor; reprímase la audacia de los malos y de los forajidos»?

Yo no atino a ver por qué razón el que dijera esto primero, el que tomase la iniciativa de invitar al enemigo para que le ayudase en tan generoso y glorioso empeño, debiera sufrir mengua en su honor si aquel cizañoso enemigo de la parábola evangélica no hubiera hecho una copiosa siembra de mala hierba, y no hubiera falseado la realidad, y no hubiera sustituído en la conciencia de los hombres las virtudes sólidas y las auténticas alabanzas con otras malignas y torcidas interpretaciones.

Cuentan los navegantes españoles que en ese Nuevo Mundo por ellos descubierto hay ciertas islas que si entre ellas se produce alguna colisión armada, recaban la honra mayor para el que se adelanta a pedir paz al enemigo, y que es tenido por hombre malo y por enemigo público el que la niegue a quien se la pide, y que soportan con la más viva mala gana a aquellos cuyos enemigos se les hubiesen anticipado a la petición de paz, que, en su sentir, es el más sabroso y glorioso de los deberes. ¿De qué nos sirve la cultura? ¿De qué la humanidad? ¿De qué tan numerosas artes que hacen agradable la vida? ¿De qué la prolija formación intelectual y mortal? ¿De qué el magisterio del Dios omnipotente, si entre tan maravillosas adquisiciones mantenemos los juicios más corrompidos? Aquellos pueblos rudos y bárbaros, sin letras, sin instrucción, sin religión, aprendieron en la sana escuela de la Naturaleza recias y verdaderas enseñanzas. Mas, para común daño, introdujéronse en nuestra sociedad dos vicios insaciables, desconocidos en los pueblos aborígenes: la ambición y la avaricia, que, llegadas a lo sumo, hacen que nada baste a nadie, puesto que siempre le falta algo a aquel hambriento abismo de codicia. Y así es que ya no nos satisfacen riquezas ni nos llenan honores, animalillos, como somos, a quien para el sostenimiento en vida y para sepultura en la muerte basta media yugada de tierra. Y, a pesar de todo, en alas de nuestro pensamiento, rodeamos tierras y mares, alborotándolo todo, trabucándolo todo por servir a nuestras pasiones, sin que ni el número de los que mueren cada día ni nuestros propios achaques nos adviertan nuestra fragilidad ni hacia qué destino tenemos que emprender el viaje.

¿Quién no se percata como de una monstruosidad abominable del hecho de que en flaqueza natural tan grande anide una tan obstinada ferocidad y una tan terca malicia? ¡A guerrear, pues; a vencer, pues, a favor del Turco, que a unos y a otros nos devorará: al vencido postrado y al vencedor cansado! De esta manera el águila dirime las pugnas entre dos animales menores para comérselos al uno y al otro. Si la Naturaleza hubiera impuesto ineludiblemente que este corpezuelo nuestro no se satisficiese sino de grandes espacios de tierras y de mares, en ella, por ventura, podríamos descargar la culpa, cuando por nuestra defensa, por todo lo largo y por todo lo ancho, suscitáremos

tanto alboroto y tanta y tan sangrienta polvareda. Ahora ese saco hediondo, ese saco estrecho que con unos cuantos bocados no solamente se llena, sino que regüelda; esa piltrafa condenada a perecer en plazo tan breve, ¡cuántas tragedias promueve! ¡Providentísima y muy amorosa Naturaleza que porque ningún hombre dañase a ningún otro hombre nos atribuyó unos cuerpos tan reducidos, que con poquísimos alimentos se hinchen para condenar con justicia mayor, como con nuestro propio testimonio, los engaños y las injurias mutuas y convencernos de que las maldades son imputables exclusivamente a sólo nosotros! Y nosotros, en cambio, olvidándonos de la Naturaleza, olvidándonos de Dios, corremos a nuestro mutuo aniquilamiento. Eso lo oímos decir cada día, pero por una oreja nos entra y por otra nos sale. Eso cada día lo pensamos, pero con la conciencia desvaída y floja. A tal extremo de vicios hemos llegado, que confundimos la enfermedad con la salud y hacemos de los remedios como delirios e invenciones seniles. Tiempo vendrá en que Dios, inequívocamente y a las claras, nos dará a conocer que esa astuta e insípida sapiencia es una trágica demencia. Eso será aquel día grande en que la justicia se convertirá en juicio, e, individualmente y sin publicidad, cuando cada uno de nosotros, libre del envoltorio de este cuerpo ruin, se presentará en el tribunal del Juez severo y justiciero. Y aun en esta vida, indáguese por separado la opinión de cada uno de aquellos hombres que con arrogancia y boato profesan y venden sabiduría humana. ¿Qué clase de sabiduría es esa de ser vejado, de ser lacerado, de ser despedazado día y noche por el odio, por la envidia, por el orgullo, por la hinchazón, por la ira, por el engaño, por la impostura, por el terror, y ese no gozar ni de la paz del día ni del reposo de la noche? A esto se reduce la sabiduría de los hombres; en esto consiste su grandeza: en ser miserable por causar la ruina ajena.

Perdonárseme debe este desahogo de mi justo dolor por las calamidades de esta edad nuestra, en que el pueblo cristiano, desechando todo asomo de caridad evangélica y olvidado de su Cristo, abusa de sus fuerzas en su propia perdición. En ningún otro tiempo estuvo abocado a una crisis más evidente y más angustiosa que la actual, con un enemigo poderosísimo que atisba la ocasión; ajenado Cristo de un pueblo desertor y fiero, y que, abandonadas sus santísimas banderas, corre a refugiarse en los campamentos de todos los vicios y de la idolatría, que trasladó el culto debido a Dios a los hombres y a los metales, puesto que con celo mayor cuidamos los intereses de los hombres mortales que los de Dios, que vive por los siglos de los siglos. Por eso vivimos y obramos como hijos que han abdicado de su filiación, por manera que parecemos excluídos de la tutela y del cuidado de Dios, abandonados a nuestra mentecatez, cuya obra única son las calamidades, y la ruina, y la miseria de toda Europa. Y en medio de tantas catástrofes, con los labios honramos al Dios de paz, mientras nuestros corazones están envenenados de sañudo y sangriento odio. Y no los príncipes solos, sino también las personas privadas, las que manifiestan la mayor y más estrecha de las amistades; por manera que ahora con más triste verdad que en cualquier otra época puede decirse: Todo hombre es mentiroso. Y no solamente para con

los hombres (lo que, en fin de cuentas, sería tolerable) llevamos una cosa manifiesta en la boca y otra encerrada en el pecho, sino también para con Dios mismo, no pensando, con punible olvido, que El cala más agudamente nuestros pensamientos que nosotros mismos. Hablamos el lenguaje de los hijos de Dios, pero la vida es como de enemigos suyos. Voy a poner fin, puesto que me dirijo a ti, que no ignoras nada de esto y querrías verlo enmendado. ¡Pluguiera al Cielo que a los mejores avisos no se opusieran, en obstáculo tan crecido, nuestros propios pecados!... Padre mío, ten salud.

A los ocho días andados de julio de 1524. Brujas.

FIN DE LA
«CARTA A JUAN LONGLAND
SOBRE LOS OBSTÁCULOS
PARA
LA CONSECUCIÓN DE LA PAZ»

CARTA A ENRIQUE VIII

ILUSTRE REY DE INGLATERRA

SOBRE LA PRISION DE FRANCISCO I, REY DE FRANCIA POR EL CESAR CARLOS V

(DE FRANCISCO GALLORUM REGE A CÆSARE CAPTO)

(1525)

Mi increíble observancia y amor para con tu majestad hacen que por la misma manera con que te deseo toda suerte de colmadas felicidades, también me gozo cuando se encarnan en realidades esos votos míos. Y es tan grande la opinión que tengo formada de tu virtud y de tu prudencia, que es antiguo en mí el anhelo de ofrecerte alguna coyuntura y cuasi materia por la cual demuestres esa gran lumbre de tu ánimo y de tu probidad, así para tu gloria como para ejemplo de los príncipes restantes. Y diríase que un acontecimiento reciente me ha ofrecido la verificación de mi deseo: *El César Carlos ha hecho prisionero a Francisco, rey de Francia*. También tú te arrimas a alguna participación de su gloria. Ahora espero yo que vais vosotros a esforzaros y a dedicar el más acuciante de los afanes, porque entiendan todos no ya los contemporáneos, sino también los venideros, a quienes llegare la noticia de hecho tan glorioso, que vosotros no tanto tuvisteis en vuestro poder al rey de Francia como os tuvisteis a vosotros mismos en vuestro poder y que no caisteis bajo el señorío y jurisdicción de la Fortuna temeraria y ciega, sino que vosotros la dominasteis, y estos sucesos tan venturosos no os hicieron más insolentes, sino que prudentemente os acordasteis de la inconstancia de la prosperidad y de la versatilidad de los casos humanos y que en vuestros adentros pensasteis que lo que pasó al rey de Francia puede pasar a cualquiera de vosotros (cosa que no quiera el Cielo), porque todo a todos es común y ninguno está exento de la suerte humana. Por todo esto alentamos la consoladora esperanza de que usaréis con templanza de vuestra victoria y que no os cebaréis en una nación inocente y destituída de defensas, ni asolaréis el más floreciente reino del mundo cristiano, ni arrancaréis ese

segundo ojo suyo a toda la Europa. ¿Qué culpa tiene el pueblo si al rey le plugo declarar la guerra, contrariando, según se dice, la voluntad de todos los miembros de su Consejo?

Ciertamente, que por lo que toca a nuestro provecho y al de vuestros pueblos, yo no hago tanto caudal del cautiverio del rey don Francisco I, cosa que hará que, o la guerra se acabe automáticamente, o que facilite su desenlace y, por ende, sea más breve, como hago estima del ejemplo que daréis y de las enseñanzas que aprenderéis según la penetrante agudeza de vuestros juicios y vuestra experiencia y prudencia. Lo primero que aprenderéis será no fiar en ningún éxito, bien para no emprender guerras a la ligera y alegremente, bien considerando los varios azares de la guerra, y cómo Marte es tornadizo e incierto, cómo a veces los vencidos, los puestos en fuga, los acorralados, los sitiados vencieron al vencedor y prendieron a quien les tenía puesto cerco, y, finalmente, cuánto daña a todo un reino, a tantas gentes y pueblos como constituyen un reino, la ciega ambición o la audacia sin consejo de un hombre solo.

¿Quién será capaz de describir cuánta pesadumbre se abatió sobre la Francia toda, a la primera noticia de la cautividad de su rey? ¡Silencio y pasmo doquiera; soledad, desolación! ¡Cuánta consternación en los espíritus! ¡Qué pánicos terrores, de día y de noche! ¡Qué presentimientos de toda suerte de peligros, y qué congoja en los espíritus ante el resultado enigmático de esta guerra! (1). ¿Qué será de Francia? Ningún francés se prometía más que subversiones, asolamientos, huídas, muertes, estragos, incendios, acabamientos y ruina total; y todo ello atroz, todo ello indescriptible. Es que los franceses ignoran vuestra templanza y mansedumbre y recelan que vuestro capricho no os aconseje lo que os consintiere la Fortuna; cuando, muy al contrario, yo no tengo la más leve duda que lo que se os antojare será tanto más comedido cuanto más desmedido fuere vuestro poder.

---

(1) No exagera Luis Vives las tintas de este cuadro sombrío ni la conmoción popular de Francia, cuando el vencedor de Marignon, el monarca en quien el pueblo idolatraba, aquel su Francisco *Corazón de León*, fué vencido y hecho prisionero en Pavía. El inesperado desastre suscitó en Francia un largo alarido de asombro y de dolor. La dolida vena de patriotismo y de sacrificio celebró en versos al rey prisionero su noble melancolía, sus duelos, sus esperanzas, su retorno. De esta conmoción nacional queda un doliente treno, una balada popular ingenua y fina, cuyas son estas estrofas y cuyo es este título:

CHANSON SUR LA BATAILLE DE PAVIE

Quand le roy partit de France,
A la malheur il partit.
Il en partit le dimanche
Et le lundy y fut pris...

—Rens, rens toy, roy de France.
Rens-toy, donc, car tu es pris...
—Je ne suis point roy de France,
Vous ne sçavez qui je suis.

Regardèrent à sa casaque,
Avisèrent trois fleurs de lys.
Regardèrent a son espée
Françoys y virent escry.

Ils le prirent et le menèrent
Droit au chasteau de Madry,
Ils le mirent dans une chambre
Qu'on ne voïoit jour ny nuit
Que par une petite fenestre
Qu'estoit au chevet du lict...

(*Recueil Mss. Bibliotèque imperial.* Citado por M. de Lescure: *Les amours de François Ier.*—París, 1865.)

Con todo, en medio de ese inmenso desastre de Francia, no hay nadie que sea de ánimo tan inexorable y tan fiero que no compadezca su suerte, bien por ser cristianos, bien por ser hombres, bien porque lo que a ellos acaeció hubiera podido suceder a cualquiera. ¡Oh, qué materia tan rica de hacer bien y de cuánto merecimiento a los ojos de Dios y de cuánta gloria en la estimación de los hombres, si tú y Carlos enviaseis cuanto antes allá una embajada que con palabras vuestras consolase a los míseros franceses y les diese alivio y esperanza buena; que les dijese que no guerreáis con la nación francesa por sacrificar vidas, sino que la contienda se limita a fijar las fronteras de la respectiva soberanía; que preferís recuperarla apoyados en la fuerza del derecho y con la intervención de amigables componedores, que con violencia y matanza mutua; que no consentiréis que vuestros soldados cometan en Francia asesinatos ni pillajes y que vosotros vais a tener de ellos el mismo cuidado cariñoso que si cada uno de vosotros estuviera en la situación de Francisco, situación en la cual es necesario que os coloquéis por caridad y benevolencia, en conformidad con todas las leyes divinas y humanas, para defenderlos como huérfanos que son, orfandad que vosotros les ocasionasteis arrebatándoles el padre. Así, entre los romanos, gente la más experta en el arte de gobernar pueblos, a aquellos caudillos que habían sojuzgado a alguna nación o pueblo a su dominio admitíanlos inmediatamente en su clientela y patrocinio, y aquel pueblo conocía por experiencia no haber tenido jamás dominadores más benévolos ni más bienhechores que aquellos capitanes con quienes cruzara las armas; haced que los franceses entiendan que han perdido a un rey, pero que han cobrado dos defensores y patronos; que en adelante no sentirán soledad de un monarca, y en este mismo sentido enviad muchos otros mensajes tranquilizadores que vosotros podéis imaginar tanto mejor que yo, cuanto me superáis en agudeza de juicio y en sagacidad política.

Al mismo tiempo pienso que vosotros no ignoráis cuán grande oportunidad y sazón es ésta para llegar a la meta de vuestros deseos. Con aquella vuestra proverbial templanza y mansedumbre desarmaríais a todos los pueblos de Francia, les quitaríais todo apetito de represalias y aun de defensa propia y, por decirlo así, arrancaríais el arma de sus manos, pues hartas veces la desesperación empuja a supremos heroísmos y tienen la misma equivalencia el ánimo grande y el desesperado. Allégase a esto que afianzaríais vuestro poderío conquistándoos, mediante esa clemencia y moderación, la mayor y más rendida bienquerencia de vuestros súbditos, que son los más válidos apoyos que pueda tener un príncipe, y no habrá nación que no os quisiera por reyes, a fuer de divinidades enviadas del Cielo benigno. ¿Qué cosa hay más propia de la naturaleza humana que hacer bien, aprovechar, ayudar, conservar y salvar al mayor número posible?

Y por encima de todas estas consideraciones, daríais satisfacción a Cristo, en quien debéis tener puestos los ojos invariablemente, por cuanto, muy en breve (¿qué espacio largo puede darse en la efímera vida humana?) tendréis que presentaros en su tribunal divino, tan callando, arrumbado todo el tropel y el estruendo de vuestra fortuna militar, en ningún punto distintos ni

diferentes de cualquier persona privada, y donde sólo podrá valeros la vida inocente y piadosa. No añadiré ya ningún otro aviso porque no parezca que doy consejo a tu prudencia y a la de tus consejeros y especialmente del señor cardenal (Wolsey), varón de una soberana experiencia en la gestión de los negocios públicos.

Esto escribí en Oxford, en mi estudioso apartamiento lejos de la Corte y de los afanes cortesanos. Reiráste quizá de este parecer mío, bien porque entenderás que proviene de quien juzga de cosas que no son de su incumbencia y que no tiene asaz conocidas ni exploradas, bien porque te doy unos avisos que con mucha anterioridad y con más diáfana claridad a ti se te ocurrieron. ¡Ojalá fuera yo un monitor superfluo y exhortase, como se dice, a la carrera a quien ya va por ella abalanzado. Mas yo no pude dejar de hacerlo obligado ya por el grandioso afecto que te profeso, ya por amor de la pública tranquilidad y de la paz de los cristianos, por la cual abogué siempre y exclusivamente y continuaré haciéndolo en lo sucesivo, si no cambia esta idea mía, cosa que no permita Cristo. Si en algún punto erré, merecerá venia la hermosa y generosa causa de este error mío. Concédate Nuestro Señor Jesucristo aquel espíritu suyo de lenidad y mansedumbre, en quien debes situar tu mayor y más sólida gloria y tus riquezas más brillantes y firmes.

En esa tu Oxford, a los doce días de marzo de 1525.

FIN DE LA
«CARTA A ENRIQUE VIII DE INGLATERRA
SOBRE LA PRISIÓN
DE FRANCISCO I DE FRANCIA»

CARTA A ENRIQUE VIII

REY DE INGLATERRA

SOBRE LA PAZ ENTRE EL CESAR Y FRANCISCO I, REY DE FRANCIA, Y SOBRE EL MEJOR ESTADO DEL REINO

(DE PACE INTER CÆSAREM ET FRANCISCUM GALLORUM REGEM, DEQUE OPTIMO REGNI STATU)

(1525)

Con el mismo ahinco con que en todo tiempo exhorté a la paz a tu majestad y a todos los otros príncipes con quien tuve alguna privanza, ahora en este que corremos, en que el nombre de paz se vuelve a oír, me alegré todo, así por causa del bien público como por el de los mismos príncipes para con los cuales por razones infinitas abrigo los mejores deseos, siendo la principal la consideración de que la salud pública anda unida tan estrechamente con la de ellos y con su buen seso, que no pueden en manera alguna divorciarse. El príncipe en la república es lo que el alma en el cuerpo y un cierto trasunto del Hacedor de la Naturaleza. Es de ver cuán profundamente turbado y afectado queda el cuerpo cuando el alma está afectada y turbada; ¡qué flamígeras y siniestras antorchas relumbran en los ojos; cuán fea tordedura la del rostro, qué atroz agitación del cuerpo todo! Cuando el ánimo sobreexcitado remite y se serena, todo el cuerpo se acomoda a su nueva situación. Del mismo modo, el príncipe transfunde sus pasiones todas en la ciudad de su gobierno y la colectividad en masa se acomoda a su ejemplo. Por eso, la preocupación primaria del príncipe, buen merecedor de tan honroso nombre, debe ser la de mostrarse en la vida privada y en la pública tal cuales quiere que sean sus vasallos. Debe imaginarse que actúa en un teatro colmado hasta los bordes, donde ningún hecho ni ningún dicho suyo queda ignorado. Ni la oscuridad ni la soledad son estorbo para la divulgación de ningún acto suyo. La brillantez de su jerarquía alumbra todo lo que está alrededor y no puede, aun cuando lo quiera, engañar tantos ojos cuantos son los que están puestos

en él. La parlera fama explora y pregona sus más recatadas intimidades. Todo cuanto ven que agrada y merece la aprobación del que manda, eso todos lo siguen; de bruces y sin tino échanse en ello, como si fuera motivación suficiente el hecho de que haya juzgado que de este modo debía hacerse aquel en quien piensan que, así como reside el poder supremo, residen también la más exquisita prudencia y el más avisado consejo. Siempre los hay que no ignoran ser muy malo lo que hacen, pero al menos por la imitación de sus costumbres esperan que van a congraciarse con aquel en cuya mano están la fortuna, las riquezas, las dignidades, los honores y todos los restantes gajes objeto de la más viva acucia de los mortales.

En el montón de estos tales ocupan lugar preferente los aduladores, ponzoña la más activa de los poderosos, puesto que le cierran el paso principal a la sabiduría, que es: *Ser enseñado, ser reprendido.* Cosa es ésta no menos necesaria al príncipe que a las demás personas privadas. No hay hombre alguno que sin aquella doctrina y sin aquella admonición esté asaz informado para la sabiduría: ha menester maestros y experiencia; necesita quien le demuestre sus errores y quien se los enmiende para pulir y limar su espíritu, que, de suyo, es rudo e inculto.

A todos éstos, aléjalos del príncipe el adulador, como si el príncipe no fuera un producto originalmente tosco, como los restantes mortales, sino que naciera grande y acabado. La realidad es precisamente todo lo contrario. Sus regalos, sus placeres, su soberanía encima de todos, le espolean para toda licencia. Es menester ponerle frenos que cohiban la desmedida y desapoderada soltura de su antojo, porque de lo contrario, si todos le empujan en su caída y no le detiene nadie, a sí y a sus cosas hundirá en el precipicio. Robusto pilar del reino son los amigos prudentes y libres que mantienen el poder en su comedida templanza, y el rey, bien por el respeto que la prudencia le merece, bien por la persuasión y la autoriad de quien le aconseja y avisa, conviértese a la práctica y al cultivo de la virtud. El príncipe, llegado este caso, disfruta de un pueblo semejante a sí, a saber, de un vasallaje inmejorable, y gobierna un reino en quietud, que no se deja seducir de novedades. En siendo malo el rey, los súbditos son malos, y entre malos no hay concordia duradera. Espinosa y desabrida tarea la del gobierno de malos, y más desabrida y espinosa aún si quien los gobierna es malo. No hay sumisión más dúctil que la de los buenos al bueno, como no hay trabazón más sólida y firme que la de la bondad. Los gobiernos de mano fuerte e inmoderada, presto se disuelven y son más duros que durables, puesto que ningún vínculo estable une al príncipe con los súbditos y para la ruptura violenta no se espera más que la ocasión. No hay coacción alguna que pueda retener indefinidamente, contra su voluntad, a animal ninguno que tenga oportunidad de escaparse, y el que es víctima de la coacción no tiene afán más agudo que el de romper con todo aquello que pone obstáculo a su libertad. Aglutinante espiritual muy recio es la bondad entre los buenos, y el buen vasallo oye al buen gobernante con la misma atención con que se oye a sí mismo.

Por todo ello, éste debe ser el primer cuidado del príncipe discreto, que quiere en definitiva conservar su reino y legarlo a sus herederos; a saber: hacerse bueno a sí y a los

suyos; que en el gobierno sea muy hábil y enseñe a sus vasallos a obedecer modesta y dócilmente. ¡Cosa extraña o, por decir mejor, absurda e incomprensible! Los domadores de fieras, el afán preferente y primero que se imponen es el de amansar sus zahareños instintos y enseñarles a obedecer lo que les mandan, pensando que de este modo conseguirán tenerlas esclavas de su voluntad, sin dificultad ni riesgo. Si no depusiesen su braveza y se dejasen domar, desobedeciendo la voz de mando de su domador e instructor, convertirían contra él toda su crueldad instintiva. Así los caballos son amaestrados para llevar sus jinetes y sus cargas; así los toros prestan sus cuellos a la coyunda; así a los elefantes se les ponen encima torres altas, y así hacen uso de los leones como si fueran perros, y, en cambio, quien gobierna hombres, monteses y rudos todavía, sin cuidado previo alguno, vive en afectada tranquilidad, siendo así que no hay res brava más intratable y arisca que el hombre, y para cuya doma, en ausencia de la virtud, se requiere harto tiento y maestría. Sin más bagaje que el de la violencia y el temor, júzganse algunos asaz provistos y dotados para ese menester tan delicado. Con aquellos recursos que son serviles y no liberales, deforman al pueblo infiltrándole naturaleza y condición serviles, y nada hacen ni dicen digno de personas libres; y éstos, en justa correspondencia, a guisa de infieles y rencorosos esclavos, en ninguna otra cosa piensan con más tenacidad y ahinco que en la fuga clandestina del dueño cruel. Aquellos que abrigan en su pecho alguna nobleza, andan siempre al acecho de la ocasión de afirmar su personalidad. Y así es que ninguna cumbre se asienta en cimiento más endeble que una monarquía que se afianza sobre el miedo, y no hay poderío menos firme que el de aquel a quien muchos temen, y el mismo que es temido fuerza es que sea de peor condición que el de la multitud intimidada, puesto que no fiarse de nadie, ni de ningún lugar ni de ningún tiempo, ni poder depositar su seguridad en hombre alguno y recelar de todos, esto no es reinar, sino estar recluído en una mísera y asfixiante mazmorra. Conocidas son las expresiones de Augusto y de Trajano, que no querían reinar sobre malos y que estaban dispuestos a dimitir el Imperio si no podían ser príncipes de la República. ¡Cuánta y cuán serena placidez convino que hubiese en aquellos espíritus que se sentían seguros, no con sus lanzas y con sus escoltas, sino con la bienquerencia de sus vasallos! Yo he tomado esta conjetura de ti, a quien más y con mayor frecuencia veo rodeado del tierno amor de los tuyos que de tu propia escolta personal. ¡Cuán raras veces usas de guardias!, y aun las veces que lo haces, háceslo más por alarde protocolario y por seguir la costumbre de tus mayores, que porque te persuadas que te es menester, pues de tal manera te rodean, que quienquiera puede acercarse a ti, y en tu palacio no te hace servicio mayor la guardia viva que la que está pintada en los tapices que decoran sus paredes. Esto, en resolución, es ser libre y ser rey; así te saboreas con el fruto de tu confianza y tu seguridad, por manera que no hay ninguno de los tuyos que no prefiera inferir daño a su propia cabeza que ocasionarlo a tu pie.

Si el aglutinante de estos afectos fué, como creo, la bondad, durarán

siempre; no hay cemento más firme de la amistad ni cola más pegadiza que la virtud. Entre malos la benevolencia no dura más tiempo que aquel en que a entrambos es útil. Eliminado el provecho, la amistad se disuelve. Mas la amistad cuajada entre buenos, puesto que no atiende al provecho, la misma virtud que la concilió la conserva y no puede dirimirse sin ella. Por esto es por lo que los príncipes deben poner todo su interés y su afán en hacer buenos a los suyos, puesto que ellos sean buenos.

Esta es la industria más indicada para amansar a los hombres; este lazo de unión que reciamente vincula al gobernante con el gobernado. La virtud engendra la amistad y para el amor no hay cosa difícil ni pesada. Si por ventura en obsequio del amigo hay que exponer la fortuna, los hijos, la sangre o la vida, resulta sabroso este sacrificio y no hay cosa más placiente en la grande amistad que las grandes pruebas de afecto y, hasta donde el caso lo permita, mostrar de ello señales inequívocas. Los que no son buenos afectan quererse en la prosperidad; mas en horas de crisis son los primeros desertores.

Allende de todo lo dicho, la virtud es tranquila y templada, no sueña en novedades revolucionarias, y así como es menospreciadora de la fortuna, no tiene cuenta con su propio interés ni con las riquezas, sino que se afianza toda en el espíritu. Si a ello se añade la piedad cristiana, esta añadidura constituye el coronamiento de la virtud, o por mejor decir, es la virtud única atenta no más que a la salida de este mundo; y, pensando con suprema cordura que esta vida es una peregrinación, soporta con harta docilidad el mando de cualquiera. ¿Qué importancia tiene para él lo que el príncipe ordene de su fortuna o de su cuerpo, si harto miró por el bien de su alma? ¿Qué interés tiene para un efímero mortal un año más o menos de vida que le quede o bajo qué príncipe los haya de vivir, si en el cielo tiene otro Rey y Señor, al cual llegará con tanta mayor celeridad cuanto mayor sea su desafecto de las cosas humanas? Mas el mal ciudadano, ignorante o descuidado de los intereses de allá arriba, sin tener pensamiento alguno más que para esta vida presente, propende con harta facilidad a establecer mudanzas en el príncipe y en la organización del reino. Inquieto es el juicio del hombre malo y nunca se acomoda a la realidad y actualidad de las cosas; desea frecuentes renovaciones, como los que padecen de insomnio, que sin descanso se revuelcan en la cama y buscan posturas nuevas, como si la nervosidad residiese en la cama y no en la dolencia. El que está en posesión de la virtud, hasta tal punto se contenta con ella, que no tiene más anhelo ni otro ideal que el de conservar y mantener aquella condición y estado que le permite practicarla y amarla, no ignorando, por otra parte, que toda mutación política trae consigo alborotos, muertes, rapiñas, calamidades y todo un cortejo de fieros males, y por ello mira con horror tanto estrago, fruto de la mudanza.

El necio o el impío, que no proyecta su pensamiento a lo que está por venir, reacciona ante lo que toca con las manos y ve con los ojos, en el sentido exclusivo de desear que se cambie; piensa que todo lo otro es muy parecido a lo presente y que él va a colocarse en mejor posición. Al mismo tiempo, quien tiene instintos truculentos o arde por poseer honores o riquezas, siéntese

empujado a satisfacer su pasión provocando asesinatos y catástrofes, persuadido de que lo que interesa no es adónde se ha de ir, sino por qué camino. Por esto es por lo que yo, o me engaño muy mucho, tengo la arraigada convicción de que a los príncipes y a los que ejercen cualesquiera funciones directoras, para mantener el pueblo en la obediencia con la mayor tranquilidad y salud de la república, ninguna otra cosa les conviene tanto como la de procurar imbuirle ya desde la edad tierna en opiniones rectas y sanas, porque sepa cuál sea el uso, cuál el premio y cuál el fin de cada cosa; cuánto y hasta qué punto se ha de tomar de ella, en cuánta estima se la debe tener y que la manipulen como los honrados orífices, cual si fuera una suerte de piedra lidia o de toque para conocer los quilates y la aplicación de todo lo que deseamos o aborrecemos: dinero, posesiones, amigos, honores, nobleza, dignidad, mando, hermosura, fuerzas, placeres, ingenio, ambición, virtud y religión; no sea que invirtiendo los valores respectivos no hagan caudal de lo mayor y sobreestimen lo pequeño y lo ruin; que por dinero, por sombras, por trampantojos, por sueños que ellos mismos se fabrican, promuevan graves tragedias, con un olvido y descuido totales de la religión, de la cordura, de los bienes auténticos y macizos. Estos son los que mientras temen por su dinero, por sus regalos, por su ambición, reniegan de la patria, de la honestidad, del bien; sacrifican el bien público en aras de los intereses privados y se forjan una necia, de puro ingenua, imagen de la libertad que no los hace libres, sino que los hace malos.

Por lo que toca a los ciudadanos adultos y ya formados, la instrucción literaria y la formación religiosa les enseñarán la prioridad y la certidumbre de sus deberes. No una formación religiosa que no pase más allá de los signos y ritualidades exteriores, porque aun en medio de ellas el espíritu puede permanecer impuro o impío; no una cultura literaria que, limitada a porfías y polémicas, hace a los hombres cabezudos y tesoneros, en vez de mesurados y prudentes, sino de todos aquellos nobles afanes que componen las costumbres y dan solidez y consistencia a la vida. La religión que se les enseñe sea la que, levantando los espíritus y los corazones a lo celestial, los convierta a todos a la práctica de la honestidad y los inflame en el amor de los bienes soberanos. De la formación religiosa no se exime nadie. En cuanto a la instrucción literaria, al pueblo en general se le ayudará, bien por medio de conferencias, bien mediante libros escritos en lenguas vulgares sobre materias dignas de ser leídas y conocidas, con los cuales se engañan las horas de holganza, no con patrañas seniles ni con intrigas novelescas, que no pueden traer ningún motivo de edificación.

Mas el primer afán que se impone es el de destruir la admiración del dinero, de cohibir el lujo, despertar el amor de la sobriedad, encender el mutuo afecto, no buscar el logro pecaminoso, inculcar que la virtud es la única y verdadera ganancia. Y, a seguida, apártese a los hombres de aquellas cosas por cuya culpa se cometen delitos gigantescos y vicios capitales.

Con un pueblo como este que acabo de trazar, va a ser felicísimo tu reinado. De un pueblo así, tú no tanto tendrás la dirección laboriosa como el espectáculo apacible y la fácil exhortación. Tus vasallos se

gobernarán a sí mismos y serán tales que más les tendrás que avisar que no castigar. Ya ves cómo la cifra y el resumen del buen gobierno giran sobre la bondad como en su propio eje, por manera que, al fin, aquel príncipe tendrá gobierno gustoso y estable que haya hecho a sus súbditos buenos, y fácilmente los hará buenos con su ejemplo personal. Nadie sufre que uno exija de los otros lo que no da él, y no en balde se dijo que la más eficaz persuasión es la de la conducta.

Empero, ni el gobernante puede consagrarse a este cuidado, ni los súbditos pueden consagrarse a la virtud si no reina paz. La guerra, como una tempestad, lo trastorna y revuelve todo. La única sazón oportuna de conservar la bondad del pueblo es la paz; todo lo que al hombre le hace mejor, sólo en la paz tiene su efectividad y vigencia; todo lo que mejora y da realce al hombre, en la guerra languidece: letras, religión, leyes, justicia, negocios, quietud, honrada artesanía, comercio y trabajo fecundo. En habiendo guerra, la sociedad toda adolece, como en un cuerpo enfermo no hay miembro que desempeñe con normalidad su función privativa. Las letras, que fructifican con el ocio tranquilo y con el favor de los príncipes, oreadas y alimentadas como por un aura salubre, en el general alboroto y distraído el espíritu de los príncipes por otras punzadoras acucias, es fuerza que callen, cariacontecidas y mustias, y más siendo de suyo de voz medrosa y delicada, que no se deja oír en el fragor y estruendo de las armas y entre el son de las trompas y los estampidos de las bombardas. Interrumpido el comercio, sobrevienen las restricciones; las relaciones sociales se agrian y piérdese aquel clima de amabilidad, tan grato a la orden de los hombres estudiosos. Pierde todo su valor aquella honra, que es como la acción y la vida que ejercita los hombres y hace que las bellas artes crezcan y florezcan. ¿Y qué religión puede haber con los espíritus embravecidos por el odio mutuo, ahogados y tintos en sangre y en sevicia, en caos sacrílego y horrendo, donde lo divino anda revuelto con lo humano, por manera que más se le tiene a uno apto para la guerra, cuanto menos tiene conciencia y religión? Pasatiempos son de la milicia pillar casas, despojar templos, estuprar doncellas, incendiar villas y ciudades. Locura grande esa de destruir lo que no puedes conservar.

Estas son las ventajas de la guerra: no aprovechar a nadie y dañar a muchos, sin ningún respeto o miramiento de Dios, que es el soberano Maestre y Gobernador del mundo. Cuerpos dañados albergan tan ciegos espíritus, que no atinan a ver la justicia de Dios y toman a mala parte cualquier consejo sano. Ellos son los que dicen a Dios: *Apártate de nosotros; no queremos la ciencia de tus caminos.* ¡Y con qué insolencia y con qué desfachatez descuidan las leyes divinas y menosprecian las humanas, hasta el punto que no parece que haya cosa alguna verdadera y genuinamente militar, tanto como estar persuadido que ninguna equidad y bondad reza para los que ejercen esa profesión, que no están sujetos a derecho alguno, que ellos son quienes llevan en la vaina enfundadas, a una, la ley y la espada; que cualquier antojo de su malvada voluntad es lo justo y lo equitativo, y creen poder ejercer su capricho, no ya sobre el pueblo, sino sobre los mismos príncipes, puesto que rei-

nan gracias a su apoyo y al esfuerzo de su brazo. ¿Qué esclavo hay comprado en almoneda pública, que con tan servil obediencia ejecutase las órdenes de su señor, como en nuestros tiempos los reyes de Francia se doblegaron al más liviano capricho de los esguízaros, porque estaban convencidos de que eran ellos el sostén y el cimiento de su corona? A los príncipes, aun cuando todas las otras circunstancias los invitasen a la guerra, debería retraerlos la sola consideración de que tienen que hacerla con soldadesca, que es la peor laya de hombres y la más procaz de todas. Y no solamente los soldados se muestran tales para con el príncipe ajeno, sino también con el propio, cuya dignidad, riquezas, poderío, piensan estar depositados en sus solas manos y pueden transferirlos donde les pluguiere. Ninguno de estos pensamientos se les acude en la paz, porque el pueblo está allí tranquilo, los nobles están quedos y quietas las vecinas naciones y sus monarcas respectivos. Los mismos militares de ocasión, reducidos a la vida civil y al traje de paisano, se ven destinados a trabajos de provecho social y tienen tiempo y holgura para más cuerdas iniciativas. Y si, por desgracia, esa parte ataca e inficiona las alturas del principado, hay que pensar que las capas sociales inferiores sienten mucho más acerbamente el agobio y la vejación. El pueblo bajo no solamente sufre la opresión de los militares profesionales a quienes obliga un juramento, sino de todos aquellos que se les agregan o fingen estarles agregados, con la aviesa idea de hacer daño con la impunidad que la licencia marcial comporta, estando absorbidos por las preocupaciones bélicas los que tienen autoridad para atajarlos en el desafuero. Si ya no es que no se atreven a castigarlos porque ellos también se arrogan la privilegiada condición de militares, no sea que vayan a promover disturbios y motines en la más vidriosa de las inoportunidades.

Y por remate de todo esto, el pueblo, agobiado de pechos y tributos, barrido por las armas el comercio por tierra y por mar, vive en suma estrechez y miseria, tan exprimido y tan arruinado que cuando, por fin, retornan la paz y la quietud en la dura postguerra, la convalecencia se le hace harto larga y difícil. Muchos cesantes en su oficio lucrativo, si son inválidos, se dedican a la mendicidad, y si no lo son, se dedican al pillaje, escudados en la licencia sin freno y en la impunidad inevitable en tiempos de guerra; como si la salvación del reino estuviera depositada en las manos de aquellos que acarrean al reino la mayor y la peor parte de las calamidades.

Por todas estas razones, los buenos acongojados odian el presente estado de cosas, al par que los malos se habitúan a la criminalidad y, por ende, la impunidad los contenta y les es aborrecible todo derecho, toda ley, todo juez y les corresponde una hostilidad encarnizada.

Y en ese lastimoso estado, ¡cuál se debe de mostrar la faz del reino! Espantáranse los príncipes a buen seguro, si la vieran pintada como en una tabla. Cuanto en la cuenta del príncipe cargamos el caos y el desastre que la guerra ocasiona, tanto en su descuento debemos poner las bienandanzas, hijas de la paz, que debe ser el más entrañable de nuestros amores. El estudio pule el espíritu; la religión lo levanta a Dios; el comercio y

artesanía proporcionan trabajo, pan y bienestar; la justicia pública impone paz en la sociedad y su pacífica convivencia; cada cual posee en seguro sus bienes, sus hijos, su esposa, su hogar, su hacienda, cuya posesión en la guerra es azarosa e incierta, y las más de las veces ocasiona enojo y pesadumbre.

Todas estas venturas de la paz débense al príncipe, como alma que es de las leyes, garantía de la pública quietud, árbitro de la concordia. Por ello es que se dice que los que la violan obraron contra la paz del Señor Rey. Tú eres aquel por quien en público y en privado, y en la mesa y en el lecho, nos saboreamos y regalamos con las dulzuras de la seguridad. Tú eres el fiador de todos nosotros en nombre de las leyes. No siendo así, más nos valiera llevar vida salvajina y montés, a fuer de cavernícolas, que alternar con unos hombres entre los cuales la bondad es una estupenda rareza. Por esto es que al príncipe bondadoso y pacífico síguele como merecida consecuencia el encomio de letrados que le son deudores de aquel su oficio fecundo. Bajo este aspecto se distinguió por manera muy singular Augusto César, celebrado por toda suerte de escritores, para quienes él, con la festiva y bienvenida paz que derramó por la faz del universo mundo, creó una sabrosa y tranquila holgura, consiguiendo aquella gloria, que es de todas las glorias la más rara, ganándose tan grande amor del Senado y del pueblo romanos, que, después de muerto, cuando toda adulación era ociosa, demostraron cuánto le quisieron vivo, compitiendo todos en entusiasmo por honrar la memoria del difunto: sus exequias no tuvieron tasa ni tuvieron fin, inspiradas por el más sincero e insobornable de los afectos. Al quedar huérfano de la presencia física de aquel padre de la Patria, retuvieron fresca su memoria, que se renovaba periódicamente en cada uno de los aniversarios. Tan profundamente arraigó en el ánimo de todos el recuerdo del mejor de los príncipes, que por consideración a él el mundo soportó cuatro príncipes seguidos, uno tras otro, malos todos ellos, a cual peor; a cuatro tiranos, cuales no los soportara si en vez de ser emperadores hubieran sido esclavos.

A esta alabanza y gratitud de los hombres de letras añádese la holgada abastanza, que si llega a los súbditos no puede el rey llamarse pobre, como no puede llamarse rico si es él solo quien acapara la riqueza. Engáñase el príncipe si piensa que su opulencia, amontonado él, va a ser mayor o más firme que la del pueblo; pues aun siendo infinito el dinero, es menester que muchos lo manejen, y todo cuanto necesite el príncipe moderado para sí, lo tiene al alcance de la mano. ¿Y no es cierto que con mayor seguridad y con envidia menor guarda cada cual su templada medianía?

Allégase a esto los votos que hacen los buenos por la salud de él solo, y el amor efusivo y cordial que todos profesan a aquel que les otorga el pacífico goce de sus bienes. Pero todas estas y muchas otras ventajas que pudieran decirse quedan superadas por la íntima y sana satisfacción que experimenta el príncipe en su gobierno, por la conciencia que tiene de que cumple con su deber. Del pintor, del pastor, del zapatero, del carpintero o de cualquier otro artesano que no sabe cumplir su cometido, todos se ríen y le muestran displicencia. Lo que acontece en lo grande pasa

también en lo pequeño, y tiénese por cosa aborrecible y fea el que cada uno no ejerza cumplidamente su propio oficio.

De esta manera, el príncipe se torna una imagen la más expresiva del Príncipe del mundo, que extiende dondequiera su imperio saludable. Quien no experimente su bondad, atribúyalo exclusivamente a culpa suya. El que es el Sumo Bien, en tranquilísimo régimen de piedad, lo dispone todo, y nadie siente su poder sino templado con su bondad. No aterroriza arbitrariamente y porque sí, ni amenaza todo lo que puede; pero, eso sí, demuestra toda su capacidad de hacer bien, y a todos invita así con la grandeza de sus beneficios. Esta vivaz imagen del Rey de la mansedumbre no puede el príncipe reproducirla en tiempo de guerra, cuando hay que hacer el terror ostensible y hay que causar al enemigo todo el posible daño, y aun amenazar con el que no se ocasiona. Mientras tú temes, veste obligado a ser cruel, odiado de los enemigos, sospechoso a los aliados, enojoso a los súbditos. Por esto es menester conservar la paz a todo evento, como que es la razón más oportuna para gobernar el reino y para afianzarlo. Conseguiste tú la paz, primeramente con el favor de Dios, Autor y Conciliador de toda paz y concordia; y luego, por tu bondad nativa y por el consejo del señor cardenal, varón grande y dechado de prudencia. Acaso, andando turbias las cosas, no tendrás holgura de comparar la paz con la guerra, ocupados tus sentidos todos en el cuidado y conducción de la guerra, mientras vas tomando precauciones para ti o maquinas asechanzas para los otros. Ahora que disfrutas de quietud, sopesa bien una cosa y otra, compara ese amor con aquel odio, esa unidad con aquella rotura, y dime: ¿Trocaras el cuidado y los azares de la guerra con la actual seguridad? ¿Cambiaras este pacífico certamen y este pugilato, en que todos atienden a su deber, con aquellas súbitas alarmas y aquellos recelos continuos?

Sin cuento son los gastos de la guerra, y moderados y tolerables los gastos de la paz. En la paz, el pueblo es bueno, y, por ende, dócil y dúctil; en la guerra, es feroz, maligno, murmurador. A tu carácter de exquisita afabilidad y placidez convienen maravillosamente las artes de la paz mansa. En la guerra todo suda sangre; todo rezuma inhumanidad. El príncipe mismo aterroriza siempre y siempre teme.

Cierto es que aquella guerra anduvo perezosa y aburrida. Otro gallo cantara si la cosa, por un lado y otro, se hubiera encrudecido.

Todo esto que te dije como en cifra y resumen, si tú, con la ejercitada agudeza de tu ingenio, lo considerares muy de asiento y detenidamente (cosa que yo no puedo hacer en una carta tan larga, yo que te escribo y de ti pudiera recibir mejores y más copiosas enseñanzas), sin duda hallaras cuánto tiene que ser el afán que debes poner en evitar esa comezón de guerrear, y con qué cuidado, y con ambas manos, como se dice, retener esta situación de tranquilidad. No hay que aceptar la guerra a la ligera y alegremente, ni trocar la paz cierta por una victoria soñada.

No hay cosa alguna que con más ahinco y frecuencia deba pensarse y madurarse como la guerra, en la que no es lícito el reincidir, y a la cual el príncipe debe resolverse muy a duras penas, aun presionado por necesidad ineluctable, no sin haber

antes apurado todos los medios con resultado negativo. No hay guerra tan feliz que no deba posponerse a cualquiera paz desastrosa, ora pienses los cuidados que acarrea, ora los gastos, ora los peligros. Así que ceda el príncipe algún tanto de su derecho antes de que se lo juegue todo y evite con una leve flexión de su costado ese tan fiero golpe de la Fortuna. La guerra tiene sus alternativas y cambia en un abrir y cerrar de ojos las situaciones; es veleidosa la Fortuna militar. Por eso el dios de la guerra fué llamado Mavorte, porque da muchas vueltas. No está en la misma mano que toma la guerra el dejarla. El comienzo de la guerra está en manos del príncipe; el éxito, en manos de la Fortuna, o por decirlo con mayor verdad y cristiandad, en manos de Dios, cuya voluntad para con nosotros, y no sin razón, nos es desconocida, ignorando, como ignoramos, la gracia que con El tenemos.

No de otro modo que el dinero que deliberadamente ponemos sobre una carta, no sabiendo cúyo será, en un momento pasa a propiedad ajena, así, movida una guerra, el príncipe y todo su poder juéganse al capricho de la suerte. ¡Cuántos fueron los que se han arrepentido de una guerra comenzada con los mejores auspicios! ¡Y cómo a ninguno le pesó de la paz ganada con algún perjuicio o con alguna injusticia! No hay República menos estable que la que a cada momento saca a relucir las armas. ¿Cuántas veces llegó Atenas a extremas crisis? Incendiada por los persas, tiranizada por los lacedemonios, que igualaron sus murallas con el suelo; quebrantada por el primer Filipo, afligida por el segundo Filipo, despedazada por Mitrídates, casi borrada por Sila. Aquella belicosa Roma fué tomada por Tacio, sitiada por Porsena, incendiada por los galos, aterrorizada por Pirro, sacudida por Aníbal y, al fin, por sus propias armas destrozada.

Dirán algunos: Las armas y la guerra acrecientan los reinos. Sí; pero también esas mismas armas y esa misma guerra ocasionan su perdición y ruina. Acaso no haya en la paz tanto y tan ominoso esplendor y tanta gloria, desde luego falsa; pero hay más quietud: hay menos debate y menos riesgo, por ende; muchísima más firmeza, asentada en más robusta solidez. *No cuido*—dijo aquel rey sapientísimo que se llamó Teopompo—*cuán gran reino voy a legar a mis hijos, sino cuán duradero y estable.* Tú nada pides a los otros, ni los otros te piden nada a ti. En uno y otro extremo está el peligro, ora combatas con un enemigo más fuerte o con un enemigo más débil. No hay poder tan flaco a quien le falten fuerzas para dañar y que esté destituído de toda facultad de ayudar y hacer bien. Sobran recursos para el daño, y tan hacedero es causar mal por fuerza suya como por flaqueza nuestra.

Aquí tienes, rey glorioso, lo que a mí, el más adicto y apasionado de tu majestad, parecióme que en este trance te debí escribir acerca de la guerra y la paz. Tú recibirás estas advertencias mías con aquella mansedumbre con que sueles recibir todas mis cosas o, mejor, con aquella benevolencia con que escuchas a quienes te avisan, y de la cual no te desprendes en ninguna ocasión, conocida y experimentada, no solamente por tus súbditos ingleses, sino también por las naciones extranjeras. Mis estudios, cuya tranquila holganza tú me procuras, no pudieron dejar que pasase en silencio esta oportunidad de escribirte. Sola-

mente añadiré, antes de terminar, que no conviene en modo alguno que ignores, aun cuando tú lo oyes o lo alcanzas por conjeturas, que las naciones todas, conforme nos lo deja entender la fama y las conversaciones de los hombres, esperan de ti, y casi por su propio derecho te lo exigen, que puesto que mostraste al mundo asomos y esperanzas de paz, des feliz remate a esta paz, trayendo a la concordia a la cesárea majestad de Carlos, por el ascendiente y amistad que con él tienes, no sea que esta flor hechicera de la paz haya mostrado con harto envidiosa brevedad su hermosura y su alegría, sin dar el fruto cierto que esperábamos. ¡Ojalá proporciones este gozo sólido a todo el orbe cristiano, para que de vuelta a toda Europa la gloria de la quietud, se te deba a ti sólo, y compuestas las discordias entre príncipes, y apaciguados los tumultos y el polvo bélico, podamos trasladar nuestras preocupaciones a la religión, a la piedad, a los negocios específicamente cristianos! Tú mismo ves hasta qué grado el mundo lo necesita. Yo no comprendo con qué otro título pueda decorarse más el *Defensor de la fe* o con qué otras obras puedas contraer mayores merecimientos para con Cristo, a quien pido que siempre pienses y hagas todo cuanto haya de redundar en la salud y la felicidad tuya y de tu reino.

Brujas, 8 de octubre de 1525.

FIN DE LA
«CARTA A ENRIQUE VIII DE INGLATERRA
SOBRE LA PAZ
ENTRE EL CÉSAR Y FRANCISCO I»

DE LA INSOLIDARIDAD DE EUROPA

Y DE LA GUERRA CONTRA EL TURCO

(DE EUROPÆ DISSIDIIS ET BELLO TURCICO)

(1526)

DIALOGO

MINOS, TIRESIAS, BASILIO, COLAX, POLIPRAGMÓN, ESCIPIÓN, SOMBRAS.

MINOS.—¿Podrías decirnos, Tiresias, en qué estado se hallan allá arriba los negocios de los hombres? Pues las almas caen aquí tan espesas como el granizo sacudido por algún arrebatado turbión o como las hojas otoñales arrancadas por el soplo de Bóreas.

TIRESIAS.—¿Y por qué tú, con mucho mejor acuerdo, no interrogas a alguno de los que vienen por acá, que sea un hombre de negocios o que tenga experiencia de la vida cortesana?

MINOS.—Por Ditis, que no es malo este consejo. ¡Ah de las Sombras! ¿Cuál de vosotras conoce bien y punto por punto las cosas humanas que ha poco abandonó?

SOMBRAS.—Estas dos, ¡oh Minos!, una de las cuales tuvo negocios en Venecia, Londres, Amberes, Roma, Nápoles, Metimna, en la isla de Quíos, en Alejandría, y la otra vivió en las Cortes de España, Francia, Inglaterra, Roma, desempeñando muchas y prolongadas funciones.

MINOS.—Acercaos más. Tú, que parece que todavía tienes hambre de oro, ¿cómo te llamaban allá en el mundo?

SOMBRAS.—Polipragmón.

MINOS.—Y a ti, cochino de la piara de Epicuro, ¿con qué lindo nombre te vamos a denominar?

SOMBRAS.—Con muchos nombres e ilustres, Minos; pues soy nacido de muchos linajes y familias y llevo los nombres de todos, porque no sufra merma mi nobleza y porque ninguna de estas familias cede a la

otra en riquezas, en dignidad, en claros hechos.

MINOS.—Basta de proemios; cuenta, por fin.

SOMBRAS.—Llámome Basilio, Gnatón, Colax, Afeite, Polilla de Palacio, Demóvoro, y por mi línea materna me remonto al rey Midas.

MINOS.—Y ésta es tu alabanza mejor. Espántome que tengas espaldas asaz anchas para sostener tan grandes nombres; pero valga por todos ellos el de Colax, pues así será más breve. Dinos: ¿en qué estado se hallan los negocios humanos?

COLAX.—En el estado de siempre.

MINOS.—¿Cómo es, pues, que bajan a nosotros tantas almas?

COLAX.—A punto fijo no lo sé; mueren de enfermedad y hay su poquito de guerra.

MINOS.—¿Quiénes hacen la guerra?

COLAX.—¡Qué pregunta ésa para el más sabio de los hombres! ¿Quiénes quieres que la hagan? Los reyes y los pueblos.

MINOS.—Maravíllome que no sean los perros y los gatos.

COLAX.—Fuera una guerra de burlas.

TIRESIAS.—Tiene razón, porque los hombres les ganan a malicia y crueldad.

MINOS.—¿Qué reyes y cómo?

COLAX.—No me preguntes demasiado; hablar de los reyes tiene sus peligros; todos son buenos.

MINOS.—Y con todo, llevan una vida rota.

COLAX.—Pero son buenos, pese a su mala vida.

MINOS.—¿Cómo puede ser esto?

COLAX.—Como lo oyes; así es.

MINOS.—¿De manera que ellos pueden mal obrar y nadie puede maldecir?

COLAX.—¿Quieres tú, Minos, que a cada uno le sea lícito lo que al rey a quien se refiere el viejo dicho: *Su voluntad es su ley*?

MINOS.—Y eso, ¿por qué?

COLAX.—Porque poseen el oro.

MINOS.—Mucha será, pues, la licencia de los cofres; pero ¿qué importa cuando los reyes no gobiernan su dinero, sino que por su dinero son gobernados? Mas tú, por lo que veo, necesitas que Esculapio cure tu cerebro. Por lo mismo, quédate un poco, que te enviaremos a él. Y mientras, dime tú, Polipragmón. Y a ti, Tiresias, pídote que no tomes a enojo aguardar lo que éste dirá, y enmendarlo si en algo pecare, ea, di: ¿qué pasa allá arriba?

POLIPRAGMÓN.—Se come, Minos, se bebe a chorro suelto; muchos fornican; adulteran muchos; juégase a los naipes; se ahitan los ricos; se adelgazan los pobres; quien no tiene, da; quien tiene, recibe; se compra lo más barato posible; se vende lo más caro posible; las mercancías se averían; hace bancarrota la lealtad.

MINOS.—Y, con todo, no hay palabra que suene más y de la cual se haga mayor alarde que de la lealtad.

POLIPRAGMÓN.—Así cuentan que la van a consolar, si la alaban, puesto que la dañan.

MINOS.—¿Qué hacen los reyes? ¿Qué los cristianos? ¿Qué el Turco?

POLIPRAGMÓN.—Esto mismo, poco más o menos, y todo es guerra, todo es revuelta y odio.

MINOS.—No entre los cristianos, a buen seguro, pues a estos ninguna otra encomienda les dejó con más ahinco y cuidado aquel Maestro de sabiduría celestial que el amor mutuo, y quiso que ése fuese el distintivo de los suyos.

POLIPRAGMÓN.—Con todo, en ningún tiempo ni en lugar alguno hubo odios tan grandes como entre ellos. En la antigüedad hubo, sí, odios entre las gentes de Asia y las de Europa, porque parecían separadas por el mar o entre dos grandes Imperios, como los lacedemonios y los atenienses, los cartagineses y los romanos, o entre quienes contendían acerca de la delimitación de las fronteras respectivas. Ahora, en cambio, entre provincias limítrofes, existe odio manifiesto, irreconciliable, que no se aplaca con ninguna mediación ni por beneficio ninguno puede quitarse ni extinguirse: el italiano siente ascos y aborrecimiento de todos los transalpinos, como si fueran bárbaros; el francés escupe al nombre de inglés; éste no quiere demasiado a los escoceses y a los franceses; entre franceses y españoles, de recuerdo nuestro, hubo bravas batallas, no sin matanzas grandes que han dejado en todos los pechos una vivaz semilla de odios. ¡Ojalá la discordia no pasase de estos lindes; pero penetra en lo más íntimo! En un mismo señorío hay ciudades enemigas entre sí por un regatillo de agua, por un pedazo de campo; y en la misma ciudad hay facciones enconadas: los Colonnas y los Orsinis, en Roma; los Adornis y los Fragosis, en Génova; los aragoneses y los angevinos, en Nápoles; los Velascos y los Manriques, en España, y en esas facciones se precipitan todos, sin seso, sin tino; el padre entrega como una herencia esas rivalidades a sus hijos; los enemigos nacen, no se hacen, y aun los diferentes barrios de una misma ciudad son mutuos atizadores de discordias; el hermano nacido en este barrio es enemigo del hermano nacido en otro barrio, y, si es menester, le hará frente en pugna abierta; los seglares están contra los eclesiásticos; la plebe, contra la nobleza; los súbditos quieren mal a quien les manda, y ése les corresponde con su desafecto; en las escuelas, en la Filosofía; es decir, en la propia morada de la templanza, del conocimiento, de la paz, de la quietud, de la tranquilidad, de la sabrosa convivencia existen rencillas y a veces odios capitales entre los estudiosos de la lengua latina y la griega, entre los que se dedican a la Dialéctica y a la Filosofía moral, entre aquellos que se gozan con las polémicas y los altercados y quienes se contentan del estudio reposado y tranquilo. ¿Y qué diré que hay entre los que se consagran a la misma especialidad? Peleas, muertes por cualquier quisicosa; antipatías violentas entre simpatizantes con Santo Tomás, con Duns Escoto o con Occam. Menos maravilla me produce que existan grandes odios entre luteranos y antiluteranos; lo que más me duele es que los unos estén tan sañudos y enconados contra los otros, que quisieran verlos perdidos, descuartizados antes que enmendados; tanta es la ferocidad con que se combaten, que parecen no conseguir otro fin que el respectivo aniquilamiento. Y ni aun entre los mismos luteranos median el amor y la concordia, siendo así que de la boca no les caen más palabras que fe, que evangelio, que caridad. Y aun entre los que hicieron profesión expresa de caridad perfecta, que por eso se llaman frailes o hermanos, ¡cuántas desavenencias! ¡Y cuán sangrientas, a veces! El monje se ensaña en el mendicante; el minorita, contra el dominico; el minorita claustral, contra el observante. ¡Qué de recriminaciones, qué de ultra-

jes, qué de amenazas, qué de implacables persecuciones!

MINOS.—Pues y qué, ¿son un mal tantas disensiones, tantos odios, tantas herejías? Ahora ya no me admira que con tanta frecuencia los unos echen en cara de los otros el mote de hereje, puesto que todo está lleno de herejías.

POLIPRAGMÓN.—Aún no lo has oído todo

MINOS.—Por favor, no cuentes más.

TIRESIAS.—En una palabra, di que cada cual es enemigo de sí mismo, sí: el malo del malo, puesto que la justicia, al emigrar de la tierra, se llevó consigo al cielo el amor y la benevolencia, y el odio y la discordia quedaron en el suelo para tener en compañía a la iniquidad.

MINOS.—Háblanos ya de las guerras, pues pareces estar informado muy puntualmente de todo lo que pasa entre los hombres.

POLIPRAGMÓN.—No es extraño, pues viví en tales lugares y entre tales hombres donde no se ignora, como dijo el satírico romano, lo que se hace en el mundo todo. Con más diligencia indagamos nosotros esto por el aliciente de un pequeño lucro que aquellos mismos cuya vida y fortuna estriban en esto, pues los mismos príncipes nos preguntan qué novedades hay.

TIRESIAS.—Bien claro queda hasta qué punto aguza el humano ingenio la esperanza del dinero.

POLIPRAGMÓN.—También saqué algunas cosas de los libros, para recreación del ánimo. Hubo, pues, un tal Alfonso, rey de Aragón (pienso que debo empezar por aquí), que adoptado por Juana, reina de Nápoles, con una armada imponente y con un ejército poderoso marchó a Nápoles, y hecho primeramente prisionero de los genoveses y luego libertado con todos los honores y ayudado generosa y eficazmente poı Felipe, duque de Milán, tomó aquel reino tras un largo sitio, después de haber expulsado a Renato de Anjou, a quien la misma reina Juana, posteriormente, había adoptado con inconstancia mujeril.

TIRESIAS.—¿Qué no hicieran los hijos, si los adoptados desatinaban así?

POLIPRAGMÓN. — Este movimiento ocasiona trastornos a Italia, mientras el nuevo rey mantiene suspensos y preocupados a los pueblos de la península, muchos de ellos hostigados por la guerra; el Turco expugna Constantinopla y luego, aprovechando la ocasión propicia, se apodera de Trebisonda con toda la orilla del Ponto, que ya de antiguo amenazaba. Desde Italia no fué posible acudir en socorro de los cristianos. El Occidente, por aquel tiempo, estaba asaz quieto y sosegado. Borgoñones y bretones creaban entorpecimiento a los franceses. Renato, que sobrevivió a su hijo Juan, nombró heredero a Carlos, hijo de su hermano; éste, que no tenía hijos, dejó a Luis, rey de Francia, el reino de Nápoles, vivaz atizadero de guerra; pero por instinto, siempre tuvo aversión a Italia.

TIRESIAS.—No sé en otros asuntos hasta qué punto fué prudente; mas en éste no sólo fué discreto en grado sumo, sino hasta profeta.

POLIPRAGMÓN.—Así que la espinosa causa de Nápoles estuvo algún tiempo tranquila, con gran suerte para la Francia; pero no fué duradera. Mas habiendo subido al trono el rey Carlos VIII, creyó ser la más urgente y hermosa hazaña reconquistar aquel reino por la fuerza de las armas y agregarlo a su ya pujante señorío; reunió un gran ejército y la trepidación de su marcha

hizo temblar a Francia, a Italia, a España.

MINOS.—Me acuerdo de él. ¿Una fierecilla tal, tan pequeña, tan fea, promovía tamaño alboroto? ¡Y tan en breve como había de perecer!

POLIPRAGMÓN.—Eso él no lo sabía ni lo temía. Había llegado al más floreciente de los reinos joven, amado, deseado de los suyos y, especialmente, de la sufrida nobleza, harta de soportar la maldad odiosa de su padre; de dondequiera habíase atraído soldados con su largueza y con la esperanza de un botín opíparo.

TIRESIAS.—Esto se llama verdaderamente reinar: perder el reino tradicional para buscar otro nuevo. Así el pueblo experimenta que tiene rey.

POLIPRAGMÓN.—El Turco, mientras tanto, fuerte por nuestras discordias, campeó más a sus anchas; se apoderó de la parte más hermosa y noble de la Eubea, de Grecia, de Macedonia, de las islas del mar Egeo. Mientras los cristianos se pelean por un puñado de tierra, el Turco les quita un dominio inmenso; mucho proyectan nuestros hombres; mucho se reúnen; pero todo en vano.

TIRESIAS.—Antes que los cristianos entre sí, deliberarán y resolverán acerca de la común salud los lobos y los corderos. ¿Y cómo jamás podía ser de otra manera, si así que se abre la discusión sobre la cosa pública nadie atiende a ella, sino a la suya privada?

POLIPRAGMÓN.—Carlos abrió los Alpes.

TIRESIAS. — ¿Quieres decir que franqueó el camino a las rapiñas, a las matanzas, a la miseria de Francia?

POLIPRAGMÓN.—Pasó a Italia con el más poderoso de los ejércitos; pero lo consumió todo en la empresa; aterroriza a Italia y la urbe, expugna el reino, regresa a Francia, no sin peligro, puesto que tuvo que combatir en la Insubría. ¡Cuánto aparato para tan breve comedia! Pocos días después, aquel reino se escinde de Francia y ese rey muere.

TIRESIAS.—Esta es la moraleja de toda la fábula; y nadie escarmienta en cabeza ajena; nadie se vuelve más cauto.

POLIPRAGMÓN.—Sucédele Luis, que no solamente reclama el derecho sobre Nápoles, sino también sobre Milán.

TIRESIAS.—Sí, como jugador ganoso que dobla la apuesta, empujándose a sí y sus cosas a un más claro peligro.

POLIPRAGMÓN.—El turco Bajazeta (muerto entre nosotros su hermano, es fama que por hierbas, atentado que fué la más trágica de las estupideces) alegróse de ello y empezó a hacer lo que dicen que aquel aldeano enseñó en sus apólogos, que hicieran sus hijos, a saber: quebrar, una tras otra, las varas que formando haz no podían; comenzó a echar mano de cuanta presa deseaba y a detenerse luego y mantenerse quieto, mientras la fortifica y la establece sólidamente en su poder porque no fuera fácil arrebatársela.

MINOS.—Y eso que yo había oído decir que vosotros erais hombres astutos.

POLIPRAGMÓN.—Lo éramos; pero el odio, la sensualidad, las malas pasiones nos han enloquecido. El rey Luis recibe Milán de manos de Luis Sforzia y, prisionero, enséñale a los franceses.

TIRESIAS.—¡Hazaña grande ésa: llevar a un hombre vencido y maniatado a donde te viniere en gana y mostrarle a quien quisieres.

POLIPRAGMÓN.—Puso sus miras en Nápoles y la suerte no le fué con-

traria: tomó a Nápoles; pero así que Fernando, rey de España, vió aquel reino opulentísimo abandonado como una presa fácil en medio de la fortuna de la guerra, envió allá una gran armada, primeramente con el pretexto de socorrer a su hermana y a la hija de ésta, que estaban casadas con los dos monarcas napolitanos Fernando y Fernandito; hubo varios choques. Cuando el francés experimentó que lidiaba con un igual, insinuó la idea de repartirse el botín. Fernando, de momento, no rechazó la propuesta.

Tiresias.—¡Bellaco! Prefirió llevarse la mitad antes que arriesgar el todo.

Polipragmón.—Pero aquellos que en el reino se asocian no guardan fe alguna; los soldados de uno y otro, provocándose con dicterios mutuos, como insolentes que son o por odio de la quietud que no pueden sufrir porque la paz para ellos es como barbecho que no les produce nada, quebrantaron el armisticio y en reñida pelea se combatió por la total posesión de uno solo; campeando al viento las banderas se luchó con grande estrago de uno y otro bando; pero, como el resultado lo demostró, con estrago mayor de los franceses; fueron expulsados del reino; unos pocos que sobrevivieron al choque se acogieron a Milán, que estaba todavía en posesión de los franceses.

Tiresias.—¡Huy, cena pésima pagada muy cara! La guerra es un navío incómodo: obliga al pasajero a vomitar todo cuanto comió.

Minos.—Abrevia, abrevia.

Polipragmón.—No puedo ser más breve; sucedió el Papa Julio II.

Tiresias.—Que fué echar leña al fuego.

Minos.—¿A quién sucedió?

Tiresias.—A Cayo César.

Polipragmón.—Se le ocurrió reivindicar el patrimonio de San Pedro. Así fué que hecho un convenio con los franceses, con los españoles, con los alemanes, invadió el Véneto; los venecianos quedaron harto desplumados. Luego pareció bien limpiar a Italia de las gentes transalpinas, es decir, bárbaras, que éste es el calificativo que les dan; plúgole comenzar la limpieza por los franceses, y para esta empresa abusar de las armas españolas, a quienes harto pronto tocaría su vez.

Tiresias.—Ha sido Francia excomulgada, que es maravilla cómo existe entre ellos algo común.

Polipragmón.—Se luchó en las cercanías de Rávena, en duro y sangriento combate. Vencieron los franceses, pero con quebranto tan grave, que no se pudieron sostener en Italia.

Tiresias.—Así, fué, en efecto, para confirmar el viejo proverbio; *Perecieron los vencidos, lloraron los vencedores.*

Polipragmón.—Con la muerte de Julio, los españoles se escaparon de la guerra que, sin duda, los esperaba, si a aquel decidido defensor del patrimonio de San Pedro le tocara una vida más larga, por favor de San Pedro. A pesar de todo, la guerra, como una herencia, se reservó para su sucesor León. Este, con promesas tentadoras, trató de ganar a los reyes de España y de Inglaterra para la causa de la guerra, en la cual Navarra fué la presa de Fernando, y Jacobo, rey de Escocia, fué muerto en el campo por los ingleses.

Tiresias.—No todos los que persiguen la pieza la cobran; perecen muchos en la demanda y al buen anciano de Fernando era razón que se le diera algún premio de su trabajo.

Polipragmón.—Y así fué que Ju-

lio, así como a los franceses les envió naves abarrotadas de furias y de anatemas, a Fernando le envió indulgencias y bendiciones tantas como pudiera apetecer.

TIRESIAS.—Esto último, para el alma; Navarra, para el cuerpo. Si ambos a dos trabajan es justo que cada uno se lleve su salario.

POLIPRAGMÓN.—De la discordia de los confederados nace la paz; Luis murió, y, poco después, Fernando. A Luis sucedióle Francisco, su yerno, y a Fernando sucedió Carlos, nieto suyo por su hija. Francisco, en el propio comienzo de su reinado, con fuerzas imponentes, se dispone a echar un lazo a aquella Italia que se le huía.

TIRESIAS.—Con fuerzas áureas, pienso yo, de aquellas que más espolean a la fuga.

POLIPRAGMÓN.—En una batalla encarnizada, pero de resultado ambiguo, dirigida por él, toma a Milán.

TIRESIAS.—Pero con tan grandes costas que uno no se acaba de admirar de los recursos ubérrimos de Francia, que segada tantas veces, retoña y reverdece de nuevo, y de una sola sementera produce mieses como un suelo inagotable. Malaventurada Francia, triturada, agotada por tanta guerra, sí, y tan continuada.

MINOS.—Duéleme, por Proserpina, la aflicción de Francia hasta ese extremo. No eres capaz de creer cuán gran número de almas buenas e inocentes vienen a ese tribunal todos los años.

TIRESIAS.—Antójaseme, Minos, que eres *filogálatos* (1).

MINOS.—No tan *filogálatos*, ¡oh Tiresias!, como *filógatos* (2), sean de la nación que fueren.

POLIPRAGMÓN.—Halagábase Francisco con la idea de haber hecho una brillante inauguración de su reinado, luego de añadir a su corona una tan rica extensión de territorio. Así fué que determinó darse una temporada de bien ganado descanso, rehacer sus fuerzas y hacer sus aparejos para alguna nueva guerra. En ese entreacto, muere el emperador Maximiliano; en la elección de nuevo emperador, con intrigas y dinero a caño suelto entre los electores, compiten Carlos y Francisco, como si se disputasen una mercancía, no un reino.

TIRESIAS.—¡Necia competencia! Estas son sus mercaderías; sus negocios son éstos.

POLIPRAGMÓN.—Aventajábase Francisco en la largueza; pero Carlos, en el prestigio, tanto por el de su linaje, del cual habían salido cinco emperadores, uno tras otro, como por el de su nación, porque su línea paterna estaba vinculada en Alemania. Carlos es declarado emperador. Las raíces de esos grandes odios que nacieron atrás, crecieron de manera alarmante entre esos dos mozos, los más lucidos de la cristiandad, iguales en nobleza, en riqueza, en dominio, en poder.

TIRESIAS.—Añade también que felices para consigo y para sus reinos respectivos si supieran poner templanza en su felicidad, contentándose con imperios extensísimos, no adquiridos por el hierro ni la violencia, sino recibidos de sus mayores en herencia de paz.

POLIPRAGMÓN.—Mientras Carlos regresa de España a Alemania para iniciar su reinado, en España se produjeron revueltas del pueblo contra la nobleza y de unas ciudades contra otras.

TIRESIAS.—Aquello fué rabia ciega, no disensión; la plebe no sabía lo que quería, ni por qué había em-

(1) Amador de los franceses.
(2) Amador de los buenos.

puñado las armas, ni por qué luchaba. La nobleza, en cambio, no ignoraba cuál sería el premio de su guerra.

POLIPRAGMÓN.—Asió Francisco esta cómoda oportunidad y envió a España un ejército para apoderarse de Navarra. De ahí nació una guerra que ocasionó a aquella época incalculables daños; Navarra fué ganada por los franceses, y antes de las seis semanas fué perdida por ellos, con sangrientas quiebras, pues los españoles, a vistas del enemigo exterior, volvieron contra él su coraje y sus armas. A Carlos, junto a Valenciennes, poco le faltó para ser capturado o sitiado por lo menos.

TIRESIAS.—Corre peligro el mismo que lo causa, y no hay nadie tan poderoso que pueda estar seguro si tiene un enemigo.

POLIPRAGMÓN.—Adhirióse el inglés al partido del César Carlos y el escocés, al de los franceses. Llegóse a Italia; el Papa se declaró cesariano; Milán fué quitado al francés tras una batalla encarnizada como también Tournai, en Bélgica; y al César se le tomó, en los Pirineos, a Fuenterrabía, que luego fué recuperada. Presionado por todos lados el francés, con toda su potencia echóse sobre los soldados del César que habían puesto sitio a Marsella y habiéndoles echado de allí hacia Italia, persiguiólos con una ligereza suma. Y si los cesarianos, en su retirada, no desplegaran una correlativa celeridad, aprovechando todos los atajos, acorralados y fugitivos, hubieran sufrido un enorme descalabro o lo hubieran causado, quizá reducidos a la desesperación. Trabóse pelea cerca de Ticino, en un espacio cerrado. Allí se infligió una colosal derrota a los franceses y a los soldados helvéticos, parte de los cuales se ahogaron en el río, mientras fiaban su salvación a la huída. *El rey, con su estado mayor de nobles, cayó en poder de los soldados del César.*

TIRESIAS.—Quien llama a sí a Marte, que es una perra rabiosa, no puede evitar las mordeduras, y los hay quienes, corriendo, se apresuran a sus propios males.

MINOS.—Y en estos momentos, ¿qué hace el Turco? ¿Duerme o no duerme?

POLIPRAGMÓN.—De ninguna manera. Su nuevo príncipe, para nuestra mayor ignominia, sojuzgó a la isla de Rodas y a Belgrado, que es la puerta de Hungría y de la cristiandad, plazas ambas que fueron inexpugnables para sus mayores.

MINOS.—¿Qué es aquesto? ¿Habéis perdido a Rodas?

TIRESIAS.—¡Qué olvidadizo eres, Minos! ¿No te acuerdas hace tres años cuán gran número de almas llegaban a nuestro tribunal, en bandadas de miles, heridas las unas, enfermas las otras, bien señaladas con cruces blancas, bien con tatuajes bárbaros?

MINOS.—Sí, me acuerdo. ¿De allí venían?

TIRESIAS.—De allí.

MINOS.—Pero ¿es que tanto se aproximó?

TIRESIAS.—Demasiado lejos a ellos les parece.

POLIPRAGMÓN.—Francisco es conducido a España a presencia del César; allí conciertan entre sí la paz. Pero mientras tanto, plugo al Pontífice y a los venecianos, bien realizar el ideal del Papa Julio, que fué de librar a Italia de la dominación extranjera, bien impedir que el poderío de César, siempre de ellos temido, se afianzase en Italia y tomase bríos; conjuran a las ciudades de Italia a que se unan en una Liga, que apellidaron Santa.

TIRESIAS.—Hicieron bien: el nombre y el agüero no tienen precio.

POLIPRAGMÓN.—Francisco es enviado a Francia, dejando en rehenes a sus dos hijos pequeños, que debía recobrar tan pronto como cumpliese lo convenido entre él y el César; pero el rey, solicitado por los italianos, ingresó en la Liga Santa.

TIRESIAS.—Pensó que valía la pena mirar a ver cómo terminaba el juego.

POLIPRAGMÓN.—Por eso difirió el cumplimiento de la promesa; las condiciones de paz, parecen a los cesarianos las más justas; a los franceses se les antojan el más inicuo abuso de poder.

TIRESIAS.—Así acostumbraban hacer mis hijos en sus juegos: ninguno de ellos hacía injuria; la recibía siempre.

POLIPRAGMÓN.—Los italianos dicen que Italia no puede tolerar ni un día más la grave y acerba insolencia del soldado español.

TIRESIAS.—¡Oh, qué linaje de hombres! Por la fe de los dioses! Nombraste al soldado español. Hay que decir previamente que todos los soldados son enojadizos, altaneros y el colmo del descomedimiento. ¿Qué soldado puede sufrirlo su propio padre? El soldado español a ningún otro cede en bellaquería, en descaro, en atrocidad de palabra y de obra, no sé si por una tan continuada serie de victorias. Por ello, yo no dudo que se portaron violenta y desapoderadamente, y que perpetraron hazañas copiosas feas y abominables, en especial cuando se les difería la soldada y a la postre, muy a duras penas, les era satisfecha, porque no había de dónde, y ellos harto lo veían. Esos abusos cométenlos ellos no con mucha desgana, viéndose obligados a cobrar de los vencidos y aun, algunas veces, de los aliados. Por todas estas causas, concitaron en Italia y en algunas otras naciones un odio feroz contra su príncipe y contra todo nombre español. Aun cuando militan bajo mandos españoles ciertos italianos que contra sus propios paisanos cometen atrocidades mayores que cualquier soldado de España, también a éstos se los llama españoles, porque españolas son las banderas que sirven y español su capitán. Pero yo no puedo decidir si están harto justificadas las quejas de los italianos que movieron guerra en la sazón más inoportuna. Por otra parte, en todo tiempo el vencedor es visto con malos ojos; y esta antipatía les es común con todas las demás provincias, que, vencidas y sojuzgadas, son regidas por un mando ajeno, como afirmó Marco Tulio en su defensa de Flaco.

POLIPRAGMÓN.—El Turco, ese mes, pasó el Danubio con un potente ejército, invadió a Hungría y, en batalla campal, derrotó a los nuestros y entre ellos a su rey, todavía en su verde muchachez, no sin grande matanza de turcos, pues los bohemios y los restantes alemanes defendieron encarnizadamente el lugar que ocuparon al comienzo de la batalla; pero la enorme superioridad numérica del enemigo los aplastó, y la huída de algunos elementos que flaquearon abrió una brecha en sus filas, las desbarató y las ofreció a los alfanjes hostiles. Después de esto, el Turco, derramado por Hungría, saqueó, pasó a fuego y sangre las ciudades, robó los ganados y sembró matanza y estrago dondequiera. Cometiéronse muchas fealdades, muchos horrores. Lúchase en la actualidad con gran encarnizamiento entre cesarianos y confederados por la posesión de la Insubría, y pésame de verdad de que

no me haya tocado una vida más larga para ver el desenlace de ese drama tan truculento y tan doloroso.

TIRESIAS.—Deseo errado, Polipragmón; deseábaste una vida demasiado larga; no vendrá tan en breve el fin de esa retahila de calamidades, pues se me antoja que los negocios del mundo cristiano andan enredados como en un lío inextricable, si Dios, con su sabiduría y su bondad, no acude a socorrer tanta tribulación y a impedir tanto colapso y a detener en el aire tanta ruina.

MINOS.—Asaz bien cumpliste tu cometido, Polipragmón; me has explicado el porqué de esa tan copiosa lluvia de almas; con imparcialidad y método hiciste la enumeración de tantos pillajes. ¿Qué son sino pillajes y latrocinio puro las guerras entre cristianos? Locuras son, que no guerras. Dime: después de tanto gasto, tantos azares, tantos peligros, ¿qué parte de las contendientes se hizo más rica o de mejor condición?

POLIPRAGMÓN.—¡Oh Minos! Los unos y los otros y los que con ellos se asociaron están todos exhaustos, sus reinos pillados, su nobleza quebrantada y escindida, igualadas con el suelo ciudades otrora florecientes, las tierras esquilmadas y hechas campos de soledad. Esto fué lo que se buscó con tantos trabajos y con tantos males infligidos y recibidos, de una parte y de otra.

MINOS.—¿Qué cosa hay más semejante a la locura?

TIRESIAS.—La locura, si una cosa puede ser semejante a sí misma. ¿No oíste nunca aquel verso que dice cómo en el poema de Homero, que canta de qué manera por el amor de Paris Grecia contendió en duelo prolijo con una gente bárbara, *está contenido el estúpido furor de los reyes y de los pueblos*?

MINOS.—Vaya si lo oí; y muchas veces.

TIRESIAS.—Pero ahora lo oyes más gráficamente.

MINOS.—¿Pero todo ello será verdad, Tiresias?

TIRESIAS.—Es verdad pura, ahogada en sangre. *¡Ay, cuánto pudo realizarse por tierra y por mar con tanta sangre como bebieron las diestras, armadas en guerra civil!* No solamente abolir el poder del Turco, sino también sojuzgar toda cuanta tierra y toda cuanta agua se dilatan entre el sol que nace y el sol que va a la puesta.

MINOS.—Por todo esto que veo, yesca y nodriza de todas las guerras es Italia. Allí tuvieron su origen esas guerras entre vosotros, y todas las de esos tiempos fueron atizadas y reencendidas por aquellos hombres; Italia, en su mayor parte, ha sido su teatro. ¿Por qué no se hace a los italianos la donación exclusiva de las guerras y les dejan usufructuar propiedad tan perniciosa para quien la posee?

TIRESIAS.—Ninguna otra cosa fuera más conveniente para España y Francia, ¡oh Minos! Ojalá los transalpinos llegaran a esa determinación. Esos dos reinos, o, mejor, la cristiandad toda viviría tranquila, risueña, floreciente de población y riqueza; sería amiga entre sí. Entonces fueran más firmes los recursos del orbe cristiano, su fuerza toda, todo su poderío militar infundirían miedo en el Turco; pero, aparte de que les parece un premio digno de la guerra y de la victoria, los mismos italianos que quisieran ver expulsados a los extranjeros, que en esta empresa hubieran puesto su esfuerzo, que hubieran empuñado las armas y combatido a pie

firme, una vez que Italia estuviese desalojada de extranjeros, esos xenófobos de italianos, al día siguiente, no tendrían más remedio que pasar los Alpes y llamar a algún español o francés que los gobernase.

MINOS.—¿Es que acaso no sabrían gobernarse a sí mismos?

TIRESIAS.—Sabrían; sí, sabrían gobernarse a sí mismos y a los otros. Tienen ingenio, tienen consejo, prudencia, práctica y experiencia de la vida, y ni en fuerza ni en armas van a la zaga de nadie; pero el espíritu de facción los ha partido en mil pedazos y se acosan los unos a los otros con odios increíbles. Esta discordia arruinó y arrancó de cuajo ciudades e imperios establecidos muy sólidamente. Así es que, mientras se les dé ocasión de desfogar su saña, aceptarían por príncipe y dueño a cualquier perro, cuanto más a cualquier hombre. Prefieren ser esclavos de un español, de un francés, de un alemán, que prestar acatamiento a un conciudadano suyo. Sabiamente cantó uno de sus poetas: *Así es; hados acerbos se encarnizan en los romanos y la maldad del fratricidio desde los días en que, fatal a sus descendientes, la inocente sangre de Remo se derramó sobre la tierra* (1).

POLIPRAGMÓN. — A ese enconado pleito de Italia añadiéronse otros dos: el de Borgoña, que Luis XI quitó a María, hija de Carlos, y que Carlos, como herencia suya, reclama con las armas en la mano, que éste es el único derecho de los poderosos, y el de Navarra, que, adjudicada al francés por derecho de conquista, fué tomada por Fernando de Aragón.

MINOS.—¿Qué serán los reinos para un Papa, que los quite a quien se le antoje y los entregue a quien le dé la gana?

POLIPRAGMÓN.—El derecho dicen que es del Papa; pero la posesión efectiva es de la espada y de la fuerza.

MINOS.—Esas quisiera para mí.

POLIPRAGMÓN.—Así es; pero el derecho pontificio cede ante ellas. Por lo de Navarra, menos mal, porque el que lo perdió no es rico; ni lo de Borgoña tampoco es grave, porque los borgoñones no ambicionan ni solicitan menos príncipes a que vayan a ellos, prometiéndoles el oro y el moro.

MINOS.—Es menester que sea Italia el fácil incentivo de todas las codicias y la que, como de Helena se dice, harto merece que tantas naciones vengan a las manos en sañuda guerra.

POLIPRAGMÓN.—Es una región de suma amenidad y de suelo ubérrimo, harto poblada, con muchas villas y ciudades, tal como la describió Virgilio. Pienso que habrás leído al poeta Virgilio, aun cuando sea latino. Pero Italia sólo rinde utilidad a quienes la poseen en paz y sin litigio alguno, como Sicilia en otros tiempos fué poseída por los reyes de Aragón, porque a los otros no solamente las rentas anuales no les bastan para el mantenimiento de las tropas, sino que han de poner mucho de lo suyo. Yo oí decir a quienes creían estar perfectamente enterados que el fisco del rey don Fernando jamás percibió ingreso alguno de sus dominios de Nápoles; al contrario, que acostumbraba enviar allá, para sostener los gastos militares, parte de las rentas de Castilla. Séate ello demostración de que desde el punto y hora que Francia y España intervinieron en los negocios de Italia, están agotadas y en situación de bancarrota. Italia no

(1) HORACIO, épodo VII.

se empobreció en un céntimo, si no fué por las devastaciones que produjo la furia militar.

MINOS.—Pues ¿y qué?

TIRESIAS.—Boba condición la de un nombre sin efectividad.

MINOS.—Pero dime, Tiresias, qué remedio piensas que debe aplicarse a tamaños males.

TIRESIAS.—¿De qué sirven las consultas, si ellas no han de llevar a la práctica los buenos consejos? Tan obcecado anda cada cual, arrebatado por su pasión, que es el peor de los consejeros.

MINOS.—Pero ¿qué inconveniente hay en que tú, brevemente, expongas tu parecer antes que el tribunal se llene de sombras, en espera de la sentencia?

TIRESIAS.—No sé qué pueda esperarse, ¡oh Minos!, en discordia tan brava y encarnizada, en la cual, cada uno, descuidado de sí, quisiera el aniquilamiento del vecino. Piensa cada uno que no solamente estará seguro e incólume, sino también engrandecido y enriquecido si a su vecino le va lo más malamente posible. Si arde la casa del vecino, la casa vecina no es la más segura, precisamente. Vecino pésimo tendrá quien tuviere la vecindad del Turco. Lobos prefiriera yo o la cercanía de una laguna pestilente.

POLIPRAGMÓN.—Allá arriba circula el rumor, que parece autorizado, según el cual el Turco fué introducido en Hungría por quienes menos debían y de quienes nadie lo hubiera temido jamás.

TIRESIAS.—Yo tengo mis temores que no se hayan acarreado una mala y muy crecida peste, ellos y todos los que no se opusieron a su avance con todas sus fuerzas.

MINOS.—Pero ¿qué suerte de alianza pudo cuajar entre ellos? ¿Por qué divinidades juraron si la religión y el culto divino los distancian tanto? ¿Quién dió seguridades al Turco en nombre de la Cristiandad de que una vez entrado en Hungría no se unirían todos contra él y con las armas en el puño correrían a su destrucción como a la extinción de un incendio?

TIRESIAS.—No era menester ningún juramento. El provecho inmediato y tangible vale por la más estrecha alianza y es el vínculo de la coalición. Las profundas e irreconciliables divergencias entre los cristianos son para el Turco suficiente garantía de total seguridad. ¿Por qué, con mejor acuerdo, no preguntas tú qué garantía les dió el Turco de que no irá a invadir a aquellos que le llamaron a Europa? Esto debieron ellos precaver, principalmente por haber ellos dado no pocos antecedentes contra aquellos mismos que alevemente les entregaron pueblos y ciudades.

MINOS.—Forzosamente tienen que profesarse un odio capital los que no acaban nunca de poner a la guerra ni término ni moderación. No hay pacto suficientemente jurado ni ratificado, ni que tenga firmeza alguna; no hay paz valedera ni tregua posible; todo lo hecho está por hacer; lo que parece estar consolidado se tambalea y amenaza ruina.

TIRESIAS.—Peor es, si consideras el modo con que se hacen guerra, no con espada, ni lanza, ni ballesta, de forma que una herida, cuando es mortal, mata a un solo hombre. Han hallado un arma nueva, cuyo estampido produce estruendo mayor que Júpiter cuando truena; uno solo de sus disparos derriba hombres, de veinte en veinte, de cuarenta en cuarenta, de ciento en ciento.

ESCIPIÓN.—¡Dioses inmortales!, ¿qué rabia es ésta? ¿No hay ya lu-

gar, no hay ya honor para los héroes?

Tiresias.—A los héroes quien los hace es la casualidad si sobreviven a muchas batallas; no su animoso pecho ni su fortaleza física.

Escipión.—Recuerdo haber oído decir allá en Grecia que un cierto lacedemonio, hombre de armas tomar, habiendo visto un escorpión, máquina guerrera para lanzar piedras, recién traído de Sicilia, exclamó: *Está hecho del valor del hombre*. ¿Qué iba a exclamar ahora si viera las bombardas?

Tiresias.—¿Qué iba a exclamar? *Está hecho del sentimiento de humanidad*, pues que de hombres degeneraron en bestias bravas. Y es de saber que los cristianos en ninguna guerra se apresuran tanto a utilizar este invento infernal como para la destrucción de cristianos. Los turcos apelaron a este recurso de mala gana y por fuerza, no fuese que los cristianos los vencieran fácilmente si ellos no tenían tales armas en sus campamentos.

Escipión.—Yo no acabo de maravillarme de que se profesen tan corajuda animosidad, y que bajo la inminente amenaza del enemigo exterior no se aúnen y apiñen para la defensa de la salud común, como hacen los perros a la vista del lobo o de cualquier otra fiera. Esta solidaridad es lo que siempre vi y leí y oí que acostumbraba formarse en cada ciudad amenazada. De ahí nació aquel *Sincretismo*, vocablo griego que fué muy recibido y celebrado. Muchos son los ejemplos que tenemos en nuestra ciudad y muchos en Grecia; y aun esos casos recientes registrados en España, que Polipragmón nos refirió, de aquellas colectividades y de aquellos individuos que deponían temporalmente sus antagonismos bajo la presión de un miedo externo, desvanecido el cual reincidían en sus diferencias anteriores. No en balde se dice que la desgracia une a los hombres y que no hay amigos más verdaderos que los que tienen un enemigo común.

Tiresias.—Usan de esta treta, pero contra el cristiano. Mas, para concertar la paz entre sí contra el enemigo de la religión y de Cristo, no hay razón suficientemente eficaz y válida; no la consideración debida a un príncipe cristiano que, por ventura, sea su consanguíneo, puesto que casi todos los príncipes están unidos entre sí por consanguinidades o por afinidades; prefieren ver su dominio bajo el Turco a verlo bajo el pariente; más quisieran la propia ocupación por el Turco que por el cristiano, lo que inevitablemente sucederá si siguen por ese camino. ¡Cuánta locura! Con un cristiano siempre habrá ocasión de tratar mediante legaciones, conferencias, amigos comunes, ruegos, súplicas. Del Turco no van a alcanzar cosa equitativa y buena. Ninguna impresión les hace la religión, el respeto de los pueblos o el de Dios. ¿No vivirán mejor los pueblos bajo un príncipe cristiano que bajo el Turco? ¡Cómo va a enfriarse la piedad bajo un rey enemigo declarado de la piedad! Asistí un día, en los Campos Elíseos, a una asamblea en la que Lucano contaba muchas cosas a unos camaradas suyos de la guerra civil pompeyana. ¡Cómo se veía que conocía al dedillo la historia de aquellos tiempos! Decía, entre otras cosas, que un tal Léntulo, varón de gran espíritu de aquella vieja nobleza romana, después de la batalla farsálica, en que el poderío de Pompeyo fué arrollado por César, había dicho: *Este es el único consuelo que le queda a la ciudad de*

Roma tras las grandes calamidades de esta guerra: el de servir a un ciudadano suyo, a saber: Julio César. Así también para Europa, mientras no la amenaza peligro alguno de la parte del Turco, su consuelo único será que, venza quien venciere, será cristiano. Pero si quien vence es el Turco, ¿qué alivio le queda o qué esperanza de bien para lo venidero? Esto es lo que esperan, alegres y confiados. Se desentienden del enemigo común, y se enzarzan en luchas recíprocas. Grande es mi recelo de que en Italia, en la actualidad lo que exclusivamente se debate es *de quiénes tomará a Italia el Turco, de las huestes del César o de la Liga Santa.* Cada uno piensa que el salvo será él, pero a solas. Como si el Turco, luego de haber vencido a los otros, fuera a consentir que reinase aquél solo, y no bajo sus órdenes. En balde aviso y vocifero. Este incendio, invadiendo poco a poco lo que le está cerca, llegará a cebarse en lo que está lejos. Pero los hombres de allá arriba tienen otras atenciones y no oyen lo que les gritamos desde estas mansiones soterrañas.

Basilio. — ¿Puedo decir, Minos, unas pocas palabras?

Minos.—Dilas, si son cuerdas.

Basilio.—Son dictadas por la misma cordura y la prudencia misma. ¿No entiendes, Tiresias, que si un príncipe o un pueblo se alían con el Turco, que a este príncipe se le darán las más sólidas garantías juradas de que *los intereses de los amigos van a quedar en salvo*?

Tiresias.—Mucha es la autoridad que das a un juramento ajeno, tú, que soliste darla tan menguada al tuyo. Yo querría que de ti mismo tomases conjetura de los otros.

Basilio.—Con tu venia, Tiresias, sea dicho; das a entender que tú, aun cuando dejes que se diga que reinaste en Tebas, jamás saliste de las cabañas ni viste los palacios de los reyes, si a mí me equiparas a los príncipes.

Tiresias.—¿Es que, por ventura, no estás tan obligado tú a hacer lo que juraste como los príncipes mismos? Pero puesto caso que tú te conceptúas hombre y a ellos dioses, o a ellos hombres y a ti bestia, dime, por favor: ¿Qué paz, qué alianza, qué fe dada en público o en privado, en este tiempo que corremos, fué acatada y firme? Si el cristiano no observa lo que juró al cristiano, ¿observará el Turco lo que al cristiano prometió? Si ya no es que crees que el Turco practica más religiosamente los sueños de Mahoma que vosotros la santa religión de Dios, verdadero e inmortal, especialmente sabiendo vosotros, como sabéis, ser cosa nefanda romper la fe jurada, mientras que él, al revés, cree que le está permitido engañaros, dañar y aun suprimir a los enemigos de su religión y que así se lo imponen sus libros sagrados. Y no son pocos, a la verdad, los casos ocurridos en Constantinopla, Trebisonda, Hungría, Eubea, que demuestran que no les importa un bledo la fe, el juramento, su dios, la misericordia, la Humanidad.

Minos.—Muy vivo es, Basilio, el deseo que tengo de oír de boca tuya cuál es, en definitiva, la causa que empuja a los príncipes cristianos a guerras tan continuas y tan grandes.

Basilio.—Son muchas y graves.

Tiresias.—Yo no las veo.

Basilio.—No es raro, porque eres ciego.

Tiresias.—No obstante, ahora ves que tengo más ojos que tú.

Basilio.—Aquí tú eres un lince, y eres orejudo y encima eres lengua-

raz; mas de lo de arriba no se te alcanza cosa.

TIRESIAS.—Y tú los veías de tal modo que nunca parabas en ello mientes.

BASILIO.—Repara, Tiresias, que no quiero que pienses que fué dicho sin enojo que tú te permites donaires villanescos sobre las guerras de los príncipes y te burlas de cosas extraordinariamente serias.

TIRESIAS.—Muy al revés, Basilio. Yo pienso que todos los príncipes merecen respeto y que hay que prestarles obediencia, según cuales fueren, y que a los príncipes buenos se les debe acatamiento y ayuda decidida. Pero ¿qué piensas que he de hacer, ¡oh Basilio!, espejo de la cortesía y el más lisonjero de los cortesanos, calificativo que no te desplace? ¿Pretendes que yo oiga con seriedad simplezas pueriles, que admire necedades y locuras y que apruebe crueldades? ¿Qué es eso de enojarte con un hombre? Es una desacostumbrada novedad en ti, que aun para aquellos a quienes odiabas eras blando. Que tienes estómago, no lo puedo negar; pues en gracia suya cometiste indignidades y las sufriste, y las dijiste, y las oíste. Pero saca, en fin, de este tu doctrinal del perfecto cortesano las recónditas y admirables razones y causas de la pugnacidad principesca.

BASILIO.—Primera razón: la de evitar el ocio. Dime, por favor: ¿qué va a hacer un príncipe muchacho con una nobleza moza? ¿Jugarán a los dados, se estarán en casa quietecitos, beberán, bailarán, folgarán con mujeres? ¿Es ésa la cortesanía que quieres que practiquen los príncipes jóvenes? Precisamente por no practicarla, buscan el más hermoso de los derivativos: la guerra.

TIRESIAS.—Habéis oído una razón *mídica*. Como si no hubiera una tercera cosa y no hubiere más opción que ese dilema: o hacer aquello o hacer la guerra. ¿Por qué no toman parte en los consejos? ¿Por qué no oyen a las personas prudentes? ¿Por qué no practican los preceptos de la sabiduría? ¿Por qué no piensan en los medios de gobernar pacífica y felizmente las ciudades y los reinos cuya tutela asumieron? De la guerra nacen las matanzas, las rapiñas, los incendios y, por la impunidad que los escuda, origínanse las maldades todas. En la paz, en cambio, florecen y cobran pujanza todas las artes buenas. Esta es la misión de los príncipes; ésta, la de la nobleza, útil a los pueblos y a las naciones y agradable a Dios. Esto es lo que yo sé, pagano que soy; ¿y tú lo ignoras, cristiano?

BASILIO.—¿Eso es cristiano? ¿Oyes, Tiresias?

TIRESIAS.—Uso con esas fieras de las palabras de los Libros sagrados o de la autoridad de Cristo. ¿Entiendes cómo ellos se mueven por intereses materiales inmediatos y no por reverencia alguna de Dios o respeto de la virtud y de la honestidad.

MINOS.—Ahora ya no me admiro de que los haya entre vosotros que no abominen del Turco, puesto que siendo cristianos de nombre, en espíritu y en pensamiento estáis tan alejados de Cristo, que no os avergonzáis de decir tales cosas dictadas por la desatinada pasión, y aun delante de mi tribunal. Aguarda el término del coloquio y verás cuánta importancia tiene este doctrinal cristiano y cuánto convino ajustar a él la vida.

TIRESIAS.—No es nada, Minos; lo mío es aldeano; lo de éste es cortesano y rociado de sal fina.

BASILIO.—Con tu venia, Minos, di-

go que Cristo no quita que los príncipes sean príncipes, y los nobles, nobles.

TIRESIAS.—Quiere Cristo, en verdad, que el príncipe sea príncipe, pero no hombre malo; que los nobles sean nobles, pero no impíos, como tú, que tal palabra profesriste.

MINOS.—Di otras causas, si las sabes.

BASILIO.—¿Qué quieres que diga, malaventurado de mí? No puedo por un exceso de tristeza, intimidado por tus amenazas y por un tan grande prejuicio del juez.

MINOS.—Se te permitirá la defensa; mientras tanto, sigamos; despáchate a tu gusto, en obsequio mío, porque más claramente conozcas tu desatino.

BASILIO.—Oirás, Minos, mi defensa, que Tiresias no podrá refutar, inspirada no por mi demencia, como tú quieres, sino de determinados ancianos que los príncipes tienen en sus consejos y a quienes respetan sumamente por la autoridad de su sabiduría: con la guerra se gana gloria, y no solamente conserva, sino que aun ensancha las fronteras del Imperio. A los príncipes se les inculca que se miren en el espejo de sus mayores; cuánta fué su nombradía y qué gloria imperecedera se granjearon los que dejaron su dominio más acrecido de lo que lo recibieron, y cuán innobles y ruines fueron los que lo dejaron más achicado. En confirmación y estímulos, se les repiten los grandes nombres, consagrados por la antigüedad: los Alejandros, los Julios, los Pompeyos y el tuyo también, Escipión, que entre otros eres también nombrado, y si tuviere algún derecho, tanto mayor debe ser el esfuerzo que ponga en recuperar lo suyo. ¿Tienes, Tiresias, alguna cavilación que oponer a esas recias verdades?

TIRESIAS.—He de oponerte que se lee en los Libros sagrados: *De los ancianos salió la iniquidad.* Aun cuando yo no creo que todos los ancianos aconsejen de la misma manera, sino solamente aquellos a quienes la guerra reporta lucro o aquellos otros de quienes se dice con razón que son dos veces niños. Todos éstos, tus Alejandros, tus Julios, tus Filipos y tus Pompeyos, son unos bravos ladrones; verdad ésta que los gentiles ni ignoramos ni callamos. ¡Cuánto más cuerdo no fuera pensar en el medio de administrar bien lo adquirido que en hacer aparejos para procurar lo nuevo. Dícese que César Augusto, leyendo las proezas de Alejandro Magno en Oriente, maravillado, exclamó que no consultó Alejandro consigo mismo la manera de conservar y administrar sus conquistas, sino sólo la razón y el modo de acrecentarlas con otras nuevas. Escipión, sobrino de ese otro Escipión, siendo censor, no quiso en un himno litúrgico, como era de rito, elevar al Cielo esta plegaria: *Aumentad, ¡oh dioses!, la República,* sino: *Conservadla. Harto grande la tenemos*—dijo—*si la conservamos tal cual es.* Y allende de esto: ¿Qué gloria es aumentarla con tanto estrago? Con harta frecuencia, a un mozo tan ayuno en el arte de gobernar que no regiría a satisfacción una casa mediana, no le basta un reino y se esfuerza por añadirle otro, no por administrarlo, sino por poseerlo, cuando debería ceder a otros parte del suyo si tuviera un poco de seso para comprender qué pesadumbre es la que sostiene en sus flacos hombros. Todos estos derechos antiguos, ¿qué otra cosa son sino raíces vivaces de donde reto-

ñan otras guerras, si la raíz central no muere ahogada en el olvido? ¡Oh, cuán caro les cuesta a los reyes y a los pueblos! Dos reinos, a fe mía, de la extensión de aquel que se pretende con las armas en la mano, pudieran comprarse con los gastos que su conquista ocasiona. Prescindiendo de las pérdidas humanas sufridas en el ruinoso empeño, ¡cuántas ciudades destruídas, cuántos y cuán opimos campos asolados! Si tú no te negares a reinar a expensas de tantas tribulaciones, no me extraño que sean tales tus sentimientos acerca de Cristo y no discuto la vanidad de unos derechos que se fundan no sé en qué títulos caducados.

Escipión.—¡Oh, si volviesen ahora a la vida aquellos romanos y reclamasen para sí la redondez del orbe, desde Gades hasta los ríos Eufrates y Tigris, *per fecialem et patrem patratum*.

Basilio.—Es distinto el caso vuestro, que lo que ganasteis con las armas en la mano lo perdisteis con las armas en la mano.

Escipión.—¡Como si éste fuera en los tiempos que corremos el derecho de todos los dominios y de todos los reinos! Pero quiero yo decir unas pocas palabras acerca de la guerra, yo, que desde niño fuí criado y crecí en medio de las armas y casi nací en el propio campamento, y que aprendí a guerrear yo solo. Hablaré de aquellas regiones en que hice campañas, hablaré de Asia, adonde marché en calidad de legado de Lucio, mi hermano, pero en realidad con atribuciones de general en jefe. Si los príncipes de Europa, ciegos de odio mutuo, enloquecidos de discordia, quisieran volver contra el Turco las armas cristianas, conseguirían de sobra lo que apetecen; y no se ejercitarían menos sino más a gusto, luchando contra hombres muy otros, muy distanciados geográficamente, enemigos enconados de su religión y de su nombre; y se harían la ilusión de irles a los alcances, como en una partida de caza a una fiera montés. El ejército recogería más suculenta presa y más ricos estipendios del ancho señorío turco y del Asia opulenta, y tuvieran los príncipes ocasión de dilatar su Imperio en espacios tan anchurosos de tierras y de mares. Si hubiere entre ellos alguno codicioso de oro y de riquezas, a ése le mostrara yo los opíparos despojos de Grecia, Tracia, Macedonia, Ponto, Misia, Hungría, Egipto, Siria y, en una palabra, de todas las naciones que el Turco venció en éxitos tan continuados, además de las opulencias del Asia, fabulosas, increíbles. ¿Queréis oír cuántas sean? No más que con ellas manteníanse los gigantescos ejércitos de nuestra ciudad. Si no me creéis a mí, aduciré el testimonio de Cicerón, hombre harto conocido de vosotros; no le alcancé a ver allá arriba entre los vivientes, pero aquí nos conocemos todos. Mas aquí todo el mundo quiere un mando, quiere un señorío, quiere un reino: a eso mira, eso apetece. ¿Qué locura es ésta, la de lidiar durante doscientos, trescientos años por diez o doce mil pasos de tierra más o menos? Causan daños atroces y los reciben, y a la postre, agotados, perdidos, tienen que concertar la paz. Ninguno hay que en poco tiempo no pudiera ganarse un reino mayor y más rico en Grecia y en Asia que el que fué causa de la guerra, con la seguridad de que no fácilmente se avendría al trueque de lo nuevo por lo viejo. En Imperio tan espacioso y tan descomunal como es el del Turco habría bastante para todos, podrían tomar a brazadas. En la razón de la gue-

rra, ¿quién se detiene? Yo voy a explicarla, no solamente por lo que nosotros allí hicimos, sino por lo que he visto, he oído, he leído. El Turco tiene en Asia sus riquezas nativas: el Asia Menor, contenida entre el Euxino, la Propontide, el Helesponto hasta el golfo Isico, y hacia el Oriente, poco menos que por el monte Tauro. No corto en carne viva. Añadiéronse con la victoria del padre el Egipto y la Siria, echado de allí el Sultán. En Europa, desde la Tracia a Constantinopla, que es su capital de ahora, como fué la de sus mayores Prusia de Bitinia, se extiende hasta el Danubio y Hungría, el mar Adriático, el Jonio, el Egeo, provincias que ha unos momentos nos mencionaba Polipragmón. Todo su poderío militar le viene de Misia, Tracia, Grecia, Macedonia y aquellas regiones habitadas de cristianos; quítales los hijos pequeños, los obliga a renegar de Cristo y avézales a la milicia. A la principal de sus fuerzas llámala *mamelucos*. Estos, mal de su grado y coaccionados, sirven a un tirano odiosísimo, trasplantados a una superstición ajena de la religión y piedad de sus padres y de aquella en que ellos fueron iniciados e imbuídos desde su temprana infancia.

Estos, pues, si no los cohibiera el miedo del poder, ¿quién cree que ellos iban a hacer lo que ahora hacen con desagrado y repugnancia? La misma Grecia y las regiones cristianas no solamente agobiadas por la tiranía, sino, lo que es más insufrible aún, despojadas de sus hijos para la impiedad, no esperan más que un ejército que lleve el nombre de cristiano para sacudirse el yugo, cosa que ellas no se atreven a acometer sin alguna esperanza de vuestras armas. Ni aun cuando se atrevieran podrían hacerlo, pues al primer síntoma de revuelta, con las guarniciones que el Turco sembró por ciudades y fortalezas, los cristianos, antes que pudieran empuñar las armas y organizarse en grupos, sucumbirían a sus manos; tarea vuestra es la de debilitar, la de quebrantar la potencia de estas guarniciones. Los mamelucos, desaladamente, volarían a su patria, a sus padres, a sus abuelos, a sus hermanos, a sus hermanas, a los cristianos, en suma. Pero yo admito que no vuelvan; defiendan enhorabuena, luchen por el déspota que los tiraniza; exclúyasele del trato con las naciones cristianas; mengüénsele toda clase de abastecimientos de Europa, donde él no ignora que está como en territorio ajeno, sosteniéndose y apoyándose en el miedo y la apatía de sus gentes y por las mutuas discordias en que andan metidos los príncipes cristianos. Al primer movimiento de guerra que les declaréis no se fiarían ya de Europa, como que son extranjeros en ella y enemigos suyos naturales, por el convencimiento que tienen de que contra su voluntad los mantienen oprimidos bajo su tiránica hegemonía.

No le quedará más remedio que acogerse al Asia, a la fuente y al origen de sus riquezas, de su señorío, de su reino, de su Imperio ancestral. Váyase allá enhorabuena; la guerra trasladárase allí. En ningún tiempo la Europa entró en el Asia, sin que la tomase y la poseyese. Nunca el Asia se derramó sobre la Europa, sin que fuese expulsada con algún desastre histórico. Testimonio de eso que digo son Milcíades, el campo de Maratón, Temístocles en Salamina, L. Sila en Queronea, en cuyas batallas unos pocos miles de europeos cruzaron sus armas, no ya con muchos miles

de asiáticos, sino con muchas centenas de miles. Y pasando al Asia, por no mentar aquella guerra famosísima de los griegos con Príamo y con los troyanos, el pueblo de Atenas tuvo en la orilla asiática doce colonias, ciudades insignes, las primeras de Asia sin duda, bien por su densa población, bien por su riqueza y su pujanza. Los galos poseyeron aquella parte que aún ahora, de su propio nombre, conserva el nombre de Galacia. Alejandro, en pocos años, y con treinta mil soldados, subyugó el Asia toda, no sólo la que actualmente detenta el Turco, sino la que frisa con la India y el Océano, que se halla entre aquellas tierras. Mi hermano, en una sola batalla, llegó hasta el Tauro, y con ello se ganó el cognombre de *Asiático*. Cneo Pompeyo, en tiempo muy breve, llegó hasta el Eufrates y el Septentrión, naciones salvajes, bravas, cuyos nombres solos denuncian su barbarie. César, el dictador, en tres horas venció a Farnaces, hijo de Mitrídates. De ahí que pudo escribir en su triunfo esta lacónica leyenda: *Llegué, vi, vencí.*

Omitiré a Ventidio Baso, a Tiberio Claudio, a Trajano y a muchos otros que en Asia llevaron a cabo hazañas gloriosas con tanta facilidad como felicidad. Avergonzarse debieran los hombres de nuestros días de que precisamente en los suyos aconteciera lo que, de memoria de hombres, jamás se oyó decir: sonido de grandes y temerosos nombres y tropel de ejércitos numerosos asordan nuestros oídos: jonios, paflagones, cílices, pónticos, fenicios, sirios, egipcios; todo género de gente armada: hipotoxotas, peones, caballería ligera, catafractos; armadas gigantescas que no caben en puerto y debajo de cuyas velas desaparece la mar; abundancia increíble de oro y de plata. Todo esto hiperbólicamente se atribuyó a Antíoco, rey de la misma tierra; y de todo esto aumentado se alardeó en el Egeo, en la Acaya, cuando allí se reunió asamblea de muchas naciones. Donoso resultó que a tan grandilocuente oración, que Tito Livio registró en su historia, T. Quincio respondiera: «El rey hace alarde jactancioso de las nubes de sus jinetes y de sus infantes y abarrota el mar con sus armadas.» Esta bravuconada se parece muy mucho a la cena de un cierto Calcídico, huésped mío, hombre bueno y muy sabido anfitrión. Recibidos en su casa, con una muy cortés amabilidad, un día de verano, como nos maravillásemos de la abundancia y variedad de caza en aquella estación del año, el hombre, no fanfarrón como éstos, respondió modesto y risueño que aquella variedad y apariencia de carne salvajina, a copia de aliños y salsas, la había conseguido de un puerco domesticado. Esto mismo se puede aplicar a esas fuerzas del rey que poco ha se nos han echado en cara y a los varios géneros de armas y a los muchos nombres de antes no oídas naciones: los dahas y los medos y los cadusios y los elimeos, sirios son todos ellos, tanto si quieren como si no quieren, linaje de esclavos por el servilismo de su carácter, que no linaje de soldados.

¿Creéis acaso que la victoria consiste en la superioridad del número? Cuarenta mil soldados escogidos tomo yo como los que transporté al Africa, y no en número tan grande como cuando vencí a Aníbal; todo lo que resta de mundo cédolo al enemigo, con mayor esperanza de victoria cuanto su número fuere mayor. ¿Qué otra cosa se produce en tan desordenada e inorgánica multitud sino que uno empuja al otro

y le estorba las manos porque no puede combatir con libertad y desembarazo? ¡Ojalá los enemigos fuesen tantos que el campo les viniera estrecho! No me detendré en una verdad no ignorada por ninguno de los buenos capitanes o caudillos, a saber: que más rinde un número moderado de soldados buenos y bien instruídos, que aquella turba ingobernable, que ni puede recibir las órdenes de mando ni puede obedecerlas y en que cada uno pelee como le parece bien a él, no al jefe. Innumerables e ilustres son los ejemplos de que nada rindió en la batalla tanto provecho como un número mediano y bien dispuesto; que nada atrajo tantos desastres como aquellas huestes grandiosas. Yo me atrevo, por mi parte, a confirmar esta virtud, yo, que soy un hombre prolijamente versado en la guerra: rarísimamente los vencedores vencieron por ser muchos si la desproporción no es demasiado notable. En todo caso, siempre se podrán pedir refuerzos de casa si es menester, pero no lo será contra enemigo tan imbele.

Dirá alguno, por ventura: Muy diferentes están las cosas ahora; otros son los tiempos; otro el estado del Asia. No lo ignoro; pero el brío, pero las fuerzas son las mismas. Califiqué de imbele al Asia. Si le aplicara yo tal calificativo por desconocimiento o por una total inexperiencia militar, confieso que podría levantársele; pero como es cosa natural, no ocasional, no tiene enmienda posible y no puede cambiarse en manera alguna. Aristóteles, gran seguidor de la sabiduría, y con él muchos otros grandes varones, que se consagraron al estudio afanoso de la Naturaleza y de las causas de las cosas, dejaron consignado que la raza más fuerte y más animosa y acerada es la que puebla Europa; que los asiáticos son medrosos y no aptos para la guerra, más parecidos a las mujeres que a los varones. Por manera que la Europa no solamente produce hombres que se aventajan a los otros en ánimo y fuerzas, sino fieras también. Los leones que nacen en Europa tienen más coraje que los púnicos; y lo mismo acontece con los perros, con los lobos y los otros animales, aun cuando los africanos aparenten fiereza mayor.

Por esto es por lo que, aun cuando el Turco tuviera reunidos grandes ejércitos de otras partes, con todo yo mantendría muy arraigada la esperanza de victoria en la indolencia de los jefes, que son de Asia todos, porque prefiero, como dijo uno sabiamente, un ejército de ciervos acaudillados por un león que un ejército de leones capitaneados por un ciervo.

Alguno tal vez me aducirá la experiencia de este siglo, en que los asiáticos han sojuzgado una parte de Europa. ¡Como si nunca se hubiera oído decir que los mejores fueron vencidos por los peores, bien por sus propias discordias, bien por subestimar su fuerza, bien porque incautamente se metieron en el peligro o, en fin, por cualquiera otra circunstancia desgraciada, como para nosotros resultó una catástrofe la entrada en el desfiladero de las Horcas Caudinas, o la niebla en que se envolvió el Trasimeno. ¿Y qué hubiera pasado si algún derrotista, después de las tres batallas grandiosas junto al Trebia y la que acabo de mentar cabe el Trasimeno, hubiera declarado inferiores las fuerzas de nuestro pueblo y nos hubiera obligado a pedir de rodillas la paz a los cartagineses, sin que, luego de haber sopesado con detenimiento y madurez nuestras fuerzas y las de los

enemigos, en un momento de prematuro pesimismo, anunciara el aplastamiento definitivo del poder romano, como Lucio Metelo y otros jóvenes habían pensado, a quienes yo quité de la cabeza esa locura? A nosotros nos perdió la temeridad de nuestros capitanes. Así que elegimos capitanes más cautos y prudentes, restablecióse nuestra situación y tomé a Cartago. La discordia de Europa, principalmente la que estalló entre los príncipes de Constantinopla, entregó el Asia a los turcos; esto les abrió las puertas de la Tracia. A continuación, las disensiones de los reyes de Europa y las guerras que renacían unas de otras, como las cabezas de la hidra, les dieron bríos para derramarse por Europa más espaciosamente. Cuando las cosas van bien, cualquiera, aun el más apático, las admite; en aguas bonancibles cualquiera sabe gobernar el timón; por culpa vuestra, tantos éxitos los volvieron un poco más audaces. A veces el arte acierta a corregir algún vicio de la Naturaleza, pero no lo suprime de raíz; y si el arte ceja, siempre la Naturaleza vuelve paulatinamente a lo suyo; y si se suprime el arte o se muestra impotente, reclama con imperio lo que le pertenece. Si los vientos dejasen un poco de soplar y volvierais contra el Turco vuestros odios y vuestra saña, inmediatamente conoceríais cuál es el temple de los asiáticos. Las adversidades pondrían al descubierto aquellas conciencias que recató y ocultó una serie de éxitos no interrumpida, y quedaría en claro que ellos no fueron fuertes y denodados por su propia fuerza y virtud, sino por culpa vuestra.

Una de dos: o yo soy completamente lego en el arte de la guerra, o con esos ejércitos que nos ha dicho Polipragmón, que en la actualidad están bajo las armas en Italia y Alemania (por no lamentar cosas pasadas), con esos mismos ejércitos, digo yo, podría expugnarse y sojuzgarse todo cuanto gime bajo el poder y la tiranía del Turco si a ello se decidieran y se estableciese una concordia leal. No se ocuparía así el dominio de los turcos como el de los cristianos por los cristianos, entre los cuales todo cuanto se debela y se ocupa por la fuerza de las armas, como objeto que es de controversia, con harto trabajo se guarda. Todo lo que una vez se tomó, reclámalo para siempre el perdidoso y los herederos del perdidoso; litigios y pleitos no tienen fin. Y con frecuencia acontece que quien invade lo ajeno, pierde lo propio, porque el hierro choca contra el hierro, y entre poderes igualados, la muerte sola dirime las contiendas. Con el Turco no es el mismo el estado jurídico ni el riesgo es igual. Allí, quien ganare la batalla ganará la guerra. No es el Asia un país que, si pierde un ejército, pueda sustituirlo con otro, si ya no fuere que envíe una multitud inválida y desorganizada para entregarse, no para luchar. Harto vale la pena hacer experiencia de este empeño gigantesco.

A esto que dije hay que añadir la gloria adjetiva que se ganaría, bien con dilatar las fronteras del Imperio y con que las más remotas naciones sintiesen el peso y la autoridad de vuestras armas y con la gestión de los negocios más importantes cobraseis un muy extendido renombre (cosa que en mi tiempo proclamábase como el más glorioso de los galardones), bien con librar a los pueblos de Europa del miedo y de la servidumbre del Turco, ampliando la cristiandad y propagán-

dola por tantas gentes nuevas. No sé si esto último merece la bendición de Cristo; pero, de todos modos, es un mal más tolerable que la furiosa locura de la discordia civil.

TIRESIAS.—¿De la discordia civil? De la discordia fraterna, puesto que todos ellos se llaman hermanos y reconocen a un solo Padre que está en los cielos, Dios; aun cuando la religión se dilata y aumenta con la predicación evangélica y por el ejemplo de una vida santa, y no con la violencia y con las armas. Las conciencias no pueden ser coaccionadas ni llevadas al arrastre; pero con todo, se las puede conducir.

MINOS.—Ya nos abruma la grandiosa multitud que espera. Di, Tiresias, por favor, en pocas palabras finales: ¿Qué remedio piensas que puede oponerse a tamaños males? Acaso cuidaremos que Mercurio traiga ese mensaje tuyo allá arriba.

TIRESIAS.—No creo yo que haya lugar para consejos; las pasiones más enconadas y atroces se apoderaron de todos y no dan entrada a los consejos; pero diré mi parecer, muy brevemente, como me pides. El primero de todos: las únicas armas de los cristianos, su defensa única, pero ella fortísima e inexpugnable, es la tutela de Cristo en quien cree y a quien invoca; si les toma bajo su amparo, son invencibles, son inviolables y no podrán recibir daño de nación alguna; si no les admite, ¿qué otra cosa van a ser sino una presa lastimosa? Pero les admitirá, siempre que ellos quieran, pues es encontradizo y obvio a los que vuelven a El; abran los ojos y vean cuán gran caudillo tienen y cuán invencible; retornen a El, en El pongan sus miradas más atentas, y no contentándose con sólo el nombre de cristianos, en la realidad y en las obras correspondan a tan gloriosa denominación; pidan a Cristo, supliquen a Cristo paz y perdón; y luego, cosa que es la única que le place y que es el principal de sus mandamientos todos, dejando las guerras, los odios, las rivalidades, las rencillas, las discordias, se profesen mutua bienquerencia y amor recíproco; no confíen en su fuerza y en sus armas, sino en sólo Cristo.

Y por lo que toca a la diligencia y a la cooperación humana, con no demasiado desabrimiento curaríase la herida causada si aquellos *dos jóvenes* (Carlos V y Francisco I), contentándose con los muy dilatados Imperios que poseen, pudiesen avenirse a vivir entre sí en buena paz y concordia; o por lo menos, si les viniere en gana aumentar su reino respectivo, atacasen con mejor tino al enemigo tan ajeno y hostil a su religión, que no al vecino, unido a él por la sangre y por la creencia y participación en los mismos sacramentos cristianos. No creo yo que *aquel tercero* (Enrique VIII) fuese estorbo para que su concordia fuese estable, puesto que, un poco demasiado tarde sin duda, envió a través de tanta interposición de tierras y de mares, con ánimo bueno y piadoso, socorro a la Hungría, mediante un legado suyo. Hizo lo que pudo; y estando lo más lejos posible del hervor y ruido de esos tumultos, en una isla separada del orbe, con todo pensó que se debatía algún interés suyo en esa guerra, en la cual, si bien en regiones remotas y muy apartadas, pero con todo, del dominio de un príncipe cristiano, se luchaba contra Mahoma.

Tienen los cristianos todavía la más recia parte de Europa: Alemania. Dejen de hacer armas contra

sí; si no, están perdidos; fortifiquen, sí, fortifiquen a Alemania con castillos, con murallas; pero primeramente con la unanimidad de su población, que será inexpugnable si esta unanimidad existe; trabajen en común para que el Turco no se apodere de Alemania. Si así no es, no queda ya esperanza de que todo el Occidente no caiga en su poder y de que no emigren al nuevo mundo en grandes flotas los que no quieran vivir bajo su dominio. Y ni aun allí va a dejarles tranquilos aquel tirano, picado del tábano de la codicia y de la ambición. ¿Qué reducto queda que se le pueda oponer si se apoya firmemente en Alemania? Cualquier otro obstáculo es un castillo de naipes. Es una pena tener que decir que sólo es flaqueza lo que pueda enfrentarse contra el dueño de Alemania y de tantas razas y de tantos reinos. Cierto que Europa es la más fuerte; pero ¿de qué serviría ello si el Turco poseyese la mejor porción de Europa? Y no esperen que el Turco ceje ni que se contente con lo que adquirió y que va a desaprovechar la fácil coyuntura que le ofrecen las discordias de los cristianos, puesto que al marcharse de Hungría amenazó a aquellas tierras y aquellas gentes con su vuelta, la primavera próxima.

Hagan, pues, cuanto antes, liga en la paz y deliberen entre sí acerca de la común salvación, no sea que mientras siguen combatiéndose con encarnizada porfía, al vencedor cansado, quebrantado y vencido se lo coma el común enemigo nuevo, entero, fresco, vigoroso. Nada de eso es de temer si cuaja entre los cristianos una firme y sólida concordia, sin la cual no pueden salvarse ni evitar la derrota. Todo esto que dije merezca la aprobación de Cristo, ya que El solo puede más que el mundo todo, que así como defenderá a los suyos por buenos, desamparará a los malos, a los que no son suyos, y ninguna cosa será más flaca que los que El desamparare, como ninguno más fuerte que los que El acogiere bajo su cuidado y su tutela.

MINOS.—¿Piensas, Tiresias, por ventura, que van a hacerlo así y que van a escuchar tales consejos o, más exactamente, tales vaticinios?

TIRESIAS.—Acaso sí; acaso no.

MINOS.—Esta disyuntiva es lo más seguro. Así nunca mentirás.

TIRESIAS.—No sé profetizar de otro modo; pero lo que sí te confirmo es que, *si no lo hicieren, vendrá tiempo*, ¡ojalá no pronto!, *en que querrían haberlo hecho*; ¡ojalá no tarde!

Brujas, 1526. Mes de octubre.

FIN DE LA
«INSOLIDARIDAD DE EUROPA
Y DE LA GUERRA
CONTRA EL TURCO»

DE LA CONDICION DE LOS CRISTIANOS BAJO EL TURCO

(DE CONDITIONE VITÆ CHRISTIANORUM SUB TURCA)

(1526)

EXISTE entre los cristianos tanto encono de odios y de enemistades y una rabia tan desapoderada y ciega, que muchos atacados por ello y conducidos al borde del precipicio no tienen reparo en cerrar los ojos obstinadamente a sus conveniencias propias y a las ajenas y en lanzarse en aquella vorágine y derrumbarse, bien en deseo, bien en efecto y realidad, en una sima de la que nunca jamás han de salir. Otros hay que sueñan con la muerte y aniquilamiento, no de uno que otro hombre solo, sino que de buena gana, y con un júbilo feroz, contemplarían la destrucción de pueblos, de ciudades, de naciones, de razas. Otros imaginan revoluciones y quisieran no solamente cambiar el príncipe, sino que en su lugar proclamarían al Turco, o a cualquier otro rey impío, enemistado con nuestra religión, no ya por sola su vida y obras, sino también por su nombre y por la creencia que profesa.

Varias son las causas que conducen a ese impío apasionamiento y abominable ceguera. Los hay quienes desean este trastorno porque bajo tal príncipe cristiano (cristianos llámolos de nombre y profesión) o bajo tal rey, llevan una vida dura e insoportable, agobiados, bien por el mismo rey, bien por aquellos funcionarios a quienes entrega y confía la administración pública, bien por los enemigos que el rey se concitó contra sí mismo, por no tener fuerzas para alejarles de sus fronteras jurisdiccionales. Llegado este caso, unos y otros, el príncipe y los vasallos, cometen un crimen no vulgar. El príncipe, porque no cumple con su deber y, profesándose padre, se demuestra enemigo y da motivo a fundadas y amargas quejas. También es de culpar el cristiano privado que, por cuidar y pensar en los intereses de esta vida, arráncase al interés superior de lo celestial, perturbando la tranquilidad suya y la de los otros.

Uno es el fin a que todos nos en-

caminamos, a saber: la eterna bienaventuranza; único es el camino para llegar a ella, la verdadera religión. ¡Qué poca importancia tiene, mientras no te apartares de este camino, lo que pasa fuera de él! ¡Cuán baladí resulta el hervoroso e impetuoso alboroto de los espíritus! ¡Qué poco interés tiene para el cristiano que la jornada tan incierta y breve de esa vida discurra bajo tal o cual príncipe, mientras discurra y vaya avanzando de suerte que pueda llegar a la meta adonde se dirige! Caminantes vemos que pasan y devoran en silencio todas las pesadumbres del camino y todas las penalidades que no son para vistas ni sufridas, así en las posadas como en ruta, atentos exclusivamente al objeto que motivó sus andanzas, con escaso y a veces sórdido mantenimiento, abandonando circunstancialmente aquel boato y aquella dignidad de que hacen gala en su patria; soportan que se les cierren las puertas, que se les saque a empujones, que no se les guarden aquellas atenciones debidas a los hidalgos; sufren que se les trate como criados y ser víctimas ellos de aquella misma petulancia que en su casa y en su patria frenarían y castigarían. ¿Y qué más? Los que andan en negocios por tierras que no son las suyas, si algo enojoso les acontece por parte de las personas privadas o del príncipe, o padecen inclemencias del país o del clima, vemos cómo pechan con todo y cómo se mantienen en su puesto con rigidez cuasi militar, por no comprometer la esperanza del lucro. ¿Qué hielos de Alemania no toleran los mercaderes italianos, los españoles y, de una manera especial, los chalanes andaluces? Y los mercadantes franceses y los comerciantes alemanes, ¿qué fieros ardores no sufren del sol de Egipto o del Africa? Y todos ellos de consuno, ¿qué tributos, qué impuestos, qué caras duras, qué dicterios, que a veces escuecen más que los azotes mismos no tienen que afrontar? Todo lo ablanda y lo endulza la esperanza del lucro. ¿Qué no soportan los soldados en campaña por un estipendio ruin? ¿Y qué los atletas por una efímera victoria? ¡Y cuánto de sudor y de fatiga el cazador por cobrar una pieza! Tan poderosamente una esperanza cualquiera arranca el espíritu del pensamiento y del sentimiento de lo presente y lo concentra en sí. Pero nosotros, cuando con tal ahinco nos detenemos en el afán de lo inmediato y actual, ¿no damos con ello a entender muy claramente que nuestro espíritu se rinde a la esperanza de algún premio, como el de todos aquellos otros? Por lo demás, cuánto menos que estos que dije sentiríamos lo presente y lo tangible si estuviéramos atentos intensamente a aquella vida que es inmortal después de esta fallecedera.

Por esto los santos Apóstoles, persuadidos de que el cristiano que ellos adoctrinaban no debía embarazarse en el cuidado de las cosas de esta vida, mandáronnos obedecer a nuestros directores y superiores, no solamente a los afables y bondadosos, sino también a los ariscos y difíciles. Y no es la sola obediencia que nos imponen, sino también nos mandan orar a nuestro Padre que está en los cielos porque rijan sabiamente el pueblo a cuya cabeza están. Puesto que los apóstoles prescriben esto taxativamente, los mártires, luego, unánimemente, lo corroboraron. Habiendo el prefecto o gobernador echado en cara a Cipriano Cecilio la acusación de que había hecho conjura contra el César, res-

pondióle: *Muy lejos estamos de merecer ese reproche los cristianos, que al César, aun cuando practique otros sacrificios y dé culto a otros dioses, no obstante, porque es príncipe nuestro, le deseamos toda suerte de bienes y para él los pedimos al Cielo y rogamos a Dios que le lleve al conocimiento de los bienes verdaderos.* ¿Qué cosa, por grande que sea, puede el príncipe arrebatar, que no sea cosa mayor lo que el odio, lo que las revueltas y el alejamiento de la religión quitan y arrancan, ora se comparen entre sí bienes heterogéneos, bienes corporales con bienes espirituales, o simplemente bienes homogéneos?

Algunos fantasearon una boba especie de libertad, que no tiene nombre en los viejos monumentos jurídicos romanos y griegos, cuanto menos definición, según la cual cada uno puede hacer impunemente lo que se le antoje. Desesperando de conseguirla bajo régimen alguno cristiano, optan por el de los turcos, como si el Turco fuera más fácil en conceder esa libertad que el cristiano. ¿Qué dices tú? Esa tu soñada libertad, ¿consiste en que, para el bien público, no pagues nada a la caja comunal ni al real fisco, que se supriman los tributos, que se supriman los funcionarios públicos o que tengan su autoridad tan disminuída y adelgazada que no se diferencien mucho de los simples ciudadanos y que cada uno pueda delinquir tranquilamente? ¿En dónde se ha visto o se ha oído jamás que existiese una tal caricatura de libertad? ¿Qué pueblo, qué República pudiera subsistir siquiera un instante con ese linaje de libertad? ¿Acaso no ocurriría que si a cada uno le estuviese permitido todo se acabaría porque a ninguno le estuviese permitido nada, y que en sustitución del príncipe excluído, a los dos días brotaran a cientos y no habría ninguno que no pretendiera ponerse en el lugar de aquél, con violencia, a fuerza de armas, con un degüello general? Dime: ¿qué época quieren señalar en el régimen político de Atenas, de Esparta, de Roma, en que la libertad tuviera su apogeo? Ninguna época encontrarán tan suelta y tan ancha en la cual no existieran magistrados, leyes, tribunal, juicios, castigos, premios; ninguna época hallarán en que no se pagasen tributos.

Dejo de mentar aquellos tiempos en que no solamente se debía entregar el dinero, la plata o el oro, a la cosa pública, sino también, quieras que no, la sangre y la vida, cosa que todavía pasa en régimen de vigorosa libertad. Y al revés, considérase ser la más soberana y exenta de las libertades obedecer con tranquila docilidad las leyes y magistrados legítimos, y mostrarse buenos y correctos ciudadanos, estar atentos a la voz de las leyes y de los magistrados y obedecer sus disposiciones con prontitud y alegre viveza, o, por mejor decir, ésta es la única y verdadera libertad, a saber: que quieras vivir bien, carecer de vicios morales y no ser esclavo de las pasiones amotinadas del alma, que son tiranos fieros y desapoderados. Esta es la esclavitud única, de modo que ni los mismos reyes pueden llamarse libres, cuando se ponen bajo su tiranía. Existe una segunda libertad que se deriva y es hija de la libertad primera: obedecer, dócil y quietamente, a las leyes y a los magistrados como padres del pueblo, quienes, como dice el Cómico, *si son buenos han de ser amados; si son malos han de ser soportados.* Vivir mal,

con daño ajeno, no es libertad, sino suelto y desenfrenado libertinaje e impunidad de crímenes y delitos. Algunos no se creen asaz libres si no pueden hacer que contra quien sea prevalezca su capricho, suprimidas las leyes, sin ningún miedo del castigo, sin asomo de respeto por los magistrados. Otros se ponen delante de los ojos un cierto fantasma vano de libertad que conduce a error a los espíritus imprudentes, la cual no solamente caducó con los papeles en que estaba consignada, sino que no existió en tiempo alguno ni en pueblo alguno, ni aun ellos mismos pudieran explicar satisfactoriamente en qué consiste, a pesar de su voluntad y de sus esfuerzos. Tanto dicen a gritos que desean la libertad.

Revuelvan a placer, si quieren; lean todos los monumentos de la antigüedad y hallarán que no existen ahora tiempos tan duros, ásperos y difíciles, que no los hubiera peores y más intolerables en Roma, no ya bajo los Césares, de los cuales apenas uno que otro dejó de ser un monstruo de ferocidad, sino bajo los cónsules. ¿Aduciré en este punto los nombres de los promotores y gestores de guerras civiles, los Antonios, Octavios, Brutos, Casios, Dolabelas, Hircios, Pansas, Césares, Pompeyos, Marios, Silas? Añade a éstos los Gracos, Fulvios, Carbones, Saturninos, Glaucias y la restante serie de ciudadanos turbulentos y revolvedores. Decidme: ¿Había entonces alguno, por ventura, que en aquellas circunstancias viviese a placer en Roma o simplemente se congratulase de haber nacido? En aquella sazón, ya era tópico obligado del género oratorio, constituído por las *Consolaciones*, afirmar que debía reputarse como buena suerte y el beneficio más grande a que se podía aspirar el librarse con la muerte de unos tiempos hundidos en miserias tan grandes. Así Sulpicio consuela a Cicerón, así Cicerón se consuela en la muerte de los oradores L. Craso y Quinto Hortensio. Así fué envidiada la felicidad de Catón por haber salido de la vida con aquella muerte ejemplar y en aquel tiempo azaroso. Si el recuerdo evoca las pasadas edades, hallará que el pueblo humilde pechaba poco, pero con posibilidades exiguas, por no decir nulas, y que con todo se mantuvo en pie de guerra, día y noche, armado, soportando los trabajos y los riesgos de la milicia con soldada muy flaca y, hartas veces, sin soldada ninguna. Y hablando sin rodeos ni atenuaciones, ¿qué otra cosa fué el régimen republicano de Roma sino una callada dictadura de la aristocracia sobre el pueblo?

¿Queremos fijar nuestra atención en Atenas? No va a darnos gusto. No puede darse pueblo más turbulento que el pueblo de Atenas, ni más ligero, ni más ingrato, por manera que no había ciudadanos más desgraciados que aquellos patriotas que hubiesen contribuído en algo al bien común o hubiesen descollado por alguna virtud cívica o moral. ¿Va a consolarnos de Atenas Esparta, reprobada por los mismos sabios políticos gentiles, como Platón y Aristóteles, y que no era más que una máquina de guerra y de represalias feroces? ¿Qué libertad es ésa, que ellos mismos, ni en deseo ni en pensamiento, podían figurársela tal que ni las ciudades ni la sociedad humana podían con ella compadecerse y subsistir?

No faltan quienes por antipatía irreducible con determinados príncipes o naciones, antes que a ellos prefieren sujetarse al Turco o a

otro cualquier príncipe, por más bárbaro que sea, como algunos italianos, algunos de los cuales profesan un odio tan enconado y ciego al francés, o al alemán, o al español, que prefieren mil muertes y, cosa que es peor todavía que la muerte, ejecutar las órdenes indignas y malvadas de quienquiera, que vivir bajo su gobierno. Si lo hacen al recuerdo de las calamidades que tuvo que sufrir Italia, reconozco que el motivo es fuerte y deplorable. Pero ¿acaso no fueron más y más atroces las calamidades que en el curso de la Historia infligieron ellos a todo el linaje humano? ¡Ignoran por ventura que ése es el vaivén de las cosas humanas, que el vencedor de un día al otro día sea vencido y padezca, llorando y no por voluntad propia, lo mismo que él ocasionó ufano, altivo y alegre? Roma ha sido asaltada y saqueada, episodio penoso y odioso para todo espíritu recto. ¿Quién hay que quisiera que ello haya sido una realidad? No lo querría ni el mismo príncipe bajo cuya inspiración piénsase que se cometió la monstruosidad sacrílega. Pero no traiga Roma a su memoria cuántas ciudades ella tomó, pilló, incendió, arruinó, puso al ras del suelo; no solamente destruyó moradas y moradores, sino que borró los vestigios de los emporios de la civilización de mayor antigüedad y fama.

¿Y qué más? Los mismos italianos, ¿cómo trataron a Italia, su madre? ¿Con mayor humanidad, con mayor blandura que las naciones extranjeras? ¿He de recordar segunda vez los nombres de Mario, Sila y otros de ese mismo jaez? Ahora, en esas mismas calamidades, cuyo recuerdo es tan fresco, que escuece todavía, ¿por ventura no se encarnizaron los italianos contra Italia con una crueldad no superada ni por el alemán ni por el español? *Es que odian a la nación cuyo vejamen sienten.* ¿Piensan acaso que esta nación se portaría de la misma manera con los amigos, con aquellos con quienes les une el condominio o la alianza, que con los enemigos armados, o con las ciudades y los campos de los enemigos? ¿Que la experimentarían igual amiga que enemiga? Los napolitanos no experimentan a los españoles lo mismo que los insubrios. En Nápoles están según la ley; los ciudadanos comparten con los advenedizos, con los soldados, el mismo tribunal, el mismo juez, y para todos se dicta la misma sentencia según ley y derecho. Entre enemigos, en cambio, piénsase que no existe comunidad de leyes, convencidos de que pueden hacer contra ellos todo lo que en talante les viniere. *El príncipe no puede soportar poder extraño.* Es muy donosa, por no decir rayana en la insolencia, esa excusa después que, en pasados siglos, soportó el mundo por tan largo tiempo a los funcionarios de Roma. Fuera de que harto sabemos que todas las naciones han pasado por crisis de decadencia muy próxima al colapso y a la total perdición, de las que salieron por el cuidado, la energía y el buen gobierno de algún príncipe extranjero; ejemplos: España, Alemania, Inglaterra, Francia, la misma Italia. Los que sienten una xenofobia tan aguda, los que tal odio y tales ascos experimentan contra el español, el alemán o el francés, ¿por qué no abominan con energía igual del Turco, del escita, de extremada fiereza y barbarie, diferentes, diversos y contrarios en costumbres, idioma, convivencia social, religión?

No faltan quienes se decoran con

el nombre de cristianos, no por amor de la piedad ni por la profesión de la vida, sino como con un título vacío, porque ocasionalmente nacieron entre cristianos; no de otra manera que se llamarían romanos o cartagineses o Escipiones, tan fácilmente y tan gustosamente permeables a cualquiera superstición y a cualquier culto impío, como a nuestra religión sacrosanta. A esos desgraciados, merecedores de tanta lástima, se les debería predicar con insistencia machacona el retorno al buen sentido, del cual andan tan apartados como de la religión, sin la cual, si bien se pondera, el hombre no es hombre, sino pura bestia. Esos hombres necesitarían otro argumento o, por mejor decir, otra droga. Así como la Circe mitológica tenía aquel ungüento que devolvía la apariencia y naturaleza humana a aquellos a quienes ella, con el mismo ungüento, había convertido en bestias, así también la malicia cambió en bestia al hombre y le restituyeron al sér humano la razón y la religión. ¿No acaban de ver estos desatinados que si en este bajo mundo termina todo lo que es del hombre, no habría diferencia alguna entre el hombre y la bestia, sino que la bestia vive más sencillamente y en mayor conformidad con la Naturaleza y, por ende, con felicidad mayor? Mas al hombre abrúmale su mayor malicia y, en consecuencia, su más absorbente preocupación de la materialidad, lo cual constituye una miseria sin fin. Decidme, os ruego: en caso de opción, ¿elegirán aquella condición de vida en la cual todo termina con el cuerpo? Pero esa opinión que no solamente quita la vida al alma, sino que, según la gráfica imagen de Cicerón, como en sentencia capital, la tiene condenada a muerte y encima apaga la religión y suprime a Dios del cielo y del mundo, he de combatirla yo con el denuedo más brioso y con el auxilio de Cristo, en quien confío y espero, he de extirparla de raíz.

Y mientras tanto, todos aquellos en quienes alienta algún residuo de honradez y de bondad presten atención a lo que voy a decirles. Cuando todavía conservaba su original hervor la Sangre de Cristo y ni mella ni resquebrajadura habían mordido la sólida firmeza de la fe de los cristianos y, consecuentemente, la religión se mantenía incorrupta y pura, ninguna otra cosa era más conveniente a aquella Iglesia primitiva que vivir bajo la autoridad de un príncipe impío, muy ajeno a nuestra religión y a nuestro pensar, sistemático enemigo nuestro. Siendo tan sólida la fe y arraigada tan profundamente, no había peligro que cristiano alguno, intimidado por el terror, o ablandado por el regalo, o seducido por alguna esperanza tambalease en la entereza de sus convicciones; todo lo vencía, todo lo superaba, todo lo derribaba, todo lo ponía debajo de sus pies el amor, que es la más poderosa de las pasiones. Esta fe tan asentada y robusta recibía las amenazas, los terrores, los azotes, los tormentos, los suplicios, la muerte con la misma indiferencia con que el adusto y salobre escollo, recibe el asalto de la brava tempestad marina. Diríase que el crudo embate fortalecía y hacía que arraigara más profundamente aquella inconmovible fe, como el tronco, mellado por la segur, o como el risco, batido por el martinete. El martirio hizo que profundizaran más los fundamentos de nuestra fe y que los golpes que se le infligían para aflojarla y arrancarla consolidaban y cimentaban más profun-

damente la gallarda seguridad del tronco. No caía en el suelo gota alguna de sangre de mártir que no pareciese que de ella surgían a cientos los cristianos. Tan fecundo y tan eficaz era aquel santo crúor que, a ejemplo de su Maestro y de su Autor, derramábase por El con una gozosa generosidad. Para mover aquellos hombres, que eran de piedra, que eran de hierro, cuánta fuerza no tendría el ver la constancia de los confesores de la fe, de manera que lo duro era quebrado por otra dureza mayor, como era la contemplación de una fuerza más que humana, celestial a todas luces y ayudada por el poder de lo Alto.

Filipo Vostrense, príncipe de Roma, se decoró más con el nombre de cristiano que con su efectiva profesión. Con todo, los príncipes que le sucedieron ejecutaron en el nombre cristiano la misma saña que los anteriores: Decio, Diocleciano, Majencio y otros. El primero que de buena fe recibió el bautismo fué Constantino. Yo no me atrevo a decir si aquel día fué tan fausto para la Iglesia como puede parecer a muchos. Lo cierto es que San Jerónimo, en la vida de Malco, monje, parece no alegrarse en demasía con aquel hecho. Cesó le edad heroica del martirio, que era la amoladura de la fe, el atizadero de la caridad, el fundamento y el nervio de toda la religión. Aquella seguridad engendró el descuido y el olvido de las virtudes más recias y aquella paz cierta contaminó a los soldados ociosos con la desidia y la flojera. Más aguerrido y dispuesto estaba cada cual cuando el peligro era inmediato o cercano que no ahora, que no tenemos que tener miedo. Aun ahora, estando en tan profunda seguridad, cuando debemos afrontar algún riesgo, bien de la Naturaleza, bien del acaso, como los que emprenden un viaje marítimo o entran en batalla en la propia línea de fuego o en alguna evidente crisis mortal, mejoramos nuestra conducta y nos preparamos más diligentemente para el examen del divino Juez, que no cuando nos quedamos sentados, comidos opíparamente; en un banquete alegre y concurrido.

Entró el príncipe en la Iglesia no como un verdadero y sincero cristiano, cosa que fuera venturosa y deseable, sino que introdujo consigo la nobleza, los honores, las armas, las insignias, los triunfos, la arrogancia y el sobrecejo, el fausto, la soberbia. Quiero con ello decir que el príncipe entró en la morada de Cristo, acompañado del diablo, y vecindad imposible, quiso unir los dos moradores o las dos ciudades: la de Dios y la del demonio; yuxtaposición tan difícil como la de Roma y de Constantinopla, que están separadas por tanta extensión de tierra y de mar. *¿Qué relación hay entre Cristo y Belial?*, dice San Pablo. Enfrióse poco a poco el viejo hervor, titubeó la fe, degeneró la piedad toda, de cuya sombra y fantasma nos valemos y aún, ojalá, como dice aquél, los retuviéramos largo tiempo.

Pero así como aquel día de Constantino resultó para la religión aciago y doloroso, así también amanecerá sañudo, nefasto y negro el día aquel en que, con esas costumbres y tenor de vida ahora, alguien sujetará algún pueblo cristiano al dominio del Turco o de cualquier otro príncipe ajeno al nombre y a la práctica de nuestra religión. O, mejor dicho, no amanecerá, sino que introducirá perpetua lóbreguez y noche. Vosotros que hacéis tanto caudal de los nombres de inmuni-

dad, de libertad, está bien que penséis que bajo el Turco no estaríais en escala superior a la de las bestias que mantiene para su explotación, no para que tengan su parte en las comodidades, en los honores en ninguna de aquellas cosas que son comunes a todos los ciudadanos entre sí, cuando allá no vamos a contar en el número no ya de los ciudadanos, sino de los simples hombres. No va a consentir el Turco nuestro aumento en riquezas, ni nuestro crecimiento en poder, ni nuestro auge en honores, ni nuestro brillo en dignidades. Toda ventaja nuestra sería sospechosa para quien nos es enemigo por la ley, por la profesión, por el odio heredado y el personal, y no creeríase obligado para con nosotros por ninguna ley, por ningún derecho, ni por pacto, ni por comunidad de intereses, ni por humanidad, ni por la común condición de hombres. Creería serle lícito todo capricho suyo, por derecho de victoria y por su persuasión de que no existe ley alguna, ni juramento alguno, ni lealtad alguna gracias a la cual pueden reanudarse los lazos rotos o la violencia del ataque ser retardada o impedida. De la mesura que pondría en la victoria es una muestra fehaciente la guarnición de Rodas, que, de no ser inmediata su rendición, tenía decidido coparla en su totalidad con el más cruel de los ardides.

Pero ni para con sus mismos paisanos, iniciados en la misma religión, usa de mejor fe. Derrotado y cautivo el Sultán, habiendo recibido en su fe a los mamelucos dispuestos a defenderse, los mató a todos, uno tras otro. Y cuando se atrevió a esa monstruosidad, no sin una sorda oposición de su pueblo, ¿qué pensamos que iba a hacer contra nosotros, con la viva aprobación y aplauso de su pueblo, que le animaría a cualquiera ferocidad? Y si a él, personalmente, le pluguiera recibir a alguno de nosotros con una benevolencia y agasajo, de lo cual no existen antecedentes, a duras penas se lo consentiría la resuelta repugnancia de los suyos, y para nosotros se volvería muy amargo ese honor envenenado por tamaña animosidad, pues en cualquier lugar ese dignatario nuestro fuera recibido, el simple turco, el hombre de la calle creeríase excluído y expulsado por el hecho de su admisión. ¿A cuál no digo ya príncipe, sino basano, o jenízaro, o individuo de la escolta, o soldado del montón no le sería lícito ejecutar lo que le viniere en talante contra nosotros, nuestros hijos, nuestras mujeres, nuestras fortunas si en opinión suya no somos más que unos perros?

¡Pluguiere al Cielo que el mundo cristiano no tuviera de eso que digo una experiencia tan amarga y no fueran más que ficciones y conjeturas y no tan tristes realidades! ¿Hubo por ventura gente alguna u hombre alguno que haya padecido tan extremada esclavitud como la que padece actualmente la Grecia, inmortal por sus ingenios, por sus letras y por sus armas? ¿Qué siervo hay que apure más hiperbólica servidumbre que aquella Grecia que en tiempos antiguos, al solo nombre de libertad, derramó tanta sangre y armó tanto soldado, que no sentía la menor vacilación por ir a una indubitada y muy sonora muerte por la libertad? Hasta el punto que no hay ninguno que haya nacido en aquella tan espaciosa región, de un carácter más o menos libre o tan impaciente de todo servilismo, que no sueñe con salir de la Grecia como mazmorra de la más degradante de las esclavitudes, por ir-

se a Italia o a otras partes del mundo, llevándose consigo un documento elocuentísimo de cuanto tienen que padecer los que viven bajo la tiranía turca. ¿Y soportarían esos vejámenes los héroes históricos, los adalides con armas, los campeones de la libertad? ¿Están dispuestos a sufrir estos ultrajes los que no pueden tolerar el impuesto extraordinario de un príncipe cristiano, o que un bosque, o un regatillo de agua, o una trucha, o una liebre pase de propiedad pública a propiedad privada? ¡Oh, con qué ojos tan ciegos miramos todo esto, y mientras servimos a la codicia inmediata, ningún reparo tenemos en hundirnos en las abiertas simas de tantos males! Tú, pues, por curar una peca o una pequeña excoriación, bebes un tóxico, y por sanar de una leve miopía te apagas ambos ojos.

¿Y qué decir de los príncipes? ¿Persuádense, por ventura, que yendo a parar en el dominio y bajo el poder del Turco, aun cuando a los comienzos arteramente disimule, y les distinga con el título de amigos y aliados, que él no va a volver, así que se hubiere recobrado algún tanto y reafirmado su fuerza, a la costumbre de su patria, que nadie posea ni un puñado de tierra que pueda llamar suya, y que todos sean y se digan sus siervos y sus esclavos, y que no tengan que ofrecer su cuello a cualquier verdugo desnaturalizado que él envíe, sin apelación ni demora, si así el dueño lo mandare? ¿En dónde estarán entonces aquellos altaneros y melindrosos que no pueden sufrir una palabrilla de un afín o de un pariente suyo? Esta será, ciertamente, dura, pero, con todo, justa venganza de Dios, que quien no soportó a un su igual, tan cristiano como él y hermano suyo, yacerá en la más abyecta servidumbre bajo un déspota cruelísimo.

Quizá diránme algunos de aquellos santurrones que afectan opinión de santidad: Honores, riquezas, dignidad, condición de vida, todo eso son cosas carnales. ¡Oxe, afuera! De ellas no debe curar el cristiano! ¡Oxe, afuera!, digo yo también. Ojalá hiciera ya mucho tiempo que nos hubiésemos despedido de ellas. Si en nosotros no arraigan tanto y cobrasen tales bríos y morasen tan de asiento, nadie ya entre nosotros hablaría del Turco.

Pero ea, examinemos lo espiritual. ¿Será tan espiritual alguno de nosotros, de espíritu tan resuelto y tan usado a las asperezas de esa vida, que pueda sufrir y tolerar los desabrimientos y las hieles que todos los días tiene que tragar el griego? ¿Que se nos eche en rostro como un baldón ese nombre de cristiano, que es nuestro timbre de nobleza? ¿Podrá oír tantas blasfemias, tantas maldiciones, tantos insultos al nombre de Cristo y de Dios todopoderoso? Y si alguno de los nuestros entre ellos tuviese la imprudencia de permitirse alguna palabreja contra Mahoma, tendrá que decidirse en trágica opción o por perder la vida o renegar de su fe, pues en el acto, o tendrá que morir o pasarse a la secta que maldijo. ¿Acaso a la mayoría de los nuestros que esto viesen no se les encendería la sangre, como al macabeo Matatías, para matar al judío que idolatraba y al gentil que le obligaba a la idolatría? ¿Y qué decir de aquella monstruosidad, que es la más grave y la más no llevadera de todas, a saber: trasladar a las más apartadas regiones a nuestros hijos pequeños y que allí, luego de renegar del nombre de Cristo y echada

en olvido toda religión, sirvan al más inmundo e impío de los tiranos? ¿Cuál de nosotros sufrirá esto? ¿Quién no prefiere morir mil veces que ver esto u oírlo simplemente? Y, a pesar de todo, los griegos no se atreven a amonestar con alguna severidad ni a reprender a sus hijos, ni castigar sus faltas, ni formarlos al amor de lo virtuoso y honesto con el látigo y el azote cuando es menester, ni aconsejarles disciplina, porque ellos, enojados, no se fuguen al Turco. ¡Con esto se atreven a amenazarlos! Una vez que los turcos los admitieran, no hay fuerza, ni recurso, ni traza para volver allá de donde se vino. Y siendo así que entre todos los seres animados, el hombre solo, corrompido por su maldad, se ha separado de su propio natural, porque también se ha separado de Dios, resulta que no hay bestia que salga más feroz ni más brava y descompuesta, ni alimaña tan dañina y carnicera, ni fiera tan fiera como el hombre. ¿Cómo hase de creer que crecen y se educan allá los niños, abandonados a sus instintos, desenfrenados en la licencia e impunidad de todos los vicios, en ausencia de toda disciplina? ¿Qué religión puede haber en esos espíritus?

Y es de saber que la religión florece maravillosamente ayudada por el estudio de la ciencia y de las buenas letras, cuya erudición y cultivo aguzan los ojos del espíritu para contemplar los misterios recónditos de la divina sabiduría. No es un pequeño escalón hacia lo divino el conocimiento e investigación de las cosas del hombre y del mundo, cuya noticia nos proporcionan los sentidos corporales. El Apóstol San Pablo dice que lo *invisible de Dios se conoce por lo visible*. Y el judío Filón, que escribió acerca del mundo, dice que el primer conocimiento de Abrahán y su primer paso para adorar y honrar el Dios verdadero y todopoderoso le provino de los astros, del cielo, del concierto y de la estabilidad del mundo. Parece que, sin razón, el Salmista dijo *que los cielos pregonan la gloria de Dios*. No hay causa ni ocasión mayor de superstición e impiedad que la ignorancia. Los estudios de las letras de humanidades, a saber: la filosofía y todas las bellas artes, así como con la honra que se les hace, recreadas cual con un oreo apacible y salubérrimo, echan flores y frutos abundantes, así también con el menosprecio y el descuido se paran mustias y caducas. Por griegos y romanos, conquistadores del supremo poder, hiciéronse grandes progresos en todas las disciplinas. Bajo los godos, aquellos fieros y bárbaros dominadores, de tal manera languidecieron, que faltó muy poco para su total desaparición. ¡Cuán pobres y cuán flacas reliquias de arte heredó de los godos la edad de nuestros padres y la nuestra!

Pero ¿quién no sabe, al menos de oídas, cuán ajeno sea el Turco, cuán ajeno el escita de toda cultura espiritual? Aprendamos siquiera de Grecia qué honra, bajo su poder, merecen las artes y cuáles sean su vigor y su lozanía. Si ya no fuere que nosotros nos consideremos mejores y de ingenio más aventajado y más aptos y hechos para las letras, y bien por naturaleza, bien por cierta inclinación de nuestro espíritu, más propensos a los estudios literarios que los griegos, de quienes nacieran las artes y las disciplinas todas, y el cultivo y el ornato de los ingenios, y tuvieron su máximo engrandecimiento y de ellos se propagaron a los restantes mortales.

Si durase todavía en nosotros aquel fervor primitivo que tanto tiempo ha que se enfrió, quizá podría creerse que el cristiano iba a vivir piadosamente bajo el poder turco; pero viendo, como vemos, entre nosotros, en pleno florecimiento de la Iglesia, que por un dinerillo miserable se perjura el nombre del Señor, aquí donde al perjuro no solamente se le reserva el castigo espiritual del divino Juez, sino también el castigo aflictivo y corporal del juez humano; quien, bajo el poder turco, contra los cristianos, contra su patria, contra su hogar, contra su religión, contrae méritos por un ducado, ¿por ventura no va a desertar de su propia religión y renegar de su fe si se lo manda o se le da a entender que así lo desea por diez ducados?

¿Y qué decir de aquellos que entre nosotros no están en la fe muy seguros? ¿No desfallecerán al impulso más ligero? Y, acaso, ni aun aquellos mismos que ahora mantienen su firmeza y su constancia, podrían conservar indefinidamente aquella estabilidad suya. ¡Qué virulencia de contagio no se pegaría de aquellos hombres dudosos en la profesión de su fe a sus compañeros, a los que con ellos conviven, a sus familiares y a todos aquellos con quienes mantienen conversación y trato! No menos que de una roña irritada y fea. ¿En quién no metería inseguridad y vacilaciones aquel continuo dudar, averiguar, examinar, altercar especialmente con la cooperación de la vieja astucia y engaño del diablo? Porque si aun en las cosas que estando expuestas a los sentidos corporales son más asequibles y obvias que aquellas otras en las cuales se funda la fe religiosa, la cavilación humana siempre halla algo que descuaja y que afloja, y nuestros sentidos son víctimas de alucinaciones y trampantojos, es fuerza reconocer que la verdad hartas veces se ofusca y se ve forzada a esconderse, y no por vicio de las cosas o por las muchas luces de nuestros ingenios, sino por las tinieblas y poca agudeza de nuestro entendimiento. No carecía de razón aquel que dijo: Con la contradicción excesiva se pierde la verdad. ¿Y qué no pasará en la religión, que sobrepuja toda comprensión humana y es la *sustancia de las cosas que se han de esperar y argumentos de las que no se muestran?*

Más fuerte que el diablo es Dios, y la verdad es lo más fuerte de todo. Sí; pero nosotros, que de Dios nos hemos pasado al diablo, con suma facilidad admitimos las que creemos verdades del enemigo, abrumados por la pesadumbre de esa carne, que por su propia gravitación nos va sumiendo en lo más bajo, es a saber: de lo celestial en lo terrenal, de modo que es menester un esfuerzo grande para remontar tan cargados esta cuesta, cuando nuestro natural nos empuja por la pendiente. *El tiempo mismo trae esplendor y luz a la verdad, y la verdad, que por tanto tiempo estuvo escondida, al fin, al fin, sale a la superficie.* Lo reconozco; pero todo el tiempo que pasa sin que ella emerja, nosotros nos sumergimos y perecemos.

En conclusión, si aquí, entre nosotros, en nuestra sociedad cristiana, a despecho de que los santos avisos, la autoridad de los sabios, los ejemplos de los buenos nos apartan de la irreligión, de la deshonra, del tribunal, de los juicios, de los castigos, y nada vemos ni oímos que a las claras y paladinamente nos exhorte y nos impele a la impiedad o nos aleje de la virtud, de la bondad, de

la piedad, y con todo hemos puesto el interés por Cristo entre nuestros más descuidados intereses, ¿quién se atreverá a sostener que, invertida la razón y norma de la vida, no tendrán más importancia aquellas consideraciones que ya desde ahora pensamos que pujan por encima de la religión? ¿Qué otra cosa tienen que esperar esos locos furiosos, perdidos, desesperados, qué otra cosa van a conseguir bajo el poder del Turco? No riquezas, a buen seguro; no honores, no dignidades. ¿Quién diría tal cosa a los perros, pues para ellos no somos más que perros? ¿Qué libertad podrá existir bajo tal dueño o tales dueños, especialmente para nosotros, cuando no la hay ninguna para sus propios naturales? De letras no habrá ni cuidado ni siquiera mención. La religión correrá gravísimo riesgo. Y tras esto, ¿qué queda? ¿La vaga esperanza de que un trueque radical alumbre un mundo mejor, de cuyo bienestar gocen esos locos bajo el despotismo del Turco?

Y por si acaso hubiere alguno de espíritu tan recio y tan audaz que, con desdén de todo lo otro, confíe en que podrá conservar la piedad bajo un rey impío, con todo no debe desear ni procurar que corran tal albur los otros que no tienen constancia y firmeza tan osadas o tan probadas. Y aun el mismo que en la actualidad cree mantenerse en pie no se engría, según el prudente aviso de San Pablo; antes proceda con circunspección y recele su caída. Debemos abstenernos en absoluto de intentar, de querer, de desear hacer experiencias de aquella vida. No nos debemos permitir ser llevados a una tan grave tentación de las costumbres, de la piedad, en cuanto esté en nosotros evitarlo. Aun a aquellos a quienes había de confirmar y corroborar aquel Espíritu cuyo poder no tiene par en las fuerzas físicas del mundo universo y de la Naturaleza toda, mandó Dios que vigilasen, que orasen por no ser inducidos en una tentación, en la cual no sabían si sucumbirían o de ella saldrían incólumes. ¡Con cuánto mayor ahinco debemos orar nosotros, tan flacos, tan desposeídos de toda robustez y fuerza espiritual! Este combate hemos de reñir con las armas de la oración, comprometiendo en él toda nuestra habilidad, todo nuestro ingenio, todos nuestros recursos, todas nuestras fuerzas y guardarnos muy mucho que no caiga sobre nosotros tamaña desventura y mal tan inmediato.

FIN DE LA
«CONDICIÓN DE LOS CRISTIANOS
BAJO EL TURCO»

CONCORDIA Y DISCORDIA
EN EL
LINAJE HUMANO

(DE CONCORDIA ET DISCORDIA IN HUMANO GENERE)

ANTUERPIÆ IN RAPO EXCUDEBAT MICHAEL HILLENIUS

(1529)

JUAN LUIS VIVES

A CARLOS V, CÉSAR AUGUSTO, REY DE LAS ESPAÑAS: SALUD

Puesto que en una tan prolija serie de guerras que, con fecundidad increíble, han nacido las unas de las otras, toda la Europa sufrió daños gigantescos y en casi todos los órdenes está necesitada de una grande y casi universal reconstrucción; con todo, de ninguna otra cosa necesita con más agudo apremio que de su inmediato apaciguamiento y concordia, que se difundan y comuniquen a todas las humanas actividades. Vemos los campos mustios y asolados; arruinados los edificios; unas ciudades igualadas con el suelo, y las otras, evacuadas y desiertas; las subsistencias, escasas y a precios inasequibles; las letras, descaecidas y perdidas casi del todo; la moral, rota; pervertido el juicio y trastornado hasta un punto tal, que a los crímenes los da consideración de buenas obras. Todo este complejo de desgracias pide, exige y, de rodillas, implora una reparación enérgica y radical. Esos tristes relieves de instituciones, que fueron gloriosas, claman a voz en grito y pregonan con inequívoco acento desgarrador que no podrán subsistir un día más si no reciben socorro inmediato. Pero aun cuando una mano enérgica enmiende la situación y la reponga en el mismo estado y cumbre de donde se derrumbó, no se mantendrá a buen seguro en ella por mucho tiempo, si no es apoyada y fortalecida por la paz y la concordia. La disensión fué lo que la precipitó de su cima; disensión no ya solamente entre los príncipes, sino también entre los particulares, y esta misma disensión la derribará todas cuantas veces a ella se allegare.

Ninguna otra cosa hay en las actuales circunstancias tan necesaria al mundo, si ha de permanecer en

pie y no caer en un desmoronamiento definitivo, como la concordia. Sola la concordia restablecerá lo caído, retendrá lo fugitivo y restaurará lo ya perdido y casi desesperado.

Sea quien fuere el que provocare este feliz alumbramiento de la Naturaleza, tan amado del Cielo, esa bendita merced de Dios que al universo mundo traerá ventura tanta, ese próspero acaecimiento, mediante el cual Dios, ya más aplacado y benigno para con las cosas humanas, devolverá la paz a su pueblo, yo digo que a ese reparador, a ese bienhechor la Humanidad le será deudora del crecido cúmulo de los bienes todos. ¡Ojalá, a las muchas personas particulares a quienes Dios inspiró para ese empeño una gran voluntad, hubiérales dado una pareja posibilidad! ¡Ojalá, Dios, que a vosotros los príncipes y poderosos del mundo concedió esa posibilidad, la hubiera coronado dándoos la decidida voluntad!

Cierto es que tú levantaste una como bandera de esperanza para la pacificación del mundo, por manera que podemos halagarnos con la creencia de que ese tu pecho generoso abriga aquellos dos requisitos esenciales, la voluntad y el poder, de modo que así como puedes levantar y redimir el pueblo y el nombre cristianos de la postración en que están sumidos, lo quieres también, con voluntad proporcionada al magnánimo deseo. Demuestran tu poderío tantos reinos como tú gobiernas, adquiridos no a precio de sangre ni matanza humana, sino recibidos en herencia de tus mayores, y eso por oculto consejo de Dios, que trabó parentescos entre tantos y tan grandes príncipes, tan distanciados por su origen y por sus dominios, para que tú, con esos imprevistos acrecentamientos, resultases el príncipe glorioso que eres. Al nombre de rey, que ya de suyo es noble y magnífico, allegóse la sagrada y augusta dignidad imperial, ante la cual todas las otras ceden.

Comprobada quedó la ventura de tu nacimiento con tantas victorias como se te ofrecieron fuera de toda esperanza, por manera que no solamente fueron quebrantados ejércitos potentes y se tomaron ciudades numerosísimas, sino que los dos principales caudillos del mundo cristiano vinieron a manos tuyas: Francisco, rey de Francia, a despecho del brillante poderío militar que todos sabemos, y el Sumo Pontífice, Clemente VII, no solamente el primero de la eclesiástica jerarquía, sino poseedor de abundantes recursos, extensos dominios y considerable fuerza armada. Uniéronse numerosos reinos y naciones en una coyuntura de formidables proporciones; trabaron una alianza con gran sonido de palabras amenazadoras y con implacables condiciones para quienes no entrasen en ella. Tú, con tu espada, como aquel famoso nudo gordiano, cortaste aquella trabazón temerosa, hasta el punto que ya no hay nadie que no vea claramente que tan grandiosos y gloriosos éxitos no son obra de esfuerzo humano, sino de auxilio divino que te allana y apareja el camino para alguna empresa muy grande, si tuvieres decidida voluntad de entrar en él. Y de esa voluntad decidida diste muchas pruebas, y de una manera especial con aquella tan inequívoca, a saber: que tú, con uno y otro prisionero tuyo, por hallar alguna paz, te condujiste con tal mesura y mansedumbre, que tuviste que soportar el reproche de los tuyos, porque, a juicio suyo, soltaste al uno y al otro

con generosidad y benignidad demasiadas. Y aun aquellos mismos que en aquella deliberación trascendental asistiéronte como consejeros, fueron objeto de críticas desfavorables; mas a ti, que sentías una prisa generosa para llegar a la paz, sonreíate tentadoramente todo camino que condujese a la concordia.

Pero hasta aquí, porque no lo ignores, no hiciste más que echar los cimientos de obras muy grandes; pues aun en aquellas que traes entre manos y que todos esperamos y nos prometemos de ti, apenas diste los primeros pasos y nos ofreciste los primeros síntomas, confirmándonos en la esperanza de las que todos, como con derecho propio, reclaman de ti. Porque puedes hacerlas, las exigen de ti como un deber, y porque quieres y las empezaste ya, como una deuda. Nadie habría ya que no se lamentase de haber sido defraudado y decepcionado, si echases el pie atrás y renunciases a proseguir todo cuanto te queda de camino. Esas virtudes que ya te conocen y que te valieron en el concepto de todos una tan lisonjera opinión, han sido como un anticipo y un compromiso de que vas a conservarlas y aun a acrecentarlas, y a satisfacer, en una palabra, la general expectación. Somos así: de la virtud inédita ninguna cosa esperamos que creamos que nos es debida; mas de la virtud experimentada lo esperamos todo con irrenunciable certidumbre. Cuando pusiste el pie en ese estadio honroso de bellas y ejemplares acciones, y apenas te habías despegado del punto de partida, no osábamos exigirte ni aun la mitad de las que consumaste ya; mas, puesto que esos comienzos prometen realizaciones gigantescas, te las reclamamos gigantescas, como si nos hubieran sido prometidas y fuesen ya, por tanto, nuestras efectivamente.

Pero sube un poco más arriba, y con un mayor y más reverente sentido de responsabilidad, hazte cuenta que ya no solamente las debes a los hombres, sino al mismo Dios todopoderoso y santo, que con cuanta mayor bondad te trató, con tanta y tan proporcionada diligencia conviene que tú te esfuerces y porfíes por hacerte digno de benevolencia tan singular, Padre tuyo como es y tú, hijo sumiso y complaciente. Si yo me persuadiera que tú abrigabas en tu ánimo una arrogancia e impiedad tal, que creyeses que esos sucesos gloriosos que te acontecieron son obra de tus fuerzas o de tus facultades y consejo, con muchas y poderosas razones pugnara yo por arrancar de tu convencimiento esa temeraria presunción, que fuera la más pestilente de las calamidades. Pero como sé que tú todas las refieres a Aquel de quien las recibiste, y cuya mano te las concedió con largueza, no tengo por qué consumir en este empeño una estéril abundancia de razones. Fueron de tal relieve las cosas que sucedieron en tu rededor, que no ya solamente tu presencia modesta y tu fina religiosidad, sino que aun el más necio vulgo entiende claramente que algún designio grande, insólito, maravilloso, madura en sus consejos sapientísimos la Divina Sabiduría, dado caso que tú te exhibas instrumento dócil, no ya de la ira y del castigo de Dios contra nuestras maldades (¡aparte Dios ese azote de nuestras espaldas!), sino de su infinita clemencia, por lo cual, compadecido del humano linaje, ponga, por fin, en nosotros sus ojos propicios y benignos y no nos inflija la pena que merecemos, sino que nos inspire tal espíritu de humildad y cor-

dura que nos reconozcamos merecedores de las penas más aflictivas y las conjuremos, trocando el corazón y las obras. Decretaste la marcha a Italia; suspensos están los ánimos de toda Europa, y aun de Asia, del resultado de esa expedición; tienes puestos en ti los ojos y los oídos de todos, fijos con ahinco obsesionado en esa tu empresa. ¿Qué pretendes conseguir con ese titánico proyecto? ¿Cuál será su resultado?

Todos los buenos y los que te conocieron de más cerca esperan con la más inalterable de las certidumbres que esa iniciativa tuya será la consumación y perfeccionamiento de las máximas realizaciones a que ya diste comienzo y que en ti parece muy bien que proyectes y que sin duda proyectas en la actualidad, si ya no constituye un lindo y muy sabroso engaño nuestro todo cuanto hiciste hasta ahora y todo lo que nos cuentan los que hablan de ti con familiaridad más documentada y conocen las interioridades de tu corte. Aparejo de tal extensión y corpulencia, empeño de trascendencia tal y la sensación que ocasiona tan profunda, que parece que España se arranca de su raigambre y de su asiento no se realiza para ningún alarde de poderío ni por recoger algún rumor de fama huera que lisonjee la vanidad. Y ¿qué cosa hay más ajena de la gravedad solemne de las circunstancias? Ni tampoco se encamina a sojuzgar a Italia y pescar esa anguila que con su piel de tan viscosa lubricidad se te escurre de las manos que reciamente la aprisionan (¿y qué otra cosa conviene menos a tu prudencia sagaz y a tu experiencia cautelosa?), ni nuevo como eres y advenedizo, pasas a informarte personalmente del estado de Italia. Nadie abriga la duda más ligera de que tu pecho concibió algo sólido, algo transferible a la posteridad, algo que quede y permanezca, una obra, en fin, como el mundo la desea, porque la necesita con apremio, a saber: la paz entre los príncipes, hasta el límite de lo posible, firme y duradera; la concordia de las opiniones, que yo veo tanto más difícil cuanto más útil y necesaria la conceptúo que la paz entre los príncipes. El estado de los príncipes, que en fuerzas humanas se apoya, dómale una potencia mayor, con el progreso se cansa, cede al empuje del tiempo, está al acecho de las ocasiones, es esclavo de su propio curso y, por fin, se muda con las voluntades que hartas veces se afectan y se dejan conducir por respetos de bien poca monta; mas las opiniones y los pareceres que se asientan en realidades, después que al calor de las pasiones cobraron pujanza y ganaron tiempo, perseveran ardientes y pertinaces, y ello tanto más cuanto se les acerca algún obstáculo exterior.

Entonces, bien así como el fuego, levemente rociado levanta y aviva más sus llamas, no temen poder alguno; libres y dueñas de sí, no tienen cuenta con los tiempos y no pueden salir de otra manera que de la manera que entraron, es decir, con alguna apariencia de verdad. Las amenazas y el alarde del terror pueden, es verdad, coaccionar los cuerpos, pero no pueden coaccionar los entendimientos, que están fuera del alcance de la violencia humana; mas aquellos movimientos y afectos excitados del espíritu, tan perturbadores como una enfermedad grave y peligrosa, si no se tocan con sumo tiento, la misma cura los encona y promueven mayores motines y alborotos; pues son morosas de suyo, estas pasiones, son

difíciles, violentas, desmandadas, carniceras, crueles; rechazan con indignación las manos del médico, especialmente si traes el remedio contigo por manera que tengas que deslizarte más que no entrar para la salud.

Ya ves cómo en ese próximo Concilio ecuménico, de cuya reunión dícenme que estás sobre manera solícito, y sin el cual no podemos pasar más tiempo, so pena de nuestra perdición, en ese Concilio ya ves que teniéndose que poner remedio a opiniones tan depravadas y torcidas, se impone la previa tarea de ablandar y mitigar la exasperada braveza de unas pasiones de tal complejidad, que en algunos temperamentos se transformaron en odios implacables; harto entiendes cuánta delicadeza y tacto son menester y cuánta habilidad y cuánta y cuán aguda y cuán rara y cuán exquisita prudencia.

Jamás hubo en la Iglesia Concilio en que tuviera que atenderse a la curación de dolencias tan críticas y mortales y, por ende, ningún otro en el cual cualquier desacierto que se cometiere ocasione crisis más aguda, seguida, acaso, de ruina más inmediata y grave. La Iglesia toda se apoya en la esperanza y expectación de este Concilio, donde hallar la medicina para una salud tan comprometida y tan al cabo. En este Concilio, si se hace alguna concesión a las humanas pasiones, si algo impetrare el respeto personal, si la influencia puramente humana consiguiere algún decreto en su favor, contra la justicia y la religión, contra la verdad y la equidad, si todo no se pondera y aquilata exactísimamente con gran sabiduría, cordura y el más exquisito sentido de la piedad, causa horror el pensar, es arduo de creer y repugna el labio decirlo cuán grande herida y cuan mortal se infligirá a la religión. ¡Ay, en cuán arriscada cumbre contemplo el resultado de tus planes! ¡Cuánta gloria aparejada allá en lo sumo! ¡Qué premio tan grande por parte de los hombres, aun cuando sea liviano y efímero y contentible, pero de parte de Dios, macizo y sempiterno! Jamás en lo ruin se asienta la alabanza máxima. Y si tanta es la vigilancia y desvelo que tiene que desplegar aquel que pone su esfuerzo en enmendar y restaurar la moral decaída y descaminada de una casa sola, ¿qué piensas que tendrá que hacer el que asumió sobre sí la reinstauración de casi toda la redondez del orbe y tiene que sostenerla y apoyarla en sus vacilaciones, no de otra manera que la mitología lo cuenta de Atlante, a quien, decaído de cansancio, Hércules se prestó para un breve rato como sustituto. o no sé si tú, en esas columnas de tu escudo, quisiste significar algo así y te consideres como un segundo Hércules con la misión de socorrer a Atlante? Sin mitologías, sin alegorías, algo no desemejante de esto es lo que es menester que hagas si has de continuar en la misma dirección de tus comienzos. Tienes que exteriorizar toda la agudeza de tu ingenio; tienes que manifestar la luz de tu corazón y de tu juicio; tienes que actuar, tienes que vigilar. Muchas son las cosas que tienes el deber de conocer por el testimonio directo de tus oídos y de tus ojos; y muchas otras que tienes que averiguar de unos hombres cuya lealtad, sabiduría y experiencia tengas conocidas y comprobadas; y muchísimas otras de la lectura de aquellos tratados políticos que es razón que los príncipes manejen. Estos libros te darán consejos desinteresados, no corrom-

pidos por ninguna vena de lisonjera adulación ni debilitados por ninguna consideración de tu poderío. No hay agua más pura que la que se toma de esos manantiales.

Mas acerca de este punto formé hace tiempo el propósito de escribir para ti y con cierta extensión algunos comentarios. De momento, te escribo acerca de lo único que todos los hombres, sin excepción, requieren, desean, suspiran con anhelo tan vivo y tan premioso, que no faltan ya quienes casi perdieron la esperanza: *Concordia del linaje humano en cuatro libros*. Añadí determinadas consideraciones acerca de la discordia, a fin de que por comparación y contraste se aquilate mejor cuánta sea la virtud y la excelencia del buen acuerdo. Acumulé en ese volumen todas cuantas ideas se me ocurrieron con el tiempo en asunto tan vario y tan importante, pues no tiene fin lo que decirse puede sobre los bienes de la concordia y los males de la discordia. En la primera parte estudié dónde y cómo nació la concordia entre los hombres, y cómo la discordia creció dolosamente cual cizaña no buena en sementera buena; luego, cuán rabiosamente los hombres practican la discordia entre sí, y de estos orígenes y fuentes, por decirlo así, qué bienes dimanan y qué males, y, finalmente, cuál sea el procedimiento mediante el cual los hombres conserven entre sí la verdadera concordia y paz. Parecióme bien dedicarte esta obra a ti, en cuya mano eficiente y en cuya voluntad poderosa está puesta una gran parte de la quietud y de la concordia humanas. Con ello, según espero, no hago más que exhortar a la carrera a quien corre ya gallardamente. No escribo para ti sólo, sino a todos, por ti, así a los príncipes como a los particulares, para que todos a una acudan a tiempo a remediar ese desconcierto y bancarrota general, antes que se precipiten definitivamente en un despeñadero del cual no puedan librarse, a pesar de toda la voluntad y los más bien intencionados esfuerzos; cosa que no quiera Cristo. A Cristo ruego que siempre pienses y ejecutes aquellas obras que te han de acarrear provecho a ti y a tus reinos, o, mejor, a la Iglesia toda.

En tu Brujas, 1 de julio de 1529.

LIBRO PRIMERO

ORIGEN DE LA CONCORDIA Y DE LA DISCORDIA

Muchos y variados son los sistemas y modos que tiene el género humano de obrar el mal, así en el intento como en la obra. Algunos de éstos halagan y convidan con el aliciente previo de un placer inmediato o dejan detrás de sí algún provecho, por manera que aun cuando son malos y no puedan defenderse con una excusa razonable, con todo, para los caracteres depravados tienen alguna apariencia y sombra de justificación, por cuanto se considera que trajeron alguna utilidad, aun cuando bajo un ahorro ficticio se esconde un quebranto incalculable, si bien es tan transparente su disimulo que no resulta difícil para nadie que en ello pare mientes descubrirlo y cogerlo casi con la mano. Y, en cam-

bio, hay otros géneros de vicios y maldades tan emponzoñados y saturados de malicia, que aun cuando solicitan el ánimo poderosamente, con todo, no ofrecen el menor asomo ni de placer ni de provecho; muy al revés, prometen espinas y angustias sin cuento, sobresaltos, tristezas, daños y desgracias. Un arrebato de ímpetu nos arrastra, y luego que nos hemos entregado a ellos y con ellos condescendido hasta la hartura, vejados de molestias, quebrantados de trabajos y de perjuicios, vueltos a nosotros mismos, nuestro asombro no tiene fin de cuál pudo ser la fuerza que a ellos nos arrempujó. Y al no poder hallar una disculpa mediocre de nuestro entuerto, lo achacamos a venganza de la Divinidad, contra nosotros enojada. De este linaje y laya es la discordia, monstruo devastador de las generaciones humanas, que no trae consigo gusto que le alcahuetee ni provecho que le disculpe, sino el nutrido cortejo de todas las incomodidades y males que decirse pueden.

Lo primero que se me ocurre es que así como la paz, el amor, la concordia nos mantienen en nuestra naturaleza y dignidad humana, así la discordia y la disensión no nos dejan ser hombres, nos obligan a degenerar de la prestancia de nuestro origen y de nuestra estirpe, y no tanto nos convierten en fieras como en aquellos espíritus que por el ejercicio que practican llamamos diablos. Todos los restantes seres animados, de tal manera quedaron organizados por Dios, soberano Hacedor de todo, que cada cual vive para sí con fuerza suficiente y no reconoce a su prole más tiempo del que, necesitada de la ayuda de los padres, requiere para llegar a un determinado crecimiento, pues tan pronto como puede subvenir por sí mismo a su propia defensa y sostenimiento, despídese de sus padres para siempre, goza vida autónoma, mira por sí, con independencia y en lo sucesivo ya no los reconoce más.

Cuentan como una de las maravillas de la Naturaleza, aquellos autores que de ella se ocupan, que la cigüeña alimenta a sus padres, cascados por la vejez tanto tiempo cuanto ella, joven e implume, fué por ellos mantenida en el nido, por manera que ese cuidado piadoso dió origen al vocablo griego significativo de la gratitud, tomado del nombre de la cigüeña. Este fenómeno de piedad reprende la ingratitud de muchos hombres, que olvidadizos o aborrecedores de los beneficios, pasan al lado de sus bienhechores sin demostrarles afecto o, lo que es peor, los insultan y les ocasionan daño, correspondiendo con maléfica voluntad a su obra benéfica. Por lo demás, la piedad de la cigüeña más es indicio de gratitud que de instinto de asociación; a las agrupaciones de ovejas, grullas y otros animales de este género, más les conviene el nombre de manadas que de compañías. No sin gran admiración contemplamos la República como la ciudad de las abejas, con domicilios ciertos y con su rey, a quien ellas no veneran menos que, como dice Virgilio, *le venera el Egipto, o la espaciosa Lidia, o los pueblos de la Partia, o el Hidaspes de la Media.* Pero si uno estudia con mayor diligencia este, digamos, fenómeno social, hallará que más es una especie de concierto para la consecución de un fin determinado que sociedad o amistad. Demuestra la exactitud de esta observación el hecho de que salidas fuera, alejadas de su tarea, ya ni se acuerdan de su República ni de su común ciudadanía, ni distinguen a sus conciudada-

nas y contubernales de las extranjeras y advenedizas. A su vez, el examen más atento del hombre, ese animal augusto, revelará que no solamente nació para la religión con Dios y la sociedad con los hombres, sino que para ello está esencialmente hecho, formado y provisto. Por una rica dignación divina se le dió una fuerza de ingenio soberana, con tendencia a la elevación, que le levanta al cielo y hace que lo recorra todo, como también el orden y la naturaleza de la creación, y no contentándose con ello, penetra hasta el Autor y Padre de todas las criaturas y se hace capaz de su Divinidad. Superflua parecería esa dádiva soberana si no se refiriera a la religión y a la adoración de Aquel cuya naturaleza barruntó su mente. Bien así como acontece en la sociedad humana, en la cual, si alguno de sus miembros descuella sobre los demás por alguna cualidad insigne, por natural impulso le queremos amar y distinguir y hacernos sus conocidos y, hasta donde se nos concede, unirnos a él por amistad, por trato y familiaridad afectuosa y estrecha, así también, subidos como por la escalera de los seres creados a la contemplación de aquella divina y todopoderosa naturaleza, conocida su increíble virtud, enciéndese el ánimo en el amor y observancia de tan grande Bien y no tiene punto de reposo hasta que, hecho ya de El más conocido, disfrute de su amistad como del más trascendente de los bienes todos.

Luego vuelve el espíritu humano a descender a sí y a sus semejantes, y con el mismo vigor y celeridad de su mente excogita las artes y los instrumentos no ya para simplemente vivir, sino también para que, gracias a esas invenciones, el ser humano, dejada la fiereza de su malicia natural, se amanse y se torne más apto para esta sociedad de que hablamos. Y ese su espíritu de invención no trabaja para él solo, sino para la comunidad de los demás hombres, aun cuando no piense, en tal sociedad y concierto, por qué se manifiestan claramente en el hombre, aun fuera de su intención, con enérgica espontaneidad, esos instintos de asociación y convivencia humanas. Hartas veces esos hombres conságranse al descubrimiento de unas artes de las cuales saben que jamás han de hacer uso, como aquel agricultor de quien habla Cecilio, el cual, llegado a una extrema y quebrantada vejez, como sembrase árboles y se le preguntase para quién los sembraba: *Para los dioses inmortales*—respondió—, *que quisieron que otros los sembrasen también no para sí, sino para mí; así lo hago yo, no para mí, sino para los venideros, quienes, a su vez, prestarán a la posteridad este servicio obsequioso.*

La sociedad humana no se encierra en los límites de esa vida mortal, sino que pasa allende, por manera que los mismos que viven parece que están votados a la veneración de los muertos. Tiene el hombre determinados movimientos del espíritu, vehementes y excitados, no sin alguna perturbación, que le aguijan a separarse de esa concordia, como son la soberbia, la altanería, la envidia, la ira; mas el muy benigno Autor de nuestra naturaleza atribuyó en los restantes animales el supremo derecho a esos movimientos y como la potestad sin provocación. La bestia va arrebatada allá donde la empujan el miedo, la esperanza, el amor o el odio, y no puede volver el paso atrás y retroceder, pues los tales afectos y pasiones señorean la bestia por completo. Mas en nosotros, por una am-

plísima concesión y dádiva, separó Dios todos los alborotos y movimientos pasionales del gobierno del hombre, como esclavos viles y malos, y los quiso sujetos al alma generosa y noble, y les dió por dueña una voluntad libre y no vejada que, despreciando los tumultos de la pasión y no haciendo ningún caso de sus gritos, determinase todo lo que a ella le pluguiere; añadióle la razón, guía y consultora de las obras que nunca exhorta a la voluntad, a la discordia o al odio, sino que siempre la mueve suavemente al amor, a la concordia, a la quietud, a la justicia, a la equidad, a todo género de bondades y de virtudes. Y no puede la voluntad apartarse de sus consejos sin despojarse previamente de su dignidad humana y trocarse en fiera o en cosa peor que la fiera. Y por no alargar excesivamente este tratado con la enumeración de esas no sólo preseas gloriosas de nuestra mente con que nos enriqueció la divina largueza, sino con esotros preciosos instrumentos, voy a tratar luego al punto de la memoria, a quien con todo derecho solemos llamar la tesorera de nuestra alma.

La memoria no reside en los animales de la misma manera que en el hombre. Ellos no se acuerdan de los padres, ni reconocen al mejor, ni sienten el aguijón exquisito del amor de la patria o la sutil dulzura de la piedad. Por eso, sueltos y sin ley, dóciles a su instinto natural, pasan su vida, atentos no más que a lo presente e inmediato. El hombre, en cambio, se acuerda de sus padres, parientes, ayos, preceptores y maestros, de todos aquellos, en una palabra, que de una u otra manera le hicieron bien, para simple recuerdo del beneficio o para su remuneración, si el caso viniere. Ninguna otra cosa hay como ésta de tan eficaz conveniencia para la defensa y conservación de la sociedad, cuando se acuerda de las leyes y de los magistrados para obedecerles, de los ciudadanos y de los que con él conviven para ayudarles. En resumen, todo el género humano no mira a otra cosa sino a los miembros de la sociedad de que forma parte, para que, como se lo avisan la semejanza y la comunidad de naturaleza, no ignore que nació para el provecho de todos y porque no deje pasar ocasión alguna de practicar el bien ajeno, sabedor de que esa preterición no es posible sin violar las leyes de la Naturaleza, es decir, de Dios, creador de todos los seres y de la misma Naturaleza, por manera que desertar de los mandatos de la Naturaleza equivale a hacer a Dios una injuria notable, como si El hubiera establecido algo que mereciese nuestra reprobación. Inequívocos son todos estos indicios de concordia y de convivencia social; pero no hay ninguno más evidente ni más convincente como el de que se nos fué dada el habla, facultad de que carecen todos los animales restantes. Ninguna necesidad teníamos del habla para tratar con Dios, que mora en los más íntimos repliegues de nuestro pecho y que nos conoce más que cualquiera de nosotros se conoce a sí mismo. Ni nadie necesita del habla para tratar consigo. El lenguaje concedióse a los hombres en interés de los hombres. No podía imaginarse instrumento mejor para la comunicación de los hombres entre sí, para que cada cual pudiese manifestar a otro o revelar él por sí todo cuanto tuviese encerrado en su pecho o en su pensamiento, o explicar lo que ocurrió en alguna parte o en parte alguna ha de acontecer. Ninguna otra cosa

hay que no pueda expresar el hombre y como por un embudo no pueda transfundir y como trasegar de la mente propia a la ajena. La costumbre hace que no nos detengamos a considerar cuán maravillosa dádiva de Dios es ésta; pero sin posible contradicción, es muy grande. Y no es menor maravilla el que los sonidos tan varios del lenguaje humano estén comprendidos en ciertos signos expresivos de letras, y de aquí nació su uso. Los que jamás las vieron, como acontece en los pobladores aborígenes de las remotísimas islas del Océano, descubiertas por nuestros hombres en su navegación hacia el Occidente, ni por intuición ni por conjetura pueden comprender cómo ello sea posible. Y del mismo modo que la lengua y los vocablos están puestos al servicio de la sociedad inmediata y son el aglutinante de la vida común, así la escritura une a los pasados con los venideros y de muchas y distanciadas edades hace una sola. Los escritores hablan con una posteridad que todavía está por nacer, y ésta con unos escritores que ya hace siglos que murieron.

Al don de la palabra añadiósele otro don, que solamente en el hombre tiene expresión inteligente, a saber: el rostro, que en nariz, frente, boca y ojos especialmente, es eficaz y significativo y viene a ser como el acento e intensificación del habla. No otro lenguaje emplean aquellos a quienes la Naturaleza quitó el uso de la lengua, a saber: los niños y los mudos. Y aun los hombres dotados de mayor facundia experimentan muy vivo el auxilio de la elocuencia del rostro y no renuncian fácilmente a ese no liviano socorro de la persuasión. Y así como no lo tiene ningún otro animal, con la única excepción del hombre, por esto la expresión que posee el rostro era necesaria a quien había de vivir en sociedad, puesto caso que muchas veces más claramente el rostro nos significa lo que esconde el pecho, que no lo revela la palabra. Muchos son los engaños que el lenguaje encubre, plegable y dócil en exceso al antojo de quien lo usa. Ni el rostro tampoco muchas veces deja de ser falaz y compuesto a capricho; pero es más difícil hacer mentir al rostro que a la palabra, especialmente en los hombres de carácter ingenuo o tan dominados por la impresión que arranque al rostro la máscara de la voluntad ficticia, y por más esfuerzos que haga no puede la voluntad torcer aquel súbdito suyo a lo que quiere saber, al disimulo. Por esto es por lo que vemos hartas veces que al lenguaje redondeado y pulido lo denuncia la simplicidad del rostro.

Dios, para demostrar cómo había de ser la sociedad futura, envió el hombre a la luz de esta vida, inerme en absoluto. A los restantes animales les atribuyó armas variadas, bien ofensivas, bien defensivas; al león, al oso, al lobo, dióles zarpas y dientes y fuerza grande en sus músculos y en su cuerpo todo; colmillos al jabalí y al elefante, uñas al caballo, astas al toro, pinchos al erizo y al escorpión veneno. Animales hay que alternan con toda seguridad entre sus desemejantes con la protección de conchas y cueros muy espesos, y cuando no hay otro recurso, la ligereza les es escape y salvación. El hombre, en cambio, no puede arremeter ni por lo fuerte de los dientes ni por lo tajante de las uñas; no está armado de cornamenta ni de aguijones ni de ponzoña; con un cuero de gran delicadeza, es un animal desarmado, y, por ende, inofensivo, porque entien-

da cómo debe conducirse entre los hombres. De las bestias dañinas le defenderán la compañía y el concierto con los otros hombres, que se prestan auxilio recíproco; y este auxilio se implora con lágrimas, muestra no pequeña de la humana mansedumbre y necesaria concordia, puesto que las lágrimas son expresión de sensibilidad y mansa blandura, y no de rigidez fiera y bestial, que no sabe doblarse ni ser vencida sino por la violencia de una pasión más poderosa.

Añádase a eso que las lágrimas testimonian nuestro dolor o nuestro gozo, bien doliéndonos de nuestros males o bien lloriqueando con motivo de alegría o cuando compadecemos ajenos males, y las lágrimas que salen corriendo dan testimonio de que su desgracia nos afecta tan dolorosamente como a ellos mismos. Ninguna otra cosa hay más eficaz para la concordia, conciliación y confirmación de la amistad como esa comunidad del sentimiento. ¿Y qué sortilegio hay más poderoso para granjearnos la simpatía que, o bien abrir a los otros el santuario de nuestro pecho, en donde tiene su morada la confianza, que es el fundamento de la amistad, o demostrarles que nos sentimos tan solidarios de sus bienes y de sus males como de los nuestros propios y que nos afectan tanto como los nuestros personales, lo cual constituye la consumación de la amistad, que solamente se realiza cuando el querer es el mismo y es el mismo el no querer, gracias al fundente del amor, que de todo hace una sola cosa?

También la risa da señal de alegría y de jovialidad, y es un indicio de la mansedumbre del ánimo, a quien parece que la risa ablanda. Mas en aquellos de quienes se dice que jamás rieron, como de Craso o de otros, esta disposición anímica, según dice Plinio, manifiéstase en cierta rigidez y adustez arisca y ceño duro e inflexible, que quita toda sensibilidad humana. Así es que vemos con harta frecuencia que los mayores desabrimientos y los casos más tristes y el comienzo de los más graves enojos serénanse como por encanto y disípanse en la suave luz de una sonrisa. Y por atar con vínculos más recios esa concordia entre los hombres, Dios no sólo produjo al hombre inerme, sino también desvalido, desapoderado de sí y de ayuda ajena menesteroso. Los restantes animales, ya en el instante de su nacimiento o muy poco tiempo después, se sienten en plena posesión de sus fuerzas y hacen uso de ellas y reciben como de golpe todo cuanto un día han de tener; el andar, el nadar, la ligereza en el correr, el pasto, el infalible instinto que les hace apetecer lo que ha de aprovecharles y evitar lo que les ha de ser nocivo, fenómenos son que vemos todos los días en aquellos animales que entre nosotros nacen y crecen: en polluelos de gallina y ánade, en corderillos, en cabritillos. El hombre, en cambio, nace de tal manera, que en él no podemos presumir nada de lo que después vemos con el tiempo. Inicialmente es un simple animalejo, estúpido, y como muy discretamente dijo Plinio, tendido, atado de pies y manos, meón continuo, llorón perpetuo, de forma que si no interviniese una cierta compasión, nadie quisiera levantar un tronco tan inútil y tan enfadoso: le mantiene la piedad de padres y de nodrizas, críase con auxilio ajeno y con ajeno auxilio crece; nada suyo trajo; todo lo que tiene es de otro y recibido a título precario. ¿Con qué mayor humildad

podía suplicar todo cuanto necesita, sino con aquellas lágrimas y con aquellos vagidos? Esto es para que sepa que a otro debe el beneficio de vivir, el de saber, el de poder, el de la existencia simplemente, para que muestre agradecimiento a sus bienhechores y, en la medida de sus fuerzas, les corresponda. Y también para que no olvide nunca de qué principios creció y aprenda a alargar la mano y dar asistencia y socorro a la ajena indigencia.

Añade a esto los trances y lances azarosos que tan fuerte influencia ejercen en cualquiera: al varón más robusto y más valiente derríbale una fiebrecilla, por manera que se ve obligado a implorar en tono de súplica el auxilio de muchos; de los cuidados de una flaca mujerzuela, necesita aquel bravo león; aquella torre humana abatida por la calentura. Y aun al individuo sano, ¡cuántos servicios y cuán trabajosos no se le han de prestar para sus necesidades cotidianas! Servicios del labrador, del pastor, del tejedor, del albañil, del marinero, del carretero y aun de muchos otros, según fuere su oficio y manera de vida. Y si creciere en poder y en dignidad, en ese caso, cuanto más arriba la fortuna le encaramase, tanto mayor es la servidumbre que le impone y la necesidad de ayuda de todos aquellos a quienes dejó muy por debajo de sí, por manera que parece que los hombres no se encumbran por otra cosa sino porque desde su elevado asiento vean mejor a todos aquellos de quienes necesitan y sin los cuales no podrían vivir ni sostenerse en aquella jerarquía.

Y no es sólo entre los hombres donde se impone esta necesidad tan aguda del socorro mutuo, sino en las mismas tierras entregadas al cultivo y al provecho humano, puesto que unas carecen de unos productos de que abundan las otras. Y esto con el fin de que esta comunicación y comercio del género humano no quede roto y limitado por fronteras políticas ni por fronteras naturales, ni por cursos de ríos ni por cadenas de montañas, ni por bosques ni por arenas, ni por espaciosas y vacías soledades. Para superar todas estas dificultades halláronse los remedios oportunos, de modo que no hay nada ya que estorbe viaje alguno. El recuerdo de los beneficios para con aquellos que lo merecieron, el sentimiento de compasión para con los desvalidos y para con todos en general, la consideración de cuán flaca es la Naturaleza, que nos obliga a necesitar de muchos, fortalecen más y más esta concordia obligada del linaje humano. No hay nadie en absoluto que ya no nos haya hecho algún bien, o a nosotros personalmente o a aquellos cuyos intereses nosotros consideramos como nuestros o que no pueda hacérnoslo en su día, si la ocasión se presentase.

¿Por qué voy yo a encarecer ahora la antipatía, la aversión que el hombre siente por la soledad? Para él es como la muerte. ¿Y por qué he de ponderar cuánta es su afición a la sociedad, al trato de la conversación, que se concierta sin la más leve finalidad utilitaria, sin más que por un impulso e inclinación natural? Hasta aquellos mismos enemigos del género humano que llámanse *misántropos*, con un vocablo griego que en castellano suena: *aborrecedores del hombre*, como leemos que lo fué en Atenas un tal Timón, en tiempo de las guerras del Peloponeso, a pesar de todo, evitan la soledad, y mientras dicen odiar a todos los hombres, buscan a los

hombres para vivir con ellos, para hablar con ellos; condenados a morir muy pronto si no dieran con algunos hombres.

Estas voces de la Naturaleza, tan claras y tan fáciles de oír, pero que nuestras maldades enturbian porque no puedan ser entendidas de nosotros, ayudólas y robusteciólas el Restaurador de la Naturaleza, lesionada por nuestra culpa, ilustrando y esclareciendo lo que nosotros habíamos oscurecido; y colocándose más cerca de nuestros oídos, hizo que nadie pudiera excusarse con que no había oído. Ese Maestro de celestial sabiduría colocó el fundamento, el edificio, el techo, el principio y el fin de todos sus mandamientos en sola la caridad, exhortando a los hombres al amor, a la concordia, a la amistad, dando testimonio de que así serían ellos con quererse mutuamente, esto es: que así serían cristianos, a saber: hombres de naturaleza pura e incorrupta. ¿Qué otra cosa es el cristiano sino el hombre vuelto a su naturaleza y como restituído a su nacimiento, del cual le derribó el diablo, luego de cautivarle con la victoria de la maldad? Presentado nos fué el hombre por la Naturaleza misma, es decir, por Dios, Padre y Autor de todo, hecho, acondicionado, provisto, proporcionado para la paz, la quietud, la concordia, el amor, la amistad; y a todo esto, enseñado por el Hijo de Dios y por Dios mismo.

¿De dónde, pues, tantas disensiones en todo el humano linaje y tantas discordias y enemistades y odios como no las hay entre los seres que por su naturaleza y por su genio son antagónicos entre sí, hasta el punto que ni una nación a otra nación, ni un pueblo a otro pueblo, ni en la misma ciudad un ciudadano a su conciudadano, ni un compadre a su compadre, ni entre las paredes de una misma casa un hermano a su hermano ni el hijo a su padre, ni la esposa a su marido quiere bien? Se odian, se roban, se despojan, se engañan, se defraudan, se matan, se quitan todo cuanto pueden el uno al otro, y en estas violencias alternas no ponen tasa ni se dan punto de reposo. ¿Qué otra cosa hemos de pensar sino que el hombre degeneró de su naturaleza? Así es fuerza que haya sucedido; pues a quien viviere conforme a la ley de su naturaleza no le dominaría de tal modo la discordia enemiga de la Naturaleza. Menester es que el hombre haya dimitido toda humanidad cuando así se despojó del amor y de la concordia. ¿Para qué disimulos y tapujos? Se impone la confesión clara y rotunda. No se contentó el hombre con su humanidad; ambicionó la divinidad, y por eso perdió la humanidad que dejaba y no consiguió la divinidad que apetecía. ¿Quién sabe si por ventura, y en una u otra proporción, hubiera llegado a ella si, conociéndose a sí mismo y desconfiando de sus fuerzas, hubiera concebido la esperanza de alcanzarla por gracia y beneficio de Dios, de cuya bondad tenía ya tan prolija experiencia? Pero no se llegó a conocer a sí mismo, y soliviantado por el lisonjero engaño del demonio astuto, subió a una altura tan ambiciosa, que de ella no le fué posible apearse sin una caída gravísima. Pero lo más triste de ese derrumbamiento es que la memoria quedó lesionada por el gran fracaso, y nos quedan todavía muchos resabios de la presunción añeja. Por desgracia, nos hemos olvidado de la caída, a pesar de que todos los días la sentimos con tan grande daño nues-

tro; pero nos complacemos en imaginar otros pretextos y en exculparnos a nosotros, que somos sus autores, echando toda la responsabilidad sobre la Naturaleza, es decir, sobre el mismo Dios, si osáramos hablar claro. Fija como un clavo quedó en nuestro pecho la soberbia, daño grave, y tiranía la más cruel, que jamás se considera asaz segura si está sola y anda siempre rodeada de una muy fea y muy nutrida escolta de crímenes y de maldades.

¿Qué no apetecerá quien ambicionó la igualdad con Dios? Insondable e infinito es el deseo que late en nosotros de descollar, y no en uno que otro aspecto, sino en toda cuanta cosa vemos que tiene alguna estima, sea ella la que fuere, mientras agrade, mientras merezca aprobaciones. Queremos distinguirnos mediante la religión y el culto divino, como si fuésemos amigos más estrechos y más acercados a Dios, aun cuando no ignoremos, con innumerables y ejemplares escarmientos, que tanto más lejos nos apartamos de aquella santa Naturaleza cuanto más cerca nos hace creer o alardear la arrogancia en que estamos. ¿Pero qué importa la distancia a que nos hallamos de ella? Queremos que se nos crea próximos; a eso se va; éste es el premio del trabajo, éste es el salario que colma todas nuestras apetencias. ¡Cuántas penalidades no se arrostran no más que por oír aquella delgada y blanda voz de la lisonja: *Vaya saber de hombre!* Por esta obstinada pretensión junta días y noches, abstiénese de los placeres lícitos, malgasta la salud para que, por lo común, diga el que nada entiende: *¡Es todo un sabio!* Si tuvieras que comprar dos huevos, rehusarías el consejo de quien no conociera los huevos. Y, en cambio, abrazas el parecer de un indocto que juzga de tu doctrina, y no solamente te saboreas con él, sino que te engríes, sino que te ensoberbeces y tomas altos vuelos. Hay quienes no niegan su ignorancia porque su erudición no les proporciona ningún cuerpo de doctrina de que hacer alarde; pero quieren dar a entender que en agudeza y penetración de ingenio no ceden a los más doctos. Todos, incluso los más necios, se sienten satisfechos de su competencia. Así que el que es de tal ruindad física que no lo pueda disimular ni afeitar, se precia de su prestancia intelectual y moral, en la que puede ser igualado, pero no vencido. Aun al más deforme plácele su deformidad y con el artificio trata de enmendar el defecto de la Naturaleza.

¿Y qué no diré del abolengo? A pesar de que debiera ser lo postrero en alabanza, es lo primero de que se blasona, hasta un punto que más valor atribuímos a la virtud ajena que a la propia. Y ese abolengo, ¿de qué calidad pensamos que es? Registrar en el árbol genealógico antepasados que fueron bravos ladrones o zotes estupidísimos y tenerlo como un timbre de gloria. Y no faltan quienes, en su ejecutoria de nobleza, remonten su ascendencia al oso, a la sirena, a la serpiente, al cisne o a una bruja cualquiera.

Autoridad e influencia tanta se vincularon en las riquezas por la admiración que ocasionan, que ya llegó a ser insaciable la avaricia, al ver los hombres que se concede tanto honor a la sola posesión de las riquezas, prescindiendo totalmente de su uso, y cómo adoran al rico aquellos que antes debieran darle que recibir de él. Y de ahí cuánta ostentación, cuánto viento, en la

servidumbre numerosa, en el arreo demasiado, en el lujo, para que se crea que tenemos posibilidades; y los que no las tienen, por no parecer que carecen de ellas, luego de haberse excedido de sus medios, llevan una vida misérrima, avanzando hacia el dinero por aquel camino en el cual con las mayores dificultades apenas se sostienen. Atormentados y vejados día y noche por aquel afán y por el ansia aquella, topan con los agobios cotidianos que se renuevan y nacen con el sol.

Pero nos llama la honra. ¡Mágica palabra! La humana soberbia y esa pasión por aventajarse y descollar, granjearon alabanza y admiración de toda cosa, no ya solamente de aquellas que parecían tener algún viso de virtud y de bondad, sino de las llamadas neutras e indiferentes, de las frívolas e ineptas, de las nocivas, de las que causan rubor; de los propios vicios; queremos que el estar sentado, estar en pie, estar echado, andar y cualquier otro movimiento corporal se haga con tal mesura y dignidad que, no contentándonos con haber evitado ofender la vista de los espectadores, procuramos con ello motivos de distinción. Nada dejamos que sea natural; a todo hemos de aplicar el arte de agradar y recabar honra. Si uno se da cuenta de que se ha de hacer notar por comer frutas crudas que le han de dañar, las devora con avidez y las toma de dondequiera sin apetito y con peligro. ¿Juega uno? Querría echar los dados de una manera que no fuese la común, o mezclar y distribuir y echar las cartas encima de la mesa de un modo distinto de los otros: tan vivo es el prurito de distinguirse del vulgo y señalarse por alguna singularidad. *Diómelo la Naturaleza*—dice el Trasón de la comedia famosa—*a eso de querer agradar con todo cuanto hago*. ¿Qué cosa hay más para provocar la vergüenza que, a despecho de ser el hombre el más noble de los animales, como cualquier otro animal ruin, no puede alargar su vida un solo día sin comer y sin beber? ¿Y que no se pueda defender de la intemperie del cielo sin abrigo y sin vestido? Harto sabemos que todos estos recursos nos fueron dados para remedio del mal que nos ocasionó el pecado. Y en todo esto, ¿qué gloria se ambiciona? La gloria de una mesa opípara, aderezada con peregrinos y exquisitos manjares, pagados a muy alto precio; los vestidos preciosos, traídos de las cuatro partes del mundo; los edificios muy altos y muy suntuosos. ¿A qué viene todo esto? ¿Búscase honra en la deshonra? ¿Es que, por ventura, ya dejaron de ser vicios el jugar, el frecuentar balnearios, el holgazanear, el no hacer nada, el tratarse con bufones y con locos? ¡Y cuántos son los que por este camino quieren ennoblecerse!

¿Qué cosa más abominable que los latrocinios, que las muertes, que los adulterios, que los engaños, que las imposturas? Pues esas maldades recibieron su galardón, y los que las perpetraron, créenlas dignas de que con voz pregonera las celebre la fama, y piensan transmitir a la posteridad una gloria que aureole su nombre y cante esas fechorías como envidiable tema de alabanzas de sus mayores. Hasta ese punto es verdad que no hay cosa alguna que, quien la hace, no quiera que parezca hermosa y que lo que parece hermoso no tenga seguidores: extremos estos dos, uno y otro, que nacen del mismo manantial de la soberbia, que entre los mortales fluye caudalosísimo y continuo. La soberbia no solamente busca la ala-

banza en todo, sino que, a manera del fuego, se yergue y levanta su cresta flamígera por pujar encima de todos los demás, de manera que todo cuanto haga resulte bello y admirable, sumo y singular.

Y siendo esto así, ¿nos extrañamos de que quede entre nosotros algo quieto y tranquilo, cuando tantos vuelos ha tomado la técnica de la soberbia, que lo invadió todo y que con sólo su contacto puso en todo su baba y su mancilla?

Ataca la soberbia con dos armas arrojadizas: la envidia y la ira. Si algún rival se le aventaja en alguna de las cualidades que son consideradas como bellas y honrosas, la soberbia inmediatamente le dispara el dardo enherbolado de la envidia, que afee la hermosura y que manche la limpieza; y sintiendo mal e interpretando peor, ninguna acción respete, dejándola en su sinceridad y rectitud originales, marcándolas a todas bien con nota clarísima de infamia, bien envolviéndolas en nubes de humo de sospechas, cuando otra cosa no puede hacer. Por el contrario, si tiene la intención de detraernos, esa su reacción llámase injuria, y entonces la venganza se encomienda a la ira. Ambas a dos, la envidia y la ira, ármalas la voluntad de hacer mal. Esa mala voluntad, cuando se hizo crónica, se convierte en odio como el vino se convierte en vinagre. Pero es más avinagrado el odio que nace de la envidia que el que nace de la injuria. La injuria puede, a veces, recabar satisfacción; pero la envidia jamás puede tenerla. Es como el fuego prendido en el alquitrán, que, rociado con agua, aviva más sus ardores. En esa pasión calamitosa acontece, como por milagro, lo que dijo el Cómico en una de sus comedias: *El agua alimenta el incendio, y con lo que más debiera cohibirle, el fuego se encona más.* Así es que paralelamente la envidia se irrita con los beneficios y arde con mayor braveza si intenta alguien apagarlo, si ya no es que sustrae al incendio el combustible, quiero decir, la virtud o la gloria que lo originaron. Hasta ese punto vivimos como en sociedad perruna, que no solamente concita y exaspera a la envidia la excelencia de lo bueno, como la erudición, la donosura, la dignidad, el poder, la riqueza, sino también la de lo liviano, como la novedad en el atavío, la apostura en el andar, el birrete lindo, la espada vistosa.

«Los hay que carecen en absoluto de motivo, pero no pueden vivir sin enemigo», como de los antiguos hispanos escribió Trogo Pompeyo. Mal es éste que se nos hizo común con muchas otras naciones, de modo que si alguno estudiare muy de asiento cómo la discordia se introdujo, llegará a la conclusión de que ello hubo lugar no tanto por el insano deseo de venganza como por odio congénito de la concordia. Hombres hay que provocan a la lucha y a la espada al rival apuesto y gallardo para probar sus fuerzas; otros, al robusto y valiente para explorar su coraje; los hay que provocan al extranjero, por saber entre qué gentes anda; otros, al germano, o al español, o al helvético, por la fama guerrera de estas naciones, como perros a quienes basta para trabar pelea pasar por delante de su puerta. Los que en estado de embriaguez se sienten pendencieros, más lo hacen aconsejados por el vino que por su carácter o animosidad. Yo hablo aquí de la embriaguez de los abstemios. Es cosa que da grima pensar a lo que cada uno da el nombre de injuria y cómo, duro e inexorable para las pasiones

ajenas, cede a una punible indulgencia para con las propias.

Antes que todo, las semillas de la soberbia persuadieron a cada cual que sintiera magníficamente de sí. Si acaso preguntares, no ya a todo un hombre a quien la malicia, por su edad y por su experiencia, enseñó todo lo que tenía por enseñarle, sino a un niño que apenas puede articular palabras y que carece en absoluto de todo conocimiento de las cosas, ¿qué tal sea?, te responderá que es él mejor y el más perfecto de todos. Y no tanto se afanaron por convencerse a sí mismos de esta realidad como porque los otros así lo creyesen. Y así es que no faltan muchos que pretenden que en los otros arraigue la persuasión más profunda e inconmovible de unas cualidades que ellos mismos saben muy bien que no tienen. Como si no más que con disimulos pudieran engañar tantos ojos, tantos oídos, tantos juicios o coaccionar con la violencia la libertad del pensamiento ajeno. Hay quien pretende de los otros que no duden ser verdadero lo que ellos ven que es diametralmente falso. A otros la soberbia los arrebató a tal vértigo de demencia, que esperan de los otros que van a dar más fe a la palabra de ellos que a sus propios ojos, y que tienen la pretensión de que lo mismo que ellos tienen por muy averiguado que saben, hagan de ignorarlo en obsequio suyo. Y así es que el ignorante sueña con la nombradía del erudito, y el cobarde con la gloria del valiente, y el avaro con el renombre del generoso. Y lo que es el colmo de la ridiculez, quiere que se le crea hermoso el que todos ven que es feo, que se le tenga por robusto el que a duras penas anda por sus pies y difícilmente en ellos se sustenta; que se le tenga por gigante al enano que se yergue encima de sus pies y alarga el cuello; el patituerto quiere parecer derecho, quiere parecer blanco el atezado y aquel cuya humildad y bajeza de cuna y la ignominia de cuyo linaje es harto conocida, hace ostensión de su origen noble aun delante de sus vecinos y en presencia de aquellos entre quienes nació y fué criado. Quien apenas acierta a balbucir quiere pasar por Cicerón o Demóstenes; el mendigo y andrajoso desea que se le tenga por acaudalado y, porque se le conceptúe tal, consume su caudal frágil en una cena fementida.

¿Y qué diré de aquel bandido que quiere alcanzar loor y fama de caballeroso porque en pleno bosque, mientras despoja y hiere al caminante incauto, le deja la túnica o el gorro que le podía quitar, o la vida que le pudo arrebatar impunemente? ¿Y qué diré de aquella meretriz que en plena mancebía quiere desempeñar el papel de Penélope o de Lucrecia? ¿Y qué del rufián que aparenta ser un Sócrates o un Lelio? Esas actitudes, que ya son intolerables por sí mismas, quedan rezagadas en indignidad, no tanto por el hecho de que quiere que para los otros sea esa creencia objeto de muy profunda persuasión, como porque algunas veces ellos mismos se persuadieron de su verdad y para la atrocidad de sus crímenes fabrican algunos pretextos que atenúen la fechoría ante sus propios ojos y aligeren su gravedad, bien apartando de sí toda culpabilidad o, mediante una cómoda comparación, descargándola sobre los otros, o se excusan del pecado y de su más grande odiosidad, por manera que parece que su esfuerzo mayor tiende no tanto a convencer a los otros

como a persuadirse a sí mismos de que ellos hacen tal, bien obligados por la necesidad o impelidos por alguna indignación justa, o empujados por injuria ajena; que aquellos que por todos son tenidos como buenos, con harta frecuencia incurren en más graves faltas, aun cuando quedan ocultas o las encubre y cohonesta el buen nombre de que disfrutan; y ellos, en cambio, por pequeño que sea el pecadillo, como se les tiene en mal concepto, sienten el agobio de la odiosidad, que no tiene proporción con el hecho; y lo que en otros fuera una falta baladí, en ellos se hace delito capital, como reza el apólogo que lo dijo el lobo viendo a un cuervo posado sobre un asno cubierto de llagas.

Tampoco falta jamás a cualquier suerte de hombres aquella peste común del humano linaje, la adulación, que aprueba cualesquiera opiniones, por inicuas o absurdas que sean. Los unos van a la adulación y al aplauso de los vicios, deslumbrados por el brillo del dinero; los otros van guiados por una indiscreta y ciega benevolencia; los otros van a ella conducidos por la complicidad en los vicios comunes, y otros por el miedo, y los últimos, en fin, por el ansia de gozar. Todo esto hace que ni al rico ni al pobre, ni al ladrón ni al rufián, falte jamás el lagotero, puesto caso que no hay nadie tan abyecto y tan inútil, que por uno u otro lado no pueda perjudicar o dar alas y vuelo a nuestras esperanzas; a entrambos lisonjeamos: a ése porque nos favorezca, a aquél porque no nos estorbe. Y siendo esto así, ¿quién hay, como se pregunta Séneca, que ose decirse a sí mismo la verdad? ¿Quién, puesto en medio de esas piaras de halagadores y de lisonjeros, no se aduló copiosamente a sí mismo? Por esto, si alguno declarase no creer aquello que queremos que para todos sea verdad averiguada e indiscutible, nos persuadimos que nos irrogó una injuria tal, como si nos arrebatara lo que nosotros nos apropiamos por el hecho de la posesión y el prolongado usufructo. Y así se llegó a la paradoja de que la mentira sea injuria porque es falsa y la verdad sea injuria porque es amarga, de modo que ya con harta dificultad pueda uno hablar de otro sin mentira o sin ultraje, llegada la cosa a tal sutileza y delgadez, que lo más cuerdo sea, por lo que toca a los otros, encerrarse en el más hermético de los mutismos. Así lo cuentan de Felipe, príncipe de Borgoña, cuando de riguroso incógnito y trocado su vestido, andaba inquiriendo el concepto en que se le tenía, y en una taberna aconsejó a un compadre que con él tomaba unas copas que nunca hablase de los príncipes, pues si los alababa, mentía, y si los criticaba, corría peligro. Estas enfermedades morales, en las que cada cual, al poner su mano, es tan áspero e injusto para con los otros, mientras a sí mismo se halaga con blandura tan cariñosa, han conseguido que el hombre, reconcentrando en sus adentros todo amor, se ame a sí con la más egoísta de las ternuras.

Y así como vemos acontecer en los cuerpos, que cuando el calor se recoge en el corazón y en los órganos vitales, se enfrían y hielan las extremidades, como en el miedo, en el enojo, en el punto álgido de la fiebre; así también, cuando todo el afecto se refugia en el interior y prende fuego en las entrañas, ni una centella sale afuera y todo lo exterior está frío. Todas las veces que el hombre convierte a sí la amorosa llama y la encierra y la

cohibe en el santuario de su pecho que se ame a sí con mucha preferencia; allí dentro, en aquella apartada esquividad, la violencia del amor queda comprimida y no se comunica a otro. Quien a sí se ama con una tal intensidad, no se ama más que a sí mismo. Este es aquel amor exagerado de sí mismo, de quien, lamentándose, dijeron los sabios antiguos, ilustrados de sola su sabiduría humana, ser la fuente de los mayores males. Nuestro San Agustín dice que el amor de sí mismo es el padre de todas las maldades. Y tan es así, que los divinos mandamientos ninguna otra cosa preceptúan sino el amor de Dios y del prójimo, al paso que prohiben el amor de sí mismo. Aquel amor, justo y recto, es el cumplimiento de todos los preceptos divinos; estotro amor, injusto y torcido, es la violación de todos ellos. Por más que quien lo considerare con alguna detención hallará que ese nombre no tiene demasiada congruencia con la realidad y que aquellos de quienes se cree que de este modo se aman no se aman propiamente *a sí*, sino a *sus* cosas, que muchas veces les son ajenas por completo: aman las posesiones que desean tener en propiedad; aman la reputación de los hombres de quien son esclavos, que se afanan sobre manera por conservar y por acrecentar; aman su cuerpo, a cuyo servicio se pusieron, anteponiéndolo a todo; mas al alma, que constituye ella sola la casi totalidad del hombre y por la cual especialísimamente el hombre es considerado tal hombre, tiénenla descuidada, y la aman y la consideran en cuanto proporciona vida al cuerpo y le proporciona el sentido con que se ahita de placeres y de caprichos. Ningún cuidado se toman por exornar y acicalar su espíritu con la prudencia, con la erudición ni con ningún género de virtudes que lo hermosearían grandemente, y que constituye su única salud y vida, su único pasto, más sabroso que cualquier manjar, sin el cual, no injuriosamente dijo Salustio que el alma era pura pesadumbre y el cuerpo esclavo del placer. Sabiamente, en Platón, Sócrates enseña a Alcibíades *que no es cuidado privativo del hombre el que se pone en aquellos bienes que posee el hombre, sino el que se aplica al mismo hombre*. A boca llena todos nosotros podemos decir *nuestra* alma, *nuestro* cuerpo; pero la fortuna, las posesiones, nos son cosas ajenas y desligadas. No ama a Alcibíades el que quiere bien a su cuerpo, sino a su alma: el que cuida su cuerpo, cuida cosa suya; mas quien cuida sus riquezas, no se cuida a sí ni a lo suyo, sino otras cosas que le están muy alejadas. A nadie se le prohibe amarse a sí mismo; pero son muchos los que fea y criminalmente se engañan acerca de lo que son ellos mismos. ¿Acaso no sería un bochorno que frisara con la locura si, queriendo alguno catar cortesía a la persona del rey, dijese al rey a voz en grito que él no era el rey, sino que lo era su atuendo, su doméstico ajuar, su dinero y toda aquella brillante exterioridad de que a los ojos de los espectadores está rodeada la jerarquía?

Así es en hecho de verdad. Todos enloquecimos; nadie se entiende; cada cual se cree ser, no él mismo, sino lo que posee. Cuán grave verdad fué la que expresó Epicteto, filósofo estoico: *No es congruente* —dijo— *este razonamiento: Yo soy más rico que tú, por ende, mejor; yo soy más instruído que tú, y tanto mejor por esto. Mucho más con-*

gruente es estotro: Yo soy más rico que tú; mejor es, pues, mi hacienda que la tuya; yo más que tú soy sabio; más instructiva, por tanto, es mi plática; pero tú ni eres la hacienda ni el discurso. ¡Adelante! ¿Y qué? Si alguno, con sólo que posea un adarme de cordura, examina eso que son los hombres, sumidos en tan espesa cerrazón, en esta ceguera e ignorancia tamaña y cuán baladíes son los puntillos por los que con harta queja se consideran lesionados, jurará no haber persona alguna sana. ¿Ves tú ese animal tan soberbio, tan engreído, tan altanero? No hay ser más enteco ni más flaco que él, pues así como queda destituído y privado de una gran parte del inicial auxilio divino, que él, por su pecado, apartó y alejó, así para fortalecer y apoyar esa flaqueza desprovista de tan recio baluarte, expuesta de todos lados a la injuria, acarreó defensas innumerables en el alma, en el cuerpo y más aún exteriormente. La defensa y tutela divina no solamente suplían en él todos aquellos elementos que hubo de sustituir, sino todo cuanto podía pensar y desear el espíritu humano. Retirada aquella parte del auxilio divino que dije, fuéronle necesarios estos otros casi infinitos adminículos que tenían que hacer las veces como de frágiles bastones. en vez de la columna desmoronada y acostada en el suelo, por manera que todos ellos juntos no pueden eximirle de la injuria, a cuya violencia están sujetos y por la cual está a la continua combatida y atacada. Y por esto fué que a la soberbia, para su confusión y sonrojo, se le dió de añadidura la bajeza y la flojedad, porque más claramente se le reprenda de culpa, porque siendo su necesidad tanta y estando sumido en tales sordideces, se engrió cuando lo pertinente era que, conocedor de sí, se abajase y humillase. A la soberbia y a la flaqueza se le adjuntó la ignorancia. Ello hace que, ignorante u olvidado de su verdadero y auténtico fin, dé el nombre de bienes a todas aquellas cosas de que necesita para ir pasando esa vida, y se persuada que son tales bienes y tenga por injuria el que alguno viole o ponga mano en los que él piensa que son bienes suyos. Recorramos algunos de ellos, pero brevemente y a volapié, como se dice.

Los apóstoles piden al Maestro *que les aumente su fe.* El mismo Señor en persona promete la potestad de obrar milagros *a quien tuviere fe, aun cuando no fuera mayor que un grano de mostaza.* Ahora, si a alguno le echares en rostro que no tiene suficiente confianza en Dios, hácesle una injuria por la cual debiera tu lengua ser traspasada con un clavo. Luego de haber explicado los preceptos de la ley de gracia, Nuestro Señor añade: *Cuando a todo esto hubiereis dado cumplimiento, decid: «Somos siervos inútiles.»* Si uno oye decir de sí que es indigno del nombre de cristiano o del premio celestial, se indigna no de otra manera que si se le arrebatara una cosa y otra. Y en hecho de verdad, ¿qué es lo que se le arrebata con aquella palabreja mortificante? No su efectividad de cristiano; no la recompensa celestial, sino algo mucho más bajo y terrestre: la opinión. Y porque es esto lo que buscamos exclusivamente, concebimos tan vivo enfado como si sufriéramos una decepción o una estafa. Nunca reinó mayor desconsideración en el mundo cristiano; nunca nadie tuvo tan buen concepto de sí mismo y tan malo del prójimo. El reproche de impiedad es mutuo:

unos hombres echan en cara a otros hombres; unos pueblos, a otros pueblos, su poca cristiandad, como si quien así baldona estuviera limpio de este baldón. ¿Cuál es el motivo? En el reproche no se engañan, por desgracia; en lo que se engañan es en el concepto hiperbólico que tienen de sí. Todos son irreligiosos por un igual; pero ciegos para sí, ven lo ajeno o, mejor dicho, no lo ven, sino que la pasión los trae alucinados. No faltan quienes en el calor de un altercado se la piden con estos dicterios: *Soy más cristiano que tú. El más cristiano soy yo.* Requieren el hierro, se acuchillan fieramente para ir a parar ambos contendientes a un lugar donde se les dará a entender que se pelearon por un sentimiento que estaba muy lejos de uno y de otro. Habiendo perdido el nombre y casi la sombra de la cristiandad, cada cual certifica la cristiandad del otro, y le inquiere, y le acusa, y pronuncia el veredicto inapelable, y establece la pena correlativa. ¿Cómo se atreven a juzgar de una cosa que no vieron jamás ni aun en sueños? ¿Es que se tomaron a sí mismos como regla, de modo que lo que no se ajusta a esa norma personal tenga que ser reprobado, hasta el punto que los vicios sean los reguladores de la vida? Esto ha de saberse porque, siendo única la virtud y los vicios diferenciados hasta el infinito, ves que unos y otros, en una misma causa, son absueltos y condenados y que un vicio condena a otro vicio, como incompatible consigo, bien así como el temerario condena al tímido y el manirroto condena al guardoso y económico. ¿Y cuál de nosotros puede recordar sin rubor el origen de las polémicas reñidas entre personas doctas y cómo se escandecen y se ponen al rojo y en qué tragedias y cosas lamentables degeneran?

La ignorancia primero, y luego la pertinacia y el no querer rendirse a quien razona mejor, han dividido y han despedazado todas las disciplinas y toda suerte de ciencia, primeramente en opiniones cerradas, y después en sectas cerriles, de manera que ya son muy contados entre los eruditos los puntos admitidos por unánime consentimiento. Disidencias hay cerca de la pronunciación de las letras, de la ortografía, de los cánones gramaticales, del uso del lenguaje, de la poesía, de la crítica, de la filosofía moral, de la Naturaleza, de la astronomía, de la teología, de la religión. No hay materia que se haya quedado en su ser original; nada se dejó sin controvertir. Tanta fué la ignorancia que engendró la pereza intelectual, y tanto el apasionamiento que introdujo la soberbia en mantener las opiniones recibidas, que a cada cual le pareció ser imposible que otro pensase o sintiese mejor que él. Tiene el hombre un ingenio, de suyo limitado y angosto, y por el pecado, oscurecido; grande y tenebrosa es la noche que se espesa y se condensa en los pechos humanos. Con todo nuestro juicio, con toda nuestra experiencia, con toda nuestra prudencia, podemos harto poco; todo en la vida humana está lleno de ignorancias y de yerros, por manera que nada parece más propio del hombre que desbarrar, errar, equivocarnos. ¿*No adviertes*—dice aquel personaje de la comedia—*que yo soy hombre*? Y Plinio se excusa por todos los que andan errados con decir que son hombres.

A pesar de todo, si de nosotros, a quien la soberbia se esforzó por encaramarnos por encima del hombre cuando en hecho de verdad nos

dejó muy por debajo del hombre, se dice que nos equivocamos, que nos engañamos, que sufrimos alucinación o eclipse de juicio, lo tomamos a insulto. Aun el *no me entendiste bien,* muchos lo interpretan como un baldón, como si con ello se reprendiese nuestra tardanza en comprender, y nuestra respuesta inmediata es ésta: *¡Mejor que tú!,* como si no pudiera dejar de entender por deficiencia de expresión o por una distracción cualquiera.

Los antiguos, luego de haber buscado por mucho tiempo y con diligencia grande al *sabio,* al final de la jornada apenas dieron con un semisabio tolerable. Ahora, si de alguno dices que no es sabio, hácesle una ofensa mortal. ¡Oh miserables hombres primitivos que andaban a la busca del sabio, cuando no había ninguno! Si la Naturaleza les hubiera reservado para esta edad nuestra, para topar con un necio tendrían que poner la misma diligencia que pusieron entonces por encontrar un sabio. Y en el caso que tuvieran la temeridad de decir que fulano no era sabio, no podrían expiar el desacato con menos que con perder la vida.

Y no es menor ultraje decir lo que está a vista de todos: llamar cojo al cojo; bizco, al bizco; giboso al que tiene giba, como si el verlo no fuese injuria, pero sí el decirlo. ¿Sabré acaso más lo que oí que lo que vi? Nada de eso; pero es tal nuestra majadería, que nos hacemos la ilusión de que se podrá recatar lo que está expuesto a los ojos del público. Por eso es que cuando se nos dice lo llevamos con desabrimiento, como si la opinión nos engañase o nos defraudase la esperanza, al convencernos de que ello no se ignora.

No hay gloria más tenue y frágil que la del abolengo. El que hayas nacido de padre bueno, te impone el deber de serle semejante, que es la única manera de evitar el reproche de degeneración. Todo lo que consiguen quienes se decoran con esta apetecible distinción es que, cuanto menos, se parecen a sus ascendientes; por tanto, peores se los tenga. Y no obstante, como la necedad general impuso la creencia de que es cosa que ilustra el ser engendrado de abuelos ilustres, maravilla la locura afanosa con que esta honra es, a porfía, por todos ambicionada: por zapateros, por cocineros, por esclavos etíopes, criados para todo, quienes, reconociendo su miserable condición, dicen que fué la Fortuna injusta quien los obligó a ocuparse en tan viles ministerios, pero que, por lo demás, nacieron de honrada sangre. ¡Sangre de puerco sería, que de todas es la más útil!

Y los hay quienes cifran aquella decantada bondad de su linaje en los latrocinios de los suyos: que hubo no sé qué bisabuelo suyo que a la vera de un camino real construyó no sé qué castillo, porque nadie pudiese pasar por allá, so pena de ser desvalijado. ¡Oh lustre y prez singular! Haber cometido impunemente unos desafueros que otros expiaron con la horca. Y aun esta afortunada exención no se la deben a sí mismos, sino a su buena estrella, que alejó de su cuello la soga justiciera. ¡Cuán desaforado ultraje es llamar aldeano a alguno o, como ahora se dice, llamarle villano. Y eso cunde como mancha de aceite, y no solamente es el más grave de los vituperios tocar los padres o los abuelos de quienquiera, sino los tíos, los consobrinos, los afines más remotos. Con cuán desdeñoso melindre y con cuánto asco miran a los otros aquellos cuyos

padres no profesaron arte buena, pues ello constituye una buena parte de la nobleza. Y con cuánto remilgo y con cuánto repulgo se sacuden todos la tacha de oscuridad de linaje. ¡Oh espíritus atollados en el cieno! ¿No hay siquiera uno que recuerde no haber posible humildad de linaje para quien tiene a Dios por padre? ¿Osas tú poner mancilla en un abolengo que bajó del cielo? ¿O indagas con ansiedad la alcurnia de unos hombres cuyo padre es Dios y cuyos hermanos son los ángeles? El mismo que tiene tu ascendencia en desdén, quiere que no, se compone de los mismos principios y elementos que tú y tiene el mismo padre que tú, y no tiene cosa de que con más sano orgullo se pueda jactar que de vuestro padre común, si ya no es que por una total subversión del buen criterio tenga en mayor estima ese cuerpo corruptible engendrado por un hombrecillo ruin, que el alma divina, que lo fué por Dios eterno, todopoderoso y monarca universal.

Los deleites de tal manera quitan el juicio a los hombres, a los mozos especialmente, que se vuelven ásperos y hostiles para con sus preceptores y educadores; para con sus parientes; para con sus padres mismos; para con las leyes y los magistrados; para con la patria, en fin; para con todos aquellos que les dan los más sensatos avisos y para con quienes no les consienten ahitarse a su sabor de los deleites apetecidos. Así que los consiguieron o corren todavía a sus alcances, los celos y los recelos, porque ningún otro los disfrute, ¡con qué aguijones acucian su espíritu!, ¡a cuántos bien avenidos amigos amaron para el mutuo exterminio!

Las competencias en torno de determinadas dignidades han concitado en la República grandes alborotos civiles que descuajaron la patria común, como ocurrió entre César y Pompeyo, y lanzaron unos contra otros a pueblos pujantes y príncipes que se enzarzaron en guerras inacababies, calamitosas para entrambos, no por ansia de vengar, sino por ambición de figurar. De este linaje fueron las guerras guerreadas con Pirro y Aníbal. Este origen tuvieron las guerras de los tiempos míticos y las de los siglos históricos. Esta es la semilla y el comienzo de cosa tan detestable y canibalesca, como es la guerra: la miserable sed de mando, de dominio, de predominio. Más que no se narran se nombran las guerras más antiguas, de Vexor de Egipto y Tanais y los reyes escitas emprendidas por jactancia pendenciera, por amor de la gloria y del mando, no por motivo alguno vital. ¡Tan de temprano amaneció la soberbia como la razón y el discurso, por manera que en la rudeza inicial del mundo, cuando no se había revelado arte alguna ni invento alguno de provecho para la vida; cuando no existía conciencia del valor, ni de la sabiduría, ni del arte, ya el honor y la gloria eran objeto de conquista. Error fué de las humanas mentes ese de esperar honra y prez de la matanza de hombres. Mas, como fuese que las edades posteriores o cambiaron casi todos los descubrimientos de la antigüedad o los condenaron por groseros y sin aliño, aquel error inicial se asentó con tal fijeza en el espíritu de los hombres, que fué recibido y aprobado. Es de saber que la soberbia confirma lo suyo en su entereza y valía. No puede tanto en establecer la firmeza de lo suyo la flaca Naturaleza. Unos hombres que nada veían con los ojos de su espíritu,

con los ojos corporales, admiraron la robustez y consistencia de los músculos, siendo así que sus espíritus eran pura invalidez. Con este motivo encarecieron sobre manera las monstruosas fechorías y las gigantescas y sangrientas fraudes, bien porque los beneficiaban, bien por miedo. Por este camino vinieron a parar en sus manos soberanías, dignidades, gobierno sobre los demás, donde el derecho se regulaba por la violencia y todo estaba permitido a la fuerza, a la astucia y aun a la crueldad.

Tan pronto como la pasión se apoderó totalmente de los espíritus, el más violento arrebató la tiranía. Y así aconteció que no fuese el mejor el que por amor a la virtud granjeó mayor estima, sino el más pronto y decidido a hacer mal, puesto que todos temían por aquellas cosas que apreciaban en mayor grado que la virtud. En consecuencia, en parte porque no veían lo interno y sólo por lo externo tenían admiración, en parte porque se sentían ayudados, en parte por la adulación hacia la cual se inclina el vulgo cuando se trata de los poderosos, todo género de honra, de distinción, de alabanza, de gloria se cifró en las hazañas militares. Se les dió el nombre de virtud, y sus protagonistas fueron llamados adalides, héroes, vengadores de la patria, domadores de las naciones; se los elevó al cielo y se les dió culto a par de dioses, como a Hércules y a Dionisio de Tebas; compusiéronse poemas en su loor y fueron celebrados con cánticos en plazas públicas y en conciertos, a la manera que Homero introduce a Femio en el banquete de los pretendientes, cantando las guerras troyanas. Y esta costumbre se prolongó hasta el pueblo romano, cuando, adulto ya, era señor de toda Italia. Dato es éste que registró Marco Catón en sus *Orígenes*. Escandiéronse epopeyas y escribiéronse historias; levantáronse arcos triunfales, erigiéronse estatuas en los sitios más concurridos de las ciudades con inscripciones encomiásticas, y de ahí claro renombre, y de ahí nobleza que pasó a hijos y a nietos. ¿Quién hay de temperamento tan apático para quien no fuesen espuela estos galardones, o tan reacio de la matanza y de la sangre; es decir, de la inhumanidad, y tan amigo de la quietud y de la concordia que no se sintiera espoleado a la proeza y al belicismo por unánime consentimiento, que con premio tan grande exhortaba a la maldad ensangrentada? Si a la más detestable de las cosas no se hubiera propuesto tan brillante galardón, acaso tendríamos menos príncipes belicosos. Pero la divinidad que se dió por añadidura a Júpiter, a Marte, a Hércules, a Liber y a otro celícolas, por haber llevado a término feliz guerras hazañosas, estimuló a los que vinieron detrás de ellos para que se los admitiera a la participación de tan inmensas honras; a los griegos, primeramente, en cuyos ingenios excelentes, como en un campo feracísimo, porque no había en ellos siembra buena, crecieron muchas viciosas y nocivas hierbas y tomó pujanza y brío la ambición del honor. De ahí las guerras tebanas, argivas, áticas, del Peloponeso; de ahí, la expedición a Troya y aquella obstinada pertinacia en el mal desabrido y difícil, como nunca la pusieron en empresas de placer. Enalteció Homero en un poema elegantísimo aquellas gestas; fueron celebradas en toda la Grecia y, gracias al poema de Homero, fueron conocidos los pregoneros y los auri-

gas, y los tersites, y los más abyectos y rezagados peones de aquella campaña. Aquiles relumbraba como el sol, entre aquellos héroes legendarios.

Eran los más quienes preferían el nombre de Aquiles al de Néstor. De aquí, sin pretexto alguno, esparciéronse arreo, chispas y semillas de guerras, por manera que el ingenio inquieto, conocido de pocos en la paz, por las malas artes dióse a conocer en la guerra. Sin número son los aventureros de esa laya en todas las naciones, como en Atenas, Alcibíades, que no consintió que su pueblo, cascado por guerras tan continuadas o que iban a reposar por fin y a tomar respiro, estuviese por más tiempo en paz y con el más punible de los ardides desencadenó la guerra del Peloponeso. La emulación de Aquiles empujó al macedón Alejandro y le precipitó en aquellos famosos furores bélicos. Conducía su ejército por Asia. El ejército seguía a Alejandro y Alejandro seguía a ciegas su ambición, porque pudiera escribir en los linderos del mundo: *Hasta aquí llegó Alejandro en son de guerra* (que vale) *en son de latrocinio.* La brillante aventura de Alejandro arrastró a muchos: Pompeyo Magno, Julio César, de quien se cuenta que en Cádiz lloró delante de una estatua de Alejandro porque, llegado a una edad en que Alejandro había sojuzgado el Asia, él no había hecho cosa alguna merecedora de especial recordación. Y así fué que vuelto a Roma se empeñó en que se le confiase la dirección de una guerra grande, rica de episodios y de peligros, en la que hiciera explosión aquella latente sevicia suya, cohibida por la paz. Y en nuestros tiempos la admiración de las proezas de Alejandro obligó a Carlos, duque de Borgoña, a enredarse en aquellos lances bélicos en los que él pereció y llevó al borde de la catástrofe a toda la Bélgica, que quedó amputada de la Borgoña, y Luis, rey de Francia, se la quitó a María, heredera legítima. Tan poderoso fué el aliciente o, por mejor decir, la rabiosa atracción de esa estúpida fama que obligó a las mujeres, olvidadas de su sexo y de su natural, a tomar las armas, al estilo hombruno, y a azuzar a los varones a la lucha. Las Amazonas, salidas de la Escitia, ocuparon el río Termodonte y toda aquella ribera del Ponto. De ahí, sojuzgada por las armas toda aquella vecindad o por las armas fatigada, porque, como escribe Lisias, habían oído muchos loores de la fuerza y ardor guerrero de los atenienses, pasaron hasta allá para hacer experiencia de su marcialidad tan decantada, con el fin de que su renombre se extendiese más y más. Pretexto para esta gloria es la dilatación de las fronteras y del Imperio. Esta fué la causa de casi todas las guerras de los griegos, de los romanos, de los cartagineses. No podían gobernar su propia casa con tantos conflictos, disensiones, escisiones, alborotos, facciones, guerras civiles y buscaban gente ajena a quien tener bajo su mano aquellos mismos que no sabían mandarse a sí. Achaque es éste que se da con harta frecuencia en los reyes, quienes, a guisa de muchachos o de mozos sin ciencia y sin experiencia o de viejos verdes, jugadores, fatuos, no siendo capaces de ordenar una casa, desean organizar el mundo y tener sujetas más naciones, aun aquellas de las que no se sabe el nombre.

¿Qué otra cosa fué el Imperio para las naciones poderosas sino causa de los mayores vicios, que quedaron

en la impunidad. y, en último término; causa de guerras civiles o exteriores, a cuyos embates sucumbieron miserablemente, extirpados de raíz o reducidos a fea servidumbre, los que poco antes fueron amos y dueños de tantos pueblos? Y para cada uno de los príncipes, ¿qué otra cosa es un Imperio espacioso, más que una pesadilla asidua y un gravísimo cuidado si cumplen con su deber o una celada peligrosa si no lo cumplen? ¡Cuán a las claras la malicia torva corrompió la integridad de la Naturaleza y la depravada opinión arrebató la entereza y sanidad del juicio! ¿Qué otra cosa es regir y gobernar, sino mirar por el bien de los gobernados y cuidarlos con la misma amorosa vigilancia con que un padre cuida a sus hijos? Por esto, el príncipe es llamado *Padre de la patria*. ¿Y qué cosa hay menos congruente que el que tú te empeñes en mirar por el bien de aquellos que te rehusan y mediante amaños reprobables atraer a ti a los que tú dices quererles hacer bien? ¿Consiste el gobierno, por ventura, en matar, en destruir, en incendiar? ¿Es mirar por el bien del gobernado oprimirle por el terror? Guárdate que no se te conozca, que tú no tanto deseas regir como dominar. No es el gobierno lo que deseas, sino la tiranía, cuando quieres que muchos obedezcan tus órdenes, no porque vivan en una próspera libertad, sino porque te teman y cumplan servilmente tus mandatos.

Ni siquiera el origen y causa de las guerras se encierran en los límites del honor. Todo lo que no satisface al príncipe o al pueblo, arma las manos y entre poderosos la querella engendra la guerra inevitablemente. Córrese a las armas por una mujerzuela, que es cosa de rufianes, no de príncipes, hasta el punto de que, según la brutal expresión de Horacio: *Cunnus, teterrima belli causa?* ¿Qué obscenidad más procaz puede decirse? ¡Por el más innoble y vergonzoso de los órganos de la anatomía femenina!

Esta fué la ocasión de muchas guerras, como la de Pélope, la de los lepitas, la de Eneas y Turno, la de los hijos de Tíndaro con Ida y Linceo, la de los Enriques, padre e hijo, de Inglaterra y, por fin, la de aquella guerra tan decantada de los griegos y de Troya. ¡Cuánto mejor buen sentido y cordura que la Grecia, madre de los ingenios, tuvo, a pesar de ser tracio y ser bárbaro, aquel que, solicitado porque les ayudase, por ambas huestes beligerantes, por griegos y por frigios, luego de haber conocido el motivo de la guerra, condenó el juicio de ambos, diciéndoles que él no veía la razón de recurrir a las armas por aquella causa, puesto que lo más sensato y más justo era que Paris devolviese a Menelao su mujer, Helena, y que él, por su cuenta, enviaría a Paris, si tan furiosa loca era su afición a las mujeres, hasta diez doncellas bellísimas, la flor y gala de su reino. Y este mismo fétido motivo azuza a los particulares, los unos contra los otros, como toros, en celo o con perruna lubricidad, cuando algunos canes van en pos de una misma hembra.

Y no es menos ocasión de vergüenza y corrimiento que secundes el antojo de una mujer o te doblegues a su capricho declarando una guerra. No son pocos los ejemplos de ello, como el de Pericles, ateniense, quien por Aspasia, su manceba de Mileto, movió guerra a los samios, que infestaban el país de la amiga. César, siendo dictador, eliminó a Tolomeo por complacer a Cleopatra. Carlos, rey de Francia, insti-

gado por el boato y la necedad de su mujer, causó la casi total destrucción de la Flandria, agotada por el máximo esfuerzo bélico. Alejandro, el macedón, incendió a Persépolis por sugerencia de Tais; una putañuela. ¡Oh mengua, oh baldón! Que todos unos hombres sirvan a unas mujerzuelas con tan abyecto servilismo que dan a entender que son no hombres, sino bestias lascivas esclavas del placer, engolosinadas del más engañoso de los celos!

Y pasando a otra cosa, ¿qué es eso de que todo un gobernante de tantos pueblos y tantas gentes, en quienes ninguna otra cosa parece tan bien como la gravedad y la severidad, por el pique de una palabreja o por una expresioncilla tomada a mala parte, se encolerice hasta el punto que exponga a tan extremo peligro tantas vidas como las que están confiadas a su custodia y a su fidelidad?

¿Y qué más? Todo cuanto poseemos—casas, campos, siervos, ajuar, vestidos, dinero—no solamente lo hicimos nuestro, sino que lo hemos identificado con nosotros mismos, haciéndolo sustancia nuestra. Ayúdannos en esta tarea los viejos aforismos, dictados por la ignorancia del vulgo o valorados por los poetas que se dejaron guiar del sentido grosero y de la opinión generalizada de que el dinero hace para cada uno las veces de vida. Harto se persuadieron de ello los que por un miserable salario mensual ofrecen cada instante su cabeza a peligros mortales. Y si acontece que alguno toque nuestro dinero o nuestra hacienda, dolémonos con lamentos tan agudos como de un cauterio o de una amputación. Es *sustancia* nuestra lo que se nos quita, según inveterada opinión: *El dinero perdido*—dice Juvenal—*llórase con lágrimas de verdad.*

¡Con qué boato y con qué énfasis se pronuncian las palabras *mío, tuyo!* ¡De cuántos ultrajes, de cuántos pleitos, de cuántas controversias, riñas, pugnas y muertes estos dos pronombres son autores! ¡Cuántas tragedias producen en la Humanidad estas dos palabras y tanto mayores cuanto más se yerguen, confiadas y apoyadas en más robusto poderío! ¡Oh voces de mal agüero para el linaje humano, cuando con rumor querelloso las pronuncia y las repite un príncipe temido o una nación pujante! No sólo se reclama la propiedad cuando la usurpación es reciente y fresca, sino que en las antiguas escrituras ya se descubren aquel *mío* y aquel *tuyo*, en papeles ya roídos, en letras ya desvanecidas casi, donde la ignorante multitud o el príncipe caldeado por un mal aconsejado patriotismo, armado de poder grande, constituyéndose en juez y en parte, conoce y sentencia su propio derecho. Este expeditivo sistema de reclamación hace que ninguna cosa sea ya propiedad firme de uno: ¿qué territorio, qué bienes hay que no hayan estado sujetos a otra soberanía o a otros dueños? Pero el caso es que se dice que lo público no puede prescindir y que, por ende, no se puede mermar en un ápice el derecho de los reyes o de los pueblos. Y si la prolongada posesión no determina la propiedad de los bienes públicos, será cierto que ni rey alguno ni pueblo alguno puede apropiarse lo que pertenece al linaje, lo que es un bien privativo de Dios o, en lenguaje de los antiguos, de la fortuna, manera de hablar que dura todavía. ¡Oh mentecatez, llamamos nuestro a aquello que nosotros confesamos ser de la Fortuna y de-

cimos ser nuestro el dinero, precisamente nosotros, que ni tenemos nuestra el alma y los cuerpos mucho menos!

Y por este procedimiento no solamente se tiende a recobrar provincias espaciosas, sino que una porción de terreno insignificante, o una fortaleza, o un castillo, o una acequia mantuvo enzarzados en guerra prolongada estados contiguos y aun a grandes reyes, que a bufones y a aduladores con larga mano y a manera de propina entregan animosamente ciudades y comarcas enteras y tiénenlo como timbre de gloria. Y aquellos reyes que premian tercerías y lagoterías abyectas con una parte no pequeña de su reino, no quieren ceder a otro rey, que acaso en otro tiempo fué amigo suyo y mereció su gratitud, un campichuelo reducido, con la común conveniencia e interés de uno y otro reino. ¿Y qué diré si aquel mismo territorio que ocasionó tantas muertes y tantas calamidades, luego de haberlo ocupado y comprado con tantos y tantos bienes, con tanta y tanta sangre, con tanto y tanto heroísmo, luego al punto lo dan a cualquiera de sus aduladorcillos para quienes, en fin de cuentas, sienten una tan complaciente benignidad?

¡Excelente motivo de guerra! Para enriquecer a un bribón, indigno del aire que respira, no vacilas en privar a tantos buenos de su hacienda, de sus hijos, de su vida! Y porque un rufianejo o un ladronzuelo tenga que devorar graves y excelentes personajes, significados y de relieve en el cortejo de tus amigos, si no por la privanza, al menos por la dignidad y los merecimientos, serán los primeros en ser lanzados a la sevicia de la guerra y a un más que probable peligro mortal! Endurece nuestras entrañas ese afán de poseer, nos torna inmisericordiosos, montesinos, salvajes, expulsa de nosotros todos aquellos sentimientos de humanidad y mansedumbre; lo pretendemos todo contra todos con el más exigente e inicuo de los derechos y no solamente no socorremos a los menesterosos con tantos y tan colmados montones de riquezas, sino que despojamos a los que no tienen que ponerse encima de sus carnes. De ahí el tan crecido número de mendigos como se ven en la Iglesia de Dios. El dinero vuelve de avaro bronce nuestra mano, y somos inexorables para con los hermanos, los parientes, nuestro mismo padre, que nos engendró; nuestra madre, que tantas molestias y hastíos soportó en su preñado y tantos peligros en su alumbramiento. Y al paso que para hacer bien y compartir nuestra abundancia con los otros encerramos nuestra acción en términos de angustiosa estrechez, los ensanchamos abusivamente para hacer mal. Tomamos por hechas a nosotros las injusticias que se hicieron a nuestros padres, hijos, hermanos y aun a nuestros abuelos y a nuestros bisabuelos; resucitamos cuentas ya muertas y enterradas y traemos a la memoria ultrajes que borró ya el olvido, con mayor desdoro nuestro que de aquellos que los infirieron o los soportaron, y, al intentar vengarlos, agravamos más su ofensa, pues con ello no conseguimos más que se enteren de la ignominia aquellos que la ignoraban. Y aun la profunda corrupción de nuestras opiniones llegó a tal extremo, que aquello mismo que aconteció a cualquier pariente nuestro o a cualquier afín, por más lejano que sea, nos creemos obligados a tenerlo por nuestro, puesto

que hay quienes con supina majadería echan en rostro a los otros, cual si fuera un baldón, el azar desgraciado o la Fortuna adversa de un afín o un deudo tan lejano que casi ya no tiene nexo alguno con la familia. Y recibimos en nuestros brazos como nuestros clientes, pupilos, amigos, criados, servidores, inquilinos, colonos, jornaleros, vecinos, conocidos de vista por nosotros y aun a los conocidos, vecinos, jornaleros de nuestros afines y amigos. Unos amparan a los ciudadanos contra los extraños, porque el ciudadano debe asistir al ciudadano, como el hermano al hermano; otros amparan al extraño contra el ciudadano, porque no debe inferirse injuria al huésped y oprimir al débil no por auxiliar al humilde, sino por dañar al ciudadano.

Y así es como los príncipes y los estados poderosos extienden tan ampliamente como pueden sus alianzas a manera de redes, y admiten en su confederación y clientela a muchísimos más. Hacen esto con toda diligencia, no tanto por defender a aquellos que agregaron a su política, cuanto, valiéndose de su ayuda, para invadir a los otros. Y así es que persiguen a quien lesionó al amigo no tanto por salir en defensa del amigo, como por despojar al agresor, si pudieren, como el cuestor que va a los alcances del pillastre no por devolver la bolsa a su dueño, sino para aplicarla a su fisco. Y mientras ellos conciertan asociaciones, alianzas, tratados de amistad con quienes les da la gana, con todo no soportan los consorcios ajenos, las amistades tradicionales, los lazos de la sangre; tómanlos como un desacato personal y truécanlos en pretexto para declarar una guerra. No fué otra la causa por la que el pueblo romano tomó las armas contra muchos pueblos de Italia, a saber: porque algunos de ellos habían figurado en el ejército de los enemigos. Esta misma fué la razón por que hizo guerra a los numantinos, y la misma por la que hizo guerra a los britanos, siendo así que ello no se hizo con la intención de perjudicar a los romanos, sino, como es caso frecuente, por razones de buena vecindad, como los britanos corrieron en ayuda de los galos, como que eran de la misma raza, y los numantinos acudieron a socorrer a los sedingenses. En ninguna otra tarea puso más cuidado el diablo que en esparcir por doquiera las semillas cizañosas de la discordia y en fomentarlas porque rindiesen ubérrima cosecha. Y con tino satánico, por cierto. No hay cosa más propia de su carácter que el odio, la discordia, ni nada que nos aparte tanto de la meditación y consideración de aquella sociedad celestial para la cual fué creado el hombre como sucedáneo. La concordia recíproca de los hombres es la imagen más eficaz y expresiva de aquella soberana ciudad de Dios. La discordia es el regocijo del infierno. Por esto fué que el demonio sembró odios políticos entre las naciones, que fueron correspondidos con odios políticos: el francés y el escocés odiaron al inglés; el español al francés, y al helvético el germano. Estos odios nacen de alguna derrota antigua o de alguna otra calamidad, cuyo recuerdo escocedor no puede posteriormente borrarse ni mitigarse por ulteriores servicios o conveniencias mutuas. Efímera es la memoria del beneficio; imperecedera, la del ultraje. Y así es que como herencia nefasta, las enemistades se transmiten de padres a hijos; los unos las exponen y las hincan en el corazón de

los otros; en el pecho de la nodriza las bebe el niño con la leche, y con las primeras letras el maestro las confirma; recógelas de boca del pueblo en himnos llamados patrióticos y los juegos con sus iguales las estimulan y azuzan. ¡Oh, cuán solícito profesor de su arte es el diablo! ¡Con cuánto desvelo vigila su juego! ¡Cómo está presente en todas partes y no omite oportunidad ninguna de enseñar su diabólica asignatura! En determinados casos, para el estallido violento de mortales enemistades entre las naciones basta con que una persona particular se conceptúe afectada por una injusticia de otra o desabrida por un denuesto que le cruzó el rostro como un latigazo. De retorno en su patria esparce el maligno rumor de que a todos sus conterráneos aquella nación les profesa un odio mortal, que busca pretextos para declararles la guerra, que maquina no sé qué sañudas atrocidades y otros infundios de ese jaez, que impresionan dolorosamente el ánimo de sus paisanos. De labios de un conciudadano, de un compatriota, con crédula oreja, las oye la turba irreflexiva; los esparce a su vez, la especie cunde, y lo que fué vaga sospecha de unos pocos conviértese en firmísimo convencimiento de muchos. De todo se echa mano para propagar la disensión. La separación del lugar hace que no exista entre aquellos hombres cosa santa ni justa y que un hombre no sea para el otro ni siquiera hombre.

Y dado caso que no exista mutua comprensión, veráslo con qué suerte de horror esquivan todo coloquio y reunión, se confinan dentro de sí mismos, evitan verse y tratarse, como si un dragón hubiere visto a un elefante o un oso a un león y no un hombre a otro hombre, es decir, la más mansa especie animal a un ejemplar reproducido de su propio linaje. Quién sabe si de ahí nace aquella actitud que los hombres de nuestro hemisferio observaron en el Nuevo Mundo que ha poco se descubrió para con aquellos indios a quienes no tuvieron por hombres. Fué ello una iniquidad de la que tengo ya el lugar señalado para hablar en otra obra. Menelao, en una disertación que se halla entre las de Libanio, da a entender que entre asiáticos y europeos existió, naturalmente, un estado de guerra permanente, porque estaban separados por el mar. ¿Puede decirse mayor monstruosidad? Antiguamente, para el griego, todas las restantes naciones eran bárbaras, es decir, hombres a medias, y eso mismo son para el italiano de nuestros días, con injuria de la naturaleza, de quien piensan que para derramar sus dones escogió determinados límites de montes, de ríos o de mar, como si el poder de Dios estuviese condicionado por la topografía y no en dondequiera naciesen hombres, y allí sólo estuviesen los productos que el género humano recibió de la benignidad de Dios y no de la fertilidad de la comarca.

Ni aun la misma contigüidad salva de la discordia a las ciudades vecinas; al contrario, su proximidad misma exacerba y agria sus disensiones, que son tanto más vivas cuanto más cercanas. Nunca hay paz entre ellas; nunca hay armonía. Nácenles entre los pies todos los días mil motivos de querella: el campillo, el derecho de agua, el hito, la paliza propinada al ladrón sorprendido en flagrante hurto, el juego de unos corros de mozuelos, las romerías y excursiones, un mote insultante, un rumor sin paternidad, un bulo, un sueño. En la misma nación,

entre poblaciones vecinas, si en algún punto la una perjudicó a la otra, queda indeleble la memoria del daño. Y si ésta no quiso o no pudo ayudar a la otra en un apuro, nace un odio público irreconciliable. Y para terminar de una vez, basta ya para odiarse que no sean la misma ciudad las dos, porque no hay acto de uno u otro lado que no se interprete mal y se considera lícito cuando se tiene el favor del pueblo divulgar las torcidas interpretaciones.

Los hay quienes echan la responsabilidad y, por ende, la culpabilidad de las guerras sobre las anchas espaldas de los príncipes. Dicen que son ellos quienes perturban el concierto del mundo contra la voluntad y la negativa expresa y clamorosa del pueblo. Pluguiera a Dios que esas quejas fuesen totalmente vanas e injustificadas. Pero es el caso que nosotros, con nuestros odios, avivamos aquellos furores y ellos abusan de nuestros apasionamientos para dar soltura y ensanches a sus veleidades guerreras. Cierto es que arde en deseos de guerra o su soberbia o su avaricia; pero nosotros cebamos esta pasión suya poniendo a su disposición caudales, aparejos, provisiones, brazos y vidas, con una alegre prontitud para una guerra que debe ser llevada contra aquella nación que no podemos ver. Y se da el caso paradójico de que, mientras parece que obedecemos la orden del príncipe, obedecemos inconscientemente los morbosos impulsos de nuestro ánimo. Y somos los mismos que nos manifestamos reacios e indóciles si el príncipe se empeña en abolir una mala costumbre admitida y sustituirla por otra mejor.

Pero, mal que mal, se dirá, vivir en el recinto de unas mismas murallas, tener ciudadanía en una misma ciudad, participar en una misma ritualidad sagrada y profana; todo eso defiende de la discordia. Pues ocurre todo lo contrario precisamente: esa convivencia da pie a discordias más frecuentes y más enconadas entre aquellos que no pertenecen al mismo distrito y a la misma jurisdicción, como en determinadas ciudades donde no es uno solo el juez, ni el tribunal es uno y el mismo. Entre iniciados y profanos, si se les pregunta qué es lo que aborrecen, dirán que la diversidad de profesiones. Pues si ello es así, la identidad de profesión será un eficaz aglutinante de la concordia. ¡No y no! No hay envidia más enconada y activa que la que existe entre los que practican la misma artesanía: esa identidad engendra odio. El alfarero envidia al alfarero, según el viejo aforismo, y el poeta envidia al poeta.

Y esta envidia ubicua no solamente invadió los gremios de un mismo oficio, sino todo el organismo de la ciudad, de modo que más llevaderamente soportan los ciudadanos que entre ellos descuelle un extraño que un paisano suyo. Promulgóse en Corinto una ley para que ningún ciudadano se destacase de los otros; que si alguno se significaba por alguna prenda moral o física, saliese de la ciudad a pompear entre los otros. En Atenas introdújose el ostracismo, suerte de destierro, para lo cual se requerían los sufragios del pueblo, con el fin de que en la ciudad no hubiese ciudadano que se señalase por su consejo, por su virtud o por la grandeza de su gloria.

A esa envidia cívica se refiere Nuestro Señor en el Evangelio, cuando dice: *Ningún profeta tuvo aceptación en su patria.* Hay todo un hervidero de facciones en la misma aldea, en la misma calle, a las cuales se van afiliando los unos

y los otros, sin razón, sin selección, sin juicio. Si se les pregunta el motivo de la preferencia, no tendrán ninguno que dar. Y para más clara demostración de que ellos, con el instinto de las alimañas monteses, se mueven por ímpetu ciego, sin dejarse guiar por norma alguna racional, así como las fieras bravas se irritan hasta el furor por alguna voz o por algún color, como se dice que los toros se encarnizan contra el rojo y los perros de presa se azuzan con ciertos gritos, así éstos también, excitados por algún color o alguna consigna, corren a empuñar las armas, no favorecen a los hombres, no se dejan guiar de los hombres, un grito se apodera de ellos por el oído, un color los impresiona por los ojos, ni más ni menos como a las bestias. Que ese grito o ese color proceda de otro lado y se declararán por aquellos a quienes mataban hasta aquel momento.

Y ni aun el mismo hogar ni la vivienda común es un aglutinante de concordia, y no hay juramento que valga, ni contrato por sagrado que sea: *El marido amenaza con la muerte a la esposa*—dice un poeta—, *y la esposa, al marido; el suegro no está seguro del yerno, ni el huésped, del huésped.* Entre hermanos y hermanas existe odio capital porque se cree que uno es más querido del padre que otro, o le sobrepuja en dignidad, o fué objeto de una preferencia por una heredad insignificante, por una palabrilla, por una sospecha baladí. ¿Qué nos defenderá, pues, del odio y de la discordia? El apartamiento no vale, la proximidad no ayuda; no nos exime la nación, ni la ciudad, ni el orden, ni la profesión, ni la mesa, ni el lecho común, ni la común cuna, ni los padres comunes. Hemos llegado ya a un punto, que entre los mismos cristianos, por ser tantos y tan repetidos los motivos de discordia y tan frecuente el choque de rivalidades, parece ser el mejor aquel que a nadie odia, que no ama a nadie, que ni por nada ni por nadie se interesa, sino que se recluye dentro de sí mismo como en su concha un caracol, y hace lo suyo, completamente despreocupado de los otros. Todos éstos, a guisa no de hombres, sino de fieras, precipítanse sobre el pienso colocado en medio y se pelean, se muerden, se embravecen el uno contra el otro y cada pasión tiene el cebo que mejor le sabe. El soberbio, de quien mana la principal y más nutrida materia de discordias, con la boca abierta corre en pos del honor, que es manjar peculiar y propio. Este es su pasto más sabroso y con él solo se mantiene. Cuando no lo tiene a mano lo busca con afán, y una vez que lo ha conseguido salta de júbilo; si se le defrauda de él se duele y se encoleriza, y se enoja con aquel que se lo estorbó, y cree el caso digno de venganza. Esta es la causa de que las discordias y enemistades no se acaben nunca. En todas partes, a muchas cosas se les ha puesto el nombre y la estima del honor. Comienzan los hombres por tornarse orgullosos y ambiciosos y, a seguida, litigiosos, vehementes, enojadizos, deseosos de venganza. No es posible que quien ambicionó lo más alto consiga tanto cuanto ambicionó; y así es que, frustrado en sus deseos, alborota la tranquilidad de los otros que está persuadido que pusieron estorbo en la realización de sus ideales. Es indecible a cuántos cristianos trae a mal traer todos los días ese afán de renombre, ese espejismo del honor. Lo que quieren es el honor; no les preocupa un pun-

to—dicen—dónde está el dinero, ni la vida les importa un bledo si el honor está en lugar seguro. Al honor posponen la buena conciencia, al honor, la religión y al mismo Dios, como aquel que teniendo que morir preguntó al sacerdote cómo quería que muriese: con humildad de cristiano o con gallardía de valiente caballero. Ello equivalía a pedir si daría satisfacción a Cristo o la daría al honor.

¿Qué es este culto fanático del honor? ¿Qué es eso de hacer tanto caso de una palabreja de elogio, de un saludo de cortesía o de un pensamiento callado, que no dura más que un instante, de uno que otro necio que juzga neciamente? Aparecerá no ser necedad si declarásemos en qué consiste eso que llaman honor. Honor, para ellos, es la cifra y el compendio de todo cuanto se considera un bien en lo que toca a las prendas morales o físicas, o en aquellos dones que caen bajo la jurisdicción de la Fortuna o en todas aquellas cosas a las que puso algún precio la estimación humana. Como si la más alta recompensa de la virtud y de los bienes todos consistiera en ser conocido de los otros. Todo lo que no fuere esto considérase como ignominia. Así que no ya solamente en las palabras expresivas de alabanza o de vituperio sitúase la honra o el desdén, sino en todas las expresiones o gestos en los que la humana suspicacia interpretó que encerraba alguna demostración de ese género. Eso de decir a las barbas de uno *Mientes*, es una tan grande ofensa, que no puede pagarse sino con la vida o con alguna penalidad muy grave. Si dijeres esto mismo, pero con otras palabras, evitaste el estallido del enojo, como si hubieras dicho: *Con perdón*. Por donde se ve que lo que nos impresiona y afecta no es la realidad, sino el sonido, el murmullo leve. En tiempos pasados, la segunda persona era el pronombre *tú*, en singular, y en el plural, *vos*. En la actualidad, en lengua toscana y castellana, más trabajo se pone en la busca de epítetos que en toda la restante invención. Existe ya quien tiene el tratamiento de vos; existe ya quien tiene señorío, prestancia, excelencia, sabiduría, alteza, majestad y, dentro de poco, a mi ver, también divinidad. La lengua francesa comienza a ser atacada de esta misma enfermedad, contagiada de sus vecinas. Si alguno hablase de otra manera, violó la majestad del camarada, le hizo objeto de desdén; la ira le aconseja venganza. El descubrirse la cabeza, el sentarse, el levantarse, el ceder el paso, el detenerse, el doblar la rodilla, el mover el pie, el levantar la mano, el fruncir el ceño, el mirar, en pasando dos veces por delante de la puerta; el torcer el rostro, el tender la mano, el extender el dedo, el enseñar la uña mediana, el mirar a quien se cayó, dónde, cuándo, cuánto tiempo, cómo, todas estas nimiedades sufren un severo examen en el tribunal de la ira por si entrañan acatamiento o desdén. Todas estas livianísimas pequeñeces y nonadas pueden quebrar concordias muy firmes consagradas por el tiempo y por una larga correspondencia de finos servicios y obsequios y trocar una amistad cordial por una capital enemistad. ¡Oh ruin linaje humano! ¿Quién fué aquel enemigo tuyo tan cruel que te enseñó todas esas vanidades huecas omitiendo otras muchas grandes y provechosas y sustanciales enseñanzas, necesarias para la vida, que ignoras tercamente? Todavía no conoces el curso del cielo y de los astros, la naturaleza de

plantas y animales, lo que aprovecha a tu organismo y lo que le daña la razón de la virtud y la honestidad, todavía no habías aprendido el fin para que naciste y ya tenías holgura y vocación para dedicarte a tan dañinas averiguaciones.

La soberbia ocasionó que a nosotros nos pareciéramos los mejores y deseásemos que los otros nos tuviesen por tales. De ahí, esa blanda indulgencia y esa delicadeza que siempre tuvimos con nosotros mismos, como si en realidad fuésemos merecedores de ese trato. Los regalos nos amollentaron y enflaquecieron hasta tal punto, que la más chica ofensa se nos antoja insoportable, como vemos que acontece con los niños mimados, que están enfadados siempre y no nos detenemos a considerar si es merecida o es injusta. Nos enojamos con el maestro, con el ayo, con el amo, con el magistrado, con el príncipe, con nuestro padre con la patria misma, con las leyes, con la justicia cuando castigan nuestras faltas, y si estuviere en nuestro poder, nos vengaríamos; y en hecho de verdad, se vengan todos los que pueden, como diré luego. Y así resulta que como los enfermos, no tenemos otra preocupación sino que nada nos dañe, y ello hace que temamos no solamente las ofensas, sino todas las apariencias, sombras y señales de ofensas. ¡Qué miserable dolencia moral es ésta! Y porque sepamos que ello ocurre por nuestra necedad y no porque así sea en efecto, más fácilmente sufrimos las injurias que la sombra de las injurias. El joven alumno prefiere una azotaina del maestro a una viva reprensión; el esclavo prefiere un bofetón a un denuesto grave. Uno de los preceptos que se enseñan en la escuela del diablo es ser injuria menor una cuchillada que un puñetazo, y ultraje más liviano una lesión peligrosa con una aparatosa cicatriz, que una bastonada con un palo o con una simple caña. En ocasión de cierta pendencia, uno de los contendientes amagó al otro con un bastonazo y el otro le dijo que lo daba por recibido, y determinó vengar con toda suerte de crueldad el golpe que había descargado en el aire y no en él. ¿Y qué decir de aquel otro que en una baraja a puñetazo limpio recibió primeramente un bofetón y luego algunas lesiones graves en pecho y costados, de las cuales murió poco después, y mientras le curaban y le vendaban las heridas aplicándole el remedio de urgencia que el caso requería, decía: «No es esto lo que me habéis de curar, sino esta mejilla.» Con lo cual daba a entender que más le dolía la carrillada que las heridas que le ocasionaban la muerte. Con cuánta mayor cordura y prudencia hubiera podido decir: «Curad primero, ¡oh médicos!, si podéis, esta locura mía, y las heridas, después.»

¿Por ventura no hemos demostrado abastanza que nosotros tenemos cuerpos robustos y espíritu muy flaco, dado caso que el cuerpo puede sufrir una herida grave y el espíritu no puede soportar una palabrilla insignificante? ¿Una palabrilla dije? Ni siquiera un ademán cuya significación nadie diría a punto fijo ni en qué sentido debe interpretarse, como extender o arrugar los labios, o guiñar el ojo, o mirar con ahinco a modo de muchachos que se enfadan con los gestos ridículos de los otros y rompen en lágrimas y llanto. ¿Y qué diremos si también nosotros, personas graves y de edad madura, si así lo quiere el Cielo, intervenimos en los pucheros de los chicos y en las riñas de las mujeres,

cargados de prudencia y de experiencia y de reputación, y nuestros enojos sustituyen a otros enojos que una mosca podría inflamar hasta el incendio con sólo el viento de sus alas? ¿Quién es capaz de puntualizar una por una todas aquellas cosas que el humano desatino convirtió en injuria, en insulto, en deshonra? Algunas las hay que son comunes a todas las naciones en general, y otras, particulares de otras, y otras, por fin, privativas de ciertos pueblos o de determinados hombres, cuando a lo que sucede por casualidad se le atribuye intención, como el que una teja, al caer, dañe a alguno, o que un caballo le lesione con una coz, o que un azor le manche a uno el vestido con su excremento, el empellón que uno recibe en un tropel de gente: todas estas contingencias desdeñables júzganse merecedoras de venganza. La razón de la virtud es única y son innumerables las razones del vicio. La naturaleza del hombre es única y simple. Si la siguiéramos, como dice Cicerón, no hay cosa que fuera más semejante a sí misma que lo seríamos un hombre del otro y todos de todos. Pero tan pronto como nos fuimos apartando de la Naturaleza, nadie ya fué semejante al otro ni siquiera a sí mismo. Admirable es la variedad de razones, de procederes, de ideas. La modalidad de la concordia es una y las de la discordia son infinitas, extensas, profunda y anchamente diferenciadas entre sí. Y aún no es bastante que cada uno traiga consigo para la discordia una espuela muy aguda, sino que también para los otros somos espejo o estímulo. Aquello en que no reparó uno o no supo que se le tenía por injuria, o creyó ser lo más cuerdo disimularlo, no faltan quienes luego al punto le den a entender que es injuria hecha y derecha y opinen que no debe ser sufrida, que lo empujen a la venganza y le enseñen cómo puede y debe vengarse, convencidos de que es puro celo de la amistad convertir a un amigo de hombre bueno en revolvedor y malvado; quiero decir, semejante a ellos. Y no faltan quienes, por su grande autoridad, a la discordia encendida añaden leña seca. Los poetas atribuyen a Júpiter la ira, no templada ni mediocre, sino muy ardiente e impetuosa, por la cual derriba del cielo a su hijo y castiga a su esposa colgándola de una cadena y sacude el cielo, y destruye ciudades y reinos. Fingen también que la ira levanta a los hombres a la categoría de héroes, como son los reyes homéricos. Una de las escuelas filosóficas es la peripatética, que llama a la ira la piedra afilada de la fortaleza, que inspiró aquel aforismo: *El ánimo generoso no tolera el ultraje.* Esta escuela concilia lo más antagónico, la fiereza de la ira con la templanza de la razón, por manera que a la razón se la lleva arrebatada en carrera sin freno o se sirve del más contumaz de los esclavos, que no ejecuta lo que le manda su dueña y señora la razón, sino lo que le sugiere su compañera, la pasión. Muy agudamente dijo Séneca: *Las pasiones son tan malas criadas como dueñas.*

Muy campanudamente los teólogos llaman magnánimos a aquellos que no pueden sufrir las injurias más livianas y toman venganza sea como sea, movidos por la autoridad de Aristóteles, entendida de cualquier manera y a quien con escaso tino atribuyen más valer que a Cristo. En realidad, si al quisquilloso de marras le decoran con el título de magnánimo, nunca había existido mayor pusilánime que Cristo y

sus discípulos y todos aquellos que religiosa y santamente llevan su vida a tenor de los mandamientos de Cristo. ¡Con cuánta mayor cristiandad dijo Séneca: *Aquélla no es grandeza de alma, es hipertrofia e hinchazón. La ira no tiene donde asentarse, ni tiene un principio macizo y permanente, sino que, como el viento, es veleidosa y vana, y anda tan lejos de la grandeza de alma como la osadía de la fortaleza, la insolencia de la confianza, la tristeza de la austeridad y de la severidad la sevicia.*

Mas cuando a la ira, que ya es de suyo asaz osada y expeditiva, se le acercan tales consejeros y animadores con aquella gravedad y aquel entono, cuántas alas no pone a su celeridad instintiva y cómo se espolea a sí misma y con avidez mayor desea la venganza, que ve tan exenta y limpia de toda tacha de vicio, que hasta se la hermosea con el nombre de aquella generosa y excelente virtud; y que si de la venganza prescindiere, le espera el vilipendio y la afrenta.

¿Qué esperanza nos queda ya, cuando hasta ese extremo nos sentimos blandos e indulgentes con los vicios, de poder dar la señal o el inequívoco distintivo de ánimo elevado y generoso? De tal manera se volvieron sabrosas las discordias a los hombres, que muchos no pueden sufrir el concierto de los amigos bien avenidos y excogitan día y noche materia de disensión. Para la generalidad no hay espectáculo más grato que las luchas y antagonismos reales o imaginarios; con visible contento y con boca de risa muchos contemplan a los pendencieros venidos a las manos y, encima, suministran furtivamente más abundante materia de insultos y riña, azuzando ora al uno, ora al otro, declarándose por el vencido, porque dure más la pelea.

¿Quién hay que pueda con los panegíricos por más elegantes y primorosos que sean, mientras no fueren brevísimos? Nunca nos hartamos de escuchar insultos y dicterios venenosos. Con razón se queja Demóstenes porque Esquines tomó en una competición oratoria la parte más favorable y más plausible, a saber: la de la acusación, mientras que a él le había tocado la más difícil y la que menos atienden los oyentes, a saber: la del elogio, y, lo que es peor, la del elogio de sí mismo. Ya los simulacros de luchas en los espectáculos son los que causan placer más vivo. Antiguamente fueron los gladiadores en la arena, la montería, la batalla naval, los atletas. Ahora son las maniobras militares, los certámenes poéticos u oratorios, las disputas en las escuelas, en las que intervienen unos hombres ayunos de toda suerte de letras y juran que se divierten en todo esto enormemente; es decir, en la apariencia de la lucha, porque de lo que se dice allí no entienden jota. En este punto, hacen muy mal los hombres instruídos que se ofrecen a los analfabetos como un número de pasatiempo y admítenlos en sus certámenes, con perdón sea dicho, no solamente como espectadores, sino como árbitros y jueces. La incompetencia no puede cobrar mayor auge y crecimiento.

LIBRO SEGUNDO

DE LA INHUMANIDAD CON QUE LOS HOMBRES EJECUTAN SUS DISCORDIAS

Admitimos las discordias, las unas con astucia y con malicia; las más, necia y puerilmente; pero todas sin excepción las traducimos a la práctica con suma inhumanidad y arte diabólica. Dos son, como más arriba dijimos, las fuentes del odio: la envidia y la ira. La envidia es degenerada, cobarde, villanesca; no se atreve a sacar su cabeza y, no deseando menos que la ira hacer daño, no obstante tiene tan apocado concepto de sí misma, que huye de la vista de los hombres, como ignominiosa que es y digna de todas las abominaciones. Nada hay que oculte el envidioso tan cuidadosamente como la envidia, porque el envidiar es tenido por cosa de vergüenza y confusión.

Y así es en hecho de verdad. Quien envidia a otro, confiesa tácitamente su superioridad y la escasa confianza que tiene en sus propias dotes. Como juiciosamente dice Cicerón, quien confía en sus propios bienes nunca envidia los ajenos. A pesar de todo, y haga lo que haga, la envidia, por más cuidado que ponga en ocultarse, roe de tal manera las entrañas y contamina de tal manera todo el cuerpo, que el semblante la denuncia por una harto visible lividez, color del cual tomó el nombre latino *livor*. La envidia ejecuta en sí misma la venganza. En esto sólo es justa, siendo para lo restante mala y feroz.

Por más generosa es tenida la ira, porque se cree que no tiene otro móvil que la indignación y que, a una, es vengadora de los malos y criada e instrumento de Némesis, aquella diosa mitológica, que los antiguos fingieron, perseguidora y vengadora implacable de todo lo indigno. Y por esto es por lo que con razón algunos la figuraron plásticamente con no demasiada fealdad.

La envidia, cuando se persuade que encontró buena sazón para dañar, se manifiesta bajo la especie y con los atributos de la ira; tunde y veja la bondad, simulando que, afectada por alguna acción indigna, no hace más que ceder a una irritación sobrado justificada. Este mal es en lo humano lo que es la oruga en las mieses, o como el bruco, que roe lo más fructuoso y lo mejor, o, como en los cuerpos animados, el acónito que ataca directamente los órganos vitales y los mata. No tiene más propósito sino que entre los hombres y aun los mismos ángeles no exista bien alguno, pues los demonios, así como acuciados por la envidia causaron a los hombres daño irremediable, así lo causarían a los ángeles si les fuere permitido. De tal manera se muestra auxiliar de la envidia, que la envidia, con dañar, consigue tanto cuanto es el poder y la fuerza de la ira.

Los que gobiernan y rigen urbes y colectividades humanas, viendo que no hay disolvente más activo ni más eficaz de toda forma de sociedad que las injurias, la ira, la venganza, en una palabra, la discordia, y sabiendo por su experiencia que

así solía ser; y sabiendo, en cambio, que las estrechan más y las conservan la concordia y el buen concierto, pensaron que lo mejor era, promulgando leyes y estableciendo tribunales, entender en el mutuo desconcierto humano, a fin de apartar, mediante el castigo, a los más de hacer injuria y mediante la justicia sustraer toda venganza de los irritados, que debían tener entendido que les estaba aparejada, según derecho y equidad, y que les era lícito perseguir la reparación de las injusticias que sufrieren primeramente con toda seguridad y luego con ligero quebranto de su fortuna y su tranquilidad y con la esperanza de ganarse un honroso concepto de ciudadano moderado y bueno. Y para frenar los impulsos de la impaciencia desapoderada, señalaron el peligro a quienes no según derecho ni ley se tomaban la justicia por su mano. Así como la corrompida disposición de nuestro cuerpo hizo que la medicina que en otro caso no hubiera atendido más que a la conservación de la salud y a la mayor prolongación posible de la vida se consagrara casi exclusivamente a la expulsión y prevención de las enfermedades que nacen unas de las otras y se propagan con una alarmante fertilidad y mucho y aun demasiado tenga que hacer en este empeño deslucido, así también la ley y el derecho que en la hipótesis de que la Naturaleza se conservara en su integridad, hubieran sido amos y señores y a manera de indicadores que mostraran el camino para conseguir y mantener la concordia, ahora no pueden desembarazarse de la discordia, hasta un punto que casi desesperan de alcanzar la concordia, persuadidos de que harta buena cosecha acarrearán si consiguen poner frenos y bridas al desconcierto desbordado y rapaz. Y por ese lamentable estado de cosas verás cómo el magistrado, el juez, el príncipe, que es figura del soberano Rector del mundo en la mayor y más hermosa de sus funciones, hurgan y hozan en la hez y lía de los asuntos: *Fulano me quitó lo mío o, mejor, no dejó de ser mío aun cuando me lo quitase.* Sentencia la ley: *Es de aquel cuya avaricia es más justa.* ¿Te dió un bofetón, te llamó bellaco, te amenazó, te roció de orina? La ley, en su severidad, obliga a sentarse, bien entre dos niños, bien entre dos bobos a quien pretende ultrajar con esto y a quien toma esto por ultraje, no de otra manera que los grandes orfebres en épocas de penuria confeccionan buhonerías y baratijas de materia vil, cuando sus obras primorosas y ricas no tienen compradores.

Admirábanse antiguamente Séneca y otros maestros de la filosofía moral de que tres plazas apenas eran bastantes para la ciudad de Roma; y eso que ellos eran paganos y era muy grande la ciudad, cabeza del Imperio de todo el orbe. Y en nuestros días, ¿qué aldehuela tan aterida hay en ningún rincón del mundo cristiano a quien basten dos? Yo vivo en Brujas, ciudad no más rica ni concurrida que muchas otras, con una población de muy apacible carácter y de muy exquisita urbanidad, y con todo hay aquí cinco plazas y no en absoluto desiertas y silenciosas.

Y no bastó que se promulgasen leyes contenciosas, para los gentiles en la antigüedad y ahora para las personas laicas. También pleitean los ordenados *in sacris* y las personas religiosas, y tienen su fuero y sus fórmulas, y sus acusaciones, y sus testigos, y su juez, y su bedel, y su cárcel, y su verdugo, y su espa-

da, y su fuego, y su veneno los sacerdotes de aquel Cristo que teniendo el señorío de toda la creación y siendo Juez de vivos y de muertos, con todo, a uno que le pedía que mandase a su hermano la partición de su hacienda con él, le respondió: «¡Oh hombre! ¿Quién me puso de juez entre vosotros?» Pero ni todas esas leyes, ni todos esos fueros, ni todos esos jueces juntos tienen suficiente energía para extirpar dolencia tan arraigada y crónica. Lo más que consiguen a fuerza de presión es que no se manifieste con estallido ruidoso. El veredicto no zurce la concordia ni elimina la discordia, sino que sólo cohibe las manos y la ira, porque no se desboque y campee licenciosa y suelta; y está tan lejos de apaciguar los odios, que hartas veces los exaspera y los ceba momentáneamente. Quien salió vencido en juicio, sale de la sala del tribunal no convencido de su sinrazón jurídica, sino enojado contra el pleiteante, contra el juez y contra la ley que le condenó injusta y fraudulentamente. Mi ideal, en este punto, sería que leyes, jueces, costumbres de ciudades y de pueblos no tuviesen otra incumbencia que la de reducir a templanza a los espíritus litigiosos y que se limitasen a enseñar cuán indigno es de un hombre hacer injuria a otro y que éste se apresurase por devolverla. No se espere que haya concordia jamás mientras uno de los dos contendientes se saliere con la suya, postergando al otro. Más rápidamente se establecería y consolidaría la concordia si uno y otro de los contrincantes, cediendo en su respectiva pretensión en bien de la caridad y de la benevolencia, desvirtuara las causas de la mutua ojeriza, por manera que el que perjudicó se duela de haber faltado a la amistad y el perjudicado perdone al amigo fácilmente.

Este es el atajo más expedito para la concordia que nos enseñó el Hijo de Dios, maestro de la verdadera sabiduría. Cuando la pasión rechaza a la pasión, recátase el despecho, bien intimidado por el miedo, bien mitigado por la esperanza, y se establece una ficción de paz a la cual Séneca llamó paz infiel, la paz mentida de las pasiones. Por otra parte, cuando el despecho es más activo e impaciente y no puede aguardar el socorro y la resolución de la ley, o los contendientes se creen superiores a las leyes y a los magistrados, entonces entra el coraje en ebullición y se encrespa como un mar embravecido. No es absurda la semejanza de la ira con una borrasca, ora se atienda a su origen, ora a sus efectos. La tempestad marina es una suerte de efervescencia. Los filósofos definieron la ira diciendo que era el hervor de la sangre en los alrededores del corazón. Instantáneamente así que la galerna se levanta truécase el semblante del cielo en una tétrica foscura pavorosa de mirar. No otro es el aspecto del hombre a quien la ira enardece, y como decimos que el hombre está sañudo, así decimos también que el cielo está sañudo. ¡Cómo está el rostro de desencajado y tumefacto! ¡Y cuán torvo el semblante! Los ojos están preñados de centellas, como Homero dice de Agamenón: *En el arrebato de su ira, los ojos le centelleaban a manera de fuego.* Los truenos son un cierto murmullo inarticulado, y así como el mar se agita, así también el cuerpo todo se revuelve y no puede estarse quieto en un ningún punto. Rayos son los denuestos y las expresiones brutales, hartas veces más nocivos y peligrosos que el rayo

físico. Los hay a quienes el despecho les da facundia a borbotones, como Suetonio Tranquilo lo escribe de Calígula: «Arroja boca afuera lo que debe y lo que no debe. Mientras, la ira, como un lobo con su propia cola, se azuza a sí misma con las propias atrocidades que echa y con ellas cierra toda posibilidad de avenencia y para su propio castigo acaba por tragarlas la garganta misma que las expectoró.» Los hay quienes, con los bríos que la ira cobra, ofúscase el entendimiento para toda reflexión y se traba la lengua para toda habla, y las palabras salen roncas y dudosas y el lenguaje incoherente y sin sentido, todo lo cual demuestra cuán profundamente está afectada el alma. A algunos se les corta la voz y mascullan no sé qué rugido absurdo e inarticulado. Otros, de coraje más combativo y con más bravo instinto de fiera, no se entretienen en echar palabras, sino que expeditivamente pasan a las obras. A estos tales, muchos son los que les llaman corajudos, es decir, menos hombres y más bestias, cuyas iras son ciegas y precipitadas, y el ímpetu en ellos sustituye el habla y las querellas. De arma sírveles la misma mano, o el pie, o el codo, o el salivazo, o, en una palabra, lo que más está a su alcance. *La furia*—como dice el poeta—*suministra armas.*

En los siglos rudos, servía de arma la mano contraída en puño; de ahí, la voz *pugna.* Más tarde, la ira convirtió en arma cualquier objeto arrojadizo o con el cual se pudiera herir y matar al hombre: el libro, el candelabro, el pan, el plato, el tizón, la piedra, el palo. No había cosa que no pudiera lesionar al hombre, animal delicado y blando. Luego, con el ardor del tiempo, la ira cobró robustez y buscó más recias herramientas; sacóse el hierro de las minas que la Naturaleza escondiera en abstrusas profundidades, se fabricó la espada que con un golpe podía acabar con un hombre.

Dos son los géneros de venganza: bestial el uno, diabólico el otro, pues ninguno de los dos es humano. Las bestias, enfurecidas, atacan en arremetida impetuosa, satisfaciendo cuanto sus fuerzas se lo consienten aquella brusquedad inmediata. Así que se desvaneció su acaloramiento, abandonan simultáneamente el recuerdo de la injuria y la avidez de la venganza. Mas el hombre, por declararse no sólo peor que el hombre, sino que la misma bestia, no contento con abandonarse a su pasión exaltada, se acuerda de la ofensa, y del ofensor, y de sus amigos, y de sus allegados, y no por un día, o un mes, o un año, sino por muchos años y aun generaciones. La ira, como reza el viejo aforismo, es la pasión que más tarda en envejecer, y con la herencia transmite las enemistades a hijos y a nietos y lega la venganza, y en ello aviva y ejercita todas las fuerzas y todos los recursos de la razón, del juicio, del consejo, por hallar el camino de la vindicta, hasta un grado que parece no haber recibido aquellos dones eminentes con que se aventaja a las bestias, sino para que, gracias a esos dones con que a las bestias se aventaja, se vuelva peor que las bestias. Y tanto es ello así que pudo parecer a algunos que aquel Cota de los diálogos ciceronianos tuvo razón en calumniarla por instrumento de la maldad, de los crímenes, de los delitos todos, aun cuando podría haberle avisado de su yerro la consideración de que la naturaleza humana se había apartado de su entereza inicial.

¿Y qué más? ¿Qué voy a decir sino que la venganza no se ciñe y concreta a quien hizo la injuria, antes se extiende y se amplía más y más? Quien dañó fué uno, y son muchos los que sufren el castigo. Determinados pueblos, que por otra parte parecen estar abundantemente dotados para vivir humanamente, viven en un ambiente de la más cruel inhumanidad. Para la reparación de una injuria, buscan no solamente al autor directo, sino a sus padres, hermanos, hijos, abuelos, bisabuelos, nietos, bisnietos, tíos, consobrinos, deudos, todos, afines, allegados, cualquiera sea su salud, su condición, su edad, su sexo. Y aún se les antoja que ha cumplido lindamente con su función de vengador quien mató a un niño de pecho en los brazos de la nodriza, por ser pariente propincuo de aquel de quien recibió la ofensa. Y así como hacemos extensivas a tantos y a tantos las injurias recibidas, perseguimos no sólo las nuestras, sino las de todos aquellos que son nuestros consanguíneos o afines o afines de los afines, amigos, clientes, cofrades, conocidos, amigos de los amigos, conocidos de los amigos. Y todo esto no por impedir que no se infiera la ofensa o, puesto que se infirió, limitarla a un círculo estrecho, cosa que tendría alguna justificación, sino para renovarla y vengarla cuando está hecha y casi olvidada, no para con la nueva ofensa remediar la primera, puesto que ello es ya irremediable, sino para exacerbar la primera y enconar más la segunda.

Mas a aquellos cuyas ofensas queremos que parezca que vengamos, aun a trueque de algún peligro en nuestra hacienda o en nuestra vida, y, sin duda, con una pérdida grande de nuestra tranquilidad, no les ayudaríamos a cambio de una molestia por pequeña que fuese o con un exiguo socorro pecuniario. ¡Tan cobardes y avaros en la ayuda; tan prontos y tan generosos en el daño! Y aun en el caso de que con el más rendido y amistoso de los sentimientos, alguno nos pide para una finalidad honesta y útil nuestra prestación personal o el uso de nuestro dinero, nos es lícito denegárselo sin mengua de honor por nuestra parte. Y si uno a quien conocemos muy ligeramente pide nuestro concurso para dañar a un tercero, creemos que el excusarlo es el mayor de los desdoros; y aun de buena gana y con resolución y brío tenemos que acudir a esa suerte de obras hazañosas. Para las cosas santas estamos siempre ocupados. Para las cosas torpes estamos siempre libres y dispuestos.

Aquella casi divina sutileza del humano ingenio, puso un desvelo especial, como si fuese su misión propia (tan grande fué el cuidado con que sopesó y estudió el calibre de las ofensas) en determinar la proporción entre la injuria y su castigo: ésta, pena de muerte; aquélla, de azotes; la tercera, un golpe de caña; una bofetada, una herida en el rostro, una multa pecuniaria o un ataque en la dignidad. Todo esto está pesado y calibrado con suma diligencia y exactitud; pero yo quisiera oír de boca de esos pesadores tan exigentes: ¿Y qué sanciones divinas corresponden a esas humanas sanciones? Yo les voy a explicar unas pocas: andan revueltas las espirituales con las corporales, las leves con las graves y ásperas, las temporales con las eternas. Por fuerza, todo debe ponerse al servicio de la discordia, no solamente lo de dentro, sino también lo de fuera; convertimos la palabra, las lágrimas, las

amistades que habíamos recibido de la munificencia de Dios para el mutuo auxilio en la mutua perdición; el amigo implora la cooperación del amigo; el hermano, del hermano; el vecino, del vecino; el ciudadano, del ciudadano, no para el provecho común, sino para el común perjuicio; hácese una liga de hombres conformes en la venganza de un acto que ellos conceptúan injurioso, bien porque favorecen su propia causa, o simplemente favorecen a un hombre, o porque cada cual va en pos de sus respectivos designios; toman las armas, créase la facción, y puesto caso que no se teme a las leyes ni a un poder más fuerte, declárase la guerra, que ora es civil dentro del ámbito de unas mismas murallas y entre los conciudadanos, ora es exterior entre dos pueblos y naciones y aquel delito para el cual, bajo el imperio de las leyes, está aparejada la cruz, y otro género de suplicios, por encima de las leyes no solamente se queda impune, sino honroso y glorioso. La voz *bellum* (guerra) viene de *bellua* (fiera), según el testimonio de Festo, autor de buena latinidad, por ser cosa más propia de fieras salvajes que de seres humanos. La Naturaleza formó al hombre para la Humanidad y la mansedumbre, y formó las fieras para la ferocidad y la arremetida; pero por nuestros pecados, aquel mal que parecía convenir más a las bestias, ellas no lo hacen y lo hacemos nosotros, a pesar de que es sumamente ajeno a nuestro natural y hacia él sentimos la aversión y la abominación más instintivas y más vivas.

¿Dices que la guerra es cosa de bestias? En ningún animal como en el hombre, dígolo con la autoridad de Plinio, el pánico crea más confusión ni la rabia más encendimiento. Los restantes animales en su género respectivo viven en concierto y paz; vémoslos cómo se agrupan en solidaridad contra sus desemejantes. No combate entre sí la braveza de los leones; la mordedura de las víboras no va contra las víboras; las bestias marinas y los peces no se ensañan sino en especies diversas. Sólo el hombre, a quien menos que a nada convenía, es beligerante, para que se demuestre que todos los otros animales permanecieron en su ser y que sólo el hombre se apartó del suyo para otro peor, como las semillas, que jamás degeneran para mejorarse.

Fácilmente entenderá ir la guerra contra la naturaleza del hombre todo aquel que parare mientes en las causas que la producen. Parece ser natural apaciguar el hambre y la sed, por las cuales algunas veces las fieras rabian; rechazar la violencia y la molestia del frío, del calor, de las lluvias, de la nieve rigurosa, de las inclemencias del cielo; dar satisfacción a los deseos naturales. Por ninguna de estas cosas se guerrea. Los galos, en la antigüedad, con un poderoso ejército, remontaron los Alpes y entraron en Italia; los helvéticos entraron en la Galia; los cimbros, en Italia; los godos, en Europa. Ninguno iba allá por alimentos; ninguno obedecía los deseos naturales: todos iban en busca del regalo: unos, del vino; otros, del aceite; otros, de la bondad del clima y la amenidad del sitio. Hace siete años que en determinadas comarcas de Europa hubo una gran escasez de cereales, que en Andalucía, de España, alcanzó una gravedad especial, por manera que por las vías públicas y en los domicilios privados, echados por tierra y muertos de hambre, yacía una gran multitud de hombres; perecieron

todas las bestias de carga y de tiro, hasta el punto que al año siguiente, para arar la tierra, los hombres tuvieron que arrastrar el arado. En aquellas circunstancias aflictivas, ¿quién salió de casa? ¿Quién tomó las armas para escapar de necesidad tan dura? Una palabreja, la ambición, la avaricia, arman ejércitos y empujan a la guerra a pueblos y a naciones. Más fácilmente soportamos lo que molesta a la Naturaleza que a la soberbia. Esta fué la causa por la que desertamos de aquélla. Morimos dentro de las murallas cuando, si saliéramos, podríamos alargar la vida y por odio al trabajo sufrimos la más fea de las muertes, que es la muerte por hambre. La soberbia o la necedad nos trae al redopelo y por la melena por tantos lances, por tantos peligros, por mares espaciosos, por bosques profundísimos, por arenas inhospitalarias, vírgenes de cultivo humano; por parajes insalubres, por gentes feroces, más semejantes a bestias que a hombres de la patria; de los dulces penates, del amor de la lumbre, del abrazo de nuestras esposas, de los besos de nuestros hijos. Y esa ansia y esa inquietud no atacan a uno que otro hombre, sino a pueblos y naciones enteras, arrancándolos de sus naturales y originales asientos. Y ésta fué la causa por la que hundidos y abrumados por varios y calamitosos azares ofrecieron al género humano nuevos, admirables, horrorosos escarmientos. De los jefes que acaudillaban esos éxodos inmensos, los unos viéronse obligados a volverse atrás muy feamente y con grande ignominia y daño, como Cambises y Marco Antonio; otros quedaron aplastados en el mismo feliz desarrollo de sus planes o arrebatados por un torbellino se despeñaron rodando de la cumbre del poder al suelo, hechos pedazos como Ciro, Demetrio, Pirro, Aníbal, Craso, Pompeyo y los caudillos romanos, cuyo número no tiene fin. Y de las naciones, las unas fueron dispersadas y aventadas lastimosamente de todo el mundo y las otras fueron raídas tan radicalmente, que no quedó ni siquiera un mensajero que trajese a la patria el anuncio de su total destrucción, como los helvéticos, los cimbros, los senones de la Galia lionesa.

Una vez que saltaron los cerrojos de la concordia y del pundonor, la fiereza ya no tiene límite con el entendimiento a ciegas, para ninguna memoria o consideración de humanidad; no existe respeto alguno para la sangre, la amistad o el merecimiento; antes se encarniza más la crueldad para con aquellos que la razón y la Naturaleza nos mandan tener por especialmente recomendados: hermanos, amigos queridos como hermanos, los nombres más caros y entrañables. Es uno de los preceptos de la soberbia que la injuria es tanto mayor cuanto más estrecho sea el deudo de quien la infiere. Como si para la concordia no importara un ardite la consideración del parentesco y de la sangre, el recuerdo de la dulce convivencia, la memoria de los servicios y de los beneficios. Demasiada verdad tiene aquello: *Aquel a quien escuece, recuerda; aquel a quien place, olvida.* Caín, el primer hermano, mató a su hermano Abel porque éste era más agradable a Dios, como si a Dios debiera Caín ser más acepto, gracias a la ofensa. ¿Qué pensamos que hubiera hecho a Dios, si pudiera, quien mataba a su hermano, porque le parecía ser de El más querido? Harto lo demuestran los que odian a los príncipes porque con ellos tenga al-

guno mayor valimiento y privanza y piensan ser injusticia lo que no es daño propio, sino beneficio ajeno. Los más cautos disimulan que con quien están enojados es con Dios, y los más imprudentes lo descubren, y no los príncipes solamente, a quienes arrebató a tal grado de insolencia el constante favor de la Fortuna, sino también los hombrecillos privados y aun los plebeyos, a quienes puso en evidencia la impotencia de la pasión. Cayo Calígula enojábase con Júpiter y le provocaba a combate y le amenazaba frecuentemente con reexpedirle a Grecia. Rufianes, ladrones, soldadesca y toda ralea de hombres impuros y facinerosos, a la primera desazón echan de su boca blasfemias horribles contra Dios y sus santos, dispuestos a pasar a la obra, si pudieran. ¡Oh innata clemencia del Príncipe! Este lo oye y lo soporta todo y manda que amanezca el sol y que avance el curso del año y que la tierra dé sus frutos para alimentar unas lenguas sucias y alargar una mala vida. Rómulo mató a Remo por eliminar a un rival en el poder, y cuando se creía bien seguro y libre de su hermano, no pudo escapar de Tacio, y quien no soportó a su hermano mellizo tuvo que sufrir a un villano de la Sabina.

Pero ¿a qué revolver viejas tragedias familiares y mentar Polinices y Eteocles, Atreos y Tiestes, Demetrios y Persas, Yugurtas y Adherbales, Nerones y Británicos y otros antiguos nombres fraternales? El Príncipe de los turcos inaugura su reinado con el asesinato de sus hermanos; autorizada y solemne ritualidad que ya tuvieron los reyes de los persas. Los tiempos de nuestros padres y aun nuestro tiempo han visto a hermanos enzarzados en riñas con hermanos, a hijos de hermanos y hermanas muertos por tíos propios, hermanos asesinados por hermanos no solamente entre príncipes cristianos, sino también en el mismo pueblo bajo. Y aquí en Brujas (yo puedo dar de ello testimonio), dos hermanos fueron muertos por sus hermanos, el uno por una heredad miserable, y el otro por una palabrilla molesta. ¡Y cuántas veces no leemos que un hijo armó la mano contra su padre y, cosa más insólita y extraordinaria aún, que un padre agredió a su hijo! Ni en tiempos de nuestros padres faltaron ejemplos, ni faltan en estos tiempos nuestros, pero puesto que se ejecutan en personas oscuras tienen menos resonancia. Y siendo así que la furia humana no abstiene su mano del mismo padre que engendró eso que vemos, eso que tocamos, ¿qué voy a añadir en lo que se refiere a los amos, a los preceptores, a los ayos, a los magistrados, a las leyes, a la patria, poderes todos éstos que para cada uno de nosotros fuera pecado que no tuviesen el respeto y la majestad del padre? Aun cuando yo no sé si estos padres de nuestras almas con mejor derecho reivindican para sí la veneración y la piedad. Aquéllos procrearon los cuerpos; éstos, las almas, y nada pudo decirse con mayor exactitud que lo que dice el apóstol San Pablo de los que él instruyó en la fe al proclamar haberlos engendrado en Cristo y que de rudos e ignorantes y como solamente principiados que eran, los iba gestando y pariendo hasta que Cristo en ellos se formase. Nuestros padres físicos hacen que seamos animales; los padres del espíritu nos hacen ser hombres. Y, en efecto, ¿qué cosa hubiera más ajena de la razón y del juicio humano, qué cosa más selvática que el hombre, sin crianza, sin amonestaciones, sin consejos, sin disciplina?

¿Y qué cosa puede excogitarse más noble y más sacrosanta que ese beneficio grandioso, que tan próximo está de los celestiales y divinos? Y con todo esto, son muchos los que se muestran desabridos y desalmados contra el preceptor, contra el buen mentor, contra el que aliñó y pulió su ruda muchachez, contra quien enmendó sus yerros, contra quien frenó los bestiales impulsos de sus pasiones y en la medida de sus posibilidades les formó a la rectitud y a la humanidad, y toman ese beneficio tan grande como una injuria gravísima y un ultraje intolerable, merecedor de castigo. Si los que tan buenos avisos recibieron han resultado bestias tales, tan fieras, tan sin entrañas, ¿cuáles no serían abandonados a ellos mismos, jamás adoctrinados por aquellos a quienes en justa correspondencia pagan el más grande de los méritos con tan peregrino reconocimiento?

Hércules, aquel insigne majadero, apuñaló a Lino, su ayo, porque le reprendía con alguna aspereza. ¿Cuántos mozuelos, azotados por alguna falta para que, advertidos de los golpes, fueran en lo venidero más precavidos, los unos cuando aún les escocía el trallazo y los otros con absoluta sangre fría y muchos años después, pagaron el bien que les había hecho el bastón, enderezándoles para la virtud, con herir y matar a quienes se habían ganado tan grandes motivos de reconocimiento? Tan adeudados con ellos estaban que no satisficieran la deuda, aun cuando hubieran ofrecido sus cuerpos y sus vidas por la salud y el bien de ellos. ¡Oh hombre! ¿Así pagas a aquellos que te hacen hombre, que te impiden degenerar en bestia?

Alcibíades y Coriolano hicieron guerra a la patria; Cayo César, a la patria y a la libertad. ¿Es que hay alguno que no vea muy a las claras, que constituye una enorme aberración y salida de camino que precisamente aquello que más debía servir para el perdón y para la concordia sea lo más eficaz para la discordia y el odio, a saber: la sagrada idea de patria y el recuerdo de la piedad que le debemos? Cierto es que la Naturaleza nos otorgó estos dones preciosos: la memoria, la razón, el criterio; pero la soberbia nos los quitó. Una vez entrados en la discordia, la crueldad se hostiga y se irrita tanto a sí misma, que, invadido el pecho todo, a nada cierra tan enérgicamente la entrada como a todo sentimiento y resabio de concordia y reconciliación: créela estúpida, inoportuna, ridícula.

Estando en todo su hervor la guerra civil de Vitelio y Vespasiano, habiendo Vitelio enviado a Antonio y al ejército de Vespasiano una legación para los primeros tanteos de la paz, cuenta Tácito que con los legados se mezcló Musonio Rufo, del orden ecuestre, dado al estudio de la filosofía, que, celoso seguidor de las doctrinas de los estoicos y deslizado de incógnito en las filas de los combatientes, disertaba acerca de los riesgos y ventajas de la paz y de la guerra y dictaba sus deberes a aquella soldadesca armada. Esta suerte de predicación ocasionaba el ludibrio de los unos y la indignación de los otros y no faltaban quienes empujándole le derribaban al suelo y le pisoteaban hasta que por el cuerdo aviso de alguno y por la amenaza de los más, dejó de predicar aquella filosofía intempestiva.

Los hay quienes se indignan consigo mismos porque no se indignan suficientemente, como aquel personaje de la tragedia de Séneca: *No es asaz grande el furor en que mi pecho arde; quiero que lo llene un*

más fiero monstruo. En el arrebato de la ira, considérase cosa vergonzosa desarrugar el ceño o dar al rostro una expresión risueña, con motivo de una palabrita amable o de un obsequio cualquiera, y se atribuye a inconstancia, por el prejuicio que tiene la locura de que es locura desprenderse de la locura, y que es cosa de necio y de demente volver de la condición de fiera a la condición de hombre. Hallarás determinadas naciones que se persuadieron de que la no reparación de la injusticia o su perdón es el mayor de los vilipendios, y a quien tal hiciere, los parientes reniegan de él y consideran como un desdoro llamarse consanguíneo suyo. ¿Puede haber mayor barbarie, siendo así que consta por la filosofía humana y la sabiduría divina ser propio de ánimo elevado y generoso, y muy semejante de la naturaleza divina, no hacer caudal de las injurias?

Si las fuerzas que entran en juego en un combate tuvieran la equivalencia de los odios que lo provocan, del hombre no quedaría nada; no quisieran que la muerte fuese el fin de la victoria, sino que quisieran mil muertes, mil penalidades y hasta con el alma acabarían si pudieran. En la segunda guerra púnica, estando bajo las armas los dos pueblos más poderosos de la tierra, el romano y el cartaginés, que arrastraron la guerra por Europa y Africa, con tantas tropas, con tantos recursos, con tantos choques, con tanta sangre, con tanta matanza de ganados y de hombres, con tanta devastación de campos y tanto asolamiento de ciudades, con todo eso, Tito Livio afirma que se luchó con más saña que poder. ¡Cuán grandes tuvieron por fuerza que ser aquellos odios! Durante estos años trágicos, en Italia los enemigos devoraban las vísceras de los enemigos y llegóse a beber la sangre para calmar la sed de crueldad. Si un león despedazase a un hijo y el padre inmediatamente echase mano del león, no tomara venganza del león con el encono que un hombre la tomara de un hombre y un cristiano de otro cristiano. Indices inequívocos y crueles del odio son las armas que la antigüedad excogitó para ofender y que en la actualidad parecen mansas e innocuas, comparadas con las que halló el espíritu de invención de las edades subsiguientes: espada, pica, ballesta, escorpión, el cual, a poco de haberse exportado de Sicilia, es fama que hizo exclamar a Arquidamo, hijo de Agesilao, en su nativo dialecto dórico: *Está hecho del valor individual.* Estos inventos son para las batallas campales. Para demoler los muros de las ciudades sitiadas, inventáronse la tortuga, el ariete y la restante tormentaria. Los cristianos más duchos e ingeniosos para la invención, hemos superado la ruda antigüedad. Hemos hallado las bombardas de bronce y no de un solo tamaño: las hay grandes y más pequeñas y muy chicas; las hay que diez bueyes no pueden moverlas de su sitio, y otras de más fácil manejo, y otras, en fin, que un hombre solo las lleva con la misma holgura que una simple lanza; las hay que disparan una bala sola y las hay que disparan muchas. ¡Oh dioses inmortales! ¿Quién fué el enemigo del linaje humano que descubrió cosa tan destructora, tan abominable, tan funesta? ¿No será esto la ira de Dios, que quiera ya raer del haz de la tierra el nombre cristiano y que llegue la fin del mundo? No fué de los paganos este invento ni de los moros; es invención cristiana. ¿Quién nos alumbró para ese fatal

descubrimiento? ¿Quién había de ser sino el Espíritu Santo, que, para simbolizar la mansedumbre, se mostró en figura de paloma?

Cuenta y canta la fabulosa antigüedad que hubo un tiempo en Grecia un jayán, Salmoneo de nombre, que porque con el son del bronce y el pisar de los cornípedos caballos quiso remedar el estallido de los truenos de Júpiter y el rayo no imitable, fué alampado por Júpiter y expía en el infierno suplicios graves. ¡Lástima de rayo para tan diabólico inventor! ¿Qué suplicios habrá proporcionados a tamaña maldad, puesto que no sólo remedó el trueno, sino que le venció con un estruendo más empavorecedor? ¡Ojalá no tuviera la bombarda más fuerza destructora que la del rayo, y cada una de ellas no fuese más dañosa que todos los rayos juntos del verano! Un rayo solo mata un hombre solo. Una sola bombarda mata a todos cuantos hombres halla la bala en su trayectoria, y es tanta su violencia que aun los flancos no están seguros, pues quedan muertos también todos aquellos a quienes alcanzan los cascos del artefacto que hizo reventar la explosión. Aquel rey de Grecia que, a la vista del escorpión, se lamentó de que había fenecido el valor personal, porque el más fuerte de los guerreros podía ser muerto por una saeta antes de llegar a las manos, ¿qué diría ahora si muchos valientes pueden volar en pedazos por un solo disparo?

Así es que ya ni las fuerzas ni el valor de nadie se pueden distinguir, pues el más fuerte cae entre los primeros antes de entrar en combate, y no hay lugar suficientemente protegido. Escribe Cicerón que Dicearco, filósofo, peripatético, varón docto y peritísimo en toda ciencia de la antigüedad, hizo una recopilación de todos los géneros de calamidades que afligieron en cualesquiera tiempos al humano linaje: pestilencias, hambres, inundaciones, ataques de fieras, terremotos; todo eso de un lado, y de otro lado puso las injurias y violencias de las guerras. Y demuestra que las guerras aniquilaron más hombres que todas las otras plagas restantes. Y eso que en los tiempos de Dicearco no había habido tantas guerras, ni tan continuadas, ni en tantos lugares, ni conducidas con tanto furor como lo fueron después de él. Todavía no se había descubierto la bombarda, invento de Satanás. Lucio Anneo Séneca, al explicar la rabia de los odios, describe «los campamentos en donde se combaten los de un mismo bando: los padres y los hijos ligados por juramentos contrarios, el incendio puesto a la patria por mano del ciudadano, los escuadrones de los caballeros enemigos jineteando afanosamente en busca de las madrigueras de los proscritos, las fuentes envenenadas, la peste propagada por mano del hombre, la huesa cavada en derredor de los padres sitiados, las cárceles atestadas, las llamas devorando ciudades enteras, las funestas tiranías, las conjuras clandestinas para derribar reinos y estados, el gloriarse de aquellos manejos que cuando se consigue reprimirlos son delitos, los raptos y los estupros, el no vedar la boca misma a la torpeza. Añade a esto los perjuicios públicos de los pueblos, el rompimiento de las alianzas y la presa del más fuerte y el apañar con todo lo que no resistía...»

Así se expresa Séneca con tanto vigor plástico. Esta dramática descripción refiérese a los tiempos de Sila o de Pompeyo o de aquel interregno de los triunviros. Pero ¿es que desaprendieron estas atroces

lecciones los siglos sucesivos o hubo una edad amada de Dios con una predilección tan singular que no haya visto multiplicada y engrandecida esa horrorosa barbarie? ¡Espanta sólo el pensarlo! No ha existido invento útil al género humano que, en gran parte por apatía y olvido de los hombres, no haya caído en desuso. Y, en cambio, inventos bélicos, ardides, estratagemas, engaños, crueldad, todo eso queda aumentado por el ingenio de los hombres y aún, si cabe, mejorado, que quiere decir empeorado. Para otros menesteres, cesó el genio inventivo y en muchos aspectos hemos degenerado de la diligencia primitiva. En tratándose de guerra, siempre estuvo despierto el genio del mal en perpetua lucubración y experimentación insana. Los más indolentes de los hombres, y que de hombres parecían no tener más que la cara, de pensamiento perezoso, de pecho inerte y sin entusiasmo, no más que en esta arte maldita aventajaban a todos los demás. ¡Pluguiera al Cielo que esos progresos se hicieran en la ciencia o en un arte cualquiera de provecho para la vida! También todas las otras artes tienen sus experimentos, sus altas y sus bajas, su edad de oro en que están en plena y gloriosa valencia y que luego, mermado el aprecio y la estima en que los hombres la tenían, pasan por una crisis de descaecimiento y sucumben; pero, más pronto o más tarde, se recobran y vuelven al antiguo honor. La guerra no tiene vacaciones, ha dicho alguien en son de queja. Aun las cosas más placenteras: el dinero, el deleite, conocen algún momento de saciedad; la guerra no conoce ninguno. Si alguno se permite una excursión por la Historia desde los tiempos de Nino, rey de Babilonia, hasta nuestros días, hallará que las guerras no han tenido solución alguna de continuidad, sino en el espacio de unos pocos años, al tiempo del nacimiento de Cristo. Concretándonos a solo la ciudad de Roma, en setecientos años no más que dos veces cerró el templo de Jano, indicador de la guerra y de la paz: una vez, en el reinado de Numa, y, por segunda vez, a poco de terminada la primera guerra púnica y sólo por unos pocos días.

Nosotros, generación cristiana, lo hicimos todavía mucho peor, puesto que en todo este milenio no hemos tenido punto de reposo, empeñados en guerras continuas nacidas unas de las otras, por manera que la primera parece ser el semillero de la que vino después, trabadas tan estrechamente entre sí como los eslabones en un collar. Y si algún espíritu curioso observa desde este ángulo, en el que está contraído y como estrechado el nombre cristiano, la situación en que se debate en la actualidad hallará que hay combustible amontonado para seis mil años de guerra, si los príncipes, responsables de la paz del mundo, mantienen, como hasta ahora lo hicieron, el lenguaje, las ofensas, los convenios y ligas; y se ponen tercos en defender con las uñas y los dientes sus herencias, sus derechos, en una palabra. Aquí parece que el diablo tiene armada su ballesta para introducir y propagar la discordia; aquí precisamente, donde con más encarecimiento se recomendaba e imponía la concordia, es de donde puede venir el estallido. En son de lamento pudo San Pablo decir que la maldad halló ocasión por medio de la ley; y el pecado que antes de la promulgación del mandato andaba por los suelos, al momento, oída la voz del mandato, se irguió para reunir fuerzas enfrente de lo vedado.

Admirábanse antiguamente los gentiles de que en Asia hubiera una nación, los carios, que por la paga hacía guerras ajenas. Por esto, de llevar su vida de acá para allá, puesta a sueldo, se les tuvo en menosprecio tal, que si había que hacer algo cuya experiencia encerrase peligro, decían que ello se hiciese en Caria. Ahora, todas las naciones cristianas, que, ¡oh mengua!, son bien pocas y pueden contarse con los dedos, todas, por la soldada, son llevadas a la guerra no solamente por los cristianos, cosa que apenas podría sufrirse, sino que se alistan por el salario bajo las banderas del Turco, aun contra sus hermanos, los cristianos. ¿Hemos, por ventura, oído nunca ni por pura casualidad que el musulmán se ponga a las órdenes de los caudillos cristianos y milite contra sus hermanos de raza y de creencias? Y nosotros, en cambio, nos revolvemos contra nuestros hermanos con una furia tan frenética, que les llamamos a que nos ayuden en nuestras luchas fratricidas y participamos en sus campañas, en aquellas mismas guerras con que amagan raer de la faz de la tierra el nombre cristiano. Tan ciego es y tan rabioso nuestro odio, que no vacilamos en perder un ojo con tal que al enemigo se le saquen los dos. Y aun a veces nos resignamos de buena gana a perder nosotros los dos a cambio de que el enemigo pierda no más que uno. Y así es que no nos pesa demasiado perder lo que ninguna falta nos hace:

Desplómese sobre mí la poderosa mansión del ínclito Pélope, mientras se desplome también encima de mi hermano, como Atreo lo pide en tremenda imprecación.

Preguntará alguno: ¿Cómo es eso? ¿Cosa tan sabrosa es la guerra, que los hombres la hagan de esta manera, sin templanza y sin fin? No, no lo es, en redondo; al contrario, no hay cosa tan desabrida, como diré luego. Pero es el caso que el mundo físico tiene sus límites, pero el orgullo, no; artes, estudio, ejercicios, vida regalada, todo ello tiene sus oportunidades y su término fijo, más allá del cual se detienen y emprenden el camino del retorno. Por esto es que vemos alternativas en el curso del año, en la edad del hombre, en el alma, en el cuerpo, en el cielo, en los elementos. Mas la soberbia está en perpetua combustión y en ardor continuo; no conoce fin y de ella se dice en el sagrado libro de los Salmos: *La soberbia de aquellos que te odian, siempre va en aumento*. Si no halla obstáculos en su camino, se desborda; si algo se le opone, se encoleriza, y toma fueros y bríos, por arrollar el estorbo con ímpetu multiplicado. El soberbio no se acuerda ya de que es hombre y que está emplazado por la muerte en fecha breve y de que ha de dar cuenta estrecha y puntual al Juez todopoderoso, no solamente de sus dichos y de sus hechos, sino hasta de sus pensamientos más íntimos

Olvidado, pues, de todas estas grandes realidades, con el sentido exasperado que tiene de las injurias y molestias recibidas, piensa que de ello deben afectarse no solamente los hombres, sino los animales irracionales y las piedras insensibles y el cielo y los elementos todos, como si el afectado fuese alguna divinidad en cuya salud anduviese involucrada la salud de todo el mundo. Y por esto es también que no hay príncipe alguno que no quiera ver todo el género humano estremecido de sus propias pasiones, y hasta el límite de sus posibilidades se esfuerza por confundirlo todo en su propia personalidad elefantisíaca, y hasta

donde es factible, no deja en paz tierras ni mares; quiere que el alboroto exterior sea un reflejo de su interior alboroto, enemigo enconado y sistemático de la quietud. ¿Qué haces, soberbia? ¿Adónde vas a precipitarte de cabeza? ¿Adónde subes trepando? ¿A qué aspiras? ¿Es de alguna manera tolerable para Dios, para los ángeles, para los hombres que estén tiesos del cerebro, que un simple homúnculo, por un afecto suyo, por un odio suyo personal, por enemistades suyas particulares, cierre los mares a la navegación, arranque los panes, descuaje los árboles, devaste los campos, asuele y acueste en el suelo aldeas, villas y ciudades y, lo que es la exageración de la indignidad, que mueran tantos millares de hombres, porque así le pareció a él, porque así lo quiere, porque así lo decretó su antojo? No se ventila aquí su vida y su salud, sino su dominio, su dignidad o, más propiamente, de una porción desdeñable de su dominio o de un puntito de su dignidad, y hartas veces de una palabreja irreflexiva echada al vuelo. ¿Lo íbamos a soportar si un caballo tuviera tal poder sobre los caballos, o un perro sobre los perros, o un ángel sobre los ángeles y estuviera persuadido de que aquella extralimitación le estaba permitida? ¡Y qué hombrecillo tan ruin es el que pide que se le conceda todo esto! ¡Cuán temporal! ¡Cuán poco duradero! ¡Cuán efímero! ¡Cuán momentáneo! Y en ese punto fugacísimo de su vida asienta y amontona planes y proyectos que bastaran a ejercitar diez edades humanas consecutivas en la más mísera y molesta de las tareas. Y hartas veces él, mientras urde la tela, queda muerto.

¿Y qué decir, si hasta en el terreno privado esto quiere, esto pide, esto porfía cada cual? A saber: que todos sean enemigos de aquellos a quienes aborrece, aun cuando alguno de ellos acarree ventajas a los más y su utilización y familiaridad sea muy conveniente, y aun a veces necesaria.

Empínase más arriba la soberbia desapoderada, y no contenta con inquietar a los hombres, inquietaría a Dios mismo, si pudiera. Mientras el príncipe soberbio pueda vengar las que él llama injurias y obedece a los dictados de su espíritu cruel, está dispuesto a arrastrar al más extremo peligro la ley y la religión divina, llamando al servicio de su crueldad a quienes no retrocedan a la idea de conculcar y profanar todo lo sagrado. Demás de que es tanta nuestra congénita flaqueza, que se necesitan fuerzas muy poderosas para ayudarla y fuerzas muy endebles para dañarla, puesto que ella misma se daña con su propia invalidez, aun cuando faltare algún agente externo. Por esto, quien hace injuria, automáticamente la recibe, bien porque le daña la reacción ajena, bien porque se perjudica con su propio conato; ni más ni menos que los niños mimados a quienes desazona la más leve contrariedad y cuando pegan, más daño se hacen a sí que a aquellos a quienes golpean. No tienen fin las discordias y las guerras, porque no lo tienen tampoco las injurias, puesto que cada cual piensa ser injuria la que él recibió pero no la que él mismo se causó a sí, en su deseo de dañar a otro. ¿Y qué más, si el ánimo se saborea tanto con la golosina de la soberbia que muchos toman a injuria que se les hizo no haber podido obrar a su sabor? No de otra manera, el profesor irascible se enfada con el discípulo porque no recibió la azotaina quieto y contento, y otros mu-

chos porque se escabulló aquel a quien querían azotar.

Cayo Fimbria, hombre de partido, revolvedor y facineroso, había hecho la resolución de atentar en los funerales de Cayo Mario contra el pontífice Escévola, que era la integridad personificada. Y fuese que el venerable anciano hurtó su cuerpo a tiempo, fuese que la concurrencia imponente retardó e impidió el golpe, que no causó la herida que Fimbria hubiera querido, emplazó a Escévola ante los tribunales. Toda Roma se hacía cruces de cuál sería la acusación contra aquel varón irreprochable para quien nadie tenía palabras suficientes de consideración y elogio, como él las merecía. *Yo le acuso*—dijo Fimbria—*de que no admitió, quieto, el hierro en su cuerpo.* ¿Por ventura no hemos nosotros conocido príncipes que tomasen pie para una guerra feroz por haber sido los suyos rechazados del saqueo y del robo? Si ya es injuria no haber hecho injuria de la magnitud que uno hubiera querido, no hay que maravillarse de que sea tan fértil la materia de las disensiones.

Así ejercita sus antipatías y sus rivalidades la gente ignorante no pulida por las letras de humanidad ni formada para un recto criterio. ¿Y cómo las ejercitan aquellos otros a quienes los preceptos de la sabiduría, luego de haberlos nutrido en sanidad de juicio, les separaron de las opiniones del vulgo, y que por su grandeza de ánimo y por su templanza y por su modestia y comedimiento descuellan sobre los demás, granjeándose su admiración respetuosa? Vergüenza he de decir, y quisiera muy vivamente poderlo pasar por alto, porque no parezca que he dicho algo injurioso contra la intelectualidad a que yo me honro de pertenecer; pero la cosa es demasiado conocida para que pueda disimularse. Así es que voy a tocar esta materia delicada, bien porque los otros entiendan que no faltan entre nosotros quienes conozcan nuestros defectos y los reprendan, bien para la crítica severa de los de mi gremio. Ellos, los que hacen gala y profesión de moderar sus pasiones, faltan muy gravemente, encolerizándose con tanta viveza, al mismo tiempo que con la autoridad que les dan su talento y su doctrina sirven a los otros de ejemplo y de estímulo de las más rabiosas disensiones. Si acusan alguna discrepancia acerca de un vocablo o siquiera de una letra, le dan una interpretación tan exorbitante e hiperbólica como si de aquella triste letra dependiese un juicio total inapelable. ¿En un cuerpo bellísimo no puede lamentarse la presencia de un lunar que no daña en nada la admiración del hermosísimo conjunto? Sentimos veneración profunda por Platón, Aristóteles, Hipócrates, Cicerón, Séneca, Quintiliano, Plinio, San Jerónimo, San Agustín y otros autores de esa categoría como padres de la literatura y de las artes, y sus escritos son por nosotros tenidos como oráculos; y con todo, ¡cuántas cosas hay en ellos que nosotros leemos con relativa conformidad y cuántas que rechazamos con instantánea energía! ¡Y, a pesar de ello, no es menor la autoridad ni es menor el crédito de sus escritos en nuestro espíritu. Reconocemos sin restricción alguna mental que fueron grandes hombres, pero hombres al fin, que, sabiendo muchísimas cosas, ignoraron alguna y contra su voluntad pudieron engañar y pudieron engañarse.

Nosotros, bien al revés, no nos resignamos a que se nos tenga por pu-

ros hombres, y aquella atenuante que muchas veces aplicamos a los yerros ajenos con una fácil benevolencia, con diabólico y enfático orgullo la rechazamos cuando de nosotras se trata. Y así es, efectivamente, pero con un sentido muy otro. No, no es hombre, sino que es simple bestia, aquel hombre que por hombre no quiere ser tenido.

Y aun en aquella misma filosofía, moderadora de las pasiones y componedora de las costumbres, de la cual se dice con justo elogio que Sócrates la apeó del cielo y la introdujo en la sociedad humana y en las urbanas agrupaciones, ¡cuántas disensiones no existen! Diríase que el hallazgo de esa filosofía, cuya misión es la de apaciguar y serenar todas las perturbaciones del espíritu,. no sirvió más que para exacerbarlas y soltarlas el freno. ¿Trátase de la compostura y del comedimiento? El tono no puede ser más agrio y descomedido. ¿Trátase de la fortaleza y del desdén de todo lo contingente y fortuito? La discusión se lleva con furia por un tiquismiquis o por un mote que a uno se le escapó por inadvertencia. El punto en que con mayor afán pretenden granjear gloria es al legislar acerca de la renuncia y del repudio de la gloria. Los mismos teólogos pugnan entre sí sobre puntos de teología con brutalidad de gladiadores y con odios enconados sobre los quilates y finezas de la caridad. En todas estas disensiones la soberbia fatiga sus propias ijadas, se azuza a sí misma, enciéndese la bilis, se solivianta el coraje. Lo primero que se saca a relucir es la vida, condición, fortuna, linaje, talento, erudición, dichos, hechos, sospechas, mala fama del contraopinante, y se le echan en cara insultos atroces, que unas veces responden a la realidad, si halló mancha en él, pues lo más grave es lo que sale primero y lo que cierra ulteriormente todo camino a la reconciliación, y otras veces, pues la verdad se ignora, son puras falsedades, que apuntan no ya a la fama, sino a la fortuna y a la misma vida, porque se le tenga por bien enterado, con lo cual aumente su crédito, en detrimento de la autoridad del contrincante, creándole un peligro real, bien de parte del príncipe o del magistrado, que puedan perseguirle según ley, o del público ignorante y fanático dispuesto a tomarse la justicia por su mano. Esta es la templanza que aprendieron en el código de Sócrates, y ésa es la humanidad sacada de los estudios de las humanidades. ¿Y qué diré de aquellas interjecciones broncas e incoherentes: *¡Bestia! ¡Idiota!* y otras por el estilo, dictadas por una indignación ridícula y pueril?

Comenzó el torneo. Los eruditos toman posiciones. Solicítase el favor de la plebe para determinar quién debe actuar de árbitro, porque los doctos todos sin excepción son sospechosos de partidismo: vuelan, como dardos herbolados o como tizones humosos, invectivas acusaciones, recriminaciones, epigramas, apologías, diatribas, epístolas, diálogos; recúrrese a los arsenales de la retórica, ármanse los arietes de la elocuencia, como en una causa capital. Magnífica ocasión para ejercitar las lenguas elocuentes. Doy de lado lo que pasaba antiguamente, y ni aun diré lo que ví yo mismo; callo lo primero en gracia de la antigüedad y callo lo segundo en gracia de los que viven; cosas ambas muy tristes y desmoralizadoras. ¡Cuán indecorosas, en tiempos de nuestros padres, hemos oído que fueron las polémicas de los doctos, del Poggio con Lorenzo Valla y con Filelfo, de Angel Po-

liziano con los Scalas y los Mérulas, sobre pequeñeces filológicas, sobre sentencias livianísimas, obscenas muchas veces, sobre versillos, sobre letrillas, sobre bagatelas de bagatelas y vanidades de vanidades! No luchan los reyes con más saña por extensas regiones y por ricas provincias ni los hombres intemperantes por el objeto de su pasión. Si alguno oyera los insultos con que se rociaban y el ardimiento que ponían en la discusión, creyera que bien valía la pena de no comparecer a un emplazamiento, para conocer discrepancia de tanta monta; creyera que entre aquellos doctos, que así y todo eran hombres, y de tan sólida reputación, que en la empeñada porfía se ventilaba privadamente la vida de uno u otro, o la de ambos a la vez, o públicamente, intereses vitales de la ciudad. Mas así que se hubiera percatado que lo que tan revueltos les traía eran quisquillas desdeñables, presa de indignación dijera a voz en grito que eran unos espíritus ruines, que por quisicosas baladíes, no ya siquiera por lana de cabra, sino por una vil arista, por un vilano volador, armaran tan terca pelamesa, y de modo que nunca tuvo mejor aplicación aquel viejo dicho de que las bagatelas mínimas se tratan con el empuje máximo.

Y no siempre entre literatos estalla la disidencia por cosas de literatura. Hartas veces la provoca una cuestión de dinerillos o la sustracción de un discípulo, es decir, materia de lucro o de relumbrón. Ni en todas las ocasiones la controversia se limita a insultos orales como Minerva lo advirtió a Aquiles, según Homero, sino que se traduce en conflicto de orden público, sustituyendo las razones por pedradas, por garrotazos, por cuchilladas, y cansada ya la lengua y la pluma, se recurre al puño y a la espada para que, como Apio dijo gráficamente, sea verdaderamente canina la elocuencia, y a los ladridos sigan los mordiscos. Implórase el brazo de los poderosos o de los feroces a fin de que la violencia y el hierro ocupen el lugar del saber y de la elocuencia.

¿Y cuáles son los odios que les dividen? Pudo el pueblo romano, después de Cannas y del Trasimeno y la ciudad empujada al peligro más extremo, aplacarse con Aníbal; pero la gente del pueblo es ignorante y voltiza; pueden los reyes aplacarse con los reyes después de grandes crisis y de calamidades gravísimas; no es extraño, porque son hombres no instruídos y de minerva crasa. Empero, el gramático diserto, el orador facundo, el agudo dialéctico, el filósofo estudioso y morigerado, el teólogo grave y pío, no puede ni debe en manera alguna reconciliarse con aquel por quien una vez se sintió ofendido, por disentir en una cuestión que acaso ni uno ni otro conocían suficientemente. No deben estos doctores conducirse como los no instruídos. La terquedad caracteriza enérgicamente la erudición. Son de poca dura las animosidades de la gente indocta; y son tenaces y firmes las de las personas instruídas, como una pared ciega que no tiene ventanas por donde penetre la luz ni puerta por donde entre la comprensión. Con harta poca gravedad dijo aquel personaje: *Odia como si algún día hubieses de amar.* Debiera decir mejor: *Odia como si hubieras de odiar siempre.*

Jamás mediante la buena fe se vuelve a la amistad anterior, sin que el odio deje huellas inequívocas y firmes, que durarán no sólo largos años, sino hasta eternidades. El que se considera vencedor, ¡qué epinicios no entona, qué vítores! ¡Y qué

trofeos no reporta del vencido! En determinadas ocasiones, los contendientes se separan con resultado dudoso, y tiénese por vencedor el que rotundamente no reconoció la victoria del otro. Si uno de los dos se reconoce vencido, abatido, quebrantado, ¡pobre de él! ¡Más le valiera haber sucumbido en Cannas! El vencido intenta reponerse del bochorno de la derrota, con derecho o sin él, justamente o injustamente; y el vencedor, perpetuar sus laureles en todo su vigor y lozanía. ¡Oh, cuán vergonzosas son estas cosas en unos hombres que profesan el magisterio de la sabiduría y que se jactan de ser médicos de las almas; y ellos, de pecho tan enfermo, jamás se aplican el venal remedio que pasean de ciudad en ciudad! ¿No aparece con esto bien claro que ellos no aprendieron aquellas ilustres y soberanas verdades para vivir conformes a ellas (mérito éste que Cicerón pone entre los principales loores de Catón), sino para granjearse fama y renombre claro de erudición o por procurarse medios holgados de vivir en un ocio lleno de dignidad? Aquellos en quienes punciones tan ligeras producen tal impresión, éstos jamás ejercitaron su espíritu a la reciedumbre de la virtud, a la paciencia y al menosprecio de aquellas cosas de que los unos huyen con horror y otros persiguen con ansia. Por culpa de esos tales profesores de virtud tienen en muchos mala fama las letras todas y las disciplinas, que merecen toda suerte de respetos. Si las artes se han de juzgar por sus maestros, se hacen aborrecibles y deshonrosas; brincan de gozo los que las odian y se glorían de estar vacíos de ellas en absoluto. Y mientras tanto, a ninguno de los nuestros se le vienen a las mientes aquellos versos celebradísimos que Homero pone en boca de un anciano lleno de experiencia y sabiduría (1).

Con ello se consigue que todos cuantos avances realizaron las doctrinas gracias a la concordia se truequen en retrocesos al ser rechazadas hacia atrás por la discordia como por el fuego de una batería. Harto dije de los intelectuales. ¿Y qué diré de las personas iniciadas en el santo sacramento del Orden? Aun cuando muchos de estos hombres pertenecen a la clase de los letrados, deben ser tratados en particular, porque es bajo otro aspecto que se debe mirar en ellos. Estos ya ni en número ceden a los príncipes laicos, animados de espíritu militar, ni en la conducción de las guerras, al más pintado de los capitanes históricos ni en pleitear acérrimamente por cualquier ventaja material a los charlatanes y sicofantes atenienses o romanos. No es lícita la compra de un beneficio eclesiástico, es decir, entregar, según convenio, a quien lo posea, una cantidad determinada de dinero porque lo ceda; pero arrebatárselo sí que está permitido, con procedimientos litigiosos y enojosos, con fraude, con saña, con insultos, soborno de procuradores, abogados y jueces, con violencia, con hierro, con latrocinio, como si esto no fuera mucho peor que pagar por él dinero simplemente. Yo no apruebo esto. ¿Qué hombre lo aprobará estando en su cabal juicio? Pero si con tanta energía condenamos y abominamos de ese abuso, que para los tales es una fruslería, ¿qué hemos de pensar de todo lo otro, aun cuando juzguemos que se hace según derecho y costumbre, pero no aquello de la compra simoníaca que fuera tanto más tolerable? Quienes andan metidos en estos andurria-

(1) *Ilíada*, I, 254.

les no tienen tiempo para estudiar ni enseñar al pueblo ni contestar consultas, sino solamente para ir de un lado para otro, meditar su pleito, halagar al juez, imaginar ardides y fraudes conducentes al triunfo. Así es que, cosa digna de la más plañidera lamentación, los sacerdotes de Cristo degeneraron grandemente de aquella auténtica formación y entereza de vida, y por culpa de ellos también el pueblo degeneró de la piedad verdadera e incorrupta. ¿Y qué diré de aquellos que no se contentan con esa práctica vulgar de los deberes religiosos, sino que profesan, digámoslo así, una vida de perfección absoluta, por lo cual se dice de ellos haber renunciado a todos los bienes y regalos de esta vida? ¿No sienten ellos quizá las dentelladas de la discordia, del odio, de la envidia? No convenía ello ciertamente a los que más se acercaron a las normas de la vida apostólica, a los más expeditos imitadores de la mansedumbre de Cristo, a quienes con un enérgico ademán de renunciación habían sacudido de sí todo aquello que suele engendrar odios y envidias. Y a pesar de todo esto, los diferentes institutos religiosos andan empeñados entre sí en implacables antagonismos, y aun los de una misma nación y de idéntico orden pugnan los unos contra los otros, por no sé qué risibles discrepancias de hábito o de vida conventual. Y aun en cada monasterio, y dentro de las mismas paredes, pulula todo un hervidero de enemistades capitales y de espíritu de facción por motivos pueriles, ni más ni menos que en todo un imperio. Y por si acaso el odio frailesco es de puertas afuera, son muchos los que participan de él, aun cuando los conventuales entre sí anden en disidencias y discordia. Aúnan entre sí, no la benevolencia ni la caridad, sino la capacidad de hacer daño, en perjuicio de aquel a quien alguno de ellos aborrece; contra él disparan dardos de gran poder maléfico, pues todo cuanto no es del gusto, no diré ya del más instruído y del más sesudo de todos ellos, cosa que cualquiera toleraría en negocio de tanta monta, sino que hartas veces lo que no merece la aprobación del hermano cocinero o del hermano portero o de alguno de aquellos frailes analfabetos que no vieron sombra de letras ni aun en sueño, ni se distingue por el buen criterio o por su prudencia, aquello se da por no leído, por no oído, por no visto, aun cuando protesten contra esa anulación los más letrados y los más juiciosos; y son muchos los que lo califican de impío, blasfemo, escandaloso, herético. ¿Y con esa virulencia atacan por ventura a un cabello? Atacan las solas tres cosas que tenemos: la vida, la fama, la fortuna. Viven de la bondad del pueblo y con todo huélganse de que se les tema y se jactan de causar terror en aquellos de quienes reciben asistencia y socorro, y de que pueden ocasionar gran daño. ¡Locos de atar, pues abrigan tales sentimientos!

¿Ignoran, por ventura, cuán flaco sea el poder que en el miedo se afianza? ¿No saben cuánto más sólido y duradero sería si en el amor se apoyara? San Pablo, porque se conducía como era razón que lo hiciera un apóstol de Cristo, de tal manera era de todos amado y venerado de todos, que cualquiera de ellos de muy buena gana le diera ambos ojos si el apóstol se los pidiera.

Así como en las filas de los doctos los hay quienes se percatan de los defectos de los miembros de su co-

fradía y los lamentan, así también entre los religiosos los hay que ven los vicios de sus hermanos, los reconocen, los reprueban y los evitan hasta donde les es posible. No obstante, si los eruditos desedifican y causan daño con su animosidad cerril y con su mal ejemplo y sus apasionamientos les ganan unas veces odio y otras desdén; mucho más eficaz es el mal ejemplo del sacerdote para la corrupción de la multitud. Cada uno de nosotros, a todas horas, como quien dice, se acerca a ellos y le confiesa sus pecados y le consulta sus dudas, y con la reverencia y atención debidas, le escucha los sermones y les oye, con piedad, la santa misa. Por eso son, como dijo el Señor, la sal de la tierra, la cual, si se infatuare, ¿cómo podrá salar la restante multitud de gente cristiana? Aquellas disensiones y aquellos odios, así en general para todos el estado eclesiástico, como para determinados institutos religiosos de harto provecho, crean odios y, lo que es todavía mucho peor, quitan fe y autoridad a la palabra de Dios. ¿Para qué he de recordar aquí la mengua que durante estos últimos años sufrió la religión cristiana, asaltada, azotada y encallada en los arrecifes de altercados, de riñas, de pleitos, motivados unas veces por móviles de mucha importancia, y muchas más por causas baladíes; y aun a veces por cosas de ambos contendientes ignoradas, pero que ambos contendientes afirmaban con una inconmovible terquedad, en parte porque estaban convencidos de que favorecía su interés mantener aquella creencia, en parte porque ya de muy atrás estaban imbuídos en aquella opinión que habían acabado por abrazar con firmeza, y en parte, por antipatía irreconciliable para con quienes sentían lo contrario? Y así fué como unos y otros dieron lo más endeble por lo mejor asentado, lo incierto y no verificado por lo mejor probado y averiguado; y admitidos esos axiomas, fueron recibidos con los más entusiastas aplausos de los respectivos adheridos. Aquéllos llevan a mal y persiguen sañudamente a éstos porque no abandonan sus inveteradas convicciones, con las cuales tantos años ha están familiarizados por otras opiniones, que no es éste el lugar de discutir, pero que, a buen seguro, como algunas están diametralmente distanciadas, así muchas otras son tales que, explicadas debidamente, no dicen más las unas que las otras. Toman gusto en determinada manera de expresarse por odio contra los adversarios, no más porque la otra manera tiene más aceptación entre ellos, avezados como están a ella de largos años y por la aprobación que les merece no quieren abandonarla. Es la misma puerilidad que experimentamos en los muchachos, quienes, por contradecir a quien disputa con ellos, si acaso dijo: *Es un pelo de león*, ellos aseguran lo mismo con palabras diferentes: *No, que es un pelo leonino*. Los unos no ceden a los otros en animosidad ni braveza; no quieren explicar el sentido; aférranse a las palabras y a las sílabas con tanto riesgo y quebranto de la caridad y se empeñan en que ha sido admitido e impuesto por el magisterio de la Iglesia lo que no es más que opinión particular de unos cuantos que de ello están persuadidos.

Muy grande es preciso que sea la trascendencia de los mandatos y estatutos de la Iglesia reunida en concilio. De no ser así, todo estaría flotante y navegaría a la deriva y provocaría un enorme confusionis-

mo en las cosas de la religión. En cambio, las opiniones particulares no deben ejercer un ascendiente sobre todos tan poderoso que se tomen como artículos de fe, con la repulsa y la disconformidad de aquellos que no las aprueban, pues nada hay tan contrario a la religión cristiana como esta discordia. De aquí nace la mutua desautorización y la mutua incriminación de herejía y el odio, correspondido ciertamente por manera que el uno para con el otro no está en lugar de cristiano. No habiendo cosa más atroz que marcar la frente de uno con el hierro candente de hereje, con todo es el mote más socorrido y es la flecha inficionada con hierba de ballestero que más a mano tienen aparejada para disparar. ¿Inspiran este celo amargo la mansedumbre y caridad cristianas que uno y otro contendientes hacen resonar continua y enfáticamente, y las alaban y las inculcan y las ahincan, siendo así que son sus antípodas más remotos? Contienden unos y otros con odios cordiales y con todas cuantas fuerzas pueden, con fuego y con hierro, si viene a mano, y si a mano no viene, con ánimo malévolo y con lengua viperina. Y lo donoso es que ambos afirman hacerlo a imitación de aquel espejo y dechado de toda mansedumbre que fué Cristo, que, cuando era golpeado, Él no golpeaba ni amenazaba, siendo Señor del cielo y de la tierra, que con una sola palabra de su boca podría extirparlos a todos radicalmente, como también disolver este mundo actual y crear otro nuevo. Pues bien: ese Cristo, acribillado de denuestos, o bien calló o, en respuesta a la calumnia, prefirió desenmascarar el ultraje. Nosotros, en cambio, luchamos, no ya con la herejía, sino con el hombre. Más quisiéramos la perdición del hereje que su conversión, si ya no es que alguno espera de ella gloria y renombre, como de un triunfo sonado y glorioso...

¿Y cómo lo hacen para atraerse a sí simpatías y convicciones? No con los muy eficaces razonamientos de la Sagrada Escritura o con argumentos sacados de la misma naturaleza, como lo hicieron en su tiempo los Ambrosios, los Jerónimos, los Agustinos, los Ireneos, los Atanasios, los Crisóstomos; no con el ejemplo apodíctico de su vida, como los mártires, sino con una que otra demostración fría, corroborada por la violencia, la amenaza, el terror, la crueldad, recursos los más eficaces y coactivos que dicen tener aparejados para quien no está dispuesto a cantar la palinodia. Unos y otros lo que agarraron una vez, aun amputadas sus manos, retiénenlo y defiéndenlo con los dientes, según se cuenta de Cinegiro, el inmortal ateniense en la batalla de Maratón. Como si la creencia cuya sede está en el alma pudiera ser confirmada o debilitada por el miedo o por las armas. Aun cuando unos y otros disputen bravamente de la cárcel y de los hierros en que nuestra alma cautiva se debate, es cosa cierta que ellos experimentan en sí mismos una tan invicta libertad espiritual que, aun ante la perspectiva del terror, cada uno en su interior piensa y siente lo que le da la gana a él y no al terrorista. Coaccionados y aterrorizados, quizá cambiarán de manera de hablar, pero no de sentir.

Mas, por lo que toca a los que se ven así oprimidos por los que hacen gala de profesar la fe y la caridad perfectas y tan cruelmente las experimentan en sí mismos, la rabia les empuja a tal exceso de desesperación, que sueñan con una catás-

trofe y subversión total y siéntense ferozmente revolucionarios por sacudirse aquel yugo y tiranía, pensando que, cualquiera que fuese el cambio operado, peor no podrían estar. Y por esto es que no maldicen el nombre del Turco, antes no se recatan de manifestar en público serles preferible vivir bajo un Turco no disimulado que bajo toda aquella taifa de turcos disfrazados de cristianos.

Como poco más arriba dije ya, cualquiera que disintiera de aquellas opiniones que profesan los unos o los otros, para los unos o los otros no está en lugar de cristiano. Parécenos cosa baladí esa tan grande ajenación y ruptura de los espíritus en lo que afecta al nombre cristiano, y con ella jugamos con una tranquilidad muy peligrosa; mas si un hombre cuerdo y reflexivo pone en ella mayor atención y lo mira más de hito en hito, calando hasta el fondo, hallará ser principio de los males más grandes. ¿Cuál ha de ser el Anticristo, aun cuando reinare cien años, más nefasto, más pestífero, más fatal que el árabe Mahoma? Pues éste era soldado cristiano en la guerra pérsica, bajo Heraclio y los árabes, a quienes ganó para su opinión; eran cristianos, en su mayor parte. Pero los árabes, por odio a Heraclio y a los griegos y a los latinos que militaban bajo sus banderas, no vacilaron en separarse en religión de aquellos de quienes se habían separado previamente en adhesión y voluntad, y luego, físicamente, desertando con armas y bagajes, después de haber elegido a Mahoma como caudillo de la hueste desertora, a la cual habían de obedecer con rendimiento castrense unos soldados perdidos y en situación desesperada, sino también en tenor de vida e instituciones, y, por fin, en todo lo demás, sin excepción alguna. ¿Acaso las diez tribus de Israel que habían seguido a Jeroboam por haber abandonado sus sacrificios, su templo y sus levitas no se separaron también de aquella tan antigua y entre ellos tan confirmada religión de sus abuelos? Que Cristo, compadeciéndose de su pueblo, aparte lejos, muy lejos de nosotros, todo cuanto pueda tener de sombrío augurio ese trágico paralelismo.

LIBRO TERCERO

DE LOS BIENES DE LA CONCORDIA Y LOS MALES DE LA DISCORDIA

Esa nuestra vida, durante cuyo discurso el alma humana inmortal permanece encerrada en ese cuerpo putrefacto y caduco, a quien por eso algunos filósofos de la antigüedad llamaron cárcel, y otros muerte, y los nuestros, con mayor acierto, peregrinación y destierro; esa vida—digo—llámesela como se la llame, es el camino forzoso de la eternidad esperada, si se la dispone para ella de una manera conveniente. El solo viático de esta jornada es la virtud; todas las cosas restantes, o bien son adminículos o instrumentos suyos o son ayudas y asistencias que toman denominación del nombre de la que las

inspira y realiza, por manera que son muchos los que les distinguen con el apelativo de bienes. Yo, por lo que toca al nombre, no voy a indisponerme con nadie: sean enhorabuena ventajas, si así alguno lo quisiere, o sean oportunidades, si le pluguiere a alguno. Nosotros usaremos de un vocablo latino y muy recibido, que comprende todo lo expuesto y declarado. Así, pues, llámense *bienes*, y sus contrarios llámense *males*.

Expliqué en el primer libro la naturaleza y los orígenes de la concordia y de la discordia, y con cuánto poderío y eficacia la discordia desvió nuestra voluntad del camino derecho, quedó explanado en el libro segundo. Ahora enseñaremos cuáles son sus operaciones respectivas para que quede muy claramente sentado que por sus comienzos y orígenes no son sus obras desemejantes. Así como la concordia es hija de Dios, padre y autor de todos los bienes, y la discordia es engendro y aborto del diablo, príncipe y causante de todos los males, asimismo no hay linaje de bien que no provenga de la concordia ni suerte de mal que de la discordia no se derive.

Yo voy a comenzar por los últimos de los bienes, los cuales, sin embargo, por una aberración de juicio, son tenidos por muchos como los primeros. Los bienes terrenos o bien consisten en propiedades fijas, como fincas rústicas o urbanas, o en cosas susceptibles de traslado, como metales, joyas, atuendo, ajuar, servidumbre, ganado. La guerra, a manera de tempestad violentísima, derriba todo cuanto se opone a su paso y no deja cosa entera o en pie; todo lo troncha y lo abate a fuer de segador, armado de dos hoces, a saber: el hierro y el fuego. Desparrámase el ganado y, puestos en fuga los guardianes, las manadas van empujadas al degolladero. No hay labrador que se aventure a romper el suelo para la siembra ni a las otras labores que requiere la labranza. Y si se diere el caso de que las faenas agrícolas estén ya hechas antes de que el soldado irrumpa en la comarca, asuela el campo el temporal bravío o antes de su madurez siéganse los panes, pues tales son las trazas de ese linaje de latrocinio, vivir a la hora, sin previsión alguna de lo que pueda venir, con descuido total de las propias conveniencias. Lo que no puede sujetar la espada, el hambre lo domeña con desalmada y salvaje ferocidad.

Cuentan que en la Insubría y en la Galia que rodea el Po, donde tantos años ha que Europa mantiene una guerra continua, hay grandísimas extensiones de terreno fertilísimo, en el cual no queda accidente alguno que estorbe ningún movimiento militar; todo está igualado con el suelo; no hay granja que se mantenga en pie, ni pared ni árbol donde solían verse pazos muy amenos, y fundos fertilísimos, y selvas y bosques para recreación y regalo, por manera que en todo el mundo no había sitio que con él pudiera compararse. Es de creer que la soldadesca abstiene su rapacidad de las cosechas ya recogidas y ensiladas, pero no; en hecho de verdad, no es así. Lo que no pueden tener en poder suyo, afánanse por echarlo a perder, sea como fuere; prodigan y despilfarran aquello de que echaron mano; presa que tienen que soltar, procuran que a nadie aproveche. Fácilmente podrá colegir cuál sea la dilapidación y el destrozo si tienen de qué de todo cuanto es útil a la vida que la guerra trae consigo, quien considere qué

linaje de hombres son los soldados. Consume más vituallas y vestuario un ejército de veinte mil hombres que cien mil ciudadanos pacíficos. Celébranse en Lyón, de Francia, y en Amberes, de Bélgica, y en Medina del Campo, de España, ferias bienales concurridísimas de mercaderes (en Lyón cada cuatro años). Los precios de las subsistencias no sufren alteración sensible con tan enorme aglomeración. Pues bien: pase por un lugar determinado una columna de diez mil hombres, y allí dejan la estela lamentable de un hambre prolongada y una pronunciada carestía que durará mucho tiempo. De ello puede dar testimonio Flandes, con grave daño suyo, aun después de dieciséis años. Entre un ejército en tiempo de paz o en tiempo de guerra no hay más diferencia que un ejército en campaña piensa que le es lícita la rapiña declarada y está persuadido que es cosa bella y marcial no usar, sino abusar y echar a perder, mientras que un ejército en paz pide claramente, pero roba a escondidas; sabe que no le está permitido ni el incendio ni el saqueo, pero sí el despilfarro y el destrozo, aun cuando no haya asomo alguno de hostilidad y en esa faena triste los soldados se conducen con más insolencia y con mayor abuso que en territorio hostil, como en Italia, donde el ejército, acuartelado durante el invierno y aun a veces bien entrado el verano, déjase al *prudente criterio* de cualquier jefe militar qué conviene requisar del país que les hospeda y por cuánto tiempo. Esto se llama *discreción,* con un término castrense.

Cualquiera puede imaginar lo que van a hacer los encargados de esa *discreción* que obedecen a un criterio avieso y criminal. Sería necesario un libro entero, recio de veras, si me propusiese explicar una parte muy pequeña de los desafueros de esta donosa *discreción* que se permite tanta malicia, tanta fechoría, tanta improbidad, tanta insolencia y tanto crimen. En los estados donde prendieron las teas de la guerra, los ladrones saltean las comunicaciones terrestres y los piratas infestan los caminos del mar, imposibilitando entre los pueblos todo comercio que dondequiera es una fuente de riqueza. Casi nadie se atreve a salir no ya de su propia nación o reino, pero muchas veces ni siquiera de su ciudad, y aun diré que ni de la misma casa. Como acontece que determinadas leñas al arder echan sus chispas lejos, así también la guerra destaca adondequiera los ladrones, que ejercitan sus rapacidades por soledades y desiertos, por caminos reales y ceban su voracidad en las mismas entrañas de las ciudades. Y no son solos enemigos quienes son interceptados por los enemigos, sino que el soldado armado no respeta al neutral ni al mismo simpatizante ni al mismo paisano, aun cuando no traigan armas, no para despojarle, como fué costumbre de los bandoleros, sino para vejarle y desollarle públicamente cual si fuese enemigo declarado. Durante esa guerra nefasta que afligió durante tanto tiempo la Europa por el choque de los dos poderosísimos príncipes, el emperador Carlos y Francisco, rey de Francia, los portugueses mantuvieron su neutralidad, mas no por esto los franceses abstuvieron sus manos de ellos. Recientemente, con la prisión y saco de Roma, el lansquenete alemán no perdonó al paisano alemán ni perdonó al español el tercio de España. ¿Qué cosa puede haber segura, una vez expulsada la justicia,

que es la única que ampara y garantiza la debilidad de las insolencias de la fuerza? Ni en tiempo de guerra se salva la mutua lealtad cuando cualquier bandido y cualquier pródigo puede acogerse a la profesión militar como a un asilo; ni tienen vigencia el derecho ni las leyes, y están enajenadas las conciencias absorbidas por las preocupaciones bélicas y desentendidas de la administración civil, acogotadas por el terror.

¿Y qué más, si nadie comercia de buena gana con el enemigo aborrecible, o si comercia con él lo hace con harto poca sinceridad y con muy mucha mala fe, deseando engañarle o en el género o en el precio? Jamás entre enemigos existe lealtad entera, que, puesto que es la primera que debe reinar entre los contratantes, faltando ella es fácil colegir cómo queda el contrato. Y no es el campo solamente con los frutos que él produce, que son los más considerables, y que son la base principal y casi exclusiva del mantenimiento humano, que, afectado por tan grande calamidad, se queda mustio y asolado y ensilvecido, sino también las ciudades históricas tan bien construídas y dotadas de tan ejemplares instituciones las que, levantadas por la paz, quedan convulsionadas radicalmente por la guerra. Diríase que entre la concordia y la discordia hay la misma distancia que entre la vida y la muerte. Todo nace, todo se sostiene, todo vive con la paz y todo se derrumba y fenece con la discordia.

Los hay que dicen ser un muy apacible espectáculo ver cómo arden los edificios. ¿Serán esos hombres aquellos para quienes la crueldad les es pasatiempo y regalo? Deslumbrarse por el esplendor del fuego, ¿qué cosa más pueril? Regocijarse con la pérdida y daños del enemigo, ¿qué cosa más inhumana? Divertirse con el derrumbamiento de lo que estaba sólidamente en pie, ¿qué mayor locura, si puede venir el día en que sea tuyo lo que ves caer o que tal vez, el día de mañana, podrá serte un grande reparo y abrigo contra el enemigo?

Hubo entre los ilergetes un príncipe que estando en guerra contra una región comarcana echó al suelo dos muy fuertes y bien pertrechados castillos que tomó con un golpe de mano afortunado; más tarde, apoderóse por entero de aquella región. Poco después moviéronle guerra a él los laletanos, quienes, con suma facilidad, ocuparon la comarca vencida, privada de la defensa de los dos castillos, y luego acabaron por ocupar todo su reino. Harto fácil le hubiera sido conservar su conquista y su reino si él no hubiera derribado aquellos dos castillos, que abatió su ceguera furiosa. Yo no llego a comprender aquella rabiosa vesania que lleva a dos reyes que se hacen la guerra a pillar, destruir, vejar, devastar y descuajar aquel mismo dominio por cuya posesión combaten. ¿Es esto quererlo regir? ¿Es el amor que le tienen y que les hace decir que es suyo y que han de liberarle del poseedor inicuo (¡linda y donosa manera de reclamar una propiedad!) el que les lleva a destruir lo que se esfuerzan por recuperar? Claramente das a entender que no es tuyo lo que tratas de tal manera. ¡Con cuánta mayor verdad y cordura dice Yocasta, la reina de Tebas, en la tragedia de Séneca:

¿Qué locura se apoderó de tu espíritu? ¿Reivindicas la patria y la pierdes, y porque sea tuya la aniquilas? Perjudica tu propia causa el hecho de devastar tú este suelo;

con el insano hierro arrasas e incendias los panes y por el campo todo desparramas la huída. Nadie asuela así lo que es suyo; lo que ordenas que lo devore el fuego, que la espada lo siegue lo crees cosa ajena. Rey sea cualquiera de los dos (Polinice o Eteocles, hijos suyos), *decididlo, pero que el reino se mantenga.*

¿Y qué más si aun cuando tú no hubieres nunca de ser dueño de aquellos bienes es razonable que pienses que puedan algún día pasar a ser propiedad de tu hijo o de tu heredero? Aquel rey famoso del Epiro acostumbraba maldecir la memoria de su padre por haber asolado la Caonia, que luego recibió él en concepto de dote de su mujer. Y no solamente ha de hacerlo la esperanza de un posible heredero futuro, sino la de aquellos que un día serán sus amigos y que en todo caso no dejarán de ser hombres. Enrique VIII, rey de Inglaterra, quitó a los franceses Morin, a quien la soldadesca prendió fuego. Aquel mismo año, el mismo rey de Inglaterra concedió la mano de su hermana María a Luis, rey de Francia; concertóse la paz con visibles muestras de amistad de uno y otro pueblo; los reyes no se profesaban odio personal; devolvióse al francés Morin; es decir, el cadáver, el espectro de Morin. ¡Cuánto más hubiera preferido el monarca inglés conservar para sí Morin intacto, o devolverlo entero y sin daño al amigo y al cuñado! ¡Con cuánto mayor gusto lo hiciera, dejándole obligado con fineza tan grande, como cuando devolvió Tournai a Francisco! Contaba Sila como una de sus mayores felicidades el haber salvado a Atenas de la destrucción que estuvo en su mano. Muchas son las fechorías que perpetró Alejandro, el macedón, por aquel demasiado hervor de su juventud y por la insolencia ocasionada por el favor excesivo de la Fortuna, encariñada con él, de las cuales se cuenta que muy luego se arrepintió; pero ninguna más famosa y condenable que la destrucción de la capital de Persia, fuese el motivo el hecho de que por la hermosura y magnificencia de la ciudad era la injuria que más había de doler a unos persas, a saber: a los que todavía sentían animosidad para con él, ora porque creyese que de otros le granjearía mayor respeto y majestad viendo a Alejandro sentado en el solio de tantos reyes, imponiendo su señorío a los pueblos del Asia. ¿Y no ha de haber, por fin, diferencia alguna entre la bestia y el hombre? Y así como la fiera obedece al móvil de su pasión inmediata, sin atender a lo venidero, ¿ha de obrar también así el hombre? Y, a decir verdad, las mismas fieras irritadas y heridas por nosotros, ¿no vengarán contra nosotros a sí y a su sangre con la misma ferocidad con que el hombre ceba su venganza en el hombre? El poeta Lucano, deplorando las guerras civiles de los romanos, entre muchas otras cosas, dice como con un acento solemne de vaticinio:

Esas diestras harán lo que no podrá suplir ninguna edad y lo que no podrá reparar el linaje humano en todos los años, aun cuando eche el hierro lejos de sí. Esta guerra matará en germen las generaciones futuras y arrebañará consigo los pueblos que están por venir al mundo, quitándoles el día de su nacimiento. Entonces el nombre latino será pura fábula; unas ruinas cubiertas de polvo podrán apenas mostrar el viejo asiento de Gabias, Veyes, Cora, de los lares de Alba, de los penates de Laurente: campos de

soledad que sólo habita, en la espesa negrura de la noche, un senador forzado y quejoso de que Numa hiciera tal ordenamiento. Estas destrucciones no son la obra lenta del tiempo mordedor y no fué él quien resolvió en polvo esos monumentos del pasado. Es un crimen civil colectivo lo que vemos en tantas ciudades desoladas. ¿A qué se redujo la masa del linaje humano? Nosotros, los pueblos que nacemos por la faz triste y espaciosa del mundo, no podemos llenar de hombres, baluartes y campos a la vez: cabemos todos en una ciudad sola. Un labriego atado a una cadena cultiva las mieses de Hesperia. Apenas se mantiene en pie la casa solariega, y cuando cayere no van a sepultar a nadie sus escombros.

Muchos otros lamentos exhala el poeta sobre aquella nefasta guerra fratricida. Grandes fueron los estragos que vejaron y afligieron a Italia mientras duró aquella pelea; sudó copiosa sangre, se quedó agostada y casi agotada y borrada. Mas es el caso que nuestra edad cree que es motivo de vergüenza ser superada en maldad por nuestros mayores. ¿Qué cosa puede imaginarse más afligida, más destrozada, más perdida, más desfigurada de lo que ahora lo está Italia, que fué reina de naciones? Tantas quintas, tantas aldeas, tantos pueblos, tantas ciudades que yacen tendidas en el suelo; tanta opulencia saqueada, tantas damas y doncellas violadas; holladas las leyes, expulsadas las letras de humanidad de aquel su propio domicilio; templos profanados; vejados, torturados, asesinados ancianos, niños, mujeres; tantos mortales pasados a cuchillo sin respeto por su linaje, por su condición, por el sexo ni por la edad. Paréceme tener ante mis ojos aquella serpiente monstruosa que para la devastación de Italia dicen los escritores de historia que se presentó en sueños a Aníbal y que con estruendo fragoroso derribaba todo cuanto se mantenía en pie. Todos estos últimos nueve años ha estado Italia sintiendo en toda su pavorosa realidad aquel simbólico y espantable dragón soñado por Aníbal. En Italia, dócil materia de encarnizada crueldad, la han ejecutado alemanes, franceses, españoles. Y lo peor es que los mismos hijos de Italia no la tratan con mayor blandura ni ceden en sevicia a las naciones extranjeras; ellos son los que azuzan contra sus entrañas a aquellas jaurías de verdugos; ellos les llaman, ellos les guían por la mano, ellos les muestran dónde herir por acabar con ella. Ellos mismos, con su propio hierro, con sus propias manos, la despedazan más cruelmente que los mismos extranjeros, como siempre acostumbraron ser más sañudos las enemistades contra los familiares que contra los extranjeros y los desconocidos.

Veo que son muchos los que se maravillan de que haya después de la guerra menos dinero; otros se espantan más aún de que la guerra haya tragado tanto dinero, que después de la guerra ya no se le vuelve a ver más, pues aun cuando no nieguen que los edificios fueron destruídos, incendiados los panes, perdidas las mieses, degollada la ganadería, saben con todo que oro, plata, piedras preciosas son indestructibles, a voz en grito lo reclaman y no se les puede convencer de que se ha perdido irreparablemente.

Estos tales se asombran porque no saben que la riqueza no consiste en metales o en piedras solamente. Constituye riqueza también aquello de que poco ha hice mención, a

saber: edificios, vestidos, subsistencias, ganado, ajuar doméstico. Cuando todo esto abunda, todo cuanto dinero hay está somero y visible y por lo mismo se calcula cuantioso, puesto que parece que no esté destinado a cubrir la necesidad, sino a hacer alarde de lujo. Por esto, son muchos los que teniendo abundancia de todo cuanto necesitamos para el consumo cotidiano de la vida, aun cuando tengan poco dinero, son tenidos por ricos y lo son en realidad. Empero así que el uso consumió aquellos artículos cuyo instrumento obligado de adquisición es el dinero, para reparar su pérdida, todos se dan a buscarlo con el mayor afán, apelando a todas las trazas y a todos los ardides imaginables. Ese rebusco ansioso hace que el dinero, que antes estaba en manos de unos pocos en gran cuantía, porque los otros no tenían necesidad de él, ahora, sacado de los cofres y repartido y derramado entre los más, parece ser muy poco, y engullido por las anchas e insaciables tragaderas de la necesidad se deja ver raramente. De esta manera resulta que después de una guerra son pura pobreza mil escudos, cuando antes de ella sólo cien hacían rico a un hombre. No es por la simple posesión como se mide la riqueza, sino por su empleo y por su necesidad. Con la guerra, en efecto, no sólo se acrecientan las necesidades, sino que disminuye el dinero. Una vez que estalló el furor bélico y el terror encogió los ánimos sabiéndose que lo que se busca principalmente es el botín, se esconden bajo tierra el oro, la plata, las joyas y otros objetos de valor por los cuales el soldado con intrepidez se lanza a la muerte. Síguese de ahí que, o bien por muerte de los que escondieron el precioso metal o por huída o por apartamiento motivado por cualquier otra causa, queda enterrado aquel oro y no vuelve a la luz porque no queda nadie que sepa el lugar del escondite. Los hay quienes para librarse con toda la celeridad posible del peligro, métense ellos y todo lo suyo en una nave, y como los aparejos para la navegación se hacen precipitadamente, por la gran urgencia, no siempre se previene todo cuanto se requiere para el embarque. De ello, con una frecuencia lamentable, se sigue naufragio, bien por defecto de los arreos náuticos o porque en aquella crisis de pánico prefieren aventurarse a los contrarios vientos o al mar bravío o a los crudos escollos, a exponerse al ciego e inhumano furor de los enemigos. Y no es menor el riesgo que corren los piratas para irse con aquella presa codiciosa a puerto seguro donde desean gozarla. Y así como a ellos es el miedo atolondrado el que los lanza a la braveza de la tempestad y a la rabiosa locura de los vientos, así también a los soldados les arrempuja su individual codicia. Por todo este conjunto de causas, hombres y metales son tragados a una por el mar sorbedor y las arenas avarientas. Y en la destrucción e incendio de ciudades, ¿quién sabe los metales preciosos que desaparecen? Los vasos de Corinto, que antiguamente tuvieron tanta fama y estimación entre los romanos, dícese que fueron labrados con diversos metales que fundió la conflagración de Corinto, a quien prendió fuego Mummio Acaico, capitán de Roma. Y aun en el combate mismo, mucha es la riqueza que se entierra con los cadáveres, puesto que el soldado, que acostumbra ser pobre y como tal receloso, esconde todo cuanto dinero tiene en bolsillos

puestos en sitios inverosímiles, que desdeñe escudriñar el enemigo, especialmente si anda ocupado en apañar botín más cuantioso.

Esto explica que en muchos campos donde antiguamente trabáronse las famosas batallas entre muy poderosas huestes, la larga evolución de los años saca y muestra a la luz monedas de toda clase de metal. Todo cuanto relieve y desperdicio quedó en las ciudades o en los campamentos la soldadesca lo arrebataría. Y así es que ricos en la guerra y por la guerra gastan a tontas y a locas lo que con sus artimañas sutiles garbearon. Y por escasos que sean los dinerillos que se tienen, en las turbias circunstancias que la guerra crea, ¿qué otra cosa son sino materia de preocupación y peligro? Todas las celadas, en tiempo de guerra y de discordia, se encaminan al dinero. Los pobres, con la postración de las artes, con el cierre de los intercambios y cegada la fuente de la bondad, no tienen con qué mantener su ruin vida; los ricos encogen sus bolsas y sufren lo indecible por evitar todo gasto, porque todo está mucho más caro que en la paz y no hay ocasión de lucro; despiden parte de la servidumbre y la reducen al número indispensable para que sea menos costoso su sostenimiento; nada dan, porque no les falte a ellos; no prestan por el maligno recelo que abrigan contra todos; no compran, pues consideran superfluo todo cuanto no sea necesario para el consumo cotidiano y sin lo cual no es posible pasar un solo día. ¿Qué recurso les queda a los pobres que se mantenían del trabajo de sus manos, sino el de la mendicidad, útiles o inválidos, o el de arrastrar una vida durísima y perruna, pues el hambre les obliga a injerir unos alimentos que en otras circunstancias no tocaran ni siquiera mirarían sin náusea? A los otros pobres con malos instintos, que tienen para ello arrestos suficientes, échales el hambre a la vida airada y al bandolerismo, llevándolos al extremo de ensangrentar sus manos, punto a que llegan hartas veces muchos que sienten horror de los delitos de sangre, bien por la ingénita lenidad de su carácter, bien por su crianza y sus costumbres. Y en estas circunstancias, en ese público y general empobrecimiento o, mejor, penuria, sólo engordan y se enriquecen unos pocos que más merecen la horca que la vida o el dinero. Hay que decir que no disfrutan de esas riquezas execrables por mucho tiempo. ¿Qué se hizo del botín del reciente saco de Roma, que dicen haber sido cuantioso, inmenso, fantástico? No pudieran hoy días mostrarse reunidos cincuenta mil escudos, fruto del incalculable latrocinio. Lo que sí puedes ver es a los soldados que asistieron al sacrílego asalto y que hundieron sus manos hasta los codos en aquellos montones alucinantes, míseros, andrajosos, menesterosos por no desmentir el añejo proverbio: *Los bienes mal adquiridos se van de mala manera.*

Muy de prisa a esos frutos de la rapiña los devoran el juego, las rameras, el lujo desenfrenado, el vestido suntuoso, los intemperantes comeres y beberes. Para estos usos buscó dinero el soldado con pérdida de su sangre, con inminente peligro de su vida. El que quiera vivir en templanza y sobriedad, no ha de abrazar la profesión de las armas. El gasto inmoderado y chorreante arma las manos de capitanes y soldados; pero con aquellos sumideros insaciables del despilfarro y del lujo, ¿qué cosa les va a bastar? A esos

tales, no les bastan el botín de las ciudades que toman ni lo que roban cada día del enemigo y del paisano inerme; ni las pagas y gratificaciones de los príncipes. Con esos dos capítulos, salario y recompensas, necesítase una cantidad increíble de dinero para sostener un ejército mediano. Marco Craso, a quien mataron los partos, acostumbraba decir que nadie debía llamarse rico sino quien, con sus propios recursos, podía mantener un ejército, con lo cual daba a entender que el dinero que para ello se necesitaba no tenía cuento. El pueblo romano, con tantos pechos, apenas puede con ellos. Por lo demás, no es necesario ponderar a los príncipes de nuestros días qué Caribdis tan voraz sea el ejército o, mejor, qué insondable océano. Al contrario, son ellos los que pudieran explicar esta asignatura, avalorando su enseñanza con la experiencia personal adquirida a trueque de enojos infinitos. Yo no acabo de maravillarme de cuán cordial y entrañable es su odio, puesto que antes de meterse en guerra no apelan a cualquier recurso y conciertan una paz cualquiera. Hoy solos dos príncipes poseen unos dominios que no hace un siglo poseyeron veinte, que construyeron obras magníficas y decoraron edificios sagrados y profanos y dotaron con larga mano escuelas de artes y oficios y hermandades, y mantuvieron servidumbres numerosísimas y favorecieron a muchos con generosas donaciones, y se contentaron con módicos impuestos, y jamás pensaron en contribuciones extraordinarias y, al fin y al cabo, vivieron en abundancia y holgura, alegremente abastecidos de todo, venturosos ellos y sus pueblos venturosos.

Establece ahora tú mismo la comparación entre esos príncipes de tan extensos dominios con aquellos reyezuelos. Ellos no construyen, sino que destruyen; no enriquecen las corporaciones, sino que las despojan; alimentan a unos pocos en gran parte inútiles, por excusar un adjetivo peor; quitan a todos y no dan a nadie sino con tacañería y sordidez, de manera que acostumbraron dar más oro aquellos reyezuelos que plata esos príncipes opulentos; son agobiadores los tributos; pagos extraordinarios y mudanzas unas sobre otras; es cosa de nunca acabar; siempre huraños, siempre quejosos, siempre famélicos, a pesar de comer tanto, y con sed inextinguible, aun cuando beban continuamente, por manera que no con desacato se les puede decir lo que a Alejandro dijeron aquellos escitas: *¿Qué necesidad tienes de riquezas que acucian tu hambre más y más? Tú fuiste el primero que con tus hartazgos te aparejaste el apetito, de modo que cuanto más tenías, con deseo más agudo apetecieras lo que no tienes.*

¿Y cuál diremos que es la causa de esa tan desconcertante desemejanza? ¿Cuál sino que estando quietos aquellos reyezuelos patriarcales, manteniéndose en concordia todo les bastaba porque todo lo concretaban a sus sanos y naturales deseos? La guerra es una hidropesía en que la bebida exaspera la sed. ¿Qué grande o ilustre ganancia se consigue con la guerra que, granjeada por este procedimiento, no resulte ruinosamente cara? Y si es poco lo que con la guerra se busca o, como muchas veces acontece, no se busca nada, simplemente no hay riquezas, por crecidas y fabulosas que sean, que no las engulla una guerra que dure unos pocos años. ¿Y qué pasa si se pierden algunas pulgadas de dominio? Esto ya no

es pescar con anzuelo de oro, como decía Augusto, sino que es, tras de haber perdido muchos anzuelos, no pescar nada y perder los dedos y las manos, pues ¿qué otra cosa son las ciudades y pueblos del reino, sino miembros de la cabeza que es el rey?

Todos los males que de la discordia se dijeron, otros tantos bienes contrarios suyos han de predicarse de la concordia. Los villanos, en sus aldeas y en sus campos se dedican tranquilamente a su labranza, según las estaciones: aran, siembran, siegan, recogen los productos del año, la ensilan, la acarrean a la ciudad. Y como los gastos son módicos, lo poco es ya bastante. Mientras haya moderación y orden, no hay ingreso tan flaco que no baste, y si el orden y la moderación faltaren, no hay fortuna, por brillante y cuantiosa que sea, que no se quede corta. Y si, por ventura, existiera falta de cosas necesarias para el consumo, el comercio las proporciona y se importan de otras naciones con toda seguridad, porque las comunicaciones terrestres y marítimas, limpias de piratas y salteadores, están abiertas y libres, y también con gusto, porque el intercambio verifícase entre amigos y, asimismo, lealmente, como entre pueblos que bien se quieren. Y así es que de Inglaterra y de Flandes y aun a veces desde la Cimbra y la Dacia reciben socorro de trigo Venecia y Sicilia, pues aun cuando Sicilia es la ubérrima nodriza de Italia y su granero, lleno de riquezas cereales, ocasiones hay en que tiene que ser mantenida por el septentrión. Y esto realízase con suma facilidad cuando están las armas enfundadas. Cuando ellas se requieren y se blanden, no solamente Inglaterra no puede socorrer a Andalucía y Vasconia, regiones de España, amigas y aliadas suyas, ni aun a Flandes, que está tan cerca, ni Flandes, a su vez, puede ayudar a Inglaterra. Embellécense las comarcas con villas y ciudades, y las ciudades con nobles edificios; los campos, con granjas y caseríos; con árboles, los bosques; con mieses, los barbechos; los prados, con una linda y risueña variedad de flores. Permanecen en pie gallardamente las obras de la mano del hombre, apacibles y gratas de ver y cómodas de utilizar, por manera que su utilidad no se limita a sus propietarios, sino que de ella participan quienes las ven. Lo que cada uno poseyere, lo tiene tranquila y seguramente, no ya el oro, la plata, las joyas, los vestidos que guarda en sus cofres, sino también los créditos en su haber, pues la fe, tutelada por las leyes, tiene toda su fuerza y su vigor. El dinero, en la paz, es mucho, porque es suficiente, porque es limitado el precio de las cosas útiles y constantes y seguros la honra y el aprecio de todas las profesiones. Los haraganes y maliciosos o pasan hambre o apuran castigo o, en último término (cosa que para ellos equivale a la muerte), se convierten a mejor seso. Este es aquel fruto de la paz, de la cual habla el Señor por boca de Isaías: *Y se sentará mi pueblo en hermosura de paz y en tabernáculos de confianza, y en reposo opulento.*

¿Y qué pasa en las discordias privadas? ¿Por ventura no pasa lo mismo que en las públicas? Excitados los ánimos, poseídos de ira y de odio o aplicados a precaver sus propias celadas o a urdirlas para los demás, están imposibilitados de consagrar el interés debido a aquellas artes y profesiones que les proporcionan recursos para vivir y po-

ner la debida diligencia en la administración de la hacienda y en el cumplimiento de los deberes de padre de familia, templado y grave. La ganancia cesa; lo que se tenía reservado para otros tiempos se gasta temeraria y pródigamente, pues para que nos ayuden en la insana satisfacción de los sentimientos de enemistad, contratamos el concurso de hombres perdidos, manirrotos, tragaperras ambulantes, Escilas y Caribdis de lujo y de placeres, que fácilmente sorberían todo el Océano. Los amigos buenos y moderados, si afortunadamente los tenemos, nos exhortan a la concordia y ni quieren ni pueden dedicar a las rencillas y enemistades sus cuidados asiduos. Y mientras tanto, ¿cuántas ocasiones se les escurren de las manos de acrecentar su hacienda? Por esto es que los mercaderes, cuya profesión y cuya obsesión es hacer dinero, y en este arte son maestros consumados, muy rarísimas veces y, muy mal de su grado, contraen enemistades y las llevan con la mayor ligereza posible y con la rapidez más expeditiva se desentienden de ellas. Persuádense que quien no tenga esa disposición y quien no acomoda su proceder a ese convencimiento, es poco idóneo para practicar la mercadería. Esos hombres sutiles y finos para las cosas de su profesión intuyen que no hay cosa que más entorpezca el enriquecimiento que la discordia, y ninguna que lo favorezca más que la concordia, que la tolerancia de aquellas molestias a quien el vulgo da el nombre de injurias. No es ningún absurdo decir que la paciencia es la madre de la Fortuna, no sólo en el comercio y las artes del cotidiano lucro, sino también en la corte, entre nobles, entre plebeyos, entre soldados, entre piratas y ladrones.

A las riquezas súmanse los amigos, *posesión sabrosísima* según el adagio antiguo, de la cual, en la discordia, atenazado nuestro espíritu por el miedo y la congoja, no podemos disfrutar. Quiero decir que no podemos gozar de la amistad con el ánimo distraído y separado de aquello que constituye su más regalada dulzura y que no puede desplegar toda su fuerza, si el pensamiento no está muy avivado y embebecido en lo que hace. Y es el caso que todo el pensamiento de la discordia, por la vehemencia de la pasión, llama a sí el alma toda, quiera o no quiera, y la obliga a hacer lo que él le manda. ¿Y qué más, si los exponemos a muchos peligros porque nos defiendan o por vengarnos de los enemigos, según aquel dicho griego: *Perezcan los amigos, mientras a una perezcan los enemigos?* Este dicho lo dijo un hombre inhumano, al cabo de la desesperación. Con cuánta mayor humanidad y cordura se expresó Escipión *el Africano*, diciendo que *prefería salvar a un ciudadano que matar a diez enemigos.* Pero, puesto caso que en la discordia tenemos tanta necesidad de amigos y experimentamos la gran eficacia de su ayuda, de aquello mismo en que se benefician comienzan a tenernos por sospechosos, de que más que amigos tenemos amos. Y a veces así es en hecho de verdad, que los amigos, conocidas nuestras necesidades y la insistencia con que miramos sus manos, se crecen y se insolentan, y de día en día se nos hace menos dispuestos y obsequiosos. Otras veces, flotan delante de la vista de nuestro espíritu ciertas huecas alucinaciones que nos hacen creer que lo que jamás se les ocurrió, se les ocurrió realmente. Poco importa lo que haya de verdad; pero, con todo,

nuestras sospechas merman mucho la autoridad, la bienquerencia, lo apacible de la amistad y comenzamos a no tener bastante confianza en los amigos, como era conveniente. Mas, puesto que nos hemos imaginado que los amamos menos que antes y teniendo de ellos la misma necesidad, ya no los tratamos con sencillez y franqueza, sino que todo lo encubrimos y coloramos, y a la fe sencilla suceden la benevolencia afeitada y la pringosa adulación. Y a aquellos amigos a quienes en la concordia tratamos con una perfecta igualdad, y por esta misma causa nos son agradables en sumo grado (pues no hay en la vida cosa más dulce que los amigos iguales) en la discordia nos los sometemos. La amistad ya no puede conservar su nombre, quitado todo aquello en que descansan, principalmente, el amor, la igualdad, la simplicidad, la confianza. Y así es que poco a poco vamos bebiendo profundamente el aborrecimiento de los amigos, y ellos, con esos pensamientos nuestros que no pueden mantenerse encubiertos y solapados con tan desvelada diligencia que no se exterioricen y traicionen, apártanse también poco a poco, al ver que se ha perdido en ellos la confianza, que a cada uno de nosotros es tan grata, y, en consecuencia, o se separan del todo, o si, con el amor resfriado todavía nos atienden, acaban por volver a aquello que sospechábamos: de amigos que eran, se convierten en amos y señores.

Mas los mercenarios, y también algunas veces los esclavos, piensan haber alcanzado la ocasión de dominar a sus dueños, y en la discordia les oprimen tanto como piensan que ellos les oprimieron en tiempos de paz. Esto, unos lo hacen con deliberada malicia, otros por mala índole instintiva. Ello ocasiona que el derecho señorial o el prestigio de la magistratura o el poder y atributos del príncipe, que son en la paz grandes y efectivos; en la discordia, quitado el respeto a los padres, quedan reducidos a la nada, porque tenemos que valernos de funcionarios y súbditos insolentes, es decir, de dueños malos. Augusto César organizó en Roma un ejército pretoriano para la guardia del príncipe, dispuesto igualmente para los casos imprevistos que pudieran presentarse en Italia. Ninguna de las creaciones de aquel príncipe fué tan fatal para la República como aquel cuerpo armado. A estas cohortes (eran treinta) feamente se sometieron los príncipes posteriores, y esos soldados que fueron iniciadores y promotores de los más grandes alborotos del Imperio no respondieron a la idea de su creación, pues no guardaron el Imperio, sino que lo saquearon y lo despedazaron.

Atinadamente dice Plutarco de Queronea que las mudanzas de príncipes, después de la muerte de Nerón, menudearon con tanta frecuencia (en seis años hubo nada menos que cuatro emperadores) que deben atribuirse no tanto a la sed de mando de los príncipes cuanto a las pasiones y al capricho de la soldadesca. No hubo en el mundo reino alguno, ni dominación alguna, ni oligarquía, ni democracia de tanta inestabilidad como la monarquía romana, con el asesinato, el mismo año, el mismo mes, de unos Césares, perpetrado por los mismos soldados que les eligieran, que llegaron a sacar a licitación pública el Imperio, como un vestido, como un anillo, dispuestos a entregarlo a quien ofreciese más recia suma.

¿Y qué más, si hasta obligaban a esos príncipes, hechura suya, a tra-

tar inhumanamente a sus pueblos y con escarnio de toda juridicidad y toda ley, y menosprecio de toda jerarquía a hacer vida de campamento para bienquistarse con los soldados y serles gratos con aquella camaradería, sabedores de que, procediendo de otro modo, no iban a conservar el Imperio por mucho tiempo? Y en estas guerras nuestras, tan cercanas, ¡con cuánto servilismo el francés se sometió al helvético y Carlos a la hez más rota y perdida de Alemania y de España! Y ambos contendientes, que, siendo príncipes de la mayor nobleza y nombradía, no quisieron, en obsequio el uno del otro, ceder con un leve desvío del costado, se vieron obligados a aguantar con todo su cuerpo a unos dueños que eran la flor, nata y espuma de la bellaquería y a adular por necesidades de la guerra a quienes, sin guerra, nadie duda sino que los ahorcaran. Más aún: la misma coacción tremenda de la guerra les obliga, prescindiendo de las personas graves y prudentes, y aun de sus propios amigos, a favorecer con harto despecho suyo a aquellos mismos a quienes odian. Por este procedimiento Cayo César introdujo en la corte a malsines sin reputación ni honra; bien hubiera querido él tenerlos mejores, pero decía que gracias a aquéllos había recobrado su dignidad. Con ello daba a entender cuán de mala gana lo hacía, pero que no podía excusarse ni dejar de hacerlo. A esto se allega que esos individuos displicentes, exigentes y de una avidez insaciable, ponen a sus servicios un precio tan oneroso, que no se consideran compensados ni siquiera con la mitad de los bienes de la Corona. Y no solamente lo que hacen, sino que también lo que no hacen, pónenlo en la cuenta de lo hecho. Vitelio halló en los armarios o guardapapeles del emperador Otón ciento veinte instancias de otros tantos pretendientes al premio del asesinato de Galba, que no tuvo más que un asesino. Vitelio, una vez que asumió el mando, mandó buscarlos a todos, según refieren Tácito y Plutarco, y dió orden que los matasen. Alejandro deseaba que hubiese muchos mundos, porque cada uno de sus generales no se contentaba con un mundo entero para él solo. Infinita era la codicia de Alejandro y de los suyos, y la de cada uno de éstos no era menor que la suya propia. ¿Y qué se reservó Julio César de un Imperio tan inmenso como el de que no ha mucho hice mención, fuera del prestigio y renombre de la victoria? Pues bien; ese Julio César fué asesinado por los suyos, cuyas ilimitadas esperanzas no había colmado con haberles hecho las dádivas mayores y más numerosas.

Y no menos insaciables que los soldados se muestran los vasallos para con los príncipes y los particulares para con los funcionarios, en tiempo de guerra y disensiones, ora sea exterior el enemigo, ora hierva de puertas adentro el alboroto. Ni los unos ni los otros se atreven a contrariar al sujeto más rahez y facineroso y faccioso. Cuando los aires y las aguas están contaminados por alguna infección pestilencial, difícilmente se conserva incorrupto y sano el cuerpo, que no puede menos de vivir y moverse en aquel medio. Mas, cuando el contagio pegadizo se adhirió a huesos y meollos y la virulencia pestilencial se apoderó de todo el organismo, acaso pueda aplicársele algún remedio exterior; mas, en los adentros, no hay nadie que mire, turbio como está, el espíritu, y turbios todos los sentidos corporales con la grande y tumultuosa excitación de la enferme-

dad. Se me antoja que ésta es una imagen aproximada de la discordia exterior y de la discordia intestina.

Vínculo de las agrupaciones humanas son la justicia y las leyes dictadas por la justicia y de ellas derivadas, que vienen a ser como el alma de la ciudad. Gracias a ellas, los magistrados tienen en sus manos la república y los reyes el cetro; pero siendo tan grande la irritación de los espíritus, para las leyes no hay ni miramientos ni reverencia. *La cordura*, dice Ennio, *expulsada desaparece y un negocio atropella el otro.* Y ni los magistrados, que son las leyes parlantes, pueden amparar su derecho ni mantener la majestad de las leyes y la justicia, preocupada y absorbida la atención de los otros por el recelo de un posible mal mayor. Esta flojedad de los magistrados franquea a malvados y a bellacos una brecha muy amplia para el mal; la escasez crea urgencias aun a los que no son malos. Así es como se registran todos los días delitos y crímenes, tantos que no es posible sancionarlos uno por uno, ni es conveniente, porque los malos no se enteren de que una tan acentuada mayoría de ciudadanos conspiró para el mal. Eliminado el acatamiento de las leyes y la unanimidad de la obediencia, ¿qué otra cosa es el magistrado o el príncipe, aunque grande, sino un sujeto ni más fuerte ni más noble que otro? Cuando existe concordia entre los magistrados, los ciudadanos obedecen las ordenanzas y los soldados a los jefes; mas, cuando los escinde la discordia, regocíjanse de haber hallado pretexto para la desobediencia, inclinada como está la multitud al libertinaje de los peores, sabiendo que va a resultar grato a ésta aquello mismo que repugnará a aquél. Cuando queremos el desprestigio de un colega enemigo o cuando, movidos por la suspicacia, interpretamos torcidamente sus palabras o sus actos, somos nosotros mismos quienes nos exponemos, desarmados y desnudos de autoridad, al ultraje de aquellos que acechan la coyuntura de dañarnos.

Suprimido el emperador Maximino, sujeto de una crueldad que alcanzó el vértice de la barbarie, el Senado decretó que fuesen dos los emperadores, Máximo y Balbino, ancianos graves avenidos a los comienzos, pero discordes luego por el disolvente de las sospechas. Los pretorianos, que por ellos eran tratados con una relativa severidad, tomaron la determinación de suprimirlos y tomaron pie de sus desavenencias: en tropel irrumpen en su palacio, y eso en pleno día. Como el primer atacado fué Máximo, llamó en su ayuda a los soldados germanos, que no lejos hacían la guardia. Pensando Balbino que su colega requería aquel socorro contra su propia persona, les prohibió acudir. De esta manera y por este recelo mutuo, privados aquellos menguados emperadorzuelos de toda defensa, fueron cogidos vivos y arrastrados con desacato y burla al destacamento más cercano, y antes que la guardia germana, enterada del caso, los pudiera defender, fueron cruelmente sacrificados.

Ni tampoco, sin concordia ciudadana, podemos demostrar a la patria el amor y la piedad que le debemos. Los unos, en la ceguera del odio, prefieren la subversión y catástrofe total a un buen gobierno ejercido bajo el auspicio y la dirección y consejo de aquellos a quienes aborrecen entrañablemente. Y así como son muchos los que, aun cuando tienen conciencia clara y cierta de su propia perdición, no vacilan en arre-

meter a aquellos contra quienes están enojados, resueltos a perecer mientras causen daño, así, por esa misma pasión desapoderada, sacian sus odios a trueque de la caída y ruina de su patria y toman venganza de sus enemigos. Por este deslizadero, omítese, antes que nada, lo que es saludable a la República; inmediatamente después, el mirar por su bien, atrayéndose a su campo todos los partidos a la República y pasándosela de unas manos a otras, maltratada y despedazada, cosa que aconteció en Roma con las guerras civiles y ocurre todos los días en cualquier ciudad donde haya disensiones y partidismos.

Nunca será encomiada suficientemente la moderación de aquellos príncipes que huían toda ocasión de enemistades, por temor de que sus desavenencias causasen a la República algún perjuicio. Típico y ejemplar es el caso de Escipión *Africano*, el Mayor, que se alejó voluntariamente de Roma para que sus diferencias con el tribuno de la plebe no redundaran en daño grave de las leyes o de las libertades públicas o creasen en la ciudad discordias banderizas. También el tebano Epaminondas sufrió con paciencia ejemplar las injusticias de sus conciudadanos por no conjugar su venganza personal con el más ligero quebranto de su patria. En la paz y concordia, tienen toda su vigencia las leyes cuyo aliento, vida, movimiento y acción es la obediencia a los que mandan, ayúdanse los unos a los otros con el mismo fervor diligente que a sí mismos, porque entienden que navegan en una misma nave, por manera que con cualquier aparejo sea la nave ayudada, es fuerza que redunda en beneficio común. Y al revés en la discordia, está cada uno tan lejos de prestar su concurso a la ayuda de la patria, que cuando sus fuerzas no son asaz poderosas para su daño, las solicita más robustas. El frenesí de nuestra rabia ha logrado estos últimos años que para ello no necesitemos ejemplos traídos de lejos. Nosotros mismos somos una viva demostración en el mundo cristiano, esto es, en esa república ecuménica y patria universal. Todos aquellos que hicimos renuncia de aquel viejo padre nuestro Adán, y hemos sido lavados y purificados de la mancilla antigua en la sangre de Cristo, reconocemos por único Padre a Cristo, que, aun siendo hombre celestial según Dios, fué formado a semejanza de la carne de pecado, por manera que ya no somos ciudadanos de la única ciudad de la Iglesia, sino atados por un más recio y sabroso vínculo, a saber: el de hijos de un solo Padre de todos, y miembros de la misma cabeza y cuerpo, de arte que no puede la mano causar daño al pie, en interés y provecho suyo, ni el ojo puede causarlo a la oreja. Y es una triste realidad que nosotros, olvidados de esta conexión y como armonía, no sólo nos ensañamos los unos contra los otros con toda cuanta fuerza podemos, sino que damos entrada al enemigo común con la intención de la pérdida del enemigo, que luego al punto se ampliará con nuestra propia inclusión, pues le dimos paso y franquía.

¿De qué nos aprovecha la doctrina del Hijo de Dios y la elevación de nuestros corazones al Padre que está en los cielos, si con todo esto nos aventajan en bondad de vida, de costumbres, de criterio y aun en piedad, aquellos que siguieron la pura Naturaleza desprovista de toda sobrenaturalidad? En una junta de próceres consulta Cneo Pompeyo adónde irá, después de la rota far-

sálica, a reagrupar y reorganizar sus fuerzas; cuéntales la famosa fuga en la guerra de los partos, porque éstos, enemigos tradicionales de los romanos, prestarían su gustosa ayuda a cualquier caudillo romano, contra la potencia de Roma. ¿Con cuánta piedad patriótica creéis que fué desechado aquel parecer por la asamblea de aquellos nobles? Dijerais que en aquella sesión tomaban asiento cesarianos y no pompeyanos. Léntulo se levantó para exponer su opinión, que en versos elocuentes puso después Lucano: Dijo que *él no se avendría a que en las disensiones entre ciudadanos romanos se inmiscuyese gente peregrina y bárbara ni sufriría que el hierro pártico derramara ilustrísima sangre romana. No se recató de decir que él era pompeyano y vencido; que odiaba a César, su enemigo vencedor; pero que la pasión no le arrastraba a tal grado de ceguedad y locura que desease la muerte de César a mano de los partos. Añadió que si la batalla farsálica hubiese decidido la guerra civil, y que si, agotadas las fuerzas del otro partido, los dioses hubiesen colocado a César en segundo lugar, él, vencedor, iría a combatir a los partos.* Y añadió con énfasis solemne: *Yo deseo ver a César vencido, acusado, afrentado, defendiéndose en la cárcel con las manos esposadas, y aun espero verle así de la bondad del Cielo. Pero es igualmente cierto que con la más viva alegría le vería triunfador de los partos.* Así habló Léntulo, y toda la asamblea asintió con sus aplausos y sus votos. ¿Quién no se maravillará que unos hombres vencidos, de tan arriba despeñados, entristecidos, perdidos, mantuvieran tal serenidad y cordura para ver dónde estaba la verdad y la honradez y un tal dominio de su propio despecho, para ponerse de su parte? Es que la grandeza de sus almas se imponía a todo apasionamiento y el patriotismo más puro lo vencía. ¡Oh próceres romanos! Esa vuestra encendidísima piedad para con la patria con cuánta razón mereció lo que al cabo llegó a conseguir: imponer a todo el mundo la hegemonía de vuestra patria.

¿Y qué diré de Otón? ¿Cómo habla en Plutarco Queronense? Después de la batalla bebriacense entre él y Vitelio, cuando todavía le quedaban fuerzas para llevar la guerra adelante; con todo, determinó retirarse ante Vitelio y darse la muerte, con estas palabras: *Esa contienda, soldados, en que andamos empeñados no es con Aníbal, ni con Pirro, ni con los cimbros por Italia, sino que es una guerra con romanos. Uno y otro, yo y Vitelio, hacemos injuria a la patria, vencedores y vencidos, puesto que lo que al vencedor es conveniente, es dañoso a la patria. Creedme en esto, soldados: más gloriosamente puedo morir que reinar. Yo no veo en qué, siendo yo vencedor, puedo prestar mayor servicio al pueblo romano, como votando mi persona y mi vida a la concordia y a la paz, porque Italia no vea otro día semejante a este día.* ¡Oh palabras hermosísimas! ¿Quién es ese que habla así? ¿Algún Decio, por ventura, o algún Fabio, o un Emilio, o un Marcelo o algún otro personaje de aquella vieja República, cuando el bien obrar era una segunda Naturaleza? Ninguno de éstos es, sino que es Otón, en unos tiempos en que no diré ya los hechos, sino las palabras, apenas tenían el mismo valor que antes; es Otón, hombre regalado y muelle; pero no le costó mucho ver esto tan pronto como pudo apartar los ojos de los placeres y volverlos

a la reciedumbre de la verdad y de la rectitud. ¿Y qué Astiages, rey de los medos? Como por culpa de la traición de Harpago fuese vencido por Ciro, hijo de su hija, y conducido a la presencia del nieto victorioso, viese a Harpago que le reprochaba su crueldad, le pidió si era él quien sugirió a Ciro la idea de la guerra y entre los medos metió la sangrienta división, y habiéndolo Harpago afirmado con alguna jactancia: *No parecen bien en ti*—le dijo el anciano—*ni la bobería ni la impiedad: la bobería, porque preferiste que otro que no tú fuera rey; la impiedad, porque a los medos, tus compatriotas, que no te habían hecho ningún mal, luego de haberles privado del reino y de la libertad, les sujetaste a la servidumbre de los persas.* Nosotros, en cambio, somos de ánimo tan chico, que no damos ninguna espera a la ira; y tan liviano y encendido que nos inflama en un ardor súbito la más ligera chispa de odio y ni con nuestro carácter ni con nuestra educación nos hemos impuesto ninguna templanza ni comedimiento. Ciegos y locos, nos despeñamos en la ruina mutua. Auxilio pediríamos al mismo demonio si nos le diera, y no ya al Turco, a quien nosotros mismos, viéndolo y queriéndolo, hacemos poderosísimo en contra nuestra, y disminuyendo nuestro poderío. Cuando las guerras del Peloponeso, que por espacio de tantos años ocasionaron a Grecia tamañas calamidades, contendiendo entre sí los dos pueblos más potentes de aquella nación, el ático y el lacedemonio, vencido el primero cabe el Egos, río de Atenas, y presionada fuertemente la ciudad por el hambre y el asedio y reducida a la capitulación y a la aceptación de las condiciones que le dictaran los vencedores, los tebanos y otros auxiliares de los lacedemonios, exigían con porfiado encarecimiento que Atenas fuese demolida. Negáronse enérgicamente los lacedemonios *a arrancar aquel segundo ojo de Grecia y a asolar a Atenas, de la que, en la guerra pérsica, había recibido fuerte ayuda la Grecia en momentos de extrema crisis. Y así, parecíales pura impiedad dejar a Grecia, la patria común, huérfana de tan eficaz asistencia.*

Pero ¿cuántas veces las naciones y las provincias cristianas se auxiliaron las unas a las otras en azares súbitos y en riesgos graves? Todavía se erguirían contra el enemigo común, si tanta discordia no las escindiera o, mejor, no las entregara al Turco. Y así fué que no solamente nosotros las perdimos, sino que nos privamos de una grande e inmediata ayuda. Próximos están al incendio y al peligro los que tienen sus fronteras comunes con el Turco y sus dominios cercanos; los cristianos más apartados están seguros gracias a aquellos que por la común salvación montan la guardia en el límite mismo, como los alemanes lo están por los húngaros y los franceses por los italianos. Arrollados los primeros, si algunos de los pueblos que están más adentro se imagina estar en seguridad, ése no conoce la naturaleza del incendio o ignora o no recuerda la historia no ya antigua, sino contemporánea, por manera que parece peregrino en su patria, desarraigado de la vida y ajeno a los problemas de su tiempo. ¿Con qué fronteras se ha contentado el Turco de doscientos años a esta parte? ¿Se contentó acaso con aquellas que señalaron las cancillerías? ¿O con aquellas otras que la geografía delimitó? No detuvo su galope el curso de los grandes ríos, ni lo retardaron las sierras em-

pinadas ni aun el mismo mar le impuso un freno. Su sed de mando devoradora venció, superó, arrolló las más arduas dificultades, franqueándoles el camino las rivalidades armadas y los odios de los cristianos, y mientras ninguno tiene cuenta consigo, a trueque de asestar un golpe al adversario, omite su propio reparo y defensa, y por satisfacer su encono personal deja y traiciona la causa común. Tenemos desde Cádiz hasta el Danubio inferior, en todo el espacio que cierran ambos mares, a la muy fuerte y muy pujante Europa. Si la concordia reinase en ella no sólo nos igualaríamos a los turcos, sino que en toda el Asia les seríamos superiores, como lo dan a entender el genio y el espíritu de sus moradores y lo persuaden los monumentos de su historia. Jamás el Asia aguantó el empuje de fuerzas europeas mediocres, como en otra parte, en una obra especial, traté más de asiento. Pero como nosotros sigamos por ese camino que emprendimos, van a ser muchos los que se verán obligados a exclamar con Melibeo, el pastor de Virgilio: *¡He aquí adónde llevó la discordia a los míseros ciudadanos!*, y con muy grande daño nuestro demostraremos la irrefragable e imperecedera verdad de aquel aforismo viejo: *Con la discordia se desmoronan los más grandes Imperios.*

Todas las situaciones humanas, como también la fuerza de los hombres y los mismos hombres, son de suyo flacas y descaecidas. A pesar de todo, si son muchos los que concuerdan en la determinación de ayudarlas y fortalecerlas, reciben vigor y acrecentamiento; mas si sustraen sus manos a la tarea y excusan su colaboración, vuelven por su impulso e inclinación a la flaqueza de antes. No de otra manera los remeros, que con gran esfuerzo de sus músculos conducen un navío contra la corriente, si aflojan sus brazos algún poco, el raudal, como Virgilio dice, se los lleva corriente abajo, presurosamente.

Es fama que Esciluro, que fué rey de los escitas, estando muy al cabo de la enfermedad de que murió, como exhortase a la concordia a los ochenta hijos que dejaba, amén de otras trazas, mandó que le trajesen un haz de flechas y que uno tras uno lo dió a todos porque lo quebrase. Como ninguno de ellos lo pudo conseguir, les entregó separadamente flecha tras flecha, que todos, sin ninguna dificultad, rompieron. Y dicen que entonces dijo el padre *que la concordia entre los hermanos era como el haz apretado, mas la discordia era como cada una de las flechas sueltas. Así la concordia les haría invencibles; y la discordia, quebradizos y expuestos a la ofensa.*

Anécdota parecida cuenta la fábula de un tal Agrícola, ya anciano y en trance de morir. Quinto Sertorio, para demostrar el poder de la concordia, ordenó a un mozo muy robusto arrancar de una vez la cola de un rocín flaco y macilento. No lo pudo él acabar por más esfuerzo que puso en ello; mientras que un viejo desvalido, cerda tras cerda, peló la cola de un caballo generoso. Esto mismo viene a decir el sabio hebreo: *La cuerda triple difícil es de romper.* Y él mismo, en otro lugar: *El hermano que es ayudado por el hermano, es como una ciudad amurallada.* Y Antístenes, el filósofo, adscrito a la secta de los cínicos, tenía costumbre de decir: *La unión de hermanos concordes es más fuerte que cualquier muro.*

Acaso parecerá ser pura super-

fluidad reproducir aquí aquellas alocuciones que muchos padres dirigieron a sus hijos, exhortándolos a la concordia, como la de Ciro, que se lee en Jenofonte; la de Filipo, en Tito Livio; la de Micipsa, en Salustio. Algunas de ellas rebosan tanta gravedad y cordura, que pueden calificarse más de vaticinios que de opiniones autorizadas, pues, más tarde, aquellos mismos hermanos a quienes iba enderezada la exhortación disintieron, incurriendo en odios mortales y la discordia fué su perdición. Pero no hay nadie que por experiencia de los hombres y de la vida no haya aprendido a fuerza de escarmientos cuán divino sea aquel oráculo: *Crecen con la concordia los pequeños estados, y con la discordia se desmoronan los mayores.* Corroboran la verdad de este aforismo las casas particulares, las ciudades, los pueblos, las agrupaciones, los colegios, las academias, los gremios, las disciplinas todas, los grandes reinos, los Imperios. Todos ellos fueron elevados a aquella grandeza por la concordia y empujados por la discordia a su decadencia y ruina lastimosa. Así los asirios, los medos, los persas, los griegos y, finalmente, los romanos se levantaron y se encaramaron a la cumbre de su empinación; así, con el andar del tiempo, se despeñaron de aquella alteza envidiable.

Creció Roma mientras el celo del bien público venció los intereses privados, y los hombres, discordes en todo lo demás, y enemistados entre sí, de tal manera ejercían el señorío de sus propias pasiones, que el amor de la República apaciguaba todo alboroto pasional y su patriotismo serenaba aquellas borrascas morales. Innumerables e ilustrísimos personajes declararon esta verdad: los Brutos, Publícolas, Camilos, Fabricios, Fabios, Escipiones, Lépidos, Flacos, Salinatores, Nerones, Sempronios. Todos estos pospusieron sus diferencias privadas a los intereses públicos, porque no ignoraban que no podían sostenerse en medio de tantas naciones vencidas sino mediante la unión en aras del amor a la República y que perecerían sin remisión el día en que surgieran desacuerdos públicos irreducibles y que los intereses supremos de la patria fuesen bastardeados por las pasiones privadas. Con tales varones fué acrecentada y felizmente administrada la República, la cual, sacudida y quebrantada por los Silas, Marios, Césares, Pompeyos y Antonios estuvo al borde del hundimiento y desaparición, porque explotaban sus personales antipatías a cambio de los más extremados riesgos de la patria. Ese trágico final de la ciudad de Roma y aun de toda nación y estado, fácilmente previsible por los síntomas que descubría, lo predijo Salustio, dirigiéndose a Cayo César: *Mi parecer es éste*—dijo—. *Puesto que todo lo que nace perece por una ley fatal, será llegada la sazón en que el hado fijará la destrucción final de Roma cuando los ciudadanos se trabarán en contienda con los ciudadanos. Así, agotados y exangües, serán presa fácil de cualquier rey o de una nación cualquiera. No siendo así, ni el universo mundo ni el conglomerado de todos los pueblos podrán conmover o batir ese Imperio.*

Los historiadores han consignado que la isla de Creta, antiguamente, fué belicosa sobre modo; que con frecuencia fué atacada por enemigos exteriores, invadida por otros pueblos y sacudida por odios domésticos y civiles disensiones; pero que aquellos bravos isleños estuvie-

ron en toda ocasión dotados de una prudencia tan alertada y sagaz que, aun cuando estuviesen en todo su hervor las rivalidades intestinas, al primer y lejano asomo de armas exteriores corrían en masa, como un solo hombre, a defender y preservar de extranjera huella el suelo común. De ahí nació la voz añeja de *sincretismo,* aplicable a quienes para repeler un mal externo quitan su atención de uno interno. Esto refiere que hicieron los gudracos y los malos Quinto Curcio en su relato de las proezas de Alejandro Magno, y hace constar que fueron los cretenses quienes ofrecieron a los otros pueblos el dechado de esta conducta ejemplar. Al opulento poderío de Grecia redújolo la discordia a la servidumbre y yugo de los macedonios, y a la más valerosa de las naciones se impuso el reino macedónico, deslucido y oscuro, que originariamente fué un pequeño rincón de la Grecia y por decirlo así, un modesto apéndice. Los atenienses vencedores agregaron a su Imperio una gran parte de la Grecia; éstos, a su vez, fueron vencidos por los lacedemonios; a los lacedemonios los vencieron los tebanos. Los focenses, a su vez, a quienes los tebanos, no contentos con las calamidades que con la guerra les infligieran, les impusieron una multa tan crecida, que estaba muy por encima de su capacidad de solvencia, fueron por la desesperación azuzados a una guerra que envolvió la Grecia toda. Filipo, mezclándose con esa guerra, halló ocasión de imponer el yugo infamante a aquel pueblo generoso, cuyas guerras anteriores habían sido todas por la libertad.

Nosotros, sordos no sólo a esos ejemplos, cosa difícilmente perdonable, sino totalmente ciegos para la previsión de nuestros males, nos obstinamos en perecer por el gusto de destruir a un tercero. Y aun sin ninguna dificultad lo conseguimos, puesto que el dañar es cosa muy obvia y muy factible. Yo no conozco camino más expedito ni certero para perder el mundo cristiano como el que cada uno, desentendiéndose del otro y en discordia con él, viva egoístamente para sí, vaya a lo suyo, descuidado de lo ajeno o, cosa que es mucho más inhumana, ataque al prójimo y le empuje a la perdición. ¡Qué rabia y con cuánta astucia enciende el diablo entre los príncipes cristianos! ¿Qué otra cosa sino esta mutua animosidad fué, en tiempo de nuestros padres, y aun en el nuestro, dejando a un lado los antiguos desastres, la que nos quitó como quien arranca los miembros vitales de un organismo la Tracia, el Ponto, las islas del mar Egeo, la Eubea, toda la Grecia, Macedonia, Bulgaria, Rodas; es decir, el florón más grande y más hermoso de la cristiandad?

A todo esto se añade que, así como en la concordia todo lo ajeno es nuestro, en la discordia es todo al revés: ni aun lo nuestro es nuestro en realidad. De las cosas, ¿qué puede decirse que nos pertenenece sino el simple uso? ¿O qué es lo que hace que ese objeto se llame mío y aquél se llame tuyo, sino su utilización? No somos hasta tal punto dueños de las cosas que ellas a nuestro antojo nos obedezcan y nos sirvan. Dueño así, con esta totalidad de dominio, en toda la creación, solamente lo es Dios; nosotros somos meros usufructuarios. Con la concordia, tierras y mares están abiertos a todos, y dondequiera hay seguridad y todo el mundo cristiano constituye una como ciudad y patria común. La discordia, al revés, nos excluye de las propias

nuestras. Dos veces estuvo Carlos en Inglaterra; una vez Enrique en Flandes, sin ejército, sin guardia, sin séquito, inermes ambos, y puede decirse que solos, tan sencilla, tan incautamente, en dominio ajeno como en el propio, sin darse cuenta de si estaban en su reino o fuera de él, pues Inglaterra era tanto de Carlos como era de Enrique Bélgica y España, y si uno y otro deseaban que se hiciera algo en el reino no suyo, aquello se hacía no más que expresando ese deseo por carta o por mandato. ¿Qué era esto para el uno y el otro sino reinar en un dominio indistinto? Ahora, por un funesto azar de las cosas humanas, enturbiada la situación, ninguno de los dos se atrevería, no ya a ir, sino ni siquiera a mirar la jurisdicción ajena. La concordia allana y franquea todos los caminos; la discordia los obstruye y los cierra todos No hay cosa segura. No valen soledades ni yermos; ni cuentan para nada las artes ni la destreza del ingenio, ni la majestad del nombre ni los ejércitos numerosos, ya que la discordia, con sus dardos, lo acribilla y con su mazo lo contunde todo. No hay cosa más flaca que el poder, sea el que sea, en la discordia. En ningún otro sitio juega más fuerte la Fortuna.

Ciro, con tan grandes huestes, y tras una deslumbrante carrera de triunfos, fué vencido y muerto por una mujer. Ni a Marcelo le valió su constante buena suerte para que no muriese a manos de Aníbal; él, que fué el primero en enseñar que podía ser vencido, ni al mismo Aníbal le salvó su ejército vencedor de Italia, ni a Pirro sus huestes aguerridas y su pericia en el arte militar. Demetrio, rey de Macedonia, que a sí mismo se apodó *Poliorcetes* (lindo apodo y linda arte, dice Séneca, esa que él profesó de destructor de ciudades), al fin fué hecho prisionero por Seleuco, y acabó muriendo en la cárcel de melancolía. Capturado fué el cartaginés Asdrúbal y arrancado violentamente de sus propios reales por un golpe de mano de los siracusanos, a quienes tenía sitiados. Tomado por los ingleses fué Juan, rey de Francia, quien por la enorme superioridad numérica de sus efectivos había desdeñado la exigüidad de sus fuerzas, hasta el punto que rechazó determinadas proposiciones de rendición. La Historia está llena de tales ejemplos. Y por no traer exclusivamente ejemplos antiguos, ni a Francisco de Francia lo tuteló su poderoso ejército, ni al Papa Clemente toda Roma ni el nombre sacrosanto de su dignidad, para que nadie crea reunir tanta potencia militar que no tenga que recelar la mudanza de la Fortuna. Por esto a Marte llamáronle *Mavorte* (que suena voltizo), porque repentinamente trabucaba las grandezas humanas.

¿Y qué más, si en tiempos de guerra ni aun el rey mismo está seguro en su propio reino, sino rodeado y como sitiado por sus propias armas, que hacen las veces de cárcel, de manera que una y otra cosa está designada con el nombre de guardia (*custodia*)? Teme celadas de los extranjeros y de los suyos, ora sea éste el terror moral que ocasiona la discordia, ora tenga motivos especiales de recelo, presupuesta la turbación de los tiempos. Los nobles, en la paz, son dóciles, porque el pueblo está al lado del príncipe y le es fácil, si cometieren algún desafuero, interrogarles a tenor de las leyes y costumbres, y no fácilmente reciben el apoyo de sus amigos; mas en la guerra vengan sus enojos, porque todo el mundo tiene

su atención puesta en otros menesteres, y más que ningún otro el príncipe, el cual, quiera o no quiera, tiene que hacer como que no ve muchas cosas. En esa ocasión esos nobles revolvedores tienen a donde acogerse si en aquella tierra no se encuentran asaz seguros, y los mismos soldados, que tienen la misión de defender y guardar el reino y rechazar y alejar los enemigos de las fronteras en virtud de su juramento, ejercitan la insolencia militar en la perdición del reino y del rey, que es su caudillo natural, en cuyo nombre juraron. ¿Cuántas veces los soldados pretorianos, cuántas veces las provincias apartadas, y aun aquellas mismas que estaban bajo el mando directo del caudillo, aquellas mismas armas que juraron emplear para defensa de los intereses y de la vida del mismo caudillo no las volvieron contra él? Muerto por los suyos fué Cayo Cecina, por embarcar el ejército que había de acaudillar contra Sila; fué quemado vivo L. Fimbria, por reprobar su escasa marcialidad; fueron asesinados Galba, Pertinax, Alejandro Severo, Maximino, Magno, Balbino y otros innumerables capitanes, no por alguna culpa suya, sino por la fachenda y loca veleidad de la soldadesca.

¿Por qué voy a referir las traiciones y las defecciones de ejércitos enteros comprados por un vil puñado de dinero que vió esta nuestra edad? ¿Qué no tendrán venal los soldados, que tienen la vida venal? ¿Y quieres tú que no te vendan a ti por el mismo precio por el que se vendieron a sí mismos? Pero es el caso que alguna que otra vez permanecen fieles; no comercian la defección y la fuga. Cierto; pero es que no se atreven a ello, porque les retrae un miedo mayor, o, de otro lado, no esperan más de lo que tienen de ti en su actual situación. Vimos hace poco en Francia crear un rey por un grupo enloquecido de soldados que no cobraban sus haberes, a quien ellos, con un mote soldadesco, llamaron *azul*, creo yo que por el color de su uniforme, con grande terror y no con pequeño peligro de aquel reino.

Pero ni el rey tiene el reino en su poder ni (cosa que afecta en su grado máximo a su propia dignidad de rey) puede acudir en ayuda de las leyes y de la equidad; antes al contrario, contra su propio querer, y lamentándolo vivamente, en tiempo de guerra se encuentra forzado a sufrir muchos desafueros contra las leyes y contra todo derecho y justicia, por no poder castigarlos, y tiene que consentir que sus propios soldados, sin los cuales no podría defender ni conservar la dignidad ni aun el propio nombre de rey, incendien, saqueen, destruyan, maten y perpetren un sinfín de vejámenes e impiedades contra los bienes y la vida de sus propios vasallos. Quien ambicionaba la monarquía del pueblo romano, lo primero que hacía era procurar atraerse la guardia pretoriana y las restantes legiones, garantizándoles la impunidad de todos sus criminales excesos; quien no lo hacía sabía por anticipado que no iba a encanecer en el trono. ¿Qué apocamiento hay mayor que este indigno, no ya de un rey, pero ni siquiera de un hombre libre, estar sujeto a una servidumbre tan infecta y a esas escurriduras de hombres.

Por todos estos abusos hacen las personas civiles contra el rey, causa de todos esos males, abundante acopio de agravios y de odiosidad, aumentados por los impuestos y exacciones con que raspa y enjuga, y deja al pueblo en la propia arma-

dura para subvenir a los gastos infinitos que la guerra ocasiona. Con ello, se enajenan del príncipe los espíritus, y como es razón, no le aman y le veneran como a padre común, sino que le aborrecen como tirano y como enemigo le execran, de modo que por vengarse de él no les falta sino la ocasión; duélense de sus buenos sucesos y se gozan con sus reveses, y no esperan noticia más alegre que la que les comunicará haber sido quitada de en medio aquella calamidad pública y aquella peste del reino.

Estas situaciones, unos príncipes, los más cautos y avisados, las entienden y las disimulan, y los más distraídos, ni las advierten ellos por sí mismos, puesto que siempre viven encerrados en sus palacios y separados de todo contacto con el pueblo y sus cambios de opinión, ni tienen quienes se los adviertan, estrechados cada día más en el círculo de sus aduladores, que, aun al rey que acapare mayores cantidades de animosidad y de ojeriza, le convencen de que cada uno de sus súbditos le quiere más que a sus propios hijos, más que a su vida. Cuando esas grandes y sombrías concentraciones de abominación popular toman expresión pública y tan clamorosa que bien pudiera llegar a sus oídos, dícenles que son aclamaciones y vítores y votos de bienandanza que por él hacen las masas.

Un príncipe así ocupado y sitiado así no tiene nunca un momento para recogerse en sí mismo y pensar maduramente cómo debe hacer esto o aquello, cómo debe vivir, cómo debe gobernar a los suyos y cuál es el concepto en que le tienen sus vasallos. ¿Es esto reino? ¿Es esto poder? ¿No es, con mayor razón, una mazmorra llena de sabandijas y tinieblas, puesto que no se fía de lugar ni de hombre alguno, o una miserable ignorancia llevada al extremo, la cual, imprevisora y ciega, se revuelca en un lodazal apestado? ¿Aduciré yo aquí el aleccionador ejemplo de aquellos que liquidaron una robusta opulencia fundada en la permanencia del poder mediante unos motines insignificantes, provocados por el odio y la malquerencia de los suyos? Referiré uno solo que valdrá por todos, y lo contaré con los mismos términos de Emilio Probo. Dice:

Dión, confiado, no tanto en sus propias posibilidades como en el odio que se tenía al tirano Dionisio, con valentía grande, partiendo con dos buques de carga a expugnar un Imperio de cincuenta años, afianzado en quinientas naves largas, en diez mil jinetes y en cien mil peones, cosa que a todas las gentes sensatas parecía la más loca temeridad, le abatió tan fácilmente, que a los tres días de haber abordado a Sicilia entró en Siracusa vencedor.

Este hecho da a entender que ningún Imperio se mantiene en seguridad sin el apoyo de la benevolencia del pueblo. Este mismo Dión, que expulsó al tirano, como pareciese conducirse con cierta insolente altanería, no halló quien en los momentos de peligro y de lucha con sus enemigos le socorriese, impidiendo que se le asesinara. Lo que halló fué uno de sus vasallos, el cual, por una ventana, le arrojó la espada con que Dión fué descabezado.

Y no son de mejor condición los ciudadanos en discordia que andan por la ciudad y se pasan la vida en el encerramiento receloso de las paredes de su casa con la misma alarma y sobresalto que en un bosque solitario infestado de bandidos. En concordia, los criados nos están

adictos y sujetos; en discordia, nos son sospechosos de miedo que nos traicionen. Esposa, hijos, padres, casa, familia, propiedades, vestidos, riquezas, que en la concordia son gratas sobre manera y nos reportan los mayores provechos para la vida, en la discordia se nos hacen pesados, aborrecibles, angustiosos, porque cada una de estas cosas multiplica nuestro miedo, y adondequiera se vuelva nuestro espíritu nada se le presenta que no sea materia de temor, pues uno solo teme por tantos y para tantos. En paz y concordia, es puro contentamiento engendrar hijos y darles crianza. Y en la discordia, esto mismo, ¿qué es sino triste y agobiante causa de sobresalto? Dice en Virgilio, Eneas, aquel héroe fuerte y piadoso:

Y a mí, a quien antes ningún temor me hacían los agresivos dardos ni el vivo muro de griegos apretados enfrente de mí, ahora me intimida cualquier rumor de viento; un ruido cualquiera me alarma; me pasmo y tiemblo a la vez por quien me acompaña y por quien llevo en hombros.

Cuéntanse en el número de bienes la honra y la gloria en cuyo deseo es mortal el yerro de los hombres. La honra verdadera y genuina es la que acompaña a la virtud como la sombra al cuerpo. La honra no viene a ser más que un cierto homenaje a la virtud, prestado por quienes de la virtud juzgan con criterio recto. No obstante, los necios créenla merecedora de cualquier loa de cualesquiera hombres, por manera que se consideran honrados con que les alaben el zapatero o el cochero. ¡Error grande! ¿Quién hay que no lo vea? ¡Pero cuánto más pernicioso es aquel otro error por el cual buscamos y captamos con tan afanosa solicitud aquella alabanza como cosa hermosa y codiciadero! Los juicios de los hombres rudos y vulgares nacen de la pasión, no de la serena contemplación de la verdad. Así es que el favor amigable, por lo común, comporta honra, y la enemistad comporta ignominia, pues cada cual habla según siente en sus adentros; el espíritu de partido y facción es ciego, es tajante y exclusivo. Para el español, todo lo de España es aceptable; para el francés, todo lo de Francia. Treinta años mortales ha que España mantiene con Francia una guerra casi continua, muy perniciosa para el nombre cristiano. El español ha tomado al francés Nápoles, Milán, Navarra, el Rosellón; le ha infligido severos desastres, le cercó y aniquiló ejércitos poderosos y acabó por prender a su rey. Pues bien: con todos estos reveses serios, el galo gallea y gallardea en su casa y se presenta como victorioso ante su nación y las otras naciones, testigos oculares de su derrota, y habla con tal desenfado y escribe con tal énfasis, como si hubiera hollado con recios pasos de vencedor toda la espaciosa España, desde las canas y nevadas cumbres pirenaicas hasta el seno gaditano. No canto yo aquí el encomio de España. Harto más quisiera yo verla enaltecida con otra suerte de encomios que no con estos de sus armas y de sus victorias, que son pura piratería y crueldad. A España no la tuviera yo por peor si hubiere resultado vencida, ni por mejor a Francia si hubiese salido vencedora. En toda esta obra mía, ¿qué otra cosa hago yo sino abominar estos furores, y si estuviera en mi mano, ¡plugiera al Cielo otorgarme tal ventura!, los raería y los arrancaría de raíz del ánimo de los hombres, o al menos los mitigaría y disminuiría. Y no

va mucha distancia de alabar a un hombre por sus campañas a alabarlo por su inhumanidad, o de recomendar a un cristiano por sus victorias y efusión de sangre o de su paso de Cristo al demonio. ¡Oh, si Cristo hiciera que yo viese algún día con estos tristes ojos míos empeñada en empresas más nobles y más cristianas a esa entrañable España que me engendró y a esa dulce Francia que me crió, en flor y en auge y en liza más honrosa! No en porfía de crueldades y odios, y de cuál de las dos ocasionará a la otra mayores daños y males, contienda no propia de estados cristianos y vecinos, que por espacio de tan largos años mantuvieron finas y afectuosas relaciones de buena vecindad. Compitan enhorabuena en cuál será más ilustrada, cuál más prudente y humana, cuál más santa y más devota. ¡Oh, si viera yo este espectáculo consolador antes que salga de esta vida, en cuán feliz oportunidad consideraría haber tenido la dicha de nacer!

Todo cuanto he dicho hasta aquí tiende a demostrar cuán ruin celebridad y qué gloria tan tétrica alcanzan con la discordia los vencedores para con la nación vencida. Y a las otras, ¿qué les importa ese triunfo? Por ventura tienen ellas un criterio más sensato. Acaso están poseídas de más cerriles apasionamientos que las mismas que combatieron, como suele acontecer en las competiciones deportivas, en las que los espectadores, luego al punto y como movidos por un impulso instintivo, otorgan a uno o a otro bando su favor y su simpatía. Me abstendré de citar ejemplos, por no irritar más aún la discordia que anhelo ver apagada y sin rescoldo ni resurrección posible.

Y no será más sincero el juicio de la posteridad, porque estas pasiones y fanatismos pasan con la herencia de padres a hijos, como de mano en mano. Los ambiguos y neutrales achacan el vencimiento a mala suerte, y la victoria, a crueldad. De tal modo la Naturaleza nos hizo y nos formó, que en parte compadecemos al perdidoso y en parte le despreciamos conforme son nuestro carácter y nuestras costumbres, algún tanto hostiles al ganancioso, aun admirándole.

Está bien. Ahora imagínate que un pueblo que todavía ha de nacer alumbrará a algunos historiadores, que juzgarán tus hechos de armas con un criterio de rectitud insobornable. Sí; pero esto acaecerá cuando ello no pertenecerá más a tu persona que a alguna insensible estatua tuya. Sumido estarás en gozos harto mayores o en tormentos demasiado agobiantes para que llegue a ti el sentido o el gusto de todo este coro de voces lisonjeras. Y figúrate, por fin, que tú estás tan ganoso de propagar tu renombre, que triunfas en la más sonada de las guerras: ¿qué dirá de ti la posteridad? No todas las naciones aprueban la guerra, como las hay muchas en Asia y Africa y tienen de ella el concepto justo: es cosa inhumana, feroz, cruel, apenas conveniente a fieras, cuanto menos a hombres. Tales pueblos, guiados por la Naturaleza sin malicia, llegaron a una clarividencia que no hemos nosotros alcanzado conducidos por la Naturaleza e ilustrados por la filosofía y a pesar del directo magisterio de Cristo, por culpa de nuestra malicia.

Y aun en aquellas mismas naciones para quienes las victorias bélicas son gloriosas, ¿qué muchos son los que por su natural penetración o por la ilustración adquirida o por

algún lustre de iluminación del cielo abominan de la victoria como cosa nefanda y execrable? Los artesanos y las masas obreras, que constituyen la mayor parte del humano linaje, o bien no hablan de guerra, ocupados tan intensamente en sus cosas que no les queda tiempo para consagrarse a las ajenas, o la detestan como una calamidad para ellos dañosa y mortal. Añádase a esto que existen comarcas tan alejadas, que hasta ellas, si no tardíamente y con mucha dificultad, puede la fama hacer llegar un ligerísimo susurro del ensordecedor estruendo bélico. Esto lo escribe Cicerón de la región caucásica y del río Eufrates, allende los cuales no pudo trascender la fama ni las increíbles hazañas de los romanos.

Pero en nuestros mismos tiempos y en estos años mismos que vivimos, con cuánto retraso y con cuánta indiferencia oímos decir que el sultán, príncipe poderoso, había sido capturado y despojado por el rey de los turcos; y con ser ese acontecimiento rancio ya de diez años, aún no todos lo saben. ¿Y qué extrañeza puede tener esto, si en esta misma Europa y en las costas mediterráneas de España y en la apartada Galicia el rey de Francia estaba ya en libertad cuando llegó la primera noticia de su captura, y ese sensacional acontecimiento fué oído con la misma impasibilidad con que se hubieran enterado de un aguacero copioso o de una intensa nevada, caídos en Valencia o en Sevilla? Y los que hablan de esas hazañas ruidosas, con cuánta frecuencia mezclan realidades con mentiras, puesto que es mendaz la fama pregonera, y por cuán poco tiempo. Y ello ocurre en parte porque la admiración de los hechos primeros la borra la mayor admiración de los sucesos posteriores, como una ola borra otra ola o un clavo saca otro clavo; o bien porque, con el sosiego de las pasiones, pierden interés y languidecen la maravilla del hecho y el agrado de la narración.

Otros hay que, según el sabio consejo de Horacio, tienen por norma no admirarse de nada ni encarecer cosa ninguna. Otros también a quienes parece absurdo y trasnochado narrar hechos no frescos. Y así acontece que todo aquel tumulto de voces exaltadas en torno de la victoria, buscada con tanto y tan trabajoso afán, con tan caudalosos dispendios, con tanta pérdida de bienes infinitamente más valiosos, y por la cual expusimos nuestras personas y nuestros bienes, y la religión y casi todo el género humano a muy críticos peligros, bien se le oiga con negligencia por quienes tienen otras preocupaciones, o que no se propague extensamente o que en muy breve tiempo acabe por callar, perdida la gracia de la novedad. Y eso que hablo ahora de guerras famosas y de victorias sonorosas, pues aquellas discordias municipales y aquellas pasiones banderizas que bullen y pululan en las ciudades, aun cuando no comenzadas con rabia menor ni conducidas con menor saña, se quedan en una oscuridad total, desconocidas no solamente más allá de los muros de la ciudad, sino de la misma localidad en que se producen. Y con todo, aquellos bravos ciudadanos se abalanzan a la lucha por un huero y ficticio color de honra, con un tan sañoso ardor, como si fueran unos gladiadores que combatiesen en el anfiteatro a los ojos de todo el mundo. Harto difícil te será discernir si es más risible y pueril la locura que les hizo dar tamaña importancia a asuntos vanos, merecedores de absoluto desdén, o

si es más deplorable, puesto que a sí mismos se defraudaron del conocimiento y del fruto de lo que más valor tiene en la vida. Con un muy equivocado criterio desean la gloria miserable que les deparen estas luchas, pensando que en ellas se ventila la fama universal suya y de los suyos. Convencidos de que van a perderla con la mansedumbre y a retenerla con la crueldad, cuán cierto es que promueven tempestades en un vaso con pueril empeño, pero con ánimo maligno, no menos que los reyes poderosos y crueles. ¡Oh, qué vergüenza tan grande es hacer tanto caudal del juicio de un mozo de cuerda, y hacer tan poco caso del testimonio de nuestra conciencia dando la preferencia a un individuo de la ínfima capa social, más que a ti mismo, que por ventura eres noble o ilustrado o persona de calidad. Y si concedemos tanto al juicio de un hombre solo, ¡cuánto más hemos de conceder a los ángeles, que nos ven, y al mismo soberano y sapientísimo Dios, que preside y gobierna el mundo y que lee en nuestra más íntima intimidad secretos que nosotros mismos desconocemos!

Pero examinemos ya y aquilatemos esa palabra mágica que otorga la gloria: *Venciste.* ¿Qué gloria es ésta, en resolución, que la puedas tú recabar con derecho exclusivo? ¿La gloria de haber tú, con el concurso de treinta mil hombres armados hasta los dientes, ahuyentado y desparcido un rebaño inerme, haber incendiado mieses, haber derrocado villas, haber asolado comarcas, haber tomado, tras un largo asedio, una ciudad o una aldea, abrumándolas, agobiándolas de hambre y de sed y triturándolas con vejaciones infinitas? Añade a esto, si te place, en un choque de ejércitos, haber vencido a otros treinta millares de hombres. Si ello es gloria, ¿por qué no se admite a su participación a toda la hueste? ¿Acaso no existió nunca un soldado raso que, de buenas a primeras, no contribuyese al triunfo con un concurso decisivo? ¿Por qué tú, príncipe, por qué tú solo te arrogas y usurpas un éxito que es de muchos? No sin motivo justificado, aquel Clitón a quien Alejandro apuñaló en una cena tristemente famosa, condenó la costumbre de los griegos y la ordenanza en que se basaba de grabar en los trofeos, no los nombres de los soldados, sino únicamente el nombre del adalid. Acaso esta exclusividad fuera más tolerable que la atribución total a quien, valiéndose de sus generales, permaneciendo quieto él en medio de toda suerte de regalos, lejos no solamente del alcance, sino aun de todo el ruido de la guerra, sembró el campo de cadáveres enemigos, cuando la realidad fué que ya estaban enterrados y podridos cuando llegó a él el mensajero que le traía la noticia a marchas forzadas, y el suceso era viejo ya y casi olvidado en el lugar donde se produjo. ¿Y qué diré si el hecho fuere que triunfaron de legiones poderosas, no las picas ni los brazos de los soldados, sino que fué un ingenio mecánico o accidente casual, como cuando una pesada bombarda destroza y hace volar por los aires a muchos hombres, determinando con ella una victoria que con esta alabanza se celebra? ¿Cúya es la gloria y la distinción militar? ¿No es de la bombarda? ¿No es a ella a quien debiera erigirse el trofeo y no al capitán? ¿No es de aquel que le puso fuego y la disparó, cosa que pudiera hacer un niño? ¿No es de aquel a quien pertenecía la bombarda, que puede ser perfectamente

de una mujer o del hombre más cobarde? ¿Acaso no parece con este procedimiento que se recomienda y glorifica al vencedor de una batalla en la misma forma que en la antigua Grecia era celebrado con hiperbólicos loores aquel cuyos caballos o cuyas cuadrigas hubieran conquistado laureles olímpicos, mientras para ese propietario, que a veces era una buena mujer o un anciano, cascado de enfermedades, molido y encadenado por la artritis, que no podía menearse en su lecho, allá en Siracusa, o en Asia, mientras el pregonero amontonaba alabanzas de todo género ponderando la celeridad o la gallardía de aquel anciano cojo y de salud desesperada, con gran énfasis y boato, no sin la burla de quienes conocían al desmedrado sujeto de tan subidos encomios? De esta misma manera vence el ejército, la armada, la maquinaria bélica o de una mujer, o de un niño de teta, o de un muchacho que no piensa más que en sus juegos, o de un mozo, o de un joven, o de un anciano sepultado en sus placeres, o más probablemente distraído por otros negocios en la paz de su casa. Este proclámase vencedor y a él vuelan los vítores porque tiene el título de poseedor. ¿No coliges ya cuán ficticia, cuán hueca, cuán mendaz, cuán basada en juicios injustos y bobos está esa apoteosis que se tributa, y que a quien no realizó el hecho le atribuye la recompensa del hecho y adjudica el galardón a quien no hizo para ello ningún mérito?

¿Y qué pasa cuando el triunfo es por pura casualidad? Fabio Máximo derrotó fuerzas muy poderosas de los samnitas por un grave error suyo, porque en el ejército corrieron voces de que estaba a punto de llegar por la espalda de los samnitas su colega P. Decio. El sol y el viento, que los romanos tuvieron de frente, contribuyeron muy mucho a la victoria de Aníbal. ¡Cuántas veces contagió a legiones enteras el pánico, ocasionado por la fuga de un solo hombre, que arrastró consigo los soldados más aguerridos y la fuerza toda del ejército! La caída de un caballo desbarató todo un cuerpo de caballería; una lanza echada de través contra las lanzas de los enemigos produjo trastorno en toda la formación. ¿Cúya será esta gloria? ¿A quién se erigirá este trofeo? No al ejército fuerte, sino a la fortuna fuerte. ¿Y qué, cuando el hambre o la sed, o la peste o cualquier otra enfermedad, acaban con poderosas fuerzas militares y obligan a parar en manos de los enemigos muy valerosas guarniciones? Una borrasca quebrantó una flota numerosa y fuerte. Un desmoronamiento abatió una ciudadela. Una chispa casual caída en el polvorín voló la plaza con toda su guarnición. ¿Cúya será esta fama? ¿Quién usurpará los vítores de ese triunfo? Con todo esto, los que fueron ocasionalmente afortunados arrímanse a sí mismos la alabanza como si hubiera vencido por valor consciente quien venció por mero capricho del azar. El caso es que en todas las situaciones análogas cada cual se atribuye la gloria y el honor, siendo así que lo más corriente es que la suerte y la casualidad acostumbren orear con el soplo más benigno y cariñoso las sienes del más cobarde y del peor. ¿Quién, en este punto, podrá con énfasis suficiente encarecer la necedad reinante, que, a pesar de todo, es inhumana y bestial? No raras veces ambos contendientes se atribuyen la victoria y la explotan y cada cual, en su comarca respectiva, se decreta y se erige trofeos en mengua del otro, como en las gue-

rras del Peloponeso hicieron atenienses y lacedemonios. Estos emblemas de victoria consagrados a la perduración es indecible cuánto incitan los ánimos de unos y otros y refrescan y exacerban las viejas y ya casi borradas enemistades. Hay constancia de muchas guerras antiguas y modernas cuya reviviscencia no reconoce otra causa. Yo creo que ésa fué la razón por que las añejas leyes militares prohibieron la renovación y restauración de los trofeos caídos, con el designio evidente de que no durasen más tiempo esos testimonios excitantes, que irritan y encienden la combatividad. Ahora no quedan más trofeos que los estandartes militares colgados en los templos, en homenaje de los santos. ¡Oh, cuán grande es tu ruindad, puesto que piensas que el fruto de tantos sudores y peligros se limita a unos cuantos palmos de lienzo, que es la cosa más poco durable y que más presto se gasta y se pudre. ¿Do están tantos miles de trofeos de los griegos y tantos miles de los romanos y tantos arcos y tantos obeliscos, y otros signos de victoria, sagrados para los mismos dioses, y a los cuales el derecho de gentes confirió una cuasi inviolabilidad? ¡Cuán pronto se rasgan aquellas telas! ¡Cuán pocos son los que en ellas ponen sus ojos, y cuán contados los que reparan en ellas o averiguan su motivo! Ocurre hartas veces que abundan tanto en la nación vencida como en la vencedora. Y constituye una enormidad y una aberración, no ya propiamente humana, sino salvajina y bestial, por torpeza o por escasa atención o diabólica por impiedad y malicia colgar en honor de Cristo y de los mártires las insignias de nuestra crueldad, demostración irrefragable y clarísima de que no prestamos ninguna atención a los mandamientos de Dios y a los ejemplos de los mártires. Los antiguos, en los pasados siglos, ofrendaban a Marte, dios de la guerra, y a Júpiter, en cuyas manos creían estar depositada la victoria, las banderas de algún paso honroso o de un lance afortunado, demostrativas de gratitud, como quien les devuelve aquello mismo que creen haber recibido por favorable intervención suya. ¡Cuán desatinado fuera quien ofreciese las armas tomadas al enemigo a Venus o a las Gracias o a las Ninfas, diosas mansas y de la guerra muy ajenas. ¿Y qué, si hubieran tenido a un Dios que siempre les hubiese exhortado al amor, a la paz, a la concordia, a la paciencia, y con sus doctrinas hubiese apartado a los hombres de la discordia, de las guerras y matanzas? ¡Cómo tuvieran por desalmado y sin entrañas a aquel capitán o aquel soldado que ofreciese el botín al mismo dios de las guerras y los propios pontífices le aconsejaran sobre la manera como convendría expiar aquella incongruencia! Nosotros, en cambio, ofrecemos a Cristo y a los mártires testimonios de unas luchas en que ellos prefirieron ser vencidos a luchar y que con su vida y sus palabras no enseñaron otra cosa sino el profundo desagrado que les producían tales disensiones y que no era aquél el camino para llegar a Dios, Padre de la concordia y de la mansedumbre, sino al diablo, cabeza y príncipe de la desunión, del odio, de la lucha, de la mortandad. Harto distinto es el género de fuego, de hierro, de pugnas que aquel Maestro celestial, Hijo único de Dios por su naturaleza, bajó del cielo para introducir en el mundo, provocando incendios amorosos y que el marido se separase de su mujer, y el

padre del hijo, y el hijo del padre por seguir a Cristo, porque compitiesen en piedad para con Dios y en recíproca benevolencia. Esta es la lucha espiritual y amorosa del cristiano y la más perfecta en que el hombre puede empeñarse. Propio de todo hombre, mientras fuere hombre de veras es contender denodadamente con su ingenio, prudencia, juicio, moderación y templanza en esa campaña, por no ser en ella por nadie superado. Así Sócrates luchó armado con solas las armas de la Naturaleza; así luchó Catón, de quien Salustio escribe: *Catón no tenía más afán que el de la modestia, del decoro y, especialmente, de la austeridad. No pugnaba con el rico por riquezas, ni por espíritu de facción con el faccioso*, sino con el aguerrido en esfuerzo, con el modesto en reserva, con el insobornable en abstinencia e integridad.

Esta es, en resumen, la positiva victoria del vencedor. En otro orden de contiendas es menester que tú, a tu vez, seas vencido por la ira, por la acometividad bestial antes de que venzas al enemigo; que antes te reconozcas inferior y que estuviste a sus pies cuando te dañaba, pues a quien permanece en un plano superior, nunca le alcanza el daño, colocado, como una suerte de Dios, más allá de las injurias y ultrajes que los hombres puedan inferirle. Pero ¿qué necesidad tenemos de ejemplos extraños nosotros, que los tenemos tan abundantes y domésticos de Cristo, en primer lugar, y de los mártires, luego? Si admiramos y celebramos sus gloriosísimas y eficaces victorias, también es razón que imitemos, que admiremos sus combates para ser admitidos a la participación de sus honores y triunfos. Dime, por favor: ¿Por ventura el Hijo de Dios, que es la misma Verdad, alardeó jamás de haber vencido? Y con todo, no fué un castillo roquero lo que rindió, ni fué un burgo sin defensa, no una hueste de hombres mortales, desvalidos, destinados a perecer dentro de breve tiempo: *Yo*—dice—*vencí el mundo.* ¡Qué gran motivo esta victoria universal de confianza y orgullo legítimo! Al mando de ese Caudillo hemos de hacer el aprendizaje militar; a su voz de mando aprenderemos no a ser vencidos jamás, sino a vencer, puesto que solo El venció al mundo. Y si El solo desbarató, derrotó, derribó al suelo tantas huestes y tan poderosas, ¿qué pensamos que van a hacer sus soldados y sus ejércitos, animados y entusiasmados por su presencia? *Presente estará, y nos ayudará en el combate; loará nuestra victoria, coronará a sus vencedores*, como dice San Cipriano, héroe laureado de estas campañas, *y El, a su vez, será coronado por ellos.* Estos son los combates de los hombres; éstas, las pugnas de los cristianos, y con estos enemigos, precisamente. Esta es, en verdad, la entereza varonil, pues sus fuerzas físicas, aun aumentadas hasta la exageración, no llegarán a la robusta solidez de las del toro o del elefante; ni la seguridad de su pecho podrá compararse con la majestuosa del pecho del león, si ya no fuere que el ser humano degenere de su natural mansedumbre en alguna extremada y rabiosa ferocidad. ¿Y qué más, si se tiene en cuenta que las fuerzas físicas son parcialmente una brutal y vilísima animosidad aposentada en aquella parte del ánimo, que en nada se diferencia de las bestias, por manera que la alabanza que con la victoria de estas partes se recaba es perfectamente intercambiable con las bestias? ¿Por ventura no atestiguan

esto todas las semejanzas y todas las analogías de la fortaleza militar y de la corpulencia física, que todas se toman indefectiblemente de las bestias o de otras cosas privadas en absoluto de juicio? Compáranse los hombres de temperamento combativo con leones; compáranse con jabalíes, con osos; su ímpetu es comparado al huracán, al oleaje bravo, a las tempestades, al rayo. Llenos están de estas asimilaciones Homero, Virgilio, Píndaro y otros que con tanto aliento, ardor y facundia cantaron las guerras y combates. ¡Cuánto mejor hicieran si hubieran cantado la mansedumbre, la humanidad y otros temas provechosos para la vida, porque el género humano debiera agradecimiento infinito a quienes ahora les es deudor de harto poca gratitud y de servicios harto endebles. ¿Qué se deduce de todo esto que dije? Que la victoria merecedora de auténtica alabanza humana es aquella por la cual vencemos en ingenio, en cordura, en entendimiento, en consejo, en sabiduría, en virtud, cualidades propiamente humanas y con las bestias no comunes. ¿Habremos de señalar entre los timbres de gloria el que la Humanidad haya pagado las victorias de César con dos millones de vidas, *ese inmenso ultraje*, como dice Plinio, *inferido al linaje humano?* Séneca llama al macedonio Alejandro *furioso loco joven*; Lucano, al mismo Alejandro, le inflige ustorios calificativos como éstos: *fatal azote de las tierras, rayo forjado para herir a la vez todos los pueblos del mundo, astro aciago a todas las gentes.*

No pueden los vencidos alabar a quien los acosó con tamañas vejaciones, ni tus admirados vencedores pueden alabar a quien los dejó exhaustos. Y así es que por esa gran esperanza de victoria, ya devorada y digerida en tus adentros, no has hecho más que cosechar maldiciones o quejas aliñadas y adobadas de malevolencia e inquina. Dime: ¿quién, sin reserva mental y con sinceridad absoluta, puede respetar a aquel al cual ve excitado y casi furioso, de cuya actitud colige inequívocos indicios de lo torcido de su corazón, de su impresionabilidad, vaciedad, imprudencia? Si por imprudencia vino a dar en enemistades, es ello indicio de temeridad. Si adrede las apeteció y las contrajo, ello acusa genio agrio e inmisericorde. Húyenle los amigos; sus allegados, con horror y abominación. evitan cuidadosamente la enconada sevicia de su pecho, como si fueran espinas muy agudas o sabandijas venenosas. De éstas no hay especie más ponzoñosa, virulenta y activa que la del hombre pendenciero e inclinado a la discordia. Añade a esto la deformidad de su rostro y el torpe tropel de sus palabras, *hasta el punto que no sabes*—dice Séneca—*si este vicio es más odioso o más deforme.* Este vicio, para los unos es pueril y para los otros es cruel y temerario. Aquellos que de él pueden recibir daño se atemorizan y se hurtan al peligro tanto como pueden. Aquellos otros que no están en la esfera de su influencia dañina, ésos se ríen de sus barrumbadas y de sus fieros como de los vanos bramidos de una fiera enjaulada o de un actor trágico que con boato pavoroso echa bravezas grandilocuentes representando a Hércules o a Ayax. ¿Qué cosa hay más risible que el ánimo fiero y exaltado, pero sin fuerzas? Lo que yo más admiro es que exista un hombre ilustrado y prudente que sabe todo esto muy bien, que antes que nada no consiga de sí mismo,

cueste lo que cueste, y que a sí mismo no se imponga, sacando fuerzas de flaqueza, la suficiente serenidad y dominio de sí por no enojarse ni ser desposeído de su imperturbable quietud espiritual, por haber dado en su pecho entrada a la enemistad y a la discordia activa, la cual, siendo fea y malquista en cualquier hombre, en las personas ilustradas y que están en concepto de cuerdas, es indecorosa de todo punto. Ella despoja a la autoridad de todo su peso y deja estériles y hueros los preceptos de la sabiduría y desautoriza a quienes la profesan, pues que todo el mundo ve cuán ajena es su vida de aquella profesión y de sus predicaciones magníficas. Pierde mucho en nuestra estima anterior aquel a quien vemos metido en riñas y pendencias. Mientras baldona, él recibe baldón y queda con él mancillado. De la liza salen por un igual negros y sucios de polvo vencedores y vencidos. Y esto es tanto más cierto cuanto que no hay riña ni contienda alguna en la que el adversario no saque a relucir algo que le favorezca y que te perjudique a ti, rociándote con algunas salpicaduras de sospecha, pues no hay persona alguna tan íntegra e irreprochable que no pueda pegársele el lodo de algún dicho ultrajante.

¿Y qué diremos si no hay individuo tan abyecto, tan vil y que polarice tan general odiosidad, que no tenga quienes por pasión le favorezcan, sin calibrar razones ni motivos? Y ello es tan cierto que a aquel mismo Vatinio, cuyo aborrecimiento dió origen a una expresión hiperbólica y a un adjetivo introducido por el poeta Catulo, a saber: el odio vatiniano, no faltaron quienes le favoreciesen y le ayudasen y le elevasen a los más altos honores del pueblo romano, puesto que fué tribuno de la plebe, amén de pretor. Y, al revés, no hay absolutamente ninguna persona tan popular y querida, que no tenga malquerientes y enemigos que se gocen y saboreen con oír decir mal de él y que den crédito a todo cuanto contra él se diga, aun cuando quien lo diga sea un malsín o un bellaco, la flor y espuma de la bellaquería, como los que echaban los brazos a Clodio por odio a Cicerón o por odio a Mario Catón tendían la mano a Vatinio. Es increíble la facilidad con que se truecan las voluntades de los hombres, a la más liviana e inconsistente verosimilitud de acusación, y cuán breve es el paso que va de la honra a la ignominia, de la gloria a la infamia. ¡Con cuánta rapidez se dispara una palabra maligna y cuánta fuerza y autoridad cobra en un momento! ¡Cuán pegadiza es y cuán tardía y difícilmente se lava y se limpia!

Hay algunos que, aun a sabiendas de la inconsistencia y suma vaciedad de una injuria, toda vez que la oyeron, la almacenan en la memoria y con una insigne malicia, cuando se presenta la oportunidad, la utilizan abusivamente, cuando les viene gana de molestar a aquellos contra quienes se lanzó. Entre las filas de los intelectuales de tan elevado prestigio literario, con desdén y vilipendio de la majestad de la sabiduría originados por sus antagonismos, atrévense los indoctos a infiltrarse en aquel terreno que les está vedado, mezclándose en las pugnas de los sabios, hacen de árbitros en la contienda y de medianeros de paz, con gran desdoro y mengua de las artes y de las disciplinas todas. En París, en unas elecciones rectorales, porque no había avenencia en la facultad de Filoso-

fía, tras de haberse llegado a las manos y a los palos, yo vi, y no una vez sola, a un magistrado profano que tenía la misión de dirigir aquellos comicios turbulentos, hombre a lo que entonces me pareció no lerdo ni ayuno de letras, que hacía burla de la desfachatez de los maestros en la captura de votos y de su necedad en sus arengas electorales. La cordura impuso que los que no se sabían gobernar fuesen gobernados por aquellos que por naturaleza, y por derecho, y por ley, y por razón, y por su dignidad profesional debían tenerlos subordinados. Hay algunos que mientras con la vindicación de la injuria pretenden satisfacer ese necio prurito del honor, revuélcanse en mayor vilipendio y deshonra, como los pajarillos prisioneros, que mientras se esfuerzan con sus azorados movimientos por evadirse de las redes y lazos del parancero, se enredan y aprisionan más estrechamente; como aquel caso donoso ocurrido a un español que, habiéndole el enemigo enseñado un palo, se convenció de que había recibido un intenso vapuleo. ¡En qué lances se vió metido, por querer vengar una azotaina que no recibió! Muy grande y muy grave verdad formuló Séneca al decir que *muchos atollaron más profundamente en las injurias por querer vengarlas*.

¡Cuánto mayores fueron la agudeza y la prudencia de aquel que, habiendo recibido un bofetón, fingió que él lo había dado disimuladamente y así, mientras uno y otro porfiaban que era él quien lo había dado y era el otro quien lo había recibido, la cosa acabó entre una carcajada general. El que lo dió contentóse con saberlo él solo; el que lo recibió se satisfizo con disimularlo. El denuesto, si se le recibe pacientemente, no se pega; si la razón lo borra sin resquemor, pierde toda su virulencia; mas la ira tómase como demostración de que era merecido. Quien a hierro vengare una ofensa, daña tanto a su propio honor como al enemigo de quien se venga, pues deja en el ánimo de cada cual un fondo de cualquiera clase de sospechas; así que, ni da satisfacción a nadie, ni aun a sí mismo, cuando piensa esto. La verdadera y maciza honra del cristiano se funda en el testimonio de la propia conciencia y en la aprobación de Dios, soberano Anagoteta, espectador y árbitro de nuestros actos y de nuestros pensamientos. *No el que se alaba a sí mismo, luego al punto es aprobado, mas aquel a quien Dios alaba. Gran cosa es*—según el proverbio viejo—*que el atleta haya contentado a Hércules.* No habrá en la arena mozo tan ambicioso o tan embebecido, captador del aura popular, que no prefiera merecer la aprobación de sólo Hércules que de toda la concurrencia, por más numerosa que fuere. Y si en el ejercicio de nuestra profesión o de nuestra especialidad damos tanto valor a la aprobación ocular de quien en aquel arte es una autoridad, como para el orador Cicerón o Demóstenes, para el pintor Apeles, para el médico Galeno, ¿en qué estima no debemos tener a Dios, Espectador nuestro? Con cuánto esmero debemos enderezar a su voluntad y aprobación todo lo que decimos, todo lo que hacemos o pensamos, puesto que a todas las cosas está presente aquella su majestad santa y todopoderosa, para que no se desvíen un punto de su blanco. Allí arriba tiene su firme asiento la honra del cristiano, y no en las hablillas necias, inciertas, sin consistencia de uno u otro hombre.

En seguimiento de esa virtud irá indefectiblemente la honra, aun cuando tú no la busques, aun cuando tú la declines o la rechaces con energía, puesto que la honra es la sombra de la virtud. Muy cuerdamente Sócrates enseñaba a sus discípulos que el atajo más abreviado para la honra y la gloria sólida e incorruptible era la virtud, dado caso que procurase cada uno ser efectivamente tal, cual quería ser conceptuado. El que quiere agarrarse a una sombra, no es ella la que coge, sino el cuerpo que la proyecta. ¡Cuánto respeto no sienten los espectadores por el alma tranquila y asegurada en su propia paz, que ha trascendido las cumbres de la existencia, y desde aquella altura soberana contempla, debajo de sus pies, lo que nosotros miramos y admiramos sobre nuestras cabezas!

Recójanse en un haz todas las guerras de todos los caudillos habidos y por haber, antiguos y modernos: no es unánime ni igual la alabanza que los hombres les tributan ni todos los espíritus las acogen con la misma complacencia benévola con que oyen los actos de clemencia, de mansedumbre, de humanidad que hicieron por ventura. Estos rasgos generosos despiertan sentimientos de gratitud afectuosa para con aquellos que tanto tiempo ha salieron de esta vida; esta actitud les granjea aplausos y favor y avivan gratamente su memoria; con frecuencia y gusto evocamos el recuerdo de aquellos a quienes tenemos por los más semejantes a Dios, no por sus victorias ni por sus matanzas, sino por su templanza suma en el sumo poder, pues hizo su mansedumbre que se tomasen tan tasada una licencia que les otorgaban sin límites su opulencia y su poderío. ¡Con cuánto entusiasmo y con cuán subido y general encomio es celebrada aquella alabanza singular. *No quiso hacer daño pudiéndolo hacer.* Y con cuánta indignación y repulsa, aun aquellos a quienes ningún daño alcanzó, oímos que se dice: *Causó daño.* Jamás perjudicó a nadie la virtud. Y, en cambio, aun desaparecida de los ojos, prorroga su influencia bienhechora, y supérstite, irradia su eficacia desde el mismo sepulcro. ¿Acaso el macedonio Alejandro alcanzó gloria mayor o se le da más cariñoso acogimiento en el ánimo de los lectores, cuando vence a Darío, a Poro y sojuzga toda el Asia, o cuando se conduce con la más fina clemencia y con la más delicada humanidad para con la madre, la esposa y los hijos de Darío? ¿Cuándo con su mansedumbre consigue que aquella anciana Sisigambis pueda seguir viviendo después de haber perdido el hijo, la nuera, riquezas tan cuantiosas, y no pudiera seguir viviendo después de Alejandro? Aun ahora, precisamente por esta causa, no queda excluído del número de los príncipes buenos entre los cuales se le pone no más que por sus victorias, como Lisandro, o Aníbal, o Severo.

Aun en los particulares, en la modesta esfera de su actuación, la firme constancia de una vida y su no torcida rectitud dan a entender que esa paz que encomiamos no fué engendrada por la cobardía o la apatía de su espíritu, sino que es hija del recio propósito de su vida y de la soberanía de su alma. Y ese renombre de la virtud, a guisa del resplandor que emana del sol amanecido, no queda encerrado en las paredes de una casa o en el recinto amurallado de una ciudad, sino que esparce su lumbre en todas direcciones y penetra en lo más recóndi-

to y escondido. ¡Cuánta mayor extensión de fama y cuánta más firme y verdadera gloria alcanzaron muchos hombres modestos y pobres por su constancia en la paz y en la virtud, que muchos grandes y famosos reyes, con sus vastas carnicerías de hombres y sus victorias deshonradas por la sangre!

Si se convocase al género humano como para una revista o, mejor, para un juicio final, ¡qué muchedumbre de filósofos enviarían los gentiles; qué procesiones de profetas, los judíos; y el cristianismo, cuántas y cuán nutridas huestes de santos! No hay por qué maravillarse de que en el ejercicio de la virtud sea alabado el hombre, y en el de la guerra, la bestia. La gloria militar se basa en la opinión; la gloria de la virtud, en la Naturaleza. Así es que verás ser alabados y celebrados por muy pocos aquellos belígeros varones que se llamaron Aníbal, Alejandro, César; y que, en cambio, los Sócrates, los Platones, los Sénecas, los Pablos, los Pedros, los Agustinos, los Ambrosios merecen respeto y reverencia religiosa aun de los ladrones mismos. Explica esta diferencia el hecho de que las armas y genio militar de los primeros dañaron a los buenos, mientras que los estudios y las obras de los segundos son de provecho universal, a los buenos los mejoran, a los malos los refrenan y aun a veces, con su mismo ejemplo y con sus exhortaciones, les retraen de su camino avieso y les enderezan a la virtud. En los grandes caudillos, los hombres admiran unos reflejos como de hoguera, aquel fuego con alas que dijo el poeta; mas nosotros, en los sabios y en los santos, aquella suerte de divinidad que hizo morada en sus pechos. ¡Cuánta veneración no infunde en nuestra alma el encuentro con un ser de tan acentuada superioridad, que no se nos antoja sacrilegio ni impiedad prestarle obediencia como a un dios bajado del cielo, hasta el punto de conseguir de nosotros lo que no consiguieron las leyes ciudadanas y las penas amenazadoras, que las respaldan, ni el poderío de los príncipes armado de hierro y de muerte inmediata. Callan aquellas asambleas tumultuosas, que no pudieron apaciguar ni las voces de los heraldos imponiendo silencio, ni los lictores y las haces de los magistrados, ni los magistrados mismos, ni las amenazas de cárcel, ni el soldado que penetró en la sala llena de griterío, como elegantemente Virgilio cantó:

Si acaso ven un varón grave, respetable y pío, callan de súbito y páranse y atienden con las orejas arrechas y él, con sus razones, se enseñorea de los ánimos y amansa la fiereza de los pechos.

Con este símil, el divino poeta nos enseña que es más imperioso y arrollador el señorío del ánimo sosegado y tranquilo que el del espíritu impetuoso y turbulento:

La fuerza tranquila—canta Claudiano—*hace lo que no puede la fuerza violenta, y la calma en el mando urge los mandatos más imperativamente.*

¿Por qué he de hablar de su duración? Esfuérzanse por aliviar el recuerdo humano de las grandes victorias, de las grandes catástrofes, de las fieras venganzas no sólo los que las padecieron, porque piensan que andan unidas con alguna ignominia suya, sino que los mismos que las perpetraron desean la desaparición de aquellas manchas y que las borre el olvido, bien para suprimir la sospecha de su crueldad, bien para consolidar la amistad recosida y re-

conciliada, y porque no queden las huellas de tan crueles y encarnizados enconos.

Por otra parte, aun sin la colaboración del hombre, el tiempo lo consume todo. Razonable y harto motivada es esta abolición. Mas los ejemplos de mansedumbre, de paciencia, de templanza, de comedimiento, cómo deseamos todos que se extiendan y propaguen, y los consignamos en monumentos literarios, y les damos expresión gráfica en pinturas, y los contamos los unos a los otros. Y porque lo hacen con gusto, con frecuencia los refieren los padres a los hijos, los maestros a sus discípulos para su fecunda imitación. Con esta continuidad, forzosamente tiene que ser imperecedera la memoria de tales hechos; y que lo sea es cosa conveniente al linaje humano.

Yo querría que me dijesen los que buscan falsas grandezas por medio de guerras y de discordias si existe en el mundo grandeza alguna comparable a la grandeza de acercarse lo más posible a la santidad y a la majestad de Dios. Pues a ello se llega con la mansedumbre, la clemencia y la paz. No hay cosa más apacible que la Divinidad. El humano entendimiento no concibe la fuerza y la corpulencia de su poderío, y con todo sabemos que lo que le hace admirable por manera especial es la clemencia. ¿Qué insana ferocidad es esta de pensar que es propio de un espíritu abyecto y degenerado hacer alto en la matanza y pedir la paz? ¿Será, por ende, vil y degenerado Dios que, ofendido por nosotros con tan obstinada contumacia y tras la violación de sus santas leyes, nos llama a la paz y a la amistad? *Convertíos a mí*—dice a voz en grito—, *y yo me convertiré a vosotros.* ¿Por ventura, entre los mismos hombres de cuanto más elevado espíritu es uno, más inclinado le conocemos al perdón y menos vengador de las ofensas? Y eso mismo vemos que acontece en las fieras generosas: como leones, osos, elefantes, que son menos sensibles a las injurias y las castigan menos, siendo así que las bestias medrosas y cobardes se encarnizan en la vindicta y se ceban en el enemigo caído? ¿Será cosa de que el ser más humano sea tenido por el de menor honra y de que la cordura deba correr parejas con la necedad? Claramente damos a entender que nosotros, a fuer de aprovechados discípulos del diablo, sólo hacemos caudal de aquello que le ocasiona el mayor gusto.

Cuentan nuestros navegantes que en la India existen algunos pueblos que, entre los bienes de esta vida, ponen la concordia con carácter exclusivo y que en el caso de que entre dos estalle la enemistad, por tan honrado se tiene al que primero insinúa proporciones de paz, como entre nosotros ese mismo se considera vilipendiado y menguado. ¡Cuánto más sabios son ellos, adoctrinados por sólo el magisterio de la Naturaleza, que nosotros, ahitados y regoldando letras y libros y haciendo aplicación abusiva y sacrílega al mal de la filosofía bajada del cielo! ¿Será que a aquellos indios los hizo la Naturaleza más semejantes a Dios que a nosotros la formación cristiana? ¿Existe, por ventura, ser alguno que con tanto poder sea benéfico como Dios, que jamás hace alarde de sus infinitas posibilidades para el mal, sino que siempre, ayudándonos y beneficiándonos, nos demuestra ser inmenso su poderío? Y al contrario, nuestros hombrecillos, promovidos al principado y al gobierno, quieren no más que hacien-

do mal demostrar el alcance de su poder. Empresa ésta nada gloriosa y difícil, puesto que, aun para el ser más inválido, no hay cosa más hacedera que causar daño. Los beneficios son los que dan la medida justa del poder verdadero. En resolución, el poder no es otra cosa sino el beneficiar.

Cuando llegó a Lacedemonia la noticia de que la ciudad de Olinto había sido destruída por Filipo, Egesípolis, hijo de Cleombroto, comentó la noticia con estas sabias palabras: *Jamás construirá él una ciudad como esta que asoló.* Con ese comentario inspirado y repentino daba a entender que Filipo no debía, por sola esta hazaña, ser conceptuado grande y poderoso por haber asolado a Olinto, ciudad única en belleza y sitio; pero que sí lo sería si edificaba otra ciudad semejante a la destruída en construcciones materiales y dotándola, como a la pobre Olinto, de sabias ordenanzas. Subvertir el estado de una ciudad e igualarla con el suelo es faena que puede cumplirla cualquier sedicioso: un simple panadero, un marinero sórdido de la hez del vulgo, como se demostró en los recientes motines de España; mas fundar, levantar, establecer y consolidar, ésta es empresa de un varón grande y generoso.

Todo esto que dijimos hasta aquí púsolo la Naturaleza fuera del hombre; aproximémonos más a él. Hay dos partes en el hombre: el cuerpo y el alma. El cuerpo, enfermizo como es, no puede vivir sin medicación continua. Cerrados los caminos de tierra y mar y no pudiéndose importar lo que nos es necesario, y asolados y devastados los campos en nuestra patria, no podemos disponer de aquellas sustancias alimenticias necesarias a la salud corporal. ¿Y qué pasa si estamos sitiados y mantenemos el tenaz y deliberado propósito de no capitular, sino llegados al cabo de la desesperación? En ese trance injerimos alimentos nauseabundos, cuyo solo nombre suscita instantánea repulsión. ¿Cuántas veces hemos leído que los cercados con tan estrecho cerco se mantuvieron de caballos, de perros, de gatos? ¿Cuántas, de ratas y ratones? Sitiada Atenas por Demetrio, que a sí mismo se decoraba con el feroz epíteto de *Poliorcetes* (que en romance castellano suena *Demoledor de ciudades*), fué el hambre tan fiera, que por un ratón, por casualidad caído de un techo, muerto ya, un padre y un hijo requirieron la espada, y eso que hacían profesión de vida filosófica. Recientemente en Cataluña, cuando las guerras con los franceses, se alimentaron de ratones, para cuya caza se derribaban las viviendas.

No hay procedimiento más cómodo para los sitiadores, luego de asolado el campo, hollados los panes aún en hierba, corrompidas las cosechas, cerrada la comarca por las armas enemigas o cuando se hallan de guarnición en territorio enemigo y los sitiadores sufren el odio de las tierras comarcanas. En campaña la vida es tal que no la soportan los mismos perros ni aun atados, o, mejor, esforzaríanse por romper todos los estorbos que se oponen a su huída. Hay que pasar hambre un día sí y otro también o sostenerse con un racionamiento exiguo y repugnante, que nadie sufrirá con la nariz destapada y del cual sentiría asco el cerdo más hambriento, y todo esto en un sitio donde si fueran exquisitos y muy delicados los manjares, no podrían ser saludables al organismo: en el cieno, entre pus y gangrena, entre cadáveres. A Carlos,

duque de Borgoña, aquella misma noche de su victoria cabe al monte Erico, temblante todavía de la emoción y no del todo confiado en la victoria, se le aderezó una mesa en el suelo, después de retirar tres o cuatro cadáveres, para que el príncipe vencedor tuviera sitio donde sentarse, encima de unos cuantos haces de paja que se tendieron. Allí, cansado del esfuerzo bélico, herido, nada seguro, tomó una cena como cada uno puede figurarse que se le preparó en aquel lugar y en aquel tiempo y en aquellas movidas circunstancias. Harta veces no es manjar lo que comemos, sino que llamamos comida a cualquier cosa injerida en el estómago, como cuando Julio César, en Durazzo, tenía sitiado a Cneo Pompeyo, y por falta de avituallamiento, los soldados de César tomaron como alimento todo cuanto hallaban salido de la tierra. En la campaña que el triunviro Marco Antonio acaudillaba contra los partos, consumido todo el trigo que tenían y comprados a peso de oro panes ruines de cebada, se apoderó del ejército un hambre tan fiera, que todo cuanto hallaban que tuviera raíces en el suelo, arrancábanlo y se lo llevaban a la boca. Dieron con una hierba que mataba a los que la comían, luego de haber echado la bilis y haberles quitado el seso. Esta planta fatal ocasionó muchísimas bajas. ¿Cuántas veces no se llegó a comer correas reblandecidas por la cocción? ¿Cuántas veces no se llegó a la horrenda antropofagia, sorteando uno de cada diez hombres, como en el ejército que Cambises condujo a Etiopía? En la guerra que Belisario, capitán de Justiniano, hizo en Italia a los ostrogodos, fué tanta la escasez de vituallas, que se vieron forzados a alimentarse de carne humana.

Y no es la penuria de subsistencias el único mal, sino que también la sed es un rabioso tormento, como en los relieves y desperdicios del ejército de Pompeyo que Catón, a través de los arenales africanos, condujo al reino de Juba. Navegando él hambre y la sed son todavía más atroces porque más rápidamente las vituallas se descomponen y no hay salvación para los engolfados en alta mar ni fuga posible por escapar del apremio inmediato agobiador. ¿Y a estos hombres tan bien comidos, pregunto yo, se les ahorra todo trabajo y son tratados con alguna delicadeza unos cuerpos con tal ruindad alimentados? Muy al revés: tienen que sufrir de los centuriones y otros jefes las barrumbadas insolentísimas y los latigazos más escocedores; tienen que acostarse en el suelo, a la intemperie, a veces de día, a veces de noche; en el bochorno del calor, bajo la lluvia, con frecuencia en una trinchera llena de agua; tienen que pasar a nado ríos bravos y arremolinados; tienen que abatir bosques corpulentos; tienen que luchar con matorrales y breñas espesísimas, y con la selvatiquez de los parajes; tienen que acarrear piedras o arena, construir, derribar y, con mucho de sudor y de fatiga y de peligro entre fieros enjambres de saetas, entre las balas y las explosiones de las bombardas, llevar a cuestas la impedimenta, como las acémilas, y no carecen del apodo que merecen: se los llama *mulos marianos*, por el cuerpo de ellos que creó Cayo Mario. Y tienen que pechar con todo esto aquellos que se acogieron a la profesión militar como a un asilo, como a un remanso de ocio y de quietud, por horror a todo trabajo y a toda artesanía manual; y así es como alcanzaron el premio justísi-

mo de su holgazanería. Dejo a un lado las inclemencias del cielo: calores, lluvias, hielos, temporales en el mar, que hartas veces dieron buena cuenta de armadas poderosísimas, dispersadas y quebradas contra las bravas rompientes. Ello me hace recordar un muy pertinente pasaje de Séneca en su *Cuestiones naturales*, que, por la gravedad de sus sentencias y por la gracia de su estilo, me complazco en reproducir:

«¿Qué suerte de locura es esa que nos agita y nos predispone a un recíproco exterminio? ¿Damos los vientos a las velas con ganas de pelea y desafiamos peligros por correr otros peligros? Afrontamos las incertidumbres de la Fortuna, la braveza de las tempestades no superables por ningún poder humano, la muerte sin esperanza de sepultura. La misma paz nos resultaría cara si navegásemos en su busca a través de tantas penalidades. Y ahora, cuando hubiéramos salido en bien de tantos escollos ocultos y de tantas celadas y falacias del mar; cuando hubiéramos escapado de tantas montañas como amasan tempestades en su cumbre y de donde se abalanza el viento precipitado sobre los navegantes, de los días arrebozados en nieblas, de las noches espantables de truenos y centellas, de los navíos que el viento despedazó, ¿cuál será el fruto de estos trabajos y estos miedos; qué puerto nos acogerá, vejados de tantos males? Será la guerra; será el enemigo alerta, que nos aguarda en la orilla; serán los pueblos que habrá que degollar y que llevarán consigo a barrisco a una gran parte de la hueste vencedora; serán las ciudades antiguas dadas en pasto de las llamas.

»¿Por qué llamamos a las armas a poblaciones enteras? ¿Por qué alistamos ejércitos que combatirán en medio de las ondas? ¿Por qué inquietamos los mares? Es que la tierra no tiene espacio suficiente para nuestras mortandades. La Fortuna nos mima con delicadeza sobrada; nos dió cuerpos demasiado duros; nos dió salud y robustez; no nos destruyen los accidentes; cada cual puede medir los años que le prestó el Destino y llegar a la vejez con toda calma. Vámonos, pues, al mar y concitemos en contra nuestra los hados perezosos. ¡Miserables de vosotros! ¿Por qué salís al camino de una muerte que se halla a cada paso? Será la muerte quien irá por vosotros en vuestra propia cama: ¡Hálleos en ella inocentes! Os asaltará en nuestra propia casa. Plegue al Cielo que os sorprenda no maquinando ninguna suerte de mal.»

Todo esto dice Séneca. Por todo esto, al régimen alimenticio de la vida castrense, le está aparejada una pestilencia que no puede faltar. No hay por qué desenterrar ejemplos antiguos. Nunca se llevó a cabo la disolución y licenciamiento de un ejército numeroso sin alguna enfermedad grave y pestilencial para quien los griegos forjaron un vocablo inaudito y nuevo que en castellano suena: enfermedad detrás del hambre. No es posible que la salud no quede afectada y resentida con tanta inedia y con tales alimentos y que, atacados los cuerpos por la enfermedad, no transmitan el contagio a todo cuanto les está próximo. Y como son insólitos aquellos alimentos y repugnan a nuestro organismo, así también aquellas dolencias son feas, aborrecibles y nunca de antes conocidas. O bien, por la dieta tan prolongada, la vuelta al régimen alimenticio acostumbrado engendra la enfermedad y con muchísima frecuencia ocasiona una muerte rápida, como aconteció en

Perpiñán, una vez levantado el sitio, cuando ya en libertad sus moradores, salidos al campo al comer y beber con el frenesí del prolijo ayuno, morían repentinamente los más por compresión de las vísceras vitales. Y tuviera mucho más largo alcance aquella plaga, si los médicos no acudieran a su remedio con una dieta prudente. Pero apartémonos un poco de guerra y de campamentos.

En el mismo sagrado de los hogares, en los días sabrosos de la paz, aquel hervor de la ira, aquel oleaje turbio del corazón hambriento de venganza sacude almas y cuerpos como una máquina bélica. Mientras en esa cárcel y en esos hierros corporales están metidas y detenidas nuestras almas, mantienen una muy estrecha conexión y una tan trabada alianza con los cuerpos, que impulsos y emociones fuertes no solamente afectan a aquella parte en la cual se reproducen, sino que repercuten en la otra, y ambas a dos se estremecen y resuenan del mismo golpe. De ahí es que pasiones infinitas, dimanadas de la disposición física, se comunican al alma; y los afectos del alma sobre el cuerpo se traducen en enfermedades que puedan ocasionar la muerte. Así murió L. Sila en Puozolo, en un arrebato de indignación contra un tal Granio, que era de allá. Innumerables son los casos similares ocurridos en momentos de alegría, de tristeza, de miedo; y no son menos numerosos los de ira. Ni tenemos cuidado del cuerpo, mientras en el paroxismo de la ira nos olvidamos de nosotros mismos, nos olvidamos o no respiramos más que deseos de venganza, o el miedo encoge nuestros pechos: *Olvidóse de sí mismo Ulises de Itaca en tan crítico lance*, dice Virgilio. En tal estado de nuestra alma ni nos fiamos de lugar, ni de hombre, ni de manjar alguno. En tamaña perturbación anímica, ¿qué cosa puede haber saludable o gustosa? La vida misma, la libertad, la salud siempre están amenazadas, así en los campamentos como en la ciudad, porque para el enemigo, a uno y otro lado siempre está tendido un anzuelo, al acecho de su ocasión, y unos y otros se embisten a palos, piedras, hierros, honda, ballesta, escorpión, bombarda, mina, veneno. A todo esto se añaden tantas estratagemas, astucias y celadas. En campaña, en medio del granizo de los proyectiles o las grandes explosiones de las bombardas, no es posible con un simple cambio de lugar esquivar la muerte ubicua. Hay que caer sin remedio, o por un casco de metralla o por mano de un enemigo a quien tú, a tu vez, con tu ataque, has de conducir al mismo fin. Y fuera del combate, ¿quién, con una vigilancia asaz atenta, evitará tanta maquinaria de hacer mal, tanto más peligrosa cuanto más cercana? Son puestos a contribución todos los recursos del ingenio y de la mecánica; se planean ardides, se inventan procedimientos para dañar. ¡Cuánta gratitud se granjearía del linaje humano si se aplicasen a las artes de la paz cuidado tan intenso y labor tan infatigable. Han aprendido ya los hombres, con la continua práctica y con el odio, de día en día recrudecido, a tener en aprecio tan vil la vida humana, que quien recibió daño de un perro y de un hombre dudará más seriamente si matará al perro o si matará al hombre.

¿Para qué encarecer la furibunda y ciega acometividad de aquellos que al recibir la instrucción militar solicitan de sus jefes el honor singular de ser colocados en vanguar-

dia para ser los primeros en desafiar la muerte? Esta distinción es para ellos sobrada recompensa de sus méritos y servicios. Esto no es fortaleza: esto es anhelo irreflexivo de gloria necia. ¡Miserable! ¿Qué alabarán en él? ¿Su cadáver, ya insensible? ¿Qué más da que te alabe a ti o a tu caballo? ¿Y quiénes serán los que te alabarán? Aquellos mismos que tú no ignoras que son la personificación de la estupidez y de la ignorancia, que no pueden dar testimonio de la virtud auténtica porque no tienen juicio, y si lo tienen, no tienen palabras para expresarlo, y aun esos mismos acaso no tendrán oportunidad para alabarte a ti, ocupados como estarán en faena más dañosa; o algún otro hecho que haya contribuído más eficazmente a la victoria, eclipsará tu proeza anterior y la antorcha apagará el candil; o no quedarán quienes te alaben, con el total exterminio del ejército, o con la desaparición de los conocedores de tu virtud. Me veo precisado a usar de esa voz que pertenece al vocabulario de aquellos que llaman hombre bueno al irascible, al altanero, al cruel; y a la sevicia la decoran con el título de energía. Pero yo quiero que sí, que hablen de ti. ¿Cuánto tiempo hablarán? Pasados dos días ya no se acordarán, que harto tienen que hacer con sus amigas y sus juegos.

¡Cuán al revés acontece todo en la concordia! Hay abundancia de todo, que es una bendición de Dios; así de los productos del propio suelo como de los que se tienen que importar de tierras peregrinas, los cuales, siendo ya saludables de suyo, lo son más aún, así por parte del cielo, puro de todo contagio, como por la tranquilidad y sabrosa quietud espiritual. Es de ver la magrez y la lividez de los envidiosos y de los rencorosos cuyos corazones se recuecen enfermos de despecho o deseosos de venganza. ¡Cómo se acusa por defuera su pasión e imprime sus notas características en el semblante y en el cuerpo todo! Contrariamente, en aquellos que por de dentro tienen paz, el contento asoma en su cara visiblemente y es de ellos de quienes dice el sabio en el sagrado libro: *Mejor es un bocado de pan seco con gozo, que una casa llena de víctimas, con pendencia. El corazón alegre hace la edad florida y el espíritu triste seca los huesos.* No es menos brava la tempestad que la discordia levanta en el espíritu que aquella que describe el poeta, de los vientos que con la furia de un suelto escuadrón *lánzanse por la puerta abierta y soplan por la tierra en torbellino. Abátense de consuno sobre el mar el Euro y el Noto y el Ábrego y lo remueven todo desde sus ínfimos asientos y empujan rodando vastas olas a la orilla.*

No puedo con una más exacta semejanza proponer ante los ojos los alborotos que en el ánimo produce la discordia. Así, a una, todas las tempestades y perturbaciones excitadas en parte por la soberbia mientras se apresta a dañar, en parte por el recelo, que trata de evitar y precaver que no se le dañe como los vientos mitológicos en las estrecheces de su caverna, que en tropel se lanzan por la puerta franca. No otra cosa hemos de pensar que es aquel cetro agudo con que Eolo derribó a un lado el hueco monte que el tizón agudo de la discordia. Si a esa monstruosa y carnicera pasión se le suelta la rienda y se le dan ensanches y soltura, entonces ocurre lo que en otro lugar canta el mismo poeta:

Y el mismo padre Júpiter, en el centro del nublo temeroso, lanza ra-

yos con diestra coruscante, con que la tierra treme y las alimañas huyen y abatidos de pavor descaecen los mortales corazones.

No hay afecto alguno en el fondo del alma que al anuncio de que la discordia estalló se quede quieto y sosegado. Paréceme ver aquel linaje de motín que los romanos llamaban *gálico* o *itálico*, en el cual no había jubilaciones ni exenciones del servicio que valieran ni retiros ni méritos de guerra, ni edad, ni categoría, puesto que aun los mismos varones consulares se alzaban en armas. Anticípase a salir la ira, que, a veces, es tan concentrada y voluminosa, que de ella al furor exaltado no hay más que un paso muy fácil y muy breve, como en Hércules y en Ayax. Y no sin razón dijo Ennio ser la ira el comienzo de la locura; luego aparece la envidia, pasión rabiosa y ceñuda; luego, la tristeza, la esperanza, la alegría, el miedo, puesto que *es fuerza que a muchos tema aquel a quien temen muchos*, como dice el Cómico. Cuáles sean los miedos y terrores que experimentan los tiranos, declaráronlo ellos mismos. Uno de ellos fué Dionisio de Siracusa, monarca ilustrado e ingenioso, quien para dar a un amigo suyo lisonjero que encarecía sus riquezas, su buena suerte y su dignidad, un pequeño barrunto de su cuitada vida, mandó colocar encima del lecho de mesa en que estaba recostado, en un convite de un aderezo y magnificencia verdaderamente regios, suspendida del artesonado, sobre su misma cabeza, una espada muy aguda colgada de él con una cerda de cola de caballo. Y aun cuando no a todos la Fortuna los hace tiranos o reyes, no obstante, todos los que de la enemistad hacen una profesión y por ello causan miedo, no se eximen de él y son sus pobres víctimas. No fué sólo este Dionisio, que tenía recelo de sus propias hijas, ni sólo Alejandro Fereo, que recelaba de su mujer. Bajo cualquier techo, por más humilde que sea, y en cualquier fortuna, aun la menos envidiable, tiene que temblar, tiene que temer, tiene que sentir pavor el amante de la discordia. Y así como no nos fiamos de amigos, ni de conocidos, ni de allegados, así tampoco nos consideramos seguros de los seres que más unidos están con nosotros o que con nosotros están identificados, verbigracia, los hijos, la esposa, no ignorantes de cuántos maridos fueron por sus mujeres traicionados y entregados, y de cuántos padres lo fueron por sus hijos puestos al servicio de su ira y de sus sentimientos de discordia persónal o alquilando sus manos a la discordia ajena. No hay paz ni sosiego alguno en el alma, sino inquietudes acuciantes y solicitud ansiosa. Toda ella está poblada de alboroto y estremecida de terrores pánicos. Así como a los que miran a través de una niebla todos los objetos les parecen mayores de lo que son en realidad, así los que juzgan por el prisma de su ira o de su miedo o de su discordia, todo lo juzgan más sombrío y truculento de lo que es en hecho de verdad: palabras, hechos, ademanes: todo lo interpretan en peor, picada como está su mente por el tábano del odio y de las pendencias.

Y por todo esto, con oído ávido y lleno de recelos, ansiosos y suspensos, captan todas las voces y todos los sonidos, el ruido de la puerta, el maullido del gato, el roer del ratón: sobresáltanse creyendo ser el ímpetu del enemigo que embiste; las sombras de los árboles se les antojan adversarios armados y huyen no de sus enemigos, sino del propio miedo que les fabrica su conciencia

atemorizada. En el silencio de la noche no hay rumor o sonido tan liviano que no rompa su sueño desasosegado y quebradizo. No solamente su vigilia es inquieta, sino que el mismo sueño pierde para él el sentido que tiene para todos de descanso apacible. No puede mentarse la muerte que ellos mismos no se sientan muertos. El solo nombre de espada, veneno, ballesta, bombarda despierta en él la aprensión de que le amenazan muy de cerca y que cuelgan sobre su propia cabeza. Esta obsesión los absorbe por completo y no pueden prestar atención a otra cosa. Así que ni el abril florido y risueño, ni la primaveral amenidad del campo, ni la jocunda algarabía de los pájaros cantores, ni ninguna otra suerte de música regalada, ni banquete alguno, ni el platicar sabroso con amigos tiene gusto para él, porque está emponzoñada el alma, que es la fuente de toda alegría y contentamiento. A sí mismo se priva de todos los placeres, puesto que las calamidades le tienen todo poseído en su interior y todo manjar no puede dejar de serle desabrido, porque está estragado su paladar de fiebre y de humor bilioso. ¿Es esto vivir, o es atormentarse con torturas que no tienen fin? Estas son aquellas Furias e intemperies del espíritu que los poetas, no tanto fingiendo como demostrando gráficamente con una imagen eficaz los padecimientos, dijeron acosar con teas ardientes la conciencia de los malvados. Y no son desemejantes los suplicios de los delitos y malas obras que sufren los precitos.

Mas, cuando reina la concordia, no hay cosa que no sea apetitosa y dulce, con ese aliño sabroso que sazona todos los manjares. Y aún son llevaderas las borrascas hibernizas, porque en sus adentros hizo su morada la serenidad que aleja y repele del alma aquella tempestad bravía; y pueden soportarse fácilmente los sones descompuestos y desgarrados, porque el armonioso concierto interior hace que no se sientan aquellos desconciertos y desafinaciones; y aún se pueden tolerar las conversaciones y pláticas con quienes nos profesan aborrecimiento, porque el amor, señor absoluto del alma, funde el odio como el fuego liquida la cera. Eso vió claramente aquel varón discretísimo que, en un pleito en que se ventilaban diez mil ducados, los renunció a favor del adversario diciendo que el dinero y, sobre todo en tal cuantía, se buscaba no más que para el regalo, y que él se iba a regalar más con aquella cesión y renuncia del pleito, que con el dinero efectivo, en caso de salir adelante con su pretensión. *Yo no soy tan enemigo*—dijo—, *ni mío ni del contrario que con la esperanza de aquel dinero fabrique a ambos una vida tan dura y tan amarga.* El dinero es medio e instrumento de la vida; mas, los pobres cuitados que se meten en litigios, antes mueren que viven, y puesto que la vida en lo sucesivo sea incierta, ellos la compran y la pagan con una muerte cierta y actual. Y, finalmente, como la discordia es la más viva y expresiva imagen del infierno, así la concordia lo es de la vida del cielo, y como una degustación anticipada de la eterna bienaventuranza.

En la discordia no puede dejar de ser nulo el cultivo de los espíritus. Es fuerza también que el trabajo mecánico de obradores y talleres ande por los suelos, sin el aliciente del lucro, que es su honor y es su premio, con el cierre de los comercios, puesto que no se compra ni se estima sino aquello que sirve las necesidades inmediatas e inexcusables.

No hay quien practique ni enseñe la artesanía, ni aun las artes que se llaman bellas, sumidos como están todos los espíritus en la guerra, embargados por la preocupación bélica y la angustiosa expectación de su desenlace. No tienen de dónde mantenerse, ni quien profesa la erudición, ni quien la recibe en la pública indigencia, o, al menos, en la obligada parsimonia y restricción impuesta por las circunstancias, pues nunca la riqueza es tanta que alcance a las necesidades de la guerra más modesta. Sea la que fuere la discordia que se enseñoree de los espíritus de guerra exterior, de disensión civil, de inermes y privadas rivalidades, ni permite al preceptor que enseñe ni al alumno que aprenda, ni que el padre se preocupe y pida consejo sobre la formación de su hijo. *¿Cómo voy a filosofar*—dijo aquel griego—*si pesa como el plomo sobre mí el miedo de la esclavitud, de la pobreza, de la muerte?* Ni es posible que sea oída exteriormente la voz del sabio, cuando el fragor de las armas lo ensordece todo y todo está lleno de estruendo y de son ronco de trompas y de cajas. *Nuestro canto entre las armas fieras*—dijo el poeta—*vale, Lícidas, tan poco como es fama que valen las palomas caonias en la presencia súbita del águila.* Ni interiormente tampoco puede oírse ni entenderse cosa alguna, puesto que es más brava la tempestad que en el alma ruge y un más vasto griterío lleva a todas partes su confusión, y el tumultuoso bullicio de la discordia en que la conciencia se debate impide oír palabra alguna de rectitud, de serenidad, de sabiduría. ¡Que muchos son los que, dotados de excelente y poderoso ingenio, pudieran hacer en artes y en ciencias largos avances, si no les retrajeran las discordias y la atención a las enemistades, ya pública, ya privadamente! Múltiples son los ejemplos de uno y otro retraimiento, pero más conocido el que ocasionaron las disidencias públicas aun en aquellos grandes hombres de gobierno Alcibíades, Alejandro, Julio César, Germánico, hijo de Druso. Allende de esto, así como todo acaba por acomodarse a las costumbres del vencedor, y la voluntad del gobernante vale por ley y su conducta por ejemplo; así también, cuando la locura marcial se apoderó de todo, no solamente se lo apropia, sino que persuade que la sabiduría, la templanza, la moderación son cosa risible y pura mentecatez. Despreciada, pues, y desdeñada toda sabiduría y todo cultivo intelectual, hollados los libros, y tenidos por nonada, como una presa vil o como una carga inútil, los despedaza el hierro o el fuego los consume. De ese menosprecio vino la destrucción de tantas bibliotecas y la desaparición de tantas obras de grandes autores, con cuya pérdida es incalculable la grandeza del daño que sufrieron los estudios y las artes, como en las guerras de los godos, de los alanos, de los moros. Y aún es de creer que no han sido pocos los libros sacrificados ahora recientemente con el saco de Roma.

Para el pulimento de los ingenios y la robusta valencia de las artes son necesarias la paz, la quietud, la concordia. *El reposo*—dice Aristóteles—*acarrea saber;* no las alteraciones ni las perturbaciones del alma, de la misma manera que en el agua turbia nada se ve, mientras que el agua sesga y transparente muestra los lindos peces y las pequeñas guijas. En el pueblo romano, mientras estuvo sacudido por guerras de vecindad y estremecido de terror próximo, faltó en absoluto el cultivo de

las letras, a saber: hasta el fin de la segunda guerra púnica. Libre ya con la liquidación de las guerras cercanas, su espíritu respiró y tuvo tiempo y holgura para volver su atención a las letras de humanidades, esto es, al único pasto suyo. Toda cuanta literatura hubo en aquella nación floreció desde la destrucción de Cartago hasta los Antoninos. Y ahora mismo, las renacientes letras de Italia, que en cierta manera volvían a su hogar tras una larga ausencia, se han visto obligadas a retirarse y esconderse, por tantas guerras de naciones extrañas que han ido a pelearse y a destrozarse en su suelo. Mi muy cara España, dividida desde su origen en tantas porciones como eran sus reyes chicos, y luego con el discurso del tiempo despedazada por guerras tan continuas, ruda y agreste careció de literatura y casi de todo cultivo de humanidad. Conquistada por los romanos para España la paz, y unificando y reduciendo a cuerpo político aquellos trozos desparcidos, fué tanta su cultura y erudición que pudo rivalizar con la misma Roma, así por los conocimientos adquiridos como por la agudeza de sus ingenios, como harto suficientemente demuestran los monumentos literarios, escritos por españoles antes de la venida de los godos. Después de los godos y los musulmanes, España ya no dió paz a su mano, meneando el hierro; por eso su erudición se enrareció tanto que casi desapareció del todo, y si alguna hubo, era herrumbrosa y de baja ley. Mas, por desgracia, ahora que había dado buena cuenta de sus enemigos tradicionales que por espacio de casi ochocientos años, como un cáncer gravísimo, se cebaron en sus entrañas, ahora, precisamente ahora, digo, vuelve sus armas contra las naciones extrañas. Cuando, por fin, ganó alguna quietud en su suelo, comienza a aspirar de nuevo a sus viejas glorias y a resucitar el antiguo prestigio de su cultura, por tan largo tiempo eclipsada, mediante bien orientadas y sólidas disciplinas. Esto mismo acontece en Francia, esto mismo en Alemania y en las restantes naciones y provincias. No hay arte ni disciplina alguna noble, de aquellas que, radicando en el espíritu, las ponen en ejercicio la fuerza y la actividad del espíritu, que se pueda percibir, como es razón, o comunicarse a los otros, si están trabadas o impedidas la luz y la penetración del alma, que es su principio vital. Y ni aun aquellas artes, más modestas, que requieren la intervención de nuestras manos, podemos ejercitar, con las manos atadas y con los sentidos o extintos o viciados. ¿Qué es lo que sucede si una dolencia reumática ataca y encadena las manos del pintor, del escultor, del labrador y no puede gobernar las articulaciones de los dedos? Si la sordez obtura las orejas del músico, ¿cómo podrá desempeñar aquel arte que profesa? Esto mismo acontece en las bellas artes y en los estudios de la filosofía. Si aquella fuerza y aquel que viene a ser el ojo del alma están enlobreguecidos por la polvareda y la niebla del odio y de la ira a tal punto que no puedan alcanzar la clarividencia de lo que es recto y de lo que es verdadero, tampoco podrás percibir ni, por ende, enseñarlas, las sutiles invenciones descubiertas por los mayores ingenios. Por esto precisamente vemos todos los días que los talentos más preclaros, cuando se consagran al descubrimiento de alguna verdad profunda y abstrusa, buscan los parajes más reposados y apartados de todo estruendo y de todo tropel, eli-

gen la tranquilidad y el inalterable silencio de la noche.

Pero ¿de qué servirá que esté en paz todo lo lejano, si el vecino de pared por medio, si tu mismo camarada, en estado de embriaguez, llega, a altas horas de la noche, vociferando, y con gritos descompuestos y absurdos todo lo aturde y lo alborota, si te desvelan las cuitas, si la ira te acucia, te punza, te solicita; si el odio te trabaja y te envenena? Haga el que quiera mentalmente un repaso por las artes y por las disciplinas todas y hallará que cada una de ellas exige el sosiego del alma, sin el cual no puede cumplir su misión. Por lo que toca a la disciplina gramatical, conocimiento de los objetos y de las voces que los expresan, la averiguación e inteligencia de los pasajes recónditos y difíciles en los poetas, oradores, historiadores, requieren un espíritu limpio de otras preocupaciones. ¿Y qué decir, si lo que se quiere componer es un poema? ¿Por ventura las musas no envían a los poetas a quienes inspira el divino soplo al esquivo apartamiento de los bosques, poblados de silencio y de religiosa soledad, donde ellas tienen su morada sacrosanta? *Los cantos* —dice Ovidio— *nacen en un espíritu sereno: los cantos buscan la tranquilidad y el retiro.* Quéjase Horacio de que en el tráfago y ruido de la ciudad de los rumores innumerables, como en Roma, no está en disposición de meditar versos canoros. Por esto los poetas que van a confiar a la palabra escrita algún grande y soberano pensamiento, desean alejar de sí el asalto de los cuidados enojosos y librarse de la turbia polvareda de la tierra. La dialéctica pide exactitud y tersura de juicio, no torcido ni oscurecido por la pasión. Aristóteles enseña que nada perjudica tanto a los dialécticos como el encendimiento y arrebato de la ira. El orador, embravecido de odio o inflamado de ira, ¿qué va a decir digno del ingenio y de los oídos eruditos? Se desahogará en aspavientos y en gritos roncos de furor y lo henchirá todo de manotadas y ruido. Y como no hay arte que más necesite del soporte de la prudencia, como el arte oratoria, a ninguna otra más que a ella conviene estar muy alejada de la pasión, del odio, de las enemistades, de la rabiosa efervescencia de la ira. Si estos afectos se posesionan de tu espíritu, ahuyentarán de él toda prudencia, sin la cual la oratoria es insana palabrería y no un arte de la mayor autoridad y excelencia.

Las artes matemáticas recógense en la sacrosanta soledad del alma y en su silencio, venerando con un tan intenso ensimismamiento y con una tal potencia de abstracción, que aun en el fragor y tumulto del combate y en la expugnación de la plaza fuerte, cuando ya el enemigo escaló los muros y se adueñó de las puertas de la ciudad y prende fuego a los edificios, la paz y la quietud moran en el alma del matemático como leemos haber acontecido a Arquímedes cuando ocurrió el asalto de Siracusa por Marcelo. ¿Qué más? La filosofía, ora se ocupe en la contemplación de la Naturaleza o en el estudio y mejoría de las costumbres, ¿puede ser percibida y retenida por los espíritus sacudidos y azotados de la pasión? Quienes se consagraron a las curiosidades de la filosofía natural, no solamente renunciaban a todos los negocios, así públicos como privados, sino al cuidado de su propio cuerpo, hasta el punto que no sentían, no ya el vano ataque de ninguna ofensa, pero ni aun las enfermedades ni las moles-

tias que las acompañan, ni siquiera los dolores más agudos. Dijérase que se habían despojado de toda sensibilidad física al lanzarse a la exploración de la Naturaleza en viaje osado por los cielos y los elementos. Así Tales, así Pitágoras, así Demócrito y otros vivieron su vida, y a esas investigaciones consagraron sus talentos y la magnífica serenidad de sus espíritus.

¿Y qué diré de la filosofía moral, que pone la más armoniosa de las composturas en las costumbres y en el espíritu humano? Enderezada toda ella a la conquista de la paz interior y del contentamiento inalterable, ¿cómo podrá establecer su mansión en un pecho agitado y perturbado por las enemistades? ¿Y quién fué el primero que consiguió y enseñó esta filosofía en los pueblos de la Grecia, sino Sócrates, que por esta causa fué llamado y tenido por el más sabio de los hombres? En su espíritu asentábase la más augusta serenidad para el desdén de toda injuria, y era tan profunda y tan imperturbable su quietud, que acostumbró entrar en casa con la misma expresión de rostro con que de ella había salido y se impuso con un señorío tal a todas sus pasiones, que se llegó a creer que carecía de ellas en absoluto.

La ciencia del derecho es hija de la filosofía moral. ¿Qué otra cosa son los jurisconsultos sino, como dice Ulpiano, tomándolo de Celso, que sacerdotes del bien y de la equidad, y pontífices de la justicia? Si esa norma que conviene que sea de una inflexible rectitud sufre una torcedura, si esa fuente de la concordia se emponzoña, si ellos mismos, personalmente, se dejan influir por sentimientos de enemistad y odios; ellos, que son los garantes de la benevolencia y de la paz, ¿qué esperanza va a quedar a los míseros ciudadanos, una vez perdido ese que es en las tempestades puerto único de la justicia y de la quietud, así pública como privada, si aquellos mismos que hacen profesión y promesa de repeler y castigar las injurias tienen el ánimo dispuesto para hacerlas? ¿Cómo medirá y discernirá lo que es recto, la vara torcida y viciada? Será como la regla lesbia, de plomo y flexible, buena, no para el prudente y templado gobierno con vistas al bien común, sino para la insana satisfacción del apetito y para servir a la propia pasión, perversidad e iniquidad las más grandes que puedan imaginarse.

Y si es menester que sean tales y tan desapasionados los maestros y los candidatos a estotras artes, todas las cuales son humanas, ¿cuál es preciso que sea el profesor o, atenuando el título, el ministro (pues profesor puede parecer un verbo demasiado ambicioso) de la sabiduría divina, aquel que San Pablo denominó *dispensador de los misterios de Dios?* Ello equivale a decir imitador de Cristo y semejante a los apóstoles. Lámpara de Cristo lucidísima es la paz, cuya lumbre guía nuestros pasos a aquel santuario sacrosanto, en cuya intimidad no penetraremos nunca sino con el socorro y con la ayuda de aquel divino Espíritu de mansedumbre, por cuya mediación llegaron a él los apóstoles: *El Espíritu Santo que enviará el Padre en mi nombre, El os lo enseñará todo y os recordará todo cuanto yo os hubiere dicho.* Superfluo resultaría tan gran beneficio divino y huera esta dádiva singular si las fuerzas humanas pudieran alcanzar por sí mismas lo que prometía el Espíritu Divino. Cierto es que las otras artes humanas están al al-

cance del espíritu humano purificado y esclarecido por la eficacia de la luz natural. Mas esta arte divina no lo está sin el Espíritu de Dios. Cada cual en su arte es maestro y es su más celoso conservador. El hombre defenderá lo humano; Dios defenderá lo divino. El curso natural de las cosas nos condujo a la religión; esto es, a lo más subido de la felicidad humana; y es la religión, como grandes autores han sentido, la única cosa que nos separa de la condición de fieras. Y así es, en hecho de verdad; sin la piedad y religión para con la Divinidad, ¿qué fuera el hombre sino una bestia montesina, con la cabeza derribada al suelo, incapaz de levantar los ojos a su patria, a su remontado origen, entregado a sus apetitos, esclavo de los deleites? La religión es la que le levanta y sube su mente tan arriba, como la Naturaleza, en la constitución y apostura del cuerpo, fabricó su cabeza empinada y alta. Sólo la religión comunica el retorno a la bienaventuranza. No fué poseída por los filósofos de la antigüedad, y por esto, al lanzarse en busca de esa bienaventuranza, formularon tantos y tan varios absurdos, que en tales autores no fueron herejías, sino simples opiniones erradas propias de escritores y de dialécticos. Unico es el blanco puesto en el límite del campo; fuera de él hay un espacio vasto, infinito. Y no solamente hace bienaventurados a quienes consumaron ya la jornada de esa vida terrena, sino que también a los que están detenidos en esa mazmorra da grandes prendas y garantías firmes de ella. Por eso en la Sagrada Escritura los hombres piadosos llámanse ya bienaventurados: *Bienaventurados los que en el camino no contrajeron mancilla y caminan en la ley del Señor; bienaventurados los que escudriñan sus testimonios y con todo su corazón le buscan.* Y dice Nuestro Señor en su Evangelio: *Bienaventurados seréis cuando los hombres os odiaren por Mí; bienaventurados los pacíficos, bienaventurados los mansos; bienaventurados los que padecen persecución por la justicia.*

La verdadera y santa religión cristiana está en cierto modo comprendida en dos capítulos, y ésos son capítulos de amor, de caridad, de paz, de concordia, amor del prójimo, visible, y amor de Dios, invisible. Sábete que en estos dos capítulos están contenidos y encerrados la ley y todos los profetas. Y quien lo afirma así es la Verdad sustancial: *La plenitud de la ley,* dice San Pablo, a saber: la guarda y observancia de la ley, *es el amor.* Y el mismo San Pablo así habla del amor de los hombres: *Quien ama al prójimo cumplió la ley, pues no adulterarás, no matarás, no levantarás falso testimonio, no codiciarás, y si todavía hay algún otro mandamiento, enciérrase en esta cláusula: amarás al prójimo como a ti mismo. El amor del prójimo no obra el mal.*

¿Y qué amor del prójimo puede haber en la discordia, pues que le aborreces y, rindiéndote a tu pasión, rechazas todos aquellos sentimientos que, nacidos del amor, por el amor son conservados? Estos sentimientos son la humanidad, la mansedumbre, la clemencia y aquel lazo de la sociedad humana que es la justicia. Despojas a quienes no lo merecen, no ya a los enemigos, digo, a los súbditos de tu enemigo, sino a tus enemigos personales, cuando aun a tu enemigo mismo, a quien sabes que eres odioso y aborrecible, la religión te manda socorrerle y vestir al desnudo y dar de comer al

hambriento. Y al revés: la discordia saquea, destruye, incendia, oprime, viola doncellas, estupra matronas; un soldado mercenario degüella a quienes jamás le ofendieron ni dañaron, a quienes nunca había visto ni siquiera de oídas conocía su nombre. ¿Qué necesidad hay de rememorar los casos antiguos, que no tienen cuento ni fin, cuando los hay recientes y tan abundantes con tan amargo duelo nuestro? Muévanos aquello que contemplamos cada día con nuestros propios ojos. En esa Bélgica de nuestros amores vemos a muchos hidalgos que en tiempos fueron ricos, ir de puerta en puerta pordioseando, acompañados de sus esposas, cargados de hijos, a quienes el rayo de la guerra derrocó de su floreciente estado antiguo, vestidos con unos harapos, que antes no hubieran querido por estropajos de cocina o para fregar los suelos, tragando un pan y una bazofia cuya vista antes no sostuvieran sin la protesta e incontinencia del estómago. De estos mendigos también en Francia los hay muchos; y en Italia es precisamente todo lo que se ve en las ciudades, en las aldeas, en los caminos, en el campo, en los lugares deshabitados. Las mujeres, así las casadas como las solteras, con cuánto corrimiento y vergüenza mendigan un bocado que llevarse a la boca. Esa vergüenza sana se estraga poco a poco y desaparece de todo punto. Viven de prostituir su cuerpo muchachas de la nobleza, educadas bajo la vigilancia de sus padres, que eran los principales personajes del lugar, con toda honestidad y religión, echadas a ese oprobio por el golpe de la guerra. Yo no sé cómo hay hombre alguno, tan de roca o de diamante, que pueda reprimir sus lágrimas. ¿Quién hay que pueda creer que, contadas a los reyes esas calamidades, persistirían ellos en su furia? Yo no puedo llegar a convencerme que sean ellos tan sin humanidad.

En el combate y en la victoria, por lo común, sólo se tienen consideraciones y miramientos por quien ocasionó la guerra y originó sus males. Quien paga las consecuencias son los inocentes que en nada pecaron. César Octavio, hostigado por la importunidad de L. Antonio, como quería él que pareciese, tomó las armas no de mala gana: encerró a Antonio en Perusa y, estrechándole muy de cerca, asedio y hambre obligáronle a capitular. César Augusto perdonó a la fuente y autor de la discordia, incluyendo en el indulto a sus soldados perfectos bellacos y malhechores; pero asoló la ciudad; muchos de aquellos míseros e inocentes ciudadanos, acosados por las fieras dentelladas del hambre, fueron muertos, y a los otros, desposeídos de todos su bienes, lanzóles a la indigencia y a toda suerte y crudeza de males. ¡Cómo proviene de la crasísima estolidez de ciertos reyes aquello que, según se lee en Libanio, dice Menelao, reclamando a Helena en una asamblea de troyanos: *Hasta aquí*—dice—*la culpa del hecho se limita a solo Paris; mas, después de esa asamblea, si Helena no es devuelta, claramente daréis a entender que vosotros compartís la culpabilidad de su fechoría y a unos y a otros el delito será imputable, y por lo mismo nosotros nos vengaremos del autor directo del crimen y de vosotros que lo aprobáis.* ¡Como si ese recurso estuviera en manos del pueblo, todas las veces que quiere oponer resistencia a las desacertadas determinaciones de los príncipes! Si dijeran esto unos simples particulares, sin

ninguna experiencia de la vida, y disputasen en teoría acerca de la posibilidad de que tantos pudieran resistir a uno solo, con sólo querer, porque no tienen idea de que es la facultad lo que les falta, y no la voluntad, mi asombro fuera menor; pero ¿a quién no causará estupefacción que eso digan y eso afirmen príncipes y consejeros de príncipes, personajes dotados, es de creer, de aquel ingenio, de aquella ilustración y de aquella experiencia que cabe suponer en quien tiene el oficio de aconsejar a quien gobierna pueblos y naciones, y que éste sea su sentir y su convicción sólida? ¿Quién lo sufrirá? ¿Por ventura no pueden conjeturarlo de sí mismos? ¿Acaso el pueblo sopesa sus voluntades; o, en caso que les apruebe sus gastos, puede impedir la ejecución de sus disposiciones y decretos? ¡Cuántas y cuántas cosas ignora el pueblo! Y otras cosas que conoce y reprueba; con todo, las calla o las critica a sovoz; y aun cuando atisba el peligro que encima se cierne, viéndolo y sabiéndolo, lo sufre y se deja arrebatar como por los remolinos impetuosos de un torrente hacia la pendiente donde se inclina la voluntad del príncipe, no la suya, por no ir a dar en el mal peor de la rebelión amotinada y de la guerra civil. Si los príncipes no se volvieran locos, ¿considerarían a esos hombres merecedores de que se los empujara como a las bestias, que se los despojara, que se los pillara, se los oprimiera, se los llevara al degolladero?

Se exculpan con decir que no pueden llegar al enemigo sino mediante ellos. ¿Qué cosa piensan ser más justa: afligir a inocentes por castigar a un culpable, o perdonar al culpable por no dañar a quienes no lo merecen? Llamados a consulta la Humanidad, la equidad, la razón, la Naturaleza, Dios, se declararán por el segundo extremo. Pero como en las consultas de los príncipes se repudia el acceso de estos consejeros tan sesudos, los príncipes que no llaman más que a la crueldad, al furor, malos espíritus, votan por el primer extremo. En la antigüedad, Augusto perdonó a los alejandrinos en interés de Arrio, muy su amigo: por uno solo el perdón alcanzó a tantos. Esto hacen los grandes hombres cuerdos, aun cuando su enemigo tenga que permanecer salvo y seguro. Y estos otros, crueles y desalmados por la perdición y muerte de muchos miles, buscan a uno solo sin la seguridad de que sufrirá la pena quien la mereció, mientras infaliblemente son castigados los inocentes que no lo merecieron. Yo no atino con la disculpa que pueden tener tales determinaciones y tales obras. Parte no exigua de la equidad y no la peor es que cada cual cumpla con su cometido. Pues bien: no hay nadie que pueda cumplirlo normalmente, que tenga que obedecer a los dictados de su odio, que tenga que dar cebo a sus enemistades, que tenga que maquinar venganza, ora sea un simple particular o sea un funcionario público. Ni el mismo rey, ocupado y sorbido por el sumidero de la guerra, puede cumplir con sus deberes de rey, que monta tanto como decir con sus obligaciones de padre. No le queda tiempo para oír a sus vasallos, uno por uno, ni para entender en las causas, ni para atender a las quejas que de todos lados se elevan a él, como a padre común, ni para interesarse y socorrer a las ciudades mismas que le imploran auxilio. No chocheaba, no, aquella mujer anciana, que habiéndole respondido el emperador Adriano que no tenía espacio

para oírla, le replicó con viveza: Tampoco debieras tenerlo para reinar. Desairada la justicia, que todo el mundo sabe ser el vínculo de la solidaridad humana, de rechazo, por simultaneidad instantánea, sucumbe aquello que en la sociedad anda unido estrechamente con la misma justicia, la libertad, quiero decir, que hace que un hombre sea por el otro considerado como hombre y no como bestia. No puede un río nacer de una fuente cegada ni hay ley posible sin el resguardo de la justicia: *Callan las leyes entre las armas*, dice el viejo Ennio, *ni dejan que se las espere*. Como Cayo Mario, después de su victoria, concediese a algunos ciudadanía romana contra las leyes, haciéndoselo constar así después del hecho, respondió que *el ruido de las armas no le había permitido oír su voz*.

Puesto caso que las leyes dan a los buenos tutela y seguridad, y conminan a los malos con penas y suplicios que les infunden miedo, la discordia, trocados los papeles, produce pavor en los buenos y a los malos les garantiza impunidad y seguridad:

Entonces a los odios fué dada toda licencia, y la ira, libre del freno de las leyes, se dió a sí misma curso libre. No se dió todo a uno solo, sino que cada cual se creó su propia maldad. El vencedor dió órdenes una vez por todas.

Esto dice Lucano; y poco más arriba había dicho:

Suelta las manadas de esclavos, y las ergástulas donde se forjaba el hierro dan paso a las hordas feroces. Nadie podría llevar el guión del general, sino quien del crimen se había hecho un hábito, no sin haber introducido el sacrilegio en los reales.

En el desatamiento de odios tan grandes, ¿quién puede levantar su pensamiento al amor de Dios y a la religión? San Juan, aquel íntimo de Cristo y conocedor de sus arcanos, dice terminantemente que si alguno afirmare amar a Dios mientras aborrece a su hermano, es un mentiroso. Y no se permite dar culto a Dios ni al que recela y se precave contra el prójimo ni al que le tiende lazos y celadas. No podemos pensar en Dios con un espíritu poseído por sentimientos ajenos a Dios, que es suma tranquilidad y sosiego serenísimo. Los santos pensamientos todos huyen de la agitación y de los remolinos de las pasiones, que los alejan con la violencia de una artillería. Descuidado el respeto que a Dios se debe, se hace menosprecio de todo lo que, en gracia de El, merecía veneración y culto; profánanse los templos, los lugares sagrados reciben ultraje; ni hay reverencia para los sacramentos ni aun para la Eucaristía, donde está presente la Divinidad. Yo he conocido un pueblo en el cual son muchos los que van a la iglesia con el solo fin de ver y experimentar la deferencia que les tiene y el agasajo que les hace, en significación de su amistoso afecto, la devota concurrencia. Por tiquismiquis de precedencia, origínanse discusiones, riñas, pugnas, golpes, heridas y, a veces, muertes. Estos tales, en la concordia atizan la discordia; en aquel lugar de paz, nace la guerra para ellos. ¿No fué, por ventura, en el acto de adorar el Santísimo Sacramento cuando los enemigos cosieron a puñaladas a Galeazzo, duque de Milán, como de recuerdo de nuestros padres, también a Juliano de Médicis, padre de Clemente, el Papa actual?

¿Por qué he de añadir aquello que el ánimo tiembla de sólo recordarlo y que yo callaré para honor del si-

glo pasado y por respeto a la posteridad? ¿Y nos admiramos de que sea tan seguida y continua la cadena de males que aflige a la cristiandad, siendo nosotros mismos, los admirados, los que los llamamos y nos los forjamos con nuestras propias manos? Los juramentos y las blasfemias pasaron ya al vocabulario de la profesión militar. Obispo hubo en España, guerrero, por más señas, y por lo mismo, empuñando dos espadas, adalid de huestes espirituales y de milicias terrenales, que reprendió acremente a un soldado que juraba poco y con timidez, porque no blasfemaba con la debida virilidad. El espíritu perturbado, en el arrebato de alguna pasión, no vacila en jurar en falso, mientras condesciende consigo mismo, y la maldad, por su no rota continuación, pasó a práctica y fué recibida como costumbre hasta un punto que no solamente se consiente y tolera, sino que se considera aceptable y laudable. *El pecador, cuando se despeñó a lo más hondo de la sima de los pecados, no hace caso. ¡Oh costumbre de pecar* — exclama Cicerón —, *cómo gustan de ti los ímprobos y los audaces, cuando faltó el castigo y siguióse la licencia!* Los ánimos irritados dirigen a Dios, a Jesucristo, a la Santísima Virgen, denuestos tales que nos correríamos de dirigirlos a un alcahuete o a una ramera. ¿Qué hombre hay, estimador agudo de las cosas, que pueda persuadirse de que tengan un adarme de cristiandad aquellos príncipes que, con tal de saciar la crudeza de su odio, no vacilan en tolerar esas bocanadas infernales y en darles no solamente impunidad, sino motivación y estímulo? ¿Y todo esto subsiste y se compadece con la religión? ¿Y qué voy a decir respecto de su cordura y de su prudencia? ¿A esos que por la paga o por otros motivos baladíes ves echar reniegos y feísimas injurias contra Jesucristo y todos los santos, confías y encomiendas en tiempo de guerra tu reino, tu salud, tu vida y descansas tranquilo en un juramento suyo de que no traicionarán ni abandonarán tus banderas a quienes ves a cada momento jurando y renegando de su fe? *Muerto Galba*—dice Plutarco—, *Otón obligó al Senado a prestar juramento según la fórmula que le impuso.* Como si los senadores fuesen otros o fueran adoradores de otros dioses, se avinieron a jurar aquello que el mismo Otón y el Senado, habiéndolo jurado por Galba, no llegaron a cumplir. Y no solamente la religión y la piedad son conculcados por el soldado blasfemo, sino también por el mismo privado o favorito del rey, craso y estúpido, que está todo el día ocioso o tumbado en el aula regia, hace clara mofa y escarnio de la religión y de la reverencia que a Dios se debe o habla valiéndose de indirectas y de ambiguas expresiones. Si alguno, en medio de los furores bélicos desatados, se aventura a hablar de la piedad, del amor del prójimo, del respeto debido a Dios, no es sola la nobleza desidiosa e inerte, que con facecias muy frías y muy impías ataja aquella conversación, sino que también la rechazan con gran asco los mismos señores del consejo, graves por su persona y por su uniforme y por la opinión de los otros y la suya personal de su propia increíble suficiencia. La autoridad de que están investidos llegó a tal punto, que creen ya ser bastante repudiar un parecer con un simple ademán o declarando no ser ello así, con campanudo dogmatismo.

Otros hay quienes ante algún aviso de alguna mayor mansedumbre o

cristiandad, declaran que ello parece bien en monjes, allá en su monasterio, pero no en la corte del rey, sede del régimen; y discuten de la conducción de la guerra y del gobierno de los pueblos con un desparpajo y una insolvencia tal, que no los consintiera en sus respectivos estados mayores, ni Aníbal, ni Dionisio, ni ningún tirano de la gentilidad. Como si no existiese diferencia entre un príncipe cristiano y otro pagano o sólo se sufriesen en los monjes las prácticas cristianas, al paso que todos los otros y los reyes, en primer término, están libres y exentos de toda traba y de toda ley. Cada uno está libre de las que se impone él a sí mismo, no de las que le impone otro mayor o más poderoso. Esto es de ver entre los mismos soldados de filas; sus leyes no obligan al camarada, pero sí le obligan las órdenes del capitán a cuyo mando está. El capitán, que es autónomo y libre en la órbita de su gobierno, es súbdito del rey y está obligado a su obediencia. Y si es cierto que todos están sujetos a las leyes del más poderoso y los hombres flacos, de otros más flacos que ellos, ¿quién se eximirá de las leyes eternas de Dios todopoderoso, en cuya comparación todo el otro universo mundo es menor que la pura nada ante algún ser grande y admirable? Tú, pues, hormiguilla, racionera efímera, ¿levántaste contra la eterna omnipotencia de Dios y siendo el más lerdo de los animalillos cavilas contra la sabiduría divina?

Otros hay que, cegados por la rabia y por una pasión, que son impotentes para dominar, interpretan y entienden aviesamente las cosas sagradas, solamente por no convenir en la opinión con quienes no concuerdan en la voluntad. Y, mientras tanto, aquellas otras que son de verdadera y auténtica piedad, oscurécenlas de una parte y otra con odiosos altercados y porfías, y las atomizan y redúcenlas a polvo como con el frote de dos muelas. Dice un proverbio nuestro: Cuando los molineros se pelean, ¡ay de la harina! En estos últimos tiempos, la religión quedó tan afectada por estas pelamesas, cual no lo puede llorar suficientemente ningún buen cristiano. Entre las personas doctas, por destemplanza de unas y de otras, se hizo materia de dudas y de controversias, a cosas que, una vez afirmadas y establecidas, hubieran debido quedar inamovibles, sin que volviesen a ser meneadas en lo sucesivo. Por esas riñas de doctores comienzan a resquebrajarse en los espíritus de muchos aquellas convicciones que, a guisa de puntales y de apoyos para los débiles y caedizos, pusieron a la verdadera y sólida piedad varones probos y cuerdos. Y lo que es más amargo y más triste y más para llorar es que es la esencia de la religión lo que vacila y se tambalea.

Y no se puede acudir a tamaño mal ni aplicarle remedio alguno sin una consulta común en asamblea ecuménica. Las discordias entre príncipes incomunican a los pueblos que no pueden acudir a esa cita general y los tenaces odios entre las gentes doctas traen divididas las conciencias que no pueden congregarse para ese examen y deliberación común, y ello tan irreconciliablemente, que cualquier gestión para su acercamiento tiene sus riesgos. Así como cuentan los historiadores que en los reales de Cneo Pompeyo hubo un Domicio y un Apio y algunos otros temperamentos violentos que sostenían que debían ser considerados y tratados como

enemigos aquellos ciudadanos adscritos a una zona templada y mantenedores de su neutralidad, así también ante los unos y ante los otros aparece sospechosa de parcialidad a favor del enemigo la más pequeña alusión que se hace a la reconciliación y a la paz, como si nadie pudiera desear la concordia sin sacrificar la imparcialidad al bando adversario. ¿Acaso no puede uno tener la convicción que cada uno de las dos parcialidades en pugna llegaron al mutuo aborrecimiento por un impulso de su espontaneidad, y no fueron empujados a la violencia del cisma por imposición exterior alguna? ¿Acaso será ajeno a la cristiandad entablar coloquio sobre un asunto eminentemente cristiano o, por mejor decir, cristiano esencialmente y desear, aconsejar, procurar aquella unidad en el amor que Cristo recomendó, que Cristo mandó exclusivamente? Ninguna demostración de bienquerencia media entre los unos y los otros; todo es hostil, todo es esquinado, todo es ceñudo y rebosante de odio capital; se combate a hierro y a fuego, con violencia y saña, como si de una propiedad se tuviera que echar un ocupante injusto y no desterrar del entendimiento una posición equivocada; se pelea por una materialidad, por el mando, por la supremacía, por la Fortuna, por la vida; no por verdad alguna dogmática ni por la religión de la mansedumbre. Este procedimiento, que es como una riña entre villanos, es el más indicado para echar los cuerpos de los campos y de las ciudades, no para librar del error las conciencias. ¿Quién registrará, no sin quebranto muy amargo, cuánto perdió el nombre cristiano entre las guerras de los príncipes y las ideologías en pugna? En los días de San Jerónimo, cuando Constantino Augusto, que ya había abrazado nuestra religión, ordenó la demolición de los templos paganos, cosa que aconteció poco más de trescientos años después de la pasión de Cristo, por la espaciosa faz del Imperio romano no había más religión que la cristiana. Aparte de que aquel príncipe, personalmente, iba en seguimiento de lo mejor, tiempo hacía ya que la superstición pagana iba perdiendo todo su calor y se derrumbaba. Adoraba a Cristo todo cuanto espacio campea entre Cádiz y el río Eufrates, que eran los límites del Imperio romano. Paso a paso hemos venido a dar en tales estrecheces, que apenas poseemos una sexta parte de aquella extensión de tierras. Perdimos el Africa en su totalidad, desde Tánger hasta el Nilo, Egipto; ambas Arabias, Palestina, Siria, Asia, el Ponto y casi toda aquella Grecia imbuída y formada por el apostolado de Pablo en una filosofía mejor. En ese rincón que nos ha quedado, andamos metidos en alborotos, en guerras, en locuras. Así, tan precariamente y con tanta dificultad, defendemos este poquito de terreno, este resto menguado de tan brillante fortuna. No sé qué presagio, de una inmensa calamidad, anidó en mi alma. ¿Qué buena esperanza podemos alentar para el futuro, o qué consuelo nos resta de tamaños males, si nuestros enemigos conspiran para nuestra perdición y agrupan sus fuerzas en un común esfuerzo y en una ayuda común, al paso que nosotros, en un momento crucial de nuestra existencia, colaboramos para todo lo contrario, para desertar los unos del lado de los otros y perdernos mutuamente o, mejor aún, unas veces solapadamente y otras veces, a la luz del día, trabajamos para llevarnos los unos a

los otros a la más crítica de las situaciones, facilitando nuestra perdición?

¿No hubo en España un cierto conde, don Julián, quien por diferencias con el rey Rodrigo, por el portalón de Andalucía, cuyo gobernador era, introdujo a los moros en España, donde quedaron pegados al suelo hasta nuestros días? Aquella calamidad extravasada de nuestra patria, hubiera asolado el mundo cristiano, si a España le tocara un rey como muchos de los reyezuelos agarenos. ¿No entregó a Rodas un caballero felón que hubo en la orden militar de su nombre? No quiero recordar las causas del desastre constantinopolitano ni, golpes frescos todavía, consignar por quiénes estos últimos años fué llamado y solicitado el Turco para que oprimiese con sus armas las armas de los cristianos enzarzadas en lucha fiera consigo mismas. ¿Creemos que a éstos ni aun en sueños se les ocurrió pensar en Cristo, ni en el alma humana, ni en la muerte, ni en la vida?

De todo esto se deduce que nosotros menospreciamos y conculcamos el santo nombre de Dios, y por ello hablan mal de nosotros los paganos, quienes, viendo que llevamos una vida tan alejada de los mandamientos de la religión que profesamos, sospechan que es pura vanidad lo que decimos y que representamos una comedia vil. Este alejamiento nuestro de nuestra propia religión, les aleja a ellos todavía más y se confirman más robustamente en su error, en el cual se ven vivir con mayores sentimientos de humanidad y más conformemente a la razón y a la naturaleza que nosotros, con nuestras verdades reveladas y los preceptos de la filosofía celestial. El mundo fué conducido a Cristo por la concordia, por la paciencia y por la caridad recíproca, al ver los hombres que los seguidores de Cristo no solamente estaban bien avenidos consigo mismos, sino también con los extraños, que aun a sus propios enemigos y perseguidores querían bien y devolver beneficios por ultrajes a quienes les habían inferido las mayores injurias. ¡Tan lejos andaban de acordarse de la ofensa y del daño! ¿Quiénes iban a tener tan de peña el pecho, quiénes de tan riguroso hierro el corazón que no se dejaran conmover por esos ejemplos de alma elevada y verdaderamente celestial, más alta que todas las contingencias humanas? En la concordia de los príncipes que hubieran depuesto las armas y de las opiniones por haber impuesto su señorío la templanza y la razón, sin resabios de odios ni de apetitos, podría encontrarse el remedio para tantos males. Ninguna cosa consolidó tanto nuestra religión como la concordia de los cristianos, ni ninguna otra como la disensión la enflaqueció y adelgazó tanto. Y, en efecto, para el cristianismo, que es la ley de caridad, ¿qué cosa puede haber más apta y más congruente que la avenencia, la paz, la concordia, la unanimidad? ¿Y qué cosa más contraria y más nociva que cualquier linaje de disensión? En previsión de ello, San Pablo increpa severamente a los corintios, y a través de ellos a las iglesias todas, porque existían en su seno ciertos pleitecillos y cuestioncillas, aun cuando fuesen leves a primera vista. Pero en lo que atañe a la discordia no hay cosa tan chica o tan contentible que no dañe a la caridad y que, poco a poco y muy de callada, no acabe por levantar una gran llama y un incendio devorador, atizada por cualquier movimiento o avi-

vada por cualquier soplo, bien así como una chispa ardiente que vino a dar en la estopa.

Y ese mismo apóstol, con cuánta solicitud y con qué palabras tan llenas de mesura y de palpitante ansiedad escribe a los fieles de Filipos: *Si hay en vosotros alguna consolación en Cristo, si algún refrigerio de caridad, si alguna comunión de espíritu, si algunas entrañas, si alguna conmiseración, haced cumplido mi gozo, sintiendo todos lo mismo, teniendo una misma caridad, unánimes, gustando todos lo mismo. Nada hagáis por contienda o por gloria vana; antes, sienta cada uno humildemente de sí mismo, estimando al prójimo superior a sí, no mirando cada uno sus propias conveniencias, sino las de los otros.* Y así como la religión es el camino para la bienaventuranza y es ella misma la bienaventuranza, así no hay cosa más sabrosa ni dulce que la concordia y la amistad. Quien de la vida quita la concordia, en frase de Cicerón, quita el sol del mundo. No hay felicidad mayor que la de amar, aun cuando no seas correspondido; y no hay acedía ni miseria más grande que el no amar y más siendo tú amado. No será el afecto ajeno el que te haga desdichado o feliz, sino el tuyo. Ningún sentimiento difunde en el alma tanta alegría como el amor; ninguno, tanta lobreguez y borrasca como el odio. El simple hacer bien, inspirado por el amor, cuánta dulcedumbre no entraña, y cuánta hermosura, y cuánta dicha, como dice San Pablo, y, por cierto, con las mismas palabras del Señor. ¡Cuánta fuerza tiene! A tal punto, que quiera dar y beneficiar con frecuencia quien cató una vez aquella dulzura. De ahí aquel dicho, a saber: que la liberalidad es un abismo sin suelo.

Tales son los males de la discordia; éstos, los bienes de la concordia. ¿Quién fué el que apartó al hombre de tan grandes bienes y le arrastró a males tamaños? Debió de ser el genio del mal, algún fiero enemigo nuestro; acaso, el enojo de Dios, y, sin duda, el hombre mismo que se daña a sí queriendo dañar a otro y que, a través de males suyos ciertos, intenta ajenos males inciertos. Dime con franqueza: ¿Monta tanto la discordia y aquella insana e inhumana satisfacción de la venganza que se deban por ella sufrir tantas molestias y males tantos, preteriendo y abandonando tantos bienes y tantas ventajas?

Ambos estados, la concordia y la discordia, han dejado en todo tiempo sus huellas correlativas en enérgico contraste. La concordia congregó el humano linaje, fundó las ciudades, las engrandeció, las conserva; introdujo las artes provechosas a la vida, el holgado bienestar, el cultivo del espíritu; hizo grandes hombres en sabiduría, en erudición, en virtud. La discordia, en deplorable paralelismo, dispersó a los hombres y los hizo errantes, los llenó de miedos y terrores, recelosos de todo lugar, desconfiados de cualquier otro hombre, como el pie, no bien curado de la lesión de una espina, no asegura su huella con firmeza. La discordia, quitadas las leyes, roto el lazo de la concordia, aventó la comunidad humana, derrocó edificios, villas, ciudades; arrancó cuanto tenía sus raíces en el suelo; trajo el hambre, la peste, la falta de todas las cosas; trajo la ignorancia, la holganza, la inmoralidad, y en la soldadesca licenciada reclutó los más valientes y atraidorados bandoleros. Esta metamorfosis es una de aquellas que los estudiosos de fenómenos naturales dicen pro-

ducirse entre naturalezas afines y sustancias fronterizas, entre las cuales hay como un puente de transición. Sean cualesquiera las tierras de donde regresa un ejército disuelto, trae consigo a su patria toda cuanta morbosidad y vicio tenía aquella nación que fué teatro de sus campañas; los achaques todos, así físicos como morales, de que adolecía. Del mismo modo que la cebolla cortada atrae a sí todo cuanto tuvo en su cercanía de malo y vicioso de la humedad o del aire, y nada saludable y bueno, así también los soldados, cualquiera sea el país donde pusieron el pie, nunca sacan de allá las buenas y sanas costumbres, si las había, sino lo morboso, lo pestilencial, la criminalidad, los vicios que luego al punto confluyen a los campamentos, como a una cloaca inmensa por un desagüe pronunciado. Estas son las antiguas quejas de aquellos romanos viejos, fuertes y cuerdos, que deploraban que sus conciudadanos hubieran sido corrompidos por Sicilia, por Grecia, por el Asia y que de aquellas lejas tierras hubieran los soldados traído a su ciudad, con las armas y con la victoria, una perversidad de costumbres, en contraste vehemente e irreducible con la santidad de las antiguas costumbres romanas. Yo no quisiera vapulear con demasiada frecuencia esa época nuestra; pero hoy en día nadie ignora qué extravíos, qué costumbres, qué opiniones y qué juicios, qué maldades, en fin, pasaron de unas a otras naciones a través de los ejércitos; esto es, por las rutas militares. ¡He aquí, pues, lo que nos hemos buscado con tanto alboroto y polvareda marcial, con tantos males ajenos y propios! Casi nada más que decepción y llanto y quejas airadas, puesto que cada uno de los ejércitos vuelve a su tierra, más pobre y más empeorado, con la pérdida de lo suyo y de lo del enemigo. Verdad es que, a veces, se amplía el dominio; pero es precario ese engrandecimiento que en breve se ha de perder y aun alguna vez, con intereses muy crecidos, cuando el vencido eventual moviliza huestes nuevas y contraataca al efímero vencedor cansado y agotado de su propia victoria pírrica.

Pero bien está que subsista el dominio engrandecido. Y dime: ¿Qué otra cosa es crear un pujante Imperio, sino, como dijo un filósofo muy cuerdamente, amontonar materiales para un colosal derrumbamiento? A poco que lo consideres, te convencerás de ello. Vivaz demostración de todo esto son tantos emperadores romanos que en el mundo han sido. Los unos, que habían tomado la determinación de abarcar y defender tan extenso señorío con su diligencia personal, abrumados y casi sin respiro bajo el peso de mole tan inmensa, acababan por volver los ojos a aquella envidiable vida privada que antes gozaran y a su solo recuerdo levantaban el ánimo deprimido, con una cierta esperanza alegre de volver a ella. Uno de estos fué César Augusto, que tantas y tantas veces ponía ante los ojos de su espíritu aquel ocio bienaventurado en que pensaba de nuevo sumirse, cuando pudiera deponer la máscara de aquella representación que le tocó desempeñar, tan enojosa, tan insoportable, tan preñada de odiosidades y desabrimientos. Y entre estos emperadores, no faltaron quienes, sin más ni más, se fueron a la vida privada o, lo que es lo mismo, por su propia iniciativa se echaron cabeza abajo de aquella cumbre y empinación, por haber visto que allá, al pie de la torre alta, les sonreía una vida fácil y feliz. Otros, por fin,

atollados en la ciénaga de los deleites, pensando ser la vida regalada y muelle el premio de su grandioso poderío, la misma volubilidad resbaladiza de aquella mole gigantesca que nunca se asienta en terreno firme los arrastró a fatales sumideros, de los cuales no pudieron salirse. No tienen cuento estos casos ejemplares, que son análogos, por no decir idénticos, en todo el linaje humano. No, sin razón, un rey de suma cordura, al ofrecérsele la púrpura real, exclamó: *¡Paño de honor más que de contento: si alguno supiese cuántas desazones, cuitas, calamidades y gemidos abriga no querría, si lo encontrara, levantarlo del suelo!* ¿Qué otra cosa es en las naciones y los estados el gran poder, sino ocasión de todos los vicios y maldades capitales y aborrecibles que de todo el mundo confluyen en toda ciudad populosa como en una gran sentina? No van la maldad y el crimen en pos de la escasez y pobreza, sino que se hacen cortesanos de la opulencia y de la vida regalada. ¿Qué linaje de bellaquería puede imaginarse que cuando Roma era cabeza de las naciones no estuviera en su apogeo, que no fuera tenido en gran estima, que no reinara con absoluta soberanía? Adulaciones, partidismos, perjuicios, homicidios, conscripciones, fraudes, adulterios, estupros, exquisiteces e indecibles variedades de lujuria, conjuraciones, sobornos, votos falsos, testigos falsos, avaricia, insolencia, envidia, parricidios; todas estas enormidades eran entonces tan frecuentes, tan cotidianas, así en las clases elevadas como en las humildes, que con su reiteración habían perdido todo sentido y no tenían más importancia que el comer, el beber o el dormir; hasta tal punto se endureciera, encalleciera y encanalleciera el increíble asenso y colaboración de la ciudad en el crimen.

Y si una que otra epidemia, cuando se encarniza y se propaga, basta para acabar con una nación asaz poblada, ¿qué no podrán estas tan numerosas y tan crueles epidemias unidas echándose como en escuadrón cerrado sobre una ciudad determinada, ¿qué estragos no causarán? En aquel pueblo, ¿qué cosa van a dejar entera e intacta? Y así es como la entereza, la continencia, el trabajo, la templanza, la frugalidad, el culto de la amistad pura y desinteresada eleva en gloria y poderío a aquella nación en donde se las admite muy por encima de las otras, con la misma correlatividad con que los vicios contrarios las derrocan y descuajan. ¡Cuántas y cuántas veces los escritores latinos deploraron la postración y corrupción de costumbres del pueblo romano! ¡Y cuántas y cuántas veces los escritores griegos, las del pueblo ateniense y lacedemonio! Citaré un solo pasaje de Isócrates, en el cual este orador, con pocas palabras, llenas de gravedad y buen sentido, enumera los males de la gran fortuna y del imperio grande: *Eso*—dice—*que vosotros llamáis imperio, a cualquiera no le costará mucho entender que no es sino calamidad pura, por cuanto, naturalmente, tiene la eficaz propiedad de malear a quienes los poseen. La más clara demostración de esto consiste en la extrema corrupción que nos han acarreado a nosotros y a la ciudad de los lacedemonios. Aquella República, que por espacio de ochocientos años seguidos había conservado en un mismo ser y firmeza su hegemonía, poco a poco, luego de haberla dañado seriamente, la va divolviendo en su totalidad. En lugar de la usanza antigua y de la cons-*

titución que le dieron sus mayores, a tenor de las cuales acostumbró regirse, en la actualidad imbuye a cada uno de los ciudadanos en la indolencia, en la bellaquería, en los torcidos apetitos, acaparando bienes y multiplicando injusticias. Y esa hegemonía misma hízola sospechosa a sus aliados de avidez por poner mano, sea como sea, en el botín, cuanto más cuantioso mejor, de los enemigos vencidos y de que no va a hacer caso ninguno de alianzas, pactos ni juramentos.

Así habla Isócrates en un discurso que trata de la paz. Por estas causas y razones, vemos a todos los pueblos poderosos, sin excepción, oprimidos y despedazados en el curso de su felicidad, o vejados y empujados a las más críticas situaciones, e infaliblemente, al fin y al cabo, disueltos y comidos antes por sus vicios y corroídos por el cáncer de sus propias maldades. Ninguna necesidad tengo de mentar los viejos nombres de Atenas, Esparta, Tebas, de la misma Roma y aun muchos otros. Pueden servirnos de aviso los escarmientos de vecindad con que nos aleccionan España, Francia, Italia.

Allégase a esto que un imperio, sea el que fuere, no puede ser agradable a quien considere con cuánta crueldad, con cuántas matanzas, odios y maldiciones, con cuánto daño y quebranto, los mayores que pueden imaginarse contra sí mismo y contra los otros, llegó a formarse. Y ello es de tal importancia, que cualquier poseedor se saborea y deleita con pensar con qué malas artes se consiguió.

Primeramente, no hay cosa alguna de que huya y sienta más viva aversión el alma humana a quien la Naturaleza hizo dueña de sí, que cualquier apariencia de meditación o servidumbre, que nunca se dejará doblar por daños, por multas, injusticias, siendo así que tampoco se dobla por beneficios violentos. Y con todo es posible conquistarla con blanduras y con halagos, sin mella en la entereza de su libertad. Implacable y capital es el odio de aquel que es arrastrado a la obediencia por la coacción o el miedo. No fué desatinada la advertencia que a Alejandro hizo aquel escita: *Guárdete el cielo de pensar que te son amigos aquellos a quienes sojuzgaste; entre el esclavo y el dueño no hay amistad posible.*

A estos odios instintivos han de sumarse las quejas y la ojeriza de aquellos mismos de quienes recibe ayuda, por la imposibilidad de compensar el volumen de aportaciones y esfuerzos. No existen riquezas capaces de hartar la avidez de un soldado, ni cualquiera que sea la victoria que consiguieres devolverás a los ciudadanos todo cuanto los quitaste con ocasión de la guerra y todo el tiempo que ella duró. El resultado es que por un enemigo que combatiste, te has hecho dos: aquel en quien ejecutaste armado tu saña y tus propios vasallos, para con quienes fuiste, aun sin armas, no menos cruel, y aun a veces con las armas y el terrorismo, porque no rehusasen tu mando insolente y agobiador. ¿Son éstos los frutos de la victoria, que tras de haber exprimido y agotado los recursos de tu reino, para con el cual el cielo y la tierra, de consuno, te mandan tener un ánimo de padre, metas en él diez millones de malos soldados, que equivale a decir diez millones de ladrones, que turben e inquieten cada día el orden público, vejen la artesanía, quebranten las leyes, apolillen la virtud y empujen y aceleren el derrumbe de las costumbres pú-

blicas, que ya andaban algo resentidas? Y estos males no duran uno que otro mes o siquiera un año, sino que ahondan tanto y con tal ahinco en los espíritus y en las cosas, que su extracción y descuaje es operación larga y difícil. Las huellas de cualquier ejército, de paso por un país amigo, llegan a verlas los hijos, y las de una hueste que pasa por tierra hostil alcanzan a verlas los bisnietos, bien marcadas y distintas, y no las llega a borrar la antigüedad, madre del olvido. A su vista surge el recuerdo de los que tal hicieron; y de ahí, odios y enemistades tenaces que remanecen y recrecen todas cuantas veces su contemplación renueva la memoria calamitosa. Pluguiera al cielo que no tuviéramos ejemplos tan cercanos.

Los romanos, como mantuviesen en Italia muchas y grandes guerras, habiendo infligido grandes desastres y hecho muchas rapiñas y ocasionado copiosas destrucciones, entendieron no serles posible subsistir en medio de tantos y tan enconados odios fronterizos, si no se atraían y ganaban el afecto de los pueblos vencidos con algún beneficio insigne; concedieron la ciudadanía romana a casi todos los pueblos de Italia con la idea de que Roma fuese como la patria común de todos y que se persuadieran que la guerra no se había hecho contra ellos, sino a su favor, y que la victoria no beneficiaba menos a todos los ítalos que a los romanos solos, y que los reveses no eran los otros quienes los sufrieran, sino ellos mismos. De aquí nació aquel aforismo de política ejemplaridad, a saber: que *a los romanos les habían engrandecido la clemencia y el perdón*. Y así fué; utilizaron en lo sucesivo como aliados de la más fina fidelidad a los mismos a quienes perdonaran luego de vencidos y desarmados.

Este mismo hecho comprobámoslo todos los días no solamente en pueblos y estados, sino también en cada uno de nosotros. Todo aquel que se afanó por conservar la amistad o con su silencio, o con sus atenciones, o con un delicado disimulo de la injuria y de la ofensa, posteriormente experimentó, lleno de benevolencia y de cariño, a aquel mismo a quien conociera como acérrimo enemigo, si hubiera querido llevarlo todo a punta de lanza, sutilizando y apurando la justicia o, mejor dicho, su implacable pasión, y no a él solo, sino a otros muchos exasperados por su saña irritante, que fácilmente se conjuraran para sacudirse aquella calamidad e incendio público. Reinaba César Augusto en Roma, esto es, en una ciudad no hecha todavía a la servidumbre. Así que fué objetivo de las asechanzas de muchos a quienes movía el brazo el recuerdo de la libertad o la disconformidad con el presente estado de cosas, o la codicia de escalar aquel alto asiento en que le veían colocado a él. De todos ellos tomó vindicta muy severa. Con todo, la represión no descorazonaba a nadie: cortó la cabeza a Salvieno, sí; pero a continuación le siguió Lépido, hijo del triunviro; eliminado éste, surgió Lucio Murena; después de Murena, Servilio Cepión; luego, Ignacio. Nombres ilustres habéis, porque me propuse callar los de los esclavos y de los plebeyos que levantaron su brazo a tamaña osadía.

El último de la serie de estos frustrados magnicidas fué Lucio Cina, que tomó la bien madurada determinación de agredirle mientras sacrificase, inmolándole cabe el altar, como otra víctima, la más pingüe que pudiera ofrecerse a los dioses libera-

dores. Alguien reveló a César el intento. Augusto, entristecido y preocupado porque no había represión que acabara con tantas conspiraciones como contra él se maquinaban, puesto que ningún resultado efectivo había tenido su ya probada severidad, tomó la determinación de seguir otro procedimiento. Llamó a Cina a su presencia y le comunica todo cuanto tenía averiguado. Silencioso y convicto y confeso el agresor ocasional, díjole César que le concedía vida, fortuna, dignidad y toda cuanta distinción civil podía otorgarle, para que comenzase entre ellos la amistad desde aquel día mismo. Y en efecto, Augusto, desde aquel día mismo y mientras la vida le duró, tuvo por el más fiel y el más amigo de todos sus amigos a Cina, que al morir le nombró su heredero. Desde aquel momento ya no fué objeto de agresiones. Es admirable, gracias a este rasgo de clemencia, cuánta adhesión pública se granjeó y la obediencia total sin reservas de todos los súbditos de tan vasto Imperio. En esta competencia de lealtades, de nadie experimentó más cariñosa fidelidad que de aquellos a quienes, de enemigos que fueran, los había trocado en amigos: los Domicios, los Mesalas, los Asinios, los Cicerones, los Cocceyos, los Salustios, los Duelios, en una palabra, toda la flor de aquella ciudad, flor de flores. Invitan y cautivan el espíritu la bondad, la tolerancia; se le conquista con aquella grandeza que disimula la injuria, la borra del todo y le quita toda virulencia que pueda irritar al que la recibió. Constitúyese en esclavo de la clemencia y a ella corresponde con amor, con consideración, con acatamiento. Persuádese de que a tamaña fineza no puede corresponder, sino con una total donación y consagración de sí propio. Así es que de ellos se hace amigos que no ceden no ya en cariño y constancia, sino en obsequiosidad y asiduidad a cualquiera de los que fueron ejemplos típicos de aquella santa y venerable amistad antigua. Y por este camino, reclútanse amigos también entre aquellos a quienes no tuvimos por enemigos jamás y nos aman, ganados por nuestro afecto y por nuestra bondad y todavía se creen deudores muy obligados porque piensan que todo cuanto hacen no lo dan al amigo, como es costumbre de los otros amigos, sino que se lo devuelven.

Existe un triste verso griego que dice ser muy exquisita dulzura tomar venganza de aquel que ofendió. ¡Cuán ruin es ese linaje de dulzura, cuán efímera y cuán sazonada de rencor, de trabajo y de molestia! ¿Es comparable, por ventura, con el fruto suavísimo, con el placer inefable del perdón y de la reconciliación? ¿Es tan duradera? ¿Es tan sólida? La venganza es una suerte de satisfacción y regodeo y de apetito bestial. Pero estotro placer es un purísimo deleite de la conciencia. ¿Quién tuvo jamás que arrepentirse de la clemencia y de la reconciliación? ¿Y a quién no le pesó de la discordia o de la venganza? ¿Y qué más diré, si la injuria irrita la injuria y la produce y no se detiene jamás, y siempre, siempre el castigo y la venganza no se denominan con este su propio nombre, sino que se llaman injusticia y fechoría? El castigo, pues, pesa directamente sobre el castigo; la venganza nace de la venganza, como del agua nace el hielo, y del hielo, a su vez, nace el agua.

Y no solamente a aquellos para con los cuales se mostraron benignos y clementes se les halla tales, como dije, sino, al mismo tiempo,

se granjean la bienquerencia y respeto de muchos, todos los cuales les dispensan sus simpatías y sus amabilidades como a una divinidad bienhechora y saludable. Como también, inversamente despierta la antipatía de muchos amigos el ejemplo de crueldad dado en alguno de ellos. Y si se tapia todo camino de vuelta a la amistad y por una injusticia se devuelve una fechoría, empujados a la desesperación, cualquier cosa que se les dé, les ocasiona daño. El emperador Severo, como recibiera con agrios modales y con crueldad, según era su genio torvo y desabrido, tras la derrota de Niger, a su ejército, que se le entregaba, obligó a muchos de aquellos veteranos aguerridos a repasar el Eufrates y pasarse a los partos. Estos soldados, fogueados luego de haber instruído a aquellos bárbaros en la disciplina y táctica romanas, consiguieron que más tarde diesen muchísimo que hacer a los ejércitos de Roma. Al revés se condujo Cneo Pompeyo, luego de haber vencido a Sertorio, pues no sólo propuso la impunidad a los soldados que le combatieran con las armas en la mano, sino que con una buena fe total, sin haberlas leído, a presencia de su ejército, quemó las cartas de las personas civiles que halló en las cajas o armarios de Sertorio, en que le prometían su concurso y cooperación contra el partido de Sila. Con este rasgo generoso se proponía no quitarles toda esperanza de reconciliación ni crearse enemigos francos de quienes pudiera creer que lo eran. Dos veces Cayo César testimonió a Cneo Pompeyo su agradecimiento: una, por la derrota que infligió a Sertorio; otra, por haber dominado el movimiento sedicioso de Mario; perdonóle una vez, luego de haberle vencido junto a Fársalos, en Tesalia, y otra en la persona de su suegro, Metelo Escipión, en Tapsos de Africa, con el buen acierto y el cuerdo propósito de que, en caso de manifestarse las intenciones y planes de tantos ciudadanos, tuviera que emprender una guerra más dura que la que estaba haciendo. Y aun este mismo César perdonó con generosa y bien calculada política a todos los ciudadanos que hubieran seguido el partido y la voluntad de Pompeyo, por manera que en toda aquella guerra no pereció nadie sino en el propio campo de batalla y con las armas en la mano.

Y con todo esto, esa clemencia tan grande no pudo mitigar ni pacificar unos espíritus irritados y henchidos de rencores y ni en sus mismos amigos ni tampoco en los propios soldados suyos a quienes dispensara beneficios tan grandes aquella correspondencia y lealtad que con tantos afanes había procurado y que se había preocupado de confirmar en sus pechos con tan viva diligencia, con tantos donativos, con tan generosa humanidad. ¿Qué pensamos que le iba a ocurrir si se hubiera mostrado cruel? Pero como eran muchos los que se creían perjudicados por él, en ninguna sazón dejó de estar al acecho la venganza, y el despecho de los lesionados ganó para la conspiración a los ilesos y les fundió en la unidad de una suerte común. ¡Tanto más fácil es ajenarse los espíritus mediante el daño que recoser más tarde con cualquier beneficio la amistad rompida, ni reblandecer con ningún apósito el ánimo entumecido y curar la herida que tú mismo hubieres hecho! Cuesta abajo se deslizan el daño y la discordia; el bien y la reconciliación gatean cuesta arriba. Sabiamente Homero, entre otras muchas ficciones suyas, creó la de *Ata*;

es decir, el daño y la ofensa discurriendo por la cabeza de los hombres con muchísima rapidez, y la de las *Litas* es, a saber: de los ruegos y la reconciliación, yendo en pos de ella, lentas y cojas, para reparar y reconstruir lo que Ata estropeó y derrocó. Y dice así este pasaje homérico malamente traducido por mí, a mi manera:

La prole de Saturno engendró cojas a estas Litas, feas, estrábicas, aradas de arrugas vergonzosas, que a su espalda siguen las pisadas de Ata. Ata, recia, robusta y con paso firme, derriba a esas Litas y siembra el mundo de ruinas, y esparcidora de males, vaga impunemente. La misión de las Litas es, con tardo paso, mitigar tales dolores.

Decidme: tras la discordia, ¿qué ciudadanos no hemos perdido, qué aliados, qué varones ilustres, graves, sabios, para que su pérdida pueda luego compensarse con ninguna suerte de ventajas? ¿Qué allegados, qué amigos que los príncipes querrían, si ello fuese posible, volver a la vida a trueque de una buena parte de su reino? Y ese sentimiento no lo tienen los príncipes solos, sino que es compartido por las personas particulares, que en las disensiones armadas hartas veces perdemos seres queridos por cuya vida y salud estaríamos aparejados a dar nuestros bienes, nuestra sangre, nuestra vida, como ellos hicieron por nosotros.

Recuerdo haber oído muchas veces, en Valencia, de labios de personas viejas de allá, que Alfonso, rey de Aragón, luego de haberse apoderado del reino de Nápoles tras muchos sudores y fatigas, no tanto se felicitaba porque había tenido logro su deseo, como se dolía de la muerte acaecida en el asedio de su hermano, a quien quería más que su propia vida y, sin duda, más que aquel su nuevo reino. ¡Y esa guerra que padecemos, cuántos amigos no sacrificó, amigos del emperador Carlos; amigos del rey Francisco; amigos del César español, el Borbón, Hugo, Moncada, Fieramosca; amigos del monarca francés Palicia, Trimola, Bonivet, Lescucio, el bastardo de Saboya, Bayardo, Lautrec, Vandemonio, candidato a la corona de Nápoles! ¿Cuánto no dieran ahora por el rescate de cada uno de ellos? ¡Pluguiera al Cielo que hasta aquí hubiera llegado ese insolente paseo de Ata por encima de cabezas humanas, y no pasase más allá esa feroz contienda entre ambos!

Una vez que ha pasado la discordia no vemos otra cosa sino cómo el vencido y el vencedor mezclan sus duelos y quebrantos, o que el vencedor llore y el vencido perezca, o, si por excepción la guerra fué un torneo de mansedumbre, que ambos lloren a la vez. Acaso no hubo nunca guerra con tan buen suceso que el vencedor, si fuere cuerdo y luego de haberlo pensado todo punto por punto tras maduro examen y reducido a razón y a cálculo, no reniegue de la hora en que la emprendió.

Néstor y Menelao, que Homero fingió sabios y prudentes, introdúceles al uno y al otro lamentando la guerra de Troya, pesarosos y arrepentidos de aquella victoria nobilísima, al recordar que la habían conseguido con tantos estragos y calamidades y con cuán larga cadena y sucesión de males nacidos unos de los otros y con cuánta pérdida de héroes. En Virgilio, Diomedes, enfriados los hervores juveniles, ya apesadumbrado de años y aleccionado mejor por la experiencia y la prudencia, no ya con aquel ímpetu con que en Troya derribaba huestes y peleaba con los dioses, habiendo

oído a los troyanos, habló así con apacible boca:

Dejo las calamidades que apuramos guerreando bajo los altos muros y los héroes que el Simois abruma con sus aguas; por el orbe todo hemos expiado suplicios inefables y el castigo de todos los sacrilegios. ¡Oh hueste que al mismo Príamo moviera a compasión!

Y añade un poco más abajo:

Ni yo, tras la destrucción de Troya, tengo querella alguna con los teucros ni me acuerdo ni me ufano de mis viejos males.

Y por terminar, no es posible en manera alguna que uno y otro se separen sin daños, puesto que uno y otro se estudian la respectiva perdición, como dijo el poeta trágico. Preciso es que sepa que de las ruinas que él prepara le ha de alcanzar alguna parte. El hombre poseído de la ira, al urdir el peligro ajeno, no se percata de aquel en que él incurre. Así es que siempre deja algún lado descubierto o alguna fisura por donde pueda ser vulnerado por el más desvalido de sus enemigos y, especialmente, porque no hay ninguno tan flaco que no tenga robustez suficiente para dañar la debilidad de nuestra naturaleza, que por sí misma, sin el concurso de agente alguno exterior, está destinada a sucumbir inexorablemente. Desde el primer día en que salió a luz, sujeta como está a numerosos azares, se sostiene difícilmente a fuerza de cuidados ansiosos y prolijos, con indeclinable tendencia a su ruina. Y a pesar de todo, por más arte y diligencia que se ponga en su conservación, acabará por caer. Muy liviano ha de ser el empuje que reciba esta mole efímera para despeñarse y rendirse a su propia pesadumbre.

LIBRO CUARTO

CAPITULO PRIMERO

CUÁL SEA EL CAMINO PARA LA VERDADERA CONCORDIA

Asaz expuse en los tres libros anteriores cuanto me fué posible recoger en materia tan copiosa y tan varia, que llega a ser inagotable, los males que la discordia acarrea y los bienes que la concordia trae consigo. Yo no pienso que haya nadie que tenga de su propio natural tan arraigada propensión a los litigios, a las riñas, a las pendencias, a las porfías, que no huya de la disensión, que es el origen y la fuente de tantos males y no se enamore de la concordia, madre y nodriza de tantos bienes y ventajas, de buen grado y con toda la afición de su alma. Pero con todo, de este propósito, firme a veces y bien asentado en nuestro pecho, nos retrae la pasión, arrolladora por su empuje o poderosa por su arraigo y que con frecuencia no guarda suficiente conformidad y lógica consigo misma. Los piratas y los ladrones, cuya profesión y ejercicio es infestar el linaje humano, perturbar la quietud, conculcar las leyes y los derechos, contaminar todo lo sagrado y lo profano, conservan entre sí, a pesar de todo, una cierta paz y concordia, definida por determinadas leyes y como por la equidad de la justicia. De otra manera no podrían

mantener aquellas sus coaliciones y aquella archicofradía del latrocinio. Y como ello es así, evidentemente las pasiones son peores que los ladrones, y su sevicia proverbial más difícil es de contener y cohibir por alguna razón de comunidad que no sea la de la bellaquería organizada en gremio. En los afectos del alma no rige, no ya, como dijo Séneca, una paz infiel y desasosegada, sino ninguna paz en absoluto: no hay quietud, no hay armisticio en esa guerra; con la alegría anda reñida la desazón; con la esperanza, el recelo; con la envidia, la simplicidad; con la desesperación, la confianza. Chocan entre sí en tropel, como en el barullo de dos huestes confundidas; la confianza firme destierra el desabrimiento, el miedo, la envidia, la jovialidad, la crueldad, la desesperación, la ira, la fricción, y el contraste de unas con otras las exaltan y las deprimen alternativamente. ¿Qué para cada una de las pasiones? ¿Por ventura la paz está consigo misma? De manera alguna. El miedo de una cosa quita el miedo de otra; la esperanza de esto excluye la de aquello, como una luz excluye otra luz y un fuego anula otro fuego.

Aquellas pasiones, pues, que ni entre sí pueden tener paz ni ninguna de ellas puede tenerla consigo misma, si se da el caso que se enseñorean del ánimo, fácil es a cualquiera considerar qué motines promoverán, interiores y exteriores; qué guerras levantarán, cuánto estrago y cuánta calamidad en su rabia desmandada y en su ciega colisión. Impónese la necesidad de sujetarlas a la jurisdicción y al señorío del juicio y la razón porque no lo perturben todo, porque la razón más poderosa les ponga freno y rija su desbordamiento, y luego de quebrantarlas y debilitarlas, las obligue a ser dóciles a lo que se les mande. Jamás, mientras se mantengan en pie y conserven su entereza, se mostrarán obedientes. Ello será necesario hacerlo. Pero ¿dónde están las fuerzas para acabar con esta tiranía? Puesto que por la batería del pecado, que dejó en el hombre sus impactos, perdiéronse las energías físicas y la razón quedó desmedrada y las pasiones, robustecidas, cobraron grandes bríos y recabaron para sí una soltura desmandada, sin freno ni sin ley, el hombre cautivo y encadenado tiene que buscar su propia libertad con favor y socorro ajenos, a saber: con el favor y socorro del mismo Dios que lo creó para restaurar su obra caída a pedazos con el mismo instrumento con que la hizo entera. Este instrumento fué la Divina Sabiduría, es decir, su único Hijo, quien, fortalecidas la razón y la mente, cohibe la amotinada violencia de los ánimos y la obliga a obedecer a los mejores, por manera que cuando, ya sabiendo gobernar, empuña el cetro y obedecen los que no deben hacer otra cosa porque tampoco saben hacerla, reina en todo el hombre aquella paz que, nacida de ésa como fuente, brota al exterior y todo permanece tranquilo en todo linaje de hombres, porque interiormente, en cada uno se le arrancaron las armas de la mano y, por ende, se acabó con la rebelión.

Esta es aquella paz que Cristo dice repartir con largueza entre los suyos. Esta paz no puede darla el mundo. Los hombres, con sus convenios y pactos, amortiguan las pasiones, no las esclavizan; las halagan, no las cohiben. A lo sumo, por la coacción y el miedo, abstienen sus manos del atropello, es de-

cir, con una mayor discordia frenan otra menor. Mas la paz de Cristo, desabrida con las pasiones inquietas, levanta a la razón provista de grandes recursos al reino total del espíritu, por manera que ya no tiene necesidad de firmas, ni de testigos, ni de juramentos, ni de aparejo de armas, ni de alardes de terror, puesto que quedaron eliminadas la materia, la ocasión, las causas, las armas de la disensión. Todo esto, así que se retiró esta paz, se reinstala en el ánimo, por manera que existe una guerra callada y empeñadísima, aun cuando las apariencias son de que la paz está en su máximo florecimiento y la comunica a las manos. *No hay paz para los impíos*, exclama el oráculo divino; porque en su interior arde una brava guerra excitada aun entre aquellos mismos que antes se habían conjurado para la rebelión. Por esto, no causa maravilla que entre aquellos hombres que se dejaron gobernar de sus pasiones jamás existe concordia ni común sentir, porque no los hay entre los que les señorean y aquellos de quienes reciben órdenes y leyes.

Existen determinadas causas que tienen tal conexión y trabazón con sus obras, que cualquiera que conozca una que otra, no puede abrigar duda alguna respecto de las restantes: esas claridades siguen al sol; ese humo sigue al fuego. Quien ve humo, colige que hay fuego; quien ve fuego, puede entender que habrá humo. Asimismo quien se percatare de nuestras maldades nacidas de un hábito interior, ése no se maravillará de que haya entre nosotros tal guerra; quien parare mientes en la guerra, colegirá cuáles somos en nuestro fuero interno; es, a saber: criminales y pésimos, pues éstos son los ejercicios y obras de tales operarios. San Pablo, de las disidencias de los suyos, se persuade de que quien reina es la carne y que del reino de la carne se originan las disidencias. Es fuerza que, así en sentimientos como en deseos, exista discordia entre aquellos que son juguete de los movimientos levantiscos del espíritu, de manera que mientras el sentimiento gobierne los ánimos y la concupiscencia gobierne la vida, es lógico que asimismo estén las opiniones en pugna y sean enemigas las voluntades y las acciones hostiles. De aquí se origina aquel mar de discordias tan grande, tan vario y tan espacioso de que hablé en los libros anteriores, en el cual nos hundió nuestra terca contumacia en el crimen que cometemos sin ninguna interrupción, de tal manera que parece que el mal obrar de costumbre pasó a ser naturaleza. Y ni aun nos advierten cuánto nos importa mejorar de vida tantas desventuras y calamidades como nacen las unas de las otras, con una viciosa fertilidad no desemejante de la de nuestros crímenes. Somos nosotros quienes, por nuestra propia mano, nos infligimos estos males, de los cuales aquel indulgentísimo y prudentísimo gobernador del mundo se vale como de tantos otros aguijones para despertarnos, adormecidos, o mejor amortecidos como estamos, en nuestras maldades y delitos, a fin de que, despiertos y vueltos en nosotros, trayendo a la memoria nuestras culpas, evitemos las causas de tantos males actuales que van a precipitarnos en los eternos si no anduviéremos con tiento. El pus que sale de nuestros abscesos y los males que nacen de nuestras culpas conviértense para nosotros en medicina de nuestra dolencia y enmienda de nuestros yerros, si tene-

mos cordura. Pero la asiduidad en el pecar nos hizo tanto encallecer, que ya no sentimos el escozor de los azotes ni se nos ocurre que puedan ser el castigo de nuestros siniestros; al contrario, les damos antes cualquiera otra interpretación que la de aviso de nuestro deber. Por ello es que, como dice discretamente San Agustín, perdemos el fruto de la reprensión y del castigo al no resignarnos a creer que lo son en realidad y atribuyendo lo que es consejo y determinación de Dios a la casualidad, a la suerte, al hado, donde el suceso sea hijo del azar y no efecto deliberado y querido. Por esto es que se pierde la aplicación y el precio de la medicina, pues cuando no se toma con aquella disposición y sentido, no se tienen en cuenta ni el lugar ni el tiempo ni la acción, y hartas veces se vuelve nociva la que, tomada oportunamente y en sazón, debiera ser saludable.

Con tantas guerras que ya duran tantos años sin interrupción, con tantos desastres ocasionados y recibidos, con tanta sangre derramada, con los campos incendiados, con la ganadería sacrificada, las leyes violadas, los templos profanados y la maldad hecha como la cosa más corriente y natural, ¿quién, en medio de estas calamidades atroces, se mejoró siquiera en un punto? Tanta es y tan desgarrada la discrepancia en el pensar y en el sentir y, por ende, en la vida y en aquella que es la principal de todas las cosas, a saber: en la religión, por el oprobio y desdoro de los sacerdotes y de los religiosos por la avaricia, el lujo, el fausto, la soberbia, la lujuria, la infinita codicia de todos los bienes. Tantos fueron los daños recibidos aun en aquello que para los más tiene la mayor importancia, a saber: en su dinero y en su autoridad: viendo los unos mermadas sus rentas, otros disminuído su prestigio y otros viéndose derrocados de su encumbramiento. ¿Quién hubo que volviera sus ojos a su Maestro, al que les llamó y segregó para sí? ¿Quién hubo que descendiera un solo peldaño de aquella vida endiosada, emprendida tan fea y criminalmente, o siquiera fingió que lo bajaba o, caso que otro fuera su íntimo sentir, al menos en su rostro o en sus actos externos diese algún indicio de probidad y de moderación propias de quien puso enmienda en su vida? Al menos para ejemplo, al menos para salvaguardar su dignidad, debía recurrir a la hipocresía, ya que no podía valerse de su ingenio, de su saber, de la integridad de su vida, de todo lo cual carecía en absoluto. Toca el Turco con pavorosas aldabadas a las puertas del mundo cristiano, amagándonos con su destrucción y asolamiento. ¿Quién alzó a Cristo sus manos puras para que se dignase mirar a su grey con ojos apacibles y apartar la furia hostil del sexo débil, de la edad tierna y desvalida, alejar el fuego del santuario, la carnicería humana, la devastación de los campos y ciudades, la blasfemia de su santo nombre? Nada se hizo. Pero ¿al menos hubo algún cambio en sus añejas costumbres o se ablandó el berroqueño corazón de algunos? Al contrario, todos a una, personas sagradas y profanas, hiciéronse más empedernidas y desahuciadas. Con los ojos abiertos, viéndolo y sabiéndolo, caminan a su cierta perdición, con una tan sombría y sañuda y consciente determinación, como suele ser la de las fieras, que luego que se les irritó, fueron soltadas, para que de día en día crezcan nuestros males y se multipliquen nuestros pecados, causa de nuestros males.

CAPITULO II

DE LA INEFICACIA DE NUESTROS RUEGOS CUANDO PEDIMOS A DIOS LA PAZ

Pero es el caso, dirá alguno, que cada día pedimos a Dios la paz y la concordia. Ninguna importancia tiene lo que suenan las palabras ni Dios hace de ellas ningún caso. Entre cada uno en sí mismo y pondere con qué fin hace votos por la paz y hallará que él desea la quietud, no con el fin de que así él como los otros, en el sosiego bonancible, puedan más holgadamente dedicarse a la piedad, y con el ánimo descuidado y tranquilo consagrarse a Dios cumplidamente, sino al revés, con el objeto de que, libres de todo sobresalto, pueda su espíritu más seguramente pensar en sus placeres, andar a su caza, atollar en ellos, hacer más ostentosa parada de la riqueza, del lujo, de toda suerte de fausto, y ejercitar la altanería, a la que muchas veces, las situaciones ásperas como son las que traen consigo las guerras y las discordias, obligan a disimularse y ocultarse. Por esto es que casi parece ser conveniente la contramedida de la guerra, puesto que no sabemos usar de la paz y hacemos de ella el cebo de nuestros vicios. No sin razón quejóse el satírico de que hubiésemos sido vejados por los males de la paz.

No es la paz lo que pedimos, sino la seguridad y la holgura para la satisfacción de nuestros apetitos. No queremos mirar por el bien de los otros, sino que los otros miren por nuestro egoísmo; no queremos amar a los otros, sino que los otros nos amen. No pedimos a Dios aquello que es el más grande galardón que al hombre pueda darse, a saber: que nos dé juicio sano que enderece o que dome nuestros afectos torcidos y los sujete a la razón. Lo que le pedimos con especial ahinco es que ningún miedo repentino vaya a agriar nuestros placeres, nuestro lujo, nuestra soberbia; que en una paz profunda, sin posible alteración, puedan los apetitos ejecutar libremente sus antojos. ¿Qué santo del cielo pensamos que va a escuchar estos deseos tan torpes? ¿Qué santo hay en el cielo que no los vaya a desestimar y rechazar? Aquello que nos correríamos de pedir si lo oyera el hombre que debiera otorgarnos esto mismo, por lo cual de todo hombre honrado oiríamos recriminaciones y denuestos, nos empeñamos en impetrarlo de Dios inmortal y sapientísimo. Cuéntase de cierto caudillo que, habiéndose apoderado del campamento y de la ciudad de sus enemigos, al tratar de fijarse las condiciones de paz, y pidiéndole ciertas cosas que en parte eran injustas, en parte contra su voluntad y las conveniencias de su república, admiróse de la infinita locura de sus enemigos, que no tenían reparo en enviarle peticiones de tal naturaleza a él, que era más fuerte y estaba más armado; así es que no les dió más contestación que ésta: *Puesto que presentáis demandas injustas a quien es más fuerte que vosotros, no es de razón que consigáis las justas.* ¿Quién no se espantará de la demencia, de la impiedad, de la ceguera o no sé cómo llamarla (me falta la palabra latina que exprese esto), de nuestro ánimo, puesto que, siendo hombrecillos heñidos de lodo y de arcilla, no tenemos reparo en ofender con nuestras peticiones a Dios Todopoderoso y pedirle cosas que no pueden serle más desagradables y contrarias? ¿Qué otra cosa es pedirle riquezas, placeres, honores, poder? Pero de esto hablaremos en otro lugar. Aho-

ra volvamos al objeto de nuestro estudio.

¿Qué es esto de pedirle a El una victoria sobre tu hermano, conseguida con violencia y con sangre, y colgar en las paredes de sus templos las banderas y despojos tomados al enemigo, monumentos y recordatorios de crueldad, de la cual el Dios de la mansedumbre fué muy ajeno siempre, y darle gracias por tu sevicia? ¿Qué otra cosa es esto, dime, si con mayor claridad quieres expresarte, más que, por este procedimiento, sobornar a Dios? ¡Oh Señor, Príncipe el más poderoso y el más justo de ese mundo universo! Tú me mandas que sea semejante a Ti, es decir, equitativo, manso, clemente; mándasme que no vuelva mal por mal; mándasme amar a mi hermano como a mí mismo por amor tuyo; mándasme también amar de corazón a mi enemigo y hacer bien a quien me hace mal y me daña. Mas yo, a pesar de todo esto, he tomado la determinación contra tus leyes y tus mandamientos y tu propio ejemplo personal de perseguirle a hierro y a fuego, bien porque tengo el propósito de quitarle algo, bien porque atisbo un camino para engrandecer mi reino, bien por obedecer a alguna pasión desordenada, a saber: la ira o la envidia; yo he resuelto, sea como fuere, ocasionar a su persona y a sus bienes desastre, ruina, perdición por mar y por tierra, con hechos y con palabras: pídote, ¡oh Padre de clemencia y mansedumbre!, que para esta determinación mía me proporciones fuerzas, me facilites el camino, coadyuves a mis planes, secundes mis empeños. Si volviere vencedor, adornaré tu mansión terrena con el botín y los estandartes militares; yo y mis soldados aguerridos, tras el poderoso y triunfante esfuerzo, tintos de sangre fresca, acudiremos a tus templos en hacimiento de gracias y en procesión de rogativas por haber dejado tendidos y muertos en el campo a unos otros hijos tuyos, para cuya redención y salud Tú no vacilaste en unir tu Divinidad con nuestra humanidad y en soportar en tu cuerpo flor de pureza e inocencia, dolores increíbles y la más amarga e ignominiosa de las muertes. Si alguno dijera esto y con estas palabras lo dijera, ¿no lo declararían todos, por ventura, más estúpido que una piedra y más condenado que cualquier diablo y merecedor de que Dios, por ese voto sacrílego, le infligiese los tormentos más atroces? Pues bien: que nadie se engañe a sí mismo; medite qué es lo que pide cuando impera la discordia, examínelo, pondere una por una todas sus peticiones y verá claramente que con otras palabras, eso sí, pero que en realidad lo que dice es esto y no otra cosa. Quien pide a otro alguna cosa, vea primero qué es lo que pide, de quién lo pide y quién es el que lo pide, y tras este examen, o bien desistirá de su petición, puesto que no va a conseguirla, o atinará el procedimiento y el camino de conseguirla. El hombre pide la paz a Cristo; es decir, el pobre pide a aquel que atesora todas las riquezas; le pide una cosa que El otorga con la mejor de las voluntades, mientras realmente lo que le pedimos sea la paz, es, a saber: la quietud del espíritu gracias a la cual nos sea permitido amar a los hombres y adorar a Dios con toda piedad. Desear la seguridad en nuestra vida cómoda y regalona no es pedir la paz, sino el semillero de todas las discordias y las guerras, al que le enardece la flojera con que nos entregamos a nuestras pasiones.

Pida el hombre a Dios; pida el cristiano a Cristo. Si por lo menos Dios reconociera en el que le pide al hombre y no al diablo, no hay duda que con mano larga concedería al hombre la cosa que entre todas le sería más conveniente y necesaria. Pero ahora, bajo formas humanas, Dios ve el espíritu y la arrogancia diabólicos; y nadie se ha de espantar de que ese Dispensador soberano, sumamente justo y sabio, no otorgue a los demonios aquello que es de los hombres.

CAPITULO III

DE LA NATURALEZA DEL HOMBRE, Y PRIMERAMENTE DE SU ÁNIMO Y DE CUÁN EXPUESTO ESTÁ A ERRORES Y PASIONES

Volvamos a la naturaleza del hombre; es a saber: volvamos a nosotros mismos. Dios, nuestro Padre que está en los cielos, cuya bondad y benignidad experimentamos cada día con innumerables beneficios y mercedes sin fin, acorrerá propicio y favorable a nuestra flaqueza; El secundará nuestros esfuerzos, y a quienes pugnan por levantarse, les tenderá su mano y con ella los sostendrá, y lo que faltare a la Naturaleza supliráIo su bondad eficientísima, para que de hombre flaco y endeble se haga cristiano, que monta tanto como decir hombre consumado y perfecto.

Empiece, pues, el hombre ya desde ahora a ser hombre; esto es, a conocerse a sí mismo. Los demonios no se conocen porque no quieren, ni se conocen las bestias porque no pueden. Las bestias jamás alcanzaron tan gloriosa facultad; los diablos la perdieron por la acumulación y continuación de sus maldades, hasta el punto que encallecieron para el conocimiento de sus delitos. Como he demostrado ya, la raíz y el semillero de toda discordia es la soberbia, que con tantos regalos amollentó su brío, que nada puede sufrir ya por más llevadero y liviano que sea. Con tan pesada calígine oprimió y anocheció nuestras mentes, que nadie se conoce ya, nadie descubre ni contempla quién es, ni dónde ni con quién ni cómo vive, ni cuál sea la naturaleza de las cosas, ni cuál su valor real, ni cuál su uso. Conózcase ya desde ese momento el hombre, y conozca sus cosas; y como por una ventana abierta al mediodía entrará a raudales la luz, que, tras haber disipado sus tinieblas, lo mostrará todo claro y en la más rutilante perspicuidad. Entonces a ese gallo se le baja la cresta y el pavón, según la conocida fábula, abajará sus alas, vista la fealdad de sus pies. Vea este animal finchadísimo qué es el hombre y considere que viene a ser, en fin de cuentas, todo aquello por lo cual se ensoberbece, y entenderá que él, sórdido y harapiento, se gloría de sus galas descaecido, blasona de sus fuerzas indigente, alardea de sus riquezas, deforme y feo, se envanece de su prestancia física. Tiene un alma; pero cuán maltratada y agitada por los alborotos pasionales; cuán rota y despedazada por aquella discordia intestina que, huya a donde huya, siempre trae consigo. Solícita, ansiosa, teme, espera, se entristece, se arrebuja sobre sí misma, se expande ufanamente; la brisa más ligera le remueve desde lo más hondo (bien así como se mezclan la arena y el cieno, el alga y todo cuanto légamo e inmundicia el río acumuló en la parte más baja de su cauce) y se deja impresionar por una palabra, por un gesto, por una opinión del más

raez y vil de los hombres. Quien pare mientes en todo esto, no menos tendrá vergüenza de sí mismo, como le causará terror la vista de tal monstruo, tan vario, tan multiforme, cruel, importuno, horrible, el cual, si no se le constriñe y doma, le acarreará tempranamente una grande y fiera calamidad.

Así es que no halagará ni con punible blandura criará para su perdición a esa bestia de cien cabezas, ni a cada una de estas cabezas les pondrá un nombre hermoso y tentador que le atraiga y le engañe y le despeñe en una perdición cierta. A la ira no le cohonestará llamándola magnanimidad; a la crueldad no la dorará con el nombre de valentía; al miedo no le llamará precaución, ni a la temeridad la hermoseará con el título de fortaleza. ¿Qué esperanza de salud puede haber si a las enfermedades se les impone el nombre de curas? ¿Cómo podrá curarse aquel que no duda gozar de una salud perfecta, enojado con los médicos, a quienes cree locos e indispuestos contra él, y declaran que van a librarle de una destemplanza que él está persuadido de que es la más completa de las templanzas? No hay en absoluto pasión alguna que traída a juicio ante la razón no aparezca verdaderamente deforme y abominable. ¿Qué cosa más abyecta que el miedo? ¿Qué cosa más fea que la ira? ¿Qué cosa más execrable que la soberbia? La mente misma, que es la porción más elevada y sublime del alma, verá hasta qué punto es de suyo tarda y embarazada, ciega por las tinieblas del pecado, imperita e ignorante, no instruída ni por la doctrina ni por la experiencia, ni por su propia sagacidad. Y si ni siquiera alcanza a comprender aquello mismo que ve, qué toca con sus manos cómo es o cómo se produce, cuanto menos consigue penetrar en los remotos arcanos de la Naturaleza. Muy sabia es aquella sentencia de Aristóteles, a saber: que nuestra mente, con relación a los más claros fenómenos de la Naturaleza, se comporta como la vista de la lechuza a la luz del sol. De todos aquellos conocimientos que posee el linaje humano, ¿cuál y cuánta es la porción que ignoramos? Y esto no solamente es verdad en el conjunto de las artes, sino en cada una de ellas, en las cuales el progreso humano no llegó tan adelante que alcanzase su mitad, aun en las más bajas y viles. No existe axioma más verdadero que el proclamado por los académicos, a saber: *Que nadie sabe nada de nada.* El primero que reconoció esta verdad en sí mismo fué Sócrates, y por ello le declaró el más sabio de los hombres el oráculo de aquel dios, ante cuya sabiduría se rindieron los restantes dioses, y que no hay insipiencia mayor que la del hombre que se imagina saber aquello que ignora. Y eso precisamente es lo mismo que vemos ocurre a los grandes hombres en la propia carrera de la sabiduría, por manera que cuanto más profundo ha sido su avance, tanto más entiendan y experimentan su ignorancia, como quien del límite del espacio ganado retrocede al mismo punto de partida. Quien lo mirare con vista más aguda y con mayor sutileza lo inquiriere, fácilmente hallará que no sabe nada y pensar que sabe algo es, en puridad, no haber abandonado la valla; mas entender que no sabe nada es haber alcanzado la meta de la sabiduría.

¡Qué demostración tan grande no es de necedad y de ignorancia el que se ofenda uno de que se le llame indocto y de que se le eche en

cara aquello mismo que él, si estuviera en su sano juicio, debería confesar! ¡Qué ultraje no se conceptúa ser el que se diga que ignora algo quien, si cien veces se sacudiera a sí mismo, como se varea un aceituno, no dejaría caer ni una centella ni un átomo de ciencia, porque no tiene ninguna!

Jamás ha tenido nadie tan bien echada la cuenta de su vida que los negocios, la edad, la experiencia, no le enseñen siempre algo nuevo y le avisen de algo, de manera que conozca que lo que pensaba saber no lo sabía y lo que tenía por mejor merece su reprobación una vez experimentado.

Esto es de Terencio en su comedia *Los Adelfos*. Viene a decir que nadie jamás tuvo ciencia tan asentada y firme, sin que el tiempo y la edad le dejasen de enseñar que no sabía nada, que se engañaba, que andaba descaminado, como este viejo de la fábula terenciana tuvo que rectificar a la postre una opinión profesada con honradez y arraigada profundamente. ¿Quién tuvo tan conspicuo saber o tan evidente fortuna que no le mintiera el éxito en algún punto? Más diré: ¿Quién no aprendió por su personal experiencia que la ignorancia le hizo caer, que la ceguera le hizo desviarse, que por imprudencia dió un necio consejo, hasta el punto de tener que afrentarse de sí mismo? ¡Cuántas conjeturas nuestras creíamoslas muy firmes y con ellas nos lisonjeábamos con morosa delectación de haber arrancado por nuestro esfuerzo e industria una verdad ignorada y abstrusa, la cual, el día siguiente, pero ¿qué digo el día?, la hora inmediata, nos refuta y nos desmiente, y nos da a entender que fuimos movidos por razones las más livianas? ¿Por qué, pues, tras tan prolijas experiencias y tantas desautorizaciones, insistimos con contumacia tal en echarnos completamente en brazos de muy efímeras conjeturas? Esa liviandad sería más o menos soportable si fuera para obrar el bien o para ayudar al prójimo; mas ¡cuánta bobería no es, para el daño, para los vicios, para la maldad seguir prestando crédito a cosas que tantas veces nos mintieron, a fraudes tan manifiestos! Cuando en fruslerías e insulseces hemos sido una vez engañados y defraudados, para lo sucesivo tomamos más avisadas precauciones, con lo cual damos a entender que somos buenos de mala gana, que corremos al mal gustosamente y que una liviana ocasión, un pretexto fútil y hartas veces nulo, basta para esa voluntad decidida y ardiente.

Y esa voluntad misma, si quedara al descubierto, ¡cuántas úlceras no mostrara a los ojos de los que la viesen! ¡Cuántas heridas producidas por los vicios y pecados! Ella misma, flaca de suyo, batida por los arietes de los movimientos apasionados, cuán fácilmente se resquebraja y arruina y con tantas y tan continuas caídas, casi ha perdido el uso de sus pies. Para ella, mantenerse en pie es una postura tan ajena y por fuerza como lo que es contra naturaleza; naturaleza nueva creada por el hábito seguido y tenaz, de modo que del justo mismo dícese, en el libro de la Sabiduría, *que cada día cae siete veces*. Y siendo ello así, ¿qué pensamos que va a hacer el hombre injusto o impío? Leemos en la Epístola de San Juan: *Si dijéremos no tener pecado, a nosotros mismos nos seducimos, y en nosotros no reside la verdad.*

Eso que digo alcanzáronlo no solamente aquellos a quienes la revelación enseñó que todas las criatu-

ras estaban sujetas a la tiranía del pecado y que la liberación se verificaría por la cruz del Hijo de Dios, sino que también lo alcanzaron los gentiles, quienes, ignorando la causa, se percataron de la realidad. De Séneca es aquella sentencia, a saber: *Que no hay nadie que pueda absolverse a sí mismo, y quien se proclama a sí mismo inocente lo hace con referencia al testigo, no a su propia conciencia.* Y en otro lugar dice con mayor amplitud: *Si queremos ser en todo jueces equilibrados, antes que nada convenzámonos que ninguno de nosotros está limpio de culpa. Es la mayor de las indignidades eso de decir: en nada pequé; nada hice. Con esa protesta no haces más que confesar que nada hiciste. Llevamos muy a mal que se nos imponga algún correctivo o castigo, siendo así que en aquel mismo instante faltamos, con lo cual no hacemos sino agravar la mala obra con la arrogancia y la contumacia. ¿Quién es este que a tenor de las leyes se proclama inocente? Puesto que ello sea así, ¡qué menguada inocencia es ser bueno por conformidad con la ley! ¡Cuánto más espaciosa es la regla del deber que la del derecho! ¡Qué muchedumbre de obligaciones imponen la piedad, la humanidad, la liberalidad, la justicia, la fidelidad, que no están especificadas en el Código! Pero ni aun a aquella muy estrecha fórmula de inocencia podemos adaptarnos: otras cosas hicimos, otros pensamientos tuvimos, a otros favorecimos; en algunas otras cosas somos inocentes, porque el suceso no correspondió.* Todo esto es de Séneca.

Y, con todo, es de saber que ese que está cubierto de úlceras se enoja con el que se las indica y le enseña o le aplica el remedio para curarlas, y está desabrido, como si le infiriera un ultraje, con el que le dice enfermo aquel que se cree en el goce de la salud más envidiable. Y con los otros, que adolecen del mismo achaque y, por decirlo así, están hospitalizados en el mismo sanatorio, también se disgusta; y oféndenle vivísimamente las ajenas verrugas al mismo que anda cargado de una giba imponente. Es condición del diablo la de creerse bueno, siendo pésimo, por manera que a quien le diagnostica el mal, le malquiere como a enemigo mentiroso y maldiciente, y lenguaraz y reprende con aspereza y encapotado ceño a quienes no son tan malos como él y carga de tintas sombrías un vicio que él mismo tiene mayor y más acentuado y expuesto a las miradas de todos. Este es el semblante del ánimo humano; este es su estado real, donde harto veis que nada tiene que dé motivo de ufanarse y de que se pueda engreír el hombre.

CAPITULO IV

DEL CUERPO HUMANO Y DE SU CADUCIDAD Y SORDIDEZ

Pero ¿cuál tiene el hombre el cuerpo, a quien unos dieron el nombre de sepulcro; otros, de cárcel, y que con mayor propiedad pudiera llamarse la sentina o la cloaca ruinosa de alguna nave cascada? Echará hedor, si lo abrieres, ese estercolero que la piel encubre. Cuál sea él, harto lo demuestran cuanto sale a la continua por todos sus conductos: por la nariz, por las orejas, por los sobacos, por la boca misma; ¿y qué diré por aquellos otros que el pudor nos veda mentar, no menos que decir su nombre? Y en esas inmundicias y suciedades, ¡cuánta flaqueza! Las sentinas hácense muchas

veces de fuerte abeto, de roble, y las cloacas, de piedra berroqueña. Decidme: ¿qué parte del cuerpo no tiene su enfermedad específica y sus muy agudos dolores propios? No la cabeza, no las manos, no los pies, no los mismos dientes, no las extremidades de las extremidades, que son las uñas, aparte de aquellas enfermedades que invaden al hombre todo y le cascan y le muelen con indecibles sufrimientos. Antes de Plinio, eran trescientos los géneros de enfermedades registrados por autores que tuvieron curiosidad de averiguar estas cosas. Después de Plinio, cuántos otros géneros no han salido a luz, inéditos, desconocidos, que a ninguno de los males viejos cedían en peligro próximo, ni en dolor agudo ni en repugnante fealdad.

Tienen los otros seres animados, por no hablar de los inanimados, vello, cerdas y pellejo durísimo, gracias a los cuales no sienten las punciones, aunque sean profundas, y contra las mordeduras y molestias de los insectos están armados como con una coraza. El hombre, en cambio, con un cutis sumamente tierno y delicado, no soporta ni un grano de arena, ni una paja, ni una arruga, ni una hilacha, ni un pelo que se le haya pegado; ¿qué diré de las pequeñas arañas, moscas, pulgas, chinches, hormigas, piojos y otros animales pequeños de decir y de ver? Todas estas sabandijuelas cuánto importunan a ese gigante, aun en los momentos en que medita matanzas de pueblos y naciones y asolamiento de reinos. Y cuando se traza el plan de alguna guerra crudelísima, cuánta guerra no le hace una pulga; cómo hace que se vuelva todo a sí, ese domador y arrasador de ciudades y de gentes. ¡Ruin de ti! ¿Tan fuertes empresas maquinas siendo tu flaqueza tanta? ¿Por qué no te ensayas en esa guerra menuda antes de empeñarte en ese pugilato gigantesco? ¿Por qué no vences antes a ese enemigo pequeñito que te hostiga para luego agredir a otros enemigos más fuertes que jamás te han provocado?

¿Para qué recontar ahora las molestias del suelo y del cielo, y los achaques de la edad? A quien emprende un camino, la arena le entorpece el paso, el barro le detiene, las espinas le pinchan, las rocas le muelen. ¡Cuán brava lucha hay que sostener con la tierra por sacar de ella como con violencia, porque se niega a dártelas, las subsistencias con que mantener tu vida! ¡Cuánta desazón en la volubilidad del tiempo! El calor sofoca, el algor quema; nos atedian las lluvias, nos atemorizan los rayos; los truenos, casi nos acaban. ¡Cuánto desvalimiento el de la infancia! ¡Con cuánto lloriqueo tienen que procurárselo todo! Y para el viejo, cuán cargosa le es la misma vida, que, por otra parte, es de suyo incierta y fugaz, expuesta en cada momento a mil peligros por manera que no hay cosa, por exigua y desdeñable que parezca, que no tenga poder suficiente para derribar al hombre más robusto. ¿Y qué decir de algunos que fenecen sin causa conocida, como si pasaran de una vida a otra vida como quien pasa de una estancia a otra estancia? Nadie puede prometerse a sí mismo un año, como dice el proverbio viejo, pero ni siquiera una hora.

Por todo esto, ¿quién podrá expresar con elocuencia proporcionada cuán desapoderado y cuán ciego furor se concibe, por una palabra, bien para dar satisfacción a algún apetito avieso de tu ánimo o a algún torcido juicio de algún demente, y perder la quietud de la vida, que, apar-

te de esto, es tan precaria y tan rara, y el fruto del vivir, y como dice el viejo Ennio en su *Ifigenia: Por causa de la vida, vivir fuera de la vida?* Mientras la ira medita venganza y trama represalias, lo que menos hace es aquello por lo cual se concedió al hombre, y siendo tantas como son las molestias y dificultades que de todas partes nos rodean; si el suelo o el cielo nos regalan con alguna indulgente blandura, o la amistad o la sazón de nuestra edad nos brindan con algún deleite honesto, nos privamos de él y nos atraemos peligros mayores que aquellos con que la Naturaleza nos tiene sitiados. Defráudase por completo de la vida quien se supedita a su bilis y a su mal humor, quien se va de la lengua, quien suelta las riendas a la venganza; siendo así que de la paz, de la concordia, de la modestia, de la moderación podemos conseguir el fácil goce de las dulzuras de la vida y que se nos tornen ligeras las incomodidades inevitables.

Pregunta el Profeta santo: *¿Quién es el hombre que quiere la vida y desea ver días buenos?* No hay hombre alguno que no quiera vivir y que no apetezca ver días bonancibles. Oiga, pues, lo que tiene que hacer para conseguir este gustoso ideal: *Guarda tu lengua de maldad y tus labios no hablen engaño. Apártate de lo malo y haz lo bueno; busca la paz y anda en su seguimiento.* Todas las manifestaciones exteriores del alma están comprendidas en la palabra *lengua*, puesto que la lengua descubre las reacciones internas. El hombre del siglo, templado y bueno (no hablo todavía del hombre perfecto y divino), sujetará su lengua y sus manos a las leyes públicas; si es prudente, sujetará sus ademanes y sus gestos a la buena educación, y si fuere taimado e hipócrita los sujetará a sus conveniencias. ¿A qué categoría pertenecen los dichos, los meneos de la cabeza, las torceduras de labios, los guiños de los ojos, el sobrecejo severo, las gesticulaciones y muecas con que nos burlamos de los otros, y que son señales de malevolencia? En primer lugar, ¡cómo todo ello es feo, torpe, indigno, no sólo de la prudencia, sino de cualquier caletre mediano! ¿Piensas tú, por ventura, que es igual escarnecer y ridiculizar, que reprender con agudeza y amonestar con sabiduría? Si las gesticulaciones son signos de ingenio y de prudencia, pasémonos todos a las filas de los histriones y de los bufones. ¿Hay algo, quizá, más pronto y más fácil que torcer los labios, arrugar la nariz, contraer las cejas, reírse a carcajadas, echar dicacidades y denuestos? Estos recursos están más al alcance de la mano de aquellos que menos valen por su razón o su seso; con estas armas pelean los desarmados y faltos de juicio, de penetración, de pericia. No hay cosa más simple, más llana, más recta que el buen sentido, las palabras, el rostro del hombre prudente y cuerdo. Ni el ridiculizar es señal de probidad o sabiduría, ni el reírse lo es de bobería o estolidez.

Añade a esto la total ineficacia de aquello; manifestamos ser de ánimo depravado y aun enemigo, sin daño efectivo de nadie, con peligro personal. ¡Cuán propio es esto de una majadería intemperante e impotente que ni puede perjudicar a nadie, ni puede aprovecharte a ti! De ninguna cosa parece alejarse tanto la felicidad de la fortuna como del desbordamiento del ánimo, de la intemperancia de la lengua. La mayor parte de los menesterosos llegó a

aquel estado porque no pudieron sobreponerse a sí mismos y reducirse a soportar los más ligeros empellones, y mientras oponían con todo su cuerpo resistencia a quien les tocaba, despeñarse a sí mismos en el precipicio, no quisieron renunciar a un gesto, y han tenido que renunciar a su patrimonio, a sus posesiones, a toda su fortuna; no quisieron renunciar a una palabrita y renuncian a la vida. Puesto que todas las cosas humanas están abandonadas al borde de la sima, en un deslizadero, si con mayor vehemencia que la debida reaccionas contra alguno, te darás a ti propio el empujón y se traducirá en caída lo que comenzó por ser un roce leve. ¿Cuál pensamos que va a ser el resultado final de aquel que prefiera perder a un amigo que una palabra? Y al revés, muchos, disimulando ultrajes, ganáronse simpatías y amistades, y atrayéndose a sí a aquellos que parecían odiarlos, granjeáronse riquezas opulentas y poderío grande. ¡Qué gran número de enemistades en su nacimiento que con el andar del tiempo hubieran llegado a ser encarnizadas, no atajó un silencio obsequioso; derrocó torres muy altas, quitándoles los cimientos y retiró todo combustible del incendio naciente. Dicen que San Antonio, varón esclarecido en santidad y patriarca de los ermitaños, entre muchas revelaciones que del cielo tuvo en las soledades de aquellos yermos, vió un día el universo mundo todo cubierto de lazos y exclamó: *Dios mío, ¿quién va a escapar de todo esto?* Y oyó una voz del cielo que le decía: *La humildad.* Y así es, en efecto. ¡Cuánto más hacedero es vivir en concordia que en disidencia! Ceder es más fácil que resistir. A quien cede, no le persigue nadie; a quien no ceja, le empujamos. *Aun aquellos*—dice Séneca con palabras graves—*a quienes la suerte inicua colocó en situación crítica, estarán más seguros aligerando de soberbia las cosas que de suyo son soberbias y transfiriendo al estado llano, tanto como puedan, su fortuna.*

CAPITULO V

DONDE SE DEMUESTRA QUE LOS BIENES POR LOS QUE LOS MORTALES NOS PERECEMOS EN ESTA VIDA, EN SU MAYOR PARTE SON HUEROS, DELEZNABLES Y VANOS

Brevemente hemos estudiado al hombre, interior y exteriormente. Si, en efecto, es tal como lo expusimos, materia de compasión para los otros y de vergüenza para sí mismo, no será muy difícil colegir cuáles sean todas las cosas humanas que él se aplicó por necesidad o al dictado de la opinión. Riquezas y poder, ¡cuán vacíos están de toda cosa útil, sólida, permanente! ¡Livianas, momentáneas, voltizas! Y esto mismo cabe decir de la influencia, de la popularidad, del honor, de la dignidad, de la gloria. ¿Y cómo no? Puesto que todo lo gobierna en parte el pueblo y en parte la Fortuna, ¿qué cosa puede imaginarse más inconstante y más voltaria que estos dos poderes? Hartas veces media una sola noche; muy a menudo, sólo unas pocas horas median entre el trono y la cárcel, entre el triunfo y el destierro, entre la gloria más empinada y el vilipendio más abyecto, entre la apoteosis y la degradación. ¿Habrá alguien que llame mío a lo que puede perder en el espacio de una hora? ¡De cuán reducida utilidad son la mansión soberbia y el ajuar magnífico! Ni una cosa ni otra nos defienden; al contrario, somos

nosotros quienes los tenemos que defender con cuantiosos gastos y molestias muy cargosas, con grande afán, con grandes incomodidades, y añade también con grandes riesgos, y añade asimismo con crímenes que no tienen nombre, con delitos capitales, como a una fortaleza vasta y desabrigada.

Y si en su naturaleza tienen estos bienes flaqueza tan grande y tiene tal inconstancia su posesión y con tanta facilidad los otros los dañan o los suprimen de cuajo, ¿qué provecho reporta contraer por ellos enemistades cuando puede y acostumbra ser mayor el daño que en brevísimo tiempo les infieran los enemigos, que aquel por el cual provocamos discordias? Cada día que pasa vemos que comprometen todo su caudal quienes no quisieron desdeñar una blanca.

Fuimos nosotros quienes nos hemos fabricado la nobleza, siendo así que todos constamos de los mismos elementos y principios creados por el mismo Hacedor de todo, engendrados por los mismos padres de nuestro linaje. Somos concebidos en pecado, de una materia sucia de ver y de nombrar; nacemos de hombres pecadores entre dolores muy agudos y con inmediato peligro nuestro y de nuestras madres; nuestra lactancia es una molestia continua, y nuestra crianza un trabajo ininterrumpido. ¿Qué significa, en medio de todo esto, la cuna de marfil y de oro? ¿Qué el esplendor de una sangre podrida, origen de todas las enfermedades, o, mejor, sanie y pus malolientes? ¿Qué dios enojado impuso carga tan pesada a esa acémila que con dificultad se lleva a sí misma? Yo no acabo de maravillarme cómo de pura desesperación las más de las veces no se rinde a su gran pesadumbre y cómo no corta a media faena, en un arrebato de indignación, esa tela de vanidad que urde y teje con tantos trabajos y sudores. Todo esto verá y considerará aquel hombre que, según la medida de sus posibilidades, se esfuerza por desasirse del cieno de la malicia humana y lavarse de las inmundicias de las pasiones y malos pensamientos, y que aliviado y suelto de tan onerosa impedimenta, a grandes zancadas se encamina a la soberana alteza de su propia alma y a la cumbre de la gloria humana, de donde nos derribaron muy bravas y muy ásperas calamidades, merecidas por culpa nuestra. Así es que, con la destrucción paulatina de la soberbia que tiranizaba su alma, gracias al conocimiento de sí mismo, derribaránse aquellos engreimientos del espíritu y se verificarán en el hombre el fenómeno de la balanza, que con quitar peso de un platillo se levantará el otro platillo donde está la mente. Cuanto más se le alivie de arrogancias y de alborotos, tanto más la mente se elevará hasta el apéndice de la luz y del conocimiento de todas las cosas. Y desde aquella posición, como desde una atalaya, fácilmente llevará la vista por cada una de las cosas; se descubrirán y manifestarán aquellas cualidades que antes, en la opresión y en el abatimiento, quedaban sepultadas en la oscuridad; a saber, juicio, razón, prudencia, para que entienda cómo debe llevar a la práctica los bellos y soberanos pensamientos y lo tenga ya previsto y aparejado para cuando la ocasión y el caso se ofrezcan y quedará confirmada la voluntad para que tenga tanta fuerza y tanto vigor en el emprender las cosas, cuantos la razón hubiere juzgado que van a serle necesarios.

Y puesto que los estorbos de esa luz y los trastornos del juicio son

las pasiones fieras y excitadas, ante todo las alejará hasta donde pueda o, por lo menos, de momento, las cohibirá y frenará y no permitirá que entren en la sala de las deliberaciones, y si algunas se hubieren infiltrado, suspenderá el consejo hasta que se las haya echado fuera; y dejará que pase algún tiempo y se mantendrá, no tomando determinación alguna, mientras a la sesión asistiere, movimiento alguno pasional, como no utilizaría agua turbia y barrosa si antes no se le permitiera aclararla.

Así como aquellos que en algún sitio se esfuerzan por reducir el mar echando escombros en él o sembrando de edificios las marismas, desde el comienzo de la obra, así que el mar se embravece y se hincha, ceden espacio al mar y cesan en la obra momentáneamente; y así que vuelve a su situación normal con multiplicada diligencia o industria echan en él grandes bloques que servirán de cimientos, y se ingenian por darles mayor asiento y firmeza para que la braveza del Océano, al presentarse de nuevo, no desbarate y trague toda cuanta obra se hizo; y lo primero que hacen es sustraerla a sus embates hasta que la construcción estuviere ya asaz subida y tenga la suficiente firmeza que la ponga a salvo de todo riesgo que pueda ocasionarle el mar enojadizo; así también en ese edificio espiritual que levantamos en medio de las olas y del cual es necesario apartar el asalto de las pasiones amotinadas; al principio, en la furia del ataque, hay que dar paz a la mano y levantarla de la obra; mas, al retorno de la serenidad y del sosiego de las pasiones, en aquellos fugaces momentos de libertad de que disfrutamos, tenemos que asir con mano rapidísima y rapacísima la ocasión de activar el generoso empeño: tenemos que plantar y consolidar las defensas contra los posibles asaltos, hasta que esté terminada la obra tan sólidamente que las arremetidas más violentas de la pasión no puedan mellarla ni resquebrajarla.

Según todo esto que dije, en ninguna cosa debe el espíritu aquietado pensar con más ahinco y vigilancia mayor que en los medios de evitar en lo sucesivo la más pequeña revuelta y alboroto o que la perturbación promueva tumultos y crueldades fuera del recinto de la razón y el consejo o que no irrumpa en él. Así es que, ya domeñada la pasión y distraída, o, al menos, en tregua y en reposo, ésta será su obra, de ingenio, de juicio, de razón, para descender luego, finalmente, a la consideración de las cosas, y a fuer de censor, llamarlas una por una al justiprecio y a su valoración conveniente. El será quien, con suficiente conocimiento y confianza en sí mismo y por haber adquirido para ello la adecuada pericia, los impondrá en definitiva, o mantendrá los que le hubieren impuesto los grandes sabios merecedores de su total y más seguro crédito.

Como discretamente han enseñado muchos, todo error y miseria de la vida humana nacen de la ignorancia que nos hace tomar lo malo por bueno y, al revés, lo bueno por malo. De todo cuanto constituye la posesión de los hombres, voy ahora a estudiar primeramente su naturaleza, y, acto seguido, su uso.

¿Qué tarea hay más propia del sabio que pensar y ponderar cuál sea la razón de cada cosa y cuál su fin? Las bestias, carentes de razón y de consejo, no pasan más allá de lo inmediato. Privilegio es del hombre proyectar al futuro la penetración de su mente por no torcer ninguna

cosa a otros usos que no sea el verdadero y natural. No siendo así, no se diferenciaría un punto de la bestia, y como ocurre en ella, jamás se guiará por el juicio, jamás por la razón y el consejo y siempre sería esclavo de sus pasiones. Mas, si no ignorare su naturaleza y su utilización y quisiere obedecer a la razón y a la verdad, no tomará de cada una de ellas más de lo que le importare, y no llevará con el menor desabrimiento que cada cosa siga su pendiente natural. De esta manera, quieto y tranquilo en sí mismo, nunca se enojará ni consigo mismo ni con los otros. La condición de las cosas humanas es tal, que todo cuanto afecta al hombre es vacuo, caduco, expuesto a azares; encomendado, no dado; la virtud sola nos atribuye a Dios que acabará por ser de quien la posee si él quiere, mientras que todo lo otro jamás pasa al derecho y al dominio de aquel que lo usa. El acumen del ingenio, con el tiempo o con el uso inmoderado, o algunas veces por enfermedad o alguna otra contingencia se gasta y se torna obtuso. La memoria tiene en la edad un enemigo, puesto que ninguna otra facultad del hombre siente tan precozmente las incomodidades de la vejez. El saber, por falta de cultivo se desvanece y fenece a manos de la enfermedad. Las fuerzas, cáscalas el trabajo excesivo o una fiebrecilla de nada y termina con ellas la edad, que acaba con todo. El cuerpo, ¡a cuántas dolencias está expuesto; de cuántas es presa obvia; cuántos son sus sufrimientos, y sus cruces cuán numerosas y cuán pesadas! Sobre él ejecutan su señorío el cielo, los elementos todos, las plantas, los venenos, las fieras y los hombres de cuán inagotables maneras; los enemigos, los ladrones, los tiranos, los magistrados, por abreviar tantos y tantos casos que es imposible hacer su resumen. La misma vida, que es fugacísima de suyo e incierta hasta para una media hora, tiene su término fatal en la muerte, no de este o estotro género, sino de un linaje indeterminado, incógnito, inesperado. Parientes, hijos, esposa, amigos, clientes, todos son humanos, es decir, todos son mortales, y mudables en la vida, de modo que si mueren nada acontece que no sea natural, ni si truecan su voluntad y sus costumbres. Y no están menos bajo el signo de la muerte y de la mutabilidad que los hombres los caballos, los jumentos, los ganados. El dinero es un metal: ¿qué otra cosa es sino tierra cocida en las propias entrañas de la tierra? Para esa escoria se ponen tantos al acecho; sobre ella se lanzan y la atacan el ladrón clandestino y el pirata paladino; el uno la persigue con halagos, el otro con ardides; infinitas son las trazas de sonsacar el dinero y apropiárselo a sí. Al vestido, atácanlo las polillas, los gusanillos, la humedad, el polvo, el tiempo. La copa de cristal es quebradiza; las pinturas o se borran o se estragan. Los edificios, unas veces los arruinan las tempestades; otras veces, el vicio está en sus propios materiales, o, por fin, se rinden agobiados por el tiempo. Los campos, unas veces los asuela el furor bélico, otras veces, hacen riza en ellos los contratiempos producidos por el cielo o por el suelo: lluvias, rayos, pedrisco, inundaciones, sequías, plagas de las mieses, gusanuelos, o las ahoga y corrompe la excesiva lozanía de las malas hierbas. Y la dignidad, ¿qué es? Y el honor, ¿qué es? Y la gloria, ¿qué es? Un pequeño acatamiento; un tratamiento hueco. ¡Cuán presto pasan y cuán fácilmente degeneran en oprobio! La no-

bleza, o no es reconocida como tal, o, por depauperación fisiológica, desaparece en absoluto.

CAPITULO VI

AVISOS PARA SOPORTAR LA ADVERSIDAD CON IGUALDAD DE ÁNIMO

¿Qué cosa hay que no esté sujeta a la muerte y a los azares de la vida? ¿Quién puede eximirla de ello a la fuerza, o por su industria, o por su razón? Quien recordare, pues, que tal es la naturaleza y la condición de las cosas, usará de ellas si las tiene a mano, como es debido; pero si estuvieran lejos y fuera de su alcance no se desilusionará más que por no hallar en invierno rosas en la rosaleda, porque, demás de esto sabrá que tal es su ley y condición, que, alternativamente, aparecen y desaparecen. Llevará con espíritu de conformidad que las cosas vayan siguiendo su curso natural, como no lleva con aspereza que a la risueña templanza de la primavera suceda el estío fogoso o, a una y a otro, los rigores del invierno, ni que el mar en su reflujo se retire de las playas que la marea inundó y deje en seco a los bajeles que antes se columpiaban en el agua. Quien tuviere el arte de saberse acomodar a esas fluctuaciones de la Naturaleza, llevará una vida deleitosa y fácil. No hay sabor comparable con el de vivir según la Naturaleza, que equivale a una navegación por un río claro y sesgo con viento propicio. A ése jamás le caerá de los labios aquella amarga expresión del pesimismo: *Nunca lo hubiera pensado.* Todas las contingencias las tendrá previstas. Mas si abrigare contra la Naturaleza algún deseo veleidoso y se empeñare en llevar su esquife contra viento y marea, no se verá jamás en la posesión de su deseo y siempre andará metido en conflictos, en medio de molestias, fastidios, desabrimientos; en los que no podrá sufrirse a sí mismo ni podrá soportar a los otros.

¿Te indignarás o te enemistarás con alguno porque la Naturaleza esté a las órdenes de su dueño y no de tu capricho, o porque la Naturaleza se haya servido de él como de instrumento de su curso normal? ¿Quién se enfada con el rayo o con el mar y con ellos se pelea porque le hayan arrebatado un hijo o una casa o una mercancía? Aun cuando parece que entre hombres no está ausente alguna voluntad, el sabio ha de poner la mira preferentemente en la Naturaleza, que es el instrumento de Dios, más que en la avieesa voluntad del hombre, puesta al servicio de la malicia y que no hubiera sido suficiente para que el hombre bellaco le quitase el dinero, o el vestido o aquella apariencia del horror si esas cosas fueran tan tuyas por fuerza de su Naturaleza como la virtud. Mas a quienes nada quitan los hombres se lo quitan las contingencias azarosas que provienen del cielo, de los elementos, de los seres inanimados, de los animados, de causas por nosotros desconocidas, pero con todo reales. Aquel consuelo que acostumbras aportar a los casos ajenos, sacado de la misma Naturaleza, aplícalo a los tuyos; es a saber: usa la misma medicina que aconsejas a los otros en análoga enfermedad. Murió el hijo de otro; murió la esposa ajena: dícesle que nació mortal; se le hurtó algún efecto: dícesle que ello es frecuente; faltó en algo el siervo de otro: dícesle que es humano; cruzó el baldón el rostro de alguno o se le infirió un ultraje: dícesle ser una

ley de la vida y que el hombre nació para sufrir estos y otros vejámenes. ¿Y por qué eso que tu piensas y que dices a los otros no lo piensas para ti y te lo dices a ti? ¿Quieres por ventura que los otros recuerden la condición de las cosas y tú la olvidas? Esto, por lo que toca a su naturaleza. ¿Y qué voy a decir acerca de su uso?

Conviene que el uso sea deducido y derivado de la misma naturaleza. Hay usos impuestos por la necesidad; otros, aconsejados por la comodidad; otros, descubiertos por la opinión equivocada de los hombres. La necesidad es inevitable, como el comer, beber, expulsar del cuerpo el rigor del frío, la fuerza del calor y, finalmente, procurar aquellos elementos sin los cuales no podemos defender esta vida. Unas cuantas cosas más añadió la comodidad, y muchas o, por mejor decir, infinitas imaginó la opinión aconsejada por el juicio apasionado, acuciada prolija e intensamente por ejemplos ajenos, por manera que se hipertrofió y se hizo grande, corpulenta, monstruosa, insaciable. Y ésta fué la que excogitó luego tantas suertes de honores, el fausto de la ostentación, del bien parecer, de la dignidad, de la pujanza, del reino, del imperio. Y habiendo nacido de muy modestos principios, en la actualidad ya no tiene límite, puesto que no hace más que enseñarnos y exhortarnos al apetito, que es a la verdad, inmenso, sin término y sin fin. Estimulada y enardecida por la codicia se reserva cuál sea el objeto del deseo y cómo y con qué fin. Ninguno de éstos, que con afán tan ansioso reúnen tan alucinantes montones de oro y arrebañan propiedades, honores, señoríos, reinos, si se le preguntara para qué lo hace, no podría dar de ello ninguna razón satisfactoria porque la necesidad no siente su falta y la rechaza la comodidad, la cual es tanto mejor y con más verdad merece este nombre, cuanta mayor agilidad conserva. Ahora bien: ese amontonamiento grandioso tan desparramado, tan difuso, es la mayor y más embarazosa de las incomodidades. ¿Qué otra explicación les resta sino declamar que ellos siguen la opinión obediente a la pasión insana, ajena en absoluto e irreconciliable con la razón y el buen sentido? De labios de estos a quienes la insaciable sed de mando se los llevó tan arrebatados y enardecidos, que echan en todas direcciones chispas que ocasionan trágicos incendios; de labios de éstos quisiera oír cuál es la finalidad que persiguen y qué hito fijan a sus ambiciones. Acometer sin ningún propósito determinado un plan de tanto alcance, coloca a quien en ello se empeña muy por debajo de la condición de las bestias, las cuales, aun cuando se contentan con lo inmediato, no obstante no obedecen a sus más livianos estímulos sin motivo y sin propósito alguno.

¿Qué es lo que persiguen? ¿La abundancia de placeres? ¿Pero es que no los proporcionan más ventajosos en calidad y en cantidad la quietud, la medianía del poder muy llevadera para el príncipe, que el tumulto y la polvareda bélica y el dominio extenso que traen consigo infaliblemente la espinosa acucia y el perpetuo cuidado? Así como en un hombre de gran corpulencia y rebosante de humores siempre hay algo que se resiente y requiere la mano del médico, así en un Imperio grande siempre existe una u otra comarca que con alguna dolencia privativa afecte e inquiete a todo el organismo: revuelta política, calamidad pública provocada por el

factor hombre o por el factor fortuna. A Pirro, rey de los epirotas, mientras estaba organizando una expedición en socorro de los tarentinos y contra los romanos, preguntóle el filósofo Cineas, que gozaba para con él de harto predicamento, ¿qué pensaba hacer de los romanos así que los hubiere vencido? Consecuencia de esa victoria, respondió él, será la obediencia de toda Italia a nuestro mando.

—¿Y qué, luego de sojuzgada Italia?

—Pasaremos a Sicilia y la agregaremos a nuestros señoríos.

—Y una vez rendida Sicilia, ¿qué quedará después de ella?

—Llevaremos a España nuestras armas.

—Tras la ocupación de España, ¿qué más?

—Nos enfrentaremos con Cartago y la atacaremos con una enorme superioridad material y moral; demos todo esto por dominado y poseído; entonces volveremos acá y, sumidos en la mayor de las felicidades, regoldaremos en todo linaje de placeres.

—¿Es ése el fin?—replicó el filósofo—. ¿Qué dificultad hay para que, ya desde este momento mismo, sin correr el albur de tantos peligros a los que no sabes si vas a sobrevivir, atollemos y nos regodeemos en estos mismos placeres que ya están a nuestro inmediato alcance?

Los hay quienes dicen que no tienen más acicate ni ideal que el del mando. Esos tales creen que es lo mismo reinar que llamarse rey. Rey es llamado en las ficciones teatrales el artista que representa el papel de Agamenón o de Príamo. No de otra manera que ese rey de comedia es aquel rey que no sabe qué cosa sea reinar. Ser rey es mirar y desvelarse por el bien público. Si esto deseas, deseas la cosa más bella y magnífica del mundo; pero mírate antes muy bien a ti mismo y piensa si podrás gobernarte a ti mismo y a lo que ya posees. Si lo hubieres ya conseguido, aventura entonces una sabiduría sanchopancesca y trata de gobernar a los demás.

Y si no puedes gobernar un reino, breve como una cometa, ni puedes gobernar tu casa estrecha como un pañuelo, ni puedes gobernarte a ti mismo que cabes en un puño, ¿qué loco furor es este que te hace pedir el cetro de muchas naciones y ciudades? Cuenta la mitología que Faetonte, siendo muy mozo, pidió al Sol, su padre, la carroza y los caballos. Consiguiólo a fuerza de lágrimas y de importunidades; ello ocasionó su propia perdición y prendió fuego al mundo. Muchos de éstos buscan y mendigan reinos no de otra manera que los muchachos reclaman las riendas de los caballos o el timón de la nave. Piensan ingenuamente que gobernar consiste en alargar la mano, pues por lo mismo que desconocen en absoluto el arte del timonel, se persuaden de que éste no ha menester habilidad ni ingenio ni destreza en conducir una máquina tan grande, sino que basta con mover la mano simple y temerariamente. Así es que verás a muchos de éstos, que en medio de tantas revueltas y turbación de los negocios humanos llegaron a invadir dominios anchurosos, piensan haber cumplido irroprochablemente con sus deberes de gobernantes, con poner su firma al pie de unos diplomas o haber organizado partidas de montería o, simplemente, haber participado en juergas palaciegas entre rameras y comilonas y juegos de azar. Muchos ejemplos de éstos registra la historia antigua, y ojalá

solamente los registrara la antigüedad. Publio Escipión, uno de los héroes más famosos y prudentes que tuvo el pueblo romano, como al ser nombrado censor tuviera que rezar en voz alta y conforme a la liturgia del caso, al dictado del maestro de ceremonias, que iba delante de él, las preces de rúbrica; llegado que hubo a la deprecación: *¡Júpiter, aumenta la República!*, no hubo manera de que se aviniese a decirla a pesar de la insistencia de los avisos y exhortaciones del jefe de ceremonial. Lo que dijo fué estotro: *Júpiter, conserva la República*, afirmando que harto aumentada estaba, que lo que urgía era conservarla. Y a consecuencia de ese lance, como Valerio Máximo refiere, ordenó la enmienda en ese sentido de esa rúbrica en los textos oficiales; prudente enmienda, a la cual se sujetaron los censores en lo sucesivo. Augusto César, maestro indiscutible en el arte de gobernar, acostumbraba decir que se maravillaba de que Alejandro Magno no se preocupase tanto de la manera de gobernar sus conquistas territoriales como de acrecentarlas con otras nuevas.

CAPITULO VII

CUÁN ONEROSA ES AL PRÍNCIPE LA OBLIGACIÓN DE GOBERNAR HOMBRES, Y QUÉ COSA SEA LA QUE DETERMINA SU VALER RESPECTIVO

A un príncipe cristiano bien se le puede hablar de cuán cargoso es el gobierno de las masas. ¿Qué otra cosa es buscar hombres a quien regir, sino pechar con la responsabilidad de tener que dar cuenta muy estrecha de la vida, de la salud, de la fortuna, de las costumbres de tus subordinados, a Dios Soberano, Gobernador del mundo y Juez el más exacto y puntual de todos los jueces, que fué quien se los confió y encomendó a todos a tu fidelidad y desvelo? Esa masa humana es su grey y tú no eres, con respecto a ella, más que un encargado responsable dado por herencia o llamado por voluntad, o metido o intruso por fuerza. Nada le aprovecharán ante Dios esos títulos especiosos con que los hombres se pueden engañar y serles impuesto silencio. Pero no puede ser engañado Dios, a cuya presencia cada uno se condena o se absuelve, por el testimonio de su conciencia, no por el de los testigos, ni a tenor de las leyes escritas, ni de los rumores fabricados, ni de los pretextos y colores que el abogado excogitó para destinar la acusación. Recójase cada uno en su conciencia y comprenderá que esta pasión de mando y poderío, que tantas veces trae sacudidas y perturbaciones físicas y morales al mundo, toda nace de la ignorancia y de la ceguera de nuestras opiniones, que se apartaron del juicio y de la razón y se pasaron al campo de las pasiones.

Saldrá afuera el varón prudente y explorará a los otros hombres y los examinará con la misma piedra lidia con que se aquilata a sí mismo. Hallará que entre todos ellos no hay ni siquiera uno que sea semejante a él, desvalido, expuesto a mil contingencias y, por ende, digno de compasión. Y como viere cuántas son las penalidades que cada uno de ellos, aun el más feliz, tiene que soportar en la vida, entenderá que su suerte y su condición son llevaderas, de modo que no sienta el deseo de verse vengado de otro de quien piense haber recibido ofensa, con otro género de represalia que aquella con que tomarán venganza de él la casualidad o su misma condi-

ción humana. ¿Qué deseas a tu enemigo? ¿La pérdida de su fortuna o de su dignidad? Aguarda un poco y verás. No hay nadie a quien la vida trate con tanta blandura, que un día u otro no tenga que sufrir un accidente de éstos. ¿Quieres una catástrofe para su reinado, si fuere príncipe? La tendrá. Recibirá la visita de la peste, del hambre, de la inundación, del seísmo, de la discordia civil, de la rebelión, áspero contratiempo. ¿Deseas su orfandad o la muerte de sus seres más queridos? Si puedes tener algún tiempo de paciencia, la Naturaleza te traerá galantemente el cumplimiento de tus deseos. ¿Prefieres para él enfermedades? La Naturaleza le infligirá dolores más crudos y le aplicará cauterios más atroces que el más encarnizado y bestial de sus enemigos. ¿Qué rabia humana puede atormentar al organismo humano como le atormentan las afecciones del estómago, como la gota, como la cefalalgia? Llegado a este punto, yo no puedo ni debo omitir aquellas palabras que, según la versión del poeta Aurelio Prudencio, dirige en tono de homilía al pueblo circunstante el mártir San Román desde el cadalso en que se le torturaba:

No hay diferencia en que lo que atormente sea el fuego, o el potro, o una aguda dolencia torture el cuerpo enfermo, puesto que muchas veces ejecutan las enfermedades una mayor crueldad; no aran los garfios el costado con tanta fuerza como con su punta aguda lo penetra la pleuresía, ni queman así la piel las láminas candentes como la fiebre con su fuego sombrío devora las venas, ni la llama arrimada cuece la piel somera como la irritación exacerba el ardor de los granos: dirás que son cauterios estridentes. ¿Créesme merecedor de lástima porque cuelgo y me retuerzo, desencajado de brazos, dislocado de pies, porque cruje toda la trabazón de mis tendones? Así dicen con lamentos fieros que los huesos se les parten aquellos a quienes tortura la nodosa y artrítica podagra. ¿Tenéis todos horror de las manos de esos verdugos? ¿Son acaso más mansas las manos que dan salud cuando actúan los carniceros hipocráticos? Se amputan vivas las entrañas y la sangre fresca tiñe el escalpelo mientras se rae la apostema. Esto dice Aurelio Prudencio.

¿Deséasle acaso preocupaciones, acucias, furias mentales? Tranquilízate, que va a tenerlas a cada momento, unas nacidas de las otras, como una sucesión ininterrumpida de ondas que ruedan a quebrarse en la playa. Tendrá sacudidas, tendrá agitaciones, miedos, pavores, terrores, confusión; el desabrimiento le agriará, la envidia le espoleará, el odio le enfebrecerá, la ira le encenderá y una vez encendido no será señor de su ánimo ni de su cuerpo ni de su fortuna. Nunca falta a ese mar proceloso algún ábrego que lo agite; jamás la vida humana deja de ofrecer a las pasiones ocasión y materia de alborotos. Y cuando faltare todo esto, al menos aquel que infirió el ultraje sentirá las vengadoras furias mitológicas que acompañan la conciencia del mal. Esta es la primera venganza del crimen, porque, como dice el poeta satírico: *Cuando uno es juez de sí, ningún culpable es absuelto.* No se puede desear ni se puede imaginar venganza más amarga, pues todas las otras son de la fortuna o de la Naturaleza, y ésta es del delito, como Cicerón explana copiosamente contra Lucio Pisón. Algunas de ellas jamás llegan a nosotros o afectan al cuerpo sólo; ésta afecta al ánimo;

es decir, traspasa al hombre mismo de parte a parte. No hemos de creer que sea otro aquel suplicio sempiterno que experimentan los precitos y del cual dicen misteriosamente las Sagradas Letras: *El gusano de ellos no muere ni se extingue el fuego de ellos.* ¡Cuánto más llevadera que esa cruz es la muerte que, con todo, como al peor de los males, muchos desean a sus enemigos. Cierto; es la muerte el sumo mal, pero es el último, por manera que los que se regodean en los males ajenos ellos permanecen en los males, mientras los otros están exentos y libres de males y quizá traspasados a aquellos bienes a los cuales no llegarán nunca los que desearon su muerte o la procuraron. Diríase que hicieron votos por su salud los que les aborrecían, los que les execraban, los que les ofrecían a las furias. ¿Pero es que, en definitiva, le deseabas la muerte con obstinado deseo? Espera un poco, pues a ti y a él la Naturaleza os tiene a ella condenados. A ti y a él, ambos a dos, el mismo día que os sacó a la luz os impuso pena capital. No habrá mucha distancia de una ejecución a otra. ¿Cuántas veces no ocurre que muere primero el que dictó sentencia de muerte a otro? El rey Francisco I de Francia fué hecho prisionero por Carlos Montpensier de Borbón, por el marqués de Pescara, por Carlos Lanoy, gobernador de Nápoles. Pues bien: en el espacio de dos años se enteró de la muerte de los tres. Si estuviera enojado con ellos, ¿qué más les quisiera hacer? Si en su mano tuviera la venganza, ¿qué otra cosa hubiera hecho, sino lo que la Naturaleza hizo tan sencillamente? ¿Qué otro castigo quieres, qué otro verdugo buscas, cuando tienes tan apercibidas y tan a tu disposición a la Naturaleza y a la Fortuna, las cuales de tal manera alguna veces afligen esta nuestra miserable ruindad que llegamos a merecer la compasión de aquellos mismos que con golosa avidez esperaban nuestra muerte y nos deseaban un final de ejemplarísimo escarmiento? Diómedes, en Virgilio, cuenta que los griegos, a la vuelta de Troya, se hallaban tan cascados y tan maltratados, que aun al mismo Príamo causarían lástima.

Después que haya considerado y ponderado los trances azarosos y la vidriosidad de esa ruin vasija humana, contemplará cuántos errores traen a maltraer a los hombres durante su vida, a qué dan el nombre de bien, a qué dan el nombre de mal y a cuánta distancia, con respecto a ellos, se sitúan de la verdad y de la derechura de juicio; luego, qué toman por desdén, qué toman por ofensa; qué represalias y castigos se toman por su mano; con qué pueriles juegos se entretienen en cosas de tanta monta; cómo toman consejo tumultuosa y precipitadamente, a saber: de la pasión, que es su consejera; por qué livianas conjeturas se dejan llevar, con entregarse completamente a merced de un soplo ligero y rápido; consecuencia de esto es el arrepentimiento que los invade inmediatamente después del hecho. Todos estos casos le servirán de escarmiento a fin de que él, por los yerros ajenos, que es el género de prudencia más feliz, ponga enmienda en su vida y compostura y orden en sus costumbres y en sus actos.

Y situado ya en este punto, lo primero que tiene que hacer es que, puesto que ya no se engríe, puesto que se destocó de toda altanería, porque no ve causa ni razón alguna para ella, deje de anteponerse a nadie, no menosprecie a nadie, sino en

aquello mismo en que él piensa que debe ser menospreciado también, siendo tanta como es la semejanza que existe en la naturaleza del género humano y no haya nadie que en uno u otro concepto no sea peor o no sea mejor que otro. Propiedad de necios que no se conocen a sí mismos es menospreciar a los otros a quienes despojan de lo que ellos se atribuyen. Mas el varón cuerdo, formado, instruído, robusto en su confianza, comprende que él no tiene nada que no tenga cualquier otro hombre de la calle, y tácitamente reconoce su pobreza. Y aun cuando viere a otros tan pobres como él que se consideran ricos por su ingenio, por su hacienda, por su abolengo, por su dignidad, no por esto les desdeñará, porque en ello no le va ni le viene nada. Son pobres y abyectos por un igual; acaso haya alguna diferencia en su cultura. Pero con todo, no sería menos ridículo, anteponiéndose a él, que si una ola de barro que no lleve firma alguna dijese que vale más que otra de plata que lleve una noble inscripción. Idéntica es la ruindad de su condición y entre objetos que son igualmente viles y ruines, ¿qué diferencia puede haber? Quizá, quizá, si fuera mentiroso el título, se engañará el hombre lego; mas el que conociere la materia y el precio, no se engañará jamás. Y siendo así que los hombres o son espíritus o se aprecian y valoran por el espíritu, ¿qué hombre podrá emitir sentencia respecto de otro hombre, puesto que nadie puede penetrar en la sagrada intimidad de la mente ajena que, encubierta por tantos velos y tantas coberturas, no queda descubierta ni aun para los mismos ángeles y sólo es conocida por su Autor, puesto que ni a sí misma es suficientemente conocida y explorada?

Y, por fin, no ignora que en la vida no existe mal alguno, excepto la culpa, la cual, como los mismos gentiles reconocieron, es exclusivamente imputable al hombre. Sabiendo que no hay ninguno que carezca de ella, y en la incertidumbre e ignorancia por lo que toca al otro, con quien establece comparación (puesto que el ánimo donde sólo reside la culpa, como acabo de decir, está muy alejado de todo ojo de hombre), ¿acaso no resulta de ahí que no hay motivo alguno racional para que a los ojos de un hombre cuerdo y realista, cualquier otro hombre sea despreciable más que él? Y de este punto precisamente debía arrancar la más cierta y verdadera censura de toda acción humana. Honrada y sabiamente dice Epicteto, el filósofo estoico: *¿Se lava alguno de prisa? No digas que se lava mal, sino de prisa. ¿Bebe alguno mucho vino? No digas que beba mal, sino que bebe mucho.* Si no sabes el móvil que le aconseja hacerlo así, ¿de dónde sabes que mal? Si ya no es que esperamos que él, dejando a un lado el espíritu, descienda a la comparación del cuerpo y cobre humos y se engría porque goza de mayor robustez y entereza físicas; y pobre y mísero como es, se prefiera a otro hombre de la misma condición, porque su túnica, tan estropeada que toda se fué en zurcidos y remiendos, tenga menos remiendos que la de él, o porque esté menos boquiabierto su calzado. ¡Pluguiera al Cielo que la Naturaleza se hubiese portado tan cortésmente con nosotros, que el cuerpo humano tuviese algo con qué enorgullecerse y ufanarse. ¿Qué tiene que no sea asqueroso, feo, aborrecible? Madrastra fué llamada la Naturaleza, y con ese apelativo infligiéronla una ofensa grave aquellos

varones antiguos que profesaron la sabiduría, puesto caso que sólo repararon en el cuerpo y no en el espíritu. Todo hombre que por el cuerpo desprecia al hombre, corre el riesgo de tener que dar la preferencia a las bestias, y quien desprecia al hombre, por esto mismo se hace acreedor al desdén de las bestias. Ninguna excelencia física tenemos en la que algunas de las bestias no nos lleven ventaja. Dime: ¿quién tendrá en aprecio tan grande al cuerpo, que de ahí se ponga tufos y copetes? ¿Será acaso el varón probo y sabio, cuyos bienes, en su totalidad, consisten en la virtud, y que, confiado en su sola conciencia, vive su vida, tranquilo y feliz? ¿Será, por ventura, el varón discreto en quien la irreflexión no haya producido un desconcierto mental, y que, al poner los ojos en su cuerpo, se avergüenza de sí mismo y que si, en una competición de alabanzas, saca a relucir su cuerpo, teme que no se le rechace con ludibrio e ignominia, no de otra forma que si presentase un pestífero orinal forrado de oro? Yo pienso que no hay cosa más absurda y ridícula como la de que uno se jacte de traer siempre consigo y a todas partes una sentina llena de estiércol, pues éstos son, en fin de cuentas, los nombres de esa verenda altanería que es origen y fuente ubérrima de tantos males por todos los pueblos.

¿Y qué, si ningún hombre talentudo y prudente de la naturaleza de nuestro cuerpo y nuestra alma no puede escoger nada por lo cual se anteponga a quien sea? ¿Cuánto menor motivo tendrá de hacerlo por cosas que son exteriores, que con tôda propiedad deben décirse ajenas, no nuestras? Como la nobleza, el linaje, los abuelos y *todo cuanto no hicimos nosotros*, como dijo certeramente Juvenal; o las riquezas, o la servidumbre, o los edificios que muchas veces tocan en más copiosa abundancia a los peores, a los más necios, a los más pepitosos, que a los buenos, a los cuerdos, a los robustos. Todo ello atestigua o muestra invalidez, pues de tantas cosas estamos necesitados o nuestra malicia o nuestro miedo que hizo que, desconfiados de Dios, pidiéramos tan copioso auxilio de cosas caducas o momentáneas, como si no tuviéramos uno mayor aparejado, el de Dios y por Dios el de nuestra mente, y nuestra razón. ¿Será por la dignidad? Como si jamás la dignidad hubiere recaído en un indigno. ¿Será por el honor? ¿Será por la fama? Como si no se engañase el pueblo en sus juicios acerca de la virtud. El varón prudente conoce, estudia, examina la naturaleza de cada cosa, su uso, su valor; sabe cuán escasa importancia se ha de dar a todo esto que no tiene en su mano, sino en la codicia ajena, y cuya posesión a ninguno hace mejor ni más feliz, ni le hace peor su carencia, ajetreade todo ello por los ciegos embates del azar, fundado en la opinión de quienes no juzgan rectamente. Anteponerse a los otros por el traje, por el sombrero, por el calzado, por la sortija, por el caballo, es cosa de niños, a los cuales sólo éstos les parecen bienes porque no entienden nada de lo otro. Y aun cuando algún otro le manifestare alguna apariencia y color de desdén o alguna significación de ofensa, no se ofenderá ni se impresionará. Al apartarse de él la soberbia se llevó consigo el agrado con que a sí propio se lisonjeaba, y no hallando en sí cosa con que se complazca y se ensoberbezca, gana robustez y siente mucho me-

nos las punzadas leves; examinará qué dardo es el que se le disparó. Si se le dijo la verdad, si se le dió lo merecido, no lo tomará más a injuria que si se le echare en rostro que es hombre o se le baldonare diciéndole mortal o si un ángel se le proclamare superior o él se manifestare superior a las bestias. Si lo que se le dijo fué falso o injusto, no tanto se indignará por un dicho de tan poca sustancia como deplorará la desgracia del compañero que de tal modo se engaña o le compadecerá por andar tan a ciegas que arremete sin reflexión contra otro, o tan desalumbrado y fuera de camino que los otros, por la ignorancia en que está de sí mismo, le producen asco. ¿Se enfada alguno, por ventura, o no lo toma más bien por lance de risa, si un ciego reprocha su ceguera a otro ciego, si un roñoso su roña a otro roñoso, el cojo al cojo su pie corto y su paso claudicante? O por mejor decir, y no es raro el caso y no deja de ser tanto más ridículo que el ciego reproche su vista al que ve y el roñoso al que está sano su limpieza y el cojo su andar a quien camina a derechas? Los espectadores, aun cuando fueren ignorantes, con sólo que tengan un adarme de sentido común creerán que más se tiran chanzas que baldones. Y así como la ignorancia llama a la soberbia y la soberbia llega acompañada de melindres, de displicencias, de recelos de ofensa, de deseo de represalias, de pretextos de venganza, así también la ilustración trae consigo la humildad, el comedimiento, la igualdad de ánimo; adelgaza y atenúa los motivos de discordia o los rechaza en absoluto y busca y halla dondequiera otros tantos motivos para la concordia.

CAPITULO VIII

DONDE SE VE QUE NINGUNA COSA HAY MÁS CONFORME A LA NATURALEZA QUE EL HACER BIEN Y LA MULTITUD DE MOTIVOS QUE NOS ALEJAN DE CAUSAR MAL

Nadie puede tener voluntad de inferir injuria que no tenga dispuesta su justificación y su defensa en aquello mismo que la recibe, por manera que para con ninguno es tan injusto como para consigo mismo, pues así tutela y defiende a los otros. ¿Piénsase que el ofensor es un anciano? Grande es la reverencia debida a las canas y a la edad. ¿Piénsase que es un niño? Mucha es la indulgencia que se ha de tener con sus cortos años. ¿Es una mujer? Merece venia la debilidad del sexo. ¿Es un enfermo? En la enfermedad, ¿quién guarda mesura? Hízolo el dolor, no el hombre. Los médicos no se enojan con sus clientes frenéticos, de quienes han de oír muchos insultos. ¿Es una persona docta? Alguna concesión debe hacerse a su doctrina y pensar que nada dice ni hace sin motivos fundados. Es un ignorante? Hay que excusar su ignorancia, que es una suerte de ceguera. Si un ciego topare con alguno y le diere un encontronazo, ¿quién será tan fino de piel que, lejos de molestarse de ello y darle una reprensión, no le compadezca y le vuelva al buen camino? Si el que se antepusiere a ti es mejor que tú, debes sufrirlo. ¿Quieres tú trastornar el orden natural? ¿Por ventura no es cierto que el alma aventaja al cuerpo, el ángel te aventaja a ti y tú a las bestias? Si fuere peor, ríete de él como cuando el gallo menosprecia al águila. Si es igual, tienes que compadecerle, porque no entiende que abre el camino para

su propio menosprecio por el menosprecio que hace de ti. Locura es pelear con uno más fuerte; con uno más débil, no es gallardía; con uno igual, tiene sus peligros. La Fortuna defiende al rico y excusa al pobre; su propia condición hace al siervo miserable. ¿Quieres tú tomar en tu siervo una venganza mayor que la que le infligieron las leyes que le despojaron del más precioso de los atributos humanos, que es la libertad? Si es poderoso, no hay más remedio que inclinarse ante aquel a cuya presencia se inclinan tantos. *¿Seré yo*—dijo Favorino—*quien resista con una palabra a Adriano, al cual, en cualquiera orden que dé, obedecen treinta legiones?* Cuán sabiamente dijo Laberio de sí mismo y de Cayo César: *¿Quién podría sufrir que yo, simple humano, dé una negativa a quien los mismos dioses nada pudieron negar?* Si fuere un magistrado, hay que obedecer a las leyes y prestar a la patria la debida piedad. Quienes poco pueden, ¡qué locura no es que mantengan enemistades con los poderosos! Esas enemistades, aun cuando tuvieren buen suceso, no se escapan del reproche de tontería y de soberbia. ¿Y qué más, si con este proceder no solamente les irritan a ellos contra sí mismos, sino que irritan también a todos los de la misma nación, profesión, orden, corporación, condenando totalmente lo que tenga la semejanza que sea con aquel a quien aborrecen, como si todos fuesen del mismo genio o natural? Demás de que perturban el orden público, al obligar a los ricos a quienes la Fortuna insolentó a que lo revuelvan todo, cielo y tierra, en su deseo de venganza. Y por lo que atañe a los poderosos, precisamente porque lo son, deben conducirse con mayor circunspección, no sea que aculen toda aquella grandeza de su fortuna a aquel punto crucial donde la suerte acostumbra derribar en un momento construcciones gigantescas. ¿Y qué más, si se tiene en cuenta que cuanto mayor volumen tiene la mole, mayor es la dificultad de conducirla y más fácilmente se quiebra en la tempestad o en la refriega de los elementos alborotados y con toda seguridad algún daño sufrió en los trances angustiosos? Y, por otra parte, para los poderosos, aun cuando salieren vencedores, no será muy honrosa esa victoria, mientras que su vencimiento será el mayor de los oprobios.

A ninguno hallarás a quien convenga dar acogimiento en la discordia ni a ningún otro contra el cual convenga acogerla. A todos generalmente lo desaconseja y lo veda tanto el propio interés personal como el de aquellos con quienes habrán de reñir y la mutua comparación de las personas. A voz en cuello grita la Naturaleza que ella formó a todos los hombres para el amor recíproco, porque así como un ciudadano no puede dañar a otro ciudadano sin vulnerar a la patria, que como una madre los reúne y cobija a todos en un afecto común, así tampoco un hombre puede dañar a otro hombre sin lesión de la naturaleza humana y sin que hiera directamente esa gran patria del humano linaje y viole los santos derechos naturales, que a la vez son divinos. ¿Qué más? Si con diligencia paras mientes en cada una de las cosas, no hallarás casi a nadie que, fuera de aquella causa general, no tenga alguna otra causa especial de amor. ¿Qué hombre hay que no sea o padre, o hermano, o hijo, o nieto, o abuelo, o bisabuelo, o que no tenga con algún otro deudo, afinidad, amistad estrecha, dependencia de estirpe

o de apellido? El uno es vecino, el otro es conciudadano o conterráneo, el otro es huésped, el otro es amigo, familiar del padre, del abuelo, del hermano, amigo de sus amigos, camarada de estudios, compañero de profesión, socio de empresa, de trabajo, de viaje, cofrade, colega, de forma que nunca puedas determinarte a causar daño sin que alguna potestad superior y venerable te ponga la mano encima y te aparte de aquel movimiento irreflexivo. La piedad prohibe dañar al padre; la sangre prohibe dañar al pariente; la elección veda dañar al afín; el vecino debe ser tenido por pariente y te lo recomiendan tus propios intereses que la propia vecindad favorece en alto grado. La ley ampara al ciudadano; la educación prohibe perjudicar al transeúnte; la bondad, que se dañe al inferior; te aconseja el buen sentido que no te enzarces en pugna con el superior, y con el igual te lo avisa el peligro. La religión hace de todo cristiano un hermano tuyo; la religión y Dios, que es el Padre común, y el mismo Cristo, que es cabeza de todos. Pero éste parece que ningún provecho te acarreó. Te lo acarreó tal vez, no sabiéndolo tú o no acordándote ya, quizá cuando eras niño, quizá estando distraído en otra cosa y poco atento al discreto beneficio; te lo acarreó de incógnito, de paso. ¿A cuántos niños no hemos arrancado al peligro? Prestamos socorro, auxilio, consejo a quienes no nos conocían y que después ya no nos vuelven a recordar. ¡A cuántos hemos favorecido ocultamente, que no se dieron cuenta de la gran merced que recibían de nosotros! Pero no nos acarreó provecho personal. Pero lo acarreó a aquellos a quienes, a buen seguro, les deseamos el mismo bien que a nosotros mismos: hijos, padres, amigos. Nos acarrearon provecho a nosotros o a los nuestros ellos que en este punto reclaman nuestra gratitud por el beneficio re-[illegible]lo, como sus padres, sus hijos, sus amigos. Pero acarreará provecho él o lo acarrearán los suyos o a nosotros o a los nuestros, y quién sabe si estos mismos serán nietos de él y nuestros.

¿Quién duda si no que no se cobraran odio tan enconado L. Salinator y Nerón si hubieran pensado que con el tiempo aquellas dos familias iban a fundirse en una sola? Propio es de los animales irracionales no ver más allá de lo inmediato; y propio es de los hombres proyectar la visión hacia el futuro como inmortales que son y creados para la eternidad. «No me es conocido.» Pero puede serlo, y acaso familiar y el más estrecho de los amigos, que a nadie ha de ceder en afecto y en servicios; si le das a entender que le quieres, si le ofrecieres el anzuelo y el cebo más seguro, que es el amor, te lo atraerás; te lo gane mejor la admiración de tu prestancia, e igual la semejanza de naturaleza y de costumbres: ama en él los loores y virtudes que ves en ti o compadécete de lo que en ti ves digno de compasión. Para con el inferior, la compasión acreciente el afecto. ¿Quién hay que quiera dañar a aquel de quien se compadece?

Finalmente, establezca y consolide la unión entre hombre y hombre la semejanza, que es el vínculo más eficaz para toda asociación y para todo afecto. A nadie hallarás tan fiero y tan arisco y tan ajeno a toda humanidad que, llamado por el amor, no responda al amor, siendo así que las fieras monteses tan apartadas de nuestro instinto natural, tan recogidas en su ferocidad nativa, con todo se domestican y

aman a aquellos en los cuales descubrieron algunos signos de benevolencia. Ninguna cosa acostum ser suficiente para la discordia contra la Naturaleza. ¿Y no ten valor alguno tantas cosas c conspiran a la concordia con el vor de la Naturaleza? Algunas de éstas son muy leves, dirá alguien. ¿Es que puede ser leve algo a lo cual añada robustez la Naturaleza, es decir, ese poder santo y todopoderoso? ¿Cuál de esas cosas dices ser ligera tú, a quien para la discordia basta un dinerillo, una palabreja, un guiño o un ruin y liviano juicio de algún hombre, aun contra la patria, la religión, contra el derecho de la sangre, contra el deber, contra la equidad, contra la santa amistad, contra la fidelidad? Son graves, sin duda, estas cosas que tú te fabricaste a la medida de tu necedad, y serán ligeras aquellas otras que estableció la Naturaleza, robustecida y apoyada en lo equitativo, en lo bueno, en lo piadoso, en lo santo.

Todo aquel que se considere ofendido por otro, ése, conforme hemos señalado ya como elemento principal de toda prudencia, debe examinar y resolver sobre este punto, libre de toda conmoción pasional y con el ánimo tranquilo y sosegado, sin resto de tempestad alguna, porque, de otra manera, es fuerza que forme un juicio torcido, pues el estruendo de la tempestad lo agiganta todo y no deja nada en su estado y volumen natural. Y si repentinamente, como suele, salta la pasión y no llamada ni esperada irrumpe e invade a quienes no quieren ser sus víctimas, es menester, a pesar de todo, a fuerza de repetida meditación y bien recalcada experiencia, que tengamos muy asentado y firme el propósito de sostenernos y de no dejarnos llevar de la pasión y demorar toda obra, no sea que en el ímpetu de su acometida se anticipe a la reflexión y al consejo y tengamos que arrepentirnos cuando la cosa está ya hecha y hemos llegado a un punto de donde no podemos retroceder sin daño y no hay ya ni consejo, ni razón, ni reflexión que nos puedan ser de provecho.

Considere, pues, en sus adentros el presunto ofendido lo externo y lo interno, qué ventajas ha de reportarle la venganza a él y a los suyos y qué inconvenientes, cuán grande sea la ceguera de los espíritus, cuán rápido y cuán precipitado es el ímpetu sin seso y cuán ajeno del hombre dotado de razón y una suerte de degeneración en fiera que de ella carece en absoluto. Piense que no puede el hombre, cuando se abalanza a ocasionar daño o a tomar represalias, obtener de sí mismo una moratoria brevísima para considerar y sopesar cuánto daño va a recibir él del mismo daño que tanta prisa tiene de ver causado a otro, y si no él, personalmente, aquellos a quienes ama o debe amar tanto como a sí mismo: los padres, la patria, los hermanos, los hijos, los nietos, los parientes, los afines, los amigos, los ciudadanos y, finalmente, la misma religión que a cada uno de nosotros está bien que nos sea entrañable y carísima.

Hecho esto, quitando los ojos de las cosas exteriores, los pondrá atentamente en sí mismo y en la común condición. Cuéntase que Platón, todas las veces que se ocupaba de los vicios y errores de los hombres, tenía la costumbre de preguntarse a sí mismo: *¿Seré yo uno de ellos?* Porque si él faltara en aquello mismo que los otros, consideraba que era cosa fea no limpiarse de aquel vicio que en otro le parecía defor-

me, antes que tomar enfado del vicio ajeno. ¿Quién sufrirá que quien hurta se ofenda gravemente de los hurtos ajenos, y que el ladrón castigue los robos? Diógenes *el Cínico*, en el momento en que con pies barrosos pisoteaba las magníficas alfombras de Platón, preguntado por qué lo hacía, respondió: *Pisoteo el fausto de Platón.* Y Platón, replicóle: *Pisoteas ese fausto mío, sí, pero con tu fausto.*

¡Cuántas veces nos ocurre en la vida pisotear un fausto con otro fausto y querer cohibir la indignación ajena con la nuestra, y castigar aquellas culpas ocasionadas por un inmoderado hervor del ánimo por otro hervor no menos descomedido! ¿Cómo es eso de negar tú a los otros aquella venia que tantas veces tienes que pedir a los otros? Y aun cuando con suma diligencia ocultares tus vicios, no dejas de necesitar perdón, si no de los otros que ignoran tus faltas, pero sí de tu conciencia que lo ve todo. ¡Es que no admites tú los mismos vicios! Pero no desemejantes y quizá más graves. Porque los hay que no atienden más que a los suyos, de momento, como si no delinquieran en lo mismo que los otros, y piden que se les tenga por los más inocentes y exculpados, aun cuando, cada hora que pasa, cometan mil maldades. En este punto es indulgente consigo misma hasta lo increíble, y para con los otros, es severa y rigurosa. Las heridas que nosotros causamos, estimámoslas punzadas livianas. Si nos punzan los otros, las reputamos heridas, y ponemos el grito en el cielo; nuestros baldones son donaires; las burlerías ajenas son ultrajes insufribles, merecedores de castigo ejemplar. Achaque es éste de los hombres dicaces, que dicen a los otros con sumo desenfado y libertad todo cuanto les viene a la boca, persuadidos de poderlo hacer impunemente, mientras que ellos rechazan airadamente las burlas y bromas más inofensivas. Al roce más ligero, montan en cólera violenta. A nadie verás que se irrite con mayor frecuencia y saña más torva que quienes dan a los otros materia y ocasión continua de encolerizarse. Todos pecamos, todos nos descaminamos, todos tropezamos, faltamos los unos en los otros y no hay nadie que no falte en alguien. Perdonémonos mutuamente en una culpa común o, mejor, perdone cada cual a los otros en una culpa que hartas veces es suya personal, no de ellos. Y si se da el caso que alguno subió tan arriba por la cuesta de la sabiduría y del juicio que ve los errores de los otros hombres y él delinque menos que los otros, ¿por qué se indigna con los otros que no llegaron a ese venturoso resultado por no haber conseguido análoga facultad de bien pensar y de bien vivir? ¿Es que tú quieres que haga otro tanto que tú quien no puede tanto? Quien merece ser castigado gravemente es el que da poco rendimiento, a pesar de que es mucho lo que consiguió.

Marco Catón, *el Censor*, hacía muchas veces esta manifestación llena de confianza en sí mismo, y se la dictaba no su arrogancia, sino la inflexible rectitud de su conciencia. Decía *que era menester excusar a los otros si faltaban; a él, no, pues en los que delinquieran, parecía que los posibles delitos debían imputarse a su ignorancia o al escaso dominio de sus pasiones que todavía les tenían subyugados; pero que si pecaba él, obra era de deliberada malicia, que no ignorancia o de apasionamiento.* Ese mismo Catón, tras de una victoria, como persi-

guiese muy de cerca al enemigo en fuga, viendo echado por el suelo a un herido, con un muy rico botín, dijo al paje de armas que le seguía: *Despoja a ése, tú que no eres Catón*. Pensaba que al rígido sabio Catón no le era lícito lo que a cualquier soldado. Cepos muy recios le había echado su honradez; de los cuales andaban libres y sueltos los otros por su ignorancia y la corrupción de sus costumbres, pero de tal manera sueltos y libres, como lo están los que viven sin leyes por ignorancia del derecho humano. Tanto como el varón sabio anduviere suelto de necedad, otro tanto andará esposado de cordura. ¿Y qué cosa puede mentarse más dulce y más feliz que estar libre de los grillos de la ignorancia y aprisionado de los de la sabiduría? ¡Con cuánto placer me implicara yo en esos lazos por librarme de aquellos hierros de la ignorancia! Por esto mismo, el candidato enamorado de la sabiduría debe ser más exigente consigo mismo, bien porque puede más, bien por ejercitarse con más fervor en esa arte a la cual se aplicó y se votó como a un sacerdocio. Sean de cada día mayores los progresos que en ella realice, por los cuales se levantará más por encima del suelo y del sentir del vulgo en movimiento ascensional y de generoso rescate. Entonces calará con mayor hondura y penetración en la naturaleza del hombre que nos conviene tener siempre delante de los ojos. Verá un animal enfermizo y veleidoso, y la indulgencia que sintiere para con los dolientes. los niños o los bobos, la concederá, ampliada, a cualquier hombre. ¿De qué otros elementos se componen todas las sociedades humanas que no sean ignorancia para los niños, estolidez para los fatuos, impotencia para los flacos y los inválidos? Y aquí tienen su origen todas aquellas fruslerías que nos indignan y a las cuales damos el nombre de injurias, por ignorancia de los que las hacen y de los que dicen recibirlas. Otros, ni siquiera llegan a alcanzar lo que es injuria, lo que es dañar a otro, lo que es dañarse a sí. De guisa que mientras creen dañar a los otros, daño mayor que a los otros se causan a sí mismos. Otros tienen menos fuerzas de las que se requieren para cohibir y frenar el ánimo suelto e impetuosamente abalanzado, como los que se despeñan rodando por un derrumbadero. Los que adolecen de esta enfermedad, llámanse desapoderados. De éstos, los hay a quienes la edad todavía no les dió la justa reciedumbre como al niño; los hay a quienes la impericia les neutralizó la robustez y a quienes les amollentó la regalada vida, como son los ricos y aquellos a quienes aviciaron los mimos de la fortuna. Al otro le hinchió el nombre hueco de poder; al otro, la indignación le hizo estallar; al otro, la desesperación le abatió y le hizo pedazos. Estas calamidades que vagan por el mundo, así como hacen a los hombres malos, también los hacen desgraciados. Tan flacos y tan caedizos son los muros que tienen que resistir los ataques de tan potente batería.

CAPITULO IX

DIGNIDAD Y DEBER DEL SABIO

Si alguno avanzó mucho en la ascensión a la soberana alteza de la sabiduría, ¡qué hermosa y magnífica personificación resultará del sabio! ¡Qué imagen tan verdadera y gráfica de la Divinidad conversará entre los hombres! Y cuánto será

su gozo al contemplarse, como Sófocles dijo, *rescatado y libre de tiránicos dueños*, a saber: pasiones y enfermedades morales, déspotas fieros, que no solamente ellos ejercen un dominio importunísimo sobre el espíritu en quien hubieren irrumpido, sino que también consiguen que ese mismo espíritu amplíe ese despotismo sobre otros y lo ejecute hasta donde le es posible, siendo a una (¡dualismo monstruoso!) dueño el más duro y esclavo el más raez. Entonces verá cómo se escapó y se libró de aquellos errores entre los cuales otros todavía, con peligro inmediato, están luchando como entre breñas y asperezas, en temporales imponentes. Entonces, debajo de sus pies, contemplará a los otros metidos miserablemente en ansias y en afanes, mientras que él, como Estacio dice:

Desde el empinado alcázar de la mente, mira a los míseros errantes y ríese de los gozos humanos.

Reducido a sí mismo y más elevado que los otros, distará tanto de sus acucias y de sus cuidados, como el que tiene vista del ciego, el sano del enfermo, y no se gozará de otra manera que el que regresa del cautiverio a la patria tras una prolongada extradición o como quien, por una merced muy singular, se restituye a aquel primero y verdadero natalicio de la Naturaleza; y no se indignará ni enojará más con los otros que aquel que, por un gran favor de Dios, es conducido de la tempestad al puerto, no se enfada con los que todavía son llevados y traídos por la fuerza de los vientos y el mar, en medio de tanta y tan brava hinchazón de sal alborotada. Les compadecerá, sí; les ayudará hasta el límite de sus posibilidades con su prestación personal, con su asistencia moral y con sus buenos deseos.

¿Qué náufrago llegado ya a la deseada arena, que ve cómo los otros son ajetreados por las olas, con su pie o con la contera de su bastón, los empuja mar adentro y no, más bien, es él personalmente quien, entrando unos pasos en el mar, en cuanto su propia salvación lo permite, no les toma por la mano para sacarlos a la playa o les alarga tablas y pértigas, asidos a las cuales lleguen ellos también a la seguridad de que él goza sin recelo? De la misma manera, el sabio no hará redescender a los que suben, con su pie ni con su codo. ¿Qué cosa hay más ajena de la sabiduría y de la probidad que la envidia, esa pasión cobarde que anda teñida de lividez? Al contrario, les alargará la mano y les pondrá fuerte el pie y hasta donde pueda sin perjuicio de su sabiduría, se apeará más peldaños para levantar a los otros a la altura a que él es ya llegado. Pondrá todo el afán posible en mantenerse en esa posición de su espíritu y se persuadirá de que no le puede acontecer desdicha mayor que la de ser derribado de tan soberana cumbre y del más quieto de los puertos ser arrempujado a la braveza del Océano. Debo decir que es difícil que a los que hubieren degustado una sola vez el sabor indeleble de aquella bienandanza, ningún empellón les devuelva a las conocidas sordideces y a los pasados desabrimientos. Lo primero que se hallará en aquella elevación de espíritu será la tranquilidad y la paz y un equilibrio tan grande como los que hay en aquellas excelsitudes y detrás de esa atmósfera polvorienta y turbia. Cuanto más elevada está una cosa, menos llegan a ella y la afectan menos esos movimientos que sacuden a la continua las capas inferiores. ¡Cuán grande es y cuán ordenado el concierto del

cielo donde todo, por siglos de siglos, discurre según leyes fijas y donde en tantas centurias no hubo cambio ni perturbación alguna, sino que en la más apacible de las tranquilidades desarrollan sus carreras y sus revoluciones:

Así los celestes astros, sin la más leve sacudida, resbalan siempre con su ritmo acostumbrado, y el aire más próximo a la tierra se inflama de centellas y las bajas regiones de este mundo sufren el azote de los vientos y el paso brillante de los meteoros. Puja las nubes el Olimpo; así lo han querido los dioses. La discordia perturba los seres más pequeños. En las alturas reina la paz. Este pasaje es del poeta Lucano.

¿Qué cosa hay más estable y más firme que Dios, quien, inmutable en aquella su majestad santa, gobierna con admirable sabiduría el universo mundo? Asimismo la mente del sabio, a modo de una felicísima divinidad terrestre, se cierne por encima de los movimientos y alteraciones a que están expuestos los sentidos de los ignorantes, y, remedador y émulo de aquella divina naturaleza, piensa que no se le puede inferir ultraje como no se le puede inferir a Dios, a quien nada ni nadie le puede quitar lo suyo. Así también, él, que está convencido que todos sus bienes están puestos en solo él, *trae siempre a cuestas todas sus cosas*, como se cuenta que respondió aquel filósofo de la Grecia, las cuales son de tal linaje que ni se puede poner manos en ellas ni dañarlas. Con qué ánimo y con qué confianza y con cuán maciza seguridad de sí mismo, Sócrates, dijo: *A mí, Anito y Melito, pueden matarme; dañarme, no; que no pueden.*

No hay demostración más cierta de grandeza que la de no impresionarse por esos casos corrientes, y prueba mayor de que en hombros de sí mismos han subido a una altura que no pueden alcanzar los fenómenos que discurren a ras del suelo, turbulentos, variables, desiguales, veleidosos. *La doctrina del hombre*, dice el Sabio, *por la paciencia se conoce, y su gloria es pasar por encima de las injusticias.* ¿Qué cosa hay más admirable de ver y más feliz y sabrosa de vivir que ese reposo tan igual, tan continuo, cuya hermosura y bienandanza que a la vez que se colige de ella misma, de su orden, de su constancia, de su firmeza conjugada con cierta alegría fresca y ágil, adivínase también de su agitación contradictoria, de sus torturas, de su miseria evidente?

Toda vez que el sabio se viere situado en ella, pondrá todo su empeño en mantenerse y arraigarse en aquellos pensamientos que dije más arriba y en aquella equilibrada ponderación de todas las cosas que hará que no atribuya a cualquier cosa más de lo que ella es en realidad y como lo juzgan las personas de buen criterio. Y por lo que toca a él, se fortificará y se rodeará de vallas, hasta donde su esfuerzo se lo consienta, porque no penetre en aquel recinto suyo nada que altere aquella serenidad sublime. Quiero decir que le arranque de aquella felicidad que es como un linaje de vida divina y le hunda de nuevo en las primitivas miserias de los hombres. De esta manera estará apercibido y se colocará en sitio lo suficientemente alto para que no puedan llegar allá esos dardos desmedrados de tan bajo vuelo en las cosas humanas que zumban en derredor de las cabezas de los enanos. Fuera de que estará acorazado sufi-

cientemente, porque no penetren, aunque cuando hieran, verificándose aquello que dice Tertuliano: *La saeta disparada contra el varón fuerte se vuelve contra el que la disparó.* Y como sea que él te ofenda porque te duelas, si no te dueles, perdió el fruto de la ofensa. De esta manera, tú te retirarás ileso y divertido con el despecho de tu adversario.

Quien profirió una picardía contra alguien, duélese de haber perdido el dicho mordaz que no fué entendido. ¡Cuánto más pierde si el dicho es comprendido; pero no va a dar en el blanco propuesto! De aquel dicho no se hace caudal porque no se entendió, mas en nuestra hipótesis, dicho y dicente son desatendidos o, por mejor decir, menospreciados. Es menester que sean muy blandas y muy tiernecicas las naturalezas que acusan nervosidad por el leve oreo de una palabra, que sienten la ablación de una cosa que no nos afecta, como los vilos, como las pajas que de pronto se conmueven, y con que uno se levante o agite sus ropas, échanse a volar. ¿Y qué decir de aquellas pequeñeces de no ponerse en pie, de no descubrir la cabeza, de saludar de esa o esotra manera, de ser recibidos en tal estancia o tal otra y otras menudencias tan chiquitas e insignificantes que, a pesar de que las leyes y los derechos de la ciudadanía, tienen puesta la mira más exquisita y la más resuelta voluntad de procurar la concordia entre los ciudadanos, las consideraron desdeñables, demasiado pequeñas para que mereciesen su atención, sobrado livianas para dedicarlas cuidado alguno? ¿Y habrá alguno tan delicadillo y blandengue, que se deje impresionar y turbar por esos morbos minúsculos que por su tenuidad la medicina despreció y dejó a un lado, juzgando que no valía la pena de que la terapéutica gastase una palabra siquiera en tratar de su curación? Demasiada robustez tiene la sabiduría para que tenga que ceder a tan flacos y livianos empujes. No estuvieron faltos de serenidad ni calma Sócrates, Platón, Diógenes y otros filósofos, no ya en esos inanes puntillos de honra, sino aun en aquellas cosas que el vulgo toma por injurias insufribles. Hasta materia de hilaridad les proporcionaron esas niñerías y se permitieron chanzas y burlas en cosas que otros piensan que deben vengarse aun a trueque de que se hunda el mundo. No solamente las consideraban contentibles no haciendo caso de ellas, sino viles para merecer su desdén, bobas y pueriles para reírse de ellas. Escudado con la respetable coraza de la sabiduría entra el sabio en la vida y en el mundo como en una grande y muy concurrida asamblea o como en una nave abarrotada de pasaje, agitada y sacudida por las ondas y por el soplo recio de los vientos, en la cual nadie tiene razón de molestarse si le empujan, si recibe pisotones o codazos, si le moja el agua brava, si el pasajero de al lado le vomita encima: estas molestias deben imputarse al lugar y a la tempestad, no a los compañeros de travesía, que en aquella ocasión no saben hacer otra cosa, porque no lo aprendieron o, simplemente, porque no pueden por estar en poder ajeno, no en el propio.

Por ende, el sabio, cuando sale de casa o, mejor, en su misma casa, y aun en su mismo lecho sabe que alterna con hombres soberbios y que tiene que pechar con la insolencia, con el fausto, con la injuria, con temperamentos enojadizos, y no

hay más remedio que soportar gritos, reprimendas y aun golpes entre hombres envidiosos, y fuerza es que trague maledicencias, malquerencias y aquellas hieles del pecho y aquellas otras de la lengua; entre hombres cáusticos, y tiene que cargar con sus sátiras y sus aguijones y con su procacidad bufonesca; entre hombres rapaces, y tendrá que sufrir sus hurtos; entre hombres mazfios, y tendrá que soportar su majadería; entre hombres estúpidos, y hay que apechugar con las inevitables molestias y sus hechos y dichos pretenciosos y afectados; entre hombres insipientes, y hay que sufrir su estulticia; entre hombres tardos y romos, y hay que tolerar su torpeza y su desidia. Con todos éstos se ha de ser indulgente como para con los que están en cama hospitalizados en algún sanatorio gigantesco. Y a sabiendas de que hallará, verá y experimentará todo esto, de nada se admirará como si fuera una novedad aguda que pueda traer solicitud o congoja; pondrá todo su empeño en curar al mayor número posible, pero tomando todas las precauciones, para que, mientras atiende a curar a los otros, él no contraiga su misma enfermedad. Se dolerá de la suerte de los otros, y su duelo será exterior, sin reflejo en su interior, pues no se lamentará por su propia causa y no se sofocará, ni gritará ni se indignará; no protestará por padecer lo que no merecía, pues todas estas exteriorizaciones tendrálas por muy ajenas de su personal excelencia y se persuadirá que no hay causa ni razón suficientes que le impelan a apearse de tan soberano encumbramiento. Cayo César, dictador, dijo a Metelo, tribuno que se oponía a su voluntad: *Nunca conseguirás merecer el enojo de César.* ¡Oh expresión de verdadera grandeza en una grandeza falsa! ¿Será verdad que César, porque echado Pompeyo de Italia, había introducido en la ciudad sus legiones, creerá haber llegado a tal altura que a los que le eran inferiores en poder los creía indignos de su ira, y que el sabio que por la escalera de la sabiduría se encaramó más arriba que la común elevación de los hombres no pensará eso mismo con mayor verdad y con efecto más activo, puesto que a él le encumbraron al vértice de las situaciones humanas, no banderas ni legiones de ladrones armados, sino una virtud que le hace muy semejante a Dios?

Y eso que yo pienso que esa feliz expresión de grandeza de alma más convenía al mismo César, cuando ya, tras una victoria rotunda, depuestas las armas y organizada la cosa pública, superó en clemencia y favores a aquellos mismos a quienes venciera con las armas y el ejército. Llegado a ese venturoso final, el príncipe que gobierna su ciudad con justicia y moderación y poniendo templanza en sí mismo y en todo, diga entonces a sus ciudadanos: *No mereceréis la indignación del César*, no porque considere indigno que por un hombre solo se manchen de sangre legiones entradas en Italia contra Pompeyo y el Senado y la mayoría de los ciudadanos, sino porque no parece bien que un hombre sano se indisponga con enfermos, un poderoso con desvalidos, un sabio con necios, el que se rige por la razón y el juicio con quienes se dejaron conducir por los movimientos pasionales de su ánimo. Si es razón que alguno aventaje a los otros en esa grandeza, ese tal no debe ser otro que el príncipe. Si así no fuere, ¿cómo gobernará el caballo, o el buey, o el navío quien

no tiene más criterio y juicio, más capacidad, en fin, que el buey o el caballo, o el mástil o la proa del navío?

CAPITULO X

EN QUÉ DEBE PONER EL PRÍNCIPE SU CUIDADO Y CUÁN POCA ES LA DIFERENCIA ENTRE EL PRÍNCIPE Y EL SABIO; NO EXISTE PERFECTA SABIDURÍA, SINO LA QUE VIENE DE CRISTO

La grandeza auténtica del príncipe consiste, en fin de cuentas, en juzgar de las cosas mejor que el vulgo y, principalmente, en que se gobierne bien a sí quien tiene a tantos miles bajo su gobierno. ¿Qué otra cosa es el verdadero príncipe sino un sabio con autoridad pública? Así es que entre el príncipe y el sabio, por lo que toca al poder sobre los otros, acaso exista una pequeña diferencia; mas en la razón, en el juicio, en el consejo, en la voluntad, no la hay en absoluto. El atributo que la sabiduría da al hombre sobre los hombres es el mismo que el que la razón da al hombre sobre las bestias; de manera que así como mediante la razón se evita la acometida de las fieras y se doma su contumacia nativa y se domestica su salvajina condición, así también, gracias a la sabiduría, vive fácil y seguramente en tan salvaje maraña de vicios y tanta monstruosidad de maldades.

Quien es flaco de suyo, y de la sabiduría no se le allegó ninguna robustez, si para mientes en lo que ocurre cada día en el linaje humano, acaso buscara en la esquividad y en el apartamiento de las selvas un como refugio de tantos males. Mas el varón sabio y constante, ni teme la violencia de la maldad ni siente las magulladuras de la turba que se le echa encima ni teme el contagio de sus tratos con el mundo, ni tuerce su camino a aquellas flexiones que le brinda la turba que le rodea y le aprieta—puesto que no se acomoda a las críticas, a las iras, a las amenazas o a cualquier otra suerte de violencia—. Siempre nos sale de trascantón, y se dirige a nosotros quien nos aparte de nuestro propósito y que nos obligue a que le sirvamos. Si el sabio le presta ayuda y le sigue, nunca podrá tener nada asentado y resuelto por lo que toca a la virtud. De ello resulta que mientras deseas complacer a uno y evitas la molestia de uno, ofendes a dos, y con frecuencia, a muchos, y con mayor razón a aquel a cuyas órdenes te ponías. Por todo ello, el varón grande de verdad, asentado y compuesto en su quieta y tranquila sabiduría, seguirá con indeclinable paso la escondida senda que a ella conduce y la virtud recta y simple que una vez eligió. Si tuviere veredas por donde sea más cómodo el andar, preferirá la seca a la cenagosa, y a la breñosa la llana, y yendo por ella no tropezará con caminante alguno que le venga de frente, sino que le cederá el paso y seguirá avante por barrizales y charcas, siempre que no se desvíe del camino, por no topar con él o dañarle. Y si él se opusiere hasta el punto que, si no le quiere atropellar y dejar a un lado, tenga que salir de su camino, no curará de las ofensas de los otros, pues sabrá que a él se le ha de cargar la culpa, no a la casualidad. Y como está tan alejado y tan por encima de los errores de los hombres, creerá ser indigno de su posición y de su grandeza, inclinar su oído para oír voces bajas y captar susurros leves y vanos. Jamás dará más valor al juicio de los otros que al suyo, y

sin preocuparse en absoluto de lo que los otros sienten de él, descansará en el testimonio de su conciencia. ¿No es por ventura el colmo de los absurdos que el que tiene salud no haga caso del juicio del que tiene el paladar enfermo acerca de los sabores y que el pintor no lo haga de la ingenua estampería del vulgo, y el músico no lo haga del pobre sordo acerca del canto y la melodía, y que el sabio se preocupe de lo que el necio opine de la sabiduría? Y puesto caso que el sabio experimenta que su conciencia juzga con rectitud de la vida y de sus actos y toma las determinaciones pertinentes, con ella sola se contentará y hará más caudal de su voz callada y de su testimonio que el de un teatro colosal, lleno hasta los topes, de la necedad del proletariado y del populacho, que yo no discrimino por su renta o por su vestido, sino por su buen criterio y justa valoración de las cosas.

Por esto, luego que ese gran hombre pasó revista a todo y consiguió conocer el pensamiento de los hombres y su sentido de la vida, y cuán injusto sea su juicio de las cosas y la maligna interpretación que dan a todo lo bueno y la bondadosa interpretación que dan a lo malo, sin otra luz ni guía que la del propio apasionamiento; y, finalmente, la eficacia de este coro de voces que alaban o que vituperan; de dónde provienen y adónde van, no hará en su fuero interno mayor aprecio de la gloria y de las habladurías de los hombres que de la garrulería de los loros, que chillan lo que no entienden o repiten maquinalmente lo que oyeron de otros. Y, finalmente, cosa que era lo único que le faltaba para su auténtica grandeza y sublimidad, luego de haberse sacudido el polvo liviano de nuestros errores, rechazará la gloria misma y la tendrá por cosa de ningún ser ni sustancia. De esta manera, liquidada victoriosamente toda gloria exterior, ya enemigo ninguno en lo sucesivo le hostilizará ni le acometerá. Y entonces será llegada la oportunidad de trasladar todos sus cuidados de lo exterior a lo interior y de averiguar la manera de mitigar y sosegar la enconada discordia civil que siempre anida en su pecho. No ha de pensar que con la derrota de sus enemigos exteriores terminó toda campaña. En casa quedan otros enemigos a quien vencer, más enconados y más peligrosos que los exteriores, porque están cosidos con nuestras entrañas y no nos abandonan nunca, en acecho constante de las buenas ocasiones. O, por mejor decir, ellos mismos se crean esas felices coyunturas y las asen al vuelo dondequiera. Unas veces atacan al descubierto; otras construyen minas sigilosamente para filtrarse a través de ellas; ora se apiñan en escuadrones y combaten en campo abierto y con banderas desplegadas; ora, de uno en uno o algún pequeño destacamento se aventura a trabajos de descubierta. No hay tregua; no hay cesación de fuego, no hay descanso, y si lo hay, es muy breve. Y esos mismos enemigos, luego de alzar en armas toda la ciudad, salen afuera y convierten la guerra civil en guerra exterior. Estos enemigos son la ignorancia, la imprudencia, la tiranía de las pasiones, la rebelión de los vicios, las inmundicias y suciedades de la maldad, las enfermedades dolorosas, la flaqueza física; y tantas necesidades, y tantos cuidados, y tanta solicitud para allegar todo cuanto es necesario no sólo para la vida diaria, sino para la vida precaria por horas. ¡Miserable!

¿Tienes esos enemigos domésticos y te buscas otros de fuera con quien combatir? ¿Es que éstos, por ventura, no te dan mucho que hacer, pues son duros, y torvos, y tenaces para que te quede tiempo por crearte otros y pelearte con ellos? Te pasa lo que a aquel que, atacado por la peste, recorre toda la ciudad a la busca de un cirujano para que le aplique un emplasto a un panadizo.

Contra estos enemigos movilizará todas las fuerzas de la sabiduría; robustecerá la paz de la república; es decir, de su espíritu pacificado, para que no pueda ser perturbada con sus asonadas motinescas y les encerrará en la moderación como en un castillo, para que no se derramen fuera y se esparzan por las ciudades vecinas y aliadas; quiero decir, porque no dañen a unos hombres que de ningún modo conviene que sean dañados, porque están unidos y confederados con nosotros mediante los lazos de la Naturaleza y de Dios. Luego, con su prudencia y con su consejo, domará y mitigará a los más acalorados y fieros, como es la ira, y avivará y animará a los perezosos, como es esa pesada mole de nuestro cuerpo, o bajará los bríos a los pertinaces, como son la soberbia y la envidia; instruirá a los analfabetos, como es la ignorancia. Y, por fin, pondrá todo su esfuerzo por lo que toca a aquellos de sus enemigos a quienes en manera alguna pueda arrojar de sí, como son las necesidades y la enfermedad física, en que sirvan dócilmente a la quietud y a la justicia; y por lo que toca a aquellos otros sobre quienes tiene poder, a los unos los suprimirá, como son la envidia y la arrogancia, o los apartará lo más lejos que pueda, como la ira y la pereza, y los cuidados y excesiva solicitud de la defensa del cuerpo. ¡Oh, cuánto tiene uno que hacer en su propia casa! Puntualmente nos acontece a nosotros aquello que Plutarco escribe de las lamias—que son unos monstruos fabulosos, mitad dragón y mitad mujer—, en su libro *De la curiosidad*, las cuales, ciegas en su casa, nada ven; mas fuera de ella tienen muy agudos ojos y lo ven todo.

¿Buscas la paz? Comienza por ti mismo. ¿Buscas la guerra? La tienes en tu propia casa. ¡Con cuánta justeza dijo Job que esta vida que vamos pasando es una guerra continuada. ¿No te das, hombre, por convencido de necedad, cuando, descuidando la conducción de una guerra que tú llevas de continuo en tu mismo seno, que cada día te pone en trance crítico, te mezclas en guerras ajenas? Oigo que a esa exhortación nuestra son muchos los que exteriorizan quejas muy sentidas, porque vencidos, derrotados, cautivos, aniquilados los enemigos exteriores, cuando vuelven sus ojos a las discordias intestinas y desean poner paz en su propia casa, les estalla de súbito una guerra mayor, porque se irritan ésos o aquéllos, mientras sosiegan, mitigan, cohiben a los otros. Copiosos son los ejemplos de eso que digo en todo linaje de filosofía humana, ora uno se fije en los sabios de Grecia, ora en los romanos, ora en aquellas naciones que llamaban bárbaras los griegos: Egipto, Etiopía, Caldea, Persia, la India.

Ellos, después de haber menospreciado y superado la vocinglería de la fama, y las injurias, y los ultrajes, y la gloria, y las enfermedades corporales, y las necesidades, y la misma vida, y todo cuanto ama el vulgo, en sus propios adentros, los unos eran vejados por la soberbia, mientras ellos, que son hom-

bres, miran a los otros hombres como si fueran bestias; otros sentíanse ligados por la ignorancia de cosas las más dignas de ser conocidas o que constituye mengua que el hombre las ignore; otros andaban boquiabiertos y absortos en pos de cosas livianísimas; otros, cariacontecidos siempre; otros, nunca contentos; otros, derramándose en risotadas y carcajadas y, ciertamente, con irrisión del linaje humano; otros, resolviéndose en llanto y contrayéndose de dolor; otros, enemigos públicos de la especie humana, hostiles a todos y destrozándolos a todos con diente rabioso; otros, aterrorizados de sueños vanos; otros, confianzudos temerariamente, abalanzándose contra todo; otros, con una pasmosa ceguera confundiendo todas las diferencias y matices de las cosas; otros, con una excesiva sutileza, no dejando cosa sin diferenciar; otros, con una solemne estupidez, pensando que Dios era la nada; otros, con una ridícula superstición, que Dios era el todo; cosas éstas que se saben y recitan de coro hasta los muchachos de la escuela.

Resultado de esa maraña y confusión era que al pasar de las realidades exteriores a la realidad interior, incurrían de nuevo en externas enemistades. No había paz interior, y la paz exterior era precaria y efímera, y aquel sosiego de la vida más era ficción de paz que paz verdadera. Aparentemente no se preocupaban de los hombres, pero en su interior sufrían fieras y amargas mordeduras, y quienes no curaban de los hombres, odiaban a los hombres. Aquella mentida paz no era hija del amor ni de la mutua caridad, sino puro encallecimiento e insensibilidad del ultraje o disimulo de la pasión de la ira, mientras servían a otra pasión mayor, a saber: su glorificación y su soberbia. Y si esto acontecía con hombres canos, estudiosos y seguidores de la sabiduría o, mejor, que ya la habían alcanzado y la profesaban con entusiasta y general aplauso, ¿qué no debe ocurrir con nosotros, hombres corrientes, que no estamos dotados de su brillante ingenio ni hemos desplegado tanta diligencia y estudio? Y así es que no faltan quienes juzgan que esa guerra es inevitable e inacabable y que no existen trazas ni fuerzas algunas capaces de proporcionarnos la victoria; que ésta es una pelea íntimamente relacionada con la naturaleza y condición humanas y que el enemigo es tan invencible que esperar la victoria parece cosa de locura.

No cabe duda que en el estado actual esta victoria es imposible sin el auxilio divino. Aquellos filósofos antiguos que se consagraron al estudio de la sabiduría, veían allá en lontananza aquel vago lustre de luz que a nadie negó la bondad divina; pero, por poco que aflojasen en la penetración y en el ahinco de su pensamiento, caían de nuevo en aquellas tinieblas que el espíritu humano, anochecido por la malicia, arrastra consigo siempre. Viéndose otra vez tan alejados de la luz, perdieron la esperanza de que, arrimada a sus cosas de más cerca, iluminase sus obras y todas sus acciones. Y de esta manera, refugiándose en sí mismos, a sí mismos se pidieron un socorro que sólo cabía esperar de aquella luz. Por esto no es cosa de admirar si ellos no tuvieron fuerza bastante para sostener aquel duelo, porque pedían asistencia a quien no puede darla, a saber: cada uno a sí mismo; es decir, a la sabiduría humana, como si a un apestado pudiera darle remedio la sa-

nies de otro atacado de la misma peste. Buscábase remedio para la corrompida y maleada sabiduría humana; y ¿cómo se solicitaba ese remedio de la misma sabiduría que estaba enferma también? Como si el remedio existiera en la misma enfermedad o como si, mientras el que no podía valerse pedía ayuda, se le mandara que la prestara él a otro inválido. Caído había la sabiduría humana, y nosotros esperábamos su mano que nos levantase. Esa fué la razón por que no consiguieron aquel objeto tan vivo de sus deseos, pues equivalía a pedir agua de una piedra pómez y licor de salud de una fuente emponzoñada. Mas a nosotros, que no ignoramos de dónde hemos de invocar el auxilio, nos resultará más fácil, una vez que hubiéramos liquidado la guerra exterior, llevar y rematar victoriosamente la guerra intestina, y lo que para el hombre es imposible, nos será posible en Dios por Jesucristo. ¡Cómo me sabe a mieles, tras de esa amarga expansión, en nombre de toda la Iglesia, lanzar a los aires, con San Pablo, aquel grito jubiloso: *¡Oh, qué hombre tan infeliz soy yo! ¿Quién me libertará de este cuerpo de muerte? La gracia de Dios por Jesucristo.* Lo que era imposible en la ley en quien enfermaba en la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de la carne del pecado, por el pecado condenó el pecado en la carne.

Lo primero que debemos hacer es confirmar aquella sabiduría, sea la que fuere, de que hablé, en cuanto esté en nuestra mano, y, avezados y curtidos por la costumbre, nos empeñaremos en que eche en nuestros pechos raíces poderosas, como peldaño para aquella otra sabiduría perfecta y sublime, a la cual cada uno debe remontarse, en aquel generoso impulso ascensional, que de un ciego hace un vidente, de un loco hace un cuerdo, de un ignorante e imprevisor hace un providente y un sabio; de un caído, un erguido; de un podrido, un incorrupto. Si ello pudiera hacerlo la sabiduría humana, ¿quién duda sino que había llegado al término que anhelaba tan vivamente?

Aquello que por fin, de alguna manera y ya muy al cabo de su vida, columbró Sócrates, según Platón explica copiosamente en su *Fedón*, en trance de que aquel varón a quien la Grecia, por consentimiento general y voz unánime, denomina sabio por antonomasia, ya puesto el pie en el estribo para salir de este mundo, exhorta a sus discípulos a la sabiduría objeto de sus ansias más agudas, que esperan recibirla sólo de Dios, no de los hombres. Tiene una augusta sublimidad este pasaje en que habla a los que fueron caros a su corazón, y se expresa en términos conmovedores, como no lo hizo en su parlamento de defensa ante aquel tribunal de ogros y ante el populacho ateniense.

A ese sabio nuestro que se está formando para una sabiduría mejor, el primer pensamiento que se le ocurrirá será el de aquella santa y admirable majestad de Dios, cuya consideración cohibirá y sujetará en los humanos pechos aquellos movimientos repentinos, poco dóciles a la ley y a la razón; y pondrá quietud y serenidad en todo y hará que vivamos en concordia con los hombres, no como con perros y con gatos, por el recíproco desdén, sino como con semejantes e iguales por afecto mutuo. Ese nuestro sabio, en el Soberano Hacedor de todo, amén de otras grandezas y maravillas, contempla la increíble sabiduría, y tan equilibrado concierto con que

gobierna el mundo, y cómo por adorable y secreto consejo suyo distribuye a cada una de las criaturas aquello que ve que le es más conveniente. En consecuencia, no creerá ya más en el gobierno de las cosas por la fortuna, ni por el azar, ni por el hado, ni por las parcas, ni por la necesidad, ni por Adrastia, ni por Némesis, ni por ninguna otra de aquellas ficciones que la deslumbrada antigüedad en aquella ceguera y total oscurecimiento fantaseó de los fenómenos que veía por ignorancia de sus causas, y que toda aquella quimérica creación no era más que una parcelación de Dios Uno, y que aquellos nombres correspondían a otras tantas operaciones suyas, como ya algunos sabios gentiles proclamaron, a saber: Séneca, el filósofo estoico, a tenor de los dogmas de su escuela, y Aristóteles, el pensador peripatético.

Los santos, unidos con Dios muy estrechamente con intelecto de amor para quienes tuvo la vida tan amargas pesadumbres, nunca se quejaron ni de la fortuna, ni del azar, ni de la fatalidad; volvieron a Dios sus ojos arrasados en lágrimas y sus corazones henchidos de queja, estimando que al pronunciar su santo Nombre, habían nombrado la fortuna y el hado y todo cuanto, separado y distinto, pone la ignorancia del vulgo en esas denominaciones. Ejemplos: Job, David, Tobías, en cuyas quejas, luego de apurar muchas adversidades, jamás se oyó el nombre de la fortuna ni del hado y siempre el de Dios, que lo puede todo y lo ve todo y lo da todo. Soportaremos, pues, los casos humanos con mayor templanza cuando nos hubiéremos persuadido que quien lo administra y lo envía todo es El; que El, para sus obras, no necesita del ministerio de nadie, pero que emplea el concurso de muchos, unas veces del cielo y de los astros, otras veces de los elementos; otras, de los hombres a quienes San Pedro hace *ministros* de la justicia de Dios, al decir que los príncipes fueron enviados por Dios para castigo de los malhechores y alabanza de los obradores del bien.

Nuestro Señor Jesucristo, conducido al tribunal de Pilato, es decir, el Juez al tribunal del reo, enseña al género humano que es Dios quien da a unos hombres sobre los otros el poder de dañarlos o de ayudarlos, porque de sí mismos no lo tienen. ¿Quién hay que se enoje contra el agente y no contra el que le dió la orden? Si irritarse con Dios es un crimen que no tiene nombre, ¿no será crimen también tomar ojeriza a los ministros a quien encomendó una misión determinada? Y si todas las cosas están distribuídas entre los hombres según el divino juicio que procede con suma equidad, ¿quién puede, sin culpa, envidiar a otro lo que le tocó por merced y beneficio divino? Quien declara indigno de la pretura a algún pretor nombrado por el príncipe, ¿acaso ése no desaprueba la elección del príncipe? Estas reflexiones ponen grandes embarazos a la envidia y a la ira, no exteriormente, como se los ponen las leyes, conminando con penas, sino interiormente, adelgazando y apagando casi por completo las causas que las ocasionan y arrancando sus raíces y sus fibras. También las manos asaz ágiles y prontas quedarán atadas cuando pensare que no es él el remunerador y juez, sino Aquel otro que quiso reservarse el juicio, el precio, la valoración en suma de las buenas obras y de las obras malas.

CAPITULO XI

SI LAS PASIONES NO SE COHIBEN Y NO PODEMOS GUARDAR TEMPLANZA EN NUESTRA ACTUACIÓN, NO VAN A TENER NUNCA FIN NI LAS RIÑAS NI LAS DISCORDIAS

A la justicia inefable conviénele que todo sea equitativo y seguro, puesto que nosotros muy pocas veces dejamos de engañarnos en nuestros juicios acerca de la injuria. A éstos los seduce el error del pueblo y una opinión recibida sin examen; a aquéllos, una pasión encendida que les tapa los ojos del alma y se lo hace ver todo mayor de lo que es en realidad, no de otra manera que los que miran a través de la niebla, pues es de saber que la ira no es más que un hervor de la sangre en redor del corazón, de donde sube humo que ofusca el cerebro, por manera que el airado no ve las cosas objetivamente, sino por el prisma violento de su excitación, cosa que sucede en todo trastorno análogo.

Y siendo esto así, no pudiendo juzgarte a ti mismo, ¿presumes juzgar a otro? ¿Pides tener a otro en tu potestad cuando tú no eres señor de ti mismo? Filósofos esclarecidos de la antigüedad, cuando estaban enojados con sus esclavos, rehusaron darles el merecido castigo porque temieron no hacerlo según razón, sino al dictado de su enojo, y que su norma no fuese el juicio, sino el despecho y la acerbidad de su ánimo saltado de su asiento. *Pégale tú, ¡oh Espeusipo!, a ese esclavo bellaco*—dijo Platón—*porque yo estoy enfadado.* Y Arquitas de Tarento dijo a su granjero: *Cómo te recibiera con malos modos si no estuviera enfadado.* Y el mismo Platón, no dándose a sí mismo crédito en lo tocante a sus progresos en la sabiduría y no concediendo a su espíritu tanta licencia como él le pedía en sus crueles arrebatos de furia, cuanto más indigno conceptuó servir la enfermedad ajena y creer más a los otros que le contaban lo que la pasión le había dictado; aun cuando no ignoraba que ellos podían y sabían engañarse tan a menudo como él mismo. Referiré la anécdota con las propias palabras de Valerio Máximo: *Había oído a Jenócrates decir de él muchas impiedades, y con instantánea energía rechazó la incriminación. Su rostro, con expresión interrogativa, pedía el motivo porque no se le daba crédito. Añadió no ser creíble que aquel a quien tanto amaba no fuese amado a su vez. Finalmente, habiendo llegado la malignidad del enemigo acusador al juramento, por no dar pie a tratar del perjurio, afirmó que Jenócrates jamás hubiera dicho aquello si no juzgara que le convenía que fuese dicho.*

¡Con cuánta agudeza intuyó aquel varón sabio que puede engañarse el que da la referencia, que suele engañarse, que quiere engañar, y que le lleva a aquel punto no por amistad y afecto a nosotros, sino por odio y mala voluntad a aquel de quien cuente algo, sino por egoísmo interesado, porque espera alcanzar algo si consigue que se le crea. Pero nosotros, en medio de todo esto, con la más bellaca de las cegueras y con la más necia pasión del ánimo, *lo que con disgusto vimos, con gusto lo creemos,* como dice Séneca.

A pesar de todo, el sabio piadoso y confiado en sólo Dios no invocará para la vindicta el amparo de las leyes humanas. ¿Qué tiene que ver él, que sólo en el divino auxilio fía, con la ayuda humana y con las leyes que por otra parte no pocas ve-

ces son inicuas, como dictadas y recibidas por hombres inicuos, y por quienes, al sancionarlas, más se dejaron influir de la pasión que del juicio sereno? Los hay para quienes todo hurto, sea el que fuere, merece pena capital, como Dracón, que dictó las tristemente famosas leyes adjetivadas por su nombre; y los hay para quienes más les parece cosa de divertimiento que de castigo, como a los lacedemonios y a los egipcios; en algunos pueblos, el adulterio tiene pena de muerte, y en otros, una impunidad absoluta.

Por lo que se refiere a los magistrados que aplican las leyes y por esto mismo se llaman leyes parlantes, más se guían por algún afecto que por el derecho estricto y el absoluto bien. Unos, intimidados por la amenaza; otros, reblandecidos por la esperanza de algún provecho; otros, corrompidos por el soborno; otros, porque revientan de odio; otros, porque los empujan la amistad, el favor, el agradecimiento, tuercen las leyes y las desvían de la rectitud en obsequio de sus simpatías o antipatías. De esta manera, convierten la medicina en tósigo nocivo, y con abuso irritante ponen al servicio de sus predilecciones aquello mismo que estaba preparado para cohibir los ímpetus apasionados de su alma. Añádense a todos estos factores que hemos dicho los defensores y los abogados que con su capciosa palabrería descaminan de la equidad hacia sus propias conveniencias la recta conciencia del juez que de su cargo hizo un sacerdocio. ¿Y qué más diré si ese varón pío de quien hablamos tanto rato ha, a ninguna cosa dará tanta importancia que por ella fatigue y perturbe a pleitos la tranquilidad propia y la de su asociado, sustrayendo o disminuyendo en siquiera un adarme el cariñoso afecto que le debe? ¿Qué cosa pensará haber que merezca la pena de anteponerla a la paz de su espíritu o a aquella caridad que tan taxativamente impuso Dios al linaje humano? ¿Estimará más que a su propia alma los rumores, las palabras, el dinero, el vestido o, si cabe, hasta su mismo cuerpo? ¿Qué cosa hay que pueda compararse con el alma? No hay en el mundo creatura mayor que el hombre, ni en el hombre hay cosa que valga más que el alma. *¿Qué recompensa dará el hombre por su alma?*, pregunta el Maestro de la doctrina celestial.

Por eso se reirá como de tretas pueriles de todas esas acciones forenses, inventadas y aparejadas para niños y para mujercillas, no para sí, que ya está harto crecido en la piedad y llegó a la madurez de la edad robusta y constante. Los que son muchachos todavía y se impresionan de espejismos y no aquilatan el precio exacto de las cosas, ésos necesitan de la medida de la ley pública, porque no tienen ninguna suya propiamente. Mas aquellos que tienen a Dios y a su conciencia por medida y norma de todas sus cosas y ponen todo su afán en ajustarse a ellas, para éstos las leyes sobran y las desdeñan y se ríen de ellas, no de otra manera que los hombres formales de los pactos y condiciones que los mozuelos con toda gravedad y cuidado establecen y observan en sus juegos. ¡Cuánto sinsabor no producían a San Pablo la existencia de litigios entre cristianos; es decir, hombres que se decoraban con la excelencia y la perfección de su nombre. Siguiendo esta doctrina, aquellos Santos Padres que son la veneranda canicie de la antigüedad eclesiástica creyeron que para la grandeza del cristianismo

eran desdoro y mengua que debían evitar a todo trance el foro y los litigios. Así Tertuliano, San Ambrosio, Lactancio y toda la Iglesia primitiva. Pero ¿por qué menciono a los Pablos y a los Pedros? ¿Por qué a aquel pueblo puro y divino? ¡Por cuán sin ventura se creyeran Sócrates, Platón, Jenócrates y otros sabios, según el siglo, emplazando ante el tribunal a quienes les hubieran inferido molestias y ultrajes! Y esto que hizo un pagano, hijo de la tierra y sumido en las tinieblas, ciego e ignorante de la verdad, ¿no lo hará un cristiano que vive en esas claridades, en esas luces, en esos fulgores, en el conocimiento y certísima inteligencia de todas las cosas?

Esto que hizo un gentil, ¿no lo hará aquel cuya vida depende del Cielo, que endereza sus pasos al cielo, que aspira al cielo, que en el cuerpo no ve más que la cárcel del alma y en el mundo no ve más que un destierro, que cree que no hay atajo más breve para conseguir la realización de todos sus deseos que el vuelo rápido a su patria y a su Padre, y como anhela San Pablo, *la disolución final y estar con Cristo?*

¿Y piensas tú que quien profesa tales afectos, que está tan libre para el gran viaje y que tiene tanta impaciencia por emprenderlo, ha de parar mientes en fruslerías e implicarse en los estorbos del camino, no sea que mientras se entretiene en esas pequeñeces, retarde llegar al término de la jornada? Si no actúa en derecho, si no cita, si no va detrás de aquello cuya fórmula quedó establecida por la ley, ¿se dará cuenta de aquellas menudencias, tan sutilizadas, tan chicas, que se escaparon de la penetración y del cuidado de las leyes, verbigracia: una palabra que no contenga la honra que uno piensa merecer; no ponerse en pie, no ser recibido en la estancia más distinguida, cosas todas éstas tan livianas y baladíes, que es preciso tener un pecho muy desarmado y desnudo para que lleguen a él y blando como una manteca, para que le impresionen?

Pero decidme: ¿qué es lo que pretendemos? ¿Devolver con la venganza la injuria a quien se la hizo? Pero es el caso que quien infiere la injuria es el ánimo, que es precisamente lo único adonde el hombre no puede alcanzar ni penetrar, ni con el conocimiento ni con la vindicta, puesto que no hay injuria si el ánimo no tuvo voluntad de dañar.

Nosotros conjeturamos esa voluntad por las obras, y en esa conjetura nos engañamos con una lamentable frecuencia, puesto que tomamos los dichos y los hechos en sentido diferente de quien tal dijo o hizo tal. Muchos pudieron hacer o decir algo con sobrada llaneza o sin poner en ello la advertencia debida. Otros pensaron que no era ultraje o cosa de que alguien se pudiera ofender. Esta manera de hablar o de obrar, que para ti está repleta de ultrajante desconsideración, para ellos es cortesía fina y exquisita urbanidad. Otros no ignoran que la cosa tiene sus puntas y ribetes de aspereza, pero no tuvieron la más pequeña intención ni de menospreciar ni de perjudicar, y si a ello se atrevieron, fué porque descontaban nuestra bondad y mansedumbre, y ni por eso abrigaron el propósito de ofendernos, de injuriarnos, de perjudicarnos.

Pues bien: nosotros, en lugar del ánimo, causamos perjuicio al dinero, a los campos, a los ganados, a las posesiones, al cuerpo, en

fin, y, cosa que es el colmo de la iniquidad, también a los seres humanos: siervos, hijos, esposa, amigos, vasallos; en una palabra, a inocentes que pagan por los pecadores. Y cuando hemos hecho todo esto, ¿de quién nos hemos vengado? Todos estos bienes pueden perderse sin lesión del ánimo, por manera que no es del que nos injurió de quien tomamos la represalia, sino de lo que posee, y según el dicho añejo, golpeamos la albarda cuando no podemos la acémila, como se cuenta de aquel que, lanzado del asno en que iba caballero, el arriero, intentando herir al hombre caído y habiendo él vivamente protestado ser ateniense, vuelto al asno, replicó: *Pero ése no es ateniense*, y le dió una soberana paliza. Exactamente iguales son nuestras venganzas. En el folklore de España existe un juego de muchachos en el cual, a tenor de las normas que regulan el juego, los chicos gritan y dicen: *Pega a quien no te pega.* No es lícito devolver el golpe a quien le dió, sino al otro que está cercano y que ni le tocó siquiera.

Y no es solamente en este punto que pecamos, sino en la medida con que respondemos al ultraje hipotético. A unos los castigamos en proporción menor que su culpa; a otros, en desproporción mayor; a otros, no a su debido tiempo, y a otros, no en el lugar pertinente, bien porque nos dejamos arrebatar de la pasión, porque su ímpetu es ciego y no está en condiciones de valorar todas esas cosas que dijimos, bien porque nos dejamos llevar de nuestro juicio, que en su ignorancia no puede conseguir que las dediquemos la debida atención y el esfuerzo adecuado.

CAPITULO XII

NI SIQUIERA EL DESEO DE VENGANZA ES LÍCITO; LAS LEYES CIVILES SUJETAN EL BRAZO, Y AL ÁNIMO LO SUJETA DIOS. LÚCIDA EXPLANACIÓN DEL PRECEPTO DE LA CARIDAD

Sólo Dios es el escudriñador de los corazones y El solo vengador auténtico. *En El hay*—dice Job—*fortaleza y sabiduría; El conoce al engañador y al engañado.* Por esto es que El solo puede precisar el pecado de cada uno; lo que cada uno hace bien; cuánto merece cada uno. El ánimo es lo que se debe explorar en toda acción, y no la acción, que siendo la misma puede tener muy varias motivaciones y ser muy diversa de cada una de ellas. Por esto es que El, que lee muy a las claras en la conciencia de cada uno, hace que cada uno se revele y confiese que no quedan en sí escondites ni tapujos. Entonces castiga y vindica con la mayor de las equidades, primeramente al responsable directo y exclusivamente a él, y en el lugar y la sazón que más convienen y donde duela más y claramente entienda ser castigado con una acritud mayor que la que pudieran desearle sus más enconados enemigos. ¡Oh, cuán temeroso es aquel Juez en cuyo tribunal cada uno de los acusados se juzga sin esperar la publicación del veredicto y que castiga no en lo externo; es decir, en el vestido por el hombre, sino en el propio y más sensible punto neurálgico.

Cristo, que es nuestro Adalid y nuestro Padre sapientísimo, advierte a sus soldados noveles y a sus hijos muy amados que teman y eviten este peligro. Esta significación tienen estos avisos y divinos mandamientos: *No temáis a aquellos*

que matan el cuerpo y cuando le han matado no les queda otra cosa que hacer; temed a Aquel que después que ha dado muerte al cuerpo, puede enviar el alma a la gehena. ¿Acaso quieres tú, o si te ofreciera opción podrías elegir más indicado vengador de la ofensa que tanto te dolió, ni más sabio que ve con tanta claridad lo que ha merecido cada uno, ni más justiciero, puesto que quiere, ni más poderoso, puesto que puede castigar? Abstén, pues, tú tu mano de la venganza que por razones de la mayor trascendencia, como ves, sustrajo a tu iniciativa el Señor de todo sobre tu consiervo, el Padre de todo de tu hermano el Príncipe de todo de tu conciudadano. Tampoco las leyes civiles permiten que un particular se tome por su mano la justicia de un particular y se vengue, sino que remiten el castigo al príncipe, y, con todo, el príncipe, que también es hombre, debe dictar justicia entre los hombres. ¡Cuánto más intolerable es que un mortal arrebate a Dios la vindicta y que la necedad humana prejuzgue el examen divino, puesto que Dios se la arrancó al hombre de las manos, no de otra manera que un anciano arrebata el hierro homicida a un niño o un hombre cuerdo a un loco furioso. Por todo esto no es menor fechoría que cause daño el ofendido o que le cause el ofensor.

Grave y santamente dice Quinto Florente Tertuliano: *¿Qué diferencia hay entre el provocador y el provocado sino que a uno se le sorprende en el maleficio antes y al otro después? Y a pesar de todo, uno y otro, ambos a dos, son reos de ocasionar daño al hombre ante el Señor, que prohibe y condena toda maldad. Ningún orden de prelación hay en la maldad, ni el lugar separa lo que une la similitud. Absoluta es la prohibición de volver mal por mal. Un hecho igual tiene mérito igual.* Esto dice Tertuliano.

Y no es a las manos solamente a quienes les está vedada la venganza, sino a las palabras, a los ojos, a los ademanes, a los gestos. Todas estas manifestaciones, el varón prudente y sagaz en el mundo las tiene sujetas a la templanza y al comedimiento, y las tiene sujetas a Dios el cristiano que no está al acecho de las ocasiones como aquél, ni observa los tiempos astutamente, sino que espera con paciencia y simplicidad el día del Señor, como en el Apocalipsis de San Juan se manda que hagan los santos mártires. Acerca de este punto escribe San Cipriano:

«Harto bien sé, hermanos muy amados, que son muchísimos los que bajo el peso de grande injusticias o por despecho contra los que en ellos se enconan y encarnizan, suspiran por una rápida venganza, y eso yo no lo debo callar en esa crisis extrema engolfados como estamos en medio de los alborotados remolinos del embravecido mar del mundo. En ese arreciar de las persecuciones de judíos, de gentiles y herejes, esperemos con paciencia el día de la venganza y no nos apresuremos con nuestras quejas impacientes a la satisfacción de nuestros amargos rencores, puesto que está escrito: *Espérame*, dice el Señor, *el día de mi resurrección, en prueba de que mi juicio será para las congregaciones de las naciones, para encararme con los reyes y derramar encima de ellos mi enojo.* Esperar nos manda el Señor y aguardar con paciencia robusta el día de la venganza venidera. También en el Apocalipsis habla de esta manera: *No selles las palabras de*

la profecía de este libro, pues el tiempo está cerca. El que daña, dañe aún, y el que está sucio prosiga ensuciándose, y el que es justo hágase justo todavía más e igualmente el santo, sea aún santificado. Mirad que vengo luego y traigo conmigo mi galardón para recompensar a cada uno según sus obras. Según esto, también a los mismos mártires que levantan dolientes alaridos, en su vivo anhelo de venganza, se les manda que esperen con paciencia la consumación de los tiempos y el complemento de su número.» Dice aún:

Y cuando hubo abierto el quinto sello, vi debajo del altar las almas de los que fueron muertos por la palabra de Dios y por el testimonio que tenían. Y clamaban en alta voz, diciendo: ¿Hasta cuándo, Señor santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre de los que moran en la tierra? Y fuéronles dadas sendas ropas blancas y fuéles dicho que aún reposasen todavía un poco de tiempo hasta que sus compañeros siervos fuesen cumplidos y sus hermanos, que también habían de ser muertos como ellos. Todo esto de San Cipriano.

Aun cuando ellos no sienten el cordial deseo de venganza que la sevicia de los impíos para con ellos parece merecer y pedir, todas estas cosas fueron dichas en el mismo tono y figura con que se dicen en numerosos pasajes de las Sagradas Letras, con el fin de acomodar a nuestra manera de expresión y comprensión aquellos afectos, atribuyéndolos a personas que tales cosas hicieron o tales vejámenes padecieron. El buen ciudadano y el varón prudente en este siglo, están con las manos atadas por la ley; tienen la palabra y todos los ademanes mediatizados por el juicio ajeno y por la crianza y deferente cortesía; pero en cambio, tienen el espíritu independiente y suelto, y a él no llegan ni los hombres ni las leyes humanas. El cristiano, a su vez, tiene el espíritu tan sujeto a Dios como el ciudadano probo y el varón prudente tienen sus manos o su semblante sujetos a la ley y a los ojos de los espectadores. Así que los mismos que están vedados de tomar la venganza por su mano, lo están igualmente de desearlo en su ánimo. Ante las leyes divinas, ¿qué diferencia va en que uno haya hecho o haya querido hacer? Si la ley humana declara ser un delito la venganza directa y personal, no lo será menos el íntimo deseo de tomarla a los ojos de Aquel que ve más sagazmente en nuestro interior que nosotros vemos nuestras propias manos y nuestras obras exteriores. No tienen los cristianos las manos inquietas; no tienen esos hombres espirituales el ánimo cruel, puesto que refieren todos sus actos a los ojos de Dios, que es espíritu puro, y espectador y censor de los espíritus. Obligación harto más estrecha tienen, pues, de tener sus ánimos más mansos y mejor domados y criados que sus manos. *Aprended de mí,* dice Aquel que es perfecto, dechado de la vida humana, *que soy manso y humilde de corazón.* No execran con la lengua, pero tampoco con la voluntad. Quien en espíritu y deseo anhela venganza, la tomaría si estuviese en su poder. Lo que no es lícito, debe imputarse a la facultad, no a la voluntad. Tú lo deseaste tanto como aquel que infirió daño real. Ante quien mira las obras exteriores tienes excusa; ante quien mira el espíritu, no la tienes. ¡Muy lejos andan de la cristiana mansedumbre esos espíritus sañosos! Piden al Padre común que no se enoje con ellos, y por la culpa

ajena recuerdan la suya propia, no sea que mientras persiguen la errata ajena, pongan la suya al descubierto.

Reconocen, pues, su propia imbecilidad en la imbecilidad ajena, y compadécense a una de sí mismos y de los otros cuando ven que, de la común flaqueza y de la respectiva impotencia de sus espíritus, mientras ellos causan daño, nosotros pensamos en represalias. Y así es que, compadecidos de sus enemigos, ruegan al Padre que encienda luz en sus mentes y dé firmeza y robustez a la afligida y quebrantada debilidad humana. De ello tenemos un conspicuo ejemplo en el Hijo de Dios, quien, en su divina agonía, tras tormentos tan fieros y tan insufribles vejaciones, rogó a su Padre que perdonase a aquellos de quienes tanto padecía. Muchos fueron después los que imitaron este ejemplo, de los cuales no queda memoria escrita; mas del diácono Esteban queda constancia en el libro de los *Hechos de los Apóstoles*. De esta conducta no solamente provienen ventajas a aquel por quien se ora, sino que el fruto mayor corresponde al orante, al no rogar solamente para sí, sino por la común debilidad de ambos. A la vez que se acuerda de sí, se abre y se facilita un camino para la gracia y el favor de Dios, quien ha manifestado que jamás se congraciaría nuevamente con nosotros si nosotros, previamente, no nos hubiéramos reconciliado con los hombres, no fingida ni hipócritamente, no para un tiempo previsto, no para un lugar determinado, sino con absoluta buena fe, sin reserva mental alguna, con todo el corazón, con toda el alma. Palabras son del Oráculo divino, que el *Padre Celestial no nos perdonará, si cada uno de nosotros no perdonare a sus hermanos del fondo de nuestros corazones.* Quiere que entre todos los hombres se imponga la mutualidad de la paz, de la concordia, de la bienquerencia, de la caridad, pues aquel Hijo unigénito que el Padre ofreció a la reconciliación del linaje humano y de todo cuanto hay en la tierra y en el cielo derribó la pared medianera y unió en sí ambos muros, y se hizo piedra de esquina y clave de todo el edificio. Aquel que por aquellos que edificaban según el sentido y los apetitos humanos, y no según la sabiduría y la voluntad de Dios, fué muchas veces rechazado y reprobado, y aun lo es todavia.

En el principio, la Naturaleza verificó entre los hombres la unión que la malicia disolvió. Más tarde buscaron los hombres algunas motivaciones para restablecer la unión entre los individuos humanos; a los unos, por comunidad de ciudadanía; a los otros, por comunidad de religión; a los terceros, por la sangre o la afinidad electiva, por pactos y alianzas, por gremios, por colegios, por asociaciones o cofradías. Pero acontecía que los mismos lazos que unían a los unos, desunían a los otros. Los que estaban ligados por vínculos de ciudadanía conceptuábanse como aislados por las murallas que los separaban de las otras ciudades; los que estaban unidos por los vínculos de una misma fe, alejábanse de los otros que profesaban religión distinta. Y así el gentil era un extraño para el judío por causa de los sacrificios y ceremonias propias de cada uno, y el griego lo era del bárbaro, por la nacionalidad; el ateniense, del lacedemonio, por sus urbes respectivas; el hispano, unido al ítalo por alianza, estaba distanciado del cartaginés precisamente por esta misma alianza. To-

das estas diferencias se incrustaron en el linaje humano por la culpa del viejo Adán. Mas el Adán novel, limpio de todo pecado y enviado del cielo por Dios, derribó todas aquellas cercas, anuló todos los términos y lindes; estableció al hombre en aquella su condición primitiva. El era el Padre y Príncipe de todos y con su sangre consiguió que todos los hombres se incorporasen en la misma ciudadanía, en la misma religión, en la misma final bienaventuranza y que cesase toda distinción entre los hombres y que todos fuésemos una nueva y única creatura en la cual no hubiese diferencia de nacionalidad, ni de raza, ni de condición, ni de estado, sino que fuésemos miembros de un solo cuerpo, identificados por una mutua bienquerencia y sentido único. Esforzóse Cristo porque este empeño cuajase entre los suyos, rescatados ya de la servidumbre del pecado y por mediación de su sangre, restablecidos a la gracia del Padre, y vió que podía hacerse con suma facilidad de una manera sola, a saber: queriéndose los hombres entre sí y viviendo en unanimidad y comunión de vida. Por esto fué que no dió otro mandamiento que el del amor recíproco. Muchos dogmas tiene la filosofía humana; muchas leyes el gentilismo; de ceremonias, preceptos y mandatos tiene Moisés un cuento sin cuento. Quien no ama, ha menester muchos avisos, preceptos, dogmas, leyes, amenazas, terror, blanduras y halagos, porque se determine a hacer bien. y muchas puntadas ha menester esta ropa vieja; pero si se allega el amor, que, a manera de fuego consuma y purifique todo lo nocivo y vicioso, el amor sustituirá con ventaja cualesquiera leyes que puedan excogitarse y dictarse.

Así que es muy breve esa orden única de Dios, sumamente sabio y que todo lo hace con la más expeditiva naturalidad, pero, también, de muchísimo poder y de eficacia incontrastable. *Este es*, dice Cristo, *mi mandato: que os améis los unos a los otros.* Dicho esto, como cuando el chantre preludió la antífona, surgió un admirable concierto de voces, las del innumerable coro de sus seguidores, que no hacían resonar más palabras que amor, caridad, benevolencia, concordia, paz. ¿Qué otra cosa son los Evangelios, los escritos de los Apóstoles y de los Santos Padres, que proclamas de caridad, exhortaciones a la caridad, llama de amor viva y salubérrima, muy semejante al fuego del cielo? Esto quiere, esto manda Dios, que el hombre ame al hombre por el mismo hecho de ser hombre; que no atienda a su raza ni a su condición, sino a la Humanidad y a Dios. Quienes siguen esta norma son, en definitiva, los israelitas de Dios, bien amados del Señor: *¡Paz sobre ellos!*, como dice San Pablo. El judío amaba a su hermano el judío, pero en tan alto grado ajeno de los gentiles, que los maestros y doctores de su ley no vacilaban en añadir el dogma del odio a muerte al enemigo. Mas Nuestro Señor, como Padre de todos los hombres, fundiéndolos a todos en su amor de Padre, reconcilia a los unos con todos los otros, como hermanos entre sí. Y quiere que todos tengamos tanto afecto para con todos como lo tuvo El mismo, que vino al mundo por amor de todos, y cuanto estuvo en su mano a todos los volvió a la salud y a la vida, amigos, enemigos, conocidos, de la misma tribu, del mismo municipio, paisanos, extraños, si es que se puede decir que puede haber algo extraño a aquella su naturaleza,

que lo abarca todo. Interrogado Sócrates de dónde era, respondió: *Del mundo.* Esto mismo respondieron Anaxágoras, Demócrito, Diógenes. ¿Será que esos hombres que, mirando por un resquicio muy estrecho, alcanzaron a ver un lustre pálido, considerarán a los hombres como conciudadanos suyos y no los mirará como tales quien sabe que todos tienen un Padre común que bajó a la tierra para reconciliar a Dios con los hombres y amistarlos a ellos entre sí? Por esto es que aun a aquellos que están fuera de la Iglesia y de la comunión de la gracia del Cuerpo de Cristo, no les deseará el cristiano, ni revés, ni muerte, ni infortunio. ¿Qué linaje de barbarie es pensar que, en suma, consiste la cristiandad en profesar execración al turco y a los otros hijos de Agar? ¿Y se tiene por mártir quien degolló a muchísimos de ellos, como si esa triste faena no pudiera hacerla mejor el más bellaco y cruel de los ladrones?

Hase de amar a los turcos, que no por ser turcos dejan de ser hombres. Hanlos de amar aquellos que quieren obedecer a la voz de mando: *Amad a vuestros enemigos.* Por ende, les desearemos bien, cosa que es propiedad del verdadero amor y les desearemos el bien único y más codiciable, el conocimiento de la verdad, que jamás conseguirán con nuestros insultos y nuestras maldiciones, sino por el mismo camino por donde nosotros la alcanzamos, por la palabra y la obra de los Apóstoles, con razones congruentes a la naturaleza y al ingenio humano, con integridad de vida, con nuestra modestia, con nuestra templanza, con nuestras costumbres intachables, con que nosotros nos adelantemos a traducir en nuestras conductas la bondad de los dogmas que profesamos, no sea que nuestra fe tenga el mentís y la desautorización de nuestra vida.

Y no solamente profesaremos este afecto entrañable para con aquellos impíos que ningún mal nos hacen, sino, también, para aquellos otros que nos persiguen y nos afligen. Esto es lo que pide la ley natural, esto los mandamientos de Cristo, esto, la imitación de nuestro Padre que está en los cielos; esto, en suma, demanda nuestro propio interés. Y, en efecto, ¿qué cosa hay más inspirada en la razón y el derecho de la naturaleza, que el que cada uno se conduzca para con los otros como quisiera que los otros se condujeran consigo? Pues bien: nosotros querríamos que nos amasen aun aquellos mismos a quienes profesamos odio capital, y que a nuestra malquerencia correspondiesen ellos con benevolencia, puesto que nos quejamos de que nos infirieron injuria aquellos a quienes tenemos el más crudo de los aborrecimientos si no nos han hecho servicios de los que únicamente se prestan los amigos más estrechos. Y si ése es nuestro sentir por lo que respeta a nosotros, ¿quién duda sino que violamos los derechos y las leyes de la Naturaleza si nosotros no nos portamos con ellos de la misma manera? Cristo, para persuadirnos de esto con mayor eficacia, nos propone el ejemplo, no de la filosofía humana, sino de la naturaleza divina, que no odia nada, sino que es bienhechora con sus más enconados enemigos. Dirá alguno: Dechado sublime en demasía y que no es fácil lo pueda reproducir la humana flaqueza. Si el fin de nuestros deseos es alcanzar aquella felicidad perdurable que, en puridad, no consiste sino en unirse con Dios y ser una cosa con El, no puedes unirte e identificarte con

El, si previamente no te haces a El muy semejante. ¿Y esperas tú, acaso, hacerte una sola cosa con Dios en desemejanza tan grande y en tamaña discrepancia de quereres y de sentires y en tan radical diferencia de obras? Sola y señera la caridad nos unirá con El, pues no puedes ser semejante a Dios en poder, ni en sabiduría, ni en obras infinitas; pero en caridad sí que puedes y por ella sola llegarás a El. Y si El tiene una caridad tan larga y tan efusiva que abraza a amigos y a enemigos y hace salir ese sol suyo de quien tantos provechos recibimos y extiende su amigable manto regio sobre los buenos y los malos y reparte el tesoro de su lluvia sobre las heredades de los justos y de los injustos para que produzcan panes y alimentos; y tú, en cambio, tienes una caridad tan escasa y tan ruin y, por lo mismo, tan maligna, que quieres amar a solos tus amigos, cosa que también hacen los paganos y los criminales: ¿en qué esperas poder ser imitador y trasunto de aquella Naturaleza divina para poder unirte con ella para la inmortal bienaventuranza?

Esto hizo Cristo, esto sus Apóstoles y Mártires, sabedores de que no había cosa que más los aproximase a la majestad de Dios topoderoso, por manera que desde aquellas avanzadas fuese más breve el salto para la unión con la Divinidad. ¿Dónde están aquellos que dicen ser actitud hermosa y gallarda la de no perdonar, la de tomar venganza del enemigo, la de macerarse de ira, la de regoldar despecho; de donde nacieron aquellos aborrecibles apotegmas griegos: que la ira varonil sabe a mieles y que es sabrosa la venganza contra aquel que dañó primero? ¡Oh desvarío excepcional! ¿Acaso puede algo tener más hermosura y gallardía que lo que más se asemeja y aproxima a la soberana naturaleza de Dios, que es fuente, origen, dechado, regla y criterio de toda cuanta criatura existe bella, grande y admirable? ¿Qué cosa hay más propia de él que compadecerse, perdonar, usar de una clemencia y benignidad increíbles aun para con los enemigos, aun para los ingratos? Esto es propio de su grandeza, la no voluntad de tomar venganza, pudiendo tomarla y abrumar y sumir todas nuestras ofensas en su sublimidad y anchura, porque ni se sientan ni existan. Y al revés, es de ánimos pequeños y ruines quererse vengar e intentarlo, aun no pudiendo llevarlo a vías de hecho, con lo cual no hacen más que demostrar un deseo tan malicioso como inútil. En Ausonio, poeta galo, hállanse dos versos que, según escribe, son expresión de un sentir de Biante:

¿Cuál es la obra del prudente?
Pudiéndolo hacer, no causar daño.
¿Qué es lo propio del necio? No poder y querer causar daño.

Esto lo vemos no solamente en Dios y en Cristo, su Hijo, Dios también, sino aun en los santos, quienes habiendo recibido de Dios aquel grande y maravilloso poder de sanar enfermos, resucitar difuntos, de dar muerte a los pecadores empedernidos y entregarlos a Satanás, jamás intentaron desviarle contra aquellos que les infligían tantos ultrajes y tantas injurias. Y no solamente no intentaron dañarles, pero ni siquiera lo desearon ni fulminaron contra ellos maldiciones. No eran éstas las enseñanzas que habían recibido del Divino Maestro. Otra era su técnica de pelear y de vencer, a saber, aquella misma de Cristo, su Caudillo invicto, aquella misma de Dios, Señor de todo: imponerse a todo a fuerza de sufri-

mientos y de paciencia y mediante el bien de la gracia divina triunfar de la malicia humana. Esto es propio de un alma grande y muy semejante a Dios. No poder soportar una palabra o una injuria es tan propio de un espíritu grande y recio, como lo es de un estómago grande y valiente no poder digerir un bocado de pan o de queso. En esta parte, no hay similitud más justa que la del ánimo con el estómago, pues a uno y a otro se aplica el devorar y el digerir, por manera que se puede pensar lo mismo de las fuerzas y robustez del ánimo y del estómago.

¿Y qué más diré si el cristiano no mira a sus enemigos y perseguidores con otros ojos que el varón fuerte los trabajos, materia ubérrima de su gloria? *¿Por qué*—dice Cicerón—*Milón iba a odiar a Clodio, cosecha y cebo de su gloria?* ¿Es que pensamos que mejora poco al hombre la persecución de los hombres? ¡Qué trueque tan grande y tan rico ese de aparejarse una gracia y benevolencia particular de Dios todopoderoso con la paciencia en sostener el odio de los hombres!

Cuando San Pablo sentíase hostigado más de lo que él quisiera por el aguijón de su carne, tres veces rogó al Señor que le librase de aquella acucia, y se le dió esa respuesta: *Bástate mi gracia; porque mi potencia en la flaqueza se perfecciona.* Así que lo hubo oído no miró ni interpretó aquellas molestias sino como una suerte de imán y atracción del favor divino y teníalas por la más dichosa de sus venturas que le preparaban la posesión de tamaño bien. ¿Cómo podía él odiar sus flaquezas de quienes dice que son su gloria, porque veía que eran ellas las que le abrían el acceso al favor de la Divinidad? ¿Por ventura en cada uno de nosotros no son más fieras y atroces las flaquezas y aguijones de su propia carne que los enemigos exteriores? Por esto es que el cristiano no les tiene ojeriza, sino que las abraza con efusión, como trabajos que son a quienes está reservada tan copiosa recompensa. ¿Irá, pienso yo, a odiar a los hombres, sabiendo que por sufrirlos y amarlos está propuesto para premio tan glorioso, y para tan recio castigo si los aborrece, si les tiene aversión y antipatía? No tenga ninguno de nosotros flojedad ni ninguna suerte de cobarde indulgencia en odiar los vicios, no los hombres, por no avanzar en este punto más de lo que procede, no sea que por no distinguir con la suficiente discreción, odie a los hombres mientras piensa odiar a los vicios. En este punto se ha de tener harta prudencia y mucho tino; los que no los tuvieren, harán mejor no odiando los vicios de los hombres, sino compadeciéndose de ellos y aplicando a la flaqueza común la tolerante indulgencia de que él mismo está necesitado.

CAPITULO XIII

GRANDEZA DEL AMOR QUE DEBEMOS PROFESAR A LOS CRISTIANOS

Si de consuno la naturaleza humana y Jesucristo y Dios preceptúan el amor a quienes están fuera de la Iglesia, es hora ya que pensemos cuál conviene qué sea nuestra disposición para con aquellos que son miembros de aquel mismo cuerpo de quien nosotros lo somos también. Entre éstos, la disensión y el odio equivalen al desquiciamiento absurdo que se operaría en nuestro cuerpo si el morcillo se divorciase de la mano o el dedo riñera con el ojo. Gozará de los bienes y ventajas

de esa buena inteligencia como el ojo si tuviera sentido, se aprovecharía de los servicios de la mano o del pecho, y se dolerá de sus males, como al ojo le dolerán el daño y la tortura del pie. No con menor armonía y concierto se inició y fué creciendo el cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, como el cuerpo de cada uno de nosotros. Jesucristo, de la sociedad y unión de todos los suyos, hizo un solo cuerpo, de quien El se constituyó en cabeza y animóle todo con su amor vívido y ardentísimo. De este cuerpo místico la caridad es el más robusto aglutinante, y de la salud de la cabeza le viene una vitalidad mayor que en el cuerpo de cualquier animal no lo son el alma y la sangre, y de aquel fuego santo y celestial difunde por todos los miembros de este cuerpo una sensibilidad más aguda y más fina que el espíritu y su continuidad en el animal.

Con todo, los hay que dicen no experimentar esta sensibilidad. No es ello cosa de admirar, privados como están del calor y de la vida del cuerpo. Tampoco los miembros muertos en el ser animado, carentes de vida y de calor, no sienten las afecciones de los otros miembros corporales. La más convincente demostración de que una parte está muerta es el hecho de que no reaccione ante el sufrimiento de las otras. Ello quiere decir que ha quedado rota aquella armonía a través de la cual la sensibilidad se insinúa por todo el cuerpo y penetra en todo él. En el orden del amor humano, ¿no es más vivo en el amante el afecto de la cosa amada que el de sí mismo? ¿Quién no conoce aquel rasgo ejemplar de Arria, esposa de Peto? Determinada la esposa a morir con su marido y habiéndose con el puñal producido una herida en el seno, sacóse el puñal, y ofreciéndolo al marido: *No me duele, Peto, esa herida; la que tú te producirás, ésa sí que me duele.*

¿Para qué he de mentar a Epaminondas, a Lisanias, a Bruto, a los Decios y a tantos y tantos otros héroes y caballeros de la fama, quienes porque con amor exclusivo amaban a su patria y a sus conciudadanos, deponían la vida por la patria con agrado? Llena está la Historia de estos ejemplos; pero cada día también la vida pone delante de los ojos casos de igual ejemplaridad: padres y madres que al morir sienten más viva la preocupación de sus hijos que de sí mismos. ¿Y qué más si en la misma condición brava de las fieras y en aquel inflexible rigor de su instinto, el amor despliega y demuestra idéntica fuerza? Vive en el amado el amante, no en sí; vive en él el amado, no él mismo.

Oigamos al Doctor de las gentes y Maestro de las Iglesias, encendido y abrasado con tantas llamas de caridad que casi quedaba fuera de sí mismo. *Vivo*—dice—*yo, pero ya no yo, sino que es Cristo quien vive en mí.* Y El mismo enseña a los otros cómo *Cristo padeció muerte por todos y luego volvió a la vida, porque ninguno de los que hubieren seguido sus pisadas viva ya para sí, sino para el mismo Cristo.* Y si tan grande es la sensibilidad insinuada y difundida por aquellos muertos que no son cadáveres arrecidos por el frío del pecado, sino que, vitalizados por aquel calor saludable alientan, mantienen su fuerza y su sensibilidad, ¿cuál y cuán sensible no puede menos de dejar de ser el dolor de cada uno de los miembros cuando alguno peca, esto es, se extingue y como se encanija, apartado del cuerpo? Cuán ansioso y solícito es el verdadero amor, que hace de-

cir al mismo Apóstol: *¿Quién enferma y yo no enfermo? ¿Quién se escandaliza y yo no me quemo?*

Y este mismo Apóstol, ¡con cuánto ardor y con cuánta frecuencia y con qué espíritu exhorta y empuja a los suyos a la paz, a la concordia, a la caridad, a la unión del espíritu y del sentido! Y así como aquella armónica trabazón de nuestro cuerpo hace que la enfermedad y mordedura del dolor afecten a todo el cuerpo, cualquiera que sea y por más pequeña que sea la parte separada del corazón, de la cabeza, de los órganos vitales, pues sufre el hombre todo por un panadizo o por un callo, así también en la Iglesia maravillosas son la coordinación y ensambladura de todas sus partes, por manera que cada una de ellas es objeto del mismo desvelo que las partes vivas del ser animado; o, mejor, no hay ninguna que, separada de las otras, tenga sensibilidad individual, sino que cada una es el resultante y la mezcla de todas, no de otra suerte que un pan es el conjunto de tantos y tan pequeños granos de trigo molido, o el vino es la síntesis de tantas y tantas uvas prensadas. Esta unidad así conseguida es una de las muchas razones y no de las de menor cuantía por las que Nuestro Señor Jesucristo instituyó el Sacramento de su Cuerpo y de su Sangre, precisamente bajo las especies eucarísticas del pan y del vino. Con ello, a mayor abundamiento se consigue en ese cuerpo de la Iglesia un gran intercambio y comunicación de bienes y una como transvasación y trasiego de los unos a los otros. También los daños y las incomodidades, como por una suerte de contagio, se pegan de los unos a los otros. Enójase Dios con aquellas colectividades en las que hay mayoría de malos, y se muestra propicio con aquellas en las que la mayor parte son buenos; aflige a los inocentes por los culpados y perdona a los malos en gracia de los buenos. Tan estrecha es la participación de los miembros en las ventajas y en los inconvenientes.

Esta es, en fin de cuentas, la verdadera caridad que de tal manera une a los que se quieren, que hace de ellos una sola cosa, verificando aquella unión que Cristo pedía al Padre, a saber: que todos fuésemos uno, como El y el Padre son uno, y que cada cual mirase a su prójimo no con otro ánimo ni con otros ojos, ni con otra mira y criterio con que se mira a sí mismo. Esta es la sola caridad verdadera, la única que merece aprobación a los ojos de Dios, que no puede prendarse de aquellas cosas que engañan los ojos humanos, a saber, por la hueca y vana apariencia de las cosas. Por eso se da el nombre de caridad cristiana a la que no es fingida ni simulada, que no se embadurna con afeite ni aderezo alguno que no sea su propia y simple hermosura, o traída solamente porque se muestre y se vea, siendo así que la realidad es harto diferente de las apariencias. Puesto que todo se refiere a Dios, que es un espectador insobornable, no tiene asidero alguno la esperanza de engaño o de embeleco. No tiene el malo escape posible. ¡Y cuánto consuelo tiene el bueno! Tiene el bueno sobre sí la cariñosa mirada insistente de los ojos de Dios, en cuya aprobación confía, y puesto que a ellos les complace, ya no tiene que buscar ninguna otra cosa. Vuélvase el malo y el astuto donde quiera, siempre se le ve, no puede esconderse, se le sorprende, se le coge. Y aun cuando consiga con muy finas sutilezas ocultarse metiéndose en escondrijos o desapareciendo entre

polvaredas, con todo jamás podrá eludir su propia conciencia, no menos que despojarse de ella, único testigo de que se vale el eterno Juez. Que ninguno se engañe a sí mismo o cierre sus ojos al estilo de los niños creyendo que, porque él no ve, tampoco se le ve. Puro, por tanto, y simple debe ser aquello que la mente y la justicia divina contempla y ha de juzgar. Si presentado al tribunal en concepto de reo, no puedes engañar al juez que ha de dictar sentencia de ti y de tu cabeza, ¿de qué te aprovechará haber engañado a los asistentes al juicio? Inspiradas por aquel gran encendimiento y combustión interior de la caridad, idénticas son las obras para con los otros que las de cada uno para consigo mismo, pues nadie es menos hermano del prójimo que lo es de sí mismo. ¿Quién se enoja consigo mismo con enojo mortal? ¿Quién, a sabiendas y con plena conciencia, disiente de sí mismo? ¿Quién desea tomar venganza de sí? ¿Quién, haciendo lo que hiciere, no quiere que se le tome a las buenas como él, en efecto, se toma a sí mismo? ¿Acaso cada uno no se ayuda a sí mismo y desea ser por los otros ayudado de palabra, de obra, con socorro pecuniario, si es menester, en fin, por todos los caminos lícitos y posibles? Estas son, dice San Pablo, las obras de la caridad: *La caridad es sufrida, es benigna; la caridad no tiene envidia, no hace sinrazón, no es hinchada, no es ambiciosa, no busca sus provechos, no se irrita, no piensa mal; no se huelga de la injusticia, mas huélgase de la verdad; todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.*

Aquello mismo que obra en cada uno, aquel amor encendido por el cual cada uno se perdona a sí mismo fácilmente y tiene para con sus faltas una indulgencia harto explicable, esto mismo obrará si se manifiesta afuera, como debe. Las molestias, los ultrajes, las injurias que pueda el uno inferir al otro quedarán consumidas sin resquemor ni despecho alguno, por aquel fuego abrasador, no de otra manera que unas tenues gotas de agua en un incendio bravo. De ahí resultará que el amor sincero y verdadero, que una vez el pecho de cada uno concibió, jamás se apagará en lo sucesivo, puesto que nunca le va a faltar combustible ni podrá ser desalojado por otro sentimiento, porque la primera llama será siempre la más poderosa, y, como dice el proverbio consabido, todo lo vence y lo arrolla. Esto dió a entender aquel sabio tan sagaz, quien, luego de haber examinado la naturaleza del amor, pronunció esta sentencia definitiva: *Amistad que pudo terminar, jamás fué verdadera amistad.*

Menester es que sea muy santa y muy augusta aquella fuente de donde vemos manar tan sagrados arroyuelos. Y si éstos son infaliblemente los efectos y las obras características de la caridad, cuán claramente quedamos convictos de que no poseemos de la caridad ni la centella más leve y que usurpamos el mismo nombre y profesión de cristiandad, puesto que aquello mismo que cada uno de nosotros recibió del Padre, Distribuidor de todos los bienes para el disfrute común, dado que no somos más que dispensadores de las dádivas de Dios, lo escondemos tan avariciosamente y lo sustraemos apartándolo de los otros, hasta el punto de dar a entender que estamos persuadidos de que aquellos bienes son propiedad exclusiva del que los posee y que entre cada uno de nosotros existen distancias astronómicas. Los hay a quie-

nes Dios dotó de riquezas. Los hay a quienes dotó de fuerzas, de poderío, de prudencia, de consejo, de letras, de influencia, de autoridad. No hay ninguno que no se reserve esas ventajas para sí y reclama su propiedad exclusiva. A gritos, dice el opulento: ¡Mío, mío! Quien tiene instrucción no enseña, sino por la paga, con desgana notoria y ganándose la antipatía de los discípulos. Los prudentes, con egoísmo odioso, piensan que su deber consiste en mirar todo lo ajeno con indiferencia, ir a lo suyo, mirar por sus conveniencias, esquivar todo contacto, encerrarse en su torre de marfil y hundir todo pensamiento en su propia intimidad. Quien goza de influencia o de autoridad, no la utiliza para el bien de muchos, sino para su propio provecho y alabanza. Dios, que repartió sus dones con tan magníficas manos, manda que demos de balde lo que de balde hemos recibido. Y el hombre, que lo recibió en sus adentros, piensa: Todo esto es mío. Si diere de ello parte, quedará menos para mí. Y lo esconde, y lo encierra, y lo defiende con el hierro, con la fuerza, con las leyes.

¿Quién puede recordar sin duelo muy amargo el cuento sin fin de ignorantes, como hay en el pueblo cristiano, a quienes las personas ilustradas dejan en su ignorancia y en su yerro? ¿Cuántos imprevisores e incautos, por cuyo bien nadie mira, y descaminados como andan nadie se preocupa de volverlos al buen camino? ¿Cuántos niños abandonados a su cerrilismo primitivo sin crianza para cuya educación e instrucción nadie se dignaría ni siquiera mover un dedo? ¿Cuántos menesterosos, a quienes nadie ayuda? ¿Cuántos pordioseros con quienes se tropieza a cada paso y a quienes nadie socorre? Esa avarienta abstención nuestra, ¿qué otra cosa significa, qué otra cosa es exponente inequívoca esa ruin actitud, sino que nosotros no hacemos más que retenerlo todo egoístamente, que nos hemos desentendido por completo de ese deber de humanidad, que no existe entre nosotros la obligada solidaridad de miembros del cuerpo místico de Cristo, sino que cada uno tira por su lado y tiene su opinión particular, que se va a su propio negocio, que tiene la mira puesta en sí exclusivamente y no en Cristo que, siendo uno, es común a todos, que no hay en nosotros aquel espíritu de mansedumbre de Cristo que busca no sus provechos, sino los ajenos, que todo lo sobrelleva en silencio, que mira por el bien de todos y en cuanto está en su mano lo procura; a nadie juzga sino a sí mismo, por no ser juzgado del Señor? Y, contrariamente, ese espíritu nuestro altanero y contumaz, en cada uno interpone su juicio, no acerca de sí mismo, sino de los otros; y de ahí proviene la soberbia, la arrogancia, el desdén del prójimo; y de ahí rencillas, enemistades, odios mortales. ¡Qué intolerable indignidad no es para un siervo juzgar de otro siervo que es su igual; que el ciego juzgue de lo que no ve, y el ignorante, de lo que no sabe, anticipándose al juicio de Dios, que es el justo y el definitivo! ¿Qué es eso de juzgar a otro, si permanece para nosotros el espíritu ajeno, sin explorar? Tú, que ignoras tu propio espíritu, ¿presumes sondear el ajeno? ¿Por qué voy yo a menospreciar a un compañero, a oscuras como estoy, de si él es mejor o es peor que yo? Vivimos en esta vida como en la corte y el cortejo de algún poderoso príncipe, donde los más significados y de preferente estimación no son

los que se distinguen por la nobleza de su sangre, ni los que poseen mayores riquezas, ni los que visten con mayor curiosidad y gala, ni los que descuellan por su fuerza física, ni los que se aventajan en erudición y experiencia, sino los que gozan de más activa y eficaz privanza ante el príncipe. Así también, en nuestra sociedad cristiana, el bien mayor es ser agradable a Dios. ¿Y quién hay que pueda determinar con certidumbre respecto de sí mismo y, cuanto menos, respecto de otro, hasta qué punto le es agradable? No tiene el hombre razón alguna de engreimiento de sí mismo ni de menosprecio de su hermano. *Los hay justos y los hay sabios,* dice Salomón, *y sus obras están en la mano de Dios y no sabe el hombre si es digno de amor o de odio.* El apóstol San Pablo, luego de haber examinado su conciencia y la más abstrusa intimidad de su pecho, declara no haber descubierto rastro de maldad o de crimen, pero que no por ello estaba justificado. Por eso es que se nos manda que en allegándonos al servicio de Dios, siendo tanta nuestra incertidumbre acerca del favor que le merecemos, vigilemos y nos mantengamos en un sano recelo. Con ahinco muy insistente nos recomienda San Pablo que tema la caída quien está en pie; que no menospreciemos a nuestro hermano; que no le juzguemos, no sea que nos condenemos a nosotros en aquello mismo que desaprobamos.

CAPITULO XIV

EXHORTACIÓN A LA CARIDAD

Esto que dije hasta aquí casi todo ello se refiere a esa vida temporal. ¿Y qué, si nos levantamos a la consideración y a la esperanza de aquel premio que no tendrá fin o nos sumergimos en el sano temor de aquel suplicio que no conoce término? Leemos en Marco Tulio que Escipión Africano, luego que Paulo, su padre, y el otro Escipión Africano, que fué su abuelo, le hubieron mostrado aquella bienandanza que gozaban en el cielo los que habían ayudado y engrandecido su patria, les dijo: *Por lo que a mí toca, aun cuando, siguiendo nuestras pisadas, estaba animado de los mejores sentimientos para con mi patria; con todo, ahora que me habéis puesto delante de los ojos tan glorioso galardón, será mi patriotismo mucho más esforzado y vigilante.*

¿A quién no animará la contemplación de aquellos bienes? Superan aquellos bienes celestiales y no fallecederos toda expectación, toda aspiración, todo pensamiento y fantasía humana: hacerse uno con el mismo Dios, bueno, grande, bienaventurado más de lo que puede alcanzar entendimiento de hombre. Y al revés, estar separado de El comporta sufrimientos y suplicios, cuya ponderación apenas puede sostener el espíritu humano. ¡Miserable de ti! Mientras hacia allá caminas, ocúpante esas bagatelas. Engendrado para bienes tan altos y nacido para esa luz soberana, haces caudal de un dinerillo o de una palabreja.

Así como para estos bienes no hay más expedito sendero que el de la concordia, para aquella infelicidad no hay atajo más breve que el de la discordia. No hay cosa más parecida y aproximada a la bienaventuranza del cielo que la concordia en la tierra, ni cosa que más se asemeje al infierno que la disensión entre los hombres. Aun cuando la discordia no constituyera ningún obstáculo para quienes corren en este es-

tadio por arrebatar galardón de tanto precio, de todas las cosas debiéramos hacer dejación a fin de que estorbo alguno no retardase el ritmo de la carrera acelerada. Eso vemos que hicieron los verdaderos cristianos para llegar con mayor presura al término final de sus afanes. Y tú, en contraste enérgico con ellos, mientras vas corriendo hacia allá, vuelves los ojos a las pequeñas injurias, a las venganzas ruines, por manera que mientras recoges un alfiler o una cinta, dejas escapar de las manos la ocasión de alcanzar premio tan grande.

No hay ninguno de nosotros, por poco que haya andado en un cortejo real, que no haya visto muchas veces, cuando el príncipe recibe a alguno de sus vasallos en audiencia, que si por acaso un bufón de aquellos que nunca acostumbran faltar en los palacios donde se les mantiene para pasatiempo y risa le zahiere con alguna petulancia o dicacidad mordedora, le hace objeto de soberano desdén, impresionado como está por el aspecto de aquella suerte de terrestre divinidad y como embebecido en su contemplación. Y no ignora que esa actitud suya es del agrado del soberano, que ve que por respeto a él de ninguna otra cosa hace caso quien está como anonadado por la impresión que su majestad le produce y que le vuelve insensible a todo lo que no sea él. ¡Y eso, tratándose de un hombrecillo ruin, mísero, flaco, perecedero! Y tú, cuando te encaminas a Dios, que es el más grande de todos los monarcas, tuerces los ojos y la cabeza y, por fin, todo el cuerpo a no sé qué airecillo, a no sé qué puñado de polvo, o de barro, o de pus, o de tabes de tu cuerpo hediondo. ¡Oh hombre de hierro, o, mejor, oh hierro sin alma y sin sentido! ¿Tienes espacio para pensar en enemistades humanas, siendo tan aguda la crisis de la amistad divina? Perdida está radicalmente toda esperanza de salud, cuando sentimos la acucia de dolencias muy ligeras y es nula nuestra sensibilidad para las graves y pestilenciales. ¿No ves que te aparejas la enemistad de Dios si no vas a El por camino derechero, desdeñando y teniendo por pura nonada todas las otras cosas? No es esto lo que claramente proclama y grita la voz de la Sabiduría divina: *Si alguno no abandonare padre y madre y hermanas y su misma vida, no es digno de mí.* ¿De qué cosa dijo que él no era digno? Del dinero, o del vestido, o de los edificios, o de los campos, o de los esclavos, o de las riquezas, posesiones, dignidad, mando, poder, de cuyo poseedor, por más asiduas que las tenga, un azar o la muerte se los arrebata de las manos en un instante, en un abrir y cerrar de ojos.

No; de nada de esto, sino que dijo que no era digno de Dios, es a saber: del compendio y cifra de todos los bienes verdaderos y eternos que trascienden todo pensamiento y todo deseo humanos. Digno de Dios es, felicísimo es, en una palabra, quien de tal manera vive y se prepara de tal modo que depende de Dios solo, removido todo obstáculo, amputando de sí y rechazando toda suerte de fruslerías y ni espera ni implora el auxilio de nadie, sino de Aquel sin el cual se reconoce en desamparo y desnudez, expuesto a feroces acometidas, y con el cual se siente protegido con una fuerza superior a toda lesión posible.

Ese auxilio, entiende que es el mayor y el más eficaz de todos, y que invalida y absorbe todos los demás que de hecho no existen o que en realidad más son perjuicios que

ayudas; y al mismo tiempo confía y tiene absoluta certidumbre de estar preparado a todos aquellos que recurren a él y que en él depositaron toda su confianza. El divino oráculo así se expresa: *Presto está el Señor a todos los que le invocan.* Pero a los que le invocan de veras no sólo de boca y de palabra, sino con sinceridad y con toda el alma. Y El mismo, fácilmente, recibe y admite en su reposo santo, perpetuo, y en aquella paz inviolable y en aquella morada de toda bienaventuranza, a quienes en cuanto estuvo en su mano, humilde y apaciblemente le rindieron el homenaje de su propia paz. *Tened paz*, dice San Pablo, *y el Dios de paz estará con vosotros.*

¿Qué guerra puede mover quien de tanta y tan profunda paz tiene su corazón rodeado? ¿Qué alarma puede llegar a quien está constituído en tan inconmovible y continua seguridad? Esta es aquella piedra en la cual, si alguno echare el cimiento de su edificio, ni la brava avenida de los ríos, ni el flujo y el reflujo del mar, ni las borrascas hinchadas, ni los remolinos ni la violencia de los huracanes, no le dañan más que al sol o a alguno de los luceros tan altos, que no les llegan esas fieras embestidas. Las injurias de los hombres, las veleidades y calamidades del azar, la astucia y los ardides del demonio pueden más que la bondad, el consejo, las fuerzas de Aquel que habita como en un templo santo en la paz augusta de aquel pecho. ¿Sobre quién descansará el Espíritu de la divina mansedumbre, sino sobre el humilde, el que siente bajamente de sí y guarda los mandamientos de Dios? ¿Qué es aquello que Elías ve? Un viento que descuaja los montes y que desmenuza las piedras a la presencia del Señor, y oye una voz que dice que *no está el Señor en aquel viento.* Y luego, tras el viento, viene el terremoto, y tampoco en el terremoto está el Señor, y después del terremoto, el fuego, y tampoco el Señor está en el fuego. Y a la postre oye el silbo de un aura mansa, y en el blando silbo está el Señor, porque no es precipitado ni violento aquel a quien Dios escogió por especial morada suya, ni es cruel, ni es revolvedor, ni pendenciero, ni vengativo, ni maléfico, pues del Hijo de Dios, que es Dios también, semejante al Padre e igual a El, y es uno, y en cuyo cuerpo habita la plenitud de la infinita divinidad, escribe el profeta Isaías: *No voceará ni tendrá acepción de persona ni será oída de afuera la voz de El; la caña cascada no la quebrará ni apagará la torcida, que humea.*

De esta condición y naturaleza es la sede de aquel Espíritu de suavidad que para significar su mansedumbre a los hombres tomó por símbolo la paloma, la más simple y mansa de las aves y aun de los animales todos. Este es el lugar de Aquel que *tiene su asiento en la paz y su morada en Sión;* no ya en aquella Sión armada y pugnaz, sino en estotra, quieta e inerme, que a sí misma no se venga, sino que devuelve paz por guerra y devuelve amor por odio. En virtud de ese trueque, nuestro Príncipe y nuestro Caudillo quebrantó la pujanza y el arco y la saeta y la guerra en aquella Sión esclarecida admirablemente en las montañas eternas, tan abastada de paz y tan rebosante de quietud, que quienes la habitan tuercen en arados corvos las espadas rigurosas, y convierten en torcidas hoces las lanzas agresivas, y no hay pueblo que levante su espada contra otro pueblo ni quien se ejercite para una guerra futura.

¡Salve, oh salve paz divina, que del cielo trajo al espíritu de los hombres aquel que puso paz entre Dios y los hombres, puesto que era Dios y hombre a la vez! Y es tan grande esta paz, que ni la humana sabiduría, cejijunta y arrogante, ni la riqueza con todos sus recursos, ni la fuerza con todo su poderío con que los míseros mortales toman tantos humos y, en una palabra, ni el universo mundo unido y apeñuscado, por más voluntad y empeño que en ello ponga, alcanzan a darla. Es tan inmensa esta paz y tan maravillosa, que nadie puede explicarla con palabras, y aun cuando la explicare, nadie podría creerla. Créela no más el que la experimenta, quien cató alguna vez su dulzura soberana. Esta paz realizará en nosotros lo que no puede nuestra razón debilitada y quebrantada; a saber: que ganada y conquistada la paz y la quietud interna, ya no habrá disensión exterior, que tiene siempre su fuerte y su origen en algún interior disturbio. En dondequiera reinará la paz: dentro, afuera, la paz pública y la paz privada, la paz del uno para con el otro; la paz de cada cual consigo mismo. Colegirás cuál sea la grandeza de este don del hecho de que el Señor de todas las cosas, a quien el Padre sujetó el cielo y la tierra como a Hijo suyo, por decirlo así, ya emancipado, entre tantas y tan ricas dádivas como nos dejó como a hijos suyos muy carísimos, en trance de volver a su Padre, sólo consignó en su testamento este único legado de la paz. ¿Y quién duda sino que de suyo es una manda riquísima de incalculable precio y utilidad para nosotros?

Oyeme ahora, ¡oh hombre!, quienquiera que seas, despojándote por un momento de toda pasión y llamando a consejo tu razón, tu mente y tu juicio: ¿No ves cómo de consuno te exhortan y estimulan a la concordia y a la paz todos aquellos que te profesan un amor singular? La Naturaleza, Dios, tú mismo, te predican el apartamiento de la discordia, a la cual solamente te exhorta tu enemigo jurado, que es el demonio. Ves y tocas con la mano cómo todos los bienes, así del alma como del cuerpo, como de la fortuna, nacen de la concordia, y todos los males se originan en las disidencias y enemistades y en las profundidades de Satanás. Ves cómo la paz y la concordia son el camino para la felicidad eterna y cómo la disensión y malevolencia lo son para los tormentos y suplicios, que no tendrán fin.

¿Por qué con tan ávido afán te precipitas en tu propia ruina? ¿Por qué, por una causa exigua, por un impulso muy pequeño, a veces nulo, te separas, te apartas de la Naturaleza, de Dios, de ti mismo? ¿Te pasaste como un tránsfuga consciente, a un enemigo que no te será amigo jamás, a unos males que ni en el presente ni en el futuro van a tener mitigación ni término? Vuelve a ti mismo, y ama a quien verdaderamente eres tú, pues si no te desechares a ti mismo y no desertares de ti mismo, fácilmente te avendrás con la Naturaleza y subirás a Dios y de ninguna otra cosa sentirás mayor horror que del odio y de la discordia, y de ninguna otra cosa serás más afanoso que de la concordia y el amor.

Brujas, 1526.

FIN DE «DE LA CONCORDIA Y DE LA DISCORDIA»

DE LA PACIFICACION

(DE PACIFICATIONE)

(1529)

JUAN LUIS VIVES

AL SEÑOR DON ALFONSO MANRIQUE, ARZOBISPO DE SEVILLA: SALUD

Una vez que hube dado cima a los cuatro libros de la *Concordia del linaje humano*, enderezados a la cesárea majestad del emperador don Carlos, parecióme que debía permitirme algunos pequeños comentarios sobre la pacificación, porque parecía impuesto por el orden natural de las cosas que los que entre sí son concordes, engolosinados y cautivados por la dulcedumbre de esta concordia, se contentasen harto de ver a los otros bien avenidos entre sí y con todas sus fuerzas procurasen esta avenencia. Era razón que el que exhortó a la concordia empujase también a la pacificación.

Me determiné a dedicarte esta obra, pues siendo grande en todos los trances y circunstancias por muchos títulos y dones, así naturales como adquiridos o, mejor dicho, prodigados por la divina bondad de donde todo procede, no hay ninguno de tus devotos y amigos que pueda dejar de imaginarte pacífico. No hay timbre de mayor honra para ti que ese oficio obligado de poner paz donde no la hay. Y si quieres ser tal como se te llama y se te cree, es fuerza que seas decidido paladín de la paz y concordia públicas y que con más razón debe tu persona ser despojada de todo honor y prerrogativa que del título y de la efectividad de pacificador. La nobleza de tu linaje te advierte que por la quietud y concordia pública es preciso dar, no solamente sudores y sangre, sino también la vida misma, con gustosa resolución. ¿Qué otros son los méritos de la nobleza? ¿Qué explicación tienen los honores con que los hombres la distinguen, sino que se muestran con tal disposición para con su patria y sus conciudadanos? Y aun esa misma edad tuya, ya domada, mitigada ya y hecha más apacible con la prolija experiencia y la ciencia de la vida: ¿qué otra cosa te persuade sino que corras en pos de lo mejor; a saber: de la tranquilidad y el reposo, apagados ya en tu pecho aquellos errores, aquellos encendimientos marciales que, a medida que se van extinguiendo, ceden la posesión del corazón a la sabiduría, que llega

quedamente con pasos mesurados? Persuádente también esto mismo la autoridad y el muy alto puesto que ocupas cerca del príncipe. No hay cosa alguna en que deban tener más ahincado su ánimo los consejeros de los reyes que la de formar su espíritu y su mente y su juicio, pues en ello va la salud de la república, y poner freno en sus antojos y reprimir sus impulsos apasionados y retraerlos y pararlos en seco cuando van más allá de los límites de la conveniencia. Si el príncipe no tiene a la concordia en honor, si da alas y soltura a las disensiones y a los odios, ¿acaso el régimen de los pueblos no sufrirá el mismo desconcierto que si en el cuerpo la mente se descarría y enloquece?

Añade a todas estas consideraciones la dignidad de arzobispo, esto es, de vicario e imitador de aquel Cristo a quien una misión de paz trajo del cielo a la tierra, por manera que no le es lícito al obispo mirar con otros ojos a su pueblo que el pastor a sus ovejas, pues con esta semejanza expresó esa vuestra función y obligación Cristo, Señor y Rey de todas las ovejas: *¿Amasme*—dijo—*más que éstos? Apacienta mis ovejas.* En eso de apacentar, como conviene, la grey cristiana, exígese un amor especial, de Cristo, amor que derivará copiosamente sobre su rebaño, como de la cabeza sobre todos los otros miembros del cuerpo.

Allégase a todas estas razones de tanto peso, que como ves son prendas y garantías de pacificación, el cargo de inquisidor de los herejes, que siendo tan alto y tan peligroso, si no supiere el que lo desempeña cuál es su finalidad, pecará tanto más gravemente cuanto más comprometidos andan en él la salud, los bienes, la fama y la vida de muchos. Cosa de maravilla es que sea tan ancha la permisión dada al juez, que no carece de pasiones humanas, o al acusador a quien hartas veces impelen a la calumnia el odio encubierto, la esperanza inconfesable o alguna otra inclinación aviesa. En tan brava y tan peligrosa borrasca, no solamente se ha de mirar a la que llamaban áncora los griegos, sino que se ha de buscar un piloto bueno y diestro que sepa hacia qué puerto ha de torcer el curso de la nave y pueda conducirla allá, es, a saber: al puerto venturoso y bonancible de la paz, para cuya satisfactoria travesía es necesario el cargo del inquisidor. Yo pienso que no hay en la Iglesia de Dios función de mayor importancia y que requiera una persona de más agudo juicio y dotada de mayor bondad y más exenta de pasiones morbosas y menos asequible a sus dañadas sugestiones.

Y puesto caso que todas tus distinciones y prerrogativas y tus deberes específicos te impelen a la paz y concordia públicas, ¿a quién voy a dedicar todo cuanto escribiere acerca de la pacificación mejor que a ti, que en otro tiempo me fuiste más que familiarmente conocido, tan fina es y tan increíble la afición que profesas a todos los estudiosos? Todos ellos la tienen experimentada, pero nadie puede atestiguarla mejor que los que la experimentan cada día: Luis Coronel, teólogo; Juan Martín Población, médico; Antonio Dávalo y Juan Castell, filósofos, y muchos otros, que fuera cosa prolija recontarlos; yo a todos ellos los cuento por míos y con sumo gusto acostumbro evocar su memoria, así por su gigantesca erudición como por su bondad ejemplar. Ten salud.

DE LA PACIFICACION

Pienso que ya queda suficientemente declarado, bien por otros muchos autores, bien por mí mismo que lo hice en cuatro libros que nadie no solamente no puede llamarse cristiano, que equivale a decir perfecto y consumado, pero ni siquiera hombre, que no se afane con la posible porfía por la paz, por la concordia, la caridad, la benevolencia mutua. A eso nos empuja y nos incita la naturaleza misma de nuestros cuerpos y de nuestras almas; a eso somos llevados por el Maestro de la divina sabiduría y verdad, por el intérprete de la Naturaleza o, por mejor decir, de su príncipe y hacedor. Y si en cada uno de los hombres existe la caridad no fingida ni simulada, exteriorizada porque la vean los ojos de los hombres, sino aquella caridad auténtica, y que no desconfía de merecer que la aprueben los ojos de Dios; esta caridad, digo, hará que no solamente nos amemos con amor mutuo, con la exclusión radical de todo odio, y vivamos en concordia con los otros, sino que no podamos ver a los discordes y a los disidentes. Ninguna cosa hay en la Naturaleza que sea más congruente que la similitud; ninguna que a cada cual sea más amigable o más grata que su semejante, y no hay cosa de que se sienta más horror y aversión que de lo diverso y de lo desemejante.

La principal y más segura muestra del amor entre semejantes es que con harta facilidad se conmutan y pasan de una en otro y cuajan en unidad en la que consiste la fuerza y la eficacia del amor. Mucho le cuesta al varón justo sufrir la injusticia, aun en otro para con otro que de ello no recibe ni provecho ni daño. El varón templado repugna en cualquiera la destemplanza y la demasía. Es natural esa reacción que hace que se rehuyan las cosas que pugnan entre sí y que se agrupen las semejantes por afinidades electivas, por manera que si alguno que quiere tener la apariencia y la realidad de hombre justo y ve las injurias mutuas de los otros con agrado, como lo hacen los que son malos fundamentalmente, o al menos no con disgusto, da a entender con harta claridad que la justicia, realmente, no tiene vigencia ni vida en su alma, sino que es una máscara de la justicia, asumida para las ventajas y provechos privados o para alarde de la gloria y opinión de tan gran nombre. De ahí que una cosa fingida o irreal no pueda tener la misma fuerza que una cosa verdadera y efectiva. La verdadera caridad y concordia no solamente odia la disensión, sino que la teme, no de otra manera que la bonanza recela que la tempestad lejana poco a poco se le acerque, insinuándose a manera de contagio cauteloso y tomando por punto de partida cualquiera de las posiciones que ocupó, pase a lo que le está más cercano, y así acabe por invadirlo todo. De este mismo modo, los hombres quietos y tranquilos, amantes del buen acuerdo y de la paz, temen las rencillas y las ajenas disensiones, porque su propio reposo no se altere con aquellas sacudidas, pues con la costumbre de reñir y de discutir convierten sus ímpetus ciegos y sin

tino contra cualesquiera y atacan a quienes no les provocaron, y con los cuales toda fricción era excusable. Los seguidores de la doctrina estoica han creado el tipo de su sabio tan fijo y asentado con tal firmeza que ningún movimiento telúrico le puede sacudir, ni alboroto alguno le puede agitar o mover:

> Si desmoronado se hundiera el orbe,
> las ruinas impávido le hirieran.

dice Horacio. Así se mostrará de inconmovible si las circunstancias lo pidieren; pero con todo, prefiriera, con toda la eficacia de su deseo y de su esfuerzo, la sesga y plácida bonanza al encrespado y fiero alboroto. Poco se acomodará a su condición de filósofo si, abandonando la quietud, se echa de cabeza al oleaje. Si se dejare a su elección, optará por lo mejor y lo más cómodo; mas soportará las contingencias humanas como se presentaren. Esta misma disposición de ánimo tendrá para con los otros hombres: afrontará los movimientos amotinados y las discordias embravecidas, mientras produzcan la paz y el consentimiento de los otros.

Paso de largo los tres Decios, los Curcios, los Coclites, los Escévolas, los Codros, los Lisanias y todas aquellas devociones heroicas por los ciudadanos y la salvación de la patria. A Marco Catón, estoico cumplido, introdúcele en su *Farsalia* Lucano y le atribuye estas palabras entre el fragor de las luchas civiles:

—¡Oh si pluguiera a los dioses del Cielo y del Erebo ofrecer esta cabeza mía condenada para el castigo de todos! A Decio, votado a los infiernos, abrumáronle los batallones enemigos: acribíllenme a flechazos una hueste y otra; que las hordas bárbaras del Rin me acometan a lanzadas; yo, salido al encuentro de todas las picas, recibiré entre los combatientes las heridas de toda la guerra. Que esta mi sangre redima los pueblos, y esta muerte mía sea el rescate de todo cuanto siniestro merecieron expiar las costumbres romanas.»

Este es el verdadero sentir del varón sabio y grande: posponerse a sí y a su propia salud a la salud ajena y no tener reparo en perder cosa alguna para que los otros se salven; aun cuando nadie puede salvarse más bella y magníficamente ni granjearse más excelente salud que la de invertirse todo en el servicio de muchos, recordando que la Naturaleza para muchos le engendró y que la sabiduría le reengendró para todos, a fin de que todo cuanto se debe a la sola Naturaleza, callada e innoblemente y que no puede negarse o regatearse mucho tiempo, lo ofrezca, cuando fuere menester, con tamaño provecho. El oculto sentido de la Naturaleza, confirmado por el juicio y la recta razón, en cualquiera raza humana, enseñó al linaje humano que aquel que tal rendimiento daba era un varón excelso, sublime, grande y admirable, merecedor, no ya de honores humanos, sino también de honras divinas y que su espíritu debía colocarse y situarse más entre los dioses que entre cualesquiera hombres por haber subido en hombros de sí mismo más arriba de toda jerarquía de la Humanidad, al cual la Naturaleza o Dios, hablando con mayor cristiandad por merced y beneficio singular, hizo muy semejante a Sí más para provecho y servicio de los otros que para su servicio y provecho personal. El mayor y más singular de los dones de este género dispensado a los hombres

por Dios, don único, que es la cifra y la culminación de todos cuantos se pueden pedir, se pueden desear, se pueden pensar, es Cristo Jesús, Hombre e Hijo de Dios y Dios mismo. Este es el auténtico *Júpiter* salvador. Este es aquel Hércules *filántropo, conjurador de males, domeñador de monstruos, limpiador del orbe.* Este es quien, viviendo en aquella perpetua, soberana e inalterable paz que no puede ser turbada por tumulto, ni movimiento subversivo alguno, compadecido de las discordias y los odios humanos, no titubeó en descender a esa nuestra zona tempestuosa en que nos debatimos, a fin de que, desterrada la discordia y puestas en fuga las enemistades, nos hiciera partícipes de aquella su paz admirable que excede todo alcance humano. Guerra había de hombres a hombres; guerra de los hombres con los ángeles; guerra con Dios. El pecado separó el hombre de Dios; el mismo pecado había separado a los ángeles de los hombres y separaba y ajenaba a unos hombres de los otros, hasta el punto que prevaleciendo las razones de la mente y del juicio depravados, introdujeron disensiones y discordia: entre los unos, la patria; entre los otros, la cuna; entre los restantes, la profesión entre los demás, la forma de gobierno, la religión, el culto.

Asumió Cristo en su cuerpo esas tan grandes, tan inveteradas, tan entrañables enemistades, de manera que teniendo que renovarlo para la inmortalidad con una muerte temporal, a la vez con aquella muerte sepultase y purificase la creación toda, inficionada con aquellos odios y disensiones y sacase a luz una criatura nueva y brillante y, en primer lugar, al género humano conformado y configurado al cuerpo suyo bienaventurado. En el molde de ese cuerpo suyo, como en la copela de un orfebre, nos había fundido y refundido, para que toda cuanta escoria terrenal hubiese, ajena a la excelencia de aquel metal del cielo, con aquel fuego se consumiese y se desvaneciese y quedase todo tan acendrado y tan incorrupto, que ni Cristo se desdeñara de hacernos miembros de tan gloriosa cabeza, ni Dios aplicárselos y unirlos a Sí, tan estrechamente que seamos una sola cosa El y nosotros, que antes estábamos por nuestras culpas tan distanciados y divorciados tan profundamente por nuestras manchas inmundísimas. De tal manera lo intuyó el profeta Malaquías:

Porque El será como fuego derretidor y como hierba de bataneros. Y se sentará para derretir y para limpiar la plata y purificará a los hijos de Leví, y los afinará como oro y como plata, y ofrecerán al Señor sacrificios con justicia. Y será agradable al Señor el sacrificio de Judá y de Jerusalén, como los días del siglo y como los años antiguos. Todo esto dice el profeta.

Así es que de tal manera alió nuestra causa mala y perdida con la suya óptima, que siendo más poderoso asume en sí la causa del más débil y conecta el derecho flaco y desvalido con el suyo, más robusto y fuerte. La sangre de Cristo abatió todo vallado, toda pared medianera que deslindaba heredades y viviendas. Apaciguadas quedaron por ese tan eficaz Pacificador todas las guerras, así las terrenas como las celestiales. El hombre volvió a congraciarse con Dios; volvió a la amistad con los ángeles y aun los mismos hombres entre sí no tienen que mirar con recelo la respectiva cuna ni su régimen político, ni las demarcaciones fronterizas, ni el cul-

to que profesan: uno es el Padre de todos; uno, el Señor; una, la Ciudad; uno, el Dios; una, la profesión de su bautismo y de su fe. Envaináronse las espadas, que ante aquellas diferencias raciales o políticas o religiosas desnudaron con centelleos amenazadores; sus pensamientos ya se ajustan a lo que su Señor, su Maestro, su Príncipe y el Padre de todos ordena y manda. Ya una gente no se levanta contra otra gente, ni se empuñan las armas, ni brilla amenazador el hierro siniestro, sino que, según el vaticinio de Isaías, las espadas *se tuercen en hoces* y *las lanzas se tuercen en rejas*, por manera que las que antes hendían y rajaban los cuerpos humanos, ya sólo rompen el suelo para la cosecha común y por sacar el pan de la tierra que a todos nos mantiene.

¡Cómo demuestra ser hijo de Dios el que ama la obra de su padre, el que obedece su voluntad, y que, teniendo por Padre al Autor del amor y la concordia, se esfuerza por instaurar tamaño bien! ¿Qué puede hacer el Hijo sino lo que ve que el Padre hace? Y el Padre, ¿qué hace sino crear una naturaleza mansa y benigna, que persuade al amor y a la benevolencia de todos entre sí? ¿Y qué otra cosa hace el Hijo sino arrancar y extirpar la cizaña furtiva del odio, que acaso el enemigo sembró en el trigo bueno? De esta manera se conduce El, que es hijo natural de Dios. Quienquiera que le imitare, será también hijo de Dios por adopción y participación del Hijo natural: *Bienaventurados los pacíficos*, dice el mismo Hijo de Dios, *porque hijos de Dios serán llamados*. No siente la más pequeña desazón de celos ni la mordedura más leve de envidia por poseer en común una filiación, que ya tenía propia. Serán llamados hijos de Dios por amigos de la concordia y restablecedores del amor, cuyo Padre y Autor es Dios. Serán hijos de Dios por participación a fuer de imitadores de la voluntad del Hijo natural de Dios; colaboradores en su obra, pues no duda el Doctor de las gentes en empeño tan hermoso y admirable, en realzarse a sí mismo y a los que son como él, llamándoles coadjutores de Cristo. ¿Quién no se encenderá en el deseo de tan soberano y glorioso nombre a la participación de una dignidad tan increíble? ¿Quién no querrá ser coadjutor de tan gran Rey a quien el Padre subordinó el universo mundo y los mismos ángeles? ¿Quién no se inflamará en la codicia de galardón tan grande? Si los pacíficos son hijos de Dios, si son coadjutores de Cristo, ¿de quién serán hijos, de quién son coadjutores los sembradores de discordia? ¿Y los que fomentan la cizaña sembrada? ¿Y los que se complacen en riñas y en disensiones y con ellas se saborean como con un manjar apetecible y sabroso? El simple enunciado ya dice que así como los pacíficos son hijos del Autor de la paz, así también, por paralelismo, los producidores de discordias y odios son hijos del autor del odio. ¿Qué cosa hay más contraria y enemiga de la paz y de la caridad que el odio y la disensión? No hay cosa alguna más adversa y más contraria a Dios que el diablo. Y si el amor procede de Dios, es fuerza que del diablo procedan las disensiones, las rencillas, los ultrajes, los odios, la malevolencia. Deseosos de la concordia son los hijos de Dios; apasionados de la discordia son los hijos del diablo. Nadie puede eximirse del deber de la pacificación. A todos incumbe la obligación de ser pacificadores, porque todos es menester que sean participantes de

esta adopción tan gloriosa, y por esto mismo que sean hombres.

Los hay quienes pueden contribuir a la pacificación con alguna efectividad. Son los que no tienen nada. Estos desheredados de la fortuna pongan su buena voluntad en común, y con sus deseos y con sus oraciones y a veces, con sus exhortaciones y sus estímulos, ayuden a los empeñados en tarea tan meritoria. El profeta santo, cómo desde el lugar más elevado de la ciudad exhorta a todos los ciudadanos a pedir *todo cuanto atañe a la paz de Jerusalén*. ¿No sales tú en campaña bien porque te quitó las fuerzas la Naturaleza, bien porque te sustrajo los bienes la Fortuna? Pero, al menos, a los que marchan al combate, ayúdalos y anímalos a la victoria con tu voz, con tus deseos, con tus buenos auspicios; pon a contribución tu voluntad, ya que tu posibilidad es nula. ¿Por ventura tú, mientras el pacificador está atento a su obra, cuando han trabado pelea la concordia y la discordia, es a saber: la causa de Dios con la causa del diablo, al menos con tu simpatía y tu decidida voluntad, no favorecerás la causa de Dios contra la causa del diablo, y pronunciarás palabras de buen agüero? ¿Preferirás que el diablo salga vencedor de aquel conflicto? No porque exista la posibilidad de que Dios pueda salir derrotado de ningún combate, cuya omnipotencia iguala a su voluntad y su voluntad estriba en su infalible consejo; pero lo que Dios aparejó para nuestro bien, pueden nuestras culpas y pecados, en complicidad con la astucia y ardides del diablo, malbaratarlo e impedirlo, no que Dios vea su voluntad frustrada, sino privados de nuestros provechos y ventajas nosotros, a quien hace objeto exclusivo de acecho tenaz y sagaz la envidia diabólica. Pueden en algo también contribuir a la concordia aquellos que tienen influencia sobre los espíritus, donde está el asiento y el origen del amor, del odio, de la conformidad, de la desavenencia y aquella unanimidad o aquella disensión y diversidad de corazones, que han dado nombre a la concordia y a la discordia. Tienen un gran influjo sobre el ánimo de las masas la opulencia, que deslumbra los ojos y la mente, el dinero, las posesiones, las servidumbres, las clientelas. Mucho poder les atribuye el vulgo, que no sopesa convenientemente la interioridad de las cosas si su aparato exterior le impresionó. Asimismo impresiona la nobleza del linaje de quienes la poseen, pues nos juzgamos muy deudores para con ellos por los méritos de sus progenitores, y no dudamos en atribuir alguna prestancia y excelsitud, por encima de los otros hombres, a quienes nacieron de tales padres. También impone el honor, pues lo interpretamos como distintivo y demostración de virtud. El superior, como es razonable, por su mismo cargo puede mucho sobre el subordinado; en casa puede mucho el amo a quien las leyes nos sujetan; el padre y la madre, con quienes nos ligan la naturaleza y el afecto; el educador, el pedagogo, el preceptor, que no regeneran menos para las luces el espíritu que los padres engendraron ese cuerpo.

Por lo que toca a la vida pública, mucho puede la ley, que viene a ser el alma, el sentido, la conciencia de la causa; y mediante la ley, el magistrado y el príncipe, que es como el común padre de todos. Y ni aun el mismo inferior carece de gracia ante el superior, pues enseñan de consuno la Naturaleza y la rec-

ta razón, que todo lo que está al cuidado de otro es caro y grato a quien de él cura, puesto que no existe obra buena alguna que no produzca algún deleite en quien la hace. No cuidará caballos ni ovejas, ni gobernará naves, ni casas, ni ejercitará arte u oficio alguno, como es debido, aquel que en su ejercicio no experimente algún goce. Ni nadie hay que pueda gozarse con cosa alguna, si no la ama, y no le es agradable y querida. Por esto es menester que el que rige y el que administra ame aquello que está bajo su presidencia y gobierno, bien sea un objeto inanimado, carente de toda sensibilidad y vida, bien sea un individuo animado y mucho más si fuere hombre. Quien le tuviere odio o animadversión, nunca le gobernará como su oficio demanda, a saber: refiriéndolo todo al bien del gobernado (esto es, ni más ni menos, gobernar y regir) y no a su propio y personal interés, pues ello es hacer el dueño y el tirano, no el príncipe, no el rey, no el presidente, no el custodio celoso de los hombres. Y puesto caso que en el pecho no solamente de los hombres, sino también de los animales todos no puede hallarse sentimiento más fuerte y poderoso que el amor, también es mucha la valía de los amigos para persuadir en uno u otro sentido en cualquier empeño, para aconsejar, para desaconsejar, para impulsar, para retraer, para inhibir, para detener. En el ámbito de la amistad están los parientes, a quien la sangre une; los ciudadanos, a quien une la patria; la ley, la comunidad de lo sagrado y de lo profano. Están también los vecinos, a quienes recomiendan de una y otra parte poderosas razones de ventajas mutuas. Allégase a esto la consideración que merece todo aquel que descuella por alguna cualidad insigne, ora consista en un don natural, ora en una excelencia conseguida o aumentada con la propia industria, con la práctica, con el ejercicio; de quien así se distinguiere creemos que merece admiración y que es mucha su influencia. De este número son los varones hazañosos, a quienes se tiene en tan alta estima, así por la admiración que causa la excelsitud de su alma, que es tanta que la antigüedad los creyó consanguíneos de los dioses y les dió el nombre de *héroes*, que es una categoría intermedia entre los dioses y los hombres, como por su arrojo en la defensa de la patria y en apartar el vilipendio de las cabezas de sus conciudadanos. Y no con menor devoción seguimos a los varones que descuellan por su saber y por su prudencia, y a ellos nos entregamos y nos confiamos, como los ciegos se ponen en las manos de los que ven, porque no tenemos la más pequeña duda de que ellos saben y conocen perfectamente lo que en cada caso es lo recto y lo provechoso y nos servimos de ellos como de conductores para la vida. Y, finalmente, los buenos también pueden influir mucho en el ánimo y conciencia de los hombres, por manera que no prestarles obediencia es un bravo desafuero.

Todo lo que hasta aquí he dicho es humano y va de hombres a hombres. Muy por encima anda *cierta fuerza y autoridad divina.* ¿Y quién hay que pueda ignorar cuán justo y razonable sea que ella ejerza su influencia sobre los humanos? Esta divina fuerza y autoridad tiene su expresión y su exposición en los Sagrados Libros, cuyos intérpretes y agentes son aquellos que recibieron la misión de instruir el pueblo de Cristo, bien con los monumentos li-

terarios escritos, bien con explanaciones académicas, bien con discursos y conferencias públicas, bien con conversaciones privadas o en confesiones sacramentales, donde el sacerdote, si cumple bien con las obligaciones de su oficio, les aparta del vicio, les incita y mueve a la piedad, consuela a los tristes, alarga su mano a los caídos porque se levanten, doma a los contumaces, suaviza a los desabridos y, en una palabra, toda cuanta quiebra haya en la piedad, él la consolida y endereza cualquiera torcedura. Todos estos ministros de la palabra santa son como la voz de Dios, cuya autoridad estableció el mismo Dios y Señor de todas las cosas con estas palabras: *Quien os escucha, me escucha*. Todo aquello humano y todo esto divino es origen y causa de una gran autoridad de los hombres para con los hombres, y vienen a ser a manera de instrumentos que Dios esparció por el mundo, en todo el linaje humano, porque cada uno de nosotros, según posibilidad personal, sea coadjutor en su obra y ejecutor de su voluntad, de manera que mientras obedecemos sus mandatos y sus quereres, no negociamos el interés de su naturaleza bienaventurada, sino el nuestro. No hay para Dios cosa mayor o más excelente a la cual suba o por la cual sea mejor y más feliz. Nosotros somos quienes necesitamos del aumento de nuestra virtud y de la liberación de nuestra miseria, a fin de que, mediante la conjunción de tan grande bienaventuranza, seamos bienaventurados. Empero El, óptimo como es, jamás nos diera cosa en perjuicio nuestro, pues somos sus hijos y hechura suya; ni siendo todopoderoso nos diera cosa contra su voluntad. Y si es verdad que todo instrumento se adapta a aquella función a que la destina su naturaleza, todas las obras saldrán exactas y consumadas. El que sean malas, invertidas, corrompidas, no reconoce más causa que la de que utilizamos instrumentos muy ajenos y herramientas muy inadecuadas. Tiene el hombre grandes posibilidades; tiene dinero, clientelas, servidumbre, campos, fincas, granjas y otras posesiones; todos estos bienes, ¿será mejor retenerlos en sórdido montón, del cual no se quita el ojo, o derrocharlos en vana prodigalidad o en alarde necio, que administrarlos atinadamente para el público bien y utilidad de muchos?

¿En qué empresa pueden los ricos emplear mejor sus caudales o la contribución de brazos de sus criados o clientes que en la de favorecer las leyes, cooperar a la equidad, prestar asistencia al derecho y a la justicia de todos aquellos cuyas miras están puestas exclusivamente en la paz y concordia? ¿Estarán los ricos persuadidos que el rendimiento de sus riquezas se cifra én el placer, como si fueran animales brutos, o en la jactancia estéril de su posesión, como si en lugar de hombres fueran simples cofres que encierran el tesoro, pero no hacen uso de él? La nobleza se granjeó, mediante beneficios públicos, a los ciudadanos, en ocasión de que algunos hombres de grandeza de alma consagraron a la conservación de los ciudadanos, de las leyes, de la patria, no sólo su glorioso afán, sino también, cuando fué menester, su misma persona. Este es el propio y verdadero origen de la nobleza. ¿Qué otro empeño pudo ganarles gloria tanta así para ellos como para todo su linaje? ¿Ni por qué sus conciudadanos se creyeron obligados para con ellos, sino por el grato recuerdo de sus beneficios? ¿Cómo se conserva aquel atá-

vico honor de la sangre y de la cuna, sembrando y fomentando enemistades, si nació y creció en la paz y en el sostenimiento de la concordia ciudadana? ¿Qué significa el privilegio de llevar espada al cinto, de que no gozan los oscuros y los plebeyos? ¿Por ventura las leyes son madrastras o, mejor, hostiles a sus propios ciudadanos, esas leyes que arman a quienes han de abusar de las armas para hacer mal, o con mejor acuerdo no se proponen que se entreguen armas a quien echará mano de ellas para la justicia, para la concordia, para la paz pública cuando el caso lo requiriere; esto es, se brindará como fautor de las leyes y como su brazo armado, cuando se le infiriere violencia o ultraje por el apasionado y motinesco alboroto de los espíritus? Hasta ese punto, las leyes se fían de la nobleza, de la cual salieron garantes sus mayores, dejando la prenda más firme de ella en la república con la memoria de sus preclaros hechos, en los cuales dejan sus propias efigies, no mudas ni hechas en cera o en barro, sino vivas y vivaces, efigies que son sus hijos, sus nietos y la restante venidera estirpe. Pues y tú, cuando contra las leyes y los derechos de tu patria te ofreces a una pandilla de hombres dañinos y malvados y con motines y discordias te regodeas y suscitas pendencias, ¿pedirás que se te reconozca heredero de aquella aristocracia que se hizo tal, llevando auxilio a las leyes, a los juicios, al derecho, a la equidad, en quienes se asientan la quietud y la mutua bienquerencia de los ciudadanos?

¿Qué cosa hay más ajena bien del origen y causa de la nobleza, bien de la crianza generosa y benigna que tomar gusto en los odios y asperezas de los otros y hallar cebo gustoso en las enemistades? ¿Enseña esto la comedida afabilidad y el ánimo elevado y generoso? ¿Lo enseña aquella formación suave y auténticamente humana y civil, por la cual se dice que la nobleza se aventaja a los demás mortales? ¿Y qué más? ¿Se habrá perdido aquella compostura mesurada en las palabras, en el gesto, en todo el porte exterior? ¿Ninguna porción de ella pasará al espíritu, que es el único, siendo la parte principal del hombre, que va a quedarse ineducado y bárbaro, con un cuerpo sucio y bruto, apto y configurado para un cierto traje humano y social, para que al mismo tiempo no se muestre el aristócrata tal en su conversación exterior, no porque crea a los hombres dignos de aquel respeto y cortesía, sino porque piense que así parece bien en la claridad de su cuna; y que hable, y que gesticule, y que simule respeto por aquellos de quienes siente desdén, y que finja afecto para con aquellos a quienes profesa odio o los tiene en el descuido más absoluto, de modo que no fácilmente sabrás si a aquella disciplina y escuela de nobleza has de llamarla arrogante modestia o modesta arrogancia? Eso se les enseña: que un espíritu ensoberbecido represente la comedia del hombre más templado. No es ésta la formación propia específica para hombres en quienes lo que más vale en ellos, que es la razón, que nos hace hombres, para inculcar en ellos el concepto de la rectitud y de la honestidad, sino el amaestramiento propio de brutos, como el loro o el perro, cuya lengua y cuyo cuerpo torcemos y doblegamos a remedos verbales o a posturas corporales, que discrepan muy mucho del último sentir de su espíritu. ¡Cuánto más fácil y atinado es defender y ampliar la

nobleza por el mismo método que la hizo nacer, por manera que esa institución que se reveló, al emerger de las entrañas de la sociedad, haciendo bien, con hacer bien se conserve; y la misma autoridad que alcanzó sobre la masa, se vierta toda en bien de la masa, demostrando de esa manera su reconocimiento a quien tanto debe.

¿En qué consiste, dime, el honor, en opinión tuya? ¿Y cuál piensas que es su fruto? ¿En que se te quiten los chapeos, en que se te ceda el paso, en que se te doble la rodilla obligando a ello con títulos magníficos? ¿Qué conveniencia hay en que, persuadido tú de poseer una virtud que te hace merecedor de tal honra, creas que aquél es el provecho de la virtud y de la honra, y te esfuerces por conseguir aquella vanidad, vacía de toda cosa buena? *Por honor y por autoridad*, decía Crisipo, *en donde yo no tuviera ocasión de hacer bien, yo no levantara una paja del suelo*.

¡Oh, cuántas ocasiones de gloriosos y hermosos hechos dejan pasar los orondos personajes, autorizados ante los ojos del vulgo, mientras se contentan con aquella apariencia y sombra de honor! Con sólo el respeto que inspiran y con su sola majestad podrían apuntalar y sostener derechos y leyes, apaciguar contiendas, desterrar enemistades, cohibir y aquietar odios, fundar y establecer en la ciudad quietud, paz y amor y, en una palabra, conseguir en méritos de su sola autoridad unos efectos que muy difícilmente se conseguirían con las armas o con la fuerza brutal, si con una singular improbidad y malicia no lo refiriesen todo a sí mismos y a sus provechos propios, según costumbre y sentir de la secta de los epicúreos, a quienes no solamente reprueba y excluye la filosofía, sino que también está condenada por la Naturaleza, por la recia formación moral, por la misma vida. Temen algunos espíritus apocados que no sufra mengua su autoridad, si ponen su cuidado en tantos y en tantas cosas. ¡Cómo les engaña su opinión, que tanto difiere de la realidad! ¿De dónde puede granjearse autoridad más sólidamente establecida, como del hecho de que sean en número harto grande los que recuerdan con íntima gratitud que fueron beneficiados por ti, y que, mientras todos te ven en posesión de unos bienes o de la naturaleza, o frutos de tu personal industria o flor de tu reputación, los tienes aparejados para ayuda y alivio de muchos, de manera que juzgan que no tanto son bienes de una persona privada, sino de la colectividad, y cada uno los mira y los cuida y se afana por su conservación como si fueran propios? Y mientras el espíritu trabaje por zurcir la concordia, está segura la autoridad. Y si acaso esa autoridad anduviere a la deriva en medio del oleaje de malignas interpretaciones, saldrá del turbio trance más limpia y más lucida; e inviolable ya para siempre jamás navega blandamente hacia la seguridad del puerto. No ha sido Sócrates el único, ni Quinto Fabio Máximo, ni alguno de los grandes varones antiguos quien dió testimonio de esta verdad y dejó a la posteridad su alto ejemplo, sino que todos cuantos avanzan por el camino de la verdadera virtud llegaron a un paraje tal como no se hubieran atrevido a soñar en la más osada euforia de sus deseos. Es un hecho indestructible que más mira Dios por la virtud, que el hombre bueno mira por sí. ¡Oh, qué feo pecado cometen los personajes distinguidos que de esa

excelente ocasión no recogen más que un fruto efímero y para una obra de suma vanidad abusan del más hermoso de los instrumentos!

Y tú, que a manera de una providencia salvadora estás en condiciones de mirar por el bien de las gentes y de los pueblos, ¿te contentarás como con un cumplimiento total de tus deseos con que las gentes se descubran a tu presencia o se pongan en pie, y aquí te detendrás como en un puerto final de salud? ¿Y nosotros te llamaremos sabio y bueno y te preferiremos a nosotros mismos, cuando en las cosas que merecen estimación no andas muy distante de cualquier marinero de la chusma o de un esclavo para todo? ¿Y no te avergonzarás al ser saludado como todo un sabio, siendo así que andas tan lejos de sus obras? Depón esos nombres campanudos y estos honores solemnes con que te impones al mundo, si no tienes hombros para sostenerlos, si para ejecutar lo que ellos mandan te falta ánimo o te falta voluntad. ¡Vulgo necio! ¿Por qué le llamas sabio y bueno y le reverencias como tál, si experimentas que su sabiduría y bondad te ocasionan enojo y nunca provecho?

Pero pasemos a los superiores, porque, puesto que hemos de hablar de todos, no podemos decir mucho de cada uno, lo cual, por otra parte, no sería ni de este lugar ni de mi propósito. ¿Cuál es la disposición del superior para con el súbdito, y cuál el fin que se propone; qué le aconseja la razón, qué le dice la Naturaleza misma, para que tenga cuidado del súbdito como un fiel guardián, para que le preste atención, para que le vigile, para que quienes por él son regidos vivan su vida en quietud y paz, en consentimiento y concordia? A esa convivencia tienden todas las agrupaciones y asociaciones humanas; para esto, a este objeto la Naturaleza les dió la palabra; a esta finalidad se encamina el intercambio de todos los productos y la reciprocidad del comercio; para esto se promulgaron leyes, y se crearon magistrados, y se fundaron ciudades. Esta fué la causa primordial de la institución monárquica, para que el rey, puesto en el vértice de los poderes humanos, fuese el árbitro universal y el responsable de la paz pública, y con su gracia y favor se viviese en quietud y concordia en el recinto de unos mismos muros. El afán por crear disidencias entre unos ciudadanos y otros, irritar las voluntades, encender y fomentar los odios es tan propio del rey o del magistrado, como es propio del pastor degollar las ovejas o del que guarda las mieses prenderles fuego. El gobernante que desdeña extirpar las rivalidades de los suyos, como hierbas nocivas, hácese tirano cruel de príncipe justo y legítimo.

Eso lo sabemos no sólo los cristianos que sacamos el dechado humano del buen príncipe, de la equidad de Cristo y de la divina sabiduría y lo ponemos en alto para que exprese aquel principado prototípico o, al menos, porque ponga los pies en sus santas pisadas. Pero ni tampoco lo ignoraron los gentiles como Platón, Aristóteles y otros, que enseñaron que el rey se diferencia del tirano en que el rey cuida y fomenta la paz entre los ciudadanos y el tirano irrita los espíritus y siembra las semillas de la discordia, y así que brotaron a flor de tierra, favorece su crecimiento, y no tiene súbditos para gobernarlos, para mirar por su bien, que tranquilamente puede verlos en discordia, bien pre-

valiéndose de aquella lamentable coyuntura para despojarlos y arruinarlos, bien para holgarse en sus peleas como de gatos y perros o de gallos entre sí. ¿Es esto ser rey o príncipe de hombres tener a sus súbditos de la manera que nosotros poseemos manadas o piaras? El pueblo eligió al rey, al príncipe, para que administre justicia, para que sea defensor y patrono de las leyes y vínculo de concordia civil. Y en esto mismo le confirma Dios con la increíble y secreta fuerza de su majestad. ¿Por ventura la ley se promulgó para provocar la discordia entre los ciudadanos? ¿O es acaso Dios el autor de la disensión? ¿O más propiamente la ley no mira a otro fin que a la paz y a la tranquila y apacible convivencia de los ciudadanos, y Dios no manda otra cosa sino la caridad y la mutua bienquerencia? No solamente el magistrado y el príncipe, al posesionarse de la dignidad, juran la observancia de las leyes, sino que se le ponen nombres que le recuerdan que es el conciliador del afecto común, autor y nudo de concordia, custodio de la paz, de la quietud, del ocio sabroso y fecundo, pues se le llama pío, clemente, bienhechor, salvador y, especialmente, padre de la patria. Título ése el más augusto y que con mayor eficacia que ningún otro le avisa al príncipe de cuál es su deber, a fin de que entienda que lo tiene de profesar a sus súbditos el mismo amor que el padre o la madre tienen a sus hijos. Muchas y muy amargas son las calamidades que de los hijos pueden redundar en los padres, pero ninguna es para ellos más escocedora, ninguna más cruda, ninguna que les cause mayor aflicción y consternación como el verlos separados por mutuas enemistades. No hay dardo que traspase y transverbere con herida más mortal sus pechos, por endurecidos que estén y usados a toda suerte de golpes y preparados a cualesquiera eventualidades, como aquella saeta enherbolada que dije de los odios entre sus propios hijos. Este embate los derriba y aniquila, como si sus propias entrañas pugnasen entre sí. ¿Qué otra cosa son los hijos para sus padres, sino pedazos de sus entrañas mismas?

¿A qué aducir en confirmación de esto que digo ejemplos antiguos o recientes? ¿Releeré las viejas mitologías y hojearé las tragedias arcaicas para exponer qué gran dolor hubo Yocasta por la contienda mortal de sus dos hijos, Polinice y Eteocles? ¿Qué fué lo que mató de pura tristeza a Filipo, rey de Macedonia; qué lo que acabó con Severo, príncipe romano, sino los odios recíprocos de sus hijos y sus enconos mortales? Consérvase en Tito Livio una oración de Filipo, breve por cierto, pero asaz elocuente expresión de gran dolor, y como es verosímil que un padre lo sintiera en aquellas circunstancias. Pero de ese sentimiento, cada uno tiene experiencia personal. Y aun aquel que nunca tuvo hijos, ninguna necesidad tiene de consultar los viejos monumentos literarios ni las historias envejecidas. Pregúntelo a cualquiera de la plebe. De todos recibirá análoga respuesta. La Naturaleza, en este punto, no sufrió cambio; una es en todos los siglos, una y la misma que persevera siempre semejante a sí. ¿Y qué más diré? A los padres, a la hora de la muerte, después de haber dicho adiós a todos los halagos de este mundo y a todos sus cuidados, todavía un solo cuidado los acucia: el de dejar a sus hijos en paz y concordia. Por esto es que en casi todos los historiadores,

las oraciones todas de los moribundos se concretan y reducen a exhortar a la concordia, a la bienquerencia, al amor mutuo a sus hijos, si los dejan; a sus nietos y, por fin, a los que les están en lugar de hijos. Así Ciro *el Mayor*, en Jenofonte; así Micipsa, en Salustio. ¿Qué más? Aquella mujer juliense, cuya muerte narra Valerio Máximo, al punto de abandonar la vida por haber voluntariamente injerido una bebida emponzoñada, habiéndose despedido de todo lo humano con un supremo e irrevocable desdén, en aquel trance ambiguo entre la vida y la muerte, no tiene más preocupación que la de la concordia entre los suyos. Tal deben ser el ánimo, el criterio, la preocupación del rey y del magistrado para con aquellos a quienes gobierna, si en hecho de verdad es tal como se le llama, y no degeneró en bestia feroz. Si el ánimo del príncipe es generoso, déjase cautivar por los más altos y hermosos ejemplares a quien imite: tiene a Dios, tiene más cercano de sí y de la misma naturaleza a Jesucristo, quien en su exhortación suprema a sus discípulos recomendábales la unidad en el sentir y el amor auténtico y fraternal. Este, dijo, será mi distintivo; ésta será la señal por la cual entenderán los hombres que vosotros sois míos: el amor mutuo y los buenos deseos recíprocos. Y no solamente quiso que se tuviesen ese afecto entre sí, sino también para con los otros: *Amad*, les dijo, *a vuestros enemigos; orad por los que os atribulan y os persiguen.*

Y El mismo no se portó de tal manera que, contentándose con haberlo mandado, se sustrajese a la práctica de sus propios mandamientos. ¡Con qué caridad, con qué piedad abrazó a los suyos! ¡Con cuán diligente y minuciosa presteza arrancó todas las raicillas de discordia que nacían entre ellos! ¡Cómo conscientemente y con los ojos bien abiertos se ofreció a la muerte para alejar toda discordia de los suyos y ahogar en el júbilo de la paz la más encarnizada de las guerras y establecer y consolidar entre ellos una unión que no se pudiera romper!

A la vera del príncipe está el consejero, no solamente por el sitio y la autoridad, sino también por su influencia. No pocas veces es más poderoso e influyente que el príncipe mismo, puesto que ése, con muchísima frecuencia, es el titular del poder, mientras que el consejero tiene la efectividad. Cabeza del reino es el príncipe, a saber: el sentido, la voluntad, la conciencia, la razón de su pueblo. Así convendría que fuese y en hecho de verdad así sería, si las concupiscencias, si las pasiones no tuvieran tanto derecho y tanto dominio en cada uno de nosotros. En el estado actual queda por decir que el rey es la voluntad del reino, y el consejero es su entendimiento y su razón, y como lo dice el propio nombre, su consejo. De esto dió una imagen adecuada y expresiva aquel escritor político que dijo: *Más vale que sea malo el príncipe con buenos consejeros, que no que sea bueno con consejeros malos.* ¿Cuál es el deber del consejero? ¿Y cuál su oficio? (No es menester ninguna exposición teórica, larga y tomada de lejos; la realidad misma nos la enseña.) Su oficio es el mismo de la mente y de la razón en el ánimo: gobernar y cohibir la voluntad, enseñar lo mejor, apartar de lo malo, avisar, estimular a lo hermoso y a lo excelente, a todo género de honestidad y alabanza. ¡Qué monstruo sería y cuán fuera de la naturaleza de las cosas, si su propia razón, que aun el mismo Aristóteles, siendo pa-

gano, conoció que nos exhortaba siempre a lo mejor, nos aconsejara lo peor y el buen juicio del hombre y la sensatez de su mente le arrastrasen a la insensatez! Las guerras y las discordias nacen de la perturbación de las pasiones; la paz y la concordia son hijas de la razón y la mente. Si los consejeros incitan a la discordia, si la favorecen, reniegan de sí mismos; y con mejor acuerdo debieran llamarse corruptores que consultores. Si a las pasiones de los reyes, que de suyo son violentas, se añaden las pasiones encandecidas de los consejeros, con toda su autoridad y crédito, ¿qué incendio no provocarán? ¿Cuánta será la ruina? ¿Quién podrá detener el derrumbamiento? Si la trompeta que ha de tocar a retirada, es la que toca al ataque, ¿qué fin va a tener la lucha? Siendo el rey la fuente común donde todos van a beber y la panacea de la paz en la cual todos tienen fijas sus miradas, si meten ponzoña en ellas aquellos mismos que están destinados a conservarlas en su pureza y en su limpieza original, ¿quién podrá esperar para lo sucesivo siquiera una migaja de salud? ¡Qué campo tan anchuroso se abre ahora a nuestros ojos! No es éste el tiempo ni la oportunidad de recorrerlo, porque no tratamos de los deberes del consejero. Sigamos diciendo lo que hace a nuestro propósito.

Padre público es el príncipe y el magistrado; padre particular de unos pocos es el maestro; padre doméstico lo es el marido, que, por cierto, no carece del nombre de padre, pues se le llama padre de familia. Y si todos éstos abrigan un afecto y un sentido paternal para con aquellos a quienes rigen, ¿qué cosa pueden tener en más horror que las disensiones y el odio de los discípulos, de la esposa, de la familia, que vienen a ser una ceguera y una furia mental? El maestro y el preceptor, que tienen a su cargo la formación de las costumbres, según las normas de la modestia, de la moderación, de la templanza, de la humanidad, esto es, hacia una apacible tranquilidad espiritual con una suave blandura y benevolencia para con los otros, ¿qué pueden hacer que mayor congruencia tenga con su deber y profesión que exhortar, impeler hasta el límite de su posibilidad, con su consejo, con su mandato, con su autoridad de palabra y y de obra, porque sus discípulos se mantengan en amistad y concordia, no solamente entre sí, sino, también, para con los otros, por manera que las instrucciones que recibieron del maestro no las reduzcan a palabras hueras e ineficaces y a un cierto alarde de estéril pedantería, sino que las hagan carne y sangre suya a fin de que todos entiendan cuán grande sea la virtualidad de aquellas enseñanzas que no se evaporan en palabras y en humo leve, sino que calan en el alma profundamente y de la teoría pasan a la ejecución? Haciéndolo así el maestro habrá cumplido perfectamente con los deberes de su cargo y cosechará la mayor gloria y fruto de su magisterio, ora crea que merecen alguna atención las alabanzas humanas, ora, cosa que es propia del perfecto sabio, piense que ha de mirar más arriba y contentarse con el testimonio de su conciencia y esperar de Dios el premio imperecedero. Esta es la misión del maestro; ésta, la del filósofo; ésta, la del profesor de filosofía y de toda suerte de erudición. Toda erudición es un cierto cultivo del espíritu, por el cual nos despojamos de la salvajez y rudeza y de las costumbres duras, ásperas,

bárbaras e inhumanas y nos investimos de civilidad, de sociabilidad. Nada más alejado de toda formación literaria y cultural que las disensiones, las discordias, los odios, la malevolencia; nada más ajeno de las humanidades que la inhumanidad.

Para aguzar el ingenio de los niños y activar su inteligencia, no me cuesta mucho conceder que el maestro de su escuela organice y concierte escolares justas y certámenes amistosos; arrímelos él a la pelea inocente. Pero la porfía debe mantenerse exenta de toda acritud y de todo odio; pues si la cosa ha de pasar a querellas, a rencillas e insultos, es preferible atajar esta suerte de competencias, no sea que mientras se figuran granjear erudición, se abreven de veneno pernicioso. Y siendo así que toda erudición tiende a ser una cierta compostura del alma y adaptación a la virtud, con el fin de que purificado y cultivado el espíritu mediante la erudición se haga acomodado y digno de recibir la virtud, nosotros la convirtamos en escala e instrumento de todos los vicios y maldades. No hay crimen ni perversidad alguna a los cuales no abran el camino el odio y la discordia, por ser guía y padre de la soberbia de donde manan los crímenes todos. Todo lo dicho pone en evidencia que la industria y el cuidado del maestro deben desvelarse por inclinar a los discípulos a la benevolencia y al amor mutuo y arrancarles de toda acerbidad y odio con un celo no menor que el que ponen en instruirlos en aquellas artes y disciplinas que se comprometieron a enseñarles. Y se ha de advertir con sumo encarecimiento a los preceptores, sea cualquiera la edad de sus escolares, que si descubren en los niños, bien infuso por la Naturaleza, bien recibido por educación, o confirmado por la práctica, un principio de mansedumbre, de suavidad, de amabilidad, lo estimulen, lo fomenten, lo confirmen; no sea que sus blandos y tiernos ánimos, dóciles como la cera a tomar todas las formas, comiencen antes a querer mal que a querer simplemente y aprendan a odiar antes que a conocer y porque aquella masa blanda que poco a poco se va endureciendo, cuaje y se ponga prieta con el detestable gluten del odio. ¿Qué cosa hay más ajena de la razón, de la conciencia, del consejo recto y sano que ir desde el principio destilando gota a gota en los pechos noveles de los niños la amargura, la acidez, el tósigo que les acarreará muerte? Si es malvado a más no poder y digno no de un solo suplicio ni de una muerte sola, el que inficiona la semilla que ha de confiarse al surco, ¿qué pensáis que merecerá aquel que corrompiere con tan perversa iniciación esta semilla de la niñez, de la cual con el tiempo se han de levantar árboles corpulentos y cosechas mieses opimas? ¡Cuánto más valiera retener el niño en su casa que enviarlo a un lugar donde más pronto aprenderá a mal obrar que a saber a punto fijo lo que es el bien y lo que es el mal.

Tampoco al ardor inicial y al ímpetu del alma juvenil ha de estimulárseles con las aguijadas de la discordia. Esto es lo mismo que Pitágoras expresa con una fórmula enigmática: *Al fuego no se le ha de añadir la espada.* ¿Y qué edad es la que conviene más reprimir y refrenar, si es preciso con un bocado caballar de muy ásperos dientes de lobo, como aquella edad que, de suyo, no sabe estar quieta en ningún punto, y a la que su propio y natural hervor lanza a la discordia en carrera precipitada? Si a ese potro cerril,

alborotado y revoltoso le afloja las riendas el jinete, ¿adónde espera que irá a parar sino en algún profundísimo despeñadero, de donde ya nunca más podrá remontarse? Y el preceptor de los de edad avanzada, ¿qué hará? ¿Acaso éste, con el viento de su lengua pestilente, reavivará aquellos incendios desmedidos que extinguió el paso quedo y bienhechor de los años y volverá a la competición de las carreras ecuestres a aquel bridón cerrero que ha consumido ya la mayor parte del estadio? ¿Qué mayor decoro puede haber para aquella edad que la paz y el reposo del espíritu, la benevolencia para muchos, para con ninguno el odio y la disensión? ¿Por qué entra, pues, en las escuelas a tal edad? ¿Por qué, cuando le pesan ya los años, todavía se ejercita en el gimnasio? ¿Por qué se sienta en los bancos escolares el varón venerando por sus arrugas y sus canas sino por alcanzar con la beneficiosa ayuda de la disciplina lo que no pudo conseguir con el discurso del tiempo? ¿Y por qué tú le has de frustrar en esa aspiración tan justa y tan buena y le has de remitir de nuevo a su casa, peor de lo que vino a ti, maestro, que haces profesión y alarde de sabiduría, y estará tan lejos de obtener de tus enseñanzas algo de aquello que deseó, hasta el punto de que, si algo bueno le habían dejado, yendo días y viniendo días lo pierda mientras te oye? Así que el instructor del niño y del mozo que tomó sobre sí la misión no tanto de imbuir el pecho de su discípulo con su doctrina, como de educar su espíritu, formará y domesticará su discípulo a toda mansedumbre, humanidad y amor. Y el que formare discípulos de alguna edad, no solamente no echará chispa ninguna de enemistades en el corazón de su oyente, sino que si algunas de otra procedencia hubieren prendido en él, con el más afanoso cuidado trabajará por extinguirlas. Se persuadirá de que toda su erudición no penetrará jamás en el espíritu de su discípulo si esto no estuviere sosegado, sin que ningún bramido de tumultuosa borrasca interna turbe la serena voz del pedagogo e impida en él la eficacia de sus enseñanzas; celará cuidadosamente esa quietud y esa paz convencido de que serán vanos sus clamores si el pecho del alumno no se mantuviere sesgo y bonancible. ¿Para qué evocar ahora la añeja pedagogía de Pitágoras, cuya escuela no tanto era un ahincado estudio de las artes como una meditación asidua de la amistad? ¿Para qué evocar la escuela de Sócrates y la de Platón? Lo óptimo debe proponerse a la imitación de todos; tome de ello cada cual según fueren sus posibilidades, y no será poco lo que alcanzará si se lo propone con diligencia y buena fe. Cristo es este ejemplar prototípico. ¿Qué otra fué la asignatura única de esta escuela celestial sino la caridad? Y su descendimiento a nuestro bajo mundo, ¿qué otra cosa significó sino reconciliación, gracia y paz?

También el marido, por cuanto, como es razón, ama a su mujer, deseará y conseguirá en la medida posible que ande muy lejos de su espíritu aquella sangrienta cruz de los espíritus, el odio y las enemistades, y por cuanto se interesa por la prosperidad material de su casa y hacienda trabajará porque la servidumbre, desmoralizada y desgarrada por enconadas y suspicaces rivalidades, cumpla solícitamente sus deberes domésticos. El amor y el odio: he aquí las dos pasiones más poderosas del alma que sobre

ella ejercen su casi despótico señorío. El amor seducido por su propia suavidad y dulzura; y el odio rociado y saturado de su propia acerbidad esfuérzanse por atraer el alma a su terreno jurisdiccional con la pretensión de ponerla a su servicio exclusivo. Una vez que la pasión se ha incautado del alma, como en una ciudad al tiempo del cierre de los tribunales, cesan todas las actividades del espíritu y es sólo el odio quien funciona. Por esto, lo primero de que se deben precaver los que han de desempeñar algún cometido es no ser expulsados lejos de él por la batería del odio estacionada en su contra. Aquellos a quienes incumbe la obligación de despachar con honradez sus funciones específicas deben afanarse con la más viva diligencia, que son tranquilidad y calma, no afectados ni estorbados en manera alguna por el odio de las masas, con varonil decisión, obsesionadamente, por dedicarse a lo que deben.

Esta disposición es menester que tengan los superiores para con sus subordinados; los magistrados, los príncipes, los consejeros para con sus criados, los padres para con sus hijos, los amos para con sus dependientes, el marido para con su mujer, y, paralelamente, los vasallos para con el príncipe, los criados para con su señor, los discípulos para con su maestro. Tan conveniente es a los superiores que los subordinados se mantengan en su deber como a los subordinados que en su deber se mantengan los superiores; y a unos y otros es conveniente en grado sumo. No es posible que subsista en la sociedad humana aquel concierto y aquella armonía ideal, si cada uno de los individuos no cumple para con el otro puntualmente y de buena fe su deber y su función privativa. Y así como esa compostura y concierto del universo mundo desaparecerían como por ensalmo si el cielo dejase de ejercer sobre la tierra su influencia saludable, o la tierra dejase de recibirla y transformarla y repartirla para utilidad de los mortales, así también en el régimen político de la ciudad y en el régimen doméstico y económico de cualquier casa, por fuerza quedará disuelta esta armoniosa concordia si el que ejerce su presidencia y gobierno, por atender a otros cuidados perturbadores, aparta su puño del timón, y el que lo tiene sujeto no obedece con toda la fuerza de su convencimiento a la voz y a la voluntad del gobernante.

De ahí proviene, con una reiteración lamentable, que en justo castigo de la malicia que el mismo que creó y alimentó enemistades entre algunos, de tal manera exasperó los espíritus contra sí mismo que descarga en cualesquiera el ímpetu de sus almas irritadas y aun sobre los mismos causantes de la disensión y azuzadores de aquellas luchas de gladiadores, no de otra guisa que las bestias feroces azuzadas e irritadas ejecutan su saña en sus mismos domadores, y el fuego que ha prendido bravamente arroja sus centellas contra el rostro de aquellos que lo encendieron y avivaron con sus soplos. Arreo vemos acontecer este fenómeno político en ciudades y reinos, y en el terreno privado, en vecindades y en casas.

Por todas estas razones, el padre de familia fomentará en su casa la concordia porque todos sean más diligentes, en su oficio, recordando aquella sabia sentencia que, según San Jerónimo, fué formulada por Pitágoras: *Hay que desterrar y abolir, por los medios que sean, la enfermedad del cuerpo, la ignorancia*

del alma, la lujuria del vientre, la sedición de la ciudad, la discordia de la casa y, en términos generales, la destemplanza en todas las cosas.

Daña grandemente la autoridad pública la existencia en la casa de discordias y rencillas. ¿Quién va a creer que sabrá mantener en unanimidad y en paz a la ciudad aquel que no puede gobernar su propia casa? Esforzándose Filipo, rey de Macedonia, para retornar a la convivencia pacífica a los pueblos de la Grecia, escindidos y rotos de disensiones, y habiendo el leontino Gorgias, en una olimpíada, leído en recitación pública un libro compuesto primorosamente sobre la concordia de los griegos, ambos a dos fueron rechazados y escarnecidos por el pueblo, porque trataban de imponer por razones habladas la concordia ajena quienes no podían establecerla en sus propios domicilios. Es de saber que el rey tenía en su casa disidentes a su hijo y a su mujer, y el orador tenía liadas en pelamesa perpetua a su mujer y a su criada; y no se llegaban a convencer aquellos griegos recelosos y sagaces que sus querellas, pendencias y discordias pudieron obtener una razonable compostura de unos hombres que no habían apaciguado las que ellos tenían en sus casas particulares ni con su autoridad ni con su manderecha

Los súbditos deben desear favorecer tanto las disensiones de los príncipes como los miembros humanos desean que la cabeza sienta el fiero dolor de una jaqueca aguda. Los príncipes, distraídos de su deber por preocupaciones guerreras por ellas absorbidos, ni tienen holgura para gobernar la república, ni para entender en causas privadas, ni para oír las reclamaciones que cada uno de sus súbditos le eleva como los hijos a su padre. Sañudo y erizado anda el ánimo del rey en período de guerra y se embravece y se pone más fiero de día en día, ora inflija derrotas, ora las encaje, y se le antoja ser intolerable descomedimiento que le lleven querellas privadas en circunstancias en que él, empeñado en lucha crítica, combate peligrosamente por su vida, por su salud, por su gobierno, por una porción de su soberanía. Y muéstrase no menos feroz y cerrado a toda idea de paz y de vida civil como si alguien quisiera poner freno al caballo que lucha con otro caballo, su igual y su rival, por la posesión de la yegua y tranquilamente devolverle a la usada y dura labranza.

Y en los súbditos, ¿qué locura no es desear la guerra por el motivo que fuere y no sentir escalofrío en sus carnes a ese solo nombre fatídico, siendo así que la guerra es para todos fuente y manantial de todo linaje de calamidades y males los más fieros? Para todos, dije; pero debo exceptuar a unos pocos, a saber, a los ladrones, desalmados y abrumados de crímenes, quienes, en régimen jurídico de normalidad, no podrían prometerse ni siquiera veinticuatro horas de vida. Debieran más bien esos vasallos belicosos, salva siempre la majestad y la reverencia al magistrado y al príncipe, afanarse y porfiar con toda cuanta autoridad tuvieren y con toda la fuerza de su persuasión, y de sus avisos y de sus exhortaciones y sus ruegos y, en una palabra, con todos cuantos recursos es de razón y justicia que utilice el súbdito con su superior y el hijo con su padre, para restituir a su príncipe y rector de su comunidad cívica de aquel bravío oleaje de odios a la segura tranquilidad de la paz, a fin de que el bienestar y sosiego de la cabeza,

por derivación, se propaguen a los otros miembros.

Y el hijo, ¿qué tiene que hacer? ¿Puede conceptuarse piadoso hijo el que en su padre, contra quien fuere, anhela o fomente el odio, que es la más cruel dolencia del alma que puede desearle? Lo que debiera hacer si en el padre se manifestare la existencia de tal enfermedad, sería procurar su curación desterrando pasión tan insana con el mismo cuidado afanoso que otra cualquiera enfermedad física peligrosa. ¿Puede sufrir el buen hijo ver a su padre agitado, engolfado en aquellas ondas y aquel alboroto pasional de su corazón cegado por la cerrazón de su mente, acosado por aquellos malos humores y furias desaforadas? ¿Qué es el odio sino el complejo de todas estas turbulencias?

Y los discípulos, ¿qué pueden beber de recto, de sano o de provechoso en una fuente en que el odio vertió su ponzoña? ¿Quién es el caminante tan loco que queriendo aliviar su sed en algún manantial no purifica, hasta donde está en su mano, el agua sucia y clarifica la turbia y barrosa que ha de injerir, porque en vez de aliviarle, no le cause daño?

Ya expuse yo en otro lugar cómo no hay erudición que pueda percibirse o retenerse o comunicarse a los otros, sin la paz y el sosiego del espíritu.

Y de la esposa, ¿qué diremos? ¿Abusará de su marido como de un rufián y le hará instrumento de su ligereza para saciar su odio o satisfacer alguna otra pasión? ¡Mala hembra aquella que aguija y espolea a su marido a la enemistad! ¡Marido alcahuetado aquel marido que se presta a servir el mujeril despecho! ¿Cómo podrá gozar de marido benevolente y como lo deseó, si le tuviere picado por el tábano de las enemistades, hecho un fuego, enajenado por la obsesión de saciar su ira? ¿Y qué más? Toda cuanta acerba cólera hubiere acumulado, la verterá a borbotones encima del primero con quien topare, y ello con tanta mayor destemplanza y acritud cuanto mayor sea su convicción de que es cosa que le está permitida, como al marido sobre la mujer y al señor sobre los criados; como cuando el jinete, montado en cólera, sube al caballo y no perdona ni espuelas, ni freno ni puños, ni hierro, si lo tiene a mano, y desfoga todos los hervores de su sangre en el mísero e inocente animal cuando éste, por su desgracia, está al alcance del irritado. No sin razón Plutarco enseña que de ninguna otra cosa se han de guardar ni esquivar de ningún otro percance los siervos como del enojo de su dueño; de ninguna otra perturbación de su mente les amenaza daño mayor, aun cuando su enojo, tuviera otros motivos.

En la vecindad, en la ciudad, ¿qué cosa más sabrosa hay, ni más amable, ni más placentera, que la difusión de una concordia, que es como el sereno y apacible ambiente que envuelve y baña un risueño paisaje primaveral? Todo sonríe, todo halaga, todo convida, todo invita a la tranquila fruición. Y así vemos que muchos hombres de harto buen seso y de experiencia, que tras luengos viajes por tierra y por mar, dando al olvido su patria y todas sus relaciones de familia, hacen alto y se detienen, y ponen fin a sus peregrinaciones, y se instalan para vivir definitivamente, allí donde la vida discurre en quietud y apacibilidad, bien por sus costumbres y su policía, bien por la amable dulzura del carácter de sus habitantes. Allí creen tener su patria, allí sus pa-

dres, allí sus prendas caras y sus dulces nombres, donde se rinde culto a la justicia, a la paz y a la concordia. Y allí creen tener su destierro donde el ciudadano molesta al ciudadano o al advenedizo; donde el vecino curioso o turbulento causa enojo al vecino; donde inquiete el ánimo el pariente, el amigo, el conocido a medias, el perfecto desconocido y le arranque de aquel reposo. No solamente es insufrible soportar esto, sino que verlo o contemplarlo en espectáculo tan desabrido, que muchos prefieren abandonar sus casas y la patria suya, que también lo fué de sus antepasados, y emigrar a lejas tierras, donde sus sentidos no puedan percibir aquellas sensaciones tan ingratas: ni la vista, ni el oído, ni el entendimiento, en fin, ni noticia alguna, en absoluto.

¿Quién puede ver con gusto las disensiones de los ciudadanos o de los vecinos, sabiendo que aquella tempestad, de golpe, o poco a poco, un día u otro, le envolverá a él? ¿Es posible que haya un hombre a quien contenten tanto las desavenencias ajenas que promueva borrascas en el mismo mar en que él anda engolfado? ¿Qué otra cosa es la ciudad, qué otra cosa es la vecindad, sino el mismo mar, el mismo camino, el mismo buque que lleva a una vecinos y moradores? ¿Quién es capaz de contar esas siniestras interpretaciones, de cuántos males son en la ciudad causa y origen y de cuántas rivalidades, odios, pleitos, rencillas y luchas? No hay cosa tan recta, tan sencilla, tan circunspecta que pueda uno decir o hacer, que luego al punto no sea por los otros tomada a mala parte, con aquella misma fórmula de interpretación que él enseñó; maestro pésimo para con los otros y, en definitiva, pésimo también para sí mismo.

El amigo que apetece ver discorde a su amigo, el amigo que con todos los recursos que tiene a mano no se esfuerza por reconciliarle con su adversario, fuerza es que no sea amigo ni que ame siquiera, ni que las adversidades del amigo le impresionen o le afecten, sino que está envenenado o por el tóxico de una amistad fingida para sus conveniencias y provechos, o por el de una malicia, según la cual no tanto desea tener un amigo como a un instrumento de las ajenas enemistades, como un esclavo, por fin, a quien agobiar, a quien mandar lo que se le antoje, obligado por una necesidad inmediata, porque ha menester de su asistencia y socorro, temeroso de no ser abandonado por el amigo en circunstancias críticas.

Los hombres de temple recio, puesto que su magnánimo pecho está atento y alerta que a nadie se haga injuria, no tanto deben procurar rechazarla una vez que fuere hecha como prevenir que no se haga en absoluto; no de otra manera que los justos, en quienes no parece tan bien desear el castigo de los transgresores, como que no se cometa la transgresión. Este es el cometido que a sí mismas las leyes se asignaron; a eso se esfuerzan por dar medicina y remedio: que nadie dañe a nadie; que no turbe la paz, que no alborote la quietud; proporcionar antídoto contra las posibles enfermedades, porque la salud no sea alterada. Si esos hombres recios de temple buscan campo a propósito para poner a prueba su reciedumbre, ¿dónde lo encontrarán mejor que saliendo al encuentro de los males que puedan producirse, apartando las injurias que cunden a la callada, porque no se manifiesten ni

existan? ¿Es poco el trabajo que el médico se toma al trabajar en un organismo de salud precaria, porque la enfermedad no prenda y cunda?

No es propio de hombre fuerte ni de espíritu elevado y grande desear adversidades en que ejercitarse y en cuya doma y vencimiento se vaya limpiando de aquella herrumbre que cría la virtud ociosa, sino cuando se presentaren por puro azar o por culpa de los vicios y maldades de los hombres, luchar con ellos a brazo partido y con grande presencia de alma. El varón fuerte soporta la adversidad, no la elige. El que quiere que relumbre su virtud, ése busca ojos que vean aquella lumbre. El que no presenta sus claros hechos a los ojos de la conciencia, sino de los hombres, es más jactancioso que bueno, y actúa con esforzado brazo por amor de la alabanza, no de la virtud. Desear la guerra y la discordia, porque aquella rabia y carnicería te den placer, ¿qué cosa más atroz y bestial que cebar de sangre los ojos y con inhumanidad dar recreación y deleite al alma humana? Y si va por el botín, ¿qué cosa hay de mayor avaricia y más propia del más cruel de los ladrones, que se complace en el degüello, no contentándose con el despojo? En ese linaje de inhumanidad los hay que tienen una humanidad relativa, porque fuera del despojo no pretenden ya a otro provecho ulterior.

Y si de la gloria hicieres la finalidad de la discordia y de la güerra, ¿qué cosa de más estúpida crueldad o de vanidad más sangrienta, si a través de abominables hazañas pretendes ganar fama de valeroso y de bueno? Y si con ansias tan vivas andas en pos de ese renombre de valeroso o no puedes conseguir que se esté queda esa tan fogosa actividad tuya, no te quejes de no tener materia en qué ocuparla; no salgas ni divagues fuera de ti mismo. Quizá no tengas siempre cosa que hacer fuera de casa; dentro de casa, quehaceres no te van a faltar; vuelve a ti, enciérrate dentro de ti, sitiado y combatido como estás por tantos embustes de la Fortuna, por tantas incomodidades de la Naturaleza, por flaqueza tanta, por tantas enfermedades, por tanto desenfreno de tu espíritu, esclavo de muy crueles y muy importunos tiranos que le hostigan con sus aguijones y le muelen con sus trallazos. ¿Por qué acudes a propugnar o expugnar una ajena plaza fuerte, a trueque de abandonar tu alcázar interior, cercado y muy al cabo ya de sus posibilidades de resistencia? ¿Asistes con tu socorro a la ajena esposa y a los hijos ajenos, al tiempo que tus hijos y tu mujer imploran tu asistencia? ¿No puede el varón fuerte resignarse a la inactividad y se preocupa de unos alborotos que no le importan y se ofrece por jefe de un hogar ajeno, cuando en el suyo propio el enemigo lo arrebaña todo y ya lanza al techo teas encendidas?

¿Pídesme que yo te dé materia en que ocupar tus recias actividades, tú, que tienes en ti mismo un enemigo incansable? ¿Piensas que existe alguna mayor fortaleza, o siendo español buscas en Italia otros franceses, o siendo francés, otros españoles, que tu propio espíritu, que está trabado contigo siempre, es decir, con tu mente, con tu juicio, con tu razón, es a saber: con el mismo hombre andas metido en una lucha sin tregua ni piedad? Guárdate de pensar que haya cosa alguna que pueda acarrearte gloria mayor ni más grande renombre de esforzado que ese triunfo sobre ti mismo. Esa rara gloria no llegaron a conseguirla ni

aun los varones bélicos que sojuzgaron gentes y pueblos. ¡Qué ruin, qué flaco era aquel famoso Aquiles homérico, y cuán poco digno de la recia personalidad que Homero le atribuye, que tras haber ganado a Tebas de Cilicia, después de haber ganado a Chipre y conseguido muchas y muy insignes victorias, vencido y derribado por una injuria harto pequeñuela, no puede erguirse de su postración, ni con embajadas de reyes muy amigos suyos, ni con súplicas, ni con dádivas, ni a vista de la angustiosa crisis en que se debate su pueblo! ¿Y qué otra cosa demuestra ese oprobioso vencimiento, sino que Aquiles estaba derrotado y quebrantado por una pasión suya que nc podía dominar y contra la cual carecía de energía para empuñar las armas? ¿Qué fué lo que venció a Alejandro, por quien tantos otros fueron vencidos, sino el enemigo que llevaba dentro de sí? Es ésta una victoria rara, difícil, digna de admiración. La gloria que con ella se granjea impresiona con más fuerza el ánimo de los hombres y proporciona una más robusta inmortalidad que la que se gana con matanzas y con crueldades. Tarea propia es de los fuertes y que de hombros arriba se elevan por encima de los otros, procurar la paz propia y la paz ajena y consumir en ese empeño generoso toda su briosa fortaleza y el prestigio de su autoridad para que reinen la quietud y la concordia, y crean las gentes que aquella su vigorosa reciedumbre no es sino prenda de paz y de justicia y su robusta garantía pública. ¿Qué es lo que más vale: imponer la paz después de la guerra con las armas en la mano, o aplastar con tu autoridad una guerra naciente y echando en ella mano devolver a su ciudad la paz fugitiva y a punto de ceder a la presión de los espíritus exaltados y exacerbados por el odio? Cierto es que tú reñiste una guerra y otra, y eres autor de una y otra paz; pero es tanto más deseable aquella guerra incruenta, cuanto se terminó sin peligro tuyo y sin el sacrificio de nadie, y tanto más hermosa y más gloriosa cuanto es más glorioso y más hermoso llevar a cabo brillantes hazañas, dignas de alabanza grande, con los recursos morales que con las fuerzas brutales. El espíritu es quien nos hace hombres; por el cuerpo, bien poco es lo que nos diferenciamos de las bestias. No en fuerza física ni en celeridad, por hiperbólicas que fueren, podemos parearnos con muchos animales brutos, como ellos no podrán jamás igualarse con nosotros en ingenio, en inteligencia, en virtud. Estas facultades son propias de los hombres; en virtud de ellas, los que son alabados merecieron unos loores dignos de los varones eminentes.

Los militares piden que se les coloque en la categoría de los varones esforzados. Dos son las especies en esa categoría: la de aquellos que por la soldada siguen las banderas, y los que de las ciudades se acogieron a los campamentos como a un asilo de la holgazanería y de la impunidad. Entre esos últimos y los verdugos u otros bribones no veo yo qué diferencia existe. Los hay algunos, raros, sí; pero de todas maneras los hay que ofrecieron su brazo, sus armas, sus cuerpos a la salud de la república y del príncipe. A esos tales, la honradez obliga a conceptuarlos como tutores y custodios de la república, o, al menos, de la cabeza y del alma de la república, que es el príncipe. Esos soldados beneméritos no ignoran que la república viene a ser como una

aglutinación de ciudadanos mediante la justicia. La ciudad no es otra cosa que un convento, en su sentido jurídico de hombres, constituído y corroborado por la ley y la justicia. Si los militares quieren permanecer en el sitio que se les asignó, si quieren quedarse en sus cuarteles y conservar aquello que se comprometieron a tutelar y defender, fuerza es que presten asistencia a la justicia, al derecho, a la ley; que fomenten, conserven, propugnen la paz, la quietud, la concordia, adonde tienden la intención, el sentido, las palabras, la justicia en suma, y constituyen el fin de todas las obras de justicia. Si ello es así, piensen los militares que todo cuanto dije de los varones esforzados, para ellos fué dicho.

El hombre instruído, ¿qué otra asignatura estudia en la escuela sino la de despojarse de su rudeza original, cuanto se lo permitiere lo aprendido, y de aquella su ceguera bastante nativa, vicios todos éstos que el mal sembró en los espíritus humanos? ¿Y qué cosa más bárbara hay que gozar con enemistades, con pugnas, comprometiendo en la crueldad almas y cuerpos a la vez? Exento y libre de tamaños males y dolencias, el espíritu se forma y habitúa a la mansedumbre y a la humanidad. De ahí es que los antiguos, a la instrucción en las buenas letras, llamábanla letras de humanidad. ¿Y es espectáculo digno de esa formación humana ver en hombres lo que es propio de bestias: disensiones, rivalidades, odios, rabia de fieras salvajinas? ¡Cómo es mucho más indecoroso en un hombre instruído el abstenerse de laborar en el bien común, que no en quienquiera del vulgo y de la masa raez de los analfabetos!

¿Adónde va, pues, el conocimiento de verdades tan grandes? ¿Adónde, la agudeza de tantos argumentos? ¿Adónde, tan graves pensamientos, tantos dichos, tantas respuestas sobre la paz, sobre la concordia, sobre la guerra? ¿Adónde, raudal tan copioso de elocuencia y la autoridad que se gana por medio de tamaños bienes? ¿En qué empresa se van a consumir caudales y riquezas tan insignes? ¿Por ventura, en excitar y alimentar disensiones, por recaer de nuevo en aquello mismo para huir de lo cual te acogiste a la escuela como a un puerto de seguridad? ¿Por ventura para hacer acopio de fama y de respeto entre los hombres? ¿Qué obra hay más fea y más ajena de la facultad de esos instrumentos? ¿Acaso no demuestran esas mismas cosas claramente y dicen a voz en cuello que por la Naturaleza o por Dios fueron comunicadas a los hombres para el bien de los hombres? ¿No quieren por ventura, no piden, no reclaman por propio derecho, no porfían en que se les utilice y ejercite en zurcir y reparar la concordia y mantenerla? ¿Qué otra cosa más grande o mejor puede hacer el hombre docto o más congruente con aquellas admirables preseas del ingenio? ¿En qué empeño mayor y más digno va a ejercitarse aquel acumen de ingenio y de juicio, aquella abundancia y variedad de cosas, aquel conocimiento de la Naturaleza y de los monumentos de la antigüedad, aquella afluencia de lenguaje diserto y aliñado? ¿Para hacer comentarios improcedentes sobre la locura e impiedad de los dioses, para celebrar los antiguos y los modernos latrocinios, y consignar con ansiosa minuciosidad los tiempos en que se cometieron, o para tejer y destejer sutilezas académicas y telarañas de disputas hueras? ¿Acaso para averi-

guar lo que no averiguará, y en caso de que lo averiguare, no tendrá aplicación práctica a la vida? Recórralo todo, si quisiere, el hombre provisto de tan ricos dones de Dios, y no hallará nada que esté más en consonancia con sus facultades que exhortar e impeler, con el máximo interés que pudiere, los hombres a la concordia; esto es, a elevarlos a cierta semejanza y unión con Dios y traerlos de la jurisdicción del diablo a la parte de Dios. Esto es, en fin de cuentas, cumplir con su deber de hombre instruído y sabio, con el cual rinde servicio a aquellos a quienes Dios quiso que lo rindiera con facultades tan grandes como le atribuyó, y en la medida que puede, presta homenaje de gratitud a Aquel de quien recibió dones tan bellos y tan maravillosos.

Mas el hombre bueno, con su ingénita mansedumbre, odiará y detestará las enemistades, como manantial y vivero que son de todos los vicios; y su propia bondad le sugerirá la idea de ser útil a muchos, hasta el punto que, en viéndose el hombre más feliz porque está exento de odio, de ira, de enemistades, luego de haber conseguido la virtud y, gracias a ella, una increíble tranquilidad y paz espiritual, experimentará el deseo de llevar a los otros adonde llegó él. No es, en modo alguno, envidioso el natural del hombre bueno, ni hubiera ser más miserable que él, si habiendo conseguido la felicidad por la virtud, envidiara a los otros unos bienes semejantes a los que él posee, si sintiera el recelo ruin de que otro subiese al puesto que él escaló. Compadecerá, pues, a los que están separados por disensiones el que supiere de cuán grande bien se privan, a saber: de la quietud y de la concordia, y pondrá el mayor afán en eximirlos de tamaña desventura.

Síguese ahora estudiar la autoridad divina. Antes de comenzar a hablar de ella, querría yo que quien halla complacencia en la discordia o la provoca y le comunica aliento y bríos, ponga los ojos en la discordia misma y en sí mismo, que la ocasionó. ¿Quieres tú, por un recelo baladí o por una torcida pasión tuya, que se separen y se desgajen los que están unidos por los lazos de la religión, de las leyes, de la ciudadanía? ¿Quieres tú que se disgreguen los que forman una misma grey y constituyen un mismo colegio, una misma cofradía y profesan unos mismos estudios y practican unas mismas artes? ¿Exiges tú que el amigo odie al amigo, el maestro al discípulo o, al revés, el discípulo al maestro? ¿Quieres tú que el hermano se ensañe contra el hermano y que la madre quiera mal al fruto de su vientre? ¿Qué pretendes? ¿Qué pides? ¿Qué deseas? ¿Qué intentas? ¡Oh impío! ¡Oh malvado, porque tal esperas, o porque tal deseas, o porque tal emprendes. *Seis cosas son*—dice el Sabio—*las que aborrece el Señor: ojos altaneros, lengua mentirosa, manos que derraman sangre inocente, corazón que maquina designios pésimos, pies veloces para correr al mal, testigo falso que profiere mentiras; pero más que todas, detesta la séptima: a aquel que siembra discordias entre hermanos.* ¿Por ventura tiene alguno hermanos más ciertos y más legítimos que aquellos a quienes Dios engendró y reengendró Cristo de modo que tienen con nombre doble un Padre común? Aquel que provoca y azuza los espíritus tranquilos y apaciguados al alboroto motinesco y a las enemistades hace lo mismo que el que en una muchedumbre apeñuscada lanza un dardo

enherbolado, sin saber en quién dará; trata de enfrentar el uno contra el otro a dos contrincantes que verá con gusto cómo luchan entre sí; envuelve en el remolino de una misma pendencia al padre, al hermano, al hijo, seres los más amigables, los más caros que debiera desear ver tan lejos como fuese posible de toda colisión y molestia recíproca, y aun no raras veces se lía en la contienda a sí mismo, y se pierde en la misma polvareda.

Ciega es la pasión de excitar discordias y nada previsora de desastres. Si abriera los ojos y como en una tabla viera pintados aquellos males que nacen de la guerra y los que provienen aún de las disidencias y odios privados, rapiñas, saqueos, violencias, incendios, ruinas, carnicería, como expliqué en el libro tercero *De la concordia*, no creo yo que haya nadie que esté tan imbuído en esa desalmada ferocidad que quisiere prender en ningún espíritu la llama sombría del odio y de las enemistades. ¡Dios inmortal! ¿Es posible que exista un solo hombre a quien, al recordar que él fué el autor, fué el origen y la causa de males tan fieros, le quede en reserva una centella de ilusión que le pueda hacer la vida ulterior amable y por la que le sea grato ese aire que él contaminó primeramente con sus bellacas maquinaciones y luego con sus hazañas detestables? Y, con todo, propio es del hombre prever lo venidero y tener la mira puesta en el fin. Por esa cualidad nos diferenciamos de los animales irracionales, que con la cabeza gacha no ven más que lo actual y viven esclavos del vientre. Mas el hombre, puesto en pie, otea lo que está por venir; no vive en la servidumbre de los placeres del cuerpo y de las pasiones del alma, sino que obedece al juicio, al consejo, a la razón, a la virtud. El que vive de otra manera tiene rostro y apariencia de hombre, pero instinto y costumbres de bestia que con temerario ímpetu se abalanza a la perdición ajena y a la propia.

Dime, por favor: ¿qué deleite puede haber en contemplar la discordia, siendo así que en la vista de la concordia reside el placer más puro y más subido? Para confirmación de esta verdad, no conviene aducir el testimonio de aquellos a quienes su tenor de vida embotó la vivacidad de su juicio, como a quien arde en fiebre no le consultamos acerca de los sabores ni consultamos acerca de los colores a quien tiene los ojos viciados. El malo tiene tan averiado por la malicia su equilibrio mental, como el enfermo sus sentidos corporales. El hombre bueno es la medida de todo, como agudamente definió Aristóteles de lo recto, porque es el censor de sí y de lo torcido, mas lo torcido y corvo ni lo es de sí ni de lo recto.

¿Y cuál es, en resumen, la opinión de los buenos acerca de la concordia y de la discordia? Pídasela a todos, y todos a una voz responderán no haber cosa más grata ni más sabrosa ni más apacible que la vista de los hombres concordes y bien avenidos; ni visión más tétrica, más horrible ni más para execrar que los odios, que la acerbidad, que el encono sombrío de los espíritus; que el espectáculo de la concordia es muy semejante a la deleitosa apacibilidad del verano nuevo, cuando lozanea el mundo, cuando florece, cuando sonríe, y que el ceño torvo de la discordia es como el mar sañudo y los vientos bravos y el cielo derrocándose en tronidos, en centellas, en diluvio.

Pase ya el hombre poco a poco de lo humano a lo divino, de lo te-

rreno, a lo celestial; repose los ojos en las Sagradas Letras y en los libros de nuestra religión; a saber: aquellos oráculos que el mismo Dios, Hacedor del mundo, se dignó dictar para el género humano. Y estos oráculos, ¿qué otra cosa son sino como un venero de paz, de concordia, de unanimidad y de amor mutuo de todos los hombres entre sí? Por eso el Espíritu Santo, cuya inspiración alienta en aquellas páginas adorables, fué visto por humanos ojos en figura de fuego, porque no respiraba más que una caridad ardiente que consumiera y limpiara las ateridas sordideces de nuestras almas. Y si los que son los intérpretes de aquellos libros y del soplo ígneo que los vivifica, es decir, de aquel amor purísimo, propinan de tan claros hontanares de salud aguas emponzoñadas y las beben ellos y las dan de beber a los otros, ¿huirá la salud de ese mundo como emigró la justicia al decir de los poetas, que no mienten en ese punto? Si son ellos quienes suscitan o acrecientan o fomentan o disimulan las enemistades y los odios; si los centinelas duermen; si son los rabadanes quienes introducen los lobos o los contemplan impasibles; si la sal de la tierra se infatuare, ¿cómo le devolveremos el sabor? ¿Adónde nos iremos a refugiar si la perdición anduviere revuelta y confundida con la salud?

Y los exegetas de los Libros Santos que exponen y explican a sus hermanos ignorantes sus abstrusos y recónditos misterios y registran el sublime sentido espiritual en monumentos literarios, para provecho y uso de los presentes y de los venideros, ¿a qué atienden? ¿Desean la vocinglera aprobación de una fama incierta, inmerecida, pasajera o la expresa aprobación de Cristo para siempre jamás, que constituye el más hermoso galardón del más hermoso de los apostolados?

¿Y si estos grandes hombres para con quienes el género humano tiene una deuda impagable, así como elevaron sus ingenios a alturas soberanas, hubieren levantado sus afectos a magníficas y gloriosas aspiraciones, atajaran todos los odios y todas las enemistades, para que, insistiendo en las mismas huellas de aquel soberano Maestro y Predicador de nuestra bienaventuranza, a fuer de discípulos, se hagan aprobar de tan grande preceptor y a guisa de soldados bisoños de tan ínclito caudillo?

Traigan siempre en las mientes todos los sacerdotes con cuán glorioso título los distinguió el apóstol San Pablo, al osar llamarles coadjutores y cooperadores de Cristo Jesús. Pues bien: la obra maestra, la obra única de Cristo es la paz y la reconciliación de la mortífera discordia. Entonces recordarán ser de verdad apóstoles, es decir, enviados. Enviados, ¿a qué? Decláralo el mismo que les envía: *Id*—dice—, *predicad el Evangelio a toda criatura.* Evangelio quiere decir: Buen anuncio. No hay anuncio mejor, no hay anuncio más fausto que el que trae paz. Así está escrito en las profecías de Isaías: *¡Cuán hermosos son sobre los montes los pies del que anuncia y predica la salud!* En poquísimas palabras compendia y cifra el ministerio sacerdotal, mientras coloca a los sagrados predicadores en la altura para la inteligencia y la libertad de la predicación, y demuestra que tienen sueltos y ágiles sus pies, e indícales lo que tienen que enseñar; a saber: la paz y la salud. Así predicó Cristo, cabeza, maestro, dechado de predicadores; así predicaron los Apóstoles,

imitándole a El. Esta es la norma de la predicación entregada, como quien dice, de mano en mano; a saber: que de ningún crimen con solicitud mayor aparten a los suyos como de las disensiones, y que ninguna virtud les inculquen con mayor ahinco como la caridad mutua. Este es el principal capítulo de nuestra santa religión, y no será por otro camino como llegaremos felizmente al término de nuestro viaje. Por eso, aquí se cifran todos los sacramentos y los misterios de nuestra religión.

No ignoren, pues, los sacerdotes que son los intérpretes y como los árbitros de la paz, de los hombres entre sí y de los hombres con Dios, como vicarios que son de Cristo y que oyeron de su boca en el momento de ser enviados a esa misión: *Todo lo que ligares sobre la tierra ligado quedará en los cielos.* Y en otro lugar les dice, como quien les da instrucciones para desempeñar su cometido: *Recibid el Espíritu Santo; a quienes perdonareis los pecados, perdonados les serán, y a quienes los retuviereis, retenidos les serán.* Pues bien: acerca de la paz y de la concordia, los sacerdotes oigan mucho, lean mucho, mediten mucho, comenten mucho; persuadan la paz, exhórtenla, tráiganla a empujones; apóyenla con razones eficacísimas, que no se peguen someramente al entendimiento, que no se las lleve al vuelo un aire leve, sino que escarben muy en lo profundo, que dejen muy hincado el aguijón en las entrañas del auditorio como los viejos autores de comedias cuentan que lo hizo Pericles sumo orador ateniense; tomen la iniciativa de que los fieles asistan con frecuencia a los sermones que se predicaren sobre la paz, que no lean sino los libros de quienes exhortaron a la paz y al buen concierto de los espíritus y condenaron enérgicamente las disensiones, ora fueren autores paganos, ora fueren cristianos como nosotros. Traten esto públicamente en sus discursos y privadamente en sus conversaciones y en secreto en los consejos y en el sigilo inviolable de las confesiones sacramentales al prestar oídos a las culpas y pecados de los hombres, a fin de que dondequiera sean hijos de Dios, apóstoles de Cristo, sacerdotes de Cristo, imitadores de Cristo, que fué no solamente pacífico y reconciliador, sino la paz misma y la reconciliación misma. ¡Qué fealdad, qué torpeza, qué abominación, qué impiedad que no tiene nombre es que el sacerdote de Cristo y de Dios Topoderoso dé ocasión a guerra, a rencillas, a discordia o que, hallándolas nacidas por otros motivos y estalladas ya, luego al punto no las arranca de cuajo, con su raigambre y con sus fibras todas! De ellos los hay algunos que baldonan, que riñen, que manifiestan su odio con señales inequívocas. Estos tales son para los espectadores ejemplo y acicate de semejante deformidad, pues se persuaden que no les está mal obrar ellos como obró aquel maestro de las costumbres, luz y guía y sal de nuestra vida. Llegado este caso, retiran la fe y la autoridad a la palabra de Dios y al más santo y provechoso de los ministerios. Por su propio decoro vienen obligados los sacerdotes a practicar, antes que los otros, aquello mismo que predican. Porque así lo hicieron los ministros de la primitiva Iglesia, convirtióse el mundo a la religión verdadera, viendo que en ellos andaban unidos el ejemplo y el consejo y que su conducta no discrepaba de su predicación. Este vicio, que ya fué reprendido en

quienes profesaban la sabiduría humana, quitó casi toda la autoridad a aquellos menguados predicadores.

Mas como los secuaces de la sabiduría del mundo viesen en nuestros filósofos lo que echaban de menos en los suyos, pasmados exclamaban: *¿Quiénes son esos que viven como hablan y hablan como viven?* No es fácil explicar cuánta fuerza e importancia tiene para su fecundidad y eficacia ese género de preceptiva. Y decidme: ¿cómo son aquellos que dan ocasión a odios y a altercados con esa impía sutileza?: *No puedes odiar, pero puedes exteriorizar las señales del odio; no puedes no amar, pero puedes sustraer los indicios del amor.* No voy a trabar discusión sobre esta argucia sutilísima; digo solamente que no quisiera que nadie fuese tan peligrosamente ingenioso. ¿Puedes hacer que un arroyo no corra si tú le abrieres la fuente o la dejares abierta? ¿Puedes tú encerrar el fuego tan herméticamente que no se delate por algún resquicio? Yo creo ser casi imposible que no dé señas de que ama, que no se denuncie, que no se delate quien ama de veras. *¿Quién será capaz de ocultar el fuego que siempre se acusa por su propia lumbre?* Esto lo dice un gentil, pero la realidad corrige esta afirmación. Quien cohibe el amor o bien consigue que luego desborde con ímpetu acrecido, o le quebranta y amengua su brío. Nuestro Señor Jesucristo no solamente preceptúa el afecto, sino también su expresión, que necesariamente brota del afecto, hasta el límite de lo posible: *Orad*—dice—, *haced bien a los que mal os quieren.* Y recalca San Pablo, con encarecimiento mayor: *Si tuviere hambre tu enemigo, dale qué comer; si tuviere sed, dale qué beber; haciéndolo así amontonarás sobre su cabeza carbones encendidos; no quieras ser vencido por el mal; antes ahoga el mal en la abundancia del bien.* ¡Cuánto más criminal y malvada es la conducta de aquellos que siembran odios, que promueven y que engordan guerras! ¿Puede haber cosa más execrable? De esa calaña son los que a los príncipes aconsejan guerras, los que en los pueblos soplan e hinchen la trompa marcial. Como se cuenta de aquel predicador que en un reino que yo me sé, hace cosa de doce años azuzó la xenofobia del pueblo contra todo extranjero y advenedizo. Y no es esto sólo lo que debe evitar el sacerdote prudente y piadoso, sino que todas las veces que las circunstancias lo requirieren, debe demostrar un celo muy semejante al celo de Cristo y expresarse con no encogida libertad; no ha de callar, no ha de disimular, no ha de contemporizar. *Por Sión*—exclama el profeta—*no callaré y por Jerusalén no quedará mi voz muda.* Y en otro lugar: *Levanta tu voz, tú que evangelizas a Sión.*

San Pablo exhorta a Timoteo que predique el evangelio de paz y que en esa predicación insista *oportuna e importunamente.* No que San Pablo quiera que la palabra de Dios sea importuna o que lo sea el predicador, sino que aquello que a los hombres en quien los vicios descaminaron y corrompieron el juicio, parece inoportunidad, él sepa que es buena oportunidad. Los celadores de Cristo celen la observancia del mandamiento único de Cristo, que es la caridad. Este es el deber del predicador, como dice Isaías: anunciar la paz, predicar la salvación que en la sola paz se asienta; eso repitan, eso claveteen, machaquen eso. ¡Tantas guerras como sostienen a la continua las dos cabe-

zas del mundo cristiano! Atrajeron a sus bandos respectivos a los demás reyes, príncipes, estados, pueblos, naciones de toda la Europa. Ocasionaron tantos desastres como desastres sufrieron. Provocaron a combate singular a aquellos en cuya persona y vida y salud se basa la vida y la salud de tantas gentes y de tantos reinos; las fuerzas cristianas experimentaron quebrantos tales que es de temer que no podamos aguantar la fiera arremetida del enemigo común. ¿Por qué callamos? ¿Por qué hablamos entre dientes? Cuentan que un santo varón, llamado Telémaco, viendo en el anfiteatro de Roma a unos gladiadores que se acribillaban de mutuas heridas, saltó a la arena con ademanes de loco y, situándose en medio de ellos y abrazando al uno y al otro, exclamó: *Hermanos míos, ¿qué hacéis? ¿Cuál es el motivo de tanta discordia?* Y nosotros contemplamos impasibles el mundo cristiano como en una liza, acuchillándose y acabando consigo mismo. ¿Por qué no gritamos, por qué no demostramos que ni el uno puede llamarse *católico* ni el otro *cristianísimo* ni el tercero *defensor de la fe*, si no cumplen sus obligaciones cristianas; a saber: querer bien, amar, no causar daño, ser útil hasta donde se pueda? Sin caridad no hay cristianismo, ni fe católica, ni sacrificio, ni santidad. Esto, y no en un solo lugar, lo decretó Cristo con palabras taxativas. Diga eso el cristiano a los cristianos, aun cuando dijesen esto mismo filósofos gentiles como Séneca, como Platón y aun otros, dirigiéndose al príncipe en un discurso lleno de gravedad, de penetración, de talento, de sabiduría, en el cual demostraban cuán poca era la congruencia entre el príncipe bueno, y el batallador, amante de su pueblo, y verdadero padre de la patria. Pero hablemos de los cristianos, que es nuestro tema.

Este oficio de la pacificación, siendo propio de todo sacerdote de Cristo, lo es mucho más de los Sumos Pontífices, que más cerca de nosotros y con más expresiva exactitud reproducen a nuestros ojos la persona de los Apóstoles y, por ende, del mismo Cristo. Este oficio y esta inversión reclaman sus caudales, aun cuando su importancia sea no más que relativa; esto exige su autoridad, que tiene tanta valía como es de razón que la tenga; esto pide el decoro de su dignidad, por manera que no pueden, sin culpa que no tiene nombre, faltar a ese deber inexcusable de procurar la paz y la concordia de la grey que les fué confiada. Dirá alguno: «Bien está, y así debería hacerse, pero *desagradarán a los hombres.*» Pero ¿es que hablan para agradar a los hombres? Esto es de bufones, de lagoteros viles, no de hombres honrados ni de varones formales, no de ministros de Dios. Oigan a San Pablo, sacerdote óptimo, predicador y pontífice: *Si me afanare por complacer a los hombres, no sería yo siervo de Cristo.* ¡Qué ventajoso trueco: perder la gracia del siervo por alcanzar la del Señor! ¡La de una persona privada por ganar la del rey! ¡Excluir la luna por dar entrada al sol! Un hombre doctorado en la ciencia del siglo prefiere perder el favor y la gracia de los hombres que el callado aplauso de la conciencia; prefiere malquistarse con el rey que con su propia mente y con la virtud, dueña y señora de su mente. Y tú, cristiano, ¿no osarás ofender al hombre en obsequio de Dios? ¿Y no vacilarás en incurrir en la enemistad del Todopoderoso por conciliarte la amistad de un animalico flaco y

ruin? *Pero tendrán hambre*. Pues ¿y qué? ¿Es que crees tú que es ese hombre quien te nutre y te sustenta y no Dios, que a ti y a él os alimenta por su bondad? ¿Qué pro le harán las piedras preciosas y los metales si cierra Dios su mano? ¿Extenderá su añada sobre el mundo desagradecido? Pero imagínate que sí, que *hambrearás, que te comerá la inedia*. Esa abstinencia no será larga; con tanta mayor celeridad volarás a aquel convite que te hará de veras inmortal e inmarcesible más que la ambrosía y el néctar de los poetas fabulosos. ¡Oh hambre bienaventurada que saciará el pan del cielo! ¡Oh sed feliz que calmará el rocío de Dios! ¿No fué el mismo Señor de todo quien prometió y garantizó la bienaventuranza a los que padeciesen hambre y sed de justicia, porque serían saciados? Pues ¿y tú, por un poco de tiempo, no sufrirás sed y hambre y no te aguantarás momentáneamente en la posada donde es negro y duro el pan y el agua nociva y barrosa, sabiendo con absoluta certidumbre que te está aparejado para un inminente porvenir un rico pan candeal y un vino fragante y un agua clara y salubérrima?

Mas ya desde este momento vuelvo mi discurso para decir a los sacerdotes que más agradarán a los hombres (y harán mayor aprecio de ellos siempre que su vida corresponda a sus palabras de moderación, henchidas de piedad y de prudencia, y los hombres se percaten que si los sacerdotes predican no lo hacen por miras egoístas ni por sus provechos personales ni por servir a alguna pasión desordenada, sino por mostrarse como instrumentos de Dios y a manera de flautas que, animadas por el soplo del Espíritu divino, emiten aquel son para la salvación de aquellos para quienes tañen. La sinceridad de esta intención, la demostrará con claridad inequívoca la vida, sin la cual toda predicación es insincera y compuesta. General es la antipatía que se siente por aquel consejero que no refiere aquello que dice al servicio de aquellos a quienes aconseja, sino que lo tuerce a sus intereses personales o a los intereses de los suyos.

Príncipe grave y glorioso era Teodosio Augusto, mayor que ahora no lo son los cristianos todos. Y Ambrosio, obispo de Milán, era de jerarquía no más elevada que cualquier otro obispo católico de ahora y en pobreza apostólica no podía compararse con ninguno de los de este tiempo. Y, con todo, este obispo pobre expulsó del templo a príncipe tan grande porque consintió que sus soldados hiciesen una verdadera carnicería de súbditos suyos, paganos, en Tesalónica. El príncipe cedió no ante el hombre, no ante Ambrosio, sino ante el ministro de la soberana virtud de Dios, que había inspirado la mente del santo pontífice, quien, en lo sucesivo, a los ojos del príncipe, fué como una especie de terrena divinidad. ¡Cuánto no pudo conseguir San León, Papa, de Atila, con su mediación piadosa, nacida de la piedad entrañable de su pecho! Dejo a un lado los mártires que consumaron tales heroísmos, como no los pudieran rematar con ninguna ayuda de armas ni con fuerza alguna de músculos ni de ejércitos. ¿Y qué origen tuvieron aquellas riquezas sin cuento de la Iglesia primitiva, sino de la veneración y el culto de la apostólica libertad, por manera que los príncipes y los poderosos veían con admiración en aquellos varones santos, como unos órganos sonorosos y unas como trompas del Espíritu Santo, ex-

presadoras de la voluntad divina? ¿Qué responden los nuestros que esto oyen? *¿Piensas*—contestan—*que nosotros hemos de rendir el mismo provecho que ellos?* ¿Qué excusa es ésta? Jamás lo intentaron, y si lo intentaron alguna vez, lo hicieron con tanta frialdad, que más valiera que no lo intentaran y dan ya por descontado que no van a dar rendimiento alguno. ¿Y cómo lo dieron los fieles primitivos y cómo los mártires lo dieron?

¿Es que, por ventura, los hombres que ganaban para su causa eran mejores que los de estos tiempos? No, sino muy peores; tiranos crudelísimos, sin Dios, sin religión, sin derecho ni ley, antojadizos, sueltos y desenfrenados para toda licencia. ¿No eran entonces más eficaces las palabras, siendo aún hoy día las mismas, e igualmente resuelto y decidido el divino patrono y tutor, que dijo: *Cuando estuviereis en presencia de los príncipes y los reyes, no tengáis las respuestas premeditadas. En aquella hora se os dará inspiración y elocuencia, a la cual los hombres no podrán resistir, pues los que habláis no sois vosotros, sino el Espíritu de vuestro Padre, que os las dictará?* Pero entonces eran mejores los exhortadores, lo sé; pero los predicadores de ahora dedíquense con todo empeño en reproducir siquiera una pequeña parte de la bondad de aquellos primeros predicadores evangélicos, y con ello reproducirán correlativamente una parte de sus hechos apostólicos. Tú no te contentes con sólo desagradar, ni con tener hambre y sed, sino también con afrontar la persecución y la muerte. ¿Qué puede haber que te haga más semejante a Cristo y, por ende, más feliz, que, a trueque de algunos golpes, adquirir una margarita de tan gran precio, para cuya compra no bastan todos los tesoros de la tierra? *Yo pienso*—dice San Pablo—*que todos los males y todos los trances y tribulaciones de este mundo no son merecedores de aquella bienaventuranza celestial que se revelará en vosotros.* ¿Qué cosa hay más gloriosa y más deseable que soportar por amor de Cristo una muerte debida a la naturaleza a través de tantas cruces, con ganancias tan crecidas y cuyo pago se puede reclamar como si fuese una deuda; y por un atajo tan breve, puesto que sólo una vez mueres en Cristo y tantas veces en la vida? ¿Crees tú que si sales de esta enfermedad crítica o escapa la vida de ese peligro mortal, no vas a morirte nunca? ¿O es que tienes cierto y fijo el término de tus días? Si te libras hoy, quién sabe si perecerás mañana, tantos son los percances que el vivir proporciona, varios, repentinos, inopinados, extraños. ¿De qué sirve mirar tan ansiosamente por una brevedad incierta, a trueque del olvido y del descuido de la eternidad cierta? Dice Sócrates que él no aceptará la vida con la condición de no dedicarse a la filosofía y a la libre censura de los hombres, cuyas gravísimas y hermosísimas palabras no tendré enfado de reproducir textualmente, como están en la Apología de Platón: *Si vosotros, atenienses, me absolvierais a reserva de que en lo sucesivo no he de consagrarme a esa investigación ni dedicarme al conocimiento de las cosas soberanas, y que en caso de que se me sorprenda en ese estudio tendré que sufrir pena capital, yo rehusara esa condición. Para todos vosotros, atenienses, siento una benevolencia singular. Pero pienso que he de obedecer a Dios inmortal antes que a vosotros. Así que, mien-*

tras respirare y pudiere, jamás abandonaré mi preocupación por la filosofía y la obligación que me impuse de avisaros, y según mi costumbre y manera de exhortar a la virtud, sea cual fuere vuestro veredicto.

¡Oh pudor, oh mengua de nuestra religión! Sócrates, pensador gentil, sumido en tinieblas y en noche ciega inseguro de todo aquello que nosotros tenemos por muy seguro, reo ante el Juez de crimen capital, con impavidez libérrima, osa decir que él obedecerá más a Dios que al pueblo de Atenas, y que no cejará en aquel empeño que constituía su acusación y le abocaba a una sentencia de muerte. ¡Y el predicador cristiano, entre cristianos, en presencia de un príncipe cristiano, en un lugar donde no solamente está seguro, sino también rodeado de respeto y de una suerte de majestad augusta, nada se atreverá a decir de aquello que Dios manda, que constituye su deber y su profesión! Y aun cuando el templo no estuviese seguro, ciertamente no va a correr mayor peligro que el que corrió Sócrates en aquella ocasión. ¡Cuánto, cuánto es de muchísimo más valor el premio que a nosotros se nos propone y se nos está aparejado, que el de Sócrates! A ese grave pensador, a ese varón sabio de verdad, si alguno hubo entre ellos, guiábanle grandes, pero inciertas, conjeturas. Pero y nosotros, ¿qué es lo que hemos oído del mismo juez, testimonio el Señor de Aquel que con tantas demostraciones y milagros muestra ser aquel Dios a quien Sócrates no ignoró que se le debía obedecer antes que a los hombres; de boca del Autor mismo de la felicidad humana, qué es lo que hemos oído?: *Bienaventurados sois cuando os baldonaren los hombres y os persiguieren y dijeren todo mal contra vosotros, mintiendo por causa mía: alegraos y saltad de júbilo, porque vuestro galardón será copioso en el cielo.*

Pero nosotros, ¿qué argumento racional buscamos para acabar de persuadirnos y por qué no valen por cualesquiera otros argumentos la vida y los hechos todos del mismo Cristo, que, desvirtuando cualesquiera otros ejemplos, nos son ejemplo único que imitar, a cuyo modelo debemos ajustarnos y componernos? Todo el que deseare llegar a donde Cristo llegó, es menester que entre en el mismo camino en que El entró. Para la bienaventuranza única, el sendero es único, y no podemos llegar a ella por otra vía que por Cristo y en Cristo. El apóstol San Juan nos enseña que *aquel que dijere que permanece en Cristo, importa que camine como caminó Cristo*. A todo aquel a quien Cristo recibiere en su compañía, le conducirá por el mismo camino por donde anda El; porque si anduvieres embarcado, no puedes ir por otra ruta ni tener más punto de destino que el derrotero y el destino de la nave.

¿Qué necesidad hay de otros preceptos morales ni de otra fórmula de vida? Esta es la única norma, el canon único a que debemos adaptarnos nosotros y nuestras cosas. El tipo del buen príncipe púsolo Homero en Aquiles, implacable y cruel, y el tipo del príncipe prudente púsolo en Ulises, fértil en mentiras y en ardides. Jenofonte nos describe a Ciro, no como fué, según dice Platón, sino cual convenía que fuese, quien, por otra parte, no era ni grande ni digno de imitación, aun cuando hubiera sido puntualmente, como nos lo pinta el filósofo elocuentísimo. Cicerón tiene a su

Escipión Africano; otros tienen a otros; pero ¿qué interés van a tener para nosotros las ficciones o el error de los hombres que juzgan de la virtud con criterio torcido? No puede un ciego adelantarse en el camino a otro ciego. Dios dió a Cristo al linaje humano; quien bien veía dió a quien veía bien al pobre ciego que andaba por veredas barrancosas y resquebrajadas, para que el hombre, cogido de su mano o de la orla de su vestido, con seguridad y certeza llegase al lugar adonde tienden los deseos de todos.

¡Oh, cuánto te deben, Cristo Jesús, Salvador nuestro, todos los mortales, a quienes te dignaste, con tu propia muerte, devolver la salud perdida y desesperada, sino también con el espejo de tu vida ofrecer para la imitación ejemplo del príncipe, del vasallo, del padre, del hijo, del maestro, del discípulo, del señor, del siervo, del poderoso, del humilde, del opulento, del necesitado, en fin, de cualquiera persona sin virtud, prepotente en influencia, en riquezas, en autoridad, en dignidad, y sin todas estas cosas, del inferior y del menor, por manera que cada uno tome de El para sí todo cuanto le fuere menester! Sigan a Cristo los mayores en su conducta para con los menores, de modo que se muestren tales como Cristo se mostró para con nosotros. Sigan a Cristo los menores en sus relaciones con los mayores, de manera que se muestren tales como El para con el Padre. Exhórtanos el Santo Apóstol que cada uno de nosotros sea de aquella mente, de aquel espíritu y sentido que vemos que fué Cristo, Hijo natural de Dios, que de tal manera se conducía en sus obras todas, que harto a las claras podían todos comprender que El era Dios y que atestiguaban su divinidad inequívocamente todas sus obras admirables. Con todo eso no siempre afirmó para Sí la igualdad con el Padre, sino que al Padre lo antepuso siempre a Sí, como Hijo respetuosísimo, y bajo su flaqueza humana encubrió la majestad divina, por manera que quien con sus solos ojos de carne o confiado en la ciencia humana hubiese contemplado tamaña humildad, razonablemente dudara de su alteza soberana. Y no se contentó con vestir su divinidad con velos de carne humana, sino que la rodeó de pobreza, de indigencia, de hambre, de sed, de trabajos, de sudores, de llanto e ignominia, de tormentos, de muerte deshonrosa y aun otros gajes y otros achaques que entre los hombres no indican precisamente saberanía ni libertad, sino que tienen visos de servidumbre y no bien parecida y tolerable, sino lindante con la abyección extrema.

Todo esto lo sufrió con facilidad gustosa por complacer al Padre en todos sus deseos, sin excepción, no hasta el hambre ni hasta el dolor y los tormentos, sino hasta la muerte; hasta una muerte vilipendiada y oprobiosa como la que más. Y todo eso, ¿para cúyo provecho se dió, sino para el provecho de los hombres? ¿Para quién, esta vida y esta pasión llena de tan adorables misterios, sino para los hombres? Para que los hombres hallasen salud de su dolencia inveterada y dechado de toda su vida. Esto solo valía bien por todos los preceptos de la filosofía, y por cuanta invención pudiera excogitar el ingenio humano. Una y otra cosa enseña el apóstol San Pedro al decir: *Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo para que sigáis sus pisadas*. A eso también el mismo Dios, con su voz de divina mansedumbre nos exhorta,

nos llama, nos invita, nos atrae: *Ejemplo os di, porque, así como hago yo, hagáis también vosotros.* Y en otro lugar: *Aprended de mí.* ¿Qué aprenderemos, oh Padre y Maestro de todos? ¿Qué nos mandas aprender, qué expresar, qué figurar? ¿Crear el mundo? ¿Levantar al género humano caído, devolver a los ciegos los ojos y la fresca y suave caricia de la luz, limpiar la lepra, llamar los muertos a la vida? Eso no lo podemos hacer. Todo esto está reservado a tu poderío infinito. ¿Qué aprenderemos, pues? El alarde del poder, el fausto de la riqueza, la soberbia y el asco entre los inferiores, la contumacia contra los mayores, la envidia entre los iguales?

Esto podemos, esto queremos; a esto estamos avezados; pero Tú te condujiste de tal manera, que lo arrancaste y extirpaste de las mentes de los tuyos. Y esto es lo que quieres que aprendamos de Ti, esto es lo que quieres que, devuelto de Ti, lo expresemos, a saber: espíritu manso, comedido, que sienta bajamente de sí, benévolo para con los otros, no buscador de enemistades entre los ingratos, entre aquellos que a él le tienen ojeriza, sino que quite y dirima las que otros buscaron e introdujeron y que ni aun a trueque de crearse antipatías, de sufrir daños y aun la muerte misma, no rehuse volver a mirar en la paz a los enemistados y discordes y amarlos en la recíproca bienquerencia.

Pesado empeño es éste para nosotros que no estamos en la entereza de la primera inocencia, sino en la veteranía de una malicia crónica; pero, acaso, con la esperanza del galardón, saldremos con él adelante, sufriendo todo lo que se tenga que sufrir. ¿Y qué galardón es el que nos propones? *Hallaréis el descanso para vuestras almas.* ¿Qué es lo que inquieta y veja más el pobre corazón humano que la soberbia, que la crueldad, que el odio, que los altercados? ¿Y qué es lo que lo serena y lo hace tranquilo y feliz, sino la moderación, la mansedumbre, la paz? Esto, en la vida mortal, es la primera cata y sabor de la inmortal bienaventuranza. Y si el mercader, por una ganancia liviana, incierta, contentible y momentánea, emprenderá por tierras y mares peregrinaciones ásperas y peligrosas, sufrirá hambre, sufrirá sed, sufrirá hielos, sufrirá fuegos, sufrirá la molestia de la navegación, de la cabalgadura, del vehículo, por arenosos desiertos, por quebrados caminos; vencerá su carácter y se someterá a las leyes de la nación en donde tenga su negocio, aun cuando sean vejatorias, draconianas y que no se avengan un punto a su genio y a sus costumbres; soportará la arrogancia, la soberbia, los baldones, los ultrajes para conseguir, al término de ese calvario, un lucro despreciable; el cristianismo, ¿no hará nada en absoluto, nada sufrirá por conseguir este premio que es el premio mayor y el de duración máxima? Dime: ¿qué premio conseguiste Tú, oh Cristo, de tanta y tan rendida obediencia, de servicios tan fieles, de obras tan piadosas y tan laboriosas? Dióse Cristo con largueza para la salvación de todos, obedeció al Padre hasta el suplicio más vil. Por eso el Padre le sublimó a la esfera más soberana; impuso a los hombres su soberanía; le dió por señor del infierno y de los demonios; le encumbró sobre los cielos, sobre los ángeles, para que a su nombre todos cedan, todos se sometan, todos reverencien y adoren la majestad y el poder de tan gran

Príncipe y experimenten su reinado tan próspero y saludable como el mayor y el más pujante, los elementos todos: los cielos, los hombres, los demonios, los ángeles. Y si nosotros queremos ser admitidos a la participación de ese reino, es menester que no nos neguemos a llevar la parte correspondiente de penas y de cuidados, y por el mismo camino, según las fuerzas de cada cual, avanzar hacia la misma meta

FIN DE
«DE LA PACIFICACIÓN»

OBRAS DE EDUCACION
Y DE
REFORMA DE LOS ESTUDIOS

CONTRA LOS SEUDODIALECTICOS

(ADVERSUS PSEUDODIALECTICOS)

(SELESTADII, APUD LAZARUM SCHURERIUM)

(1520)

JUAN LUIS VIVES
a su querido Juan Fort: salud.

Como pensaba que muy en breve, Fort mío muy caro, te iba a ver en París, adonde tenía el propósito de marchar de un día a otro, creí que todo eso te lo iba a decir de palabra; mas como por mis ocupaciones apremiantes no me es posible salir de Lovaina, ni sé a punto fijo cuándo podré ir acá, forzosamente tengo que confiarlo a la pluma.

Y creí asimismo que no debía diferirlo por más tiempo, para hacerte sabedor de cosas de que ya se me quejan los hombres más doctos y más amigos míos. Hartas veces, en nuestras conversaciones familiares, venimos a hablar del renacimiento literario, y, puestos a platicar con ellos, es decir, con el seminario que han montado de las mejores disciplinas, no hacemos casi otra cosa sino felicitar de ello a nuestro siglo, al paso que ellos suelen expresar sus quejas más vivas, porque en París, de donde debiera proceder toda lumbre de erudición, determinados hombres, a mordiscos como quien dice, porfiada y obstinadamente, han abrazado una fea barbarie y con ella ciertas disciplinas monstruosas, sofismas, como ellos dicen, que es la cosa más huera y más estúpida que pueda imaginarse. Y como sea que con un celo digno de mejor causa van por ese camino algunos hombres de ingenio evidente, lo echan a perder, y a manera de campos fértiles, pero sin el cultivo adecuado, producen gran cantidad de viciosas hierbas y sueñan y se fabrican necedades y se forjan, para su uso exclusivo, una algarabía que entienden ellos solos.

La mayoría de las personas doctas echan toda la culpa de ello a los españoles que aquí residen, quienes, invictos como son, defienden con to-

da decisión el alcázar de la ignorancia y como los mejores ingenios triunfan en aquello a que se aplican, entréganse a esos delirios y se aventajan en ellos, puesto que en cosa tan baja y ruin cualquiera puede descollar soberanamente. Y así dicen merecer pésimamente de toda la Universidad de París, a la cual malfaman en todas las naciones. ¿Qué proverbio hay más trillado que aquel que anda en boca de todos los hombres, a saber: *Que en París se enseña a la juventud a no saber nada, y que por eso delira con tan insana y descomedida verborrea.* En todas las otras universidades, aun cuando abunda lo vano y lo fútil, con todo, se conserva mucho que tiene solidez y aguante, mientras que sólo en el gran Estudio de París puede decirse que no hay sino bagatelas de bagatelas, y que por ello deberían los españoles y todos los otros que los siguen, u obligárselos a que se dediquen a estudios más atinados o ser expulsados por disposición del Poder público, como corruptores de las costumbres y de la erudición, pues por los franceses no se pierde, que al fin, al fin no se ponga coto a esa embriaguez de delirio. De ello resulta que me reprenden también a mí porque, por mi parte, no os amonesto a vosotros, que sois los mejores que estáis aquí. ¿Piensas, Fort mío, que me hicieron poca impresión estas palabras? No porque creyese yo que ellos decían falsedades, ¿quién hay que no vea que ésa es la realidad, que, puesto que la reconoces tú mismo en tus adentros, no hay necesidad de nombrar a nadie, sino porque tuviesen tan bajo concepto de mis conciudadanos y conterráneos, de todos los cuales, por afecto patriótico, yo quisiera que todos a una no sintiesen y no predicasen más que loores y encarecimientos? Y también porque creía que se me alcanzaba a mí alguna porción de aquel vituperio, porque yo, un día, fuí de ese número, y todavía para mí no son asnos todos, y ya tengo olvidados aquellos vocablos portentosos: *tan, tum, alter, alius, uterque, incipit, desinit, inmediate*, que es la única y principal causa por la que yo me atrevo a hablar de esto.

Si yo no conociera todo eso de que los necios se precian tanto, no osaría abrir boca en este asunto, pues no sé qué novedades echan a volar con su acostumbrada insolencia: *Condena porque no entiende.*

Pero tú eres testigo, como lo son otros condiscípulos míos, que yo no solamente caté estos desatinos, sino que penetré en sus intimidades, si es que pueda haber alguna intimidad en cosa que, como vicio que es, arriésgase a un peligro inmenso, si uno no lo cree. Y yo no digo esto por jactancia, pues no veo en ello motivo alguno de enorgullecerme. Ojalá no hiciera yo tantos progresos en ese descarrío, que como lo recibí en ánimo tierno y con estudio muy afanoso, por eso está pegado a mí tan tenazmente, y no puedo, por más esfuerzos que haga, sacudírmelo, y se me ocurren aun cuando no quiero y me bailan constantemente en mi pensamiento. Harto siento el embarazo que me producen cuando voy a cosas mejores: oblíganme a veces a juguetear y a chocarrear en lo más grave, y si los maestros que las enseñan fuesen los mismos que las desenseñan, como hacía Timoteo, aquel músico famoso, a ellos inmediatamente me entregara yo, a costa de cualquier precio. Hállome ahora en las mismas condiciones en que en los pasados tiempos hallóse Temístocles,

aquel célebre caudillo de Grecia, que se dice respondió a Simónides, profesor de Mnemotécnica: *Yo prefiero olvidar a recordar.* Algunas cosas hay que diera yo tanto por desaprenderlas como otros pagan por aprenderlas. Pluguiera al Cielo que así como es posible hacerlo con el dinero, con las ropas, con los libros, con las mercancías, pudieran trocarse o regalarse simplemente. Los hay quienes pagan mucho por saber esto; yo, en cambio, pagara a buen precio a los que de ello me exonerasen y lo tomasen para ellos. Haciéndolo así les parecería granjear una triple ganancia: del dinero que habían de dar, del que recibirían y de esta inerudita erudición. Lo que ella tenga que merezca aprecio y no el rechazo público y general, como plaga y corrupción de los ingenios, es el caso de que cada uno la valore por sí mismo y que en su conciencia dé el merecido juicio.

Yo, que en una carta, y menos en una carta que se te escribe a ti, administrador tan cuerdo del tiempo, ni puedo ser prolijo ni debo serlo, me ceñiré a lo principal. Ruégote a ti y a los otros si los hubiere, que van a leer esto, que no os dejéis llevar por impresión alguna; antes, llamada la razón a consejo, con ánimo y oído iguales, oigáis todo lo que os dijere y reservéis hasta el fin vuestro juicio y parecer, expreso o tácito. Esto es lo que comenzamos por enseñar al niño en la dialéctica, y que ése es el camino para las restantes disciplinas. Y ¿qué hombre sensato hay que se sirva de estas tan ásperas y fatuas inepcias?: *Tantum cujuslibet hominis prœter Sortem quilibet non asinus c. et alterum c. ipsiusmet hominis nigrum contingenter incipit esse: desinit Angelus non a qualibet a et b, Angelus non esse.* Como ni tampoco en aquellos vocablos con que algunos sustituyen a los primeros: *Tantum cujuslibet presbyteri et alius alterius presbyteri quodlibet sacerdotium non curatum prœter quam canonicatus necessarius non est.*

¿Quién hay que no vea que la dialéctica es la ciencia del lenguaje? Eso lo dice el mismo vocablo griego. ¿De qué lenguaje es esa vuestra dialéctica? ¿Del francés o del español? ¿Del godo o del vándalo? Del latino, a buen seguro no lo es. El dialéctico debe usar de aquellas palabras y de aquellos enunciados que sean entendidos por todo el que conozca la lengua que habla, latina, si es en latín en que el dialéctico dice expresarse; griega, si en griego. Y con todo, esos que a su decir hablan latín, no son entendidos ni por los más duchos en esa lengua, ni aun a veces por quienes son de la misma harina o, mejor, del mismo salvado.

Son hartas las cosas que nadie puede conocer, sino el propio que las fabricó, y son muchas las que, envueltas en velos y tapujos, como los oráculos de Apolo, necesitan quien les explique e interprete la mente divina. Casi todo lo que se trata en los silogismos, en las oposiciones, conjunciones, disyunciones y explicaciones de las enunciaciones, son puros rompecabezas de aquellos que por pasatiempo se proponen las mujerzuelas y los mozuelos ociosos:

¿Qué es aquello que cayendo de una altura no se quiebra y si da en el agua se disuelve? Majaderías semejantes siempre tienen ésos en la boca. Si tú adivinas lo que se oculta bajo aquel involucro de palabras, el otro no tiene nada que responder, como aconteció con aquel que propuso qué era *una cosa, hija de la tierra, tardígrada, con su casa*

a cuestas, privada de sangre. Respondiósele que era un caracol y él se calló, y no dijo esta boca es mía, pues nada tenía con que pudiese ilustrar y ampliar su pregunta. Si el vulgo entendiera tales demencias, fueran las masas obreras quienes los echarían de la ciudad, silbados, abucheados, haciendo sonar sus herramientas como a gente mentecata y carente de sentido común, como son casi todos los que en tales devaneos se entretienen. ¿Acaso piensa alguno que Aristóteles ajustó su dialéctica a un lenguaje que él fabricara y no, con buen acuerdo, al lenguaje griego, corriente, que hablaba todo el pueblo?

Admirable dialéctica la de estos cuyo lenguaje, que ellos se empeñan en que es latín, Cicerón, si resucitara, no entendería. Esto no es en la dialéctica vicio no menor que si en la gramática o en la retórica usase alguno de un habla que él hubiera forjado para su uso particular y no la vulgar que todos usan. Estas tres artes se refieren al lenguaje que del pueblo reciben, no el que ellas dan al pueblo. Primeramente amaneció la lengua latina; de temprano la lengua griega amaneció; luego observáronse en ellas reglas gramaticales, reglas retóricas, reglas dialécticas y a ellas las lenguas no se torcieron, sino que fueron a su zaga y se acomodaron a ellas. No hablamos de una manera determinada en latín, porque la gramática así lo preceptúe, sino, al contrario, la gramática prescribe que se hable así porque de esa manera hablan los latinos. Y este mismo fenómeno se repite en la retórica y en la dialéctica, puesto que ambas actúan en el mismo campo lingüístico que la gramática. La dialéctica, en el idioma vulgar y que anda en boca de todos, halla lo verdadero, lo falso, lo probable, y la retórica, a su vez, el ornato, el brillo, la gracia y el primor. Quien ignora eso, es un tonto de remate y se ahoga en el puerto, y como aquel Canterio de Sulpicio Galba, al emprender larga jornada, cae de bruces en la misma puerta. Puesto que se equivoca ya en el propio umbral de su disciplina, es fuerza que se desvíe de ella tanto más cuanto más avanza en su camino. Y si hubiere algún tozudo que negare esta verdad con pertinacia, a ése yo le aconsejo, fuere el que fuere, que no pierda un momento en embarcarse y dirigir su rumbo en línea recta a las islas Anticiras para sanar con el heléboro su cerebro atacado de locura.

Espántome yo de que haya alguien que pueda ignorar eso por poca que sea la atención que quiera prestar al estudio de esas artes, pues así como en la gramática no es castiza oración latina: *Homo est albus*, porque sea la gramática la que de esa manera lo prescriba; ni en la retórica comunican lumbre y brillantez a la elocución las reglas que la retórica señala, sino, más bien, porque el pueblo romano, que hablaba la más casta de las latinidades, la consideró latina. Así que el gramático no impone su casticismo, sino que lo reconoce; y por cuanto parecían a los hablistas bellos y lucidos aquellos esquemas, la retórica los recogió y recomendó su observancia. Esto mismo ocurre en la dialéctica, cuyos preceptos no son ejecutivos. Antes que la dialéctica se inventara y se organizara en cuerpo de doctrina, existía lo que el dialéctico enseña y lo enseña precisamente porque en este sentido lo aprueba el consentimiento de los que hablan latín y griego. También los preceptos de la dialéctica, no menos que los de la gramática y

la retórica, han de adaptarse al uso común. Mas esos que se llaman sofistas, porque carecían del ingenio y de la erudición con que probar y autorizar lo que les pluguiere ante cualquier oyente o contradictor, con voces corrientes y conocidas, que a manera de monedas con el cuño público debe cualquier ciudadano hacer circular, que era el propio oficio del dialéctico, fabricaron para su uso personal no sé qué significados de vocablos, fuera del uso y la costumbre común, por manera que se figuran haber vencido, cuando no se les entiende.

Empero, así que se les entiende, hasta los ciegos ven que no hay cosa más fría ni más desatinada. Ocurre que, desorientado aquel con quien contienden por lo insólita y peregrina forma y razón de los vocablos, por las extrañas suposiciones, por las extrañas amplificaciones, restricciones, apelaciones; ellos, automáticamente, sin ningún consejo ni sentencia pública, se atribuyen el triunfo sobre un enemigo desconcertado por la novedad de las palabras, pero de ninguna manera vencido. ¿Qué Catón hay; qué Lelio, qué Cicerón, César, Salustio, Livio, Quintiliano, Plinio; qué M. Varrón, de quien se dice haber sido el primero que en latín escribió de dialéctica, no vacile al enfrentarse con que *un borracho jure por el Júpiter de piedra que él no bebió vino, porque no bebió del vino que se cría en la India?* ¿Y qué, si otro, en viendo al rey de Francia con una lucida servidumbre, afirma con toda seriedad *que el rey francés no tiene servidumbre, porque la suya no es la que tiene el rey de España?* ¿Y qué más, si asegura que *Varrón, siendo hombre no es hombre, porque Cicerón no es Varrón; que ningún hombre tiene cabeza, cuando no existe hombre sin cabeza; que hay más no romanos que romanos en esa estancia donde hay mil romanos y dos españoles; que todos los hombres que en el mundo son, no tienen el don de la vista porque algunos son ciegos; se dice que una meretriz en la mancebía, cargada de años, es virgen,* y al revés, que *una virgen intacta cayó ya hace tiempo y se hizo ramera. Y que no se vende pimienta en París y en Roma cuando ni en París ni en Roma nadie adquiere pimienta de balde, sino con buen dinero contante y sonante.* No hay hombre tan impertérrito y confiado que en viendo esos monstruos no sienta impulsos irrefrenables de invocar el socorro de Hércules, que los domó y limpió el mundo de todos ellos.

Paso por alto aquello cuya fatuidad es tanta, que más que a nada provoca a risa. *El Anticristo y la Quimera son hermanos. La nada y nadie andan a mordiscos en un saco. El asno del Anticristo es hijo de la Quimera.*

Añade a todo esto unas dosificaciones y mixturas, como no las hizo jamás farmacéutico alguno: e, f, g, h, 1 k, por manera que algunos han tenido que recurrir a la décima letra del segundo alfabeto, soñando y confundiendo géneros peregrinos de suposiciones. Esos hombres tuvieron envidia de los matemáticos, porque sólo ellos parecían utilizar letras. Por eso, para su uso, echaron mano de todo el alfabeto, hasta el punto que no hay nadie que en viendo esto pueda negar que son los más literatos de los hombres. Mas cuando se aventuran por las matemáticas, si es que jamás Dios les concediera tal merced, tropiezan algún tanto porque saben poco lo que significan aquellos elemen-

tos. Dícenme que alguno de ellos, como se hubiese engolfado en el estudio de la geometría, pensó que la línea señalada por la *b* había sido puesta deliberadamente, y que la señalada por la *a* estaba en el mismo caso; lo que le causó una brava e inextricable confusión.

En oyendo ellos tal cosa, dicen al momento: *Yo lo entiendo así.* Con ello no hacen más que limpiar el barro con el barro. ¿Quién, si ya no fuere su mentecatez y su perversidad, les obliga a entender las cosas al revés de todo el mundo? Además, aun cuando lo entiendan en realidad, así se conducen con insolencia y con una falta total de humanidad, expresándose en un lenguaje sólo por ellos conocido, fuera del uso común.

Allende de esto, ¿qué ciego hay que no vea que las artes que se ocupan del lenguaje no se preocupan de lo que cualquier necio o desatinado fabricó para su uso particular, sino de aquellos puntos en que convienen todos los que hablan el mismo lenguaje? ¿Acaso si un patán cualquiera, en este enunciado: *Tú eres rojizo*, entendiere que el hombre es león, no será ello falso y no verdadero porque en su significación directa expresa aquello mismo que hay en la realidad? Pues, como dijo muy acertadamente Cicerón en el libro primero de las *Leyes: Lo verdadero y lo falso, lo consecuente y lo contrario díganse rectamente, no por caminos torcidos.* Y si ello no fuese así, ¿qué resulta sino que ésos son ignorantísimos de la lengua latina, pues que cuando se dice *oso* ellos entienden *jabalí*, y cuando se dice *sombrero*, ellos entienden *nave*, y se empeñan en sostener que los vocablos significan lo que ellos interpretan perversamente? A mí, replica, ello me parece así. No dudo de que te lo parece porque eres todo un ignorante de tomo y lomo. Pero no lo entienden así las personas doctas que se fijan en su sentido recto. Es cuestión de palabras, replican. Sí, de palabras; cuyo sentido quieren ellos torcer porque no las entienden y nosotros se lo vedamos. Si cada uno a su antojo determinara y fijara la significación de las palabras según a él le pareciere, ¿qué provecho iba a reportar aprender, no digo la lengua latina, sino cualquier otra lengua, cuando lo más sencillo es aceptar que cada vocablo significa lo que uno quiere que signifique y que entraña tantos significados como los que él lleva en su mente? Por este camino se llegaría a que no se entendiera nadie, pues cada uno en las voces pondría su sentido personal, no el sentido que en ellas pone la generalidad, y que queda autorizado por la admisión y el uso.

Y si alguno se quejara, trataráse, sí, se tratará de las palabras que vosotros, filósofos gravísimos, al disputar de la dialéctica, decís tener en desdén, como si la dialéctica fuese la filosofía natural o moral que, con tal que retenga la realidad y el sentido, no hace caudal de las palabras y no, por el contrario, el arte que no trata más que de las palabras y como si toda vuestra disciplina sofística sea algo más que falacias y celadas por la aviesa interpretación de los vocablos. Y si vosotros decís que de ellos no os preocupáis, ¿no veis que toda esa niebla sofística queda desvanecida por una palabra sola? Pero eso no lo hacen hasta que alguno descubre la corrupción de los vocablos en que les hace incurrir su ignorancia. Añade a esto que si quieren enseñar esa dialéctica tal y como ellos la conciben, impongan también esa

misma ley a la gramática y a la retórica y trasladen a esas artes sus necias averiguaciones y manden al gramático que hable al estilo suyo, por manera que lo que dicen parezca tener alguna connivencia con la latinidad, pues no siendo así no veo yo cómo pueden defender su dialéctica verdadera o falsa, pues en los prolegómenos de su enseñanza afirman que lo verdadero y lo falso exigen una expresión congruente, sin solecismos, desde luego, por no hacer mención de los barbarismos. ¿Y qué, si entienden que el *que se emborrachó no bebió el vino que se cría en la India;* o también: *algún vino hay que ese hombre no bebió,* o: *ese hombre no bebió todo el vino o algún vino no bebió?* Y semejantemente, ¿por qué no dicen: *Tú no eres algún hombre,* o: *Tú no eres todo hombre,* mejor que: *Tú no eres hombre,* por lo cual nadie hay que no entienda que simplemente no es hombre aquel de quien esto se dice?

Y si quieren decir que todo hombre es animal y no éste y aquél en concreto, sino que todos los hombres son animales, ¿a qué viene andar en triquiñuelas diciendo: *Animal es todo hombre,* en vez de decir bruscamente y sin posible lugar a dudas: *Todo hombre es animal?* ¿Por ventura buscan pan mejor que el pan de trigo? Ya sé lo que dirán: Que en aquella simple, honrada, verdadera y recta manera de hablar no hay cabida para la cavilación, que es lo que ellos buscan ante todo; ¿no es así? Vosotros, para dar con una cavilación, estáis dispuestos a malbaratar el significado de las palabras, como aquellos que en un cerco desesperado, para dar con un solo ratón destruían toda una pared. Pero parad mientes a la discreción con que hacéis esto, ¿qué razón, decidme, puede haber para cavilar a base de unas palabras que tú te hiciste para tu uso y las henchiste de la significación que te plugo? Si tú llamases a un hombre y el vocablo hombre para ti tuviera la significación de asno, ¿has pensado la indignación con que lo tomaría el interpelado? Las cavilaciones, las burlerías, las chocarrerías, los dicterios, los insultos, las injurias, si se expresan con palabras, no digo ya forjadas por el que las profiere, desconocidas de todos, pues esto es una necedad supina, sino con palabras oscuras, resultan fríos e insulsos y no tienen valor alguno. Los antiguos sofistas Dafitas, Eutidemo, Dionisidoro y todos los otros que se entregaban a esa suerte de cavilaciones con los vocablos, con las oraciones usuales, jugando con un falaz mal entendido, engañaban y aturdían al contrincante. El mismo Aristóteles, al tratar de los embelecos y añagazas sofísticas en dos volúmenes de elencos y mostrar el camino para evitarlos, y no ya solamente de los utilizados y descubiertos con anterioridad, sino de los que con el tiempo pudieran descubrirse, con aquel su divino e incansable y singular ingenio, luego de dar, según su costumbre, forma de preceptos y categoría de arte a las cautelas que proponía, ninguna mención se dignó hacer del ridículo, o, por mejor decir, procaz elenco sofístico que tras de inventar nuevos e insólitos vocablos, de haber trocado el sentido de las voces conocidas y admitidas, intentaba la burla y el engaño. Y en este punto los sofistas contestan con gran asco y con cara de vender sangre: *Las voces significan lo que cada uno quiere.* Así es, sin duda. Pero, con todo, hay que saber a gusto y capricho de quien lo significan; pues

las voces romanas no expresan lo que quieren los partos o los indios, ni las palabras de los partos o los indios significan lo que se les antoja a los romanos, sino que las romanas expresan lo que entienden los romanos, y las párticas lo que con ellas comprenden los partos.

Si yo profeso la dialéctica de Vives y tú la de Fort y aquél la de Lax y el otro la de Dullard, no cabe duda que los vocablos significarán lo que a nosotros se nos antojare; pero si todos profesamos la dialéctica latina, las voces tendrán la significación admitida por el consentimiento y la costumbre de la latinidad y es indignante y es necio en la dialéctica latina emplear vocablos géticos o sarmáticos, y ya no éstos, sino aquellos otros que ninguna gente y nación reconocerían. Yo quisiera oír de la boca de ésos, si tuvieran que explicar la dialéctica en francés o en español, cosa tan factible y lícita, como en latín y en griego: ¿adaptarían su explicación a su capricho personal y no al genio de la lengua en la que se expresaran? ¿Acaso, así como en la lengua latina dos negaciones afirman, querrían que lo mismo ocurriese en la lengua española, en la francesa, en la griega, en las cuales, como en la mayoría de las otras, la negación duplicada tiene mayor fuerza negativa que la simple? Y si en la dialéctica que debe explicarse en las otras lenguas se avendrían a observar las leyes impuestas por el uso de la lengua respectiva, ¿por qué en la lengua del más libre de los pueblos, que fué el pueblo romano, quieren ejercer la tiranía de obligar a los otros que acepten normas de hablar de ellos, de ellos precisamente, que no saben hablar y que son los más bárbaros de los hombres? ¿A esto pertenece aquello de que arreo hacen alarde *del rigor*, por manera que este enunciado: *Tú no eres hombre*, en el recto sentido es falso y en el sentido del rigor es verdadero? Concédenlo, porque carecen de buen sentido y hablan con sólo el *rigor*, más glacial que cualquier hielo. Y quieren qúe ese rigor sea entendido y exigido por los solos dialécticos, y aun cuando no tienen en la boca más que ese dichoso rigor, mala me la dé Dios si ninguno de ellos sabe qué rigor es ése y dónde está. Pero porque entiendan lo que todos ellos ignoran y puedan en lo sucesivo usar con mayor prudencia y justeza de ese rigor, voy a decirles lo que significa ese rigor que no se les cae de la boca.

Cada una de las lenguas tiene su genio autóctono, que los griegos llaman *idioma*, y cada una de las voces tiene sus propios significados, su eficacia expresiva, de las cuales, a veces, abusa el vulgo necio, y para los cuales los doctos tienen una comprensiva indulgencia, aun cuando ellos, entre sí, sienten y hablan de otra manera. No es excesivo el número de estas palabras y se limitan a tecnicismos filosóficos, de los cuales el vulgo no tiene la misma idea que los filósofos. Voy a dar un solo ejemplo de Cicerón para que de una vez se entienda todo; es del libro *Del hado* y habla de esta manera:

Acontece que hagamos mal uso de la común manera de hablar, como cuando decimos que alguno quiere o no quiere una cosa sin causa, con lo cual queremos decir que es sin causa externa y antecedente, no sin causa propiamente; o como cuando decimos que un vaso está vacío, no hablamos en el mismo sentido que los físicos, que no admiten el vacío, sino que, por ejemplo, queremos de-

cir que lo está de agua, de vino, de aceite. Esto es lo que dice Cicerón. De esas palabras se desprende que en eso del *rigor*, es decir, en su verdadero y genuino sentido, este enunciado es falso, *esta ánfora está vacía*, y de semejante manera, *tú quieres algo sin causa*, pero para el sentido vulgar, ello alguna vez es verdadero. Ese decantado rigor es, pues, aquella exacta e inflexible norma de hablar, pues por dura, no rompida, y siempre derecha, se la llamó rigor o rigidez; con qué acierto, véanlo los que primeramente así la llamaron. Es, pues, para expresarse con claridad mayor la misma propiedad, la misma expresa nativa y genuina fuerza, el mismo recto y verdadero sentido de las oraciones latinas. Pero este sentido, ¿a qué autores van a pedirlo esos majaderos? No a Cicerón, no a Quintiliano, ni aun a Boecio, hombres de auténtica latinidad que en cosas de latín merecen crédito absoluto, sino a Pedro Hispano o a algún otro que, acaso, le haya precedido, pues de ello no estoy informado suficientemente, que para ellos forjó suposiciones, ampliaciones, restricciones, apelaciones, exponibilidades; de todo lo cual, como del caballo troyano, salieron el incendio y la perdición de la lengua y de todas las buenas letras.

¡Pobre Cicerón! ¡Mísero Quintiliano! ¡Ruin Boecio! ¡Mezquino Capella! ¡Si Pedro Hispano conoció más que todos ellos juntos la fuerza de la lengua latina! Decidme qué rigor es ese por el cual es verdadero este enunciado: *Tú no eres hombre*, y estotro es falso: *Animal es todo hombre;* es verdadero: *El Anticristo que fué, será;* y es falso estotro: *Astro que ve es todo hombre;* siendo así que el verdadero es: *Todo hombre ve el astro*, por callar otras cosas peores. ¿Quién hubo jamás que, sabiendo latín, haya autorizado ese *rigor* famoso? ¿Acaso porque así lo soñó Pedro Hispano, que del latín no sabía la misa la media, será ello verdadero? Como si fuera posible que uno enseñare el *dialecto* de algún idioma, de donde viene la palabra *dialéctica*, ignorando aquel idioma. Ya vergüenza tengo de hablar del *Incipit* y del *Desinit*. ¿Quién fué que introdujo *rigor* tan sutil, tan delgadas lucubraciones, bagatelas tan obtusas? ¿En qué lengua fueron excogitadas? ¿En la latina? ¿En la griega? ¿En la española? ¿En la francesa? ¿Quién fué el que dijo que un niño, una hora después que fué conducido a la escuela, no comenzaba a aprender? Pues ellos lo niegan porque pasaron muchos instantes después de aquel en que comenzaron a aprender. También dicen que es falsa esta proposición: *Esta fuente comienza ahora a aparecer, dos o tres horas después que el agua comenzó a brotar.* Y ni siquiera conceden estotra: *Este árbol deja de florecer, poco antes que cese en absoluto de echar flores, y la fuente cesa de manar media horita antes que se seque.* Así que en aquel callejón del *incipit* y del *desinit* estrujaron las significaciones, por manera que ya no es posible uso ninguno y estoy por creer que a ese tenor de ninguna cosa puede decirse que comience o deje de ser o de obrar, y todo eso por culpa del adverbio *inmediate* (inmediatamente), que, sacado de las entrañas mismas de la barbarie, no tiene menores y maravillosas fuerzas que aquellas otras palabras en las cuales quieren circunscribirlo.

¿Y no es esto hacer de la hermosísima lengua latina una jerga tan ajena de toda razón y de todo sen-

tido humano como lo son aquellos mismos que tal hacen? ¿Tanta y tan desaforada es la licencia que se ha concedido a estos bárbaros? Y luego al punto y porfiadamente con la venia de los dioses, le echan a uno en cara aquello de: *Hablemos en rigor*. Hablen enhorabuena en frío o hablen en un hielo tal que bastaría para congelar aquellas grandiosas termas neronianas. Como si ellos supieran lo que es rigor o como si les incumbiese, cuando lo supieran, definir el rigor y la verdadera y auténtica fuerza expresiva de aquella lengua, de la cual están ayunos por completo.

Avéngome buenamente a que toda esta taifa, con su férreo y gelidísimo rigor que quieren dictar a los latinos castizos las normas del bien hablar, me descifren una sola página de Cicerón, de Quintiliano, de Plinio o de cualquier otro escritor latino, por no decir de sus teólogos San Jerónimo, San Ambrosio, San Hilario, San Agustín, San Cipriano; mas, por favor, yo os pido a todos cuantos pertenecéis a esa escuela que me respondáis: Si dice Cicerón por medio de ese enunciado: *Sócrates no es hombre*, que con ello pretende significar que Sócrates no es hombre en absoluto; y dice Pedro Hispano o cualquier otro sofista que será más idiota aún que él, que quiso dar a entender que hay algún hombre que no sea Sócrates; ¿a cuál de los dos es razonable que se crea? Lo habrá alguno tan cara dura. de insolencia tan procaz, que ose decir que se debe dar más crédito en punto a la energía del idioma latino a Pedro Hispano que al príncipe de toda la romana elocuencia? Pues ese decantado *rigor* es a Cicerón a quien debe pedirse. no a Pedro Hispano y a los otros sofistas. Y si éstos se hallan en pugna con Cicerón, ¿quién hay que no vea con cuál ha de demostrarse conformidad en eso del sentido de las palabras latinas? Y como siempre hacen esto, pues en todo lugar lo invierten y maltratan todo, fríamente se ha de huir de su lado y dejarlos en su locura, y se ha de acatar la autoridad de Cicerón y otros autores latinos. Pues si este *rigor* no se exige de los más peritos en la lengua latina, sino que aun el más idiota puede inventar a su antojo, ya no habrá rigor alguno y cualquiera nos va a dar su lógica según su capricho.

Cosa que éstos hacen a saciedad cuando cada uno explica el sentido de las palabras diferentemente, según las cortas luces de su ignorancia, pues lo que unos afirman, los otros lo niegan, y unos explican las enunciaciones implícitas que llaman exponibles de una manera y otros de otra, pero contradictoriamente. Cuando una cosa está entregada al talante y al humor de los necios, cada cual quiere hacer alarde de sus invenciones y preferirlas a las ajenas; y en ello, ¿qué arte puede haber, cuando cada quisque asegura con inconmovible firmeza lo que se le ocurrió en la mesa o en el baño y con ello ennegrece los papeles y quiere que se tenga por ley y por conseguirlo pelea con el mismo heroico arrojo que si lidiara por el altar y el hogar? Más fácil te será matarlo que separarlo de su opinión. Cuando yo dije aquello de entre copa y copa y baño y baño, no piense nadie que lo dije por juego y burlería. Puedo mostrar un libro de silogismos (cuyo autor tú conoces perfectamente) cuya tercera forma del segundo orden, que *Festino* se llama vulgarmente, entre copa y copa, en la estación termal de San Martín, en presencia mía y de Ar-

noldo y Roca, que aposta canturriábamos y metíamos ruido para desconcertar al autor, para que el nombre de *Festino* (apresurado) correspondiese con la realidad, escrita a vuela pluma, como producto abortivo, al día siguiente fué echada al mundo. ¿Y cómo no han de perpetrar atentados y aún peores que éstos y tan inconsideradamente aquellos cuyo arte es no tener ninguno, sino que cada cual se eche a andar por el camino que se le antojó emprender?

¿Y aquello de que se figure que consiguió tocar el cielo con un dedo, cuando en todo discrepa profundamente de todos y no enseña cosa como anteriormente la enseñara nadie? Yo, ahora, por mi cuenta, al tenor de esa regla vanísima que ellos excogitaron, diré que estas oraciones: *Animal es el hombre; cuerpo es esta piedra*, aun cuando en su sentido recto sean admitidas por verdaderas, con todo, *en rigor* son falsas y daré esta norma; a saber: *que es falso todo enunciado en el cual se predique la inferioridad de su superior*, como ellos, en la escuela de Montaigu, para esquivarse de nuestros argumentos inoportunos, se acogieron a esta fórmula arbitraria: *Omne pronuntiatum in quo esset alter alius esse impossibile de forma acceptionis terminorum.* Con este recurso, miraron por su bien, puesto que podían hacerlo con impunidad y sin compromiso. ¿Quién iba a refutar una cosa que finge a su capricho cada cual, por más ignorante que sea? De otras más grandes majaderías podré hacer mención; no podrán reprocharlas sin mengua de todas sus otras fantásticas invenciones. Vamos a ver: ¿por qué a mí, que sé más o menos de latín, se me ha de dar menos crédito que a nuestro conterráneo Pedro Hispano, que del latín no había visto ni el pelo?

Pero, acaso, dirán: «Tú no tienes autoridad para establecer reglas como la tenía Pedro Hispano.» Respuesta ridícula y propia de hombres en un acceso de delirio; ni más ni menos que si a un hombre nacido y criado en lo postrero de la Escitia se le entregase la facultad de dar reglas para las lenguas francesa y española, que no oyó en su vida. ¿Quién, decidme, dió a Pedro Hispano esa autoridad de introducir nuevas reglas en una lengua que ni de vista conocía, y aun cuando pronunciaba algunos vocablos de ese idioma, con todo no conocía la fuerza de cada una de sus voces más que aquel ruso de marras conocía la energía del idioma hispánico, del cual no vió ni una palabra escrita, ni la oyó pronunciada? Yo no digo que ésa fuera culpa de ese hombre, sino de su tiempo; lo que repruebo es la inmodestia y la avilantez suya y de muchos otros al querer que sus opiniones y sus sueños, más que pueriles, se tuvieran como ley en una lengua por ellos ignoradísima. Yo hubiera querido, según el viejo aforismo, que se conociesen a sí mismos y que no se salieran de su piel porque no se les echara en rostro aquel reproche vulgar: Zapatero, a tus zapatos. (*Ne sutor ultra crepidam.*)

Yo querría oír de boca de ese Pedro Hispano, aun cuando fué paisano mío, o de aquel que nos regaló esta dialéctica tan elegante (pues los hay que piensan que ella nació primeramente en Bretaña o en Irlanda, y fué amamantada y criada en París); yo querría oír de boca de Pedro Hispano, repito, o de quienquiera que fuese su autor, por qué él no tomó jamás de Boecio las famosas suposiciones y exposiciones

de aquellos enunciados y otros análogos, y siendo así que Aristóteles no dió jamás tales preceptos, tan descaradamente se atrevió a forjárselos y fijó el sentido de aquellos enunciados contra el genio del idioma latino, que no cató siquiera a flor de labio, como dicen, ni siquiera olió con sus narices. Si en hecho de verdad, las leyes dictadas por él son verdaderas, innumerables oraciones latinas en Cicerón, Varrón, Quintiliano, Plinio, Boecio y otros autores de casticísima latinidad, e infinitas oraciones griegas en Aristóteles, Platón, Teofrasto, Carnéades, Crisipo y restantes griegos nativos, se hallará que son falsas no en sí, sino por ignorancia de aquellas dichosas suposiciones, ampliaciones, exposiciones y no sólo en la filosofía moral o natural de Aristóteles, sino, también, en la misma dialéctica. ¿Y qué más si aun el mismo Pedro Hispano no habló en conformidad con las reglas que él mismo introdujo? Y no hay persona alguna, ya no digo docta, sino que ninguno de esos dialécticos, que pueda hablar con tal circunspección que no tropiece abundantemente con esas reglas y con esas formas vanas. Y no es ello cosa que maraville, porque las que ellos soñaron van contra toda costumbre y manera de hablar. Es de saber que ni el mismo Aristóteles, en toda su dialéctica, no definió la regla más insignificante que no estuviera en cabal y adecuada congruencia con el sentido del idioma griego, que usaban sin distinción las personas instruídas. los niños. las mujeres, el pueblo todo, en general.

No es tarea del dialéctico esa de establecer y enseñar un sentido insólito y una inédita energía de las palabras, sino que admite las reglas observadas por añeja tradición, como más arriba dije. La lógica de aquel gran filósofo toda está contenida en preceptos breves, a saber: la naturaleza de las dicciones se enseña en los libros de las *Categorías*; la fuerza de los enunciados en las *Perihermenias*, con la añadidura de las fórmulas de las colecciones en los *Primeros analíticos*, y los que demuestran en los *Posteriores*; y las razones probables y lo que pertenece a la invención, hállanse en los *Tópicos*, y las astutas cavilaciones en los *Elencos*. Ayudado de ese instrumento, Aristóteles como por la mano conduce al mozo a las restantes artes y ciencias. Aquellos conocimientos que se adquieren con vistas a otra cosa, en cuya clasificación está contenida la dialéctica, no deben consumir demasiados afanes, pues en tanto nos debemos ocupar en ellos, en cuanto necesitamos de sus recursos para ganancias posteriores.

Ni tampoco Aristóteles enmaraña y detiene a su discípulo en frías y necias suposiciones, ampliaciones, restricciones y quisicosas de ese jaez. Si hubiera visto que eso pertenecía al instrumento lógico, ¿quién va a creer que ese varón de tan poderosa mentalidad y de tanto saber iba a dejar a un lado al inventor de aquellas fórmulas, silogismos y aún de toda la dialéctica? Empero con muy sano acuerdo, no pensó Aristóteles que ello debía enseñarse fuera de toda razón del arte dialéctica, puesto que el sentido común de los hombres y el lenguaje vulgar y corriente no solamente no usan tales novedades absurdas, sino que las rechazan. Y si hubiera querido utilizar puerilidades a la manera de éstos, ¿a qué venía decir que el enunciado universal se convierte en particular, como *Todo placer es bueno*; así, *Algún bien es*

el placer. ¿Por qué Aristóteles no hacía con tal expedición esas versiones?

He aquí cómo esos ilustres doctores a quienes tú enseñaste, ahora, a su vez, te corresponden. Muchos de ellos no disimulan que todo eso son fútilidades, pero quieren que ello se enseñe porque aguza el ingenio de los niños. Pero que se me diga: ¿Esa es aquella aritmética que Pitágoras aprobaba y ejercía y con que estimulaba el ingenio de sus jóvenes alumnos? Y si dice que los ingenios de los muchachos con este ejercicio se vuelven más penetrantes, ¿por qué en la facultad de Teología los ancianos lo enseñáis a los ancianos, hasta el punto que parece que más tomáis a burla esta grave y respetabilísima disciplina que no que la enseñáis? En este punto os conducís, según es costumbre vuestra, tomando a juego las cosas más serias y defraudando en dondequiera la esperanza del auditorio, por dejar a un lado aquello que algunos, inducidos por una costumbre viciosa, con petulancia juvenil trasladan al arte médica con harto quebranto de la salud física. Pero lo que de ninguna manera callaré es con cuánta perdición de las almas y menoscabo de toda la religión los frailes aprenden y enseñan esta jerga y no se avergüenzan de que unos hombres, a quienes ellos llaman religiosos, y a los cuales de tiempo en tiempo se les prohiben las disciplinas mundanales, abracen estas corruptelas de los ingenios, hartas veces más estrechamente que los mismos laicos. Y aun entre ellos los hay del número de aquellos que se dicen teólogos, que piensan que nada puede decirse con agudeza si no va sazonado con aquel amarguísimo condimento y aliñado con aquella hórrida e inculta barbarie y mechado con esas sosas impertinencias sofísicas.

Hubo entre ellos alguno que informado por los pregones de la fama que San Agustín fué un gran dialéctico, habiendo caído en sus manos un pequeño libro de aquel gran autor, lo leyó con avidez para sacar de allí algún caso y alguna instancia. Cuéntase que se maravilló sobre manera de no hallar en un hombre tan lógico ni una sola palabra de *asinis* y *alter alius*, ni de las instancias, ni de los casos, ni de los reduplicativos, ni de los exclusivos, ni de todo aquello que se enseña en las pequeñas *logicales*. Y aún más se espantó que un tan sutil y acérrimo disputador, al disertar de la Trinidad, no hiciera mención alguna de la distribución completa e incompleta, de la particularización de la singularización completa e incompleta, de los supuestos mediatos e inmediatos, con lo cual aquellos silogismos tórnanse divinos y sin lo cual tiempo haría que los herejes hubieran echado por tierra toda nuestra fe en la Trinidad santísima. De ahí nacen aquellas nuestras paradojas, no tan verdaderas y piadosas como fueron las de los estoicos, pero admirables ciertamente: *Filius Dei Deus non est; Spiritus Sanctus Essentia divina non est. Omnis filius est pater et omnis filius non est pater. Deus non est Pater. Essentia divina generat Filium et Essentia divina nihil generat. Spiritus Sanctus, Spiritus Sanctus non est. Unus est Pater Deus, ille est suus Filius et non est suus Filius.* Y aun cuando el Símbolo de Nicea y el consentimiento unánime de la Iglesia diga que no hay muchos dioses, muchos increados, omnipotentes, creadores, eternos, inmensos; con todo eso, con sus invictos razonamientos, defienden en-

carnizadamente que hay tres dioses, tres increados, otros tantos omnipotentes, eternos, inmensos, con la protesta unánime de todos los santos Padres, con la repugnancia de la Religión cristiana, contra la voluntad de todos los ángeles y del mismo Dios, con el asombro de todos los demonios ante esa temeridad tan procaz y tan segura de sí misma. Y como si ello no fuera bastante aún, de la misma semilla y siembra nos sacan tres Trinidades y otras tantas esencias divinas. Quien admitiere esas afirmaciones, fuerza será que admita, quiera que no, que hay tres Dioses, tres Trinidades, tres Esencias divinas. Pero yo vuelvo a mi lector de San Agustín.

Maravillábase igualmente de que al tratar del Bautismo no introdujera la disputa de aquellos enunciados verdaderamente teológicos y necesarios fundamentalmente a nuestra fe: *Requiérese agua para bautizar, y para bautizar requiérese agua; el mínimo de agua que se exige, el mínimo de agua que no se exige, el máximo de agua que se requiere, el máximo de agua que no se requiere, el máximo que basta y no se requiere, el máximo que ni basta ni se requiere, el mínimo que basta y no se requiere, el mínimo que ni basta ni se requiere*, y por ese estilo, una jerigonza casi divina, sin la cual nuestra religión no puede destruirse, construirse, pensaba; siempre me equivoco en este punto, pues todo lo otro destruye, y esto, esto solo edifica, por manera que quedaba la duda de que si en la pila bautismal faltare el agua con cuántas gotas y de qué tamaño podría el presbítero bautizar al infante, si los doctores no lo hubieran escrito. Aunque ignorare el sacerdote todo esto, bautiza de todos modos en la fe de los doctores que lo enseñaron, y ello apoya y fortalece el bautismo como la fe toda, que en breve se desmoronaría. Y esto no puede ser tratado por nadie que no sea doctor; no basta para ello ser docto, es preciso ser doctor. Aquel que se espantó de no hallar en San Agustín tales lindezas, luego al punto dejó de espantarse y, sutil y certeramente, descubrió la causa por la cual Agustín no enseñó eso. El motivo fué porque San Agustín escribió en lengua latina; y eso, en cambio, no puede expresarse más que en una bárbara y bronca algarabía. Solamente con esa jerga, hervidero de barbarismos y de solecismos, pueden definirse magistralmente las cuestiones teológicas. A esa estultísima y pestífera opinión se sumaron algunos que están persuadidos que así la filosofía, como la teología, como las restantes disciplinas no pueden enseñarse en lenguaje correcto y castizo.

Si alguna cosa se escribió con un relativo esmero y pulcritud, sea cual fuere su argumento, a ello (tan necios y estúpidos son) no le llaman filosofía, ni teología, ni derecho, ni medicina, sino pura y simplemente gramática; dicen que los *Deberes* o las *Paradojas* o las *Cuestiones tusculanas* o *Académicas* de Cicerón no son más que gramática. Sólo lo que ellos hacen, porque no está sujeto a las leyes gramaticales y manchado con todas las sordideces de dicción imaginables no es gramática. Y yo digo que en realidad es así, pues aquello ni es gramática ni es nada. Escoto, Ocham, Pablo Véneto, Hentisber, Gregorio de Rímini, Suisseth, Adán Godam, Bockim Kam entienden ellos que no son gramáticos, sino filósofos y teólogos. Y, en cambio, Cicerón, Plinio, San Jerónimo, San Ambrosio, gramáticos son fuera de la escuela;

ocúpense de ellos los gramáticos. ¿Cómo puede ser, se preguntan ellos, que en aquel terso y elegante estilo, no ya en latín, sino en alguna lengua autóctona, no depravada ni sucia, puedan enseñarse la filosofía, la teología y las restantes artes? ¿Puede decirse desatino mayor? Yo, a ese error, si por la bondad de Dios y no con salud mala viviera diez años más, lo raeré de su cabeza no con argumentos, sino con efectividades.

Por lo demás, por volver al punto de donde salí, ¿creeré yo que con una falsedad, con una mentecatez, una frivolidad, una locura se aguza el ingenio de nadie? De mantenimientos sólidos y verdaderos se sustenta nuestra mente y toma su alimento fuerte; pero con las cosas hueras no hace más que hincharse y da la ilusión de una salud robusta, como en los organismos los miembros tumefactos, siendo así que éstos están muy afectados y aquéllos están muy enfermos. Yo creo que con esos recursos de tal manera se aguzan los entendimientos de los discípulos, como cuando se dedican a escribir y penetrar otras cosas, aunque pequeñas y débiles; su punta se rompe y se torna más obtusa y roma que una mano de almirez. Y allende de esto, ¿tanto piensan esos hombres que es el tiempo que nos sobra para aprender cosas mejores, que opinan que no es pérdida pura el que consagramos a inanidades de ese jaez?

¡Idiota Teofrasto, a quien la Grecia dió el dictado de divino, que te quejabas de la brevedad de la vida humana, que no daba tiempo para aprender las verdaderas disciplinas que conducen a la sabiduría y al arte de vivir bien, de forma que la muerte nos alcanza cuando comenzamos a saber algo! Aquí te presento a unos hombres que están tan sobrados de tiempo que tienen holgura para gastar mucho y buenos años en delirios más que de mujerzuelas, y que no solamente nada hacen ni granjean nada, sino que con harto trabajo, con asiduo y molestísimo afán, se empeñan en construir lo que luego, con industria y ahinco, no menor había de ser por ellos mismos destruído. Con todo, si las enfermedades crónicas no pueden curarse en un abrir y cerrar de ojos, ni una planta muy arraigada puede arrancarse de un tirón, concédase un plazo prudencial a la rutina, por pésima que sea; apréndanse en buena hora los que tanto se pirran por saberlas, por unos pocos, muy pocos, porque entienden cuánta locura sea ésta. Pero vean los que tal hicieren que la depravada costumbre de hablar, la fea barbarie y la inversión sistemática del sentido de los verbos les estorba de cosechar el fruto de las mejores disciplinas. No querría que fueran ellos de memoria tan tenaz que no puedan fácilmente olvidar esta jerigonza una vez que la hubieran aprendido. A pesar de todo, yo compadezco la mala suerte de aquellos que malogran diez, dieciséis, veinte años y a veces toda su vida en ese negocio; ruines e infecundos ingenios, y a mi parecer, nacidos más para la paja y para las algarrobas que para el grano. Absortos en esa hermosa tarea, no tienen un momento para leer a Teofrasto, o a Platón, o a Plinio, o a algún otro de los buenos escritores. ¿Por qué digo esto? Cítenme siquiera dos de las siete artes liberales, todas las cuales dicen ellos profesar con el ambicioso título de su magisterio, que ellos hayan aprendido. No habían aprendido, a buen seguro, al mismo Aristóteles, no digo ya en su filosofía

natural ni moral, pero ni siquiera en la dialéctica y ni aun le conocen de vista, a pesar de que dicen enseñarle, a él, que ni una sola vez saludaron en su vida.

Y no hay uno de ellos que sepa definir qué parte de la dialéctica trata de la invención y qué otra del criterio, y de qué manera debemos usar de una y otra. Aun cuando anduviesen engolfados en la buena y verdadera dialéctica, no debieran detenerse en ella tanto tiempo, pues la dialéctica es arte que no se aprende por ella misma, sino para que preste su concurso y sus servicios, como quien dice, a las artes restantes.

Por esto no se le debe consagrar más afán que el que fuere suficiente para la ayuda de las otras artes en que la dialéctica se ocupa. Quien pierde mucho tiempo en la dialéctica y no se consagra a otras ciencias obraría no de otra manera que el que luego de adquirir una criba para cerner la harina y hacer sus panes, se detiene más de lo debido en arreglarla y componerla.

El instrumento debe arreglarse a toda prisa, y en él no se ha de mirar más que la aptitud que tenga para la obra a que se destina. ¡Lástima de tiempo y de trabajo el que se pierde en la ansiosa composición de la herramienta, no asiéndose de ella inmediatamente para la tarea a que está predestinada, siempre que por algún defecto o vicio no pueda la herramienta estorbar o impedir la obra, pues en este caso lo primero que debía repararse era el desperfecto. Tanto hay que aprender y admitir del arte dialéctico, cuanto sea bastante para conseguir que su ignorancia no pueda perjudicar en las artes restantes. Al que se mantiene y no se quiere mover de sus confines, ¿quién le podrá aguantar? ¿Quién soportaría a un pintor que en componer su pincel y en combinar sus colores, o a un zapatero, que en preparar sus leznas y sus cueros, en encerar su hilo, gastasen todo su tiempo? Y si estas lentitudes no son tolerables en la buena dialéctica, que es un arte de ninguna manera desdeñable, ¿hasta cuándo y hasta qué punto debe ello soportarse en la pura garrulería corruptora de todas las artes?

Si requieres mi opinión, mi opinión es ésta: así como aquello de que no se precisa, pagado en un maravedí es caro, como decía Catón, aquel viejo prudentísimo, así también en esa dialéctica vanísima e inútil consumir una media hora nada más ya es demasiado. Que no es arte demuéstralo el hecho de que toda disciplina y toda arte fué inventada e introducida para alguna finalidad práctica; la una, porque actuemos sobre ella y la erudición que procure se traduzca en obras, como son la retórica, la música, la medicina, la jurisprudencia y otras muchas más; la otra, solamente por el placer solitario de saberla, como la astronomía o aquella parte de la teología que, como la Magdalena evangélica, se contenta con la parte mejor; a saber: la contemplación de la Divina Majestad; pero esa endiablada y abstrusa dialéctica, ¿qué enseña? Decídmelo si lo sabéis.

No ciertamente a hacer nada, pues no hay persona alguna tan carente de seso y tan privada de razón que quiera usar de aquellos enunciados prodigiosos en ninguna conversación, pues con ellos, como con un conjuro malhadado e infausto, pondría en fuga a sus aterrados oyentes, si ya no es que con sus infelices discípulos, hechos ya a estas monstruosidades, en algún rincón

infecto, maloliente y sucio, se entrega a sus mentiras y delirios. Y esto es cosa que la puede ver el más estúpido, siendo así que la dialéctica fué inventada para acomodar sus ventajas a otras disciplinas, y lo que enseñan ésos no puede trasladarse ni adaptarse a otras disciplinas, con lo cual deja de ser dialéctica.

Esperar ciencia de esa dialéctica, eso ni lo hacen ni lo ordenan sus mismos profesores, aun cuando sean muy echados para adelante y vanos y jactanciosos. Harto indica que no tienen ellos ni un adarme de sabiduría el hecho de que en ésos no queda resabio alguno ni la más leve huella como la acostumbran dejar las demás artes y ciencias. Tan pronto como abandonaste la escuela, si no tuvieres una memoria tenacísima, todo aquel humo, desvanecido queda al soplo del aura más ligera. Esta es la razón por la cual aquellos que a esas bagatelas se dedicaron todos los días de su vida, cuando envejecieron y se salen de aquellas pugnas sombrías y de aquellos empeñosos altercados, guardan dondequiera el silencio glacial de la estupidez; entonces *rara es su conversación y muchas sus ganas de callar*.

En esos casos, con el ceño imponente de su ignorancia, encubren el silencio obligado de su sabiduría. ¿Qué otra cosa pueden hacer los pobres? Todos sus recursos escolásticos quedaron atrás con las escuelas; no tienen cosa alguna que decir. Y forzosamente aquellos que antes no eran vencidos en garrulidad por ninguna corneja ni por ninguna mujerzuela, ellos que tenían más voz que el Estentor homérico, pregonero de los griegos en el sitio de Troya, entonces en el callar se aventajan a los peces y esas broncas ranas nuestras se tornan aquellos jilgueros melifluos.

Por cierto que ellos, en el mismo hervor de las escuelas, donde no es posible que se grite más que ellos y que se charle más que ellos, pues antes les faltará la vida que la voz, cuando salen del abrigo de las escuelas para fundirse en el corro de los hombres prudentes, demuestran tanta estupidez como si hubieran sido educados en las selvas. Es de ver la cara de extrañeza que ponen ante cualquiera realidad; creerías que han sido trasladados a un mundo nuevo, hasta tal punto desconocen la vida y el sentido común; veráslos tan embarazados, sea lo que fuere lo que hagan o digan, que jurarás que no son hombres. Sus palabras, sus costumbres y sus obras hasta tal punto son ajenas del hombre, que pensarás que, fuera de la apariencia, nada tienen de hombre. Por eso es que resultan los más ineptos de los hombres para la gestión de los negocios, para el desempeño de legaciones, para la administración, así pública como privada; para el gobierno de los pueblos, y que para todo ello no valgan más que los testaferros. No cultivan aquellas artes que enseñan todo esto, que forman el ánimo y la vida humana como, por ejemplo, la filosofía moral que adorna las costumbres y las mentes; la Historia, que es la madre del conocimiento y la experiencia, a saber: de la prudencia; la Oratoria, que enseña y gobierna la vida y la opinión; la Política y la Economía, en las que se afianza el Estado y el régimen de las ciudades y la hacienda familiar. Todos ésos, no digo si les hablas en latín, a pesar de que se jactan de ser ellos solos quienes conocen la fuerza y el rigor de esa lengua, sino en español, en francés, en cual-

quier lengua patria o vernácula, apenas te entenderán, se horrorizarán de la novedad del lenguaje, porque no está henchido de signos, letras, relativos, asnos, puesto que en latín no hay cosa tan inafectada, tan poco trabajada, tan displicentemente, tan escrita a la pata la llana, que éstos alcancen a comprender. Y ésa sospecho que va a ser la causa de por qué no muchos de ellos van a entender esta carta mía, como cosa demasiado sagrada y recóndita, siendo así que no ha podido escribirse en latín cosa más clara ni más paladina. Y dado que muchos han desaprendido su nativo idioma, el que mamaron en los pechos de la nodriza, ¿qué extraño es que ellos no retengan el latín, que no aprendieron jamás y que, aun cuando lo hubieran aprendido muy bien, no hay cosa que no hubiera echado a perder aquella sofística corruptela de todas las buenas letras?

Estas y otras semejantes ventajas de ese arte es que mientras andas en persecución de estas bagatelas pierdes el tiempo, el trabajo, la lengua, la moralidad, el sentido común. Yo no puedo llegar a convencerme que esos portentos extemporáneos, esa gangrena y esa peste vayan a durar mucho. Asaz y demasiado, por espacio de quinientos años y más, inficionaron las mentes de los hombres. Hora es ya que a la vez con la lengua latina, que es su seminario, se despierten las artes restantes por tan largo tiempo aletargadas: *Esas fantásticas opiniones*—como dice Cicerón—*el tiempo las borrará y confirmará los juicios de la Naturaleza.* El desorden trae orden. No siempre los hombres estarán sujetos a esos vejámenes. El tiempo mismo arrancará lo vicioso y traerá consigo lo recto y lo verdadero. Así que esas grandes inanidades no necesitarán de muchos y bravos atacadores para que perezcan por sí mismas. Como son falsas, como son puros embelecos y trampantojos, como no tienen solidez ni firmeza alguna, es inevitable que poco a poco se derrumben y se desvanezcan por su propio peso y que el recuerdo ruinoso de esos descarríos, tan pronto como en las escuelas los hombres empezaren a tener mejor seso, callará y se disolverá. No es posible que los ciegos mortales yerren indefinidamente; poco a poco se irá abriendo el ingenio de los hombres y las mentes humanas, partidas de las tinieblas camino de la luz, luego de rechazar tan torcidas y perniciosas bagatelas, abrazarán efusivamente la verdadera disciplina. Yo no creo que esta conversión esté demasiado lejana, dado que esas sombras, esa calígine, esa locura, llegaron a tener grandeza tan voluminosa, que su propia pesadumbre las ahoga y ya no puedan sufrirse las unas con las otras. Sea como fuere, tiempo ha que los ingenios humanos soportaban estas fruslerías y estos delirios; pero hay que reconocer que no tan crecidos; ahora son mucho más pesados y superán la capacidad de aguante de nuestros espíritus, que tienen tendencia natural a lo mejor. En la actualidad, ¿quién no ve que, puesto que llegaron a la cumbre de la demencia, van a desplomarse en breve con un estruendo fragoroso, cuando ya no puedan hincharse más, y que juntamente con el ruido del derrumbamiento inevitable perecerá su nefasta memoria, que Dios confunda?

Por lo que toca a mi caso personal, tengo aprendido de mis padres, de los varones más prudentes, aleccionado además por multiplicadas experiencias, que las malas costum-

bres no fácilmente se mejoran con ningún humano remedio, sino cuando llegaron a tal grado de depravación, que se hicieron insoportables a todo el mundo. Y así es que, como la naturaleza humana aborrece cosa tan fea, en harto poco tiempo queda arrancada de cuajo y anticuada aquella arraigada costumbre, de donde aquel trillado proverbio; a saber: *Que el orden mejor nace del más pervertido y que las buenas costumbres son procreadas de las malas.* Nuestro temperamento hasta cierto punto soporta las malas costumbres y las cosas feas mediocremente; pero rehuye el exceso del vicio y no lo puede sufrir. Obvio es el ejemplo que pasó con la lengua latina; mientras estuvo depravada medianamente, subsistió y no tuvo defensor alguno; y que, al fin, fué restituída a su primer lustre y esplendor cuando ya no podía afearse ni corromperse más. Por esto yo no sé si lo más acertado habría sido desear y pedir al cielo que, acumulando desatinos sobre desatinos y locuras sobre locuras, aumenten el montón tan apresuradamente, que lo más pronto posible causen hastío y repugnancia, no ya solamente a los ingenios excelentes, sino aun a los más modestos, y todos a una conspiren al exterminio de esa locura; cosa que yo, como desde una atalaya, veo que ya se está haciendo valientemente. En todas las naciones veo cómo van descollando ingenios insignes, preclaros, independientes, reacios a toda servidumbre, que sacuden gallardamente de sus cuellos el yugo de esa esclavonía necia y violentísima y convocan a los ciudadanos a la libertad y rescatarán toda la ciudadela literaria para la libertad más sabrosa, de la cual carecieron durante tantos siglos, y obedecerán, no a esos déspotas furiosos y violentos, sino a aquellos otros guías incorruptibles; a saber: las verdaderas artes y ciencias.

Así espero yo que será dentro de veinte años y que esas obras que fueron acumulando con su vana y estólida locuacidad, para su alarde y gloria mentida, o quedarán sumidas en silencio y noche eterna, o si algunas sobrevivieren, redundarán en ignominia y gran desdoro de sus autores.

Yo, por mi parte, Fort querido, doy grandes e infinitas gracias a Dios porque un día bienhadado salí a la luz de ese París y de esas tinieblas como las del infierno de Homero y vi cuáles eran aquellas disciplinas a las cuales los hombres les dan con harta ligereza nombre de dignas y de humanas. Yo no me tengo por tan privado de juicio ni tan escaso de méritos para conmigo mismo, que si yo no hubiera conocido y tocado con las manos, luego de madura y exacta reflexión, ser mejor el camino que ahora sigo, no iba a trocar lo viejo por lo nuevo, lo recibido por lo no recibido todavía, lo cierto por lo inseguro. No hay nadie en absoluto que reconozca con complacencia y agrado que lo que alcanzó con harta fatiga y sudor es frivolidad y fruslería pura y que fué un puro juego el prolijo y penoso trabajo de tantos días pasados de turbio en turbio y de tantas noches pasadas de claro en claro. Esto, al principio, me era tan enojoso y me causaba tal desabrimiento, que muchas veces, de mejores reflexiones, convirtiera la atención a cosas pasadas mías por no cobrar el total convencimiento de que en París no hice nada de bueno. Y no dudo que ese pregón mío causará a muchos un enorme desabrimiento; pero sería menester que ellos

tuviesen en cuenta que hay que creer a los escarmentados y que no es posible que todos ellos pertenezcan a aquella categoría de hombres perfectos, que lo saben todo por intuición directa. Resígnense a ser del número de los hombres buenos que muestran docilidad para quien les da sanos y rectos avisos y guárdense de ser del orden de los hombres malos, que ni a sí mismos se conocen ni escuchan a los que los amonestan para su bien. Y si no quieren creerme a mí, den crédito a los que les aventajan en edad, preceptores suyos. Si interrogan sobre este punto, les oirán cómo condenan aquel desvarío, cómo deploran el tiempo que perdieron, malográndolo estérilmente en esas bagatelas, que son pura vanidad.

Muchas veces oí yo a Dullard y a Gaspar Lax, antiguos maestros míos a quienes nombro con todos los honores y los pronunciamientos favorables, quejarse con duelo muy amargo de haber perdido miserablemente tantos años en una cosa tan fútil y tan vana. Y si ello es así, ¿qué locura es ésta (que Dios maldiga) de no querer obedecer a los viejos escarmentados que dan tan buenos consejos? En esta carta (que no dudo que van a criticar mozos ignaros, locuaces más que las ranas, batalladores más que los gallos) consuélame la fundada esperanza de que a los ancianos les va a parecer bien lo que ahora les digo y lo alabarán, y que eso mismo que esos muchachos desatinados desdeñan temerariamente, más tarde, cuando los años les hubieren vuelto cuerdos y prudentes (si es que el Cielo algún día les otorgare este don), lo aprobarán y lo abrazarán y que acaso, eso mismo que yo ahora les aconsejo, ellos mismos, que ya serán entrados en años, compadecidos de los que les siguen, van a aconsejarlo a los que serán jóvenes a su vez. Y por lo que hace a ti, Fort querido, suplícote por nuestra amistad, por tu excelente índole e ingenio, que, puesto que ya tu edad te persuade la mejoría y estás viendo que todo ello no son más que puras bagatelas y corruptelas puras, que si no tuvieres buena memoria al instante se te olvidarán, y si la tuvieres buena, te servirán de estorbo para aprender cosas mejores y te encontrarás con que tienes que desaprender con el mismo afán con que aprendiste, harto ves que no merecen que en ellas se pierda un minuto de tiempo; al revés, de lo que son merecedoras es de que con ambas manos y con toda la energía posible se las rechace, porque no causen al talento daño irremediable. Demasiado ves que, siendo harto breve la vida, mucho más vale consagrarla a las artes auténticas y tocas con la mano que los que las profesaron son la mofa y la irrisión del vulgo. Por eso te exhorto y te ruego que a tiempo te retraigas de esas demencias, que tañas a retreta y te consagres a aquellas actividades intelectuales, dignas de todo hombre, dignas de tu gran talento.

Eso, dado que tengo bien conocida tu prudencia y la predisposición innata de tu ánimo para lo mejor, no dudo que lo vas a hacer, y creeré que esta tan prolija y tan parlera carta habrá rendido fruto copioso si, gran amigo mío como eres, te condujere a aquel punto adonde ves que te llama la noble y egregia naturaleza de tu talento.

Allende de esto, te escribí a ti precisamente por la razón de que no iba yo a cantar para los sordos. También porque, cuando hubiere en ti rendido su fruto, de un solo golpe

lo habrá rendido también en esa mocedad que te sigue, para la cual, con amor de patria, te encargo un abrazo; y a la cual has de formar en las mejores disciplinas. Muy deficientemente cumplirás con tu deber o, por hablar con toda crudeza, cometerás un gran crimen si la imbuyeres en esas artes que son el colmo de la vanidad y de la majadería.

Yo tengo por costumbre echar la culpa de ese desafuero sobre los preceptores que enseñan tales estolideces, porque los niños, vírgenes de toda experiencia y recelo, metidos por su mala suerte en medio de esa digamos tempestad, se los engaña antes, se los inficiona antes, se los ahoga en este mar antes que puedan discernir por sus propias luces lo que es recto y lo que es torcido. Si bien no debo culpar tanto a los mismos preceptores que en su mayor parte no pasan de muchachos y a duras penas saben cuál de sus dos manos es la derecha, y que recién salidos del huevo fueron enviados a la escuela, necesitados con apremio de preceptor, de instructor y de pedagogo y aun de férula, imposibilitados de ser buenos formadores y maestros. Esos tales (si así lo quiere el Cielo), que no saben a punto fijo cómo se llaman, ya recibieron el título de filósofos. Por lo que a mí toca, yo no tanto les reprenderé a ellos como a los propios *gimnasiarcas* o rectores, los cuales, su edad y su prolija experiencia de la vida debió de haberles enseñado la inanidad de esas enseñanzas, y a pesar de ello, no solamente permiten que en sus establecimientos se profesen con muy lamentable quebranto y daño de la juventud que frecuenta sus aulas, sino que imperativamente las imponen.

No creo yo que, por otra parte, vayan a acarrear grande ganancia. Vean ellos, que son grandes teólogos, cómo pueden hacerlo sin gran responsabilidad criminal. Yo tengo para mí que Dios va a pedirles rigurosa cuenta de tanto tiempo perdido (¡y del mejor de la vida!) y del malogro de tantos talentos como fueron confiados a su cuidado. ¿Quién no creerá que están reservados graves tormentos para aquel que impusiere esta enseñanza absurda a un niño inocente e ignorante por afán de puro lucro? ¿Y que esos que pierden el tiempo, la vida, el ánimo de los niños, se quedarán inmunes y al margen de todo castigo?

Y porque veas que este abuso llegó al colmo de la frescura, enojosa e insoportable a Dios y a los hombres, sábete que los directores de establecimientos docentes, cuanto más exactos cumplidores y religiosos quieren parecer, tanto más se empeñan en que sus escuelas resuenen siempre con esos berridos de furia y de locura y ejercitan esa profesión con un ceño más imponente que el que puso el propio Zenón en la enseñanza de su doctrina moral rigidísima.

A ti mismo, mi querido Fort, y a cualquier otro, pues no rechazo a nadie, te conjuro porque juzgues y me digas: «¿No te parece que la Universidad de París es como una vieja que, ya pasados sus ochenta años, está en pleno delirio de senilidad? ¿No piensas acaso que, si por arte de milagro, a saber: por influjo de las buenas artes, no se remoza (¡aleje Dios ese horroroso augurio!), se halla en trance de muerte inminente? Yo me atrevo a jurar por todos los santos del cielo que no hay hombre tan lerdo y tan majadero que enviara a sus hijos a

esa escuela con el fin de que aprendiesen si se percatara de las enseñanzas que allí se dan.

¿Cuántos hombres instruídos, dime, envían a sus hijos a esos centros y a esos sofistas? Nadie hay tan ciego, nadie tan mentecato, nadie tan descuidados o tan aborrecidos tiene a sus hijos que llegue a ese extremo. Si alguno los envía acá, no los envía a esos sofistas que Dios confunda, sino a determinados profesores, que, en medio de tan desaforada locura, conservan un adarme de cordura. Si alguno piensa que yo hablo con alguna irritación, ese tal no se equivoca. Yo no puedo hablar sin desabrimiento de esa cosa que me obligó a colocar tantas horas buenas en una ocupación tan mala. No pretendo echar la odiosa responsabilidad sobre los preceptores, porque mientras me entrego a ese doloroso desahogo, no parezca que quiero ganarme la antipatía de algún profesor cuerdo, si acaso lo hubiere. Yo no dudo que esta carta, si llegare a manos de esos hombres y pudieren imponerse la molestia de leerla, así que la hubieren entendido, cosa que deseo vivamente, va a resultar ofensiva para muchos. De cada uno de esos presuntos agraviados creo que es equidad impetrar la seguridad de que no va a creer que yo hablo de él individualmente y que no se ofenda de las palabras más o menos vivas; pondere el hecho y la intención que me guió. Si con ello no queda satisfecho, buena pro le haga; yo le dispenso y le perdono y le deseo toda suerte de venturas: quédese abrazado con sus queridos asnos y con su donosa dialéctica. Yo no obligo a nadie; ni aun cuando quisiera, yo podría. Aviso y digo, como parece bien en un filósofo, lo que siento con toda libertad. Esto, un día u otro, ellos lo aprobarán, y entonces se convencerán de que mis avisos eran razonables cuando de poco les va a aprovechar su cordura tardía, y puesto que ellos llegaron tarde, cuidarán de que los mozos tengan seso a tiempo.

Yo, a pesar de todo, pongo por testigo a mi conciencia y a Dios Todopoderoso, que ve todo esto y lo oye, que no acabo de maravillarme que exista una sola persona que, si entiende esto, lo desapruebe. Como tampoco pienso que haya en toda la redondez del orbe persona alguna, instruída o ignorante, ingeniosa o lerda, que no lo apruebe si se lo explican de tal modo que él lo entienda. Mas esto contenta poco a nuestros hombres; mas yo no me atengo a su juicio, que bien poco pesa, sino al de los doctos, no numeroso, es verdad, pero por lo demás, muy valioso y muy grave; complacerle es mi afán, pues no tengo por costumbre contar las opiniones, sino pesarlas. Ya sé que no gusto a los mozos que no tienen consejo ni juicio ni reflexión; pero agradaré a los ancianos si tanto fuere que la edad les hubiere traído algún mejor juicio. Y por lo que toca a mis españoles, no tanto les aviso y exhorto, sino que, por lo que consideren más sagrado, les conjuro y les suplico que por fin terminen de bobear y de delirar y consagren sus talentos dignos de mejor ocupación al estudio de cosas que lo valgan, a fin de que, así como en muchas dotes aventajamos a las otras naciones, así también lo seamos en la erudición, que si decora otros ingenios, también a los nuestros decoraría. El tema de este asunto tiene una gran amplitud. Por eso mi epístola resultó más larga de lo que yo me propuse, y si no me hubiera contenido, al filo del

discurso hubiera ido mucho más lejos; pero había que poner un término u otro a esta carta. No voy a expectorarlo todo de una vez; por manera que si es preciso volver a la liza, cosa que no dudo tendré que hacer, salte con las nuevas reservas que me proporcionará con largueza la magnitud de esa inmensa majadería que por espacio de tantos años ha sido criada y aumentada con tanta blandura y con indulgencia tan punible.

Con todo, antes de decir mi última palabra, no puedo menos de insistir con el lector, si es que, fuera de ti, hubiere alguno que pusiere sus ojos en esta carta, que no la lea persuadido y arrebatado en sentido contrario por ninguna perturbación pasional, sino que todo lo sujete al examen de la razón. Si le pareciere que le aconsejo bien, siga mi consejo; si no fuere así, reconozca al menos mi buena intención de serle útil e interprete en buen sentido mis palabras. Por lo que a mí se refiere, con el mismo espíritu con que quisiera yo que esta admonición mía fuera recibida por los otros, recibiré yo las que tú o cualquier otro tuviereis a bien dirigirme.

Así que si hay alguno que no apruebe por entero lo que yo digo, yo oiré con mucho gusto su opinión. Y si, por el contrario, hubiere alguien que tuviere sus dudas en lo que yo dije, si tiene algún estorbo, si alguna dificultad le retiene o le fatiga algún escrúpulo, estoy a su total disposición en gracia del bien general, mientras ello sea no por fines ruidosos de polémica, sino por el afán honrado de dar con la verdad, pues de otra manera las disputas no iban a tener fin. Y si fueren tan impacientes sus ganas de pelea, también yo, para complacer aun en este caso extremo a mis amigos, hombreándome con el más bravo de sus luchadores, no rehusaré el campo ni la arena.

Luego de haberte escrito todo esto, se me acercaron Pedro Gracián Laloo, nuestro amigo, y Tusano Hocedio y Nicolao Votonio, míos por ahora, y muy en breve espero que tuyos también. Aun cuando no te vieron jamás, te estiman sobre manera, ganados por las referencias que yo les di de tu virtud y merecimientos. Todos me pidieron que te saludara en su nombre: Laloo en calidad de amigo viejo, y Hocenio y Votonio, esperanzados de que lo sean nuevos en breve. Encomiendas las más encarecidas a mi pariente Nicolás Valldaura, como muchas otras veces hice, pues, como sabes, yo le quiero no menos que a un hermano. Saluda también en mi nombre a Dávalo. Adiós, mi Fort dulcísimo.

Lovaina, 13 de febrero de 1519.

FIN DE
«CONTRA LOS SEUDODIALÉCTICOS»

PEDAGOGIA PUERIL

DE RATIONE STUDII PUERILIS)

(1523)

CARTA PRIMERA

JUAN LUIS VIVES

A DOÑA CATALINA, REINA DE INGLATERRA, SU PROTECTORA INCOMPARABLE: SALUD

MANDÁSTEME escribir un breve plan de estudios, del cual pudiese usar su preceptor en la formación de tu hija María. Obedecí con agrado a quien yo querría complacer en empeños harto mayores, si estuvieran a mi alcance. Y puesto caso que le elegiste un institutor, hombre docto como el que más y probo en grado sumo, como era razón, me contenté con indicarle la senda con el dedo, como quien dice; él la guiará mientras dure la jornada. Con todo, aquellos puntos que creí que habían dejado oscuros o habían omitido los escritores de gramática, los traté con alguna mayor extensión. Yo pido a Cristo que esta pueril pedagogía ayude a tu hija intensa y eficazmente, así para su instrucción como para su virtud. Ten salud y sábeme de tu Majestad devotísimo y adictísimo.

Oxford, a los 9 de octubre de 1523.

LECTURA

Aprenda a pronunciar claramente y con despejo los sonidos de las letras, pues importa no poco para la formación subsiguiente la manera como aprendió a pronunciar las letras y las sílabas. Sepa que las letras unas son vocales y otras consonantes, cuántas son las unas y cuántas son las otras, y por qué han tomado este nombre. De las consonantes, unas son mudas, las cuales comienzan por sí mismas, y acaban por una vocal, como *b, c, d*. Llámanse así porque cuando se comienzan a pronunciar sin el socorro de una vocal se quedan mudas. Otras, llámanse semivocales. De éstas, algunas son líquidas, como *l, m, n, r*. Aprenda luego que dos de las vocales, la *i* y la *u*, pasan a ser consonantes cuando van seguidas de una vocal a cuyo sonido se agregan, como *vivo, juro, conjicio, vinum, vulpes*. En los vocablos griegos, la *jota* nunca se torna consonante; por eso, ni *Jacobus* ni *Joannes* tienen la *ι* consonante. La *i* consonante del alfabeto griego es la beta: *v*. Por eso, acostúmbrese a escribir la *u* vocal en esta misma forma, por causa de

la *v* griega, que con frecuencia, entre los latinos, pasa a ser *u*, como Syla, Sula, Tybur, Tubur. Sílaba vale tanto como decir agrupación o grumo de letras; pero también una sola vocal puede formar una sílaba, como María, Jesús. Sepa luego que la sílaba consta, o de una vocal sola, o de vocal y consonante, o de vocal y consonantes. Sin vocal no hay sílaba posible, y tantas son las sílabas cuantas las vocales. Con las vocales hácense cuatro diptongos: dos se escriben y pronuncian; los otros dos se escriben, pero no se pronuncian, sino que el sonido es un poco más espeso que el de una vocal simple. Esto mismo se le ha de enseñar en las letras griegas para que sepa leer correctamente en ambas lenguas. Lo que más se le ha de ahincar e inculcar es que haga sonar como es debido las letras y las sílabas y no le quede en la pronunciación vicio ninguno.

PARTES DE LA ORACIÓN

Sabrá después que los latinos tienen ocho partes de la oración: cuatro variables y cuatro invariables. De las variables que significan alguna acción y se modifican por modos y tiempos, estos últimos se llaman *verbos*; los que se declinan por casos y significan que algo se hace en el tiempo, llámanse *participios*.

Existen quince pronombres; los restantes son nombres. De las invariables, hay cincuenta *preposiciones*. Mas las que unen y enlazan en cierta manera las partes de la oración llámanse *conjunciones*. Y las hay que, por expresar un afecto súbito del alma, llámanse *interjecciones;* las restantes toman el nombre de *adverbio*. Esto no es más que una elemental y ligera insinuación de conocimientos rudimentarios, que, como casi todas las otras materias del librito, me limitaré más a indicar que a explicar con exactitud minuciosa.

ESCRITURA

Mientras vaya aprendiendo esos rudimentos consagre algún tiempo a la formación de las letras, no con tanto primor como velocidad, de manera que si su preceptor le dicta algo, ella lo escriba con su manecita.

Si lee a algún autor y le agrada bien la forma, bien el sentido, recójala y cópiela. Más tenazmente se adhieren a nuestra memoria las cosas que nosotros mismos transcribimos que lo escrito por los otros. Y tiene esta ocupación otra ventaja, y es que, mientras escribimos, nuestro espíritu anda lejos de pensamientos livianos y torpes. Los versos que se le propongan para la imitación contengan alguna grave pequeña sentencia que le agrade haber aprendido, pues copiándola tantas veces es fuerza que se ahinque en el alma. Se pondrá empeño en que al principio, por lo menos, mediante la imitación, escriba castigadamente.

MEMORIA

Ejercite la memoria con asiduidad, a fin de que no pase día sin que ella atesore algo. Así se adelgazará el ingenio y educará su memoria, comunicándole facilidad y rapidez porque, más tarde, retenga sin esfuerzo y con suma firmeza todo cuanto le pluguiere recordar. Duran todo lo restante de la vida los conocimientos que se reúnen a esa edad. Al principio, por la noche, un poco antes de ir a dormir, relea

con atención dos o tres veces aquello que querrá encomendar a la memoria y a la mañana siguiente no se olvide de reclamárselo.

INFLEXIÓN DE LOS NOMBRES

Aprenderá a declinar los nombres y aprenderá que los hay de seis géneros: masculino, significado por el vocablo *hic;* femenino, significado por *haec;* común, que comprende el *hic* y el *haec;* omnímodo, que tiene *hic, haec, hoc;* dudoso o ambiguo, que puede ser masculino o femenino, a nuestro gusto. Entre el común y el ambiguo hay esta diferencia: puesto que todo género hace referencia a los adjetivos, cuando al común se le añade el adjetivo hay que mirar de qué sexo hablas, y si añades el género del adjetivo, que, una vez añadido, ya no puedes cambiar hablando del mismo, porque si dices perro (*canis*) blanco, bien lo dices del macho, pero no de la hembra (*canis*), y cuando del macho dijiste *canis albus*, no puedes decir *canis alba*. El *promiscuo*, que los griegos llaman *epiceno*, no es género, porque aquí no hablamos de la naturaleza de los seres, sino de la cualidad de las voces. Nombres sustantivos o apelativos son todos los nombres, excepto aquellos que son de todo género; ésos llámanse epítetos o adjetivos.

Hágasela notar que sólo por los adjetivos inventáronse los géneros en los sustantivos, pues sin adjetivos los géneros huelgan. Cuando decimos: «Respeto a mi padre, no lastimes al hombre, echa fuera el perro», el género no interesa. Sólo cuando tenga que añadirse el adjetivo hay que atender al género de cada uno. A continuación se le enseñarán los dos números, porque el dual de los griegos no lo admitimos los latinos, ni aun los mismos griegos lo observan con demasiado cuidado. Y acto seguido, los seis casos en cada uno de los números. Algunos añaden un séptimo caso, de que Quintiliano hace mención, y después de él, Servio; verbigracia: *Precibus Deum placo*. El vocativo siempre es semejante al nominativo, excepto en algunos nombres de la primera declinación y de la segunda. Los nombres neutros tienen el acusativo y el vocativo semejantes al nominativo, y en el plural estos tres casos tienen la desinencia en *a*. Los nombres compuestos se declinan como sus simples. En este punto se le deben explicar las cinco declinaciones, y cómo en la primera se conoce del genitivo singular o plural y cuáles son sus desinencias en nominativo, y cómo todos los nombres de esta declinación terminados en *as* o en *es* son griegos. Aquí declinará algunos nombres de la primera. Luego, cómo se conoce la segunda y qué terminaciones tiene. La tercera también, en la que hay once terminaciones: *a, e, o, c, d, l, n, r, s, t, x*. Luego seguirán la cuarta y la quinta. Después de esto comenzará a aprender la congruencia del adjetivo y del sustantivo en el número, género y caso, y ejercítese algún tiempo en esa práctica, poniéndosele delante numerosos ejemplos.

DE LOS VERBOS

Ya será llegada la hora de ir a los verbos, en los cuales dos cosas hanse de conocer: la varia naturaleza de los verbos y la sintaxis, o sea la construcción. Cinco son los modos en el verbo: *indicativo* o casi narrativo, por el cual referimos algo, y en el indicativo hay cinco tiempos: *presente, tres pretéritos* y

futuro. La diferencia en los pretéritos es que el *perfecto* significa una cosa hecha, como la misma palabra lo dice; el *imperfecto* significa que la cosa no ha sido hecha aún o que no lo estaba al tiempo a que nos referimos; el *pluscuamperfecto* significa una cosa hecha antes que otra hecha también; verbigracia: *Cuando comencé a leer, a las diez de la mañana, entonces él se levantaba de la cama y tu madre ya había oído misa.* Así que el pretérito imperfecto y el pluscuamperfecto refiérense a alguna otra cosa, con referencia a la cual denotan que la cosa no está hecha del todo o más que hecha y rehecha. Añaden algunos el futuro perfecto, que dícese ser de subjuntivo; verbigracia: si dices: *Cuando cenare,* quieres decir *mientras cenare*; pero si dices *cuando hubiere cenado,* quieres decir que ya se acabó la acción de cenar.

Modo *imperativo* es aquel por el cual mandamos, suplicamos y exhortamos. Dos tiempos se atribuyeron al imperativo: presente y futuro; añádesele también el futuro del subjuntivo.

Optativo es aquel por el cual manifestamos una opción o deseo. Plugo a los gramáticos otorgarle cinco tiempos: *presente, pretérito imperfecto* (verbigracia: ¡Ojalá aprendiera!), *pretérito perfecto* (¡Ojalá aprendiere!), *pretérito pluscuamperfecto* (¡Ojalá hubiera aprendido!), *futuro* (¡Ojalá aprenda!). *Subjuntivo,* porque subordina otra oración, por ejemplo: *Cuando hubieres obrado bien, alégrate.* Tiene cinco tiempos, que con frecuencia se toman por los tiempos del indicativo. Explíquesele luego por qué se llama así el *infinitivo* y qué tiempos tiene. Tomás Linacer añadió el modo *potentativo;* por cierto, que razonable y doctamente; cuidarás de que se le explique cuando hubiere hecho algunos progresos. Ejercítese en los modos y en los tiempos con toda diligencia, yuxtaponiendo a la voz latina la voz inglesa correspondiente y enséñesele su correcto uso, pues los ingleses, por ciertas particularidades de la lengua vernácula, yerran en muchos de los tiempos. Una vez que conociere esto, sepa que el verbo tiene dos números y tres personas. Practique luego las cuatro conjugaciones. Simultáneamente aprenderá cuáles son las notas distintivas de estas conjugaciones y retendrá ciertas reglas generales relativas a los pretéritos y supinos, por ejemplo, como que los verbos de la primera conjugación, el pretérito termina en *avi,* y el supino, en *atum;* los de la segunda, en *ni,* y el supino, en *tum.* En la tercera conjugación se le ofrecerán algunos pretéritos y supinos como muestra, porque ésta ya es más complicada. En la cuarta, el pretérito es en *vi* (sílaba) y el supino en *itum.* Las excepciones de estas reglas las conocerá poco a poco con el tiempo.

SINTAXIS

Esto sabido, se pasará a la que los griegos llaman *sintaxis,* y *construcción* los latinos. Entienda antes de todo que sin verbo no hay oración posible, y que el verbo no puede ponerse sin sujeto explícito o implícito, como en la primera y segunda. Aprenderá cómo el sujeto y el verbo deben tener congruencia porque no haya falta; luego se pasará a los cinco géneros de verbos. *Activo,* que termina en *o* y tiene el *pasivo* en *or.* A esto se le da el nominativo de la cosa agente y es el sujeto, y en la paciente, el acusativo

del verbo, como *María ama a su madre.* De estos verbos los hay algunos que, además de estos casos, admiten el genitivo, como *Dios acusa al género humano de ingratitud;* otros, el dativo, como *Aconseja lo mejor aun a los enemigos; da lo que necesiten a los menesterosos;* otros, el acusativo, verbigracia: *No enseñes el canto a los ruiseñores; pido a Dios la buena conciencia.* Otros, el ablativo sin preposición, como *Despojas al pavo de sus plumas; con qué engalanar a los perros;* otros, ablativo con preposición, *a* o *ab,* o *e* o *ex* o *de;* ejemplo: *Oí de mi padre una sabrosa fábula.* Estas pueden llamarse las formas de los verbos activos. y esos casos, fuera del nominativo y del acusativo de cosa agente o paciente, llámanse casos especiales.

Pasivo es el verbo que se forma del activo añadiéndole una *r: amor,* de *amo.* En la cosa paciente o la que se hace, tiene nominativo, y éste es el sujeto; en la cosa agente, el ablativo con la preposición *a* o *ab* o el dativo, y a veces el acusativo, con la preposición *per:* de la misma manera los casos especiales permanecen en activa y pasiva, como *María es amada por su madre, y adornada por ella de virtudes. Neutro* es el terminado en *o* y que no tiene el pasivo en *or,* sino en las terceras personas y cuando tiene el nominativo como sujeto. De éstos, algunos traen el genitivo detrás de sí o el ablativo sin preposición, y otras veces el dativo. Otras veces únense con una preposición que se llama absoluta. Y aun a veces tienen el ablativo sin preposición y otras veces el ablativo con preposición, como los verbos pasivos, y significan pasión. Y muchos son los que traen el acusativo, que recalca la significación del verbo; verbigracia: *Curro cursum; vivo vitam.*

El verbo *sum, es,* pónese entre los neutros porque ante sí trae el nominativo y, a veces, detrás de sí el nominativo también, cuando las cosas pertenecen al mismo, como, por ejemplo: *Virtus est maximum bonum,* y el genitivo, como *Hic liber est Mariæ,* y el dativo, como *Eruditio est omnibus magnæ voluptati,* y el ablativo, como *Sis puella modesta facie, probo ingenio.* Añádense los compuestos de este verbo, como *adsum absum,* que detrás de sí reciben el dativo: *Adsum virtuti, desum vitio.* El verbo *común* termina en *or* sin activo, y retiene la significación activa y pasiva; en significación activa tiene la construcción de los verbos activos; en significación pasiva, la de los verbos pasivos, como *Ego veneror probitatem; probitas veneratur a me.* Este fenómeno sintáctico es raro, y esta clase de verbos son pocos. El verbo *deponente* termina en *or.* Todos estos verbos, como los demás, tienen por sujeto el nominativo, y otros, el genitivo, como *Miserere communis naturæ; recordare acepti beneficii.* Otros tienen el dativo, como *Dominare cupiditatibus; obsequere bene monentibus.* Otros, el acusativo, como *Sequere Deum et nancisceris germanam beatitudinem.* Otros, el ablativo sin preposición, como *Utor, non fruor pecunia.* Otros, con preposición, y éstos significan pasión, verbigracia: *Ex paucis verbis magnum bellum oritur.*

Se le dirá que, por regla general, todos los verbos reciben el dativo en toda cosa que signifique utilidad, o comodidad, o daño, como *Cato dosebat sibi suum filium; perdo tibi tuam pecuniam,* y ello, muchas veces, según propiedad de la lengua latina, más fácil de entender que de explicar, como *Ego tibi hominem*

illum bellisime tractavi. Lleva el nominativo detrás de sí cuando pertenece a lo mismo que el sujeto, como *Ego disco libens litteras; inservio tibi lætus; tu vocaris Maria; tu diceris, prædicaris, scriberis, putaris, haberis bona; recta conscientia, vivit semper laeta; expeditus currit celerior.* De todas esas particularidades en cada una de sus especies, bastará poner uno o dos, o a lo más tres ejemplos; en la conversación o en la lectura tómese nota de las especies a que pertenecen cada uno de los verbos. Esto mismo se hará en los verbos impersonales y en los otros que diremos. Habrá que procurar que los ejemplos contengan unas veces doctrina grave que le enseñen santamente; otras, que tengan sal y gracejo que deleiten, y se interpolará una que otra anécdota inofensiva que vigorice su espíritu y le sirva de acicate y estímulo.

LOS PARTICIPIOS

Síguense luego los participios. Los latinos tiénenlos de tres tiempos; enséñesele de dónde se forman; désele la explicación conveniente y se le diga los que significan acción y los que significan pasión. No van precedidos de caso alguno; pero sí seguidos del caso que rige su verbo respectivo, como *Inserviens foro; dilectus a patre, cariturus vitio; docendus a bono magistro.*

VERBALES

Existen determinadas voces que tienen apariencia de participios y son nombres, los cuales no designan tiempo alguno; verbigracia: *amans librorum; fugitans litum; homo venerandus.* Estos vocablos llámanse *verbales.* Hay verbales en *or* que se forman del último supino, como *amator, suasor,* y otros femeninos en *trix,* que se forman de los verbales en *tor,* como *amatrix,* que van seguidos de genitivo.

ANÓMALOS

Por lo que toca a los participios, sabrá qué verbos los tienen y qué otros carecen de ellos, qué reglas generales siguen o no siguen en su conjugación. Conocerá también los que toman el nombre de *anómalos* o defectivos, como *ajo, inquio, quæso, salve, vale* o que en la conjugación registran irregularidades, como *fero, tuli, sum, fui.* Luego, los que tienen una construcción múltiple, es decir, que pueden regir varios casos, como *recordor hanc rem* e *illius rei; postulo te hujus criminis* y de *hoc crimine.* Acerca de ello escribió un opúsculo Antonio Mancinelli, rotulado *Thesaurus.* Cuando la niña tuviere una somera exposición de ellos (pues no es preciso que se le enseñe con toda exactitud), se le pondrá en las manos el compendio gramatical de Tomás Linacer y el libro de la sintaxis de Melanchton, y el que corre bajo el nombre de *Erasmo,* lo mismo que sus *Coloquios,* en su totalidad o en una selección hecha por su maestro.

VOCABLOS

De todos estos autores, el maestro le llamará la atención sobre algunos vocablos y determinadas frases y modismos, que usará en su conversación cotidiana, y que hará que decore a menudo la tierna alumna porque no se le olviden y se le mandará que ella los emplee en su conversación con los otros. Será conveniente que para ella se escriban algunos diálogos acerca de aquellos

objetos con los cuales está en contacto inmediato y continuo, a fin de que se acostumbre a nombrarlos en latín, a saber: del vestido, de los diferentes compartimientos de una casa, de las cosas de comer, de las partes del tiempo, de los instrumentos músicos, del ajuar. Se le explicará el verdadero y propio significado de las palabras, porque no los use impropiamente. Luego se le hará notar la diferencia entre aquellas voces que parecen sinónimas y la congruencia entre las que parecen desemejantes. Para ello servirá no echar mano de toda la obra de Lorenzo Valla, sino de algunos trozos escogidos, como el Nebrisense y Antonio Mancinelli los aprovecharon; pero es menester un juicio harto agudo y penetrante, porque el preceptor no le dé frívolas o no suficientemente estudiadas o falsas interpretaciones, como las hay no pocas en Valla, Nonio, Servio, Donato y, sobre todo, en Aulo Gelio. Se le harán notar las etimologías de muchos vocablos y se le explicará su razón, pues de esta manera las comprenderá con mayor verdad y certeza, y las retendrá y le deleiterá aquel conocimiento. Mucha es la pericia que entraña su recta y aguda explanación, y no utilice las frívolas y las ridículas, cosa que hicieron, en tiempo de nuestros padres y abuelos, los gramáticos, ayunos casi por completo de la lengua latina y griega; se le harán notar los barbarismos introducidos por los ineruditos y aquellos otros vocablos que son latinos ciertamente, pero de significación equivocada.

EJERCICIOS DE REDACCIÓN LATINA

En este punto comenzará a verter pequeñas oraciones del inglés al latín, fáciles al principio y de una dificultad gradual después, en que entren en juego todos los géneros y tiempos de los verbos. Estas oracioncillas deben ser graves y de sano contenido, o festivas, salpicadas de gracejo urbano y de sales áticas.

AUTORES

Alternando con estos ejercicios, aprenderá los *Dísticos*, de Catón, y las sentencias de Publio Siro, y los aforismos de los Siete Sabios, todos los cuales recogió y explicó Erasmo en un pequeño libro. Seleccionará de estos apotegmas algunos de ellos provechosos para la vida práctica, que en lo sucesivo le sirvan de antídoto contra el veneno de la adversa y próspera fortuna. Acostúmbrese ya en esos sus años verdes a tener opiniones verdaderas y sanas, y se persuada de que no hay más bienes auténticos que los que lo son en realidad, como la virtud, la instrucción, y que no hay otros males que los que lo son en hecho de verdad, como los vicios, la ignorancia, la necedad, y no tome los males por bienes, ni al revés; que no se impresione por bagatelas y nonadas, como si fueran grandes cosas, ni desdeñe las preciosas y grandes, como si fueran viles y contentibles. Tomará gusto con los cuentos y narraciones formativas de su moral, que luego pueda ella referir a los otros, como el episodio del niño Papirio Pretextato, narrado por Aulo; la historia de Josef en los Sagrados Libros; la de Lucrecia, en Tito Livio, la novelita de Griselda, de Boccaccio, que anda en lengua vulgar, y otras muchas sacadas de Valerio Máximo, de Sabélico y otros escritores de tendencia moralizadora, que contengan alguna recomendación de la virtud y aborrecimiento del vicio. Maneje un diccionario latino e inglés y con-

súltelo asiduamente, a fin de que sepa la significación precisa de cada vocablo. Las cosas que no entienda, su maestro se las explanará. Los vocablos de cosas torpes y feas, ni los entienda, ni, si es posible, los lea, ni los oiga. Procúrese un librito en blanco, en el cual, con su propia mano, vaya escribiendo aquellos breves aforismos que va a encomendar a la manera que para ella hará las veces de enquiridión o vademécum manual.

REPASO Y AMPLIACIÓN DE LO ANTERIOR

Llegada a este punto, repetirá todo cuanto se ha dicho de los cinco géneros de verbos; luego pasará a los verbos impersonales, de los cuales unos son de voz activa; sabrá por qué se llaman de voz activa y que son cinco sus especies: la de aquellos que tienen el genitivo y detrás de sí el infinitivo, como *interest hujus parasiti assentari et canis hujus adulari;* los que tienen el dativo y a continuación el infinitivo, verbigracia: *Stulto non placet audire verum;* los que pueden ser personales cambiando la construcción, por ejemplo: *Tu, proba, placebis matri,* y también aquellos otros verbos que tienen delante de sí el acusativo y después el infinitivo, como *Decet nobilem non superbire; oportet te esse culicem non hominem;* otros que delante tienen el acusativo, detrás el genitivo o el infinitivo, como *Pœniteat te peccati aut peccase;* los otros verbos que cuando se agregan a los verbos impersonales son impersonales y tienen su peculiar construcción, y cuando se unen a personales son personales, como *Incipit me tædere ludi hujus; ne incipias senex insanire; non potest Athenienses pœnitere Phocionis.* Ese Foción era el que solía desaprobar y criticar sus necias consultas. Los verbos impersonales de voz pasiva son semejantes a las terceras personas del singular del verbo pasivo; proceden de activos y neutros, no tienen sujeto; pero detrás de sí tienen el caso de los verbos de que proceden, como *A nobis auditur; a vobis statur in cubiculo; sedetur in triclinio, estur.* Si se añade el sujeto, entonces se hace pasivo, como *Scribitur liber; aratur ager; luditur alea.* Síguese la construcción de los infinitivos; lo más común es que lleven un acusativo por sujeto, y después, el caso que rige su verbo, como *Me legere tibi librum erit utile;* añádense a los verbos en cuya construcción hay que poner mucho reparo.

Pues son muchos los verbos que antes y después de sí, aun con la interferencia de un infinitivo, requieren el mismo caso cuando la acción se refiere a lo mismo. Aclarémoslo con ejemplos: *Ego volo pudica esse, tu velles ad tales epulas invitatus;* si ya no es que alguno coloca el acusativo antes del infinitivo, como *Ego volo me esse litteratam; Socrates talis philosophus non potest esse ferox; Maria existimatur et dicitur esse castissima.* También en el verbo *videor: Ego videor tibi esse litterata; Tu videris mihi esse sancta; Romani videntur nobis nimis cupidi belli et pecuniæ; Dico auriculas tuas videri galeros non auriculas; Mihi licet esse doctæ; tibi vacat esse diserto.* A continuación de esto viene la construcción del gerundio y del supino, que se encuentra en Lorenzo Valla, de quien lo tomaron los posteriores. Repárese que el gerundio adjetivo no viene sino del verbo, a quien se añade el acusativo, y en razón de aquel caso.

pues no decimos *Veni huc tui serviendi causa o ad cavendam voluptatem*, ni *ad scribendum te* o *scribendo tibi* para que sea adjetivo, sino *causa observandi tui; cogito recte docenda; propter vos erudiendos*. Esta será la oportunidad para explicar la fuerza del modo potentativo, y cuáles son las voces de los tiempos del subjuntivo, como *Tu, virgo, hoc dicas? Quis homini tam mendaci crederet? Peccaveris sane sed semel*. Esto sabido, se irá a la significación y sintaxis de las otras partes de la oración, de la fuerza del pronombre, del adverbio, de la preposición, de la conjunción; añádase el modo del verbo y cómo une; por qué fué llamada así la interjección, que es una exclamación pasional interpolada en la oración, como *Magnum, heu, fecerat nefas!* Todo esto pude yo decirlo más ampliamente; pero me contenté con apuntar aquello cuya explicación más detallada corresponde a otros, y todo eso que he dicho lo esclarecerá y lo pulirá el manejo y la lectura de los autores, y lo ilustrará más y le dará seguridad y firmeza.

LENGUAJE

Hable la niña con su preceptor y con sus condiscípulas en latín; tenga de ellas tres o cuatro, pues no es práctico que se eduque sola; pero no sean muchas y sean doncellicas escogidas una a una, nobles y educadas con todo esmero y delicadeza, y de quienes nada pueda oír o aprender que corrompa sus costumbres, cosa que debe merecer el cuidado preferente; se la estimule ora con pequeños premios, ora picando su amor propio con alguna rivalidad o emulación; alábesela, si lo merece; alábese también a la otra y que lo oiga ella; esfuércese por expresar lo que leyó en los autores y hable ella a su vez como oyere que hablen los otros a quien ella tenga por instruídos, después de haberlos escuchado con toda atención. Esa imitación en los estudios es cosa no poco útil, especialmente en la edad tierna, para quien el mimetismo es lo más gustoso y mejor. Y no solamente remedará las voces, sino también la pronunciación por no cometer falta en los acentos.

ACENTUACIÓN

Por lo que toca a la acentuación, conozca inicialmente las reglas generales, especialmente aquellas dos que en la pronunciación del latín tienen la mayor importancia. Si la penúltima sílaba es larga, sobre ella carga el acento, como *paréntis*. La otra regla: siendo breve la penúltima, el acento está en la antepenúltima, sea de la cantidad que sea, como *hóminis, dóminus*. Las locuciones latinas nunca reciben el acento en la última sílaba, excepto algunas pocas indeclinables, como *porró, uná, illó*. En todas las sílabas el acento está en la penúltima, fuera de aquellas que dije indeclinables. Sabido esto, podrá pasar a las reglas generales de vocal ante vocal que es breve, de vocal ante dos consonantes o consonante que tenga fuerza de dos, la cual es larga, y es larga igualmente toda sílaba escrita con diptongo. Lo más intrincado de la cantidad de las sílabas o lo aprenderá en otra ocasión, o no necesita saberlo la mujer, lo cual me parece lo más atinado. Observará su maestro cómo habla, y corregirá con diligencia sus vicios de lengua y de lenguaje, y no consentirá que se le peguen. Le explicará la razón por qué le tachó un solecismo, o un barbarismo, o la reprendió por una

pronunciación viciosa. La exhortará que los evite y que no reincida en el mismo yerro; si cayere en lo mismo, adviértala de la errata anterior.

APUNTES

Tenga un cartapacio grande, en el cual registre tanto las palabras, o exquisitas, o elegantes, si las hallare en sus lecturas, de los graves autores, o aquellas maneras de decir agudas, lindas, graciosas, eruditas, y también las sentencias graves, donosas, que tengan gracejo y sal urbana, y aquellas historias que pueda, como dechado y espejo de su vida. Notará también dónde y de qué manera se observan los preceptos de los gramáticos, y dónde se descuidó su observancia, porque el arte gramatical nació del uso de los autores y por ello su uso ha de anteponerse al arte, cuando existe discrepancia. Con todo, el arte gramatical es necesario, puesto que, a tenor de sus observaciones, enseña a hablar recta y esmeradamente.

AUTORES

Los autores en que se ejercitará deberán ser aquellos que a la vez aliñen la lengua y las costumbres, y que enseñen no solamente a bien saber, sino a bien vivir. De éstos son Cicerón, Séneca, las obras de Plutarco, que han sido traducidas por varios; algunos diálogos de Platón, en especial los que se refieren al gobierno de la república; las cartas de San Jerónimo, las obras de San Agustín, la *Instrucción del príncipe*, de Erasmo; su *Enquiridión*, sus *Paráfrasis* y otras muchas suyas, formativas de la piedad; la *Utopía*, de Tomás Moro. Con no demasiado afán conocerá la Historia por Justino, Lucio Floro y Valerio Máximo. Mientras ande engolfada en esas lecturas, cuando se levante de la cama y cuando vaya a acostarse, lea algún pasaje del Nuevo Testamento y decláreselo a su maestro.

Hay poetas cristianos, sabrosos y fructuosos de leer, como Prudencio, Sidonio, Paulino, Arator, Próspero, Juvenco, quienes en muchos lugares pueden competir con cualquiera de los antiguos, en poéticos primores digo, porque en cuanto a los asuntos, les llevan la ventaja que el bien lleva al mal y lo divino lleva a lo humano. Con todo, los poetas gentílicos no han de desdeñarse sistemáticamente, tales como Lucano, Séneca, el Trágico y Horacio, en gran parte. Mientras los fuere leyendo tendrá a mano el vocabulario de la lengua latina, a saber: el *Calepino* o el *Perotto*, al cual recurrirá en caso de duda acerca de una voz latina. Pienso que esto es un simple bosquejo de pedagogía pueril. El tiempo que pase la advertirá de la necesidad de una pedagogía más rigurosa, que tu prudencia singular le hallará sin duda alguna.

CARTA SEGUNDA

JUAN LUIS VIVES

A CARLOS MONTJOY
HIJO DE GUILLERMO: SALUD

En mis deseos de demostrar a tu padre, varón clarísimo y adornado con todo linaje de virtudes, todo el alcance de mi estimación por la singular benevolencia que usó siempre conmigo, me formé el propósito de escribirte algunas cosillas acerca de la iniciación de los estudios, en los cuales radica más tarde toda la fuerza y la razón toda de la erudición, bien así como en las simientes está la de las plantas y de los frutos venideros. Puse empeño especial en no abrumarte con la abundancia ni desaficionarte con su dificultad; todo lo adapté, hasta donde yo pude, a la capacidad de tus años o unos cuantos pocos más. Ese librejo que te envío, hágome la ilusión que se lo envío a tu padre, para quien la virtud y tu formación son de tanto cuidado como su propia vida, y con tanta mayor ternura te amará cuanto más te mostrares tal como él era, a saber: virtuoso y docto en sumo grado. En tu mano está que lo consigas con tu talento y con tu aplicación. Ten salud e imita el ejemplo vivo que tienes en tu casa, de tu padre sapientísimo.

Londres, 1523,

CARTA SEGUNDA

RELIGIÓN

Puesto caso que la sabiduría y la virtud y la ciencia sean don de Dios, es razón que el primer acercamiento a ellas sea por la gracia de Dios, para con quien debes portarte con la más efusiva piedad y asistir a los actos de su culto con el espíritu penetrado de religión, y realizar todas las obras que te impusiere, por sencillas que sean, sin pereza alguna ni de manera rutinaria.

AMOR AL TRABAJO

Y puesto que Dios no otorga sus dones a los ociosos, es menester que pongas trabajo y diligencia en el estudio de las letras y en el afán por conseguir la virtud.

DE LA MEMORIA

Sábete que la memoria es el tesoro de toda erudición; y si ella falta, todo tu trabajo se queda tan baldío como si echases agua en una tinaja hendida. Mas a nadie le toca una memoria tan infeliz que con el ejercicio no pueda hacerla felicísima.

No hay otra facultad del alma que guste tanto de que se la ejercite y se la haga trabajar; ni ninguna otra que más fácilmente se corrompa y muera, estancada en la pereza y la inactividad. Por lo cual, todos los días se ha de aprender algo, aunque no sea necesario, y cuando no sea más que porque el moho no invada la memoria, que es la más perniciosa de las enfermedades.

Es un gran auxiliar de la memoria la buena salud, y antes hay que guardarse de los hartazgos, de las digestiones difíciles, de la crápula,

del vino inmoderado, de la cerveza densa y del dormir en posición supina.

EL MAESTRO

El maestro ha de ser amado, venerado, respetado como si fuera el padre, pues, en hecho de verdad, los maestros nos ofrecen como una cierta semblanza de los padres; y de nadie puedes recibir beneficio mayor como de aquel que te hace mejor y más instruído. Con estos dos bienes ningún otro bien de la vida puede compararse. Añádase a esto que aprenderás con mayor facilidad si profesares amor al que te enseña, puesto que nunca despreciarás ni descuidarás sus doctrinas; admítelas con dignación en tu alma y respétalas como si fueran oráculos. Y no solamente le has de amar, sino también esforzarte porque él te ame, y así pondrá en enseñarte un interés más cariñoso. Y lo conseguirás obedeciendo con humildad cuanto te mandare, considerándole, honrándole, admirando en todo lo que dijere o hiciere. Si en su vida o en su trato hay algo que merezca aprobación, obra de tal manera que él sienta que tú lo apruebas; y si no, evita que él lo conozca. Oyele con atención; toma nota de sus palabras, de sus modismos, de sus sentencias, y a fuerza de imitación hazte semejante a él hasta donde puedas. Cuando viere esto tu preceptor, harto cuidará de que no puedas reproducir ni copiar de él cosa alguna indigna.

DE LOS CONDISCÍPULOS

Considera a tus condiscípulos como hermanos; engendrados fuisteis por el mismo que os está en lugar de padre, y estáis unidos por el sagrado vínculo del estudio común, que no es menos estrecho que el de la sangre, y por eso no les desees menos bien que a tus hermanos. Si alguno de ellos es más aventajado en letras que tú, no le cobres malquerencia por esta causa, sino antes simpatía y más acendrado compañerismo, y esfuérzate por igualarle en saber y virtud, y aun superarle para gozar tú del mismo favor que a él le acompaña.

DE LA COMPETENCIA

Con los mejores y más sabios que tú no compitas con envidia o malevolencia, sino con virtud, seriedad, estudio. No menosprecies a los que no sepan tanto como tú; antes ayúdalos y estimúlalos porque ellos puedan subir, porque tú no serás peor ni menos aprovechado si te fueren iguales muchos otros; al contrario, será mejor si ellos, con tu ayuda, se mejoraren. Si todos fueran bobos o idiotas, ninguno conocería tu superioridad, y, por ende, no admirarían tus ventajas. Bella cosa es contender con los buenos, y bellísima cosa, vencerlos; pero en buena lid, con toda lealtad y virtud, fuera de todo engaño.

DE LOS APUNTES

Te agenciarás un libro en blanco de un tamaño razonable, y lo distribuirás en ciertas secciones y como nidos: en una de estas secciones anotarás los vocablos de uso cotidiano referentes, verbigracia, al alma, al cuerpo, a nuestras acciones, juegos, vestidos, tiempos, viviendas, mantenimientos; en otra, las voces raras y exquisitas; en otra, las frases hechas y los modismos que pocos entienden o cuyo uso ocurre con frecuencia; en otra, los dichos festivos; en otra, los agu-

dos; en otra, los refranes, adagios o proverbios; en otra, los pasajes difíciles de los autores o cualesquiera otras cosas que a ti o a tu maestro parecieren bien. De este modo todo lo tendrás anotado y puesto en buen orden. Y no sea el libro sólo quien sepa todo aquello; tú tienes que leerlo, releerlo, confiarlo e hincarlo en la memoria por manera que lo lleves no tanto en el alma como en el libro; y ocurránsete todas cuantas veces te fuere necesario, pues poco aprovecha tener libros sabios si tienes ignorante el alma.

DILIGENCIA EN EL ESCRIBIR

Procura tener ágil y ejercitada tu mano en la escritura, y nunca te acerques a oír a tu profesor desprovisto de péñola y de papel porque no te pase por encima volando palabra ni elegante, ni rara, ni necesaria, ni frase buída y aliñada, ni dicho grave y sentencioso, que cogido al vuelo no traslades a tu tesoro o a tu nido de urraca. De este modo, en tiempo relativamente breve, habrás acarreado ricos recursos de erudición.

DE LA LECTURA

Ni leas tampoco ningún libro sin que espigues un florilegio semejante al que te dije del preceptor. Nunca leas nada con el alma fuera de ti o engolfada en otras preocupaciones; todo tú está en la lectura, en la cual a tres cosas tienes que atender: a las palabras, a los modismos y al sentido para examinar detenidamente de qué voces usan para tratar de qué cosas y de qué frases y modos de hablar. A continuación, tienes que poner atención a las cosas; qué significan aquéllas, de qué tratan. En cada uno de ellos hay algo que señalar, algo que retener, algo que debes usar en provecho propio. Ten siempre al alcance de la mano pluma y papel; aquello que admirares, aquello que te contentare, distínguelo con alguna señal; como también pregunta a tu maestro o a alguno de tus condiscípulos aquello que te produjere cierto embarazo.

SOBRE EL PREGUNTAR

No te dé vergüenza preguntar lo que no sabes; el preguntar no es feo; lo feo es el ignorar; ni quieras persuadir a los otros que sabes lo que no sabes; engañaráste a ti mismo, no a los otros, y un día u otro, cogido en la ignorancia, serás objeto de escarnio.

DE LAS ENMIENDAS

Las cosas que vieres reprendidas o enmendadas no ya en ti, sino también en los otros, procura que no se te caigan de la memoria, ya porque tú no tengas que ser corregido dos veces en el mismo yerro, ya para que las enmiendas ajenas se traduzcan en provecho propio, pues el sabio con los ajenos errores escarmienta en su vida.

DEL LENGUAJE

Habla tú como oyeres que hablan los hombres doctos o leyeres en los escritores latinos. Evita, así en el hablar como en el escribir, todas aquellas voces que te parecieren sospechosas sin haberte previamente informado de tu maestro acerca de su latinidad. Con aquellos que hablan el latín incorrectamente, puesto que su locución puede corromper la tuya, prefiere hablar en

inglés o en cualquiera otra lengua en la que no exista tal peligro. Gusta de alternar con los que tienen una templada facundia. No hay deleite más puro ni subido que el de hablar con quienes tienen en su lengua remedios obvios y eficaces para todas las dolencias del alma.

DEL ESTILO

Hase con frecuencia de ejercitar el estilo, que es el mejor y más efectivo maestro del bien decir. A los comienzos, no sólo de vocablos tomados de escritores autorizados, sino también de breves sentencias espigadas de sus obras, aliñándolas tú por tu cuenta, a fin de que en su mayor parte sea ajeno el escrito. Después, poco a poco, irás mezclando lo tuyo, hasta que creciendo con la edad la erudición conseguirás una total autonomía; serás todo tuyo. Primeramente escribirás poco y cuidadamente, atendiendo no a lo mucho, sino a lo bien, pues insistiendo en esa práctica retendrás el cuidado, y la prontitud y la facilidad el ejercicio te las proporcionará; y así, a una, escribirás muy bien y con facilidad suma.

DE LOS AUTORES

Interin, mientras tú por tu poca edad no puedas formar juicio personal de los autores, yo pienso que para enriquecer tu léxico y aumentar tus conocimientos, ésos son los primeros que has de leer. Para la conversación de cada día es muy útil Terencio, muy practicado por Cicerón, y cuyas comedias, por el donaire y la jocundidad de la oración, creyeron muchos que fueron escritas por un romano del más alto abolorio. También las cartas de Cicerón, en especial su correspondencia con Atico, pueden enseñar mucho y contribuir a dar tersura y aseo al lenguaje, pues en ellas es casto y simple y es el mismo que Cicerón usaba con su esposa, con sus hijos, con sus esclavos, con sus amigos, en el comedor, en el baño, en la cama, en la huerta. Hay también los coloquios familiares escritos por Erasmo, que tienen no sólo utilidad, sino también no poco deleite, a fuer de hombre de pulido y urbano ingenio. Las cartas de Plinio el Joven, pueden proporcionar copiosísimas sentencias, sea cual sea el género de cartas en que se ha de escribir, las cuales parece que con ese intento fueron escritas por su autor, pues así como narran pocos hechos históricos, cosa que en cambio hizo Cicerón (tanta era la diversidad de los respectivos tiempos de los dos autores), contienen un delicioso regalo de sentencias que a manera de aljofarada pedrería pueden ser gala y arreo del género epistolar.

Casi esa misma finalidad parecen tener las cartas de Angel Poliziano, si no fuere que por demasiado aliño resultan un poco recargadas, fatigadas, pues este escritor se esfuerza increíblemente porque no haga nada que no sea el colmo del primor, y no se resigna a perder ninguna palabra linda; esta excesiva curiosidad y policía no es la que mejor parece en la dicción epistolar. Hay también las cartas de Filelfo, que son más verbosas que graciosas, y los juguetes literarios de Calencio. Si alguno tiene holgura para leer a Sidonio Apolinar, lea también el *Asno*, de Apuleyo, y las *Floridas*.

DE LAS HISTORIAS

También las historias pueden enriquecer la lengua con grandes au-

mentos, como las de Tito Livio, en las que campea una caudalosa y dulcísima facundia, y como dice San Jerónimo, un manantial de láctea elocuencia, y las biografías de Suetonio, en quien brilla aquella maravillosa y ceñida propiedad que tiene más tendones que no músculos. Cornelio Tácito nos ayudaría no poco si hubiese llegado a nosotros entero y castigado; pero así y todo, su utilidad es muy mucha. En los *Comentarios*, de César, relumbra aquella castidad del latino lenguaje, privativa de la prístina nobleza romana.

Nada puede imaginarse más terso, más aliñado, más acicalado. El conocimiento esmerado de estos autores enriquecerá la lengua y la volverá más elástica y ágil. Salustio, florentísimo escritor de cosas romanas, como Tácito le calificó, anda mucho en manos de los muchachos; pero a mí me paree más apto para los más crecidos. Inimitable es la elegancia de sus escritos, que sin sufrir eclipse en ningún trance nunca origina en el lector ni cansancio ni hartura.

DE LOS ESCRITORES DE AGRICULTURA

Catón, Varrón, Columela, Paladio y el arquitecto Vitruvio sugieren vocablos de cosas muy variadas, y se les ha de leer con diligencia y comparar las palabras con las cosas para no tomar ninguna en falso. Plinio es tan variado como la naturaleza física de que trata: riqueza grande de palabras, riqueza grande de cosas. No sería escaso el censo que aportara Vitruvio si por haber mudado las cosas de su tiempo no trajesen consigo tanta oscuridad.

DE LOS POETAS

También se ha de acercar la mano a los poetas, en buena parte, para solaz espiritual, pues hartas veces alivian de la pesadumbre de los negocios y otras muchas también del cansancio de la lectura del lenguaje destrabado, y aquel alternar del verso y de la prosa retiene más tiempo la atención del espíritu en el estudio. Allende de esto, sus obras son un vivo manantial de palabras escondidas y preciosas y de figuras de todo género, y aun el lenguaje común en ellos está lleno de rotundidad; en la invención, son elevados, jocundos, agudos, osados, graves, fáciles; en la elocución, suaves, donosos, festivos; arrebatan a todos los afectos, según fuere el argumento de cada uno de ellos. Virgilio es colocado el primero, y merecidamente, a mi juicio, por su augusta gravedad y por la solemnidad de sus sentencias. A ése se le aproxima Horacio, aseado en sus versos, propio en su lenguaje y lleno de preceptos de sabiduría. Silio se documentó bien para su poema. De los trágicos latinos no llegó hasta nuestros días otro más que Séneca.

Pero para mi gusto, los supera a todos por la majestad del lenguaje, por la fuerza dramática de los argumentos y por el peso y el número de las sentencias, Lucano. También deben leerse los poetas de nuestra religión: Prudencio, Próspero, Paulino, Sedulio, Juvenco y Arator, los cuales, tocando altos y soberanos temas, saludables para el género humano, no son del todo desaliñados o desdeñables en el lenguaje y tienen hartos pasajes en que compiten con los antiguos en elegancia y venustidad poética, y en algunos los vencen francamente.

DE LOS GRAMÁTICOS

En todos estos autores advertirás cómo se observan las reglas gramaticales y cómo se descuidan, pues en muchos de ellos el uso multiforme y vario no pudo cuajar en normas estables; con todo, débese seguir el uso antes que la gramática, que nació del uso, y no al revés. A pesar de todo, no se ha de despreciar el arte gramatical mientras no sea en exceso melindroso, pues en nuestros tiempos, en que no tenemos pueblo que hable el idioma vivo, las reglas nos son necesarias, y éstas hay que sacarlas de los autores, porque de otro modo, si no se nos señala una norma de hablar, fuerza será que solecicemos. ¿Y qué diremos si ni aun entonces carecieron en absoluto de canon, cuando en el Lacio y en Grecia era una y la misma la lengua de todo el pueblo y la de los eruditos? Muchos han sido los que escribieron acerca de esta arte, pero uno solamente hemos de elegir, o a lo más dos: Perotto, o Aldo, el Nebrisense, Mancinelli, Sulpicio, Melanchton, Ninivita. Por lo que atañe a las elegancias, hay que manejar mucho a Lorenzo Valla, que es escrupuloso hasta la superstición, pero muy indicado para hacernos más cautos.

DE LOS TRADUCTORES

Esos verdes años tuyos, aunque ya crecidos algún tanto, necesitan intérpretes de los autores antiguos, pues muchos son los pasajes difíciles que se encuentran en estos escritores que tú apenas llegarías a entender a trueque de trabajos molestísimos. Ellos cifran la materia toda en una muy breve síntesis de tiempo y en una obra densa para mayor provecho y aumento de la erudición. Y en este número están: Servio, con sus anotaciones a Virgilio; Donato, con sus anotaciones a Terencio; Acron y Porfirión, que anotaron a Horacio, y aun alguno de los recientes. Los vocabularios puede decirse que hacen sus veces, que yo querría que en tus estudios tuvieras siempre a mano para la consulta inmediata en caso de duda.

En este aspecto, las letras latinas padecen una verdadera anemia. Aquellos portentos de erudición que se llamaron Varrón, Festo, Marcelo, fuera de que son más difíciles de lo que puede alcanzar el erudito medio, no dicen todo lo que ahora necesitamos saber. Y a su vez, los vocabularios que andan en manos de todos, a saber: la *Cornucopia*, de Perotto, y la obra de Calepino, ni son suficientemente completos, ni doctos abastanza, ni se les puede dar crédito absoluto. Perotto dió cuanto pudo, y la obra que dejó no es desdeñable. Y Calepino, que volcó todo el cuerno rebosante, se atrevió a enseñar a los otros, siendo así que era él quien necesitaba ser enseñado. Pero, entre tanto, no nos queda opción y no hay más remedio que utilizar, mientras no salga algún otro que entregue al mundo con mejor fortuna esta parte desairada de la literatura. Guillermo Budé, en sus anotaciones de las *Pandectas*, y en el *As*, desentierra de las ruinas tenebrosas y profundísimas en que yacían muchísimos conocimientos, y revela cosas ignoradas aún de los doctos, y prestó a las letras del Renacimiento un servicio inestimable. Tienes que leer tú personalmente a los autores, y no has de esperar a que el maestro te suelte todas las dificultades, porque de otra manera nada vas a entender sin profesor que te lo interprete. ¿Cuándo tendrás acarreado

aquel copiosísimo arsenal de palabras y de cosas que tienes que buscar en numerosos escritores de materias muy variadas? Partiendo de la inteligencia de uno u otro autor que el maestro te explanare, poniendo en ello todo tu más vivo afán, tienes que conocer a muchos otros. Todos usan las mismas palabras y las mismas fórmulas, y con ellas encubren la inteligencia de las cosas, por manera que no hay libro que debidamente comprendido no sea maestro para la inteligencia de otros muchos, mientras se aplique buen juicio y lo oído se confiera y relacione con lo oído. Y no es sin razón que se dice que un libro abre otro libro.

DE LAS LETRAS GRIEGAS

Quintiliano piensa que las letras griegas pueden aprenderse simultáneamente con las latinas.

PRONUNCIACIÓN DE LOS SONIDOS

Antes que todo y con toda diligencia, débese parar mientes en los sonidos de las letras y pronunciarse íntegra y perfectamente hasta donde sea posible, pues cuesta el mismo trabajo aprender a pronunciar bien que a pronunciar mal, y el fruto a recoger es copiosísimo. Observarás la pronunciación de los buenos hablistas y les imitarás, pues por fuerza vas a salir igual o, por lo menos, no desemejante de aquellos a cuyas normas te ajustas. Por lo que toca a la correcta pronunciación, Jerónimo Alejandro escribió unas tablas eruditas. Con todo, has de tener cuidado de no avezarte a la pronunciación griega, que pronuncies la latina de la misma manera, y no confundas la ley de los acentos, que es distinta en una y otra lengua. El griego atiende casi siempre a la sílaba última, y el latín, a la penúltima.

DECLINACIONES Y CONJUGACIONES

Pasarás luego a las inflexiones de los nombres y de los verbos, que hincarás profundamente en la memoria, no sea que esa ignorancia previa te fuerce a dudar y a resistir en tus avances. Tienes los dos primeros libros de Teodoro Gaza que estudian este asunto, en resumen hecho con mucho arte; luego, has de conocer las reglas de los acentos y de la ortografía, que en muchos autores van unidas; veráslas unidas también en el libro III de Teodoro Gaza. Y porque no te ocasione leer todo aquel volumen que en hartos pasajes no lleva mucho fruto, te bastarán por ahora las cosas que hay allí, tomadas de Ecolampadio.

PRIMER EJERCICIO DE LECTURA DE AUTORES

Llegado que fueres a ese punto, ya te convendrá, por espigar vocabulario, oír, explicados por tu maestro, algunos autores, los más fáciles y claros, desde luego, como son algunos diálogos de Luciano, en especial aquellos que no tiznan ninguna suerte de blancura, y las oracioncitas de Isócrates, de Platón, y las cartas de algunos otros, y las fábulas de Esopo, en los cuales observarás de qué voces usan para expresar los conceptos y cómo las declinan y conjugan.

SINTAXIS

Los vocablos sueltos han de ir agrupándose para formar el lenguaje. Acerca de la construcción, más escribieron los latinos que los griegos. Teodoro Gaza, en su libro IV, lo

explica muy difícil y tenebrosamente, siguiendo a Apolonio, el más lóbrego de todos los autores. Lascaris intentó reducir los versos griegos a aquellos cinco géneros y reglas de los verbos latinos, pero prolijamente y con resultado poco feliz. Será más conveniente observar las formas griegas de la elocución en la lectura de los autores, y principalmente la gran diferencia que hay en los idiomas griego y latino.

LECTURA

Por empezar, creo que se deben leer en primer lugar los oradores Isócrates, Demóstenes, Lisias, Esquines, Arístides y parte de Luciano. Después, los filósofos Platón, Aristóteles, Jenofonte, Teofrasto. Entonces, a los férreos Tucídides y Plutarco. Si conocieres a alguno de estos autores por sus versiones latinas, los leerás en primer lugar, porque por el sentido ya conocido sea más rápida la comprensión de las palabras. Antes de acercarte a los poetas leerás lo que escriben de los dialectos griegos Apolonio y Juan Gramático; y seguidamente puedes pasar a los más fáciles, los áticos con preferencia, como Aristófanes. Después seguirá Homero, padre y nutricio de todos los otros. Luego, Eurípides y Sófocles. Tendrás a mano un Diccionario, Suidas, por ejemplo, o Hesiquio; pero también convendrá que tengas uno greco-latino, porque se te esclarezca más y más aquello que en griego no entendiste suficientemente.

TRADUCCIONES

Compararás el texto griego con las interpretaciones latinas, si las hubiere, traducidas palabra por palabra, como las fábulas de Esopo, la Tabla de Cebes y los diálogos de Luciano, vertidos por Erasmo y Tomás Moro.

Acto seguido ya puedes poner los ojos en aquellos que tradujeron libremente, fieles con todo al sentido del autor, como Tucídides y Herodoto, que latinizó Lorenzo Valla; pero antes que todos, en Herodiano, que Angel Poliziano vertió, y en algunos opúsculos de Plutarco, interpretados por Guillermo Budé. Hermolao, en su traducción de Temistio, llevado de su calor juvenil y del ansia de hacer alarde de sí mismo, se dejó ir demasiado lejos. El príncipe de los traductores, por consentimiento general, es Teodoro Gaza, en los libros de los *Animales* y los *Problemas,* de Aristóteles, y de los *Caracteres,* de Teofrasto, así por el decoro y la elegancia de la interpretación, ora por la riqueza de la lengua latina, en la que compitió con la griega; ora por la audacia feliz para crear por analogía vocablos de que los latinos carecían para interpretar con mayor gentileza y garbo la obra griega.

EFECTOS DEL CONOCIMIENTO DE LA LENGUA GRIEGA

Una vez que hubieres alcanzado pericia en la lengua griega, tienes abiertas las fuentes de todas las disciplinas derivadas de los griegos; pues tienes también a mano el conocimiento de los más grandes ingenios de quienes en todo tiempo fué feracísima la Grecia, ya por la riqueza del idioma, más municiado que el latino, ya porque los latinos fueron a ellos a buscar los esquemas, las figuras de dicción y el color de los argumentos, y, además de esto, porque cuando no se tiene a mano una voz latina para denominar una cosa, es perfectamente líci-

to irla a espigar en la ubérrima mies griega. Y aun los mismos escritores latinos, desde los tiempos de Cicerón, fueron tan aficionados a la lengua griega, que trasladaron al latín la mayor parte de sus formas idiomáticas. Aquí tienes, mi querido Carlos Montjoy, los rudimentos que creo yo van a serte de gran ayuda en tus estudios. Esfuérzate tú porque en breve tiempo seas tu propio monitor y de aquel linaje de autodidactos que por sí mismos llegaron al conocimiento de todo.

FIN DE LA
«PEDAGOGÍA PUERIL»

DE LAS DISCIPLINAS

(DE DISCIPLINIS)

(1531)

PRIMERA PARTE

CAUSAS DE LA CORRUPCION DE LAS ARTES EN GENERAL

(DE CORRUPTIS ARTIBUS IN UNIVERSUM)

EPISTOLA NUNCUPATORIA

JUAN LUIS VIVES SALUDA RESPETUOSAMENTE A JUAN III, REY ILUSTRE DE PORTUGAL Y DE LOS ALGARBES, SEÑOR DE LA GUINEA, ETC.

Las hazañosas gestas de los mayores, al mismo tiempo que granjean nobleza a sus descendientes, les cargan con la apremiante responsabilidad de no degenerar de su prosapia. Parecen que no son más que pequeños asomos y promesas de una semilla generosa, porque sepan todos cuánto es lo que de ellos deben esperar y en cierta manera deben demandar por imperativo derecho propio. Eso mismo es lo que vemos que hacen en las especies animales y en las plantas los pastores y los labradores, bien con el fin de sacar mejoría insigne en plantas y ganado y tener la seguridad de que sus productos tendrán una excelencia particular sobre todos sus otros similares. Yo pongo mis ojos en los ínclitos y fuertes hechos de tus mayores, todos los cuales están comprendidos y depositados en ti solo. Barrunto que te será menester de juicio grande y muy agudo, de desvelada y activa vigilancia, no ya solamente para sostenerlos en tus hombros, sino también porque la opinión general los requiere de las muestras, que ya diste de tu virtud, y por la obligación en que estás de transmitirlos a tu posteridad más acrecidos y brillantes. Tuvieron tus progenitores la magnífica osadía de sacar el pecho, Portugal afuera, y de aventurarse a mares nuevos, a tierras nuevas, a estrellas nuevas nunca de antes contempladas. Comenzaron por ocupar las orillas del mar Atlántico, luego de haber echado de ellas a los musulmanes. Abalanzándose más adentro, penetraron allende el camino del sol hasta el mundo que

nos está frontero, y midieron con sus remos el mar meridional que está puesto debajo de la Etiopía. De ahí pasaron al mar Rojo, y se adentraron hasta las fauces del golfo Pérsico, donde levantaron fortalezas; y pasaron más allá de la desembocadura del río Indo, y en las feracísimas y afortunadas riberas de toda la India se procuraron derecho y señorío. Mostráronnos las sendas del cielo y del piélago hasta entonces no oídos y que ni siquiera tenían nombre en el habla humana y nos revelaron la existencia de pueblos y naciones fabulosas de maravillosa vida y barbarie, dotadas de aquellas riquezas alucinantes que miramos con ojos tan apasionados. Con estos prodigiosos descubrimientos abrióse al linaje humano todo su mundo. No hay persona tan ignorante de la realidad que piense que las peregrinaciones de los héroes míticos que la forma pregonera encumbró hasta el cielo, tengan posible parangón con estas portuguesas recientes, ya por la envergadura de los viajes, ya por la selvatiquez de los caminos, ya por la revelación de maravillas inauditas, que tan vivo contraste ofrecieron con las nuestras por las apariencias, por la conducta, por las costumbres.

Pero sobre todos estos hechos egregios descuella muy por encima la propagación, a lo largo y a lo ancho, de nuestra Religión sacrosanta con tanta gloria del nombre cristiano y con tanto provecho de aquellos mismos a quienes sojuzgaste, por cuanto son de mejor condición por haber sido vencidos por vosotros, que vosotros, que los habéis vencido. Y con efecto: ¿Qué otra cosa ganasteis vosotros con esas victorias, así en su busca como en su conservación, sino afán, trabajo y dificultad? Dechado grande propuesto a los príncipes cristianos es el vuestro, para que le imiten. Estas son, en definitiva, las armas que se han de empuñar; de ese linaje son las victorias que se han de buscar, en las cuales los vencedores venzan no para sí, sino para ellos y para Dios, y los vencidos se feliciten eternamente de su derrota, por cuanto de su propio vencimiento les sobrevinieron tan pingües conveniencias. Y en aquella Asia inmensa y en aquella Africa espaciosa no se combatía con gran aparato y cantidad de fuerzas por la posesión de más hazas de tierra o por una ciudad minúscula, sino por la de dilatadas provincias y reinos, de manera que una gran parte del globo era el premio de un combate afortunado. Es un grato deber nuestro el de felicitar a tus mayores, que de tan chicos principios sacaron adelante empeños tan grandes, porque consiguieron esta recompensa gloriosísima de tantos trabajos y de tan incansable reciedumbre. Empero a ti, que pones el pie en esa carrera tan tentadora y tan vasta, no tanto se te ha de felicitar como se te ha de exhortar para que corras con ágil alacridad lo que por recorrer te resta e insistas en las mismas pisadas de tus abuelos, puestos los ojos en las mismas bellas acciones suyas, cuyo dechado puedes contemplar a placer en el recinto de tu propia casa. Tienes el deber de conservar todo cuanto recibiste, con las mismas artes y procedimientos con que ellos te lo depararon; conviene a saber: con la misma diligencia, con la misma industria, con la misma mansedumbre, magnanimidad, magnificencia; con la misma constancia, con la misma fe. De esta manera, así como nosotros te excitamos a la vir-

tud de tus antepasados, así la posteridad anime y exhorte a tus sucesores a que te imiten. Esto es lo que nos hacen esperar determinados actos tuyos con los cuales ya en esta tu edad diste como una primera cata y experiencia de ti; así de ciertas cualidades que son verdaderamente dignas de un príncipe, como por ciertos rasgos de integridad e incorruptible justicia, y cuando fué necesario, de justicia severa e inflexible también, con lo cual conseguiste, no ya aquello que en hartos lugares suele acontecer, digo que las leyes y los derechos estén al servicio de los hombres, sino que los hombres obedezcan y sirvan a las leyes y a la equidad, que les dan la libertad máxima.

Esta primera cata que hicimos de tu ingenio, porque no sea que tú te complazcas de ti mismo, viene a ser a modo de prenda para con todos los tuyos, en virtud de la cual te exigirán, como el pago religioso de una deuda, hechos grandes y hermosos; enojosos acreedores si no pagas al tiempo del vencimiento. El favor que dispensas a los literatos y a las letras harto atestigua cuál sea tu preocupación por la ciencia y el cultivo del talento. Y no es desnudo ni estéril este mecenazgo como acostumbra serlo en la mayoría de los príncipes que piensan haber hecho asaz y aun haberse extralimitado en la demasía, si las alaban o manifiestan desear su prosperidad. A esto añades la benignidad y aun, según son las regias posibilidades, la magnificencia. Testigo es París y otras Academias, donde nutridos grupos de estudiantes son mantenidos a tus expensas. Harto claro está que favoreces a los que te son semejantes; favoreces a quienes en lo sucesivo van a serte de muy grande utilidad. Con sobrada razón se ha divulgado por España que no hay padre de familia más prudente que don Manuel, que es el tuyo; porque no quiso que ninguno en su familia dejase de cumplir su quehacer personal y no consintió que a sus hijos el ocio les embruteciera. A todos ellos, cosa que parece en los príncipes tan bien, adiestróles en la milicia y en el estudio. Gracias a esa simultaneidad entiendes cuánta es la conveniencia y la convivencia obligada entre los eruditos y los príncipes, que no son dos clases de hombres que vivan desconocidos e independientes, sino que se impone que estén ligados por una tan estrecha solidaridad, que los unos sean el apoyo de los otros y se presten ayuda recíproca. De unos y otros hizo Dios dádiva a las ciudades y a los pueblos, para que miren por su bien, los letrados con sus preceptos, los príncipes con sus disposiciones y mandatos, y entrambos a imitación suya. La erudición necesita quietud, que la autoridad del príncipe le proporciona, y aquélla a su vez le ilustra con el consejo necesario para manejar la masa de negocios tan grandes, consejo que le dan los doctos con la prudencia adquirida en el estudio. Con esto queda demostrado que si los unos faltan a los otros, no pueden cumplir ni tutelar su oficio respectivo. Tal será la compenetración de deberes entre ti y aquellos cuyos estudios alimentas y fomentas, que tú ayudarás su formación y ellos robustecerán tu autoridad, galardón muy rico de tu largueza. Y, en efecto, ¿a quiénes podrás oír con mayor seguridad, o cúyos serán los más acertados y fieles consejos, sino de aquellos que por beneficio tuyo salieron tales, que con razón puedan asistirte en

tus más trascendentales deliberaciones?

Esta tu ejemplar benevolencia para con las letras y los que las profesan me movió a no titubear en dedicarte los libros que había escrito poco ha, *De las disciplinas*, por tratar de un asunto que todos sabemos que te es gratísimo; con el fin de que, si la obra no consiguiere agradar por la materia tratada, agradase al menos por el nombre que a su frente lleva escrito. Ten salud.

Brujas, mes de julio del año 1531

PREFACION A LOS LIBROS DE LAS DISCIPLINAS

Mientras andaba yo sumido en mi propio pensamiento de que no hay en la vida cosa más bella ni más excelente que el cultivo de los ingenios, cultivo formado por el conjunto de aquellas disciplinas que nos separan de la manera de vida de las fieras salvajes y nos restituyen a nuestra condición de hombres y nos elevan a Dios mismo, parecióme que debía consignar por escrito todas cuantas luces se me alcanzaran acerca de ellas. Yo creo, si no me engaño, que no ha sido por otra razón sino porque lo hicieron ya muchos de nuestros mayores. Y parecióme desde el primer momento que debía hacerlo con tal claridad y lucidez, que pudiera fácilmente ser entendido y retenido lo que fuere diciendo. Y en segundo lugar me pareció que ese tratado debía tener congruencia con la naturaleza de las cosas a tratar, hasta donde me fuera posible, porque el ingenio que a ellas se aplicara, a medida que lo estudiaba y adelantaba en su conocimiento, hallase algún sabor y complacencia y de ahí resultase un mayor fruto en quien se consagrase a aprenderlas. Procuré darles un carácter práctico, porque los ingenios sintieran aliciente por esos estudios ennoblecedores. Añadíles algunas lumbres y primores de buen decir, porque no era conveniente que materia tan bella anduviera vestida de ropas andrajosas, como también que los buscadores de literarias elegancias no se detuvieran perpetuamente en aquilatar voces y lenguas. Esto es lo que acontece regularmente, por hastío de la hórrida e infructuosa molestia que tenían que tragar larguísimo tiempo en el estudio de esas artes. Por este camino se llegará pronto a sacar provecho de las lenguas doctas que preparamos con tanta diligencia, porque contienen las disciplinas y porque tienen idoneidad de contenerlas.

Igualmente me esforcé por limpiar las artes de los posibles resabios de impiedad y traspasarlas de las tinieblas del gentilismo a las claridades indeficientes de nuestra Santa Religión, con el intento de demostrar que aquello que en la antigüedad engañó a los viejos escritores no fué por vicio del ingenio humano, como algunos piensan, sino por deficiencia suya personal. A este fin aduje razones idas a buscar en la Naturaleza, no en los oráculos divinos de la Sagrada Escritura, por no pasar con un salto imprudente de la filosofía a la teología. Si hasta cierto punto consiguiere mi propósito, no será escaso ciertamente el

fruto de este trabajo mío. ¿Qué utilidad mayor puede excogitarse que la de transferir a la ciega humanidad de las tinieblas a la contemplación de la luz, que tanto importa a todos, que sin ella fuéramos los más miserables de los hombres por toda una eternidad? Y si por acaso algunos sospechaban verla mal, la puedan ver más llana y abiertamente y de tal manera que se persuadan que la ven lo más clara que pueda verse. Igualmente procuré evitar que ya desde las primeras letras, imbuídos en errores gentílicos, más tarde contaminemos con ellos nuestra Santa Religión; antes al contrario, ya desde los comienzos, luego al punto nos avecemos a las rectas y sanas persuasiones que poco a poco, y con el tiempo, vayan creciendo a medida que nosotros crezcamos.

Mas como haya quedado bien asentada la autoridad de los antiguos preceptistas en la enseñanza de las artes, y porque con ella no quedase perjudicado yo, el preceptor, ni con ella dañados los estudiosos que de buena gana y fácilmente se confían a la dirección de un caudillo acreditado, no tuve más remedio que particularizar los puntos donde yo creí que ellos habían caído en yerro. Con esta precaución pensé que más razonada y cómodamente podía tratar de las artes.

Metido en esa faena, he tenido que sostener hartas disputas contra los autores primitivos, no contra todos ciertamente, pues ello no tendría fin y resultaría por completo inútil, sino exclusivamente contra los más autorizados y aprobados por un consentimiento tradicional. En este punto, si se me quiere creer, muchas veces me avergoncé de esta empresa mía y yo mismo condeno mi confiada presunción por atreverme a discrepar de unos escritores consagrados por los siglos, y singularmente de Aristóteles, cuyo talento en todos los ramos del humano saber, cuya industria, cuya diligencia yo admiro y venero con una admiración y veneración únicas.

Pero yo ruego a mi vez que nadie, por esto, me tache de ingratitud ni de temeridad. Siempre pensé que les éramos deudores del máximo reconocimiento, porque de todo cuanto pudieron acarrear con su sagaz desvelo, sin envidia y sin querella, nos hicieron generosa donación a nosotros, sus remotos sucesores, y si en algún punto desbarraron, hay que perdonarles la humana flaqueza en un desvarío común.

No cabe duda que es mucho más conveniente para el progreso de la cultura aplicar la crítica a los escritos de los grandes autores, que descansar perezosamente en la sola autoridad y aceptar sistemáticamente todo cuanto nos proporciona la fe ajena, siempre que anden lejos, muy lejos, del juicio y de la sentencia, lo que constituye su plaga y su destrucción, a saber: la envidia, el humor agrio, la precipitación, el descoco, la dicacidad truhanesca. No está tan agotada todavía ni tan desjugada la Naturaleza, que ya no dé a luz cosa semejante a los primeros siglos. La Naturaleza, que es la misma, es a sí misma siempre igual, y no raras veces, como por acumulación de fuerzas, se revela más vigente y más potente, como es razón que creamos que debe de serlo ahora ayudada y fortalecida con una robustez que poco a poco fué acrecentando con el discurso de tantos siglos. ¡Cuán ancha puerta de acceso a todas las disciplinas nos abren los descubrimientos de los siglos anteriores y una tan continuada experiencia! Tan ello es así, que parece

que nosotros podemos, si aplicásemos el ánimo a ese empeño, opinar, en general, de las cosas de la vida y de la Naturaleza, mejor que Aristóteles, Platón u otro cualquiera de los antiguos, después de tan larga y constante observación de las cosas inmediatas y de las remotas que en su tiempo, por su fresca novedad, más les producían maravilla que no les acarreaban conocimiento. ¿Qué más? ¿Por ventura el mismo Aristóteles no se atrevió a descuajar las opiniones de sus antecesores? Y a nosotros, ¿nos estarán vedados el libre examen y la crítica honrada y franca? Principalmente porque, como dice Séneca, con su habitual agudeza y discreción: *Aquellos que antes que nosotros promovieron esos estudios, no son nuestros amos, sino nuestros guías.* La verdad es accesible a todos y no está aún ocupada completamente. Muy mucha parte de ella quedó reservada a los venideros.

Yo no pretendo que se me equipare con los graves autores de la antigüedad, sino que sus razones se contrasten con las mías y que no se me dé más crédito que el que me atribuya el convencimiento. Cuando el peso de los argumentos de los otros y míos se mantuviere en el fiel, fuera en mí demasiada petulancia no avenirme a reconocer la primacía de aquellos viejos escritores, sobre mí y sobre cualquiera de los autores modernos; porque tienen a su favor la comprobación de tan larga experiencia, acrecida y robustecida por otras nuevas y aun desconocidas. Por cierto, para no hablar más que de mí mismo, yo no querría que nadie se me adhiriese y se me pegase a mí como mi propia sombra. Jamás seré ni autor ni predicador de secta alguna, ni aun cuando se hubiere de jurar sobre mi palabra. Si en algún punto, amigos míos, os pareciere atinado mi parecer, sostenedlo por verdadero, no por mío. Esta posición os será útil a vosotros y a todos los estudios en general. El que por mí os peleareis, como gladiadores, a mí no me aprovechará y redundará en perjuicio vuestro por las disensiones y los partidismos. Seguidores tenaces de la verdad, dondequiera penséis que está, colocaos a su lado; y a mí, ora estuviere en vida, ora el hado hubiere cerrado mis ojos, dejadme tranquilo con mi juez, a quien ha de complacer mi sola conciencia. Y ni siquiera dudo un momento que en eso que digo serán muchas mis equivocaciones, al sostener que los engañados fueron aquellos grandes hombres con quienes en modo alguno he de compararme ni en talento, ni en estudios, ni en conocimiento, ni en práctica. Y al revés de Aristóteles, que pedía gratitud por sus descubrimientos, yo pido venia por mis omisiones. Y así que yo suplico que interpretéis benignamente y deis fácil y bondadoso perdón a mis yerros, harto explicables en un arte nueva. Ninguna arte fué inventada y perfeccionada de un golpe. Si alguno se dignare pulir y acicalar mis rudezas y llenar mis defectos, acaso esta que emprendo resultará una obra que pueda leerse con algún fruto.

LIBRO PRIMERO

DE LAS ARTES EN GENERAL

CAPITULO PRIMERO

ORIGEN Y EXCELENCIA DE LAS ARTES Y LAS LETRAS

Harto visto tenemos que todos los seres, animados por la bondad y el magisterio de la Naturaleza, están asaz dotados de todo cuanto necesitan para proteger su vida; dádiva suya gratuita es el abrigo de sus cuerpos y mantiénense del manjar que encuentran aparejado y dondequiera encontradizo. El hombre, por el contrario, sale a esa luz vital, menesteroso de muchas cosas, de forma que parece que alguna culpa anuló para él aquellos beneficios que a ningún otro ser animado se deniegan. No tiene con qué guarecerse de los fieros mordiscos del frío, de la pesadumbre del calor, del agobio de la lluvia, si ya no es buscado con trabajos hartos. La tierra no abre su seno para darle sus frutos sino a fuerza de muchos ruegos o, mejor, obligada por un afán largo y molesto. Con todo, en una sola cosa fué indulgente para con él su autor y su príncipe, y es que, al paso que el hombre se creó por su culpa tanta variedad de necesidades, Dios le dejó un instrumento para alejárselas: la vivaz agudeza de un ingenio que de suyo es muy activo. De ahí nacieron los inventos humanos todos; así los beneficiosos como los nocivos, así los buenos como los malos.

La invención inicial es siempre en gracia de la necesidad. La necesidad aguzó maravillosamente los ingenios para producir y sacar aquellas cosas que alejen el cerco de esta terrible sitiadora y que no haya fuerza alguna capaz de expugnar aquello que con tanta diligencia, de día y de noche, es atacado. En el comienzo de la sociedad humana, cada uno individualmente y de por sí, según se presentasen las contingencias, se ingeniaba por resolver sus apuros. Luego, si se le concedía algún respiro, con la experiencia y la meditación pensaba en cuál sería su futura conveniencia. Este conjunto experimental, reunido por sí mismo o comparado con el ajeno, inspiraba las normas que en circunstancias análogas podían también ayudar a los otros, y muchas de estas normas, que afectaban a alguna individualidad humana y para semejantes usos de la vida, constituyeron la que se llamó arte. Esto que digo, ya en la antigüedad fué sabiamente advertido por los más grandes hombres, por el filósofo Aristóteles, en sus libros de la filosofía primera y por los poetas Manilio y Virgilio, que lo consignaron en verso.

Manilio dice: *El trabajo a los míseros mortales les dió ingenio, y a cada cual la Fortuna, con sus agobios, le avivó la vigilancia.*

Y el mismo Manilio dice en otra parte: *A través de varios azares, la experiencia creó el arte.*

También Virgilio, luego de haber enumerado las diferentes comodidades que Júpiter quitó al humano linaje, como si por poética intuición hubiera tenido algún barrunto o viso de aquel dicho: *Execrable es la*

tierra por tu obra, como otros muchos análogos inspirados por el sentimiento religioso, enseña que viéronse los hombres obligados a inclinarse sobre la tierra y a no dar paz a la mano: *Entonces vinieron las variadas artes. Todo lo vence el pertinaz trabajo y la estrecha necesidad que aprieta en trances duros.*

Y poco después: *La experiencia industriosa alumbró artes varias poco a poco.*

Y lo mismo que vemos que acontece en la vida cotidiana, quiero decir que los hombres, luego de haber cumplido con sus imprescindibles ocupaciones domésticas, aplican su espíritu y lo remontan a más altas y generosas investigaciones; así también, una vez inventadas y establecidas las artes llamadas a socorros de urgencia de la férrea y agobiadora necesidad, parecióle bien al humano ingenio elevarse insensiblemente a espectáculos de mayor belleza. No conoce reposo nuestra actividad espiritual; aliméntase del trabajo, como dijo aquél. Así fué que se anduvo en busca de las matemáticas y de la filosofía natural y que las ciudades se fundaron y se promulgaron las leyes que, aun cuando son en alto grado provechosas para la vida, no obstante no procuran la satisfacción directa de aquellas necesidades que la hallan en la cavazón, en la arada, en otras labores rústicas; en trasquilar la lana, en hilarla, en tejerla; en construir edificios, trabajos sin los cuales la vida no pudiera propagarse ni un solo día, y cuanto más esas artes atendían a cosas más altas y menos puestas al servicio inmediato y cotidiano del cuerpo, eran tenidas por más excelentes, y los que las profesaban, por muy merecedores de decorarse con la ejecutoria de la sabiduría. Con ese unánime veredicto de los hombres se declaró que tenía mayor prestancia lo que pertenecía al alma que lo que tocaba al cuerpo; y esta convicción, por un cierto atisbo natural, quedó arraigada e impresa en el pecho humano. Y es demasiada verdad que el cuerpo, a la manera de las bestias, se limita y reposa en lo presente, olvida lo pasado y descuida lo por venir; mas el espíritu, divino como es, recuerda lo que fué y lo aplica a la utilización de lo que vendrá. De ahí el viejo aforismo: *La previsión es hija de la memoria y de la experiencia.*

La memoria es el gran archivo de los sucesos pretéritos. Y siendo en la mayor parte de los hombres floja y flaca, pareció bien ayudarla con la reminiscencia a fin de que, como con determinadas señales, volviera al recuerdo de aquello en cuya búsqueda andaba. Estas señales fueron las letras. En unos pueblos fueron figuras de animales, como aquellas de que usaron arreo los etíopes y los egipcios después de ellos; pero solamente en las cosas sagradas y arcanas, que por esto se llamaron *jeroglíficos*, cuya mención es frecuente en los escritores antiguos. Cosa es de gran admiración, fuere quien fuere quien halló tamaño invento, que en veinte y cuatro pequeñas cifras, poco más o menos, pudiera encerrar tanta variedad de voces humanas y de sonidos. Húbolos quienes quitaron mérito a esa invención, como aquel personaje del *Fedro*, de Platón, que replicó a Tento, egipcio, que se felicitaba de la invención del alfabeto, por la ayuda a la memoria que suponía, que ese invento no fué una ayuda de la memoria, sino de la reminiscencia. Y cuéntase que Pitágoras de Samos no tuvo otro motivo para no escribir sino porque decía que no quería

él consignar en cifras los sentimientos de su espíritu ni acostumbrar a sus discípulos a la pereza, porque confiados en los monumentos escritos, aflojaban en el afán de cultivar la memoria. Esta también fué aproximadamente la idea de los druidas, sacerdotes de la Galia. Por esto fué que, aquellos muchos miles de versos que contenían los sacrificios y ceremonias de su religión, los entregaban como de mano en mano de unos a otros, sin escritura alguna. Pero, en hecho de verdad, los signos gráficos son necesarios para eternizar la memoria. Esa tradición auricular y como entrega a mano merece, por deficiente e infiel, una muy flaca confianza, porque el que la recibe o no escuchó con atención suficiente o lo olvidó porque lo recogió con descuido, o por causa de alguna enfermedad, o por injuria de la edad misma, de la cual, no sin razón, dícese que lo quita todo, y aun a veces el depositario de la tradición muere antes que entregue el depósito que le fué encomendado.

Del mismo Pitágoras, como vemos, ¡cuán poco es lo que queda! Y aun esto queda gracias al socorro de las letras que lo eximió del daño del tiempo. Y ni aun ahora podríamos leer aquellas sentencias verdaderamente llamadas de oro si Filolao no hubiera osado quebrantar las prescripciones del maestro, afrontando el enojo de los discípulos y sus protestas vivas. De los druidas se perdió todo. También Esdras, cronista de la nación judía, viendo que su pueblo caía de cautividad en cautividad, que a la continua mudaba de asiento, que perecía en matanzas y destierros, determinó consignar y confiar en monumentos escritos todo aquello que de la ley del Señor se transmitía entre ellos de generación en generación y como por herencia. En esas escrituras, las artes todas, así las que impone la necesidad como las que inspira la sabiduría, los claros hechos, toda la memoria de la antigüedad, están recondidos como en un tesoro o como en un museo, porque no se olviden del todo nunca.

El proceso de esta obra me deparará el lugar oportuno para tratar de las artes que diríamos mecánicas o manuales. Ahora voy a hablar de aquellas otras que se cimentan en la investigación del espíritu; cuáles fueron en la antigüedad; cómo crecieron y cobraron flor y lozanía; cómo más tarde se marchitaron y algunas de ellas poco a poco descaecieron y casi acabaron por morirse. Con todo, mi criterio personal acerca del arte en esta obra no lo manifestaré, contentándome con indicar por qué razón y por qué causas pienso yo que les vino la corrupción. Con el favor de Cristo, completaré esta obra con otros libros, en los que puntualizaré lo que yo opinare de las artes, de las disciplinas, de las escuelas, de los preceptores.

CAPITULO II

EN QUE SE DESCRIBE CON DILIGENCIA Y ESMERO DÓNDE, CUÁNTAS Y CUÁLES FUERON LAS ARTES QUE LOS ANTIGUOS CONOCIERON Y CUÁN PENOSA FUÉ SU INVENCIÓN

Galeno, el médico archifamoso, hace de las artes esa clasificación; dice que las unas son contentibles y viles, que se ejercitan con trabajos físicos y manuales, y las otras, honestas y dignas de un hombre libre. De esta clase, la primera es la Medicina, según él. Se le ha de dis-

pensar este amor a su oficio y ese sentimiento como de piedad para con una nodriza benemérita. Añade a continuación la Retórica, la Música, la Geometría, la Astronomía, la Aritmética, la Dialéctica, la Gramática, la Jurisprudencia. Y no se niega a que se adscriban a ese número las artes plásticas o pictóricas, porque aun cuando éstas no pueden tener expresión sin el concurso de las manos, con todo parecen no necesitar de aquella fortaleza y aquellos músculos juveniles. A Séneca nadie le convence de que debe admitir al pintor y la pintura en el número de las artes liberales, no menos que a los escultores, a los que labran el mármol y a los restantes ministros de la disolución y el lujo; también rechaza a los luchadores y a aquella ciencia que toda consiste en el aceite y en el barro; negativa la suya que comparte con Galeno. Ni en sentir de Séneca pertenecen a las artes liberales los estudios militares. De las artes liberales excluye Salustio la cinegética. Posidonio, estoico, clasificaba las artes de esa manera; a las unas llamábalas vulgares y bajas, cuyo instrumento es la mano y están puestas al servicio de la vida material, sin tener cuenta alguna con lo que es decoroso y honesto; las otras, de puro pasatiempo y regalo, tendentes al placer de los ojos y de los oídos, son artes propias de niños y tienen alguna semejanza con aquellas artes liberales a las que los griegos dan el nombre de *eleuterías*, que no conducen el ánimo a la virtud, sino que le desembarazan. Artes liberales en su sentido más estricto son exclusivamente aquellas cuyo afán inmediato es la virtud.

Es opinión admitida que las artes liberales son siete: tres que se refieren al lenguaje: Gramática, Dialéctica, que es lo mismo que la Lógica, y la Retórica; cuatro que se refieren a la cuantidad: Geometría, Aritmética, Música y Astronomía, que los griegos llaman *matemáticas*, como si dijeran *disciplinares*. Llamáronlas artes *ingenuas*, que es lo mismo que decir nobles, como si sólo los nobles las aprendiesen y practicasen. Es de saber que en las ciudades libres no había, puédese decir noble ninguno que se aplicase a las artes manuales, sino que, en su muchachez, a ellas se dedicaba; mas llegado a mozo, dedicábase a la milicia, al deporte, a la gimnástica, a los negocios públicos, a la política, a la abogacía y a otras ocupaciones análogas, únicas que consideraban dignas de un hombre libre, según aquel axioma del poeta cómico: *Ejercítate en las letras, en la palestra, en la música, que es razón que las sepa el hombre libre*. Estas artes gozaban de la máxima consideración en punto a que los nobles las conociesen por lo convenientes que eran para decorar la vida y administrar la cosa pública, que el lenguaje fuera castigado y puro, obvia la erudición conjugada con la elocuencia, mediante las cuales debían actuar en el foro, en el senado, para con el pueblo. Demás de esto, la Aritmética, para los negocios particulares; la Astrología, para la agricultura, y la Navegación, para la agrimensura; la Geometría y, finalmente, la Música, que gozó de tanto prestigio entre los griegos, para el honesto pasatiempo. No la cultivaron con tanta estima y cariño los romanos, hombres de vocación militar y de llaneza aldeana. Los niños, a par de las letras, aprendían a nadar, según declara el aforismo de los griegos, que echamos como baldón en cara de alguno que

ni sabía letras ni sabía nadar. Lo mismo se practicaba en Roma.

Espántome que los antiguos omitieran la Arquitectura y la Perspectiva, tan ricas de posibilidades prácticas, si ya no es que las incluyeron en el ámbito de la Geometría, o porque la Arquitectura requería el concurso manual, aun cuando sea un arte sobresaliente y peregrino, y que en Grecia eran muy contados los que la sabían, como atestigua Platón en determinado pasaje. En cambio, a nadie debe sorprender que no se haga mención alguna de la filosofía moral, tanto porque, a su juicio, lo que antes que todo se tenía que buscar era el dinero y luego la renta (de moralidad se hablará en último término), cuanto porque, como acertadamente Posidonio, citado por Séneca, definió: *Esas artes que se denominan liberales, son puras niñeces; son rudimentos, no obras acabadas.*

En nuestras escuelas, estas artes son, además, los cimientos de los tres edificios de la Medicina, Teología, Jurisprudencia, que merecen el nombre de artes y disciplinas soberanas y sirven como las que más al uso de cada día. Hemos añadido la Filosofía moral, sierva rendida de la Teología, y de la cual se cree que nació todo derecho sagrado y profano. Añadimos de más a más el conocimiento de la Historia natural, sin la cual la medicina se queda manca y no puede ni conocerse ni aplicarse. Y todas éstas están distribuídas como en colegios o facultades: la primera es la de las siete artes liberales clásicas, a las cuales se agrega la filosofía moral y la historia natural; la segunda es de Medicina; la tercera es de Derecho Civil; la cuarta, de Derecho Pontificio o Canónico, y la quinta y la más alta es la de Teología. En medio de todo esto, alguna técnica militar y la subida a la cumbre de la dignidad por determinados honores gradualmente ascensionales.

La materia, las fuerzas, las utilidades de todas estas artes, fueron puestas en la naturaleza por Dios su Hacedor soberano; pero con hartas dificultades, el ingenio humano, destituído de luces y de fuerzas, penetra en ellas. Si no tuviera el estímulo y la acucia de determinados agentes que le excitasen y avivasen, sería la cosa más breñosa y yerma. Comenzó la necesidad y añadió una agudísima espuela o aguijón para mantenerlo despierto, porque si se amodorrara, aunque no fuera más que momentáneamente, correría peligro de no despertarse ya nunca más. Y no solamente cada cual por su cuenta se lanzó en la afanosa búsqueda de todo aquello que le era menester, sino que imploró el auxilio de aquellos de quienes esperaba recabar algún socorro. Muchos fueron los invitados cuyo talento poderoso era tenido en sumo aprecio por la masa; a éstos, seducidos por grandes recompensas, se les llevó a consagrar sus actividades a las artes necesarias para la vida social. Premio de estos trabajos fueron dinero, honores, distinciones, influencia privada y pública. Por esta razón, la casta sacerdotal egipcia puso gran ahinco en el estudio de las ciencias matemáticas, porque el Egipto todo tenía urgentísima necesidad de saber geometría, puesto que todos los años el Nilo, con sus inundaciones, confundía y borraba los linderos de los campos. Empujó a los genios reflexivos al estudio y cultivo de las artes su propia grandeza; una ocupación dignísima de la excelencia de nuestra mente y el deseo de hallar la verdad, que es la más gloriosa de las finalidades y la que en

más alto grado decora al hombre, así como pensamos, y no sin razón, que la ignorancia y el engaño y el yerro son miseria y torpeza. Para evitar esta mengua, Aristóteles, el más grave de los autores, demuestra que aquellos grandes hombres de la antigüedad filosofaron; y no por otra causa ni por ninguna otra bastarda aplicación.

La maravilla que tan grande obra les produjo impelió a aquellos espíritus sublimes al estudio e inquisición de sus causas. De ahí que, así que pensaban haber hallado algo nuevo de los otros no oído, experimentaban una alegría increíble como de una hazañosa victoria que hubieran conseguido, tras haber superado gigantescas dificultades. Aquel deleite les hacía amables y sabrosos trabajo y afán; y no trocaran ese profundo y purísimo deleite por riquezas, por dignidades y cualesquiera otras ventajas materiales de la vida. Por eso fué que los variados ingenios de los hombres se dispusieron con una presteza alegre como a excavar y sacar a la verdad de su pozo o de su mina; los unos por el aliciente del premio; los otros, con mayor pureza de intención, por gozar de aquellos placeres y solaces que proporciona el espectáculo de este mundo, que a cada momento varía sin perjuicio de su constante permanencia. Los prestantes ingenios de aquella su generosa y sublime altura descendieron de nuevo acá abajo porque, sintiéndose con el pecho henchido de tanta luz y robustecidos de tanto vigor mental, pensaron razonablemente que no podían ocuparse en tarea mejor que, a vueltas de insistir en sus altísimas lucubraciones, comunicar hasta donde fuere posible y al mayor número de hombres sus bellísimos y provechosos descubrimientos. Todos ellos, pues, empeñaron su viva y arrolladora alacridad en esa empresa, ayudados por una cierta luz, que les guiaba por el camino que les ponía más resolución y corazón por ahincarse más y más en la búsqueda, ayudados también por la destreza e industria y, en último término, por la diligencia y el estudio que desarrollaban todas las fuerzas del ingenio y del ánimo. Aquella luz era la penetración de la mente y el acumen que les hacía ver adónde debían ir y por dónde. Aquella destreza era para ellos como la ciencia de escabullirse de lugares apretados e incómodos para colegir de las más fáciles cómo debía procederse en las más difíciles. La diligencia que he dicho les servía para activar el paso e irse acercando cada vez más al sitio donde se proponían llegar. Me he servido de estos símiles para poner estas verdades ante los ojos más gráficamente.

La diligencia comprende la atención o, por decirlo así, una cierta manera de desvelo (pues de flojedad y descuido está hecho el sueño) el cuidado, la constancia, el trabajo. El ingenio es el inventor de todas las artes y disciplinas, provisto y dotado de acumen y destreza; pero, con todo, auxiliares suyos muy activos son la diligencia y la práctica. Mediante la diligencia va más lejos y, gracias a ese avance, se le abren perspectivas que antes le estaban hurtadas y ocultas, como ocurre con los que andan caminos y navegan mares. Así también se afina y se aguza la penetración de la mente, y la habilidad y pericia se le tornan más prontas, como se dijo de Cleantes, el filósofo estoico, que aguzaba, como con una amoladora, el embotamiento de su ingenio, con el estudio y la vigilancia. El ingenio agudo y práctico es un

don de la Naturaleza. La diligencia o es apremiada por la necesidad, o seducida por el deleite, o cautivada por la admiración de la grandeza, o de la hermosura del objeto, aunque también en este punto cátase algún deleite callado, luego que alcanzó la causa de tamaña cosa. Además, a la diligencia la despabila un implícito deseo de gloria o de dinero y, en fin de cuentas, se alimenta y se mantiene de alguna esperanza de aprovechamiento. Esto explica el que en aquellos pueblos y naciones donde estos incentivos estuvieron en auge, allí las artes fueron inventadas o alcanzaron gran crecimiento y cultivo. Madre de todas las disciplinas fué Grecia, fértil en ingenios agudos, sutiles, vívidos. En Egipto fué muy intensiva la aplicación de las matemáticas, cuya afición fomentábase con premios y con honores. Con harta agudeza lo reconoció en las costumbres y natural de los hombre aquel que dijo que el honor alimenta las artes. Y con efecto, cada uno quiere sobresalir y ser honrado. Para conseguirlo, entrégase a aquel estudio que ve que está en boga y en aprecio. Así es; en hecho de verdad. ¿Con rectitud y acierto? No lo discuto. Y no solamente en las grandes ciudades y pueblos, sino en cualquier colectividad y asociación de hombres, de mujeres, de viejos y de mozos, De esta manera fué como la elocuencia floreció singularmente en las ciudades libres, como Atenas y Roma, porque éste era el camino más cierto y derecho para los más altos honores y el máximo poderío.

En las academias públicas o digamos universidades, a muchos les tientan los títulos honoríficos o los que producen rendimiento material. De ahí, que en París hay teólogos a barrisco, y jurisconsultos en Orleáns; y plaga de médicos en la antigua Nitiobrige, que ahora se llama Montpellier, y en la corte de los príncipes, según la respectiva afición artística que hace que en ella se cultive con más cariño el arte de su predilección. En el reinado de Alejandro, la inmensa mayoría se dedicaba a las armas. So la égida de Augusto, todo el mundo hacía versos. En los días de Nerón, la ciudad andaba infestada de cantantes, histriones, declamadores, de magos. Adriano, a todos les hacía estudiar los escritores antiguos. En la Roma del Papa León X todo era blandura y consonancia de músicas; en la Roma de Julio II, todo era agrio sonido de armas. Los fenicios ejercitaron copiosamente las artes náuticas para su comercio ganancioso. Tanto más se despabilaba en cada uno de ellos el deseo de conocer cuanto más fundada y generosa era la esperanza de arribar allí donde se proponían. Los caldeos y los egipcios, por la oportunidad y comodidad de los lugares donde moraban, porque había allí llanuras vastas y cielo sereno, se dieron al conocimiento de los astros.

De estos principios nacieron las artes, con estos apoyos se sostuvieron, con este pábulo crecieron y se robustecieron, no porque arte alguna haya llegado a su total perfección ni alcanzara tal grado de tersura y acicalamiento, que no contuviera alguna aleación rechazable o inútil. No son tantas las fuerzas del ingenio humano encerrado en esa mole y ciega pesadumbre del cuerpo, que saque obra alguna absoluta y perfecta y a la cual no le falten muchos retoques para su cabal perfeccionamiento y para llegar a la cúspide de la naturaleza de cada cosa; ni hay cosa que pueda ser tocada de muchos, a la cual no se le

apegue, como por contaminación, algo de vicio.

Jamás en consecuencia fueron las artes ni perfectas, ni puras, ni aun en su propio origen. La creencia contraria es una ceguera y una debilidad del ánimo engreído y pagado de sí. Pero, con todo, no deja de ser cierto que, gracias a esos soberanos ingenios, ayudados de la experiencia y el estudio, las artes se levantaron y se llevaron de principios harto modestos a una determinada grandeza, por manera que ya no fué de todo punto difícil acrecentar lo hallado y hacer ulteriores descubrimientos. También esto permitió la enmienda de muchas cosas que no habían sido debidamente observadas en sus orígenes y labradas con primor las que lo habían sido toscamente, e ilustradas las que no alcanzaran la suficiente claridad. Todo este progreso se consiguió a fuerza de brazos y remando a contra corriente, mas así que los brazos empezaron a aflojar, las artes se relajaron: las más, poco a poco; las otras, con desplome raudo, como de una roca por un despeñadero. No sin razón Virgilio exclama:

Así por ley del hado empeora toda cosa y con desvío se vuelve arredro, no de otra forma que aquel que agua arriba, con esfuerzo de remos, sube un esquife; si por acaso aflojó brazos y brío, la raudal corriente se lo lleva río abajo.

Paréceme que yo debo decir no sólo cómo las artes decayeron o se corrompieron, sino también cómo en sus mismos orígenes, por decirlo así, cómo en las propias manos de los que les daban forma se torcieron y se depravaron. De esta manera quedarán más al descubierto todas las corruptelas no solamente de los modernos, sino también de los antiguos, a los cuales somos deudores de los principios de las artes, no porque quiera yo inducir a nadie a que se muestre ingrato para con aquellos de quienes proclamamos en voz bien alta haber aprendido el cultivo del ingenio y toda humanidad. Otro será el lugar del hacimiento de gracias, pero por el beneficio no nos mostraremos desagradecidos, nunca jamás, ni aun cuando anotásemos y reprendiésemos sus yerros. Sus equivocaciones, sus tropiezos los achacaremos a la común condición y flaca naturaleza; pero los haremos notar para nuestra cautela, según fueren mis posibilidades. Cuanto más los hombres prácticos en las artes se aventajaron en ingenio y habilidad y con diligencia afanosa se encaminaron a aquel objetivo, otro tanto las artes salieron de sus manos más crecidas y más aseadas. Y por el contrario, embotado el acumen de la mente, anochecida su luz como en una linterna opaca; la habilidad impedida, la apatía y la pereza en último término, afligieron todas las artes, disminuyendo su grandeza o corrompiendo su tersura. Y si ello ocurrió en el momento de su invención, inficionaron de limo y de cieno el mismo manantial y ya nunca más fluyeron de él limpios y cristalinos arroyuelos.

CAPITULO III

LAS PASIONES DESORDENADAS FUERON LA CAUSA INICIAL DE LA CORRUPCIÓN DE LAS ARTES

Sobre el ingenio se derraman las tinieblas, en primer lugar, por un cierto embotamiento y ofuscación ingénita, o para todo en general, o por referencia a aquel mismo objeto y arte, a la cual se aplica. No hay

hombre que sopese las fuerzas de su ingenio, lo que pueden llevar sus hombros, lo que sus hombros rehusen. Cada uno tiene harta confianza en sí mismo, y no hay nadie de ingenio tan menguado que desespere de conseguir lo que quisiere, porque le falle el acumen o le desfallezca la voluntad. Por esta razón se aplica y entrega a actividades intelectuales, para las que es tan apto, como la raposa para el arado. No es de maravillar que el amor de sí mismo en cada uno sea ciego; no más claramente ve la generalidad de los padres en la índole viciosa de sus hijos. No hay cosa que no se prometan de su sóbole, ya que no por el juicio, al menos por el deseo. Como el amor vive en tan estrecha vecindad con la esperanza, les conduce a la profesión de unas artes para las cuales no tienen pizca de idoneidad, y que no pueden ser más ajenas de sus aptitudes. Quedan los maestros, es verdad. Pero los maestros, en la admisión de los discípulos, debieran tener muy abiertos todos los ojos que tuvo aquel Apolonio Alabadense, de quien Cicerón escribe en su tratado *Del orador*, que aun cuando enseñaba por la paga, con todo no consentía que aquellos que él juzgaba que no iban a salir oradores perdieran el tiempo en los bancos de su escuela y los despedía y solía exhortarlos y empujarlos a aquella profesión para la cual los consideraba idóneos. Pero el caso de ese Apolonio Alabadense debe de ser único, porque no hay memoria de otro igual. A todos los que enseñan por la paga, la codicia les saca los ojos; admíten discípulos a ciegas, sin selección alguna, y cuanto más denso ven su auditorio, pensando que con ello serán mayores sus ingresos, no solamente reciben con los brazos abiertos a los que se les presentan, sino que andan a los alcances y captan y halagan y atraen a sí a todos cuantos pueden, sea como sea, y cualquier procedimiento les parece bueno, persuadidos de que les basta con que sean hombres mientras tengan *qué contar*. Y cuando no se va más que por la ambición, con desdén del salario, búscase exclusivamente el número para satisfacción de la vanidad de tener unos bancos concurridos.

La erudición y las artes, que están como violentadas y deformadas por tales ingenios, es fuerza que se exterioricen con el mismo aspecto y naturaleza que los ingenios de donde salen, a saber: desviadas, torcidas, viciosas; pues la erudición, al salir del ingenio, de donde mana y donde recibe forma, no sale de manera diferente que el queso de la canastilla donde se cuajó; o tiene resabios, como el vino de la tinaja donde fermentó o del odre que lo guarda. Forzosamente tienen que entregar mal lo que recibieron mal.

Todas las pasiones anímicas, si no embotan la agudeza de la mente, ciertamente la impiden y retardan y la ensucian de herrumbre. Allí donde penetraron, ofuscan la luz del alma y enturbian la visión de la verdad, no de otra guisa que la niebla cerrada esparcida ante los ojos. La soberbia enlobreguece aquella lumbre soberana de la mente y la desorienta y la desvía del camino recto. La soberbia consiste en el deseo de sobresalir y descollar, por manera que parezca que tiene lo que ningún otro tuvo o, al menos, lo que tuvieron muy pocos, a saber: lo más eminente, lo más excelente, lo más raro, lo más nuevo. Debido a esta aberración, unos ingenios que estarían muy bien acomodados en una feliz medianía, empínanse por encima de sus propias

fuerzas por dar a entender y a creer que saben y tienen lo que todos juzgan ser lo más excelso. Como quien habiendo nacido para gramático o para comentar a los poetas e historiadores, o que no tiene más práctica que ésta, quiso que se le conceptuara filósofo o teólogo, no habiendo saludado siquiera de nombre esas augustas disciplinas. Otros, cosa que sería de muy pocos o de ninguno en absoluto, se dan a pronosticar lo venidero, a revelar lo escondido y abstruso, a descubrir en un momento riquezas fabulosas, profesando la Astrología, la Fisiognomía, la Calcinia, la Magia y los demás artilugios de adivinación y brujería; y ello no solamente entre los gentiles en quienes Satanás reinaba a placer, sino también entre los cristianos, de cuyo cuello Cristo, que es más fuerte que Satanás, sacudió el yugo de aquella tiranía y desarmó su poderío armado. Con esto he querido decir que la soberbia, que la ambición, que la codicia y el amor de los placeres reinan no menos sobre nosotros que sobre los gentiles, y Dios quiera que no más.

El estudioso afán por estas artes vició como un aliento pestífero las demás artes que les estaban vecinas y también aquellas otras de cuyo socorro necesitaban en aquellos maleficios; concretamente: la soñadora Astrología corrompió a la serena y casta Astronomía; la Fisiognomía o adivinación de lo venidero, de la sucesión, de la buena ventura, a aquella otra que es más simple y más veraz, fundada en las señales de la constitución del cuerpo y del alma; la Magia emponzoñó, como con veneno satánico, la ciencia de la naturaleza de las cosas. Por la razón de que en todas las artes y disciplinas la gloria principal recae en los inventores, fueron muchos los que quisieron serlo de opiniones nuevas, considerando que era mengua pura seguir las pisadas ajenas; consignaron por escrito sus invenciones, para ser leídos dondequiera y porque se supiera que habían aportado alguna novedad desconocida de los otros. Esta epidemia atacó con una virulencia increíble los ingenios griegos. De ahí ese reguero de mentiras que cruza la Historia de un cabo a otro, por pensar que la verdad había sido patrimonio de los primitivos, que les habían arrebatado la materia sobre la que escribir y que la posteridad no iba a hacer de ellos ningún caudal si se limitaban a reproducir lo que de antes ya otros habían conocido y divulgado. Así aconteció que por ser más leídos, y más amenos y granjearse del vulgo mayor admiración, mintieron bravamente de egipcios, de asirios, de persas, de griegos, de todas las naciones, en fin. En esa situación, los filósofos, por deseo de ganar nombre, no tuvieron reparo en inventar los mayores absurdos y apartarse lo más lejos posible de las opiniones recibidas.

Yo, en mis días de París, tuve un camarada que decía con toda formalidad que él, antes que dejar de introducir un nuevo dogma, daría por verdaderas afirmaciones que le constasen ser las más falsas. Húbolos que quisieron dar a entender que no había cosa que ignorasen, como en Grecia los famosos Gorgias y Protágoras, Hipias, Prodico, Eutidemo, Dionisodoro y otros aún que, dondequiera hubiese corro o grupo de hombres, pedían que se les hiciera cualquier pregunta, que estaban dispuestos a improvisar la respuesta, como si no solamente lo supieran todo, sin que a esta ciencia infinita la tenían siempre a punto y catalogada.

Empero a esos ambiciosos pro-

metedores de improvisaciones deslumbrantes, a esos maestros del bien decir y del recto pensar, Sócrates, que hacía llana y sincera profesión de no saber nada, luego de haberlos enredado como una araña a una mosca en livianas y muy fáciles cuestiones, dejábalos y entregábalos al ludibrio de su propio auditorio. ¡Ojalá ese vicio quedara localizado en Grecia y no hubiera invadido otras naciones!

Ciega es la arrogancia, y adondequiera se encamina, por su confianza osada, por su impudor, cunde temerariamente. Por esto es que no titubea un punto en aventurar con intrepidez cualquiera afirmación, aun en materias arcanas y abstrusas. En esta posición de soberbia, los unos persuádense de ser depositarios de verdades grandes y maravillosas, bien por vicio de su depravada naturaleza, bien porque viendo que los espectadores están de ello persuadidos, de gana se avienen al halagüeño concepto que de ellos se han formado. Otros, no tanto piensan saber (pues no se desconocen a sí mismos), como que los demás creen y desean que esta creencia dure. Los primeros se defraudan de un increíble progreso en las disciplinas, por desistir de caminar a un punto donde piensan haber llegado ya. De estos dice Séneca estas palabras graves: *Pienso que muchos pudieron haber llegado a la sabiduría, si no estuvieran convencidos de haber llegado ya*. Los segundos, por cuantos caminos y procedimientos pueden, afánanse por hacer alarde de sus riquezas, por aumentarlas en más y mejor, y por echar humo y polvo en los ojos de quienes los miran sin dar valor alguno al callado testimonio de su conciencia; quieren que se crea que lo que ellos saben es lo primero y lo potísimo, y que lo que los otros conocen son simplezas y puerilidades, evitables y detestables. No hay profesor tan mediocre, humilde y vil del arte que fuere, que, si es soberbio, no la conceptúe la principal de todas o, al menos, no pida y se esfuerce porque tal se la considere. De tal manera esta conducta está admitida en nuestras costumbres, que piensan ser obra lícita y pía que cada cual encomie su arte y la ponga en las nubes y la anteponga a todas las restantes. El gramático piensa ser el único que sabe y que los demás son unos perfectos majaderos; el filósofo se compadece de los otros como si fueran bestias; el jurisconsulto pone a todos los otros en la picota; el teólogo mira a los otros por encima del hombro, y no porque digan que ellos ignoran las otras artes y de ello hagan alarde jactancioso; no ponen tardanza alguna en afirmar que aquella su disciplina única las comprende y encierra todas en grado eminente en los libros de aquellos que de ellas trataron expresamente.

Lucio Craso, como se lee en Cicerón, asegura que todo género de disciplinas y artes está comprendido en el conocimiento del derecho y aun con la venia del cielo, en el librito de las Doce Tablas; de ello están muy persuadidos también nuestros jurisconsultos. El gramático sostiene que la filosofía integral, por mucha que sea su extensión, está contenida en los libros de los historiadores y de los poetas; teniéndolos en las manos, ninguna falta hacen Aristóteles ni Platón. Resumiendo: éste es el temperamento de la soberbia: arrogarse todo cuanto pueda, y componérselas de manera que semeje no carecer de cosa alguna que sea bella y de gran aprecio. ¿Qué arte comprenderán como

es debido; qué arte enseñarán los que piensan que mora en lugares los más excéntricos y ajenos y que hay que ir a buscarla allí donde apenas puede darse con una huella de su pie fugitivo? Por ende, verás en todas las artes ser afirmado lo más falso y lo más absurdo por aquellos que con violencia las exprimen de los autores que ocasionalmente y como quien hace otra cosa las tocaron, adaptándolas no a los servidores de la crítica, sino a las conveniencias de su obra. Yo conocí a quien en libros suyos afirmaba que la tierra era mayor que el sol y que de noche todo el cielo se oscurecía de la sombra de la tierra, según aquella magnífica imagen de Virgilio: *Arrebozando en su gran sombra la tierra y el cielo.*

¡Cuántos absurdos dogmas filosóficos tuvieron su origen en Homero, porque muchos antiguos le leían no como poeta genial, sino como filósofo doctísimo y gravísimo! Los jurisconsultos, si alguno de los suyos dijo algo en historia, ténenlo por más averiguado que si lo dijera Tito Livio; como, por ejemplo, que las Doce Tablas eran de marfil, porque Pomponio así lo dijo. Y lo mismo acontece en cualquier otra disciplina. Y aun aquello de que no pudieran hacer ostentosa jactancia, dicen que algún día lo supieron, pero que lo echaron en olvido por pueril e indigno de su seriedad o lo arrojaron de sí como peligroso y nocivo, merecedor de que se le expulse del número de las artes, aun de las que ellos dicen estar comprendidas en el título de su profesión ambiciosa. Pregúntesele a un filósofo o a un teólogo, o a un médico, o a un jurisconsulto de cada una de ellas si sabe gramática, poética, retórica. Silba a quien le hace tal pregunta insolente, con gran asco de su cara y a veces con una carcajada y le remite a los niños. ¿Si sabe las lenguas griega latina? Llámalas semillero de herejías; que las supo en su tierna edad, pero que las relegó al olvido. Y de retórica, ¿cómo anda? Se ríe y menea la cabeza. Y lo mismo de la geometría; dice ciertas ridiculeces sobre los puntos y las líneas. Con la aritmética hace chanzas: *que va a contar bien cuando haya dinero.* Por lo que toca a las proporciones, dice que vió algo muy por encima, en los comentarios al libro tercero de la *Física* de Aristóteles; en astronomía, que oyó cuando mozo, en la escuela, la descripción de parte de la esfera de labios de Juan de Sacrobosque; que a la música la berrean los cantores, en el templo. Dime: Y de perspectiva y cosmografía, ¿qué? Que es la primera vez que oye tales nombres. Estas disciplinas, añade, son trivialidades peligrosas, y es pecado tocar en ellas. Pero, sin duda, ¿conocerás la filosofía moral? Conozco, sí, algo de la ética de Aristóteles. Por lo que respecta al régimen de la casa (*Economica*), contesta que no tiene familia que mantener. Por lo que toca al régimen de la ciudad, dice que él no la gobierna. ¿Qué conocimientos tienes, pues, gran hombre, prodigio de erudición? Todos; pero de éstos, no sé palabra.

Y esto dijéronlo hombres de la máxima autoridad, crisol y norma de moralidad y de toda erudición. No es de extrañar que peso tan grande de autoridad caído sobre las artes, tiernas todavía, las quebrase. Delicadas son las yemas que se despliegan y toman vigor al beso blando del aura favorable y que con la inclemencia y el vilipendio, luego al punto, como ahojadas se contraen y se marchitan. ¡Abominable despecho de la soberbia! No solamente

ellos se defraudaron a sí mismos de la utilidad de la doctrina, sino que también a los otros, bajo la fe de su prestigio, cerráronles el camino del buen seso, dispuestos a echar a perder tan buenos ingenios por no comprometer un adarme de su supuesta reputación. Temerariamente sentenciaron acerca de problemas no asaz estudiados y con harta frecuencia desconocidos; condenaron opiniones que merecían aprobación y recomendaron otras nocivas que debían causar gran daño a los ingenios y a la vida práctica. Estos mismos hubieran juzgado esto mismo, sin duda alguna, con mucha mayor rectitud si pudieran dominar su temperamento y no entendieran ser el mayor de los descréditos, o bien examinar más de asiento y con madurez materias tan grandes, o que les pareciese hermoso ignorar algo, pues el que del número de aquellos que tuviera la más leve cata de aquellas disciplinas que sus camaradas condenaban, éste no se acostaba a su parecer; hartas veces los que habían condenado lo que ignoraban, luego de traspasar el umbral de aquellas artes, cambiando instantáneamente de opinión y de sentir, aprobaron lo mismo que habían condenado. Con esto se demuestra que no expresaban su parecer acerca de las artes que profesaban, sino de su propia reputación, a la manera de los prestidigitadores que envuelven y desenvuelven ciertos nudos fáciles de un modo distinto del usual, porque el enredo parezca más difícil y su solución más admirable. Así es que algunos embrollan y enredan lo que es fácil, lo que es sencillo, lo que es claro en las disciplinas que conocen, para que la operación no pierda valor por su facilidad o se vulgarice en demasía, luego de haber invitado a muchos con la esperanza del suceso a que la comprendan.

De la misma manera los jurisperitos, por todos los procedimientos que pudieron, embrollaron su profesión, que de suyo es fácil, y en interés del linaje humano conviene que lo sea hasta un punto tal de confusionismo, que pareció ardua y resbaladiza e impenetrable a quienquiera. Los filósofos, por no ser menos, oscurecieron con metáforas y rodeos lo que pudieran decir lisa y llanamente. Otros buscan tropiezos donde no los hay y dificultades donde no pueden existir, porque parezca que escudriñan profundamente y que todo lo examinan con mucha sutileza. Y no sólo hurtaron su pericia a los ignorantes, sino a los estudiosos y peritos de su propio arte. Por esto, porque no se creyera que ellos sabían lo que en realidad sabían, suscitaron cuestioncillas como es cosa harto hacedera, aun en las cosas más transparentes, a fin de que si conseguían despojar a los otros del concepto de sabios, recayese en ellos toda entera la parte que a los otros quitaran. Mas no el mover una cuestión, sino cumplidamente derrotarla es, en definitiva, lo propio del hombre agudo y docto. Los hubo que por agobiar más a los otros y hacer subir su propio peso, pedían la razón evidente de todo aquello que se dice, contestando con el desdén si no se les daba. Esto hacen los impíos en las cosas de la religión; como si aquella razón pudiera darse siempre y dondequiera o si hubiere cosa alguna que no pueda ser objeto de controversia por investigación excesiva, no por vicio de la verdad, sino de nuestros ingenios; como la luz puede parecer otra de la que es si fijares en ella demasiadamente tu aguda vista, no por culpa de la luz, sino de los ojos

que por causa tan baladí sufren alucinaciones. Resulta archirridículo el que algunos juzguen haber asentado con suficiente firmeza sus falsas cavilaciones, no sostenidas ni apoyadas por razón alguna, si han conseguido desvirtuar de una u otra manera las razones verosímiles en contrario, dejando de reparar que no es precisamente lo mismo destruir la casa del adversario que construir la propia.

Pero lo más admirable es que haya habido preceptores que escatimaron la erudición a sus discípulos, porque no igualasen su gloria, según se refiere de ciertos sofistas de Grecia, por cuya causa Sócrates prometía *comunicar sincera y generosamente toda la suya*. Alejandro Deivilano, en el prólogo de una obra suya, cuenta que hubo un tal Maximiano cuyas majaderías no querían los antiguos manifestar a sus caros compañeros. Escribe textualmente: *De recuerdo de nuestros padres y maestros, hemos conocido a muy muchos que con avaricia envidiosa negaron a sus jóvenes alumnos una recia formación.*

Esta soberbia estorbó los mayores aprovechamientos, porque los unos no quieren aprender de los otros o porque están convencidos que más aína pueden enseñar que no aprender, o porque desdeñan y se corren de ello por no confesarse inferiores o porque los otros lo crean así. Por estas causas y razones, aquel gran sabio que fué Bión, el filósofo, decía que la soberbia era la traba del aprovechamiento Tuvieron vergüenza de ser enseñados por los que más sabían aquellos que no querían confesar que otros supieran más, que reclamaban que se les creyera acabados en todo género de sabiduría; tuvieron vergüenza de aprender de sus iguales y mucho más de los inferiores y del vulgo, del cual, no obstante tenían que informarse de todo cuanto guarda relación con la artesanía y la enciclopedia. Ya Plinio, por esta causa, se lamenta de que los conocimientos enciclopédicos se hicieron o desconocidos o inciertos para los ingenios. ¡Cuánto más, ahora, el mismo Plinio, y Varrón, y Columela, y Vitruvio y otros son ignorados, porque se nos antoja ser desdoro y mengua tomar información del labriego o del artesano! Y si alguno no se avergüenza de ello y pospone todos esos reparos al ansia de enterarse y saber, será objeto de chacota y burla por parte de los otros. Por esto tiempo ha que los doctos no escriben de aquellas materias que cada día descubre la investigación nueva, y mejor conocemos lo de más de mil años antes que escribieron los antiguos, cuya diligencia no dejaba cosa alguna sin la correspondiente anotación, que lo que ocurrió en tiempo de nuestros abuelos o de nuestros padres.

Y si el soberbio estudioso se avergüenza de ser enseñado en aquellos puntos cuya información debía oír de los doctos o recoger de la pleble, ¡cuál es fuerza que salga lo que él alumbre en esas materias: cuán torcido, cuán manco, cuán confuso, cuán perturbado, cuán monstruoso, que más sirve para enturbiar y confundir, que formar e ilustrar la mente de los lectores!

Pero al menos, dirá alguno, queda la venturosa esperanza de que mudará de parecer y sorprendido el error volverá al buen camino, admitirá y enseñará más acertados pareceres. A cualquier aviso el soberbio se muestra indócil y cerrero y se revuelve contra el que le amonesta por su bien como un perro

rabioso, ora porque piense que no le pueden venir luces por otro lado, ora porque si creen los otros que las recibió, piensa que es ignominia y toma la contradicción por ofensa. Aquel mismo error que él rectificaría si por él fuese descubierto, indicado por otro más y más se ahonda y se clava con más pertinacia. Aquello que una vez le pareció bien defiéndelo con tesonera porfía porque no se piense que se aparta de su opinión primera. Y si se da el caso que él alguna vez descubra su propio yerro, de tal modo lo enmienda, que más atiende a su reputación que a la verdad; que su equivocación no fué total y que en su opinión no hubo cambio sustancial; que antes pensó bien, si bien ahora vió la verdad más clara y tersa. Discúlpase con su edad, con sus ocupaciones, con las circunstancias del tiempo, porque no se trasluzca que la culpa estuvo en su ingenio, cuyo loor ambiciona exclusivamente, sino en la oportunidad poco propicia para bien pensar. Sólo ha existido un gran hombre, Aurelio Agustín, inscrito en el catálogo de los Santos, que dejó unos libros de *Retractaciones*, con absoluta simplicidad e incorruptible buena fe; pero su conducta, hasta ahora, no ha tenido imitadores. Varón de ingenio manso y que tenía de sí un concepto módico. En cambio, esos autores nuestros, hinchados de fasto y de soberbia, prefieren la corrupción y el trastorno de lo que saben no ser verdadero, que dar a conocer que se equivocaron o que hubo quien pudiera enseñarles algo. Y tanto más desabridamente reciben la corrección de lo que dijeron si queda consignada y vulgarizada por escrito. No basta con que la soberbia sea obstinada y pertinaz, sino que también es ciega y temeraria, afirmando reciamente todo cuanto se le ocurre.

Por ventura la pérdida sería menor si aplicaren esa pertinacia a la defensa de aquellas aportaciones que hubieren hecho después de madura reflexión y examen; pero no hay nada de esto, por desgracia; al contrario, como no tuvieron sino la mira puesta en el honor como único fin que aspiran conseguir con sus escritos, luego, al punto, irreflexivamente, dispónense a escribir los mozos ignaros y desconocedores de las materias que tratan, de modo que no sin motivo esa comezón de escribir fué enérgicamente refregada de sales satíricas: *Doctos e indoctos escribimos poemas a barrisco*, dijo Horacio. Y Juvenal dijo, a su vez: *Muchos están poseídos de un incurable prurito de escribir.* Dejo de señalar que de esa pertinacia y tesón de no ceder nace aquella ponzoña de la caridad cristiana que son las barajas, las contiendas y, como escribe San Pablo: las envidias, los baldones, los conflictos de los hombres apasionados y a veces las luchas y las muertes; críanse odios que no finan sino con la vida, por manera que más pronto se reconcilian los reyes tras de matanzas mutuas que esos comedidos filósofos, luego de rivalidades por motivos doctrinales. ¿Qué otra cosa quiere decir este encono sino que nosotros traemos a la filosofía temperamento de gladiadores, que nos entregamos al estudio, acuciados por la soberbia, no por amor de la bondad o por el honrado deseo de conocer la verdad? En espíritus tan sañosos y hostiles, ¿cómo puede la verdad acrisolarse para que relumbre lo que sólo se esclarece con la luz de nuestros entendimientos, luz que queda anochecida y ofuscada por las nieblas de la perturbación?

Menores son en algunos, por ventura, pero nieblas al fin, las del dinero, de las riquezas, de la dignidad, de los placeres, que en el pecho de algunos otros son mayores. Esa peste atacó también las disciplinas, pues así como muchos abrazaron la profesión de las humanidades como instrumento de honras, así también no pocos las siguieron por aquellos motivos que dije.

Opinión es ya vulgarizada que la erudición es como un destajo diurno, al cual, a boca de noche, llégale honores y provechos como el obligado salario de la tarea. Así persuadióse la turba bausana, que no por otro fin se cultivan las letras ni deben cultivarse por otro fin que por las riquezas, por la opulencia, por el respeto con que el pueblo aureola el nombre de sabio. Este error cunde de uno en otro; en él imbuyen los ánimos tiernos de sus hijos los padres; los parientes, los amigos, los deudos, las amas, los ayos, los pedagogos, lo siembran en los pechos infantiles, de arte que cuando han llegado a aquella edad en que cobraron conciencia de las cosas y uso de razón, no hay fuerza humana que pueda descuajarlo. Con esa intención, el padre acompaña al chico a la escuela; con esa intención entra en la esuela el niño y ésta va creciendo a par de la edad; con ella, aprende aquellas artes que a ese fin le encaminen, dañosas hartas veces y vedadas por las leyes, como son la magia, la hechicería prohibidas por las leyes de las Doce Tablas. Y si los hombres famélicos y de baja estofa han resuelto ganarse la vida mediante esas artimañas para las cuales no están suficientemente preparados, el hambre, con sus fieras dentelladas, les obliga a defender con las uñas y con los dientes el oficio que tomaron, no sea que se les tenga por indoctos si cedieren a quien tiene mejores explicaderas, estimulados principalmente por el ánimo que está mal enterado de su propia impericia; entonces simulan el desdén ajeno y muerden a los otros y acosan briosamente a los que conceptúan que perjudican sus logros; fuerzan las artes a la servidumbre y las tuercen al capricho de aquellos que tienen posibilidades de pagar. No es imposible que veas a algunos que, ricos con anterioridad, eran libres y templados en sus sentimientos y juicios; luego, caídos en la escasez, tornáronse aduladores de los poderosos destemplados, desabridos, rabiosos contra todos aquellos de quienes sospechan que en algo les perjudican.

CAPITULO IV

DE LAS GUERRAS CON LOS SEPTENTRIONALES: ESTRAGOS QUE OCASIONARON A LAS ARTES. DE LA OSCURIDAD AFECTADA EN LAS OBRAS DE LOS AUTORES PRIMITIVOS, Y PRINCIPALMENTE DE ARISTÓTELES; QUIÉNES Y CUÁLES FUERON SUS INTÉRPRETES

Mucha noche, aun exteriormente, metieron en los espíritus aquellos mismos autores que en este camino y búsqueda de la verdad hemos utilizado como guías, ora sea porque no entendimos bien sus avisos, ora porque nos escatimaron con envidia su caudillaje, o, quizá, porque habiéndose ellos engañado, nos engañaron de rechazo a nosotros, que en ellos teníamos puesta la confianza.

En el principio, como en la historia sagrada se refiere, en aquella famosa mezcla y confusión de lenguas que hubo lugar en Asiria, en

el reino de Nemrot, no se pudieron dar ni recibir órdenes, puesto que no se entendían los unos y los otros. Así es que por ignorancia de las lenguas de los grandes escritores, no entendimos lo que nos mandaban, lo que nos aconsejaban tocante al camino a seguir y la finalidad a conseguir. La ignorancia de estas lenguas nos privó casi en absoluto del conocimiento de aquellos autores que redactaron en lengua griega o latina sus monumentales producciones literarias y las entregaron a la posteridad. Estas lenguas, con la no rompida continuidad de tantas guerras, casi cayeron en total desuso, cuando aquellas naciones que pueblan el Septentrión, extravasándose, se derramaron por Italia y el Occidente todo, godos, alanos, vándalos, suevos, túrulos, hunos, longobardos y, por fin, los que moran en las últimas partidas del Oriente, los musulmanes. La guerra, inevitablemente, oprime a la vez, buenas letras, bellas artes y religión, porque en medio de los bélicos furores no hay para la virtud ni honra, ni lugar siquiera. En caso de guerra, dice Ennio, *desaparece, echada a puntapiés, la sabiduría y no existe más culto que el de la fuerza.* Aquellas hordas bárbaras y bravías de suyo, y ajenas en absoluto a todo cultivo de la inteligencia, comenzaron por causar en las bibliotecas gigantescas destrucciones, por prender fuego en las ciudades y por asolar reinos enteros, y en aquella impía criminal conflagración quedaron reducidas a ceniza las obras de los grandes ingenios, con las que sus autores, malos agoreros, se habían prometido vida y robusta inmortalidad. Los fieros vencedores, como el gallo de la fábula, desdeñaron la perla cuyo valor desconocían; escarnecieron aquellos idiomas y desdeñaron toda suerte de estudios, y no sólo quitáronles prez, sino que les añadieron ultraje, bien porque no querían que ningún vencido supiera más que el vencedor y cuando más docto era uno a sus ojos, tanto más a los ojos de aquellos bárbaros resultaba sospechoso de bellaquería y dispuesto al fraude y al engaño; bien porque creyeron que la cultura amollenta el temple viril y les hacía menos aptos para la guerra, a la cual ellos atribuían todas las ventajas, la alabanza, la gloria; convencidos que no más que de la guerra nacía el honor auténtico y macizo. La lengua griega quedó descuajada del Occidente, y la Grecia, en su imperio y en su comercio, quedó desalojada de Italia, Francia, España, Alemania.

Los enemigos del romano imperio ni siquiera la lengua de Roma pudieron soportar, la cual, a la vez, ignoraban y odiaban. Es fama que un rey de los godos pensó levantar a Roma, que había quedado igualada al suelo, y darle el nombre de Gótica. Los que estaban esclavizados por unos dueños que eran el colmo de la altanería y de la crueldad, admitieron el habla bárbara, y en ella se ejercitaron por poder usarla con sus señores. Y así fué que a la latinidad tersa y pura sucedió una jerga híbrida de autoctonía y extranjerismo. Mas la pérdida o el gran oscurecimiento de esas dos lenguas augustas, latina y griega, trajo forzosamente que en las mismas tinieblas y envilecimiento quedasen sumidas las artes y disciplinas que en aquellas lenguas habían tenido su expresión y que las voces perdieran su sentido preciso y se introdujesen desconocidos y feos idiotismos. Y, a pesar de todo, los que ignoraban aquel habla ilustre querían dar a entender que en-

tendían de sobra a aquellos escritores que usaran aquel latín tan puro y acicalado. Como si los libros fuesen otra cosa más que las voces y modales de hablar; quien los entiende, ése penetra el pensamiento del escritor, y no otro ninguno. ¿Comprenderá a derechas un libro de filosofía escrito en lengua de Castilla un italiano que desconozca el habla de España, aun cuando estas dos lenguas y estos dos pueblos tengan tan próxima vecindad? Entendía perfectamente las leyes de las Doce Tablas el pueblo contemporáneo de su promulgación; Cicerón confiesa que no las entiende todas. ¿Cómo así? ¿No era Cicerón más docto que aquel pueblo ignorante y rudo? Infinitamente más; pero, en su tiempo, determinadas voces habían caído en desuso y habían perdido su significación. Nicolás Leoniceno, Tomás Linacro y otros quéjanse de que por ignorancia de la lengua griega Plinio interpretó mal muchos pasajes de los autores griegos. De lo mismo se queja San Jerónimo en la versión llamada de los Setenta del hebreo al griego. ¿Qué necesidad hay de ejemplos antiguos? Esos mismos que dicen no preocuparse en manera alguna de las palabras, en cuántos pasajes sufren alucinación por ignorar el sentido de las palabras. ¡Cuán a menudo tienen que adivinar! ¡Qué aprietos los suyos! ¡Con cuánto aplauso dijo Bartolo: *El jurisconsulto no se inquieta por palabras!* ¿Por qué promueven esos señores tan bravas pelamesas, sino por las palabras de la ley? Si de ellas tuvieran un cabal conocimiento, no con tal frecuencia torcieran y enturbiaran las leyes con estultísimas interpretaciones.

Diga, verbigracia, el jurisconsulto: *Centesimis calendis dari utiliter stipulamur.* No entenderás tú lo que sea *usura centésima;* yo sí lo entenderé, ¿no retendré yo, mejor que tú, lo que quiso expresar él jurisconsulto? Si esa cuestión se trajera a colación, yo confesaría que el que estuviere mejor impuesto de las cosas entendería mejor de qué cosas se tratase. Pero, puesto que no se hace uso más que de palabras, es menester que penetre firmemente el significado y todo el alcance de las voces el que afirma entender perfectamente aquello de que se discute. Acaso esto no fuera tan necesario en la geometría, aritmética, música, pintura, por cuanto usan de determinadas cifras y signos convencionales que fijan ante los ojos la realidad presente; pero en las restantes disciplinas no se puede prescindir de entender las palabras.

Por esto fué que no siendo entendidas las palabras de los grandes escritores, no pudieron tampoco atinar con el sentido. Esto ocasionó un trastorno radical y atribuyéronseles a sus dichos no el significado que cada cual colegía del texto, sino el que él mismo fabricaba a su antojo.

Pero un buen día vuelven las lenguas griega y latina de su luengo postliminio o, mejor, tornan a nacer segunda vez. De tamaño bien, de donde no se debían prometer más que ventura buena, víno!es a las artes no pequeño mal, porque unos hombres formados en el conocimiento y pericia de ambas lenguas, cuando se acercan a leer a los escritores antiguos, pongamos por caso Platón, Aristóteles, Plinio, Hipócrates, Galeno o las Pandectas, o el Viejo o el Nuevo Testamento y tocan con las manos que de cuando en cuando resbalan los intérpretes que en aquellas artes pusieron gran ahinco, por el hecho de que ellos

sorprenden el desliz gracias a sus conocimientos filológicos, automáticamente se creen a sí mismos más duchos en aquellas artes que lo fueron aquellos autores, a pesar de tanto cuidado y de tan largo ejercicio, é instantáneamente los favorecen con su desdén cuando apenas han paladeado los primeros rudimentos, a volapié corren a escribir de aquellas artes persuadidos de hacer cosa más útil que la que hicieron aquellos sabios venerables, que en algunos pasajes pudieron ser víctimas de harto comprensible alucinación. Las lenguas son los accesos obligados de todas las artes; pero accesos solamente, mas no las artes mismas; entradas son, que no moradas.

Envidiáronnos los antiguos el beneficio de su formación y de su ciencia, al no comunicarnos sus hallazgos e invenciones en lenguaje paladino, sino envueltos en tantos velos y tapujos, que resultaba más fácil sacarlos de nuevo de la naturaleza que de sus mismos libros. Discreta y pintorescamente dijo Sócrates que el libro de Heráclito de Efeso necesitaba de Delio, el célebre buzo. Hay puntos en que no te será costoso perdonar la oscuridad, porque no nace del escritor, sino de la materia, como en los números pitagóricos y platónicos, de los cuales piensan estos dos grandes filósofos que consta el alma humana. Otros quisieron apartar el vulgo profano del conocimiento de las cosas que decían le contaminaría y no entendería.

Acaso esta actitud tenga alguna excusa en los misterios de la religión, que parece deja entrever Platón en cierta epístola a Dionisio. Pero tratándose de conocimientos profanos, ¿qué disculpa pueden alegar? Como cuando Heráclito diserta de la naturaleza física, Pitágoras de los números, Aristóteles de las causas y de las cosas que se pasan entre nosotros y, finalmente, de todo aquello que en saberlo nosotros no había peligro ninguno, sino muy grande conveniencia para todo el humano linaje.

Pero, quizá, menos debemos quejarnos de los otros que de Aristóteles. La antigüedad, madre del olvido, paulatinamente borró los escritos de los otros, puesto que lo que escribieron estaba dicho poco eficazmente para ser aprendido y comprendido, hasta el punto que apenas se salvaron de la inexorable desaparición los mismos nombres de los autores que de sus aportaciones hicieron un montón informe, deslavado y confuso, sin ninguna gracia de arte. Aristóteles, en cambio, dió forma y expresión artística a toda materia que se propuso tratar, moral, natural, literaria, sin omitir la poética y otros puntos de menor importancia que no han llegado hasta nosotros. No es empeño baladí el de particularizar cuánto deben a ese gran hombre todos los estudios, todas las disciplinas, todos los estudiosos: recogió la dispersión, dió estructura al montón, ordenó el caos, derramó luz en las tinieblas, puso aseo y aliño en todas las materias que tocó, tanto, que fácilmente pueden comprenderse y retenerse con copioso fruto por todos aquellos que se proponen recoger de las letras algún fruto. Fué este varón, a mi honesto parecer, sin posible discrepancia, el más eminente de los escritores que en el mundo han sido en cualquiera edad por la agudeza del ingenio, por su juicio equilibrado, por su destreza, por su prudencia, por su diligencia, por su estudio, prolijamente enseñado, no ya en el bien decir, sino, asimismo, en el bien sa-

ber, por su maestro, que fué el mejor de toda la Grecia. ¡Cuánta utilidad pudiera haber aportado a todas las disciplinas y cuánta luz si hubiera querido expresar abierta e inequívocamente todo lo que había aprendido de los otros o él mismo había descubierto por sí o había presentado dándole un cuño personal!

Pero, por desgracia, o él mismo, adrede, oscureció lo propio o se le allegaron oscuridades fortuitas que enturbiaron esa agua pura y así la enviaron a los canales. En primer lugar, puesto que él había espigado con mano ávida en todos los autores que le precedieron, hombre de ingenio sutil y astuto como era, recelando el talión, se valió de sentencias ambiguas, flexibles a un lado y a otro, porque no pudiera haber quien mordiera y malparara sus dichos. Así que siempre tuvo la precaución de asegurarse una puerta de escape si se le cogía con el hurto en las manos, y porque pareciera que toda responsabilidad recaía en quien tomara su defensa, y como si su intención hubiese sido, precisamente, la contraria. Aun en sus estudios de historia natural, en que era obligado expresarse con alguna mayor claridad, ya desde el título de la misma obra eliminó todo pretexto de reprensión, denominándola *Problemas*, con lo cual parecía dejar al lector el juicio libre, luego de haberle dado los necesarios elementos. Dice Temistio en determinado pasaje de sus obras que es una presunción rayana en la locura eso de esperar sacar en limpio de los escritos de Aristóteles el criterio de Aristóteles. El mismo Aristóteles escribió a Alejandro: Que nadie iba a entender los comentarios que le pesaba al rey de que hubiesen sido comunicados al vulgo, sino quien le hubiera oído en su casa.

La oscuridad no solamente estaba en las cosas, sino también en las palabras. Afectó un cierto linaje de escribir apretado y ceñido, más breve y contraído todavía que el estilo ático, por manera que a veces no tanto parece desarrollar como esquematizar. Este le pareció el procedimiento más eficaz para ocultar el sentido, quizá porque pensó que en la enseñanza no debía recargarse al discípulo con demasía viciosa de palabras. A menudo, no tanto han de entenderse las palabras como los matices de la interpretación más sutil. Y ese escritor sumo, tan oscuro y recóndito en su lengua natural, fué luego traducido a las lenguas ajenas para el cabal conocimiento de la filosofía y de todas las artes, a saber: la latina, la arábiga, la caldaica, por obra no de algún peritísimo de la lengua, de la cual vertía y a la cual vertía, fiel al sentido y no a la letra, sino de muchachos, o de espíritus superficiales, o de gente ruda que traducía servilmente palabra por palabra. Haciéndolo así, resultó que las frases y los esquemas y todas las figuras que en griego eran primorosos y lindos, fueron traídos al redopelo, como se dice, y por la melena, al árabe y al latín, al punto que no había quien reconociese y entendiese a su lengua nativa así disfrazada y pervertida. Como no alcanzaron el sentido de muchos pasajes, tradujeron a capricho, de modo que lo que iban a conocer no era la lengua de Aristóteles, sino la de su irresponsable interpretador, y el griterío y los alborotos y las protestas airadas y las encendidas polémicas que de esa ligereza se ocasionaron, sobre el alcance de algún dicho de Aristóteles, nada tenían que ver con él, sino con el sentido arbitrario que el traductor le

dió; y ello no sólo alcanzaba a aquellos traductores imperitísimos que dije, sino también a los eruditos, como fué Boeto, en el primer siglo, sino, de recuerdo de nuestros padres, a Hermolao Bárbaro, a Trapezuncio, y poco antes a Leonardo. No incluyo a Gaza por causa de los libros de los animales, que están un poco más desarrollados; pero en aquellos libros de preceptiva de las artes, no pudo conservar, no pudo mantener la energía de la lengua aristotélica, y en hartos casos no pudo llegar a nosotros alguna palabrilla insignificante en la que precisamente consistía toda la fuerza de la sentencia. Ello hace que mejor la entienda en su lengua original un lector medianamente docto en el idioma griego que en la lengua latina el latino más latinizado.

A la oscuridad inicial querida se allegó otra oscuridad adventicia, porque todos los libros de Aristóteles, con toda la biblioteca de Teofrasto, según refieren Estrabón, Plutarco y Diógenes, vino por herencia a manos de un tal Neleo Escepsio, hombre ayuno de toda suerte de letras. De manos de éste pasaron a ser propiedad de Apelicón de Teos, en un lamentable estado de conservación y confusión. El dictador Sila los compró a Apelicón y encargó al gramático Tiranión para que pusiese los volúmenes en orden. Este, como era razón en muchos puntos, siguió su criterio; en otros, no lo consiguió. Andrónico de Rodas publicó los libros. Acerca de muchos libros trabóse discusión si serían o no auténticos de Aristóteles, conviene a saber: de los *Predicamentos,* sobre los cuales Boeto tuvo sus dudas. Juan Filopono escribe que en viejas bibliotecas se descubrieron cuarenta volúmenes de *Analíticos:* Por las características de su estilo y por la agudeza del discurso, los cuatro que poseemos y andan en todas las manos fueron atribuídos definitivamente a Aristóteles. ¿Quién iba a seguir a un caudillo que daba tan enigmáticos avisos? No solamente nos envidiaron su propias luces, sino también las ajenas, ora no avisando donde los avisos pudieran ser útiles y como llevando hasta nosotros las voces que dieran los caudillos primitivos, sino también aquellas otras que, habiendo llegado a nosotros, eran ya demasiado delgadas y débiles, o sumergiéndolo todo en oscuridades y lobregueces, disimularon muchas invenciones ajenas para poner en su lugar las propias, cuando muy bien hubieran podido, si tenían alguna dificultad, entregarlas más fáciles y explicadas a la posteridad. No de otra guisa que los que oyen voces cercanas, más presto las entienden que los que las oyen lejanas, así también los que vivieron en la proximidad de los inventores o de cualesquiera escritores, entienden mejor lo que ellos dicen, bien sea porque la contemporaneidad comprende mejor el asunto, las palabras, el estilo, las figuras, las alusiones, los proverbios, los aforismos, ora sea porque casi cada época tiene su peculiar manera de concebir y de explicar, común a todos los que en aquella época viven.

* * *

¿Cuántos son, por no omitir a todos los otros, los lectores de hoy día que entienden las oraciones y las cartas de Cicerón, especialmente las dirigidas a Atico? Estoy por decir que ninguno en absoluto. Pues bien: todas ellas las entenderíamos lindamente si las hubiera comentado algún Asconio o cualquier otro

erudito de aquel siglo. Así es que nos hubieran transmitido fielmente las doctrinas y las opiniones de los filósofos sus discípulos directos o los que vivieron en las cercanías de aquella edad, con sólo que hubieran querido; pero su voluntad fué muy otra. Los hubo que las pasaron en silencio, lo cual fué un mal menor y harto más perdonable que el que otros ocasionaron, poniendo en sus escritos las pecadoras manos, plagiándolos, sobándolos, trastornándolos: los estoicos, las obras de los peripatéticos; los peripatéticos, las obras de Platón y de Pitágoras, y los epicúreos, las obras de los estoicos.

Así las sectas anduvieron a mordiscos, las unas con las otras, y se despedazaron unas a otras con acometividad de jabalíes. En esas pelamesas y contiendas por una gloria hueca, perdióse el fruto de los grandes inventos que hubieran podido quedar con harto provecho de la posteridad, si no prefirieran quebrarlos antes que doblarlos, pues quizá con una pequeña flexión los redujeran a la verdad. Sus monumentos fueron consumidos por el tiempo, que lo roe todo. Nuestro adorado Aristóteles (¡ojalá fuera más tasado su deseo de gloria, que sin duda le hubiera venido más generosa y extensa!), que aventajó, y con mucho, en diligencia y sagacidad a todos los inventores que le precedieron, hubiera podido trasladarnos muchas adquisiciones con que los sabios primitivos enriquecieron el pensamiento humano. Pero él, como con aquel su incansable afán de estudio leyó, manejó, hojeó todos los libros de quienes antes que él habían escrito, no dejó que pasase ninguno a quien no desvalijase, convencido de que le sobrevendría a él tanta gloria cuanta era la que quitaba a todos los demás, como si fuese más sublime que todos los restantes y tuviese sobre cualquier otro la vista más larga y más aguda.

Toma Aristóteles de los otros, muchas veces con razón, y en este punto merece grandes alabanzas, porque indicó las erradas opiniones de los otros como lugares de peligro, pero algunas veces lo hizo hipócritamente y en algún caso no sin calumnia, punto éste en que muchos le atacaron. Los antiguos, viendo que las voces indicadoras de las cosas, que eran de uso común, convenían muy poco con aquello que ellos, con más esmerada investigación de la Naturaleza, habían sacado, o bien ellos por sí y ante sí crearon su vocabulario propio o hablando en el común, emplearon larguísimas y reconditísimas alusiones y metáforas. A menudo lo hacían adrede, como dije, para alejar a los que no lo merecían del conocimiento de las cosas trascendentales.

Aristóteles, para torcer aquella opinión a otra opinión muy distante, abusó del significado vulgar para agobiarles con el consentimiento del pueblo y desautorizarlos como en preventivo juicio público, como acerca de las ideas y del movimiento del alma, contra Platón; de la unidad de los entes, como Parménides. Esta posición suya no sólo nos privó de opiniones verdaderas de los antiguos, pérdida muy de lamentar, pero que acaso fuera tolerable, sino lo que es más grave: nos dió a conocer a un Aristóteles más temeroso de decir lo que sentía, porque pensaba lo que dice el poeta de los Mimos: *Espera de los otros lo que a los otros hicieres.*

CAPITULO V

CON LA IGNORANCIA DE LA DIALÉCTICA, COMO POR UNA PUERTA ABIERTA, PENETRARON EN LAS CIENCIAS MUCHOS ERRORES; CON EL DESCUIDO DE LOS ANTIGUOS EN INVESTIGAR LA VERDAD Y LA DIVISIÓN DE ESCUELAS QUE SE PRODUJO, COMO POR NATURAL HASTÍO DE TRABAJO, EXPERIMENTARON LAS ARTES MENGUA NO PEQUEÑA

¿Y qué diré si los autores antiguos, a cuyo caudillaje nos confiamos ciegamente muy a menudo, se engañaron, siendo causa también de que nosotros, que les íbamos a la zaga, fatalmente nos engañásemos? En primer lugar, no pocos de ellos fueron de ingenio no suficientemente sagaz y sutil para penetrar en la esencia de las cosas envueltas en tanta niebla, mientras que otros pudieron presenciar, más que estudiar y juzgar, los fenómenos nuevos que en aquella sazón tenían como la virginidad del nacimiento. Y ello hasta tal punto, que en los más, la devota admiración anuló sus facultades críticas; bien así como acontece en un espectáculo grande, raro, maravilloso, que desaparece antes que los que lo contemplan puedan hacerse cargo de lo que fué o de qué manera se manifestó. Añádase a esto que determinadas razones y argumentos consecuentes, mediocres y de flaca probabilidad, tuvieron en algunos fuerza suficiente para convencerles de las verdades más trascendentes y abstrusas, al paso que a otros pareciéronles no merecer consideración suficiente para mover el juicio, por manera que unos prevalecieron por el ingenio y otros estuvieron más instruídos en dialéctica, por beneficio de la Naturaleza, del arte o del estudio. No tiene cuento el cuento de errores admitidos por los antiguos filósofos, movidos de argumentos baladíes, porque ignoraban la razón y el arte de colegir, verbigracia: aquellos argumentos gracias a los cuales Epicuro afirmó *que el placer era el sumo bien*, y Anaxágoras: *Que todo está en todas las cosas*, y muchas otras conclusiones harto leídas por aquellos que gustan de enterarse del sentir de los antiguos. El ingenio agudo, si no anda gobernado por una cierta habilidad y por un juicio penetrante en el colegir, no es más que perro de una cierta sagacidad, pero poco práctico en la caza, que husmea por aquí y por allá y persigue la pieza por donde no importa.

¿Condenaré yo a quienes algunas veces se equivocaron? No; no más que a aquellos que a costa de las grandes fatigas descubrieron unas fuentes de gran utilidad para el pueblo, o de unas minas sacaron muchos metales, pero no los purgaron de su escoria. No es posible simultáneamente explotar las minas y acendrar los minerales; no es factible que un objeto, largo tiempo buscado, sea hallado y pulido por uno mismo. La vida no basta para tantas cosas ni la fuerza del ingenio humano, que es limitada y enteca. *Venturoso aquel*—dice Platón—*a quien aun en su ancianidad le fué dado poseer opiniones verdaderas de las cosas.* Y si debe esperarse esa tan tardía sazón de la edad para saber alguna cosa con la madurez debida, estos hijos tardíos nacen de padres viejos que no llegan a tiempo a criarlos y educarlos. Yo, cuando veo que Aristóteles sacó tantas cosas a la luz, algunas de ellas poco acrisoladas y pulidas, le admiro no menos que a un minero diligente en minas de oro y plata, que a pura fuerza de brazos extrae

ricas masas de esos golosos metales de las avaras venas de la tierra. Y perdono generosamente que un hombre solo no pudiera cocer y purificar todas las riquezas, tantas, tan variadas, tan costosas, que sacó de las lobregueces de la mina. No puede un individuo solo llevar a perfección lo que apenas ciento hacer podrían. Y mucho menos me maravillo de que Aristóteles incurra en contradicciones, como, por ejemplo, en la razón del ver que en los libros del *Alma* declara ser una facultad interna, y en los *Problemas* la hace exterior y la echa fuera de nosotros; acerca de la *mezcla de los predicamentos*, dice ser mixta en las *Categorías*, y dice que no lo es en los *Tópicos;* en una parte dice que la dialéctica tiene materia propia, y en otra parte asegura que no la tiene. ¿Espántaste de que en tanta variedad de conocimiento, una cosa en un tiempo le pareció de una manera y en otro tiempo de otra? ¿Quién es aquel a quien no le suceda esto todos los días y en muchísimas cosas? Ulises dice en Homero que *los ánimos de los hombres mudan cada día con el sol.* Cicerón dice de sí que vive al día y que todo lo que en un momento determinado le impresionó el ánimo por su probabilidad, a esto lo afirma; y por eso dice que con él no se pueda tratar con las tablas selladas. Nuestro Señor, hacedor de nuestras almas, dice que nosotros no solamente cambiamos todos los días, sino todas las horas: *Por ventura*—dice—, *¿no son doce las horas del día?* Nadie piense por todo esto que dije que yo tenga un mal concepto formado del talento y la doctrina de Aristóteles por ciertos tropiezos, puesto que el tropezar es propio de nuestra condición mortal; o que quiero yo ser predicador de ingratitud para con un genio que rindió tanta grandeza de servicios, de tanta utilidad y de tanto progreso para todas las artes y disciplinas, por ciertas, a mi parecer, muy excusables deficiencias de examen. Esta atenuación que ahora pongo querría yo que se hiciera extensiva a cualquier otro escritor descollado y sobresaliente.

Es un hecho averiguado que a muchos autores asaz dotados de agudeza de ingenio pesólos de mirar de hito en hito el fulgor de la verdad; limitáronse a seguir las pisadas de aquellos que decían haber clavado en ella los ojos. De ahí que los errores de los primeros pasasen a los que vinieron después, robustecidos con una autoridad nueva, por causa de que en puntos de tamaña importancia prefieren acceder al criterio ajeno a hacerse uno propio. Ese vicio no sólo es privativo de los hombres modernos de la última modernidad, sino también de los antiguos: Plinio, Cicerón, el mismo Aristóteles. Este es el motivo, no por cierto desdeñable, de que a veces este escritor agudísimo tenga afirmaciones contradictorias por seguir varias opiniones. Aquello que el uso una vez recibió y confirmó, por este hecho único se hace tan sólido e intangible, que tiénese por cosa ilícita su apartamiento. La costumbre los inviste de una autoridad casi inviolable, tanto que muchos, al fijar los preceptos de las artes, no ponen la mira en el propio rostro de la verdad, sino que, sin discernimiento, se entregan en manos del uso como el mejor guía y el maestro más entendido, aun en aquellos puntos en que el uso no es árbitro ni dueño. Luego que lo habían explicado y reducido a cánones, creían haber cumplido magníficamente con sus deberes de precep-

tistas. Esto le aconteció a Aristóteles en su arte retórica y poética, artes que me parece que ese artífice genial no acomodó al examen del juicio y la razón, sino que, empujado por el uso y la rutina, las señaló como fórmulas del arte. En el mismo argumento de la poética Horacio no hizo más que dar como norma lo que el uso tenía admitido. Jerónimo Vida, autor contemporáneo, escribió un poema acicalado y primoroso, verdaderamente virgiliano, acerca de la poética, en donde se contenta con referir y ponderar las excelencias de Homero y Virgilio y las da como reglas exclusivas del arte. Cicerón, institutor de leyes y organizador de la república, propuso la ciudad de Roma como norma y dechado al cual todos los pueblos se acomodasen y ajustasen. Y metido en empeño tan grande y tan ilustre no se detuvo a pensar aquello que él mismo confiesa haber hecho al pesquisar la razón de la mejor y más excelente elocuencia: *No que la buscase cual la poseyó en tiempo alguno el más elocuente de los oradores, sino cual convenía que fuese, y que acaso nunca había poseído ninguno de los mortales; al escribir de la elocuencia, no pensaba en la elocuencia de hombre alguno, sino que ponía los ojos en la propia faz de la elocuencia perfecta, que Platón denomina Idea.*

Y si Cicerón pensó que debía hacer esto en la elocuencia y el arte de las palabras que suélense pedir prestadas al uso, ¿cuánto mayor debía ser el trabajo en las leyes, en la república, a quienes el uso suele empeorar, no mejorar? Y esa credulidad acerca de lo admitido que ya existió en aquellos autores antiguos, ¿cuánto más pujante y más avasalladora es fuerza que sea en los modernos preceptistas, que, desconfiados de sí mismos, pensaron ser imperdonable sacrilegio apartarse del sentir de los antiguos ni siquiera el grueso de un cabello?

Así que, a pesar de que, bondadosa y larga, la Naturaleza los enriqueció de soberano ingenio y de juicio sutil, ellos perdieron la facultad de sopesar las fuerzas de sus conductores, en parte porque se la quitó la realidad misma, en parte por una injusta subestimación propia, por haber prematuramente desesperado de sí mismos, porque jamás hicieron experiencia de cuanto podían y de cuanto valían. Y así verás a todos los teólogos seguir apáticamente la escuela de Santo Tomás, a Escoto, a Ocam, a Holcot, a Gregorio de Rímini, a Pedro Haliacense y a otros, aun cuando buscan a tientas alguna lumbre natural, aduciendo el sentir de Aristóteles como el pico más alto adonde se puede el hombre remontar con la ayuda de las luces de la Naturaleza, como si ya, en adelante, ningún otro ingenio pueda subir en materia alguna más arriba de las cimas que él escaló. Allende de esto, fueron tantos los que se nos ofrecieron por guías y tantos los que nos exhortaron a que les siguiésemos a ellos solos y que evitásemos a los otros, que no podían menos que conducirnos a la perdición, y dando de ello las razones probables en su favor, para que el ánimo del viajero, en medio de tantos Mercurios y tan varios y tan discordes indicadores de caminos, vacilase en la indecisión de aquel a quien debía obediencia preferente.

En medio de tal vocería discordante y contradictoria, el que no quiere o no sabe juzgar, ése sigue la voz más blanda, cautivo de la elocuencia, o aquella otra que promete conducirle a la finalidad congruente con su pasión o la que se

acomode más a su genio. Infinita es la muchedumbre de los que escriben; gigantesco, inmenso, el número de libros: no sé a cuál aplicarme; no sé a cuál consagrar mi devoción, principalmente porque nadie se atreve a ofrecerse como árbitro de tanta controversia y de tanta polvareda que con su arbitraje decida qué autores deben leerse y qué otros autores no deben ser leídos: ese tal concitaría contra sí mismo la más negra antipatía y tendría que soportar el odio público. No hay libro tan malo que no contente a alguno, por una tácita conveniencia y simpatía de ingenios y de pensamientos. Y como serían menester tantos y tantos datos para establecer la debida distinción, nosotros nos decidimos a adherirnos a su criterio y a poner el pie en sus pisadas, con una adhesión tan excesiva que pensamos que es pecado apartarnos de ellos el grueso de una uña ya por subestimar nuestro propio ingenio, ya por desgana y hastío de ulteriores indagaciones, a pesar de que ellos eran hombres como nosotros, expuestos a engañarse y a engañarnos, y de que aquellos primeros descubridores, como decía poco ha, nos entregaron bloques rudos e informes para que la posteridad los desbastase y les diese forma y hermosura. ¿Y qué más? De ellos, los que tuvieron para con nosotros una benevolencia paternal y una caridad tan fina que no quisieron que anduviésemos echando los bofes por buscar algo que ellos no hubieren encontrado, y los hombres buenos que entre ellos hubo, no cabe duda que ellos también alargaron la mano a los que veían que iban a subir más arriba de lo que ellos subieron. Pensaban que estaba en el fondo y en la realidad del ser humano su progreso gradual en las artes, en las disciplinas, en la virtud, en la probidad. Nosotros, en cambio, pensábamos que éramos hombres o menos que hombres, al paso que ellos eran superhombres, héroes quiero decir, o semidioses, sin que ellos nos hubieran hecho muchos y grandes servicios. Pero también nosotros no los prestaríamos pequeños a la posteridad si pusiéramos en ello nuestro esfuerzo, o quién sabe si mayores, aprovechándonos de sus descubrimientos, ayudados por nuestro juicio. Falso es y necio aquel símil que muchos toman como muy agudo e incontrovertible; a saber: que *nosotros andamos agarrados a nuestros ascendientes, como enanos en hombros de gigantes.* No es esto. Ni nosotros somos enanos ni fueron ellos gigantes; todos tenemos la misma estatura, y aún diré que nosotros nos encaramamos más arriba gracias al bien que nos hicieron, siempre que haya en nosotros lo que en ellos hubo; a saber: estudio, concentración de espíritu, desvelo, amor de la verdad. Si esto nos falla, ya ni siquiera somos enanos, ni somos llevados a hombros de gigantes, sino hombrecillos de merecida pequeñez, derribados en el suelo.

Así fué que, desconfiando de nosotros, y con los ojos cerrados voluntariamente, nos entregamos a discreción en manos de alguno a quien creíamos de vista aguda y clarividente; no precisamente el guía mejor por propia elección nuestra, sino el primero en cuyos brazos nos echó la suerte. Esta apática indolencia nuestra es lo que quieren los conductores perversos, más deseosos de su gloria que de la verdad, para que la cosa se disgregue y parta en partidos y sectas, con el fin de que aquello que con buenas artes no pueden conseguir lo extorsionen con la dis-

cordia y como con la guerra civil. No hay linaje de disciplina tan incorrupto donde no existan partidos y facciones, aun en la misma teología, donde todos deberían tenerlos y nadie esperarlos. En todas las disciplinas escriben y dogmatizan sin distinción peritos e imperitos, buenos y malos. Cada uno defiende su parecer con fanatismo, y no hay secta tan absurda e infeliz que no haya hallado quienes la profesan con juramento.

Un padre indocto conduce a su hijo a la escuela. ¡Qué gran suerte es la de no ir a parar en manos de un maestro ignorante y malo cuando todas las escuelas rebosan de ellos! ¿Qué otro remedio le queda al padre sino elevar sus votos al cielo para que prospere la formación de su hijo? Va allá el nuevo escolar, ayuno de todo conocimiento; lo primero que se hace con él es imbuirlo en los dogmas de la secta respectiva; los escucha; asiente; queda ganado antes que pueda juzgar; oye cómo con una constancia inexpugnable y con impertubable acento afirmativo los predica su maestro, ayudado del gesto y de la mímica y expresión del rostro; ve cómo sus condiscípulos los van tragando todos uno tras otro con una aquiescencia imbécil y con la boca abierta por la estupidez; persuádese que son verdaderos oráculos y los engulle por certísimos e indudables, como los que se llaman primeros principios. Por esto todo cuanto se refiere al movimiento, al tiempo, a todo lo que hay en el alma, a la constitución de los cuerpos, a las cosas que distan muchísimo de quedar averiguadas, todo esto afírmase con una enfática certidumbre; si alguno pusiere en ello la menor duda, creerán que con ese tal no es posible la disputa, *como si negare que cada uno es o no es.* Y no solamente abraza esta doctrina y se esclaviza a ella con un rendimiento tan absoluto, sino que está convencido que es verdaderísima y toda otra doctrina que no sea ésta tiénela por sospechosa: hasta tal punto se despoja de su propio juicio, útil no solamente para tratar de las artes, sino para toda la vida práctica y facultad la más indicada para la investigación de la verdad.

Muchos de estos ciegos adeptos no pueden apartarse jamás de esos dogmas tan de temprano admitidos, siendo así que jamás han leído ni oído otros, sumidos en una ignorancia total de si hay otros mejores o peores que los suyos, puesto que no creen que exista otra dialéctica ni otra teología que la que profesan ellos. Fenómeno éste de intransigencia y cerrazón mental, que yo recuerdo haber podido comprobar personalmente en mí mismo, estante en París, y en la persona de muchos de mis condiscípulos.

Por lo que toca a aquellos que leen opiniones distanciadas de las suyas, los unos, pasada ya la edad, no pueden aprender y se corren de *confesar que de viejos se vieron obligados a abjurar de lo que de mozos aprendieron*, como el poeta dijo, y los otros totalmente tiranizados por la opinión contraria, las rechazan con asco y con desdén como vanas, absurdas y necias. Si el prestigio del escritor cautela su autoridad, tuercen todo cuanto él dice del lado de sus dogmas, porque parezca decir lo mismo que ellos dicen, aun cuando hable de cosas totalmente distintas; y como acontece en una discordia civil, entrambas partes arrastran todo cuanto pueden y por la razón que sea al favor de su propia secta y a la desautorización del adversario. En ese triste

empeño fué encarnizadísima la proverbial ligereza de los griegos; pero nosotros, en ese punto, no tenemos mayor seriedad.

Toda opinión que discrepa de la admitida es denostada, es silbada, como si rebosara insensatez y locura y no se la quiere conocer y no se la quiere oír, por la sola sospecha de que no está conforme con la que ellos profesan. En la actualidad todo lo que disiente del ideario de la Escuela, para un teólogo escolástico, es heterodoxo. Esta acusación está tan generalizada, que en asuntos de importancia nula se inflige como un sambenito el dictado de hereje que de suyo es tan cruento y atroz. Esto mismo haría un tomista con un partidario de Escoto y a su vez el escotista con el seguidor de Santo Tomás, si no fuera porque la costumbre de la escuela donde resuenan las varias sentencias de los escolásticos parece que ha mitigado el oído y reblandecido el ánimo. Aquellos que jamás salieron de sus cenobios, todo cuanto no se conforma con los preceptos de la secta lo evitan como veneno viperino e instantáneamente a voz en grito publican que es puro error y no con tanta pertinacia defendieran los fundadores de la doctrina, por más obstinados que fueren, sus personales descubrimientos como ellos defienden el pensar ajeno. Pero esta demasía en el celo acaso en algunos fuera tolerable, si en sus progresos no estuviera más corrompido que en su primera fuente. Mas el ejercicio de los ingenios y siempre en las mismas opiniones ya inicialmente erradas y corrompidas, alejó muchísimo la cosa de su camino recto, siendo así que ellos, con mejores avisos, tapiaron todas las entradas.

¡De cuán copioso fruto de conocimientos se defraudan por esa actitud de creer siempre a los otros y no volverse jamás a sí, y no llamarse a sí mismos a consejo para examinar de qué linaje es aquello que con tanto cuidado aprenden. Por lo que toca a aquellos que entregaron sus personas y sus ingenios a determinado linaje de escritores como a una perpetua servidumbre, los unos son tan novatos que ni de nombre siquiera conocen a todos los viejos; porque en parte no iban a entenderlos si a ellos se acercaran, y en parte porque creen que en los nuevos todo está más depurado y exacto, y también porque, absortos en la increíble prolijidad de los nuevos, no tienen un momento de holgura para levantar la cabeza a los maestros antiguos; los otros, desdeñosos con toda modernidad, tan asidos están a los viejos, que en contacto con una novedad cualquiera, tienen miedo de contaminarse. Con todo, importa mucho el determinar cuáles son los antiguos y cuáles son los nuevos. Si son antiguos aquellos que inventaron y robustecieron las artes y las disciplinas y los nuevos son los que las corrompieron o prestaron sus manos a los que las corrompían, yo he de decir que prefiero y con mucho el índice de las obras de aquéllos que los monumentos de verbosidad de éstos.

Pero si tú *vuelves a los fastos y aprecias el mérito por los años*, como dijo Horacio, por manera que cuanto más arcaico es un autor por eso te merece mayor estimación y crédito, ¿qué? ¿Por ventura Aristóteles no es posterior a Anaxágoras y Cicerón a Marco Catón y Demóstenes a Pericles y Virgilio a Ennio? Pues deben saber que los amadores de la antigüedad anteponen y con mucho estos últimos a aquellos primeros. También éstos privan a su

propia erudición de no pequeños aumentos y debilitan y quebrantan su juicio. Primeramente son tan adictos y están tan vendidos a los viejos, que todo cuanto imaginan no ser viejo, a seguida lo condenan por inaudito, por inédito, por incógnito, aun cuando sea viejo de verdad, mientras lo tengan por nuevo y adoren lo nuevo siempre que lo creyeren nuevo. Déjanse influir, no por el juicio, sino por sólo el nombre. Yo he visto a quienes saludaron reverentemente con la cabeza descubierta unos pobres versos de un poeta viviente, porque los hallaron en una antiquísima biblioteca, sucios de polvo y casi comidos por la polilla, como si fueran del propio Virgilio o de algún poeta de aquel siglo.

Y sé de otro que hizo grandes ascos de una carta auténtica de Cicerón, baldonándola con el dictado de barbarie transalpina, porque aposta se había escrito en cabeza de ella un nombre francés. Empero, dicen, las artes progresaron hasta cierto punto, y luego vino su decadencia, y ahora sólo tenemos entre manos a aquellos que escribieron en la época de su mayor empinación y auge. ¿Cómo pueden juzgar de esto, puesto que piensan que es un crimen tocar a los otros? No seré, ciertamente, yo quien niegue que aquellos egregios varones de la antigüedad tuvieron gran talento, mucha práctica y harta diligencia por descubrir cosas y entregarlas más trabajadas y pulidas a la posteridad; pero menguado concepto tiene de la Naturaleza el que piensa que con uno o dos partos quedó agotada. ¿Por qué no se han de persuadir que ellos también conseguirán lo mismo si en el empeño pusieren voluntad esforzada, siendo así que no hay arte, por modesta y fácil que sea, que no oculte infinitas posibilidades capaces de ejercitar por tiempo muy largo a muy muchos ingenios? Y no han sido pocas, por cierto, las novedades que los modernos han sacado, algunas con mayor sagacidad y a veces con mayor verdad, porque los antiguos, distraídos por la variedad de asuntos, no pusieron en el conocimiento de algunos la debida exactitud, y luego la experiencia demostró que no era así. Esto ocurrió a Hipócrates, a Aristóteles, a Plinio y otros autores de la misma categoría.

Son de ver en Aristóteles—por hablar preferentemente del más ilustre y autorizado de los escritores—determinados dogmas, que en muchos puntos son ciertos, pero que en muchas ocasiones tienen poca solidez y universalidad, como cuando dice: *Si hay alguna operación propia del alma o fantasía, ocurre que ella es separada del cuerpo; si no la hay, no ocurre.* Como si dijera: *Si quien estuviere encerrado en esa estancia puede contemplar la luz de otro modo que por una ventana de cristal, puede salir de la estancia; si no puede, tampoco puede salir de la estancia: o que los principios de las cosas naturales son contrarios.* Yo no niego que sus dogmas pueden ser defendidos por un sistemático pertinaz, fortaleciéndolos con mil cuñas y con mil interpretacioncillas violentadas, invertidas, variantes en muchos puntos; pero es cierto que están expuestas a contradicción, que atormenta a los ingenios y no los instruye. Y lo que no deja de causar extrañeza es que con esas incertidumbres y esos dogmas tan mal asentados, impugna a sus adversarios, como Parménides, como Meliso, por su clasificación de predicamentos, por su ente simple y ambiguo. No hay razón porque a cada

cual le parezca absurdo que esos escritores antiguos pronuncien universales que no tienen asaz firmeza, pues el pronunciamiento del universal sólo puede nacer de la minuciosa observación de muchos singulares. ¿Y es de maravillar si se engañaron en aquello que era en la Naturaleza tan variado que cambiaba según la región o la sazón del año, al afirmar que ello era nuevo y por ellos entonces por primera vez observado? Y que Aristóteles diga en el primer libro *de los animales: El animal, que tiene delgadas las piernas, tiene también los brazos delgados.* Precisamente es todo lo contrario que vemos en nuestra Bélgica, donde muchos hombres apenas tienen pantorrillas y con todo sus brazos son robustos y bien formados. Aquellas conclusiones que se aplican a Italia o a Grecia, convienen muy poco con otras comarcas y regiones, y ni aun con aquellos mismos lugares donde ellos escribieron, bien porque cambió el sistema de vida o por las circunstancias del paraje.

¿Quién todavía edifica según las normas de Vitruvio? ¿Quién acomoda su régimen dietético a las prescripciones de Galeno? ¿Quién cultiva el campo al estilo de Varrón o Columela? Muchas cosas enseñó aquel siglo, que ahora la experiencia nos demuestra contrarias en el cielo, en la tierra, en los elementos; como lo de la habitabilidad bajo la zona tórrida; lo de las fuentes del Nilo; lo de los antípodas, y esto en las plantas, en los animales, en las mieses; de los albaricoques nacidos en Roma dice Plinio que eran venenosos y ahora son una pura delicia: *¿Dónde están aquellas ovejas andaluzas que*—dice Marcial—*iban teñidas de su color nativo?* Esto mismo les sucede a aquellos que en esos tiempos nuestros andan a caza de antigüedades: ignoran en qué siglo y entre qué hombres viven. Tanta es su familiaridad con lo que ya pasó para no volver, que son peregrinos en su patria y en medio de los suyos. Desconocen y odian la modalidad y la erudición de su tiempo, aun cuando esos arcaizantes querrían que lo suyo fuese estimado y leído y anduviera en todas las manos, aun cuando no cuenten más de un año.

Asimismo las pasiones ejercen en toda cosa señorío tal que se extienden a los pueblos y a las naciones: *No puedo ver a ése porque no es de tal o de cual comarca;* como si los ingenios fuesen frutos o vinos que suelen estimarse por su procedencia. Dondequiera nacen felices ingenios mientras tengan el cultivo conveniente. En otros países, quizá son más frecuentes; pero en todo lugar nacen algunos. Pero los hombres de aquel temperamento ni aun perdonan a su tierra y a sus ciudades, con lo cual queda manifiesto que no tanto razonan como envidian. Piensan que con la maledicencia y el desprestigio conseguirán ser antepuestos a aquellos que menospreciaren; pero no es lo mismo decir mal que triunfar; despreciar que aventajarse. No tan solamente aquellos que tienen el juicio sano entienden adónde va y conduce la calumnia, sino también los que están atacados de la misma afición morbosa; no perjudican tanto la causa de los otros como la suya propia. El altanero, el envidioso, no es ciego de la misma manera en lo de los otros que en lo suyo. Los vicios que no descubre en sí, con ojos de lince los atisba y los reprende en los otros

CAPITULO VI

DE CÓMO LOS INDOCTOS HAN VICIADO LOS LIBROS DE LOS ANTIGUOS. EXPOSICIÓN BREVE Y CLARA DE LAS REGLAS CRÍTICAS DE TODO EL ARTE

¡Pero sea ello enhorabuena! Sigamos en todo a nuestros predecesores y pongamos nosotros los pies en sus pisadas, como hacen los niños por juego. No obstante, el caso es que no sabemos quiénes son estos mayores nuestros o cuál sea su habla. Se comenzó por perder la crítica gramatical y esa especie de poder público de censurar libros. En los pasados tiempos, los gramáticos, con una grande y muy extensa erudición, diligentemente impuestos en todos los géneros literarios, hacían la crítica, no ya de las sentencias sueltas, sino también de los libros enteros, como es de ver en Quintiliano, si en realidad eran obra de aquel autor al cual se atribuían; y en el caso de que no lo fueran, por la frase y el hilo de la oración y la manera del discurso juzgaban a quién debían adjudicarse. Ahora, en cambio, dado que a los gramáticos antiguos los tragó la noche y los actuales profesores de las artes mayores expulsaron a la gramática de sus aulas, como las cornejas expulsan a la paloma, según reza la fábula, por este motivo, no ya solamente los dichos y todo cuanto dan a entender y obras no ya necias y chabacanas, sino abyectas y soeces atribúyense a la estirpe y a la familia de los autores más ilustres. Adjudícanse a Aristóteles, Platón, Orígenes, San Cipriano, San Jerónimo, San Agustín, Boecio, Cicerón, Séneca, unos engendros que nunca, ni aun en noches de pesadilla, se les habían venido a las mientes; esperpentos indignos, no sólo de tan grandes ingenios y de aquella su inagotable erudición, sino de sus esclavos, si algunos tuvieron, búlgaros o chinos. Húbolos quienes, por granjear autoridad a un libro, pusiéronle el nombre de un gran autor; otros, como saliesen muchas obras sin paternidad conocida, guiados por una livianísima conjetura, adscribíanla a éste o a aquél. Otros, si desconocían el título, no tenían reparo en mudarlo y modificarlo a su capricho. Hubo quienes, en el colmo de la irresponsabilidad, ponían como título el primer nombre que se les ocurría. Ejemplos y comprobantes de ellos los hay no pocos en aquellos autores de quienes acabo de hacer mención nominal. Y todo esto fué admitido sin examen y goza de una autoridad y un crédito no menor que los que se conceden a sus obras de irrefragable autenticidad.

Allende de esto, los códices nos llegaron mendosísimos y tan plagados de erratas, que no aparece nada claro cuál fué su pensamiento real y su genuino sentir. Por otra parte, algún azar adverso vició los códices, como se cuenta que los libros sagrados, vueltos al griego por los Setenta, fueron taladrados por un punzón, tanto que algunas palabras son ilegibles, y como ya dije más arriba, los libros de Aristóteles y Teofrasto halláronse roídos por la polilla, y eso que eran precisamente los originales autógrafos, padres de familia de los otros códices. Otros estaban echados a perder por el polvo y la humedad; en otros, la vetustez deterioró las letras; pero la mayor responsabilidad recayó en los copistas. En todos tiempos, casi sin excepción, fueron los copistas hombres por lo general iletrados, que a duras penas mantenían su indigencia transcribiendo libros; no pocas veces eran mujeres, y acaso tam-

bién religiosas, las cuales, por liviana que fuera su distracción, introducían en el texto una o dos erratas, y a veces muchas, que son totalmente indescifrables. Estas erratas pasaban a las muchísimas copias que de aquel códice típico se hacían. Este deplorable fenómeno es todavía más frecuente en los libros impresos, en los cuales no hay falta tipográfica que deje de pasar forzosamente a miles y miles de ejemplares. Ocurría asimismo que los que transcribían aquellos libros no sabían escribir y todo lo barajaban y confundían, por manera que la ordenación de las letras y el contexto de las palabras tenían que investigarse por conjeturas. Una vez colada la errata, era pecado tocarla o mudarla. Si en uno de los sagrados libros había penetrado el error de un copista perfectamente lego, para enmendarlo pensaban que era menester reunir a la Iglesia en concilio ecuménico, aun cuando el lapsus fuese tan evidente que hasta los niños lo veían. En otros autores más desafortunados aún, no tan solamente esa laya de copistas más o menos iliteratos perseguían las erratas, sino también los aciertos que no cabían en su caletre; así que depravaron el sentido recto y por un yerro que se empeñaban en expurgar, introducían cuatro.

Vemos y estamos tocando con las manos cómo cualquier escritor de los antiguos, que durante quinientos años fué manejado por los estudiosos, nos ha llegado corrompidísimo, verbigracia: Plinio, Séneca, San Jerónimo, San Agustín, Aristóteles. Los más puros y enteros han sido los que en las antiguas bibliotecas se mantuvieron escondidos, guardados por el olvido y por el polvo o en medio de gente bárbara e inerudita, mucho más que aquellos otros en donde floreció la cultura. Como no llegaron a tocar esos libros aquellos hombres rudos e ignorantes, gracias a las tinieblas que protegían su escondite tuvieron la buena suerte de escapar de la sacrílega avilantez de los pedantes, quienes, como dice Quintiliano, mientras persiguen sañudamente la ignorancia de los copistas, hacen paladino alarde de la propia. Ya en su tiempo se queja Cicerón de que los libros griegos son más correctos que los latinos, porque los copistas indoctos se dedicaban más a los latinos que a los griegos. El copista que va a dar en un pasaje mendoso, no vacila ni tiene la menor duda, mezcla algún sueño de su cosecha y afirma que aquél es el puro e íntegro pensamiento del autor. De ahí las maravillosas tonterías que se leen en los comentarios de los autores, que en estos tiempos nuestros han cobrado alas y multiplicación prodigiosa. Toda esta fábrica y castillo de sueños y de sombras desvaneceríanse con sólo que se acercase un pobre candil a aquel pasaje dudoso. ¿Y qué más, si no escuchan a quienes dicen tener por caudillos ni atienden a lo que ellos dicen ni cómo lo dicen, y teniendo a muchos que no saben a cuáles anteponer y por qué causa, como aquellos que dicen seguir a los antiguos, ni saben cuáles son los antiguos ni qué autoridad tiene cada uno de ellos ni qué consideración merece? Comencemos por decir que, ignorantes de la cronología y la Historia, no consideran lo que en cada uno de los escritores más es de considerar: tiempo en que vivió, cuál fué su autoridad, cómo escribió, cuál fué su estilo, cuál su lenguaje, si está convencido de lo que dice, si introduce variedad de interlocutores y a cuál de ellos le hace manifestar su sen-

tir, dónde lo manifiesta, cuándo, en qué círculo o entre quiénes; si en serio o si en broma, pues todo eso se ha de aquilatar si se quiere sacar en claro su pensamiento.

Pero ésos no se percatan de ninguna de estas cosas; creen que todos los escritores son contemporáneos o truecan lamentablemente las edades respectivas, y a los últimos los hacen primeros y anteponen Boecio a San Jerónimo, San Jerónimo a Aristóteles, a los jurisconsultos de las Pandectas a Cicerón y Aristóteles. Todo cuanto consignaron por escrito Terencio o los otros poetas cómicos o trágicos; todo cuanto Platón y Cicerón y los restantes que compusieron diálogos imaginaron ellos ser expresión directa de su propio pensar y todo cuanto decía cualquiera de sus personajes, y ni siquiera advirtieron que Job no sentía aquello que hablaban sus compañeros, ni Salomón ni David aquello que uno y otro ponen en boca de los necios o de los impíos. La misma importancia tiene para éstos lo que Cicerón, esclavo de las circunstancias, dice en el foro, atendiendo a su deber profesional, que lo que dice en el libro de *Los deberes* y demás libros filosóficos, donde a la verdad no se la guisa al gusto y pasión del pueblo, sino que se la reduce al exacto juicio de la razón. Sócrates dice muchas chanzas e ironiza copiosamente contra los sofistas. Y los sofistas todo lo toman en serio; si algo pone el autor por vía de ejemplo, piensan que el autor lo afirma, cosa ésta que hacen frecuentísimamente con Aristóteles. Las parábolas de que el Divino Maestro echa mano para la más fácil y sugestiva expresión de su pensamientos, ésos las toman como norma de vida. Así debemos nosotros proceder, porque así consta en el Evangelio. Conocí a uno que decía no haber disputa posible acerca de la licitud de la guerra, porque Nuestro Señor resolvió la cuestión, y en el Evangelio, positivamente aprobando la guerra; al pedírsele en qué pasaje, respondió que en la parábola del rey que, teniendo que declarar la guerra, calcula con qué fuerzas puede llevar adelante su propósito, y también en aquel otro del fuerte armado que custodia su atrio. ¿Qué no pervertirán esos juicios de tan corto vuelo? Para ésos, San Pablo escribió a los romanos en lengua de Roma; a los efesios, en hebreo; que Juan redactó en hebreo su Evangelio, San Jerónimo en griego, y que fué vertido por Erasmo; Mateo, en latín, y si alguno intenta enmendar esos yerros calamitosos, ese tal no hace más que erigirse en maestro del Espíritu Santo. ¿Con qué trágica y ampulosa elocuencia no se disputa de puerilidades?

Conceden a todos un crédito igual. Explique historia romana uno cualquiera, por ejemplo, un Vicente o un Antonio o el que escribió la crónica moralizada de las gestas romanas. Ese, delante de ellos, tiene tanta autoridad como Livio o Suetonio. Trate de cosmografía, y merece tanto crédito como Estrabón o Pomponio Mela; y si trata de Derecho, tanto como Ulpiano o Papiniano. Harto tienen con que esté escrito. Cuando yo era niño, oía citar, en demostración de un hecho cualquiera, la autoridad del libro impreso. Este era el testimonio irrefragable. Si se ha de hablar de moralidad, de probidad, de religión, para el caso piensan ser de gravedad igual así los autores gentiles como los cristianos; están en pie de igualdad Cicerón, San Jerónimo, San Juan Crisóstomo. Si tienen que examinar el dicho de un filósofo peripatético,

citan la sentencia de un filósofo estoico; si de un estoico, sacan a colación el parecer de un epicúreo; no para contrastar las razones, sino las opiniones. ¡Ay, cuánto de sudor y de fatiga para reducir a concordia lo discorde! ¡Mentecatos! ¿No se dan cuenta de que quién sigue a tantos y tan diferentes no sigue a nadie? No faltan los que quieran juzgar de quiénes han de ser seguidos, pero a todos por la primera cata y sabor, de manera que si en el mismo umbral dan con alguna expresión que les desagrade, por instantánea reacción, por aquella quisicosa, rechazan con desdén y asco toda la doctrina. Y si, al contrario, dieren con alguna cosa bien dicha, desde aquel momentc abrazan a ciegas todo el conjunto, no de otra manera que los niños, que si en el plato toman una cucharada sabrosa, piensan que todo el plato será igual, y si desabrida, imaginan que todo el plato es desabrido. Y con la misma ligereza juzgan de la casa, de la mano que se les tiende; por un pequeño detalle manifiestan su simpatía por todo o su antipatía y su aversión total. Algunos son tan severos para con los otros o, por mejor decir, tan crueles, que todo lo quieren en él de una exactitud matemática. Son de aquellos que a Homero no le consentirían descabezar un sueñecito, como dijo el poeta. No se contentan con que una obra esté escrita correcta y doctamente, si es de filosofía; con espíritu de piedad y con sobriedad, si es una obra de religión; si en ella se deslizó alguna anecdotilla, examínanla con sumo cuidado, traen al más severo análisis todas las voces y aun todas las sílabas. No es defensa suficiente del libro su erudición y competencia. Si en una cosa baladí el escritor tuvo una ligera negligencia, descalifican la obra toda y declaran ser pecado tocarla por riesgo de contaminación. En lo cual ellos merecen pésimamente de sí, pues se defraudan de un fruto ubérrimo de doctrina y de las artes, de las cuales, con su injustísimo prejuicio, privan a sus autores doctísimos de un patrimonio tan rico de sabiduría.

CAPITULO VII

CON CUÁNTO ACIERTO INTRODUJÉRONSE LAS DISPUTACIONES EN LA ANTIGÜEDAD Y CON CUÁNTA SERENIDAD SE LLEVARON. SU CORRUPCIÓN ULTERIOR CERRÓ POR COMPLETO EL CAMINO DE LA VERDAD. DE AHÍ NACIERON LOS PARTIDISMOS Y QUEDÓ FRANQUEADA LA PUERTA A TODOS LOS ERRORES

También las disputas, no ligeramente por cierto, cegaron, sacándole los ojos, al juicio. La antigüedad instituyó las disputaciones entre los jóvenes por avivarles el seso y fustigar su diligencia para el estudio, bien por vencer, bien por no ser vencidos o para que quedasen grabadas más profundamente las enseñanzas de sus maestros. Entre varones hechos y personas ya en días, más que disputas eran un contraste de opiniones y razones, no en vistas de una victoria académica, sino con el sincero deseo de conocer la verdad. Esto mismo indica la voz *disputaciones* del verbo *putare*: podar y purgar el juicio. Mas luego, con el andar del tiempo, como a los vencedores les advino alabanza y prez y de ahí con harta frecuencia riquezas, la codicia del honor y del premio invadió el ánimo de los disputadores, de forma que, como en un campeonato, no se atendió más que al triunfo, no al esclarecimiento de la verdad y a defender a

toda costa lo que una vez habían dicho y a derrotar al adversario y ponérselo debajo de los pies. A los ingenios viles y materializados que con la cabeza gacha solamente tenían miradas para esas cosas livianas y momentáneas, parecióles ser muy escasa remuneración la honradez docente o el conocimiento de la verdad, dos cosas éstas que, porque no tenían vista asaz aguda ni podían aquilatar cuán grande era el valor de lo que conseguían, buscaron paga inmediata en dinero o en cosa menos efectiva aún que el dinero, que era el aura popular. Por esto, para que la retribución fuera mayor, admitieron el pueblo a sus certámenes como espectadores de una comedia representada en las tablas. Entonces, como era lógico que ocurriera a seguida de esas concesiones, el filósofo, despojándose de su grave y apersonada representación vistió la máscara histriónica para bailar más a su placer. El pueblo hízose espectador, árbitro, juez, y lo que no hubiera osado hacer el comediante en las tablas hízolo el filósofo en la escuela, *adaptando* —como dice el proverbio—, *no las flautas a sí y a las musas*, como advierte el viejo maestro, sino al público, a la masa, de la cual habían de venirles a los actores aplausos y dinero. Ninguna falta hacía la verdadera y sólida doctrina a los que no la habían de entender y no hicieron más que presentar cortinas de humo y levantar polvo a los ojos de la multitud.

Así se condujeron para la indagación de la verdad, como sea que a la verdad no va más que un camino claro y franco y mil caminos a la humareda y a la polvareda por donde cada cual podía andar a sus anchas, singularmente cuando no hay cosa tan fea que no halle ojos legañosos que en ella se complazcan. Y no solamente el pueblo incurrió en la creencia de que el fin de la enseñanza era el disputar como el fin de la milicia es la guerra, sino que también la afición pública se llevó consigo a los veteranos y, por decirlo así, a los triarios de la milicia escolástica —que en ingenio y juicio no valen más que la hez del pueblo—, de manera que están persuadidos que es perfectamente superfluo y necio el que haya quien restituya la filosofía a la formación intelectual y moral y a la investigación tranquila y serena; que los estudios no tienen más objetivo que el de no rendirse al adversario, agredirle con intrepidez, sostener sus ataques y escudriñar con qué brío, con qué arte, con qué zancadilla ha de ser derribado al suelo. Pareció, pues, que en esa la más hermosa de las empresas lo más cuerdo era de muy temprano ir acostumbrando al niño y ejercitarle continuamente en tal palestra avezarle luego desde la cuna al altercado, cuyo fin debía coincidir con el de la muerte. Al niño traído a la escuela, desde el primer día se le manda disputar y se le enseña a pelearse cuando todavía no sabe hablar; y esto, en gramática, en poesía, en historia, en dialéctica, en retórica, en toda otra disciplina. ¡Espántase uno de cuánto es su poder en cosas las más abiertas, las más simples, las más elementales! No hay cosa tan transparente, tan clara, que no la perturben y encrespen con alguna cuestioncilla, como un soplo de aire. Atribúyese a pereza y a torpeza mental no hallar nada que oscurecer en la propia claridad del sol, nada que enredar en lo más dilucidado ni en lo más inflexible, en lo más diamantino, nada que no sepas doblar y redoblar.

Di no más que eso: escríbeme. Inmediatamente salta una cuestión, si no de la gramática, de la dialéctica, de la física: qué clase de movimiento sea el escribir; de la metafísica: si sustancial o inherente. Pues bien: los niños admitidos en la escuela ayer o anteayer oyen estos primeros rudimentos de la dialéctica; así, esos novatos han de acostumbrarse a no callar nunca, a afirmar reciamente lo que les viniere a la boca porque no se diga que en trance alguno cedieron. Y para un día entero no basta una disputa o dos a lo más, como las refecciones; altercan a la hora de comer, altercan comidos, altercan a la hora de la cena: cenados, altercan. ¿Hacen esto para aprender o para digerir? Altercan en casa, altercan fuera de casa, en la mesa, en el baño, al amor de la lumbre, en la iglesia, en la ciudad, en el campo, en público, en privado, en todo lugar, a todas horas. No tantas veces se pelean las rameruelas bajo la autoridad del rufián o bajo el látigo del lanista los gladiadores por codicia de la retribución, como esos muchachuelos so la férula del maestro de filosofía. El pueblo, no el buen pueblo comedido y grave, sino el pueblo alborotador, bárbaro, pendenciero, goza indeciblemente con ese simulacro de combate, al punto que son sin cuento los hombres brutos, ayunos de toda cultura, que anteponen el placer de este espectáculo al de cualquier otro. Y porque esta pelamesa verbal se parezca más a un combate efectivo, practican una suerte de pelea ágil y veloz, a golpes rápidos y sueltos, para acabar más pronto con el enemigo. Y no atacan al contrincante con un discurso seguido, ni tienen paciencia para soportarlo en el adversario. Si, por explicarse un poco más, dice algunas palabras que a ellos les parecen de sobra, gritan al punto: *Al grano, al grano, responde categóricamente*. Con ello dan a entender su propia nerviosidad y ligereza, que no les consienten sufrir unas palabras de más o menos. ¿Cómo iban a soportar a un orador cuatro o cinco horas seguidas, siete, a veces, como antiguamente en Grecia o Roma? En esto, fácilmente entenderá cada uno la paciencia y la gravedad de aquellos hombres y la volubilidad inquieta de los nuestros.

¡Cuánta corrupción nace de aquí para la moral y para la ciencia con esa perpetua exaltación de los espíritus endurecidos en la pertinacia! Primeramente, griterío hasta la ronquera; luego de ahí, bellaquería, saña, amenazas, ultrajes mientras se lucha y el uno pugna por derribar al otro; acabadas las palabras, llégase a las manos y a la lucha real tras de la lucha simbólica. Lo mismo que ocurre en la palestra, no faltan allí puñadas, golpes, salivazos, coces y mordiscos, y aun lo que está más allá de las leyes de la palestra: palos, armas blancas, heridos y a veces muertos. ¿Es éste un ejercicio científico? ¿Es ésta la profesión de una disciplina veneranda? Salidos de la liza, ¡cuánta tinta malograda, cuántos baldones, cuántas invectivas mutuas, qué odio inextinguible! Jactancia y arrogancia, como tras un combate cruento, en el vencedor; sonrojo y vilipendio en el vencido. El vencedor se imagina haber derrotado no a un ignorante ni a un mocoso, sino, en la persona de él, a toda su escuela; mira a todos los otros como desde la insolente altura de un carro de triunfo. Y se halaga desmesuradamente con pensar que aun aquellos grandes creadores de las artes y sus más grandes educadores, si levantaran la cabeza del

polvo de las tumbas donde las tienen, no osarían cruzar sus armas con ellos o que de cruzar las espadas serían vencidos inevitablemente. Y dado que todo lo referían al resultado de esa pelea, no se preocuparon si era verdad o no lo era aquello que aseveraron, sino el modo de poder mantener y defender su opinión una vez manifestada o, en caso de apuro, poderse escabullir con cualquiera desfachatez, negando desvergonzadamente y pasando con los ojos cerrados por encima de cualquier obstáculo, aun cuando la luz de la razón se les meta por los ojos. Así que para la solución de los argumentos más fuertes y que les obligaría a los más flagrantes absurdos, conténtanse con responder: *Lo admito porque se sigue de mi proposición.* De donde aquello: *Yo lo niego, pruébalo tú y yo lo defenderé en consecuencia*, pues, como ellos dicen, al que defendiere en consecuencia, aun cuando admitiere y concediere incongruencias patentes, se le tiene por hombre de muchos recursos y muy hábil para la polémica, que es el ápice de toda la sabiduría. Todo el mérito de esa lucha consiste en que uno defienda cualquier error que hubiere soltado, sin incurrir en contradicción consigo mismo, como si ello fuera difícil de hacer, según su arte de combatir, admitiendo todas las consecuencias, fueren las que fueren, y quitando todo lo que contraría clarísimamente la verdad que no admite duda.

Empero, el error que en la disputa fué defendido con tal tesón, que no pudo de momento desarraigarle, sonríe a su defensor como un hijo de sus entrañas y a muchos de los que contemplaron el combate, como un invento nuevo. Así que primeramente a base del error establécese controversia, y la controversia engendra la opinión, y por aquello de que cada cual favorece a los suyos descomedidamente, odia lo que le es contrario, hácese defensor acérrimo de la opinión propia y, al mismo tiempo, combatiente contra la ajena. En esa actitud irreducible tuvieron las sectas su nacimiento, que, con una pertinacia digna de mejor causa, son defendidas por los sectarios y atacadas por los enemigos, porque así como nosotros, como por una rendija, más barruntamos la verdad lejana que no la distinguimos, si el defensor, por sostener su opinión propia y el contrincante por atacar la ajena, aplican todas las fuerzas de su ingenio para cegar esa rendija, pensando que en ello va mucho pundonor si uno y otro parecieren ingeniosos contra la verdad, es fácil colegir cuánto más estrecha se hará esta rendija y más deficientemente la verdad será contemplada. ¡Tantas veces, tanto tiempo porfiar, sembrar la duda dondequiera y reducirse a ciertas necias sutilezas y naderías; eso no es purificar la verdad, sino primeramente pisarla, luego hollarla y, por fin, matarla; esos tales no *podan*, sino que arañan y sajan y, llevados del placer sádico de sajar, llegan a sacar sangre, y ello no en favor de la verdad, sino contra la verdad, por manera que dirías que es una cruzada contra la verdad, pues sacar por ella el pecho afuera, piensa ser atribución de cualquier pelagatos, y combatirla es la misión propia del talentudo y del erudito. Esta actitud no arguye gran ingenio, sino ingenio maleado y malogrado. ¿Qué pro van a sacar esos locos? La verdad se colocó en lugar seguro, y nada contra ella pueden las cortinas de humo ni los engaños de la triste habilidad de nuestros ingenios.

Pugnan los ingenios con los ingenios, y entre sí se enzarzan en la deslucida competencia de esparcir polvo y tinieblas. ¿Qué no inventarán los hombres contra los hombres, si sobre esa tarea se inclinan, si no dejan piedra por remover, para seducir, para engañar? Principalmente, porque por defecto de nuestros ojos muchas cosas se nos muestran muy diferentes de lo que son; y como dice Aristóteles: *Determinadas falsedades tienen mayor verosimilitud que las verdades mismas.* Así que inventan ciertos trampantojos, que, puestos delante de nuestra vista, no nos dejan penetrar hasta la luz de la verdad, y cuanto menos pueden dedicarse a discernir si son tinieblas o alucinaciones, con toda su atención puesta a golpear o defenderse, no tienen tiempo para volver sobre sí y proyectar tranquilamente la luz de su ingenio y de su juicio sobre las nieblas en que andan envueltos, absortos en demasía en montar y en desmontar cuestioncillas a manera de efímeras plataformas; siempre viven en el meneo y en el ajetreo; jamás esperan que se aclare el agua que han de beber. Haciéndolo así se consigue que la verdad, con un moderado contraste de opiniones y querencias, relumbre como por el roce; pero el altercado excesivo la echa a perder, como dijo Publio Siro, el mimógrafo. ¡Con cuánta mayor cordura obra un autor cómico en la escena, que el filósofo en la escuela!

Voy a decirte ahora cómo hacen los aparejos para ese combate. Primeramente comenzaron por echar de la escuela todos los autores graves que poco color iban a prestar a esas competiciones, como suele alejarse de los campamentos y de una ciudad sitiada a los ancianos y a toda la imbele multitud de mujeres y niños: refiérome a Platón, Cicerón, Séneca, Plinio, San Jerónimo, San Ambrosio; luego detuvieron a aquellos otros que pudieran proporcionar flechecillas para aquellos conflictillos: Aristóteles, San Agustín y otros, de quienes tomaron exclusivamente, y aun mal entendidas y torciéndolas de su recta significación, aquellas sentencias que les convenían para el debate; no para aquel debate sereno, sabio, digno de que en él se ocuparan los grandes ingenios, sino aquel otro amañado, adivinatorio, que cualquiera puede trabar sin libros, sin conocimiento de la realidad. Todos estos recursos honrados resultan inútiles para esa pugna en que basta que cada uno haya pensado y se haya provisto de defensas para que pueda sostener el absurdo de los absurdos que inventó y hasta pueda poner trampas y rociar de chanzas a la verdad.

Por todo lo que digo, ninguno de ésos se acerca a los libros de San Agustín y Aristóteles, para cuya lectura se necesite estudio y ánimo atento porque tratan de cosas dignas de nuestra preocupación y de nuestro conocimiento; no a los libros de la *Ciudad de Dios*, ni de la *Doctrina cristiana;* no a los *Problemas* o al tratado de los *Animales*, de Aristóteles, ni a sus obras políticas ni de buena administración doméstica, ni tampoco a sus obras de retórica, de cuyo arte ni siquiera el nombre saludaron, porque este arte requiere estudio intenso, conocimientos variados, discurso seguido, juicio exacto. Asimismo desertaron de las Matemáticas en absoluto, porque, contentándose con el *radio y con el polvo*, no aprendieron su histrionismo, porque si no pones las cosas ante los ojos, baldíamente, y sin ton ni son, derramarás en sus

oídos todo un chorro de palabras hueras; con todo, de ellas hurtaron algunos vocablos: *punto, línea, superficie, cuerpo, triángulo, cuadrángulo, círculo, centro*, y esas palabras serenas fueron traídas a la casa de los gritos y de las riñas todas las veces que en los libros de Aristóteles ocurría mentarlas; lo restante que pide estudio y callado recogimiento dejáronlo a un lado con pudor. Y si se allegaban más o menos a los escritores macizos, hácenlo con la misma intención con que el gallo de la fábula de Esopo escarbaba el fiemo por hallar algo que comer. Así también lo hicieron éstos, por dar con un arma arrojadiza, ya preparada o para aderezársela ex profeso, habiendo encontrado allí una lanza con su hierro. Todo lo otro, leyéronlo con el alma en un vilo, dispuesta para el combate. Por ende, cuando se tenía que disputar, cuando se tenía que hablar y, por cierto, a toda prisa (para ellos no hay cosa más fea que callar o vacilar), y tenía que hablarse a aquellos que habían acudido allá, desamparados, horros de toda lectura y de todo conocimiento, ¿qué remedio les quedaba sino forjarse improvisadamente para su uso nuevas artes, nuevos dogmas, nueva naturaleza física? El afirmarla con todo impudor se lo aconsejó al principio la vehemencia de la disputa. De ahí, en viendo que se podían defender en consecuencia, aceptaron esos infundios suyos como realidades. El juego llevado por bobos andaba entre bobos; quiero decir entre quienes no sabían ni escarnecer ni rechazar las necias invenciones. Soñaron dogmas maravillosos a fuer de fórmulas de toda verdad, tales, por ejemplo, como que no hay, por regla general, verdad más cierta que la que de ninguna manera es congruente con esos cánones, como existen en la dialéctica, en las ciencias físicas, en todas aquellas donde, por mucho tiempo, imperó la acalorada disputa. Y con todo, quieren que la verdad se ajuste a esas reglas, a las que, cuando la verdad llega con displicencia y con repugnancia o, por mejor decir, no llega nunca, no es extraño que dé materia copiosa a los altercados, mientras se persista en ir a la verdad por un camino, por el cual no la alcanzarás nunca.

Así que nada se ve tan cierto y tan asentado y tan acomodado a la verdad, que instantáneamente no se demuestre ser lo que más alejado anda de la verdad; de ahí, combustible abundantísimo de contiendas y de riñas. ¿Por qué decís que vosotros ibais a vencer a Aristóteles, si con él disputarais? No lo juréis vosotros; yo por vosotros lo juraré; y con solemne juramento; esas artes, delirios calenturientos de vuestro magín, esas bagatelas que vosotros creéis que son excrecencias de sus dogmas, él mismo, si resucitara, no las entendería y ni siquiera sus propios libros entendería, tales como vosotros los explicáis. Y esa mengua no acontecería a sólo Aristóteles, sino también a Platón y a aquel tan celebrado cacumen de Crisipo o de Carnéades. A un anciano prudente y grave, si los muchachos le trajeran a sus juegos y a sus chanzas, le vencerían con no mucha dificultad. Y si introdujeres el trastorno en una ciudad bien establecida y adornada por las leyes y constituciones de algún ciudadano benemérito, si volviera el ciudadano que la dejó tan bien asentada, ese tal sería peregrino en su propia patria. Si esa vuestra dialéctica es realmente dialéctica, Aristóteles no sabía palabra de dialéctica; si es filosofía, él toda su vida ayunó de

filosofía; si derecho civil, Ulpiano ignoró el derecho; si es medicina, Galeno no supo nada de medicina. Y ni Cicerón conoció el latín, ni hablaron en latín Escoto o Santo Tomás, ni Tito Livio fué un honrado narrador de las gestas romanas, ni son verdaderas las gestas de los romanos, moralizadas. ¿Qué esperanza hay de que ésos vayan a trocar sus bellotas por panes, si las prefieren al mejor trigo candeal? Venceríais vosotros a Aristóteles si vuestros soñados dogmas se admitiesen; pero, descartados ellos por el sentido común y la naturaleza, serían en vosotros lo mismo que el afeite en la cara estragada de una vieja y cohibirían vuestra invicta locuacidad y os obligarían a enmudecer. Aun cuando se ha de decir que no afectan tanto esas jactancias los ancianos como los mozos bullentes y pugnaces, que como los que profesan la carrera de las armas confían en que podrán hacer relatos gloriosos de sus hechos hazañosos y de sus copiosas victorias. Los viejos calladamente reconocen su error; pero, en parte, sienten repugnancia a confesarlo, porque creen que el arrepentimiento es tardío, siendo así que para aprender no hay edad tardía, como dice San Agustín, pues el que ignoren es culpa del hado, y el que no quieran aprender, es un crimen voluntario y, en parte, experimentan vergüenza, porque llevan con desabrimiento ser despojados de la gloria de que gozaron; y esto, a veces, les causa estorbo y hasta amonestan la mocedad porque busque aquello que a ellos mismos les hizo falta.

* * *

Pero antes que termine este capítulo de las disputaciones, añadiré una cosa que demuestra cuán poco caudal hacen esos hombres de la erudición y del conocimiento de la verdad y cuán completamente se entregaron al conflicto y cómo lo alimentaron con todo cuanto combustible pudieron, aun entre aquellos mismos ineptos, absurdos y necios dogmas. Si algún punto había del cual pudiera nacer alguna copiosa y fértil sementera de disputas, aun cuando le conceptuasen falso, lo traían a la escuela y lo presentaban como bien asentado y firme, a fin de que no faltase materia de qué reñir, precisamente porque en aquel de que no dudaban ser verdadero tenían más pocos asideros que un argumento falso. Un caso: Aquella secta escolástica cuyo fundador fué Guillermo Occam y que tomó el nombre de *nominalista*, se ríe de lo que Juan Escoto y los que se llaman *realistas* afirman de los *puntos*, de los *momentos*, de los *intervalos*, de los *indivisibles*, y con todo, ellos mismos, cuando están en vena de disputar en la lógica, del *incipit* y del *desinit;* en la física, del *movimiento* y del *tiempo*, admiten como verdadera la opinión de Escoto para que la pelea dure más; pero aun cuando ellos no han conocido jamás la moderación en el altercado ni pusieron fin a las discusiones, nosotros hemos de comedirnos y hemos de ponerle a este capítulo y pasar a otras causas de la corrupción de las artes, aun cuando tengamos no menor materia de zaherir aquellas peleas, cómo ellos de gritar, mientras discuten. Pero no hay persona que tenga cara y ojos que no vea qué gran calamidad, con estas pugnas, se encarnizó sobre las costumbres y el juicio y, por ende, también sobre todas las disciplinas.

CAPITULO VIII

LA VERDAD, PUESTO QUE ES AMABLE DE SUYO, HÁSELA DE BUSCAR CON MUCHO AFÁN; Y COMO EN ELLO SE HACE PRECISAMENTE TODO LO CONTRARIO, A DURAS PENAS CONSEGUIMOS LA SOMBRA DE LA VERDAD, MEDIANTE ALGUNOS SUMARIOS, QUE MEJOR LLAMARÍAMOS COMPENDIOS DE TRABAJO QUE DE CIENCIAS

Hemos hablado de las tinieblas en que están envueltos los ingenios; ahora hemos de tratar del perjuicio que les ocasionó la negligencia que introdujo y amasó tinieblas en nuestros pechos, y cómo por desidia la escualidez y el orín se apoderó de nuestra mente. Aquellos augustos varones de la antigüedad, que se consagraron al culto de la verdad y de la sabiduría, pensaban ser perdido todo tiempo no gastado en las letras y el cultivo de la inteligencia. Conocida y ejemplar es la diligencia de Plinio Segundo, de la cual, por escrito, dejó constancia su sobrino Plinio Cecilio, dicho *el Joven*, hijo de su hermana, y que él mismo, harto a las claras, indica en la prefación de su *Historia Natural*, diciendo que tuvo costumbre de hurtar al sueño y aun a los cuidados necesarios a la salud el tiempo que dedicaba a los estudios. Hacíalo así, porque sólo mientras se consagraba a tal ocupación vivía la vida llena, la única que merecía vivirse. Se valió de la expresión de Marco Varrón, que acostumbraba decir que la vida era una vigilia. Escriben también que Aristóteles tuvo costumbre de estudiar en esa postura: tenía en la mano una bola de bronce, debajo de la cual había puesto unas bacías, en las cuales debía caer la bola si él dormitaba, para que el son le despertase. Fuera el cuento de nunca acabar si empezase a referir la historia de la diligencia antigua; los viajes por aprender, los opulentos patrimonios, las riquezas, las dignidades que a los estudios fueron pospuestos. Fáciles son de conocer para el que quiera informarse de la vida y los hechos de los filósofos de la antigüedad.

Allende de esto, los próceres romanos, absorbidos por las ocupaciones del gobierno, tenían a su servicio a determinados lectores que les iban leyendo mientras estaban en la mesa, en la cama, en el baño, en el paseo, mientras andaban de camino. He de decir que se enfrió lamentablemente aquel ardor en el ánimo de los hombres, bien porque para ello no tuvieran holgura, bien porque carecieron de gana. No tuvieron holgura por desidia, por apatía, porque es pesado el corazón del hombre y tiende a la tierra por ley de su propia gravedad, y no tenía estímulo que le espolease a la diligencia, bien porque pensaban que no había necesidad de exteriorizar esa diligencia suya, creídos de que eran muchos los que se habían dedicado y se dedicaban a aquel menester y que la verdad para todo lo que el pueblo la necesitaba era ya harto conocida; y acaso ni ellos mismos creyeron precisarla, convencidos de que la experiencia ya les había dado el suficiente conocimiento de la vida; que el honor y las riquezas que merecen el poco aprecio o el desdén total son fruto de la cultura y del ingenio; o ellos las poseían en tal grado que no tenían por qué ir a buscarlas a través de la cultura, y, finalmente, que no las estimaban tanto que debieran tomarse el trabajo de estudiar y de escribir y limar sus hallazgos; hombres indolentes, impacientes de todo desvelo y de toda fatiga, como fué

el poeta Lucilio, según el reproche de Horacio, y como lo fué Galba y como lo fueron muchos de los oradores de quienes habla Cicerón en su *Bruto*. Hubo quienes desesperaron de poder leer tanto como era menester que leyese aquel que quería consagrar a los estudios un cuidado mediano. Otra buena parte desconfió de entenderlo por deficiencia de su ingenio, aun cuando éstos fueron raros; pero la más parte de ellos, por la conciencia del desconocimiento que tenían de aquellas cosas necesarias para su inteligencia, por ejemplo, la ignorancia de las lenguas, de la filosofía o de alguna verdadera y sólida erudición, para lo cual les faltaba no tanto la diligencia como la capacidad.

Quéjase el emperador Justiniano de que tantos millares de versos quedaran insertos en los libros de los jurisconsultos antiguos. ¡Qué placer el de leerlos aun cuando fueran en doble número! Pero se tuvo pereza de recogerlos. Y, en cambio, no la hay de escudriñar en los *Bartolos, Baldos, Albericos, Jasones* (los cuales, al ser vistos, dan ganas de exclamar aquello de la sátira: *¿Quién va a leer eso?)*, que tienen muchos y más largos versos que, no digo treinta y seis escritores de jurisprudencia, enteros (otros tantos son sus nombres en las Pandectas), sino seiscientos más. El que se enoja con Tito Livio por difuso, no titubea en engolfarse en el *Espejo historial* de Vicente de Beauvais; quien no lee a Valla, leerá el *Católicon*. Poco ha, un lector impertérrito se excusaba con la brevedad de la vida que no le daba tiempo de hojear los volúmenes de los Jerónimos, Agustinos, Ambrosios, Crisóstomos, y, con todo, él había recorrido de punta a punta las obras de no pocos de aquellos que habían escrito sumas o comentarios a las sentencias teológicas, para cuya lectura no bastaran tres vidas humanas por longevas que fuesen. Aristóteles nos aburre, pero no Paulo Véneto, ni Averroes. ¡Bendito Dios, cuánta pesadumbre! Soy de parecer que a esos tales les ocurre lo que dicen los hombres de mi tierra en un adagio vulgar: derramar harina y recoger ceniza. Vienen a ser como los ricos, que lamentan una blanca dada a un menesteroso y se jactan de haber regalado mil escudos a un truhán. Así esos hombres que digo en las cosas buenas son extraordinariamente avaros del tiempo, y en las malas, largos y liberales. No les parecieron oscuras las triquiñuelas y las pesadillas de los autores modernos en toda disciplina, en la dialéctica, en la física, en derecho civil, en medicina, en teología, porque a ellas se habituaron como los ojos enfermos están avezados a las tinieblas y, en cambio, les pareció oscurísima e impenetrable lo que tan claramente expusieron los antiguos, porque les hacía el efecto de lo insólito. Y así es que prefieren ir a tomar de las ciénagas lo que sea de intérpretes como ellos, que de los ojos puros y virginales de la fuente.

Y cosa ésta la más grave, esa negligencia crece de día en día, pues de cada jornada que pasa, más se familiarizan con los comentos de los autores más recientes y menos cuidan de trabar conoscencia con los viejos, que quisieran ver sumidos en olvido total si no fuese que les comunica inmortalidad robusta la majestad de un nombre y la reverencia que merece la antigüedad. A pesar de todo, no se dignan ni verlos ni oírlos; no más unas pequeñas sentencias se han vulgarizado, que a ellos no se les caen de la boca y las echan arreo y las repiten con én-

fasis dondequiera, aun cuando no vinieren a cuento. También citan determinados axiomas de los pontífices de su secta respectiva, en aquel sentido e interpretación a que les retorció el afán de acomodarlos a su manera de sentir y piensan no haber verdad más cierta ni explorada; y éstos no tienen holgura, y para los otros no es lícito ni cómodo, ni tienen tiempo porque están ocupados en múltiples y absorbentes atenciones, como los que se entregaron al acaparamiento de riquezas, a la caza de placeres o sienten el encendido aguijón del ansia del poder. Esa acucia, viva e inquietadora expele fácilmente de su espíritu el manso y apacible amor del estudio o, lo que es peor, les hace pensar que es una pura frivolidad y pasatiempo en comparación de sus deleites y de su dinero. Hay quienes toman la erudición como un arbitrio más o menos poderoso de granjear provecho y honra. Esos tales, atentos a alcanzar la finalidad que se propusieron, cosechan de los estudios no más que aquello que por la más breve trocha les conducirá a la consecución de su objetivo. Los que se dan a una profesión que consideran de porvenir por los provechos que de ella redundan, querrían, si fuera ello posible, conseguir los provechos sin el trabajo profesional, que en esos tales se reduce a especular cómo y por qué vereda llegarán al honor y la riqueza; no de otra cosa curan sino de llegar. Ello hace que exclusivamente corran en pos de aquello que conduce al resultado que se propusieron; y dicen adiós a todo lo otro, como superfluo totalmente y rechazándolo como si fueran basuras y desperdicios.

Y así es que los médicos no leen más que lo que ellos llaman prácticas; aquellos médicos digo que sólo estudian en vistas de los ingresos; los que se aplican al derecho, no más que las rúbricas, las fórmulas, la instrucción de la causa; lo restante, ora sean los venerables arcanos de la filosofía o las raíces de la juridicidad y todo lo otro que tiene tanta belleza, tanta verdad, tanta solidez y merece tanto que se le conozca; a todo esto ni siquiera se aproximan. No hallan gusto en cosa que no les acarree ganancia inmediata, en la cual, exclusivamente, tienen la mira puesta. No por otro estilo a esos tales les es gravosa la filosofía y aborrecible el trabajo consagrado al estudio, como al labriego la cavada o la arazón, al cochero la carrera, al zapatero el coser y el tejer al tejedor. Servil es cualquiera paga material y espolea el ánimo que con presura se dirige al premio, y, como dice Horacio, con la esperanza en el fin cualesquiera asperezas se soportan.

Así que para ellos no hay tiempo breve, como para el ánimo codicioso no hay prisa que sea suficiente. En tiempos pasados se consagraban siete años a las artes liberales; luego se redujeron a cinco; parecióles este tiempo sobrado espacioso y se limitó a tres años y medio. Soportan como quiera esta servidumbre algunos de ellos, y, como dijo el cómico: Atorméntanse por algún tiempo, pues algunos cortan de él; su intención no tarda en manifestarse inequívocamente. ¡Qué relajamientos en el estudio, cuántos pasatiempos, cuántos deportes y cuánta y cuán licenciosa soltura, aun cuando son mayores de edad, pues en los niños no es esto cosa que cause maravilla! ¡Con qué alegría salen de la escuela como si fuera una mazmorra! ¡Con qué displicencia y desabrimiento vuelven a la escuela! ¡Cómo se parecen a esclavos, suel-

tos de sus cepos, aliviados momentáneamente de su intolerable y misérrima condición, y qué miedo y tristeza la suya cuando no hay más remedio que volver a la ergástula!

Al mismo tiempo, aquella licencia les da ocasión para exteriorizar su maldad. Vas a creer que en las escuelas no aprenden otra cosa sino a obrar mal. ¿No dicen a gritos porque se les oiga que no se detienen en la escuela, por otra parte odiosísima, sino por la remuneración? Aquellos que son de pecho más generoso y encariñan el ánimo a la filosofía por la dignidad de la ciencia misma. a éstos de la misma filosofía les advienen muy sabrosos deleites nacidos los unos de los otros o salen de las bibliotecas con tal disposición, que parecen no tener más cuenta que con su salud, cosa extraordinariamente necesaria para el trabajo estudioso, por lo cual se rehacen y reparan para tornar a él con paseos o juegos sumamente moderados. Mas aquellos otros no buscan sino sus ventajas económicas, y una vez que las consiguieron, ponen fin a su trabajo, pues ¿a santo de qué fatigarte más y continuar avanzando cuando ya llegaste a la meta? Así es que prefieren arrebatadamente tomar lo somero y la superficialidad de las cosas, a detenerse en averiguar las razones y las causas de cada cosa, que es, en definitiva, lo que propiamente constituye el saber.

En todo género de estudios no han faltado quienes fomentasen la pereza con el espigueo en la lectura de los viejos autores de unas a manera de florecillas, porque los que vinieran detrás de ellos se excusaran de leerlos todos; hombres ocupados en bagatelas, huyendo del trabajo modesto que debían poner por entenderlos, compilaron centenares de los autores de mayor renombre y solidez. Y así es que San Jerónimo, San Agustín, San Juan Crisóstomo y aquellos doctores de la Iglesia primitiva son ahora conocidos no por sus obras directas, sino por las colecciones de sentencias de Pedro Lombardo, de la *Catena Aurea* de Santo Tomás y de otros compendios por este estilo. También los médicos consiguieron tener a sus coleccionistas de florecillas, cogidas en los libros de Galeno, de Hipócrates, de Avicena. Triboniano cosió centones para los jurisconsultos. Aristóteles fué decapitado en París y nos ha llegado partido en dos mitades. Y ni aun siquiera esos breviarios hallan lectores, pues pareciéndoles asaz largo el trabajo de recorrerlos, se contentan con echar una ojeada en los índices o las rúbricas.

¿Cómo es posible penetrar el sentido de los autores, destituído de sus naturales sustentáculos y apoyos, a saber: de sus antecedentes y de sus consiguientes? Pues unos y otros proyectan muy claras luces sobre lo que queda en medio, que hoy está desnudo y sin arrimo. ¿Por ventura no sucede a cada paso que el sentido, que de suyo es poco inteligible, se esclarece por el contraste de lo que antecele y de lo que sigue? Y ésos, contentándose con florecillas y sumarios y, como les llaman ellos, con preciosas margaritas, apresurándose al deseado fin, desdeñan como superfluo y ocioso todo aquello en que consiste la verdadera erudición. Erudición no es aquella ficticia e incoada que ellos afectan. Siendo así que de las cosas pequeñas nazcan y se formen las grandes, es fuerza que ellos mismos se cieguen el acceso en esas cosas grandes, porque, a su juicio, esas fecundas cosas chicas no merecen sino desdén.

Comenzaron por no tener ninguna cuenta en la manera de escribir, cuando tanto va en decir *probos* o *probus*, *caedo*, o *cedo*, *hominis* u *ominis*, *Christe* o *Criste*. Pues bien: Mesala Corvino y C. César, personajes de tanto ingenio, tanta erudición, tanto poder y tanta dignidad, no tuvieron a mengua dar normas sobre cada una de las letras. Si las letras son los elementos de las voces, de las que no pueden prescindir las artes y disciplinas todas, ¿cómo no han de descuidarse las compuestas si se menosprecian las simples? ¿Conseguirás tú confeccionar una receta, si previamente huellas y ensucias las hierbas y raíces que entran en su composición? Disimulaban no curar de las palabras, cuando, en hecho de verdad, ponían esfuerzo indecible por hablar con elocuencia; pero como ello no salía a la medida de su deseo, querían persuadir a los otros no haber puesto intento en lo que constituyó un fracaso.

Es de saber que hemos perdido casi radicalmente todos los nombres originales de aquellas cosas cuyas denominaciones cambiaron: nombres de hierbas, de plantas, de animales, de ciudades, de reinos, de ríos, de montañas; nombramos hierbas por piedras, ciudades por ríos, hombres por naves; olvidáronse, como no podía menos de ser por su afinidad inevitable, frases y modismos, historia, costumbres de pueblos y de gentes y toda la noticia de la antigüedad. Decían que no les interesaba si el caudillo de los cartagineses fué Aníbal o Escipión; que César venciera a Pompeyo, o al revés; que Babilonia estuviera situada en Asiria o en Mesopotamia; que España esté al Occidente o al Mediodía; que la escolopendra, saxífraga, por otro nombre, sea una planta rupestre, o sea un ave; que en las Doce Tablas estén consignadas las leyes de Roma o las de Rusia. Nada tengo que decir si quien afecta esa indiferencia son los que van a ser remendones o cocineros. Pero ¿quién podrá reprimir su coraje si eso practicasen los catedráticos, guías de la vida y que hacen profesión de ilustrar los ingenios? Por eso aquellos varones, lumbreras de la antigüedad, que organizaron en ciclos o círculos todas las disciplinas, verás que todo lo que ponen en sus libros es tan puro y tan exacto, que dirías que fué lo único que estudiaron o hicieron en toda su vida. Tratan Cicerón, Séneca, Aristóteles, Platón, San Jerónimo, San Ambrosio, Galeno, Ulpiano, Escévola o alguno de ellos, de materia moral, y toca de soslayo la historia, la fábula, la topografía, la flora, la fauna con esmero tan cuidadoso, con tanta verdad y propiedad como los profesionales y técnicos de cada una de estas disciplinas. Escribe uno de esos cerriles pedantes sobre filosofía, derecho, teología, medicina, y mezcla en ello la historia, narrada sin gracia ni verdad. Dice no ser cosa suya. Toca algo de cosmografía neciamente. Dice no ser cosa suya. Habla bellacamente de la fuerza de una palabra. Dice no ser cosa suya. Habla, como quien no sabe, de un árbol, de un animal. Dice no ser cosa suya. ¿Cuál será, pues, la cosa suya? ¿No decir cosa a derechas?

¿Cuál pensamos que es la causa de ese escándalo, sino que los antiguos manejaban todo linaje de libros y los entendían, mientras que ésos ni siquiera los miran; y si tanto osaran, los mirarían en balde, ciegos de aquella lumbre que nos conduce como por la mano al entendimiento de las artes; lumbre que en ellos brilla por su ausencia to-

tal, y que en los antiguos era muy grande y muy lustrosa? A esos hácelos pobres e infelices la negligencia absoluta; a ellos les hacía ricos la diligencia y el interés por todo. Conscientemente pensaban dentro de sí mismos que no había arte ni ciencia tan remota e independiente de la otra que hartas veces no le comunique luz. Por eso enseñaron que todas las disciplinas como las virtudes tienen cierta correlación y nexo mutuo que no está sacado ni de un solo autor ni de un solo pasaje. Atestíguanlo Platón, Cicerón, Fabio, Vitruvio y muchos otros. De ahí nació aquel que Cicerón llama *Concierto y consentimiento de todas las doctrinas* y Quintiliano *Círculo de disciplinas*. La cual con voz griega se denomina actualmente *Enciclopedia.*

CAPITULO IX

CONSIDERACIONES QUE HAN DE TENER EN CUENTA LOS PRECEPTISTAS; EN LOS ANTIGUOS HAY COSAS QUE ALABAR; EN LOS MODERNOS, QUE REPROBAR; DE LA MISMA LECTURA DE LOS VIEJOS NO SACABAN PROVECHO PORQUE SE ACERCABAN A ELLOS CON PREJUICIO

Faltó a muchos para la investigación artística y para la preceptiva consiguiente la maestría, pues, temerariamente, sin arte, sin sagacidad, fuere cual fuere el camino que se les abría delante, en él insistían para la investigación de la verdad. No penetraron de los efectos a las primeras causas ni de los compuestos a los elementos y a los principios; en lo singular no atisbaron lo universal, ni de lo universal descendieron a lo singular ni como si fuera un río canalizaron las aguas por donde era menester. En este punto Aristóteles a todos los eclipsó, no menos que el sol a todos los luceros. Muy vecino de él está Galeno de Pérgamo; ¡lástima de redundancias, como buen asiático! Estos no raras veces acomodaron a la actualidad sus adquisiciones, como Aristóteles, al paso que otros, en la retórica, en la poética, a barrisco y temerariamente derramaron sus hallazgos sin tener ningún propósito fijo; fueron escalonando los medios que iban naciendo unos de los otros como en una gradería. Partiendo de la realidad y de la universalidad de la Naturaleza, no llegaron a la obra y al propósito actual que les movía, que es propiamente el procedimiento artístico, sino que de una semejanza coligieron otra o buscaron la utilidad inmediata, no por mantener la finalidad del arte, sino la suya. Esto, los antiguos.

Y los modernos, ¿con qué maestría tratarán las artes, dado que ignoran cuál sea la materia de cada una de las artes, cuál su fin y, por decirlo así, su blanco, cuál es su actuación, cuál su sentencia y para qué fin práctico se aprende? Ahora, las artes, por la analogía, funden y hacen una sola de dos muy distintas. A la retórica llamáronla gramática, porque una y otra tratan del lenguaje; al poeta le dicen retórico, al retórico poeta, por el aliño y la música que pone en la oración; a la dialéctica, que trata de los lugares, de los argumentos, la denominan retórica, porque la retórica enseñaba la invención de los argumentos. También en los artistas introdujeron confusión. Si alguno tiene buena latinidad, porque piensan que la aprendió en la escuela, gramática es todo lo que habla, sea cual fuere la materia de que habla. Discutan dos un mismo punto filosófico, en correcto latín el uno, el otro en un latín plagado de barbarismos y de solecis-

mos; lo que el latinista atildado dijere, no pasará de ser gramática; lo que dijere el bárbaro, será acendrada filosofía; lo que Lirano y Hugo escriben al margen del Nuevo Testamento es teología; lo que escribe Erasmo es gramática. Eso mismo dirían de San Jerónimo, San Ambrosio, San Agustín, San Hilario, si esos nombres imponentes no les obligasen al respecto, aun cuando no sé qué se permiten balbucir en su contra. Si Juan Pico no escribiera su *Apología* en aquel lenguaje corrupto, no sería tenido por teólogo, sino nada más que por gramático. Alciato, Zasio, Canciúncula son gramáticos, aun cuando tratan temas de derecho. Acursio es todo un jurisconsulto cuando acota el texto con esas luminosas aclaraciones: *que*, esto es, *et; ait*, esto es *dixit; seu*, esto es, *aut;* es historiador diligente y verídico cuando en derredor de las Doce Tablas inventa una donosa fábula o fabrica una linda leyenda en la adopción del César Germánico. Todo cuanto dice un político de acción acerca del gobierno de la ciudad, de las costumbres, de la hacienda pública o familiar, es retórica pura; todo lo que dice el dialéctico, es dialáctica; todo cuanto el jurisconsulto es ciencia jurídica, aun cuando desentrañe el sentido de las voces y actúe en plena jurisdicción gramatical; es física todo lo que toca el físico, aun los puntos, las líneas, la superficie y los números. ¿Todo lo que hace el zapatero son zapatos, pues? ¿Y son carros lo que hace el carpintero, aun cuando adereza su almodrote para cenar? Si dijera eso el vulgo necio, nos reiríamos. Pero ¿quién no se indigna de que lo digan aquellas lumbreras de la sabiduría que ignoran por completo el fin y la técnica y la materia de aquellas artes de que hacen ostentoso alarde para honor de su profesión?

No faltan quienes no atienden a similitud alguna ni tienen cuenta con los artífices, o digamos artistas, sino que dicen lo que primero se les viene a la boca; a la oratoria no quieren llamarla gramática; llámanla poética; a ésa, retórica; varones alfeñicados imaginan ser bonito tomar, a manera de los niños, unas cosas por otras. Y eso que en los niños nos hace tanta gracia y les gana tantos abrazos y besos, en estotros viejos maestros de los demás es un crimen punible, no de otra guisa que si quisieren, cuando ya se les pasó la edad, volver a las inepcias pueriles. Y estos hombres que tan malamente aprendieron las artes de sus maestros y las cultivan, ¿cómo han de enseñarlas sino pésimamente? Si de un odre maloliente se trasiega el vino a otro odre maloliente, ¿cuál va a ser el que salga de ese odre segundo? No sólo es inevitable que transmitan esa erudición y esas disciplinas averiadas, sino mucho más echadas a perder que no las recibieron. Manejándolas con torpeza, no hicieron más que empeorarlas; y una enseñanza, así que sale de su camino, cuanto más avanza, más se descarría del camino derechero y más se aleja de su punto de destino. Además de esto, como no tocaban libros (que, por otra parte, no hubieran entendido; los libros de los antiguos me refiero, de donde mana toda erudición, como de su propia fuente) y tenían necesidad de decir algo, todo lo redujeron a ciertas fórmulas de su invención, a determinadas ridiculeces y logomaquias, para las cuales maldita la falta que hace la lectura de los antiguos y aun libro alguno cuando parece más fácil y expedito hallar algún absurdo e imaginar trazas para

sostenerlo; teniendo esa fortuna, en poco tiempo, con escaso trabajo, salías fundador de una nueva escuela y con palabras solas transferías en ti una gloria grande acarreada por el esfuerzo ajeno, como dijo el clásico.

Y como ese autor para nada necesitaba libros, tampoco necesitaba impugnador ni quien se esforzara por derribar lo que otro había edificado. Demás de esto, como ignoraban la naturaleza de las cosas, soñaron otra ellos que les sirviese de materia la más apta para juegos y altercados y riñas, y más indicada para el vulgo necio, que se asombra de lo que no entiende y admira infinitamente el acumen de quienes le muestran con tal claridad realidades inexistentes. Ellos, avezados a una naturaleza ficticia y nueva, cuando pasan a esa nuestra encuentran novedad en todo; todo se les convierte en paradoja, de todo se maravillan como si se hubieran educado en las selvas y en las soledades y por vez primera llegasen a la ciudad. Mas, cuando, un día u otro, se dan a leer las obras de los grandes autores, no tiene fin su asombro al comprobar que las de ellos no guardan congruencia con las suyas, pues quieren acomodar las sentencias de aquellos autores o sus cánones ficticios, y viendo la irreducible repugnancia de las unas con los otros, por de pronto lo atribuyen a impericia de los antiguos, persuadidos de ser ellos quienes hablan con todo el vigorismo científico, y los otros, deslavadamente y como dicen, con minerva crasa. Luego, impresionados por la autoridad del nombre glorioso y por la grandeza de lo que allí está escrito, vacilan entre aquellas sentencias y las fórmulas suyas, sin saber dónde aplicarse. En muchos vence la costumbre inveterada y que aquellos autores hablan a la buena de Dios, y ellos con sujeción a una regla estricta, a un *rigor*, que ese nombre tan justo dan a su *frío*. Dime ahora: ¿Cómo entienden y cómo comentan a esos mismos autores? Primeramente, ningún cuidado se toman por averiguar quién sea el autor, a qué escuela pertenece, en qué tiempo floreció, cuál fué su estilo; retuercen al epicúreo, al estoico, al académico a los gustos del peripatético y, en una palabra, lo retuercen todo acomodándolo a lo único que ellos conocen; no se avienen a que los grandes autores tengan cosa común con el pueblo, como si ellos no hubieran recibido de labios del pueblo su lenguaje, sino que con ellos había nacido y en su propia casa. Cuanto más alejado del sentido común extrajeren un sentido del escritor, tanto más se congratulan de su propia agudeza y de haberse aproximado más de cerca a su pensamiento genuino; todo cuanto fuera de inteligencia fácil lo rechazaron por indigno del ideario del autor y apartáronse de esta naturalidad porque no tuviese punto de contacto con el pueblo, pues creían que una era la naturalidad de los necios y la otra la suya, la de los doctos.

En la cendra que ellos mismos se habían fabricado metieron letras, sílabas, acentos. Cada cual quiso que todos los otros hubieran escrito a su manera. El lector, seco y ayuno, pensó que ninguna cosa fué dicha por vía de explicación y dejó de advertir que el escritor copioso hartas veces no se contentó con haber escrito bien una sola cosa y una sola vez, sino que unas veces insiste en su repetición para grabarla y fijarla más porque así conviene a la prueba, otras porque con mayor claridad se entienda lo que dice, y otras, por

fin, obedeciendo a la naturaleza de su propio ingenio, copioso de suyo y por ventura redundante. Y al revés; el lector laxo y difuso quiere que se digan muchas cosas a manera de corteza que puedan quitarse sin peligro. Y así es que el lector seco y ayuno, engolfado en la abundancia ciceroniana, nada a la deriva, como en un oleaje rumoroso, y el lector copioso en la parquedad aristotélica se debate como en un paso estrecho, siendo así que Cicerón, lleno y rotundo, atendió al ornato, mientras que Aristóteles, prieto y ceñido, muy sobre sí y avaro de palabras, no atendió más que al asunto. Todo aquello que por vía de ejemplo o de analogía, o por confirmar y declarar su opinión, expone el autor tomándolo de otras disciplinas, desconfiando de poderse desenredar de ellas, las deja de lado y dice que no entran en su propósito y que no tiene nada que ver con ellas. Otros, en cambio, que piensan ser el silencio absoluto, una posición fea, de tal modo las exponen que más valiera se callaran, pues cuando les parece haber hablado doctísimamente no han hecho más que decir en general: *Galilea es el nombre de una región; avestruz es el nombre de un animal; coloquíntida es el nombre de un fruto; Ciro es un nombre de varón.* Vaya el lector a buscar lo que es cada una de estas cosas. Otros que tienen en sí mismos mayor confianza, pensando haber dado con un espacio donde campear a sus anchas, asiendo a una palabrilla por el cabello, hablan y hablan de una cuestión insignificante, infinitamente minúscula, ahogan en ociosas inoportunidades y en extemporaneidades farragosas cualquier asunto que se les antojó. Y no es extraño; ignorando como ignoran el fin y la práctica de las artes, piensan poder decirlo todo dondequiera con harta oportunidad y congruencia.

Incidentalmente, Aristóteles, en algún lugar, trata de los *puntos*. Está bien. Pero ellos, en aquel mismo lugar, vuelcan toda la *geometría*, digo, la que ellos saben, que es una cosa que lo es todo menos geometría. Incidentalmente habla de Helena; pues ahí va toda la guerra troyana con los dos huevos que Leda puso; pero una guerra troyana, del todo inédita y no oída jamás por Homero ni por Ulises. Ocurre que en la Biblia se hace mención del *Oriente;* luego, al punto, piensa no ser ajena a la alusión toda una disertación acerca del orto y del ocaso de los luceros, del curso del sol, de las volubilidades de la luna; por manera que tras la peroración, puede con toda razón el atormentado oyente quejarse de tan arrolladora y enervadora parlería. Bellas cosas éstas, sin duda, ¿pero a bueno de qué esas cosas tan bellas?

El que pensara no haber dicho cosa falsa, aun cuando nada congruente con el sentido del autor, bien convencido se quedaba de haber desempeñado lucidamente su papel, garantizándose en aquella regla aristotélica: Toda verdad consuena con otra. Pero estas dos verdades que siguen tienen muy escasa coherencia: *Dionisio fué un tirano de Siracusa; el sol se mueve en el Zodíaco.* No contrastaban una cosa con la otra, sino que tomaban una sentencia por separado y la exponían y no ponderaban suficientemente cuál era su sentido recto. San Jerónimo, refiriendo los viajes de Platón en una carta a Paulino, entre otras cosas, escribe: *Cautivo de unos piratas y puesto a la venta, fué adquirido por un tirano crudelísimo; pero puesto que era filósofo, tuvo*

mucho más valor que el que lo compró. Aquí interpretaron: Superóse a sí mismo intelectualmente; es decir, tomó un ánimo más recio. No se detuvieron a pensar en si en buena latinidad puede decirse: *Majore se fuit mente*, que es la explicación que se dió a la frase de San Jerónimo: *Major emente se fuit.* Y con todo creía haber tocado el cielo con un dedo el comentarista Britón o el que fué inventor del infeliz hallazgo. En París, un camarada nuestro, todas las veces que disputaba con tantos solecismos, con tantos barbarismos que no había quien le entendiera, acostumbraba emitir esta expresión reticente: *Dando por supuesta la congruencia.*

Pero en las Sagradas Letras y en Aristóteles hay muchos pasajes sacados de quicio por la razón de que un quídam cualquiera aduce en la disputa una sentencia sin ton ni son, cuya interpretación improvisa otro, sin tomar en consideración el contexto que ni recordaba ni, acaso, había visto nunca: *Suscepit Israel puerum suum* (Recibió a Israel, su siervo) y se empeñan en *que el que recibió a su siervo fué Israel*, como si a Israel le pudiera competir lo que se añade a continuación: *recordatas misericordiæ suæ* (Acordándose de su misericordia.) Los casos como éstos no tienen fin. Pero lo que una vez habían afirmado, singularmente si era a presencia de muchos, era pecado desautorizarlo o apartarse un punto de ello, como en fuerza de aquel voto que llaman solemne, y apoyándolo y poniéndole a guisa de cimiento algún sentido absurdo, luego al punto se levantaba una torre colosal que era tanto más vana cuanto más elevada y cuanto más despacio era movida del viento.

Pero por fortuna no causara tanto daño la ignorancia si no anduviera mezclada con la arrogancia y la desfachatez, pues los indoctos cedieran en presencia de los mejores o hubieran expresado con timidez sus pareceres. Mas la arrogancia robusteció la avilantez y el impudor, y así no tuvieron el menor reparo en afirmar rotundamente la verdad de todo cuanto les venía a las mientes, con énfasis y con insolente dogmatismo. Por ese camino, introdujéronse verdaderas monstruosidades en el derecho civil, en la teología, en los poetas, en los oradores. Y tanta era su confianza o tanta su majadería, que creyeron no iba a haber nunca quien las refutase porque de momento parecían irrefutables. Cuáles sean los absurdos que en las materias abstrusas y no conocidas de todos afirman como verdades inconcusas, puédese colegir de estas otras más asequibles y vulgarizadas. En la definición de las voces, en la historia, en aquellas materias que conocen hasta los niños, con soberbio entrecejo, con la expresión afirmativa y altanera de su rostro, aseveran enormes falsedades. El peor linaje de ceguera es ignorarla; gritan, patean y se indignan, y dicen que se les ultraja si alguno quiere volverlos a la sanidad mental, lo cual es propio de gente frenética.

CAPITULO X

POR CULPA DE LOS INTÉRPRETES, LA FORMA Y AUN LA FISONOMÍA DE LAS ARTES SE PERDIÓ, COMO TAMBIÉN SU UTILIDAD Y SU HONOR: COSTUMBRE ZAHERIDA EN LAS ESCUELAS, NO MENOS JOCOSA QUE AGRIAMENTE

Pero así como la oscuridad de Aristóteles causó a las artes gran perjuicio, las interpretaciones que

éstos hicieron de Aristóteles las pervirtieron radicalmente. No pudieron expositar a Aristóteles con rectitud, y esa misma dificultad aguzaba y enardecía su temeridad y su tupé, de guisa que tanto se atrevía uno a lanzar como interpretación cualquier adefesio que se le ocurriera, cuanto menos refutable era en medio de tantas tinieblas y, como vulgarmente se dice, *a río revuelto ganancia de pescadores*. Ya dije en otro lugar cuánta sea su oscuridad nacida de las sentencias, de las palabras, de su dicción toda en su lengua griega original; a esa oscuridad nativa se le agregó otra fortuita y accidental. Aristóteles tuvo muy mala suerte con los traductores, que al verterlo al latín ni le hicieron latino ni le dejaron griego. Y así como es difícil interpretar lo que no entiendes, ni siquiera por los doctos pudo ser vertido exactamente, porque en muchos pasajes no entendían asaz lo que quería decir: Allende de esto, Aristóteles abunda, y estoy por decir que pulula y hormiguea de anécdotas, fábulas, alusiones a Homero, Sófocles, Eurípides, a Alceo, Hesíodo, en fin, a todos los poetas, oradores, historiadores, a adagios, a aforismos vulgarizados. ¿Qué podían decir en esa balumba esos hombres de ignorancia enciclopédica, sino lo que ellos mismos se fingían y se fabricaban? No les quedaba más remedio que hacer con Aristóteles lo que habían hecho con los otros: inventar y fingir algo. Y con todo, de esa dificultad hicieron un abuso por su conveniencia, para que menos se pudiera descubrir lo que ellos habían torcidamente interpretado. Esto le ocasionó el favor entusiasta de cada escuela y de cada secta, como si fuese cada una de ellas el zócalo de la inmortalidad de Aristóteles, luego de arrastrarle el expositor a sitios donde jamás pudo el Estagirita soñar que iría, por manera que ya anda en boca del vulgo, no precisamente el indocto, el proverbio de que Aristóteles tiene la nariz de cera, a la que cada cual le da la forma que quiere. En aquella sazón, desaparecidas las lenguas, cegado el conocimiento de la antigüedad, apagada toda luz por la cual debieran declararse los autores, cuando nadie entendía a los más fáciles y abiertos y cada cual, impunemente, podía fingir en ellos lo que les parecía: ¿cuánto pensamos que fué la licencia autorizada por la oscuridad de Aristóteles para afirmar o negar aquello que pluguiere a los intérpretes?

Tiranión, el gramático, y Livio Andrónico, que, como dije, ordenaron sus libros poniendo en ellos distinción y los dieron a la publicidad; Alejandro, que fué cronológicamente su primer intérprete; Temistio, Boeto, Juan Gramático y otros, confesaron con modestia ejemplar que había en Aristóteles muchas cosas que ellos no entendían; y eso que eran griegos nativos y peritísimos en la lengua griega, muy prolijamente ejercitados en el manejo de sus libros filosóficos, a los cuales consagraron harta diligencia y estudio. Y esos otros, en cambio, que no son ni latinos ni griegos, a la primera ojeada de Aristóteles aseguran reciamente que su sentido es aquel que, de buenas a primeras, les pasó por las mientes o, mejor, les vino a la boca. No se paran en barras, no vacilan un punto; todo para ellos es más claro que el sol y, en efecto, así es: *Quien no sabe de nada, no duda de nada.* Y a ese pobre de Aristóteles, no menos que a los otros, lo torcieron a aquellas fórmulas suyas, y ello con tanto

cuidado, cuanto más exactamente creíase que había escrito en todo.

Por ese cúmulo de desgracias degeneradas y oscurecidas, las artes, divorciadas del sentido común, convertidas en materia de juego, sembradas de espinas y de fragosidades; sin provecho y sin fruto para la vida los ingenios preclaros y sólidos y que con gran fruto, así personal como público, habían de dedicarse a los estudios, huyeron de la escuela, pues luego que se hubieron aplicado un poco a aquellas letras y artes, como si hubieran tomado muestras y escarmientos, dieron un salto atrás, retrocediendo no de la cultura, que era lo único que aquellos ingenios deseaban, sino de aquella tortura espiritual inútil y más que inútil, gravísimamente dañosa. Demasiado veían que debajo de tanta y tan dura corteza no había meollo alguno; que era vano el trabajo que se asumía donde no había que esperar ningún fruto. Entonces se percataron que el afán por aquellas artes les desviaba del recto y natural sentido y les llevaba descarriados por aquellas tan torcidas artes y disciplinas; despidiéronse de ellas. El lamentable vacío que ellos dejaron, ocupáronlo hombres oscuros e ingenios abyectos, llevados a ese extremo y a ese escollo por la resaca tras el naufragio y por la necesidad de atender a su sustento y al de sus familias. Algunos hiciéronlo porque esperaban granjear alguna alabanza y brillo ante determinados hombres. Mas después que el pueblo, en pasados tiempos, les hubo dispensado los honores máximos por los provechos comunes que de ellos recibía, quitada de las artes toda utilidad también les quitó a ellos el honor que no pudieron mantener sus mismos profesores.

De ahí provino que ignorado el fin a que las artes tendían, ignorado el uso, ignorada la razón y el procedimiento de usarlos, se llegó al resultado de que las artes ya no rendían aquella utilidad pública y privada para la cual fueron inventadas y cultivadas. Desde aquella crisis, fueron admitidas y tratadas para granjear riquezas y honores, finalidad indigna de tan excelsos instrumentos, pues más excelentes eran los medios con que los buscaban que los objetivos buscados, y ya no pudieron pulir y formar el ánimo de discípulos y maestros a la humanidad y a la virtud. Corrompiéronse no ya las artes solas, sino también la moral de sus profesores. Añejo es en este punto el reproche de los que se oponían a la filosofía y la queja de los que la favorecían. Retóricos, poetas, cómicos, satíricos muerden y despedazan a los filósofos, porque formados en los austeros principios de la filosofía, se manifiestan tornadizos, ineptos, lisonjeros, mendaces, ministros de cualquier maldad y a veces, aun sus inspiradores y caudillos. Apóstoles de la prudencia, no había cosa más imprudente que ellos; de las leyes y de la justicia, y no había cosa más inicua; de la templanza, y lanzábanse con ciego frenesí a todas las demasías; del menosprecio de las riquezas, y se avenían a hacer y a sufrir las mayores bajezas por un ruin dinerillo; de la verdad, y no salía de sus labios palabra verdadera; de la independencia, y eran del servilismo más soez; de la modestia, y no había cosa más arrogante; individuos de aquéllos, en fin, de quienes dice Pacuvio; obras de cobardes, sentencias de filósofos. Aristófanes, el cómico genial, ¿cuántas veces nos los fustigó? Arístides y Luciano, ambos sofis-

tas, y Timón, que compuso su *Silos*, clavaron en ellos los colmillos. Juvenal gastó una sátira entera en decir mal de ellos; en verdad era muy indicada y ubérrima la materia de aquella sátira. Dejo a un lado a los poetas antiguos. Quienes hicieron profesión sincera de filosofía, varones mejores incomparablemente que la taifa de filosofastros, y que se llamaron Platón, Cicerón, Séneca, duélense de que por culpa de ellos sea vituperada en conjunto la filosofía, disciplina santa, don soberano de Dios.

Y esas quejas no acabaron con los primeros siglos, sino que han llegado hasta nosotros, puesto que en nuestros días los que profesan la doctrina estética ni dan aquellas enseñanzas que a todos son útiles ni se manifiestan mejores que aquellos de que hablé ahora mismo. Idéntica es la causa de ese mal, que es la misma que en todo se inmiscúe y acarrea grande e inmediata calamidad a las cosas públicas, privadas, sagradas y profanas, a saber: el mercantilismo, la codicia de dinero. En las escuelas donde el mayor número de alumnos puede hacer más retribuída la docencia, no hay ninguna selección en los alumnos; se abren a todos las puertas indistintamente, los que con algún fruto cursarían las letras y los que perderían el tiempo y la costa o que habrían de abusar de la instrucción con serio quebranto propio y ajeno. En tales centros docentes no sólo son admitidos los alumnos que no han de pasar de discípulos, sino también aquellos que están destinados a enseñar a los otros. En las academias públicas excogitáronse unos a manera de grados honoríficos, no con desacierto, a mi parecer, pues así como en la Roma de los Césares no a todos estaba permitido responder en derecho, sino a aquel que tenía la concesión del príncipe, así también a los directores de colegios parecióles bien apartar de la profesión a los no aptos; y, en cambio, distinguir a aquellos a quienes, previo un severo y maduro examen, conceptuasen dignos con algún grado honorífico. Llamáronlos *batalleros*, vocablo usurpado de la vieja lengua francesa que se aplicaba a los soldados bisoños que ya habían recibido el bautismo de fuego; etimología muy distante, por cierto, de aquello que el vulgo cree; aquí les llamamos *licenciados*, como facultándoles para que en su día quieran ser maestros y más tarde maestros y doctores.

Pero como la escuela necesitaba dinero para los gastos inevitables, mantenimiento del profesorado y del servicio, conservación del inmueble, se señaló una tasa en dinero a los que pretendían los honores académicos, moderada al principio y que forzosamente debía invertirse en los menesteres necesarios. Ambicionó la investidura de aquella dignidad académica algún candidato indigno, y lo que no podía conseguir con su probada insuficiencia, lo intentó mediante la corrupción de los que podían dársela; uno les tentó con el favor; otro, con promesas; otro, con dinero contante y sonante. Tan pronto como aquellos hombres que antes fueron íntegros e incorruptos cataron las dulzuras del dinero, esta primera cata mató de una vez todos sus otros gustos. Fijaron determinadas cuotas a pagar por quienes fueran admitidos a la licenciatura; una parte para la escuela y los que la servían; otra, para los maestros y directores de las escuelas. No previeron la perdición y la

ruina que con esta medida deparaban a las letras, a las artes, a las ciencias, al mundo todo que por ellas se organiza y gobierna, con la admisión en bloque de los pretendientes; pudo más en ellos el ruin interés de la ganancia que la consideración del grave daño público que ocasionaban.

Así fué como el régimen escolar empezó a ser un negocio y fué objeto de compra como una mercancía cualquiera puesta en plaza, hasta el punto que quien la compró primero, luego la sacó a reventa; se la solicitó, pagándola con sobreprecio, y porque no faltara tilde al escándalo y a la indignidad, se la extorsionó con las armas en la mano. El que la había conseguido la utilizaba para el fin que la había comprado. A quien ponía dinero en la mano no se le denegó ni puesto, ni honor, ni dignidad alguna. Porque se supiese cuánto valía un grado académico se fijó un precio; pecado era recibirlo menor; recibirlo mayor era licitud complaciente. Designóse época de examen y nombróse tribunal. Denme ahora el nombre de un solo candidato que, presentado en fecha competente, luego de haber pagado la cantidad asignada, haya sido rechazado de doscientos años a esta parte, fuere cual fuere su edad, su condición, su talento, su ciencia, su moralidad. Si alguno rehusare darme fe, mire cuántos zapateros, alfayates, cocineros, carreteros, marineros, carpinteros y, muy peores que ésos, cuántos vagabundos y ladrones andan por toda la faz de la espaciosa Francia convertidos en doctores y en licenciados. No faltan tampoco en Alemania ni en Italia. Si alguien no los encuentra en otra parte, vaya por ellos a Roma.

De los licenciados en Derecho, nada puedo decir; pero esto acaso es más digno de risa. Andan por todas partes buscando pleitos, que se cuidan de embrollar dándoles largas con pueriles cavilaciones, y mantienen a los hombres en aquel odio, enojosos a los clientes, a los contrincantes, a los jueces. Y lo que es más de doler es que todos los años, implacablemente, las academias dan suelta a tantos batalleros, licenciados, maestros, doctores en medicina, echándolos sobre aldeas, villas y ciudades, verdaderas hordas de carniceros y verdugos. Todos ésos, después que en las aulas no hicieron otra cosa sino, con tormento y aburrimiento, aguardar que expirase el plazo para que se les confiriesen los honores académicos, una vez que han conseguido el objeto de sus deseos, renuncian a todo trabajo, y ya que no puedan con su erudición, al menos por el título confían defender su autoridad. Salidos de la escuela, ufanos con su título, que les da ante el pueblo respeto y autoridad, ¿qué otra cosa pueden enseñar que lo que aprendieron con su negligencia e impreparación? Esos son los sembradores y propagadores de la ignorancia por toda Europa. Verás entre ellos muchachos que ya son maestros, que todavía necesitan ayo, y a quien Aristóteles expulsa como oyentes no idóneos de su escuela de formación moral; no enseñan ni esa disciplina ni otra cualquiera; pero son profesores de ella. ¿Qué otra cosa les importa hacer a esos agabiados, abrumados de honores prematuros, que dar de mano al trabajo que el estudio impone, y henchidos de arrogancia, de envidia y de todos cuantos vicios hay, hacerse insoportables, siendo así que se llaman maestros de unas artes cuyos primeros rudimentos

desconocen? ¿Pensamos que pueda haber insolencia mayor que la de aquellos que, ayunos de toda sabiduría, se presentan a las gentes como vendedores de ella? No hay que darle vueltas. La sabiduría hace a los hombres buenos del todo; la simulación de la sabiduría les hace del todo malos. Y por eso, aquello que con buenas artes no lo pueden mantener, defiéndenlo con engaños y malicias.

CAPITULO XI

DE LOS MAESTROS PARTICULARES; NULIDAD DE ALGUNOS PARA LA ENSEÑANZA, RECONOCIDA POR EL MISMO PUEBLO; DESPRESTIGIO QUE OCASIONA A TODA CLASE, A LAS MISMAS ARTES Y A LA FUNCIÓN DOCENTE

Entre los maestros hay algunos que, con ninguna pericia y con audacia no menor, se aplican al ejercicio de la enseñanza; se ofrecen en las casas de las personas pudientes y no deponen su función y ejercen actividades indignas de aquella profesión honorable; halagan, adulan con un servilismo propio de esclavos. Esto mismo hacen los más instruídos que dirigen cartas a los ricos, cuando les amanece alguna risueña esperanza de lucro. Y como quiera que para ésos, en medio de aquellas pelamesas y académicas pugnas, no hubo lugar para aprender historia, ni preceptos morales, ni elocuencia, ni ciencia política, ni modos de gobierno de la república, tan metidos andaban en aquellas bagatelas y riñas, aplican su averiado criterio a los negocios públicos y privados. Por esto es que nadie, luego de haber recibido su influencia, se adhiere definitivamente a empeños grandes: ceñudos en las asambleas, malhumorados y tétricos en la mesa, locuaces en las reuniones y sin dar pie con bola, cavilosos inoportunamente en los consejos, todo intentan tomarlo y arrancarlo de aquellas sus normas ficticias; rapaces en la magistratura, desapoderados en el poder, espinosos en el trato, ajenos de todo sentido común, por manera que así como de los filósofos de su tiempo dice Sócrates, en la *Apología*, de Platón: *Mucho mejor juzgará de las cosas el vulgo de los hombres que aquellos monumentos andantes de toda la sabiduría;* destituídas las artes de su utilidad práctica y destituídos los profesores de aquel espíritu digno de su erudición, todo el antiguo y merecido honor desertó de las artes y de sus maestros. Como las artes no rendían provechos a nadie, ni aun a sus mismos profesores, y que no eran útiles ni para bien vivir ni para bien pensar, el mal concepto formado de muchos generalizóse a todos, y se llegó a la conclusión de que todos sin excepción eran tales como se demostraban no pocos.

Malquistos fueron en Atenas los filósofos, y, en consecuencia, la filosofía también, aun en aquella época en que la cultura alcanzó su máximo florecimiento. De aquí esa descalificación pasó al pueblo romano. Les daba grima el hecho de que aquellos a quienes sus conocimientos y su filosofía debieran hacer mejores, eran peores que los analfabetos. Cualquiera vicio era más de notar en quienes prometían la reformación de costumbres y la ciencia de toda virtud. De esta manera aconteció que en Atenas y en Roma, todo aquel que quiso zaherir a los filósofos o a la misma filosofía contó con el favor entusiasta del pueblo; y ni aun tendrían a la masa en contra suya aun cuando nues-

tro pueblo se portó más comedidamente que aquel arisco pueblo antiguo; pues siendo así que los filósofos de hoy día reporten menos provecho, sea para hablar, sea para pensar que aquellos otros en Atenas o en Roma ni lós aventajen en probidad y compostura de costumbres, con todo el pueblo conservó hasta ahora no poco respeto por los que profesan las artes, aun cuando no enseñen ninguna.

Yo no sé si la causa de ello fué que el pueblo ateniense y romano, por entender lo que le decían los filósofos. más fácilmente podía juzgar de su ingenio y erudición; y el nuestro, en cambio, no entiende, y por eso no juzga, sino que se queda con la boca abierta. Despojadas de honor, las artes cayeron. Solamente se rindió culto a las que eran cotizables, como la oratoria, por el foro y la curia, y el derecho civil para la instrucción de pleitos y composición de fórmulas. Toda la restante erudición, los empingorotados personajes que se pirraban por grandezas y por honores en el pueblo, o la descuidaban en absoluto o si, algún resabio tenían de ella, recatábanlo cuidadosamente porque no se manifestase, y con la misma solicitud ocultaban su cultura como también a hurto tenían que adquirirla.

Marco Antonio, el orador, según en Cicerón se lee, creía que sería su oración bien recibida por el pueblo, por lo mismo que pensaba que no había tenido nada que aprender. Disimulaban su saber y mucho menos querían dar a entender que enseñaban. Ese menester recayó en los esclavos, si alguno los tenía letrados o quedó confiado a griegos y a asiáticos, libres ciertamente, pero no de muy mejor condición que los libertos. Con razón Séneca se queja de esa indignidad: *Antes de Blando, el retórico*—dice—, *la más hermosa de las funciones, la docente, era exclusiva de los preceptores libertos, por una costumbre que no merece mi aplauso; desdoro era el enseñar lo que era honra el aprender.* Ello ocasionó que el saber letras se consideró indigno de las personas principales, y el enseñarlas un oficio ruin y soez. Agripina, madre de Nerón, insulta a aquel varón integérrimo que fué Séneca, con esta frase ultrajante: *lengua de profesor.* Y aquella dama que a los adúlteros no les reprochaba sus adulterios ni al soldado la ferocidad, ni la rapacidad al juez, ni al senador la avaricia, baldona a un varón inocentísimo y reprocha un hombre bueno que vuelva mejores a sus semejantes.

Esta persuasión ha llegado hasta nuestros días, al punto que el vulgo estima en más al discípulo que al maestro. Aun el remendón o el carretero juzga al preceptor de su hijo, mozo de honrada cuna, de más baja estofa que su hijo, por el hecho de ser profesor. Este mismo criterio se tradujo impíamente a lo más santo y sagrado; y el sacerdote es considerado de peor condición que el lego. Me quedo sin saber el motivo del respeto que se le tiene, si ya no es la pura rutina.

¿Cuál diremos que es la causa de ese gran vilipendio? ¿Será que de suyo todo mercenario repele y da asco? ¿Sará que el pecado que reina en nosotros, y el autor y fomentador del pecado, que es el demonio, nos persuadió que tengamos por cosa vil y raez la que es mejor y que hay hermosura y excelencia grande en el embrutecimiento, en no saber nada, en no hacer nada, en no diferenciarnos de la bestia en nada? Por esto, los ingenios más

lucidos que van a ser objeto de menosprecio y desdén, si se dedican a la enseñanza, ocupación tan fructuosa, tan digna de su cacumen, de aquella luz de su mente, de aquel su criterio, de aquella pericia suya, huyen de ella con aversión. Abandonan las escuelas donde se fraguan las lenguas, los espíritus, las mentes para lo mejor o para lo peor, y las entregan para que las ensucien y contaminen a los ingenios más lerdos, más romos, más depravados, más serviles, que lo añascan todo por la esperanza de un menguado salario, y que se meten en la escuela como en una tahona o a ella se agarran como a un hacecillo de gloria. El resultado es que esos ingenios enseñan lo peor porque no saben otra cosa, o enseñan lo podrido, con un espíritu que corre ciega y desatinadamente hacia el dinero o hacia el renombre.

LIBRO SEGUNDO

QUE TRATA DE LA GRAMATICA

CAPITULO PRIMERO

ENSEÑA EL TÉRMINO MEDIO QUE SE HA DE SEGUIR EN LA OBSERVACIÓN DE LA ANALOGÍA Y EN LA SELECCIÓN DE VOCABLOS; PORQUE MUCHOS LO DESCONOCIERON, LA LENGUA LATINA QUEDÓ EMPOBRECIDA Y QUEBRANTADA

Todo lo que dije en el libro anterior constituye el semillero de la corrupción de todas las artes, pues a todas las dañó por un igual, no como una fatalidad que se cebara en uno u otro sector de la erudición o de la cultura, sino que se exacerbó en todos para perdición y ruina de todo el cuerpo. Ahora he de hablar de cada uno. Por unánime consentimiento de los escritores antiguos, tres son las artes que tratan del lenguaje; a saber: la *gramática*, que indica *lo que* se dice y la manera *como* se dice; la *retórica*, que se refiere al *ornato y acicalamiento;* la *dialéctica*, que atañe a los *argumentos* y a la *probabilidad.* La *gramática* contiene aquello que los antiguos quieren enseñar; la *dialéctica*, lo que quieren *probar*, y la *retórica*, los afectos que quieren *mover*. De esas dos últimas disciplinas trataré luego; ahora mismo hablaré de la gramática. Aplícase a las *letras*, ese vocablo griego *gramática*, que Quintiliano transformó en *literatura* al pasarlo al latín, voz legítima y propia, pero que no tuvo demasiada suerte en su admisión. La infancia de la gramática, digámoslo así, versó acerca de las letras, sílabas y palabras, una por una, a fin de que cada una se escribiera y se pronunciara correctamente; contentóse con esos límites. Quien enseñaba esto era llamado *gramático* por los griegos; por nosotros (Varrón fué el introductor de la palabra), *literato* (*litterator*). A ese arte, Mariano Capella le llama *grammatisiquen*, voz rarísima, si mal no me acuerdo, entre los griegos. Ese autor usurpó la licencia que los griegos se tomaban para forjarla.

Me ha parecido oportuno conducir al muchacho un poco más arriba, porque entendiese lo que estu-

viere escrito en la lengua que aprendía; le fueron explicados los poetas, historiadores y otros linajes de escritores. Quisieron que también fuese incumbencia del gramático, a quien llamaron *literato*. Esto es más propio del artista que del arte; pero éste fué el más cuerdo de los consejos. Puesto que el arbitrio de la lengua reside en el pueblo, dueño y señor de su lengua, la lengua sufre continuas mudanzas, hasta un punto tal que cada cien años, poco más o menos, ya sea casi una lengua diferente y que los que entonces viven no entiendan a los que vivieron un siglo atrás. Porque no se perdiese del todo la inteligencia de los escritores antiguos, proveyóse que hubiera profesores a quienes incumbiera el cuidado de mantener en toda su vivaz energía el significado de todas las voces y que fuesen como los custodios de ese tesoro y los guardianes celosos de ese erario. El derecho sobre el lenguaje, como Horacio dice, lo tiene el pueblo. En fin de cuentas, la misión del gramático es determinar y fijar todo lo que se ha dicho, con corrección y propiedad, y lo que cada palabra significa y cuál sea el sentido que arroja. Si da, por ejemplo, aquel pasaje virgiliano: *En ambas zonas abrióse un camino al través por do anduvieron los signos ordenados*, explique lo que el poeta *quiso decir* y habrá cumplido con su deber; la disquisición ulterior, *si el poeta se expresó con acierto*, ya pertenece al astrónomo. Y si el mismo gramático estuviere no ligeramente imbuído en todo linaje deconocimientos, más documentadamente y con una mayor competencia y claridad explicará los pasajes cuya explanación se propusiere, no estrictamente por su profesión gramatical, que rebasa, sino porque las disciplinas todas están unidas por un cierto nexo, y gracias a él se prestan socorros mutuos. Así que el oficio del *gramático* es educar la *lengua* del niño y luego su *mano* y por fin su *inteligencia* para que pase a las demás artes, fortalecido por los máximos apoyos de aquellos escritores que habrá visto bajo la dirección del gramático.

A esa arte la enriqueció y la esclareció la diligencia debida, pero la nimia la oscureció y la nula la destruyó de raíz. Halladas por la analogía determinadas fórmulas del arte, algunos gramáticos intentaron derivar a esas como canales el espacioso río del uso, puesto que del uso observado nació la gramática, como la dialéctica, como la retórica, y no de ellas el uso. Con ese pobre ajuste al formulismo, no solamente debilitaron, sino que quebrantaron el lenguaje y lo corrompieron con muchos vicios, hablando de otra manera de la conveniente: bien según las normas, mal según el uso, que es el señor y el maestro del lenguaje. Así es que verás a muy muchos y muy puntuales profesores de artes cuya oración aparece plagada de feos y muy graves yerros por su servil obediencia al arte que no pudo abarcar todo el uso porque es vario y no sigue fielmente la analogía: así que no pudieron anotarlo todo con la precisión debida, y ten en cuenta además que muda frecuentemente a capricho de la multitud, que tiene al lenguaje bajo su soberanía. Pero ahora que no tenemos pueblo alguno de lengua griega o latina, sino que el derecho de las palabras debe tomarse de los autores, los hay que todo lo que no recuerdan haber leído, con instantánea energía lo rechazan y como al dictado de la ley Mucia Licinia, lo arrojan de la

ciudad. Otros hay tan fanáticamente adictos a tal o cual escritor, que aquello que no se lee en él, aun cuando se lea mil veces en los otros, repruébanlo como no suficientemente latino, y no faltan quienes de uno que otro pasaje aislado extraen y formulan una regla general. Todos éstos delinquen, cada cual a su manera, pues el gramático lo lee todo y hartas veces da un veredicto general quien no leyó más que las cartas familiares de Cicerón o las comedias de Terencio, y, caso que lo hubiere leído todo, no lo leyó con atención, no lo observó todo ni lo examinó ni lo ponderó todo, y aun cuando lo hubiere hecho así, no de todo tomó nota, ni basta la memoria de un hombre para tanta muchedumbre de cosas y de palabras, pues la balumba le ocasiona estorbo y le amortigua la edad, que se lo lleva todo, incluso el ánimo, y que no hay en el hombre cosa que sea más floja ni más flaca. Más de una tercera parte de preciosos vocablos latinos hemos echado sañudamente del erario de la lengua latina como si fueran monedas falsas, y en medio de tanta penuria nos hacemos los melindrosos y nos empobrecemos de cada día más, al paso que a cada momento, por el afán que tiene cada cual en que se le tenga por prefecto del erario y tesorero del idioma, repudia algo y nadie introduce aumento, así que día por día se hace más precaria la indigencia de lenguaje.

Muchos, con perdón de los dioses, expulsan, no ya palabras sueltas, sino oraciones y sentencias compuestas de muchas palabras que no recuerdan haber leído y las condenan al ostracismo y a un errabundo peregrinaje. Si es así, ya no será lícito decir *Petrum diligo* (amo a Pedro), o *rem mihi gratam vos tres feceritis* (haréisme un grato servicio vosotros tres), pues estas expresiones no se hallan en ningún lugar de los autores clásicos latinos. Pero ni los autores lo escribieron todo ni todas sus obras llegaron hasta nosotros, y ciertas voces y modismos hállanse en uno que otro, el cual, si hubiere perecido, nosotros desterraríamos de la ciudad elementos que son genuinamente romanos. Así que en lo nuevo que tengamos que decir, menester es que demos todo el valor que tiene la analogía conforme al uso de los más autorizados escritores de la antigüedad; a ocuparme de ellos tengo destinado otro lugar. Yo, aun cuando doy por los mejores a los clásicos latinos que florecieron en la época de Cicerón, declaro que no es malo Terencio, que le fué anterior, ni Tito Livio, ni Séneca ni Plinio, ni Quintiliano ni Tácito ni otros que vivieron posteriormente hasta el reinado de Adriano. En ese punto, Lorenzo Valla es demasiado vehemente y agresivo, cegado de su devoción fanática por Cicerón y Fabio Quintiliano. Ese mismo mal genio muestra Lorenzo Valla en la crítica de los vocablos y condenando como sospechoso de escasa probidad todo cuanto no recuerda haber leído, al tenor de normas generales sacadas con prisa demasiada de uno que otro lugar observado deficientemente. Acaso ese celo descomedido era necesario en su tiempo, porque habiendo el descuido puesto relajación en todo, tenía que volver a la robusta observancia primera con una reacción implacable y enérgica. Cuando ya no parecía necesaria esa actitud intransigente, acentuóla la superstición de los gramáticos posteriores, en parte por engalanarse con las plumas de cultivadores beneméritos de la len-

gua latina, en parte por su propio temperamento acedo y mordedor. ¿Quién tendrá la fácil osadía de definir no ser castizamente latinas tal voz o tal expresión, cuando en ese punto engañáronse Quintiliano y Cicerón, dos lumbreras, dos columnas de la lengua latina; Quintiliano, cuando enseña que en latín no puede decirse *Germanus frater* (hermano germano), y Cicerón, que no puede decirse *piisimus* ni *facere contumeliam?*

Los hay quienes recelan contaminarse si dicen algo en latín diferente de Cicerón, por un escrúpulo ridículo, por no decir por una superstición necia. Primeramente, ¿cómo van a hablar de materias que por Cicerón no son tratadas, verbigracia: de la *estructura*, del *oficio zapateril*, del *arte de tejer*, del *cultivo del campo*, si ya es que no van a pedirle prestado el escaso vocabulario de esas artesanías que se deslizó en el *Catón Mayor* y en algunas cartas a su hermano o a Atico? Obligado será su mutismo si no quieren decir algo poco ciceroniano, porque más vale callar que hablar mal. ¿Y cómo se las arreglarán en la epopeya o en la historia que Cicerón no escribió? ¿Y qué pasará cuando, determinadas anécdotas que él contó, con no menor agudeza y con gracejo no menor, fueron contadas por otros? Son muchas las cosas que hay en él que si se dijeran con más ceñido laconismo cobrarían más nervio y eficacia. Otro será el lugar indicado para hablar de la imitación de Cicerón. Tenemos también los significados y las diversas acepciones de las voces de Ammonio y de los intérpretes de los poetas en griego de Nonio, Gelio, Donato, Acrón, Servio, en latín, por manera que parece que en determinadas ocasiones dan aposta preceptos y normas que están en franca contradicción con el consentimiento casi unánime de los autores, de forma que no las usarás correctamente si no hicieres todo lo contrario de lo que ellos legislan; dicen que entre palabras sinónimas existe gran diferenciación o difieren en sentido diverso del que ellos dicen.

Mas la despierta y morbosa afición a las historias y a las fábulas especialmente cuando se llega a aquellas menuderías estultas indignas de saberse, aturden y desconciertan el ingenio, aploman el juicio y embarazan la memoria porque no tengan cabida en ella cosas mejores.

Luego al punto por aquella dulzura y aliciente que tiene el nombre de *diligencia*, se propasan más allá de lo debido, y ponen tanta solicitud y ardimiento en la pesquisa, que parece que en ello va la salud de todo el imperio. Tanta es la gloria, si uno descubre algo nuevo; tanta la ignominia, si lo ignorare, que se cree haber hecho conjuración contra la república; de ahí pendencias y maldiciones y baldones de una truculencia atroz. En esas tristes ocupaciones se malgasta el tiempo y se agobia al ingenio, que con mayor fruto se dedicaría a otros menesteres. Oigan esos tales lo que Quintiliano les dice:

«El que sacude y desempolva papeles que no merecen el honor de la lectura, puede también aplicar su trabajo a patrañas de viejas mujerucas. Atiborrados están de esos estorbos los comentarios de los gramáticos apenas conocidos asaz por los mismos que los compusieron. Sábese que al propio Dídimo, que escribió más que ningún otro, le aconteció que, no disimulando su repugnancia por una cierta historia,

por su huera vanidad y para su confusión, se le presentó el libro suyo que la contenía. Ello sucede de una manera especial en las fábulas que llegan a extremos de verdadera ridiculez y aun de la procacidad más desvergonzada, de donde los peores toman pie para entregarse a la inventiva más desaforada, tanto que se miente con la mayor impunidad y el más grande aplomo de libros enteros y de autores, si a mano viene, pues no es posible inventar cosas que no hayan tenido existencia jamás, pues en lo más conocido con harta frecuencia son sorprendidos por los curiosos en flagrante mentira. Por ello, para mí será una virtud del gramático ignorar alguna cosa.» Esto es de Quintiliano.

CAPITULO II

RECOMIÉNDANSE LOS PRECEPTOS DEL ARTE; REPRÉNDESE LA EXCESIVA NEGLIGENCIA. CUÁN HONORABLE Y DECOROSO FUÉ EN LA ANTIGÜEDAD EL NOMBRE DE GRAMÁTICO Y, CON EL DISCURSO DEL TIEMPO, A CUÁNTA VILEZA Y ABYECCIÓN LLEGÓ

Pero también los hay que descuidan en absoluto toda regla. Siendo árbitro del lenguaje el uso, ante el cual el arte se inclina, ¿qué necesidad hay, dicen, de cánones y preceptos cuya observancia vemos que depara hartos vicios al lenguaje? Tampoco a mí me agrada, como ya dije, la meticulosa observancia, y si tuviéramos un pueblo que hablare griego o latín, yo preferiría, para aprender la lengua respectiva, un año de alternación con él a un decenio bajo la férula de los más competentes maestros de escuela; empero ahora, no teniendo pueblo alguno de lengua latina, griega y hebraica, ¿en qué práctica aprenderemos esas lenguas? En los autores, dicen. Cuando no se nos ocurriere la manera como los leeremos, la vacilación se impone, y aun se impone el silencio, o la oración tiene que ser empeñada de solecismos, cosa que vemos que ocurre, rechazando de plano toda norma, de manera que ora son Cicerones, ora solecistas. ¿Y qué decir, si también ésos toman del uso ciertas normas por las cuales se guían en el hablar? Pues esto es precisamente el arte. ¿Por ventura no vale más admitir con escasa fatiga las aportaciones de los preceptistas más grandes y más doctos que con tanto sudor malogrado te las procures tú mismo, y lo que tú persigues personalmente, tenerlo en general anotado punto por punto con gran cuidado y discreción? Es un hecho que el conocimiento mediocre del arte conduce a los niños como por la mano al conocimiento de la lengua, y hartas veces sirve de ayuda aun a los mayores, cuando la memoria no proporciona reminiscencia alguna de lectura que sea semejante a aquello que quieren expresar. ¿Y qué diré si ni aun entonces descuidaban las normas de la analogía de cada una de las palabras y de su composición, cuando podían acudir al pueblo a pedirle el uso, que es el árbitro más certero y señor absoluto del lenguaje, como en el tiempo de Quintiliano, y aun el de Tulio, y el uso de los que hablaban mal quedaba desautorizado las más de las veces por la analogía? En los mismos escritores determinadas lecciones erróneas enmiéndanse con sujeción a las normas y a los cánones del arte. Eso yo lo explicaré más directa y copiosamente en los libros del *arte de hablar*. Ahora nos

limitamos a tratar exclusivamente de la corrupción de las artes.

Empero, las costumbres de los viejos gramáticos, en el concepto y estimación de algunos, provocaron el menosprecio del arte. Esa depreciación perjudicó no tanto al arte como a los profesores. Más daño les acarreó aquello otro, a saber: el hecho de que algunos que desean ser tenidos por hombres muy hombres, hacen ostentoso desdén de la gramática que acostumbra enseñarse a los niños, como si no fuera conveniente imbuirle en ella en aquella edad que es la más indicada. ¿Quién irá a despreciar los cimientos y los modestos orígenes sin los cuales las mayores construcciones no tienen consistencia? No cabe duda que atisbaron muy agudamente la utilidad de este arte aquellos próceres romanos de quienes se lee esto en el libro de Suetonio Tranquilo, *De los gramáticos ilustres: «Después de Lelio Istilón, que vivió bajo la dictadura de Sila, creció la estudiosa afición de la gramática, y ni aun los personajes más ilustrados se abstuvieron de escribir algo de ella. Tiempos hubo en que se dice haber en la ciudad más de veinte bien concurridas escuelas y que eran cuantiosos los emolumentos de los gramáticos.»* Esto ocurría en aquella edad en que parecía que para el uso del habla que habían mamado con el jugo del pecho materno no necesitaban mucho de esa arte. Es que ellos nada descuidaban de aquello que un día u otro pudiera granjear algún provecho aun a las personas mayores. Por eso Julio César, el dictador, y Corvino Mesala, príncipes de los oradores, no solamente de su tiempo, sino también de la ciudad, escribieron sendos libros de cada una de las letras. Estas grandes personalidades, ocupándose en aquellas niñerías, construyeron un monumento imperecedero de toda sabiduría. Nosotros, por un procedimiento contrario, lo hemos derribado y casi descuajado, acosándolo no solamente con nuestro descuido, sino también con nuestro desdén y nuestra implacable ojeriza. Algunos desalumbrados de nuestro tiempo no odian tanto a esa disciplina porque la desconocen, como la menosprecian como vil e indigna de ellos; pero porque no se piense que la odian, hacen alarde de menosprecio y de negligencia, como si la tuvieran por pura nadería, consagrados como están a más excelentes menesteres. Y la cosa ha venido poco a poco a un abatimiento tal, que ya el nombre de gramático se echa en rostro como un ultraje.

Yo, por mi parte, por hablar de esto también, no veo que haya, ni en el nombre ni en la profesión ni en la dignidad de los gramáticos, cosa que merezca ni desprestigio ni desdén. Todo esto lo ignoran esos para quienes el nombre de gramático es una afrenta; pero yo lo explicaré en cuatro palabras. Primeramente, el gramático es un *literato* o letrado, y es honrosísimo este nombre con que se denota a quien está dotado, enriquecido y adornado de muchas letras. *Letrados,* dice Suetonio, con la autoridad de Cornelio Nepote, llámanse vulgarmente aquellos que pueden decir o escribir algo con agudeza, con diligencia y con sabiduría. ¡Cuánta inciencia es la suya! Si alguno les llamara *letrados*, tomarían como un apelativo honorífico y agradecerían la distinción que se les hace. Si alguien les llamara *gramáticos,* rechazarían el mote injurioso, no de otra manera que algunos eclesiásticos oyen complacidos el nombre de *ca-*

nónigos y desdeñan el de *regulares;* quieren que se les diga *diáconos*, y tienen por afrenta el nombre de *ministros.*

Hay que excusar este desconocimiento lingüístico; pero la arrogancia indocta merece todas las severidades. Decidme: ¿qué profesa el gramático? No solamente la enseñanza de las letras y de las voces, aun cuando ése no es empeño baladí, sino la inteligencia de las palabras y de todo el lenguaje, el conocimiento de la antigüedad, de las historias, de las fábulas, de los poemas y, por fin, la interpretación de todos los escritores antiguos. ¿Qué puede decirse que sea mayor y más glorioso en punto de estudios? Por esta razón, por allegarme a su dignidad y realzarla como es de justicia, a los gramáticos se les autorizó para emitir su juicio acerca de todos los escritores, cualquiera fuese su especialidad; y de esa autorización, como refiere Quintiliano, usaron los gramáticos antiguos con tal rigidez, que no solamente se permitieron tachar con una recia vírgula los versos dignos de esta censura y expropiar de la familia que se los había aljudicado los libros de atribución falsa, sino que pusieron orden en los escritores mismos y borraron de la lista a los intrusos, sin blanduras ni contemplaciones. Tales fueron, entre otros, Aristófanes, no el antiguo y genial comediógrafo de Atenas, sino el gramático, bizantino de origen, y Zenodoto y Aristarco, que fué distinguido con el sobrenombre de *censor de autores* y muchos otros.

¿A cuál de los filósofos, aun aquellos que con los mayores títulos profesaron y explicaron las más altas disciplinas y a quien admiran los siglos, se le dió tan amplias libertades? ¡Y cuánto menos a esos filósofos brumosos que, por desdeñarlo todo, quieren parecer los más entendidos! Por esta consideración de que gozaban, fué que muchos antiguos se decoraron pretenciosamente con ese nombre. Y ni aun en esa edad nuestra faltaron gramáticos doctísimos que pensaban ser en ellos gala esta denominación, entre los cuales descuella Angel Poliziano y nuestro Antonio de Nebrija, español, quien por su variada y rica y muy extensa erudición, como hubiese con toda diligencia buceado en todo linaje de escritores y pudiera tomar el nombre que más le pluguiera, no sólo con la venia complaciente, sino viva y entusiasta, de todos los profesores de esa arte, porque estaban convencidos de que redundaría en su profesión gloria no escasa del prestigio de ese hombre y de la celebridad de su nombre, no quiso que se le llamase ni se le considerase más que como simple gramático. Y ni aun el mismo Pío, Pontífice romano, tuvo horror de ese nombre. Pero ¿fué acaso contentible la contribución de los gramáticos en todo género de doctrinas? Juan Filopono escribió hermosos y celebrados comentarios de Aristóteles; las mismas escuelas no ignoran ese nombre. Herociano cuenta uno por uno a los gramáticos que compusieron doctos y cuidados libros, acerca de Hipócrates, a saber: Jenócrito, paisano suyo; Aristocles y Aristeas, que eran de Rodas; los alejandrinos Dídimo y Antígono. ¡Ojalá hubieran contribuído con otro tanto esos bravos menospreciadores de la gramática! Y si los gramáticos de nuestros tiempos no hacen o no pueden hacer tales gallardías, culpa es de los hombres, no del arte o de la profesión. No hay duda que nos favorecemos con exceso; queremos que sólo lo que

poseemos se tenga por bello; todo lo restante, por despreciable y por vil.

Si supiéramos gramática, la celebraríamos y la enalteceríamos; fuera una de las artes principales y más necesarias; la prueba está en que no baldonamos cualquier gramática. ¿Cuál de esos malquistos con la gramática no azota a su hijo si dice: *Ego sequor tibi?* Pero consiente que diga: *Ego sequor abs te*, porque sabe que la primera oración no es latina; pero que la segunda tampoco no lo es, eso ya no lo sabe. Con ese mismo ciego desdén menosprecian la lengua latina. Pero ¡qué alboroto porque se hacían determinadas versiones del latín a las lenguas vulgares! Yo no apruebo totalmente esto; no hago más que denunciar su malicia. Pero como no sabemos gramática, porque no se nos tenga por mancos en ese punto, simulamos no quererla siquiera. Tiempo atrás usaron de un latín tan soez y plagado de vicios, que parecían hacerlo adrede y con insolente y consciente jactancia; pero, a pesar de los pesares, no podían expresarse con mayor pureza; con todo, determinadas cosas hubieran podido decirlas menos soezmente.

Tan pronto como las lenguas comenzaron a ser ignoradas, aquello que no se entendió cesó de ser valorado y poco tiempo después a ser tenido por desdoro e ignominia en el concepto de aquellos que se corrían a una de no saber y de que los otros les enseñasen, y les daba pesadumbre y pena meterse en cuitas y en trabajo. Por eso no quisieron poner esfuerzo alguno en este empeño que había resultado oscuro y harto difícil por el desuso y no iba a reportar provecho alguno a la actual situación de las artes, que, al aprenderse, provocaban denuestos y risa general. Una vez que hubieron desesperado de poseer las lenguas clásicas en sus oyentes, que seguían con gregaria docilidad todo lo que se les decía, y en el pueblo que no manifestaba en ello repugnancia alguna, crearon el convencimiento de la imposibilidad de explicar esas artes grandes y excelentes con lenguaje casto y pulcro. Todo lo que se enseñaba así era gramatiquería; todo lo que se explicaba a la manera de ellos, fea y sórdidamente, esto pertenecía a una soberana y preeminente categoría artística.

¡Qué de veces me dijo al oído Juan Dullard: «¡Cuanto mejor gramático fueres, tanto peor dialéctico y teólogo serás!» Como si las lenguas latina y griega no fuesen inmensamente más fecundas y copiosas que su barbarie balbuciente, y como si los más grandes hombres no hubieran escrito de las artes todas con más cuidado que ahora y en el más puro y aseado de los lenguajes. Pero no es dudoso que esas monstruosas novedades *quidificatio, realitas, identificatio, quiditative, ecceitas*, y otras exquisiteces por el estilo no pueden compadecerse con clásicas elegancias. No sufren tales inmundicias aquellos cendales purísimos. Pero indudablemente tampoco ellos mentían en absoluto, pues aquellas artes que ellos soñaban, tanto como andaban alejadas de lo natural, lo estaban también de todo aprovechamiento usual del idioma. Tuvieron que buscar una naturaleza nueva y, por ende también, crear un habla nueva. Por esto, si algo se les alcanzaba de los antiguos en gracia de sus disputas, con el espíritu embebecido siempre en la preocupación de armar guerra y de desarmarla, no les quedaba tiempo ni hol-

gura de puntualizar el uso correcto del lenguaje, como también porque veían que no les iba a servir para la consecución de aquella gloria que ellos ambicionaban, que era la de que se les creyese doctos y talentudos. Aquellos que se habían apartado algún tanto de los nefastos ejercicios escolásticos, contentándose con el deleite fructífero y callado de los estudios de la ascética teología, afectaron con suma diligencia el culto del lenguaje, como Beda el venerable, San Bernardo de Claraval, Hugo de San Víctor, Ricardo también de San Víctor, Juan Gerson, Juan Casiano, Alcuino, Rábano Mauro y otros como ellos; no consiguieron más por culpa de su siglo, pues con el avance del tiempo se quedó todo tan oscurecido y sumido en noche tan negra, que aun cuando lo desearan con el anhelo más vivo no sabían qué orientación seguir en una cerrazón tan densa. Pensando tomar la azada, tomaban el pincel, y tomaban la cesta en vez del arco. Y esta desorientación llegó a un punto tal, que los filólogos del Renacimiento, desde Lorenzo Valla hasta hoy, a pesar de la minuciosa y heroica diligencia que pusieron en restituir la lengua latina a su nitidez original, todavía no han podido distinguir a punto fijo qué vocablos son *urbanos*, qué voces son *aldeanas*, qué vocablos son genuinamente *romanos* y cuáles son *exóticos* y *peregrinos* y cuáles, por donaire, fueron modificados.

Ni es *urbana* toda el habla de las *Bucólicas*, de Virgilio, donde hay aquello: *Los nuestros en el campo hablan así;* ni toda el habla de Teócrito, que, aún más que Virgilio, expresó la rustiquez de las majadas pastoriles; ni todas las expresiones e idiotismos que Plauto pone en boca de los *esclavos* de su teatro son como las que constituían el léxico de los *senadores*. Por gracejo y por chocarrería, muchas palabras trocaron su sentido. Tan cerrada fué la niebla que sobre esas claras lenguas se abatió, que aquellos extremos todavía no han podido ser dilucidados. Y siendo esto así, ¿cómo pudo ser tratada la gramática, aun por los mismos profesores de esa arte, con la diligencia y la dignidad merecidas, dado que ellos se arrebolaban de vergüenza al llamárseles *gramáticos*? ¿Es que puede decorosamente ser desempeñada una función por quien no se contente y no se honre con ella y que en ella no vea un timbre de gloria futura? Perdido el significado verdadero y genuino de los vocablos y la razón de las conjunciones y el genio de la lengua, fué necesario de todo punto eliminar el juicio —digo juicio en el sentido en que acostumbraron tomarlo los gramáticos y que el consentimiento unánime les concedió—. A seguida perdimos la *exégesis gramatical*. En cuanto a la *metódica*, cerrados los libros de Donato, Prisciano, Capro, Focas, Diomedes y los restantes antiguos, asaltáronlo aquellos que, siendo preceptistas de lengua latina, enseñaban estos preceptos bárbaramente, como Alejandro Gallo, y porque pensaban que debía darse en las escuelas una u otra explicación semántica, sustituyeron a Donato, Servio, Porfión, Festo, Varrón, Marcelo y otros de semejante prestigio y autoridad por Hugución, Papias, Catolicon, Braquílogo, Grecismo, Juan de Garlandia y otros nombres tan risibles como éstos, porque enseñase cada cual su nativa incultura y no la virgen y casta latinidad.

CAPITULO III

REFÚTASE ACREMENTE LA OPINIÓN DE AQUELLOS QUE CONDENAN. EL CONOCIMIENTO DE LAS LENGUAS LATINA Y GRIEGA, PORQUE DICEN QUE AMBAS A DOS CONDUCEN POR SU PROPIA FUERZA OCULTA A LA HEREJÍA

No se contentaron esos bárbaros que vengo fustigando con ignorar todo esto personalmente y con haber apartado a los otros de su conocimiento, empeñando en esa triste empresa un celo digno de mejor causa, sino que aun infamaron esas lenguas augustas con una acusación odiosísima y nefanda porque nadie quisiera aproximárseles por miedo de contagio. Propalaron que estas lenguas son un vivaz semillero de heterodoxia.

Primeramente, yo no pienso que éste sea su sentir referente a las lenguas todas, pues ellos mismos, fuentes de toda sabiduría y oráculos del mundo, que predican eso, aun cuando la tengan sucia, obscena, torcida, balba, tartamuda y viciosa indeciblemente, a pesar de todo tienen su propia lengua. «Nos referimos —dicen—a las lenguas cultivadas y elegantes.» Pero es el caso que oyen con agrado y admiración a un orador facundo y hábil en su lengua patria. Concretan más, y dicen: La latina y la griega. ¿Cómo las pobres han merecido ese reproche? Pero ¿cómo ello es posible, si ellos mismos quieren dar a entender que hablan latín del más atildado y que lo entienden mejor que aquellos a quienes ellos infligen el dictado desdeñoso de *profesores de lenguas*, como San Jerónimo, San Ambrosio, San Hilario, San Agustín y los jurisconsultos que escribieron con la más acrisolada latinidad? ¿En qué quedamos: si entiendes las lenguas no serás hereje, y lo serás si las hablas? Como si la herejía tuviera su manida en el habla, no en la inteligencia. ¿Será de culpar la fuente porque el agua mane más limpia y más pura? Además ¿por qué razón sembrará más herejías la lengua latina propia y castiza que la corrompida y la desaliñada? Como si casi todas las herejías no nacieran de la mala inteligencia de las Sagradas Letras, como es fuerza que ocurra a los que ignoran las lenguas orientales en que ellas se redactaron.

Maravilla es que ni San Basilio, ni San Gregorio Nacianceno, ni San Juan Crisóstomo no sean tanto más herejes que Arrio, cuanto más elocuentes fueron que él. ¡Qué descomunal hereje no será San Jerónimo, que manejó la sobras de muchos escritores latinos, griegos, hebreos, caldeos, y las examinó con cuidado sumo como ninguno de los otros que vinieron después de él! Varón excepcional dotado de admirable agudeza filológica, que llevó su larga vida con estudio indeficiente y no supo jamás qué era fatiga. ¿Y son católicos Vigilancio, Joviniano, Rufino, que conocían el griego y el latín menos que él y a quienes el gran doctor acosa fieramente como desconocedores de lenguas, insinuando que en su propia ignorancia fueron a beber sus errores? Y así era, en efecto. Por no meterme con los otros, si Vigilancio supiera qué significa en hebreo la voz que el latín interpreta por *fratres* y conociera la fuerza de las voces *Primogenitus* y *Antequam*, no desbarrara con tanta y tan sacrílega charlatanería contra la intacta pureza de la Santísima Virgen. Pero son duchos en lengua griega y latina los luteranos y el mismo Lutero, a quienes condenó el Romano Pontí-

fice, y el consentimiento de las universidades. ¿Habéis oído loar la agudeza de los dialécticos? ¿Y qué? ¿Acaso Lutero no es dialéctico, y sofista, y teólogo escolástico? Era todo esto y, ciertamente, aún más que latinista, pues de griego nada sabía cuando se puso a escribir y de latín muy poco, y lo que se propuso defender defendiólo con la dialéctica y con argumentos capciosos, no con profundos conocimientos lingüísticos. Pero bien; enhorabuena que poseyera lenguas. ¿Es que todo lo que posee el hombre malo, instantáneamente se vuelve malo? Pero ni siquiera lo es de donde toma el veneno. Las víboras y las serpientes viven de las mismas hierbas que las ovejas, y, con todo, éstas convierten el pasto en jugo bueno y saludable; y aquéllas, en ponzoña mortal; el pan es saludable para el organismo sano, y es nocivo para el estómago enfermo.

¿De qué otra parte tomaron los herejes su heterodoxia sino de las palabras de los Libros Santos? Depraváronlos con su ignorancia y su arrogancia, en su intento de torcerlas a su opinión antes que acomodar a ellas su entendimiento. ¿Por qué cuando condenaron a Wiccleph y a Juan Hus no condenaron también la sofística, en la que eran expertísimos? A la sofística la conocían, pero no conocían lenguas. ¿Por qué me detengo en cosas que no ignora nadie? Luteranos son Pomerano y Lamberto; cierto. Pero ¿acaso no saben más latinidad que ellos el rey de Inglaterra, Roff, Ruseo, Latomo, Clichtoveo, y, en la misma Alemania, Mosolano, Juan Fabro, Capitón, Eccio? Contra Lutero han escrito Erasmo y Longolio, y contra Erasmo, Lutero. ¿Acaso los luteranos todos no ceden a éstos en estilo y elocuencia? Tanto dista Budeo de toda herejía como lo dulce dista de lo amargo. ¿Vive en la actualidad quien sea más perito que él en ambas lenguas? ¿Por qué he de acudir aquí a Alejandro Tonstalo, Tomás Moro, Sadoleto, Bembo, Láscaris, Brixio y a tantos filósofos y a tantos teólogos sabedores de lenguas, a todos los cuales se les hace una atrocísima injuria si el conocimiento de las lenguas más puras es semillero de herejías? ¿Qué más? Esos mismos que atacan las lenguas, como de ellas hicieran parada y alarde, ¡qué ostentación de ellas no harían si las poseyeran medianamente! ¡Cuánta afectación la suya! No solamente quieren expresarse con elegancia, sino que si dieren con algún vocablo más o menos bruñido se lo ponen como una perla en su birrete o la engastan como una piedra en su anillo y la muestran dondequiera y la meten en los ojos. Porque no tienen lo que con tan vivo deseo ambicionan tener, lo anatematizan y si lo tuvieran con ellos se ufanarían.

Pero dime: ¿Está la heterodoxia en el estudio de las voces o en el estudio de las cosas? ¿Dónde se esconde la herejía; en el vocablo o en su significado? Decir que en la palabra es majadería pura; está, pues, en el sentido y en la cosa. La cosa y el sentido no son la lengua. Alguno replicará: Está en el sentido que por la lengua se manifiesta. Bien; pero ¿de qué autores? ¿De los paganos, de los cristianos, de los herejes? Si son los gentiles los que dan asidero a la herejía, los que hojean con tanto afán los volúmenes de Aristóteles, de Porfirio, de Averroes hacen tanto mal como los que leen a Cicerón. Tito Livio, Quintiliano, Virgilio y otros por el estilo. Dime: ¿Dónde hay más rica y explotable vena de errores; en la

disputación acerca del alma de Aristóteles, de Averroes, de Alejandro Afrodíseo o en todos los poetas y oradores? Por no decir cuán impío es Aristóteles en sus tratados de ética y de política. Pero es injusto decir que los cristianos inoculan herejías, ora sean latinos, ora sean griegos, cuyos escritos y sentencias en su totalidad esfuérzanse cuanto pueden por conocer los enemigos de las lenguas. Pero es el caso que los libros de los herejes son nulos y si algunos hay, los estudiosos aficionados a las lenguas de buena gana los dejan a los teólogos porque los lean, mas ellos no les alargan la mano. El devoto del idioma latino y griego, más caudal hace de lo que digan Cicerón y Demóstenes y de qué manera lo dicen, que de lo que pueda pensar Juan Wiccleph, cuyos libros no mirará aunque le paguen por ello.

¿Y qué? Pretenden que no sean leídos los ingenios próceres en las artes y en las buenas letras: en filosofía, Platón y Aristóteles; en medicina, Hipócrates y Galeno; los viejos jurisconsultos de las Pandectas, los rescriptos de los emperadores; en teología, a San Cipriano, San Basilio, San Juan Crisóstomo, San Agustín, San Ambrosio, San Hilario? Pues éstos, sin el conocimiento de las lenguas respectivas, no pueden ser entendidos; ¿por qué condenan las lenguas? ¿Por qué envidian tanto bien a aquellos por cuyo bien están obligados a mirar? Si alguna vez leen a alguno de esos escritores que acabo de nombrar (eventualidad rara y tardía, que alguna vez puede presentarse), entonces se percatan de la cantidad de luces que les faltan para la inteligencia de aquellos autores, los que están ayunos o pobres de conocimientos lingüísticos. Fuerza es que sean muy malos y muy duros de corazón quienes, porque ellos están huérfanos de luz, no sufren que la gocen otros. Con todo, yo no tengo de ellos concepto tan malo, aun cuando muchos son ignorantes y algunos de ellos perfectos zafios, que vaya a creer que no se les alcancen tales evidencias. Lo que les desazona y les trae tan desabridos es que tocan con las manos que con el advenimiento de la lingüística queda harto mermada su autoridad y prestigio, porque carecen de una parte tan fundamental de la erudición. Por esto se empeñan en relacionar esa cosa, para ellos aborrecible, con las herejías, maridaje antipático a todo el mundo con perfecta razón, porque ninguna afinidad ni parentesco tienen, como lo saben hasta los muchachos. Y aun ellos mismos, calumniadores sistemáticos del habla latina, le deben no poco. Aparte de muchas otras consideraciones, esos mismos ladridos que lanzan contra las lenguas, si los lanzaran contra alguna lengua vulgar determinada, serían abucheados por el pueblo; pero, porque lo dicen en una jerga que se parece al latín, no solamente son soportados, sino adorados por la multitud, que piensa que la lengua latina no contiene otra cosa sino puros rompecabezas.

Pero qué buena suerte si esos altercados y barajas dejasen tranquila toda esa zona de estudios; pero dista muy mucho de ser así. El caso es que aquellas cuestioncillas subalternas verdaderamente gramaticales acerca *Del conocimiento de las antigüedades, De la fábula, De la anécdota, De un pasaje de algún escritor, De una voz*, etc., pareciéronle poco indicadas para proporcionar al altercado materia contenciosa. Si inquieres, ¿quién dió término a la primera guerra púnica? ¿Dón-

de abordó primeramente Eneas después de la tempestad? ¿O qué cosa sea el *vitilitigator* (picapleitos), en Plinio y en Catón? Si respondiere como es debido, tienes que pasar a otro tema, y si no, aducida la autoridad de un buen escritor, hásele de corregir. Pero ésos, en la misma cuestión quieren litigar mucho tiempo. Para ésos, es mengua y desdoro ceder la palma a otro que se expresó mejor o pasar a otro tema de disertación, como si fuera propio de ingeno lerdo y rudo no dar con aquello que en tu magín creaste. Al punto, dicen a gritos: Al asunto; o mejor: Contra el asunto o fuera del asunto. Por esto, de las otras artes trajéronse a la gramática incitaciones y combustible de una más larga pendencia, tarea que no solamente fué fácil a los filósofos y teólogos que ocuparon las escuelas de primera enseñanza, de modo que de sus contiendas algo se derivó a esos centros elementales, sino necesaria para aquellos que ignoraban todo lo demás, salvo esas materias de riñas.

De la dialéctica tomaron las razones de las *definiciones y divisiones, las argumentaciones, la mayor, la menor, la conclusión, las consecuencias* de donde son las cuestiones acerca de Donato, y la glosa notable con los argumentos y mangas y otras cosas más divertidas de decir que de leer. De la metafísica tomaron las *realidades*, las *formalidades*, las *entidades*, del *modo de significar las voces*, de lo cual escribieron Escoto y Alberto de Sajonia y el librito de Boecio, que es tan suyo como aquél, cuyo capítulo es: *De la disciplina de los escolares*. Por esto pienso yo que en la total corrupción de las artes todas no pudo excogitarse jamás corruptela más estúpida que esta de preguntar: ¿Por qué ese nombre es masculino y ese otro es neutro? ¿Por qué ese verbo es deponente y es activo ese otro verbo? Como si un mismo nombre no sea masculino para los griegos y femenino o neutro para los latinos; y un mismo verbo, en griego es activo y en latín es deponente o neutro, y voces diversas de un mismo significado en una misma lengua tienen géneros y declinaciones distintas y otros fenómenos gramaticales que no tienen cuento. Sin duda eran necesarias algunas digresiones amenas a los que habían alcanzado todo el saber asequible en arte gramatical y en habla latina; los ingenios, extenuados por la lectura de los buenos autores, debían rehacerse con apacibles entretenimientos; pero como la lengua latina casi en su totalidad ya estuviese muerta y les pareciera plausible y respetable y de importancia definitiva emporcar la oración con sucios solecismos y con barbarismos repugnantes, cada cual, para expresar lo que quería, acudía al idioma vernáculo a pedirle prestada la expresión, bien porque se les antojase bonito hablar el latín lo peor posible, bien porque les resultaba más expedito y cómodo y aun a veces porque no carecía ciertamente de alguna voz mejor, pero que no hubiera sido entendida. Así que algunos preferían, según el viejo dicho, *hablar con más rudeza, pero con más claridad.* De ahí nació una barbarie que no fué única como única era la lengua latina, sino para cada nación y gente: Una barbarie introdujo el español de su romance; otra, el italiano; otra, el francés; otra, el germano, y otra, el inglés de sus respectivos idiomas vernáculos. Y los unos no se entendían con los otros.

CAPITULO IV

DE LA POESÍA Y DE SU GRAN INFLUENCIA; ABUSO QUE HICIERON CASI TODOS LOS POETAS CONVIRTIÉNDOLA EN EL MÁS EFICAZ DE LOS MALES

Al conocimiento de la gramática se sumó el de los poetas y el comentario y la interpretación de los historiadores. La poesía es una oración ligada a una cierta ley de número, en la que no solamente hay la trabazón de los pies, sino también el ritmo y cierto concento armónico que regala el oído y con su dulzura cariciosa halaga el alma. Parece que esta suerte de lisonjero hechizo fué buscado porque si se quería que algún sentimiento se adentrase en el pecho de los mortales más profundamente y más tenazmente quedara depositado en la memoria, se pudiera conseguir con su sabrosa blandura, por manera más atractiva y fácil, pues con más grata complacencia damos entrada en nuestro espíritu a tan suave aliciente, y con más eficacia lo recordamos ligada, como está la poesía, y trabada por la blanda tiranía del número. Así es que en los más viejos poemas de la Humanidad, cantaron las divinas alabanzas Moisés y David, el coronado citaredo de Israel; y en la gentilidad, en versos quedaron consignadas las respuestas de los dioses, que convenía se recordaran el mayor tiempo posible. Por esto, ese goloso condimento, tan conducente al provecho de la vida humana, pasó a temas que no iban a reportar ningún provecho; es evidente que salió de sus propios límites mal de su grado y a viva fuerza. Con ese sabor quedaron sazonadas liviandades peligrosas y con esa miel quedó endulzado ese tósigo.

Aquellos primeros poetas gontílicos: Anfión, Orfeo, Lino, Museo, Tamiras, de la edad mítica; y aquellos otros que ya en la edad histórica fueron en seguimiento suyo: Femio, Homero y Hesíodo, en poemas y cantos de oro celebraron las genealogías y las fechorías de malsines, de reyezuelos, de pastores y, en una palabra, de todos aquellos a quienes la ruda vetustez, porque inventaron la hoz o el rodillo, levantaba en su loor aras y templos y les rendía honores debidos sólo al Dios verdadero. No dejaron de celebrar sus peregrinaciones, sus nupcias, sus banquetes, sus monterías, sus luengos errores por el mar. En narrando todo esto, no dejarás de admirar o su paciencia heroica, pues tantas vigilias pudieron sostener al montar tan laboriosos artilugios de cosas tan livianas, o la inacabable resistencia de los oyentes o de los lectores, que no se dejaron señorear del tedio de una tan baladí y tan prolija fábula. ¿La dulcedumbre de esos cantos musicales fué imaginada para que los hombres oyeran con gusto que no sé qué legendarios héroes habían cenado copiosamente o habían salido a la caza del jabalí, al que antes que nadie hirió una muchacha cazadora o que Hércules mató a dos toros, con los cuales aderezó un convite para sí y sus compañeros? E insisten en hechos hazañosos de aquellos a quienes el pueblo tiene y venera por dioses y cuentan sus peleas, sus parricidios, sus adulterios, la expulsión de sus padres, sus tretas, sus impiedades, sus maldades nefandas, merecedoras de pena capital.

¿Y de quiénes celebran todo eso? Pues de aquellos cuya imitación hasta donde nos sería posible nos está vedada, por manera que no hay fechoría ni maldad de la cual

los hombres no hallen que algún dios sea fautor y dechado, con cuyo ejemplo no solamente se autoricen, sino que se inciten e inflamen a sus mismos desafueros. ¿Acaso en el teatro de los gentiles, y para quienes Júpiter era el padre de los dioses y de los hombres, no se atreve un histrión en la persona de un mozo a decir, con gran aplauso del público: *que un dios se había transformado en hombre y por ajenos tejados había venido por la luna a burlarse de la mujer? ¿Y qué dios? ¿El que hace temblar con su trueno los alcázares del cielo? Y yo, hombrecillo, ¿no lo había de hacer? Pardiez, que lo hice y aun de buena gana.*

Responda todo el teatro por su Júpiter; disculpe al dios y condene al hombre; no hallará cómo pueda hacerlo. Y si entre ellos se sentaba algún Lelio o algún Galba o algún Graco o cualquier otro orador de la época, levántese y haga alguna especiosa y colorada defensa del rey de los dioses. Por esto, aquel gravísimo filósofo que se llamó Platón excluyó de aquella su utópica ciudad de hombres buenos no la poesía, sino los poemas y los poetas.

¿Y qué más? De la Divina Providencia, del premio de los buenos, del castigo de los malos dicen unas cosas, expuestas a la general irrisión. Luciano, el sofista, según los dogmas de su secta epicúrea, se burló saladísimamente de todos los dioses olímpicos, de sus fechorías, de sus hechos, de sus sacrificios, de su culto todo. Con ello no hizo cosa extraordinaria. No hay vieja tan fuera de seso que no haga burla y desdén de tales divinidades.

Algunos se empeñan en traer esas fábulas a una cierta interpretación natural, como los estoicos; y otros, a una determinada interpretación moral, pero con extorsiones tan violentas, que todas las leyendas griegas, romanas y bárbaras pudieran torcerse a aquel sentido; dan a sus dichos una significación que jamás pasó por las mientes de sus propios autores, no de otra manera que el gramático Donato lo hace en la explicación de los consejos de Terencio. ¿Quién duda sino que esas ficciones de los poetas son inspiraciones del espíritu divino, que es el único que abarca todas las que pueden ocurrir a la mente de los hombres todos? Landino hasta tal punto violenta la poesía de Virgilio en su afán de traerla a las costumbres y a las causas de la Naturaleza, que sostiene que no solamente es un consumado filósofo, sino hasta un buen cristiano. Los griegos porfían en que Homero no solamente fué filósofo, sino fundador y cabeza de todas las sectas filosóficas, jónica, itálica, platónica, peripatética, estoica, académica. Con su agudeza habitual, Séneca dice: *Es claro que nada de todo eso hay en él, porque en él está todo.* Platón expresa abiertamente su sentir en el *Fedro*, atribuyéndolo a la persona de Sócrates. *Si alguno*, dice, *que no da crédito a las ficciones poéticas las quiere arrastrar a un sentido conveniente, confiado en cierta filosofía aldeana, ese tal necesitará una cura de reposo.* Mas los estoicos y algunos otros filósofos antiguos, con harta sabiduría tradujeron a más alto sentido las sentencias homéricas, porque cubiertas con tan grande autoridad y fe ocasionaran menos daño. ¡Con cuánta mayor discreción que los nuestros, que prefieren violentar aquellas opiniones creídas de muchos a torcerlas con blandura, acostándolas a su pensamiento. Pero este punto es de otro

lugar. Algún día nos ocuparemos de él.

De los dioses descienden a los hombres los poetas. ¿Qué otra cosa dirán de los hombres sino lo que dijeron de los dioses? Es un crimen hacer a los dioses mejores que los hombres; cantaron las guerras y las crueldades de los dioses, sus amores, sus codicias, sus fraudes, sus astucias. Hicieron a los hombres dignos de los máximos encomios, tales cuales habían hecho a los dioses del Olimpo; y esto, ciertamente, con soberano acierto. ¿Qué alabanza más colmada podía hallarse que la de ser lo más semejante posible a los dioses inmortales? Y yo, hombrecillo, ¿no lo había de hacer? ¡Pardiez, que lo hice, y aun de buena gana!

Cantan y celebran las venganzas, las rivalidades, todos los ejemplos de crueldad. En Homero, el dechado del príncipe ejemplar está figurado en Aquiles, que fué el más truculento y el más sin entrañas de todos los guerreros; el dechado del sabio está figurado en Ulises, fertilísimo en fraudes y mentiras; admiran el poder, el mando, las riquezas; adulan, igualan con los dioses a aquellos que poseen esas cosas. ¿Y qué diré de aquellos que cantaron los amores suyos o los amores ajenos? ¡Con cuán grande peste contagiaron el ánimo de la puericia y de la juventud! ¿Qué son para el pecho de un mancebo las narraciones eróticas sino una llama próxima a una estopa? Se atraen y se encienden. Menandro lo manifiesta con una expresión que el apóstol San Pablo consagró con su boca: *Corrompen las buenas costumbres los malos coloquios.* Y no con rudeza y desaliño se ha dicho todo esto del apetito carnal, de la sevicia, de la gloria vana, del fraude, sino con primores y hechiceros atavíos, por manera que, aun sin el incentivo de la tentación, las palabras mismas halagarían y sonreirían.

¿Y qué más, en aquellas cosas que con gusto nuestra malicia apetece, que se complace en oír, que se regocija de ver y a las que impetuosamente se lanza nuestro propio instinto? La cosa misma, aun sin las palabras, hubiera invitado y atraído. Al veneno dulce se le sazonó con un dulce condimento, causando una doble calamidad; porque perdieron la ocasión de tantos provechos si con aquella blandura de números y aquella elegancia de la oración se hubieran propuesto recomendar lo más conveniente a la formación moral del auditorio, y también porque inficionaron con su malicia los ánimos tiernos, flexibles a cualquier dirección. ¿Para la triste faena de recomendar el mal a las conciencias humanas se aparejaron esos números de tan arrobadora melodía? Cantando cosas dignas, consiguieron los poetas que se los llamase divinos, santos, piadosos, tanto que Ovidio Nasón se atreve a decir: *Hay en nosotros un dios; cuando él se agita, nos enfervorizamos; de las moradas etéreas desciende el divino espíritu; hay en nosotros un dios y tenemos comunicación con el cielo.*

Dime, Publio Nasón: ¿Cuándo? ¿Cuándo enseñas cómo se ha de expugnar la entereza de una doncella o cuando cantas un epicinio por haberla expugnado? ¿Por ventura, porque Homero fingió eso y traspasó a los dioses las boberías, las liviandades, las malicias, las maldades de los hombres, se le proclamó *padre de los ingenios?* ¡Con cuánta mayor justeza le apellidó aquel otro *padre de las bagatelas,* y Eratóstenes, que llamaba a la poesía *frivolidad de mu-*

jer vieja! Y a pesar de todo, la costumbre de leerlas y escribirlas indujo a los hombres a la opinión de que no es tal poema si no canta vicios. Y así fué que los vicios todos confluyeron a la poesía como a una cloaca y hallaron en ella amplia y generosa cabida.

Esta es la ley del poema promulgada por Catulo. Dirás que es un Solón o un Licurgo o cualquier otro austero legislador si hubo alguno que lo fué más que ellos: *Si parece bien que sea casto el poeta piadoso, no es menester que lo sean sus versillos, los cuales sólo tienen sal y tienen gracia si son tiernecicos y desvergonzadillos...*

Como si el poeta pudiera ser casto cuando atolló en la lujuria y se regodea con la sensualidad y medita y escribe y canturria carnalidad. Platón, en su *Fedón*, dice que el poeta debe crear si ha de ser poeta de verdad. Lo mismo dice Plutarco. Aristóteles, aun al escritor de cosas grandes y serias, dice que no se le ha de dar el nombre de poeta, sino de loco, como a Empédocles. ¿Hay otra cosa mejor que cantar de Dios?

Pues a los poetas toca componer himnos. Porque si con blandura de estilo compuso bagatelas el poeta, ¿no podrá cantar con igual hechizo aquellos grandes y excelentes asuntos que querrá confiar a la perpetuidad de la memoria humana? ¿Por qué el poeta no podrá cantar la verdad como cantó la mentira? ¿No es preferible que se ponga agrado en la certidumbre antes que en la falsía? Canta Virgilio proezas fabulosas de Eneas; canta hechos históricos de los romanos en los libros VI y VIII. ¿Por qué ha de ser menos poeta allá que aquí? ¿Por ventura no es poeta en las *Geórgicas* y, por cierto, muy mejor que en las *Bucólicas?* Pero todas las veces que en aquella gran obra pequeña, por vía de digresión, se va a la fábula, inmediatamente se presenta Servio, que nos recuerda con excesiva oficiosidad que Virgilio no olvida que es poeta; esto es, fullero y mentiroso. ¡Cuánta verdad canta Anneo Lucano! Para él escribió nuestro Valerio Marcial este dístico:

Hay algunos que creen que yo no soy poeta;
pero el librero que me vende, ése sí que cree que soy poeta.

Como si el poeta se diferenciara de los otros por la materia, no por el estilo. Si el poeta no es otra cosa más que un encomiasta en verso de la mentira, ¡váyase la poesía noramala! ¿Por qué me inoculas poco a poco la mentira y los vicios, a los cuales, desgraciadamente, tengo demasiada inclinación y me enhechizas con la suavidad y blandura del verso con tan callada eficacia, que sin que lo sienta, dejan su llama dulce en mis meollos? ¿Por qué me precipitas en los escollos de las sirenas porque me ahoguen, embriagado en las mieles de su canto? Cierto; los poetas merecen mal del arte poética, a la cual enaltecen hasta el cielo, si la única misión que le atribuyen es la de tontear.

Hasta aquí hemos hablado de la corrupción de los asuntos; hablemos ahora de la corrupción de las palabras, traída por los poetas más modernos: así como aquellos vencedores bárbaros que, como una tempestad arrolladora, se derramaron desde el Norte hasta el Occidente no percibían más la armonía y el concento de los metros griegos y romanos, que percibe el asno el tañido de la lira o que Midas la melodía del crinado Apolo, según las fá-

bulas cuentan; para el regalo de aquellas orejas asnales, omitido el ritmo y la proporción de largas y breves fué menester acudir a la rima, pues sin este recurso no se iba a distinguir la poesía de la prosa, una vez perdida toda la diferencia de sílabas breves y largas, que fácilmente percibía el fino oído de griegos y romanos. Desde entonces, todas las lenguas vulgares de Europa no tienen otro género de metro; trasladóse éste al latín, y excogitáronse diversas combinaciones estróficas: que los finales treminasen uniformemente, que los versos medios rimasen con los finales o los versos medios entre sí y los finales también entre sí. Cada una de estas combinaciones tiene sus nombres propios tan infelices que más valdrá que no los mente. Harto se regodearon en su barbarie, desesperando de tenerlos mejores, como si estuviera hecho de las cosas humanas, por manera que no quedaba ya esperanza de ningún otro siglo mejor, por lo que a las letras atañe.

Salió a escena la poesía cuando ya todo el pueblo se había congregado para el espectáculo; y allí, así como el pintor presenta a la multitud una tabla para que la mire, así el poeta ofrece una cierta imagen de la vida. No sin razón dice Plutarco que el poema es una pintura parlera y la pintura es un poema callado. Así que el pintor y el poeta son maestros del pueblo. El teatro se corrompió también porque del acoso del vicio y de la bellaquería, pasó al servicio de la pasión desordenada, por manera que todo lo que concitó la saña del poeta desató contra sí la destemplanza de su lengua y de su pluma. A esta injuria y esta insolencia pusieron coto, primeramente los ricos, con su influencia y sus copiosas posibilidades, y luego, las leyes, precaviendo que nadie fuere osado de componer poemas ofensivos. Entonces, la fábula comenzó a disimularse en forros y en envolturas y, poco a poco, el teatro en masa se acogió a escabrosidades que siempre ganan el aplauso del público, a amores viciosos, a artimañas de meretrices, a perjurios de alcahuetes, a fanfarronerías de soldados; cosas ésas que, como se decían en corrales atestados de muchachos, doncellas, mujeres, masa humana de artesanos ignorantes, es indecible cómo se iban estragando las costumbres de la ciudad con aquellas representaciones y como incitaciones a la bellaquería, principalmente porque los autores de comedias siempre daban un desenlace feliz a las comedias de amores y de impurezas, pues si alguna vez les hubieran dado un desenlace catastrófico, alejaran de esos espectáculos al público para el cual se hubiera estudiado y preparado una tan amarga decepción.

En este punto fué incomparablemente más cuerdo el que escribió en nuestro vulgar castellano la tragicomedia de *La Celestina*, pues a los amores avanzados hasta un límite ilícito y a aquellos deleites pecaminosos, dióles una amarguísima ejemplaridad con el trágico fin y la caída mortal de los amantes, y a las muertes violentas de la vieja alcahueta y de los rufianes que intervinieron en ese escarmentador celestineo.

No ignoraban ciertamente los antiguos escritores de comedias que eran puras torpezas las que escribían, dañosas a la moral de la juventud. Plauto encarece con esta original recomendación su comedia los *Cautivos*: *Convendrá que demos principio a esa comedia; no está manoseada ni está hecha como las*

otras, ni contiene versos sucios que no pueden recordarse, ni aquí hay ningún rufián perjuro ni ramera bellaca, ni soldado fanfarrón.

Pues esa comedia recomiendas por honesta, ¿por qué no compones otras por el mismo estilo? Pero tenían determinado venderse al pueblo y de él captaban el aplauso: *Así que el poeta inclinó su voluntad a escribir, ésta fué su exclusiva finalidad: que diesen gusto al pueblo las comedias que hiciese.*

Estaba aquel pueblo, por ignorancia del verdadero Dios, por la cuantía de la opulencia y la grandeza del imperio, encenagado en todo linaje de deleites y de molicie y no había de recibir con su favor entusiasta sino lo que complacía a su gusto depravado. Los modernos, en su respectiva lengua vernácula, a mi parecer se aventajan mucho a los antiguos en la elección del argumento. Por regla general no se ofrecen al público más que comedias que aúnan el deleite y el provecho, si bien en el arte esos autores modernos de comedias son superados por los poetas antiguos. Hase de decir, no obstante, que tampoco fueron siempre observantes del arte; me refiero a Aristófanes, a Plauto, a Ennio y al que a todos superó en técnica teatral: he nombrado a Terencio. Con demasiada frecuencia se olvidan del decoro. De tal manera componen las comedias, que parece que las representan, y ello es una ofensa a la pública honestidad. La comedia no se representa a sí misma, sino el hecho o a lo que se finge hecho, bien así como la pintura no se representa a sí misma, sino al objeto pintado. *Toma verbenas del altar,* dice Davo en Terencio. Pero la escena figuraba pasar en Atenas, no en las tablas; ni Gliceria había dado a luz en escena, porque su tierno hijuelo fuese envuelto en las verbenas del ara de Apolo o de Baco, que ambas levantábanse en la escena, como dice Donato: *¿Por ventura no me dijiste que existían rencillas entre ambos?*, dice Simón; pero el escenario estaba tan ocupado, que no quedaba lugar donde Davo pudiera decir aquello a Simón. En la *Mustelaria* nómbrase de improviso a una persona cuyo nombre poco antes decía ignorar el que la nombró. Y en el *Pénulo* (cartaginesillo) dice el púnico Hannón: *Porque lo sepas, desde ahora en adelante hablaré latín,* siendo así que se finge que la escena pasó en Atenas. Ni hubiera observado el decoro si hubiera dicho: *Hablaré en griego;* debió decir: *Hablaré en una lengua en que me entiendas.* Además, en plena acción, introduce a un personaje que dice que la comedia entonces se hace. Donato, en aquel pasaje de Terencio: *Pluguiere al Cielo que hallase un sitio de donde despeñarme,* dice: *En la comedia no puede nombrarse el hierro porque no se convierta en tragedia.* Si ello es así, no pocas veces Plauto del zueco se encarama al coturno, pues en el *Pseudolo* nómbrase el hierro y en la *Cistelaria* un mozo quiere llevar contra sí la mano que blande una espada. Pero quizá lo que dice Donato es alguna de sus delgadísimas sutilezas.

CAPITULO V

DE LA HISTORIA; QUIÉN FUÉ EL PRIMERO QUE CON MENTIRAS LA AVERIÓ Y POR QUÉ

Ahora le toca la vez a la Historia, cuya jurisdicción está contenida en límites harto vagos. Unos, aferrándose a la etimología, quieren que la voz *Historia* venga del verbo

griego *isorein,* que equivale a *vèr,* como si el historiador estuviere viendo lo que escribe; otros, como Cicerón, la definen como *una serie de hechos realizados en una época alejada de nuestro recuerdo.* Estas dos versiones son contradictorias, de tal manera que lo que Tito Livio escribe de las guerras púnicas, para los primeros no es historia; y lo que es contemporáneo, no es historia para Cicerón. Como si el historiador no pudiere relatar los sucesos en que él tuvo participación. El mismo Cicerón, mientras estaba pensando si escribiría historia, en el primer libro de las *Leyes* se expresa así por boca de su hermano Quinto:

«QUINTO.—¿Desde qué tiempos se ha de empezar a escribir? Yo pienso que de los últimos, porque aquellos sucesos están de tal manera escritos, que no se leen siquiera; mas él, exige la contemporaneidad para abarcar aquellos hechos en que él intervino personalmente.

»ATICO.—Yo me conformo más con el parecer de éste; pues han pasado cosas trascendentales en esos tiempos de recuerdo nuestro. Si lo hace así, ilustrará las proezas de Cneo Pompeyo, ese gran hombre tan amigo suyo. Caerá también dentro de su plan aquel memorable año suyo que yo prefiero ver pregonado por él más que, como dicen, la época de Rómulo y Remo.»

Esto es lo que dice Cicerón. ¡Con cuánta mayor verdad y claridad explica lo que es la Historia en el libro segundo *Del orador,* obra de mayor erudición y madurez! *La Historia es*—dice—*testigo de los tiempos, luz de la verdad, vida de la memoria, maestra de la vida, pregonera de la antigüedad.* Según su etimología, la Historia es cosa vista y contemplada, verificada como quien dice, cuando, por el contrario la comedia es cosa que nada vió, como Luciano dice que *Ctesias de Gnido escribió acerca de la India, lo que ni él vió ni oyó de otro que se lo contase.*

Siendo la Historia, como en realidad lo es, *testigo de los tiempos* y *luz de la verdad,* su depravación primera consistió en que con los hechos verdaderos mezclasen mentiras, inicialmente los poetas, que, no persiguiendo sino el solaz de los oyentes y un grato cosquilleo de los oídos, sólo anduvieron en pos de lo que produjera deleite. Y como de cuando en cuando desconfiaron de alcanzar ese objetivo con la verdad sincera y genuina amalgamaron en un revoltijo verdades y falsedades y aun las verdades mismas las torcieron y desfiguraron, cuando creyeron que de este modo iban a tener mayor aceptación o causar más grande maravilla. A ese efecto, abusaron de figuras, metáforas, alegorías, anfibologías, sinonimias, semejanzas de cosas o de nombres. De un hombre que se llamase *Tauro* (toro), dijeron que era un toro real; de una nave cuya insignia fuese un carnero (*aries*), dijeron ser un auténtico carnero; del vellón de color leonado o cubierto con limaduras de oro, dijeron ser de oro; de una montaña alta, dijeron ser el cielo; también llamaron *cielo* a la esfera de la astrología; de los montes redondos, columnas que sostenían el firmamento; de una lanza larga decían que *llegaba al cielo;* de un escudo grande, decían ser una torre. Y así fueron hiperbolizando desaforadamente.

Fueron poetas los escritores más antiguos. Contaban las tradiciones a unos hombres sumamente ignorantes en un estilo elegantísimo como de aquel siglo; conquistaban a los

dotados de ingenio; embelesaban a los lerdos y a los botos. Paulatinamente, el error, pasado como de mano en mano, y confirmado por la reiteración y el tiempo, hizo que la verdad escondida y envuelta en tantos velos no pudo ser descubierta ni revelada por los escritores que les siguieron. Furnuto y muchos otros intentaron sacar la verdad como un meollo de sus cáscaras poéticas, pero con pobre resultado y con una irreconciliable divergencia. Añadiéronse las confusiones de nombres; pues muchos fueron denominados con el mismo nombre, como Hércules, Joves, Saturnos, Apolos, Junos, y adaptados por los poetas los nombres por la semejanza de las costumbres o de la forma, como en Roma a muchos príncipes pusiéronles nombres de bellacos perfectos por la semejanza, como al padre de Pompeyo el Magno se le aplicó el nombre de *Menogenes*, que no fué más que un cocinero ruin; a Cornelio Escipión, le llamaron *Serapión;* a Léntulo, *Spintheris*. Así los poetas, a los reyes los llamaron *Joves*, como dice Plauto; a los varones robustos, los llamaron *Hércules;* a las reinas, *Junos;* a las doncellas discretas las llamaron *Minervas*. Ello hizo que los hechos hazañosos de unos se atribuyeran a los otros, como todos los trabajos de los Hércules, que dícese que fueron seis, a sólo el Hércules de Tebas; y todas las proezas de Júpiter, que para Cicerón son tres, a sólo el Júpiter cretense. Y para la luz de la Historia no hay cosa tan a propósito como una exacta cronología. Antes de las Olimpíadas todo estaba revuelto y oscuro, porque no había ninguna distinción de tiempos de hechos señalada por determinados signos que hicieran el oficio como de estrellas fijas, según dice Terencio Varrón, autor cual ningún otro docto y diligente. Los unos señalaban la cronología por los faraones egipcios, otros por los dinastas áticos, otros por los siciones, de forma que reinaba en punto a lo que en cada tiempo se verificó una confusión caótica, no de otra manera que los viejos sistemas de pesos y medidas con dificultad pueden reducirse a los nuestros por su gran variedad; lo que aún por la misma causa ocurre con los actuales.

Y no solamente en la fijación de las edades, sino también en el número de anualidades la mentira progresó hasta un límite ridículo. Donde unos cuentan sesenta años, otros cuentan sesenta mil; donde unos cien, otros doscientos mil, como en los anuarios egipcios y caldeos, donde aquellas gentes mentían con impávido descaro. Tenían éstos el año mensual y aquéllos el bimestral; éstos el trimestral, aquéllos el de cuatro meses, el de seis meses, el de diez, el de doce meses; para los unos cualquiera conversión de un astro era un año, como para nosotros lo es la del sol. Y tuvieron aquellos pueblos una pasión tan grande por enaltecer a su patria, en especial delante de las otras naciones, que no tuvieron el menor escrúpulo de afirmar con la mayor desvergüenza las más vanas invenciones. Así que el estigma de mendaz con que condenan a la historia griega Cicerón, Quintiliano y Juvenal, es extensivo a todos los pueblos situados al Oriente y al Mediodía. ¿Qué pueblo hay más leve para la mentira y que mienta más alegremente que los egipcios, región móvil como pluma al viento, en frase gráfica de Adriano, y dócil a cualquier impulso? Por lo que toca a los griegos, muchas fueron las circunstancias que los impulsaron a

mentir, en la Historia. Primeramente, su exaltado patriotismo, que los llevó a pensar que iban a aumentar la grandeza de su patria si la encarecían con la grandeza de las mentiras y que por este servicio merecerían bien de ella. Allende de esto, fué Grecia muy fértil de excelentes ingenios y muy rica en posibilidades expresivas, y si las hubiera mantenido severamente en los límites de la verdad, no hubiera podido llevar su propio peso, luchando consigo misma con tantas fuerzas y con el esfuerzo titánico de extravasarse y salir de madre. Así que cuando la realidad no les proporcionaba materia adecuada, ellos la crearon descomunal, inédita, inmensa, estupenda, maravillosa, y en ella ejercitaron copiosamente aquella su fuerza nativa de creación y de expresión. Así pensaban que iban a contentar más al lector que los que seguían puntualmente la verdad simple y desnuda, en especial porque veían que sus predecesores les habían arrebatado la palma de la narración verídica y que ellos, si se limitaban a repetir lo mismo, serían objeto de desdén y no iban a encontrar quien los leyera.

¿Y qué más les faltaba si veían que aquellas narraciones grandilocuas, trágicas, fabulosas, sonreían más al lector ocioso y que se habían granjeado gloria grande los que las habían escrito, como Homero, Hesíodo, Museo, Orfeo y otros poetas primitivos? Y porque no se les pudiera censurar no se atrevieron a mentir en las cosas domésticas, porque fácilmente en casa muchos podían desmentirles. Más lejos fueron a buscar la Historia, donde mentirían a sus anchas y con más segura impunidad. Se acotaron las historias de Persia, del Egipto, de la Caldea, como Herodoto, a quien harás mejor llamándole *padre de mentiras*, que como algunos le llaman, con ofensa de la verdad, *padre de la Historia*, y Diodoro Sículo, de quien yo no sé por qué razón Plinio dice haber sido el primero que dejó de decir frivolidades, siendo así que no hay cosa más frívola que él. ¿Defiéndele acaso el título, porque no concitó la odiosidad contra sus libros con algún rótulo llamativo, sino que en el frontispicio de su historia escribió el mote *Biblioteca?* Otros lánzanse a mentir despreocupadamente, porque no buscan la verdad donde debe buscarse, sino que la recogen de lugares donde hallarla es rareza suma, a saber: de rumores que se disiparon, de cartas que se escribían cuando los sucesos se verificaban, en las cuales un amigo hace a su amigo noticioso, no de lo que pasó en realidad, sino de lo que él oyó, como aquello que Cicerón escribe a Atico, que en *Bretaña no hay ni un grano de oro*, como pregonara la fama la primera vez que César pasó a aquella isla.

En las apologías que se hacen de los vivos o de los muertos, introdúcense muchas ficciones y copiosas hipérboles por realzar más la figura del encomiado. Tito Livio demuestra que muchos historiadores que se documentaron en las oraciones fúnebres dieron falsedades por verdades y adulaciones por hechos. Más expresiva y francamente dice Cicerón en sus *Claros oradores*, hablando de los epitafios: *Con esos loores póstumos nuestra historia contrajo tumores y ampulosidades que exigen enmienda y corrección. Escribiéronse en ellos hechos que no tuvieron efectividad: falsos triunfos, numerosos consulados, genealogías ilustres transferidas a la plebe al injertar hombres humildes en gloriosos linajes homónimos, como si yo*

dijese descender de Marco Tulio, aquel patricio ilustre que fué cónsul con Servio Sulpicio, diez años después de ser expulsada la monarquía.

CAPITULO VI

QUÉ ASUNTOS DEBE TOCAR EL HISTORIADOR Y CÓMO DEBE TOCARLOS. CÓMO SON HARTOS LOS QUE EN AMBOS EXTREMOS PECAN MUCHO

Entre otras virtudes de la Historia, dicen que ella es la *maestra de la vida.* Y siendo ello así, no es menos cierto que muy a menudo se escribe de cosas baladíes que no granjean utilidad ni fruto alguno, como de un banquete, de una partida de caza y aun a veces, que es peor, de cosas de amores, a cuyo solo recuerdo el ánimo humano se enciende en ira, no menos oyéndolas que viéndolas; igualmente, de la venganza que se ejecutó en quien ofendió el primero. Cosa es esta última que la hacemos con mucho contentamiento, pues, según reza un proverbio griego, la venganza es cosa sabrosísima; es manjar de dioses, y como tal, con morosa delectación la leemos y la aprobamos. También se escribe de guerras, admirándolas y recomendándolas, para que el ánimo del lector complacientemente se deslice a desear aquella sangrienta infamia que oye ser tan celebrada y enaltecida. Desgraciadamente, no fueron pocos los príncipes que se abalanzaron a las armas y a la guerra no aguijoneados por otra espuela que la de la gloria de aquellos que algún día fueron vencedores. A Milcíades le quitaban el sueño los trofeos y lauros de Temístocles; el nombre de Aquiles prendía fuego en el ánimo de Alejandro; Alejandro concitó a César; César azuzó a muchos. César, en varias batallas, llegó a sacrificar ciento noventa y dos mil hombres. Y no entran en cuenta las víctimas de las guerras civiles.

¿Y habrá alguien que pondrá entre sus glorias esas colosales hecatombes, como dijo Plinio sabiamente, *esa tan grandiosa ofensa del linaje humano?* Dése suelta a los diablos y matarán a muchos más; mientras César será loado porque entregó a la muerte a tantos millares de hombres, siendo así que no pudo dar oído a uno solo. Y eso que se atrevió a computar la sangre civil. Y si bien se mira, ¿qué otra cosa son sino guerras civiles las guerras entre hombres? No con lazos más flojos está ligado el indo con el romano, que el romano con el romano; y no raras veces, con lazos más estrechos. Enseña esto la Naturaleza; preceptúa esto el Autor de la Naturaleza, Cristo, que es nuestro maestro.

Añádese que la Historia es la imagen de la verdad. Esta imagen es exactísima, que no hace a la realidad ni mayor ni menor, no como las sombras que a la salida y a la puesta del sol son larguísimas y al mediodía casi nulas. Algunos historiadores, a fuerza de alabanzas, agigantaron lo propio y con rencorosa avaricia empequeñecieron hasta donde les fué posible lo ajeno. Ni una actitud ni la otra son propias del historiador, que debe dejar a cada hecho su privativo y natural volumen. En los escritores de historias griegas hallarás a quienes de un mosquito hicieron un elefante de las Indias. Nos presentan como a agregio e invicto caudillo al que sólo una vez peleó con el enemigo. Si ponderas los encomios con que le enaltecen, pensarás que se trata de un capitán que dejó tamañitos a Alejandro, a César, a Pompeyo; re-

vélase algún Ifícrates ateniense o algún Agis lacedemonio, o un Filepomenes Megapolitano; no los critico, pero créolos inferiores a tan subidas alabanzas. Eso repréndelo Salustio con esas palabras: *Las hazañas de los atenienses, a su parecer, fueron asaz sonadas y magníficas, pero algún tanto menores de lo que cuenta la pregonera fama; mas como florecieron allí escritores de gran ingenio, los hechos de los atenienses celébranse por todo el haz de la tierra como las mayores empresas realizadas; de arte que la fortaleza de los que los llevaron a término se considera ser tanta cuanta con su elocuencia pudieron realzarla aquellos ingenios sobresalientes.*

Esa jactancia griega de sus propias empresas tomó creces e impudor después que la grandeza del pueblo romano comenzó a oscurecer la gloria de los griegos y eclipsarla con la abundancia de sus lumbres. Entonces los griegos, porque sus construcciones no sucumbiesen aplomadas por las gigantescas bastidas romanas, comenzaron a levantar más arriba sus tejados, ahuecando las palabras para hacerlas más grandes a medida que los hechos se empequeñecían, recurriendo incluso a la mentira. Plutarco escribió un ponderoso volumen: *Vidas comparadas de los varones ilustres griegos y romanos,* y otro más chico: *Semejanza de los hechos griegos y romanos.* En la primera, ¡cuán inicuo paralelismo! Saca el romano a Marco Catón o a Claudio Marcelo; y el griego les opone Arístides o Pelópidas; el romano saca a Bruto; el griego aduce a Dión; los mirmilones son comparados con los tracios. Pero en la comparación, cuánto trabajo y qué congojas y qué apuros los de ese hombre docto y no infacundo, por cierto, para establecer su semejanza o su desemejanza, en un plano de igual grandeza. ¡Cómo alarga el cuero corto con sus dientes cual lo hace el zapatero! Al establecer el obligado parangón aquellos lugares vacíos que se propuso llenar, cuando no los puede henchir con realidades, los colma de fantasías hijas de su mollera, porque ninguna quiebra o hendidura fea ofenda al lector o le haga subestimar las cosas griegas. Esto por lo que atañe a los antiguos.

Pero los historiadores modernos perdieron esta parte de la memoria y esta ayuda de la prudencia. Si relatan antigüedades cuales aquellas griegas, aquellas romanas o simplemente las bárbaras, ¡cómo descuella su estupendo desconocimiento de los hombres, de la geografía, de la cronología, y el relieve de sus mentiras descaradas y sin pudor afirmadas reciamente sobre cosas que ignoraban en absoluto, frecuentes en los libros de historia redactados en las lenguas vulgares y aun en los escritos en una lengua dudosa que hay quien cree ser latina, como es el libro de las *Vidas de los filósofos,* como el de las *Empresas de los romanos moralizadas.* ¿Qué necesidad había de tanta mentira? Como si aquella moralidad que pretendían no pudiera hallarse en las auténticas hazañas de los romanos.

Pero acaso estas exorbitancias, con ser graves, fueran llevaderas y perdonables. ¿Qué diremos de la desaforada licencia en la mentira que se introdujo subrepticiamente, o, mejor, que irrumpió violentamente en los asuntos religiosos como en la leyenda de *la lepra de Constantino y del baño en sangre de niños, de la lepra de Vespasiano,* en el *Gamaliel,* en la *Berenice* o *Verónica,* en los *Hechos de Cristo y de la Virgen Santísima?* Por

transgresiones harto más pequeñas nos desgañitamos y ladramos, y, en cambio, miramos con ojos complacientes esas extralimitaciones sacrílegas, que, si van a parar en manos de lectores impíos, hacen a nuestra religión santa e incorruptible merecedora de escarnios y de silbidos. Y ni aun en el relato de hechos más cercanos a nosotros tenemos mayores escrúpulos. Los franceses escriben la historia de Francia, los italianos, la de Italia; los españoles, la de España; los alemanes, la de Alemania; los ingleses, la de Inglaterra, y cada cual la suya, por ganar la aprobación del país respectivo. Imagínase el historiador haber tomado ese designio con la exclusiva finalidad de llevar a su mayor empinación al pueblo cuya historia escribe; no pone la mira en la verdad objetiva, sino en la mayor gloria de aquella nación. Piensa que es escribir historia, si acaso aquella nación hizo alguna proeza ilustre, referirla, ampliarla, exornarla, darla realce; y si alguna fechoría torpe o ignominiosa, encubrirla, aligerarla, adelgazarla, defenderla, excusarla. Necios, que no entienden que eso no es escribir historia, sino defender el honor comprometido de aquel pueblo; tarea de abogado, no de historiador.

Y ni aun en escribir la vida de los santos es más esmerada la observancia de la verdad, aquí donde debería ser más puntual y absoluta. Cada hagiógrafo escribía al dictado de su devoción ciega, por manera que era la pasión la que dictaba la historia, no la verdad inexorable. ¡Cuán indigna es de sus propios protagonistas, los santos, y aun de los simples cristianos, la historia que se llama *Aurea Leyenda!* Yo no alcanzo cómo pueden llamarla *de oro*, siendo así que la escribió un hombre de boca de hierro y de corazón de plomo. ¿Qué cosa puede decirse más fea que aquel libro? ¡Oh, qué gran vergüenza es para nosotros, cristianos, que los hechos esclarecidos de nuestros santos no hayan sido encomendados a la posteridad con más verdad y mayor lima, así para su noticia como para la imitación de tan soberanas virtudes, cuando de sus capitanes, de sus filósofos, de sus sabios escribieron con tanto esmero los biógrafos griegos y romanos!

Con todo, algunos hay un poco más merecedores del severo dictado de historiadores como el francés Froissart, o Monstrelet, o Felipe de Commines, o el español Diego de Valera; pero ésos a menudo omiten lo principal y lo que tiene mayor ejemplaridad y fuera más provechoso para la vida humana y se detienen prolijamente en bagatelas y fruslerías: verbigracia, a cuánto, un año de escasez, vendió el trigo determinado abad, o cómo aumentó las rentas del monasterio; cómo en una batalla perdió la espada un soldado o cómo se apeó del caballo o con cuánta ligereza montó de nuevo en él. Luciano acosa con sus flechas enherboladas a un historiador de su tiempo, quien, al narrar un encuentro cerca de la ciudad de Europa, de Celesiria, abandonando el campo de batalla se enfrasca en una prolija digresión acerca de un tal Masaca, soldado mauritano que, acuciado por la sed, marró el camino y vino a dar en un grupo de labriegos que le agasajaron con un copioso almuerzo rústico porque uno de ellos había estado una vez en la Mauritania; y otras excentricidades por el estilo.

Prudencia, de allí no podrás sacar ninguna; no interpolan discursos sabrosos de leer; no exponen con

agudeza su propio sentir; no dan sabios avisos. En esos historiadores a medias, que ha poco nombré, hállanse ciertos dialogismos y sermones y admoniciones muy verbosas y muy frías. Espantado estoy qué haya estómago asaz sufrido que pueda tragar tales insulseces, sin aliño ni sazón alguna ni de erudición, ni de agudeza, ni de buen seso, ni de elocuencia, ni de adorno literario. Harto sé que a la historia le basta con que sea verdadera, y que aun cuando se engalanare con todas las otras cualidades, si no contuviere verdad, no puede merecer este nombre. Pero ello no embargante, la gracia del estilo cautiva al lector y le comunica el gusto de conocer aquellos relatos y leerlos no una vez sola. ¿Quién se contenta con una sola lectura de Tito Livio, de Tácito, de Tucídides? ¿Quién no toma muchas veces en sus manos esos autores y los lee una y otra vez? Pero nuestros autores, en aquel su latín presunto, tienen un estilo sordidísimo o, mejor, no tienen ningún estilo, pues no es estilo aquella sucesión indigesta de barbarismos y de solecismos. Y si escriben en su lengua vernácula, tiene su elocución un color uniforme y gris hasta el aburrimiento y una andadura monótona sin sal, sin gracia, sin aseo, por manera que apenas puede entretener al lector el espacio de media hora. Así que nadie los lee sino el curioso que quiera conocer los tiempos; pero no hay quien segunde su lectura. Prefieren leer libros manifiestamente mendaces, atiborrados de meras bagatelas, por algún agrado que acaso tenga su estilo, como los españoles *Amadís* y *Florisanto;* los franceses *Lancelot* y la *Tabla Redonda*, y el italiano *Rolando*. Libros de ficción compuestos por hombres que no tenían cosa mejor que hacer, y llenos de aquel linaje de mentiras que nada aprovechan ni para el saber, ni para el recto pensar, ni para el bien vivir, sin más horizonte que el de un vano placer inmediato. Y, con todo, se engolfan en su lectura unos hombres a quienes la ociosidad y la indulgente complacencia consigo mismos les corrompió el ingenio y el gusto, no de otra manera que ciertos estómagos delicados, con los cuales se tuvieron excesivas contemplaciones, se sustentan de confituras y jarabes, y rechazan todo alimento sólido.

LIBRO TERCERO

DE LA CORRUPCION DE LA DIALECTICA

CAPITULO PRIMERO

DE LA DIALÉCTICA

Tratemos ahora de la dialéctica, pues a la dialéctica se entrega al niño así que sale de la gramática. De ella tendré que hablar más de asiento y con esmero mayor por cuanto, como por muchos autores fué manoseada y sobada, o, mejor dicho, hollada y pisoteada, contrajo el inevitable desaseo y la suciedad consiguiente. Y con todo, era de suma conveniencia que se mantuviese en toda su pureza e integridad, como el acceso que es y el ingreso obligado de los restantes estudios y discipli-

nas. De este su enviciamiento se contaminaron no poco las artes restantes, como la filosofía, la medicina, la teología, pues cada una traslada a esas artes muy mucho de la instrucción recibida en su niñez. Así que le comunica el mismo estrago que dije en el primer libro, les ocurre a los códices que anduvieron en manos de muchos hombres ignorantes, los cuales llegaron a nosotros más mendosos que los que yacieron intactos en la soledad y oscuridad de alguna biblioteca, cubiertos de polvo y defendidos por su propio olvido. Tendré que poner, pues, mayor y más activo celo en limpiarla de sus impurezas, como instrumento que es de las otras.

No solamente los profesores bisoños de la dialéctica, sino también los que pueden preciarse de veteranía, padecieron errores al acotar sus lindes y al señalar su oficio. La dialéctica en sus mismos comienzos e inmediatamente después de sus orígenes, delicada y tierna como era, sufrió ultraje de los que la trataron sin la debida competencia. Yo no sé a punto fijo si tuvieron en ello más culpa los modernos, que no advirtieron los errores de los antiguos, o si se les ha de excusar, cuando por no tener asaz confianza en su penetración, en su juicio, en su actividad, en su experiencia, en una palabra, en su suficiencia, con desesperada unanimidad, cedieron la palma a los antiguos, como si la Naturaleza tuviera ya agotada la matriz, sin esperanza ulterior de mejores talentos o de más empeñados estudios.

Hablaré en primer lugar de los antiguos y a continuación de los modernos. En unos y otros me limitaré a tocar los principios fundamentales y las causas de la corrupción, a mi manera y fiel a mi propósito, y de ahí sacaré las consecuencias que están por todos admitidas, pues las opiniones, en especial entre los modernos, no tienen cuento y no hay quien pueda enumerarlas.

Dos son, pues, las artes que establecieron referentes al lenguaje, a saber: la dialéctica, que Cicerón llama *arte de discurrir*, y Aristóteles le da el nombre de *lógica*, y la retórica, que es el *arte de hablar*. De estas dos artes, la primera concreta el argumento con unos como puntos pocos y breves, y la segunda, lo amplifica y lo acomoda a las causas *judicial, deliberativa, demostrativa*. Por eso, Zenón decía con gráfica imagen que la dialéctica era semejante a la mano cerrada en forma de puño, y la retórica, a la misma mano con toda la palma abierta. En ese a manera de edificio del lenguaje, la gramática corta la madera y extrae los sillares; la dialéctica construye la casa, y la retórica funda la ciudad. La gramática avanza hasta la conjunción de las palabras; la dialéctica, hasta la argumentación; la retórica, hasta el lenguaje o, más exactamente, hasta el discurso.

Aristóteles, en el libro primero de los *Tópicos*, encareciendo la utilidad del arte que explica, a saber, la Dialéctica, dice: *Ahora síguese ya el demostrar para cuántos y para qué casos es útil el presente tratado; lo es para tres: para el ejercicio, para las disputas, para el conocimiento de la filosofía. En cuanto al ejercicio, el sujeto mismo lo indica, pues una vez que alcanzáremos oportunidad, nos será fácil tratar lo que a mano nos viniere; también para las disputas, pues teniendo a mano el sentir de aquellos con quienes discutimos, discutiremos con ellos no sobre opiniones ajenas, sino sobre opiniones con las que están familiarizados.*

reprendiendo lo que nos pareciere haberse dicho con poca rectitud. También, para el conocimiento de la filosofía, pues a quien supiere dudar en ambos sentidos, no le será difícil atinar en cada caso lo que es verdadero y lo que es falso, pues ello conduce a los orígenes de los principios de cada disciplina, porque de los primeros principios de cualquier arte es imposible decir cosa alguna, porque ellos son los primeros de todos. Pues bien: de los probables de cada cosa es menester que parta la investigación de cada cosa. Y esto es lo propio y lo más peculiar de la dialéctica, porque inquisitiva y averiguadora como es, posee el camino y el método para llegar a los orígenes de todas las artes.

Esto dice Aristóteles honradamente, según pienso, traducido por mí, y que él tomó del sentir de Platón, para que sea más motivada la excusa de una culpa en que tiene responsabilidad un tan grande hombre. Y habrá que perdonárseme a mí que no hice más que seguir a tan buen guía y maestro.

Comienzo por decir que si ello es así, la dialéctica no sólo trata del lenguaje, sino de las cosas, de todas las cosas. Además, parece que Aristóteles opina que la dialéctica no solamente posee el instrumento de los verosímiles, sino que en su propia casa tiene harta abundancia como un tesoro de ellos, porque, ¿quién no ve que ello no es de ningún arte o facultad? Y si es de alguna, ese privilegio debe otorgarse a la más alta de todas, que se llama *metafísica*. Cicerón, según su estilo, habla con mayor desarrollo, pero no sé si con tanta generosidad como Aristóteles, y concede atribuciones a ese arte, pues hablando de Servio Sulpicio, en su *Bruto*, se expresa con estas palabras:

—Así que, Bruto, yo pienso que en Escévola y en muchos otros hubo una gran práctica del derecho civil, pero arte, en éste solamente, lo cual nunca consiguiera el puro conocimiento jurídico si no hubiera aprendido aquel arte que enseña a distribuir en parte el todo, explicando mediante la definición lo que está oculto, explanando lo oscuro mediante la interpretación; viendo primeramente lo ambiguo, distinguiéndolo luego, teniendo finalmente una regla para juzgar de lo verdadero y de lo falso, y lo que era consiguiente, y lo que no era consiguiente.

—Paréceme que te refieres a la dialéctica.

—Sí, me refiero a la dialéctica.

En este pasaje. Cicerón omitió lo principal de la dialéctica, que es enseñar el instrumento de la invención, pienso que siguiendo a los estoicos que encierran la dialéctica dentro de los límites del juicio y la definen: *La ciencia de lo verdadero y de lo falso y de ni una cosa ni otra.* Pero eso, como el definir, dividir, esclarecer una cosa oscura, es propio de toda arte, no de alguna sola. ¿Será el dialéctico quien ha de decir si es mejor para el regimiento de una ciudad el gobierno de uno o el de muchos? O estotro: Si el ángulo obtuso es igual a dos, al recto y al agudo. Pero ni siquiera instrumento tiene la dialéctica, o regla, como la llama Cicerón. ¿Qué arte tiene una regla que me diga que dos ángulos agudos hacen uno recto, si no es la geometría? Pero Cicerón no ve esto y, suelto y libre como anda, persigue las probabilidades como en cetrería y no se detiene en ningún lado. En las *Cuestiones académicas* habla así: *Decís que la dialéctica se inventó como discernidora y árbitra de lo verdadero y de lo falso. ¿De qué verdadero y de qué falso y*

en qué materia? ¿Juzgará un dialéctico en geometría qué es lo verdadero y lo falso? ¿O en la literatura? ¿O en la música? Pero ni las conoce. En filosofía, ¿las dimensiones del sol le interesan? ¿Qué competencia tiene para juzgar qué cosa sea el sumo bien? ¿Qué juzgará, pues? Cuál conjunción es verdadera, cuál disyunción también lo es; qué cosa se dijo con ambigüedad; lo que sigue a una cosa; lo que le repugna. Esto y no más dice Cicerón. Ni tampoco es de la incumbencia de esa arte la norma de la definición o de la división, sino de otra que está más versada en el conocimiento de las cosas. Por eso acertaron aquellos que, como dice Boecio, pensaron no ser esa arte parte de la filosofía, sino como la herramienta y el ajuar de las otras artes. Y no desatinadamente, contra su costumbre, dice Pedro Hispano: *La dialéctica es el arte de las artes, no la sobresaliente de todas las artes, como los ignorantes afirman, sino como su criada.* Por eso añade: *que posee el camino para los principios de todos los métodos.* Esto último está tomado de Aristóteles, en los *Tópicos.*

Por eso Platón, no queriendo quitar a la dialéctica ninguna de todas aquellas atribuciones que se le habían hecho y que ella reclamaba en virtud de uso y posesión inmemorial y viendo que aquello que yo dije en su mayor parte era de la jurisdicción de la filosofía, definió la dialéctica ser como una cierta representación y como un vástago de la metafísica. Ni Aristóteles disimuló que a la metafísica pertenecían las transferencias que se hacían a la lógica cuando en los elencos, como dije ya, de las *categorías,* hizo el ingreso inmediato en la dialéctica y tomó prestado de la filosofía el fundamento de esa arte. Por todo esto, muy poca consideración se tuvo con la dignidad de la dialéctica, enviándole a ella al muchacho, con la leche de la gramática en los labios. ¿Qué hallará, qué dirá de los probables y de los principios de las otras artes y disciplinas, ayuno de todo lo demás, excepto de las palabras, y a lo sumo de la Historia y de la poesía, y quiera Dios que aun de esto no esté horro completamente? De ahí es que vemos cómo fueron embutiéndose en esa arte tantas invenciones y frivolidades, porque algo se le había de decir al muchacho, limpio de todos los conocimientos merecedores de saberse.

CAPITULO II

DE LA LÓGICA DE ARISTÓTELES. REPRUÉBANSE LOS PRIMEROS LIBROS DE LAS CATEGORÍAS Y «PERIHERMENEIAS» (TRATADO DE LA INTERPRETACIÓN) POR CONTENER MATERIAS AJENAS, OSCURAS, POCO CIERTAS, DIFÍCILES E INÚTILES

Antes de allegarme a esas particularidades, seguiré hablando de los autores primitivos de esta arte. En cabeza de todos ellos, como en toda suerte de artes humanas, es de justicia que coloque a Aristóteles, puesto que de Platón, aun cuando en sus obras hay copiosas semillas lanzadas al voleo de todas las artes y disciplinas y la esencia y el ejercicio de la dialéctica relumbran en sus diálogos, con todo no existe ningún precepto expreso, fuera de ciertos episodios contenciosos en su *Eutidemo,* y mucho menos de Zenón de Elea y de Parménides, a quienes se atribuye la invención de esa arte. Indudablemente Aristóteles la redujo a sistema, como hizo con la retórica. Por otra parte, séame permiti-

do decir que la trató, además de oscura y prolijamente, según su costumbre, con escaso acomodo a la práctica o de hallar argumentos o de juzgar argumentaciones. No hay persona nacida que, por más que haya leído y meditado de un extremo a otro toda la lógica de Aristóteles, se persuada que tiene un instrumento que le proporcione el rápido hallazgo de argumentos en cualquier materia puesta a disertación. Su primer libro, con el que, a la misma puerta de ingreso, se daba de bruces, es el de las *Categorías*, que suena *predicamentos* en romance, y que Quintiliano interpreta por *elementos* y Mariano Capella, *predicaciones*. Su conocimiento y tratado pertenece a una facultad más alta; a saber: *a la filosofía primera*. Convencido de que el joven nada podía decir ni nada podía hallar de los principios de las otras artes que tuviera visos de probabilidad, si no estuviera imbuído en su conocimiento, que se daba en la metafísica, repite esto mismo en aquella obra casi al pie de la letra.

Distingue diez géneros de cosas. Esa clasificación no me es cosa fácil discriminar si fué creada por él o introducida por algún otro filósofo pitagórico o megarense; ni qué orientación siguió en ella, pues no siguió el orden de la esencia de las mismas cosas que nadie puede percibir ni retener, dado que las esencias, según el testimonio del propio Aristóteles, son oscurísimas y sumamente alejadas del conocimiento de la mente humana. Aun los mismos que pusieron algún interés en los estudios filosóficos dudan qué cosas sean verdaderamente inherentes, distintas de las sustancias a que están adheridas, no mentalmente, sino en realidad, aun cuando no en su sitio o lugar, y qué cosas no lo son. Lo que no siguió fué el orden de nuestros sentidos y de nuestro conocimiento; si así no fuera, obtuvieron la primacía los inherentes, y los que había unido quedaron desunidos y uniera a otros que disgregó; a saber: los que caían bajo el mismo sentido o bajo sentidos diversos, tanto internos como externos. Mas en la realidad lo primero son las *causas*, los *principios*, los *elementos simples;* luego, el *hacer y el padecer*, y lo último son los *compuestos*. Ni son a la vez la *cuantidad del número* y la *cuantidad del volumen*, siendo así que de ésta nace aquélla, y primero es la *cualidad* que *ad aliquid*, pues el *ad aliquid* no es de la naturaleza, sino del arte, como el *hábito*. Añade a esto que, como el mismo Aristóteles dice sabiamente en la *Filosofía primera: Nuestra mente se mantiene con relación a las más claras manifestaciones de la Naturaleza, no de otro modo que el ojo de la lechuza con respecto a la luz del sol.*

Ni atendió tampoco al número de las cuestiones acerca de la primera sustancia, a pesar de que son muchas las preguntas que no están aquí enumeradas, como si se inquiere: *¿De qué murió Sócrates? De veneno*, responden. *¿Con quién disputa? Con Protágoras.* Además, el *ayer* y el *hoy* no se dicen de la primera sustancia; mas el tiempo se dice de ellas, como el *género* de la *especie*, y en ella se divide como en *partes*. ¿Qué más? También las cuestiones se confunden y está comprobado que pueden darse otros *géneros* salidos de ellos y fuera de ellos y que los unos pueden estar comprendidos en los otros. Aristóteles no disimuló que sus predicamentos andaban revueltos y confusos. Tolerable es esa confusión si más coleccionó categorías que nos las ordenó,

y más las señaló que no las contó. Eso lo hacemos nosotros también en aquellas cosas que no necesitan más que una simple indicación, como en los lugares de los argumentos. Y tienen estos géneros tanta dificultad, que puestos en sus manos crean embarazo, no sólo al mozuelo ignorante, sino también al que es algo mayor y posee más amplios conocimientos. A nadie le será fácil decir qué es lo que se coloca en esos diez géneros de cosas, salido de aquello que oye todos los días, si no tuviere larga e intensa práctica; el mismo autor lo confiesa, o, por mejor decir, lo ignorará por completo si no supiere definirlos uno por uno, tarea que es el cuento de nunca acabar.

Muchas veces también se señalan lugares a capricho o por alguna conjetura liviana o por una sospecha baladí, tan embozadamente que a cada paso son menester para cada cosa interpretacioncillas o, por mejor decir, pequeños acertijos, de lo cual no hay nada tan lejano y que le cause más aversión. ¿Qué cosa hay que tú no arrastres donde te propusieres? Si alguno preguntare: *¿Cúyos son esos predicamentos gloria, fama, efecto, juramento, edad, testimonio? ¿Cúyo es el libro? ¿Es de la sustancia, constando de forma? ¿O de la cualidad del cuarto orden?* Si de éste: *¿por qué más que el árbol?* Luego, la *similitud* y la *paternidad*, pues no son *ad aliquid;* dado que la paternidad no es la paternidad de la filiación. Si la paternidad es del padre, todos serán del género de la cualidad, aun cuando pone a muchos más como la *ciencia*, la *virtud*, el *vicio*, aduciendo no ser inconveniente que el género y la especie sean de diversas categorías, aun cuando lo niegue con palabras elocuentes en el libro cuarto de los *Tópicos*. Sé que a eso se puede responder: ¿Qué se puede aducir en contrario por más claro y transparente que sea a lo cual no se pueda responder, especialmente por un temperamento contencioso? Lo que ha de inquirir calladamente el inquisidor de la verdad es *cuán aptamente, cuán congruentemente, cuán bien. Estos géneros* ya no sirven para definir; no para las definiciones *esenciales*, puesto que, aparte de una que otra ordenación predicamental, las restantes están casi olvidadas por la oscuridad y penuria de las diferencias, de la cual se queja el mismo Aristóteles; ni para las definiciones *accidentales* de las causas, de los inherentes, de las partes, pues éstos no se explican en esos elementos.

* * *

Al libro de las *Categorías* sucede el de *Perihermeneias*, a saber: de la interpretación que, como el mismo nombre suena, en gran parte más pertenece al oficio del gramático que al del dialéctico. Y, con efecto, ¿a quién corresponde decir qué es el nombre, qué el verbo, qué el pronunciado, qué el universal, qué el singular, sino al gramático? Si el arte gramatical hubiera sido introducido antes de Aristóteles, a buen seguro que el agudísimo filósofo se abstuviera de legislar en la dialéctica sobre esos puntos. Pero como veía no ser conveniente que el dialéctico las ignorase, puesto que nadie había hecho mención de ello, juzgó que no debía ser preterido. Aquellos pronunciados a los cuales se añade el *modo*, no entrañan cuestión alguna dialéctica, sino gramatical, a saber: la significación de aquellas voces *anagliaion, dinaton, adinaton, endecomenon*, voz ésta con que Aristóteles se saboreó largamente, por aque-

llo que *puede acontecer y no acontecer, cuando es preferible; lo que suele ocurrir, lo que usualmente acontece, lo que es probable, lo que cabe en nosotros y en nuestra posibilidad,* todo lo cual da a entender la palabra *endequeton.*

En estas modalidades o efectos, no *atendió a las cosas,* porque todos los adverbios son *modos* y hacen *modales* a las enunciaciones, lo que Boecio da a entender, como Sócrates corre *aceleradamente, bien, mal;* luego las palabras *acontece, suele, conviene,* pues en todas éstas y en otras mil semejantes, no de otra manera que en aquellas otras de lo *necesario,* de lo *imposible,* puede resultar ambiguo lo que los *modos* significan al decir o al negar qué cosas se correspondan, con qué cosas y con las cuáles concurran o no concurran; si paró mientes en los mismos pronunciados, dando el nombre de modales a los que estuviesen templados o afectados por algún modo competente con la misma pronunciación, como *necesariamente,* como si la enunciación fuese necesaria, *imposible,* si imposible. No se ve la razón por qué mentó esos cuatro, como si no hubiera otros, pues a su oficio o facultad incumben lo *verdadero,* lo *falso,* lo *sabido,* lo *opinado* que Juan Buridano y otros escolásticos refieren a modos *creíble, probable, opinable, incierto.* Si ya no fué que Aristóteles atendió a los pronunciados desde las cosas, no desde nosotros. Con todo, lo cierto era que en este punto ya no quedaba nada que pedir a la dialéctica, como en todos los otros donde se injieren adverbios.

CAPITULO III

EXAMINA AGUDAMENTE Y EN MUCHOS PUNTOS DESAPRUEBA LOS LIBROS DE LOS ANALÍTICOS, PRIMEROS Y POSTERIORES, Y LOS OCHO DE LOS LUGARES DE LOS ARGUMENTOS, Y LA OBRA DE PORFIRIO «DE LAS CINCO VOCES».

Al volumen de las *Perihermeneias* agréganse dos libros de los *Primeros Analíticos,* útiles por cierto y dignos del grande y excelente ingenio que los prudujo; pero esa utilidad queda como enterrada y abrumada por la añadidura de muchas superfluidades, como de los *modales* que vienen tanto al caso como los restantes adverbios, pues acerca de ellos debe decidirse por la negación, por la afirmación, por la universalidad, por la particularidad, como también acerca de *las reducciones* de los silogismos de aquellas consecuencias que, *siendo verdaderas, nacen de premisas falsas.* Esto está tan al alcance de cualquiera, que apenas es de creer que los estoicos, hombres de ingenio sutil y muy versados en la dialéctica, negasen que ello fuera posible. Todas estas cuestiones están desmenuzadas con tanta delgadez, que cuesta más trabajo entender el instrumento que su manejo. Así es que este órgano bellísimo, cargado de redundancias y partido y triturado en tantos trozos pequeñitos, resultó poco útil a los que se servían de él. Síguense los analíticos posteriores, obra de veras docta, aguda, que rebosa de excelente contenido. Pero ¿a qué viene tanta bondad? ¿Qué interés tienen para el dialéctico la opinión, el error, la ignorancia? No son de este lugar, sino que atañen al tratado *Del alma.*

Parece que la demostración no pertenece a la dialéctica, cuando no estudia aquí sino las probabilidades

y lo que sufre contradicción, según el sentir del mismo Aristóteles. Mas la demostración versa en lo cierto y en lo que no admite duda, por manera que parece ser más de la incumbencia de la filosofía que de la dialéctica. Los puntos en que trata de la demostración, aparte de que están extraordinariamente intrincados y embrollados, no son de aplicación práctica. Quiere Aristóteles que la demostración sea *de lo primero, de lo necesario, de lo próximo, de las causas*. Dime, Aristóteles: ¿Nos tomas en cuenta a nosotros y nuestro alcance o a la Naturaleza? Temistio, según la interpretación de Eufrades Hermolao se expresa así: *La demostración no se sujeta a la naturaleza de nuestro ingenio, sino que tiende a la verdad por el camino derechero y no atiende a nuestra posibilidad, sino que va exclusivamente a la naturaleza de la cosa; la investiga, la explora, aun cuando nos sea desconocida y no hayamos puesto en ella nuestra vista*. Y si esto es así, ¿de qué me sirve este tu largo y cuidadoso discurso sobre la demostración? Yo no entiendo según el alcance de la naturaleza (ni tampoco tú), sino según el mío. Nosotros somos hombres; es decir, mentes flacas y expuestas al error; la naturaleza tiene una inteligencia infalible. ¿Qué sé yo qué es lo *primero*, qué es lo *sin medio*, qué lo *necesario* de la Naturaleza? Apenas yo sé lo que para mí es tal; cuanto menos conozco yo las intimidades de la Naturaleza, ante cuyas más claras manifestaciones andamos a ciegas. Baldía y vana es, pues, toda tu disertación de la demostración y carente de utilidad práctica. Pero ni siquiera pareces haber echado los ojos sobre la Naturaleza, pues refieres a nosotros proposiciones *inmediatas*, de las cuales ninguna necesidad hay de que nadie sea informado.

Y si informas a los hombres, no tendrás una sola demostración única y seguida, pues para los unos unas cosas son *inmediatas* y *primeras* y otros no se dejan ganar sino por verosimilitudes. Otros ni siquiera fían de las cosas de mayor evidencia y de las cuales dan testimonio los sentidos, como los académicos; otros, como los epicúreos, confíanlo ciegamente todo a los sentidos; otros conténtanse con la autoridad del dicente; otros exigen cosas del dominio de los sentidos. Será, pues, la demostración como la norma lesbia, que se acomoda al edificio y no el edificio a la norma. Además, requieres lo *necesario*, es decir, *lo que es imposible que sea de otro modo*. Y esto, ¿cuándo será conocido? Como sea que los universales todos fueron por nosotros colegidos de los singulares, y siendo estos singulares infinitos, no pudimos ir tras ellos uno por uno. Si falta una individualidad, la universalidad no subsiste. Los universales, comprobados por una larga experiencia, estaban para nosotros en el *cielo, en los elementos* que los tiempos o los lugares demostraron que no podrán afirmarse en universalidad. Invocas las *causas*. Y aquí sí que nos revolvemos en tinieblas. No sabemos de qué son causas, los que ignoramos los efectos. ¿Qué haces? ¿Búrlaste de nosotros? ¿Quieres que la demostración no conste sino de pruebas tan raras, que tan lejos se han de ir a buscar, casi tan imposibles? Haces como aquellos que para una enfermedad gravísima y desesperada prometen una medicina confeccionada de tres o cuatro ingredientes, uno de los cuales ha de hallarse en la India; el otro en la región de los seres, que es la China; el tercero en los montes Rifeos, y el postrero y más difí-

cil en el nido del ave fénix, que nace de las cenizas en las que murió abrasada.

Saca, te ruego, una sola demostración, a manera de ejemplo, para las otras, que conste de lo *verdadero,* de lo *primero,* de lo *inmediato,* de lo más *conocido,* de lo que *tiene prioridad,* de las *causas de la conclusión.* ¿Será aquella, por ventura, que está en boca de toda la escuela: *Todo animal racional es risible; todo hombre es animal racional; luego es risible?* No es tan risible el hombre por este silogismo, como es ridícula la misma demostración. Como si en esta proporción entrase aquello tan magnífico: lo *verdadero,* lo *necesario,* lo *inmediato,* lo *más conocido,* lo que *tiene prioridad,* las *causas de la conclusión.* Dime, por favor: ¿Qué hacen aquí las *causas?* ¿No son también los efectos quienes nos las demuestran, y con más certinidad y más eficacia para nosotros? Por ventura, no hay otras cosas que demuestran también en aquellas dos famosas cuestiones: *¿Es o no es? ¿Qué es?* Cuestiones éstas que yo no sé por qué las puso solas, dado que hay otras que pueden ser objeto de indagación y disputa y aun ser demostradas hasta donde es posible, como de todas las categorías.

A continuación de entrambos analíticos, siguen ocho libros de los *Lugares de los argumentos,* que con voz griega se llaman *Tópicos.* Lugares les llaman y como almacenes o arsenales de argumentos, cuando no contienen pizca de argumentos. No son estos lugares a manera de potes que contienen drogas, sino índices de potes. Esta obra de Aristóteles es larga y variada; tiene cosas excelentes, pero discurre de tal manera, como si recogiese desperdicios, no como quien enseña fórmulas y preceptos del arte con alguna finalidad práctica; mas de este deslavamiento se quejó con anterioridad Rodolfo Agrícola. De la lectura de esa obra, por atenta y diligente que fuere, nadie se jactará de haber conseguido la facultad de hallar ni un solo argumento. Contiene pesquisas acerca de lo *qué sean los géneros, qué las diferencias, qué las propiedades, qué los accidentes, qué las definiciones,* harto verbosas, embrolladas, enojosas y, séame permitido decirlo con generoso perdón de tan gran hombre, un sí es no es inhábil; pero infructuosas en absoluto. Amalgama cuestiones que no pueden ser más ajenas como *de lo que se ha de elegir, de lo que se ha de evitar.* Parece que en este libro, el gran filósofo no hizo más que agrupar como una selva de lugares comunes, para ejercitar a sus discípulos en las tesis y cuestiones indefinidas, pero con escaso rendimiento para el propósito de la invención. De ese libro de los *Tópicos* tomó Porfirio su libro *De las cinco voces,* obra, a mi parecer, tan útil como dictada por una inspiración bien ajena de la utilidad. Dejo a un lado la *tautología* y la pesadumbre del estilo. Hablaré de la sustancia.

Primeramente, en ese libro hallan cabida unas cuestiones que ni tienen número ni orden cierto; unos buscan una cosa; otros, otra; los unos, antes; los otros, después, según el ingenio de cada cual y la potencia de su mente; nos tienen presentes a nosotros y a nuestro alcance, no a la Naturaleza. Pero ¿de dónde se toman esas cuestiones: *¿Qué es? ¿Cuál es?,* y las respuestas que a ellas se dan? Se toman del vulgo, ¿no? Aristóteles mismo lo confiesa en el primer libro de los *Tópicos.* A las muchas preguntas por *¿Qué es?,* añadimos la respues-

ta de la *cualidad;* verbigracia: *¿Qué miras? Miro a un hombre blanco, armado, que es tu padre.* Como se lee en el poeta Ovidio: *Dime: ¿qué hice, si no amé cuerdamente?*

Y en el profeta de Israel: *¿Qué ves, Amós? La llana de un albañil.* A la pregunta de *Cuál,* los griegos responden con la sustancia y los latinos también: *¿Qué cosa es el hombre?* Un animal dotado de razón. Algunos, a la cualidad llámanla *compuesto natural,* como Cicerón en las *Cuestiones académicas.* ¿Y qué dicen que es *prædicari in quid?* Porfirio dice que es todo lo que conviene responder a aquel que ha sido interrogado *qué es algo.* Para entender ese galimatías, ha sido preciso revolver toda la filosofía que trata de la Naturaleza, pues ni el mismo Aristóteles, en sus libros *Tópicos,* con tantas palabras y tan alta y tan ansiosamente repetidas, pudo explicar *lo que es el género, lo que es le especie;* lo que se dice *per quia,* y *accidens,* y *proprium;* lo que se dice *per quale.*

Porfirio, teniendo que hablar del *género,* dice que el género es *el padre y la patria.* ¿En qué lengua? En la lengua de los fenicios, será: *Y yo tengo el linaje* (gemus) *del sumo Júpiter,* dijo el poeta Virgilio, y el mismo Virgilio: *Que traes el linaje del Olimpo,* lo que demuestra Porfirio con un ejemplo suyo: *Del padre*—dice—*de la patria. Así es que decimos que Orestes tiene su linaje de Tántalo; Hilo, de Hércules.* Y añade que *Píndaro es de linaje tebano, y Platón, de Atenas, pues la patria es el principio de toda generación, como el padre.* No dijo que Tántalo fuera linaje de Orestes o Tebas de Píndaro. Porfirio define la diferencia, aquello por lo cual la especie abunda sobre el género, como si no abundara más en *risible* el hombre que el animal, como también en racional. Y si se dice que no hasta ese punto la especie está sobre el general, a esa respuesta el agua, según el dicho vulgar, quedará indecisa, será una *petición de principio* y la definición será viciosa a más no poder, por perpleja; y eso que debiera ser explicado y declarado, en vez de luz introducirá oscuridad, pues como sea que la especie esté constituída por la añadidura de la diferencia al género, ¿cómo tú, en la definición de la diferencia, te acordaste de la especie, como ya conocida y explicada? Dime: ¿qué diferencias aduces? Aristóteles dice que es extrema su penuria y poquedumbre y no hay cosa de que carezcamos más y de que andemos más necesitados. La condición de racional es la diferencia del hombre. Apenas aducen otra simple. Pero ni ella misma es exclusiva del hombre, según el sentir de los filósofos, pues son racionales los ángeles, a quien ellos llaman dioses y, ciertamente, animales racionales. Y qué, si en el adjetivo *racional* entiendes *animal* por sustantivo, ¿no será con mayor razón una cabal definición que una diferencia? Pero dicen que *racional* es la diferencia, y *capaz de disciplina* dicen que es lo propio. ¿Qué más o qué menos tiene una cosa que otra?

Por favor, *¿bípedo,* y *cuadrúpedo,* y *volátil,* y *acuático,* que Aristóteles y Porfirio ponen como diferencias, llenan aquella condición de las diferencias a que llaman esencia y razón de la forma y son aptas para las definiciones esenciales cuando designan el accidente? Y si éstas son diferencias, ¿por qué deplora Aristóteles la carestía de diferencias? ¿Cómo se compagina esto con estas palabras de Porfirio?: *Ahondando más, no todo aquello que está bajo*

el mismo género de lo que divide es diferencia, sino lo que conviene al ser y a las partes de aquella cosa. Luego *bípedo* y *volátil* no son diferencias. ¿Quién va a entender eso? ¿Quién va a señalar una diferencia metida en límites tan estrechos? No sin razón dice Aristóteles que andamos apurados por pobreza de diferencias, si todas las diferencias pasan por una censura tan estrecha. ¿Quién sabe si *mortal* conviene al ser del hombre, como si los hombres, por un don de Dios, no pudieran ser inmortales, como lo es el alma? Mas, *corpóreo* e *incorpóreo* no atañen a la forma, sino a la materia; y son considerados como diferencias. ¿Y qué si Quintiliano dice que *mortal* e *inmortal* son especies del género *animal?* Dirán que la expresión del retórico está torneada con poca exactitud al tecnicismo filosófico, como acontece a Cicerón y los secuaces de Cicerón, Séneca, Victorino, Marciano Capella; que *romano* y *troyano* son especies del hombre, siendo así que no son del hombre, sino de la nación, y no pertenecen a la esencia del hombre, sino a un accidente. Cuando se dice el *género humano y del género humano, unos son romanos y otros son troyanos,* el género se toma por la gente del lugar o de la nación, o de la forma, o razón, o modo, como *género de vino, género de comida, género de oratoria, género de guerra.*

Pero todas estas cosas están definidas con tanta perplejidad y con tan poca luz, que no es de maravillar que en ello tropiecen los grandes hombres y se expresen en términos contradictorios. Aristóteles, de *bípedo,* hace una diferencia, y en pos de Aristóteles va Quintiliano; Porfirio dice ser una *propiedad.* Marciano Capella define la diferencia así: *Es la suficiente discriminación para lo que emprendieres.* Y en otro lugar: *La diferencia es la suficiente distinción para una cuestión,* de modo que si se pregunta qué diferencia va entre un hombre y un león, se responda que el hombre es apacible y el león feroz, lo cual, ciertamente, no distingue al hombre de los demás animales mansos, ni distingue al león de las restantes fieras. Esto es lo que dice Marciano, todo lo cual rechazaríanlo Porfirio y la Escuela como una mayúscula necedad. ¿Y qué dicen de *lo propio?* Porfirio divide *lo propio* en cuatro acepciones: el que conviene al *solo,* el que conviene al *todo,* el que al *solo* y al *todo,* el que conviene *al solo, al todo y siempre.* Quintiliano llama también *propio* lo que conviene al *solo,* como al hombre, la *palabra,* la *risa,* o lo que conviene, pero no al *solo,* como *al fuego el calentar.* ¿Cómo puede llamarse propio lo que con otros es común? No de otra manera que si al mal le llamaras bien; a lo blanco, negro; a lo caliente, frío. Aristóteles prohibe hacerlo. Ser *bípedo* no es exclusivo del hombre, no es una propiedad, es una generalidad; y aún más: ni es propio tampoco aquello que en determinadas circunstancias reside en uno solo; si ya no es que dijeres propio al hombre el ser bípedo, cuando está solo en su casa, con *su* perro y *su* caballo, o el estar a la derecha, cosa que Aristóteles admite buenamente; yo no veo que puede haber absurdo mayor. Añade a esto cuán incongruente es para la tercera manera del *propio* el ejemplo de Porfirio: *Encanecer en la vejez.* Si esto ocurre a todo hombre, ocurre siempre que las canas se presentan a la vejez.

Dicen que la *diferencia y el pro-*

pio no admiten el más y el menos.

Empero yo no veo por qué un hombre no tenga más capacidad de aprender que otro, y más aptitud para la navegación o para la profesión de médico. Si se considera la esencia de la capacidad o de las facultades, para las buenas letras o la náutica, no admite ni más ni menos. Tan blanco es ese papel como aquel yeso, si se atiende a la esencia de la cosa blanca.

Y esas lobregueces, y esos intríngulis, y esas escabrosidades se enseñan a los muchachos que poco antes salieron de las escuelas primarias y no las entienden las personas mayores que a la filosofía consagraron sus días y sus trabajos.

El último libro es de las refutaciones sofísticas, no inútil para los discutidores. De ese libro no arrancaremos nada porque no se piense que escarbamos concienzudamente en las obras de Aristóteles, por encontrar cosa que agarrar. La cláusula final de la lógica aristotélica es ésta: *Lo que falta es que vosotros o aquellos a quienes estos libros llegaren, me otorguen benigno perdón por las omisiones para la perfecta instrucción en que les pareciere haber incurrido y que por mis hallazgos y aportaciones no me nieguen su agradecimiento*. Esto, a mi parecer, es de toda justicia. Ningún arte, al ser descubierta, nació acabada; ni él solo, por grande que fuese, pudo el primero hacer tantos descubrimientos y darles su valor justo. Muchas de las novedades que descubrió, causábanle admiración; las miraba más de cerca, pero no se había familiarizado tanto con ellas que pudiese aquilatar su estima. Eso acontece a todos los descubridores, y no dudo que a mí también, en esas cosillas más que voy dando a luz. Así que no diré una palabra más de Aristóteles, a quien yo venero, como es razón, y del cual disiento no sin que mi rostro se tiña un poco del carmín de la vergüenza.

CAPITULO IV

QUIÉNES FUERON LOS PRIMEROS, ASÍ GRIEGOS COMO LATINOS, QUE CARGARON SOBRE SUS HOMBROS LA TAREA DE COMENTAR A ARISTÓTELES. TÁCHASE A LOS GRIEGOS DE SOBRADO VERBOSOS; Y A LOS LATINOS, DE GRECIZANTES EN EXCESO. AGUDAS OBSERVACIONES CONTRA EL MISMO CICERÓN, QUINTILIANO Y BOECIO

Los comentaristas griegos de Aristóteles, Alejandro, Temistio, Simplicio, Pselo, Filopono tienen muchas palabras, pero sentencias no tienen tantas como Aristóteles. Nuestros antiguos latinos Apuleyo, Capella, San Agustín, Boecio, corrompieron su dialéctica y violentaron el idioma romano porque le obligaron contra su genio y a pesar de su repugnancia a someterse a las leyes de la lengua griega en todo lo concerniente a la propiedad del lenguaje. Lo que es de la lengua, sea la que fuere, es libre y pertenece al pueblo, de manera que ni el mismo príncipe tiene sobre ella jurisdicción alguna, aunque, en otros aspectos, sea poderoso y aun cruel. El que puede dar a los hombres la ciudadanía, no les puede dar la palabra. Pero es el caso que los dialécticos latinos, en todo, siguieron las pisadas de Aristóteles en la preceptiva y enseñanza de la dialéctica, de forma que lo que él había enseñado en griego y no mal, acerca de las palabras, de los nombres, de las enunciaciones, los nuestros lo torcieron mal a la lengua latina, verbigracia: lo que

se refiere al *nombre*, al *verbo infinitivo, a la enunciación infinitiva o incierta* y a otros puntos que han de resolverse por la gramática y el uso y no según *fórmulas dialécticas* que, por cierto, con perdón de los dioses, resultarían a la moda griega. Yo no creo que pueda hacerse infinitivo el nombre de la *sustancia*, sino muy raras veces, como se ve en Cicerón, en el libro primero de las *Cuestiones académicas*.

Hablando en latín, ¿quién hay que se exprese así?: *Non homo disputat* (Un no hombre disputa), y quiere que se entienda: *aliquid disputat quod non est homo* (algo disputa que no es hombre); o el *non Sócrates venenum bibit;* es decir, *uno que no es Sócrates; Egeo non pane, sed pecunia* (Preciso no pan, sino dinero.) *An aliqua re quæ non est panis?* (¿por ventura algo que no es pan?) Cicerón dice en su oración *Pro Cluentio: Non Archimedes potuisset melius describere* (No Arquímedes pudiera describirlo mejor). Y el mismo Cicerón, en el discurso a favor de Rabirio Póstumo: *Non amicus mihi, non Pompejus fuit* (No, amigo, no; Pompeyo me fué). Por ventura *alguno* o como ellos quieren *algo que no es Arquímedes, que no es Pompeyo.* Y también como se lee en Quintiliano: *Raro invenies judicialem in cujus non parte aliquid eorum quæ supra diximus inveniatur.* Y en el mismo Quintiliano. *Hoc fecisti; non hoc feci* (Esto hiciste; no esto hice). Y Porcio Latrón: *Nulli non oculi senotorum te statim consignarunt ingredientem* (Ningunos no ojos de los senadores te notaron al entrar), y otros casos innumerables. Los latinos usan de circunloquios: *quod non est hoc, aut illud.* Donde puede quedar flotante una negación, hase de resolver por el uso, no por la regla, como en aquel epigrama de nuestro Marcial:

Pellibus exiguis arctatur Livius in- [*gens*
quem mea non totum bibliotheca ca- [*pit* (1).

En Ovidio leemos:

Etsi nullus erit pulvis, tamen excute [*nullum* (2).

Hacer infinitivo un adjetivo es una transgresión imperdonable y que repugna a la inteligencia no solamente en lengua latina, sino también griega; como en Cicerón: *Quum ingressus iter sit pedibus, in equum omnino ascendere non vult.* (Cuando comenzó el viaje a pie, de manera alguna quiere montar a caballo.) ¿Qué sentido tiene *quiere algo que no es montar?* Y no menos se pecó en las que llaman *cuantidades de las enunciaciones: Aliquis concionatur et quidam concionatur;* son particulares. La oración *quidam concionatur* no es más particular que esotra: *Socrates concionatur.* Todos estos casos que pusimos por vía de ejemplo: *Omnis homo est animal, animal est omnis homo, omnia bonum appetunt* y *bonum omnia appetunt, aliques concionatur, aliquis non concionatur, non aliquis concionatur,* son de uso del vulgo, en cuya potestad está la ley y el arbitrio de todo esto. Terencio: *Is solus nescit omnia,* puede entenderse, o que no lo sabe todo, o que no sabe nada. *Cur non bono viro stipem dedisti?* (¿Por qué no diste la paga a un hombre bueno?) Una cosa

(1) En breves pergaminos anda estrecho el gordo Tito Livio; tan gordo que toda mi biblioteca no le coge.

(2) Aun cuando no hubiere polvo, tú sacude el polvo.

es *que no fuese dada a un bueno* y otra, *que fuese dada a quien no era bueno.* Cicerón manifiesta en su oración en defensa de Sextio: *Omito las felicitaciones, los banquetes, el repartimiento del erario, las promesas de beneficios en esperanza, el botín, el júbilo de unos pocos, el duelo de todos;* aquí, *todos* dícese por *muchísimos,* o por *todos los restantes.* Por eso Aristóteles fijó los sentidos, las oposiciones, las leyes de los universales y de los particulares; pero cuáles eran los universales, esto es, con qué palabras, con qué signos, con qué constitución, con qué orden se hacían, eso no lo tocó. Eso lo hacía convencido de la imposibilidad de dar una norma general en cosas que eran de uso vario y mudable; por eso, aunque dijo a cuáles el vulgo solía llamar universales y cuáles eran negativos y cuáles eran afirmativos, con todo no los encuadró en reglas generales.

En la *indefinida,* aún se pecó más: *Romani hanc urbem condiderunt* (Los romanos fundaron esta ciudad). *Romanus homo haec scripsit* (Un romano escribió esto). No todos, sino algunos o alguno. *Ecce tibi equus* (Ahí tienes un caballo). Un caballo determinado, cierto. *Beata vita virtute constat* (La vida feliz consiste en la virtud). Toda vida feliz. Ves cómo ella pasa a todos los géneros y que por eso se la llama indefinida e incierta, porque es de naturaleza ambigua y mudable. Además, al designar al *sujeto y al predicado,* atienden a la sustancia, no a las palabras, como cuando digo: *Sócrates es blanco,* o *Sócrates es hombre.* Siempre Sócrates es el sujeto, porque en él se funda la razón del predicado, *blanco* u *hombre;* pero no piensan que también hay que mirar los nombres y las voces como cuando digo: *Homo est animal, aliquod animal est homo, non omne animal est homo.* Hay que ver no lo que sea la cosa, sino lo que yo dé a entender, cosa que ellos no pueden negar, pues dicen que en la versión el sujeto se hace predicado, y al revés; y lo mismo en la conclusión indirecta, como *aliquod animal est homo.* En Baralipton: *Omne risibile est animal et omnis homo est risibilis.* De dos particulares, una negativa y afirmativa la otra, Marciano Capella y Boecio hacen una *oposición subalterna.* ¿Qué oposición hay con decir: *Todo hombre disputa; Sócrates disputa?* ¿Qué contrariedad existe entre *hombre y Sócrates?* Ni tampoco las opuestas son subcontrarias, como si uno dice: *Sócrates disputa; Platón no disputa.* ¿Se contradice a sí mismo quien dice: *Algunos senadores asintieron, algunos otros no asintieron?* Aristóteles dice que la *oposición es afirmación y negación de uno mismo acerca de lo mismo y no equívocamente.* Los que dicen: *Alguno también, alguno no,* no hablan del mismo y, por lo general, equívocamente.

La misma propiedad de la lengua latina convenía que fuera observada en otros lugares de la dialéctica. En los *Elencos* hay muchas capciosidades solapadas en la ambigüedad de las palabras que, vueltas al latín, ni tienen gracia ni fácil inteligencia, porque no se desentrañó la propiedad de las palabras griegas. Cicerón y Quintiliano no lo tienen en cuenta. Pero a Cicerón no se le debe hacer demasiado cargo por ello, antes se le debe tener un agradecimiento muy grande, porque él, que casi fué el inventor, trabajó para nosotros una parte de la dialéctica, la más útil, en su tratado *De la invención.* A esa obra, que en Aristóteles es un amasijo inservible, Ci-

cerón le dió una utilidad grandiosa.

Boecio, al explicar las diferencias tópicas, obra que arregló con retazos de Cicerón, de Aristóteles, de Temistio, por una u otra expresión de Aristóteles, tomó la determinación de asignar máximas a cada uno de los lugares, con lo cual no hizo más que meter en estrecheces y apretar y anular casi por completo el uso que campeaba con todo huelgo y soltura. ¿Quién podrá usar de los lugares o tópicos, reducidos a aquellas máximas? Como si no se pudiera hacer uso de aquéllos, sino mediante éstas. Todos estos argumentos, por aducir algún ejemplo, parten *de la causa eficiente: Es bueno, porque es hijo de bueno. Es un gran hombre, porque es nieto de Escipión; es caliente porque está cerca de la lumbre; está bien que hagas esto, porque eres hijo de Sila, y no te está bien, porque eres hijo de Quinto Fabio; obra digna de ser conservada, porque es de un gran autor.* ¿Qué tiene que hacer la máxima en estos casos?

CAPITULO V

ACERCA DE LOS MODERNOS DIALÉCTICOS. DICE QUE ELLOS DIVIDIERON ESTÚPIDAMENTE LA DIALÉCTICA EN ANTIGUA Y MODERNA; DE AHÍ NACIERON MIL ENGENDROS DE MONSTRUOSAS CUESTIONES, DE LAS CUALES SE BURLA CON HARTA SAL Y GRACIA

Pero, al fin, ya voy a mis amigos, los modernos sofistas, como los llaman, en quienes, como en la sentina de una nao, han ido a parar y encarnarse todos los vicios de esa arte, los de Aristóteles, y los preceptistas primitivos, y los más numerosos y malolientes que ellos aportaron de su propio caudal. Así que lo que en los antiguos reprobé, dejaré aquí de enumerarlo. Sólo me cebaré y encarnizaré en los que son privativos de los modernos.

Pónese de un salto a enseñar dialéctica un mozo, ignorante del latín y del griego, ayuno de aquellos conocimientos y de aquellas artes que en estas dos lenguas tuvieron su feliz expresión. Comienza por ignorar cuál sea el objetivo de la dialéctica; lo que le es propio, lo que le es ajeno; así que lo suyo pasó a los otros, y ellos invadieron lo que no les pertenecía. Los retóricos ocuparon todo aquello que pertenece a la invención de los argumentos no sin la callada complacencia del dialéctico. Viendo que Aristóteles, inventor, como dice Cicerón, de esa parte de la dialéctica o, al menos, su preceptor principal, había envuelto sus preceptos en tal oscuridad, que no pueden tener aplicación alguna práctica, y que Cicerón, en cambio, los había acomodado a su inmediata utilización, y que Boecio había abrazado ese sistema, oído el nombre de Cicerón, nuestros hombres, circunspectos y vergonzosos, se contuvieron. Como viesen que los retóricos daban normas más claras y más prácticas, de buena gana se desprendieron de una pertenencia costosa, para cuyo mantenimiento se requerían considerables posibilidades; era mucho lo que debían leer y mucho lo que tenían que retener y copiosos los conocimientos que precisaban adquirir. Sin estos requisitos, la invención no puede cautelarse a sí misma y salvaguardar su nombre. ¿Qué invención puede tener, verbigracia, en lo que se refiere al *pez*, a la *piedra*, a la *república*, al *régimen doméstico*, quien jamás oyó su nombre? Hasta un punto tal perdieron el norte en esta

disciplina, que lo que atañe a la invención del argumento trasládanlo al juicio de la argumentación. Así como es recta la crítica de la argumentación por las figuras y los modos de los silogismos, así ellos dicen por el lugar del género, por el lugar de las causas, etc.; como si los lugares estuvieran aparejados para ser censura de las argumentaciones y no índices de los argumentos, de modo que se contentaron con retener la que se limita a la invención, al estilo de los espinosos estoicos, para la cual paréceles no serles demasiado necesaria ni lengua copiosa, ni mucha riqueza de conocimientos, sino cierta ignorancia gárrula y una invicta charlatanería, y arrinconando la clásica división de la lógica en *lógica de la invención y lógica del juicio*, introdujeron una clasificación flamante y genial en *lógica antigua y lógica nueva*. La razón de este nombre no te la explicarás más satisfactoriamente que porque hay un digesto nuevo y un digesto viejo. Llaman *lógica vieja* a los *Predicables*, a las *Categorías* y al tratado de *la interpretación* y lógica nueva a los *Primeros*, a los *Posteriores* y a los *Tópicos*. A éste añaden un séptimo tratado que introdujeron los modernos, ampliando el coto tradicional y el circuito de la heredad antigua con una adquisición reciente. Estos mismos, llevados como de través por un viento fiero, irrumpieron impetuosamente en la metafísica. Y de aquí, con mano no escasa, toman lo que parecía pertenecer a la lógica, como ya Aristóteles había hecho, y sumérgense a sí mismos y a los que les siguen en aquellos arcanos de la Naturaleza, de los cuales no se puede tener constancia ni conocimiento sino después de haber catado esas exterioridades, pues así lo exige el orden de nuestro conocimiento y no podemos nosotros penetrar en estas intimidades sino a través de lo externo. A lo desconocido se va por lo conocido, y al juicio de la mente se va mediante las funciones de los sentidos. Y ésos, en cambio, entregan bruscamente al muchacho en bruto, y con la leche de la gramática en los labios, los ariscos *predicables* y los *predicamentos*, y los bautizan en los seis principios, como los germanos autóctonos zambullían a sus hijos acabados de nacer en un río rápido y gélido. Los hay que aturan allí para siempre; ésos son los más realistas; como si la dialéctica hubiera sido inventada para perder el tiempo en bagatelas e inanidades y no para las serias y honestas disertaciones. Allí nacen monstruosos engendros de cuestiones acerca de la *naturaleza común*. Espántome de que no les asalten terroríficas pesadillas o de que osen hablar de ellas por la noche, tan descomunal y desaforada es la cosa.

Pienso que fué Antístenes el primero que en la Naturaleza creó la ficción de unos universales separados de los singulares. Platón propuso las *Ideas*; Porfirio, viendo que esto caía fuera de su propósito, se adelantó deliberadamente a decir que él evitaría estas y semejantes cuestiones. Pero esotros no tienen tan honrados escrúpulos. ¡Cuánto sudan al querer que el *género* esté en el lugar de la *materia* y la *diferencia* en el lugar de la *forma!* Por eso ponen la *composición física y la metafísica*, que está formada por la *quididad* del género y la *quididad* de la diferencia y otras sandeces de esta misma laya. Todo hombre sensato y que esté tieso de seso y no esté previamente estragado por opiniones y partidismos, se llevará las manos a la cabeza y exclamará: ¡Oh

bagatelas exquisitas! ¡Oh imperita erudición! Atiborran los *predicamentos* con todo lo que suele y debe tratarse en la *filosofía primera de todo género de cosas*. Algo de esto había tocado Aristóteles, pero ligera e incidentalmente. Gilberto Porretano pasó allende los seis principios consabidos. Alberto Groto y otros, después de él, empujaron la nave mar adentro, hasta perder de vista la tierra; *cielo por dondequiera y por dondequiera agua*, como en aquel hermoso verso pictórico de Virgilio. Dejo a un lado aquellos problemas ridículos: *Si en el predicamento se ponen realidades o nombres*, siendo así que Aristóteles lo dice con inequívoca claridad de voces, como si las realidades pudieran predicarse o si los nombres se prediquen sin que tengan significación alguna. *¿Colócase Dios en el predicamento?* Recelan esos piadosos espíritus que el infinito quede comprendido en lugar finito. Demás de esto, encarámanse sobre los predicamentos y crean seis trascendentes, por una mala inteligencia del sofista de Platón: *ente, cosa, uno, bueno, verdadero, algo*. Trascendentes como éstos pudieran introducirse mil: *existente, lo mismo, útil*, etcétera. ¿Quién utiliza como trascendentes lo verdadero y lo bueno? No niego que en algún sentido convienen a toda cosa, por manera que lo verdadero pertenece a la esencia y lo *bueno* pertenece al fin; aquél, al entendimiento; éste, a la voluntad; pero entrambos en Dios, pues nosotros, por lo regular, nos engañamos en el juicio y en la elección. Ni menos trascendente sería lo *útil* y lo *cómodo que lo bueno*, y por idéntica razón. Ni tampoco a lo natural dejáronlo en su quietud; pasaron a los *Posteriores* y a los libros de Aristóteles *Del alma*.

Propasándose a lo divino, al muchacho que jugaba en la escuela y perdía el tiempo en divinos silogismos, pusiéronle en las manos una faena ardua y peligrosa. Allí, con tan imprudente confianza, *distinguen, singularizan, particularizan completamente, incompletamente*, como si tratasen de una manzana o de cualquier otra fruta que se pudiera partir. Y en su empeño de querer reducir a fórmulas pueriles una cosa que supera el ingenio humano, vienen a dar en absurdos e impiedades, que la costumbre hizo que con culpable ligereza se les antojaren livianas, como que *hay tres Dioses, tres Esencias divinas, que el Hijo es el Padre y no es el Padre* y otras sacrílegas osadías que escandalizan los oídos timoratos. Hablan ellos de cosas ofensivas de las ovejas piadosas: ¿qué puede haber que les ofenda más que estos comprometidos juegos de palabras? Pero por el hábito de oírlos no se ofenden, y, en cambio, les impresiona enormemente aquello a que no están avezados. Y siendo así que para ellos no hay cosa más desdeñable y abyecta que el nombre de gramático, discuten apasionadamente trivialidades más de escuela que los mismos gramáticos, y todo ello de la manera más absurda, trocando los significados de las voces en el sentido que su capricho les dicta, no dejando nada a derechas. Lo que en los libros se dice acerca de la *interpretación*, ¿no es acaso un puro juego literario, en el cual los dialécticos más modernos, no contentándose con corromper el significado tradicional e histórico, recibido de nuestros mayores, porque les parecía vulgar y trillado, ellos fabricaron una lengua nueva?: *Cujuslibet hominis quilibet asinus, et asinus præter ab asinus et asinus possibiliter non sunt; alter*

alius homo est ipsemet; cujuslibet alterius hominis asinus est ens. ¿Quién va a entender esa algarabía, *en que se añaden letras*, cuando faltaban palabras, para adivinar mejor?

En los *términos*, que son los primeros que brindan a los muchachos así que entraron en su escuela, ¿qué otra cosa explican sino la *significación*, la *complexión*, la *incomplexión*, el *común*, el *propio*? ¿Y cuáles son sus preceptos? Aristóteles, en los *Tópicos* llama a los términos como lo último del enunciado, y Boecio, en el mismo sentido, a los nombres y a los verbos que se predican en la proposición simple, como, por ejemplo, en esta oración: *Sócrates disputa; Sócrates* y *disputa* son términos. Esos, al enseñar a los niños la noción de los términos como las enunciaciones dialécticas de las cosas simples de que se componen, hacen términos de pronunciados enteros y de largas oraciones, y en los términos harían caber toda la *Ilíada* de Homero, tan larga como es, o toda la *Odisea*, o la *Ilíada* y la *Odisea* juntas, si a uno se le ocurre poner entre una y otra la conjunción *to kai*. Quieren que toda voz se signifique a sí misma y al que la pronuncia, y al que la escribe, y al papel, y a la pluma, y a la mano, y a la literatura latina, y a los romanos, y a Carmenta, la inventora, y otras ridiculeces. Y si la corona que cuelgan en las tabernas es de hiedra, significará a Virgilio, porque de hiedra coronábanse los poetas, y también los muros viejos y ruinosos, porque de hiedra suelen vestirse; y la empresa *Festina lente* (date priesa poco a poco) significará a César Augusto, porque a cada momento traía esa expresión en su boca y el *laurel* significará al pueblo cartaginés, porque el Africano en su triunfo se coronó de laurel y por poner fin a una majadería que no lo tiene, todo lugar significará a aquel a quien vimos u oímos alguna vez en aquel lugar. Esto no es significar, sino evocar por una simple asociación de ideas.

¿A qué viene todo esto? Si luego de conseguir la necesaria instrucción se entregasen a estos como juegos de dados, acaso serían soportables; pero ¿quién no tomará a enojo que unos hombres imperitos, dejando lo verdadero, lo sólido, lo serio, se entreguen a esos devaneos y se refugien en esas excentricidades? ¿Es esto un instrumento de disciplinas serias o son pueriles entretenimientos? Y por lo que toca a la significación, ¿quién puede y debe dar los preceptos con mejores títulos que el gramático, o, mejor aún, el pueblo, en cuya jurisdicción está el arbitrio y la norma del lenguaje?

Demás de esto, en los *términos connotativos, blanco* significa el *objeto y la blancura;* ciertamente, no más que *hombre significa alma*, o *animal* o racional. No porque una cosa esté comprendida en la definición de otra, es por ella significada. Y dan la regla oportuna: *Cuando el término se toma por alguna cosa y deja de tomarse por ella, si no es por defecto de la cosa, es por defecto de la connotación.* ¿Qué es, pues, *risible*? ¿Qué es *racional*?

Pero dirá: *No está a mano la fórmula.* Pues debía estarlo, para enseñarla a los muchachos que no se engañasen. Pero demos esto por bueno. ¿Qué los nombres propios, todos los cuales pueden quitarse y ponerse otros? No basta lo que dice Paulo Véneto, a saber: que *Sócrates* tórnase de dos maneras, por *aquel hombre* y *por ese compuesto* llamado Sócrates; eso puede mudarse, pero aquello, no. Dígase esto mismo de todas las voces del mundo. Hablo

de las voces escritas y de las que se pronuncian, pues en la mente existen imágenes de cosas sin nombres, y con todo, las que hay allí, refiérenlas al término *complejo* y al *incomplejo*, que es un gran disparate, pues nuestra mente, con harta frecuencia, entiende simplemente las voces compuestas y a las simples las entiende por manera compleja, como cuando oyó: *El acerbo terror de los troyanos*, unas veces entiende referirse a sólo *Aquiles* y a veces, cuando oye *Aquiles*, piensa en el *terror*, en los *troyanos* y en *la sevicia del joven guerrero*. ¿Y qué más, si una voz que es simple en una lengua, es compuesta en otra, verbigracia, la expresión latina *Tribunus militum*, corresponde a la voz griega *Kiliarcos*? ¿Y qué más, si Gregorio de Rímini quiere que ninguna pronunciación categórica compuesta esté en la mente? En realidad, no es fácil decir qué cosa simple se imagine nuestro pensamiento y qué cosa compuesta y en conjunto; tan libre es y tan ilegislable.

Con todos estos ingredientes confeccionan enunciaciones dialécticas que constan de sujeto y predicado, pero con un orden tan sistemático e intangible, que no resulta más peligroso perturbar el orden del universo. El sujeto, inflexiblemente, tiene que estar antes que el predicado; así que: *Omnis homo est animal*, rectamente tiene que estar así: *Animal omnis est homo*. El mismo Aristóteles los refuta, pero no leen ni entienden a Aristóteles estos cuyo nombre no se les cae de la boca, ni a ningún otro autor bueno y autorizado; ni para esto, maldita la falta que les hacen autores y libros. Quieren que todos los verbos adjetivos se resuelvan en verbo substantivo y participio, como *ambulat* en *est ambulans*, pues de otra manera, dicen que no queda asaz perfecta ni asaz clara la enunciación. Aristóteles dice que es lo mismo el que uno diga: *Socrates disputat* y *Socrates est disputans*. ¿Por ventura, porque en el sentido no hay diferencia alguna, por eso mismo, el predicado de la una lo será también en la otra? No hay diferencia entre *homo disputat* y *animal rationale disputat*. Pero el sujeto no es el mismo.

A esto se añade que nosotros no tenemos tanta abundancia de participios como los griegos, que tienen participios de pretérito y de aoristos en la voz activa, y de presente y de futuro en la voz pasiva. Resulta de difícil explicación para los latinos esta oración. *Socrates diligitur aut laudatur*, y por los griegos es cosa sumamente fácil. ¿Y qué más, si no siempre el participio rinde el mismo significado que el verbo, especialmente en aquellos que expresan no la acción presente, sino la costumbre? Distancia hay entre *pingit* y *est pingeus, amat, docet*, y *est amans, est docens*. Aun de uno que esté dormido, puede decirse con toda exactitud: *Ese hombre pinta con destreza*, pero si duerme, no se puede decir en participio que denota la acción actual: *está pintando*. Demás de esto, son muchas las locuciones propias mediante el verbo que no lo son por el participio. No haré hincapié en este punto, porque entre los mismos sofistas no hay acuerdo, pues mientras unos dicen que los verbos adjetivos son incomplejos, de cuya opinión es Pedro Mantuano, y de ella parecen haber sido autores Aristóteles y Boecio, otros aseveran que son complejos y no se llaman verbos dialécticos. Pero esa disputa no daña ni a las cosas ni a la manera de hablar, pero lo que sí daña al lenguaje y a la inteligencia es el hecho de que quieran

que el predicado contenga el sujeto en oraciones por el estilo: *Homo est pictus homo est mortuus.*

¿Y qué cuando el sujeto restringe el predicado como en esta oración: *Socrates albus?* Para que sea verdadera: *tantum Socrates est albus*, pues quieren que el sentido sea *solus Socrates est Socrates albus.* Aducido por Paulo Véneto, recibiéronlo los demás con ovación clamorosa como si allí Sócrates sea el sustantivo del adjetivo *albi* y no *homo*, como es en realidad. *Tantum Socrates est philosophus, solus Socrates est Atheniensis, solus Socrates habet patrem.* Por esta misma ley hiciéronse también verdaderas: *Socrates videt omne astrum*, cuando ve no más que a un astro: *Socrates possidet omnem asinum*, cuando no posee más que un asno. Y si a mí se me antoja, diré ser también ésta verdadera: *Homo est asinus*, pues la interpretaré así: *Homo est asini possessor.* Responderánme que nadie hace tal de aquel pronunciado. Pero, demuéstrenme ellos quién hay que lo use de aquella manera, excepción hecha de ellos. Pero de ello, hablaré un poco más abajo; ahora voy a añadir unas cuantas cosas más.

CAPITULO VI

REFÚTASE LO QUE ENSEÑARON LOS MODERNOS DE LA FORMA DE LOS SILOGISMOS, DEL SENTIDO COMPUESTO Y DIVIDIDO, NO ENTENDIDO BIEN, Y DE LOS CONJUNTOS Y DE LOS DISYUNTOS. DEMUÉSTRASE A CONTINUACIÓN CÓMO POR DESCONOCIMIENTO DE LA LENGUA LATINA SE INTRODUJO EN LA LÓGICA UNA DOCTRINA AJENA Y ABSOLUTAMENTE VANA ACERCA DE LOS PEQUEÑOS LOGICALES

No en menos apuradas estrecheces se debate la *forma* y la *forma de la acepción de los términos.* Los antiguos pusieron en su doctrina harta perplejidad. Pedro Mantuano y Estrodo, cuya definición de la *consecuencia formal* no lograron declarar satisfactoriamente nada menos que tres expositores: Sermoneta, Ferabrich y el Tienense. Los más modernos quieren que la *forma* sea *la misma cualidad de los enunciados, la misma cuantidad*, la *sinonimidad de los términos* y la *semejante acepción de los términos*, por manera que no hay silogismo bueno de *forma* ni ninguna oposición, ni ninguna conclusión si no está apretada en esas angustias de expresión ni formulada de aquella manera absurda.

Cicerón colige así: *Todo goce de los bienes del espíritu es bienaventurado; todo sabio goza de estos bienes del espíritu; luego todos los sabios son bienaventurados.* Insistiendo en ello, puede formularse de estotra manera: *Todo goce de los bienes del espíritu es bienaventurado; todo necio goza de los apacibles bienes del espíritu* (*apacibles* en sustitución de *éstos*). Ni tampoco fuera bueno éste: *Todo hombre lee; Sócrates es uno de estos hombres*, luego *lee.*

Quintiliano dice en el libro segundo: *Toda arte tiene alguna materia; la Retórica no tiene ninguna materia propia, luego no es arte.* Réplica: *Todo hombre tiene algún caballo. Sócrates no tiene caballo blanco, luego no es hombre.*

Son nimios en todo. Unas veces quieren que todo se refiera al ánimo y a la manera de concebir; otros, con el pensamiento se detienen en las voces solas sin entrar en su sentido.

Hay que considerar en todas las palabras lo que la mente acostumbra entender. ¿Y cuáles son las

consecuencias que sacan?: *El hombre es un asno; luego el palo está en el rincón; Sócrates se pasea, luego Dios es bueno*. Al imposible síguele el *quodlibet*, como al *quodlibet* sigue lo necesario; como si no debiera tenerse cuenta con la conexión.

En los modales, de una manera se comportan con el *sentido compuesto* y de otra con *el sentido diviso*. Yo, no tanto repruebo el hecho como las palabras que usan en la definición. A las *conjuntas categóricas*, llamadas vulgarmente hipotéticas, innumerables como son, pues las hay tantas como son las conjunciones y como no pocos de los adverbios, redujéronlas los antiguos a tres especies. Otros añadieron unas pocas más. Paulo Véneto, a quien Dulardo (con sus respectivas escuelas) sigue en este punto como en muchos, introdujo esta distinción, a saber: aquellas conjunciones que unen enunciaciones, inteligibles por sí, esto es, del indicativo, hácenlas hipotéticas, pero no así las que lo hacen de otra manera; por lo mismo, estas conjunciones *licet quamvis, etsi, quamquam* (aunque) no las hacen hipotéticas, porque se dice bien: *licet Socrates cursat, Socrates tamen non movetur;* pero no se dice bien, ni en latín correcto *licet Socrates cursit*. ¿Todo esto no es lo más apropiado para morirse de risa?

Comienzan por no negar que estas y otras semejantes oraciones: *Si el asno volara, el asno tendría alas*, sean hipotéticas. Pero ¿qué hay que prohiba que se diga razonablemente y en correcto latín: *licet Socrates currat, etsi, quamquam Socrates currit?* Esos son los que reducen a fórmulas tiránicas la lengua latina, cuya sombra no han visto jamás, como Mantuano, que dice que la consecuencia de una hipotética temporal vale para cada una de sus partes como de la conjuntiva, de modo que es buena esta conclusión: *Tu moveris cum cursis; ergo tu cursis et tu moveris* (Tú te mueves cuando corres; luego tú corres y te mueves). También ésta: *Es estío cuando el Sol está en Cáncer;* luego, *es estío y el Sol está en Cáncer.*

Existen algunas enunciaciones categóricas del extremo condicionado, como dicen: *Socrates, si est homo, currit* (Sócrates, si es hombre, corre) *do tibi lapidem si est avis, et do tibi avem, si est lapis* (doyte una piedra si es ave y doyte un ave si es una piedra). Y para ellos es verdadera esta enunciación monstruosa: *Do tibi animal, si est homo, quum do ad amantem.* ¡Qué cosas más para burlerías que para pláticas razonables! De sandias sutilezas como éstas rebosan sus libros. ¿Quién podría enumerarlas una por una? No con mayor facilidad que las arenas de los desiertos líbicos. Pululan sin cuento esos disparates de una manera singular en los libros llamados *Parva logicalia*, nacidos todos ellos de la ignorancia de la lengua. De ese libro diré unas cuantas palabras, no tanto con el designio de disputar o de convencer, como de enseñar, pues tal está la cosa que, si se expusiere, pienso que no disimularían su repugnancia aquellos mismos que la fantasearon.

De esta dolencia conservan ciertos resabios, pero que ya perdieron virulencia, y así que si se les ofrecen cosas verdaderas y mejores, con facilidad las reconocerán y abrazarán. En la presente condición de la Naturaleza con harto trabajo y afán, con reflexión y con industria fueron las artes observadas e inventadas.

Ninguna de ellas se fabrica su nueva materia, sino que opera en una materia ya preexistente y aparejada. Las unas versan acerca de la sustancia; las otras, acerca de las palabras, y son la gramática, la dialéctica, la retórica. A ninguna de ellas le es lícito cambiar el lenguaje del pueblo ni crearse uno nuevo, sino en el idioma recibido desarrollar su propia actuación. El gramático inquiere la razón de las palabras sencillas y de la justa composición; el dialéctico, lo que hace el sentido verdadero y lo que le hace falso (hablo ateniéndome a la opinión generalizada) y las consecuencias y las repugnancias; el retórico, lo que tiene hermosura, adorno, distinción, lo que tiene dulcedumbre y se insinúa en el ánimo blandamente, lo que tiene aristas y asperezas repelentes. Si el gramático fuere osado de introducir alguna novedad o algún vocablo inusitado, o enseña a sus alumnos a hablar de otra manera de como habla el pueblo, por bárbaro se le silbará. Si el retórico que va a hablar imagina esquemas nuevos y no los toma del acervo común, por majadero y por absurdo, será objeto de una rechifla general. ¿Y qué si el dialéctico escudriña lo verdadero y lo falso, fingiendo a su capricho el sentido de las palabras, dejando el sentido corriente y popular? Todos aquellos a quienes la lengua fuere conocida, a buen seguro dirán: *No indagas la verdad de nuestro lenguaje, sino de tus sueños. Si tú, en esas palabras y en ese significado que les atribuye el sentido común, observaste alguna anormalidad, dímela y te oiré con gusto y con ganas de aprender; pero si te fabricas una lengua y un vocabulario, para ti y los tuyos previenes una dialéctica de que nadie hará uso, puesto que nadie habla así, ni siquiera tú ni los tuyos.*

Y esto hasta tal punto es verdad, que ni Aristóteles ni Boecio, ni aquellos mismos en cuyas molleras no sé qué dios puso tales delirios, pueden hablar verdad a tenor de sus cánones. Aristóteles y todos los antiguos griegos, siguieron el uso de la lengua griega; Cicerón y los latinos, el de la lengua latina. Infinitas son las afirmaciones según el uso común que Aristóteles asienta en los *predicamentos*, en sus libros *metafísicos*, en los *tópicos*, en fin, dondequiera se trate del *sentido de las palabras*. Y esos mismos autores más recientes no ignoran que su dialéctica se expresó en lenguaje corriente. Así es que aprueban muchas cosas, según la manera corriente de entenderlas, y para defender aquellas enunciaciones que vulgarmente son tenidas por verdaderas, amalgamaron tantas reglas con las anteriores, como acerca de la que llaman *suppositio accommoda personalis, de tempore pertransacto, de distributione pro singulis generum, pro generibus singulorum* y otras por este estilo, no ignorando en absoluto que la dialéctica es la observancia del lenguaje. Si hubieran conocido una lengua mejor, a buen seguro que a ella acomodaran las normas; pero hablaban de ella como de la mejor, creyéndola no solamente la mejor, sino la única puesto que a la otra ni siquiera le habían visto el rostro una sola vez. Cuando algunos dicen: *Yo así lo concibo en mi mente*, esto no tiene nada que ver con la dialéctica que trata del lenguaje, ni cuando digo: *homo est ceruleus*, debe preocuparme lo que entienda el aldeano que tomará el *ceruleus* por cosa de cera, sino lo que significa en latín. *Lo verdadero y lo falso, y lo contrario y lo consiguiente*, dice Cice-

rón, *júzgase por su propio criterio, no por el ajeno.* De ello hablé extensamente en la carta a Juan Fort *Contra los seudodialécticos.*

Pensé un tiempo cuándo empezaban esas argucias a desagradarme, que sería muy espinosa tarea la de refutarlas contra unos hombres porfiados, tesoneros, erizados de distinciones como los jabalíes de sus cerdas, invictos en la disputa y superiores en número. Pero en nuestros días, con el renacimiento del latín, y con unos niños que ya entienden la propiedad de la lengua latina, resultará más fácil la refutación de unos errores nacidos del escaso y torcido conocimiento de la lengua. Dicen: *Concediendo de grado al pueblo el uso, nos reservamos el saber.* E introducen dos sentidos: bueno y rigor. ¿Qué es el rigor refiriéndolo al sentido, sino una cierta y exacta manera de expresarse? Y esa expresión rigurosa, ¿dónde la iremos a buscar sino en aquellos que conocen la lengua con toda exactitud y no en aquellos otros que la ignoran por completo? Por lo que toca a la lengua latina, en Cicerón, Plinio, Séneca, Varrón, no en Pedro Hispano o en Guillermo Hentisbari. Boecio, Apuleyo, Marciano Capella en sus obras dialécticas, aducen como autoridad los dichos de Cicerón; hombres latinos todos ellos, se sirven del testimonio del más latino de los hombres que conocía puntualísimamente toda la energía y todos los recursos de su lengua nativa, y podía ayudar a aquel rigor. Los griegos aducen la autoridad de Demóstenes, Isócrates, Homero, Eurípides, Sófocles. En otro lugar hablaré de ello. Nosotros aprovecharemos también los dichos de los grandes autores; ¿en quién sino en ellos ha de buscarse la propiedad de la lengua? De aquella impericia del lenguaje nos nacieron las *suposiciones*, el *asenso*, el *descenso*, las *ampliaciones*, las *restricciones*, las *apelaciones*, los *exponibles*, a los cuales, si tuviéramos que ajustar la lengua, no solamente tendríamos que enmudecer, sino que nada verdadero habría en los escritores. Espántome a veces de cómo se les pudieron ocurrir a las mentes desatinos tan fuera de toda razón y en tan violento contraste con toda norma de hablar y de sentir.

En la *suposición* está lo *discreto*, lo *determinado*, lo *confuso*, lo *distributivo;* hay *términos ciertos*, con cierto orden y lugar: *Omnis homo est animal*, es verdadera y supone al animal *confusamente; animal est quivis homo*, falsa; *omnis homo habet caput*, verdadera; *equus requiritur ad equitandum*, falsa; *ad equitandum equus requiritur*, falsa también; *ad equitandum equus requiritur, verdadera.* Cicerón dice en el *Orador: Hay que requerir el acumen de los dialécticos;* y en el libro *De los fines: porque todos tienen alguno.* ¿Y qué dice Lucio? Y Quintiliano: *En toda materia hay algo que, naturalmente, es primero.* Y en las Sagradas Letras se lee: *Pobres los tendréis siempre con vosotros.* ¿Son falsas estas expresiones? ¿Quién se expresa de otra manera? Ni ellos mismos cuando dan preceptos acerca de esto. El uso de la negación, que es diferente en los griegos y latinos y en cada una de las lenguas y tiene una amplitud inconmensurable, si alguno asumiere el inútil y tenaz empeño de reducirlo a las restantes formas, daría al traste con toda la fuerza y la gracia del idioma. *Nemo est ex aliqua parte non felix.* ¿Qué es eso? *Ex nulla parte?* Y dicen: *Quod mobilitat immobilitatum, immobilitat mobilitatum ut se negationes impediant, et*

negatio cadens super signum universale. En toda lengua, dos negaciones dan más energía a la negación, excepto en la lengua latina. Demóstenes puso cuatro en vez de una; en nuestra lengua, muchas veces no niegan más dos negaciones que una sola, como: *Non possum ne dormire quidem.* Cicerón: *Nolo ne haec quidem humana ignoret.* Son lo mismo: *Non reveretur neque deos neque homines; neque deos neque homines reveretur; non veretur homines, non deos; non timet homines aut deos; non metuit homines ve deos ve; ne scribere quidem novit; non novit ne scribere quidem.* Aristóteles dice expresamente que ésta no es universal: *Non est homo pulcher,* y que no es lo mismo: *Non est homo pulcher* y *Nullus homo est pulcher.*

En el *ascenso,* hay brava controversia en situar la *constancia.* Algunos de los más modernos, repudiando la usanza antigua, la ponen de tal manera que la enunciación a la cual *se asciende* resulta más clara que la luz en comparación de la constancia. Pero póngase como se ponga, su uso es nulo, y nadie nunca echa mano de él ni aun en broma. Muy otro era el empleo que Sócrates hacía de sus *epagogias.* En las *ampliaciones* y *restricciones,* lo que voy a poner es sencillamente portentoso: *Meretrix erit virgo; artocreœ* (pasteles de pan y carne) *devoratœ et egestœ, sunt edendœ; puer anniculus fuit centum annorum.* Y eso mismo en las *apelaciones: Non vidi papam et papam vidi; consulem cœcidi et non cœcidi consulem.* Todas éstas, pues, según su norma, son falsas: *L. César engendró a César, el dictador; Jessé engendró a David, rey de aquella mujer que fué de Urías; Cayeta crió a sus pechos a Eneas, rey de Lavinia; esta mujer casó con aquel gran pintor Apeles,* si realmente casó con él antes que hubiese llegado a lo sumo del arte. *Esta obra fué escrita por el padre de Catón,* si efectivamente la escribió antes que engendrase a Catón, e infinitos ejemplos más que andan en boca de todos.

Hicieron *exponibles* de *tantum,* præter, *in quantum, immediate, incipit, desinit;* también hicieron *comparativos* de *totus, semper, ab œterno, infinitum.* ¿Por qué no muchos más? Como si casi todas las palabras y los adverbios todos no pudieran ser expuestos a las cavilaciones y a los corros de los discutidores sistemáticos, verbigracia: *cursit* (corre). *¿Qué movimiento es necesario para correr? Canta. ¿Qué altura ha de alcanzar la voz para que sea canto? Llora. ¿Qué movimiento anímico, qué alarido, qué gesto patético trae consigo el llanto? Ríe. ¿Qué rictus de la boca constituye la risa? Suele, acostumbra. ¿Qué sucesión de actos se necesitan para crear el hábito o la costumbre?* Y así como admiten el *incipit* (comienza) y el *desinit* (deja), ¿por qué no *aggreditur* (acomete), *delassatur* (se causa), *cessat* (cesa)? También cuando se añaden los adverbios *celeriter* (apresuradamente), *bene, male, tarde, pœne* (casi), *feré* (por lo regular), *quasi, etsi* (aunque). Pero veamos lo que enseñan: *Tantum animal est homo; tantum coloratum est album; sola animalia sunt homines.* ¿Quién va a entender ese galimatías?

De los verbos *incipit* y *desinit,* si se ha de hablar según las reglas de ésos, no puede hacerse uso alguno. ¿Quién puede retener la fugacidad de aquellos instantes? Cuando en el almuerzo tomo el segundo bocado o el primero, que aún tengo entre dientes, no puedo decir: Empiezo a

almorzar, porque pasó ya un infinito número de instantes; ni cuando mastico el último, puedo decir: *Ceso de almorzar.* Cuando escribo la segunda letra de un libro no *comienzo* a escribir el libro, ni cuando escribo la antepenúltima, no dejo de escribir. ¿Qué cosa, pues, puede empezar y cesar? Plinio, dice: *Entre los griegos, Diodoro cesó de devanear.* Con esto, ¿no se buscan cavilaciones y se busca materia para perder un tiempo precioso? Dicen que los *comparativos* y los *superlativos distribuyen* los términos siguientes, por manera que no es lo mismo: *Socrates est Trojanis doctior; y omnibus Trojanis doctior,* porque son, por hablar en su jerga, dos *signa mobilitantia: Socrates est Græcorum doctissimus* y *omnium græcorum doctíssimus.* ¿Por qué no exponen también *multo doctior, paullo, aliquanto, non multo, non paullo,* que más necesitados están de exposición? *Socrates a Græcis differt,* es sentencia verdadera; *differta Græcis,* es falsa, porque es distribuída. ¿Quién, conocedor del latín, imaginara sentido tan peregrino?

También el *signo colectivo* con su término hace el *término común* y la *proposición indefinida,* y *puede universalizarse* y *hacerse colectiva.* Tomemos ésta: *Omnes Apostoli Dei possibiliter sunt duodecim;* hagámosle *colectiva: Omnes, omnes Apostoli Dei;* hagámosle distributiva: *Omnes, omnes, omnes Apostoli Dei.* ¿Es posible absurdo mayor? Y conceden ésta: *Omnes duo Apostoli Dei sunt duodecim.* Análogamente: *Omnes Apostoli Christi non sunt boni* o *sunt non boni,* quieren que sea verdadera porque Judas fué malo. A ello Aristóteles se opone con palabras terminantes en el libro de los *Elencos,* al negar que no se puede decir *no ser buenas aquellas cosas de las cuales una no sea buena.* Añaden las *obligaciones* que otros llaman *tesis,* como si lo fuesen de las fórmulas del arte y no más razonablemente ejercicio y práctica, por la que cada cual no conceda nada que repugne o niegue cosa que se siga. Hay también las *insolubles,* cuando en sí mismas se reflejan las enunciaciones: *Haec propositio est falsa; omnis propositio universalis significat aliter esse quam est: omnis consequentia in Darii est mala; hacc est consequentia in Darii, mala ergo.* Pero todas ellas y sus semejantes es menester que se refieran a otras, no a sí mismas. Si uno dice: *Yo miento,* en el acto todos le pedirán qué fué lo que dijo y en qué mintió. *Este enunciado es falso.* Pediránle: *¿Qué dijo?* Si continúa diciendo: Esto, responderán que ni es verdadero ni falso. Por esto no faltaron entre ellos quienes, como Pedro Mantuano y Andrés Limoso, paisano mío, que dijeron que la proposición no podía mostrarse a sí misma, con gran indignación y revuelo de los restantes, porque se sustraía a las disputas un arsenal tan rico y los cubrieron de insultos por hacer tal afirmación para escaparse de los lazos de los argumentos y abandonar cobardemente la lucha.

CAPITULO VII

DEMUESTRA QUE AL ESTUDIO DE LA DIALÉCTICA SE LE CONSAGRA MÁS TIEMPO DEL QUE REQUIERE, Y ÉSA FUÉ LA CAUSA DE SU DESCARRÍO; POR LO QUE A LOS ESPÍRITUS QUE A ELLO TUVIERON PROPENSIÓN NO LES FALTÓ INAGOTABLE MATERIA DE ALTERCADOS

Pero acabemos nosotros de una vez, aun cuando ellos no acaban

nunca, pues se han lanzado a una carrera infinita, si en todo el cuerpo de la dialéctica, de una manera especial en esos *pequeños logicales* a los que llaman el *séptimo tratado,* fuera de entrambas lógicas, la *nueva* y la *vieja,* pues ni una palabra dijeron los antiguos de esos *logicales* intrusos. Esto ocasionó la corrupción de esa parte, porque ellos, no apoyados en ninguna opinión mejor, eran ellos solos, desoladamente solos. Todo se lo fabricaron a su capricho, sin conocimiento ni experiencia alguna de la lengua y de las buenas artes. Y como fuera que ignoraban qué era lo suyo y qué era lo ajeno, y hubiesen irrumpido con ímpetu brutal de gañanes en casi las artes todas, detuvieron al oyente larguísimo tiempo con doctrinas que no venían a cuento ni nada tenían que ver con la dialéctica y con problemas *naturales, sobrenaturales, gramaticales,* que complejos como eran y en un estado de confusión caótica, tuvieron que ser llevados por vericuetos, por ambages y por dédalos inextricables que aumentaron más la polvareda y el barullo. Maravíllome de que, profesando como profesan que la dialéctica es el instrumento de las restantes artes, en París se le consagren dos años, y a la restante filosofía, física, moral y elemental, un año escaso. ¿Y qué más, si algunos aún de ese año deficiente hurtan una porción para la dialéctica? Muchos de ellos toda su vida, por más larga que sea, no son más que dialécticos. Ese detenimiento excesivo impuso la necesidad de introducir en el cercado de la dialéctica cosas que no le podían ser más ajenas, por los caminos más torcidos. Y así fué que les aconteció lo que se lee en Cicerón acerca de los estudios de la filosofía, puesto en boca de L. Craso, en el tercer libro *Del orador: Esas materias* —dice—*se aprenden fácilmente si de ellas tomares no más que lo necesario y tienes la suerte de dar con un maestro que sepa enseñarlas con templanza y tú las aprendas con discreción; pero si durante toda tu vida no quieres hacer otra cosa, esa digámosle disciplina engendra todos los días algo que con estéril y perezoso deleite solicita tu afán de investigación. Y así resulta que, agitando tantas cosas, el conocimiento sea infinito y su uso fácil confirme la doctrina y que sea mediocre el rendimiento y la memoria y el estudio continúen. Siempre quedan tiempo y holgura para aprender, como si yo quisiera jugar con maestría al ajedrez o tuviese afición al juego de la pelota, y aun cuando yo no pueda conseguirlo, hay otros que lo hacen con suma destreza y toman en ello un gusto más intenso de lo que la causa pide, como Ticio en el balón y Brula en los dados. Por esto no hay razón para que alguno se retraiga del difícil aprendizaje de las artes por el hecho de que las aprenden los ancianos, pues o bien emprendieron su estudio cuando ya eran viejos o perseveraron en este estudio hasta la ancianidad o porque son lentos en aprender excesivamente. El asunto, a mi parecer, está así: que nunca uno puede aprender perfectamente sino aquello que pueda aprender con rapidez.* Esto dice Cicerón.

Y como había que altercar y altercar siempre, buscáronse cuestiones espinosas, apropiadas admirablemente a la discusión, que proporcionaban materia abundante para la contienda y alargaban el altercado hasta nunca acabar, aun en la preceptiva de las artes. Ninguna cosa dicen una sola vez por no quitarse ocasión de argumentar y de llevar

la contraria. Y si por casualidad enseñan alguna definición o fórmula, comienzan por proponerla confusa y rudimentariamente, y luego poco a poco la van expurgando y puliendo como en virtud de sus argumentacioncillas y la fortalecen con numerosos apoyos para que al fin aparezca perfecta y bruñida por larguísimos rodeos de palabras. Y luego se quejan de la prolijidad de quienes escriben con algún aliño, al paso que ellos, mientras andan al acecho de argumentos dondequiera, apenas consiguen explicar en muchas páginas lo que pudiera ser expuesto con palabras brevísimas. Y, por fin, para que a esa campaña no le faltara el avituallamiento, hicieron muy diligente requisa de todo, por más recóndito y ajeno y pueril y absurdo que fuese y de todo aquello que la mente humana no puede alcanzar. Y ello a pesar de que, en el libro primero de los *Tópicos*, Aristóteles pone esta sentencia, a saber: que persona alguna de sano criterio ha de proponer cuestión que por todos sea reprobada o comprobada, y aun por la mayoría. Esto no tiene duda alguna, pues la cuestión dialéctica es cuestión probable, no paradoja. No contentándose con lo que el ingenio humano naturalmente podía conseguir y definir, quisieron cortarlo todo por lo vivo, seducidos por la golosina del disputar. Así como los que, estimulados por la picazón o prurito, rascando en demasía, sacan sangre y sucede la desazón al gusto, y los malos cirujanos, al amputar la carne dañada, tocan la sana, así éstos también, por rascar en exceso la verdad, la pierden y vienen a dar en lo falso, que se manifiesta con alguna mayor verosimilitud que la verdad misma. No de otra manera hartas veces el latón expresa más el color del oro que el oro mismo; y el que simula, más que el que obra con sencillez, se acerca más a la imagen de la verdad, aunque muy lejos de la verdad auténtica.

A esto se refiere aquel discreto aforismo del poeta mímico: *Con altercar demasiado, la verdad se pierde.* El público contempla como un número de feria esos juegos pueriles, pues para él se imaginaron y en ellos, con perdón del Cielo, actúa como juez de campo en ese torneo y corrida de cañas, que se anuncian con gran boato y sonido, como función sensacional para que la turba aplebeyada, con la boca abierta, admire lo que no entiende y ellos ganen ante el vulgo reputación envidiable. Y de ahí su arrogancia, que les hace ver que ellos son algo porque al populacho, que es su juez, así parece. Pensaban esos hombres batalladores que el más hermoso título a que podían aspirar era el de *invictos*, como los propios príncipes. Por esto abrazaron el nombre de *sofistas*, cuando, por otra parte, definían al sofista como no *existente*, sino sólo *aparente*. Uno de ellos, en París, se decoraba a sí mismo con el título *formidable*, halagándose con la ilusión de que ese espantable epíteto equivalía por lo menos al de *Africano* o *Asiático*. A tambor batiente, y en alarde magnífico, entró la ostentación, y su hija la pertinacia, en no cejar por nada ni por nadie, porque no pareciese que lo hacía vencido y obligado por la fuerza del argumento, y derribados y convictos en su ciega obstinación por defender lo que se habían propuesto, iban a refugiarse en el absurdo que de momento les sacara del peligro. Luego, librados, recibían los honores del triunfo. Así, de la difícil *evasión* pasaban al *dogma*, aquellos hombres livianos que se en-

candilaban con la pasión de la gloria, pues cada uno quería que se le tuviera por héroe de un nuevo descubrimiento. Y eso quedaba confirmado por el consentimiento y la entusiasta adhesión de sus secuaces. Ello resultaba facilísimo, pues para ese viaje no se necesitan alforjas ni son menester cultura ni libros; bastan porfía invicta e indomable tozudez en responder y en no admitir repugnancias. Más que verdades eran antojos (*placita*), pues no se daba más razón que *así me place; me parece así; impugna tú, yo me defenderé en consecuencia.* Mientras Aristóteles señaló tres suertes de metas o hitos donde la disputa debe cesar así que se llegó a alguno de ellos, para el sofista de marras no hay cosa tan baladí o inopinable o contrario a la autoridad de los grandes autores o tan absurdo o tan propio de viejas que juzguen ser la meta final. La meta definitiva es la sola *contradicción,* y ella sola hace que el dogma quede rechazado. A todo lo otro, por más incongruente y necio que sea, dan por toda respuesta: Concedo, pues es una consecuencia de mi conclusión. Y aun ellos mismos, una vez asentado el dogma, interferían determinadas paradojas, cuya cláusula era invariablemente: Todo esto hay que concederlo, pues se sigue de mi opinión. De esa manera, la dialéctica fué lo que a cada cual, alguna vez y fuese del modo que fuese, se le venía a las mientes.

Y cuáles fueran esas opiniones suyas o sus *placita,* como ellos las llaman—además de las que ya toqué y solamente toqué las más corrientes y más recibidas, pues las particulares no tienen cuento—, puédese colegir del hecho que a afirmarlas y aseverarlas se presentaban unos muchachos sin lengua, sin libros, sin instrucción, provistos de algunos casos a guisa de adivinanzas o acertijos de aquellos que los chicos, en una noche de meditación, fabrican seiscientos más pronto que los varones graves uno en seiscientos años: *Omne a possibiliter est b, et tamen nullum b possibiliter est a;* y otras mil por el estilo. De ahí infinitos dogmas y otras tantas dialécticas; los unos de Paulo Véneto, los otros de Hentisbari, de Mantuano, de Escoto, de Santo Tomás, de Alberto Magno, de Ocam, de Pardo, de Dulardo—me abstendré de nombrar a los vivos—, y eso no en aquella parte que trata de hallar la probabilidad o de la crítica de la argumentación, lo cual sería tolerable, sino en la inteligencia y explicación y uso del idioma latino, que siempre es uno y simple. Y con todo, siendo tales sus inventos, maravíllanse que no entiendan los otros lo que ellos soñaron, como si todos fueran Josepes o Danieles bíblicos con espíritu de profecía capaz de interpretarlos; y habiendo salido de la Naturaleza dentro de la cual viven, se asombran de que los otros no les conozcan ni a ellos ni a sus engendros, y reducen a las fórmulas suyas los dichos de los otros, y cuando no tienen congruencia entre sí, repúntalos indoctos y dictaminan que son unos asnos y saboréanse con no ser entendidos, como prestidigitadores que engañan los ojos del público. Examinan los dichos de los autores máximos, y no tanto se admiran de su desconveniencia con sus propios cánones, como los menosprecian por idiotas y muy inferiores a sí mismos. Luego, abrigándose en una vetusta autoridad y consentimiento del género humano, tienen una distinción hallada en favor de ellos: Esos dicen la verdad *in sensu, in quo* son hechas las proposi-

ciones, no *in sensu quem faciunt*. ¿Qué desatino puede decirse mayor que éste? Como si los chicos supieran mejor el sentido que hacen las palabras y las sentencias latinas que Cicerón, Varrón, Plinio, Séneca, San Jerónimo, San Ambrosio, San Agustín; o de la lengua griega que Demóstenes, Platón, Aristóteles, Isócrates, San Gregorio, San Basilio, San Juan Crisóstomo y Orígenes.

Acostáronse algunos a esa opinión porque decían que todos estos recursos eran útiles a las demás artes porque aguzan el ingenio de los discípulos, hasta el punto que si alguno entiende estas sutilezas tan delgadas, con facilidad alcanzará lo que evidentemente es menos difícil. Ni una cosa ni otra es verdad. Parece aquello ser ingenioso, en parte porque no se entiende, pues son muchos los que sólo hacen aprecio de lo que no comprenden, y otros que están firmemente persuadidos de que por fuerza tiene que ser delgadísima una cuestión que ellos no ven clara. A muchos les contentan esas argucias tan vidriosas, como los rompecabezas pueriles. Esos enigmas no son fruto del ingenio ejercitado y roturado por copiosa erudición, sino de la ignorancia de los autores de mayor autoridad, como hierbas inútiles en terreno inculto. Era forzoso que ellos hicieran algo, pues tal es la naturaleza del humano ingenio, que, así como es ígneo, puede también ser boto y lerdo, que es menester que se aplique a alguna actividad. Así es que estas prácticas no adelgazan el ingenio ni le afinan, sino que con ellas se embosquece y se torna salvaje. Esos abrojos le hacen pendenciero y malhumorado, no vivaz ni activo en empresas bellas; le afilan y le desbastan, pero de forma que no le queda nada sólido; le atenúan, le extenúan, le menoscaban, le deprimen, y una vez que le han quebrantado a ese punto, no le dejan fácilmente erguirse a cosas elevadas, principalmente porque esas puerilidades no solamente son ajenas a las verdaderas artes, sino que les son contrarias; y los que se encaminen a más altas y verdaderas disciplinas, porque no estorben el provecho, han de ser desaprendidas, al menos, con el mismo cuidado que pusieron en aprenderlas y asimilarlas. Después de tanta y tan prolongada gritería en las escuelas, piensan estar tan ejercitados en la polémica, que se jactan de poder trocar a fuerza de argumentos lo blanco en negro y de un hombre hacer un asno; ilusión harto alejada de la realidad.

La lengua que usan o es entendida o no lo es; si lo es, un maestro de esgrima combate contra un maestro de esgrima y un pirata contra otro pirata; no hay pérdida posible. Además, si el antisofista está formado medianamente, tanta es la variedad de opiniones entre ellos aprobadas, que, metido en un callejón, puede evadirse por un escape hurtado. Por eso fué que, para tapar brechas y escapatorias, acostumbraron, como ellos dicen, *suponer* muchas cosas. Quien no entiende lo que dicen, ¿cómo será cogido? Les obligará a hablar con más claridad y en lengua corriente. Y en ello pueden tan poco, que no hay ninguna vieja ni remendón tan raez y de la hez del vulgo que a su vista no les trueque lo negro en blanco ni razón tan flaca tomada de la vida ni recogida de la calle, que no les desoriente, como cosa nueva e inusitada que resulta para ellos.

Lorenzo Valla emprendió la tarea de recomponer la dialéctica, y en ese empeño disiente de Aristóteles y de los viejos peripatéticos, y aun

de los nuevos. En algunos puntos, no son desacertados sus puntos de vista, aunque son muy pocos. En los más, resbala, a fuer de temperamento vehemente y precipitado. No solamente se engañó en la dialéctica, sino también en la filosofía, pues también la toca de soslayo y, cosa ya más extraña, en los preceptos de la lengua latina. Y allí no desbarró menos que en sus elegancias e invectivas. Con todo, los errores de su dialéctica, realmente muchos, nosotros los dejaremos de lado en absoluto o los reservaremos para otra ocasión si así nos pareciere. Trabar disputa con él sería cosa harto prolija y nada necesaria, de momento, porque sus argumentos no se afianzan en poderosas razones ni nadie los aceptó por dogmas de esa arte.

LIBRO CUARTO

DE LA CORRUPCION DE LA RETORICA

CAPITULO PRIMERO

LA SOCIEDAD NO PUEDE SUBSISTIR POR SÍ MISMA SIN LA JUSTICIA Y SIN LA PALABRA. POR QUÉ EN UN IMPERIO DEMOCRÁTICO TIENE ÉSTA MAYOR INFLUENCIA, Y CÓMO LOS SÍCULOS FUERON LOS PRIMEROS QUE EN ELLA PUSIERON ADORNOS Y PRIMORES. LA RETÓRICA SALIDA DE SUS LINDES; TODO ELLO DEMUESTRA SER INFUNDADA LA QUEJA DE QUINTILIANO

El vínculo principal y la consistencia de todas las sociedades humanas son la justicia y la palabra. La falta de cualquiera de las dos hace que sea difícil toda agrupación y sociedad consistente y duradera, así pública como privada. Nadie puede convivir con su prójimo si es injusto, ni concertar con él relaciones y vida en común, ora sea él la misma bondad o la injusticia misma, ora quiera vivir con aquel a quien no entiende. Así que vienen a ser dos los timones que gobiernan la convivencia humana, la justicia y la palabra; pero la justicia mantiene su fuerza lenta y callada y la palabra la mantiene más viva y más activa, porque la primera representa la influencia de la razón y del consejo y la segunda excita los movimientos del ánimo. Por esto es que los hombres con facilidad se avienen a ser gobernados por aquel que consideran ser justo. Mas el que dispone del poder de la palabra y está capacitado para hablar, a ése le quieren por conductor y caudillo y todos se confían a él, persuadidos de que en el ánimo del orador hay la misma fuerza que experimentan en aquel río del alma que es la palabra. Pero no todas las agrupaciones humanas consiguen lo que se proponen, pues en ellas son muchos los negocios que tienen un gerente único o que por ventura son administrados por unos pocos, unidos entre sí por cierto consentimiento o conjura y se apoyan en grandes fuerzas y poderes si alguien repugna su mando. Las masas no disponen de poder efectivo para determinar y ejecutar lo que determinaron, ni siquiera para celebrar reuniones y asambleas, donde no hay cosa más de temer que el poderío de unos pocos. Exis-

ten otras agrupaciones que se llaman libres, en las cuales reside el supremo derecho del mando y disponen de la fuerza para imponer la ejecución de lo que mandaren.

En aquellas agrupaciones primeras, si alguno carece del don de la palabra o no se le oye, pues no se le consiente hablar en público, o si habla y trae a la masa el convencimiento, con todo tiene la voluntad cohibida por el miedo y tiene las manos atadas. En una democracia, puesto que lo que plugo a la mayoría queda, desde luego, ratificado, tiene fuerza decisiva la palabra elocuente. En las democracias, puesto que los hombres, por inclinación natural, se sienten empujados a los honores, a la fortuna, a la dignidad, al poder, han sido muy muchos los que con gran afán cultivaron la elocuencia política. Los que tal hacían llamáronse *oradores*, y su arte se llamó *arte oratoria; retóricos* en griego ellos, y su arte, *retórica*.

Este fué el origen de la elocuencia; pero el arte de hablar con gala y el de inventar con agudeza, impúsolos la necesidad. Aristóteles atribuye su paternidad a los sículos, linaje de hombres ingenioso y faceto de suyo y con disposiciones naturales para la elocuencia. En Sicilia, como por la frecuente mudanza de tiranos, mala hierba de la cual ninguna otra región fué más feraz, las posesiones y bienes fuesen quitados a los unos y regalados a los otros caprichosamente, con el tiempo, al sobrevivir un cambio político, por la expulsión y muerte del déspota de turno, los que regresaban del exilio y eran devueltos a sus patrimonios, en nombre de las leyes y de la equidad reclamaban lo que les pertenecían. Estos introdujeron un estilo de oratoria forense más aliñado y culto, más enérgico y razonado, propio para persuadir e impresionar las conciencias de los jueces y de todo el pueblo concurrente.

De Sicilia fueron los más antiguos preceptistas de la elocuencia. El más madrugador fué Empédocles, adscrito a la escuela pitagórica, de quien se escribe, dice Fabio Quintiliano, que hizo algunas insinuaciones acerca de la retórica; a continuación, Corax y Tisias, quienes de la práctica personal y de la manera oratoria de los otros aventuraron algunos preceptos. A zaga de éstos anduvo ya limado y pulido un hombre de esa misma isla, Gorgias Leontino, que tuvo en Atenas numerosos discípulos. De la necesidad de recuperar lo propio, pasó este instrumento a otras finalidades más ambiciosas, y así como habían conmovido el ánimo de los jueces, quisieron actuar sobre la impresionabilidad del pueblo, sobre la del senado en la curia y, últimamente, sobre el de todos aquellos de más decisiva influencia en la república y en cuyas manos y arbitrio estaba puesta toda la fortuna de la ciudad. Y ello era tanto más eficaz cuanto el que hablaba había conseguido un auditorio vivo, apasionado, intemperante, excitable, fácil de mover y ser agitado por la palabra, como una hoja por el viento. En las ciudades bien constituídas, con una población quieta y sosegada, aun cuando algún tanto lerda, amén de libre, no le quedó a la facundia demasiado campo para sus alardes, como en Creta y en Lacedemonia. Empero en Atenas, ciudad bulliciosa y movediza, y en las colonias griegas de Asia, que fueron otras tantas Atenas allí trasplantadas, también en Rodas y en Sicilia y en Roma, en último término, con absoluto señorío se impuso el orador, pues la elocuencia se encontró allí con unas masas dotadas de agu-

deza de ingenio, inquietas, ambiciosas, impelidas del aura generosa de la libertad.

Así fué que Zenón, aquel estoico que dijo ser la retórica semejante a la palma de la mano abierta y la dialéctica a la palma de la mano cerrada, dijera con mayor justeza y exactitud que la dialéctica recogía el argumento para el sutil examen de los doctos y que el retórico lo aplicaba al sentido popular, pues no raras veces el orador condensa con mayor rapidez que el dialéctico, como cuando pone una sola enunciación por una argumentación asaz larga, como se demuestra en el *Instrumento de la probabilidad*. Y como este ejercicio era una especie de iniciación para un gran poder, aficionáronse a esa arte unos hombres ambiciosos de honores, opulentos, entregados a los negocios; y como aplicaban a esa actuación y finalidad preconcebida todo cuanto habían aprendido de sus maestros o ellos, con su experiencia personal, habían granjeado o averiguado con sus reflexiones, no se preocuparon de inquirir qué era esa arte, cuál su materia, cuáles sus límites, cuál su campo y cuál su objeto. Con esto quise decir que no cultivaban la oratoria con un objetivo científico, sino para escalar un puesto de distinción en una ciudad pujante y para acarrear hasta el colmo riquezas y honores y para ejercer una suerte de tiranía, rodeados como por una escolta por el fuerte prestigio de su elocuencia, con el fin de prestar ayuda a los amigos y causar enojo a sus enemigos. Y así resultó que todo esto fué definido a ciegas y temerariamente por quienes andaban ocupados en otros menesteres y estaban atentos a otro fin. Todos los días iban viendo cómo los oradores hablaban del gobierno de la república, de la paz, de la guerra, de la justicia, de la magnanimidad, de la entereza moral de la opulencia, de la fortuna, del arte de navegar, de los vientos, de las lluvias, del mar, del cielo, de los dioses, de los hombres, de las pasiones, de las opiniones, de la salubridad, de la peste, del abastecimiento, y pensaron que todo ello pertenecía a esa arte, pues no había cosa de la que no tuvieran que tratar un día u otro.

Pone el grito en el cielo Quintiliano y reclama, indignado, como pertenencia suya, el que unos hombres desidiosos hayan amputado de la retórica todo lo que atañe a la contemplación de la Naturaleza y a la compostura de costumbres, y porque de un estudio se hicieron muchos, como con miembros de un cuerpo único arrancados y desperdiciados. Húbolos quienes se felicitaron de ver su profesión tan ambiciosamente extendida, porque no pareciese ser liviana y obvia y fácil a quienquiera. Otros, que gracias a la elocuencia habían conseguido opulencia y poderío, se empeñaron en demostrar que era más difícil el acceso y más fragosa la subida, porque ningún otro se encaramara a igualarles en dignidad, y no les entrasen ganas de poner los pies en una senda tan erizada de dificultades pasmosas. Aristóteles definió la retórica: *La fuerza o la facultad de ver lo que en cada una de las cosas es probable; la retórica*—añade—*no hace las cosas probables, sino que las ve; como tampoco el médico crea los remedios, sino que los descubre.* ¿Es ello así? ¿Incumbe tanto al retórico hablar de la *justicia*, como al médico de las *drogas* y de las *hierbas?* ¿Todas las artes son tributarias de la retórica, como todos los fármacos lo son de la medicina; y aun esta misma medicina será parte

de la retórica y lo serán también las matemáticas, y lo será la misma geometría? ¿Qué hacéis? ¿Tan pesada cruz ponéis en los hombros de esa tan tierna y tan delicada doncella? La misma cruz pondréis en las espaldas de la dialéctica. ¿Hacéis a la retórica como la herramienta de las artes y las disciplinas todas? ¿Quién no ve que no es cosa del retórico hablar del cielo, de los elementos, de los ángulos, de la pirámide? Y si todo esto es de su pertenencia, ¿por qué no da preceptos acerca de ello? ¿Qué retórico tan ambicioso hubo jamás que reclamara esto para su jurisdicción? No lo reclamaron ni siquiera los mismos *grieguecillos* (græculi), que lo intentaron todo y que nos dejaron innumerables preceptos de esa arte.

Pero los que saben bien esto, lo dicen todo mejor. Como si cada una de las artes no recibiera ayuda de cualquiera otra, y que no por este motivo es parte de ella. El conocimiento de la antigüedad es un precioso adminículo de la contemplación de la Naturaleza. ¿Acaso por esto la Historia es una parte de la filosofía? Mejor será el arquitecto, si encima fuere filósofo. ¿Por ello la filosofía es una parte de la arquitectura? No puede ser historiador quien no supiere cosmografía, ni astrónomo quien no supiere aritmética, ni médico quien ignore la botánica. Y, a pesar de ello, las artes andan separadas y distintas. Pensando esto, los grandes legisladores de este arte asaz comprendieron que el retórico, y nada más que retórico, no puede acoger y sostener conocimientos tan varios, tan inmensos, tan amplios y tan derramados. Por esto fué que otros de una sola retórica, doblándola, hicieron dos; *universal* la una, que abraza todas las materias de las cuales alguna vez se tenga que tratar; *particular* la otra, de uso civil inmediato, y que toca exclusivamente cosas civiles. Por esto, algunos documentos de filosofía moral irrumpieron en ese coto como en propiedad ajena, pero ligeramente y muy de paso. Aristóteles no disimula que con harto poca exactitud en sus libros de retórica toca punto de la filosofía moral, acomodándolos al alcance del pueblo, a quien debe exclusivamente servir el orador nacido para las masas y la oratoria al aire libre. ¿Por qué Quintiliano, que acusa de hurto a los filósofos como detentadores de la filosofía moral, no dice de ella casi nada? Si envían a su alumno al filósofo porque vuelva de allí, ¿por qué ellos dan sus preceptos con tal descuido y displicencia y con minerva tan crasa, que harto a las claras se ve que maniobran en terreno ajeno y que no les interesa un adarme?

¿Por qué no acrisolan y devuelven a su primitiva nitidez una tan grande y tan lucida porción de su arte, ocupada indignamente por poseedores injustos y contaminada por su impericia? Pero ciertamente no será más la materia de la retórica hablar de moralidad o de cualquier otra cosa, como si uno que profese el arte de escribir y su materia fuere el paño o el papel. No faltaron quienes, al dar en medio de la retórica preceptos morales, más mira pusieron en procurar el gusto y halagar la desidia de los alumnos, que creer que se lo imponía una exigencia de su arte, como, ya que desarrollaban sólo retórica aquellos que en la curia, en el foro, querían mostrarse a los ojos de la multitud, no tenían tiempo para tocar las artes restantes o sentían hacia ellas un desdén absoluto por innobles y oscuras y en el solo título de retórica

tenían como pregustado todo aquello acerca de lo cual un día u otro debían disputarse en la ciudad. Todos querían bien decir y lo querían rápidamente. De estas prisas quéjanse Cicerón y Marco Fabio. Así que no aprendían lo que era ajeno de su arte si no andaba abrigado bajo un velo de retórica, como cuando a los niños se les da ajenjo edulcorado con miel. Por esto, no tuvieron humor de dar preceptos de esa arte, sino que, con ese sabroso engaño y artificio, introdujeron normas que, dadas sencillamente y con claridad, hubieran merecido su más franca repulsa. Pero basta ya de eso.

Dejo a un lado el cuento de nunca acabar de las opiniones y sentencias de los retóricos, unas que ensanchan su objeto y otras que lo reducen. Cicerón es movedizo, resbaladizo, inconsciente como por lo regular lo es en los asuntos filosóficos. Todo querría subordinarlo al orador L. Craso, con la oposición de Marco Antonio, cuyas famosas discusiones, como las trae Cicerón, son por demás conocidas. Antonio se contenta con un orador que pueda usar una elocución sabrosa de oír y echar mano de sentencias acomodadas a las pruebas, en las causas forenses y comunes y que esté razonablemente dotado de voz, de acción y de agrado. Tales fueron, sin duda, los que en Atenas, en Asia y en Roma son tenidos y celebrados como oradores; aquellos diez de Atenas y aquellos dos de Roma, que poco ha nombré, y Catón, los Gracos, Galba, Sulpicio, Cota, Hortensio, que no estaban seguramente provistos y apercibidos del conocimiento de muchísimas disciplinas, sino de agudeza de ingenio, de diligencia, de práctica, de buen sentido común, amén de cierta elegancia y atavío de la forma.

CAPITULO II

DEFINICIÓN DE LA RETÓRICA Y SUS PARTES; ESPECIES DE CAUSAS Y DE ESTILO; LARGO ALEGATO CONTRA LOS ANTIGUOS

Pero ¿qué es la misma Retórica: *arte, ciencia, virtud, fuerza, instrumento* u *órgano*, como los griegos dicen? Es de saber que hubo quienes de tal manera la realzaron decorándola con nombres ilustres que los opusieron a la odiosa tacañería de aquellos otros que dijeron ser una cierta degeneración y descarrío del arte, infligiéndole el mote griego *cacotecnia*. Sócrates, en *Georgia*, de Platón, llámala *aduladora y simuladora de una partícula de la facultad civil*; otros, denomináronla *fuerza*; otros, *práctica*; otros, *arte divorciado de la ciencia y de la virtud*; y unos, muy pocos, llamáronla *ciencia*. Los estoicos, a la *elocuencia* la dicen virtualidad y sabiduría y que tal es la Retórica, como colige Quintiliano, que no se puede ser orador si no se es buen hombre, y Catón, con palabras que parecen recogidas de labios de un oráculo, dice que el *orador es el varón bueno, diestro en hablar*. Harta fatiga y sudor le cuesta mantener esta definición sosteniendo que Cicerón y Demóstenes, que son tenidos como los primeros oradores, fueron hombres buenos. A mí me dan pena los esfuerzos de ese varón de tanta gravedad, que quiso armonizar extremos de suyo tan discordes y de dos cosas que se contradicen y pugnan hacer una sola.

Con alguna oscuridad Cicerón, pero con alguna mayor verdad, en el libro tercero *Del orador*, se expresa así hablando de la oratoria: *Cuanto mayor es su fuerza, tanto más debe andar unida con la probidad y una*

suma prudencia. Si entregáramos la facultad de hablar a los carentes de tales virtudes, no conseguiremos hacerlos oradores, sino que habremos dado armas a furiosos energúmenos. Esto dice Cicerón, aun cuando un poco más abajo vuelve a la ambición primera y proclama que la oratoria es la sabiduría, a saber: el método del pensar, y la razón del hablar, y la fuerza del decir, y confunde y amalgama lo que es divertidísimo y opina que es del mismo arte el bien sentir y el bien decir, con provecho, sin duda, y ojalá de ello persuadiera a los hombres, pero no con igual verdad, puesto que ambos extremos están separados por el fin, por la materia, por la práctica. Admírome de que aquella sentencia casi dogmática de Catón, a saber: que el *orador es un hombre bueno, que tiene destreza en el hablar,* tan vulgarizada y socorrida, haya sido objeto de torcidas interpretaciones de hombres doctos. Por costumbre general de todas las lenguas, se llaman y son considerados hombres buenos aquellos sobre los cuales no pesa ninguna nota infamante. En nuestro caso, no puede ser examinado el varón bueno, según la fórmula de Sócrates y los estoicos, y al tenor de aquella otra, según la cual no quiso ser garante de hombría de bien el varón consular Cayo Fimbria, como se lee en Marco Tulio, sino de la misma manera que Catón, al comienzo de su libro *De la agricultura: Al varón bueno, nuestros mayores cuando le alababan, alabábanle por buen agricultor, por buen colono, y creíase ser magníficamente loado quien conseguía ese encarecimiento.*

Por cuanto de ese ejercicio era lógico cosechar algún fruto, bien en la acusación criminal de los ciudadanos dañinos, bien en la defensa de los inocentes o en las consultas políticas o en las públicas asambleas, constituyéronse dos géneros de causas: el *judicial* y el *suasorio.* Y porque en las juntas de Grecia eran frecuentes los *panegíricos* y se pronunciaban *elogios fúnebres* (en Roma, epitafios), introdújose la costumbre de alabar en las exequias oficiales primeramente a los varones difuntos y luego a las mujeres, añadióse un tercer género que se llama *laudatorio* y *demostrativo.* Con esta adición parecía que el número estaba colmado con los tres géneros de causas que acabo de detallar. Formuló Aristóteles esta división en sus escritos, y los restantes, con consentimiento entusiasta, siguieron las pisadas de ese gran caudillo. En este punto, como en casi todos los de esa arte, no tanto atendió Aristóteles a la naturaleza de la cosa como explicó la costumbre o la tomó por maestra. La facultad de hablar, como instrumento universal que es, se expansionó y campeó por todas esas materias de que hablamos, no de otro modo que la Gramática y la Dialéctica. Ni Cicerón ni Quintiliano callaron que eran muchas las cosas de que se podía hablar, y el mismo Quintiliano desarrolló muchos géneros; pero pensaron que de los preceptos de aquellos tres géneros clásicos podían derivarse todos los que fueran necesarios para los otros, a pesar de que tienen un sistema muy distinto de invención, de disposición y de ornato. ¿Quién no ve que para hacimiento de gracias, para felicitaciones, para consolaciones, para la Historia, para la descripción, para la preceptiva se necesita una muy diferente invención y elocución que para los juicios, las consultas, las demostraciones? No es raro que todo eso proporcione materiales a la elo-

cuencia. Por esto, asumió la empresa de dar por separado algunos preceptos Dionisio de Halicarnaso. Marco Fabio acariciaba personalmente el proyecto de que se estableciesen más géneros, pero consideró lo más seguro seguir a la mayoría de autores, máxime habiendo entre ellos a su querido Cicerón. Añade a esto que aquellos tres géneros acarreaban en la ciudad ganancias fabulosas, y ello hizo que todo lo demás se pospusiera como estéril y sin visible porvenir, y los individuos que en ellos estaban adiestrados, con relativa facilidad si habían de tratarse otros géneros, con la experiencia adquirida, hallaban recursos con que poder conquistar el favor y el aplauso del público, pues en esta facultad más vale la práctica que el arte.

En cinco partes distribuyeron esta arte: invención, disposición, elocución, memoria, declamación. Otros añadieron nuevas partes, como algunos, el criterio. Comienzo por decir que la memoria es propia de la Naturaleza, la cual, si por el arte es ayudada, desde luego no pertenece a la retórica, sino a cierta técnica, a la que llamaban *memoria* los antiguos y ahora llámase vulgarmente *memorativa* o mnemotécnica, cuyo inventor dícese que fué el poeta Simónides; pero esos preceptistas fementidos, como decía al principio, metieron con violencia en esa arte, como si formara parte integrante de ella, todos los recursos que entendían necesitaba el orador. ¿No han menester, por ventura, la memoria todas las restantes artes: Gramática, Dialéctica, Aritmética, Jurisprudencia? ¿De qué disciplina forma parte la memoria? Si un técnico determinado reivindicara la memoria como de su dominio exclusivo, ése no podría ser otro sino el jurisconsulto que la necesita con todo apremio por la muchedumbre y variedad de las leyes y de sus interpretaciones. Por esto, dice Cicerón que el orador necesita el acumen de los dialécticos y la memoria de los jurisconsultos. La declamación es una gala del arte, no una parte suya. El orador, por escrito, puede desempeñar su función específica y ser orador sobresaliente sin gesto alguno, si bien no tendrá la dignidad estética, ni aquel agrado simpático, ni aquella fuerza persuasiva, como el magistrado vestido ruinmente y con descuido. Por lo que toca a la voz, si se atiende a su naturaleza, es de incumbencia del físico; si cómo ha de ejercitarse, lo es del maestro de declamación; si del uso que se ha de hacer de ella según el lugar, el tiempo, el asunto pertenece a la urbanidad, como todo lo que afecta al gesto y al atuendo. Si esto último quiere el orador reclamarlo para sí, sea enhorabuena; pero sea cuando nadie se lo dispute. ¿Y de la invención, qué? ¿Diremos acaso que pertenece a esa arte o a alguna otra, en absoluto, aplicarla a la meditación del Cielo, del hombre, de la Naturaleza toda, de las costumbres, de la cosa pública, de la cosa privada de que tengas que hablar? Y si ello es así, ¿por qué no nos entregamos a ella sola, por completo, despidiéndonos de todas las otras por superfluas y baldías? Pero esto, ciertamente, es propio de cada una de las artes en su materia respectiva, y en la vida práctica lo es del juicio, del consejo y de la hija de ambos, la prudencia, que no puede quedar limitada a ningún arte. La memoria se granjea con el ingenio, juicio, experiencia. ¿Son, por ventura, partes de la Retórica el lugar, el tiempo, el público, ante el cual has de hablar o no has de ha-

blar? Sin duda no lo son más que todos los otros deberes de la vida, públicos y privados, para cuyo aprendizaje no bastarían disciplina alguna ni ninguna preceptiva estética. La prudencia debe andar en todo como consejera y directora de todas las actitudes. ¿Es que tendremos que oír a Cecilio Plinio, que dice ser tan propio del orador el hablar como el callar cuando es necesario? ¿Por ventura, esa arte enseña también de callar? ¿Quién no ve ya que todos éstos hurtaron a la prudencia el ajuar con que enriquecieron su casa? Y así es que todo aquel cúmulo de interrogantes que hacinan afanosamente tanto los escritores griegos como latinos: *¿qué debe decirse en el proemio, en la narración, al argumentar, al recurrir al tono patético para soliviantar los ánimos o para sosegarlos; qué debe decirse en los epílogos, al insinuar sospechas, al encarecerlas, al disiparlas?*, no son cosas propias de esa arte ni de otra ninguna. Son meras prácticas que crecen y desbordan hasta el infinito, por manera que es de maravillar que los griegos, nada menos que los griegos, que en este punto acostumbran ser extrañamente indulgentes consigo mismos, no nos dejaran más volúmenes, tantos que no pudiera recorrerlos lector alguno.

¡Cuán necios son en este punto los que hicieron colección de ciertas razoncillas porque los discípulos las utilizasen en todos los géneros de causas o en cada una de las partes de la oración y algunos dichos tomados de Demóstenes o de Isócrates (en esto hay muchos Hermógenes, así griegos como latinos), y nos los echan en rostro como fórmula del buen decir; y luego más tarde, después de tantas y tan luengas jactancias y de haberse atormentado a sí y al lector sin avanzar un paso, hállanse indecisos como al principio y enseñan con pedagogía pueril a su discípulo a saber y a hablar! Es que se empeñan en verter en el cauce del Tíber o del Iliso todo el océano. ¿Qué provecho rinde amontonar aquello cuyo uso será o raro o, según pienso, más razonablemente, nulo? Yo, en el arte, esperaba y reclamaba de ti cánones y dogmas universales aplicables a toda manera de decir, observados y deducidos de la propia Naturaleza, pues ellos, en fin de cuentas, constituyen el arte. Hecho esto, si así te hubiere parecido y hubieres añadido ejemplos de ejercicios rudimentarios, lo admitiría y lo toleraría aun cuando fuesen menudos y pueriles; mas dar con fórmulas los ejemplos mismos, no es propio del artista, sino sólo del experimentado. Pero todo esto, como dije ya y tendré que decirlo muchas veces, porque nadie se engañe en cosas de tal monta, no es propio de la Retórica, sino del juicio y de la práctica. Ejemplos de éstos y más numerosos, más selectos y más utilizables me los enseñará mejor un solo día de práctica en el foro en la curia y de trato con los entendidos, que muchos meses pasados bajo la férula de tal maestro del bien hablar. El método de buscar argumentos es propio del dialéctico, y por esto Aristóteles colocó los ocho libros de los *Tópicos* entre los de Lógica. ¡Cuán ligeramente toca ese punto en los libros retóricos, por no decir que ni siquiera los toca! Y siendo así que la amplificación que se hace mediante cosas se extrae de los lugares de los argumentos, ellos dan reglas por separado, dirás que ellos más hacinan documentos de bien decir que no los reducen a una arte útil para que

la aprenda el oyente. Y no es extraño, pues mal podían reducirlos a arte, ignorantes de lo que debía enseñarse y hasta qué punto, habiéndose inicialmente equivocado respecto de la materia y de sus fines.

La elocución es más propia de esa arte, pero hiciéronla indecisa e infinita la demasiada sutileza de los griegos y su diligencia ociosa, que señalaron como esquemas y lumbres de la oración todas las fórmulas de hablar, por más que fuesen ajenas a toda costumbre y vulgares y triviales. Al estilo o carácter hiciéronlo triple: *ínfimo*, *elevado* y *mediano*, que es el puesto entre ambos, y eso con muchas palabras y ejemplos, idos a buscar en los personajes homéricos y personificándolos en ellos, de modo que Ulises es soberano y Menelao es ínfimo, y Néstor es mediano, con no suficiente verdad ni con demasiado acomodo a la didáctica. Fácil fuera dividir el pueblo en tres estados o brazos, porque la distinción arranca de una sola cosa, a saber: del censo o padrón, porque si se tomara de todas las otras circunstancias morales, físicas, fortuitas, existirían muchos más. De la misma manera, en la oración, unas virtudes tómanse de la elección de palabras; otras, del del contexto y del ritmo; otras, de las figuras y esquemas; otras, de la fuerza y agudeza de los argumentos; otras, de la abundancia; otras, de la gravedad de las sentencias. Así que no solamente pueden ser tres los géneros, sino muchísimos más, cuando en cada uno de éstos hay más de tres. Cicerón, en su *Orador*, distingue estos géneros, pero de modo que no te será fácil decir a qué atendió al hacer la carta, si a las palabras, a la composición, a las sentencias o a los argumentos. Ni aun para la mayor efectividad de la enseñanza fueron excogitados estos géneros convenientemente, pues no niegan que sean muchos los géneros intermedios situados entre aquellos tres. Además, importaba no menos explicarlos que los géneros de los colores, que la Naturaleza colocó entre el negro y el blanco, o la diferencia de los sudores entre el dulce y el amargo, los cuales mucho se distancian de los extremos, y no es fácil que por los extremos se conozcan. Una forma de oración ínfima pide el género epistolar; otra, los temas rústicos; otra, los libros filosóficos. No con el mismo estilo mediano exhortamos a la virtud o a un viaje, ni con el mismo tono provocamos la odiosidad o la compasión.

Hicieron la oración a semejanza de un ser humano, y en ella pusieron carne, sangre, humedad, huesos, nervios, cutis, color, estatura, temperamento, proporción de miembros y también lo que está dentro de él: ingenio, juicio, vigor espiritual, pasiones, educación, costumbres. A esas partes distínguenlas con los mismos nombres con que en el hombre designan las partes respectivas, pero con muy oscura imprecisión y mezcla, sin poner nada en claro. No manifiestan a punto fijo a qué llaman huesos ni a qué llaman sangre, a qué nervios, a qué temperamento. Por esto, resulta escandalosa su divergencia que mantienen en este punto, por manera que con referencia a una misma oración, no solamente dicen cosas diversas, sino contradictorias. Y no pudo menos de ser así, no habiendo constancia de cómo se llamaba cada cosa, sino que denominándola a ciegas y al estilo de la aldea cada cual usó los nombres a su antojo y a la medida de su alcance.

CAPITULO III

REFÚTASE EL AÑEJO Y COMÚN PREJUICIO DE QUE LA PROSA RECHACE EL VERSO COMO UNA MANCHA FEÍSIMA. VICISITUDES DE LA ELOCUENCIA ANTIGUA Y SU PORQUÉ

No acabo de maravillarme de que con tan generoso chorro de palabras gordas prohibieran que en la prosa suelta se deslizara el verso, diciendo ser cosa muy torpe y muy para vituperar, y no consintiendo que ni siquiera una parte de verso se deslizase en ella. Confieso que yo hartas veces me pregunté la razón de una intransigencia tan feroz, y no conseguí dar con ninguna medianamente satisfactoria. Su veto es universal, y no tienen cuenta ni con el oyente, ni con el hablador, ni con el asunto de que se habla, ni el fin con que se habla ni hacen distinción alguna entre verso y verso. Dicen que el arte se debe disimular y el arte se manifiesta así que asoma un verso y demuestra que el orador anduvo preocupado por el concento y medida de las palabras y no en el tema, que era lo sustancial, aun cuando no sea rigurosamente verso, verbigracia: *munera dare parenti*. Escúdanse en la gravedad y la consideración que merece la verdad, cuyo lenguaje, como una matrona respetable o una doncella honestísima, no anda con afán tras el curioso atavío o las galas exquisitas. Esto es lo que oigo que dicen; pero estas palabras ocultan muchas suposiciones, que es fácil desvirtuar. Primeramente, nada podemos decir sobre cuatro sílabas que no constituyen ninguna combinación métrica, como lo demuestran innumerables géneros de versos. *Pero*, replican, *son un género de poesía*. Está bien; son muy muchas las oraciones en prosa más ricas de música que los versos yámbicos de las comedias de Plauto y de Terencio, y aun que aquellos versos heroicos que tienen un curso seguido, sin cesuras, como el de Horacio:

Persius hic permagna negotia dives (1).

o cuando la cesura es sorda:

Nescio quid meditans nugarum totus in illis (2).

¿Pero es que no hay música en los prólogos de Salustio y mucho más en las notables y ricas arengas de Tito Livio? Hay que leer el discurso sobre la *Ley Opia*. Le di preferencia en la cita, porque se atribuye a Catón, que era cónsul, y, por ende, persona de calidad y prestigio.

¿Y qué más si éste fué el juicio de Grecia, a saber: *que la elocución de Platón y Demócrito, por más que diste del verso, con todo, porque anda con aire y con brío y está esmaltada con lumbres y matices de voces de ilustre prosapia, debe ser considerada más poética que la de los poetas cómicos, en quienes, si no es que tienen medida de versos, no hay cosa que disuene del habla cotidiana y común?*

Y por lo que dicen que hay que disimular el arte, el escrupuloso afán de evitar todo lo que suene a verso en el calor de la creación, requiere más arte, a mi ver, que el haber acertado sin darse cuenta con alguno de ellos o haberlo hecho aposta deliberadamente. ¿Quién hay que se escape del ambiente tan múl-

(1) Este Persio era un hombre rico que tenía grandes negocios. (*Satir.*, I. VII, 4.)

(2) Pensando en no sé qué bagatelas y todo en ellas embebecido. (*Ib.*, IX, 2.)

tiple, tan vario, que de todas partes nos rodea? Y mucho menos cuando el orador está metido más en el estudio del asunto que de las palabras, como Quintiliano lo cuenta de Marco Bruto, no de otra manera que es propio del piloto más diestro y experimentado guiar el bajel por el archipiélago de las Cícladas, en navegación feliz. Así que el crítico sagaz y experimentado, más pronto descubrirá el artificio y la industriosa diligencia en quien, en un discurso largo, no sorprendiere ningún verso como el que de trecho en trecho, topare con alguno. Conocerá que éste se preocupó de la sustancia y aquél de las palabras y de la dicción. Añade a esto que los que no son versos ya, con la observación, con la iteración, con el uso, pueden volverse tales. Así fueron hechos versos por Aristófanes, por Hiponacto y otros poetas que antes no eran considerados como tales versos. Pero ponga cada cual todo el cuidado y la diligencia que quiera, obsérvese a sí mismo con la mayor suspicacia y recelo, haga lo que hiciese, no podrá evitar que no se les escape algún verso. Si uno examina de asiento las oraciones de los más grandes autores, comprobará que todas ellas o en su mayor parte están formadas de versos bien conocidos, bien timbrados, más sonoros de lo que lo son, por lo regular, los trímetros yámbicos, usuales en las fábulas. Cicerón, en el libro sexto de la *República*, escribe: *qui reliquos complectitur omnes* (que abraza a todos los otros). Son cuatro pies del verso heroico. En su defensa de Milón: *Dicere incipientem timere*: es un trocaico. *Quum contra Titus Annius ipse magis de*. Son cinco pies del heroico. En su discurso por la *Ley Manilia*: *Quamquam mihi semper frequens*; es un dímetro yámbico. En las *Cuestiones Académicas*: *Quae quum essent dicta in conspectu consedimus omnes*. Resulta un verso heroico, con sólo quitar una sílaba, diciendo *sedimus*. Séneca, en su Carta 92: *Origenis suae memor*; es un dímetro yámbico. Tito Livio en la prefación de su Historia: *Nostra per tot annos vidit aetas*; es un trocaico. ¿Y qué más, si muchas palabras simples componen un verso adónico: *suscipiebant accipiebant, imposuisset, archimagirus*.

Harto lo echó de ver Marciano Capella, pero deslumbróle su fulgor y le cohibió el peso de tan grande autoridad. Estas son sus palabras textuales: «No se desmande el escritor a los versos más conocidos, singularmente los versos heroicos y a los yámbicos, aunque Cicerón no los evite, cuando dice *Senatus hoc intelligit, consul videt*; y no se precave del fin del verso o de su principio cuando dice: *O miserum cui peccare licebat*. Y en las *Cuestiones académicas*: *latent ista omnia*: Varrón: *magnis obscurata et circumfusa tenebris*. Y en las *Verrinas*, echa un verso entero, manco de una sola sílaba, cuando dice: *Quum loquerer tanti fletus gemitusque fiebant*. Ni evitó el final de un élego, cuando dice: *Oderat ille bonos*. Incurre asimismo en la petulancia del endecasílabo falecio cuando dice: *Successit tibi Livius Metellus*. Todo esto es de Marciano Capella.

Aristóteles, en el *Arte poética*, dice que el yambo es propio de la conversación familiar y que por esto en ella dejamos escapar muchos yambos, pero no así los metros heroicos. ¿Por ventura no es Craso quien dice en Cicerón que es maravilloso e insigne aquel orador que en el discurso pone un cierto número y andadura rítmica de verso? Y un poco más abajo dice: «Aque-

llos maestros antiguos opinaron que en la oración suelta debíamos permitirnos poner algún número. Pero dime: ¿qué licencia dan las partículas reticentes: *quasi, propemodum* que usa el interlocutor de Cicerón? ¿Hasta dónde avanzaré? ¿Dónde me detendré? Pueriles son esas delimitaciones; el pueblo percibe la música, pero no se percata del número. Si desdeña el verso por la música, dondequiera hubiere música, será igual el desdén. Y en esta música y este número que ahora no es verso, si pones iteración y uso, ya se tornará verso. Pregunto yo a mi vez: Si es lícito citar un verso ajeno en la oración, ¿por qué no será lícito hacer uno propio? Idéntica es la armonía y la limpidez en el verso ajeno y en el propio. Esto por lo que toca al mismo verso. Ahora voy a tratar de los autores.

Sospechosa para el pueblo romano belicoso, afectador de rusticidad, era todo arte y toda cultura, y en ese sentido aquel Craso ciceroniano dijo que el saber mucho griego era muy malo, como en los sirios venales. Si el orador hubiera reforzado su gesto con la recitación de un verso, al pueblo no le pareciera oír el discurso de un orador grave, sino contemplar la danza de unos histriones. No así para el pueblo griego, para quien los mismos histriones eran personas honorables. Cicerón, conocedor del gusto y de la cultura de su auditorio, cita muy pocos versos, por no decir ninguno absolutamente, en sus oraciones; Demóstenes y Esquines lo hacen con más libertad y citan muchos. Cicerón, en su defensa del poeta Arquias, puesto que hablaba de estudios y de humanidades, dice que usa un nuevo estilo oratorio; en su oración en favor de Murena, pide excusas, y dirigiéndose a Cayo César, mezclando un verso de Homero, menciona un nuevo género epistolar. Esquines, en alabanza de Solón, en una asamblea muy concurrida, acusando a Ctesifón, entre otras cualidades que le honran, cita sus estudios poéticos y su destreza en versificar.

Añádase a esto que los oídos son varios; los hay para quienes el número ciceroniano es afeminado y muelle y para quienes es duro y prefieren la declamación de Quintiliano; unos se inclinan por unos pies, otros por otros; Aristóteles se declara por el *peón;* Cicerón por el *dicoreo,* y no siempre es constante consigo mismo en la elección como hizo notar Marciano Capella. *Cicerón*—dice—*perturba los pies mezclando cierta confusión, al decir que el jónico debe ser terminado por un ditroqueo, afirmando a continuación que el peón es más indicado para comenzar y luego que para acabar; y seguidamente recomienda el docmio, que consta de una breve, dos largas, una breve y una larga, y pone este ejemplo: Amicos tenes. También alaba el pie amfímacro, y acto seguido, el número dactílico, sin que mantenga criterio fijo. A pesar de todo, yo recorreré los atajos porque parezca que en ese bosque me adentré por sendas nuevas por servir de guía.* Esto dice Marciano. Pero no da fórmulas más autorizadas ni mejores, sino muy livianas y de una perfecta puerilidad. Esto es ocasionado de la diferencia de temperamentos, que no tienen los mismos gustos; unos se dejan seducir por unas cosas; otros, por otras, como pasa con los sentidos corporales; sonidos varios aplacen a orejas varias y varios colores a varios ojos, y varios sabores a paladares varios. Allende de esto, los siglos alteraron el discernimiento y gusto de las orejas. La composición frago-

sa y dura contentó a Catón y a los Gracos y les pareció viril; Antonio y Craso fueron más canoros; mucho más numerosos que éstos y todos los restantes fué Cicerón; la composición muelle, adonizada y alfeñicada estuvo en auge en el siglo corrompido que presidieron los Vespasianos y Trajano, hasta el punto, cosa que Tácito se queja, de que se cantaban al son de la lira, lo mismo que los cantos de los poetas. En el que habla hay una grande disparidad; no parece bien en la helada vejez la oración modulada y numerosa y sí parece bien en los hervores de los años mozos.

Pero hay que ocultar el arte (ésta es su recomendación machacona) *porque no asome y se denuncie.* ¿Y eso por qué? Porque persuadas más fácilmente. ¿Y qué me dices si no escribo por persuadir, sino, simplemente, por contar o por deleitar? A los poetas, por dar gusto, les estuvo permitido abusar de tantos géneros poéticos, y a mí ¿no se me consentirá esta licencia, si no tengo más pretensión que la de agradar? Este, escribe Cicerón, fué el motivo porque Isócrates introdujo en sus discursos tanto ritmo y sujetó a número la desconcertada oratoria de los antiguos para regalo de los oídos, como escribe su discípulo Naucrates. Pero sea de ello lo que fuere, aquellos oradores primitivos, sin perjuicio de lo que disputaron y estatuyeron, llegaron a reunir grandes reservas de elocuencia por la soberana magnitud de sus talentos, de sus estudios, de sus experiencias, porque de todos estos móviles era estímulo y acicate el glorioso premio propuesto a la palabra vencedora, dignidades, riquezas, influencia política. Así que este premio desapareció, la elocuencia sufrió un colapso, pues, viendo que la excesiva y desmandada licencia que se tomaba el orador, que para muchos inocentes era peligro y para muchos malvados era escudo, cosa que no se recataban de manifestar con insolente alarde de que a una causa perdida podíanle hacerla triunfar o una causa triunfadora perderla definitivamente, pensaron que se imponía encerrarla como detrás de las rejas de una cárcel. En Atenas se prohibieron los arranques patéticos, medida ésta que a los filósofos les pereció de perlas, porque la conciencia del juez, que era la norma con que se había de juzgar, no se torciera en un sentido o en otro. En Roma, Pompeyo el Grande, en su tercer consulado, dió una ley según la cual al actor se le señalaban para hablar dos horas, y al defensor tres, y el juicio debía terminarse el mismo día. De ello se queja Cicerón en su *Bruto: Atemorizado por las armas ese oficio nuestro, calló instantáneamente, y por completo enmudeció con las tres horas que para hablar le señaló la ley Pompeya.* Y Tácito, dice *que a la elocuencia se le puso un candado*. Por lo demás, puestos todos los resortes del poder en una sola mano, ésta no autorizó las asambleas populares tan a menudo y con tanta concurrencia ni que un cualquiera hablase en público libremente, lo cual, como así era en hecho de verdad, juzgábase peligroso para el poder de uno solo, por lo cual la elocuencia fué excluída de las reuniones públicas, quiero decir, del teatro, que era su nodriza, como en el mismo libro segundo del *Orador* dice Cicerón con estas palabras:

Acontece que como al orador le parezca que la reunión pública es su más indicado y amplio escenario, la Naturaleza misma le empuja a un género de elocuencia más ornado.

Tiene la masa una fuerza tal, que así como el flautista no puede tañer sin flauta, así tampoco el orador puede ser elocuente sin una multitud que le preste atención.

Los príncipes raras veces hablaban al pueblo y pocas eran las cosas que le decían; ordinariamente lo hacían mediante edictos y órdenes, como se habla con los esclavos. En el Senado se dictaban las sentencias, pero no libremente como antes, sino al dictado de la lisonja y servilismo al poder, y más eran encomios de los príncipes que serenas y austeras deliberaciones acerca del bien público. En el foro, si era el príncipe quien entendía en la causa, el encogimiento vedaba detenerle, porque él, hartas veces, con el ademán daba a comprender que tenía prisa. Vueltos a sus devaneos y pasatiempos, abandonando el cuidado de la cosa pública; los mismos jueces, que eran ignorantes y delicados, no toleraban discursos largos, sino que los querían breves, y, si podía ser, amenos. Y cosa que en la persona del juez es criminal, preferían oír algo que los recrease que lo que les daba mayor información de la causa. De esta manera, los discursos se adaptaron a las pasiones y trájose al foro lo que estuviera mejor en las tablas. Así quedó trocado ese linaje de elocuencia, y de sano, sobrio y severo pasó a la disipación y a la molicie, como si depuesto el vestido varonil, hubiera tomado ropas femeninas. Y él mismo acudía al foro y a los juicios, no como antes a observar lo que se hacía y con qué pulcritud y honradez, como dueño soberano de todo, sino como quien va al teatro para divertirse, sin preocuparse de la libertad y sin interés por la cosa pública, apático y ocioso. Y puesto que ello era del agrado del público, introdújose en las escuelas, como ejercicio. Tales son las declamaciones que por aquellos tiempos se inventaron, no para el triunfo, sino para el deporte, pues no luchaban, sino que acuchillaban al viento. Por vía de digresión buscáronse las amenidades poéticas, como demuestran las *Declamaciones* de Quintiliano y las citas que trae Séneca de los declamadores de su tiempo. También tiene Cicerón sus digresiones y sus descripciones, pero con gravedad, severidad y congruencia, quizá con alguna mayor extensión que la debida, pero conservando siempre la dignidad del orador, del público y del asunto. Y, al revés, dirías que los otros, para el esparcimiento del ánimo, cantan al son de la cítara, pero no que llevan entre manos asuntos de sumo interés, cosa contra la que se indignan Tácito, Quintiliano, Séneca. Y acontece que mientras aquellas declamaciones que corren mundo autorizadas con el nombre respetable de Quintiliano, tan alejadas están de su preceptiva, que más parecen ser objeto de sus invectivas; por esta razón no faltaron quienes las declararon apócrifas. Cierto que declamaron los antiguos, como Cicerón, pero causas reales y tales en que luego habían de actuar como en una verdadera competición y trasladarlas de la sombra y el polvo al sol y a la palestra. Los declamadores más recientes declamábanlas, pero imaginarias e inútiles, como no podían presentarse jamás en el foro o en el Senado, pues buscaban perfectamente aquellas en que más pudieran lucirse y halagar el gusto perverso de los oyentes ociosos.

Y finalmente, cuando ya los juicios se instruían a tenor de las leyes dictadas por los príncipes, pareció ser más pertinente aplicar al

examen de la causa un jurisperito que un orador. Así creció la influencia de los intérpretes del derecho, aun en las conjeturas, y la afición al arte de la oratoria desapareció definitivamente allá en el reinado de los Antoninos, cuando los jurisconsultos que gozaban del favor y privanza de los príncipes hubieron decretado ocuparlo todo ellos solos. Y acaso esto pareció bien al emperador filósofo Marco Aurelio, que pensó no convenía que la elocuencia confundiese lo justo con lo injusto. Quitado el cuerpo, pereció la sombra y se dejó de declamar y de estudiar el arte, que, sin ejercicio posible, ningún provecho había de acarrear. Creyeron ser baldío tomarse cualquier trabajo sin perspectiva de fruto. Poco a poco cesó el afán por acendrar y bruñir la lengua, cuando eso ya no tenía valor alguno. Por todas estas concausas, de todos los buenos estudios, el más temprano en ajarse fué la elocuencia como delicada flor al soplo del cierzo, sin aquella aura popular tan saludable a la elocuencia, abandonado el culto del lenguaje, y el lenguaje mismo desprovisto de toda defensa, expuesto y ocasionado a todo asalto y a todo ultraje, y quedó destrozado bajo los cascos de los caballos de las irrupciones bárbaras. Con el reconocimiento de la religión cristiana permitieron los príncipes, porque a todos convenía que los presbíteros hablasen al pueblo de temas religiosos. Y así fué que a los oradores primitivos sucedieron los oradores sagrados, pero con resultados muy diferentes, pues tanto como los superamos en la materia, quedamos muy por debajo de ellos en todas las partes de la elocuencia, en fuerza persuasiva, en sentencias, en argumentos, en disposición, en lenguaje. La culpa de esto anda repartida mitad y mitad entre el orador y el oyente.

Los que antiguamente oraban, eran soberanamente diestros en la práctica y en la prudencia y maestros consumados en el trato de las almas. Los que peroran en la actualidad, ¡cuán diferentes son! Ignorantes, desconocedores de la vida, desguarnecidos de sentido común y ayunos totalmente de lo que son las pasiones y del arte de moverlas, ni conocen qué palabras ni qué género de oración han de aplicarse a qué clase de asuntos; tienen sentencias de plomo, frías, desmayadas, indolentes, que más aplanan los ánimos que no los excitan; recogen argumentacioncillas, resabios de aquellos sus ejercicios escolásticos de infausta recordación, que orean ciertamente, que cosquillean a veces, pero que nunca hieren ni matan; la disposición es deslavada y derramada; no dicen cosa en su lugar propio, su acción es destemplada, ninguna cosa va condicionada por la materia o la oportunidad, ni en la voz ni en los ojos ni en el semblante, ni en las manos, ni en los dedos, ni en el gesto, ni en la apostura de todo su cuerpo; todo lo cual lo tienen tan conocido como si les importase un bledo y que no tiene importancia el que mientras hablan den saltitos, vivos como un azogue, o estén sentados con gravedad. Allende de esto, aquellos oradores antiguos tenían oyentes dotados de agudeza, atentos, instruídos los más de ellos; ahora los tienen apáticos, abúlicos, distraídos, ausentes, ignorantes, incultos, de manera que los que les hablan tienen que repetir muchas veces lo que dijeron, no solamente porque se hinque y quede clavado en la memoria, sino por metérselo en la mollera, que lo entiendan. Si algo dicen que tenga una mayor su-

tileza que la regular, si no se detienen en explicarlo y desmenuzarlo, con lo cual se pierde la gracia y la fuerza del discurso, habrán clamado en el desierto o habrán dirigido la palabra a un sordo. Si dijere algo con intención, si no lo explica lisa y llanamente, habrá perdido lo dicho y no es menor la pérdida, por cierto, cuando deshonra la venustidad y la belleza y machaca los nervios.

CAPITULO V

QUIÉNES FUERON LOS PRIMEROS QUE, DESPUÉS DEL COLAPSO DE LA ELOCUENCIA, TOMARON GUSTO EN SU ESTUDIO; SUS ESCASOS PROVECHOS. EXPÓNENSE CON BREVEDAD Y LUCIDEZ LOS PRECEPTOS QUE DAN LOS PROFESORES DEL ARTE

En tiempos de nuestros padres y abuelos se inició en Italia un renacimiento literario, gracias a los discípulos de Pedro de Rávena, latino, y de Manuel Crisolora, griego. Entre ellos consiguieron máximo renombre Leonardo de Arezzo, Francisco Filelfo, Lorenzo Valla, Verino, veronés, y Nicolao Perotto. A zaga de sus huellas anduvieron Juan Pico de la Mirandola, Hermolao Bárbaro, Angel Poliziano y otros cuya enumeración es aquí extemporánea. A todos éstos y aun a cuantos hablaban el latín más castizo y doctamente que los demás, llamáronlos oradores impropiamente quienes no comprendían del todo la fuerza de la palabra. El ejercicio de la oratoria no había vuelto todavía, sino que todo su estudioso afán se consagró a la restauración y levantamiento de la filología clásica, lamentablemente abatida y vilipendiada, puesto que sin un ejercicio paralelo de nada sirve la preceptiva filológica.

Hasta ese momento nadie declamó, máxime en materia contenciosa y como en liza y desafío, aun cuando fueron muchos los que tomaron deleite en parlamentos sin contrincante y sin trascendencia, como oraciones laudatorias de las artes, de la virtud, de los príncipes beneméritos, o se ejercitaron rabiosamente, con facundia canina, en invectivas, con las cuales mutuamente se despedazaban, es decir, con todos cuantos baldones e insultos podían acumular con que destrozar al adversario, befarle, entregarle como una piltrafa a la irrisión y desprecio general. De causas, propiamente, ni una palabra, o, si acaso, muy pocas, si por ventura se ofrecía alguna que otra causa que por un motivo baladí diera ocasión para un feroz acoso a un enemigo supuesto. Ni veo tampoco que fueran en extremo cuidadosos de la frase y del género oratorio, ocupados y sumidos como estaban de momento en el rebusco y selección de voces. Y así como un siglo antes, los que leían a Cicerón o a los otros escritores latinos, atentos exclusivamente al sentido, no reparaban en las palabras, así éstos, a quienes ninguna otra cosa les importaba sino los vocablos, dejaban la dicción sin que pusiesen reparo alguno. Y por esto es que verás que ellos, con la misma dicción, escribieron cosas grandes, pequeñas, tristes, regocijadas, humildes, sublimes: cartas, oraciones, tratados de agricultura, de física; obras morales, forenses. Con todo esto quise decir que la acomodación del estilo al género de los argumentos y al carácter de los oyentes, y por ende también la misma invención de los argumentos a las causas y a los lugares, es una tarea larga,

varia, embarazosa, de la cual dice Plinio Cecilio: *A los diecinueve años comencé a hablar en el foro y aun ahora cuáles deben ser las partes del orador, véolo como a través de una niebla.*

Pero, los más de ellos, ningún trabajo, o si acaso muy liviano, pusieron en este empeño, por otra parte dificilísimo. Y esto hace que me espante más de la, ¿diré frescura?, ¿diré temeridad?, ¿o diré entrambas cosas?, de algunos que juzgan sin previa experiencia, del aliño, del color, del estilo, de la frase con absoluta intrepidez, luego de una lectura breve y tumultuosa de alguna corta página de uno que otro escritor. De este desatentado apresuramiento quéjase con razón y con palabras severas Guillermo Budeo, siendo así que los antiguos, a pesar de tanto estudio, tanta diligencia, tanto ejercicio no siempre consiguieron alcanzar un concepto definitivo. ¿Y qué decir, si apenas podrían explicar, si se les pidiera, aquellos mismos nombres que ellos visten con su frase?

Algunos de aquellos grandes maestros hicieron de la imitación una parte de esa disciplina. El mimetismo es lo primero que se presenta en toda habla, pues por la imitación la aprendemos, como también todas las artes y disciplinas cuyo conocimiento directo no nos lo dió la Naturaleza. Pero la imitación de las cosas divinas nunca puede parearse con su ejemplar, ni el artífice mortal con el Hacedor eterno. En lo puramente humano, puede ser tal el aprovechamiento que un hombre alcance a otro hombre y aunque le tome ventaja vaya delante de él. Por lo cual, lo que a los comienzos es imitación, poco a poco debe progresar hasta un punto en que ya sea competencia y decidido propósito no sólo de igualar, sino de superar, si es ello posible. La simple imitación jamás llega a parearse con el dechado que se propuso; pero en la competencia puedes dejar a la espalda a aquel con quien entablaste el pugilato. Así fué que los antiguos, que fueron imitadores al principio, llegaron pronto a ser émulos y a la postre a rivalizar y competir con ellos, no pocas veces con suceso feliz, pues se aventajaron a aquellos a quienes antes tomaran por guías y maestros, como Cicerón a Craso y Antonio, Platón a Cratilo y Arquitas, Aristóteles a Platón, Virgilio a Ennio, Lucrecio a Hesíodo.

En este nuestro tiempo, algunos, ridículamente, se ciñen a la imitación simple, y no sólo en las voces de los idiomas griego y latino, cosa ésta imprescindible, porque esas lenguas, perdidas para el habla viva, quedaron y se conservan en las obras clásicas de la antigüedad, sino también en la frase, cosa que no es necesaria, puesto que cada cual, con los vocablos y modismos que espigó de la lectura, como con leños y con piedras, puede construir su oración como más se acomode a su genio o según lo exija la materia o lo pidan el tiempo y el lugar. Y lo que más te extrañará es que en la materia y modo de tratar el argumento, jamás dejan de remedar, como los zapateros poco diestros que no pueden ni coser ni descoser zapato alguno sin la horma correspondiente. Subordinan su fuerza nativa y su propia originalidad a un canon prefijado, de manera que, no sin razón, Horacio Flaco moteja a estos remedadores simiescos de piara de esclavos. ¿Existe, por ventura, servidumbre mayor y aceptada de mejor gana que esta de no atreverse a salirse de las prescripciones de su je-

fe y como de las tiránicas y crueles voluntariedades de dueño absoluto, aun cuando la realidad le llame por otro lado, si el tiempo, si el auditorio, si su propio genio le invitan y le arrastran? ¿Cómo podrán correr, si es necesario, o como simplemente andar quienes tienen siempre que poner el pie en la huella ajena, no de otra manera que lo hacen los niños que juegan con el polvo? Pero ¿por qué dije que ellos siempre imitaban si no saben qué es imitar? Imaginan que imitar es hurtar, tomar bajo cuerda retazos de frase o de materia o de argumentos para con ellas coser centones y hacer de su obra labor de taracea. Como si dijéramos que imita el pintor que, traduciendo un prado a la tabla, pegara en ella flores cogidas de allí o pintando a un hombre, cosiera a la pintura una parte de su toga o (sea dicho con perdón de los dioses) no consiguiendo hacer un buen dibujo de su nariz, se la cortara y la adicionara a su pintura, porque resultase perfecta. Bien mirada la cosa, a esto se reduce la imitación que ésos practican y cortan, sustraen y, para sacudirse la acusación de hurto, a esta operación llámanla imitar, como los ladrones, al robar, llámanlo requisar, apartar, trasladar de sitio.

Y dime: ¿De dónde recogen esos mendrugos de pan, esas gotitas de agua con que sustentan su mendiguez? No de autores varios, ni siquiera de los mejores, como las doncellas que en los jardines acoplan flores para tejer coronas y ramilletes, sino que, pegados a la puerta de algún rico, mantiénense de bazofia ruin. En su condición de pordioseros, ofrecen su adhesión a cualquiera, y cuando el retraso de su ingenio comienza a imitar mal, todo lo que después dicen o hacen creen ser fiel reproducción de aquel que tomaron por modelo como aquellos que con una sola gesticulación creen remedar a tantos como cualquier actor mímico con su arte, o como el que con el mismo ictus de sus dedos pretenden escandir cualquier poema. Uno de éstos es Sidonio Apolinar, *quien, desdeñando el estilo epistolar de Marco Tulio,* como dice él con palabras textuales, *anda a los alcances de la disciplina y de la madurez de Cecilio Plinio con pasos ambiciosos.* Dejo a un lado las ridículas y desgraciadas expresiones de *pasos ambiciosos* y de *disciplina* y *madurez* aplicadas a Plinio, sino como si en las cartas de Plinio hubiere madurez alguna, sino verdores y flores, o si alguna la hubiere, ésa no fuere en Marco Tulio más sazonada y sabrosa. No acierto a ver a qué pudo llamar *disciplina* Sidonio Apolinar, declárelo él, que le aplicó la palabrita. Lo que yo le pregunto es en qué piensa parecerse a Plinio, del cual está tan distante como el grajo lo está del ruiseñor, si ya no fuere que es harta semejanza la de escribir a continuación del nombre del destinatario el pronombre posesivo *suyo* (suo), como Plinio. Si hubiera dicho él que seguía a Apuleyo o a Casiodoro, quizá serían muchos los que le creyeran. Mas en esta época en que se manifestaron nuevas dolencias literarias desconocidas en los primeros siglos y nació en algunos la de votarse a la imitación de Cicerón, quiero decir, aquel florear y espigar en mies ajena, que ellos decoran con el nombre de imitación. Algo de esto toca Angel Poliziano en su carta a Cortesio, aun cuando la hace extensiva a cualquiera imitación más que a ésa propiamente, como también Fabio Quintiliano. Guillermo Budeo arremetió asimismo contra ella oca-

sionalmente en una digresión en sus comentarios de la lengua griega. Erasmo, impresionado por los juicios injustos, escribió acerca de ese flamante ciceronianismo un libro entero, en el cual reunió muchos y agudos hallazgos, y aun cuando a veces las argucias abundan más que los argumentos y con mayor frecuencia juega que no lucha, por razón misma del escrito, pues se sirve del diálogo, con todo por lo que toca a ese punto se deja llevar de una justa indignación y esgrime legítimos y recios argumentos que, puesto que son conocidos de todos, porque en manos de todos anda el libro, nosotros nos excusaremos por el momento de reproducirlos; diremos, como es costumbre nuestra, no más que cuatro palabras, que parecerán suficientes a nuestro propósito.

En primer lugar, aquello que con su discreción habitual dice Cortesio, tan devoto de Cicerón: *¡Qué necedad no es, siendo tan varios los ingenios de los hombres, tan múltiples los naturales y tan diversas las voluntades entre sí, pretender encerrarlos en las estrecheces de un solo ingenio y tenerlos en cierta manera acotados en límites tan angostos! Pero dígame qué imitan, pues Cicerón tiene muchas cualidades óptimas y muy merecedoras de ser puestas en ejecución y rendimiento.* La lengua, dicen. ¿Y por qué no también los argumentos y la filosofía, y el conocimiento de la antigüedad, y su variada y rica experiencia? Pues si admiran la lengua ciceroniana, porque para el pueblo y el senado romano conquistó tanta opulencia y poderío mediante su palabra, y por eso la creen digna de imitación, imiten con mejor acuerdo su conocimiento del presente y el pasado, su poderosa crítica de los seguidores de la filosofía, su penetración psicológica, su agudeza de deducción, cualidades con las que persuadió todo lo que quiso al senado, al pueblo y a los jueces, más que con la eficiencia de las voces y de la dicción. Yo pienso que la pureza de la lengua la tuvieron más acendrada y casta Julio César, M. Bruto y otros grandes autores romanos que Marco Tulio; ni su frase fué del gusto de todos; no plugo a Bruto ni a Calvo ni a Pomponio, amigos suyos muy estrechos. ¿Y qué no sería con sus censores? No porque hablase con mayor ornato que los demás, ni porque se aderezase con las más ricas preseas, sino porque eran más agudas sus deducciones y peleaba con mayor denuedo, armado de tantos y tan variados conocimientos, y porque era implacable observador y ejecutor diestro y diligente de todo cuanto significaba decoro, derrotaba a sus adversarios y ganaba el auditorio para su opinión. Esto es fácil de comprobar, porque si alguno en la misma causa usa de sus argumentos, sea lo que fuere la lengua en que se exprese y la acción que le acompañe, alcanzará a buen seguro mayor tono y valentía. Esa índole de su ánimo, esa erudición tan copiosa, ese método en tratar cualquier asunto es lo que debieran reproducir los que se engalanan con el título de ciceronianos, más bien que el estilo y el vocabulario, aun cuando, finalmente, acabaran también por remedarlos.

No cabe duda que Virgilio reproduce más a Homero que a Ennio, aun cuando su lengua es más parecida y casi idéntica. Más semejas tiene con su padre quien refleja sus costumbres que quien reproduce los rasgos de su semblante. ¿Por qué no imitan a varón tan grande en su

totalidad y con mayor cariño no reproducen su espíritu que tanto se aventaja al cuerpo? Esto es lo que justamente preceptúa Pablo Cortesio al mostrar a la imitación un camino muy diferente del que éstos siguen y con fundamento se queja de que nuestros hombres lo desdeñaron o lo trocaron, pues no nos quiere semejantes a Cicerón, como los simios, sino como los hijos lo son a los padres. Las monas no remedan más que las exterioridades; los hijos reproducen lo interior y entrañable; las monas, no más que las líneas y determinadas deformidades del ademán; los hijos, el rostro, los gestos, los meneos, la manera del andar y del hablar y, con todo, en esa semejanza, dice, tienen algo suyo, algo personal, algo natural y diferente, por manera que cuando se comparan parecen ser desemejantes. Idéntico es el sentir del más ciceroniano de todos los hombres, Cristóforo Longolio.

Pero concedamos ya de una vez y de buena gana que el léxico de Cicerón tiene el máximo casticismo, pues yo lo pienso así, o que está muy próximo a él; y también el mejor estilo, refiérome a los estilos que antes de él se sacaron, pues de los que vinieron después de él no creo yo que haya ciceroniano tan obcecado y fanático que deje de ver que está harto lejos de esa meta. Pero ¿qué haremos en aquellos asuntos que él no tocó, como, verbigracia, el arte de la edificación, del cultivo del campo, de lo rústico o de lo urbano de la milicia? ¿Tendremos que imponernos silencio? O con mejor acuerdo, ¿no consultaremos y seguiremos el caudillaje de Vitruvio, de Varrón, de Columela, de César o de Livio, con preferencia a Marco Tulio?

Todos éstos creo yo (y no lo digo por quitarle un adarme de gloria a Cicerón; ¿qué puede o debe quitarse al nombre de ese varón clarísimo superior a toda alabanza?) fueron los más instruídos de los romanos en las materias respectivas, con mucha ventaja sobre Marco Tulio. Fenómeno éste que vemos cada día repetirse entre nosotros, pues varones elocuentísimos en su lengua respectiva, con una larga práctica en la curia, en el foro, en los reales consejos son vencidos por hombres plebeyos, cuando se trata de expresar por sus nombres las herramientas y los productos de la artesanía.

Allende de esto, en ese lenguaje corriente y urbano, Cicerón no lo dijo todo, y de lo que dijo, una parte se perdió y otra llegó a nosotros viciada, por la impericia de los copistas. ¿Qué dirán nuestros flamantes ciceronianos de nuestros tribunales, de nuestras leyes, de nuestras instituciones, de nuestras costumbres, de nuestra religión, con el vocabulario de Marco Tulio? Todas las cosas, como asienta Erasmo, están trocadas hasta un punto que no puede hablar con propiedad de las cosas actuales el que no quiera desviarse de Cicerón el grueso de una uña. Más aún: aun cuando su dicción fuera la mejor, no puede convenir a todos, siendo tanta la diversidad y, por ende, la contrariedad de los ingenios. Por este motivo no imitaron a Cicerón sus más adictos y devotos admiradores que pudieron hacerlo con toda rapidez y facilidad: Séneca, Quintiliano, Plinio Segundo, Plinio Cecilio, Cornelio Tácito, como él mismo no pudo hacerlo con aquellos a quienes más admiraba; el griego Demóstenes y los latinos Craso y Antonio, pues tenía puestos sus ojos, como era razón, no en aquellos que habían aven-

tajado a los otros, sino en aquello que la Naturaleza manifestaba ser lo mejor. Este debe ser el modelo definitivo del varón adulto y ya formado.

Y dime, por favor: ¿Cómo imitan ese estilo tan cariñosamente cuidado y de tan prolija labor de taracea, a manera de mosaico con finas incrustaciones y colores diversos y emblemas variados como con dos versos prestados de Lucilio lo dice el mismo Cicerón en su libro III *Del orador?* De este arsenal ciceroniano tómanse palabras, y comas, y modismos y los juntan para que resulte una obra, cosa que Longolio tacha en el Navagero, de cuya pluma caían no solamente sentencias enteras de Cicerón, sino, a veces, muchos versos, a una; y luego dice, refiriéndose a los otros: *Pensé que nosotros debíamos dirigir y formar nuestra manera de escribir a aquel género de decir, pero de tal manera que pongamos todo el posible esfuerzo por expresar en nuestra oración sus cualidades, pero no pidiéndoselo todo prestado o, cosa que verás que ya hacen algunos, cosiendo centones de retazos ciceronianos.* Esto es lo que dice Longolio, quien no lo practica con la misma observancia y celo con que lo avisa.

Otros, con mayor cautela, hurtan una o dos o a lo más tres palabras de este pasaje; de otro, pero que esté alejado, hurtan otras tantas, y de otro se atreven a hurtar hasta cuatro o cinco. Descubierto se ha el famoso hurto, pues pienso, dice Longolio, que ni tú mismo niegas que con otras tantas palabras no te sea lícito tomarle a Cicerón muchas más. Este es el procedimiento que siguió Ansonio para sus centones. Estos, pues, como el propio Longolio dijo, zurcen centones y hacen obra de mosaico, pero no imitan. Yo os dije que éstos se engañan desde el comienzo mismo y tropiezan en el mismo umbral y nunca pueden andar por el camino derechero, cuando en el momento mismo de emprender la jornada se descarriaron más de lo que convenía. ¿Cómo podrán imitar discretamente los que tienen una total ignorancia de lo que es imitar y de la manera como se ha de imitar? No es imitar esto que hacéis vosotros, mis bravos amigos, sino arrebañar, zurcir, garbear, amontonar. Cuando Virgilio dice: *Si la tierra del Ida hubiera producido otros dos héroes de igual pujanza, no le hubiera costado a Dárdano venir a las ciudades inaquias y Grecia llorara el trueque de sus hados...,* imita a Homero, en quien Agamenón desea para sí diez consejeros como Néstor y no duda, si los tuviera, que en breve plazo derribaría a Troya. Mas cuando el propio Virgilio dice: *... como ese cetro, pues en aquel momento, por azar, llevaba en su mano el cetro...,* con todo lo demás que se sigue en el libro duodécimo, no hace más que traducir a Homero al latín literalmente todo un pasaje del libro primero de la *Ilíada.* Y cuando dice el mismo Virgilio:

Fixit leges pretio atque refixit.

según cita de Macrobio, lo tomó de Nario. Mas aquel otro verso:

Tum gelidus toto manabat corpore sudor (1).

Tum timido manat ex omni corpore sudor (2).

(1) Entonces mi sudor frío manábale de todo el cuerpo.

(2) Entonces mana el sudor de su cuerpo transido de miedo.

Detalles éstos que Macrobio persigue en sus *Saturnales*. Pero volvamos a nuestro propósito.

¡Qué gran cruz es y qué cepo para los ingenios esa comprensión en tan estrechos límites, sin que por modo alguno puedas ensancharte y mientras no tienes más cuidado que el de no transgredir los lindes, qué apartamiento tan grande de cosas que te darían lustre y qué ocasión se te desliza de las manos para alzarte con soberanas y fructuosísimas disciplinas! Y en esa tarea tan ruda, tan larga, tan prolija, tan mísera y tan de compadecer, como no la deseo a mis propios enemigos, cuanto menos aconsejarla a mis amigos, ¿qué fruto es el que se atisba, luego de salvados los escollos y escapado el naufragio? ¿Qué utilidad? ¿Qué premio que valga la pena? Espléndido tendría que ser y proporcionado a tantos desvelos y a tantas vigilias. Y lo que se consigue es harto ruin: llegar a ser, después de tantos años, no émulos de la dicción ciceroniana, sino unos fundidores de una oración con las palabras, con las cesuras y las cadencias de Cicerón. Por lo que a mí toca, yo no pagaría tan caro, ya no digo unir las palabras ciceronianamente ni aun ser en el frasear un Cicerón hecho y derecho, sino, lo que es mucho más excelente y deseable, saber toda la filosofía que se escribió en derredor de la naturaleza de las cosas. Todos esos remedadores y facedores de pastiches y todos aquellos otros que se entregaron al de largo tiempo interrumpido cultivo de las lenguas, pusieron tal cuidado en la elección de las palabras y en el aseo y aliño de la dicción, que ni siquiera se dignaban echar una mirada sobre todo cuanto grave y copiosamente se había escrito acerca del conocimiento de la naturaleza de las costumbres públicas y privadas, en parte porque algunos no tuvieron tiempo, tan embebecidos en tomar nota de las palabras y en afeitar la dicción, que no les quedaba un momento para parar mientes en otras cosas, y en parte también por el recelo que tenían de que si ponían mano en escritores no tan atusados, algún contagio se les pegaría de su rustiquez que acaso afearía la lindeza de su forma. Y así fué como se detuvieron en un casticismo medroso y pobre, gastando toda su diligencia en las voces así unidas como aisladas.

Y todos estos que nada tenían sino las herramientas, ¿qué pudieron conseguir de positivo? Luego de haber colocado como en orden de batalla una numerosísima hueste verbal, espectacular, sin duda alguna, pero absolutamente inútil y de una radical ineficacia, nada aportaron que fuese digno ni del asunto ni de la consideración que merecían sus oyentes, con harto desdoro y mengua del arte, que era juzgado a la medida de ellos, que tanto en su propio concepto como en la estimación ajena eran considerados como los primeros y más sobresalientes profesores. ¡Con cuánta mayor justicia merecería el nombre de orador el que expusiere doctrinas soberanas que se igualaran con su argumento, sea cual fuere el lenguaje en que tuvieran expresión! Si el hablar en público es una suerte de combate y tiende al convencimiento como el púgil tiende a la victoria, ¿quién no preferirá un soldado animoso, protegido el pecho por el cuero de su escudo y armado su brazo con el acero bélico, a un guerrero afeminado e imbele, envuelto en el fulgor de armas de oro y de espada de oro? Además de esto, según ellos, la Retórica debe tratar, amén de mu-

chas cosas, específicamente de temas políticos. ¿Qué dirán esos que ni aun en sueños vieron esas realidades ni saben en qué mundo, ni siquiera en qué ciudad viven, y mientras continuamente están pensando en aquella antigua Roma, son verdaderos peregrinos en su patria y anacrónicos en su tiempo? Y ni siquiera merecen el calificativo de elocuentes aquellos que, mientras ponen todo su esfuerzo en decirlo todo con lengua ajena, ellos personalmente se encierran en una mudez absoluta, pues en aquella su lengua tan erudita y relamida apenas pueden atraillar dos palabras. *Hablar* (eloqui) *es*—dice Quintiliano—*expresar todo lo que concibieres en tu mente y comunicarlo a los oyentes.* Sin esto, sobra todo lo anterior, y monta tanto como una espada escondida y enfundada en su vaina. No importa el idioma; en ruso, en francés, en alemán, en español, hay muchos elocuentes; ni porque las lenguas latinas y griegas sean ricas y estén muy trabajadas, dejará de haber oradores elocuentes en cualquier otro idioma, pues aun aquellas hablas augustas para los partos y los medos son puros barbarismos. Livio, en aquella lengua de la cual dijo Polión que *sabía a patavinidad*, fué más elocuente que muchos nacidos en Roma, y quién sabe si más que el propio Asinio Polión. De Porcio Latrón dijo el mismo Asinio que *era diserto en su lengua nativa*; a saber: el idioma español autóctono de la Andalucía de su tiempo. ¡Cuánto más diserto y más elocuente que muchos atenienses no fué Anacarsis, disputando en su lengua escítica de la Naturaleza y de la moral o en su griego aprendido, cometiendo solecismos o mejor esciticismos a chorro! Verdad es que nadie debe amar y aprobar las impurezas y vicios del lenguaje que infligieron a las artes quebrantos tan recios; pero, a buen seguro, si se diere tal opción, ¿quién no prefiere un discurso sobre cosas altas y soberanas en una lengua desafeitada y llena de incorrecciones, que otro que trate de bagatelas y trivialidades en el más peinado y ensortijado de los lenguajes?

LIBRO QUINTO

DE LA CORRUPCION DE LA FILOSOFIA NATURAL, DE LA MEDICINA Y DE LAS ARTES MATEMATICAS

CAPITULO PRIMERO

EL ESTUDIO DE LA NATURALEZA, AL CUAL CON UNA VOZ GRIEGA, LLAMAMOS FÍSICA, ¿DE DÓNDE NACIÓ Y POR QUÉ CAUSAS COMENZÓ A CORROMPERSE?

El Hacedor del mundo, que todo lo creara para utilidad del hombre, sin duda le infundió también la ciencia de su utilización. Si así no fuera, pareciera baldío que le hubiera puesto al alcance de la mano aquello que el hombre hubiera ignorado la manera de aplicarlo a su provecho. Pero el hombre, apartándose de la luz, fué resbalando por el suave deslizadero de las tinieblas, y

una vez que en ellas estuvo sumido, sintióse acuciado por la necesidad que le aguijonaba porque buscase cosas que meter en el cuerpo para aguantarse y sostenerse, y a averiguar de qué cosas debía abstener su mano y qué otras y en qué sazón y en qué lugares debía confiar a la tierra en la espera de la cosecha cierta; cómo debía recogerla y cómo debía guardarla, y lo mismo por lo que se refiere al vestido, a la habitación, al acarreo que poco a poco se fué descubriendo. Pero tan pronto el aguijón de la necesidad se embotó y fué deponiendo poco a poco su acucia urgente, se atendió no más que a la comodidad. De ahí nació el placer del más hermoso de los conocimientos y de la maravilla que causó obra tan maravillosa, el deseo de conocer más. Y así fué que muchos, o porque la necesidad los empujaba, o porque la admiración los guiaba, o porque cedían a la invitación del deleite, se consagraron al estudio de la Naturaleza. Furtivamente se introdujo, suplantándolo todo, el alarde ostentoso, que calladamente se insinuó por dondequiera.

Y así fué que, perdida aquella pequeña porción de la pericia que había bebido directa y copiosamente del manantial caudalísimo, tuvo que ser buscada de nuevo con muy enojosa molestia. Fuéla desenterrando paulatina y escasamente, pero algo desenterró con la ayuda de aquella lumbre de ingenio que le quedaba todavía y de un afán exaltado y ardiente. Y cuando estos dos móviles faltaron, la ignorancia y la alucinación ocuparon el lugar de la pericia y el conocimiento y anochecieron el espíritu, pues o por el oscurecimiento de la luz quiero decir, por la indolencia de la mente o la estupidez o apatía de la mente, tomaron la empresa de buscar por un camino diferente del que convenía todos los recursos que eran menester; derecho era el camino, pero cansados como estaban, cejaron en su afán y no llegaron al término que se propusieron.

Comenzaron, como en otro sitio ya dijimos, por no medir nadie las fuerzas ni la anchura de sus hombros, para saber lo que podían y lo que no podían llevar; los hombres, embotadísimo el acumen de su mente o, mejor dicho, completamente anulado, tomaron el vano empeño de inquirir las realidades más abstrusas y penetrar en las más recatadas intimidades. Muy pocos fueron los que de antemano previeron el camino que debían seguir; otros siguieron en todo su instinto y en él resignaron el arbitraje de todas las cosas y tuvieron por verdad averiguada e indudable todo lo que él determinaba, como Epicuro, que asentó que el sol tenía las dimensiones de un pie. Otros, como los académicos, rotundamente negaron a los sentidos todo crédito, porque en determinadas circunstancias indujeron a engaño, y todo asentimiento a las realidades por no tomar con temeridad lo incierto por lo cierto. Otros adoptaron una posición ecléctica, no otorgando fe ciega a los sentidos ni negándoles veracidad sistemáticamente, sino aplicando a ellos la censura de la mente, como los platónicos y los peripatéticos. A éstos, en el encadenamiento y ligazón de las cosas que la mente verifica, bástales una razón liviana y una tenue semejanza de verosimilitud para emitir opinión definitiva en las cuestiones más abstrusas, como a Anaxágoras, porque todo está en todo y de todo se hace el todo; esto es: la materia pasa a todo. Aquellos poco diestros en relacionar lo que está

separado y desperdiciado en su ignorancia de la dialéctica, piensan que todo está asaz ajustado y unido, como Epicuro, que estableció que el placer era el sumo bien, porque las bestias lo apetecían exclusivamente e iban en su seguimiento.

Hombres hay para quienes no hay razón que valga, como temperamentos recelosos y suspicaces que son; por su volubilidad e inconstancia, la razón que un día les contenta, el otro día no les satisface, cuales eran los que vivían al día y de cuyo número confiesa ser uno Marco Tulio. De cualquier cosa que los impresionara por su probabilidad, aseveraban la certidumbre. Otros hay que a todo pasto requieren la autoridad de algún filósofo del mayor renombre, como aquellos que, a pesar de tantas razones y el testimonio de la Iglesia y la Revelación, no dan su aquiescencia a la inmortalidad del alma, sino que ansiosamente van a la busca de lo que en ese punto sintió Aristóteles; de lo que pensó Platón y, con perdón del Cielo, de lo que creyó el árabe Averroes. Otros echan de menos un versillo de algún poeta, como en la Grecia antigua, y a los cuales Aristóteles zahiere en sus libros de filosofía elemental.

Esos tales, por causa de la variedad de sentencias y opiniones, introducen en su espíritu una tan grande variedad e inconstancia, que en la misma cuestión tienen ideas contradictorias; ejemplos de esa desorientación tenemos algunos en Aristóteles, y en Plinio mucho más frecuentes. ¿Y qué diremos si, siendo tanta la variedad de la Naturaleza, en extremo desemejante de sí misma, según el lugar, el tiempo, la edad y la constitución, algunos filósofos, por una que otra experiencia, y aun cuando fueren muchas, formulan una ley general, y uno de ellos es Aristóteles? Una de estas ligerezas queda consignada en su libro primero *De los animales*. En él afirma como verdad averiguada que el bajo vientre y la cara son semejantes en corpulencia y delgadez, como también las piernas y los brazos, de lo cual hay copiosos datos en contra. Aquí mismo, en Flandes, muchísimos son los que apenas tienen pantorrillas y, en cambio, tienen los brazos musculosos y llenos de savia y lozanía. Y queda constancia de ese mismo fenómeno en muchos príncipes, como antiguamente en el emperador Germánico y hoy mismo, con nuestros propios ojos, lo podemos comprobar en el rey Francisco I de Francia. Además, no tienen cuento y formarían gran montón quienes están archicontentos de sí mismos y para con los otros son inexorables y dificilísimos de contentar; son indulgentes consigo mismos en grado superlativo, y, en cambio, tienen con los otros las más severas exigencias, y en cualquier quisicosa quieren pruebas y conclusiones tajantes, mientras que para sí recaban la aceptación firmísima de opiniones sustentadas en muy flacos apoyos. A Aristóteles no le basta ninguna razón de los filósofos antiguos para confirmar sus opiniones de ellos, y para las suyas personales y aun para refutar las ajenas se contenta con cualquiera razón. Y ese implacable exigidor de demostraciones es el mismo que dice en su *Filosofía primera* que la penetración de nuestra mente, aun para los fenómenos más manifiestos de la Naturaleza, anda desalumbrada como el ojo de la lechuza ante la luz del sol.

Y estando envueltos en nieblas tan cerradas y careciendo de guía en medio de aquellas dificultades la-

berínticas, ¿creerá alguno que ellos, conscientes de su pobreza y de su flaqueza, se contentaron con andar a gatas por el suelo y pusieron su preocupación exclusiva en lo que podían tener y defender fácilmente? Esto era lo decoroso; pero ellos, con el supino desconocimiento que tenían de sí mismos, buscaron y escudriñaron misterios que excedían de toda capacidad humana y en aquello mismo que no podían alcanzar, con arrogantísima avilantez aventuraron afirmaciones categóricas sin el más leve asomo de duda, como si las hubieran tocado con las manos, acerca del cielo, de los elementos, de las esencias y facultades de las cosas; pero principalmente Platón y Aristóteles, acerca del Autor del universo, de la materia, de la fábrica del mundo y de su gobierno, de la providencia, de la inmortalidad del alma, de la religión, de la remuneración de buenos y malos. Por estas causas y razones verás que los filósofos, unos hombres, al poderoso empuje de dos vicios, a saber: la ignorancia y la soberbia, que es su hijo natural, introdujeron en el conocimiento de la Naturaleza creencias tales, que las viejas y los niños no pueden menos de reírlas, como las siembra a voleo Aristóteles en sus obras y Plutarco en cuatro libros expresamente dedicados a este asunto. Esa absurdidad y divergencia fué causa de que Sócrates, según escribe Jenofonte, se abstuviera por completo de la investigación de las cosas de la Naturaleza, aun cuando no hay causa alguna suficiente para arrancar a nadie de la contemplación de la Naturaleza. Y no es menor la disensión acerca del fin de los bienes, de la economía doméstica, del regimiento de la ciudad; de lo cual, a pesar de todo, opinaba Sócrates, como así era en efecto, que era bello disputar y conveniente para la vida humana. No había más vicio en esa investigación que el de atisbar como por una rendija lo que la Naturaleza había ocultado al humano ingenio y que no vale la pena saber. A extraer como de una mina abstrusa esas superfluidades, moviéronse no pocos por amor de la gloria que se había insinuado en sus pechos. Dóciles a ese acicate, se empeñaron en sacar algo nuevo y más de admirar que lo que otros habían extraído. Para esa tarea ambiciosa, desprovistos como estaban de lo verdadero y de lo verosímil, asiéronse a las más absurdas chocarrerías, como que era negra la nieve y el fuego álgido, que el cielo se sostenía sobre sus pies, que la tierra se movía y otras excentricidades que haremos mejor con atribuirlas más al necio afán de originalidad que a arrogancia temeraria.

A esa arrogancia y a esa sed de popularidad siguió la pertinacia en sostener lo que una vez habían afirmado como si la rectificación de un parecer significase la quiebra del ingenio. De ahí nacieron los partidismos y las sectas, y en eso pusieron una muy avivada vigilancia, estudiando cómo defenderían sus propias equivocaciones o impugnarían los aciertos ajenos. Y en medio de esas peleas y esos odios, la verdad sufría una grave crisis; ora triunfase el abogado de la mentira como el fiscal de la verdad. La misma pasión de alardear, la dulce tentación de escudriñar más profundamente les persuadieron a abandonar lo necesario y todo cuanto fuera práctico y conveniente para el cuerpo o para el espíritu y dedicar todos sus afanes a gozar, a captar la admiración y el aplauso de los espectadores. Y este mal, nacido del

viciado ingenio de los hombres simultáneamente con la aparición de las artes, fué cundiendo en las edades sucesivas, a medida que la soberbia creció y disminuyó el conocimiento de las cosas.

CAPITULO II

LAMÉNTASE DE QUE LA FÍSICA VINO A DAR EN DEMASÍAS DE EMBROLLOS Y EN RIDÍCULAS PUERILIDADES. ALABA A ARISTÓTELES, PERO REPRENDE A QUIENES PIENSAN QUE SEPARARSE DE ÉL ES COSA NEFANDA

De memoria nuestra y de la de nuestros padres y abuelos, en el conocimiento de la Naturaleza no se ahondó más allá de lo que, por causa de la calígine que ofusca nuestros ojos, promueve el aplauso, no de otra manera que cuando el prestidigitador con sus juegos de manos engaña los ojos de sus pasmados espectadores. Y así fué que excluyeron de las escuelas a aquellos grandes autores primitivos Tineo, Platón, Plotino, Plinio, Teofrasto, Cicerón, Séneca y otros de parigual categoría que podían acarrear positiva ayuda a la contemplación de la Naturaleza acerca del cielo, de los elementos, de los animales, de las plantas, y se contentaron con retener exclusivamente a Aristóteles, porque era el único de toda la antigüedad hecho para el uso y el abuso de aquellos corros de pendencieros. Yo, a decir verdad, no veo que sea comparable con ningún otro en el estudio e inspección de la Naturaleza; pero nuestros hombres piensan que sus ideas y opiniones acerca de la naturaleza de las cosas son tales que el humano entendimiento, ayudado y regido por la sola lumbre natural común a todos, no pueda alcanzar nada con tal exactitud y certidumbre. Acerca de la necedad, de la petulancia y aun en casos de la impiedad de ese parecer, siempre lo que se diga se quedará muy por debajo de lo que merece que se diga. Y porque me parece a mí que es un caso de grande y crasa ignorancia, hablaré de ello con algún mayor detenimiento y sutileza, pues pienso ser cosa fácil apearles de su sentir.

Dió la Naturaleza al hombre los sentidos, localizándolos en el cuerpo; y dió al espíritu la agudeza, gracias al cual mire, especule, entienda y comprenda. Dióle además el juicio, mediante el cual, por una cierta indagación y pesquisa, recoge lo que anda esparcido y diseminado para conseguir la verdad, y cuando piensa haber dado con ella, descansa plenamente en aquello que juzga verdadero y rechaza lo que opina serle contrario. En esto consiste el asentimiento y el disentimiento. Luego ayúdase de las experiencias y la práctica, de la atención, del estudio, de la diligencia, de la memoria, del ejercicio, y cuando los suyos no le bastan, se procura los ajenos mediante la doctrina transmitida de hombre a hombre.

Todo esto está a disposición de todos los mortales en común, y dado caso que lo tenemos por beneficio de la Naturaleza, llamámoslo lumbre natural, y lo que mediante ello conseguimos decimos haberlo conseguido por esa luz natural, y lo que fuera de ello se consiguió, decimos que fué por cualquier otro linaje de ilustración divina, angélica y, aun en determinadas circunstancias, de las sugestiones del demonio. Todo esto porque entendamos que constituyen esa lumbre natural aquellos dones de la Naturaleza, de disponibilidad común para atinar con la

verdad; así como son luz natural en el ojo todo lo que está adaptado a ese exquisito órgano natural para que el ojo lo pueda mirar; en el mismo ojo hay la especial disposición física de donde procede la agudeza visual, y exteriormente el medio apto, la luz, el ambiente, la conveniente distancia del objeto.

De todas aquellas cosas que constituyen nuestros conocimientos, las unas pertenecen a los sentidos como las cosas sensibles y sentidas; otras, al acumen que es la inteligencia de las cosas apartadas de los sentidos, ora tengan alguna concreción o no tengan ninguna; otras, a la investigación de la razón por las causas, por los efectos, etc., que nacen de la inquisición de la verdad; a la cual síguela muy de cerca la censura y el asentimiento y el disentimiento de lo que aparece ser verdadero o falso. En algunos puntos inmediatamente asiente la inteligencia; en otros, es menester la indagación. Y yo pregunto: ¿qué hay en Aristóteles que suponga esa primacía intelectual? ¿Por ventura aquello que pertenece al asentimiento de la verdad, tan radicalmente que Aristóteles sólo posea verdades tales que no sea posible que las haga más verdaderas? Está, sin duda, en posesión de muchas; pero ¿quién hay que no las tenga, no ya entre los filósofos, sino el mismo vulgo? Pero así y todo, no han resultado verdades todas las que como tales Aristóteles asentó. Los filósofos de otras escuelas, y aun algunos de su misma peripatética, los autores de Historia Natural, los primeros autores cristianos, arrancan de cuajo muchas de ellas con argumentos poderosos y con experiencias ineluctables. El tiempo y la variedad de lugares, ¡cuántas y cuántas cosas demuestran que son falsas! ¿Y qué más si es él mismo quien en determinadas cuestiones está en desacuerdo consigo mismo, de forma que necesariamente una u otra de las contradicciones tiene que ser falsa? ¿Acaso en todas estas cosas no hay una nubecilla que empaña la luz natural? Y si en lo afirmativo se nos muestra tan anochecida la luz natural, ¡cuánto más oscura no se nos mostrará en lo que es más difícil y más primero, a saber: en el entender, en el indagar, en el colegir la verdad?

Y eso no embargante son muchos no ya los filósofos, sino los teólogos, que afirman que no solamente el punto a donde llegó Aristóteles es el postrer linde de la Naturaleza, sino que la vereda por donde llegó allá es el camino más recto y seguro que la Naturaleza pueda ofrecer, totalmente persuadidos de que no pueden demostrar que ello es supremo y acabadísimo, sino con los silogismos aristotélicos, y que lo que con los dichos silogismos no concuerde, es de todo punto ajeno a la luz y al esplendor de la Naturaleza. Como si la Naturaleza de las cosas fuese única, simple, breve, abierta a nuestros ingenios, o como si la pujanza de la humana mente fuese igual en todas sus aplicaciones o si casualmente alguno pudiera fijar la elevación exacta adonde pudiera en su ímpetu natural remontarse el ingenio humano. Pero éstos no consideran que la Naturaleza es infinitamente varia, bien en aquellas cosas que son ostensibles a los sentidos, bien en los efectos y en las causas, porque cada cosa es hecha. ¡Cuán grande es la extensión que tiene en las hierbas, en los animales, en el hombre, en las mentes, en el cielo! ¡Y el mismo Dios y el mundo espiritual, con cuánta y cuán inasequible soberanía se elevan so-

bre el alcance de la comprensión humana! Varias son todas estas cosas y de una anchura vastísima, abstrusas, más admirables que escudriñables. ¡Y las mentes de los hombres, con cuán grande pesadumbre no quedan aplomadas y en qué tinieblas no andan envueltas y en qué linaje de oscuridad no andan anochecidas! ¡Cuánto progresan con la edad, con el cuidado, con la diligencia, con la práctica, con el saber! Infinita es la variedad de los ingenios, y no hay uno solo que haya acaparado en sí el conjunto de dones de la Naturaleza. Tiene cada uno, en opinión de muchos y conforme la realidad enseña, su don peculiar y propio.

¿Quién, con todas estas consideraciones a la vista, podrá decir hasta dónde puede avanzar el ingenio humano, sino sólo Dios, que, autor como es de nuestra Naturaleza, conoce las fronteras de la Naturaleza y las limitaciones de nuestro ingenio? No seré yo ciertamente quien negare todo cuanto llegaron a conseguir en la antigüedad los que al estudio de la sabiduría se consagraron con su diligencia, con su celo, con su asiduidad, con su atención. ¿Qué cosas les llevaron más allá del punto adonde nosotros no pudimos llegar, impedidos y embarazados por nuestra flema y nuestra haraganería? ¿A quién su viva diligencia, su experiencia, su estudio, su formación, su edad, su nativa agudeza le dieron tanto que ya nadie pudiera ir más alla, cualquier otro o él mismo, más lejos aún del objetivo conseguido, en ese viaje de la Naturaleza tan largo, tan ancho, tan múltiple y, por nuestra cerrazón, tan sembrado de incertidumbres y obstáculos? El mismo Aristóteles, ¿no alcanzó mucho más cuando viejo que cuando mozo? ¡Y cuántas ambigüedades no quedaron flotantes en su espíritu! ¡Y cuántas veces no se enmendó a sí mismo! Algunos aumentos acarrearon los nuestros, por puro azar, pues desconfiaban radicalmente de sí mismos; con todo, algunos aumentos acarrearon. En consecuencia, si se les hubiera concedido vida más larga o si alguno, con más libertad y más totalidad, se hubiera sumido en su estudio o si estuviera ayudado por una más generosa doctrina, dejara a buen seguro una herencia de saber más depurada y más exacta. Es mucho todo esto, y añade, si te pluguiere, que es sumo para aquella edad y el estado en que se hallaba la cultura; pero no lo es de aquel hombre, cuanto menos de todos los otros. Y no hay duda que el mismo Aristóteles, si viviera en la actualidad—aun cuando fuera el más alabancioso de los hombres, como no lo fué, pues hartas señales de su modestia dejó consignadas en sus libros—, aun cuando fuera digo un monstruo de vanidad, escarnecería y reprendería la simplicidad y la bobez de estos que resultan más aristotélicos que Aristóteles. La persuasión de ésos ocasionó que admitiéramos en filosofía muchas opiniones como verdades exploradas y averiguadas, que en manera alguna eran tales, sólo porque Aristóteles lo había dicho.

¿Qué necesidad había de molestarnos en indagaciones y búsquedas, cuando estaba maciza e inconmoviblemente asentado en el convencimiento de todos que ya no era posible hallar cosa más cierta? Esa posición fatal engendró en el pecho de los hombres una inercia y pereza increíbles, las cuales, cundiendo a sus anchas y a su placer, ocasionaron la agradabilísima y cobarde comodidad de mirarlo todo a tra-

vés de los cristales ajenos, de creerlo todo bajo la fe de otro, de no buscar nada por el propio esfuerzo, de no escudriñar nada por estímulo personal. Así es que me siento asaltado por una extrañeza súbita: unos hombres que no tienen valentía para juzgar en cosas baladíes, ¿cómo se pronuncian en cosa de tanta trascendencia y que no podrían conocer plenamente aun cuando le aplicaran el más agudo de los juicios? Por lo que toca al criterio que les guía, prescindiendo de otras pruebas, lo demuestra el hecho de que hicierón extensión a otros esa envidiable felicidad de ingenio y de invención, por manera que lo que Platón, lo que Séneca, lo que Cicerón dijeron, se creyera ser luz y norma infalibles. Y es de saber que andan desavenidos entre sí y cada uno lo está consigo mismo, y dudan y vacilan y hacen manifestaciones de que andan a caza de lo verosímil, y barruntan que son víctimas de alucinaciones, y sienten y no lo disimulan que han sido engañados. Pero nosotros, que no podemos despegarnos de las vallas y lanzarnos al estadio, no hemos de maravillarnos de que ellos, que dieron unos pasos por el campo, se figuren que ya llegaron a la meta. En gracia de mis amigos paso aquella memez que aun a los muchachos y a las viejas parecería increíble, de que no faltan en las escuelas grandes y muy autorizados maestros que cualquier cosa hubieren hecho, dicho o estatuído los pueblos sumidos en la gentilidad o cada uno de aquellos hombres, recíbenlo por verdadero recto y bueno a la luz de la Naturaleza, y admiten discusión acerca de ello, y tal que ven todos ser aquello una perfecta locura, menos el que ya es loco. Sin embargo, en asuntos humanos acaso fuera tolerable esa censura indocta, pero lo más grave es que se trata de cosas de religión.

Escíndese luego y se parte por gala en dos el reino de la luz: esto, a la luz natural; estotro, a la luz de la fe. ¡Atajad esas lenguas que blasfeman por ignorancia! Decís esto por desconocimiento de lo que habláis, pues así como en el ojo y en cada uno de los sentidos existe cierta fuerza y cierto poder que le llevan a la conveniencia, o digamos a la simpatía y amistad con su objeto, así también en la mente hay cierta fuerza y nervio y juicio y facultad con su objeto, que todos saben ser la verdad, no la falsedad. Para la inteligencia y consecución de esa verdad, existen ciertas semillas o potencias metidas por la Naturaleza en nuestra mente, no de otra manera que en el ojo la disposición nativa para contemplar el color. Así es que aquellos deslices y errores que se le escapan a Aristóteles acerca del Hacedor de todo, del origen del mundo, del reino de la Naturaleza, del alma, de las costumbres, de la religión, no son imputables a la luz natural, ni son cosas de aquellas que la Naturaleza nos muestra que, de existir, indudablemente serían verdaderas, dado caso que de lo verdadero hay congénitas en nosotros informaciones y anticipaciones, no de lo falso; y lo verdadero está expuesto a todos para que lo conozca, no lo falso, porque procede de la Verdad y del Autor de toda verdad. Por todo esto, somos llevados a las verdades que conseguimos por la antorcha de la Naturaleza; y en las que no conseguimos débese culpar a la ceguera en que andamos, por estar privados de la lumbre natural, y a lo que siendo falso es por nosotros tomado como verdadero, somos llevados por alguna razón probable. En esto nos

engañamos por la densidad de las tinieblas que nos envuelven o por algún trampantojo muy parecido a la luz auténtica, por lo cual esas cosas se llaman verosímiles. Las opiniones de Aristóteles cuya falsedad está probada, no son tomadas a la luz de la Naturaleza, que a nadie engaña, sino al reflejo de las tinieblas y a alguna alucinación capciosa, bien así como el ojo que ve normalmente, ve por la luz física, y lo que no ve, por su flaqueza no lo ve; y lo que es imaginario y simulado, y él lo ve como cosa real y sólida, velo por cierta ilusión óptica que se verifica ciertamente en la luz natural, no directamente por aquella misma luz, sino por determinadas interferencias que a la luz afectan.

Dime: cuando me parece ver que un remo entero se manifiesta quebrado metido en el agua, ¿aquella visión proviene de la luz de la Naturaleza? No contestas, sino por cierta decepción del ojo por culpa del cuerpo interpuesto, que va contra la luz natural, decepción que el ánimo corrige. Así cuando Aristóteles engáñase en algún argumento, no le engaña el esplendor natural, sino la flaqueza del ingenio, que no puede de momento desenredarse de los lazos del argumento, pero que quedará suelto y libre así que se acercare a la Naturaleza luz más potente, acarreada con estudio más ahincado, atención más desvelada, por el aviso o la sabiduría de alguno. No es la abundancia de luz la que engaña, sino la penuria de luz.

Yo no niego que en el conocimiento de las cosas de la religión seamos ayudados por alguna singular ilustración, pero también es cierto que la Naturaleza nos proporciona acerca de ella muchas enseñanzas, pues no hay en la religión cristiana arcano tan recóndito ni misterio tan sublime y excelso cuyas grandes y admirables razones no halle el ingenio humano, siempre que dedique a ello algún esfuerzo con sobriedad, con diligencia e industria. Ciertamente que todo lo vemos más claro e inequívoco al reflejo de la lumbre del rostro del Señor; pero no cabe lugar a duda que aun cuando con alguna oscuridad y no con transparencia bastante descubriéramos muchas grandezas y maravillas, por las cuales sería a cualquiera fácil y perspicuo que inicialmente quedaron sembradas en nuestro ánimo algunas semillas, no tenues ni livianas de esas grandes verdades, y que la luz natural nos conduce y acompaña hasta un punto adonde nosotros llegaríamos si insistiéramos con alguna constancia en el camino derechero.

Pero vuelvo ya, liquidada esta digresión, a lo que había comenzado a decir acerca de las obras de Aristóteles. Es cierto que él se aventajó a todos los predecesores y aun a sus sucesores todos, pero no deja de ser verdad que en sus definiciones es taimado y abstruso, por lo cual tiene su filosofía hartas incertidumbres y perplejidades y aun verdades muy dudosas, mientras anda más preocupado de lo que debiera en zafarse de la reprensión que en asentar la verdad muy a nivel y plomo.

Alejandro Afrodíseo dice que él se decidió por la sentencia de Aristóteles acerca de la eternidad del mundo con preferencia a todas las otras, no porque fuese la más verdadera de todas, sino porque no estaba por ningún frente expuesta al ataque ni a la contradicción.

¿Y qué diré si de los libros de ese gran filósofo, que en verdad son numerosos y escritos con visión muy

aguda y muy rico caudal de doctrina, esos aristotélicos tan particulares no tomaron los más útiles, sino los más intrincados y los que contenían más inflamable materia de pendencias y los que acarreaban más ruin cosecha, no el de los *Animales*, que reportan grande utilidad para la vida práctica y al cual tuvieron los antiguos en estimación muy grande y merecida, ni los *Problemas*, sino los libros físicos y los que más analogía tienen con los físicos por sus tinieblas y por sus argucias, verbigracia: los de la Filosofía, primera del Cielo, de la Generación, pues de tal manera tratan a los libros de los *Meteoros*, que parecen hacer otra cosa, de modo que causa maravilla que hayan sido admitidos entre los libros escolares?

Yo pienso que fué más por casualidad que por consejo, pues tienen una virginal inexperiencia de estas cosas y de esta *naturaleza* mejor conocida de los labriegos y de los artesanos que no de ellos, filósofos tan grandes. Enajados con *esa Naturaleza* que ignoraban, fantaseáronse otra a base de bagatelas de sutilezas de aquellas zarandajas que nunca Dios creara, que se denominan *nempe, formalitates, ecceitates, realitates, relationes, Platonis, ideas* y otras monstruosas invenciones que no entienden los mismos que las engendran, quienes, dado caso que no pueden otra cosa, al menos la autorizan con un nombre de sonido y dignidad llamándola *metafísica*. Y si ocurre que alguno tiene un ingenio, desconocedor de *esa naturaleza* o propenso a las fantasías o a los sueños delirantes, ése dicen que tiene *ingenio metafísico*, como lo dijeron de Escoto. Con este procedimiento y gracias a la ambigüedad del nombre, acaso somos engañados por ingenios astutos y agudos, haciéndonos creer que es metafísico el ingenio, fuera de esa Naturaleza, lanzado a otra nueva e inusitada.

Ríense los *nominales* de las metafisiquerías de los *reales* como si fueran ficciones y patrañas de viejas, y, no obstante, como no pueden descuajarlas, no se oponen a que se dé el nombre de *metafísicos* a aquellos ingenios invertidos y archirridículos.

Pero tampoco pudieron entender estas mismas obras de Aristóteles, en primer lugar, por su locución densa y oscura, por su laconismo excesivo, como también por sus sentencias intrincadas y oblicuas, amén de las inmoderadas sutilezas con las cuales Aristóteles hartas veces no aguza los ingenios, sino que los quiebra y embota la penetración de la mente en tinieblas y alucinaciones en su esfuerzo por mostrar algunas menudencias baladíes, de una total inutilidad y que se escapan a la atención más aguda y la dejan frustrada. No de otra manera ni con mayor provecho que si alguien se propusiera mostrar, uno por uno, todos los hilos de las maromas de aquella nave que Mirmecides fabricó, que una abeja podía abrigar bajo sus alas o la escritura microscópica de la *Ilíada*, que cabía en la cáscara de una nuez. Tales son sus libros en su griego nativo, conforme los escribió.

Por lo que toca a las versiones latinas de los libros de Aristóteles, las leemos de tal manera corrompidas que creerás que son enigmas y no lenguaje claro y corriente como el que en sus relaciones acostumbran emplear entre sí los hombres de todos los tiempos.

CAPITULO III

INVECTIVA CONTRA AVERROES. DERROTA VERGONZOSA DE AQUEL FILÓSOFO A QUIEN LOS HOMBRES DE SU EDAD CREYERON QUE SE LE PODÍA EQUIPARAR CON ARISTÓTELES Y SANTO TOMÁS. DEMUESTRA SU COLOSAL IGNORANCIA Y PINTA CON NEGROS COLORES LA METAFÍSICA DE AVICENA

Dirá alguno ser grave inconveniente el del idioma original de Averroes; pero atenuado, porque contamos con la ayuda de buenos intérpretes y comentadores hechos venir expresamente de la Arabia. ¿Cuáles son éstos? La versión arábiga y los comentarios de Averroes, cuyas doctrinas los filósofos de nuestra escuela que escribieron con posterioridad a él abrazaron con adhesión tan estrecha, que por poco no le igualan con Aristóteles en autoridad; y esto no solamente los que vivieron a larga distancia de su tiempo, sino sus propios contemporáneos. Este sobreprecio fué ocasionado por el desconocimiento de otros mejores y por la admiración de una mercancía exótica, peregrina por su lengua y su sentido, de modo que le granjeó el favor en los primeros la novedad y la antigüedad en los últimos. Alcanzó el dictado de *Comentador* un hombre que en la explanación de Aristóteles no hace más que explanarse a sí mismo, que éste fué, en realidad, el objeto que se propuso. Pero no hubiera podido explicarlo aun cuando fuera divino su ingenio, y eso que lo tenía humano y comprendido en los límites de una discreta medianía. ¿De qué dotes estaba provisto para llevar a cabo con honradez la empresa de comentar a Aristóteles? No reunía el conocimiento de la antigüedad, ni la ciencia de las primitivas opiniones filosóficas ni la práctica de las escuelas de que a cada paso en Aristóteles asoman reminiscencias y alusiones. Y así verásle citar pésimamente a todos los filósofos antiguos, a estilo de un ignorante de las lenguas latina y griega, que jamás hubiera leído a alguno: en vez de *Polo* pone *Ptolomeo*, en vez de *Protágoras* pone *Pitágoras*, en vez de *Cratilo* pone *Demócrito;* sustituye con títulos ridículos los rótulos de las obras de Platón y habla de ellos de modo tal, que hasta para un ciego resulta claro que no leyó en ellas una sola letra.

¡Y con qué desfachatez se atreve a sentenciar que *dicen esto o aquello*, y lo que supone mayor descaro todavía que *no lo dicen*, si no vió más que a Alejandro, Temistio y Nicolás Damasceno, y aun a éstos, en una versión arábiga que era el colmo de la perversidad y de la corrupción! Cítalos de cuando en cuando y los contradice y riñe con ellos, de modo que el mismo que lo escribió no lo entiende. Y a Aristóteles, ¿cómo lo lee? No en su original entero y auténtico, ni derivado en la laguna latina, cosa que no pudo hacer, tan ayuno de lenguas como andaba, sino del latín trasegado al arábigo. En ese trasiego de los buenos ejemplares griegos hiciéronse latinos no buenos, como dice él mismo, y de los latinos malos, arábigos pésimos. Pero para demostrar a todas luces cuáles sean la interpretación y exposición arábiga del *Comentador*, voy a citar un pasaje único de mil seiscientos que pudiera citar, pues cualquiera, con suma facilidad, podrá dar con muchísimos otros que yo me abstendré de tocar por no ser más prolijo de lo que debo, principalmente en un asunto que ahora que las lenguas clásicas ya no son enigmas y anda

vulgarizado el conocimiento de toda la antigüedad, quedará más claro para la mayor parte de lectores. Aristóteles, examinando en el libro primero *De la metafísica*, las opiniones de los antiguos se expresa así en su correcta interpretación latina:

Tras las opiniones filosóficas de que ya hice mención, siguióse la especulación platónica, que en la mayoría de puntos se acostó a las doctrinas pitagóricas, con algunas características propias fuera de la disciplina itálica, pues desde su muchachez consagró su devoción a Cratilo y al sentir de Heráclito, que despojaban la ciencia de las cosas sensibles, porque estaban en flujo continuo y acabó por sumarse a esta opinión, al paso que Sócrates, como dedicaba su atención a las cuestiones morales, no decía palabra de la Naturaleza del universo. Esto es lo que leemos nosotros. Oigamos ahora o su intérprete árabe:

Y después de esto que se dijo acerca de los sistemas filosóficos, inventóse la filosofía de Platón y seguíalos en muchos casos; más en las unidades era de la opinión de los itálicos. La primera opinión que se manifestó, después de Demócrito, fué la opinión de los hercúleos, a saber: que todos los entes están en flujo continuo y no tienen ciencia alguna. Esas opiniones, según ellos, nosotros las recibimos a lo último. Sócrates se ocupó de moralidades y no dijo palabra de la Naturaleza.

Esto dice Averroes. ¿Qué hombre cuerdo dirá que es lo mismo esto que aquello? Si Aristóteles resucitara, ¿entendería esa algarabía o pudiera atisbarla a través de conjeturas? Debieron de tener un estómago invulnerable los hombres que pudieron tragar y digerir esos ladridos. Y en este guirigay tan alejado de la sentencia y de la muerte de Aristóteles, escuchad lo que fantasea y delira el *comentador* Averroes. ¡Guardad religioso silencio en reverencia de tan gran hombre, de ese segundo Aristóteles!

Dice Averroes que *después de la invención de esos sistemas filosóficos*, a saber: de los pitagóricos, y los que universalmente ponían a las matemáticas por principio de los entes naturales, a saber: Anaxágoras, Empédocles y Demócrito, *inventóse la filosofía de Platón.* ¿Qué dices? Anaxágoras, Empédocles y Demócrito ¿hacían a los entes matemáticos, principios de las cosas de la Naturaleza? Has de saber que Anaxágoras aduce sus *omoiomere;* Empédocles, los *cuatro elementos;* Demócrito, *los cuerpos indivisibles y el vacío.* Ya que no de otra parte, ni de los griegos y latinos que no saludaste jamás, al menos de Aristóteles mismo, depravado y todo, pudieras aprender esto en sus libros físicos, y en esta misma obra y en otras muchas. Adelante. Dice que seguía esta opinión en muchos casos. Significa esto que Platón, en la mayor parte de sus opiniones, seguía la opinión de los pitagóricos y en la menor parte la de los itálicos. ¿Qué puede decirse más indicado para la recta inteligencia de Aristóteles o de más exquisita y original erudición en lo tocante a la historia de la filosofía y de las herejías? Distingue a los pitagóricos de los filósofos itálicos, como si los itálicos fuesen cosa distinta de los pitagóricos; cosa que no ignoran nuestros muchachos. Añade: Y fueron los primeros naturales en Italia, a saber: Anaxágoras, Empédocles, Demócrito. No, eso, no; antes que los itálicos, seguidores de Pitágoras, fueron los filósofos jónicos seguidores de Tales. Pero ¿por qué atraíllas

zorras con ovejas? ¿Por qué trasplantas de la Jonia a Italia a Anaxágoras? Luego dice que Platón profesaba en la mayor parte de su filosofía la opinión de aquellos que señalaban a las matemáticas como causas de las cosas sensibles. ¿Quién te ha dicho esto? Pues Aristóteles nada dice menos que lo que tú sueñas. Añade: Porque Platón decía que eran formas y opinaba ser idéntica la naturaleza de las formas y del número.

¿Para qué queremos ningún otro intérprete o expositor de los números platónicos? Desde el momento que Averroes escribió, retírese el viejo axioma: *Más difícil que los números de Platón.* Sigue diciendo: *Y opinaba que los cuatro elementos estaban compuestos de superficies de lados y ángulos iguales.* ¿No se deja ningún hueco para el triángulo? ¿Ninguno para la pirámide? Vese más claro que la luz al filo del mediodía que ese hombre andaba metido hasta los codos en el *Timeo* de Platón. Tantas son las cosas que dices de Platón, que los que jamás leyeron a Platón y Aristóteles van a creer que tú no eres menos académico que peripatético. Y dice a continuación: *Lo primero que sobrevino* después de Demócrito, fué la opinión de los *hercúleos.* ¿Por qué voy yo a refutar afirmaciones que en Aristóteles no parecen y a tomarme una fatiga en balde, siendo así que eso merece una silba y una bronca estrepitosas? ¿Dónde se hace mención de Demócrito? ¿Dónde de los hercúleos? ¿Qué plaga será esta de los hercúleos? ¿Acaso porque Hércules se llama Heracles en griego, por esa razón los hercúleos serán *heraclíticos? Que en aquella sazón hacían dudar a todos los que se entregaban a la filosofía.* ¿Que todos eran éstos si ya no eran ellos mismos? Pero ni siquiera dudaban quienes sabían que los sensibles eran ignorados. Piensas que eran académicos quienes en todo reservaban su asentimiento y decían no haber ciencia alguna? ¿Y por qué piensas tú que ellos no pusieron más entes que los *sensiles?* ¡Oh intérprete docto de los antiguos! De los *sensiles*, que en realidad no existían, ellos quitaban la ciencia. Y la dejaban en aquellos que con la mente podemos conseguir, que son los que existen verdaderamente, como en Dios y en las cosas celestiales, *pues la ciencia es necesaria.* ¿Quién habla así? Decimos que la ciencia es de cosas necesarias, pero no que ella sea necesaria. Pero no riñamos por una palabra más o menos con un hombre desposeído de todo don de expresión. ¿Nada hay en esto, de lo cual penda la ciencia, sino las cosas sensibles que están en continua mudanza?

Estas afirmaciones ¿son tuyas o son de los hercúleos, como tú los llamas? Y aun cuando se llamen heráclitos hercúleos no son de aquellos que cimentaban la verdadera ciencia en el conocimiento de las cosas que existieran verdaderamente. Tuyas son por entero, que eres tan impío que te saboreas siempre con insertar impiedades en nombre tuyo o en nombre ajeno. Luego dice: Y esas opiniones, etcétera; esto es, estas opiniones susodichas, llegan a nosotros de los que ahondaron en la filosofía hasta la actualidad. Admirad la congruencia que tienen esas palabras con aquello que dice Aristóteles: Este fué después el sentir de Platón. Y ése es aquel a quien la insensatez de algunos equiparó con Aristóteles e hizo superior a Santo Tomás. Dime, Averroes, por favor: ¿con qué conta-

bas para adueñarte de las mentes de los hombres o, mejor, para dementarlas y enloquecerlas? Embaucadores hubo que engatusaron y sedujeron a muchos por la gracia del estilo y el halago de la elocución. Pero el hecho es que no hay cosa más erizada, más inculta, más asquerosa, más sin palabra que tú. Otros se impusieron a algunos por el conocimiento de la antigüedad. Tú no conociste ni el tiempo en que viviste ni la edad en que naciste, ni tuviste mejor información de los que te precedieron que la que tiene cualquier hombre nacido y criado en las selvas y en las soledades. Los hay a quienes leemos con gusto por las experiencias y observaciones variadas acerca de la Naturaleza, como Alberto Groto. Tú, como engendrado y familiarizado con otra Naturaleza, de ésta que conocemos no dices nada, al menos en tus comentarios de Aristóteles, pues tus libros de medicina yo no los leí. Merecieron admiración y alabanza generales los que formaron los espíritus, los que han dado preceptos del bien vivir. Pero no hay cosa más malvada, más irreligiosa que tú. Es inevitable que el que se entregue con afición vehemente a la lectura de tus obras se torne impío y aun que caiga en la noche desolada, fría y ciega del ateísmo.

Yo ya he agotado todas mis municiones y todas las flechas de mi carcaj. Dime ahora tú: ¿Qué cosa fué aquella por la cual agradaste a algunos? Te oigo, te cogí; no es tuya la culpa, sino nuestra. No aportabas tú cosa con que gustases, sino que nosotros aportábamos la disposición porque no nos desplacieses. No fué tu saber quien te aprobó, sino la impericia y la pereza mental de los otros. Para quienes estaban a oscuras les era agradable la oscuridad; la vaciedad era grata a los vacíos, y a algunos parecióles hermoso y muy apropiado para tufos y afeites aquello que ni ellos mismos entendían ni otros habían de entender, pues buscaban la reputación de la ciencia, no la misma ciencia. Muchos no te habían leído, pero se dejaron llevar del criterio ajeno. A algunos les fuiste grato por causa de tus impiedades, pues a mí me parece que la doctrina de Averroes y la metafísica de Avicena y todo lo arábigo en general sabe a los delirios del Alcorán y a las blasfemas insensateces de Mahoma. No es posible que haya cosa más indocta, más insulsa, más fría.

Mas sea de ello lo que fuere, como la porción que conseguían de los libros de Aristóteles era harto flaca, porque aquello ya estaba más de lo razonable trillado, asendereado, maltratado, tanto que aquel linaje de pelea parecía de sobra conocido aun para los bisoños, excogitóse una nueva táctica y buscóse una materia inédita de pugnar. Introdujéronse cavilosidades de las necias sutilezas, que ellos llaman *calculaciones*, a las cuales dió el auge máximo el inglés Rugero Suiceto, y por esto Juan Pico de la Mirandola solía llamarlas con un donoso y justo mote *basura suicética*, que en nada contribuye a la ciencia ni reporta provecho alguno práctico. Por lo que toca al provecho práctico, no creo que haya nadie que abrigue la menor duda ni aun sus mismos profesores máximos y cuya reputación está cimentada exclusivamente en su solo conocimiento. Y, con efecto, ¿qué ciencia puede haber en cosas tan apartadas y alejadas de todo sentido común y con las cuales, sobre un fundamento vano, se levanta un grandioso

edificio de afirmaciones y de pareceres en discordia, verbigracia: *De intensione et remissione* (de la intensidad y remisión), *de raro ac denso* (de lo enrarecido y de lo denso), *de motu uniformi* (del movimiento uniforme), *de difformi* (de lo deforme), *de uniformiter difformi* (de lo uniformemente diforme), *de difformiter difformi* (de lo diformemente diforme).

¿Y qué si en aquellas cosas que no acontecen jamás ni en la Naturaleza pueden acontecer existen descomunales extravíos, verbigracia: *de infinite raris aut densis* (de lo infinitamente enrarecido o denso), *de hora secta in partes proportionales* (de la hora seccionada en partes proporcionales)? Y como si ya tuvieran por demás estudiados y averiguados todos los arcanos de la Naturaleza, luego de haber acabado con lo que es, lo que será y lo que fué, convierten su atención a aquello que apenas puede ser. Ignoran lo que tienen debajo de sus pies y escudriñan lo que no está en ninguna parte; pasan a lo sobrenatural y por cualesquiera dogmas observados del modo que fuere en esa Naturaleza traban disputa acerca de los milagros y de lo que se sale de toda la Naturaleza. ¿Qué pasaría si Dios hubiera creado eso o aquello de manera distinta que lo creó, verbigracia, otro linaje de hombres, o de bestias o de elementos? Mentecato, que por las leyes de esta Naturaleza actual y de otros fenómenos observados deficientemente, inquieres la condición de otra Naturaleza eventual. Dejo a un lado las sutilezas de inmensa dificultad, por las cuales siente horror la Naturaleza del ingenio humano. Pero quizá no serían recusables la dificultad y el trabajo en vista de la utilidad; pero en nuestro caso, todo trabajo es de balde, sin experiencia, sin ciencia. ¿Qué merecen los que se ejercitaron en esas fruslerías, tan largo tiempo y con tanta diligencia? La misma recompensa que prometió Alejandro a quien cogiese unos garbanzos echados al aire en la punta de una aguja.

Invenciones fueron éstas de hombres ociosos, ignorantes de cualesquiera otros conocimientos, para ejercitar la garganta en las escuelas, no fuera que el silencio la enmoheciese. Y fueron estas invenciones aceptadas por aquellos que, desnudos de todo conocimiento y de toda práctica, déjanse con facilidad aficionar a esa ociosa agitación de la mente, con la sola prevención de que no repugnase consigo misma. Acrecentáronse con las disputas y la esperanza de la victoria y por pensamientos como lanzados por juego, para los cuales sobraban juicio, libros y conocimiento directo de las cosas. Seguramente, hombres como los deseaban, vacíos de todo esto, y cuyo oficio era altercar la mayor parte del día, tanto que aún tenían que arremeter contra aquello que no dudaban ser falso y asentarlo como verdad maciza e inconmovible, porque no faltase materia de altercados y de contiendas que iban a rebrotar instantáneamente. En la antigüedad no hubo recreo más sabroso que la contemplación de ese huerto de la Naturaleza, puesto que no hay espectáculo más bello y más deleitoso que el de este teatro del mundo; empero ésos, en vez de las apacibles frescuras y verduras de las plantas y de los árboles, impusieron a los ingenios una cruz porque no pudieran gozarse con tantas amenidades y enervados y aliquebrados no pudieran remontarse a un más soberano conocimiento de las cosas. Así,

de este género de filosofía pasan a la medicina los desorientados, los absurdos, los esquinados, los sistemáticos e ineptos caviladores, con el fin de romper y de corromper con sus extorsiones todo aquello que, admitido con simplicidad, se entendería y haría provecho.

DE LA MEDICINA

CAPITULO UNICO

LOS EXPERIMENTOS DE DONDE NACIÓ LA PROFESIÓN DE LA MEDICINA, SI A ELLOS NO SE APLICA EL JUICIO, RINDEN POCO PROVECHO. UNA VEZ APRENDIDA, COMENZÓ A CORROMPERSE TAN PRONTO COMO SE TORNÓ GANANCIOSA Y ESTUVO EJERCIDA POR HOMBRES ÁVIDOS DE DINERO Y CODICIOSOS DE GLORIA, DESCONOCEDORES DE LAS LENGUAS CLÁSICAS Y DE LA CIENCIA FÍSICA Y PENDENCIEROS POR TEMPERAMENTO

Llegado a este punto, es el momento indicado para referirme a la plaga que se abatió sobre la Medicina, pues tampoco esta arte, que remedia y alivia las dolencias humanas, quedó inmunizada del contagio universal. Muchos son los enemigos internos y externos que combaten la constitución de nuestro organismo flaca y quebradiza. El obligado mantenimiento acude en socorro de las necesidades cotidianas y a la difícil concordia de los humores discordes; mas cuando el equilibrio pacífico se alteró, o antes que esa congruencia no sufra rompimiento, ahí está el arte médico. Comenzó con la osadía de los experimentos, cuando la necesidad, llegada a trance de desesperación, impuso la resolución heroica, puesto que ya la situación no había de mejorar, ni aun para los cautos y los miedosos. Quedó anotada la resultancia de los experimentos, bien en el recuerdo de los que experimentaron personalmente su bondad de sus deudos, de sus amigos y, por fin, de todos aquellos que con admiración habían parado mientes en ellos, o en forma de exvotos, en el templo del dios que, invocado, parecía haberles devuelto la salud. Se formó con el tiempo el recetario de los medicamentos que dieron resultados provechosos. Este fué el primer origen del arte de la Medicina.

Plinio, bajo la fe de M. Varrón, dice que eso lo hizo Hipócrates de Coo. Pero las experiencias, como el mismo Hipócrates dijo, son falaces; cambian según la edad, el sexo, la constitución física, el lugar, el tiempo. Por esto tuvo que aplicarse el juicio con sumo esmero para observar en los remedios cada una de las circunstancias *cuáles, cuándo, dónde, con qué.*

Pero lo primero fueron los experimentos y prácticas que provocaron el asombro de prestantes ingenios y los indujeron a estudiar la Naturaleza y las causas de cada cosa.

Luego estos mismos ingenios preclaros formularon determinados cánones generales, que fijaban y clasificaban los remedios para que no anduvieran desperdigados e inciertos, y se los encerro en fórmulas categóricas y obligadas, pues donde el dogma y el conocimiento de un sistema filosófico y el juicio cultivado y afinado por la escuela no rigen los experimentos, la Medi-

cina es puro azar y temeridad, no arte. Y cuando, hija de la experiencia, controlada por el juicio agudo, esta arte hubo nacido y crecido, su corrupción primera y la más maligna y cruel de todas le provino de la carencia de práctica, de experiencia y de criterio filosófico. Muchos son los que confían exclusivamente en los experimentos personales, y muchas veces en los ajenos también, pobres y desarmados de juicio y de esta observación universal, y creen que los experimentos dondequiera tienen valía, siendo así que ellos aprovechan en alguna enfermedad específica de mujer y dañan en la de un hombre, y no conviene el mismo tratamiento a un niño y a un viejo, a un bilioso o a un pituitoso, ni en invierno como en verano, ni en España lo mismo que en Rusia. Otros, por el contrario, bien abastados de preceptos filosóficos, pero vírgenes de toda práctica, sin experiencia de realidades, aplican la mano a las curaciones, siendo así que la parte principal de aquel arte no consiste en la inteligencia y retención honrada de lo que está escrito, sino en la habituación a sus aplicaciones, que cuando se llevan a efecto y obra, más que del teórico es cosa del práctico.

Pero como sea que cada cual se tiene a sí mismo por muy recomendada la salud, para con la cual, por el descomedido amor que le tenemos, sentimos debilidades y temores sobrado indulgentes, ese amor, conjugado con el miedo, quita todo discernimiento de lo útil y de lo nocivo. Ello hace que no hay hombre alguno que anuncie que va a hacer algo efectivo para nuestra salud, que no le prestemos muy despierta atención, tanto más cuando la enfermedad aprieta y nos aflige con sus acerbos y ardientes escozores. Desilusionados y defraudados más de una vez, volvemos al mismo punto, olvidados del desengaño primero; si ya no es, por ventura, alguno escarmentado por sus propias decepciones y por las ajenas, reacciona en odio de la profesión, teniendo del arte un peligro mayor o que, acosado por la desesperación, prefiere arrostrar una manifiesta crisis mortal que confiarse en manos de una profesión tentada con suceso infeliz por él y por otros; pero de estos hombres hay pocos. Todos los otros, en su casi totalidad, dan crédito a todo el que promete curaciones, y en él depositan su confianza; por eso esta profesión se hizo gananciosísima. ¿Qué no pagará el doliente a quien le libró de un sufrimiento? ¿Habrá, por ventura, alguno tan desatinado que, estando en peligro de muerte, piense en economías y escaseces? ¿Para qué ocasión reserva el dinero quien está en trance de inmediata desaparición? Piel por piel y todo cuanto el hombre tiene dará por su vida, como dice Job. Donosamente Filipo, padre de Alejandro, como padeciese de una luxación de clavícula y un médico le pidiera una inmediata entrega de dinero: «Toma—le dijo—todo cuanto quieras, pues tú tienes la llave.» Pero en la antigüedad esta profesión rendía mucho más que en esos tiempos nuestros; yo creo que porque parecían mayores y más admirables sus servicios. Pero aun hoy día no faltan a los médicos sus buenos ingresos. Un médico podrá mantenerse y comer en el burgo más podrido, en la aldea más perdida y soledosa, donde ni siquiera sonó el nombre de ninguna de las otras artes. Esta ganancia tan obvia y disponible alucinó a muchos, que, arruinados y desesperados, se

acogieron a esta profesión como a una última y sagrada áncora y como a la segura arena en el naufragio.

Estudiaban, pues, a vistas del lucro, y de esa arte y de todos esos estudios reunieron lo que era más indicado y seguro para hacer dinero, a saber: la historia de los tratamientos curativos, con un muy ligero y a veces nulo conocimiento de la filosofía y de aquel juicio que en la aplicación de los remedios yo dije que era obligado gobernalle, pues sus yerros cométense con una absoluta impunidad y encima son retribuídos con una paga. Ni les faltan recursos con que encubrir su fechoría: la desobediencia del enfermo, la virulencia de la enfermedad, fuera de la eficacia curativa de la profesión. Hartas veces eluden con donaires y bromas, más o menos cínicas, las merecidas quejas que tienen que oír: *¿Cuándo un médico fué emplazado en tribunal por homicidio?* Complicóse la pasión del logro, como en toda otra cosa, con la codicia de la gloria. Unos la ambicionaron para acrecentar sus ganancias y merecer más pingües retribuciones, porque su nombre era más ilustre; otros, por el solo renombre y por la caricia y el dulce oreo del aura popular. De ahí nacieron dogmas y tratamientos contradictorios para que tuviesen en el arte suma aceptación, cuales dicen que fueron los de aquel Tésalo famoso, que se llamó a sí mismo *iatroniken*, y contra el cual disparó Galeno tantos escritos, como también de muchos otros de quienes hace mención Plinio Segundo en su *Historia Natural*. Por lo demás, la decadencia y el oscurecimiento de las lenguas clásicas acarrearon a esa arte como a las otras restantes una atrocísima desgracia. Perdióse todo lo que era necesario para la comprensión de las observaciones hechas por los antiguos y entregadas a la posteridad; esto es: para el conocimiento de las fuentes y de los autores, bajo cuya fe los que vinieran después ejercieran su arte, verbigracia: los nombres de los órganos del cuerpo humano externos e internos, de las hierbas, de los animales, de las piedras, de los pesos, de las medidas, de los tiempos, de las historias; qué enfermedades, qué comarcas, en qué sazones, en qué épocas, qué linaje de hombres o de bestias habían invadido e infestado y cómo amainaron y desaparecieron. Añade a esto que no conocían la índole del lenguaje latino y griego en que los médicos antiguos redactaron sus preceptos.

Los libros de los grandes autores como Hipócrates, Galeno, Dioscórides, fueron vertidos primeramente con impericia y luego con una confusión y lobreguez aterradoras, como no hubieran podido entenderse aun cuando fueran trasladados con toda doctrina y habilidad. De ahí origináronse muchos errores en Avicena, Rasis y otros médicos árabes, como en los comentarios de Aristóteles, por esta misma causa, como ya demostré, de Averroes. Además de esto, tantas obras suyas que no fueron traducidas a otras lenguas, de las cuales podría sacarse copiosísima erudición; como es de ver en las recién traducidas y en las que todavía no lo están de Hipócrates, Galeno, Paulo Egineta. A todas ellas las ilustraron Nicolao Leoniceno, Hermolao Bárbaro, Tomás Linacre, Gulielmo Copo, Laurencio Laurenciano, Manardo, Ruelío, ora para desautorizar sus falsedades, ora para corroborar sus verdades. Estas obras comienzan ya a ser conocidas arreo. Por eso

resultaría superfluo formar aquí una lista de ellas, y especialmente si la formase yo, que no tuve más trato con la Medicina que el obligado por sus relaciones con la especulación de la naturaleza física y otras disciplinas humanas, amén de una escasa práctica facilitada por la vida común. Con todo, los médicos, ayunos del saber antiguo y de aquellos conocimientos más convenientes para la salud del organismo humano, algo tuvieron que hacer con aquellos ejercicios escolásticos de la física y acarrearon en esa arte también una imponente cargazón de materia de disputas de *la intensidad y aflojamiento de las formas, del enrarecimiento y de la densidad, de las partes proporcionales,* cosas que no son ni serán jamás, ventilando sus sueños, abandonando mientras tanto su lucha con las enfermedades que acrecentaban su pujanza y su matanza.

Esta calamidad tan fértil y tan inacabable, no de otro modo que la hidra fabulosa, por tiempo indefinido estorbó que los ingenios se consagraran a otras ocupaciones de más positivo rendimiento. Hay que ver las cavilaciones y las frivolidades de Jaime de Forli, no menos espinosas ni menos inútiles que las *Suicéticas* y las que no les ceden en prolijidad y enojo, que no raras veces nos solía citar Juan Dulardo en los ejercicios físicos. Podían éstas cultivarse sin cultura. No se proponían más que el populachero alarde de las disputas. Los altercados vejaron y maltrataron esa arte no menos que las otras restantes; promovían a grados honoríficos en las escuelas; esos grados (hablo de los prematuros e inmerecidos) infligieron un grave perjuicio al arte y, por ende, a la vida, pues los jóvenes y los mozos, erizados con aquellas espinas y cuestioncillas capciosas, sin ninguna noticia de las hierbas, de los animales, de los elementos y, en fin, de la Naturaleza toda, sin experimentos, sin conocimiento de la realidad, sin el lastre de ninguna prudencia, con harta flaqueza de juicio y de consejo, son admitidos a los honores y acto seguido salen de la Academia a las villas y aldeas del contorno para aplicar los rudimentos del arte, como la mano de crueles carniceros. Ni conocieron los cánones universales ni las deducciones prácticas del arte, ni ellos personalmente pusieron sus manos en la obra; mozos alegres y confiados, échanse en brazos de la temeridad; son bisoños y no admiten advertencias de los que consiguieron una acreditada veteranía con quienes se ven igualados en el honor del nombre; y si llegan a hacérseles enojosos, les mueven peleas y les tienden lazos y trampas escolásticas; y con sus gritos y con sus tercas afirmaciones y con sus insultos y con su mala lengua y su procacidad obligan a amainar a los sesudos ancianos, no hechos a tales riñas aldeanas, vencidos por la jactancia, por el descaro, por la importunidad, por el odio de clase.

Añádase a esto que el afán de originalidad desdeñó el viejo y conocido sistema de curar, y buscó un camino nuevo e insólito que excitase la admiración; otros, como si tomaran consejo de los astros, hicieran lo que hicieren, observaron los días, las horas y los momentos como si no emprendieran trabajo alguno sin el visto bueno de las estrellas; otros manifestaron un profundo desprecio de los astros y afirmaron que curarían a su pesar, porque los astros no ejercen en nuestros cuerpos influencia alguna, pues lo que importa es la templanza de

los humores, y si acaso la tienen, no se sabe. La codicia del lucro y el deseo de alabanza empujáronles a utilizar aquellos medios que les dieran ocasión de alardear y baladronear ellos de sí, y para la agria descalificación y persecución mordedora de aquellos otros profesionales que creían les podían perjudicar en sus planes, hasta el punto de preferir que se echasen a perder los remedios antes que propinarlos con mano ajena. Y cuando algunos de ellos celebran consulta en común para algún caso determinado, con qué mala fe y con qué envidia lo hacen y con cuánto desdén y con qué cara de vender sangre reciben la opinión ajena y con qué autoridad e impavidez doctoral emiten la propia y con qué terquedad sostiene cada uno lo que una vez afirmó, y aun sus propios yerros descubiertos, porque no parezca haber cejado ni siquiera un punto. Y hacen esto con tanta mayor obstinación cuanta más tupida es su ignorancia, no con tanto recelo del juicio que de ellos puedan formar los asistentes si se allanan a alguna concesión, como de su propia conciencia con cuyos dictados no creen cumplir, si no tornan equívoca la victoria de los otros o no salen ellos vencedores netos, o al menos no vencidos inequívocamente, pues al ceder llámanle derrota ignominiosa. De ahí nació aquel conocido epitafio que un humorista dictó para su sepulcro; a saber: que a él le mató la multitud de médicos. Pluguiera al Cielo que esas miserias no hubieran corrompido el arte y nada más, como ocurrió con las otras, sino también comprometido la vida. Pero inevitablemente la corrupción de la Medicina debía reportar las mayores desventajas a la sanidad pública que a cada momento se entrega y se confía a esta profesión.

DE LAS MATEMATICAS

CAPITULO UNICO

CUÁNTAS Y CUÁLES SON SUS PARTES. ERRORES NACIDOS DE LAS ABSTRACCIONES DE LOS MATEMÁTICOS AUN ENTRE LOS FILÓSOFOS DE MAYOR FAMA. CRÍTICA DE LOS ASTRÓLOGOS, QUE QUIEREN QUE SE LES TENGA Y SE LES LLAME DIVINOS O ADIVINOS. POR QUÉ LAS MATEMÁTICAS NO QUEDARON AFECTADAS Y LESIONADAS TAN GRAVEMENTE POR EL CONTAGIO PESTILENCIAL AL MISMO PASO QUE LAS DEMÁS ARTES

Aquellas artes que versaban acerca de la cuantidad llamáronlas los griegos *matemáticas*, que equivale a decir *disciplinadas*. A la *cuantidad* hiciéronla doble, de *volumen* y de *número*. Unica es la disciplina que trata de la cuantidad de volumen, a la que de la medicina de la tierra llamáronla *Geometría*. Unica es también la disciplina que trata de la cuantidad de número, a saber: la *Aritmética*, cuya etimología da a entender *materia*. La Geometría trasladada a la esfera celeste hizo la *Astronomía*. El *número* aplicado a la armonía hizo la Música. Los tamaños, en relación con la fuerza de visualidad, nos dieron aquella parte de las Matemáticas que se llama *Perspectiva* y llamaron *Optica* los griegos. Así es que de todas estas hijuelas de las Matemáticas, dos son

artes simples o universales y tres compuestas o especiales, como derivadas de la generalidad. No se descubrieron más, o porque no aplicaron el ánimo a más diligentes pesquisas o porque, a pesar de sus esfuerzos, no pudieron conseguir la *auditiva*, como consiguieron la *perspectiva*. De aquélla, de la *auditiva*, digo, algunos, al soslayo, como quien muestra con el dedo, hicieron determinadas insinuaciones acerca de *cómo el sonido se extiende por el aire, cómo se produce el eco, de los sonidos que se oyen cerca y lejos, de la resonancia de las cavidades* y algunos otros fenómenos que Aristóteles estudia en la oncena sección de sus *Problemas*. Con razón Aristóteles asentó ser estas disciplinas las más ciertas. De ellas, el mismo Aristóteles y Platón, ora traten cuestiones físicas o morales, toman argumentos evidentísimos para toda la filosofía, que se llaman *demostraciones*, *semejanzas*, *ejemplos* y también, y de una manera principal, *apósitos*, que en aquella edad les eran tan conocidos y familiares como lo es entre nosotros lo que se refiere al yantar cotidiano, al vestido y a la vivienda. Por esto se dice que Platón, en el frontispicio de su Academia, puso un rótulo con honores y énfasis de edicto, en el cual prohibía la entrada a los que ignorasen esas artes.

Abstraen los matemáticos formas y figuras y números de la materia, y en esas abstracciones no ocurre engaño ni mentira, pues ni afirmando suman ni dividen negando; consideran las cosas en su simplicidad, no en su unión con otras. Y no dicen que el *punto* sea en la realidad física algo cuya parte sea nula o la *línea* algo que tiene longitud, pero que carece de latitud, sino que entienden el punto como desligado por completo de las partes, como el sol en el cielo, en la tierra, en el mundo, y la línea en razón de su longitud, no de su latitud, como la que el sol desarrolla en su carrera diurna. De los que no pararon mientes en esa manera de abstracción, los unos pensaron que estas disciplinas eran poco ciertas, como Epicuro y Protágoras, a los cuales precipitadamente sumó su asenso poco meditado Lorenzo Valla, y otros, impresionados por la autoridad de unas artes tan ciertas y tan verdaderas, pensaron ser las cosas en su realidad, tales como ellos en su imaginación las habían forjado. De ésos son aquellos que en las escuelas se denominan *realistas*, y no tomaran ese partido si hubieran leído a algunos de los filósofos primitivos, pues muy a las claras dicen los estoicos que la *línea* y la *superficie* son cuerpos: la superficie sin altura, la línea sin anchura. De Cicerón y de Séneca me espanto. Cicerón habla así en sus *Cuestiones académicas*: «Véanlo los geómetras, que dicen que ellos no persuaden, sino que obligan, y los que os prueban todo lo que asientan. No les pregunto yo aquellos principios de los matemátivos, que, no siendo concedidos, no pueden avanzar una pulgada. Punto es aquello que no tiene grandor alguno, y línea es lo que carece de longitud y de anchura.» Esto es lo que dice Cicerón. Séneca se expresa así: «El matemático procede por cierta práctica y ejercicio, y tiene que impetrar la ayuda de determinados principios; pero no es una arte autónoma, puesto que tiene un fundamento precario.» Tiene la Geometría, como en Euclides puede verse, tres géneros de principios: *definiciones*, *anticipaciones*, *postulados*. Ninguna arte tiene *pre-*

carios los principios, puesto que no los prueba, sino que se limita a establecerlos y afirmarlos.

¿Y a qué llamas tú, *precario*? ¿A aquello, por ventura, que si no me lo concedieres, tendrás cara de bronce y estarás en contradicción con la Naturaleza? ¿Llamas *precario* tú a aquello que yo puedo, si se me antoja, tomar y vindicar? Tales son las definiciones. Si no agradan, discútase de la palabra, no de su significado. A aquello que el ánimo concibe sin ninguna idea de magnitud, yo le llamo *punto*. ¿No te gusta? Pues dame otro nombre y yo usaré de él. Sea el mismo Cicerón quien diga lo que son las *anticipaciones*. Determinadas informaciones de la cosa que se anticiparon en el ánimo, sin las cuales nada puede ser entendido ni buscado, ni discutido. Verbigracia: *Si a las cosas iguales se les añaden otras cosas iguales, todas serán iguales.* ¿Habrá alguien que a eso le llame precario? Si en trance de disputar contigo yo afirmare: *Que todo es o no es;* en caso que tú lo admitas me exigirás agradecimiento por el beneficio, y ¿dirás que yo procedí gracias a tu bondad? Como si yo no alcanzare esto de ti, la Naturaleza no hubiese de arrancártelo, así quieras como no quieras. Además, algunas cosas exigen que de toda señal a otra señal pueda trazarse una línea recta y que en todo centro e intervalo puede describirse un círculo. Demuéstrame que puede ser de otra manera y me habrás convencido que en realidad es esto *precario*.

Todo esto que dije es cierto e indubitable, infuso por la Naturaleza misma en cualquier espíritu y en cualquier pensamiento.

Pero todas estas artes, que son esencialmente prácticas, cuando se traducen a la contemplación, alejadísimos de todo uso, remóntanse a una esfera de la cual no se acarrea utilidad alguna, sino cierta contemplación estéril y una investigación inacabable, porque unas cosas nacen de las otras, sin limitación; y así como los principios de esas disciplinas y también sus legítimos avances alborozan los ánimos y los afinan y los deleitan, así también los grandes y asiduos ejercicios son una tortura de las mentes generosas que fueron creadas para el bien común.

Pegada a la Astronomía anda la adivinación, que se llama *Astrología*, nacida totalmente de la ostentación y de las imposturas, no sin que yo deje de creer que los astros ejercen una poderosa influencia sobre estos cuerpos, pero no tanta como ellos quieren hacer ver y sin que nadie pueda alcanzar adónde llega en realidad, sino de un modo harto débil. Y ni siquiera la conocen los demonios, aun cuando se ofrezcan a muchos como expertísimos en este punto. Si la adivinación fuera alguna arte corrupta, con muchos argumentos demostraría ser realmente así esto que acabo de decir. Pero como no es arte, sino pura estafa, de momento he de dejarla a un lado. Ni tiene nada que ver con las matemáticas, aun cuando muchos adivinadores se denominen matemáticos, nombre el más ajeno de su profesión. El astrólogo no contempla la magnitud de los cuerpos celestes, ni siquiera pretende darlo a entender, sino solamente sus fuerzas y sus influjos. Por lo demás, los viejos tratados de las matemáticas han llegado a nosotros en mejor estado de conservación que las restantes disciplinas, porque los indoctos no pusieron en ellos sus manos pecadoras, y por eso no

las contaminaron, teniéndolas como materia vitanda, que era impiedad y sacrilegio tocar. Por esta circunstancia venturosa, conserváronse en su original entereza y virginidad. Cuanto menos en los siglos anteriores fueron sobados por las manos de los estudiantes, llegaron a nosotros con tanta mayor pureza, como los libros que durmieron en la soledad de las bibliotecas, guardados por el polvo y por el olvido. Esto explica que en Alemania los libros están menos viciados que en Italia. En Alemania yacían en el desvío y el moho, y en Italia, en cambio, fueron sacudidos y desempolvados por la pedantesca audacia de los eruditos a la violeta que en todo metían los ojos y lo retorcían todo a sus conveniencias y caprichos.

Y no podía menos de ser así, porque las matemáticas requerían conocimiento, diligencia, advertencia desvelada y, sobre todo, *silencio*, que para ellos equivalía a muerte. Discretamente dice Cicerón:

—No tiene la filosofía parecido alguno con las artes restantes.

Y, en efecto, ¿qué hará en la Geometría quien no la hubiere aprendido? ¿Y qué, en la música? Fuerza será que calle si no quiere que se le tome por loco. Mas esas riquezas que están latentes en la filosofía, son sacadas a la luz por los ingenios dotados de agudeza y penetración para descubrir lo que hay de verosímil en cada cosa y luego las desbasta y pule el discurso ejercitado.

Cuando yo digo que esas artes se conservaron, quiero decir que quedaron menos viciadas y malogradas; pero, con todo, una grandísima parte de ellas pereció, pues, muchos autores quedaron sepultados en la desmemoria por injuria de los tiempos, y lo que era de uso corriente o se hundió o se empeoró, como la *arquitectura*, que era hija suya; la *medición de volúmenes* y la *elevación* y la *impulsión* de los *pesos*, cuando el siciliano Arquímedes, uno de los más insignes matemáticos, decía: *Si existiera otro globo terráqueo, yo le atraería a éste, o a éste yo le empujaría a aquél*. Expresión hiperbólica, no cabe duda; pero tanta era su práctica y la confianza que tenía en esta arte, que por mucho tiempo dilató el cerco de Marcelo y tuteló los muros de la patria. Asimismo, el desconocimiento de la óptica dañó mucho la proporción de la pintura.

Asimismo, es fama que la Música sufrió mudanzas radicales porque los invasores de Europa, que no entendían la armonía, la tenían en desdén. Así es que vemos que pereció la comprensión inteligente de la métrica—sino en muy contados ejemplares de tono conocidísimo—y los géneros de compás. Esto demuestra claramente que nosotros, los modernos, tenemos un oído más craso y más tardo que los hombres de la antigüedad. Esta es la razón por que la música producía en ellos efectos maravillosos, bien para la salud de los cuerpos, bien para concitar o sosegar los afectos del ánima, conforme testimonian los grandes autores y de que tiempo ha que no queda rastro. Con la armonía sutilísima y perfectísima de nuestra alma, tiene harto menos congruencia ese canto espeso y bronco de nuestros tiempos, que aquel de los antiguos, sabio y sutil. Pero esto tiene menos fuerza para producir en nosotros el efecto que obtenía entonces por su semejanza y la recíproca simpatía. Ni tampoco conservamos los instrumentos, ni tan sólo nos son conocidos sus nombres; traen de ellos relación Polux,

Ateneo, San Jerónimo y otros. Pero, porque no pareciere que los nuestros ignoraban las matemáticas en absoluto, de manera vergonzante hurtaron unas cuantas voces técnicas para lanzarlas dondequiera y en todas direcciones, a guisa del famoso dado que echó Julio César al paso del Rubicón, y ello en los tratados de *Física*, de Aristóteles, y en su *Primera Filosofía*, y en la Etica, y en muchos otros lugares donde no venía a cuento; cosas que conocían muy a la ligera y que solamente habían saludado desde el umbral, como se dice: *Punto, línea, superficie, cuerpo, triángulo, cuadrángulo, círculo, centro, proporción.* Y de ahí no osaron pasar, atemorizados como por la presencia pavorosa de un océano. Y luego de haber reñido bravamente y con fiero griterío una logomaquia encarnizada, véndense al vulgo como matemáticos auténticos, porque usan el mismo tecnicismo de los matemáticos.

LIBRO SEXTO

DE LA CORRUPCION DE LA FILOSOFIA MORAL

CAPITULO PRIMERO

QUIÉN FUÉ SU CULTIVADOR PRIMERO, Y DE CÓMO ES MUCHO MÁS EXCELENTE LA ÉTICA DE LOS CRISTIANOS QUE LA DE TODOS LOS FILÓSOFOS DE LA ANTIGÜEDAD. REFÚTASE LA OPINIÓN DE ARISTÓTELES ACERCA DE LA BIENAVENTURANZA

Aquella vieja sentencia, *Conócete a ti mismo*, pareció a todos los antiguos de tanta importancia práctica para la vida y la filosofía, que aun cuando un sabio la formuló, juzgaron ser tan grandes su fuerza y su trascendencia, que no podía sostener peso tamaño la simple autoridad humana; atribuyéronla a un dios, y a aquel dios que a todos los otros se aventajó en sabiduría. Pensaron, en efecto, ser superfluo e intempestivo el conocimiento del cielo, de los elementos, de todas las cosas, en fin, para aquellos que se ignoraban a sí mismos. Bien está que conozca el hombre lo que cada cosa es, cuál sea su causa eficiente, cuál sea su fin, cuál sea su virtud, ¿pero de sí mismo lo ignorará? Sócrates, pues, como estuviera amaestrado en toda sabiduría, de suerte que una comedia antigua le zahiere como inquisidor agudo en demasía, trasladó todo su cuidado y toda la fuerza de su observación de las otras cosas exteriores a sí mismo para mirarse a sí, y una vez conocido a fondo y bien examinado, irse haciendo mejor mediante la compostura de su alma. Exteriorizó este sistema de medicina y de salud para el común provecho, bien para la vida privada, bien para la común y pública. Esta disciplina fué llamada *Etica*, que equivale a decir *moral*, y que tiene la misión de componer y ordenar las costumbres de los hombres. Por esto se dijo que Sócrates apeó a la filosofía, que andaba peregrina y encumbrada por el cielo y los elementos, y la introdujo en las viviendas humanas y en las ciudades. No pudo idearse obra más excelente que ésta, ni por la cual el género hu-

mano sea deudor de tanta gratitud. En la contemplación y hallazgo de esa disciplina se sustrajo al sentir y a las opiniones del pueblo y se adentró en su propio interior.

Siempre Sócrates tuvo por sospechoso al pueblo, a quien acostumbraba llamar *gran maestro del error e intérprete perverso de la verdad,* porque veía que, por lo regular, lo peor era del agrado de la mayoría. Y así fué como con aquel acumen de su ingenio tan fino investigó esa filosofía, confiándose no a la opinión engañosa admitida por el vulgo, ni a los sueños ni a los delirios de aquellas religiones que, fabricadas por hombres sin tino ni cordura, habían hallado buena acogida en el error de la multitud, sino que se entregó al magisterio de Dios, quiero decir a aquella lucecilla natural de su entendimieto. No hay persona de ingenio tan boto para quien en su espíritu, por merced divina, no brille alguna lumbre que con una conducta de rectitud se esclarece y se recrece, si se confía a ella, que se mantiene entera y sana y no contaminada por la ignorancia pública. Entendía Sócrates seguir a un dios que era su guía, del cual le había recibido, y no la malicia de los hombres. Veíalos ciegos y deslumbrados y desviados del camino derecho, y que sólo Dios era sabio y se le podía llamar tal a boca llena, y pensó que la verdadera formación era la *imitación de la Divinidad* si los hombres, hasta donde era posible, se hacían tales cuales la razón enseñaba que era Dios. Y puesto que los hombres no tenían gran fe en los hombres, ciegos que no se fiaban de ciegos, necios que no se fiaban de necios, redujo la ciencia del seguimiento de Dios a la significación y aviso del numen que él fingió serle amigo y familiar, como de ciertos legisladores se escribió para la posteridad que acomodaron sus leyes y constituciones a la doctrina de los dioses, como Minoes y Licurgo.

Y luego Sócrates de tal suerte se afanó por comunicar y hacer extensivo a los otros lo que descubriera a la luz de ese común beneficio divino, que no solamente lo enseñó, sino que empujó a su práctica, por manera que los que le oían supieran y quisieran hacer lo debido, con discursos aptos y de gran eficacia persuasiva. Estas pláticas fueron transcritas copiosa y severamente por sus discípulos Platón y Jenofonte. Ese es el camino verdadero y real para inquirir la razón de componer los ánimos y para enseñarla; quien se aparta de él se descarría y se despeña en errores que le alejan grandemente. Sócrates prefirió creer a Dios; es decir, al precepto natural, expurgado en lo posible de la demencia común, y persuadió a los otros que le obedecieran, porque decía haber recibido sus descubrimientos y su formación de cierto dios que era su guía y su maestro, que se lo insinuaba y se lo significaba casi todo. Pero nosotros preferimos creer a los hombres que a Dios, pues requerimos y pedimos no aquella filosofía que nos conviene recibir de Dios, que es su doctor único, sino de Platón, de Aristóteles, de Cicerón, de Séneca, de Plutarco, de Jenofonte, no tanto por el deseo de conocer su sentir, como por la soberana autoridad de sus dogmas y de la ordenación de nuestra vida, siendo así que tenemos no la sola lámpara deficientísima de la luz natural ni a un dios imaginario que se expresa por determinados signos, sino al verdadero Dios que nos hable paladinamente y al mismo Sol que brilló en este mundo, porque

no ya por más tiempo anduviéramos vagando y sin rumbo fijo y fluctuando en el remolino de las opiniones humanas, sino que conociéramos la senda explorada, recta infalible por Aquel y en Aquel que solamente podía mostrárnosla, como ya los mismos gentiles barruntaron. ¡Cuán grave ofensa, ay, hacemos al sol cuando, para robustecer su lumbre clarísima y serenísima, nosotros le acercamos nuestros míseros candiles!

Ellos menospreciaron sus religiones, que habían sido organizadas por hombres; prestaron obediencia a aquellos de sus ingenios que creyeron ser conformes con la mente celestial. Nosotros, en cambio, damos crédito a los ojos cegajosos y legañosos, y descuidamos abiertamente la doctrina bajada del cielo, siendo así que si prescindiendo de toda autoridad la llevamos a un examen riguroso, esa doctrina nuestra se aventajará tanto a aquella de los gentiles como la luz aventaja a las tinieblas y la sabiduría aventaja a la necedad. Y si, como es razonable, tenemos en mayor estimación nuestra filosofía divina, que sabemos con toda certidumbre que nos fué comunicada por Dios, ¿a santo de qué hemos de establecer dogmas acerca de las virtudes y los vicios, según las alucinaciones de los gentiles? Entre ellos húbolos que envolvieron las doctrinas morales en deliberadas lobregueces, tales que había que adivinar cuál era su sentir, como en el caso de los estoicos. De ahí nacieron entre ellos tantas divergencias acerca de los principios de la secta, puesto que la interpretación textual entregada al capricho de cada uno ofrecía materia abundantísima a las argucias, a las cavilaciones, a las capciosidades. Otros dictaminaron acerca de la virtud según sus respectivas aficiones, como es aquello que dice Teofrasto en el planto de Calístenes: *La Fortuna gobierna la vida, no la sabiduría.* Dionisio Metatemeno, sin perjuicio de ser estoico, puso al deleite como el fin de los bienes, pues como padeciese de una afección a los ojos, no quiso colocar el dolor en lo que ellos llamaban *adiafora*; otros utilizaron al pueblo por maestro suyo, como regularmente lo hace Aristóteles. Epicuro llegó a utilizar el magisterio de las bestias, aun cuando ello no con la suficiente agudeza y rectitud; en este sentido le reprendieron los estoicos, puesto que las bestias lo que desean más afanosamente no es el placer, sino su propia conservación; luego, el placer, pero en tanto que a su conservación conduce. Húbolos que de las cavilaciones y juegos retóricos recibieran normas de conducta virtuosa, creídos de que se decía *bien* lo que se decía linda y agudamente. Oscureciéronse todavía más esas tinieblas con la densa cerrazón de la ignorancia, que no permitió que nosotros juzgásemos de sus opiniones y de su caudillaje, para que al menos, de los que nos invitaban a caminar en encontradas direcciones, juzgásemos a quién debíamos escuchar y obedecer con preferencia.

¡Cuán grande es el desconocimiento que se manifiesta por todos en el doctrinal de las virtudes y los vicios y los fines de los bienes y los males! Para una misma finalidad, nos servimos de Platón, jefe de la Academia, y del peripatético Aristóteles, y de Séneca, el estoico, y de Cicerón, el ecléctico y voltario, que salta de una facción a otra facción, y nos admiramos de que disientan. Con harto esfuerzo y con fatiga grande nos empeñamos en reducirlos a concordia, donosos pa-

cificadores, no por sus libros o por conocimiento de la antigüedad, sino según nuestras pobres y necias conjeturas. De todas esas gentes, seleccionamos a Aristóteles para andar a zaga de sus huellas, bien porque se quedó él solo en la escuela de la dialéctica y de la filosofía, bien porque dió preceptos atinados para aprender y para disputar, luego de haber clasificado las virtudes y los vicios en género y en especies. Así que dejaré a un lado todos los filósofos restantes y hablaré de él solo, a pesar de que San Agustín escogió a Platón y a los platónicos para disputar con ellos acerca de la religión cristiana, como los más sanos o más fácilmente sanables de todos los filósofos, y por más que diga San Jerónimo que la secta estoica fué muy parecida a nuestra santa religión. Dejo en paz a Aristóteles para que le acosen los cristianos Orígenes, ambos, Gregorios, el Nacianceno y el Niseno, San Ambrosio y otros. Cierto es que los mismos gentiles le tienen por impío, porque tomó la filosofía de la formación de los espíritus, de los errores del pueblo y por prurito de contradecir se apartó de las magistrales y purísimas enseñanzas de Platón; tomaré de él unos pellizcos no más que porque los caten y por ellos se conozca el sabor de toda la masa.

Y comenzaré por decir que Sócrates, como es de ver en Platón, y no en un solo pasaje, redujo todas sus disputas a esta conclusión, a saber: *que no se ha de esperar la felicidad del hombre en esta vida, sino en la otra.* Esto dice en el *Filebo;* esto dice en el *Convite;* esto, en el *Fedón,* momentos antes de su muerte.

Aristóteles busca la felicidad en esta vida, sin dejar nada para la otra. Y no solamente sitúa acá abajo el fin de los bienes, sino también a la misma sabiduría, y zahiere a Simónides por su imaginación poética demasiada, puesto que dijo que sólo Dios era sabio porque, según Aristóteles, Dios tenía envidia de los hombres y era avaro con ellos al no querer que alcanzaran la sabiduría, bien que deseaban con acucia tan viva. ¿En dónde queda aquella expresión llena de modestia, de que nuestra mente es cegatosa aun ante los más claros fenómenos de la Naturaleza? Con cuánta mayor cordura y más entrañable sentimiento religioso dijo Platón: *La sabiduría del hombre es nada o bien poca cosa; sólo es sabio Dios.* Y añade otro argumento: *¿Qué ser hubiera más infortunado que el hombre si anduviera siempre buscando y deseando lo que jamás había de lograr?* El mismo dardo utiliza para convencer de que los hombres son aquí felices. Estas son sus palabras: *Aquello que desean todos los hombres es natural; pues bien, lo natural no puede ser baldío. Es un hecho que todos los hombres desean el bienestar, y este apetito resultaría vano si nadie lo consiguiera y viera frustrado su deseo.* ¡Oh sofístico Aristóteles! Anda por otro camino y hallarás la verdad; trueca así el argumento: *Todos desean el bienestar; natural es, pues, ese apetito; no vano por lo tanto; es así que aquí nadie lo consigue, como demuestra la realidad; hay que buscarlo, pues, en otra parte.* Esta vereda condujo a los alcázares de la verdad a Sócrates y a tu maestro Platón, *quien en el amor y unión de aquella hermosura, que puja sobre toda hermosura y que no sufre alternativas ni eclipses, ni ha de tener fin, sitúa la más alta cumbre de todos los bienes.* No es posible

que sentencia alguna sea expresada más maravillosa y divinamente.

Aristóteles constituye tres géneros de bienandanza o, digamos, bienaventuranza: uno impuro y como de la hez del vulgo, que linda con el deleite obsceno y recházalo casi en absoluto como más propio del animal bruto que del hombre; el segundo, civil o social, y el tercero, de la contemplación. Aprueba estos dos últimos. ¿Qué necesidad hay de distinguir los fines? Como si la investigación fuera de los fines de las artes y no de la naturaleza humana, que en todos es una y la misma. Por otra parte, ¿por qué no añade también el fin de los artesanos? ¿Y por qué corta en más sutiles rebanadas esa misma felicidad, a saber: la felicidad del político en la democracia, del político en la oligarquía, en la monarquía? Y por qué no la del economista, y a renglón seguido la del carpintero, la del zapatero? ¿Quién es ese que de tal suerte hace investigaciones acerca de la bienaventuranza humana, que, como es una, uno es también el fin de los bienes? A continuación añade tres géneros de bienes, según el concepto vulgar del alma, del cuerpo, de la vida; de éstos necesitan ambos bienaventurados, pero más el *civil;* el contemplativo también los necesita, si bien en menor grado, fuera de que para la felicidad es necesaria la vida larga. La felicidad del *civil* se cifra en la virtud, y la del *contemplativo* en la contemplación; es decir, en la actividad de la mente remontada en vuelo; pero ambas felicidades reciben de la prosperidad sus galas y sus aumentos, al paso que la adversidad las empaña, las disminuye y aun a veces radicalmente las anula.

Arremetieron los estoicos contra esa argumentación con poderosos argumentos, porque daba el nombre de bienes a los que en realidad no lo eran, y porque afirmaba que lo externo contribuía a la bienaventuranza con alguna participación, singularmente luego de haber colocado su perfeccionamiento en el ánimo. Y si es perfecta allí, no podrán las cosas externas cambiarla, puesto que no llegan al ánimo, sino el mismo ánimo, según determinare acerca de las cosas externas. Esta veleidad de opinión ya fué notada en su discípulo Teofrasto.

Yo pienso que a nadie le cabe la más pequeña duda de que la bienaventuranza aristotélica es contraria a nuestra religión y, por ende, a la recta razón. Nuestra religión sacrosanta coloca la felicidad no en esta vida breve y en este cuerpo flaco, expuesto a toda suerte de lances y calamidades y que nos da tan malos tratos, sino en aquel cuerpo nuestro inmortal, exento ya de todo ultraje, rehecho definitivamente para una tan firme solidez que ya no tendrá mudanza. Esta es sumisión gloriosísima, verdaderamente digna de Dios, eterno y todopoderoso. Dicen que Aristóteles se refirió a la felicidad de esta vida mortal; pero ni de esa manera no hay nadie que sea bienaventurado; desde luego, no aquellos a quienes el vulgo les atribuye la felicidad: Metelo, los Curiones, Augusto, Alejandro, Agatonio; ni tampoco aquellos otros a quienes los dioses proclamaron bienaventurados: Fedio y Aglao; ni aquellos otros, por fin, a quienes los filósofos con criterio más rígido llamaron bienhadados Régulo, Rutilio, Catón, Sócrates y Zenón.

Ahora nos sale al encuentro la primera dificultad, a saber: que nuestro apetito desea vanamente lo

que nunca conseguirá. Pregunto yo: ¿qué camino más verdadero puede haber para la bienaventuranza, sino el de aquella que iníciase acá abajo, aquella otra no fallecedera? De este camino de la felicidad dice el salmo: *Bienaventurados los que están sin mancilla en el camino; los que andan en la ley del Señor; los que escudriñan sus testimonios; los que de todo corazón le buscan.* Ocho son las bienaventuranzas de esta vida que enumera Nuestro Señor Jesucristo, harto diferentes, por no decir contrarias, de las bienaventuranzas aristotélicas. Respóndeme, por favor: ¿Cuáles dirás tú que acarrean verdaderas riquezas, las profesiones de zapatero o de arriero, que alimentan ruinmente a los que las ejercen, o la oratoria, el derecho civil o la política, facultades éstas que, mientras se aprenden, nada rinden; pero que una vez sabidas y ejercitadas con suerte, elevan a las más altas dignidades y a la opulencia más envidiable? *Pero habló*—contestas—*como pagano; con la sola luz natural.* Tampoco esto es exacto, pues que no es luz natural demuéstralo el hecho de que otros ayudados y guiados por esa misma luz pusieron los pies en mejor camino, como los platónicos y los estoicos. Pero ¿qué es esto, en fin de cuentas? ¿Somos cuerdos o locos? ¿Venturosamente tenemos la luz, sabemos cuál es la bienaventuranza efectiva, sabemos el camino que conduce a ella y hemos de entretenernos en discutir la bienaventuranza aristotélica? ¿Es que conocemos dos suertes de bienaventuranza: una de Cristo y otra de Aristóteles? He aquí otra disección blasfema de la bienaventuranza, como lo era aquella de la luz: si acá abajo hase de apetecer la bienaventuranza aristotélica, la bienaventuranza de Cristo no se ha de apetecer aquí. Si la bienaventuranza aristotélica es imaginaria, ¿por qué nos esforzamos en defenderla? ¿Por qué, por esa misma razón, llevamos a la escuela todos los desatinos de todos los filósofos acerca del sumo bien y nos avezamos a propugnarlos? Es que para nosotros es cosa de juego la opinión acerca de la bienaventuranza, que es la suma y compendio de toda la vida? Estar a favor de la falsedad contra la verdad tiene sus peligros. ¡Cuánto mayores no los tendrá en negocio de tanta monta acerca de la religión, que es el gozne sobre que gira toda nuestra vida! Si es imaginaria la bienaventuranza de Aristóteles, digámosle adiós. Aun para los mismos paganos es poco sana y piadosa. Aprendamos nosotros a conocer y a defender la verdadera. Y ahora, vamos a otra cosa.

CAPITULO II

MINUCIOSO Y AGUDO EXAMEN DE LOS PRECEPTOS DE VIRTUD DICTADOS POR ARISTÓTELES Y OTROS FILÓSOFOS

Aristóteles define la virtud diciendo que es un *hábito* (*exin* le llama él), como si no fuese también y con mayor verdad *energía;* y en hecho de verdad es tal, cuando obra y despliega su fuerza. Quiere además que la virtud consista en cierta medianía; es decir, que ocupe un término medio entre dos extremos, con los cuales está en pugna, de modo que al *fuerte* se oponga el *tímido,* pero el *temerario* también, y los actos de esa virtud se opongan a esos extremos como los de la *fortaleza,* como el *cerrar contra los enemigos cuando es menester, y cuando también la necesidad lo impone, cejar*

y hurtarse al adversario. En este particular, su doctrina tiene algún punto de contacto con Platón. Pero en ello fué merecidamente reprendido por Lorenzo Valla en su libro tercero *Del placer*, pues si yo cediere o huyere, no seré fuerte ni seré templado si hiciere uso de los placeres permitidos. Pero otros son los nombres de las cosas, y uno no es contrario a dos, sino uno a uno y dos a dos. Quien se abstiene de los deleites ilícitos es *incontinente;* quien se priva de ellos es *continente* y *moderado;* quien usa de los lícitos o es *humano* o, como dice Valla, es regocijado *(hilaris)*, aun cuando ésa no es virtud, contra lo que opina Valla; quien no usa de ellos, no es *intemperante*, sino *rígido*. Y ese mismo, en los peligros y en la distribución de dinero. Quien evita los peligros honestos o sucumbe a ellos, es *tímido;* y es fuerte quien los arrostra. Quien los esquiva, singularmente si no son inevitables, es *cauto;* quien no los rehuye es *temerario;* quien da cuando las circunstancias se lo imponen es *liberal;* quien no da en su día es *avaro, duro;* quien desperdicia temerariamente es *profuso, es pródigo; quien no da cuando no se presenta* coyuntura es *parco*, es *económico*.

Dice Aristóteles, además, que la *fortaleza* tiene lugar en los lances terribles, pero no cualesquiera. No se ejercita la fortaleza en sobrellevar la infamia, la pobreza, la *afilía* o carencia de amigos, muerte, enfermedad o borrasca, sino en los peligros de la guerra. No es posible decir mayor herejía en nuestra santa religión, ni siquiera en el paganismo. En nuestra religión: ¿Quién no ve que no hubo jamás héroes de mayor reciedumbre que nuestros mártires ni temple de mayor vigor que el de aquellos que todo lo sufren esperando la bondad de Cristo? Y en la gentilidad, ¿no se mantuvo fuerte Sócrates en la cárcel y en el acto de beber la cicuta? ¿No lo fué Milcíades entre cadenas? ¿No Temístocles y Rutilio y Metelo en el destierro? ¿No Régulo, en los tormentos? ¿No Catón, en los arenales y en las sirtes? De eso que la ira encienda la fortaleza y, como dicen los académicos, la afila como una amoladora, burláronse copiosamente Cicerón, Séneca y los estoicos.

Dice Aristóteles, además, que la *magnificencia* es una virtud que se ejercita en empresas de gran coste, como en la construcción de templos y de teatros y organización de juegos públicos. Y cita aquella sentencia demasiado vulgar, a saber: *que es imposible o ciertamente difícil hacer cosas bellas a quien está vacío* (1).

¿A qué llama *ta kala:* a lo bueno o lo hermoso? Veo que este pasaje anda confuso y revuelto en todas las lenguas, y que una cosa se toma por la otra o que una cosa se relaciona con la otra para explicarla más. ¿Acaso llamas tú hermoso a aquello de que juzga el sentido, como la plebe ruin? Acaso a lo que la mente discierne, como los sabios. Aquello a que la plebe, guiada por sus sentidos exteriores, califica de hermoso, no solamente es difícil, sino imposible que el pobre lo dé, si no toma las posibilidades de otro lado. Y si, por el contrario, es aquello que los sabios califican de tal, ¿qué cosa más bella y excelente que las grandes obras virtuosas que mejor y más frecuentemente ejecutan las grandes almas sin riquezas que si estuvieren en la fortuna más holgada. ¿Qué más hermoso que lo que hacía Sócrates, que descuidaba sus-

(1) En griego en el original.

intereses privados para mejorarse a sí y a los demás? ¿O qué otro de los romanos acaudalados más que Fabricio y Curio, en la pobreza más estrecha? Y hablo no más de aquel contemplativo aristotélico que de aquel que vive en medio de las ciudades y los pueblos.

Continúa diciendo Aristóteles que la *magnanimidad* es la ambición de grandes honores. Con mayor prudencia y exactitud dicen los estoicos que la magnanimidad es la ciencia que coloca al hábito más por encima de las contingencias que pueden provenir del equilibrio de los bienes y los males. Empero Platón, Cicerón y Séneca y otros dicen que la magnanimidad consiste más en el menosprecio de los honores que en su deseo. El desearlos está al alcance de cualquiera, aun del hombre más raez y de la mujer más necia; pero el menospreciarlos es propio de un alma grande y más alta que la fortuna. Por eso es tan grande la admiración de Catón, que se gozó con la repulsa que obtuvo de unos cargos honoríficos que él consideraba como no debidos, según dice Plinio. Y por eso es tanta la gloria de Publio Africano, de Quincio, de Verginio, de Fabio, que pudiendo conseguir honores o retenerlos, los despreciaron. Pero acaso tú a eso no lo llamas dignidades ni honores, sino a la alabanza y reverencia merecidas por la virtud, en cuyo deseo tú colocas una cierta especie de virtud, aunque anónima. ¿Tú, pues, excitarás al filósofo que has tomado para formarle, al deseo de ese oreo vano? Cicerón, que es del mismo sentir, aun cuando no de la misma escuela filosófica, sino que pertenece, como dice él, a la corporación de los hombres más doctos y más humanos, dice que *la gloria es el fruto más honrado de* la virtud auténtica. ¡Cómo pescamos con anzuelo de oro! Por galardón de cosa tan excelente y que es la que está más cercana de los dioses, señaláis el honor, que es una cosa temeraria y vana, como que procede del pueblo, que es vano y temerario.

Pero quizá no presumen que el honor se espere de quienquiera, sino solamente de los buenos, como Aristóteles dice y que sea como lo que Nevio, el poeta cómico, dice de Héctor, *que se gozaba de ser alabado por un varón que, a su vez, había sido alabado.* Por esto es también que Cicerón dice ser justa la gloria, la cual define él, no ya como senador, sino como filósofo, con estas palabras: *Es una cierta cosa sólida, real, no imaginada; es la concorde alabanza de los buenos, la voz incorruptible de los que juzgan bien de la excelencia de la virtud; ella resuena en los oídos de la virtud como un eco a imagen de la gloria.* Y tú, ¿cómo sabrás que el que te juzga es hombre bueno y juzga rectamente de ti? Cuanto más graves y prudentes son los hombres tanto más recatan su asenso y manifiestan su juicio con mayores equívocos. Además, ¿cómo podrás averiguar que él va a formar de ti un juicio agudo y prudente de ti cuando, a duras penas, podrá formarlo de sí mismo, pues no hay nada ta difícil? ¿Cuánto más no lo será del ánimo ajeno arrebujado y disimulado en tantos involucros? Pero demos que él juzga bien y exastamente; demos también qué tú lo sabes; yo no creo que esperarás que se te ceda el paso, que la gente se ponga en pie en presencia tuya, que te salude con la cabeza descubierta, que te dé magníficos tratamientos, pues de todo esto se ríe y de todo esto huye el

varón sabio, tan lejos anda de dejarse engatusar con ello. Tú te conformarás con sus callados juicios, y, pues, ¿qué? ¿Te satisfarás con la conciencia ajena y no estarás contento de la tuya? Principalmente, porque no eres tú ni peor ni menos sabio y ella te conoce mucho mejor que cualquier otro. ¿Y tan grande ha sido el esfuerzo que pusimos en la dura virtud para que, a nuestro paso, alguno diga para sí: Oh varón sabio o bueno? Demás de esto, puesto que el honor no está en la mano del que es honrado, sino del que honra, como enseñas tú mismo, ocurrirá que no pocas veces la virtud quede defraudada de su premio y de su fruto y porque el varón bueno trabajó sin galardón y sin fruto, resulta que trabajó de balde e infructuosamente, puesto que no le queda retribución ninguna de su esfuerzo. ¡Cuánto mejor no lo enseña un poeta, Claudiano, que tú, que eres filósofo y senador! Canta Claudiano:

La misma virtud es su propio galardón; sola ella relumbra anchamente, descuidada de la Fortuna y ni haces ningunas la levantan ni para esclarecerse ambiciona el aplauso del vulgo; no desea recurso alguno exterior, no pordiosea ninguna alabanza, animosa y gallarda, con sus riquezas propias.

Y si el premio de la virtud es el honor, y *en verdad, como dices, el bueno es el único digno de honor* (1), ¿por qué comunicas el precio y el fruto de la virtud con aquellos que no son buenos? Tú dices que los que tienen virtud y riquezas son más honorables y quieres que cualquier varón probo y magnánimo vaya a juzgar de qué honor es digno. ¿Tú no permitirás a cualquier hombre el juicio de sí mismo porque determine la cuantía de honor que se le debe, especialmente quien no conociere otros y muchos honores son objeto de comparación? ¿Pretendes tú que cualquiera sea desinteresado y justo árbitro de su virtud? Siendo así que todo hombre es tanto más bueno cuanto más modesto es el concepto que tiene de sí mismo, aun cuando con toda honradez se tenga muy conocido a sí mismo. No es, precisamente, lo mismo conocerse que juzgarse a sí mismo, y muy otra cosa es explorarse y establecer comparación con aquel a quien no tuviere explorado. Cuán ajeno es todo esto del verdadero y severo juicio y por ende de nuestra santa religión, en la que se nos dice: *Cuando hubiéredes hecho todo lo que os es mandado, decid: Siervos inútiles somos.* Esto es de San Lucas. Y nos dice la gran voz de San Pablo: *No te engrías, antes vive con temor.* Y en otra parte: *Dichoso aquel que no se condena a sí mismo en lo que resuelve.*

¿Y qué diré más, si precisamente la piedra de toque por la cual en la religión y en cualquier otra situación de verdad se aquilatan el mérito y la honra individuales, que no tan solamente cuando se trata de otro están ocultos, sino cuando se trata de uno mismo? ¡Arcano grande, reservado exclusivamente a la divina sabiduría! *Los hay justos y los hay sabios*—dice Salomón—*y sus obras están en las manos del Señor y no sabe el hombre si es digno de amor o de odio, sino que todo queda para lo futuro en la incertidumbre.* En este sentido dice también San Pablo: *De nada me reprende la conciencia; pero no por eso estoy justificado.* ¿Quizá porque poco antes fantaseamos dos

(1) En griego en el original.

bienaventuranzas, también ahora creamos dos virtudes y dos fortalezas, y dos magnanimidades, cristiana la una y la otra pagana, o por mejor decir, aristotélica? Avergüéncense los cristianos de hablar así si ya no fuere que la virtud aristotélica es para nosotros como si fuera pintada, ilusoria, muerta. ¿Por sombras y por muertos vale la pena pelear? No podemos servir a Cristo y a Aristóteles, que tienen preceptos contradictorios: a Aquel que nos levanta al cielo, a Dios, que es su Padre, y por menosprecio de esa presente vida, al amor de aquella otra no precederá, y a éste que hace presión sobre nuestro espíritu, porque más estrechamente se abrace con este cuerpo y malogre todos sus cuidados y sus pensamientos en esa vida transitoria. ¡Cuán gran perjuicio ocasionó a muchos en su vida de piedad, mientras olvidados de los mandamientos de Cristo se imaginan vivir recta y santamente según los cánones de Aristóteles, y a ellos como a fórmula de vida ajustan el examen de su conducta y tienen una indulgencia pecaminosa para sus vicios y maldades, así propios como ajenos, luego de haberlos decorado según la doctrina aristotélica con el nombre de las virtudes más hermosas; verbigracia, en la ira, en la ambición, en el afán desalado de distinciones, en el lujo y la prodigalidad, en la venganza, pues también a la venganza admite Aristóteles en el coro de sus virtudes. Pero no puedo examinarlas todas una por una ni es necesario en este lugar, porque en otra obra mía quede establecida una discusión particular en favor de nuestra religión contra toda sabiduría humana.

CAPITULO III

REPRENDE A ARISTÓTELES POR SU AFICIÓN A LA OSCURIDAD EN LA EXPOSICIÓN DE SU PENSAMIENTO Y PORQUE ES POCO CONSECUENTE CONSIGO MISMO EN SUS JUICIOS. POR QUÉ, ENTRE LAS OBRAS DE ESTE FILÓSOFO, HAN SIDO MÁS DEL AGRADO DE UNOS LAS UNAS QUE LAS OTRAS

Veamos ahora cómo entienden a ese auténtico Aristóteles, al cual están asidos con los dientes y con las uñas. Comenzaré por decir que cuesta trabajo poner en claro su pensamiento por causa de la ambigüedad y la oscuridad de las palabras y sentencias en que siempre puso él una singular complacencia en envolverse. Dondequiera y siempre es semejante a sí mismo. En tratando de la felicidad, cuán diferentemente habla de ella en el libro primero de su *Etica* y en el libro décimo. Y cuán diferentemente en ese libro que en el séptimo de los tratados políticos. Poco advierten éstos ser doble la felicidad que Aristóteles establece, del *contemplativo* la una y del *civil* la otra, y con ambas se hacen un lío y no tienen en cuenta que en el primer libro de la *Etica* hace como que investiga y que habla de todo crasamente, acomodándose más al sentir del vulgo que del suyo propio, si bien en el décimo se expresa con harto más rigurosa exactitud. Pues bien: esos nuestros aristotélicos, para hablar de su flamante *felicidad*, acuden a explotar más el libro primero que el décimo. ¿Qué les vamos a hacer si no se sabe que todavía no han llegado al décimo? Pero ni aun en el décimo es asaz claro y consecuente. Luego en trance de hablar de la felicidad privada del hombre escudriñador de soberanas realidades,

trata en primer lugar de las virtudes pero de las virtudes del *político* en toda la obra. Esos, no comprendiéndolo, lo mezclan y lo invierten todo. Aun cuando no es cosa de extrañar que esos confundan lo que el mismo Aristóteles expresó tan confusamente, que su clasificación y distinción resulten trabajo costosísimo.

No digo ahora hasta qué punto fué mal leído en las indoctas versiones latinas, por manera que uno no puede menos de asombrarse de que se haya podido llegar a su pensamiento a través de adivinaciones y conjeturas, dejados en griego los nombres de muchas virtudes y vicios que en latín tenían sus palabras propias y convenientes; la sintaxis griega observada en vocabulario latino; muchos pasajes mal entendidos por el intérprete y por ende al latín mal traducidos. Pero ni aun en los mejores intérpretes es fácil entenderle sino por los lectores muy instruídos, versados en el manejo de los escritores antiguos y de la lengua original, como ocurre en aquel pasaje en que dice: *Parece que el honor reside más en los que honran que en la persona honrada.* Por esta expresión, los más sospechan que Aristóteles piensa que el honor está en quien lo hace, no en el que lo recibe; y ésa es la opinión más corriente. Aristóteles, profundísimo conocedor como es de los poetas, oradores, historiadores y de toda la antigüedad, hace frecuente alusión a aquellos dichos que entonces eran muy conocidos, en las escuelas principalmente. Hartas veces toda la fuerza de la sentencia está en aquella alusión. ¿Y quién las va a entender sino quien conozca aquella exquisita erudición que ni en sueños vieron jamás nuestros escolásticos? Seguiré hablando de la *Etica*, según he comenzado.

En el segundo libro, advierte Aristóteles que hay que precaverse del placer porque no se insinúe. *Debemos*—dice—*apasionarnos por él, en el mismo grado que se apasionaron por Helena los viejos troyanos.* Aquí, en este pasaje, ¡cuánta fábula y cuánto barullo! ¿Quiénes son esos troyanos viejos nacidos de ayer? El sentido ha de buscarse en el episodio paralelo de la *Ilíada*. También en el libro octavo, cuando habla de las conveniencias de la amistad, por una expresión inesperada: *dos que caminan al mismo paso,* alude al dicho de Diomedes acerca de sí mismo y de Ulises, en la *Ilíada.* Y poco después: *Dícese que todos los alfareros son tales entre sí,* alude a una sentencia de Hesíodo, acerca de la envidia. Tengo de pasar de largo otros pasajes innumerables. Todo esto que dije no tiene más alcance que demostrar mi afirmación prácticamente y con ejemplos. Y puesto que sus tratados políticos y retóricos abundan y bullen más en anécdotas, fábulas, conocimiento de la antigüedad, sentencias de viejos autores, que la *Etica*, por eso nuestros aristotélicos de marras se encariñaron especialmente con la *Etica*, creídos que la política y la retórica no rezaban con ellos. Alléguese a esto que sus libros políticos no daban mucho para las riñas indoctas y ellos precisaban mayor fuerza de ingenio, de juicio y de experiencia. Con todo, no faltaron quienes tuvieron osadía de acercar las manos a sus tratados políticos y escribir comentarios sobre ellos, que no se diferenciaban de los que escribieron al margen de las autores restantes, reduciéndose a cuestiones bizantinas y materia de altercados, pues a este fin lo enderezaban todo. ¿Cuándo acabará esta comezón rabiosa de disputar que Dios confun-

da? Torcieron, para que resultase materia de altercado, la doctrina moral, ordenada indeclinablemente para la práctica, y tratáronla no para mejorarse a sí o para mejorar a los otros ni por fijar normas de rectitud para la vida virtuosa, sino para perder el tiempo en puros devaneos y cavilaciones. Y por no dejar cosa que no sublevara, sembraron el campo de la ética de espinas *suicéticas* y de sofismas con pinchos, sobre la *intensión y remisión de los vicios y de las virtudes*, y complicaron con ella la dialéctica, no poco más sana que ella, con *su ascenso* y *su descenso*, con sus *suposiciones, ampliaciones, restricciones, apelaciones*.

¿Qué remedio les quedaba, pobres de ellos? Practicaban aquello que sólo habían aprendido. Dieran cosas mejores si las tuvieran. Las disputas poco sirven para persuadir o para volver mejores a los hombres.

El que lleva la contraria u oye la cuestión, como si fuera una trompa bélica, apercíbese inmediatamente a la lucha y se fortifica por todos lados para resistir, y porque no se le venza o se le haga prisionero. Y así es que admite en su ánimo con desabrimiento, a quien habla para dejar a un lado su opinión, aun cuando sean atinadas sus advertencias, pues se precave de él como de un enemigo. Y es que no hay cosa más contraria a la persuasión moral que no tanto quiere enseñar como exhortar y mover a la buena acción, que los altercados. Y ello resulta tanto más incómodo cuanto que en nuestro caso no pueden, como en las ciencias naturales, aducirse argumentos tomados del testimonio de los sentidos, sino que toda la fuerza y el nervio están en la verosimilitud de las razones que pueden eludirse o desestimarse por quien se cierre en su terquedad y repugnancia sistemática. ¡Cuán escogidas y cuán agudas y cuán aptas para la persuasión, cuán aliñadas y primorosas las razones de Platón, de Cicerón y de Séneca! Y, con todo, no persuadían a Lactancio, que las leía con prevención hostil.

Con suma prudencia advierte Aristóteles que no debe aplicarse la dialéctica para mover o apaciguar los movimientos anímicos. ¡Cuánta menos pro hará la filosofía moral, tal como anda tratada en las escuelas! Y así es que los mozos entre aquellas polémicas de moral y tantos ruidos acerca de todo género de virtudes y de buenas costumbres, no cosechan bondad ni probidad alguna.

De aquel ejercicio no sacan el más ligero tinte, como suele acontecer con los otros. Al revés, más bien salen manchados con muchos vicios, porque aquellas cosas se dicen de tal manera, que ni puede quedar recomendada al espíritu la excelencia de la virtud ni la fealdad del vicio puede resultar aborrecible.

¡Cuánto más fuerte saldrá uno para arrostrar embates de la Fortuna airada y cuánto más prudente para imponerse a la próspera y para gobernarla, y cuánto más bien dispuesto para vivir bien, luego de sosegados los alborotos y temporales del alma de la lectura de una sola página de un Séneca o de un Plutarco, que de todos los comentarios de un Almeino o de un Maestro Martín, aun cuando se rotulen orgullosamente *Tratados morales* o *De la fortaleza* o de *la templanza*. Y qué más si de aquel avezarse a recibir en el ánimo doctrinas prestantísimas sin concederles la dignidad y consideración de libros, se encalla-

sen para que en lo sucesivo ninguna exhortación a la virtud pueda penetrar en el pecho endurecido. No de otra manera aprovecha al espíritu este cordial del alma, como aprovecha al cuerpo el fármaco o la poción a la que, sin necesidad y como por juego, nos hemos habituado.

LIBRO SEPTIMO

DE LA CORRUPCION DEL DERECHO CIVIL

CAPITULO PRIMERO

DE LA PRIMERA Y MUY MEJOR INSTITUCIÓN DEL DOMINIO Y DE LAS LEYES, Y DE CÓMO AMBOS A DOS FUERON AFRENTOSAMENTE CORROMPIDOS POR LA IGNORANCIA Y LAS MALAS PASIONES

La realidad confirma cada día que el hombre fué creado por Dios para la sociedad en esta vida mortal y en la otra, que no tendrá fin. Por esto, como aglutinante de esa asociación, infundióle un ánimo admirablemente dispuesto para la benevolencia. Esta benevolencia, que de aquel interno encendimiento asoma y sale bullendo afuera, una vez que se apagó aquel ardor, vuelve y recógese en sí misma. Y se da el caso de que se ame a sí mismo con ternísima blandura quien para los otros no tiene más que asperezas y rigores. Ese fiero egoísmo hubiera ocasionado en la vida las mayores alteraciones en el caso de que cada cual trajese a sí y a sus personales provechos todo aquello de que fueran capaces su ingenio y sus fuerzas, si en el lugar de la benevolencia mutua no hubiera ido a situarse la justicia que enfrena las manos codiciosas y aleja toda injusticia de la convivencia entre hombres. Empero esta injusticia queda abrumada bien por la ignorancia ciega, bien por la pasión entrañable que impide su manifestación cuando es menester. Y puesto caso que sin la equidad de esta medida, la conservación de la sociedad humana no es posible ni es posible siquiera su existencia, aconteció que la fuerza mayor de la autoridad saliera a robustecer esta virtud, que la dureza del corazón o el afecto desordenado echaba fuera del pecho de cada uno.

Por esto, aquello que era de usufructo común para una vida tranquila y sabrosa, por general consentimiento quedó delegado en algunos que eran tenidos por los más sabios de los hombres, de mucho seso y de pasiones bien reposadas, para que ellos, luego de haber descubierto a la luz de su entendimiento dónde estaba la equidad, lo declarasen para el bien común, y si bien le parecía, lo admitiese la sociedad humana, y lo confirmase, y lo asentase, y sancionase con la coacción del poder, del castigo y del miedo. Unos, por su propio querer, cargaron en sus hombros ese negocio, y, si merecían la aprobación, que sus leyes fuesen declaradas firmes y estables. Estos grandes hombres, en quienes otros delegaron este negocio o ellos lo tomaron libremente, si buenamente hubieran podido, hubieran puesto la justicia plásticamente ante los mismos ojos del pueblo, como el espectáculo más conveniente y ejemplar para las colectividades humanas; pero no pudieron derivar

toda la corriente de aquel manantial caudalosísimo al cauce de un río harto estrecho y ahocinado. De él desviaron hacia la ciudad todo cuanto pareció ser necesario a aquella agrupación civil, y a ese canal le dieron el nombre de leyes. La *equidad* es una suerte de universalidad; la ley es la deducción y la especie. Pero a esos riachuelos y, por decirlo así, de esas acequias, hay que proporcionarles a la continua agua de aquella fuente de la equidad, sin lo cual los acueductos se secarían. La equidad es el alma de las leyes y su fuerza y su vigor. Quitada ella, es fuerza que las leyes caigan de puro muertas, pues no hay cosa más inicua que las leyes, que no respiran y se rigen por la equidad y la bondad. La ley no puede precaver todos los casos; pero la equidad asiste a todos. Por esto, en los umbrales del derecho civil, el derecho se define como el arte de lo bueno y de lo equitativo.

La primera perturbación de las leyes la ocasionaron sus mismos derivadores como a un agua metida en conductos o tubos estrechos, porque los que sancionaron las leyes fueron víctimas de la impericia y de la ignorancia o dóciles juguetes de los movimientos y pasiones desordenados del alma. La ignorancia (bajo cuya denominación queda incluída la inadvertencia o irreflexión) tiene la culpa de que por influjo de la región y de sus habitadores, con la cual no se tiene bastante cuenta, se dictasen leyes o perjudiciales a la tranquilidad o más duras de lo razonable con las transgresiones o con equidad escasa para la distribución y la conmutación.

De los legisladores que se dejaron influir por las pasiones, como las pasiones son varias, los hubo quienes dejáronse llevar por un amor desmesurado de sí mismos, como los que torcieron las leyes a sus intereses propios, como los tiranos que dictaron leyes para sí en extremo ventajosas y perfectamente inútiles para los otros o aquellos otros que dictaron leyes convenientes para su ciudad y perjudiciales para las de fuera o algunos que se exacerbaron con odio tan vehemente contra vicios determinados que dictaron una penalidad más rigurosa de lo que era justo, como dicen que fué el ateniense Dracón, de quien Solón dice que escribió sus leyes con sangre, pues para cualquiera transgresión señaló pena capital, legislación atroz, que luego, por Solón, fué mitigada. Federico tercero castigó el robo con la horca, pena que ahora aplicamos por toda Europa. Pueblos hay en que el hurto es considerado como un suceso divertido, como acontecía con los muchachos en Lacedemonia y en Egipto. Otros hay en que el adulterio no tiene castigo, como antes del poder de los Césares, en Roma; fué la ley Julia la que le puso sanción. Déjanse llevar los legisladores por los apasionamientos o las necesidades del momento. Entre nosotros, muchas leyes favorecen la guerra; las leyes de Indias le son contrarias. Las leyes de Lacedemonia eran guerreras en grado sumo, y por ese carácter merecen la censura de los filósofos. En aquellas comarcas que no pueden vivir sin comercio, como Bélgica, las leyes favorecen ampliamente el intercambio.

En otras leyes prevaleció el odio a unos hombres o unas clases determinadas, como las que en Roma decretaron los patricios contra la plebe o la que la plebe decretó contra los patricios, o las de Sila contra los tribunos de la plebe. En otros legisladores preponderó la co-

dicia esperanzada, como aquel que en expresión del poeta, por la golosa sed del oro, puso precio a las leyes y por precio también las anuló. A algunos les coaccionó el miedo, como que escribieron al dictado del servilismo, postrados a los pies del descomedido poderío de los príncipes

Inicialmente, cuando recién cuajada la sociedad humana, a modo de masa inorgánica, tenía necesidad de quien la rigiese, elegíase de aquel cuerpo monstruoso a algún varón insigne y descollado por su prudencia y probidad, a quien todos obedecerían, a fin de que él, apoyado por la unanimidad del consentimiento, que es la base del poder amparase a los buenos, atajase a los malos, hiciese justicia y, según su conciencia honrada, cada cual obtuviese lo que era suyo, y cuyos decretos y mandatos tuvieran la ratificación del derecho y se llamasen leyes. Y puesto que le elegían, pensaron que no era procedente que un varón tan prudente y tan probo quedase obligado por las mismas leyes que los otros, porque no había de obrar deliberadamente mal porque era probo, ni incurrir en pecado de ignorancia e irreflexión porque era prudente, ni había de permitir coacción, porque era recio y constante y estaba asistido de un poder tan grande. De ahí se derivó y casi se constituyó en derecho y en ley el axioma político de que el rey no está obligado por las leyes, sino que todo lo que determinase y estatuyese era ley. Con el discurso del tiempo, como el género humano iba por grados empeorándose, se sucedieron otros príncipes: unos, por herencia; otros, por elección o por aclamación del pueblo, en plena euforia de locura, corrompido o por el enojo, o por la codicia, o por el miedo, o por el favor, o por algún concepto falso; príncipes que en ningún modo podían ser comparados con sus antecesores, ni en bondad ni en prudencia. Y éstos presumieron que a ellos les fuese lícito por lo menos lo mismo que se atribuyó a los príncipes buenos y sabios, por beneficio y don del pueble o de la Naturaleza. Y de ahí, ejecutaron lo que les fué lícito con más despejo y desenfado que no lo hicieron los primeros, que con parquedad suma usaron de lo que copiosísimamente les era lícito, de suerte que no sólo pasó a proverbio aquello de que el príncipe no estaba sujeto a las leyes, sino aquello otro que es infinitamente peor, a saber: que al príncipe le es lícito todo lo que le da la real gana.

¿En quién no produce espanto tanto poder y licencia tanta, puestos en manos de un solo hombre, que se parecen muy mucho a una espada puesta en manos de un loco furioso? De esta licencia hacían un severísimo abuso, ya porque eran malos, ya porque temían no caer en peligro si no afrentaban el peligro. Así fué el dictador L. Sila, del cual, habiendo el regente Valerio Flaco promulgado una ley, por la cual lo que al dictador se le antojase aquello fuera ratificado, él ejecutó esa ley con tantísima crueldad, por cuanto ocupado el poder por la violencia, por la violencia debía retenerse. Después vinieron los Césares romanos, en un Imperio nuevo y en un pueblo todavía no hecho a la servidumbre, o siendo ellos hombres nuevos, que con dificultad defendían el mal adquirido mando. Afuera de lo dicho, malos como eran en su mayoría, afanáronse en conservar por los más rígidos procedimientos su mal segura dignidad. Fué severísimamente obser-

vada y vindicada la ley de lesa majestad, que castigaba no solamente los hechos, sino también los dichos, las palabras, los gestos, las sospechas más leves, las más infundadas conjeturas que eran objeto de acusación criminal y de una punición atrocísima, porque los príncipes tenían puesto todo su cuidado y toda su preocupación en cómo se mantendrían en aquel lugar, al cual estaban tan incómodamente asidos. Pero luego, una vez exacerbados los ánimos y empujados a la inhumanidad y tintos en la sangre de sus deudos y sus familiares, los crímenes tuvieron que defenderse con otros crímenes. Aterrorizado el pueblo, aterrorizados los magnates y aun sus más allegados y amigos, como fulminados por un rayo caído de súbito, correspondían en la medida que podían con adulaciones demostrativas de su bienquerencia al príncipe para con la mitigación de su crudo pecho tener un poco de relativa seguridad, luego de haberlo reblandecido con unas lisonjas, que se manifiestan por las mismas señales o quizá mayores, que suelen ser hijas del amor sincero, puesto que el servilismo es más ingenioso para las demostraciones del amor, que el amor auténtico.

Sancionáronse hasta llegar a la propia apoteosis, o sea la sacrílega deificación, unas leyes sobre otras, acerca de la pena capital, de la dignidad, de la majestad del príncipe, buscándose novedad de palabras y excogitándose penas inéditas y amenazas bestiales. El propio cielo le hubieran dado si en su mano estuviera, cuando más la ciudad, la libertad y las leyes. Y con efecto, les dieron el cielo, hasta donde les fué posible, en gracia del sucesor, con la consagración y apoteosis de los príncipes muertos. A César Augusto, aun en vida, se le dedicaron aras y templos. Como Domiciano hubiera empezado una carta circular, dictada a nombre de los procuradores, con esta fórmula: *Haec jubet dominus et deus noster* (Esto mandó nuestro señor y dios), ordenóse que en lo sucesivo no fuese el emperador denominado de otra manera por escrito y de palabra. Y mientras tanto, ¿qué iban a hacer los jurisconsultos sino, bajo la coacción del miedo o al blando halago de alguna esperanza, ampliar, desorbitar y sacar de quicio las leyes favorables al príncipe, y las que no lo eran retorcerlas a su favor y atenuar, adelgazar y anular prácticamente las que favorecían la libertad del pueblo? Y ocurrió que, siendo el príncipe elegido por el pueblo para que le rigiese y le defendiese como un padre a sus hijos, porque se le denominaba, y así era en hecho de verdad, *Padre de la patria;* él, muy al contrario, se conducía como enemigo, cumpliendo muy a la ligera y por el concurso ajeno sus devaneos para con el bien público y en persona y con sumo cuidado atendiendo a sus intereses privados. Tratándose de esta manera a sí mismo y a los otros, el príncipe consiguió que el derecho de su majestad y de su poder, engrandecido fuera de toda medida, tragase toda tutela de la patria, oprimiese toda libertad y extirpase radicalmente el ocio honesto y la quietud que los buenos anhelan tanto, de forma que muchísimos príncipes, que debieran ser imagen de aquel soberano gobernador del mundo, que es Dios, más parece que fueron creados por El para perdición y ruina de sus vasallos y como verdugos y sayones de su reino que como gobernantes equitativos y ár-

bitros razonables y templados de su poder; no se ofrecían tales como que de ellos cada uno obtuviera el reconocimiento y satisfacción de su derecho, sino, muy al contrario, como que de ellos no hubiese nadie que no recibiese injuria, lo que hartas veces acontece por los pecados del pueblo, como las Sagradas Letras atestiguan.

Con muy sabia discreción el emperador Trajano comparó el fisco del príncipe al bazo, que tanto más crece cuanto más el cuerpo amengua y se debilita. Este poderío de los príncipes, aceptado por la costumbre y consignado en disposiciones escritas, con el transcurso del tiempo tomó tales vuelos que ahora, tras una larga sucesión del reino, cuando el rey, de ascendencia remotísima, ni recela competidor ni teme que el pueblo—tan hecho está a servir a sus abuelos—recabe su libertad, con un enérgico alzamiento, esfuérzase tanto por levantarse y pujar sobre la cabeza de la patria y pesar encima de ella con tan grave pesadumbre, que cree que le es el más fiel de sus vasallos todo el que despoje al mísero pueblo de algo que añadir a la dignidad del príncipe, que ya no tiene con qué acrecentarse más, y se tenga por sedicioso el que ose hacer mención del bien público, de la libertad del pueblo, de su tranquilidad. Hablo de todos estos derechos del pueblo cuando son legítimos y justos, pues para la ciudadanía no hay cosa más perjudicial como la desmandada libertad de las masas, que engendra movimientos sediciosos, que son el peor de los males públicos. Eso hace que las leyes, que era menester fuesen inspiradas con una equidad igual y a todos provechosa, fueron dictadas por el capricho de los príncipes, que, puesto que no son iguales ante el común ni son justas, no debieran llamarse leyes, como la avena loca no se llama cebada, ni caballo al mulo, ni el vinagre vino, ni la moneda falsa se llama dinero, ni lo que degenera de su condición retiene la apelación primitiva, como magníficamente lo pone en claro Sócrates en las obras políticas de Platón y Cicerón en el libro primero de las Leyes.

Pero como en hecho de verdad las leyes se introdujeron para que los hombres vivieran en quietud y con igualdad de derechos, la incumbencia primordial de las leyes debe ser formar y asentar el ánimo, fuente y origen de todos los actos, y afanarse, no precisamente por castigar a los malos, sino por conseguir que nadie quiera ser malo. Esta conviene que sea la primera preocupación de los legisladores, como sabiamente enseñan los filósofos, a saber: que los niños se acostumbren a tomar gusto en las cosas buenas y aversión de las malas. Si se consiguiere este propósito, poco tendrán que hacer las leyes en ordenar o en prohibir, en señalar penas para los delitos y premios para las buenas obras. Aun sin leyes se vive bien con esta corrección y compostura de costumbres, fortalecidas por el hábito, y sin esta circunstancia no se vive bien ni aun con las leyes más minuciosamente establecidas y santas. Discretamente dice Horacio: *¿Qué aprovechan las vanas leyes sin costumbres?*

Afirma Isócrates, en un discurso pronunciado ante el Areópago, que no era por influencia de las leyes como se criaban en Atenas hombres buenos, sino porque tenían costumbres formadas para el bien por una educación honesta y porque tenían entrañado e hincado en su pecho el amor de la virtud y de la equidad.

Es menester—dice textualmente—*que los que se interesan por el bien de la República, no precisamente que llenen los pórticos con las tablas de las leyes, sino que inculquen la equidad en la conciencia de los hombres, pues el mejor gobierno de la ciudad asiéntase no en los decretos, sino en las buenas costumbres. Los mal enseñados y educados ningún respeto tienen a las leyes, aun las más exactamente prescritas; y, al contrario, a los que tienen la formación debida bástales la vigencia de las buenas costumbres. Entendiéndolo ellos así, su primer cuidado no fué excogitar las penas con que iban a afligir a los que mal vinieran, sino los procedimientos para conseguir que los ciudadanos no quisieran hacer cosa que fuese digna de castigo; éste, en fin de cuentas, creyeron que era su deber y que más se avenía con su condición de regidores de la ciudad; pensar en sanciones aflictivas es pensar en enemigos, no en ciudadanos.* Todo esto que se cita es de Isócrates.

Y se da el caso que toda la legislación romana está en señalar las normas a seguir en los pleitos y en disposiciones referentes a dinero para que cada uno mantuviera lo suyo en seguridad. No hay artículo alguno que se ocupe de la compostura de costumbres ni de los medios de formar el ánimo a la virtud, siendo así que tantas prevenciones hay de este género en las leyes de Licurgo y de Solón, de donde se tomaron las Doce Tablas. Yo creo que toda aquella tan decantada y famosa libertad romana se reducía, en concepto suyo, a vivir tan desastradamente como quisiera cada cual, siempre que fuera sin molestia y daño ajenos. Y ese propósito no lo consiguieron con sus tan minuciosas ordenaciones de litigios y de acciones judiciales, y acaso lo hubieran conseguido si se hubieran preocupado de hacer mejores a los suyos.

CAPITULO II

DONDE SE DEMUESTRA QUE IMPORTA MUCHO QUE LAS LEYES SEAN POCAS Y CLARAS, Y QUE, A PESAR DE ESTO, FUERON MULTIPLICADAS, OSCURECIDAS Y EMBROLLADAS POR SUS MISMOS INTÉRPRETES Y POR LOS PRÍNCIPES

Presupuesto que la ley es una suerte de regla a la cual cada uno debe acomodar todas sus acciones, es razón que las leyes sean claras, fáciles y pocas para que sepa cada cual a punto fijo cómo ha de vivir y que por la oscuridad de las leyes lo ignore y por su número excesivo no pueda la memoria retenerlas. Pero aquellos en cuyo mano están la consulta y la respuesta en derecho, porque no parezca ser cosa baladí y al alcance de quienquiera el desvelo que se toman por el pueblo, procuran enturbiar las leyes porque no resulte tarea fácil penetrar en su sentido y sea menester acudir a ellos como a un oráculo. Este y no otro fué el motivo por que Cicerón arremetió con viveza contra los jurisconsultos en su oración en defensa de Murena: ¿Por qué se empeñaron en arrebujar aquello que, propuesto en palabras llanas, sería obvio a cualquier entendimiento? Como *los días fastos y nefastos, en qué días se puede actuar en derecho y en qué días no*, hasta que surgió en Roma un cierto escribano, Flavio de nombre, que vulgarizó los días fastos, con muy grave enojo de la nobleza, en cuya mano, o, mejor, bajo de cuya tiranían estaban? Y así resultó que las

cosas que eran fáciles y claras, con la interferencia de pedantescas interpretacioncillas, tornáronse turbias como el agua removida en la cual se echó barro o polvo; y lo que era recto, a puros golpes de glosas y escolios, contrajo torceduras.

Conviene, pues, que las leyes sean pocas, porque si son muchas, el delito no es más evitable que las caídas para aquellos que andan entre muchas redes y lazos. Tantas y tantas leyes, celadas son, que no condición de vida. Como los pueblos no estaban bien instruídos y por su propia voluntad no querían obrar bien y siendo el miedo de la ley expresión de aquello de que no lo podía ser la probidad, promulgábanse leyes unas encima de otras para enfrenar las morbosas y repentinas erupciones, no de otra manera que en un organismo enfermo y ulceroso la medicación no se acaba nunca, pues cuando una úlcera quedaba con una nueva ley neutralizada, como con un apósito brotaba inmediatamente otra, a la cual se debía aplicar remedio, y luego otra y otra todavía. Y las primeras ulceraciones, cuando las había secado el ungüento, quiero decir, cuando habían quedado prácticamente derogadas por la antigüedad, que es madre del silencio y del olvido, volvíanse de nuevo a enconar cuando ya parecían haber cicatrizado. En este caso, debíase dar una ley nueva por una cosa vieja y que con mucha anterioridad ya había sido sancionada por las leyes. Y de esta manera, las leyes no tuvieron ni limitación ni fin; muchas de una misma cosa y de diversas.

Y entonces, unos hombres ladinos y cavilosos, complacientes con sus codicias y sus pasiones, hicieron fraude a la ley; y fué torcida una palabrita y se mudó el lugar de una coma y se maleó el sentido de un vocablo, para que prevaleciera la sinrazón. Solicitóse la interpretación del jurisconsulto; en unos casos impuso la solución el juicio; en otros, preponderó la pasión. Y toda esta barahunda tuvo su expresión escrita, y ya no hubo término para las leyes y las interpretaciones. Ese revoltijo, en tiempos de Tito Livio, apenas podía tolerarse, como él lo da a entender en el libro tercero de sus *Historias*. ¿Qué no diría si viera lo que se escribió con posterioridad a él? Pues los Labeones, y los Papinianos, y los Ulpianos, y los Herenios, y los Cayos, y los Modestinos y, en suma, todos aquellos de quienes queda en las *Pandectas* algún rastro, todos vinieron después de Tito Livio, excepción hecha de Escévola y de Aquilio. Yo no recuerdo haber leído el nombre de Aquilio, puesto en cabeza de alguna ley, como recuerdo perfectamente el nombre de los demás. Lorenzo Valla sitúa a Escévola, de quien queda alguna huella en las *Pandectas*, después de la edad de Cicerón, y ello resulta harto ostensible en la dicción, y Lampridio la menciona en su *Heliogábalo*. ¿Y qué no diría el cuitado de Tito Livio si hubiera visto a nuestros Baldos y a nuestros Bartolos y a otros de esa misma laya, para cuya lectura no basta el espacio de diez vidas bien colmadas?

Y siendo tantas las leyes, lo peor es que están amasadas con tinieblas, y los mismos jurisconsultos llevan pesadamente que se diga que las leyes son fáciles y tales que pueda entenderlas el hombre de la calle. ¿No resulta inicuo que la ignorancia de la ley a nadie excuse, por un lado, y por el otro, que las leyes sean tan largas y de tan arisca in-

terpretación que nadie pueda ni retenerlas ni comprenderlas? Vosotros los escribidores de leyes, lo que dictáis no es una apacible y asequible norma de vida, sino que tendéis lazos a la simplicidad y buena fe del pueblo. Pero yo seguiré hablando de los que dije que vivieron después de Tito Livio, que, con todo, no fueron legisladores, sino también jurisconsultos, contra lo que algunos opinan.

Pensaron ser sus libros prolijos en demasía aquellos jurisconsultos que reunió en su consejo el emperador Justiniano. Por esta consideración y porque los aficionados y estudiosos de esa disciplina no tuvieron tanto que leer, se decidieron por compilar algunos *centones* de aquellos treinta y seis escritores—a tantos llega su número—con que zurcir los libros legales, seleccionando lo mejor y más digno de ser leído. Aquéllas no eran leyes precisamente, sino interpretaciones de leyes, que por mandato y autoridad del príncipe se convirtieron en leyes por orden del emperador, cuyas órdenes lo son. Fué esa determinación una medida de suma prudencia. Con todo, yo hubiera querido que nos hubieran legado sus orígenes o, más gráficamente, aquellas como fuentes de donde las tomaron; quiero decir, los libros de aquellos autores antiguos, no porque estuvieran en lugar de leyes, sino como meras interpretaciones o sabrosa materia de lectura por la variedad de asuntos y conocimiento de la antigüedad. Yo, personalmente, creo que la abolición de aquellos libros no fué debida a mandato expreso del príncipe o a consejo y obra de los jurisconsultos, sino a la injuria del tiempo y a la desidia de los hombres, como tantas otras cosas, puesto que los estudiosos que andaban en busca de epítomes y compendios no se tomaron la pesadumbre de transcribir los códices, que ya habían sido desfrutados y saqueados de todo aquello que tenía utilidad práctica y técnica para aquella profesión.

Por lo demás, este hecho acarreó algunos inconvenientes, porque del estudio y cotejo de los códices originales y de los posteriores se saca muy a menudo el sentido recto y la inteligencia auténtica de lo que dicen. Cuando el pasaje está truncado, cuesta mucho adivinar el sentido del autor. No era Triboniano sólo quien se ocupaba en la recolección, sino también colaboraban en la empresa Teófilo y Doroteo. Triboniano asentaba que eso y lo otro era así en Herencio; Teófilo, que no era así en Papiniano o Celso, discrepantes como andaban entre sí y aun a veces tal cual de ellos no estaba conforme consigo mismo. Aquellos antiguos andaban distraídos y absortos en muchos negocios y era harto deficiente su erudición y su cordura; movíanlos las pasiones; muchas veces respondieron y escribieron, sumidos en distracciones y con el espíritu enajenado y ausente; con frecuencia, complacientes con el amigo o con algún apasionamiento personal, o se dejaban llevar de la comezón de contradecir a aquel con quien no congeniaban o por el prurito de alardear de un nuevo e inusitado método de tratar el derecho, no teniendo el menor atisbo de que iba a tomarse por ley, en un futuro más o menos remoto, lo que hubieren dicho. Sirvieron a su actualidad y quisieron que lo suyo fuese admitido con libertad de juicio y jamás se enojaron con quien les contradijese.

Mientras tanto, su parecer evolucionó según las circunstancias cambiantes, como son los juicios de los

hombres, si en toda cosa, con una volubilidad especial en lo que se refiere a la moral y a los deberes de la vida, en los cuales no pueden aducirse demostraciones, sino que vamos guiados por alguna verosimilitud de conjeturas. Además es justo que se diga que el estado y condición de aquellos tiempos, por las continuas conmociones y trueques que sufrió la ciudadanía con el gobierno de unos bandidos perfectos, como fueron Cómodo, Severo, Caracalla, Heliogábalo, Maximino, que no menos acosaban en guerra a sus enemigos armados, que perseguían al senado y a los hombres mejores y de mayor prudencia y doctrina, con el odio, con el destierro, con la muerte. En estas sombrías y siniestras circunstancias, no había hombre de tanta constancia o, por mejor decir, de tan berroqueña dureza que pudiera mantener la independencia de su espíritu y cultivar las artes con la tranquilidad debida. La alarma y la pública inquietud anulan la actividad intelectual, porque el espíritu vuelve toda su atención al pensamiento exclusivo del mal inminente. Por todas estas causas, convenía que con mayor exactitud y madurez de examen se ponderase y aquilatase aquello que los antiguos dieron como respuestas a consultas, no como leyes. Si se desviaban de la equidad, eran leyes inicuas. Y que en algunos trances se desviaron, lo demuestra el hecho de que en alguna ocasión son contradictorias. Yo no dudo que Triboniano fué un gran hombre por su erudición, por su prudencia, por su juicio; pero hombre al fin y, acaso, no intachable, puesto que Suidas dice de él que vendía las leyes al mejor postor y las hacía y las rehacía según convenía a los más fuertes pagadores; pero no fué él solo el colector, ni espigó en uno solo.

Justiniano, o más exactamente Triboniano, dice que en derecho civil no hay leyes que se contradigan. Guillermo Budeo aduce determinadas antinomias de Triboniano y de Lorenzo Valla, en quienes hállanse pasajes donde, refiriéndose a una misma cosa, dicen que sí donde habían dicho que no. Autores antiguos y los modernos Zasios y Canciúncula, con harta fatiga y sudor se empeñan en restablecer la concordia aún más que los que asumieron la empresa de conciliar a Platón y Aristóteles o, por mejor decir, de reconciliarlos. Pero no hay repugnancia tan clara y contundente que, si se te permite interpretarla y torcerla a tu capricho, no parezca bien avenida y concordante, especialmente cuando Acursio y algunos otros antiguos se arriscaron al empeño imprudente de interpretar las cosas a su antojo, por más absurdo que fuere. Emitir a sovoz algún parecer en contra es pecado grave, porque no se diga algo en desfavor de las leyes sacrosantas, como si aquel antagonismo de las leyes fuese legal. Con todo, aducen en descargo que por los rescriptos de los más recientes emperadores y de Justiniano, introdujéronse muchas enmiendas en las *Pandectas*, en el *Código* y en las *Auténticas*, como si hubiera menos arbitrariedad caprichosa y menos cerrilismo pasional en los rescriptos de los príncipes que en las respuestas de los jurisperitos. Los príncipes hacen más concesiones a los tiempos, a las amistades, a las enemistades, al desenfreno de los movimientos apasionados de su ánimo, que las personas privadas, porque, subidos más arriba en hombros de la Fortuna, tomaron mayores arrestos y creye-

ron serles lícitas licencias más desaforadas y se extiende a un radio más amplio el cuidado de aquellos a quienes necesariamente tienen que obedecer. Muy otras son las razones que les persuaden y muy otros los móviles que los guían, que los empujan, que los arrastran, que fuerzan a los príncipes. De todos estos inconvenientes están libres y exentas las personas privadas y les permiten conservar más intacta la entereza de su juicio.

CAPITULO III

CUÁLES DEBEN SER LAS PRENDAS QUE CONVIENE QUE ADORNEN A QUIEN INTERPRETA LA JUSTICIA, Y CÓMO ÉSTA LOS TUVO COMPLETAMENTE DESNUDOS DE ELLAS. DONOSO APODO QUE LES SACA EL AUTOR

Pero dejando a un lado esta cuestión, hablemos ahora a nuestro sabor de los famosos *centones* de tal manera hilvanados. Una gran lobreguez tendió, en los siglos posteriores, la ignorancia de las dos lenguas en que estaban escritos. Quedaron ignoradas y herméticas aquellas voces griegas de las que se hace tan frecuente mención, así en todo el cuerpo del derecho civil y, especialmente, en el *Código* y del *Código* en los tres últimos libros. Omitidas quedan por completo copiosas citas de Homero, Demóstenes y otros griegos, donde radicaba toda la fuerza de la ley, para cuya exposición creyeron que bastaba aquella célebre nota. Ilegible, porque está en griego, como si desesperaran para siempre jamás de no conseguir lo que de momento no alcanzaban, aun cuando a veces, con impávido descaro, dicen lo que primeramente les viene a la boca, como en el vocablo *emplio* (compra), en el libro primero de los contratos: *Esos versículos parecen significar intercambio*, Glos, porque én dichos versículos no había el verbo latino *emere* (comprar), sino el de *comparare* (comprar, también), Acursio. No se corren esos tales, luego de no haber leído los versos, decir tales cosas. Muchas son las leyes escritas en griego y perversamente traducidas al latín por un intérprete idiota, y por esto casi todos los vocablos griegos simples que quedaron incrustados a manera de fósiles en el derecho civil llegaron a nosotros depravados y confusos. A la ignorancia del griego sumóse la impericia del idioma latino y de todos aquellos objetos de los que se hace frecuente mención en el derecho civil, como son vestuario, ajuar, aperos de labranza, y de las cosas y costumbres forenses y de toda la ciudad de Roma, en donde está situada la intención de las leyes. Añádase a esto que el olvido aplomó y sepultó la historia y la cronología, y por esta causa, donde leían *cielo* expositaron *cucurbita* e inventaron fábulas, porque ignoraban hechos. De una y otra cosa, adujera yo copiosos ejemplos, si ya no fueren conocidos de todos los que tienen una instrucción mediana, por aquellos libros que escribieron los que arrimaron el hombro a ilustrar la ciencia jurídica, con la ayuda de la filología y de la arqueología: Budeo, Alciato, Zasio, Salomonio, Nebrija.

Descartada porción tan grande del derecho civil, anochecida en tan densa lobreguez de ignorancia, ¿cuánto era lo que les quedaba para su inteligencia? ¿Acaso lo que en todo tiempo era tenido por lo más fácil y más claro? Sí, pero aun en ello andaban como alucinados y

adivinos, por manera que no era de las palabras que colegían el sentido, sino del sentido las palabras y hartas veces atinaron aquellos antiguos jurisconsultos el sentido de algún vocablo recóndito y peregrino, porque por el sentido deducían que no podía entenderse otra cosa, no de otro modo como vemos que lo hacen cada día aquellos que tienen un mediano conocimiento de una lengua determinada, en sus voces abstrusas. Tanto como eran indoctos, con manejo asiduo revolvían los libros de leyes, y corrompieron lo que no entendían, y al criticar la impericia de los copistas, como dice Quintiliano, pusieron la suya al descubierto. Culpa suya es si tenemos aquellos libros hechos un hormiguero de erratas que reclaman corrección con tal apremio y urgencia, que muy a menudo ni aun los más doctos sagaces pueden sacar de allí un sentido cualquiera. Para ese mal, dícese que se conservó el remedio en determinada biblioteca de Florencia, donde se guardan ciertos libros correctísimos, muy antiguos, a los cuales, por su antigüedad, se los llama *arquetipos*, conocidos vulgarmente con el título de *libros* de Pisa, de donde fueron trasladados a Florencia, juntamente con las riquezas de aquella ciudad; pero nunca se ha dado a conocer ese remedio; y si se diera a conocer lo que un varón docto, que consagró a su búsqueda largos años y largos sudores, halló a duras penas en una hora, quedaría demostrado si son tales como se alaban que son.

A pesar de que Justiniano, enojado con la prolijidad, mutiló y abrevió las obras de los jurisperitos, en su interés por aliviar la pesadumbre de los estudios y de que prohibió, porque el negocio no atollase en el mismo fangal, que se hicieran glosas, ésos, no haciendo caso alguno de aquella ley, y eso que llaman a las leyes sacrosantas, añadieron glosas, bien por explicar lo que se había vuelto oscuro para ellos y para los otros, debido a su ignorancia, bien por hacer alarde de pericia y ganar renombre. Y no obstante, los que no tienen pereza de leer los luengos Bartolos, Baldos, Jasones, Albericos, la tienen de leer el *Corpus juris*. Dime, por favor: los que profesan derecho civil, ¿qué piensan que les importa profesar y enseñar? Ulpiano, con estas pocas palabras, definió la tal profesión: *El derecho es el arte de lo equitativo y de lo justo; por esta consideración no falta quien nos da el nombre de sacerdotes, pues estamos votados al culto de la justicia y profesamos el conocimiento de lo que es bueno y conforme a la equidad, separando lo equitativo de lo inicuo y discerniendo lo lícito de lo ilícito*. Empero ellos, olvidando que son intérpretes del derecho de la justicia y que por esto se les llama sacerdotes de la bondad y de la equidad, abandonando la más hermosa de las profesiones, que es la de explicar la equidad, creyeron ser sacerdotes del derecho romano y de aquella generosa amplitud en que estaban comprendidos todas las gentes y todos los tiempos, fueron a apretarse y apeñuscarse en esas hoces de un solo pueblo y de un solo tiempo, quién sabe si conscientes de su insuficiencia, por una cierta intuición natural. Y no sin motivo ni razón. Para el conocimiento e interpretación de la equidad son menester cuatro prendas importantísimas: ingenio, juicio, erudición y experiencia variada. No fácilmente meterá sus ojos en aquella misteriosa y santa lumbre natural hombre alguno que no tenga gran inge-

nio y que no discierna y gradúe lo que viere; si no fuere de juicio poderoso y sutil y para ello es necesaria la práctica y experiencia, no sea que, por más descollado y sobresaliente que fuere el ingenio, se deje embaucar por la novedad de la cosa. Finalmente, para las observaciones ajenas y para mayores luces es preciso un vario conocimiento de la antigüedad, el cual es ayudado por la prudencia, cosa ésta única que en todos los negocios de la vida es incomparablemente necesaria.

Afianzados en esos poderosos apoyos, aquellos antiguos juristas se atrevían a dar respuestas jurídicas, y a ellos se iba y se acercaba, así anduvieran paseando por el foro, así estuvieran sentados en su casa, como de ello Cicerón nos ha dejado memoria y no solamente se les consultaba extremos de derecho civil, sino también de casar a la hija, de la compra de una propiedad, del cultivo de un campo, de cualquier negocio, de cualquier asunto divino o humano. Aquéllos eran verdaderos jurisconsultos o, más exactamente—como el mismo Cicerón dice, refiriéndose a Servio Sulpicio—, *consultores de la justicia y sacerdotes y pontífices de la equidad.* Esta era la más bella función en la ciudad y la más provechosa a sus conciudadanos. Empero ellos, con tan grande mérito suyo, decoráronse con el título de la prudencia, pues en todos los tiempos los jurisconsultos fueron tenidos y llamados prudentes, y la misma disciplina que profesaban, llamábase *jurisprudencia* y sus respuestas, respuestas de los prudentes, pues no pensaron que aquella profesión pudiera cautelarse sin prudencia y ser útil a la ciudad. ¿Quién será capaz de discernir y definir la equidad sin la prudencia más exquisita y vigilante? Y en la actualidad, ¿a qué atribuiremos el hecho patente de que algunos, a la vez que son imprudentísimos, son también jurisperitísimos—perdóneseme esta palabra—, y cosa que te causará mayor asombro, los conceptúan estultísimos aquellos mismos que les saben sumamente sabidos en derecho? La explicación está en que es cosa harto fácil a cualquier hombre, por más boto e ignorante que fuere, saberse de coro y retenerlas con memoria tenaz todas las leyes consabidas y señalar con el dedo dónde está cada disposición. Yo, a esos hombres que amontonan leyes encima de leyes, sin la añadidura de alguna razón de la equidad que discierne el ingenio y la múltiple experiencia y el vasto saber, no acostumbro dorarlos con el nombre de jurisconsultos, sino que los llamo *elencos* o *índices de leyes.*

¡Pobrecillos! ¿Qué harán donde el derecho romano no tenga aplicación, como en Turquía, en casi toda la cristiandad, donde cada una de las naciones, o bien ella misma, se señaló la norma política según la cual había de vivir, o tuvo la suerte de atinar con leyes más adaptables a su peculiaridad étnica, que las famosas leyes romanas? Y no con injusticia, puesto que aquellas leyes que pudieron en la antigüedad convenir a los romanos, ahora ya no les convienen. Cambióse la manera de vivir y mudó el estado político. El dialéctico, dondequiera es dialéctico; el médico es médico dondequiera; el filósofo lo es en cualquier lugar y tiempo. El perito de la equidad dondequiera es perito de la equidad; su influencia y su prestigio son grandes en la consideración de cualquier linaje de hombres; pero esos jurisconsultos de marras no son jurisconsultos o, por

mejor decirlo, casi no lo son en ningún lugar; tienen que aprender un triple o un cuádruple derecho civil, según cambian de lugar. Y pensar que les bastaría la sola ciencia de la equidad, con una ligera añadidura de conocimiento de los usos y costumbres del pueblo en que viven. Con sólo esto, responderían a las consultas jurídicas más aguda, más certera y más insobornablemente.

¿Y cómo citan esas leyes? No de otra manera que si fueran puros *índices*. Aquellos venerandos pontífices antiguos del derecho aducían de cuando en cuando una que otra opinión de sus mayores, que se habían señalado en la ciencia jurídica, pero raras veces, de soslayo y muy a la ligera; y se fundaban más en la razón que en el sentir y opinión ajenas; pero a las leyes las citaban muy más raramente, pues de ellas tenían ciencia cierta: tratábase no más que de su interpretación. Esos no acaban nunca de hacinar unas leyes sobre otras, lo cual demuestra retener mayor número de leyes, pero no entender más. Y luego nos vienen con aquel cantar: *Nos avergonzamos de hablar sin ley*. ¿Qué quiere decir esto de *sin ley?* Si quieren decir que sin citar ningún artículo de ninguna ley, ¿qué mentecatez, qué desatino mayor puede decirse que el que no se debe hablar sin esa ley? Pero si quieren decir, que es lo que yo me figuro, *sin ley*, es decir, *sin razón y sin medida*, avergüéncense de una vez los que hablan siempre sin razón ni medida, y sin ley alguna citan leyes a caño suelto, lo cual es más un alarde de memoria que una explanación de leyes y de derecho.

Os dije que ésos eran más *elencos* de derecho que jurisconsultos. Como si un muchacho cualquiera o una mujerzuela tan zafia, que se aprendiese de coro muchas leyes, no pudiera, así que hubiere leído algo de uno u otro negocio, decorarlas y amontonar citas sobre citas, ni más ni menos que estos que aplican las leyes a los negocios. Con ello no hacen sino exteriorizar una parte no pequeña de su impericia y de su torpeza, pues como no leyeron las leyes mismas, sino ciertos epítones y sumarios, que llaman *rúbricas*, y ojalá las hubieran leído todas, y las *rúbricas* recogen por lo regular la primera parte de la ley y dejan la segunda; ésos, por la rúbrica, citan la ley cuya primera parte parece serles favorable, al paso que la segunda parte les es por completo adversa, por manera que con frecuencia ellos mismos se degüellan con su propia espada. Otros se despachan con un sermón latoso, hilvanado con diez o doce sentencias, y al final añaden: *Y a esto van aquella y aquella otra ley*, siendo así que esas leyes solamente se relacionan y de una manera muy indirecta con la sentencia última, en la cual no consistía el eje del negocio. Otros, cuando se despachan con alguna larga sentencia, aducen aquella ley en la cual están las dos o las tres palabras últimas de aquella sentencia. Otros, por último, hacen las citas falsas y las amontonan unas encima de otras pedantescamente y con aires de suficiencia, pues acumulan tantas y tantas, que no hay hombre tan sufrido y tan de hierro que pueda tomarlas en consideración una por una y lo que una vez fué citado mal por uno solo, en lo sucesivo y bajo la fe ciega del citador primero es citado peor por infinitos citadores más.

CAPITULO IV

DE LOS DAÑOS QUE INTRODUJERON EN EL DERECHO CIVIL EL DESCONOCIMIENTO DE LA DIALÉCTICA Y LA DEMASIADO ARDIENTE AFICIÓN AL ALTERCADO

Y no son más felices en la recogida de argumentos de las leyes, quier por ignorancia de la verdadera dialéctica, quier por su juicio absurdo o por ambas cosas a la vez. De un hecho cualquiera que se refiere en la ley, sacan ejemplo para otros. Verbigracia; con motivo de que el escribano Flavio divulgó los fastos y por este hecho fué nombrado tribuno del pueblo, pone Acursio esta nota: *Hubo quien obtuvo premio de su conducta dolosa,* y añade la cita: *Ad numici. l. Titio et infra de suis et legit. l, intestato. § is plane: arguitur contra C, de fur et ser, corrup. l. si quis servo. Vel dic quod hoc fecit populus ignorans.* Esto es lo que dice Acursio. ¡Mísero de ti! ¿Por qué te afliges? Ni hubo engaño, ni el pueblo lo ignoró, ni las leyes que citas neciamente vienen al caso: *Jam de rerum divisione. l. in tantum. §. cenotaphium quoque: magis placet esse locum religiosum, sicut testis est in ea re Vergilius, sed divi fratres contra rescripserunt. Glo. in verbo Vergilius: sed falsus testis est, ut inf. lege proxima: et de religione l. is qui. Et est argumentum quod auctoritates pœtarum sunt in causa allegandœ, ut supra de statu homi l. septima: et de solut. si pater. Sed in leg. proxima est argumentum contra, quod sint reprobandœ.* ¿Qué Crisipio o qué Carnéades hubiera podido excogitar argumento tan agudo como éste: *Alégase en derecho la opinión de determinado jurisconsulto y es desestimado luego; la autoridad de un jurisconsulto debe ser alegada en las causas, pero desestimada?*

¿Y qué más si Virgilio no dice que deban ser honorarios los sepulcros sacros, sino que lo fueron en los tiempos de Troya o, sin posible duda, en los tiempos de Andrómaca? Pero decir esto a ésos es cantar para los sordos. *Lex, is qui, nihil loquitur de pœtis: l. septima auctore utitur Hipocrate ad fœtus naturam, l. si pater, Aristotele ad numerum fœtus. ¿Hipócrates y Aristóteles son también poetas?* ¡Qué avilantez la de esos sujetos! ¿No se avergüenzan de tanta y tan crasa ignorancia? ¿Y dónde va eso de alegar autoridades que han de ser desautorizadas? Marciano, que aducía a Virgilio en su favor, pensaba que no era preciso acatar su autoridad. Y como esto son todas sus cosas. Y así como vieron en la escuela, empeñados en pendencias verbales, a dialécticos y a filósofos, les tomó también a ellos la comezón de hacer alarde y gala de sí mismos. Metiéronse en luchas y en altercados, y de ahí, paso inevitable, en partidismos y sectarismos pertinaces: *esta opinión es de ése; ésta, de aquél; ésta, de aquel otro.* Muy fácil es responder en derecho cuando la razón no está inspirada en la equidad, como dice Cicerón en su discurso en favor de Murena; pero es mucho más fácil si hay impudor, como dice por chanza él mismo en su invectiva contra L. Valerio: *Yo no sé cómo no he de felicitarte por ese nombre de jurisconsulto, especialmente en estos tiempos en que está permitido sustituir la ciencia por la temeridad.*

Y cuanto más abundante era el combustible de las disputas, se dieron a fantasear casos no de aquellos cotidianos y corrientes, y que acaecen con frecuencia, de los cua-

les existe en las leyes mención o que son materia de ellas, sino casos insólitos, portentosos, que nunca van a suceder y que por ende no han de tener aplicación práctica ninguna. Esto es el cuento de nunca acabar, como enseña Aristóteles en sus tratados de *Etica*. No tiene número ni fin la muchedumbre de causas y negocios que, siendo los mismos fundamentalmente, diferéncianse por aquellos anejos que los griegos llaman *perístasis* y Quintiliano *circunstancias*, que consisten en algún cambio o adición de personas, lugares, tiempos, causas, modos, casos, hechos, instrumentos, escritos y no escritos. A todo este conjunto, Valgio lo comprende bajo la denominación de negocio; perseguirlos uno a uno sería empeño interminable. En ello demuestran cuánta sea su ignorancia del arte, pues malogran todo su cuidado y gastan toda su preceptiva en sutiles singularidades, que, puesto que son innumerables, no pueden ser de la incumbencia del arte, como el arte no es de la incumbencia de todos éstos, y mientras andamos ocupados en tales futurismos improbables, dejamos pasar lo cotidiano y necesario, como aquellos filósofos que, mientras andan imaginando una Naturaleza nueva, pierden de vista la real y actual.

Por otra parte, ésta es empresa de ninguna necesidad y de provecho nulo. Acaso en la medicina fuera conveniente tener previstos remedios antes de la enfermedad, a fin de que, en el caso de presentarse de súbito, no tuviéramos que buscar el remedio atropelladamente, que no nos sería fácil hallar en la desorientación y en la ansiedad; y la dolencia, tomando bríos y empuje, acabaría con el enfermo antes que pudiéramos prevenir la medicina. Pero en las leyes pasa muy al revés, pues cuando asoma la dolencia, quiero decir, cuando uno delinque, hay tiempo suficiente para estudiar el remedio y la medicina, dado que no hay que apresurarse tanto para castigar a quien falta, como para sanar a quien enferma, y con asaz oportunidad se piensa en el castigo y en el escarmiento cuando la dolencia se puso toda de manifiesto. Allente de esto, en la cura de las enfermedades, los remedios previstos no irritan las dolencias. En cambio, en la ciudad, las leyes que se promulgaron antes de los delitos no pocas veces dan nueva vida a delitos muertos y sepultados, como de ello hay motivada queja en San Pablo, en su epístola a los romanos. Y dicen que ésta fué la causa por que Solón no dió ley alguna acerca del parricidio, porque no pareciese que denunciaba la existencia de una maldad de que hasta entonces no se había dado ningún caso. Como ni tampoco Licurgo precavió nada acerca de los adulterios, porque esta fechoría, en su tiempo, era desconocida y peregrina en Lacedemonia. Por todas estas consideraciones, las leyes tienen bastante holgura después de la comisión de los delitos, y no sin razón se dijo que todas las leyes buenas son hijas de las malas costumbres.

¿Y qué más? A la medicina no le faltan dogmas ni cánones generales para asistir, en casos de urgencia, a enfermedades nuevas y repentinas, como tampoco le faltan a quien sea conocedor del derecho remedios con que atajar los crímenes y maldades de emergencia. Estos remedios que debe aplicar la equidad se demuestran y se manifiestan instantánea y perentoriamente; mas, con el escudriñar y hurgar en las leyes escritas, se recatan y se

esconden más y más. Lo que tienen éstos que estudiar y que esclarecer es la naturaleza de la equidad para toda suerte de causas y de negocios, y no martirizar su ingenio, arrastrando con harta repugnancia suya y cogiéndolos por la melena, como quien dice, para adaptar todas las contingencias posibles a la inflexibilidad de las leyes escritas.

Afuera de todo esto, como los hombres en todo tiempo estuvieron aficionados a lo positivo y material, con la extinción del amor mutuo y la pérdida del temor de Dios crecieron los litigios y las disensiones. No hubo ciudad tan quieta que le bastara un solo tribunal; los juicios se atropellaban los unos a los otros, y defensores y abogados granjeaban mucha fama y mucho dinero. Cuando a todos éstos se les mandó callar y todo fué a parar a los bufetes de los jurisconsultos, recabaron éstos el mismo renombre y el dinero se volcó en sus faltriqueras. Esta envidiable circunstancia ocasionó que muchos abrazasen o, mejor, raptasen una profesión en la cual andaban al mismo paso la ganancia y la consideración personal.

En las universidades fueron admitidos a estos grados honoríficos quienes, porque no hay que dejarse morir de hambre, buscan pleitos y siembran arreo semillas de pleitos y las cultivan y las enconan con retorcidas interpretaciones jurídicas, y prefieren suscitar controversias que acallarlas y sosegarlas. Esto es tan fácil de hacer, porque la oscuridad de la ley ofrece ocasión a los malos para torcerla en el sentido que quieren. Y difieren los pleitos a un plazo larguísimo, como los malos médicos prolongan el cuidado de las enfermedades, cuando relumbra a sus ojos la esperanza de mayores lucros. Así sucede que en un lapso de tiempo breve, lo que era fácil y claro, se va embrollando y volviendo perplejo y dudoso, y aquella expresión famosa que dijo Quinto Cicerón, a saber: que una familia ya tiene suficiente con un solo orador, con mayor justeza y propiedad puede aplicarse a esa laya de hombres, a saber: que no ya a una familia, sino a toda una ciudad ya le basta con un jurisconsulto.

Me han contado que en Hungría, allá en la antigüedad, vivían sin profesionales del derecho, pero no sin derecho, pues juzgaban los asuntos con toda simplicidad y buena fe, según costumbres inmemoriales, y con leyes muy contadas, y lo que es más difícil aún, con harta facilidad ponían arreglo en las diferencias surgidas entre ciudadanos. Realizaban aquello que dice Cicerón de Servio Sulpicio: que prefería quitar controversias a promoverlas. Al condado de doña Beatriz, hija del rey Fernando de Nápoles, que allá fué enviada para casar con el rey Matías, llegaron algunos jurisconsultos que hicieron grandes aspavientos, alharacas y visajes, en demostración de desdén, por la que ellos decían bárbara usanza. Como el príncipe y su corte los tomaran por grandes sabios, dieron una fácil autorización a unos cuantos villanos de aquel país, hombres rudos y sencillos para que se entregaran confiadamente a su sabiduría y mayores luces. Empezaron ellos por prescribirles las fórmulas, a tenor de las cuales se había de preguntar, se había de responder, se habían de señalar los días hábiles, indicar algo al juez para que lo dijese, porque no fuera personaje mudo. En breve, donde antes eran desconocidos los litigios, vieras cómo todo era un bullicio de *pleitos, controversias, peticiones, repeticiones, excepciones,*

comperendinaciones, procrastinaciones. Era todo un cuento, si no fuera tan dañoso, muy divertido y muy hecho para provocar la risa de quienes no se habían metido en tales lazos y no les iba nada en el asunto. Y como aquellos hombres prudentes en grado sumo se percataron de mal tan grande, tan inesperado y tan extenso, llevaron el caso al rey, quien debidamente informado del asunto, echó fuera de su reino a aquellos malhadados jurisconsultos y restableció el sistema jurídico tradicional. Calmóse al momento la borrasca, como si los vientos hubieran cesado en sus soplos.

Sépase que las leyes son tanto más útiles al pueblo, cuanto más sencillas—para que la ignorancia no sea explotada por el fraude y la astucia no pueda acrecentar el lucro—que con su equidad evidente favorecen a la gente ruda y expuesta al engaño y cierran el paso a la impostura y a la artería, que con tanta mayor facilidad se insinúa cuanto con más inmódica exactitud y cuidado meticuloso lo queremos todo prescribir puntualísimamente. Ello suele acontecer en los contratos y en los instrumentos notariales, donde tantas precauciones e incisos como se ponen y amontonan para excluir toda cavilación, no son sino pábulo de cavilaciones, porque, queriéndolo puntualizar y clavetear todo, no dejamos lugar a la sincera interpretación de la equidad y damos entrada a la injusticia porque cada cual consiga tanto cuanta es su habilidad en torcer y trocar el sentido honrado y directo de las voces. Somos nosotros mismos los que conspiramos contra nuestros propios intereses al no querer que nos aproveche la equitativa interpretación de la buena fe, más allá del punto que nuestras palabras fijan. Pero no existe previsión capaz de anular todas las cavilaciones, ni elocuencia tal que con palabras cabales pueda expresar sus cautelas y ponerlas a cubierto para que, sigilosamente, no se deslice en ellas la habilidosa ingeniosidad.

SEGUNDA PARTE

EN QUE SE TRATA DEL ARTE DE ENSEÑAR

LIBRO PRIMERO

CAPITULO PRIMERO

EL HOMBRE, POR SU MISMA NATURALEZA, ES MOVIDO A PROCURARSE AQUELLAS COSAS QUE HAN DE SERVIRLE EN SUS NECESIDADES. CUÁLES FUERON LOS PRIMEROS INVENTOS

Como sea que el hombre, por una grandiosa dádiva de Dios, obtuvo la mente y la fuerza inquisitiva, mediante la cual viera no sólo lo presente, sino que también proyectara su vista a lo venidero y a lo que ya pasó, pensó ser empresa proporcionada a instrumento tan excelente parar mientes en todo, colegirlo, relacionarlo entre sí y recorrer toda la creación como propiedad suya, aun cuando divagó más fuera de camino que no fué avanzando por él. En quien fije en ello su atención

causará sin duda maravilla el espacio recorrido y el punto a donde llegó; pero si lo confiriere con lo que dejó de conseguir, se dará cuenta de que apenas sacó el pie del umbral, tan pobre es y tan oscura el área de sus conquistas. Nosotros, empero, vamos a ponderar todo el pordioseo y la astrosía de ese mendigo, aun cuando nos parezcan muy opulentas sus riquezas, por nuestra ignorancia o nuestra inadvertencia de otras mayores. Primeramente, el instinto de conservación de que le dotó la Naturaleza, le indujo a reparar que no le era posible subsistir un instante si falta a su cuerpo el alimento. Inmediatamente echó de ver que antes que nada, debía tomar algo con que mantenerse y sustentarse, a saber: todo lo pertinente a la comida y a la bebida, y debía saber distinguir lo provechoso de lo nocivo y conocer los procedimientos para hacerlo con ello y para conservarlo. Además, como el cuerpo estuviera ocasionado a muchas enfermedades, cual a un régimen de continua e inevitable tiranía, anduvo buscando los medios con que precaverse de ellas, para que no le asaltaran, y toda vez que lo hubieran asaltado, para, enérgicamente, echarlas lejos de sí.

Entonces se percató que le había tocado en suerte un cuerpo delicado, expuesto a las injurias del cielo y del suelo; halló el medio de prevenirse y fortalecerse contra los fríos y calores, contra el invierno y la crudeza de los climas. Comenzó por aplicar abrigos a su cuerpo. Luego, viendo que era poco este reparo contra una violencia mayor, amontonó piedras, barro, rocas, madera, cosas duras tras de las cuales guarecerse, impenetrables a la injuriosa ofensiva de los elementos. Y como estaban poco asegurados contra las bestias carniceras y porque no les atacasen, descuidados o dormidos, buscaron recintos en que ponerse a salvo, para más afianzar su relativa seguridad. Y puesto que era tanta su flaqueza y tan apremiante la necesidad de tantas y tan variadas cosas, y nadie se bastaba a sí solo, comenzaron muchos por encerrarse en una misma cueva, y de allí, por la fuerza del amor que les estrechaba, marido y mujer salieron con sus hijos y fuera de las cuevas, con una poca leña, se hicieron cabañas cuyo cobertizo era de ramaje. Mucho más tarde, a las exhortaciones del mutuo afecto que les persuadía que no vivieran demasiadamente apartados los que bien se querían, y bajo el acicate de la necesidad de la ayuda mutua, algunos fueron acercando unas cabañas a las otras y ya formaron un cabañal, a guisa de nuestros caseríos.

Mas, en el hombre animal, suspicaz y expuesto a la ofensa, aun cuando reinase entre ellos la simplicidad, con todo existían determinadas diferencias. Estas diferencias era natural que todos las llevasen al más anciano, no de otra suerte que los hijos al padre, quien, dado que la Naturaleza no había llegado al grado de corrupción que ahora, ejercía el mando sobre todos los demás, porque en edad les precedía y por este motivo, amén de su experiencia y prudencia, creíase valer más que los otros. Mas, como hubiera experimentado que en algunos las canas y las arrugas no les habían traído mucho seso y cordura y otros en quienes los años habían aumentado la malicia, buscaron a uno que más que todos los otros fuese rico de prudencia y de bondad. En ese punto también erraron, porque de la prudencia ajena

sólo puede juzgar quien es prudente. Sometiéronse de grado a quienes por una u otra razón merecía su mayor respeto por aquellas cualidades y prendas que en el complejo humano les parecieron sobresalientes; y para los unos fué el dinero, para los otros la hermosura, para otros la gallardía física y la entereza moral, el don de la palabra, la cuna ilustre, la instrucción, la comprobada justicia. Y como fuesen muchísimos los que ambicionaban aquel grado de honor y los peores no cedían ante los mejores, porque el orgullo había persuadido a cada cual que el mejor era él, y escindida en facciones la multitud, la competencia se dirimía no por el reposado juicio, sino por las pasiones encandecidas, y para que en la discordia pusiera paz y quietud, por consentimiento de todos, fué elegido uno con la misión de juzgar, o con toda seguridad, tras de la lucha, hubo necesariamente de admitirse un vencedor.

Aquellos hombres primitivos ya tenían bastante con que se les dijese que tal y cual cosa no debía hacerse. Esta sencilla advertencia ataba manos y voluntades. En ellos contaba solamente el respeto del derecho y de la equidad. Pero hubo de crecer la contumacia. Entonces se promulgaron leyes, y anejas a las leyes señaláronse penas, cuando ya no fué bastante la prohibición y el poder hubo de fortalecerse con la coacción del terror, porque la licencia no tomara ensanches y soltura demasiada. A pesar de tantas canciones, la voluntad de mal obrar se apoderó no de uno que otro, sino de grandes masas y de pueblos enteros, hasta el punto de que el odio público deseó saciarse con una pública calamidad y una general catástrofe. Para atajar esos asaltos repentinos, todos aquellos que estaban ligados por intereses comunes, ciñéronse de murallas e hicieron aparejo de armas con que rechazar las agresiones hostiles. Pero esto era para determinadas ocasiones excepcionales. En cambio, el imperativo cotidiano era contraer relaciones y alternar los hombres en perpetua sociedad, indisoluble, cuyo vínculo más estrecho y firme es la palabra. La palabra revela el alma oculta y arrebujada en tantos velos corporales. Fueron naciendo y fijándose una tras otra las voces y luego las frases y modismos, para que fuesen aptos para el uso común, esto es, fijada su significación por el consentimiento público, que es como el sello y el cuño de la moneda corriente. Es de suma conveniencia que sea común el lenguaje, que viene a ser el lazo de unión de la sociedad humana, pues si determinadas personas tuvieran modos de hablar peculiares y usaran expresiones peregrinas, van a entenderse muy poco; cosa ésta la más aborrecible en aquellos que tienen mucho trato y mantienen entre sí grandes relaciones sociales.

Empero en la sociedad humana, de quien es propio usar de moderación y razón, fué razonable que cada cual no tomare las cosas ni bruscamente, ni violentamente, ni con golpes de mano, como las fieras montesinas, sino con reserva y moderación, según el juicio, bien formado y educado, lo persuadiese. De ahí debió de nacer la prudencia, que vino a ser como el timón y gobierno de la nave y cuya aplicación es muy frecuente en todo el discurso de la vida, en el mantenimiento, en el vestido, en la vivienda, de cada cual para consigo mismo, para con la esposa, para con los hijos, para con la servidumbre, para con

los ciudadanos, con los cuales se está en pie de igualdad; en la persona privada, para con el magistrado y el príncipe; para los ciudadanos inferiores, si fuere él el magistrado o el príncipe. Aquí estriba toda la razón de la vida pública y privada y no hay edad alguna que de ella deba o pueda carecer, puesto que se ha de vivir a estilo humano.

Todo esto anda incluído bajo cierto género de prudencia, y de ahí nacen aquellas disciplinas que por los griegos son llamadas *éticas*, *económicas* y *políticas*. Estas son aquellas que necesariamente había de descubrir y organizar el ingenio humano y toda la naturaleza del hombre, acuciada por determinados estímulos que en ella depositó el soberano Hacedor de todo. Sin ellas, el hombre o no viviría de manera alguna o arrastraría no una vida humana, sino salvajina y agreste.

Gananciado todo esto y reducido a norma, como era razón, la mente humana pasó de las necesidades a las comodidades, de suerte que gracias a ese descubrimiento, tuvo no sólo posibilidades y elementos con que defenderse de tanta y tan persistente violencia, sino también deleites sabrosos con que contentarse después de rechazada la necesidad. Mientras el hombre, en su totalidad, andaba agobiado de tantas violencias y acosado de tamaños temores, todo se le había tornado fiero y hostil y no tenía más obsesión que la de liberarse del impío cerco; pero cuando todo se le mostró apaciguado y amigable, enseñoreáronse de su cuerpo el placer y de su ánimo la soberbia, quienes recabaron y exigieron imperativamente la más grande porción del gobierno del hombre. Hízose esclavo del deleite con el más ruin y complaciente servilismo y excogitó en obsequio suyo las más exquisitas invenciones. Hízose esclavo de la soberbia y realizó muchos hallazgos para un vano decoro y para granjear la opinión excelente. Y entonces, todo lo que fuera buscado para contrarrestar la necesidad y que traía alguna comodidad aneja, o se invirtió totalmente en el placer o se subordinó a la cruda tiranía de la soberbia, para contentamiento del cuerpo o para agrado de los espectadores de aquella grandeza teatral.

Quedó satisfecha la necesidad con pocos recursos y todos al alcance de la mano. La comodidad tuvo mayores pretensiones. El placer y la soberbia, mano a mano, ya no conocieron tasa ni fin. El ánimo, libre y suelto de la preocupación que le había creado la necesidad actual y apremiante, empezó a respirar y a contemplar con holgada ociosidad ese como teatro del mundo donde Dios le pusiera y a escrutar pieza por pieza todo cuanto había en los elementos, tierra, agua, astros, animales, plantas, metales, rocas y aun todo cuanto había en las reconditeces del propio espíritu. Empujóle la curiosidad y cuando le parecía haber hecho alguna descubierta, sentía un gran gozo, como el que engendra la consecución de una victoria. Ese placer iba en aumento, cuando unas revelaciones seguían a las otras en dócil continuidad, como de haber cogido el cabo de un ovillo, cuando, con harta frecuencia, tenían el hilo de una madeja muy diferente de la que pensaban. Producíales asimismo un gusto no pequeño el hacer ostensión de sus hallazgos, como de hijos que hubieran engendrado, y el comunicarlos a los otros. También la admiración causada en los otros ocasionábales contentamiento grande. Este

contentamiento les hizo volver los ojos a sí mismos y engendró en ellos un subido concepto de su valía, y con esta opinión halagüeña de sí mismos nació la soberbia, que es su hija obligada. Y no se detuvieron aquí, sino que para provocar mayor admiración, aumentaron su importuno amor del alarde, hasta el punto que muchos abandonaron todos los deberes de la vida para entregarse por completo a ese escrutinio con servidumbre como de esclavos. Si alguno les contradecía, riñas, facciones y sectas. A otros les impelió la curiosidad de conocer lo que nadie antes que ellos había conocido, verbigracia, lo que estaba por venir, o soterrado en grandes tinieblas y escondrijos. Y los hubo también quienes por codicia de dinero, o por avidez de gozar los placeres que deseaban, tuvieron la impávida osadía de que les enseñase el demonio (abominable doctrina), lo que no pudieron aprender de un mortal.

CAPITULO II

IMPORTANCIA QUE PARA LAS RESTANTES ARTES TIENE LA RELIGIÓN Y VENTAJAS QUE LES PUEDE REPORTAR. QUIÉNES FUERON TENIDOS POR INVENTORES DE LAS ARTES; QUÉ CONOCIMIENTOS NO MERECEN EL NOMBRE DE ARTE Y NI SIQUIERA DE CONOCIMIENTO

Ya andaba suelta y desbocada, dejando detrás de sí muy grande espacio esa desenfrenada pasión del saber, cuando a pesar de todo, en medio del hervor de la carrera, algunos ingenios sobrepujantes atajaron aquel ímpetu precipitado y ciego, con el fin de que, por un momento, reflexionase cuál iba a ser la meta de un correr tan desalado y tan ansioso y cuál el premio de un trabajo tan continuo. Cuestión es ésta, más que cualquiera otra, digna de que en ella pare mientes el desalumbrado linaje humano. Y con efecto, ¿qué provecho acarrea ese afán que no hace más que engendrar afanes; si el cumplimiento de un deseo es estímulo del que le sigue; si es continua nuestra agitación, sin término ni reposo? ¿Qué miseria más grande que la de que ese animal por excelencia no busque ni desee más que lo que está subordinado a los sentidos, que no pueden tener realización en la vida, que no producen ni descanso ni deleite, que no reportan gozo puro, sólido, duradero? Hermosísima y trascendental cuestión, como decía, y mucho más digna y congruente con nuestro modo de ser, que no aquellas otras del *modo o de la materia del firmamento o de las propiedades de las plantas o de las piedras*. Pero, con todo, espinosa de explicar y que con su pavorosa dificultad torturó los ingenios más que no los ilustró, porque la mente humana a la luz de su candil apagadizo no podía alcanzar la noticia de su último fin, si ya no es este fin último el que alumbra, como acontece a aquellos que entran en estancias oscuras. Por eso tuvimos necesidad de Dios, que no solamente nos enseñase el camino para llegar a él, sino que como por la mano guiase al flaco y expuesto a una caída repentina.

Esta es la religión que recibimos de Dios, rayo de la fuente de toda luz, fuerza de quien todo lo puede. Ella sola nos devuelve al origen de donde salimos y adonde nos encaminamos. No existe otra perfección humana, puesto que, en fin de cuentas, la perfección consiste en que cada cual alcance el fin para que fué creado. El hombre no fué crea-

do para la comida ni para el vestido, ni para la vivienda, ni para el conocimiento arduo, recóndito y molesto, o mejor, para el afán de conocer, sino para la participación de la eternidad y de su divina naturaleza. Siendo, pues, el perfeccionamiento de cada cosa la consecución del fin para que fué creada, sola la religión es el único medio para perfeccionar el hombre. Esto hace que sea lo único necesario. Sin ninguna de las otras cosas puede el hombre conseguir su perfeccionamiento y llegar a su cabal consumación; pero sin ella no puede. Puede carecer del cotidiano mantenimiento, pero no puede carecer de religión si no quiere vivir en la mayor miseria. Esto es aquello que dijo el Divino Maestro a Marta, que andaba sobrado solícita no de excusables y ociosas superfluidades, sino del pan nuestro de cada día, aconsejándole que no se turbase por tantos cuidados, puesto que sólo uno era necesario, y era, precisamente, el que María había elegido; el de estar sentada a los pies del Señor y escuchar las palabras que caían de su boca.

Por esta razón es que todas las otras artes y disciplinas, exceptuada la religión, son juegos de niños. Así como el espíritu humano inventó y ejercita aquellos pasatiempos que llamamos juegos de dados, de ajedrez, de naipes, de balón, bien cuando aquel su vigor ígneo se esfuerza por estar atento a otra cosa, pero no sabe o no tiene cosa mejor que hacer, o porque atolló en la desidia y en la pereza o no soporta el trabajo que supone el cultivo de las buenas letras o por aflojar en la tensión que producen los negocios más graves, con el fin de que vigorizado y restablecido por aquel aflojamiento torne a la usada y grave labranza y a sus habituales ocupaciones serias; así también el espíritu humano se ejercitó en las artes y en otras varias investigaciones, en parte por ignorancia de la religión, y en parte porque, apesadumbrado por el peso del cuerpo, no puede subir a ella o de pura pereza no hace esfuerzo alguno para tomar el camino de la altura. Y así como entre nosotros el que no sabe jugar, siempre que sepa la práctica de la vida y no estuviere ayuno de prudencia, no por ello es vituperado; muy al revés, el vituperado y el zaherido es quien, conociendo las leyes del juego, desconoce la prudencia; así también quien no posee arte alguna, pero tiene conocida la ciencia de la virtud a cuya norma formó y ajustó su espíritu, está tan lejos de ser baldonado, que se le realza con loores encarecidos; y al contrario, aquel es digno de ignominia y deshonor que, ducho e instruído en artes humanas, anda vacío de virtud. Esto es lo que en muchas de sus conversaciones y pláticas demostró Sócrates, filósofo gentil, a quien siguieron otros gentiles. Por esto se dice que los hijos de Lamec, que fueron los primeros espurios, descubrieron las disciplinas profanas y las consignaron en obras y monumentos literarios como hijos que eran de este siglo, quienes, como está dicho en el Sagrado Evangelio, son más prudentes en su generación que los hijos de la luz. Todo nuestro conocimiento viene a ser una cierta inspección, que o bien se detiene en la contemplación de cada objeto, como al paso que el ojo mira la variedad de colores el ánimo atiende a la memoria de lo pasado, o dirige sus miradas escrutadoras a algún fin, respecto del cual si recoge algunas normas universales llámase *arte*, de cuyo des-

cubrimiento ésta fué casi la razón única.

En los comienzos, tomábase nota puntual de todas las experiencias provocadas por la maravilla de la novedad para su aplicación a la vida práctica; de algunos experimentos aislados colegía la mente la universalidad, la cual, ayudada y corroborada por muchos más experimentos sucesivos, teníase entonces por cierta y averiguada. Entonces esta adquisición consignábase para la posteridad. Otros se cuidaban de añadir circunstancias pertinentes a la misma práctica y a la misma finalidad. De todas estas contribuciones recogidas por hombres de poderoso ingenio hiciéronse las disciplinas o artes, pues tendré que usar de ese vocablo general. Todo lo que ahora está en las artes, estuvo antes en la Naturaleza, no de otra manera que las perlas en la concha o las piedras preciosas en la mina. Lo que pasaba sin advertirlo los ojos miopes de muchos fué señalado por los ojos linces. Llamáronse inventores, no como si ellos hubieran creado una cosa no existente, sino porque la habían descubierto estando escondida. Así que aquellos primeros observadores de experiencias, o que alentaron la generosa esperanza de que algo nuevo podía descubrirse en cada una de las artes, son sus primeros inventores. Mucho contribuyó, ha dicho Séneca, a la invención todo aquel que confió que algo podría hallarse. A todos aquellos que de los experimentos coligieron conclusiones, también los honramos con la dignidad de este nombre, como Hipócrates, que, según nos cuenta Marco Varrón, reunió las fórmulas medicinales escritas en el templo de Esculapio, de donde él sacó su recetario y como un primer bosquejo del arte de la medicina. Otrosí, aquellos que reúnen lo disperso y aclaran lo confuso y dilucidan lo embrollado y traen a la lobreguez luces y claridades, también se engalanaron con los honores de la invención, como Aristóteles en la Dialéctica. *La experiencia*—como cantó Manilio—, *a través de varios intentos, creó el arte.*

Por lo demás, las experiencias son temerarias y de resultados inciertos si no las gobierna la razón, que debe aplicarse a ellas como el timón o el gobernalle de la nave, pues no siendo así flotarían a la deriva y toda arte sería hija del azar, no una cosa cierta. Este inconveniente es de ver en aquellos que no tienen más guía que las experiencias, de cuya naturaleza y carácter el criterio no juzga, contrastando la cosa, el lugar, el tiempo y las circunstancias restantes. Es de mucha conveniencia que se haga aquello que Platón dice en su *Gorgias: Porque la experiencia alumbre al arte, el arte debe regir la experiencia.* Y así como está latente en la tierra una determinada fuerza para producir hierbas de todo género, así también en nuestra alma un poder misterioso depositó unas como semillas de todas las artes y disciplinas, y junto a esos elementos primordiales una simplicísima y espontánea inclinación que le lleva a ellas, como a lo evidente va la buena voluntad, y a las verdades manifiestas va la agudeza del entendimiento; como los ojos van a la verdura sedante y el oído va al canto sabroso. A esa inclinación nativa acaso Aristóteles la llamó *poder;* Platón la denominó *semillas;* yo en este punto no tengo nada que decir. Otros, con una voz griega, llamáronla *prolepsis,* como quien dice *anticipaciones* y *advertencias* im-

presas por la Naturaleza en nuestros espíritus. Esta es la causa por que un niño dé su inmediato consentimiento a una verdad de la que antes no tuvo idea, no con otro instinto que el del cordero que huye del lobo, que no había visto nunca. Esas semillas ahógalas y extínguelas la inercia y la pereza; y, al revés, las fomenta, y de ellas saca mediante la práctica, tallo y espiga el ejercicio, y el criterio las monda y las sazona; bien así como ocurre en la Naturaleza, que muchos productos del campo, la mano y el cuidado del hombre los mejoran. Por esto es que si el juicio es nulo o se engaña a todas luces, esas semillas o anticipaciones degeneran en fraudes y mentiras, no con mucha desemejanza de la masa, que toda se agría por vicio de la levadura. Ni merecen el nombre de artes ni siquiera de simples conocimientos determinadas imposturas, como son los embustes diabólicos y las hechicerías. No es el juicio quien regula sus dogmas, sino la pasión, como pasa con la *piromancía*, la *nigromancía*, la *quiromancía*, cuyas interpretaciones son puramente caprichosas en los egipcios, distintas de los caldeos, en los griegos y en los árabes, ciertamente no más que si se dice ser inspección la de aquel que dice ver en el agua un palo roto, que está entero o que en el iris hay muchos colores, siendo así que no hay ninguno.

Yo, en definitiva, llamo conocimiento a aquel que recibimos a través de los sentidos sanos bien impresionados y en un medio apto. También llamo así a aquel término adonde nos conduce una razón evidente y tan íntimamente unida con nuestra manera de ser, que no haya nadie que no la admita o, simplemente verosímil, formada por nuestras experiencias personales o ajenas y confirmada por el juicio, movido por la probabilidad de las conjeturas. Aquel primer conocimiento merece el nombre de ciencia firme e indubitada, y el segundo, constituye una cierta persuasión u opinión. Pero no es arte cualquier conocimiento, sino sólo aquel que sea regla de algún efecto, puesto que las cosas que acontecen a tontas y a locas o, por casualidad, no son obras de arte, como cuando un pintor en un momento de enojo echa una esponja contra el lienzo, lo que del golpe resulta es, como se dice, espuma de caballo. El arte es una facultad con una finalidad cierta y determinada, pues todo arte lo primero que se propone es un fin adonde se dirige, adonde apunta como la saeta al blanco; actúa además en una materia, de la cual proviene el fin. Versar en aquella materia no es sino dar preceptos que conduzcan, hasta donde sea posible, al fin del arte a aquel que lo practica.

CAPITULO III

NÚMERO Y VARIEDAD DE LAS ARTES; DE DÓNDE ÉSTA SE TOMA; ESTÚDIANSE LAS SINGULARIDADES QUE TOCAN A LAS ARTES Y A LOS QUE LAS ENSEÑAN

El fin en las artes, como en cualquiera obra, es el primero en la intención y en la ejecución es el último. Pero no pasa así en la invención de cualquiera arte. Artes hay en las cuales la materia búscase por el fin, como en la agricultura, donde todo se refiere al mantenimiento de la vida. En otras artes, la materia deséase con vistas al fin, como en la contemplación de la Naturaleza, como cuando esta fábrica hermosísima arrebata la admiración

de los que en ella pusieron sus ojos y la vista de tan bellas cosas, y la comprensión de maravilla tan grande deseáronse para aquello que la materia atrajo y sedujo a los hombres. En otro orden de cosas, al arte surgió casualmente, como cuando la obra de aquel arte existe fuera del destino que se propuso el artista, como en muchas pinturas, en los embutidos de las mesas y en estos últimos tiempos en la bombarda. En unas, el fin del conocimiento es el conocimiento mismo, y esas artes llámanse *inspectivas*, como la contemplación de la Naturaleza o de las mazas, que constituye la Geometría. En otras, es la acción como en la música, que tras la acción, y después que pasó, ya nada queda, y esas artes llámanse *activas*. En otras, es alguna obra o resultado después de la acción, como las artes de la edificación, de la medicina, que reciben el nombre de *efectivas*. Y, finalmente, hay algunas que son instrumentos de las otras, como la *Gramática* y la *Dialéctica*, a quien los griegos, por esta causa, llaman *órganos*.

Las que no se reducen y disciplinan en reglas y preceptos, de ninguna manera son artes, sino, por darles un nombre general, *conocimientos*, verbigracia: los conocimientos históricos, la consideración de la Divinidad. Por todas estas razones, definamos nosotros el arte: *La suma de todos los preceptos generales proporcionados para conocer, obrar o actuar en una determinada amplitud del fin*. Aun cuando en el arte con alguna frecuencia dejáronse de lado algunas cosas, objetos de escasa observación general, como en la contemplación de la Naturaleza; y por esto interinamente pondré yo el arte por lo más general, a saber: la observación y aun a veces determinado conocimiento, en lo cual no había ningún peligro; pero tuvimos que ser advertidos.

La materia de las artes no es de una sola clase. Las hay para las cuales es una y simple, como en la *Teología*, Dios. En otras es una, pero resultante de varias, como en la *Estatuaria*, en que entra todo aquello de que puede hacerse una estatua: metal, mármol, barro, arcilla. Alguna materia es absolutamente natural, como en la *agricultura*; alguna es absolutamente artificial, como las artes *económicas* y *políticas*. Hay alguna materia natural, pero aliñada por nosotros para el uso, como la pintura, como la escultura, como el discurso hablado. El ejercicio del arte no es más que la puesta en práctica de sus preceptos; pero la ejecución es cosa del artista y más son instrumentos suyos que del arte. El fin del artista es la movilización de los preceptos. El fin del arte es siempre la superlativa excelencia de la obra, es, a saber: lo que resultaría de la acción si no hubiera estorbo que lo impidiera; el fin de la medicina es la salud; el fin del médico es la aplicación de los fármacos, según las enseñanzas del arte; así que lo que para el arte es medio, es, a saber: los preceptos, para el artífice es fin. Por esta causa, ni uno ni otro pueden jamás ser defraudados de su fin respectivo.

El arte no mira todas las cosas una por una, sino todas en común, las cuales están trabadas entre sí por la razón sobre lo cual preceptúa, pues el elemento que obra, es decir, el artista, actúa sobre cosas singulares; el arte nada obra, sino que sólo enseña. Por esto, la medicina no se preocupa de la salud de Fulano o Mengano, sino que atiende a la salud en general, que es necesa-

rio conseguir según sus preceptos y su propia institución. Al que profesa la medicina es aquel a quien toca aplicar a cada uno de los casos clínicos los preceptos curativos como sacándolos de la fuente. Por esto, si las enseñanzas del arte, cuando no hay obstáculo exterior, no pueden reparar la salud, el arte no ha conseguido su total perfeccionamiento; y si, al contrario, produce necesariamente la salud, entonces consiguió su total desarrollo y su plenitud absoluta; pone la mira en algún fin determinado y concreto, que no deja nunca de conseguir cuando tiende a él por el camino más derecho. Así que nosotros no hablamos del arte que anda entre los hombres, sino de aquel cuya perfección está en la posibilidad de la Naturaleza y en el ingenio de los hombres. Aquello que nosotros con nuestro embotamiento y pesadez descubrimos, alcanzamos, ejercitamos, hartas veces no es arte, sino simulacro de arte o alguna porción de arte muy flaca. Y piénsese que lo mismo digo del artífice que se duele del fracaso en una u otra obra, pero sin culpa del arte, que ni debe ni puede poner estorbos a la realización y aun sin culpa de aquel que tiene a su cargo la ejecución y aplicación de las reglas, y de ellas hace su objeto y su profesión, como es propio de la retórica el persuadir y es propio del retórico producirse con la elocuencia requerida para la persuasión. Por lo cual, así como las aspiraciones y los caminos todos es el fin quien los separa y pone en ellos diferencia, así también en todas las artes lo que pone distinción es el fin, no la materia, pues artes bien diversas pueden utilizar idéntica materia, verbigracia: hierro, el herrero y el que acuña moneda; madera, el carpintero, el ebanista, el escultor... Los artífices distínguense entre sí por su trabajo manual, por la materia que emplean y por las herramientas que utilizan.

Allende del fin del arte y del artista, hay el fin del hombre. Mas el fin de todo bien está como arrebujado en un velo, pues el fin es deseado como último término y no puede ser objeto de deseo sino aquello que se concibe como un bien. Los hombres tienen por bien lo que les aprovecha y por mal lo que les daña. Entienden los hombres que se los ayuda en el cuerpo y en el alma. Y a propósito de esta dualidad, muchas cosas exteriores son puestas en el número de los provechos. De ahí resultó que siendo diferentes los juicios humanos y de estos juicios naciendo varios apetitos, cada cual se propuso en el arte fines diferentes. Para los unos prevaleció la pasión del dinero y a esa pasión lo subordinaron todo. Otros prefieren el renombre y la gloria; otros, la dignidad; otros, el poder. Los hay quienes tradujeron el arte a ciertas comodidades físicas; otros, a sus placeres y regalos. Otros andan a caza de la prudencia y la experiencia. Otros desean la práctica y el aumento de la religión; algunos de éstos quieren singularidades; otros, particularidades, y otros quieren muchas otras cosas más. Los hay que quieren agenciarse todo esto y otros que quieren conservar lo que se agenciaron; los unos lo quieren para ellos solos; los otros lo quieren para aquellos para quienes sienten aprecio especial, como los hijos. Zenobia estudió griego para enseñar a sus hijos. Es fama que Aristóteles se dedicó al arte médica para asistir a sus amigos. De esta manera, unos trabajan por el bien público; muchos, para la pos-

teridad, a quien tienen en lugar de hija única. La evitación del mal tiénese por bien, pues esquivar el mal considérase como cosa tan útil como alcanzar el bien. Y así como son muchos los que se afanan por ser útiles a aquellos a quienes tienen afecto, así también son no pocos los que se proponen perjudicar a aquellos a quienes desestiman en aquellas cosas a las cuales se impuso el nombre de bienes.

También creo que nosotros debemos parar mientes en estotro punto, a saber: de quiénes y cómo aprendemos y cuál sea el resultado de estas enseñanzas, Dios enseña y enseñan aquellos a quienes Dios envió, los profetas en el Viejo Testamento, los apóstoles en el Nuevo, y después de éstos, los santos, y más tarde, en las escuelas, aquellos a quienes se impuso este oficio. También en circunstancias excepcionales enseñan los ángeles; enseñan asimismo los herejes, y los hombres malos enseñan; enseñan los demonios, los padres, las madres, los ancianos, los jóvenes, los niños, las mujeres, los hombres ilustrados, los analfabetos. También nos enseñan los animales irracionales, como el ibis egipcio nos enseñó la ayuda, el hipopótamo la sangría, el arte de la construcción las golondrinas y otras bestias el uso de las hierbas medicinales. Afuera de esto, los hay que de tal manera aprenden que no reservan ni un momento siquiera para interesarse por la ciudad, sus amigos, sus parientes, su familia, sus padres, sus hijos, tanta es la intensidad con que se dedican al estudio; otros, en el ardor de su aplicación, se olvidan del tiempo que exige la Naturaleza, hasta el punto que peligra su salud física y mental. Y no faltan quienes no dejan—y en ello pecan gravemente—resquicio alguno para la piedad, o si acaso bastante menos del que es menester, siendo así que de todas sus otras obligaciones son cumplidores puntuales. Los hay quienes administran todos los negocios con suma prudencia, y que a cada cosa le dan su tiempo. Y, a pesar de todos los pesares, los hay tan desidiosos que parecen no tener otro quehacer sino el de no hacer nada y todo lo despachan en horas hurtadas y con negligencia. Llamo yo resultado o fruto de la disciplina aquel que ésta ejerce en su discípulo o su discípulo en otro mediante ella, a saber: que moralmente se torne mejor o peor, más precavido, más necio, físicamente más robusto, más flaco, más hermoso, más deforme o, en una palabra, que le procura a él o a los otros alguno de aquellos tres géneros de ventajas o desventajas que hemos dicho.

CAPITULO IV

COMO DIOS SEA AQUEL A QUIEN, COMO AL ÚLTIMO Y SUPREMO DE LOS BIENES, DEBEMOS REFERIR TODAS NUESTRAS COSAS, Y AUN NOSOTROS MISMOS, DEDIQUEMOS NUESTRO AFÁN A AQUELLAS ARTES QUE FOMENTEN NUESTRO AMOR PARA CON ÉL Y RECHACEMOS EN ABSOLUTO AQUELLAS QUE LO AMORTIGUAN O LO EXTINGUEN

Ahora tócanos demostrar qué artes y hasta qué punto son dañosas al hombre; y al revés, cuáles le son útiles. El hombre, como cualquier otra criatura, debe ser juzgado por el fin, pues fracasado está y es sumamente digno de conmiseración si no consigue su fin; y es el más perfecto y por ende el más feliz, si lo consigue. ¿Y qué otro fin podemos señalar al hombre, sino el mis-

mo Dios, o en qué otro lugar puede el hombre reposar con mayor bienaventuranza como absorbido por El y trocado por El? No tenemos más camino para volver a El, que la misma vereda por donde de El salimos. El amor fué la causa por la cual nos creó. Para comunicarnos aquella su tan grande felicidad nos creó, que es la más robusta y cierta manifestación de amor que darse pueda. Por el amor nos separamos de El, por el amor de nosotros mismos; el amor nos llamó de nuevo y nos levantó a la vida, es decir, el amor de Cristo para con nosotros. Por el amor debemos volver a nuestro origen—que es al mismo tiempo nuestro fin—, a saber: por nuestra caridad para con Dios, pues no hay fundente más activo y eficaz que el amor que pueda de muchas cosas hacer una sola. Pero es fuerza que el amor vaya precedido del conocimiento. Antes que nosotros naciéramos, Dios ya nos amaba, porque ya nos conocía, pues para El ya estábamos engendrados. Nosotros, una vez nacidos, luego de haber alcanzado la fuerza y el uso del conocimiento, amamos. La fe nos manifestará lo que debemos amar, luego de habernos iniciado en los primeros y elementales rudimentos de la religión acerca de Dios, Padre y Hacedor de todo, y de Jesucristo, su único Hijo, quien, para la redención de nuestra carne de pecado, vistióse de nuestra misma carne, pero sin pecado. A continuación, cómo con mayor amplitud y desarrollo todo esto debe ser conocido y amado, no nos lo declara invención alguna humana, sino los oráculos divinos que abastanza quedan esclarecidos con la ilustración del Espíritu Santo en las Sagradas Letras. Estas Letras contienen la cabal inteligencia del culto divino, que tiene el nombre de religión, aun cuando su eficacia consista más en la acción que en el conocimiento teórico.

Aquellos primeros rudimentos nó son tan simples que no basten para la actuación. Es de imprescindible necesidad que nadie los ignore. Con todo, la perfección religiosa es propia de aquellos que más huyen del suelo mediante la caridad, la cual, como es ígnea, a la manera del fuego levanta y arrebata a quienes posee. Esto que dije es doctrina de aquel a quien fué confiada la grey cristiana, que de la boca del Señor oyó estas palabras: *¿Amasme más que éstos?* A éste le conviene ser *poderoso en la doctrina sana y resistir a quienes lo contradigan,* como el apóstol San Pablo nos amonesta. Esta comprensión del divino culto se sostiene ella misma por sus propias fuerzas y no necesita de ningún extraño adminículo; al contrario, en ella sola están encerrados todos los tesoros de ciencia y de sabiduría y todo cuanto enseñaron las otras gentes acerca de las cosas más diversas. Estos reconocimientos no son sino balbuceos pueriles y meras ignorancias, comparados con aquella santa y admirable sabiduría. Esta sabiduría conviene que sea el canon y norma de todas las otras disciplinas, como Dios lo es de los espíritus y el hombre lo es de los animales, hasta el punto que estas disciplinas se juzguen y valoren por la congruencia o incongruencia que con ella tienen por su materia, su fin o nuestro fin sus maestros, el método con que se aprenden y el resultado que se obtiene. Para la religión no hay materia contraria ni conocimiento que esté en pugna con ella. Llamo contrario a lo que está en guerra con la fe y la caridad, porque, o arranca

de cuajo y raíz estas virtudes o, por lo menos, las amengua y hostiliza, dando entrada en el alma a los crímenes y maldades. La materia tómase de las cosas, todas las cuales fueron creadas por el buen Dios y, por lo mismo, buenas. Ni tampoco la religión contraría bien alguno, pues ella es el bien primero y principal y no hay cosa que le pueda ser enemiga, cuyo autor sea aquel mismo cuyo culto y devoción profesa y manifiesta su voluntad. Con cuanta mayor profundidad y exactitud se conocen los seres de la creación, con tanta mayor franquía abren la entrada del conocimiento de la Divinidad, quiero decir, conocen por sus efectos la causa soberana, que es la manera de conocer más acomodada al alcance de nuestra inteligencia.

Por este derrotero escribe el judío Filón que Abrahán llegó al conocimiento de Dios, pues de los cielos y los elementos de sus movimientos sempiternos, de su orden invariable, de la sucesión preestablecida de los años y de los tiempos, consiguió barruntar la existencia de una sabiduría que gobernaba este concierto tan constante y tan fijo. Y ya puestos los pies en este camino, la buscó y la reverenció, menospreciando y abominando las insanas creencias en unos dioses que él mismo se había fraguado según su cabeza, para adorar la obra de la cual era autor. San Basilio Magno refiere que Moisés, en el conocimiento que tuvo de las violencias esotéricas de los egipcios, ejercitó su ingenio con tal intensidad que llegó al conocimiento del Ente. Por esta razón, canta el Citaredo coronado que los cielos cuentan la gloria de Dios y que el firmamento anuncia que es obra de sus dedos. Y San Pablo asienta que las cosas invisibles de Dios entiéndense a través de las cosas visibles. Dejo a un lado lo que Juan Pico de la Mirandola escribe sobre la magia. Llega a decir que esta ciencia es útil porque hace resaltar a todas luces que los milagros del Salvador exceden la fuerza y las posibilidades de la Naturaleza. Yo pienso que es más enconada la ojeriza contra la religión de la ignorancia jactanciosa que del saber humilde. Eso vemos que sucede cada día y en todas partes: donde impera la ignorancia, no florece ni tiene robustez y vigencia la religión verdadera y sincera. Yo dije conocimiento verdadero al que en realidad lo es o es limítrofe y confina con la verdad, hasta donde sea posible, pues las conjeturas necias o falsas, puestas como fundamento del conocimiento, pueden inferir daño a la religión. De esta laya son las opiniones de Epicuro acerca de que el placer sea el sumo bien del hombre, como también las afirmaciones que el mismo Epicuro y otros asentaron con tanta impiedad como demencia acerca de nuestra alma y de los dioses. A esto añádense las imposturas de los demonios, que poco más arriba amputé del número de los conocimientos. Perjudica a la religión el blanco del conocimiento, como es fácil de comprobar en las artes inventadas para el daño de los hombres. De este linaje son los bebedizos, las hechicerías y aquella parte de la ciencia militar, orientada a hacer violencia y causar la ruina de los hombres y toda la fabricación de máquinas guerreras y las restantes artes malas y maléficas. Ya nuestras fronteras son maléficas cuando nos apartamos de ellas con la intención de hacer mal.

Mengua y deja maltrecha la virtud lo que buscamos para nuestra

propia ostentación, y a ese género pueden reducirse todas las artes y con fuerza indeclinable las sofísticas, que no pueden referirse sino a vana jactancia y codicia de renombre. La curiosa afición que se pone en la investigación, puesto que en adelante no puede tener aplicación práctica a la vida, nada tiene que ver con la piedad. San Pablo, el doctor de las gentes, no nos tolera que nos dejemos seducir por la curiosa y oculta filosofía. Y en los *Hechos de los Apóstoles*, los que se habían entregado a las artes, no malas por cierto, ni impías, sino curiosas simplemente, persuadidos por la enérgica doctrina del Apóstol, quemaron en una hoguera pública sus libros, cuyo precio se elevaba a una suma no desdeñable. De este género son la prestidigitación, la alquimia, el metalificio, las adivinaciones y otras falaces supercherías. ¡Cuántos nauseabundos placeres sensuales no conciertan y qué herida tan grande no infligen a la religión! Todo el brío, todo el nervio de la mente quedan ahogados en el cuerpo y lo arrastran al embrutecimiento hasta un punto que, al principio, con dificultad, pueden remontar sus pensamientos a Dios y más tarde ni siquiera los soporta.

Harto peligro entraña el aprender de aquel cuyas palabras y cuya conducta nos deja peores que no nos tomó, y tanto más cuanto el aviciamiento de nuestra naturaleza nos reconcilia con la autoridad de la doctrina. Impiedad flagrante es aprender cosa del demonio, con el cual Dios, en redondo, no quiere que tengamos comunicación alguna, puesto que su astucia y sus tretas, que son sin número y de muchas maneras, todas van encaminadas a engañarnos y a divorciarnos del Soberano Bien, para el cual fuimos creados. De este linaje son las artes cuyo inventor y maestro es el diablo, y que tienen una suerte de pacto con él, paladino o solapado, que no va a faltar a quienes las practican, como en los sortilegios, vaticinios, con los cuales fácilmente engañan a los hombres cuyo ingenio tiene gran avidez y pasión para meterse en lo abstracto y en lo venidero.

Así en el método de enseñanzas como en el de practicar, enérgicamente debe reprobar aquello de abandonar la religión por aprender artes humanas, o totalmente o en gran parte, y que a su práctica solamente debe consagrarse tanto como es estrictamente necesario para terminar esa jornada terrena hacia la consecución de la inmortalidad bienaventurada. Cuando se deserta de los deberes necesarios impuestos por la vida, pública o privadamente, si caemos en enfermedad o previéremos su inminencia, en ese trance no solamente hemos de dar de lado todos los ejercicios literarios, sino también las inexcusables funciones domésticas y políticas. Allende de todo esto, no se debe descuidar el resultado, porque es sabido que en muchos casos las artes y la erudición suelen malograr la piedad y hacerla de peor condición, como la investigación de las fuerzas de la Naturaleza, de las cosas recónditas o que se ocultan en lugares oscuros o se arrebujan en el enigma del porvenir que Nuestro Señor Jesucristo se reservó tan exclusivamente para Sí, que ni siquiera se dignó dar alguna participación a los Apóstoles, prohibiéndoles la averiguación de los tiempos y de los percances que el Padre puso en su propio poder. Estos estudios acostumbraron hacer pasar de la confianza en Dios a la confianza en la criatura. Los hay

que por lo común aumentan los vicios y quitan mucho a las virtudes, como los libros polémicos, contenciosos y batalladores, donde el ingenio se arma contra la verdad y por un impío deseo de alabanza prefiere que la verdad quede ofuscada antes que él ceje.

A este mismo capítulo pertenecen los libros en que los vicios tienen su loa y panegírico, como son los de crueldades, guerras, avaricias, tiranías, fraudes; los que tocan temas de lascivia, como son las *fábulas milesias,* que son la cosa más insulsa y más sucia que pueda darse; de ello hay mucho en los poetas; en los cancioneros y demás libros escritos en romance, todos los cuales son juzgados según el paladar y talante de cada ingenio, pues determinados asuntos contentan a gustos determinados, como ciertos manjares complacen a ciertos paladares y estómagos. No hay conocimiento, por bueno que sea, que no lo podamos estragar, como no hay alimentación tan sana que no pueda contaminarse y volverse pestilencial. Pero aun cuando toda cultura sirva a la piedad, no hemos de considerar esto sólo, sino lo que a nosotros nos conviene, puesto que las artes y las ciencias las aprendemos no por ellas mismas, sino por nosotros. Así como todas las cosas de este mundo fueron creadas por Dios y, por tanto, todas son buenas y hermosas y no por ello todos pueden tomar todas las cosas buenas, pues ellas son buenas en sí mismas, pero no para nosotros, esto mismo hemos de establecer en todas las disciplinas y en todos los conocimientos. Y así se ha de andar muy sobre aviso acerca de cómo cada cual quede impresionado a fin de que se pueda juzgar para qué cosa cada uno es idóneo y de qué cosa debe abstenerse. Bien así como lo diría de los cuerpos el médico, después de alguna experiencia clínica, así lo dirá de las almas el varón prudente por la experiencia de su juicio, de su doctrina, llamado a tan alta misión; y que a esas importantes facultades para juzgar, añadirá alguna práctica. A ello nosotros ayudamos algún tanto con la explicación de los ingenios. Pero eso será poco más adelante.

Manifestemos ahora qué artes convienen a los cristianos, salva la custodia de la religión. Esta—como ya dijimos muchas veces y otras muchas todavía tendremos que decirlo—es la que antes que cualquier otra cosa debemos tener ante nuestros ojos y no debe separarse un punto de nuestro obsesionado pensamiento. Si a un hombre cualquiera, ya desde su primer origen, cuando la Naturaleza le modela primorosamente, o más tarde, por merced amplísima y felicísima de Dios, se le otorgara tan soberana prestancia intelectual que, elevándose a aquella sublime cumbre de la Divinidad, en ella tuviera su asiento y su reposo como en su propia, natural y deleitadísima morada y desdeñando y nauseando todas las bajezas humanas se constituyese en habitador de la lumbre inaccesible en que mora aquella Naturaleza poderosa y santa, ¿no es cierto que ese hombre envidiable, poseedor de una suerte más que humana, viviría en este su cuerpo una vida más cercana a la de los ángeles que a la de los hombres? Este hombre no precisaría arte ni conocimiento alguno, ni sería amenazado de ninguna necesidad, ni ninguna le atemorizaría porque estaría más alto que todos los trances y percances de la fortuna. A esa excelencia de vida parecen haberse acercado aquellos que en la

soledumbre y en el apartamiento y en la esquividad de parajes remotísimos llevaron una vida separada de todo humano comercio, sazonada con la dulzura del trato y de los coloquios con los ángeles; aquellos Pablos, aquellos Antonios, aquellos Hilariones, sin solicitud ni cuidado alguno de sus cuerpos, cuanto menos de las cosas externas, perpetuamente asidos y como clavados con Aquel con quien habían de vivir en inefable beatitud en eternidades sin memoria. Pero éstos fueron harto pocos, selección amorosísima de la humanidad operada por la munificente e infinita bondad de Dios, que en ellos puso sus ojos desde la soberana alteza donde mora.

Pero todos los demás a quienes no es dado aspirar a tamaña ventura, cuando apean la vista de aquella sublime cumbre, no por esto deben atollar en el fangal inerte y viscoso de la ociosidad, sumiéndose en una total inercia. Dios, allá en los albores de la creación, condenó al trabajo a los hijos de Adán. A vistas de esa condena, escribió San Pablo a la cristiandad de Tesalónica: *Si alguno no trabaja, ese tal no coma.* Salomón, con el ejemplo de la hormiga, acucia a la faena a los perezosos, y David dice ser bienaventurado aquel que come su pan, agenciado por la actividad laboriosa de sus manos. Nuestro Señor Jesucristo, en su Evangelio, no desautoriza el trabajo, sino la ansiosa y azorada diligencia. No parece bien, pues, que haya en la Iglesia quien viva ocioso y baldío. Aun aquellos santos y secretos ermitaños, cuando sufrían alguna remisión y aflojamiento en aquel su gran ardor contemplativo, ejercitábanse en faenas variadas, en parte manuales e intelectuales en parte.

¿Cuáles serán, pues, las artes y disciplinas a las que debemos consagrar nuestras preferencias? ¿Y qué otras pueden ser sino las que atañen al fin necesario para esta vida pasajera o para la otra inmortal? A saber: aquellas artes y disciplinas que cultiven la piedad o subvengan las necesidades o, al menos, las utilidades legítimas de la vida, que no distan mucho de ser necesidades. Cuando dije la piedad, me refería mentalmente no ya sólo a la nuestra personal, sino también a la ajena; y cuando hablé de necesidades, incluía también en las nuestras las de los otros. Tan grande es la brevedad del tiempo señalado a cada uno y en esa brevedad tan avara, tan rápida es la fugacidad de la vida; y aparte de esto, son tantos y variados los requisitos que necesitamos bien para nuestra formación moral, bien para el sostenimiento de nuestro cuerpo o del de los otros. que parece ser indicio manifiesto de locura recortar el más pequeño pedazo de tanta escasez para superfluidades. ¿El tiempo no basta para lo útil y nos le permitiremos para ir a caza de cosas supervacáneas y redundantes? Las necesidades físicas se socorren con alimentos, medicinas, vestidos, vivienda, instrucción; sábese cómo se granjean y se conservan y cuál sea su uso. Al ánimo se le desbasta y purifica con aquellos recursos que le dan luces para conocer, o fervor y ardimiento para ir en pos de lo que se debe amar y para esquivarse de lo que se debe huir. Para esto, hemos de admitir parte de lo que se nos enseñó y poner en práctica la parte de lo que a nosotros se nos alcanzó por invención directa y diligencia y acucia personal. Una facultad nos ha dado Dios, la mente en el alma y un instrumento que son las manos en el cuerpo; en esas dos prendas lleva-

mos gran ventaja a todos los animales restantes, pues tanto como descuella la mente entre las dotes del alma, otro tanto supera la mano del hombre a todos los otros instrumentos corporales. De lo que hacen esas manos del hombre, hablaremos en otro lugar. Tratemos ahora de los ejercicios del ingenio.

CAPITULO V

DOBLE FUERZA DE LA MENTE Y EN QUÉ ACTIVIDAD UNA Y OTRA SE EJERCITAN, Y EN QUÉ ORDEN, DE LA SOCIEDAD HUMANA: DÓNDE Y CÓMO SE ORGANIZA Y CUAJA; CÓMO SE CONSERVA Y CÓMO SE DISUELVE. CLASIFICACIÓN DE TODAS LAS ARTES

En la mente residen dos facultades principalísimas: la *fuerza intuitiva*, que se llama vista o acumen de la mente, y cierta *fuerza para juzgar y establecer criterio* de lo que la mente ha visto. La primera pertenece exclusivamente a lo que se mira; la segunda, a lo que el hombre tiene que obrar. El espíritu humano anda divagando por los cielos, por los elementos, por las piedras, por los metales, por las plantas, por las bestias, por el hombre y no simplemente, pues escudriña su propio cuerpo y su alma y todas las contingencias que le acontecen a cada momento o con intermitencias. De ahí pasa a los descubrimientos humanos, contemplación ésta que tiene horizontes y visualidades anchurosas; y de ahí, a Dios Supremo y Todopoderoso. Todos estos datos, según sus fuerzas se lo permiten, entrégalos al juicio y gracias a éste compara los unos con los otros y los coteja entre sí y consigo mismo. Esa operación ilustra acerca de lo que es provechoso y de lo que es nocivo, lo que no es ni una cosa ni otra para el cuerpo en el mantenimiento, en el vestido, en la salud, en la vivienda, para las necesidades estrictas, para las comodidades holgadas, para las exorbitancias y las opulencias; cómo han de conseguirse, cómo han de conservarse, cómo han de utilizarse. Por un procedimiento semejante, el ánimo tiene advertencia de lo que le favorece y de lo que le perjudica para el cultivo e ilustración de la mente, por lo cual, él se mejore o se empeore, y por esta misma razón, según acabo de decir, cómo debemos procurarlo, cómo conservarlo, cómo servirnos de ello. Pero siempre será cierto que hombres como somos, nacimos para la comunicación y no podemos en absoluto vivivir sin ella. Sabiamente precavió esto la Naturaleza, ora porque la arrogancia de esa hinchazón de soberbia que es el animal humano quede abollada y machacada al reconocer su indigencia menesterosa de tantas y tantas cosas, ora para conciliar la mutua bienquerencia que cuaja y se consolida por el trato y la conversación, con tanta mayor facilidad y tenacidad mayor, cuanto menos aleación contenga de arrogancia, que es la disolución de todo aglutinante de la concordia humana.

El vínculo de toda sociedad es la bondad, y su gobernador es el juicio, en quien residen la prudencia y el regimiento de toda la vida. El uso, conservado por la memoria, acrecienta la prudencia, pues de poco servirá el conocimiento y la experiencia de muchas y grandes cosas si no tuvieran sitio donde preservarse de su desvanecimiento y donde, cuando fuere preciso, estuvieren al alcance de la mano. El uso, o digamos la práctica o expe-

riencia, o bien es nuestra personal o es ajena para aviso nuestro, que se nos dejó en la ejemplaridad de los hechos pasados que constituyen la historia, y en las fábulas, en los apólogos, en las parábolas y, en una palabra, en todo recuerdo de aquello que tradicionalmente tiénese por dicho o hecho en realidad, o imaginado y fingido para instrucción de los hombres. Ese mismo objetivo tienen los proverbios, aforismos y sentencias y, en fin, todo aquello que, anotado por la advertencia y sagacidad de algunos, quedó en el pueblo como riqueza pública puesta en el erario común.

Para el ejercicio de la sociabilidad, Dios concedió al hombre la palabra. ¿Cómo sería posible la sociedad y la comunicación, envuelto y abrumado como está nuestro ánimo por un cuerpo tan espeso? ¡Cuán lánguido y torpe sería este comercio si no tuviera más expresión que la de los ojos! ¡Si con solos ademanes mudos exteriorizáramos la variedad de nuestros pensamientos! Ello no sería exteriorizar, sino agudizar la codicia de asomarnos al pensamiento ajeno, como vemos que acontece en quienes no se entienden entre sí. Hacen las veces del habla entre las personas que están separadas por la distancia de los lugares o de los tiempos, las letras. Grande subsidio de la memoria y testimonio fiel de lo que pasó.

Dos artes hay en la palabra: una de necesidad, para que sea correcta, que no tanto atiende al adorno y a la brillantez, como a la comprensión e inteligencia; la otra de comodidad o deleite, en quien reside toda elegancia, todo atavío y todo esplendor de dicción; a esto se añade acomodar el lenguaje a la materia, al lugar, a los tiempos, a las personas, lo cual nace del sentido de la oportunidad, y tiene el nombre de *Retórica*.

Pero como fuese que los ánimos desbocados y fuera de sí no raras veces abalanzábanse a la injuria y al atropello ajenos, nacieron las *leyes* y promulgóse la limitación del derecho; esto es, pusiéronse barreras a la pasión que no era cohibida, por la razón que le está tan próxima. Buscáronse, digámoslo así, ciertas herramientas o utensilios con los cuales más fácil y cómodamente anduviéramos en estos menesteres para explorar volúmenes y tamaños, o para moverlos de su lugar y ponerlos y situarlos donde fuera necesario; excogitóse un arte que hubo el nombre de *Geometría*; para la computación de la cual, ninguna época de la vida puede carecer, se introdujo la *Aritmética*. Para la búsqueda y escrutinio de la verdad que se recata y oculta tanto de nosotros, ayudóse el juicio con el hallazgo de la *probabilidad*. Para juzgar de aquellos elementos de que se valió para la conjetura, usa del instrumento dialéctico, que se llama *censura de la verdad*. Allegóse a esto aquel regalo, aflojamiento y recreación del espíritu por la armonía de los sonidos, que es la *Música*, bajo cuya denominación está incluída asimismo la *Poesía* en todas sus manifestaciones, que consiste en el concierto y el número de las palabras, aun cuando también tiene número la *oración* en prosa, pero no con una léy definida y constante, como el *Poema*. Todo esto excogitólo el ánimo por su iniciativa o industria, recibida en don de aquella obra de Dios que se llama la *Naturaleza*. Supera, y con mucho, todas las cosas aquella singularísima merced de Dios, que adondequiera se digna acercar, siendo una, hace las veces del todo. Pero nosotros, a

quienes por nuestros pecados no se digna Dios concedérnosla para cada uno de los casos, tenemos que poner mucha y muy viva y muy activa diligencia para descubrir y sacar de la mina, como quien dice, todo lo que nos convenga, al tenue reflejo de aquella lucecilla que El dejó al humano linaje. Estas son las materias y éstos son los fines de aquellos conocimientos, que no son incompatibles con la religión, sino que, muy al revés, hacen gran bien al cuerpo y muchos de ellos, al ilustrar el espíritu, rinden muy grandes servicios a la piedad. *Estas artes*, o llámelas *conocimientos* el que quisiere, pueden ser limitadas por muchas razones y maneras, demasiadas para que puedan explicarse, según a cada cual le pareció que debía fijar sus lindes y sus metas. Algunas que están separadas, pueden unirse y se pueden separar algunas que están unidas, como si uno cualquiera hiciere de la Naturaleza una sola arte y razón de conocimiento que pueden hacerse extensivas a la contemplación y estudio de los animales y las plantas, y de las plantas a las hierbas, a los arbustos y a los árboles.

Pero nosotros, si es que no nos equivocamos, para mayor comodidad de los que aprenden estas artes las vamos a clasificar de esta manera: Las atañentes al conocimiento o a la contemplación, vendrán a ser como el primer *aspecto* de la paz de la Naturaleza, que es de la incumbencia de los sentidos, como el primer golpe de vista de una pintura, no de otra manera como cuando en una tabla se exponen a los ojos ciudades, pueblos, gentes, naciones, montes, ríos. Llámese a esto *aspecto* o *contemplación*, y el que en ello es perito, llámese *espectador* o *contemplador;* de la altura se apeará el acumen de la mente y penetrará en la intimidad de la obra de la Naturaleza, que está en las entrañas de toda cosa, donde más entrada tiene el espíritu que el órgano de la visualidad, aun cuando a través de este órgano. Este es el *primer filósofo* o el *íntimo;* mas la ciencia es la *primera filosofía* o la *íntima de la Naturaleza.* El varón sabio es el escudriñador de las causas exteriores de ambos que están más dentro del radio de acción y de los restantes sentidos; esta pericia llámese *escrutinio* o *investigación*, y el que de ella está dotado, llámese *escrutador* o *investigador.* Después de esto, se encumbrará y trascenderá a aquellas cosas que se escapan de todo sentido y sólo las investiga el pensamiento. Nos hemos acostumbrado a llamarlas *cosas espirituales;* y a la disciplina que se ocupa de ellas, *espiritualidad*, y a los que profesan esta doctrina, *espirituales.* De todo esto se colige y se compone una copiosa y extensa narración que abarca, no solamente los efectos, sino también las causas, más explicándolas que inquiriéndolas, y constituye la *Historia de la Naturaleza*, y el que en ella trata es su *historiador.*

Alléguese a la experiencia la meditación; ella prescribirá que determinadas viandas deben ser admitidas en las mesas, que los griegos denominan *dietas*, que en romance suena régimen alimenticio; llamémosle nosotros *dietética* o cualquiera otra voz que nos sonría y atribuya todo cuanto le pluguiere, mientras lo sustancial subsista. Luego viene, para conservar o restablecer la salud, la *Medicina*, de una de cuyas partes Hipócrates hizo lo que se refiere a la alimentación o *esual*, y atribuye a los médicos su invención. Asaz hemos mirado por el

cuerpo; pasemos al alma y a la comunicación de los hombres entre sí.

Existen preceptos acerca de cómo cada cual debe tener compuesto y formado su ánimo. Este arte, que se refiere a la moral, llámase *Etica*, y el que la profesa se llama *moralista.* Existen preceptos que enseñan cómo debe conducirse cada uno privadamente en su casa y públicamente en su ciudad. Aquéllos son *económicos* y éstos son *políticos*, de donde las profesiones de *economistas y políticos*. Voces griegas son éstas no inauditas para oídos romanos. Por lo que toca y atañe al habla, existen reglas que se refieren al cuidado y atildamiento de la elocución y constituyen la *Gramática*. Las hay que afectan a la adaptación del congruente discurso a los asuntos, a las personas, a los lugares, a los tiempos, y que constituyen la *Retórica*. El escrutinio de las materias y del lenguaje y de los autores antiguos, su atenta lección y la anotación correspondiente hecha con toda diligencia, que es un anejo de la Gramática, llámase *Filología* y el que la ejercita se llama *filólogo*. La práctica de la vida, los ejemplos de los mayores, el conocimiento de la actualidad forman al que con vocablo griego se denomina *polihistor*, que equivale a decir *multisciente* o sabedor de muchas cosas. Llamémosle nosotros con un nombre más modesto no más que *prudente* y a la materia que le tiene ocupado, *prudencia*. Síguense las artes que son instrumentos de las otras, la *Geometría*, la *Aritmética* y los peritos en ellas son los *geómetras* y los *aritméticos*; *inventor* se llama el que estudia la invención de la probabilidad, y *censor* el que estudia la crítica de lo inventado; el *músico* trata de música, y de poesía trata el poeta. En los asuntos sagrados y divinos, o consideramos, con las fatales limitaciones impuestas a un mortal, aquella Naturaleza o Esencia santa, o el medio y el camino que nos conduce a Ella, conviene, a saber: sus mandamientos. El hombre que se ocupa de lo primero llámase *teólogo*, y *teónomo* quien trata de lo segundo. De una y otra, hablaremos en otro lugar.

CAPITULO VI

SIENDO TANTA LA MUCHEDUMBRE DE LIBROS, CUÁLES DEBEN SER EXPLICADOS PÚBLICAMENTE EN LAS ESCUELAS Y CUÁLES OTROS DEBEN SER LEÍDOS EN PRIVADO. PROMETE EL AUTOR INDICAR CUÁLES SEAN LOS PRINCIPALES PASAJES EN CADA UNO DE ELLOS, MÁS PARA ANIMAR A OTROS A LA MISMA EMPRESA QUE PORQUE ESPERE LLEVAR LUCIDAMENTE A CABO ESTE ARDUO EMPEÑO. ¿DÉBENSE LEER LOS LIBROS DE LOS AUTORES PROFANOS?

Todos los conocimientos deben venir a través de los libros; pues sin libros, ¿quién hay que espere que va a conseguir la ciencia de las grandes cosas? Es un hecho que la divina inspiración ilustra a bien pocos y a quienes esclarece no les muestra sino aquello que es necesario para la consecución de la eterna bienaventuranza. De tamaña dignación de Dios son muy raros los merecedores, es, a saber, los capacitados, pues no parece bien que la doctrina del Divino Maestro se abaje a enseñar tales humildades. Y así es que el varón estudioso debe manejar libros o escuchar maestros que hacen las veces de libros. Así como en cada cosa no tienen expresión en guarismos las observaciones que se pueden hacer y no hay cosa por más que sea del dominio de los

sentidos que no baste a ejercitar y fatigar por larguísimo tiempo a muchos ingenios; al paso de esta realidad los libros han ido creciendo hasta el infinito, por ir sus autores respectivos anotando sus observaciones personales o compilando lo que otros habían publicado. Me atrevo a decir que no ya sólo en muchas artes y ciencias, sino en alguna que otra aislada, una vida entera no basta para leer los monumentos escritos que a ella se refieren, cuanto menos para entenderlas. Séneca es asertor de que Cicerón decía que aun cuando su vida se duplicara, no le daría tiempo para leer las composiciones de los poetas líricos. Y si hubieran llegado a nuestros tiempos todas las obras publicadas por todos los filósofos, historiadores, oradores, poetas, médicos y teólogos de la antigüedad, en nuestras casas no quedaría hueco alguno sino para libros; nos sentaríamos sobre libros, caminaríamos por encima de libros y a los ojos no nos vendrían sino libros. Aun ahora, con esa gran merma bibliográfica no pocos experimentan terror y aversión al estudio, cuando se les ofrecen, en cualquier disciplina, volúmenes y más volúmenes, que suponen trabajo inagotable; siéntense desolados y descaecidos cuando los ven y se exhalan en quejas de prematuro hastío: «¿Quién va a leer todo esto?»

Por este tan razonable motivo, en cada una de las artes y disciplinas deben señalarse los libros que han de explicarse en las escuelas y aquellos otros que reservadamente deben ser hojeados y leídos por no malograr en baldías superfluidades, dañinas no pocas veces, una vida tan breve y tan fugaz que se nos escaparía antes de que pudiéramos llegar al grano. Quien hiciera esta discriminación afianzado en sus grandes conocimientos científicos y en la agudeza de su crítica, ese hombre, a mi parecer, se haría acreedor a una cuantiosa gratitud de parte de todo el linaje humano. Y mucho más aún si no se contentaba con calificar con una censura directa cada uno de los libros, sino que indicara en cada uno de los libros los pasajes en donde se pudiera tomar lo que a cada lector interesase.

Esa tarea imponente voy a emprenderla yo en una parte insignificante—el resultado no me apura demasiado—; sin duda con la mejor voluntad, con lo cual acaso excitaré y animaré a la empresa el ingenio de muchos, de aquellos en especial que más pacienzuda y colmadamente están capacitados para hacer este servicio inapreciable a la república de los estudiosos, bien porque tengan mayor brío y empuje intelectual que yo, bien porque posean más abundante conocimiento del asunto. Yo no disminuiré, por envidia mezquina, ni este ni ningún otro servicio prestado al humano linaje, sea quien fuere el que lo rinda, y, aunque se me arrincone a mí en el más oscuro de los lugares, desde ese mi rincón contemplaré con sabroso contentamiento los avances de la humana sabiduría. De esta sabiduría, nuestra condición de mortales está necesitada hasta un grado increíble, si en algún otro tiempo, con mayor seguridad en éste, en que anda engolfada en un mar de crímenes y maldades. No confío yo en seguir uno tras otro a todos los autores que merecen ser leídos, ni aun a decir verdad pudiera hacerlo, impedido no tanto por su multitud, como por mi ignorancia y mi descuido. Los buenos de mis lectores me otorgarán esa libertad que me tomo teniendo en cuenta que es una tarea muy con-

veniente a los estudios, y más porque no es menester hacer demasiado caudal de mi crítica, y que ella baste para hacer cambiar de categoría a ningún escritor de la ínfima clase, como tampoco a ninguno de primera fila. Así es que diremos unas pocas palabras de cada una de las artes, según nos pareciere que deben enseñarse y haremos especial hincapié en aquello que juzguemos que los escritores dijeron bien y con presumible provecho.

Antes que todo, puesto que son varias y frecuentes las necesidades de la vida, y que por momentos las unas van saliendo de las otras en continuo crecimiento, que si aprovechamos bien el tiempo no nos queda ninguno para devaneos ni diversiones, referiremos las artes, no a algún deleite vano, sino para algún provecho tangible. Discretamente Galeno no sufre que se dé el nombre de artes a las que no reportan utilidad alguna a la vida, aun cuando, como demostré, la finalidad de alguna de ellas es la simple contemplación o especulación; pero, con todo, ello no debe ser su propio fin, sino avanzar más allá para algún provecho. Y si al arte no se le propone ningún blanco, conviene, ciertamente, que el artista se proponga alguno. *La contemplación de la Naturaleza* es inmensa e infinita, y si uno se inmergiere en ese piélago sin suelo ni riberas, ni llegará a donde desea y con toda seguridad perderá todo el fruto de la vida si no traduce las realizaciones que por el estudio hubiere alcanzado a las utilidades de la vida o a la admiración y reverencia del divino Hacedor. Y aún diré que la *contemplación de Dios*, que es la cosa más envidiable, la más generosa y excelente que puede ofrecer esta vida, debe ser dirigida y orientada a alguna finalidad: a encendernos a arrebatarnos en su amor, a hacernos una sola cosa con El. No dejaremos tampoco de advertir ahora que estamos, como quien dice, en el vestíbulo—puesto que con la habituación al crimen la malicia humana ha tenido crecimientos descomunales y tomaron inaudito brío las pasiones desordenadas—, que para que la enseñanza de las artes sea más pura, más simple, menos influída e inficionada de astucia y de imposturas, que hasta donde fuere hacedero, el pueblo cristiano sea restituído a la simplicidad auténtica y sincera y que las disciplinas contengan la menor cantidad posible de aquellas chispas que puedan prender fuego en los espíritus que de suyo demasiado propensos están a arder en grandiosos y devoradores incendios. Sobrado limada está la malicia y excesivamente aguzado el juicio a la amoladora de la maldad. Ninguna necesidad hay de sacarle más punta, sino que, más bien, ha menester de un relativo embotamiento. No porque los hombres se vuelvan imprudentes, sino más sinceros y más sencillos, y, por esta razón, más advertidos, pero no más astutos. Tanto más feliz será nuestra vida, cuanto menos contaminada esté de engaños y de capciosidades, al modo de aquellos hombres de la antigüedad sagrada a quienes la rectitud y la simplicidad de sus espíritus hacía dignos de tener coloquios con Dios. Añade a esto, que las disciplinas breves y sencillamente explicadas ayudan mucho a la agudeza, al juicio, a la prudencia, al uso de los bienes comunes. Tratarlas con prolijidad abolla la fuerza y la penetración de la mente, sobre ser procedimiento enojosísimo. De esa prolijidad estéril se dice con pa-

labras del sabio: *En el mucho saber hay mucho enojo; quien añade ciencia, añade trabajo.* En este lugar ofrécese la oportunísima coyuntura de señalar qué libros de los autores profanos conviene, a saber, de los gentiles, árabes, judíos; yo creo que deben leerse. ¿Han de desecharse en conjunto aquellos donde abundan malicias y fraudes, y harta incitación y veneno para todos los movimientos del ánimo inconsiderados y abocados al mal? Grave problema es éste y digno de que se le estudie con sumo cuidado, desde luego con mayor tiento del que parece a primera vista y acerca del cual no puede darse una solución genérica.

Dejé yo asentado, poco más arriba, que ningún conocimiento positivo hace daño a la religión. Las obras de los autores gentiles, bien leídas, no empecieron un punto, de los griegos, a Orígenes, a San Justino, San Basilio, San Gregorio Nacianceno, San Juan Crisóstomo; y de nuestros escritores latinos, a Tertuliano, San Cipriano, Lactancio, San Jerónimo, San Ambrosio, San Hilario, San Agustín, San Gregorio, San Isidoro, Santo Tomás. Y aun a algunos les hicieron muy fuerte provecho, como lo hizo a San Agustín el *Hortensio*, de Cicerón. Y, por contraindicación, hicieron daño a muchos, como Luciano, Juliano Apóstata, Pomponio Leto, Domicio Calderino, Codro Urceo. Muchos experimentan en su caso personal que el cultivo de las letras paganas unas veces robustece su religiosidad y otras la debilita y embota. Obligada es la comparación de estos libros con un prado de gran extensión, donde crecen a porfía hierbas útiles y hierbas tóxicas; verduras, que son el regalo de las mesas, o flores, que son su gala. Tienen estos libros entre sus utilidades la contemplación y la investigación de las cosas naturales, convenientes a la alimentación, a la salud, a todo el discurso de la vida. Contienen las ciencias matemáticas muchas y muy provechosas aplicaciones. Entrañan el conocimiento y el recuerdo de la aleccionadora antigüedad, la ejemplaridad de tantos dichos y de tantos hechos agudos, graves, festivos, santos, con los que la prudencia se ayuda y se aquilata. Contienen, en fin, todo aquel círculo de conocimientos que se conoce con el nombre de *enciclopedia*, que es de gran provecho para la vida, donde consignados con todo escrúpulo y diligencia dejaron a la posteridad sus observaciones y sus avisos. Ello hace que los hombres, por más talentudos que sean, no puedan, en muchos trances de su vida, con todo el vigor de su mente, salirse con su empeño tan airosamente como otros dotados de ingenio mediocre, pero enriquecidos de erudición.

Allégase a esto lo que toca y atañe a la prudencia, a saber: los *instrumentos para hallar la verdad y para juzgar de ella.* Proporcionan además agudas y muy importantes invectivas contra los vicios y grandes loanzas de las virtudes, que buenamente podemos beneficiar en nuestro propio interés y contra los hombres viciosos. Contienen, además, dogmas y sentencias inspirados en una incitación más viva del bien natural y de probada eficacia, que, convertidas a nuestra propia utilidad, nos prestan grandes servicios en multiplicidad de ocasiones. Contienen estos libros, en fin, toda suerte de ornatos, arreos, aderezos, elegancias, flores, lumbres, colores y matices del lenguaje. Estas tan saludables cualidades están neutralizadas por no pocas contaminaciones

perniciosas y, por decirlo así, sazonan el veneno con miel o con vino suavísimo: reticencias, suspicacias en cosas de la religión, y lo que más que cualquier otra cosa es pestilente, la ironía y el sarcasmo, y aun a veces, la violenta diatriba, siendo así que los ojos enfermos y legañosos no sufren mirar de hito en hito tan fúlgidas brillanteces. Demás de esto, elogios de muchos vicios, como la soberbia, la ira, la crueldad; admiración y adoración del poderío, de la riqueza, del placer; explicación de aquellos vicios cuyo solo recuerdo y cuyo solo nombre ya manchan, como la lujuria, la venganza, la vanagloria. Abren escuelas de astucias, de fraudes, de imposturas. De ahí que quiera o no quiera, por ineluctable necesidad, es fuerza que en el ánimo queden adheridos y pegados muchos resabios de aquellos engaños y de aquellas capciosidades que pondrá en práctica cuando la ocasión se le presente. Como todos sus cuidados y sus pensamientos referíanse a la ambición o al lucro, andaban exclusivamente en pos de aquellos medios por los cuales se pudieran granjear honras y dineros. Para quien ya sabe cuán dañoso es todo esto, y lo tiene conocido de cerca, acaso no tendría peligro arriesgarse en ese coto y coger y llevarse de él lo que le pareciere. No de otra manera que los sabios hartas veces practican la homeopatía combatiendo unos tóxicos con otros tóxicos, y los médicos entendidos atacan venenos con venenos, así también esos lectores que digo comparan estas doctrinas con las nuestras para demostrar la impureza de aquéllas y la limpidez inmaculada de las nuestras, bien así como en contraposición con las tinieblas nuestra luz aparece más lucida.

Finalmente, de todos estos recursos hacen buen uso los lectores sabios y discretos, ora en favor propio, ora en contra de aquéllos, como los apologistas de nuestra santa religión, que, escribiendo contra los gentiles, los degollaban con su propia espada. De todos ellos establece una lista o catálogo San Jerónimo en su respuesta al orador Magno, a quien Calfurnio Lanario había sobornado. Por esto, Juliano el Apóstata, en su acérrimo afán persecutorio de los cristianos, les prohibió enseñar artes liberales, con la idea, dice, de que no *arrancasen plumas al águila para luego con ellas hacer un espantajo de águila*. Es fama que usó de esta imagen, por haber descubierto que él, en sus propias artes, era poco diestro. Con todo, peligrosas son esas lecturas para los espíritus curiosos, como lo son aquellos que no tienen reparo en catar la cicuta y conocer por experiencia qué sabor tiene la hierba que mata al hombre. También resultan peligrosas para los ignorantes y poco avisados, que no saben hacer de ellas un uso discreto. Lo más cuerdo sería, por la debilidad y oscurecimiento de nuestra mente, que estas obras estuviesen expurgadas, porque perdiesen toda ocasión de hacer daño, e inmunes de toda virulencia ofensiva, o, también, que sólo entrásemos en aquellas huertas donde crecieran no más que plantas útiles o de honesto placer y esparcimiento, sembradas allí por un hortelano probo y prudente, traídas de los seguros vergeles de nuestra santa religión, o las que convinieran, trasplantadas aquí de los sotos peligrosos como los tesoros de los egipcios, transferidos al adorno del templo del verdadero Dios. ¡Con cuánto mayor fruto y con cuánto mayor placer nos espaciamos y nos

solazamos aquí en nuestras praderas deleitosas, donde no tememos celadas ni engaños, ni de las hierbas, ni de las serpientes, que no en aquella Asia y en aquella Africa de los escritores, entre recelos y entre peligros de muerte! San Ambrosio trasladó sabia y piadosamente a nuestra religión la obra ciceroniana *De los deberes* por estar llena de cosas buenas y provechosas para la vida, pensando ser más seguro beberlas del manantial de un pecho cristiano, que no del de un autor pagano. El conocimiento y la ciencia del mal aprovecha a bien pocos, especialmente si la posibilidad de practicar aquel mal se nos muestra que anda unida con alguno de nuestros gustos, o, como suele decirse, con alguna personal conveniencia.

Por esta causa, Nuestro Señor, teniendo muy en cuenta nuestra flaqueza y las solapadas y fraudulentas asechanzas del diablo, prohibió que tuviéramos comercio alguno con él. Quizá para algunos pudiera esto ocurrir sin daño efectivo; pero el peligro común se prohibe en común. Así es que yo pienso que ningún hombre que piense con su cabeza va a tener la menor duda de que los cristianos o reciban la enseñanza dada cristianamente de los mismos cristianos, o de los monumentos literarios que nos dejaron los escritores profanos, luego de haber cortado todo aquello que puede perjudicar la entereza de las buenas costumbres. Y si ello no puede conseguirse, al menos haga de explorador del camino un guía dotado no solamente de erudición, sino, también, de probidad y prudencia, a cuyo caudillaje nos entreguemos con perfecta confianza, que nos aparte del peligro, o con una discreta reserva que no sea a la vez una indicación del peligro, por no irritar la malsana avidez de los espíritus curiosos, o en ocasiones en que pareciere conveniente, digo a las claras, en qué herbajes se esconde la culebra; y luego de tener bien conocida la índole de aquellos a quienes conduce, permitirá a cada uno, ni más ni menos, que lo que juzgare que le es conveniente. De esta manera *será admitida en matrimonio la mujer gentílica, después de cortadas las uñas y el cabello, a la usanza de los hijos de Israel*, según interpreta San Jerónimo.

LIBRO SEGUNDO

CAPITULO PRIMERO

EMPLAZAMIENTO DE LAS ESCUELAS. QUIÉNES DEBEN SER ELEGIDOS PARA LA PROFESIÓN DE LA ENSEÑANZA, CON QUÉ PROCEDIMIENTO SELECTIVO Y CUÁLES HAN DE APLICARLO. RETRIBUCIÓN O SALARIO DE LOS MAESTROS. RÉGIMEN ECONÓMICO DE LAS ESCUELAS

Impónese ya tratar, singularizando, del *qué*, del *cómo*, en qué *grado*, por *quiénes*, en qué *locales* ha de darse cada una de las enseñanzas. En todos estos extremos lo primero que hay que considerar es que la institución de la enseñanza se muestre en toda su pureza, porque las buenas costumbres no se corrompan o se entorpezcan y empañen. Paréceme que de lo primero que debo tratar es del local, pues en el establecimiento de la escuela es lo primero que requiere atención. Lo pri-

mero que ha de precaverse es la salubridad del lugar, no sea que muy pronto los escolares tengan que desertar por temor de epidemias. Todos sus discípulos abandonaron a Alexino, filósofo eliense, aun cuando merecía su entusiasta aprobación y era mucha la complacencia con que le oían, porque enseñaba en un local malsano y con una gran penuria de las muchas cosas necesarias para este menester. Pero no por obviar ese inconveniente escogeré yo un lugar de mucha lozanía y amenidad que convide a los escolares a salidas frecuentes, si ya no fuere que se han de cultivar disciplinas de apacible contentamiento, como la poética, la música, la historia. Yo pienso que esa huraña condición del cielo fué adrede buscada por Platón en las cercanías de Atenas; pues si lo que procuró fué la insalubridad, no seré yo quien apruebe su consejo, pues es menester que gocen de buena salud quienes han de poner honradez, diligencia y afán en el estudio de las diferentes disciplinas.

Hase luego de mirar que haya fácilmente asequible abundancia de alimentos sanos, no sea que los talentos bien dotados, por escasez de medios, se vean obligados a renunciar al cultivo de las letras, a las que se consagrarían con gran aprovechamiento suyo y de muchos, siendo así que son harto más los estudiantes pobres que los ricos a quienes la Fortuna loca descamina por aficiones diversas como la montería, el caballismo, la milicia, el juego, la lujuria, la vida regalada, en fin, para cuya consecución piensan tener en las riquezas holgadas posibilidades. Esté además el *lugar apartado de toda concurrencia*, especialmente de artesanos, que en sus faenas respectivas hacen grandes estrépitos y ruidos, como son los carpinteros, los herreros, los albañiles, todos aquellos, en fin, que blanden martillos o manejan ruedas, tornos y peines en la industria textil; pero no esté en sitio totalmente despoblado porque no carezcan de testigos y aun de espectadores los posibles escolares delincuentes. Yo querría que los moradores de esa población escolar fueran serios, honrados, merecedores del respeto de la grey estudiantil; no taberneros, no maleantes que los empujen a malas artes, no avarientos ni afanosos del pequeño lucro, tales como son aquellos que con una voz griega se denominan *micrólogos*, que son la polilla peor que puede tener el estudio. *Estén también lejos de la corte y de la vecindad de mujeres mozas.* Los cortesanos, con su ociosidad y malas artes, tientan los ánimos poco advertidos y fácilmente los arrastran, tiernos como son y flexibles a cualquiera torcedura. Las muchachas, con su atractivo, seducen aquella edad, expuesta a la blanda pestilencia de los amoríos..

Lo más cuerdo sería instalar el colegio fuera de la ciudad, especialmente si fuere marítima o sus moradores se dedicaren al comercio, siempre que no se escogiere el sitio por donde acostumbran los ociosos ir a pasear su aburrimiento. Ni tampoco esté a la vera de un camino público, porque la atención de los escolares no se distraiga con la cambiante novedad de los yentes y de los vinientes. Ni tampoco esté en sitios fronterizos, que suelen estar ocasionados a guerras, porque esa alarma y sobresalto continuo no les roben la quietud necesaria para el estudio. Establézcase en cada provincia una, digamos *academia*. Cuando digo provincia, entiendo decir no la comarca acotada por límites naturales, como son montes, ríos, mar,

sino que esté sujeta a una misma autoridad política, por evitar que los jóvenes, si quedan cerradas las fronteras por una guerra vecina, con peligro personal suyo o con el cuidado y la ansiedad de los suyos, resulte que estudien en un reino ajeno o se vean obligados a suspender con muy grandes gastos los estudios comenzados en buen agüero. Que nadie se extrañe de que con tanta minuciosidad se busque el lugar donde nazca y crezca la sabiduría, cuando con cuidado tal buscamos el sitio donde poner la colmena a las abejas que nos han de dar su miel, precio harto menor que el de la sabiduría.

Pero muchísima más importancia que el emplazamiento del edificio escolar tiene el factor hombre. Por esta consideración, posean los *Maestros*, no sólo la debida competencia para instruir bien, sino que tengan la facultad y destreza convenientes, y brillen por la pureza de sus costumbres. Su primer cuidado debe ser no decir ni hacer cosa que pueda desedificar o escandalizar al que les oyere, ni realizar nada que no pueda imitarse a ojos cerrados. Si tienen algún vicio. o pongan el más enérgico empeño en sacudírselo de sí, o —recurso éste muy por bajo de aquel primero, radical—absténganse de él con diligencia y valentía en presencia del discípulo, pues es cosa inevitable que el discípulo se componga y acomode al ejemplo de su maestro.

No será simplemente de costumbres probadas el maestro, sino que, además, será prudente. Tenga el ingenio apropiado al arte que profesa y al linaje de oyentes que recibió para su instrucción a fin de que cuanto mejor él la enseñe, con tanto mayor aprovechamiento la reciban los alumnos. Verbigracia, no sea el *gramático* enojadizo; ni sea el *médico* tan porfiado que no quiera ceder ante quien demuestra saber más que él; ni sea arrogante ni de costumbres desordenadas el *filósofo moral*. La *prudencia*, rectora de la vida, posee fuerzas muy válidas y eficaces para la enseñanza recta y para la corrección de los vicios y para la reprensión y el castigo, cuando el castigo se impone y en el grado que se impone. Mucho consigue el maestra cuando aplica sus recursos en su lugar, en su hora, a su modo. Todo lo intempestivo es odioso y es ineficaz. Bueno sea el maestro y enamorado de las buenas letras, pues como hombre estudioso enseñará con gusto por ejercitarse, y como hombre bueno, para hacer bien a los otros. Tendrá para con sus discípulos un afecto de padre, por manera que ellos le estén en lugar de hijos y no tendrá cuidado alguno de los rendimientos que le proporcionen ellos o su profesión. No se enseña bien nunca la disciplina que *se vende*. Dice Jenofonte en sus *Comentarios* que Sócrates lo que más cuidó de evitar fué esto. Dos son los vicios que deben andar muy lejos de toda erudición y de todo erudito: *la avaricia y la ambición* de honras, que al paso que vician las artes, atraen el desdén sobre los letrados y sobre las letras, pues empujan a las personas doctas a verdaderas indignidades, digo, a suscribir ajenos pareceres necios y absurdos; a conceder entrada libre en las disciplinas y en los honores de la doctrina a cosas que son el desdoro y la deshonra de las artes; a sostenerse con pertinacia en la falsedad y a preferir verlo todo trabucado y perdido antes que confesar su vencimiento o su ignorancia de algún punto y, finalmente, a hacer, decir, buscar, cazar, no lo que ayuda a la

sana doctrina y a las buenas costumbres, sino las tretas por las cuales puedan cosechar dinero o gloria. De ahí nacen alevosías, riñas, perjurios, odios y, en fin, en último término, partidismos y sectarismos defendidos a capa y espada, desesperada y fanáticamente. ¿Cómo regirá bien a los discípulos quien de ellos esperase alabanzas o pagas pingües?

Arránquese, pues, de las escuelas toda ocasión e incentivo de lucro. Perciban los doctores un *salario* del dinero público, medido con tal templanza, que colme los deseos del bueno y los ascos del malo, porque no resulte que si fuere opíparo, los malos y los presuntuosos se cuelen en la enseñanza, por avidez del logro, y los ilustrados y buenos, que no saben o no quieren ambicionar, sean de ella excluídos. Nada reciben de los escolares, porque no los capten o por la esperanza de su aportación de dinero los traten con mayor flojedad e indulgencia de las debidas, ni adquieran de los maestros, por compra, las subsistencias, sino que, hebdomadariamente, elíjase uno de los compañeros que venga a ser como el racionero o mayordomo. Cuide éste de comprar las subsistencias todos los días y, al término de la semana, luego que hubiere rendido cuenta de los gastos, compruébelos escrupulosamente, con la añadidura de lo que debe darse a los criados por el servicio. La alimentación sea sencilla, sana, fácil de digerir. Estos alimentos dan salud al cuerpo y lozanía al espíritu. Remuévase toda ocasión de jactancia, de arrogancia, de altanero alarde. Para atajar ese inconveniente, sean muy raras las discusiones públicas, en las cuales lo que se ventila no es precisamente la verdad, pues no hay nadie que no dé la razón a quien la tiene y con mejores argumentos la propugna; la alabanza del ingenio o de la destreza, y nada más, es lo que se busca. En esta porfía por la alabanza se enconan las disensiones, y los baldones, y las rivalidades y, lo que es peor, el ingenio hace armas contra la verdad, y para derribarla excava minas y la ataca con cuanta máquina y batería puede, con el designio triste de que la verdad sea por él vencida e igualada con el suelo, por no someterse él de buena gana a su manso y sereno imperio. Estas pugnas tan malvadas y tan impías no parecen bien en personas buenas simplemente, cuanto menos en sujetos que tengan cristiandad, cuyos afectos conviene que sean purísimos y dócilmente subordinados a la verdad, que es el mismo Cristo. En fin de cuentas, de estas pelamesas son muchos los que salen más cavilosos y más tercos; más ilustrado y más mejorado, nadie en absoluto. ¿Será mejor o será peor que en ese colegio ideal que soñamos existan grados y distinciones académicas, según aquel aviso del Señor: *No queráis ser llamados rabbi*—que suena doctores, en romance—; *uno solo es vuestro maestro?* ¿Y que la función docente sea más bien cometido temporal que dignidad vitalicia? ¿Convendrá que actúe un tribunal permanente que discierna la aptitud o la ineptitud de los candidatos, midiéndolos con la misma medida? Aquellas palabras de Cristo refiérense a la doctrina del Cielo, de la cual El es el Maestro único. Así es que parece que lo que degeneró en abuso no debe ser extirpado radicalmente, sino corregido y reformado. No existen leyes suficientemente buenas si la malicia de los hombres se empeña en torcerlas a la satisfacción de sus pasiones. Con todo, se deben sancionar, hasta

donde se pueda, las mejores. Pero sean pocos los admitidos a los honores académicos, no sea que una dignidad de valor tan subido salga envilecida por la multiplicidad, además de que crece y se engríe más la arrogancia de muchos, quienes, hinchados de una dignidad ficticia, se niegan a aprender de quien sabe más que ellos. Para obviar ese lance, aconseja el apóstol Santiago *que no sean muchos los que quieran ser proclamados maestros*. Deténganse todos en cada una de las disciplinas un plazo fijo y razonable, no sea que haya alguno que habiendo degustado no más que a flor de labio la erudición, se atribuya a sí mismo la importancia de todo el establecimiento docente y porque ha concluído el período, como se decía en los certámenes de Grecia. A los que son algo más tardos, concédaseles una discreta prórroga, pues no conviene que para todos el plazo sea igual. No habría cosa más desigual que aquella igualdad. Los que aprenden se llamarán *estudiantes* o *aprendices*. Luego, pasado un tiempo prudencial y tras de un examen, serán nombrados *profesores*. Profesarán la asignatura durante algún tiempo, ante un auditorio concurrido, entre el cual se mezclarán de cuando en cuando personas que puedan formar juicio de lo que allí se diga. Si son aprobados, dejarán de ser *profesores* y serán nombrados *doctores* o *maestros*. De éstos, enseñarán los que buenamente pudieren; a éstos les llamaremos *maestros-profesores*. Para ésos, en toda la Academia será el honor máximo. Y si alguno, por su impericia o por su vida estragada, aportare deshonra a su *doctorado*, será públicamente degradado, no de otra manera que suelen serlo los funcionarios políticos.

Aquellos que sean promovidos al magisterio, séanlo no solamente por consideración de su doctrina, sino también por su moralidad. Toda doctrina a la cual no corresponda la conducta, resulta perniciosa y menguada. La buena conducta, aun no acompañada de doctrina, indudablemente es digna de elogio; pero no por ello es asumida para la enseñanza, pues no es el suyo aquel lugar, sino que lo tiene en otro sitio, y por cierto muy esclarecido y honroso. Los que sean designados para la función docente o reciben los honores académicos, no satisfagan cuota alguna, ni festejen su nombramiento con un banquete, ni con ninguna suerte de soborno capten el favor de los que les han de admitir a los grados honoríficos. Celebren si quieren el plausible motivo con una comida extraordinaria, pagada de sus propias asignaciones, en demostración de regocijo; pero no se regocijen tanto que lleguen a olvidar que son candidatos a la sabiduría. Hagan profesores y maestros a quienes por su saber, por su juicio, por su moralidad merezcan enseñar a los otros y ser aprobados por la generalidad. Esos tales no serán desdoro de la enseñanza, ni abusarán de ella con perversidad, ni perturbarán la quietud ajena, ni harán más aprecio del lucro, fuere el que fuere, que gracias a él acarreen daños al bien público, dándole guías que a los que van a su zaga los conduzcan a precipicios y despeñaderos. Compadézcanse del género humano que anda a ciegas y sin valimiento por tan malos pasos y peligros. Acuérdense que el Maestro celestial dice a gritos para ellos: *Vosotros sois la sal de la tierra; vosotros sois la luz del mundo*. Y si la lumbre se oscureciere, ¿quién podrá ver? Y si la

sal perdiere su acrimonia, ¿quién salará con ella? Convivan, pues, los profesores y maestros, con descuido de la ganancia, ajenos a toda ostentación, buenos, doctos, prudentes en santa paz y concordia conscientes, de que llevan entre manos un negocio de Dios, para que se den ayuda mutua. Quien corre en ayuda de su hermano que se afana por la verdad, no ayuda al hombre, sino a la verdad, y muéstrase como ministro de Dios, de quien deriva toda verdad o, mejor, que es la misma Verdad suma, pura, absoluta. Andarán muy lejos de todo sectarismo, de toda polémica, sabedores como son de que, en la ciencia, casi todo es incierto y oscuro, y que es locura rabiosa sentir aborrecimiento de un hermano tuyo por cosas no suficientemente averiguadas tanto para ti como para él, sólo porque no sé qué apagadizo destello de verosimilitud alumbra un poquito más a los unos que a los otros.

Los profesores no serán elegidos por los escolares, pues en ello ejerce influencia avasalladora la ambición del favor o del dinero. Ni son los estudiantes los más indicados para proponer los más útiles, sino los más simpáticos y los más populares, los más indulgentes, los que dieron o prometieron más o de quienes esperan mayor y más licenciosa condescendencia. ¡Cuánto menos apruebo lo que me dicen que se hace en determinadas instituciones docentes, a saber: que a una misma hora explican el mismo tema dos catedráticos a quienes dan el nombra de *Concurrentes* con demasiada exactitud: *concurren*, en efecto, y compiten y luchan y riñen con insultos, con amargos sarcasmos, con rabia feroz. Constitúyense en viles esclavos del auditorio, como en las tablas, del público teatral, el cual manifiesta sus preferencias, no por el personaje mejor, sino por el histrión mejor. No pueden los oyentes juzgar de lo que ignoran. Aquí se contiende con frenéticos aplausos del auditorio, para quien aquel desedificante pugilato es un espectáculo divertidísimo. Perecen en aquella baraja toda la consideración y el respeto debidos a los bravos contendientes; piérdese la tranquilidad del fecundo y tácito filosofar y el provecho de los estudios. Habitúanse, así maestros como discípulos, a la envidia, al enojo, a la virulencia de la expresión, al desmandamiento en hechos y en dichos y a otros vicios fuertemente indecorosos para el hombre que se precia a sí mismo. Y por toda esta serie de concausas llegan a la administración pública, al gobierno privado, a los consejos, a todas las funciones de la vida, ignorantes e ineptos, por culpa de su cerrilismo, en perpetua exacerbación, como de alimaña montesina. Sean, pues, los profesores elegidos y aprobados, no por los sufragios de la muchachada estudiantil, imperita y sin desbastar, sino por contados y sesudos varones profesionales de la enseñanza, conspicuos por su erudición y la limpieza de su vida.

CAPITULO II

CON QUÉ FINALIDAD LOS NIÑOS HAN DE SER CONDUCIDOS A LA ESCUELA, Y DE CÓMO HANSE DE ESTUDIAR EL TALENTO Y LA ÍNDOLE DE CADA UNO. SI ES PREFERIBLE QUE RECIBAN LA ENSEÑANZA EN SU CASA O EN LAS ESCUELAS PÚBLICAS: CUESTIÓN VIEJA, PERO TRATADA AQUÍ POR EL AUTOR MUY DE ASIENTO, CON AGUDEZA Y COMPETENCIA

Cuando el niño fuere conducido a la escuela de la mano de su padre,

hágasele entender al padre que no ha de buscarse la instrucción como un medio para que el chico se vaya a comer la sopa boba. Ese resultado es indigno de una labor de tanta responsabilidad. Si los maestros autorizaran y robustecieran este sentir con su comportamiento y con su vida, fácilmente los otros creerán que así es en verdad. Si fuere al revés, ¿qué esperanza podrá concebir el padre de la prudencia y de la honradez del hijo si viere que el maestro, es decir, el dechado y el espejo del hijo, es imprudente o es malo? Decláresele que el fin de la instrucción que va a recibir es porque el mozuelo sea más ilustrado y, por ende, mejor. Quédese el niño en el colegio uno o dos meses para que sean exploradas sus dotes intelectuales y morales. Reúnanse en secreto los maestros cuatro veces al año para cambiar impresiones acerca de las posibilidades de sus alumnos respectivos y tratar del arte a que deben aplicar a cada uno según la idoneidad que demostraren. Apolonio Alabandense, maestro del arte de bien decir, según Cicerón refiere, a pesar de que enseñaba para ganarse la vida, con todo no sufría que aquellos que a su juicio no iban a resultar oradores, perdiesen el tiempo en su aula y los despachaba, y solía exhortarlos y empujarlos a aquella profesión para la cual los consideraba aptos. Hagan los doctores que enseñan de balde lo mismo que hacía aquel que enseñaba por la paga; lo que hizo el retórico háganlo los filósofos y los teólogos; lo que hizo un pagano, háganlo los cristianos; no permitan que con ellos pierdan el tiempo y el dinero y que con la instrucción que le dan no granjee sino ignominia y que se le vuelva a meter en la ciudad como una bestia salvajina acosada.

Si todo esto se hiciere, los indoctos respetarán a los doctos y sentirán para con ellos la misma reverencia que para con los dioses bajados del cielo y mirarán sus academias como lugares santos y llenos del religioso temor que inspiran las moradas de la Divinidad, como antaño los Helicones y los Parnasos. ¡Qué indignidad no es, si bien se repara, que por nuestras livianas costumbres y por nuestras inepcias, los ignorantes se rían de nosotros y nos vejen con su menosprecio, y, lo que es más grave, que ello no sea sin razón ni sin injusticia! En hecho de verdad, es intolerable que muchas veces tengan más moderadas sus pasiones que nosotros los labradores, los zapateros, los carpinteros, la gente pueblerina, en fin, que muchos eruditos y doctores. A esa escuela ideal serían llevados no solamente los niños, sino que a ella se acogerían, como a un sabroso puesto, los mismos ancianos asendereados por la fiera borrasca de la ignorancia y de los vicios. Todos a ella serían atraídos como por una irresistible y blanda majestad y autoridad y más provecho harían en sus discípulos con la confianza y el respeto que les inspirarían que con amenazas y con golpes. Espuela muy viva para el estudio y grave motivo de obediencia a los preceptores serán la admiración que inspiren su talento y sus costumbres. Esta es la auténtica Academia, es decir, convento y concierto de hombres doctos y buenos, congregados para hacer tales a los que vinieren a ellos con afanes de saber. Y no basta el que uno que otro sean buenos, si son muchos los malos por su número, por su camaradería, por su audacia, los malos superarán a los buenos, como vemos que acontece en todas partes. Los discípulos

se pasarán al lado de aquel que tendrá para ellos las mayores y más punibles condescendencias.

Se ha preguntado dónde serán mejor enseñados los niños: en casa o fuera de casa. Si hubiera una academia tal como yo acabo de pintarla, no cabe duda que sería mucho más útil que se le llevara allá aun con la leche materna en los labios, pues allí muy de temprano se imbuiría en las buenas costumbres, y las costumbres malas y que merecen detestación serían para él una novedad maravillosa. Le pasaría lo que a aquel muchacho que, educado en casa de Platón, viendo a su padre montado en cólera, fué muy fuerte su asombro y muy recia su mala impresión, afirmando que en casa de Platón no había visto cosa que se le pareciese. Pero, en el estado actual de las academias o colegios, es un problema que debe estudiarse con un cuidado mayor del que puede creerse. Es cosa que se debe pensar si en la casa, si en el país, si fuera de la patria.

Antes que todo deben acostumbrarse los niños a tomar gusto en las cosas buenas y a encariñarse con ellas; a amohinarse por las malas y tomarlas en aborrecimiento. Con todo, acomódense las opiniones a su capacidad, pues no de antuvión comprenden lo soberano y absoluto. Dulcísima cosa es la costumbre y las opiniones inculcadas en aquella edad, los acompañen muy larguísimo trecho en el discurso de la vida, y tanto más si al mismo paso que avanza la edad se los confirma y se los clavetea con razones. Afuera de esto, tienen los niños instinto como de monos; de grado lo remedan todo y siempre, especialmente a aquellos a quienes, por su autoridad y el confiado cariño que les profesan, juzgan dignos de imitación, verbigracia: sus padres, sus maestros, sus ayos. Por este instinto de imitación se nos pegó la índole de muchos corrompida cuando debiéramos haberla copiado enmendada de aquellos mismos a quien acabo de nombrar.

Conviene que el padre preste muy despejada atención a las costumbres de su hijo, mucho más viva que a la herencia que le va a dejar, puesto que las costumbres son de mucho mayor precio que los bienes materiales. Ora tenga que dejarle alguna herencia, ora no tenga ninguna, lo primero con que debe tener cuenta es con su probidad, pues ninguna falta le hace la herencia, sino la virtud, pues a toda prisa el bueno reunirá fortuna y el malo la disipará al mismo ritmo. Además de que la misma Naturaleza nos avisa que se pedirá a los padres cuenta y razón de la crianza de los hijos, muy solemnemente nos lo enseñan las Sagradas Letras, con ejemplos y con preceptos. Cuando no por otra causa, al menos por ésta, que es de suma trascendencia, infórmese con puntualidad el padre del comportamiento de su hijo, especialmente en la época delicada en que anda en juego su formación, lo mismo que del establecimiento educativo y de la servidumbre que está en contacto con su tierno vástago. Si viere que hay quien tuerce y empeora la índole de su hijo cuando ofrece la docilidad de la cera, sepárelo si puede cómodamente; si, por el contrario, no puede él darle crianza, y en la familia en cuyo seno se educa no hay persona cuyas costumbres pueda el niño reproducir con alabanza, sáquelo fuera y envíelo a otra parte con este fin. Así lo hacían los antiguos romanos, que enviaban a sus hijos a algún anciano, personaje principal, de gravedad y honorabi-

lidad probadas, para que se formasen a su lado, como Cicerón fué enviado a Quinto Escévola, tan grande y descollado por su linaje como por su dignidad y riquezas. Esos nobles ancianos no desdeñaban ese cuidado que veían ser de muy provechoso rendimiento y de muy urgente necesidad para la República, en el interés que tenían por que aquella República de sus amores no fuese después de ellos diferente de la que iban a entregar a aquellos niños y a aquellos mozos. En la actualidad, como son pocos, por no decir que ninguno, a quienes afecte el amor del procomún, nausea a todos una ocupación que no tiene nada de asqueable, sino que por puro interés de patriotismo debiera apetecerse y practicarse. Ahora cada cual vive y tira por su lado, desentendido en absoluto de los demás.

El padre, pues, si en su mano estuviere, proporcione a su hijo un ayo sin tacha ni mancilla y sea enseñado por él si está en condiciones de enseñar, siempre que no fuere él solo, pues aprovecharía menos, como demuestra Quintiliano. Si de ninguna manera se lo puede proporcionar o no sea tal que pueda recibir de él una buena formación, o si no tiene condiscípulos, envíele a la escuela pública de la ciudad y elija un deudo o un afín o un amigo de toda confianza a quien envíe el muchacho con alguna frecuencia para que le rinda cuenta de sus estudios y cuide de la formación de sus costumbres.

Con todo, yo no soy de parecer que tenga su vivienda en la misma escuela, pues allí no tienen la alimentación tan sana ni la crianza tan exquisita y liberal como en su propia casa, si ya no fuere que sus padres sean despreciables y ruines y de vida airada o que maleen la índole de sus hijos con su abandonadísima indulgencia. Los que envían a sus hijos a determinados colegios para que reciban una educación distinguida, exquisita, noble, caen en un gran error, pues, por lo general, en aquellos centros formativos los maestros son avaros, tacaños, sucios, malhumorados, huraños, enojadizos, de sensibilidad perversísima y ¡con perdón del Cielo!, aun a veces, completas mujerzuelas. Y los muchachos, en su trato mutuo, porque el maestro no puede estar presente a todo lo que hacen, se enseñan unos a otros obscenidades y realizan un intercambio muy activo de ideas disolventes. Salen ya de allí hechos unos lechuguinos, unos donjuanes imberbes, que nadie puede mirar sin náusea ni soportar sin aborrecimiento.

Tampoco conviene, según están ahora las costumbres, enviarlas a barrisco a una academia pública. Previamente deben comenzar por informarse de sus amigos que puedan conocerlo, si tienen las disposiciones convenientes para aquella rama del saber a que piensan dedicarlos. El mismo chico, todos los días, suministrará indicios inequívocos, y luego, si acertara a hacer buen uso de la instrucción que se le diere, pues no hay cosa peor que el abuso de las cosas buenas, la ilustración, que es la base de las empresas más altas, se utilizaría para los mayores crímenes cuya semilla está depositada en el espíritu depravado. Con toda razón dice Quintiliano que para él tiene más importancia el bien vivir que el bello decir. Raros son los malos y los ineptos que se conviertan al bien; al contrario, lo corriente es que muchos, por degeneración de la naturaleza, de buenos se hagan malos. Múdanse los hombres por influjo de los compañeros que más aprecian, por el roce que actúa sobre

ellos como un contagio, mientras no soportan cosa que les contraríe; truécanse por el gusto de los placeres; cámbianse porque el cuerpo pesa a la continua sobre el espíritu y le aplasta con su pesadumbre si no le sostienen los recios puntales de los preceptos y los ejercicios virtuosos. Por esta causa dijo Salomón que es incierta la carrera del joven. En las academias públicas, la misma edad, propensa al vicio, recibe el empujón, ora de los compañeros y amigos perdidos, ora de la torcida pasión del ánimo. Una vez que hubieren comenzado a rodar por el deslizadero, arrollan cualquier obstáculo que se les oponga y pugnan porque ruede consigo. Si tienen preceptores o ayos activos, diligentes y despiertos, se encallecen a las reprensiones y aun a los azotes. Curtidos por la vieja costumbre, ya no hacen caso alguno de las azotainas, a cuyo sufrimiento son estimulados por sus compañeros o por el poderoso atractivo del placer.

De ahí nace el odio al pedagogo, como óbice de sus deseos, y cuando da con alguno un tanto débil, se muestra cerril con sus monitores, como dice Horacio; mantiénese, no en su deber, sino en cierta simulación del deber, en la cual le obliga a permanecer el miedo, que es un pésimo custodio, el cual, así que se recreció en su ánimo, le torna esclavo malvado, pues nada hace movido de la hermosura de la virtud o por aquel otro sentimiento subordinado, aunque no próximo, a saber: por la esperanza de la gloria. Así que no pone interés alguno en el estudio ni hace en realidad aquello que da a entender que hace, sino que, dejando el cuerpo amarrado al duro banco, su viajero espíritu devanea por el espacio que le crean sus deseos, y aun a veces arrebata consigo su propio cuerpo, si el miedo afloja algún tanto, no de otra manera que el potro intenta continuamente sacudirse el freno y la silla y el jinete. Si de una u otra manera puede echar lejos de sí al ayo o al preceptor, se le antoja haber alcanzado una ilustre victoria y haberse librado de una enfadosa pesadumbre. ¡Qué gozo el suyo! ¡Qué plácemes y qué aplausos de sus camaradas tan estragados como él! Entonces campea a su gusto; entonces, con licenciosa soltura, discurre alocado por toda suerte de bellaquerías y da en los escollos de todos los placeres, no de otro modo que el navío, en medio de una fiera borrasca, roto el timón y anegado el piloto. En las academias, los muchachos ya más grandecitos no se dejan cohibir por los preceptores y los directores de sus juegos. Lo diré más claro: no se atreven éstos, porque los escolares no cambien de establecimiento y trasladen a otra institución análoga la ganancia ruin. ¡Y cuánto menos si los alumnos son ricos, pues la mayoría de los doctores atienden al botín, no a la formación del alumno. De la situación presente, fuera de la corrupción espiritual del mozo, esclavo del vicio, síguense estos otros males, no pequeños ciertamente: pérdida de la hacienda familiar del padre pobre que por ventura, con su sudor, tiene que mantener a otros hijos. Para el hijo estudiante el padre tiene la mano larga y generosa; le alimenta con regalo; le trata con cariño porque ve en él el báculo de su ancianidad y el pilar y sostén de toda la familia y espera que un día compensará con creces a sus hermanos tantas privaciones como les ocasiona en el presente para proporcionarle a él sólo la holgura de que se dedique a los estudios. Y así acontece

que tras mucho tiempo y consumido del dinero escaso, ve el anciano padre todas sus ilusiones y todas sus esperanzas derrumbadas y echadas por el suelo

A la pérdida del dinero se añade la pérdida del tiempo, y ésta sí que no es recuperable. Pasaron, se deslizaron sin fruto los mejores años de la vida y los más indicados para la formación. Crece el mozo y al mismo paso crece su ignorancia y la aversión de aprender, y el que otrora fué estudiante pardal, es decir, libre y señor de sus actos y dueño de sus gustos, no se resigna a abajarse a ninguna profesión sedentaria o a la que tenga que aplicar sus manos. Vuelve a su hogar hecho un bárbaro y un salvaje, con su cortejo incivil de idiotez, fatuidad, ineducación, desgarbo y desaliño, con su ánimo propenso invenciblemente a toda suerte de bellaquerías y aun a veces, por su vida atollada en toda obscenidad, comido de enfermedades. Antes que saliese de escuela se sacudió muy lejos de sí toda la consideración y el respeto debidos a sus maestros, y luego los que debía a sus padres, las atenciones a los amigos y todo resabio de amor de patria, ya por su tenaz habituación a la delincuencia, que del pecho en donde se aloja destierra todo el respeto que merece la virtud, ya porque desde su patria iba recibiendo de todos sus familiares cartas frecuentes, respetuosas, cariñosas, ilusionadas, escritas a él como joven de muy señalada erudición y doctrina. Si se les amonesta de obligada enmienda y mejoría deseable, ellos rezongan y hacen ascos a los demás por villanos y por aldeanos y no sufren los avisos de quienes tan a menudo se les manifestaron indignos de mirarles los pies por su ilustración y seso. Para proceder con más despejo y soltura, exentos de toda subordinación, compran cualquier grado académico, es decir, compran una libre y desenfrenada altanería, hartas veces con el aplauso y satisfacción de su padre, que ve lo que su hijo hace, pero no atina por qué lo hace. De esta manera, su insolencia alcanza la perfección y llega al colmo. Huyen de su patria y de sus padres, a quienes temen, y aun odian, en el coraje que les ocasiona el convencimiento de su fracaso y de su deshonra. Sienten hostilidad por las personas doctas, con las que se ven igualados o preferidos en la dignidad, pero no en el saber, y las luces de éstos ponen más en evidencia su oscurecimiento y con voces mudas lo reprenden. Es la peor laya de hombres, por ignorantes y por soberbios.

Todas las cosas en la patria son de mejor condición. Más saludablemente se nutren los tiernos organismos y con más provecho para su complexión y fuerzas nacientes. Es más liberal y pura su crianza entre personas ancianas y sesudas, y encima de esto, más económica, y el trato cotidiano con sus padres no consentirá que sufra mengua su ingénita piedad para con ellos. Muy fácil le será al padre conservar y tutelar la reverencia que le debe el hijo a quien ve todas las horas, a quien encarga todos los días algún mandado en virtud de la patria potestad que le asiste, derecho sagrado que se renueva a cada momento por el que llamaríamos acto de propiedad. Acreciéntase también el afecto mutuo si el hijo es de índole buena o el hijo descubre en el padre indicios de rectitud y cordura. De los padres hácese también extensiva la estimación para con los que tienen con ellos deudo de sangre. Y dado que la índole sea mala

y sea el miedo necesario, ¿qué miedo puede haber más efectivo que el de los padres, mamado con la leche y crecido con la edad? Y si, al revés, fuere generoso su carácter, no tendrá más guía que el amor, y ¿qué amor puede haber más grande que el que se profesa a los padres y a aquellos en cuyas venas late la misma sangre de los padres? Y qué más, si la mayoría de los hijos se sienten movidos a obrar bien no por otra causa que por atención a sus padres, por darles algún motivo de honrada y legítima satisfacción, como Plutarco lo escribe de Marcio Coriolano. Su solo recuerdo, evocado en comarcas remotísimas, es para muchos el más agudo acicate para mantenerse en una conducta conforme con sus deseos. Podrán sus parientes propincuos y sus amigos más estrechos explorar el ingenio del niño para ver su preferente idoneidad. A cada instante en el niño asomarán síntomas muy significativos. Si no fuere apto para las letras, no vaya a la escuela a malograr esfuerzos y a perder tiempo, que es lo que más vale. Tempranamente se le aplicará a la ocupación para la que se le juzgará dispuesto y en la cual actuará con resultados felices y conseguirá aquella maestría que los griegos decoraron con el bello nombre de *paidomaceis*, que quiere decir: perfectamente instruídos. Se saldrá al paso y se atajarán eficazmente así que se insinuaren los vicios en sus más verdes y tiernas manifestaciones. El ánimo dócil se adaptará a toda formación de rectitud. Fácilmente, en su tierra, los padres, los parientes, los amigos paternos. con su autoridad y su presencia, salvaguardan el respeto que los hijos deben a sus ayos y preceptores.

Los compañeros de su edad no tienen tanta fuerza de corrupción, pues así él como sus camaradas mozuelos yendo de un lado para otro, cada día toparán con los que de ellos tienen cuidado y les retraerán antes que rueden al precipicio. Y si hubieran comenzado a resbalar por el deslizadero, el amor de los suyos les tenderá una mano cariñosa. Y si ese gesto blando no bastare, acorrerán en su ayuda el respeto y el temor, que, infusos ya desde la misma infancia, habrá afianzado la sabrosa convivencia, sin recelo de que puedan desvanecerse y sin voluntad de que se desvanezcan. Por impulso y por ley de naturaleza, de tal modo el hijo está cosido con su padre, que le ama, le reverencia y piensa no serle lícito ni siquiera el deseo de no reverenciarle. Si se da cumplimiento a todas estas prevenciones y extremos, como dice Salomón, la *vara de la disciplina andará ante los ojos del niño y se ejercitará en sus espaldas*, que es el bien primero y más saludable que el Rey Sabio le señala. Y, al mismo tiempo, la vida de familia hará que arda con una llama más viva en su corazón el amor de sus padres y el amor de su patria, para la cual, como objeto del más dulce y entrañable de los cariños, deseará los mayores bienes y aun personalmente se los procurará en la medida que le fuere dado hacerlo.

CAPITULO III

CUÁNDO Y CON QUÉ INSTRUCCIÓN ES MENESTER QUE LOS NIÑOS INGRESEN EN LAS ESCUELAS. NORMAS A QUE HA DE SUJETARSE SU ADMISIÓN. MARAVILLOSA VARIEDAD DE INGRESOS

Por todas estas causas y razones, yo pienso que debe procederse de

la siguiente manera. Establézcase en cada ciudad un centro docente. Llámense a él preceptores, hombres de capacidad probada, de honradez y prudencia conspicuas. Se les asigne un sueldo de los fondos públicos. Los niños y los mozos aprendan de ellos aquellas artes en que podrán capacitarse, habida cuenta con su edad y sus disposiciones naturales; mas las costumbres locales y toda la educación cívica apréndanlas de sesudos ancianos, como en la Roma antigua, pues en expresión de Plutarco, consignada en sus *Problemas*, entendió que era profesión de honor la de enseñar a los parientes y a los amigos. Aquellos que por bien natural y por la vivacidad y agudeza de su ingenio fueren aptos para el estudio, éstos, después del cambio de edad, con el espíritu ya formado, bien apercibido y provisto de sanas y rectas opiniones, envíense a la Academia o, digamos, Universidad, con los mejores augurios y las más ricas esperanzas. Si alguno tuviere que ser enviado allá, porque se considera que no puede ser cómodamente instruído en su casa y en su tierra, vaya con él un ayo, a quien reverencie como a un padre. El ayo, a su vez, hágase merecedor de ese respeto reverencial por su prudencia, y por su buena mano, por su acogedora amabilidad y más que nada guárdese, con el mayor cuidado que pudiere, de atraerse la ojeriza del alumno.

Pero procedamos ya a tratar de la instrucción misma.

Cuando el niño fuere llevado a la escuela, tenga el padre bien sabido que el punto que más debe estimar en el afán estudioso de su hijo no es la honra ni el dinero, sino la cultura, cosa de inestimable valor y de precio incomparable, y que el joven se torne docto y por la sana doctrina adquisitiva se vuelva mejor. Así que si hubiere acompañado el niño a la escuela, poseído de aquellos bajos pensamientos, al regresar de ella vuelva convertido y persuadido, y conciba de su hijo más altas y generosas ilusiones.

Será admitido el niño con la condición de que estará sujeto a prueba unos cuantos meses. Si esto se hace con los aseclas y acompañantes y con los criados que han de servir los platos y las escudillas a la mesa, ¡qué gran absurdo no es dejar de hacerlo con el hijo que con tanto mayor dispendio suyo y ajeno puede resultar cultivado y docto. En cada uno, antes de enseñarle, hase de examinar el ingenio; este examen de ingenios toca y atañe a la psicología. Nosotros hemos ido a florear en nuestro tratado *Del alma* algunas ideas útiles a este propósito. Partes del ingenio son *agudeza para intuir, capacidad para comprender, facultad de comparación para juzgar*. No hay cosa más semejante al ingenio que el órgano de la visualidad. El ojo es la lámpara del cuerpo; el ingenio es la luz del alma. En el ojo reside la facultad de ver todos los objetos afectados por el color, y se llama *agudeza*. No obstante, los hay que están mejor dotados para la vista de objetos singulares, separados y aislados de otros, no son capaces de una visión de conjunto o, si lo son, lo son no más que por un instante, pero no tienen capacidad de retención. Asimismo los que ven, los que abarcan, los que retienen, no comparan los diferentes objetos entre sí y no juzgan lo que cada uno es por el cotejo con los otros. Estos mismos fenómenos se ofrecen en los ingenios. Algunos hay que son agudos y ven con perspicacia objeto

por objeto, pero no los ven en su conjunto o no los retienen porque su inteligencia es estrecha y su memoria es corta y es floja. Otros comprenden, pero no reflejan su pensamiento a lo que alcanzaron a comprender, para juzgar y discernir cómo sea cada cosa. Y así como los ojos son ciegos o están afectados por dolencias específicas, así también los ingenios, unos están sumidos en demencia o en estupidez perpetua; otros, en trances determinados, no gozan de sanidad perfecta, con la diferencia de que, quien sufre ceguera o algún defecto de la vista lo conoce, quien adolece del ingenio no lo conoce y aun cuando se le da a conocer no da crédito a quien lo diagnostica. La explicación es porque en la dolencia física, la mente, que es quien ha de juzgar de ella, goza de salud, y en cambio, en la dolencia mental, la mente, afectada por aquel vicio, no puede juzgar rectamente de sí misma.

Este examen de ingenios no debe verificarse en el mal ni en pequeñeces ni puerilidades. Tampoco el ojo ve de continuo con toda su agudeza característica, porque en determinadas circunstancias vea con agudeza a boca de noche o en plena lobreguez. Paralelamente no ha de tenerse por agudo el ingenio, porque tiene una potencia especial en cosas livianas y baladíes, sino cuando actúa en plena luz y en cosas grandes. No cabe duda que nuestro ingenio sufrió quebranto grande con el pecado de Adán; pero lo que en aquel trance perdimos en poder, lo ganamos en taimada bellaquería, y como dijo Nuestro Señor Jesucristo en su Evangelio, los hijos de este siglo son más prudentes en su generación que los hijos de la luz. Por este lamentable oscurecimiento original, los ingenios más lúcidos están en medio de las bagatelas y naderías, como los ojos perspicaces en las tinieblas y los varones prudentes en las ilusiones y espejismos.

En el ingenio han de estudiar la *acción* y la *materia*, así separadamente como en conjunto; de ahí nacen los afectos y las costumbres. En la *acción*, entran dos elementos: la *intención* y la *extensión*; esto es, cuán *grande* sea o cuán *pequeña*, cuán *efímera* o cuán *duradera*, cuán *rápida* o cuán *lenta*. Los hay que se fijan en las cosas con muy firme y diligente atención y quienes se gozan en la actividad; los hay que proceden con flojedad y remisamente, como quien hace otra cosa y que no quieren sujeción, sino andar sueltos y libres y a sus anchas, como Ovidio y Lucilio, también, según el testimonio de Horacio. Estos son de condición inconsistente, aérea, o disuélvense en el calor demasiado y agobiados por su carne y la grave pesadumbre corporal, evitan o no sufren el incomportable trabajo de la atención. Los unos ven con más oscuridad; los otros, con más perspicacia. Estos son los que penetran; el instrumento de este trabajo de perforación, llamémosle así, llámase *acumen*, que en romance suena agudeza; aquéllos no pasan más allá del haz y del cariz somero de las cosas, y de ahí su *embotamiento*, su *abollamiento*.

Los hay para quienes son fáciles los primeros pasos y luego se desorientan, se desmoralizan y confunden, porque en plena labor se les pone delante de los ojos de su entendimiento una a manera de niebla o calígine, que no acertaron a ver, cuando, optimistas y briosos, iniciaron la obra. Otros hay más acuciosos y valientes, que en el em-

peño persisten con felicísimos resultados; algunos toman en conjunto o síntesis lo que ven. Otros lo reducen a trozos y estudian por separado cada uno de ellos; esto llámase *sutileza*. A sus tiempos, los hay que con su mirada van, por decirlo así, pinchando como con una punta de aguja los muchos objetos sobre que llevan su vuelo nervioso y no descansan en ninguna parte. Otros se detienen y ponen sus pies muy en firme. Los hay que tienen el instinto de la movilidad, andan sueltos, sin dueño y sin ley, consiguen rápidamente lo que se proponen, como hombres que son de buen temperamento. Algunos de estos están dotados de ingenio tan poderoso, que de un solo golpe de vista abarcan todo aquello que les será menester para su empeño y, desde luego, la tienen ya como al alcance de la mano. De ese linaje de hombres dícese que fué aquel famoso Vinicio, de quien dice San Agustín que tenía el ingenio como catalogado y numerado. Los hay quienes descuellan por una facultad de concepciones rápidas e inesperadas, más que por lo que requiera estudio y calma, más hechos para hablar que para escribir, como Casio Severo y Sulpicio Galba, fenómeno éste frecuente y visible no tanto en los estudiosos como en los ingeniosos, según atestiguan Cicerón y Séneca. Muchas son las cosas que pone delante de los ojos el ingenio excitado, que se mantienen escondidas cuando aquel calor se apagó. Los hay quienes caminan lentamente y por sus pasos contados, pero llegan siempre a su punto de destino. Y algunos de éstos, con su tardo andar y con sus pies de plomo, llegan más lejos que aquellos primeros en su carrera desalada. En unos, la *duración* de la actividad es harto breve y tienen, luego al punto, necesidad de descansar, como los de temperamento cálido, cuales son los egipcios y los persas; en otros es más sostenida y firme, como aquel pintor de marras, que no sabía levantar la mano de la tabla, o como el gramático Dídimo, que mereció el apodo de *calkénteros*.

Otrosí, los hay cuyas alternativas en el ocio y en el negocio son breves, pero frecuentes, y otros, en quienes son largas y recias, como lo escribe Séneca del cordobés Porcio Latrón, los cuales así que se encendieron, arden tenazmente, como el fuego en un combustible resinoso; pero así que se apagan se mantienen fríos largo espacio de tiempo. Producen en ellos estas reacciones, que son frecuentes o cotidianas, su régimen de comidas y bebidas, la influencia del cielo y del lugar, sus disposiciones temperamentales. A quien era siempre constante y semejante a sí mismo, llamábanle los antiguos *hombre de todas las horas*. Originan también esas reacciones la variedad del natural de cada uno, porque es tal su constitución y templanza física, que ora son grandes y agudos, ora son desemejantes de sí.

Prodúcense otras mudanzas harto más largas, verbigracia: las que causa la edad. Algunos mejoran como los vinos en añejándose, cuales Escipión y Polemón y aquellos otros que menciona Valerio Máximo, y otros, con los años, empeoran, como Hermógenes, el retórico, en los tiempos de Antonino Augusto, que, de niño parlero en grado sumo, se volvió de mozo mudo como un buey. Los ingenios precoces mudan en peor; en la puericia, su calor fué moderado; con el andar de los años, si queda ahogado por la crápula o la obesidad, caen en la estupidez, y

si el calor se agudiza y aumenta particularmente en la vecindad del cerebro, caen en la locura. Y mejoran, en cambio, aquellos otros que de temprano tienen un hervor inmoderado, que, despacio, va templándose y se entibia, y aquellos otros cuyo organismo, rebosante de humores excesivos y tóxicos, acaba de purgarse. Conviene a los que tienen sutileza sobrada y lucidez demasiado rápida viva, que cobren alguna gordura, como a los ingenios de excesiva agudeza, porque no lleven el vuelo a donde no conviene y no puedan limitarse y ceñirse a lo que tienen entre manos. Yo pienso que ésta fué la causa por que Platón eligió el *aire craso* de la Academia, conveniente como el que más a los ingenios atenienses, sutiles y ligeros y necesitados de que se les pusieran trabas y cepos. No sufren alteración en ningún sentido y se mantienen en la equidistancia aquellos que en cada una de sus edades conservan la constitución física proporcionada.

Y ahora, pasando a la materia sobre la que el ingenio actúa, algunos tienen mucha aprobación y aplauso en la que requiere habilidades manuales, como lo puedes ver en los niños que siempre están pintando y construyendo y tejiendo, y todo esto con tal destreza y con tanto garbo y tanta gracia, que dirás que se estuvieron ejercitando en largo aprendizaje. Otros hay que tienen más elevadas aficiones a las cosas de juicio y de especulación, espoleados por más viva y más alta acucia de la mente, quienes, desde su niñez, ponen sus manos con torpeza en cualquiera ocupación manual y, en cambio, toman al vuelo todo cuanto se les dice, y con una grandísima prontitud y penetración coligen la razón de ello. Bien pocos son los que descuellan en ambos extremos, aun cuando no faltan en absoluto quienes reúnan, en amigable simultaneidad, estas disposiciones que parecen tenerse casi incompatible antipatía. Algunos tienen grandes aptitudes para un cariz determinado de una misma disciplina, como los poetas, que en prosa suelta andan embarazados. Yo conocí a uno que era un donosísimo narrador y un razonador absurdo. Son de notable rareza los que en toda materia sobre que actúa el ingenio, no en la parte que llamaríamos *quirúrgica*, sino en aquella otra que consiste en la agitación y búsqueda de la mente, merezcan igual aprobación, como Plutarco demuestra que fué el ingenio de Cicerón. Estúdianse los ingenios en la materia y en la acción. Algunos son sumos y maravillosos en fruslerías, frivolidades y pequeñeces, capciosos, caviladores y, como un puerco espín, erizados de argucias, y, en cambio, en asuntos grandes y macizos, no hacen nada, como aquellos que en donaires y juegos mentales tienen ocurrencias y auténtica chispa y gran rapidez y destreza; y en temas serios, dirás que son otros. De este género son determinados poetas epigramáticos y ciertos sujetos bufonescos, para quienes va aquel viejo dicho: Más fácilmente hará dinero un truhán que un ejemplar padre de familia. En esta clasificación deben ser catalogados aquellos cuyo ingenio desflora la superficie de las cosas y se detiene con morosa complacencia en menuderías, que otros evitan cuidadosamente, pero no penetran en la hondura ni llegan al meollo de las cosas. Los hay que tienen punta ciertamente, pero su punta es semejante al alfiler que discrimina el grueso de una cabello en cuatro o cinco

fibras, pero no como el filo de la espada, que parte un cuerpo sólido y duro; son semejantes a la espada, que para juegos y cosas livianas no valen la pena. El prototipo de estos potentes en trances serios y que valen la pena. El prototipo de estos ingenios lo tenemos en Demóstenes. Cicerón, en ambos géneros, fué admirable.

Los hay que no pueden soportar pesos pesados, como los moradores de Mileto o de Síbaris. Esto mismo acontece en las artes y disciplinas liberales; algunos que tienen una maravillosa predisposición para las unas, para las otras son perfectas nulidades. Algunos, sin tropiezo ni impedimenta, acompañan al maestro en su camino discursivo, como los dotados de ingeniosidad y que tienen de sí mismos una opinión modesta. Otros se le adelantan, y entre éstos, quienes lo hacen muy infelizmente, engañados por fútiles conjeturas que ellos toman por inconmovibles firmezas; y otros, en cambio, con mucha maestría y felices resultados, a fuer de infalibles adivinadores, como es fama que era Crisipo, que de su maestro no solicitaba más que afirmaciones dogmáticas, pues decía estar seguro de dar con las razones que se sustentaban. Algunos saben beneficiarse de los inventos ajenos y sacarles el máximo rendimiento, pero ellos no producen nada original, como los que se entregan a la *imitación*, la cual es viciosa cuando no pasa de imitación, aunque creamos que tiene razón Quintiliano al decir que en los niños es *síntoma de ingenio* cuando se salen bien de ella. Otros, al revés, hallan mejor lo propio que no utilizan lo ajeno, como determinados sujetos de indudable agudeza y originalidad y que no quieren aplicar atención alguna a entender y escudriñar lo ajeno. No faltan quienes, cuando es menester, consiguen lo uno y lo otro. A éstos el poeta Hesíodo los coloca en la primera fila de los buenos. Estos son los verdaderamente agudos y que, afanosa y lúcidamente, se imponen de lo ajeno. En muchos de estos casos y para su cabal inteligencia, podemos ilustrarnos con el ejemplo de los ojos, pues, como dije al principio, no hay cosa que con mayor exactitud sostenga el cotejo con la razón y la fuerza del ingenio como el órgano de la visualidad.

También las costumbres introducen variedad en los ingenios; mucho influye en el brío y nervio de la mente la constitución física, de la cual nacen las pasiones. Pero es doble la eficiencia de las costumbres, según proceden de la naturaleza del cuerpo o del hábito contraído. Unos tienen las afecciones del ánimo irritables y otros las tienen más apaciguadas. En éstos, todas alternativamente, por decirlo así, se hacen señoras y despiadadas; en aquéllos, algunas no más que en determinados percances propenden al bien y en otros tienden al mal. Los hay en quienes algunas pasiones ejercen en grado tal el señorío de todo el ánimo, que arrebatan y atraen hacia sí todo cuanto entra en su ánimo, no de otro modo que el estómago estragado y doliente trueca en humor nocivo todo lo que injiere.

De esta misma suerte, esos ingenios de que voy hablando, que se avergüenzan de aprender en magisterio ajeno, desvían hacia la soberbia y la arrogancia y la ostentación—muy atinadamente decía Bión que el engreimiento era un estorbo para los empeños grandes—o tuercen los afectos a sensualidades y apetitos carnales o a depravadas

sospechas y siniestras interpretaciones.

Algunos tienen un ingenio recto hasta cierto grado, pero de repente les sale de trascantón un afecto que los coge de la mano y los obliga a descaminarse de la senda emprendida.

Los hay simples, íntegros, derecheros; los hay ladinos y oblicuos. Los hay que perpetuamente andan rebozados y solapados y los hay que a la primera ocasión se manifiestan enteramente. Para ingenios determinados, sólo vale el miedo; para otros, la suave benevolencia; los hay sanos, sobrios, equilibrados; los hay insanos y furiosos; los hay activos y vehementes, de un desarrendado desenfreno. Algunos reciben impulso de causas grandes y justas; éstos bien merecen el epíteto de viriles, y los hay que se dejan impresionar y ganar de causas chicas y nulas, y un leve airecillo los muda; estos hombres son pueriles y ligeros como vilos. ¡Oh Autor maravilloso de tan fecunda diversidad! ¡Tú, Tú solo que los creaste, conoces las causas; Tú solo! Existen otras diferencias de ingenios; pero basten, por ahora, éstos.

CAPITULO IV

SEÑALES INEQUÍVOCAS PARA DISCERNIR EL INGENIO Y LA NATURALEZA DE CADA UNO; SU EXTENSIÓN Y SU CALIDAD. APENAS SE DA EL CASO DE UN INGENIO TAN ENDEBLE QUE A FUERZA DE DISCIPLINA NO APROVECHE ALGO, SIEMPRE QUE EN ELLO SE PONGA EL CUIDADO DEBIDO. CONDUCTA DE LOS MAESTROS PARA CON LOS DISCÍPULOS Y PRIMEROS CONOCIMIENTOS QUE LES HAN DE PROCURAR

Al niño hásele de proveer de materia, para que se revele el ingenio con su acción y reacción, pues no hay cosa alguna cuya naturaleza se pueda definir si está en inactividad total. La primera prueba a que sometía Pitágoras a sus iniciados era la Aritmética para explorar y averiguar su penetración. No hay cosa que mejor descubra la agudeza mental, como la expedición en el arte de hacer cuentas y la cortedad de entendimiento la torpeza en el contar, como vemos en nuestros bobos.

Aristóteles dice que la torpísima nación de los escitas no saben contar más arriba de cuatro y luego retroceden como nosotros a la decena.

Por esta misma razón, entre los sabios de Grecia los hubo que creyeron que el hombre fué llamado *logicon zoon* (animal lógico), porque era el único que sabía contar, pues así como en latín, también en griego la voz *logos* significa *razón* y *cuenta*.

Quintiliano pone una señal del ingenio en la memoria que consta de dos partes: *percepción fácil* y *retentiva fiel*. Lo primero es un indicio infalible de *acumen;* lo segundo, de *capacidad*. A continuación, pero poco a poco, amanecerá el juicio. De momento se le obligará a *aprender;* seguidamente, a *imitar*, de lo cual poco ha he hablado.

Se los ejercitará en juegos que denuncian el acumen y la índole nativa, particularmente con otros niños de su edad, con los cuales congenie. Aquí no había la más pequeña sombra ni el asomo leve de fingimiento, sino que todo saldrá natural, pues toda competencia alumbra y revela el ingenio no de otra manera que el calentamiento de la hierba o de la leña o de la fruta por el olor delata su naturaleza.

Se le mandará que en el juego ejerza el cargo de gobernar y de mandar.

La función política, dice Bias, demostrará la varonía. Y no absurdamente los españoles dicen, en proverbio, que la dignidad y el juego son la piedra de toque de los espíritus.

En meses alternos y aun cada tres, reúnanse los maestros para deliberar y resolver acerca del ingenio de sus alumnos, con afecto paternal y con severo juicio, y envíen a cada cual al lugar para donde pareciere tener más aptitudes. De esta práctica se seguirá para todo género de hombres un bien nunca creído.

Nada bueno se esperará de los violentados y coaccionados, para quienes va aquel prudente consejo del poeta: *Tú nada harás ni dirás contra el querer de Minerva.*

Todo lo desempeñan del modo mejor y con los más halagüeños resultados aquellos que sirven la función para la cual nacieron y están dispuestos. Y al revés, cuando empujamos los ingenios mal de su grado a obras que no les son congruentes, vemos cómo casi todo les sale a tuertas. No se debe hacer demasiado caso del número que asista a las escuelas. ¡Cuánto más vale un puñado de sal sápida que un costal de sal insulsa! ¡Cuántos filósofos hubo que se contentaron con auditorio reducido, y delante de ese auditorio discurrían aguda y muy sabiamente de materias grandes y soberanas! Nuestro Señor Jesucristo, cuando evangelizaba al mundo la sabiduría divina y la salud del género humano, muy de grado se contentó con una escolta de doce hombres.

Quita la vanidad y el lucro, y cualquier auditorio bastaría a cualquier doctor. Yo no negaré que la nutrida asistencia anima la explicación, pero una cosa es hablar y la otra es enseñar. En funciones de docencia, yo no sé con qué hipócritas aguijones nos espolea la vanidad.

No hay que desesperar de buenas a primeras de un ingenio dudoso y aun malo, si queréis, ni hay que poner confianzas exageradas en uno bueno. De cambios de ingenios y de costumbres tenemos copiosos ejemplos en la sociedad y en la escuela.

Pero por nuestra viciada voluntad son más frecuentes las mudanzas en peor. Y no es lo mismo que un ingenio no sea asaz probado o que sea desahuciado. Ingenios hubo que tras su desestimación acabaron por imponerse y dar buenos rendimientos.

Comience el padre, entre sus muchos hijos, por destinar a las letras no a quienquiera de ellos, como quien toma al azar, para cocerlo o freírlo, un huevo del montón o un pescado del cesto, sino aquel que en opinión suya personal y la de sus amigos esté más capacitado para el estudio y la erudición. Algunos hay, cosa soberanamente ridícula, que a los que resultan ineptos para el comercio o la milicia o para cualquier otro empleo civil, envíanlos a la escuela a que se les inicie en las letras, y lo que constituye casi un sacrilegio, consagran a Dios el engendro más desestimado e inútil y piensan que para tan altos destinos van a tener seso suficiente los que no lo tienen para los más chicos y rastreros menesteres. Una vez que el niño esté definitivamente destinado a las letras, así como el padre debe concebir de su hijo las más altas esperanzas, debe también el maestro concebirlas de su discípulo

con esta diferencia: el amor del padre hartas veces es cegatoso y con frecuencia ciego del todo, mas el afecto y el interés del preceptor conviene que tengan con los ojos de argos la agudeza del lince. Una vez que se le hubiere conducido a la escuela, a ninguno se le desahuciará tan radicalmente que se le eche de ella, luego al punto, sin un serio intento de reformarlo y mejorarlo, si no por lo que atañe a las letras, al menos por lo que toca a las costumbres.

Inmediatamente, ya de temprano hásele de iniciar en los principios básicos de nuestra santa religión, que se conozca a sí mismo y se penetre bien de su fragilidad, de su nativa propensión al mal, por manera que no es nada ni puede nada ni nada vale, sino por el auxilio de Dios, que debe implorarle a menudo y de buena fe, y no espere conseguir en absoluto cosa alguna sin su mediación; cuánta sea la ceguera y el engaño de los juicios del vulgo en lo que afecta a los bienes y estimación de las cosas. En el pecho virgen, vacío de preocupaciones, deben depositarse ideas puras e íntegras que nosotros, que éramos enemigos de Dios, quedamos reconciliados con El por la Cruz de su Hijo; que tema a Dios por Todopoderoso, que le reverencie por sabedor de todo y que le ame por largo y por bienhechor.

Yo mismo, para exponer estos principios, escribí una obrita, a la que puse el título de *Introducción a la sabiduría*. Al pedagogo le será fácil y hasta sabrosa la tarea de cortar en beneficio del discípulo esas digamos florecillas de los filósofos y escritores sagrados, como de veredas en abril perpetuo. Haga que muy a menudo recuerde que esa nuestra vida es una lucha continua, cruel, irreconciliable; que las pasiones están a la continua con el arma al brazo, contra la razón; y que si vencieren, será fatal la perdición del hombre; desfóguese contra ellas, trabaje en su contra, porque no lleguen a sumar fuerzas y a cobrar empuje. Es indecible cuántas malas pasiones llegan a absorber imprudentemente los muchachos, pensando que en ellas no hay mal ninguno, y cuando tardíamente, luego de bien conocidas, se esfuerzan por desecharlas, arriman el hombro a una empresa dificultosa, echaron raíces y retoñan con frecuencia. Y puesto que todo lo acostumbrado llega a ser gustoso, ¿qué desatino no es y qué rematada locura no habituarse a lo mejor? Particularmente cuando es igual el trabajo en lo bueno y en lo malo, o menor, si se quiere, en lo bueno. Mas yo quiero que sea mucho mayor; pero es tan sabido el valor de la honestidad, en cuyo seguimiento va, y gracias al avezamiento, el bien obrar, de hábito que es se convierte en naturaleza.

Sepan los niños que Dios es el premio de todas las buenas obras, que ve con claridad en nuestras mentes y en nuestros pensamientos, a fin de que, según fueron los alcances de su edad, acostúmbrense a no hacer nada por un galardón humano y temporal, sino por aquel otro divino y eterno.

Hecho esto, véase quiénes son aptos para el estudio y los que no lo son. Son ineptos aquellos ingenuos romos, absurdos, que todo lo ven al revés. Es cosa de prodigio, y por esto mismo más para lamentar que los ingenios humanos dedicados a ocupaciones viles y abyectas, más fácilmente dan buenos rendimientos que los que se consagran a las artes liberales y que gozan de mayor

apremio y consideración social. Es una realidad que se nos viene a los ojos que en el comercio, en la artesanía, en los oficios sedentarios, son más pocos los que pierden el tiempo que los que siguen los estudios.

¿A qué causa debemos atribuir el hecho? ¿Será que en menesterès más bajos el ingenio no está tan afectado por la pasión, incompatible con los estudios altos y serenos? ¿Será que la mente no actúa con la misma intensidad en lo baladí y lo manual, como en lo recóndito y excelso, de modo que parece que en aquello va rodando como por un declive y que en esto se remonta por una cuesta, y que si se despreocupa del aprender, como suelta y desarrendada va a encenagarse en deleites y en deshonrosos movimientos del alma?

Tampoco son idóneos para el estudio los que adolecen de vicios naturales, como el *frenético*, el *demente;* éstos, muy a las claras, darán pruebas y experiencias de sí; háseles de enviar donde el miedo de los golpes los contenga. El niño de índole estragada o corruptor debe ser corregido antes de que se le mezcle en la compañía de los otros niños.

Los ingenios de agudeza sobrado delgada y quebradiza, pero no sólida, o de alcance estrecho, dan mejor resultado, cuando no sufren fatiga ni están abrumados de letras; de la misma manera que no debe utilizarse el bisturí para astillar troncos ni debe fatigarse el ojo débil mirando con excesiva intensidad.

Los hay que en determinada sazón no son aptos para el estudio y en otra sazón, sí. y al revés. Lo más cuerdo es que al que fuere ladino o impostor o tan suspicaz y sombrío que en todo pone sospecha de mal no se le dé instrucción que él convertiría en instrumento de muchas maldades.

Quien de suyo se avergüenza de aprender, no siempre es inepto, pero será poco lo que aprenderá; a este tal hásele de convencer de ignorancia y se le ha de avergonzar para que quiera ser enseñado. Si así y todo no se le abolla la hinchazón, remítasele a aquellas artes cuya ignorancia no puedo ocultar y que le sea forzoso aprender, quiera o no quiera. En presencia suya y con palabras fuertes para que las oiga, hase de atacar y desautorizar la soberbia como la más estulta de las pasiones. Los menospreciadores de sus maestros son la procacidad rematada, mejores para el arado que para los libros, para el campo y las selvas que para la sociedad. ¿A quién reverenciará el que no reverencia al maestro, que viene a ser su segundo padre, el padre de su alma?

El niño apasionado por jugar ha de ser amonestado, pero no expulsado. Por lo que hace a los restantes linajes y como moldes de ingenios, los unos tienen mayor congruencia que los otros para las disciplinas, como luego demostraremos, pero ninguno habrá que, al menos, no sea apto para aprender idiomas.

Hasta aquí preparábamos al niño, digámoslo así, para la sagrada ordenación e iniciación en las letras; admitámosle ya al santo sacrificio. El afecto del maestro para con el discípulo sea el de padre. Lo amará de veras y con toda el alma como a cada criatura. ¿Es que engendra más en el hombre el que engendra el cuerpo que el que engendra el alma? Tanto más verdaderamente padre es el maestro, cuanto más

verdaderamente es propia del hombre el alma que el cuerpo. No somos hombres por el cuerpo que tenemos común con los brutos, sino por la mente, muy semejante a los ángeles y a Dios. Por este motivo el macedón Alejandro no se recataba de decir que era más deudor de Aristóteles que de Filipo, pues de éste tenía el cuerpo y de aquél tenía el alma. El apóstol San Pablo dice de aquellos a quienes convirtiera que los había engendrado en el Señor. Pero este amor de padre no será ciego, sino lúcido, para descubrir en su hijo espiritual todo lo que debe fomentarse y robustecerse, todo lo que debe y todo lo que está sujeto a corrección y enmienda.

Los muchachos persuádanse de que lo que van a recibir en la escuela es la formación del alma, es decir, de la porción de nuestro ser, mejor y no perecedera; que esa formación fué encomendada por Dios al humano linaje como la mayor de las mercedes y con indulgencia verdaderamente paternal y que otro ninguno pudo delegarla, puesto que se trata de la manera y del procedimiento para agradar a Dios y para llegar a El, en quien reside la suprema y final bienaventuranza. Así se conseguirá que los niños amen esa formación como cosa necesaria y que reciban esa enseñanza como una bendición llovida del cielo, y que entren en la escuela, penetrados de devoción, como en el recinto temeroso de un templo. Por todas estas consideraciones los maestros, hasta donde les sea posible, pondrán todo su empeño en que a sus respectivos centros no les desprestigien los asuetos ni los vicios los contaminen. Y los alumnos, a su vez, amarán, acatarán, reverenciarán a los maestros como administradores de las dádivas de Dios y como padres de sus almas. Fácil será a los maestros ganarse este afecto por su acogedora afabilidad; ese acatamiento y reverencia por la bondad de sus avisos y por la ejemplaridad de su vida. Es cosa no creída hasta qué punto esta reciprocidad y dulcísima correspondencia de afectos contribuye así a enseñar como a recibir las enseñanzas.

* * *

En la preceptiva de las artes haremos acopio de muchos experimentos, observaremos las prácticas de muchos para extraer de aquí reglas universales. Si alguna de estas experiencias no se ajusta a la regla general, ha de señalarse la razón de esa anormalidad. Si se ignora, y son pocos los extremos en que no conviene, débese tomar nota de ello.

Si son más que aquellos en que convienen o en número parigual, no se ha de establecer dogma ninguno, sino transmitirlo a la admiración de la posteridad, a fin de que, como acostumbró ser siempre, de la admiración nazca la filosofía. Todas las artes se refieren a alguna actividad, colígense fácilmente de los actos y obras de aquellos que por su naturaleza, por su estudio, por su experiencia estuvieron mejor documentados y de quienes dijimos ya que las artes tuvieran nacimiento. Cierto que ellos procedieron sin arte, pero dotados por la Naturaleza de una fuerza mayor o con la ayuda más eficaz de la diligencia y de la práctica. Así es que de la riquísima experiencia de Cicerón y de Demóstenes, como de un arsenal se toman los preceptos de la retórica; y de Homero y de Virgilio, los de la poesía. Con todo, aquel que ex-

plica cualquier arte que sea y establece sus preceptos debe con suma rapidez quitar el ojo de los experimentos y la práctica y ponerlo en la Naturaleza misma, con el fin de enseñarlos más exactos que los rutinarios y trillados. Esto es lo que el mismo Cicerón se adelanta a decir que hará en la instrucción de su orador ideal, pues el ejemplar más acabado está en la Naturaleza, que cada cual reproduce en la medida de su talento o de su diligencia, unos más que otros, pero ninguno en su perfección cabal y absoluta.

En la preceptiva de las artes, el *orden* tiene la mayor eficacia, así para que los oyentes se la apropien como para que la retengan. De grado déjanse conducir por las explicaciones dispuestas de esta manera; y cuando ven que lo posterior nace de lo primero, admítenlo todo como certísimo. Cuál sea el *orden* y qué manera de discurso se ha de emplear en la didáctica de las artes, ya lo dejé dicho en el *Arte de hablar*.

Empero, dado caso que la religión es el punto central adonde converge todo, recuerde el maestro, sea lo que fuere lo que enseñare, que es cristiano, y aleje de sí todo lo que es contrario a su conciencia; ocúltelo y diga luego algo edificante, provechoso a la moralidad. Los poetas, en mitad de su obra, aun cuando traten asuntos serios, interfieren fábulas, como hacen Virgilio y Lucano, porque el lector no olvide que lee a poetas. Y a nosotros, ¿no nos salteará con frecuencia el pensamiento de que estamos consagrados a Cristo? Imprímase con todo el relieve posible y con la majestad condigna en el pecho de los oyentes la autoridad de las Sagradas Letras, a fin de que cuando oyeren alguna cosa de ellas piensen escuchar la voz del mismo Dios omnipotente. De allí, como quien degusta con la flor de los labios, sacará algunas fórmulas como remedios de los males, con la discreción y la dosis que le parecieren suficientes, pues en este punto se necesita delicadeza y tacto, por no decir cosas inconvenientes o que excedan la comprensión de la corta edad. ¿Y qué más si Platón, Aristóteles, Jenofonte, Cicerón y otros filósofos, en confirmación de sus sentires, toman testimonios de Homero y los poetas restantes? ¡Cuánto más congruente no es que nosotros tomemos de la palabra de Dios, no sólo el testimonio, sino la autoridad suprema, en la que no podremos sufrir engaño, porque salió de su infalible sabiduría!

Con todo, aun cuando en la enseñanza de las artes los propósitos deben ser los más perfectos y acabados posibles en teoría, no obstante, en la práctica cotidiana, los preceptos que se den a los oyentes deben estar proporcionados a la capacidad real del respectivo talento.

El artista debe poner su mira en lo sumo y reducirlo a cánones y normas, y luego cada cual poner el esfuerzo conveniente para alcanzar la ardua cumbre; mas el pedagogo no debe quitar su mira del auditorio, no para desviarse del arte y dar mentiras por verdades, sino para decir lo más acomodado al alcance de los que le escuchan. Una y otra cosa declara que hizo aquel Divino Artista, aquel Maestro celestial, la Sagrada Historia evangélica.

LIBRO TERCERO

CAPITULO PRIMERO

LA LENGUA, EXPRESIÓN DEL ALMA; HASE DE APRENDER CON LA PERFECCIÓN POSIBLE LA LENGUA VERNÁCULA O VULGAR Y TAMBIÉN EL ÁRABE. ELOGIO DE LA LENGUA LATINA; A QUÉ EDAD Y CON QUÉ MÉTODO SE HA DE ENSEÑAR A LOS NIÑOS. IMPORTANCIA QUE TIENE PARA SU CONOCIMIENTO EL ESTUDIO DE LA GRIEGA. JUICIO ACERCA DE LA LENGUA HEBREA

Lo primero que aprende el hombre es a hablar, que mana directamente de la razón y de la mente como de su propio venero. Por esto es que las bestias que carecen de razón, paralelamente carecen de habla. Es, además, el lenguaje instrumento ineludible de la convivencia humana, pues no de otra manera podía manifestarse el alma arrebozada en tantos pliegos y abrumada por el espesor de su cuerpo. Y así como por singular don de Dios tenemos la mente, así también el habla nos es cosa connatural; pero que ella sea una u otra, ya es cosa de la personal industria o arte. Por esto es que los padres en el hogar y el maestro en la escuela deben poner muy viva diligencia en que los niños pronuncien correctamente el idioma patrio y que tengan soltura y despejo en el hablar, según la respectiva edad lo consintiere. En ese empeño podrán ser excelentes auxiliares los padres si ellos en persona, en beneficio de sus hijos, se desvelan porque expresen los sentimientos de su ánimo en voces castizas y en frase coherente y correcta. Esta misma misión está encomendada a las amas de cría y a los ayos y aquellas otras personas con las cuales alternan en la niñez, para que no hablen a media lengua, ni con absurdo y bárbaro ceceo, y no contraigan vicios de pronunciación, que fácilmente se pega a los tiernos años. Esta era la razón porque Crisipo quería que se escogieran nodrizas doctas. *Importa mucho* —dice Cicerón—*quiénes sean los que cada día oye en su casa y con quiénes habla en su niñez; como los padres y los ayos hablen también las madres*. Esto es de no poco momento para aprender aquellas lenguas cuya posesión da el estudio y sirve también de mucho para la percepción fácil de los conceptos ajenos y para la manifestación de los propios.

La lengua es el sagrario de la erudición y como una despensa bien abastada de lo que se ha de guardar en ella o de ella se ha de sacar. Y dado que sea el tesoro de la erudición y el instrumento y enlace de la sociedad humana, lo ideal sería que una sola fuese la lengua del linaje humano, y si ello no fuera posible, al menos que existiera una del cual usasen de manera indistinta la mayoría de pueblos y naciones y que ésta fuera la de los cristianos que profesan una misma fe y están iniciados en los mismos misterios para las relaciones comerciales y para la difusión de la cultura. La pluralidad de lenguas es consecuencia y castigo del pecado. Esa lengua ecuménica convendría que fuera tan blanda como docta y rica. La blandura consiste en la musicalidad de las voces, así simples y separa-

das como unidas en períodos; la doctrina consiste en la propiedad de los vocablos que expresan las cosas; la riqueza en la variedad y abundancia de palabras y de modismos. Esta triple cualidad haría que los hombres la hablaran muy a sabor y gusto, y que pudieran expresar sus conceptos con toda justeza y que ella ganase mucho el juicio. Esa lengua ideal paréceme a mí ser la latina, al menos ciertamente de todas aquellas que los hombres emplean y nosotros conocemos. La lengua más perfecta de todas sería aquella cuyas voces significaran la naturaleza de las cosas, como es de creer lo fué aquella en la que Adán impuso a cada uno de los seres su nombre propio. Los verdaderos nombres de los seres son aquellos de quienes se lee en el Sagrado Libro: *Quien cuenta la muchedumbre de los luceros y a todos ellos los llama por su nombre. Grande es el Señor y grande es su virtud, y no tiene fin su sabiduría.* A esta sentencia se arrima aquella del Cratilo platónico, a la cual Aristóteles desvía de su recto sentido en el libro *De la interpretación.* Esta invención de la palabra es la que Pitágoras admira con gran encarecimiento sobre cualquiera otra de las humanas invenciones.

Pero me divertí; volvamos a la lengua latina. Esta lengua tiene la ventaja de estar difundida por muchas gentes y naciones, y de que apenas hay arte o ciencia que no tenga en ella sus monumentos literarios. Allende de esto, es rica porque está muy cultivada, pulida y bruñida por el ingenio de toda una pléyade de escritores; suena con blandura; tiene una gravedad no huraña: ni montés, como la tienen algunas otras, sino como de varón recio y prudente, nacido y educado en una ciudad de exquisita cortesanía. Pecado fuera no cultivarla ni conservarla. Su pérdida ocasionaría una confusión caótica en todas las disciplinas y un disturbio y desconcierto enormes en la sociedad, por la ignorancia de las lenguas, porque, como dice San Agustín: *Cada cual preferiría convivir con su perro que con un ser humano de lengua desconocida.* También para la propagación de la fe es de incalculable utilidad que los hombres se entiendan mutuamente. Pluguiera al Cielo que los musulmanes y nosotros tuviésemos una lengua común. Yo me atrevería a esperar que en un espacio de tiempo relativamente breve muchos de ellos se acogerían a nuestro símbolo. Esta fué la causa por la que el Señor confirió a sus apóstoles el don de lenguas, pues la fe, como dice San Pablo, entra por el oído, al cual la lengua sirve. Por esto mi gran deseo sería que se establecieran en la mayoría de nuestras ciudades colegios de lenguas, no solamente de las tres consabidas: latina, griega y hebrea, sino también de la arábiga, y aun de todas las variedades dialectales que habla el mundo musulmán, que aprenderían los hombres ociosos para granjearse de ahí gloria y aplauso, sino también los misioneros encendidos de apostólico celo, aparejados a dar su vida por Cristo, a fin de, armados con ellas, anunciar a aquellos pueblos a Cristo, de quien han oído tan poco, por no decir ni siquiera su adorable nombre.

Es además conveniente la existencia de una lengua sagrada para los doctos, en que se registren los arcanos y misterios, que no es prudente que sean tocados por quienesquiera, con riesgo de su profanación. Yo no sé si convendría que

esta lengua estuviera más alejada de la lengua común, aun cuando en esa lengua común tenga esquividades y apartamientos, mediante metáforas, alusiones, enigmas y otras maneras de decir, inaccesibles a los ignorantes y de comprensión tardía. Por todas estas causas y razones, debe aprenderse la lengua latina con el posible casticismo porque no se corrompa, porque, corrompida ya, no será una, pues cada región tendrá su modalidad propia. Ello hará que los hombres no se entiendan unos a otros ni entiendan aquellas artes que tienen su expresión en el idioma latino, cosa que nosotros mismos vimos que ya aconteció. A esa lengua dedicará sus afanes el niño, cuando todavía por la endeblez de su ingenio no tiene la suficiente idoneidad para las restantes disciplinas, a saber: desde los siete años hasta los quince. Eso, con mejor acierto lo determinará el preceptor, según el talento y el aprovechamiento de cada alumno. Si alguno adicionase al conocimiento de la lengua latina el de la griega, de ambas a dos recibirá muchos rudimentos y como semillas de las restantes artes, de modo que, gracias a ellas, ya no se acercará a ninguna nuevo y rudo del todo. De los autores respectivos absorberá el habla, que no tiene palabras solas ni es posible que las tenga con exclusión de ideas. Forzosamente tienen que estar rociadas copiosamente con salpicaduras de otras disciplinas y con un mismo esfuerzo se impondrá en la lengua latina y en la griega. Añádase a esto que la lengua griega es sobre manera erudita y copiosa, y así como la lengua latina puede con su abundancia abastecer y ayudar a las otras, la griega, que está en condiciones de abastecer la misma lengua latina, dará a las otras aumentos y primores, y es el obligado perfeccionamiento de la latinidad, como la lengua latina lo es de la italiana o de la española. No hubo siquiera un lingüista consumado en el latín que no estuviera imbuído del griego. Del habla griega procedió la latina; como del idioma latino provinieron el italiano, el español y el francés, pueblos para quienes en la antigüedad el latín fué el idioma vernáculo.

Así es que la práctica nos ha enseñado que la lengua latina hízose más fecunda y más fecunda con las aportaciones de la griega, como por las contribuciones de la lengua latina enriqueciéronse las restantes de Europa y particularmente aquellas tres de que acabo de hacer mención, a saber: la italiana, la española y la francesa, a las cuales sería de mucha conveniencia acostumbrarse al idioma latino, tanto para entenderlo como es debido y por su medio las artes todas, como para dar más pureza y opulencia al patrio lenguaje, que de ella nació, como con un riego más copioso derivado del propio hontanar. Allende de estas ventajas, son muchos los monumentos literarios griegos tocantes a historia, física, ética y moral privada y pública, medicina, religión, que en sus propias fuentes se beben con mayor frescura y limpieza.

Si alguno, por razón del Viejo Testamento, quiere unir a las dos lenguas clásicas la sagrada hebrea, yo no le pongo estorbo, con estas dos condiciones: si piensa que va a tener tiempo suficiente para todo; si confía que la va a aprender exenta de corrupción. Oigo decir que los judíos averiaron en sus códices muchos lugares, en parte por su deliberado odio a Cristo, en parte por su inercia y apatía, pues el mudar de asien-

to tantas veces no les daba ni tranquilidad ni sabor para dedicarlos a sus libros. Es cierto que del cotejo de dos códices hebreos en un mismo pasaje será cosa sumamente rara que surja la coincidencia. Yo querría que la lengua latina fuese conocida con toda perfección, pues ello sirve para la convivencia social y el progreso de todas las artes.

En la lengua griega existen laberintos y ensenadas grandiosas, no solamente en los varios dialectos, sino en cada uno de ellos. El dialecto *ático* y el corriente común, harto semejantes al *ático*, son imprescindibles, porque son los más elocuentes y cultivados y todo cuanto tienen los griegos que merece ser leído está escrito en esos dialectos. En los dialectos restantes se expresan los poetas, cuya inteligencia no importa tanto, particularmente porque no ya sólo en los dialectos, sino, también, en la denominación de las cosas y en el color del lenguaje, hay tanta diferencia entre la oración suelta y la que anda sujeta a número y a ritmo, que parece no ser la misma lengua. No sin razón, Antonio, el de los diálogos de Cicerón, dice que él no tiene costumbre de acercarse y frecuentar a los poetas, porque se producen en lengua peregrina. Aun cuando entre ellos los hay eminentísimos y que bien valen la pena de leerse. Aticos son Eurípides, Sófocles, Aristófanes y los relieves que nos quedan de Menandro. No embargante todo cuanto he dicho, si alguno está bien dotado de ingenio y de memoria, en competente edad y con suficiente holgura, y bien equipado de diligencia y de ganas de saber, a éste yo no le quiero negar nada; sino que puesto que está tan ricamente apercibido, yo le exhorto con ahinco grande a que se tome el trabajo de arremeter con valentía las lenguas y aun las artes todas. Empero si algún otro viniere al estudio tardío u ocupado en otros menesteres o tuviere ingenio y memoria deficientes, ese, digo, conténtese con la lengua latina, pues no se debe hacer concesión alguna a la infecta ostentación que con pestífero soplo avería y corrompe los sazonados frutos de la virtud, sino que se debe atender no más que al provecho y a la necesidad. Y que nadie me cite el ejemplo de Marco Catón, el *Censor*, de quien se dice que se llegó a las letras griegas, ya de edad avanzada, no ciertamente al alfabeto y a los primeros conocimientos gramaticales, sino a la lectura de los autores. Dan a entender esto sus propias manifestaciones, que Cicerón registró en el diálogo *De la vejez*. Habiendo citado determinadas sentencias de los principales escritores de Grecia, que no alcanzaba a comprender, añade: «Estudio el griego para llegar a manejar aquellos que veis que yo ahora uso.»

Por lo que toca al lenguaje que anda en boca del vulgo, ninguna necesidad hay de formular reglas ni técnica alguna. Mejor y más rápidamente se aprenderá del mismo pueblo; aun cuando por analogía algunos doctos autores hicieron determinadas observaciones, como en el pueblo romano, cuando para él, llegado a la hegemonía política, la lengua latina era la vulgar y la materna. Mas, en cualquier otra lengua, agregada y muerta, que ya no es propia de ningún pueblo, las reglas son de imperiosa necesidad, porque no te equivoques y contraigas habla viciosa. Como sea que la Naturaleza proporcionó el lenguaje para que fueses entendido y tú entendieras a la vez, la gramática te señalará aquellos vicios que debes evitar y

que harían que ni los otros te entendieran a ti ni tú entendieras a los otros. Los que hablan el latín y el griego correctamente, se entienden a las mil maravillas, y al revés pasa con los que los hablan perversamente: un español barbarizante es un extranjero para un alemán que barbarice tanto como él, y viceversa.

El arte gramatical, como todas las otras artes, debe enseñarse partiendo de lo más conocido. Al principio se han de enseñar las vocales aisladas y simples; acto seguido, la composición de las consonantes que resulta de una vocal y de un cierto sonido áspero e imperfecto; a continuación, las sílabas. Sabido esto, el chico ha de acostumbrarse a decir las letras por su nombre, suelta y suavemente, y a relacionarlas entre sí. Luego, de un modo elemental, le declararás la respectiva significación y cuáles son *nombres propios* y cuáles *nombres comunes*, y *qué son sustantivos*, y qué son *adjetivos*, *verbos*, *participios*, *pronombres*. Después, darás una primera y vaga noción de los *adverbios* y de las otras partes de la oración, por sus significaciones. A continuación, declinará los nombres; un solo vocablo, y, a seguida, otros. Entonces empezará a juntar el *sustantivo* y el *adjetivo*; el *nombre y el verbo*; seguirán las reglas de la declinación; luego, del *género*, y, por fin, de la *conjugación* de los verbos.

Una vez que el niño hubiere bien comprendido todo esto, se pondrá en sus manos algún librito latino en prosa amena, fácil y tersa. Simultáneamente, comenzará por aprender a ordenar las voces, de modo que el *vocativo* vaya en cabeza; inmediatamente detrás, el *nominativo*, luego el verbo y los demás accidentes gramaticales. Esta ordenación es la más natural y sencilla, y hace que reducidos a esta norma, sea más fácil la comprensión de los enunciados que estaban en mezcla y confusión. Esto, si bien no tan puerilmente como los maestros de las escuelas elementales de latín, lo hacen Donato y Servio y otros expositores de los autores griegos y latinos. Después de estas digamos líneas generales, la parte preceptiva debe darse con mayor exactitud y cuidado. En ello hizo gala de mucho arte Teodoro Gaza, siguiendo la preceptiva aristotélica. Así que con mayor detenimiento trataremos de las *ocho partes* de la oración. Luego se expondrá la *sintaxis;* añadiráse algún autor latino que tenga alguna mayor dificultad y solidez que pueda contribuir a hacer la lengua más abundante y culta, no sólo en cada una de las palabras, sino también en su coordinación y composición. El postrer tratado será el de la *prosodia*, a la cual se agregará la explanación y comentario de algún poeta.

Yo querría que ese conocimiento del arte fuera más ilustrado, que enfadoso y nimio. Perjudican por un igual el menosprecio de las reglas y su observancia excesivamente escrupulosa y servil, aun cuando sea más perdonable su cumplimiento demasiado minucioso. Ordena y manda Quintiliano que el estudio de la lengua griega preceda a las letras latinas, pero en niños cuya habla nativa sea el latín. Pero cuando a nosotros es el estudio quien nos la proporciona, hay que proceder en sentido contrario, a fin de que al mismo paso que los rudimentos de la lengua griega progrese más depurado el conocimiento de la lengua latina. Quien lo mirase atentamente descubrirá que mi método y el de Quintiliano están acordes en abso-

luto. Tiempo atrás, cuando los niños acudían a la escuela, ya traían de su casa harto conocimiento de la lengua latina.

Después de todo esto, explíquense los autores latinos de mayor autoridad y gravedad, haciendo hincapié en los *tropos* y en los *esquemas*, y los niños emprendan ejercicios de mayor empeño, así orales como escritos. Empiécese ya a iniciarlos en la *filología*, que supone un mayor conocimiento de las cosas, a saber: de la cronología, de la topografía, de la Historia, de la fábula, de los proverbios, de las sentencias, de los apotegmas, de los quehaceres domésticos, de las tareas rústicas, y tomen algún gusto por la vida política y civil. Todos estos conocimientos traerán la mayor luz a sus inteligencias. Yo he querido que primero sean imbuídos en la lengua latina, porque queden más asidas y fijas aquellas nociones de que más estamos necesitados. La pronunciación y todo el lenguaje sean auténtica y castamente latinos sin asomo alguno de grecicismo. Y si digo esto de la lengua griega, que tiene deudo tan estrecho con la lengua latina, por no decir que es su propia madre, puede fácilmente colegirse lo que yo quiero que se piense de la lengua hebrea, la cual, con aquel su hórrido son y su frase peregrina, anda tan lejana y disonante de una y otra.

Acerca de todos estos extremos, que son de la incumbencia del gramático, sería mi deseo que en ello se pusiese la más viva diligencia, pues la desidia acarreó la perdición de todas las artes, mientras el afán no fuere tan inmoderado y minucioso que abrume en bagatelas y trivialidades a los ingenios que harto mejor y con fruto más copioso se dedicarían a otras ocupaciones. Veo que esto que digo merece la aprobación y el aplauso de Fabio Quintiliano; pero aplíquese en el estudio cierto método, de modo que el cuidado primero se refiera al significado de las palabras y a las maneras de decir, y el cuidado que le sigue sea para la inteligencia de los autores, concretándose no tanto a la literalidad como al sentido de lo que dicen, porque el muchacho se acostumbre a sacar el meollo de lo que tiene una expresión oscura o ambigua, pues esa práctica aguzará su juicio. El tercer cuidado sea para las sentencias tomadas de la vida real, que en griego se llaman *gnomas* y son dichos ilustres y proverbios aleccionadores. El cuarto cuidado verse acerca de la Historia, y el quinto y último y el más descuidado sea para las fábulas y mitologías.

CAPITULO II

ADVIÉRTESE A LOS MAESTROS QUE EVITEN AQUELLOS VICIOS QUE LES HACE CONTRAER SU FUNCIÓN DOCENTE Y QUE EN LA EXPLICACIÓN DEJEN DE LADO TODO LO VANO Y LO INÚTIL; LAS MISMAS DISCIPLINAS CUYA ENSEÑANZA SE PROPONE DEMUESTRAN CUÁN GRAVE CARGA ES LA DOCENCIA

El maestro de escuela estará exento de aquellos achaques que suele traer consigo el prolongado ejercicio de la enseñanza gramatical. El hecho de que en la escuela anden mezclados con muchachos, les contagia de puerilidad y se dejan llevar a fruslerías e ineptas pequeñeces; pierden toda gravedad y templanza, y al mismo paso que su profesión los obliga a enmendar los vicios de los muchachos, que son tantos que no los expresa ningún guarismo y que retoñan al compás que se los

extirpa y no los puede digerir su mal humor profesional, siéntense empujados a la sevicia y a la ferocidad, y metidos en aquella llamémosla tahona sufren harta mengua de sentido común. De ahí que en su vida y en su profesión demuestran hurañía, carácter agrio y modales desabridos. Donoso estuvo aquel que dijo que no era cosa de maravilla si los gramáticos tenían aquel trato que automáticamente se les mete adentro con el primer verso de Homero:

Canta, divina Musa...

Como no hay en la escuela quien contradiga al preceptor, arrugan el ceño con arrogancia y llevan pesadamente que haya alguno que les tosa. Así que se mantienen con testarudez en su sentir, no sea que si cejaren sufran menoscabo y quiebra en su autoridad, puesto que la concurrencia, compuesta casi toda de niños, no se pronuncia por la buena causa, sino por el que resulta vencedor. Dèmás de esto, piensan que van a engrandecerse con hostigar y morder a todo el género humano; en una palabra, llévase el juego al gusto y juicio de los niños o de los varones aniñados, a quienes el maestro se esfuerza en agradar para conservar la parroquia. Y los que tienen ingenio amuchachado cubren de sarcasmos, baldones y desdenes al contendiente *antisofista* y los demás le acosan cual a perro fugitivo, como si recayeran aquellos insultos en él, sea el que fuere aquel que con ellos es salpicado.

Añádase a esto que de aquel reino suyo y de aquella su sevicia infantil transfieren aquellas amenazas y aquellas barrumbadas y aquellas truhanescas maldiciones a sus pláticas y a sus escritos: *Bribón, idiota, pícaro, disparate que merece palos; yerro monstruoso que pide una víctima mayor; cabeza para enviada a Anticira.* Estos aspavientos y pasmarotadas y esa algarada atroz han sido provocados por una silabilla mal escrita o por una anécdota o un apólogo insignificante contados con poca exactitud. No sin razón dijo Ausonio que no hay gramático feliz ni lo hubo en ningún tiempo.

De todos estos vicios, el maestro prudente se abstendrá con grande y muy activo desvelo. Se acostumbrará a la afabilidad, a la amabilidad y a la amigable cortesanía; tomará parte en las conversaciones y en las reuniones con templanza y comedimiento; con cuanto empeño pudiese se limpiará de aquella suciedad repelente y fétida, no por apartamiento físico, sino con el diligente cultivo de la corrección y cortesanía de la conducta; se manifestará puro y sin tacha, afectuoso como un padre para con sus discípulos, no disoluto y libre a fuer de camarada. Su cultura será extensa; su enseñanza, cuidada, diligente, sin desviarse del método que he preconizado, de forma que obtenga la primacía el estudio de los vocablos y siga luego la inteligencia de los autores, y a continuación, la memoria, con el recuerdo oportuno y fecundo de voces y de cosas que irá en aumento con la aplicación y la asiduidad en el aprender.

Extensa e intensa erudición imprime en el ánimo de los oyentes en muy breve tiempo el preceptor que se mueve como en su propia casa en aquella tan varia y tan copiosa muchedumbre de escritos, no como un peregrino advenedizo, que escudriña con trabajo grande cosa por cosa para dar, al fin, con aquella sola que busca, sino como dueño cui-

dadoso que conoce perfectamente el sitio donde está cada objeto colocado y lo tiene asequible y a mano, cuando el caso lo pide. Esta facultad túvola en grado eminente, cual ningún otro, Remnio Palemón, considerado como el príncipe de los gramáticos, y por ella fué muy del gusto de sus contemporáneos, aun cuando, por otra parte, fuese un bellaco perfecto. Ni tendrá tampoco una idea hiperbólica de la falta presunta, que consiste en ignorar determinados pormenores en lo que es mitología y bagatela, puesto que ello no constituye pecado alguno contra la Naturaleza ni siquiera contra el mismo arte que profesa. De ese linaje son cuestiones como éstas: ¿Cuál fué la verdadera madre de Eneas? ¿Cuál, la nodriza de Anquises? ¿Cuál fué la personalidad efectiva de aquella Penélope enigmática en la cual Mercurio engendró a Pan? ¿Qué nombre daban a Aquiles las doncellas? Y otras preguntas de ese estilo con que Tiberio César acostumbraba vejar a los gramáticos, y con las cuales Dídimo, aquel célebre devaneador llenó la gigantesca montaña de sus obras. Y todavía diré más. Así como en una ciudad bien organizada o en una casa donde rige el orden comete un crimen el magistrado o el padre de familia que confiere a un hombre malo e inútil un empleo que un hombre bueno y probo podría desempeñar, así también constituye un delito si se da cabida y lugar a aquellas majaderías e insulseces en un ingenio en quien pudieran depositarse otros conocimientos de provecho. Malos tratos se dan a las letras y se impone una muy amarga y pesada cruz a los estudiosos, si se estima que estupideces tales forman parte de la erudición. Ruines gramáticos son aquellos que andan a caza de tales soluciones. Con su fina y urbana discreción, dijo Virgilio haber sembrado un escollo para los gramáticos, al preguntársele la significación de aquel nebuloso pasaje de su égloga tercera: *Dime en qué tierras, y te tendré por el gran Apolo, no se ven más de tres brazadas de cielo.*

Conocerá el maestro perfectamente la lengua vernácula de los niños, a fin de que, por su medianería, pueda enseñar más cómoda y fácilmente las lenguas sabias, porque si no se expresa en la lengua patria con palabras justas y apropiadas al asunto de que habla, defraudará y estafará a los alumnos, y ese fraude los acompañará cuando ya serán adultos y crecidos inexorablemente. ¿Y qué decir más si los niños no entienden asaz la lengua misma que mamaron con la leche, si no se les da puntualísima explicación de todo? Conozca el maestro todo el proceso de la formación de la lengua patria desde sus más remotos orígenes y tenga noción, no solamente de los neologismos, sino también de las voces arcaicas y que ya cayeron en desuso, y sea algo así como el tesorero y custodio del tesoro de su nativa lengua. Si ello no fuera así, como cualquiera de las lenguas sufre vicisitudes, altibajos y percances diversos, los libros escritos con una centuria de anterioridad no serían entendidos por los lectores venideros. Por esta caducidad periódica que padecen los idiomas, había en las Doce Tablas muchas cosas que se le escapaban a Cicerón y a los grandes jurisconsultos de sus tiempos. Cada día en las lenguas vulgares ocurre el fenómeno de que muchos vocablos se quedan tales que nadie los conoce. Tendrá asimismo el maestro un amplio y bien provisto almacén de voces latinas, pero castizamente latinas, para que los ni-

ños se surtan de él como de fuente incontaminada y les obligue a expresar por rodeos lo que quisieren decir o lo que está más feo y resulta más vago, a indicarlo, señalándolo con el dedo. Este, digámoslo así, acto de bautizar y poner nombre a las cosas que caen debajo del dominio de los sentidos, es necesario y obligado cuando se echan los primeros cimientos; pero, con todo, resulta útil a los más adelantados para que se acostumbren a manifestar como se debe los más recatados sentimientos de su alma, en lo cual consiste toda la fuerza y el nervio de la elocuencia.

La explicación tenga el mayor grado posible de facilidad y de lucidez. Al principio, desarróllese con palabras corrientes y del idioma vulgar, y luego, poco a poco, y siempre progresivamente, con palabras latinas, con pronunciación bien deslindada y con ademanes expresivos que ayuden a la inteligencia, mientras no conviertan al maestro en un histrión. Procure con el mayor cuidado que los pasajes que adujere de los buenos autores, bien por vía de ejemplo, bien para corroboración de lo que dice, que no se limiten sólo a contener palabras, sino que entrañen también alguna breve sentencia que tenga utilidad para la formación intelectual o para la vida práctica. Cuando expusiere el significado de los vocablos, aducirá algún ejemplo o paradigma de los más autorizados escritores. Al hacer esto, pondrá una mira especialísima en desentrañar con toda la posible claridad la fuerza de aquella voz; luego, si éste fuere el caso, la particularidad que la voz pueda contener, digna de ser conocida, y si no la tuviere, despachará la explicación como bien le pareciere. Y él mismo, de cuando en cuando, para situar mejor la cosa delante de los ojos, se forjará un ejemplo de su propio caudal en forma bien de sentencia breve, o de anécdota interesante, o de salado cuentecillo, o de ceñido proverbio. Mientras vaya explicando una historia o una fábula no se remontará a tomarla en su propio origen, sino en el punto preciso y conveniente, para la buena inteligencia por los alumnos, del pasaje consabido. Si los alumnos la oyeren por primera vez, convendrá anticipar una breve explicación previa. De cuando en cuando échanse de menos digresiones amenas y gustosas, así al que dice como al que oye, explicando con algún detenimiento para aliviar la pesadumbre alguna historieta o alguna novelería. En este punto yo más fácilmente absolvería al gramático que se excediera que no al que adoleciera de una avara ceguedad por pensar, al estilo de los estoicos, que basta con sólo puntillar y aludir fugazmente a los asuntos.

Si se tropieza con el nombre de algún héroe de aquellos que celebró la pregonera fama, ilustres por sus hazañas bélicas, por su sabiduría, por sus conocimientos prácticos y aun de aquellos que gozan de la detestable celebridad de sus malas acciones, manifestará el maestro a sus alumnos en dónde nació, quiénes fueron sus padres y aun en alusión muy leve tocará alguna de sus alabanzas principales o por lo menos aquellas que más al propósito vinieren y lo mismo hará con los hechos que son su deshonra y su oprobio. Presentará también la cronología bien delimitada por algunas fechas relevantes, como diré luego; a continuación indicará a cuál de estas fechas estuvo más próximo el personaje de quien habla: la ciudad, el monte, el río, la fuente, la situación, la distancia de al-

gún lugar notable, verbigracia: los Alpes, los Pirineos, la ciudad de Roma, Atenas, Rodas, Jerusalén, el Nilo, el Rin, el Euripo, el mar del Norte o del Sur, qué varón ilustre dió a luz sus principales producciones y todo cuanto de notar se le viniere a las mientes; hanse brevemente de describir el animal y la piedra, y hanse de anotar algunas de sus propiedades descolladas, sabrosas de conocer. Si fuere cosa peregrina, desconocida en la propia comarca, se ha de indicar su procedencia. Las máximas gnómicas han de ser esclarecidas e ilustradas con algún ejemplo o con otra máxima más clara o más corroborativa y de mayor autoridad. Si se topare con algún pasaje descaminado, debe enmendarse al tenor de nuestra religión sacrosanta. Hasta el límite posible, hay que esclarecer el origen de las expresiones proverbiales y desentrañar su auténtico sentido y el uso que se hace de él, y a la vez alegar el dicho de alguno que parezca tener buena oportunidad y, particularmente, en aquel lugar.

En más elevadas disciplinas no hará sino florear los puntos fáciles acomodados al alcance de sus jovenes alumnos, sólo por satisfacer y cumplir con su autor, y lo que quede más difícil o que tenga que ir a tomarse de fuente más oculta y más remota lo reservará propiamente para el estudio de las mismas disciplinas. Expondrá el propósito de su autor; esto es, lo que hace Donato, aunque se excede en la nimiedad. Aclarará las oscuridades del escritor con otros pasajes paralelos, pero algo más transparentes, y si no los hallare en aquel autor, los buscará en algún otro contemporáneo o vecino de aquella edad, para demostrar que aquélla era la manera peculiar de expresarse o de sentir de aquel autor y de aquel siglo. Para todo esto, a mi parecer podrá tomar antecedentes de Servio Honorato. Yo no me meto a aquilatar el grado de verdad que puedan contener sus afirmaciones, sino que me limito a su arte y sus procedimientos y quisiera que el maestro de la escuela tuviere el mismo sistema didáctico, aun cuando convenga que éste sea más copioso y prolijo en la explicación de lo que Servio lo fué en el escribir. En la enseñanza oral parece bien que se persigan determinadas menudencias con más afán que en la composición de un libro. Acuérdese de aquella imagen, dechado de justeza, con que Quintiliano expresó con veraz grafismo el ingenio del niño, a saber: que era como una vasija de boca estrecha que rechaza la abundancia de líquido que en ella se echa bruscamente y, en cambio, admite el que se deposita en ella gota a gota. Teniendo en cuenta esta precaución en los comienzos, lo que le ofreciere será poco y fácil; más tarde le acostumbrará a lo más, a lo mayor, a lo sólido. Interróguele muy a menudo y pídale el porqué de lo que hubiere explicado, pues importa mucho que lo grabe reciamente en la memoria.

CAPITULO III

DE LO QUE TOCA A LOS DISCÍPULOS; PRIMERAMENTE, PROVÉANSE DE CUADERNOS DONDE, CON DILIGENCIA, REGISTREN TODO LO DIGNO DE NOTA QUE HALLAREN EN LA LECCIÓN PRIVADA O EN LA EXPLICACIÓN DEL MAESTRO. DE LA MEMORIA: SUS VENTAJAS; ADMINÍCULOS QUE LA AYUDAN Y EN QUÉ EDAD CONVIENE QUE SE LA EJERCITE. PRONUNCIACIÓN Y ESTILO

Oirá el alumno atentamente y tendrá los ojos puestos en el pre-

ceptor, siempre que no hubiere de tenerlos fijos en el libro o tuviere que escribir. Sépase que el oído es el órgano del aprender, que los seres animados que de él carecen son incapaces de todo amaestramiento. No hay cosa más rápida ni más provechosa que oír muchas veces. Piense que todo lo que oyere del maestro son oráculos puros, y porque todos los verá consumados y llevados al ápice de la perfección, conciba el deseo de hacerse semejante en lo posible a ese su forjador y artífice. Los discípulos de Platón salían de su escuela, con la giba característica del maestro; y los discípulos de Aristóteles, con su famosa balbucencia, porque esos defectos se les antojaban hermosos e imitables, dado que sus maestros los tenían. No seré yo quien apruebe el remedo de los vicios; pero prefiero que remeden sus vicios siempre que reproduzcan sus virtudes, que no que ni siquiera imiten sus virtudes.

Aprenderá el niño a escribir con corrección y presteza; échense los cimientos de la escritura correcta, al mismo paso que se les enseña a leer; tengan siempre apercibido y a mano el significado de las letras, de las sílabas, de las voces, separadas y unidas, y persuádanse, como es en hecho de verdad, que no hay nada que contribuya tanto a formar una amplia cultura como el frecuente escribir y el mucho gasto de tinta y de papel.

Así es que cada uno de los niños tendrá un cartapacio en blanco, dividido en varias secciones para recoger en él las enseñanzas caídas de la boca del maestro, que son de precio no menor que las perlas. En una sección pondrá las palabras aisladas, una por una; en otra sección, las frases y modismos de uso corriente o raro o no conocidos de todos; en una tercera sección registrará los hechos históricos y en otra, las fábulas; en otra, los dichos y las sentencias graves; en otra, las sales y las agudezas; en otra, los proverbios o refranes; en otra, los héroes famosos, ennoblecidos por la celebridad; en otras, las ciudades gloriosas; en otra, la fauna, la flora, los minerales peregrinos; en otra, los pasajes difíciles de los autores, con su explicación convincente; en otra, consignará las dudas que no han tenido todavía solución. Todo esto, al principio, en su simplicidad y desnudez, y así que el tiempo avance, con su congruente ropaje y adorno. Tendrá, además, un cartapacio mayor; allí apuntará lo que el profesor hubiere explicado más extensamente y también lo que él, por iniciativa personal, hubiere leído en los buenos autores o los dichos y sentencias que hubiere oído de otros. Y así como en este digamos calendario suyo tiene determinadas casillas o compartimientos, si le pareciere bien tomará para su uso nota de las casillas, para que cada escritor tenga su propio compartimiento.

Ejercítase ya en los primeros años la memoria que crece al compás del ejercicio. Encárguense a su fidelidad muchas y frecuentes encomiendas, puesto que aquella edad no siente el trabajo, porque no sufre desgaste. De este modo, sin trabajo y sin afán, amplíase la memoria y llega a tener una capacidad asombrosa. Así los ingenios ternecitos, sin que reparen en ello, imbúyense de rudimentos. Con todo, importa mucho retener estos rudimentos causadores de tan enojosos hastíos y grabarlos en el ánimo. Resulta curioso que lo que para varones maduros sería cansancio y pesadez, para la pueril edad hartas

veces es apacible y goloso entretenimiento; por esto, en esa sazón débese enseñar precisamente aquello a lo cual los hombres hechos y derechos arrimarían el hombro con muy sentida displicencia.

La memoria consta de dos partes: aprehensión rápida y retentiva fiel. Aprehendemos rápidamente todo aquello que entendemos, y retenemos con tenacidad lo que, atenta y frecuentemente, confiamos a la memoria. A ambas acciones las asiste y las ayuda el orden aun para recordar de nuevo lo que ya se nos olvidó. Esta es precisamente aquella recordación de que se dice carecen las bestias. Las encomiendas o recados que debiéramos hacer a la memoria, háganse con el silencio ajeno, pues no hay necesidad que lo hagamos con el nuestro, pues no raras veces se imprime más profunda y tenazmente aquello que decoramos en voz alta, como también retenemos mejor lo que oímos de otros que lo que personalmente hemos leído. En la lectura hecha en alta voz, facilitamos el acceso al ánimo por dos, digamos, puertas o sentidos: vista y oído. Si el pensamiento comenzare a desviarse y a querer divagar con aquel pequeño murmullo, se ha de volver al redil el pensamiento primero, que se descarría, y el pensamiento segundo, que aldabea por entrar. Y así como el alimento poco antes injerido carga más el estómago que aumenta las fuerzas, hasta que, digerido, pasa a las venas y se comunica a todo el cuerpo, así también la lección recién oída aprovecha escasamente hasta que empieza a cocerse como en el ventrículo. Lo que aprendieres antes de dormirte, a la madrugada, cuando te despertares, se te presentará con mucha mayor prontitud que en cualquier otro tiempo, con tal que no te hubieres acostado en estado de embriaguez o con pesadez de manjares excesivos o comido y exhausto de ayunos.

También es muy conveniente poner por escrito lo que deseamos retenga la memoria, pues no de otra manera se fijan con la pluma en el pecho que en el papel. Ello se explica, porque la atención se detiene mayor rato en lo que escribimos y, por tanto, queda más tiempo para que más fuertemente se adhiera. Lo que los niños hubieren oído del preceptor, lo repetirán luego a alguno de los condiscípulos más adelantado o, si se quiere, a uno que esté más atrasado que él y, por fin, al propio maestro, porque el respeto que el preceptor impone cause sonrojo y confusión a los rudos y de flaco entendimiento. Para empezar, bastará repetirlo palabra por palabra; algún tiempo después cotejarán y sustituirán unas palabras por otras que vengan a decir aquello mismo que aprendieron textualmente. Se les obligará a manifestar qué fué lo que más les llamó la atención de lo que el maestro dijo y qué fué lo que anotaron para luego usarlo ellos por su cuenta; entonces repetirán lo mismo con otras palabras e intentarán aportar otras análogas o similares. Los discípulos más aprovechados a los más rezagados, lo mismo que hubieren oído al preceptor se lo explicarán con mayor llaneza. Está probado que más fácilmente se remontan los niños a la inteligencia de sus iguales que a la del maestro, porque lo pequeño y lo tierno más fácilmente ase lo que le está cercano para afianzarse en ello, que lo que está más arriba, como vemos que acontece en los árboles y plantas. Comenzarán por expresarse en su lengua nativa, la primera que oyeron en su hogar. Si en

ella cometieren alguna falta, la enmendará el preceptor, y, más tarde, y poco a poco, comenzarán a expresarse en latín; mezclarán aquellos vocablos que de labios del preceptor hubieren recogido o ellos hubieren acarreado en sus lecturas, a fin de que ya de temprano y de los mismos comienzos, el lenguaje escolar sea mixto de latín y vulgar. Salidos de la escuela, hablarán la lengua patria, porque no se acostumbren del todo a barajar y confundir los idiomas.

Cuidará el regente de la escuela con todo el celo y el desvelo posibles que las voces sean castizas y propias de la lengua latina. En este ejercicio, como en cualquier otro, deben ser los novatos advertidos que han de poner más confianza en las reglas que en el uso o en su criterio personal, dos cosas estas últimas que fácilmente seducen a los ignorantes y rudos. Al paso que fueren creciendo sus conocimientos, se irán volviendo más latinos. Se esforzarán por expresar en latín los propios conceptos, pues no hay cosa que tanto aproveche para conocer a fondo una lengua como la práctica. Si hubiere alguno que se corriera de hablar, a éste se le ha de desahuciar en el empeño de llegar a ser elocuente en la lengua, que origina su sonrojo. El muchacho que, pasado un año después de su iniciación, rehusare expresarse en latín, sea castigado según fueren su condición y sus años. Si comete falta en un punto difícil, corríjasele, otorgándole perdón si la enmienda le valió; mas si fuere fácil la cosa, sufra castigo. Pondrá interés y empeño en imitar o reproducir en vocabulario y estilo así a su maestro como a los autores cultos que le indicare el profesor y a los varones doctos que merecieron la aprobación del maestro. Con quienes hablan en lenguaje podrido, lo más cuerdo es hablar en una lengua a la que sea imposible que se le pegue el contagio. Y dado caso que el habla fué dada a los hombres para que se entendieran entre sí, conviene que sea asequible y lúcida, porque no precise trujamán. La claridad estará en el lenguaje mismo, no en el oyente, el cual, si ignorare la lengua y no comprende lo que le decimos, no por eso habremos hablado oscuramente, sino clara y comprensiblemente, si usamos las palabras en el sentido que las usan los hablistas y la plática o conversación fuere lúcida, es decir, dispuesta con cierto orden lógico y natural.

Esta es la razón por que deben evitarse en absoluto las voces caídas en desuso, las traslaciones duras y largas, las palabras nuevamente introducidas, los vocablos poéticos, singularmente griegos, las transposiciones y dislocaciones violentas. En la lengua griega, puesto que solamente la queremos para entender a los autores, no pondremos tanto cuidado en el *hablar* como en el *comprender*. Si alguno tuviere tanta holgura y el ingenio conveniente, acostúmbrese también a hablarla.

Estúdiense también en los niños los vicios de pronunciación para corregirlos, como cuando la voz es delgada en demasía y teme la pronunciación de la letra. Vicio contrario a éste es cuando el sonido es bronco y espeso el deletreo, vicio que en Sulpicio y Cota notó Lucio Craso, según refiere Cicerón. También es viciosa la pronunciación gutural y profunda, como la tienen los árabes y los hebreos; cuando la voz se oye en la cavidad de la boca, se adolece de la que se llama *celostomía*. Aristóteles reduce a tres los

vicios de pronunciación: el de los que no pueden pronunciar una letra determinada, que se llaman *blaesi*, en latín, y suena en romance *tartamudos;* el de los que en la pronunciación se comen una letra o una sílaba; a esos *balbucientes*, Cicerón opone a los que tienen el habla fácil y suelta, el vicio de los llamados *hesitantes*. Aparecen el *lambdacismo* y *yotacismo*, voces griegas y sonorosas, cuando las letras correspondientes: la *l* y la *yota* se pronuncian sin la debida nitidez. Existen letras privativas de determinadas naciones, como los habitantes de Eritrea introducían frecuentemente la letra *p*, y los germanos el silbido de la *s*. Los vicios contraídos por costumbre pueden extirparse; los que radican en la Naturaleza pueden corregirse, mas no extirparse; pero, ciertamente, se pueden disimular y encubrirse hasta el punto de no mostrar su fealdad.

Hay que precaver que los niños no se acostumbren a hablar con precipitación y que el propio maestro no les dé ejemplo de celeridad y volubilidad en el hablar, pues no faltan dómines que esperan ser tenidos por gramáticos extremados, no ya si profieren, sino si chorrean las palabras en tropel desenfrenado. Este vicio origina en la vida peligrosas imprudencias y hartas veces suma descalificación. Es imposible que la mente pueda sugerir a la palabra torrencial abundancia de ideas y así es que se siente obligado a un silencio feo o a una verborrea sin ton ni son. Si demuestra vacilación y titubeo, no hay cosa más deforme que aquel embarazo en plena carrera y aquella dificultad en quien todo parecía llano, por no decir que todo cuesta abajo. Es preferible en el hablar que se peque por lentitud que no por arrojo y arrebatamiento. En la lentitud, por lo común se puede premeditar lo que se va a decir; en la precipitación, muy raras veces. Con todo, entre estos dos extremos existe un término medio que lo más cuerdo es observar. Como por el verdor de la edad inquieta yo no reprobaré radicalmente en el niño la manera de hablar expedita y voluble, aun inconsiderada, si queréis; así también, cuando comenzare a crecer, la iré atenuando y aun la reprimiré enérgicamente, porque no se habitúe a chorrear palabras inconsideradamente, así que le fueren naciendo a flor de labios.

Mucho contribuye a ello la práctica de escribir. La péñola, dice Cicerón, es el mejor y más eficaz maestro del hablar. Luego que hubieren aprendido la sintaxis, verterán oraciones de la lengua vulgar a la latina y éstas, a su vez, volveránlas a la lengua vulgar, pero muy breves al principio, que luego, de día en día, hará más largas alguna añadidura. El mismo procedimiento se seguirá en el griego, aun cuando yo prefiero que se traslade de la lengua griega a la nuestra vulgar, que de la nuestra vulgar se traduzca al griego. Para una traducción honrada es de necesidad imprescindible que el intérprete conozca a fondo los recursos y la energía de una y otra lengua; con todo, conviene que esté más ejercitado en aquélla a la cual traduce. No pueden traducirse en toda su integridad aquellas palabras cuyo sentido se ignore. Con menguada equivalencia traducirá las obras de Aristóteles quien no fuere filósofo, ni los libros de Galeno quien no fuere médico. También se ejercitarán en la explanación de las sentencias difíciles de los grandes autores. Para ello, se necesita intensidad ahincada; este ahinco

tan intenso despereza, aviva y aguza el ingenio y comunica al juicio lozanía y robustez. Es cosa de admiración el hecho de que algunos que aquello mismo que saben hablar no lo entienden si lo leen escrito; esto acaece, según yo pienso, porque su ánimo vagaroso y derramado tiene la suficiente *intención* para hablar, pero no para entender lo escrito, porque su temperamento voltizo no sufre el recogimiento y la concentración.

A los ejercicios prácticos se añadirá el cotejo de los escritores con las reglas, en qué convienen, en qué se separan, pues el uso tan vasto no pudo encauzarse en el angosto álveo de las reglas. Redactarán una que otra carta fácil y alguna fabulilla; amplificarán un ejemplo, un apotegma, una máxima, un proverbio; desatarán una composición poética ceñida a número y la reducirán a prosa suelta. En esta práctica, Craso dice por boca de Cicerón haberse ejercitado alguna vez. Esto mismo hicieron Lorenzo Valla y Rafael Volaterrano, volviendo a Homero del revés y quitando las trabas a sus hexámetros. Yo lo apruebo no más que como ejercicio para niños, pero no como interpretación de un poeta tan grande, particularmente porque con ese linaje de traducción se desnuda de la mayor parte de su gracia a una obra inmortal. Al principio escribirá poco, pero poniendo en ello sumo cuidado; luego escribirá más. La compostura no es hija del esfuerzo ansioso, sino más bien del uso y del ejercicio atento y diligente, para que de buenas a primeras no se nos escapen los primores y las filigranas, que tienen su importancia aun cuando no lo creamos. Conservarán lo que hubieren escrito en los primeros meses para cotejarlo con lo escrito en los meses sucesivos y certificarse de los avances y seguir pisando la vereda por donde entienden que adelantan caminos.

CAPITULO IV

CUÁNDO DEBEN PERMITIRSE A LOS NIÑOS LAS DISPUTAS; MÉTODO A OBSERVAR EN ELLAS Y MATERIAS SOBRE QUÉ DEBEN VERSAR. CONDUCTA DE LOS MAESTROS EN LA ENMIENDA DE LAS ERRATAS LITERARIAS Y DE LOS YERROS MORALES; EXHORTACIÓN AL ESTUDIO; QUÉ SE HARÁ PARA QUE RESULTE EFICAZ; DE LOS JUEGOS Y DE LOS DEPORTES

El niño, así que llegare a la escuela, no se ha de poner a disputar. Rudo e ignorándolo todo, ¿qué habría de decir? Calle, pues, y ponga su atención en la marcha de la escuela y mírelo todo con seso muy avivado. Pasado algún tiempo, comenzará por preguntar algo a sus condiscípulos sin afán de altercar ni de curiosear. Considerando esto, Pitágoras de Samos imponía a su discípulo un silencio de varios años, porque no se aficionase a litigar por asuntos baladíes. Las trincas a disputaciones escolares, una vez que estén autorizadas, comenzarán por ser algo frecuentes y versarán sobre los temas de las explicaciones. Esta emulación es una espuela del ánimo del niño y no le permite atollar y entorpecerse en la ociosidad. Por esto, el Divino Maestro provoca en cierto modo a los niños judíos a que disputen con los niños gentiles acerca del reino de Dios, como se colige de la Epístola de San Pablo a los romanos. Hay, pues, que estimular a los niños con elogios mesurados y con pequeños premios que ilusionan aquella edad, como también con reprensiones discretas y con el ejemplo de algún compañero que luzca

más que él; pero se precaverá que el amistoso y estimulante antagonismo no degenere en enemistad y en despecho. Contenderán con viveza, pero sin acrimonia. Poco a poco estas luchas innocuas se trocarán en una emulación estudiosa y se apaciguarán aquellos ardimientos pueriles, porque más vale que los muchachos no sepan nada, que no que se hagan esclavos de la ambición y de la soberbia. Nadie, sino el que lo conociere por experiencia, vaya fácilmente a creer cuántas y cuán bravas y perniciosas reacciones alimentan los estudiantes necios, y cuántas víboras crían en su seno. Concedidos aquellos, a la edad pueril, pequeños premios y aquellas discretas alabanzas como cosas de juego, incúlquese en los escolares más crecidos que son puras bagatelas y niñeces, como el juego de nueces, y los caballitos de caña y de cartón, porque cobren vergüenza de perecerse por ellos los que ya dejaron de llamarse niños. El parecer y la actuación del maestro contribuirán eficazmente a ese resultado, pues sus frecuentes recriminaciones les darán a entender que son puerilidades ridículas, y su propia conducta dará mayor autoridad a su predicación.

Las materias sobre qué contenderán los más grandecitos serán éstas, poco más o menos: *Correspondencia de las reglas con el uso en los dichos oscuros y embrollados de los autores; explanación de una sentencia, proverbio, apotegma, fábula, historia, parábola; su origen, su contenido, su aplicación; nombre de un personaje, de una ciudad, de un monte, de un río, de una fuente, de una provincia, de un animal, de una planta, de una piedra, de un metal; fuerza de un vocablo; su etimología, su prosodia, su ortografía; de un modismo; de la estructura y ley de un verso; todo esto, conforme a la edad y al plan de estudios.* Y puesto que la Naturaleza no industrió al hombre en cosa alguna, todo tiene que averiguarlo con su caletre, con su esfuerzo, con su experiencia, con su desvelo; engáñase con frecuencia y se descarría mas de lo que conviene. Por esto, la corrección es necesaria en todo tiempo y a cualquiera edad. No hemos de consentir que haya vicio que se nos pegue y tome fuerza y bríos. Pero hay determinadas cosas que el niño no puede comprender; difiéralas el maestro para más adelante y previamente advierta a los discípulos que la no reprensión no significa aprobación y aplauso, sino una fina consideración que guarda a sus pocos años. Llegarán el día y la oportunidad de demostrarles la razón del desagrado. Ni faltan ocasiones en que de momento aprobamos en los niños aquello mismo que merece reprobación en los hombres hechos; pero en el asimilarse la enseñanza, acaso convenga que se disimule algo y no vaya el maestro a pensar que la culpa recae íntegramente encima del alumno. Conviene ciertamente que las costumbres estén inmunes de todo vicio, no porque en aquella edad sean perfectos, sino porque no sean malos y pervertidos por una corrupción temprana.

No olvide el prudente maestro cuánta es la diferencia que media entre el que comienza, el que avanza y el que ya llegó; que del niño que empieza no se ha de requerir lo mismo que del joven ya muy adelantado en las disciplinas y en su formación moral; que no hay cosa más intempestiva que exigir frutos sazonados de un árbol que comienza a retoñar cuando el abril se anuncia; no se muestre desabrido ni se

enoje con los muchachos si no le dan el mismo rendimiento que los jóvenes que tienen una larga formación y aun a veces, con perdón del cielo, si no rinden lo que rinde él mismo. Y a pesar de que ello es rematada locura, no faltan preceptores que lo exigen de los chiquillos, con fieras amenazas, con golpes, con azotes, cuando son ellos los que merecen la azotaina; comídase en la crítica y ni se abaje él ni encarame a los otros; no desmoralizará a los chicos con palabras agrias ni les azorará con su severidad. En los comienzos de alguna obra, verbigracia: cuando empezaren a balbucir latín o a manejar la pluma, hay que hacer la vista gorda con ciertas erratas que es de esperar que, pasito a paso, se puedan enmendar con el tiempo. Hasta la aprobación, hasta el aplauso, deben hacer las veces de espuela para excitarles a la carrera y acuciarles el camino, no sea que si, nuevos y tiernos como son, les producen sonrojo el sarcasmo del profesor o las burlas de sus compañeros, incurran en derrotismo suicida antes de hacer experiencia de sus arrestos. A ninguna empresa se atreverán, cohibidos por el temor de provocar la risa ajena. A los más adelantados jamás se les debe alabar por aquello que pueda sospechar el preceptor que quizá algún día ha de desplacerles, y en las enmiendas y correcciones observará tal templanza y tan cauta mesura, que aun cuando sin decir nada deje el paso libre a alguna inexactitud, no se permita hacer afirmación alguna que los mismos alumnos puedan descubrir no ser así como el maestro dice. Esta cautela realza extraordinariamente su autoridad.

Empero, dado caso que al ingenio del hombre le deprimen y empeoran las pasiones excitadas, hay que reprimir y atajar aquel movimiento inconsiderado con reprensiones, con castigos verbales y, si menester fuere, con alguna sanción aflictiva para que, como acontece con las bestias cerriles, le traiga al buen camino el dolor físico, puesto que la razón no le bastó. A pesar de lo que digo, yo querría que ese castigo fuera todo lo blando posible, no duro, no propio del esclavo, si ya su índole no fuere tal que se le deba recordar su obligación a fuerza de golpes, como un siervo. No demostrará el maestro una excesiva familiaridad con los niños y con aquellos que tienen aficiones aniñadas. De ellos dice la vieja comedia: «La sobrada familiaridad engendra el menosprecio.» Será, pues, grave sin sobrecejo y será dulce sin empalago; no amenazará, sino cuando el caso lo requiriere, y no verterá baldones que determinan en el niño automáticamente la facultad y el acto de maldecir. Después de las amenazas, si el niño no fuera dócil, vengan los palos, pero con tal comedimiento, que su cuerpo tiernecito sienta el presente escozor, pero que no le deje ulterior escocedura. Jamás se comporte de tal manera que acostumbre a los niños a no hacer caso de sus amenazas o de sus reprimendas. Yo desearía que no las malgastase fuera de tiempo, sino que las reservase para las oportunidades, que son las que dan favor, precio y realce a todas las cosas. Y querría además que los golpes no fueran tan frecuentes que llegaran a criar callosidades. Los más talluditos, más raras veces deben sufrir castigos físicos, pero sí de tarde en tarde; por lo común deben cohibirles el miedo y el respeto del preceptor y de las graves personalidades académicas que actúan como testigos y espectadores de la virtud y

de los vicios de cada uno, y también la consideración debida a sus padres y a sus deudos.

Háseles de indicar cuánto sabor y cuánta miel secreta tienen los estudios, y cuántos deleites y cuán sólidos y cuán continuos y cuán duraderos, con los cuales no tienen comparación posible ningunos otros placeres; que todos los demás pasan como el agua rauda, y, cotejados con aquellos otros, arrastran copiosas inmundicias; que el saber, acumulado en los verdes años, constituye el báculo y el viático de la vejez; es una defensa y una escolta para todo el discurso de la vida, ornato y atavío en la prosperidad, consuelo y conforte en la aflicción. Y al revés: ¡cuántas tinieblas y cuántos y cuán perniciosos males nacen de la ignorancia! Para toda esta predicación no le faltarán a buen seguro ejemplos y casos prácticos. Luego se les advertirá que no tomen lo que se les dice de las costumbres como un cuentecillo, que basta ya con que lo hayan oído; que aquél es el más salubre pasto del alma, y que lo que importa es digerirlo bien y convertirlo en sustancia espiritual; no haciendo esto, la predicación moral daña al alma como el manjar injerido, y no digerido intoxica el cuerpo. Piensen a menudo en Dios, que es el supremo Gobernador del mundo, y que todos nosotros, sin excepción, después de la muerte, hemos de presentarnos en su tribunal; que la muerte por un igual amenaza a todos, que es ubicua, que es omnipresente, que es inminente; que así descienden al sepulcro los mozos como los ancianos. Tendrá a mano el preceptor algunos lugares comunes breves y de mucha eficacia contra cada uno de los vicios, que son la polilla de aquella edad, cuya formación él asumió para reducir el vicio al aborrecimiento o al desdén.

Pero puesto que nuestras fuerzas, así físicas como psíquicas, no solamente son finitas, sino flacas y ruines en grado sumo, es razonable y justo que se les concedan determinados asuetos y recreaciones para que más tiempo puedan soportar el trabajo, porque de otro modo, agotadas en plazo breve, ya nada más podrían hacer. Los ejercicios corporales sean frecuentes en los niños, pues esta edad necesita crecimiento, firmeza y robustez. Así que ni se les ha de estrujar en demasía ni con urgencia arrolladora se les ha de empujar a la labor, sino que se les ha de permitir un discreto aflojamiento en su aplicación, porque el niño no empiece a tomar ojeriza al estudio antes que cogerle cariño; pero esa laxitud no ha de ser tal que, como por un deslizadero, vaya a atollar en deleites sucios, que le ocasione una desgana radical y una sañuda displicencia. El ingenio humano es de una independencia asombrosa; se aviene al ejercicio, pero no se amolda a la coacción. Conseguirás mucho por ruego; poco y de mala gana por extorsión. Está bien que haya juegos en los que anden juntos la honestidad y el placer, como la pelota, las carreras. Si Cicerón prescribe a su *ciudadano* juegos honestos y moderados, ¿cuánto más razonable es que yo los prescriba a mi *humanista?* Desarróllense todos bajo la mirada de algunos ancianos que merezcan su respeto. Estos deportes tendrán por finalidad que el cuerpo se endurezca, no que se vuelva fiera brava; la salud física no tiene más objeto que la salud moral y ver complido aquel ideal que el poeta pagano pedía a sus dioses, a saber: *mente sana en un cuerpo sano.* Y también para que el ánimo se recobre y se recree, a fin

de que pueda soportar el peso de la hacienda cotidiana. Entre juego y juego hablarán latín, señalando un leve castigo a quien usare la lengua vulgar. Hablarán latín fácilmente y, por ende, con mayor gusto si todo lo que se refiere al juego previamente les fué explicado por el preceptor con palabras propias y castizas. Nos cuesta trabajo expresar aquello que recelamos decir con impropiedad e inexactitud.

Cuando el tiempo no permitiere los deportes físicos o aquellos días que no será lícito o no se tendrá gana, van a servirles de apacible pasatiempo la conversación festiva y recreativa como fabulillas, historietas o narracioncillas por este estilo, sabrosas, lindas, agudas, sazonadas de gracejo, como también los dichos corteses, que rezumen sales y chispa. De cuando en cuando se les ha de permitir el juego de cartas que ejercitan el ingenio, el juicio y la memoria, como también el juego de dados y de ajedrez. Tendrán pórticos y patios cubiertos donde acogerse en días de lluvia. La principal atención se ha de consagrar al ingenio y a la memoria, que sucumben bajo el cuidado excesivo del cuerpo. Sabiamente dijo aquel pensador anónimo: *El gran cuidado del cuerpo es gran descuido del alma.* Con todo, el descuido de la parte física no ha de ser tal ni tanto que el cuerpo llegue a la escualidez y al embrutecimiento, que es lo más contrario a la salud y al ingenio. El régimen alimenticio contribuye muchísimo a la agudeza de la mente y al vigor de la memoria, si es moderado, y a sus horas, acomodado a la complexión de cada cual, porque ningún humor nocivo se aloje y arraigue en el organismo. Los que son de complexión seca prefieren alimentos húmedos; los que tienen tendencia a los romadizos usen alimentos cálidos y secantes; los biliosos usen alimentos contrarios a su complexión que adelgacen sus humores y les comuniquen jovialidad. A éstos se les puede conceder el vino con mano algo larga, como el sabio hebreo Salomón lo aconseja: *Sea el vino para los tristes.* Los melancólicos y los huraños serán aireados y refrescados, y para los sutiles en exceso serán los manjares algo más crasos, así para que beneficien su salud como para embotar algún tanto la demasiada afinada delgadez de su juicio para que no se quiebre y cuando menos se piense se despeñe. De este vicio adolecen mucho los ingenios, que hilan muy delgado. Los escolares ya mozos no se hurten a la vigilancia, pues si lo hacen, será o para ir a tabernas o a casas de juego o a otras *non sanctas*, según fuere la inclinación de cada uno. Basta ya de enseñanza de lenguas.

CAPITULO V

DE LOS AUTORES EN GENERAL: CÚYA LECTURA APROVECHA Y CÚYA DAÑA. CUÁLES SON LAS PRINCIPALES VIRTUDES Y CUÁLES LOS PRINCIPALES VICIOS DE LOS POETAS. ESCASO FRUTO QUE SACÓ PLUTARCO DE SU PRECEPTIVA EN ESTE PUNTO

Pienso que ya con alguna impaciencia se espera de mí que manifieste en qué manantial hay que ir a proveerse de esa erudición que voy preconizando.

Voy a aliviarme de este compromiso con la mayor soltura que pueda. Pero he de anticiparme a decir algunas generalidades de los autores. No todos los escritores deben ser medidos al mismo compás. Los

hay que en su exposición siguieron un orden determinado y un método breve y lúcido, de fácil asimilación. Estos no solamente han de ser leídos una y otra vez, sino aprendidos palabra por palabra. Otros trataron el tema escogido con fidelidad, pero o con fatigosa extensión, o más borrosamente de lo que conviene al que aprende. Vale la pena segundar la lectura de ese autor hipotético, pero no se le ha de manejar con la asiduidad y el cariño del primero. Por lo que toca y atañe a otros bastará con haberlos leído, y, por lo que a los restantes se refiere, ninguna falta hace haberlos leído, pero conviene tenerlos en los anaqueles para consulta, si viniere el caso. Lo primero que debe hacerse es apartar el niño de todo autor que pueda fomentar y cebar el vicio de que él luego pueda adolecer y hacia el cual tenga una propensión instintiva. El niño sensual debe alejarse mil leguas de Ovidio; el niño bufón y dicaz, de Marcial, y el maldiciente y sarcástico, de Luciano; el que propendiere a la irreligión, debe huir de Lucrecio y de la mayoría de los filósofos, particularmente los epicúreos. Al muchacho, si es algo vanidoso y alabancioso, no le convendrán mucho los tratos con Cicerón si tú, previamente, no le enseñares el procedimiento de alabarse a sí propio sin concitar antipatía ni odiosidad y hasta qué punto somos capaces de aguantar la jactancia y la fachenda aun en los más grandes personajes, superiores a toda suerte de alabanza.

Acérquese ya a la lectura de los escritores paganos, como a unos prados amenos de ver, pero de plantas ponzoñosas, con una recia provisión de contrahierba. Vaya a estas lecturas bien apercibido con el antídoto de estas y otras análogas reflexiones: Que la religión junta al hombre con Dios, que fué quien la inspiró y la enseñó; que todo cuanto el hombre excogitare está plagado de errores; que todo lo que va contra nuestra santa creencia tiene su origen y raíz en la vanidad humana y en las imposturas y fraudes del demonio, astuto y mortal enemigo nuestro. Por lo común, bastará el simple enunciado de estas verdades, sin más explicación. No olvide que viaja por tierras de gentilidad, a saber, a través de espinares, de plantas tóxicas, de acónitos, de venenos muy activos, para que se contente con sólo tomar lo útil y con el enérgico propósito de rechazar todo lo demás, por lo cual ni él sentirá impertinente curiosidad ni el profesor se tomará la molestia de ilustrarle en este punto. Muy discretamente dijo Lorenzo Valla de determinado vocablo obsceno: «Prefiero que se ignore que no que se sepa por mí.» Apártele, pues, el maestro a su alumno de este lodazal tan lejos como pudiere y manténgale en el camino de la honestidad y cordura. Hechos estos apercibimientos, acerquémonos a los autores de una y otra lengua.

De ellos los hay quienes escriben en verso y otros en prosa; los primeros reciben el nombre de poetas y su arte tiene concomitancias con el arte musical. No tiene esta arte materia obligada y fija como la gramática, la dialéctica, el arte de hablar. Constituye un gran alivio y recreación espiritual por su armonía y concento. Con todo, por culpa de los asuntos que los poetas antiguos escogieron para sus cantos, la poesía hízose para muchos sospechosa y la tuvieron por arte de exquisita corrupción; y otros no recataron el odio cordial que le profesaron. Acerca de este punto, que dió

lugar a reñidas polémicas, yo voy a decir mi parecer en pocas palabras.

Por lo que toca y atañe al verso, yo le tengo por dulce y sabroso deleite en virtud de aquella congruencia que la melodía tiene con el espíritu humano, de que hablaba ahora mismo. Las palabras de que se vale, propias o traslaticias, tienen grandeza, sublimidad, esplendidez; contienen argumentos de gran fuerza y aquella maravillosa exposición de afectos que se llama *energía;* alientan un alto y generoso espíritu y sus autores se dejan arrebatar de tan soberano soplo que parecen remontarse y vagar por una región luciente que está muy por encima del alcance de su ingenio y de su naturaleza. Pero con esas virtudes tan altas y tan dignas de admiración se mezclaron en aleación impura no pocos vicios mortales, unos pintados con seductora viveza, otros con franca y expresa recomendación. Ese linaje de composiciones poéticas puede ocasionar estragos grandes, si el lector les da crédito. Yo no sé cómo es que con harta facilidad se les concede fe, por el aliciente y halago del verso, cuya blandura penetra tan callando como la flecha de la muerte en el pecho de los que los leen o los oyen. Por lo que toca a las descripciones poéticas, unas afectan al alma y otras al cuerpo y a la sensualidad. Las que se refieren al alma no causan tanto daño como sería de temer si no las acompañan la autoridad y el ejemplo de quien las hace. Por esta causa, el mismo Homero fué expulsado de la república de Platón, y Pitágoras refiere que vió su alma en el infierno, colgada de un árbol, por las ficciones y mentiras que fabricó referentes a los dioses, harto más incómodamente alojada de lo que, según Silio Itálico, la vió el africano Escipión. Esto que, acaso en su día, pudo producir algún daño, ahora ya no puede estragar tanto, porque sabemos todos que aquellos dioses fueron no más que bandidos y bellacos que merecían la cárcel y no el cielo. Con todo, algún daño pueden causar si se encomia el resultado feliz de su bellaquería, verbigracia, el poder mediante el engaño o el asesinato. Los vicios que afectan al cuerpo con un solo nombre y evocación inficionan y mancillan las mentes.

Alguno me va a preguntar: ¿Cómo, pues, se ha de leer? ¿Cómo elegir hierbas saludables en medio de tanta vegetación tóxica? ¿Con qué precaución se ha de andar entre espinares tan aleves? ¿No será más cuerdo desdeñarlos y rechazarlos en bloque? Plutarco de Queronea escribió un libro titulado *Acerca de la lectura de los poetas.* En esta obra no hace más que aliñar y condimentar el veneno para que no resulte tan pestilencial a los que lo toman; bien así como a un hongo peligroso se le neutraliza con un antídoto. ¿Qué necesidad hay de ello? ¿No es más seguro no tocar el veneno de ninguna manera? Acaso esta medida sería la mejor para aquellos poetas que poca ayuda prestan al progreso de las artes y a la ejemplaridad de la vida y ni siquiera al idioma reportan ventaja apreciable. Con mucha doctrina Plutarco, pero también con muy cauta prudencia, como en él es cosa habitual, preceptúa que si alguno tuviere que manejarlos, ello sea con la menor lesión posible. Reconozco que en su tratamiento, el antídoto tiene muy dudosa eficacia y es muy problemático su resultado, como cuando dice que a los niños se les debe apercibir de que la poesía no es más que pin-

tura. ¿Pues qué? Y si la pintura en la que ponemos los ojos es obscena y está alindada con tan bellos y suaves colores, ¿por ventura no mancha el alma? No sin razón aquellos sabios legisladores de la antigüedad querían que fuesen echados fuera de la ciudad los tales pintores y las tales pinturas. Luego, añade Plutarco, el hecho de cantar los poetas amores torpes no significa en manera alguna que los aprueben. Pero no todos son así; porque los hay que los aprueban paladinamente, como Ovidio, Tibulo, Catulo, Propercio, Marcial y otros poetas de la misma laya. Otros tocan los temas escabrosos enigmáticamente y los desautorizan mediante expresiones equívocas; y son bien pocos los que las llegan a entender. Plutarco preceptúa que a las sentencias torpes se les opongan las sentencias honestas de los otros, y que así los unos quitan autoridad a los otros. Pero ¿qué vas a hacer si estas sentencias buenas no las tienes a mano? ¿Y qué si las sentencias deshonestas tienen a su favor la simpatía innata que tiene para la malicia nuestro natural dañado que las hace más efectivas que las buenas? En fin de cuentas, y como remate de todo, Plutarco viene a confesar que es nociva la lectura de los poetas si no se hace con suma cautela. Y siendo ello así, parece que no debe tocarlos el niño que Plutarco forma e instruye, sino cuando ya es mayor y reciamente formado en la doctrina sana.

Por todas estas causas y razones parece que puede procederse así. Puesto caso que en los poetas hay hartas cosas producidoras de noble deleite, hermosas de veras, maravillosas y grandes, no es menester que se los retire, sino que se los expurgue. No siempre se amputa el miembro doliente, sino que se le cura con remedios proporcionados. Todo lo obsceno extírpese radicalmente como cosa podrida que va a comunicar su podredumbre a todo cuanto tocare. Decidme: ¿constituirá una pérdida irreparable para la cultura quitar de un poeta sucio un pasaje que hieda? ¿Y no te atreverás tú a hacer en un libro lo que haces con toda resolución en tu propio cuerpo, si el caso se presenta? Decapitó a tantos jurisconsultos el emperador Justiniano y ¿no será lícito castrar en Ovidio aquellos versos que estragan a la juventud? Y lo que es ciertamente mucho más para doler, tragó la antigüedad, madre del olvido, tantos monumentos de filósofos y de santos Padres; y ¿será una desgracia insoportable, y una sacrílega fechoría que se hunda Tibulo o el *Arte de amar* de aquel gran alcahuete de Ovidio Nasón? Merecerá bien no sólo de las generaciones presentes, sino también de las venideras, y aun de la poesía y de los poetas mismos, quien emprendiere ese expurgo, como merecerá bien de una huerta el que, arrancando de cuajo todas las hierbas venenosas, dejare no más que las plantas saludables. Así los poetas quedarán limpios de infamia y los lectores exentos de lecturas peligrosas. Cuando los poetas describieren, sepa el cándido lector que aquellas descripciones no son más que eso, descripciones o pintura de hombres pésimos, por lo común; cuando oyeren de dioses, piensen que no son sino reyes; cuando de héroes, redúzcalos a nobles; cuando de hombres, entienda que son plebe. A veces piensen que los dioses son una personificación de aquella fuerza que se les atribuye, de modo que Júpiter es la majestad del supremo mando; Minerva, la sabiduría y el consejo;

Marte, el arrojo militar; Mercurio, la interpretación; Apolo, dulcísimo saber y luz de la mente. Hay que desvirtuar bastante el crédito de los poetas, quienes mucho valieron y pudieron por sus dotes naturales y su estro poético, pero que a pesar de todo esto, fueron hombres de juicio mediocre, de doctrina y experiencia hartas veces nulas o muy escasas, expuestos a las pasiones del alma y con frecuencia esclavos suyos y mancillados de vicios.

Preguntará acaso alguno con un gesto de asombro: ¿De dónde les viene, pues, tanta autoridad, no solamente en el vulgo, sino en las mismas escuelas de los seguidores de la sabiduría? Las causas de este fenómeno son las siguientes: La antigüedad tuvo sus escritores primitivos, que por esto se llamaron *poetas*, pues es sabido que es mucho el prestigio que rodea a la antigüedad. La blandura y dulcedumbre de sus decires les granjeó el crédito, puesto que más fácilmente creemos lo que oímos de buena gana. Viendo los hombres que las semillas de todas las disciplinas estaban esparcidas por sus libros, creyéronlos perfectos y acabados en todas ellas. No existe ingenio humano, por más lerdo que fuere y más ajeno a toda institución de humanidad, que no haya recibido de la Naturaleza determinadas intuiciones y semillas de todas las artes, en efecto o en potencia, ahora no lo discuto. Y si esto acontece con los rudos y los tardos, ¿cuánto más no habrá acaecido con aquellos que están dotados de acumen y penetración? Eso lo experimentamos en nuestros poetas, que versifican en romance, quienes aun a sabiendas de que son hombres sumamente iletrados, vemos que en sus versos tienen atisbos y aciertos que causan aún nuestra admiración, a pesar de que los conocemos y que a los ignorantes y a los que no los conocen fácilmente les harán creer que pusieron grande y prolongado estudio en todo género de artes. Sabemos que Arato, que no sabía palabra de astronomía, y que Nicandro Colofonio, hombre apartadísimo del campo, compusieron poemas muy lindos sobre estos temas. Oreábales el soplo de la divina inspiración, por la cual creían ser conducidos. Por esto, todos sus dichos eran recibidos con el mismo respeto que tenían a la palabra de Dios, que hablaba por mediación de aquel hombre como por el canuto de una zampoña o de una flauta. Mas los filósofos abusaron de la autoridad que se les reconocía para persuadir al pueblo lo que querían y porque su ánimo se encandecía, y en aquel encendimiento la Naturaleza se manifestaba; pensaban que todo cuanto habían ido a sacar de ellos era pura y probada doctrina de la Naturaleza.

CAPITULO VI

EN EL CUAL EL AUTOR PONE DE MANIFIESTO LA SOBERANA SUTILEZA DE SU INGENIO, PUES RECORRE TODO EL CAMPO DE LA LITERATURA LATINA Y CITA NOMINALMENTE LOS AUTORES QUE IMPORTA LEER, CUÁNDO Y PARA QUÉ FIN; EN UNA PALABRA: MUÉSTRASE GUÍA EL MÁS SEGURO DE TAN LARGA Y PELIGROSA JORNADA

El preceptor para la enseñanza de los primeros rudimentos tiene entre los antiguos a Donato y entre los modernos a Nicolás Peroto, Sulpicio Verulano, Antonio de Nebrija, Aldo Manucio, Felipe Melanchthon; tomará el que quiera, pues me parecen de eficacia pedagógica igual.

Por lo que se refiere a la *construcción*, necesitamos alguna obra más práctica y en versos, que se pegan más a la memoria, pues las que hasta ahora tenemos, o bien son ejemplos sin reglas o son reglas en las que las excepciones son muchas más que las normas. Necesitaría el que apechugare con el arduo empeño una lectura atenta y una prolija y avisada observación de los clásicos latinos, pero yo creo que podrían serle de gran auxilio los seis libros de Tomás Linacro sobre la *enmienda de la construcción;* el *Tesoro*, de Mancinelli, y los libros *De la literatura no vulgar* de Lanciloto Pasio. Mientras tanto, harán bien los niños en manejar los *Preceptos* de Antonio de Nebrija o de Felipe Melanchthon. Añadirán una obrilla, *De la construcción de las ocho partes*, que anda por ahí autorizada con el nombre de Erasmo; el padre de la criatura es, en realidad, Guillermo Lilio, pero Erasmo la sacó de pila y la aderezó. La lengua latina, como cualquier otra lengua, antiguamente solía aprenderse directamente de boca del pueblo; mas cuando comenzó en la ciudad a descomponerse, se la fué a buscar en los buenos autores, quiero decir aquellos que escribieron desde los tiempos de Catón *el Censor*, hasta el reinado del emperador Adriano, de modo que el autor primero es el mismo Catón y el postrero es Suetonio Tranquilo. Este es como el curso de toda una vida. Su niñez fueron los tiempos de Catón; su ancianidad, los de Trajano y Adriano; y la más espléndida y vigorosa sazón de su edad coincidió poco más o menos con la época de Marco Tulio. Esta limitación convencional, o digamos fecha tope, no significa en manera alguna que los escritores que florecieron después no tengan bellezas, atavíos y primores, así en las expresiones propias como en las metafóricas y en determinados modismos; pero yo no sé por qué parecen mayormente propias y naturales las que son de la época de Cicerón, en él mismo, en Marco Varrón, en Cayo César, Salustio, Tito Livio, Vitruvio. Después de éstos, el habla latina, paralelamente con las costumbres de la ciudad, se vició atollando en flojedades y molicies, en delicadezas y en afeites mucho más que aquellos graves y severos autores mencionados, pareciendo que estos escritores de la decadencia se propusieron más agradar que no decir o expresar, por el vehículo de la palabra, los sentimientos de su alma.

Así que, hasta donde fuere posible, se pondrá cuidado en que el vocabulario y el fraseo sean de aquel siglo. Con todo, en la actual penuria y dificultades de la lengua latina, no han de repudiarse las aportaciones de los autores que vinieron a zaga de sus huellas, como Séneca, Quintiliano, Plinio, Tácito y sus contemporáneos, si ya no fuere que se tiene el propósito deliberado de callar en tanta barahunda y tropel de asuntos como los que se vienen a los puntos de la pluma a todas horas y tocantes a las artes y a la vida toda. No todos los buenos autores de la lengua latina sirven igualmente al gramático, puesto que tratan de todo linaje de materias y de disciplinas que no interesan al alumno o al profesor de gramática, ni es razonable que el profesor de un arte sola sucumba bajo el peso del conocimiento de todas. Pero entre los que se dedican a esa suerte de estudios, vayan allá los gramáticos a tomar buena nota y a extraer lo que interesare a su profesión, y con todas esas notas hágase un diccionario de la lengua latina, porque no

tenemos ninguno todavía que esté asaz lleno y tenga la extensión debida, siendo así que hay dos sistemas: el del que se contenta con la simple enumeración de los vocablos, añadiéndoles una breve interpretación, y el otro, más copioso, porque intercala los pasajes de los autores. Este procedimiento hará que el lector no solamente irá más seguro y documentado, sino también para que sepa qué uso debe hacer, cosa que tal vez sin ejemplos se le escaparía.

Será, además, de gran conveniencia en cualquier lengua vulgar que se pongan en manos del niño dos diccionarios: uno, en el que las voces latinas tengan en lengua vulgar su sentido correlativo, y otro, viceversa, que dé el sentido latino de las voces del idioma vulgar. Esta doble tarea llevóla a cabo en lengua española nuestro Antonio de Nebrija, obra no suficientemente lograda, más útil a los principiantes que a los estudiantes avanzados. Del diccionario acabado y lleno y colmado en todas sus partes, irá floreando el maestro lo que es necesario para el uso de cada día y recogerá las voces que se adapten a lo que los niños quisieren expresar, cuyos comienzos se limitarán a lo más sencillo que no cueste mucho retener a aquella tierna edad, quiero decir, a sus juegos habituales. Poco a poco pasarán a mayores, a saber: a la casa, al ajuar, al vestido, a los manjares, a la estación del año, al caballo, la nave, a los templos, al firmamento celeste, a los animales, a las plantas, a la ciudad, a la cosa pública; sazonarán todo esto con sales discretas, con festivas anécdotas, con ejemplos e historietas apacibles, con refranes, parábolas, apotegmas, sentencias breves y agudas como dardos y a veces con sentencias maduras y graves, para que así las aprendan con más gusto y con mucho fruto no solamente gramatical y lingüístico, sino también de prudencia y de experiencia y conducta de la vida.

Con todo, hay algunos puntos que son propios de las artes; no curará de tocarlos, verbigracia: las causas físicas, medicamentos, leyes, derecho civil, cuestiones matemáticas; dejará estas materias y todas las otras que se les parecieren a sus respectivos estudios. El tratará más de propósito aquellas otras que son comunes a la vida, de las que no se eximen edad, condición, profesión ninguna, como son aquellas de que, poco ha, hice pormenorizada enumeración.

Mientras tanto, hasta que no tengamos ese diccionario ideal, el preceptor, en lo posible, en la lección que explique lo hará notar para provecho de los discípulos. Les ofrecerá autores fáciles, acomodados a su alcance, como *apólogos*, en que la niñez toma solaz grande y se prepara para cosas de mayor solidez, versillos honestos y simples, como los de Catón, que son la misma elegancia y la misma cordura; también los de Miguel Verino; pequeñas sentencias de filósofos, que aprenderán de coro. Seguirán las *Cartas de Plinio Cecilio*, que abundan en lindas y floridas maneras de decir y convienen mucho a la urbanidad y amabilidad escolástica y a todos aquellos asuntos de que los hombres de letras y de estudio acostumbran conversar apaciblemente y escribir. Son muchos los que por estas razones las aprenden de coro y palabra por palabra; y otros aún que, prendados del embeleso y blandura de tales voces, las prefieren a las ciceronianas, lo que es casi una herejía. Existen también unas *Cartas de Egidio Calentino*, maravillo-

sas de sal y de humor, con que los niños se gozarían mucho. Para la variedad y abundancia de palabras, el maestro les brindará el primer libro de Erasmo *De copia*. Por lo que toca a la pronunciación correcta en general, les dará unas cuantas normas generales. Lo que les dijere de *las figuras* habrá de tomarlo en Quintiliano, o Diomedes, o Mancinello, o Juan Despauterio. Para este fin, Pedro Moselano ideó cierto mapa que pudiera colgarse en la pared y que al estudiante, en sus paseos, se le uniera y se le metiera por los ojos.

Cuando el niño estuviere en posesión de este bagaje, principiará a menear la pluma; déjesele solo en esa tarea y tenga gran libertad para extraer de las obras ajenas no solamente vocablos aislados, sino también sentencias enteras y aun períodos, pues en ello dará a conocer la habilidad con que funde lo de los otros en lo suyo. Sigue luego otro libro de Erasmo: *De la copia de asuntos*. En este punto, un conocimiento sumario de los hechos históricos separados convenientemente por épocas, como las vías romanas suelen marcarse con piedras miliarias, verbigracia: desde Adán al diluvio, desde el diluvio hasta Abrahán, de Abrahán a Moisés; luego hasta la guerra troyana, y de este hecho hasta la fundación de Roma por los galos; de aquí hasta el macedonio Alejandro; después hasta la primera guerra púnica y la segunda y la tercera; a continuación, hasta Sila y Mario; luego hasta el Nacimiento de Jesucristo, que fué nuestra salud y nuestra vida desde este hecho, hasta Constantino; en seguida, hasta los godos, hasta los hunos, hasta Carlomagno, hasta la elección de los emperadores, hasta Godofredo de Bouillón, hasta la entrada de los turcos en Europa, hasta la caída de Constantinopla, hasta la conquista de Granada, hasta el Imperio actual de Carlos V. De una manera general, colocando cada cosa en su tiempo, expondrá las famosas guerras habidas, las gloriosas ciudades fundadas y qué varones ilustres florecieron. Completará esta síntesis con una breve descripción del mundo y de cada una de sus partes; también de sus provincias y de todo cuanto notable hay en ellas que dieron que hablar a la pregonera fama. Para esto sirve admirablemente Pomponio Mela.

Y luego, partiendo de ahí, se acercará a los escritores más puros y más dignos de imitación, pues por mucho tiempo hay que andar en pos de aquellos que no engañan a quien les sigue, hasta que, acostumbrados a su capitanía y dirección, podamos sin peligro prestar una oreja a los otros capitanes. Julio César es el insuperable modelo del habla cotidiana, tersa y sin pretensiones; Cicerón le otorga la palma del lenguaje puro e incorrupto, y Quintiliano le concede la prez de la elegancia, y dice haberle él estudiado muy mucho y con harta atención. A César pueden añadírsele las cartas familiares de Cicerón; con todo, son más sencillas y de más inmediata y relevante utilidad las que escribió a Tito Pomponio Atico, aun cuando tienen en algunos pasajes impenetrables lobregueces, en parte porque aposta las escribió Cicerón así y en parte porque llegaron a nosotros tan averiadas por vicio e ignorancia de los tiempos que hay que desesperar de su restitución a la auténtica pureza original. Las comedias de Terencio, por la elegancia de su lenguaje, pensóse que eran escritas por Escipión Emi-

liano o por su amigo C. Lelio, que se decora con el sobrenombre de *Sabio*. Cayo Julio César llama a Terencio enamorado del habla pura. Ya no hay tanto casticismo en Plauto, pues es arcaico y se toma demasiada licencia con las personas de los esclavos, con alborozo grande del teatro, y de ahí capta el aplauso de la masa con sus procacidades de lenguaje. Pero ni aun en el sentido es más limpio. De ambos a dos, de Terencio y de Plauto querría yo ver cercenados aquellos pasajes que pudieran mancillar los pechos infantiles con aquellos vicios a los cuales tenemos naturalmente una propensión exagerada.

La lectura de los poetas más conduce a comunicar lozanía y jugo al ingenio y para sembrar el discurso de lumbres y matices y primores de dicción que para dar alimento y consistencia al cuerpo del mismo. Con todo, los poetas cómicos andan más pegados a la oración pedestre que al verso alígero. Los poetas trágicos ocupan el término medio; tienen muchos pasajes grandilocuentes, de mayor pompa y boato que el que conviene a la común conversación, y a pesar de esto, muchas cosas perfectamente aplicables al uso corriente. En la lengua latina no quedó más poeta trágico que Séneca; creo que los primitivos no se conservaron porque se los consideró rudos y aldeanos en exceso y que no valía la pena transcribirlos.

El niño, al mismo paso que leerá a los poetas, aprenderá todas las leyes de la prosodia y de la cantidad de las sílabas con mayor rigidez y cuidado. Oirá las *Bucólicas*, de Virgilio. En esa obra se le ha de prevenir que, como en todas las obras dramáticas o dialogadas, es decir, donde se introducen personajes que hablan, salen determinadas palabras y formas, más atentas al decoro y conveniencia social de la persona que a la castidad de la lengua, de forma que los autores del drama hablarían de otra manera si se expresasen por su cuenta y no por boca ajena. Y esto acontece con mayor frecuencia en los autores cómicos y en los que buscan preferentemente el deleite y pasatiempo del lector que en los autores serios, como lo comprobamos cada día en los autores que escriben en lengua vulgar. Por esta razón, no siempre se han de pedir prestadas a Plauto expresiones para comprobación de latinidad, como ni tampoco a Terencio, aunque éste es bastante más parco: ni a Teócrito, por causa del dialecto dórico en que escribía; ni al Virgilio de las *Eglogas*. A Virgilio se le echó en cara por quienes afectaban remilgos de urbana latinidad esos simpáticos aldeanismos y le apedrearon con piedras sacadas del propio zurrón: *Dime, Dametas: ¿cúyo es este ganado? ¿Es o no latino? No, no es latino, sino de Egón; así hablan los nuestros en la aldea.*

Ignoraban acaso esos melindrosos o afectados no saber que Virgilio pretendió en esa obra lograr la gracia de la rusticidad, cosa que Teócrito había hecho aún con mayor licencia y complacencia que él.

Luego el profesor explicará algunas odas de Horacio. Añadirá de los antiguos poetas cristianos a nuestro Prudencio, y entre los poetas contemporáneos, a Bautista Mantuano, más abundante y fácil que terso o acomodado a la alteza de sus argumentos, aun cuando en Prudencio hallarás algo que desear. A continuación seguirán las *Geórgicas*, de Virgilio, y el *Rústico*, de Angel Policiano. Y leído y digerido

esto, comenzará el alumno a escandir versos latinos. El preceptor le explicará, para el conocimiento de la mitología, las *Transformaciones*, de Ovidio, y los seis libros de los *Fastos*, pues no llegaron a nosotros los restantes. Se hará una selección de los epigramas de Marcial; añadirá a Persio, a quien la antigüedad consideró dignísimo de ser leído, como atestiguan Quintiliano, Marcial y San Jerónimo. A todo esto, sucederá la *Eneida*, de Virgilio, obra gigantesca, llena de majestad y de bondad y no inferior a la *Ilíada*. El poema de Lucano tiene mucho nervio y mucho brío poéticos, harto parecidos a los marciales, y más que cantar batallas diríase que las da y que hinche la trompa bélica y que trata las armas civiles con el mismo ardor con que las escribió Julio César, su protagonista, hasta tal punto, que hay lectores cuyas orejas no pueden soportar aquel estruendo marcial, aquel vasto, sonoroso, exagerado. Con todo, no se deba ignorar que hay que estudiar la poesía a horas hurtadas y se la ha de tomar, no como alimento, sino como condimento. Yo tengo por ingenio verdaderamente apto para la poesía aquel que tiene ímpetu generosos, con que de cuando en cuando se empina sobre el tenor acostumbrado y ordinario de su natural, y que en aquellos momentos de exaltación concibe soberanos y casi celestiales alientos, de modo que no sólo la agudeza de su mente atisba y recoge grandes y vívidas sentencias, sino que las ata a número, tomando la armonía de su propio espíritu arrebatado sobre su cuerpo.

De Historia, degustará algunos libros de Tito Livio. Se le dará asimismo alguna explicación de Valerio Máximo, quien podrá aportar para el color y aliño de la oración muchos ornamentos de palabras y de sentencias que trae al principio y al fin de cada capítulo, más mimados quizá de lo que consentía la gravedad de los ejemplos. Y obtendrán en postrer lugar las oraciones de Cicerón, que contienen galas lumbres y todas las virtudes que puede atesorar la palabra. De los discursos ciceronianos elegirá el maestro los que querrá explicar a sus alumnos, pues no conviene seguirlos uno por uno. De todo esto que puse, estudiará el discípulo lo que el maestro le propusiere. Pero sean los que fueren los autores objeto de la explanación, una y otra vez, todas las semanas, oirán los alumnos algunas lecciones de moral que remedien sus vicios, si los tuvieren, o los rechacen, o porque no les asalten y cobren virulencia y bríos. Esto es incumbencia del maestro; mas el discípulo, por sí mismo, después de estos primeros rudimentos, cuando empezare a ver con alguna claridad en la literatura, los leerá en privado con iniciativa y afán personal. Por lo que afecta a la gramática, leerá a Tomás Linacro, que reveló muchos misterios de la lengua latina sin impiedad ni escándalo, y luego a los dos Antonios, el Nebrisense y Mancinelli.

Para la elegancia verbal, el primero de todos a leer es Lorenzo Valla; en determinados detalles llega hasta el escrúpulo y la superstición, pero es extraordinariamente útil a los estudiosos. Cuando él dice que tal o cual cosa o caso no se halla en los autores, hay que reservar el juicio de momento y no se ha de hacer caso de él hasta que hubieres leído algún autor de crédito indudable que diga lo mismo. Añadirá a Lorenzo Valla a alguno de los que interpretan aquellos au-

tores, cuya lista el maestro les proporcionará, como Servio Honorato y otros como él. No poco aprovechará el cardenal Adriano con aquella su colección de ejemplos, aunque en su enseñanza es más parco de lo que convenía, pensando que ya bastaba con reunir los dichos de los autores y contuvo la mano cautamente en la explanación de las dificultades Guillermo Budeo, con sus dos obras sobre las *Pandectas* y sus cinco libros acerca del *As* contribuyó con una imponente aportación a la cultura latina con aquel su concienzudo escrutinio de las cosas y las voces de entrambas lenguas.

Los clásicos latinos deben ser estudiados con toda diligencia, pues si los primitivos que habían mamado con la leche aquel idioma que nosotros perseguimos con tanto de sudor y de fatiga mandaban que su asidua lectura puliese la lengua y granjear abundancia y riqueza, ¿qué piensas que tenemos nosotros que hacer para quienes es un lenguaje prestado y lo vamos recogiendo gota a gota?

En la Historia leerá todo entero al Tito Livio que nos queda, cuyos resabios de *patavinidad* desabrían el gusto de Asinio Polión, y de la cual nosotros no percibimos el sabor más leve; quiero decir que nosotros ya no tenemos el paladar tan erudito o tan difícil. A seguida leerá a Cornelio Tácito, que tiene ciertas durezas de peligrosa imitación, pero que es grande a todas luces, independiente y audaz y de un continuado y generoso aliento. Después de Tácito, tocará la vez a Salustio, que tomó a préstamo muchas particularidades de los antiguos, como se le echó en cara en un epigrama famoso, y el filólogo Ateyo amonestaba a Polión que evitase la oscuridad de Salustio; yo me espanto de que se le entregue a los niños; con todo, de los que lo entienden es gustadísimo y nunca se sacian de su lectura. Por lo que toca al conocimiento de los poetas y de las fábulas, aun cuando tomare la mayor parte de textos de Ovidio y de aquellos otros autores de que hice mención, tiene también a Juan Boccaccio, que redujo a un cuerpo las genealogías de los dioses con resultado más feliz del que cabía esperar de su siglo, aun cuando en la interpretación de las fábulas con frecuencia es nimio y frío.

Por lo que toca a los guías que va a tomar para el vocabulario latino, elegirá a Catón, Varrón, Columela, Paladio, en su tratado de *Agricultura;* Vitruvio, en sus libros de *Arquitectura*, autores todos que contienen una riquísima abundancia de voces las más castizas y justas para designar cosas. Algo arcaizante es Catón, pero hallarás en él lo que en balde buscarás en ningún otro. Duro es Varrón, y su latín es latín de artesanía. Más elegante y más terso es Columela, y Paladio también, a pesar de que, de trecho en trecho, tiene vocablos y modismos, latinos sin duda, pero de su tiempo; escribió en el reinado de Adriano. Vitruvio heleniza con frecuencia, y de buenas a primeras es difícil de entender, aun con las ilustraciones de Jocundo Veronense, por lo cual el viejo sistema de edificación que preconiza cayó en desuso, y no sin razón. Refiriéndose a él, le aplica Budeo aquel célebre adagio que originalmente tuvo un sentido muy otro, a saber: *que no todo el mundo puede ir a Corinto.* A estos autores técnicos sumará a Grapaldo, en su tratado *De la casa,* no por lo que se refiere a la frase, sino a la explicación de los voca-

blos; tiene más voluntad que realidad; casi todo lo que lleva lo tomó de Plinio. En determinados pasajes en que anduvo perplejo, deja también perplejo al lector. Y para coronamiento, todos los discursos de Cicerón y las *Declamaciones* que andan atribuídas a Quintiliano.

Hay entre los modernos ciertos autores que pueden contribuir a la formación del lenguaje con alguna aportación provechosa. Longolio es una pequeña simia de Cicerón, como también Joviniano Pontano, si bien éste no se asimiló en tanto grado la veneranda vetustez tuliana como Longolio; Angel Policiano tiene grandes argucias; Erasmo, facilidad y claridad maravillosas, y puesto que afortunadamente vive todavía, debe catalogarse entre los más recientes, con los cuales tiene más acusada analogía y contemporaneidad que con los clásicos antiguos, de quienes estamos a tan larga distancia en costumbres y procedimientos literarios. Los autores que el muchacho alineará en sus anaqueles para las oportunas consultas serán: los tres libros de Varrón, algo nebulosos y embrollados por aquel su peculiar estilo y por esta causa infestados y afeados de erratas introducidas por los copistas; el *epítome* de Festo Pompeyo; Nonio Marcelo; de los modernos, la *Cornucopia*, de Nicolao Peroto; si tiene holgura de leerla, no tendrá que lamentar el tiempo perdido; Néstor, que no tiene la suficiente erudición; Tortelio, harto diligente en la ortografía. De todos estos autores compiló su *Diccionario* Ambrosio Calepino, varón, no cabe duda, idóneo y apercibido para la compilación y el minucioso espigueo, pero no apercibido e idóneo para colmar las deficiencias y llenar los claros.

CAPITULO VII

DONDE SE TRATA DEL ESTUDIO DE LA LENGUA GRIEGA; CUÁNDO SE HA DE COMENZAR; ORDEN A OBSERVAR Y AUTORES A LEER. Y PARA QUE NINGUNA COSA SE ECHE YA DE MENOS, CADA UNO DE ELLOS VA MARCADO CON UN DISTINTIVO

Lo que acabamos de decir cierra el curso de latinidad. Con él, poco después, debe igualarse el de la grecidad, como dije, para que ambos corran parejas. Para los primeros rudimentos, algunas tablillas griegas, verbigracia: las de Aleandro u otras similares, a fin de que el alumno conozca el sonido y la fuerza de las letras y las sílabas. Para la declinación de los nombres y la conjugación de los verbos servirá el primer libro de Teodoro Gaza, trasladado por Erasmo. A seguida, interpretará las fabulillas de Esopo, que son sencillas, de vocabulario y de sentido acomodado a aquella edad. Harto significativo es el proverbio griego acerca de los ignorantes que solían comenzar a instruirse en el Esopo. A estas fábulas se añadirá el libro segundo de Gaza, en el cual ilustra con colores lo que en el primer libro no había hecho más que pergeñar y diseñar, siguiendo el ejemplo de Aristóteles y de la Naturaleza misma. A continuación se le pondrá en las manos algún discurso de un escritor puro y fácil, a saber: Isócrates o Luciano, limpio de toda escabrosidad, o también de San Juan Crisóstomo, que es terso y lúcido hasta el deslumbramiento. La sintaxis fué tratada con harto poco esmero por los griegos, porque tuvieron a un pueblo que por mucho tiempo habló bastante mejor que el latino, de arte que tenía menos

necesidad de observación y de reglas; afuera de que la construcción griega tiene mayor ensanche y licencia y es difícil meterla en las estrecheces de un cauce. Algo de sintaxis toca Teodoro Gaza en el cuarto volumen. Juan Lascaris compuso reglas a imitación de los latinos. Gaza tiene pocas condiciones didácticas. Con ahinco especial debieran notarse aquellos puntos en que las lenguas griega y latina presentan visibles diferencias.

Situado aquí, el niño empezará alguna versión para conocer la propiedad de las lenguas respectivas y comenzar a hacer acopio de voces y también para que exprese en latín aquel atavío y aquel aseo de la lengua griega. Aprenderá la prosodia y la ortografía, que entre los griegos, así como en determinados detalles son clarísimas y no dan lugar a dudas, en otros unas veces siguen el uso corriente y otras el capricho vagaroso; para este punto está indicado el tercer volumen de Gaza. La lengua griega conservó más tiempo que la nuestra su entereza y su castidad, porque la metrópoli sufrió bastante menos que el Occidente las extravasaciones de los pueblos bárbaros; pero la flor de su lozanía y de su juventud brilló sobre manera cuando el poderío de Atenas o mejor de la Grecia integral estuvo en su mayor empinación, conviene, a saber: desde la tiranía de Pisístrato hasta el ostracismo de Demóstenes. Antes de Pisístrato, y aun antes de Pericles, nada se escribió que mereciera ser leído; después de Demóstenes, muchísimo, pero que en modo alguno puede carearse en pureza de lenguaje con las producciones de aquella su edad dorada. Así que el preceptor explicará algunas cartas de Demóstenes, de Platón, de Aristóteles y aun uno que otro discurso de Demóstenes y de alguno de aquellos diez retóricos famosos que en aquel siglo Atenas alumbró. Está todavía por componer el léxico de la lengua griega, como de la latina lo dijimos ya, copioso y abarrotado.

Antes que el muchacho alargue a los poetas su mano prensil, se le han de dar algunas nociones de los dialectos. Sobre este tema existe un opúsculo de Juan Filopono y otro de Corinto. A continuación se le harán oír algunas rapsodias del padre universal de todos cuantos poetas han sido: Homero. Luego, la primera y la segunda comedia de Aristófanes y algunas tragedias de Eurípides, elegantes autores ambos a dos y de los pocos atenienses; Aristófanes es festivo, y Eurípides, por la gravedad de sus sentencias, equiparable a los más grandes filósofos, como dice Quintiliano. Por lo que toca al fondo, son buenos Teognis, dórico; es, a saber: siciliano, y Focílides, jónico. Después de éstos se acercará a lo restante de Homero, quien con suma atención y diligencia escuchará lo que acerca de él le explicare el maestro, y luego lo leerá por su cuenta, y en muchos pasajes se esforzará por sabérselo de coro. Grandes son las cualidades de ese poeta eminentísimo, cuya enumeración y catálogo minucioso resultarían largos de talle. Primeramente lo que escribió no parece que lo cuenta, sino que lo sitúa delante de los ojos; tanta es y tan gráfica su energía expresiva. En este concepto supera sin controversia posible a todos los poetas que le sucedieron. Y no se limitó solamente a reflejar el mundo físico, sino también los recatados y medrosos sentimientos del alma que no caen bajo el testimonio de los

sentidos, por manera que su poema parece no ser otra cosa sino una imagen de la vida humana. Es tan sabio su sentido común y tiene tanta conformidad con la Naturaleza todo cuanto dice, que después de tantos siglos y de tan radicales mudanzas de costumbres, instituciones y maneras de vivir, que sus palabras, sus sentencias, sus diálogos, sus arengas, se conforman con nuestro tiempo y con cualquiera otro. Por estas razones, sin duda, pudo mantener tan luenga supervivencia y a través de tantos siglos conservó, no solamente la majestad de su vejez, sino también la gracia de la más fresca contemporaneidad.

No embargante todo esto, tiene Homero algunos defectos que nosotros vamos a indicar para que se eviten, como lo hicimos con sus cualidades para brindarlas a la imitación, si es que tengamos tanta autoridad y tanta fuerza. Jerónimo Vida tildó a Homero de baldío y redundante, de sobrada holgura en la narración, aleada de superfluidades. No titubea en preferir a él a Virgilio y a los restantes poetas latinos, como más ceñidos y parcos, puesto que los griegos todos están expuestos a ese vicio y, a fuer de seguidores de Homero, excesivos y aun un poco lamidos. También a Jerónimo Vida le descontentan las descripciones de carrozas en mitad de la lucha, y en la pendencia de Tersites, aun cuando este episodio pueda aplicarse a la ejemplaridad para gue el lector vea cómo aquel varón de tanta reciedumbre maldijo al rey, en medio del silencio de los héroes circunstantes. Anatematiza también el mismo Vida las comparaciones humildes, que a veces, para su gusto, degeneran en sórdidas y raeces, como aquello de comparar los soldados espesos a las moscas que acuden a la leche recién ordeñada, y Ayax a un asno testarudo, que no se resuelve a dejar el pasto ni aun molido a palos. Virgilio observa mayor dignidad y decoro cuando compara las huestes a las hormigas y a las abejas, insectos harto más estimables que las moscas. Además de esto, no parece natural que Diomedes y Glauco dialogaran tan ociosa y cachazudamente en plena monomaquia. Las repeticiones son más perdonables por propias de aquella edad, como acontece en las Sagradas Letras; pero no parece bien que los epítetos sean siempre los mismos, de modo que semejan puestos para henchir vacíos, no para comunicar al verso energía, variedad y gracia.

De esos vicios supuestos pudiera absolverle la edición de la obra, pues no la dió Homero toda entera y de una vez, de modo que pudiera sujetarla a un criterio fijo y a una misma lima, sino que separadamente, y unas tras otras, fué dando cada una de las rapsodias para que el pueblo se saboreara con ellas y las cantara. Coleccionáronse mucho después y fueron puestas en orden por los gramáticos, por encargo y a costa del ateniense Pisístrato. Este también fué el motivo porque nadie se acordó ni del padre ni siquiera de la patria. La doble obra homérica—*Ilíada* y *Odisea*—(la primera, la epopeya del valor; la segunda, de la astucia) contiene episodios de no suficiente probidad, y por lo que afecta a los conocimientos naturales y a la moralidad humana, las llevan de un lado para otro los que sienten por Homero una pasión desmedida. Baste ya lo dicho sobre Homero.

A Homero se le completará, si así pareciere, con algunas otras cosas de Aristófanes y de Eurípides. Lue-

go vendrán *Los trabajos y los días*, de Hesíodo, y algunos epigramas griegos que tengan agudeza y sales no demasiado gordas. Y, finalmente, Píndaro, oscuro como el que más, buscador de vocablos recónditos, de quien, no obstante, el académico Arquesilas decía ser perfectamente asimilable: tenía plenitud de voz y proporcionaba gran riqueza de vocablos. Las obras pastorales de Teócrito son un verdadero tesoro de gracias y donaires y están compuestas en dialecto dórico; pero para que se entiendan mejor tiene que extraerse el sentido alegórico, como en las obras bucólicas de Virgilio, pues, de otro modo, se quedan frías e insulsas. En Historia, el alumno comenzará a leer a Herodiano; cuide de compararla con la versión de Angel Policiano. El autor es sencillo de suyo y es fácil; pero Policiano lo trasladó con tan graciosa naturalidad, que la obra parece ser no de un griego, sino de un autor latino. Leerá luego las *Helénicas*, de Jenofonte, que son la misma pureza y el aseo mismo. Yo impondría algunos libros de Tucídides, aun cuando es un escritor difícil, duro y casi férreo.

Por propia iniciativa el muchacho leerá los autores que voy a citar. En el arte gramatical, leerá los *Dragmas de Ecolampadio*; para las inflexiones de los verbos y los nombres consultará a Adriano Amerocio; para el conocimiento de los poetas y las lenguas, a Urbano. Los intérpretes de aquellos poetas, mencionados más arriba, le aclararán muchos secretos lingüísticos; no hay poeta alguno que no tenga su acólito; Homero obtuvo al príncipe de todos ellos en la persona de Eustacio Constantinopolitano; añadirá a Tomás Maestro, autor de *Aticismos*. Guillermo Budeo escribió hace pocos unos *Comentarios* referentes a la literatura política de Grecia con una diligencia igual a la que puso en un tratado análogo de la literatura latina; saca a la luz muchas noticias sepultadas en el olvido y trae claridad a regiones lóbregas y oscurísimas. De los autores griegos manejará a Isócrates, que es lo más sencillo y puro que pensarse puede; manejará también a Jenofonte y a los *Doce Retóricos*. El léxico de Luciano es harto terso y su frase es lúcida; pero es *asiático* su estilo, ataviado y pomposo, vacío de cosas. Añadirá a éstos al ateniense Tucídides y a Herodoto, que es más fácil que él, a pesar de que es jónico. Para la diversidad de materias tiene los libros de Aristóteles acerca *De los animales*, y la obra de Teofrasto *Sobre las plantas*, a los cuales Gaza hizo latinos en tal grado que leyéndolos a ambos en la lengua original y en la adventicia pueden granjearse hartos recursos en una y otra lengua. Leerá, pues, el muchacho de tal manera que se interesará más por la forma que por el fondo. En Demóstenes, que no debe caérsele de las manos, está en su máximo vigor toda la fuerza y la gracia de la lengua helénica, como lo dijimos de las oraciones de Cicerón en la latina. En su biblioteca estudiantil para consultas eventuales pondrá estos otros libros: El *Lexicon Græco-latinum*, doble de griego en latín y de latín en griego; a Hesiquio, para la inteligencia de los poetas, particularmente de Homero. Julio Polux le proporcionará variedad y abundancia de palabras; pero debo advertir que requiere un lector muy docto y muy avisado, pues lo que dice más son insinuaciones para los instruídos que enseñanzas para los que no saben.

CAPITULO VIII

DE LOS AUTORES DE UNA Y OTRA LENGUA, GRIEGA Y LATINA, QUE CULTIVARON LA FILOLOGÍA. EN ESTE CAPÍTULO, COMO EN EL ANTERIOR, ADMIRARÁ EL QUE LEYERE LA AVISADA SUTILEZA DEL AUTOR Y SU AUTORIDAD DE CRÍTICO

Existen en estas dos lenguas determinados autores mixtos que a la vez tocan historia, fábula, semántica, oratoria y filosofía. La denominación más propia de estos autores polígrafos es la de *filólogos*. A esa categoría pertenecen en la lengua griega Suidas y Ateneo, y en ambas Aulo Gelio, escritor rapsoda, amontonador más bien que ordenador, erudito a la violeta; charlista sin consistencia, relamido en palabras y en sentencias. Todo lo que dice sobre el significado de las palabras es pura frivolidad, pura impericia y puro fraude. Con todo, debes leerle, teniendo por bien entendido ser cosa liviana. Más sano es Pedro Crinito, su rival. A la *filología* pertenece también la obra de San Agustín *La Ciudad de Dios;* asimismo, los *Adagios* de Erasmo, obra ésta que puede acostumbrar a la lectura de los grandes autores, para que el mozo no se acerque a ellos ayuno e indocumentado. De esta misma clase son las *Anotaciones* de Budeo y el *As*, de los cuales ya hablé; las *Lecciones antiguas de Celio*, que a trechos están erizados de arcaísmos, no tanto de cosas como de voces. Las *Saturnales*, de Macrobio, contienen curiosidades muy amenas y muy variadas; Pedro Textor tejió un tapiz muy poco denso; no estará por demás consultar de cuando en cuando su *Oficina*, aunque revuelta y no siempre segura, como autor que era completamente virgen de cultura griega y no de mucha destreza en la lengua latina; con todo, su diligencia ha merecido algún elogio.

A Rafael Volaterrano, hombre de erudición varia y extensa, tengo yo de restituirle en su puesto. Yo no sé si los gramáticos consentirán que yo ponga en este número a San Isidoro de Sevilla. Su aportación, sacada de los antiguos, no es despreciable, particularmente porque aquellas fuentes donde él bebió no llegaron a nuestro tiempo. Quedan otros escritores en una y otra lengua, a quienes, en parte, era preciso que conozca en otras disciplinas en razón de su argumento y en parte los leerá en otro tiempo, bien mientras permaneciere en su condición estudiantil, o bien cuando, consagrado a más altas disciplinas, tendrá coyuntura para echarles una mirada por pura recreación.

Todo lo que he dicho hasta aquí constituye un curso de ocho o nueve años, desde los siete hasta los quince o los dieciséis, según fueren las disposiciones o los adelantos de cada uno. Me doy cuenta de que me detuve mucho tiempo en este punto de la preceptiva lingüística, por la importancia que tiene en sus comienzos el plan con que se enseñan esas disciplinas, de las cuales más tarde dimanan todas las restantes artes. Hasta ahora es suficiente la formación clásica, así para aquellos que se preparan a otras disciplinas como para aquellos otros que la cultivan por puro deleite o por complacer su inclinación, sin otras finalidades ulteriores.

Quienes fueren de ingenio tardo y absurdo e ilógico o suspicaz, sin razón, y que todo cuanto oyen lo llevan a mala parte, bastará con que aprendan de cualquier manera la lengua latina y algún poquito de la griega. Se los apartará de la lec-

tura de los autores, pero será bien que para el trato social y comercio humano lo hablen, si ya no fuere un loco furioso o un hombre sin conciencia ni moralidad. A ése más le valdrá ignorar la lengua de las personas cultas, porque no llegue a entender jamás lo que bajo llaves conserva escondido y cerrado, con muy grave daño personal y ajeno. Quien con más sano ingenio y con seso mejor no quisiere o no pudiere subir más arriba o adentrarse más profundamente, éste se contentará con un conocimiento relativo de las lenguas y de los autores, que podrá utilizar para desempeñar funciones públicas, magistraturas, embajadas y misiones diplomáticas. Estos y aquellos otros de quienes hablé más arriba, tendrán el conocimiento suficiente de estos idiomas con que aliviar, mediante la lectura de aquellos autores inmortales, la enojosa pesadumbre de la ancianidad, cuando a los unos les fuere consentido y cuando la edad hubiere enseñado a los otros cosas mejores y hubiere sazonado y endulzado todo cuanto había en ellos de desabrimiento. Estos son los *filólogos*, y su profesión, *filología*.

Entre estos filólogos se escogerá a quienes enseñen a los otros. Yo no quiero que estos escogidos se ciñan en aquellos límites que fijé, sino que también investiguen y conozcan muy a fondo todo lo que atañe a la filología; pero absténganse de aquella inútil y morbosa sutileza de los griegos de que hacen gala en todos los tratados que afectan al lenguaje que estudiaron o fantasearon, verbigracia: en los versos, en toda el arte poética, en la contextura de la oración, en los *esquemas*, en las *figuras*. Admita la opinión y obedezca el consejo de Fabio Quintiliano, mentor gravísimo, para quien una de las virtudes del gramático consiste *en ignorar algo*. A los que dejamos como escritores y consejeros de los otros se los entregamos que los lean, a fin de que en razón del deber que asumieron, uno solo soporte el trabajo de muchos. Para éste quedan en la didáctica gramatical Prisciano, Diomedes, Asper, Focas, Caper, Capella, poco idóneos ciertamente para enseñar, pero que traen muchos avisos útiles que fácilmente irá a buscar en ellos el preceptor para su provecho y el de los discípulos. También Terenciano, acerca de la prosodia y la versificación. De los más cercanos a nuestros tiempos, Peroto, Sulpicio Verulano, Curio Lanciloto, Aldo Manucio, Juan Despauterio, que son mucho más utilizables y de mayores rendimientos que aquéllos. Entre los griegos, Herodiano, Trifonio y los que, de recuerdo de nuestros padres, introdujeron en Italia la cultura griega, conviene a saber: Manuel Crisoloras y Juan Lascaris.

Los autores griegos y latinos, si algunos los hay que tratan temas abstrusos y recónditos pertenecientes a más elevadas disciplinas, verbigracia: filosofía elemental, investigación de causas naturales, medicina, derecho civil, teología, éstos se han de dejar en absoluto a sus respectivos profesores. Pero si tratan maerias más fáciles, como astronomía, cosmografía, filosofía moral, cuadros de la Naturaleza o de aquellos temas más elevados, pero con orden y lucidez asequible, no veo yo por qué no han de ser tocados por el *filólogo*. Si en ellos algún pasaje se remontare a regiones que no son las propias y en ellas campeare a su placer, contentándose con fijar su atención en lo que es de su incumbencia, pasará a otra

cosa, dejando modestamente su examen para los que a aquellas cuestiones consagraron expresamente su ingenio y sus desvelos, para que cada profesión tenga su honor y su dignidad y no se confundan sus términos, ni las unas invadan temerariamente el terreno jurisdiccional de las otras. Así que, con plena licitud, manejará a Séneca, quien le será de gran ayuda por la energía gráfica de la expresión, así directa como metafórica, por la riqueza y variedad para que pueda exponer la misma idea repetidamente y sin hastío, y puede nutrir la facundia latina de muchas y brillantes figuras, hábilmente forjadas con mucha ventaja sobre los escritores restantes.

Huelga decir de cuán gran provecho será Marco Tulio, *padre de la abundancia de la lengua latina*, como le apellidó Cayo César. A Cicerón quiso Lorenzo Valla que se le añadiera Quintiliano como compañero o, mejor, como camarada e igual. Y no con demasiada sinrazón, tanto por el aseo del lenguaje como por la agudeza de las traslaciones y de la dicción toda. Quinto Curcio es candoroso, pero algunos críticos le acusan de que mantiene siempre el mismo color. Justino no tiene tanta ni tan cándida nitidez. Después de éstos, ya todo es peligroso. Gelio afecta durísimas elegancias. Apuleyo, en su *Asno*, rebuzna literalmente, si bien en otras obras suena a hombre; sus *Floridas* son ridículas; llevan consigo la excusa en el nombre. Macrobio es mejor y más claro que todos éstos; tiene cosas que no son tan útiles a la lengua vulgar como a la explicación de la filosofía. Tertuliano habla incoherentemente como un azogado, a fuer de africano que es; San Cipriano y Arnobio, que son de la misma nación, hablan más comedidamente, pero también con resabios de africano. San Agustín hace gala de mucha africanidad en el contexto de la dicción, pero no tanto en el léxico, particularmente en los libros de *La Ciudad de Dios*, que es la única obra suya que yo creo debe leerla el filólogo, porque en su mayor parte trata de aquellas cuestiones en las que yo más arriba dije que consistía la filología: San Ambrosio no es tan latino como apacible y dulce. San Jerónimo es más latino, excepto en las ocasiones en que se acuerda de que es autor sagrado y se preocupa más de la doctrina que del diccionario. El más elocuente de todos los autores cristianos es Lactancio, que tiene un sonido todo ciceroniano, y con excepción de muy pocas cosas, digno de imitación en todas las demás. El último es Boecio, comparable a cualquiera de nuestros antiguos. En Símaco, en Sidonio Apolinar, en San Paulino absolveré al *filólogo* y le perdonaré el trabajo que se tome en ellos.

CAPITULO IX

DE LOS ESCRITORES QUE FLORECIERON NO MUCHO ANTES DEL TIEMPO DEL AUTOR

Ahora, a través de un ancho claro de siglos y a grandes zancadas, debemos descender a las cercanías de esa nuestra edad. Francisco Petrarca, poco más de doscientos años ha, fué el primero que abrió las bibliotecas cerradas por tan largo tiempo y sacudió el polvo y el moho de las obras de los autores máximos. Por este título es mucho lo que le debe la lengua latina; no es impura del todo, pero no pudo lim-

piarse en absoluto de la miseria y fealdad de su siglo: Juan Boccaccio, discípulo suyo, en manera alguna debe ser comparado con el maestro. Y de nuevo enmudeció la lengua hasta los días de nuestros abuelos, en que Leonardo Bruno de Arezzo, fué asaz correcto, sencillo, natural y aun a veces, en escribiendo historia, da al estilo un color que recuerda el de Tito Livio. Lorenzo Valla hace gala de un egregio temperamento y usa voces puras y propias. Lo que escribió antes de sus *Elegancias*, como el tratado *Del placer*, es menos esmerado que lo que escribió con posterioridad. Así es que también son mejores sus traslaciones del griego, que hizo de viejo, a saber: Tucídides y Herodoto. El vocabulario de Francisco Filelfo no deja nada que desear, pero su lectura cansa, porque carece de todo movimiento y como de vida; acaso éste es el genio que Marcial requiere en todo libro que ha de vivir. Teodoro Gaza puede enriquecer mucho nuestra lengua, vertiendo autores griegos. Menos feliz es Jorge de Trebizonda, y más verdoso y con menor selección en las palabras.

El vocabulario y la frase toda de Joviano Pontano están tomados de Cicerón. Pomponio Leto es de erudición escasa; toda su decantada diligencia se consumió en torno de palabras, anécdotas, lápidas excavadas y monumentos derruídos. Campano es festivo y fácil y pobre de cosas; Hermolao, que es duro, afectó un linaje de estilo zahareño, plegado de arcaísmos y neologismos, hasta el punto que parece haber mezclado a Ennio y Plauto con Apuleyo y Capella. Policiano es limado; son buenos sus vocablos, aplicables al uso común; gravedad tiene menos de la que yo quisiera, y mientras se perece por hacer ostensión de determinados preciosismos como si fueran diamantes de mucho valor, hace dar al lector perezosos rodeos, cargando la oración de voces y de sentidos más de lo necesario. Más grave es Juan Pico de la Mirandola, y asaz castigado, excepto cuando mueve pendencias con los Teólogos. Antonio Sabélico fluye a cauce lleno, pero a trechos es barroso, semejante al autor de quien toma las cosas, tanto que parece no tener más color que el del suelo sobre el cual resbala como un río, fenómeno éste frecuente en quien cuida más de la sustancia que de la expresión. De nuestros días son Erasmo, Budeo, Melanchthon, Sadoleto, Bembo, Francisco Pico, Andrés Alciato y otros muchos que ya son grandes o que algún día lo serán, de todos los cuales, puesto que viven, no diré nada; lo dirá la posteridad, cuyo juicio será más libre.

Por lo que toca a los autores griegos, leerá la mayor parte de las obras de Platón, cuya boca, dicen, habla el lenguaje de Júpiter; la *Etica* y la *Política* de Aristóteles, que posee una maravillosa propiedad de expresión; las *Obras morales* y las *Vidas paralelas*, de Plutarco; leerá asimismo algo de Galeno, verbigracia: *Defensa de la salud*, con la versión de Linacro a la vista.

Galeno es difuso y verboso como asiático; pero de los buenos y elegantes. Filostrato es florido y colorido; más claro y más sencillo es Libando. De nuestros autores cristianos, Sinesio es limado y violento en sus traslaciones. San Basilio y San Gregorio son cultos; San Juan Crisóstomo es más franco y redundente; en las prefaciones, parecido a Isócrates; en la elocución, a Lucia-

no y a Galeno. Esos son los que escribieron en prosa, a todos los cuales, si quisiere añadir a Plinio Segundo, tendrá no ya un autor solo, sino una biblioteca entera, riquísima de cosas y de palabras. ¿Quién osará dorarse con el nombre de *filólogo*, si dejare de lado a este autor?

Quedan los poetas a los cuales, a guisa de antídoto, aplicaré el libro de Plutarco acerca de la *Lectura de los poetas* y la homilía de San Basilio sobre la *lección de los autores paganos*, mucho más breve, pero empapada de unción y de piedad. En el *Arte poética*, de Aristóteles, no hay mucho bueno que recoger, limitada como está toda al examen de los poemas antiguos y a aquellas sutilezas laberínticas a que tan aficionados son los griegos y de las cuales no acaban nunca de desenvolverse, y en las que son empalagosos y, con perdón sea dicho, botarates. Palefato, autor antiguo, intentó acomodar las ficciones de los poetas a la historia real y a la verdad, y no con completo desacierto, sino en los casos en que le faltan conjeturas, o las conjeturas le engañan. Horacio es rico de número, jocundo, felicísimamente audaz en las traslaciones, como le definió Quintiliano. Y de él dijo acullá Ovidio que *con lira romana tañía poemas cultos*. En el verso heroico, es algo pedestre y no se pudo elevar a su tono y a su majestad.

Catulo es algo duro, como dijo Plinio, y se impone escardarle de hierbas viciosas. Y no menos Tibulo y Propercio, dulces, sin duda, y Ovidio, de una maravillosa facilidad, de quien, lamentándolo, dice Séneca y con razón, que llenó su siglo de versos eróticos y de aforismos de amor. El *Astronómico*, de Manilio, es grave, pero demasiado didáctico, y no tiene movimiento, como de Arato lo dijo Quintiliano, aun cuando este autor nuestro se remonta a tiempos y respira fuego. Silio Itálico es diligente y debe más al arte que a la Naturaleza; éste es el parecer de Plinio. Yo no veo que la lectura de Valerio Flaco, como la de Apolonio de Rodas, pueda acarrear cosa que lo valga, si el lector presunto no tiene hacienda mejor en qué ocuparse. Yo no tanto condeno su verso ni su elocución como lo baladí del asunto. Juvenal, en hartos lugares, áspero y duro, pues así lo requiere su tema. Estacio es suave y muelle. En Marcial deben castrarse las obscenidades; en lo demás atengámonos al testimonio de Plinio Cecilio.

Mucho más tardío que éstos es el Ausonio Galo, siempre agudo, picante y que no deja que su lector dormite. Mejor es Claudiano, de ingenio y aliento verdaderamente poéticos. Juvenco, Sedulio, San Próspero, San Paulino son aguas fangosas y turbias, pero saludables, como se dice de determinados ríos. Apolinar es harto menos molesto en verso que en prosa anegada o sostenida por el número. Juan Hantuillenso no es del todo malo; ciertamente mejor de lo que era de esperar de su siglo.

A gran distancia siguen Francisco Petrarca, en quien si no hubiera tan equilibrada proporción de talento y de estudio, fuera fácil que el siglo en que vivió le hubiera malogrado el estilo. Francisco Filelfo fué una fábrica de versos, y a primera vista verás que sus partos son precoces; más trabajado y digno de leerse es Joviano Pontano. Las musas que inspiraban a Policiano tenían mucha dulzura sazonada con mucha sal, con muchas y muy finas agudezas y donaires, pero de sus

epigramas deben ser raídas aquellas fealdades indignas de un gentil cuanto más de un cristiano. Marulo es demasiado oscuro y desigual. Ambos Strozas, padre e hijo, son asaz pulidos. Jerónimo Vida y Accio Sannazaro están ligados como por un voto religioso a la imitación de Virgilio. Agudo es Tomás Moro, y lleno de aguijones y de chispa. Erasmo es semejante a Horacio, cual quiso ser.

Los poetas griegos, exceptuados aquellos de quien ya hicimos mención, son Quinto Cálabro, que al poema de Homero le colgó unos *paralipómenos*, como también lo hizo Mafeo Vegio, que a la *Eneida* virgiliana le cosió un libro décimotercero. La *Genealogía de los dioses*, de Hesíodo, sirve para la inteligencia de los poetas; por lo demás, completamente fútil. Las tragedias de Sófocles, cuya estima en todos los tiempos no fué poca, si bien a él le antepone Eurípides; los *Fenómenos*, de Arato, que M. Cicerón y César Germánico vertieron al latín. De Juan Lascaris quedan los *Chistes* latinos y griegos, que son agudezas breves y algún tanto difíciles.

Los principales intérpretes son Valerio Probo, de quien tenemos unos pocos comentarios a las *Bucólicas* y a las *Geórgicas* de Virgilio; Elio Donato, difuso en la explanación de Terencio y de Virgilio, pero en Terencio se acuerda más de que es intérprete de voces latinas, aun cuando en éstas con resultado hartas veces infeliz, como al señalar las diferencias, se inventa cosas que jamás pensaron los autores. Servio Honorato es un filólogo diligente, como no costará mucho creerlo; con todo afirma cosas no averiguadas. Contra él escribió algunas notas Filipo Beroaldo, autor no mucho más escrupuloso que el mismo Servio; por lo demás, hay en Servio muchas afirmaciones que te será más fácil decir que son falsas, que provocaron razones claras y convincentes. Acrón y Porfirión, expositores de Horacio, muy inferiores a la mayoría de los modernos, pues dormitan con frecuencia y aun roncan a veces.

Mejores son Beroaldo y Sabélico explicando a Suetonio. Sabélico es conciso; el otro es más difuso y más negligente, y eso le ocurre también en el *Asno*, de Apuleyo. Mancinello, comentando las *Bucólicas* y las *Geórgicas*, cumple honradamente sus deberes de gramático. Landino, acerca del mismo poeta filosofa demasiado, como también Pedro Marso en *Los Deberes*, de Cicerón, y resulta de una cargosa locuacidad. Parrasio, en el *Rapto de Proserpina*, de Claudiano, y Nicolao Beraldo, en el *Rústico*, de Policiano, y Francisco Silvio, en el *Grifo*, de Ausonio, tienen muchas cosas buenas sacadas de la más exigente filología. Asconio Pediano, ojalá nos hubiera llegado íntegro y no adulterado y pudiera ayudarnos mucho a la inteligencia y a la lengua de Cicerón, pues hay en Cicerón no pocos pasajes muy oscuros, envueltos en tales tinieblas que ya no podrá disiparlas luz alguna, por la ignorancia en que estamos de aquellos tiempos. Muchas son las cosas que en los autores dilucidan Hermolao Bárbaro con sus anotaciones a Plinio y a Mela, Angel Policiano, en las *Centurias;* Budeo, Alciato, Sabélico, Beroaldo, Ignacio en la obra que intitularon *Anotaciones a los autores.* También Luis Celio, Antonio de Nebrija en las *Quincuagenas.* Juan Pierio Valerio estableció el texto de Virgilio con el cotejo de varios códices, labor

verdaderamente útil para la lectura del primero de nuestros vates. No tengo gana alguna de referirme a Bautista Pío y Cornelio Vitelio. De los actuales, juzgue la posteridad.

LIBRO CUARTO

CAPITULO PRIMERO

CUÁN POCA COSA SEA EL CONOCIMIENTO ESCUETO DE LAS LENGUAS; POR ESTO ES OBLIGADO EL TRÁNSITO A LAS ARTES. LA DIALÉCTICA DEBE SEGUIR EL ESTUDIO DE LAS LENGUAS: EN QUÉ CONSISTE Y ACERCA DE QUÉ VERSA; CON QUÉ LIBROS Y POR QUÉ CAMINO DEBE PERFECCIONARSE SU ESTUDIO. ESTO MISMO SE DICE DE LA FÍSICA; QUIÉNES DEBEN ABSTENERSE DE SU ESTUDIO Y QUÉ CUESTIONES DEBEN EVITARSE POR INÚTILES O NOCIVAS; QUIÉNES FUERON SUS MÁXIMAS LUMBRERAS. SUS PROVECHOS

Hasta ahora nos hemos detenido en el conocimiento de las lenguas, que son las puertas de todas las disciplinas y artes, e indudablemente de aquellas que tienen su manifestación en los monumentos literarios de los grandes ingenios. Así es que la ignorancia de cualquier lengua cierra, por decirlo así, el acceso a la disciplina que en aquella lengua está expresada y consignada. Pero tengan presente los estudiosos que si a las lenguas no añadieren otros conocimientos, no han hecho más que llegar a las puertas de aquellas artes y que no hacen sino rondarlas y asomarse al vestíbulo y que no vale más saber latín o griego que francés o español, sin las ventajas que a los eruditos puede acarrearles su utilización y que todas las lenguas del mundo no compensan el trabajo de aprenderlas porque sí, si a través de ellas no se busca una finalidad utilitaria. En vista de ello se aprenden, a saber: para penetrar hasta lo bello y lo maravilloso que aquellas lenguas esconden avariciosamente bajo llaves. Muy cercano al estudio de la lengua está el método de examinar el instrumento de lo verdadero y de lo falso por enunciados simples y compuestos, que se llama censura o crítica de la verdad.

El joven estudiante que del estudio de las lenguas sea conducido aquí, fácilmente entenderá lo que se le propusiere. No habrá dificultad alguna para que se entregue a esa censura antes que tenga cabal conocimiento de esa lengua, para perseguir al mismo paso ese doble objetivo. En esta arte o, digamos, herramienta y órgano, primeramente serán explicados aquellos tecnicismos propios de ese tratado. Esa parte de la Dialéctica llámase *Crítica* con una voz griega, que equivale a decir *juicio de la argumentación.* Para ello, existen algunos pequeños libros de autores modernos, no del todo inútiles, como los de Jorge de Trebizonda, Jorge Valla, Felipe Melanchton. Estos podrán explicarse al principio. A continuación las *Perihermeneias,* de Aristóteles, dejando a un lado la *Disputa de los futuros contingentes,* que de suyo es intrincadísima y de soberanos vuelos. Las obras de los antiguos contienen muchas cuestiones de ese linaje, muy oscuras y a lo

que a mí me parece no poco necesarias. De ellas tomará el preceptor lo que le pareciere convenir al ingenio de sus discípulos y al arte que profesa. Su estudio no debe ser contencioso, pues de suyo esta arte ya lo es; y si a las riñas se les añaden riñas, ¿qué será ello sino añadir leña al fuego y sobre el fuego derramar aceite, como dice el adagio vulgar? Lo más cuerdo será proceder mediante preguntas que no por contraste de argumentos, pues ni siquiera tendrán sobre qué argumentar.

Desde luego se apercibirán para las disputas de las otras artes, a base de *tesis propuestas*, a fin de que al tenor de las reglas que deben observarse aprendan a no admitir cosa que repugne y a no rechazar cosa congruente. A ese ejercicio llámanle los nuestros *obligaciones*, que ni son ningún arte ni parte alguna de arte, sino puesta en práctica de los preceptos, aplicándolos a la obra. En estas dos operaciones, no cabe sino evitar los dos extremos que dije: No admitir cosa que repugne con lo afirmado, ni rechazar cosa que con lo afirmado tenga congruencia. Las *pequeñas preguntas socráticas* son harto conducentes para averiguar la verdad, para afinar el ingenio y para convencer al contradictor. Leerá de por sí el joven estudiante con callado afán a Severino Boecio, Marciano Capella, Apuleyo, San Agustín, aun cuando éstos *helenizan*. Angel Policiano coge algunas florecillas por puro alarde de elegancia, tras de la cual anda bebiendo los vientos; con todo es útil proporcionar algunos vocablos técnicos del arte. Habrá leído con atención toda la *Dialéctica* de Aristóteles. Es muy diferente el aprecio que se hace de los libros de Aristóteles y son más citados por Marco Tulio Cicerón, Diógenes Laercio, Servio Honorato, que por los modernos. Pero nosotros, que ignoramos aquellas obras primitivas, nos hemos de contentar con lo que llegó hasta nosotros.

Los comentaristas griegos de Aristóteles, Pselo, Mangeneto Ammonio ahogan al lector en un piélago de huera palabrería, que es el estilo propio de los de aquella nación. Jaime Fabre Estapulense escribió unos comentarios a Aristóteles, y por su propia cuenta él mismo compuso una *Dialéctica*, donde saca como del cieno muchas de las opiniones corrientes en su siglo. Síguese el conocimiento de la Naturaleza. Más fácilmente la comprenderá el joven que las cosas de la prudencia, porque con su propio sentir y su personal agudeza entiende las cosas naturales; pero las cosas de la prudencia se las enseña la práctica de la vida y los muchos conocimientos y la memoria fiel. Lo que de la Naturaleza sentimos nos lo procuraron nuestros sentidos o la fantasía, a los cuales se allegó el juicio de la mente que gobierna los sentidos. Pocas y ruines son las ventajas que conseguimos por culpa de aquellas tinieblas que nos tienen puesto cerco muy estrecho. Por esto, más seguimos la verosimilitud que no conseguimos la verdad averiguada. Hay algunos tan duros y difíciles, que en todo exigen una razón expuesta a los sentidos o con fuerza apodíctica impuesta a la mente, como Aristóteles y C. Plinio. Estos son incrédulos sistemáticos de los inventos ajenos e impíos en las cosas pías, al paso que ellos mismos son inexorables para con los otros hasta tal punto, en lo que ellos aprueban, que hartas veces se convencen con una razón liviana y

flaca o se contentan con la única autoridad de aquel en cuyo nombre juran. Por esto, de este estudio deben ser apartados los suspicaces y los que todo lo interpretan y tergiversan en el peor de los sentidos. Ni tampoco debe enseñarse nada de esta disciplina a los poco firmes en sus creencias religiosas, si ya no fuere que se les expliquen las causas exactas de la filosofía primera, que atañen al conocimiento de la divinidad.

En la *contemplación de la Naturaleza*, el primer precepto a que debemos atenernos sea que, puesto que no podamos de ella procurarnos ciencia alguna, no tengamos para con nosotros sobrada indulgencia, insistiendo en el escrutinio y averiguación de cosas a que no podemos llegar, sino que enderecemos todos nuestros afanes a las necesidades de la vida, a algún aprovechamiento del cuerpo o del alma, al cultivo y al incremento de la piedad. Es una triste verdad que con la más atenta y cuidadosa diligencia, al fin y a la postre, como Salomón dijo sabiamente, no cosechamos más que aflicción. Quien anda ocupado y absorto en tales distracciones, no tiene tiempo para pensar en Dios, y si intenta hacerlo, luego al punto se le viene a los ojos aquella preocupación en que está sumido.

Por esto, la contemplación de las cosas naturales, si no sirve a las necesidades de la vida o del conocimiento de sus obras y no nos eleva al conocimiento, admiración y amor de Dios, es superflua y nociva. De ahí que tenga que ser rechazado en absoluto lo que no satisface sino una mera curiosidad, no sea que, desmoralizado el ánimo, deje de investigar lo mejor, aquello a cuyo conocimiento está obligado el verdadero filósofo. Más enérgico debe ser el desprecio de todo lo que se fantaseó para el estéril alarde, carente de solidez y de provecho alguno. De este género son las cuestiones apodadas *suesétícas*, que distraen y retraen del cuidado de lo mejor y lo que es más grave: los incapacitan para ello. No es filósofo el que devana sutilezas acerca de los *instantes*, ni del *movimiento enorme ni conforme*, sino quien conoce la generación y la naturaleza de las plantas y los animales, y las causas por qué una cosa se hace y la manera como se hace. No tiene necesidad de embreñarse en la cerrazón, en las soserías, en las impiedades arábigas, ni le es preciso escudriñar todas las opiniones y fantasías de los antiguos griegos y romanos, aun cuando indiscutiblemente fueron agudos y doctos. ¿Qué cuenta les tiene saber que no han faltado quienes sostengan con encarnizamiento que la nieve es negra y que el fuego es frío? Saberlo quizá, al fin y al cabo, no ocasionaría ningún perjuicio real, pero apasionarse por ello mientras tú lo defiendes o lo combates, eso es gastar el tiempo con demasiada imprecisión. Por eso es que yo pienso que deben ser pasadas de largo en el mismo Aristóteles aquellas discusiones o, mejor, arremetidas contra los filósofos antiguos. Sepas, por otra parte, que Aristóteles no siempre narra con fidelidad, pues invierte y trastorna el sentido y el texto, ni los refuta con asaz eficacia y los desautoriza con sus propios principios. En suma, no tiene tanta importancia conocer estas triquiñuelas.

En toda filosofía natural predíquese al joven y métasele en la mollera que sólo debe dar oreja a lo que tiene visos de verdad, según

lo pudieran averiguar con sus luces, con su juicio, con su experiencia, con su desvelo aquellos que tenían la misión de inquirirlo, pues es muy raro lo que nosotros podemos confirmar con toda certidumbre ser verdad. Al principio, debe mostrársele lo más fácil, es decir, lo que es accesible a los sentidos, pues constituye el acceso a todo conocimiento. Por eso ocupará el primer lugar una cierta exposición y como pintura de la Naturaleza toda, cielos, elementos y todo lo que en los cielos está y todo lo que está en los elementos, fuego, aire, agua, tierra, de modo que resulte como una síntesis y representación plástica en una tabla o lienzo de toda la creación. Aristóteles a ese fin escribió un pequeño libro *Del mundo*, ora fuere él su autor efectivo o fuera cualquier otro. La frase, en efecto, es más jugosa de lo que acostumbra serlo la austeridad aristotélica y más clara de lo que solió, por lo común, serlo Aristóteles en sus disquisiciones acerca de la Naturaleza. Le atribuyen este opúsculo el mártir San Justino y Juan Pico de la Mirandola; pero sea de ello lo que fuere, no es dudosa su procedencia de la escuela peripatética. Apuleyo lo vertió al latín y lo da por suyo, luego de haberlo puesto el título de *Cosmografía*. Con todo, determinados pasajes requieren más amplia y más cuidada explicación; por lo que se refiere al cielo, se le explicará la *esfera* de Juan Sacrobosco y la *Teoría de los planetas*, de Jorge Purbaquio, y también el libro segundo de Plinio; por lo que atañe a la *geografía* y a la *hidrografía*, hásele de explicar a Pomponio Mela y los cuatro libros de Plinio, hasta el séptimo. Aquí, ninguna falta hacen las disputas, sino que lo que se requiere es la contemplación callada de la Naturaleza. Investigarán y preguntarán de buena fe, más que no altercarán o disputarán.

Algunos hay que no son suficientemente idóneos para las altas lucubraciones por ser de ingenio tardo y de cabeza gacha que no se empina o no pueden mirar la luz de hito en hito, como los ojos cegatosos; éstos, aquí deben hacer una parada. Fuera de la clase, leerán privada y personalmente los *Fenómenos*, de Arato; y la *Historia del cielo*, de Julio Higinio. La *Astronomía*, de Manilio, tiene muchísimas cosas influídas de la superstición y vanidad caldaica. Esto no embargante, se la debe leer no sin criterio ni guía que le advierta lo que ha de evitarse. Manejará también a Estrabón, descritor del orbe y narrador de sucesos históricos. Contemplará las pinturas de Ptolomeo si tuvo la suerte de haber a manos algunas que sean correctas. Añadirá los descubrimientos realizados por nuestros navegantes en los confines del Oriente y del Occidente. También los volúmenes de Aristóteles *De los animales*, y los de su discípulo Teofrasto acerca *De las plantas*, y los tratados de Dioscórides *Sobre las hierbas*, con las anotaciones de Marcelo Virgilio, que los tradujo, y los corolarios de Hermolao Bárbaro. Por lo que toca al cultivo de la tierra, consultará a Marco Catón, Terencio Varrón, Junio Columela, Paladio no ya, como antes, para espigar voces, sino con la sana ambición de aprender cosas. Pedro Criscencianas, inculto de estilo y de vocabulario, no cultiva mal su campo ni su granja. Describe los peces a la buena de Dios Opiano, paisano de Dioscórides. Recio es nuestro desconocimiento de esta parte de la Naturaleza, pues es cosa no creíble la gran licencia que en producirlos

la Naturaleza se tomó, y la abundancia de nombres con que la costumbre los denomina, pues cambian infinitamente, según las aguas y los diversos países, y aun en los del mismo género y especie son diferentes sus figuras y sus formas, según las pesqueras respectivas. Y no sólo en el darles nombre se diferencian mucho las lenguas entre sí, sino, también, las ciudades y las villas y las aldeas de una misma lengua. Escribió acerca de las piedras preciosas y de los metales y de los tintes Plinio, el mismo que abarcó todos aquellos conocimientos que acabo de decir. Hízolo también Julio Solino, pequeña mona de Plinio, o más verdaderamente, su ladronzuelo. Y no menos puede coadyuvar a este estudio y contemplación Rafael Volaterrano, en la tercera parte de sus comentarios, que intituló *Filología*, autor que por su diligencia se hizo merecedor de bien ganada alabanza.

* * *

Esto es, en suma, lo que debe leer con avivado seso todo aquel que quisiera cultivar esta rama de estudios, y aun el que quisiere proseguir adelante su camino, luego de haber indagado las causas exteriores de la Naturaleza, aquí debe hacer un alto como en una apacible posada.

A quien se aficionare a esta contemplación, le queremos diligente y sagaz, pero no terco, arrogante, pendenciero. Ninguna necesidad hay de altercados y riñas, sino de contemplación tranquila. Así que contemplará la Naturaleza en el cielo nublado y sereno, en los campos, en los montes, en las selvas. Dirigirá muchas preguntas a los que frecuentan los sitios de su observación, como son los hortelanos, los labriegos, los pastores, los cazadores, como indudablemente lo hicieron Plinio y los grandes autores que de esto escribieron, pues no hay nadie que por sí solo pueda con un golpe de vista abarcar tantos espectáculos y de tanta variedad.

Y él mismo, cuando esté sumido en esta contemplación u oiga lo que otro le dice, no solamente tenga atentos los ojos y los oídos, sino también el espíritu, pues es menester un gran ahinco y una atención muy despierta en la contemplación de la Naturaleza. Con estas observaciones de los tiempos, del carácter y de las fuerzas de cada cosa, recibirá un fuerte impulso el cultivo del campo, la recolección de frutos, de viandas y de bebidas, de medicinas y remedios, cuando esté afectada la salud. Grande será la satisfacción de los ancianos enriquecidos y mucha la recreación espiritual de quienes administran negocios privados o el gobierno de la república, cuando no fácilmente se halla otro deleite físico que pueda compararse con éste ni en duración ni en grandeza, puesto que alegra el deseo de saber, tan ardiente y vivo en toda mente humana. Por esto, cuando uno está dedicado a esa contemplación, no se ha de buscar ningún otro esparcimiento ni para este sabroso manjar ningún otro aliño. El paseo mismo, aquella contemplación ociosa y fecunda, es escuela y es maestro, puesto que siempre te brindan algo que especular con maravilla, y con ello se enriquece tu erudición. Pero volvamos a la escuela y al maestro de la escuela.

CAPITULO II

DE LA PRIMERA FILOSOFÍA; MUCHEDUMBRE DE CONOCIMIENTOS QUE ABARCA. QUÉ FUÉ LO QUE MOVIÓ AL AUTOR A ESCRIBIR DE ELLA, A PESAR DE QUE LO HIZO ARISTÓTELES. CUÁLES SON LOS MAESTROS; CUÁLES LOS DISCÍPULOS; DISPUTAS Y EJERCICIOS. DEL INSTRUMENTO DE PROBABILIDAD. ARTES Y LIBROS QUE DEBE EXPLICAR EL PREFECTO DE ESTUDIOS; QUÉ OBRAS DEBEN RESERVARSE PARA EL ESTUDIO PRIVADO DE LOS ALUMNOS

A los que siguieren avante en su aprendizaje, después de aquella descripción breve y fácil, se le declarará el artificio oculto de la Naturaleza, que es la *primera filosofía*, a saber: la investigación de la concreción de los cuerpos y de todas las acciones que tienen su origen natural en la intimidad de cualquier cosa, de donde salimos a las mismas causas exteriores, como a las obras más íntimas y nos remontamos hasta Dios Padre del Universo y Causa de todo, siempre que vayamos por el buen camino, pues las *cosas invisibles de Dios, por las cosas que son hechas se ven, a saber: su eternal potencia y su divinidad*. Pero si vamos por un camino torcido, marraremos la senda. Por estas razones esta filosofía no debe ser tratada de cualquier manera, puesto que contiene un peligro tan grande de error. Por esto también la Naturaleza no debe ser contemplada al reflejo de la lámpara de los gentiles, que da luz tan macilenta y tan mala, sino a las lumbraradas de esta antorcha solar que Cristo trajo para esclarecer las tinieblas de ese mundo. Esta fué la consideración que nos movió a escribir aquella obra porque no tuviéramos que proceder al dictado de los gentiles con tan gran mengua o al menos con peligro tan grande de la fe.

Añádase a esto que todo lo declaramos, si no con la perfección deseable, al menos con la debida claridad. La primera filosofía de Aristóteles, que se llama *metafísica*, y los ocho libros del *oído físico*, que pertenecen al mismo argumento, han de desarrollarse en este lugar, pues contienen un verdadero tesoro de erudición y de ingenio, como todo lo de Aristóteles, pero también mucha oscuridad. Y diré más; aquellas sutilezas aristotélicas y aquellas telas de araña quiebran y abollan la delgadez del ingenio, pues dió a algunos motivos y ocasión de inquirir lo no existente y en su diligencia y afán por buscar cosas fuera de medida se persuadieron haber hallado algo y que les pareciera ver lo que no veían ni siquiera tenía existencia real, no de otro modo que los que en el cielo puro y sereno, a filo del mediodía, buscan estrellas y víctimas de alguna alucinación y se imaginan que las ven. Explicaránse al estudioso mancebo con todo cuidado los ocho libros de *Física*, ora sean realmente escritos por el mismo Aristóteles, ora, según piensan algunos, recogidos de sus explicaciones por su hijo Nicómaco, que fué discípulo de Teofrasto y por él coleccionados y publicados. Y con esmero no menor se le explicarán los seis primeros tratados de la filosofía primera, pues los restantes, ora fueren doce, ora fueren catorce, según place a algunos, los leerá él por sí mismo, apuntando y tomando buena nota de todas las sentencias y aforismos dignos de recordación. Todo lo demás es de una dificultad grande y de una total esterilidad; pero, de todos modos, buceará el maestro en

su fondo oscuro para sacar de allí algo útil para sí y para sus discípulos. En el libro quinto explícanse las *categorías*. Hay que añadir la obra de Porfirio *acerca de las cinco voces* tomada de Aristóteles; y también la razón de *definir* y de *dividir* de Boecio, que es la *explicación de las esencias*. Anda por ahí un librito de *Definiciones*, de Platón, de donde será conveniente sacar ejemplos para todos los géneros de definiciones.

En esa investigación tan ambiciosa quiero yo a un maestro diligente, templado, sin ninguna arrogancia temeraria, sin ninguna precipitación en establecer resultados; pero que, por otra parte, no sea vacilante ni ande a tientas ni a gatas como los que saben que caminan a oscuras y por una pendiente resbaladiza. Esta disciplina exige un discípulo de un talento que se yerga sobre sí mismo y se encarame por encima de los sentidos hasta las causas y los orígenes de las cosas, a la síntesis de lo universal por lo singular, en cuya universalidad está la doctrina como en las singularidades está el placer, pues aquélla es cosa de la mente y éste es del dominio de los sentidos. Por esto es que Plinio agrada más y Aristóteles enseña más. No está indicado para esta empresa el ingenio frívolo, que saca burdas conjeturas, el ingenio contencioso, que para todo exige una razón apodíctica y a la cual no pueda hallársela par. Conviene que cada uno se contente con aquella verosimilitud en que halle reposo fácil el ingenio íntegro, es decir, no influído por ninguna pasión ni partidismo, no ávido de polémica, sino de la verdad. El que tiene a su cargo la formación de esa juventud referirá todo esto y todo comentario sobre la Naturaleza a la mejoría de las costumbres para formar su ánimo a la virtud y gota a gota destilar en los jóvenes pechos el respeto y la práctica de la religión. Para ese apostolado didáctico le deparará grandes oportunidades y material abundantísimo la contemplación de toda la Naturaleza. Así parece que quisieron dar sus enseñanzas Séneca y Plutarco y aun a trechos Plinio Segundo. En la parte preceptiva de la filosofía primera es fuerza dar algunos rodeos y circunvalaciones; hacer algún avance e inmediatamente algún retroceso, de la *a* a la *b* y luego de la *b* a la *a*; porque en este linaje de investigaciones no conducimos nuestra mente por la calle de las cosas, sino por la calle de los sentidos, que tienen todas esas vueltas y revueltas y laberínticas sinuosidades.

Así es que hay que esforzarse siempre en que lo primera sea lo más simple y lo más elemental, esto es, lo más conocido, lo que el sentido pueda comprobar mejor. (Ello se irá puliendo poco a poco y se presentará a la censura de la mente, luego que hubieres puesto a contribución el sentido por todo el tiempo que fuere menester. Los vocablos no son suficientemente justos, porque el pueblo, que es el gran forjador del lenguaje, no comprende la esencia, la naturaleza, la fuerza de las cosas, siendo así que de ahí debiera partir la denominación más verdadera y propia. Pero ello no obstante, no conviene que nos separemos completamente del vocablo del vulgo, y si nos aventuramos a expresar algo con mayor justeza, hemos de explicar la acepción que introducimos, por no engañar a los otros. En esta materia, las disputas y el sereno contraste de las opiniones, más que la polémica violenta

y arrebatada, nos conducirán no solamente a la victoria y a la gloria que la acompaña, resultado tolerable en los niños, sino a la intuición de la verdad, que es el galardón más rico del esfuerzo que pusimos en la tarea. Sea como una suerte de ejercicio militar para asegurar la victoria; una vez decidida, luego al punto pónganse las armas en el suelo, y tan pronto como ella se mostrara a lo lejos, las restantes lanzas deben abatirse ante la lanza vencedora. No quieras jamás aparecer contra la verdad ni ingenioso ni docto; no eres tú capaz de ofuscar su rostro augusto, sino que lo que conseguirás enlobreguecer será el flaco y cecuciente ingenio humano, hartas veces el ajeno, con más frecuencia el propio, no por culpa de la verdad, sino por culpa de nuestro cerrilismo.

Así que mantened siempre firmes vuestros pies en el camino derecho, según cada cual lo atisbare en la integridad de su juicio. Aquello que en esta jornada se os ofreciere de través, quiero decir, lo que en la realidad misma naciere dudoso, desenvolvedlo y esclarecedlo desde luego y no salgáis del camino ancho y real ni vayáis a buscar estorbos y tropiezos por veredas desviadas que luego vayáis a poner en vuestra ruta, esto es, enviar el acumen de la mente a peregrinar por la Naturaleza toda y que se vuelva de un lado a otro para obstruir la luz de la verdad para vosotros y para los otros. Retraiga de cuando en cuando su persona el aprendiz de filósofo del trato y pláticas con sus condiscípulos para revalorar a solas y en quietud y meditar lo que hubiere oído, lo que hubiere leído. Entonces verá más claramente cada cosa y la juzgará con criterio más agudo. Este apartamiento periódico contribuye mucho a afinar la inteligencia y el tino. Crisipo, el filósofo estoico, acostumbraba decir: «Si yo anduviere mezclado con las gentes, jamás filosofaría.» De cuando en cuando se permitirán ejercicios físicos de mayor esfuerzo a los de más recia complexión y robustez, paseos más intensos y más largos, carreras, saltos, lanzamientos de pesos, luchas al estilo escolástico, desde luego, no a la manera militar, por reparar las fuerzas para que la salud en el organismo juvenil sea más firme y los mozos sean más ágiles, y el ingenio, con la salud del cuerpo, goce de su triunfante independencia. Además, necesita de esos frecuentes refocilamientos del espíritu la misma disciplina, que por su sutileza y por su propia dificultad fatiga y azota poderosamente el ingenio. Pero esas recreaciones y asuetos, fuera de los que procuran los deportes físicos, iránse a buscar en los estudios superiores, en la lectura de los poetas, de los cosmógrafos, de los historiadores, así la Naturaleza como de los sucesos pasados.

Luego que quede expuesta la *pintura de la Naturaleza* y su *artificio íntimo* y las esencias de las cosas, seguirá el estudio del instrumento de probabilidad, o sea del método para hallar argumentos, e inmediatamente después el *Arte de hablar*. Solamente siguiendo este orden, se podrá obtener el cabal conocimiento de estas materias; antes no sería posible por la ignorancia en que estaría el alumno de aquellos elementos que necesariamente deben tenerse en cuenta en este linaje de observaciones, que como en las otras artes, tómanse de la práctica de la vida. Pero tampoco deben diferirse demasiado, porque los estudios más altos y más acabados precisan es-

tos adminículos. La *invención de los argumentos* forma parte de la dialéctica; es una de las dos de que se compone, puesto que la otra es la que pusimos más arriba al tratar del *juicio*, o sea, la censura de la verdad. En la técnica de la enseñanza las damos, por separado, en interés de los alumnos

La Dialéctica y la Retórica, ambas a dos, son pendencieras de suyo, con invencible inclinación a la porfía y a la pelea, y por esta razón deben negarse a todo temperamento belicoso y desafiador y a quien sea pesimista y mal pensado, pues todo lo torcerá hacia esta su dañada propensión. Una y otra arte traen consigo una gran dosis de malicia y por eso no será conveniente que el ingenio malicioso, con inclinación al engaño, se amaestre en ellas. Ni tampoco deben enseñarse al individuo de malos instintos, quiero decir revolvedor, venal, irascible, vengativo. Ello equivaldría a poner una espada en manos de un loco, como dice el refrán. Sea quien fuere aquel a quien se enseñaren, más que bebidas en morosos sorbos, deben ser catadas fugazmente y a flor de labio, pues a los que de ellas viven antojados, los tornan espinosos, difíciles, amigos de brega y de fraude. Dícese en su descargo que ello acontece por culpa de los que hacen mal uso de ellas. Quizá es así, pero son muchos los que de tumbo en tumbo dan en el vicio, porque se les brinda ocasión.

En este punto yo exijo un preceptor rico de todos los recursos de la palabra, y lo que se requiere más aún, dotado de ingenio agudo, de juicio entero y sano, versado en todo género de disciplinas y erudición, azote de los vicios. Todo esto fué de gran provecho a Cicerón, según atestigua él mismo en su *Bruto*, cuando dice que él se aplicó a Milón de Rodas, hombre de una singularísima habilidad en la nota y represión de los vicios y en la enseñanza y formación de caracteres. No cosa más difícil como advertir a primera vista las caídas y faltas graves de la oración, luego señalarlas como con el dedo, luego explicarlas y enmendarlas por fin. Interin, falta algo y harto lo ves tú y lo echas de menos, pero no aciertas a explicar en qué ello consista, como de L. Gelio y otros oradores lo escribe Cicerón. Para la investigación de la probabilidad, el dómine explicará los *Tópicos*, de Cicerón, con la añadidura de los comentarios de Boecio, o lo que en mi concepto es preferible, la *Dialéctica*, de Rodolfo Agrícola, expuesta con suma elocuencia y talento en tres volúmenes. El discípulo, por su cuenta, leerá, y no una sola vez, a Cicerón y a Boecio. A Marco Tulio le somos deudores de casi toda esta arte, la cual, aunque descubierta y formulada por Aristóteles, se demostró todavía ruda y basta y no lo suficientemente utilizable.

También por su cuenta, leerá el alumno el *libro quinto* de Quintiliano y los dos volúmenes ciceronianos *De la invención*, obra que dice él se le perdió en la juventud; añadirá los comentarios de Victorino; manejará una y otra vez, y leerá con bien despierta atención, como todas las obras de este filósofo, los *ocho libros tópicos* de Aristóteles, no tanto para desbastar y adaptar ese *instrumento de los creíbles*, sino para tomar buena nota de las sentencias y preceptos de variadas materias reunidas en aquella obra y tenerlas a mano, cuando hubiere necesidad. El maestro, volando en derredor de todos los vergeles del saber, a guisa de abejuela oficiosa,

labrará por doquiera y recogerá el fruto de sus observaciones. Para la vida práctica, será grande la contribución que aportarán los oradores y poetas trágicos, que acostumbran ir abarrotados de pruebas y argumentos de todo género. El procedimiento consistirá en que el alumno, preguntado por el maestro, repetirá la explicación que le hubiere oído, con los mismos ejemplos que él pusiera, adicionándolos con otros de su propia cosecha y a la medida de sus alcances. Luego se pasará al examen de la manera, por la cual los hombres de ingenio eminente descubrieron sus *creíbles;* cuál deba ser el uso de estos lugares y conveniencias que reporta. A continuación, proponiendo cosas simples, qué materia de argumentos contienen en cada uno de sus aspectos. Cuando todo esto quedare bien trillado y cribado con toda diligencia, se escogerá un tema adecuado y se sopesarán y aquilatarán los argumentos que militan en favor de una u otra parte y el peso y valor que tengan se estudiarán aislada o comparativamente.

CAPITULO III

DE LA RETÓRICA; REFÚTASE LA OPINIÓN DE AQUELLOS QUE PIENSAN SER PERNICIOSA EL ARTE DE BIEN HABLAR Y QUE DEBE RECHAZÁRSELA EN CONSECUENCIA; LO QUE ACERCA DE ELLA SE DEBA ENSEÑAR; AUTORES DE RETÓRICA; QUÉ SON LAS SUASORIAS; SU MATERIA Y ENMIENDA DE SUS VICIOS

A todo esto que antecede, sigue el *Arte de bien hablar,* que no conviene que sea repudiada y descuidada, puesto que es muy eficaz y muy grande su poder y necesario para todos los trances y percances de la vida. En el hombre, el derecho y el supremo mando están en la voluntad; a modo de consejeros se le atribuyeron la razón y el juicio que orientasen la jornada, y los afectos la alumbrasen como antorchas. Y es un hecho que a los afectos del alma los encienden las palabras como chispas o centellas que excitan y alteran y mueven asimismo a la razón. Ella hace que la palabra despliegue une potencia enorme en el hombre todo y la manifieste en el acto. No sin razón Eurípides adjetiva a la elocuencia de tiranizadora. Y es una realidad atestiguada por la historia que, mediante la palabra, determinados personajes alcanzaron poder, oro y cetro, como Pisístrato y Pericles. Pero dicen que las costumbres empeoraron y que por ello no deben confiarse a los hombres los peligrosos instrumentos que pueden utilizar para mal de muchos. Yo, un poco más arriba, he manifestado en qué índole de ingenios debe depositarse esa facultad y cuánto de ella debía tomarse.

Pero cuanto más estragadas fueren las costumbres de los hombres, con tanta mayor precaución debieran los prudentes y los buenos practicar esta arte que ejerce dominio tan grande sobre nuestro espíritu para reducirlo de la bellaquería y maldades a la afición de la virtud. Demuestra su indeclinable necesidad el hecho evidente de que no pueda prescindir de la palabra, ni manera de vida, ni acción alguna, pública o privada, en paz o en guerra, con el amigo, con el enemigo, con un superior, con un inferior, con un igual. La palabra es causa de los mayores bienes y males. ¡Cuánto importa, pues, usar un lenguaje decente, que tenga conveniencia con las personas, con las co-

sas, con el lugar, con el tiempo, para que no se escape cosa mala, pueril, indecorosa. Y no otra debe ser la orientación que sigamos en este estudio, que no debe reducirse a hacer acopio de vocablos sonorosos, peinados, atusados y brillantes, agrupados linda y suavemente, sino la de no expresarnos relamida, necia o inconvenientemente, por manera que quede manifiesto que esa arte es la parte más principal de la prudencia.

Por todo lo que he dicho, lo que a mi juicio debemos mirar primeramente y de lejos cuál sea la finalidad de la oración, y luego, para llegar a ella, cuáles son los instrumentos y cuál es el camino. Vaya a guisa de ejemplo: el fin propuesto es enseñar, persuadir, mover; los instrumentos son las palabras simples, compuestas y sus significados. Todo esto debe ser puesto en claro y examinado en cada una de sus propiedades. Luego veremos la manera de aplicar a la obra los medios conducentes: cuáles, a qué fin y cómo; a continuación, de una manera especial, de la enseñanza, de sus partes; de la persuasión, de la moción de afectos y sus formas. Se tendrá cuenta con el que habla, con el que oye, con el lugar, con el tiempo, con el negocio de que se trata. A seguida, qué instrumentos son adecuados a qué cosas y para qué fin, en este lugar, a esas horas, con este que habla, con este que oye. Si no me engaño, acerca de todos estos puntos legislaron antiguamente nuestros mayores con harto desorden y confusión y de forma en absoluto incongruente en la práctica. A pesar de ello, el preceptor diligente podrá hacer un espigueo útil en los tratados retóricos de Cicerón, en las *Instituciones oratorias* de Quintiliano, en Hermógenes, especialmente en su libro quinto, que trata de las *formas de las dicciones*, y en Jorge de Trebizonda, que interpretó casi todas las obras de Hermógenes. También trae copiosos preceptos acerca de las formas Demetrio Falereo y Arístides, en sus libros respectivos: *Peri hermeneyas* y *Peri politike logo*. La misma retórica se ocupa del lenguaje simple, como el de Apsineo Gadareo. Dionisio de Halicarnaso asumió la tarea de dar reglas acerca de los géneros de discursos y de materias, como son panegíricos, epitalamios, epitafios y demás composiciones oratorias de este estilo. Luego de haber leído y beneficiado de los autores griegos, tomará el alumno en sus manos a los autores latinos: el libro quinto de Marciano Capella, el tratado *De las figuras*, de Rutilio Lupo, traducido, según dicen, de Gorgias, no del Gorgia leontino, sino otro Gorgias. Julio Rufiniano y Romano Aquila, acerca de este mismo argumento, dejaron obras a la posteridad. Sulpicio Víctor escribió algunas normas de esta arte.

De todo esto, formará como un ramillete o una gavilla para mostrarla, ordenada y compuesta, a sus jóvenes discípulos, o se servirá de ella separadamente, conforme vaya explicando algunos autores de esta arte. Comenzará por explanar, si le viniere en talante, algún compendio fácil y breve de esta disciplina, como es el de Marciano Capella o el de Felipe Melanchthon o los *cuatro libros de la Retórica a Herennio*, que algunos atribuyeron a Cicerón, basándose no sé en qué conconjeturas. Por Quintiliano parece poder colegirse que fueron compuestos por Cornificio; luego, cinco libros de Quintiliano, a saber: el tercero, cuarto, octavo, noveno, dé-

cimo; el *Orador*, de Cicerón, y la *Retórica*, de Aristóteles, a Teodectes, obra no solamente de gran ingenio y artificio primoroso, que en este autor nunca faltan, sino también de muy grande utilidad para la vida práctica y común. Este aprendiz de retórico, por su cuenta leerá todo lo restante de Quintiliano, las *particiones* de Cicerón nuncupadas a su hijo, el tratado tuliano *Del orador* y el *Bruto*, la *Retórica*, de Aristóteles (o de quien fuere), dedicada a Alejandro; y luego, a Jorge de Trebizonda. Por lo demás, como no tenemos ya pueblo que hable ni latín ni griego, fuera tarea costosa y deslucida fantasear preceptos referentes a la elocución de aquellas lenguas. Bastarán los antiguos, los clásicos, con la añadidura de algunos otros que, siendo de suyo universales, puedan aplicarse a todas las lenguas.

Se añadirá la lingüística; invención de las lenguas, su crecimiento, su decadencia y su pérdida definitiva; criterio para valorar su fuerza, su genio, su riqueza, su elegancia, su gravedad, sus primores y otras cualidades del lenguaje. Cicerón es de parecer que no debe ser demasiado servil la observancia de los preceptos por la sencilla razón de que casi ningún preceptista de la elocuencia la practicó personalmente. Esto mismo, paréceme a mí que debe decirse de todo instrumento, pues en su adorno, no tanto se ha de buscar la elegancia como su aptitud y utilidad. Tampoco seré yo quien alabe en el arte de decir los ejercicios muy diligentes y frecuentes, no sea que el arma de dos filos estimule la voluntad de dañar, si se le presentare la ocasión y engendre proclividad al fraude y a la malicia. Con todo, a los comienzos querría que fueran más frecuentes que cuando trataran argumentos varios y múltiples. Primeramente, tocarán materias simples y fáciles que no requieran ni filigranas de estilo ni composición laboriosa: pequeñas fábulas, historietas chicas, amplificación de un período ceñido, contracción de uno, diluído y espaciado, como tan a menudo las ofrecen los escritores; luego estudiarán las maneras de enseñar y de agradar; de ahí pasarán a aquellos puntos donde existe problema, controversia y adversario y, finalmente, se aplicarán al movimiento y excitación patéticas. En las cuestiones, en primer lugar serán tratadas aquellas que se refieren a lugares comunes y a las sentencias traslaticias, como Séneca las llama, que no tienen nada que ver con la controversia, pero que con harta congruencia se le aplican y se transfieren a otro punto, verbigracia: las generalidades que se dicen de la fortuna, de la crueldad, del mundo. A ese género de sentencias, Porcio Latrón las denominaba ajuar.

Tuvo la antigüedad autores que para este uso compilaron lugares comunes, como Quinto Hortensio, Protágoras, Prodico, Trasimarco Calcedonio. Con muchos ejemplos deben ejercitarse los jóvenes, así personales como ajenos, para que expliquen los suyos y entiendan los ajenos. Seguirán después las cuestiones con sus circunstancias que se llaman *definidas*. Estén muy lejos de acostumbrarse a perorar contra la verdad ni en favor de aquella materia que los retóricos designaron con el mote de *infame*, verbigracia: *contra Sócrates, en pro de Busiris; en favor del placer contra la religión y la justicia,* no sea que si algún tiempo lo hicieron por pasatiempo, luego lo hagan seriamente, cuando allá los empujare la pa-

sión aviesa del ánimo. Toda la elocuencia esté como en pie de guerra, por la bondad y la piedad, contra el crimen y el sacrilegio. Las voces que no contienen sentido alguno son buenas y vanas, henchidas de viento, como bambollas y gorgoritas; hacemos burla y desprecio de los sentidillos imprudentes; la prudencia, sin el arrimo de la probidad, es pura malicia y artimaña perniciosa. Así que la retórica auténtica y genuina no es otra cosa sino la cordura elocuente, que de manera alguna puede divorciarse del varón justo y piadoso. Ni nosotros hemos de imitar lo que tuvo aceptación y uso en la gentilidad, como el maldecir, el baldonar, el sugerir sospechas depravadas, trabucar lo recto, hacer una causa mala de una causa buena y una causa buena de una causa mala. Más vale padecer mengua en la causa que en la virtud, y no solamente en lo profano, pero tampoco en ningún hombre, por más santo e inculpado que sea, imitaremos aquello que de suyo fuere malo.

Ninguna necesidad tenemos del género judicial, en el cual dijo Aristóteles haber mucha malicia, aun cuando harto lo indica el género de por sí. No parece en un cristiano demasiado bien el *litigar*, cuanto menos con aquella astucia, imposturas, insidias, fraudes que se deslizan en este negocio calladamente, aun sin saberlo ni quererlo. Es aquello que dice Quintiliano: *¿Qué hacer, si de otra manera no puede conseguirse justicia? ¿Qué será lo más sensato, si no puedes recuperar la toga que te hurtaron, sin hierro o sin veneno: quedarte sin toga o recobrarla por este procedimiento?* Vale mil veces más, no diré perder la toga, sino la vida, que conservarla por este medio.

Aprendan los jóvenes a *declamar* en presencia de sus maestros sobre aquellos temas que más tarde sean de algún provecho para la vida humana, no como en aquel siglo clásico de las declamaciones se acostumbraba hacer en la escuela, donde se discutían trances que jamás había de ofrecer la vida real. Con sobrado motivo lo lamenta Quintiliano. Para meditar y dar forma a sus oraciones, retírense en una estancia quieta, donde no suene voz ni ruido alguno, que esté a media luz, porque cosa alguna que se venga a los ojos o hiera el oído, pueda afectar o interrumpir la meditación, como dicen que acostumbraba hacerlo Demóstenes. Ellos, por sí mismos, leerán las *declamaciones* y *suasorias* que Séneca, padre, recogió de los oradores de su tiempo, mendosas y truncadas ciertamente, pues faltan no pocas griegas y las latinas nos llegaron en estado deplorable. Así y todo, serán de cuando en cuando de gran utilidad para nuestros retóricos bisoños, pues contienen muchísimos pasos sutil y agudamente introducidos y expresados con gracia y donaire y mucho primor y mucha flor lumbre de metáforas y otras figuras apacibles. Existen unas declamaciones de Sopater, el sofista, demasiado largas de talle. El dómine las consultará y traerá a la escuela todo lo que le pareciere.

Hase de tener mucha cuenta, y no se ha de dejar para lo último, con la *pronunciación*, que, según Demóstenes sintió, tiene importancia muy grande en la oratoria. A este fin, los escolares que deben declamar cuiden su voz con la dieta y el ejercicio, pero su voz natural, no la voz quebrada y falsa, que no tenga necesidad de un maestro de coro. Todas las semanas, el pre-

ceptor hará la crítica de una declamación en presencia de toda la clase; primeramente se fijará en el asunto, y luego en quién es el que habla, en qué sazón, a quiénes se dirige; después examinará las palabras aisladas y las unidas, las sentencias, las pruebas, el orden, la calidad de cada uno de estos elementos por sí; después, la conveniencia que guardan con el asunto y la congruencia con el tiempo, el lugar, con el auditorio, con el orador, y no tanto se fijará en que todo sea exacto y acabado, y en que los argumentos sean poderosos e invencibles como inhábiles y necios. En esta arte no hay fealdad mayor que la de lo indecoroso, y no sin motivo se dice que *lo capital es que tenga decoro lo que haces*. Ya veis, pues, cuánto ingenio, cuánta práctica, cuánta prudencia y atención se requiere para hacer esa crítica y señalar la enmienda pertinente. Esta es la misión más espinosa del maestro, pero también la más provechosa para sí mismo y para su escuela, pues de un solo examen como éste saca el discípulo más erudición y criterio que de muchas explicaciones y comentarios. Por ello es de desear que asistan a esta digamos disección y anatomía en el mayor número posible y que escuchen con la atención más viva y no sin recados de escribir para apuntar las ideas principales las cuales inmediatamente después desarrollarán más ampliamente en sus aposentos, imprimiéndolas, grabándolas en el papel y en la memoria, con el fin de evitar para siempre jamás el riesgo que se les mostró. Sepan los jóvenes, una vez por todas, que por la abundancia y variedad de males que por todos lados nos acosan, constituye un empeño de mayor juicio y trabajo evitar los males que retener los bienes.

CAPITULO IV

DE LA IMITACIÓN; EN QUÉ CONSISTE Y CUÁNTO ESFUERZO REQUIERE LA IMITACIÓN; QUIÉN HA DE SER IMITADO Y EN QUÉ; INDÍCASE CUÁL FUÉ LA VIRTUD DOMINANTE EN CADA UNO DE LOS ESCRITORES ANTIGUOS

Es una verdad demasiado cierta que, siendo natural el habla, el lenguaje es obra de un artificio, sin el cual nacemos; y, por otra parte, habiendo la Naturaleza fabricado al hombre rudo en absoluto y desconocedor de todo arte, tenemos imperiosa necesidad de la imitación. La imitación no es sino la acomodación de alguna cosa al ejemplar propuesto. Por esto debe proponerse aquello cuya expresión ocasione contentamiento, quiero decir, debe proponerse lo mejor de lo mejor, no en absoluto, sino según las fuerzas de que disponemos. Discretamente preceptúa Marco Fabio que ya desde el comienzo mismo no deben empeñarse los niños en levantarse a la altura del maestro, porque no los desmoralice un fracaso prematuro al comprobar que les faltan las fuerzas, sino que, cosa que les será más fácil y más rápida, esfuércense por traducir en sí a alguno de sus condiscípulos más doctos, y afianzados en ese empeño puedan luego, por sus pasos contados, erguirse en émulos del maestro. Vemos que los labradores practican este consejo, al emparrar y casar las rastreras vides con los olmos levantados. Como acontece en el hombre, así también en la oración la imitación es considerada como una suerte de semejanza en el cuerpo y en el alma. En la oración, las palabras y su compostura hacen las veces de cuerpo; empero las sentencias, los argumentos, su disposi-

ción y aquello digamos especie de economía, hacen las veces del espíritu y la mente. Del hijo no tanto se dice ser semejante a su padre si reproduce su línea, su figura y su contorno exterior, como si refleja sus costumbres, su ingenio, su modo de hablar, su andadura, su movimiento o, por decirlo en una palabra, aquella su vida que del asiento e interior retrete de su alma, se manifiesta y se nos muestra exteriormente por medio de sus actos. Si pudiera hallarse un hombre que reuniera en su persona todo lo mejor imaginable, y fuese el más semejante y el más vecino de Dios o fuese Dios él mismo; ése y ninguno más debería ser imitado; pero no hay nadie que reúna en sí todas esas partes tan felices. Por esto, con su sensatez habitual, dice Séneca que no debe imitarse a uno solo, por muy arriba que haya conseguido situarse, porque jamás el que reproduce llega a igualarse con el ideal. Y en este mismo sentir abunda Quintiliano, que piensa que no debe imitarse exclusivamente aun al que fuere el más digno de imitación.

Los hay quienes de todos los autores latinos escogen únicamente a Cicerón para remedarle. Tiene Cicerón las mejores cualidades, pero no las reúne todas ni es él solo quien las posee; cuando deleita, cuando enseña, es admirable y descuella por encima de todos; es agudo en reunir los argumentos; pero en atarlos y en dispararlos no tiene igual poder ni maestría. A trechos le falta vigor por aquel su estilo asiático y derramado que tildaron en él algunos grandes ingenios: Celio, Bruto, Atico, Tácito, Quintiliano, que dice que Cicerón lucha con el peso, a la vez que Demóstenes lucha con la fuerza. He de decir que estos neociceronianos no tanto se fijan para expresarla en el alma del discurso como en la faz exterior de las palabras y el estilo. Pero no quienquiera está hecho para reproducir el alma. No hay cosa más fría que aquel que no lleva a esa imitación suficiente calor y nervio, pues su discurso camina a ras del suelo, desprovisto de movimiento y de vida, como es el de Joviano Pontano. Util y segura es la imitación del vocabulario ciceroniano; pero la de su dicción ya no lo es tanto. Si uno no consiguiere aquella imitación, degenerará inevitablemente en un lenguaje redundante, sin nervio ni brío, vulgar y aplebeyado, del cual no anda muy lejos Marco Tulio. De esta plebeyez él se redime y se exime con la imponente dignidad que cobra su lenguaje de la ciencia y del conocimiento de muchas y muy grandes cosas, de su caudalosa y aliñada numerosidad, de sus metáforas naturales y muy justas, de sus antítesis, de sus rodeados períodos, de aquella su gracia inexplicable y casi inimitable.

A pesar de todo esto, no porque Cicerón sea el mejor y el más eminente, los otros son malos y desdeñables. *No tiene un solo rostro la elocuencia*—dice Tácito—, *y no es automáticamente peor lo que es diverso.* El mismo Cicerón, en su *Bruto,* reconoce la existencia de muchísimos oradores en el más diferente estilo y los pone en la más soberana cumbre de la elocuencia. De esto que digo, si no otros, el propio Cicerón y Demóstenes pueden ser el más convincente de los ejemplos.

Importa muy mucho averiguar, con la más aguda perspicacia, cuál sea el impulso vocacional del ingenio del muchacho. Los sabios acon-

sejan que este examen previo se haga en la elección de cualquiera profesión y estado para que cada cual se aplique a aquella ocupación a que le lleva la propia inclinación de su naturaleza si ya no fuere que ese impulso nativo le empujare a un vicio fronterizo con la virtud, verbigracia: a Cicerón, si la abundancia le agrada; a Demóstenes y a los oradores atenienses, si prefiere la parsimonia verbal; a Salustio, si la sucinta brevedad y casi laconismo. Quintiliano dice que no hay elocuencia más perfecta que esa brevedad para los oídos sensibles y eruditos. Así se conseguirá que, ya que no podamos alcanzar esa cima, al menos no mereceremos la desestimación, pues en todos o en la mayoría de los órdenes de la vida alcanzar la soberanía o los aledaños de la soberanía es un ideal más para deseado que para esperado. Conoceráse la disposición que cada uno tenga para una profesión determinada por el placer que tomare en ella, nacido de la conformidad y congruencia del objeto con la facultad. Cada cual hará en sí mismo la prueba a la que, cuando no hubiere llegado el muchacho a la edad de la discreción, asistirá el maestro a fuer de árbitro, y más tarde, cuando hubiere avanzado más, el discípulo personalmente. Y si su temperamento propendiere al vicio, como la abundancia a la exuberante redundancia, la parsimonia a la sequedad, el nervio a la magreza deforme, en ese caso rectificará hacia lo recto y lo sano su proclividad congénita mediante la imitación de otros temperamentos literarios. Es prudente Quintiliano al querer que la misión del pedagogo es favorecer la eclosión de todo cuanto hallare de bueno en cada uno de sus discípulos, y, hasta donde fuere posible, colmar las deficiencias y enmendar lo que necesitare corrección y cambiar lo que debiere trocarse.

El maestro mismo indicará cuáles son los autores más señalados en cada una de las cualidades literarias. Para el lenguaje familiar tendrán la primacía *Julio César* y las *Cartas familiares*, de Cicerón, no porque Cicerón no pueda carearse, por no decir otra cosa, con cualquier otro autor en la elección de palabras, sino porque aquella su frase rozagante y holgada no se aviene mucho con el habla de cada día. Los *Comentarios* que Hircio u Opio añadieron a los *Comentarios* de César son muy diferentes, tienen menos pureza y prestancia, de suerte que parece que los comentarios cesarianos fueron escritos por un personaje público y los otros por una persona privada. Para la exquisita cortesanía servirán Plinio Cecilio y Angel Policiano. Para la majestad de la Historia, Tito Livio; para la profunda visión política, Cornelio Tácito; para la historia anecdótica, Suetonio y Floro; para la preceptiva artística, en las cosas, en el orden y en todo lo que sea método, Aristóteles; en vocabulario y estilo, Quintiliano y Rodolfo Agrícola; para las paráfrasis, Temistio y Erasmo; para la poesía heroica, Homero y Virgilio; para la poesía lírica, Píndaro y Horacio; para la tragedia, Eurípides y Séneca; para la comedia, Aristófanes y Terencio; para las versiones hechas con suma probidad y propiedad, Teodoro Gaza; Policiano, en sus traducciones, le bebe el aliento al autor y se hace la obra propia, y Erasmo no carece de gracia en sus versiones textuales. Pero el ejemplar ideal de toda traducción sea el libro ciceroniano *De la universalidad,* que

es una parte del *Timeo* platónico.

Para el garbo de los diálogos, Platón y Cicerón; para la astucia en la técnica de coger al adversario, las *Inducciones socráticas*, siempre que se hubieren reducido un poco más de como Platón las trata una por una; para la más eficaz manera de argumentar, Aristóteles; para la urbana civilidad, los *Diálogos* de Cicerón y Lactancio. Bueno es Cicerón para exhortar a las buenas costumbres y bueno es Séneca para disuadir de las malas. Tiene ese mismo Séneca sentencias tersas, agudas, rápidas, breves, que va disparando a fuer de flechas arrojadizas. Para breves y gráficos preceptos morales, Plutarco; para arengas dirigidas a un público no demasiado instruído, Cicerón; para los ejercicios escolásticos, las *Declamaciones*, de Quintiliano, o de quien fuere su padre efectivo, que indudablemente vivió en el siglo de Quintiliano. Para un auditorio culto y exigente, las *arengas* de Demóstenes, y también las de Tito Livio, esparcidas acá y acullá en su obra histórica; para el hechizo y la blandura del número, Isócrates; de mayor elevación las tiene Platón, de quien dice Aristóteles que fluye entre la prosa y el verso. El peripatético Dicearco reprocha todo linaje de escritura como enojosa y pesada. De todos estos autores citados tomará lo conducente a su propósito, siguiendo el ejemplo de los pintores que del prado en flor trasladan a su lienzo lo más apacible y ameno. No sin motivo el mismo Cicerón alaba a Zeuxis de Heraclea, que, habiendo de pintar para los crotoniatas el retrato de Helena, escogió de muchas hermosísimas mujeres lo que en cada una de ellas vió de más hermoso.

Comenzaré por decir que para la diestra imitación es menester un juicio agudo y una mano suelta; tampoco está por demás, ni muchísimo menos, una secreta habilidad nativa. La imitación feliz de lo bueno arguye bondad de ingenio. Existen algunos que son de juicio tan tardo o de naturaleza tan absurda, que se figuran que con el mismo estilo pueden reproducir cualquier estilo, como con algún gesto característico suyo, cualquier otro ademán ajeno y con la misma pulsación digital interpretar cualquiera melodía. Los hay que, según la sentencia de Séneca, conocen sus propios vicios y los aman; tan grande es el error en todas las aficiones apasionadas, especialmente en la elocuencia, cuyas normas son inciertas. Esto lo echará de ver el institutor. Y si el joven reproduce desmañadamente el modelo que se le propone, apártele del prurito de imitar y vuélvale al buen camino, a la obediencia de su propio genio, para que sea él, para que sea completamente suyo, puesto que no puede ser ajeno. En los comienzos, como ya previne antes, reproducirá lo que sea de más fácil ejecución. Yo muy de gana le consentiré que lo que, no pudiere reflejar, lo traslade a su obra directamente del modelo, siempre que no se le oculte que aquello no es *imitar*, sino *hurtar;* error de concepto en que caen muchos. Con perseverancia y tiempo conseguirá imitar de veras, es decir, acomodará al original las producciones que quisiere. No arrancará piezas del modelo para embutirlas en su laboriosa taracea, ni pedazos de la túnica ajena para zurcirlos en su propio vestido.

Colocado el ejemplar delante de sus ojos, mire y considere el imitador con la más despierta atención la técnica y el criterio con que el

autor lo hizo para dar cima él con análogo criterio y técnica a la obra que se propuso. La técnica y el procedimiento, hasta donde fuere posible, se le deben copiar, y aun diré que robar; no la materia misma ni la obra misma. Como si uno, por ejemplo, en un discurso eucarístico o de hacimiento de gracias, repitiera textualmente lo que en iguales circunstancias dijo Cicerón al Senado o al pueblo romano, o lo que Ausonio dijo a Graciano Augusto. Esto fuera un robo escandaloso. La imitación legítima consistirá en que el que va a imitar considere lo que el orador se propuso en el exordio de su oración, qué en la segunda parte, qué en la tercera, y así sucesivamente; lo que dice en primer lugar, qué en lo que sigue, de qué sentencias se vale en cada paso de su parlamento, de qué argumentos y de dónde los sacó, cómo los relacionó y combinó, qué símiles introduce, qué ejemplos utiliza, qué afectos del ánimo mueve, dónde, cómo y con qué autoridades corrobora sus afirmaciones y cúyas son esas autoridades. Y todo esto tan puntualmente especificado, no porque nosotros lo vayamos a usar de aquello mismo, sino de lo que para nosotros está en el mismo lugar en que para su autor estuvo; con qué broche, digámoslo así, enlaza lo primero con lo que sigue; qué palabras acomoda a cada una de las partes y qué estructura les da. Reproduce tú ese mismo artificio y fábrica, pero no las mismas palabras ni el mismo sentido. Pongamos ahora, para mayor ilustración, un breve ejemplo:

Refiere Cicerón en su tratado *Del orador,* que Carbón, tribuno de la plebe, en una arenga célebre, a la que el propio Cicerón asistía, estalló en ese apóstrofe: *¡Oh Marco Druso! Ahora conjuro a tu padre: tú solías decir que la república era sagrada; que todos los que la violaran expiarían la violación con castigo severísimo; que era sabio el dicho del padre, lo comprobó la temeridad del hijo.* Ese ex abrupto verdaderamente inspirado, fué seguido de un gran clamor de aprobación, de un aplauso tonitruante. Si un orador sagrado de nuestros días lo reprodujere con esa variación: *¡Oh San Pablo glorioso! Ahora invoco a Paulo Tarsense; tú, hombre de Tarco, acostumbrabas decir que la caridad era sagrada y que los que la violan sufrirían el castigo merecido. Que era sabio el dicho del Apóstol, la temeridad del crimen lo comprobó.* Esto será plagio que no imitación. La imitación lícita consistirá en que se diga: *¡Oh Pablo glorioso! Ahora conjuro a Saulo tarsense; tú siempre solías pregonar que eran muy grandes las fuerzas de la caridad, y que todos los que no vivían según ella, ni siquiera pertenecían al reino de Cristo. El hábito del mal desautorizó la piadosa sentencia del Apóstol.* En esa imitación está todo lo que hay en el gentil despejo del bravo apóstrofe de Carbón: incisos, miembros y hasta el *dicoreo* de la cláusula. Algunas de las obras que te propusieres imitar, no podrás llevarlas a la perfección; pero, dado que no se te concedió el igualarlas, pues es pura locura esperarlo, no debes perderlas de vista. Otras obras sí que podrás, como muchas otras obras humanas, que pueden ser reproducidas en la misma especie o género, en la abundancia del lenguaje, en su brevedad, brillantez, donosura, argumentos, disposición, etc. Hay algunos descubrimientos humanos cuyo arte o cuyo uso se perdieron del todo; éstos los reproducirás con hartas

dificultades, tales como los crearon aquellos que vivieron cuando su arte o su uso estaba en plena lozanía y vigor, como en las lenguas griega y latina, cuyos vocablos, puesto que hemos perdido el pueblo que las hablaba, siempre tienen que pedirse prestados a sus autores clásicos. Nosotros no podemos introducir voz nueva alguna, o, si acaso, bien pocas.

No con el mismo rigor debemos tomarles el estilo. El artista elaborará a su gusto la materia de dondequiera allegada. Aun cuando debamos esforzarnos por superar a la antigüedad o, al menos, por igualarla en el ornato y atavío de la dicción; este esfuerzo no es tan malo y vituperable como peligroso, por el riesgo de que nos abandonen las fuerzas y vayamos a dar en absurdidades; y ciertamente difícil, desacostumbradas como están nuestras orejas a las cadencias de su número. Más fácil será, por esta razón, en las lenguas vernáculas, en las que el pueblo es el propio autor de su habla y su maestro y su juez. Que el niño imite es formativo y laudable; que el viejo imite es feo y es servil. Conviene que el muchacho tenga un maestro y un caudillo a quien seguir; pero no así el viejo. Por esto, luego que te hubieres ejercitado abastanza, por decirlo así, en ese estadio de la imitación, comienza a emular y a parangonarte con tu modelo y tu guía, por ver por qué lado te aproximas más a él y por qué otro quedas muy a su espalda. Censor equilibrado y prudente, examina sus virtudes y sus vicios; lo que debe imitarse en él; lo que debe evitarse; qué virtud es fácil de reproducir; qué gracia tiene personal e intransferible. Compararás esas cualidades con las tuyas y, según sus dichos sensatos o desatinados, enmendarás los tuyos, ora trabajes por evitar el vicio, ora te compongas para reflejar bondad moral. Empieza por empeñarte en igualar sus grandes virtudes y luego, en vencerlas. Tarea ésta ardua y erizada de dificultades, que requiere mucho tacto; pero toda excelencia escaló muy alto asiento y, según el viejo refrán, todo lo hermoso es difícil. Y no solamente medirás tus obras al compás de las obras de tu modelo, sino que compararás tu mismo pasado con tu presente, y la comparación te dará la medida del avance realizado.

Por largo tiempo te avezarás a todo género de expresión, y por más cuidado y pulido que esté parecerá natural, como de Eurípides lo dice Aristóteles, pues la costumbre pasa a ser condición de la Naturaleza. Por este motivo, es desatino manifiesto no acostumbrarse al lenguaje fácil, claro, puro y elegante, prefiriendo el habla desaforada, la oración espinosa e inculta, la repulsiva sordidez. El mismo trabajo cuesta el aseo que la sordidez, y no raras veces lo bueno supone trabajo menor.

Estas artes son órganos inactivos, que por sí mismas nada hacen. Hay que arrimarlas a la obra, esto es, a otras disciplinas con que forman y preparan el ingenio de los alumnos. Este instrumento, si se aplica al uso y a las experiencias de la vida pública y privada, es propio de los que gobiernan las ciudades y aun de los que las fundan; es propio de los príncipes y de todos aquellos que hacen el derecho o responden del derecho, y si no de la teología, de los predicadores y de todos aquellos que adiestran los hombres a la rectitud y los hacen mejores. No está bien que el sabio sepa para él solo, sino que forje también a los

otros para la virtud. Por esto no es de razón que su vida sea sólo recta y sin tacha, sino que también su palabra debe ser eficaz. Eficaz es la palabra de la verdad y eficacísima la palabra de Dios, como dijo el Apóstol. Esto lo tuvieron los Apóstoles con harta abundancia, pues el don de hacer milagros suplía la eficiencia de los argumentos más irrebatibles y aun aquello otro que demostraban poseer por encima de las fuerzas naturales, a saber: la inocencia de su vida, en la cual ni el espíritu más suspicaz hallaba sombra de pecado, que con motivo sobrado es la máxima persuasión. Y a todo esto se añadía una peculiar gracia de Dios, que El, todas las veces que era menester, otorgaba a aquellos sus hijos carísimos.

Pero tales como son hoy día las costumbres de los maestros y de los discípulos, harto se cumple con la verdad si, amada con la fuerza de la elocuencia, gana crédito, no porque yo quiera ni piense que más contribuye a hacer fe las cosas desnudas de expresión que la expresión vacía de cosas. Yo tengo por indudable que las cosas vestidas y engalanadas por el lenguaje, con sobriedad y templanza, calan más profundamente en el pecho de los que oyen y que no tropiezan, como en el umbral, por decirlo así, en el momento de penetrar en el oído. Por eso aquellos augustos varones de la antigüedad jamás desestimaron la elocuencia honrada e incorrupta; sólo correspondieron con el desdén aquellos que por haber sido objeto de desdén por ella, desesperaron de alcanzarla. El apologista cristiano Lactancio deseaba para sí una facundia semejante a la ciceroniana, para propugnar la verdad con bríos acrecidos y persuadirla a los hombres más fácil y poderosamente. Quizá aquella elocuencia desalada y curiosa, sembrada de descripciones, brillante y deslumbrante de esplendor y de boato, no se conforme del todo con la cátedra sagrada; pero mucho menos se conforma con ella el habla puerca y manchada. Linos cándidos y limpios deben estar en contacto con las especies eucarísticas, no con holandas ni sedas, pero tampoco con cáñamos burdos, groseros y sucios.

Por lo demás, basta ya lo que hemos dicho del lenguaje.

CAPITULO V

DE LAS CIENCIAS MATEMÁTICAS; CUÁNTAS SEAN Y CUÁL SEA LA MATERIA DE CADA UNA; QUIÉNES SON APTOS PARA SU ESTUDIO; CON QUÉ MÉTODO Y CON QUÉ AUTORES DEBE EMPRENDERSE

Pasará de aquí el joven alumno al estudio de las artes matemáticas para que a las parleras sigan las mudas y se imponga, por fin, silencio a la lengua que por tanto tiempo no se dió paz. Del oficio de los oídos pasará al de los ojos. Las *Matemáticas* versan acerca del *volumen* y de los *números;* ésta se llama *Aritmética* y aquélla *Geometría*, que en aquel género son las primeras y las más simples. La *Geometría*, asunta o remontada al cielo, se convierte en *Astronomía;* aplicada a las cosas visibles, hace la *Optica* o la *Perspectiva*. La *Aritmética*, mezclada con los sonidos, engendró la *Música*. Cada una de estas dos se diversifican en otras tantas: unas, que se mantienen dentro de los límites de la *contemplación*, y se llaman *especulativas;* otras, que tienen manifestaciones externas, y se llaman *activas*. De las primeras nacen las posteriores, cosa que les

es común, con toda acción y ejercicio; pues la idea antecede a todas las acciones humanas y a todas las obras manuales, como el generante antecede al engendrado. Con todo, las hay que aplican a las otras con independencia sus actividades de arte, que *contemplan* sin traducir a la práctica la contemplación, y otras que *ejecutan*, prescindiendo de toda reflexión previa. Pero nosotros, como hicimos hasta aquí, hablaremos con hincapié especial de las *especulativas* y de las *activas*, no más que fugazmente y al soslayo.

Por estas disciplinas sienten una instintiva y recia antipatía los ingenios fáciles e inquietos que tienen para consigo demasiado licenciosas indulgencias y no sufren la fatiga de una asidua intensidad. Y con sobrada razón. Estas disciplinas enfrenan esa suerte de ingenios y los clavan allí mismo, y no les consienten devaneo alguno. Tampoco tienen idoneidad los que adolecen de memoria flaca, puesto que no puede saber ni retener las centenas quien olvidó las unidades. Conservan estas disciplinas una irrompible coherencia y un nexo continuo entre una averiguación y otra; por esta causa son fáciles en deslizarse y correrse al olvido, si no se practican con frecuencia y se graban en el ánimo enérgicamente. Y hartas veces los que no tienen suficiente disposición para disciplinas de mayor amenidad, poseen facultades maravillosas para estotras severas, adustas, cejijuntas.

Por lo demás, los conocimientos y las observaciones que ellas procuran, cuando uno, deferente con su propio genio, se adentró en ellas, tienen proyecciones infinitas. Su solícita investigación abstrae de la vida y les hace perder el sentido común. Sócrates, con aquella su cordura habitual, a pesar de que era *matemático* tan grande, que formó al megarense Euclides, el gran matemático que fué después, y que zahiere a aquel autor cómico gigantesco Aristófanes, como menos aficionado a esa disciplina de lo que debió, pensaba que no había de consagrarse a la Geometría más tiempo ni más atención que los estrictamente precisos para que uno cualquiera pudiera dar y recibir una pieza de tierra en su justa extensión. Con este adefesio aparente quería dar a entender que todo debía referirse a la moral y a la práctica de la vida y no a la vana y baldía especulación anhelante y molestísima que engendra la enconada pasión por las Matemáticas, pero que los adelantos que en ella se hicieren mayores en unos y menores en otros, según fueren respectivamente su ingenio y su diligencia, convenían para muchas situaciones de la vida y para el conocimiento de la filosofía. Platón, por su parte, expulsaba de su escuela a los que a ella acudían ayunos y pobres de Matemáticas. Y en el mismo Platón y en Aristóteles y en los restantes filósofos antiguos, ocurren muchísimos ejemplos tomados de las Matemáticas, ya porque son los más indicados y más ciertos, ya porque en su tiempo todo el mundo los conocía.

En primer lugar, se explicará la *Aritmética*, porque es la más sencilla y, por ende, la primera. Su práctica y el manipular con números no solamente descubre el ingenio, sino que lo aguza y le comunica agilidad. No existe en la vida situación alguna que pueda prescindir de los números. Enseñan a una escritores sagrados y profanos que muchos misterios de la Naturaleza y de la religión están comprendidos en nú-

meros. Algunos nobles de minerva crasa blasonan, como de cosa que les honra y les realza, de su total ignorancia del arte de contar. Sólo falta que se tenga por timbre de nobleza el no ser hombre, sino león, o grifo, u oso, o jabalí, de los que figuran en sus escudos, pues todos los brutos animales ignoran la ciencia del cómputo, que es privativa del hombre. No digo esto porque yo repruebe el desprecio del dinero en los principales personajes o porque me proponga apartar de la magnificencia a los opulentos, sino porque quisiera que las virtudes todas provinieran de la ciencia del bien y no de la ignorancia del mal. Conocerán los jóvenes los guarismos y sus nombres y sus figuras; luego se acostumbrarán a unirlos unos con otros, para que resulten las sumas; luego, a dividir las cifras y a restarlas y todo lo demás. Con todo, aun cuando fueren muchas las formas de la numeración, a saber: las letras del alfabeto, las mayúsculas latinas, paréceme la más cómoda la que del nombre del inventor, según creen algunos, llámase *algoritmo*. Pienso que es un invento arábigo. Entonces vendrán los nombres de los números que indican su calidad y su naturaleza; por tanto, número par, impar, simple, compuesto; la dimensión y proporciones de los números entre sí y todo aquel tratado que constituye la sustancia de la Aritmética.

En la Geometría se darán primero la explicación de todos los nombres de que se hace mención en aquel arte; luego, por decirlo así, aquellos dogmas que parecen estar unidos con la naturaleza de nuestra mente con la más indisoluble de las uniones y que son unas a manera de anticipaciones, impresas en nuestro ánimo. A continuación, los teoremas y sus demostraciones, que, supuestos los principios, no convencen solamente, sino que se imponen con coacción apodíctica. De ella nacen la *Optica* o la *Perspectiva* y la *Arquitectura*, cuyas aplicaciones útiles en la vida para la defensa del organismo humano son muchísimas, pues de la *Geometría* se aplican a toda medida, proporción, movimiento, situación de masas, ora deban dislocarse o mantenerse fijas e inmóviles en su puesto, como en la medición de los campos, de los montes, de las torres, de los edificios. La *Arquitectura*, ¡cuántas comodidades no reporta a las viviendas, ayudada por la *Perspectiva*, como en las pinturas! Anejas a la *Perspectiva* están las vidrieras. ¡Ojalá estuviese descubierta la *Auditiva!* En *Música* hemos degenerado mucho de los antiguos por la densidad y espesura de nuestro oído, que ha perdido completamente la facultad de percibir los sonidos sutiles, de modo que en el lenguaje corriente no distinguimos los largos de los breves. Esto hizo que perdiéramos también algunos géneros de proporciones y aquella grande y maravillosa eficacia que nos cuentan de la armonía primitiva. Aprenderán, pues, los jóvenes teoría musical y también alguna práctica, siempre que fuere sobria y casta, que regale y que repare, según el rito pitagórico, el ánimo fatigado de los estudiantes y los retorne a sí mismos y, salvajinos y ásperos, los restituya a la lenidad y a la mansedumbre. Esto es lo que quiso significar la antigüedad a través de los mitos, con aquello de *mover las peñas* y *ablandar las fieras*, como de Orfeo y de Anfión lo refiere la fábula.

La *Astronomía*, cuya incumbencia es estudiar el número, la magnitud, el movimiento del cielo y de los as-

tros, de cada uno de ellos por separado y de las relaciones entre unos y otros, jamás por jamás será aplicada a la adivinación de lo venidero o de lo abstruso, que con su inmensa vanidad trae embaucado el espíritu humano e insensiblemente le empuja al ateísmo, sino que exclusivamente se referirá a la fijación y estado del tiempo, sin lo cual las faenas rústicas, que son la base de toda vida, no pudieran efectuarse, como también a la posición de los lugares y su longitud y su latitud, conocimientos muy convenientes a la *Cosmografía*, y necesarios para el arte de navegar, que, sin esta enseñanza, resultaría harto incierta y titubeante, expuesta a los mayores y más mortales peligros. Para las alturas y depresiones de los astros, sus retrocesos y acercamientos respecto de nosotros, servirá el *astrolabio* o *cuadrante*, como fué en tiempos de Ptolomeo, u *orbicular*, como es ahora el nuestro. De la *Aritmética* como ejercicio y especulación, escribe con bastante acierto Jaime Faber, con su propia autoridad y la de Jordán Nemorario y Severino Boecio; su libro puede servir de texto en las escuelas. También trata de *Música* y de *Geometría*. Acomodó la *esfera* a la que tenemos de Juan del Sacrobosque, que convendrá explicar a los alumnos, si es que el profesor no prefiera la que fué publicada por Proclo Diadoco. El mismo Faber escribió, además, la *Teórica de los planetas*, ilustrada por los comentarios de su discípulo Jodoco Clichtoveo; el argumento y el fundamento de toda la obra están tomados de Jorge Purbaquio.

Poquísimo es lo que del uso del astrolabio nos ha dicho Proclo. Para los ejercicios escolares está más indicado mi estimado Juan Población; el maestro lo completará con algunas añadiduras tomadas de Juan Estoflero Justingense y de Ptolomeo. Para asentar firmemente los cimientos de estas artes, no será inútil lo que se dice en la *Margarita philosophica* de las matemáticas; y si al profesor le resulta pesada la explicación en clase, aconseje al menos a sus discípulos que la lean ellos mismos por su cuenta. Carlos Bovilio arregló una introducción a la *Geometría* y a la *Perspectiva*. Hay otra *Perspectiva* de un tal Juan Cantuariense.

Una vez que estuviere sabido todo esto, el alumno se acercará a Euclides. Yo querría que Euclides fuese explicado con sumo cuidado y detención, porque en él este tratado de grandes cosas especulativas es más exacto que en ningún otro. En sus libros son extraordinariamente agudos sus estudios de la Geometría, de la Aritmética, de la Perspectiva, de los fenómenos. El estudiante aplicado leerá de por sí el tratado de Marciano Capella sobre las *Matemáticas*, y luego las primeras páginas de la *Geografía* de Rafael Volaterrano y el libro vigésimo quinto de la *Filología*. Censorino trata copiosamente cosas de música. Pedro Ciruelo dejó unos comentarios a la *Esfera*, de Juan del Sacrobosque. También Francisco Capuano escribió sobre la misma *Esfera* y la *Teorética de los planetas*, de Purbaquio.

Tendrán así el maestro como el aprendiz de estas disciplinas un temperamento quieto y en cierta manera sedentario, hacendoso, atento, insistente y encariñado con el trabajo. Las disputas sobran. Bastan preguntas rápidas y respuestas breves; la presentación de la obra y sus relaciones con la pintura. Conténtanse con el compás, la tiza y la

pizarra. Habrá que repetirlas y tratarlas de nuevo para aquellos que quieran grabarlas en la memoria, porque son muy fugaces de suyo. Aquellos que, porque así lo quiere Minerva o no lo permite la fortuna, no podrán alcanzar otras disciplinas, se detendrán aquí; y a la vida aplicarán aquellas ayudas que dije si traducen la especulación en obra. Afuera de esto, enseñarán a los otros. Conocerán asimismo a aquellos autores en los que no es menester que se detengan los que se aprestan para otros estudios, verbigracia: en la Aritmética, a Cudberto Tonstalo, Juan Silíceo; las *Cuestiones geométricas*, de Tomás Bavardino; en *Astronomía*, a Ptolomeo; las *Matemáticas*, de Jorge Valla. Yo no dudo que las obras de Arquímedes, en ese género, son acabadísimas. Yo no he tenido la fortuna de verlas. Mi queridísimo Juan Vergara me contó haberlas leído en España, y que con grandes cuidados y desvelos las copió a hurto de un códice. Este es el curso de la juventud hasta los veinticinco años, poco más o menos.

CAPITULO VI

DE LAS ARTES Y LOS INVENTOS, QUE, AL PASO QUE PROPORCIONAN RECURSOS PARA LA VIDA, OCASIONAN DELEITE. DEL CONOCIMIENTO DEL MUNDO ESPIRITUAL, CON RECOMENDACIÓN ESPECIAL PARA EL ESTUDIO DEL ALMA. AL FINAL, DEL ARTE MÉDICA, MULTITUD DE CONOCIMIENTOS QUE ES MENESTER QUE REÚNAN Y VIRTUDES CON QUE DEBEN ADORNARSE LOS QUE QUIEREN DEDICARSE A ESTA PROFESIÓN

Será llegada la hora de que el hombre, ya en su madurez y con todos los requisitos de edad, ingenio, conocimientos y experiencia, comience, con reflexión más detenida, a considerar la vida humana, y las artes y descubrimientos humanos, en lo que toca y atañe a la alimentación, al vestido, a la vivienda; en esta tarea le ayudarán los tratadistas de agricultura y los que estudian la naturaleza y las propiedades de las hierbas y de los animales, y los que trataron de arquitectura, como Vitruvio y León Alberto. Luego, las artes de tracción animal en que andan mezclados el caballo, el mulo, el buey y toda suerte de vehículos. Vecina de esta arte es la navegación, que es tracción también Se fijará en estas cosas una por una y se esforzará por averiguar la manera como fueron descubiertas, buscadas, acrecentadas, conservadas, perfeccionadas, aplicadas al uso y utilidades nuestras; también todo lo que nuestros sentidos descubrieron para nuestro placer; en qué relaciones están en la sociedad doméstica el marido, la mujer, los hijos, los deudos, los afines, la servidumbre, los esclavos; los sistemas de gobierno político que se excogitaron; las ficciones necias que tienen nombre y tuvieron opinión, pero sin realidad ninguna, que tocaron con pluma fugaz Plinio, Ateneo, Eliano, Macrobio, y de las cuales discuten mejor los ancianos en sus tertulias y círculos, como dijo Cicerón, que los hombres más talentudos en sus escuelas, achaque de que se queja Plinio en la prefación de su obra.

Para esto, ninguna necesidad hay de escuela, sino de voluntad ganosa de oír y de conocer y de que no tenga empacho de acudir a las ventas y a los obradores, y preguntar y aprender de los artesanos las particularidades de su profesión. Porque de muy atrás, los sabios se des-

deñaron de apearse a este plano y se quedaron sin saber una porción incalculable de cosas que tanta importancia tenían para la vida. Esta ignorancia inicial creció más aún en los siglos sucesivos y en todo este sinnúmero de años ninguna cosa se anotó referente a las costumbres y tenor de vida, por manera que nos son más conocidos los tiempos de Cicerón y de Plinio, que los de nuestros abuelos, cómo se alimentaban, cómo vestían, cómo se alojaban. Yo desearía que algunos hombres instruídos tomasen gusto en aquella costumbre que oí contar en Lovaina a un tal Carlos Virulo, persona no tan letrada como buena. Ingenio y diligencia no le faltaron, sino lugar y tiempo. Dirigía en Lovaina el colegio Liliano, y porque tenía bajo su cuidado a numerosos niños, iban a verlos con alguna frecuencia visitantes de toda condición; era preciso tratar con ellos y, aun como es costumbre de la comarca, sentarse a la mesa con ellos. Horas antes de la de comer indagaba cuál era el oficio o el negocio del que con él había de partir el pan y la sal. El uno era marinero; el otro, soldado; el otro, labrador; el otro, carpintero; el otro, zapatero, y tahonero el último. Previamente leía algo de aquel mismo oficio y reflexionaba acerca de ello. Así prevenido, iba a la mesa; complacía, hablándole de cosas conocidas por él, al convidado y le sacaba fácilmente todos los secretos de su oficio, y en una hora corta aprendía lo que no hubiera conseguido saber en la práctica de muchos años. De esta manera, al levantar manteles, de aquella plática salía más contento el convidado y más instruído y mejor informado el anfitrión. ¡Con qué aportación tan rica contribuirían al humano saber quienes consignaran por escrito las enseñanzas que hubieran oído de los más ejercitados en su arte. Esta será alivio y recreación del espíritu en el estudio de más severas disciplinas y en los cuidados que los negocios le ocasionen. Es una ocupación honestísima y muy digna del ciudadano que en todas las situaciones de la vida acrecienta la prudencia, hasta un punto no creíble. Quienes pudieren eso, observarán y tomarán buena nota y le harán publicidad para provecho de los que vinieren después de nosotros a quienes debemos querer como a hijos; añadirán su crítica personal a la virtud, que merece todas las aprobaciones; a las buenas costumbres, a la persecución de los vicios, breve y agudamente, a efecto de dejar que más fácilmente queden hincados en el espíritu aquellos a manera de aguijones.

Volvamos ya a las escuelas y a los auditorios.

Muchas son las falsedades que los antiguos escribieron en las cosas que miran al espíritu, verbigracia: Apuleyo y Plutarco en el *Dios de Sócrates;* Porfirio, Jamblico, Miguel Pselo, por la razón de que los demonios mintieron copiosísimamente acerca de sí mismos y de los ángeles, instigados en parte por su propia soberbia y en parte por la comezón de inducir los hombres a engaño, porque el *diablo*—como el Espíritu Santo dice—*es mentiroso y padre de la mentira*, y cuando habla verdad, habla por sentido ajeno y cuando mentiras, por sentido propio. Por evitar este peligro se hará una breve y sobria recopilación doctrinal de lo que enseña nuestra senta religión sobre los ángeles y los demonios. No nos es necesario un conocimiento más puntualizado, sino que más bien pudiera sernos nocivo, y por esta misma razón, in-

cierto. Y al revés: la especulación acerca del alma del hombre aporta utilísimas contribuciones y auxilios a todas las disciplinas, por cuanto casi todo lo que en todos los puntos hemos dejado decidido y resuelto, hicímoslo por la inteligencia y alcance y luces del alma, no por las realidades directas. Este tratado procederá al paso del orden mismo de la Naturaleza. En primer lugar, se estudiará *la vida* en general, luego de su *fuerza vegetativa*, luego del *sentido*, de las *afecciones*, de la *mente*, que abarca la *inteligencia*, la *memoria*, la *razón*, el *juicio*. Estos puntos irá el maestro a tomarlos principalmente en los autores sagrados; luego, en Aristóteles, Alejandro, Afrodiseo, Temistio, Platón, Timeo y Plotino. Si quisiere, como es costumbre, explicar a Aristóteles, tiene sus libros del *Alma*, que son tres; prescinda del primero; explane los dos restantes: del *sentido* y de lo *sensible*, del *recuerdo*, del *sueño* y de la *vigilia*, de la *mocedad* y de la *vejez*, de los *ensueños*, de la adivinación *por medianería del sueño*; adviértales que son cosas del paganismo, indíqueles sus peligros porque los eviten y oponga a tales venenos los antídotos respectivos. Los discípulos, por su cuenta, leerán a Alejandro, Temistio, y el *Timeo*, de Platón; como también al Timeo real, el Locrense; Proclo, Calcidio y Marsilio Ficino le expondrán los números platónicos. Este mismo Marsilio Ficino ilustra satisfactoriamente a Plotino, que es algo neblinoso y embrollado.

Aquí, este estudio se bifurca y toma dos direcciones: deben seguir la una los *médicos*, que tienen a su cuidado la salud física, y deben avanzar por la otra los que cuidan de la salud moral. A éstos se les hará, en resumen apresurado, su historia, no circunstanciada en demasía ni muy metida en sutilezas de averiguación. Para los primeros, se les diferirá algún tanto, hasta que hubieren escudriñado con alguna curiosidad las causas de la Naturaleza; me refiero a las que están más debajo del control de los sentidos. Acerca de este punto no se ha escrito por nadie ninguna obra de carácter genérico con el debido método didáctico; pero hay numerosísimos rasgos esparcidos como al voleo por Aristóteles en sus ocho libros de *física*, de quienes se hizo mención; en sus cuatro, del *cielo*, en sus dos de *la generación*, en los cuatro de los *meteoros*; por Alejandro, en sus *Problemas*, por Platón, por Timeo, antes mencionados; por Apuleyo, en su *dogma de Platón*; por Alcinoo, en su *Doctrina platónica*; por Cicerón, en sus libros *De la naturaleza de los dioses, De la adivinación, Cuestiones académicas*. El tratado ciceroniano de la *Universalidad* es una parte del *Timeo* platónico, traducida por él, si bien Marco Tulio refiere más las opiniones de los otros que no descubre la suya.

Las *Cuestiones naturales*, de Séneca, están salteadas de doctrinas peripatéticas y estoicas. Plutarco tiene muchas cosas que afectan al conocimiento de la Naturaleza en los *Convites*, en las *Cuestiones platónicas* y en otros opúsculos suyos y en sus cuatro libros sobre las opiniones de los filósofos. Lo mismo en las *Vidas de los filósofos*, de Diógenes Laercio. Todo este hacinamiento de doctrina será provechoso solamente si los estudiosos, luego de conocer tan varias y tan absurdas opiniones de los filósofos acerca de la Naturaleza, tuvieren bien entendido que no dejaron de ser hombres y que se engañaron con frecuencia en puntos los más evidentes, a efecto de que

los alumnos se acostumbren a dar mayor asentimiento a la razón que a la autoridad humana y no se espanten demasiado de las ofuscaciones y engaños que sufrieron en materias recatadas en el misterio, como son Dios, la religión y otras por ese estilo, cuando, a pesar de su saber y con los ojos bien abiertos, resbalaban lamentablemente en cosas harto más fáciles, por las cuales los mismos ciegos pasaron sin tropiezo, si les hubiera guiado el tino, del cual andaban privados o no les hiciera ir de través el desapoderamiento de sus ánimos. Censorino nos ha dejado un libro *Del día natal*, donde hay muchos conocimientos naturales; hay más en Macrobio, y muchísimos más en Galeno. Entre los modernos, trae no pocos Alberto Groto, aun cuando se avilanta a afirmaciones peligrosísimas.

A todos estos autores los entregamos al maestro, que les informa en esa contemplación y que viene a ser como el secretario de la Naturaleza, para que se los explane. Del conjunto de todos ellos arreglará él mismo para sus oyentes una obra acerca de las causas de la Naturaleza, con tal lucidez, brevedad y método que resulte para ellos de fácil inteligencia y retención; en primer lugar, de *los cuatro principales inherentes;* luego, de todo aquello que cae bajo el dominio de los sentidos; luego, de los *elementos simples*, de los *mixtos, imperfectos* y de los que en el aire se originan y engendran a quien los griegos dan el nombre de *meteoros*, de las *piedras*, de lo que tiene vida, de la *vida misma*, de los *metales* y de todo cuanto yace en la ceguera de las minas, de las *hierbas*, de los *arbustos*, de los *árboles*, de los *animales cuadrúpedos*, de las *aves*, de los *peces*, de los *insectos*, del *cuerpo humano*. No tocará estos puntos, explicándolos uno por uno, que sería el cuento de nunca acabar, sino investigando las causas que les dan origen, cómo existen, cómo crecen, cómo duran, cómo obran y cumplen sus misiones específicas, qué producen, y al revés, cómo se menoscaban, cómo decaen, cómo perecen, cómo se disuelven. No le será menester aducir la variedad de opiniones de los autores y no agobiará con tanto peso su propia doctrina y la inteligencia de sus alumnos; se contentará con enseñar lo que le pareciere certísimo y que está soberbiamente afianzado en la razón.

Pero si no tuviere comodidad de recoger todo este saber desperdiciado y derramado por falta de tiempo o porque desconfíe de poder llevar a término esta empresa ambiciosa, limítese a explicar lo de Aristóteles, pues lo de los otros no es tan útil. En Platón hay muchísima ciencia, pero recóndita, como ocurre cuando en la obra se disimula el artificio, y por ello no de mucha utilidad didáctica; para los doctos ya es mejor, aun cuando en conocimientos naturales no puede ponerse en cotejo con Aristóteles, a pesar de que le supere con mucho en doctrina moral. Por lo que toca a los demás autores, los alumnos los manejarán por su iniciativa y trabajo personal. Estas materias exigen un maestro de ingenio agrio y de carácter decidido, aun cuando antes de definir y sentar conclusiones ha de vacilar y pensarlo mucho. Los jóvenes se ejercitarán en esas materias, con discusiones frecuentes, pero que no lozaneen demasiado y degeneren en bagatelas y cavilaciones; las moderará el comedimiento, sin envidia y sin querella, conscientes de que la ciencia es un fenómeno raro o, mejor, nulo; que lo que priva son las opiniones, para que nadie se hala-

gue con su propio saber o se enfade con quien profese o defienda un sentir contrario.

El que tenga que pasar, o emigrar, para decirlo con expresión más gráfica, al arte de la medicina, ése tiene que conocer con suma exactitud la fuerza y la naturaleza de todo cuanto se extrae de los veneros soterraños, de especies tan variadas, de pigmentos, piedras, gemas, plantas, animales, organismo humano. De ahí parten dos ramas experimentales, la que mira al régimen alimenticio y a la medicina, que no son dos, como advertía yo más arriba, sino una sola compuesta de dos miembros, conforme a una opinión que mereció el asentimiento de Hipócrates, rey de la Medicina. Conocidas las facultades y naturaleza de las cosas, y comparadas principalmente con la naturaleza y constitución del cuerpo animado, humano, colígese qué sea lo que opone resistencia tan vigorosa que no la puede arrollar ni acabar con ella el poder interno del ser animado; qué cosa sea tan flaca y endeble que no puede vigorizar y sostener el cuerpo; qué cosa sea la que comunica al cuerpo una cualidad que le es ajena y hostil, la cual tomada origine aflicción o reporte trabajos y dolores gravísimos o produzca la muerte, y al revés, qué cosa sea la que trae consigo una cualidad congruente y favorable a la vida física, a los sentidos, al ánimo, a la mente que los conserva, que los vigoriza, que los robustece, que les sumerge en una sensación de apacible contentamiento. En este punto, lo primero que se considera es el linaje humano en general, lo que le conviene comúnmente; y, luego, detalladamente, el volumen del cuerpo, la combinación de aquellas cualidades principales, la edad, el lugar, el tiempo, los actos, las costumbres y el avezamiento o hábito. Esta misma censura se aplica a todo cuanto se asume.

Hasta aquí alarga sus términos la medicina que hemos llamado *esual* o alimenticia, sin la que, como discretamente enseña Hipócrates, la vida fuera no solamente agreste y salvaje, sino que a cada momento estaría expuesta a trabajos y dolores repentinos, a muertes inopinadas y súbitas, y los sentidos se embotarían, y el ánimo sería presa de estupor è iría a parar en desatinos y locuras furiosas. Esta parte de la medicina es para la mayoría de más difícil hallazgo que la medicina misma y no recatan su asombro de que pudiera ser descubierta. No cabe duda que su invención primera fué una merced de la Divina Providencia, no menos en el hombre que en los animales irracionales. Pereciera a buen seguro la mayor parte de la raza humana antes que llegara a atinar ese descubrimiento. Cuando al cuerpo se allegó algún accidente extraño que altera y aflige aquella su constitución primera acostumbrada, y ocasiona dolores e impide el funcionamiento específico de esa constitución, en tal lugar, en tal tiempo, en tal edad, con tales costumbres, entonces la salud queda afectada y el cuerpo se dice que está enfermo. Este mismo estudio y observación de las cosas señala remedios que de momento atajen esa enfermedad, porque no cunda y cobre fuerzas y que más tarde la expulse definitivamente, y gracias a los cuales, ínterin el enfermo se mantenga y alargue la vida. Esta es la que se llama *medicina*. Así que estas artes viven en buenas relaciones de vecindad y fraternidad, de modo que en determinados casos la medicina es aquella de sus partes

que hemos llamado *esual*, y viceversa. Por lo demás, la esual es más sencilla y más general en su función, porque atiende no más que a los géneros y a las formas, siendo así que el médico se atiene a las particularidades, no por los preceptos, sino por la acción. No hay arte alguna que se concrete a las singularidades, que son tantas que no caben en guarismo. Demás de esto, la medicina es temporera y de algunos; la esual es de todos y constante.

Pero hablemos ya de la medicina. A esta arte se le otorgó el poder absoluto y la jurisdicción suprema sobre el cuerpo humano y no hubo jamás emperador ni rey que tuviese sobre sus vasallos tan extensa soberanía. Por esto, de consuno y a porfía, todos los dioses y todos los hombres, a gritos, piden y exigen del médico el desvelo más diligente y que con todo amor y con toda maestría trate todo cuanto está confiado a su fidelidad y a su responsabilidad. ¡Qué plaga tan pestilente y tan instantánea es el médico que reúne en su persona el irresponsable poder y la punible y fatal ignorancia! ¿Y qué si la ignorancia se agrava con la arrogancia y de esa cópula nace el frenesí y la contumacia en no modificar su opinión? Por eso, por ese peligro tan inmediato, los más autorizados autores de esta arte, antes pensaron no ser dignos de ese nombre y profesión aquellos médicos que no reuniesen estas dotes: vocación, ingenio, formación prolija, probidad de costumbres, celo diligente y práctica segura. Es menester un talento afanoso, atento, prudente, moderado, no ambicioso, no amigo de la ostentación, no terco y que no quiera inclinarse ante el parecer de quien piensa mejor que él.

Será ese médico ideal el médico que esté persuadido que para él no debe haber cosa preferente ni más entrañablemente querida que la vida y la salud del prójimo; no debe anteponer ni su reputación ni su interés a la salud y a la vida de quien de un gravísimo peligro acude al médico como a un sagrado refugio. Esto es propio del hombre bueno y del médico cristiano. Si causare la muerte de algún enfermo por su ignorancia o por su obstinación inflexible, ¿cómo podrá resarcir ese daño irreparable? ¡Cuánta y cuán estrecha cuenta tendrá que dar a Dios! Si un teólogo yerra, su yerro es enmendado por otro teólogo. Si quien se equivoca es un jurisconsulto, esta equivocación queda subsanada por la imparcialidad del juez, por la restitución integral o por la pérdida de dinero. Los yerros del médico, ¿quién los enmendará? ¿Qué remedio se puede dar a un hombre muerto? Yo no acabo de maravillarme cómo son tantos los que no se arredran de abrazar y de practicar una profesión tan peligrosa. Debo declarar que la mayoría de ellos vinieron a dar en la profesión antes que hubieran ponderado la responsabilidad de la empresa que tomaban encima de sus hombros. Y ésa es tanta, que algunos pensaron que a las cualidades positivas del buen médico debía añadírseles la buena suerte, y que debían hacerse votos a efecto de que, una vez que el médico hubiere cumplido escrupulosamente sus deberes profesionales, el éxito coronase el tratamiento. Tanta es la endeblez de nuestra naturaleza; tanto el ímpetu y el encono de la enfermedad, tan dudoso y tan lento el socorro de los medicamentos y tanta y tan cerrada la ignorancia de los hombres. Y contra esos enemigos encarnizados y siempre aper-

cibidos al ataque y que tan encima nos están para nuestra destrucción, ¿con qué fuerzas pensamos que se deben combatir para que no sucumbamos a sus fieras arremetidas?

CAPITULO VII

OFICIO DEL MÉDICO; CUÁN GRANDE SEA ÉL Y MUCHEDUMBRE DE CONOCIMIENTOS QUE REQUIERE; NO TODOS DEBEN TOMARLO, POR MÁS DOCTOS QUE FUEREN Y POR QUÉ RAZÓN. EL QUE HUBIERE TOMADO TAL PROFESIÓN, CONSÁGRESE TOTALMENTE A ELLA CON TAL EMPEÑO QUE LOS DEMÁS, PARA EL TRATAMIENTO DE SUS DOLENCIAS, ACUDAN A ÉL COMO A UN ORÁCULO

Al principio, el maestro enseñará lo más sencillo y breve para que lo aprendan los alumnos, verbigracia: los aforismos de Hipócrates y el arte de Galeno. Estos dos son sus principales autores: Hipócrates, que es como la fuente y el padre de todos, y luego Galeno, su intérprete; y a distancia de ellos, harto larga, Paulo Egineta, Largo Escriboniano, Celso, Sereno, Pselo, Nicandro. Luego vienen los árabes Avicena, Rasin, Averroes, Mesuen. Inspirado en los escritores primitivos, muy recientemente Juan Ruelio compuso un arte veterinaria y lo trasladó al latín. De esta serie de autores no voy yo a exponer ningún parecer porque no los tengo leídos con aquella atención y cuidado que se requieren ni penetré tan adentro en el santuario de estos médicos que pueda formular un juicio autorizado; pronúncienlo los que se han dedicado a esa diciplina con resultado feliz. A lo que se me alcanza, el método más práctico para enseñar esta disciplina es éste. Así que se hubiere expuesto y estudiada cada una de las partes del organismo humano, debe fijarse la atención en cuáles son sus fuerzas, cuál su naturaleza, cuál la proporción o, dígase, armonía que entre ellas existe.

A continuación han de estudiarse aquellas enfermedades que atacan a todo el hombre; luego, aquellas que no tienen una localización fija; a seguida, las que están localizadas certeramente; cuál es su origen, su asiento, sus crecimientos, sus progresos, su efectividad, sus reacciones, sus reliquias, sus vestigios; qué cualidades y eficacia debe reunir el remedio para la enfermedad del órgano afectado; primeramente, para atajarla y enfrenarla, que no tome bríos, y luego, para expulsarla radicalmente. Después de esto hase de averiguar cuál sea el remedio concreto que la Naturaleza proporciona; si no es hacedero dar con él, entonces búsquesele un sucedáneo, y lo que en él faltare suplirlo con otro que tenga la propiedad de que el primero carece. En esto se han de estudiar la virtualidad de la forma genérica, y luego, si por las circunstancias de tiempo y de lugar, si su propiedad curativa cobró o perdió alguna eficacia, verbigracia: si la hierba es nacida en Italia o en los Países Bajos, en primavera o en verano, tierra adentro o en la costa, en paraje seco o húmedo y declarar el modo de su aplicación, cuando fuere menester. Y si el remedio, como suele con frecuencia acontecer, se compone de muchos y diversos ingredientes, debe darse a conocer la actividad de cada uno y la razón de su mezcla y dosificación; por qué éste se adiciona con aquél, que es lo que refuerza, lo que suple, lo que corrige, lo que cohibe, lo que estimula.

Habrá consultas y trueque de opiniones regido por la templanza;

cómo se han de traducir a la experiencia de los casos singulares las reglas generales. No se enreden en escudriñar aquellas cosas de cuya existencia se duda, que es un puro gastar y perder el tiempo; conságrenlo al estudio de aquello que consta tener existencia real, que es muchísimo, y bastaría para llenar una vida por más larga que fuese. No se embaracen en investigaciones baladíes de fruslerías y de cavilosas sutilezas, que son materia de altercados y que consumen un tiempo precioso, que debiera emplearse en cosas mejores y más necesarias. De tres maneras serán los ejercicios de esta arte: La primera versará sobre el conocimiento de todas aquellas cosas que acostumbraron usarse como medicamentos: minerales, colorantes, piedras, gemas, plantas, animales y de todas cuantas propiedades entrañan. Mas, puesto que las principales virtudes curativas residen en las plantas, las estudiará y no una sola vez, ni simplimente y en absoluto, sino con relación al tiempo y al lugar: primavera, verano, otoño, invierno, a la salida del sol, a su puesta, al mediodía, en cielo nublado, tormentoso, seco, sereno, en los prados, en las huertas, en los bosques, en los montes, tierra adentro, en la ribera del mar, en parajes secos, húmedos—pues de estos accidentes se originan en las plantas grandes variedades—: en su raíz, hojas, flores cerradas o abiertas, tintas en uno u otro color, por manera que dirás no ser las mismas en otoño que en invierno, ni las de clima seco y sereno que las de cielo húmedo. Y estas variedades no solamente mudan su apariencia, sino también sus virtudes y sus características. Y diré más: conviene observar la misma hierba cuando nace y retoña, cuando es crecida, cuando adulta, cuando vieja. Y no será menos atento nuestro aprendiz de médico a los productos que de ellas saca la farmacopea.

Fijarán frecuentemente su atención en aquella sección del cuerpo humano que se llama *anatomía:* de dónde nacen las venas, los nervios, los huesos y sus funciones específicas; su volumen, su utilidad en el ser vivo, sus armónicas relaciones mutuas. La segunda práctica en que se ejercitarán será la de visitar enfermos en compañía de algún médico experimentado, y observarán con suma diligencia cómo él aplica al caso los preceptos del arte. Y la tercera será la puesta en ejercicio de sus conocimientos, cuando ellos solos aplicarán su mano a la tarea, que el cielo prospere. Y así como en los productos de la tierra no los consumimos todos, sino que reservamos algunos para la siembra, así también en los médicos serán los más los que convendrá que dediquen todo el espacio de vida que les quedare a la práctica de su profesión y a la cura de los cuerpos. Con todo se reservarán algunos que, dejando el ejercicio para los otros, insistirán en la medicina especulativa y se harán los sacerdotes de sus misterios. Estos tendrán que ser aquellos que por su personal idiosincrasia no tendrán afición al trato y relaciones sociales, o no podrán superar la repugnancia instintiva de las enfermedades, o no podrán sostener el trabajo de ir y venir de un lado para otro, apresurado el huelgo y con la lengua afuera, o que tengan la piel tan delicada que no puedan aguantar lo que es inevitable que los médicos tienen que tragar, con lo que ven y con lo que oyen; y, pon fin, también aquellos a quienes faltare la vocación profesional que dije más arriba, ser

lo principal que en el médico se exige.

Pero, a pesar de todo, éstos agregarán a su vocación profesional la agudeza del ingenio y la firmeza del juicio, amplio y variado saber de donde nace el amor intenso del estudio, que hace que no con facilidad pueda emolumento alguno apartarles del examen objetivo y severo de las cosas. Estos, a manera de pontífices del arte, harán como vida de clausura en ese su monasterio recogido y en ese su templo augusto; enseñarán, escribirán, atenderán consultas, se dedicarán con más holganza a las lenguas, que son los archivos de la vieja sabiduría; a la filosofía, a toda suerte de saberes. Yo no querré que aquellos que aplicaron el arte al provecho del género humano, cuando a los principios de su vocación se dedicaron y, en cierto modo, se consagraron al bien público, pasen a otras disciplinas y a otras artes, puesto que en esta sola tienen bastante y aun sobrado quehacer, mientras les dure la vida por más larga y colmamada de años que sea. Así es que no se ha de tolerar que aquel hombre que ha sido llamado a procurar asistencia a los otros se aficione a la lectura frecuente de Cicerón o Demóstenes, Virgilio u Homero, y mucho menos que detenga sus ojos en los autores de gramática; pero ni tampoco a los historiadores ni aun a los filósofos, si no es que con ello puede aportar algún alivio a aquellos que a su amoroso cuidado encomendaron su salud. Todo esto lo deben tener aprendido mucho antes, no aprenderlo ahora. Dirá un eterno adiós a todas las disciplinas y ejercicios literarios, absorbido, sumido en ésta con una donación total. Más fácilmente toleraría que se ocupare de cuando en cuando en otras diversas el profesional de cualquier otra arte, que el de ésta, tan larga, tan varia, tan poblada de sombras y misterios, que con dificultad, el ingenio mejor dotado es suficiente a abarcarla y capaz de ejercerla como se debe, cuanto menos alguna porción de ingenio.

Con todo, estos médicos privilegiados registrarán el fruto de sus experiencias en obras literarias para provecho de la posteridad. Persuádase el médico que todo el tiempo que sustrajere a ese estudio exclusivo, lo hurta y lo roba a la salud de sus enfermos. Luego que hubiere iniciado con los mejores augurios la práctica de su arte, no habrá cosa que le sea más entrañablemente querida que el cuerpo humano.

Por esto, no hará prueba de los primeros experimentos, que están llenísimos de peligros, en el organismo humano, ni en una ánfora ensayará una tinaja, como dice el proverbio, sino en una vida vil, en una rata o un conejillo de Indias. Y si fuere preciso efectuar el experimento en un ser humano, que no sean al menos los organismos tiernos y delicados, que no pueden resistir la acción de los medicamentos, quienes lo aguanten, sino aquellos otros a quienes impresione y sacuda quizá la violencia del cauterio, pero no los mata. Una vez entrado el médico en el domicilio del enfermo para visitarle, ya está dicho todo lo que concierne a su traje, al interés que se ha de tomar, al lenguaje que usará, tanto por muchos otros médicos como por Hipócrates de Coo, que lo condensó en breves y sabios aforismos. Con todo, yo, según tengo por costumbre y por mi cuenta personal, voy a poner algunos pormenores adicionales.

El primero de todos que se me ofrece es que procure el médico no estar afectado de dolencia alguna grave ni ande paliducho y que su misma cara delate su enfermedad, porque no oiga que le dicen aquello del sagrado Evangelio: *Médico, cúrate a ti mismo.* ¿Qué esperanzas va a concebir el enfermo en un médico cuyo arte ve por sus propios ojos cuán poco aprovechó en él mismo? Luego, por la repugnancia que inspira el contacto con los enfermos, vista más con aseo y limpieza que con elegancia y esplendidez. Con un primer golpe de vista observará en el enfermo su estado, su constitución física, su edad, su moral; le preguntará por su salud de antes y se informará de sus costumbres y tenor de vida; todo esto con visible interés y afabilidad; le escuchará pacientemente y no captará la pueril satisfacción de adivinar todo cuanto antes le ocurriera.

Experimentan recios fracasos los que se dejan seducir de esta gloria huera; agravan la dolencia de los enfermos y no pocas veces se echan a perder cuando, no contentándose con su arte de curar, se complacen en hacer alarde de adivinación. No admitirá como verdad averiguada y probada todo cuanto le dijeren las mujercillas presentes en la estancia; él mismo aliñará y sazonará su pronóstico como un condimento; tomará a buena parte las advertencias y aun demostrará por ellas su agradecimiento; se esforzará por ser equilibrado en su juicio por no dejarse influir por pasión alguna; gozará el sabroso contentamiento de su buena acción, si en aquel dominio y señorío de sí mismo consigue dar con aquello que desea y busca.

Pondere muy mucho el médico sabio y bueno que él pasa por el mundo como una divinidad benigna, dispensadora de salud, e imite a los santos en la entereza de sus costumbres y en el menosprecio de las riquezas; conserve sus manos abstinentes y sus ojos puros de toda suerte de impurezas y no repase ni siquiera mentalmente la retribución de sus servicios que podrá meter en sus arcones. Yo no acabo de asombrarme de que sean tantos los médicos atentos al lucro cuando nadie mejor que ellos entienden y experimentan cada día cuán grande sea la brevedad de la vida, cuán fugaz, cuán incierta, qué causas tan livianas acaban con los hombres más robustos y, por ende, cuán poco aprovechan las riquezas, cuán limitado y estrecho su uso. ¿Y qué no diré de aquellos que por avidez de ganancias dan adrede largas a la dolencia, inhumanidad la más monstruosa que pueda imaginarse? Parece que esos desalmados debieran, no ser advertidos privadamente, sino castigados con públicas y ejemplares severidades, no menos que los convictos de crímenes capitales. ¿Por qué se castiga con pena de muerte a quien mató a un hombre libre y a esos les está permitido causar profesionalmente muertes que tienen garantizada la impunidad? Si la naturaleza de la enfermedad o el carácter del enfermo repugnan el coloquio, despache la visita en palabras pocas y sobrias; pero si sostienen la conversación, contará el médico alguna anécdota sazonada de sales y donaires, acomodada a la comprensión de quienes le oyeren, para alegrar al enfermo y a los que le asisten sin asomo de bufonería ni truhanería.

Intentará al principio, si fuere posible, salvar a su enfermo con un simple régimen dietético. Si el caso lo pidiere, apelará a remedios sen-

cillos y caseros; si lo exigen la virulencia y la complejidad de la dolencia, pasará a los remedios complejos, y si lo impusiere lo delicado de la crisis para la consulta y el consejo, llamará a otros médicos; les pondrá delante de los ojos, no su renombre profesional, no el lucro. ¿Qué pesan estas dos cosas comparadas con la salud y la vida de un hombre sino aquello que conviene a quien se amparó en su confianza como en un refugio, de modo que es menester que se revista de un verdadero afecto de padre si quiere cumplir con el deber de un hombre honrado? ¿Hay algo, por ventura, que más blandamente nos empuje a la benevolencia y a dispensar beneficios como la confianza que en nosotros se deposita? Irá, pues, a la consulta con tal disposición que esté resuelto a caer del lado de quien sepa más y mejor. Oyendo el caso clínico, no disertarán ni discutirán en presencia de otros. En aquella divergencia de opiniones, los que no pueden juzgar por sí mismos tampoco sabrán determinar a punto fijo a cuál deben prestar adhesión. De ahí nace su derrotismo profesional y la ojeriza por un arte que no les propina más que angustiosas perplejidades.

LIBRO QUINTO

CAPITULO PRIMERO

QUÉ ES LA PRUDENCIA; FUENTES DE DONDE NACE; AUXILIOS CON QUE CUENTA; DE LA HISTORIA, SU DELEITE Y SU UTILIDAD; QUÉ ES EN LO QUE DEBEMOS, EN LEYÉNDOLA, PONER MÁS REPARO

Hemos llegado ya al cabo del camino desde donde se otea el panorama de la Naturaleza, que enseña al hombre los elementos con que sustentar su vida física o los antídotos con que debe prevenir las enfermedades que amagan el organismo o los remedios con que conjurarlas cuando ya se ceban en él. Ahora vamos a tomar aquel otro que desbasta y pule el ánimo o le sana; y también en éste hay las luces del entendimiento porque las enfermedades no nos asalten o, así que nos hubieren invadido, por medianería del imperio de la razón, puedan ser expulsadas y pueda la sanidad sernos restituída. En los negocios de la vida, al alcance de la mano disponemos de la prudencia como de un valioso auxilio, y en el mundo del espíritu tenemos la religión, que nos enseña quién es Dios y cómo debemos comportarnos para con El. Esta es la más auténtica y con la mayor propiedad llamada *sabiduría*; no es éste el lugar oportuno para tratar de ella; materia tan grande requiere un tino especial. Mas la *prudencia* es el arte de acomodar todas las circunstancias y percances de la vida al lugar, al tiempo, a las personas, a los negocios; ésta es el piloto y el timón en la tempestad de las pasiones, al efecto de que éstas, en su braveza, no vayan a hacer zozobrar la nave que es el hombre todo en los escollos y arrecifes, o la hundan en el hervoroso y estruendoso ímpetu del oleaje.

La prudencia nace de dos princi-

pios: del juicio y de la experiencia. Necesítase un juicio sano y sólo, y aun a trechos vívido y perspicaz. La experiencia o es una conquista nuestra personal adquirida por nuestra actuación, o es una adquisición ajena, vista, leída, oída por nosotros. A quien falte una de estas dos cosas no puede ser prudente, pues los actos que se refieren a alguna utilidad práctica, si tú no los desempeñares personalmente, por más que te los hubieren explicado y tú creyeres haberlos entendido, jamás los realizarás con maestría; cuando arrimares tu mano a la obra, poco faltará para que te muestres tan inhábil y bisoño como el que con anterioridad no tuvo de ello el menor conocimiento; y esto no de otra manera que parece que se acerca, ignorante total, a pintar, a tejer, a coser, informado de la teoría, pero desconocedor de la práctica. El ejercicio y el uso por sí, si el juicio no los regula, aprovecharán algún tanto; pero esa prudencia será manca y hartas veces, en trance de actuar, resultará flaca e inútil. Muchos son los que tienen experiencias varias y conocen las costumbres de muchos pueblos y naciones; pero como son de juicio lento y atado, o, por mejor decir, nulo, recogieron harto poca prudencia, y aun a veces ninguna en absoluto. Por todas estas razones, ni los mozos ni los jóvenes pueden ser prudentes, porque carecen de experiencia, como tampoco los viejos morosos, de juicio lerdo y torcido. Por esto, y no sin gran motivo, hemos colocado, después del estudio de todas las artes, el tratado de esta facultad.

Allende de esto, el fin o blanco de la prudencia tiene dos partes o direcciones: una de éstas, dado que la prudencia tenga puestas todas sus miras sobre las pasiones, tiende a orientar sagazmente hacia los deleites, los honores, las riquezas, el poder, todo cuanto juicio y toda cuanta experiencia granjeó, y esto es aquella bellaquería, aquella astucia que las Sagradas Letras denominan prudencia de la carne porque se aficionó a lo que la carne codicia. La otra parte es la que refiere a mejorar su alma y la de los otros todas sus obras y todos sus pensamientos para mejorarse a sí mismo y a los otros. Y puesto que *aquella prudencia* primera es pura *necedad* en expresión de San Pablo, hablaremos exclusivamente de la otra, para la cual no son idóneos los estúpidos ni los estólidos ni los ineptos y pueriles previsores y adivinos, aun cuando sea cierto que la parte preferente de la prudencia consista en las conjeturas que formamos de las consecuencias, de las concomitancias, de los precedentes, por manera que la prudencia viene a ser una suerte de adivinación, según declara el viejo aforismo: *A quien conjeturare atinadamente, acátalo como al vidente más lince.* Pero tampoco para ese linaje de prudencia tienen capacidad los ingenios livianos y complacientes consigo mismos. No se ha de mariposear por encima de las apariencias y superficies de las cosas, sino calar hasta lo íntimo de ellas, con diligencia y asiduidad, que no saben imponerse a sí mismos los ingenios delicados. Y muy menores aptitudes tienen los bufones, los fulleros, los dicharacheros, los truhanes, que despachan los asuntos de la mayor trascendencia con chistes y payasadas y con sus irreverencias juglarescas burlan las grandes esperanzas que en ellos depositaran los que les fueron a consultar asuntos gravísimos, y en cosas de harta serie-

dad devanean y hacen donaires y burlerías. Discreto es aquel dicho antiguo: *Más fácilmente se hará rico un truhán que un buen padre de familia.* También de aquí deben apartarse los temperamentos tozudos y pendencieros, como luego demostraré. Los que tienen ese carácter no hechos ni dispuestos para la prudencia que es el arte de gobernar, ésos no gobernarán a los otros, sino que serán gobernados por quienes de su natural son hechos para la prudencia.

Es cierto que el juicio, como todo lo que en la prudencia es natural, no puede enseñarse; es, sí, susceptible de lima, de pulimento, en primer lugar, mediante la lectura de aquellos que poseyeron este don en grado sumo, como Platón, Aristóteles, Demóstenes, Cicerón, Séneca, Quintiliano, Plutarco, entre los paganos; y entre los cristianos Orígenes, Crisóstomo, Jerónimo, Lactancio. A seguida de esta lectura, mediante el *instrumento de hallar la verdad* que demuestra lo que en cada cosa hay de verdadero o de verosímil, de cuya observación entra mucha luz en el espíritu. El arte de hablar, bien aprendido y entendido, puede ser un auxiliar muy valioso del juicio. La experiencia también, que es el otro miembro de la prudencia, contribuye fuertemente a la facultad de juzgar, como una mano contribuye a la obra de la otra mano. La edad y la acción acarrean nuestras experiencias personales. Las experiencias ajenas apréndense del conocimiento de los hechos de vieja recordación que se llaman *historia.* Ella hace como arte de magia que nos parezca que asistimos a los hechos pasados como a los sucesos actuales y que podamos explotarlos como nuestros. Sobrada razón tenía aquel sacerdote egipcio de llamar niños a Solón y a los griegos que no conservaban el recuerdo de los tiempos viejos. Donde hay historia, ésta convierte a los niños en ancianos; donde no está la historia, de los ancianos hace niños, puesto que la historia es *testigo de los tiempos y luz de la verdad,* como fué por los más sabios varones definida. Aparte de que proporciona un goce muy grande, es increíble su utilidad, no solamente para la vida, sino para todas las artes. Hasta qué punto deleita y recrea el espíritu humano, lo dan a entender las consejas y fabulillas de las viejas, que escuchamos con atención y contentamiento, no más que porque tienen alguna apariencia de historia. ¿Quién no abre sus oídos y no levanta su espíritu, si oye referir algún hecho insólito, grande, admirable, hermoso, heroico, algún dicho arrogante y osado de que andan llenas las historias? Es de ver cómo algunos, mientras leen u oyen alguna narración, con frecuencia falsa, se mueren del deseo de saber más, se olvidan de comer, beber y dormir y se sobreponen a estas necesidades de su organismo mientras no han averiguado el desenlace y ven resuelta la intriga.

La utilidad de la Historia o, mejor, su necesidad, cada día las demuestra el curso de la vida. Nadie, si no fuera por favor de la Historia, conocería a sus padres ni a sus abuelos; nadie podría conocer o conseguir el reconocimiento de su derecho o del ajeno; nadie sabría a punto fijo la comarca en que mora ni cómo llegára allá, ni nadie tendría la posesión de sus bienes asegurada y firme. ¿Y qué diré del servicio grande que hace en lo que mira al gobierno de la República y administración de los negocios del pueblo? Escribe Cicerón que Lucio

Lúculo marchó de Roma, desasistido casi por completo de ciencia militar, y habiendo consumido todo el viaje, así por tierra como por mar, en parte preguntando a los enterados y en parte leyendo relaciones de campañas, llegó a Asia hecho un tan consumado caudillo, que Mitrídates, monarca el más grande que hubo después de Alejandro, confesó que Lúculo era el mejor capitán que él había conocido, mucho más que cualquiera de los otros que él hubiese leído o tratado. Alejandro Severo, según se lee en Lampridio, acostumbraba consultar en sus dudas a los conocedores de historia. El conocimiento de la Historia elevó por encima de la prudencia mujeril a la reina Zenobia, y aún se dice que la escribió. ¿Y cuál pensamos ser la razón por que nuestros filósofos no resultaron aptos para el gobierno de ciudades y de pueblos, sino porque estaban ayunos de Historia, que es la nodriza de la prudencia?

Con todo, los hay que se persuadieron de que es baldío y estéril el conocimiento de los hechos pasados por el trueque radical que con el discurso del tiempo ha experimentado la vida: el vestido, la vivienda, la guerra, la política. Esta opinión, que contradice el parecer de los sabios, es una prueba convincente de que está en pugna con la razón. Ciertamente no habrá nadie que ose negar que, en efecto, están cambiadas todas aquellas modalidades y que aún de cada día se van modificando, sujetas como están a nuestra voluntad y a nuestros gustos; pero lo que no muda nunca es lo que se cimenta en la Naturaleza, es decir, las causas de los afectos de nuestro ánimo y sus acciones y sus efectos, que es mucho más conveniente conocer que cómo se edificaba en la antigüedad o cómo vestían las remotas generaciones humanas. ¿Qué prudencia hay mayor que saber con qué cosas y qué pasiones se excitan y se sosiegan, y la repercusión de estas pasiones en la República; qué movimientos levantan y cómo han de ser contenidas, curadas, desarraigadas o, al revés, hostigadas y fomentadas en los otros o en nosotros mismos? ¿Qué es lo que aprovecha más conocer: a quien ejerce el mando de la ciudad o a cualquier ciudadano? Y, ciertamente, con el mayor gusto y el más afortunado linaje de prudencia. ¿Y cuánta mayor fortuna no es cobrar cordura escarmentando en los males ajenos que en los propios, de modo que la Historia venga a ser como un ejemplo de lo que debes practicar, de lo que debes evitar? Y aun aquellas situaciones que sabemos estar cambiadas, ¡cuántas ventajas no reportan, bien traduciéndolas en tu propio provecho, bien por cerciorarte de la causa por qué tal cosa se hacía entonces así para aplicar, cuando el caso se presentara, aquel mismo procedimiento a tus propios actos!

Tampoco hay vetustez alguna tan caída en desuso y en olvido que no pueda acomodarse hasta cierto punto a nuestra actual manera de vivir, pues aun cuando la forma sea otra, con todo el mismo uso continúa, cosa fácil de comprobar si uno tras otro se consideran todos los casos.

Pero ni aun las mismas artes pudieran subsistir si quitares la Historia. ¡Cuántas veces Hipócrates, Galeno y otros médicos hacen historia al referir los resultados de un tratamiento! La medicina misma es un producto derivado de la Historia, como demuestran Plinio y Marco Varrón. El recuerdo de lo añejo cuántos linajes de enfermedades no

revela, dónde y cómo nacieron, cundieron, fueron atajadas, dominadas y vencidas y desaparecidas. Sin este conocimiento, la Medicina fuera manca y privada de su más rica porción, que necesariamente debe recogerse gota a gota, como el agua lluvia de muchísimas experiencias realizadas en todos los climas del mundo. En la filosofía moral aprovechan más los ejemplos que los preceptos; quiero decir que con mejor gana y prontitud cada uno imita lo que admira. ¿Quién no se resuelve más rápidamente a mantener la lealtad aun a trueque de inmediato y riguroso peligro, viendo que Marco Atilio la sostuvo intacta con tanta constancia y con ánimo tan grande que con veinte sermones que se le hagan sobre este punto? Nos mueven más a arrostrar con reciedumbre todos los padecimientos que fueren menester por el nombre de Cristo y nos encienden más los ejemplos de los mártires que los razonamientos de los teólogos, y más nos aparta del mal el triste desenlace de los malos que las condenaciones con que los filósofos acosan a los vicios. Dejo a un lado las sentencias, proverbios, apotegmas que nos ayudan eficacísimamente a poner compostura y regularidad en nuestra conducta, todos los cuales son sacados del acervo de la Historia. El derecho todo mana de la Historia, como lo demuestra aquel célebre capítulo del jurisconsulto Cayo, *Del origen del derecho*, pues contiene el derecho de los quirites; lo que los quirites supieron, determinaron, obraron; lo que el Senado decretó, lo que dictaron los magistrados, según sus poderes respectivos; lo que ordenaron los príncipes. Y todo esto, ¿de dónde es? ¿Por ventura no es de la Historia? Hasta el punto que el derecho romano y el de cualquier otro pueblo no es sino aquella parte de la Historia que se ocupa de las costumbres de algún pueblo, de aquellas costumbres, digo, en que están comprendidas todas las relaciones sociales que la vida trae consigo, cómo se conducen entre sí mismos, cómo con los extranjeros.

¿Y qué más? ¡Qué parte tan grande de la Teología no ocupa la narración de los hechos del pueblo de Israel, de la vida de Cristo, de los hechos de los Apóstoles, de los mártires, de todos los santos y de la Iglesia toda, que a la vez que nos adoctrinan, con poderosos aguijones nos espolean y nos enfervorizan para el bien obrar! Yo no quisiera haber dicho cosa alguna en ofensa de otras gravísimas disciplinas; pero no sé cómo es que puede parecer que la Historia aventaja a todas, pues ella sola engendra, cría a sus pechos, acrecienta y perfecciona a tantas otras, y ello no mediante unos preceptos y unas prácticas desabridas y molestas, sino mediante una muy sabrosa dulzura y gusto del espíritu, de modo que simultáneamente cosechas fruto y deleite y todo de una vez recreas el espíritu y lo reanimas y confortas.

Mas ya en la edad pueril, hemos saludado a nuestra vieja amiga la Historia, pero solamente para establecer la cronología y conocer los nombres de los personajes excepcionales. Pero ahora hemos de tratarla más exacta y profundamente, porque mejor la entiende la edad adulta y confirmada tras la experiencia que hubiere conseguido para, aplicando a ella el juicio, convertirla en maestra de la vida y como en su savia y en el jugo vital que, difundido por todo el organismo, alimenta al hombre y le prolonga la vida. Empero es de advertir

que no es de manera alguna conveniente que en el conocimiento de la Historia nos detengamos en frivolidades y en insignificancias que consumen mucho trabajo y mucho cuidado y no reportan fruto alguno, particularmente cuando ofrece tal abundancia de cosas buenas y útiles. Oigamos al prudente maestro Fabio Quintiliano, que en sus *Instituciones* habla así del futuro orador; pero nosotros acomodaremos sus enseñanzas a nuestro caso:

Añádase a esto el estudio de la Historia, que debe ser, sin duda, diligente, pero no con preocupación de futilezas que ocasionen un trabajo baldío; basta con que el orador exponga las historias recibidas por todo el mundo o mencionadas por los claros oradores. Ir al alcance de pequeñeces de que jamás haría mención el más ruin de los hombres es propio de miseria nimia o de jactancia huera, y estorba y agobia los ingenios que con mayores rendimientos dedicarían sus ocios a otra suerte de averiguaciones, pues quien se interesa por minucias que no valen la pena de leerse puede también dedicar trabajo a las fábulas de las viejas. Esto es de Quintiliano.

Lo primero que en la Historia debe retenerse es la cronología o razón de los tiempos; luego, los hechos y los dichos que puedan tener ejemplaridad, así para imitar lo bueno como para evitar lo malo. No se ha de poñer cuidado excesivo en seguir las guerras y las batallas, que solamente instruyen para el daño y enseñan los procedimientos con que poder lesionarnos mutuamente. Con todo, se han de tomar de ellas alguna leve nota: quiénes se alzaron en armas, quiénes fueron los adalides en uno y en otro campo; dónde se trabó combate; quiénes fueron los vencidos; qué se hizo con ellos. Estas relaciones deben leerse, no con espíritu diferente con que se leen las relaciones de los latrocinios, como no dejan de ser casi siempre en hecho de verdad la mayor parte de las guerras, si ya no fueren las que se libraron contra los piratas. ¡Ojalá no fueran tan frecuentes entre los cristianos!

Mejor se hará dando preferencia a los temas de la paz: rememorar todo cuanto se hizo ilustre y sablamente en el terreno de la virtud y cuanto se hizo de atroz y feo en el terreno de la maldad; el buen suceso de las cosas bien hechas, las tristes consecuencias de las malas obras.

Luego vendrán las sentencias y las respuestas agudas de los hombres dotados de ingenio, enriquecidos de experiencia, especialmente aquellas que con voz griega se denominan *apotegmas*. A continuación, los consejos y determinaciones; por qué se concertó tal empresa; cómo se llevó a cabo; las palabras de quienes descollaron sobre los otros en probidad, sabiduría y conocimientos en las buenas letras, como son los filósofos, entre los cuales los sobresalientes son los santos de nuestra religión, por manera que no solamente estemos informados de los hechos que ocasionaron las pasiones desapoderadas de los hombres, sino de aquellos otros inspirados y alentados por la fuerza de la mente y del juicio. Es de todo punto indignante encomendar a la memoria y al tenaz recuerdo de la posteridad las obras de nuestras pasiones y no con igual encarecimiento y recomendación las de nuestro consejo y de nuestra cordura. En la Historia es importante sobre manera el conocimiento de los lugares o digamos la topografía, sin el cual es

prácticamente ininteligible. Pero, en otra parte, ya pusimos de realce su importancia.

CAPITULO II

ORDEN A SEGUIR EN EL ESTUDIO DE LA HISTORIA; QUÉ HISTORIADORES, EN SU COMPOSICIÓN, UNOS MÁS QUE OTROS, CONSIGUIERON ALABANZA

Los historiadores más antiguos, unos son celebrados por los otros. Los sacerdotes egipcios nos encarecen a los suyos; los griegos ponderan a Cadmo, hijo de Agenor; con todo, consta con absoluta certidumbre que Abrahán de Ur, muy antes que todos los demás, nos dejó una Historia de la cual están sacados los orígenes del cielo y de la tierra, según se leen en Moisés. Esta misma Historia Abrahán la recibió de los hijos de Set, de quienes, dice Josefo que en dos columnas, una de ladrillos y otra de piedra, consignaron en letras los albores del mundo y los gérmenes iniciales de las más gloriosas artes. Ello demuestra que la Historia alboreó casi a par de la aparición del hombre, y así, en efecto, convenía al humano linaje. Tiene suma importancia abarcar en una ojeada sintética el curso de la Historia desde el principio del mundo o de algún pueblo, continuándose hasta el fin. Haciéndose así, se percibe y se retiene mejor todo el conjunto que si se le estudia por fracciones o partes interrumpidas. No de otra manera que si en la descripción del orbe se pone de un golpe todo el universo delante de los ojos, resulta más fácil hacerse cargo del aspecto del mundo y del orden y situación de cada una de sus partes. Polibio de Megalópolis comparó la historia de todo el género humano a un organismo animal entero, y las narraciones particulares a ese mismo organismo partido en miembros y pedazos, cuya configuración, proporciones, hermosura y fuerzas nadie será capaz de colegir de aquellas partes tan destrozadas. Por esto nosotros uniremos de tal manera los miembros de la Historia que parezca que de muchos hemos hecho uno solo, si no como un organismo animal único, al menos como una estructura única, conseguida por una laboriosa composición, observando, hasta donde nos lo permitirá la diversidad y multiplicidad de autores, la razón de los tiempos, la cronología, que es la más hábil y congruente ordenadora de la Historia.

Ha de comenzarse por leer alguno de los autores que desde los tiempos más remotos hasta nuestros días o la vecindad de nuestros días haya compuesto una Historia Universal que haga no más que la exposición sumaria de los hechos. Este sea, o bien Nauclero o Antonio Sabelico, que es más copioso, más puro, más diligente y aun más docto que él. Paulo Orosio narra hábilmente la superficie de los sucesos desde la creación del mundo hasta su tiempo. Después de esta lectura, las partes de la Historia deben irse trabando según las obras íntegras de los autores, sistema que resultará más cómodo y útil que yendo por partes. Moisés cuenta el origen del mundo en un libro que por esta razón lleva el título de *Génesis*. Anda también por ahí un librito de este mismo asunto, atribuído a Beroso de Babilonia; pero es una pura invención, que resulta muy del agrado de los lectores ociosos e iletrados. De este mismo género son los *Equívocos*, de Jenofonte, y los fragmentos de Arquíloco, Catón, Sempronio y Fabio Pictor, todo lo cual fué a parar co-

mo hierro viejo a un libro hacinado por Annio de Viterbo, lleno de fábulas y ridículas supercherías. No porque en ellos no haya alguna verdad, pues sin ella la narración no tendría vislumbres de historia, sino que todo el cuerpo de la Historia es pura invención, y no por cierto de aquel a quien el título se lo atribuye mintiendo. El egipcio Mantón y el persa Metastenes fueron utilizados por Eusebio. Siguen el Exodo, Números, Josué, los Jueces de Israel. Filón de Alejandría alarga sumariamente su historia desde Adán hasta la muerte del rey Saúl; Diodoro de Sicilia la llevó desde la inundación, que tuvo lugar en el reinado de Ogix, monarca de la Beocia, hasta su tiempo, que fué el de la dictadura de Cayo César. Yo no atino la razón por qué cesó de soñar y devanear; siendo así que no hay cosa más llena de sueños y devaneos que su historia, si ya no fuere porque no puso ningún título ambicioso a su obra, modestamente intitulada por él *Biblioteca*.

La historia de Grecia es un tejido de fábulas hasta las Olimpíadas, pues hasta entonces no apareció nadie que discriminara lo verdadero de lo falso. Pero así y todo, lo que siguió después no está limpio de mentiras, aunque con algún mayor recato. A ello ayuda con su autorizada contribución Homero, en sus dos poemas, *Ilíada* y *Odisea*, aun cuando todas sus producciones andan vestidas de fábulas. El frigio Daves y Dictis, el cretense, consignaron las ficciones de quienes quisieron fantasear a su placer en torno de la guerra archifamosa; Dión de Prusias dice que jamás Troya fué tomada. Filostrato, ya en pleno período histórico, enmienda las geniales mentiras de Homero con mentiras mayores y no tan bellas. Quinto de Calabria completó la *Ilíada*, de Homero. Toca la vez a los libros de los Reyes y a los *Paralipómenos*; a Ester, Tobías, Judit y a los apócrifos; Esdras, de cuyos cuatro libros, los dos primeros son reconocidos por los hebreos en su canon, y los dos restantes son apócrifos. Los orígenes de Roma han llegado a la posteridad borradizos y envueltos en niebla, porque antes de la prisión de Roma, por los galos, era raro el conocimiento y práctica de las letras, como dice Tito Livio. En las *Antigüedades*, de Josefo, léese un tratado contra Apión, en el cual San Jerónimo se maravilla de que un escritor judío poseyera noticia tal del helenismo. Herodoto es llamado padre de la Historia, porque fué el primero que a la narración de hechos añadió la elegancia y la nitidez del lenguaje. Tiene muchas referencias fabulosas, pero discúlpalas el título que puso a la obra: las *Musas*. Con ello quiso dar a entender que determinadas relaciones gozan de una licencia algún tanto exagerada, puesto que a las Musas esto, y aun más, les está permitido para cautivar más dulcemente el ánimo de los que oyen, lo que acaso no siempre conseguiría con la severidad de la narración. Más religiosamente y con mayor respeto de la verdad, el ateniense Tucídides redacta sus memorias acerca de las guerras del Peloponeso.

Viene a continuación la historia de Jenofonte, las leyes de Licurgo, la *anábasis* o viaje a las tierras altas de Ciro el joven, pues la *paidía* o instrucción de Ciro el mayor es la crianza ideal de un príncipe, no la historia. Emilio Probo dedicó a Atico las vidas de los caudillos extranjeros, pues no menciona a romano alguno. Escribieron las hazañas del macedón Alejandro, en latín,

Quinto Curcio, y en griego, Arriano. Anchurosa y solemne como el piélago es la obra de las vidas paralelas de los héroes griegos y romanos, que Plutarco escribiera, desde Teseo hasta Filopémenes y de Rómulo hasta Otón, rebosante de grandes hechos y de avisos y exhortaciones a la virtud. Pompeyo Trogo llegó a publicar hasta cuarenta libros, que comprendían casi el orbe todo; queda ahora el compendio a que Justino los redujo. Pausanias, tratando de *los pueblos de Grecia*, ilustra grandemente el conocimiento de las antigüedades de aquella nación. El mismo Plutarco escribió las vidas de los Diez Retóricos: en esta obra abundan las referencias al gobierno político de Atenas, porque muchos de ellos administraron la cosa pública. Diógenes Laercio escribió las vidas de los filósofos, dedicadas a cierta señora de calidad: brilla en esta obra una gran competencia en el asunto y es muy digna de ser leída. No he tenido la fortuna de poder ver a Eliano, cítanle los escritores modernos. La historia del pueblo romano, como sabia y ágilmente la narra Lucio Floro, no se limita a una sola nación, sino al universo mundo y a todo el humanal linaje; será conveniente para su total comprensión estar enterados de las magistraturas y sacerdocios de aquella ciudad. Acerca de este tema, léase un librito que lleva el nombre de *Fenestela*, bien sea realmente suyo o de cualquiera otro, y asimismo la obrecilla de Pomponio Leto, que está tomada de aquél. De las diversas regiones o barrios de la ciudad escribió Fausto Víctor, que se ciñó a una mera y minuciosa relación de nombres.

Tito Livio cargó sobre sus hombros la titánica empresa de referir los hechos de este gran pueblo desde sus orígenes hasta su tiempo, a saber: hasta el principado de Augusto; pero la mayor parte se perdió; de las catorce décadas de que constaba la obra, solamente del triste naufragio se habían salvado no más que tres, hasta hace poco. Ultimamente, estando en curso de publicación esta obra mía, aparecieron dos libros más, y otros cinco, pertenecientes a la década quinta, se descubrieron en una vieja biblioteca. Ese diligentísimo y honrado escritor es de suma utilidad para el bien hablar y para el recto sentir en los negocios públicos. Los hay que no quieren distribuir en décadas esa obra. Lucio Floro compendió el *epítome* que tenemos y otro opúsculo acerca de la historia romana, que es lo más delicioso, agudo y picante que en este género puede darse. Dionisio de Halicarnaso escribió en griego acerca de los principios de los romanos y los primeros tiempos de la ciudad, recogiendo las referencias que había oído a su amo, Marco Varrón. En Polibio hemos experimentado una pérdida no menor que en Tito Livio, pues de sus cuarenta libros de historia, no quedan más que cinco. Los libros de los Macabeos son tres, de dos de los cuales tenemos una versión admitida entre los libros canónicos; el tercero, actualmente se lee en griego. No se sabe a punto fijo quién fué su autor; algunos los atribuyen a Josefo, y que los concibió en griego, porque su frase no parece trasegada de otro idioma. Salustio escribió la campaña contra Yugurta y luego la conjuración de Catilina, y César, sus *Comentarios*. Lucano cantó la guerra civil pompeyana, admirado más de los historiadores que de los poetas. Viene luego Cornelio Nepote, de quien dice Catulo que compendió un siglo ro-

mano en tres pliegos. El tratado de Julio Obsequens, *De los prodigios*, sirve para la verificación de los tiempos. Apiano de Alejandría, autor griego, contó a la posteridad las guerras exteriores y las intestinas de Roma; luego viene Valerio Paterculo. Valerio Máximo, al voleo y sin concierto ni plan, toca sucesos históricos de muchos en la compilación de su ejemplario.

¡Adoremos el Santo Evangelio de Jesucristo, explicado por los cuatro Evangelistas inspirados; verdadero libro de la vida e historia del linaje humano redimido! La venturoas y bendita aparición de esa historia salubérrima tuvo lugar en los reinados de Augusto y de Tiberio. El mismo San Lucas, que con la mano movida del Espíritu Santo escribió el *Evangelio*, escribió bajo el mismo impulso los *Hechos de los Apóstoles*. Suetonio Tranquilo, el más puntual e insobornable de los escritores griegos y romanos, paréceme que expone en toda su integridad y verdad las vidas de doce Césares, pues en los mejores príncipes no calla ni los vicios ni las sospechas y sombras de vicios, y en los peores no disimula los asomos y colores de la virtud. Con fidelidad y diligencia parejas, Diógenes Laercio compuso las vidas de los filósofos.

De Suetonio existe también un opusculillo que trata de los gramáticos ilustres. Cornelio Tácito es grave en los consejos y maestro en la prudencia, porque toca con preferencia asuntos de gobernación o de guerra. También es de Tácito un libro tan pequeño como denso, pictórico y vivaz, de las costumbres de los germanos. De Flavio Josefo son las *Antigüedades* y la *Guerra judaica*, que remataron los soldados de Vespasiano. Poco después escribió de este mismo tema Hegesipo, que fué latinizado por Ambrosio, obispo de Milán. Dión Casio, en el reinado de Alejandro Severo, compuso en griego la historia romana en ochenta libros y también los hechos hazañosos de Trajano y la vida de Arriano, si hemos de creer el testimonio de Suidas. Su historia no nos ha llegado entera. Julio Frontino, en su tratado *De los acueductos*, sirve muy mucho para el conocimiento de la topografía de la ciudad de Roma y para la fijación de los fastos, pues hace mención de muchísimos cónsules. A zaga de todos éstos viene Filostrato, el sofista; de esta familia fueron algunos oradores y filósofos, desde Eudoxio de Cuido, que acompañó a Platón en sus jornadas de Egipto, hasta Aspasio, que vivió en Roma bajo los Antoninos.

Del mismo Filostrato es la obra *Casi todo Apolonio*. Es una ficción frenética y blasfema de un hombre nada práctico en ficciones, capaz de hacer historias de cosas que nadie viera ni oyera jamás. Herodiano abarcó desde Cómodo hasta Gordiano, Elio Esparciano, Capitolino, Lampridio, Volcacio Galicano, Trebelio Polión, Flavio Vopisso; en la llamada *Historia Augusta*, escribieron desde Adriano hasta Carino. Lo que nos queda de Amiano Marcelino es obra anodina e híbrida, ni de orador ni de historiador. Pomponio Leto escribió desde Balbino y Pupieno hasta Heraclio. Si alguno hasta ahora no hubiera leído a Paulo Orosio, comenzará a manejarlo desde ese momento; también a Eutropio, que compuso un epítome de las cosas romanas, desde Jano hasta el César Joviniano, y también a Sexto Aurelio, que abarcó desde Augusto hasta Teodosio. En diez libros, Flavio Blondo describió a Roma triunfante, y en otra obra, a Italia res-

taurada. Pedro Crinito, en cinco libros, hizo el catálogo de los poetas latinos desde Livio Andrónico, liberto de Salinator, hasta Sidonio Apolinar. Pablo Varnefrido, longobardo, apellidado Diácono, escribió de los Césares, desde Valentiniano hasta León. Procopio y Agatías transmitieron a la posteridad los hechos de Justiniano. Documentándose en ellos, Leonardo Bruno, de Arezzo, compuso la *Guerra gótica*. Desde la fecha de esta misma guerra hasta sus tiempos, que eran los del Papa Pío II, Blondo escribió las *Décadas de los romanos*, desde que se inició la decadencia y declinación del Imperio.

Eusebio desarrolló en nueve libros las cosas tocantes al pasado de la Iglesia, desde el nacimiento de Cristo Nuestro Señor hasta el emperador Constantino; esta obra se titula *Historia eclesiástica*. Rufino, intérprete y traductor de sus antecesores, añadió dos libros, décimo y undécimo, alargando la narración hasta el principado de Arcadio y Honorio. Otra historia eclesiástica leemos llamada tripartita, porque es obra de tres autores, que Casiodoro redujo a epítome, que va desde Crispo y Constantino, cónsules y Césares, hasta el año décimoséptimo de Teodosio Augusto. San Jerónimo levantó el catálogo de los escritores eclesiásticos desde San Pedro hasta sí mismo, bajo Teodosio. Por aquella misma sazón, Genadio añadió los suyos, desde Jacobo, obispo de Nesibene, acullá en la Persia, que arrostró el martirio bajo Maximino, hasta Honorato, obispo de Marsella. Beda, presbítero anglo, consignó por escrito las vicisitudes de su iglesia. Tenemos también las Actas de los Concilios, que Juan Gerson opina que fueron recogidas por el hispalense San Isidoro. Después de él, otros las acrecentaron con adiciones, verbigracia: Pío, con las del concilio de Basilio, al que él asistió. Despedazado y descuajado el Imperio romano, cada pueblo, afianzándose en sus propias fuerzas, llevó adelante sus empresas interiores y exteriores. Así nacieron las historias particulares de los diferentes pueblos. El escritor Eginardo transmitió a la posteridad la vida y hechos de Carlomagno. Del mismo escribieron el arzobispo Turpin y, recientemente, Donato Acciolao, con brevedad y nitidez. Gagnino llevó las gestas de los francos hasta su tiempo; es decir, hasta Luis Onceno, influído como es notorio de apasionamientos. Con mejor fe se desenvolvió Paulo Emilio, puesto que tocaba sucesos alejados, esto es, desde los primeros reyes francos, después que se hubieran sacudido la hegemonía de Roma, hasta los hermanos Felipe y Carlos, hijos de Ludovico. Jornandes contó, a los que vinieron tras él, las cosas de los godos; las cosas de España refiriólas Rodrigo, obispo de Toledo; las de Sajonia, Alberto Cranto; las de Venecia, Sabélico; las de Aragón, Marineo Sículo; las de Escocia, Héctor Boecio; el Papa Pío II, las de Bohemia; Renano Beato, los orígenes, posición, geografía y costumbres de Alemania. El gramático Sajón escribe de los daneses cosas que saben a leyenda, de modo que creerás que las escribió para provocar la admiración de los pueblos restantes; pero, así y todo, no dejarás de admirar en aquel siglo y en aquellas latitudes la elegancia del lenguaje y de la dicción. Más legendarias son aún las que un quídam imaginó en su caletre acerca de los orígenes de la Bretaña, inaugurándolas por aquel Bruto de Troya, que jamás ha tenido existencia real.

De los pueblos que yacen hacia el Oriente, y particularmente de los tártaros, dejó un libro un tal Agatón, monje premostratense, que moró algún tiempo en aquellas ariscas regiones obra de doscientos años atrás. Leemos las vidas de los romanos Pontífices de Platina, desde San Pedro hasta Sixto IV. Juan Tritemio, abad de Spanheim, compiló las vidas de los escritores aclesiásticos, empezando por Clemente, obispo de Roma, hasta nuestros tiempos, pues hace mención de muchos que viven todavía. Leonardo Aretino transmitió su tiempo a los venideros, Pontano escribió la guerra napolitana de Alfonso. Miguel Ricio reunió en un haz los hechos de algunos reyes cristianos; en esta obra aparecen adulterados muchos nombres de lugares, personas de calidad y familias, creo que por culpa de los copistas. Baptista Egnacio tiene una brevísima enumeración de los Césares hasta Maximiliano. El milanés Pedro Mártir de Anglesia escribió las navegaciones transoceánicas y el descubrimiento del Nuevo Mundo; pero después han sobrevenido acontecimientos más gloriosos que a la posteridad habrán de parecer fabulosos, siendo, como son, indestructibles realidades. Varios son los biógrafos de personalidades individuales, como Tácito lo es de su suegro Agrícola; Sulpicio Severo, de San Martín; Paulino, de San Ambrosio; Poncio, de San Cipriano; San Jerónimo, de Santa Paula y de los monjes Hilarión y Malco. Recientemente, Lorenzo Valla escribió la vida de Fernando, rey de Aragón; Antonio Panormita, los hechos y dichos de Alfonso, hijo de este Fernando; Campano, los de Braquio, Rafael Volaterrano, en su *Antropología* y en su *Geografía,* trae muchos datos de hechos hazañosos que, gracias a él, serán de harto provecho para la Historia. Hay muchísimos otros que podrán ayudar al recuerdo de los hechos, aun cuando no son típicamente historiadores, como Cicerón, Séneca, Aulo Gelio, Macrobio; mucho más que ellos, Polidoro Virgilio, en su obra *De los inventores de las cosas;* también San Agustín, en la *Ciudad de Dios,* y Plinio Cecilio y Solino; éste, ladronzuelo de Plinio, y, por fin, los geógrafos Estrabón y el Papa Pío II. Escribieron en latín todos esos contribuyentes de la Historia. En griego, Platón y Plutarco, en sus opúsculos morales; Suidas, Ateneo y aun los mismos intérpretes de los poetas, si no pusieran en todo tanta confusión.

Cuando hubiéremos cursado esa larga carrera histórica, tendremos en nuestra biblioteca, al alcance de la mano, algunos a manera de índices o recordatorios que expliquen no extensamente, sino que, como quien dice, señalen con el dedo el dato necesario y lo revoquen a la memoria. Será como un enquiridión o manual de los tiempos, como el suplemento de las crónicas del obispo de Bérgamo, harto descuidado con frecuencia. Mejores son Otón Frisingense y Regino. Eusebio de Cesarea sería un precioso auxiliar en ese punto si no nos hubiera llegado tan plagado de erratas por el descuido y la pereza de los copistas. Los tiempos que él abarcó, alargólos San Jerónimo cincuenta años más. Sesenta años más allá los llevó San Próspero de Aquitania, y Mateo Palmerio, florentino, los empujó hasta el año 1449, de nuestra salud. Los prorrogó en treinta años Matías Palmenio, de Pisa. Ampliólos, con algunas fechas, Sigiberto, monje gemblacense. Análoga a la labor eusebiana es la de Beda, presbí-

tero, pero algo más ampliada; recogió su sucesión Herman Contracto. Quien tuviere gusto y holgura de leer más cosas de la historia cesárea y pontifical hará bien con añadir a Antonio, arzobispo de Florencia.

Estos son, aproximadamente, todos los narradores de hechos griegos y latinos que han llegado a mi noticia. Los que se perdieron, casi no tienen cuento: griegos, particularmente; el número de los que cita Plutarco es asombroso. El mismo Plutarco dice que la batalla de Maratón quedó monumentalizada en trescientos escritores. Es incalculable e inabordable la lista de los que escribieron la historia de alguna pequeña nación o de una ciudad cualquiera, como de Flandes, de Lieja, de Utrecht; como también de los que produjeron sus obras en lenguas vernáculas, como el español Valera, Froissard, Monstrelet, Felipe de Comminges, muchos de los cuales no son menos dignos de leerse que la mayoría de los griegos y latinos.

Pero esta mención de los altos hechos ejecutados por los grandes hombres, tráeme a la memoria y me renueva el muy amargo duelo que a menudo embargó mi espíritu al pensar conmigo mismo con cuánta diligencia y con cuánto cuidado han sido historiados los hechos de Alejandro, Aníbal, Escipión, Pompeyo, César y otros nobles campeadores, y los de Sócrates, Platón, Aristóteles y otros filósofos, historias éstas incorporadas en el imperecedero recuerdo de los siglos, sin riesgo de que los olviden jamás, y que, en cambio, se ignoren y se mantengan encubiertos y sumidos en una noche sin memoria, los hechos de los Apóstoles, de los mártires, de los santos de nuestra religión, y aun de la misma Iglesia, en el crecimiento de su infancia, en la plenitud de su edad adulta, que, así para la noticia como para la imitación, reportarían harto más fruto que los de los capitanes o de los filósofos. Los que de ellos se han escrito, con harto pocas excepciones, están afeados por muchas fábulas, porque el que los escribe lo hace al dictado de su pasión y expone no lo que hizo el santo, sino lo que él quisiera que hubiese hecho y es el antojo y no la verdad la que dicta la vida. Los ha habido que tuvieron por un meritorio acto de piedad fingir a favor de la religión mentirijillas. Procedimiento es éste muy peligroso, puesto que la falsedad, la baldía por otra parte, puede destruir el crédito de la verdad. Son tantas las verdades que militan en favor de nuestra religión, que las ficciones vienen a desempeñar el mismo papel que los soldados cobardes e inútiles, que son más impedimenta que ayuda.

Al conocimiento de la Historia agréguese el conocimiento de las fábulas, pero de las doctas y de las que, si el caso viniere, pueden aplicarse con fruto a la práctica de la vida, verbigracia: las ficciones poéticas, los apólogos de Esopo, los refranes y sentencias que adoctrinan el sentido común. Aquí saltará alguno y me dirá: ¿Y cuándo y quiénes van a leer todo esto? Los varones de edad madura y aun los ancianos, en aquellas horas en que habían de jugar o devanear. Si uno consagrare a esas lecturas todo el tiempo que se pierde en pasatiempos y en pláticas vanas y a menudo nocivas, o se consume en una ociosidad embrutecedora, hallará que lo tiene bastante para echarse a la cara todos estos libros y aun muchísimos más. El tiempo abunda, administrándolo con prudencia; mal-

gastándolo se abrevia angustiosamente. Y si una persona determinada no puede leer estas obras por sí mismo, según la antigua costumbre romana, tenga a su disposición un lector a quien escuche mientras lee clara, distinta, docta y expeditamente.

CAPITULO III

POR EL PECADO DE NUESTRO PRIMER PADRE, NO HAY COSA EN LA NATURALEZA HUMANA QUE NO ANDE A TUERTAS. NECESIDAD DE LOS PRECEPTOS, PARA QUE CADA ACTIVIDAD SE MANTENGA EN SU PROPIA FUNCIÓN. MOTIVOS DE CONGRATULARSE QUE TIENE EL LINAJE HUMANO POR HABERLE TOCADO EN SUERTE UN MAESTRO, EL MEJOR DE TODOS, BAJADO DEL CIELO. OTROS MAESTROS HAY QUE, AUNQUE DE MUY LEJOS, SIGUIERON LAS PISADAS DEL MAESTRO CELESTIAL, QUIENES DIVIDIERON EN CUATRO PARTES EL TRATADO DE LAS COSTUMBRES Y PUSIERON EN ILUSTRARLO TODO SU EMPEÑO Y SUS LUCES. MÉTODO PARA ENSEÑARLO

Unidos e implicados en la Historia, irán las normas o preceptos para la formación de la vida, así pública como privada. Esta formación cífrase toda en que se observe un orden de rectitud y cada cual se mantenga en el estricto cumplimiento de sus deberes; que lo que la Naturaleza y la sana razón dicen que debe estar debajo, salte encima, y que lo que conviene que esté dotado de autoridad no pierda su prestigio y no sea obedecida su voz de mando, y que lo que es razón que ande provisto de prudencia se avenga a sufrir el señorío de la necedad. Una vez explicada suficientemente la naturaleza del cuerpo y del alma, no hay nadie tan totalmente privado de sensatez y juicio, que instantáneamente no vea con toda claridad y firmeza que el cuerpo debe estar al servicio del alma, y en el alma, los movimientos carentes de razón, deben estarlo al de la razón, dueña y señora, por ser ella la que nos hace hombres, la más semejante y más unida con aquella Naturaleza Divina, que lo gobierna todo. Y no cabe duda que esta ordenación estuvo en el hombre cuando, abandonado a sí mismo, acabó de salir de las manos del Hacedor, pues toda obra es tanto más acabada y perfecta cuanto más hábil y mejor es el obrero que la hace; pero la maldad puso en todas las cosas trastorno y subversión; la inferioridad reclama soberanía, las pasiones quieren ser oídas en lugar de la razón; enmudece la razón vencida y amordazada y se hace esclava de la temeridad de las pasiones. Esta es la inacabable milicia, la batalla sin fin en que se debate el hombre y en que tiene que poner todo su esfuerzo y su ahinco, porque la esclava no venza a la señora, sobre la cual va a ejercer una tiranía insoportable, obligándola a abdicar de su dignidad humana, para convertirse en una acémila.

Todos los preceptos de la filosofía moral, a guisa de ejército, se han aprestado para correr en ayuda de la razón. Por esto se impone el conocimiento total del hombre, interior y exteriormente. En el interior del hombre deben estudiarse las pasiones y la mente, y en las pasiones qué móviles las acucian, los medios que las acrecen y, al revés, los que las enfrenan, las apaciguan, las extinguen. Esto es, en fin de cuentas, conocerse el hombre a sí mismo, cosa que nos exhorta a hacer la vieja sabiduría. Es menester que todo esto quede demostrado en el tratado del alma; pero la ma-

nera como las pasiones del ánimo se subordinarán a la autoridad y al consejo de la razón, es de nuestra incumbencia actual. Nuestra mente anda arrebujada en una tan densa cerrazón de lobregueces, que no atina a verlo, pues las pasiones, hostigadas por el pecado, esparcieron una espesa y muy oscura calígine ante los ojos de la razón. Se impone una razón que vea claro sin la perturbación más leve. ¿Y qué otra razón puede y debe ser ésta sino la Divina? Ello, por muchas y muy poderosas causas, bien porque ella es la más sabia de todas, la creadora de la nuestra y, por ende, su regla y su canon, de modo que a ninguna otra puede más derechamente dirigirse, porque es el camino por el que se llega a Dios, que es el fin para el cual fué creado el hombre. ¿Quién mejor que el mismo Dios lo indicará mejor y más certeramente?

Por esto, todos los preceptos de esa disciplina moral deberemos irlos a buscar en la doctrina divina: *A Dios nadie le vió jamás*, pero tenemos a Jesucristo, intérprete de Dios y embajador y heraldo suyo, que no es de la misma condición de los otros, sino que es Hijo suyo e Hijo único y que está indeficientemente en el seno del Padre. Intérpretes del Hijo son sus discípulos, y los que oyen a sus discípulos y también los otros varones santos, aun cuando este arroyuelo es tanto más puro cuanto más cercano a su manantial. En su doctrina, en sus palabras se irán a buscar los remedios para las enfermedades del alma, a efecto de domesticar las pasiones bajo la férula y el poder de la razón. Establecido este ordenamiento y cimentado con la conveniente firmeza, el hombre se conducirá honradamente consigo mismo y con Dios y con el prójimo superior, inferior o igual, en la privada intimidad de su hogar, en sus intervenciones en la vida pública y en sus relaciones con los extranjeros. Tocante a esta formación, se escribirá un libro breve, claro, conforme en un todo con los principios de la religión cristiana, que el maestro irá desarrollando en explicaciones verbales.

Los escritores de la humana sabiduría dividieron este tratado moral en cuatro secciones, a saber: una sección cuyo propósito es formar el espíritu y las costumbres privadas, que se llama *Etica;* una segunda sección que trata de arreglar y poner concierto y compostura en el régimen doméstico y se llama *Economía;* una tercera sección para el gobierno de las colectividades humanas, que se llama *Política*. Añadióse posteriormente una cuarta sección que trata de los deberes intermedios de la vida, que no se concretan tanto a aquella formación natural que dijimos, como consisten en la moralización y educación de cada región y de cada pueblo. Las obras que acerca de este asunto de tan vital importancia dejaron a la posteridad aquellos autores, manéjelas cada cual privadamente en su aposento y sepa que se va internando por una vereda oscura y espinosa; avance por ella con pie medroso y cauto y no lo afiance con perfecta seguridad sino en aquellos pasos a los cuales hubiere arrimado el candil de la doctrina cristiana que le diere la certidumbre de que el hacer alto allí no acarreaba ningún peligro. Y por más que sean obra de los más soberanos ingenios que en el mundo han sido, no les daremos crédito sino hasta donde nos lo consintiere la conveniencia que tuvieren con nuestra profesión

de cristianos. Decir cristiano equivale a decir *Hombre de Cristo*.

Aristóteles nos ha dejado diez libros de cuestiones éticas, enderezadas a su hijo Nicómaco. Algunos opinan que no fueron dirigidos a Nicómaco, sino que son obra del propio Nicómaco, como parece darlo a entender Cicerón en el libro quinto: *De los fines*. Diógenes Laercio, en la vida de Eudoxio, que escribió, dice que Nicómaco, hijo de Aristóteles, dice a Eudoxio *que el deleite era el Sumo Bien*, sentencia que, efectivamente, está en la *Etica* de Aristóteles. Suidas dice que Aristóteles dejó seis libros de Etica. Esta afirmación da lugar a dudas si son aquellos diez que a Aristóteles se atribuyen, o son aquellos dos de las *grandes cuestiones morales*, o los ocho dirigidos a Eudemo. Pero sean de quien fueren estos libros, es cierto que autorizados por el gran nombre de Aristóteles tenemos veinte libros de cuestiones morales que más sirven para ilustrar y disertar que para mover la voluntad de los que los leyeren a vivir, según sus enseñanzas.

Análoga a esta obra es la de Santo Tomás de Aquino de la segunda parte de la *Suma*, que se divide en dos tomos. Este doctor es el más sano de la Escuela y no inepto ciertamente. Estos libros están compuestos en parte sobre los autores sagrados y profanos y en parte sobre opiniones corrientemente admitidas. En muchos pasajes te será fácil colegir que él siguió el juicio ajeno y no manifestó el suyo, procedimiento éste que Santo Tomás compartió con los otros doctores de la Escuela. Son más eficaces para mover los escritos morales de Platón: las *Memorias de Sócrates*, obra de Jenofonte; las obras de Plutarco, que tratan de las costumbres. De Cicerón, el tratado *De los fines*, las *Cuestiones tusculanas*, *Lelio* y el *Catón mayor*. De Séneca, los libros *De los beneficios*, la *Consolación a Marcia*, a su madre Helvia; los tratados *De la vida feliz*, *De la tranquilidad del ánimo*, *De la brevedad de la vida*, *De la ira*, las *Cartas a Lucilio*, que no tanto fueron escritas para ser enviadas como para tratar en cada una de ellas algún punto conveniente para la formación de la vida y las costumbres; el tratado de Boecio, *Consolación de la filosofía;* Petrarca, *De los remedios de una y otra fortuna*.

El preceptor, en la profesión de esta disciplina, se mostrará íntegro, incorrupto, sin concesión ninguna al vanidoso alarde; debidamente informado, no sólo en mudas disciplinas, sino ejemplar en la vida práctica. De tal manera enseñará los preceptos del bien vivir, que sus discípulos no solamente los aprendan, sino que estimulados por su ejemplo se animen al bien obrar. Será llena de doctrina su palabra, será eficaz, afianzada y autorizada con gravedad de sentencias y ejemplaridad de actos. Y no se contentará con decir escuetamente: esto es bueno; aquello es malo; sino que a la afirmación añadirá la razón de por qué cada cosa es tal o es cual, por qué se debe evitar esto y se debe ir en pos de aquello.

Ninguna necesidad tendrá de explicar los vicios con demasiada curiosidad y sutileza. ¡Ojalá no conociéramos tanto el mal! Pero puesto en la ciudad y en cada una de las agrupaciones humanas, los más, espontáneamente se convierten en maestros de los otros para el mal, y por más que los preceptores lo recaten y arrebujen, no es posible que los hombres dejen de conocerlo porque se les viene a los ojos y a

los oídos, yo querría que el sistema que se siguiera fuera éste. Dado que son dos las formas de los vicios: la de los que se cifran en el ánimo ayunos y horros de toda utilidad y placer y la de los que se reflejan en el cuerpo con el deleite sensual, explíquense enhorabuena los que en el ánimo se cifran y pónganse con valentía al descubierto, pues tanto más a las claras quedará expuesta a los ojos su fealdad. como en el caso de la soberbia. de la ira, del odio, de la envidia lívida que vejan y atormentan el espíritu humano y no reportan aprovechamiento alguno, de modo que con toda razón son motejados de *furias*. Empero aquellos otros vicios que causan placer o favorecen intereses. aun cuando anden despojados de toda belleza, con todo como prometen paraísos de placer, quiero decir, que ocasionan una dulce perdición y un simulacro de satisfacción del deseo natural, quisiera yo que se explicaran rodeándolos de velos verecundos, persiguiéndolos, eso sí, con sañudo encarnizamiento, demostrando cuán tétrica e inmediata vergüenza traen consigo, y para lo sucesivo cuánta materia de arrepentimiento. En este punto no pueden faltarnos nunca ejemplos copiosos, no solamente antiguos, sino actuales, como los vió cualquiera por mucha que fuese su juventud.

Ni querría yo tampoco que los conociera prácticamente, pues dejan un muy goloso resabio en quien los gustó una vez y es tiránico el señorío de la costumbre. Más fácil será la abstinencia de lo que jamás se probó. Así como los lacedemonios prestaban los esclavos ebrios a sus hijos para que éstos, vista la fealdad del semblante que la borrachera ocasiona y la absurda incongruencia de sus hechos y de sus dichos, tomaran escarmiento de la embriaguez ajena, así también valdrá la pena de señalar al mozo los negros resultados que la vida airada tuvo para los más. En ese mismo tono desearía yo que se tratara de aquellos vicios que van unidos con provechos tangibles que merecen el aplauso del vulgo, como son la avaricia, la astucia, el fraude, la venganza, que a muchos sonríen por aquel su parecido con ventajas utilitarias. Los más perniciosos de todos son aquellos que granjean alabanza y aprobación. Cuando estos gajes, que debieran ser exclusivos de la virtud, se transfieren al vicio, ¿qué esperanza queda para el ruin linaje humano, inclinado al mal en demasía, sino que, eliminado el aborrecimiento que le retraía del crimen, vayan a caer todos en maldades capitales, de las cuales acabarán por preciarse como de actos de virtud? Maldades de esa laya son las matanzas de hombres. las crueldades de la guerra y, en determinados delincuentes. la violación de matronas honestísimas. De la misma naturaleza del hombre debe tomarse la arremetida inicial y demostrar cuán errados son los juicios de los hombres. Discútase serenamente de vicios y de virtudes. En este punto se será más indulgente con el amistoso altercado que en puntos de economía o de política; pero aun en este caso, en lo que se refiere a la definición de la naturaleza de las pasiones que en lo que atañe al tenor de vida cuando ya estuviere fijado en definitiva.

Los deberes de la vida apréndense de las personas cuerdas y bien criadas que existan en el pueblo; pues cada nación tiene los suyos privativos. Pero precisamente en cada pueblo las personas cuerdas se debieran empeñar en traer de las ciu-

dades que visitaren, para provecho y edificación de sus paisanos, todo aquello que estuviera conforme con la sensatez y sanidad de juicio y que significase una enmienda de las aviesas usanzas de los suyos, siempre que no estuvieran en pugna con la idiosincrasia del país. Costumbres hay convenientísimas para un alemán muy poco asimilables para un español. En esta variedad de países, tiempos y hombres, debe actuar de moderadora la prudencia, que conviene esté presente dondequiera. En la clásica antigüedad escribieron acerca de los deberes Panecio y Hecatón. Ahora sólo tenemos el tratado de Marco Tulio que San Ambrosio traspasó al cristianismo. Joviano Pontano tocó algunos puntos sobre la magnificencia, la convivencia y cosas análogas, pero no con aquella plenitud de doctrina y el detenimiento que requería tema de tanto interés.

El cuidado de la hacienda no debe circunscribirse al desolado afán de acaparar y conservar las riquezas, como por lo común pensó el paganismo, sino a procurar la quietud y la tranquilidad de la familia para llevar la vida con una relativa holgura y para que su casa y su hogar sea para cada uno como un sabroso puesto o fresco oasis en medio de las molestias y las cuitas desabridas. Así que en toda casa se ha de señalar a cada cual la ocupación más indicada, porque no haya en ella nadie que esté ocioso ni que invada la hacienda ajena, mirando por su labor y su comodidad. Sirva la economía para que todos los familiares coman bien y saludablemente, vistan confortablemente según su estado, habiten a su gusto, se bienquieran entre sí, amen su casa no menos que su patria y piensen que hace para ellos las veces de nodriza o más verdaderamente de madre.

El dueño sea el que gobierne y exija el cumplimiento del deber de cada uno y ámenle todos como a padre y acátenle como a señor y sea el juez inapelable en todo el régimen doméstico. Esta es la institución de la familia acerca de la cual dará sus preceptos aquella parte de la filosofía moral que los griegos denominaron *economía*. Escribieron acerca de ella el ateniense Jenofonte, que, al juicio de los más, se adelanta a todos los otros autores de esa materia. No nos ha llegado entera la obra de Aristóteles. Arreo y al voleo expresan muchas ideas atinentes Platón y Plutarco. Este último compuso también unos preceptos matrimoniales; como Erasmo, que también compuso un libro del matrimonio, y Francisco Bárbaro otro, *De lo que toca a la mujer*, que en hartos lugares es de una lamentable vacuidad. No precisan auditorio, ni preceptor, ni disputas, sino coloquios tranquilos con padres de familia prudentes, como lo es la plática de Sócrates con Isomaco, según la refiere Jenofonte.

La república se ordena a la quieta y sabrosa convivencia, para que los ciudadanos se presten gustosa y benévola ayuda mutua. La bienquerencia se extiende con el intercambio de servicios útiles y el amor mutuo es el guardián seguro de la quietud. Mas donde no hay amor, pasa a ocupar su vacío la cumplidora justicia, no aquella blanducha e inerme, sino aquella otra que anda armada de poder coactivo para atajar los ánimos soliviantados. Y puesto caso que no siempre puede un ministro de justicia solo estar atento a todo cuanto en su ciudad implora el brazo justiciero, fueron elegidos otros funcionarios con paridad o disparidad de poderes, que se lla-

man magistrados y jueces. Esta es, pues, la configuración de la república; ésta la misión e incumbencia de la filosofía política: cuáles conviene que sean los sentimientos de los ciudadanos entre sí; de los súbditos para con los príncipes y los magistrados; de los magistrados entre sí y para con los súbditos, y en qué obras y realidades se traducen estos sentimientos. Con sólo decir que cada una tiene derecho sobre una cosa o sobre los hombres, ya se introducen leyes, pues la disciplina política informa los ánimos y las costumbres de la ciudad, aun cuando no raras veces se influyen mutuamente, pues muchas leyes provienen de la política, y viceversa. Tampoco aquí exigimos maestro ni discusiones, sino aquella observación que al principio dijimos de los afectos del ánimo y de las costumbres; de ahí la práctica en el foro y en la curia.

Platiquen de vez en vez tranquila y apaciblemente los ancianos entre sí de las cosas de la república, admitiendo a los mozos a esos coloquios para que de ellos aprendan experiencia política y gravedad de costumbres. En esa gravedad, como discretamente dice Cicerón, no encajan bien las discusiones. Por esto es que los temperamentos cavilosos y tesoneros no son idóneos para los consejos públicos, pues no hay en la vida y en la moral humana cosa alguna a la que de puro cavilar no se le pueda dar una interpretación aviesa. Preocuparse más de la victoria polémica que de la verdad, estraga la prudencia, como dijo el mismo Cicerón. El gobierno y administración de la república exige criterio sano, íntegro, más macizo que agudo y sutil; temperamento frío y cauto que hervoroso y precipitado; que recoja buenamente lo que se dijere en el Consejo y piense muy maduramente la cosa antes de manifestar su parecer. Colóquese fácilmente al lado del que mejor pensare, no a regañadientes y a través de espinosas sutilezas, más deseoso del bien común que pagado y enarcisado de su reputación personal. Por todas estas causas, el pueblo romano fué mejor que el griego para la gobernación de los pueblos, y las gentes del septentrión, más que las meridionales, pues hartas veces el pueblo ha de ser pesado en la balanza del carbonero y no en el platillo tan sensible con que el orífice pesa los metales preciosos. El que rigiere cualquiera agrupación humana, en ningún caso debe ignorar que él viene a ser el arquitecto de aquella construcción, como sabiamente enseña Aristóteles, a efecto de imponer lo que importe que se haga en la ciudad. Por eso le conviene conocer, si no singularmente y con exactitud, al menos en general y de una manera sumaria los objetivos de las disciplinas y de las artes todas; su origen, su finalidad, su materia, sus obras, así de las manuales como de las que sólo ponen a contribución el ingenio, para conocer a ciencia cierta lo que hasta qué punto y de qué manera ha de ser admitido en la ciudad y lo que de la ciudad ha de ser alejado.

En la antigüedad, el que primero madrugó en escribir de la república fué Platón. Según su pensamiento, entonces sólo vivirán de veras los hombres, cuando existiera una ciudad habitada exclusivamente de sabios. Eso mismo acontecerá en *Utopía*, de Tomás Moro. Con todo, debe leerse la *República*, de Platón, y las leyes que para ello dictara, como asimismo también esa *Utopía*; de ambas obras se podrán sacar no pocas enseñanzas muy útiles para

el gobierno de las ciudades. Los ocho libros políticos de Aristóteles contienen mucho más de lo que conviene a hombres de ingenio y de costumbres ya probadas en la experiencia, como fué aquel varón prudentísimo y riquísimo de sentido común. De muy apacible lectura son los tres libros ciceronianos *De las leyes* y no carecen de fruto; pero echamos de menos su tratado *De la República.* Isócrates da preceptos al rey Nicocles y también a sus vasallos en su obra *Simmaquico*, basada toda en lugares comunes, como él suele. La *Ciropedia*, de Jenofonte, aun cuando fué ponderada con los más subidos encarecimientos por Cicerón y otros antiguos, a mí se me antoja excesivamente marcial. Agapeto dirigió al emperador Justiniano determinadas enseñanzas políticas en su tratado *Del rey.* Erasmo escribió la *Instrucción del príncipe cristiano.* De Francisco Patricio leemos dos obras de buena proporción, acerca de la *República y el Reino*, donde hacinó los dichos y hechos de muchos y de su propio caudal apenas puso nada; vacío y perezoso en muchos lugares, porque acarreó sin tino y sin crítica, cualidades estas dos obligadas en la aportación de los ejemplos. Esta arte es la de los príncipes, consejeros, jueces y, en fin, de todos los que tienen mando en ciudades y en naciones.

Allegadizas a la forma de la ciudad son las *leyes*, cuyo origen y proceso es éste, aproximadamente: las ciudades y todas las agrupaciones de seres humanos están unidas entre sí por el aglutinante de la equidad, que es la conservadora, y el alma de toda sociedad humana. Qué cosa sea la auténtica equidad, lo descubrirá la razón, y no una razón cualquiera, sino la pura, la grande, la movida por una gran fuerza natural o ilustrada por los avisos de la sabiduría. Aquellos a quienes perturban las pasiones o son lerdos de juicio o no les levanta precepto alguno filosófico, dificilísimamente llegan a la intuición de la equidad. Aquellos espíritus superiores que de tarde en tarde aparecen en el seno de los pueblos distribuyen, digamos, el manantial augusto de la equidad encauzándolos como por arroyuelos, según los lugares, según los tiempos, según el carácter de los hombres, para la conveniencia de la sociedad presente; esa distribución se llama ley. El que obliga coactivamente a la obediencia de la ley, se llama *juez*, como quien dice, *ley parlante.* Queda, pues, en claro que le toca al filósofo ocuparse de la equidad y de ella derivar las leyes, y no puede ser de la incumbencia de ningún otro arte. Existe constancia de que quienes en la antigüedad dictaron leyes a los pueblos fueron filósofos, verbigracia, Dracón, Solón, Licurgo y todos cuantos enseñaron el arte de organizar y gobernar repúblicas y ciudades.

CAPITULO IV

MISIÓN DE LOS JURISCONSULTOS. CONVENIENCIA DE LA CREACIÓN DE UNA NUEVA ARTE QUE SE DENOMINARA DE LA JUSTICIA. CUALIDADES DE LAS LEYES; QUIÉN ES SU INTÉRPRETE IDÓNEO Y CÓMO DEBEN ENSEÑARSE

Aquellos que conocen esas leyes ya promulgadas y recibidas y las interpretan, llámanse *jurisconsultos*, porque a ellos acudimos en súplica de que nos declaren cuál sea el derecho establecido en cualquiera situación. Si alguno piensa que va a desempeñar satisfactoriamente su deber de jurisconsulto con sólo que

tenga aprendidas estas leyes, de guisa que las retenga no más que en forma de índice, ese tal no ha menester ninguna de las otras cualidades, ni siquiera talento alguno, ni aun criterio. Pero si la misión y la profesión del jurisconsulto verdadero y perfecto consisten en declarar y desenvolver el sentido y la intención de las leyes y en qué consiste en cada ley la *equidad*, es decir, *cuál sea su vigor, cuál su vida, cuáles conviene que se conserven en todo tiempo, cuáles conviene que se declaren caducadas*, la persona que ejercite esta arte necesita la filosofía, la natural, medianamente; la moral, completamente y en absoluto. Pórtese en todo caso no como sacerdote o religioso profeso de las leyes romanas o españolas, sino cual quieren Celso y Ulpiano, como sagrado ministro de la *bondad* y de la *equidad*, cuya arte deseara yo verla reglamentada por grandes y honrados ingenios y que la aprendieran los jurisconsultos futuros y gozárame de que se llamara *Arte de hacer justicia*, para evitar que en cada una de las ciudades estallara una tan viciosa y frondosa vegetación de leyes, que se sobreponen y se embarazan las unas con las otras, sin fin y sin efectividad. Cicerón, por boca de L. Craso, dice que él alguna vez tuvo el proyecto de disciplinar y sistematizar el derecho civil, asignándole géneros y luego fórmulas que de los géneros dependiesen, pero lo hace, como dicen, a volapié, en ante proyecto y como en conjunto, según ocurre con otras iniciativas en aquella misma obra. También Aristóteles insinuó algunas sugerencias, pero abstrusamente, como es su costumbre, con alusiones a la geometría y a la aritmética.

Con todo pudiera esto realizarse más cómoda y prácticamente, declarando, primero, lo natural; es decir, aquello que se conforma con el sentir de todos los hombres; a continuación, aquello que admite variedad de opiniones, una parte de lo cual se aviene al recto juicio de la mayoría y otra parte descansa en la costumbre y se trueca según los tiempos, los lugares y las personas, y respecto de lo cual existen discrepancias, pues cada uno es señor de seguir su opinión personal. Estas cuestiones opinables debieran relegarse al juicio de los hombres prudentes de cada ciudad. Por lo que toca y atañe a lo otro, débese recapacitar cuál sea la relación del magistrado con la persona particular, cuál sea su incumbencia, cuál su facultad y hasta dónde está permitido que se extienda; cuál sea la obediencia que la persona privada debe al magistrado, cuál el acatamiento y reverencia que le debe; precedencias entre los respectivos magistrados y cuyas atribuciones son en la república más necesarias o más respetables relaciones de los particulares entre sí, en compras, ventas, alquileres, truecos, donaciones, aceptaciones, promesas; en procurarse y conservar lo que les fuere de provecho y en alejar lo que puede irrogarles perjuicio; los premios y honores a conceder a los que beneficiaren a la colectividad y las penas y castigos a los que la perjudicaren; el procedimiento a seguir en los litigios, ora exijas daños y perjuicios, ora reclames simplemente lo tuyo; las maneras de defensa, de aceptación o de negación, y a qué norma de éstas enseñan la naturaleza y la recta razón a que debe cada asunto acomodarse, en general o particularmente, según las características de los lugares, de los tiempos, de los hombres,

Antes que nada, sean las leyes conocidas de todos. ¿Quién hay que de buena gana se entrega a un guía o a un guardián desconocido? ¿Y qué iniquidad no es que el delito no sea excusado con la ignorancia de la ley, puesto que las leyes se ignoran? Establecer leyes desconocidas es poner lazos y trampas, no entregar una inequívoca norma de vida. Menos ocasionada está a cavilaciones y a sutilezas engañosas la cosa que para todos está clara, pues las asechanzas, como las sabandijas, anidan en recovecos oscuros y aviesos, no a plena luz, ni en lugares obvios y frecuentados, expuestos a las miradas de tantos ojos y de tantos árbitros y testigos como son los que ven lo que se hace. Y serán las leyes conocidas, si estuviesen formuladas con palabras breves y tajantes, como lo están las leyes del mejor y más sabio legislador, Dios y de sus discípulos. Si la cosa queda expresada con las más apropiadas y contadas palabras que sea posible, ya se habrá dicho todo lo que será suficiente para concretar la equidad. Todo lo demás dejaráse a la benigna interpretación en el sentido de que lo equitativo y lo bueno tenga toda su fuerza y todo su prestigio. De lo contrario, si todo lo vamos puntualizando en largo y minucioso discurso, parecerá que lo hemos querido explicar todo implacablemente, sin dejar nada a las sanas y discretas interpretaciones. Así que la ley no tendrá más valor que el que pudiera expresar de palabra el que la dictó. Y, puesto que no hay elocuencia de tanto alcance, que pueda circunvalar el inconmensurable piélago de la equidad, ocurrirá fatalmente que si se excluye el templado gobierno de la equidad y de la bondad, irán a ocupar su vacío las cavilaciones, los engaños, los fraudes, las paranzas, cosa que por desgracia vemos que ocurre todos los días en aquellas leyes y disposiciones que quieren prevenir todos los casos posibles. Hacer esto es, ni más ni menos, que abrir numerosas ventanas y facilitar infinitos accesos a la mala fe. Formúlense en la lengua del pueblo, con la mayor claridad y transparencia posibles. Y si, como suele acontecer, por el transcurso del tiempo, se oscurecen los términos de la ley, aclárense estos términos o se les sustituya por otros actuales, de uso corriente y moliente.

Acertó a ver esto la previsión y el puro espíritu de justicia que animó a los legisladores primitivos, que daban a los niños para que las aprendieran en sus juegos las leyes de las *Doce Tablas*, aun en los días de Cicerón, a casi cuatrocientos años de fecha. Esta práctica demuestra cuán fácil era su lenguaje y el cuidado y voluntad que ponían aquellos antiguos en que la norma de vida fuese familiar a cada uno. Sean las leyes blandas para los flacos; robustas, para los recios; severas y fieras, para los pertinaces; que éste es el procedimiento del político ideal, como en elegante verso expresó el sabio poeta Virgilio: *Imponer las normas de la paz; perdonar a los vencidos y debelar a los altaneros.*

Fomenten y alienten las leyes la pública quietud, sean ásperas y desabridas para los que la perturben, como son: los delatores, los calumniadores, los que muy de grado y por causas baladíes promueven pleitos a efecto de que, según el aviso de Isócrates, los hombres se persuadan que el litigar acarrea daño y el no litigar granjea provechos. Y no solamente pondrán empeño que la concordia sea mantenida en-

tre los ciudadanos, sino con todo el género humano, a quien la regeneración mística prescribe que se les tenga por conciudadanos, con tanta o mayor fuerza que la generación local.

Y no habrá ley que consiga tan eficazmente este ideal de convivencia, como si se acomoda al único precepto cristiano de la caridad recíproca entre todos los hombres. Por esto no deben ser autorizadas las leyes útiles a los nacionales y perjudiciales a los extranjeros. Dado caso que en las ciudades morigeradas son bastante pocas las leyes y, aun ninguna, y al revés, en las ciudades ariscas, donde reina la inmoralidad, no hay leyes que basten por grande que fuere su número, hase de cuidar no sólo en la constitución de la república, sino por mandato de la ley, a la cual dan los hombres gran importancia por su poder coactivo, que la educación de la niñez sea pura e incorrupta y que en las personas adultas y en toda la ciudad, las costumbres sean honestas, sobrias, verecundas, proponiendo, a este fin, premios y castigos. Sabia y excelentemente dijo Jenofonte en la *Ciropedia*, que en castellano suena la *Crianza*, de Ciro:

«La más parte de las ciudades, sin una centella de solicitud por la formación de la niñez de sus ciudadanos, ni sin precepto alguno sobre la conducta moral de las personas mayores, les mandan no hurtar, no robar, no allanar morada ni violentar puerta alguna, no causar herida a quien no se debe, no adulterar, no desacatar al magistrado y evitar otros desafueros semejantes. Si alguno contraviene estas ordenanzas, tiene apercibido el castigo. Mas las leyes de los persas previenen los delitos de los suyos, pues de lo que se preocupan muy de temprano es de que no tengan voluntad de cometer acción fea o pecaminosa.» Esto dice Jenofonte. Y no con menos sabiduría se expresó aquel filósofo que, preguntado cómo un padre tendría buenos hijos, respondió que educándolos en una ciudad morigerada.

Por lo que toca y atañe a las leyes antes de sancionarlas y hacerlas efectivas, conviene que sean meditadas y aprobadas tras madura deliberación con el pueblo. En esta deliberación y consulta hase de atender a la actualidad de las circunstancias. Promúlganse para un tiempo indeterminado o para un plazo fijo y para una localidad concreta o para un hombre preciso o un municipio particular; y en este caso, la ley toma el nombre de privilegio. Si la ley agradare, expóngase al público, por espacio de algunos días, que en Roma era de tres, porque si en algún detalle o en su totalidad pareciere poco equitativa, llame sobre ella la atención del magistrado. Pasado este plazo, quedan las leyes firmes y ratas; redáctense cuidadosa y distintamente; guárdense en el archivo del pueblo, en lugar seguro y no expuesto a ruina y, muchísimo menos, a incendio. Llévense en dos registros: el uno contenga las leyes escuetas, y dense al pueblo toda clase de facilidades no solamente para leerlas, sino también para copiarlas si lo deseare. En el otro registro consten las leyes con las razones y causas que las motivaron, a efecto de que por ellas, al albedrío de varones sabios, se vea si conviene derogar alguna o introducir en ella enmiendas o innovaciones. La razón es quien dicta la ley; cuando ella falta, será cuerdo que desaparezca la ley que por aquella

razón fué dictada. Demás de esto, la razón hará que la ley sea mejor comprendida.

Pero nuestro ingenio adolece de tal embotamiento y rudeza y de tal deficiencia de expresión, que no acertamos a explicar cosa alguna con tanta claridad y lucidez que para muchos no resulte complicada y envuelta. Ello hace que sean menester intérpretes. Puesto que el derecho civil debe mirar a la concordia de los ciudadanos, aquellos que tienen el deber de interpretarlo y pronunciar acerca de él como quien dice oráculos que nadie pueda mover aprenderán los medios de conservar aquella concordia al abrigo de todo ataque, luego de tener bien conocidos, así la naturaleza humana y el genio y costumbres de muchos pueblos, y principalísimamente la idiosincrasia de su ciudad. Ello se conseguirá viendo mucho, oyendo mucho, observando mucho, leyendo los hechos de los mayores y las variedades de épocas y mudanzas que acaso en algún tiempo experimentó la república. Para esta empresa, como de un condimento y sazón indispensables, se tiene necesidad de un grande y robusto juicio para tomar nota y formar criterio de cada particularidad. No sin razón atribuyóse la *prudencia* a ese linaje de hombres y su profesión fué denominada *jurisprudencia*. Sean muchos los que conozcan esta arte, pero profésenla pocos, a saber: aquellos que tuvieren la autorización del Senado o del Príncipe, como en Roma en tiempo de los Césares. Sean éstos quienes interpreten las leyes por escrito, a intimación del juez, de viva voz consultados por el pleiteante. Consignen por escrito sus interpretaciones si les pluguiere, pero en una lengua algún tanto hermética y sólo conocida de los doctos, no a tenor de sus opiniones o preferencias personales o ajenas, sino aplicando la razón por manera que no tengan más fuerza que la que la razón les atribuyere. No se escriba una palabra más; ni se sutilice en la casuística, que, como es inacabable y dudosa, es también baldía e inútil.

Este será el camino de enseñar y de aprender. A los más graves varones estén abiertos aquellos libros de las leyes y de sus razones y causas de que hablaba yo poco más arriba. Estos, en determinadas épocas del año, a su mayor comodidad, reúnanse amigablemente, y en pláticas apacibles discurran acerca de aquellas leyes; cambien impresiones y truequen razones sobre la conveniencia de abolir las que van quedando anticuadas y de renovar y de rejuvenecer las que tal vez han ido envejeciendo; eleven esas observaciones al príncipe, al magistrado o al Senado. De esta guisa eran los *tesmotetas* de Atenas, cuando esa República subsistía. A estos ancianos se les acercarán, cuando tuvieren oportunidad, mancebos estudiantes de Derecho, como de Quinto Escévola se cuenta; oiránles responder a los consultores de Derecho. Por separado, les expondrán las causas, y como las fuentes de las leyes, aquellas que dieron los que las dictaron o las suyas personales o de los intérpretes primitivos. Y ellos disputarán entre sí con coloquios templados y graves sobre la congruencia de las leyes con la razón y con la equidad, que viene a ser su principio vivificante; sobre si ya periclitaron la causa y la razón de imponer las leyes. Esto se hará, no en un acto público ante una concurrencia numerosa fácil al apasionamiento, bajo

el estímulo y la acucia de la vanidad y del alarde. Esto entraña un peligro para los contendientes de arrogancia y para los oyentes porque se tornarán menos obedientes de aquella ley de la cual hubieren entendido que tiene en contra suya una razón fuerte ante la cual solamente se inclina con obsequio dócil el ingenio humano. Además de esto, esa suerte de altercados enseña muchos procedimientos de torcer las leyes y de provocar y de mantener y de prolongar los pleitos, de lo cual acerbamente sufre la concordia, que es el bien principal de la sociedad.

Entre todas las leyes escritas que conocemos parecen sobresalir las leyes romanas. En hecho de verdad son las más indicadas para la convivencia humana, para obligar y para aquietar, para apartar a los hombres del crimen y porque nadie ose asociarse con otro para la injuria y el daño ajenos. Afuera de esto, están redactadas grave y doctamente, con palabras castizas propias, lúcidas, evidentes, dispuestas por los colectores con harto tino y eficacia didáctica, salvo que a veces aquella corrección primitiva, para los que han venido después, supone alguna oscuridad, y la gran ignorancia en que estuvimos de aquellas remotas edades, aquello que no entendió, lo averió y vició, pero puede restituirse a su autenticidad primitiva por el códice que dícese que de Pisa fué trasladado a Florencia, que algunos creen ser el original; lo que no ofrece duda es que es sumamente antiguo y más castigado que cualquier otro. Añádanse explicaciones breves y claras; aun cuando para algunos pasajes es un empeño casi imposible por el embrollado contexto del lenguaje y por el significado de algunos vocablos caídos en radical desuso.

El ejercicio consista en dar la razón de las leyes por la razón y la equidad; del por qué cada una fué dictada y sancionada. Como esta tarea es propia de los grandes ingenios, conviene también a la más exquisita prudencia, y que en todos los demás negocios sea nuestra guía la razón a cuya luz lleguemos al conocimiento de la justicia perfecta. En cada una de las artes no han de ser leídos sólo aquellos autores que recomendamos y casi impusimos, pues no tengo la menor duda que se nos escaparon algunos muy merecedores de que se les conozca, y después de nosotros existirán otros que podrán parearse con los mayores, o acaso les superarán. Pondrán los maestros el más vivo celo en degustarlo todo personalmente, e indicarán a los alumnos que tienen bajo su dirección lo que deben aprender, los autores que deben leer, los que deben tener en su biblioteca para la oportuna consulta y aun a veces para decoración de su vivienda y henchir los huecos. Aquel que, acuciado como por un divino impulso, no podrá ser detenido por los bajos cuidados de este mundo, y con poderosa ascensión se remontará a la comunicación con el Cielo, ¡feliz él y amado de Dios! Este se encaramará a las soberanas cumbres de la Teología. A este ser de predilección no he de hablarle yo como a los otros ya cansados de carrera tan prolija. Esto exige su propio cuidado. Algún día volveré a hablar, si a Dios place, cuando tenga holgura, refrescado el ánimo y con amor más fervoroso de las musas, pues esta materia es más amplia y augusta de lo que los hombres se imaginan.

VIDA Y COSTUMBRES DEL HUMANISTA

CAPITULO PRIMERO

MULTITUD DE CONOCIMIENTOS QUE SE ESCAPAN AL HUMANISTA MÁS CONSUMADO; MOTIVO POR EL CUAL NO DEBE TENER EMPACHO DE APRENDER DE QUIENQUIERA QUE SEA. LOS CUATRO ELEMENTOS EN QUE SE BASA EL HUMANISMO. NO HAY COSA ALGUNA EN EL HUMANISTA DE LA CUAL PUEDA LÍCITAMENTE GLORIARSE. DEBE ESTUDIAR PARA SU PROPIO PROVECHO Y AUN PARA LA UTILIDAD AJENA. EVITE LA PESTÍFERA LISONJA Y LA GLORIA HUMANA, POR SER VANA Y POR SER HUECA

Acabada la carrera y recorrido el anchuroso estadio de las letras humanas, declaremos ya de una vez lo que, en nuestro sentir, tiene que hacer el humanista; cómo debe pasar el tiempo que la vida le reserve, aisladamente, consigo mismo y en relación con los otros; en la profesión y práctica de su arte y en el ejercico de su enseñanza, cómo se comportará con los que profesan esa misma arte y disciplina y cómo recibirá las opiniones y censuras que le afecten; qué forma escrita dará a sus lucubraciones y cómo las transmitirá a la posteridad. No seguirá cada una de las disciplinas por el mismo orden con que las hemos ido estudiando, por manera que, luego de haber pasado a un estudio posterior, piense ser pecado vitando volver los ojos al anterior. Relacionará unos estudios con otros, pues todos ellos tienen entre sí alguna coherencia y parentesco. Volverá a tomar en sus manos algunas de ellas, porque de ellas tendrá necesidad inmediata, y tomará algunas otras para alivio y recreación del agobiador trabajo presente. Será afanoso de saber y jamás le pasará por las mientes haber llegado a la cumbre y al cabo de la erudición. Rebosa muy aguda verdad aquella sentencia de Séneca, a saber: que muchos pudieran buenamente llegar a la sabiduría, si no se hubieran persuadido de haber llegado ya. Y el mismo Séneca, en una de sus cartas a Lucilio, dice: *Debes ir aprendiendo mientras durare tu ignorancia;* y si creemos el proverbio, *mientras durare tu vida.* En realidad, no hay en la Naturaleza conocimiento tan asequible y fácil que no pueda entretener todo el espacio de la vida mortal. No se correrá el hombre deseoso de saber de aprender de quienquiera tenga algo que enseñar. ¿Por qué sinrazón un hombre ha de avergonzarse de aprender de todo hombre, siendo así que el género humano no se avergonzó de aprender muchas cosas de las bestias? Débese estudiar con tal templanza que el ingenio no quede aplomado y sepultado bajo la pesadumbre de la tarea. Débese tener mucho tiento con nuestra salud y la de aquellos que están confiados a nuestra vigilancia.

Acontece que los sabios, cuando entienden que llevan ventaja sobre los demás en ingenio, en consejo, en conocimientos o al menos así se lo imaginan, toman grandes humos y tufos y copetes, como si ellos, hombres, estuvieran condenados a vivir entre bestias. Es una cosa increíble el empuje y la valentía con que

se empina la arrogancia. Santamente dijo el Apóstol San Pablo que la *ciencia hincha a los hombres y la caridad los edifica*. Meterá los ojos en sí mismo el seguidor de la sabiduría y no dará mayor asentimiento al testimonio ajeno que al incorruptible y callado testimonio de su conciencia. Ponderará consigo mismo con frecuencia la gran muchedumbre de cosas que ignora y que los otros no tienen la menor duda que las sabe. ¡Cuántas veces se deja alucinar, cuántas veces resbala y se engaña y se aparta de la verdad a una distancia infinita! No sin una muy grave causa y razón Sócrates, a quien el unánime consentimiento de toda la Grecia llamó *el sabio* por antonomasia, pregonaba con una total convicción que ni él ni ningún otro sabía cosa algua, afirmación rotunda que hizo suya luego una muy nutrida secuela de filósofos, que la retiene con muy consecuente tenacidad. Y con efecto, si uno examina de asiento una cosa tras otra, hallará que nada es por nosotros conocido con mayor certidumbre que la religión. Merecidamente alábase la famosa sentencia de Teofrasto: *Que todo cuanto saben todos los sabios juntos es una muy pequeñísima porción de lo que ignoran*. Ahincar más en esa triste verdad no entra en mi actual propósito. ¿Y qué, si, por decirlo así, pondera y analiza todas las cosas una por una y las sujeta a un estrecho y delgado examen? ¡Cómo aquellos títulos ambiciosos y magnificientes comenzarán a envilecerse ante sus ojos! Las *lenguas*, ¿qué otra cosa son sino voces? ¿Ni qué importa, prescindiendo de las disciplinas, que sepas griego y latín, español o francés? La *Dialéctica* y la *Retórica* son instrumentos de las artes, no artes propiamente, y mejor las enseña la Naturaleza que el maestro. La *Filosofía* afiánzase toda en opiniones y conjeturas de verosimilitud; exponerlas metódicamente no es propio de este lugar.

Pero bien; seamos generosos y concedamos que sabes algo de cierto y averiguado: ¿ignoras por ventura que lo sabes por la bondad ajena? ¿Por qué te engríes de un vestido que se te prestó? Si algo bueno tienes, ajeno es; si algo malo, eso es tuyo exclusivamente. ¿Veste instruído? Don de Dios es, a quien desplaces si no reviertes sobre El la gloria que de ahí recabas. A mí no me repugna que un varón docto se reconozca tal y aún más sabio que los otros, pues ni fuera docto ni sabio si ello no le viniera a los ojos. Lo que quiero es que reconozca cúya es aquella sabiduría y que la refiera a Aquel de quien la recibió y de quien la posee como en depósito. Cuando se dé cuenta de la admiración que produce, no se detenga en sí mismo, que es muy peligroso este alto, ni derribe sus ojos al suelo para aplaudirse y halagarse a sí mismo con aquel honor que los hombres le tributan como si lo hubiera granjeado por su propio merecimiento y valía; lo que equivale, en expresión de Job, *a besar su propia mano, que es la más grande iniquidad y una negación contra el Dios altísimo*. En cuatro elementos estriba la erudición; conviene, a saber: ingenio, juicio, memoria, estudio. Y dime, por favor: los tres primeros, ¿de dónde los tienes? De Dios los tienes, ¿no? Si alguna partícula de alabanza corresponde al varón docto, recábase del postrero, recábase del estudio, que es el de menos valor y el más baladí de todos. ¿Y qué decir, si a él te ayuda tu constitución física, no pesada ni tor-

pe, y también la salud, cosas ambas que son dones muníficos de Dios?

¿Qué cosa le queda, pues, al docto que sea completamente personal que pueda darle motivos de engreimiento? ¿Que lo quiso? Pero ¡cuántos hubieran igualmente querido si la bondad de Dios hubiera sido tan larga para con ellos como para contigo! Levántese, pues, el sabio muy por encima de esas rastreras alabanzas suyas a la contemplación de aquella santa y divina sabiduría, con cuyo más bajo fondo, como San Pablo dice, comparada toda la sabiduría humana, es pura locura. Despierte el alma dormida, avive el seso y considere que si los hombres se impresionan tanto del aspecto de una gota pequeñísima, ¿qué harían si se les concediera aquel eterno y copiosísimo manantial donde todas las cosas tienen su origen? Tras esto, adore con espíritu de humildad al soberano Autor de tantos dones con hacimiento de gracias, porque se dignó concederle sus dones con mayor largueza que a los otros y por haber querido que fuese él instrumento de alguna parte de su consejo y de su obra, pues todos nosotros somos instrumentos de su voluntad. Por todas estas consideraciones, no haya hombre mortal dotado de tanta erudición y conocimiento de las cosas que piense que Dios necesita de él para dar efectividad a sus soberanos consejos. En primer lugar, porque es de la más desmesurada arrogancia el pensar que tú puedas dar algún rendimiento que no sea capaz de darlo ningún otro si a ello aplica su interés y su atención, y después, que Dios no necesita para sus actuaciones más instrumentos que del barro para iluminar los ojos del ciego, y de las piedras con que suscitar hijos de Abrahán y que escogió lo flaco del mundo para confundir lo fuerte. Y si tú, varón descollado e ilustre, por tu sabiduría saliste tan grande por beneficio de Dios, no cabe duda que, si en cualquier otro depositare semejante favor, resultará semejante.

Por todo esto, débese pedir a Aquel que todo lo da con mano larga y por medianería nuestra ejecuta todo cuanto le parece bien, que nuestra erudición nos sea especialmente provechosa; que no nos haga instrumentos para el bien ajeno y para perdición personal nuestra; que no nos acontezca lo que a los malos médicos que curan a los otros y a sí mismos no se curan, o a los que tañen la trompa bélica y exhortan a los otros a la pelea en que ellos no participan, o a los caudillos que alumbran a los otros mientras ellos se consumen en su propia lumbre. Así que todas las veces que nos recojamos para el estudio, inaugurémoslo con la oración, como es fama que lo hicieron Santo Tomás de Aquino y otros muchísimos varones sabios y santos. Y lo que debemos pedir al Cielo es que sean sanos nuestros estudios, no dañinos a nadie y a nosotros y a toda la comunidad humana saludables. Por lo demás, si a todas las acciones humanas débese proponer una finalidad, con cuánta mayor razón débese señalar un blanco a los estudios para conocer a punto fijo adónde nuestra labor hace camino. Y no hemos de consagrarnos al estudio exclusivamente por el estudio ni porque el espíritu sin ley y sin riesgo se recree y goce con el placer vano de la contemplación egoísta y el conocimiento interesado de las cosas. Sócrates dice no tener tiempo para la interpretación de las fábulas poéticas, porque todavía no se conoce a sí mismo y es cosa ri-

dícula que quien no se conoce a sí mismo se meta a escudriñar lo ajeno. Y mucho menos el fruto del estudio debe medirse por el dinero que produzca, que los hombres sesudos consideran ser el más abyecto y el más indigno fin del ingenio y el que más se aparta de su verdadero y sano objetivo. No hay cosa tan ajena de las letras como la codicia o la preocupación del dinero. Si alguno pusiere en ello su mira, hará bien en abandonar instantáneamente el afán del saber que de buena fe no se confía sino a los pechos libres y exentos de aquella pasión.

Primero enriquecer, se dice, y *luego filosofar*. ¡De ninguna manera! Todo lo contrario: filosofar primero y luego enriquecer. Si enriqueces antes, no querrás filosofar luego; y andarás solícito y desalado en pos de la riqueza y distraído en mil vicios, ignorando el buen uso de las riquezas y horro y ayuno de toda filosofía. Pero si una vez filosofares, te será llano después el camino para enriquecerte lo bastante. Nadie puede alegar excusa de interesarse por la filosofía, puesto que ella misma le impele al estudio de la sabiduría. Tiene que filosofar el pobre, porque no posee para que la pobreza le sea más llevadera. Tiene que filosofar el rico, porque posee, y para administrar más cuerdamente sus bienes. Filosofará el que fuere feliz para gobernar con seso su fortuna. Filosofará el que fuere infeliz para soportar con resignación su infortunio.

Por lo que toca al ejercicio de las artes, cuanto mayor es el mal que su prostitución ocasiona a los hombres, tanto menos conviene que se ejerzan por la paga, como el Derecho, la Medicina, la Teología. El varón docto no trabajará por alzarse con el gobierno de la República, aun cuando debe desear ser provechoso a los más y no debe pensar nunca que ha nacido exclusivamente para sí mismo, como ya lo advirtió Platón, el filósofo de la antigüedad. A esto mira también aquello del Apóstol: *Si alguno apetece obispado, buena obra apetece;* cuando no para que al menos ocupe un bueno el lugar que un malo ocuparía. Con todo, no tiene la misma fuerza ni la misma gracia el intruso que el llamado. Si fuere llamado, estudie con diligencia las disposiciones de sus ciudadanos: si son sanos, si son sanables y si en algún punto puede serles de provecho, no rehuya el trabajo; pero si el esfuerzo que se hubiere de tomar había de resultar infructuoso y estéril, absténgase de él en absoluto, como dicen que hizo Platón, porque desesperó de reducir la mente de su pueblo a estado alguno de equilibrio y de salud moral.

Las más de las veces los corazones de los príncipes están de tal manera estragados, y por aquella embriaguez de la fortuna tan fuera de sí, que no puede reformarlos y mejorarlos régimen alguno, por ásperos y refractarios a toda medicina. Se les ha de dejar que campen a sus anchas aquellos *ciegos*, como dice Jesucristo, *aquellos ciegos y conductores de ciegos*. Convirtamos nuestros cuidados y nuestros desvelos al pueblo que es más tratable y se ofrece más obediente y dócil a las manos de quien le cura. Esto fué puntualmente lo que hizo el mismo Cristo, a cuyos ojos no vale más el príncipe más empingorotado que el villano más ruin. No hubo cosa que más desdorase y envileciese el lustre de las artes todas como la ligereza de determinados pedantes, que a todo pasto lison-

jearon a cualesquiera príncipes, de lo cual tenemos más ejemplos nuevos que viejos. No se abajan, no, a tan viles oficiosidades los sabios auténticos; mas el pueblo, en su sencillez, no hace tales distinciones, pues tiene por sabios a todos los que ve que hablan o que escriben en un idioma más o menos parecido al latín.

Pero los que hacen esto defiéndense con ese color y se excusan con que ellos deben no declarar como ellos son, sino demostrar cómo deben ser. Diluído y quebrado color es éste, que los otros no aciertan a descubrir. Por ello, condenan en bloque por lagoteros a todos los letrados, aun a las mismas buenas letras, y abominan de quien recomienda al príncipe malvado como el más virtuoso de los príncipes. Y aun el mismo príncipe, imbuído en aquella aviesa opinión de sí mismo, se convence que es en realidad lo que interesadamente se le dice. Así, de día en día se torna más arrogante y más intolerable y se obstina y encallece más en aquella norma de vida que le proporciona tanta gloria que los varones doctos estiman ser necesario que quede consignada y eternizada en monumentos literarios.

Si los varones estudiosos no se hubieran acostumbrado a adular a los príncipes, éstos harían mayor estimación y gozaríanse vivísimamente de ser alabados, según el dicho del poeta arcaico, por varones que merecieron alabanzas. La misma reprensión sería de mayor peso y de más activa eficacia y no fuera recibida la aprobación del varón docto con menos autoridad que el muy grave testimonio de un testigo insobornable. Y no menos los príncipes que cualquier otra persona privada considerarían que en esta vida es un premio asaz glorioso de su virtud merecer la aprobación de un doctorado en letras de humanidad; pero desgraciadamente hoy día tal andan las cosas que no conceden ningún valor a lo que saben que pueden comprar con un maravedí, con un desdeñoso mendrugo de pan. Así que cuando viniere el caso que tengamos que alabarlos, lo haremos con reservada parsimonia, de modo que entiendan que más se los exhorta y se los anima a seguir por el buen camino, que no que se les da el parabién por haber terminado su misión con buen suceso. Cuando presumas con algún fundamento que la severidad ha de hacerle bien, reprende sus vicios con libertad, sin excesiva acedía y sin asomo de indignación; pero si ves que no vas a recoger más que odiosidad, ceja en ese apostolado estéril. Nunca jamás te avilantes a dorar los vicios de los poderosos o de cualquiera que sea, por esperanza de galardón o por otra codicia inconfesable, porque ello es una maldad muy grande, pues con esa conducta consigues que obren mal con acrecida audacia ellos mismos y aun los otros, quién por su ejemplo, quién por la aprobación del hombre de letras.

Otros hay que, mediante el estudio, no cazan dinero, sino gloria. No tengo reparo alguno en afirmar la mayor generosidad de este empeño, que si en los años mozos es un muy activo aguijón de acciones honestas, en los años maduros puede ser causa y origen de muchos males, como en otro lugar demostré, porque hacemos todas las concesiones a los ojos de los que nos miran y ninguna a la conciencia, que es el juez más desvelado, severo e incorruptible que pueda existir. Así que muchas veces nos derrocamos

del castillo de la gloria ya granjeada, porque quien había juzgado falsamente de nosotros reconoce más tarde su equivocación o comienza a ser víctima de engaño el que nos había juzgado con acierto. Lo regular y más frecuente es que las opiniones erradas se truecan en mejores porque el tiempo confirma lo verdadero y macizo y disipa y consume lo que es huero e inane. Por esto, renuncie cada uno a la esperanza de conseguir gloria futura afianzada en el vano favor de los vivos y en cierto color y especiosidad de actos ilustres, pues tan pronto como cobraren sosiego aquellos movimientos pasionales, la cordura ocupa más congruentemente el vacío que ellos dejan. Por esto es que sabemos de muchos que en vida fueron muy considerados y loados, después de su muerte fueron vilipendiados y desdeñados. Allégase a esto aquello otro que poco ha decía, a saber: que el tiempo borra las opiniones erradas y corrobora los juicios rectos. ¡Cuán incierta es la fama y cuán endeble! Muchos que se prometieron la inmortalidad, no pudieron conseguir la duración como Apión el gramático, quien, según leemos en Plinio, decía garantizar la inmortalidad de aquellos a quienes dedicaba alguna obra, siendo así que no queda de él ni una sola letra. ¡Y cuán injusta es para con aquellos que la tenían bien ganada! Quedan las obras de Ovidio, y no quedan las de Crisipo y Crantor. Nos ha llegado todo entero Vicente de Beauvais; y nos llegaron despedazados Tito Livio, Polibio, Marco Varrón y el mismo Marco Tulio. No sin razón pudo escribir Marcial: *Libro que ha de vivir necesita de un genio que le defienda.* Necesita de un ángel de la guarda, para decirlo en cristiano.

Añade a todo esto cuán varia es. Una misma cosa, en otros tiempos y en otros lugares, parece fea y parece linda. ¿Y qué más si los más sensacionales descubrimientos quedan oscurecidos por el ingenio y las afortunadas tentativas de los que han venido después, por manera que a muchos de los que fueron primeros y sumos, los que les han sucedido con su grandeza y, por decirlo así, con sus gigantescas construcciones intelectuales les hurtan la luz? Pero santo y bueno que hayas conseguido la celebridad, la alabanza, la gloria, ¿qué pro te harán una vez que fueres muerto? Nada sentirás, nada sabrás de cuanto aquí se haga, ciertamente no más que el caballo que es proclamado vencedor en las Olimpíadas o la pintura de Apeles que contemplamos con tanta admiración. ¿Qué rendimiento da a Cicerón o a Aristóteles el nombre glorioso? ¿Qué ganan los otros ilustres por sus letras o por sus armas? Y aun en esa misma vida, ¿qué sabrás de tu gloria si estás ausente? ¿Y qué si estás dormido? Y por lo que se refiere al momento, fuerza es que los que te alaban delante de ti mismo, sean vanos ellos o lo seas tú, que oyes con gusto sus lisonjas. Y, en fin de cuentas, ¿qué dirán? ¡Qué saber el tuyo! ¡Qué elocuencia! Exclamaciones éstas que significan, traducidas a la realidad: ¡Oh hombre, más liviano que un vilo o una paja!, si te contentas con ese airecillo como premio de todos tus estudios. Pero si tú, con un enérgico desdén de todas las humanas alabanzas, quisieres servir a tu conciencia y por ella a Dios, ¡cuánto más sólida y más duradera gloria acarrearás si te alabare Dios vivo, mientras vivieres, presente en presencia tuya, inmortal a ti, que también lo eres;

Dios, que siempre te está mirando; Dios, que te va a juzgar, no por una falsa información, sino por tu propio testimonio: *No el que a sí mismo se alaba es aprobado*—dice el Apóstol—, *sino aquel a quien Dios alaba.*

Toda persona ilustrada debe pensar con frecuencia en la forzosa partida de este mundo y en la vida del cielo no fallecedera, y ello con tanta y tan continua intensidad, que llegue a hacerse familiar el pensamiento de la mente, cuyo recuerdo no produzca ya terror alguno. A seguida le vendrá a las mientes el soberano Juez, remunerador de cada una de las obras humanas, a cuya presencia él mismo, muy en breve, tiene que comparecer cuando acabe la comedia y la hipocresía de la vida, y cuya aprobación debe ser su afán único. ¿A quién desea hacerse acepto, si tiene un adarme de cordura, el reo o el patrono, sino a su juez? ¿A quién quiere agradar el atleta, el púgil, todo aquel que actúa bajo la mirada del árbitro? A un antiguo poeta griego que declamaba su poema, le abandonó todo el público; pero se quedó plantado en su sitio Platón y suplió él solo con enorme ventaja todo el pueblo ateniense. Y lo que fué Platón para el poeta desairado, ¿no lo será para nosotros Cristo, que es la Sabiduría de Dios? Gran cosa es, dice el viejo refrán, que un atleta sea del gusto de Hércules. ¡Cuánto más no lo será que nosotros lo seamos de Dios, de quien serás alabado tantas veces cuantas le hicieres una cosa grata! Y ciertamente ninguna cosa puede serle más grata como que pongamos nuestra erudición y todos los otros dones con que nos agració al servicio y provecho de los hombres, es decir, de sus hijos, a quienes El dispensó con mano larga bienes sin cuento para la recíproca utilidad y quiere que distribuyamos de balde lo que de balde recibimos de El, aun cuando de aquello mismo que nos dió con irrestañable liberalidad, nos devuelve compensaciones riquísimas. ¡Maravillosa benignidad de Dios, que remunera amplísimamente aquello mismo que nos dió gratuitamente, si se lo devolvemos!

Ese es, pues, el punto de todos los estudios; ése, el objetivo y la finalidad, a saber: que una vez buscadas y halladas las artes provechosas a la vida, las ejercitemos para el bien público, de lo cual se sigue un perdurable galardón, no para granjear dinero, ni para conseguir ventajas temporales o para encenagarnos en placeres que son deleznables y efímeros. ¿Es que acaso sería recta nuestra vida y rectos nuestros avisos si viviéramos sin más ideal que el del dinero y conmutáramos una tan rica dádiva de Dios por un precio tan ruin? ¿Vale este trueque la gloria? Mísero de mí si corro a sus alcances con la lengua fuera; puesto que es harto espinosa su posesión, es incierta, es fugaz y no hay servidumbre equiparable a la suya. Y más mísero aún si con una tan rica y sagrada presea merco los lisonjeros rumorcillos del pueblo y prefiero ser alabado de los mortales que del que sólo tiene la inmortalidad; de los necios, que de quien es la misma Sabiduría. ¡Ay, que con anzuelo de oro pescamos anguilas en descomposición!

Con absoluta pureza intencional deben ejercitarse las artes que llaman de humanidades para la misma utilidad práctica para que Dios las comunicó. Y no siempre se ha de aprender ni trasladar a la vida la doctrina. Infinito es por sí mismo cualquier estudio, pero con todo,

es deber nuestro quitar de él alguna parte para aplicarla al provecho y comodidad ajena. En este punto se requiere alguna prudencia, porque el ejercicio versa sobre cosas singulares y separadas, gobernadas por la prudencia, que es la estimadora y árbitra de todas las circunstancias.

CAPITULO II

EL HOMBRE DE LETRAS DEBE TENER SIEMPRE LA IDEA FIJA DE QUE LOS OTROS TODOS TIENEN SUS OJOS PUESTOS EN ÉL PARA IMITARLE O PARA CONDENARLE; MUÉSTRESE, PUES, TAL COMO CONVIENE A UN SABIO; ES DECIR, COMO IMITADOR DE CRISTO. QUIERA, SÍ, SER PROVECHOSO A LOS OTROS, PERO NO AMBICIONE UNA ESCUELA CONCURRIDA, Y TENGA TAL AFABILIDAD Y UNA ACCESIBILIDAD TAN ATRACTIVA, QUE LOS OTROS DESEEN TRABAR AMISTAD CON ÉL Y CONSERVARLA LUEGO DE TRABADA. DE LA CENSURA; MANERA DE ARROSTRARLA

Precisado a salir al encuentro y a la vista de los hombres el varón formado en letras humanas, salga apercibido y armado como para una lucha porque no sea presa de ninguna de las malas pasiones como de todos lados nos embisten y nos atacan. Quien tantas veces es escuchado de los otros, escúchese a sí mismo alguna vez; fortalezca su propio espíritu con grandes y eficaces pensamientos que le inspiren el desdén de las honras y dignidades humanas. Recuerde aquellas palabras brotadas de la boca del Señor, a saber: que es la sal de la tierra y es la luz del mundo; que no hay incongruencia mayor que el que la sal sea insípida o tenebrosa la luz. ¿Cómo pensamos que va a ser lo que con aquella sal se sazone o se alumbre con aquella luz? Salga, pues, aprovisionado y armado de razones con que pueda resistir los asaltos del enemigo agresivo y pugnaz; derrame a su paso verdaderamente sal y luz, por la compostura de su ánimo, por el dominio de sus pasiones, por sus palabras sazonadas de discreción y oportunidad, para que su saber no resulte extemporáneo e importuno y, por lo mismo, afectado y enojoso, sino que en todas las ocasiones en que se manifestare aparezca como una suerte de salud para los que estuvieren presentes. La modestia y la templanza decorarán los gestos y meneos de todo su cuerpo, y decorarán sus dichos y sus hechos la gravedad y la firmeza, para que pueda ser ejemplo a los otros para una semejante norma de vida. Mucho persuadirá su palabra, pero muchísimo más con la inocencia de la vida y porque más esmerado y puro le saliere todo, advierta en todo momento que no dice palabra ni hace cosa a la que no se le conceda autoridad y que no sea tomada como ejemplo y edificación por los buenos que piensan ser aquélla ley y canon de vida, y por los malévolos y envidiosos para el examen avieso y la crítica sombría. Por eso será más precavido en el obrar y más cauto en el sentenciar y en el hablar absolutamente circunspecto.

Por causa de ese humanista ideal, serán loadas las letras y las artes, y serán muchos los que, movidos de su ejemplo, se consagrarán a aquellos mismos estudios, cuyo fruto tienen delante de los ojos tan bello, tan envidiable. ¡Cuán gran motivo de empacho tienen las personas ilustradas al ver a otras personas por lo común de harto más pocas luces, que ejercen mayor sobe-

ranía sobre los movimientos de su ánimo, que ellos mismos, que andan rodeados de una nutrida escolta de preceptos de sabiduría. Por esta anomalía, hartas veces sufren baldón las humanidades y se hacen aborrecibles a muchos que llegan a pensar que vivirán más cuerdamente si no tienen de ellas la menor cata.

Por lo demás, aquellos bienes y ventajas que los varones doctos ofrecerán a las miradas de los hombres tengan más efectividad que alarde. Acaba por delatarse y descubrirse a sí mismo el espíritu de hipocresía, y resulta tanto más odioso y detestable cuanto más duradero y grave fué el engaño en que anduvo encapuzado. Poderosas y sólidas son las raíces de la verdad, y la luz, por más que se la oculte, siempre echa fuera de sí algunos destellos. Sabiamente dice Epicteto: Las ovejas no alardean delante del pastor de lo que han pastado cada día, sino que lo demuestran con sus productos: leche, lana, crías.

La turba de los estudiosos llama feliz y dorado al siglo en que hay mucha erudición. No es esto precisamente lo que hace feliz y dorado el siglo, sino lo otro, quiero decir, cuando los hombres doctos traducen a la realidad de la vida la doctrina que leyeron, que profesan, que preceptúan a los otros; cuando los que los oyen y los ven se sienten obligados a exclamar: *Estos son los que hablan como viven y viven como hablan*, cosa que dice Eusebio dijeron de Orígenes Adamancio los filósofos contemporáneos. No te avergüences de hacer con alguna desmaña lo que no puedes hacer mejor; avergüénzate, sí, de hacer mal lo que puedes hacer bien. Los personas letradas se mostrarán amables, afables, templadas, superiores a toda pasión torcida, y serán un vivo ejemplo de todo cuanto puede hacer la sabiduría si reina en el pecho del hombre, y cuán grande es la distancia que va del sabio al necio. En grandes e ilustres empresas conténtense con la generosa voluntad; no pretendan que se les tenga por grandes en todo: en las armas, en la jineta, en la caza, en la pesca, en la danza, en los juegos, en la dicacidad procaz o trivial. Esto es cosa de los eruditos entremetidos y trapalones, no de los verdaderos sabios; y pónense en ridículo aquellos que quieren juzgar de estas habilidades no menos que de la sabiduría, porque así como desde la luz nada vemos en la oscuridad, ni de la oscuridad en la luz, así no es de admirar que sufran alucinación los sabios, convertidos a las bagatelas. También los baladrones, en la sabiduría, andan a ciegas. La misión del erudito consiste en comunicar esa misma erudición en los otros y encender en las otras mentes lumbre de su misma lumbre. Por esto se dice en la visión de Daniel que quienes hubieren enseñado a muchos la erudición de la justicia, brillarán como luceros en perpetuas eternidades; y Nuestro Señor Jesucristo dice que será llamado grande en los cielos quien practicare personalmente los preceptos de la justicia y los hubiere enseñado a los otros.

En nuestra misión docente, ¿qué maestro hemos de imitar y seguir sino a aquel mismo Cristo que el Padre envió del Cielo para enseñar al linaje humano? Después de ese Maestro Divino, a distancia muy grande hemos de imitar a aquellos que siguieron las pisadas de Cristo. Cristo, aun cuando era la sabiduría de Dios, sólo reveló aquellas verdades que habían de apro-

vechar a quien las oyere, pero no las que descubriesen cuánta era su grandeza. Si hubiera blasonado de su gloria y hubiera querido manifestarse a Sí mismo, ¡qué maravillas no revelara que superarían todo alcance humano y aun angélico! Pero todas sus pláticas iban enderezadas a nuestro bien, no a la ostentación suya.

Tampoco hemos de buscar los regalos y deleites. Opina Plinio que en los estudios escogen la mejor parte aquellos que, no dejándose doblegar por ninguna suerte de dificultades, prefirieron la utilidad de la ayuda a la popularidad del agrado. Contentóse el Señor con poquedad de discípulos, mientras enseñaba al mundo la sabiduría de Dios y el camino de la vida eterna. ¿Quién podrá quejarse del número escaso de sus oyentes si el Autor del humano linaje se resignó a un discipulado de doce hombres? Está hecha más a servir a un auditorio nutrido la ambición que la serenidad de la enseñanza. Por lo demás, acerca de la escuela nos quedan esas sentencias de los antiguos, que son verdaderos oráculos: *Hase de enseñar sin querella, hase de aprender sin rubor; el maestro es siempre acreedor a la gratitud; nadie debe atribuirse a sí los descubrimientos ajenos.*

Pensará el varón sabio que ese mundo viene a ser una ciudad, de la cual él es ciudadano, o una mansión grandiosa, a cuya familia él pertenece; pensará que no importa la individualidad de quien dijo una cosa bien, siempre que esté bien dicha. Pensará que aquí se granjean aquellas riquezas y que aquí se dejan para el bien público; procúrense y comuníquense; su procedencia no tiene importancia alguna. Por todo lo cual, él atesorará erudición con el mayor empeño y ayudará bondadosamente a los otros para que también la atesoren. Puesto que tiene harto conocida y experimentada su flaqueza y su imbecilidad—pues de otro modo no podría llamarse ni sabio ni docto siquiera—, recapacite consigo mismo cuán gran ultraje inferiría al género humano si no quisiera que otro alguno fuera mejor o más instruído que él. Cicerón extrae de las obras de Platón una sentencia de Sócrates, de quien escribe que tenía costumbre de decir que le parecía consumada y perfecta su obra cuando uno de sus oyentes se sentía movido y acuciado por sus exhortaciones a la afanosa pesquisa de alcanzar y conocer la verdad. Nosotros emplearemos un símil más conocido: Necesita uno de guía todo el tiempo que ignora la senda; mas cuando la puede recorrer por sí mismo, más necesidad tiene de ánimo que de maestro. Manténganse los formados en letras de humanidad en sabrosa concordia y en buenas y corteses relaciones. Es cosa que no puede ser para nosotros más fea que los ladrones y los rufianes vivan entre sí en más amigable convivencia que los eruditos. Pero aun a los eruditos, género irritable, no faltarán unanimidad ni benevolencia, si cultivaren las disciplinas que son la base de toda formación humana, con integridad y rectitud de intención, no por la gloria, no por el logro, pues así que la codicia de estas cosas prevaleció, es muy difícil conservar una sociedad en sosiego.

En los certámenes escolásticos, al que cede y se inclina ante quien posee la razón, jamás se le debe motejar de vencido. Este nombre no puede ser más impropio ni puede estar más desplazado que en es-

tos pacíficos simulacros. No hay tal pugna ni son antagonistas los que mantienen opiniones diferentes. Este mote amarguísimo y antipatiquísimo trasládase con muy grande injusticia a una práctica gustosa y de suyo llena de benévola apacibilidad. ¿Qué unión puede concebirse más entrañable y más estrecha que la del ánimo y de aquel que lo forma y lo instruye para la prudencia o la virtud? No otra, a fe, que la del campo y la del labrador, por manera que no sin razón son llamados padres espirituales los que ejercen la misión de enseñar. Y lo mismo que pasa con la vista, ocurre con la mente: quien no ve con suficiente claridad, inclínese sin enfado al parecer de quien es más lince; aquél tiene la fortuna de poseer unos ojos más penetrantes y sanos, y éste un ingenio naturalmente más perspicaz o más afinado por la práctica, por los años, por la diligencia. ¿Y qué diremos si a veces mayor alabanza merece la animadvertencia, el despierto aviso, la sagacidad instintiva que no el ingenio, como ocurre en el hallazgo de una moneda caída al suelo y buscada por muchos?

Pero llámense como se quieran estas colaciones escolásticas: certamen, contienda, lucha, pugna, combate, puesto que ese concepto ha entrado tanto en el lenguaje corriente, yo pido por favor que cada cual pondere consigo mismo cuán grande beneficio sea desenvolverse y librarse de la tiranía de la ignorancia, que es la más grave y tétrica de las servidumbres. Sabiamente dijo Platón: «En una disputa importa tanto ser vencido como vencer, tanto más cuanto es mejor ser librado de un mal grande, que librar de él.» ¿Qué desgracia más mortal puede ocurrir a un hombre que el profesar una falsa opinión? Aun cuando en el concepto de algunos sea ello más glorioso para el libertador, no cabe duda que es más provechoso al libertado. Con más gusto y facilidad nos eximiríamos todos de esta plaga maligna de la ignorancia si las disputas fuesen menos espectaculares y no se diera tanta importancia al público que rodea a los polemistas y fuesen más una apacible conversación que una pugna enconada. Y si está bien que esa templanza se observe en toda disciplina, se impone poderosamente en la Teología, donde se combate con acérrima impiedad contra las verdades reveladas, y engéndranse dudas y escrúpulos en los pechos de los que asisten al apasionado duelo verbal acerca de cosas que deben tenerse por ciertas, fijas, inconcusas. El demonio, nuestro enemigo mortal, encona, irrita y agiganta esos escrúpulos, y los hombres prestan incautamente sus manos a esa obra disolvente, al esforzarse cada uno de los contendientes más en cimentar fama de su talento que en afirmar la verdad. Hay que ceder ante cualquiera verdad, no ya solamente religiosa y sagrada, sino profana también. Hay que obedecer al precepto del Sabio, que nos manda no contradecir por manera alguna a la palabra de verdad.

Las críticas bienintencionadas y comedidas son de todo punto provechosas a toda suerte de estudios si la opinión se manifiesta sin mengua ni daño del afecto, como dice Tácito. No hay en este punto cosa más perjudicial que confundir los signos de los juicios, como en la vida, de las voluntades; de modo que no se sepa lo que cada cual aprueba o reprueba, como ocurre en estos tiempos, cuando tan peligro-

so resulta hablar de cada uno. Tan irritados están los ánimos y tan apercibidos a la lucha, que ya, la más ligera alusión está expuesta a represalias, aun cuando tú te refirieras a otra cosa. La conciencia enfermiza y blandengue sospecha que es atacada no de otra manera que los caballos ulcerados se encabritan y rezongan así que oyen el sonido de la rascadera. Debe decirse que fueron muchísimos los que irritaron e incrementaron ese vicio, acosando con verdadera saña a sus contrincantes, no para poner de manifiesto la verdad, sino para magullar e infamar el nombre ajeno, empujados del odio o movidos por la esperanza de una falsa gloria, pensando que a ellos se les tendría por tan bonitos y tan distinguidos como feos y viles hubieren demostrado que eran los otros. Y a muchos les aconteció todo lo contrario de lo que esperaban, pues el candor, aunque sea inerudito, tiene en el concepto de todos su respeto y su alabanza, y la malignidad, por muy docta que sea, tiene su reproche ineludible.

¿Y qué? En medio de estos odios, ¡qué lesión tan grande sufren todas las disciplinas! Estos que tan fieramente riñen, esos capitales enemigos, pierden toda autoridad. Desmoralizan a los ingenios más nobles, puesto que asqueados de cosa tan ingrata como son ésas luchas perpetuas, como de gladiadores, con horror se apartan de tales estudios; piérdese todo el fruto que de ellos podría prometerse; oscurécese la verdad con preferir algunos la corrupción de las letras a su restauración si han de obrarla sus enemigos. ¡Qué maldad tan grande no es que la elocuencia, el talento y otros maravillosos y soberanos dones que Dios, por su bondad, concedió para el bien de los hombres, laboren y se tuerzan para su perdición! ¡Obrar el mal con los instrumentos del bien, esto no es ni aun de fieras silvestres, cuanto menos de hombres civilizados! ¡Cuánto más religiosamente se expresó Quintiliano, que era gentil, que nosotros cristianos! *Más les valiera a los tales haber nacido mudos y privados de razón, que trocar para su recíproca destrucción las dádivas de la providencia.* ¿Qué importa el arma con que acometes a otro, espada o pluma, si la voluntad de aniquilarle es la misma? Hartas veces produces más daño con la lengua o con la péñola que con el hierro, pues con el hierro no lastimas sino el cuerpo y con la lengua lastimas el alma. Humanidades se llaman esas disciplinas: hágannos, pues, humanos. Nos las dió Dios por su bondad; hágannos buenos. El que envidia a otro lo que Dios le ha concedido con largueza, ¿qué hace sino desaprobar el inviolable juicio de Dios y condenar la distribución de sus dones? Si bien, ¿qué cosa hay en que pueda nadie quejarse de Dios? ¿No se hubo contigo con largueza? Ves algunos que están encima de ti; pero dime: ¿a cuántos más ves que te están debajo?

Será el varón docto, mesurado y lento en el definir, y, de ninguna manera, pertinaz en el afirmar. Aquello que hubiere de reprobar lo leerá una y otra vez, lo meditará, lo rumiará por no aventurar en la condenación afirmación alguna temeraria. Menos circunspecto querría yo que fuese en la alabanza. Tome todas las precauciones por entender suficientemente lo que condena, no sea que aquel a quien va a señalar con alguna nota infamante tenga más razón a su favor que él mismo contra el supuesto hereje.

Más cuerdo sería no emitir veredicto condenatorio, que no recaiga sobre el mismo juez. Y si yo requiero en el varón letrado esta prudencia y esta bondad de corazón, ¿qué debo yo sentir lógicamente de aquellos que pervierten y falsean lo que está bien dicho para que se piense de ellos que atacan con razón sobrada? Si flexionar en mejor sentido es para muchos piadoso y utilísimo, no hay duda que será imperdonable bellaquería torcerlo en sentido peor.

Yo mismo vi muchas veces a Adriano Florent—que más tarde fué Sumo Pontífice—cuando no era más que simple deán de Lovaina, quien en las disputas públicas, cuantas citas aducían los contendientes de cualesquiera autores, interpretarlas indefectiblemente en favor suyo, y no desdeñarlas nunca, aun cuando fuesen de autores vivos, como de Jacobo Fabro Estapulense o de Erasmo Roterodamo. De los vivos hase de juzgar con precaución, y de los muertos, con reverencia, porque están ya exentos de la envidia y pasaron al tribunal del Juez inapelable y sufrieron aquel examen que espera a todos, especialmente por lo que toca a su vida y a sus costumbres, pues de sus letras puede juzgarse con alguna mayor libertad. Con una cariñosa deferencia citará a aquellos autores, gracias a los cuales hizo algún adelanto y no preferirá, como dice Plinio, ser cogido con el hurto en las manos, que devolver el préstamo. En la antigüedad, eran los escritores tan minuciosos y puntuales en dar a cada uno lo suyo, que no hurtaban una sola palabra a su autor. Declaran esto a una voz Platón, Aristóteles, Cicerón, Séneca, Plutarco y otros. En nuestros tiempos, con la mayor naturalidad, se hurtan palabras, sentencias, argumentos enteros y aun a veces descubrimientos y obras, conducta ésta servil y origen de pelamesas escandalosas entre literatos. ¿Quién hay que sufra que le hurten los siervos, por no decir los hijos?

¡Ojalá la Ley Fania hubiese previsto el plagio en literatura! Y no conviene que se haga distinción por la patria del escritor o la escuela a que se adscribió o el tiempo en que vivió, como aquel incompetente vulgo romano, reprendido por Horacio, que dice de él *que se remonta a los fastos y juzga del mérito por la antigüedad*, no sin que deje de ser razonable que merezcan autoridad mayor aquellos libros que ya de tantos siglos atrás fueron del gusto general y a los cuales añadió consideración y prestigio la unánime y entusiasta aprobación de tantos ingenios, cuyo juicio puede admitirse como definitivo. ¿Y qué más, si embaraza el juicio toda novedad, aún no bien conocida? ¿Y qué más, si hay quien por haber enmendado a un autor en una que otra palabra o en muchas, si se quiere, está, desde luego, pidiendo que se le tenga por más docto o que contribuyó con una mayor aportación al esclarecimiento de la materia? Y son muchos los que están poseídos de esa necia presunción, hasta tal punto que si han introducido alguna enmienda en algún autor de primer orden, estiman que es menester que le sean ellos antepuestos en casos como aquéllos, verbigracia: cuando un escritor primerísimo, por amnesia fugaz o por harto disculpable inadvertencia, falla—pues a Horacio parécele que a veces Homero dormita—, o cuando le engaña el conocimiento deficiente del idioma. Erratas éstas que sorprenden los a medios conocedores

del griego y del latín, con muy grande injusticia, quienes exigen de nosotros un conocimiento del latín y del griego, idioma exótico, injertado, como apenas lo tuvieron Cicerón o Demóstenes o algún otro de aquellos que mamaron el habla con la leche y que podían cada día utilizar el magisterio del pueblo, que es su árbitro inapelable, y en sus dudas acudir al carpintero de al lado o al zapatero de la esquina.

Si estos censores tan desabridos tuvieran que arrostrar la misma severidad de juicio, creo yo que se mostrarían más blandos con los presuntos reos. No son pocos, ciertamente, los ejemplos de esa tan injusta rigidez, y no tan antiguos, come este siglo pasado, Lorenzo Valla, Angel Poliziano, Mancinelli, Beroaldo.

Y no fueron pocos los que produjo nuestra edad, para dejar de lado en este género las calumnias aquellas de que hablé al tratar de la corrupción de la gramática. No seré yo quien niegue la importancia que reviste subrayar en algunos grandes escritores sus fallos de erudición; pero no es posible establecer paridad entre el que anotó la obra y el que compuso la obra. En el autor de una disciplina determinada se excusarán benignamente los errores en otra, verbigracia: en un teólogo, los de Historia; en un historiador, los de filosofía elemental, siempre que cumpla su cometido. Con mucho mayor y más comprensiva bondad perdonaréis las faltas lingüísticas. ¿Nos adheriríamos a una buena sentencia formulada en francés o en español y la rechazaríamos expresada en un latín vicioso? Yo, de acuerdo con Marco Tulio, preferiría una sabiduría balbuciente a una parlera necedad. Discretamente dice San Agustín que tanto más se ofenden de los barbarismos y los solecismos los hombres, cuanto más flacos son y que son tanto más flacos cuanto más doctos quieren parecer, no por la ciencia de las realidades que edifica, sino de los signos, por la cual no es difícil que el hombre se hinche, siendo así que aun la misma ciencia de realidades yergue la cabeza, si no la abaja el yugo del Señor.

Con todo, yo no quiero que los escritores imperitos y sórdidos se engalanen con ese nombre, como si tuvieran realidades porque les faltan palabras. Muy al revés, por un doble crimen deben ser condenados estos tales, porque horros de cosas, como estaban, echaron de sí todo lustre y elegancia de palabras. Si realmente estuvieran en posesión de cosas, fuera memez e iniquidad moverles pelea o queja por cuestiones de vocabulario. Ello demuestra que son muchas las palabras baldías introducidas por Juan Pico en aquella su famosa epístola a Hermolao. En las escuelas y aun en el transcurso de la vida toda, aun cuando alguno merezca que se le alabe por su talento, por su criterio, por su estudio, por su rica erudición, por sus extensos y variados conocimientos, con todo no conviene que se le alabe de su virtud y religiosidad a su presencia misma, porque no se sienta acariciado y levantado por aquel airecillo liviano de lisonja y pierda en el momento mismo en que se le alaba aquel mismo bien de que se le alaba; y ni aun estando ausente se le ha de loar, sino con parquedad y aun de las obras que vemos por nuestros propios ojos. San Pablo no quiere que alguien juzgue de él o forme concepto de él por encima de lo que ve en él u oye de su boca. El sabio dice que el hombre no sabe si es

digno de amor o de odio. Tiene que esperarse el fin en cada hombre, que es el animal más sujeto y dispuesto a la mudanza. Afectuosas deben ser las relaciones de los letrados entre sí, para que, según la sentencia de San Pablo, ni se juzguen a sí mismos, ni una vez juzgados lleven la crítica con pesadumbre. Esperen, con mejor acuerdo y paciencia el tribunal y el fuero del Señor, santo y justo. El que juzga, procede loca y bellacamente puesto que se anticipa en el juicio al que es su dueño y juez común, al juzgar a un consiervo suyo. Y el que es juzgado, revuelva en su ánimo aquel pensamiento con que se consolaba San Pablo: *Por lo que a mí toca, muy poco se me da el ser juzgado por vosotros o en cualquier juicio humano.* El Señor es, en fin de cuentas, quien ha de pronunciar respecto de mí la sentencia verdadera y justa. Yo temo esa comparecencia y hasta donde puedo me preparo a ella.

CAPITULO III

EXHORTACIÓN A LOS HOMBRES DE LETRAS PARA QUE SE APERCIBAN CONTRA EL INEVITABLE DARDO DE LA ENVIDIA. LO QUE DEBEN OBSERVAR LOS AUTORES ANTES DE PUBLICAR SU OBRA

No faltarán envidiosos a la rica erudición. La lívida envidia ataca con verdoso diente todo lo soberano y hermoso y deja ileso todo lo que es feo y vil. Temístocles, héroe de Atenas, varón de muy agudo ingenio como dieron sus obras a entender, preguntado por un quídam, si le parecía que realizaba ya brillantez y memorables hazañas: «Todavía no—respondió—, porque no tengo quien me envidie.» Y si ésta es la ley que a la malicia humana se impuso, resígnese el hombre culto a la suerte común y no lleve a mal que le acontezca lo que a todos acontece, ni se empeñe en impetrar de Dios lo que no consiguió de su Eterno Padre su Unico Hijo, entre todos el más amado, a saber: que en su paso por el mundo no le faltasen calumniadores y hombres de mala fe que tomasen en el peor de los sentidos sus obras divinas. ¿Y quiere el esclavo bellaco eximirse en casa ajena de esta ley a la que en su propia casa estuvo obligado el hijo amado? Pero, a pesar de todo, no se ha de dejar de hacer bien por causa de los envidiosos y malévolos. Oíd el discurso de Sócrates tal como lo transcribe Platón en su *Apología: Ciudadanos de Atenas, si en este supremo trance me concedierais la vida con la condición de no dedicarme más a la investigación de la sabiduría, os lo agradeciera, y con todo el amor que os tengo, el propósito firme de obedecer antes a Dios que a vosotros: todo el tiempo que viviré y tendré salud, no cesaré de filosofar y de exhortar a la virtud a cada uno de vosotros.*

Y puesto caso que quien acarreó cultura abrigará el natural deseo de aprovechar con ello no ya a los hombres presentes con quienes vive y contemporiza, sino también a los ausentes y a los venideros, consignará por escrito sus ideas en monumentos literarios para su duración y supervivencia. Comience por conocerse a sí mismo y por hacer experiencia de sus fuerzas; para qué materias sirve; para cuál composición tiene aptitudes. Los más idóneos para transmitir a la posteridad los partos de su ingenio son los que dotados de agudeza y lozanía de juicio son muy diestros para las

conjeturas. Aquellos otros que valen no más que por su diligencia y no por su ingenio toman sobre sus hombros aquellas materias que precisan diligencia, no penetración. Se abstendrán esos tales de la oratoria, de la historia, sobre todo aquella en que andan mezclados discursos y arengas, de la filosofía elemental, de la ética. Redactarán avisos, anécdotas, anales desnudos; enmendarán lecciones defectuosas comparando unos códices con otros, como lo hizo Valerio Probo, pero no aventurando ninguna conjetura personal, porque esto es de la incumbencia del criterio. No es tarea suya tampoco reunir gran copia de datos y hacer crítica exacta y juiciosa.

Esta es la razón por la que los que sin dejar pasar nada, leen mucho, oyen mucho, escriben y reúnen mucho, se privan casi por completo del juicio, que es uno de los principales bienes de la vida. Hay que conceder al estudio alguna recreación, porque es más penetrante y certero el juicio del espíritu no cansado. Carreras, saltos, en fin, toda suerte de trabajo físico tienen más energía y validez realizados tras una alternativa de reposo. Quien tiene que escribir, ha de leer mucho, ha de meditar, ha de escribir y borrar mucho y luego publicar una muy pequeña parte. Paréceme, si no sufro engaño, buena esta proporción: la lectura sea como de cinco; la meditación, como de cuatro; la escritura, como de tres; que luego la lima reducirá a dos y de este dos sacar a la luz pública uno. A esta empresa de importancia capital, acérquese con el pecho más sosegado y exento de pasiones que a cualquier otra, luego de haber pedido a Dios venia y paz. Recordará que la voz luego al punto se extingue y que de muy pocos es oída y que la escritura se hace conocer de todos y para siempre y que por ello nunca deja de dañar lo que en ella hubiere de malo. No empuñarán la péñola mientras les haga temblar la mano la ira, el odio, el miedo, la ambición o cualquier otra pasión desordenada. Si no pueden librarse de ella, dejen la pluma cuanto antes, no sea que alguna filtración del ánimo intoxicado pase a la obra, como de su misma fuente. Luego que la hubieres escrito, enséñala a aquellos de quienes confías que te pueden bien aconsejar y escucha sus advertencias con atención y paciencia; medítalas luego tranquilamente en tus adentros y corrige lo que te pareciere que mejorará con la corrección. ¡Cuánto más vale ser advertido a solas por un amigo, que baldonado en público por un enemigo!

Con todo, existen determinados descubrimientos, que mejor podrá arbitrar y juzgar su autor, que cualquier otro crítico. Mientras estuviere en proceso de parto, no se deje llevar del cariño de la nonnata criatura, pues este prematuro enamoramiento debilita muchísimo la facultad de juzgar, y mucho daña el amar antes de conocer. Eso hácenlo los padres con sus hijos, que no habiendo aún nacido ya les aman; ello hace que no puedan juzgar de ellos cuando ya son nacidos. Por esto conviene seguir aquel consejo de Quintiliano, a saber: por algún tiempo ponga aparte la obra terminada, y torne luego a ella cuando ya enfriado el ardor de la creación, el autor se convierte en lector desapasionado y ajeno; ganará mucho el juicio con esa dilación y con la comparación de sí mismo con los otros. Luego que hubiere cumplido con todos estos requisitos, si la obra sigue agradando, puede el autor con-

cebir legítimas y fundadas esperanzas de que agrade también a otros.

Por lo que toca a la publicación, téngase presente aquel versillo de Horacio que aconseja que no se precipite la edición y guárdese durante nueve años. De los dos extremos que reúne este consejo, paréceme cuerdo el primero; el segundo no me lo parece tanto. Siendo tanta la brevedad de la vida, parécenme demasiados nueve años para madurar un parto; fuera de que no puede establecerse una norma general por razón de la variedad de los ingenios y de las obras literarias. Bastará con que quede advertida la prudencia de cada cual para no echar al mundo un alumbramiento prematuro. Concebido cualquier empeño, es menester que antes que se fije un criterio se estudien con atención, sagacidad y detenimiento las circunstancias todas, cosa que no dejan hacer las determinaciones repentinas, porque se llévan arrebatada la intensidad de la mente fijándola en un solo punto y la imposibilitan para abarcar la totalidad.

Así es como cae en yerros el escritor, y una vez engañado, arrastra a los mismos yerros a quienes se confiaron a su fe; y también porque lo que acaso una vez le salió torcido, si de ello se le advierte, él lo toma con desazón y lo defiende con tenacidad, porque no se le crea equivocado. De ahí se originan los fanatismos, feracísimo vivero de peleas; y si, por el contrario, él mismo espontáneamente reconoce su error, no lo enmienda con sencilla franqueza, sino de una manera perpleja y ambigua, más cuidadoso de la fama que de la exactitud. De ahí las ediciones tocadas y retocadas tantas veces y sobradas a un punto tal que, pasado algún tiempo, no se sabe cuál sea la primera, cuál la segunda, cuál la tercera y en cuál sea de fijo el pensamiento del autor. No se me escapa que determinadas obras necesariamente deben publicarse cuanto antes. De este género es la narración de un hecho histórico que afecta a gran número de personas vivas; y las que tienen por objeto combatir una opinión perjudicial a la comunidad o se componen para sincerarnos de calumniosas imputaciones. Para ésas, bastará con que hayan sido meditadas y escritas con probidad y diligencia, pues las circunstancias no permiten dilación y las que tienen ese carácter no deben ser precipitadas, sino pensadas muy de asiento. No faltan obras que el cuidado excesivo estraga, no mejora, pues existen ingenios de viveza tan impetuosa, que mejor quedan sus obras desgarbadas que refundidas.

Aquellos puntos que, después de la publicación, le parecieren al autor que no están expresados con la debida exactitud, corríjalos llanamente, claramente, francamente, más atento al lustre de la verdad que al de su propio nombre. No recele que por ello pierda un adarme de su reputación. ¿Quién hay que esté tan ayuno e ignorante de lo que son las obras de los hombres que no sepa que aun los más descollados y sabios autores con el tiempo y con el estudio se aquilatan y mejoran? ¿Seré yo quien creeré que un escritor de excelente ingenio no consiguió más conocimientos de viejo que de mozo? Apático es, sin duda, y muy pobre aquel ingenio al cual el día de hoy no le trajo mayor contribución que el día de ayer.

Si los libros que nuestro autor hubiere compuesto estuvieran publicados y hubieren tenido la fortuna de alcanzar buena difusión, fueren dogmáticos, lo más cuerdo será com-

poner otro de enmiendas y retractaciones siguiendo el ejemplo de San Agustín; o si debiera hacerse alguna añadidura, dar aparte una segunda edición, como vemos que lo hizo Severino Boecio. Pero si la obra no contiene dogmas o no estuviere muy difundido, estará permitido aquello que dice el poeta, *volver al yunque los versos mal rodados* y rehacer la obra o hacerla de nuevo, si el asunto lo comportare. Si por algún otro fuere corregido, reconozca el buen servicio y le dé gracias públicamente, porque la verdad, bajo cuyas banderas debemos militar, no es propiedad exclusiva de uno solo, sino común de la colectividad. Y si fuere tu contrincante quien tuviere la suerte de atinar con ella, no debes llevarlo con desabrimiento, al contrario, debes darle el parabién por el suceso halagüeño, del cual te cabe también a ti alguna parte. No hay duda, y, en efecto, así es, que los que pelean por la verdad con pureza de intención están aunados de tal espíritu que sea quien fuere el que lo halló, la abrazan efusivamente; pero los que lo hacen por sus personales descubrimientos, es decir, por su crédito y por su gloria, éstos defienden todo cuanto salió de ellos con un denuedo parejo al que deberían poner en la defensa de sus altares y de sus hogares. Temperamentos de éstos los hay muchísimos en todas las disciplinas, pero de una manera especial en aquellas artes que se ocupan del lenguaje, verbigracia, la Gramática, la Retórica, la Poética y la que tan estrecha relación guarda con ellas, la Filología. Primeramente, porque la pericia verbal, como agudamente observó San Agustín, acostumbra hinchar mucho. Después, porque sus obras parecen ser más creaciones y productos de su caletre, que las que escriben los filósofos o los teólogos. El orador produce su oración; el poeta, su poema; pero no producen la verdad ni el filósofo ni el teólogo, sino la Naturaleza. Ello hace que el filósofo veraz piense que la contradicción de su sentir es más una injuria a la Naturaleza que a su persona. Quien especula con la falsedad, lleva la contradicción con más agrio desabrimiento que quien afirma la verdad, pues a la verdad nadie la engendra, al paso que la falsedad es un engendro del propio mentiroso. Quien afirma la verdad, confía la defensa de lo que dice a la Naturaleza, al tiempo, a Dios. Quien afirma la falsedad, toma la defensa por su cuenta.

Allégase a esto el hecho de que las palabras son como el haz y la superficie visible; mientras que su sentido refleja su interior, como la salud, la mente. Con más vivo enojo reciben los que se precian de hermosos que se critiquen su cutis o su perfil, que los buenos su virtud, y con más prontitud y de mejor gana excusará el bueno que se le tache de malo, que no el hermoso que se le moteje de feo. Aquello que no se relaciona con las costumbres cuéstanos mucho acomodarlo al humor o al juicio ajeno; pero en aquellas materias que pueden hacer a los hombres mejores o peores conviene que haya algunos censores con la misión de examinar los libros, que sean varones que por su criterio, por su saber, por su honradez, merezcan la consideración y el respeto de todo el pueblo.

FIN DE
«DE LAS DISCIPLINAS»

ARTE DE HABLAR

(DE RATIONE DICENDI)

(1532)

PREFACION

AL SEÑOR DON FRANCISCO BOVADILLA

OBISPO DE CORIA Y RECTOR MAGNÍFICO DE LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

Aquellos que dijeron que los vínculos de la sociedad humana eran la justicia y la palabra, se ha de reconocer que intuyeron la fuerza del ingenio humano. De estos dos vínculos, la palabra tiene más influencia y poderío entre los hombres, como sea que la justicia, como mansa y blanda que es, sólo obtiene consideración y valía en las conciencias formadas en la rectitud y en la probidad. La palabra se gana para sí los ánimos y domina las pasiones, cuyo señorío es pesado y difícil. De la justicia hablaremos en otro lugar, y muchos son los que hablaron copiosamente de ella. Mi propósito actual es tratar del lenguaje. Cuánta sea su importancia en todos los trances y en cada uno de los momentos de la vida, de cuántas y de cuán admirables obras sea autora nadie hay que no lo experimente cada día tanto en sí mismo como en los otros. Y siendo ello así, espántome yo que haya quienes den poca importancia a esa facultad que enseña la manera de administrar el lenguaje, utilísimo para las cosas más trascendentales, si de ellas se hace buen uso, y al revés, pernicioso, si se hace de él un uso depravado.

Dejemos a un lado desdeñosamente a esos que, o bien están obcecados por su egoísmo o son hipócritas taimados, hasta el punto de hacer ascos de lo que no tienen o de negar que les apetezca aquello mismo que desesperan de conseguir. Si ya no es que sostienen principalmente esa reprochable opinión los que, luego de abrazar la profesión de ese arte, no rindieron lo que les prometía.

Yo, por mi parte, no veo que haya cosa más conducente y práctica para las agrupaciones humanas que el lenguaje bien formado y bien crecido y bien robusto ni, al contrario, nada tan dañoso e importuno, si no se acomoda a los lugares, a los tiempos y a las personas. Y no fué de balde que el apóstol San Pablo escribiera a los colosenses, entre otras

celestiales enseñanzas, que su lenguaje debía ser sazonado con sal. Con ello quiso decir que, por no tener cuenta con los tiempos y los lugares, resultare insípido y desabrido. No hay cosa más propia del hombre cuerdo y prudente como usar del lenguaje con discreción y destreza, como conviniere, con muchos, con pocos, con instruídos, con rudos, con los iguales, con los inferiores, considerados el tiempo y el lugar y la materia de que se trata. No hay obra alguna que requiera ingenio más agudo ni juicio más certero, ni más dilatada experiencia. No sin razón hubo quien dijese que no había más arte de hablar que el talento otorgado por la bondad de Dios, ayudado por la práctica y largo uso. Y yo he de añadir que este arte y esa técnica no tienen enemigo mayor que la estulticia del corazón y la rudeza e ignorancia de la vida, aunque he de decir también que la ignorancia puede corregirse por la industriosa diligencia, por la experiencia y por el arte. Ahora, si la estulticia es congénita, estos preceptos serán para él lo que es la música para el sordo. No es lo mismo hablar que bien hablar; ni locuacidad es sinónimo de elocuencia.

Pueden, es cierto, los mentecatos y los desatinados ir echando palabras y palabras, y muchos lo hacen efectivamente con profusión desaforada y extemporánea, contrária a todo decoro y a toda conveniencia. El varón sensato dice cosas de provecho y que van, sin torcerse, al fin determinado, y por eso impone su señorío en las almas con sola la fuerza de su razonamiento y consigue de ellas lo que ni el miedo ni la ambición ni otra ninguna potencia podrían conseguir con todas sus extorsiones.

Y esta disciplina tan rica de posibilidades, ¿con qué criterio han dicho algunos preceptistas que debe enseñarse inmediatamente después de la gramática, lanzándola indiscretamente a los mozuelos o, cosa más indignante aún, a los propios niños, siendo así que su ejercicio presupone, como base, muchos conocimientos y sabiduría práctica, y sin este cimiento no puede subsistir? ¿De dónde sacará el que tenga que hablar sus argumentos y probanzas, si está ayuno de los grandes problemas de la filosofía, si no sabe palabra de la antigüedad, del tenor de vida y de las costumbres recibidas? Enhorabuena que posea todos estos antecedentes indispensables; pero ¿cómo irá a buscar las razones sin el instrumento de la verosimilitud y de la probabilidad? ¿Cómo atará el haz de pruebas, porque no se engañe en su selección sin la censura de la verdad? Cómo nuestro espíritu se abalance o se retraiga; cómo se le ha de excitar cuando está en calma y cómo se ha de restituir a la calma cuando esté bullicioso y desasosegado, que es el objetivo preferente del orador, esto requiere conocer el tratado del alma. Y el decoro—del cual se dice que constituye el primer capítulo del arte—, ¿adónde se irá a buscar sino en la experiencia de la vida, cribada por un juicio agudo y prudente?

Una vez que estuvieren echados estos cimientos, entonces hay que aprender la Retórica, si queremos sacar algún fruto de esa disciplina, y no en la puericia ni en la muchachez, en aquella total ignorancia de las artes, de las costumbres, de las leyes, de las pasiones, de la manera de vida civil y humana.

Así como Aristóteles dijo sabiamente que el adolescente no era

oyente idóneo de filosofía moral porque ignora lo que es la vida, acerca de la cual gira la ética, así tampoco el adolescente es discípulo apto para esa rama del saber, porque no sabe aquello sin cuyo conocimiento no pueden comprenderse los preceptos de la Retórica. Prueba de ello sea el hecho comprobado de que los ancianos y los que han pasado de la mitad del camino de la vida, éstos solos acaban por ser elocuentes y tener para hablar fluidez y soltura. Y, al revés, los jóvenes comienzan a hablar con embarazo, su expresión es insuficiente, son más parleros que elocuentes y, si acaso no les faltan palabras, les faltan ideas, les faltan argumentos fuertes, les falta robustez en las sentencias y no hay cosa que esté colocada en su propio lugar ni sea dicha a su debido tiempo, y la estructura toda del discurso se resiente de estas flaquezas constitucionales.

Esos nuestros preceptistas de marras están en lo falso precisamente porque piensan que todo el arte de hablar se cifra en aquella parte puramente verbal, verbigracia: esquemas, tropos, períodos, aliño y primor de la dicción, que no tanto se refieren al cuerpo mismo del discurso y a su sustancia como al decoro y ornato del bien decir. ¿Qué porción alícuota de ese arte son el color y la forma? Es de saber que Aristóteles, gran maestro y el más ingenioso técnico en ese linaje de enseñanzas, al tratar de esa disciplina, remite al lector a los libros dialécticos y filosóficos, y en esos libros jamás remite a los de Retórica, porque conviene que el conocimiento de aquéllos sea anterior y previo a ese arte de hablar.

Parecióme que debía enviarte a ti este libro porque, habiendo el año pasado coincidido unos pocos días parte en Bruselas y parte en Lovaina, conocí tu mucha afición a todas las buenas artes y, de una manera especial, a esa facultad del bien decir, a fin de que ella, ayudada por la restante filosofía, te abriese el camino para tratar las materias teológicas con la debida dignidad. Y si entonces hacías esto cuando no eras más que simple arcediano de Toledo, ¿cuánto más y con cuánto mayor esmero conviene que lo hagas ahora que eres obispo, con objeto de que puedas formar santamente a tu grey en doctrina sana y confutar victoriosamente a los que la contradigan? No es baladí el socorro que aporta el arte de hablar. Yo me halago con la idea de que esos libros acrecentarán, si cabe, los avances que en esa disciplina llevas hechos o, recordándolos al menos, contribuirán a refrescártelos. Y ello se hará más fácilmente, porque el método de esos preceptos y ese arte es nuevo en absoluto y muy distinto del tradicional y corriente. ¿Para qué iba yo a malgastar de balde mi tiempo y el del lector repitiendo lo viejo y lo tan oído? Como si no fuesen bastantes los libros que existen y hubieran de añadirse unos cuantos más a un tema tan prolijo y machaconamente predicado. Pero requiere una atención especial en aquellos puntos que yo trato con fórmulas universales, y también un cuidadoso ejercicio para que esas fórmulas escuetas produzcan algún fruto. Sin ese ejercicio tenaz, la facultad del bien decir se quedará deficiente e inútil, bien así como la técnica de la pintura y el bordado, si con mano asidua no tomas el pincel o la aguja. Así que la pluma es la mejor maestra y perfeccionadora de esa disciplina.

LIBRO PRIMERO

INTRODUCCION

Aquellas criaturas que de la Naturaleza recibieron exteriormente sensibilidad e interiormente no más que determinados movimientos y afecciones anímicas, también para su elemental expresión tienen ciertas voces rudimentarias e inarticuladas. El hombre, a su vez, tiene lo mismo que esas criaturas inferiores en la porción en que no se aleja un punto de las bestias; mas, por una merced de Dios singularísima, tocóle en suerte una mente sublime y vuelta hacia lo alto que le levantara, al conocimiento, al culto y al amor del soberano Hacedor de toda cuanta criatura existe. Pero esa mente, puesto que anda envuelta en el cuerpo y el hombre tiene que vivir en sociedad, para poder manifestarse a los otros obtuvo el don del habla, que se deriva de la mente, como de la fuente el arroyo. Por esta razón Demócrito le llamó con una voz griega que suena en castellano *fluencia de la razón;* y en hecho de verdad, no existe instrumento más apto que ella para la recíproca comunicación. Por eso es que a Mercurio, a quien la ficción poética atribuyó la palma de la elocuencia, se le considera como el intérprete de los dioses y de los hombres. Y aun los mismos seres irracionales que se agrupan formando una suerte de conato de la sociedad humana, exteriorizan determinados signos que tienen alguna semejanza con el habla humana, como las abejas tienen el zumbido, con el cual por las mañanas se saludan y se invitan a la usada tarea y a la noche se recogen para el descanso, como no dejaron de notar los que a la apicultura consagraron sus desvelos y sus amores. También las hormigas con aquel topar las unas con las otras y la parada que hacen en los más estrechos pasos de la vereda que siguen, ofrecieron a los espíritus curiosos y observadores una cierta apariencia de plática y saludo; uno de éstos es Plinio Segundo, historiador de la Naturaleza.

Por todas estas consideraciones, quien tiene mayor poderío de palabra es el que goza de influencia mayor en toda agrupación y sociedad, y no cabe duda que triunfa entre los hombres el que está mejor dotado para hablar. Con razón, Eurípides, el poeta trágico, dió a la elocuencia el título de reina.

Por esto fué que en dondequiera reinó una libertad igual para todos y una cierta adecuación entre el derecho y las leyes, allí, como un instrumento de poder y predominio, el lenguaje fué objeto de muchos estudios y de mucho cultivo y pulimiento; verbigracia, en las ciudades libres, como en Sicilia, tras la expulsión de los tiranos; en Atenas, en Rodas, en Roma. En aquella sazón grandes eran la prez y el galardón de la palabra bella y buena. Y, por lo mismo, el atildado ejercicio, del cual, al no hacerse estima de la elocuencia, se prescindió en absoluto y el arte oratorio quedaron sumidos en el olvido y enterrados en la ignorancia y en las tinieblas.

De en medio de ellas, tras un tan ancho claro de siglos, me esforzaré por traer de nuevo a la luz el arte

de hablar con el designio preconcebido de no restablecer en su totalidad el primitivo ni de introducir uno de absoluta novedad. Repetiré cosas que ya fueron dichas por los antiguos, pero, principalmente, tendré puesta la mira hasta donde pudiere alcanzar un menguado ingenio en aquella que a mí me parece la forma natural y la ley del bien decir, en cierta manera. Y ésa la acomodaré no al uso de una u otra lengua determinadas, sino al conjunto de todas ellas, porque la utilidad de la palabra tiene en todas las manifestaciones de la vida una enorme zona de influencia. Y si al estudiar las invenciones de los antiguos dijere algo con poca exactitud, espero que no se negarán disculpas y excusas a los que se internaron por una senda vieja, es cierto; pero no muy frecuentada y con anterioridad trillada escasamente. Toda mi intención tenderá a ayudar el uso, y hacia él solo orientaré mi preceptiva. Nadie se maraville, pues, si con alguna frecuencia mis enseñanzas no concordaren con las de los viejos preceptistas de ese arte. Ellos formaban al orador para uno u otro género de elocuencia, verbigracia: en las causas forenses o deliberativas. Yo, en cambio, a la medida de mis escasas fuerzas, intentaré formarlo para todas.

CAPITULO PRIMERO

EL LENGUAJE

La materia de este arte es la palabra; y ella prestada, no propia. Su finalidad, el bien decir; y la misión del hablista, manifestar lo que siente y persuadir lo que quiere o excitar o sosegar un afecto o pasión cualquiera. En todo discurso, hay las palabras y hay las ideas que vienen a ser su cuerpo y su alma. La idea es el alma y como la vida de las palabras. Hueras y muertas son las palabras carentes de sentido y no vivificadas por la idea. Mas las palabras son la morada de la idea y como las lumbres que tachonan el velo tan espeso de nuestros espíritus. Pero ni las ideas ni las palabras atañen a la presente obra, puesto que las ideas van a buscarse en cada una de las artes o en la experiencia y en la vida; y las palabras son del pueblo en general y no de propiedad privada. Lo que sí entra en el dominio de ese tratado es la aplicación así de las palabras como de las ideas, y cómo se adaptarán a la finalidad que se proponga. No tratará el libro presente de lo que se deba decir, sino de la manera como deba decirse. Mas, como sea que Julio César decía que la selección de las palabras es el origen de la elocuencia, de las palabras tendremos que hablar en primer término, como elementos imprescindibles de este mi propósito.

CAPITULO II

DE LAS PALABRAS

Las palabras son o simples, o compuestas, o unidas. En las simples son de ver en su exterior la edad, la dignidad, la grandeza, el sonido; y en su interior, es decir, en el sentido de cada una de ellas, la fuerza y la naturaleza de la significación. La edad de las palabras varía en cada lengua. Concretémonos a la lengua latina, puesto que escribimos en latín; la explicación más extensa de ese punto será de otro lugar. Hay palabras viejísimas o, digamos, arcaicas, como las que

cantaban, según el testimonio de Ennio, los faunos y los adivinos, y las que componían los cantares de los Sabios, apenas entendidas de sus sacerdotes y las que constan en las Doce Tablas del Derecho Romano, que ya no entendía ni el mismo Cicerón: circunscribámoslas a lo sumo, hasta la segunda guerra púnica. Hay voces anticuadas, como las del liberto Livio Salinator, las de Catón *el Censor*, las del poeta Ennio, las de Nevio y Plauto. hasta la destrucción de Cartago. Hay vocablos de la buena edad con una cierta robustez y vigor, como los que constituyen el vocabulario de Publio Terencio, de Marco Varrón, de Cicerón, de César, de Livio, de Valerio Flaco, de Séneca, de Quintiliano y de todos aquellos escritores que escribieron hasta Vespasiano. Hay voces nuevas, nacidas después de Vespasiano hasta Gordiano *el Joven*, que constituyen el léxico de Plinio Cecilio, de Tácito, de Suetonio, de Gelio y de los tratadistas de Derecho, cuyos centones hállanse en las Pandectas. Y las hay modernísimas de Lactancio, de San Cipriano, de Donato, de Macrobio, de Boecio, hasta el asalto y la destrucción de Roma por los godos. Posteriormente, ya no hubo lengua propiamente latina, sino bárbara, quiero decir, gótica o vandálica. La lengua cayó con la ciudad que fué su madre y su nodriza.

Estas manifestaciones de una misma lengua pueden distribuirse en edades diferentes, como en la antigüedad la edad de Livio, la edad de los Gracos. En su edad de oro, el siglo de L. Craso, el siglo de Cicerón, como algunos le llaman, y el siglo de Quintiliano. No existe en la actualidad tan lozana y floreciente que carezca de las consabidas tres edades. Sabiamente, Horacio dijo que las lenguas se mudan y cambian a manera de las selvas: que mueren las voces viejas y que nacen voces nuevas. Esta es, con efecto, la indeclinable alternativa de todo. A esa vanidad están sujetas todas las criaturas hasta que serán liberadas por la revelación de los hijos de Dios.

Por lo que hace a la dignidad de los vocablos, suelen mirarse los que los usan, y su significado. Por lo que afecta a los que los usan, hase de atender a su número y condición. Hay voces técnicas de un oficio determinado que otros artesanos desconocen, como en Vitruvio, de arquitectura; en Catón y Varrón, del laboreo y labranza. Muchas son las que usan los filósofos, no oídas por el vulgo, y entre los filósofos, los estoicos, de una manera particular, de quienes dijo Cicerón que eran *arquitectos y fabricadores de palabras*. Las hay poéticas, a las cuales el pueblo no llega, considerándolas intangibles y sagradas. Todas las lenguas las tienen, pero la griega, principalmente. En la lengua latina esas voces son más raras, porque acata musas más severas, como dijo Marcial, si bien no carece de ellas en absoluto, como *mare velivolum* (el mar velero), *terras frugiferenteis* (las tierras paniegas), *tristificas voces* (voces de lamentos). Es de saber que los poetas, como son esclavos de agradar y andan sujetos a ritmo, las sacan a veces del museo de la antigüedad, madre del olvido, las aliñan a su sabor, quitándoles, añadiéndoles o cambiándoles algo. Les quitan algo cuando dicen: *periclum* y *seclum por periculum y sæculum;* les añaden cuando escriben *Induperatorem* por *Imperatorem;* y esta adición puede hacerse al principio, al fin y en medio de la palabra; mudan el orden, co-

mo *tymbre* por *tymber*, o la serie: *Septem subjecta Trioni* por *Septemtrioni*, como se presupone aprendido en las escuelas. Todo esto lo hacen para encuadrarlas en la ley del número, como indóciles y cerreras que son; porque si los poetas, en aquellas estrecheces métricas a que se ven reducidos, no tienen más libertad que nosotros en esa soltura prosódica, se verían reducidos al silencio. Pero nadie piense que pueda tomarse análoga permisión quien se mueve en terreno más holgado.

Hay también vocablos más conocidos y más sobados por el vulgo. De éstos, a unos los usan los más; a otros, todos, indistintamente. En la condición de los que los emplean están los vocablos aldeanos y rústicos, como los de Teócrito. Tales parecieron a algunos quisquillosos ciertas voces usadas por Virgilio en las *Bucólicas*, como, por ejemplo: *Nostri sic rure loquuntur*. Los ejemplos de esto que digo son más claros en las lenguas vernáculas, aun cuando harto pueden colegirse en los escritos latinos de agricultura. Hay vocablos castrenses, voces tabernarias, palabras soeces e impuras. Las hay que no pueden pronunciarse sin previa mención del honor, como dijo Plinio. Las hay extranjeras y peregrinas, que entraron en la ciudad con todo su haber, como *mastruga* (vestidura propia de los de Cerdeña); otras se avecindaron en ella, conservando su extranjerismo, como *lancea, lenca* (lanza, piedra ágata); otras, a las que se concedieron los honores de la ciudadanía con la entusiasta unanimidad de quienes los usan o por el favor y autoridad de alguna autoridad literaria, como la mayoría de los helenismos. Valga todo esto que dije no sólo por cada una de las palabras, sino por su propiedad, por su elegancia, por los modismos, por los proverbios a quienes se otorga la misma consideración.

Por lo que toca al significado, unas palabras son más humildes que las cosas que expresan, como *pulsatus* por *cæsus* (bastoneado por herido), *congerro* por *socius* (compinche por asociado. Otras son más elevadas e ilustres, como cuando se dice poéticamente *civitas* por *alvearius* (ciudad por un colmenar), *examen hominum* (masa humana en vez de tropa). Otras están en adecuada proporción y paridad, y no sólo en la significación, sino también en el aderezo. La grandeza de las palabras se toma y se mide por las sílabas y las letras, según sean grandes o pequeñas o de estatura mediana y proporcionada. Luego hablaremos del sonido.

Atendiendo a su naturaleza y a su fuerza, hay vocablos cuya significación es natural; esto es, expresan taxativamente aquello mismo para lo que fueron introducidas. Puesto que el significado nació con ellas, llámase natural, como todo lo que con cada uno de nosotros nació se llama natural o congénito: así, *hombre*; así, *hierro*; así, *árbol*, y otras voces por el estilo. Las hay que de su asiento natural pasaron a otro, que son, poco más o menos, tantos como los que perseveran en el propio sitio de su nacimiento. Este tránsito llámase metáfora, por los griegos, y traslación, por nosotros. Con todo, su dislocación no es tanta que pierdan su lugar completamente. Aun cuando no están en su sitio, cuando se sientan en silla ajena, no obstante no se les quita la facultad de volver a él cuando en gana les viniere; aunque en éstos, lo que pasa queda, hasta cierto punto, en aquello que perma-

nece; pues, o lo mayor se contrae a lo menor, o lo menor se extiende a lo mayor o se revuelve y gira en sí mismo, como semejante que es. La semejanza es, en cierta manera, lo mismo que el género y la forma en la filosofía y la amistad, en la vida.

Lo mayor se abaja a lo menor cuando las cosas más universales o más grandes se deducen a sus partes, en lo cual hay antonomasia o contracción, como cuando el nombre de Poeta, entre los griegos, se toma por Homero o entre los latinos por Virgilio o por cualquier otro, puesto que, al citar a Horacio o a Lucano, usamos con frecuencia el nombre general de poeta; *el destructor de Cartago*, por Escipión Emiliano, pues aun cuando no haya otro que haya merecido este calificativo, con todo, aquella expresión no significa aquello por sí misma, como el derribador de Troya es Hércules y Agamenón y C. Fimbria. El todo se toma por la parte, como *el hombre muere*, por muere su cuerpo. En esta misma clasificación está comprendido aquello que tiene y que posee, por lo que es tenido y poseído: *rey*, por el reino; el *general*, por el ejército; *Ceres*, por el pan; *Baco*, por el vino; *Cicerón*, por la elocuencia; ejemplo: *Esta carta tiene mucho de Cicerón*: *Cristo*, por la Iglesia, como en los *Hechos de los Apóstoles: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?*; el *patrono*, por los clientes; *como Cristo* por los pobres, según aquello: *Tuve sed y me disteis de beber;* el *Señor*, por las riquezas.

Lo menor se extiende a lo mayor, verbigracia: *Ese Homero, ese Roscio;* como quien dice: poeta sumo, excelente cómico. También en sentido contrario, el continente por el contenido: las copas, por *el vino;* el *cónsul*, por el año; el invento, por el inventor, verbigracia: el *pan*, por Ceres; el *ejército*, por el jefe; los *súbditos*, por el rey; la *obra*, por el autor; *los dos rayos de la guerra*, por los Escipiones; *nuestra Redención*, por Cristo; las *pálidas enfermedades, el hambre; mala consejera*. De ahí nacieron muchos apodos: *Escipión*, que en castellano suena cayado; porque lo fué para su padre; *Murena*, porque las criaba; *Orata* (dorada, pez), porque fué el primero que las introdujo en Italia; los *Fabios* (de haba), los *Cicerones* (garbanzos), los *Léntulos* (de lentejas), nombres todos de legumbres; *flores*, por la primavera; *espiga y mies*, por el verano; el *techo*, por la casa; la *popa*, por la nave; el *hierro*, por la espada; la *cabeza*, por el hombre todo; *caerán muchas cabezas*, por caerán muchos hombres. Y en las Sagradas Letras: *muchas almas*, por muchos hombres; el *estío*, por todo el año. Esta suerte de traslaciones es muy cómoda y, por lo mismo, muy frecuente: aquella parte única está en el todo y no puede disgregarse de él sin acarrear la muerte del todo.

Todos estos fenómenos, por un común apelativo, llámanse denominación o hipálage, equivalente a subalternación; y no faltan quienes dicen metonimia, porque piensan que se diferencia de la traslación, porque la traslación hácese por semejanza como con la hipálage; y en la hipálage, la parte por el todo llámase sinécdoque. Aristóteles, no sin razón, subordinó la hipálage a la traslación. Pero hay que decir que cuando los nombres sirven para la expresión de las cosas, no conviene que nos tomemos demasiado cuidado por las voces. La semejanza fué hallada para la explicación de una cosa menos cono-

cida por otra más conocida. En este punto es harto indulgente el lenguaje común, pues iba a resultar manco y menguado si no pudiera tomarse esa libertad, pues no raras veces es infante y aun muda la lengua corriente y sufre gran penuria de voces propias y no siempre las tiene a mano. Trasládanse las voces de las cosas que se creen semejantes; quien lo juzga y determina es el criterio y el sentido; *yema en la vid* ve el sentido; el criterio dice *ángel* al hombre bueno; cuando dice *liebre*, quiere decir timidez; cuando *raposa*, quiere decir astucia. En ello hay otras semejanzas, bien por juicio de la fantasía o por reflexión o por averiguación, como expusimos ya en la filosofía primera. Hay semejanzas por la forma, por la fuerza, por el efecto como *yema;* por la fuerza activa o pasiva como *volar, hombre férreo, áspero* por el tacto, por la voz, por el sabor; por el efecto, cuando hay uso, como cuando se dice punzón *(stilus)* a la pluma o a la caña, porque una cosa y otra sirven para lo mismo. A veces aquello mismo que está muy alejado se aproxima por una determinada gradación; la gradación no hace al caso, pero facilita el acercamiento, como, por ejemplo:

Post aliquot mea regna videns mirabor [aristas.

De la *arista* se pasa al verano; del verano, al año. A este mismo orden pertenece aquello de Claudiano: *Dichoso aquel que cuenta los años por cosechas, no por cónsules.*

En las traslaciones sírvese a la necesidad o a la comodidad. Sin motivo, el hombre prudente no hace traslación alguna. *Más vale no tocar lo que está bien puesto*, dice el viejo refrán, si ya no fuere por donaire o esparcimiento más que por necesidad expresiva, como quien puede decir: Lumbre en la linterna, se empeñare en decir: Vulcano, encerrado en un fanal. La necesidad existe cuando falta la palabra significativa. En ese aprieto tomamos lo que nos parece más adecuado o más próximo, al objeto o a nosotros. La comodidad es una suerte de necesidad, pues no solamente necesitamos de aquello sin lo cual no podemos obrar en absoluto, sino también de aquello otro que, si nos faltara, obraríamos con dificultad y visible desmaña

La comodidad es doble cuando se evita el daño y cuando algún lucro se agencia. Evítase el daño cuando se esquiva la torpeza; verbigracia: las *partes verendas*, por los órganos de la generación. Y hacemos una ganancia de significado o de decoro cuando ponemos en la significación más gracia o más fuerza; por ejemplo: *encendido de deseo, inflamado de pasión.* La traslación adquiere toda su energía gráfica, cuando la cosa se entiende mejor y se destaca con tal relieve que casi se la ve con los ojos. De esta traslación ha dicho Marco Tulio que no se corrió a puesto ajeno, sino que se restituyó a su propia villa. Ejemplos de esa eficacia expresiva los hallamos en las Sagradas Letras: *Conglutinóse el alma de él con el alma de la doncella*, y *Calló la tierra a su presencia*, y otros muchos de tanto vigor expresivo como estos dos citados.

Habrá decoro cuando la cosa se exprese como conviene a su dignidad y al respeto que merece el que habla o el que oye, o cuando se capta la benevolencia para el discurso, porque con prontitud mayor se entiende lo que desdora, puesto

que es más obvio y más notable lo feo que lo hermoso. La fuerza expresiva se diluye cuando la metáfora se toma de lejos o de cosas desconocidas. Aconseja Cicerón que la semejanza no se haga derivar de demasiado lejos. «No me costaría trabajo—dice—llamar a un *escollo* la *Sirte de la hacienda;* pero más que *Caribdis de los honores,* diría yo *vorágine,* pues los ojos de la mente más fácilmente se van a lo que vieron que a lo que oyeron. Metáforas hay que son violentas por traídas de lueñe y por ser muy atenuada la similitud; en ellas la afectación es evidente. Expira el decoro cuando derivamos la traslación de un punto que en manera alguna parece bien en el que dice, en el que oye o en la materia de que se trata, como, por ejemplo: si un respetable senador tomase metáforas tabernarias o rufianescas o si en un auditorio de villanos tomásemos semejanzas de la filosofía; delante de hombres de tierras adentro, comparaciones de naves y de navegación; si en una oración sagrada las tomásemos de meretricios y de obscenidad; cuando la metáfora no alinda ni embellece el discurso porque la traslación es violenta y áspera y extorsionada; cuando no guarda proporción con el asunto, por su grandeza o por su pequeñez. En este defecto incurriría el que llamase a Cristo *Voz del Padre,* como hizo Claudiano; o llamase a un poema *Grito de las musas,* metáforas ambas deprimentes.

Peligrosas son las nuevas y las que son más o menos esquinadas, antes que el uso haya suavizado sus aristas; verbigracia: *En la confirmación de sus nuevas opiniones andaba como un funámbulo sobre una cuerda floja.* La metáfora es exacta, pero adolece de osadía y novedad. Por eso es que a las que son duras suelen añadírseles ciertas atenuaciones y reticencias que las ablanden: *como, casi, por decirlo así, si se me permite la expresión,* etc., etc.

De todas estas expresiones, así las directas como las trasladadas de cualquier época, sean o no de cualquier condición, las hay unas que padecen de flaqueza y raquitismo y no tanto significan la cosa como la insinúan pálidamente, como son las pobres de sentido o que son demasiado amplias y le vienen holgadas a la cosa de que se trata, como si uno llamase al hombre *sustancia.* No se combate cómodamente con armaduras estrechas o flojas, si ya no es que en la mayor haya algo que refuerce nuestra tesis, como, verbigracia: *Que un animal, que tan en breve ha de fenecer, se ensoberbezca tanto;* en lugar de: *un hombre en breve perecedero.* Puesto que en el animal no se consideran más que la vida y el sentido, pero no la razón, la voz animal apoca y adelgaza más la dignidad que si se dice hombre.

También en la eficacia de la expresión influye el auditorio, que no comprende abastanza la fuerza verbal.

Otras palabras hay que concentran el máximo de vigor y en cierta manera arrastran consigo la cosa que dicen, verbigracia: *La tempestad de las pasiones, el motín de los sentidos.* Y las hay intermedias asimismo, que significan ni más ni menos que lo que quieren.

Vayamos a las palabras compuestas. Llamo yo compuestas a aquellas palabras que están entre sí unidas y continuadas de tal manera, que haya en ella alguna especie de distinción de las otras; no si yo dijere que *el ateniense Sócrates se*

pasea en el Licio con Glauco. El ateniense Sócrates, con Glauco, se tendrá por compuesto en el caso presente; pero donde hay alguna correlación de sentidos que también se llaman sentencias, pues este nombre de sentencia no es simple, porque se toma por una oración general, en la que se significa que algo es o no es, fué o no fué, será o no será, que se ha de actuar, o no se ha de actuar; y eso no en cualquier cosa o materia, sino en la vida práctica y en la filosofía moral; cuando no, ésta, para nuestro propósito, se llama sentencia propiamente: Todo triángulo tiene tres ángulos iguales a dos rectos.

Llámanse estas sentencias entre los griegos *gnomas*, de las cuales unas son deducidas de la generalidad para un fin determinado, verbigracia: *Cuánto más quisiera que ese me fuera enemigo declarado que fingido amigo.* A las unas, añádase la razón, pero no a las otras, bien porque no la necesitan, bien porque no conviene para su fuerza, su claridad o cosa semejante. Otras, enúncianse simplemente; algunas en tono afirmativo y las restantes, por fin, tienen el soporte de una autoridad que las robustece: *Así le pareció a ése o a aquél.*

Existe otro género de sentencias que se interpolan en la oración como los luceros en la noche, o como pilares o sostenes de cosas que no tienen asaz firmeza. Estas se derivan de las primeras, como los arroyos de las fuentes. Hay también otras sentencias, como aquella que se lee en Cicerón contra Antonio: *Encomendé a la memoria algunas sentencias insignificantes que a él se le antojan muy agudas.* Si el sentido de ellas es perfecto de suyo y no está condicionado por otro, llámesele *absolución* o cosa concluída; al sentido, que es lleno, pero depende de otro, llámesele *colon*, miembro, como quien dice; que no es lleno, dígasele incisión o coma: *Mucho me temo* (incisión) *que no nos faltemos a nosotros mismos* (miembro), *siendo así que Dios no nos falta a nosotros nunca* (absolución). Comas son estas expresiones: *Defiende la religión, las sagradas ceremonias, el derecho público, el derecho privado de cualquiera.*

Unas son incisiones o miembros, los que, si nada se les añadiere, fueran absoluciones, como en el primer ejemplo. La absolución es de dos géneros, como en los cuerpos de la Naturaleza, algunos de los cuales tienen las partes semejantes entre sí, como el agua y la sangre; otros la tienen desemejantes, como los árboles y los seres animados todos. Absolución también lo es la que consta de un solo sentido continuo que se llama uniforme, como: *No podrá la madre aborrecer al fruto de sus entrañas.* La hay que tiene muchos miembros. Sea, pues, la incisión, para decirlo con una imagen expresiva, como el artejo de un dedo de hombre; el miembro, como el brazo o la mano; la absolución, el hombre entero; la oración, como la colectividad humana.

En las voces compuestas hase de considerar lo externo y lo interno. En la parte externa hay esto: la *forma*, y como el *semblante* de las palabras, el *color*, el *orden*, la *trabazón*, el *sonido*, la *grandeza*. De lo interno, hablaremos luego. El *semblante* es una suerte de configuración o fachada. Todo aquello que comunica a la oración donaire, gracia y color decoroso, parece que le da una cierta forma de rostro; sin estos aliños, es informe la oración. Esos afeites y arreboles tómanse del lenguaje común con dili-

gencia, agudeza y buen gusto, no con otro afán que aquel con que en un prado o en un vergel se hace un ramillete o se teje una corona. Pero así como los hay que se enamoran de la simple hierba o de la verdura inmarchita, así no hay en la locución parte alguna que no sonría a alguno que manifieste sus preferencias por ella. Con razón Apolodoro, según cita de Quintiliano, tomada de Celio, demostró que son infinitos los preceptos hijos de esta observación y preferencias. Los griegos, de todo hicieron mitología y ficción, y a esas ficciones y mitologías de creación suya adaptaron los nombres, tarea que les fué sumamente sabrosa y hacedera por la abundancia y flexibilidad de su idioma.

A pesar de todo, nosotros daremos algunos principios generales en los que creamos que existe alguna gracia natural, que andan algo lejos de la sencillez del lenguaje corriente, aunque algunas veces vayan a dar en él; bien así como no hay flor tan peregrina y linda que no nazca espontáneamente en la pradera más pisoteada e inculta. Añade a esto que unas lenguas admiten más pinturas y adobos que las otras, como la griega es más cariciosa que la latina y la de Plinio, más afeitada que la de Cicerón, y la ciceroniana, más que la varroniana. Hablo de épocas, no de autores. Esta conformación hácese en una sola palabra o en muchas.

Hartas veces tomaremos una voz compuesta por una sola, cuando conviene a nuestro propósito. Una palabra sola no acarrea a la oración aquella gracia de que tratamos ahora, aun cuando le añada gallardía y gentileza por su significación; pero esto pertenece a otro lugar, que afecta a lo interior. Es menester que haya muchos a manera de miembros, pues de su debilitada trabazón resulta esta forma y como rostro. Una sola palabra vale por muchas cuando se repite. Esta repetición puede hacerse al principio, en medio, al fin, al término de la sentencia primera, al comienzo de la siguiente. Los ejemplos están más indicados en las escuelas; no he de ir a cargar con ellos este tratado mío, pues aquí, en manera alguna, son necesarios. En ocasiones se repite varias veces, ora al principio, ora al fin; otras, en medio, verbigracia: aquello de Fabiano: *El censo hace subir al rango senatorial; el censo separa del pueblo al caballero romano; el censo, en campaña, promueve el grado; por el censo, el juez es elegido en el foro.* Repítese a veces y no en medio: *Un dios, un dios es aquél, Menalcas.* También, y no en medio, conmútanse dos o más palabras, como: *En este punto opinan igual los malos y los buenos, los buenos y los malos.* Algunos rechazan por viciosas esas repeticiones, como aquel famoso *batalogismo* que se lee en las *Metamorfosis* de Ovidio: *En aquellas montañas estaban; estaban en aquellas montañas.* Con todo, los hay a quienes contentarán puestas en lugar apropiado; como en la comedia terenciana intitulada *Formión: ¿Demifón niega que Fanio sea su cuñada; que Fanio sea su cuñada niega Demifón?* Y esta otra: *Nosotros fruímos de los campos; nosotros, de los montes; nuestros son los ríos, nuestros son los lagos; nosotros sembramos las plantas, nosotros sembramos los árboles;* y otros pasajes de este tenor que se leen en el libro segundo de la *Naturaleza de los dioses*, en los cuales podemos ver todo traducido a la práctica, todo cuanto llevamos dicho de las repeticiones al fin, en medio, al principio.

Hay aquí una determinada figura, donde esto no es practicable y en la cual, pareciendo que decimos una misma cosa, la decimos diferente: *No hurtó, sino que robó; no le azotó, sino que le dejó magullado.* Esto se consigue por sinonimato o por otro procedimiento no menos poderoso. Y contrariamente, hay alguna que, siendo sola, comprende muchas cosas diversas, como *amari*, genitivo y verbo. Dásele el nombre de *zeugma*, que vale tanto como coyunda o yugo, y *conjunción*, porque todo lo reúne en un mismo haz. Este yugo pónese al principio, en medio o al fin; mézclase la zeugma con la repetición: *De la pobreza nace la industria; de la industria, la riqueza; de la riqueza, la altanería; de la altanería, la pobreza. De la paz, la opulencia; de la opulencia, la soberbia; de la soberbia, la discordia y la rivalidad; de ahí, la guerra; de la guerra, la paz.*

Allende de esto, en muchas voces hay semejanzas, o diversidades, o contradicciones; semejanzas, cuando, para diferentes casos, es una misma la dicción, como: *Hay que mantener lealtad con aquel que en la lealtad quebrantó la lealtad;* que pueden colocarse, como dijimos al principio, en medio o al fin, y aun hacer con ellas otras combinaciones, cuyos ejemplos pueden ser asequibles a cualquiera y que nosotros no hemos de entretenernos en reunir. Hay un cierto zeugma o conjunción, que procede por una cierta gradación de anillos, como es aquel pasaje de Porcio Latrón acerca de una meretriz que pedía el sacerdocio: *Con tal cuidado estuvo guardada, que se la pudo robar; tan querida fué de los suyos, que robada no se la rescató; y tales miramientos tuvieron con ella los piratas, que la vendieron a un rufián; y de tal modo el rufián la compró, que la ofreció al apetito de todos.* También hay semejanzas cuando, al fin de la palabra, existe afinidad de una o dos sílabas; esto se llama *similicadencia;* cuando esta afinidad está al principio, como en *ambire, ambulare;* cuando ella se produce por sustracción, adición, trueque de una letra o sílaba o de muchas, al principio, al fin, en medio; o por conversión o anagrama *Amor Roma.* También, en las palabras compuestas de esa manera: *El más elocuente de los jurisconsultos, el más jurisconsulto de los elocuentes; semibuey varón; semivarón buey,* aun cuando esto a Ovidio se le reprochó. Con todo existe un caso idéntico en Cicerón, que en balde Lorenzo Valla se esfuerza en extirpar. Todos estos accidentes comunican donaire a la oración, según como están colocados, verbigracia: *¿Por qué buscas amantes, teniendo en tu casa amantes? Amante es, le creí amante.* También por supresión: *Tu nec tueri nos vis ac ne intueri quidem* (Tú no quieres defendernos ni siquiera mirarnos). Por supresión de una cosa, por poner otra: *No vivo para comer, sino que como para vivir.* Y al revés: *Non sunt amissi mortui, sed præmissi.* De la misma manera, por interrogación: *¿Por qué su maestro de orador se hizo arador?* Pasemos al orden.

CAPITULO III

DEL ORDEN

Tiene cada lengua su orden natural, que no consiente ser alterado. Hay ocasiones en que altera ese orden natural la licencia métrica o la eufonía en la prosa, pero de tal manera, que en determinados casos es lícito decir, verbigracia: *His de re-*

bus; quo cum, y en otros casos no lo es, como: *mecum, tecum.* Existe un orden voluntario al servicio de la inteligencia, que nos permite expresarnos de la manera que creamos ser más fácilmente entendidos, y otro autorizado por el bien parecer, como cuando sólo se va en busca del atavío y del decoro de la oración.

CAPITULO IV

SONIDO Y SÍLABAS

Síguese el sonido; hablemos, en primer lugar, de su grandeza o intensidad. De las letras, las hay que tienen una gran amplitud de sonido, y parecen henchir la boca: *a, b, m, p.* Las hay que lo tienen flaco y se pronuncian con los labios apretados: *c, i, t, u.* Las hay que lo tienen intermedio: *e, l, o, n.* Con ellas se componen sílabas y palabras que componen un sonido, tal como son las mismas letras de que se compone; amplio, cuando las letras son amplias: *campos, Pandarus;* vasto, que excede los límites naturales de la grandeza: *bambalionem, mimallones, pompa, marpesia.* Ancho es el sonido y abierto cuando hay mucho hiato por el frecuente choque y concurso de vocales, porque toda vocal pronúnciase con toda la abertura de la boca; pero el hiato se ensancha cuando las vocales reunidas tienen sonido mayor: *Abrahami amor.* La plenitud del sonido es total y en él nada al oído le queda por desear, cuando, por vía de ejemplo, la *l* sigue a las letras *c, f, g, p,* y *n,* al principio y al fin. Por eso es que tienen una cadencia tan grata las dicciones griegas, que terminan en *n,* como las latinas, que acaban en *m.* Flaco y pobre resulta el sonido que se forma con letras poco sonoras, como *vitium,* y cuando la *l* se duplica, como *sollers,* y la *n* se queda en medio, como *damnum.* Algo más lleno resulta el sonido cuando la *l* termina los nombres: *sal, sol,* y así como en las palabras el concurso de estas letras forma una cierta música, así también, continuándolas, la forman las oraciones. Grandílocuo es este verso de Lucano:

Bella per Emathios plus quam civilia [*campos.*

Hinchado y lleno de viento sonoroso resulta este otro, de Persio:

Torva mimalloneis implerunt cornua [*bombis.*

Y entre estos extremos, que no quedan separados por un espacio irreducible, pueden intercalarse muchos otros grados. Esto, por lo que atañe a la cuantidad.

Figurémonos que la faz del sonido es como su cutis y una como forma y cualidad, de donde el sonido resulta grato o ingrato, apacible, áspero, suave, hórrido, feo, blando, jocundo, halagador. Hacen el sonido apacible la *l, n, c, p, t,* sin aspiración, pues toda aspiración tiene un acento algo espeso y ronco. Ásperas son la *r* y la *f.* La traslación hácese en este lugar del contacto de las manos al contacto de los oídos, pues algún tacto tiene el oído, de donde decimos que el sonido friega las orejas. La blandura se produce, como en los cuerpos, cuando una cierta suavidad halaga lo que toca, porque no tiene cosa alguna desapacible. Blandamente suena la *l* cuando precede a vocales: *lapis, lepus, liber, locus, lucerna* y así sucesivamente cuando hay concurrencia de letras suaves. Lo contrario acaece

cuando el concurso o choque es de letras ásperas: *frater, serra, error Romuli.* La *s* con la *s* y con la *c*, producen silbido. También se produce silbido cuando muchas palabras, unas tras otras, terminan en *s: Gignis nobis discipulis novas scriptiones.* El sonido espeso y ronco nace bien de las aspiraciones, bien de un vicio de pronunciación del que habla, como cuando lo que debe pronunciarse débil y suavemente lo pronuncias espesamente, crasamente, vicio que Cicerón tachó en C. Cota. El mismo Cicerón, en su defensa de Arquias, dice que los poetas cordobeses tenían un acento bronco y exótico. Esto mismo vemos cada día que lo tienen los aldeanos. Las voces ásperas y desapacibles hacen el sonido hórrido, por el que la oreja siente aversión. Dice Quintiliano que la *f* suena a huero cuando recibe una vocal, y cuando quebranta alguna consonante es muy desapacible de oír. La conjunción de aquellas letras, que no puedes pronunciar de una tirada, hace la composición áspera, como en Cicerón: *Hoc quiron videt excors; qui quum videt decernit, impius.*

El sonido feo refiérese a su interior cuando arrastra a la oreja algún son desabrido; llámase *cacófaton,* como aquello de cierto gramático: *Hic cucumer dat eris.* Ordinariamente prodúcese del choque de la última sílaba de la palabra precedente y la primera de la que la sigue: *Caeca caligo.* Esta regla no ha de hacerse extensiva a la diversidad de lenguas, pues muchas cosas se dicen en una lengua linda y castamente, que no pueden decirse en otra del mismo modo; preocuparnos de esas menudencias fuera el cuento de nunca acabar; inútil, desde luego. La *m*, como dice Quintiliano, es una letra que tiene algo de mugido. En el sonido hay el movimiento tardo, acelerado, continuo, intermitente, igual, firme, fuerte, robusto, delgado, flaco, precipitado, embarazoso, libre. Palabras hay que tienen rumor de río, y otras que hacen ruido de viento. En las aguas corrientes, uno es el curso acelerado; otro, el precipitado, el tardo, el moroso, el torrencial, el discontinuo; lo hay bullicioso y saltarín, por entre guijas; lo hay recio y lo hay sordo. Todas las vocales tienen un sonido franco, y es fácil y suave el paso de ellas a cualquiera consonante. Entre las consonantes, las mudas tienen el tránsito tardo y perezoso, verbigracia: *Darent panem bonum;* las semivocales lo tienen mediocre y templado por los dos extremos; *b, g, d,* lo robustecen y avivan, pues su pronunciación comunica cierta firmeza, como *grandis bellua.* La *m* suena en medio, medianamente; al fin y seguida de vocal, se hace sorda; al principio tiene una amplia sonoridad, como puede apreciarse en este pasaje de Cicerón, al comienzo del cuarto libro de sus *Cuestiones académicas: Magnum ingenium L. Luculli magnumque optimarum artium studium, tum omnis liberalis et digna homine nobili abeo percepta, doctrina.*

La *r* retarda muchísimo y da la impresión que se sube peñas arriba o que se boga contra la corriente, puesto que tiene la respiración difícil y un sí es no es asmática. Maravillosamente, Virgilio, cuando quiso pintar con cuánto de sudor y de fatiga crecieron Etruria y la misma Roma, saturó de erres esos versos:

Hanc Remus et frater; sic fortis Etru-
[*ria crevit*
Scilicet et rerum facta est pulcherrima
[*Roma.*

La *r* y la *s* tienen un sonido áspero y amenazador, como en el mismo poeta: *Horridion rusco.* La *f*, cuando se quiebra, hace a la sílaba áspera y resistente; mucho más blanda es la *fi* de los griegos. La *s* riñe con la *x* y viceversa, y también con la *r: Domus Xerxis, conjunx sophistæ, domus Romuli, conjunx Romuli.* La *s* puesta al fin, seguida de casi cualquiera otra consonante, se resiste a correr, y ésta fué la causa porque Servio prescindió de ella todas las veces que seguía una consonante, como nosotros la *m*, cuando antecede a una vocal en poesía, cosa que también hicieron los poetas arcaicos Ennio, Lucilio, Lucrecio. Algunos poetas griegos de los primitivos escribieron odas enteras sin *s*. Consonantes hay que se pronuncian levantando la lengua hasta el paladar, como casi todas las líquidas: *l, n, r;* otras, apretando los labios: *m, b, p.* Esto embaraza la pronunciación, y si se atraviesa la *q* produce algún retardo en levantar la lengua hasta la compresión de los labios: *animal bablistis percussum, numen patris;* y porque da interiormente en el paladar, por esto el sonido se rezaga, como la *l* más que la *n;* mas, de la compresión a la elevación, el sonido es más expedito: *dominum natarœ,* y en la misma voz: *plansus, brachium.* Cuando es frecuente la interferencia de la *l* o de la *r*, la pronunciación se hace premiosa, como de arroyo por un pedregal: *fratrare, paralella;* fenómeno éste que, cuando es debido a un vicio de la boca, llámase *lambdacismo* (la *l* es lambda, en griego), vicio de que Alcibíades adoleció. De defecto parecido adoleció Demóstenes en la pronunciación de la *r*. Las vocales seguidas producen hiato, y hacen laboriosa la pronunciación: *Ego ommi officio ac potius pietate erga te;* templadas por consonantes, facilitan la libertad de expresión.

Cada una de las vocales, bien por sí mismas o colocadas en la dicción, consume, al pronunciarse, dos tiempos o uno. Si consume dos, es larga; si consume uno, es breve; en su acertada combinación consiste toda armonía. Pero nosotros tiempo ha que ya la perdimos, por haber perdido la diferencia entre breves y largas, aun en las lenguas romanas. Así que nuestros oídos ya no están para poder exigir la musicalidad de las letras, como Quintiliano dice. Por eso nosotros trataremos esta parte siguiendo las pisadas de los antiguos. Algunas veces tendremos que apelar a la conjetura, acomodándola lo más posible a la Naturaleza. Si alguna vez volviere la diferencia antigua de largas y de breves, por el arte musical podrán darse de ella más exactas informaciones. Cuando una larga está rodeada de muchas consonantes, ello hace que el tiempo de la sílaba se retarda y es larga por eso mismo; como *circunstans*, y cuando una breve lo está de más pocas consonantes, el tiempo de la sílaba se contrae, como *ab alieno.*

La unión de sílabas hace el pie, que es de dos, tres, cuatro, cinco, a lo sumo seis. Esto ya lo saben los niños, aprendido en la escuela. Las sílabas largas rinden un sonido firme; si las sílabas breves se mezclan con las largas, la oración cobra fluidez, como: *Magna scilicet potestas erat illius imperii, quod ratione tenebatur;* si hay una larga sucesión de breves, la oración aviva el paso y se hace alegre y rápida: *Perit avipedis animula leporis,* como dijo Sereno

Los pies, si tienen plenitud de tiempos y se asientan firmemente

en sílabas estables, comunican gravedad a la oración; los breves la hacen movida y ágil. El pie breve es inquieto y nervioso como el yambo, al cual Horacio llama pie apresurado. Y a su vez, el troqueo es más ligero; por eso Plinio Segundo critica en su conterráneo Catulo la dureza, porque en lugar de un troqueo, puso un yambo en un endecasílabo. El dáctilo hace voluble la oración. El pirriqueo es apto para la danza, que por eso se llama pírrica. Los anapestos tienen subidas y bajadas casi iguales; por eso es que a su ritmo luchaban los lacedemonios, y al segundar los golpes le llaman *anapcin*. Esto, por lo que toca a las sílabas. Hablemos ya de las palabras.

Los frecuentes monosílabos y aun los disílabos, producen un son retardado porque, forzosamente, la transición de una palabra a otra gasta algún tiempo y comunica pereza a la oración; los polisílabos le dan plenitud y sosiego; las frecuentes comas y los muchos miembros la interrumpen. Cicerón dice que fluye apaciblemente aquella oración en que las palabras extremas se unen con las primeras consiguientes, de tal manera que ni su choque ocasiona asperezas ni se amplían excesivamente. Hácese saltona la oración por la desigualdad y destemplanza de los pies cuando no hay variedad en la mezcla, sino que a dos o tres largas se yuxtaponen otras tantas breves, y ello se repite con frecuencia, y no menos cuando hay alternancia de largas y breves, como en los versos trocaicos: *Scande cœli celsa virgo, digni tanto fœdere*, como dice Marcial. Ello es más de notar en los disílabos, pero en los otros ocurre lo mismo.

La oración no numerosa, desafeitada, descuidada, parécese muy mucho a la conversación cotidiana. Esta consta principalmente de troqueos y yambos, quiero decir que forman la mayor parte, pues son menos fáciles de distinguir y se allegan más al habla común y corriente, como Aristóteles notó. De lo que toca a la musicalidad, hablaremos en cada uno de los géneros de oraciones. No a todas ha de aplicarse la misma composición ni en ello convienen todos los grandes autores; y en la misma forma de la oración, el juicio no afecta a la esencia de los objetos, sino al gusto personal, como en los sabores y en la belleza. En la curia y el foro, una era la musicalidad que plugo a Bruto y otra la que agradó a Cicerón, y otra la que contentó a Calvo, y no fué tampoco la misma la que complació a los griegos Demóstenes, Esquines, Hipérides. No hay música que no tenga sus apasionados, bien así como el sabor acedo es gratísimo a determinados paladares. A aquel escita le agradaba más el relincho de su caballo que los lindos aires del tañedor de cítara de Filipo. Y, puesto que es el oído quien dictamina del sonido, debe la composición ser más cuidada al principio y al fin que en medio, puesto que la atención del oyente anda bogando, como arrebatada por un río; empero, el cuidado debe ser mayor aún al fin que al principio, pues al final la atención se concentra y se recoge y queda más firmemente adherido lo que recibe en los últimos momentos. No importa la manera como el dardo sale de la mano, sino cómo se hinca en el blanco. Acerca de eso, dice Marco Tulio: *Cuando la sentencia está amasada con palabras justas, cae más numerosamente; es la costumbre la que proporciona el número grato y no la afanosa diligencia.*

Casos hay en que el oído es el juez inapelable y no da la razón de por qué así le parece sino diciendo que le gusta más *urbeis ne invisere Cæsar* que *urbes ne invisere Cæsar* o *pacique imponere morem* que *moremque imponere paci*. Si esta misma apariencia de canto sigue repitiéndose, entonces ya no es prosa, sino que pasa a ser verso si ya no es que la separan con discursos íntegros, como hicieron Boecio y Marciano Capella. Asaz hemos tratado del sonido.

CAPITULO V

DE LA GRANDEZA O ÉNFASIS DE LAS PALABRAS

Esa grandeza estúdiase así en los vocablos como en las cosas y en el lenguaje. Hay la palabra adecuada y justa, la palabra llena, la palabra redundante, la palabra descomunal y desaforada; hay también el contrario, la palabra restringida y disminuída. Esto se dice no en absoluto, sino en relación con la cosa de que hablamos y con la inteligencia del auditorio, la cual, como sea distinta, no se concreta a un punto sólo, sino que tiene una cierta extensión. Cuando se extrae del acervo común la cantidad de palabras que parecen bastar para el entendimiento de las cosas de que se habla, la expresión es la justa; cuando esto se hace copiosamente y abriendo toda la mano, entonces la expresión es llena; cuando hay cierta prodigalidad, ya es redundante; pero si se extralimita, ya degenera en vicio y en molestia, y entonces ya es desaforada y monstruosa. Puede una oración extenderse por abundancia de palabras; puede por abundancia de cosas, o de sentidos, o por amplificación verbal. Lo primero constituye la variación; lo segundo, el alargamiento y un determinado linaje de propagación; lo tercero es la añadidura y el incremento, como cuando una cosa se añade a otra cosa, como una piedra a otra piedra, un madero a otro madero. La variación hácese con palabras que significan lo mismo o casi lo mismo o poco más o menos lo mismo; o por cada una de las palabras o con muchas por una o con muchas por muchas. Lo mismo significan *ensis* que *gladius* (espada), vocablos que se llaman sinónimos. Muchas palabras por una sola, verbigracia: *Pablo, doctor de las gentes en la fe y en la verdad; príncipe y padre de la república; ley viviente; árbitro de la paz; vínculo de la justicia*. Cicerón, en el *Catón Mayor*: *Si ellos están ausentes, ningunas obras considerables se hacen en el campo, ni en la siembra, ni en la recolección, ni en el ensilamiento de las cosechas*. Muchas por muchos: *¿Qué intenta el avaro con la acumulación de riqueza? ¿Qué fin se propone el codicioso con el acaparamiento de bienes? ¿Qué hacía Tuberón, en la batalla farsálica, tu espada desenvainada? ¿Qué costado amenazaba su punta? ¿Qué sentido tenía tu campaña? ¿Cuál era tu intención?* Un poco más, como *El rico desprecia al pobre; el opulento desdeña y rechaza al menesteroso*. Un poco menos, verbigracia: *Quien calla, asiente; quien calla no se opone*.

En la designación de los sinónimos ayúdannos mucho todas las formas de la traslación, pues no son tantos como eso los sinónimos naturales; por eso recurrimos a la metáfora: *Piensa rápidamente; su pensamiento tiene alas; es muy activo, no cierra nunca los ojos*. Hay sinónimos directos que se expresan

con palabras afirmativas y los hay indirectos, que se expresan por negaciones, como en Virgilio: *¿Y qué el niño Ascanio? ¿Vive todavía? ¿Respira auras vitales y no yace sepultado en sombras crueles?*

En este linaje de variaciones, así como son en extremo parcos los escritores áticos, son profusos las asiático, como Cicerón, Ovidio; y de los griegos Galeno, Luciano, San Juan Crisóstomo; de ello hablaré en otra ocasión. En Cicerón es cosa frecuente repetir palabras similares, bien para adorno, bien para la plenitud del número o para mayor ilustración del sentido; y no similares de un solo género, sino de muchos. Ejemplos a barrisco los encontrará quien maneje sus obras. Esa multiplicación de acepciones, ese aumento natural, nacido de las entrañas, como quien dice, hácese utilizando todas aquellas fórmulas que diremos en el *Instrumento de la probabilidad.* Al fin de ese opúsculo quedarán expuestas por nosotros cuántas sean las riquezas contenidas en aquellos tesoros.

CAPITULO VI

DE LA AMPLIFICACIÓN

La amplificación se verifica cuando, tomando pie de una palabra o de algún inciso, nos permitimos un pequeño desvío para narrar, describir o tratar otras cosas o retrocedemos mucho más arriba insistiendo en el argumento mismo en cosas que podrían omitirse sin inconveniente alguno, verbigracia: anécdotas, fábulas, descripciones, exposiciones de palabras o de frases, como también fenómenos físicos, costumbres humanas, sentencias y opiniones de muchos sobre una cosa admitida, descripciones y narraciones de esos mismos o de sus cosas o de lo que con ellos se relaciona; explanaciones de esos mismos testimonios, dialogismos, etopeyas, prosopopeyas. Si alguno se embreñare en esta selva, inmediatamente descubrirá una infinita abundancia y variedad de motivo, por ejemplo, si se trata del ingenio de los españoles, descripción de toda España o de alguna de sus partes, las principales en que se dividiere, lo que de ella fantasearon y escribieron los antiguos poetas griegos y los latinos, que fueron a zaga de sus huellas, del infierno, de los campos elisios, del río Leteo, qué linaje de hombres eran estos poetas y por qué se dieron a mentir y a inventar y por qué sentaron como cosa averiguada aquellas invenciones. Y dado que tenga que tratar de los ingenios de los españoles, comience por decir qué cosa sea el ingenio en el hombre, qué causas le embotan y qué otras le aguzan; la opinión de Aristóteles acerca del ingenio, qué hombre era Aristóteles y cuánta su sagacidad en escudriñar la Naturaleza. Y luego pase a tratar de las costumbres y de la república en general y, particularizando ya, de las costumbres y organización política de nuestra nación. Si introduce a algún interlocutor o a varios que entre sí dialoguen o atribuye la palabra a un objeto mudo, a saber: río, monte, árbol, animal, ¡cuántas y cuántas cosas les puede hacer decir! Pienso que de este recurso acostumbró usar M. Catón en el Senado y aun otros oradores que querían pasarse hablando todo un día, cuando estaba permitido que un senador, a quien se le pedía su sentir, pudiese charlar de todo lo que se le ocurría y no existía disposición alguna que les pusiera freno o le señalara coto.

La amplificación y el aumento de nuevas acepciones, a veces son una misma cosa y se derivan de unas mismas fuentes; pero ello no importa a los discípulos ni aun a los que tales recursos utilizan; lo decimos porque los sepan, no porque los usen. La práctica proporcionará ejemplos de todo ello; y muchos expuso Erasmo de Rotterdam en sus dos libros *De copia*. Y así como es un artificio lícito amplificar la oración cuando la materia lo pide, lo cual viene a ser como abrir las velas al viento propicio, así también lo es contraerla y restringirla cuando el tiempo lo exige, lo cual no carece de gentileza y garbo, así como aquel recurso primero de la abundancia la adorna y la recama y le da riqueza y plenitud: ambos procedimientos, a su debida sazón, tienen su eficacia y su fuerza. Muchas son sus clases: es ceñida y sucinta la oración cuando no hay cosa que se la pueda quitar sin menoscabo. Tal estructura se dice que dió a sus discursos Lisias el ateniense, aunque debe saberse que todos los atenienses fueron concisos, unos más que otros, naturalmente, pues en esto también hay grados, pues Esquines fué más copioso que Demóstenes. Aristóteles supera a todos en avaricia verbal, excepto en los casos en que por vincular sus enseñanzas más reciamente las repite, atento al aprovechamiento de sus discípulos. Hay otro género de oración breve que en pocas palabras mete grandes sentencias y las aprieta, como son los que los griegos llaman *apotegmas*, dichos de filósofos y de varones sabios, notables por su denso laconismo. Hay otro linaje de oración ceñida que expresa menos de lo que la inteligencia requiere. Pero esa costumbre de hablar ayuda al sentido y suple lo que falta. Ejemplo: *¿Un bárbaro, esas mieses? ¡He aquí adónde la discordia redujo a los míseros ciudadanos!*

El ejemplo es de Virgilio, y falta la palabra *tendrá* u otra equivalente.

Se queda menguada y corta aquella oración a la cual falta algo necesario. Hay que usar con tiento de los sinónimos, y hanse de utilizar las palabras más propias, de sentido directo o traslaticio. En vez de muchas han de usarse pocas, pero que declaren con justeza lo que queremos. Hanse de preferir las universales a las particulares y los géneros a las formas, pues con ello se consigue una gran economía de palabras y, finalmente, el todo en vez de muchas partes; más lo que comprende que lo comprendido, verbigracia: *Otro Sócrates, un segundo Homero*, o *Virgilio* por la grande y variada doctrina que cada uno de esos grandes sabios tuvieron; una verdadera *Arca de Noé* por la casa que está abarrotada de todo género de cosas. Demás de esto, por la alusión a la historia y a la fábula hartas veces se consigue un notable ahorro de palabras; verbigracia: *El gallo de Esopo* por aquel que desdeña un objeto precioso y anda en busca de uno vil. El mismo rendimiento tiene una comparación oportuna; ejemplo: *Como un perro en el Nilo*. Ello se aplica a quien bebe, huyendo de miedo. *Los avisos amistosos son como el áloe*, desabridos, pero provechosos y medicinales.

Es un *Heróstrato*. Dícese del que está resuelto a hacerlo y a padecerlo todo por amor de la gloria. Es un *Tántalo* de aquel que no disfruta de sus propios bienes. *Hombre cocodrilo* que huye de los que le hacen rostro y persigue a los que le huyen. Las cosas posteriores que no pueden subsistir sin las primeras

fenecen como: *Los campos donde Troya fué.* Significa que Troya ha perecido.

En materia clara y no controvertida hase de prescindir de toda argumentación. Con todo, si fuere menester, sólo debe tocarse aquello en que estriba la fuerza principal del argumento. Hay que abstenerse de digresiones. En todo caso, dígase de soslayo nada más que lo que hace al caso, de modo que parezca que no tanto lo hemos explicado como que lo hemos señalado con el dedo. En los hechos gloriosos, bastará con sólo decir el nombre de su autor: *Es fama que lo hizo Sócrates.* Si los homónimos son muchos, se los ha de distinguir con alguna particularidad: *Sócrates el ateniense.* Si ese personaje hizo muchas cosas notables, conviene particularizar aquellas sobre las que queremos llamar la atención. Según que el hecho sea más o menos conocido, podrá pormenorizarse o insinuarse solamente.

Esto por lo que toca a las palabras y a su sentido.

Existe otra como unidad de medición determinada por la eufonía o musicalidad en la cual, como dice Cicerón, hay una cierta medida o compás auricular delimitado por el aliento del que habla y la inteligencia del que oye, pues el final o absolución no debe ni agotar el aliento ni abrumar la atención. Los mismos oídos juzgan lo que es lleno y sonoroso y lo que es huero y vacuo. El huelgo determina la extensión de las palabras por imperiosa necesidad y es cosa fea que falte o que resulte laborioso.

Por lo que toca a este punto y a su medida exacta, como en todas las otras cosas, se delinque por ambos lados: bien extremando la conclusión o término más allá de lo que consientan la respiración del que habla o la atención del que oye, defecto que en San Agustín notó San Jerónimo; o bien, al revés, desmenuzando y cortando las sentencias, cosa que en Séneca reprende Quintiliano. En ese desmenuzamiento es inevitable que queden ciertas escarpas y fogosidades en que el oído siéntese como interceptado en su curso, cual acontece a los que caminan por las crestas de las sierras. Acerca de ello, Séneca, juzgando a tres muy distintos escritores, se expresa así: *En Fabiano algunas frases acaban tan bruscamente, que no es que sean cortas, sino que son abruptas; en Polión, sus frases no terminan, sino que tropiezan y caen; en Cicerón todas tienen una cadencia llena y sonorosa.* Varias son las clases de conclusión; de un solo miembro, que se llama supina; de muchos miembros, de los cuales unos se congregan desordenadamente; verbigracia: *He de hablaros del apóstol San Pablo: sus palabras tienen un sentido soberano y recóndito; por eso pudiera parecer que más había de formular mi deseo que emprender la obra* Llámesele *acervo* y sus miembros están separados. En este género se incluye aquella interposición llamada *paréntesis* por los griegos. Los hay que se anudan, pero con lazos flojos y sin fuerza. De ese género son muchos exordios de los discursos de Marco Tulio, verbigracia aquel de su defensa de Milón: *Aun cuando recelo, jueces, que no parezca cosa fea expresar mis temores en comenzando a hablar en favor de un varón esforzadísimo.* Este fenómeno es por algunos llamado *continuación.* El comienzo del exordio debe ser breve y cortado para que en él se recoja el aliento a fin de luego lanzarlo con más fuerza, como vemos que lo hacen los bailarines y los cantores.

Ejemplos los hay a barrisco en Cicerón y en los escritores de todo género, como aquello del Evangelio: *Si yo no hubiera venido y no les hubiera hablado y no hubiera hecho en ellos obras como ningún otro las hizo, no tendrían pecado.*

Su contrario es la incisión, es decir, la oración alargada por frecuentes incisos y por un huelgo frecuente, que por la multitud y variedad de cosas desmenuza el discurso, o cuando se dice no más que una, parece decir muchas, verbigracia: *Muchas son las cosas, quirites, que me moverían a no hablaros, si el amor de la república no las superase todas: el poderío de la facción, vuestra paciencia, el derecho nulo, y sobre todo la consideración de que la inocencia corre más peligro que no granjea honor,* como dice Salustio. Y en Isaías: *¡Ay de la gente pecadora, del pueblo cargado de iniquidad, de la simiente malvada, de los hijos escelerados!*

De todo esto que da a la oración tanto ornato y tanta lumbre hubo una gran ignorancia en Grecia, antes de Gorgias y de Isócrates, y en Roma antes de Craso y de Antonio. Hablaban a la pata la llana, sin cuidarse del número, que si alguna vez aparecía era por pura casualidad. Un solo ejemplo ilustrará esto que digo. Cicerón, en su defensa de Cluencio, tiene esta exclamación: *¡Singular inocencia la de Opiánico! En ese reo, quien le absolvió fué un ambicioso, quien lo definió fué un cauto, quien le condenó, es conceptuado de constante.* Galba o Escipión hubieran dicho: *Considerad, jueces, cuán inequívocamente queda al descubierto la maldad de Opiánico, porque aquellos de sus jueces que le absolvieron fueron tenidos por ambiciosos; otros prorrogaron su emplazamiento y a éstos, como sabéis, se les llamó cautos; mas los que le condenaron fueron tenidos por jueces incorruptos.*

CAPITULO VII

PERÍODO

El uso de los períodos fué mayor después de M. Tulio que en su propio siglo, como es de ver en Séneca, Quintiliano, Plinio, Tácito. Los períodos se redondean bien por la conjunción, como en este caso: *Ruégoos, jueces, que tenga más valía la pobreza de éste para la misericordia que las riquezas de aquél para la crueldad.* O por conjugación, al principio. Ejemplo: *Pensaba ser atributo de la libertad alternar descaradamente con todos y ser atributo de la fortaleza osar aquello mismo que ningún otro hubiera osado.* Ejemplo por conjugación en medio: *Granjeó una honra singular de su continencia; un copiosísimo provecho de su verecundia y de su piedad la benevolencia de todos.* También, en el fin; los ejemplos abundan arreo: *Cuya impunidad, César, constituye el elogio de tu clemencia; y su discurso los afilará para la crueldad.* Tienen fuerza de período determinados incisos que encajan perfectamente: *La naturaleza te parió para la demencia; la educación te ejercitó para la maldad, la fortuna te reservó para el suplicio.* La congruente adaptación hace las veces de nexo como en las paredes secas las piedras encuadradas sin cal ni yeso.

Lindísimos son los períodos que se hacen de antítesis (de ellos vamos a hablar luego) o de argumentos rodados con destreza. Algunos preceptistas hay que piensan ser verdaderos períodos determinados argumentos aliñados con agudeza y

concluídos bruscamente y retorcidos con violencia, como Hermógenes. El período que no tiene miembros, toma por miembros las incisiones: *Tenía vestidos prácticos para el uso, y gentiles para el ornato. Fruto fué de su exquisito tacto conservar en la magistratura el favor de todos y toda la autoridad en su vida privada.* El período puede ser monócolo, dícolo, trícolo y aun tetrácolo; cuando los miembros son muchos o largos en exceso, la fuerza del período mengua como en el lanzamiento de una pica demasiado larga; pero hay que tener en cuenta el genio de la lengua y la índole y el carácter del auditorio. Ejemplo de las diferentes clases de períodos: *Los que avisan amistosamente tienen que ser oídos; los que exacerban con saña, tienen que ser rechazados.* Otro: *Cuanto más el padre descolló en la virtud, tanto más el hijo fué inclinado al vicio; por esto, tanto más edificante es la virtud de aquél cuanto más aborrecible la apatía de éste.* Otro: *No hay cosa que más ligera vuele que la maledicencia; nada se emite con más facilidad, nada se admite con tal rapidez; nada se difunde tan a sus anchas.* La diversidad de miembros que componen el período más se define por el oído que por el número y medida de las sílabas, como es de ver en este período: *Parecí con los negociantes comedido, con los mercaderes justo, con los munícipes libre, con los aliados insobornable.* Pueden los miembros separados unirse y los unidos dirimirse y distanciarse, verbigracia: *Tan malo es inferir injuria al aliado como no rechazarla, si puedes; si infieres injuria al aliado, mal será; y no lo será menos, si cuando puedes no la rechazas.*

La razón de la explicación de los sentidos es intermedia entre lo externo y lo interno, pues sale de la mente y va a las palabras; pero radica en las palabras simples o compuestas; las simples, si son naturales, propias, usuales, si las traslaciones son proporcionadas y conocidas, hacen la oración clara, y al contrario, si son impropias, desusadas, raras, ignoradas de aquellos a quienes se dirigen, la hacen oscura y dudosa.

Muchas de ellas pasan a ser enigmas, es decir, un lenguaje intrincado, y en modo alguno obvio a la inteligencia aun para los que conocen aquella materia. En las compuestas, dícense clara y abiertamente aquellas que son más corrientes, en primer lugar, para el género humano y la inteligencia común, cuando se dicen de aquella misma manera que usaron siempre los que hablan bien y rectamente al tratar tales materias.

La oscuridad que nace de las mismas cosas no es de nuestra incumbencia; y si la ofuscación fuera imputable al que oyere, no debe de ello inculparse a la oración, verbigracia, si no entendiere la lengua latina o siendo otro el idioma en que se expresare, si no comprendiere una palabra usual y castiza, como también si fuere lerdo o no prestase la debida atención. Las que traen consigo algunas tinieblas, se tornan claras si son de uso corriente, como los proverbios y las réplicas agudas que cobran luz de lo que antecede o de lo que se sigue. El orden contribuye muy mucho a la inteligencia. Lo desordenado es confuso y engendra oscuridad. Muchas cosas, si en ellas pusieres orden, se harán conspicuas.

CAPITULO VIII

ORDENACIÓN DE LAS PALABRAS

De la ordenación de las palabras, la una es natural y la otra es obra de estudio y artificio. Algunas veces, este linaje de ordenación hácese so pretexto de gala y atavío; otras, para ayudar al entendimiento, verbigracia, el paréntesis, que se llama también interposición, ocasiones hay en que facilita el entendimiento, como dice Cicerón en su defensa de Milón: *Habiéndote yo (pues muchas veces hablaba conmigo mismo) devuelto a la patria.* Esta oración se quedará oscura sin el oportuno paréntesis. Cuando no se atiende más que al ornato perturba el sentido; enmendamos este inconveniente con la repetición de algún vocablo de la sentencia anterior que refresque la memoria. Ejemplo: *Si para con aquellos que formaron tu mocedad (edad horra de consejo y expuesta a muchos peligros por su falta de prudencia) si para con aquellos, digo, que la formaron y que la gobernaron, no muestras la debida gratitud.* Las inversiones, verbigracia, *transtra per, Italiam contra, septem subjecta trioni* son recursos poéticos usuales en gracia de la elegancia y del número; pero apelan también a ellos los oradores; ejemplo: *Qui homo cunque Quint. Mucius Augur Scœvola,* si es que Cicerón lo es, escribió realmente así en vez de *Quicunque homo.* Hay otras fórmulas más convenientes, como: *mecum, tecum.* Mas la *síntesis,* que viene a ser una confusión creada por palabras transpuestas es cosa exclusiva de poetas y perturba el sentido según la voz misma indica, como en Virgilio: *Juvenes fortissima quondam pectora;* ejemplo harto conocido tomado del libro segundo de la *Eneida.* Con todo, la licencia poética no autoriza hasta tal punto que sin ton ni son vaya mezclando las palabras.

Al orden síguese la distinción, porque la unión o la separación, puestas donde no deben, perturban el sentido y su inteligencia. La expresión directa comunica luz; las torceduras, ambages y rodeos ofuscan. Mejor dirás cuando la ocasión se presente: *Rex erat Alexander Macedo, Philippi filius,* que no de estotra manera oblicua: *Rege Alexandro Macedone Philippi filio.* Demasiado numerosos son los ejemplos de rodeos y descaminos de la senda recta que nos trazamos, pues ello perjudica la comprensión; lo que se dijo antes, ya se borró de la memoria. Por la misma razón es de difícil entendimiento toda sentencia demasiado larga, porque la memoria no puede retenerla. Al revés, las cortas en exceso son oscuras, pues no tanto expresan el sentido como lo insinúan. No sin razón dice Horacio: *Esfuérzome por ser breve y me torno oscuro.* Este vicio reprochó Cicerón a los oradores atenienses de la primera época Alcibíades, Pericles y otros. De este mismo defecto culpa a Tucídides Dioniso de Halicarnaso. Toda ambigüedad de suyo esparce niebla, aunque por deducción se pueda colegir el sentido, verbigracia: *Vidi hominen comedentem leonem* (que puede significar indistintamente: Vi a un hombre comiéndose a un león, o vi a un león comiéndose a un hombre). Marcar el tránsito, a saber, lo que se dijo y lo que queda por decir, comunica claridad. Por esta razón hácenlo con frecuencia los preceptistas como Aristóteles y Galeno.

El circunloquio es la expresión de una sola cosa con muchas palabras, o de muchas cosas con muchas pa-

labras, que se toman de todo linaje de argumentos. El circunloquio ilustra a veces cuando se hace con palabras y cosas conocidas, pero otras veces ofusca cuando se sirve de palabras y cosas desconocidas, como es aquel pasaje plantino: *Ducis me ubi lapis lapidem terit ubi vivos homines mortui incursant boves;* y las descripciones del tiempo que los poetas toman del cariz del cielo o del sol. Algunas veces el circunloquio es de absoluta necesidad, como en la designación de aquellas partes del cuerpo humano cuyo nombre ignora la modestia. Otras veces se le da cabida en concepto de gala o venustez, o por expresar un deber: *Tu piedad hará esto;* es decir, tú. A esa suerte de circunloquio fueron grandemente aficionados los griegos, y en la actualidad los españoles y los italianos. Circunloquio hay que explana más el pensamiento y que le da robustez, y con una gráfica valentía lo pone delante de los ojos descubriendo alguna fuerza oculta, verbigracia: *Ese animal, el más cobarde de todos, el más flaco de todos y a pesar de ello, el más insolente de todos.* Este circunloquio quiere decir, el hombre. Ilustran también muy mucho las semejanzas y desemejanzas. Por lo conocido y lo perspicuo se declara que otra cosa menos conocida lo es también, o es diversa, no por la fuerza de la demostración, sino por la ostensión de una cosa conocida; verbigracia: *Los príncipes, para su defensa, quieren ser amados de sus súbditos.* Y al revés: *Dios quiere ser amado de nosotros, porque estemos en seguridad.* De las semejanzas y desemejanzas las hay vulgares y tabernarias: *Hablaba de prisa, de prisa, como una picaza;* las hay desconocidas y las hay bajas y soeces, y otras urbanas y atildadas. Algunas están tomadas de aquellos objetos que cada cual maneja como el marinero de la barca, el labrador de la vida campestre, el soldado del campamento, el tahur de los naipes.

La explicación de la semejanza se llama *redición* o retorno; no es única su forma. Semejanzas hay que van seguidas inmediatamente de la redición: *A los enamorados les acontece lo que a los enfermos: que son enemigos de los consejos saludables.* En otras la redición es distinta: *Como las bestias, tal el vulgo de los hombres; pues aquéllas siguen la vereda por donde fueron las anteriores; así también los hombres siguen sin discernimiento las costumbres admitidas.* Semejanzas hay que no la tienen: *El varón bueno es parecido a la oveja, de la cual se percibe toda utilidad: lana, leche, carne, piel.* La adición puede hacerse de esta manera: *Así también el varón bueno, con su consejo, con su asistencia, con su obra, da provecho siempre, aun cuando está ausente, aun después de muerto, con el ejemplo y la memoria que dejó.*

Las interpretaciones de una palabra por otra o por muchas, o de muchas por muchas, convienen a la inteligencia, según ya dije al dar reglas para la copia. Mas la palabra cuyo sentido la separa de la sencillez y común manera de hablar, puesto que tenga alguna gracia y hermosura, a manera de piedra preciosa realza la oración. Llámase figura de sentencia; los griegos la llamaban *dianias.* A esa belleza únese la utilidad; pues sirve a la necesidad y no solamente a hermosura y lindeza. Y lo mismo que pasa con la belleza, pasa con esas conformaciones de la oración en que los hombres divídense en tantos pareceres. Lo que pierde la gracia, degenera en enigma; adviértese la oscuridad,

pero se ignora el precio y así es que se le deja de lado como a la perla de la fábula.

Casi toda la figura de sentencia consiste en que entienda el oyente una cosa diferente de lo que nosotros decimos; esto lo conseguimos, bien por el silencio, bien mediante una locución oblicua. Si, efectivamente, alguna pasión se expresó por el silencio, como la ira o el miedo, es natural y no es propio de este lugar. En realidad, el ánimo excitado impide la fuerza de la razón; si esa pasión hipotética es la simulación, entonces se llama reticencia esta figura de sentencia:

Et quo... sed faciles Nimphæ risere [sacello...
Quos ego... sed motos praestat compo- [nere fluctus...

Para Neptuno hubiera sido natural; en Virgilio, es un esquema. Por la reticencia damos a entender que callamos de momento y reprimimos los borbotones de las palabras, como violentándonos a nosotros mismos, por una de estas dos causas: por no decir aquello como Cicerón en su defensa de Ligario: *Demasiada prisa doy; parece conmoverse el mozo;* o para decir otras cosas: *Termino de hablar acerca de este punto; más vale tocar otros que a vosotros que los oís y a mí que los explico sean más agradables.* Sospechosísima es esta reticencia, especialmente para hombres que de suyo son suspicaces y que van a buscar muy lejos siniestras conjeturas. Cada cual está en libertad de pensar lo que quisiere; cosa que no ignoró aquel pintor que representó a Agamenón con la cara vuelta en el sacrificio de Ifigenia.

Hay una cierta reticencia falsa de dos clases; la una cuando ya hemos dicho todo lo que teníamos que decir; pero deliberadamente damos a entender que no queremos insistir más en ello, como Cicerón en pro de Ligario: *Si en esta tamaña fortuna no hubiera tanta lenidad, cuánta es la que tú por ti mismo, por ti, digo, tienes ganada (sé lo que me digo) en amarguísimo duelo redundaría esta victoria;* la otra cuando decimos que callamos lo que pregonamos a voces, y dejamos a un lado aquello mismo en que insistimos y nos detenemos a placer. Esta reticencia es por algunos llamada negación; truécase en otra figura el silencio, que tiene mucho de reserva pudibunda: Cicerón en sus *Filípicas: Da el natalicio, ¿a quién? No diré ningún nombre. Pensad que me refiero a Formión o a Babión.* Doble es la dirección de la oración; una directa por la cual andamos como siguiendo un hilo; otra refleja, cuando lo retorcemos como madeja para que sea más ceñida y fuerte. De este género es la conversión de una persona en otra: *Los Escipiones endurecidos en la guerra y a ti, máximo César.*

Hay la interrogación no precisamente por averiguar, sino por instar y apremiar, bien en los otros como a sí mismo. A veces añadimos la respuesta; otras, la omitimos como en cosa que está clara, para que cada cual se la conteste. Añádense también la deliberación y la comunicación. Como aquello de Orfeo, tras el rapto de su Eurídice, que se puede leer al fin del cuarto libro de las *Geórgicas: ¿Qué iba a hacer? ¿Adónde iría sin su esposa dos veces robada? Poneos vosotros en su lugar, ¿qué hubierais dicho?*

Existe otro género de comunicación, cuando nosotros manifestamos tener nuestra parte en cosas que no hicimos. Esto lo hacemos con frecuencia para la burla o el ataque o

para demostrar familiaridad o para atenuar o desviar una culpa o una reprensión: *Demasiado tememos la muerte y el destierro y la pobreza*, dice Bruto de Cicerón, siendo así que Bruto no temía ninguna de estas calamidades. Esta figura es en San Pablo muy frecuente, como doctor prudentísimo que era y castigador todo mansedumbre: *Si nos examinásemos a nosotros mismos, cierto no seríamos juzgados; mas, siendo juzgados, somos castigados del Señor para que no seamos condenados con el mundo*. También en este género puede quedar comprendida aquella comunicación de locuciones que se leen de Cristo, Dios y Hombre: *Yo y el Padre somos uno;* esto se refiere a Dios; *el Padre es mayor que yo;* esto se refiere al hombre. La querella y la acusación no me parecen a mí figuras, sino especies de oración.

Hay la corrección: *¿En qué hombre se vió tanta constancia o, por mejor decir, tanta paciencia?* Hay en la corrección sustitución de mayor, de menor, de igual, de diferente: *Afanoso o, más propiamente dicho, cargado de penalidades. Se le devolvió la vida o, más propiamente, se le prorrogó la muerte. Dió dineros, ¿dineros digo? Peste mortal.* Hay la simulación de concesión, como en la comedia *Aulularia: Quiero que esas arañas se reserven para mí.* (Una vieja había dicho que en su casa no había más que arañas.) Hay la conformación de la oración, cuando queremos que se entienda o que se crea más o menos o cosa diversa de lo que queremos en realidad o piensan los oyentes que queremos; si menos, es amplificación; si más, atenuación. Ambas figuras son de dicción y de sentencia.

La amplificación es de dicción cuando a la cosa le damos un nombre enfático e hiperbólico que parece engrandecerla, como si a un niño se le vistiera con traje de hombre; verbigracia: si al maestro *severo* se le llama *cruel*, o cuando se le añade una interpretación, como *hombre sedicioso;* esto es, *que subvierte la patria y los ciudadanos.* Hácese también por la corrección de la mayor: *Lujuriante y, por ende, derramador de la sangre y pródigo de su vida. ¿Qué furor es éste interpelando a la avaricia?* También por perífrasis: *El horror de Cartago;* por traslación: *Es un buitre*, refiriéndose a un hombre rapaz. Atenuamos y adelgazamos, bien simplemente lo que nos propusimos, bien lo que ya fué amplificado; simplemente por las razones que ya puse; empequeñeciendo el nombre; ejemplo: *mal siervo*, por *ladrón y fugitivo;* por interpretación: *comilón*, que de cuando en cuando banquetea, por corrección de lo menor: *Vivimos o, para hablar con más propiedad, arrastramos la vida.* Por perífrasis: *Cosedor de centones; compilador de fichas indoctas;* dícese de un mal escritor. Por metáfora: *El calor del amor.* Hay palabras que de suyo realzan la oración y otras la debilitan; de la primera clase son: *indudablemente, claramente, muchísimo, innumerable, todo*, etc.; y son de la segunda: *acaso, quién sabe, de mala gana, no sé qué...* Por ese procedimiento, Virgilio atenuó el suicidio de Dido: *Acaso ésa era la única culpa a que pudo sucumbir.*

Y maravillosamente, Marco Tulio, en una de sus oraciones en defensa de la ley agraria: *Con todo, si algunos hubo de más agudo ingenio que oyeran el discurso, no sé qué sospechaban que quiso éste* (Rulo)

decir de la ley agraria. No dice *cualesquiera, sino los de más agudo ingenio,* y *que lo habían oído;* no *claramente,* sino *no sé qué; no que dijo,* sino *que quiso decir;* no que habían *entendido* o que *sabían,* sino que *sospechaban.*

Lo que fué amplificado lo disminuimos, ora quitándole odiosidad, como cuando uno, hablando de Orestes, soltó el calificativo de matricida, nosotros lo atenuamos llamándole vengador de su padre o mitigando su gravedad, como, por ejemplo: *El maestro, con la férula, advirtió al discípulo de cuál era su deber.* Esto fué dicho para uno que se quejaba de que el dómine le había bárbaramente apaleado. La amplificación de cosas y sentidos no es de nuestra incumbencia actual, sino que pertenece a los lugares de la probabilidad, por cada uno de los cuales la cosa se aumenta y se disminuye: *El mozo, en presencia de su padre, en la plaza pública, al filo del mediodía se atrevió a denostar a un senador.* Los argumentos están tomados del tiempo, del lugar, de las circunstancias, de la acción. Para dar una impresión de la soledad de Italia, Lucarno dijo:

Rarus et antiques habitator in urbibus errat (1).

Cada una de estas palabras tiene una gran energía. Dice el poeta: no el *viajero,* sino el *morador;* no *frecuente,* sino *raro;* no *pasea,* sino *vaga errante;* no en las *aldeas,* sino en las *urbes y aun éstas antiguas,* las cuales, con el transcurso de los siglos, tienen más historia y fama que las de fundación reciente. Ejemplo de disminución, lo hallamos en aquello de Terencio: La noche, el amor, el vino. En los lugares de los argumentos vase a buscar lo que amplificamos o contraemos, por semejanza o comparación, cuando ante una cosa que se propone grande o pequeña, nosotros presentamos la nuestra mayor o menor.

La hipérbole o la demasía, como la llama Macrobio, pertenece a la amplificación, la cual tanto se halla en la palabra como en la sentencia, cuando la medida de la palabra excede la medida de la cosa, como: Envían el clamor a las estrellas; esconde la cabeza entre las nubes.

Y para mayor aumento no se pone lo simple, sino que se duplica o se triplica, como aquello que dice Homero de las yeguas de Ericto, que Virgilio aplica a Camila la amazona: *Volara por cima de las mieses y su pie no quebraría las aristas tiernas; llevara su carrera por en medio del mar, encima del orgullo de las olas y no mojara el agua el velo de sus plantas.* Esta hipérbole supera toda credulidad, pero no toda medida; la medida, en este caso, me parece determinada por la capacidad y alcance de nuestros ingenios o por las semejanzas conocidas y usadas. En cada lengua se ha de tener presente lo que admite el uso y lo que rechaza. Hipérbole hay que en una lengua no es admisible y en otra es cosa corriente. Tampoco se han de desdeñar las costumbres de los hombres. En la última parte de los *Comentarios* de César se escribe que tales son los ejércitos del pueblo romano, que *pueden romper el cielo.* ¿Quién que no fuera un loco diría ahora algo parecido a eso? De locos es también y no de cristianos celebrar el ingenio divino, la elocuencia divina, el poema divino. Cuando queremos dar a entender algo distinto de lo que deci-

(1) Raro el morador vaga errante por las antiguas urbes

mos, cométese aquella simulación que se llama ironía. Ilusión la llama Fabio Quintiliano. Es de dos maneras: real y verbal. Es real cuando deliberadamente ocultamos algo porque no parezca que lo confesamos, como es, por ejemplo, aquella ironía socrática que no pertenece a este lugar, pues esa ironía nuestra quiere que los otros entiendan y crean lo contrario de lo que dice y no tanto tiende a tapujar u ocultar como a disimular con la contraposición de lo contrario; ejemplo: *San Jerónimo no tuvo qué responder a la elocuencia de Rufino.* Existe una disimulación e ironía tan transparente, que no hay nadie que deje de entenderla: *Aquel varón comedido y santo que se llamó L. Catilina.* Hay otra más discreta y más velada, bien por ser desconocida la persona de quien se dice o por deliberada intención y propósito del que la dice. Esta se torna clara y perspicua, cuando la persona o la cosa son conocidas o porque la intención del que la dice es manifiesta o por deducción y conjetura. Finalmente, la hay que no puede entenderse sino por la pronunciación o el gesto, que a veces es más expresivo que las palabras.

Determinadas palabras puestas oportunamente dan indicios de la disimulación. La antífrasis o expresión contradictoria es una suerte de ironía, pues pone a la persona o al objeto un nombre contrario a su naturaleza; verbigracia: si a un borracho se le denomina *Cayo Abstemio.* Si queremos que se entienda lo contrario, hácese lugar a la traslación o a la inversión cuando a la cosa se la muestra a través de alguna imagen: La traslación está en la palabra; la inversión, en el sentido: *Libre es Sara con su generación; esclava es Agar con sus hijos; por ello entiéndese la Iglesia de Dios y la muchedumbre de los pecadores; llámase en griego alegoría.* Hay semejanzas que no distan de la traslación más que por la manera de la oración: *El león Aquiles arremetió;* eso es una traslación; *arremetió como un león;* eso es una semejanza. Quintiliano nos advierte que no terminemos la inversión en otro linaje de traslación que aquel con que comenzamos, de modo *que si empezaste con borrascas y oleajes, termines con cenizas y con incendios.* Y no se ha de extremar demasiado la inversión, ni tampoco la traslación de la semejanza, pues toda la oración resulta invertida y oscura y degenera en afectación pueril. Lo más cuerdo es, si ello favorece a la oración, no girar a otros géneros de traslaciones o volver a lo recto y a lo natural.

Hay otro linaje de confirmaciones de la oración, lindísimo de veras, y es cuando, sirviéndonos de los lugares de los argumentos, ponemos lo que alguno aprueba o demuestra por lo demostrado: de la causa al efecto, o al revés; de lo primero a lo posterior, o viceversa: *Vino acá el hijo de Aquiles por un varón fuerte. Que con un mismo pan pueden saciarse los que verdaderamente son amigos, y los que no, se fingen amigos. Almuerzo que, con sólo verle, harta. Blancura que no puede mirarse sino con los ojos entornados;* llámese ello demostración. Dice Cicerón contra Verres, refiriéndose a Craso y a Antonio: *Iban a las causas libres y despreocupados, y no hacían caudal de que, como no habían querido ser procaces en la defensa, se los considerase ingratos al desertar de ella.* Del ejemplo de virtud de aquellos que se habían mantenido incorrup-

tos, tacha a Hortensio, a quien Verres, con sus dádivas, había sobornado de que ya no podía abandonarle sin nota de ingratitud. Cuando la condición se pone por lo que sigue, como cuando Lépida, tía materna de Nerón, refiriéndose al bozo que le apuntaba, dijo: *Cuando lo tuviere en mis manos, quiero morir*, Nerón respondió que *se lo cortaría luego al punto;* con lo cual daba a entender que iba a morir pronto. Es contraria a la alegoría, cuando la esencia de la cosa pónese por su imagen, como en las pinturas, en las inscripciones, en todo género de semejanza: *Las siete vacas son siete años* en la explicación del sueño bíblico de José. *Arma a los reyes y conduce a los triunfos*, dice Horacio del escritor. En las fábulas de Esopo, *los asnos tienen uso de razón y los árboles hablan.* Llamemos a esto significación; a ella le añadiremos la reputación cuando la esencia de la cosa se pone por el juicio y estima de los hombres: *Si yo proporcionaba los gastos a vuestros placeres*, ¿qué padre sería mejor y más cómodo? Es decir, a vuestro parecer. Tal es aquello que se lee en el Evangelio: *Si con el poder de Dios echo los demonios, es que verdaderamente el reino de Dios ha llegado a vosotros;* es decir, si creéis que yo echo los demonios por el poder de Dios. Estas conformaciones, cuando no se entienden, degeneran en oscuridades, que tienen el nombre de enigmas. Ellos traen consigo un apartamiento de la recta y natural costumbre de expresarse, primeramente por causa de necesidad, cuando con palabras encubiertas débese decir lo que ofendería a los oyentes si se dijese con palabras claras por la torpeza o la cosa ingrata que disimulan. De la necesidad vínose a la utilidad y a la comodidad, y de ahí a la fruición y al regalo, así como nos desviamos del camino real por veredas y senderos, atraídos por su comodidad o por su amenidad.

Estas particularidades son las que hacen la oración figurada, a quien llaman *esquematismon* los griegos. Resta hablar de un cierto género de ornato que se llama *antítesis.* Las antítesis no son de una sola manera, pues palabras hay que entrañan cierto antagonismo; verbigracia: *blanquinegro, padre hijo, vida muerte* y otras que son diferentes y distantes, como *orador y médico.* En las diversas hay belleza, si ya no fuere que estén de tal manera separadas y alejadas, que no conservan semejanza alguna, pues precisamente en esta similitud consiste la belleza que pretendemos; por ejemplo: *A la benéfica voluntad correspondió con una obra maléfica; necesita del orador para el oído, y del médico para la cabeza; no ha menester ni armas ni papeles; no precisa persuasión, sino drogas; no discursos, sino alimentos; aquello no es una nariz, sino un remo.*

Las palabras contrarias son precisamente las antitéticas, de las cuales usamos de la manera misma que dijimos: por posición: *Muchas veces venció en el juego; muchas veces fué vencido en el combate.* Por sustracción, como en Cicerón: *Has de decir lo que no sientes y has de hacer lo que no apruebas. No tanto quise atraerle como no quise enajenármele. Nada temas de él, que nada podrá; nada esperes, que no querrá.* Por posición y sustracción: *Abrazas la fortuna y desamparas la virtud. Más te granjeó tu virtud que no te quitó la fortuna.* Y al revés, como en Cicerón: *Cuanto la duración amenguará tus rique-*

zas, tanto aumentará tu gloria. O, simplemente, para corrección: *No venció en la pugna, pero fué vencido por el juego. Más honroso es equivocarse con él por guía que aprender con él por maestro.* Por interrogación: *¿Es que tú prefieres ser alabado por un necio que ser amonestado por un sabio? Si os dije cosas terrenas y no las creéis, ¿cómo las creeréis si las dijere celestiales?* En estos casos búscanse palabras manifiestamente contrarias; a veces basta con el sentido. Las antítesis tienen mucha agudeza y fuerza, cuando a la primera parte no se le da su relativo, sino algo peor o mejor: *Los dueños, ¿qué no harán si osan tanto los ladrones?*

No dijo los *siervos*, sino algo mucho más feo, los *ladrones*. Y no sólo en las palabras que se declinan es hacedero hallar antítesis, sino también en las invariables:

Ni contigo ni sin ti tienen mis males remedio. En el ocio con dignidad; en el negocio sin peligro. Aquí las antítesis son gemelas, y muy lindas por cierto, como también son más las que se componen y aliñan, verbigracia: *Más vale ser advertido privadamente por el amigo que reprendido públicamente por el enemigo.* Y lo que el filósofo cínico dijo a Nerón: *Bien cantas los males ajenos; pero dispones tus bienes harto mal.*

Ofrécese a veces alguna ligera inflexión a otras antítesis con palabras sin sentido, o, al revés, con sentido sin palabras: *Colebatur Fabius a primariis quum vesceretur pane secundario.* (Era Fabio respetado por los primates, siendo así que él comía pan de centeno.) *Cicerón era grave sin arrogancia y reservado sin encogimiento.* Existe además una antítesis muy graciosa, cuando al nombre sustantivo se le añade un adjetivo, llamado epíteto, que significa lo contrario; como *clemencia cruel, crueldad clemente, inhumana humanidad.*

Tienen estas antítesis gran donosura y lindeza y son de general agrado por aquel choque de significados contrarios, semejantes a la natural composición de los elementos de que consta el organismo humano.

Yo no dudo que hay muchas otras galas y primores de bien decir y muchas figuras más de dicción; pero yo, con toda la diligencia que pude, registré las principales y más dignas de notarse. El uso enseñará y fijará aún más las que yo he puesto, y hallará muchas más, puesto que el uso, y sólo el uso, con su diligencia, su sagacidad, fué el inventor de todas ellas.

LIBRO SEGUNDO

INTRODUCCION

Todas las artes llegaron a un alto grado de esplendor, con el aliciente de premios estimuladores. El afán con que se las cultivó observó muchas particularidades, que desconocieron las edades consecutivas que para esas artes decaídas mostraron su desdén. Y así fué que en la antigüedad, cuando los estudiosos preciaban la elocuencia enormemente, descubrieron y especificaron muchas reglas por dar belleza a la oración

y fuerza al discurso, las cuales, por decadencia y desuso de aquella noble pasión, fueron olvidadas de la posteridad. Ir ahora a la caza de cada una de ellas ni es cosa que esté a mis alcances ni para ello bastarán las fuerzas de un hombre solo, puesto que a ello consagraron sus desvelos y sus luces los muchos y variados ingenios de varones apersonados. Yo me limitaré a recoger como de una ruina gigantesca aquellas enseñanzas que sean congruentes al arte de hablar y a la sesuda crítica e inteligencia de los autores. Provechoso resultará para el estudioso el ejercicio asiduo de lo que voy a decir, no solamente porque él hable como es debido, sino también para contemplar más de cerca la eficacia y los primores de quienes fueron maestros del bien decir, aun cuando pondré más empeño en que mis enseñanzas sirvan más a su aprovechamiento y práctica que al entendimiento de los otros.

Disienten, y no por cierto raras veces, los escritores primitivos, en los nombres y en la definición; así como en el trato social para que uno se enoja tanto por una verruga que vea en otro, que por ella sola le llama verrugoso; y hay quien ni por diez se afecta en modo alguno.

Bruto y Celio piensan muy diferentemente de los discursos de Cicerón que Marco Fabio Quintiliano. Y de la misma manera discrepan los interlocutores en el diálogo de los oradores de Cornelio Tácito; de Porcio Latrón no todos pensaban lo mismo que Séneca el Retórico. Hermógenes y Dionisio de Halicarnaso no comparten la censura de la frase de Demóstenes, que a Esquines le pareció no bastante ático. Esta discordia demuestra que, sin duda, se engañan algunos de ellos. Y si esto pasa con los más ejercitados y soberanos ingenios, para quienes era cosa facilísima juzgar en materia de práctica cotidiana, ¿cuánto más apercibida y apurada debéis vosotros tener la indulgencia, si a mí me ocurre resbalar olvidado y perdido como tengo ya el ejercicio de este arte? Nosotros, como ya dije, daremos preferencia a aquellos preceptos que tocan y atañen a la formación.

De los nombres con que los antiguos designaron a la oración, hallo que algunos, en determinados aspectos, la compararon al *agua;* pero en todos los aspectos ciertamente al hombre, no sin agudeza y muy fina perspicacia, a mi parecer, pues la oración mana de la más recatada intimidad de nuestro pecho, que es la morada del hombre puro y es la imagen del alma y del hombre entero, por manera que no hay espejo que devuelva con más fidelidad la imagen del hombre que la oración o el discurso y no es injustamente que el proverbio griego dice que tal es cada uno como son su habla y expresión. Por eso le aplicaron las mismas denominaciones que en el hombre solemos tomar del alma, del cuerpo y de todas sus particularidades externas. Y no de otra manera que en el hombre nacen aquellas denominaciones del hecho de que todas las cosas son tales como en la oración. No se llama a uno *hombre blanco* porque no tenga nada que sea de otro color, sino porque lo es la parte mayor o más principal, a saber: la visible y expuesta a los ojos, de donde suele tomarse la denominación, verbigracia: la cara o el pelo, como el plumaje en los pájaros. Del mismo modo, recibe nombre la oración, porque su parte mayor es tal y en ella estriba el juicio. Más aún: así como los hom-

bres translativamente reciben las mismas denominaciones del alma y del cuerpo, verbigracia: *duro, desabrido, aplacible,* así también la recibe la oración, de las palabras y del sentido; mézclanse estas denominaciones en un grupo común, de modo que lo mismo se dice del *color,* que del *ornato,* que del *hábito,* que *de las costumbres.*

Barajan los escritores esa variedad de nombres, pero a los que aprenden el arte no les importa. Nosotros los separaremos de tal forma que puedan distinguirse fácilmente. Añádase a esto que en el hombre determinadas cosas se dicen en lenguaje figurado, como *mocoso* por *desaseado* y *soez; cojo* por *inválido.* No de otra manera en la oración, y por cierto con las mismas palabras y figuras. En la descripción o individualización del hombre usamos unas veces de pocas palabras y otras veces de muchas y a veces de un solo adjetivo; así también la oración, con harta frecuencia, se la distingue con una nota de virtud, o de vicio, o de indiferencia y neutralidad. Creo que no hay por qué advertir que el estilo bárbaro, que peca contra la propiedad de su lengua respectiva, no merece el nombre de estilo, no más que el hombre que esté muerto o pintado en una tabla o lienzo merece el apelativo de hombre. De esto no hemos de hablar.

Comencemos, pues, por todas las propiedades humanas, principiando por las *corpóreas,* las que controlan los sentidos. La primera que se ofrece es la *estatura,* que es particularmente visible en la *grandeza y el sonido de las palabras y en su construcción.* De la *estatura* toma la oración los calificativos de *grande, entonada, soberana, sublime,* cuando la elocución es urbana y aliñada y amplio y magnífico su sonido, y la composición llena y rotundas sus cadencias mientras no se tomen una licencia excesiva. Son de esta categoría entre los griegos el poeta Homero y Platón, de quien dice Quintiliano que se levanta sobre la prosa suelta, tocado a trechos como por un espíritu divino que le asimila a los vates. Y lo son, entre nosotros, Virgilio y Marco Tulio.

Con palabras de ilustre antigüedad, sembradas oportunamente, la oración se torna grandilocuente, con dejos de sabroso arcaísmo, como dice el propio Marco Tulio, verbigracia: *tempestas,* en lugar de *tempus; soboles, effari, rebar, opinabar.* Eso pienso yo que se consigue no tanto por las palabras, como por la majestad y autoridad que la alcurnia trae consigo. Entre los griegos, el sonido amplio hace la *oración más sublime* que entre los latinos. Los griegos, como hablan más ceñidamente y con boca más rotunda, si hacen algún hiato, *más ancha y entonada* tórnase la oración por la serie seguida de vocales. De este género es Platón y después de él, Tucídides. Demóstenes, en ese punto, es más parco. El mismo Homero, cuando canta algo grande, se vale del dialecto jónico, que no admite contracciones, sino que todas las vocales despliegan toda entera su musicalidad. Mas los latinos, que hablan con un cierto ronquido, por decirlo así, villanesco en demasía, tienen que restringir la pronunciación, no sea que por culpa del hiato se resuelva en cierto linaje de sorda cavernosidad. Por eso es que evitan con algún cuidado la colisión de aquellas vocales que se pronuncian con la boca más abierta, como la *a* y la *e,* más que la *i* la *u;* la *o* tiene una vocalización intermedia.

Por el otro extremo anda la oración *humilde, sumisa, semitonada*, que se compone de palabras chicas de feble sonido, de miembros y períodos cortos y prietos, no rodados ni ligados a número, como es el estilo de Marco Varrón en su tratado *De agricultura*. y el de las cartas de Cicerón a Atico.

Demás de éstas, hay otra clase intermedia, y como Séneca dice, llana y apacible, que rueda, mansa y sesga, sin murmurio. Suyas son estas palabras referidas a Fabiano: *Humildes parecen todas las cosas en Fabiano, pero no son humildes, sino sosegadas; son de un andar reposado y compuesto;* no son rastreras, sino llanas. Viciosas son por el lado de la entonación las palabras vastas, túrgidas, fenomenales, y por el lado de la templanza y el semitono, las abyectas y que andan a rastras por los suelos. El exceso en lo primero manipula palabras desmesuradas y rebuscadas, de sonido inmoderado, de miembros y cadencias largas en demasía, de ritmo amplio y sonoroso y un sí es no es hueco. Tipo de la oración humilde, pero no rastrera, es la de Marco Catón, en su *Agricultura*.

Estas denominaciones pasan de las palabras a sus significados respectivos, y también a sus otras cualidades. La oración *elegante, acicalada, bruñida*, llámese sublime, y también la *grave* y la *fuerte*, como acontece en los mismos hombres, así para la comparación, porque no se tome en cuenta directamente cuál sea cada oración, sino que se deduzca de la materia de que trata; de manera que la estructura de la oración es excelsa si trata de cosas soberanas; pero si son inferiores, entonces la oración se vuelve *ampulosa y hueca;* la que es apacible y templada aplicada a medianías, si se la acomoda a cosas grandes, entonces se la ha de juzgar *abyecta*, no de otra guisa que el vestido que parece bien en un senador, en un villano le sentará tan mal como un grotesco disfraz. Estas cualidades se mueven con una cierta holgura, y de ahí determinados grados.

Síguese la *figura*, de la cual se señalan dos maneras: *redonda y lisa*, que consta de miembros y períodos breves, cortados, atados a cierto número, iguales, pero correlativos y, especialmente, cuando son antitéticos y salen disparados como un dardo del amiento. De este tono fué la elocuencia del siglo de Plinio, y tal es aquel su famoso *Panegírico de Trajano* y las *Declamaciones*, que van bajo el nombre de Quintiliano. La otra es *cuadrada;* y llámase *firme* y *estable*, cuando las cláusulas se asientan en sí mismas con el reposo tranquilo de un cubo. En esta misma grave solidez se asientan los versos *espondeos*.

El *cutis* consiste en el agrupamiento y coordinación de las palabras, de donde resulta el concento o la musicalidad; sus cualidades son: *liso, dulce, suave*, de sonido fácil y blando; también de palabras propias, de traslaciones corrientes y discretas, como es la oración de Teofrasto y la del ateniense Jenofonte, cuya elegancia jocunda y desafeitada merece las mayores recomendaciones. Sesga e igual fluye aquella oración, dice Marco Tulio, en la cual las palabras extremas de tal manera se unen y conjugan con las primeras que las siguen, que no es agrio ni chirriante su choque ni se alargan hasta la desmesura. No siendo así, la composición es áspera y el concierto se torna desconcierto y algarada. Hendida es y como boquiabierta aquella oración en

que las voces se hacen descomunales; sus remedios son el equilibrio y la blandura. Hay ciertos como frenos, así los llama Marciano Capella, que se forman de la concurrencia en un mismo punto de las letras más ásperas, como es aquella de la *Hecira*, de Terencio: *Per pol quam paucos reperies meretricibus fideles evenire amatores, Syra.* Hay la oración *dura* de sonido, y de vocablos, y de traslaciones, cuya contraria es la *muelle y tierna.* Cicerón dice que las voces arcaicas hacen *hórrida* la oración. Ejemplos a barrisco los hay en Plauto y en Apuleyo.

Después del *cutis*, tómanse en consideración la *carne*, la *sangre*, los *huesos*, cuya frecuente mención ocurre en los retóricos primitivos. Hay mucha *carne* donde hay muchas palabras y perífrasis y rodeos más largos de lo debido; esa oración llámase *opulenta;* si esta cualidad se exagera, entonces resulta la oración *obesa* y *enjundiosa.* Hay también la oración *aldeana*, que es la que se compone de voces desapacibles y de sentencias villanas y plebeyas. La *sangre* y el *jugo* de la oración son o bien las palabras directas o bien las traslaticias propias y aptas; el sonido lleno y dulce, la dicción aseada, sin más palabras que las necesarias para la inteligencia; de ahí la oración resulta *nutrida y rezumante de unción.* Tiene exceso de sangre la oración que dice mucho más de lo necesario; esta sangre es viciosa si degenera en pueriles y purulentas redundancias. Si es lo contrario lo que le ocurre, la *sangre es suave y blanda y suave el juego*, como aquel que Quintiliano dice requerir la Historia. El jugo es algo menos que la sangre.

Enseña Cicerón que el estilo *tenue*, aun cuando no tenga mucha sangre, conviene que tenga algún *suco.* El suco o el jugo paréceme a mí que consiste en que las palabras sean aptas y bien parecidas, que el significado tenga fuerza y tenga blandura la composición. Donde hay parsimonia de vocablos y éstos son en su mayor parte naturales, de timbre apagado, descompuestos y sin aliño, la oración resulta *ayuna, flaca, macilenta, pegada a los huesos*, que asoman por el cuero, como piedras dentro de un saco, sin carne y sin sangre, con no más que la armadura. De ese linaje fué la oración de Marco Catón *el Censor.* Y dice Cicerón que también fué tal Licinio Calvo, que mientras, con excesiva curiosidad y policía demasiada se arregla y se atusa, se forma y se reforma, y temiendo no reunir sangre viciosa, pierde la sana.

Después de la segunda guerra púnica se introdujo la moda de la oración más pringosa de cosméticos y de exagerado acicalamiento; en esta época se colocan Africano *el Menor*, Lelio y los Gracos. Hay otra oración que no *tiene menos sangre*, pero tiene menos cuerpo, como la de Marco Fabio Quintiliano; no redunda de palabras, pero ésas son cultas, propias, dulces, musicales, y la composición, atildada y deleitosa. Hay otra apretada y ceñida, que tiene menos carne y sangre; tal debe ser el estilo epistolar, dice Plinio Cecilio. De ese género es aquella parte del discurso de Demóstenes, en defensa de Ctesifón, en que trata de las leyes. Vecina cercana de ésta es aquella que, por demasiado *ayuna* y por *sobria en exceso*, es *feble, delgada, sutil, árida, pobre.* Ejemplo de ella lo tenemos en el lenguaje familiar y corriente que se usa en días de cutio.

Por eso que hemos hecho notar,

se ha manifestado aquella vieja diferencia entre las diferentes hablas de los pueblos, por manera que existe una frasis ática; otra, asiática; otra, rodia. Los hombres del Atica, ingeniosos y activos como eran, no soportaban que la oración se derramára en vagas y ociosas superfluidades; contentábanse con que el orador hubiera explicado lo que quería con las palabras más propias y adecuadas. Con todo, admitían atavíos en la oración y figuras de todo género, a manera de lumbres y matices del discurso. Así es que la oración ática, por causa del agudísimo juicio de aquella ciudad, requería oídos lisos y religiosos. No contiene inepcia alguna, ni tiene nada de pringoso, ni de insolente, ni de redundante y vicioso, hasta el punto que Esquines se atrevió a tildar a Demóstenes de poco ático, porque con mayor extensión de la debida y con mayor dureza de la conveniente había insistido en una alegoría, según la cual quiere que por una viña se entienda la ciudad de Atenas y por los viñadores que la vendimiaban.

No tiene, pues, la frasis ática nada de redundante ni de vicioso, no mucha carne, de sangre y jugo lo bastante y éstos puros, sanos, breves y ceñidos. Es de saber que el aticismo no tuvo una sola fase. Aticos son Lisias, Demóstenes, Esquines, Isócrates, a pesar de que existe una gran diferencia entre unos y otros. Lisias es macilento y de trama tenue; más lleno es Demóstenes y más aún que Demóstenes, Esquines. No obstante, todo aticismo en comparación con los otros estilos es apretado y ceñido, pero no tanto que incurra en el vicio de *árido, ayuno* y *huesudo*, de sentido cortado y desmenuzado como cuentan que fué Hegesias, remedador de Carisio, que más exageró y afectó el aticismo y menospreció a los otros. Tal me figuro yo que fué Asinio Polión.

Todo lo contrario de la expresión ática es la frasis asiática. Esos hombres de Asia, rezumando deleites y atollados en ellos, crearon también una oratoria acomodada a su carácter y a sus costumbres, fláccida, redundante de sentidos y de palabras, tortuosa, llena de tufos y copetes, calamistrada y canora, ora se la inspirase su propio genio o el desconocimiento del lenguaje. Es de saber que sacando doce colonias de la Grecia y en su mayoría del Atica, éstas, con el andar del tiempo, desaparecieron y olvidaron el idioma nativo, de forma que lo que sus padres, nacidos en Atenas, hubieran dicho en una palabra, ellos lo expresaron por ambages y rodeos; embutieron los vocablos de sentidos ociosos y redundantes; no se contentaron con decir una sola cosa bien una sola vez, ignorando de qué vicio había sido tachado Ovidio por Casio Severo. A este linaje pertenecen Luciano, Galeno, el Crisóstomo. De esos asiáticos escribe Marco Tulio lo que sigue:

«Dos son los géneros de dicción asiática: uno sentencioso y sutil de sentencias no tan graves y severas, como aderezadas y lindas, y otro género que no abunda de tantas sentencias como palabras, volátil, nervioso, como es ahora toda el Asia, y no sólo caudaloso con opulencias de río, sino exornado y sazonado con todo linaje de palabras.» Esta manera de decir tenía Hortensio. Y aun, como dejó escrito Quintiliano, los hombres de su tiempo reprochaban a Marco Tulio su hinchazón, su asianismo, su parlería, su nimiedad en las repeticiones, su sosería en las sales, su mo-

licie casi indigna de un varón. Esto es lo que dice. También Tácito cuenta que a Cicerón no le faltaron detractores a quienes parecía hinchado y túmido, no asaz apretado, lírico y desbordante en exceso y poco antiguo, en suma. Y el mismo Cicerón no niega de sí mismo que fué asiático en la verdura de sus años, y que por eso se confió a Apolonio Molón, porque le corrigiese y reformase; que reprimiese la excesiva lozanía de su palabra sobrada y desbordada con una cierta impunidad y licencia juvenil y la redujese a su cause, cuando discurría fuera de madre por encima de las riberas. Pero más lo enmendó la edad que el maestro. ¡Cuánta diferencia no hay entre sus invectivas contra Antonio y sus restantes discursos!

El tercer género intermedio lo consigue la oración rodia. Los rodios tienen la vecindad del Asia, puesto que la isla de Rodas está enfrente y no lejana de las orillas licias, pero enseñados y formados por el ateniense Esquines, estando desterrado allí, y siendo él más lleno y más copioso, se decidieron por un término medio, templado por la furia asiática y la doctrina ática. Los más breves de todos y los más precisos eran los lacones, que más usaban de monosílabos que de lenguaje corrido. Ese género no es propiamente oratorio, ni Esparciano fué considerado jamás como orador. Eran los lacones específicamente hombres de guerra, más preparados para operar que para obrar, y preciábanse de tales; prefirieran emplear gestos más que palabras si así pudieran darse a entender. La lengua latina, mucho más joven que la griega, y en la cual no florecieron tántos ingenios ni ejerció tan larga práctica que la domasen, la puliesen, la limpiasen y la enriqueciesen, se quedó más dura y más ordinaria que la griega. Así que es pertinente que el griego se llame *de oro* y el latín *de plata*, por la abundancia de palabras naturales o traslaticias, por la energía de sus significados, por la sutileza y facilidad de la elocución, por su composición y por su sonido. El latín, en cambio, es menos maleable y dúctil, por decirlo así, como de la plata no pueden labrarse obras tan sutiles y delicadas como del oro.

Admírase Anneo Séneca de que Q. Aterio sea el que, entre todos los escritores romanos que él conoció, trasladara mejor a la lengua latina la facilidad griega. Algo así da a entender Cicerón de M. Calidio con estas palabras:

«No hay nada tan tierno como su comprensión de los vocablos; nada tan flexible; nada que se doble más a su arbitrio y que tenga mayor dominio de su palabra.» Esto dice Cicerón.

Conseguían esto Calidio y Aterio con una brevísima y facilísima explicación del asunto, por manera que no tenían que acudir a rodeos, sino que tiraban por el camino derecho, con muy levísimas desviaciones, cosa que, con la práctica y el pulimento de la lengua y por la influencia griega, los latinos que vivieron después de Cicerón fueron adquiriendo más que los que vivieron antes. Por esto parecen *greguear*. Pero ya que las filigranas de plata no resultan tan delicadas y sutiles como las de oro, pueden con todo resultar no menos robustas. Por lo cual, dado que no podemos igualarles en agrado, en gracia, en lindeza, en arte, no obstante, podemos competir con ellos y aun aventajarles en gravedad, en robustez, en fortaleza. Y así como reproduci-

mos y moldeamos los vasos de oro en plata y en estaño, así nuestra oratoria latina y aun otra cualquiera, por una cierta imitación y remedo, puede reproducir las diferencias que hemos estudiado y ser ática, ser asiática y ser rodia.

CAPITULO PRIMERO

DEL COLOR

El *color* de la oración consiste principalmente en las figuras de dicción y de sentencia, pues ellas son como las tintas del lenguaje, que en ellas se baña y se colora. Cicerón las llama *lumbres*, que en cierta manera adornan y aljofaran toda oración. Determina también a veces el color la condición y naturaleza de cada una de las palabras, la forma, la composición y el sonido. Aquí vamos a tratar de aquella especie de color que se llama también ornato. El atavío de la oración no es otra cosa más que el nativo alivio que lucen las criaturas que la Naturaleza viste. El hombre dispone su propio aderezo; por esto es exterior a él. Los demás seres nacen con él o con el tiempo reciben por dádiva de la Naturaleza su propio color, como es de ver en los seres animados, en las hierbas, en las flores. Existe, pues, una oración destituída de color, como la de Aristóteles y Suetonio Tranquilo, desnuda y sin aderezo, como la de los *Comentarios* de Cayo César, de los cuales dice Tulio que caminan con garbo en su venusta desnudez, despojados, a manera de un vestido, de todo ornato verbal. Hay un cierto color natural y, como dice Cicerón, sanguíneo y no arrebolado de carmín. Este es el que consta de palabras propias, de desarrollo claro, de imágenes discretas, decentes, limpias, no traídas de lejos, sino que parecen nacidas con la misma cosa. Tal fué en los días de Demóstenes, cuando, como dice Cicerón, aquel jugo y aquella sangre eran incorruptos y la brillantez era natural y no obra de tocador. A este le es contrario el artificial, el afeitado, el pintado, en el cual descubre el arte y el ornato traído de fuera.

Cuando se le aplicó una discreta diligencia, dícese acicalado, pulido, nítido, terso y más si el lenguaje es escogido y conforme al uso de los buenos hablistas; entonces tiene como una belleza egregia, limpia de toda sordidez. Se le opone el color quebrado, feo, herrumbroso, sórdido, como cuando las palabras fueron sacadas de las tinieblas de la antigüedad o tomadas de la hez del vulgo, propias o traslaticias, y la composición resulta oscura, como es el lenguaje de Apuleyo y de Capella. Puro es el color que no tiene mancha ni fealdad. La oración puede ser manchada toda o no más que rociada de salpicaduras. El buen color tiene sus grados: nítido, el que es puro y natural; cándido, el donairoso y cuidado, como el de Herodoto y Tito Livio. Obtiene el más alto grado de candidez el que es claro, luminoso, noble, de palabras escogidas y aristocráticas, que tienen una plenitud sonante y magnífica, propia y adecuada. *La palabra traslaticia*—dice Cicerón—*matiza e ilumina la oración con lumbre a guisa de luceros.* Esa brillantez se la comunican aquellas sentencias que sustentan la oración y las imágenes apropiadas y lindas. El color o es uno, lo cual puede entenderse de dos maneras: que no se varíe nunca sin que ninguna graciosa diversidad alivie el tedio, o que la variación sea siempre del mismo gé-

nero, por todo el discurso, como en Quinto Curcio notaron los críticos.

Los muchos colores halagan los ojos si cada color está en su lugar, como en los labios el carmín y el blanco en la frente y el negro en la niña del ojo. Resultan ingratos si están en lugares no suyos, como los labios pálidos, las mejillas bermejas y roja la punta de la nariz, lo cual debe entenderse del asunto, del que habla y del auditorio. De la frecuente variedad de colores hácese la oración florida, como en un manojo o en una guirnalda o en un prado.

Ello resulta de vocales sonoras y de consonantes blandas, sin hiato ni asperezas, y también de que unas palabras, con su peso y con su medida, tengan correspondencia con otras palabras, con su medida y con su peso, y tengan, al caer, el mismo son cadencioso. Dícese que es florecido, y jocundo, y ameno, y matizado, y pulido aquel en que todas las gracias y donaires, así de dicción como de sentencia, andan ligados, como Cicerón dice. Hay un linaje de oración no tan florecida como floral. La florida está matizada de flores como una pradera; la floral es nada más que flor toda ella. Y también hay oración que es más gémea que gemada; ésta tiene gracia y adorno; a la otra, desdéñala por inmoderada el buen gusto. Toda oración debe tener uno a manera de cuerpo matizado y embellecido de joyas y de flores, pero no que las flores y las joyas constituyan el mismo cuerpo. Sazonan la cena las salsas y los condimentos, si están en su debida proporción; pero no han de constituir la cena, como son *Las floridas*, de Apuleyo. En lo cual yerran muchos que a la oración florida llámanla flor, como los discursos de determinados pueblos, que hacen todo lo hacedero por apartarse de la norma natural y recta de hablar y no ponen templanza alguna en las figuras.

En este punto, tal es el sentir de Cicerón: «Bien está que la oración se muestre como rociada de flores de dicción y de sentencia, pero ello no debe hacerse con profusión, sino sembrarlas a conveniente distancia, como primores y lumbres que la realcen y la hermoseen.»

Y el mismo Cicerón dice poco después: «Pero tiene también su mérito y merece admiración y alabanza esparcir en la oración una cierta penumbra y claroscuro para que resalte con más vigor la parte iluminada.»

En ello es culpado Anneo Séneca, que con tan seguida continuación de sentencias, a manera de chispas, no dejaba paraje alguno en la sombra, como se acostumbró hacer en las pinturas. Con ese centelleo no interrumpido deslumbraba los ojos y perdía la gracia, vicio semejante al que el mismo Séneca sorprende y reprende en el declamador Oscio: «Oscio—dice—no habló mal, pero se perjudicó a sí mismo al no querer decir nada sin esquema; así que su oración es no ya figurada, sino de mal gusto.» Es de saber que cada figura o sentencia en la oración es como una insignia o distintivo, que si pasa inadvertida, no tiene efecto alguno; para que se noten y se estimen en su justo valor, débese dar algún respiro al ánimo, a fin de que entre en sí mismo, porque si apenas has mostrado una joya, sacas otra inmediatamente y aun otra y otra, abrumas la atención y no puedes apreciar los quilates de cada una y pierdes el goce de su belleza y el agrado por el cual aquellas flores fueron inventadas. Tam-

bién los argumentos tienen su color, pero su lugar no es éste.

El adorno, aun cuando no es otra cosa más que el color, como ya dije, tiene sus particulares denominaciones, y aun a veces, sus oficios separados, como el peine y el rizador o calamistro. Cicerón dice, hablando del estilo tenue: «De él deben removerse todos los adornos llamativos y toda suerte de quincallerías: hasta el rizador está por demás.» Eso del calamistro refiérese a las figuras de dicción, al paralelismo verbal, a las contraposiciones, a las similicadencias, a los primores buscados con la sola mudanza de una letra. De este género son las de Isócrates. Hay un adorno castizo y lo hay exótico. Cada cual tiene su idioma nativo, como todo pueblo tiene su indumentaria que le distingue de los otros y en el vestido del país, hay lo nuevo y lo viejo y típico. Hace arcaica a la oración el uso de voces anticuadas, como si uno se propusiera imitar la manera de decir de Catón o de Galba. *En Labieno*—dice Séneca—*el color es arcaico, el vigor es nuevo; el ornato es nuevo también, entre el gusto de nuestro siglo y del siglo anterior.* El color se refiere a la estructura y colocación de las palabras; el vigor, a los argumentos y sentencias; el adorno, a las figuras y conformación de la dicción. Afírmase que fué Casio Severo el primero que se desvió del recto y tradicional camino de hablar, como refiere Tácito. El atuendo es peregrino cuando degenera en extranjero, como lo sería el palio en Roma y la toga en Grecia. También, cuando *latiniza* el griego y el latino *greciza* en la frase y en el idioma. De ahí es que Asinio Polión dijo que Tito Livio sabía a *patavinidad* y que Porcio Latrón era elocuente en su lengua hispanolatina. No es fácil el juicio en la degeneración y abuso del adorno. Exotismos hay que por usarse mucho ya lo dejaron de ser; los hay que son gratos y otros que son tolerables, como determinadas frases griegas incorporadas ya en el latín o frases latinas que se incrustaron en la lengua española o francesa. Hay también, digámoslo así, una *peregrinidad* bárbara e importuna, resultante de la amalgama de lo mejor con lo peor o del acercamiento de cosas que se repelen con mutua antipatía, como cuando latiniza un griego, o españoliza o afrancesa un latino, o cuando un hebraísmo se desliza en la latinidad, o un germanismo en la hispanidad.

CAPITULO II

UNIÓN Y PROPORCIÓN DE LAS PARTES

Este es el *examen de todo el cuerpo.* No se le juzga por su grandeza, sino por la adaptación de las artes, por la proporción y el curso de la oración. Así que la oración cobra semejanza con los ayuntamientos y con las pegaduras. Hay la oración continua y como de un mismo tenor, cual un río que fluye en perenne caudal: *La oración de M. Calidio discurría con tal libertad, que nunca se remansaba ni se pegaba a ninguna ribera.* Acontece esto cuando unas cosas parecen nacer de las otras, y se muestran unidas como por un cordón umbilical. Hay, además, la ininterrumpida concatenación de voces y de cadencias, no porque en hecho de verdad pueda ser la oración continua como cuantidad de una masa o como el tiempo, que es cantidad de número, sino que se entiende así, como si no estuviera congregada, sino unida.

Contraria a ésta es la oración suelta, como la arena sin cal, como de la oración de Séneca decía C. Calígula. Hay otra compacta, pegada y coherente, como con visco, unida por cierto nexo y como sutura que por eso se dice cosida y soldada, como la obra de Valerio Máximo y las *Metamorfosis,* de Ovidio, en algunas de las cuales los puntos de sutura son visibles, y en otras quedan disimulados, con lo cual cobran belleza y garbo.

Hay casos en que sin soldadura existe sólida coherencia, como las piedras que en un edificio, con sólo el corte, se encuadran perfectamente sin argamasa. De este género, las variadas descripciones y episodios, como la de Italia y la del infierno en Virgilio. Existe también el *centón,* que es una taracea y como mosaico de cosas y de sentencias, cuales el *Virgiliocentón,* de Ausonio, y el *Homerocentón,* de Proba. Hay oración que parece recogida gota a gota como el agua lluvia en las cisternas, puesto que no sale de un manantial continuo y propio, sino que de varios parece pordioseada o comprada como la oración de Aulo Gelio, que es una miscelánea de nuevo y de viejo, de poetas y de oradores, de voces raras y vulgares; y lo mismo le pasa con las sentencias.

Verás acá y allá su oración atusada y engalanada con sentencias breves y eficaces a manera de frescas florecillas que llegan a formar un lindo ramillete. Peor es aquella mezcla que resulta de acarrear agua de diversas lagunas, en que la clara se mezcla con la barrosa, como cuando con las voces que tienen reconocida ciudadanía se mezclan vocablos advenedizos. La fuente está clara cuando las sentencias son propias y naturales y nunca la sentencia interior carece de palabra y expresión exterior; este mérito se atribuye a Platón. La oración queda interrumpida y moteada de lagunas y clavos; a intervalos fluye y se seca luego. Hay la oración ceñida y encerrada en su cauce, como la ática. Hay la licencia y desbordante; esa avenida torrencial, o bien es pura, como de la oración de Lisias dice Quintiliano, más cercano a un manantial terso que a un río grande. El mismo llama a Tito Livio fuente láctea de elocuencia; que San Jerónimo repitió tomándolo de Quintiliano. Cicerón llama a Aristóteles áureo río de elocución; lo cual se refiere a la abundancia de su pensamiento y a las palabras indisolublemente adaptadas a su pensamiento y que no hacen falta nunca.

Corre como un río turbio y cenagoso la oración formada de palabras poco honestas, de composición desarreglada, de sentencias obscenas o ridículas, de figuras extemporáneas. Es proporcionada aquella oración que discurre inalterablemente, igual y conforme consigo misma, como Quintiliano dice que Apolonio de Rodas escribió su obra con una cierta mediocridad igual. Existe también la obra de igualada proporción, como dice Suetonio que Tiberio César fué en todo su cuerpo igual y proporcionado, de manera que en todas sus partes la oración convenga con su argumento y con las otras circunstancias que deben considerarse. No es menester que todo sea semejante en un cuerpo vario. ¿Qué absurdo mayor que el de una oración que fluya con la misma calma en la invectiva que en la narración y que tuviesen la misma cara los contentos que los desabridos? Contraria a esta oración es la oración desigual y de sí misma desemejante. Explica esto Séne-

ca refiriéndolo a Albucio: *Había que admirar en él la desigualdad* —dice—; *era espléndido sobre manera; no retrocedía ante las cosas más soeces; decía vinagre, poleo,* etcétera. Así que mientras trastorna los géneros de dicción, ora quiere ser sencillo, y se abraza con la desnudez de las cosas, ora se yergue demasiado, ora demasiado se deprime, burlando su propio ingenio. Existe también una proporción de las partes entre sí y otra distinta de lo que los ojos requieren en el cuerpo, y en la oración los oídos cuando los miembros son más largos de lo que se espera o antes de lo que se espera, terminan y caen bruscamente.

CAPITULO III

DE LA FORMA

De la unión y proporción de las partes nace, como en los cuerpos humanos, la forma, de la cual son muy distintas las apreciaciones de los críticos. Hay la oración hermosa y bella, aliñada y sonorosa, de lenguaje escogido, de sentencias aptas, de traslaciones, imágenes e inversiones lindas de veras y que lo parecen más que las rectas y naturales por aquella semejanza expresiva que capta más nuestra admiración que la cosa natural y que a primera vista nos contenta más, aun cuando lo natural sacia menos en viéndolo. La variedad es una de las cosas que hace la oración más graciosa y de más ver; no hay espectáculo tan grato como la variedad para los ojos, para los oídos y para cualquier otro sentido. La oración elegante no se recomienda tanto por la forma como la oración hermosa. La elegancia es el comienzo de la belleza, que consiste en la selección de las palabras y, sobre todo, en la propiedad de cada significación. A esta distinción hace referencia Marco Tulio en un determinado pasaje, y dice: *Hay quienes piensan que quien habla hórrida e incultamente, siempre que hable con elegancia y precisión, habla áticamente; yerran pensando que ello sólo basta; pero no se engañan en que habla áticamente.*

Lo de *hórridamente* se refiere a la composición; lo de *incultamente* al adorno y color de las figuras; lo de *elegantemente*, a la elección y colocación de las palabras, y lo de *precisamente*, a la explicación clara y fácil de la sentencia. De esa elegancia han dicho no pocas cosas los gramáticos y entre ellos Lorenzo Valla, nada menos que en seis volúmenes. Hay la oración donosa, determinada más por la forma que por las costumbres, como declara Quintiliano, de acuerdo con Cicerón: *No opino yo*—dice—*que lo donoso verse exclusivamente en torno de lo ridículo;* pues no iba Horacio a decir que la Naturaleza concedió a Virgilio un género donoso de poesía. Yo soy de opinión que con ese adjetivo se quiere dar a entender cierto decoro y cierto atildamiento y elegancia. Esto es de Marco Fabio. Así que lo donoso es lo que halaga tanto a los ojos en la forma como a los oídos en toda la oración. Cicerón llama donosos a los acicalados.

Hay otra oración que el juicio ve que tiene menos elegancia y forma y por ende menos belleza y, no obstante, complace más a la pasión. Esta se llama agradable y gentil, halagüeña y atractiva.

CAPITULO IV

DEL TEMPLE

Oración sana y de buena salud es aquella que Cicerón describe así: *Si alguno*—dice—*piensa que aquellos que no hablan ineptamente, ni enojosamente, ni afectada y muellemente, hablan áticamente, ese tal no aprueba sino al orador ático, aborrece la insulsez y la insolencia como la insensatez de la oración y aprueba la salud y la entereza, como el recato religioso en que anda envuelta la oración.* Cuando la elocuencia emigró del suelo del Atica, perdió casi totalmente la salubridad, y como la sanidad de la elocución ática y a punto estuvo de perder el habla. Cicerón define así la elocuencia ática: *Es sana de cuerpo, sana de espíritu, sana de palabras, sana de sentencias.* La elocuencia hinchada y túmida tiene la apariencia exterior, no sólo de salud entera, sino próspera y fuerte; pero anda alterada en sus adentros.

A ella se va fácilmente por la grandilocuencia de las palabras, por las audaces y peligrosas traslaciones y sentencias, por una cierta altanería y amplitud de la oración, como de la virtud con fácil pie se pasa a su vicio correlativo. Séneca dice que en el retórico Musa, todo era llevado a la mayor hinchazón, por manera que quedaba no más allá de la Naturaleza. Mucha es la indulgencia que se ha de tener para con los ingenios; pero esa indulgencia ha de extenderse a los vicios, no a los monstruos.

CAPITULO V

NERVIOS, BRAZOS, COSTADOS, MÚSCULOS

Estas partes del cuerpo, así como sirven a las fuerzas y a la acción, este mismo oficio se piensa que ejercen en la oración y se enderezan a la fuerza y a la eficacia para mover los afectos del ánimo. De ahí procede la oración nerviosa y musculada, por la robustez y el vigor de los argumentos, de los giros y de las palabras, de donde el sentido cobra mucha energía; la refuerzan aún más las palabras propias, o metafóricas, de constitución robusta y vibrante, a propósito para hacer alarde de reciedumbre. Hartas veces los nervios quedan sepultados en carne y en enjundia y se debilitan y resultan menos idóneos para sus propias funciones. Eso mismo ocurre en la oración, a la cual la excesiva lozanía de las palabras y sobra de tejido adiposo y una factura fofa y vaga la desmedran y les quitan brío, como ocurre a Cicerón, quien, al extenderse demasiado en verbosas amplificaciones, pierde fuerzas gradualmente como un río en un llano espacioso. Por eso Calvo le calificó de orador sin nervio, y, Bruto, de orador quebrado y sin lomos. Y Quintiliano no deja de notar que Cicerón ataca con peso y volumen, al paso que Demóstenes lidia con el acero de su dureza. Lo que sucede también a Demóstenes y a Esquines, a juicio de Quintiliano: «Más lleno es Esquines que Demóstenes y más derramado y profuso, y teniendo más carne, tiene menos músculo.» También el peso constituye una parte de la fuerza y sirve más para la lucha a brazo partido que para el combate a hierro. El mismo Quintiliano hizo notar que en Séneca la brevedad de

las sentencias le quitaba peso, y dice de él que con aquella trituración dejaba los pensamientos desmedrados.

La oración sin nervios y sin lomos es la que se expresa con aquella nimia abundancia verbal, característica de la elocuencia asiática, con amplificaciones ociosas, cuidada y compuesta, con gran lujo de follaje y con penuria de frutos. Cicerón descubre que la oración de los filósofos es blanda y umbrátil, sin savia alguna popular, suelta y sin número, de modo que merece más que se la califique de charla que de discurso.

Aun cuando toda charla es una oración, con todo la sola charla de un filósofo fué señalada con este su nombre propio. Tal fué la de Demetrio Falereo, educado y formado por el filósofo Teofrasto. *Fabiano* —dice Séneca—*todas las veces que tocaba en una materia que había sido baldonada por el mundo, respiraba con aliento más amplio que enérgico; faltábale robustez oratoria y el puñal del luchador.* Y en otro lugar: *Falta a la oración de Fabiano vigor oratorio; y aquellos aguijones que te gustan y la chispa súbita de las sentencias.* Existe, en efecto, una oración que lucha y otra que hace como los soldados con armas ligeras y que, más que nada, hacen como que luchan. Filipo, rey de Macedonia, a Demóstenes llamábale soldado y a Isócrates atleta; Demóstenes lucha; Isócrates deleita.

De ahí la oración de los sofistas fluyó abundosa y suelta, astuta de sentencias, sonante de palabras, más indicada para el alarde que para la pugna. Para la pugna y para las heridas son mejores los períodos pequeños y breves que los largos y difusos, pues vienen a ser como golpes repetidos, y más grave es la herida abierta por una estocada que por un corte.

Alléganse a esto las traslaciones apropiadas y conocidas, las repeticiones de palabras, las comparaciones rápidas y justas; los períodos cuyos miembros se corresponden tienen gran eficacia para luchar y para hostigar y, por cierto, con belleza, principalmente si el último es más corto que los restantes, porque entonces, como se clava en el ánimo del oyente, puesto que si es más largo, más deleita que no aguija. Disminuye también el golpe del período, si su penúltima es breve. La oración que es batalladora, también es ardiente, agresiva, vehemente, vigorosa. Dícese que las sentencias cortadas y combativas, los argumentos flechados y disparados a punto, con palabras adecuadas y afiladas, de modo que vayan a dar y a hincarse en el pecho, como viras, dejan su aguijón en el ánimo de los oyentes.

Así era la oratoria de Pericles, por manera que no había parte alguna de su oración de la cual el oyente no se llevase a su casa un recuerdo eficaz y vividero. Excita a los oyentes la corrección, pues el ánimo se eleva para mirar desde arriba qué es, y en qué se corrigió a sí mismo el orador y cuánta diferencia va en ello; excitan también al oyente el apóstrofe, la interrogación, la deliberación. La volubilidad y brevedad de los miembros y cadencias hacen a la oración apresurada y nerviosa; con sentencias largas y difusas hácese tardía y perezosa, como también por la acumulación de sonidos embarazosos y de argumentos dilatados; estacionaria es una oración así, o, por mejor decir, no es más que una plática vulgar.

Existe también otro linaje de oración acelerado y voluble, más por las palabras que por las ideas, que corre con ímpetu hervoroso y torrencial, tan arrebatado que dirás que se precipita y no que fluye; y, al revés, la hay indolente y embarazosa.

Quintiliano dice que los rodios son lentos y remisos, pero no sin peso; no semejantes a las fuentes claras ni a los torrentes turbios, sino a la tranquila mansedumbre de los estanques. Dice Séneca: Fabiano me hace el efecto que no tiene un estilo suelto, sino fluyente, de manera que su oración es caudalosa y sesga, pero no sin una fluidez ininterrumpida. Existe también la oración diligente y activa, que se acucia a sí misma, en la cual no hallarás superfluidad alguna, nada que no haya sido estudiado con madurez y en la cual todo está en acto y no para nunca. Y, al revés, existe la oración ociosa y espaciosa, que se entretiene en inútiles vacuidades y alarga lo que pudiera decirse en dos palabras.

Nadie, dice Séneca, sufrió menos que en su oración hubiera cosa ociosa que Casio Severo. No había parte del discurso que no se aguantase en su propia estabilidad; nada en que el oyente pudiera distraerse sin pérdida o daño: todo bruñido y acicalado, todo tendente a algún fin; todo apuntando a algún blanco. Contrariamente, hay algunos, muchos de cuyos lugares son perfectamente vanos y que el oyente podía impunemente dejar de oír. El mismo Séneca dice que *en Fabiano, si mirares la obra entera, no descubrirías el más leve asomo de angustiosa inanidad.*

CAPITULO VI

AGUDEZA Y SUTILEZA

Hasta aquí hemos tratado de las virtudes y los vicios del cuerpo. También de las virtudes y vicios del alma toma nombre la oración. La oración es aguda cuando sus palabras o sus ideas calan en la intimidad del asunto que se trata, con una cierta similitud del ingenio humano, que por esa razón se llama agudo; puesto que el que solamente roza la superficie se llama romo y plúmbeo. Estos calificativos son transferibles a la oración. Comunican agudeza a la oración los argumentos deducidos de la íntima esencia del asunto, y también la conformación aquella que dijimos llamarse demostración, puesto que nace de la agudeza de los argumentos. También los adjetivos o epítetos demuestran la agudeza, tanto si consisten en una sola palabra como si se despliegan en más, como, por ejemplo: *Malesuada fames* (el hambre, mala consejera) *turpis egestas* (la fea escasez). En la adjetivación se pone de relieve el espíritu de los poetas, más natural que adquirido y artificioso. Por la misma razón comunican agudeza a la oración la fuerza y propiedad de cada una de las palabras, y, finalmente, todos aquellos recursos para cuyo hallazgo o inteligencia se necesita ingenio penetrante, por ejemplo, una palabra colocada en sentido distinto del corriente y vulgar, las alegorías, los emblemas, las metáforas frecuentes sacadas de cosas recónditas, las finas e intencionadas interrogaciones, las sentencias, como no da con ellas quienquiera. La oración de Quintiliano es aguda y con esta nota la distingue San Jerónimo. Pero en acumen indiscutiblemente aventaja

a todos Aristóteles. La agudeza malograda en pequeñeces no engendra sino argucias.

Lo capcioso es una falsificación de lo agudo. La sutileza, escudriñando una cosa hasta la más frágil delgadez, unas veces la alarga y otras la desmenuza, y luego de haberla atomizado, la pone delante de los ojos. Séneca dice de la sutileza de Porcio Latrón: *Antes que comenzase a hablar, proponía de sentado las cuestiones de aquella controversia que había de declamar, cosa que revela en el orador una confianza suma; pues la acción tiene muchos recovecos y escondrijos y no es fácil que la sutileza, si acaso existiere, se denuncie, cuando el curso de la oración impide y neutraliza el juicio del oyente y esconda el del dicente; mas, cuando los miembros se proponen desnudos, si en uno falta o número u orden, se acusa inmediatamente*. Esto dice Séneca. Así que aquel desmenuzamiento y trituración de las cuestiones pertenecía a la sutileza; cuando se preguntaba si Sócrates debía tomar mujer, la encuesta proponíase de esta manera: ¿Qué, al filósofo? ¿Qué, a tan gran filósofo? ¿Y qué, esa Jantipa?, y así por el estilo. Existe sutileza cuando se penetra hasta el fondo de la cuestión propuesta y echada la corteza, muéstrale el meollo perfectamente limpio. Existe otro género de sutileza en las palabras propias, justas, naturales. Los que quieren hablar con grandilocuencia, evitan la sutileza. Contraria a su virtud es la oración espesa y turbia cuando de un asunto múltiple y vario, confusa y rudamente, sin las convenientes expurgaciones y distinciones. Sutiles son las cuestiones de que Cicerón, a la moda estoica, trata en las *Tusculanas* o en los *Fines de los bienes;* espesas, las que expone a los quirites; intermedias, las que refiere ante el Senado. En todas éstas, existen grados.

CAPITULO VII

ERUDICIÓN

Erudita es aquella oración que, docta y sabiamente, trata de la materia propuesta; su contraria es la seca y la indocta. Hay oraciones que adolecen de afectación y vicioso alarde de doctrina, y las hay más simples que adrede ocultan la profundidad de su voz; de este género son las ciceronianas. Algunas tienen demasiados resabios de escuela, sazonadas con aquellas argucias que se aprendieron en el noviciado escolástico. Los respectivos géneros son los que dan su denominación a cada una de las artes; existe la oración literaria, la física, la matemática, la elocuente, la afásica, la balbuciente. También las artes manuales: militar, rústica, arquitectónica; y todas las artes de la vida que forman una verdadera enciclopedia: prudente, cuerda, diligente, del padre de familia que abarca las sentencias tomadas de la experiencia; también los aforismos vulgares, algunos de los cuales pertenecen a las sentencias, como: *Primero es la rodilla que la pantorrilla*. Algunos dichos son trillados y pasados por la boca de los más, de donde recibieron el nombre de adagios que el pueblo retuvo por la belleza que comunicaban a la usual manera de hablar, que por eso son más gratos y duraderos, porque entrañan alguna oscuridad, pues los que son claros, pierden valor al poco tiempo; también los dichos y hechos de los grandes hombres, las respuestas a quien los griegos dieron el nombre

de apotegmas, algunos de los cuales, a copia de uso, se convirtieron en proverbio. Añade a esto todas las anécdotas que se toman de las historias añejas. De ahí se dice que la oración está ayudada, o provista, o destituída del conocimiento de la memoria.

CAPITULO VIII

JUICIO

En el juicio reside la salud de la oración para las ideas, no de otra manera que de la salud de las palabras poco ha dijimos bajo la responsabilidad de Cicerón. La oración está diligentemente pensada cuando su asunto estuvo sujeto al agudísimo examen del ingenio, aplicando a él la experiencia y la erudición que la materia admite. Los juicios de los hombres son varios. En este caso, la balanza de los sabios o la balanza del pueblo son tópicos vulgares que adquirieron categoría de proverbios. En el juicio coloque alguno, si quiere, la oración sabia, cuando la fuerza de la mente, en su más grande arrebato se levanta a lo sublime y se introduce en lo más escondido de la naturaleza física o moral. Algunas veces la sabiduría es tomada por la prudencia; sus contrarias son la demencia, la insensatez, la fatuidad. Las oraciones macizas son aquellas que no solamente a primera vista parecen decir algo, sino que cuando uno las estudia y las despoja de su corteza, halla que esconden mucha riqueza en sus adentros; todo lo contrario, son las oraciones hueras. Muchas cosas hay aceptadas por arreo que, gracias a algún atractivo, se insinuaron y agradan. Ofusca la belleza exterior el juicio de los censores y no consideran lo que hay dentro, como acontece en los cuerpos humanos.

Ejemplo de esto lo hallamos en Séneca. Mindio, dice, dijo en un tetrácolo: *Serviebat forum cubiculo, prœtor meretrici, carcer convivio, dies nocti*. Saqué a relucir esta sentencia, porque en los trícolos y en todas las sentencias de ese género, nos preocupamos del ritmo, pero no curamos del sentido.» Esto dice Séneca. Aulo Gelio trae otro ejemplo sacado de la oración de Tiberio Graco: *Inter sepulcra, monumenta sunt;* lo cual, siendo una perfecta puerilidad, agradaba por el tañido. Hay —dice Cicerón—determinadas sentencias más bonitas que aceptables, como son las de los sofistas. Ni es lo mismo la oración llena que la sólida. Lo lleno puede estar henchido de un contenido flaco y tenue; lo sólido lo está de un contenido fuerte y firme; así que la oración de Fabiano, dice Séneca, no era sólida, sino llena. En el juicio, hay el consejo, que puede ser recto y simple, cuando las palabras no expresan más que el sentido que en ellas puso el que hablaba, y oblicuo, solapado, disimulado cuando recatan algo, bien por necesidad, bien por comodidad.

La primera acción de Cicerón contra Antonio es toda oblicua, pues entonces no convenía oponerse a Antonio, que aún, según parecía, era corregible. De este lado caen las expresiones figuradas; las palabras ambiguas, las sentencias anfibológicas. Ejemplo sacado de la oración ciceroniana en favor de Milón: *Hicieron los esclavos de Milón, sin que su dueño lo mandase ni lo supiese, ni lo presenciase, lo que cada uno querría que hiciesen los esclavos propios.* ¡Con cuánta destreza hace cómplices del crimen a todos, al menos en la voluntad! No dice a las

claras: Los esclavos de Milón mataron a Clodio. Esta afirmación paladina hubiera traído consigo mucha odiosidad; así que la atenuó y la ablandó y, no obstante, fué esto, ni más ni menos, lo que dijo, puesto que nadie ignoraba lo que los esclavos habían hecho. Y ello no con menos cautela. ¿Qué era lo que se buscaba? ¿Si se hizo? Eso, a todo el mundo le constaba. ¿Quién lo hizo? Era evidente. Pero es bastante menos grave que decir: Lo hizo Milón.

Y cuando en su defensa de Sila se ve obligado a hacer mención de la condena que le cupo por corrupción electoral al pedir el consulado, ¡con cuánta precaución tocó aquel lugar por no perjudicar y debilitar su propia causa! Se limitó a expresarse con este hábil y discreto eufemismo: *Juzgóse que Sila tuvo un deseo excesivo del cargo honroso y de la dignidad de aquella magistratura.* En ese orador existen muchísimos ejemplos análogos.

CAPITULO IX

AFECTOS

Toman las oraciones sus nombres del estado anímico del que habla o de la cualidad de la cosa de que se habla y llámanse oraciones tímidas, airadas, odiosas, acusatorias, rabiosas, libres, furiosas, ardientes, violentas, apagadas, sosegadas, que no son de este lugar, pues no tienen relación alguna con la naturaleza de la oración, sino que se refieren al que habla, como tampoco aquellas otras que derivan sus calificativos de los vicios y de las virtudes, piadosas, justas, moderadas, templadas, fuertes, impías, blasfemas. Cómo el ánimo se excita o se serena gracias a la palabra: esto es lo que nosotros hemos de estudiar y a ello vamos, de seguida.

CAPITULO X

COSTUMBRES

Las costumbres son muchas, pero las más de ellas ya las expusimos en otra parte. Ahora voy a tratar de las principales, y que son de uso más frecuente entre los discípulos. Oración pueril es aquella que se compone de pequeñas sentencias, ligeras, frívolas, vulgares en exceso; de argumentos flacos, tópicos hueros, digresiones a fabulillas y a bagatelas, de sales insípidas, de juegos de aquellos que cautivan a los niños, de traslaciones rastreras y que jamás están en su lugar, de figuras frecuentes que terminan en similicadencias, recurso infantil que Dionisio reparó en Isócrates, de tañido verbal, de comparaciones rebuscadas, de palabras impropias, de composición confusa. La oración juvenil no es tan inepta ni sobada; exhala calor de pugnacidad alguna vez sin causa, inmoderada, y aun petulante, retocada, ataviada con toda suerte de aderezos, de composición aliñada y suave. *¡Con qué grita tan alta*—dice Cicerón—, *cuando éramos mozuelos, dijimos aquello del suplicio de los parricidas, que en vano comenzamos a sentir algún tiempo después que no había cesado de hervir!* La oración viril y madura es la que no tiene ni aquella petulancia ni aquel hervor. Recomiéndase la madurez de Domicio Afro, en la cual no hay cosa aceda o que no sea propia de la estación o del clima. Aun cuando aquel verdor que hemos dicho tiene también su presagio y muestra en esperanza la certidumbre del buen fruto, como

en Celio, a quien Cicerón defendió.

La audacia nace del ardor juvenil en el empleo de las palabras y las sentencias. Cicerón dice que tiene un regocijo y exaltación audaz aquella oración de Demóstenes a favor de Ctesifón, después de su mitad, así que hubo salido de los arrecifes. En la clase de oraciones audaces está la arriesgada, la temeraria, que echa mano de palabras y traslaciones y sentencias rayanas de la injuria y el ultraje; si alguna vez sale bien, más es efecto de la casualidad que del consejo. Quintiliano dice que Horacio es felizmente audaz en muchas de sus figuras. Esta audacia cuando se extrema se exalta hasta el furor y el entusiasmo, como acostumbra ser el de los grandes poetas. Su contraria es la oración encogida, miedosa, cauta, circunspecta, que avanza poco a poco y pie ante pie. Mansa es la oración cuando perdió el hervor y no retiene el calor propio de la virilidad; y se considera senil cuando es floja y pobre de palabras, remisa en el movimiento de los afectos y en la pugnidad de los argumentos, menguada de adornos y de aliños. Tales son casi todas las oraciones *Antonianas*, de las cuales dice Cicerón que ya su elocuencia había encanecido y casi tenía su misma avanzada edad.

La oración se torna grave con sentencias de gran autoridad y peso, de profundidad de concepto, con argumentos de más solidez y firmeza que de agudeza y retorcimientos; patética con moderación. Los rodeos son más sueltos, siempre que no sean demasiado derramados ni flojos, los miembros más largos, más parcas y más seguras las traslaciones, las figuras y los esquemas más raros, las vocales largas, el acento firme y robusto. Algunas veces la aspereza y el embarazo de la oración y aquel a modo de resuello, la hacen más grave, ni más ni menos que en el movimiento de los cuerpos. También a este propósito convienen los hiatos, pues ensanchamos la boca y la hinchamos, con la continuación de vocales, como en Ovidio, en este pasaje en que quiere dar la impresión de la majestad: *Quoque die partu est edita, magna fuit.* (En el mismo día en que nació, fué grande.) Y estotro pasaje de Cicerón: *Cujus ego nomine ipso recreor* (su solo nombre ya me da regalo). Una discreta salpicadura de arcaísmos añeja a la oración y le da solera, y por esto mismo la hace más grave. Y, finalmente, el lenguaje del siglo anterior parece más autorizado, como el de Cayo Crispo Salustio, por el prestigio que a la antigüedad se atribuye, mientras no se extienda a palabras caídas en desuso absoluto y que perdieron todo favor y privanza. Así que el lenguaje se hace grave si, apartándose del vulgarísimo y trillado, se allega al noble y simple de los ancianos. Ello se consigue con voces castizas y propias, que unas y otras deben usarse al estilo viejo, o trasladadas con pericia y buen gusto. La simplicidad del uso común tiene más gravedad que la agudeza de las escuelas.

Realza también la gravedad o, por mejor decir, la sobriedad, que es el complemento de la gravedad, atenuar los tropos y los superlativos con estas o parecidas fórmulas: *Por decirlo así, para expresarme de esta manera.* Contribuya también a la gravedad la firmeza en la aseveración de las sentencias; quien las expresa dubitativamente la disminuye. Y lo que ayuda decisivamente a la gravedad es, dentro de pocas palabras, apretar gran preñez de

sentido; también ello ayuda a la agudeza.

Conviene también a la gravedad no perseguir ni explicar minucias ni pormenores, extremo éste en que pecan los asiáticos, ni cosas tan obvias que a cualquiera podrían ocurrírsele, pues una oración así resulta liviana y falta de peso. Lo sumo de la gravedad es la respetabilidad, como en los viejos lo sumo de la veneración es que se le diga *venerable anciano;* respetabilidad incorrupta y en toda la plenitud de su significación, y que lo sea por todos conceptos, que no tenga acedía alguna propia de los verdes años y los verdes gustos, ni nada torcido ni protervo, como dícese que fué la dicción de Marco Bruto. Contraria a ella es la dicción remilgada, alocada, que siempre juega con todos los géneros de traslaciones y figuras y esquemas y períodos retorcidos, y paralelismos y sentencias ingeniosillas y peinadas, de factura enclenque y delicada, rociada de sales, de alusiones a anécdotas, a historietas, a versos, a dichos célebres de autores: forma ésa de oración en la que degeneró la elocuencia áulica y también de muchos que se dieron al estudio de las lenguas modernas. Quintiliano, ya en su tiempo, se queja de que la elocuencia contemporánea se ha vuelto retozona y adamada; cosa fácil de comprobar en aquellos que por aquellos tiempos escribieron, Plinio Cecilio y Tácito, y en las *Declamaciones* que corren bajo el nombre de Quintiliano.

La oración que se recrea jugando con la mordacidad, con las argucias, con la ambigüedad, con la anfibiología, con la disimulación, con las oscuridades, con la dicacidad procaz y petulante, tiende a la bufonería y en bufones se convierten muchos por afán de lucirse con sus ocurrencias y gracejo. Los griegos nos vencen en mimado acicalamiento; nosotros a ellos en gravedad y peso. Trae consigo la apariencia de gravedad la oración severa y más aún la tétrica, de la cual anda lejos todo aliño y no tiene nada que distraiga al oyente, como fué la oración que contentaba a los estoicos y los que siguieron aquel su género de filosofar, como Catón de Utica y Rutilio Lupo. Y la peor de este linaje es la oración molesta y enojosa, que no solamente no deleita, sino que mata a puro tedio; aquella cuyas voces son fruto de un afanoso rebusco, cuyos tropos son duros y traídos de lejos; las figuras ineptas, la composición turbia, el significado oscuro, la parlería demasiada, las repeticiones frecuentes, las sentencias frías y vulgares, y aun cuando son de todos archisabidas, están muy difusamente expuestas. Intermedia entre la oración lozana y la grave es la alegre, la optimista, la jocunda, y ello se consigue con las palabras y la composición, de que hablamos antes, o por el asunto, cosa que no es de este lugar; como también por la manera de la expresión, florida, atildada, risueña, donosa o por el picante gracejo con que la materia del discurso se sazona, como dicen que fué la oratoria de Celio, lo cual de sus cartas puede colegirse.

CAPITULO XI

DIGNIDAD

En este lugar hemos de decir que la oración, según el empleo que de ella se hacía, tomó el nombre de urbana, extranjerizada, noble, popular, plebeya, tabernaria, militar; esas denominaciones pueden exten-

derse mucho más, llamándose magnífica, soberana, de filósofos, de parlamentarios, de bufones. Algo de esto dijimos ya al tratar del ornato. Estas oraciones merecen tales respectivas denominaciones por el léxico, las traslaciones, los modismos, los argumentos, las sentencias, acomodadas y peculiares a cada clase de hombres. *A mi juicio*—dice Quintiliano—, *hay urbanidad donde no puede sorprenderse cosa fuera de tono, nada que sea agreste y cerril; ni desaliño ni cosa no castiza en el concepto, en la expresión, en el gesto, de forma que esa urbanidad no esté precisamente en cada una de las palabras, sino en todo el color del discurso, como en los oradores griegos hay el aticismo, que tiene el olor y el sabor propios de Atenas*. Esto dice Quintiliano.

Se diferencian los villanos de los moradores de la ciudad por ciertas voces aldeanas, no usadas en la corte, en el trocar letras y sílabas, en las metáforas y en todas las similitudes y ejemplos tomados de la vida rural, cosa muy de notar en el habla de los romanos viejos, dado que ese pueblo fué rústico en su origen; en las frases, en los argumentos, en las sentencias, al alcance y al gusto de aquellas gentes villanescas; en la pronunciación ordinaria, como lo dice Cicerón de Cota. La urbanidad afectada y nimia arguye peregrinidad o exotismo, cosa que dicen que ocurrió a Teofrasto, que por este motivo fué llamado *forastero* por una vieja de Atenas.

Entre la expresión urbana y rústica existe un género intermedio pueblerino, diríamos, no asaz cuidado y pulido, como escribe Cicerón que lo poseyeron los hermanos Sebasios. Entre estos dos géneros, urbano y pueblerino, hay la misma diferencia que entre el urbano y el cortesano, mientras no esté recargado de remilgos y melindres estúpidos.

Di razón de los géneros y cualidades de las oraciones, que yo creí interesaban más al uso de los discípulos que a la inteligencia de los antiguos. Estos, como al principio advertí ya, discrepan en las denominaciones. No pecó de avara, por cierto, la licencia que se tomaron ellos mismos, puesto que dieron los mismos nombres a los géneros más disparatados y a un género y una oración idéntica los nombres más incongruentes.

Lo que yo dije, no sólo se ha de entender de la oración, sino de sus partes, y algunas veces de las cadencias y de los períodos, pues a cada uno de éstos compételes alguno de esos nombres, según que sea la oración modesta o entonada, blanda o áspera, atusada o descuidada, y así en las otras. Así como entre los hombres dase el nombre de bilioso, no al que carece de cualquier otro humor, pues ese hombre no existe, sino al que lo tiene preponderante, así también la oración se juzga por la característica que en ella prevalece.

Con diligente afán he ido tratando, no solamente de las virtudes de la oración, sino también de sus vicios, no porque de ellos se pueda sacar ventaja alguna, sino porque a través de ellos se entienda cuál sea la virtud contraria que debemos seguir y, al mismo tiempo, nos guardemos de ellos, no de manera diferente que entre los hombres los unos tienen unas dotes, los otros otras físicas, psíquicas, ocasionales. Aquel es verdaderamente un héroe que se muestra grande de cualquier lado que se le mire, y aquel otro es un ruin, que no tiene nada de esto. Con el mismo rasero se han de me-

dir la alabanza y el vituperio de la oración. Los calificativos de que hemos hecho enumeración no se refieren a los oradores, sino a las oraciones, pues, como enseña Marco Fabio, toda manera de decir, siempre que fuere razonable, tiene su aplicación, y no atañe al orador el que se llama género de decir; usará de todos al dictado de las circunstancias, y no solamente en la causa toda, sino en cada una de las partes de la causa. Y esto, aun cuando sea así, con todo en aquella analogía de géneros puede haber disimilitud de formas, como la hay en la fauna y en la flora; ni entre los hombres, los carianchos, son semejantes en todo, ni tampoco lo son las caras delgadas, como quedó manifiesto al valorar los oradores áticos. Ello hace que pueden ser soberanos oradores los que son muy desemejantes entre sí, como pasa en los tipos de belleza humana, y esto Cicerón lo aclara con el ejemplo de Cota y de Sulpicio. En ese punto debe ejercitarse con frecuencia el orador joven; todo cuanto nosotros hemos omitido, a él la práctica se lo enseñará.

Hasta aquí hemos explicado y mostrado los instrumentos de ese arte. En lo sucesivo convendrá que los apliquemos a la obra. Esta obra, puesto que es una parte de la prudencia, no cabe duda que tiene una gran extensión. A la prudencia incumbe todo lo que puede recibir variedad, impuesta por el lugar, por el tiempo, por las personas, por las causas; pero nosotros más orientaremos el estudio de los discípulos y les señalaremos el camino que no les acompañaremos hasta el fin. El talento y la práctica darán la última mano a lo que nosotros hubiéremos comenzado; sin ellos poco rendirán los preceptos del arte.

Y puesto que es obra principalmente de prudencia y la más antigua es poner la mira en el fin y luego en los medios más indicados para alcanzarlo, valdrá la pena que veamos a qué finalidad está dirigida la palabra.

Consta que fué atribuída al género humano por merced divina, para que cada uno, valiéndose de ella, exteriorice los conceptos de su mente. Esto sólo hubiera bastado en aquella integridad inicial de la Naturaleza y cual salió de las manos del Divino Hacedor, a saber: en aquella claridad de los ingenios, y cada cual fácilmente hubiera hablado todo cuanto quisiere y el oyente lo hubiera entendido perfectamente, y como era tanta la probidad y la sinceridad de los espíritus, el dicente hubiera manifestado, sin rodeos ni ambages, todo lo que sintiera, y el oyente lo hubiera creído, no pudiendo tener la menor sospecha de que fuera capaz de mentir. Ahora, con la cerrazón que introdujo el pecado en los espíritus, no basta la explicación escueta, que el ignorante da mal y el lerdo no entiende bien, y el malo no se fía del malo, ni el rudo del rudo, bien porque de sí mismo colija que puede ser engañado o que quiere engañar, bien por experiencia personal o por ajena experiencia. Por esto buscáronse argumentos y probanzas para persuadir, de modo que lo que no lo convencía la simple palabra de quien hablaba, lo convenciera la razón de quien hablaba. Alcánzase la persuasión y gánase la fe de una de estas dos maneras, a saber: mediante palabras, extremo que atañe a nuestro propósito actual, o por educación de la mente, luego de aducir la probabilidad de la cosa; y cuando esto no es lo suficiente, vase a lo que más fuerza tiene en el espí-

ritu, a saber: a las pasiones, que, por la tiranía del pecado, tomaron allí gran pujanza, hasta el punto que, atacados en sus fundamentos, el reinado y el poderío de la razón quedaron cuarteados y debilitados. Así es que cuando están excitados fuerzan el ánimo y le empujan a que acepte su sentir, y para excitarse bastan motivos livianos, y una vez excitados, les hacemos recobrar el sosiego, por manera que, la niebla desvanecida, el espíritu ve las cosas distintas de lo que antes las vió.

Nadie vaya a pensar que aquí somos maestros de malicia. Más valiera no saber letras que hacerlas instrumento de pasión desordenada. Los afectos púsolos en el ánimo humano Aquel que no creó cosa mala. Estos afectos, como tantas otras cosas, son indiferentes; buenos, si de ellos usas bien; malos, si de ellos haces mal uso. La eficacia de la verdad o de la bondad puede recibir gran ayuda del concurso de los afectos cuando no se tienen a mano razones asaz poderosas, no por defecto de la verdad, que por sí misma es fortísima, sino por defecto nuestro, que no descubrimos con suficiente agudeza lo que en la Naturaleza es muy verdadero, bien para hablar, bien para juzgar. La elocuencia nos inflama al amor de la virtud y nos aparta con horror de la maldad y del crimen. Por ende, la persuasión usa, por decirlo así, de dos armas para expugnar la mente, a saber: la probabilidad de los argumentos y razones y la moción de los afectos, para concitarlos o para calmarlos. El fin natural de la palabra es uno solo, el que dijimos; mas la torcida inclinación de nuestra naturaleza hizo que buscáramos otros, como acontece en todas las cosas. Al principio salióse a camino de la necesidad que la Naturaleza impuso; luego, de ahí pasamos a la comodidad, y luego a la complacencia y placer de los sentidos espirituales y corporales, aun en aquello que de por sí era enojoso y áspero, como el comer tan frecuentemente y el vestirse, que, siendo penas infligidas por el pecado, no pueden menos de causar molestia. Y a seguida de esto, vienen los desvaríos vanísimos del bien parecer y de la admiración.

Y puestos en ese deslizadero, torcimos el don de la palabra al alarde de ingenio y de facundia. No faltan quienes, con su elocuencia, andan a caza de riquezas, de brillantes magistraturas, de influencia política y otras bagatelas, cuya lista no tiene fin, y por eso debemos omitirla en este lugar donde nos ocupamos del arte. En esto, una es la finalidad de la palabra: *explicar*, y tres son los objetivos que nosotros nos proponemos: *probar, mover y alimentar* el espíritu con la palabra, como los ojos con los espectáculos y la pintura. Estos fines son más subjetivos y nuestros que de la oración, pues hartas veces, con la sola explicación, persuadimos y movemos el ánimo y cautivamos al lector, como en la historia y la poesía. Todos estos fines, cuando se consiguen en el ánimo del oyente, como dimanan también del ánimo de quien habla, pertenecen al tratado del alma. Pero, con todo, nosotros vamos a dar aquí algún fugitivo avance para que fácilmente se entienda lo que conviene y conduce a nuestro propósito. Antes que todo, preste siempre el ánimo atención al fin que nos proponemos, como a un blanco, pues a ese blanco han de apuntarse los tiros si no queremos errar.

CAPITULO XII

DE LA ENSEÑANZA

La voz *enseñar* no se toma en su acepción simple, pues a veces significa explanar, demostrar, probar con argumentos, etc. De ello hablaremos al tratar de la persuasión; ahora vamos a hablar de su significación directa. El fin de esta suerte de oración es ser entendido; y el objetivo del que habla es explicar sus conceptos y llevarlos hasta el oyente. Ello se verifica cuando no cuidamos o no queremos ser entendidos por éste, sino por los otros, o viceversa, por este solo como cuando Cicerón escribe a Atico o Platón toca temas sagrados. Algunas veces no queremos ser entendidos inmediatamente, sino avivar el interés del oyente, lo que hacen algunos en la preceptiva estética; y también en cosas de burla, y para aquellos oyentes que no hacen caso de lo que se expuso a su inteligencia. Es vicio, cuando conviene hablar clara y paladinamente, deleitarse en hablar en un lenguaje confuso y oscuro, que necesite truchiman o faraute... De ese vicio fueron tachados en su día Heraclio, Marco Antonio, P. Rulo y C. Mecenas, y muy posteriormente, de recuerdo de nuestros padres, los escritos de Apuleyo. La oración se oscurece, bien por el asunto o por el empeño que en ello pone el que habla, u ocasionalmente por culpa de los oyentes. Por el asunto, cuando éste es abstruso, como los números de Platón en la composición del alma, o porque ha caído en desuso total, como casi todas las teorías de Vitruvio, y muy muchas de Plinio, que ofrecen una comprensión difícil.

El orador enturbia el discurso y su sentido, ora con palabras sueltas, ora con palabras unidas. Con palabras sueltas o simples cuando las emplea en una acepción insólita, bien por su novedad, bien por su vejez, pues una y otra cosa son igualmente desacostumbradas; también cuando hace traslaciones oscuras y lejanas, usa de voces, alude a fábulas o a historias desconocidas. Acerca de la composición oscura ya se habló en el primer libro, en el propio lugar donde tocamos la claridad del lenguaje, para que ahora tengamos que repetir lo propio. Perjudícase el oyente a sí mismo y se priva de luces con su rudeza, con su ingenio tardo, con su falta de atención. Hay que salir al encuentro de esos tres inconvenientes, hasta donde sea posible, si de todo punto queremos ser entendidos. Lo primero que hay que remover es la distracción y se ha de avivar la atención, sin interferencias que la ahuyenten o la debiliten. Por eso cuando la atención es necesaria en absoluto, no apruebo yo que se emplee un vocabulario desconocido del oyente, pues mientras pregunta qué es aquello, lo pasa por alto lo que dice a continuación. Por esto Cicerón jamás mezcló en sus discursos voces griegas. En su oración en defensa de Flaco tradujo al latín los proverbios griegos, y lo mismo hizo en su discurso a favor de Deyótaro, citando un verso que dijo Deyótaro a la noticia de la muerte de Domicio, en parte por no disipar la atención, en parte por no hacerse odioso con aquel alarde de erudición y por no ser sospechoso de ligereza. Hay que ilustrar a la ignorancia y has de poner tu paso al compás de los rezagados por no adelantarte a ellos. Eso que ahora digo en síntesis, luego será explicado por partes. Ya quedó demostrado en el libro anterior qué oración es la que resulta más clara.

CAPITULO XIII

DE LA PERSUASIÓN

Persuadir es conseguir que uno crea aquello que queremos; la finalidad de esta acción es la fe y el instrumento de que nos valemos para este propósito es la palabra o, digamos, el discurso. También, aun sin palabras, los hechos persuaden. Lo mismo hace la autoridad, para lo cual basta con un gesto, si estamos convencidos de que el que lo hace conoce la materia a fondo y de que no quiere mentir. De ahí aquel viejo refrán, a saber: que el argumento más persuasivo es la conducta, pues en un ingenio cultivado y en una voluntad recta radican aquellos dos elementos: querer y poder decir la verdad. Pero ahora no tengo yo el propósito de tratar de ese linaje de fe.

En el discurso hanse de considerar dos extremos: las cosas y las palabras. Las cosas hacen fe con su probabilidad. Lo que sea probable y cuántos sean sus grados quedó demostrado en el libro de la *probabilidad*. En este lugar hemos de ver preferentemente qué es lo que te desvelas por conseguir con la probanza o la persuasión. Lo que se prueba está asentado en dos cuestiones, una de las cuales afecta a lo exterior; la otra está en nosotros. En la cosa, inquiérese acerca de la sustancia, si es, si fué, si será, si puede ser esto o aquello; entonces se le añaden los adyacentes tal y tal. En nosotros está si se ha de obrar, si no se ha de obrar; extremos que pertenecen a la deliberación y al consejo.

El fin al cual en toda cuestión se ha de atender, algunos lo ven como el blanco inmediato y a él dirigen su probabilidad como una saeta disparada del arco. A ese hácenle ambiguo dos cosas contradictorias; ésa es la cuestión, y como el blanco, ora sea el propósito contrario en realidad, ora sea ficticio. Otros no lo ven luego al punto. Algunas veces está algún tanto disimulado por su propio natural y jamás falta, aun cuando muchos piensen equivocadamente que no existe el fin de la probabilidad, sino solamente de la inteligencia; así que para atinar con él, conviene andar por ese camino. En las disquisiciones donde hay contradicción y repugnancia no será difícil descubrir qué es lo que se controvierte. Aquello en que estriba la disidencia debe ser atacado por ambos lados, debilitándolo o fortaleciéndolo; llámanle los retóricos *estado*, y viene a ser el eje y como el quicio de la cuestión. La República con nada se administra mejor que con la justicia. En ello convienen el macedón y el ateniense; pero la justicia adminístrase mejor por uno que por muchos. Aquí comienza la disidencia, aquí está la cuestión. Uno sostiene que así es; otro lo contradice. Si uno de los dos contrincantes se impusiere y arrastrare al contraopinante a su parecer, acabada está la controversia.

Donde no hay quien contradiga, como cuando damos las gracias, cuando damos el pésame, en los brindis nupciales, en los elogios fúnebres, en este caso hay que atender a lo que en último término queremos conseguir. Si el propósito fué hacer una sencilla exposición, ya no hay problema. Ahora, si la intención fué probar que alguna cosa es o no es, tiene que hacerse o no tiene que hacerse, en cualquier eventualidad, no afirmada categóricamente la cosa sino por vía de estudio, ello sitúa el problema delan-

te de tus ojos. No todos tienen la misma equivalencia. Hay el primero y principal y como la cabeza y fuente de todos, al cual se refieren los otros menores, y para mantenerlo, para que la mente no se descarríe, debe mirar a la postrera cuestión, porque eliminada ella, ya no queda duda alguna. Varias de aquellas cuestiones de cada una de las cuales disputa particularmente Marco Tulio en su discurso en defensa de Milón, tienen un último fin único; a saber: *Si está comprendido en la pena de la ley Cornelia de los sicarios.* Además, si uno pregunta: *Acaso porque el príncipe descuida a sus vasallos, debe ser tenido por malo, y si es tenido por malo, si se le debe obediencia o no se le debe, si se le ha de soportar un plazo prudencial o debe ser depuesto automáticamente.* O esto otro: *El alma humana, como espíritu que es como Dios; si fué creada a su semejanza, y siéndole semejante, si la comprende, si fué hecha para la religión, si conseguirá algún premio de su piedad, si ese premio será inmortal y si ese premio inmortal consistirá en ser uno con Dios.* En esa trayectoria ya no hay más allá.

Hay algunos otros *estados*, uno más amplio y otro más estrecho, de suerte que el uno incluye al otro, como una cuestión universal y otra particular: *¿Deben los monjes tomar esposa, o también todos los sacerdotes? ¿Debe tomarla Sócrates o cualquier otro filósofo? ¿Es propio del cristiano no causar daño a nadie o también hacer beneficios?* Y como acontece en los epitalamios: *¿Son deseables las bodas o es motivo de regocijo la unión conyugal de esa pareja?* Sócrates es acusado de corrompedor de la juventud y de desprecio de la religión oficial. Hay muchos *estados* que guardan relación entre sí, como en la demanda de herencia y en la adivinación por escoger a un acusador, pues si los otros no consiguen la herencia o no han de acusar, es fuerza que éste la consiga o acuse. Existe un *estado* que pudiéramos llamar gemelo: *¿Hurtaste el dinero del templo? No lo hurté, y si lo hurté, no por eso cometí sacrilegio.*

Hase de mirar con toda diligencia en dónde está la disensión, por no desviarnos y decir muy mucho de lo que no es menester; y de lo que es necesario, decir muy poco o nada. Y no menos debes atender contra quién hablas y quién eres tú. El descomedimiento, la insolencia, la petulancia, el olvido del deber y aun también de sí mismo, son odiosos sobre manera y hacen gran daño a la persuasión, como, por ejemplo, si un discípulo reacciona desabridamente contra su preceptor, o el hijo contra su padre, un simple particular contra un funcionario público, un mozo contra un anciano, un cliente contra su patrono, contra un hombre virtuoso, contra una personalidad influyente y, en una palabra, contra el maestro, a quien los discípulos amen y respeten y que juzguen que debía merecer la estimación y el acatamiento del que habla.

Cicerón tiene consideración por sus contrarios en su discurso sobre la *ley Manilia*, y, en cambio, arremete con furia contra Catilina o Pisón. En el primer caso, Cicerón, pretor, hablaba contra ex cónsules, hombres de arraigo político y de gran autoridad, y unos y otros querían el bien de la República. En el segundo caso, Cicerón ya era consular y hablaba contra los revolvedores del orden público. En su oración *Pro Murena* trata con mayor blandura a Marco Catón, por el apre-

cio en que todos le tenían, que a Servio Sulpicio. El argumento del adversario o lo repetimos con las propias palabras textuales o lo hiperbolizamos, o lo menoscabamos, o lo adelgazamos, o lo torcemos, o lo oscurecemos. Cuando hay confianza de que podemos claramente refutar la razón contraria, estará permitido exponerla con exactitud. A veces, por donaire, la esforzamos y la exageramos. Cuando es liviana y respecto de ella no hay ambigüedad posible, la simple relación basta para que se la desestime y rechace. Mas cuando el argumento fuere tal que puede ponernos en aprieto, debilitamos su fuerza refiriéndolo primeramente más desnudo y más inerme de lo que se había propuesto, bien para hacerlo más flaco o por desviar el golpe hacia otro lado o por disimular la herida recibida porque el oyente no la entendió con quebranto nuestro. Si de momento no está a nuestro alcance contestar a la ofensiva contraria con una contraofensiva nuestra, no vendrá a cuento reproducir las razones que nos opuso el contrincante, sino que lo que se debe hacer hasta donde sea posible es apartar la atención del oyente de aquel recuerdo molesto y atraerle a que pondere las razones nuestras.

La misma conducta se ha de seguir con el oyente suspicaz y que vacila por cualquier argumento contrario por inconsistente que sea. Lo mejor será explicarle nuestros argumentos, disimulando los contrarios o desvirtuándolos calladamente sin que él se dé cuenta. El argumento más fuerte, a guisa del más valeroso de los soldados, el argumento Aquiles que diríamos, a ése no lo hemos de ocultar en la batalla, sino que se debe de buenas a primeras lanzarlo al fuego; ni se ha de encubrir su golpe ni se ha de embotar la punta del hierro, sino destapar la herida que causa, si ya no fuere que le pusimos celadas. Hartas veces de tal manera blandimos el hierro, que más se adivina su efecto, que la herida no se ve. En este punto se han de tener en cuenta las costumbres y el carácter de los oyentes. Los hay que se preparan, digámoslo así, al choque inminente para resistir y luchar; los hay que no rehusan ser vencidos; otros, ni siquiera sospechan que va a trabarse combate, sino que todo irá como una seda, y, dejando a un lado astucia y argumentos, se limitarán a una simple exposición. En esto pasa como con aquellos enfermos a los cuales el médico ha de aplicar el bisturí o el cauterio. Hay quien no lo quiere de ninguna manera, hay quien lo quiere resignadamente y quienes ni siquiera sospechan que se les va a sajar. Con aquellos que se avienen a la derrota, no se corre peligro alguno si se les muestran las armas y los argumentos retorcidos como un arco a la manera dialéctica que amenazan siempre con dar.

A los que rehusan entrar en la liza se les ha de hablar de tal modo que a todo se parezca menos que a una lucha. A los que están confiados no se les ha de mentar el combate; pero con éstos será más fácil llegar a las manos que con los primeros.

La pugna se demuestra clara cuando, bien porque te anticipas a decir que quieres convencer de algo con pruebas, bien porque lo pone de manifiesto el tenor mismo de los argumentos, reducidos a fórmulas dialécticas; escondidos discretamente tienen más eficacia, luchando con brío interior más que con batería y empuje externo. Con quien está des-

cuidado hay que ocultar la táctica guerrera; pero se podrá argumentar con disimulo todo el tiempo que no se dé cuenta de que es atacado, pues el espíritu humano, por generosidad o, como creo yo más, por arrogancia, no lleva con demasiada resignación que se le engañe o que se le derrote; resiste por todos los medios a quien le impugna. Y por esto mismo opone resistencia a los más poderosos argumentos, aun cuando no se pueda con ellos igualar y cierra los ojos a las más vivas claridades. Por esto aquel sistema de argumentar sutil y agudo de que usan los dialécticos, para el reacio y el descuidado no es conveniente del todo para la persuasión, sino que es mejor el vulgar y más trillado.

Tan sospechoso es el artificio, que Cicerón persuade a muchos antes de aprender retórica, pero no tanto después que la han aprendido. Esta es la razón por la cual Demóstenes es antepuesto a Cicerón, porque hace menos alarde de técnica y tiene menos sabor de escuela y se acomoda más al lenguaje corriente. Y con todo, para la persuasión es necesaria la técnica, porque la mayoría de las probabilidades son harto flacas y ligeras de suyo, si quien las dice no las ayuda y las refuerza.

Menester es que sea más potente y esté mejor municionada la oración cuando enfrente se yergue un enemigo tenaz, que donde no hay adversario, si lo hay, lo es amistosa y familiarmente. Contra el adversario estará permitido desplegar los recursos de la técnica, si ya no es que te propones persuadirle, no tanto a él como a los que asisten a la polémica. Sean tales las palabras, que tengan fuerza y se entiendan sin dificultad. A algunos conviéneles que se entienda inmediatamente lo que dicen. A éstos es aplicable aquel viejo proverbio: *Habla con sencillez mientras sea con claridad.* Todo cuanto éstos dijeren lo acomodarán al alcance de aquellos de quienes pretenden ser entendidos. La lengua y las metáforas les sean conocidas. Incluso se han de cometer solecismos y barbarismos si la materia lo exige; más vale sufrir pérdidas de palabras que de cosas. No raras veces esta llaneza de lenguaje es suficiente para desvanecer la sospecha de artificio. Nadie teme celadas donde, a su parecer, todo está claro y manifiesto. Muy diferente será su proceder si se afana, no tanto para la comprensión y la persuasión inmediatas como porque se retrasen algún tanto para que el golpe sea más certero y más durable. Los hay para quienes es fundamental hablar doctamente, en atención a la autoridad que, aun sin sustancia, ella de por sí ya les basta para quedar persuadidos. La oración sea ceñida, nerviosa, musculosa, vibrante, pugnaz. A la autoridad conviénele grave y no retorcida. En aquellos puntos objeto de discusión, Quintiliano preceptúa que nos acordemos de que no se han de aplicar las protuberancias de los atletas, sino los brazos nervudos y ágiles de los soldados.

No se reprueban las repeticiones en una argumentación contundente, ni la redundancia verbal y de sentidos para comunicarles eficacia mayor. Lo que en cualquier caso debe observarse en el intento de persuadir es que ha de tenerse mayor cuidado de las cosas que de las palabras; ni se ha de faltar a la sustancia por el halago pecaminoso de una palabrilla.

CAPITULO XIV

DE LA MOCIÓN DE LOS AFECTOS

El afecto es una facultad del alma que por un supuesto bien o un mal presentido causa en nosotros cierta impresión. Algunas veces se toma por la impresión misma, llamada *pathos* por los griegos. Marco Tulio interpreta este vocablo por *perturbación*. Entiéndase la cosa, que por palabras no hemos de reñir ni la discusión ha de degenerar en logomaquia. Yo llamo *bien* a lo que aprovecha, y llamo *mal* a lo que perjudica. Nos sentimos inclinados al bien para seguirle y apartados del mal para evitarlo. En ese aspecto se nos acucia porque lo evitemos o se nos enfervorece porque lo rechacemos. Dos son las principales fuentes de los afectos: el amor del bien, el odio del mal. Todos los otros nacen de ahí: la alegría del bien actual y la tristeza, que es su contrario; la esperanza y el miedo, la confianza y la desesperación; simpatía, la antipatía, el enojo, la misericordia que acaparan el presente y se extienden al pasado y al futuro, cuyo tratado puntual no es propio de este lugar, sino que es privativo de los libros *del alma*. Nosotros, aquí, no estudiaremos cuáles son sus móviles ni en qué consistan propiamente, sino con qué palabras y con qué discurso consiguen esa finalidad. Los afectos muévense de dos maneras: mediante la palabra, bien por su expresión en labios del que habla o por la cosa en labios de quien actúa, o por el discurso acomodado a la materia, para provocarlos, por las palabras y sus sentidos. De entrambos hablaremos, porque entrambos mueven.

Los afectos que en la bondad se concentran y nacen del amor sin torcimiento, como el favor, la alegría, la misericordia, son más benignos que los que nacen del odio, es decir, de la maldad a quienes por personal experiencia conocemos por crueles y por atroces. Producimos en el oyente en cosa propia o en cosa ajena afectos ásperos o bondadosos del modo que voy a decir. Inicialmente todo animal, guiado e instigado por su propia naturaleza, se profesa gran amor a sí mismo; pero nuestra viciada naturaleza hace que cada cual se ame a sí con egoísmo excesivo. Ello hace que, concentrado el calor en los adentros, deje frías las exterioridades. Por esto no hay quien no sea juez injusto para consigo mismo por el descomedido favor que a sí mismo se otorga, y resulta sumamente fácil que en su personal interés se persuada de todo lo que se le antojare conveniente. Al mismo tiempo, fríos para con los otros más que un témpano, estamos expuestos a las torcidas sospechas, al odio, a la indignación, a la ira. Concitar estos afectos es cosa más expeditiva y fácil que la simpatía y la compasión. Añádase a esto que no cuesta demasiado trabajo persuadir al malo que los otros también lo son, y a quien experimentó personalmente que los malos son muchos, que es semejante a los otros fulano de tal, con quien no tuvo tratos personales ni siquiera conoscencia superficial. Este es el motivo por que los malos y los viejos son malpensados y no fácilmente juzgan que los otros son buenos. Los malos conjeturan de sí mismos; los viejos, de sus prolijas experiencias. Esta dislocación y perversión de los juicios hizo que casi no se necesite habilidad alguna para con la mayoría por concitar el odio, pero sí mucha para granjear el amor.

Pero hablando en general, los afectos o digamos las pasiones, ellas entre sí y en sus relaciones con la razón, por un cierto artificio de la Naturaleza, consiguen una maravillosa armonía, y para tañerlas, como quien dice, no se necesita más destreza que para tocar la vihuela, porque no suenen ni más alto ni más bajo, ni sin proporción ni compás, es decir, ni con sentencias y palabras más entonadas ni menos entonadas de lo que conviene, ni ajenas al lugar y al tiempo, no sea que los afectos que pretendes azuzar contra los otros se levanten contra ti para tu odiosidad o para tu burla. Por esto no es cosa que esté al alcance de cualquiera el intento de concitar los afectos, porque en ese intento se hacen y se dicen cosas que con los quietos y sosegados resultan ineptas y contraproducentes. Que muchos son los que aquellas mismas razones que en asunto ajeno les habían arrancado lágrimas, poco tiempo después, cuando se han enfriado y serenado, les han hecho reír. Más aún: córrense de haber lloriqueado; como se avergüenzan otros, cuando les pasó la corajina, de haberse alterado por un motivo que luego les parece baladí.

Lo primero que debemos aquilatar es quiénes somos nosotros y cuáles son aquellos a quienes queremos apasionar o sosegar; cuál es su juicio de las cosas a las que dan mucha importancia o les dan muy poca; a qué pasiones se sienten inclinados y a cuáles reacios, y de qué pasiones resbalan a otras con fácil pie, por carácter, por convencimiento, por costumbres, edad, sexo, constitución física, hábito, condición, lugar, tiempo y todas las otras circunstancias que llevamos estudiadas en la probabilidad. Hemos de revestirnos de su mentalidad y ponernos en su lugar y ponderar seriamente si nosotros fuésemos ellos, es decir, si nosotros estuviésemos persuadidos de lo mismo que ellos, con qué razonamientos, en aquel su caso concreto, nos exaltaríamos o nos apaciguaríamos.

Es asimismo prodigiosamente útil, para dar con lo que nos es necesario, nuestro propio conocimiento: de qué linaje, de qué edad; en qué concepto estamos de ciencia y de virtud; cuál es nuestra dignidad, cuáles nuestras posibiliades. Los afectos, así buenos como malos, puesto que nacen del juicio, fácilmente los estimulará o los aplacará aquel de quien se creyere que puede y quiere juzgar bien de esas cosas.

Por esto es que con dificultad el ánimo se rinde a un muchacho, a un necio, a un bobo, a un inexperto del negocio de que se trata, dejándose llevar a una determinada pasión, pues no cree que tengan sentado su juicio; como no piensa tampoco que aquel a quien tiene por malo quiera juzgar con rectitud. Al que bien queremos, ése fácilmente transfundirá en nosotros la pasión que le pluguiere, bien porque todo buen hombre es amado y de él se cree que no quiere mentir, bien por la analogía espiritual que existe entre los que se profesan amor mutuo. Aun el que no es objeto de un amor especial, mientras no sea aborrecible, por cierta natural afinidad conmoverá los afectos si verdaderamente él está conmovido o simula que en realidad lo está, mientras el desapoderamiento de la pasión no exceda los límites de lo razonable. Por la misma razón nos conmueven los casos ajenos como los percances propios, y nosotros nos ponemos en su lugar, como dícese de las liras sintonizadas, tan proporcianadamente que

cualquier cuerda, tocada en una, repercute en la otra con sonido semejante. Así es que las descripciones de los bienes y de los males ajenos, como ocurre en las narraciones históricas, afectan nuestra sensibilidad. Por otra parte, en aquellas otras que sabemos novelescas, nos regocijamos, reímos, lloramos, esperamos, tememos, odiamos, simpatizamos, nos enojamos y ello con tanta mayor vivacidad si se nos ponen delante de los ojos con tal vigor gráfico, que creemos no ser aquello una relación, sino una realidad viva, por manera que ya no nos mueven solamente los afectos ajenos, sino las mismas desgracias, como si se hubieran cebado y encarnizado en algunos de los nuestros. Así es que nos duelen las adversidades y miserias ajenas, aun cuando no hubieren dolido a los mismos que las padecieron, y tanto más cuanto menos merecedores les conceptuamos de tal suerte, como en mártires de nuestra religión, en los héroes de la historia, en la caída de un niño de que él no tiene idea, pues así la reciedumbre varonil como la pueril simplicidad provocan de suyo la doliente simpatía.

Los afectos, como ocupan el lugar fronterizo entre la mente y los sentidos; más cerca de éstos que de aquélla, así también reaccionan más viva y rápidamente ante lo que cae bajo la jurisdicción de los sentidos que ante lo que comprende el puro pensamiento, y por esto mismo, con rapidez mayor, ante cosas concretas que ante cosas universales. Tiene mayor eficacia, para el afecto, decir: *Yo a ese hombre le proporcioné vestidos y dinero; le procuré instrucción; le conseguí dignidades y honores, y ahora me demuestra tal reconocimiento que querría verme despojado de mi casa y de mi vida;* todo esto tan personal y concreto, que si dices en general: *Es mortificante que un hombre a quien proporcionaste vestido y todo lo demás te despoje de la hacienda y de la vida,* si antes no hubieres hablado de ese hombre, individualizándole. Con vivacidad mayor se adentran en nuestro pecho las cosas que se dicen clara y llanamente, para las cuales no es precisa intensidad de juicio, que las cosas agudas que no se entienden al primer golpe de vista; también, lo visto más que lo oído, puesto que ese sentido es más interior que el de la vista. Las acciones y reacciones intelectuales son contrarias a las pasiones y afectos y retardan su empuje, el cual, si está excitado, es de difícil y lenta comprensión, porque en tan grande lobreguez espiritual no se ve claro inmediatamente. No sin razón Aristóteles pensó que todas las razones dialécticas eran ineficaces para la moción de afectos, porque se toman de lo universal, y para entenderlas es menester la especulación mental; añádase que adolecen de mucho artificio que hay que celar con todo cuidado. Todos los géneros de argumentos sirven en su debido lugar para la moción y para el sosiego, pero los ejemplos de una manera especial, por semejanza de la Naturaleza, como también las comparaciones, las imágenes, las semejanzas que caen dentro de la órbita de los sentidos.

En una vehemente perturbación imaginaria, la oración debe estar llena de argumentos de varios lugares, pues ello expresa el ardimiento del ánimo, con una admirable rapidez a guisa de la centella, que en ningún sitio tiene reposo. Esta enseñanza autorízala Macrobio, por el parlamento de Juno en Virgilio, libro séptimo, y Diomedes

demuestra la indignidad de la muerte de Agamenón, precisamente por su dignidad: *El, el caudillo micénico de los grandes aquivos;* por las circunstancias que la acompañan: *De mano de su infame mujer;* por el lugar: *En el vestíbulo de su casa,* y todo lo demás que se sigue.

En un pesar extraordinario—dice Marco Fabio—no hay observancia de arte que valga, sino que desde el exordio hasta el grito postrero es un continuo gemir y está permitido usar de argumentos mezclados y confundidos, por manera que más se destaquen en la prueba misma. Para estímulo de una pasión indolente sirven las sentencias agudas, vibrantes, frecuentes. También en el dolor, cuando el ánimo está sumido en la tristeza, se le ha de aguijar, por decirlo así, con una oración rápida y aguda, a veces susurrada suavemente, y se le ha de excitar para que oiga y entienda lo que decimos, como en un duelo grave. Cuando el ánimo está hervoroso y bravío, débesele contener en el coraje con poderosos argumentos breves, empero, con sentencias animosas y valientes, nervudas, frecuentes, audaces, osadas, mientras no sean pueriles y vanas, pues con palabras solas jamás la pasión se exacerba e hincha como el fuego con el soplo solo, cuando no hay materia combustible, pues si la hay, entonces, con el viento, toma gran braveza.

Sosiégase la pasión con una oración tranquila y difusa, como la borrasca del mar amotinado, cuando el viento escampa y se hace más débil. Así para apaciguar el enojo de Aquiles, Fénix, en Homero, urde fábulas largas con el fin de que, convertida a otro objeto la atención, afloje y remita aquel ímpetu del pecho enardecido. El despotricar contra las opiniones verdaderas y recibidas, es indicio casi seguro o seguro del todo de ánimo perturbado y furioso, como en la ira y en la indignación. Ejemplo: *No tiene bastante cuenta con la naturaleza del hombre el que preceptuó que nos conociésemos a nosotros mismos: ¿Qué alto y preclaro hecho acometera, quién tal hiciere?* Contiene verdad absoluta el viejo apotegma de un sabio célebre: *Ama como si hubieras de aborrecer; o, mejor, ama como si no hubieras de aborrecer jamás.* A ese apotegma hay que añadir la razón: *¿Qué amistad verdadera y de buena fe será posible que quede en la vida, si cada cual ama de tal manera al amigo, que piensa que un día u otro podrá ser su enemigo?* O se le puede añadir la autoridad: *¡Cuánto mejor, en mi sentir, lo entendió Cicerón que Bías!* De la misma manera, hay que expresarse contra las leyes, contra las costumbres, como en muchas declaraciones de Quintiliano y en Cicerón. Las sentencias no verdaderas universalmente, pero puestas universalmente, no parecen mal en un ánimo alterado, como si uno, molestado por el vecino, dice: *No hay en la vida cosa más importuna que un mal vecino.* Quien no tiene vecino malo, no fácilmente lo cree; en cambio, quien lo tiene, cree que es la mayor verdad del mundo.

Los dichos sentenciosos populares son muy hechos para mover, pues instantáneamente los entiende el oyente porque son comunes. A los afectos más sosegados y de mayor reposo conviénenles las sentencias más mansas y más graves, sacadas de las intimidades de la filosofía o de la observación y la experiencia, como en Cicerón, al captar la misericordia del pueblo el día antes de salir para el destierro.

En la misma oración y en la que pronunció en favor de Rabirio, enemigo público, y el ruego a los dioses en favor de Sila, mueve la misma compasión, porque al recuerdo de la divinidad los ánimos se ablandan, en parte por amor, en parte por reverencia y porque aquel sentimiento parece nacer de la entereza y seguridad de la conciencia, que está clara a los ojos de Dios y al cual invoca en contra suya todo aquel que lo pone por testigo de una falsedad o de alguna acción mala. En la moción de los afectos sosegados, el lenguaje será el corriente, el sencillo, a tono con el afecto que quiere despertar, flexible, modesto, tranquilo, grave. En los afectos apasionados, las traslaciones serán ásperas, arrastradas, traídas de lejos, como las que hay en las tragedias. El coraje, el sarcasmo, el desdén, echan mano a veces de vocablos soeces, como acontece en la sátira; piérdese toda reverencia ante los grandes crímenes, y casi nos olvidamos de quienes nos oyen cuando los atacamos. Con todo, Séneca, prudentemente, nos vuelve a la templanza. Lejos, dice, *de toda obscenidad de palabras y de sentidos.* Más vale silenciar determinadas cosas con daño de la causa que de la vergüenza. Introdúcense también arcaísmos, barbarismos, neologismos.

Al enojo y a la exaltación conviénenle palabras retumbantes, amenazadoras, compuestas de muchas otras, como en la tragedia, dice Horacio, las bambollas y los vocablos sesquipedales. A la acrimonia y a la vehemencia conviénenle la oración cortada y la prolongación del aliento; el ritmo uniforme del aliento conviene a la controversia, y su variedad conviene a la exposición y al agrado; verbigracia: *El nos ganó definitivamente para la libertad con su sangre; aplacado el Padre con El, perdonó las maldades de los hombres.* No es lo mismo la mutación de las palabras y la de los sentidos. Con el trueque de las palabras, puede el sentido quedar el mismo. El desbocar repentino en una pasión revela un espíritu cargado y desbordante, impotente de comedirse y de contenerse y de no echarse afuera: *¿Hasta cuándo, Catilina, abusarás de nuestra paciencia? ¿Siempre yo he de ser oyente?* La frecuente repetición de una palabra o de una sentencia nace de un afecto alterado que acucia el ánimo y que luego al punto vuelve en sí y no le permite que se vaya a vagar más lejos. El ánimo conturbado engendra la confusión y la reticencia, como dije en otro lugar. Importa a veces decir menos de lo que conviene, cuando la pasión nos arrebata, mientras el oyente entienda suficientemente lo que queramos. Preguntar aquello que nadie puede ignorar, indica pasión grande y encendida: *¿Vivimos en tinieblas? ¿Qué es esto? ¿Estamos despiertos o dormidos? ¿Es realidad eso que vemos o son trampantojos que nos alucinan?*

Si en la persuasión hay que disimular el artificio, ¿cuánto más en la moción de los afectos, que es cosa mucho más delicada? Por eso las discusiones dialécticas, como decía no ha mucho, no se avienen con este propósito. Hay que sonsacar el afecto, sin que se cate de ello el interesado, ni se ha de luchar con él a las claras; hay que deslizarse con cautela, no irrumpir con brutalidad; pero, cuando empezare a levantar llama, lucharemos con armas más fuertes; todas y cada una de las palabras y aun el conjunto del discurso, serán más cuidados,

más entonada la composición, con más lumbres y matices, con bastante sangre, con no mucha carne, rodada, variada, musculosa, rauda, semejante a la pasión misma que luego que se calentó, si consigo no se lleva el seso arrebatado, todo lo comunica con mayor énfasis y viveza. Así que el estilo, como dice Quintiliano, será tal que empuje peñas y que no sufra puente y que desborde orillas, rapaz torrencial, que no se apoderaría del oyente o del que le opusiere resistencia y, quieras que no, le llevará en su carrera arrolladora; esto dice Quintiliano. Esa oración será más aguda que sutil, audaz, batalladora, agresiva, grandilocuente, magnífica. El procedimiento contrario contribuye a serenar la pasión exacerbada, como también lo que dijimos acerca de la apacibilidad y mansedumbre. Hase de observar con muy aguda diligencia qué es lo que suscitó la pasión, las palabras o los sentidos. Habrá que atenuar las palabras o torcerlas a otro sentido, si lo que se dijo con sencillez produjere algún efecto por la fuerza de su significación directa o tropológica y decirse con palabras más débiles; habrá que reducir la amplificación; el cómo, ya se dijo; si, por el contrario, fuere la composición, habrá que quitarle bríos, con objeto de que, enflaqueciéndose el viento, amaine la borrasca. Ejemplo de esto es lo que experimentamos en nosotros mismos, que nos impresionamos con el lenguaje métrico y la trágica altisonancia; y en cambio, si eso mismo se dice con menos boato y solemnidad y en prosa suelta, no tendrá fuerza alguna.

Lo que se dice en lenguaje figurado, descartado el tropo, no tendrá la misma fuerza. A la composición artificiosa de los adversarios, hay que oponer una composición artificiosa por nuestra parte. Combatirás sus argumentos clara y frontalmente, si tienes confianza y arrestos, o si no, solapadamente los socavarás y torcerás, neutralizándolos. Si quien suscitó la pasión lo hizo mediante una penetración astuta, hay que poner al descubierto sus artimañas y demostrar al auditorio que son puros embelecos los que le soliviantan. Así que él lo entiende, él mismo se ríe de sus impresiones inmotivadas, de sus lágrimas o de su indignación. Entre tanto, los afectos deben ser prevenidos, y el oyente debe estar avisado previamente de lo que el otro va a decir, de qué manera y con qué fin, pues sabido quedan sus tiros desmedrados y vale más inutilizarlos antes de dispararlos. Toda pasión enflaquécese con el retardo, especialmente cuando se trata de cosa ajena y no sin razón se dice: *No hay cosa que se seque más pronto que una lágrima.* Por eso es que los grandes oradores, duchos en el arte de mover pasiones, se ponían patéticos en la peroración, puesto que luego iban a terminar y no les dejaban tiempo para reaccionar y mudarse. Además, la pasión se enfría y acaba por desvanecerse si el pensamiento que la excitó se distrae y se vuelve a otro punto; por esto, hay que proporcionarle materia en que valga la pena de pensar, por ejemplo, en la república, en los bienes familiares, en la vida, en la salud. Luchan entre sí las pasiones como las olas en el mar, y unas a las otras se aumentan, se disminuyen, se destruyen; el odio amánsase con la misericordia; la influencia queda neutralizada por la envidia, y la ira, por el amor o el respeto. También la risa, regocijando al espíritu o porque recobra el pensamiento pa-

ra sí, hartas veces sosegó bravas galernas de ira, de indignación, de odio. Esa facultad, puesto que no hallé medio de reducirla a preceptos, pienso que es absolutamente natural.

CAPITULO XV

RETENCIÓN DEL OYENTE

Síguese el cuarto objetivo de la oración o, más bien, del orador, por el cual se propone tener pendiente de su palabra la atención de los oyentes. Y a decir verdad el discurso no se propone otro fin, aun cuando el orador, además de ésta, tenga otras miras, conviene, a saber: conquistar fama, riquezas u honores. Yo no veo la razón por qué a esto se le llame deleitar. El deleite es un movimiento placentero que afecta al sentido exterior y al interior. La oración de que nos ocupamos deja a unos oyentes mohinos; a otros, llorosos; a otros, empavorecidos, como en las historias y novelas; así que ese fenómeno más debe llamarse retener que deleitar. Al hombre se le cautiva o detiene por la forma del discurso o de su fondo. El fondo ese que cautiva está constituído por el placer, por la admiración, por la emoción que produce. Cada uno toma deleite en oír aquellas cosas que le proporcionan un goce, como si las viera pintadas en una tabla o un lienzo, como el labrador se complace con que se le hable de siembras y de recolecciones, más de éstas que de aquéllas, si es algún tanto perezoso, como al soldado indolente más le contenta la victoria que la campaña, más la rebatiña que el servicio, y al comilón sus banquetes, y al vanidoso sus alabanzas, como dijo Temístocles, que ninguna música le regalaba más; al enfermo, que se le hable de la recuperación de la salud; y al avaro, de las riquezas esperadas.

También el espíritu tiene sus placeres. Deléitannos las narraciones festivas, los dichos agudos y cuerdos; las réplicas saladas y picantes. Aun a las personas de gravedad les complacen los aforismos sabios y bien acuñados; a los varones probos, los ejemplos de virtud; a los estudiosos, los descubrimientos en su especialidad. Las cosas nuevas, maravillosas, insólitas, grandes, enormes producen admiración, y por lo mismo detienen y cautivan, pues el espíritu humano tiene ansia de oírlas estimulado por una cierta curiosidad; y en lances varios y azarosos está como colgado del fin y no tiene reposo hasta que lo sabe todo, como en las historias e invenciones fantásticas, cuales las cultivaron con cariño los poetas y los narradores de fábulas milesias.

Finalmente, así como son agradables a los sentidos corporales aquellas cosas que se conforman con su naturaleza, así también al espíritu de cada uno, pues tiene también el espíritu su paladar, como lo tiene también el cuerpo. Hay personas tan intensa y gravemente ociosas que porque no tienen otra cosa que hacer, parlan de todo, se embelesan con cualesquiera fábulas y novelas como los mozos y doncellas nobles en las cortes de los príncipes. Para esa gente desvagada, más valiera escribir la manera de no emplear tan mal el rico bien que es el tiempo, que no tenerla suspensa del discurso; a determinadas faltillas danles un valor exagerado y tiénenles por crímenes grandes. Solamente reputan ser cosa baladí aquella cuantiosa pérdida de tiempo, sumidos y desleídos en ocio pro-

fundo y en una estéril abundancia de palabras, siendo así que el Juez de vivos y de muertos nos anunció que en el día del juicio hemos de dar estrecha cuenta de cada una de nuestras palabras. Yo no alcanzo a ver ni el objeto ni el provecho de retener la atención del oyente con ese amontonamiento baldío de palabras y de sentidos. Toda esa parte creo yo que debo referirla a que el oyente quiera oír cosas de provecho más o menos disimuladas bajo apariencias de placer.

Y puesto que la oración está toda al servicio del oyente y no pide más premio sino que la oiga, anda suelta y libre, puede hacer lo que le dé la gana; está exenta y no tiene ley fija ni para las palabras ni para la composición. Y puesto que no hay arreo que no contente a algunos ojos ni sabor alguno que no dé con un paladar complaciente, así también en las palabras ninguna hay malsonante y soez, que no agrade a muy muchos. Por esto es que hay lugar para todo linaje de palabras, de cualquier edad, condición y medida que sean, para todo linaje de traslaciones y figuras. A los que sólo captan el placer de los oídos, todo les está permitido, mientras agraden, como a los bufones, Esto es de ver en los poetas, a quienes excusan de su abstracción de la vida corriente y trillada, así la necesidad métrica como el propósito de dar gusto; las voces raras e inusitadas y los modismos dan al lenguaje un tinte peregrino, como dice Aristóteles, bien así como son objeto de curiosidad mayor los forasteros que los ciudadanos. Provocan risa y burlas las palabras arcaicas y compuestas absurdamente, como *lumbifragium* (quebrantamiento de los lomos, lumbago), etcétera. De estas voces hay muchas en Plauto y Apuleyo y Nevio. En eso de componer palabras son más hábiles y afortunados los griegos.

Retiene con facilidad al oyente la oración que no ofende el oído, que viene a ser el vestíbulo del alma, la que es blanda, cariciosa, sonora, rica de número y cadencia, florida, recamada, jugosa, carnosa, sazonada de sales y agudezas y jovialidad; sopórtase también la de ricas y prolijas labores y también la oscura e intrincada y aun la tabernaria y vil; pero a la mayoría, por más tiempo y con más vivo interés, les gusta más la naturalidad, es decir, la proporción de la facultad del alma con su objeto. Discretamente, dice Cicerón: *Difícil es concretar cuál sea la causa de que aquello que produce más vivo placer en nuestros sentidos y desde el primer momento conmueve nuestro ánimo con energía, engendra con suma celeridad un hastío que nos ocasiona repulsión.* Ejemplo de ello lo tenemos en cualquiera de los sentidos. Los placeres más violentos dejan detrás de sí desabrimiento y hartura. No hay en las palabras cosa que recree tanto nuestro espíritu como una oración numerosa con su halago musical, pues la armonía exterior es semejante en grado sumo a la armonía interna del espíritu. Con todo, en esa blandura acariciadora el deleite que se toma es vario, pues no de otra manera que ocurre en las sensaciones físicas hay también en el gusto grandísima diversidad de temples. Por eso los músicos inventaron tanta variedad de tonos, como sabores excogitaron los reposteros y los pintores, tintas, hasta el punto que no hay nadie que no encuentre lo que le da gusto.

CAPITULO XVI

DEL DECORO

Arriba dijimos cuáles son los instrumentos y las acciones de esa obra. Es sabido que toda acción agente tiene término *a quo*, y toda acción paciente tiene su objetivo; a una y otra deben adaptarse los instrumentos de ese arte. De esos instrumentos, unos no son congruentes con el agente y otros no lo son con el paciente. Agente es el que habla; paciente es el que escucha. Dícese que la suma y cifra del arte es el decoro en lo que se hace y que esto es lo único que no se puede enseñar, pues ello no tanto es propio de esa disciplina como de la vida toda; así que pertenece a la discreción de cada cual lo que no puede encerrarse en preceptos, por lo que toca a la materia, a las personas, al lugar y al tiempo. Con todo diremos lo principal, a manera de aviso, para que por ello se colija la manera como debe tratarse lo restante. Lo primero de todo es que cada cual mire adónde va, para lo cual, si existe una vereda, por ella se ha de encaminar necesariamente, a saber: *La manera de decir sólo a la materia del discurso debe acomodarse o a la sola condición del que habla o del que oye, o al tiempo o al lugar o a determinadas circunstancias, que puedan presentarse.* Si son muchos los caminos, hase de andar por el más cómodo, y si todos son cómodos igualmente, tomará el que le pluguiere más o cualquier otro, por el cual confíe que va a llegar mejor y más fácilmente al fin a que se ordenó.

Cuando decimos que se ha de tomar en consideración todo esto, el que habla, el que oye, el tiempo, el asunto de que se trata, se ha de entender que en ello andan comprendidos todos aquellos extremos que ya quedaron expuestos en el tratado de la probabilidad y de la filosofía elemental, que tienen infinitas fragosidades. A pesar de esto, haremos enumeración preferente de aquello que se refiere a nuestro propósito. En el *dicente* consideraremos la edad, la profesión o manera de vida, la dignidad. En la consideración de la edad, andan comprendidas la adolescencia, la juventud, la virilidad, la ancianidad, pues ya se entiende que los muchachos no declaman, aun cuando César Octavio, que luego fué César Augusto, y aun algunos otros en los Rostros hicieron el panegírico de los suyos. Es de creer que estas canciones fueron compuestas por otros, acomodándolas a su alcance y sencillez pueril. En el adolescente, y ni aun en el joven, no parece bien la gravedad ni la madurez del discurso según el oráculo de Catón: *Me es antipático el mozo de sabiduría precoz.* Así que no convendrá que ponga sentencias de gran prudencia ni sacadas del sagrario de la filosofía, ni fruto de larga experiencia, ni que tengan alcance universal, si ya no es que fueren tomadas de autores graves: *Como tengo entendido; como le oí a mi padre; como me lo enseñaba el preceptor; como lo oía de las personas mayores; como ya observó Séneca; como escribió Aristóteles; como lo predicó San Pablo*, y otras expresiones atenuantes como éstas. Cicerón: *Queda un discurso de L. Craso, contra aquella ley, más viejo, por decirlo así, de lo que a su edad temprana convenía.*

No parecerán mal en un mozo voces antiguas que denuncian en él lección de autores clásicos, trasla-

ciones más o menos duras y traídas de lejos, aun cuando ese extremo debe evitarse en las sentencias. Conviénenle palabras grandilocuentes y sonoras, y el adorno y gracia de las figuras, la blandura y la suavidad de la composición. Con todo, la oración, si no es oscura, aguda y sutil, es un exponente de ingenio; la oración docta, engalanada de símiles e ilustrada con ejemplos y con resabios y recuerdos de la antigüedad, da indicios de erudición; hacer de ella un discreto alarde en un joven no es reprobable del todo. En cambio, la vehemencia y la ubertad y aun la abundancia y la misma redundancia son propias de la edad, de manera que sobre algo que luego el tiempo se cuidará de cercenar. Siempre será más fácil quitar de un cuerpo lleno y enjundioso que añadir a la magrez y al ayuno. Por esto, dice Marco Tulio que las lozanías del estilo oratorio asiático están más permitidas a la mocedad que a la vejez. A los jóvenes se les concede también la dicción rotunda, y entonada, y audaz, y culta no en exceso; y al contrario, a los viejos, el estilo conciso y templado y cual lo entiende Cicerón cuando dice que su discurso echa canas; como tampoco para aquella edad están indicados los vestidos brillantes, macerados de púrpura y azafrán. En los jóvenes se toleran determinadas exuberancias y aun algunas peligrosas osadías. Y en cambio, en ellos es algún tanto antipático el estilo seco y premioso, severo con afectación, puesto que se cree prematura en los mozos la senil autoridad de las costumbres. Esto dice Fabio Quintiliano: el juicio definitivo de las cosas es propio de la experiencia de la vejez, como también la sobriedad y la templanza del discurso y el peso de las sentencias y los ejemplos sacados de las memorias de la antigüedad ajena y, principalmente, de la suya personal.

El curso de la oración sin sentencias, dice Cicerón, no tiene gravedad en los ancianos, porque goza de bien pobre autoridad. No es incompatible la edad con la salud, que tiene más importancia para hablar que para escribir. Dice Cicerón en *Bruto: Hablaba Cota con pureza y soltura, y como por su dolor de costado conscientemente omitía todo esfuerzo, acomodaba convenientemente su estilo oratorio a su flaca salud, y lo más admirable era que como por la escasa fuerza que ponía en la oración apenas podía doblar el ánimo de los jueces, con su delicadeza y tacto les impelía a hacer lo mismo por emoción, aquello mismo a que les movía la exaltada elocuencia de Sulpicio.*

Por lo que atañe a la profesión y manera de vida, los unos se entregan a trabajos manuales, como los obreros; otros a la contemplación de la Naturaleza, como los filósofos; otros a las actividades políticas, como los funcionarios y los magistrados. A los obreros manuales convíeneles una oración corriente, nada atildada, sin aliño, simple, de todo punto natural, sin artificio, pero documentada y aun docta en las cosas de su oficio. La contemplación filosófica pide palabras técnicas y propias de la materia, una factura llana, holgada, clara, más cuidadora de la verdad que de la elocución, una oración llena de sustancia y de agudeza, reposada, grave, recatada, honesta, verecunda, como dice Tulio, a la cual mejor convenga el nombre de colación que de discurso. Este es el sentir de Quintiliano por lo que toca a la dicción de los filósofos: *A quienes hacen ex-*

preso alarde de filosofía, harto mal les sientan los primores del decir y, sobre todo, la ostensión de las pasiones, que ellos tienen por vicios, y las palabras exquisitas y la composición numerosa, que con tal profesión y propósito no se aviene. De Séneca son estas palabras: *El estilo adamado no parece bien en el filósofo. ¿Cómo podrá ser fuerte y constante, cómo se pondrá a prueba a sí mismo, si tiene miedo de las palabras? Fabiano no era descuidado en el lenguaje, sino seguro. Así que nada ruin hallarás en él; sus palabras son escogidas, no rebuscadas ni usadas fuera de su acepción natural, ni vueltas del revés a usanza de nuestro siglo, pero son brillantes, aunque tomadas de la boca del pueblo.* Todo esto es de Séneca, quien dice un poco más abajo: *Ese gran hombre habla algo remisamente y con algún descuido; todo cuanto dice tiene más autoridad que aliño.*

Los que tuvieren el gobierno de las ciudades y los personajes políticos pondrán alguna mayor lima en lo que se refiere a las palabras, a las figuras y a la composición, pues es razón que ellos usen mejor y más diestramente de su instrumento propio que los que se dedican a otras actividades, pues la palabra tiene su propia y trascendente misión sobre la sociedad y las agrupaciones humanas. Las sentencias tienen en el discurso fuerza grande, bien por la autoridad que granjean al orador, quien parece haber dado solidez y firmeza de cuño a una idea universal, ora por su gran experiencia o por su profundo estudio o por su acerado juicio; bien porque se goza cada uno de ver formulada en sentido universal aquella opinión algún tanto vaga acerca de algunas cosas particulares, según con agudeza universal advirtió Aristóteles, como quien tiene un vecino enfadoso, si oye decir que no hay molestia más insufrible que tener una vecindad molesta. Por esto, lo más conveniente y certero será que el orador explore con diligencia qué cosas son aquellas en que sus oyentes tienen sus opiniones particulares.

Existe en la vida civil determinada graduación de dignidad y jerarquía, considerada individualmente en sí o en sus relaciones. Casi la misma distinción que hay en el vestir, hay también en el hablar. Los vestidos de los magistrados tienen la forma de los del pueblo, pero más holgados y más ricos. De la misma manera, las palabras serán también las del pueblo, pero su composición será más cuidada, grave, prudente, llena de ejemplos de su ciudad y de las otras. En el príncipe y en el que encarna la soberanía, así como su atuendo infunde veneración y respeto religioso, parece bien la oración magnífica, con voces puras y escogidas, parca de tropos, pero oportunos y apropiados, tomados de la cercanía, de entonada y maciza composición, de sentido simple, prudente, grave, sosegado, no copiosa, sino ceñida y corta de palabras, como son todos los parlamentos de Júpiter en Homero y Virgilio.

En las relaciones de la vida civil hay la comparación de las personas mayor, menor, igual en todo: sangre, erudición, virtud, edad, fuerza, dignidad, merecimientos, posición económica. En esto ha de establecerse la comparación: qué cosas aventajan o igualan a las otras: la alcurnia a las riquezas, o viceversa; el saber a la dignidad o la dignidad al saber, y en todo lo demás por el mismo procedimiento; en esto tócanos averiguar cuál sea la opinión reinante en aquellos a quienes hablamos. En conocer la opinión de

los que escuchan se ha de poner especial ahinco para secundarla, si ya no se tratare de desvirtuarla o enmendarla si fuere torcida, por trastrocar el aprecio que las cosas merecen, como si el respeto y la consideración que se debe a la virtud se dispensaran al dinero, y así por el estilo. Cuando una persona mayor se dirigiere a un menor o subordinado, atenderá más a la sustancia, aun con algún descuido de la forma, como cuando el padre habla a su hijo, o el maestro a su discípulo o el amo a su criado. Cuando un igual habla a su igual, debe hacerlo con algún cuidado y con un cuidado y cautela mucho mayores cuando es el menor quien habla al mayor, a fin de que la oración misma demuestre inequívocamente el respeto que impone la eminencia de su función. El discurso peinado y canoso, las sutilezas, las argucias, los donaires son aborrecibles a todas las personas graves. Y les es aborrecible sumamente y de todo punto intolerable todo lo que puede dar a entender que se les enseña o que en su propio acatamiento se juega procazmente sin ningún respeto por la autoridad. Con todo, no les costará mucho perdonar a los inferiores ciertas lozanías y ciertos juegos retozones en el discurso, siempre que no parezca que se arrogan la insolencia de enseñarlos.

¿Y cómo hablará el hombre a Dios, Sumo y Todopoderoso; cómo la criatura hablará a su Creador, la obra a su Hacedor, la tartamudez y la mudez al Verbo, la piedra a la misma Sabiduría? ¿Qué otra cosa pensaremos sino aquello del salmo: *Como jumento he sido hecho en tu presencia?* ¿Qué otra cosa diremos sino aquello del Profeta: *¡A, a, a, Señor; hablar no sé!* Por lo que toca a nuestra carencia de palabra, tenemos el aviso de San Pablo, retórico a lo divino: *Nosotros*—dice—*no sabemos cómo hemos de orar, pero el Espíritu de Dios ayuda e ilustra nuestra insuficiencia.* El alma, si orare de buena fe, cualquiera sea la expresión de que se sirviere, es oída de grado.

Por lo que toca al oyente, muchos son los puntos que se deben considerar, porque a él va dirigida la oración, que no debe ser aliñada al gusto del orador, sino del oyente. Antes que todo, se debe dar al ingenio todo su valor real. Al ingenio agudo complácele la oración que confía mucho en la comprensión del que la oye, de traslaciones duras y alejadas, que por la oscuridad de su dicción, por su agudeza, por su delgadez sutil acucia la intención y ejercita la mente. Los hay para quienes el estilo prieto y ceñido y que agota con rapidez todos los argumentos goza de crédito mayor. Para con éstos será lícito emplear esa manera estoica y dialéctica de disputa. Otros, en cambio, se dejan seducir por dichos breves, pero agudos, embellecidos por su propia gracia y aseo. De ese género los hay muchos en Séneca, Lucano, Marco Fabio, Plinio Cecilio, Tácito. Otros, por fin, quieren una oración difusa y emperifollada de arreos y galanuras; éstos son los que nacieron y fueron educados en el trato y la urbanidad civil.

Para el oyente lerdo, todo debe ser claro y explanado y debe ser somero el sentido, porque lo vean a primera vista, porque no quede nada que tenga que penetrar su ingenio romo, pues de otra manera perderás el trabajo y el gasto como quien tañe la lira para las orejas de un asno. Por esto a la celeridad del ingenio acomodaremos las traslaciones y sentencias. La elocuencia de los

áticos, de los rodios y de los asiáticos estaba admirablemente acomodada al ingenio de sus pueblos respectivos; de ello hablamos ya más arriba y no tenemos nada que añadir.

La erudición sigue inmediatamente al ingenio. En las escuelas permítense las agudezas, las argucias, las sutilezas, el color gris, la dicción flaca y desapacible. *La elocuencia de Calvo*—dice Cicerón—*era fina y comedida, y para los doctos y los que oían con atención, tenía lumbres y sabores; empero, las masas y el foro, para quienes la elocuencia se inventó, la tragaban vorazmente.* Convienen a los doctos y les contentan las traslaciones y los símiles lejanos y recónditos, las alusiones breves, no más que indicadas a la fábula, a la historia, a los dichos de los autores, a los versos, a las frases famosas, a los proverbios, a los apotegmas; también las alegorías, los emblemas o empresas, las voces arcaicas o los neologismos fabricados con maestría. En cambio, para los indoctos, aquellas oscuridades y reconditeces más son puras necedades y logogrifos que música regalada; más son alarde huero que locución expresiva. No hay nadie que pueda gozar o deleitarse con aquello que no entiende, como ocurre en las piezas musicales. Así que las palabras estarán tomadas del lenguaje corriente y aun del lenguaje villanesco. Apelaremos a los rodeos, donde no se entendiere lo directo y lo simple, o expresaremos las cosas mediante metáforas, tomadas de lo conocido. Las alusiones serán a sentencias y proverbios vulgares, y el discurso copioso y aun redundante, claro, llano, recto.

También hay que mirar por la memoria del oyente. Existen ingenios de tan reducida capacidad que ni contienen ni retienen prolijos razonamientos y se complacen en frases breves y resoluciones y no soportan lo difuso. Los hay que tienen rapidez de comprensión, pero carecen de retentiva. Para una memoria así, serán menester sentencias breves, formuladas en período que tenga color y número, para que, como un dardo agudo, se clave en vocablos de uso vulgar y frecuente y aun personal, cuya retención sea cosa de poco esfuerzo: la forma métrica ayuda eficazmente a la corrección de ese defecto. No recargaremos la oración con la abundancia y variedad de ejemplos, sino pocos y largos y repetidos con insistencia, porque de ellos quede algo aferrado con tenacidad. Aquello que quisiéremos dejar bien ahincado en la memoria, haremos que se distinga por algún detalle a propósito para ser recordado, pintoresco, o alegre, o triste, o aborrecible, como cuenta Séneca en sus *Suasorias*, que aconteció a Cicerón hijo, cuando preguntó bruscamente quién era Sextio Pío, que estaba en un banquete a su lado. A los enfermos y convalecientes háseles de servir una oración que sin molestia alguna dé deleite; tropos ágiles, donosos, acento blando, estilo cortado y jocundo, no sutil ni agudo; que no se ocupe de enigmas envueltos en velos, sino de transparente desnudez, que halague y mueva más que no excite; elocuencia blanda y comedida, pues de suyo son irritables aquellos que sufren el aguijón de una dolencia.

Atenderemos también a la edad de los oyentes. Lo usual es que aquella misma oración que cada uno gusta de pronunciar, gusta también de oír. Dice Cicerón, hablando de Quinto Hortensio: *Abundaba su*

oratoria en sentencias más lindas y sabrosas que necesarias o provechosas; éstas no eran del agrado de los ancianos. Muchas veces veía yo a Filipo riéndose, enfadándose, mostrando claramente su displicencia y enojo, y, en cambio, los mozos le admiraban y la masa se conmovía.

La diversidad de costumbres es infinita e indecible y no la podemos tocar una por una en este tratado. Una es su fórmula universal, certera y verdadera, sí, pero algo oscura y llena de tropiezos, a saber: *que a cada cual le cautiva la oración conforme a sus gustos y costumbres*. Los cejijuntos, los malhumorados, los malpensados, los enojadizos deben ser tratados con blandura y tomarles el pulso con tacto delicado y exquisito. Se les ha de hablar con circunspección, sin valerse de figuras ambiguas, que puedan ser tomadas a mala parte. Con un amigo, todo está permitido; con un enemigo, casi nada. Llamo enemigo no a aquel a quien tú odias, sino a quien te odia a ti. Si te amare, aun cuando tú le aborrecieres, fenómeno éste sumamente raro, hasle de tener por amigo y no hablarás en su presencia, como si hubiera entre vosotros reciprocidad de afecto. Digo esto, teniendo muy presente que no deben confundirse en la vida las señales de bienquerencia, y que no es lo mismo adular que hablar bien; y que la retórica no es la malicia. La oración al enemigo enderezada será cauta, moderada, sin indicio alguno de hostilidad, si ya es que no arremetieres contra su mala conducta; sin ambigüedades que él pueda interpretar torcidamente, y si las pudiere torcer, lo más cuerdo es hablar en sentido llano. Dirigiéndonos a un envidioso, debemos despojar la oración de todo ornato y de todo boato verbal, como sea que crece con la opulencia del envidiado la envidia que de ahí nació. En parlamento que enderezares a oyentes miedosos, a quienes no pretendes espantar más, tienes que empezar por donde no exista la menor sombra o indicio de espantajo y miedo. Si, por ejemplo, comenzares por decir: *Llegan noticias de que en Alemania han estallado grandes y encarnizadas alteraciones de orden público*, tendrás al auditorio con el alma en un hilo antes de haber expresado todo tu pensamiento. Tu exordio dirá así: *Polémicas vivas dicen que han estallado en Alemania.* Las costumbres nacen de la educación, del hábito, de las convicciones. A este lugar, pertenece el linaje, a saber: la nobleza, la cuna humilde, la patria, la condición de vida, la profesión: todo esto, diferencia más la oración en la realidad que en las palabras. Luego síguese el estudio de las ocupaciones; los ociosos deben oír y mantenerse con un discurso ligero, lleno, brillante, erudito, rico de ejemplos y proverbios, festivo, alegre. A los ocupados les convendría la oración breve, ceñida a su objeto, pura, elegante, clara, de estímulo inmediato y que se pegue fácilmente. Cicerón dice: *El parecer debe expresarse en el Senado con aparato menor, pues el consejo es sabio y hay que dejar lugar a que hablen muchos otros.* Hase también de evitar la sospecha de que se quiere hacer alarde de ingenio y por eso una de sus leyes preceptúa: *Lo que en el Senado se trate, trátese con templanza.* Catón, cuando gastaba perorando todo un día, no atendía al Senado, sino a las circunstancias. Si el asunto requiere un discurso más largo, la atención y el interés del auditorio tie-

nen que mantenerse con un parlamento liso, suave, jugoso, sincero, transparente, cautivador, mediante ejemplos tomados de la mitología, de la Historia, con la variedad y novedad de casos, donoso, faceto y un sí es no es dicaz. Esto, por lo que toca a las personas.

También ha de tenerse en cuenta el local o en sí mismo; si es sagrado, si es profano o en el menaje que contiene. En el primer caso, la única diferencia estriba en la distinción de las palabras, en su sentido directo o metafórico. En lugar sagrado, hay que echar mano de aquellas palabras reverenciales con que solemos exteriorizar la honra, porque ese lugar está especialmente dedicado a la Divinidad, a la cual se debe todo acatamiento y toda pureza y santidad y no hay cosa de la cual redunde tanta honra a Dios como de la pureza del alma, de donde las palabras brotan.

En el lugar están aquellos para quienes o en cuya presencia se habla, como son los jueces en una asamblea. Al lugar público quítale autoridad la concurrencia tan escasa que casi le hace lugar privado, del mismo modo que la asistencia numerosa a un lugar privado le convierte en público, y de un modo especial, si asiste un príncipe o un alto funcionario, como cuando Cicerón defendía al rey Deyótaro en el domicilio particular de Julio César. Al pueblo agrádanle las voces propias, las traslaciones naturales inspiradas en cosas conocidas, las figuras retóricas de todo género. El lugar debe reunir condiciones acústicas, y por eso conviene que sea holgado y que tenga resonancia y eco, como dicen que fué el local donde Trácalo hacía sus arengas, por manera que si la concurrencia se pusiera alborotada y ruidosa, como en los campamentos, pueda imponerse a los rumores la vasta y potente sonoridad, como ocurre cuando se convoca al rebaño. La palabra debe ser abundante; las perífrasis, rotundas; la oración, clara, suelta, sin pedantería, no obstante, sacada de la recia formación filosófica, entonada, sana, sólida, sentenciosa de sentencias acondicionadas al ingenio y a la persuasión de la multitud, hábil, llena de ejemplos y de adagios, ágil, ardiente, combativa. Ese es el teatro propio de la elocuencia; ésa es su madre y su nodriza; ese mar admite todo el oleaje oratorio. En ese lugar desentonan las sutilezas, la oración árida y ayuna; es mejor que sea redundante que no parca y avara.

Por lo que afecta a los vicios específicos de esa brava y brillante oratoria, creamos a Quintiliano, que dice doctoralmente: *Es muy grande el error de los que piensan ser más popular y plausible el vicioso y corrompido estilo de decir que lozanea con gran lujuria de palabras, o retoza de sentencias pueriles, o que se deforma con hinchazón inmoderada, o se regodea con vacuidades, o se matiza con unas florecillas que van a caer a la primera sacudida, o toma los precipicios por sublimidades, o enloquece con el espejismo de la hechicera libertad.*

Esto es lo que sabiamente dice Quintiliano.

Cuando el público fuere numeroso, hay que discernir previamente a quiénes convendrá acomodar la oración, si a todos en general, si a algunos no más y si a ésos, a cuáles, finalmente. Si ha de dirigirse a todos por un igual, no tanto se ha de considerar lo que convenga o satisfaga a unos pocos, como a la mayoría, ni más ni menos que lo que pasa con la promulgación de

una ley, cuya utilidad merece general aplauso si alcanza a la mayor parte.

La plática familiar y privada debe ser sencilla, directa, natural, sin empaque ni énfasis, más bien desnuda, siempre que no fuere ordinaria o raez. Toda hinchazón en la sencillez es deforme. La curiosidad y el atavío son pretenciosos o indicios de una arrogancia espiritual, que no granjea el favor, sino que denuncia la vanidad hueca. El mejor modelo de la conversación para cada día diréte que son las cartas de Cicerón a Atico, o las comedias de Terencio, si ya no es que ése, obligado por la ley del metro, de trecho en trecho pone algunas torceduras.

Ocasiones hay en que están permitidas determinadas cosas que en otras circunstancias no lo están, como no lo están en lugares determinados los juegos públicos y los regocijos populares y otras en que todo debe ser santo y puro como en los disantos y demás fiestas de la Iglesia. Esas circunstancias de tiempo, determínanlas peculiares contingencias, como la obligada tristeza en un fallecimiento que afecta también al lugar, como la casa mortuoria, la cárcel. Decimos que tal oración no conviene al lugar por la coyuntura y la coyuntura al lugar: época de calamidad, de cautiverio, de tiranía. El hábito que conviene a la oración es el mismo que el vestido que conviene al hombre según las circunstancias. En trances de tristeza, la oración debe estar despojada de toda gala, despeinada, desafeitada, sencilla; bajo el puño de un tirano debe ser baja de tono, casi servil, llena de sentencias tomadas de la variedad de azares y lances de fortuna; campo éste que las proporciona a barrisco. De los himnos de libertad y de alegría, dicen los cautivos de Babilonia: *¿Cómo cantaremos el cántico del Señor en tierra extranjera?*

Hay también *la ocasión de actuar*, que no debe diferirse con prolijidades oratorias ni con los preámbulos perezosos, sino que en esa perentoriedad la oración debe ser concreta y viva, ceñida, cortada, ardorosa y valiente, respaldada por la exhortación. En caso contrario, si el negocio no pluguiere, hase de retardar o anular con una oración larga, al estilo de Catón.

Hartas veces no se habla, sino que se escribe, para los presentes y los venideros. Siendo tanta la diversidad de ingenios, lo mejor será que cada cual se señale la medida de aquello que dice y cante para sí y para las musas; y de este modo fácilmente contentará a los doctos. Acomódese a sí mismo la oración, a saber: vea qué es lo que él mismo echaría de menos en aquella materia, si el que orare fuere otro. Así no será costoso escribir; de otra manera, sería faena inmensa e incomprensible.

Y, finalmente, hase de parar mientes en las cosas, pues no hay cosa que caiga fuera de la jurisdicción de la palabra, desde Dios, soberano y sempiterno, hasta las criaturas más viles, hasta las peñas y las piedras, y hasta los metales, que son los dioses de los espíritus torcidos. De Dios, dado que excede el alcance de toda capacidad humana, nada podemos decir que se le avenga con justeza y propiedad; hay que usar las palabras autorizadas por los Santos Padres. Las propiedades divinas, así que nosotros las ensalzamos, quedan encerradas en las estrecheces del ingenio humano. Aun cuando nosotros tengamos que hablar al pueblo más groseramente,

como groseros que somos—no como San Pablo, que habla de la sabiduría entre perfectos—, usaremos palabras de misterio y de unción, ilustres, elevadas, eficaces, propias o traslaticias, metáforas inspiradas en lo que es más grande y más excelente y extraeremos símiles arreo de todas las cosas creadas, siguiendo el ejemplo de Cristo Señor Nuestro, pues no hay criatura que no refleje alguna semblanza del Creador. Las figuras serán pocas; el acento solemne, sostenido, reposado, para que se vea que entramos poco a poco y pie tras pie, y no que irreverentemente irrumpimos en tan venerandos misterios. Oraremos sólida, sabia, sobria, casta, grave y santamente.

Mientras tanto, a los que se hubieren engolfado en alta mar, les está consentido levantar el tono un poco más mediante figuras, metáforas, copia y fluencia de dicción, no como quien está beodo, sino como quien está picado del estro o de la inspiración, para que el discurso resulte admirable y magnífico; no con petulancia y jocosidad juveniles; el entusiasmo en asunto de tanta magnitud no está al alcance de todo el mundo. Al tratar *de los cielos y de la naturaleza física*, la composición no debe ser limada en exceso; el color debe ser simple; la oración, con nervios y con huesos; elegantes y propias las palabras; justas y obvias las traslaciones; la dicción, aguda y clara, y de cuando en cuando, dado que hubiere necesidad, será lícito usar de voces aldeanas, aunque no villanamente. Los que tratan de la naturaleza de las cosas no deben repudiar ningún vocablo; todo es limpio para la Naturaleza, no menos el estiércol que la perla. En este caso, queda lugar para aquellos vocablos que no acostumbran usarse sin perdón previo, porque es preferible salvar la propiedad y la claridad de las palabras que sacrificarlas a una urbanidad estúpida, que no pronuncia sin rubor la palabra fiemo y nombra con la frente alta y tersa al adulterio y al parricidio. No hay cosa que deba parecer vergonzosa de decir, sino la que, oída, pueda hacer peores a los otros. Por lo demás, los arcanos de la Naturaleza de por sí son oscuros; y si a su explicación se añaden tinieblas, ¿para quién serán claros? Por lo que toca a los hombres, éstos comprenden el alma en primer lugar; luego, el cuerpo, y luego, todo cuanto les es exterior. El alma y el cuerpo refiérense a la explicación de la Naturaleza, aparte de que las cosas del alma deben decirse con más aliño y con traslaciones más frecuentes, pues no disponemos suficientemente de palabras propias, siempre que fueren conocidas y contribuyan grandemente a la inteligencia de la cosa. Hay en el alma los *vicios* y *las virtudes;* contra aquéllos, como con enemigos, debemos luchar bravamente, y en favor de éstas, como nuestras amigas más estrechas. En ambos casos la oración debe ser cuidada y nervuda, pero más vehemente contra los vicios que a favor de las virtudes, pues se necesita mayor fuerza para arrancar el mal que para persuadir el bien. *Deseas*—dice Séneca—*hablar contra los vicios con aspereza, contra los peligros con valentía, contra la fortuna con desdén, contra la ambición afrentándola; quiero que el lujo sea reprendido, que la libídine sea afeada, que el desapoderado furor sea quebrantado*. Esto dice Séneca. Así es que contra los vicios blandiremos la oración como un arma arrojadiza, retorcida, vibrante, podero-

sa. A veces el exceso de indignación y celo puede hacerla parecer como ebria e ineducada, cual pasa en la comedia arcaica de los griegos, y a su fin, la sátira latina, que no se abstienen de palabras soeces, dado que no se avergüenza el poeta de decir lo que los malos no se avergüenzan de hacer. Cicerón se acuerda de sí y de los otros a quienes dirige la palabra en las invectivas más que en las otras oraciones. Con todo, hay que tener cuenta consigo y con los oyentes, como dice él mismo contra Salustio: *Voy a dar fin a mi discurso, Padres conscriptos, porque hartas veces vi que más desabridamente ofendían el ánimo de los oyentes aquellos que no se recataron de publicar francamente las ajenas fechorías que los mismos que las cometieron.* Eso debe ser así, no cuando se flagelan los vicios para enmendar a los malos, sino cuando arremetemos contra el adversario, pues a la enmienda conviénele la gravedad y la templanza de la oración, y todos aquellos requisitos que granjean y conservan la autoridad. Cuando damos reglas y preceptos para la virtud, la oración será tal cual el aderezo de una dama honesta: sencillo, puro, íntegro, grave y con asaz modestia. A Aristóteles no le gusta que en cosas de moral y en cualquier otra materia donde conviene que las sentencias tengan gravedad se emplee un estilo rico y peinado, que, dice él, oprime el sentido, que es lo que importa; no de otra manera que disminuyen la autoridad de una matrona las galas exageradas. El sermón moral irá bien provisto de abundantes ejemplos, proverbios, sentencias. Por esta razón, es que Anneo Séneca, que hinche a cada paso de sentencias sus tratados morales, no me parece a mí tan reprobable como a Marco Fabio; si bien he de hacer constar que, así como hay algunas tan sólidas y tan gráficas que no pueden tener expresión más feliz, otras hay que no tienen tanta firmeza como ingenio y brillantez. No seré yo quien negaré que en ese género de disertación fuera conveniente que se diera algún lugar al claroscuro, aunque menos que en los otros.

En las cosas externas, de aquello que se cree ser de gran monta, hablaremos con elevación, esplendidez, copia, ornato, con magníficas e ilustres sentencias, con ejemplos gloriosos, como al tratar de la República y, según algunos piensan, de la guerra y de la victoria. De las cosas de escasa monta hablaremos con propiedad, sin empaque, con sutileza, con agudeza, con algún deliberado desaliño, con pocos ejemplos, y éstos humildes y traídos de cerca. Merecidamente el poeta Marcial arremetió en uno de sus epigramas contra aquel abogado que, debiendo hablar de tres cabras robadas, citaba a Cannas y a Aníbal, lo cual equivale a pasar del zueco al coturno y suscitar tempestades en un vaso de agua.

¡Qué mal sienta—dice Cicerón—, *hablando en presencia de un solo juez de futesas y frivolidades, usar palabras solemnes y explotar lugares comunes, y, en cambio, tratando de la majestad del pueblo romano, hablar en semitono y con sutilezas!* Aquel linaje de sentencias que denominan *gnome* los griegos, no deben emplearse sino en materia grave, dudosa u oscura, o que está fuera de la corriente de la opinión. Pierden valor y se envilecen las sentencias no puestas en su lugar, y, como todo lo que es intempestivo, acaban por ser enojosas. Pero sí lo que tiene la mayor importancia es lo que se dice en re-

presentación de una persona, sea nuestra o ajena, pues son muchas las cosas que conviene que digamos en nombre nuestro y no pocas poniéndolas en boca ajena, como acontece en la oratoria forense. Quintiliano, en una causa de envenenamiento, introduce *a un mozo hablando en defensa propia, porque iba a explicar mejor lo que sentía y concitar el odio contra la hechicera, pues no hay nadie que sea mejor intérprete de los sentimientos ajenos que de los suyos personales; mas defiende a la muchacha por medio de un abogado, porque ello parecía convenir más a su recato y a la disquisición de cosas abstrusas, a que no estaba avezado y que desconocía.*

No está bien que un anciano u otra persona de edad sea reprendida por un mozo, un preceptor por su discípulo, el padre por el hijo. Para nosotros, al amonestar a quien no creamos que nos profese un afecto amigable, conviene que introduzcamos una tercera persona; *que se dice de él esto o aquello; que esto o aquello se echa de menos en él,* expresando el nombre o callándolo. A la persona que se hace hablar debe adaptarse todo, no a nosotros, y debe decir lo mismo que diría él si hablara por su cuenta, hasta tal punto que sea verosímil que él habló así y no pudo hablar de otra manera. Finalmente, no tanto miraremos lo que parece bien en aquel a quien hacemos hablar, sino a la personalidad o cargo que le imponemos.

Introdúcense ancianos parleros; les está feo, pero ciertamente hay algunos que son así. Introdúcense el *viejo libidinoso; la ramera abstinente; el delincuente honrado;* no son ellos así, pero nosotros los hacemos tales. *Catón el Anciano* platica con más nitidez y elegancia en el tratado ciceroniano *De la senectud* que en sus propias obras, pues allí se le presenta formado y pulido por la cultura griega. Esto debemos hacerlo cuanto nos sea posible, ya que no es fácil reproducir la dicción ciceroniana, pero se la atribuiremos más copiosa y brillante que a los otros. Los hay quienes introducen personas que tienen voz y les hacen hablar a cada una, no ya en su lengua, sino en su dialecto, como el sofista Luciano, cosa hacedera en aquellas lenguas que tienen varios dialectos, como los tuvo la Grecia antigua, y en la actualidad todas las lenguas vulgares. Ello sería harto difícil en la lengua latina si ya no fuese por separación de edades lingüísticas. Allégase a esto que eso ocurre en la pintura de costumbres, como en las producciones novelescas, pues Platón, Cicerón y otros no lo observan, sino que atribuyen a todos los interlocutores las mismas palabras e idéntico lenguaje.

Mas no a los hombres solos concedemos la palabra, sino a las cosas que no la tienen, y a las ficciones sacadas de nuestro propio magín, verbigracia: la personificación de la patria, de la pobreza y otras. Esa ficción de persona, con vocablo griego, llámase *prosopopeya;* la primera propiamente es la *etopeya.* Si se introduce una persona de nueva creación, podemos fabricarla como nos pluguiere; pero si es histórica o tradicional, hemos de fingirla como la hemos conocido, según aquel precepto de Horacio en su *Arte poética,* pues quien la creó primero, por anticipado se ganó derecho sobre ella e impuso norma a los que vienen tras él.

A cada uno se le debe atribuir un lenguaje acomodado a su naturale-

za y a su carácter, y a la condición que le suponemos. De manera muy diferente hablará la patria próspera y libre y el país pobre y tiranizado. Tiene gran importancia mantener esta verosimilitud y decoro. Muchos ojos necesita la prudencia, que a todo atiende, pues todos estos ingredientes deben mezclarse y emulsionarse porque cada cual ocupe el sitio que le pertenece y saber a quién ha de dar largas atribuciones y a quién pocas.

Así, si un mozo hablara a un auditorio de ancianos de la cosa pública o de la familiar, en un local concurrido, ¿adónde dirigirá preferentemente los ojos y quién asumirá el principal papel en la oración: el que habla o el que oye; el lugar o la materia? ¿Y quién el segundo y quién el tercero? Todo esto se ha de combinar y atemperar de forma que sea menor la indulgencia que se ha de conceder a la persona del joven cuando habla en una asamblea de ancianos que si hablara en privado, y menor también si trata de la cosa pública que de sus estudios. En ese caso, lo primero que se impone es que el oyente no rehuya el discurso, lo que acontece cuando distrae su atención del dicente. Y la atención se desvía por cualquier cosa que la impide, externa o interna, cuando se interpone algo que la turba o falta algo que la ayude. Lo primero se ha de quitar; lo segundo se ha de aportar. Si el ruido es exterior, no es cosa a que el orador pueda poner remedio. Mas en los adentros de cada uno, la inteligencia está, o bien ocupada por otros pensamientos o ajenada del que habla, por el discurso mismo, por su fondo o por su forma.

Antes que nos alleguemos a la obra misma o a su preparación, y como preludio, hay que implorar las luces del Cielo, sin las cuales nada se hace a derechas. Esta verdad la alcanzó Platón, con ser filósofo pagano, y aun otros de la gentilidad. *Tales son los exordios de los antiguos oradores a quienes la Naturaleza les enseñó mayor simplicidad que la malicia a los que les sucedieron. Los oradores primitivos*—dijo Valerio Máximo—*comenzaron, como era razón, por Júpiter Optimo Máximo.* Y Virgilio dice en el libro undécimo: *Luego de haber invocado a los dioses, así comienza el rey desde su alto solio.* Comentando ese pasaje, dice Servio Honorato que pertenece al estilo arcaico, pues los antiguos jamás principiaron sino después de haber invocado a la divinidad, como lo patentizan los discursos todos de Catón y de Graco. Cicerón dice así, por burla, en su libro *De la Divinación,* contra Quinto Cecilio: *Si de alguna vieja oración yo saco a Júpiter Optimo Máximo.* La edad subsiguiente se avergonzó de la religión; pero no se corrió de la adulación. Pues bien: lo que introdujo la Naturaleza, lo quitó la maldad. Así que vosotros, aun cuando no fuere costumbre, haréis que lo sea por la práctica; invocad a Dios en espíritu y buena fe y El os asistirá a vosotros y a vuestros oyentes. Si no encaja con la oración y la cosa de que se trata, es de poco momento, preferid perder la causa a perder el auxilio celestial; pero si fuere de gran importancia, invocadlo en breves palabras o, en todo caso, en vuestro interior, si con una imploración expresa ibais a perjudicar la causa.

Por lo demás, la atención del oyente se recupera mediante una dicción bien modulada y armoniosa, que se lleva el ánimo arrobado, o bien desde el mismo exordio con

la exposición del tema que deberán oír con gran deleite o al menos con complacencia por su donaire, por su novedad, por su grandeza, o bien deben oír a la fuerza, puesto que se encamina a buscar provechos o a evitar daños, de ellos mismos o de sus amigos, o al contrario: de sus enemigos o de aquellos que querrían ver perjudicados. Conviene averiguar por qué cosas siente más interés el auditorio, de modo que atribuyan más valor a que se les hable de esto que de los propios negocios que les traen ocupados. Esto, o prometeremos que lo vamos a hacer, desde luego, o al punto demostraremos que lo estamos haciendo ya, o se les anticipará una ligera cata, porque fácilmente puedan entenderlo y creerlo. A veces la atención queda captada por la admiración que se concibe de una cosa nueva e inusitada; cuya causa, mientras va inquiriéndola e investigándola, presta advertencia más negligente. Esta admiración es o del que habla o de aquellos a quienes habla o de la cosa de que habla, por no acostumbrado a decirlo, como en Cicerón en su defensa de Sexto Roscio o, por decirlo a no acostumbrados, como en Alejandro que se mostraba sañudo con los macedones, hablando a los persas, según se lee en Curcio; o de cosa no acostumbrada, como cuando Cicerón, avezado a defender a muchos y a no perjudicar a nadie, acusa a Verres. Allégase a todo esto el lugar, el tiempo, el modo: en el lugar, como cuando perora Cicerón por el rey Deyótaro; por la cualidad del lugar, como cuando habla en defensa de Milón; por el modo del que habla, verbigracia: si lo hace con más descuido de lo que acostumbra o con mayor cuidado, si en voz más alta, si más de prisa, si más atropelladamente, finalmente por todo lo que se habrá de decir en las moradas de la probabilidad.

Esta admiración, una vez expuesta la causa, debe atajarse luego al punto, si ya no fuera que precisamente ella favoreciese la atención, pues en este caso debiera retrasarse su desleimiento, como si algún oyente, indignado por la presunta fechoría, gritando y vociferando, se echara encima del público. Esa admiración y como suspensión del ánimo los mantiene la atención y dejan de prestarla una vez que la causa es conocida. La atención se dispersa o espontáneamente como en los apáticos o los de espíritu distraído o ensimismado en otra cosa. Estos deben ser vueltos a la atención por el que habla, porque le queremos, le respetamos o le tememos, pues esos afectos mantienen en tensión al ánimo desvaído. El discurso distrae la atención si el oyente se persuade que no vale la pena oírle; nosotros, en cambio, diremos que, si prestan atención, van a tomar gran deleite o recoger copioso fruto; y acaecerá todo lo contrario si no quieren oír, ya porque la cosa, aun cuando para ellos sea baladí, es de la mayor importancia para algunos de quien deben preocuparse: *En el socorro del pobre, una sola cosa os ruego, y es que a ninguno de vosotros le parezca menor de lo que merece vuestra dignidad esa causa de mi litigio. Antes que todo debéis considerar, no cómo siendo pobre perdí gran fortuna, sino que por poco que fuere lo que el rico me quitó, lo que me dejó es menos.* De cuando en cuando el auditorio debe ser pinchado por la *reprensión*, por el *vituperio;* también el *preguntarse a uno mismo, la duda, la conversión*, hacen el ánimo más atento. Añádanse a esto la *co-*

rrección, la *selección,* la *comparación,* pues el espíritu se levanta a considerar qué cosa sea aquella tan grande, en cuyo cotejo todas las restantes son pequeñas.

También el *cansancio* engendra la distracción, porque está el auditorio fatigado de oír o de hacer otra cosa y ya no quiere dar oídos. Esos tales deben avivarse y renovarse con la *esperanza de la brevedad,* no de otra manera que en los convites con algún plato sabroso o con una anécdota, como la que se lee en Demóstenes, *de la sombra del asno* o por un brusco cambio de tono que pellizque la oreja displicente, como una pequeña reprensión, según tengo dicho. Y puesto que hartas veces la aprensión del trabajo fatiga más que el mismo trabajo, hase de traer el pensamiento del que oye otras cosas, porque no tenga tiempo de malograr su esfuerzo. Ayudará también muy mucho el demostrar cuán llevadero trabajo es aquel que ellos tenían por insuperable. En este caso sirven los ruegos, las exhortaciones, las excitaciones a la paciencia, que puesto que han sufrido tanto ya, sufran lo poquillo que les queda. Toda pasión, así que tomó brío, elimina la atención; y así que se aflojó también desasosiega y estorba, pues es ni más ni menos que una niebla de la mente. Es de saber que unas pasiones nos salen al paso de trascantón y otras pugnan contra nosotros frontalmente; las que están en favor nuestro deben secundarse. Nos salen al paso cuando los oyentes están en disposición alegre o de amor u odio de otras cosas diferentes de las nuestras. Estas pasiones, si inicialmente privan la atención, tienen que ser rechazadas y obligadas a retroceder, presentándoles otro objeto de utilidad o de daño igual, de que nosotros tengamos que hablar, para que en el ínterin se calmen, mientras pedimos que se nos oiga; o se les tiene que apaciguar y amansar con tacto y blandura a fin de dar al espíritu una cierta pausa que den tiempo a que se manifiesten otras reacciones, no de otra manera que las bestias bravas, gracias a nuestros halagos y golpecitos cariñosos, deponen momentáneamente su fiereza.

De las pasiones que luchan contra nosotros, las hay que son mansas y que no rehuyen la mano del médico, como la esperanza de lucro en un hombre que no tiene nada de avaro; la simpatía de nuestro enemigo, ganada por una cosilla baladí. Otras hay que son cobardes como el miedo y el menosprecio de uno mismo; otras feroces y agresivas, como el odio, la indignación, la envidia. Las primeras pueden curarse si se les aplica el remedio; las segundas, si arrancas del espíritu su motivación y das a entender que se dejan influir por sombras y trampantojos y que no hay razón alguna de que nos teman, como hizo Marco Tulio en su defensa de Milón, o de que nos desprecien en caso que se nos considerase ignorantes o pobres. Entonces será llegada la ocasión de manifestar todo cuanto empeño pusimos en instruirnos y decir dónde y con qué maestros y otras circunstancias por el estilo, hasta que alejemos definitivamente toda sospecha de rustiquez. A las pasiones que pertenecen al género tercero, las cogeremos, como quien dice, por la cola, pues tienen que ser atacadas al través si se irguieron contra el dicente o contra el asunto. De buenas a primeras evitaremos toda alusión a aquellos vicios que los oyentes odian cordialmente. Es general la aversión que se siente por la soberbia y el desdén. La cortesía y la llaneza,

en caso necesario, esfuman la odiosidad que acompaña a la altanería. La benevolencia, como dice el poeta cómico, puede granjearse, pero no puede extorsionarse. Así que debemos conquistarla, manifestando la que por ellos sentimos, razón por cierto muy flaca y de poco poder. Más fuerza tiene si les recordamos las muestras que les dimos de nuestra bienquerencia. Y vale más aún el concepto que se tenga formado de nuestra bondad y de nuestra seriedad, opinión que, naturalmente, anda emparejada con la de la buena voluntad recíproca, pues pensamos que aquellos de quienes somos queridos cumplen con su deber amando a quienes lo merecen y que, por ende, son buenos. Y de quienes son buenos pensamos que indudablemente no van a faltar al sabroso oficio de amar a los buenos, como cada cual se considera a sí.

Manifiesta señal es de amor lo que acaso hubiéremos hecho en favor de los que oyen o en favor de aquellos para quienes tienen estima; si lo dijimos, si pusimos en ello algún esfuerzo, si lo quisimos sinceramente, si los nuestros hicieron algo en su favor, beneficio que nosotros queremos agradecido como el nuestro; y por esta razón preséntanse como nobles, hijos de padres conspicuos, y a su vez reclaman de sus oyentes la benevolencia debida a sus mayores. También contribuye en gran escala a ganarnos su afecto el recuerdo de aquellos beneficios que acaso nos dispensaron los oyentes, que nos consideran reconocidos, puesto que renovamos su memoria, cosa que hace con frecuencia Cicerón en sus arengas al pueblo romano; y ello es tanto más eficaz si experimentaron nuestra gratitud también con hechos, bien para consigo, bien para con los otros, pues esperan fundadamente que en lo sucesivo seremos agradecidos como lo fuimos antes para con ellos o para con los otros. Añádase a esto que la Naturaleza trae esto, a saber: que amamos a quienes beneficiamos como si fueran obra nuestra.

Por lo demás, todo lo referente a la *atención* y a la *benevolencia* no es de este lugar, sino del tratado *Del alma*. Pusimos esto como a manera de ejemplo, porque lo otro se entienda mejor. Algunos están mal predispuestos para con el *asunto* pero no tanto que rehusen oír al que habla del tema antipático; otros hay que se niegan y extrañan y rechazan la insolencia y la avilantez de quien habla en sentido contrario de lo que ellos sienten. A los primeros básteles que les declaremos nuestra confianza y la esperanza de refutar al enemigo. Para con los otros se necesita deslizarse en la materia con pie callado y cauto porque de buenas a primeras no les sea fácil barruntar qué materia va a tocarse.

Entremos en la materia con pie callado, bien *de frente* cuando, tomando el comienzo de muy arriba, antes que el oyente se percate de por dónde vas a salir, ya destruiste los fundamentos de la tesis contraria y estableciste firmemente los de la tuya, pues le llevaste a un punto de donde ya no le es posible retroceder y le demostraste ser verdadero o verosímil lo que menos él pensaba, tal como pueden tratarse ante un público profano las cosas de nuestra santa religión, o les sorprendemos de *trascantón* cuando, por la semejanza o por la comparación con una cosa más absurda o peor, patentizamos ser buena nuestra causa o menos mala de lo que se piensa. Ello se verifica cuando nosotros confesamos que nuestra tesis es ina-

la o es absurda, pero que en ella hay algo que no es malo; que nosotros vamos a sacarlo de lo peor porque no se engañen en un todo los que no se engañan en parte o que no la condenen en conjunto sin previo examen; que vais a decir menos o de otra manera o de otros asuntos que ellos no esperan. Con este recurso se tiende a granjearse la benevolencia debida al hombre bueno y la autoridad que merece el varón prudente; cosas ambas que contribuyen mucho a atenuar la animadversión que pueda sentirse por un asunto desagradable. Una vez que el orador se hubiere granjeado la benevolencia y el respeto, le será lícito declarar sencilla y paladinamente que sabe él lo que les conviene y que no tiene más preocupación que averiguar la verdad o la bondad que haya en el asunto; que su crítica les lleva engañados, que él va a demostrarlo luego al punto, que le presten atención y docilidad. Este procedimiento usó Cicerón en su discurso de la *Ley Agraria*, de Publio Rulo. Ese conducir al oyente al lugar adonde tú quisiste llevarle, llámase *proemio*, porque antecede al discurso o acción, pero está contiguo y unido a ella como el vestíbulo lo está con la vivienda. Aquel *entrar a escondidas* llámase *insinuación*. Cuando no hubiere necesidad alguna de esa preparación, no existe estorbo porque se entre en materia bruscamente, si bien es costumbre que se diga algo a manera de proemio, bien porque atienda más el que oye, bien por acelerar el efecto, quiero decir, para persuadir más prontamente o para enseñar con mayor claridad. Eso, fuera de que esas cuatro palabras previas constituyen un adorno de la oración, especialmente si tiene que ser algo larga.

La llaneza de la dicción conviene sumamente al proemio para, desde luego, ganarse la simpatía y la buena disposición del auditorio, incompatible con toda sospecha de doblez, y por remover ya desde el principio todo obstáculo a la eficacia de tu labor. Así que tu discurso, en el proemio, no será enfático, ni sobrado brillante, ni crespo ni peinado, ni rotundo ni retorcido, sino holgado de miembros, de frases largas; no ingenioso ni sutil, si ya no fuere que se nos tuviere en desestima y desfavor; será manso, flúido, continuo, y ello principalmente en los prólogos de libros de historia o de alguna parte de la filosofía.

Síguese luego inmediatamente la *acción* o el discurso propiamente dicho. Aquí, como vemos hacer a la Naturaleza y a toda artesanía, rechazamos lo incómodo y operamos sobre lo cómodo. Así se hace en el acendramiento de los metales, en la cocción de los animales, en la doladura de un madero para hacer una estatua o un arcón. En el desarrollo del discurso existen impedimentos que provienen o de *los oyentes* o de *las cosas; de los oyentes*, en la *atención*, en el *ingenio*, en las *pasiones*. Las precauciones que dijimos debían tomarse en el proemio, para que el oyente escuche con gusto, deben mantenerse en todo el discurso. Existe impedimento en las cosas cuando las otras repugnan de tal manera con las nuestras, que las inferiores parecen nuestras. De la *atención* hablamos poco más arriba. Por lo que toca al *ingenio* o comprensión del auditorio, o no entiende la materia o no comprende las palabras. Si no entiende la materia, porque no sabe lo que está en litigio, se debe hacer una sucinta exposición que despierte su interés. Para obviar este inconveniente, en

Cicerón son de ver exposiciones hechas en acciones segundas y terceras, después que Hortensio y otros habían hablado de lo mismo. De esta manera si alguno no había asistido a las acciones anteriores, se informaba no obstante del asunto tratado. Esa exposición debe hacerse con agilidad y debe incluir los diversos miembros de que ha de constar. Si el auditorio no comprende las palabras, hay que hablar con llaneza y claridad y decir cosas acomodadas a su alcance. Nuestros *afectos* deben excitarse y deben mitigarse los ajenos o los contrarios y aun a veces los nuestros, cuando nos convenga ser entendidos o ser juzgado con agudeza lo que decimos. No enconaremos los afectos ajenos mitigados ni diremos nada que los despierte de su tranquilo sueño. Los afectos, o nos asaltan o se nos arrostran y plantan cara a cara; los que nos asaltan deben ser apartados y alejar de ellos poco a poco al oyente y nunca deben ser excitados, sino que, porque sea más firme y tranquilo su reposo, los sustituiremos por otros, para que un clavo saque otro clavo. Otros están en pugna contra nosotros o contra la materia. Muy feroces son y dañosos grandemente los que pelean contra nosotros; por eso en todo el discurso hemos de poner muy vivo empeño que no haya en nosotros apariencia o sombra alguna de hombre malo o de necio o de enemigo. Digo malo, y quiero decir cruel, inhumano, arrogante, mal cumplidor de sus deberes; digo necio, en el sentido de que no hagamos cosa que pueda ser objeto de irrisión; dije enemigo, de arte que no parezca que hemos odiado, o menospreciado, o dañado a los oyentes o a sus amigos. Aun los censores, cuando reprochan, dicen hacerlo en beneficio de los reprendidos, porque sean menos malos en lo sucesivo. Así es que afectan sentimientos amistosos, aun cuando dañan. Esta misma es la intención de las leyes, que para los ciudadanos a quienes alcanzan despliegan un afecto paternal; por eso se ha de eliminar todo motivo de prevención y sustituirla por un sentimiento contrario. Los afectos pelean contra la *materia*, cuando creen que va contra los gustos, o los intereses, o de sus amigos. En este caso, si puedes, hasles de hacer ver que no es así, y si no, valerte de pasos subterráneos, a manera de minas (de ello ya hablamos en la insinuación), o hablar por alegorías, pues un discurso franco en causas de ese género acarrea mucha odiosidad.

Los asuntos chocan entre sí, cuando uno se expresó, o se ha de expresar, en sentido contrario, o el oyente lo interpretó o lo interpretará diversamente. Hay que repeler la oración contraria y afirmar reciamente la nuestra, y una y otra cosa debe hacerse en el pasaje del discurso que más nos favorezca a nosotros y perjudique al adversario. En este punto, el *orden apto* contribuye enormemente a la victoria, como en un batalla, la hueste apostada en el lugar debido y donde más necesaria sea. El orden de los argumentos o es natural o guarda relación con el oyente. Es natural el orden de los argumentos cuando el primero apoya al que sigue, cosa que se hace en las pruebas matemáticas, de forma que el décimo depende de los nueve precedentes y el vigésimo del décimonono, que le antecede. A este fin, es propio del orden natural el que, quitado de en medio todo lo que obsta, cimentemos bien lo nuestro; esto es, que refutemos primero lo contrario y luego sentemos nuestros pareceres. Ese vemos que fué

el procedimiento de Aristóteles, que nosotros debemos seguir indefectiblemente, puesto que la confutación y derrota de lo que nos es contrario añaden a nuestra causa mucha robustez, de forma que, rechazado aquello, parezca quedar no más que lo que nosotros afirmamos.

Por lo que toca al oyente, si es un convencido y repele las pruebas que no tienen consistencia, hay que proponerle las de mayor fuerza, que debiliten la convicción contraria y comience a mostrarse accesible y vulnerable a las que restan. Lo mismo haremos si tenemos a nuestro alcance un argumento asaz potente, que derribe y destruya la ciudadela rival. Ese argumento de tan temerosa potencia lo tenemos, cuando, luego de haberlo disparado, sea muy difícil tomar en consideración las pruebas contrarias. Y si el oyente no está persuadido en sentido contrario o espera y argumenta con calma las razones, en el caso que nuestros argumentos traigan consigo luz, los pondremos en primera fila; pero si no es así, iremos metódicamente y lanzaremos al campo los menos fuertes, a fin de robustecer más el vigor de los que vayan siguiendo.

Algunas veces combatimos en orden abierto y como en guerrillas, contrastando unos argumentos con otros, cuando tenemos confianza en que, por uno tras otro, saldremos vencedores. Algunas otras, como acontece en una fábrica, conjugamos lo débil con lo fuerte y aplicamos los argumentos menores a los mayores a manera de apoyos, o como acaece en la guerra, fortificamos poderosamente los extremos y colocamos en el centro la masa imbele y la impedimenta. Con todo, así con relación al tema como al auditorio, por regla común hase de seguir el orden natural en la colocación de los argumentos, por manera que el que va delante dé fuerza al que le sigue y el que se deja para después, colócase de tal forma que recibe fuerza del que se puso antes. El orden preferible es el *matemático*, que nosotros imitaremos hasta donde nos sea posible. No se ha de dejar de lado ningún argumento que pueda beneficiar a la causa, pues no es raro que los que a nosotros nos parecen livianos y aun baldíos, para determinados ingenios son eficacísimos, siempre que se los ponga en su lugar adecuado; es decir, que no demos a entender que en ellos confiamos grandemente, sino que más aína los aducimos como número que como fuerza, si ya es que no fueren tan insignificantes y pequeños que lo mejor sea retirarlos, porque la oración no crezca en demasía o resulte redundante en tan viciosa y pobre abundancia que engendre hastío o por el poco ser de aquellas razones le acarree vileza y menosprecio.

Hémonos de guardar de los argumentos comunes tan a la mano de los adversarios como de nosotros. También hemos de evitar los que a primera vista están a nuestro favor; pero, bien mirados, más bien favorecen a los contrarios y pueden retorcerse contra nosotros mismos, que seremos heridos por nuestras propias armas. Igualmente nos hemos de abstener de que estén en contradicción y pugna con lo que ya se dijo o se ha de decir. Aquellos que no podemos derribar por la gallardía del ataque, derribémoslos por la abrumadora superioridad del número. Mas todas esas cautelas y previsiones serán vanas, si nos olvidamos del oyente. Si recelas esto, habrá que poner al final la que los latinos llaman *recapitulación*, y los

griegos, *epílogo*, bien directa y claramente haciendo constar *que se dijo esto y aquello*, o si temieres no parecer odioso o inhábil, dando a entender que no confías mucho en su memoria, de través, como quien no para mientes en ello. Este procedimiento es el que tiene más aceptación y favor.

En las obras escritas son suficientes epílogos más breves que sean como un guión de la memoria. Los más largos convienen a los discursos que se pronuncian para un público ignorante y olvidadizo. Si el epílogo huelga, con todo, al terminar repite aquello que deseas que se quede más hincado en el ánimo del oyente, ora fuere el convencimiento de una verdad, ora sea la excitación o el reposo del espíritu. Los epílogos deben formularse en sentencias breves y rápidas, aseadas y sonantes, porque con mayor tenacidad se adhieran a la memoria; convendrá que tengan ser y consistencia, omitiendo las que adolezcan de debilidad. Con éstas bien impresas se va el oyente, y las recuerda y recogita más. Con todo ese herramental, te presentarás al auditorio.

Lo primero que has de grabar en la mente y el pensamiento es el fin que quieres conseguir, que puede ser uno o muchos. Si muchos, cada uno puede ser independiente o ser uno el principal y los restantes subordinados unos a los otros. Todos ellos deben referirse al fin central. Si fueren iguales, cada uno es tratado por sí. Todos deben recapitularse en un haz, y examinar muy de asiento cuáles aprovechan, cuáles son puro estorbo. El que tuviere esta condición, débesele retirar no sólo en el principio, sino también en cualquier parte de la oración que obstaculizare. Por esto es que en las causas civiles vemos tantos proemios en mitad de los discursos y en los poemas tantas invocaciones a media obra, que tienen allí lugar de proemios, pues avivan la atención y granjean benevolencia.

Hecho esto, tienes que refutar las pruebas del adversario, si pudieres; si no, has de esquivarlas con cautela o has de corroborar las propias, precisamente en aquel lugar donde más fuerza desarrollaren, como en un combate o en una construcción. Tengamos por sabido una vez por todas, que el *orden* tiene la máxima importancia, pues habiendo orden, unas cosas ilustran y fortalecen a las otras, y no habiéndolo se oscurecen y estorban, por un intercambio de luz y energía o de confusión y tinieblas.

El proemio, que va en cabeza de la obra, es lo último que debe pensarse, puesto que debe nacer de lo que ha de decirse, bien así como los ramos se ven primero que la raíz, siendo así que nacen de la raíz. Estas partes no se diferencian entre sí por el lugar, sino por sus funciones y sus efectos. El proemio, en realidad, es todo aquello que se dice antes de entrar en la sustancia de la obra, para conquistar atención y autoridad. Con todo, no es cosa rara que también en el decurso de la obra o de la oración *proemiemos*; y argumentamos de buenas a primeras y hacemos uso de la *insinuación*, no solamente al principio, sino durante todo el parlamento, cuando hemos de decir algo chocante u ofensivo ó poco verosímil. Hay determinados reblandecimientos de cosa dura o enojosa, que tienen algún parecido con los proemios, que se posponen a esa cosa que pudiéramos con acierto llamar *mitigaciones*, como cuando excusa-

mos algún dicho o, si acaso, infligimos una herida, la suavizamos con fomentos y emolientes.

A todo esto que dijimos, allégange determinadas salidas y *digresiones*, introducidas bien por el asunto, bien en consideración al oyente: porque el asunto se perciba o se crea con más facilidad, para retener más tiempo al oyente gustoso. Estas digresiones tienen cuatro formas, yéndolas a buscar, prolongándolas, derivándolas, anexionándolas. Se las va a buscar cuando se va más allá del tema propuesto, verbigracia: si teniendo que tratar de la liberalidad, uno dice *con qué lazos de solidaridad ligó la Naturaleza al linaje humano y cuánto importan la mutua bienquerencia y el beneficio recíproco y el repartimiento de aquello a que cada uno tiene tanta afición, a saber: el dinero.* Prolóngase la digresión, cuando la extendemos más allá de lo necesario, guiados por el hilo, una vez que lo cogimos, como si luego de tocado ese mismo punto de la liberalidad, añadiéramos: *Si tanto mérito tiene y tanta hermosura desprenderse del dinero, porque se le ama, ¿qué no será desprenderse de la sangre, de la vida?* E insistiendo en ese camino, pase luego a *encarecer el beneficio de la redención de Nuestro Señor Jesucristo.* Digresiones por este estilo las hay en Virgilio, al fin de cada libro de las *Geórgicas.* Las digresiones cambian de rumbo cuando, con ocasión de alguna palabra o sentencia, pasamos a otra materia: *La mención que hice de San Cipriano me da oportunidad para referiros las luchas de los mártires de nuestra religión.* Y, finalmente, la digresión se anexiona o se cose cuando se saca del tema un inciso que luego se zurce al tema, como si tras de haber *asimilado la puericia a la sazón de la primavera, añades que la mejor didáctica consiste en enseñar mediante semejanzas e imágenes tomadas de cosas conocidas.*

Debes procurar siempre, una vez que te hubieres lanzado a una digresión, no perder de vista el camino por donde regreses al hogar; quiero decir, a tu tema fácil y cómodamente, no a través de barrancos y fragosidades, si ya es que no te hubieres lanzado a la digresión por la digresión misma, como se hace en los diálogos, que *partiendo del banquete o de la amenidad del lugar donde están sentados los interlocutores, pasan como resbalando a tratar de la naturaleza física o de un tema moral o de algún asunto grande y glorioso, luego de haber partido de principio tan humilde y tan escaso de posibilidades.* La digresión es útil para enseñar, para persuadir, para retener la atención y también para insinuar simplemente.

LIBRO TERCERO

INTRODUCCION

Expuse en términos generales lo que pensaba del *Arte de hablar*, en esos dos libros, que podrán fácilmente acomodarse a cada una de las fórmulas de los argumentos. Ahora voy a tratar más concretamente de cada una de las partes de la oratoria didáctica. Acerca de este

punto, son raros los preceptos en los escritores y, con todo, son grandemente necesarios. Enseñamos lo que no se sabe. Toda ignorancia versa acerca de las cosas o de las palabras. Por lo que atañe a las cosas, las unas existen en hecho de verdad, como el hombre, o parecen existir, como el río, y las cualidades del tiempo, como el invierno y el verano. Dejo de lado aquí aquella sutil investigación de la filosofía acerca del irrestañable flujo de la materia en los seres vivientes. Hablo para el vulgo, para el hombre de la calle, y peso en la balanza del pueblo mi doctrina, que es lo que más conviene a este tratado. Unas cosas fluyen y corren en realidad, como el tiempo, el movimiento y todo lo que con el movimiento se relaciona. Cuando esas cosas que están en flujo perpetuo se explican como pasadas, como futuras o como tales, verifícase la que se llama narración, que se divide en muchas especies, y cuando se consideran como fijas o existentes, entonces tenemos la descripción: de una casa, del verano, del invierno, de la primavera. También son objeto de la descripción todas las cosas que tienen consistencia, a saber: el cariz del tiempo en el campo, en el cielo, en los hombres. La narración y la descripción andan con frecuencia barajadas y se dice que se describe lo que se narra, y viceversa, que se narra lo que se describe. Así es que Aristóteles llama *Historia de los animales* a aquella famosísima obra suya; y Teofrasto escribe la *Historia de las plantas*, y Plinio, la *Historia de la Naturaleza*. En estas obras se enseña no lo que se hizo o lo que se ha de hacer, sino cómo se ha de hacer algo, que pertenece a la técnica de las artes.

Hablemos ya de estas tres cosas y luego de la exposición de las palabras, pues para su percepción más cómoda, separaremos la descripción de la narración, por manera que resalte *que la descripción es como una pintura en una tabla, y la narración es la exposición metódica de unas cosas después de las otras, tales como se le presentan a aquel que va en un coche o una litera, es decir, de frente, pues no ve sino los objetos que pasan.* No hay otra manera de ver en esta vida, en que miramos lo pasado y no barruntamos lo futuro y a lo presente y a lo actual lo vemos muy deficientemente y con mala luz.

CAPITULO PRIMERO

DE LA DESCRIPCIÓN

Trataremos, pues, primeramente de la descripción, que es más sencilla y hartas veces invade el campo de la narración. Su finalidad es proponer al ánimo algo para que lo vea. Cuando esto se consigue con tanta exactitud que parece que lo contemplamos con nuestros propios ojos, entonces esa claridad se llama perspicuidad o evidencia (los griegos llámanla *energía*). Así que la perspicuidad no es más que la descripción tan evidentísima que al que la oye se le da la vivacísima impresión de que la ve presente, verificándose aquel fenómeno que refiere Quintiliano de determinada descripción de Cicerón: *No viera más el que entrara.* En esta excelencia, sobre todos los otros, descuella maravillosamente Homero, a zaga de cuyas huellas anduvieron los poetas posteriores, a cuya cabeza está Virgilio Marón, por manera que no solamente con el significado eficaz de las palabras ponen delante

de los ojos la cosa de que hablan, sino con su mismo sonido y la combinación de las cosas. Con ejemplos copiosos demuéstralo Jorge de Trebizonda.

En la descripción no tanto se pinta lo que sea la cosa, porque eso no es posible, pues la esencia de cualquier sustancia no puede ser percibida por los ojos, sino por las exterioridades de que se viste o por aquellas cosas que se le consideran adyacentes, como cuando se describe a Dios, en quien no hay cosa adyacente. En cambio, otras adherencias son conocidas de los sentidos y otras, a través de los sentidos, por la mente, como quedará expuesto por mí en la *Filosofía primera*. Cosas hay que tienen ambos adyacentes, y las hay que no tienen *sensilidad;* raras son las que no tienen más que *sensilidad*.

Pónense en el primer género *el hombre, los animales, las plantas;* en el segundo, *Dios, los ángeles, el tiempo, la fama, la filosofía; en el* tercero, determinados minerales y piedras. Descríbese o bien una sola cosa, verbigracia: un *hombre*, un *árbol*, o muchas de una vez, como *una casa, una ciudad, una comarca, un pueblo, un convite, una batalla.* La descripción de aquellos objetos que caen bajo el dominio de los sentidos, no es nada difícil, como no es dificultoso pintar lo que se tiene debajo de los ojos. Vaya como ejemplo el hombre en quien cae bajo la jurisdicción de la vista el color, la estatura, el volumen, la proporción, el andar, el meneo, el hábito, el atuendo; cómo puede estar vestido, armado, sentado, en pie, que aun cuando no sean adyacentes, con todo desempeñan algún oficio de adyacentes. Todo esto no se pesa así en una balanza sobrado exacta, como dije. En la jurisdicción del oído cae la voz; bajo la del tacto, la aspereza y la blandura; bajo la del olfato, todo cuanto huele, como las pastas perfumadas, como el chivo, el maloliente marido de las cabras. Así también en una batalla, aquella vistosidad tan abigarrada de guerreros con tanta variedad de armaduras ligeras y pesadas, peones, jinetes, el choque, la pelea, la alternativa de los que hieren y los que caen; todo esto es del oficio de los ojos. El son de las trompetas, el relincho de los caballos, el fragor de las armas, los ayes de los que caen son cosa de los oídos. En un convite, la sala y el aderezo de la mesa, los reposteros, las copas, la vajilla, los condimentos, los sabores, el perfumado aliento de los pebeteros, el olor de las flores, los rumores de la conversación; en la mazmorra, aquella escualidez, aquel hedor nauseabundo.

Más difícil es ya pintar lo que no cae bajo el dominio de los sentidos; con todo, tienen su expresión hasta donde es posible, acomodada a su naturaleza; es decir, al conocimiento del sentido o de nuestra mente, cuando usamos de las voces más gráficas y expresivas de sus adyacencias, como cuando decimos que *Dios es algo eterno, inmortal, sapientísimo, poderosísimo,* o que la filosofía es una disciplina que recorre el cielo, escruta lo divino y lo humano y arma nuestro espíritu con el pensamiento y conocimiento de aquellas cosas soberanas y lo fortalece tan cumplidamente que lo hace superior a las arremetidas de la fortuna y menospreciador de todas aquellas vilezas que emboban al vulgo y tantas otras loas como pueden decirse con tanta magnificencia como verdad.

Demás de esto, describimos las cosas desconocidas por las conoci-

das, y cuanto más dotado esté cada cual de erudición y de fuerza discursiva, con tanto mayor relieve hace sus descripciones. Quien no tiene mente robusta, éste tiene necesidad de cosas sensiles. Por eso, esas cosas espirituales revístense de cierta máscara y personalidad física, como la pintura, y cobran muchísima belleza y tienen no poca eficacia sobre la inteligencia del vulgo. Pongamos por ejemplo, que uno describa a la filosofía de semblante compuesto y reverenciable, de veneranda magrez, de palidez decorosa, de estatura tan alta que sobrepuja el cielo y las estrellas, que con ojos inmóviles y serenos mira las amenazas y los bramidos de la fortuna y otros rasgos por ese estilo. Estas descripciones alegóricas son en los poetas muy frecuentes y para ellas tienen muy larga autorización; pero no son desacostumbradas a los oradores y a los filósofos. Así representa Boecio a la filosofía; Crisipo, a la justicia; Prodico, a la virtud y al placer, y también Cleantes y Cebes, a la vida humana. Puesto que los actos nos dan a conocer la facultad por los actos exteriores, colegimos la facultad interior, el carácter, la naturaleza; así que la mejor descripción y la más conveniente y fácil de entender, inspírase en los actos, ora se exponga a la mente, ora a los sentidos.

De modo que representaremos a la filosofía tal como ella hace a los que son sus apasionados seguidores, y así también personificaremos el sueño, el hombre, la muerte, la virtud, la felicidad, el tiempo, la edad, el sexo, la condición, fortuna, la patria, los estudios, las costumbres, los actos. Virgilio personalizó al temor muy diestramente de esta manera: *Un escalofrío corrió por los huesos duros de los teucros.*

Y en otro pasaje: *Un frío repentino afloja los miembros de Eneas.*

Y en otro aún: *Un horror frío sacúdeme los miembros y el espanto agolpa en mi pecho un coágulo de sangre como hielo... Me quedé en pasmo, mi caballo se erizó y la voz quedó añudada en mi garganta.*

Y el mismo Virgilio, al describir a la Sibila de Cimas, ante las puertas del peñascal euboico, tajado en forma de cueva adonde conducen cien anchos senderos y cien puertas, y de donde se despeñan otras tantas voces tonitruantes, que son los oráculos, de *súbito*—dice—*se le mudó el rostro y se le quebró la color y sus cabellos se descompusieron y su jadeante pecho y su corazón bravío se le hinchan de furor y aparece más grande y su voz no suena a mortal...*

También Terencio describe, personificándola, a la alegría en su *Quereas.* Si alguno quisiere ofrecer a los ojos una apacible primavera, la presentará vestida de hojas y de tiernas flores, y presentará al otoño rico de frutos, y al invierno huraño y sañudo, y al estío agostado y polvoroso. En la descripción del verano, podrá el que quisiere proponer a los ojos las costumbres que esa estación trae consigo y todos los actos y aun los vestidos. Y de la misma manera puedes detenerte en el sexo, en la condición, en la dignidad y otras circunstancias que son tantas y tantas, que apenas pueden tocarse en una parte muy pequeña. Debe hacerse especial hincapié en explicar, si es cosa que pueda percibirse por los ojos, que la han sujetado toda a los ojos hasta donde ha sido factible, pues más fijamente la retienen los que la vieron toda que los que la vieron en detalle, por manera que se forman un concepto más justo de la situa-

ción del globo terráqueo los que lo vieron en una tabla pintado fielmente, que los mismos que lo recorrieron.

Si una cosa determinada no puede ser aprehendida por la vista o los otros sentidos, nos ayudará muy mucho a comprenderla la facultad que los griegos llaman *fantasía*, representándonosla con el semblante, figura, miembros, vestidos congruentes con su naturaleza y carácter. En las descripciones no perseguiremos los más insignificantes pormenores; pero eso sí, unas descripciones serán más largas que las otras, según conviene al propósito que nos impusimos. Descripciones hay que son obligadas, como cuando Tácito expone las costumbres de la Germania y los cosmógrafos y topógrafos los parajes que se proponen estudiar. Otras descripciones vienen a ser como miembros anejos al cuerpo. En algunas de ellas estarán permitidas ciertas divagaciones, como en las obras de imaginación, pasatiempo de las gentes desocupadas.

Mas las que se introducen para otro fin es fuerza que tengan un límite; límite que el asunto fijará o señalará el oyente. Los grandes autores, cuando describen como quien hace otra cosa, aducen algo que tenga un gran relieve para expresar fácilmente lo que quieren. Y así es que quien tiene en el rostro alguna señal o distintivo, por él se le reconoce inmediatamente toda la cara: un lunar, una verruga, una cicatriz, un mechón de pelo, la nariz larga o torcida, aguileña o chata. A las caras, llámanlas los pintores efigiables o pictóricas, y así es que ellos quedan libres de apurar todos los detalles y conducen a los lectores, por un atajo breve, al sitio que quieren. Dice Virgilio en el libro séptimo de la *Eneida: Y estaba allí* (el rey Latino) *ceñido con una corta trábea, con el báculo quirinal en la diestra mano y en la siniestra un pequeño escudo...*

Y este otro pasaje en la égloga décima: *Vinieron tardos los porquerizos de aporrear bellotas hibernizas; vino Menalcas, rociado de lluvia.*

Y Cicerón dice contra Pisón: *Respondes con una ceja levantada hacia la frente y con la otra derribada hacia el mentón.*

Y él mismo, en su defensa de Cluencio: *Esforzaos por recordar no sólo sus costumbres y arrogancia, sino, también, su catadura y su vestido y aquella púrpura bajada hasta los talones. Y en su invectiva contra Rulo en su discurso de la Ley Agraria: Una vez que estuvo designado, figurábase tener otra cara, otro sonido de voz, otra andadura, roto de vestido, inculto y hórrido de cuerpo, más cabelludo que antes y más barbado, por manera que parecía con sus ojos y su fiero aspecto anunciar a todos su autoridad tribunicia y amenazar con ella a la República.* Ofrécese también a veces a los ojos alguna cosa, luego de recoger toda su variedad, *como si alguien, esparciendo sobre una mesa hierbas y florecillas varias, remedare el aspecto de un prado.*

De este género es la descripción del lujoso convite de Cicerón en Quintiliano: *Parecíame ver a los unos que entraban, a los otros que salían, a algunos a quienes el vino hacía vacilar, a los de más allá bostezando de la bebida de la víspera. El suelo estaba asqueroso, lodoso de vino, cubierto de coronas ajadas y de espinas de pescados.* A esta descripción se refiere aquel elogio de Quintiliano que repetí poco más

arriba: *¿Quién viera más si hubiera entrado?*

Tienen mucha importancia las descripciones para persuadir, pues las cosas que involucradas y como tapujadas no dejan sentido alguno de sí, desarrolladas, conmueven enérgicamente. ¿Quién hay que no se impresione más con la lectura del segundo y tercer libro de la *Eneida*, que por aquella expresión pálida y vaga, si bien aguda e ingeniosa? *¿Y los campos donde Troya fué?*

Así, dice Marco Fabio, *crece la conmiseración por las ciudades tomadas*. No cabe duda que quien dice que una ciudad fué expugnada, abarca todo lo que esta contingencia infeliz quiere decir, pero esta simple noticia no produce demasiado efecto en quien la oye. Pero si abrieres todo el trágico contenido de esta palabra, *verás las llamas empinándose por las viviendas y los templos y oirás el fragor de los techos que se derrumban y el griterío único que forman tantos alaridos diferentes* y todo lo demás que se sigue en la captura de una ciudad. Del mismo modo, al señalar normas de virtud, inducen más efectivamente a obrar las razones explicadas y difusas que una mónita breve, compuesta de pocas palabras.

Digamos nosotros no más que en cuatro qué orden debe regir en las descripciones.

En las descripciones breves que no contienen más que unas pocas puntadas, no rige orden alguno, ni donde las cosas se dicen recalcadamente, antes bien, aquella negligencia del orden demuestra la cosa con mayor claridad, como un prado donde andan mezcladas flores de varios géneros y colores. Mas, en las prolijas descripciones, donde la cosa ha de ser pintada con palabras, por decirlo así, lo mejor será seguir el orden de la Naturaleza, que lo primero que hace es dar forma a la cosa y delinearla en toda su rudeza y luego, poco a poco, da a cada una de sus partes su propia fisonomía, hasta que, terminada ya después del último toque, la produce a la luz. Este es el modelo que imitan las artes pictóricas, escultóricas y la orfebrería; comienzan por bosquejar toda la materia para que ya desde aquel punto pueda colegirse qué va a ser, aunque no cuál, y luego, tranquila y espaciadamente, dibujan cada uno de sus miembros o los alindan de hermosos colores. Así que, en la descripción, se propondrá el tema en conjunto, y luego se le irá explicando por partes, como se lee en César: *Toda la Galia está dividida en tres partes*. Y en Tácito: *Toda la Germania está separada de los galos y de los réticos*, etcétera. Con este procedimiento el lector se hace atento y dócil. Después de este principio, a los unos se les antoja de lo más vil remontarse a lo más encumbrado y a los otros, por el contrario, se les antoja descender de la cabeza por el pecho y las piernas a los pies, o de los pies por las piernas y el pecho a la cabeza, o de Dios a la materia prima, o de la materia prima a Dios; si el tratado es político, de la religión a las costumbres públicas profanas y de ahí a las privadas, o viceversa. Pero no hay mejor descripción que aquella en que lo que antecede ilustra lo que sigue. Si hay algún elemento que, naturalmente, se ofrezca primero a nuestra inteligencia, ése ocupe el primer lugar, como en describiendo el día, nadie comienza por pintarlo a boca de noche, aun cuando algunos pueblos inauguran su día por esta hora precisamente; en una batalla, el despliegue de la fuerza es lo prime-

ro; en un convite, lo primero es el anfitrión y el local.

Conviene que las palabras sean simples, propias y acomodadas a las cosas, es decir, grandes si las cosas son grandes, festivas y dulces, si es dulce el tema; atroces, si la materia es truculenta. Ilustrarán bien el asunto las metáforas ajustadas y los símiles oportunos, de que hacen uso los poetas, y no son raras en los oradores. De la oración de Cicerón en defensa de Murena cítanse algunas metáforas muy agudas y elegantes, como: *Quien no puede ser citarista, hágase flautista y de la tempestuosa voluntad del pueblo.* También por amplificación e hipérbole, como cuando se dice *que las mismas paredes lloran o ríen.* De esto es aquello de Séneca en la tragedia *Medea: Cuando el tracio Orfeo, tañendo su cítara pieria obligó a que le siguiese la Sirena, acostumbrada a detener la nave con sus cantos.*

Y también mediante el énfasis, donde se entiende más que lo que se dice: *Salen del leño vacío deslizándose por una cuerda,* dijo Virgilio. Este inciso da la medida de la altura del caballo de Troya.

También, los epítetos y los adjetivos, que, aun cuando con tan larga mano se conceden a los poetas, también los utilizan los oradores y comunican a la expresión un vigor gráfico maravilloso: *Plinio Segundo, hombre más docto que religioso; las vastas soledades del África; Italia, fértil de guerras.* El enlace y estructuración de las palabras; la forma cuidada y apacible y la variedad de las cosas hácense ostensibles en la oración, con sus miembros, períodos y cesuras, como en la descripción o etopeya que Celio hace de Antonio y que se puede leer en Quintiliano.

CAPITULO II

DE LA NARRACIÓN

Las narraciones son varias y se caracterizan por su fin, como cualesquiera otras cosas. Hacemos la narración, o por enseñar o por explicar, o persuadir algo, o por retener la atención del oyente. Todos estos fines se mezclan, pero no debemos quitar el ojo de la meta, como de un blanco. Razón es que la narración que se propone explicar sea verídica; a esa narración llamámosla historia. Para persuadir, si es que nos proponemos persuadir de lo que se narra, es menester que sea probable, y si no lo es, hábilmente debemos fingirlo, como en los apólogos; pero si es para solaz y pasatiempo, tiene más amplia licencia. «La plena y perfecta narración—dice Aftonio, autor, por otra parte, de no demasiada seriedad—debe contener seis elementos: el protagonista, la hazaña, el tiempo en qué, el lugar en dónde, la manera con qué, la causa por qué. Yo, que no apruebo esto totalmente, no tengo, con todo, intención ni interés en refutarlo.

CAPITULO III

DE LA HISTORIA

Historia es la explicación de un hecho, que trae su origen de la voz griega *isorein,* que suena *ver,* como si el que narra hubiera visto y sido testigo ocular de lo que narra. Es como la pintura, la imagen o el espejo de las cosas pasadas. Así como se cuentan las cosas pretéritas, también las venideras. Contamos las cosas privadas de un solo hombre, como Sócrates; la gestión pública de un hombre solo, como Pompeyo;

las cosas privadas de varios, como de Sócrates y Platón; la gestión pública de otros tantos, como César y Pompeyo; las cosas privadas y la vida pública de uno o de muchos, como lo hizo Plutarco; las cosas de un solo pueblo, como Tito Livio; las cosas de muchos pueblos, como Trogo Pompeyo y Herodoto, en un lugar o en muchos. Narramos algo único, como la filosofía de Sócrates, las guerras de César en sendas monografías; o muchas cosas, y éstas insignes o pequeñas y anecdóticas, como en las misceláneas y las biografías de Suetonio.

Pero, admitida la conveniencia de que todos los escritos tengan alguna utilidad, no sea que se experimente una sensible pérdida de tiempo, que es una riqueza de precio muy subido, y cuanto más la historia, la cual puede acarrear tan gran provecho, experiencia, prudencia, formación de costumbres, de ajenos ejemplos, a fin de que, como dice Tito Livio, sigamos lo que es mejor hacer y evitemos lo torcido, el historiador debe narrar aquellos sucesos que ayuden a ordenar la vida y puedan mejorar a los lectores, evitando que la narración se disipe y se consuma en vanidades y en bagatelas.

Teniendo esto presente, hase de escribir mucho y frecuentemente de los filósofos gentiles y de nuestros santos, pues pueden reportar mucho fruto al linaje humano, así los ejemplos de las virtudes que aquéllos alcanzaron y practicaron sin más luz y guía que la Naturaleza o de la heroica probidad que los nuestros obtuvieron por la gracia de Dios.

Lo primero que se ofrece a nuestra admiración es que, constando nosotros de cuerpo y alma y en el alma las pasiones y la mente, se haya escrito tanto y tan varia y tan copiosamente del cuerpo y de las pasiones perturbadas y exacerbadas, y, en cambio, de los efectos moderados y de la mente, se haya escrito tan poco, por no decir que nada. Indudablemente parece que el género humano ha degenerado a la condición de brutos. ¿Cuál es nuestra porción mejor, aquella por la cual somos tenidos por hombres, sino la mente? No hay parte que más cuenta nos tenga cultivar: somos buenos, si ella es buena; somos malos, si ella es mala. Por mucho cuidado que de ella se tenga; por mucho que se la forme con preceptos y con ejemplos, nunca el desvelo que en ello se ponga será excesivo. La gloria militar instigó a muchos a la matanza de pueblos y de gentes y a crímenes monstruosos. No de otra manera debieran narrarse las guerras que se narran los latrocinios, brevemente, en cruda desnudez, sin aditamento alguno de alabanza, sino, más bien, de detestación, de forma que una guerra larga no debiera referirse como recomendación del vencedor, sino como ejemplo y escarmiento, encareciendo las calamidades que es capaz de producir una pasión torcida de ambición, de ira, de antojo, y para que se vea en cuán incierto y liviano azar se apoyan las cosas y las fortunas de los hombres, en las que tenemos tanta confianza.

La primera ley de la historia es que sea verdadera, tanto como pueda conseguirlo el historiador. Como es preciso que sea espejo de los tiempos, si refiere falsedades, el espejo será falso y devolverá una imagen que no habrá recibido. Tampoco será verídica la imagen si fuere mayor o menor que la realidad; quiero decir, si el historiador, adrede, deprime el suceso o lo encarece.

Por lo demás, los géneros de narraciones son varios. Narraciones hay en que cada una de las palabras es objeto de particular examen, como en los pactos, alianzas, edictos, decretos del poder público; en los libros de nuestra religión, en cuyas tildes se esconden misterios soberanos. En éstos hase de observar con suma exactitud la verdad íntegra y simple. Otras narraciones no son más que la relación de un suceso particular, para pasatiempo y solaz del espíritu o para inculcar la prudencia o formar la moral. En estas narraciones, basta con que se observe la verdad sustancial. Añádense las palabras, las sentencias, los discursos que tienen un fin didáctico y comunican un interés casi dramático a la narración, cosa que hacen los grandes historiadores Tucídides, Jenofonte, Tito Livio, Cornelio Tácito, Quinto Curcio, Herodiano, y, a pesar de ello, mientras el fondo lo consienta, no pierden el nombre de narración verídica. Su cuerpo mismo es menester consagrarlo a la verdad; ninguna necesidad de color ni de afeite, y no sin razón Luciano quiere que el historiador no sea nada áulico, que sea como anónimo, que sea apolítico, por tener más amplia libertad de narrar. Según el sentir de Tucídides, el historiador debe preocuparse más de dar forma a una obra inmortal que de merecer un favor efímero y una breve popularidad, y esto tanto se refiere al estilo como a la materia. Por lo que toca a la verdad de la Historia, dice Luciano que no puede ella tolerar ningún adarme de falsedad, del mismo modo que el aparato respiratorio no sufre ningún cuerpo extraño que no sea puro aire.

Pero supuesto que la Historia tomó, como dijimos, su nombre del verbo griego *ver*, no hay que buscarla en aquel que, después de muchos siglos que ocurrió el suceso, se sale con alguna novedad, no oída por los siglos anteriores o que pretende interponer su juicio entre las opiniones de los antiguos, si ya no fuere por razón de su mucha verosimilitud.

Por esto es que carecen de toda autoridad las llamadas *Heroicas*, de Filostrato, que quiso sentenciar definitivamente de cosas tan vetustas, como si alguien, a horas de ahora, quisiera añadir al Evangelio y a los Hechos de los Apóstoles algo nuevo. Si se hace relación de un suceso único, no se le pierda de vista jamás; si la relación es de muchos, fijémonos en los más destacados; y no se han de explicar todos, sino los principales. Así, por ejemplo, en la relación de batallas, no se han de puntualizar todos los nombres, que es recurso de poetas, sino de los más descollados personajes que en ella intervienen, como son los caudillos y adalides. Hágase con todo una excepción en favor de aquellos cuya cobardía o heroísmo o consejo fueron excepcionales. Llamo principales a los hechos que demuestran más prudencia o mayor moralidad. Pues ¿a qué la descripción minuciosa y puntual de ejércitos y de combates que mejor fuera que ignorásemos? Para que la prudencia salga con mayor relieve, explíquense las causas y los consejos y los resultados, y si en el negocio hubiere algo oculto o arcano, revélese, pues ello realza más la prudencia que los sucesos de todos conocidos. Por lo demás, así como dijimos que para la descripción lo preferible era poner toda la cosa debajo de los ojos, así también en la Historia el ideal es que el historiador proponga el desarrollo históri-

co, como si se lo contemplare desde una atalaya.

Varios son los géneros de historia por lo que toca a su cuerpo, pues la historia viene a ser una especie de pintura. De la pintura, la una es a manera de un *monograma,* una simple línea, como aquella desnuda descripción de los tiempos, que es la *Crónica de Eusebio;* la otra es más expresiva, como la de Suetonio: *Vida de los Doce Césares,* y más aún que ésta, los *Comentarios* de Cayo César; otra tercera tiene color como la *Conjuración de Catilina* o la *Guerra de Yugurta,* de Salustio; las *Historias romanas,* de Tito Livio, o las *Guerras,* de Tucídides. Hablemos de esta última, pues, por lo que toca a las primeras, con lo dicho ya basta.

Las partes de que consta son: el *proemio,* que tiene cierta libertad, pero que no debe tener tanta independencia y estar tan alejado del asunto, como los que pone Salustio. El proemio excitará el interés de quien leyere, y con el interés, su atención por el gran provecho que cuenta sacar y por el placer que la materia le ocasiona; le hará dócil y sabrá de qué hombre o de qué pueblo ha de esperar los hechos de que va a enterarse. Síguese la *narración,* que es propiamente el *cuerpo de la Historia,* en la cual de algún hecho ha de tomarse el exordio y sentar firmemente la cronología, por una referencia, verbigracia: a la *fundación de Roma,* al *Nacimiento de Cristo,* de tal o cual *Olimpíada.* Gran vicio fuera de la Historia, que la que debe ser luz de los tiempos, embarulle y confunda los tiempos. Así que el autor debe distinguirlos con cuidado sumo. Importa muchísimo que lo que tuvo anterioridad y fué causa se le ponga con posterioridad y se le haga efecto. Esta confusión enlobreguecería la verdad histórica y malograría buena parte del fruto a que ella se destinó.

El orden es doble: el de la Naturaleza y el del arte. El orden natural consiste en que lo primero que tuvo realización en el lugar o en el tiempo se refiera en primer término. En este punto, o seguimos los sucesos paso a paso, como acontecieron, o introducimos a una tercera persona que los cuenta, como Virgilio introduce a Eneas y Homero a Ulises. En ello no hicieron más que observar el orden de la Naturaleza, porque primero es que Eneas arribe a Cartago, que no que cuente a Dido su arribo. Lo que no se observó fué el orden de los hechos como acaecieron, pues antes fueron las guerras troyanas que la llegada de Eneas a Cartago. Este es el orden que diríamos artístico, a saber: la interferencia de una prioridad inexistente, verbigracia: *César, temeroso de la acusación, pues había perjudicado a Bíbulo en el consulado y a Catón y a Domicio, recurrió a las armas.* Otro ejemplo: *Pablo era recibido con poco entusiasmo por las iglesias, porque sabían que había algún tiempo acosado a los cristianos con una fiera persecución, y recelaban un ardid de quien había sido tan hostil al nombre cristiano.* La primera narración es del historiador, y es *directa.*

Cuando se narran hechos de muchos pueblos o de uno solo en varios pasajes, de un suceso se ha de pasar a otro, atendiendo más a la sucesión cronológica que a la situación geográfica. Tampoco trastornaremos el resultado de los hechos, pues por el aliciente de conocer el resultado, el interés del lector se mantiene hasta el fin. De ahí aque-

lla perseverante afición a las lecturas históricas, aun comprometiendo la salud y con descuido del cuidado del cuerpo. Limítese a narrar el historiador y no se lance y despilfarre en alabanzas de los suyos o en vituperios de los enemigos, pues no es *encomiasta* o panegirista, sino historiador, y la Historia no sufre, como advierte Luciano, aquellas lisonjas y poéticas hipérboles, cuales fueron las que fabricó Homero para Agamenón, a saber: *que por su cabeza era semejante a Júpiter, y por su pecho, a Neptuno, y por su zona o cinturón, a Marte*, como si sólo un dios no bastara a la semejanza de un rey. Si ello se hiciere sistemáticamente, ¿qué otra cosa sería la Historia sino un poema en prosa?

Estará permitida al historiador alguna digresión de tarde en tarde, para proporcionar a los lectores algunas amenas diversiones, como lo hace Salustio, narrando el origen de la ciudad y la corrupción de costumbres del pueblo romano y el comienzo de las revueltas civiles. Tito Livio hace lo mismo con el paso de Alejandro a Italia, aun cuando esto es más propiamente digresión que la de Salustio, que con mayor verdad podría llamarse regreso al punto de partida. Está permitida en aquella su más frecuente inserción, que no la de la segunda, que es aneja y como prendida con alfileres, que nada tiene que ver con el restante cuerpo.

Por lo que toca a los parlamentos o discursos, son de dos clases: los directos por primera persona, como lo son casi todos en Tito Livio, y los indirectos por tercera persona, como casi todos los que en César se leen. Estos parlamentos no deben ser de cualesquiera cosas baladíes, sino de las de mayor importancia y más dignas de ser conocidas y donde el escritor pensare haber asido ocasión y argumento de provecho y deleite. Tópase también con frecuentes descripciones de ciudades, comarcas, montes, ríos, que contribuyen mucho a la mejor inteligencia de los hechos. Interpondrá el historiador, cuando bien le pareciere, su criterio personal por recomendar a los lectores las obras ejemplares, y, en cambio, condene y execre las fechorías implacablemente. Acostumbraron hacerlo muchos, pero de manera principal Polibio, Plutarco, Valerio, si es que a ése le quieres admitir entre los historiadores. Este es el parecer de Cicerón en el libro segundo del *Orador:*

La construcción y estructuración de la Historia se cifran en la materia y en la forma. La lógica de los hechos reclama el orden de los tiempos, la descripción de regiones y quiere, además, puesto que en las cosas grandes y dignas de recordación, lo primero a que se tiende es a los planes y luego a los hechos y, por fin, los resultados, y por lo que se refiere a los planes, cuáles merecen la aprobación del escritor, y por lo que hace a los hechos, no solamente debe declarar lo que se hizo o se dijo, sino también cómo, y cuando se trata del resultado, hanse de explicar todas sus causas, de casualidad, de sabiduría, de temeridad, y de los hombres que son sus actores no solamente las obras, sino también quien descolló por su fama o por su nombre y explicar la naturaleza y vida de cada uno. Esto es lo que dice Marco Tulio.

Quien tiene que interponer su crítica, conviénele poseer juicio cabal, mas no influído ni corrompido por torcidas opiniones, y que no admire las riquezas, o el poder, o el talento militar, ni aun la victoria con-

seguida con torrentes de sangre, ni la alabe como hazaña gloriosa, siendo así que, en parte, las unas de estas cosas son abominables y las otras, en parte, son indiferentes. Ninguna necesidad le obligue a insistir en quién perpetró ni qué sea un adarme de mal, sino en quién hizo alguna migaja de bien; de éste, si así le pareciere, revelará su patria, sus padres, toda su genealogía. Conviene que esa interferencia de su juicio personal sea breve, ingeniosa y aguda, porque penetre y quede hincada en los espíritus. Así son las de Valerio Máximo, no como las de Plutarco de Queronea, que son largas y perezosas, pues de la Historia pasa a las escuelas de filosofía. En la emisión de tu juicio debes poner tal templanza que si repruebas o recomiendas algún hecho, no parezca que escribiste al dictado de la pasión, sino de la razón; esto es: no de la malevolencia o favor de la persona, sino del criterio íntegro y bienintencionado del hecho mismo. Por encima de todo hay que abstenerse de la maledicencia, no sea que la libertad que te tomares degenere en enojo sistemático. Es cosa grave y comprometida hablar contra aquellos o que viven aún o cuyo recuerdo se mantiene fresco en el espíritu de sus contemporáneos o en su propia prole. Está todavía en todo su hervor la pasión, que no permite al juicio su función equilibrada. Si en algunas circunstancias no fuere plausible decir la verdad escueta, recúrrase al lenguaje figurado o introdúzcase una tercera persona, bien de un amigo insatisfecho o de un enemigo quejoso, recurso familiar a Tito Livio. Por todo esto, piensa Marco Tulio ser obra de gran empeño escribir Historia.

Es raro que la Historia eche de menos el epílogo, sino que de trecho en trecho, brevemente, se recapitule lo que se hizo y lo que queda por hacer. La elocución será proporcionada al tema de que se trata; espléndida y sonorosa si se trata de cosas grandes, modesta si de cosas pequeñas se trata, filosófica si se trata de filosofía, y aun tratando de cosas sórdidas, la elocución no debe ser desemejante. No hay cosa que más convenga a la Historia que la propiedad del lenguaje. No nos meteremos en tecnicismos filosóficos sino cuando escribamos de filosofía, y no nos apearemos hasta descender a la jerga tabernaria o soldadesca, si ya no es que nos proponemos reproducir alguna escena muy al vivo. También la claridad es necesaria y tal, que todos la entiendan y los doctos la celebren. Usan algunas veces los historiadores de palabras ligeramente licenciosas, como enseña Marco Fabio, y de figuras buscadas de muy lejos para aliviar la pesadumbre de la narración. No hay que abusar de las traslaciones y del lenguaje figurado. En ello pecó, a mi entender, Amiano Marcelino. *No hay en la Historia* —dice Cicerón— *cosa más sabrosa que una pura y clara brevedad.* Tienen los historiadores determinados vocablos de su privativa pertenencia, como, por ejemplo, cuando escriben *mortales*, en vez de *hombres*. Eso también lo dicen los oradores, pero no se les concede con tanta frecuencia y facilidad como a los historiadores, que usan de figuras poéticas y variedad infinita de modismos. De una sola cabeza derivan muchos miembros, y con harta frecuencia omiten el verbo.

La oración y el sentido de la oración rezumarán civismo y responsabilidad política, como acostumbran hacerlo los discursos de las perso-

nas de años y de seso en las reuniones parlamentarias. Yo, para mi gusto, querría que tuviesen algún resabio de solera más que no que fuesen completamente nuevas, y, por decirlo así, moceriles, pues son más agradables con aquella sabrosa ranciedad y se acomodan más al clima retrospectivo. Y puesto que el historiador escribe de cosas que pasan como pasan en flujo perpetuo las aguas de un río, la oración no sea periódica, ni retorcida, ni violenta, ni pugnaz, sino tendida y fluyente y espaciosa, que parezca que corre parejas con los mismos sucesos.

Así más fácilmente se apoderará de la simpatía del lector y lo llevará hasta el fin, consigo, blandamente. No sin razón dice Quintiliano que la Historia no anda muy lejos de los poetas, y viene a ser como un poema suelto. Pero el ritmo sea fácil y coherente, para que el cuerpo de la oración sea igual y discurra con tal dulzura que cualquier otro elemento se le mezcle, aun de otro género: parlamentos, diálogos, digresiones, conserven la misma andadura y lleven el mismo compás. Si por causa del argumento se aparta algún tanto el historiador de aquella marcha, aparezca, con todo, que forma parte del cuerpo de la Historia, hasta tal punto retiene su carácter en la dicción. Mando y ordeno que la oración sea tendida, pero no difusa de palabras ni redundante de sentidos. Con toda razón, Quinto Servilio Noviano fué reprendido por Marco Tulio, porque era menos ceñido de lo que pedía la gravedad de la Historia. A pesar de esto, habrá que hacer algún alto alguna vez, como cuando se llegó a un lugar donde queremos que descanse un poco el ánimo del lector, como al término de una batalla, al sucumbir un personaje importante, al trocarse el régimen político de un Estado. También cuando tocare temas elevados, verbigracia: ante alguna señalada victoria moral sobre la fortuna y los azares y vaivenes humanos, podrá abrir del todo las velas y hendir de viento pindárico en sus senos.

¿Qué más? Asimismo, en temas uniformes, la variedad aliviará el tedio de la lectura, pues no tienen un mismo tono inmutable cada uno de los géneros, sino que gozan de cierta holgura y puede mudarse de color en una misma pieza. Las cosas que refiere el historiador ni se han de aumentar ni se han de amenguar con palabras, sino que se han de dejar a su propio volumen específico. Esto es lo que Salustio, con gráfica justeza, llamó *igualar las palabras a los hechos*, mientras no escalen la altura del coturno las truculencias y los temas sin pretensión degeneren en sordideces, pues en aquella su sede o, por decirlo así, en aquel su reino, hallará el historiador soberanías, argumentos y materia humilde en que emplearse, sin perjuicio de su dignidad. Las repeticiones en la Historia resultan molestas, como las que tanto abundan en el poema de Homero, que pienso yo fué más bien costumbre de su tiempo que querencia de su autor, como se puede colegir también de los libros sagrados, donde asimismo son muy frecuentes. Las omitió en absoluto Virgilio, por otra parte, tan devoto imitador de Homero. No obstante, las repeticiones, por gradación o escalonadas, constituyen un adorno, verbigracia: *Comenzó por olvidar la fortuna; olvidada, la despreció; despreciada, combatió con ella y la venció; vencida, la arrolló y la pisoteó, y arrollada y pisoteada, triunfó sobre ella.* Si eso

se hace cada dos por tres, pierde donaire, como todas las otras figuras.

Hay un determinado género de narración, breve y ceñida de palabras, pero en hechos compendioso y rebosante, como: *Víneme al puerto, había una nave, embarcámonos, levamos fierro, abrimos velas, nos hicimos a la mar.* Este último inciso hubiera bastado, si ya no es que se añade algo que cambia la calidad de la cosa, como: *Víneme al puerto o, mejor, a un fondeadero mal seguro; había allí una nave vieja y cascada; nos metimos en ella con dificultad y peligro, con toda cuanta fuerza pudimos levamos fierro, abrimos un velamen agujereado y navegamos no hacia donde nos habíamos propuesto ir, sino a donde nos empujó la veleidad de las ondas y los vientos.* Esto es mucho más que decir simplemente *nos embarcamos.* Pienso que rendiré un servicio a los estudiosos tan grato como útil si no tomo pesadumbre en copiar la crítica de Juan, obispo aleriense, sobre Tito Livio, que pondrá de manifiesto las cualidades que en la Historia perseguimos y los vicios que queremos evitar, en vistas a la composición de la Historia o al cotejo de vicios y virtudes. Dice: *A Tito Livio la variedad de la Historia no le vuelve confuso ni la sencillez le torna fastidioso. En materia tenue, que ocurre muchas veces, no está seco ni carece de sangre ni de jugo. Y en materia rica y grande no se vuelve abotagado ni gordo; lleno, sin llegar al tumor; igual y blando sin molicie, ni despilfarrado por lujo, ni flaco de esterilidad demasiada. En situaciones ásperas no es barrancoso ni cansado, ni en las muelles se yergue con oración violenta, y no es tan copioso que degenere en nimio, ni tan suave que sea blandengue, ni tan manso que sea flojo, ni tan triste que se muestre desabrido, ni tan simple que se presente desnudo, ni tan peinado que se ponga tufos y copetes; igual por las palabras a la materia; igual a la materia por las sentencias; grave y magnífico en reseñar un hecho histórico, y, con todo, propio y ceñido; natural y comedido siempre en la narración, no confundiendo el orden en ningún punto ni anticipándose a los sucesos, ni lisonjero para el favor, ni parco en la reprensión para la indulgencia, ni amargo para el daño. Por ningún concepto perdonaría al mismo Senado, venerable moderador del orbe, ni al pueblo romano, señor del universo, si por temeridad fueren precipitados, o por yerro caídos, o por cualquier otro motivo hubieren pasado más allá de la medida justa; juez tan equilibrado de las cosas del enemigo, que, según lo mereciere, es simple narrador o censor sereno y tan riguroso e incorruptible, que ni aun a los censores más graves, cuya inviolabilidad fué tan cara al pueblo romano más que ninguna otra prerrogativa, jamás les perdonara desmán que hubieren cometido. En los parlamentos es parco de palabras, rico de sentencias, más conciso de dicción que de sentido; en este punto, no solamente sobrepuja a los restantes escritores, sino que aun a sí mismo se aventaja.*

Esto es lo que dice Juan, obispo aleriense, de Livio, amén de que es el mejor de los historiadores.

Cúmpleme añadir que así como los elementos que se mezclan con la Historia deben conservar la fisonomía de la Historia, así también la Historia, cuando pasa a ser carta o plática familiar, pierde mucho de su empaque y atavío, y, por ende,

será más tenue su tejido y su color más apagado y sus frases menos rodadas y periódicas.

CAPITULO IV

NARRACIÓN PROBABLE

En absoluto podemos decir que lo que más probabilidad tiene es lo verdadero, pues sea cual fuere el afeite que se tomare de la verdad, no le hay tan expresivo y legítimo como la misma verdad ni que tenga tantos bríos y eficacia. No obstante, algunas veces determinadas falsedades tienen más visos de probabilidad que ciertas verdades, yerro que nace no de las mismas cosas, sino de nuestro juicio torcido. Por esto es que la narración no solamente debe ser verídica, cosa que para la realidad ya bastaría, sino que debe ser verosímil con respecto a nosotros.

Lo primero que hemos de inquirir es qué cosa sea la probable y que merece crédito el oyente: la razón, el ejemplo, la autoridad, la experiencia tomada por alguno de los sentidos. Los hombres ignorantes de la naturaleza física rechazan los milagros como ficticios. Los hombres lerdos no alcanzan las razones, les mueven los ejemplos; acatan la autoridad. Por esto no debe narrar de la misma manera Cicerón en el foro, que Aristóteles en la escuela. Existe un cierto desarrollo natural, por el cual parece que lo posterior nace de lo primero, por orden de causalidad, como el hijo del padre, de lugar o tiempo, como el día de hoy del de ayer. El conducir así las cosas tiene una gran verosimilitud, porque todas las cosas manan con cierta dependencia y nexo, no solamente según naturaleza, sino, según arte, que no es más que una imitación de la Naturaleza; verbigracia: que *fulano entró en la casa, saludó al dueño, fué recibido con amabilidad, fué invitado, declinó cortésmente la invitación y que después de ser rogado con insistencia, se sentó a la mesa.*

Insinuar las causas brevemente y ese como esparcir las semillas de los argumentos, hace la narración probable, por ejemplo: *Como estuvieran regocijados y tuviesen la compañía de muchachos, bebióse más de la cuenta; luego se bailó y caldearon los ánimos por un quítame allá esas pajas, la juerga degeneró en pendencia.* Otro: *César, como temiese la acusación, pues había ofendido a muchos, desató la guerra civil.*

Aquello que antes dijimos de la narración artística, hemos de reproducirlo aquí; si en la narración acontece que quedan algunos puntos por probar o refutar, no deben apurarse los argumentos. Asinio Polión, como dice Séneca, decía prudentemente que el color debía mostrarse en la narración y desplegarse en las pruebas, y obraban con mucho desconcierto aquellos que gastaban en la narración todas sus reservas de color, pues ponían más de lo que la narración pedía y menos de lo que requería la prueba. El mejor ejemplo en ese género de narración lo trae Marco Tulio en su defensa de Milón. De tal manera se sacan unas cosas de las otras y su dependencia es tan coherente en lo que atañe al lugar o al tiempo, que parece que no pudo ser de otra manera. Si al narrar queremos persuadir como en la filosofía y en las artes, allí pueden los argumentos tener más amplio desarrollo y aun pueden agotarse. En este caso, el estilo de esta narración será llano, parco, conciso, hábil. Plinio Cecilio

dice a Capitón: *Tienen el discurso y la Historia muchos puntos de afinidad y muchos de divergencia en aquello mismo en que parecen comunes. El discurso narra: la Historia narra, pero de diferente modo.* A ésta le competen lo humilde, lo ordinario, lo raez, y a aquél, lo recóndito, lo espléndido, lo elevado. A aquélla con harta frecuencia los huesos, los músculos, los nervios; a aquél, la carne y aun las protuberancias; al discurso le conviene la fuerza, la mordacidad, la acometividad; la Historia, en cambio, agrada por su ancha y mansa apacibilidad, como de río. Finalmente, manejan otras palabras, y otro sonido, y otra construcción, pues mucho importa, como dice Tucídides, que sea *clema* o *agonisma.* Así se expresa Plinio Cecilio. Todo lo que hemos dicho se refiere a la oración forense. La elocuencia en las escuelas de filosofía y arte requiere menos cuidado.

CAPITULO V

DE LOS APÓLOGOS

Los apólogos son ficciones aposta inventadas para que sean norma de la vida práctica, bien para persuadir la virtud, bien para disuadir el vicio, para estimular una acción o para anularla. Sin esta finalidad, serían hueros y superfluos, pues no se cuentan por el interés que puedan tener, que es nulo, sino por su ejemplaridad provechosa. En los apólogos atribuímos la palabra bien a un hombre solo, género, que los griegos llaman *logicon,* verbigracia: *Un villano ordenó a sus hijos que le trajesen un haz de varas,* o a solos seres mudos, como a un águila o a un olivo, y esto en griego se llama *eticon,* o a un hombre y a un ser mudo (su nombre griego es *mictón*), como a un hombre y a una serpiente, a un hombre y a un perro.

En la antigüedad, fueron muchos los géneros de apólogos, como refiere Aftonio: sibarítico o de Síbaris, ciprio o de Chipre, ciliciano o de Cilicia, el esópico o de Esopo, nombres tomados de su lugar de origen o de sus inventores. Todos estos géneros acabaron por fundirse en el esópico.

Ese linaje de narración no tiene cuenta alguna con la verdad y, no obstante, debe alcanzar cierto grado de verosimilitud, de suerte que considerada la naturaleza y carácter de la cosa a la que atribuye el habla, le atribuya también una expresión que le convenga en palabras y en sentencias. El león y el águila hablarán un lenguaje altanero, real, iracundo, magnífico; la raposa hablará astutamente, falazmente, con egoísmo utilitario: la liebre, medrosamente; el asno, necia y estólidamente; con prudencia diligente y parsimoniosa las abejas y las hormigas, de forma que en lo que digan se transparente su laboriosa y próvida frugalidad; la golondrina, gárrulamente; la encina dirá palabras sólidas, macizas, que nadie las mueva; en una palabra, hablarán así como es de creer hablarían si el favor del cielo les diera el don del habla.

La narración debe tener gracejo y facilidad, llaneza de lenguaje, sin escabrosidad, sin afectación, sino aticismo y dicción pura, como dijo Quintiliano sin engreimiento alguno. Yo, por mi parte, querría bien marcada la diferencia entre los diversos personajes de la fábula y que la zorra hablase más relamidamente que el asno y más brillantemente el león que la hormiga, todo ello

dentro de una discreta medianía. Todo lo que dirán, o al menos lo principal, tenderá a un fin y a una obligada moraleja. Esta moraleja de la fábula algunas veces se declara expresamente; si al principio, dícese *prefabulación;* si al final, *afabulación.* A veces la moraleja se omite del todo y déjase a la conjetura de cada cual, recurso éste de mayor seriedad, como hicieron Menenio Agripa en el apólogo de los miembros del cuerpo que se conjuraron contra el vientre holgazán y Demóstenes en la de la concordia de los lobos y de los pastores que les entregaron los mastines, en ocasión en que Filipo sobornaba a los oradores, y Temístocles de las moscas que asediaban a un perro ulceroso, con motivo de tratarse de un cambio de magistrados. No siempre atinarás con hechos reales que conduzcan a tu propósito. Más fácil es inventar apólogos; así que ha de conservarse su uso, pues, en su lugar oportuno, tienen jocundo sabor y fuerza no desdeñable.

CAPITULO VI

DE LAS FÁBULAS LICENCIOSAS

Eso de hablar de fábulas nos ha llevado como de la mano a las *fábulas milesias,* introducidas exclusivamente para el pasatiempo y que no merecen, por cierto, que se les dediquen demasiadas líneas. Toman su nombre de Mileto, ciudad de la Jonia que, por su lujo y por sus vicios, adquirió muy mala fama. Y como sea que el lenguaje es un reflejo de las costumbres y de la vida, nació en aquella pútrida ociosidad un determinado género de fábulas, ni verdadero, ni verosímil, ni acomodado, ni conveniente a ninguna utilidad práctica de la vida, sino que es una pura pérdida de tiempo, como en los convites y tertulias de hombres y mujeres, cual lo es toda la literatura erótica. Fué Luciano el primero que a las conversaciones amatorias las llamó *milesias,* y Marciano Capella infligió este nombre a determinadas ficciones poéticas. Por dar un nombre preciso de autor de escritos *milesios,* daré el de Arístides, que escribió algunos libros de ese jaez, y Apuleyo un *Asno* famoso tomado de Luciano y luego enjaezado por él. Apuleyo, ya en el propio comienzo de la obra, dice claramente que tiene ese carácter. Dice: *Ahora te voy a deleitar con esta novela milesia.* Fábulas de éstas son las patrañas que cuentan las viejas a los niños para que no lloren o no molesten. ¿Qué utilidad reportaría dar fórmulas para un género idiota? Más idiota sería yo si tal hiciera. Muy de otro linaje son las ficciones poéticas, de las cuales hablaremos como cumple.

CAPITULO VII

DE LAS FICCIONES POÉTICAS

Las ficciones de los poetas son hijas de la rudeza e ingenuidad del vulgo. Tanta era en los siglos primitivos la ignorancia de las cosas buenas y tan grande la confusión, que cualquiera que tuviese algún ingenio y experiencia de la vida, si con algo contribuía a mejorarla, o que a los otros aventajase en fortaleza o en belleza, poco le costaba persuadirles de que era un dios. Y como el origen de los dioses les era desconocido, creían que tales hombres divinos habían descendido del cielo y ello con mucha mayor facilidad si habían venido de Oriente, pues a esa parte de la tierra llamábanla cie-

lo, y llamaban infierno al Occidente. En nuestros días, los moradores de aquel mundo recién descubierto por ministerio de Colón, que añadió mar al mar y tierra a la tierra, veneraban a los españoles como dioses, porque se les aventajaban en conocimientos y prácticas de la vida y les llamaban hijos del Sol, porque eran blancos y habían venido de aquel Oriente donde también para ellos el sol amanecía. Los griegos, asimismo, dijeron que los dioses celícolas moraban en las regiones del Oriente y del Aquilón, donde la tierra es más alta, y los dioses infernales en las del Occidente y del Mediodía, donde es más inclinada y sumida. Por esta razón situaron a los dioses infernales en Galicia de España, donde está el río Leteo; y las islas Afortunadas en el mar Atlántico, en la región de Libia. El lenguaje figurado engañó a aquellos hombres primitivos, los cuales, no entendiendo la alegoría que encerraba, lo tomaron en su sentido natural y recto y así lo creyeron. Dijo alguno que el *Frigio había sido llevado* por un carnero (a saber, por una nave cuya insignia era un carnero); *que Pasifae quedó preñada del Minotauro*, y esto el pueblo lo admitió en su simplicidad y le dió fe; cantaron esto los poetas, que son las flautas del pueblo. Esto mucho antes de la celebración de las Olimpíadas.

Pero, con el discurso del tiempo, el pueblo se hizo más instruído, y, en consecuencia, puso más cuidado en su vida y en su habla. Desde entonces, al pueblo ya no se le pudo ir con tantas imposturas e hiciéronse más raras las ficciones fabulosas. Dice Marco Tulio que gran cosa consiguió su Rómulo, que fué reconocido como dios, no tan solamente por la candidez del pueblo rudo e inculto, sino por los ingenios cultivados y doctos. Fué la adulación la que divinizó a los Césares, no por consideración al recién muerto, sino con vistas al sucesor; así que no alcanzaron esa apoteosis los Césares que murieron, dejando sucesores inciertos o enemigos.

Jamás fué consentido a los poetas crear una fábula con todas sus piezas. Refiérome a cosas que se tenían por sucedidas; licencia siempre permitida en los apólogos, tanto escénicos como milesios. Se les concede, eso sí, exornar y magnificar el suceso para aumento de admiración y placer. Y esta concesión dura todavía. Quien no tiene más propósito que el de captar y mantener la atención de los que escuchan con un lenguaje copioso y florido, no debe ser demasiado escrupuloso en la administración de mentiras ni poner desvelo excesivo en segregarlas de la verdad, sino que debe tirar adelante por el camino adonde le conduzca el gusto del auditorio, así dé en lo verdadero como en lo falso. Esto acostumbraron hacer los poetas antiguos. Empero no conviene que esas fábulas sean falsas hasta tal punto que no retengan sombra de semejanza con la verdad y que no se diga de ellas que son imposibles, que son increíbles, quiero decir todo lo que de suyo pugna consigo mismo, como que uno esté a la vez en pie y sentado, ni contrarias a todo lo que es verdad evidente acerca de la cual exista la más firme persuasión.

Luciano el sofista escribió verdaderas relaciones de cosas que ni él ni ningún otro vió jamás y que jamás iba a creer ni él ni ningún otro. Todo esto es ridículo y no es cosa de poetas. No obstante, no puede fingirse concienzudamente narración tan absurda que no tenga algún hilo

y color de la naturaleza real; tan cierto es que contra la Naturaleza nuestra mente no puede en absoluto entender o raciocinar nada. Digo que el escollo o el objeto de nuestra mente es la verdad, que es lo más congruente que existe con la Naturaleza. Inclúso aquellas famosas metamorfosis cantadas por Ovidio refiérense a la fuerza y potestad de los dioses, para quienes no hay cosa imposible ni difícil, como lo enseña Sócrates en *Halción.* Por eso en las creaciones teatrales, donde todo el argumento es fingido, no obstante, porque la narración resulte más verosímil, mézclanse las razones por las cuales lo posterior nace de lo primero, como *Crisis, que de una vida severa y parca, atolló en el vicio; De tal manera el ingenio de todos los hombres de su propio peso se inclina a la lubricidad* y todo lo que sigue en el *Andria* de Terencio.

De las ficciones de los poetas, las unas contienen algo natural y las otras algo moral. Unas y otras han de conservarse. Algunas no contienen cosa provechosa para la vida, como *la caza del jabalí de Calidonia* o la *navegación de los Argonautas a la busca del Vellocino.* Y las hay que contienen muchos elementos dañosos positivamente, originados de un error admitido como *de los Campos Elíscos, del reino y feas maldades de los dioses* o del deleite pecaminoso en materias obscenas, verbigracia, *adulterios, torpezas abominables, guerras y crueldades.*

¿Qué provecho se saca de conservar y leer estas procacidades? Como si no hubiera cosas de mayor conveniencia en qué ocuparnos, o como, sin salirles al camino, no nos ocurrieran cada día malos pasos que nos malgastan el tiempo y dañan nuestra conciencia. Enhorabuena que en los días de Homero fuese tolerable cantar fruslerías, porque todavía no tenían obras ejemplares que pudieran serles de provecho. Pero ahora, ¿qué necesidad hay de todo ello, en tanta muchedumbre y variedad de bellas acciones, así públicas como privadas, en Grecia y en Roma y en todas las otras naciones? «Un poema—dice Plutarco—es una pintura parlante.» Vil y despreciable es la pintura en que el asunto es liviano y que con un vano y efímero deleite contenta y halaga los ojos, pero no apacienta el ánimo, como cualquier mosca o un pañizuelo o unas simples y desnudas líneas, como antiguamente en una tabla de dos celebrados pintores. Pero es nociva y débese evitar la que solicita y corrompe el alma con alguna fealdad. Una pintura así debiera ser prohibida de pintarse por un decreto del poder público. El poema es un furor, un cierto instinto y tocamiento divino, como Platón dice en *Ión,* de cuyo parecer es Horacio en su *Arte poética: Por aquello de que Demócrito cree que el ingenio es superior al arte, cosa contenible y de poco ser, expulsa del Helicón a los poetas cuerdos.*

Y si es Dios quien lo inspira, se impone tocar temas agradables a Dios, porque de lo contrario no fuera sagrado este instinto, sino profano.

Atestiguaron esto los poetas primitivos que tejieron sus poemas con alabanzas de sus dioses. Ello demuestra que el poema fué inventado para que oigamos los divinos loores con mayor afición y con mayor placer. Ellos celebraron y cantaron a sus dioses; cantemos nosotros a los nuestros, digo, cantemos nosotros a Dios, a los ángeles y a aquellos mortales, honor del linaje humano, que en la tierra llevaron una vida del cielo. Este poema en-

señará, arrebatará, nos tendrá cautivos y acabará por infundir en nuestros pechos un cierto encendimiento, primeramente para que los amemos; luego, para que los imitemos y queramos serles semejantes. Vemos cada día que, gracias a los poemas, acaece que deseemos ser tales cuales son aquellos que vemos tan enaltecidos. Exhórtenos la poesía e inflámenos en el amor de la virtud; desaconséjenos y apártenos del vicio. El poema que celebre los misterios de nuestra religión y los artículos de nuestra fe debe ser breve, parco, sobrio, que pueda fácilmente encomendarse a la memoria. Cuidemos que no se deslice en él ni en palabras ni en contenido cosa que sea indigna. Todo debe conservar aquella majestad con que lo dictó el Espíritu de Dios. Es de saber que los poetas, para que su lectura cautive los ánimos con su variedad, sazonan los temas de su canto con sabrosos aliños, participan en regios convites, se acercan a los oráculos divinos y a la sede de los dioses infernales, introducen a muchos de ellos y les atribuyen habla como a los mortales, resucitan a muertos en cuya boca ponen discursos, imaginan novedades inusitadas, grandes, maravillosas de las cuales hablamos al tratar de retener la atención de los oyentes.

En el teatro, para el regocijo del público, reproducíase la vida de los hombres como en una pintura o en un espejo. Esta cosa deleita grandemente por el mimetismo, como dice Aristóteles en el *Arte poética.* El remedo, dice, cautiva a todos, pues to que el hombre es un animal especialmente nacido para la imitación, y aquello precisamente que en su naturaleza no quisiéramos contemplar, reflejado y reproducido, gana nuestra afición. Pero dado caso que el público del teatro está constituído por una masa heterogénea: varones, mujeres, doncellas, niños, niñas, espíritus no cultivados, tiernos y predispuestos a la corrupción, ¡cuánta maldad no es inocularles veneno! Así que las obras teatrales propónganse como blanco la recomendación de la virtud, la persecución del vicio; enséñenles la sana experiencia y la prudencia sesuda y no expresen cosa que pueda torcer sus ánimos de cera dócil. Muy bien dice Horacio: *Alcanzó los sufragios de todos aquel que en sabia combinación mezcló lo útil con lo dulce.*

Como argumentos de una obra teatral, son preferibles los temas contemporáneos a las añejas fábulas griegas o latinas, pues en los temas actuales andan representadas bajo un tenue disfraz las virtudes, los vicios, la política, el pueblo, los elementos, la Naturaleza y tratan de cosas útiles y prácticas y adoctrinan a los espectadores que en ello toman placer. Deben esto las ciudades al pudor humano; débenlo a la reverencia que merece la religión cristiana, que tuvo su principio de Nuestro Señor Jesucristo, Maestro de toda la verdad y de toda santidad. Pongan esas enseñanzas en cancioncillas, que el vulgo fácilmente se asimile trayéndolas siempre en la boca y canturréenlas las doncellas, no sea que sus jóvenes conciencias se mancillen con lubricidades y pecaminosas representaciones antes que sepan discernir el bien del mal.

No obstante, yo no querría que tocasen temas sagrados o divinos, por miedo de que, divulgados por la costumbre, se desvirtúen y se envilezcan misterios tan augustos, sino cosas de buen ejemplo, donde la virtud sea enaltecida y se torne amable, y el vicio sea depri-

mido y vituperado y se haga aborrecible. En los antiguos tiempos, según testimonio de Marco Catón, en los banquetes acostumbrábase cantar los loores de los grandes hombres, que, a manera de acicates, estimulasen los ánimos de los oyentes a la práctica de aquellas virtudes que ellos tenían por las más excelentes. Y si acaso ese tema de la virtud no agradare, cántense a lo menos aquellas cosas que se oigan con agrado y sin peligro de corrupción del alma, como son las descripciones de amenos paisajes, de tiempos mejores, lances varios, ridículos, maravillosos, tristes, alegres; dichos agudos, donosuras, sales y sazones por el estilo. En las tablas agradan con extremo las representaciones alegóricas y no desplace cierta oscuridad que aguza el ingenio del oyente siempre que esté al alcance del público para quien se preparó la farsa, pues lo que el pueblo no puede comprender más le molesta que no le agrada. Con todo, las primeras situaciones pueden al principio tener alguna intriga que luego poco a poco se vaya aclarando y explicando a medida que avanza la representación. El argumento que se desarrollará antes del primer acto, aportará gran luz a la fábula toda, pues lo que se dirá resultará más claro para que el espectador conozca todo el enredo de la obra.

El argumento será breve, compendioso, y tocará los puntos principales de la materia, sencillo y fácil de palabras y de sentidos, y transparente hasta donde fuere posible, que pueda ser retenido sin excesiva dificultad por cualquiera. Añade mucha gracia a las personas del drama su diferenciación y el decoro conservado inalterablemente hasta el final. No saldrán a la vez muchos personajes al proscenio, si ya no fueren mudos, no sea que hablando varios a la vez, estorben y confundan la comprensión de la obra. *Que no salga a hablar una cuarta persona*, decretó Horacio.

Hablemos ya de la composición del poema. Aquellos poetas primitivos siguieron un cierto ritmo grato a los oídos, sin observancia de los pies; más tarde, a ese ritmo y concento que tan blandamente halagaban los oídos por poder repetirlos con frecuencia, midiéronlos con los tiempos de la pronunciación y a esos tiempos llamáronlos pies, y a un determinado número de pies, diéronle el nombre de verso, pero no a cualquier tirada armoniosa de sílabas llamáronla verso, ni a la que no llegase a cuatro sílabas por demasiado corta, ni a la que fuese más larga de la respiración normal de un hombre, a saber: de más de dieciséis sílabas o de veinte, y por eso se le llamó *verso* (quicio, como quien dice), porque revertía y giraba sobre sí mismo y volvía al principio, bien el aliento con el hablar, bien el ojo con el leer. Paulatinamente (así como unos oídos se deleitan con unos sones y otros con otros, y así como no hay sabor que no sea grato a alguno ni son tan ronco, tan bronco, tan desabrido que a alguno no le contente) no quedó ninguna agrupación desde cinco sílabas a veinte que no fuera tenida por verso. De su continuación en serie salió la poesía y de la poesía el poema. Estos versos, si los disgrega uno y los baraja arbitrariamente hasta que desaparece la iteración o el *ictus*, llámanse prosa. Entre el *metro* y el *ritmo* existe esa diferencia, a saber: que el metro sigue el número de pies y el ritmo sigue los tiempos, así que el uno puede subsistir sin el otro; metro sin ritmo, esto es, verso sin

versificación, sin concento ni armonía, cosa aldeana y desabrida; mucho más dulce suena el ritmo sin metro. La Naturaleza inspiró a los primitivos inventores el ritmo; el arte hizo metro del ritmo. ¡Cuánto más no aventaja la Naturaleza al arte!

Algunos versos hay que tienen mucha musicalidad y son aquellos en que la armonía de tiempos pares coincide con sílabas impares. De este género son los versos heroicos, pentámetros, sáficos, glicónicos, anapésticos, endecasílabos, trocaicos. Para los oídos que son más sensibles a los tiempos, porque los conocen más, suenan los versos más blanda y regaladamente, como en la antigüedad a los griegos y a los romanos, que apreciaban muy finamente la diferencia de las sílabas breves y largas, pero siglos ha que se perdió, sin posible recuperación, ese exacto juicio del oído. Más conocemos la versificación de la lengua latina que no el verso. En las lenguas romances, por la poca finura acústica, ya no cuenta la medida de largas y de breves; lo único que apreciamos es la consonancia final con un determinado número de sílabas. Acomódase el metro por sistema al oyente, al motivo, a las personas que se introducen.

Las empresas guerreras fueron cantadas en verso heroico como con una trompa, y con aquel mismo aliento militar con que fueron llevadas a término. Los versos para el teatro corren ligeros con el yambo, que es un pie muy allegado al lenguaje cotidiano y familiar; más exigentes fueron con el verso escénico los griegos que los latinos. La tragedia, como es de argumento más elevado y discurre entre personajes ilustres, suena más rumorosa y grandilocuente; de ahí le vino el nombre traslaticio de *coturno*; como en la comedia es el *zueco*, que era un grosero abrigo con que los actores protegían sus pies.

Tuvo la romana antigüedad otros géneros de fábulas, *atelanas*, *tabernarias*, *mimos*, nombres tomados del género del argumento y de las personas. Estas no llegaron a nosotros. Es absolutamente preciso que toda obra escénica emplee el lenguaje común y que para el placer del lector los versos sean cuidados y armoniosos y que en el sentido no solamente conserve el decoro de las personas, sino, también, en las palabras, en los tiempos, en toda la composición. Todo ello lo vemos realizado por los griegos y los latinos en la comedia y en la tragedia. Esto mismo nos impone la naturaleza del asunto. La aspereza y la dureza convienen a los asuntos tristes, a los suaves la blandura, y la dulzura a los alegres. Y, finalmente, hasta donde sea posible, sea tal el movimiento y el vigor y la acción y el carácter de los versos como lo es el de los asuntos, y ello no solamente en las creaciones escénicas, sino en cualquier poema, y de manera singular en el poema dramático, que recibe aquella vivacidad de movimientos y aquella energía que en Homero y Virgilio descubrieron y notaron críticos doctos.

El poema no solamente admite todo linaje de palabras y de elocución, sino que lo disimula, por manera que las voces anticuadas, y las voces remozadas y la frase dura y hórrida se hacen notar mucho menos y, por ende, perdonar algo más en una composición atada a número que en la prosa suelta. Esto es fácil de comprobar en muchos autores, como en Sidonio Apolinar y en Marciano Capella, cuya prosa es lo más estrafalario y absurdo del mun-

do, pero el verso no es del todo desdeñable. Mas, puesto que el poema tiene una dicción más elegante y pulida, harto semejante a la prosa ataviada y aliñada, merece la mayor aprobación, como dicen que dijo Filoxeno Sículo, noble autor trágico, a saber: que la mejor navegación es la que se pega a la costa, y el paseo mejor el que no se aleja de la tierra llana, y el poema que está muy próximo a la prosa y la prosa que se parece más a la poesía. Las palabras exóticas que se llaman barbarismos no hay composición que las sufra, si ya no es que fueron introducidas en la ciudad con todo su haber o se les dió carta de ciudadanía, como dijimos en el libro primero. Toléranse las variedades dialectales mientras no estén demasiado desaparejadas las unas de las otras. Todos los dialectos griegos, que son muchos, fundiéronse en Homero en una lengua única y usó de ellos promiscuamente. La lengua romana no tiene dialectos; es única y simple. Todas las naciones que yo conozco, España, Francia, Italia, Alemania, distínguense por sus riquezas dialectales. Entre sus idiomas hay uno que en cada nación es el que prepondera, como en la Grecia antigua, el dialecto ático. En España es el castellano, o mejor, el *carpetano* de Madrid; en Italia, el toscano o el boloñés; el parisiense, en Francia. Quien componga un poema ha de usarlas con buen gusto e introducir en la propia todo cuanto bien le pareciere de la variedad mejor; la mezcla de la mejor, embellece; la mezcla de otra peor afea y hase de evitar, por tanto, como, por ejemplo, si uno contaminare la lengua de París con aportaciones de la variedad de Aquitania o a la de Bolonia con voces del Piamonte. En la lengua griega es deforme la latinización; no lo es tanto la helenización en la latinidad, sino en determinadas circunstancias. Esta regla valga no sólo para los vocablos, sino, también, para las frases y los respectivos idiomas.

Existen determinados modismos, formados de palabras simples o compuestas, tomadas de la antigüedad o cambiadas o invertidas, para las cuales no hay lugar en la prosa; mas en la poesía no solamente están admitidas, sino que le comunican no poca distinción y donosura, como Macrobio lo hace notar de Virgilio Marón en el sexto libro de las *Saturnales*. Dado caso que el poeta anda por la ley del metro y de la armonía como con cepos en los pies, se le perdonan muchas libertades en las voces propias y en las traslaticias; se le toleran anacronismos, se le consienten figuras que no se sufrirían en los otros con tolerancia pareja ni aun a los autores de obras de imaginación, dando por descontado que están en prosa. Frecuente es en ellos el uso de los adjetivos que se llaman epítetos y también la de voces compuestas, como *mare velivolum*, que dice Virgilio; como *terras frugiferenteis*, que Lucrecio dice. Ambos adjetivos, que tienen una épica solemnidad en prosa suelta, si no se colocan muy en su punto y con gran tino, suenan a pedantería. Y ni aun en verso parecen bien, si son sobrado frecuentes. Estos adjetivos tan enfáticos y sonantes hallan mejor colocación en los escritos griegos, que son más afortunados en fabricarlos, que en los autores latinos. Quedan muy bien en la tragedia, cuando está en pleno hervor alguna pasión magnífica.

Otros epítetos hay que los poetas utilizan para llenar la grieta o *hia-*

to del verso a modo de comisura o trabazón, como *agua húmeda, invierno glacial, fuego rápido.* A los escritores de prosa les está negada esa indulgencia, porque andan por un campo más espacioso y más libre de obstáculos. Los epítetos que no sean naturales podrá parecer incongruente ponerlos sin razón ni motivo, no menos en verso que en prosa. ¿A qué viene si uno, hablando del divorcio de Cicerón, dice: *El elocuente Cicerón repudió a Terencia, su esposa?* ¿Qué tiene que ver la elocuencia con el repudio? Ello estando más extravagante cuanto esté más fuera de razón. Tanto como si Salustio, o Clodio, o Marco Antonio, en sus fieras arremetidas contra Cicerón, le llamasen padre de la patria o ciudadano ejemplar. En lenguaje no sujeto a número no está bien poner ningún epíteto que no justifique su presencia con comunicar a la frase más energía o más color. En el poema, por las estrecheces a que está obligado, se dispensa más su inserción aun sin causa, mientras no esté fuera de razón. A los nombres de oficio o de dignidad o de profesión puede añadírsele, aun cuando no sea necesario, como: *Homero, poeta; Sócrates, filósofo; César, emperador; Alejandro, rey.*

Un gran recurso mnemotécnico es el verso, con su armonía y con su medida; por esto es que con preferencia deben adaptarse a medida prosódica aquellas materias que merecen que se las recuerde. Las sentencias que se incrustan en el poema a manera de piedras preciosas, ya que no con más elevación y brillantez, quisiera yo encerrarlas en una expresión densa y rotunda, y que se las disparara con la fuerza con que de la ballesta sale el dardo, para que más firmemente se hinque: Esto, que ha de hacerse en todo otro poema, sea el que fuere, con singularidad debe hacerse en la composición escénica. De esta manera, fácilmente el espectador se la llevará a su casa y la recordará y la rumiará largamente en sus adentros.

CAPITULO VIII

PRECEPTIVA DE LAS ARTES

Todo arte es como una imagen de la Naturaleza, puesto que es su ejemplar. Pues bien; en la Naturaleza hay cosas que crecen con el aditamento de partes, como los ríos, y otras que quedan, por decirlo así, como bosquejadas de una vez y luego, poco a poco, se van completando y acabando como los fetos de los animales. También hay las que son obra de las manos y de la industria humanas; las unas surgen de parte en parte, como la casa y el libro, y las otras, por la estructuración y pulimiento del todo, como una estatua, como una pintura. Esto mismo acontece en la enseñanza de las disciplinas del ingenio, pues las unas, nacidas de modestos principios, crecen con aumentos nuevos, como determinadas cuestiones matemáticas, que primeramente se concretan y fijan y luego, por encima, se le pasan los colores; y de este mismo linaje son todas aquellas que en todas sus partes están coherentemente unidas y concadenadas, como la gramática, la dialéctica, la retórica, la filosofía moral. Por este camino enseñaron estas artes Aristóteles, artífice supremo, y el seguidor de Aristóteles, Teodoro Gaza. En estas artes no hay una que acabe en ella misma; todas están relacionadas; el principio de la una está muy estrechamente unido con

la primera y ofrece el paso para la tercera, como, por ejemplo, la dialéctica con la gramática, la medicina con la física. Esta es la opinión de Aristóteles en sus *Analíticas: Todo arte y toda su doctrina nace del conocimiento anterior*. El arte primera está unida muy estrechamente con las otras, pues su conocimiento principal es el conocimiento de la Naturaleza. De ahí, de lo más fácil, se pasará a lo más difícil, de manera que lo primero dé paso a lo que viene a continuación. Lo primero, en las artes, ilustra lo que sigue, y esto que sigue abre una amplia perspectiva, desde donde se difundirá aquella luz y se hará más brillante. A esto va aquel proverbio: *El día de ayer es el maestro del día de mañana.*

En la preceptiva no se debe atender a la naturaleza de las cosas, sino a la del oyente; para él hemos de decir lo más conocido y lo primero, no a la Naturaleza. Debemos imitar el curso y el camino de la Naturaleza, no entrar en ella bruscamente. Tiene ella cosas que le son sobradamente conocidas, como nuestros artistas conocen la materia y la forma. Expuestas a nuestros sentidos nos son conocidas por demás; de ahí se vienen a la mente. Lo primero que debemos mostrar son las cosas sensibles; luego, las que les están más próximas, como en las cosas naturales, las que andan mezcladas, y en las artificiales, las simples, pues nosotros, comoquiera que somos sus artesanos, más fácilmente las conseguimos, como en la casa la cal, los ladrillos, la madera; en la república las viviendas, los hombres. Y así escriben de los animales, y de las hierbas, y de las piedras los que escudriñan las cosas de la Naturaleza y consignan por escrito sus descubrimientos. Las disciplinas que enseñan a saber algo o a hacer algo, deben ser explicadas con algún mayor cuidado y esmero, con claridad mayor, con orden más exacto, ponderando maduramente cada uno de los preceptos y examinándolos a la luz y norma de la verdad. En las que son expresión y como órgano de las otras y acomodadas a su uso, ninguna importancia tiene la manera como se las enseña a ellas mismas o a las otras, en cuyo interés se aparejaron, mientras puedan valerse de aquellos instrumentos. Mejor es una navaja aldeana, de buen corte, que un cuchillo bruñido y elegante. La eficacia de las razones no puede ser igual en todos, y ello no debe ser por nadie exigido.

En las *matemáticas* de conceptos vulgares y postulados, que fuera el colmo de los absurdos rechazar, pásase a otros con tal fuerza y robustez de argumentos, que una vez que te hubieres adentrado en ellos, ya no está en tu mano retroceder, si es que no revocas lo concedido; pero no lo conseguirás, aunque lo supliques y lo reclames con encarecimiento.

En el *conocimiento de la Naturaleza*, la probabilidad se toma de aquello que cae bajo el dominio de los sentidos, con el concurso de mociones y de actos. En la *disciplina moral* tómase la probabilidad de la congruencia con la Naturaleza, que a todos, indistintamente, sugirió determinadas informaciones acerca del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto. En las cosas *enciclopédicas*, la probabilidad nace de las sentencias y opiniones admitidas por el uso y las costumbres de aquellos que son tenidos por sabios y prudentes. La dicción será tal, que más atienda a la claridad y sustancia que a las palabras. Esto, por lo que se refiere a los preceptos, pues como

en los otros lugares, así también en éste puede prestarse atención al dicente, al oyente, a lo que se dice, al tiempo en que se dice, etc.; esta luz les viene de las palabras propias, de las traslaciones de cosas conocidas; pero de la claridad y de la explicación ya hemos hablado en otro lugar. Con todo, a esta explicación o enucleación no has de perseguirla con tal saña que no sólo saques y muestres el meollo, sino que también lo quiebres y lo desmenuces con una exposición recia de puro pueril. Muchas veces, los ingenios de los discípulos deben, como los dientes de los niños, robustecerse y fortificarse con pan duro.

El artista, si satisfizo su propósito y su tema, hondamente cumplió con su deber, fueren cuales fueren las palabras de que se valió. Un filósofo, si aportó elocuencia, no seré yo quien la rechazaré; pero si no la aportó, no la reclamaré. Toda filosofía es arte de cosas, no de palabras, y más perdonable es que un filósofo falte en la dicción que en la verdad. Mejor y más auténtico filósofo es el que con no atusado lenguaje dice cosas elegantes y bellas, que el que, al contrario, echa falsedades o bagatelas vestidas con magníficos arreos. ¿Quién no tolerará una sentencia sabia y cuerda dicha en francés, en español, en alemán o en ruso? Y si se la tolera dicha imperitamente en esas lenguas, ¿por qué no también en latín? Con todo, yo preferiría, hasta donde pudiera hacerse, que se mantuvieran la pureza y la propiedad de toda lengua, pues así será más fácilmente entendida y llegará más enteriza a la posteridad. Aristóteles, príncipe de la enseñanza, es densísimo de contenido y sobrio de palabras. En ello miró por la memoria de los discípulos, porque no tomen demasiada fatiga y pesadumbre en retener los conocimientos necesarios. Imiten a Aristóteles los preceptistas de arte, aun cuando yo no quiera que en todo sean tan precisos y poco habladores, pues en este punto Aristóteles paréceme algún tanto exagerado, pues no dice lo necesario, ni tampoco al lector deja minuto de respiro ni de descanso, pues si hiciere algún bostezo o tiene un momento de distracción, Aristóteles ya pasó adelante con gran pérdida de inteligencia.

Habrá *proemios* que preparen al oyente para oír, dócil y atentamente, consideradas la grandeza, la hermosura, la utilidad, la necesidad del arte. Si alguna vez viniere antojo de una digresión, será exclusivamente en gracia de la explicación, digo, cuando interesare bien a la formación de los discípulos, para que se tornen más atentos o más dóciles o por su bien personal, porque se vuelvan mejores, lo que debe hacerse con bastante frecuencia, por cuanto nos conviene mucho más ser buenos que ser doctos. Esas admonicioncillas serán breves, pero fuertes y recias como lo son algunas de Plinio Segundo o, si acaso, un poco más largas al final, como en Séneca, a lo último de cada libro de las *Cuestiones naturales*. Hay permiso para las repeticiones de aquello que ya se dijo, mientras no sean excesivas en asunto conocido, en atención a la inteligencia o en beneficio de la memoria. Sin estos requisitos huelgan perfectamente. Epílogos y recordatorios de lo que se hizo y de lo que se debe hacer pónense con frecuencia para refrescar la memoria de lo que se dijo, y porque el oyente se disponga para lo que se dirá.

CAPITULO IX

DE LAS PARÁFRASIS

Hasta aquí hemos hablado de aquellas oraciones que sirven para explicar las cosas. Desde ese momento estudiaremos las que tratan de explicar las palabras, de las cuales unas dilatan la oración y otras la contraen, y otras explanan las palabras en la misma lengua y otras, por fin, trasladan de una en otra lengua el sentido. El primer género se llama *paráfrasis;* el segundo, *epítome;* el tercero, *comentario,* y el cuarto, *versión o interpretación.*

Existe la *paráfrasis* cuando, mediante una oración, se dilata otra, intercalando brevemente unos aditamentos que comunican luz y por ende ayudan a la inteligencia, pues la paráfrasis equivale a hacer más ancho y llano el camino, manteniendo, no obstante, el sentido siempre igual.

En esa exposición parafrástica consérvase a veces la persona del autor y otras es sustituída por la del parafrasta, que introduce la suya propia, de modo que la tercera persona es la del autor. De cuando en cuando varía según el pasaje parezca pedirlo, pues hay cosas que se exponen más cómodamente en persona del autor y otras en la del parafrasta. Ello acontece especialmente en aquellas composiciones donde hay discursos o diálagos o tienen una especial fuerza o movimiento, pues en la preceptiva es una e invariable la fisonomía de todo el lenguaje y ninguna necesidad hay de esa mudanza de interlocutores.

Las digresiones serán o nulas o raras en extremo y muy breves, pues por eso precisamente se llama paráfrasis, porque no se aparta de la frase propuesta; es decir, de la oración. Con todo, ha de servir a la utilidad, es decir, a la inteligencia de la cosa, por lo cual hay que hacer especial hincapié en los lugares más difíciles. Efectivamente, en allanar una senda fragosa e inclinada hay que poner mayor esfuerzo. De este género son la fábula o la historia no expuesta a cualquiera, un lugar abstruso de filosofía, una alusión o una cita de autor raro y desconocido. Con todo, debe decirse que a estas cosas oscuras e intrincadas no tanto las dilucida la paráfrasis, como otras formas de exposición.

El parafrasta no debe olvidarse un punto de su propósito. La dicción será adecuada a la enseñanza. Las voces arcaicas que el autor hubiere introducido en el pasaje supuesto, las reducirá el parafrasta a las voces más corrientes de su tiempo.

Aquello que estuviere expresado con una palabra propia y justa, pero no de uso asaz común, el parafrasta lo redondeará con circunloquios más conocidos y asequibles; lo que estuviere invertido, lo pondrá en orden y unirá lo que estuviere separado y descoyuntado. Las metáforas y figuras serán reducidas a su propia y natural simplicidad y, por fin, será retirado todo envoltorio que encubra el sentido, a fin de que la composición resulte más llana y más clara, pues la paráfrasis se inventó para facilitar la comprensión y para advertir la inteligencia y volver al recuerdo todo aquello que necesario fuere y que ya estaba olvidado o no se tenía al alcance de la mano.

CAPITULO X

EPÍTOME

Lo contrario de la paráfrasis es el *epítome*, que quiere decir recorte de todo aquello que no es necesario para la inteligencia de la cosa presente o para que rinda utilidad. Llamo presente a la cosa que se propone el que la recorta. En ello se ha de tener una mira especial para con los oyentes, cuál sea su talento y cuál su erudición respecto de aquello de que se trata. Esto hace que sea más fácil o más difícil la comprensión de la materia. Luego también se ha de mirar qué cosa sea la que queremos seccionar, pues la que es conveniente y acomodada para la inteligencia de las otras cosas o al conocimiento de sí mismo, si se la amputa del restante cuerpo, la operación que se hiciere no será *epítome*, sino *descabezamiento*. Lamentable descabezamiento es precisamente lo que hizo el obispo Paulo en Festo Pompeyo.

El epítome es de dos clases: la una de todo el cuerpo, a manera de *circuncisión*, que se verifica cuando lo derramado se agrupa y se amputa lo redundante; en ese caso, la composición es del que la reduce. Esto fué lo que hizo Lucio Floro en Tito Livio. La otra forma del epítome es cuando de la totalidad del cuerpo se extirpa una parte o muchas, empero lo que queda, conserva la redacción original, como en los *Centones de Derecho civil*. Llámese a esa forma de epítome *amputación*.

La finalidad del epítome es ayudar a la memoria, para que más fácilmente retenga lo que la conviene en un momento dado y se le refresque al punto con aquella sintética admonición. También el epítome prevé la economía de tiempo para los estudios, porque no tengan tanto que leer, reduciendo lo necesario a poco. Hace también muchas veces buen servicio a la honestidad, como cuando uno retira lo nocivo de autores inmundos, como Marcial, Ovidio Nasón, Catulo y otros autores de la misma laya. La amputación no tiene otra dicción que la de antes y en ella no se ha de procurar sino que lo amputado se quede feo como una úlcera sajada. En muchas ocasiones no es necesario utilizar el tránsito o, por decirlo así, el gluten, pues muchas cosas amontónanse distintamente en un acervo, procedimiento no absurdo cuando la variedad de efectos es mucha. Por otra parte, donde es uno el contexto del asunto y del sentido, vale más observar alguna conexión. A la contracción y suma sírvele la brevedad como la abundancia sirve a la paráfrasis. Finalmente, puesto que la contracción no se propone más que expresarse brevemente, irá en dirección opuesta de la paráfrasis, salvo en las voces anticuadas y caídas en desuso y en herrumbre.

CAPITULO XI

DECLARACIONES Y COMENTARIOS

La interpretación de cada una de las palabras llámase *glosa* o *glosema*, nombre tomado del órgano de la lengua, como si una lengua más oscura quedase ilustrada por otra más clara, como *hombre férreo* por *duro* e inflexible. Cuando es algo más extensa la declaración entonces llámase *escolio*, nombre sacado del ejercicio escolar, que consiste en una explanación fácil y sin pretensiones, desnuda de todo primor y atavío. Los *comentarios* llámanse así

del verbo *comentari*, que en castellano suena *disertar*, y son de dos géneros: o *simples* o *in aliud*. Comentarios *in aliud* son cuando se inquiere y se explica el sentido de cualquier autor. Acostumbran ser ceñidos y breves; con todo, son susceptibles de alargamiento si se trata de una materia que se propuso el comentarista y experimenta lo que puede aportar, como son casi todos los comentarios a la obra de Aristóteles, de Hipócrates, de Galeno, del Maestro de las Sentencias; y en el Derecho civil, los comentarios a las XII Tablas y a los edictos de todos los magistrados. Esos tales escritores deben llamarse no tanto expositores de la obra ajena, como propios autores, y por eso ponen sus comentarios al margen de las XII Tablas y del edicto del pretor. En los *comentarios más sucintos*, no tanto has de mirar a tu propio parecer como a cuál es el sentir del autor que te propusiste explanar.

Si fuere oscuro el lugar, has de retrotraerle como a su fuente al autor de donde lo tomaste, como, por ejemplo, comentando a Plinio tienes que acudir a Aristóteles o a Teofrasto u otros que él nombra; comentando el *Timeo* de Platón has de remontarte a la obra de Timeo, el pitagórico. Este procedimiento acarrea no poca luz. Luego brevemente, sin más que apuntalarlas, has de decir la opinión de los otros acerca de aquel pasaje o de quiénes tocaron la misma materia. En caso de que no puedas explicar sino con muchas palabras el punto que te propusiste ilustrar, lo más plausible es, como dicen vulgarmente, señalar la fuente con el dedo y declarar adónde se ha de ir para mayor información, si ya no fuere que el escritor es raro o que escribió en lengua extranjera. En los *comentarios difusos* has de guardarte de hacer en lugar no oportuno una curiosa y larga disertación, y de confundir las materias, como si, por ejemplo, comentando las Sagradas Letras, te enredares en ansiosas y verbosas explanaciones de otros temas, verbigracia: si comentando aquel pasaje de San Lucas: *Salió edicto de César Augusto de que el orbe todo se empadronase*, tú, tomando pie de haber mentado a Augusto, narraras puntualmente toda la guerra civil que sostuvo con Marco Antonio, o como si, explanando el *Fiat lux* (hágase la luz) del *Génesis*, te abalanzaras a desenvolver todo lo que de la luz y de la sombra han escrito los físicos.

Hay que poner tasa y medida en todo y hacer cata en otras disciplinas y sacar de ellas algo de provecho para ti, y no se deben confundir ni las unas han de invadir el terreno de las otras. Y, sobre todo, te recomiendo que aun cuando te hubieres propuesto escribir comentarios difusos, siempre has de recordar que son comentarios y que en ellos no está permitida la divagación ni aun en una obra tuya. Mucho menos en una obra ajena, a cuyo servicio te pusiste. El estilo sea adecuado, como prevenimos en la preceptiva del arte.

Dijimos que el otro género de comentarios era *simple*, donde brevemente se anotan determinados puntos para aviso de la memoria. Esto se hace o por los que han de hablar o por los que recogen lo que luego han de exponer y ampliar. Ello lo hace cada cual según sea su memoria o la práctica que tenga; muy brevemente y a manera de apuntes, los unos; otros, más densos y extensos, como Casio Severo. En ellos no se ha notar ni una

por una las cosas principales o íntimas, sino aquellas otras que más expeditivamente y con certidumbre mayor traen la memoria al punto que queremos. Hay comentarios redactados para memoria de los hechos pretéritos, más en interés de los otros que de nosotros mismos, como los comentarios de L. Sila y de L. Lúculo y de Marco Escauro, de quienes hablan los autores perdidos ya, y los que nos quedan de C. César. En éstos no conviene que la brevedad y el laconismo sean tan grandes que difícilmente puedan entenderse, sino que debe consignarse el resumen de dichos y hechos que de ellos pueda colegir todo lo que se calla el lector, no del todo rudo, y que sean susceptibles de ampliarse y elevarse a aquella verdad y dignidad de la Historia, que antes dijimos. Su frase será ceñida, directa, desnuda, cualidades que Cicerón reconoce en los *Comentarios* de Julio César.

CAPITULO XII

VERSIONES O INTERPRETACIONES

Versión es la traducción de las palabras de una lengua en otra, conservando el sentido. En algunas de estas versiones se atiende no más que al sentido; en otras, la sola frase y la dicción, como si alguien intentare trasladar a otras lenguas las oraciones de Demóstenes o de Marco Tulio o los poemas de Homero o Virgilio Marón, observando con escrupulosa fidelidad la fisonomía y el color de estos grandes autores. Intentar su experiencia es arduo empeño de un hombre que no supiera bien cuánta diversidad haya en las lenguas, pues no existe ninguna tan copiosa y varia que tenga exacta correspondencia con las figuras y giros aun de la más desvalida y pobre. No todos, ni tomándolos de los griegos, nos siguen, dice Marco Fabio, como tampoco les siguieron a ellos, todas las veces que quisieron sellar lo nuestro con palabras suyas.

El tercer género es cuando la sustancia y las palabras mantienen su equilibrio y equivalencia, es decir, cuando las palabras añaden fuerza y gracia al sentido y ello cada una de por sí o unidas o en todo el cuerpo de la composición. En aquellas versiones donde no se atiende más que al sentido, la interpretación ha de ser libre y se ha de tener indulgencia con el traductor que omite lo que no interesa al sentido o añade lo que puede esclarecerle. Las figuras y los esquemas de una lengua no deben expresarse en la otra y, mucho menos, lo que es privativo del idioma. Yo no acierto a ver a qué viene el admitir un barbarismo o un solecismo, por el pueril afán de reproducir el sentido del original con otras tantas palabras, como lo hicieron algunos en la interpretación de Aristóteles y de los Libros Sagrados.

Será lícito expresar dos palabras con una sola o con dos una sola o en cualquier otro número, una vez que se tenga dominio del idioma y aun añadir alguna o quitarla. Fácil será sacar ejemplos de esto de Cicerón en su libro *De universitate*, y de Teodoro Gaza, traductor excelente, quien en el primer libro *De los animales*, de Aristóteles, se toma copiosamente toda esta suerte de discretas libertades, de una sola palabra en dos de dos palabras en una, y se permite añadirle pequeños aumentos de su propia cosecha. Tiene cuenta muy escrupulosa con el genio de la lengua latina, y le res-

peta, aun a trueque de cambiar un poco lo que el griego dice. Séneca, en su libro *De la tranquilidad del alma,* dice: *Este asiento firme del espíritu llámanle los griegos autimia* (estabilidad), *yo le llamo tranquilidad, pues no es necesario imitar y transportar los vocablos según su forma. La cosa de que se trata hay que denominarla con algún nombre que tenga la fuerza de la denominación griega, aunque no tenga el mismo rostro.* Con todo, yo no consentiré que cualquier traductor se tome tan cómodas libertades, si antes no está muy cierto, tras madura exploración, que no se engaña y que en el arte del cual trata no haya puesto el desvelo procedente.

Las *interpretaciones* no solamente convienen, sino que son de primera necesidad, así para todas las disciplinas y las artes todas, sino para todas las circunstancias de la vida, siempre que sean fieles. Son falsas bien por desconocimiento de las lenguas o de la materia de que se trata. Las palabras son finitas y las cosas, infinitas; por esto es que muchos reciben engaño de la semejanza de las palabras que se llama *sinonimia.* Y por la materia que traducen, engáñanse los intérpretes ignorantes y engañan a los que fían de ellos, así en las voces y dicción, técnicas de aquel arte o peculiares del autor. Así es que verás que algunos, en la versión de Aristóteles o de Galeno, con poca felicidad desempeñaron el cometido y con poco respeto por la dignidad de la obra, porque no estaban versados suficientemente en la filosofía y la medicina.

En esas interpretaciones, las cosas y las palabras se pesan en balanza equilibrada; los tropos y figuras y los restantes adornos de la oración deben conservarse, hasta donde sea posible, en su integridad. Y si ello no lo pudieres hacer cómodamente, deben serles semejantes en brío y en decoro, en el grado en que lo permita la lengua a que son vertidas y que ésta reproduce con la misma fuerza y donosura que la lengua original. En este punto se pecó en la versión de Aristóteles, además de en alguna otra parte, en los *Elencos,* como demostré en otro lugar. Muy útil fuera a las lenguas, si los traductores diestros tuvieran tal osadía, de conceder de cuando en cuando derecho de ciudadanía a tal o cual tropo o figura peregrina, mientras no anduviera demasiado lejos de sus usos y costumbres. Y aun también algunas veces sería conveniente, a imitación de la lengua primera, de la lengua madre, formar hábilmente algunas palabras por enriquecer la lengua posterior, su hija como quien dice, cosa que hizo Gaza, griego natural, que se granjeó el reconocimiento de los latinos.

Pero no piense cada cual que eso le está permitido. Lo más cuerdo es ser en este punto más parco y minucioso que osado y despilfarrado. Hay versiones del sentido en las que han de pesarse muy concienzudamente también las palabras y aun contarlas si te fuere posible, como en los pasajes dificilísimos y muy oscuros de entender, como los tiene Aristóteles numerosísimos, que han de dejarse al buen juicio del lector. También será buena esta precaución en los negocios públicos y privados de mucha importancia y en los misterios de nuestra Santa Religión, que los Libros Sagrados contienen. En esos casos no debe el que traslada interponer su juicio.

Los nombres propios de hombres o de lugares deben pasar íntegros de una lengua a otra y jamás interpretar lo que ellos etimológicamente significan. No traducirás *Aristóteles*

por *Fin óptimo*, que esto es lo que significa; ni *Platón* por *Ancho*, ni *Israel* por *Suplantador*. Esto hicieron los griegos y romanos, que dejaron los nombres extranjerizos en su naturaleza y ser primeros; no hicieron más que torcerlos un poco y acomodarlos al genio de su lengua respectiva. Con razón Luciano hace escarnio y mofa, amén de otros muchos, de aquel historiador que interpretó en griego los nombres romanos y de *Saturnino* hizo *Cronión* y otros por el estilo. Lo más que se puede permitir en este punto es, como decía, elidir o añadir una letra o sílaba para que se acomode a la lengua a la cual se traduce. Obran, a mi juicio, de una manera extravagante los que llevan hasta nosotros los nombres romanos con escritura griega, como cuando quieren que *Rhoma* sea aspirada, porque los griegos aspiran las voces que comienzan en *ro*.

Existen nombres determinados que ya de antiguo fueron introducidos de diferente manera, según las lenguas. En este caso hay que atenerse a la costumbre. *Cartago*, dice el romano; el griego dice: *Carquedona; Agrigento, Acragas*. Los nombres propios que pasaron a otra lengua por medio de una tercera, tómanse de ésta, no de la primera. Los nombres propios bárbaros de las regiones del Oriente y del Mediodía llegaron a los romanos por vía de los griegos; los del Norte y del Occidente, llegaron a los griegos por conducto de los romanos. Pues bien: los romanos presentan, al estilo griego, los nombres que los griegos les enseñaron, y los griegos a la manera romana, los que de ellos aprendieron, con una leve inflexión en gracia de su modo de pronunciarlos. Esto debe entenderse también en nuestras lenguas vulgares. Los españoles e italianos porque, a través de los franceses, supieron de los germanos, pronuncian el nombre de las comarcas y ciudades germánicas, no como los germanos nativos, sino como los pronuncian los franceses. Aquellos que obligan a la lengua latina a pronunciar los nombres hebraicos al estilo de los hebreos, parécenme que violentan a la Naturaleza. No admite esa lengua generosa aquellas absurdas torsiones de paladar, de lengua, de toda la boca. Lo que de la lengua griega tomó consérvalo en su forma griega. No es fácil el tránsito de unas a otras cosas alejadas y sí lo es de cosas semejantes y vecinas. Las iglesias latinas recibieron casi en su totalidad los libros sagrados de las iglesias griegas y el uso de los nombres prevaleció, según la versión de los Setenta, y es conforme y congruente por de pronto con la lengua griega, y luego con la latina, que de la griega nació.

¿Y qué más? Los mismos hebreos pronuncian los nombres de las naciones, no como ellos hablan, sino a su manera, diversísima de todos los demás, según queda claro para quien leyere lo que escriben de los reyes de los persas, de los medos, de los egipcios, o de las regiones y lugares del orbe.

Por lo que toca a la elocución, o bien se ha de seguir la del autor vertido si en él se ve fuerza y brío, como por vía de ejemplo, si un traductor emprendiera la versión del *Asno* de Apuleyo y reprodujera aquella dicción regocijada y burlona, admirablemente hecha para hacer reír; o, si no, síguete a ti mismo y obedece a tu propio instinto, que es tu guía más segura mientras estés convenientemente orientado. Si puedes, compite con tu original y devuélvele una elocución mejor que

la que recibiste y por esto mismo más apta y apropiada al asunto y a los oyentes, pues, en fin de cuentas, es mejor, porque es más ajustada y conveniente; no como hacen algunos que, llevados de una estúpida vanidad, afean una dicción aseada y nítida y llena de honestidad y decoro con tufos y copetes, y de fácil y grata que era hácenla pesada y enojosa. ¿Y qué decir de aquellos que ajan la elegante tersura y el esplendor del original con palabras y figuras oscuras, con rasgos de mal gusto, por prurito de ostentar una facundia viciosa, sin ninguna discreción y con una ausencia total de criterio y absoluto desconocimiento de lo que constituye la naturaleza y la fuerza de la dicción? Piensan ingenuamente que la dicción gana, si la atiborran de vocablos raros, exquisitos, desusados y olvidados de puro viejos.

Con cuanto mayor exactitud hubieres conservado la gracia de la dicción y con cuanto mayor propiedad la hubieres interpretado, tanto mejor y más excelente será la versión que con mayor verdad sea expresión de su originalidad, como lo es el pequeño libro ciceroniano *De la universalidad*, que es una parte del *Timeo* platónico, y que yo propongo a todos los estudiosos como modelo de traducción irreprochable.

La poesía debe ser interpretada con mucha más libertad que la prosa por la coacción del ritmo. Permítese en ella añadir, y quitar y cambiar, y esto sin restricción, mientras quede salva la integridad del pensamiento poético.

Los géneros oratorios referentes a las cuestiones de la persuasión son casi infinitos, ora atiendas a la materia, ora a los propósitos de los que hablan, pues estos dos conceptos los distinguen. Seguirlos uno por uno fuera tarea inmensa. Los hemos comprendido en fórmulas generales, que son pocas y enseñan con verdad y certeza este arte, mientras se tenga diligente atención y práctica conveniente. Sin estos dos requisitos holgarían todas las reglas.

Esto pensé que debía decir del *Arte de hablar* en líneas generales, porque con más facilidad y mejor fe pudieren observarse y acomodarse a cualquier uso, luego de dejar a un lado todo aquello que creí no pertenecía al asunto. Hacienda vuestra será no torcer este don tan grande de la palabra concedido por la bondad de Dios al humano linaje, a malos usos, como a la maledicencia, al furor, a la venganza, convirtiendo en perdición y ruina de los hombres lo que les fué otorgado para su salud. ¿Qué diferencia va en que acometas a tu prójimo con la lengua o con la espada? La diferencia consiste en que tiene una gravedad singular ofender con la palabra que la Naturaleza te dió para que con ella obrases el bien. Los animales que llamamos irracionales o mudos tienen a su manera un cierto linaje de habla imperfecta y rudimentaria que sirve a su instinto y a sus pasiones. Nuestra habla está al servicio de la razón. Así que no tiene verdaderamente habla quien no se deja guiar por la razón. Por esto es que tomamos el carácter y las costumbres de los irracionales y degeneramos perfectamente en brutos cuando traspasamos el don de la palabra del obsequio a la razón a la servidumbre de las pasiones.

Brujas, 1532.

FIN DEL
«ARTE DE HABLAR»

DE LA DELIBERACION

(DE CONSULTATIONE)

(1523)

A Luis de Flandes, señor de Praet.

PÍDESME, señor muy ilustre, que escriba acerca del género deliberativo, separadamente del restante cuerpo del arte de hablar. Difícil tarea, a mi parecer, así por su enorme extensión, que comprende tanto como la vida humana varia y multiforme; y acerca de todo su conjunto y de cada una de sus partes más pequeñas se entra en estudio inmediatamente; como también porque en ese género, como en el judicial y el demostrativo, toda la invención se toma de los lugares de los argumentos, que ahora yo debía repetir en ese lugar o proponerlos bajo un nuevo método, como más convendría a nuestro propósito. Pero tu singular amabilidad y tu erudición y, encima, el gran afecto que me profesas, oblíganme a no ver nada difícil en tratándose de complacer tus deseos, principalmente tanto a ti como a los que están en situación análoga, que con harta frecuencia sois consultados sobre asuntos de la máxima importancia, y ninguna cosa os es tan necesaria como la manera y la facultad de evacuar esta consulta. Mas en esa obra que hice para ti, piensa que no vas más que a leer un comentario esbozado rudamente, no sea que el tratadillo decepcione tu expectación. Con todo, es menester atención, porque no acaezca que lo que yo escribí con pluma leve y con la sola punta, como quien dice, resbale por encima de tu espíritu, ocupado en otros menesteres, sin dejar ningún sentido de sí. Hecha esta prevención, entremos en materia.

En toda oración o discurso que deba uno construir, tiene que considerar tres cosas: asunto de que ha de hablar, en qué lugar, y, finalmente, con qué vocablos: a esos tres puntos suelen llamarles los retóricos invención, disposición y elocución. Así que nosotros, primeramente, hablaremos de la invención de las *suasorias;* luego del orden y razón de las partes, y, finalmente, del cuidado de las palabras.

Antes que todo, debemos considerar quién es aquel a quien damos consejo, y, luego, quiénes somos nosotros, y, por fin, quiénes son los

otros consultores y de qué cosas, y en qué lugar, y en qué tiempo, y en qué circunstancias. Todo eso yo quiero dejarlo puesto de tal manera que no deba ser objeto de prolijas reflexiones, sino abarcarlo de un solo golpe de vista y relacionarlo luego entre sí. En el deliberante, en nosotros, y en los restantes consejeros, y, finalmente, en cada una de las personas debe considerarse: qué hubo antes de ella, qué simultáneamente con ella, qué después de ella. Antes que ella están sus mayores y el conjunto de todos sus antepasados; luego, la patria; después, todo lo que se hizo o se dijo que de una manera u otra pueda tener relación con ella o con la cosa acerca de la cual se delibera, verbigracia, ejemplos tomados de la Historia, de las fábulas, oráculos, predicciones, apotegmas, sentencias, dichos vulgares, proverbios, y con lo que con ella se relaciona, lo que hay en el espíritu y lo que hay fuera de él.

En el ánimo está la agudeza del ingenio, la firmeza de la memoria; las dotes de la Naturaleza, docilidad, juicio y todo cuanto se granjea por la industria o la práctica, a saber: las disciplinas y las artes todas, o lo que se ejercita con el exclusivo ingenio o con las manos, prudencia, costumbres, virtudes y todos sus contrarios, embotamiento, olvido, rudeza, desmaña; luego, afectos, deseos, codicias, esperanzas, temores, dolores, disgustos, alegrías, amor, amistad, enemistades, odio, ira, de donde proceden en su mayor parte las costumbres, que son en extremo variadas: apacibles, agrias, constantes, inconstantes, blandas y tratables, duras e intratables, severas, relajadas, astutas, simples. Alléganse a esto las aficiones a objetos determinados: caballos, armas, casa, todas las cuales tienen sus raíces fijas en la parte inferior del ánimo, las cuales retoñan o quedan ahogadas según que se les den o se les sustraigan alimento, ocasión o costumbre; pues aquellas pasioncillas o impresiones ligeras que al punto se desvanecen ni tuvieron su germen en la raíz de la pasión ni dejaron rastro de sí; son oscuras y momentáneas y no han menester que se ponga en ellas demasiado cuidado, aun cuando las utiliza, y no raras veces, el orador para dar un atisbo o conjetura de una pasión mayor, latente, de la cual son indicios.

En el cuerpo hay esto: en el cutis, la forma; en los nervios, la robustez o la debilidad; en lo vital, la salud, la buena y la mala; en la fábrica del cuerpo, la estatura; en la proporción, la hermosura o la fealdad; en el hombre todo, la edad y la sensibilidad del cuerpo, y el nombre también, como Carlos, Aníbal, Juan, Escipión, Pablo, Stúñiga, Manrique, Velasco, Columna, Ursiño, y todo cuanto procede de lo que se dijo: celeridad, agilidad, donaire juvenil, reverencia, y cosas así. Las cosas externas o están debajo de nosotros como riquezas, posesiones, condición, profesión, placeres por todos los sentidos, esposa, hijos, criados, consanguíneos cuyo cuidado nos toca, pupilos, clientes, súbditos; encima de nosotros están los padres y los consanguíneos de mayor edad que nosotros, como tíos, hermanos mayores, señores, príncipes y maestros, república, los maestros. En igualdad con nosotros están los amigos, los cofrades, los primos hermanos, los consobrinos, los afines, los vecinos. Y de los otros o nosotros nos vienen dignidad, honores, poder, influencia, reputación, gloria, que no están en nuestra mano. Al hacer esta enumeración tan pormenorizada, quiero que se en-

tiendan comprendidos siempre sus contrarios, como pobreza, indigencia, penuria, flaqueza, orfandad, tormentos, infamia, oscuridad, adversarios, enemigos, pues, según la sentencia de Aristóteles, al mismo arte pertenece tratar de sus contrarios; en nuestro derredor, hay el lugar, como ciudad, región, y sus cualidades: montañosa, pedregosa, palustre, llana, accesible, escarpada, y sus partes: casa, plaza, campo, entre amigos, entre enemigos, y la situación del lugar: aquí, allí, cerca, lejos, hondo o enriscada.

El tiempo es o natural, como hora, día, mes, año, siglo, invierno, verano, primavera, otoño o por obra de los hombres: día de estío, día de fiesta, de vendimia, de siega, de siembra, de guerra, de paz, de tregua; o por accidentes de ese mismo tiempo: de abundancia, de hambre, de peste, de salubridad, borrascoso, tranquilo; también, las diferencias del tiempo: ahora, entonces, en tiempos pasados, antes de ayer, ayer, mañana, o en relación particular con alguno: tiempo de aprender, tiempo de solicitar la magistratura o de desempeñarla, de enfermedad, de salud; parte de éste, es la ocasión o la oportunidad, la suprema coyuntura de actuar. Hay determinadas cosas que están cabe nosotros y en nuestra proximidad, verbigracia: lo que abriga el cuerpo: el vestido y el atavío, túnica, uniforme militar, toga; detrás de la misma persona, la sucesión, toda la posteridad, la fama; y todo eso que dícese que está con alguno, refiérese al tiempo pasado, futuro, presente y también posible, pues se toma en consideración cuál fué su ingenio o cuál se espera que ha de ser o cuál pudo ser, cuánta su erudición, cuánta su prudencia, sus riquezas, sus amigos cuáles, cuáles sus hijos, su mujer, sus relaciones familiares, qué hizo, qué le aconteció, qué se piensa que hará, qué es lo que le va a ocurrir; y así, en todo lo que dije y que es sumamente fácil comparar y acomodar a esos tiempos: Hállase todo esto en una determinada proporción en la república o en la ciudad como en cada uno de los hombres, pues antes que ella están su fundador y padre y los mayores que le dieron estabilidad y que en ella hicieron algo preclaro con su espíritu o con su cuerpo y, en último término, todos los antiguos, y con ella están en sus adentros las leyes y las costumbres, como en su espíritu y su influencia cívica, como en el cuerpo, y su robustez, en sus murallas y fosos, y la elegancia y la vistosidad de sus edificios y la amenidad de su campo.

Debajo de ella está su parte externa: los ciudadanos, que vienen a ser sus hijos y públicos servidores, y las riquezas del Erario, y las ciudades que le están sujetas, y los dominios sobre quienes imperan; encima de ella está el príncipe u otro pueblo; con ella están los amigos, los confederados, los enemigos; detrás de sí nada tiene, pues siempre hase de tener presente la eternidad de la ciudad, si ya no es que se trate de su destrucción. Lo que se sigue es que miremos en nosotros mismos; quiénes hay en nosotros, según lo que ya dijimos; quiénes, en relación con el deliberante; luego quiénes están en el consejo, si son conocidos o desconocidos, amigos superficiales o estrechos, seguros o sospechosos, si enemigos absolutos, iguales, inferiores o superiores. También por los bienes internos puede grabarse la superioridad o la inferioridad, verbigracia: mayor o menor o igual en ingenio, en sabi-

duría, en erudición, en probidad, en edad, en fuerzas. También por lo externo: cuna, posición, poderío, dignidad, influencia, prestigio, condición, profesión. Al lugar pertenecen: poblado, yermo, profano, sagrado, deshonrado, honroso, público, privado, nuestro, ajeno; y si ajeno, de quién, pasando por todas las cualidades que dijimos ser de la complacencia de la persona; libre o constreñido por alguna necesidad, verbigracia: en la cárcel, en campaña, en el cuartel, en el cerco, parte de los cuales pertenece al tiempo. En el tiempo está la cualidad y el estado de cosas; tranquilo o turbio en lo que toca a la religión o a la república, servidumbre, libertad, quietud; bien en las personas; en qué situación se encuentran nuestros asuntos o los de aquel que delibera o de aquellos que deben dar consejo: síguese el objeto de las consultas.

Toda deliberación y elección versa acerca de futuros no necesarios ni imposibles, puestos en mano del deliberante, por manera que puede ponerlos en práctica o no ponerlos. No hay persona que delibere acerca de lo que ya está irremediablemente hecho, de lo que pasó ayer o el año anterior, ni si camina cuando ya camina, ni si ha de morir, aun cuando algunos pueden hacerlo, de si han de suicidarse o no, ni si el sol saldrá mañana, ni si volará; ni el siervo delibera si conseguirá la libertad, que ésta no es deliberación suya, sino del dueño. Las cosas demasiado difíciles tiénense por imposibles, y lo que rechazamos, como desesperado, verbigracia: si un caudillo tomará una fortaleza por asalto con diez o con doce mil soldados. Todas estas cuestiones caen dentro de la órbita de las consultas: si serán viables o no lo serán; si será fácil o no lo será. Así que consultamos acerca de todo aquello que está a nuestros alcances, de las obras manuales o de las morales; trátanse valorando la voluntad y la facultad, pues quien quiere y puede lo hará, pero no lo hará si falta uno u otro de estos elementos. Voluntad: su consideración está puesta en las causas, en la razón, en los afectos; cuál sea la causa, por qué quiere; cuál su intención; qué móviles le incitan; la facultad reside en las fuerzas del ingenio, del cuerpo, de las posibilidades externas en que andan comprendidas las riquezas, las ayudas, los amigos, el poder. Pero éstos tienen sus impedimentos; intrínsecos unos: en la mente, oscuridad; en el cuerpo, dificultad; en el afecto, el mandato; la autoridad de las leyes, la reverencia y el miedo. Hase de ver cuánta importancia da a esas cosas aquel cuya facultad se indaga.

Para las fuerzas naturales del cuerpo existen obstáculos, unos naturales: como el mar, las montañas, los ríos, los lagos; otros artificiales: como vallas, muros, fosos, armas, proyectiles, baterías; todo esto en cosas que están en nuestra mano. Puesto que todo se refiere a la voluntad del deliberante, pues lo que se busca es que quiera o que no quiera, y la voluntad siempre es llevada al bien, que realmente lo es o que, como bien se aprecia, síguese que toda deliberación versa sobre el bien; y de ahí, sobre su contrario, el mal. Llamamos bien a lo que deseamos con el convencimiento que nos ha de aprovechar, y llamamos mal a aquello que evitamos con la conciencia que no ha de ser dañino. De esta manera, bien es todo lo que aprovecha; malo, todo lo que perjudica; criterio éste que se refiere más a nuestro juicio perso-

nal que a la realidad. Una cosa determinada aprovecha al ánimo o al cuerpo; al ánimo aprovéchale la virtud, la erudición, el ingenio, la prudencia; al cuerpo, la salud, la fuerza, el goce; el cuerpo refiérese al ánimo, y lo que hay en el ánimo todo se refiere a la recta voluntad que se llama virtud, como a señora y principal. Así que dos son los bienes; uno, de suyo, deseable: la virtud o lo honesto; el segundo, por otra cosa, que se llama utilidad. Por la virtud deseamos el ingenio, la instrucción, y por esto la vida, y el libre juego de los sentidos y de la salud, y por ende el placer, riquezas, posesiones, servidumbres. Se llama virtud el bien honesto, como merecidamente honorable; todo lo restante es lo útil y es de la incumbencia del cuerpo. Entre lo honesto y lo útil, en un punto intermedio, sitúa Marco Tulio la erudición, la amistad, la dignidad, el poder, la influencia, la autoridad, que él aplica a lo honesto. No obstante. paréceme a mí que nacen como de su principio natural, de la admiración de la virtud y que son pura vanidad si no andan unidas con la virtud y no se enderezan a la utilidad de muchos. Por lo demás, no son todas iguales las partes de lo honesto, como tampoco las partes de lo útil.

En lo honesto, conviene que tenga la preeminencia todo lo que toca y atañe a Dios. A esa categoría pertenecen la piedad, el encendido amor de las cosas celestiales, el conocimiento y la adoración de aquella Naturaleza omnipotente; en este conocimiento dice Cristo en su Evangelio que consiste la vida eterna. E indudablemente, si uno lo considera muy de asiento, hallará que toda la sabiduría humana, comparada con nuestra religión, no solamente es cieno, sino pura insensatez. Está en segundo lugar lo que pertenece a los hombres, como la caridad para con ellos, mandada por Cristo; luego la justicia, y a continuación; el repeler la injusticia, la liberalidad, la beneficencia y el que, de su propio natural, desean los excelentes ingenios aprovechar a los más, aun gratuitamente, sin injuria para nadie; y luego a pocos o a uno solo; la fortaleza, que no tan solamente piénsase que ejercita contra los enemigos su recio y animoso temple, como también contra la fortuna y sus blandicias y sus fieros asaltos, contra las seducciones de los vicios; la templanza, la modestia, la moderación, el pudor. Después de esto, viene la agudeza del ingenio, el juicio, la erudición, la dignidad, el honor, la alabanza, gloria, la autoridad, el poder y el ilustre linaje que proporciona alguna de estas cualidades. Si vinieren ellas espontáneamente y usas de ellas con moderación para provecho de los otros, son cosas hermosas y magníficas; mas si usares de ellas ambiciosamente o las hubieres granjeado con artes malas a juicio del pueblo propenso a juzgar torcidamente, o con procedimientos ineptos o ya ridículos como son los que con bailar, con correr, con jugar a la pelota se ganan ante la recia multitud una grande admiración y alabanza, o si las utilizas para la perdición ajena, son cosas buenas, nocivas y detestables. Por eso, en este punto interesa enormemente el cómo, y por qué causa, y por quiénes.

En la consabida utilidad tienen la preeminencia aquellas cosas que fueron halladas para la defensa y protección de la vida, y no se limitan a lo inmediato y presente, sino que extienden su eficacia bienhecho-

ra a la posteridad, como son campos, propiedades, construcciones estables, vasos de plata y oro, que en trance de necesidad pueden subvenir a su propietario, y, por fin, todo lo que rinde fruto y tiene una relativa seguridad, no para nosotros solamente, sino también para aquellos a quien amamos o hemos de amar: amigos, hijos, posteridad, en fin. Luego todo lo que pertenece al halago y deleite de todos los sentidos y todo lo que es grato al ánimo. En este punto, lo mejor incomparablemente es lo más honesto y duradero, y lo que le sigue en gradación descendente es aquello que, una vez gustado, deja el menor poso de remordimiento. Hay en este orden cosas también que andan unidas con el provecho, como la amenidad de las huertas, de los prados; la lozanía de los pastos y de los ganados; pero entre éstas, las más agradables a cada cual son aquellas a las que le lleva su propia naturaleza y genio. En este punto, como pasa con las opiniones, también los juicios e ingenios son varios; a los unos les cautivan unas cosas y a otros, otras, y las mismas a los unos en un tiempo y en otro tiempo a los otros, puesto que experimentan mudanza los caprichos y los deseos, según la edad, la disposición física de salud o enfermedad, por hartura o por otro cualquier estímulo oculto del organismo. En el postrer escalón está lo vistoso y magnífico, verbigracia: en los edificios públicos, en los vestidos preciosos, en los banquetes lautos y bien aderezados, espectáculos, larguezas munificentes y en todo lo raro, lo nuevo, lo colosal, lo admirable, lo plausible y hecho para el vulgo, lo consagrado por la popularidad. De todo este conjunto, aquello es más digno de loa que se extiende al provecho de los más, como en las iglesias, en los sanatorios, en las obras de hospitalidad, en la redención de cautivos, en el socorro y alivio de la pública indigencia; obras éstas que ya tienden y se acercan mucho a lo honesto.

Este es el arsenal, éste es el semillero de toda invención que quiero que quede expuesto aquí como mina y cantera de los argumentos. No los desmenucé trozo por trozo porque fuera cosa de nunca acabar, y, al fin y al cabo, no necesaria, y que de todas maneras no hubiera yo podido agotar. Me contenté con llamar la atención sobre los puntos capitales, y con indicar las fuentes, como quien dice. En lo referente a todo lo que está puesto en nosotros, pienso que harto di a entender lo muy conveniente que es que quien ha de dar consejo en muchos asuntos tenga mucha sensatez y prudencia, que sea sumamente entendido y de un ingenio multiforme y vario y muy apasionado de todo lo que es bueno y útil.

Pero antes que pase a estudiar la práctica de todo cuanto llevo expuesto, he de advertir que nadie, en la deliberación, debe seguir el mismo orden y método con que nosotros procedimos, sino que, así como con sujeción a un cierto orden se enseña el alfabeto y luego, colocando en diferente posición las letras, se compone cada uno de los vocablos, y no todos, y apenas escribimos ninguno con aquel orden alfabético con que aprendimos las letras, así también, para que fuese más fácil la retención de los lugares, los expusimos de este modo; empero la prudencia y el arte colocaron a cada uno de ellos en el sitio donde tenga su fuerza máxima, no de otra forma que un caudillo clarividente sitúa a cada uno de sus

soldados donde piensa que se batirá mejor y contribuirá más eficazmente a la victoria común. Ni en cada uno de los nombres usamos cada una de las letras. Así tampoco debemos emplear todos los lugares en cada uno de los discursos y muy raras veces se presenta una causa para la cual se tenga que recurrir a todos los géneros de razones, y aun no sé si ello puede darse en la práctica. Pero hablemos ya del ejercicio de la facultad.

Dos cosas hay en los consejos que tienen una avasalladora potencia de persuasión: el concepto de honradez y el concepto de prudencia. Este, en los consejos, tiene valía incontable, como aquello de Hécuba a Ulises: *Tu prestigio se impondrá.* La misma cosa, dicha por varios, no tiene idéntica eficiencia. Ni la misma sabiduría no asistida de la justicia vale mucho para hacer fe, como dijo Platón, puesto que tiene sospecha de astucia y fraude. A los entendidos, si no les tenemos también por honrados, los tenemos por arteros, ladinos, engañosos, sujetos indeseables, en suma, y no hay quien se fíe de ellos; antes se fiaría de un ignorante probo. El concepto de la probidad, con dos cosas principalmente se granjea y se conserva. Lo granjearás si vivieres honrada e irreprochablemente. De ahí aquel proverbio autorizado por su antigüedad; a saber: que la conducta es lo que más persuade. Y, por ende, la cosa del mundo que más aleja a los hombres de la persuasión es la disidencia y desconcierto entre las obras y las palabras. Quintiliano, en el postrero de sus libros, mantiene la afirmación categórica, que no puede ser orador sino el hombre bueno, y la sostiene, aparte de otras muchas razones, por la de que no persuadirá, si no se le creyere tal. Y si este axioma vale en alguna parte, se impone poderosamente en la persuasión, en la exhortación, en el aviso.

A la probidad sucede inmediatamente el que se crea de ti que amas a aquel a quien aconsejas, y aún no sé a punto fijo si esto tiene más fuerza que ser considerado hombre bueno, tan natural es que nuestros amigos siempre nos parezcan mejores que nuestros enemigos.

Con un equilibrio tal debes templar todo consejo a fin de que aparezca que no atiendes más que al bien y al provecho de quien te consulta, no a tu propio interés ni al de ningún otro cualquiera. Nos arrogaremos la prudencia en proporción muy chica, y aun esa allegada más por la experiencia y el trabajo que por la sutileza y penetración de nuestro ingenio y aun sin dar a entender que en aquel asunto, objeto de la deliberación, nos atribuíamos alguna suficiencia. Hay que evitar en absoluto toda sospecha de arrogancia que no soportamos ni siquiera en los más grandes personajes, superiores a todo encarecimiento. Y si buenamente podemos hacerlo, aquello mismo que tomamos para nosotros, sazonémoslo con el asentimiento y la benevolencia o de aquel que delibera o de los que le aconsejan: que nosotros sabemos aquella determinada cosa, porque la aprendimos con ellos, o de ellos o mediante ellos, y por su desvelo y por su favor, como si fuera por su concurso u obra, o por la misión que nos confiaron. Quien fué legado *como tú*, puede decir a su príncipe que él lo aprendió prácticamente en el desempeño de su cometido. Cicerón, de aquellos que aduce ante los quirites a favor de su sentir sobre la elección de caudillo, dice que los honores, las ma-

gistraturas, los beneficios del pueblo romano, les hizo competentísimos y de su propia y personal autoridad afirma: *Ahora, habiendo en mí tanta autoridad como vosotros quisisteis que la tuviese con las honrosas magistraturas que me confiasteis*.

Estará permitido hacer más franco, y aun diré más jactancioso y prolijo alarde de amor, porque el amor, así como es antagonista del odio y de la envidia, los repele de sí con energía y a ninguno se le puede reprochar que confiese amar a quien sea, si ya no fuere indigno de amor aquel a quien dices que amas, cosa que no conviene que piensen de aquel que pide ajenas luces los que por él son consultados, todos los cuales son presuntos amigos suyos, pues, de no ser así, no debieran ser llamados a consejo. Y, por su parte, el que lo solicita con sumo agrado oye decir que se le quiere, porque ello es en verdad muy agradable, y cree que realmente ello es así. No hay quien se haga tan poco favor a sí mismo o se conozca tan exactamente que no esté convencido de reunir muchas cualidades que le hacen digno de aquella afectuosa correspondencia.

La lealtad nacida del amor, como también toda otra virtud, está expuesta a las injurias de la envidia. Si de ella se hace ostentación, debe ser aducida con cierta parquedad y reserva y, en ese caso, debe invocarse la conciencia de aquel a quien somos leales o recordar alguna insigne demostración de tu lealtad, si la realizaste, con tal templanza debes amonestar que no parezca reprobar, o debes alegar alguna causa que te aconseje o te obligue a la lealtad, verbigracia, porque eres hijo de tales padres o educado por tal ayo, porque será más grato a aquel a quien lo dijeres, considerándote ligado tú o los tuyos por tantos y tan grandes beneficios recibidos de él, de tal suerte que serías el más ingrato de todos los mortales y, por ende, el peor si no recordares que en lo que mejor puedes demostrarle tu agradecimiento es en la fiel administración de lo que a él le pertenece. Ello, si es menester, debe hacerse así, pues, como en cualquier otra cosa, así también en ésta ha de ponerse prudencia y tino, supremo guía y moderador, sin el cual de nada sirve todo el arte, oratoria o, mejor aún, la vida misma. Compañera del amor es la cariñosa solicitud de los intereses del amigo, mayor y más diligente muchas veces que por los personales nuestros. Aprovecha también harto para la opinión de prudencia, puesto que es propio del amigo prudente pensar mucho en las cosas de los amigos y mirar por ellas. *Propio de los consulares es*—dice Cicerón—*desvelarse, pensar, estar atento, hacer o decir siempre algo por la república*. En el asunto objeto de la deliberación, no será inconveniente demostrar cuidado, pues hartas veces así como a los varones cuerdos y entendidos se les escapan palabras necias, también dan consejos desatinados cuando los improvisan. Por esto muchos antiguos acostumbraron hablar en el Senado por escrito, como de Fusio Caleno lo atestigua Marco Tulio en sus *Filípicas*, por dar a entender que traían de casa el asunto largo tiempo estudiado y madurado. Pues así como en una causa judicial, el creer que se repentiza, robustece en gran manera la causa, por parecer que nos afianzamos exclusivamente en la verdad y no en la astucia o el ingenio, así en las oraciones suasorias merece más crédito la oración

meditada, como de ello nos avisa el vetusto refrán: *La noche trae el consejo*, porque en esta ocasión no viene a cuento ambicionar la alabanza de un talento repentino o de una facundia improvisadora.

Así que en todo el curso de la oración has de poner empeño en no decir cosa que disminuya la opinión de probidad, de amistad o de prudencia, sino que la aumente y realce más aún hasta donde sea hacedero. Por este motivo, al actuar ante uno a quien conozcas poco, tienes que proceder con alguna circunspección porque no asome ninguna apariencia de temeridad, o de arrogancia, o de necedad, o de imprudencia, o de que miras por tus provechos. La sospecha de esos vicios acostumbra fácilmente introducirse en las mentes maliciosas con los juicios nuevos de un hombre desconocido, y especialmente en aquellas personas escarmentadas que por experiencia conocieron a muchos malos, como son los viejos y los que en varias ciudades y con muchas personas tuvieron relaciones y tratos. En presencia de un superior, se ha de hablar con alguna modestia y respeto, especialmente si es el príncipe; pero con tal cautela, que destierre la lisonja, la cual, grata a los comienzos, luego de descubierta, quita la fe. Y con este príncipe no has de emitir tal consejo, como si lo dieras a un ignorante, si ya no fuere niño, y gobiernes tú sus tiernos años; pero si ya es algo mozuelo, amonéstale como algún tanto sesudo, pues al príncipe se le ha de hablar como si estuviera dotado de aquello que es lo más propio del príncipe, a saber: prudencia grande y juicio sano. Esto cuando se trata de negocios del reino, pues en otros asuntos no les cuesta demasiado que se les enseñe y se les reprenda, como aquel tañedor de cítara respondió a Alejandro que desatinaba en eso de tañer: *No quiera el Cielo, rey, que tú sepas esto mejor que yo.* A veces es harto osado decir que ellos andan ciegos por amor de sus intereses particulares; mas en casos de religión todos somos iguales; todos somos siervos de un mismo Señor, que con el precio de su sangre nos rescató de la servidumbre del diablo. En este punto, tenemos la norma dictada por San Pedro: *Es menester que nosotros obedezcamos más a Dios que a los hombres.* Y aquella otra de San Pablo: *Si me afanare por contentar a los hombres, no sería siervo de Cristo.*

Con un amigo familiar, más claramente: con un inferior, con amabilidad, no diciendo nada como quien habla de más arriba, nada en son de reproche, si el asunto no exigiere la aspereza del consejo, como las sajaduras y los cauterios en las enfermedades graves. Mas a todos indistintamente debe darse consejo fiel, aun a los mismos enemigos; así serás un hombre bueno y porque lo serás merecerás crédito. No hay más breve atajo para la buena reputación. De un consejo así díjose aquello de Platón: *Que era cosa sagrada.* Esto tiene un sentido más alto del que se descubre a primera vista.

También ha de atenderse al genio y a las costumbres de aquel a quien aconsejas, y a ellos ha de acomodarse tu plática; docta con el docto; con el ingenioso, aguda; con el romo, espesa y machacona; cauta con el suspicaz, libre y franca con el abierto y afable, por demostrar que está inspirada en su personal idiosincrasia. A los buenos débeseles presentar la utilidad sin ambages ni rodeos; o los malos se

les debe insinuar de una manera indirecta, porque no parezca antes de tiempo que reprobamos sus vicios, si ya no fuere que la condición de la persona nos autorizare para una mayor libertad y soltura, verbigracia: si fuere hijo, si discípulo, consanguíneo, pupilo, criado, súbdito o cualquier otro título, estuviere confiado a nuestra custodia. Hase de acomodar también a la condición del que da el consejo; no con la misma autoridad y gravedad el mozo que el anciano, el patán que el docto, el sabio celebrado y el que a duras penas saludó la sabiduría; el pobre que el rico, el desconocido que el familiar, el forastero que el paisano, el simple soldado que el capitán; en algunos, la autoridad ya basta; a los otros, apenas la realidad y la verdad los defienden.

Allende de esto, se ha de ver quiénes a una dan el consejo, quiénes hablaron o han de hablar en sentido contrario. También se ha de tener cuenta de las circunstancias de que hice mención, de cada una de las personas; con más disimulo, con mayor parsimonia, con más grande respeto se ha de disentir del noble que del humilde y de aquel con cuyos mayores o con cuya patria tiene relación el asunto objeto de la consulta, no sea que se te pueda decir: «¿Qué te va a ti en cosa no tuya?» De otra manera, del docto e ingenioso que del indocto y lerdo, del probo que del ímprobo, del que anda cargado de riquezas, servidumbres, amistades, clientelas, privanzas, popularidad, fama, que del que anda destituído y desnudo de tales alharacas, tanto porque irritados y enojados contra nosotros, hagan daño a muchos, como porque parece a los ojos del vulgo que el consejo del incauto hostiga molestamente al poderoso y que el del poco probo disiente del dictamen del probo y el del imprudente del sentir del ingenioso o que no aprueba el del prudente y entendido.

En la antigüedad, puesto que eran libres las repúblicas, estaba permitida la arremetida directa contra el contradictor, pues parecía que la autorizaba el patriotismo, y con todo, estaba mandado que no se dijese mal de aquellos que gozaban de buen concepto, por no ajenar de sí los ánimos de los consejeros. ¡Cuánto más debe hacerlo ahora un cristiano! Ni tampoco a todos debe hacerse el mismo honor ni en dondequiera. En el senado de la ciudad, donde todos son casi iguales y uno no cede al otro en la consideración de la República, porque ésta, como es de razón, confunde en un abrazo igual a todos sus ciudadanos que sienten bien de ella, como una madre en el mismo regazo acoge a todos sus hijos. En este caso existe mayor libertad que ante el príncipe, pero no tanta que la sesión degenere en pelea o en batalla de denuestos, puesto que no hay cosa que mejor siente en los consejeros que la circunspección y la gravedad, virtudes que quedan trituradas forzosamente en manos de los que riñen y altercan. En presencia del príncipe impónese el acatamiento debido a su soberanía, y si algo en desfavor callaste o disimulaste, él lo toma como una atención tenida con él y se complace de que se haya guardado respeto a su presencia. Y, si no se da por entendido, se le puede con una u otra palabra advertir entonces suavemente, de forma que no parezca que le reprendes. Y así como el crédito se granjea con la honradez, con el amor, con la prudencia, así también se debilita y menoscaba con la mengua de es-

tas cualidades. No hay nadie que no prefiera que se le quite todo, antes que el juicio y la prudencia.

No hay baldón mayor que el de la demencia, por la cual los hombres degeneran en brutos. Cada uno preferiría que de él se diga que ama poco, que no que flojea de seso. Con todo quieren dar a entender que llevan con sumo desabrimiento, si alguno no les reconoce amor para con aquel a quien aconsejan, porque parece que le ama aquel que le llamó. Y no hay cosa tan ingrata y tan inhumana como no corresponder en su amor a aquel que, amándote, te provoca a que le ames. Y mucho más si es poderoso, si es príncipe, cuya amistad puede hacer tanto bien, y cuyo odio puede causar tanto estrago, por manera que dan a entender que llevan con más paciencia que se les llame tontos de remate que no que de ellos se diga que no aman al príncipe suficientemente, sobre todo oyéndolo él o algún otro que pueda hacérselo llegar a los oídos.

Así que no hay que tocar tan peligrosa úlcera si a ello no nos obliga una urgencia apremiante, y aun ha de hacerse con suma prudencia y tacto; lo que menos escueza, parcialmente, y de una manera especial lo que atañe al propósito presente, cuando en lo demás es más abundante y amplia la licencia. ¿Qué será un consejero si le quitas la prudencia? Equivale a cortar las manos a un amanuense o a un pintor. Se le hablará con estos o semejantes eufemismos y atenuaciones: No paró mientes, no lo consideró asaz, quizá no entendió; su ánimo está ajenado y absorto; otros cuidados le retraen; no lo ponderó, lo dijo de improviso; no te cabe la menor duda de que si lo reflexionas más de asiento, otro será tu parecer, que harto conocida tú tienes su prudencia. Más ásperas son estotras expresiones: Echas de menos tu acostumbrada prudencia; echas de menos a Cicerón en Cicerón; que te asombras de que haya cambiado hasta tal punto; que es prudente, pero no en esto; que nadie a todas horas está en su seso. Interin, tu consulta pasa de él a la cosa objeto de la deliberación: Esto le pareció a él; a nosotros pareciónos otra cosa, y lo que él dijo y lo que nosotros, pondérense debidamente; que tú fías más en los hechos que en las autoridades; que él siente de esa manera, pero que tú, tan ducho como él en esos asuntos, sientes de otra manera. En ese caso, si puedes, opónle la autoridad de otros no menos considerable que la suya en aquella materia. Cicerón, hablando al pueblo romano:

Empero el ilustre personaje de la República y en quien vosotros acumulasteis los honores más ambiciosos, Q. Catulo, y también Q. Hortensio, señalado con las supremas distinciones de honor, de fortuna, de virtud, de ingenio, disienten de esa razón, y cuya autoridad yo confieso que en muchas ocasiones tuvo gran valía, y conviene que la tenga; pero en esta causa, aun cuando conocéis los juicios en contra de esas ilustrísimas personalidades, prescindiendo de ellas, con la realidad y la razón, podemos averiguar la verdad. Y a continuación, a ese Q. Catulo y a ese Q. Hortensio, opone la autoridad de P. Servilio, C. Curión, Cn. Léntulo y C. Casio. Pero si los contradictores son botos y lerdos, o imprudentes y de autoridad desleída o no escuchados con oídos demasiado benignos y parecen no haber convencido a nadie, ninguna necesidad tendremos de confutar su par-

lamento ni de hablar palabra alguna acerca de ellos.

Los hay contra quienes convendrá arremeter con toda valentía y arrostrando cualquier peligro, tanto para nuestra buena opinión como por el bien público, como por la defensa de la honestidad que todo hombre debe tomar sobre sus hombros, y atajar ora su osadía, ora su flagiciosa y malvada voluntad, como son los impíos, los criminales, los ladrones, los expoliadores del pueblo, los bufones confidentes, los parásitos, los aduladores, que son la polilla de los príncipes. Síguese la indagación de las cosas, a la cual el discurso debe todo encaminarse. Buscamos simplemente o de dos cosas honestas cuál debe hacerse o de muchas cuál debe tomarse; como también entre lo honesto y lo útil cuál debe preferirse. En lugar de bien está el mal menor, como cuando averiguamos qué mal ha de elegirse o cuál ha de causar menos daño; y entre las apariencias, así de lo honesto como de lo útil, si conviene más esa cosa jocunda o esotra cosa útil, esto fácil que estotro difícil, esto seguro que aquello hipotético u honroso. Y por lo que toca a lo honesto, si se ha de estar por la equidad o por las leyes, si por la clemencia en perdonar o por la justicia en castigar; si vivir vida ajetreada y valiente o vida inocente y tranquila. Entre lo honesto y lo útil, si nos acordamos que somos cristianos, no hay controversia ni titubeo posible. Antiguamente, el pueblo romano, con harta frecuencia, se pronunciaba en las deliberaciones por aquella fórmula: *Venza la utilidad*. Esta expresión resolutiva fué rechazada por los sabios más sabios de aquella nación y condenada por la filosofía. Acaso los romanos pensaban que lo sumo de la honestidad era el servicio de la patria, cuya enunciación la constituirá aquella sentencia. Nosotros digamos: Venza la honestidad o, mejor, venza la religión. A Aristóteles y a Teofrasto plúgoles reducir todo este género a lo honesto. Sócrates maldecía al primero a quien se le ocurrió separar mentalmente lo honesto y lo útil, coherentes por naturaleza, pues decía, y de ello se lamentaba, que era el origen de todos los males. Así que si queremos ser sabios de verdad y no contentarnos con su sola apariencia, todo lo referiremos a la probidad y a la honestidad.

Preséntanse también situaciones ambiguas y dilemas con referencia a los lugares, a los tiempos, a las personas, al modo, a la cantidad, a la causa, si ha de hacerse en ese tiempo, en ese lugar, si en esto, si así, si por esto, verbigracia: si ha de concederse algo al Turco, porque amenaza con la guerra si no se le concede. A veces no acaba nunca la deliberación ante algún fin propuesto: qué se ha de hacer, cómo se ha de llegar a él, con comodidad y con fácil pie. Quintiliano piensa que toda deliberación consiste en un parangón o cotejo, bien entre cosas solas con relación a la persona, al lugar, al tiempo. Y, en hecho de verdad, es así; no hay opción ni deliberación donde no hay comparación, como en las bestias. Los bienes preeminentes consisten en la religión. En su consecuencia, deben preferirse aquellos que aprovechan a muchos y buenos que los que a pocos aprovechan; los duraderos a los momentáneos o temporales, los sólidos y macizos a los que no son más que aparentes, y los bienes puros que los que andan mezclados con bien y con mal, y lo que es deseable de suyo más que lo

que es por referencia ajena, y aquellos que los sabios tienen por auténticos bienes que aquellos otros que la necia multitud consagra como tales.

Así, entre las cosas útiles, hase de preferir lo asequible a lo difícil, y lo que con buenas artes se granjea que lo que se amaña con artes malas, y lo que más fácilmente se basta por sí mismo y puede a sí mismo defenderse y sostenerse, que lo que necesita de muchos apoyos y palancas; ya no es que en ello se busca la admiración de los hombres y la huera palabrería que remeda la gloria, porque la *dificultad parece propuesta inevitablemente a toda cosa egregia, y así lo raro es de precio más subido que lo que abunda, aunque su rendimiento sea menor y el valor de muchas cosas no procede más que de su lejanía.*

A esto débese añadir que aquello de que uno está más necesitado, eso le es tanto mejor, y cuanto más se le ha menester para muchas y más grandes aplicaciones, tanto le es más caro y deseable, verbigracia: la vista más que el olfato, y lo que es causa de mayor bien, o cabeza y origen de más cosas o camino más expedito para el bien, eso se aventaja a su contrario. De los males se ha de juzgar por los bienes, de manera que cuanto más una cosa es contraria a la buena, es ella mala. Esto por lo que hace a las cosas.

En lo que atañe a las personas, los referidos bienes y males no tienen la misma virtualidad. Y, en efecto, uno es el bien del príncipe y otro el de una persona particular; no es el mismo el bien público que el bien de cada uno de los ciudadanos. Como son diversos los oficios de los hombres, así lo honesto y lo útil no deben medirse por la misma regla. En un noble, parece bien amonestar con libertad al príncipe en las cosas del gobierno, pero no en un artesano o en un arriero. A una persona particular le es útil vivir con parsimonia y llevar minuciosa contabilidad de su hacienda, y por su parte, el príncipe lo debe evitar con sumo esmero. Y puesto que en el alma somos todos iguales y no hay diferencia entre el rey más poderoso y el arriero más bellaco y el esclavo más para todo, por eso mismo, en todos los grados son los mismos e idénticas las razones de los bienes que tienen su fundamento y raíz en el alma sola. Por eso, lo primero en todos y lo más antiguo es el culto de Dios, que es la religión, y lo que le sigue inmediatamente es querer anhelar, desear el bien de todos, y ya que no puedas con efectos, al menos con deseos ayudar al género humano. Mas, por lo que toca a la acción, puesto caso que ella ha menester, instrumento, somos desiguales, y uno mayor o menor que otro, según le tocó una facultad más dócil o más zahareña.

Por eso, en la persona, decimos que él puede o no puede hacer, le es lícito y no le es lícito, le está bien o no le está bien, le conviene o no le conviene, debe o no debe, por mor de su linaje, patria, carácter, fortuna y le suministraremos, o bien todos los argumentos que de la persona se toman o su mayor parte o, al menos, aquella que basta para aconsejar o disuadir. Esto es cosa extensa más para que la piense cada uno que para que aquí se la explique largamente. No pueden faltar ejemplos ni aun al ingenio más mediocre; con todo, nosotros correremos en socorro de su afán e industria con algunos ejemplos que no haremos más que insinuar. Está bien o no está bien por el linaje: *Siendo nobilísimo, es razón que tú*

no constituyas mengua y desdoro para tus mayores. O bien: *Siendo de origen oscuro, debes augurar la nobleza por ti mismo.* O bien: *Puesto que tu linaje oye que dicen mal de sí o que lo oye tu patria, por ese defecto o por el otro, está bien que te esfuerces por no aumentar la mala opinión de los hombres; antes, debes desvanecerla con tu virtud y volver simpática a tu familia odiosa.* O bien: *Ha de hacerse porque una respuesta del oráculo dice que ello será así.* O bien: *Así lo vaticinaban los santos.* O bien: *Así lo avisó un siervo de Dios. Podrás ser retórico y filósofo con ese ingenio que conseguiste y está bien que se engalane con las mejores artes y no que se deshonre en la vileza; no se compadece con tus costumbres; no podrás con la mansedumbre de tu ánimo soportar tamaña crueldad; no está bien que un filósofo, que un religioso haga la guerra.* O bien: *Con estas artes buscar hacienda.* O bien: *Es razón expresar en alta voz el propio sentir, especialmente en gracia de lo honesto; es indecoroso que un hombre casado y que está en trance de constituir una familia, viva con prodigalidad; le está mejor la vida sencilla; no conviene a un hombre delicado lanzarse a una penosa milicia; honroso es que un hombre robusto ostente así su reciedumbre.*

El nombre, cosa en sí misma baladí, a veces, en algunos dió un gran peso y solidez al argumento: *Acuérdate cuando oyes hablar de Carlos, quién fué aquel Carlos I, cuán religioso, cuán industrioso, de cuánta generosidad de pecho. Cuando oyeres hablar de Felipe, venga a tus mientes el recuerdo de aquel Felipe; más afable que él ni más probo no lo vió Bélgica. No parece la huída bien en ti, siendo como eres Aníbal. Debes arder en piedad, puesto que eres Pablo.* Lo mismo ocurre con el cognombre: *Praet, Sotomayor, Aguilar;* lo que ya se inclina al linaje, del que hablamos ya: *Por ventura eso te será útil a ti e inútil a tu esposa, hijos, amigos, súbditos, y a tal esposa, a hijos de tal índole, a tan fieles amigos, a súbditos tan serviciales, a los cuales debes amar no menos que a ti mismo. ¿Por qué tú, por una exigua conveniencia tuya, no dudas en hacerles mal? No conviene a tu nombre; ello no acrecentará tu gloria.* Y en el futuro: *No conviene esto a tus futuros amigos o a la hacienda que te ha de sobrevenir.* O, *Aprovechará a tus enemigos; ayudará a tus adversarios armados.* Y en el pretérito: *Esto está en pugna con tus actos, con tu pasada conducta, con la fortuna que tuviste, lo que te obliga a mirar que no hagas cosa indigna de ti,* porque instantáneamente no se te eche en cara: *La fortuna, antes que el decoro;* y para la posteridad, cosa de buen o de mal ejemplo: *Es propio del hombre de bien cuidar de la posteridad, y del hombre bellaco, desatenderla;* ¿cúya es aquella expresión detestable: *Detrás de mí, incéndiese la tierra,* frase que dicen que con frecuencia pronunció Nerón? Ya ves cuán abundante y cuán variada materia de decir, si se quiere amplificar y explicar una por una todas las cosas.

Reservé para este lugar los ejemplos y la moción de afectos, porque deben explicarse con alguna mayor extensión. Los ejemplos tómanse del pasado y proyectan su ejemplaridad al porvenir, para que, como en un espejo, contemple cada cual el éxito que cabe a cada una de las acciones; ya también para la exhortación, para resolvernos a la

obra, puesto que parece menos difícil de hacer lo que sabemos que con anterioridad hizo otro. Pero tiene su importancia qué ejemplos hemos de proponer y a quiénes. Entre los romanos, ningún valor tenían los ejemplos de los bárbaros; algo más, los de los griegos; muchísimo, el de sus mayores. Para nosotros, deben ser los principales no los de los gentiles, sino los de los cristianos, y de ésos no cualesquiera, sino aquellos que pensamos que enderezaron debidamente la vida a la pureza del Evangelio. Entre los ejemplos, clasifícanse las ficciones de los poetas y los apólogos, que muchas veces tienen gran fuerza de persuasión, como aquel *de la alondra*, que se lee en Aulo Gelio, y lo que dijo Demóstenes al pueblo de Atenas *de los lobos y de los pastores.*

Los afectos y pasiones en ese género, no han de excitarse y perturbarse, porque ello parece ajeno de la gravedad y de la probidad que la deliberación requiere; con todo, se cosquillean a veces y suavemente se pellizcan; y esto por los asuntos mismos, mediante la amplificación, si se demuestra que son más graves, más fieros, mayores, mejores, más honrosos, más útiles, más alegres, más seguros de lo que parece a primera vista, principalmente luego de acomodarlos a algún afecto predominante o muy vecino de él, como cuando se propone a un enojado la atrocidad y la indignidad, la injuria o el desdén a un altanero, el ajeno bien a un envidioso, a un ambicioso la honra, la riqueza a un avaro; una palabra ambigua a un suspicaz, un peligro a un cobarde y un trabajo a un perezoso.

Aquí entra también el fin que cada cual se propuso, de modo que si uno resolvió llegar a inauditas opulencias, no tendrá reparo en violar y arrollar cosa sagrada ni profana, mientras sirva a su objeto. Quien se propuso llegar al poder, se esforzará en llegar a ese fin, aun con el aniquilamiento de todo el género humano. Mas el consejero incorruptible no se permitirá acuciar estas pasiones, sino sosegarlas y apaciguarlas, y no vale tanto la persuasión, que por ella quieras ser hombre malo. Por un procedimiento contrario, esa borrasca se serena achicándola; es cosa baladí, no vale la pena, es menos útil, no es agradable; engaña con sus apariencias; aquello no es magnanimidad, sino crueldad; no gloria, sino rumor y viento; no honra, sino sombra vana; no magnificencia, sino bellaquería; no justicia, sino injusticia; no largueza, sino despilfarro; temeridad, no valor sereno; riña, no disputa; sofisma, no erudición; cebo de arrepentimiento, no placer. No se ha de hacer nada a ciegas temerariamente, atropelladamente. ¿Cuántos se arrepintieron de una resolución tomada en caliente? *¿Cuántas veces él mismo* tuvo que arrepentirse? No sin motivo decía el sabio Platón: *El arrepentimiento anda del brazo del consejo precipitado.* También del mismo Platón es estotra sentencia: *La ira y el amor son pésimos consejeros.* Nadie hay que beba agua turbia sin que antes deje que con el descanso cobre la primera transparencia. Así también no se ha de usar de un ánimo perturbado, pues cada uno mira a través de sus pasiones, como quien mira a través de un cristal de aumento, que le muestra los objetos mayores de lo que son en realidad. A cada uno le engaña su amor propio; y de ahí que sus ventajas le parecen mínimas y las desventajas se le antojan máximas.

A la pasión arrebatada hay que oponer una pasión no menor en su estima y aprecio, verbigracia: al aguijado por la ambición, la pérdida de la hacienda; al que corre precipitado a la venganza, los deleites, el ocio sabroso, el arrepentimiento, la inquietud, la tortura; a quien se abrasa en la codicia, el peligro de lo que más teme, como los haberes, los lujos, la esposa, si ya no fuere de tal temperamento que tanto más se exalta cuanto el riesgo es más grave, como pasa con algunos, o que sea de tanta generosidad de ánimo y de tan impetuosa fiereza que se exacerban más con la dificultad, con los trabajos, con las penalidades, con el trance crítico. Para esta coyuntura, tiénense a mano tantos y tantos tratados filosóficos contra nuestras pasiones y los torcidos juicios de las cosas y estudios muy especificados, porque no nos aficionemos a lo que ningún precio tiene y no tomemos pequeñeces por grandiosidades. Esta parte más propiamente pertenece a la disuasión; al paso que la primera, acerca de la moción de los afectos, pertenece a la persuasión, en la cual los movimientos de ánimo suelen ser poco apasionados. En caso extremo, cuando le ponemos corazón y cuando con argumentos le convencemos que se ha de obrar, incitamos al vacilante o, como dice el proverbio, empujamos al que ya corre, luego de haberle mostrado la ocasión que en toda empresa tiene su máxima importancia, no ha de demorarse la actuación, según la añeja sentencia: *Luego de la resolución, hay que obrar con prontitud.* Así crecieron y se hicieron grandes los atenienses, así Julio César: hay que asirse a las ocasiones, que son de quien primero las agarra.

En el desaconsejar, nada se ha de hacer con precipitación; acaso no esté pensado maduradamente. Los atenienses, porque tuvieron aquellas prisas, no conservaron largo tiempo el Imperio, y César vino a dar en mil fechorías. Y, en cambio, los tardíos lacedemonios mantuvieron el Imperio mayor y más duradero. Entre los romanos, es inmortal aquel elogio de Marco Fabio: *Un solo hombre, con su prudente espera, restableció la república.*

Hay otras cosas a inquirir, como dijimos, acerca de la persona, del lugar, del tiempo, del modo, de la cualidad, de la causa. Dícese contra la persona o en favor de la persona; son las mismas cosas que más arriba enumeré; se ha de hacer, no se ha de hacer por amor del linaje, patria, ingenio, costumbres, etc., de que ya hicimos mención. En el tiempo hanse de considerar la *cualidad natural:* estío, invierno, otoño, primavera, sanidad, epidemia, penuria, abundancia, carestía, precio bajo; las modificaciones introducidas por los hombres: sagrado, festivo, laborable, sazón de segar, de sembrar, de vendimiar, de recoger la aceituna. Por el mismo procedimiento en el lugar: el modo se refiere a la persona, lugar, tiempo en que alguna cosa se debe hacer o al mismo que debe hacerla. Se ha de hacer el recorrido por aquella misma gradación que expusimos de la persona, lugar y tiempo: *tanto o no tanto, así o no así, por su linaje o por el tuyo;* también, *por el calor o el frío riguroso, amenidad o desapacibilidad del tiempo, tempestades, bonanzas, porque aún no se hizo la siembra o ya se hizo, la siega hecha o no hecha, la vendimia hecha o no hecha, la lejanía o la cercanía del lugar, seco, acuoso, llano, montuoso, sagrado, profano.*

En la causa, primeramente se ha

de mirar, si ello ha de hacerse porque sí, sin causa; y de ahí, cuánto se ha de atribuir a aquella causa, verbigracia: *Si se ha de declarar y hacer la guerra a los franceses, porque ocupan una ciudad injustamente, si está bien que se haga, si es hacedera, si conviene que nosotros la hagamos y a los franceses precisamente*, y después: *Si por esto.* Se razonará cuán honesta sea la causa; cuán útil cuán congruente con el motivo que la ocasiona. A veces la causa se retuerce para la principal deliberación, como: *El Turco pide Chipre con el fin de traer la guerra a Europa; luego no se le ha de dar Chipre, porque manifestó esta intención, no sea que se acostumbre, a fuerza de amenazas, a arrancar todo lo que le apeteciere: no se le ha de dar, porque realice su amenaza. ¿Qué cosa mejor puede desear Europa que volver contra los asiáticos las armas de sus príncipes, empeñados en guerras más que civiles?*

Cuestión difícil, *cuando simplemente* se propone cómo vamos a conseguir esto, pues se resolvió que hay que hacer y se convino que puede hacerse; esta cuestión es del género conjetural. En ella hanse de examinar y ponderar con suma diligencia los instrumentos de la acción. Todos estos instrumentos se recaban o por el ingenio o por el cuerpo. El ingenio puede ser nuestro o ajeno. En el ingenio hay la razón, la previsión, la astucia, la elocuencia, las artes, aquellas que el ingenio ejercita exclusivamente y a las cuales se aplican las manos, que traen consigo sus instrumentos, como el fabril, el textil, el de la construcción. También el cuerpo puede ser nuestro y puede ser ajeno.

En el cuerpo está aquello de que antes hice mención y primeramente las fuerzas para la obra; a éstas se allegan los instrumentos de las que tienden hacia adentro, la robustez, la salud. Los externos son aquellos por los cuales arrastramos o impelemos, levantamos o deprimimos. En el impulso quedan comprendidos el destruir, cortar, abatir; esto, para obrar. Para resistir basta con que alejemos; pero añádase también con qué rechacemos, cosa que tiende ya más a la acción. El cuerpo ajeno comprende no solamente a los hombres, sino también a los jumentos y, en fin, a los animales todos. Todo esto se ha de tener en cuenta; todos estos ingredientes, para que puedan buscarse, para que puedan conservarse y aplicarse a su objeto.

Nuestro ingenio, gracias a la doctrina, a la diligencia, a la meditación, tórnase apto para cualquier cosa. También el cuerpo se amaña al ejercicio y al uso. Al ingenio ajeno se le atrae o se le fuerza. Le atraemos, mostrándole una razón poderosa: *honestidad, religión, ley*, o luego de cautivada su afición. Esto hácese en parte por las fuerzas de la razón, parte por un engaño, alcahuetado por alguna seducción, como: *El avaro préndese con el dinero como con un cebo; por el placer, el voluptuoso; el ambicioso, por el honor.* A veces, por algún otro afecto: *ruego, misericordia, ira, gracia.* Los afectos de los animales gánanse también por razones análogas: por la coacción obligamos a los siervos y a los vasallos; por la autoridad a aquellos que nos catan cortesía; también por el peligro y la necesidad, como los menesterosos. Donde no vale el ingenio, se aplica la fuerza, que debe ser regida por el consejo, porque si no, cae por su propio peso, como Horacio dijo.

La fuerza está en las cosas corpó-

reas, o porque, abiertamente, ataques el objeto si piensas que es más poderoso aquello con que obras que aquello que resiste, o porque tomes aquellas dos precauciones principalísimas; acechar una ocasión más propicia y el lugar donde tú tengas la ventaja. Si nada consigues con el primer ímpetu, con diligencia lo alcanzarás. Esto ya lo tocamos más arriba cuando tratábamos de la facultad. Y así como en el arte del curar, los hay quienes, confiados exclusivamente en los experimentos, asumen el cuidado de los enfermos, a los cuales se les denomina con la voz griega de *empíricos*, y otros tienen sus reglas universales que aplican a cada particularidad, cuando el lugar lo pide, y éstos curan más certera y fielmente; así también, en el dar consejos, los unos los toman de la práctica y de la experiencia y los otros ahondan hasta la raíz en la naturaleza del negocio, y en su causa y razón general; y el consejo de éstos es más firme y estable y está menos expuesto a engaño y tiene más rapidez persuasiva, porque tiene maravillosa congruencia con nuestra mente y con nuestro ingenio y aprovecha no solamente a quien pide el consejo en aquella ocasión, sino también en toda deliberación análoga que se pueda presentar en adelante. Con todo, extraer estos principios universales requiere el mayor juicio, curtido en todas las experiencias de la vida y en los afanes del saber. Yo pienso que esa facultad puede recibir grandes ayudas de esos puntos que ya hemos tratado.

Hasta aquí hemos hablado de la *invención*, bajo la cual, en algunos pasajes, también dimos cobijo a la *disposición*, como aquel en que advertimos que en la oración no deben colocarse los argumentos por el mismo orden con que por nosotros fueron expuestos.

Ahora quedan por decir unas cuantas palabras acerca de las partes del discurso. Suelen señalarse cuatro: *Proemio, narración, confirmación, conclusión.* Introdújose el proemio para captar la benevolencia, la docilidad y la atención del auditorio. Todo esto el que llama a consulta ya lo tiene en su casa, pues no puede menos de ser benévolo para con aquel cuyas luces requirió, y de prestarle atención, pues sabe que se trata de cosa propia y de ser dócil, por cuanto necesita que se le ilustre sobre el objeto de la consulta, acerca del cual no ve claro. Por esto, tampoco la *narración* o la exposición es necesaria, singularmente en las causas privadas, pues en las públicas son muchos los que ignoran de qué es la consulta ni son lo bastante amigos de quien da el consejo, pues no es llamado, sino que se ofrece espontáneamente; y porque no les atañe en particular, sino en general a todos, lo oyen con bostezos de indiferencia. Asimismo en las causas privadas, algunas veces el que aconseja entiende poco del asunto de la deliberación por su edad, por su pereza o ensimismamiento y bobería. También los hay que consultan a sus amigos dudosos y aun a aquellos en cuya solidez de juicio no tienen completa confianza, por pesquisar su opinión o más por costumbre que por voluntad concreta, porque por ambición o por otras malas artes, furtivamente y como a gatas entraron en su consejo. De esta ralea son muchos de los que andan en las comitivas de los príncipes, que mejor harían con regir el arado que con emitir parecer en ninguna suerte de negocios humanos.

A esto allégase también esta cir-

cunstancia externa, a saber: cuando el discurso se emprende sobre un tema poco favorable o contra un hombre demasiado complaciente. Todas estas circunstancias perjudican grandemente la persuasión si no entiende, o no atiende o escucha con recelo y hostilidad. Así que lo primero que he de proveer es qué sea lo que puede dañar a la persuasión, y removerlo luego al punto. Si es la docilidad el obstáculo, hase de recurrir a la narración y documentar a quien oye; si el óbice es la atención, bien *porque el asunto* lo consideran indigno de que se le aplique el ánimo, hay que avivarlo y demostrar que lo exige mayor y que importa más que no piensan; bien *por el que habla*, porque no le merece consideración o ésta le es contraria, hable de sí mismo templadamente y dé la razón por que habla y los motivos que tiene para poder dar consejo en aquella materia que no le es desconocida y demuestre sin demasiado ahinco que está de tal manera versado en aquellas cosas que forzosamente tiene que conocerlas y no mal del todo; que no faltarán quienes envidien su trabajo y su industria, que ellos ponen tildes en su fama, que no va a ocuparse de ellos, sino que con hechos refutan sus calumnias, siempre que le oyeren con atención y juzgaren no solamente de su opinión, sino de su ingenio y de la envidia de los enemigos.

Suele faltar el favor a los amigos nuevos e inciertos o que se expresan contra la materia o el hombre que goza de la simpatía ambiente. En este caso, luego al punto, has de declarar cuál sea tu disposición para con aquellos que piden el consejo: *que siempre tú pensaste lo mismo;* y si puedes aducir algún hecho tangible, adúcelo mientras no lo hicieres odiosamente; que él no te conoce, pero que tú le conoces a él, pues siempre le tuviste afecto; que vas a dar un consejo tal, que o lo aprobará o, por lo menos, por su contradicción, se empeñará en el negocio con más cautela y con mayor garantía de éxito; si la contradicción no está permitida, ¿a qué viene la deliberación? Si tu opinión no pluguiere, tiene él otras que seguir, y piense que se expresó para puro ejercicio del ingenio; que tú eres un desconocido y que por eso debes cuidar y esforzarte por expresar tal sentir gracias al cual, si no por la prudencia y la experiencia, al menos por la adhesión y la lealtad, seas digno de que te conozca y que harto contento quedarás solamente con que no parezca que te faltaron discreción e ingenio; y que dando como cosa buena que los otros, por especial benignidad de la Naturaleza, lo tengan agudo, colmado de erudición y enriquecido de experiencia, con todo, tú, con harto sudor y diligencia, lo ejercitas y no permites que se enmohezca y que se pudra.

Cómo deben ser tratados los contradictores, ya más arriba queda declarado. Estos, si contribuyeron en gran parte a la persuasión, desde el primer momento deben ser utilizados; si no, quedarán reservados para otro lugar del discurso, cuando ya nos hubiéramos ganado las simpatías del deliberante. Antes que cualquier otra cosa restante hay que eliminar todo lo que puede impedir la persuasión, y eso no de una vez o de un manotazo, sino poco a poco, como resultare más fácil de hacer o sin lo cual no podemos ser admitidos en la buena disposición del consultante. Si en la causa no hubiera nada de lo dicho, el *proemio* holgará; con todo, antepondre-

mos algo así como un conato de *exordio*, por no empezar *ex abrupto*, si ya no fuere que la situación, repentinamente producida, lo exigiera.

Lo que dije de la docilidad, puede aplicarse a la *narración*, pues de ella depende, a mi entender, la docilidad en su mayor parte; y el auditorio no se entera por ningún otro conducto *de lo que se ventila en la controversia y de lo que está en causa*. En aquellos pasajes, pues, en que será necesaria la docilidad, en esos mismos *narraremos*. Al final, añádense los *epílogos* cuando el discurso fué largo en demasía o tenemos motivos para pensar que algo se olvidó, y ello abiertamente y con relativa extensión. Cuando el deliberante sea algo suspicaz y por el concepto de sabiduría en que se tiene sea malhumorado o vano, para ello se ha de emplear algún eufemismo por ese estilo: *Tú ves que por esa y aquella causa; a mí me parece, en cambio, que por esos y otros motivos, o no me parece*. Y brevemente, a continuación, expónganse las razones capitales a modo de pequeñas advertencias. A lo último de todo, acostumbraban los antiguos poner las fórmulas de obligada cortesía y de buena educación: *Este es mi parecer, salvo el tuyo más cuerdo; así podrás resolver lo que sea preferible; sea cual fuere tu determinación, Dios la bendiga*, y otras fórmulas parecidas. Estas parecen bien referidas a superiores o a iguales; para con los inferiores no son menester en modo alguno, antes con ellos conviene acentuar que aquél es nuestro parecer y exhortarlos y urgirles que la lleven a la práctica, mientras lo valga el asunto y tengamos la seguridad que lo mejor que hacerse puede es lo que nosotros les hemos aconsejado, pues como lo que está por venir nos es desconocido, es difícil garantizar el resultado. Por esto es que aun el más sabio exhorta con timidez y desconfianza a aquello cuyo éxito es dudoso, como es todo lo que se llama fortuito; en la virtud todo es cierto y averiguado; mas en las cosas indiferentes es tal la ingratitud de los hombres, que si el consejo resulta acertado, lo olvidan, y si no lo resulta, al punto acusan al consejero, como si pudiera proporcionar el éxito quien da el buen consejo.

La *elocución* será tal que conserve la autoridad del varón probo y prudente; no será retozona, ni juguetona, ni muelle, ni redicha, ni afeminada; pero tampoco será lo contrario: ladina, astuta, sin compostura ni aliño, más preocupada de la solidez de las sentencias que de los primores verbales; que no anduvo a caza de palabras acicaladas, altaneras, grandiosas, pero que tampoco dé a entender que las rebuscó flacas, rechinantes, sobradas. Las sentencias serán abundantes y graves. Así conseguirá que la enjundia y el color le comuniquen majestad cuando aquellas palabras fueren dignas de la virtud y de la sabiduría; ni las ensuciará con vocablos que rezumen sordidez. Estará permitido en momentos de pasión o en los epifonemas usar de figuras entonadas, como énfasis, amplificación, interrogación, ironía y de metáforas, que con frecuencia hacen las veces de argumento, especialmente si se habla ante las masas, donde es menester una oración más sonante y rotunda y más acomodada, pues si en un parlamento privado delante de uno solo o de pocos te exaltares y levantares el vuelo, harás el ridículo, como si te pusieras a vociferar dentro de una estancia reducida.

Y no es de poca monta lo que puse al principio, a saber: en qué lugar hablas, en qué tiempo, no sólo para la invención, sino también para la elocución. Y con buen acuerdo, ni parece bien ni conviene, ni siquiera está permitido decir lo mismo en una cámara, en la plaza, en la cárcel, en palacio, en un cerco, en la paz, en campaña; ni bajo la tiranía lo mismo que en un régimen de libertad, ni en el campamento lo mismo que en la corte. También a estas circunstancias deben acomodarse la brevedad y la extensión del discurso. Lugares determinados exigen pláticas breves. Lo mismo pasa con el tiempo. Tiempo hay en que no es conveniente un parlamento largo y lo hay en que hablar con brevedad, resulta perjudicial. Cuando están a punto de romperse las hostilidades, ¿quién pronunciará una arenga larga? Así también, en los acontecimientos súbitos, en los casos repentinos, en los cuales la decisión tiene que ser rápida e inmediata, según la premura del caso y hay que hacer como el gladiador, que en la propia arena toma su determinación. Tiempo hay en que perjudica el no explicarse clara y extensamente, como en un asunto largo y de gran importancia, en el cual no se puede pecar dos veces, como son las guerras, los casamientos, las profesiones de vida religiosa, las sentencias de pena capital.

También hay que atemperarse al carácter de los oyentes, singularmente de los que solicitan el consejo. Los hay quienes, con un golpe de vista, a las pocas palabras abarcan todo el asunto. Estos se impacientan con los rodeos ociosos, como si no se tuviera asaz confianza en la rapidez de su comprensión.

Y los hay quienes no llegan a enterarse, aunque les hables tres días seguidos, y, con todo, como quieren dar a entender que se enteraron, te llaman verboso y se ofenden si les explicas lo que no comprendieron. Otros hay que son talentudos y se hacen cargo, y a pesar de ello, oyen con mucho agrado, bien por su propio natural, bien prendados de la dulzura del discurso, de quien habla, o de su gravedad y peso o, finalmente, por su ingénita benevolencia, que es el más sazonado y sabroso condimento que se conoce. Algunos hay ignorantes y tardos en comprender, y por tales se reconocen, y por ello no solamente no les molesta un razonamiento largo más de la cuenta, sino que lo desean y piden que se les ilustre. A tantas clases de ingenios como son éstas, hase de adaptar la prolijidad, la brevedad y también la oscuridad y la facilidad y la perspicuidad. Y no es que yo quiera y mande que en algún lugar sea enojosa u oscura la oración cuya principal virtud está en su transparencia, sino porque los tardos no alcanzan lo que se dijo con agudeza y los rudos no aquilatan lo que se dijo con doctrina. Al erudito le estará permitido evocar historias, fábulas, toda la antigüedad y toda la Naturaleza, si el uso lo consiente, siempre que parezcan que se topó con ellas espontáneamente y no que fueron buscadas con estudiada afectación.

Hasta aquí, he dicho lo que juzgué que específicamente pertenecía a la deliberación y de todo lo cual hice un manojo para ti. Existen en otros géneros y en todo ese arte algunas enseñanzas esparcidas, como es de ver en los filósofos y en las obras de los sabios, acerca de lo honesto y de lo útil etc., que a su debido tiempo pueden servir para

dar consejos; pero éstas, o bien quedan comprendidas en nuestros preceptos generales o son ajenas, y si no es contra su voluntad y a pesar de su repugnancia no debían tocarse en ese comentario, puesto que entre todas las artes existe cierta afinidad y como armonía, por manera que no hay ninguna que no preste a las otras un auxilio poderoso. No obstante, no conviene que estos tratados anden confundidos y mezclados, sino que se estudien separadamente.

Oxford, 1523.

FIN DE
«DE LA DELIBERACIÓN»

DE LA DISPUTACION

(1531)

La penetración mental no intuye plena y abiertamente la verdad, agobiada y embotada como está por la densa cerrazón de su masa corpórea; pero agrava aún más el caso, el hecho de que nosotros traspasamos esas tinieblas de nosotros a las cosas, de manera que podríamos decir que están sumidas en noche ciega y profundísima y ocultas detrás de velos impenetrables. En este sentido, dijo Demócrito que la verdad estaba hundida en un pozo muy profundo. Para limpiarla de todas esas cáscaras y a fin de que el meollo salga puro, el ingenio humano recibió de Dios la facultad de examinar la verdad, y esa función llámase *disputación*, que equivale a decir monda. Así como las vides, los almendros y los nogales, y el hierro, y el oro se mondan y se acrisolan con echar la escoria y lo inútil, así también en aquel examen e inquisición de la verdad, con apartar lo falso, o lo ambiguo, o lo incierto, acabe por apurarse lo que realmente es la verdad. Esta verdad es una luz que se introduce en nuestro ingenio con el objeto de que a través de lo que positivamente se tiene por verdadero, quede explanado y claro aquello de que se duda o se refute aquello otro que en nosotros se insinuaba con apariencias y vislumbres. Quede, pues, para nuestro uso definida la *disputación* así: *Contraste de argumentos para aprobar o para rechazar alguna cosa*. Donde, por una y otra parte, no hay prueba, no puede haber disputación. Guías de nuestro espíritu son las fuerzas que Dios le otorgó para conocer y juzgar de lo conocido.

Juan Filopono, tomando pie de la *República* de Platón, escribe que cinco son nuestras funciones anímicas: *mente, dianea, opinión, fantasía, sentido*. El sentido es demasiado lento para que discurra a par del silogismo y colija algo; la mente es demasiado rápida para que espere el silogismo; la opinión es el asenso; la fantasía o visión es la aprehensión. La dianea, a quien llamaremos pensamiento propiamente, es el movimiento; así es que ella raciocina y emplea el silogismo. Todas estas funciones son privativas del alma; de momento no diré mucho acerca de ellas ni con detenimiento mayor de lo que fuere suficiente a mi propósito.

Raciocina, pues, nuestro pensamiento bien sobre lo que la mente le sugiere o lo que le proporciona la opinión o la fantasía, pues los

sentidos son siervos de ella. Platón comprende todo esto bajo el nombre de *eikasias*. La mente acarrea al pensamiento, en la medida de sus posibilidades, lo más verdadero y averiguado, como axiomas, informaciones naturales, nociones impresas y grabadas en el ánimo de todos, con las cuales encadénanse los silogismos en quienes está la ciencia, si es que la ciencia está en algún lugar. La opinión proporciona lo creíble, que unas veces es verdadero y otras veces es falso; de ahí la existencia de silogismos que tienen verosimilitud, pero no exenta de duda.

La visión o fantasía suministra imágenes huecas, sueños, alucinaciones, engaños, imposturas, puesto que se deja conducir por la semejanza que temerariamente recoge de la ignorancia y de la inadvertencia, mezclando y confundiendo una de dos o más cosas. De ahí nace el error de la ambigüedad de la palabra o de la sentencia, como cuando una voz tiene muchas acepciones que se interfieren y se hacen uno, a saber: cuando la palabra es dudosa o es anfibológica la oración. Ocasiona también confusionismo la escritura, cuando no la distingue el acento ni la precisa la puntuación. También el sentido, cuando de una significación, por recatada vía, se pasa a otra, a saber: de lo esencial a lo inherente, o al revés. Verbigracia: *El hombre es animal; mas el animal es género; la miel es dulce; pero una cosa lo es más que la otra.* Añade a esto que pasa lo mismo cuando una conclusión falsa se recibe por verdadera, porque ostenta como una apariencia de ella; vicios éstos contra los cuales ya más arriba precavimos. La fantasía, como quiera que con ligereza se muda de una cosa en otra, también con la misma ligereza da su ascenso, y en cualquier punto en que viniere a dar, por pereza de una ulterior información, allí se para y hace alto. Por esto es que se engaña bravamente, porque ni distingue lo ambiguo, ni compara las partes entre sí para averiguar cómo están compuestas y relacionadas.

El criterio, sentado a manera de árbitro en medio de tanta diversidad, comienza a examinar y a pesar las fuerzas de todos ellos y, por decirlo así, su causa; aquello que no merece su aprobación lo rechaza de plano y lo condena irremisiblemente; aquello que aprueba lo admite según y cómo: algunas cosas con seguridad, otras con incertidumbre. Cosas hay entre las cuales el ánimo fluctúa vacilante y dudoso, porque en ellas aparece algún viso de verdad y de falsía. Estas alternativas del criterio son ocasionadas por tres géneros de argumentos en los cuales se debe atender a las cosas y a la conexión o relación que guardan entre sí. Todos los argumentos se sacan o de las realidades ciertas, averiguadas, necesarias o de las probables y que dependen de conjeturas. Esos nombres no corresponden propiamente a las cosas, sino al concepto que de ellas tiene cada uno, pues las unas son para, según quién, ciertas e indudables; mas no todos los otros las ven así. Las que son hijas de la certidumbre y están ligadas entre sí por un nexo evidente con aquello mismo que confirman atráense un criterio seguro. La argumentación de este linaje llámase cierta y evidente. Empero, las que son probables no más o no ofrecen en la prueba un nexo claro con aquello a que se adhieren, provocan un juicio vacilante y receloso y no demasiado seguro de sí. A esta argumentación llámasela probable o

creíble; dialéctica la llama Aristóteles. Ambiguo es este juicio y apenas se sostiene sobre sus pies, equilibrada la fuerza de los argumentos en el asunto controvertido por una y otra parte y quedando la balanza en el fiel. La argumentación que engaña el juicio, engaña ora por la materia que la constituye, ora por el artificio, forma y relación de las partes. El conocimiento de la materia pertenece a cada una de las artes, como cuando se dice: *Todo gobierno de uno solo es el mejor; la tiranía es el gobierno de uno solo; luego es el gobierno mejor.* Mas la forma y la composición pertenecen a ese lugar: *Toda virtud es suave; también es suave el placer; luego el placer es virtud.* Esto se llama con propiedad paralogismo; pues aquel primero, aunque tomado de premisas falsas, puede ser buen silogismo, como lo es aquel mismo. En general, sálese a camino de la materia de los argumentos de esta manera. Demuéstrase que lo cierto y lo necesario no lo son si se pone fuera de duda que otra cosa, la más semejante, no es necesaria. A veces, del mismo argumento se concluye todo lo contrario, cuando se opone la autoridad de que hubo quienes no lo apreciaron así, si en otros asuntos su ingenio y su juicio fueron admitidos como buenos.

Probable es aquello que a cada uno le parece que lo es, no por razón cierta y evidente, sino más verosímil que la contraria. A veces, lo probable se toma por cierto y averiguado, pero ahora hablamos del primero. Lo probable, o se debilita o queda eliminado en absoluto; se debilita, si se demuestra tener menos firmeza que la que se le atribuía; que muchas veces lo que suele ocurrir es, precisamente, lo contrario. Se elimina por completo, objetándole aquello que o le es necesario o más creíble, y por la clara concurrencia de circunstancias, por qué ello no es procedente en ese lugar, en ese tiempo, en esas cosas. Lo más probable es lo que tiene a su favor argumentos más eficaces o de eficacia equivalente. Pero son muchos los casos en que cada cual tiene su fe; cuanto mayor sea, otro tanto es la eficacia mayor. En las conjeturas, no las daña asaz quien demuestra que no son necesarias o no son fuertes, sino que no son buenas. Ello se consigue exponiendo que en hartas ocasiones acostumbra ocurrir lo contrario, no ya en análogas, sino en idénticas circunstancias de lugar, tiempo, personas, cosas, como: *Que se avergüence fulano, que tiemble, que ande azogado, tórnase como indicio de conciencia culpable; con todo, ello suele acaecer en toda concurrencia, aun entre los más amigos, estando todo en calma y seguridad;* como le acontecía a Cicerón al tener que hablar de cualquiera causa.

Por lo que toca a la argumentación ya perfilada y hecha, o la rechazamos, o la destruímos, o la neutralizamos o la confutamos. Se la rechaza, cuando se niega que esté recogida; se la destruye, cuando queda al descubierto la falacia, la cual, como ordinariamente se hace, por ambigüedad o similitud, por eso se llama *distinguir;* en ese caso, como si el asunto estuviera partido en dos o más partes, admitimos para nosotros un miembro, y el otro o los otros los concedemos al adversario; se le neutraliza, cuando se evidencia el absurdo que se seguiría, de ser ello así; se le confuta o se le aplasta cuando se le opone un argumento más fuerte.

La neutralización (*elusio*) no se aparta mucho de la confutación (*re-*

tusio). Una cosa y otra en Aristóteles tienen un solo nombre, *gestasis*, que textualmente en latín significa *instantia*; pero el nombre que se le puso es *objeción* u *óbice*, porque es una suerte de obstáculo que se opone a la marcha del argumento, como acontece en los ríos cuando se rema contra su corriente. Esto no es desatar la conexión del argumento ni cortarla, sino salirle al encuentro e impedir su libre curso, y esto ocurre no raras veces a nuestro pensamiento, pues cuando del curso de la argumentación síguese una consecuencia absurda en exceso, entonces el ánimo comienza por detenerse, y, luego, así que advierte que se descaminó, vuelve a su punto de partida, y aun cuando no sepa decir en qué sitio preciso se equivocó, ni dónde está la causa de su error, con todo no duda que hay error positivo. El obstáculo opónese a la argumentación por lo mismo, por lo semejante, por lo contrario, por la autoridad. Por lo mismo, si alguno dice: *El amor es un bien porque es deleitoso*, se le opone: *No, que es un mal, porque es una indigencia*. Por lo contrario: *El hombre bueno dañará a los amigos, porque fué dañado por aquellos de quienes jamás debió serlo*. Por lo semejante: *Ese hombre fué objeto de un atropello odioso; así que siempre odiará*. ¿Cómo es eso? *Porque cuando lo son de un beneficio no siempre corresponden a él con amor*. Por autoridad: *Hay que perdonarles porque son niños*. Objeción: *Al revés; Salomón dice que el palo no debe andar lejos de los niños*. Aquí hay ejemplos de dichos y de hecho. *Se ha de perdonar a ése, porque es su hijo. Será así, pero Torcuato y Bruto también mataron a los suyos y prefirieron vivir privados de ellos a tenerlos díscolos*. En ese caso no se rompe el vínculo del primer miembro con el posterior, sino que se demuestra su flojedad e invalidez, aun cuando en muchas ocasiones puede producirse la ruptura, pero con un rodeo más largo, como cuando decimos *que el hombre bueno no debe dañar a los amigos, aun cuando fuere dañado por ellos, porque el hombre malo no devuelve a los amigos gratitud por un disfavor*. En este caso la primera probabilidad queda anulada por la segunda; a saber: que *el perjuicio no debe ser causa de venganza en el bueno, porque no lo es en el malo*. Este argumento es por la comparación de la menor. También: *El que fué objeto de un atropello, odiará siempre*. De la objeción se deduce *que el amor no es perpetuo ni es propio de los afectos ser perpetuos, y por ende, siendo un afecto el odio, con el tiempo mudará*. Hay que decir ya algo de cada uno de los géneros de los argumentos; cuál sea la razón del *silogismo* y cuál la relación del propósito con la intención, lo demostraremos en otro lugar.

La fuerza del *ejemplo* está en la semejanza, pues la Naturaleza atribuye a las causas semejantes efectos semejantes; a principios análogos, análogos proceso y resultado; a semejantes cualidades, semejantes facultades, y así siguiendo. Por esto, para persuadir a quien no resiste, sino que sigue dócilmente, el mejor procedimiento es éste, porque a la vez que enseña demuestra, más que no obliga. Confírmase por la semejanza, debilítase por la desemejanza, que no es difícil hallar en todo símil, pues no hay cosa tan conforme que no discrepe en algún punto. Aún más, si el contrincante no atina con esa diferencia, no sospecha que la culpa esté en la cosa, sino en

sí mismo, por deficencia de averiguación o porque no tuvo la fortuna de hallarla. Con todo hase de estudiar si la deformidad está en aquello de que se trata, por ejemplo: *Catón se suicidó por no servir a César; luego suicídate tú por no servir a un tirano.* Se responderá que no hay paridad, pues *para Catón el colmo de todos los males era la servidumbre, pero no para los profanos y para los iniciados en la religión cristiana.* Añádese: *Pues bien, el mayor de los males es que esté sujeto a esclavitud aquel a quien Cristo hizo libre.* Así es; *no ser siervo del hombre, sino del pecado y del demonio. Demóstenes salió tan gran orador por su mucho estudio, ¿por qué no haces tú lo mismo?* Porque *en Demóstenes el estudio fué más afanoso, el ingenio más vivo, el juicio más agudo y el lenguaje patrio mamado con la leche.* En el librito *De la senectud*, de Cicerón, habiendo Catón sostenido con su ejemplo personal que no debe *haber edad para los ancianos*, Lelio le replica: *Acaso dirá alguno que a ti te parece más tolerable la ancianidad por tu posición, por tu riqueza, por tu dignidad; pero esto no pueden tenerlo todos.* Y le contesta Catón: *No son las dignidades ni las riquezas las que hacen a la vejez llevadera o molesta, sino la sabiduría o la necedad. No sólo a los personajes triunfales es apacible y sabrosa la senectud, sino, también, a aquellos que vivieron con entereza y con decoro.*

Si la desemejanza no fuere somera, entonces importará seguir el consejo de Marco Fabio de que a lo dudoso se le llame *fabuloso*, como son los apólogos, las narraciones poéticas, las fábulas milesias, las muchas historias de los caldeos, de los persas, de los egipcios. Mas, si hubiere constancia de que son verdaderas y ciertas, entonces se habrá de intentar el esclarecimiento de que aquellas cosas no estuvieron bien hechas. También se examina la autoridad de quien dijo algo, de quien no dijo nada, de quien hizo, de quien no hizo, y del valor que debemos darle nosotros; confírmase la autoridad para corroborar el argumento; se la eleva, para debilitarla; de ella ya hablamos en la inquisición de la verdad.

Gracias a la *enumeración* fueron descubiertas las artes todas, es decir, la fórmula, síntesis de muchas experiencias: *Si esa hierba dañó a ese hombre, y aprovechó a ese asno, y a aquél y a aquel otro, luego daña a todo hombre y aprovecha a todo asno.* Si en algún caso falla, se cae todo. Pero es imposible ahincar en todas las singularidades; a algunas las tomamos por la totalidad y añadimos al final: *Sea así de lo otro; sea así de lo restante; parece no haber cosa en contrario o no hay observación en contra.* Es menester que el que debilita un argumento haga alguna concesión al opositor, y entonces o lo destruye o lo mella y resquebraja. También con la manifestación de la duda introduce algún escrúpulo: *Acaso no sea así en todo; es cosa nueva y no comprobada suficientemente;* como, por ejemplo, pasa con la madera *ébano* y muchas otras cosas que en esa nuestra edad comenzaron a conocerse, o porque ello está averiguado de pocos. Entonces se podrán aportar algunos casos que, creyéndose ser del todo ciertos, el discurso del tiempo demostró no ser tales. Ejemplos de éstos no son raros en el mundo físico y en la vida de los hombres; mas el contrincante demostrará el vicio de que adolece aquello que se le objeta y que le

hace degenerar de la naturaleza de los otros, como *si la raíz del árbol está dañada;* por una cosa nueva; *los experimentos son muchos;* por una cosa vieja: *que muchos hicieron indagaciones y que nadie halló cosa en contrario;* que por lo menos es verosímil *cuando nadie, a pesar de tanta investigación, halló cosa adversa.*

La *inducción socrática* es una argumentación conforme a la Naturaleza: *Si en los otros casos, que son semejantes, es así, así debe ser también en éste.* El que rechace, razone la causa de la diferencia, como en el ejemplo, pero conviene sea mayor y más fuerte aquí donde tantos ejemplos se adujeron; verbigracia: *Para confiarle la nave en una fortuna de mar, escoges no al más amigo, sino al más diestro; a quien confías la república, a quien la doma del caballo y a quien el dinero.* A eso se le contesta de las filas de enfrente: *No es así, pues en lo demás se exige la pericia, en eso del dinero la seriedad.* Luego se ha de demostrar que *en este caso del dinero se necesita seriedad y en lo de la nave y del gobierno, de habilidad, pues si fuere enemigo traicionará deliberadamente, y si fuere inepto, irá a perdición sin que se cate de ello.* Usaba también Sócrates de las *epagoges,* que soy de parecer que están muy indicadas para cogerle a uno, pues cuando se proponen breves preguntas acerca de cada una de las cosas, se delata menos el fraude que se manifiesta más como en orden abierto, y menos se percata el que responde de lo que sigue a lo que se le puso y se le concedió, y de lo que repugna.

En la *comparación* la fuerza está desperdigada y no puede reducirse a una fórmula concreta, que pertenece más bien a invención de los argumentos: *Lo semejante, o lo mayor, o lo menor,* compáranse entre sí en alguno o en algunos puntos. Hay que mirar si en lo mismo son iguales o mayor o menor: *Un hombre particular engendra tantos hijos: ¿el rey no los engendrará?* Aquí no hay ni mayor ni menor: *Siendo simple ciudadano hablabas al pueblo; luego también siendo cónsul.* No hay mayor ni menor en el hablar al público, *que muchas veces ofrecen materia de urbanidad. ¿Por qué yo no he de ceder en una palabra a quien ceden en todo treinta legiones?,* pregunta Facorino. En aquello que se hace, decir qué sea mayor y lo menor toca a aquel que conoce las fuerzas de las cosas, como: *Esto consigue esa hierba, luego también aquella otra;* en aquello que afecta al decoro, la respuesta toca al prudente; el argumento *a minori* es apto para la confirmación; el argumento *a majori* para la información; el argumento *a pari,* para uno y otro caso. Lo mismo dice Aristóteles de los relativos, porque puesto uno, se pone otro, y quitado, se quita; pero esto debe entenderse como es debido: *si hay padre, hay hijo; si no hay padre, no hay hijo tampoco,* y esto, ciertamente, en la esencia, pues en lo otro no son relativos: *No veo ningún padre, luego tampoco ningún hijo; ningún hijo enseña; luego tampoco ningún padre.* Hase de atender al buen uso del relativo: *hay esclavo; luego, esclavo de esclavo;* eso no está bien, sino *esclavo del dueño,* pues así como ya se declaró, los hay pares: *amigo, enemigo; semejante, desemejante;* otros impares: *padre, hijo; dueño, esclavo.* Ni tampoco es buena esta correlación: *hay esclavo, luego acompaña al amo;* sino esta otra: *luego está a las órdenes del dueño;* como:

es dueño; luego posee esclavo, pues la característica del siervo radica en que esté bajo la potestad del dueño, y la del dueño en que posea esclavo. *Este no es padre; luego tampoco es hijo.* Eso no vale; pues no se dice que se quita a lo singular lo que se dijo de lo universal; empero vale en cada uno de los impares: *Este es discípulo de ése, luego no es su maestro* y no sólo por la comparación del mismo relativo, sino de la *misma cosa* en que coinciden, pues bien se puede a una ser maestro y discípulo en distintas disciplinas.

En lo contrario, y en lo distanciado, para debilitar, miremos primero si tienen medio, si es el tiempo, y si hay sujeto definido por la Naturaleza. Este se traerá de otra parte. Hay que observar dónde se dan tales circunstancias: *Doy cena a los hombres; no por eso a los caballos.* En esto no hay puntos distanciados. *Este hombre tiene esclavos blancos; no por eso, los tiene negros.* Tampoco en eso hay contrariedad: *A quien la vista le deleita, es la enemiga la ceguera. En la gradación* hay cierta fuerza impulsiva que hace que lo que sigue a lo menos, es decir, a lo deducido, síguese a lo mayor, es decir, a la razón. En este punto, como en todo género de argumentación, hase de evitar la ambigüedad. *Los estudiosos aman el ocio;* los que aman el ocio son perezosos. Una cosa es el ocio de los estudiosos y otra la desidia: *Lo que quiere ese niño, lo quiere su madre; lo que la madre, el padre; lo que el padre, el pueblo; el niño quiere jugar a la pelota, luego el pueblo también.* Una cosa es lo que el niño quiere que su madre quiera, otra lo que la madre quiere que el padre, y otra lo que el padre quiere que el pueblo quiera. Hay que parar mientes en el tránsito, pues con frecuencia ahí se coló el engaño. *Quien bebe bien, duerme bien; quien duerme bien, no hace nada.* Aquí pásase de un tiempo a otro, pues beber y dormir no son simultáneos: *Quien conoce a Laurencio Valla, conoce a Teodoro Gaza; quien conoce a éste, conoce a Angel Poliziano; quien conoce a Poliziano, conoce a Erasmo; luego quien conoce a Valla conoce a Erasmo.* Pero en este caso, lo universal defiende el conjunto. Pero alguno de estos extremos no es verdadero en lo universal.

A los *sorites* eran muy aficionados los estoicos y aquellos académicos nuevos después de Arcesilao y Carnéades. Negocio espinoso y turbio eso de descubrir lo mucho, lo poco, lo grande, lo pequeño, lo largo, lo breve, lo ancho, lo angosto, todo aquello, en una palabra, por una determinada dimensión está distribuído en partes, de las cuales Marco Tulio hace mención en el cuarto libro de sus *Cuestiones académicas*, por cuanto los términos, que consisten en un punto divisible, piden que se les coloque en un punto que no pueda dividirse. El montón no está constituído por cada uno de los granos, ni por cada uno de los granos se destruye, como la cola del caballo no está constituída por cada una de las cerdas, ni las riquezas se cuentan moneda por moneda, sino por muchas a la vez. Así que no es extraño que por añadiduras individuales jamás se dé con lo que se busca.

El *dilema* está muy indicado para desorientar, pues el espíritu, rodeado de dudas por doquiera, no ve de momento la salida clara; si hay algún medio, queda un camino abierto, como: *Si te casares con una mujer rica, tendrás que soportarla; si con una pobre, tendrás que mante-*

nerla. Pero hay una tercera salida: *Si me casare con una mujer rica, viviré más ricamente; si con una mujer pobre, viviré más tranquilamente.* Hay otras pruebas de conclusión que se llaman reflejas, cuando, negada la ilación, tómase su opuesto.

El opuesto, solo o con una parte de lo propuesto, la cosa se queda empujada a la mayor y más grave, a saber: a demostrarse que *dos cosas contradictorias son verdaderas a la vez.* Aquellos dos primeros caminos son rectos, aptos para enseñar y para hablar, y ése para refutar, como los silogismos que concluyen afirmativamente son buenos para probar, y los que concluyen negativamente lo son para reprobar. Con todo, en las pruebas y con esa amputación, se ha de avanzar tanto que se llegue a la que sea necesaria y de todos conocida, o, si quieres, a la probable, que no pueda negarse sin un gran absurdo. Se dirá que es probable aquello que, siendo recibido por muchos, así que hubieras llegado, con sólo un paso más incurrirías en el peligro señalado por el proverbio: *Veas que con rascar demasiado no saques sangre*, y cortes en lo sano, mientras con excesivo afán de amputación persigas los abscesos viciosos.

Conviene advertir que no todos los géneros de cosas que se pusieron en la dubitación pueden afianzarse con los mismos argumentos. Las cosas que caen bajo el dominio de los sentidos, admiten argumentos más eficaces y cómodos y más expuestos al sentido, cuyas características son los efectos de las causas naturales. Lo que está bajo la jurisdicción de la mente, esto recibe su fuerza y su apoyo de aquellas informaciones que la Naturaleza grabó en las mentes de los hombres, como tantas verdades en las Matemáticas y en la Metafísica. Mas aquellas otras que por la búsqueda de la mente se averiguan, sacándolas de su apartamiento y escondrijo, conténtanse con determinadas pruebas creíbles, más acomodadas a los sentidos o a la mente. Empero los que se fundan en la prudencia y la práctica de la vida, piden aquellas pruebas a las cuales síguense mayores ventajas públicas o privadas o daños más pocos o más leves, presentes o futuros. Mucho pesa en éstos la autoridad de aquellos hombres que por su ciencia y por su honradez gozan de gran prestigio. De este número son los que se consagraron al estudio de la sabiduría, los ancianos, los técnicos de los negocios, los legisladores, los magistrados, los senadores, los pueblos y las ciudades que sabemos están bien constituídos y regidos. En aquello que es de ilustración celestial y que supera todo sentido y todo alcance humanos y sólo puede ser conocido y enseñado por Dios, adquiere la máxima valía, así la autoridad del mismo Dios como de aquellos que demuestran por señales evidentes que fueron por Dios enseñados e ilustrados, como los argumentos con que confirman lo que dicen, son semejantes a lo mismo; dicen, a saber: son divinos y exceden la Naturaleza. Mas, como lo probable, admítese a probar lo ambiguo, así también lo absurdo aplícase a convencer de la contradicción de aquello que pretendemos, verbigracia: *La religión es el mayor de los bienes; si no existiera, dime: ¿qué ibas a poner en su lugar? Y ese sustitutivo, ¿en dónde estaría situado? ¿En el alma? ¿En el cuerpo? Lo que está en el cuerpo nos es común con las bestias; lo que está en el alma, es común con los demonios, ex-*

ceptuada la religión; por ende, del supremo bien del hombre, fueran partícipes las bestias o los demonios; perticipación nefanda. Esto se considera absurdo casi del mismo modo que se considera probable.

Hasta aquí hablé de la callada y auténtica *disputación* de cada uno consigo mismo. En la *disputación* trabada y comparada, referida a dos, no es tan fácil discernir y cribar lo verdadero como en el interior de cada uno. La externa colisión y la consiguiente polvareda enturbian la clarividencia del entendimiento, por las pasiones que azuzan, o por la atención que prestan a lo externo. Añade a esto lo que dijo Aristóteles con su habitual prudencia: *La plática y discusión de dos, hácese mediante el discurso, donde son muchas las fraudes que se ocultan y se introducen furtivamente. En cambio, la discusión que uno tiene consigo mismo hácese por realidades, que lo sitúan todo ante los ojos con más claridad y transparencia.* Y aun en lo que es examen y discusión de uno, si se hace mediante discurso, es fuerza que se insinúen en el espíritu muchos engaños, porque todo engaño nace de la semejanza, con la verdad y el bien; pero la semejanza es ambigua, mayor y más pronta y decidida en entender las palabras que las cosas.

Con todo, paréceme que estoy obligado a decir unas palabras de esta llamémosla *disputa o altercado*, porque no se eche de menos, como omitidos, *este ejercicio escolar*, aun cuando Aristóteles dió copiosos preceptos acerca de este punto, en los *Libros tópicos* y en los *Elencos*. Nosotros, breve y claramente, según nuestra costumbre, nos ceñiremos a ciertas particularidades que nos parecerán pertinentes a nuestro propósito.

Lo principal en toda controversia es saber qué es lo que se disputa y el objeto preciso de la contienda. No siendo así, irán y vendrán tiros a voleo de una parte y de otra, temeraria y ridículamente, cosa que vemos que ocurre a menudo en las disputas, de forma que *un contrincante sostiene que el cielo da vueltas y el otro se empeña en persuadirle de que la tierra se está quieta en el centro del mundo. Lo segundo es que el que responde tenga bien conocida la naturaleza de aquello de que se trata,* por manera que no sólo le separe mentalmente de lo distinto y de lo desemejante, sino también de lo conforme que de la semejanza pudiera producir humo de engaño. De esta separación nacerá que pueda distinguir y dividir lo ambiguo y definir con justeza. La ignorancia de esos tres extremos acarrea en la disputa grandes y turbios errores y gritos desentonados, llenos de porfía y de ceguera tenaz. Hartas veces ocurre que precisamente aquello que más ignora uno es lo que defiende con mayor contumacia, así en la ofensiva como en la defensiva, convencidísimo de que aquello que sostiene es la pura verdad. A fin de que uno y otro contendiente vea esto con la deseable claridad, hay que conservar la *entereza del juicio, no ofuscado por ninguna pasión tempestuosa,* pues cuando la pasión está exacerbada y arde, levanta un humo y una polvareda tales, que impiden toda videncia.

Mas es cosa muy conveniente en la discusión, que viene a ser un altercado pacífico, no impresionarse en demasía. Por eso es que los biliosos, los apasionados, los irritables, los captadores de gloria vana, no sirven para la disputa, singularmente contra un sofista ladino, pues con fa-

cilidad se encienden y se ciegan y no paran mientes en lo que les objeta el antisofista ni en lo que ellos le han de responder. El vanidosillo está de tal manera ocupado en observar caras y gestos y guiños, que no pone atención en lo que se dice. Muy afín a la comprensión de los términos de la controversia es que se entiendan perfectamente las palabras del adversario, en qué sentido se acostumbren decir y en qué sentido las toman los oyentes.

Sofista es aquel que no persigue la verdad real, sino que capta la opinión del auditorio centrándola sobre su persona. En ello se propone por todo fin o el lucero o la gloria o la derrota y mofa consiguiente del adversario o la satisfacción de alguna pasión no sana. Por ello se esfuerza en conseguir a fuerza de argumentos que aquello mismo que el antisofista afirmó, crean los otros que quedó dañado, y que en vez de demostrar la verdad, probó el error. La convicción de que es falso uno de los dos extremos, mediante el otro, viene de que el mismo que afirmara, vencido por razón y argumentos, confiesa su yerro y (eso llámase *repugnancia*), o cuando aquello que se impone a fuerza de argumentos es contrario a la opinión de aquellos a quienes es razón que se dé crédito, quiero decir, al buen sentido, a la opinión y parecer de los que están presentes, o a las ideas admitidas por la generalidad o por aquellos que son tenidos por sabios o que son falsas tan evidentemente, que merecen el reproche público o la desaprobación por absurdas o paradójicas. Con todo, lo que más ardientemente desea el sofista es arrancar al mismo contrincante el reconocimiento de lo contrario, obligándole a la palinodia, pues no considera menos glorioso para sí como feo para quien defiende la parte contraria el admitir espontáneamente una falsedad, como si se ve obligado en la disputa algo paradójico o dudoso que esté en pugna con lo que había sentado de firme, porque no pudo sostener el peso y la fuerza de las razones. Pero por lo que toca a nosotros, cedamos fácilmente a quien nos busca, a través de tanto afán, aquella gloria tan mentida como efímera, mientras nosotros retengamos el fruto de la verdad. En el caso que nos hubiéremos convencido de habernos desviado, volvamos al buen camino por iniciativa propia o por aviso ajeno. Mucho más cuerdo y fructuoso es reintegrarnos a la senda derecha, apuntando al fin que nos propusimos, que no querer cejar en el empeño ni reconocer la victoria del adversario y sostener con pertinacia una falsa posición. Acaso resistiríamos, sin reconocernos vencidos; pero sería contra la verdad. Mucho más gloriosa es la derrota que no la oposición a la verdad. El vencimiento a manos de un contrincante es un desdoro baladí y efímero, y, en cambio, el engaño y la decepción es un grave mal y una miseria deplorable. No raras veces tu derrota proporciona al contrincante un pequeño honor, pero a ti un provecho grande. El se va hinchado por la victoria hueca, y tú te vas libre y exento de la ignorancia, que es un mal muy bravo y muy feo.

En el sofista hanse de evitar principalmente tres linajes de capción: toda ambigüedad de una sola palabra o muchas; la proposición de falsos dogmas por verdaderos, y el nexo fraudulento que une entre sí la argumentación. No se escapen tampoco a nuestra vigilancia sus tretas y engaños en la disputa, pues he-

mos de saber que él, por aquellos puntos que son el eje de toda la contienda, finge pasar, desdeñosamente y como quien no hace caso, porque la respuesta del competidor sea descuidada y negligente. En esa ocurrencia él, con palabras de halago, aprueba y encomia lo que se admitió o se concedió o se negó indebidamente para que el que la responde se confirme en lo que ve que es admitido con asentimiento y loa. Así que séanos sospechosa, tanto si afecta negligencia como aprobación. Propone también varias cuestiones, a fin de, según fueren las respuestas, echarse sobre aquella que confía tratar al tenor de su propia opinión. Por esto le obligamos a que escoja una que quiera él sea ventilada. Y si empezare a apartarse de nuestro campo y atraernos poco a poco y con engaño a otro terreno, se le ha de forzar a que se ciña al punto concreto de la cuestión; y a ello se le ha de empujar con empeño, no sea que por falta de precaución vayamos a dar en un tema que no estemos capacitados para tratar. Por todo ello, una vez que la disputa esté bien centrada, será conveniente en la respuesta precisar la cuestión en pocas palabras, a fin de que la ambigüedad no la pueda oscurecer ni pueda cerrarle el paso la ignorancia, de donde, como por un atajo, caigamos en la celada cuando menos lo pensamos. Y si conseguimos ponerla al descubierto, tras una reñida disputa, evitemos que alguno pueda creer que llegamos allá no por voluntad nuestra, sino a empujones del sofista. Pero si el altercado se desarrolla en la incertidumbre y llevare trazas de nunca acabar, lo más cuerdo será, por ventura, acomodar tajantemente las respuestas a las preguntas y concretarlas al punto discutido. A veces el sofista deja que se le ruegue, por demostrar con cuánta facilidad se escurrirá de nuestros ganchos dejándonos burlados. Por esa razón, devuelve réplicas ambiguas por tener siempre un camino de escape. Valdrá la pena que se le exija hablar más claro y aclarar la perplejidad, a fin de que todo aparezca más evidente a los que asisten a la contienda y también porque nosotros no les parezcamos también caviladores.

Así que pondremos pronunciado empeño en que no se piense que nos entretenemos en argucias y en logomaquias, y usaremos de las palabras en el sentido en que acostumbraron tomarlas los espectadores. Existen múltiples interrogaciones cuya respuesta simple y categórica engendra ambigüedad con relación a lo que se pregunta: «¿Hiciste sacrilegio?» «No lo hice.» Respuesta ambigua, que no tiene una referencia concreta. No se sabe si no robamos nada en absoluto, o si lo que robamos no fué sagrado o de un lugar sagrado. Si el sofista rehusa dar mejor información para sus fines turbios, nuestra pregunta será más directa: ¿Robaste esto o no lo robaste? Si dice que no, ha de demostrarlo inequívocamente; si confiesa que sí, hásele de pedir si fué cosa sagrada; si dice que no, tendrá que probarlo; si lo confiesa, hásele de preguntar si fué de un lugar sagrado. Este procedimiento es el que se indica en cualquier argumento múltiple, como si, por ejemplo, uno quisiera convencer que el gobierno unipersonal es el mejor, porque los romanos, en las crisis más apuradas de la república, se acogían al nombramiento de un dictador. Ese sofista presunto hallará, para atacar a los romanos, que su ciudad no estaba bien constituída y dará suelta

a sus cavilaciones acerca de los dictadores que convirtieron la potestad civil y legítima en tiranía, como César y Sila, y que no siempre se hizo así, como en el asesinato de Clodio y en otras ocasiones; de modo que se adherirá al extremo que le será más cómodo o se pasará del uno al otro. Mas nosotros, para fijarlo en el nuestro, le pediremos en qué punto preciso está la cabeza de la controversia. El, no obstante, como no tenga ya más que decir del punto controvertido para desviar de los argumentos la atención de los oyentes, bien concentra sus ataques en el adversario o se sale por los cerros de Ubeda, recursos ésos que no tienen nada que ver con la disputa y la averiguación de la verdad, sino con la pelea entre villanos y con la vulgar y zafia escaramuza.

Brujas, 1531.

FIN DE
«DE LA DISPUTACIÓN»

REDACCION EPISTOLAR

(DE CONSCRIBENDIS EPISTOLIS)

(1536)

A IDIAQUEZ,

SECRETARIO DE CARLOS V

Así que tomé la determinación, mi querido Idiáquez, de publicar ese opúsculo sobre la manera de escribir cartas, cuyo uso es grande para todas las circunstancias de la vida, parecióme que debía ponerlo al amparo de tu nombre. No precisamente porque hayas menester de reglas más tú que tienes por maestros en esa arte a Cicerón y a Plinio, en cuyas pisadas pones felicísimamente los pies, con gran admiración de aquellos que saben en cuán breve tiempo conseguiste los progresos que deseabas en cultura latina, sino porque parece que a nadie conviene tanto ese tratado como a quien tiene la incumbencia de redactar cada día en latín cartas numerosísimas de asuntos los más trascendentales y también por nuestra estrechísima amistad y mutua bienquerencia, que hacen que cualquiera cosa que proceda del uno no deje de ser al otro agradabilísima sobre todo encarecimiento. La carta no es más que una conversación entre personas ausentes mediante signos escritos. Para esto fué inventada la correspondencia epistolar, a saber: para que la carta, mensajera e intérprete fiel, comunique los conceptos y los pensamientos de los unos a los otros. El fin práctico de las cartas es, dice San Ambrosio a Sabino, que los que estamos separados por la distancia de lugares estemos unidos por el afecto que entre ausentes es un sustitutivo de la presencia personal. El coloquio escrito aproxima a los que están separados, y mediante él mezclamos nuestra alma con el alma de nuestro amigo y le infundimos nuestro pensar. Los griegos la llamaron *epístola*, que equivale a *misiva* o documento escrito que se envía. Entre presentes, la epístola huelga, excepto en el caso que tengas que hacerlo con palabras textuales y taxativas, como Suetonio escribe de César Augusto, a saber: que sus conversaciones importantes con cada uno, y aun con su esposa Livia, eran por escrito, sujetas a un determinado cuestionario, por no decir ni más ni menos de lo que convenía en cualquiera circunstancia. Por lo demás, ese arrogantísimo señor de Roma y del mundo no habló jamás con sus

siervos, sino con gestos o por órdenes escritas, como se lee en Cornelio Tácito.

Imaginóse también el recurso de los billetes entre los hombres que vivían en la misma ciudad o en su cercanía por comunicarse entre sí aquellas personas que gustaban poco de verse o, simplemente, no podían verse por la multiplicidad de sus ocupaciones o porque mejor se trataban sus cosas por escrito. La mención de estos billetes es frecuente en Cicerón, en Tácito y en otros autores antiguos. Las más antiguas cartas servían exclusivamente para comunicar a un ausente noticias de la cosa pública o privada, de los hechos o de los proyectos, de lo que se traía entre manos, de lo que se quería que se hiciese o no se hiciese. De este género son las cartas ciceronianas y singularmente las dirigidas a T. Atico. Con el discurso del tiempo, todo cuanto se podía decir, todo cuanto se podía escribir caía bajo el dominio de la carta. Dice Cicerón a Curión: «No ignoras que son muchos los géneros de cartas; pero el más socorrido y por cuyo motivo la carta se inventó fué para hacer a los ausentes noticiosos de lo que les importaba a ellos o a nosotros que ellos supiesen.» Por lo demás, dos son los géneros de cartas que a mí sobre manera me contentan: uno, el género familiar y festivo; otro, el serio y grave. Así que es verdadera carta aquella mediante la cual notificamos a alguno lo que, en lo que toca a los negocios, lo que a él o a nosotros importa que conozca, como por lo común lo son las noticieras, las petitorias, las comendaticias, las de consulta o de aviso y todas cuantas hubiere de este género que suplen la ausencia de quien las escribe.

Añadiéronse luego las de consuelo o pésame, las conciliatorias, las preceptivas, las que tratan de cualquier punto de filosofía, derecho, antigüedades o historia; en una palabra: de todas las disciplinas y de todas aquellas materias que por escrito trataríanse entre presentes, aun cuando mucho se frecuentasen. Así es que Platón escribe mucho de filosofía a Dionisio y a otros; Séneca, a Lucilio; San Ambrosio, San Agustín, San Cipriano, sobre diferentes temas sagrados, a varias personas. Muy citados son los libros de Catón el Censor y de muchos jurisconsultos acerca de las preguntas y respuestas mediante carta. No voy a discutir ahora el alcance que puede tener la palabra epístola. Carta es todo escrito que va precedido por un saludo. ¿Por qué será que a los libros de las *Cuestiones tusculanas*, de Cicerón, o su tratado *Del fin*, se los denomine «Cartas a Bruto»? ¿Y los trataditos *De la vejez y de la amistad*, «Cartas a Atico», y el *De los deberes*, «Cartas a su hijo Marco»? Si en cabeza de los discursos *En defensa de Milón* o *Contra Verres* se pone un saludo para los jueces, ¿serán cartas? No se torna varón la mujer que se pone bragas o se cuelga una espada al cinto. Por esta misma razón no es carta todo libro que trae una salutación si no toma carácter y estilo de carta, cosa que pronto vamos a demostrar. Muy bien dijo Plinio Cecilio: *Una cosa es escribir historia y otra escribir cartas*. Con ello dió a entender que la distinción la ponía su propia naturaleza.

REDACCION EPISTOLAR

CAPITULO PRIMERO

DE LA INVENCIÓN

Vamos a unir la invención del género epistolar con alguna parte de su disposición, especialmente en los exordios. Puesto que éstos con mucha frecuencia no pueden separarse fácilmente, idénticos son en determinadas ocasiones sus preceptos. Son muchos los que, puestos en trance de escribir cartas, se atormentan por el modo como las comenzarán, y bracean como quien nada entre escollos y con soltura terminarían el viaje una vez salidos de los arrecifes del puerto. He de empezar por decir que toda invención no ya de la carta, sino de otro cualquier género literario, sea discurso, sea oración entonada, sea conversación corriente, no es cosa de artificio, sino de prudencia. Esa prudencia proporciónala el ingenio, la memoria, el juicio, la experiencia. Los preceptistas podemos ayudarla, pero no infundirla; damos las reglas pertinentes, pero no sale el alumno maestro consumado. Digo esto porque nadie espere, ni en este lugar ni en los otros, ni de mí ni de cualquier otro escritor o maestro, un pleno conocimiento del arte de escribir epístolas o cualquiera otra clase de composición literaria. Los hay que condenan los preceptos por inútiles, porque automáticamente a un lerdo no le hacen listo ni instruído a un ignorante.

Así, sea nuestra primera prevención la de que nosotros ayudamos la invención y la estimulamos con estas fórmulas, que de suyo no tendrán ninguna efectividad si no se añade el uso y el ejercicio. Dicho esto por adelantado, voy al tema.

Considere el que va a escribir una carta quién es al que escribe y a quién escribe y de qué materia; qué es él para consigo mismo, qué somos nosotros para con él; le somos desconocidos o conocidos, amigos o enemigos, amigos lejanos y dudosos, o declarados y estrechos iguales o desiguales, y eso en varios puntos: en linaje, en fortuna, en saber, en edad. Luego, de qué linaje es él: plebeyo o patricio, de cuna esclarecida o ruin; qué fortuna es la suya: opulenta, grande mediocre, ínfima, nula; cuál es su estado: si libre o esclavo, renombrado u oscuro, de fama buena o mala, ocioso u ocupado, zapatero o sastre; qué instrucción es la suya: grande, mediocre corriente; teólogo, médico, filósofo, jurisconsulto; si tiene experiencia o si no la tiene; cuál es su carácter y cuáles sus costumbres; si triste o alegre, si laxo o severo, si apacible o irascible, afable o repelente, fácil o difícil, agudo o romo. Todo eso lo repasaremos intuitivamente y en un momento.

Con frecuencia tendrás que excusarte porque escribes siendo desconocido o porque con el destinatario no tienes más que una amistad superficial, o porque es muy alta su personalidad o porque él pueda pensar que le tienes alguna antipatía. De esto es de lo que primero tienes que pedir perdón, pues es lo más natural del mundo que, una vez abierta la carta y leído el nombre del que la escribe, se sorprenda

el destinatario de que se la envíe un desconocido o uno a quien quiere poco o un enemigo franco. Y así es que luego, al punto, en sus adentros le condene por desaprensivo, por temerario, por altanero, por loco. Esta prevención hace que no solamente hace ascos de la carta, sino que se encorajina contra su autor, y ello con más acritud si es de suyo huraño y displicente y propenso al enojo. Hay, pues, que salir al paso y atajar ese inconveniente. En el foro mismo, los oradores bisoños antes que nada se consideraban obligados a situarse y a explicar los motivos personales que tenían para orar. Así lo hace Cicerón en su defensa de Sexto Roscio Amerino, que fué la primera oración que pronunció ante los jueces, y en la defensa de la ley Manilia, que fué la primera que pronunció ante el pueblo.

Has de empezar, por tanto, por ti mismo o por tus cosas o por el asunto del cual escribes, y esto a guisa de pequeño exordio. *Por ti mismo*, de esa manera aproximadamente, diciendo *que tú siempre le amaste y le cataste cortesía; que dondequiera le tuviste en alto concepto y que así lo manifestaste; que sientes haberle sido desconocido por tanto tiempo o conocido demasiado ligeramente de una personalidad cuyo talento y virtud desde lejos admirabas, y que te duele mucho más que haya podido concebir la sospecha de malquerencia por parte tuya, cuando la verdad era que tú contabas su amistad entre los bienes más preciosos.* Alegarás, si puedes, alguna demostración de tu voluntad amigable para con él; echarás la culpa a los que os envidiaban vuestra amistad, o a él mismo, pero con comedimiento y sin aspereza, o en tu propia imprudencia o edad; si el caso lo impusiere, confesarás sin rebozo tu culpa, de la cual te pesa, y que pondrás el mayor empeño en que experimente de manera inequívoca los sentimientos que para con él abrigas. Si empezares la carta *por tus cosas*, le recordarás la amistad común o la paterna. Si la empezares *por él*, le significarás que te movieron a escribirle su talento, su cultura, su amabilidad, sus virtudes, de las cuales eres sincero admirador; cierto que le eres desconocido, pero él a todos los acoge con increíble simpatía y deseo vivo de favorecerlos; sus letras y su prudencia le han valido una celebridad general, y lo mismo cabe decir de su poder, si la carta se dirige a un gobernante o a un rey a quien hay que recurrir como a un refugio, y no se ha de reparar en quién es conocido o es desconocido, pues harto conocidos son todos los que se confiaron a su cuidado.

En lo que debemos poner cuidado especial es en dar a entender que más nos movemos atraídos por sus virtudes que sugestionados por su fortuna, y al recordar sus virtudes, que no se manifieste asomo alguno de lisonja, sino que insinuaremos que ello nos consta bien por experiencia si fuimos favorecidos por algún beneficio o porque lo oímos de quienes hicieron en sí mismos experimento tan feliz o porque lo hemos averiguado o lo hemos visto. Así que aduciremos algún testimonio de sus propias obras, verbigracia: en los hombres doctos, de los libros por él publicados, de los discursos que pronunció, de las explicaciones académicas, de sus disputas. Haremos especial mención de aquellas cualidades suyas que tengan relación más o menos directa con el asunto de que le vamos a es-

cribir, a saber: su clemencia, si le hemos de pedir perdón; de su amabilidad, si es amistad lo que de él solicitamos; de su largueza, si lo que pretendemos es un favor; de su prudencia y de su rectitud, si es un consejo. Si se empieza *por las cosas de él*, tomaremos pie o de la amistad nuestra personal o de la amistad de los padres respectivos. *Si de la cosa acerca de la cual escribimos*, como honesta que es y docta y digna de que se escriba sobre ella; o bien necesaria, por lo cual nos vimos obligados a acudir a él como a un asilo, verbigracia: en apuros económicos al rico, en demanda de justicia al juez, al rey, al magistrado; que hubiéramos preferido pasar por la callada vejación de una sospecha de cualquier vicio, que a nosotros nos sería penosísima, en el ánimo de persona de quien hacemos tanto caudal, que no escribir; que la necesidad es un aguijón acuciante e irresistible y más disculpable cuando se da este paso en favor de otro; o que el asunto es tal que, cuando lo conozca, no te culpará de temerario por haberle escrito o de confiado excesivamente, sino que te juzgará hombre, no malo en ninguna manera y en toda cosa buena emprendedor y animoso; muy al revés, tendríate por abúlico si te descuidaras de hacerlo. También con un amigo te has de excusar si le escribes de alguna cosa que podrías tratar cara a cara. Cicerón le dice a Luceyo: *Aun cuando muchas veces me esforcé valientemente por tratar contigo este negocio, impidiómelo una vergüenza, un sí es no es aldeana; ahora, que no te tengo delante, lo expondré con más audacia, pues el papel no se ruboriza.*

Este es el primer ataque, que, como dice Terencio en una de sus comedias, es el más decidido. Todo lo restante es más fácil tras esa embestida primera, y más expedito y llano. Por esto, en el exordio de la carta debemos procurar con suma atención que al destinatario no le seamos sospechosos de algún vicio de desfachatez, de arrogancia, de locuacidad, de ostentación, de doblez, de hedionda afectación, de adulación desmesurada, de parasitismo, de bufonería, de impericia, de imprudencia, pues se manifiestan en la primera ensamblandura, como en el barro tierno de las vasijas cuando se tornean y cuajan. Pienso que huelga la advertencia de que no todo conviene a todos. Tú mismo tienes que ver a quién puedes testimoniar tu admiración por su persona, a quién agradecer la paternal hospitalidad, de quién loar el cuidado de los vasallos.

Si, puesto en trance de redactar la carta, no tienes por qué pedir excusa alguna, entonces considera quién es aquel a quien escribes, pues esta consideración es lo que ha de dar el tono a la carta; enderezada a un personaje de mucha fortuna y gravedad, la carta será reverencial, pero sin resabio alguno de lisonja; si a un carácter pesimista y agrio, la carta será seria y parca, y tendrá que ser muy clara si escribes a un ignorante o a un romo; a un hombre talentudo, la carta será cuidada y con algún énfasis si gusta de él y lo toma como una muestra de consideración; si a un docto, acomodada a la manera de los clásicos; si a uno que anda muy atrafagado, será lacónica; si a un desocupado, será larga; si ello no le ha de causar enojo; a un destinatario de buen humor, será festiva; a un tétrico, será cariacontecida; a un triste, será triste; a un amigo fiel, será abierta y franca; a un amigo dudoso, será la carta am-

bigua, pero tal que él crea que se le ama y que tú le amas de veras.

Esto manda la ley de la Naturaleza; esto manda Cristo, que vale más que la ley de la Naturaleza, de manera que con razón se condena a sí mismo de ingratitud el que no ama al enemigo, pensando que puede hacerse amigo y procurando que quede abierto siempre el portillo y preparado el retorno a la amistad, alejando toda aspereza y demostrando una cierta mansedumbre para con el enemigo. Para ello te servirá muy mucho el recuerdo de la fe que profesamos, que nos prohibe odiar a nadie, por manera que des a entender que deseas verle enmendado, pero no perdido, y que si aborreces al vicio, amas al hombre.

Escribiendo a tu padre o a otra persona querida, lo harás llana y familiarmente; a quien no te sea tan familiar, le escribirás con alguna precaución, disimulada en la cortesía, pero jamás con ninguna suerte de bajeza; a un inferior, con cariñosa afabilidad, que no parezca que hablas desde un lugar elevado, sino en un plano de igualdad, y ello aunque escribas a los de ínfima condición social. Esto aconseja la urbanidad; esto manda nuestra sacrosanta religión. Hay que raer de la comunicación epistolar aquel género de cartas falaz, insulso, inepto, en que se confunden todos los signos y demostraciones de las voluntades, tan blandengue, tan lagotero, que no hay manera de discernir el verdadero espíritu de quien las escribe, como son las cartas que se llaman cortesanas o palaciegas. El pensamiento humano, abrumado por esa tan pesada mole corporal, es impenetrable; de cuando en cuando manifiéstase por la palabra; y si ésta también es falsa y encapotada, ¿qué recurso queda para conocer al hombre? ¿Cuál será la comunicación entre los hombres y qué unión podrá haber entre ellos si no se puede establecer distinción entre el benévolo y el malévolo? Ingenuamente se recibirá al lobo pensando ser ovejuela o se huirá de la ovejuela por temor de la sevicia del lobo. Pero esto es harina de otro costal. Ahora, al asunto de las cartas.

CAPITULO II

ASUNTOS EPISTOLARES

La epístola puede contener cualesquiera asuntos. Pero nosotros, para sistematizar los preceptos, los dividiremos en algunos géneros, de una manera no demasiado fina ciertamente, pero adaptada a la capacidad de los epistológrafos noveles.

Hablamos en la correspondencia epistolar o de cosas que nos afectan personalmente o interesan a aquel a quien escribimos, o a entrambos a la vez; o hablamos de cosas ajenas. En nosotros, como en cualesquiera otros hombres, están el alma y el cuerpo; hay las partes externas. En el alma está la *mente*, donde se asientan el juicio, la sagacidad, el ingenio, y en el ingenio está el acumen o agudeza, la rapidez de comprensión, la tardanza, la bobería, la erudición, la ignorancia. También en esa misma alma está la *memoria*, que es el cofre de la erudición donde se recoge y se acumula todo cuanto vemos, todo cuanto oímos, todo cuanto captamos mediante algún sentido exterior o interior; y en la *memoria* están la facilidad, la dificultad, la firmeza y la flaqueza de la retención. También está la *voluntad*, y en la voluntad están como en su sede propia el amor y el desamor de

las cosas, así buenas como malas, y debajo de ellas los afectos alegres por una cosa actual y los afectos tristes, y los unos y los otros por una cosa futura y pasada.

En el cuerpo, en la parte exterior del cutis, hay el color, la hermosura, la deformidad; en los nervios, el brío o la flaqueza; en sus interioridades hay la salud, buena o mala; por lo que atañe a su sustentación, el mantenimiento. Fuera de nosotros están el dinero, los vestidos y todas las cosas que son objeto de la posesión: honor, dignidad, linaje, obras, amigos, patria, enemigos, infamia; y después de nosotros, la posteridad. La carta, por lo mismo, o nos atañe a nosotros, por el recuerdo y evocación de alguna de aquellas cosas que hemos dicho, verbigracia: en el ingenio, la relación de nuestros estudios; en la memoria, el hacimiento de gracias; en la voluntad, la explicación de nuestras costumbres; en los afectos, las impresiones que nos afectaron; en el cuerpo, la salud o la enfermedad; en lo externo, la fortuna, lo que por nosotros hicieron o no hicieron nuestros amigos; o el daño efectivo o intentado que los enemigos nos ocasionaron.

Y así es que algo echamos de menos y deseamos en el ingenio como un auxilio de nuestra erudición o prudencia; en la memoria, del conocimiento de las cosas; en la voluntad, en las costumbres o el sentimiento religioso. Las cartas que son *consultivas* se ciñen a las pasiones y a granjear la benevolencia; la que es *conciliatoria*, a fomentar o aumentar la ya conservada; en la *oficiosa*, derramamos en quien la recibe la queja o la indignación. En el cuerpo, el remedio o la conservación de la salud o de la robustez, o se refieren al mantenimiento, las que en parte son *consultivas* y en parte *petitorias*. En las cosas exteriores, todas aquellas cartas en las que expresamos el deseo de alguna cosa, se llaman *petitorias*. La que solicita dinero, dignidades, honores o implora ayuda contra un enemigo o intercede por un amigo, llámase *comendaticia*. Por lo que toca a aquel a quien escribimos, o nos limitamos a dar alguna referencia suya o alabamos alguna cualidad suya; esta carta es *panegírica*. O también por pasatiempo y solaz cuando chanceamos, o le contamos alguna anécdota que le divierta o afecta a su interés, como son las cartas *preceptivas, consultivas, exhortativas, admonitorias, castigatorias, laudatorias*. Estas tratan de todas las materias a barrisco, y se refieren al ingenio, a la memoria, al cuerpo y a sus cosas. De las cosas externas tratan las *consolatorias* y las *incitatorias*, las cuales se enderezan a los afectos, y otras mediante las cuales nos proponemos provocar una determinada reacción pasional o apaciguarla después de provocada. De uno y otro extremo participan las que tratan de asuntos comunes, de erudición común, de negocios comunes, como son las de los comerciantes y mercaderes, llámanse *expostulatorias o invectivas*. Cartas ajenas son aquellas que refieren lo que pasó en casa de otro o en república de otros; lo que uno dijo, lo que hizo, lo que pensó, y—hablo en el sentido de los gentiles—ya excesivamente recibido y aprobado por nosotros, los cuales, excepción hecha de lo suyo, de lo de sus amigos, de la ciudad; todo lo restante lo reputaban ajeno. Cuánto más cuerdamente y con mayor conformidad con la Naturaleza, en la comedia terenciana, dijo aquel anciano al que se atormentaba a

sí mismo: *Hombre soy y ninguna cosa humana me es ajena.*

Aquellas narraciones mézclanse con todos los géneros epistolares y nacen las *epístolas mixtas*. Vayan todas ellas por dichas. ¿Quién es capaz de abarcarlas en su totalidad o puntualizarlas una por una siendo infinitas? Con razón los filósofos dijeron que de los singulares, innumerables como son, no hay ciencia. Pero empecemos ya a entrar en la práctica.

De nuestras cosas hablaremos con mesura, con modestia, con reserva, con parquedad, para alejar todo asomo de arrogancia que no soportamos en los más grandes hombres y que se parece a un veneno que afea y corrompe las cualidades, por otra parte hermosísimas, sobre las que se derrama. Del mismo modo, si nos quejamos de una injusticia o de un ultraje que se nos haya hecho, pesemos todas las palabras porque no parezca que nos ciega y arrebata el amor propio, vicio que los griegos llamaron *filantia*, contrario al precepto de Apolo, que nos advierte que cada cual se conozca a sí mismo, sino que lo que nos guía es la sensatez. Así que no quitemos mucho a aquel de quien nos quejamos mientras somos para con nosotros sobrado indulgentes y no tengamos que oír aquel reproche del satírico: *¿Por qué, siendo así que ves lo tuyo con ojos legañosos, untados de mal colirio, miras en los vicios de los amigos con vista tan aguda como la del águila o del dragón Epidaurio?*

Así que no exageraremos el caso con palabras atroces, sino que todo lo explicaremos con civilidad y templanza. Dirémosle que le escribimos a él con preferencia a otro, porque por el fino amor mutuo que nos profesamos, de buen grado depositamos en su seno todas nuestras cuitas, pensamientos, afectos, alegrías y tristezas, y que ése es el conorte y alivio único de nuestros pesares. Si tenemos que pedir, sea cosa honesta o indiferente, pues siendo cosa torpe no parece bien en un hombre digno pedirla, ni pedida debe concedérsela. Llamo cosa honesta a un consejo, a una amistad, a un aviso; y cosa indiferente y como neutra, al dinero, al favor, a una ayuda material que necesitemos para nosotros o para nuestros amigos. Informe nuestra petición la reserva más pudorosa (pues quien pide se hace inferior), pero en otras cosas y con otros hombres, sea mayor o menor.

Pediremos una cosa honesta con una relativa libertad y osadía mientras no haya asomo de cinismo ni apremio alguno exigente de forma que parece, no que ruegas, sino que ordenas, cosa que en Bruto reprende Marco Tulio. Expresarás el motivo porque pides, y porque le pides a él. Si no existe motivo de pedir, es una actitud de insolencia y de arrogancia; como también pedir cosas impertinentes y superfluas; verbigracia: que una beata o un cochero pidiese a un teólogo afamado que le explicase el misterio de la Trinidad como lo entiende San Agustín o San Hilario. Luego has de poner los motivos de preferencia que tienes para pedirle a él, verbigracia: porque él es el que más puede hacer; que te consta que, no habiéndolo negado a los otros, no va a negártelo a ti, que eres su amigo, que mucho le quiere y mucho le admira. De manera análoga debes comportarte, en tratando de granjear una amistad: que eres admirador de la lengua griega y latina, y como él las posee perfectamente, deseas serle muy familiar

y muy estrecho amigo, pues él es tal que con su inacabable amabilidad atrae y gana para sí a todo el mundo. Para con un amigo o un hombre fácil y de mucha simpatía, y que con sumo gusto se aviene a procurarnos lo que deseamos, se podrá tratar con mayor brevedad y naturalidad por la confianza que supone la amistad común o la afabilidad de sus costumbres—confianza que vale también para los amigos superficiales—para que vayamos precedidos de una gran benevolencia, de la cual esa confianza se origina. Con harta frecuencia llevan a mal los amigos que otros amigos suyos, con grandes y enfáticos ruegos, les pidan algo, pues sospechan que no les quieren suficientemente o que no confían en el amor correspondido.

Si en las cosas más honestas has de atender *a lo que pides y a los motivos por que se los pides a él*, ¡cuánto se ha de hacer esto en una cosa indiferente! Bastante mayor era el cuidado que en este caso se pondrá, el cual ha de ser determinado en justo equilibrio, atendiendo a la personalidad de aquel a quien se escribe y de aquel que escribe, puesto que si es padre o hermano o amigo muy querido, o que debe o que siempre suele, no son menester palabras demasiado pomposas y solemnes si ya no es que se operó una mudanza radical y brusca, como serán tiempos duros y difíciles que se hayan presentado, pérdida de la hacienda o que desmereciste en el afecto o alguna otra situación similar.

El discípulo, sin titubeos, pide al maestro las cosas que pertenecen a su formación; la persona particular pide del magistrado lo que es de derecho y de equidad; el docto pide al poderoso o al príncipe los medios para mantener su ocio fecundo y estudioso, pues si a éstos no se lo pide, ¿quién se los dará? ¿Los sastres o los carreteros? Mucho más teniendo en cuenta que el docto ayuda al príncipe con sus cuerdos avisos y el potentado al docto con su influencia y su dinero, cada uno con lo que tiene que más vale. Si esta persona le es notablemente ajena y, por tanto, no familiar, demuestra con algo que eres digno de alcanzar lo que pides; *de ti mismo*, porque eres amigo o que siempre le tuviste afecto o porque le amas tanto o por su probidad, prefieres antes que a cualquier otro deberle tamaño beneficio, o por lo mismo que ya le eres deudor muy obligado, quieres más todavía obligarte con él; porque es de ánimo generoso, como Cicerón dice; o porque, siendo enojosa servidumbre deberle todo, prefieres tú deberlo a los buenos que a los indignos; con lo cual se alivia aquel enojo; o si tú, con antelación, le dispensaste beneficios. En este caso, tienes que proceder con tacto, con palabras parcas y comedidas, sin sombra de reproche; declárale cuánto te obligará, de cuánta gratitud le serás deudor, cuánta será tu observancia para con él, espiando siempre la oportunidad de corresponderle en la medida que pudieres; que no acostumbras tú mostraste ingrato con los más pequeños beneficios o atenciones, y cuánto menos lo vas a ser en este beneficio tan grande o en tal sazón, pues el reconocimiento del peticionario estimula fuertemente la benignidad del dador.

Si alguno tuviere que apelar a este recurso, siempre el peticionario tiene *lo que está en su persona*: pedimos por la familia, por la patria, por el intercambio de estudios, por el magistrado, por los amigos,

por los enemigos, especialmente si nos son comunes; que él pide aquello que necesita para reprimir la avilantez de los comunes adversarios, para rebotar las calumnias, que son un dardo enherbolado especialmente para los espíritus delicados y pulcros. Luego, *la causa porque pides*, a saber: que pides la subvención consabida para el mantenimiento de tus estudios, de tus hijos, de tu esposa, de tu amigo pobre. *Por aquel a quien pides*, diciendo que de antemano tienes conocida su liberalidad, especialmente para con aquellos que piden por motivos similares; que harto sabe él lo que son estudios y de cuántas cosas se tiene necesidad o qué cosa sea sostener una familia y que, puesto que él cursó en esa dura escuela, conociendo qué es la desgracia, ha aprendido a socorrer a los desgraciados. Finalmente, si no hay cosa en nosotros merecedora de que pidamos, que al que da nunca le faltarán motivos dignos; será un acto de piedad, será una obra honorífica y laudable; que siempre puso en ello singular afán, que a este fin subordinó tantos y tan meritorios trabajos, reunió tantas posibilidades para hacer bien al mayor número posible. Y estas cosas se dirán: al enfático, con reverencia; al grave, con mesura; al alegre, con detalles y buen humor, de modo que no parezca que queremos hacer excesivo alarde de nuestra miseria y que proclamamos a voz en grito que somos dignos de misericordia y que se piense que llevamos con demasiada flaqueza y desabrimiento nuestros contratiempos y reveses, sino que luchamos y nos esforzamos cuanto podemos, pero que de cuando en cuando nos arrollan y oprimen. La Naturaleza nos hace compadecer menos a quien vemos abatidos en la adversidad, lamentando gruñonamente su mala suerte, como una desventura insoportable. Siempre merecen más respeto las lágrimas derramadas por otro que las que derramamos por nosotros mismos, si ya no es que estas lágrimas nuestras so nimpetratorias de perdón.

CAPITULO III

DE LAS CARTAS COMENDATICIAS

Cuando pedimos *por otro*, si la motivación es semejante a las que quedan dichas más arriba, la fórmula es casi igual de las que ya hemos dado. Las reglas de la *recomendación* son éstas: Primeramente, demostrar que el recomendado merece aquella gracia y favor. Hácese digno el recomendado, bien por sí mismo, bien en atención a nosotros, que le recomendamos, o por aquel a quien lo recomendamos con nuestro escrito. Por sí mismo, si demostramos haber en él alguna cosa por la cual merezca que se le ame; recorreremos las prendas y cualidades que puse en la persona, a saber: su *linaje*, porque es noble; su *patria*, porque es romano; su *carácter*, porque es festivo, agudo, griego, latino, músico, filósofo, teólogo, hombre prudente y versado en muchos negocios; su *ánimo*, porque es probo, modesto, templado, agradecido; su *físico*, porque es ágil, desenvuelto, hermoso, robusto. En cuanto a sus *partes externas*, porque es hacendado, acaudalado, tiene privanza con el rey, tiene el favor del pueblo, porque ejerce alguna magistratura; todo esto ha de acomodarse a sus costumbres y a su conducta. ¿Conténtale el conocimiento de la Historia? Es en ella

peritísimo. ¿La cuna ilustre? Ese es noble. ¿Muestra afición por las armas? Es fuerte, robusto, ejercitado. De esta misma manera el baladrón recomienda al baladrón, el jugador al jugador, el comilón al comilón, el bebedor al bebedor. ¿Tiene fincas rústicas? Es agricultor. Naturalmente amamos a aquellos que nos provocaron al amor. Suelen añadirse otras recomendaciones: que es tal, que si le conociere de más cerca nos estaría agradecido por haberle granjeado el afecto de un hombre de tales prendas; que no tenemos ningún recelo de que se nos sorprenda en mentira en tales alabanzas y que los pecados ajenos nos hagan ruborizar; que somos cautos en el loar; que no tuvimos costumbre de recomendar sino a quienes se lo merecían. ¿A quién hay que le pese de haber atendido una recomendación suya? Mucho menos le va a pesar de éste que superará a todos los otros; que es semejante a ése o a aquél; es recomendado, sí, pero dignísimo de recomendación; que en él tomamos la muestra y la medida de los que conviene recomendar, y otras excelencias por el estilo, que a cada uno le sugiera el ejemplo que hemos puesto, el interés que tenga en ello y su copiosa experiencia.

Por parte nuestra, si nos tiene afecto sincero aquel a quien escribimos, bastará con que le manifestemos que aquel por quien nos interesamos nos es muy querido; désele como explicación de ese interés el amor que le profesamos y porque no tenga reparo ninguno en creerlo signifíquesele que interviene una añeja familiaridad, un gran intercambio de favores y de beneficios, que agraciado por nosotros se mostró sumamente reconocido, etcétera. Insinúesele si parece prudente que se lo recomendamos por ganarse su afecto y porque, con juicio personal, corrobore el nuestro, especialmente si a nuestro juicio le da algún valor. Por lo menos aduciremos el testimonio de aquel en cuyo juicio confía ciegamente: *Quiérole por su elocuencia, por su talento, que lo tiene grande, si crees que yo en este punto tengo alguna autoridad para dictaminar. Conoce la literatura griega y latina tan primorosamente, que ni Erasmo ni Budeo hallan quien se le pueda anteponer ni siquiera parangonar*. Suelen también añadirse encarecimientos como éste: *En mi recomendado conoceré hasta qué punto me amas, y en qué estima me tienes. Date priesa, porque mi recomendado, cuanto antes, me exprese su vivo agradecimiento por mi recomendación. No pienses que ésa es una recomendación cualquiera; no te lo recomiendo como a un quienquiera, sino con el mismo interés que si fuera hijo mío; por eso yo escribí esa carta de mi puño y letra, cosa que acostumbro hacer raras veces. Todos aquellos que tienen que tener contigo algún contacto, acuden a mí porque saben cuánta sea la amistad que nos une o el aprecio en que te tengo o tú me tienes a mí. Sospechan que es mucha mi valía contigo, y yo, sin dificultad, dejo que así lo crean y por no destruirles este error que me halaga y me honra tanto, no puedo negar cartas comendaticias a nadie que me las pida y ha de presentarte a ti.*

Tienen los príncipes y los potentados determinadas contraseñas, mediante las cuales catan y calan el interés y la sinceridad de quien les escribe alguna recomendación, pues muchas veces las recomendaciones se dan a la importunidad no a la amistad o a la dignidad de

la persona y a veces no es posible rehusar. De ahí aquellas frases: *Te ruego porque fuí rogado; te molesto porque antes se me molestó a mí; ve tú lo que tienes que hacer. Mucho debes a ese hombre que con tal apremio desea serte recomendado; me machacó con su insistencia hasta que me arrancó la recomendación, tanto es lo que te estima, después que yo me negué tanto tiempo.*

Estas contraseñas epistolares estuvieron en uso entre los griegos y latinos, como se lee en San Gregorio Magno. Cicerón, en su carta a Quinto Valerio, dice que no raras veces se añade la recomendación de la cosa más que de la persona, verbigracia: que lleva un negocio justo, una misión religiosa, un proyecto magnífico para aquel a quien se lo recomienda, glorioso, útil a muchísima gente y saludable y aun necesario al Estado; que nosotros nos tomamos tan marcado interés, más en atención a quien escribimos que por el recomendado; que aquel negocio va a resultar honorífico o provechoso; que con aquel beneficio se granjea una conveniencia grande o se capta una singular benevolencia o utilidad para sí mismo o para aquellos a quienes desea toda suerte de bienes, conviene, a saber: hijos, parientes, afines, ciudadanos. Declararemos lo que puede hacer a su vez el recomendado o lo que suele, qué sus padres o deudos, qué los de su misma clase o nación. Si nosotros somos muy queridos de aquel a quien escribimos o nos dispensa alguna consideración, no será menester una carta larga y castigada. Un simple billete que acredite nuestro concepto y nuestra voluntad será suficiente. Si no es así, no habrá más remedio que escribir más largamente, añadiendo encarecimientos y promesas de corresponder al beneficio cuando se presente la coyuntura. Modelos de cartas comendaticias hállanse frecuentísimamente en Cicerón y Plinio.

CAPITULO IV

DE LAS COSAS DE AQUEL A QUIEN ESCRIBIMOS

En cosas de otro, siempre hemos de escribir de tal manera que se vea que nos interesan. Si no haces más que referir sucedidos, no necesitarás para ese menester aparato ni arte; esto puede despacharse llanamente. Si alabas, haz que la alabanza sea ponderada y verosímil, y alaba aquellas propiedades que sean como un estímulo para la virtud. No es difícil dar con temperamentos a quienes la alabanza los incita a hechos preclaros. A estos será conveniente halagarles con el elogio, como dicen que un caballo engorda más acariciándole con la palma de la mano espalda y grupa que con el pienso. Y al revés, los hay otros que tomando la alabanza como un salario, desisten de la obra. A los primeros les será provechosa la alabanza; a estos segundos, el castigo y la reprensión. En el alabar alguna cosa que le es cara, nos será lícito ensanchar un poco la amabilidad, si ello no ha de perjudicar la seriedad propia ni a la persona alabada, hijo o amigo. La narración de una anécdota o de un hecho histórico será sazonada con donaires, para alejarla del coturno y del tono mayor y de las solemnes figuras históricas. Discurrirá con fácil pie como un riachuelo apacible; no correrá con furia como un torrente; no hinchará la trompa épica, aun cuando relate ba-

tallas. El justo tono de esas burlerías, lo enseñó Cicerón en el libro segundo *Del orador* y primero *De los deberes*. Tiene Quintiliano un capítulo acerca de la risa. Y se lee otro en el mismo Cicerón en sus libros *Del orador*. De esas festivas jocosidades debe estar ausente toda truhanería y no han de ser sórdidas ni escabrosas. Deben estar ausentes también la procacidad y la petulancia, a fin de que más que un juego apacible sea una virulencia ponzoñosa. No nos permitamos nunca contra el desgraciado y el miserable ninguna mordedora dicacidad, como tampoco contra ningún varón honrado y grave. Nada más fácil que decir motes burlescos a cualquiera, pero no es propio de personas cuerdas y de buena crianza. Deben presidir estos juegos la elegancia, la urbanidad, el aticismo, las gracias donde las risas tienen su morada, que producen admiración y sabroso entretenimiento.

Tarea prolija la de dar reglas para cada una de estas cosas, y precisamente en este lugar, siendo así que Cicerón dice que el arte no las enseña. Y así es, en efecto. Con todo, algo se consigue con la práctica, con la lectura; pero en su mayor parte es un don de la Naturaleza. Por esto conózcase cada cual a sí mismo, y si no hubiere nacido para ello, no lo intente siquiera. Forzosamente el reído serás tú, si tus gracias no hacen reír. Por esto Demóstenes, a quien piensan que le fué negada esta facultad, jamás mezcló en sus discursos cosa que se pareciese a latiguillos, a sal o a chispa.

Por lo que toca a las facecias, las más son breves, que se reducen a una, dos palabras, y siempre pocas y reciben el nombre de dichos; otras son más extensas en la narración y explicación de alguna cosa. Aquel primer género es entendido de pocos, si no tienen rapidez de comprensión, de donde aquello tan antiguo: *Perdí mi dicho; pienso que no entendió*. Este segundo género es más apropiado para las orejas rudas. Hay quienes no dicen el donaire ni le soportan.

Puesto que por la soberbia del ingenio humano o por su congénita altivez, nadie sufre fácilmente un superior y todos estos géneros epistolares preceptivos, admonitorios, consultivos, exhortativos, de castigo y reprensión, hablan desde un plano superior; por esto, el que escribe debe considerar con todo miramiento quién escribe, a quién, de qué asunto. Si el que escribe es un superior, no será menester ningún emoliente ni edulcoración previa, como si un anciano prudente amonesta a un niño o un maestro castiga a su discípulo o le riñe, o un padre a su hijo, o el hermano mayor al hermano menor, o un tutor a su pupilo, o un príncipe a sus vasallos, o un funcionario a sus subordinados, siempre que sea de superior jerarquía, pues parecerá bien que el censor reprenda al pueblo romano; pero no me atrevo a decir si le parecerá igualmente que así lo haga el cuestor o el edil; pero hácese a veces en interés del bien público, que es un validísimo pretexto. Mas si un igual amonesta a un igual o un inferior o un superior, o un igual o inferior en una cosa a un superior en otra, o viceversa, verbigracia: un honrado anciano a un mozo noble o rico, o bien un docto teólogo a un obispo indocto; éste tal tendrá que suavizar la reprimenda.

Hase de considerar, como dije, quién es el que escribe; que ello es

lo que determina los lenitivos. No hay que extrañarse si un anciano que lleva largos años de práctica en aquello de que se trata, amonesta a un mancebo; día llegará en que él, a su vez, tendrá que hacerlo con los más jóvenes. Debe hacerlo si así se lo impone una función o misión pública, verbigracia: un predicador, un magistrado, un curial. Luego se ha de tener en cuenta quién es aquel a quien escribes: no puedes tú callar, siendo un amigo del padre, estando como confiado a tu custodia por el deudo que existe entre su padre y tú. Por el ingenio, no puedes tú hacer otra cosa que amonestar a quien está dotado de tan buena índole y agudeza de ingenio, teniendo que mirar por él, porque no se malogre un talento de tantas prendas; has de rogarle que él ayude a esa tarea, a fin de que veamos en él algo grande y maravilloso. Y eso mismo en el cuerpo: que la prestancia y apostura de su persona, que viene a ser una callada recomendación, te movió que esas cualidades físicas parezcan conformes con las otras y dignas de su gallarda belleza, o que te sentiste movido por la lástima que te causó su cuerpo contrahecho, a fin de que compenses y cubras esta fealdad física con la hermosura moral, que será tanto más admirable cuanto más se albergare en un cuerpo feo, como una perla de mucho precio engastada en oro, o un tesoro en vasija de barro; como lo fueron Esopo, Sócrates, Epicteto, y así y todo gozaron de muy grande estimación; de las cosas de la vida, manifestando tu deseo de que todo lo demás esté en relación con fortuna tamaña, o al revés, que el ánimo no descaezca, cuando descaeciere la fortuna.

Mucho más enojosa es la denuncia de un vicio. Algunos no soportan una reprensión paladina, y si se la dan encubierta no se enteran de ella y, en cambio, aceptan y reconocen las alabanzas disimuladas, aun cuando sean de sus propios vicios; tan grande es su bobería. Otros hay dotados de tal penetración, que entienden todo cuanto se les dice directa e indirectamente y, con todo, no quieren ser reprendidos. Otros, fácilmente se avienen a ser reprendidos aun con desabrimiento y aspereza, pero no por quienquiera. Puesto que son varios los temperamentos, como también los organismos, también debe aplicárseles variada medicina, cosa que advertimos acostumbraron hacer con relativa frecuencia los apóstoles en aquel su fervoroso afán de obedecer a Dios y de no complacer a los hombres. Quien se puede curar con remedios sencillos, remedios sencillos han de aplicársele. Si le aprovecha la alabanza de una virtud que no posee, alábesele en buena hora, como son algunos príncipes y poderosos y hombres doctos y talentudos. Si no tolera que le amoneste un cualquiera y tú, no apoyado por una gran autoridad, puedes proporcionarle un monitor a su gusto, dile que hay unos varones de mucha gravedad que, admirando en él grandes y excelentes cualidades, echan de menos ésta o aquélla; dile que son muchos que se lamentan que las merecidas alabanzas tengan que condicionarse; que tú has recogido el encargo de trasladarle su sentir, puesto que tienes con él relaciones cordiales, porque le escribes con frecuencia o por estrecha amistad, o parentesco o afinidad, afecto añejo; porque eres condiscípulo, paisano, conciudadano, súbdito, cliente, acompañante tenaz o hijo de cualquiera de éstos o re-

lacionado con ellos de una u otra manera.

Si con las alabanzas se engríe y pierde la cabeza y con la reprensión clara es como un asno junto a una lira, y te está seriamente encomendada su vigilancia, entonces rasga lo que no puedes abrir y corta lo que no puedes desatar; repréndelo simplemente y sin rodeos. En este caso habrás cumplido con tu deber, y si se ha de arrostrar algún peligro, ¿qué cosa puede haber más honrosa que arrostrarlo por la mejor de las causas? Entonces será llegado el momento de explicarle las razones que te llevaron a hacerlo, como los cirujanos las declaran cuando en el cuerpo enfermo se ha de cauterizar o se ha de amputar algún miembro, no por interés tuyo personal, sino por su bien o en interés de sus cosas: por ser tan ilustre, porque le tienes encomendado, porque se le confió a tu vigilancia por sus padres, por su misión espiritual, por Cristo, por la ciudad, hasta el punto que prefieres su enemistad a la responsabilidad de no haberle advertido. *De las cosas:* que aquel vicio suyo daña a muchos por ser obispo, cura con cargo de almas, magistrado, rey. Y en la religión cristiana, siempre que se haga con el debido miramiento, existe el precepto del Señor acerca de la corrección fraterna, y, según él, todo cristiano tiene cierta jurisdicción de caridad sobre cualquier otro hermano; y si el caso es tal que resulte difícil mantener una equilibrada y grata templanza, tenemos el ejemplo de los apóstoles, formados en la escuela de Cristo, que, con los pies en el camino recto y firme, procuraban merecer la aprobación de Dios, aun con ofensa de algún mortal. Y si tu corrección no ha de procurar ningún provecho, sino que con su enfado ha de ser ocasión de perjuicio a ti y a los otros, lo más cuerdo será no tocar a Camarina, no sólo por los preceptos gentílicos, uno de los cuales es éste: *Locura extrema es esforzarse en vano, y como resultado de estas fatigas no cosechar sino odio,* sino, también, por el ejemplo y las enseñanzas del Salvador. No hay que olvidar que siempre hemos de mezclar un poco de dulzura con el desabrimiento de la reprensión; y eso, por medio de algunas alabanzas suyas: que de todo tiene a placer menos de esto; que es una lástima que la Naturaleza no hiciese nada perfecto. ¿Quién no deplorará un tal vicio en ingenio tal, en tal cuerpo, en tal nobleza, en tal fortuna?

Tienen su lugar propio las consolaciones, como casi todas las cosas que dijimos; pero puesto que algunas veces vamos libando de cada uno de los géneros epistolares, algo hemos de decir de todos, con algún detenimiento. La consolación tómase, pues, de aquel a quien consolamos: que no parece bien en persona de su posición social; que no compadece con su talento, con su ahincado estudio de la filosofía, ni con su probidad, ni con su piedad, que un magistrado o un príncipe se afecte de tal manera. O puede la consolación tomarse de las cosas: que la pérdida no es tal que haya de traer duelo; que no se extravió, sino que pasó de largo; que no nos abandonó, sino que rinde viaje; que su pérdida no es definitiva ni desesperada; guardemos serenidad; mientras esperamos confiadamente el resultado, no sea que, como nos aconseja Séneca, seamos miserables antes de tiempo; muchas cosas sucedieron de manera harto diferente de lo que temíamos; más son las cosas que nos atemori-

zan que las que nos apremian; que él, sea padre, hijo, amigo, lleva a mal que así deploremos su ausencia. O de la muerte: Que nada malo le ocurrió, sino que fué librado de las asperezas de la vida; que voló a la bienaventuranza eterna, como cabe esperarlo cristianamente de una vida buena o de una muerte santa; así que no debemos dolernos por causa suya, sino por la nuestra, con lo cual demostramos que no lo amábamos a él, sino a nosotros mismos; que para él fué una suerte morir antes de que se volviera peor; era de muchos malquisto, o sufría enfermedades, pobreza, infamia o estaba en evidente riesgo de caer en ellas; grave preocupación por sus costumbres. O bien: Entonces es más que nunca oportuno morir cuando el vivir es más sabroso que nunca. O bien: Fué una ventaja para él morir en un tiempo en que ya nada bueno le quedaba que ver por contingencias de la fortuna pública o privada. También por la comparación de la cosa con la persona: No es propio de un rey dolerse del dinero perdido, del cual conviene aprender como de un dechado vivo magnanimidad, desinteres. O bien: Que le será fácil recuperar lo que perdió, lo cual no puede decirse de todo. No es propio de un gran hombre, de un filósofo dejarse quebrantar por los azares humanos; tampoco lo es llorar la muerte de los hijos, sabiéndose que fueron engendrados mortales, ni la caída de los amigos, pues solamente los encumbrados se despeñan. Y por terminar, si fué un gentil quien dijo: Plegue al hombre lo que a Dios pluguiere, ¿no es más razonable que un cristiano así lo piense, así lo diga, así lo cumpla? No conviene a la excelencia humana hacerse inferior a aquellas cosas cuya dueña es la Naturaleza. Esto es de una reina hacer una criada. Por su moral: Baldío es el pesar que no puede surtir ningún remedio, y que aquel de quien se va a pedir consejo, se deje vencer de la violencia del dolor. A continuación han de aducirse ejemplos de aquellos que con seso y con firmeza sostuvieron los embates de la Fortuna, para inculcar el convencimiento de que ello ni es imposible, ni siquiera difícil. Pasemos a otro punto.

Las cosas que afectan a ambos se tratarán con un tacto especial, de manera que por lo nuestro demostremos comedimiento y para con lo ajeno interés, lealtad, diligencia, afecto. Existen cartas también *expostulatorias* o de reproche *e invectivas:* reprochamos que una cosa determinada no la hizo uno como debió, especialmente contra nosotros o contra seres y objetos que nos son caros. Es peligroso este género epistolar: impónese acusar el entuerto y condenarle con palabras mordedoras; pero la urbanidad y la cortesía dictan que se debe añadir la causa del reproche y la razón por qué la cosa estuvo mal hecha, de tal forma que quede bien patente que no quieres tú en adelante ser víctima del vejamen, pero que más solícito estás de lo futuro, que dolido de lo que pasó. Bajo el género de expostulación, cabe la *exprobación,* cosa fea y apenas tolerable, aun cuando sea sumamente necesaria. Así se excluye una gratitud de dos, pues las restantes pertenecen a aquella mediante la cual se significa que *debía recordar el que recibió y olvidar el que dió.* Pero, a veces, la ingratitud ajena nos obliga al reproche, obligados por la necesidad o la decepción. Así, pues, debes templar la cosa de tal suerte que no engrandezcas demasiado tu

beneficio y que declares que al menos la voluntad y la intención de beneficiar fueron grandiosas, si te parece bien; que te dueles de que su ánimo no iguales con el tuyo, especialmente porque el necesitado eres tú y él tiene holgada posibilidad de devolver el beneficio. O bien: *porque no se acordó del beneficio*, porque calló, porque disimuló, cuando se trataba de tu honra o de intereses tuyos; o, conducta de todas la más indigna, porque devolvió mal por bien, quien te lesionó luego que tú le ayudaste.

Hay que aquilatar de qué clase fué el beneficio. Aquellos que atañen al espíritu, a saber, la erudición, los consejos la educación, en menor precio los tiene el vulgo que lo que pertenece al cuerpo o a la fortuna, siendo así que en realidad es mucho mayor y es mucho más motivado y honroso el reproche y con mayor ingratitud se liga quien no da gracias a quien le dió crianza y educación, si puede, que el que las da a quien le proporcionó riquezas.

También con suma diligencia ha de precaverse que uno no se deje engañar por la propensión general de sobrevalorar los beneficios, pues esto no lo inculcó la Naturaleza, sino una mala costumbre, por la cual, a cada uno, lo suyo le parece grande y hermosísimo, pero no así lo ajeno. En la exprobación, no es actitud digna de un hombre amenazar con que retirará sus beneficios, sino que, con mejor acuerdo, se esmerará en no ser semejante al ingrato y que por culpa de él no se despojará de su bondad, y procurará en lo sucesivo ser tan bueno y tan benéfico como antes. Más aún; formará el propósito de beneficiarle todas cuantas veces pensará que el ingrato necesita de sus beneficios.

Las *cartas invectivas*, si se redactan para perseguir el vicio y apartar a los otros de aquella manera de vivir, hanse de tolerar. Por otra parte, yo no veo de qué sirve acumular rabia acerba y denuestos escocedores y ejercitar y amolar *la facundia canina*, según expresión de Apio Claudio. Muerda, pues, los vicios, pero perdone al hombre. A veces, el hombre es reprendido por un vicio que le dañaría de una manera especial si no se le cohibía; verbigracia: si es impío, si es hereje, tirano, ladrón, brujo, usurero, ladrón, averiador de las subsistencias, calumniador, sedicioso, ignorante, mal educador.

Este pretexto excusa tantas oraciones de Cicerón contra Pisón, Gabinio, Verres, Vatinio, Catilina, Marco Antonio; tantas de Demóstenes contra Filipo, Esquines, Midias. Así que parezca que todo el discurso propende a aquellas ventajas que queremos reportar del abatimiento de aquel hombre, como si nos fueran entrañablemente queridas y merecieran nuestro interés máximo, como son la religión, la patria, los ciudadanos, las letras, las ciencias. Las cosas que pertenecen a uno y a otro, así como han de tratarse con lealtad y actividad, con este mismo espíritu se han de escribir, por manera que estas virtudes en ellas se transparenten, así como conviene también que no haya carta en la cual no asome alguna virtud moral y cierta índole apacible; en unas el pudor ingenuo; en otras, el respeto; en otras, la cortesanía; en otras, una cierta gravedad moderada y humana; la confianza para con el amigo, la fe, la benevolencia, la honesta consideración, y aun para con los enemigos, ciertas placidez y equilibrio espiritual. Pongamos la máxima precaución en no ofender a nadie por car-

ta, pues este agravio queda grabado muy profundamente, porque la carta va sola y desnuda; no la acompaña defensor alguno, no le asiste nadie que le excuse o la suavice. El destinatario, leyéndola una y otra vez, agranda y encona su herida, e interpretando el baldón, le hace más desollador y no hay nadie que no sea complaciente con sus dolores y cree que son mucho más grandes, puesto que a cada uno lo propio es lo querido sumamente. Así vemos rotas muy estrechas amistades por una palabrita ambigua de una carta. Todo esto que dije se refiere a las cosas indiferentes; lo que sentía acerca de la virtud y el vicio, tiempo ha que lo manifesté. Estará bien que las cosas ajenas vayan comprendidas en la narración.

CAPITULO V

DE LAS RESPUESTAS

Dos son principalmente las cosas a las que se ha de atender en las respuestas: *lo que escribió aquel a quien respondemos* y *con qué ánimo*. El contenido de la carta puede ser malo o poco recto para un alma buena. En este caso, el aliño debe ser por este estilo para que endulce la acidez de la respuesta: se alabará la intención, excusaremos el contenido en atención a él; que en ninguna manera puede molestarnos por ser tal la procedencia y tal la intención que lo inspiró. Suave y amistosamente le avisaremos que en lo sucesivo use con mayor circunspección y parsimonia de aquellas expresiones, no sea que un espíritu de tal entereza como la suya, por culpa de interpretaciones siniestras o por palabras emitidas con no suficiente cautela, se enajene las simpatías de que goza. Si el contenido es bueno, aun cuando la intención no lo parezca, ¿qué inconveniente hay en juzgar de la intención por el contenido? Así diremos: que no tenemos la duda más leve acerca de la disposición de su ánimo, cuando tales son los indicios. De esta manera, el contenido se recomendará por sí solo; cosa que hizo Cicerón en cierta carta a M. Antonio acerca de la restitución de Sexto Clodio y de los hijos de P. Clodio. Si el contenido redunda en provecho nuestro, daremos las gracias y reconoceremos la efectividad del amigo y del prudente consejero. Si hemos de tratar de nosotros, hágase ello con una parquedad elegante, aun cuando el aforismo de Trasón diga: «Encarece con palabras el galardón.» En este caso, lo indicado es una cierta mesura verbal: Aquel a quien damos, es merecedor de mucho más; que no hicimos más que lo que buenamente pudimos, por limitación de nuestra posibilidad o por imposición de su voluntad. De esta fórmula usa algunas veces Plinio el joven, como en el caso de Cornelia y de la hija de Quintiliano.

De nosotros hablaremos con reserva y moderación y atenuaremos nuestros elogios, puesto que no deja de ser mucha verdad que los bienes de todos los mortales son harto chicos y endebles; mas los que a nosotros se nos atribuyeren, los referiremos a la amabilidad del que nos elogia, o a su benevolencia para con nosotros; que los vicios que tenemos ésos sí que son exclusivamente nuestros; pero los bienes son del Señor; daremos a entender que más preciamos la buena intención que el juicio favorable; que no en balde se finge que el amor es ciego; que su bondad lo hace todo bueno, incluso alabar lo

que no es merecedor de ninguna alabanza, y si este error generoso nos valió la amistad y la benevolencia de tal personalidad, no se perderá por nosotros ni nos eximirá de la sabrosa deuda de gratitud; que preferimos su engaño en aquel sentido que sentir sus efectos en el contrario. A veces, la pudorosa e ingenua reserva hará que silenciemos totalmente la respuesta a sus alabanzas, especialmente si existen otras cosas de qué escribir; si el contenido no se refiere a ninguno de los dos, o no tiene importancia, manifestaremos el agrado con que nos enteramos de él, si no es tal que provoque tristeza o desabrimiento como las noticias de guerra. Interin, daremos gracias como a D. Bruto se las dió Cicerón por el interés que tuvo en que conociese determinadas naderías, y a nuestra vez nosotros le notificaremos aquellas cosas de que gusta de estar enterado, si es un literato, de literatura; si es un militar o un político, lances de guerra y noticias de grueso calibre, insólitas, y pequeñeces ridículas, si a ellas tuviera afición.

Las cartas invectivas o maldicientes, o en redondo se han de dejar sin respuesta, o, por lo menos, la respuesta no debe ser inmediata, sino cuando el enfado ya pasó y se enfrió el encendimiento que, acaso, produjo. Reconquistada la calma, entonces se ha de ponderar lo que se le reprocha y la causa de ese reproche. Si la reprensión es merecida, no solamente se ha de otorgar la dispensa, sino que la confesión y el reconocimiento del delito redundan en alabanza del reprochado, puesto que sin enmendarlo, pudiera defenderlo. Si fué injusta la invectiva, notable y hermosa victoria alcanzarás sobre ti mismo, si siendo mordido, no devuelves los mordiscos; darás las razones por que hiciste o dijiste; pero dejarás que pasen de largo, como el agua de un río, los denuestos. Si alguno quiere demostrar que está retenido por la modestia cristiana, no devuelva los denuestos y más bien examine qué es lo que parece bien en sí, qué lo que parece bien en el otro. Con este sentir hará una obra muy hermosa y no llevará encerrado un sentimiento en su corazón y otro manifiesto en su boca. No se engaña Cristo, que cala en el fondo de nuestras conciencias, y no hay cosa más propia de un pecho generoso que perdonar la injuria. Hácenlo así los cristianos por el ejemplo de Cristo, y no sin una compensación muy grande, pues así se perdonan nuestras culpas.

En resumen, así como una apacible y moderada cortesanía sazona muy agradablemente la correspondencia epistolar, así la urbanidad exagerada resulta sosa e ingrata a los paladares sanos.

CAPITULO VI

PARTES DE LA CARTA

Por cuanto era menester que de buenas a primeras la carta expresase quién era el mandatario y quién el destinatario, por eso latinos y griegos de consuno, inmediatamente, en el mismo comienzo, pusieron el nombre del que escribía y el de aquel a quien se escribía; en primer lugar, el de quien escribía, pues, naturalmente, primero es el indicar quién envía que aquel a quien se envía. Aquel famoso comienzo y saludo inicial de una carta: *Parmenonem summum suum plurima salute impertit Gnato* (A Parmenón, su todo, envía efusivos

saludos Gnatón), queda excusado por el metro en que está escrito o por el acostumbrado parasitismo servil. Donato dice que ese Gnatón era un cómico guasón. Y no es menos de parásito estotro encabezamiento: *A Domiciano, Marcial, salud;* o acaso es indicio de la insolentísima arrogancia de aquel príncipe que así lo exigía. Ausonio se excusa con Paulino porque en una carta en verso puso el nombre de este último antes del suyo:

Paulino Ausonius, metrum sic suasit, [ut esses
Tu prior et nomen prægrædere meum (1)

La costumbre de poner el nombre al pie de la carta tuvo origen en las suscripciones que los príncipes añadían a los documentos diplomáticos de que hace memoria Suetonio en la vida de Nerón. Posteriormente, cuando se enseñoreó de los ánimos la pasión aguda de hacer alarde de nobleza, cada quisque afectó ser nacido de sangre real y se comenzó a engalanar con ese regio atributo, como si fuese propio y gentilicio. Otros hay que piensan ser indicio de modestia ponerse en último lugar. ¡Qué fatuidad! Como si fuera menos honroso todo lo que es último! ¿Por ventura, lo primero que quiere conocer el lector no es el nombre de quien escribe? Si, en realidad y de todas maneras, quiere ser el último, no ponga al principio *yo* ni ningún verbo en primera persona. Pero todo esto son sandeces que pretenden invertir el orden de las cosas. Dime: ¿qué absurdo es que el primero que salta a la vista sea aquel que primero asalta el pensamiento y la imaginación? Bien al revés, por mucho que te escondas y te metas en un ángulo de la carta, abierta la misiva serás leído inmediatamente si no es que ya de antemano conoce el que lee quién es el que le escribe.

Los antiguos eran parcos en los epítetos; añadían no más la función si alguna profesaba aquel a quien se escribía y el que escribía: *M. Cicerón, general en jefe, a Cn. Pompeyo, magno procónsul; M. Bruto y C. Cayo, pretores, a M. Antonio, cónsul.* Cicerón, en su Filípica décimotercera, leyendo en voz alta una carta de M. Antonio: *Antonio a Hircio y a César.* No se tituló general en jefe, ni llamó a Hircio cónsul, ni propretor a César; esto era sabido de todo el mundo; prefirió deponer el nombre ajeno que a ellos darle el suyo. Absteníanse radicalmente de otros adjetivos. Nosotros pondremos siempre que sean los de una profesión o una función: senador, cónsul, cuestor, obispo, presbítero, curial. Las otras zarandajas que introdujo una mala costumbre causan risa o asco en vez de promover respeto; disfrazan más que no adornan. ¿Qué distinción mayor puede imaginarse como el que no haya necesidad de ponerle ninguna gala al simple nombre, ilustre ya de sí? Verbigracia: A Guillermo Budeo, a Erasmo Roterodamo, a Tomás Moro? En la lumbre de estos nombres, huelgan superfluidades como éstas: Doctísimo en entrambas lenguas, teólogo afamado, varón muy ilustre. A nadie se le ocurre añadir a los libros de Marco Tulio: orador elocuentísimo; o a los de Aristóteles: agudísimo filósofo. Así que se descubrió no haber tratamiento más grave ni más honorífico que escribir: *Al César,* sin adjeti-

(1) A Paulino, Ausonio: el metro me obligó a ponerte a ti primero y a que anduvieres delante de mi nombre.

vo, o *Al rey,* usanza que merece la entusiasta aprobación de varones sabios y prudentes. En tiempos de Quintiliano y de Plinio empezó a ser costumbre recibida que a todo destinatario, si ya no era enemigo declarado, se le añadiera: suyo. Marcial, hablando de la carta: *Así sea uno conocido superficialmente, así sea compañero caro, la carta misiva, sin distinción, acostumbra llamarlos suyos.* Los antiguos llamaban solamente *suyos* a los hijos, a la esposa, a los esclavos, a los libertos, verbigracia: *Cicerón a su Terencia, a su Tulia, a su Tirón.*

Existen entre los individuos que se profesan amistad muy acendrada determinadas expresiones de afecto. La bienquerencia, hartas veces, no puede disimularse como el fuego y no puede menos de exteriorizarse y ponerse de manifiesto, como: *Gonzalo Tamayo a su queridísimo Hugocio; Idiáquez a Jerónimo Agustín, mitad de su alma; Estracelio a Erución, su otro él mismo,* o lo que de un su amigo escribió Aristóteles: *A otro yo mismo.* De ahí se pasa a las alusiones de amistades ejemplares, tomadas de la mitología o de la Historia: *Jerónimo Rufaldo a Vives, que es su Jonatás; Pate a Barcher, que es su Acates, su Teseo, su Pílades.* Estas alusiones pueden extenderse a otras especialidades: *Nicolao Borbonio a Guillermo Budeo, el Varrón de estos tiempos; Astudillo a Juan Gélida, nuevo Aristóteles; Paulo a Pedro Bembo, polígrafo, no muy inferior en elocuencia a Marco Tulio;* Velio a Jacobo Sadoleto, casi igual—hay que poner mesura en lo desmesurado—*a Catón en la entereza y estoy por decir que otro Pablo.* Estas cosas, si se ponen raras veces y se aplican a individualidades dignas y las ponen aquellos de quienes se cree que tienen criterio suficiente para decorarlas con tamañas hipérboles, comunican harto prestigio a aquel a quien se escriben, pues tómanse a manera de autoridades merecedoras de tenerse en cuenta. Con todo, existe el peligro de que estos elogios sumos, como pasa con casi todas las otras distinciones honoríficas, o por lisonja o por otros motivos inconfesables, se transfieran a personas indignas y por el abuso pierdan todo su crédito.

Los testimonios de afecto están más en su lugar en la salutación que en la dirección, porque no parezcan fórmulas frías y tontas a muchos que están muy pagados de lo suyo y hacen ascos de todo lo ajeno. Otras fórmulas de consideración y dignidad están expuestas a la envidia, que acostumbra atacar y morder todos los méritos sobresalientes. En la dirección a los amigos no han de ponerse más que los nombres simplemente y las funciones públicas que desempeñen con más detalles que en la salutación. Dentro de la carta estamos solos y es igualmente sabrosa a entrambos aquella sencilla y cordial y desafeitada familiaridad. Fuera, tenemos muchos ojos que nos miran y nos critican, y hay que contar con ellos. Pero sigamos adelante.

No es sólo de cortesía, sino de humanidad el saludo a las personas con quienes topamos. Las primeras palabras de la carta era hacer por el destinatario los mejores votos. Los latinos les deseaban salud: *Salutem dicit.* Los griegos les deseaban felicidad y gozo: *Kaírein.* El romano desea *salud,* y este deseo, formulado al empezar la carta, era de buen agüero para aquella conversación escrita. Algunos, en sustitución de esta *salud* pagana, ponen aquella fórmula apostólica:

Gracia y paz del Señor Jesús, fórmula que ciertamente supera cualquier otro linaje de salud y es lo más saludable que al hombre pueda desearse. Estará permitido también desear otros bienes según la materia de la carta: cordura (*bonam mentem*), buenas obras (*bonam frugem*), una fácil vejez (*senectam facilem*), feliz matrimonio (*prosperum conjugium*), como se lee en Horacio: *Ruégote, Musa, que transmitas de mi parte a Celso Albinovano, compañero y canciller de Nerón, alegría y buena suerte*. Con igual libertad se puede repetir aquello tan viejo: *Si tienes salud, bien va;* fórmula que Séneca vuelve de esta manera: *Si filosofas, bien va; en esto consiste, en fin de cuentas, la salud; sin esto, el alma está enferma y el cuerpo también, aunque tenga muchos bríos, no con otra dolencia que la del loco furioso o que padece elferecía*. Y en otra carta, el mismo Séneca: *Si tienes salud y te consideras digno de ser tuyo el día de mañana, alégrome vivamente*. Aquella otra fórmula de *Beso su mano, su rendido servidor*, son fórmulas bárbaras o estúpidas o arrogantes. ¿Qué salud le puede dar el que tú le beses las manos? ¡Valiente salud y muy apetecible!

En Ovidio encuéntranse algunas fórmulas de salutación muy lindas e ingeniosas: *Aquella salud de que si tú no se la dieres carecerá, envía la doncella de Crisa al héroe Amazonio y, enamorada como está, desea ir allá a donde envía sus saludos*.

Expresiones por el estilo pueden forjarse e introducirse muchas: *Deséate una salud como él no la tiene. Saludes envía, quien de salud carece. Quien no tiene salud, salud envía; ojalá llegue a su destino*. Estas son licencias concedidas a los poetas y a lós mozos enamorados. No son muy propias que digamos de las personas mayores, en quienes no parecen bien ni las burlerías ni los amores.

Extráñanse algunos de que quien escribe la carta refiriéndose a sí mismo, escriba en tercera persona y luego al punto tome la primera, verbigracia: Cicerón saluda a Léntulo: *Yo, en atenciones o, mejor, en afecto para contigo, aventajo a cualesquiera otros*. Por este motivo piensan que el título no era una parte de la carta, sino que, escrita en la superficie exterior, indicaba la persona a quien el correo debía entregarla. Nosotros lo hacemos todavía, y por eso muchos dejan de ponerlo en la carta. Pero son muchas y evidentes las pruebas con que se puede demostrar que estos títulos formaban parte de la carta. En primer lugar, todas las veces que Cicerón, Salustio, César y otros citan una carta suya o ajena, la comienzan indefectiblemente: *Antonio a Hircio y a César; Léntulo a Catilina: salud. Lucio Catilina a Catulo: salud; Cneo Pompeyo a Domicio: salud*. Las cartas de Ovidio tienen idéntico exordio, variado, eso sí, al estilo común de los poetas. ¿A qué venía reproducirlo en su respectiva historia, si el título se escribía para el dador, cuando hubiera bastado con decir que la carta de marras iba de Fulano a Zutano? Era que querían poner toda la carta de la fecha a la cruz, como se dice. Dice Cicerón en su Ley Agraria: *Ese es de saber que antes que vaya al Ponto enviará una carta a Cneo Pompeyo, cuyo tenor yo me imagino que será así: P. Servilio Rulo, tribuno de la plebe, decenviro, a Cneo Pompeyo, salud: No creo yo que se adscriba al partido del Magno*, etc. Y muy clarísi-

mamente en el libro primero de las *Cartas: Cicerón a Valerio, jurisconsulto: salud. Yo no sé por qué no he de darte las gracias, singularmente en estos tiempos en que está permitido sustituir la cordura por la audacia.* No parece que ello se haya puesto en la parte exterior, ¿cómo hubiera podido Cicerón escribir, *¿por qué no he de darte las gracias?*, si aún no había mentado para nada la jurisprudencia?

Plutarco, en su vida de Demóstenes, dice que se encontró entre sus apuntes el comienzo de su carta a Antipater, rey de Macedonia, que reza así: *Demóstenes a Antipater.* Y Livio no consigna muchas palabras más (lib. XXXIV, en la carta de los siracusanos a Marcelo). Los pretores de Siracusa a su Marcelo; a continuación el saludo, como es costumbre: *que todo lo hizo bien y ordenadamente*, etc. Luciano declara en su *Parasítico* que, al menos por un tiempo, hubo costumbre de poner en el exterior de la carta la profesión del destinatario, y dice: Paréceme archirridículo si en el exterior de la carta escribimos según usanza, esto: *A Simónides, parásito.* Por terminar, no hay carta alguna de los antiguos que no lleve aquel título, bien puesto por el autor, bien citado por otro. Si este título estaba puesto para el correo que llevaba las cartas, ninguna necesidad había de añadir si era él quien lo ponía o era el autor quien lo consignaba. Pero basta ya de pruebas; las que aduje fueron porque no son precisamente hombres corrientes, sino personalidades doctas los que profesan el sentir contrario y sostienen que así fué sin más razón que aquella de la tercera persona: Saluda (*Salutem dicit*). No paran mientes en que los antiguos, aun cuando hablaban así, no ponían la primera persona, sino la tercera. En los contratos, *Escipión confiesa deber o haber recibido o que devolverá*, o cualquier otra fórmula semejante, en vez de: *Yo, Escipión, declaro.* En siglos sucesivos prevaleció el uso de la primera persona. Con todo, la correspondencia epistolar mantuvo la costumbre primitiva. Pasemos a lo que nos resta por decir.

Fué una vieja costumbre que Séneca atestigua haber llegado hasta sus días, iniciar las cartas de esta manera: *Si tienes salud, bien va; yo también la tengo. Plinio Cecilio a Fabio Justo: salud. Tiempo ha que no me escribes; dícesme que no tienes cosa que escribir. O bien escríbeme esto: que no tienes que escribir, o aquella fórmula con que solían empezar sus cartas los antiguos: Si tienes salud, bien va; yo también la tengo.* Esta fórmula tomaba diversas variantes: *Si tienes salud, yo la tengo.* Dolabela escribe a Cicerón: *Si tienes salud, soy contento; nuestra Tulia la tiene también.* Y Cicerón, a su vez: *Terencia tuvo ciertos achaques, pero me consta que ha convalecido ya.* Lucio Luceyo a Cicerón: *Si tienes salud, yo la tengo también como suelo, y aún te diré que un poco peor de lo que suelo.* Lépido, al Senado y al pueblo romano: *Si vosotros y vuestros hijos estáis buenos, bien va; yo también estoy bueno.* En estos casos no añadían referencia alguna personal, cuando querían dar a entender que no estaban buenos, en su moral especialmente, o que lo que les preocupaba era la salud de ellos, no la propia; como Metelo a Cicerón: *Si tienes salud, bien va.* Cicerón a Metelo: *Si tú y tu ejército seguís sin novedad, bien va.* Esta fórmula desapareció en la práctica, como también aquella

otra en los discursos: *Júpiter, Optimo Máximo.* Pero no debió ser así. Puede añadirse y en determinados casos debe añadirse, porque es adorno y gala de la epístola.

CAPITULO VII

ORDEN DE LA CARTA

No hay orden fijo alguno en el cuerpo de la carta. Hay que escribir según el tema lo dictare y empezar por donde guste cada uno; nada más grato que aquella sencillez no trabajada. Cicerón, cuando tiene muchas cosas que contar, no se preocupa demasiado de lo que dirá primero ni de lo que dirá después. Cuenta a la buena de Dios, conforme las cosas se le ocurren. Cuando terminó, añade lo que se le escapó, ex abrupto. Así es que con frecuencia vuelve sobre sí mismo y a sí mismo se pregunta: ¿Qué más? De tal manera cuenta, que si de antemano no conocieres su sistema, te será difícil distinguir lo que es anterior y lo que es posterior. Si alguno quisiere evitar este inconveniente y que exista alguna distinción en su referencia, pida a las reglas establecidas para la narración lo que tenga que hacer; allende de esto, con algunas ilaciones podrás relacionar lo primero con lo que viene detrás. *Ya sabes esto; ahora te voy a enterar de aquello; te hablé de Inglaterra, oye lo que te voy a decir de Italia; hasta de guerra; vengan ahora las letras.* Cuando la carta tendiere a la persuasión, será menester mayor artificio. El arte te indicará el camino a seguir. Yo, desde el principio, ya expuse algo de ello.

Por lo que toca al responder, lo más natural y cómodo es seguir el mismo orden de la carta a que se responde. No raras veces ocurre que conviene alterar ese orden, sin lo cual la carta no podría avanzar y se haría un gasto baldío de palabras, con la interposición de aquel estorbo, que inmediatamente debe removerse, verbigracia: si uno, al final o en mitad de la carta, fuese acusado de ingratitud o malevolencia. A esto se ha de salir al paso antes que todo, si ya no fuere que, con la respuesta a otros extremos, quede diluída la acusación, por ejemplo: *Garcías Arabiano a su querido Nicolás Valdaura: salud. Querría que me procurases algunos tapices para adorno de mi estancia. Mi apoderado Simón te hará efectivo el costo. Para ello te servirás de alguno de los tuyos, a fin de que el encargo te sea menos molesto, pues aun cuando tú tienes recibidas algunas atenciones mías, con todo tú te incomodas de hacerme todo servicio, si ya no fuere muy ligero. Valdaura, a su querido Arabiano: salud. Desde que conocí que querías fijar tu residencia en Lovaina, designio que el Cielo prospere, no dejé de preocuparme del ajuar pertinente al aderezo de tu casa. Te he procurado manteles, testigo tu apoderado Simón, y cortinas, aun cuando tú, en tus adentros, me acusas de ingratitud, o cosa peor, me condenas; quisiera limpiarme de esa sospecha más con obras que con excusas. Así es que procuraré no ya encargarme en atención tuya de servicios ligeros, pues tú no mereciste eso, sino que pondré todo mi esfuerzo en que me resulte ligero todo cuanto me encargares.*

Acontece a menudo que, con ocasión de alguna expresión o palabra, respondamos a algún extremo que está muy apartado, aun cuando somos los primeros en escribir: *A*

propósito, ahora se me ocurre, o esta palabra o expresión me recuerdan que he de hablarte de esto o de lo otro; puesto que hizo mención del Concilio, sábete que el Papa y el emperador celebran grandes y largas consultas en plan de convocar un Concilio. Como este género epistolar tiene tan amplio margen de libertad, está permitido comenzar la respuesta por lo último, como hace Cicerón en su carta a Q. Cornificio, libro XXII de sus *Cartas.*

Hay algunas maneras de pasar suave y graciosamente de un asunto a otro para continuar lo dicho o para subsanar lo olvidado: *Aguarda un poco, pues tengo algo que añadir; no te moleste tampoco leer esto; a punto de cerrar la carta, se me ocurrió tal cosa que no convenía pasar por alto. ¿Cómo se me olvidó lo que era tan primordial? Cosa baladí es la que añado, pero no debía omitirlo.* Con todo, Cicerón no cura de estas salvedades. A lo último de la carta suelen ponerse las encomiendas y los saludos para alguien: *A Atica y Pilia: salud. Quisiera que saludases a Dionisio; recuerdos de nuestro Cicerón,* etcétera.

Así como el adiós, al separarse, es un dictado de cortesía y de afecto, asimismo es una manera feliz de terminar las cartas, como lo fué el saludo al comenzarlas. *Erroso,* decían los griegos, equivalente al *vale* o *salve* de los latinos. La fórmula más común era: *Cura ut valeas* (procura estar bueno). *Valetudinem tuam cura diligenter* (cuida de tu salud con toda diligencia). Pero esto es antiguo y pagano. Más cristiano y más provechoso es poner esto: *Pido a Cristo que prospere todas tus empresas y que todo redunde en tu bien. Dios te guarde; la paz y el favor de Cristo estén contigo.* Egidio Calencio dejó un epistolario, no del todo absurdo, a cuyo pie, en lugar del *vale* clásico, pone siempre una expresión congruente con la materia. Si llamaba a alguno, la recomendación final era: Corre, vuela. Si anunciaba cosas agradables: Gózate. Si tristes: Llora.

Algo similar hicieron los antiguos, pero no fué en ellos costumbre constante, como en este ejemplo: Cicerón a D. Bruto: *Vence y ten salud.* Fabricio a Pirro: *Si no te guardas, quedarás en el campo.* Con todos expresar los mejores votos, es lo más decente y lo más congruente.

Finalmente, porque tiene su importancia, que el destinatario conozca dónde y cuándo la carta se expidió, fué costumbre poner el *lugar y el tiempo.* El *lugar* poníase de este modo: *Dada en Valencia, en Lovaina, en París, en el campo.* Cicerón expide una desde *Tres Tabernas;* otra, *Desde el campamento;* otra, *En lo postrero de Candavia.*

El mismo Cicerón escribe a Tito Pomponio Atico *Desde la carroza,* y otra *Desde la barca.* Consignando la fecha, conócese qué carta fué expedida la primera y cuál la segunda, diferencia de tiempo que tiene su importancia, pues de ahí depende no pocas veces la interpretación de las voluntades y sentencias, como es de ver en los edictos, leyes y diplomas de los príncipes. Augusto hasta llegaba a consignar las horas en sus cartas, como escribe Suetonio. Los romanos designaban los años por los nombres de los cónsules, como también los fastos y los actos todos, así privados como públicos. De ahí aquel axioma jurídico: *No haya instrumento sin*

día y sin cónsul. Más raro era que los consignase en las cartas a los amigos, si no contenía alguna particularidad de que debiera quedar constancia. Los atenienses tenían sus *arcontas*, sus *olimpíadas* los griegos y otros pueblos sus períodos determinados. No solamente omitían el tiempo, sino también el lugar, cuando una circunstancia especial no lo imponía, bien porque ya lo sabía el destinatario o no lo pedía el asunto. Ni el lugar ni el tiempo ni el saludo tenían en la carta asiento fijo. Escribían: *Vale, Romæ, Nonis juniis.* O *Vale, Nonis juniis, Romæ.* O *Nonis juniis, Romæ, vale.*

Si algo se había olvidado u ocurría ponerlo como apéndice, hacíanlo sin preámbulo y escribían otra vez: *Vale.* Y si aún querían añadir algo más, hacíanlo de la misma manera, y escribían: *Iterum* (otra vez) o *tertio* (por tercera vez), *ten salud*, y así sucesivamente todas las veces que les pluguiera. Ejemplo de éstos los hay a barrisco, y especialmente en Cicerón, carta XIII a Atico.

Nosotros sustituiremos sus viejas festividades por las nuestras. La antigüedad pagana escribió: *Vale Quinquatribus* (Salud en las fiestas de Minerva), *Vale Rubigalibus* (Salud en las fiestas de Rubigo, diosa que preservaba las mieses del añublo), *Vulcanalibus* (en las fiestas de Vulcano), etc. ¿Y por qué nosotros no hemos de decir también: *Vale Natali Servatoris* (Salud en la Natividad del Señor), *Virginis matris* (de la Virgen Madre), *Feriis Divi Martini* (en la fiesta de San Martín), *Conversionis Pauli* (de la Conversión de San Pablo)? Si ya no es que nos avergonzamos y nos pesa de nuestros Santos, que no admiten con aquellos dioses comparación. En lugar de las Calendas Idus, Nonas, es más sencillo y claro poner el día del mes: cinco de enero, seis de noviembre. Y es asimismo más razonable y cristiano que consignar los cónsules romanos y los arcontas griegos datar nuestras cartas del nacimiento de Cristo, Salvador del humano linaje. Si queremos hacer hincapié en algún punto especial que ya esté expresado en la carta, lo pondremos después del *Vale: Ten salud, mi querido Honorato, y estudia mucho, que el estudio te hará un personaje muy principal de nuestra ciudad*, etc. Paréceme a mí que eso de puntualizar el lugar y el tiempo conviene más y está más indicado para las cartas de negocios y debiera ponerse en cabeza, porque si la carta se retiene algunos días y sobrevienen determinadas contingencias, seguiríase una grave confusión por no fijar ni el suceso ni el tiempo, y si andamos de viaje, el destinatario no podrá saber de dónde escribimos. Para evitar esa confusión en los negocios, Cicerón, a veces, en mitad de la carta, pone el día: *Escribí esto el día 26 de mayo.*

Por todo esto, lo más conveniente será, a mi parecer, para salvar todas las eventualidades, que se escriba por ese estilo, poco más o menos: *Juan Luis Vives a Guillermo Budeo deséale una fácil senectud. Brujas, 3 de enero de 1533. Dícenme que el César está en Mantua y que de allí marchará a Bolonia. Celebramos la Epifanía del Señor. Ya se tiene por cosa segura que él está reunido con el Pontífice y tratan todos los días de asuntos los más importantes y convenientes para toda la Cristiandad. El día de hoy es ocho de enero; dícese que tratan del Concilio: concédales Cristo su Espíritu. Este que corre es el*

día décimo de este mes. Al marchar para Bruselas recibí tus letras, dos cartas en un mismo envoltorio; a casi todo respondí, excepto a aquello de aquel amigo tuyo a quien no vi, pero se le espera aquí cada día. Esta carta, porque me engañó el mensajero, no pude enviarla hasta hoy, que es el trece del corriente mes. Llegué a Bruselas, fuí a encontrar a tu amigo y le hablé de tu negocio; prometióme poner en ello todo su interés; tú, como sueles, sea cual fuere el resultado, ten gran ánimo; deséote el favor de Cristo. Ya estoy corrido con tantos días como retengo esta carta; ya corre el veinte de este mes. Por lo que tu amigo habló con Escévola, parece que no tiene él la misma disposición para contigo que pensábamos que tenían cuando estaba aquí; pero mientras Cristo esté para contigo en buena disposición, no te será difícil prescindir de las ventajas materiales. Salúdate nuestro Cranaveldio; a tu esposa, mis respetos. Saluda a Brixio muy cariñosamente de mi parte, y lo mismo a Beraldo y a Tusano. ¿Qué más? ¿A qué viene esto? Me temo que en esta carta, tantas veces tomada y dejada, no falte algo sustancial que luego me pese de no haberlo escrito. Nada se me ocurre. Que Cristo te asista.

Esta carta sola bastará como ejemplo para dar a conocer la fórmula. Yo no desapruebo la *Salud* y el *Vale*, ni el día y el lugar consignados al pie de la carta, pues yo hasta ahora lo hice así por su antigüedad y su autoridad. Con todo, esta nueva manera de redactar no me parece inerudita y se acomoda más al presente estado de cosas, y no sólo en la redacción en lengua latina, sino también en las lenguas vernáculas, para las cuales van también nuestros preceptos, aunque, como es razón, las preferencias sean para la correspondencia latina.

Mas añade a estas otras fórmulas las más religiosas y edificantes. Al pie de la carta, si es apócrifa, es decir, escrita por ajena mano, hase de añadir alguna contraseña que certifique su autenticidad; que no es adulterina, que partió de ti: aquí era donde los antiguos preparaban su celada, puesto que les era fácil negar que fuese por ellos enviada. Así lo denuncia Cicerón contra Antonio en su *Filípica segunda*. Transcribiré entero ese pasaje, porque todo él está dictado por la prudencia más elemental:

«Leyó en voz alta también aquella carta, que decía que yo le había enviado; hombre ayuno de humanidad, ignorante de la vida común. ¿Quién hubo jamás, por poco que tuviera conocida la costumbre de los hombres buenos, que por una molestia que pasara entre ambos sacase cartas enviadas a él por un amigo y las pregonase en voz alta? ¿Qué otra cosa es este proceder sino eliminar de la sociedad las relaciones sociales y cortar brutalmente la conversación entre los amigos ausentes? ¡Cuántas cosas suelen contener las cartas, que si se hacen públicas, semejan puras inepcias! ¡Y cuántas cosas serias que de ninguna manera deben divulgarse! Aquí se puede ver la increíble estupidez de tu grosería. Pero, en fin de cuentas, ¿qué razón opondrás si yo digo que esta carta jamás te ha sido enviada? ¿Con qué testigo me convencerás? ¿Por mi carácter de letra? ¿Cómo lo podrás demostrar, si es del puño del escribano?»

CAPITULO VIII

DE LA ESCRITURA EXTERIOR

Acerca de la escritura exterior, o digamos de la dirección o señas, no nos dejaron los antiguos norma alguna cierta. Por eso pensaron algunos que las intitulaciones eran las direcciones, opinión que ya dejé confutada poco más arriba. Yo sospecho que a muchas de las cartas no les pusieron dirección, como tampoco en el interior se les añadió al final el lugar ni el tiempo, porque ya se sabía previamente o no importaba nada. Así que el portador de la carta, como estaba enterado de a quién había de entregarla, no tenía necesidad de señas ningunas, fuera de que, por lo común, la correspondencia iba a familiares o a personas conocidas, y en caso de entregarse al correo público, éste ya las conocía de sobra. Pero basta ya de conjeturas. No cabe duda que en la actualidad la dirección es necesaria: en ella constará el nombre del destinatario, añadiéndole la dignidad o la función oficial que desempeñe. Los epítetos de sabio, ilustre, insigne y otros están verdaderamente por demás y no honran la dirección, sino que la cargan; no hay cosa más mentirosa y absurda, y hasta los niños se ríen de ello. Mas así como en el título se dice *a su*, en la dirección se pone *a mi...*, pues el que escribe manda al cartero que traiga y entregue aquella misiva a Fulano. Los familiares y los que mucho se quieren podrán añadir alguna palabra significativa de cariño: *A mi amigo único, íntimo, más querido, muy grato, muy dulce*; a los padres, a los maestros, tutores: *venerable, honorable*; pero ello con templanza y dentro de toda discreción. Luego se firma el lugar donde está el que envía la carta: Roma, París, Brujas, Valencia. Los hay quienes a ese lugar añádenle el lustre y la celebridad de que goza, si en efecto los goza.

CAPITULO IX

DEL LENGUAJE Y DEL ESTILO EPISTOLARES

La carta es una especie de retrato o reproducción del habla cotidiana y una especie de diálogo continuado. No se introdujo con otra finalidad que la de consignar, por medio de signos gráficos, la conversación de los ausentes. Lo primero, pues, que ha de procurar la carta es expresar con la posible fidelidad las charlas y los diálogos familiares de las personas prudentes e ilustradas, porque hay que poner una muy estudiosa voluntad de emular lo mejor para alcanzar al menos lo mediocre. Tanta mayor perfección habrá conseguido un arte cuanto más se acerque a su propio natural. Nuestra habla de cada día debe ser sencilla y con elegancia desafeitada, siempre que el lenguaje sea puro y castizo, pues el lenguaje desaliñado y sucio es cosa de ignorantes o de negligentes; pero si es en exceso acicalado y arreado, arguye preciosismo o insolencia o petulancia y pedantería pueril. Y si tal ha de ser nuestra conversación, no otro debe ser el estilo epistolar, que viene a ser una sombra y fiel imagen y sustituvo suyo.

Por eso es que los más de los antiguos juzgaron que el mejor adorno de la carta era una sencillez aseada y que la más pulida era la que iba sin pulimento alguno, bien así como en la matrona es más respe-

table el arreo sencillo y no buscado, que el estudiado y costoso. Lo mismo pasa con los varones a quienes llamamos afeminados si vemos que con demasiada curiosidad se dan al culto de su propia persona; aborrecibles y vitandos como los que se pudren en la sordidez y el hedor. Creían los antiguos que lo sumo y lo primo del arte epistolar es no poner ningún arte, siempre que su contenido no fuese necio ni impropio ni contuviera trastorno ni desorden y fueran puras las voces de la lengua en que la carta estaba escrita, pues los vocablos entonados y solemnes, rebuscados, tumefactos, afectados, creyeron no servir al decoro de la carta, sino a su irrisión, como las plumas de pavo real de que hiciera gala una corneja.

Comprueban esto prácticamente en su correspondencia epistolar todos los grandes autores, quienes, hablando de lo mismo en una carta que en un discurso, o en un libro cuidado, cambian de léxico y de estilo y se apean de aquel aparato y pompa de conceptos y de palabras y se abajan a aquella modestia epistolar que, como la doncella pueblerina, modosa, harto anda arreglada con su aseo y su casa limpia. Cicerón habla a sus amigos de la causa de Milón, de las provincias consulares o de las consolaciones, de un modo muy diferente que ante el Tribunal, o en el Senado, o en las *Cuestiones tusculanas*. Muy otro es el lenguaje de San Agustín tratando el tema de la religión en su *Ciudad de Dios* que en la correspondencia con sus amigos. Con otro estilo e invención trata Plinio las alabanzas de Trajano escribiendo a sus amigos que en su *Panegírico* pronunciado ante el Senado. Con más trabajado estilo se ocupa Séneca de temas filosóficos en sus tratados *De la ira, de la tranquilidad de la vida* o de las *Cuestiones naturales*, que en sus *Cartas a Lucilio*. Y Platón de la misma manera. Silencio a San Jerónimo, que parecía no escribir cartas, sino libros, aun cuando se queja de la escasez de tiempo y la lentitud del amanuense. Concretándome a Cicerón, sus cartas transparentan con tal fidelidad su lenguaje casero y familiar, que yo me figuro que no habló de otra manera con su esposa, con sus hijos, con sus esclavos, con sus familiares; en el campo, en el baño, en el aposento, en el comedor. Descuidó de tal manera el orden, que por donde bien le parece comienza la carta, y repite y añade y retrocede y avanza, y nada de este descuido hay en sus discursos o libros filosóficos. Exhorta a Atico que escriba lo que le viniere a los puntos de la pluma. Y Séneca dice en el libro noveno de sus cartas a Lucilio: *Cual sería mi conversación si estuviésemos sentados o anduviésemos paseando, desafeitada y fácil, tales quiero que sean mis cartas, que nada tienen de rebuscado y fingido. Si hacedero fuese, preferiría, a hablar, mostrar lo que siento.*

No merece ser aducido el juicio de Sulpicio Apolinar, que antepuso el estilo de Plinio al estilo epistolar de Cicerón, ni merece que se le refute, pues no da razón ninguna, contentándose con decirse remedador de Plinio, del cual está a infinita distancia para que conozcas la ligereza del criterio de ese hombre. Lo que dije de la *simplicidad* no ha de entenderse tan al pie de la letra que no sea lícito salirse un punto de aquellos límites, pues, como en toda otra forma de conversación, también en esta de la conversación

escrita se ha de tener en cuenta *quién, a quién, de qué.* En un mozo no solamente se tolera, sino que se encomia una dicción más atusada, más festiva, más trabajada, en que haya distribución y orden, descripciones y una estudiosa diligencia. Los hay que se complacen en recibir cartas cuidadas, verbigracia: las personas doctas y de agudo y cultivado ingenio; toman por una desatención inferida a su persona si no les escribes con elegancia y ornato, y las hay que hacen ascos a la curiosidad excesiva, cosa a cosa, pringosa y manoseada. Quien pide algo, acomódese al estómago ajeno; quien no tiene nada que pedir, sirva al propio. Demás de esto, el asunto trae consigo su propio atavío, verbigracia: guerras, temas políticos, materias morales. Personas hay que no quieren que se las trate sin algún lustre, o, simplemente, no pueden ser tratadas de otra manera. Quintiliano quiere que las cartas vayan en prosa suelta, excepto cuando tratan de cosas que están por encima de su condición específica. Y el mismo Séneca, tan severo para las cartas engalanadas y primorosas, añade esto: *No quiero yo, a fe mía, que estén ayunas y secas las cartas que traten de cosas tan soberanas; con todo, no hay que perder demasiado esfuerzo en la requisa verbal.*

Los antiguos, así que se ponían a hablar de negocios, usaban de aquella sencilla y natural manera de decir, y preferían, y esta preferencia es señal de discreción, hablar con menos aliño que con menos claridad y poner yerro en las palabras y exactitud en las cosas. Cuando hubo que tratar de otros temas, entonces púsose más cuidado, como hizo el mismo Séneca. Mas cuando ya nada hubo que escribir, excepto billetes de miel o de hiel, cartas sin asunto y llenas de sombrío recelo, comenzaron a revestirlas de arreos y lindezas, con la idea de que, ya que no podían sostenerse por su sustancia, se recomendasen por cierta gentileza y atavío. Y, en efecto, si así no fuera, ¿quién tuviera bríos para leer una de ellas, vacía de contenido, mísera de palabras? Tales son las cartas de Plinio Cecilio. Y aún se ha hecho la observación de que el mismo Marco Tulio escribe de diferente manera, según sea el destinatario o sea el asunto: más atildadamente a Bruto que a Atico; cuando le interesa conseguir algo que cuando simplemente narra; como a L. Luceyo más que a Varrón; asimismo, cuando consuela, como a M. Marcelo. El arte y la práctica y su soberano talento prestábanle recursos de tal forma, que en él parecían obvios y naturales procedimientos, pero que eran fruto de un artificio refinadísimo.

Resumen y cifra de todo lo expuesto es que no debemos olvidar que la carta es una doncella pueblerina. Aun cuando unas se acicalen con más aliño y gusto que otras, con todo no llegan a igualar el cofre ni el ajuar de las damas patricias, como los de la criada no igualan los de la señora. *Una cosa es* —dice Plinio— *escribir una historia y otra escribir una carta, aun cuando el argumento sea el mismo.* El mismo Plinio quiere que *la frase epistolar sea comprimida y concisa, de modo que no resulte adelgazada, macilenta ni huesuda; tendrá algún jugo y tendrá aquella donosura y gracia que reside en la dicción ceñida y en aquella manera simple de expresión.* Así que no contendrá demasiados tropos ni excesiva variedad de traslaciones, ni alegorías

frecuentes y largas, ni extorsiones violentas, ni palabras sonoras y magníficas, ni construcción llena de color y de número. Esto, en general, pues hay variedad en las formas, guardando fidelidad a la condición epistolar, como demostré ya.

Lo que dije de la elocución puede aplicarse a todo el artificio, que, siendo razón que se disimule dondequiera, en la carta debe ser muy delgado y casi nulo, con tal recato que no puedan conocerlo los más perspicaces epistológrafos. Y esto que decimos de la frase, extiéndase a las personas y a las cosas. Algunos preceptistas, al tratar de la redacción de cartas, tratan del proemio, de la narración, de la refutación, de la confirmación, de la peroración, de la invención, de la disposición, de la elocución, reglas tomadas de los tratados de retórica, cosa evidentemente ociosa y ajena de este lugar. Primeramente, porque no hay carta alguna, seguramente, que tenga aquellas cinco partes, y esa doncella pueblerina no puede aguantar tanto artificio. Luego, aun cuando algunas veces comience con un proemio y recoja y fabrique argumentos o los refute y siga un orden, poniendo todas las cosas en su lugar, esto mismo hacen todas las especies de expresión: consolaciones, felicitaciones, diálogos, panegíricos. Pues ¿y qué? Todas las veces que tratáremos de alguna de estas especies, ¿sacaremos a relucir todas esas armas y esas herramientas imponentes? Los preceptos del arte, hasta que se expongan una vez en general y cuando sea menester, acomódense a cada una de las fórmulas, pues de ninguna de ellas son exclusivos, y menos aún de la carta, que ni los necesita ni los usa.

Escribiendo a los doctos y que tengan tiempo que dedicar a ello, será lícito entreverar alusiones a fábulas, a historias, a proverbios, a cosas de la Naturaleza y de las costumbres, a dichos de buenos escritores, siempre que sea con brevedad y no tanto por desarrollarlos, sino por pincharlos nada más y señalarlos con el dedo, como quien dice. También está permitido en temas confidenciales introducir *enigmas*, como vemos que Cicerón hizo hartas veces con Atico, no fuese que si las cartas caían en manos ajenas y eran abiertas, se descubriese lo que ellos querían que se quedase solapado y oculto. Además, en dos ocasiones mezcla palabras griegas, bien porque lo que quería decir tiene más feliz y justa expresión en griego que no en latín, o porque no quiere que le entienda todo el mundo, y por ello apela a abstrusas palabras homéricas, cuyo sentido no a todo el vulgo es manifiesto.

También a nosotros, si se presentare el caso y la cosa lo requiriere, se nos concederá tender una especie de velo sobre el sentido en un idioma muy ajeno del que escribimos, verbigracia: si escribimos en español, alguna frase alemana o inglesa; pues, como advertí poco más arriba, mi tratadito no se limita a la lengua latina. ¿Y qué, si en aquellas mismas palabras en idioma germánico o escocés, conocido, desde luego, por aquel a quien escribimos, se nos antoja oscurecer más el sentido, si lo delicado del asunto lo pide? ¿Quién nos va a negar el permiso? Cicerón, no porque la lengua griega fuese más elegante y cultivada como la que más o muy por encima de todas las demás, ocultaba con aquel recurso las cosas reservadas que le contaba, sino por-

que era archiconocida de Atico, pero no tanto de la generalidad. Si Atico hubiera sabido otra más apartada aún del uso y conocimiento de los romanos, empleárala Cicerón en aquellos puntos que no quería que se divulgasen. Como sea que en los cortejos de cualquier príncipe andan individuos conocedores de muchas lenguas, se inventó un género de notas herméticas; llámanlas *cifras*, de las cuales nadie es capaz de arrancar sentido alguno si no se conoce el abecedario y el significado convencional de las palabras que usan entre sí. Las hay también en las cartas de Cicerón a Atico, muchas breves y precisas, que me imagino eran frases latinas, corrientes en aquel siglo, pues casi siempre omite los verbos: *Digo, escribo, envío, vengo*.

MISCELANEA DE CURIOSIDADES
ACERCA DE LA
CORRESPONDENCIA EPISTOLAR
TOMADAS PRINCIPALMENTE DE CICERON

INTRODUCCION

Los antiguos más antiguos acostumbraban escribir sus cartas en *tablillas (tabellae)*, cosa que el poeta Homero enseña en su fábula de Belerofonte. Esta costumbre duró hasta los tiempos de los romanos, según demuestran los autores latinos, Plauto, Cicerón y otros. De ahí los portadores de las cartas se llamaron *tabelarios*, nombre que duró, como otras cosas, hasta nuestros días, en que tanto tiempo ha que no utilizamos tablillas, por la fuerza de la costumbre y lo expresivo del vocablo. El *tabelario* latino corresponde al griego *grammatóforos* (portador de escritos). Entre los nuestros llámase también *veredario*, que suena lo mismo que trotero. Pero éste propiamente no es el portador de cartas, sino el que, cambiando con frecuencia de caballos, en breve tiempo consume grandes jornadas, al cual solemos entregar las cartas para que lleguen rápidamente a su destino. Quien escribía las cartas del señor llamábase *librarius*, escribano; y con el proceso del tiempo, *notarius*, tomador de notas, y llamábasé *exceptor* el que las escribía al dictado de otro. *Amanuense* es el mozo o criado que, como la palabra misma indica, tenemos siempre a mano para los usos más íntimos. Este amanuense a veces sirve también para consignar lo que nosotros le dictamos o porque es tan secreto que no lo queremos comunicar a otro o de tan poca monta que no vale la pena de llamar al escribano.

A las tablillas sucedió la *carta* (propiamente, hoja de libro), que originariamente fué una *membrana de pergamino*, y en nuestro tiempo lo es de papel. La carta epistolar, como dice Marcial en sus *Apoforetas*, será ligera, fuerte, apta para que se escriba en ella.

Antiguamente escribían por una sola cara, pues las que estaban escritas por las dos llamábanse *opis-*

tógrafas, como aquel *Orestes*, la tragedia, satirizada por Juvenal, escrito en ambas caras y todavía no terminada. Ello obedecía a que sólo una cara era pulida y lisa, en disposición de recibir las letras; esa cara era la interior, la de la parte de la carne, porque la cara exterior era velluda. Usaban también de un pergamino que podía borrarse, llamado *palimpsesto*. Cicerón dice a Trebacio: *En el palimpsesto no puedo menos de alabar tu laconismo, pero yo no sé lo que hubo en aquel pedacito de pergamino que preferiste borrar... No soy tan mal pensado que me figure que borras mis cartas para escribir encima las tuyas.* La acción de llevar la carta significábase por el verbo *perferre* en sus diversos tiempos: presente, pasado y futuro.

Una vez escrita la carta, la envolvían, la ataban con un hilo, de lino por lo común, y cerrábanla con unas gotas de cera. Durante algún tiempo fué moda que los próceres romanos la cerrasen con *greda traída del Asia*, como atestigua Cicerón en un discurso en favor de Lucio Flaco, y sellábanla con la señal grabada en la piedra del anillo. Cicerón expresa todo esto en un discurso contra Catilina: *Y porque, quirites, la prolijidad no os cause pesadumbre, abreviaré: Dimos orden que se trajesen las tablillas que decíanse enviadas por cada uno. En primer lugar, las presentamos a Cetego, reconoció el sello, cortamos el bramante de lino; entonces mostré las tablillas a Léntulo y le pregunté si reconocía el sello; dijo que sí. Y yo le dije: En efecto, el sello es harto conocido; es el retrato de tu abuelo, varón ilustre, que amó a su patria y a sus conciudadanos con un amor fanático.*

La fórmula de la respuesta acostumbraba ser ésta: *Recibí tu carta. Fuéronme entregadas tus letras llenas de afecto*, etc., etc., *de tu puño y letra, escritas por tu amanuense, por tu liberto... En un solo día recibí tres cartas tuyas; corta la una, que habías entregado a Flaco Volumnio; las otras dos, algo más llenas, una de las cuales me la trajo el tabelario o correo de Tulio Vibio, y la otra enviómela Lupo; el muchacho enviado por tu hermana puso en mis manos lo que le enviaste tú.* Una respuesta de Plinio: *Después de largo tiempo recibí cartas tuyas, tres de un golpe, todas elegantísimas y cuales convenía que fuesen luego de ser tan deseadas. En una de ellas me encargas de una misión que no puede serme más grata, a saber: que tus cartas sean traídas a Plotina, la dama respetabilísima; lo serán. El mismo encargo me haces para Popilio Artemisio; quedó cumplido inmediatamente.* Pero volvamos a Cicerón: *Salióme a camino el tabelario. Yo, al verle: Listo, listo, si hay algo de Atico. Si existe alguna novedad oculta o, como tú dices, recóndita, te enviaré a alguno de los míos porque mis cartas lleguen a ti con mayor seguridad. Aunque justa y convincente fué la explicación que diste de la interrupción epistolar, con todo ruégote que no lo hagas con frecuencia.*

Es de saber que las cartas breves y de poca importancia no acostumbraban sellarse, sino que se enviaban dobladas, a manera de los billetes. Cicerón, hijo, escribe a Tirón: *Cuando con suma ansiedad iba esperando cada día a los tabelarios, llegaron por fin a los cuarenta y seis días de haber partido de vosotros; los albricié. Deseo carta tuya que me hable de muchas cosas;*

pero mucho más te deseo a ti. Escribísteme una carta llena de cordura y buen sentido, de gran afecto y de prudencia suma; entregómela Filótimo dos días después que se la diste. Quinto Servilio puso en mis manos cartas tuyas muy breves, las cuales, con todo, se me antojaron largas, pues imaginábame recibir injuria del hecho de que se me rogase. Recibí de una vez algunas cartas tuyas que habías expedido en fechas diferentes. Quiero que para más adelante sepas que tus cartas, cuanto más largas, son las que más me contentan. Por aquella carta cuya rotura deploras, no sufras: está en mi casa sana y salva. La carta tuya que recibí de Lucio Aruncio, la hice pedazos; era inofensiva; no contenía nada que no pudiera leerse sin peligro en sesión pública. Abierta la carta, al punto vi lo que deseaba o lo que temía; leíla con sumo gusto y causóme especial satisfacción saber de ti que la mía te había sido entregada, etc., etc.

CAPITULO PRIMERO

FÓRMULAS DE SALUDO ACOMODADAS A NUESTRO TIEMPO

Doy el nombre de saludo, no a aquel primero del que escribe a aquel a quien escribe, a saber: del primero al segundo, sino del primero al tercero mediante el segundo; del tercero al segundo mediante el primero, etc. He aquí unas cuantas de las fórmulas más usuales:

Saluda a mi caro Rodrigo Manrique... Sabrás que recibí cartas de don Francisco, Duque de Béjar, en que tuvo la gentileza de mandarme que cuando te escribiere te salude de su parte muy cariñosamente... Darás mi parabién a Cristóbal Miranda por el nacimiento de su hijita y el feliz alumbramiento de su mujer... Cuando escribas a Tomás Moro o tengas quien vaya allá, no te olvides de añadir un afectuosísimo saludo para él y sus hijos, especialmente para mi muy apreciada Margarita Roper, a quien desde el primer momento que la conocí no la quise menos que si fuera hermana propia mía... Cuando enviares a alguno de los tuyos a Segorbe, mándale que busque allí a alguno de la servidumbre del duque de Alburquerque, y ordénale que, si va a Cuéllar, salude de mi parte a Bartolomé de la Cueva, hermano del duque, con palabras amasadas de cariño... A Teresita, aquel encanto de niña movida y alegre como unas sonajas, dale un beso de mi parte...

Es de advertir que no todos los saludos, recados, encomiendas convienen a todos sin distinción. Los desconocidos o los conocidos superficialmente no deben saludarse de la misma manera que los amigos y familiares; ni a un superior se le ha de encargar lo mismo que a un igual. No todos han de ser medidos por el mismo rasero, sino que ha de hacerse con discreción y tacto y prudencia muy avisada.

CAPITULO II

DE LA DEVOLUCIÓN DEL SALUDO

Aquel a quien escribimos o dimos el encargo nos contesta que ha cumplido nuestra orden por sí o por otro de palabra o por escrito, o que no pudo o que no quiso porque no convenía, o nos comunica lo que el saludado respondió:

Ejemplos:

Cumplí muy gustoso aquello que me decías al final de la carta: saludé a nuestro querido Juan Feviño, quien, amable y atento como es, escuchó con gozo visible tus noticias y te devuelve el saludo multiplicado por mil... No pude yo personalmente saludar a Juan Vergara en tu nombre, por lo cual tenía tanta ilusión. Un achaque me retuvo en casa; trasladé el encargo a Gonzalo Tamayo, y éste me comunica el contentamiento increíble que le ocasionó tu saludo y te lo envía acrecentado con copiosos intereses... ¿Dícesme que me saluda Nicolás Vottón? Sobrado tiempo hacía que no sabía de él; devuélvele el saludo y dile que se acuerde con alguna frecuencia de nuestra añeja amistad y camaradería de Lovaina... ¿A esas horas me saluda Gabriel Valldaura? ¿Por qué no lo hace por carta, cuanto más extensa mejor, contándome todas las cosas que nos son comunes? Dile que no son encomiendas verbales lo que espero de él, sino cartas, o, mejor aún, aquello que escribió a su marido una amante y fiel esposa: «No me contestes nada; sé tú quien vengas.»

A Cornelio Nepote no le di tus recados por temor de que, asiendo la ocasión de entablar una conversacioncilla, con el arte que tiene de cautivarnos, no se introduzca en mi familiaridad, y una vez admitido, será molesto, importuno y muy difícil que me lo sacuda.

CAPITULO III

DE LA BREVEDAD DE LA CARTA

Ya de temprano se planteó la cuestión de la conveniente brevedad de la carta. Demetrio Falereo, o sea el que fuere, a una carta larga llámala libro, no carta. Y de Lucio Anneo Séneca son estas palabras: *Por no exceder la dimensión de una carta, que no debe llenar la mano izquierda del lector, dejaré para otro día ese pleito con los dialécticos.* Con todo, no deja de ser cierto que bastantes de sus cartas llenan hasta dos veces la mano derecha. Algunas cartas de Cicerón, especialmente las dirigidas a Atico y aun a algunos otros, son no cartas, sino verdaderos volúmenes, y dice que las escribe tan largas porque no puede dormir. El mismo, escribiendo a Décimo Bruto, se dice imitador de su laconismo. Cicerón todo lo acomodaba a las personas y a los negocios, cuando importaba y escribía extensamente, y así gustaba que se le escribiese, y por eso reprende a Bruto, porque *en medio del hervor de la guerra civil le había expedido cartas muy breves, cuando el estado de los negocios las reclamaba largas, porque se supiese con todo detalle lo que hacía y lo que había de hacer.* A gruñones, a desconocidos, a amigos fingidos, les enviaba cartas breves. Lo mismo a los que estaban cargados de ocupaciones y a aquellos a quienes contentaba el laconismo epistolar, que en pocas palabras metía mucha sustancia; uno de ellos era Décimo Bruto. Los nuevos amigos deben ser explorados mediante cartas breves, como los ríos desconocidos, con algún tiento. Los hay a quienes las cartas de mediana extensión se les antojan parleras y no hacen de ellas caso. Los hay que toman una carta breve por una desatención. Procuremos, en uno y otro extremo, no exceder la medida. Si dejas de decir lo necesario todas son demasiado cortas; si las atiborras de superfluidades, todas son largas en demasía.

Mucho conviene que te adaptes al genio de aquel a quien escribes y, según fuere la materia, te será lícito, al pie de la carta, bien excusar el laconismo con el que las desea largas o las prolijidades y parlerías con quien las prefiere cortas.

El primer extremo se disculpa por las tareas nuestras o de él y por una cierta reserva y fervor de quitarle un tiempo precioso. El segundo extremo de la excesiva extensión se exculpa por la importancia del asunto, por el gusto de conversar con él. Ninguna cosa me parece más ajena de la carta que la jactancia e incalculable palabrería en tópicos sin sustancia, si ya no fueren, en forma epistolar, verdaderas preceptivas de filosofía y humanidades, o tratados enciclopédicos. La cartita, el billete que en pocas palabras incluyen una sentencia aguda, tienen una venusta gentileza que enamora, verbigracia: *Cuando podíais, no quisisteis; ahora que queréis, no os está permitido.* Si no contienen insolencia, irreverencia o desdén o pueden enviarse a los mismos reyes, a los príncipes, a los personajes encumbrados y ariscos. Ejemplo: *Jerónimo Salinas, teólogo al cardenal Inaco. Mendoza, obispo de Brujas, deséale una fervorosa piedad. París, día de la Natividad de San Juan Bautista, 1533. Sé que tu prudencia no necesita consejero, pero algunas veces lo necesita tu memoria por la variedad y grandeza de los negocios que te ocupan. Por esto te ruego que te acuerdes del gremio de los hombres estudiosos, pues de tu buena voluntad para con ellos no tenemos la menor duda.*

Otro ejemplo: *Marco Laurino a Carlos V, César Augusto, rey de las Españas. No tengo la pretensión de que por mí violentes la justicia, cosa que no harías por miedo que se te rogase, como tampoco querría que por ignorancia obrases injustamente; por ello es que te ruego la lectura atenta de este suplicatorio que compuse para ayudar a tu justicia.* Tales eran de rápidas las cartas de los lacedemonios, con cuya gráfica brevedad competían las respuestas: *La cosa ha ido mal; los soldados sobrevivientes mueren de hambre.*

Los hay quienes en la respuesta puntualizan uno por uno los extremos de la carta a la cual responden. Esto suele hacerse especialmente en los negocios graves y con mayor cuidado cuando piensan que van a leer la respuesta, sin haber leído la carta que la provocó. Con este mismo fin también lo hicieron otros, aun en las de poca monta; verbigracia: los que pensaban publicar sus cartas sin que se hubiesen publicado aquellas a las cuales respondían, como Plinio y Policiano. Esto se hace a veces por manera de compendio y para aliviar al lector la pesadumbre del trabajo y el esfuerzo de la penetración. Allende de esto, en las cartas polémicas, nuestra causa tiene con este procedimiento una notable ayuda, cuando aquello que nuestro contrincante vistió con su elocuencia o coloreó con tropos o fortaleció con argumentos, nosotros, retirándole todo apoyo, lo exponemos desnudo e inerme ante los ojos, astucia harto socorrida de los oradores. En resumen: toda carta debe tener algún valor o en la materia o en la dicción, que la recomiende y haga que la lean con gusto los destinatarios directos, sino también la posteridad si es que llega a la posteridad. Así ha pasado que muchas cartas se han leído con placer y otras perdieron su interés y yacen en el olvido.

CAPITULO IV

DE LOS EPISTOLÓGRAFOS

Las cartas son muy antiguas. Se conservan unas cuantas, muy pocas, de Platón y de Demóstenes. De Marco Tulio son muchas las que se perdieron; pero son muchas también las que han llegado a nuestros días. En estas cartas, además del vocabulario y del estilo, puntos en los que aquel varón egregio dejó detrás de sí a tan larga distancia a todos los restantes escritores, latinos desde luego, hay muchos datos preciosos relacionados con la política romana de su tiempo y mucha doctrina para la formación del criterio y la vida práctica. Las cartas de Séneca son otros tantos volúmenes de filosofía moral. Más acomodado al uso está Plinio Cecilio de aquellos especialmente que no escriben de negocios privados o de política, pues para éstos, en este aspecto es Cicerón incomparablemente mejor. Plinio, en cambio, es sucinto, festivo, donoso, agudo, sentencioso con aliño, y con aseo, admirablemente apropiado a aquellos ingenios doctos y finos que cambian entre sí cartas eruditas, escritas a la sombra, como en frase feliz dice el mismo Plinio, que requieren mucho más condimento y sazón, puesto que su asunto carece, por lo común, de importancia. Desperdiciados entre los griegos andan algunos epistolarios. Las cartas de Luciano son lúcidas y fáciles; las de Filostrato, más pintadas de figuras retóricas de lo que parece bien en este género literario; unas y otras son vacías y sus conceptos son livianos más de lo debido. También las de Sinesio no poco trabajadas e incrustadas de metáforas. Hay algunas de San Basilio, San Gregorio, Libanio y otros, breves e ingeniosos, más indicadas para la escuela y los hombres de gabinete y estudio que para los hombres activos y dinámicos. Pero volvamos a los latinos.

Después de Plinio escribieron cartas epistológrafos cristianos que en sus días fueron sin disputa los más sabios, no ya de los de su religión, sino de todos en general. Tertuliano es duro, como buen africano. San Cipriano no tanto, aunque también es de aquella nación. San Agustín, africano también, más blando y efusivo, pero menos terso y acicalado. San Jerónimo, encendido y vehemente, de forma que parece siempre actuar delante de jueces en una causa capital. San Ambrosio, más suave y apacible y un sí es no es turbio en algunos pasajes. Símaco, ni por la grandeza de los asuntos ni por la gracia de la dicción ha podido conservar su fama en la posteridad. Sidonio Apolinar, de la Alvernia, oscuro, perplejo, no ha conseguido ni merece el juicio favorable de la crítica. A zaga de todos éstos, a mucha distancia cronológica, como un lucero pequeño en medio de tinieblas espesísimas, asomó Francisco Petrarca, prolijo, frecuentemente malhumorado, lento, con harta herrumbre y moho de la barbarie anterior. A gran trecho del Petrarca, Gasparino, que en tiempo de nuestros abuelos comenzó en Italia a balbucir latín; sus cartas, por esta razón, merecen loa. A éste suceden Leonardo Aretino, poco acendrado todavía; los dos Filelfos, padre e hijo, de dicción más tersa, pero vacíos de pensamiento y de redacción desgarbada. Poggio, gárrulo, desvariado, rábula. El Papa Pío II, antes Eneas Silvio, de ingenio feliz, de arte infeliz. Egidio Calencio y Campano no son desdeñables, aun cuando este último se

acicala y compone por jactancia. Sabélico, en todas partes descuella por su abundancia y facilidad y por su donosura siempre igual a sí mismo. Pomponio Leto profesó tan fänática devoción a la pureza romana, que ni siquiera quiso aprender griego, porque ningún timbre peregrino sonase o se mezclase con la lengua de los quirites; así que tiene selecto el vocabulario y el estilo asaz castigado. Juan Pico y Angel Policiano, muy grandes los dos: de aquél, poco te costaría abrazar y besar su lenguaje, y de éste no puedes menos de aprobarlo; el primero descuella por la gravedad de las sentencias y la pureza inmaculada de la dicción; el segundo se hace querer por su acumen y su donaire. ¡Lástima que, apasionado por el amor de la gloria, se levantara sobre la altura normal de la carta; juega y retoza no raramente; por las cosas que dice pudiera desagradar a los eruditos concienzudos y exigentes, porque en una materia de harto poco peso y de mucha minucia, hace de sí mismo excesivo alarde, y es agrio y mordaz contra aquellos que no le aprueban.

Sonríen esos temas a los mozos, como les agradan las luchas y las pendencias; mas para ellos, sienten displicencia las personas graves y devotas. Lo sensible es que los corazones tiernos se imbuyen con ello en dos vicios muy perniciosos a la sociedad humana, a saber: la jactancia y la venenosa mordacidad y, cosa que es más insufrible aún, por puras bagatelas y naderías absolutas por una letrilla, por una silabilla, por una vocecilla, por una discrepancia en la interpretación de un versillo completamente desdeñable y hartas veces oscuro y con frecuencia dañoso a las buenas costumbres

Más serio es Hermolao Bárbaro, el más culto conocedor de la literatura sin comparación posible, pero es un tanto duro y perplejo. Mezcládose se ha con éstos un filosofastro, Marsilio Ficino, como una gaviota en un bando de cisnes, y ha elaborado cartas también sobre temas platónicos, con una dicción enojosa y sin garbo. En las cartas de Francisco Pico, aunque menos tersas que las de su tío, más se echa de menos el genio que la elegancia de la dicción y el peso de las sentencias. Rodolfo Agrícola, si corrigiese lo suyo, hubiera podido compararse con los mayores epistológrafos de la antigüedad, tanta solidez y tanta sanidad había en su erudición y tanta era la sutileza de su crítica. Poco tiempo ha que vimos el epistolario de Juan Capricón, nacido y muerto en un punto mismo. Tal fué la energía con que le anatematizó el tácito consenso de los doctos, que no pudo impetrar más que muy pocos meses de vida. Cristóbal Longolio, por excesiva curiosidad de imitación, corrompió el buen arte: su vocabulario es exclusivamente ciceroniano por una observancia servil que no sé si calificar de religiosa o supersticiosa; la desproporción resultó chocante porque adaptaba vocablos sonoros y solemnes a objetos desmirriados y endebles. No tenía bastante con imitar con afanoso ahinco las palabras y la frase de Cicerón, sino que quería exprimir a Cicerón todo; imaginábase que aquella república perduraba y que aquel Imperio gravitaba sobre toda la redondez del orbe. Hombre privado él, confinado en un rincón de su apartamiento estudioso, hacíase tan ridículo como si se hubiera vestido con el indumento de un gigante y remedase la voz y la vasta entonación del gi-

gante; con todo, Cristóbal Longolio es apreciable por la castidad de su lenguaje.

Pujan por encima de todos los escritores contemporáneos e igualan a aquéllos que vivieron en los días de nuestros padres y abuelos por su ingenio, por su erudición, por su facundia, Erasmo Roterodamo y Guillermo Budeo, en su variado y muy diverso género de elocuencia; pero ambos, en su respectivo género, son prestantísimos. Erasmo es fácil, lúcido, como siempre en cualquiera de sus obras. Guillermo Budeo se ha complacido en crearse un estilo epistolar nuevo e inusitado, más fácil de admirar que de imitar. Las cartas de San Pablo tienen una augusta excepcionalidad que fuera sacrilegio someter a mi mezquina censura literaria.

FIN DE LA
«REDACCIÓN EPISTOLAR»

EJERCICIOS DE LENGUA LATINA

(EXERCITATIO LINGUÆ LATINÆ)

(1538)

DEDICATORIA

JUAN LUIS VIVES

A FELIPE, HIJO HEREDERO DEL EMPERADOR CARLOS, CÉSAR AUGUSTO: BONDAD Y CORDURA

Muchas y grandes son las ventajas de la lengua latina, así para hablar bien como para sentir honradamente. Pues es ella un a manera de arsenal de toda suerte de erudición porque los ingenios más grandes y señalados escribieron, en latín, de todo género de disciplinas a las cuales nadie se puede allegar sino mediante el conocimiento de aquella lengua. Por todo ello no tomaré ninguna pesadumbre, aun en medio de las ocupaciones de mayores estudios, de ayudar también en este punto a la formación de la puericia. Escribí este primer ejercicio para la práctica de la lengua latina, la cual, como espero, será útil a los niños, y parecióme bien dedicároslo a vos que sois un príncipe niño; así por la suma benevolencia de vuestro padre para conmigo, como porque al formar vuestro ánimo para las buenas costumbres, mereceré bien de España, que es mi patria y cuya salud no tiene más puntal y apoyo que vuestra probidad y sabiduría. Pero eso que yo os digo, oírlo heis de Juan Martínez Silíceo, con mayor prolijidad y más insistente frecuencia.

Año 1538.

DIALOGO PRIMERO

DEL LEVANTARSE POR LA MAÑANA

(SURRECTIO MATUTINA).

BEATRIZ, criada; MANUEL y EUSEBIO.

BEATRIZ. — Despiérteos Jesucristo del sueño de los vicios. Hala, muchachos; ¿no habéis de despertaros hoy?

EUSEBIO.—No sé qué me ha caído en los ojos, hasta tal punto me parece que los tengo llenos de arena.

BEATRIZ.—Esta es tu primera canción de la mañana, harto antigua, por cierto. Abriré estas dos ventanas, la de madera y la de vidrio, para que la luz madrugadora dé en los ojos de ambos. ¡Arriba, arriba!

EUSEBIO.—¿Tan aína?

BEATRIZ.—Más cerca está el mediodía que la aurora. ¿Quiéres tú, Manuel, camisa nueva?

MANUEL.—No es menester por hoy; ésta es asaz limpia; mañana mudaré la otra. Dame el jubón.

BEATRIZ.—¿Qué jubón? ¿El sencillo o el colchado?

MANUEL.—El que tú quieras; a mí eso no me interesa. Dame este sencillo, porque si hoy he de jugar a la pelota, me estorbe menos.

BEATRIZ.—Esta es siempre tu costumbre; antes piensas en el juego (*ludus*) que en la escuela.

MANUEL.—¿Qué dices, idiota? La escuela también se llama juego (*ludus*).

BEATRIZ.—Yo no entiendo vuestras bachillerías y trapacerías.

MANUEL.—Dame las pretinas de cuero.

BEATRIZ.—Están rotas; toma las de seda; así lo mandó tu preceptor. ¿Qué más quieres ahora? ¿Quiéres los calzones y medias porque hace calor?

MANUEL.—Ni una cosa ni otra; dame los calzoncillos; apriétame, por favor.

BEATRIZ.—Pues qué, ¿tienes tú los brazos de heno o de manteca?

MANUEL.—No, sino cosidos con un hilo sutil. ¡Huy! ¡Huy! Y qué agujetas me has dado, sin cabos y estropeadas.

BEATRIZ.—Acuérdate que ayer perdiste las enteras, jugando a los dados.

MANUEL.—¿Qué sabes tú?

BEATRIZ.—Yo te observaba por el resquicio de la puerta, que jugabas con Guzmanillo.

MANUEL.—Por favor, que el ayo no se entere.

BEATRIZ.—Seré yo quien se lo contaré la primera vez que me llames fea, como tienes por costumbre.

MANUEL.—¿Y qué hicieras, si te llamare ladrona?

BEATRIZ.—Llámame como quieras, mientras no me llames fea.

MANUEL.—Dame los zapatos.

BEATRIZ.—¿Cuál de los dos pares? ¿Los de larga capellada o de capellada corta?

MANUEL.—Los de larga capellada cerrados, por mor del barro.

BEATRIZ.—Por mor del barro seco, que por otro nombre se llama polvo; pero haces bien, porque en los

abiertos se ha roto la correa, y la hebilla se perdió.

MANUEL.—Cálzamelos, por favor.

BEATRIZ.—Cálzatelos tú mismo.

MANUEL.—No me puedo doblar.

BEATRIZ.—Fácilmente te encorvarías; mas por tu pereza se te hace difícil. ¿Te tragaste una espada, quizá, como aquel charlatán chocarrero, hace cuatro días? ¿Hasta ese punto eres de alfeñique? ¿Qué harás cuando mayor?

MANUEL.—Atalos con dos lazadas, que resulta más elegante.

BEATRIZ.—Líbreme Dios de hacer tal; al instante se te desataría el nudo y te caería el calzado de los pies; mejor es atarlos con dos nudos y una lazada. Toma la túnica con mangas y el ceñidor.

MANUEL.—No quiero el ceñidor, sino la correa para ir a cazar.

BEATRIZ.—Tu madre lo prohibe; ¿quiéres tú hacer todas las cosas a tu antojo? Ayer rompiste el pequeño clavo de la hebilla.

MANUEL.—No lo podía desatar de otra manera. Dame, pues, aquel cinturón de lino colorado.

BEATRIZ.—Toma; cíñete a la moda de los franceses; peina tu cabeza primero con las púas ralas, después con las espesas; acomoda el sombrero en tu cabeza y no te lo derribes al cogote como acostumbras; o a la frente o a los ojos.

MANUEL.—Salgamos ya, por fin.

BEATRIZ.—¿Cómo? Sin lavaros las manos y la cara?

MANUEL.—Con esa tan enojosa curiosidad tuya ya hubieras acabado con un toro, cuanto más con un hombre. Paréceme que no vistes a un muchacho, sino que acicalas a una novia.

BEATRIZ.—Eusebio, trae la jofaina con el aguamanil; echa el agua de más arriba; déjala caer poco a poco, por el pico; no de golpe, de forma que la derrames; limpia la suciedad de los artejos de los dedos; enjuaga la boca y gargariza; estrega bien las cejas y los párpados, y las agallas también, reciamente; toma la toalla, límpiate. Bendito Dios, todo te lo han de advertir muy por menudo; ¿no harías cosa alguna de tu propio talante?

MANUEL.—¡Bah! Eres sobrado importuna y odiosa.

BEATRIZ.—Y tú en extremo sabidillo y lindo. Dame un beso; arrodíllate ya, y ante esa imagen de Nuestro Salvador reza la oración dominical y las otras preces que tienes por costumbre, antes que saques el pie del aposento. Mira, carillo, que no te distraigas en alguna otra cosa, mientras rezas. Aguarda un momento; cuelga ese pañuelo del ceñidor para sonarte y limpiarte las narices.

MANUEL.—¿Estoy ya asaz peripuesto para tu gusto?

BEATRIZ.—Lo estás.

MANUEL.—Pero al mío de manera alguna, porque, al fin, lo estoy al tuyo. Atreviérame a apostar que, en vestirme, he gastado una hora.

BEATRIZ.—¿Y qué, si hubieras gastado dos? ¿Adónde habías de ir? ¿Qué tenías que hacer? ¿Pienso que cavar o bien arar?

MANUEL.—Como si me faltara tarea.

BEATRIZ.—¡Oh varón hacendoso, absorto en la tarea de no hacer nada!

MANUEL.—¿No te vas de aquí, fisgona? Vete, o yo te echaré con ese zapato o te arrancaré la cofia de la cabeza.

SALUDO PRIMERO

MUCHACHO, PADRE, MADRE e ISABELILLA.

MUCHACHO.—¡Buenos días, padre mío; madrecita mía, buenos días! Pido al Cielo un día muy feliz para vosotros, mis pequeños hermanos; pido a Cristo que os sea propicio, hermanitas mías.

PADRE.—Dios te guarde, hijo mío, y te promueva a las mayores virtudes.

MADRE.—Consérvete Cristo, lucerito mío de la mañana. ¿Qué haces, dulzura mía? ¿Cómo estás de salud? ¿Cómo descansaste esta noche?

MUCHACHO.—Estoy muy bien y dormí como un santo.

MADRE.—Bendito Dios, y quiera El que sea siempre así.

MUCHACHO.—Con todo, a la medianoche me desperté de dolor de cabeza.

MADRE.—¡Cuitada de mí! ¿Qué me dices? ¿Qué parte de la cabeza te dolía?

MUCHACHO.—La mollera.

MADRE.—¿Cuánto tiempo?

MUCHACHO. — Apenas medio cuarto de hora. Luego, me volví a dormir y no lo sentí más.

MADRE.—Me devuelves la vida, porque me habías casi muerto.

MUCHACHO.—Buen día te dé Dios, Isabelita; prepárame el desayuno. *Ruscio, Ruscio,* ven acá, perrico saladísimo; mira cómo hace fiestas con la cola. ¡Cómo se tiene derechito sobre sus patitas traseras. ¿Cómo te va? ¿Cómo lo pasas? ¡Oye, tú, trae un bocado o dos de pan y se los daremos; ya verás qué juegos tan donosos. ¿No tienes hambre? ¿No comiste hoy nada? Sin duda, más entendimiento tiene ese gozque que aquel arriero, gordo y rudo.

PADRE.—Yo quiero hablar un ratito contigo, Tuliolo mío.

MUCHACHO.—¿Qué me queréis, padre? Porque para mí no puede haber cosa de más gusto que oíros.

PADRE.—Ese tu *Ruscio*, ¿es bestia u hombre?

MUCHACHO.—Bestia debe de ser.

PADRE.—¿Qué tienes tú para ser hombre que no tenga él? Tú comes, bebes, duermes, te paseas, correteas, jugueteas; él hace también todas esas cosas.

MUCHACHO.—Pero yo soy hombre.

PADRE.—¿Cómo lo conoces? ¿Qué tienes tú ahora más que el perro? Pero ahí está la diferencia, que él no puede hacerse hombre; tú, sí; si quieres.

MUCHACHO.—Ruégote, padre mío, que hagas eso cuanto antes.

PADRE.—Así será, si fueres allá donde van bestias y tornan hombres.

MUCHACHO.—Iré, padre, con muchísimo agrado; pero ¿dónde está ese lugar?

PADRE.—En la escuela.

MUCHACHO.—No habrá tardanza para cosa de tanta monta.

PADRE.—Ni en mí. ¿Oyes, Isabelilla? Pon a ése el almuerzo en la cestilla.

ISABELILLA.—¿Qué almuerzo?

PADRE.—Un trozo de pan untado con manteca, o higos secos, o uvas pasas para companage; pero bien soleadas, porque aquellas otras pegadizas, ensucian las manos y el vestido; si es que no prefiera algunas cerezas o ciruelas de fraile; pasa tu bracito por el asa de la cestilla, que no se te caiga.

DIALOGO II

PRESENTACION DEL NIÑO A LA ESCUELA

(DEDUCTIO AD LUDUM)

PADRE, COMPADRE, FILOPONO, maestro de la escuela, y MUCHACHO.

PADRE.—Santíguate, hijo mío, por la señal de la Santa Cruz.

MUCHACHO.—¡Guiad, oh Señor Jesucristo, que sois sumamente sabio, nuestra ignorancia, y pues sois todopoderoso, alentad nuestra flaqueza!

PADRE.—Dime, compadre, tú que ya frecuentaste los estudios: ¿quién en esta escuela enseña mejor a los muchachos?

COMPADRE.—El más docto, sin duda, es Varrón; pero muy activo es Filopono, hombre de suma probidad y de erudición no desdeñable. Dirige Varrón una escuela muy concurrida y tiene en su casa una grey muy crecida de pupilos. Filopono, en cambio, parece que no gusta del concurso demasiado, y con pocos se contenta.

PADRE.—Prefiero a éste. Vedle allí que se pasea por la lonjeta del colegio. Este es, hijo mío, el taller o, por decirlo así, la oficina donde se forjan los hombres. El que allí va es el maestro forjador. Dios os guarde, maestro. Descubre tu cabeza, niño, y dobla tu rodilla derecha, como te he enseñado; tente derecho ahora.

FILOPONO.—Sea vuestra llegada augurio de venturas para todos; pues ¿y qué se os ofrece?

PADRE.—Yo os traigo aquí a este hijuelo mío, para que de bestezuela que es hagáis de él todo un hombre.

FILOPONO.—Pondré en ello mi mayor cuidado. Se hará; de bestia volverá hombre; de malo, bueno y hombre de bien. De ello no tengas la menor duda.

PADRE.—¿Por cuánto enseñas?

FILOPONO.—Si el muchacho es aprovechable, por muy poca cosa; pero si no lo es, resulta cara mi enseñanza.

PADRE.—Hablaste discreta y cuerdamente; partamos, pues, como todas las cosas, entre nosotros dos este cuidado: tú, enseñándole con diligencia; yo, remunerando con mano larga tu trabajo.

DIALOGO III

CAMINO DE LA ESCUELA

(EUNTES AD LUDUM)

CIRRATO, PRETEXTATO, ANCIANA, TERESICA, TITIVILICIO y VERDULERA.

CIRRATO.—¿Parécete que ya es hora de ir a la escuela?

PRETEXTATO.—Sin duda es hora que vayamos.

CIRRATO.—No tengo muy conocido el camino; creo que está en aquella primera calle.

PRETEXTATO.—¿Cuántas veces has ido allá?

CIRRATO.—Tres o cuatro.

PRETEXTATO.—¿Cuándo empezaste a ir allá?

CIRRATO.—Pienso que ha tres o cuatro días.

PRETEXTATO. — Pues qué, ¿no es ello bastante para conocer el camino?

CIRRATO.—No, aunque fuera cien veces.

PRETEXTATO.—Pues yo, si sólo una vez hubiera ido, nunca jamás me extraviaría. Pero tú vas de mala gana y caminas jugueteando y no miras la calle ni las casas ni ningunas señales que te adviertan más tarde adónde te has de volver y qué dirección tomar. Yo observo todas estas particularidades con suma diligencia, porque voy muy gustoso.

CIRRATO.—Este muchacho habita en las cercanías de la escuela. ¡Hola, tú, Titivilicio! ¿Por dónde se va a tu casa?

TITIVILICIO.—¿Qué quieres? ¿Vienes con recado de tu madre? Mi madre no está, ni siquiera mi hermana; las dos se fueron a la iglesia de Santa Ana.

CIRRATO.—¿Qué fiesta se celebra allí?

TITIVILICIO.—Ayer fué la fiesta de su Dedicación, y hoy las ha invitado una mujer que hiñe quesos a comer requesones en su casa.

CIRRATO.—Y tú, ¿por qué no fuiste allá con ellas?

TITIVILICIO.—Dejáronme aquí para que guardase la casa; a mi hermano pequeñito se lo llevaron allá con ellas, pero prometiéronme que me traerán en el canastillo alguna porción de lo que sobrare.

CIRRATO.—Pues ¿por qué no estás en tu casa?

TITIVILICIO.—Luego volveré; ahora voy a jugar a la taba con el hijo de este zapatero remendón. ¿Queréis vosotros venir también?

CIRRATO.—Vamos, si te atreves.

PRETEXTATO.—Eso, de ninguna manera.

CIRRATO.—¿Por qué no?

PRETEXTATO.—Porque no nos azoten.

CIRRATO.—¡Ah! No me acordaba.

TITIVILICIO.—No os azotarán.

CIRRATO.—¿Cómo lo sabes?

TITIVILICIO.—Porque vuestro maestro perdió ayer la palmeta.

CIRRATO.—Hola. ¿Cómo lo averiguaste?

TITIVILICIO.—Hoy, de nuestra casa oíamos sus gritos, buscándola.

CIRRATO.—Juguemos un poco, por tu vida.

PRETEXTATO.—Juega tú, si quieres; yo iré solo.

CIRRATO.—Por Dios, no se lo digas al maestro; di que fué mi padre quien me retuvo en casa.

PRETEXTATO. — ¿Quieres que yo mienta?

CIRRATO.—¿Por qué no, en favor de un amigo?

PRETEXTATO.—Porque oí en la iglesia al predicador que afirmaba que los mentirosos son hijos del demonio, y los que dicen verdad son hijos de Dios.

CIRRATO. — ¿Del diablo dijiste? ¡Quita allá! Por la señal de la Santa Cruz, de nuestros enemigos líbranos Señor, Dios nuestro.

PRETEXTATO.—No podrás librarte si juegas, cuando tu obligación es aprender.

CIRRATO. — Vámonos, y quédate adiós.

TITIVILICIO. — ¡Huy! ¡Huy! Estos muchachos no se atreven a jugar un rato por temor de la azotaina.

PRETEXTATO. — Aquél es un golfo perdido y será más tarde un mal hombre. Pero como se nos escapó y no le hemos preguntado por dónde se va a la escuela, llamémosle de nuevo.

CIRRATO.—Vaya en hora mala; no quiero que otra vez me provoque a jugar; se lo preguntaremos a esa anciana. Abuelita, ¿sabes por dónde se va a la escuela de Filopono?

ANCIANA.—Junto a esa escuela habité yo seis años, y enfrente de ella parí a mi hijo mayor y a dos hijas; cruzad esta plaza de Villarrasa; luego viene un callejón; después la plaza del Señor de Bétera; allí, torced a la derecha; luego, tirad a la izquierda; preguntadlo allí; no anda la escuela lejos.

CIRRATO. — ¡Bah! No. ¿Podremos retener todas estas señas?

ANCIANA.—Teresica, acompaña a estos muchachos a la escuela de Filopono, porque la madre de éste era la que nos daba lino para peinar e hilar.

TERESICA.—¿Qué calamidad es esa de Filopono? ¿Qué suerte de hombre es? Como si yo le conociera. ¿Te refieres a aquel que remienda zapatos junto a la Taberna Verde? ¿O aquel pregonero de la calle del gigante, que tiene caballos de alquiler?

ANCIANA.—Harto sé que tú nunca sabes las cosas que te convienen, sino las que nada te importan. Filopono es aquel viejo maestro de escuela, alto, miope, que vive frontero a la casa que habitamos en otro tiempo.

TERESICA.—¡Ah, ya me vuelve a la memoria!

ANCIANA.—Cuando regreses, pasa por el mercado y compra ensalada y rábanos y cerezas; toma la cesta.

CIRRATO. — Condúcenos también por la verdulería.

TERESICA. — Por aquí iréis más presto.

CIRRATO.—No queremos ir por ahí.

TERESICA.—Y eso, ¿por qué?

CIRRATO.—Porque allí me mordió el perro de aquel panadero, y también te queremos acompañar al mercado.

TERESICA.—A la vuelta pasaré por el mercado, pues todavía estamos muy lejos y mercaré lo que me mandaron, luego que os hubiere dejado en la escuela.

CIRRATO.—Nosotros queremos saber a cuánto pagarás las cerezas.

TERESICA.—Las compramos a seis dineros la libra. Pero ¿a ti que te importa?

CIRRATO.—Porque mi hermano me mandó esta mañana que lo averiguase, y tiene su puesto allí una vieja verdulera, de la cual, si comprares, sé que ella te las venderá

por menos que las otras y a nosotros nos dará algunas cerezas o algún troncho de lechuga, pues su hija sirvió tiempo atrás a mi madre y a mi hermana.

TERESICA.—Me temo que no os cueste algunos azotes este rodeo del camino.

CIRRATO.—No nos costará, porque todavía llegaremos a la hora.

TERESICA.—Vámonos; me pasearé un tantico, cuitada de mí, que me consumo sentada en casa días enteros.

PRETEXTATO.—¿En qué te ocupas? ¿Por ventura estás sentada y ociosa?

TERESICA.—¿Ociosa yo? Nada menos que eso: hilo, hago ovillos, devano, tejo. ¿Piensas que mi viejecita sufriría mi holganza? Bendice los días de estío y no la contentan los de fiesta, en los que no hay qué hacer.

PRETEXTATO. — ¿Por ventura no son sagrados los disantos? ¿Cómo, pues, ella maldice lo que es sagrado? ¿Acaso quiere ella hacer que no sea sagrado lo que de por sí es sagrado?

TERESICA.—¿Piensas quizá que yo estudié Geometría para que os pueda aclarar esos problemas?

CIRRATO. — ¿Qué cosa es Geometría?

TERESICA.—Yo no lo sé. Nosotros teníamos una vecina que se llamaba Geometría; ésta, o siempre estaba en la iglesia con los curas, o los curas con ella en su casa; así que era, como decían, una mujer muy letrera. Llegamos ya al mercado de verduras. ¿Dónde está nuestra vieja?

CIRRATO.—Eso es lo que estaba mirando yo por todas partes. Pero compra tú de ello con la condición que nos dé a nosotros algo de añadidura. ¡Hola, tía! Esta muchacha te comprará cerezas si tú nos añadieres algunas.

VERDULERA.—A mí no me dan nada de balde; todo se vende aquí.

CIRRATO.—¿Ni siquiera te dan de balde esas suciedades que tienes en las manos y en el cuello?

VERDULERA.—Si no te vas de ahí, sinvergonzón, probarán estas suciedades tus mejillas.

CIRRATO.—¿Cómo las probarán mis mejillas si tú las tienes en tus manos?

VERDULERA. — Devuélveme las cerezas, ladronzuelo.

CIRRATO.—Las tomé para catarlas, que yo las quiero comprar.

VERDULERA. Cómpralas, pues.

CIRRATO.—Si fueren de mi gusto, ¿a cuánto?

VERDULERA.—A dinero la libra.

CIRRATO.—¡Ah! Están agrias. Tú, vieja hechicera, vendes aquí al pueblo cerezas ahogaderas.

TERESICA.—Vamos de aquí a la escuela, porque vosotros, con vuestras agudezas, me enredaríais y me detendríais aquí mucho. Ya mi vieja, según pienso, está en casa hecha una furia por mi tardanza. Esta es la puerta; tocad.

DIALOGO IV

LA LECCION

(LECTIO)

MAESTRO, LUSIO, ESQUINES, COTA Y MUCHACHOS.

MAESTRO.—Toma la cartilla abecedaria en la mano izquierda y este puntero para señalar cada una de las letras; tente derecho; pon el sombrero debajo del brazo; oye con suma atención cómo yo nombraré estas letras, y mira con cuidado con qué gesto de la boca. Cuida de repetirlas luego, cuando te las pidiere, del mismo modo que yo las pronuncio. Estáme atento; ya lo oíste. Sígueme ahora a mí, que voy diciéndolas delante cada una por sí. ¿Las entiendes bien?

LUSIO.—Paréceme que harto las entendí.

MAESTRO.—Cada una de éstas se llama letra; de éstas, cinco son vocales: *a*, *e*, *i*, *o*, *u*, todas las cuales están en el vocablo español *oveja*, que en latín se llama *ovis;* acuérdate de esta palabra. Estas letras forman sílaba con una o más de las otras; sin vocal no se forma sílaba, y no pocas veces la sola vocal es sílaba. Así que todas las otras se llaman consonantes, porque por ellas mismas no suenan si no se les añade vocal, porque tienen un cierto sonido imperfecto y manco *b*, *c*, *d*, *g*, que sin la *e* suenan poco. De las sílabas también se forman voces o palabras; y de éstas se forma el lenguaje de que carecen las bestias todas, y tú serás una bestia si no aprendes bien a hablar. Aviva el seso, y pon en ello cuidado muy diligente. Retírate; siéntate con tus condiscípulos y aprende la lección que te señalé.

LUSIO.—¿No jugamos hoy?

ESQUINES.—No, porque es día de hacienda. ¿Piensas que viniste aquí a jugar? No es éste lugar de jugar, sino de estudiar.

LUSIO.—¿Por qué, pues, la escuela se llama juego (*ludus*)?

ESQUINES.—Se llama juego, efectivamente, pero de letras, porque aquí se ha de jugar con las letras; en otra parte, a la pelota, con la peonza; a la taba y en griego oí que se llama *Schola*, equivalente a descanso, porque es verdadero descanso y reposo del espíritu pasar la vida estudiando. Pero aprendamos la lección que nos señaló el maestro, en voz baja, para que no nos molestemos los unos a los otros.

LUSIO.—Un tío mío, que en Babilonia se consagró a las letras algún tiempo, me enseñó que mejor se fija en la memoria lo que quieres si lo pronuncias en alta voz, y que esto se confirma con la autoridad de un tal Plinio.

ESQUINES.—Si alguno quiere de esa manera aprender sus lecciones, váyase a la huerta o al cementerio de la iglesia; allí puede gritar a placer hasta que despierte a los muertos.

COTA.—Muchachos, ¿esto es aprender? Esto es garlar; esto es porfiar; ea, venid todos al maestro, que él lo manda.

DIALOGO V

LA VUELTA A CASA Y LOS JUEGOS PUERILES

(REDITUS DOMUM)

TULIOLO, CORNELIOLA, ESCIPIÓN, LÉNTULO, MADRE, MAESTRO, CRIADA y CRIADO.

CORNELIOLA.—En buen hora estés de vuelta, Tuliolo. ¿Tienes ganas de jugar un poco?

TULIOLO.—Todavía no; luego jugaremos.

CORNELIOLA.—¿Qué negocio llevas entre manos?

TULIOLO.—Repasar lo que el maestro me mandó que aprendiese de coro.

CORNELIOLA.—¿Y qué es?

TULIOLO.—Mira.

CORNELIOLA. — ¿Qué señales son ésas? Creí que eran hormigas pintadas: madre mía, ¡cuántas hormigas y mosquitos trae Tuliolo pintados en la cartilla!

TULIOLO.—Calla, loquilla, que son letras.

CORNELIOLA.—¿Cómo se llama esta primera?

TULIOLO.—*A*.

CORNELIOLA.—¿Por qué es primera la *a* y no esta otra?

MADRE.—¿Y por qué tú eres Corneliola y no Tuliolo?

CORNELIOLA.—Porque me llamo así.

MADRE.—Y estas letras, de la misma manera. Pero anda ya a jugar, hijo mío.

TULIOLO.—Aquí pongo mi cartilla y mi puntero; si alguno los tocare, le pegará mi madre. ¿No es así, madre mía?

MADRE.—Sí, hijo mío.

TULIOLO. — Escipión, Léntulo, venid a jugar.

ESCIPIÓN.—¿A qué juego?

TULIOLO.—Jugaremos con nueces al hoyuelo.

LÉNTULO.—Nueces tengo unas pocas, y ésas cascadas y podridas.

ESCIPIÓN.—Juguemos con cáscaras de nueces.

TULIOLO.—¿Qué me aprovecharán, aunque gane veinte? Dentro no hay meollo que comer.

ESCIPIÓN.—Yo, mientras juego, no como; si quiero comer algo, voy a mi madre. Esas cáscaras de nueces sirven para construir casitas para las hormigas.

LÉNTULO.—Juguemos a pares o nones con alfileres.

TULIOLO.—Mejor será que traigas las tabas.

ESCIPIÓN.—Tráelas, Léntulo.

LÉNTULO.—Ahí las tenéis.

TULIOLO.—¡Qué llenas de polvo están y qué sucias y no bastante descarnadas ni pulidas. Echa tú.

ESCIPIÓN.—¿Por quién será mano?

LÉNTULO.—Yo soy mano. ¿Qué jugamos?

ESCIPIÓN.—Las pretinas.

LÉNTULO.—Yo no las quiero perder, porque en mi casa el ayo me azotaría.

TULIOLO.—¿Qué quieres perder, si te gano?

LÉNTULO.—Papirotes.

MAESTRO.—¿Qué es ese estar echa-

dos al suelo? Rompéis vuestra ropa y calzado, y más en un lugar tan sucio. ¿Por qué no barréis primero el suelo y os sentáis? Trae la escoba.

TULIOLO. — Pues ¿qué apostaremos?

ESCIPIÓN. — Un alfiler por cada punto.

TULIOLO.—Dos más bien.

LÉNTULO.—Yo no tengo alfileres; pondré, si quieres, en lugar de alfileres, pezoncillos de cerezas.

TULIOLO.—¡Quita allá! Juguemos yo y tú y Escipión.

ESCIPIÓN.—Yo me atrevo a jugarme mis alfileres.

TULIOLO.—Dame las tabas para jugar primero; gané la apuesta.

ESCIPIÓN.—No por cierto, porque no jugabas de veras.

TULIOLO.—¿Quién jamás juega de veras, como si dijeras que lo blanco es negro?

ESCIPIÓN.—Chancea cuanto quisieres, que esta vez no te vas a llevar los alfileres.

TULIOLO.—Ea, yo te perdono esta mano; juguemos ya por el premio y buena ventura me dé Dios.

ESCIPIÓN.—Eres perdidoso.

TULIOLO.—Levanta la apuesta.

LÉNTULO.—Las tabas, por favor.

TULIOLO.—Va el resto.

LÉNTULO.—Va.

CRIADA.—¡A cenar, niños! ¿Nunca acabaréis de jugar?

TULIOLO.—Ahora comenzamos, y ella ya nos habla de acabar.

CORNELIOLA.—Ese juego ya me hastía; juguemos con piedras pintadas.

TULIOLO. — Píntanos círculos en ese ladrillo con carbón o con yeso.

ESCIPIÓN.—Yo prefiero la cena al juego, y me retiro despojado de los alfileres que me hicieron perder vuestras trampas.

TULIOLO.—Acuérdate que tú ayer expoliaste a Cetego. Nadie puede jugar en dondequiera con mano feliz.

CORNELIOLA.—Trae los naipes, por favor, que hallarás encima del aparador, a mano izquierda.

ESCIPIÓN.—Eso será bueno para otra ocasión; ahora no tengo tiempo, porque si me detuviere más rato, temo que mi ayo, de puro enojado, me envíe a dormir sin cenar. Tú, Corneliola, tennos a punto esos naipes para mañana por la tarde.

CORNELIOLA. — Si lo consintiere nuestra madre; mejor será jugar ahora que nos lo permite.

ESCIPIÓN.—Más vale ahora cenar, puesto que nos llaman.

CRIADA.—¿Y nada me dais de barato, a mí, que miré vuestro juego?

CORNELIOLA. — Daríamostelo con mucho agrado si hubieses arbitrado el juego; pero puesto que te divertiste mirando nuestro juego, debieras ser tú quien nos lo diese.

CRIADO.—Hola, muchachos; ¿cuándo habéis de venir? La cena ya está a la mitad; ya falta poco para que, retirando las carnes, sirvamos el queso y las manzanas.

DIALOGO VI

LA REFACCION ESCOLAR

(REFECTIO SCHOLASTICA)

NEPÓTULO, PISÓN, MAESTRO, REFITOLERO, LAMIA, FLORO, ANTRAX y REPETIDOR

NEPÓTULO.—¿Vivís aquí cautamente?

PISÓN.—¿Qué palabra es ésa? ¿Preguntas por ventura si nos lavamos? Cada día, las manos y la cara, y muy a menudo, porque el aseo corporal beneficia la salud y el ingenio.

NEPÓTULO.—No te pregunto yo eso, sino si coméis y bebéis a gusto de vuestro ánimo.

PISÓN.—Nosotros no comemos a gusto del ánimo, sino a gusto del paladar.

NEPÓTULO.—Yo pregunto si coméis como queréis.

PISÓN.—Muchísimo, a saber: con hambre, y el que quiere come, el que no quiere se abstiene.

NEPÓTULO.—¿Os levantáis de la mesa con hambre?

PISÓN.—No hartos del todo, ni conviene; porque el ahitarse es propio de bestias, no de hombres. Cuentan que cierto rey muy sabio nunca se sentó a la mesa inapetente ni se levantó saciado.

NEPÓTULO.—¿Qué coméis?

PISÓN.—Lo que tenemos.

NEPÓTULO.—Pensaba yo que comíais lo que no teníais. Pero, acabemos; ¿qué cosas son esas que tenéis?

PISÓN.—Preguntón enfadoso, lo que nos dan.

NEPÓTULO.—¿Pero qué os dan?

PISÓN.—Almorzamos por la mañana, a la hora y media de habernos levantado.

NEPÓTULO.—¿Cuándo os levantáis?

PISÓN.—De ordinario, con el sol, que es el caudillo de las musas, y a las Musas les es muy grata el alba. Nuestro almuerzo es un pedazo de pan con su salvado, y un poco de manteca o unas pocas de frutas de las que produce la estación. La comida es un potaje o una escudilla de gachas o algún poco de carne. Unas veces nabos, otras veces berzas, almidón, sémola, arroz; también en los días de pescado, una escudilla de suero, del cual se hace la manteca, en la cual se ponen unas sopas de pan; o algún poco de pescado fresco, si lo hay en la pescadería, de precio asequible, y si no, pescado cecial bien remojado en agua; después, arvejas, o garbanzos, o lentejas, o habas, o altramuces.

NEPÓTULO.—¿Cuánto os dan a cada uno de estas cosas?

PISÓN.—Pan, todo el que queramos; de las viandas, cuanto basta no para hartar, sino para alimentar. Manjares regalados, id a buscarlos en otra parte, no en la escuela, en donde los espíritus se forman a la virtud.

NEPÓTULO.—¿Qué bebéis?

PISÓN.—Unos, agua fresca y clara, y otros, cerveza floja; los menos, y eso raras veces, vino y bien aguado. La merienda, o si quieres llamarla antecena, consiste en un poco

de pan y almendras o avellanas, higos secos, uvas pasas o, si fuere verano, peras, o manzanas, o cerezas, o ciruelas; pero en los días de asueto, cuando vamos al campo, entonces comemos leche bien líquida, bien cuajada, queso tierno, leche de grano, altramuces remojados con lejía, pámpanos y otras cosas que la granja nos suministra. La cena se termina con ensalada cortada muy menuda, rociada de sal y aceite de olivas de la alcuza, con unas pocas gotas de vinagre.

NEPÓTULO.—¿Qué has dicho? ¿Con aceite de nueces o de nabos?

PISÓN.—Quita allá esa cosa tan desabrida y malsana; también comemos carne de carnero en un plato ancho, cocida en la olla, con caldo, con ciruelas pasas o con raicillas y hierbecillas que nos sirvan de almodrote y, de cuando en cuando, salchichas de sabor muy exquisito.

NEPÓTULO.—¿Y con qué condimento se sazona?

PISÓN.—Con hambre, que es el mejor y más sabroso aliño. Demás de esto, en determinados días de la semana, comemos alguna poca carne asada, especialmente de ternera; algunas veces, de cabrito. En verano, por postre, un pedacito de rábano y queso no podrido ni rancio, sino fresco, peras, albérchigos y membrillos. En los días en que esta prohibido comer carne, en sustitución de la carne, huevos cocidos al rescoldo, o fritos, o estrellados, o pasados por agua, cada uno de por sí o mezclados en tortilla en la sartén, con un poco de vinagre o agraz no vertido a chorro, sino destilado a gotas; y de tarde en tarde, algún pescado, y después del queso, nueces.

NEPÓTULO.—¿Y cuánto os dan a cada uno?

PISÓN.—Dos huevos a cada uno y un par de nueces.

NEPÓTULO.—¿Y qué más? ¿Después de la cena nunca probáis bocado?

PISÓN.—Muchas veces.

NEPÓTULO.—Dime, por favor; ¿qué es lo que coméis? Porque eso es cosa muy sabrosa.

PISÓN.—Los manjares de Siro que refiere Terencio o algunos otros de aquellos muy exquisitos de Ateneo u otros semejantes, de quien hacen memoria las historias. ¿Piensas por ventura que nosotros somos puercos y no hombres? ¿Qué estómago, que salud por más robusta que fuese podría comilonear después de cuatro comidas? Oye, tú; ésta es escuela, no engordadero. Y aún dicen que nada hay más pernicioso para el buen temple que beber, cuando acto seguido has de ir a acostarte.

NEPÓTULO.—¿Se me permitirá participar de vuestra cena?

PISÓN.—Sin dificultad, si pides la venia al maestro, que sé yo te la concederá con sumo gusto, porque lo acostumbra. De otra suerte, fuera mala crianza introducirte en el convite sin conocimiento del maestro, y el que te traería a ti, nada cosecharía entre sus condiscípulos, sino corrimiento y afrenta; aguarda un poco. Señor maestro, ¿podré con tu benigna licencia asociar a nuestra cena a un muchacho conocido mío?

MAESTRO.—Con muchísimo gusto; no será aquí molesto a nadie.

PISÓN.—Te agradezco esa bondad. Este que ves que lleva la servilleta colgada del cuello es el refitolero de semana. Pues aquí tenemos refitoleros de semana, como los reyes tienen maestresalas.

REFITOLERO.—Lamia, ¿qué hora es?

LAMIA.—Ninguna hora oí después que dieron las tres, embebecido en la composición de una carta. Mejor

lo sabrá Floro, que en toda la tarde no tomó libro ni volvió hoja.

FLORO.—Amigable testimonio y muy útil ante el maestro enojado. Pero ¿cómo tú lo pudiste notar, sumergido, como dijiste estar, en la redacción de una carta? Te hizo mentir descaradamente la malquerencia que me tienes. Alégrome que a mi contrario se le tenga por mentiroso. Si en adelante quisiere calumniarme, nadie le va a creer.

REFITOLERO.—¿No podré saber de nadie qué hora es? Antrax, vuela a la iglesia de San Pedro y mira la hora.

ANTRAX.—La manecilla señala ya las seis.

REFITOLERO. — ¿Las seis ya? Ea, muchachos, daos prisa; ea, levantaos, echad los libros allí donde los ciervos dejan sus astas; aderezad las mesas, poned manteles, aprestad sillas, servilletas, tajadores, pan; volad más que no tarda en decirse, porque el maestro no se encorajine por nuestra tardanza. Saca tú la cerveza, saca tú agua del pozo, trae los vasos. ¿Qué es esto? ¿Tan empañados están? Vuélvelos a la cocina para que los restriegue la fregona y los limpie debidamente, a fin de que estén limpios y brillantes.

PISÓN. — No vas a conseguirlo mientras tengamos a esa mona por criada de cocina; nunca se lanza a fregar reciamente los utensilios que limpia; tanto teme por sus dedos, ni los lava, sino una sola vez, y con agua tibia.

REFITOLERO.—¿Por qué no avisas de ello al maestro?

PISÓN.—Más eficaz resultaría quejarse de ello a la portera, pues está en su incumbencia mudar las fregonas de esta casa. Pero ahí va el maestro. Tú mismo lava estos vasos; friégalos con hoja de higuera o de ortiga, con arena, con agua, porque no tenga el maestro algo que reprender con razón.

MAESTRO.—¿Está aparejado todo? ¿Hay algo que nos detenga?

REFITOLERO.—Nada en absoluto.

MAESTRO.—No tengamos después que hacer pausa entre plato y plato.

REFITOLERO.—¿Platos? Mejor dijeras plato, y aun escaso.

MAESTRO.—¿Qué dices entre dientes?

REFITOLERO.—Digo que te sientes, que ya es tiempo y que la cena se está casi pasando.

MAESTRO.—Niños, lavaos las manos y la cara. ¡Bah! ¿Qué toalla es ésta? Los que aquí se enjugan, ¿en dónde se lavan? ¡Alivia, alivia! Trae otra más limpia. Sentémonos como tenemos costumbre. Este muchacho, ¿es nuestro convidado?

PISÓN.—Sí, es nuestro convidado.

MAESTRO.—¿De dónde es?

PISÓN.—De Flandes.

MAESTRO. — ¿De qué ciudad de aquella provincia?

PISÓN.—De Brujas.

MAESTRO.—Ponle a tu mano derecha. Saque cada uno su cuchillo y limpie cada uno su pan, si alguna ceniza o carbón se pegó a su costra; bendiga la mesa aquel a quien le toca esta semana.

FLORO. — ¡Oh Cristo, apacienta nuestras almas con tu caridad, tú que mantienes con tu benignidad la vida de todos los seres animados; santos sean, Señor, estos dones para nosotros que los tomamos, así como tú, que los distribuyes con largueza, eres santo. Amén.

MAESTRO. — Ea, sentaos apartados cuanto podáis unos de otros para que no estéis apretados, supuesto que hay lugar holgado. Y tú, brugense, ¿tienes cuchillo?

PISÓN. — ¡Milagro! Flamenco sin cuchillo y brugense, por más se-

ñas, donde se fabrican los mejores.

NEPÓTULO.—Yo no he menester cuchillo; con los dientes lo cortaré a bocados o con los dedos lo desmenuzaré en pedacitos.

REPETIDOR. — Dicen que eso de cortar el pan a bocados es muy bueno para las encías y para la blancura de los dientes.

MAESTRO. — ¿Dónde hiciste el aprendizaje de la lengua latina? Porque no me pareces mal formado.

NEPÓTULO.—En Brujas, en la escuela de Juan Teodoro Nervio.

MAESTRO.—Varón diligente, docto y probo. Brujas es ciudad de mucho aseo y policía; pero es lástima que de cada día se vaya perdiendo, por culpa de sus moradores, que se han vuelto manirrotos. ¿Cuánto tiempo ha que viniste de allí?

NEPÓTULO.—Hace seis días.

MAESTRO.—¿Cuándo empezaste a estudiar?

NEPÓTULO.—Hace tres años.

MAESTRO.—No tienes que arrepentirte de tus progresos.

NEPÓTULO. — Y merecidamente, porque tuve un maestro de quien no me pesa.

MAESTRO.—Y dime: ¿qué hace allí Vives?

NEPÓTULO.—Dicen que hace el atleta, pero no atléticamente.

MAESTRO. — ¿Qué quieres decir con esto?

NEPÓTULO. — Que está luchando siempre, pero con poco valor.

MAESTRO.—¿Con quién?

NEPÓTULO.—Con su mal de gota.

MAESTRO. — ¡Oh luchador felón, que primero ataca los pies!

REPETIDOR.—O más bien verdugo cruel, que aprisiona todo el cuerpo. Pero tú, ¿qué haces? ¿Por qué no comes? Parece que aquí viniste a mirar, no a cenar. Ninguno de vosotros toque el sombrero mientras dura la cena, porque ningún cabello vaya a caer dentro de los platos. ¿Por qué no tratáis al huésped con cortesía?

MAESTRO.—Empiezo por beber a tu salud.

NEPÓTULO. — Acepto la distinción con sumo gusto.

REPETIDOR.—Enjuga tu copa del todo porque quede un pequeño sorbo.

NEPÓTULO.—Eso sería nuevo para mí.

MAESTRO.—¿Qué? ¿No enjugarle? Pero, mi caro Repetidor, ¿qué dices? ¿Qué novedades de sobremesa traes?

REPETIDOR.—Ninguna, mía fe; pero en estas dos horas he discurrido mucho acerca del arte de la Gramática.

MAESTRO. — ¿Qué cosas discurriste?

REPETIDOR.—Cosas recónditas, por cierto, sacadas del propio sagrario de esta disciplina. Primeramente, ¿por qué los gramáticos pusieron tres géneros en el arte, cuando en la Naturaleza no son más que dos? O ¿por qué la Naturaleza no cría cosas del género neutro como del masculino y del femenino? No puedo barruntar el motivo de misterio tan abstruso. Demás de esto, dicen los filósofos que no hay más de tres tiempos, y nuestra Gramática registra cinco; luego nuestro arte está fuera de la Naturaleza.

MAESTRO.—Quien está fuera de la Naturaleza eres tú, pues el arte está en la naturaleza de las cosas.

REPETIDOR.—Si yo estoy fuera de la Naturaleza, ¿cómo puedo comer este pan y estas carnes que están en la Naturaleza?

MAESTRO. — Tanto peor eres tú, que vienes de otra naturaleza para comer las cosas que hay en la nuestra.

REPETIDOR.—Respuesta desatinada

es ésa; yo quisiera otra solución de mis problemas. Ojalá tuviéramos ahora a algún Palemón o a un Varrón cualquiera que pudiere soltar estas dificultades.

MAESTRO.—¿Y por qué no a Aristóteles o a Platón? ¿Tienes alguna otra cosa que decir?

REPETIDOR.—Ayer vi cometer un delito merecedor de pena capital. El maestro de la calle Recta, que hiede más que un chivo que en su escuela, hecho un asco y un hedor, enseña a unos discípulos de tres a la blanca, tres o cuatro veces pronunció *volucres*, acentuando la u penúltima; yo me pasmé de que la tierra no le tragase.

MAESTRO.—¿Qué otra cosa convenía que dijese ese dómine? Y encima, desconoce las reglas de la Gramática. Pero tú, en una cosa baladí, te exaltas en exceso, y de comedia haces tragedia o, por mejor decir, entremés.

REPETIDOR.—Yo ya dije todo lo que tenía que decir; ahora te toca a ti; dinos a tu vez algo mientras cenamos.

MAESTRO.—No quiero porque tú no me sueltes un despropósito. Este guisado ya se enfría; trae el braserillo de mesa, calentadle algún tanto antes que mojéis el pan. Este rábano no se puede comer, tan correoso está, y no lo están menos las raicillas del potaje.

REPETIDOR.—En verdad, eso no lo trajeron del mercado, sino que lo tomaron aquí, en nuestra despensa, que es el sitio menos indicado para las provisiones. No sé cuál será el motivo, porque siempre nos traen los huesos sin meollo.

MAESTRO.—Poco tuétano tienen los huesos en el menguante de la luna

REPETIDOR.—¿Y cuando la luna está en el lleno?

MAESTRO.—¿Tienen mucho tuétano?

REPETIDOR.—Pues entonces nuestros huesos tienen poco o ninguno.

MAESTRO.—No sorbe nuestros tuétanos la luna, sino esa Lamia que nos cocina, que echó aquí demasiada pimienta y jengibre; y en este caldo y toda la ensalada, demasiada menta, perejil, salvia, oruga, mastuerzo, hisopo. No hay cosa, en verdad, tan perjudicial para el organismo de los niños y de los mancebos como los alimentos que abrasan el estómago.

REPETIDOR.—Pues ¿qué hierbas querrías que entrasen en su composición?

MAESTRO.—Lechugas, borrajas, verdolagas, y que se mezclase un poco de perejil. Oye, tú, Gingolfo, no limpies tus labios con la mano o con la manga, sino labios y mano con la servilleta, que para eso se te da. No toques la vianda sino de aquella parte de que has de tomar para ti. Y tú, Dromo, ¿no echas de ver que te manchas las mangas con el pringue de la carne? Arremángalas a los hombros si están abiertas, y si no lo son, arrúgalas al codo, y si te caen, clávalas con un alfiler o cosa que te está mejor a ti, verbigracia: con una espina. Tú, señorito delicado, ¿te recuestas en la mesa? ¿Dónde aprendiste eso? ¿En una zahurda? Ea, ponedle una almohada debajo del codo. Recuida que no se pierdan estas migajas; ponlas en la despensa; quita el salero antes que nada; después pon el pan, luego los platos, las fuentes, las servilletas y, por fin, los manteles; limpie cada uno su cuchillo y métalo en la vaina. Oye, tú, Cinciolo, no te escarbes los dientes con el cuchillo; hazte un mondadientes de pluma o de un palito delgado terminado en punta y escár-

balos con tiento para que no te sajes las encías y te hagas salir sangre. Levantaos y lavaos las manos antes de la acción de gracias. Quita la mesa; llama a la criada para que barra ese suelo con la escoba. Demos gracias a Cristo; comience el que bendijo la mesa.

FLORO.—Por este yantar temporal dámoste, Señor Jesucristo, gracias temporales; haz que por la inmortalidad te las demos eternas. Así sea.

MAESTRO.—Id a jugar y a hablar y a pasear a donde os pareciere, mientras la luz lo consiente.

DIALOGO VII

LOS GARLADORES

(GARRIENTES)

NUGO, BAMBALÍO, GRAJO, TORDO y CELADOR.

NUGO.—Sentémonos en esta viga; tú, Grajillo, siéntate en aquella piedra de enfrente, con tal que no nos estorbes de mirar a los transeúntes; acojámonos al abrigo de esta pared que está bien de cara al sol. ¡Qué tronco tan grande! ¿Y para qué sirve?

TORDO.—Para que nos sentemos en él.

NUGO.—Muy alto y muy ancho era menester que fuese el árbol de donde se cortó.

TORDO.—Como los hay en la India.

GRAJO.—¿Qué sabes tú? ¿Estuviste acaso en la India con los españoles?

TORDO.—Como si uno no pudiera saber las cosas de una región sin haber estado en ella; pero os citaré el autor de quien lo sé. Plinio escribe que en la India los árboles crecen a una altura que no puede superar una flecha, «bien que aquella gente no sea nada inhábil, toda vez que ha tomado la aljaba», como dice Virgilio.

NUGO. — También escribe Plinio que debajo de sus ramas se cobija un escuadrón de caballería.

TORDO.—De eso no se maraville quien repare en los juncos de aquella región, en los cuales se apoyan para andar los enfermos y débiles, los ricos exclusivamente.

GRAJO.—Oye: ¿qué hora es?

NUGO.—Ninguna, porque la campana horaria ahora se está fundiendo. ¿Asististe a la operación?

GRAJO.—No osé, pues dicen que es cosa que tiene sus riesgos.

NUGO.—Yo la presencié y vi que un cuento sin cuento de mujeres encintas pasaban por encima de la canal de la fusión que está bajo tierra.

TORDO.—Oí decir que para ellas era cosa conveniente.

GRAJO.—Esta superstición mujeril es, como dicen, la filosofía de la rueca; pero yo preguntaba qué hora era.

NUGO.—¿Qué necesidad tienes de saber qué hora es si quieres hacer algo? Mientras hay oportunidad, es hora. Mas ¿dónde está tu reloj de camino?

GRAJO.—Poco ha se me cayó, huyendo del perro del hortelano des-

pués de haberle cogido las ciruelas.

TORDO.—Yo te vi correr desde mi ventana, pero no pude ver adónde te escondías, porque me lo estorbaba el pensil que hizo allí mi madre, contra la voluntad de mi padre, que mucho la contradecía; pero mi madre, erre que erre en su propósito, consiguió que no se quitase.

NUGO.—Y tú, ¿qué? ¿Callabas?

TORDO.—Lloraba y callaba. ¿Qué otra cosa podía hacer en esa discordia de dos seres queridísimos? Aunque mi madre me mandaba que estuviese de su parte y que alzase sin miedo la voz en su favor, yo no me sentía con pecho para chistar contra mi padre. Por ello, envióme a la escuela cuatro días seguidos sin almorzar mi enojada madre, jurando que yo no era hijo suyo, sino que la nodriza me había trocado y cambiado, de lo que dice que la citará ante el alcalde capital.

NUGO.—¿Qué cosa es el alcalde capital? ¿Es que no todo alcalde tiene cabeza?

TORDO.—¿Qué sé yo? Así lo dijo ella.

GRAJO.—¿Quiénes son esos de las gabardinas y botas?

NUGO.—Son franceses.

GRAJO.—¿Qué significa esto? ¿Hay por ventura paz?

TORDO.—Anunciaban una guerra próxima, de veras atroz.

GRAJO.—¿Qué traen?

TORDO.—Vino.

NUGO.—Van a alegrar a muchos.

GRAJO.—En efecto, no sólo es el vino el que alegra, sino el nombre de vino y el recuerdo del vino.

NUGO.—A los bebedores, sin duda; a mí nada me importa, porque soy aguado.

GRAJO. — Nunca harás un buen poema.

TORDO.—¿Conoces aquella mujer?

GRAJO.—No. ¿Quién es?

TORDO.—Tiene los oídos tapados con algodón.

GRAJO.—¿Por qué así?

TORDO.—Por no oír nada, porque tiene mala fama.

NUGO.—¡Que muchas son las que oyen decir mal de ellas con los oídos bien destapados y bien agujereados!

TORDO. — Pienso que viene bien aquí lo que se lee en Cicerón, en las *Cuestiones tusculanas:* «Algo sordo era Marco Craso, y lo peor de todo, que tenía mala fama.»

NUGO.—No hay duda que esto ha de referirse a la infamia. Pero tú, Bambalio, ¿hallaste tus *Cuestiones tusculanas?*

BAMBALIO.—Sí; en casa de un revendedor, tan desfiguradas y remendadas que no las conocía.

NUGO.—¿Quién te las hurtó?

BAMBALIO. — Vatinio. ¡Mal provecho le hagan!

GRAJO. — ¡Oh hombre de manos corvas y muy enviscadas! Nunca le admitas en lugar donde tengas tus cajas, tus cofres, tu recado de escribir, si quieres que todo quede en salvo. ¿No sabes que todos le tienen por un cortabolsas, y que de ese delito le acusaron delante el maestrescuela?

NUGO.—La hermana de aquella muchacha parió ayer dos mellizos.

GRAJO. — ¿Qué extraño es esto? Una mujer, seis días ha, parió tres en la calle de la Sal, junto al León de la celada.

NUGO.—Plinio dice que se puede llegar hasta siete.

TORDO.—¿Cuál de vosotros tuvo noticia de la esposa del conde de Holanda, de quien dicen que en un solo parto dió a luz tantos como días tiene el año, por la maldición de una pordiosera?

GRAJO.—¿Qué fué eso de la pordiosera?

TORDO.—Esta mendiga cargada de hijos pidió limosna a esta condesa; ella, así que vió tantos niños, la despidió, baldonándola, llamándola ramera, porque decía no ser posible que de un solo marido hubiese tenido tan copiosa descendencia. La inocente mendiga pidió a Dios y a sus santos que si sabían ser verdad que ella era honesta y pura, diesen a la condesa de sólo su marido de un parto único tantos hijos cuantos días tiene el año, y sucedió así, y está a la vista en un monumento toda aquella multitud de hijos en cierto lugar de aquella isla.

GRAJO.—Más quiero creerlo que averiguarlo.

NUGO.—No hay cosa imposible para Dios.

GRAJO.—Antes todo le es sumamente fácil.

NUGO.—¿No conoces a aquel que va cargado de redes, seguido de perros, con sombrero rural y con abarcas, caballero en un trasijado rocinante?

TORDO.—¿No es Manio, el poetastro?

NUGO.—Lo es.

TORDO.—¿Qué es esta tan completa metamorfosis?

NUGO.—De Minerva pasó a Diana, es decir, de una ocupación la más honesta de todas saltó a un trabajo estúpido e inútil. Su padre, comerciando, aumentó su caudal; éste piensa que ser mercader como su padre es para él una profesión indecorosa, y se aplicó a la cría de caballos y a la caza, persuadido de que por otro camino no podría cazar la nobleza del linaje. Pues si hiciera algo útil, no sería tenido por noble. Síguele en sus partidas de caza un tal Curio, hombre muy docto, muy afamado tahur, y que sabe muy bien jugar los dados cargados; en su casa tiene por compañero a Tricongio.

TORDO.—A azumbre, dirás mejor.

GRAJO.—Mejor aún, esponja.

NUGO.—O arenal de Africa, abrasado.

BAMBALIO. — Dicen que siempre tiene sed.

NUGO.—No sé si siempre tiene sed; pero lo cierto es que siempre está dispuesto a beber.

BAMBALIO.—¡Ah, escucha aquel ruiseñor!

GRAJO.—¿En dónde está?

BAMBALIO.—¿No lo ves posado en aquella rama? Mira cómo canta con ardor y no da paz a la garganta.

NUGO.—Llora Filomela su maldad.

GRAJO.—¿Qué maravilla que gorjee con tal dulzura si es ateniense? En Atenas, las mismas ondas del mar quiebran en la ribera no sin música.

NUGO.—Plinio escribe que canta más y con mayor primor si hay hombres que le escuchen.

TORDO.—¿Cuál puede ser la causa?

NUGO.—Yo te diré la causa. El cuclillo y el ruiseñor cantan al mismo tiempo, es, a saber: en verano nuevo, desde mediados de abril hasta terminado mayo, poco más o menos. Estas dos aves trabaron competencia por la suavidad del canto respectivo; buscóse un árbitro, y puesto que la contienda era sobre el sonido, parecióles el más indicado para aquel arbitraje el asno, que más que ningún otro de los animales tiene las orejas grandes. El asno, descalificando al ruiseñor, cuyo armonía dijo no entender, adjudicó la victoria al cuclillo. El ruiseñor apeló al hombre, y así que le ve, al punto propugna su causa, canta con todo entusiasmo para agradarle y vengar la injusticia que el asno le infligió.

GRAJO.—Ya me sé el motivo. Bueno para un poeta.

NUGO.—Y pues qué, ¿lo esperabas bueno para un filósofo? Pregúntalo a los nuevos maestros de París.

GRAJO.—Los más de ellos son filósofos en el atuendo, no en el seso.

NUGO.—¿Para qué así en el atuendo? Con mayor razón pudieras llamarles cocineros o arrieros.

GRAJO.—Porque visten paño grosero, roto, lleno de barro, sucio, inmundo piojoso.

NUGO.—Serán, pues, filósofos cínicos.

GRAJO.—Chinchosos, mejor, y no lo que afectan parecer, a saber: peripatéticos, puesto que Aristóteles, su fundador, fué sumamente pulcro y aseado. Mas yo, desde ahora, doy un adiós muy largo a la filosofía, si no es posible ser filósofo de otra manera. ¿Qué cosa hay más hermosa y más digna de un hombre que la limpieza y el aseo en la comida y el vestido? Yo soy de parecer que en este punto llevan mucha ventaja los filósofos de Lovaina a los maestros de París.

TORDO.—¿Qué dices tú? ¿No piensas ser un estorbo notable para los estudios la demasiada curiosidad de la limpieza y de las galas?

GRAJO.—Yo apruebo la limpieza, pero no el ansioso y minucioso cuidado de ella.

NUGO.—¿Condenas tú las elegancias de las cuales tan difusamente escribió Vala y con tanto ahinco nos recomiendan que leamos nuestros preceptores?

GRAJO.—Una es la elegancia de las palabras en el hablar y otra el minucioso aliño en el vestir.

TORDO.—¿Sabéis qué me contó el correo de Lovaina?

NUGO.—¿Qué te contó?

TORDO.—Que Clodio está enamorado locamente de una muchacha, y que Lusco, de las letras, se aplicó a la mercadería; esto es: pasó de rocín a ruin.

NUGO.—¿Qué me dices?

TORDO.—Ya conocíais todos a Clodio, lozano, colorado, de buena complexión, alegre, risueño, cortés, conversador de chispa; ahora dice el correo que está desjugado, exangüe, pálido, feo que espanta, sin fuerzas, torvo, taciturno, lucífugo, misántropo; nadie que le hubiese visto le conocería.

NUGO. — ¡Pobre mancebo! ¿De dónde le vino este mal?

TORDO.—Del amor.

NUGO.—¿Y de dónde le vino este amor?

TORDO.—A lo que yo pude colegir de lo que me contó el correo, él había dejado los estudios serios y sólidos y se había entregado en cuerpo y alma a los poetas eróticos, así latinos como en lengua vernácula; de la primera preparación de su espíritu, porque si alguna centella del amoroso fuego cayera en aquella yesca, por chica que fuese, levantaría llama súbita la estopa inflamable; finalmente, vivía todo engolfado en el sueño y en la holganza.

NUGO.—¿Qué necesidad tienes de enumerar más y mayores causas de ese enamoramiento?

TORDO. — Ahora está loco; pasea casi siempre solo, y siempre o bien callado o tarareando alguna cancioncilla, y, lo que es el colmo, escribe versos en lengua vulgar.

NUGO.—Sin duda, «porque los lea la misma Lícoris».

GRAJO.—Aparta, Cristo, de nuestras almas dolencia tan perniciosa.

TORDO.—Si no me engaña el natural de Clodio, un día u otro se recogerá a vida mejor; su alma está de paso en la maldad; no tiene en ella su morada fija.

GRAJO. — Y aquel otro, ¿en qué mercaderías se ejercita?

TORDO.—Envió a su padre una carta llena de lamentos sobre la ruin condición de los estudios, la cual, porque era muy fácil de abrir, leyó el mismo correo. Su padre, hombre de minerva crasa, le traspasó de los libros a las lanas, paños, pasteles, pimienta, ginebra, canela. Ahora, bien atados los justillos, muy cuidadoso y diligente en su tienda de ultramarinos, llama a los forasteros, los recibe con halago; sube y baja por unas escaleras muy peligrosas; saca sus mercancías, las vuelve de un lado y de otro; miente, jura; toda otra ocupación le es más llevadera que el estudiar.

NUGO.—Desde su niñez le conocí yo propenso a la codicia y aficionado a tener dinerillos, y así prefirió adinerarse a instruirse, y antepuso el logro vil a la excelencia de la erudición; algún día le pesará.

TORDO.—Pero ya será tarde.

NUGO. — Indiscutiblemente; pero ponga cuidado que no le acaezca lo mismo que a su primo.

TORDO.—¿Qué primo?

NUGO.—Antronio, el que vivía en el callejón de las Manzanas, junto a los tres Grajos. No oíste decir que el año pasado digirió.

GRAJO.—¿Qué digirió? Dímelo: ¿es esto un mal tan grande? Acaso no nos sucede esto todos los días?

TORDO.—Digirió la hacienda.

GRAJO.—¿Qué hacienda?

TORDO.—La ajena, y presentó la quiebra.

GRAJO. — ¿Nada devolvió a sus acreedores?

TORDO.—Por convenio (puesto que se acogió a sagrado), tres onzas por cada libra.

GRAJO.—¿A eso lo llamas tú digerir, siendo así que ninguna cosa es más cruda y más difícil de cocer? Pero dime: ¿cómo arruinó su hacienda?

TORDO.—Poco ha que se lo oí contar a su padre, pero no lo entendí del todo. Contaba su padre que había hecho mohatras ruinosas que le despellejaron y le comieron hasta los huesos.

GRAJO. — Y mohatra, ¿qué es? ¿Qué es despellejar?

TORDO.—Yo no lo sé a punto fijo; creo que es algo de ladrones.

NUGO.—¿Ves a aquel obeso? Apenas pensarás que se puede mover, pues sábete que es trepador y volatín.

GRAJO.—Cállate, que dices una cosa increíble.

TORDO.—Hablando en serio, no da la vuelta con su cuerpo, sino con los vasos.

GRAJO. — ¿Traía alguna cosa de nuevo el correo de nuestros camaradas?

TORDO.—También contaba de Hermógenes, que en todas nuestras contiendas siempre se alzaba con la palma. Ese, con la más extraña de las mudanzas de talentudo como era y, por su edad, doctísimo, repentinamente se ha vuelto muy pasmado y muy tosco.

NUGO.—Este mismo fenómeno he visto yo acaecer a otros dotados de algún ingenio.

BAMBALIO.—Dicen que esto sucede cuando la agudeza del ingenio no es de buen temple; como en los cortaplumas, cuyo filo fácilmente se embota, en especial, si cortan un cuerpo duro.

GRAJO.—¿Cómo es eso? ¿Tiene filos el ingenio como los tiene el hierro?

BAMBALIO.—No lo sé; hierro he visto muchas veces; ingenio no vi jamás.

NUGO.—¿Qué le pasó a aquel mozo aldeano que el pasado mes nos

dió por su bienvenida un banquete lleno de regalos rústicos; aquel que para cogerlo y volverlo a la escuela el maestro envió a cuatro que prenden a los que de ella se escapan? Y tenía gracia.

TORDO.—Un hermoso asno. Una criada de mi tía, prima suya, topó con él en su aldea, con la cabeza descubierta, despeinado, erizado, sucio, con unos zuecos, con una túnica de paño buriel, vendiendo en los tres cantones estampas de papel y cartillas, cantando en los corrillos tonadillas nuevas.

GRAJO.—Debe de ser de ilustre sangre.

TORDO.—¿Y eso por qué?

GRAJO.—Porque su padre es del linaje y familia de los Cocles.

NUGO.—Esa circunstancia no tanto arguye ser hombre ahidalgado como excelente tirador; él dará en el blanco fácilmente.

TORDO.—O buen carpintero, que con un solo ojo endereza la línea de almangre.

NUGO. — Nunca me gustó aquel muchacho ni jamás me dió indicio alguno de virtud.

GRAJO.—¿Cómo así?

NUGO.—Porque no amaba el estudio ni respetaba al maestro, que es síntoma el más evidente de ánimo perdido, y se burlaba de los ancianos y hacía escarnio de los menesterosos. Pero ¿y quién es ése vestido de seda, con cadena y frisos de oro?

GRAJO.—De clarísimo linaje; su madre es muy noble y muy fecunda.

NUGO.—¿Qué madre?

GRAJO.—La Tierra; apenas creerás las niñerías graciosas que hace; dirás que es un niño que hace puchericos y que en la cuna juega con los dijes.

NUGO.—Pues el bozo ya le comienza a apuntar por las mejillas.

BAMBALIO.—Alerta, que viene el celador; sacad los libros; abridlos; comenzad a volver las hojas.

GRAJO.—No ha habido en muchas semanas celador más curioso y que tanto se holgara de soplar al maestro nuestras faltas.

BAMBALIO.—Bien que nos acuse si fuésemos culpados; pero muchas veces nos acusa en falso.

NUGO. — Esto nos sea muro de bronce: que la conciencia no nos acuse de nada y que ninguna culpa nos haga palidecer. Pero, quietos; yo al punto voy a ojearle de aquí.

CELADOR.—¿Qué dices tú, zancajoso?

NUGO.—¿Y tú, patituerto, con tus piernas de batracio?

CELADOR.—¿Y tú, riña de ratones y ranas? Pero, chanzas aparte, ¿qué hacéis aquí?

NUGO.—¿Qué haríamos? Lo que hacen los estudiantes buenos y aplicados: leemos, aprendemos, disputamos. Dime si es que lo sabes, cabecita linda: ¿qué significa en Virgilio *Transversa tuentibus hircis?*

CELADOR.—Bien hacéis; continuad estudiando como conviene a los mancebos de buena índole; yo tengo ahora otra cosa que hacer; vosotros quedaos con Dios.

NUGO.—Basta de chanzas; volvamos a la escuela; pero repasemos antes lo que el maestro nos explicó, así para aprender, como para complacerle y nos tenga por buenos muchachos; lo que debe desear cada uno de nosotros como lo desea nuestro padre.

DIALOGO VIII

EL CAMINO Y EL CABALLO

(ITER ET EQUUS)

MISIPO, FILIPO, MISOSPODO, PLANETES, CRIADO y ALDEANO.

FILIPO.—¿Queréis acaso que nos vayamos a recrear en el bosque de Bolonia, que está orilla del Sena?

MISIPO Y MISOSPODO. — No queremos otra cosa, especialmente en día tan sereno y tan sin viento y que lo es de quiete en nuestra escuela.

FILIPO.—¿Por qué no es para vosotros hoy día lectivo?

MISOSPODO.—Porque Pandolfo ha de mejorar hoy a todos los maestros con un banquete copioso, en celebración del grado de maestro que acaba de obtener.

PLANETES.—¡Oh, cuánto se beberá!

MISOSPODOS.—Y se padecerá mucha más sed.

MISIPO.—Yo tengo una haca.

FILIPO.—Y yo un caballo que alquilé de aquel tuerto tramposo.

MISOSPODOS.—Yo y Planetes iremos en un carro; los otros, si les parece bien, o nos seguirán a pie o a fuerza de brazos empujarán contra corriente una barquilla.

PLANETES.—O, mejor, irá remolcada por caballos.

MISOSPODOS.—Como se os antoje, pues a nosotros nos agrada más la jornada a pie.

FILIPO.—Ea, criado, enfrena mi caballo y enjaézalo. ¿Qué haces? ¡Mal haya! ¿El haca enfrenas con el bocado fuerte? Antes bien, ponle aquel pequeño ligerito tachonado.

CRIADO. — No tiene barbada ni frontal.

FILIPO.—Si supiera quién rompió el bocado, ahora yo rompería la crisma.

MISIPO.—¿Qué dices tú, ahora, así de alterado?

FILIPO.—El pan en la cena. Toma. Compónlo de lo que puedas.

CRIADO.—Y tú, en las escuelas de muchachos, ¿buscas caballos o jaeces de caballos?

FILIPO.—Suple, pues, lo que falta de esta cuerda.

CRIADO.—Será feo.

FILIPO.—¡Anda, loco! ¿Quién le verá fuera de la ciudad?

CRIADO.—El petral está descosido.

FILIPO.—Remiéndalo con alguna pretina.

CRIADO.—No tiene grupera.

FILIPO.—Ni falta que le hace.

PLANETES.—¡Gallardo y ejercitado caballero! Le caerá la silla al cuello y te echará el caballo por encima de la cabeza.

FILIPO.—¿Qué se me da a mí? El camino es más barroso que pedregoso; me mancharé de cieno, no de sangre. Pero si todas estas cosas se han de aparejar, no marcharemos de aquí hasta la tarde. Trae el caballo con una guarnición cualquiera.

CRIADO. — Preparado está; sube. Pero ¿qué haces? ¿Pones primero en el estribo el pie derecho?

FILIPO.—¿Y cuál he de poner?

CRIADO.—El pie izquierdo, y ten las riendas en la mano izquierda;

toma en la derecha esa fusta, que servirá de espuelas.

FILIPO.—No la necesito; los carcañales me servirán de espuelas.

CRIADO.—Veis a Jubelio Taurea o a Aselo que combatió con él.

FILIPO.—Quita allá las anécdotas, ahora que estamos en marcha.

CRIADO.—Id, yo a pie os iré a la zaga.

MISOPO.—¡Oh enojosísimo caballo trotón! Antes que lleguemos al lugar me habrá molido todos los huesos!

FILIPO.—¿Qué silla es ésa, tan ruin? Albarda debe de ser, según yo pienso.

MISIPO.—O poco menos que albarda.

FILIPO.—¿Cuánto te cuesta el alquiler?

MISIPO.—Catorce monedas torneses.

FILIPO.—No diera yo tanto del caballo, con su mantenimiento y sus aparejos; ni me parece ser caballo para coche ni para silla, sino jumento de albarda, de labor y acarreo; advierte, por favor, que tropieza a cada paso; con un papel tropezaría o con una paja.

MISIPO.—¿Qué dices tú de él? Aún es potro. Pero búrlate cuanto quieras. ¿Ves este caballo? Tal cual es, me llevará a mí o yo le llevaré a él.

CRIADO.—Tiene el pobre la uña muy tierna.

FILIPO.—¿Qué te advirtió con tal ahinco el tuerto, cuando te lo enjaezaba?

MISIPO. — Con palabras cariñosísimas me rogó que no subiésemos dos a caballo, uno en la silla y otro en la grupa, y que en la caballeriza le hiciese buena cama.

CRIADO.—Sin duda la necesita el pobrecillo, que tiene los ijares descarnados.

FILIPO. — ¿Qué hacéis vosotros? ¿No subís al carro?

PLANETES.—A buena hora nos lo avisas; precisamente el carretero nos pide ahora el doble de lo que habíamos concertado.

FILIPO.—Con los carreteros porfiáis y con los barqueros; fácilmente os entenderéis, y la solución será a vuestro gusto; son un linaje de hombres blandos, mansos, comedidos, afables, considerados; los carreteros son las heces de la tierra; los barqueros, las heces del mar; dadle la mitad de lo que pide de más.

CRIADO.—¿Qué hora pensáis que será ya?

FILIPO.—Del sol colijo que pasa de las diez.

CRIADO.—Ya se acerca el mediodía.

FILIPO.—¿Es verdad? Ea, Misipo, vamos; síganos quien pueda; allá nos hallarán Al Sombrero Carmesí, Es un mesón situado frente a la pirámide del Rey, no lejos de la casa del cura.

MISIPO.—¿Por dónde saldremos?

FILIPO.—Por la puerta de San Marcelo, a manderecha, por el camino que no hay más que uno y tira recto.

MISIPO.—Vayamos mejor por esta senda que es pintoresca y apacible.

FILIPO.—No, por ninguna manera; no hay camino más cómodo ni más seguro que el camino real, pues por los atajos vamos a perder los compañeros, en especial, porque aquella senda—si la memoria no me engaña—es muy accidentada y llena de rodeos.

MISIPO.—¿Quiénes son esos que van con picas? Parecen soldados de esos que llaman mercenarios.

FILIPO.—¿Qué hay que hacer?

MISIPO.—Volvámonos, que no nos desvalijen.

FILIPO.—Vayamos adelante, pues

fácilmente nos escaparemos, corriendo por los campos, a uña de caballo.

MISIPO.—¿Y qué pasará si traen arcabuces?

FILIPO.—Yo no veo tal, sino que traen solas picas.

MISIPO.—Acércate más acá, criado.

CRIADO.—¿Qué hay?

MISIPO.—¿No ves tú aquellos alemanes?

CRIADO.—¿Qué alemanes?

MISIPO.—¿Aquellos que vienen hacia nosotros?

CRIADO.—Si no son alemanes, sino dos rústicos parisienses con sus cayados.

MISIPO.—Así es, en efecto. ¡Vivas mil siglos! Me has devuelto el alma y la vida. Pero ¿en dónde están Misospodo y Planetes?

CRIADO.—El carretero, indignado porque no cobró todo lo que había pedido, los condujo por un camino escabroso; los caballos, en su forcejeo para sacar las ruedas del cenagal donde habían atollado, han roto la lanza y los tirantes; desclaváronse las ruedas y el mismo carretero, ciego de cólera, había, sin advertirlo, calzado la rueda, ahora lo está todo reparando, fuera de sí del gran enojo, blasfemando de todos los santos del cielo y echando a los que iban en el carro mil maldiciones atrocísimas.

FILIPO.—¡Que caigan sobre su cabeza!

CRIADO.—Pienso que ellos, abandonando el coche, pasarán a un carromato que va vacío, camino de Bolonia. Glauco y Diomedes entraron en un esquife; pero los barqueros dicen que arreciando ese viento no pueden empujar la barca ni con remos ni con varales; dicen que todos los caballos de tiro están ocupados en llevar no sé qué materia; así que aún no habían atado la amerra.

FILIPO.—De los fletes, ¿nada nuevo?

PLANETES.—Nada todavía.

FILIPO.—Es extraño; pero colijo lo que va a pasar; no llegarán a Bolonia antes de anochecido.

MISIPO.—Y entonces, ¿qué? Tomaremos el día de mañana todo entero para nuestra recreación. Mira cómo corre mansamente aquel arroyuelo, de aguas de cristal, sobre las doradas guijas: ¡qué apacible es su murmurio! ¿Oyes al ruiseñor y a la cardelina? En verdad este sitio de París es ameno sobre toda ponderación.

FILIPO.—¿Qué vista se puede igualar con ésta? ¡Con qué plácida corriente discurre el Sena! ¡Cómo va aquella barquilla, con sus velas hinchadas de propicios soplos! Maravillosamente se restauran los espíritus con ver todas estas gracías. ¡Oh prado vestido de admirable galanura!

MISIPO.—Sí, y por el más admirable de los Artífices.

FILIPO.—¡Qué suave olor exhala!

MISIPO.—Por aquí, por aquí; vira a mano izquierda para sortear ese cieno pegadizo en donde ese tu caballo amblador de seguida dejaría las uñas. ¡Qué diferencia la de ese campo del que le está vecino! Mustio, sucio, carcomido, erizado de piedras y armado de espinas hostiles.

CRIADO.—¿No ves que es un campo lleno de cascotes de las ruinas de la casería próxima? Y, por otra parte, es tierra de pan llevar. Con polvo de invierno, con lodo de verano, cogerás, ¡oh Camilo!, buenos panes.

FILIPO.—Cántame, por favor, algunos versillos, como sueles.

MISIPO.—Que me place. «Dichoso es aquel, y muy semejante a los

dioses, a quien no acucia la gloria con su mentido afeite ni el mal gozo de la lascivia fastuosa, sino que deja que los días pasen quietos y callados y con pobre mesa y casa, pasa tranquila y en silencio la inocente vida.»

FILIPO.—Versos llenos de donaire y de gravedad, ¿cúyos son?

MISIPO.—¿No los conociste?

FILIPO.—No.

MISIPO.—De Angelo Poliziano.

FILIPO.—Pensé que eran más viejos; tienen toda la gracia de la antigüedad. Sospecho que nos hemos descaminado.

MISIPO.—Oye, buen hombre: ¿por dónde se va a Bolonia?

ALDEANO.—Errasteis la senda. Volved vuestros caballos a aquel cruce de caminos y seguid aquel que el río lame; no dejará que os engañéis: es derecho y no hay otro hasta la encina vieja; después bajad a esta mano.

MISIPO.—Muy agradecidos.

ALDEANO.—Dios os guíe.

MISIPO.—Preferiría correr a andar sacudiéndome encima de este caballo.

FILIPO.—Con tanto mayor apetito cenarás.

MISIPO.—Al contrario: no podré cenar, cansado y molido de todo el cuerpo; más presto buscaré la cama que la mesa.

FILIPO.—Cabalga no a horcajadas, sino con las piernas juntas y sentirás menos la molestia.

MISIPO.—Ese cabalgar es de mujeres y lo haría de grado si no temiera la risa y la mofa de los que pasaren.

CRIADO.—Espérate un poco, Filipo, hasta que ese albéitar hierre tu haca, que le ha caído la herradura del pie derecho.

MISIPO.—O, mejor todavía, detengámonos aquí para que, cerrada la posada, durmamos al sereno en el mesón de la Estrella.

FILIPO.—¿Y entonces, qué? Dormiremos en campo abierto. ¿No es preferible a un lugar cerrado? Peor sería si nos quedásemos sin cenar.

DIALOGO IX

LA ESCRITURA

(SCRIPTIO)

MANRIQUE, MENDOZA, MUCHACHO, MAESTRO y CRIADO.

MANRIQUE.—¿Asististe hoy cuando aquél hacía una larga arenga acerca de la utilidad de escribir?

MENDOZA.—¿En dónde?

MANRIQUE.—En la escuela de Antonio de Nebrija

MENDOZA.—No, por cierto; pero cuentámelo tú, si se te pegó alguna cosa en la memoria.

MANRIQUE.—¿Que te lo cuente yo? Tantas cosas dijo, que casi todas se me olvidaron.

MENDOZA.—Luego te ha ocurrido a ti lo que dice Quintiliano de los vasos que tienen estrecha la boca, que derraman el agua si se les echa mucha de golpe; mas, si se echa

poco a poco, la retienen. ¿Y nada de nada retuviste?

MANRIQUE.—Casi nada.

MENDOZA.—Algo, por tanto.

MANRIQUE.—Muy poco.

MENDOZA.—Pues comunica conmigo este muy poco.

MANRIQUE.—Decía en primer lugar que era cosa verdaderamente admirable que tanta variedad y riqueza de voces humanas pudieran condensarse en tan pocas letras; y luego, que era igualmente admirable que los amigos ausentes pudieran mantener coloquios gracias a esas mismas letras. Añadía que ninguna otra cosa pareció más admirable en aquellas islas que nuestros reyes descubrieron nuevamente, y de donde se trae el oro, que el que los hombres pudieran comunicarse lo que sentían, enviando, a través de tan largos espacios y distancias, un trozo de papel rociado de manchitas negras. Preguntaban si sabía hablar el papel. Esto dijo él y muchas otras cosas que he olvidado.

MENDOZA. — ¿Cuánto tiempo peroró?

MANRIQUE.—Dos horas.

MENDOZA.—¿Y de tan larga oración sólo tan pocas cosas encomendaste a la memoria?

MANRIQUE.—Se las encomendé, pero ella no quiso retenerlas.

MENDOZA.—Pues tienes por memoria la tinaja de las hijas de Dánao.

MANRIQUE.—En una criba las recogí, que no en una tinaja.

MENDOZA. — Llamemos a alguno que te haga acordar de las cosas que él dijo.

MANRIQUE. — Aguarda con todo, porque con mi pensamiento busco algo; ya lo tengo.

MENDOZA.—Habla, por fin; ¿por qué no lo recogías con la pluma?

MANRIQUE.—Porque no la tenía a mano.

MENDOZA.—¿Ni punzones tenías?

MANRIQUE.—Ni punzones.

MENDOZA.—Di eso finalmente.

MANRIQUE.—Ya se me escapó; tú lo echaste de mi memoria, con tus enojosas interpelaciones.

MENDOZA.—¿Tan presto?

MANRIQUE.—Ya volvió a mi memoria. Afirmaba bajo la autoridad de no sé qué autor no haber más grave atajo para llegar a una gran erudición que el escribir bien y con velocidad.

MENDOZA.—¿Qué autor es ése?

MANRIQUE.—Oí su nombre muchas veces, pero se me resbaló de la memoria.

MENDOZA.—Como todo lo demás; pero ese precepto no lo practica el vulgo de nuestra nobleza, que piensa ser para sí bello y decente no saber formar las letras; dirás, en viéndolas, que son escarbaduras de gallinas, y si no te advirtieren primero cúya es la mano que las trazó, jamás lo acertarías.

MANRIQUE.—Por ese motivo ves cuán rudos son los hombres, cuán locos y de cuán estragadas opiniones.

MENDOZA.—¿Cómo dijiste que eran vulgo si son nobles? ¿Acaso no es mucha la distancia de una cosa a otra?

MANRIQUE.—Lo dije porque el vulgo no se discierne por sus vestidos y riquezas, sino por su vida y por su cabal juicio de las cosas.

MENDOZA. — ¿Quieres, pues, que nosotros nos libremos de esta vulgar ignorancia? Apliquémonos a este ejercicio.

MANRIQUE.—No sé como es que, naturalmente, escribo las letras torcidas, desiguales y confusas.

MENDOZA.—Eso lo tienes de la nobleza; ejercítate, porque la práctica cambiará lo que piensas que es natural.

MANRIQUE. — ¿Pero dónde vive aquél?

MENDOZA.—¿A mí me lo preguntas, que ni le vi ni le oí, siendo así que tú le oíste? Tú, a lo que veo, quisieras que todo te lo pusieran mascado en la boca.

MANRIQUE.—Ahora me acuerdo; decía que tenía una casa alquilada junto a la iglesia de San Justo y San Pástor.

MENDOZA.—Es, pues, vecino vuestro; vamos.

MANRIQUE.—Hola, niño, ¿dónde está el maestro?

MUCHACHO.—En aquel aposento retirado.

MANRIQUE.—¿Qué hace?

MUCHACHO. — Enseña a algunos alumnos.

MANRIQUE.—Dile que aquí, a la puerta, hay otros que vienen aquí también para que los enseñe.

MAESTRO.—¿Qué niños son ésos? ¿Qué piden?

MUCHACHO.—Desean hablarte.

MAESTRO. — Admítelos inmediatamente.

MANRIQUE y MENDOZA.—Deseándote salud y toda suerte de prosperidades, buen maestro.

MAESTRO.—Y yo, a mi vez, os doy la bienvenida. Cristo os guarde. ¿qué se os ofrece? ¿Qué queréis?

MANRIQUE.—Que nos enseñes este arte que profesas, si hay lugar y lo quieres hacer.

MAESTRO.—Por fuerza tenéis que ser muchachos de ahidalgada educación y ánimo generoso. Así seréis finalmente nobles si cultiváis el espíritu con aquellas artes que son las más dignas de los bien nacidos. Cuánto más cuerdos sois vosotros que toda esta taifa de nobles que esperan que van a ser generosos cuanto con mayor torpeza dibujen las letras. Pero no es ello de admirar porque ya tiempo ha que la nobleza se ha persuadido locamente que no hay cosa más abyecta ni más vil que saber alguna cosa. Así que es espectáculo digno de verse cómo suscriben las cartas compuestas por sus escribientes, en caracteres tan indescifrables que nadie las puede leer ni sabes quién envía la carta si no te lo dijere el correo antes o si no conoces la firma.

MANRIQUE.—De esto nos quejábamos ahora Mendoza y yo.

MAESTRO.—Pero ¿venís aquí prevenidos de armas?

MANRIQUE. — No, buen maestro. Nos azotarían nuestros ayos si en esta edad nos atreviéramos a mirar armas, cuanto menos a tocarlas.

MAESTRO.—¡Ah! Yo no hablo de las armas de la crueldad, sino de los trastos de escribir, que necesitamos en la actualidad. ¿Tenéis estuche de plumas con plumas?

MENDOZA.—¿Qué objeto es el estuche de plumas? ¿Es por ventura lo que nosotros llamamos plumero?

MAESTRO.—Pues en la remota antigüedad, los hombres solían escribir con punzones de hierro, a los cuales sucedieron las cañas, en especial, las del Nilo. Los musulmanes, si viste a algunos, escriben con cañas de derecha a izquierda, como lo hacen casi todas las naciones del Oriente. Europa, al revés, siguiendo a los griegos, escribe de izquierda a derecha.

MANRIQUE.—¿También los latinos?

MAESTRO.—Sí, hijo; también los latinos; pero éstos tienen su origen de los griegos y en otro tiempo los viejos latinos escribían en pergamino fácilmente borrable, que se llamaba *palimpsesto*, por una sola cara, pues los libros que estaban escritos en ambas caras denominábanse *opistógrafos*, como aquel Ores-

tes de Juvenal, escrito también en el reverso y no concluído. Pero quédese esto para otra ocasión; vamos ahora a lo que importa. Escribimos con plumas de ganso, y algunos hay que escriben con plumas de gallina. Las vuestras están muy indicadas porque tienen el cañón ancho, limpio y sólido; quitad las plumitas con el cortaplumas y cortadles algo de la cola; raedlas también si tienen alguna aspereza, porque lisas son más aptas.

MANRIQUE.—Yo nunca las traigo sino desplumadas y limpias; pero mi maestro me enseñó a ablandarlas y pulirlas, mojadas de saliva y estregándolas con el sayo o con las calzas.

MAESTRO.—Acertado consejo.

MENDOZA.—Enséñanos a cortar las plumas.

MAESTRO. — Antes que todo cortaréis ambos cabos, porque con dos horquillas también haréis con el cuchillo, por la parte de arriba, poco a poco, una incisión que se llama *crena;* luego igualad aquellos dos pies pequeñitos o, si preferís llamarlas piernecitas, de tal manera, pero que el derecho sea un poco más largo, sobre el cual, al escribir, se apoya la pluma; con todo, conviene que esa diferencia sea apenas perceptible. Si quieres ahincar mucho la pluma en el papel, sosténla con tres dedos; pero si quieres escribir con más velocidad, con dos no más: con el pulgar y él índice, a la manera italiana, porque el dedo medio detiene más que ayuda y templa el curso, porque no se acelere en demasía.

MANRIQUE.—Saca el tintero.

MENDOZA.—¡Ay, que perdí el cuerno para la tinta al venir para acá!

MAESTRO.—Muchacho, saca aquella redoma de tinta; de ella echaremos en este tintero de plomo.

MENDOZA.—¿Sin poner algodones?

MAESTRO.—Así sacarás con la pluma la tinta más líquida y con mayor comodidad, porque en los algodones o seda o lino, en mojando la pluma, siempre se le pegan algunas hilachas, que mientras se quitan no se escribe, o si no las quitas, más escribirás borrones que letras.

MENDOZA.—Yo, por consejo de mis compañeros, pongo un pedacito de lienzo de Malta o de tafetán liso y delgado.

MAESTRO.—Esto es lo mejor. Por lo demás, más vale poner sólo la tinta en el tintero fijo; porque el portátil necesita en absoluto de algodones. Y decidme: ¿tenéis papel?

MENDOZA.—Este.

MAESTRO.—Demasiado áspero; retarda la pluma para que no corra sin tropezar, lo cual daña el estudio, porque mientras luchas con la aspereza del papel, se te olvidan muchas cosas que habías pensado escribir. Dejad para los que escriben libros grandes esta calidad de papel ancho, espeso, duro, áspero, que por eso se llama papel de libros, porque con este papel se hacen para su mayor duración, ni para el uso diario adoptarás el de marca mayor o imperial, el cual, de las cosas sagradas tomó el nombre de *hierático*, como es de ver en los libros corales de las iglesias; para vuestro empleo adquirid papel epistolar, que lo traen muy bueno de Italia, muy delgado y consistente, o aquel otro, corriente, importado de Francia, que a cada paso hallaréis vendible a ocho dineros la mano, poco más o menos; de añadidura os darán una o dos hojas de papel de estraza, que nosotros llamamos chupón o secante.

MENDOZA.—¿Cuál es la etimología

de estos nombres? Porque hartas veces lo he dudado.

MAESTRO. — La voz *emporética*, aplicada al papel de estraza, viene del griego porque con él se envuelven las mercadurías. Llámase *bíbulo* o chupón porque absorbe la tinta; así que no habréis menester salvado, o arena, o polvo raído de la pared. No obstante, lo mejor de todo es que las letras se sequen por sí mismas, porque de ese modo tienen más durada. Con todo aprovechará el papel de estraza para que lo extendáis debajo de la mano, no sea que con el sudor o la suciedad manchéis la blancura del papel.

MANRIQUE.—Danos ya, si te parece, un tema o lección.

MAESTRO.—Primero el abecé; después, cada sílaba de por sí; finalmente, los vocablos juntos, de este modo: *Aprende, niño, cosas que te hagan más sabio y, por tanto, mejor.* Las voces son indicios del ánimo entre los presentes; las letras, entre los ausentes. Poned esto por escrito y volved aquí después de haber comido o mañana, para que yo corrija vuestra escritura.

MANRIQUE.—Lo haremos; mientras tanto, encomendámoste a Cristo.

MAESTRO.—Y yo a Cristo os encomiendo

MENDOZA.—Apartémonos a meditar, sin estorbos ni preguntas de compañeros, lo que del maestro hemos oído.

MANRIQUE.—Me parece bien; hágase así.

MENDOZA.—Hemos llegado donde queríamos; sentémonos en estas piedras.

MANRIQUE.—Sí, pero de cara al sol.

MENDOZA.—Préstame media hoja de papel, que te devolveré mañana.

MANRIQUE.—¿Te basta ese pedazo?

MENDOZA.—Huy, no cogerá seis renglones, en especial de los míos.

MANRIQUE.—Escribe en ambas caras y aprieta más las líneas; ¿qué necesidad tienes de dejar tantos espacios?

MENDOZA. — ¿Quién, yo? Apenas queda espacio alguno; las letras se tocan por un lado y otro, en especial las que tienen ápices o pies largos, como la *b* y la *p*. Pero y tú, ¿qué? ¿Ya escribiste dos líneas? Y primorosas en verdad, sino que están torcidas.

MANRIQUE.—Escribe tú aparte y calla.

MENDOZA.—Pero con esta pluma y con esta tinta de ninguna manera se puede escribir.

MANRIQUE.—¿Por qué no?

MENDOZA.—¿No ves cómo salpica el papel de tinta fuera de las letras?

MANRIQUE.—Pero es el caso que mi tinta es tan espesa, que dirás que es lodo; mira, por favor, cómo se queda en el corte superior de la pluma y no corre para formar las letras. ¿Por qué, pues, no ponemos remedio a entrambos inconvenientes? Tú, con el cuchillo, corta de las puntas de la pluma hasta que fácilmente tome tinta para formar las letras; yo echaré en el tintero algunas gotas de agua, con la cual la tinta se hace más flúida.

MENDOZA.—O mejor, méate en el tintero

MANRIQUE.—¡Ah, no! Hederá la tinta y todo cuanto escribieres y no fácilmente después quitarás este mal olor de los algodones, aun cuando los laves. Vinagre fuera lo mejor, si a mano lo tuvieres, pues éste, por su propia fuerza, aclara inmediatamente la tinta espesa.

MENDOZA.—Es cierto; pero hay peligro de que con su mordacidad traspase el papel.

MANRIQUE.—No temas tal; este pa-

pel más que cualquiera otro detiene la tinta que no pase.

MENDOZA.—Las barbas de ese papel que tú recomiendas son desiguales, arrugadas y ásperas.

MANRIQUE.—Corta un poco de las márgenes de este papel con las tijeras, porque esto parece mejor o acaba las líneas antes que llegues a aquella aspereza. A ti los estorbos más livianos te impiden siempre el continuar, de manera que al punto dejas todo cuanto tienes entre manos.

MENDOZA.—Volvamos ya al maestro.

MANRIQUE.—¿Te parece que ya es tiempo?

MENDOZA.—Me temo que ya no haya pasado el tiempo, porque suele cenar temprano.

MANRIQUE.—Vamos, entra primero tú, que eres más atrevido.

MENDOZA.—No, sino tú, que eres más sinvergüenza.

MANRIQUE.—Mira que no salga de donde él está alguno que nos sorprenda chanceándonos y regodeándonos. Toquemos a la puerta con la aldaba, aun estando abierta, porque es de mayor urbanidad. ¡Ah de la casa!

CRIADO.—¿Quién va? Entra al punto, quienquiera que seas.

MANRIQUE.—Nosotros somos. ¿Dónde está el maestro?

CRIADO.—En el aposento.

MENDOZA.—Felicidades, maestro.

MAESTRO.—Bien venidos.

MENDOZA.—Hemos copiado cinco o seis veces tu tema en el mismo papel; aquí te traemos nuestro trabajo, porque lo enmiendes.

MAESTRO.—Bien hecho; mostrádmelo. En adelante, dejad más espacio entre un renglón y otro, porque haya lugar para corregir vuestros yerros, enmendándolos. Estas líneas son muy desiguales, cosa que es fea en la escritura. Reparad cuánto mayor es la *m* que la *e* y la *o* que la redondez de esta *p*. Es necesario que todos los cuerpos de las letras sean iguales.

MENDOZA.—Dime: ¿a qué llamas cuerpo en las letras?

MAESTRO.—A los medios de las letras, excepto los ápices o pies, si tienen algunos; tienen ápices la *b*, y la *l*; tienen pies la *p* y la *q*. En esta misma *m*, ya las piernas no son iguales; la primera es más corta que la del medio y arrastra una cola demasiado larga, como también aquella *a*; ni apretáis bastante la pluma en el papel, apenas queda adherida la tinta hasta el punto que no se conoce qué letras sean. Porque has querido transformar estas letras en otras, rayendo algunas partículas con la punta del cuchillo, afeaste la escritura mucho más. Mejor hubiera sido pasar por encima la pluma, haciendo un tenue borrón y también escribir lo que queda al fin de la línea, en el principio de la siguiente, mientras siempre queden enteras las sílabas que la ortografía latina no permiten que se dividan. Es fama que Augusto César no acostumbró dividir las palabras ni escribir las letras sobrantes a lo último de las líneas al principio de las otras, sino que las ponía allí mismo, cerrando la línea con un semicírculo.

MANRIQUE.—De grado imitaremos esto nosotros, porque es ejemplo de rey.

MAESTRO.—Bien hacéis, porque ¿de qué otro modo probaréis que descendéis de su sangre? Pero no unáis todas las sílabas ni a todas las separéis. Las hay que piden ir asidas unas de otras, como las que tienen cola con las demás, como son *a*, *l*, *n*; como también las que tienen punta, como la *f* y la *t*. Hay

otras que se niegan a ello, como las redondas *p*, *o*, *b*. Escribid con la cabeza derecha, cuanto podáis, porque escribiendo con la cabeza gacha o inclinada, acuden los humores a la frente y a los ojos, origen de muchas enfermedades y del enflaquecimiento de la vista. Aquí tenéis otro tema que mañana me escribiréis con el favor de Dios. Pero daos priesa y no dilatéis para las horas venideras. Otra cosa: Por más que corran las palabras, la mano es más veloz; no bien la lengua terminó su sonido, cuando la mano acabó la obra.

MENDOZA.—Entre tanto, deseámoste muchísima salud.

DIALOGO X

EL VESTIDO Y EL PASEO MATUTINO

(VESTITUS ET DEAMBULATIO MATUTINA)

BELIO, MALUENDA, JUAN y GOMECILLO.

MALUENDA.—¿Ha de ser así todos los días? Ya la luz de la mañana entra por las ventanas. Dormimos roncando un tiempo suficiente para digerir el falerno.

BELIO.—Se ve muy claro que estás loco; porque no siendo así, ni te hubieras despertado tan temprano ni echarías versos, satíricos, por cierto, para poner más al descubierto tu furor.

MALUENDA.—Pues trágate estos otros epigramáticos, que no muerden y tienen sal: levantaos; ya vende el panadero el desayuno para los niños y las crestadas aves pregonan por todas partes la proximidad de la luz.

BELIO.—Eso del almuerzo me despertaría más pronto que tus gritos.

MALUENDA. — Humorista donoso: Dios te dé buenos días.

BELIO.—Y a ti te dé Dios buenas noches y buen seso, porque a la vez puedas dormir bien y hablar en prosa.

MALUENDA.—Suplícote que me respondas en serio si es que alguna vez puedes hablar en serio: ¿qué hora piensas que es?

BELIO.—Medianoche o poco más.

MALUENDA.—¿En qué reloj?

BELIO.—En el de mi casa.

MALUENDA.—¿En dónde está, pues, el reloj de tu casa? Tuviste tú reloj nunca o siquiera lo has visto en tu vida, tú para quien todas las horas lo son de dormir, de comer, de jugar, y jamás de estudiar?

BELIO.—Pues de veras que yo tengo aquí mi reloj.

MALUENDA. — ¿Dónde? Muéstramelo.

BELIO.—En mis ojos; mira cómo no se pueden abrir de ninguna manera; vuelve a dormir otra vez o a lo menos calla.

MALUENDA.—Qué mala ventura de sueño tan profundo es ésa, o, por mejor decir, letargo o muerte. ¿Cuánto piensas que hemos dormido?

BELIO.—Dos horas o tres, a lo sumo.

MALUENDA.—Tres veces tres.

BELIO.—¿Cómo puede ser eso?

MALUENDA.—Gomecillo, anda, corre

al reloj de los frailes Franciscos y mira qué hora es.

BELIO.—Quita allá el reloj de sol, si el sol no ha salido todavía.

MALUENDA.—¿Que no ha salido todavía? Hola, muchacho: abre esa ventana de cristales para que el sol con sus rayos fleche los ojos de ese dormilón. Ya toda la faz del mundo está llena de sol y las sombras son menores.

BELIO.—¿Qué te importa a ti que el sol salga o que se ponga? Deja que el sol se levante primero que tú, que tiene que hacer mucho más camino diurno. Gomecillo, anda, ve a toda prisa a la iglesia de San Pedro y allí mira qué hora es en el reloj de máquina y en el reloj solar.

GOMECILLO.—Entrambos los miré; en el del sol la sombra dista poco de la segunda línea; en el de máquina la manecilla señala poco más de las cinco.

BELIO.—¿Qué dices? Otro recado te queda por hacer y es que me sitúes aquí al herrero de la calle Empedrada, quien con sus tenazas abra estos párpados tan cosidos uno con otro. Dile que tiene que arrancar una cerraja, cuya llave se perdió.

GOMECILLO.—¿En dónde habita?

MALUENDA.—Ese seriamente iría por él. Déjate ya de chanzas y levántate.

BELIO. — Levantémonos, por fin, puesto que estás tan empeñado en ello. ¡Bah, qué camarada tan cansado eres! Despiértame, Cristo, del sueño del pecado a la vela de la justicia; trasládame de la noche de la muerte a la luz de la vida. Amén.

MALUENDA.—¡Buen día te dé Dios!

BELIO.—Y a ti este y otros muchos alegres y felices; esto es, que los pases de manera que no ofendas la virtud de otro ni otro ofenda la tuya. Muchacho, tráeme la camisa limpia, porque hace sus seis buenos días que llevo ésta. ¡Eh, eh, pilla aquella pulga que va dando saltos!

GOMECILLO.—¡Deja ahora la caza de pulgas! ¿Qué importancia tendrá matar una pulga en este aposento?

MALUENDA.—Equivaldrá a retirar una gota de agua de este río Dilia.

BELIO.—O, mejor, del mismo mar Océano. No quiero esta camisa del cuello colchado, sino aquella otra del cuello llano, porque estas arrugas en este tiempo ¿qué otra cosa son sino nidos y cobijos de piojos y de pulgas?

MALUENDA.—Necio, en un momento estarás rico, tendrás ganado blanco y ganado negro.

BELIO.—Tendré ganado más numeroso que ganancioso; y tendré compañeros que más querría siempre ver en la casa del vecino que en la mía. Di a la criada que me cosa los lados de esta camisa y que lo haga con hilo de seda.

GOMECILLO.—No lo tiene.

BELIO.—Pues con hilo de lino o de lana, o, si se le antoja, con hilo de esparto. Esta criada nunca tiene lo que ha menester; mas, de lo que no ha menester, tiene de sobra. Y, Gomecillo, no te quiero adivinador; cumple mi recado y tráeme la respuesta; y no adivines lo que ha de suceder. Quita el polvo de esas calzas, sacudiéndolas; límpialas después con aquel cepillo de cerdas. Dame también los escarpines limpios, porque éstos están ya sudados y huelen mal. ¡Uf! Quítalos de ahí cuanto antes; su hedor me atosiga.

GOMECILLO.—¿Quiéres la almilla?

BELIO.—No, porque de la luz del sol conjeturo que el día va a ser caluroso; pero dame aquel capote de seda de medias mangas y aquel sayo sencillo, delgado y ligero, con luengos pasamanos.

MALUENDA.—Antes bien, el de al-

godón. ¿Qué es eso? ¿Adónde piensas ir que tanto te compones contra tu costumbre, en especial no siendo hoy día festivo y pides las ligas militares?

BELIO.—Y tú ¿por qué te has puesto el traje nuevo ligero de raso liso o de tafetán recién salido del taller, teniendo otro de chamelote y damasco ya usado?

MALUENDA.—Los di que los remendasen.

BELIO.—Pues yo en esos más atiendo a la comodidad del vestido que al bien parecer; esos corchetes y sus hembras están flojos; tú, desmañado, siempre los desatas inconsideradamente.

MALUENDA.—Yo, mejor me sirvo de botones y ojales, que es de mejor gusto, y menos molesto al vestirse y al desnudarse.

BELIO.—No opinan todos lo mismo en este punto como en los otros. Cierra en el arca este armador y no lo vuelvas a sacar en todo el verano; estas pretinas no tienen cabos; esta franja está descosida y rasgada; cuida que la remienden; cuida también que no queden feos los zurcidos.

GOMECILLO.—No podrá todo esto hacerse antes de hora y media.

BELIO.—Clávala, pues, con un alfiler, para que no cuelgue; dame los cenojiles.

GOMECILLO.—Ahí están; yo te he aparejado los chapines con las chinelas cubiertas, bien sacudidas de polvo.

BELIO.—Antes bien, limpia los zapatos del lodo y dales lustre.

MALUENDA.—¿Qué significa la *ligula* en el zapato, de la cual hubo una muy agria discusión entre los gramáticos todos, si debía decirse *ligula* o *lingula?*

BELIO.—Los españoles la cosen en el empeine; aquí no se usa.

MALUENDA.—Y en España ya comienzan a no usarla los que se calzan a la moda francesa.

BELIO. — Préstame tu peine de marfil.

MALUENDA.—¿En dónde está el tuyo de boj, fabricado en París, por cierto?

BELIO.—¿No me oíste ayer reprendiendo a Gomecillo?

MALUENDA.—¿Al pegar le llamas tú reprender?

BELIO.—Fíjate en lo que hizo; había roto cinco o seis púas de las espesas del peine, casi todas de las ralas.

MALUENDA.—Leí poco ha que un escritor manda que nos peinemos la cabeza con un peine de marfil, pasándole cuarenta veces de la mollera al copete y del copete al cogote. ¿Qué haces? Esto no es peinar, sino ordeñar: dame el peine.

BELIO.—Ni esto es peinar, sino raer o barrer; tú debes de tener la cabeza de barro cocido.

MALUENDA.—Y yo me persuado que tú la tienes de manteca, de tal suerte no te atreves a tocarla.

BELIO.—¿Quiéres tú, pues, que luchemos de cabeza como los carneros?

MALUENDA.—No quiero contender contigo en locura ni equiparar mi buen seso con tu demencia. Lávate ya, por fin, manos y cara y, sobre todo, la boca, para hablar con más limpieza.

BELIO.—Ojalá tan pronto limpiase mi alma como las manos; dame el aguamanil.

MALUENDA.—Restriega con un poco más de energía esos artejos en donde se pegó muchísima porquería.

BELIO.—Te engañas; pienso que más es la piel descolorida y arrugada. Echa, Gomecillo, esta agua sucia en aquel albañal y dame la cofia

y el bonete con encajes; dame ya los borceguíes.

GOMECILLO.—¿Los de camino?

BELIO.—No; los de la ciudad.

GOMECILLO.—¿Quieres el capuz o la capa?

BELIO.—¿Hemos de salir fuera de la ciudad?

MALUENDA.—¿Por qué no?

BELIO.—Tráeme, pues, la capa de viaje.

MALUENDA.—Salgamos, por fin, para que no se nos escape de las manos la ocasión de un hermoso paseo.

BELIO. — Condúcenos, ¡oh Cristo!, por las sendas que te son gratas en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén. ¡Oh, qué aurora tan linda! Verdaderamente rosada y, como los poetas la llaman, dorada también. Cuánto me alegro de haber madrugado. Salgamos de la ciudad.

MALUENDA.—Salgamos, pues; yo en toda esta semana no saqué el pie fuera de la puerta; pero ¿dónde iremos primero? Y después ¿por dónde?

BELIO.—¿A la fortaleza o a las murallas de los Cartujos?

MALUENDA.—O mejor a la pradera de San Jaime.

BELIO.—De ninguna manera allá, por la mañana; mejor es a la tarde.

MALUENDA.—A los Cartujos, pues, por los Franciscanos y el Bisto y de ahí por la puerta de Bruselas; luego volveremos por los Cartujos a oír misa. Ahí está Juan. Dios te guarde, Juan.

JUAN.—Y a vosotros también os guarde Dios. ¿Qué novedad es ésta? ¿Cómo tan madrugadores?

BELIO.—Yo estaba engolfado en un sueño sabrosísimo; pero ese endiablado Maluenda a gritos y a golpes me ha arrancado de la cama.

JUAN.—Hizo bien, porque este paseo te despabilará y te recreará. Vamos a la ronda. ¡Oh admirable y adorable Creador de tanta hermosura! No sin razón esta obra se llama *Mundus* en latín y los griegos llámanla *Cosmos*, que monta tanto como decir: aderezada, ataviada.

MALUENDA.—No caminemos tan aprisa, sino despacio y paso a paso. Demos, por favor, dos o tres vueltas por este paseo de las murallas para con más detenimiento contemplar tanta lindeza y hermosura.

JUAN.—Fíjate; no hay sentido alguno que no tenga participación en el deleite exquisito; primeramente, los ojos: ¡qué variedad de colores! ¡Qué vestido el de la tierra y los árboles! ¿Qué tapices, qué pinturas, se pueden comparar con éstas? Estas son naturales y verdaderas; aquellas otras son fingidas y falsas. Con razón aquel poeta español dijo del mes de mayo que era el pintor del mundo. Y también los oídos: qué concierto el de las aves, y singularmente del secreto ruiseñor. Escúchale desde el sauce, pues, como dice Plinio, hace una armonía y tono de música perfecto. Repara con atención y notarás las diferencias de todos los sones; ahora no para, sino que prolonga el canto con un aliento continuado, igual, sin mutación; ahora hace pasos de garganta; ya canta de falsete; ya ensortija y encrespa su voz; ya la alarga; ya la abrevia; unas veces canta versos de arte mayor, digamos versos heroicos; a veces, versos brevísimos, chicos y graciosos, como los adónicos. A más de eso, tienen también unas como escuelas de canto; las aves noveles se ensayan y aprenden cantos que imitan después; oye el discípulo a su maestro con atención suma (¡ojalá nosotros lo hiciéramos así con nuestros maestros!), y después los repite y alternativamente para. Adivínasele

una cierta enmienda del ave que aprende y un asomo de reprensión en el pájaro que enseña. Mas a ellas las guía su natural recto, no su voluntad torcida. Añade a todas estas delicias este olor que emana de todas partes, de los prados, de las mieses, de los árboles y aun de los mismos barbechos y de la tierra sin cultivo. El sabor, en todo cuanto acercares a la boca, aun del mismo aire, es como de sabrosísima y fluidísima miel.

MALUENDA.—Pienso que esto es lo que oí decir a algunos, a saber: que las abejas acostumbran, en el mes de mayo, recoger la miel del rocío del cielo.

JUAN.—Y fué opinión de muchos. Si quieres hacer alguna concesión al tacto, qué cosa más suave o más saludable que este aire respirando de todas partes, que con su salutífero aliento penetra en las venas y en todo el cuerpo. Ahora me vienen a las mientes algunos versos de Virgilio acerca del verano, que voy a cantaros, si es que podéis sufrir mi voz, no de cisne, sino de ánade bronco. En todo, yo prefiero ese último, si es verdad que el cisne no canta con dulzura sino cuando está próxima su muerte.

BELIO.—Yo, a la verdad, por lo que a mí toca, respondo que tengo infinitas ganas de oír esos versos con cualquiera voz que sea, siempre que nos los expliques al mismo tiempo.

MALUENDA.—Y yo no disiento de ello. «No creo yo que en el primer origen y crecimiento del mundo brillasen otros días ni que fuera otra la estación: aquel tiempo era primavera; el gran orbe gozaba primavera; refrenaban los Euros los invernables soplos, cuando bebieron luz las primeras alimañas y el terrenal linaje de los hombres irguió su frente de los pedregales y las sierras se poblaron de fieras y de estrellas se pobló el cielo. En su terneza, ninguno de los seres soportara este trabajo si no hubiese reinado tal sosiego y tal templanza entre el frío y el calor y si no cobijara la tierra la mansedumbre del cielo.»

BELIO.—No los entendí lo bastante.

MALUENDA.—Y yo, a lo que pienso, mucho menos.

JUAN.—Aprendedlos desde este momento y el entenderlos será para otro tiempo, porque están inspirados en lo más íntimo de la filosofía, como muchas otras cosas de aquel vate.

MALUENDA.—Pregúntaselo a Orbilio, el literato, que nos viene al encuentro.

JUAN.—Orbilio no va al encuentro de nadie; saludémosle solamente y dejemos que se vaya ese hombre furioso, desollador de muchachos, ceñudo y encapotado, con una cultura muy superficial, aun cuando se persuadió a sí mismo ser el alfa, la flor y nata de los literatos. Hemos dicho ya todo lo referente al cuerpo; pero, del alma y del entendimiento ¿qué diremos? ¡Cuánto la alegra y la vivifica esa aurora! No hay para aprender tiempo más idóneo que éste, ni para evocar y recordar lo que aprendiste oyendo o leyendo; ni otro mejor para meditar y discurrir, sea cual fuere la actividad a que hubieres aplicado tu espíritu. No sin razón dijo uno: «La aurora es muy agradable a las musas.»

BELIO.—Pero a mí ya me aguija el apetito; volvamos a casa a almorzar.

MALUENDA.—¿Qué comeremos?

BELIO.—Pan, manteca, cerezas, ciruelas de fraile, que tanto parece agradar a nuestros españoles que a

todas las demás clases las llamaron ciruelas simplemente; y si no las hubiere de éstas en casa, cogeremos algunas hojas de borrajas y de salvia y las añadiremos a la manteca.

MALUENDA.—¿Beberemos vino?

BELIO.—No, sino cerveza, y aun de la flaca, de esa roja de Lovaina; o bien agua corriente y clara de la fuente Latina o Griega.

MALUENDA.—¿Qué fuente llamas tú Latina o Griega?

BELIO.—Vives, a la que está próxima a la puerta, suele llamarla Griega, y a la que está más allá suele llamarla Latina; las razones te las dirá él cuando vayas a verle.

DIALOGO XI

LA CASA

(DOMUS)

JOCUNDO, LEÓN y VITRUVIO.

JOCUNDO.—¿Tienes conoscencia con el criado de esta tan espaciosa y linda casa aislada?

LEÓN.—Mucho le conozco, y es pariente próximo del criado de mi padre.

JOCUNDO.—Pidámosle que nos la franquee toda, pues dicen que es una de las más amenas y deleitosas.

LEÓN.—Vamos; toquemos a la puerta con la campanilla, no sea que entremos no esperados. ¡Ah de casa!

VITRUVIO.—¿Quién está ahí?

LEÓN.—Soy yo.

VITRUVIO.—Dios te guarde, encanto de niño; ¿de dónde vienes tú ahora?

LEÓN.—De la escuela.

VITRUVIO.—¿A qué vienes por aquí?

LEÓN.—Este, mi compañero, y yo deseamos mucho ver esta casa.

VITRUVIO.—¿Nunca la has visto?

LEÓN.—Toda entera, no.

VITRUVIO.—Entrad. Hola, muchacho, tráeme las llaves de la puerta de esta casa. Primeramente, éste es zaguán; de día está abierto siempre, porque ni está dentro ni tampoco fuera de casa; de noche se cierra. Contemplad esta puerta magnífica: las puertas de roble, guarnecidas de bronce; dintel y umbral de mármol blanco. La antigüedad acostumbró, en la entrada de la casa, poner a Hércules *Alexícacos*, que suena en romance expulsador de males; este es Cristo, verdadero Dios, pues Hércules era hombre cruel y facineroso. Como Cristo nos guardare, mal ninguno entrará en esta casa.

JOCUNDO.—*Uden o despotes autos.* (Ni aun el mismo dueño.)

VITRUVIO.—¿Qué ha dicho en griego?

JOCUNDO.—¿Qué, por qué entra tanta gente mala?

VITRUVIO.—Aun cuando entre gente mala, con todo no introducen ningún mal.

LEÓN.—¿No usáis de quicios?

VITRUVIO.—Ya no se acostumbra en ciertas naciones. Síguese la puerta del zaguán, que guarda el criado de escalera arriba, el primero de la servidumbre, como el de escalera abajo es el portero. Y recibimiento capaz para pasear, y en él muchas y variadas pinturas.

JOCUNDO.—¿Qué pinturas son, dime?

VITRUVIO.—Aquélla es un bosquejo del cielo; aquélla, un mapa de la tierra y del mar; aquella otra es una pintura del Nuevo Mundo, abierto recientemente a las navegaciones de los españoles; aquella tabla representa a Lucrecia, en el acto de matarse a sí misma.

JOCUNDO.—¿Y qué es lo que dice? Pues muriendo y todo parece que habla.

VITRUVIO.—A muchas mujeres, esta determinación les causa maravilla, porque no todas, en igual trance, sienten dolor tamaño.

JOCUNDO.—Ya adivino.

LEÓN.—¿Qué significa aquella pequeña tabla dibujada con tanta minuciosidad?

VITRUVIO.—Es el gráfico de ese edificio ; tira el velo de aquella tabla.

JOCUNDO.—¿Qué es esto? Un viejo que chupa la teta de una mujer.

VITRUVIO.—¿No leíste este pasaje en Valerio Máximo, en el título *De la piedad?*

JOCUNDO.—Lo leí; ¿qué dice ella?

VITRUVIO.—Ella dice: «No devuelvo tanto cuanto recibí.»

JOCUNDO.—¿Y el anciano qué dice?

VITRUVIO.—«Me felicito de haberla engendrado.» Subamos esta escalera de caracol; cada grada es ancha como veis y es de duro mármol del color del hierro. Este cuarto primero es la habitación del dueño; este otro de arriba es para los huéspedes, no porque mi amo viva de alquilar los cuartos de casa, lo que Dios no quiera, sino que está prevenido para los huéspedes amigos, siempre aderezado y vacío cuando no hay huéspedes. Este es el comedor.

JOCUNDO.—¡Jesús, qué vidrieras y cuán linda y sabiamente matizadas! ¡Qué viveza de colores! ¡Qué tablas! ¡Qué imágenes! ¡Qué entabladuras! ¿Qué historia es esta de las vidrieras?

VITRUVIO.—La fábula de Griselda, que Juan Boccaccio compuso linda e ingeniosamente. Pero mi amo ha determinado añadir a esta ficción la historia real y verdadera de Godelina de Flandes y de Catalina, reina de Inglaterra, que tienen más interés y dramatismo que la hechicera invención de Griselda. Estos son retratos; el primero es el del Apóstol San Pablo.

JOCUNDO.—¿Qué dice aquella inscripción?

VITRUVIO.—Aquella inscripción dice: «¡Oh, cuánto te debemos a ti; y tú cuánto debes a Cristo!»

JOCUNDO.—¿Y él qué dice?

VITRUVIO.—El Apóstol dice: «Por la gracia de Dios soy lo que soy, y la gracia de Dios no fué en mí baldía.» Aquel otro cuadro es de Mucio Escévola.

JOCUNDO.—No es mudo él, aunque sea Mucio. ¿Qué musita entre dientes?

VITRUVIO.—Ese Mucio dice: «No me abrasará este fuego, porque otro mayor arde dentro de mí mismo.» El tercer retrato es el de Helena. El título dice: «Ojalá hubiera sido siempre como ahora soy; menor fuera el daño que ocasionara.»

JOCUNDO.—¿Qué señala aquel ciego viejecillo, medio calvo, con el dedo índice vuelto a Helena?

VITRUVIO.—Es Homero. Dice a Helena: «Lo que tú hiciste mal, yo lo canté bien.»

JOCUNDO.—Mira el dorado zaquizamí, con algunas perlas incrustadas.

VITRUVIO.—Perlas son, pero de poco precio.

JOCUNDO.—¿Adónde miran estas ventanas?

VITRUVIO.—Estas dan a la huerta; aquéllas, al patio. Esta estancia es el comedor de verano; aquí tenéis el aposento donde dormimos; está aderezado con tapices, y tiene el suelo de tablas, cubierto de esteras; ved algunas imágenes de la Virgen y de Cristo Salvador nuestro. Aquellas otras son de Narciso, de Euríalo, de Adonis, de Polixena, de quienes dice la fama que fueron hermosos más que toda ponderación.

JOCUNDO.—¿Qué reza esa leyenda escrita en el dintel de la puerta?

VITRUVIO.—Esa leyenda dice: «Acógete al puerto de tranquilidad que no alborotan las pasiones.»

JOCUNDO.—¿Y qué es lo que está escrito en el postigo de dentro las puertas?

VITRUVIO.—Esto: «No traigas tempestad al puerto.» En aquella habitación cerrada se guardan de ordinario el ajuar de uso más común. Esta otra habitación es de invierno; vedla toda oscura y más abrigada; ved también la estufa.

JOCUNDO.—Es, a mi ver, demasiada estufa para lo que requiere el comedor.

VITRUVIO.—¿No reparas que el aposento interior se calienta con la misma estufa?

JOCUNDO.—Dicen que los aposentos donde no hay chimenea son más calientes.

VITRUVIO.—No suele haberlas en esas estufas.

JOCUNDO.—¿Qué cámara es aquella arqueada con tanta elegancia?

VITRUVIO.—La capilla o el oratorio; allí se dice misa.

JOCUNDO.—¿Dónde está la letrina?

VITRUVIO. — Nosotros tenemos el retrete allá arriba, en el granero, para que no huela mal; porque en los aposentos, mi amo utiliza bacines y orinales.

JOCUNDO.—Aquellas torrecillas, y pirámides, y bolas, y veletas, todo en una palabra, ¡qué lindas son y cuán primorosamente hechas!

VITRUVIO.—Bajemos. Esta es la cocina; ésta, la alacena; ésta, la bodega; aquélla, la despensa, deplorablemente infestada de ladrones.

JOCUNDO.—¿Y por dónde se meten aquí dentro los ladrones? Veo que todo está cerrado debidamente y las ventanas tienen rejas de hierro.

VITRUVIO.—Se cuelan por los resquicios y agujeros de la puerta.

LEÓN.—Serán, pues, ratones y comadrejas quienes os devastan la despensa.

VITRUVIO.—Aquélla es la puerta falsa de casa, cerrada siempre con dos cerrojos: uno, fijo, y otro, colgante, menos cuando está el amo.

JOCUNDO.—¿Por qué estas ventanas no tienen celosías?

VITRUVIO.—Porque se abren raras veces. Miran, como ves, al callejón estrecho y oscuro; aquí pocas veces se sienta alguno o saca la cabeza; por eso mi amo ha resuelto cerrarlas con rejas.

LEÓN.—¿Con qué rejas?

VITRUVIO.—De madera quizá; todavía no está resuelto; mientras, basta con esa tranca.

JOCUNDO.—¡Qué suntuosidad de colmenas y qué majestad de pórtico! Mira cómo aquellos atlantes y aquellas cariátides dan la impresión de un esfuerzo por sostener el edificio para que no se derrumbe, cuando en realidad nada hacen.

LEÓN.—Del mismo modo hay muchos que parece que hacen grandes cosas cuando en hecho de verdad embrutecen en el ocio y en la pereza; zánganos que explotan y viven del trabajo ajeno. Pero ¿qué casa es aquella de allá abajo, pegada con ésta, de materiales tan malos y con tantas grietas?

VITRUVIO.—Es una vieja edificación que, porque se abría por muchas partes y amagaba ruina inminente, determinó mi amo levantar esta otra desde sus cimientos; allí las aves fabrican ahora sus nidos y se quedó en palacio de ratones; pero en breve la derribaremos.

DIALOGO XII

EL COLEGIO DE GRADO SUPERIOR

(SCHOLA)

TIRO y ESPUDEO.

TIRO.—¡Qué hermoso y qué magnífico gimnasio! Pienso que no hay en la Academia otro mejor.

ESPUDEO.—Piensas muy bien. Añade también, y esto es lo que más importa, que en ninguna parte hay maestros más sabios ni más prudentes ni que enseñen con mayor destreza.

TIRO.—Conviene, pues, que se haga aquí gran caudal de las disciplinas que se enseñan.

ESPUDEO.—Y a decir verdad aprenderlas muy brevemente.

TIRO.—¿Por cuánto enseñan?

ESPUDEO. — Retira cuanto antes esa pregunta tan fea y tan importuna; en cosa de tamaña monta, ¿merece la pena averiguar cuánto se paga? Ni los mismos maestros conciertan el precio ni a los discípulos conviene pensar en él; ¿qué paga puede recompensar la enseñanza? ¿Nunca oíste por ventura en alguna conversación aquella sentencia de Aristóteles, a saber: que a los dioses, a los padres, a los maestros no se les puede compensar el bien que nos hicieron? Dios creó a todo el hombre; el padre engendró el cuerpo; el maestro forma el alma.

TIRO.—¿Qué enseñan éstos, y cuánto tiempo?

ESPUDEO.—Cada uno tiene su escuela aparte y son diferentes los maestros. Los unos con harto trabajo y molestia remachan, durante todo el día, en los jóvenes alumnos los primeros elementos de la Gramática; otros enseñan las cosas más recónditas del arte; otros explican la Retórica, la Dialéctica y las restantes disciplinas que se llaman *liberales* o *ingenuas*.

TIRO.—¿Por qué se llaman así?

ESPUDEO.—Porque parece bien que en ellas se imbuya todo hidalgo y todo noble; al revés, las artes mecánicas que se practican con el trabajo físico o con las manos convienen más a los esclavos y a los hombres de escaso ingenio. Entre ellos, los unos son bisoños y los otros bachilleres.

TIRO.—¿Qué quieren decir esos nombres?

ESPUDEO.—Estas voces de bisoños y de bachilleres son voces tomadas de la milicia. Bisoño (*Tyro*) es una vieja palabra que se dice de quien comienza a ejercitarse en la milicia. Bachiller (*Batallarius*) se llama en francés aquel soldado que ya se halló en algún encuentro, que allí se llama *bataille*, y rompió pelea con el enemigo. Así en la palestra literaria comenzó en París a ser llamado *Batallarius* el que sostuvo conclu-

siones públicas. Estos, más tarde, son designados para enseñar, los cuales, por la licencia que se les da, se los llama licenciados, cuando mejor debieran decirse designados; finalmente consiguen el doctorado y se les impone el birrete en una solemnidad académica, como si se le diese ya libertad y se le jubile. Este es el honor más alto y el último grado de dignidad.

TIRO.—¿Quién es aquel que va con tanta honra acompañado, precedido de los bedeles bajo mazas de plata?

ESPUDEO.—Ese es el rector del colegio; muchos le siguen por obligación de su oficio.

TIRO.—¿Cuántas veces al día se enseña a los muchachos?

ESPUDEO. — Algunas horas; una, casi antes de amanecer; dos, a la mañana, y dos después de mediodía.

TIRO.—¿Tanto tiempo?

ESPUDEO.—Así lo trae la costumbre y las viejas constituciones del establecimiento. Además, los discípulos repiten y repasan durante dos horas lo que les enseñaron los maestros, y lo rumian, como se rumia el manjar mascado.

TIRO.—¿Con gritos tan grandes?

ESPUDEO.—Ahora hacen prácticas.

TIRO.—¿Prácticas de qué?

ESPUDEO.—De aprender.

TIRO.—De gritar, pues no parece que mediten la asignatura, sino que la pregonan. Y aquel otro está loco a buen seguro, porque si estuviera en su seso no vocearía ni gesticularía, ni se retorcería.

ESPUDEO.—Son españoles y franceses algo más nerviosos; y como profesan diversos dogmas religiosos, disputan con calor tan enardecido como si pelearan por el altar y el hogar, según el viejo dicho.

TIRO.—¿Los doctores siguen aquí diversas opiniones?

ESPUDEO.—Algunas veces enseñan conclusiones antagónicas.

TIRO.—¿Qué autores explican?

ESPUDEO.—No todos unos mismos, sino cada cual según su pericia y capacidad. Los más doctos y de ingenio más agudo eligen a los mejores, aquellos que vosotros, los gramáticos, llamáis *clásicos*. Los hay quienes, por ignorancia, de los mejores descienden a los vulgares y ruines. Entremos, yo es enseñaré la biblioteca de esta universidad. Esta es la biblioteca que, según reglas de varones sabios, está orientada hacia donde asoma el sol en el verano.

TIRO.—¡Jesús, cuánto libro! ¡Qué de buenos autores griegos, latinos, oradores, poetas, historiadores, filósofos, teólogos! ¡Y qué expresivas efigies de los autores!

ESPUDEO.—Y en verdad expresadas lo más al vivo y por ende más apreciables; todos los cajones y los estantes de los libros son de encina o de ciprés, con sus cadenillas, y los mismos libros, casi todos son de pergamino e iluminados de colores diferentes.

TIRO.—¿Quién es aquel primero que tiene cara de villano y es chato de nariz?

ESPUDEO.—Lee los títulos tú mismo.

TIRO.—Es Sócrates, y dice: «¿Por qué me colocan en la biblioteca si yo no escribí letra alguna?»

ESPUDEO.—Y contestan los que le siguen, Platón y Jenofonte: «Porque tú dictaste qué escribir a los otros.» Fuera prolijo y enfadoso irles siguiendo uno por uno.

TIRO.—Hola, ¿quiénes son aquellos echados en montón?

ESPUDEO.—El *Catolicón*, *Alejandro*, *Hugocio*, *Papias*, los *Sermonarios*,

Dialécticas, Físicas sofísticas; éstos son aquellos que yo llamaba capitidisminuídos.

TIRO.—Ahí están sueltos todos, lléveselos quien quiera y nos aliviará de una enojosa pesadumbre.

ESPUDEO.—Me espanto mucho que no los hayan hurtado, siendo tanta la abundancia de asnos dondequiera. Un día u otro pararán en el mismo montón los *Bártulos* y *Baldos* y demás hombres de la misma harina.

TIRO.—Di, mejor, del mismo salvado. ¡Hola! ¿Quiénes son aquellos de las cogullas tan luengas?

ESPUDEO.—Bajemos; son los bachilleres que entran en la liza a disputar.

TIRO.—Entranos allá dentro, por favor.

ESPUDEO.—Entra, pero silencioso y reverente. Descubre tu cabeza y fija tu atención en cada uno de los detalles, pues van a discutirse grandes cosas, cuyo conocimiento importa mucho. Aquel que ves, sentado y señero en alto sitial, es el presidente del certamen y el ordenador de la contienda; estoy por decir el *agonoteta.* Su primera obligación consiste en señalar el respectivo asiento de los contendientes porque no se origine alguna confusión o perturbación por parte de aquellos que quieren tener la precedencia.

TIRO.—¿Qué significa aquel manto cubierto de pieles de martas?

ESPUDEO.—Es el uniforme doctoral, divisa de aquel orden y dignidad. Es hombre erudito como pocos y que en la oposición de los candidatos a leer Teología obtuvo el primer lugar, y los más doctos de este orden le reconocen superioridad.

TIRO.—Y dicen que *Baldo* fué leído la primera vez este año.

ESPUDEO.—Aquél venció a todos sus contrincantes con soborno y astucia, no con ciencia y con honradez.

TIRO.—¿Quién es aquel macilento y pálido a quien atacan los demás?

ESPUDEO.—Este es el mantenedor, que aguanta los asaltos de todos; sus vigilias exageradas le ocasionaron esta magrez y esta palidez; son muchos sus adelantos en Filosofía y Teología. Ea, calla ya y escucha, pues el que ahora le impugna suele discurrir sus argumentos muy aguda y sutilmente y presiona fuertemente a su competidor y, en opinión de todos, compite con los más duchos en esta ciencia y muchas veces obliga a su contrincante a retractarse y a cantar la palinodia. Advierte cómo aquél se esforzó en burlarle y cómo el otro le refutó enérgicamente con una objeción que no tiene réplica y que él no podrá soltar; este flechazo es inevitable; ese argumento es un Aquiles invencible; apunta al cuello. El mantenedor no podrá defenderse si un santo del cielo no le inspira algún subterfugio. Ya está resuelta la cuestión por la prudencia del presidente. Ya doy licencia a tu lengua; despáchate a tu gusto, pues ese que ahora impugna es flojo; lucha con puñal de plomo y con todo grita más recio que los otros. Obsérvale y verás cómo sale ronco de la disputa; esto, en él, es cosa de siempre, y por más que se hayan rebatido sus dardos, con todo ataca con pertinacia, si bien no con eficacia, y nunca quiere que su argumento se deje por inútil ni conformarse con la respuesta del defensor ni con la decisión del presidente. Ese que ahora entra en la competición pide con blandura venia al presidente, habla con cortesía, arguye sin brío, retírase cansado, siempre suspirando y jadeante, como si hubiera consumado un trabajo heroico. Vámonos de aquí.

DIALOGO XIII

EL APOSENTO Y LA VELADA

(CUBICULUM ET LUCUBRATIO)

PLINIO, EPICTETO, CELSO y DÍDIMO.

PLINIO.—Ya son las cinco de la tarde; oye, Epicteto: ciérrame estas ventanas y tráeme aquí luces para velar.

EPICTETO.—¿Qué luces?

PLINIO.—Mientras éstos estén aquí, velas de sebo o de cera; después que se habrán ido, las quitaréis y me pondréis aquí el candil.

CELSO.—¿Y eso para qué?

PLINIO.—Para velar.

CELSO.—¿Por qué, mejor, no estudias por la mañana? Porque entonces parece que así la comodidad del tiempo y la disposición del cuerpo convidan a ello, cuando hay poquísimos vapores en el cerebro, terminada ya la digestión que cría humo.

PLINIO. — También esta hora es muy tranquila, cuando todo está en sosiego y en silencio y conviene a los que comen a mediodía y cenan. Porque hay algunos que solamente cenan al estilo de los antiguos, y otros que solamente comen a mediodía, según las normas de los médicos modernos, y otros, por fin, que comen y cenan, según costumbre de los godos.

CELSO.—Pero ¿es que antes de los godos no se comía a mediodía?

PLINIO.—Se comía, pero poco. Los godos introdujeron la usanza de hartarse dos veces al día.

CELSO.—Por eso Platón condena las mesas de Siracusa, en las que se ahitan cada día dos veces.

PLINIO.—De ahí colegirás que fueron muy raras.

CELSO.—Mas dejemos estas cosas. ¿Por qué prefieres velar a la luz del candil que a la de la vela?

PLINIO.—Por su llama igual, que daña menos los ojos; porque aquella crispación de la mecha perjudica la vista y su olor es desagradable.

CELSO.—Usa cirios, cuyo olor no es ingrato.

PLINIO.—El pabilo en los cirios tiembla más. Y su vapor no es saludable, y en las velas de sebo la mecha, por lo común, es de lino, no de algodón, porque los revendedores regatones, como en todas las otras cosas, buscan ganancia con fraude. Pon aceite en este candil, saca la mecha con un alfiler y quita esa pavesa.

EPICTETO. — ¡Cómo se agarra la mecha al alfiler! Dicen que es señal de lluvia, como se lee en Virgilio: «Echa chispas el aceite y la mecha forma hongos pútridos.»

PLINIO.—Trae también las tijeras y despabila esta candela; no eches la pavesa en el suelo que no humee, sino apágala dentro de las tijeras, ya que son cerradas. Tráeme aquella capa de noche, larga y aforrada de pieles.

CELSO.—Yo te encomendaré a tus libros. Séate Minerva propicia.

PLINIO.—Más quisiera que me asistiese San Pablo, o lo que debí decir, Jesucristo, Sabiduría de Dios Padre.

CELSO.—Por ventura Cristo está

figurado en el mito de Minerva, que nació del cerebro de Júpiter.

PLINIO.—Pon la mesa sobre sus pies en el aposento.

EPICTETO.—¿Prefieres la mesa al atril?

PLINIO.—También ahora quiero el atril; mas ponlo sobre la mesa.

EPICTETO.—¿Qué atril? ¿El fijo o el de tornillo?

PLINIO.—El que tú más quieras. ¿En dónde está Dídimo, mi criado de estudios?

EPICTETO.—Voy a llamarle.

PLINIO.—Y trae aquí al escribiente, porque quiero dictar algo. Dame aquellas dos o tres plumas de ave o aquellas tres de la caña ancha y la salvadera. Sácame del armario a Cicerón y a Demóstenes; también del cajón sácame el libro de apuntes y los registros mayores, ¿oíste? Y mis papeles sueltos, en los que quiero dar algunos toques.

DÍDIMO.—Pienso que estos papeles no están en el cajón, sino en el escritorio de la recámara.

PLINIO. — Averígualo tú mismo. Tráeme el Nacianceno.

DÍDIMO.—No lo conozco.

PLINIO.—Es un libro no voluminoso, encuadernado con cubiertas toscas de pergamino. Tráeme también el sexto libro.

DÍDIMO.—¿Qué título es el suyo?

PLINIO.—*Comentarios de Jenofonte;* púsolo en el cuarto cajón; sácalo de allí. En aquel cajón no hay sino libros sueltos, en rústica, como recién salidos de la imprenta.

DÍDIMO.—¿Y qué tomo de Cicerón pides? Son cuatro los que hay.

PLINIO.—El segundo.

EPICTETO.—Todavía no lo ha devuelto el librero encuadernador, a quien lo dimos, pienso, hace cinco días.

DÍDIMO.—¿Qué te parece esta pluma?

PLINIO.—Yo no soy en ello muy mirado; con la que me viene a las manos escribo como si fuera buena.

DÍDIMO.—Esto tienes de Cicerón.

PLINIO.—No te muevas; desátame a Cicerón; ábrele, vuelve todavía tres o cuatro hojas más hasta el cuarto de las *Cuestiones tusculanas;* busca el pasaje donde trata de la mansedumbre y la alegría.

EPICTETO.—¿Cúyos son esos versos?

DÍDIMO.—Del mismo Cicerón, que los tradujo de Sófocles; lo que hace, a decir verdad, con gusto y, por ello, con frecuencia.

EPICTETO.—Era, según creo, harto diestro en versificar.

DÍDIMO.—Muy diestro y muy fácil y no mal poeta para aquel siglo, como opinan muchos.

EPICTETO. — Pero tú, ¿cómo interrumpiste tus estudios poéticos?

PLINIO.—Algún día espero volveré a ellos en horas hurtadas a estudios más serios, porque alivian mucho las ocupaciones más graves. Cansado estoy de estudiar, de pensar, de discurrir, de escribir: hazme la cama.

EPICTETO.—¿En qué aposento?

PLINIO.—En aquel ancho y cuadrado, y quita del rincón el catre y pásalo al comedor; pon sobre la colcha de pluma la otra de lana; cuida que los pies de la cama estén fuertes.

EPICTETO.—¿Qué te va a ti en ello si a ningún lado duermes, sino en medio? Más higiénico sería que el lecho estuviese más duro y ofreciera resistencia al cuerpo.

PLINIO.—Quita el cabezal, y en su lugar pon dos almohadas; con ese calor más quiero ese cobertor ligero que esas sábanas gruesas.

EPICTETO.—¿Sin manta?

PLINIO.—Sí; sin manta.

EPICTETO. — Tendrás frío, porque

te levantas de estudiar con el cuerpo extenuado.

PLINIO.—Pon, pues, algún paño ligero de la tapicería.

EPICTETO.—¿Ese? ¿Y ningún otro cubretodo?

PLINIO.—Ningún otro; si sintiere frío en la cama, pediré más abrigo; retira aquellas cortinas; porque para ahuyentar los cínifes es preferible el mosquitero.

EPICTETO.—Aquí sentí pocos mosquitos; pulgas y piojos, muchos.

PLINIO.—Admírome que sientas algo tú, que así duermes y roncas.

EPICTETO.—Nadie duerme mejor que el que no siente cuán mal duerme.

PLINIO.—Ninguno de esos bichicos que en el verano nos atormentan en la cama me asquea tanto como los chinches con aquella su fetidez nauseabunda.

EPICTETO.—Bastante cosecha de ellos hay en París y en Lovaina.

PLINIO.—Hay en Lovaina una clase de madera que los cría, y en Lutecia los cría el barro. Coloca aquí el reloj despertador y pon el fiador a las cuatro de la mañana; porque no quiero dormir más tiempo. Descálzame; pon aquí la silla plegable para sentarme; esté prevenido el orinal en el escaño cerca de la cama; no sé qué cosa huele mal aquí: sahuma la estancia con un poco de incienso o de enebro. Táñeme alguna cosa con la vihuela, al uso de Pitágoras, para que me duerma más pronto y venga el sueño más quedo y apacible.

EPICTETO.—«¡Oh sueño, quietud de todo; oh sueño el más benigno de los dioses, paz del espíritu, de quien la cuita huye; sueño que a los pechos fatigados les socorres con tu asistencia y les reparas de nuevo para el trabajo.»

DIALOGO XIV

LA COCINA

(CULINA)

LÚCULO, APICIO, PISTILARIO Y ABLIGURINO.

LÚCULO.—¿Eres tú bodegonero?

APICIO.—Soylo.

LÚCULO.—¿Dónde habitas?

APICIO.—En el bodegón del Gallo. ¿Acaso me necesitas?

LÚCULO.—Sí; para una boda.

APICIO.—Deja que vaya corriendo a casa para decirle a mi mujer cómo se ha de conducir con los rufianes putañeros, que sé que no suelen faltar en esta ciudad, ni aun entre los advenedizos.

LÚCULO.—¿Oyes, tú? A mí me hallarás en la calle Empedrada, en la zapatería.

APICIO.—Luego iré allá.

LÚCULO.—Bien está; entra en la cocina.

APICIO.—Hola, Pistilario, y tú, Abligurino, encended lumbre en el fogón de leña gruesa y que en lo posible no eche humo.

PISTILARIO.—¿Piensas estar en Roma? Aquí no tenemos tiendas donde se cuece la leña; la tendrás bien seca.

APICIO.—Si no lo hicieres así tú, Abligurino, sahumador, perderás la vista soplando.

ABLIGURINO.—Antes bien, beberé más; ¡ay, ay del niño!

APICIO.—¡Ay, ay del agua! Porque hoy no vas a catar el vino, si no pierdo yo el juicio; no quiero que me trabuques las ollas y me rompas los pucheros y me pierdas la comida.

ABLIGURINO.—Esta lumbre no quiere arder.

APICIO.—Echa en ella un manojito de pajuelas azufradas y algunos pedazos de yesca.

ABLIGURINO.—Se apagó ya del todo.

APICIO.—Ea, anda corriendo a la casa más cercana con el badil, y trae algún tizón grande y ascuas bien encendidas.

ABLIGURINO.—Allá vive el alquimista dueño de ella, y no permitirá que le saquen un solo carbón de la fragua; antes se dejará sacar un ojo.

APICIO.—No es «metalario», sino metalicida; ve, pues, al horno. ¿Qué traes? Un tizón chamuscado y más que encendido.

ABLIGURINO.—No tenían brasas de carbón.

APICIO.—¿Qué hablas de carbón? Mejor dijeras de césped. Tú, con esta horquilla, levanta la leña, atiza la yesca para que prenda en ella el fuego; toma las tenazas, asno.

ABLIGURINO.—¿Qué es esa cosa que has dicho?

APICIO.—Las tenazas del fuego, con las que tomamos las brasas encendidas.

ABLIGURINO.—¿A qué venirme con palabras griegas, como si faltasen las latinas?

APICIO.—¿Por ventura los asnos son gramáticos?

ABLIGURINO.—¡Qué maravilla cuando hay gramáticos, asnos!

APICIO.—Ea, basta ya de altercar; quiero que me enciendas en este fogón algunos carbones o céspedes para cocer la comida a fuego lento en estas ollas de barro; cuelga la caldera al fuego para que no falte agua caliente; después, pon en el caldero aquella espalda de carnero con la carne de buey salada; arrima a la lumbre el caldero con la carne de ternera y de cordero; coceremos el arroz en el anafe.

ABLIGURINO.—¿Y los pollos, qué?

APICIO.—Se cocerán en aquel puchero de cobre, revocado de estaño, para que la comida tenga mejor sabor, pero no tan aprisa; allá, a las nueve, sacarás los asadores y el sebo. Dejarás que este sollo juegue un poco en el agua y luego le sacarás las tripas.

ABLIGURINO.—¿Carne y pescado en una misma mesa?

APICIO.—Sí, a la moda alemana.

ABLIGURINO.—Pero los médicos no admiten esta promiscuación.

APICIO.—La Medicina no la admite; los médicos, sí. Yo pensaba que ese estúpido era no más que gramático, y por lo visto es médico también.

ABLIGURINO.—¿No tuviste nunca noticia de aquella cuestión, a saber: si en la ciudad son más los médicos o los tontos?

APICIO.—¿Quién te metió en la cocina siendo tan sabio?

ABLIGURINO.—Mi fortuna fea.

APICIO.—Antes bien, como está claro, tu pereza, flojedad, tu gula, tu glotonería y tu ánimo degenerado y raez; por eso andas descalzo, vestido a medias con un vestido andrajoso, que no te llega a cubrir las nalgas.

ABLIGURINO.—¿Por qué te metes tú con mi pobreza?

APICIO.—Yo no me meto con tu pobreza. Pero, vamos a lo que importa, no sea que digas más de lo que es menester. ¿No te bastan aún

estas órdenes que se te han dicho y recibido tantas veces? Pero nunca se os dice bastantemente. Dame mis justillos, porque quiero salir; vuelvo en seguida; dame el cucharón o cazo, que es la principal insignia de nuestro arte; éste es mi rayo; éste es mi tridente!

PISTILARIO.—Oye, tú, Abligurino: pon aquellas vasijas en el vasar y lava bien esta carne de buey y friégala en el lebrillo.

ABLIGURINO.—¿También mandas tú aquí, por ventura? Para un campamento basta un general y para una cocina ¿no bastará otro? Sólo tú; tú eres más ejecutivo y mandón que el maestro de cocina. En adelante ya no te llamaré Pistilario, sino aguijón agudo.

PISTILARIO.—O, mejor, llámame aguijaasnos. Corta, pues, tú a pedazos en el tajador esta carne de ternera. Ralla un poco de este queso para extenderlo sobre esta sopa.

ABLIGURINO. — ¿Cómo? ¿Con la mano?

PISTILARIO.—No, sino con el rallo. Echa aquí unas gotitas de aceite de la alcuza.

ABLIGURINO.—¿De esta aceitera, dices?

PISTILARIO.—Pon aquí el almirez.

ABLIGURINO.—¿Cuál de todo éstos?

PISTILARIO.—Aquel de metal, con la mano de lo mismo.

ABLIGURINO.—¿Para qué?

PISTILARIO.—Para majar este pe rejil.

ABLIGURINO.—Mejor será majarlo en el mortero de mármol con la mano de madera.

PISTILARIO.—Canta un poco por favor, como tuviste por costumbre.

ABLIGURINO.—«Yo no quiero ser César, andar recorriendo la Bretaña y padecer los hielos de la Escitia», porque no sean insípidas las acelgas de que almorzaban los Fabios. ¡Oh, cuántas veces el cocinero pedirá vino y catará pimienta!

PISTILARIO.—¿De los Fabios o de los Fabros?

ABLIGURINO.—Pregúntalo al maestro estevado, y por los Fabros llevarás un sonoro bofetón en la mejilla o en la boca.

PISTILARIO.—¿Así es de fiero el hombre?

ABLIGURINO.—Es un fornido valentón, ágil de manos; con la celeridad de sus manos compensa la lentitud de la lengua.

PISTILARIO.—Dame el jarro de cerveza, tengo seco el paladar, y la garganta, y las fauces.

ABLIGURINO.—«Y colgaba del asa ya gastada un cántaro pesado... La lechuga, que solía cerrar las cenas de nuestros abuelos, dime: ¿por qué ahora inaugura nuestros banquetes? Vengo hecho longaniza de una puerca de Lucania... La honrosa corona se da aquí a las puches de color de nieve...»

APICIO.—¿De dónde aprendiste a componer centones?

ABLIGURINO.—He servido poco ha en Calabria a un cierto maestro, poetastro él, quien muchas veces no me daba otra cena que una canción de cien versos que, según decía él, sabían a mieles. Yo hubiera preferido un cacho de pan y queso; agua había bastante en casa, y se nos permitía beber del pozo cuanta quisiéramos; cuando tras esta cena yo me iba a dormir, hambriento, en lugar de manjares rumiaba y digería aquellos versos y parecióme que el mejor expediente para aplacar aquella hambre canina era hacerme cocinero.

APICIO.—¿Qué servicios le prestabas?

ABLIGURINO.—Los que prestaba César a la república; yo era todo

para él; era su consejero, aun cuando jamás había menester consejo; era su secretario, por más que no tuviera secreto alguno ni aun secreta; yo le daba aguamanos, a pesar de que no se las lavaba nunca; yo guardaba su tesoro.

APICIO.—¿A qué tesoro te refieres?

ABLIGURINO.—Algunos papeles de coplas infames que comían las polillas y roían los ratones inmundos.

APICIO.—¿Qué ratones inmundos?

ABLIGURINO. — Ratones de gran sentido crítico que destruían con sus dientes los poemas perversos.

DIALOGO XV

EL COMEDOR DE CEREMONIA

TRICLINIUM

ARÍSTIPO y LURCO

ARÍSTIPO.—¿Por qué te levantas tan tarde y aun medio dormido?

LURCO.—Lo milagroso es que yo me haya despertado en todo el día, tanto fué lo que ayer comimos y bebimos.

ARÍSTIPO.—Antes, como se ve, devoraste, tragaste, te ahitaste de viandas y de vino; mas ¿dónde cargaste la barca?

LURCO.—En casa de Escopas, en un convite que dió.

ARÍSTIPO.—¿Por qué con mayor propiedad no le llamas *simposión* a la manera griega, en vez de convite (*convivium*) a la manera latina?

LURCO.—Un bocado empujaba a otro; picaban las salsas y los guisadillos y hostigaban mi estómago remiso y no dejaban causar el apetito.

ARÍSTIPO.—Cuéntamelo todo, como por su orden; porque con sólo oírlo contar yo me haga la ilusión de ser un comensal más que con vosotros come y bebe; como aquel que en el mesón de España se comió dos grandes panes al olor de una perdiz asada, cuyo olor le hacía las veces de companage.

LURCO.—¿Quién es capaz de contarlo todo? Mayor empresa es que haberlo comprado, o haberlo aderezado o, lo que es más, haberlo comido.

ARÍSTIPO.—Sentémonos a la sombra de este saucedal, orilla de este riachuelo; y puesto caso que estamos ociosos, en lugar de hablar de otras cosas hablaremos de ésta; la hierba nos servirá de almohada; arrímate a aquel olmo.

LURCO.—¿Sentados en la hierba no nos dañará la humedad?

ARÍSTIPO.—Pero ¿qué? ¿Estás loco? ¿Humedad dices y comienza la canícula?

LURCO.—Antes tenía reparo; pero ahora tengo comezón de contarte más de lo que pides; preguntábasme no más que del convite; pero sabrás del anfitrión y del comedor; me suplicabas que hablase y ahora voy a conseguir que de aquí a poco me supliques que calle, que me lo impongas, que me lo mandes, como el flautista de Arabia, que tañe por

un óbolo y no calla por menos de tres.

ARÍSTIPO.—Tú di cuanto quisieras, que no me molestarás; puesto que nos sentamos en lugar umbroso y ayudará a tu charla o la concertará a su compás, como aquel esclavo que tañía la flauta a Cayo Graco, acompañando su discurso.

LURCO.—¿Qué es eso que me dices de Graco?

ARÍSTIPO.—Cuando tú acabares de contar, yo te contaré de los Gracos, de los Gráculos y de los Gréculos.

LURCO.—Casualmente nos paseábamos, atravesando el mercado yo y Trasíbulo, luego de haber conseguido un poquitín más de asueto del que acostumbramos; se juntó con nosotros Escopas. Este, después de los primeros saludos y del agradable encuentro, empezó a pretender con gran empeño que al día siguiente, que fué ayer, comiésemos en su casa. Comenzamos a excusarnos uno tras otro, cada cual con sus propias razones; yo alegué un emplazamiento que me podía parar perjuicio por ser el alcalde hombre en extremo irritable. Pero él, para demostrar su esplendidez, como si se tratara una causa de pena capital, comenzó una atildada arenga: ¿Para qué decir más? Aceptamos la invitación, porque no continuase importunándonos.

ARÍSTIPO.—¿Sabes cuál fué el pretexto del banquete?

LURCO.—Dime cuál fué.

ARÍSTIPO. — El, ciertamente, es hombre pudiente; abastado de plata, de vestidos, de alhajas; pero, así y todo, había comprado tres copas de plata sobredoradas y seis tazas; hubiera tirado su dinero si no convidara a algunos para deslumbrarles con la adquisición; fuera de que él está persuadido que ésa es la misión señalada a las riquezas y tiene una mujer que le incita al derroche que él dora y cohonesta con el nombre de esplendidez.

LURCO.—Ayer, pues, a eso del mediodía, nos reunimos en su comedor de ceremonia.

ARÍSTIPO.—¿Qué tal era el comedor?

LURCO.—Descubierto, bañado en una fresca penumbra; todo bien presto, aderezado, aliñado; nada faltaba para la distinción, para el lucimiento y el regalo. Ya en el momento mismo de entrar, recreáronse los ojos y el espíritu de todos con aquella vista hermosísima y amenísima. Había un aparador lleno de buenos vasos de toda calidad: de oro, de plata, de cristal, de vidrio, de marfil y de la clase que se llaman murrinos; otros había de materia más baja: de estaño, de cuerno, de hueso, de boj, de barro, en los cuales el arte primoroso recomendaba la vileza de la materia, pues había muchas cosas esculpidas de talla, relieve, todos pulidos, limpios, cuyo resplandor casi deslumbraba. Allí vieras dos grandes aguamaniles de plata, con sus bordes dorados o, digamos, su ombligo era de oro, con sus armas. Cada aguamanil tenía su jarro, cuyo pico era dorado; había otro jarro de vidrio, con el caño dorado, con una fuente de barro de obra de Málaga, lindamente embarnizado. Había garrafas de todo género; dos de plata, para el vino más ilustre.

ARÍSTIPO.—Yo, para mi uso personal, prefiero botellas de vidrio o también de barro, de las que se llaman de piedra.

LURCO.—¿Qué le vamos a hacer? Así es el natural de los hombres. En esto no se atiende tanto a la comodidad como a la opinión, para que se les tenga por ricos.

ARÍSTIPO.—Este linaje de ricos

hartas veces parece a los otros que lo son en realidad; mas a sí mismos ellos se antojan pobres; por eso no terminan nunca de hacer alarde de lo que tienen y de meterlo en los ojos, en especial aquellos que no tienen otra buena arte en que confiar. Empero, sigue diciendo.

LURCO.—El sobrehaz del aparador estaba cubierto con un tapete avellanado, traído de Turquía; había dos pequeñas mesas separadas del aparador con tajadores de plata, cuadrados y redondos, para trinchar; para cada uno había su salero chiquitín, cuchillo, pan y servilleta. Bajo el aparador, había una cantimplora y grandes botellas de vino. Además, diferentes asientos, sillas de dos y prevenida para la dueña de la casa una silla plegable, obra de ver, con una almohada de seda y con su tarima.

ARÍSTIPO.—Pon la mesa, por fin, y extiende los manteles, porque mis intestinos rugen de hambre.

LURCO.—Había una mesa redonda para comer, grande, con primorosa labor de taracea a la antigua, que perteneció a un príncipe.

ARÍSTIPO.—¡Salve, mesa antigua! ¡De cuán diferente dueño soportas el señorío!

LURCO.—La compró en una almoneda y la pagó a precio harto elevado no más que por haber pertenecido a aquel príncipe y por decorarse él con alguna cosa principesca. Nos dan agua para lavar las manos; cada cual se negaba enérgicamente a ser el primero, y nos invitábamos mutuamente cediendo aquel honor el uno al otro.

ARÍSTIPO.—La misma porfía se repitió al momento de sentarnos, por hacerse cada uno inferior al otro, alabándole con una cortesía llena de arrogancia, siendo así que cada uno se tenía por mejor que todos los otros.

LURCO.—Pero el dueño, por su autoridad, distribuyó los puestos; un muchacho bendijo la mesa en un santiamén con una fórmula que no carecía de ritmo: «Lo que está puesto y se pondrá, Cristo bendecir se dignará.» Despliega su servilleta cada cual y la echa sobre el hombro izquierdo; después, con el cuchillo, limpia el pan si ve que no lo limpió bastante el que sirve la mesa; porque lo habían puesto sin corteza.

ARÍSTIPO.—¿Estabais sentados cómodamente?

LURCO.—Como nunca.

ARÍSTIPO.—No pudisteis comer mal, porque harto sé que las demás cosas se os servirían con abundancia, si es que las hubo en el mercado.

LURCO.—Nunca dijiste mayor verdad y la misma abundancia daña. Estaba presente el que servía a la mesa componiendo los cuchillos y tenedores; entra con gran pompa el refitolero, con un grande escuadrón de niños y otros mozuelos que ya no crecían más, que sacaban los platos del primer servicio.

DIALOGO XVI

EL CONVITE

(CONVIVIUM)

ESCOPAS, SIMÓNIDES, CRITO, DEMÓCRITO, POLEMÓN y MUCHACHO.

ESCOPAS.—¿Qué se hizo, Simónides?

CRITO.—Dijo que vendría al instante, así que hubiera hablado con un deudor suyo en la plaza.

ESCOPAS.—Está bien; más fácilmente se despegará del deudor que del acreedor.

CRITO.—Y esto, ¿por qué?

ESCOPAS.—Porque pasa como en una guerra victoriosa, en la que el vencedor da la ley, no el vencido. Del deudor podrá desembarazarse cuando quiera; del acreedor se zafará cuando querrá éste. Mas ¿os reunisteis todos, según quedó convenido, dejando la seriedad en casa, trayendo con vosotros la alegría, la jovialidad, los donaires, las gracias?

CRITO.—Yo al menos lo espero así, y seremos, como M. Varrón dice, hombres de buen humor.

ESCOPAS.—Lo demás quede a mi cuidado.

CRITO.—Ahí tienes a Simónides.

ESCOPAS.—¡Bien venido!

SIMÓNIDES.—¡Bien hallado!

ESCOPAS.—Deseadísimo.

SIMÓNIDES.—Me porté como un villano; estaba convidado a comer, no a ser esperado. Pero decidme: ¿Os hice esperar mucho?

ESCOPAS.—No mucho.

SIMÓNIDES.—¿Por qué no os poníais a comer sin mí? ¿Hubieseis al menos comenzado por la fruta, que a mí no me agrada con exceso?

ESCOPAS.—Muy amable. ¿No estando tú, habíamos de sentarnos a la mesa?

CRITO.—Basta de cumplimientos: manos a la obra. Excelente pan y muy poroso; no tiene más peso que una esponja. Es trigo candeal, de harina bien cernida; tenéis un hábil molinero.

ESCOPAS.—Roscio es quien cuida del molino.

SIMÓNIDES.—¿Nunca le ponéis a la tahona?

ESCOPAS.—¡Oh, no! ¿A criado tan honrado?

DEMÓCRITO.—Tráeme pan integral.

SIMÓNIDES.—Y a mí, pan de centeno.

ESCOPAS.—¿Por qué ese pan?

SIMÓNIDES.—Porque oí decir, y lo tengo experimentado, que como menos cuando el pan no es sabroso.

ESCOPAS.—Oye, muchacho: tráele pan plebeyo y negro, si así lo quiere; de esta manera banquetearemos más a gusto si cada uno tomare lo que le apeteciere más.

POLEMÓN.—Ese pan que tú tanto alabas es liviano y con mucha agua: lo prefiero más denso.

CRITO.—A mí no me descontenta el pan ligero, siempre que no esté mal cocho; mas éste, todavía levanta ampollas, cosa que suelen hacer los cocidos al rescoldo, siendo así, como harto se ve, que está cocido en el horno.

POLEMÓN.—Este pan común es

granzoso, avinagrado; dirás que es de centeno.

ESCOPAS.—Así acostumbraron nuestros labradores meter primero en la casa de campo las granzas en el trigo que aquí traen, y mezclarlo con muchas clases de semillas; ese sabor es de la demasiada levadura.

POLEMÓN.—No hay ralea de hombres más tramposa que ésa; no hacen mal, sino cuando no saben cómo hacerlo.

CRITO.—Este pan no fermentó bastantemente.

DEMÓCRITO.—Imagínate hoy que eres judío de los que comían el pan ázimo por mandato de Dios.

CRITO.—Y ello ciertamente, porque eran un pésimo linaje de hombres; así como se les vedó la carne de puerco, que no hay cosa más agradable al paladar ni más saludable si la comes con moderación. Y la verdad es que se les impuso comer pan sin levadura con achicorias, que son amargas en extremo.

POLEMÓN.—Todas estas prescripciones tienen un sentido más alto; respetémoslas y dejémoslas.

ESCOPAS.—Y dejemos también la disputa acerca del pan. Si acerca de los manjares hubiere porfía, grande será la discordia durante todo el banquete.

CRITO.—Pasará puntualmente lo que dice Horacio: «Me parece ver a tres convidados con gustos diferentes y que cada cual, para su sabor, pide manjares muy distintos.»

ESCOPAS.—Pon en la mesa aquellos platos y aquellas fruteras con las cerezas, y las ciruelas, y las granadas, y priscos y alboricoques.

POLEMÓN.—¿Por qué dijo M. Varrón que los convidados no deben exceder el número de las Musas, si no consta exactamente cuántas eran? Unos cuentan tres; otros, seis; otros, nueve.

CRITO.—Varrón lo dijo dando por descontado que eran nueve, y así estaba admitido comúnmente. De aquí se originó aquel donaire de Diógenes contra un maestro de escuela que tenía pocos discípulos, pero tenía en su escuela pintadas las Musas: «Ese maestro—dijo—con las Musas tiene hartos discípulos.»

DEMÓCRITO.—¿Pero acaso es histórico el hecho de que los persas introdujeron en Grecia el prisco que entre ellos era mortal, para su perdición, pues tenían guerra con ella?

CRITO.—Así me lo han contado.

DEMÓCRITO.—Admirable es la variedad en la calidad de las tierras.

CRITO.—«La India envía el marfil —dice Virgilio—y los muelles sabeos envían sus inciensos.» ¡Hola, melocotones!

SIMÓNIDES.—Nueva clase de injerto, desconocido de los antiguos, danos aquel plato grande con brevas de cuero recio, que son tempranas como sabéis.

ESCOPAS.—Basta ya de frutas; hartémonos de otras cosas más saludables para el cuerpo.

CRITO.—¿Qué cosa más saludable que la fruta?

ESCOPAS.—Ninguna; si saludable y sabroso son lo mismo, como en el sueño de mediodía.

CRITO.—Yo les perdono la nocividad por el buen sabor.

ESCOPAS.—¿No te acuerdas del verso de Catón?: «Pocas cosas se deben al regalo; muchas, a la salud.» Dad a cada uno una escudilla con brodio de carne para que lo tome a sorbos. Esta degustación calentará el estómago y lo lavará con suavidad para lubricar el vientre.

SIMÓNIDES.—Sinceramente te agradezco, muchacho, esta carne salada de puerco que me serviste; ¡oh, qué sabroso pernil! Es de puerco castrado. Si me quieres oír, devuelve

por ahora al cocinero aquellas berzas con saín, o guárdalas para el invierno. Córtame un bocado o dos de aquella salchicha para beber con más gusto la primera copa.

CRITO.—Sigamos el consejo de los médicos, que nos avisan que a la carne de puerco añadamos vino; muchacho, escancia vino.

ESCOPAS.—Síguese el acto de la comedia, la principal por ventura de este tiempo. Reparad el aparato de este acto: en primer lugar, el copero que cuida del aparador sacó unos vasos de vidrio cristalino con vino blanco muy puro; su vista te dirá que es agua. Es de San Martín y parte de él es del Rin, puro, no calabriado, como es costumbre en Bélgica, sino como se bebe en el riñón de Alemania. El botellero ha destapado hoy dos tinajas: una, de vino clarete del territorio de París; otra, del vino rojo de Burdeos. Tenéis prevenidos otros en el frasco para refrescar; del pardo de Aquitania y del tinto de Sagunto; pida cada uno según las preferencias de su paladar.

CRITO.—¿Qué nueva más alegre se puede dar? Como no hay cosa más recia que morir de sed. Yo prefiriera que nos hubieseis preparado agua muy buena. Esta nueva del agua yo la albriciara más que la nueva del vino.

ESCOPAS.—Agua no faltará.

SIMÓNIDES.—Poco tiempo ha, estando yo en Roma, bebí en casa de cierto eminentísimo cardenal ilustrísimos vinos de toda suerte de sabores—porque yo era muy amigo del que cuidaba de la bodega—: vino dulce, picante, blando, suave, rasposo.

DEMÓCRITO.—A mí me gusta el vino dulce que sabe a mosto.

POLEMÓN.—También gustan de él casi todas las mujeres de Flandes.

SIMÓNIDES.—En algunos lugarejos de Francia se sirve la lía del vino; gústales extraordinariamente el segundo y el tercer vino, pero más son vinillos que vinos. Por otra parte, el vino de Francia, sea el que fuere, no sufre ni el agua ni los años; así que poco tiempo después de trasegado, se bebe, puesto que, pasado el año, se pierde y se hace dudoso; también se va y se aceda muy de prisa, y si dura un poco más se llena de moho y pierde su brío. En cambio, el vino de España y el de Italia se mantiene firme y soporta el agua y la edad.

DEMÓCRITO.—¿Qué es eso de que el vino se va? Ciérrense las cubas como es debido; ciérrese la bodega; ciérrese la casa, si fuere menester.

POLEMÓN.—Así como decimos comúnmente que también se van las manzanas que no resisten al tiempo y no se guardan. Contrario de este vino es el vino que dura.

DEMÓCRITO.—Echame primeramente agua hasta medio vaso; sobre el agua echarás vino, según costumbre antigua.

CRITO.—Y aun hoy día es costumbre de muchas naciones. Los franceses y los alemanes hacen lo contrario.

DEMÓCRITO.—Las naciones que quieren beber agua avinada, añaden vino al agua; las que quieren beber vino aguado, echan agua al vino.

CRITO.—Y las que no echan agua al vino, ¿qué beben?

DEMÓCRITO.—Vino puro, limpio, sin mezcla.

CRITO.—Efectivamente, si previamente no fué aguado por el tabernero.

POLEMÓN.—A eso le llaman *bautizar* el vino para *cristianarlo;* esta era en mi tiempo la elegancia filosófica.

DEMÓCRITO.—Ellos cristianizan el

vino y a sí mismos se descristianizan.

POLEMÓN.—Peor que ellos hacen los que echan cal, azufre, miel, alumbre y otras cosas más sucias de decirse; mezcla sumamente perniciosa para el cuerpo; esos tales deberían ser objeto de público castigo, como los ladrones y los sicarios; de ahí provienen increíbles géneros de enfermedades y, en especial, la artritis.

CRITO.—Esto lo hacen de acuerdo con los médicos, para aumentar unos y otros su hacienda.

DEMÓCRITO.—Me brindas la copa rebosante; váciala un poco, por favor, para que haya cabida para echar un poco de agua.

CRITO.—Echa para mí en aquel vaso de color castaño. ¿Qué figura es ésa?

ESCOPAS.—Un coco de Indias muy grande, con los bordes guarnecidos de plata. ¿Quieres, por ventura, que yo escancie en aquel jarro de ébano que dicen que es muy saludable? No eches tanta agua. ¿No sabes el viejo axioma: «Echas a perder el vino con el agua que le echas»?

DEMÓCRITO.—O, mejor, echas a perder ambas cosas, el agua y el vino.

POLEMÓN.—Prefiero perder ambas cosas, que no que me pierda a mí alguna de ellas.

ESCOPAS.—¿Os apetece beber a la manera griega con aquellas páteras y aquellas copas de mayor capacidad?

CRITO.—De ninguna manera; nos recordabas poco ha el añejo proverbio; yo, a mi vez, te recuerdo el precepto de San Pablo: «No queráis embriagaros de vino, donde está la lujuria»; y aquel otro del Divino Salvador: «Cuidad que no se graven vuestros corazones con la crápula y la embriaguez.» ¿De dónde es esta agua tan fresca, tan linda y tan transparente?

ESCOPAS.—De la fuente que está ahí cerca.

CRITO.—Para aguar el vino, más quiero que sea de cisterna, siempre que esté limpia.

DEMÓCRITO.—¿Y qué, si es de pozo?

CRITO.—Está más indicada para lavar que para beber.

POLEMÓN.—Muchos recomiendan la de río.

CRITO.—Así es si los ríos discurren por venas de oro, como casi todos los de España, y si es limpia y sesga la corriente.

SIMÓNIDES.—A mí, en aquel vaso de barro de Samos, tráeme un poco de cerveza, que para refrescar el cuerpo, con estas calores, creo que es lo mejor.

ESCOPAS.—¿Qué cerveza es la que quieres?

SIMÓNIDES.—La más floja, porque las otras engrasan el espíritu y engordan el cuerpo.

POLEMÓN.—A mí dame cerveza también, pero en aquel vaso redondo.

ESCOPAS.—Corre a la cocina; ¿qué hacen allí pasmados? ¿Por qué no sacan otro plato? ¿No ves que ninguno de aquí toma? Sirve los pollos guisados con lechugas, borraja y escarola; sirve la carne de carnero y la de ternera.

CRITO.—Añade también en las escudillas un poco de mostaza o de perejil.

DEMÓCRITO.—Cosa picante parece ser la mostaza.

CRITO.—No conviene en absoluto a los biliosos: con todo, a los que abundan de humores crasos y fríos, no les es inútil.

POLEMÓN.—Por eso, cuerdamente, los pueblos norteños hacen de ella mucho gasto, en especial en las co-

midas crasas e indigestas, como son las carnes de buey y toda conserva de salazón.

ESCOPAS.—Pienso que en este lugar vendrán a buen tiempo las puches y los ordiates, el manjar blanco, la sémola, el almidón, el arroz, los fideos; coma cada cual lo que más le apeteciere.

DEMÓCRITO.—Yo he conocido a quienes les repugnaban fuertemente los fideos porque se habían persuadido que fueron recogidos de la tierra o del cieno y que algún tiempo habían tenido vida.

CRITO.—Temían, sin duda, que no reviviesen en su vientre. Dicen que el arroz nace en el agua y muere en el vino; échame vino.

DEMÓCRITO.—No bebas inmediatamente después de la comida caliente; interpón alguna cosa fresca y sólida.

CRITO.—¿Qué?

DEMÓCRITO.—Una corteza de pan o un bocado o dos de carne.

SIMÓNIDES.—¡Ah! ¿Pescado y carne en una misma comida? El mar se mezcla con la tierra; eso lo prohiben los médicos.

ESCOPAS.—Al revés; los médicos lo aprueban.

SIMÓNIDES.—Porque debe de convenirles.

ESCOPAS.—¿Por qué lo prohiben los médicos?

SIMÓNIDES.—Me equivoqué; debí decir que lo prohibía la Medicina, no los médicos. Pero ¿qué pescados son ésos?

ESCOPAS.—Ponlos por orden: primeramente aquel lobo asado con vinagre y alcaparras; luego, aquellos rodaballos hervidos con caldo de romaza aguda, los lenguados fritos, el sollo fresco y aquel múgil; guarda para ti el sollo cecial, el atún asado fresco y el atún de salmuera, las ménolas frescas, fritas, las empanadas de salmonetes, las lampreas, las truchas aderezadas con muchas especias, los gobios fritos, los camarones, los cangrejos hervidos. Mezcla las escudillas de alioli, pimienta y oruga.

SIMÓNIDES.—Yo hablaré de los peces; pero no los cataré.

CRITO.—Si el humanista empieza a mover controversia de los peces, es decir, de un tema muy incierto y muy controvertido, comenzad a hacernos las camas; aquí tendremos que dormir.

ESCOPAS.—Ninguno se digna hincarles el diente; retira eso.

SIMÓNIDES.—Pues en Roma, antiguamente, los banquetes más opíparos y como ellos los llamaban, suntuosos, se componían de pescados.

CRITO.—Así cambiaron los tiempos, si bien esta costumbre todavía dura en algunos.

ESCOPAS.—Traed todos los asados: pollos, perdices, tordos, ánades, lavancos, pichones, conejos, liebres, ternera y cabrito y las salsas o mojatorios: vinagre, agraz, salsa de vinagre, aceitunas adobadas de Mallorca, aliñadas y puestas en salmuera.

DEMÓCRITO.—¿No las hay de Andalucía?

ESCOPAS.—Son de sabor más exquisito las de Mallorca.

CRITO.—¿Qué se hará de aquellos grandes animales, ganso, cisne, pavón?

ESCOPAS.—Enséñalos no más y vuélvelos a la cocina.

POLEMÓN.—¡Hola, el pavón! ¿Dónde está Quinto Hortensio, cuyo manjar favorito era el pavón?

SIMÓNIDES.—Quita la carne de cordero.

ESCOPAS.—¿Por qué la he de quitar?

SIMÓNIDES.—Porque es malsana;

dicen que sale de la misma manera que entró.

CRITO.—Yo vi a uno que con la voracidad de un avestruz se tragaba los huesos de las aceitunas.

ESCOPAS.—¿De qué carne son estos pasteles?

CRITO.—Este es de carne de venado.

ESCOPAS.—Este es de carne de gamo; aquél pienso que será de carne de jabalí.

CRITO.—Yo prefiero el condimento a las carnes.

SIMÓNIDES.—Así es, en efecto; pues la sazón hace muy sabrosas las cosas desabridas.

CRITO.—Y la sazón de toda la vida, ¿cuál es?

DEMÓCRITO.—La igualdad de ánimo.

CRITO.—Yo diré que otra cosa más grande y más augusta.

DEMÓCRITO.—¿Qué cosa puede haber mejor que la que yo dije?

CRITO.—La piedad, que comprende asimismo la igualdad de ánimo y que para los trances duros y los fáciles y los medianos es la sazón más indicada y sabrosa.

ESCOPAS.—Escancia en aquella copa vino blanco de España y da una vuelta por los convidados.

DEMÓCRITO.—¿Qué quiéres hacer? ¿A los postres nos sirves vino fuerte y generoso? En adelante tendremos que beber vino más aguado, si no queremos comprometer nuestra salud.

SIMÓNIDES.—Me parece que es buen aviso éste; lo postrero del banquete deben ser las cosas frías, las cuales, con su peso, hagan bajar la comida a la parte inferior del vientre y presionen los vapores que se suben a la cabeza.

ESCOPAS.—Quita esto; retira los tajadores; saca los postres, porque no hay nadie ya que alargue la mano a las viandas.

CRITO.—Con tal apetito devoré en el comienzo del banquete, que luego perdí el apetito.

DEMÓCRITO.—Y yo también, no ya con gana, sino con ímpetu me abalanzo sobre los primeros platos y me harto con ellos.

POLEMÓN.—Yo no sé qué comí del pescado; esto embotó mi gusto por completo.

SIMÓNIDES.—¿Tan grande abundancia de postres y de confituras cuando ya no hay apetencia? Peras, manzanas, queso vario; pero el que más complace mi paladar es el queso de yegua.

CRITO.—No creo que ése sea de yegua, sino frigio, de leche de burra, cual lo traen de Sicilia en forma cónica y cuadrada, que, al rompérsela, se deshace en rajas tenues.

DEMÓCRITO.—Este queso, aunque sea de Bretaña, es esponjoso; a mi parecer, no va a gustaros.

CRITO.—Ni tampoco este de Holanda, lleno de ojos. Este de Parma es compacto, y es fresco, según se ve; y aquel de Peñafiel podrá muy bien competir con el de Parma.

DEMÓCRITO.—No es de Parma, sino de Plasencia.

CRITO.—Así es, si os place; para el vulgo de los alemanes el más sabroso es el queso viejo, podrido, refregado, gusamiento.

SIMÓNIDES.—Quien come tal queso, caza la sed y come para beber.

ESCOPAS.—Mucho tarda el pastelero, no trayendo las rosquillas y los hojaldres cocidos en barro y los buñuelos, luego de haber echado en el caldero un poco de aceite hirviendo y derramado miel encima.

CRITO.—Dame algunos dátiles, para comer y para guardar; por ventura esta noche no comeré nada más.

ESCOPAS.—Toma, pues, este racimo entero; ¿quieres granadas también?

POLEMÓN.—Oye, mozo: móndanos este palmito y danos lo que es bueno para comer.

ESCOPAS.—Os aviso que bebáis; ya sabéis que es opinión de Aristóteles que los postres dulces se inventaron porque nos incitasen a beber, a fin de que la digestión no se haga en seco.

CRITO.—Sin duda, su inventor no pudo menos de ser marinero o pez, pues tanto temía la sequedad.

ESCOPAS.—Trae aquellas cosas que suelen llamarse sello del estómago, tras de lo cual ya no se ha de comer ni beber: bizcochos, carne de membrillo, gragea; mas, esto se ha de mascar, no tragar, y lo que quede después de mascado, se ha de escupir. Recoge los pedazos y relieves en los canastillos; trae aguas aromatizadas de rosa, de azahar, de mosqueta.

POLEMÓN.—Demos gracias a Cristo.

MUCHACHO.—Dámoste gracias, ¡oh Padre!, que tal muchedumbre de cosas criaste para el uso del hombre; concédenos que por tu favor lleguemos a la cena de tu bienaventuranza.

POLEMÓN.—Demos ahora las gracias al señor de la casa.

CRITO.—Dáselas tú.

POLEMÓN.—O, mejor, déselas Demócrito, que es muy sabido en estas cosas.

DEMÓCRITO.—No podría darte las gracias que mereces en el presente estado de la República, pues harto ves que Baco lo revolvió todo; pero te repetiré las que Diógenes dió a Dionisio, pues me las aprendí de coro: *Perdonarás la memoria que falla y la lengua balbuciente, después de tanta bebida.*

ESCOPAS.—Di todo lo que se antojare; quedará escrito en vino.

DEMÓCRITO.—Te has cansado a ti mismo, ¡oh Escopas!, a tu mujer, a tus criados, vecinos, cocineros, pasteleros, para cansarnos más a nosotros con tu comida y con tu bebida. Muy sabio fué Sócrates, quien entrado en una plaza muy bien proveído, exclamó: «¡Oh dioses inmortales!, de cuántas cosas no tengo necesidad.» Tú, al revés de Sócrates, pudieras decir: «¿Qué mucho son todas esas cosas en comparación de las que yo he menester?» La Naturaleza gusta de lo módico y con ello se sustenta y se mantiene: tanta abundancia, tanta variedad, la abruman. Con razón dice Plinio: «La variedad de manjares para el hombre es pura peste, y peste mayor la de los aliños y adobos.» De aquí traemos a nuestra casa pesados nuestros cuerpos, traemos las almas agobiadas y sepultadas en manjares y en bebidas, por manera que no podemos desempeñar ninguna función humana. Juzga tú mismo de qué gracias te somos deudores.

ESCOPAS.—¿Estas son las gracias que me dais? ¿Así me agradecéis banquete tan opíparo?

POLEMÓN.—Así te lo agradecemos: ¿qué correspondencia mejor que la de hacerte más cuerdo? Tú nos envías a casa hechos unos brutos y nosotros, en tu propia casa, te queremos dejar hombre, porque sepas mirar por tu salud y por la ajena y vivir según los deseos de la Naturaleza y no según las estragadas opiniones de la necedad. Ten salud y ten cordura.

DIALOGO XVII

LA EMBRIAGUEZ

(EBRIETAS)

ASOTO, TRICONGIO, ABSTEMIO Y GLAUCIA.

ASOTO.—¿Qué dices tú, Tricongio? ¡Con cuánta esplendidez nos acogió ayer aquel Brabanto!

TRICONGIO.—¡Mal haya él! No pude descansar en toda la noche. Vomité (¡perdonen vuestros oídos!); me revolví nerviosamente por toda la cama, ora por un lado, ora por otro; parecíame que iba a echar los bofes; y ahora, por dolor de cabeza, no puedo servirme ni de mis ojos ni de mis oídos. Me parece que llevo encima de mi cabeza una muy pesada plancha de plomo.

ABSTEMIO.—Cíñete la frente y las sienes con una faja bien apretada y parecerás un rey.

TRICONGIO.—O mejor, me pareceré a Baco, de quien aprendieron los reyes a tocarse con la diadema.

ASOTO.—Retírate a tu casa y duerme la borrachera.

TRICONGIO.—¿A casa? De nada huyo tanto ni a nada tengo tanta aversión como a mi casa y a mi mujer, que siempre grita; si ella me viera así, me iba a echar unas homilías más largas que el Crisóstomo.

ABSTEMIO.—¿Y a esto llamas tú ser tratado con esplendidez?

GLAUCIA.—Así es, en efecto, porque lavaron debidamente la garganta.

ABSTEMIO.—Pero ¿y las manos?

GLAUCIA.—Ni siquiera una vez.

ASOTO.—¿Qué dices? Muchas veces con vino y leche, cuando unos metíamos las manos en las copas de los otros.

GLAUCIA.—¿Qué cosa se pueda decir más limpia? Y aun los dedos empringados y enviscados de salsas.

ABSTEMIO.—¡Cállate, por Dios! ¿Quién podrá oír sin asco una cosa tan repugnante? Cuánto menos verla o catar ese vino o degustar esa leche.

ASOTO.—¡Válgame Dios! ¿Tan melindroso eres, Abstemio, que ni siquiera puedes catarlas con los oídos? ¿Qué harías con el paladar, como nosotros? Pero, oye tú, Tricongio, dulce compañero de bebida: enviemos a algún muchacho que en aquella garrafa de barro nos traiga del mismo vino. No hay trinca más probada para ese veneno.

TRICONGIO.—¿Está eso averiguado?

ASOTO.—¿Por qué no lo ha de estar? Acuérdate de los versos que canta Colax: «Para curar la mordedura del perro que mordió de noche, aplícale pelos del mismo perro mordedor.»

GLAUCIA.—Cuéntame, por favor, lo del convite.

ABSTEMIO.—No lo cuentes, si no me quieres remover todo cuanto tengo en el estómago, y aun las mismas tripas.

GLAUCIA.—Vete, pues, un instante de aquí.

ASOTO.—Yo lo contaré con la delicadeza posible, sin previa súplica de perdón.

GLAUCIA.—Comienza ya; presta atención, Abstemio.

ASOTO.—Lo primero de todo, mi querido Glaucia, ten esto de mí: no hay linaje alguno de hombres que pueda compararse con el jovial y generoso banqueteador. Algunos alardean de variada erudición, esto es, de puras bagatelas; otros, se jactan de la experiencia y de la prudencia acarreada por el uso; y todo eso ¿para qué? Los hay ciertamente quienes poseen riquezas; pero no se aventuran a gastarlas. ¡Ruines! ¿De qué les sirve tenerlas guardadas? En cambio, el convidador rumboso en dondequiera hace bien, en cualquier parte es agradable; su solo aspecto alegra la tristeza del ánimo y la destierra si se lo roe alguna cuita, con el recuerdo del banquete o con su esperanza o con su expectación; todas las restantes cosas que se llaman bienes morales yo no los veo y son baldíos y sin provecho.

ABSTEMIO.—Dime, Asoto: ¿quién es el autor de sentencia tan cuerda?

ASOTO.—Yo y todos mis semejantes; esto es, la mayor parte de los belgas, desde el Sena hasta el Rin. Solamente disienten entre nosotros ciertos homúnculos, o miserables o tacaños que envidian a Abstemio su apellido y quieren que se les llame templados y abstinentes; y también algunos que, recargados de gran opinión de sabiduría, esto es, la mayor y más principal parte de los hombres nos reímos.

ABSTEMIO.—¿Qué es lo que oigo?

GLAUCIA.—En este punto, Asoto no se engaña, aunque sea borracho; porque en ninguna parte la erudición es tan poco apreciada como en Bélgica; piensan que un hombre de señalada erudición no es más que un tejedor o un zapatero.

ABSTEMIO.—Con todo, son muchos los que aquí estudian, y con provecho no desdeñable.

GLAUCIA.—Los padres traen a sus hijos pequeños a la escuela, como a un oficio manual con que después se granjeen la comida. Y aun los mismos estudiantes, es cosa increíble cuán poca estima hacen de sus maestros, cuán poco respeto les tienen y qué pagas tan ruines les dan, de modo que a los doctores renombrados y de primera clase, apenas les alcanza para comer.

ABSTEMIO.—Esta cuestión es ajena al punto que tratábamos; volvamos al convite.

ASOTO.—Más quiero oír esto; y dejemos ya por fin esas conversaciones de estudiantes que no reportan, en efecto, utilidad ninguna. Yo no sé lo que vosotros, los italianos, pensáis de la erudición; a mí esta cosa no solamente me parece inútil, sino también dañosa.

ABSTEMIO.—Esto mismo que a ti, le parece al buey y al cerdo; y a nosotros también nos lo parecería si no tuviéramos más caletre que tú.

ASOTO.—Eso es el cuento de nunca acabar; así, que oye ya. Lo primero de todo nos sentamos a la mesa serios y cariacontecidos; bendíjose la mesa; silencio absoluto y profunda quietud; empezamos a sacar el cuchillo, cada cual el suyo; teníamos aspecto no de convidados, sino de violentados, de suerte que dijeras que lo hacíamos a la fuerza; y a decir verdad, lo hacíamos con harta flema; todavía no se habían calentado los cascos con el vino libre; cada cual acomoda su servilleta al hombro, algunos también al pecho; otros extienden parte de los manteles sobre el regazo: toma pan, lo mira, lo vuelve, lo limpia, le quita la corteza si tenía algún carbón o ceniza y todo esto con una pausa parsimoniosa. Algunos comenzaron la cena por la bebida; otros, antes de beber tomaron un poco de ensa-

lada y de carne de buey salpresa para acuciar el paladar dormido y sacarle de su pereza y languidez. El primer vaso fué de cerveza, para asentar sobre cimiento fresco el ardor del vino. Servido fué aquel sagrado licor, primeramente en vasos estrechos y chicos, que más irritaban la sed que la apagaban. El dueño, hombre jovialísimo, como en toda esa comarca no hay ninguno, a mi ver, que se le pueda comparar, lo cual sea dicho sin injuria de nadie, ordena que se saquen copas capacísimas y comenzó a beberse, a la moda griega, como decía un filohelenista, que en otro tiempo había estudiado en Lovaina. En aquel momento comenzamos a hablar y a caldearnos; todo era hilaridad y risa descomedida. ¡Oh cenas y noches de dioses! Brindamos los unos a la salud de los otros y nos correspondíamos con toda equidad. Era pecado defraudar al compañero, especialmente en tal ocasión.

ABSTEMIO.—Y con toda razón, cuando se trata no de la copa del vino, sino de la sensatez y la cordura, cosas principales en el hombre. Mas, para que los dos hablemos de cena tan alegre y tan regocijada, antes he de preguntarte si estás borracho.

ASOTO.—No, no lo estoy, y fácil es comprobarlo por la coherencia de mi relación; pues, caso que lo estuviera ¿piensas que yo hubiera podido referir todo esto con tanto orden y puntualidad?

ABSTEMIO.—Está bien; porque de no ser así, según el dicho del Cómico, litigaría con un ausente. Y dime: ¿por qué en este país no edificáis algún templo a Baco, inventor de ese licor celestial?

ASOTO.—Eso es cosa vuestra, que tenéis en Roma la iglesia de San Sergio y San Baco; a nosotros nos basta con sacrificarle copiosamente todos los días. Y, por ventura, le erigiríamos el templo si existiera constancia firme de que él fué, en realidad, el inventor. Oí acerca de este punto disputar y discrepar entre algunos eruditos. Los hay que opinan que Noé fué el primero en beber vino y en embriagarse.

ABSTEMIO.—Dejemos esto, dime: ¿qué vino bebíais?

ASOTO.—¿Qué nos importa a nosotros qué vino sea ni su procedencia? Con tal que tenga nombre y color de vino, eso nos basta; busque aquellos melindres el francés o el italiano.

ABSTEMIO.—Pero ¿qué deleite puede haber con no paladear lo que te metes en el cuerpo?

TRICONGIO. — Acaso algunos, al principio, saborean cuando el paladar no está estragado; empero, cuando se vició con tan copioso zumo, pierden todo el gusto.

ABSTEMIO.—Apagada ya la sed, no queda placer alguno, pues todo él consiste en la satisfacción de los deseos naturales, por manera que es un linaje de tormentos beber sin sed o comer sin apetito.

TRICONGIO. — ¿Piensas, Abstemio, que nosotros bebemos por placer o porque nos resulte grato?

ABSTEMIO.—Pues tanto peores sois que las bestias, que se dejan llevar por sus naturales apetencias e instintos; en cambio, a vosotros no os conduce a ello la razón, y os retrae de ello la Naturaleza.

TRICONGIO.—Allá nos lleva la solidaridad y poco a poco nos embriagamos sin que nos demos cuenta.

ABSTEMIO.—¿Cuántas veces os habéis emborrachado? ¿Cuántas veces visteis borrachos a los otros?

TRICONGIO.—Todos los días, a muy muchos.

ABSTEMIO.—¿No os bastan, pues,

tantas experiencias para evitar cosa tan fea? Un animal irracional, con uno solo de estos escarmientos, se volvería más cauto.

GLAUCIA.—Pero ¿sabes en cuánto aprecio tienen a esos camaradas por cuya culpa pasan de hombres a bestias? Mientras beben, les darían las entrañas; mas, una vez salidos de allí, apenas los conocen y ni por un maravedí no quisieran rescatar ni la vida ni el alma de cualquiera de ellos.

ABSTEMIO.—¿De qué vaso bebíais y cómo?

ASOTO.—Primeramente, los sacaron de vidrio; poco después, habiéndolos retirado por el peligro que suponían, los trajeron de plata. Al principio echábamos en el vino algunas hierbas, porque lo aconsejaba la estación del año; pero de allí a poco, echábamos caldo de carne, leche, manteca, crema...

ABSTEMIO. — ¡Brava inmundicia, para las mismas bestias insufrible!

TRICONGIO.—Más trágica fuera tu exclamación si supieras que los unos metían las manos puercas en los vasos de los otros y que echaban en ellos cáscaras de huevos, mondaduras de manzanas y nueces, huesos de aceitunas y de ciruelas.

ABSTEMIO.—Abstente de contar esto, si quieres que, asqueado, no corra a refugiarme en la esquividad de alguna selva.

TRICONGIO.—Tú, Glaucia, escucha al oído. Algunos de éstos, cuando van de camino, traen un cuerno de caza lleno, como es menester, de pólvora, de brozas y de otras suciedades; en este cuerno bebemos.

GLAUCIA.—¿Qué?

TRICONGIO.—¿Qué quieres que bebamos? Vino.

GLAUCIA.—El entendimiento os bebéis.

TRICONGIO.—Esa es la verdad; y después de habernos bebido el entendimiento, tomando los orinales sucios de encima del escaño de la cama, bebimos en ellos en sustitución de los vasos.

ABSTEMIO.—¿Fué el desenlace de este banquete como el de una comedia?

ASOTO.—El suelo nadaba de vino. Todos estábamos borrachos, y en especial el huésped, hombre bizarro, luego de haber derribado muy orondo dos o tres debajo de la mesa.

ABSTEMIO.—¡Oh victoria esclarecida y de cosa muy noble y muy digna de loa! Pero ¿y el vino os venció a todos?

ASOTO.—A todos.

ABSTEMIO.—¡Mísero de ti! ¿Qué piensas que es estar embriagado?

ASOTO.—Haberse dado buena vida, haber contentado al genio.

ABSTEMIO.—¿Qué genio? ¿El bueno o el malo?

GLAUCIA.—Si considerares bien todas las cosas, jamás hallarás a quien satisfagan cumplidamente; porque ni satisfacen a la voluntad ni al gusto ni a alguna otra cosa a quien dan gusto otros, que son esclavos de los vicios y de las perversas inclinaciones; pero embriagarse es perder el uso de los sentidos; salirse del dominio de la razón, del juicio, de la conciencia; en una palabra: de hombre convertirse en bestia o en piedra. Sus consecuencias (aunque yo jamás vi a ningún borracho) son de harto fácil conjetura: hablar y no saber lo que hablas; revelar inconscientemente el secreto que acaso se te confió y que debías guardar con sumo celo; charlar aquellas cosas que pueden poner en grave peligro a ti mismo, a los tuyos, y muchas veces a la patria y a toda la nación; ninguna distinción del amigo y del enemigo; de la esposa, de la madre; ri-

ñas, peleas, enemistades, golpes, heridas; mutilación, muerte.

TRICONGIO.—Y ello sin hierro y sin sangre, pues no son pocos los que mueren de pura borrachera.

GLAUCIA.—¿Quién no prefiere encerrarse en su casa con un perro o con un gato que con un hombre borracho? Más entendimiento tienen aquellos animales.

ABSTEMIO.—A zaga de la borrachez, viene la dispepsia, la debilidad de los nerviosos, la parálisis, el artristismo, la cefalalgia, el dolor de todo el organismo, el embotamiento de los sentidos todos; la memoria se extingue; el ingenio se torna romo; la estupidez se apodera del entendimiento, así para entender, como para aprender, como para hablar.

ASOTO.—Ya empiezo a entender que la embriaguez es un mal muy grande; desde este momento pondré cuidado en beber hasta la hilaridad, pero no hasta la beodez.

GLAUCIA.—La hilaridad es la puerta de la beodez. Nadie comienza a beber con la intención de emborracharse; pero bebiendo se alegra, y poco después la embriaguez se sigue. Es difícil señalar meta a la hilaridad y hacer alto en aquel punto preciso. Resbaladizo es el paso de la hilaridad a la embriaguez.

ABSTEMIO.—Mientras tienes vino en el vaso, en poder tuyo está; mientras lo tienes en el cuerpo, tú estás en poder suyo; eres dominado, no dominas; cuando lo bebes tú, le das el trato que te place; cuando lo has bebido, él te dará el trato que más se le antojare.

ASOTO.—En conclusión, ¿qué? ¿No se ha de beber nunca?

ABSTEMIO.—Cuando los necios huyen de un extremo, van a dar en el extremo contrario. Se debe beber, pero no abrevarse. La simple Naturaleza en este punto enseña a los brutos. ¿Y al hombre no le enseñará la Naturaleza, ayudada de la razón? Comerás cuando tendrás hambre; beberás cuando tendrás sed; el hambre y la sed te avisarán cuándo, cuánto, hasta dónde se ha de comer y beber.

ASOTO.—¿Y qué, si siempre tengo sed y no puedo apaciguarla sin embriagarme?

ABSTEMIO.—Bebe lo que no pueda embriagar.

ASOTO.—No me lo permite mi complexión.

ABSTEMIO.—Y si tuvieras tanta hambre que con ninguna comida pudieras saciarla, ¿hasta que reventases?

ASOTO.—Esta no sería hambre, sino enfermedad.

ABSTEMIO.—Quieres decir que habría necesidad de medicina para acabar con aquella hambre, no de manjares, ¿no es así?

ASOTO.—¿Cómo no?

ABSTEMIO.—Ni más ni menos; necesitarías médico para aquella sed, no tabernero, y tisana comprada de la botica, no del mesón; aquélla no es sed, sino enfermedad, y, por cierto, harto peligrosa.

DIALOGO XVIII

EL PALACIO

(REGIA)

AGRIO, SOFRONIO y HOLOCOLAX.

AGRIO.—¿Por qué es que son tantos los que acompañan al rey, aderezados con tan variado atavío?

SOFRONIO.—¿Y por qué tú, con mejor acuerdo, no reparas más en los semblantes que en las ropas? Más variados y diferentes son aún los rostros que las galas y los vestidos.

AGRIO.—Y eso de la variedad de galas, ¿qué causa reconoce?

SOFRONIO.—Vístense unas veces según las propias posibilidades; otras, por razón de la dignidad o de la alcurnia, y muchas veces según la ambición o vanidad de cada uno. Allende de esto, muchos se sirven del aliño en el vestir como de anzuelo o de red para granjear el favor, bien del rey, bien de los privados, y no raramente la afición de las damas. Mas el rostro es expresión del alma; acostumbra por lo común ser tal como es el alma.

AGRIO.—Pero ¿por qué se juntan aquí tantos?

HOLOCOLAX.—¿Es que no es decoroso que se reúnan muchos allí donde residen la cabeza y el gobierno de toda la provincia?

SOFRONIO.—Muy bien está; pero los hay muchos que no tanto atienden al interés de la república como a su propia conveniencia particular y van en pos de aquel en cuya mano está la dirección no tanto de la patria como de las fortunas.

HOLOCOLAX.—Y ¿por qué no, puesto caso que todo se vende por dinero?

SOFRONIO.—Así lo piensan aquellos para quienes no valen nada el alma y la conciencia, y la salud corporal y la salud del cuerpo les son viles.

AGRIO.—¿Qué necesidad hay en esta barahunda y estrépito de la corte de discurrir con tanta filosofía? Yo más quisiera saber de vosotros quiénes son ésos, tantos en número, de tan vario aspecto y traje.

HOLOCOLAX.—Yo te los voy a definir todos por orden, porque Sofronio, que está aquí presente, según presumo, no está muy versado en las cosas de palacio; mas yo formé parte de todos los cortejos reales, los calé, los escudriñé, los examiné, agradable siempre y bienquisto con todos.

SOFRONIO.—Por eso precisamente creo que te ganaste el nombre de Holocolax.

HOLOCOLAX.—Has acertado; pero óyeme tú, Agrio. Aquel en quien están fijos los oídos, los ojos, la atención de todos es el rey, es la cabeza de la república.

SOFONIO.—La cabeza, en efecto, y por ende la salud, cuando es sabio y bueno; mas es su perdición, cuando es malo o insensato.

HOLOCOLAX.—Aquel niño que le sigue de muy cerca es su hijo heredero, a quien en la corte de Grecia llaman *Dispotan*, es a saber: señor; en España le llaman príncipe; en Francia, delfín. Aquellos de las cadenas de cro, vestidos de toda se-

da y de todo oro, son los grandes del reino, insignes por la dignidad de sus títulos militares, príncipes, duques, gobernadores de las fronteras, a quien llaman marqueses, condes, varones (barones, con palabra bárbara), caballeros. Aquél es el primero de los caballeros llamado comúnmente condestable, con nombre tomado de la corte de Grecia, donde llamábase *Connestábulo*, como el general del mar llámase almirante. También hay capitán general de las guardias del rey, que no solamente presidía en palacio, sino que era el jefe de los arqueros, a quien en tiempo de Rómulo llamaban prefecto de los céleres, y céleres, a los individuos de su guardia.

Agrio.—¿Quiénes son aquellos de los vestidos talares, con tan grande severidad de rostro?

Holocolax.—Son los consejeros del rey.

Sofronio.—Conviene que los personajes que el príncipe llama a su consejo sean muy prudentes, de prolija experiencia y que en sus deliberaciones sean hombres de mucha gravedad, templanza y tacto.

Agrio.—¿Y eso por qué?

Sofronio.—Porque son los ojos y los oídos del rey y, por tanto, de todo el reino, y tanto más si el rey es sordo o ciego, privado de sus sentidos por la ignorancia o por la molicie.

Agrio.—También aquel tuerto y aquel otro un poco sordo, ¿son ojos y oídos del rey?

Sofronio.—Peor es la ceguera y la sordera del corazón.

Holocolax.—A los consejeros síguenles los secretarios y no son ellos pocos ni de una sola categoría; luego, los tesoreros principales, los cobradores, los pagadores mayores, el fiscal, el procurador del fisco y el abogado del fisco.

Agrio.—¿Quiénes son aquellos mozalbetes adamados, regocijados, que siempre van en seguimiento del rey y le asisten en pie, risueños los unos y los otros con la boca abierta, como pasmados?

Holocolax.—Esa es la cohorte de sus amigos más estrechos, delicias y entretenimiento del rey.

Agrio.—A aquellos dos que entran, ¿por qué los siguen tantos y tan ceñudos personajes?

Holocolax.—Porque en ellos tiene depositada el rey la máxima confianza, el uno es el jefe de la secretaría o, digamos, el primer secretario; el otro lo es de los secretos de Estado, que tiene en su poder el compendio del reino; él mismo es monitor del príncipe, y por ese motivo son tantos los que cada día se le ofrecen, para refrescar y renovar la memoria de sus pretensiones, puesto que él es la memoria del príncipe. Aquellos que tienen cara de vender sangre son litigantes y que se van detrás de sus conveniencias; nunca sus negocios tienen fin, por la larga serie de dilaciones. Aquellos dos que se pasean por la lonjeta, son prefectos; el uno es camarero; el otro, caballerizo; tienen bajo su mando otros muchos camareros y caballerizos. Pero entremos en la sala donde come el rey.

Agrio.—¡Ah, qué concurso tan grande; cuánto aparato aderezado con tanta nerviosidad y fatiga!

Sofronio.—Mayor sería tu admiración viéndolo, si supieras para qué cosa tan insignificante se previno. Pues para sorber un huevo y beber un sorbo de vino con desgana.

Holocolax.—Aquel, con una caña índica, es el que sirve al rey esta semana; aquel mozo es el copero; el maestresala aún no entró.

Agrio.—¿Quienes han de comer con el rey?

HOLOCOLAX.—¡Quién fuera tan dichoso que pudiera sentarse a la mesa de los dioses!

SOFRONIO.—Pues es de saber que antiguamente eran convidados a la mesa real, unas veces caudillos aguerridos; otras, personajes de ilustre abolengo o de mucha experiencia en el gobierno, o de mucha cultura, cuya conversación hiciese al rey mejor y más sabio. Pero la soberbia de los godos y de otros bárbaros introdujo esta costumbre nuestra.

HOLOCOLAX.—Los grandes señores tienen sus pajes de armas, sus lacayos, sus mozos de espuelas. Hay entre ellos ricos muy liberales que a veces dan mesa franca; otros, a quienes eso les parece molesto, envían a sus amigos la *espórtula* o, digamos, su ración, y esto es más ventajoso para los amigos pobres; pero comer en mesa franca es indicio de mayor esplendidez.

AGRIO.—Paréceme ver personas de otro sexo en aquel comedor.

HOLOCOLAX.—Aquello es el grueso o apartamiento de las mujeres; allí habita la reina con sus damas y doncellas; mira cómo entran y salen de la estancia, como abejas del colmenar, mancebos enamorados, esclavos de Cupido.

SOFRONIO.—Y muchas veces también viejos, niños dos veces.

HOLOCOLAX.—No hay cosa de mayor gusto que oír sus agudezas, sus versos, sus cancioncillas, sus alboradas, sus discreteos con las damas; ver las danzas, los paseos, la variedad de colores de sus trajes; las modas y hechuras de sus vestidos; tienen criados serviciales, yentes y vinientes, que llevan y traen los recados. ¡Con qué habilidad, con qué diligencia y buena crianza, oh buen Dios!, con la cabeza destocada, haciendo cortesía aun con las rodillas en el suelo. Cada día hay que oír y ver alguna cosa nueva, no pensada, imaginada o dicha aguda y sutilmente, o bien hecha con valentía y destreza y libertad.

SOFRONIO. — Mejor dirías libertinaje.

HOLOCOLAX.—¿Qué mayor felicidad? ¿Quién podrá arrancarse de vida tan sabrosa?

SOFRONIO.—¡Colax, Colax, tú también, sin amor, estás loco y beodo sin vino! ¿Qué locura puede ser mayor que esa vida que acabas de describir?

HOLOCOLAX.—No sé cómo es que se ve a muchos apartarse de las escuelas, los cuales, una vez que entraron en palacio, envejecen en palacio.

SOFRONIO.—Así como los que habían catado el bebedizo de Circe, perdieron el juicio y transformados en bestias no querían salir de allí y volver a la naturaleza y condición original de hombres.

AGRIO.—Pero todos éstos, una vez que cada cual se reintegró a sus casas, ¿qué hacen? ¿En qué se ocupan al menos para engañar el tiempo?

SOFRONIO.—La más parte de ellos no se dedican a cosa más seria que lo que ves, y por eso, la ociosidad es para ellos madre y nodriza de muchos vicios. Los unos juegan a los dados, a los naipes, al ajedrez; los otros gastan en cobarde detracción o en ingeniosa maledicencia las horas de la tarde, a saber: aquellas en que están en casa. Algunos ponen todo su divertimiento en truhanes y vagabundos, con los cuales son generosos hasta la profusión, y con los otros, muy escasos hasta la sordidez. Pero la principal corrupción de la corte es la lagotería de cada uno para con todos los demás y, lo que es peor, para consigo mismo. Ella es causa de que nadie pueda oír ni

de sí ni de su compañero ninguna verdad, si no es cuando riñen, la cual, entonces, no es tomada como verdad, sino como denuesto.

Holocolax.—Esta es, en la actualidad, la más rica ganancia; tú, con toda tu verilocuencia, padecerás brava hambre; yo, con mis risitas, con mis halagos, aprobándolo todo, alabándolo todo, llegué a ser rico.

Agrio.—¿No podrían los reyes enmendar estos inconvenientes?

Sofronio.—Con mucha facilidad, con sólo que quisieran. Pero a unos les gusta estas costumbres, porque se parecen a las suyas; otros se procuran estas ocupaciones, por cuya culpa no les queda holgura de pensar ninguna cosa recta o sana. No faltan algunos descuidados o disolutos que piensan que no les atañe el cuidado de la casa y las costumbres de la familia; que a la verdad, no les atañe menos que a cualquiera de nosotros los de su casa particular.

DIALOGO XIX

EL PRINCIPE NIÑO

(PRINCEPS PUER)

Morobulo, Felipe y Sofobulo.

Morobulo.—¿Qué hace nuestra alteza, Felipe?

Felipe.—Leo y aprendo, como ves.

Morobulo.—En efecto, lo veo y me duele; os fatigáis y extenuáis ese vuestro cuerpo tan débil y tan lindo.

Felipe.—¿Qué haría si no?

Morobulo.—Lo que hacen los otros próceres, príncipes, personajes nobles y ricos: montar a caballo, discretear con las damas de vuestra augusta madre la emperatriz, danzar, aprender el arte de manejar las armas, jugar a los naipes o a la pelota, saltar, correr. Ya veis que éstas son las más sabrosas ocupaciones de la nobleza. Y si gozan de tantos deleites aquellos que apenas son dignos de ser admitidos en vuestra servidumbre, ¿qué conviene que hagáis vos, que sois hijo y heredero de un príncipe tan poderoso?

Felipe.—¿Dices que de nada aprovecha el estudio de las letras?

Morobulo.—Aprovecha en verdad, pero a aquellos que han de recibir sagradas órdenes o a los que se han de ganar la vida con alguna profesión liberal, como unos han de ganársela con el arte zapateril; otros, con la aguja del alfayate o con otras artes lucrativas. Levantaos, pues, por favor, dejad los libros de las manos, vayamos a pasear, para que a lo menos respiréis un poco.

Felipe.—Por ahora me lo vedan Zúñiga y Silíceo.

Morobulo.—¿Quién es este Zúñiga y este Silíceo?

Felipe.—Zúñiga es mi ayo y Silíceo mi maestro de letras. Es cierto que son vasallos míos o, por mejor decir, de mi padre; pero mi padre, cuyo vasallo yo soy, les hizo mis superiores, y a mí, súbditos de ambos. El respectivo concepto en que tuvo Carlos Quinto a estos dos personajes, a quienes confió la formación y educación de su hijo Felipe Segundo, consta en la *Carta au-*

tógrafa e instrucción secreta, que a los seis de mayo de 1543, en vísperas de embarcarse para reanudar sus añejas guerras con Francia y las de religión con los rebeldes de Alemania, escribió desde Palamós al príncipe mozo. Por lo que toca a Zúñiga, le dice: «En lo de don Juan aurá poco que dezir, porque le conocéis, y aunque él se os figura algo áspero, no se lo deveis de tener a mal, antes deveis de tener por muy cierto que el amor que os tiene, deseo y cuydado de que seais tal cual es necesario, le haze apasionarse en ello y tener esta reciera, y por esto no deveis de dexar de quererle mucho y honrarle y favorecerle y mostrar todo contentamiento dél y de la manera os mostraréis agradecido al trabajo que ha tomado en criaros y enderezaros, que hasta aquí, de que doy gracias a Dios, no se ve cosa en vos que notar notablemente... Deveisle, hijo, de encargar que con la lealtad y conciencia que tiene, os aconseje y diga lo que él viesse que os conviene..., y así, hijo, os ruego que le creais y deis favor y calor que él os avise..., dello no os importunéis ni enojéis porque es no lo hazer así la mayor señal de vuestra virtud que podréis dar della.» De Martínez Silíceo (Pedernales), a quien ya conocemos por las lisonjeras y frecuentes cartas que escribía al emperador referentes al mal estudiante de latín que era el regio vástago, cuando ya era obispo de Cartagena, dice: «En el obispo de Cartagena conoceisle y todos le conocemos por muy buen ombre; cierto que no ha sido, ni es, el que más os conviene para vuestro estudio; ha deseado contentaros demasiadamente... El es vuestro capellán mayor, vos os confesáis con él; no sería bien que en lo de la conciencia os desease tanto contentar como ha hecho en el estudio... Para este efecto creo que sería bien que, pues el obispo es vuestro capellán mayor, tomássedes un buen fraile por confesor...»

MOROBULO. — ¿Pues qué, vuestro padre ha hecho a vuestra alteza súbdito de estos hombres?

FELIPE.—Yo no lo sé.

MOROBULO.—¡Oh hazaña indignísima!

SOFOBULO.—No está mal hecha esta hazaña, hijo mío; al contrario, hízolos a ellos vuestros esclavos y quiso que siempre estuviesen a vuestro lado; que tengan siempre fijos en vos sus ojos, sus oídos, su alma, su mente toda, y, abandonando todos sus otros negocios, se ocupen exclusivamente en el vuestro, no para vejaros con su autoridad, sino para que aquellos hombres buenos y sabios formen a la virtud, honor y excelencia vuestras inexpertas costumbres; no para haceros esclavo, sino verdaderamente libre y príncipe auténtico. Si no les obedeciereis, entonces sí que seréis esclavo de la más baja condición, peor que aquellos que sirven entre nosotros, comprados y vendidos de Etiopía o Africa.

MOROBULO.—¿De quién, finalmente, sería esclavo si no obedeciese a aquellos mis educadores?

SOFOBULO.—No de los hombres ciertamente, sino de los vicios, que son tiranos más importunos y más insufribles que cualquier hombre, por malo y criminal que sea.

FELIPE.—No entiendo satisfactoriamente lo que dices.

SOFOBULO.—¿Pero habéis entendido lo que Morobulo ha dicho?

FELIPE.—Todo, con suma claridad.

SOFOBULO.—¡Oh cuán felices serían los hombres si tan pronto como tienen el conocimiento e inteligencia de las cosas malas y de poca monta

los tuvieran también de las buenas e importantes! Pero ahora sucede al contrario; a vuestra edad, comprendéis fácilmente las bagatelas, las boberías, las locuras a las que Morobulo os exhortó; mas lo que yo os dijera de la virtud de la dignidad, de todo género de legítima alabanza, tanto lo entendierais como si os hablase en algarabía.

FELIPE. — ¿Qué me aconsejarías que hiciese?

SOFOBULO.—Que al menos mantuvierais en suspenso vuestro asentimiento y no os allanaseis a sus persuasiones ni a las mías hasta que pudierais formar juicio de entrambas.

FELIPE.—¿Quién me dará este juicio?

SOFOBULO.—Los años, la educación, la experiencia.

MOROBULO.—¡Huy, qué cosa tan larga esperar todo esto!

SOFOBULO.—Bien os avisa Morobulo; arrojad los libros; vayamos a jugar; juguemos a un juego en que se elige un rey; éste manda a los otros lo que tienen que hacer; obedecen los otros según las leyes del juego. ¡Vos seréis el rey!

FELIPE.—¿Cómo jugaremos? Porque si ignoro las leyes del juego, ¿cómo podré en él actuar de rey?

SOFOBULO.—¿Qué decís, Felipín dulcísimo, cariño de las Españas? En un juego y en cosas sin importancia, en las cuales un error no acarrea peligro alguno, no os atrevéis a asumir el papel de rey, porque no conocéis el juego; ¿y queréis de veras cargar con el gobierno de tantos reinos, desconociendo las condiciones de los pueblos, de las leyes, de la administración, en una palabra, desposeído de toda prudencia, instruído solamente en aquellas ridículas boberías que os inculca este Morobulo? Hola, muchacho: di al caballerizo mayor que traiga aquí aquel caballo napolitano, fierísimo coceador, traicionero, para que Felipe le apriete las ijadas.

FELIPE.—No, aquél, no; sino aquel otro más manso y comedido, porque, para regir un caballo tan duro de boca, ni tengo experiencia ni fuerzas.

SOFOBULO.—Decidme, Felipe: ¿pensáis acaso que haya león tan bravo o caballo tan cocero y duro de boca y más indócil al freno que el pueblo y las colectividades humanas, las cuales se reúnen y congregan de todo género de vicios, maldades y delitos atizados, inflamados, ardientes de pasión? ¿No osáis tocar a un caballo y pedís el gobierno del pueblo, más difícil de regir y tratar que cualquiera caballo? Pero dejemos esto ya. ¿Veis aquella barquilla en este río? Es deleitosa y amena en grado sumo la navegación entre prados y sauces; entremos en ella, si os place; vos os sentaréis al timón y guiaréis la barca.

FELIPE.—Sí, para que os trabuque y eche en el río, como lo hizo Pimentelillo poco ha.

SOFOBULO.—Vos, porque no estáis práctico, no queréis siquiera pilotar un barquichuelo en un río tan chico y tan sesgo, al paso que, inepto e inexperto, os engolfáis en aquel mar, en aquellas ondas, en aquel oleaje, en aquella tempestad de pueblos. Puntualmente os sucede lo que acaeció a Faetón, que no sabiendo gobernar el carro en su ardor juvenil, pidió a su padre el carro para conducirlo. Pienso que conocéis la fábula ejemplar. Muy discretamente decía Isócrates que eran dos las funciones más grandes de la vida humana, a saber: el principado y el sacerdocio; y, con todo, nadie dejó de apetecerlas como muy merecedor de ellas, ni nadie dejó de creer que

no las pudiera desempeñar con todo tacto y competencia.

FELIPE.—Entiendo que ninguna cosa hay tan necesaria a mi condición y a mi persona como el arte y la ciencia de gobernar el reino.

SOFOBULO.—Entendisteis muy bien.

FELIPE.—¿Cómo la conseguiré?

SOFOBULO.—¿La sacasteis acaso del vientre de vuestra madre?

FELIPE.—De ningún modo.

SOFOBULO.—Pues ¿con qué cara se atreve ese Morobulo a persuadiros que rechacéis aquellos estudios con los cuales se logra la pericia en ese arte y el conocimiento de otras cosas de suma importancia y hermosura?

FELIPE.—¿De quiénes he de aprender estos conocimientos?

SOFOBULO.—De aquellos que los advirtieron con la viva penetración de su ingenio y los observaron con ejemplaridad, de los cuales unos murieron ya y otros aún gozan de vida.

FELIPE.—De los muertos, ¿cómo se ha de aprender? Pueden hablar los muertos?

SOFOBULO.—¿Por ventura algunas veces en la conversación no habéis oído nombrar a Platón, Aristóteles, Cicerón, Séneca, Tito Livio, Plutarco?

FELIPE.—Grandes nombres; muchas veces los oí, y siempre con suma admiración y alabanza.

SOFOBULO.—Aquellos mismos y muchos otros que valen tanto como ellos y que ya murieron largos siglos ha, hablarán con vos todas las veces y todo el tiempo que os viniere en talento.

FELIPE.—¿Cómo?

SOFOBULO.—A través de los libros que dejaron para enseñanza de la posteridad.

FELIPE.—¿Por qué inmediatamente no me los pones en las manos?

SOFOBULO.—Se os darán en breve, luego que hayáis aprendido aquella lengua en que podáis entenderles cuando os hablen. Tened un poco de paciencia y sufrid esa corta molestia que no hay más remedio que sufrir al aprender los principios; inmediatamente se os seguirán deleites increíbles que los que todavía no los gustaron, no es maravilla que sientan horror por los estudios. Ahora, a los que los gozaron, antes les arrancaríais de la vida que de los libros y del conocimiento de las cosas.

FELIPE.—Mas dime: ¿quiénes son los vivos de quienes hay que aprender la ciencia y la cordura?

SOFOBULO.—Si tuvierais que emprender algún viaje, ¿de quiénes os informaríais del camino a seguir? ¿De aquellos acaso que jamás vieron tal camino o de aquellos que lo hubieren recorrido algunas veces?

FELIPE.—Es claro que de aquellos que lo hubiesen recorrido algunas veces.

SOFOBULO.—¿Por ventura esa nuestra vida no es una suerte de jornada y una continua peregrinación?

FELIPE.—Así parece.

SOFOBULO.—¿Y quiénes anduvieron esta jornada, los viejos o los mozos?

FELIPE.—Los viejos.

SOFOBULO.—Luego se ha de oír a los viejos.

FELIPE.—¿A todos indistintamente?

SOFOBULO.—Discreta pregunta; no promiscuamente a todos; pero sí se ha de discurrir de la vía como de la vida. ¿Quiénes han conocido la vida, los que la vivieron, no parando mientes en nada, distraídos, peregrinando no menos con el alma que con el cuerpo, o los que observaron con diligencia y atención todas y cada una de las cosas y las encomendaron a la memoria?

FELIPE.—Es claro que estos últimos.

SOFOBULO.—Pues en el tomar consejo acerca de la manera de vivir, no se han de oír los jóvenes que jamás entraron en ese camino, cuanto menos los mozos, cosa que es el colmo de la necedad y de la indignidad. Ni tampoco han de admitirse los viejos imprudentes, verdes, locos, peores que los niños, execrados por la Santa Escritura, porque son niños de cien años. Sólo se debe prestar oídos a los ancianos de mucho juicio, experiencia de las cosas y de prudencia consumada.

FELIPE.—¿Con qué señal los reconoceré?

SOFOBULO.—A vuestra edad, hijo mío, con ninguna; pero cuando hubiereis cobrado mayor y más seguro juicio, con facilidad los conoceréis por las palabras, por las obras, que son el indicio más certero. Pero entre tanto, mientras no tuviereis esa capacidad, confiaos todo entero, entregaos ciegamente a vuestro padre y a aquellos que vuestro padre os señaló por ayos y maestros, formadores de esa edad débil y que, como de la mano, os conducen por el camino donde nunca habéis entrado; porque vuestro padre, que os ama más que a sí mismo, tiene mayor cuidado de vos que vos mismo, y para esa cosa, no solamente se valió de su propio parecer, sino del consejo de varones sesudos.

MOROBULO.—Demasiado tiempo callé.

SOFOBULO.—Así es, en efecto, contra tu costumbre; y tiempo hacía que me maravillaba yo de ese raro fenómeno.

MOROBULO.—¿Vuestro padre, por ventura, ¡oh Felipe!, y el rey de Francia y otros grandes reyes y príncipes, ¿no rigen sus reinos y dominios, y los mantienen en su deber, sin saber de letras y sin ese trabajo tan molesto e incremento que aquí se os impone sobre los tiernos hombros?

SOFOBULO.—No hay cosa tan fácil que no se torne difícil si la haces de mala gana. La tarea de los estudios no es pesada para quien la lleva con agrado, pero para el que lo hace con desabrimiento, hasta el retozar, el pasear por lugares muy amenos es trabajo gravoso e insufrible. Para ti, Morobulo, amiguísimo de chanzas y engolfado siempre en bagatelas, hacer u oír alguna cosa seria equivale a la muerte. Y al revés, muchos estimarían acerba su vida y sin sabor si se ajustasen a ese tenor de vida tuyo. ¡Cnántos y cuántos hay especialmente en los palacios para quien ninguna cosa es tan dulce como el ocio innoble e indolentísimo! Arrimar la mano a algún trabajo, les sirve de tormento. Y por el contrario, cuántos y cuántos hay en las aldeas y lugares que antes preferirían morirse que pasar ese modo vacuo y baldío todo el día y más pronto se cansan de estar ociosos que de tener el espíritu intensamente ocupado en algo. Pero para responderte a lo que dijiste del César y del rey de Francia, yo te diré, en general, por lo que toca a los ancianos, que dije que eran ellos los que habían recorrido el espacio de esta vida. Si todos cuantos hubiesen terminado un viaje, refirieran unánimemente que durante el camino habían encontrado un mal paso lleno de dificultad y peligro, del cual salieron heridos y malparados, ningún otro paso recelarían con tan diligente escarmiento como aquel paso crítico, ¿qué piensas tú de ello? ¿No sería de hombre loco perdido, al hacer aquella misma vía, no recordar el riesgo grave y no poner todos los medios por evitarle?

FELIPE.—No comprendo adónde vas con ese símil.

SOFOBULO.—Más claro lo diré con estotro ejemplo. Haced cuenta que sobre este río hay una tabla estrecha en lugar de puente, y que nos cuentan todos los que intentaron pasar a caballo por encima de ella que cayeron en el río, que se vieron en peligro de muerte, que los sacaron medio vivos con dificultad, ¿entendéis ahora eso?

FELIPE.—Lo entiendo perfectamente.

SOFOBULO.—¿Qué juicio formáis ahora? ¿Por ventura no os pareceríais loco a vos mismo si al pasar por el peligroso vado, no os apearais del caballo y esquivarais el riesgo en que oísteis que otros incurrieron?

FELIPE.—Sin duda así lo haría.

SOFOBULO.—Y muy cuerdamente. Preguntad ya desde ahora a los ancianos cuál juzgan la mayor calamidad de su vida, qué les duele haber pretendido, qué les pesa más de haber hecho. Todos a una voz os responderán que los que algo aprendieron ya no aprendieron más; pero que los que no aprendieron nada no pusieron ningún empeño en saber algo. Entrados en esa queja, no acaban nunca de contar que sus padres o sus ayos les enviaron a la escuela y a los maestros de artes, y que ellos, no obstante, cebados en vanos deleites y gustillos de deportes de caza, de amores y otras bagatelas por el estilo, perdieron hermosísimas ocasiones de aprender que se les escurrieron de las manos. Por manera que se lamentan de su destino y deploran su mala suerte y se culpan a sí mismos, se condenan y aun a veces se maldicen. Ya veis, pues, cómo ese mal paso de la pereza y de la ignorancia se encuentra en el camino de esta vida, y que es muy peligroso y expuesto y debe ser evitado con cautela suma. Y puesto que estáis oyendo quejas tan lastimeras de los que cayeron en él, débese esquivar con todo cuidado y diligencia, y dando de mano a la pereza, al ocio, a los gustillos, a las bagatelas, aplicarse con toda intensidad al estudio y cultura del alma. Vos, en orden a esto, informaos de vuestro padre, aunque joven todavía. Y tú, Morobulo, infórmate del tuyo, ya viejo. De uno y de otro entenderéis ser verdad lo que os he dicho.

DIALOGO XX

EL JUEGO DE NAIPES

(LUDUS CHARTARUM)

VALDAURA, TAMAYO, LUPIANO, CASTILLO Y MANRIQUE.

VALDAURA.—¡Qué tiempo tan crudo! ¡Qué cielo tan riguroso y cruel! ¡Qué suelo tan sucio!

TAMAYO.—¿Qué nos aconseja este aspecto del cielo y del suelo?

VALDAURA.—Que no salgamos de casa.

TAMAYO.—¿Y qué nos aconseja hacer en casa?

VALDAURA.—Estudiar, al amor de la lumbre; pensar y meditar cosas que acarreen algún provecho al alma y edificación de las buenas costumbres.

CASTILLO.—Esto es, en verdad, lo que se debe hacer con preferencia, y el hombre ninguna otra cosa debe estimar con mayor predilección. Pero cuando el ánimo quede cansado de ese trabajo, ¿adónde va a hallar esparcimiento, mayormente en tiempo como éste?

VALDAURA.—Otros tendrán sus distracciones preferentes; pero a mí gústame de modo singular y me recrea sobre manera el juego de los naipes.

TAMAYO.—Y en verdad, el estado del tiempo nos invita a refugiarnos en una habitación bien cerrada, guardada por todas partes del viento, del frío, con la chimenea relumbrante de fuego y la mesa bien prevenida de cartas.

VALDAURA.—¡Oxe, afuera! No quiero saber nada de cartas.

TAMAYO.—Si dije las cartas de jugar, los naipes.

VALDAURA.—Esas sí que son de mi gusto.

TAMAYO.—Entonces saquemos también algunos dineros y tantos para contar.

VALDAURA.—Ninguna necesidad tenemos de tantos, si hay moneda pequeña.

TAMAYO.—Yo no tengo moneda pequeña, sino monedas gruesas de oro y de plata.

VALDAURA.—Cambia algunas monedas de plata por moneda pequeña. Muchacho, toma estas monedas sencillas, dobles, dobles y medios, tres dobles y procúranos del cambiador moneda menuda, sencilla, doble, triple y no mayor.

TAMAYO.—¡Qué limpia es esta moneda!

VALDAURA.—Como que es nueva y aun áspera, recién salida del cuño.

TAMAYO.—Vamos a la casa de juego, donde todo lo hallaremos prevenido.

CASTILLO.—No nos conviene; tendríamos muchísimos mirones. ¿Qué diferencia va entre jugar allí o en la vía pública? Lo más acertado será que nos retiremos a tu aposento y llamemos a algunos de nuestros compañeros, los más indicados para provocar el buen humor.

TAMAYO.—Tu aposento es más a propósito para esto, porque en mi cuarto nos estorbarán con frecuencia las criadas de mi madre, que siempre buscan alguna cosa en los cofrecitos de los afeites y atavíos mujeriles.

VALDAURA.—En el comedor, pues.

TAMAYO.—Sea así; vamos. Muchacho, tráenos aquí a Francisco Lupiano, a Rodrigo Manrique, a Zoilastro.

VALDAURA.—¡Tate, tate! A Zoilastro, no; sujeto irascible, pendenciero, gritador, calumniador, que muchas veces, por un quítame allá esas pajas, suscita tragedias atroces.

CASTILLO.—Tienes toda la razón, porque si ese mozo se mezclase en nuestro juego, ya no sería ello jugar, sino reñir de veras; llama en su lugar a Rimosulo.

VALDAURA.—Ni a ése tampoco, si no es que quieras que todo cuanto dijéremos aquí antes que se ponga el sol lo conozca toda la ciudad.

CASTILLO.—¿Tan buen pregonero es?

VALDAURA.—Sí que lo es, y de aquellas cosas que no interesan a nadie, porque las cosas buenas deben guardarse más religiosamente que los sacrificios de Ceres Eleusina.

TAMAYO.—Vengan, pues, Lupiano y Manrique solos.

CASTILLO.—Esos son compañeros fiados.

TAMAYO.—Y adviérteles que traigan dinerillos; que toda la severidad y toda la seriedad la dejen en casa al lóbrego Filopono; que vengan acá con sales, con donaires, con gracias, con buen humor.

LUPIANO.—Dios os guarde, regocijados compañeros.

VALDAURA.—¿Qué significa ese sobrecejo? Despejad esos semblantes encapotados; ¿no se os mandó dejar todas vuestras preocupaciones literarias en el museo?

LUPIANO.—Nuestras preocupaciones literarias son tan iliteratas, que no las reconocen las Musas de nuestro museo.

MANRIQUE.—¡Salud!

VALDAURA.—La salud es dudosa cuando se os llama a huestes y a combates en los que han de intervenir nada menos que reyes.

TAMAYO.—Buen ánimo; el ataque es a los bolsillos, no a las gargantas.

LUPIANO.—El bolsillo, para muchos, vale tanto como la garganta, y el dinero equivale a la sangre y a la vida, como para estos de Caria, cuyo desprecio de la vida da ocasión a que los reyes desahoguen sus furores.

MANRIQUE.—No quiero ser actor en esta comedia, sino espectador.

TAMAYO.—¿Cómo así?

MANRIQUE.—Porque tengo desgracia; siempre salgo del juego perdidoso y despojado.

TAMAYO.—¿Sabes qué dicen los jugadores con un refrán? «La toga debe buscarse donde se perdió.»

MANRIQUE.—Es cierto; pero existe el peligro de que, mientras busco la toga que perdí, pierda la túnica y la camisa.

TAMAYO.—Acontece eso no pocas veces; pero quien no se aventura, no ha ventura.

MANRIQUE.—Así dicen los alquimistas.

TAMAYO.—Con mayor razón lo dicen los comerciantes de Amberes.

VALDAURA.—Bien está; no podemos jugar más de cuatro; somos cinco; sortearemos quién va a ser el espectador de los otros.

MANRIQUE.—Seré yo, sin sorteo.

VALDAURA.—Nada de eso, a nadie se ha de hacer agravio; no ha de decidirlo la voluntad de nadie, sino la suerte; aquel a quien primeramente le cupiere en suerte un rey, éste nos mirará sentado, sin jugar, y si surgiere alguna disputa, actuará de juez.

LUPIANO.—Ahí tenéis dos barajas de naipes enteras: una de España, otra de Francia.

VALDAURA.—Esa de España parece que no está completa.

LUPIANO.—¿Cómo así?

VALDAURA.—Porque faltan los dieces.

LUPIANO.—No acostumbran tenerlos como las barajas de Francia. Los naipes de España, como también los de Francia, se dividen en cuatro clases o familias. Los naipes españoles tienen oros, copas, bastos, espadas. Los naipes franceses tienen corazones, cuadrángulos, trifolios, vomérculos o palas o picas. Hay en cada familia rey, reina, caballero, uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve. Los franceses tienen también dieces; en los españoles, los oros más pocos y copas más pocas valen más; los bastos y espadas, al contrario. Pero en los franceses, los más números son siempre los mejores.

CASTILLO.—¿A qué juego jugaremos?

VALDAURA.—Al triunfo de España, y el que da los naipes se retendrá el naipe índice, si es as o figura humana.

MANRIQUE.—Sepamos ya quién va a quedar excluído del juego.

TAMAYO.—Bien dices; dame los naipes; éste es el tuyo, éste es de ése; éste es de Lupiano; tú eres el juez.

VALDAURA.—Más te quisiera como juez que como contrincante.

LUPIANO.—Bien hablado. ¿Por qué lo dices?

VALDAURA.—Porque eres, en el juego, muy astuto y caviloso; dicen, además, que tienes tal habilidad en barajar los naipes, que salen como te conviene.

LUPIANO.—No tiene trampa mi juego, sino que a tu impericia mi habilidad le parece engaño, cosa que de ordinario acontece a los ignorantes. Por lo demás, ¿qué me dices de Castillo, que así que ha ganado su poquitín de dinero abandona el juego?

TAMAYO.—Eludir es eso, más que jugar.

VALDAURA.—Mal menor es éste; porque si gana, quedará clavado en el juego, como con un clavo trabal.

TAMAYO.—Mas hemos de jugar de dos en dos: dos contra dos; ¿cómo nos igualaremos?

VALDAURA.—Yo, que no entiendo este juego, iré contigo, Castillo, que oigo decir que eres habilísimo.

TAMAYO.—Y di también astutísimo.

CASTILLO.—Aquí no es menester elegir, todo tiene que decidirlo la suerte; los que consiguieren muchos puntos pugnarán contra aquellos que habrán conseguido menos.

VALDAURA.—Sea así; da los naipes.

MANRIQUE.—Como era mi deseo, Castillo y yo estamos en la misma parte; defienden la contraria Valdaura y Tamayo.

VALDAURA. — Sentémonos cruzados (1), como solemos; dame aquella silla de respaldo, para perder más tranquilamente.

TAMAYO.—Pon los bancos, sentémonos ya; sortea por quién será la mano.

VALDAURA.—Yo soy mano; baraja tú, Castillo.

CASTILLO.—¿Cómo? ¿De la izquierda a la derecha, al uso de los flamencos, o al contrario: de la derecha a la izquierda, al estilo de los españoles?

VALDAURA.—De esa última manera, puesto que jugamos a la española. ¿Retiraste los dieces?

CASTILLO. — Sí. ¿Cuántos naipes daré a cada uno?

VALDAURA.—Nueve. Mas ¿cuál será nuestra apuesta?

MANRIQUE.—Tres dineros cada mano, con repetición de las apuestas.

CASTILLO.—Poco a poco, mi querido Manrique; apresúraste demasiado. Eso no sería juego, sino furia, donde tanto dinero se aventuraría. ¿Cómo puedes divertirte en tan aguda ansiedad de perder tanto dinero? Bastará de uno en uno y sólo se podrá reenvidar hasta la mitad; es, a saber: hasta cinco ases.

VALDAURA.—Muy bien aconsejas; así ni jugaremos de balde, que es cosa sosa, ni jugaremos cantidad que nos duela, que es cosa bastante amarga.

CASTILLO.—¿Tenéis cada uno nueve naipes? La familia de los corazones triunfa y esta reina es mía.

VALDAURA.—No sé hasta qué punto este agüero es feliz; pero entraña toda verdad aquel dicho vulgar,

---

(1) De este modo:



a saber: que los corazones de las mujeres dominan.

CASTILLO.—Déjate de especulaciones; responde a esto; vuelvo a envidar la apuesta.

VALDAURA.—Tengo un juego disparatado y mal trabado: me doy por vencido

TAMAYO.—Y yo también; distribuye tú, Manrique.

VALDAURA. — ¿Qué haces? ¿No vuelves el naipe índice?

MANRIQUE. — Quiero antes contar los míos, no sea que haya tomado más o menos.

VALDAURA.—Tienes uno más de lo justo.

MANRIQUE.—Lo dejaré.

VALDAURA.—No es ésa la ley del juego, sino que pierdas el derecho de distribuir y que pase al que sigue: dame los naipes.

MANRIQUE.—No te los daré, supuesto que no he vuelto el naipe índice.

VALDAURA. — Lo harás, ¡voto a Dios!

CASTILLO. — ¡Quita allá! ¿Qué te vino al pensamiento, mi querido Valdaura? Mezclas con cosas baladíes el juramento, que apenas se debe mezclar con cosas muy graves.

MANRIQUE.—¿Y qué dices tú, juez?

LUPIANO. — Ignoro de todo punto lo que se debe resolver en este caso.

MANRIQUE. — ¡Qué juez sin juicio nos hemos nombrado! Un lazarillo que no tiene ojos!

VALDAURA.—¿Qué se ha de hacer, pues?

MANRIQUE. — ¿Qué? Enviar a París a un mensajero que nos traiga un decreto de aquella corte.

CASTILLO.—Mezcla todos los naipes y a repartir de nuevo.

TAMAYO.—¡Oh qué buen juego me dejo caer de las manos; no me vendrá en todo el día otro semejante!

CASTILLO.—Mezcla esos naipes como se debe y dalos a cada uno con sumo cuidado.

VALDAURA.—Reenvido las apuestas.

TAMAYO.—¿No dije yo que en todo hoy no tendría yo en las manos juego igual al que tuve? El infortunio es mi sombra. ¿Por qué tengo ojos para mirar los naipes?

CASTILLO.—Eso no es jugar, sino afligirse. ¿Es esto divertirse y recrear el espíritu? El juego debe ser juego, no molestia.

MANRIQUE.—Aguanta un poco; no arrojes los naipes; esto es miedo, pánico.

VALDAURA.—Ea, responde si quieres.

MANRIQUE.—Quiero y reenvido las apuestas.

VALDAURA. — ¿Qué? ¿Esperas hacerme desistir con esas tus fieras arrogancias? No me doy aún.

MANRIQUE. — Dilo finalmente de una vez y con toda claridad: ¿quieres o no quieres?

VALDAURA.—Sí quiero, y con sumo gusto; y mi animosidad me acucia a contender en este juego con apuestas mayores; pero ésas, entre amigos, ya bastan.

TAMAYO.—Y a mí, ¿no me contáis entre los vivos? Ninguna mención hacéis de mí.

CASTILLO. — ¿A qué viene esto, hombre de paja?

TAMAYO.—Yo, por mi parte, aumento la apuesta.

MANRIQUE.—¿Y qué dices tú, Castillo?

CASTILLO. — ¿Ahora me consultas, cuando por culpa tuya la apuesta creció inmensamente? Yo, con este juego mío, no osara mantener tan grande aumento.

VALDAURA. — Contesta definitivamente sí o no.

CASTILLO.—No tengo para qué responder así, sino con mucha ambi-

güedad, y duda, y recelo, y timidez, y desconfianza. ¿Me expresé con bastante claridad?

MANRIQUE.—¡Dios inmortal! Y con qué aluvión de sinónimos. No tan espeso caía poco ha el granizo; pero probemos; aventurémonos un poco más.

CASTILLO. — Probemos, puesto que así te place; pero de mí no esperes una gran ayuda.

MANRIQUE.—Con todo, me ayudarás según tus posibilidades.

CASTILLO.—Hombre, eso ni que decir tiene.

MANRIQUE.—Ya no hay duda que perdimos.

TAMAYO. — Ganamos cuatro dineros; mezcla.

VALDAURA.—Añado cinco ases.

CASTILLO.—No sé si huir, porque ciertamente sé que voy a perder.

TAMAYO.—Otra vez reenvido otros cinco.

CASTILLO.—¿Qué dices tú a ese envite?

MANRIQUE.—¿Qué he de decir? Que huyo.

CASTILLO.—Tú perdiste el juego pasado; déjame que yo pierda ése por mi capricho. Me reconozco inferior; pero hay que aguantar mientras viere que me quedan algunas fuerzas.

VALDAURA.—Pues ¿qué dices? ¿No quieres?

CASTILLO.—¿Que no quiero? Remato.

TAMAYO.—Tú, Valdaura, ¿no conoces a ese Castillo? Tiene un juego superior al tuyo; pero de esa manera suele atraer a su red a los jugadores fogosos. Mira que no avances temerariamente hasta donde te encuentres enredado.

VALDAURA.—¡Válgame Dios! ¿Cómo pudiste adivinar que a mí me quedaba un último naipe de esa calidad?

CASTILLO. — Yo conozco todos los naipes.

VALDAURA. — Eso no es de todo punto increíble.

CASTILLO.—Así es verdad, porque los conozco por la pinta.

VALDAURA.—Acaso también por la espalda.

CASTILLO. — Demasiado malicioso eres.

VALDAURA.—Tú mismo haces que yo lo sea; permíteme que así te lo diga.

TAMAYO. — Veamos si, en efecto, hay algunos naipes manchados por detrás, de forma que se los pueda conocer.

VALDAURA.—Pongamos ya fin al juego, si así os parece; me molesta este juego, que tan mal va para mí.

CASTILLO. — Cuando quieras; pero acaso la culpa no está en el juego, sino en tu impericia, que no sabes hábilmente traer el juego a la victoria, sino que echas los naipes sin discreción, así como viene la suerte, pensando que nada importa atender qué naipe se ha de jugar el primero y qué naipe el último y en qué sitio lo has de jugar.

TAMAYO.—Todas las cosas de este mundo hartan, hasta los placeres; y yo ya me canso de estar sentado; levantémonos un momento.

LUPIANO. — Toma esta guitarra y cántanos algo.

TAMAYO.—¿Qué he de cantar?

LUPIANO.—Alguna cancioncilla del juego.

TAMAYO.—¿Un pasaje de Virgilio?

LUPIANO.—Eso mismo; o si lo prefieres, unos versos de nuestro Vives, que él cantaba poco ha paseándose por la ronda de Brujas...

VALDAURA.—Con voz de ganso.

LUPIANO.—Pues canta tú con voz de cisne.

TAMAYO.—Dios no lo quiera, pues el cisne no canta sino cuando ya está a lo último: «Juegan los niños, juegan los mozos y los ancianos: el ingenio, la gravedad, las canas, la prudencia, son puro juego. Y, por fin, ¿qué es la vida mortal, si se la despoja de la virtud, sino un juego huero o una fábula vana?»

DIALOGO XXI

LAS LEYES DEL JUEGO

(LEGES LUDI)

DIALOGO VARIO DE LA CIUDAD DE VALENCIA

BORJA, CENTELLES y CABANYELLES.

BORJA. — ¿De dónde bueno por aquí, mi querido Centelles?

CENTELLES.—De Lutecia.

BORJA.—¿De qué Lutecia?

CENTELLES.—¡De qué Lutecia preguntas, como si fueran muchas!

BORJA.—Aun cuando sea única, no sé yo cuál sea ni en dónde está situada.

CENTELLES.—De Lutecia de París,

BORJA.—Yo había oído nombrar a París, y por cierto muchas veces; a Lutecia, nunca. Es, pues, Lutecia la que nosotros llamamos París. Esa es, pues, la causa por que por tan largo tiempo no se te vió en Valencia, y especialmente en el juego de pelota de la nobleza.

CENTELLES.—Otros juegos de pelota vi ya en París, otras escuelas, otros estudios más útiles y más excelentes.

BORJA.—Por favor, dime: ¿cuáles fueron?

CENTELLES.—Treinta escuelas, poco más o menos, en aquella Universidad, llenas de toda suerte de erudición, ciencia y sabiduría; doctores doctos, juventud estudiosísima y morigerada en grado sumo.

BORJA.—Ya entiendo; quieres decir el populacho.

CENTELLES.—¿Qué es lo que tú llamas populacho?

BORJA.—Las heces de la plebe; hijos de zapateros, de tejedores, de barberos, de bataneros y de semejantes artesanos y aprendices.

CENTELLES. — Vosotros, según veo por esa vuestra ciudad, medís el mundo todo y pensáis que en toda Europa rigen las mismas costumbres que aquí; yo os digo que allí hay una muy nutrida mocedad, formada por hijos de príncipes, de nobles y de hombres los más ricos, no ya sólo de Francia, sino de Alemania, Italia, Inglaterra, España, Bélgica, ejemplarmente aplicada al estudio, dócil a todo cuanto le mandan sus maestros, cuyas costumbres se forman, no sólo con simples avisos, sino con enérgicas represensiones, y aun, cuando es menester, con castigos, con golpes, con azotes; todo lo cual acepta y sufre con ánimo comedido y con humildoso rostro.

CABANYELLES. — Oí muchas veces contar cosas como éstas cuando estuve yo en Francia, embajador del rey don Fernando. Pero, por favor,

deja eso ahora o déjalo para otra ocasión. ¿No ves que estamos en el juego del milagro, junto al cual está el de los carroces? Oye; hablemos ya del juego de la pelota, para que contribuya a nuestra recreación y pasatiempo.

CENTELLES. — Te agradeceré que no nos sentemos; hablemos paseando de lo que nos apeteciere. ¿Por dónde iremos? ¿Por aquí, por San Esteban, o por allá, por la Puerta del Real, y visitaremos en su palacio a don Fernando, duque de Calabria?

CABANYELLES.—No, no sea que interrumpamos los meritorios estudios de ese príncipe, espejo de sabios y de hombres buenos.

BORJA.—Entonces será mejor que mandemos traer las mulas para hablar a caballo.

CENTELLES. — No prescindamos, por favor, del uso de los pies y de las piernas; el día está apacible y sereno y es fresquito el aire; más valdrá ir de peón que de caballero.

BORJA.—Vamos, pues, por acá, por San Juan del Hospital, a la calle del Mar.

CABANYELLES.—Y de paso veremos caras lindas.

BORJA.—¿Andando a pie? Quita allá, que será mengua.

CENTELLES.—Mayor mengua es, a mi ver, el que todos unos hombres dependan de la censura de niñas necias e indiscretas.

CABANYELLES.—¿Quieres, por ventura, que vayamos todo derecho por la plaza de la Higuera y de Santa Tecla?

CENTELLES.—No, sino por la calle de la Taberna del Gallo, pues en aquella calle quiero ver la casa en donde nació mi querido amigo Vives; está, según mis informes, según se baja a lo último de la calle, a la izquierda; y al mismo tiempo visitaré a sus hermanas.

BORJA.—Déjate por ahora de visitas de mujeres; si quieres hablar con alguna, mejor será que vayamos a casa de Angela Zabata, con quien trabaremos diálogo de cosas de erudición.

CABANYELLES.—Ojalá, si queréis esto, estuviera aquí la marquesa de Cenete.

CENTELLES.—Si es verdad lo que, estando yo en Francia, oí decir de ella, es mucha materia para que puedan o deban tratarlo a la ligera aquellos que se dedican a otros menesteres.

BORJA.—Subamos hacia San Martín. ¿Bajaremos por la calle de Vallesio a la plaza de Villarrasa?

CABANYELLES.—Por acá; de ahí al juego de pelota de Barcia o, si lo prefieres, de los Mascones.

BORJA.—¿Tenéis en Francia, por ventura, juegos públicos como aquí?

CENTELLES. — De otras ciudades francesas no podría responderte; sé que en París no hay siquiera uno; pero hay muchos particulares, como en los arrabales de San Jaime, San Marcelo y San Germán.

CABANYELLES.—Y en la misma ciudad existe uno muy famoso, que llaman de los Gabanes.

BORJA.—¿Se juega allí igual que aquí?

CENTELLES.—Igual en absoluto, sino que allí el maestro del juego da zapatos y gorras para jugar.

BORJA.—¿Cómo son?

CENTELLES.—Los zapatos son de fieltro.

BORJA.—Aquí no servirían.

CABANYELLES. — En efecto, porque las calles son pedregosas; mas en Francia y en Bélgica se juega siem-

pre sobre el pavimento embaldosado, llano e igual.

CENTELLES.—Las gorras, en verano, son más ligeras; mas en invierno son gruesas y profundas, con un barboquejo debajo de la barba para que con el movimiento no resbalen de la cabeza o caigan encima de los ojos.

BORJA.—Aquí no usamos barboquejo, sino cuando el viento arrecia. Y dime: ¿qué pelotas usan?

CENTELLES.—De viento casi ninguna, al revés de aquí, sino más pequeñas que las vuestras y mucho más duras, de cuero blanco; la borra no es, como en las vuestras, de la raedera del paño, sino, por lo común, de pelos de perro, y por ese motivo es raro que jueguen con la palma de la mano.

BORJA.—¿Cómo, pues, dan en la pelota? ¿Con el puño, como en las de viento?

CENTELLES.—Ni aun así, sino con raqueta.

BORJA.—¿Con raqueta hecha de hilo?

CENTELLES.—No, sino de cuerdas más gruesas, como son de ordinario las sextas en la vihuela; tienen una cuerda tendida y todo lo demás como aquí en los juegos caseros; es falta o yerro echar la pelota por debajo de la cuerda; las señales, o si te place más darles el nombre de metas, son dos; los números, cuatro, quince, treinta, cuarenta y cinco; ventajas, estar a dos, tres, etcétera; la victoria es de dos modos, como cuando decimos ganamos la raya y el juego. Mas la pelota o se retorna de boleo o del primer bote, porque de rebote el golpe ya no tiene fuerza y se pone una señal allí donde se hirió la pelota.

BORJA.—¿No hay otros juegos que el de la pelota?

CENTELLES.—En la ciudad, tantos como aquí o aún más; pero entre los estudiantes ningún otro con permiso de los maestros; pero de cuando en cuando y a hurtadillas se juega a los naipes; los niños juegan a la taba; los más crecidos, a los dados. Nosotros teníamos un maestro llamado Anneo, que en el carnaval nos dejaba jugar a los naipes; pero de él y todos los restantes juegos, en general, había puesto seis leyes, que, escritas en una tablilla, las tenía colgadas en su aposento.

BORJA.—No te sea enojo, por favor, decírnoslas también a nosotros, como hiciste con las otras.

CENTELLES.—Vamos a pasear, porque tengo un deseo irresistible de ver la patria que no he visto tanto tiempo ha.

BORJA.—Subamos en las mulas para pasear con más comodidad y también con más honor.

CENTELLES.—Ese honor no lo comprará yo con un chasquido de los dedos.

BORJA.—Ni yo tampoco, si he de decir la verdad, movería por él una mano; más no sé cómo eso parece mejor en nosotros.

CABANYELLES.—Esto está bien; pero somos tres, y en las calles estrechas y en los lugares frecuentados, nos separaríamos; lo cual nos obligaría o a interrumpir la conversación o a que alguno de nosotros no oyese o entendiese muchas cosas de las que se dijeran.

BORJA.—Sea ello así; andemos a pie; entra por ese callejón a la plaza de los Penarroches.

CENTELLES.—Muy bien; de allí por la calle de los Cerrajeros a la de los Confiteros, y luego a la plaza de la Fruta.

BORJA.—¿Y por qué no a la de las verduras?

CENTELLES.—Es igual; los que gustan más de legumbres, llámenla

de la verdulería; los que gustan más de fruta, llámenla de la frutería. ¡Qué anchura de plaza! ¡Qué distribución de vendedores y de artículos por vender! ¡Cuánta variedad, limpieza y policía! No se pueden imaginar huertos parecidos a esta plaza. ¡Qué diligencia y cuidado los de nuestro edil y de sus auxiliares para que ningún comprador sea estafado por el vendedor! Aquel que va en la mula, ¿es Honorato Juan?

Cabanyelles. — No, según pienso, porque uno de mis criados, que le trajo un recado, le dejó en el momento de recluirse en su biblioteca; que si él supiese que estamos aquí los dos, no faltaría a nuestra conversación y apreciaría más nuestras bromas que sus seriedades.

Borja.—Di, por fin, las leyes del juego.

Centelles. — Despeguémonos de esta gentuza por la plaza de Nuestra Señora de la Merced a la calle de la Chimenea y de San Agustín, donde hay menos concurrencia.

Cabanyelles.—No nos apartemos tanto del casco de la ciudad; subamos más bien por la calle de la Bolsería hacia el Tosal; de ahí, a la calle de Caballeros y a vuestra casa solariega, mi querido Centelles, cuyas paredes paréceme que aún lloran la muerte de aquel héroe el conde de Oliva.

Borja.—Yo, con mejor acuerdo, creo que, depuesto el luto, se regocijan de que mancebo tal haya sucedido a anciano tan glorioso.

Centelles.—¡Oh, cómo me alegro de ver la corte y los cuatro tribunales del gobernador de la ciudad, que parece ya es herencia de nuestra familia, mi caro Cabanyelles: el civil, el criminal y el de los trescientos sueldos. ¡Qué edificios! ¡Qué panorama el de la ciudad!

Borja.—En ningún lugar mejor puedes poner leyes que en la plaza y audiencia; ponlas, por fin; porque no nos ha de faltar coyuntura mejor para encarecer las alabanzas o, mejor, las maravillas de nuestra ciudad.

Centelles. — La primera ley es cuándo se ha de jugar. El hombre fué creado para cosas serias, no para bagatelas y juegos. Los juegos se inventaron para aliviar el ánimo cansado de cosas serias. La coyuntura para jugar es cuando el espíritu o el cuerpo están fatigados, y al juego no se le ha de tomar de otra suerte que el sueño, la comida, la bebida y las otras cosas que renuevan y reparan las fuerzas. De otra manera es vicio, como todo lo que no se hace a su sazón debida. La segunda ley es con quiénes se ha de jugar. Así como cuando vas a emprender un viaje o te preparas para asistir a un convite observas con diligencia qué compañeros vas a tener a tu lado, así en el juego, ni más ni menos, has de advertir con quiénes juegas, que sean conocidos tuyos, pues en los desconocidos hay peligro grande de que no tenga realidad aquel adagio de Plauto: «Lobo es el hombre para el hombre cuyas cualidades no tengo conocidas.» Por añadidura, sean gentiles, joviales y corteses, con los cuales no haya peligro de que riñas o tengas diferencias o hagas o digas alguna cosa torpe o indecorosa; que no sean blasfemos contra Dios ni sean juradores; que no haya en sus palabras suciedad alguna, no sea que de aquella peste se te pegue alguna mala o viciosa costumbre. Finalmente, sean tales que no traigan al juego otro fin que el tuyo, conviene, a saber: el descanso y alivio del espíritu. La tercera ley es a qué juego. Primeramente, que sea

un juego conocido, porque en el desconocimiento del juego no puede haber deleite ni del jugador ni de los compañeros ni de los espectadores, y que, al mismo tiempo que aligera el espíritu, ejercite el cuerpo si lo permiten la salud y el tiempo. Pero si no, sea el juego tal que en él el azar no lo haga solo, sino que algo pueda la pericia para enmendar el yerro. Cuarta ley: con qué apuestas. Ni se ha de jugar sin ninguna apuesta, cosa que hace al juego soso y acaba por enfadar, ni ha de ser tan grande la apuesta que mientras el juego dura, te cause preocupación viva, y si pierdes, te duela y te atormente; no sería ello juego, sino tortura. Quinta ley: de qué modo; por manera que antes que te sientes a jugar, pienses que vas a tomar un sabroso pasatiempo, a cuyo resultado expones unos pocos dinerillos, con los cuales pagas el reparo de la fatiga. Considera que la suerte es varia, incierta, tornadiza, neutral, y que si pierdes no se te hace injusticia alguna; que la has de llevar con paciencia, sin arrugar el ceño ni poner cara de vinagre ni desatarte en improperios y maldiciones contra el compañero o alguno de los espectadores. Si ganas, no te muestres insolente y procaz contra el compañero perdidoso. Mientras dure el juego sé cortés, jovial; tengas gracejo sin truhanería ni descaro; no des el más ligero indicio de ser tramposo, bellaco o avaro; no seas porfiado en las disputas; en ninguna manera jures, recordando que todo ese negocio (aun cuando tuvieres mejor razón) no es de tanta monta que se haya de poner a Dios por testigo. Piensa que los espectadores son como los jueces del juego; si se manifestaren en uno u en otro sentido, tú cede, sin dar ninguna muestra de desagrado. De este modo no solamente el juego se hace placer, sino que también demuestra ser agradable la esmerada educación de un mozo hidalgo. Sexta ley: cuánto tiempo se ha de jugar. Hasta que experimentes que tu espíritu se halla ya renovado y preparado para el trabajo y la hora te llama al negocio serio. El que lo hiciere al revés, júzguese que lo ha hecho mal. Queredlo así, caballeros; mandadlo así.

Borja y Cabanyelles.—Como se pide.

DIALOGO XXII

EL CUERPO EXTERIOR DEL HOMBRE

(CORPUS HOMINIS EXTERIUS)

Durero, *pintor*; Grineo y Velio.

Durero.—Idos de aquí, porque harto sé que no me vais a comprar nada y sois un estorbo para que los compradores se acerquen más.

Grineo.—El caso es que nosotros queremos comprar, con tal que déjes el precio a nuestro arbitrio y tú señales el plazo, o al revés, señalando nosotros el plazo y tú el precio.

Durero. — Lindo negocio; no necesito yo enredos semejantes.

GRINEO.—¿Cúyo es ese retrato y qué precio le pones?

DURERO.—Este retrato es de Escipión *el Africano*, y lo doy por cuatrocientos sestercios o por poco menos.

GRINEO.—Yo te ruego, antes que remates la venta a favor nuestro, que examinemos el arte de la pintura; también ese Velio es medio médico, muy conocedor y ducho en anatomía humana.

DURERO. — Ya hace un buen rato que entiendo que me enredáis; con todo, mientras no se presentan compradores, burlaos cuanto quisiereis

GRINEO. — ¿Tú llamas burlas a la pericia de tu arte? ¿En qué conceptos tendrías el ajeno?

VELIO.—Primeramente cubriste la coronilla de la cabeza de gran espesura de cabellos y aún llanos, siendo así que la coronilla se llama en latín *vertex*, como quien dice *vortex*, remolino, porque revuelve y confunde los cabellos, como vemos en los ríos, cuando el agua se arremolina.

DURERO.—¿No reparas, mentecato, que está mal peinado, según la costumbre de aquellos tiempos?

VELIO.—Tiene desigual una parte de la mollera.

DURERO. — Recibió una cuchillada junto al río Trebia, cuando, simple soldado, salvó a su padre.

GRINEO.—¿Dónde has leído tú eso?

DURERO.—En las *Décadas* de Tito Livio, que se han perdido.

VELIO. — Las sienes están hinchadas en exceso.

DURERO.—Sumidas, fueran indicio de locura.

VELIO.—Yo quisiera ver el pescuezo.

DURERO.—Vuelve la tabla.

GRINEO.—¿Por qué Catón, entre otros oráculos divinos, pronunció éste: primero está la frente que el pescuezo?

DURERO. — ¡Cómo sois fatuos! ¿Acaso no ves en cualquier hombre antes la frente que el pescuezo?

GRINEO.—A algunos primero los veo por detrás que por delante.

DURERO.—Y yo también con mucho gusto, como a semejantes compradores y gente de armas.

VELIO.—Catón quiso decir que la presencia del dueño es más eficaz para el cuidado de la hacienda que su ausencia; por lo demás, ¿cómo pintaste tan largos los cabellos de delante la frente?

DURERO.—¿Te refieres a esos cabellos del copete?

VELIO.—Sí.

DURERO. — Durante muchos meses no tuvo barbero a mano, como cuando estuvo en España.

VELIO.—¿Por qué, contra la etimología de su nombre, pintaste velludo el entrecejo?

DURERO.—Para que tú mismo le arrancases los pelos con unas pinzas.

VELIO.—¿Y esos pelos que le salen de las narices? Con todo, tú, tal es tu astucia, sacudirás de ti la culpa sobre el barbero.

DURERO. — ¿No sabes, necio, que tales fueron las costumbres de aquel tiempo: severas, tristes, rústicas?

VELIO.—Ignorante: ¿no has leído que este Escipión fué el más aseado y acicalado de todos los hombres de su tiempo y el más amante de la curiosidad y policía?

DURERO.—Aquí le representé cuando estaba desterrado en Linterno.

GRINEO.—Este sobrecejo es grande y conveniente al Lacio; tiene los párpados muy cóncavos y sumidas las mejillas.

DURERO.—Culpa de ello a las vigilias castrenses.

GRINEO. — Tú no solamente eres

pintor, sino también retórico muy hábil en transferir las faltas a los otros.

DURERO.—Y vosotros, a lo que entiendo, en acusar falsamente.

VELIO.—Tiene los carrillos y los labios hinchados en demasía.

DURERO. — Es que tañe la trompeta.

GRINEO.—Y tú tocabas la jarra cuando pintabas este retrato.

VELIO.—O mejor un odre; más en otra parte lo pintaste peludo y sin pelos en los párpados.

DURERO.—Cayéronsele de enfermedad.

GRINEO.—¿De qué enfermedad?

DURERO. — Pregúntaselo a su médico.

GRINEO.—¿Acaso te das cuenta ya de que por tu tan grande ignorancia se han de rebajar de la suma cien sestercios?

DURERO.—Al revés; por vuestras burlerías e impertinencias tan enojosas, deben añadirse doscientos sestercios.

VELIO.—Tiene las pupilas de color garzo y yo oí decir que las tenía azules.

DURERO.—Y yo de color de turquesa, como Minerva batalladora.

VELIO.—Hiciste los lagrimales de los ojos muy carnosos y los párpados de abajo rasados de lágrimas.

DURERO.—Es que lloraba, acusado por Catón.

VELIO.—Las mandíbulas son demasiado largas y la barba sobrado espesa y profusa; dirás que los pelos son cerdas de puerco.

DURERO.—Vosotros sois unos descomedidos charlatanes y unos fisgones bachilleres. Idos de aquí, porque ya no se os permitirá ver más la tabla.

VELIO. — Te agradeceré, Durero mío, que mientras no vinieren otros a comprar, nos dejes a nosotros que hagamos burlerías.

DURERO.—¿Con qué paga?

VELIO.—Te escribiremos aquí los dos un dístico porque la tabla sea más vendible.

DURERO.—Mi arte no necesita recomendación vuestra; porque los compradores peritos que entienden de pintura no compran los versos, sino la destreza.

VELIO.—Pero tiene las narices demasiado abiertas.

DURERO.—Estaba enojado con sus acusadores.

VELIO. — No vemos el hoyito del bozo inferior.

DURERO. — Está escondido debajo de la barba, y ni aun veis la barba ni la papada de debajo.

GRINEO.—Con la excusa de la gran barba simplificaste mucho el retrato.

VELIO.—A mí me gusta el cuello recto y musculoso y también las axilas.

DURERO.—Hay que dar gracias al Cielo de que algo merece tu aprobación.

VELIO.—Mas, para que eche de ver en esto alguna falta, no tiene las axilas lo bastante cóncavas, lo cual, habiéndolo un fisonómico notado en Sócrates, dijo que era señal de ingenio perezoso. Yo quisiera esos hombros un poco más derechos y más anchos.

DURERO. — No era tanto soldado guerreador como caudillo. ¿No has oído el dicho de éste? Como dijesen unos soldados que él no era tan valiente soldado como sabio capitán, les respondió: «Caudillo me parió mi madre, que no soldado.» Pero si no habéis de comprar, marchaos, porque veo que se acercan unos mercaderes alcabaleros.

VELIO.—Vámonos a pasear, y entre nosotros hablaremos del cuerpo

humano, sin Escipión ni tabla. La nariz roma no es decente en un rostro noble.

GRINEO.—¿Y qué me dices de la achatada, como la tuvieron los húngaros?

VELIO.—¡Afuera tales monstruos!

GRINEO.—Los de nariz roma no son menos feos. Los persas veneraban a los aguileños por respeto de Ciro, que dicen tenía la nariz aguileña.

VELIO.—El codo y la dobladura son en el brazo lo que en la pierna la corva y la rodilla; de allí se siguien los morcillos hasta las manos, de cuyos músculos las piernas se llaman amorcilladas.

GRINEO.—¿No es, por ventura, este codo como los que miden?

VELIO.—Ese es el verdadero codo y nombre de *ancon* significa este mismo codo.

GRINEO.—¿De dónde, pues, le vino el nombre de Anco, el rey romano?

VELIO.—De su codo encorvado.

GRINEO.—Síguese la mano, el más insigne y útil de los instrumentos, dividida en dos: pulgar, índice, medio o infame; el inmediato al más pequeño, el meñique.

VELIO.—El medio, ¿por qué se llama infame? ¿Qué maldad cometió?

GRINEO.—Nuestro maestro dijo saber la causa, pero no la quiso decir porque era fea. No la preguntes, pues no parece bien en los mancebos de buena índole escudriñar torpezas.

VELIO.—Mas los griegos, al dedo más próximo al meñique llámanle *dactílico*, como si dijeran *anular*.

GRINEO.—Así es; pero en la mano izquierda, no en la derecha, porque allí solían llevar las sortijas.

VELIO.—¿Por qué motivo?

GRINEO.—Dicen que se extiende hasta él una vena que cuando se ciñe con la sortija, el corazón está como coronado. Los nudos de los dedos se llaman *condilos;* úsase esa voz por el golpe del puño; entre las junturas hay artejos y, generalmente, les llaman los latinos *artus* o *articuli*. Dicen que Tiberio César tuvo tan fuertes los artejos de los dedos, que con el dedo pasaba una manzana verde.

VELIO.—¿Aprendiste quiromancía?

GRINEO.—Ni siquiera hirió jamás este nombre mis oídos. ¿Por qué me lo preguntas?

VELIO.—Porque hubieras adivinado algo por las rayas de las manos.

GRINEO.—Dije que no sabía quiromancía, y ésta es la verdad; pero si yo ahora te confesase que tengo de ella algún conocimiento y estudiase con atención tu mano, me escucharías con gusto y no negarías en absoluto la fe a un hombre muy desconocedor de engaño semejante.

VELIO.—¿Cómo así?

GRINEO.—Porque ésa es la natural inclinación de los hombres que oyen con mucho gusto a los que prometen que van a anunciarles cosas escondidas o venideras.

VELIO.—¿De dónde tomaron nombre los Escévolas?

GRINEO.—Como si dijéramos *scaevas*, del nombre *scala*, que significa la mano izquierda. Dicen que en el sexo femenino hay más ejemplares de mujeres zurdas que en el nuestro.

VELIO.—¿Qué quiere decir *vola?*

GRINEO.—El cuenco de la mano, donde están las rayas.

VELIO.—¿Qué quiere decir *involare?*

GRINEO.—Lo que tú haces complacidamente: sonsacar, hurtar, como si dijéramos esconder dentro de la mano encogiéndola, y lo que hizo aquella rabiosa Lucrecia, a saber: sacar con las uñas los ojos de las

criadas. Lo restante del cuerpo, quitada la cabeza, es el tronco, y del tronco, el tórax, que es la cavidad del pecho hasta el ventrículo y las costillas, o sea la cavidad interior, porque la exterior, entre los brazos y pecho, constituye el seno. Debajo del ventrículo está el vientre, y en el bajo vientre, el vello del pubis y las partes verendas.

VELIO.—¿No es por ventura más verendo el ano?

GRINEO.—Ambos órganos son vergonzosos; el posterior, por la fealdad; el anterior, por la deshonestidad e indecencia. El *fémur*, que antiguamente llamaban *femen*, el muslo en singular, ahora prefieren llamarle en plural *femina*, los muslos. Después de la rodilla viene la pierna, cuyo hueso se llama *tibia*, o sea la canilla de la pierna; la parte carnuda y gruesa de detrás se llama *sura*, pantorrilla; finalmente el pie, no desemejante de la mano, pues tiene dedos y palma, que se llama planta y suela del pie.

VELIO.—¿Qué es esto? ¿Acaso no es huella lo que el pie deja señalado?

GRINEO.—Aquello mismo y la suela del pie.

VELIO.—¿Sabes cuál sea en el cuerpo el asiento de las virtudes?

GRINEO.—¿En dónde, finalmente?

VELIO.—En la frente la vergüenza, en la mano diestra la lealtad, en la rodilla la misericordia.

GRINEO.—La planta del pie no es la misma suela del pie.

VELIO.—Con todo, así lo piensan muchos.

GRINEO.—Mas Plinio escribe que hay una raza de hombres que al mediodía se hace sombra con la planta del pie, que tienen desmedida y enorme, ¿cómo es eso posible?

VELIO.—En realidad es todo planta, desde el juego de la pierna hasta los dedos.

DIALOGO XXIII

LA EDUCACION

(EDUCATIO)

FLEXÍBULO, GRINFERANTES, GORPORAS Y GRINEO.

FLEXÍBULO.—¿Con qué intención te ha enviado aquí tu padre?

GRINFERANTES.—Dijo que tú eras un hombre muy bien criado y sabiamente educado, y por esta causa, bienquisto en esa ciudad; que él deseaba que yo, siguiendo tus mismos pasos, llegue a semejante favor del pueblo.

FLEXÍBULO.—¿Y cómo piensas que vas a conseguirlo?

GRINFERANTES.—Con la buena educación, de la cual dicen todos estar tú dotado. Añadió mi padre que semejante educación me conviene a mí más que a otro cualquiera.

FLEXÍBULO.—Dime, hijo mío: ¿cómo en ese punto vienes con instrucciones de tu padre?

GRINFERANTES.—No tanto me instruyó mi padre como un tío mío, hombre anciano, largamente versado en acompañamientos de reyes.

FLEXÍBULO.—Pues ¿qué te enseñaron ellos, hijo mío y amigo mío?

GORPORAS.—Mira, varón prudentísimo, no sea que por ignorancia deslices en algún dicho o hecho indiscreto y descortés, por donde pierdas esa opinión de bien educado.

FLEXÍBULO.—Pues qué, ¿por caso tan liviano esa reputación se pierde entre vosotros?

GORPORAS.—Y aun por una palabra insignificante, con sola una genuflexión, con sola una inclinación de cabeza.

FLEXÍBULO.—Delicado y frágil en demasía es este buen nombre entre vosotros; entre nosotros es más firme y más robusto.

GORPORAS.—Así son nuestros juicios, como nuestros cuerpos, que no sufren tropiezo ni caída.

FLEXÍBULO.—O, mejor, como es fácil de comprobar, más fácilmente lo sufren los cuerpos que los prejuicios.

GORPORAS.—¿Por ventura tú no conociste a ése? Por eso le llamas hijo y amigo.

FLEXÍBULO.—¿Acaso no honran estos nombres y están henchidos de amabilidad?

GORPORAS.—De amabilidad creo yo de lo que, hablando en plata, no hacemos nosotros demasiado caudal; pero no es de respeto ni de cortesanía que nosotros hacemos un verdadero culto, pues aquí se suele llamar señor, no amigo. ¿No adviertes que primero se pone el señor que el apellido y la servidumbre de todos los colores? ¿No has notado, en los funerales solemnes del abuelo, tantos cirios, tantos escudos de armas, tantos hombres enlutados?

FLEXÍBULO.—¿Pues qué? ¿Afectas tú ser señor de todos y de ninguno amigo?

GRINFERANTES.—Así mis deudos me lo enseñaron.

FLEXÍBULO.—Exhibid ya, muy señor mío, los ilustres documentos de vuestro ínclito abolorio.

GORPORAS.—Me parece que te burlas de este muchacho; pero no es un cualquiera; no hagas eso.

GRINFERANTES.—Comenzaré por decir que yo soy de una familia muy hidalga, que a ninguna cede en toda esta provincia; por eso debo procurar con toda diligencia y esforzarme con todo ahinco en no degenerar del valor de mis mayores, que ellos acarrearon mucha honra, no cediendo a nadie ventaja alguna en lugar, dignidad, autoridad y renombre, y que ello me obliga a hacer yo lo mismo. Si alguien quiere poner en mi honor alguna mengua, hay que romper pelea inmediata con él, que por lo que afecta al dinero hay que ser liberal y hasta manirroto; por lo que toca al honor, escaso y atento, que, a pesar de todo, conviene que yo y otros de la misma calidad que yo nos levantemos en honor de los otros, en la calle les cedamos lugar y paso, que los acompañemos a casa, que nos descubramos en obsequio suyo, que les inclinemos la rodilla no porque otro ninguno merezca que yo me muestre tal con él, sino porque de esta manera me ganaré el favor público y me granjearé el aura popular y aquella honra que con tanto cuidado llevamos siempre en la boca y en el corazón; que en aquella crianza consiste la diferencia del noble y del villano, por cuanto el noble está enseñado y acostumbrado a hacer todas aquellas ceremonias con despejo, mientras que el villano, con su formación agreste, no sabe hacer ninguna de aquellas cortesanías.

FLEXÍBULO.—Y a vuecencia, señor, ¿qué os parece de educación semejante?

GRINEO.—¿Que cuál me parece? Muy buena y digna de mi linaje.

FLEXÍBULO.—¿Qué otra cosa hay que tengas que preguntarme?

GRINEO.—Ninguna otra en verdad, a mi parecer, si no fuera por la voluntad de mi padre, que me encargó en absoluto o, mejor, que me mandó inflexiblemente que viniese a verte, para que si en esta educación hubieras alcanzado alguna cosa más oculta o un misterio más recóndito y sagrado con que pudiese adquirir mayor honra, que por hacerle merced, te tomases la molestia de indicármela, para que nuestra familia, ya puesta en destacada situación, se encaramase a superior categoría, por cuanto son no pocos los hombres nuevos que, confiados en su opulencia y luego de haber alcanzado dignidad y honores, a favor de sus riquezas, levanten cabeza y aun se atrevan a competir con la antigüedad y las glorias de nuestro linaje.

FLEXÍBULO. — Imperdonable desafuero.

GRINEO.—¿Verdad que es así?

FLEXÍBULO.—Esto lo ve un ciego.

GRINEO.—Y así es que estos hombres de ayer pasean con un cortejo de pajes y lucen ricos vestidos, escaqueados de terciopelo o de brocado, por manera que en su comparación parece que somos nada nosotros, que vestimos paño frisado, por encubrir nuestra pobreza. El premio de este trabajo tuyo, si haces este favcr a mi padre, será recibirte en el seno de nuestra familia y ser admitido en su gracia y la mía con el objeto de que, andando el tiempo, recibas algún beneficio nuestro y quedes bajo nuestra protección y casi tutela.

FLEXÍBULO.—¿Qué cosa mayor se puede decir o se puede desear? Pero dime ya: Si te quitas el sombrero y te retiras de la calle, haciendo lugar y saludando afablemente, ¿por qué causa serás agradable a aquellos con quienes conversares?

GRINEO.—Por la sola razón de hacerlo.

FLEXÍBULO.—Todo esto no son más que signos exteriores, que dan a entender que hay algo en tu interior que te hace amable, porque a aquello ninguno lo ama por sí mismo.

GRINEO.—¿Y por qué no lo han de amar todos aquellos que son de buen trato, en especial, entre los de mi nobleza?

FLEXÍBULO.—Adelantaste muy poco, sea dicho entre nosotros; ¿y tú te imaginas haber ya llegado a la cumbre?

GRINEO.—Ninguna necesidad tengo de acaudalar letras y erudición; mis antepasados me dejaron con qué vivir, y aun cuando ello faltare, no iba yo a buscarlo con estas artes tan solapadas y viles, sino a punta de lanza y con el hierro desnudo.

FLEXÍBULO.—Animosamente dijiste eso, y con altanería, como si, porque eres noble, no debieras ser hombre.

GRINEO.—Habla bien, por favor.

FLEXÍBULO.—¿En qué parte de tu cuerpo eres hombre?

GRINEO.—En todo yo.

FLEXÍBULO.—¿En todo el cuerpo, en el cual no te diferencias de las bestias?

GRINEO.—No, por cierto.

FLEXÍBULO.—No lo eres, pues, en todo tú; sólo en la razón y el entendimiento.

GRINEO.—¿Por qué no?

FLEXÍBULO.—Porque si dejas el espíritu yermo y ensilvecido, y aliñas el cuerpo solamente y pones en él tu cuidado exclusivo, ¿no pasas por ventura de la condición de hombre a la de bestia? Pero volvamos a aquello de que habíamos comenzado a hablar, porque esta digresión, si quisiera halagar mi propio deseo, nos llevaría muy lejos de nuestro

propósito. Mas cuando tú cedes el paso y descubres tu cabeza, ¿qué concepto juzgas que tienen los demás de ti?

GRINEO.—Que soy de alto linaje, de noble crianza y exquisita educación.

FLEXÍBULO.—Duro eres en exceso. ¿Jamás oíste en tu casa decir algo del espíritu, de la probidad, de la modestia, del comedimiento?

GRINEO.—Algo de eso oí en la iglesia de boca de los predicadores.

FLEXÍBULO.—Cuando te ven hacer semejante cosa los que topan contigo, piensan que tú eres un mancebo honesto y bueno, que juzgas de ellos bien y de ti mismo moderadamente, y de esta opinión nace su simpatía y su favor.

GRINEO.—Repíteme eso mismo, pero con mayor claridad.

FLEXÍBULO.—A eso voy; si los hombres te consideraren soberbio hasta tal punto que a todos los despreciases, excepción hecha de ti; con todo y quitarte el sombrero y cederles el paso, no porque a ellos sea debido tal honor, sino porque esta distinción parece bien en ti, ¿piensas que habría alguno que te lo agradeciera o te tomara simpatía por aquella falaz y simulada deferencia?

GRINEO.—¿Por qué no?

FLEXÍBULO.—Porque es un honor que te haces a ti, no a ellos; porque ¿quién juzgará que te está obligado por aquello que haces en obsequio de ti mismo y no de él? ¿Admitiré yo, por ventura, como tributado a mí aquel honor que tú rindes a tu consideración, no a mis méritos?

GRINEO.—Así me lo parece.

FLEXÍBULO.—Luego la voluntad tiene que ganarse, creyendo ellos que aquella honra merecidamente se les da, no porque a ti te tengan por más cortés y noble. Mas ello no será si no forman de ti aquel concepto que juzgues que ellos son mejores que tú y que son dignos de que a ellos les rindas vasallaje.

GORPORAS.—Pero, con todo, no es así.

FLEXÍBULO.—Aun cuando esto sea falso, en este punto es menester engañarlos; de otra manera, jamás conseguirás lo que con tanto afán pretendes.

GRINEO.—Pues ¿cuál será el camino para que de ello se persuadan?

FLEXÍBULO.—El camino será fácil, con tal que pongas en ello una advertencia muy activa.

GRINEO.—Dime qué camino es ése, por tu vida, porque por eso me han enviado aquí y serás siempre de nuestra clientela.

FLEXÍBULO.—Demasiado verde está esa fruta.

GRINEO.—¿Qué dices entre dientes?

FLEXÍBULO.—Digo que no hay más que un camino y es ser tenido por tal cual deseas que te tengan.

GRINEO.—¿Cómo así?

FLEXÍBULO.—Si quieres calentar alguna cosa, ¿la aplicas a un fuego pintado?

GRINEO.—No, sino fuego real.

FLEXÍBULO.—Y si intentas cortar algún cuerpo, ¿te sirves de espada figurada en una tela?

GRINEO.—No, sino una auténtica espada cortadora.

FLEXÍBULO.—No tienen, pues, la misma eficacia las cosas pintadas que las verdaderas.

GRINEO.—Claro que es distinta.

FLEXÍBULO.—Pues no vas tú a conseguir lo mismo con una modestia mentida que con una modestia real, pues las cosas mentidas se delatan hartas veces mientras que las verdaderas son siempre las mismas. En la modestia fingida dirás o harás alguna vez, pública o privadamente,

algo que por inadvertencia tuya (pues no siempre y en todo lugar podrás proceder con la obligada advertencia), te delatará como falso, y cuanto más, mientras te desconocían, fuiste amado tanto más, luego de haberte conocido, serás objeto de odiosidad, aún más que antes.

GRINEO.—¿Cómo, pues, podré yo mismo imponerme aquella verdadera y natural moderación del ánimo que tú mandas?

FLEXÍBULO.—Si te persuadieres, como así es, en hecho de verdad, que los otros son mejores que tú.

GORPORAS.—¿Cómo mejores? ¿Pero en dónde? Será en el cielo, porque en la tierra son harto pocos los que me igualen, y, mejor que yo, ninguno.

GRINEO.—Así lo oí muchas veces de mi padre y de mi tío.

FLEXÍBULO.—Mucho os aparta del conocimiento de la verdad la ignorancia de los hombres. ¿Quién es aquel a quien tú llamas bueno? Para que sepamos si por ventura hay alguno mejor que tú.

GRINEO.—¿Que a quién llamo yo bueno? Al que nació de buenos padres.

FLEXÍBULO.—¿Ignoras aún lo que es bueno y ya entiendes qué cosa sea mejor? ¿Cómo has llegado a los comparativos, cuando aún no aprendiste los positivos? Y por lo que toca a tus progenitores, ¿cómo sabes que fueron buenos? ¿Con qué señal los conoces?

GRINEO.—¿Pues qué? ¿Negarás tú que ellos fueron buenos?

FLEXÍBULO.—No los conocí; ¿cómo quieres que por lo que atañe a su bondad pueda yo determinar nada en uno o en otro sentido? Lo que yo ahora te pregunto es cómo pudiste colegir que ellos fueron buenos.

GRINEO.—Porque todo el mundo lo dice a una voz; pero dime tú: ¿a santo de qué preguntas tan impertinentes?

FLEXÍBULO.—No son impertinentes, sino obligadas para que entiendas lo que me preguntas.

GRINEO.—Sé breve, pídote por favor.

FLEXÍBULO. — Prolijamente debiera explicarse aquello en cuya crasa ignorancia andas empringado y envuelto. Mas, puesto que te enfadaste, te lo diré más brevemente de lo que requiere un tema de tanta monta; mírame muy de fijo, mientras voy hablando. ¿Quiénes se deben llamar eruditos? ¿No son, por ventura, aquellos que poseen erudición? ¿Quiénes deben llamarse opulentos? ¿Por ventura no son los que nadan en la opulencia?

GRINEO.—Indudablemente.

FLEXÍBULO.—¿Quiénes, pues, deben llamarse buenos? ¿Por ventura, para terminar, no son aquellos que tienen bienes?

GRINEO.—Claro está que así es.

FLEXÍBULO. — Prescindamos ahora por un momento de las riquezas o que no son verdaderos bienes. Si lo fueran, se hallarían muchos mejores que tu padre; los mercaderes, los usureros aventajarían en bondad a los hombres buenos y sabios.

GRINEO.—Parece ser así como tú dices.

FLEXÍBULO. — Medita, pues, con atención y cuidado cada cosa que yo te dijere. ¿No es, por ventura, bueno el talento agudo y sagaz, el juicio maduro, íntegro, sano, la varia erudición de cosas grandes y útiles, la prudencia, el ejercicio en cosas de importancia, el consejo, el tacto y la manderecha en la ejecución de los negocios? ¿Qué me dices tú de todo esto?

GRINEO.—Aun los nombres solos, a decir verdad, me parecen hermo-

sos y me imponen respeto, cuanto más las cosas mismas.

FLEXÍBULO.—¡Ea, pues! ¿Y qué la sabiduría y qué la religión y el amor para con Dios, con la patria, los padres, los amigos, la justicia, la templanza, la liberalidad, la magnanimidad, el menosprecio de los azares humanos y, en los casos adversos, la reciedumbre de ánimo, qué son todas estas cosas?

GRINEO.—Muy excelente también.

FLEXÍBULO.—Estos son los bienes exclusivos del hombre, pues todas aquellas otras cosas de que pudiéramos hacer mención son comunes a buenos y a malos, y, por esta causa, no son solos bienes; yo te encarezco con todo ahinco que grabes todo esto muy bien en tu memoria.

GRINEO.—Así lo haré.

FLEXÍBULO.—Y yo así lo quisiera, porque tu talento no es malo, pero no bien cultivado. Piensa, pues, contigo mismo si tú las tienes, y si las tienes, ¡cuán pocas y cuán frágilmente! Cuando lo hubieres sutil y agudamente examinado, a la postre entenderás que tú no estás adornado ni provisto de muchos y de grandes bienes, si bien no haya en el pueblo quien tenga menos que tú. Porque, en medio de la multitud, los unos son ancianos que han visto y oído muchas cosas y tienen experiencia copiosísima; los otros son estudiosos, los cuales aprendiendo avivan el ingenio y lo pulen; otros toman el gobierno de la república; otros, con sumo agrado y diligencia, manejan los autores que les han de aprovechar; otros son cuidadosos padres de familia; otros profesan otras artes y descuellan en ellas, y aun los mismos labradores, ¿cuántas cosas no alcanzan de los misterios de la Naturaleza? Los marineros también entienden el curso de los días y de las noches, la naturaleza de los vientos, la posición de las tierras y del mar. Otros, también de la multitud, son varones santos y píos, que honran y veneran a Dios piadosamente. Otros, en la prosperidad se condujeron comedidamente y valerosamente sufrieron las adversidades. De todas estas cosas, ¿qué sabes tú? ¿Qué ejercitas? ¿Qué haces? Nada en absoluto, sino aquello: «Ninguno hay mejor que yo; soy de honrado linaje.» ¿Cómo puedes ser mejor si todavía no eres bueno? Ni tu padre, ni tus abuelos, ni tus bisabuelos fueron buenos si no tuvieron aquellas virtudes que dije. Si las tuvieron, averígualo tú; yo lo dudo mucho, pero si las tuvieron en realidad, con toda certidumbre puedo decir que tú no serás bueno si no les eres semejante.

GRINEO.—Débote decir que me has aterrado y avergonzado; no hallo argumentos con que contradecirte.

GORPORAS.—Nada de esto entendí. has puesto tinieblas delante de mis ojos.

FLEXÍBULO.—Porque has de saber que vienes aquí correoso en demasía, afectado, esclavizado por muy antagónicas opiniones. Y tú, mozo, ahora, por fin, ¿cómo quieres que te llamen: señor o esclavo?

GRINEO.—Esclavo, porque si es así como dijiste y comprendo que es así, son hartos los esclavos mejores y que valen más que yo.

FLEXÍBULO.—Para que esta resolución tuya se te hinque muy adentro, retírate a tu casa, y a tus solas repasa, examina y piensa muy bien lo que te dije; cuanto más las pensares, tanto más entenderás que son muy ciertas.

GRINEO.—Y yo te suplico que añadas otras cosas, si las tienes por decirme, pues en el curso de una hora me siento tan trocado que a

mí mismo parézcome ser ya otro distinto.

FLEXÍBULO.—¡Ojalá te sucediera lo que aconteció al filósofo Palemón!

GRINEO.—¿Qué le acaeció al filósofo Palemón?

FLEXÍBULO.—Con un solo discurso de Jenócrates, de hombre malo y perdidísimo como era, hízose prosélito de la filosofía y seguidor fervorosísimo de todas las virtudes, y salió excelente filósofo de gran renombre y sucesor de Jenócrates en la Academia. Pero tú, hijo mío, así que claramente conocieres cuánto te falta para ser bueno (cosa que les sobra a muchos), sinceramente darás la ventaja a los otros y en ellos rendirás pleitesía a la bondad de que tú ves que están adornados, mientras tú careces de ella. Y ya entonces, por el conocimiento de ti mismo, a tus propios ojos te envilecerás y te figurarás un montón de inmundicias, por manera que con nadie toparás tan abatido y desdeñado, a quien tu propia conciencia no te lo anteponga a ti, porque no podrás persuadirte que haya otro peor que tú, sólo que su malicia y maldad se manifiestan ellas mismas, mientras que la tuya se oculta con cautela muy estudiada.

GRINEO.—Y de aquí, ¿qué resultará?

FLEXÍBULO.—Si estas cosas hicieres, conseguirás la misma educación, la urbanidad auténtica o, como ahora decimos, la *aulicidad*, o sea la cortesanía de los palacios; serás simpático y querido de todos; pero no cuidarás ya mucho de eso; pero serás (y ésa será entonces tu preocupación única) agradable al Dios que vive por los siglos de los siglos.

DIALOGO XXIV

LOS PRECEPTOS DE LA EDUCACION

(EDUCATIONIS PRÆCEPTA)

BUDEO y GRINFERANTES.

BUDEO.—¿Qué mudanza es ésta tan grande y tan repentina? Podría colocarse entre las *Metamorfosis* de Ovidio.

GRINFERANTES.—¿En peor o en mejor?

BUDEO.—En mejor, a mi juicio, puesto que se puede apreciar y colegir la buena intención del atuendo exterior de la expresión del rostro, de las palabras y de las obras.

GRINFERANTES.—Motivo hay, pues, porque me des la enhorabuena, dulcísimo amigo mío.

BUDEO.—Yo, por esto, no tan sólo te doy el parabién, sino que te exhorto a que prosigas y ruego a Dios y a todos sus santos que de cada día aumente tu crecimiento en esta buena vida. Pero te agradeceré que no envidies a un tan querido amigo tuyo el arte tan excelente y noble que en tan breve tiempo siembra y derrama tanta bondad en el pecho de los hombres.

GRINFERANTES.—El arte y el manantial de esta ubérrima corriente es Flexíbulo, a quien, por ventura, conociste.

BUDEO.—¿Y quién no conoce a

un varón de tan gran prudencia y de experiencia tan madura de las cosas, conocido no sólo en esta ciudad, sino también estimado y digno de singular respeto, según lo oí de mis padres y de mis antecesores? ¡Dichoso tú que le oíste de más cerca y le trataste familiarmente, de donde sacaste tanto fruto para la debida compostura de las costumbres!

GRINFERANTES.—¡Cuánto más dichoso eres tú, para quien estas cosas nacen en tu propia casa y puedes oír no una sola vez ni de cuando en cuando, sino cada día, cuando en gana te viniere, a un tal padre que trata de las cosas más grandes y útiles con toda sabiduría!

BUDEO.—Deja esas cosas por ahora; de ti y de Flexíbulo ocúpese la conversación comenzada.

GRINFERANTES.—Callemos, pues, lo de tu padre, puesto que así lo deseas; volvamos a Flexíbulo; no hay cosa más sabrosa que la conversación de aquel hombre, ni cosa más cuerda que sus consejos, ni cosa de mayor autoridad ni de más prudencia, ni cosa más santa que sus prescripciones. Y así, con ese gusto que me he dado de oírle, se me ha aumentado y encendido la sed de beber en tan dulce fuente de sabiduría. Dicen los que hacen la descripción del mundo que existen fuentes de propiedades maravillosas: que unas embriagan y otras disipan la embriaguez; que unas causan estupor y otras producen sueño; yo experimenté que esa fuente tiene esta virtud, a saber: que de bruto hace hombre; de perdido y malo, hombre de bien; de hombre bueno hace ángel.

BUDEO.—¿Podría yo también, aun cuando no fuera más que un sorbo tomado a flor de labios, beber algo de esta fuente?

GRINFERANTES.—¿Y por qué no has de poder? Yo te enseñaré la casa donde vive.

BUDEO.—Eso en otra ocasión; pero tú, paseando (o sentado, si lo prefieres), repíteme algunos de sus preceptos que juzgas que son los mejores y más principales.

GRINFERANTES.—De muy buen grado te los repetiré no sólo para tu complacencia y provecho, si pudiere, sino también para memorial mío. Lo primero de todo me enseñó que cada uno debe sentir de sí no altanera, sino comedidamente, o, mejor, bajamente, porque éste es el fundamente macizo y propio de la esmerada educación y de la cortesía auténtica. Que por esto debe poner muy vivo empeño en cultivar su entendimiento y exornarlo con el conocimiento de las cosas, ciencia y práctica de las virtudes; porque, de otra manera, el hombre no es tal hombre, sino bestia pura; asistir a los divinos oficios con la máxima atención y reverencia. Que pienses que todo lo que allí ves u oyes es misterio grande, admirable, divino, que sobrepuja tus alcances. Que con frecuencia debes, en tus oraciones, encomendarte a Jesucristo y colocar en El toda tu esperanza y tu confianza toda. Que debes mostrarte obediente para con tus padres; servirlos, asistirlos y, hasta el punto que se pueda, valerlos, serles de provecho, ayudarlos. Respetar y amar al maestro como padre, no del cuerpo, sino (lo que es mucho más) del alma; reverenciar a los sacerdotes del Señor y mostrarse dócil para con su doctrina, pues ellos nos representan la persona de los apóstoles y aun del mismo Cristo. Que hay que prestar acatamiento a los ancianos, descubrirse la cabeza, escucharles con atención por cuanto, con su prolija experiencia, han aca-

rreado prudencia no corta. Que hay que honrar a los magistrados y obedecer a lo que mandaren, pues Dios Nuestro Señor les confió nuestra custodia. Atender, admirar y reverenciar a los hombres de gran talento, erudición y bondad; desearles bien y desear su amistad y su trato, del cual se sigue gran fruto y, principalmente, el de salir parecidos a ellos. Finalmente, que a los que están constituídos en dignidad se les debe reverencia con toda generosidad y de muy buen grado ¿Qué dices tú de esos preceptos?

BUDEO.—Que, a mi parecer, se sacaron de un almacén muy rico de prudencia. Pero dime: ¿Por ventura no son muchos los indignos constituídos en dignidad, como los sacerdotes, que no corresponden a tan gran nombre, y los magistrados malos y viejos, necios y caducos? ¿Qué pensaba, dime, de éstos Flexíbulo? ¿Que debía dispensárseles la misma honra que a los funcionarios ejemplares?

GRINFERANTES.—No ignoraba Flexíbulo que de los tales había no pocos; pero no consentía a nuestra edad que entre éstos y los otros nosotros pusiéramos diferencia, porque nosotros no tenemos todavía la plenitud y madurez de juicio y prudencia para poder juzgar eso; que ese juicio debía reservarse no sólo a los hombres sabios, sino también a aquellos que tienen la responsabilidad de su gobierno.

BUDEO.—Paréceme que esto está muy bien.

GRINFERANTES. — Añadía que el mancebo no debe ser remiso en quitarse el sombrero, en hacer cortesía, en saludar a cada uno con el respeto que merece, en hablar con afabilidad y con mesura. Que no parecía bien el mucho hablar en presencia de los ancianos y superiores, porque eso no se compadece con la reverencia que les es debida, sino oírlos en silencio y aprender de ellos cordura, conocimiento de diferentes cosas, recta y expedita manera de hablar. La diligencia en el oír es el más breve atajo para la sabiduría. Misión del hombre prudente y talentudo es juzgar de las cosas; y de cada cual juzgar de aquello que tiene bien conocido. Por eso decía no ser cosa que se debe sufrir soportar al mancebo fácil en pronunciar y en resolver; que el mozo debía ir despacio o mejor con recelosa timidez en resolver o juzgar de una cosa por leve o pequeña que sea, a fuer de conocedor de su propia ignorancia. Porque si conviene que el mancebo se muestre tal en juzgar de cualquier negocio, ¿qué será de las letras, ciencias, leyes de la patria, usos, costumbres e instituciones de los mayores? De tales cosas, Flexíbulo no sólo no permitía que el mancebo sentenciase, pero que ni aun disputase ni aventurase soluciones; que no fuese caviloso, que no pidiera la razón, sino que obedeciese silenciosa y modestamente. Y confirmaba todo esto que decía con la autoridad de Platón, hombre de soberano ingenio y de ciencia muy grande.

BUDEO.—¿Y qué, si las leyes o costumbres son malas, injustas o tiránicas?

GRINFERANTES.—En orden a esto, Flexíbulo decía lo mismo que referente a los viejos. Yo no puedo ignorar—decía él—que han sido admitidas en la ciudad costumbres no merecedoras de aprobación; que existen leyes santas; que existen algunas inicuas a ojos vistas; pero tú, ignorante, inexperto en las cosas de la vida, ¿cómo lo juzgarás? No llegaste aún con tu erudición y experiencia de la vida a que puedas es-

tablecer acerca de ello juicio alguno firme; acaso, por tu ignorancia o por tu pasión, juzgarás ser injustas unas leyes que son rectísimas y puestas con muy gran consejo; y al revés, que son muy buenas otras que fuera justo que se aboliesen; deja que inquieran, disputen y definan aquellos que pueden hacer que merezca aprobación cada una de ellas; tú no lo podrías hacer.

Budeo.—En efecto, es así. Pasa a lo otro.

Grinferantes.—Que no hay gala que parezca mejor y que sea más graciosa para el mancebo que la vergüenza; ni cosa más fea y aborrecible que la procacidad. Que de la ira proviene a nuestra edad un peligro muy grande; ella nos lleva arrebatados a torpes acciones, de las cuales, poco tiempo después, nos pesa muy acerbamente. Que debemos pelear con ella con denuedo brioso hasta derribarla por tierra, porque no sea ella quien nos derribe. El hombre ocioso es una piedra; el hombre mal empleado es una bestia; el bien ocupado es todo un hombre. Los hombres, no haciendo nada, aprenden a hacer mal. La comida y la bebida deben medirse por el natural deseo del hambre o de la sed, no por la glotonería o el desordenado apetito de ahitar el cuerpo. ¿Qué cosa se puede decir más fea que meter el hombre en su cuerpo, comiendo o bebiendo, aquellas cosas que le despojan de la condición humana y le transforman en bestia o en tronco? La compostura del semblante y de todo el cuerpo muestran cómo es el ánimo en su interior. Que de toda la faz exterior, el espejo más cierto eran los ojos y que por ello convenía fuesen tranquilos y sosegados; ni altaneros ni abatidos; no movedizos, pero no fijos tampoco; que el rostro no debía mostrar ceño ni fiereza, sino alegría y afabilidad. Que la sordidez y la obscenidad está bien que no se muestren en el vestido, en la comida, en el trato social, en la conversación. No quería que nuestras palabras fuesen ni arrogantes, ni miedosas, ni abyectas, ni afeminadas, sino simples, no capciosas ni fáciles de ser interpretadas en mal sentido; porque si fuere así, no habría palabra segura; y en estulticias y cavilaciones se pierde la manera de hablar generosa y franca. Las manos, cuando hablamos, no deben agitarse, ni debe menearse la cabeza, ni ladear el cuerpo, ni arrugar o torcer el entrecejo, ni mover los pies. Decía no haber cosa más fea que la mentira y que él aborreciese tanto. La destemplanza nos hace bestias; la mentira, diablos; la verdad, semidioses; que la verdad era hija de Dios y la mentira lo era del diablo y que por lo mismo nada había más dañoso para la vida en sociedad. Que con mayor justicia debía desterrarse de la comunicación de los hombres el mentiroso que el ladrón o el que golpeó a otro o adulteró la moneda. Porque ¿qué concierto puede haber de cosas o negocios o conformidad de palabras con quien dice una cosa y siente otra? Con los restantes géneros de vicios puede haber alguna; con éste, ninguna en absoluto. Mucho y con harto tiento hablaba de las camaraderías y amistades de los mancebos, cosa que importa mucho para la bondad o los vicios de nuestros tiempos; que se nos contagian las costumbres de nuestros amigos o de nuestros compañeros y que nos hacen tales cuales son aquellos con quienes alternamos; y que por ello, en este punto debíamos poner gran diligencia y desvelo. Y no nos permitía que fuésemos nosotros quie-

nes escogiéramos nuestras amistades y familiaridades, sino que aceptáramos y cultiváramos las que eligieron y nos entregaron nuestros padres, maestros o ayos; que a ellos la razón les guía en la elección y a nosotros nos arrebata alguna pasión torcida y antojadiza; que si por algún caso desgraciado incurriéremos en amistades inútiles o nocivas, avisados por una autoridad superior, debíamos desecharlas cuanto antes. Decía él, además, muchas otras cosas, no ya grandes y ejemplares, sino con mayor extensión y exactitud. Pero éste era como el epítome de la educación de la juventud.

En Breda del Brabante, en la fiesta de la Visitación de la Santísima Virgen, del año 1538.

FIN DE LOS
«EJERCICIOS DE LENGUA LATINA»

OBRAS FILOSOFICAS

DEL INSTRUMENTO DE LA PROBABILIDAD

La mente humana, que es la facultad para conocer la verdad, tiene cierta simpatía y parentesco con aquellas verdades primordiales, que son como la semilla de donde nacen todas las verdades restantes, que reciben el nombre de *anticipaciones* y *formaciones*, llamadas *catalepsis* por los griegos. Ahí tuvo su origen la opinión de Platón, a saber, que nosotros no aprendemos, sino que recordamos, y que las almas de los hombres tuvieron conocimiento de muchas y grandes cosas antes que fuesen metidas y como forradas en los cuerpos. Pero esto, a la verdad, no más que al modo que los ojos tienen noticias de los colores antes de que del útero materno salgan a la luz; tienen la potencia, pero no el acto.

De aquellas verdades príncipes, poco a poco colige otras verdades, como de la semilla emergen los tallos. Pero toda novedad engendra maravilla que acucia a la búsqueda y a la investigación. Este menester encomiéndase al juicio, de donde sigue el asentimiento, o digamos el acercamiento a lo que se juzgó verdadero; y la disensión y el apartamiento de lo que se juzgó falso. Pero existe un caso intermedio que no es ni una cosa ni otra. Acontece esto, bien por la ambigüedad, que por el equilibrio de razones mantiene el juicio en suspenso, o porque el juicio no se decide por un extremo u otro, porque no recibe impulso suficiente y el asentimiento de una cosa es el disentimiento de otra, y viceversa.

El asentimiento es simple: *Esto es; esto no es.* El asentimiento puede ser precavido y cauto, con alguna mezcla de duda: *Pienso, opino, creo...* cuando el ánimo se adhiere a la prueba no con tal firmeza que esté del todo seguro que no pueda ser de otra manera; más flaca es todavía la adhesión, cuando se dice: *Sospecho, colijo, si no me engaño, me parece*, o negativamente: *No creo, no pienso, no sospecho, no me acuerdo*. Asiéntese firmemente, seguramente, sin ningún asomo de duda, cuando se dice: *Sé, he averiguado;* o mediante negación, o sea el firme asentimiento de lo contrario: *Es imposible, es increíble, es pura fábula, es invención, ¿quién va a creerlo? ¿Tú lo crees?* Que la mayoría de las veces más son expresiones de asombro y de duda que asentimiento firme de lo contrario.

La ironía equivale a disentimiento. *El pretor Verres, irreprochable y diligente; aquel hombre trabado de lengua y necio que se llamaba Cicerón.* El asombro engendra deseo de indagar. Su manifestación primera llámase *cuestión,* mediante la cual queremos escudriñar cuál sea la esencia o la inherencia de alguna cosa, ora tenga que salir afuera o permanezca dentro de sí mismo el que escudriñe. Por lo que toca a las cuestiones, las unas piden una simple respuesta afirmativa o negativa, sin prueba alguna, verbigracia: *Dime, Dametas, ¿cúyo es este ganado?* De las que se llaman *interrogaciones,* las más requieren razón y prueba o una explicación más holgada y éstas se llaman propiamente *cuestiones.*

Por lo que toca a alguna cosa concreta, uno puede preguntar *qué es, o de qué manera.* Pregunta uno: *¿Qué piensas tú? ¿Qué, el pueblo? ¿Qué, el Senado? ¿Qué Aristóteles o Cicerón?* A veces se interroga a sí mismo: *¿Lo creeré yo? Quédese para mañana y lo pensaré más de asiento.* A seguida, pasa a la averiguación de aquellas cuestiones en las cuales halla descanso su mente, por la aprobación o la reprobación. El procedimiento es éste: Nuestra mente, en el haz somero de las cosas, sigue como guía el conocimiento y arbitrio de los sentidos, pero al cual, a veces, revócale al camino por su propio juicio. A continuación de aquello que conoció por los sentidos, levántase un poco más arriba y se adentra más en la intimidad de las cosas, y alcanza otras y pone al descubierto lo oculto y lo abstruso, pero de manera que el acceso y como entrada a lo desconocido sea lo previamente conocido, y a lo incierto, lo cierto, y a las cosas que engendran duda, lo creíble y lo verosímil. Es menester que en el asentimiento un peldaño levante a otro peldaño y los antecedentes sean apoyos de lo que va a seguir. No es posible que en una carrera llegue a la meta quien no tocó en la mitad ni en la cerrazón total podrás ver nada si no acercares lumbre. De la misma manera ni lo dudoso ni lo tenebroso podrán verse jamás, si no relumbra alguna luz reflejada de aquellas cosas que nosotros tenemos ya por conocidas y ciertas. Por este mismo modo en las medidas y en los pesos la efectividad misma nos enseña que aquello mismo que ya tenemos explorado y averiguado, o que nos pareció probable y verosímil, da idéntica condición a aquello a cuyo examen se aplican, bien porque con ello se conforman o porque de ello disienten. Increíbles son en su cantidad y en su variedad las razones a que apela y utiliza el ingenio humano para la investigación de la verdad, no de otra manera que hacen aquellos que buscan afanosamente un objeto sumido en las tinieblas. Confírmase que las cosas dudosas lo son en realidad o no lo son por uno u otro de esos extremos, o que una cosa sea o que no sea. Verbigracia: Fulano *es amado,* ¿quién lo es de Dios? Amado, porque es amigo de la paz y de la concordia; porque no siente afición por las cosas transitorias. No es amado porque la concordia le es aborrecible y ama inmoderadamente a su cuerpo. Luego, lo que ya es creído tórnase como demostración para la fe en una cosa no creída todavía.

El orden de las cosas que se creen es éste. Pensamos que el primer crédito es el de los sentidos. El vulgo piensa que es el más cierto y que

no puede ser engañado por él; de donde aquellas expresiones: *Yo lo oí con estos oídos; yo lo vi de mis ojos.* El Señor dice en el Evangelio: *Lo que hemos visto, eso atestiguamos.* Plauto valora más *un testigo ocular que diez de oídas.* Pero ocurre cada día que se engañan la vista y los otros sentidos por más agudos y avivados que estén por defecto suyo o del medio, o del objeto, o del sentido común, que, si no anda con advertencia y aviso, nada percibe a derechas. Por esto, con una prudente cautela, en los antiguos testimonios de Roma, aun en las cosas más claras añadíase aquella fórmula reticente: *Según creo.* Pero esto no era razón, porque la Academia negase en redondo la fe a los sentidos, como si nunca jamás pudiere hacer nada rectamente quien una vez hubiere obrado a tuertas. Con todo, el yerro ocasional de los sentidos se enmienda en otra ocasión; en lo que un hombre se equivoca, recibe corrección de otro. Son harto pocas las cosas en que los sentidos yerran por necesidad, no por culpa suya, sino de las cosas. En socorro suyo acorre la mente, cuyo juicio es más certero y más exacto, y que una vez que sorprendió el error de los sentidos juzga con mayor firmeza. El segundo lugar corresponde al crédito que a cada cual inspiró su propia pasión, la cual, mientras señoree el ánimo, todo lo sujeta a su dominio; y lo falso, por más falso que sea, tiénese por verdad de todo punto averiguado, dado que una cierta niebla envuelve y obtura la agudeza del ingenio y la penetración del juicio, porque no pueda mirar nada, sino a través de ella misma. A veces, es tan espesa la ceguera, que los que están bajo este influjo pasional, dicen no ver ni oír aquello mismo que ven y que oyen, cuando en hecho de verdad, por enajenación del juicio, no pueden hacer buen uso de los sentidos. Otras veces, por una determinada tozudez, no pueden oponer resistencia a la pasión. Por esto es que al enamorado, en el objeto de su amor, todo le parece hermoso, aun cuando fuere sumamente feo. Y al revés, al desamorado y envidioso ninguna cosa le parece asaz buena. En el proceso pasional, hay quienes propenden a la desesperación y al pesimismo derrotista. Estos no creen sino aquello que desean haya sucedido. A otros, la esperanza dosificada de su propio deseo los inclina a la credulidad. Para éstos, aun aquello mismo que ellos no ignoran ser falso, si les mueve la pasión, consigue algún crédito, verbigracia, las fábulas y novelas que producen deleite. En esos tales, el gusto suplanta la objetividad del juicio, hasta el punto que nada deja hacer ni les da vacación y holgura para valorar lo que se cuenta, porque la pasión se anticipó a la crítica y la excluyó en absoluto.

Allende de esto, los argumentos y la razón tienen su fuerza, como la tiene la autoridad del que tal dice. Pero en este punto no todos se conducen de igual manera. Los hay que atribuyen la totalidad de la fuerza a los argumentos, no precisamente los apodícticos, sino también los verosímiles. Otros los exigen plenamente demostrativos. Estos son los que tienen absoluta confianza en su propio ingenio. En cambio, para aquellos que no tienen tanta y tan complaciente seguridad consigo mismos y prefieren seguir el dictamen ajeno al sentir propio suyo, la autoridad tiene peso grandísimo. Pero no todas las autoridades tienen importancia igual; lugar y espacio habrá para tratar de ese punto especí-

ficamente. Pero si de algo se ha de persuadir a alguno, aquello a que él asiente pertenece al reino de la probabilidad, y como dice Quintiliano: *Si algo se armoniza con uno y otro extremo y ninguno de ellos tiene contradicción.*

En esta obra, dando de lado otros géneros y formas de fe, tenemos que discurrir acerca de los argumentos y la autoridad. Los sentidos son hijos de la Naturaleza y no son enseñados; tiénenlos indistintamente los hombres y los restantes seres animados por beneficio de la Naturaleza. Las pasiones se dejan arrebatar por su propio ímpetu, antes que den oídos a la razón. Las causas de su excitación y de su apaciguamiento no son propias de este lugar, sino del tratado *Del alma*. Por esto, todos aquellos que, partiendo de cosas ciertas y claras, se lanzan a la investigación de las oscuras e inciertas, utilizan los mismos instrumentos o, digamos, armas en un género de materias muy diverso. El jurisconsulto, el médico, el geómetra, el letrado en trance de buscar en su propio oficio y menester alguna cosa, examina la esencia, las inherencias, las causas, los efectos, bien así como un pintor con el mismo pincel, en una tabla pinta a un César y en la superficie de una pared pinta a Alejandro, y en un lienzo pinta a un buey, y en un papel pinta un pescado. Todo esto, para los grandes ingenios que tienen harta experiencia y pericia, está al alcance de la mano y hacen en ellos las veces del arte, la penetración y celeridad de su mente. Con todo, los ingenios más tardos tuvieron necesidad de consultar. Y aun a los mejor dotados, con demasiada frecuencia, les sobrevienen descuidos y dificultades en cosas harto necesarias, puesto que todo lo humano adolece de flaqueza. Lo que me pareció el mejor procedimiento fué observar, anotar y catalogar en preceptos y reducir a arte la misma razón de inquirir y de recoger argumentos probables, que en general todos utilizan. Ese arte llamáronle de la *invención*, no fuera que todas las veces que tuviese algo que investigar tuviera que salir en peregrinación el ingenio humano, embarazado de las impertinencias de su propia pesadumbre corporal, a través de una tan grande inmensidad de la Naturaleza y siendo obtuso él, tuviera que penetrar en espesuras y en tenebrosidades. Cada cosa, pues, está colocada y ordenada como en apartados y casillas a quien, con nombre muy apropiado, llamaron *lugares*, denominación que plugo a Aristóteles, inventor de esa facultad, si hemos de dar crédito a Cicerón. *Lugar* quiere decir el *instrumento* mediante el cual tenemos un atisbo de la razón probable. Estos nombres son como las etiquetas que ponen en sus tarros los farmacéuticos y los drogueros, que les advierten lo que contiene cada vasija o cápsula, por no tener que revolverlas todas cuando se necesita una sola.

Pero de buenas a primeras conviene que se sepa que por ahora nos limitamos a dar, mezclada y confusa, una como selva y maraña de instrumentos, cuyo examen y juicio, y cuál y cuánta sea la conveniencia de cada uno para la obra prevista, será objeto del estudio ajeno. Adelanto esto porque sepa cada cual lo que puede esperar de nosotros, no sea que presumiendo que le vamos a dar más y mejor de lo que se le dará, se nos enoje considerándose estafado, más por culpa suya que por falta nuestra. Así, pues, al momento que ocurriere una duda acer-

ca de alguna cosa, es de absoluta necesidad que se la examine interior y exteriormente, por arriba y por abajo, por delante y por detrás, para que, al fin, *aquella verdad*, oculta y disimulada a nuestros ojos por tantos velos y tapujos, se nos descubra y ponga de manifiesto. Cuando al objeto se le añade un dicho, si no se relaciona y se coteja lo que por uno y otro lado está oculto, no será fácil saber la congruencia que entre ellas exista. Ayuda mucho a esta arte la *filosofía primera*. Hay que fijar la atención en lo que dijimos acerca de la *definición y de la división*, que entre sí mantienen esta coordinación. En primer lugar, está la *esencia de la cosa;* luego, la *inherencia;* a seguida, las acciones y las reacciones, sus causas y aquellas otras cosas cuya causa es ella, que la contienen, o en las cuales está y las que contiene ella misma y, por fin, sus aditamentos, sus atributos, los que el ingenio humano excogitó y *lo que se tomó* como argumento.

Aclaran y explican la esencia de la cosa las definiciones, en las cuales entran todos estos elementos: *géneros, especies, diferencias* o *propiedades*, y luego también todo aquello por lo cual la cosa es constituída. También, aquello que está en lugar de género demuestra de una u otra manera la esencia de inferioridad, y en ello se ha de tomar no tanto el género exacto como algo que le es superior, como de la definición dijimos: *El ser* es superior a todo, y por él, Cicerón, en el primer libro de las *Cuestiones tusculanas*, prueba que los *muertos no son de compadecer, por la sencilla razón de que no existen; los mozos atenienses se ejercitan en el gimnasio*, porque esto es común a todos los griegos. Por este procedimiento, demuestra Cicerón que si se confirman los actos de César, se deben defender y conservar, porque nada se ahinca tanto en los actos como las leyes: *Busca*—dice—*los actos de Graco, y hallarás las leyes Sempronias; busca los de Sila, y hallarás las Cornelias.* De esta manera, las leyes están entre los actos, como los hombres entre los animales, y de lo inferior se recurre a lo superior, esto es, del individuo a la *forma* y de ésta al *género: ¿Cómo puedes negar que fulano es malo, si le compruebas mentiroso?* Y también: *Aquel a quien tú llamas bueno yo no veo qué lugar ocupa en la probidad. De la propiedad y diferencia:* no hay cosa más propia del hombre que el juicio, la moderación, el consejo, el talento, la pericia, la disciplina, siendo como es animal racional y capaz de disciplina. ¿Qué cosa hay más impropia de él que el loco furor, la precipitación en el consejo, el arrebato por la pasión, la indocilidad a lo razonable, el lanzarse de cabeza y ciegamente a sus antojos? El *Mición*, de Terencio, porfía en que es padre y que Demea no lo es, porque:

«Esto es hecho de padre: acostumbrar a su hijo que haga lo que debe más de su propio impulso que por temor de nadie. Esta diferencia hay entre el padre y el señor, y el que esto no puede, confiese que no sabe criar hijos.»

Pero las cosas constan de sus propias *partes*, y la parte no es otra cosa de la cual con otra u otras cosas, algo se *estructura*. Las unas son esenciales y simples como la *materia* y la *disolución;* otras son compuestas, como las que parecen referirse a la cantidad. De la *materia* coligieron los físicos que todos los seres animados eran mortales, porque ella es inestable y delezna-

ble y da fácil acceso a las mudanzas. Júpiter, en Ovidio, de la materia de que está fabricada la morada de los hados, concluye que ellos son inmutables:

«¿Piensas tú sola, hija, modificar el hado insuperable? Tú misma puedes entrar en la vivienda de las tres hermanas...», y todo lo otro que se sigue. Cicerón arguye lo oscuro de los funerales de Clodio del hecho de que le faltaban muchas circunstancias y *partes: estatuas, elogio fúnebre* y cosas parecidas.

De la *disolución* del hombre entiéndese que el hombre no puede hallar saciedad en las cosas terrenales y caducas, siendo su espíritu celestial e inmortal. El orador L. Craso dijo que no era de extrañar que Domicio fuese apodado *Barba de bronce*—Enobarbo—, *pues que tenía cara de hierro y corazón de plomo.* Aristóteles colige que los peces respiran porque tienen pulmón y las abejas no respiran porque no los tienen, ni observan disciplina porque no tienen oídos. Estoy por decir que a la parte pertenece el sexo, macho o hembra. *Unidas* con la esencia están las cosas que se distancian entre sí no más que por simple casualidad y cambio de voz; Cicerón las llama *conjugadas*, como *sabio, sabiamente, saber, sabiduría; hombre, humano, humanamente.* Terencio: *Soy hombre, y ninguna cosa humana la tengo por ajena.*

En ello existen dos fórmulas de conclusión; pues o bien se refiere a lo mismo o a dos, una por cada cosa. Lo primero es: *Si el elocuente es admirable, la elocuencia es digna de admiración.* Otra: *La riqueza es la bienandanza; luego los ricos son los bienhadados.* Si lo conjugado se refiere a lo conjugado sin aditamento alguno, mantienen su validez y vigencia la mayor parte de los argumentos, como: *Ser cuerdo es vivir rectamente; luego la cordura es la vida recta, y el varón cuerdo es el que directamente vive.* Si algo se le añade, enflaquecen mucho y quédanse muy débiles los argumentos, y ni aun aquellos que dijimos más arriba, subsisten en todo su género: *El hombre es hermoso; luego la Humanidad es la hermosura; son malos los filósofos, luego es mala la filosofía.* Aquí damos la invención, no el juicio. La *definición* es lo último de ese lugar. C. Casio persigue a Dolabela: ¿en virtud de qué ley? Cicerón, por la definición de la ley, demuestra que por la ley mejor y más poderosa, pues se expresa así en la *undécima invectiva contra Antonio: Qué, C. Casio, dotado de igual magnitud de alma y de consejo, ¿no salió de Italia por ventura con el propio fin de alejar de Siria a Dolabela? ¿Con qué ley? ¿Con qué derecho? Con aquel que el mismo Júpiter sancionó, a saber: que todo lo que fuese saludable a la República se tuviese por justo y por legítimo. La ley no es otra cosa sino la razón recta y derivada de la majestad de los dioses, que impone lo honesto y prohíbe lo que no lo es. A esta ley obedeció Casio.* Y no importa que la definición sea esencial o de las que llaman *decripciones*, pues hartas veces la esencia de la cosa conócese no por otra cosa que por los *adjuntos.* De ahí se originan muchísimas controversias: *¿Qué se llama esto, qué se llama aquello? ¿Qué es el sacrilegio, qué es el dardo, qué el postliminio?*

El otro lugar contiene los *inherentes*, en la muy amplia cabida de los argumentos; primeramente de todo aquello que es obvio a los sentidos y a aquel sentido que llaman

común; y de ahí sorpréndense las cosas ocultas. La fuerza de la tierra y de las vegetaciones dedúcese del color, del sabor, del tacto, del olor, como se ve en Virgilio, que da la norma para juzgar del suelo: *Su sabor te dará una prueba manifiesta y su amargura hará torcer el gesto de quien le catare.*

La naturaleza de los animales colígese de la faz, que pertenece a la esfera de la fisiognómica. También los médicos, que por la voz diagnostican las enfermedades, y los arquitectos, que coligen de la resonancia la razón y comodidad de los edificios, y los músicos del sonido de las cuerdas. Dicen que los ha habido que juzgan del semblante por la voz; yo creo que hasta de la boca y de la nariz, puesto que son órganos de la voz. Allende de esto, los médicos, del olor del aliento deducen el pronóstico de la salud. Por la expresión de los ojos y del semblante conócese el estado de ánimo, pues una exteriorización tiene el rostro del enojado y otra el del hombre sosegado y sereno, y es diferente la catadura del individuo alegre y la del mohino, la del medroso y la del optimista. Séneca, en aquel juguete que es su *Transformación en calabaza*, dice que Claudio no debiera ser divinizado, porque no tenía físico capaz de irradiar majestad de dios. Los bárbaros atribuían el principado a los hombres más hermosos, porque pensaban que estos bellos cuerpos albergaban ánimos no desemejantes. De ahí aquellos aforismos: *En lo bello parece bien lo bello; no huele bien quien siempre huele bien.* El Señor, en el Profeta, recrimina la procacidad de la raza judía. Dice: *Tu rostro hízose como de mujer ramera.* El rostro es el trono y el asiento del pudor, y especialmente los ojos, que denuncian las pasiones del ánimo. Pitágoras, de la magnitud del pie de Hércules, según narra Plutarco, coligió su corpulencia y estatura y cuánto a los otros hombres excedía en prestancia corporal. De ahí el proverbio: *Por las uñas, el león.* Tienen un punto de comparación y semejanza. Por eso pertenece también a ello lo que se refiere *a la cosa.* Ovidio declara ser el hombre el más prestante de los animales, porque *los restantes animales, cabizcaídos, no levantan sus ojos de la tierra.* No cuaja en este lugar aquello que alguno dijo, sino el sonido de la voz. Ni tampoco aquello: *Yo lo vi, yo lo vi,* pues esto es propio de la autoridad.

Demás de esto, las exterioridades inherentes son signos de la exterioridad, como la *celeridad del fuego denuncia la fuerza del calor y el aspecto del hielo acusa la rigidez del agua.* Existen además los *adjuntos*, que son comprendidos por el ánimo; a ellos se llega por lo externo; pero, no obstante, todo lo otro se hace mediante ellos, como *que un hombre es más probable que sea despedazado por un león que por un dogo, porque tal es la sevicia de la fiera; que más fácilmente fulano murió de un tósigo que de unas bubas.* Los médicos, de la fuerza y naturaleza que manifiesta el presunto enfermo, coligen lo que pudo hacerle más daño. A esta razón se reduce aquello: *A un loco furioso no se le ha de entregar un arma; a un niño o a un temperamento destemplado y violento no se le ha confiar una función pública;* tampoco *una oveja a un lobo.*

Síguese la *acción*, que emana de la energía interior y de la fuerza de cada cosa y muestra y acusa esta misma fuerza a los hombres, co-

mo acusa la naturaleza de la fuente y del pozo el agua que de ahí sacares.

En la misma camaradería coloco la pasión, que se presenta tan interdependiente y unida que no puede haber acción donde no hay pasión, y al revés. Muchas cosas atribúyenlas los unos a la acción y los otros a la pasión, como Aristóteles dice que todos los sentidos oyen, ven, huelen, tocan, gustan. De ahí se saca todo lo que cada cual hizo, dijo, quiso, pensó, no sólo en pretérito, sino también en presente y futuro. El asiento *de los signos* es muy nutrido: *Consciente de su maldad, no palideció, huyó, titubeó, odió, amenazó, se indignó, miró torvamente.* Cicerón arguye que *Clodio preparó una celada a Milón, porque le dijo que dentro de tres días moriría.* Dice el proverbio viejo: *Tal es el hombre, cual su palabra.* Y dice el Señor en su Evangelio: *Por sus frutos los conoceréis.* De lo que *cada uno hizo, colígese lo que hará,* porque la conducta anterior da como la cata de la conducta posterior. Hanse recogido muchas experiencias de la Naturaleza de las cosas y de la eficacia de lo que nos es útil y nos es nocivo.

De los actos no sólo se deducen los interiores inherentes, la fuerza, la potencia, la flaqueza, la generosidad, la degeneración: *perfecto diamante, porque no cedió al hierro; mastín cobarde, porque temió al lobo; buen imán porque atrajo el acero.* Pero también lo exterior se manifiesta: *Dulce es este vino porque calentó.* Entre esto, enumérase lo que alguien no hizo, como si en el ocio hubiera algún motivo de acción: *Sabedor, puesto que calló; reciedumbre de ánimo en Tito Annio Milón, porque en un juicio capital no se perturba, no llora, no implora clemencia de los jueces.* Esto mismo está, pero más filosóficamente, en Publio Rutilio y en el Sócrates de Platón. Añade a esto lo que piensa ser más verdadero y acomodado a la fórmula de la virtud perfecta que él persigue en su *Apología*, y lo mismo Jenofonte. También solemos decir: *No derribes lo que no construiste; si no quieres hacer bien, al menos no hagas mal.* Como si aquel que no hace esto fuese igual que no hiciese lo otro. En ello hay como una cierta fuerza del deber obligado, del cual hablaremos luego. Agamenón, en Homero, prohibe a Aquiles todo engreimiento por sus fuerzas físicas y morales: *Los dioses*—dice—*te las dieron,* como si dijera: No te ensoberbezcas de aquello que no te deparaste a ti mismo, sino que lo tienes por bondad ajena. Más claramente y, desde luego, más piadosamente se lee en el Apóstol San Pablo: *¿Qué tienes que no lo hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te vanaglorias, como si no lo hubieres recibido?*

Asimismo, una acción excluye otra acción: *No mató, aun cuando desvalijó.* En este caso especifícase la manera de acción, cómo cada cosa fué hecha; en lugar de la pasión está el que padece, es decir, la cualidad de la persona o de la cosa paciente, como *el hombre lesionado, el amigo lesionado, el benemérito magistrado, el padre,* como en el Profeta: *La vara herirá la mejilla del juez de Israel.* Demóstenes encarece la odiosidad de Midias porque *fué por él abofeteado en el rostro,* y *por cierto coronado.* Muy estrechamente unidas están las *causas* a la acción, porque la causa está en el propósito, por la cual se hace algo y por cuyo motivo se hace; aquélla llámase eficiente; ésta se lla-

ma fin. Podía la causa eficiente parecer que se relaciona con aquello que está *ante rem*, como el fin y el efecto con lo que está *post rem;* pero luego de haberlo pensado, pareció más conveniente separarlas, porque determinadas causas son simultáneas con los efectos. Luego, con mayor facilidad, se percibirá esto. Y no constituye peligro alguno, como luego voy a demostrar, si ellas quedan comprendidas en muchos lugares: una de las causas es natural, cuyo principio y fuerza está en la naturaleza del mismo efecto como en el fuego el calentar y el enfriar en el agua; a otra se le hace violencia como el calentarse al agua cocida por el fuego y a la piedra lanzada está el subirse. Pero esto no es duradero; si se remueve aquello que hace la violencia, toda cosa instantáneamente vuelve a su origen, de donde aquello: *Lo violento no es durable*. Dionisio, disuadiendo a su madre, ya algo avanzada de días, del casamiento que ella deseaba vivamente, le dijo: *Podemos violentar las leyes humanas, pero a la Naturaleza no podemos.* Hay determinadas cosas naturales que no se pueden violentar, como el discurso inexorable de la vida.

A la causa natural, por alguna otra razón se le opone una causa fortuita, en la cual incurren el azar y la inconstancia: *Este verso malo no es de Homero, puesto que Homero es el mejor de los poetas.* Así es, sin duda; pero algunas veces los poetas más doctos producen versos no doctos en exceso: *De cuando en cuando dormita Homero*, como dice Horacio. Existe también una causa más cercana y otra más remota; y en ello hay muchos intervalos o como escalones, según que cada una se acerque al efecto de más cerca o de más lejos. En el hombre, los primeros son los padres, luego los abuelos y los bisabuelos; la patria en que uno nació está más cercana que la patria donde nacieron los padres o aquella a la cual fué llamado y luego en ella naturalizado. Cicerón hace a la patria doble: la de la ciudadanía y la de origen; su patria de ciudadanía es Roma; la de origen es Arpino. Hay también la patria atávica, la que produjo a sus padres o a sus abuelos, como Regilo, antigua patria de los Claudios, como se lee en Livio. La patria tiene consideración de tal, por cuanto *engendró* y *educó*, pues si fuera meramente un lugar, estaría incluída en lo que *contiene la cosa*. De todo esto se sacan argumentos: *El bueno es engendrado de buenos; el malo, de malos.*

De ahí tomó su origen la nobleza. Dice el Señor en el Evangelio: *Si sois hijos de Abrahán, haced obras de Abrahán.* Esto indica que no parece bien que el hijo del hombre bueno sea malo. En Livio, Publio Sempronio, tribuno de la plebe, luego de enumerar las fechorías, demuestra *que de todo punto no es de maravillar si es lo que es Apio, que retenía y detentaba la censura contra las leyes*. Y Cicerón, en su segunda invectiva contra Antonio, enseña *que ninguna necesidad tuvieron Bruto y Casio de enmascaramiento, siendo nacidos de tales padres;* en la patria: *el pérfido cartaginés, el romano codicioso*. Y compárense con la causa: no es tan semejante el nieto al abuelo, como el hijo al padre. No tan íntimamente tomamos las costumbres de la ciudad donde se nos dió derecho de ciudadanía como las de aquella en que nacimos y crecimos; y las de nuestra patria más que de la patria de los padres y los abuelos, y no de

aquella en la que solamente fuimos educados o nacimos ocasionalmente.

Y no solamente es en los hombres donde tienen manifestación los padres y la patria, sino con más destacado relieve en los restantes seres animados o inanimados, porque en ellos, puesto que no son conducidos por la voluntad y la elección, la Naturaleza tiene más marcado dominio: *El león de Europa es más valiente que el de Africa, pero éste es más feroz; el diamante de Arabia es de más valor que el de Chipre; mejor es la uva de Sagunto que la de París, y ésta mejor que la de Lovaina; los perros, las ovejas, los bueyes de esa o esotra procedencia, son mejores o peores.* Y así como en los hombres, también en las otras cosas, el origen añade o resta valor a la obra: *El verso es malo porque es de Querilo o de Mevio; excelente es el discurso, como de Cicerón; invención aguda, como de Aristóteles;* de modo que existen críticos que no se deciden a condenar lo que no les gusta, por el respeto que sienten por tan gran autor, verbigracia: determinados versos de Virgilio o de Homero; la frasis en Cicerón, los argumentos en Aristóteles, una pintura de Apeles. El espectador que no admirara estas obras sería tenido por rudo y por patán.

De ahí aquello: *Prefiero equivocarme con Platón que acertar con los otros.* En los asuntos no tan obvios y en los cuales hay transición, el error con mucha frecuencia suele disimularse en los grados por los cuales deducimos la verdad; como *la pendencia fué la causa del asesinato, porque de la pendencia nacen las disputas, y de éstas el odio, y de ahí la pugna, y luego las heridas, y por fin el atentado.* No siempre estas cosas síguense por el orden que aquí se registran, y por eso se llaman causas inciertas, pues otras son ciertas y fijas, que invariablemente producen su efecto específico, y otras *inciertas*, que acusan variedad, como *no siempre el arco dará en el blanco a que apuntó. No mueren todos aquellos a quienes la muerte está predestinada*. De ellas las unas, raramente; las otras, ordinariamente, y las otras, por fin, la mayoría de las veces dañan. Existe también la causa involuntaria, que obra por fuerza de la Naturaleza, sin voluntad y elección, como en el fuego el arder y el calentar. Los arrebatos iniciales de la pasión acostumbran ser ciegos; por eso queda disminuída su responsabilidad, como no culpamos a los seres animados si hicieren algo a que parecen empujados por algún instinto de su naturaleza; y menos culpa damos a los necios que a los doctos porque tienen menos elección y las leyes son más consideradas con las primeras excitaciones primarias del alma. Otras son voluntarias, en las cuales la voluntad y la elección preponderan, como *en el hombre*. En las conjeturas, cuando se intenta averiguar, cuando se inquiere *si fué hecho o se hará*, suele atenderse a la primera voluntad, *si quiso o si querrá*.

A la causa añádese la facultad, que es como el dinamismo y la potencia de lo que se ha de hacer. La cosa tiénese por hecha si la acompañan la voluntad y la facultad; si falta alguna de estas dos cosas, no hay nada hecho. Dice Cicerón, hablando de César: *Ninguna cosa te dió la fortuna más grande que el poder; y tu naturaleza ninguna otra mejor que el querer conservar a los más.* Y Plinio dice a Tito Vespasiano: *La generosidad que contigo tu-*

vo la Fortuna en este punto no introdujo otra mudanza sino la de poder hacer bien hasta el grado que quisieres. Tiestes, en su tragedia, dice *que lo teme todo porque Atres, su hermano, puede realizar todo lo que su odio le aconseja.* Contradecimos. Eso está en Cicerón: *No hará bien, porque no querrá; no hará mal, porque no podrá o no sabrá.* Y refiriéndose al pueblo romano, el mismo Cicerón dice a Atico: *Tú ves cómo la libertad de la ciudad anda libre y suelta; pero su virtud está atada.* En la facultad están comprendidas arte, pericia, práctica, experiencia. Por esto, los oradores, por los antecedentes, formulan el diagnóstico de lo presente o de lo venidero, como Quintiliano del soldado de Mario, Cicerón de Marco Celio y Lucio Antonio, cosa que en ellos ocurre con muchísima frecuencia. Platón dice *que él no reprende a Fulano porque juegue, sino porque se crea un hábito que en lo sucesivo le arrastrará contra su voluntad.* En la facultad queda también comprendido el instrumento: *Es más verosímil que Remo fué muerto con un arado que con una espada, porque aquellos labriegos tenían más a mano el arado, y que una mujer mate con hierbas a un hombre y el gladiador con un puñal.* Existe una causa que se llama *sine qua non*, como en Quintiliano: *En fin de cuentas, jueces, ¿quién duda sino que se le ha de imputar el daño a él, sin el cual no se hubiera producido?* Esto hemos dicho del autor o de la causa eficiente. Desde ahora vamos a hablar del fin, pues cualquiera cosa haga, tiende a alguna finalidad, en vistas a la cual se hacen determinados aparejos, que suelen llamarse medios. Por el fin se juzga de los medios, y por los medios se juzga del fin, porque se propuso aquel fin y por el fin se utilizaron aquellos medios.

Cuando se duda de la voluntad y del hecho, las pruebas se sacan del fin. Aquí viene a cuento aquello de Casio, el pretor *que, inquiriendo si Fulano hizo o no hizo*, es fama que solía preguntar: *¿A quién aprovechó? ¿Qué ventajas iba a sacar de hacerlo? ¿Qué perjuicio si no lo hiciera?* Ese hombre, psicólogo tan fino, pensaba que nadie era ni bueno ni malo de balde: *Quiso Clodio matar a Milón porque, con su eliminación, esperaba que iba a modificar la República a su antojo*, y otras cosas aún que Cicerón explica en su famoso discurso que él se propuso y se forjó: *No es creíble que Ligario se quisiera enredar en la guerra teniendo puestas sus miras en su casa y un vivo deseo de volver a los suyos, y eso no lo podía conseguir implicándose en luchas. Es creíble que de muy buena gana César se resolvió a la guerra civil, puesto que desde su niñez se había hecho la ilusión de llegar al reino; ilusión y deseo aumentados por tantas victorias.* La cualidad de la cosa colígese de los propósitos, y no exclusivamente de la esencia: *Santo es el logro que se invertirá en limosnas; meritoria es la paciencia que se toma con vistas al cielo y a la bienandanza imperecedera.* También de la cualidad de quien se propuso el fin: *Buen hombre, porque todo esto lo había construído para asilo de los pobres.* Las causas y los efectos se confirman mutuamente, pues así como las causas arguyen los efectos, la buena causa demuestra el buen efecto, y al revés: la misma causa, semejantes efectos, y éstos la misma causa: *el fuego, el calor;* y *el calor, el fuego.* Si los efectos corresponden a las causas, pueden distribuirse de la misma manera que

de las causas se dijo. Hay efectos naturales como *el calor lo es del fuego;* los hay violentos, a los cuales aplícase la fuerza, como se lee en Virgilio del trabajo, de la diligencia, del esfuerzo constante que hay que poner para que la tierra produzca algo, y asimismo en muchos ingenios de hombres para que aprendan algo u obren bien: *Yo vi que muchas semillas escogidas con gran cuidado y esperadas con gran ansia, no obstante degeneraban si cada un año el hombre, con su mano, no escogía las más grandes.*

Y aquello de Terencio: *A tu condición te vuelves como si tú no tuvieres muy mayor gana de contármelo que yo de oírlo.*

El efecto fortuito en que interviene la casualidad dedúcese de la inconstancia, porque no siempre ocurre así.

Dice Cicerón de Antonio: *¿Quién duda sino que se obró bien por casualidad, cuando de suyo era una mala obra?* Aquí débense mentar los resultados: *Mejor capitán fué Escipión que Aníbal, puesto que le venció.* Ello es un puro capricho de la suerte versátil, pues hartas veces el peor vence al mejor, como *Filemón venció a Menandro en una competición de obras teatrales.* Así, en Cicerón se lee: *Añade los azares, añade los resultados inciertos, y Marte, que es de todos y muchas veces derribó al que se arrogaba la victoria y se apoderaba del botín, echándole a tierra por el que hasta aquel punto lo había estado.* No es verosímil que un orden tan grande y tan constante sea obra del azar o que por el azar sea regido: *¿Quién creerá que cuadro tan lindo haya sido pintado por la casualidad, no por el arte?*

Existe un efecto próximo y remoto, verbigracia: *que Pánfilo no quiere a su esposa porque Davo teme que no se la dé, porque el gran amor que se tienen hace que una y otro no quieran lo mismo y quieran lo mismo, y de ahí que al temer a Davo tema también a Pánfilo, y si teme, ya no quiere.* Y hay un efecto cierto: *Pruébase que Hércules es auténtico hijo de Júpiter por sus grandes hazañas.* Nuestro Señor Jesucristo, en el Evangelio de San Juan, colige de las obras respectivas *de quién son hijos los judíos, a saber: del diablo, y no de Dios o de Abrahán.* Cicerón, en su décimotercera invectiva contra Antonio: *Si piensas eso, M. Lépido, serás bisnieto de M. Lépido, pontífice máximo.* Fieles a este criterio, *los germanos exploraban la legitimidad de sus hijos, al momento de nacer, sumergiéndolos en el Rin, y el águila los prueba exponiéndolos a los rayos directos del sol.* Cicerón dice, según Salustio: *Dejo de hablar de tu padre que si jamás en su vida delinquió, con todo no pudo hacer deservicio mayor a la República, porque engendró a un hijo como tú* Existe un efecto incierto, como por ejemplo: *Este debió ser muerto por aquel con quien tenía diferencias;* y lo hay voluntario e involuntario: *Con tanto ahinco y por tan largo tiempo meditóse esta maldad, como inspirada por la malicia y no por un arrebatamiento.* La obra, además, acredita la facultad: *Forzosamente quien pintó esto tenía que ser un excelente pintor, y quien hizo ese discurso, un hombre que no sabía lo que era elocuencia. Tú, si no fingieras, no actuarías así,* dice Cicerón. Cuál fué la herramienta dedúcese del trabajo hecho, como dice Cicerón mismo en su discurso a favor de Milón: *La herida en el costado, que parecía un pinchazo de alfiler, se la tuvo por herida causa-*

da por un gladiador. Y así como de los efectos volvemos a las causas, así también de aquellos que van camino del fin o de aquel que los destinó al fin mismo: *Tanto aparejo naval no se hizo sino con vistas a la guerra.* Esta fué la chispa que hizo estallar la tercera guerra púnica: *Tanta multitud de tiros en la casa de Cornelio Cetego aumentó la sospecha de guerra civil y de conspiración.* También por aquel que hace tales aprestos: *Córtase mucho maderamen náutico, pero no para la guerra contra Roma, pues quien ordenó la corta es Masinisa, tan buen amigo nuestro. El avaro atiende a sus ganancias, no para distribuirlas, sino para guardárselas.*

Síguese aquello en que radica la sustancia de la cosa o que contiene la sustancia de la cosa. En primer lugar, es estrechísima la conexión entre el inherente y el sujeto, de los cuales aquél está en éste. Y así como mediante los sentidos vamos del inherente al sujeto, así a través por cierta averiguación de la mente, vamos al inherente, desde el sujeto, verbigracia: *No puede la nieve ser caliente, porque es de una materia licuable, la cual, allegada al fuego, se resuelve en agua. No puede el ánimo esclavo de las pasiones ser cuerdo, porque las pasiones perturban todo juicio y toda cordura.* Cicerón, en el libro V de las *Cuestiones tusculanas,* del sujeto colige que la felicidad reside en la mente, *puesto que*—dice—*en aquella parte que en el hombre es más excelente, es fuerza que resida lo que tú buscas de más excelente.* Comprende también aquello que es como su vestido, cual en los metales la escoria, la corteza en los troncos, en los frutos la cáscara o la pelusa, por las cuales hartas veces júzgase de la probidad, de la improbidad, de las semillas, de la fuerza, de la patria; en las aves, el plumaje; en los animales, el vello; las cerdas, las guedijas; la fuerza del león y del oso, de sus cerdas, y lo mismo del jabalí, y en el hombre, de su cutis y del pelo. Dice Juvenal: *Las cerdas ásperas de los brazos demuestran un ánimo fiero.*

Si ya no hay quien quiera que esto sea una parte. Pero el hombre está en el vestido, en la armadura, en todo lo que que le rodea el cuerpo. De ello, Turno, el héroe virgiliano, sacó el ultraje de cobardía echada en cara de los frigios: *Sus túnicas tienen mangas y tienen ínfulas sus mitras.*

Y Léntulo dice, en Lucano, refiriéndose a los partos: *En ellos ves los vestidos rozagantes y los velos flotantes de los varones.*

César, por el descuido con que iba ceñido, pensóse que era flojo y afeminado. De ahí aquel dicho salado de Cicerón, a quien se le preguntó cómo se equivocó en la elección de partido: *Engañóme el modo de llevar la toga ceñida.* Y el mismo Cicerón declara *lo derramado del ánimo de Quincio, del manto en que se envolvía y de la púrpura bajada hasta los talones.* Y en Ovidio, colígese el frío que padecen los escitas, quienes, *con pieles y con bragas holgadas, abríganse de los fríos mordedores, por manera que de todo el cuerpo no ves otra cosa que las caras.*

Todo ello anda contenido en el lugar y el tiempo. En el lugar: *Este vino estuvo en la odre, luego sabrá a pez; ese hombre estuvo largo tiempo en Cartago, luego aprendió a ser falaz; en Atenas, luego aprendió a bien decir; en París, luego a disputar acaloradamente; el viento sopla del Norte, luego es frío.* Cicerón, hablando en favor de Escauro, dice *que los templos que están cerca del foro romano le dan materia para ha-*

blar en pro de Escauro. El tiempo: *Ese niño puede ya reír, pues lleva ya más de cuarenta días de nacido.* Lo que se adjunta al lugar y al tiempo, en parte es natural; en parte está tomado de las cosas de las obras humanas: *Ese lugar, ancho, estrecho, montuoso, llano, marítimo, norteño, en este clima cabe ese río, cerca de ese bosque; no se ha de luchar con la caballería en ese lugar, porque es llano;* dícese también: *Atraer la caballería a la llanura, llevarla a lugar estrecho*. De ahí aquel dicho: *Guarda que el caballo capón no caiga en la fosa.* También: *Sórdido, brillante, espléndido; no es de creer que el rey se alojara en tugurio tan ruin.* Aristóteles *atribuye a Dios el cielo por morada, por la excelencia del lugar*, en el *Libro del mundo*, sea Aristóteles su autor o quienquiera que sea. Argúyese la indignidad de la muerte de Hércules en la tragedia famosa, *porque había de ser él solo quien se embarcase en el esquife de Caronte*. Lucano no puede poner más de manifiesto la codicia de reinar de César y Pompeyo, sino diciendo *que imperio tan extendido resultaba estrecho para los dos.* De esto mismo, *los escitas hacen un reproche a Alejandro*, como se lee en Curcio. También *el lugar público, privado, sagrado, profano, propio, ajeno, frecuentado, desierto.* Y si frecuentado: *de amigos, de enemigos, de gente armada, de gente inerme, en el campamento, en el campo, en la ciudad, en la vía pública.* Todo cuanto está en el lugar sugiere muchedumbre de conjeturas, como en el discurso de Camilo, que se lee en Livio, *acerca de los templos romanos y de los sacrificios. Determinadas situaciones no parecen bien en lugares determinados; el templo no es lugar apropiado para contiendas, ni la taberna lo es para filosofías.*

Cicerón dice sin rebozo que aun cuando hable en favor de un hombre de acreditada reciedumbre, *el aspecto insólito del foro, ocupado por grupos armados situados por Pompeyo estratégicamente, inspiraba algún miedo.* Y en el mismo discurso, por hacer odioso el asesinato de Clodio, *repara que fué muerto en la vía Apia, monumento debido a sus mayores.* Y hablando contra Antonio: *¿Qué no harías en tu casa, siendo tan insolente en la ajena?* De ahí aquello de Lacón a Milesio, que se conducía con delicadeza excesiva: *En casa, no aquí, Milesio.* Séneca, en aquel famoso juguete de su *Apocoloquíntosis*, hace burla de Claudio, *porque siendo en Roma osado hasta el extremo, en el cielo no se atrevía a chistar; el gallo*—dice—*es muy valiente en su gallinero.*

El tiempo natural es primeramente del *modo* o de la *cuantidad*, como *experimentado, porque vivió mucho. ¿Qué pudo hacerse en un solo día?* De ahí aquellas excusas de los escritores *acerca de la brevedad del plazo que tuvieron para componer su obra.* Y el tiempo *del número*, que en realidad no se diferencia *del modo*, sino solamente en nuestra costumbre y manera de hablar: *Los judíos objetan a Nuestro Señor cómo, no siendo todavía de cuarenta años, pudo ver a Abrahán, que largo tiempo hacía que había muerto.* Ahí está la edad: *Esta edad pide otra vida, otras costumbres; obre, porque no ha de obrar mucho tiempo.* Como nos exhorta San Juan en su *Apocalipsis: El tiempo es breve; quien está encenagado se encenague aún más.* Y en la comedia famosa: *Cercano está el día, padre, en que tendré que vivir sujetándo-*

me al arbitrio ajeno. También se dice en sentido contrario: *¿De qué aprovecha amontonar lo que en breve tiempo has de dejar?* Que viene a ser lo mismo que dice San Pablo: *Por lo demás, hermanos, el tiempo es corto; así que los que tienen esposas se conduzcan como los que no las tienen.* En el mismo San Pablo existen muchos argumentos tomados del tiempo, verbigracia: *Os exhortamos que no recibáis en balde la gracia de Dios, puesto que El dice: En el tiempo aceptable, yo te oí y en el día de la salud te presté atención.* Y en otra parte: *Conscientes de que ya es tiempo de que nos levantemos del sueño, aun cuando esto hace referencia a que cuando el tiempo urge por su premiosidad,* nosotros debemos aparejarnos para aquello que vendrá pasado este tiempo; pero el argumento está tomado del tiempo. Cicerón, en el libro segundo de los *Deberes*, dice que Lucio Craso alcanzó gran renombre de haber acusado a Carbón, porque *demostró que en aquel tiempo hacía, luego de haberlo meditado en el foro muy de asiento, lo mismo que con alabanza podía meditar entonces en su casa.* La disciplina y el arte militar de Pompeyo demuéstranse porque *guerra tan grande, guerra tan larga, guerra tan desperdigada por lo largo y por lo ancho, guerra que afectaba y oprimía a todas las naciones y pueblos, estalló al finalizar el invierno, se activó con el comenzar de la primavera y terminó al mediar el estío.* Esto no depende de la cualidad del tiempo, sino de la medida, pues las cualidades son: *naturales: estío, invierno, primavera, otoño, frío riguroso, templanza, mediodía, boca de noche.*

Cosas hay que parecen bien, y convienen en determinados tiempos: *A la mañana, el consejo,* como decía Sócrates; *a la noche, el convite.* De ahí, aquella execración de Salomón: *¡Ay de ti, tierra cuyo rey es un niño y cuyos príncipes a la mañana banquetean!;* es decir, se ahitan a una hora en que debieran tomar consejo, no placer. Y Horacio dice, hablando de cosas extemporáneas: *La capa al tiempo del solsticio; la ropa de verano, cuando los aires hielan...* Luego, *con referencia a nosotros: tiempo de sementera, de siega, de vendimia; no hay que vejar ahora a los labriegos, porque es la vendimia, es la mies: ferias, mercados, días de fiesta, días de hacienda, tiempo de paz, tiempo de guerra, de despotismo, de libertad.* Las situaciones políticas suelen llamarse tiempos, como *difíciles, peligrosos, fáciles.* Determinadas cosas significan más disimuladamente el tiempo o el lugar: *Hay que festejar el regreso del marido, el término de la guerra.* Eso es tiempo: *Porque el amigo está ahí;* esto es lugar. Aquello que está o estuvo en otra cosa, dan demostración de ello: *No es de extrañar que el vino se agrie en esta tinaja donde hubo vinagre;* y *todos son oradores donde Cicerón viviere.* Dedúcense también argumentos de otras razones y modos, por los cuales dícese que una cosa está en alguno como, por ejemplo, lo que Nuestro Señor respondió a Felipe, que le pedía nuevas del Padre: *Quien me ve a Mí ve a mi Padre, pues Yo estoy en el Padre y el Padre está en Mí.* También lo semejante está en lo que se le asemeja: Alejandro tomó como cosa suya el honor dispensado a Hefestión, pues *éste es*—dijo—*Alejandro. Quien corrompe la simiente, echa a perder los panes, alimentos de aquel año, que están en la simiente. Este discurso es rabioso,*

agrio y mordedor; ello demuestra que la disposición anímica en que se elaboró no estaba en su total equilibrio y apacibilidad. El mal gobierno de un reino da a entender que el rey o los miembros de su real Consejo son imprudentes o malos. Esta semilla estaba viciada; sale degenerada y enteca; la semilla, pues, estaba echada a perder. Por lo que se refiere a la cosa: Cicerón demuestra que Catilina *era la sentina de la ciudad, porque no había bellaco ni malvado en toda Italia que no confesara vivir en relación muy estrecha con Catilina. Es fuerza que seas mal hombre, puesto que eres enemigo del hombre de bien.* Cicerón, en su discurso en favor de Clodio: *Dice que no quiere enemistades con Clodia a quien con mejor razón se tiene por amiga de todos que por enemiga de nadie.* El hecho de trabar enemistad con un personaje influyente, indica o grandeza de ánimo o temeridad. Cuán gran furia es Alecto, lo declara Virgilio, de la circunstancia de que ni Plutón ni sus hermanas le son amigas:

Aborrécela su mismo padre Plutón; aborrécenla sus propias hermanas infernales. Y aquel tan cortesano autor dió la medida de la bellaquería y de la malignidad de Tiberio César, al decir: *¿Quieres que te lo resuma en solas dos palabras? Muérame yo luego, si tu madre puede amarte.*

Por lo que toca al compañerismo: *Con el santo, serás santo; cuales fueren tus compañeros, tal serás tú mismo.* Demóstenes demuestra cuál es Filipo por aquellos con quien viva y con quienes toma solaz, pues en este punto, o existe conformidad o hay contagio. Verbigracia: *Los cirenaicos comarcanos son muy aficionados a las supersticiones, dada su contigüidad con los egipcios.* Por lo que afecta a las cosas, *las hay mayores, como Dios, patria, la cual es lugar y causa y origen. También hay cierta relación. Determinada relación,* como los *padres,* pertenecen a las causas, y a ese agrupamiento, por razón diversa, allí como padres, aquí como mayores, a los cuales es razón que sus súbditos estén sujetos: *Señor, príncipe, magistrado, marido, tutor, tío paterno, maestro,* y así todo lo otro: *Perfectas son las obras de Dios, puesto que son de tan sumo artista,* y también: *Nada hace a tontas y a locas gobernador tan bueno, sino todas las cosas justísimamente.* Y aquello que se lee en Cicerón, de Demetrio de Fálaris, a saber: *que le podrás reconocer como discípulo de Teofrasto.* Y en la comedia: *Filósofos tiene en su casa;* y *Mal huevo de mal cuervo.* Causas son, no de otra manera que si alguien dijese: *Caliente, porque se acercó al fuego.* Pertenecen también a esa categoría: *No está bien que viva así aquel a quien Dios gobierna y asiste; ahora Bruto quisiera vivir bajo un reino tal; los mismos Catones desearían sujetarse a régimen semejante. Lo menor* que a lo mayor se refiere: *ciudadano, súbdito, privado, esclavo, hijo, esposa, discípulo.* Por la moralidad de los ciudadanos, colegimos cuáles son los que los rigen; por el pueblo morigerado o díscolo, cuál es el gobierno de la república, a quien incumbe el cuidado de la pública moralidad. Terencio: *Bien se ve que ese esclavo lo es de un señor roñoso y ruin,* aun cuando esto puede referirse al *ejemplar* que se cuenta entre las causas. Con todo, aquello de Craso a Filipo es más propio de este lugar: *No eres cónsul mío, pues ya no soy senador tuyo.* Unas cosas refiérense a la Naturaleza, co-

mo las *semejantes padre e hijo;* otras, a la voluntad, como *amigo, enemigo;* otras, a la fortuna o a la suerte, como *funcionario, persona privada, amo, siervo;* no veo cómo la docencia sea cosa fea, puesto que la discencia es *cosa tan hermosa.* Entre y entre, hay las diferencias de tiempo y de lugar, como, *puesto antes, después, de frente o a la espalda, encima, debajo; no está bien que hables el primero, siendo el último; habla, pues, que eres el de mayor edad; a ti te toca; no conviene que hagas esto puesto que eres el príncipe.* Este orden es el de lugar, y aquí hay que proceder con aviso por no engañarse, pues lo posterior acaba primero, si la cosa única es primera que la posterior, si no, no concluye: *Los que desde aquí van a España, primero topan con París que con Orleáns; con todo, puedo llegar a Orleáns por otro camino.*

La cosa no pasa así en el tiempo, donde existe una como única línea simple, verbigracia: *es forzoso que el otoño suceda al estío y el año trigésimo al vigésimo.* De ahí aquel dicho salado de Cicerón: *No es posible que mientras estaba declamando, no hubiese nacido. No puede ser de San Cipriano este libro en que se hace mención de Pipino, ni de San Agustín ese donde se habla de los reyes francos, que vinieron con tanta posterioridad.* Pero su prioridad no convence de su posterioridad, que la tuvo o que la tiene. *A punto de empezar la ofensiva estaban ambas huestes; pero antes del choque sobrevino la paz.* No se sigue que coincidiera, como en el Evangelio se refiere de la Virgen Santísima: *Antes que cohabitaran, hallóse en estado de gravidez;* esto no quiere decir que los santos esposos tuvieran acercamiento. También se toman como corroborantes los atributos que van a buscarse en las cosas externas, como: *Rico de dinero o de posesiones rústicas; glorioso por los ajenos pregones de su virtud; noble por sus padres, honrado por la distinción que los otros le demuestran;* y lo contrario a esto: *Pobre, ignominioso, innoble; marido, porque tiene mujer; discípulo porque no carece de maestro,* cuando con ello no se significa efecto alguno o eficiencia de aquella conjunción, sino alguna otra cosa, pues si se llama eficiencia, entonces ya *es causa: esclavo por el señor;* cuando entre sí no se relacionan sino con otros, verbigracia: *No puede enseñar porque es padre; no debe tomar parte en la campaña porque es marido novel.* Esto equivale a decir: *Tiene que hacer en su casa.* Esto no se entiende *atributivamente, sino relativamente.* A ello pertenecen la *fortuna,* las *posesiones* y lo *que tienen* y lo *que se tiene* por costumbre de ciudadanía, y también todas las *adjetivaciones extrínsecas: guerra gloriosa, ruin triunfo, gran argumento para el vulgo,* aplicable a muchísimos casos: *¿A unos desterrados hase de dar Lavinia por esposa? Padre, ¿no te compadeces de tu hija ni de ti?*

Las *cosas comparadas* tienen la comparación, que es la referencia de dos o más cosas a una sola, la semejanza de dos en dos o de muchas en otras tantas. El *ejemplo* mantiene estrecha relación con lo que antes se dijo y se contrae a la imitación, verbigracia: *Es razón que nosotros obedezcamos a nuestros superiores jerárquicos, como Cristo obedeció a su Padre; acomodarse a la escasa capacidad de los ignorantes y de los ruines, como Cristo hizo con los discípulos; no debe haber para nosotros ejemplos*

más eficaces que los de Cristo. Los ejemplos comunican gran fuerza y autoridad a la exhortación, como: *Puesto que él así se portó, es razonable que tú te conduzcas de la misma manera.* No tanto prueban que una cosa es tal o no lo es, como persuaden que debe hacerse o no hacerse; así que son demostraciones de lo equitativo, de lo honesto, de lo útil, de lo decoroso y de otros puntos puestos a consulta y deliberación.

Las *parábolas* o las *semejanzas* tómanse unas para la declaración de la cosa; pero pertenecen al *arte de hablar,* y no son propias de este tratado; otras, para dar fe de que tal cosa es así o no es así, porque no hay en la Naturaleza ser alguno que no ande ligado con algún otro por algún modo o relación de semejanza. Las cosas semejas, por el lado en que lo son, tienen la misma naturaleza, porque de otra manera no serían semejantes. Mas los que tienen la misma naturaleza, por ella convienen entre sí, porque su naturaleza es idéntica. Así que la similitud es igualdad de razón, porque un dicho determinado convenga tanto a ese objeto como a ese otro. Pídense ejemplos de hechos que sucedieron, como de las *historias,* o que suceden todavía, como los *fenómenos físicos,* o lo que queremos que parezca que sucedió o que sucede. En esa clasificación entran las *fábulas y los apólogos: Es de saber que así como un sol único basta para toda la creación, así la voz única del maestro aprovecha a todos los discípulos.* Las comparaciones son de mayor a menor, de esto a aquello, de igual a igual, como en el libro noveno de la *Eneida: ¿No se vió, por ventura, que las murallas de Troya, fabricadas por mano de Neptuno, se resolvieron cenizas?* Lucano: *¿Quieres tú apuntalar la caída del gran Pompeyo, bajo la cual Roma yace?*

Y aquello que Ificrates dijo a Aristofronte: *¿Tú no lo hubieras hecho, y lo haría yo?* De menor a mayor: *Antenor tiene dónde estar, ¿y no lo tendrá el hijo de Júpiter? Si la fimbria del vestido de Cristo tiene tal eficacia, ¿cuánto más la tendrá su Madre? Si el muslo de Abrahán fué santo por causa de Cristo, más santa es la Madre de Cristo.* César dice en Lucano: *¿Seguirán las gentes de Hesperia al gran Pompeyo en su huída con una flota tan imponente?*

Y mucho más. Ambos extremos andan mezclados, como en el libro primero de la *Eneida: ¿Que Palas prenda fuego en la armada de los griegos?*

Menor es Palas que Juno; y prender fuego es más que desbaratar. La comparación mezcla otros lugares entre sí: *No es de extrañar que un mozo bisoño cayera en la celada de un veterano, con experiencia y astucia.* Demóstenes, en *Olintia: No es cosa que maraville que nosotros, indecisos y encomendando a la votación el negocio urgente, fuésemos vencidos por Filipo, activo beligerante, presente en todas las situaciones y no dejando pasar en balde oportunidad alguna.*

En lo *diverso hay cosas contrarias, contradictorias, distantes y que ocasionan embarazo y estorbo.* De éstas las hay que se refieren a *la cosa,* pues si no es por comparación, nada tienen que hacer aquí. Lo *negro* y lo *blanco* cuéntanse de suyo entre los inherentes; pero puestos en parangón, su lugar es éste: *No lo hará porque es esclavo suyo;* no relativo, sino atributo: *Es negro, luego no es blanco; alguien puede*

no estar sano, luego está enfermo. El enemigo te dejó lisiado; el amigo te sanará; la injusticia es un mal, luego la justicia es un bien. Y por negativas, como en Livio: *Tan pronto como lo que no está bien causare empacho, lo que está bien no lo causará. La muchedumbre de bienes que nacen de la paz, demuéstranla los males que la guerra origina; es ciego, luego no ve; jamás hiciste cosa de provecho; tampoco ahora la harás.* En *los relativos* hay que atender a que lo negativo pertenezca a lo afirmativo: *Es el padre, luego no es el hijo.* Hay que precaver que no nos engañemos en determinados puntos cuando utilizamos el relativo como en aquellas cosas que tienen su expresión por un mismo nombre: *Lo semejante es semejante a su semejante,* lo cual debe entenderse de esta manera: *Es semejante, luego no es su semejante;* si ya no fuere que una cosa sea semejante a sí misma, como acostumbra decir el vulgo, que más pertenece al lenguaje figurado que a la exactitud y precisión filosófica, *como maestro y discípulo de sí mismo.* A sí mismos se lo aplican San Agustín y Guillermo Budeo, aun cuando en esto entran en cierto modo dos elementos, uno de los cuales hace el oficio de preceptor y el otro de alumno. Existen determinadas probanzas *por la proposición del contrario: Si no fuese de noche, estudiaríamos, pero es de noche; no hay, pues, que estudiar.* Este argumento necesita otro argumento, pues de suyo es flaco y es más adorno que prueba, aun cuando a veces, para algunos, basta. Pero la proposición ha de robustecerse con otro argumento, verbigracia: *Daña a los ojos la vela o la luz de la candela; daña a la cabeza el humor nocturno,* y así por el estilo. En los *adjetivos,* las pruebas son más inciertas, pero usamos de cosas negativas o contrarias: *Si a alguno contenta la función pública, éste duélese cuando se la pone en orden.* A uno mismo *sonle agradables el padre y el hijo,* y el *color blanco y el negro; pero en la mayoría de los casos tienen una gran* verosimilitud: *Regalada y dulce es la luz; luego es muy triste la ceguera; ameno es el estío, luego tétrico es el invierno.* Quintiliano, refiriéndose a dos mellizos enfermos: *Cuánta hazaña sea matar a un hijo, nadie lo confiesa más que el que quiere dar a entender que lo hizo en bien del propio hijo.* Esto equivale a decir: *Salvar a un hijo es un bien tan grande, que para este fin debe cometerse la atrocidad más grande; ¿qué mal tan grande no será, pues, matar a un hijo?* De ambas maneras decimos: *Eso, hácenlo los caballos y los animales brutos; no está bien, pues, que lo haga el hombre.* Y al revés: *¿Cuánto más hará el hombre?* El primer miembro pertenece a esa naturaleza; el segundo, a los términos de comparación.

Antes de la cosa está lo que de una manera u otra la precedió y se aduce para su prueba por alguna semejanza o afinidad. A primera vista parece que *las causas* podrían incluirse en este lugar, pero les hemos señalado otro sitio y otro asiento, porque tienen una muy grande extensión. Pero si uno, por medio de las causas, no saca prueba alguna porque no está claro del todo que aquélla sea la causa de tal cosa, sáquela sin recelo de este lugar, pues no incurre en peligro alguno, como diré más adelante. Yo mismo no tendré reparo en poner aquí algunos ejemplos de cosas que pueden parecer causas, pero ocul-

tas: los que se llaman *signos* abundan extraordinariamente en este lugar y en el inmediato, verbigracia: *Murió, porque tuvo pendencia; porque se le había amenazado, tembló*. Si ya no es que uno las refiera a las acciones, cosa que a mí no me repugna, puesto que los *signos* andan esparcidos por muchos lugares. Aquí viene como anillo al dedo aquello de Quintiliano: *¿Quién dudará que un matemático no acierte en lo futuro, si se demuestra que en lo pasado no mintió?* De este lugar, son las señales de los tiempos, los pronósticos, las predicciones: *El día de mañana será claro porque el crepúsculo fué rojo*. Asoma la primavera, porque llega el *ave blanca enemiga de las largas culebras*, como de la cigüeña lo dice Virgilio. Ahí están las que pueden tenerse por causas, pero latentes, según el mismo Virgilio dice: *Habrá viento; con el viento siempre se enrojece la dorada Febe*. Las hay unas que necesariamente anteceden, como *la aurora al día, el véspero a la noche*. Otras sólo condicionalmente, si la cosa rueda bien, como *la mocedad a la vejez*. Otras suelen siempre, pero no de necesidad, como *las ferias de San Esteban, después del Nacimiento de Cristo;* en las guerras de los romanos, los *triarios, después de los príncipes*. En las viviendas, *el atrio, después del vestíbulo*. Las hay que por lo regular se suceden, como *el calor venido en mayo; la bonancible templanza después de la llegada de las golondrinas*. Otras, de cuando en cuando, por conjeturas, como que *Pericles iba a ser el jefe de la ciudad, porque Pisístrato había hablado en este sentido; que Dionisio sería malo, puesto que todos los que ocuparon el alcázar de Siracusa fueron malos*. Si algún hecho o algún dicho se aduce para la imitación, pertenece al *ejemplo;* pero si a otro argumento, pertenece a ese orden. Luego la fuerza de las razones será igual a la que tuvieron los antecedentes.

Después de la cosa, están las que inmediatamente la siguen. No importa que estén inmediatamente después de la cosa o después del tiempo presente. Esto quisiera yo que se entendiese de todo aquello que está *antes de la cosa*. Aquí entra la posteridad, la fama, el juicio de los hombres, los ejemplos que cuando se toman de los otros están en lugar de ejemplos; mas cuando se aplican a otros casos y proporcionan argumentos para lo futuro, son de este tenor: *No hay que arrebatar a Sila la dictadura, porque los que vendrán no piensen que ello les está permitido*. Y Palas dice a Telémaco, según se lee en Homero: *Sé valiente para que la posteridad hable bien de ti*. Y en el mismo poeta, Néstor disuade a Agamenón y Aquiles de la discusión, *por lo que va a decirse de ellos en Grecia*. Tantos géneros de antecedentes como pusimos, otros tantos deben tenerse en consideración por lo que toca a los consecuentes. Como prueba, tómase la *sentencia* de alguno, pertinente al asunto de que se trata. Cicerón llámala *autoridad y testimonio*, así que en este lugar quedan comprendidos no sólo los dichos, sino el *ademán*, lo *hecho*, lo *no hecho*, y, finalmente, todo aquello por lo cual declárase la sentencia, verbigracia: *Los embajadores son inmunes por derecho de gentes, porque nadie les hace daño*. Por esto, también los ejemplos valen como autoridad, según voy a decir luego. De este género son los *símbolos*, los *apotegmas* y las *respuestas*, que acaban por tener fuerza y

razón de autoridad: *Rumor popular, fama incierta, prejuicios porque con anterioridad se pronunció sentencia por causa análoga o por la misma causa o en cosas que al mismo asunto se referían: testigos, tablas, tormentos.* Llámanlos los retóricos *lugares comunes*, porque para ambas partes tienen gran verosimilitud. La *autoridad* gradúase por el crédito; no toda persona tiene la misma autoridad, porque, como dice Eurípides, *la misma cosa, dicha por diversas personas, no tiene idéntico valor.* Se da fe, si de aquel que dice algo se cree que lo sabe y que tú no mientes. Pensamos que lo saben aquellos que pueden saberlo naturalmente, como los hombres sagaces, de comprensión clara y rápida, o de recia cultura, como los artistas expertos acreditados por una larga práctica, diligentes, activos; de éstos no se cree que engañen, porque ni saben ni quieren. No quiere engañar aquel a quien el engaño no le ha de reportar provecho alguno que no tiene motivo para engañar, pues no hay malo que lo sea de balde. De ahí, aquella vehemente interrogación: *¿Por qué iba yo a engañar?* El hombre bueno, el amigo cariñoso, no engañará. No sabe engañar el niño, el loco, el borracho, cuyos movimientos parecen ser naturales.

Luego la primera autoridad es la de Dios, y de aquello que no dudamos que viene de Dios. Todos sabemos que Dios lo sabe todo y que no quiere inducir a nadie a engaño, y no hay causa alguna que se lo haga querer. Su voluntad y su sentir nos fueron declarados principalmente por su *Hijo Unigénito*, que está siempre en su seno. De ahí, las *respuestas* que los Patriarcas y Santos Padres recibieron antes y después del nacimiento de Cristo, con las cuales se compuso la Sagrada Escritura. A las respuestas, alléganse los *sueños* y *aquellas señales* que, con toda certidumbre, creemos que nos son enviadas por Dios; los *vaticinios* de aquellos hombres dotados de espíritu profético. Tenían los gentiles sus prodigios, sus portentos, sus augurios, sus auspicios, sus presagios. De ahí parece poder colegirse que no tiene fe en el Evangelio quien no conforma su propia vida a tenor de aquellos preceptos. En segundo lugar, está el consentimiento del humano linaje, y en esto están comprendidas determinadas disposiciones del ánimo, y de ahí manan la equidad y los inexcusables oficios de humanidad ingénita en todos los pechos. Del linaje humano, los principales y los más autorizados para la debida ponderación son los varones sabios y de toda probidad, verbigracia: los filósofos y los que abarcan al género humano en una suerte de caridad paterna. Suponemos que tales son los conductores de la patria, los legisladores, aquellos por quienes los pueblos y las ciudades se forman para la virtud y observancia de lo recto. No nos cuesta trabajo alguno creer que tienen tanta prudencia como mantienen distancia del deseo de engañar, porque son benévolos para con aquellos por cuyo bien desean preocuparse. Muchas son las concesiones que hacemos a los amigos, mientras tengamos buen concepto de su ingenio y pericia, y de quienes no podemos sospechar que nos engañen. Y así, que tenemos una confianza ilimitada en aquello que nos dijeron nuestros padres, nuestras amas, nuestros ayos, nuestros deudos, nuestros preceptores. En este mismo lugar se sitúan las doctrinas que dejaron a quienes más querían los grandes y sabios

varones, como Catón y Cicerón a sus hijos y a la posteridad en general, a quien nadie acostumbra querer mal, sino el hombre fundamentalmente malo, como aquel que dijo: *Detrás de mí, el diluvio,* o si acaso también aquellos otros a quienes conviene que les quede bien incrustada una idea que les favorece, por ejemplo: *los que se amañaron una opinión de divinidad.* Y, finalmente, mucho es el crédito que concedemos a los borrachos, a los niños y a los dementes. Esos no saben hacer fraude. Los siguientes proverbios abonan esta creencia: *En el vino está la verdad. El niño y el loco son sinceros.*

Por todo esto, el pueblo da mucho crédito a los dichos de los ricos, porque piensa ser los más sabios aquellos que de cualquier manera incrementaron su hacienda y que la única y valedera sabiduría es la de adinerarse. *El vulgo cuenta los sufragios, no los pesa.* Cree que lo que piensan muchos, aquello es la verdad; de ahí la vigilancia que se impone de los usos de las costumbres, de los deberes de ciudadanía, así pública como privada; la fe que se otorga a los proverbios y a los dichos vulgares; piensa que menos pueden engañarse los más que los pocos. Mas, de todos estos dichos recibidos y corrientes, unos son fruto de muy prudente experiencia y otros provinieron de la majadería popular. En otras naciones, y por ende entre otros hombres, es diferente la estimación acerca de los sabios y los bienes. Ahí está la eficacia de los ejemplos. Los griegos no estiman un adarme la sensibilidad de los bárbaros; los romanos se ríen de los ejemplos de los griegos, como da a entender Escipión en Tito Livio; piensan que sólo sus antepasados fueron hombres graves, de gran ingenio, virtud y probidad. A nosotros, los cristianos, no deben movernos a la imitación los ejemplos de los gentiles ni de cualesquiera cristianos, sino de aquellos que son la pura y auténtica expresión de Cristo o, mejor, del mismo Cristo, que a ello nos invita: *Ejemplo os di para que vosotros obréis como yo obro.* Y por esto dice San Pablo: *Sed imitadores míos como yo lo soy de Cristo.* Si alguna obra hubo entre los gentiles buena, mansa, piadosa, santa, con tanta mayor excelencia conviene que la practiquemos nosotros cuanta más alta es nuestra condición, puesto que fuimos bautizados y redimidos por la sangre de Aquel a quien el Padre confió la misión de restablecer la perfección primera que no nos aleja mucho de los ángeles. Eleva y aquilata la autoridad el hecho de que el que testimonia no sepa o ignore aquello de que se habla, bien por naturaleza, como los mentecatos, los niños, los hombres lerdos, bien por impericia, como los que no tienen práctica alguna, aun cuando sepan el arte, pues ésta aprovecha muy poco sin la experiencia.

El que uno se contradiga a sí mismo es una prueba muy fuerte de que no sabe lo que afirma y quita crédito a sus otros dichos. La demostración de que él afirmó una determinada falsedad, constituye un grave prejuicio de que puede engañarse y de que es hombre que afirma cosas que no tiene averiguadas o que le faltó estudio y diligencia, como: *Los que no pararon mientes, los que estaban informados muy a la ligera, los distraídos por otras ocupaciones, los hombres hueros y vanílocuos.* Así solemos decir: *Inteligente, pero no en esto; juez íntegro e insobornable, pero deficien-*

temente informado de la causa. Esto está en la casilla de los prejuicios. A esa manera de defensa, en mi sentir, hubierá Cicerón podido reducir el prejuicio de los censores en favor de Cluencio, sin mengua de su disposición benévola y del prestigio de la autoridad, diciendo: *Acostumbran esos tales utilizar el testimonio de los enemigos que ignoran ser tales. Al mismo tiempo, por la multitud de asuntos a que hay que atender simultáneamente, no podemos nosotros examinarlos y sopesarlos, como es razonable que lo hagan los jueces que tienen la suficiente holgura, pues están puestos para esto.* Añade a ello: *En la ciudad donde existen tantas rivalidades,* por manera que la culpa deriva de ellas a las costumbres de los hombres, pues como él defiende, echa sobre los censores sospecha y sombras de ligereza. En los escritores, cuando culpamos algo, acostumbramos excusarles con estas o semejantes atenuaciones: *Púsolo como ejemplo no porque hubiera madurado si era así en realidad, ni razonado los motivos de su asentimiento;* díjolo *fiado de la seriedad ajena; contra lo que se rumoreaba; porque la masa es crédula y no examina lo que da por seguro.* Los lugares, los tiempos, las personas aguzan la diligencia y la circunspección o la relajan; y en ello, no tan sólo se atiende a la autoridad del que dice, sino de lo que dice: *Díjolo entre una copa y otra, en la recámara, a uno solo de sus amigos, en son de broma, al amor de la lumbre.* Y al revés: *Díjolo en pleno Senado, delante del pueblo, el día de Viernes Santo, díjolo siendo cónsul.* Atiéndese también a la manera: *Lo dijo por donaire, riendo, dormitando, torciendo el gesto, moviendo la cabeza, meneando las manos, lo dijo en serio, díjolo jurando;* ademanes éstos que suelen ser expresión del propio sentir. Cicerón hizo hincapié en la negligencia de Erucio para demostrar que era falsa su acusación contra Roscio de Ameria.

Demás de esto, adelgázase muy mucho y pierde peso la autoridad cuando se juzga que tuvo el deliberado propósito de engañar. A ellos los hombres no van jamás de balde si ya no se trata de ciertos temperamentos aviesos por instinto que trocaron en naturaleza el hábito de mentir, que aun en cosas en que no les va ni les viene, afirman o niegan con mentira sistemática. Por esto es que a quien repetidas veces hemos sorprendido en mentira, le negamos crédito, en redondo, aun cuando diga verdad. Donosa y sabiamente respondió Aristóteles *que la mentira era un lucro.* Por lo regular, el mentiroso persigue algún provecho, es, a saber: algo que cree serle conveniente. Ello hace que distinguiendo y separando la prudencia y la probidad, más fuerza tiene para el crédito la probidad que la ciencia. A los que son cultos, pero malos, no les llamamos sabios, sino taimados, astutos, ladinos, y nadie les cree, aunque no son amigos; pero una vez que son amigos, conceptúanse ya hombres honrados, pues en ello no se averigua cuál sea uno, sino cuál cree que es. Y no de balde se dice aquello tan vulgar: *La prueba más persuasiva es la conducta.* El mentiroso busca el provecho del dinero. No más que al dinero el necio vulgo decora con el nombre de provecho. Por eso es que retira el crédito al pobre y escaso y lo otorga copiosamente al rico, porque piensa que con el que tiene, ya posee el suficiente y que por esto mismo no es fácil que se

decida a mentir por el aliciente del lucro y que por la esperanza de una ganancia exigua no va a dar este mal paso, siendo así que la sed es mayor en los que mucho bebieron, mientras que los pobres se contentan con cualesquiera cosas inmediatas. Si uno alaba al rico o al poderoso, sospechosa es la alabanza, porque parece atribuída al dinero, no a la verdad. También se va a caza del honor. Vense obligados a lisonjear y a mentir mucho aquellos a quienes acucia la pasión de la gloria, cuya posesión no es menos molesta y laboriosa que la de las riquezas. Demás de esto, existe también la conveniencia física; mentirá uno para librarse de dolores actuales o por no sufrirlos más graves o porque no se le dé muerte. Esto acontece puntualmente en los tormentos. Yo no sé qué pueda decirse en favor de esta práctica, siendo así que el dolor presente en los débiles y la aprensión del castigo subsiguiente en los robustos, apaga y corta casi por completo la voz de la verdad; de donde nació aquel proverbio: *Mentirá por un igual el que podrá y el que no podrá sobrellevar la tortura.* De los placeres cabe decir lo mismo. Muchas circunstancias obligan a decir mentiras a la novia amada, a los cómplices y fautores de la alcahueta. En este linaje de mentirosos andan comprendidos los parásitos.

Todo esto demuestra la superior autoridad de las palabras de Cristo y de sus seguidores, que no solamente tenían un absoluto desdén de las ventajas del dinero, de los honores, del bienestar físico, sino que obedecían no más que a la verdad demostrada por la divina revelación.

También las *pasiones* impelen a mentir, bien a sí mismo, bien a otro, si se tiene el propósito de estar a su servicio y dictado. Los hay que piensan que con la verdad poco van a deleitar el ánimo de los otros y sírvenla aliñada con ficciones, como Homero, y por lo común, los poetas todos. Otros gózanse con contar cosas descomunales y desemejables, atrocidades y tragedias para espantar a los otros y pasmarlos de estupor; y juzgan ser admirables, si es maravilloso lo que dicen; por esto toman solaz con estas narraciones. En la lista de nuestros provechos propios andan comprendidas las ventajas de aquellos a quienes queremos bien; y todas las quiebras de aquellos a quienes queremos mal. Al enamorado no se le ha de creer. Un amigo mentirá a favor de un amigo, como una madre por un hijo, una esposa por el marido, y contra él también cuando está enojada, como un enemigo contra un enemigo. De ahí que el testimonio de un amigo contra su amigo y del enemigo en favor de su enemigo, es invencible e irrefutable: *Al ánimo enojado*—dice el Mimo—*no se le ha de creer en cosa alguna.* Los dichos, cuando se traen a controversia, ya no hay lugar para la autoridad de aquel que no ignoramos que los dijo; pero, hartas veces, dejando en salvo la autoridad, negamos que él sintiera lo que el adversario le atribuye o confirmamos que, en efecto, sintió lo que nosotros queremos; y, luego, que eso nos atañe o no nos atañe. El lugar y el tiempo alteran la fuerza del dicho o del hecho: *Dijo la verdad; obró rectamente, pero en aquel lugar y en aquel tiempo; pero esto mismo en otras circunstancias cambia, no conviene.* Muy conocidas son estas cuestiones y no creo que sea preciso hacer aquí alguna advertencia especial a nadie.

Al decir Cicerón que Aristóteles afirma que el mundo es eterno, la autoridad de esta opinión es de Aristóteles y la de Cicerón es que Aristóteles la mantiene.

Reduje a ese lugar el *nombre de la cosa,* porque en gran parte pertenece a la autoridad, verbigracia: *Que el Consejo público no debe componerse de jóvenes, sino de viejos, porque se llama Senado.* (De *senex,* viejo). Pregúntase que ¿quién nombra el Senado? Los romanos. ¿Trátase de sus atributos? Los lacedemonios. ¿Qué crédito se les debe? Todas las *etimologías,* que Cicerón nombró *notaciones* y que literalmente significa: *veriloquios,* vienen a ser testimonio para los que emplean aquella lengua, pues unos vocablos tienen sus etimologías en otras lenguas. Así Cicerón dice que es mejor y más cómodo para los latinos el vocablo *convite* que el *simposión* de los griegos, que quiere decir *beber a la vez.* Y en sus *Paradojas,* dice *que tiene él que significar disconformidad con la sabiduría de sus mayores que llamaron bienes* a estos flacos y contentibles dones de la Fortuna. A ese mismo orden termina por reducirse todo nombre apelativo y el que los griegos llaman *epíteto.* Aristóteles en el libro *Del mundo,* de su mismo nombre *Cosmos,* enseña que no hay cosa ni más bella ni más ordenada que él. Que no injustamente se llamó *Dracón quien tal veneno sopló sobre las leyes;* que no está bien que sienta la sacudida y la perturbación de las pasiones el que se llame *serenísimo* y el que se llama *felicísimo* no debe andar implicado en las miserias de la guerra, y el que se llama *santísimo* debe estar inculpado y exento de feas y criminales maldades Demóstenes, hablando contra Midias, *sostiene que quien lesionare a Tesmoteta lesiona a la propia ciudad,* porque *Tesmoteta no es nombre de hombre alguno, sino de la misma ciudad.* De una lengua se pasa a otra. Cicerón, en una *Filípica: El mismo Lisídico en un vocablo griego.* Y Plauto: *No quiero que me causes daño en Epidamno.* Tómase prueba del *equívoco:* «No te acerques demasiado a esta pintura, porque, según, *es león o es escorpión.*» Y *anfibología,* como: *¿Quién negará que Nerón es de la estirpe de Eneas? Enterró éste a su madre y aquél a su padre*

Este socorrido procedimiento es propio de los sofistas y de los dicaces. Transfiérese al tropo y en él quedamos, y la mayoría de las veces no hay más que un donaire y un juego de palabras: *No quieras encenderte en el estío. Siendo tú friolero, no te acerques acá en invierno. ¿Qué negro es posible que tenga el alma blanca? ¿Cómo recorerás esta jornada, enfermo de los pies? La casa opulenta y benéfica mantiene a muchos. En casa llena, muchos ratones.*

En los nombres que se ponen adrede y deliberadamente, examínase el peso que tiene la autoridad de quienes los pusieron: *Prudente es Marco Porcio, puesto que se le apoda de Catón.* ¿Preguntas que de *quiénes?* ¿Qué importancia se les debe dar? Por lo que dijimos de la autoridad debe esto sopesarse. En este punto, los filósofos reprenden a la masa en todo género de ciencia y de inteligencia y especialmente en lo que toca a la moral. En estos nombres apelativos, no existe consejo deliberado y maduro, sino una costumbre de apodar que tuvo fortuna, más ocasional que estudiada. Aquel primer Junio que se apellidó *Bruto,* el primero que se llamó *Bes-*

tia, el que se llamó *Asina* y otros semejantes, dejaron a sus descendientes estas denominaciones.

Alguna debió de ser la causa porque así se llamaron ellos; pero en los otros ya no hubo más razón que una costumbre familiar, según la cual en Roma los hijos tienen los mismos cognombres que los padres. No así en Atenas y en Asia.

Esta es aquella inmensa y casi infinita selva de pruebas que abarca el conjunto de la Naturaleza, útil no sólo a la elocuencia y al discurso, sino también para la vida práctica. Pienso no haber dejado lugar alguno. No seguí las especies una por una, ni podía hacerlo; bastaba con haber consignado los géneros. El peligro más inmediato es que en diversos lugares no aparezcan repeticiones, de manera que se crea poderse sacar pruebas de lugares diferentes. Pero, con todo, no introduje en los lugares tanta confusión como puede parecer a quienes no percibieron con minuciosa exactitud el conocimiento y la distinción de estas cosas. Pero es mucho más preferible que el mismo argumento pueda sacarse de muchos lugares que de ninguno, o de alguno que otro con dificultad. No tienen importancia los nombres con que se designen los instrumentos, mientras sean utilizables, y resulta extraordinariamente cómodo para el artífice que sean muchos los instrumentos con cada uno de los cuales, si en talante le viniere, pueda dar cima a la misma obra. Los hay que con harto poca habilidad utilizan algunos instrumentos. Este, si para perfeccionar la misma obra se socorre de otros instrumentos, reportará, sin duda, provecho muy grande. Así que buscar y sacar el mismo argumento de varios almacenes y depósitos de argumentos será mucho más conducente y práctico para la invención que encerrar cada cosa en su propia singularidad, pues lo que al investigador no se le ocurre por este camino, por otro camino se le ocurrirá. Demás de esto, en las herramientas no se mira el acicalamiento o el primor, sino su utilidad y su resultado. Mas, porque los ejemplos de todo estén más al alcance, llevemos al hombre por los lugares donde están los argumentos, ya porque ese animal es vario y la materia es copiosísima, ya porque es necesario de todo punto su conocimiento, a saber: su trato cotidiano.

En la *sustancia* del hombre está la animalidad y la racionalidad y de ahí se saca su definición. De ahí lo humano y todo lo que con lo humano se conjuga. Luego, las *partes de la esencia*, la materia, tomada arreo, materia común con todas aquellas cosas que nacen y se corrompen. El ánimo es la cosa más generosa de todo cuanto hay debajo del cielo. También, las *partes de la masa externa:* cabeza, rostro, pecho, brazos, espaldas, piernas, pies; e *internas:* lengua, garganta, pulmones, corazón, nervios, venas, carne, sangre, boca, aliento; también, cutis, pelos, barba, lunares, verrugas. *Inherentes* en el cuerpo son color, forma, figura, perfil, alguna mancha, cicatriz, línea recta o curva, proporción de los miembros, cabeza elevada, brazos anchos, mano breve, meneos, andadura, fuerzas, robustez, flaqueza, reciura, enfermedad, salud, dolencia; en el ánimo, pasión en la mente, penetración, torpeza, memoria, olvido, erudición, artes y oficios, prudencia, fatuidad, astucia, experiencia, virtudes, vicios. De las *acciones* son lo que dijo, lo que hizo, lo que quiso, lo que intentó, lo que sugirió, lo que

sufrió, lo que padeció. Sus *causas* son *eficientes* las unas: Dios, los padres y hasta cierto punto, el suelo natal. *Fin*, el natural, el que Dios le destinó, felicidad eterna; los que el mismo, por su ignorancia o por su sujeción a las pasiones, se propuso, vanos muchos de ellos y nocivos: riquezas, honores, fama, deleites. Sus *efectos* son grandes y maravillosos: cultivo del campo, ciudades, leyes, literatura, tantas disciplinas y artes, de las cuales unas las ejercitamos con el cuerpo y otras con el ingenio, y algunas con ambos a dos; por *instrumentos* usa del ingenio, memoria, técnica, manos, pies y los que se procura *de fuera*, como son pluma, tinta, pincel, dinero, cuchillo, punzón y otros enseres que no tienen cuento. El mismo hombre es *fin* de los restantes seres animados y de todo cuanto hay en este mundo sublunar; está en el *tiempo*, en invierno, en el mes de enero, en la antevíspera de las calendas de febrero, reinando Carlos V, en tiempo sereno, en tiempo salubre, en régimen de libertad, de república, en *Brujas*, en *la cámara*, en el *armario*, *vestido, armado de punta en blanco, con sordidez*...

Al hombre *refiérense* Dios, que es su príncipe y su dueño; padre, madre, tutor, tío paterno, magistrado, rey, patria, leyes, señor, marido, hijo, pupilo, hijo del hermano, hijo de la hermana, persona particular, vasallo, esclavo, esposa, amigo, enemigo, compañero, socio, camarada, vecino, ciudadano. También, riquezas, posesiones, honores, fama, gloria, popularidad, nobleza con todos sus contrarios, pobreza, ignominia, oscuridad, envidia, *odio*, vilipendio. *Compáranse entre sí* padre, hijo, siervo, señor. Finalmente, lo que dijimos superior, inferior, igual; *no hay cosa contraria al hombre*. Constituye *contradicción: Es hombre, no es hombre. A distancia de él* está todo lo que no es hombre: caballo, lobo, color, grandeza, libro. Por *argumentos* adúzcanse los mayores, el ejemplo de los antepasados, la historia, las fábulas, los refranes, las predicciones que de él se hicieron, si las hay; lo que alguno dijo, o significó, su nombre, su apellido, su apodo. De todo lo dicho se colige que esta abundancia sirve mucho, no sólo para argüir, sino también para hablar del asunto que quisieres, por manera que no parece absurdo que Rodolfo Agrícola pensase que Gorgias, Hipias, Protágoras, Pródico y otros sofistas griegos que en cualquier asamblea manifestaban estar preparados para hablar de cualquier asunto que les pluguiera oír, de esas fuentes iban a sacar la abundancia y aun la redundancia de todo cuanto iban a hablar, de modo que nunca estuviesen *faltos de materia*.

Dos puntos faltan por estudiar: *Cómo esos tópicos se hallan en los otros*, y, luego, *cómo nosotros hemos de usar de ellos*. Y, en primer lugar, el que nosotros usemos de ellos como de ellos usaron los grandes autores; y luego que, una vez que conociéremos la razón del argumento que adujere el adversario, entendamos cuánta fuere su fuerza y la facilidad de debilitarla y aun anularla, si fuere menester. Cuesta más trabajo sacar de los otros los lugares de los argumentos que hallarlos por nosotros mismos, pues el uso cotidiano carece de aquella guía certera de trabar la argumentación, en la cual es cosa fácil conocer *qué es lo que pide, qué es lo que quiere conseguir y de qué manera*. A esa torcedura y oscurecimiento del lenguaje común, los oradores y todo

linaje de escritores añaden otros oscurecimientos del discurso, en parte porque no se descubra el artificio y queden al descubierto las celadas, y en parte por el refuerzo que se allega a la probanza, así como el herir a pequeños pinchazos o de través, hartas veces resulta más grave y aun mortífero. De esta forma, a los involucros y complejidades que de suyo tienen las cosas, ellos sobreañadieron otros tapujos, obra de su habilidad e ingenio. Por ende, a veces, en un solo verbo está incluída toda la argumentación, verbigracia: *Un bufón pedía el consulado*.

En otras ocasiones, los argumentos son tantos como las palabras. Cicerón *contra Antonio: Tú con estas haces; con esta reciedumbre y firmeza de gladiador en todo tu cuerpo*. Esta es cosa que pertenece a la amplificación. En muchas palabras no hay más que un solo argumento, verbigracia, cuando una palabra que contiene alguna fuerza, es de varias maneras tratada y explicada: *¿No se había de ofrecer resistencia al insidioso?* ¿Se había de ofrecer el cuello al que pedía la vida? ¿Habíase de sucumbir a las exigencias del ladrón? Ello se verifica cuando por toda la argumentación sólo se toca una parte: *No matará; pues ¿qué madre mata a su hijo?* Falta aquí: *Y ésta es madre*. Invierten a veces el orden de la argumentación, como Quintiliano en el libro tercero. *Las partes de la persuasión* pensaron algunos ser lo honesto, lo útil, lo necesario. Yo no hallo lugar para esta tercera parte por mucha que sea la fuerza que parezca imponerla. Acaso sea menester *padecer* algo, pero no hacer; de lo que se ha de hacer, se delibera. Todo se reduce a esto: *Toda deliberación versa sobre* lo que debe hacerse; por tanto, *no hay deliberación acerca de la necesidad*. Y poco después: *A mí me parece que huelga el consejo, donde existe la necesidad no más que donde consta que algo no puede hacerse, pues toda deliberación versa sobre la duda*. Esto es así: *Toda deliberación es acerca de lo dudoso; no hay deliberación alguna sobre la necesidad*. Este puso dondequiera la *asunción* en el lugar de la *proposición*. A veces se pasa allende, saltando por encima de los medios: *¿Yo impeler a los Brutos?* De los cuales, ambos veían la imagen de L. Bruto, y uno de ellos la de Hala. Aquí se omite todo aquello del linaje, de las hazañas de la estirpe, de la expulsión de los reyes y de la muerte de Sp. Melio. Así también de lugar a lugar: *Hombre cuerdo, porque tiene gran corazón; fuerte, porque tiene tórax recio y ancho*. Habían tomado la parte; pero pasaron al accidente de la parte.

Algunas veces, notan muy ligeramente, por una cierta preocupación, lo que puede decir el adversario: *Esta no matará a su hijo, pues eso no lo hizo sino Medea*. Ocultan en figuras y en esquemas, para enunciar en forma interrogativa lo que pudieran decir en forma narrativa; pero ello impresiona con más fuerte golpe. Y por terminar, en una palabra, si a los más grandes autores se les pregunta de dónde sacaron la razón de su argumento, cómo lo aderezaron, cómo lo acomodaron, cómo lo forjaron, con frecuencia no sabrán explicarlo. Con todo, ha de verse qué fué lo que se propusieron conseguir, adónde irá su argumento; cuál es su intención. Para ello es necesario conocer el punto sobre que versa la controversia o cuál sea la cuestión, no so-

lamente aquella de toda la causa general o de la obra, sino la particular, a la cual se ciñe aquel argumento. Cuando hubiéremos dado con ella, hay que ver si son muchas las pruebas o si es una sola; si son muchas, si todas convergen a un punto o si cada uno tira por su lado; hay que tomarlas una por una y adaptar a ellas lo que se prueba, porque de su conveniencia y disposición nace la probabilidad, y por ende el instrumento de la probabilidad y su nombre. Haylos en los cuales no te será difícil juzgar a qué parte convenga el que se toma como demostración, pues los que constan de una palabra están expuestos al conocimiento, por manera que cada cual pueda decir con qué parte cuadran aquellos acerca de los cuales versa la controversia; mas, los que tienen una enunciación simple o compuesta, son más oscuros; constan de una sola palabra, cuando la fuerza de la prueba está en una sola palabra. Cuando se dice: *Sócrates no tomará esposa porque es filósofo; a Sócrates le compete esto*, hay que ver cuál sea la razón de la proporción entre Sócrates y filósofo. No tomará esposa porque la mujer es un ser quejumbroso y difícil. Pregunto si el hombre es caballo. Si colijo que no lo es porque el hombre es racional, *esto pertenece al hombre*, y si deduzco que no porque el caballo no es racional, *pertenece al caballo*. Si relaciono un extremo con otro, dos son los lugares, como en este ejemplo: *Todo hombre es racional; ningún caballo es racional; y, por tanto, ningún caballo es hombre, saqué la prueba de la propiedad y de la carencia.*

Cuando en el argumento hay dos o más verbos y cada uno de ellos tiene su proporción y lugar, hanse de considerar ambos por separado; *Platón no tomará esposa, porque es filósofo,. discípulo de Sócrates; como Tales no la tomó*. En el filósofo está el *inherente;* en el otro, *la causa; en el tercero, el ejemplo. La pasión no podrá nada sobre el juez, porque es un hombre bueno y ateniense, y haría lo mismo que si doblase antes la regla por la cual ha de medir alguna cosa*. Lo primero es de los *inherentes*, lo segundo es *de los atributos* y en lo tercero está lo gráfico de la comparación, que supone el torcer la medida por efecto de la pasión anímica. Existen además otros lugares más abstrusos, hasta los cuales, mediante la *práctica*, penetraremos partiendo de aquellos otros que a ellos nos conducen como por la mano, aun cuando no tengamos que trabajar menos para sacar esos lugares de los otros que para investigar nuestras propias cosas, pues ello es tal que se consigue principalmente por la práctica, de manera que toda la teoría de nada servirá sin el uso continuo y diligente. La práctica, fuera de la teoría, tiene muchas y poderosas fuerzas. Existieron muy grandes oradores y polemistas agudísimos antes de la invención del arte oratorio y de cuyas obras precisamente se sacó la técnica.

Todo esto que pusimos más arriba hay que tenerlo a mano *como los signos de las letras*. La invención no debe seguir el mismo orden, como la escritura no debe seguir el mismo que seguimos al aprender *las letras*, aun cuando al principio será conveniente insistir en él para sacar los argumentos de los lugares. Y no todos convienen a todos, así como no ponemos todas las letras en cada una de las palabras.

Y así como la práctica usual in-

dica a qué palabras son necesarias aquellas letras y no pueden darse reglas para ello; lo mismo ocurre en este punto, a saber: que no puede prescribirse a qué casos convienen los lugares. Conviene, a pesar de todo, atender al objeto que pretendemos; hase de conocer puntualísimamente la causa y abarcar en toda su complejidad todos los elementos de la cuestión. Por ello conviene que el que se orienta hacia la invención, esté versado con toda diligencia en la presente cuestión y mantener al menos las generalidanes en aquel arte de la cual se toma la materia de la elocución, y si ello no es por arte alguno, al menos por el sentido común de la vida; lo que es admisible para aquellos delante de quienes debe hablar, y lo que les es rechazable. Para este discernimiento, nos ayuda la prudencia.

Propuesta, pues, la proposición, hay que ir buscando por esos recovecos lo que se contiene debajo de ambos términos; luego comparar cosa con cosa, y luego con todas. El *avezamiento* hará que con un solo vistazo veamos todo lo necesario, *como en la unión de las letras: ¿Clodio fué muerto según derecho?* Por Clodio: de los *inherentes: porque era sedicioso. ¿Por ventura todo sedicioso puede ser muerto en derecho? Y si no todo, ¿acaso tal? ¿En ese tiempo? ¿En ese lugar? ¿Por tal sujeto? ¿También por acechador? ¿Será lícito quizá matar a todo acechador? ¿Incluso a éste? ¿En ese tiempo?* No de otra manera que en las sílabas y en las dicciones tiéndese casi al infinito, también en los lugares. Hay lugares de lugares, como: *¿Mereció Milón el destierro?* No, porque era un hombre valeroso. *¿Acaso el hombre valeroso merece el destierro?* Por todo aquello que se refiere al *valeroso* y al *destierro: Como sea que Roma continuamente esté haciendo guerra, a aquellos que no se arredran por peligro alguno se les debe retener, siquiera por bien parecer.* Pero *¿en Roma han de retenerse tales y tales?* Y ello, subiendo a las generalidades: *¿Conviene el estudio al hombre?* Sí, porque es animal dotado de razón. *¿Al animal dotado de razón le conviene el estudio?* Los lugares deben buscarse en el *racional: ¿Conviene al filósofo ser beligerante?* No, porque es hombre entregado a las letras, *filántropo:* por los lugares de *hombre*, por los lugares de *erudito* y, finalmente, de todo aquello que se pone en la prueba. Si en lo que se busca hay muchos, todos los lugares deben compararse entre sí: *¿Puédese en todo linaje de escritos mezclar la historia satisfactoriamente?* Y por la naturaleza de los escritos, pues se puede muy bien en la *Teología*, en la *Filosofía*, en la *Medicina* También por la naturaleza del asunto: *En todo tratado en que se enseñe algo.* Luego, *por la historia: En todo linaje de escritos mézclase el conocimiento del pasado, cómodamente, venustamente, apaciblemente, convenientemente para la probabilidad y la inteligencia.*

LIBRO PRIMERO

CENSURA DE LA VERDAD EN LA ENUNCIACION

El instrumento del *examen de la verdad* es el mismo que se aplica a cada una de las disciplinas y las artes, y no tiene materia real determinada en que actúe, como tampoco la tiene aquel otro instrumento análogo para la busca de la probabilidad. Aplícalo cualquier artífice, mientras en su materia respectiva va inquiriendo cuál sea el enunciado más apto para la expresión de la verdad o la rectitud con que anduvo en la investigación de verdad a través de las probabilidades. Así que lo que se examina son estos dos extremos: los *simples enunciados*, que todavía no cuajan en la argumentación, y el *complejo de argumentos*, de los cuales vamos a hablar en primer término, pues alguna cosa tenemos que decir de las partes de que se componen.

De estas partes algunas son *mínimas* y *simplicísimas*. Pequeñísimas son, en efecto, y de suma endeblez en la gramática, las *letras*; y en la censura las *voces enteras* introducidas para contener alguna significación. Significar es lo mismo que dar signos, hacer indicación de algo a alguno. Así que un hombre significa algo a otro hombre por medio de letras, gestos, señales con la mano. Los mismos signos, de suyo tienen alguna significación que declara o manifiesta algo, verbigracia: el movimiento de la mano, la dirección del dedo índice, el movimiento de la cabeza, las señales en los caminos reales, las enseñas que se colocan ante las hosterías y tabernas, imprentas y toda clase de oficinas, con los que el ciudadano queda advertido que allí se admite a los advenedizos o que tal o cual cosa allí se manipula o se vende. De este género son las voces orales o escritas. A entrambas, unas veces las llamaré voces y otras veces las denominaré palabras. Significa algo para el ánimo todo aquello que el ánimo avisado entiende de una u otra manera.

Pero esta inteligencia tiene dos contenidos, a saber: el conocimiento del signo y el conocimiento de lo significado, como el de la voz: *hombre* y de los *hombres*. El conocimiento primero es imperfecto e incoado; el conocimiento segundo es lleno y total del signo consabido. El verbo significar no debe tomarse en su simplicidad o en su universalidad, sino siempre con referencia a alguna cosa, pues existen voces que para los caballos significan algo y otras, que lo significan para los perros; unas, para los griegos naturales; otras, para los latinos, y otras, para los españoles. Aquel famoso vocablo entre los sofistas: *hux*, nada dice a las orejas latinas, y para el catalán significa *flato*; un mismo vocablo desconocido del egipcio, para el frigio significaba el pan, que es el alimento básico del hombre.

Existen voces singularmente conocidas de unos pocos por convenio o consentimiento tácito de los mismos, bien así como en España existe un lenguaje convencional para los ciegos o la germanía para los gi-

tanos, que no entiende el vulgo, y lo mismo pasa entre los rufianes. A ese mismo objetivo responde el lenguaje cifrado de los diplomáticos por el recelo de que la escritura corriente descubra secretos de Estado y a ese mismo recurso apelan incluso las personas privadas, como lo practicaron Cicerón y Atico, lo cual hace que, a trechos, sus cartas a duras penas son inteligibles.

Por esta razón, diremos que aquellas voces que nada significan en la lengua por nosotros hablada, aun cuando tengan significado en muchas de las otras, no hacen sentido para nosotros. Excepción hecha de las interjecciones, todas las demás voces tienen significado, como Aristóteles dice *Kata sinteken*, es, a saber: por aglutinación, por convención, por avenencia y consentimiento de los que las emplean. Ningunas, de suyo, significan sino las interjecciones, y no todas ellas, puesto que algunas más pertenecen al habla griega o latina, que al lenguaje del afecto, como *evax*, *euge*, a no ser que por el movimiento del cuerpo o por el acento con que se pronuncian, pueda el ánimo conjeturar su significado más que por la misma palabra. Ni nos impresiona el hecho de que Quintiliano distinga entre el significado y el traslaticio, verbigracia: que *el volar por su naturaleza sea propio de las aves y metafóricamente de los espíritus*. Habló él con otra intención que nosotros, como ya hemos demostrado en los libros *Del arte de hablar*.

Atendiendo a todo esto, definamos la voz significante diciendo que es *una nota común, mediante là cual algunos exponen a los otros sus nociones*, a saber: *aquello que en su mente conciben*. Y así es que el uso es el árbitro y el dueño de los significados. Los vocablos *bovinari*, *lesuum* y aquellos arcaísmos latinos que, como dice Ennio, usaban en sus liturgias los faunos y los vates, significaban en aquella remota época alguna cosa que en tiempos de Cicerón se había perdido ya y no representaban nada. Huelga toda suerte de crasas argucias en la interpretación de aquellas fórmulas que, por lo regular, utilizan los niños en sus juegos. Por esta razón el significado o, digamos, la *notación* de las voces, atañe al ánimo, no a las cosas, pues *Héctor*, *quimera*, *guerra púnica*, etc., etc., cuyas realidades no existen en parte alguna, significan algo, quiero decir, que por lo que se refiere al ánimo constituyen la nota de alguna cosa, cosa que si está ya separada de la Naturaleza, todavía reside en el ánimo y en cierta manera vive en él mientras esté aprehendida por el entendimiento. Así que se dirá que determinadas voces significan algo que en el ánimo reside, y otras, que expresan algo que existe en la realidad. Con todo, hase de decir que de las que tienen alguna significación efectiva, las hay que para el ánimo significan algo y aun algos, como *hombre*, *cabra*, *hierba*, *blanco*, *negro*, *Héctor*, *quimera*. Finalmente, todas las partes declinables, con pocas excepciones, por las cuales el ánimo concibe bien la imagen de alguna cosa o alguna otra del mismo género y manera de que son las cosas, como por *Héctor* entiéndese un héroe determinado, como por *mí* o por *ti*; y por *quimera* se entiende cierto animal característico, pero animal o partes de animales. Otras, no tienen especial distinción ni se imprimen en el ánimo a fuer de imagen de alguna cosa, sino a guisa de alguna modalidad inherente, al objeto, como *todo*, *alguno*; y to-

das las partes de la oración indeclinables, aun cuando entre los adverbios los hay que tienen alguna significación, como *mane* (mañana), según dice Persio: *Ya la clara mañana entra por las ventanas;* y *multo mane* (muy de mañana). Todos los restantes de su propia cosecha no significan nada, sino aplicados a otras cosas. Con todo, añádenles cierta modalidad y razón, no de otra manera que los inherentes, que no subsisten sin sujeto, pero le comunican ciertas apariencias.

Las voces primeras llámanse *significativas*, y las posteriores se denominan *consignificativas;* otros llámanlas *categoremáticas*, es decir, *predicativas*, *sincategoremáticas*, a saber: *compredicativas*. Muy pronto explicaré su etimología. Aquéllas pueden denominarse *primigenias*, y éstas, *posteriores* o *secundarias*, pues ninguna esencia tienen sin ellas, como ya lo dijimos de los inherentes, ni pudieron hallarse sino después que aquéllas fueron halladas, pues primero existió la sustancia que el inherente y es singularmente extraño que pudieran declararse consignificativas, pues de las significativas, aun cuando fué cosa singular, no fué admirable hasta ese punto.

Así que las lenguas primitivas y rudas, como la jerga pueril, tienen menor abundancia de los *sincategorématos* consabidos, que las lenguas modernas, pulidas y acicaladas por el uso, y cuanto más elocuente es uno en una lengua determinada, tanto más conoce la justeza y exactitud de su empleo. Y al revés, las personas rudas o de tarda comprensión, con mayor facilidad aprenderán los nombres de las cosas que estas características secundarias. Por lo que toca a las voces, las unas, de dos en dos o de tres en tres, o sea en el número que fuere, resulta que del mutuo cotejo significan lo mismo; y otras tienen significación diferente. Las que significan lo mismo, no lo significan de una sola manera, puesto que las hay que son absolutamente idénticas, como Sócrates equivale a *Sócrates*, y *caballo* tiene equivalencia con *caballo*. Otras, por su significación incompleja, significan lo mismo, como *valde*, *multum* (= mucho), *bellum*, *duellum* (= combate); otras, por su explicación, como *Sócrates, hijo de Sofronisco; Escipión, domeñador de Africa; hombre, animal dotado de razón*. Las primeras llámanse *idénticas (eaedem);* las últimas llámanse *iguales*, y *sinónimas* las intermedias; las restantes son *diversas* o *varias*, que en absoluto no significan lo mismo.

Alguno preguntará: Las voces que en diversas lenguas tienen idéntico significado, verbigracia: *homo* en latín y *antropos* en griego, ¿deben llamarse *sinónimas?* Parece que no, pues para entrambos pueblos no significan lo mismo, si ya no es en aquellos que fueron admitidas por el uso como *Céfiro y Favonio*, *flema* y *pituita*, *Palas* y *Minerva*, pues ya advertimos que *significar* no se dice simplemente, sino con determinada referencia. De estas voces, que tienen significado diverso, esto es, de aquellas que tienen un significado exclusivo, las unas son superiores a las otras, que las excluyen, y aun algo más; las inferiores son incluídas: *Animal, hombre; colorado, blanco; hombre, este hombre; blanco, este blanco; hombre, troyano; mujer, troyana*. Los hay que entre sí no tienen nada de común, como *hombre, asno; blanco, negro*. Las hay que se llaman *diversas* y *distintas*, entre las cuales las hay *contrarias*, otras *ne-*

gativas, otras *privativas*, otras *comparadas*, otras *aviesas o separadas*. Las contrarias son las que, comprendidas en un género único, alcanzan los extremos de los *adjuntos*, como *blanco*, *negro*, bajo el género *color: frío*, *caliente*, bajo el género *táctil:* las *negativas* son dos idénticas, a una de las cuales se añade la negación: *bueno, no bueno*. Esto, por lo común, ocurre en los *apósitos* o en aquellos que tienen fuerza y naturaleza de tal; las *privativas* son aquellas, una de las cuales dice privación de la otra, como *vidente* y *ciego;* las *comparadas* son las que tienen relación con algo sin lo cual no se entienden, como *padre*, *hijo; doble*, *mitad*, pues por sí mismas no mantienen la razón de su esencia. Cicerón las llama *las que con otra cosa se confieren*, y vulgarmente se denominan relativas, no de la misma manera que determinados pronombres son llamados así por el gramático. Todas las restantes llámanse *aviesas*, *segregadas*, y aun donde esta usanza prevaleció, se llaman *disparatadas*. De las *categoremáticas*, las unas significan un objeto simple y único, sin *anejo* ninguno, como las que denotan la esencia de cada cosa; *hombre*, *cabra*, *piedra*, *oro*, como son los más de los nombres sustantivos de un solo género, que Quintiliano denomina *nombres de las cosas*, y por costumbre los filósofos llaman *nombres absolutos;* otras tienen significación por el *anejo*, como las que se llaman *adjetivas*, que el propio Quintiliano denomina *apósitos;* asimismo los nombres comunes y algunos de un solo género que añaden algo a la sustancia, como *maestro*, *señor*, *padre*, *rico*, *pobre*, *cónsul*, *juez*, llámanse *apelativos*.

La sustancia de cualesquiera de éstos llámase *concreto*, verbigracia: en padre, *hombre;* en blanco, *la cosa misma a la cual la blancura está adherida*. Concreto es aquella que de suyo no es tal, pues el *hombre* no es *cónsul* de suyo, es decir, de la esencia de hombre; ni el papel, de la esencia del papel, es blanco. Lo abstracto es aquello de donde se hace tal, como *cónsul* del consulado, *blanco* de la blancura. Por esto dicen que la blancura no puede llamarse blanca, ni el *verdor* puede adjetivarse de verde. Y así es en hecho de verdad, menos cuando se da a entender la intensidad de la cualidad, como cuando se dice que es *en grado sumo verde el verdor que tiene la esmeralda*, y *este verde es más verde o menos verde que aquél*. De las voces, ora sean significativas o consignificativas, las unas significan las cosas, las otras son vocablos de las cosas; esto es: las unas son nombres de las cosas; las otras, nombres de los nombres. Nada hay que no sea cosa; pero yo aquí distingo la cosa de las voces, como se lee en Horacio: *Las palabras, y no a la fuerza, seguirán la cosa prevista*. Y no solamente las que designan alguna o algunas cosas, sino las que expresan el modo que en las cosas estriba. Yo digo que la cosa significa en la actualidad, como a lo inherente le llamo cosa. Los nombres de las voces son los que nada más significan que las voces, no solamente en cuanto son palabras o escritos, sino en cuanto ellas significan algo. De este género son aquellas cosas de las que se trata en las tres artes del lenguaje: *nombre*, *verbo*, *inflexión*, *sílaba larga*, *sílaba breve; tropo*, *esquema*, *metáfora*, *enunciación*, *silogismo*, *entimema*. Las que designan la cosa llámanse *de primera intención* o (por decirlo como Capella y Boe-

cio) *de imposición* o *posición;* las otras llámanse de *intención segunda.*

Voces hay que tienen un significado único o tienen *muchos que a uno se reducen.* Un solo significado tiene *Sócrates,* y éste, hijo de Sofronisco; *pueblo* significa *pluralidad;* pluralidad significa también *hombre, animal;* pero como si fuera uno solo. Y esto se hace de dos maneras: que todos aquéllos formen una unidad como un solo cuerpo por conjunción o acumulación, como en un *montón* o en una *ciudad,* o una *unidad,* de forma que sea una la imposición, uno el entendimiento, y la razón de todo en aquella congruencia y, por decirlo así, en aquella analogía. Así que *hombre* comprende a *Sócrates* y a *Platón* por la misma razón de hombre, porque uno y otro es animal racional, y animal comprende al buey y al caballo, que son una cosa en razón de animal, es decir, en la sustancia que siente. A estos seres llámanles *unívocos* o *ciertos y definidos.* Otras voces significan *pluralidad* por diferentes razones, causas, imposiciones, y llámanse *equívocas* o *plurívocas y ambiguas,* como *toro* (taurus) *comprende el buey macho* y el monte de igual nombre, y *asna la hembra del asno,* y una rama de la tribu Cornelia. Hay quienes sostienen que se llaman *ambiguas* por azar, porque fué el azar quien las traspasó de una significación a otra, no la imposición del nombre original y primero, como *toro* (taurus), en Roma inicialmente significó el buey, y más tarde el famoso monte de Asia, quizá después que L. Escipión llevó allá las armas romanas; *asna* significó originariamente el asno hembra, y luego a aquel Cornelio célebre, pero no antes de que llevase al foro una asna cargada de dinero, que constituyó el dote de su hija. Las que se distinguen por alguna nota diferencial no son *equívocas,* como por la pronunciación, la escritura, el género, el número.

Las hay que, por una cierta gradación, pasan a significar otras cosas; en esto consiste la *metáfora,* que suena en romance *traslación,* en la cual siempre es menester que exista algo que facilite el tránsito; a saber: una determinada conformidad y proporción de las cosas, que en griego se llama analogía, y por eso le llamamos *análogo,* como si dijéramos *proporcional.* Así que se dice *férreo* lo que se hace de hierro; pero por su *dureza* aplícase también a ciertos temperamentos viriles; *carne* y *hueso* dícense del animal, pero por una cierta semejanza se traspasaron a la *aceituna,* a la *ciruela,* a la *cereza;* si al *perro marino* se le llama tal porque tiene alguna semejanza con ese terrestre tan conocido, será *análogo,* no *plurívoco;* con todo, uno y otro nombre son *ambiguos.* Debe guardarse esta regla: lo que *en la proposición no es ambiguo no debe tenerse por ambiguo.* Si uno pregunta de qué elementos consta el *mundo* o cómo debe fenecer, no viene a cuento responder cosa que atañe al ajuar mujeril *(mundus muliebris),* o a aquel capitán de Justiniano Augusto o a los signos de las letras.

Voces simples son las ocho partes de la oración o las que, en vez de una, se toman por algunas, como *paterfamilias, maestro del pueblo, dictador,* por la pobreza de la expresión, no sólo en nuestra lengua, sino también en la griega, por la cual estuvo permitido ampliar más y más los significados metafóricos. Compuestas o complejas son dos o tres o más partes de la oración, unidas por un vínculo, como *Valldaura* o *Maluenda. Yo con Juan;*

tempestad es la pasión, o la congruencia con la adjunta y aplicada, como *sustantivo y apósito*, o dos sustantivos apositivos en el mismo caso, o *diversas*, por cierto motivo de estructura gramatical, como de *posesión* o cosa por el estilo, *nombre y verbo, adverbio y nombre*, o *verbo*, o *participio, interjección* y aquello a que tiende el afecto, como *¡oh cosa bien hecha!*, pues éstas: *Sócrates por y con*, no son nada, ni voces simples ni voces compuestas. Expresé todo esto groseramente, más porque los rudos lo entiendan que porque se examinen delgadamente. Aparte de que no deben expresarse con aliño exagerado los conocimientos elementales, cuyo árbitro y señor es el uso del pueblo.

DE LA ENUNCIACION

De las voces compuestas, las unas ofrecen un sentido imperfecto y como suspendido en el aire y dejan algo que desear, verbigracia: *hombre en el campo, Sócrates y Juan amar al hombre;* y otras que lo dan acabado y perfecto, y en el cual descansa el que lo oye; por ejemplo: Pedro lee. Llámanse oraciones estas agrupaciones de vocablos, aun cuando no todas las oraciones brindan un sentido perfecto, como: *Si vinieres, ¿disputas tú acaso?* De estas oraciones acabadas y perfectas, las que son *de indicativo*, esto es: que significan que una cosa determinada es, fué, será, atañen a nuestro propósito, pues en ellas reside aquello mismo que tratamos de averiguar, a saber: *la verdad* o *la falsedad;* por eso este modo llámase *indicativo* y *demostrativo* y *narrativo; definitivo* en cierta manera lo denominaron los griegos. Quintiliano le llamó *modo de confesar*, dado que viene a decir y a demostrar cómo una cosa es, será o fué. Estas oraciones se señalan por la multiplicidad de nombres con que las dan a conocer Aristóteles, los estoicos y Cicerón: *pronunciados, enunciaciones, axiomas, dichos (effata).*

Determinadas enunciaciones hay que, aun conteniendo otro modo que el indicativo, con todo, éste se sobrentiende, como *querría comer*, que suena lo mismo que *quiero comer*. Poner el *subjuntivo* en vez del *indicativo* y sustituir aquel tiempo por estotro, es pura gramatiquería. A veces hallan estorbo estas *pronunciaciones* que son de indicativo mediante algún anejo que deja el sentido en suspenso, como hemos dicho ya de las oraciones, verbigracia: *Cuando tú dirás esto*, y por lo común también las interrogaciones, aun cuando las hay que contienen un sentido perfecto, según es costumbre entre los oradores, que se formulan, no tanto para rogar como para apremiar, verbigracia: *¿Es posible que haya criminal mayor que el sedicioso?* O aquello del salmo: *¿Quién es el hombre que quiere la vida y se encariña por ver días buenos?* Existen determinados géneros implícitos de *enunciaciones* algo oscuras, cuyo sentido se deduce del contexto, como: *La soberbia da a luz a la envidia, y al revés; yo vine acá una vez y otra*, de las cuales no se debe juzgar de otra manera que si fueran explícitas.

Las que solamente tienen una palabra de *indicativo* llámanse *categóricas* o como *predicativas* de que algo se *enuncia* o se *dice* de algo. Llamámoslas nosotros *enunciativas* o *simples;* las que tienen dos o más palabras, de *indicativo* o de *subjuntivo*, unidas por algún vínculo, llámense *compuestas* o *conjuntas*. En

la *categórica* hay dos términos, que Aristóteles denomina *acra*, que significa *extremos;* a saber: aquello que se enuncia o se dice de algo y aquello de que se enuncia: éste se llama *sujeto* y aquél se denomina *predicado*. Llámase *predicado*, porque al *predicar* llámanle los griegos *categorein*. Por lo que al *sujeto* se refiere, *sujeto* es lo que está subordinado a otro, aquello a lo cual algo se sobrepone. En la enunciación, *sujeto* es aquello en que se apoya la razón del significado del predicado, o se le atribuye, mediante afirmación o negación, verbigracia: *El juez está sentado o no lo está; se le ama o no se le ama*. De arte que el *sujeto* viene a ser la *materia* y el fundamento del predicado, que en cierto modo se le *allega*. Todo lo que queda en la *enunciación*, eliminado el *sujeto*, tuviéronlo por predicado los más autorizados maestros de este arte, como: *Sócrates filosofa muy de temprano paseando en la Academia*. Excepción hecha de *Sócrates*, es predicado todo lo demás. Pero hay determinadas enunciaciones *(effata)* en las que el sujeto es el mismo siempre; vuélvaselas como se quiera, verbigracia: *El deleite es pernicioso*. Otras hay en que la colocación puede variarse, como: *El cosquilleo es un vicio; no todo hombre es animal; no todo animal es hombre*. Más sencillo fuera y más conducente a nuestro propósito definir el *sujeto* diciendo que es aquello en que se significa, se le atribuye o se le quita algo, que nosotros vamos a denominar *objeto*, y que *predicado* es aquello que se aplica a algo de que se le despoja, y que así sea efectivamente, pues no menos razonablemente se dice que no es *animal* la piedra como que el hombre es animal. A las veces dícese lo mismo de una cosa misma: *Sócrates es Sócrates; la espada es la espada*. De cuando en cuando predícase la igualdad de lo igual, como: *El hombre es un animal racional*. Otras veces se dice lo superior de lo inferior, como: *El hombre es un ser viviente;* y otras veces, al revés, como: *Algún animal es hombre;* o el inherente del sujeto: *Sócrates es moreno; la economía es ventajosísima;* o lo diferente de lo diferente: *Sócrates es Platón; el hombre es caballo*. Toda voz que converge al *dicho* forma parte del *dicho;* y la que se refiere al *objeto*, es parte del objeto.

Voces hay que están adheridas a otras, no por conjunción o por nudo, sino por adaptación y congruencia, como *lo oblicuo a lo recto*, el *abjetivo al sustantivo*, el *adverbio a otra parte de la oración*, las cuales llámanse *determinaciones*, que vienen a ser alguna suerte de *limitaciones* y como *moderaciones* de aquellas a las cuales se unen y que de varias maneras ejercitan sus fuerzas, pues unas las restringen, como: *libro de Platón; algún caballo, este caballo;* otras las amplían, verbigracia: *Todo hombre disputa siempre*. Otras apartan de la perfección de la naturaleza diversificándola; por ejemplo: *Este hombre vive la vida de la planta;* otras, en parte, la modifican: *Clemencia militar*. Las hay que explican el nombre: *el celeste Can*, y las hay que explican la cosa o la esencia de la cosa: *hombre racional, hombre mortal*. Algunas decláranlos *inherentes: El hambre, mala consejera: la fea indigencia*. Algunas la eliminan por completo, como: *Hombre pintado en una tabla*. Esta *efección* se llama distrayente, como *vida de la piedra*.

Del lado del *dicho* cae el *verbo*, que contiene dos extremos que me-

recen notarse: la fuerza *conjuntiva* y el *tiempo*. En el primero andan contenidas la *afirmación* y *la negación*, que pertenecen al modo y a la conexión del verbo y son como su *nexo* y su *disolución*. La que expresa la presencia de algo, *afirma;* la que la quita, niega. Llámase ésta *enunciación negativa* y aquélla *afirmativa*. Boecio las llama afirmación y negación; Cicerón, *enunciación que afirma y niega;* Capella, *dedicativa* y *abdicativa*. No es menester que la negación sea expresa; basta con que sea implícita, verbigracia: *El arrogante está a muchas leguas del sabio y del bueno; el pendenciero dista mucho del filósofo*. Las hay que ofrecen cualidades mixtas, como: *Sócrates discurre de muy diferente manera que Platón. Sócrates era rico de todo menos de dinero; no tengo conmigo sino a Tito; estoy horro de moneda;* enunciaciones éstas en que se significaba que alguna cosa es y otra no es.

Al *tiempo* se refieren los adverbios de tiempo o los nombres que designan tiempo, como: *Ya, ahora, mañana, jamás, nunca por nunca, en mucho tiempo, en este día, necesariamente, posiblemente, imposiblemente*. Las expresiones: *Pretor ahora, el día de mañana, cónsul; el vencedor de hoy será el vencido de mañana*, traen consigo un verbo latente: *El que en este momento es pretor; el que en la actualidad es vencedor*, aun cuando dijeres: *Este vencedor algún tiempo fué vencido*, y *posible es que el que está sentado se pasee*. En este caso el sentido puede ser doble o del todo, como: *Sentado pasea*, y entonces es un solo tiempo y de las partes, y en ello hay dos tiempos; a saber: *Puede estar sentado y también puede pasearse*. Aristóteles al primer caso llámale *componer;* al segundo, *dividir*.

Hay tiempos que significan hábito o que, por la común manera de hablar, deben tener referencia distinta del mismo tiempo del *verbo: Este pinta;* expresa la acción de pintar. *Este pinta bien;* se refiere a la costumbre o al estilo, como: *Este pinta esa tabla; la rosa es una flor*, sobrentiéndese mientras *la rosa existe* y la *tabla se pinta*. En este punto es fácil la cavilación, pero por donaire y sutileza; el que oye, entiende muy otra cosa, como si se pregunta a un individuo dormido: *¿Duermes?* Y él contesta *que sí, que duerme*. Y aquel que dijo: *Bueno es folgar*, y añade: *Yo miento*, refiérese a otro tiempo, como en determinados verbos que aparentemente son de un mismo tiempo, pero en realidad no lo son, verbigracia: *Sócrates, donde vivió a gusto, allí murió; en el lugar mismo donde almuerza, allí cena; el mismo suelo produce trigo y legumbres; la misma mano que te causará la herida te dará la curación*. Todo esto dícese de diferentes tiempos; como tampoco es único el tiempo cuando yo digo: *Anteayer compré mi casa*, pues no era mía aún en el momento de comprarla, sino que ahora lo es. Necesario fué decir todo esto para general entendimiento, pues no pueden darse fórmulas universales y constantes de toda expresión, puesto que no sigue lo que es natural, sino lo que es voluntario y, por ende, de juicio vario y mudable. Todo cuanto en la pronunciación se pone o se toma por una determinada cosa tan exclusivamente que no pueda aplicarse a otra, o se pone por una muchedumbre como si fuera una unidad, como las que de suyo son propias o que se distinguen por alguna nota

de propiedad: *Sócrates, este hombre, esos hombres, ahora, aquí,* hacen que la enunciación sea singular y pueden aplicar a otro, o las que por la disyunción se toman por muchos, verbigracia: *Algún hombre;* a saber: *Este* o *aquél* o *aquel otro,* o por cada uno de su significado. Aquéllos constituyen la *enunciación particular* o *especial;* éstos, la *general.* En el plural ocurre de la misma manera: *Algunos hombres, todos los hombres.* En aquélla, por algunos, entiéndense diferenciados por la disyunción *éstos* o *aquéllos;* en ésta entiéndese de todos: *Estos* y *aquéllos.* Las mixtas son las que simultáneamente tienen algo de unos y otros.

No cumple a un dialéctico definir cuáles sean las notas de la *universalidad,* de la *singularidad,* de la *particularidad,* como tampoco las de la *negación;* ello pertenece al uso y a aquella arte que en este particular está atenta al uso; a saber: la gramática. Pondremos algunos ejemplos a fin de que la cosa quede más clara. Llámense singulares estas enunciaciones: *Sócrates disputa; este hombre enseña.* Llámense estotras universales: *Todo hombre enseña; nadie enseña; nadie deja de enseñar; ¿quién no enseña?* Pues cuando digo nadie *enseña,* ese nadie se refiere a todos los hombres, no menos que en esta otra enunciación: *Cada cual enseña.* Hay determinadas enunciaciones que, teniendo ciertas apariencias de universalidad, refiérense por su sentido a otro género; verbigracia: *Todos los troyanos a una hacían con la boca murmullos de aprobación;* esta clase de enunciación llámase *colectiva,* y no de otra manera es singular, que si se dice: *Todos éstos a la vez.* Hay otro género de *universalidad* que puede llamarse de *conveniencia;* es, a saber: de aquello que conviene, que es ventajoso, que es razonable, que es necesario, etc. Ejemplos de ello los hay a barrisco; como en Tulio: *Todo lo quiero por tu causa; todo se pasó de ti a mí.* En el Exodo dice el Señor a Moisés: *Mostrarte he todo bien.* Y en el Evangelio se dice: *El Espíritu Santo os enseñará toda verdad.* Hay además otra *universalidad refleja,* como: *Aristóteles todo lo escribió con diligente cuidado;* a saber: *Todo cuanto escribió.* Virgilio dice: *Y la tierra misma todo lo daba cortésmente, sin que nadie se lo pidiera;* a saber: *Daba todo cuanto producía.* Y existe también cierta universalidad *imperfecta,* que es la que aplicamos abusivamente refiriéndonos a muchos o a los más. Cicerón dice en su oración en defensa de Sextio: *La alegría de unos pocos acarreó el duelo de todos.* Enunciaciones *particulares* son: *Algún hombre disputa, no disputa.* Si hubiere quien colocara entre las *singulares Cierto hombre disputa,* no por ello me pelearé con él.

Enunciaciones *infinitas* son aquellas que por ninguna nota característica se atribuyen a género alguno: *El hombre disputa, los atenienses luchan, los romanos fundaron esta ciudad,* las cuales, por su sentido, pueden pasar a las *universales: La virtud es un bien,* o a las *singulares: El hombre está presente,* si de él se habló con anterioridad; a las *particulares: Los troyanos ocúltanse ahí; hombres habitan bajo la línea equinoccial; esta palabra oculta un engaño.* Mas en aquellas enunciaciones que contienen *universalidad* y *singularidad,* llámanse *mixtas* y ciertamente de suyo, porque para los unos que *así* las consideran tórnanse *universales*

y para los otros, al revés, hácense *singulares* o *especiales.* Ilustraré lo que digo con un ejemplo. Si uno dice: *Sócrates pasea siempre por la Academia,* otro se fijará en Sócrates y para él se hará *cierta,* y preguntará: *¿or qué dices en singular esto de Sócrates y no dices lo mismo de Glauco o de Hipias?* Otro atenderá al adverbio *siempre* y responderá *universalmente: No digas más esto. ¿Por ventura no se sienta nunca?* Y de manera análoga en estas enunciaciones: *Este hombre es propietario de un asno. Sócrates tiene algunos discípulos.*

La enunciación *compuesta* es aquella que consta de *muchas simples* unidas entre sí por algún nexo o por adecuada trabazón, verbigracia: *La fortuna, a los poderosos, tórnalos insolentes y a los pobres los hace miedosos y encogidos.* A veces la razón de ese nexo, porque así lo pide el genio de la lengua, exige otro modo distinto del *narrativo,* y a pesar de todo, no es *compuesta* continuadamente, pues en tales enunciaciones no se atiende más que a la razón de la conexión, verbigracia: *Si el caballo tuviera alas, volaría; eres tan erudito que te aventajas al propio Aristóteles, pues los indoctos afirman que superas a Aristóteles.* Con todo, entienden lo mismo que nosotros y nosotros lo mismo que ellos; pero este modo de entender nuestro es según las propiedades de la lengua. Los griegos expresan por el *indicativo* muchas cosas que nosotros enunciamos en *subjuntivo,* y también por *infinitivo,* lo que nosotros por *subjuntivo o imperativo.* Todos los géneros de *conjunciones* que por los gramáticos que los estudian se llaman *dinameis,* les son convenientes y ajustados. Las *conjuntivas, disyuntivas, ilativas, adversativas, aprobativas* y *causales* son de la competencia de las escuelas de gramática. También determinadas formas adverbiales, de tiempo: *cuando;* de lugar, *donde;* de semejanza, *así, tanto, como;* de comparación, *tanto, cuánto,* y en los ablativos absolutos, que por lo regular tienen alguna significación de tiempo: *Reinando el necio (stulto regnante), los sabios se afligen,* y por el adverbio *que (quam): Corre más que no anda.* A todo esto debe añadirse el relativo *quis.* Sin ningún vínculo copulativo se aplican debidamente: *La vergüenza deslustra los ingenios lúcidos y la audacia corrobora los flacos; puedes desear lo que te plazca; pero no puedes alcanzar lo que te plazca; al pobre fáltanle muchas cosas; al avaro fáltanle todas,* sentencias a las cuales, en gracia de su antigüedad, se les dispensa del vínculo. En estas enunciaciones, no menos que en las simples, la negación afecta al *nudo,* no a las partes.

A veces se omite el *consiguiente* por una figura griega o más propiamente del dialecto ático, como puede comprobarse en Tucídides y otros; licencia que nuestros latinos imitaron, como Cicerón en el libro tercero del *Orador.* La *negación* y la *afirmación* son antagónicas, pero por razón de la *cuantidad,* como la *universalidad* con la *particularidad* o la *singularidad: Todo hombre lee; alguno no lee; Sócrates no lee,* y las *singulares: Sócrates disputa, no disputa,* y las *mixtas* entre sí: *Sócrates siempre disputa; jamás disputa; a ratos no disputa; ahora no disputa.* Cuando son *singulares* o lo que había en una de *universalidad,* hácese *particularidad* o *singularidad* en la otra, o al revés, ocurre lo que se llama *contradicción,* aun cuando Cicerón las denomina

contrarias en su opúsculo *De fato;* pero nosotros hemos establecido una distinción más acomodada al arte. Cuando la *universalidad* queda en entrambas, llámase *contrariedad* o *adversidad.* En los *enunciados compuestos,* la afirmación y la negación refiérense a la atadura o broche, por decirlo así, pero no a las palabras, de donde se considera que les viene la *oposición.* Las enunciaciones *conjuntivas parecen* entrañar alguna *universalidad,* al paso que las *disyuntivas* contienen alguna *particularidad: La justicia es virtud y la elevosía es crimen; no es virtud la justicia o ninguna alevosía es crimen: contradictorias.* Si se mantiene la conjunción y se convierten en *adversas,* como *justicia es virtud y la alevosía es crimen; la justicia no es virtud ni es crimen ninguna alevosía.* Todas las que se allegan al grupo de las *conjuntivas,* participan de la *universalidad,* y las que se alinean al lado de las *disyuntivas,* participan de la *particularidad.* En la lengua latina es regla general que las *contradicciones en todo género de enunciaciones se hacen propias y genuinas mediante la preposición de negación o, si estuviere prepuesta, con la sustracción, mientras pueda pegarse cómodamente.* En la lengua griega y otras, aunque de suyo la lengua lo repugne, con todo por el sentido se consigue lo mismo.

CENSURA DE LO VERDADERO Y DE LO FALSO

Para discernir cuál enunciación es verdadera y cuál falsa, no existe regla fija, sino el criterio de cada cual en la materia de su competencia y en lo que atañe a la vida común, el *del varón prudente,* muy práctico en los negocios y curtido por una larga experiencia, dotado copiosamente de sentido común y de muy avisada inteligencia. Esto no embargante, vamos a entregar un *instrumento,* gracias al cual, cada uno en su profesión respectiva, tras un concienzudo examen de las cosas, pueda inquirir en los *enunciados* lo que es verdadero y lo que es falso. Verdadero es el *pronunciamiento* que enuncia aquello que la cosa es en hecho de verdad; y falso aquel que expresa lo que en realidad no es. Enunciado verdadero es: *Dios es Todopoderoso; Adán existió, Cristo juzgará a los hombres.* No es Adán, pero es cierto que fué. La enunciación *Adán existió,* significa realmente que Adán fué. Para lo verdadero y lo falso requiérense muchas circunstancias, unas que provienen de la cosa y otras, de nosotros. En la cosa, hay lo inmutable, en lo cual anda contenido lo necesario, lo posible, lo contingente, lo usado, lo raro, lo frecuente; lo posible está difundido por todo, pero tiene más tendencia a lo mudable, aun cuando lo necesario no es simple, como tampoco lo es lo posible. Necesario es aquello que es imprescindible que se haga, verbigracia: *Es menester que el hambriento coma; se impone la obediencia a las leyes,* bien porque no puede ser de otra manera, ora por la esencia de la cosa que no admite mudanzas, ora por alguna fuerza inevitable, como la de que el hombre tiene que morir. Lo posible es lo que, *según las leyes, es lícito,* lo que es *hacedero,* lo que está *concedido,* lo que está *permitido* e incluso puede hacerse todo lo que *no está en pugna con la naturaleza de la cosa.*

Por lo que toca a las palabras, unas cosas son ciertas; otras, in-

ciertas, absurdas, increíbles, sabidas, ignoradas, sujetas a duda, y así por el estilo. Una vez propuesta la enunciación, hay que ver si algún punto queda ambiguo, ora en la voz plurívoca, como *el perro es animal;* ora en la conexión de voces, como *Ajo te Æacida Romanos vincere posse* (1). Esto es lo que desde luego se ha de distinguir, distinción que no la da ninguna regla, como dije de lo verdadero y de lo falso, sino que pertenece a cada cual, cuando se trata de lo suyo, o al varón prudente, que tiene la experiencia de la vida. Hay que desembarazar y desenvolver todo cuanto dijimos que andaba implícito. *¿Corres? No.* A seguida, lo verdadero y lo falso hase de investigar por la cuantidad, por la cópula y los efectos. Primera fórmula: *Todo lo que va comprendido bajo la universalidad, hácela verdadera si guarda congruencia con lo que se enuncia y la manera como se enuncia. Hácela falsa cualquier incongruencia.*

Cuando se traslada la cosa de la universalidad a la singularidad, dícese que desciende; si de los singulares pasa a los universales, dícese que asciende. Este postrer recurso sirve para corroborar la universalidad; el primero contribuye a debilitarla. Se ha de procurar que los singulares sean efectivamente de aquel *universal;* hay que considerar el *tiempo,* y las *conjuntas* deben tomarse *conjuntivamente.* En el *ascenso* y en el *descenso* es menester, para edificar la verdad, que estén comprendidos todos los elementos de la *universalidad* o que se considere que andan comprendidos en alguna cláusula general, verbigracia: *así en todo lo demás; no se ha podido encontrar obstáculo; no se observó nada en contrario,* o cualquier otra expresión análoga. En el *descenso,* basta una sola cosa para destruirlo, tanto es más fácil derrocar que construir, lesionar que curar, siendo así que no es propio del varón magnánimo ocasionar daño, sino acarrear provecho. Ello se da cuando, con una u otra *inducción,* sometemos la *universalidad,* pensando que basta para todos los casos. A la manera socrática, ilustraremos esta doctrina con ejemplos: *Para el gobierno de la nave no se utiliza sino el más ducho, y lo propio sucede para la dirección de una escuela, para el amaestramiento de un caballo; luego, para la administración de la república, no debe escogerse sino al más entendido.* Este linaje de *inducción* contiene latente la *universalidad* de esta manera: *Para el caballo, para la nave, para la escuela no es dable encontrar algo en contrario; luego, para todo; y si para todo, también para la república.* Absurdo fuera negar que para esto solo no sirve, cuando para todos los otros casos conviene, especialmente cuando la cuestión está en ello mismo, de modo que parece que se negó por causa del *tiempo,* no de la *verdad.* Si a alguno no le pareciere del todo bien, sea enhorabuena la *inducción* no de *universalidad,* sino de *semejanza* y de *ejemplos.*

Segunda fórmula: *Una singularidad confirma la particularidad a su favor; todas la debilitan en su contra, y así como en la universalidad hemos empleado la conjuntiva que alcanza naturaleza de universalidad, así en lo particular usaremos la disyuntiva, que tiene carácter análogo.*

(1) Oráculo equívoco que en latín tanto quiere decir que el hijo de Eaco puede vencer a los romanos, como los romanos pueden vencer al hijo de Eaco.

Pero débese advertir que en la *particularidad* hállanse dos acepciones: la una *cierta*, *incierta* la otra. La *cierta* es la que bajo ninguna se disimula ni a ninguna otra se refiere, de modo que el enunciado pueda convenir a alguna persona determinada, verbigracia: *Algún orador escribió esto.* Es *incierta* cuando escóndese debajo de otro y el sentido no se limita a solo alguno, a saber: cuando se significaba estar incluída bajo la universalidad, por manera que se refiera a cada *singular* de aquella *universalidad*, no a toda ella. Los modernos llámanla *suposición confusa*, la cual, en este sentido, queda expuesta por Cicerón en el libro quinto de los *Fines de los bienes y los males.* Cuando decimos que *a tôdos los animales les es imprescindible vivir según la naturaleza*, no debe entenderse como si dijéramos que esa *imprescindibilidad* es una sola para todos, sino que así como de *todas lar artes* puede decirse, con razón, *serles común versar en alguna ciencia y que cada arte tiene su ciencia privativa, así también que a los animales les es común vivir según la naturaleza, pero que las naturalezas son diversas de forma: que una es la naturaleza del caballo; otra, la del buey; otra, la del hombre; y esto no obstante, el extremo y la suma les es común.* Esto dice Cicerón.

Hácese *incierta* también, verbigracia: *Este pan es necesario para comer*, no de éste ni de aquél, si se dice que es necesario aquello sin lo cual no puede hacerse. *Sólo el hombre conoce la religión*, no sólo éste o aquél, sino que ello equivale a decir: *Todo el que tiene conocimiento de la religión es hombre.* Como en aquella otra enunciación: *Todo el que come, pan come;* también: *En Roma y en Esparta el Senado es el consejo público;* y aquello otro tan sabido: *En París y en Roma véndese pimienta.* No hemos de detenernos ni en la *incierta* ni en la *confusa*, hasta que la confrontación consabida de la *universalidad* se resuelva en *singularidad* o *particularidad.*

Fórmula tercera: *Una singular prueba su particular común, no al revés; un particular inferior prueba igualmente su particular superior; pero no ocurre lo mismo en sentido contrario: el universal superior prueba el singular y el inferior, tanto el particular como el universal.* Por todo lo que afecta al *nexo* en el *enunciado simple*, existen tres tiempos: presente, pasado y futuro, que son los tiempos de la *naturaleza*, y a éstos se reducen los tiempos del *arte*, así en la lengua latina como en la griega. El *pretérito imperfecto* significa que algo absoluto no fué, cuando se hacía o estaba hecha otra cosa; el *pretérito pluscuamperfecto* da a entender que algo absoluto fué. Hay también otros dos: el *futuro* en el *perfecto* y el *imperfecto (leeré, leyere).* Existen otros tiempos de *costumbre* o *frecuencia* o *condición*, como en otro sitio ya dije: *Este pinta; ése enseña a los muchachos de la presente ciudad; éste declara en juicio, la rosa es una flor de suave fragancia.* Otras no se refieren al tiempo que indican, sino al que se entiende, como si uno dice: *Cicerón es un niño, pero yo miento*, las cuales ya declaramos que en la expresión eran del mismo tiempo, pero de tiempo diverso, en realidad. Asimismo, cuando los historiadores escriben, al narrar: *Escipión vence a Aníbal, nace Pompeyo, fúndase Brujas*, debe entenderse *del tiempo en que escribo.* También a éstos

aplícanse *limitaciones* que resultan lo mismo, verbigracia: *Este tañe diestramente la vihuela; éste berrea a todas horas,* donde hay o frecuencia o continuación de tiempo largo. *Posible* en cuanto se toma por *no repugnante;* tiene mayor amplitud que los tres tiempos, de modo que lo que es será, fué, es posible, y aun lo que no será jamás, siempre que no repugne a su naturaleza. Mayor extensión tienen todavía *inteligible, pensable, opinable* y otros, que el ánimo del hombre puede fantasear, pues abarcan un ruedo mayor que lo que *puede hacerse,* pues nuestro espíritu rebasa los lindes de la naturaleza humana, lo cual demuestra ser *más remoto su origen.*

El tiempo *presente* no tiene la misma extensión para todos. *Para Dios, toda la eternidad es presente,* y cuanto más *cercano* está uno de la Naturaleza divina, *mayor capacidad de tiempo* tiene su alma. Unas cosas pasan como un río; otras, quedan; las que pasan no son diferentes de cuando se hacen; empero las que quedan, hácense poco a poco y cuando se hacen, todavía no son. Aquéllas están en cualquiera porción; éstas no quedan acabadas y trabadas, sino cuando tienen todas sus partes.

Las enunciaciones del *futuro* y del *pretérito*, de cuando en cuando significan no más que algo fué *en tiempos pasados* o que algo será en el *tiempo por venir,* y alguna vez aún, según la manera de hablar, denotan que ya no son o que no son todavía, como: *Los troyanos fuimos; Troya fué,* y la *gloria grande de los hijos de Dárdano,* y *los campos en que Troya se asentó,* y lo que Cicerón dice de los conjurados de Catilina: *Fueron.* En las enunciaciones de futuro se da esta fórmula: Es verdadera la *enunciación del futuro,* si el día de mañana tiene efectividad en el presente, si no es falsa. En las *enunciaciones de pretérito,* no sólo se requiere *esto mismo,* sino también la *negación de este presente.* Tales suelen ser las referidas a cosas pasajeras, verbigracia: *Esta hora ha sido; aquel año será.* De ellas, cuando se nos pregunta si subsisten, solemos responder: *¿Si fueron? Son todavía.* Pero *¿ello será? Es.*

Las que son de pretérito *pluscuamperfecto* e *imperfecto* redúcense a presente por la comparación de otro tiempo, el cual se devuelve a la existencia: *Cuando yo llegué, tú leías; a tal hora yo llegué; a tal hora tú leías,* pues en aquella hora era real el presente: *tú lees. Cuando yo venía, tú leías. En aquel momento yo venía; en aquel momento tú leías; cuando yo venía tú habías leído. En tal instante yo venía y antes de aquel instante, tú leíste.*

En las narraciones hacemos uso frecuente de los *pretéritos imperfectos,* por cuanto presentamos todos los hechos, como en curso y como si se estuvieran haciendo, no acabados todavía, puesto que se refieren a aquel tiempo en que situamos la narración. *El futuro perfecto* redúcese al *pretérito del tiempo que se señala: Cuando vinieres, ya habré cenado.* En *tal momento* vendrás y *en este momento ya tendrá verificación: yo habré cenado.*

Acerca del *posible,* como si se admite su realidad no se sigue nada que repugne a aquello para lo cual es posible, a saber: Dios, la Naturaleza, el hombre, etc. Del *inteligible:* que la *mente humana así lo concibe.* Pero hemos de evitar engañarnos en el desarrollo del tiempo, a fin de que el tiempo, que está *con-*

fuso, se despliegue antes que se *disuelva la universalidad. Todos los Césares estuvieron en Roma*. Esta enunciación no se reducirá a presente diciendo: *Todos los Césares están en Roma*, como en ésta: *Augusto y Vespasiano fueron buenos príncipes*, pues dijimos que entrañaban alguna conjunción y universalidad; del mismo modo, también los plurativos, trabados por una *y: Los Catones fueron varones cuerdos.*

Las hay en las que, como dijimos, se incluyen varios tiempos. Es cosa de notar, pues cuando hablamos así: *Ayer compré mi casa; ayer escribía esta obra; este vencedor, un día u otro será vencido*, incluímos dos tiempos: presente en *este vencedor*, futuro en el *será*. Se redactará, pues, así: *Quien un día venció, ahora es vencido*, de suerte que cuando el futuro *posterior* será *presente*, ya habrá pasado aquel *anterior*. De la misma manera cuando enunciamos: *lo blanco es posible que sea negro*, indicamos dos tiempos, y *Este capitán es más sabio que Pirro (que no fué Pirro). Escipión fué el más moderado de los caudillos (que Roma produjo)*, y así en los otros de que nos advertirá el sentido común. Las hay cuya censura es más fácil sin *reducción* que *reducidas*, como las de *pretérito* imperfecto, pluscuamperfecto y *futuro absoluto*. También cuando se añade algo: *éste, algún tiempo estudiaba, pintaba bien, tiempo atrás era docto, ahora mismo, mucho tiempo estuvo en la magistratura.* No obstante, para que se *reduzcan* hay que atender al tiempo a que cada una se reduce; hase de sopesar por el criterio de cada cual, verbigracia: *vendrá ahora mismo;* tomemos la mitad de una hora, dentro de la cual será real y efectiva esta otra: *viene; largo tiempo fué cónsul; durante todo este tiempo es cónsul.* Es menester que la *afección* se ajuste adecuadamente a lo *afectado*, y no ha de considerarse simplemente, sino por este estilo: *Todo ministro de tirano es cruel.* Lo *connotado*, adjunto al *connotativo*, une las *abstracciones no connotativas*, o directamente, o las que a ellas atañen: *Buen pintor;* con este enunciado no se designa que el hombre es bueno, sino la bondad de la pintura; si es que puedan andar juntas o así lo acostumbren, pues en caso contrario, se separan y pasan a otra cosa, verbigracia: *zapatero tuerto.* Existen *esquemas* que hacen que de cuando en cuando la cosa pertenezca a ambos: *poeta triste*, que tanto puede significar que el poeta está triste como que canta cosas tristes; *orador hinchado, orador bien nutrido*, que puede referirse a la persona del orador o a su peculiar oratoria; *pintor mujeriego:* pintor aficionado a mujeres o que siempre pinta mujeres.

Lo propio sucede en los *verbos de conocer*, según enseña Aristóteles: *conozco al que viene; conozco al cónsul; véo al Pontífice;* a veces son coherentes, a veces no; por lo demás, nosotros nos fijamos en el uso, pero no lo dictamos: *¿Conoció aquél por ventura a nuestro cónsul?* Puede suceder que no concuerden el *conocimiento* y el *consulado*, como: *viste al Pontífice.*

En las *enunciaciones compuestas* hay que parar mientes en la *conjunción*, en la cual se apoya y afianza toda la verdad del *enunciado compuesto*. Para la verdad de la *conjunción* y de la *disyunción* es necesario lo mismo que para la *universalidad* y la *particularidad*. La verdad de la conjunción exige que todas las partes sean verdaderas;

para el enunciado *falso* basta que una sola sea falsa, como es aquello que en Quintiliano dice una madre: *Está claro que dos extremos no dijeron la verdad, pues consta que de uno mintieron.* Para la *disyunción* basta que una parte sea verdadera para *corroborar;* pero para *debilitar* es menester que sean falsas todas. La *disyuntiva de sentido común,* empléase por lo regular de modo que no se piensa que confirma a ambos como los pone, sino sólo a uno de los dos, por la debilitación de ambos: *Aquel que veo o es mi hermano o es mi maestro.* Nadie hablará así si supiera que uno de los dos es verdadero o que lo son los dos, a no ser en broma. Por esto, los estoicos (a quienes siguió Cicerón en sus *Tópicos* y a Cicerón el consentimiento unánime de los latinos), dicen que en la *disyunción* no puede ser verdad más que uno solo de los enunciados, y ésta es, sin duda, la intención del que la usa. Cuando los médicos recetan: *para la fiebre es indicada esa hierba o aquella otra, o tal fomento o tales píldoras o tal poción,* quieren dar a entender que aprovechan todas, pero no que deban propinarse todas a la vez ni una vez sola alguna de ellas. Pero la ignorancia del que se expresa puede falsear todas las partes de la *disyunción,* porque no las abarca todas tan cumplidamente que no quede nada bajo lo cual se excluya lo verdadero. Y a su vez puede hacerlas verdaderas, porque no distingue cómo entre sí son congruentes en la verdad, bien por su impericia, bien porque quiere confirmarlo todo, pero separadamente. Así que los estoicos, para sentar la verdad de la disyunción, no se inspiraron en la realidad, sino en el sentido de los que hablaban. Virgilio dice en el libro segundo de la *Eneida: O encerrados en este leño se disimulan los aquivos o contra nuestros muros se levantó esta máquina para atalayar las casas y desplomarse sobre la ciudad o alguna otra falsedad entraña.*

Todo esto era real, como cuando decimos: *Esta liebre o teme por sí o por su cría; los soldados están en recelo continuo,* o por sus cosas o por los peligros. Próculo, el jurisconsulto, señala dos géneros de *disyuntivas,* a saber: *disyuntivas* y *subdisyuntivas,* y a estas últimas las divide en otras dos especies. Establece el primer género cuando necesariamente uno de sus términos es verdadero y el otro falso, como: *es de día o es de noche.* El segundo género es cuando ambos pueden ser falsos, pero no verdaderos: *el hombre o está sentado o pasea.* El tercer género es cuando ambos son verdaderos, pero no ambos falsos, verbigracia: *Todo animal es activo o pasivo.* Estos géneros hállanse en el libro quincuagésimo de las *Pandectas* del Derecho romano.

Para la *condicional,* exígese que *puesta la condición* se ponga también *lo que de la condición se sigue* en esta enunciación condicional: *Si quieres ser sincero, este vino es generoso,* equivale a decir: *Si quieres ser sincero, confesarás que este vino es generoso,* o cosa análoga. Para la *racional* se requiere que *lo que se sigue* ofrezca la apariencia de que del *propósito* se infiere por la razón. La *causal* no es de un solo género, no es simple, puesto que contiene todos los géneros de causas y los efectos y los signos; en una palabra, abarca todos los géneros de los argumentos. Las *temporales* se refieren al tiempo y las *locales,* al lugar que se explica. Las *relativas* son dobles: *adstrictas*

y *simples* o *in genere*. *Adstrictas* son aquellas que refieren el *antecedente* con lo que de él se dijo, como: *Algún hombre es mudo, que conoció las letras*, a saber: el mismo hombre que es mudo. Las *relativas in genere*, o simplemente pertenecen al antecedente *suelto*, no constreñido por limitaciones: *El romano vence, que se cree el más entendido en la ciencia del mando;* no el mismo que vence, sino el romano. Existen determinados *objetos* y *dichos* que acusan la naturaleza de los complejos: *El hambre y la tardanza exasperan la bilis; la cerveza o el vino emborracha; tienes dinero y hambre, dinero o hambre*. Tómanse o *compleja* o *separadamente* o en *conjunto* y *una por una:* la *crápula* y *la siesta perjudican la salud;* aquélla perjudica y ésta perjudica. Si es plural el número que a ellos se refiere, disuélvese con ellos en la singularidad: *El mar y la meretriz son dos grandes sumideros:* es un gran sumidero y es un gran sumidero. Si se los toma en *complejo*, no se resuelven, sino que conviene que se los tome por un solo término y así se estudia si el *objeto* es congruente con el *dicho: El alma racional y la carne es un hombre; la leche y el pescado son un veneno.*

Examínase la verdad por la *equipolencia de los pronunciados*. Toda universalidad es igual a la universalidad; toda particularidad, a la particularidad; la certidumbre, a la certidumbre; la incertidumbre, a la incertidumbre, por más que se inviertan los pronunciados, mientras perseveren los mismos términos, la misma significación y cualidad. Vaya por vía de ejemplo: *No hay cosa cuajada de elementos que sea inmortal; no hay cosa inmortal cuajada de elementos. Alguna virtud es sempiterna; algo sempiterno es la virtud.*

Existen otras *equivalencias* peculiares de los odiomas. En latín, por lo general, dos negaciones afirman: *nunquam non*, significa *siempre; nonnumquam*, significa *alguna vez*, pero este fenómeno es privativo de la lengua latina. Explórase también la verdad por la *oposición*, como el contrario por el contrario, *lo blanco por lo negro*. Ley es que las *contradictorias no pueden ser ni verdaras ni falsas*. Necesario es que Sócrates exista o no exista. Ser de otra manera es imposible hasta tal punto que ni el espíritu humano, más capaz, lo comprende y con toda su inventiva no se lo puede figurar. Por esto esa ley es importantísima, y muy conocida en todas las artes y disciplinas, en la vida toda y es el fundamento y la norma de todas. Otra ley es que las *adversas o contrarias* pueden *ser falsas, pero verdaderas, jamás*. Nadie puede estar *en todas partes y en ninguna*, pero, no obstante, puede no estar *dondequiera ni en ningún lugar*.

LIBRO SEGUNDO

CENSURA DE LA VERDAD EN LA ARGUMENTACION

Argumentación es *la conexión de las enunciaciones, de forma que parezca que lo anterior se sigue y, en cierto modo, nace de lo posterior, y que guarda con él una cuasi necesaria coherencia.* Un hombre discurre, luego *ejercita* la razón. Lo primero llámase *antecedente*, razón, argumento, premisa; lo posterior llámase siguiente, *consiguiente*, intención, ilación; todo ello para Cicerón es *conclusión.* Su nombre corriente es *consecuencia.* Llamo *primero* y *posterior* no por su posición, sino por su sentido. Aquello que se entiende que contiene lo otro, es lo primero; lo que se infiere es lo posterior. Así que al decir yo que es *una conexión tal que lo anterior proviene de lo posterior,* lo digo con referencia a nosotros, no a la cosa, pues no será menos argumentación, aun cuando no sea consecuencia, verbigracia: es *de día,* luego la aurora *resplandece,* pero con todo es conexión, por manera que se piensa ser consiguiente. Quiero decir, de tal manera conectamos que parezca que queramos que se engendre y se infiere. Para este linaje de conexión, ésta es la condición que rige: *Para que la verdad del argumento necesariamente haga la intención verdadera, se aplicará aquella regla infalible de los contradictorios, de arte que el contradictorio de lo que se sigue repugne lo que antecede, o que existan dos contradicciones simultáneamente verdaderas o falsas.* Esta conexión verifícase rectamente, bien por la significación de las veces o de la estructura de los pronunciados. Si resulta buena, es buena en sí privadamente, pero no siempre en ocurrencia semejante. La otra conexión, de la construcción es nacida, es universal, pues doquiera tiene la tal construcción valor semejante, ora se conserve la composición; es decir, sea semejante el nudo y el modo de ligar. Ello hace que así como en la una guardan relación entre sí lo primero, segundo y tercero, también en la otra.

Si alguno conjugare de esta suerte: *Toda* c *es poseída por* a, b *es* c; *luego* b *es poseída por* a. *Semejantes son éstas:* b *es del número* c; b *es uno por* c, *luego* a *posee* c *y* a *tiene* c, *pero no se infiere: luego* c *es conculcada por* a, *pues nada tienen de común* poseer *y* conculcar. Conforme es aquello que se lee en Cicerón: *Los que cayeron en enfermedad, no están sanos; el espíritu de todos los insipientes está enfermo; luego todos los insipientes no están sanos.* Buena es la conclusión, y general, puesto que el espíritu de los insipientes no es otra cosa sino insipiente, y enfermar no es otra cosa que no estar sanos. Pero no procedería acertadamente quien de esta manera cavilase: *Los que están en enfermedad no están sanos; los esclavos de todos los sabios están en enfermedad, luego todos los sabios no están sanos.*

Las argumentaciones universales constan de tres términos, como se dirá luego, debidamente trabados entre sí. Mas las privadas o peculiares constan de dos, tres o más

pronunciados, pero no asidos con tal coherencia. En las particulares, hay algunas temporales, otras perpetuas; temporales, porque ello acaece en aquel tiempo, como: *Enseño a un niño, pues enseño a tu hijo; éste contrajo enemistad con César Octaviano, luego morirá.* Antes de la instauración de la monarquía era así; pero no después. Perpetuas son las otras, unidas por la condición, la causa, la trabazón racional. De las condicionales, las hay en las cuales de la condición síguese una situación diferente, según la actualidad de las cosas, no según su naturaleza constante, como: *Si vinieres, departiremos; si quieres traer dinero, puedes, me hallarás en casa. Si el hijo hubiera venido, hubiera saludado a su padre.*

Son de la Naturaleza, cuando aquello que signifícase que se infiere denótase que, naturalmente, sigue y en cierta manera nace de otro. En ellas, en vez de la condicional *si* pudiera ponerse *luego* (ergo), verbigracia: *Si un hombre corre, corre un animal; un hombre corre, luego un animal corre.* Estas son *complexiones* de las que ahora estamos hablando y de que nos valemos en son de ruego para apremiar, lo cual es un recurso de oradores y poetas, como aquel pasaje de Silio: *¿Por qué, si es lícito afligir la patria para uno, ha de ser ilícito conservarla para uno?* Esta *complexión* unas veces toma fuerzas de la realidad; otras, de nuestra manera de entender, que, a pesar de todo, se funda en la razón. Por lo que toca a las cosas, las hay que, por decirlo así, paren otras, como las *causas*, por ejemplo, de las cuales las hay que simultáneamente son *efectos*, como *sol* y *esplendor;* otras preceden, como el *padre* es anterior al *hijo*. Por lo que atañe a los *efectos*, algunos pueden serlo sin causa, de los cuales nos ocuparemos en la Filosofía primera. Cosas hay que inmediatamente siguen o preceden a otras, como los *pronósticos, que también nacen de las causas* y el *orden de las cosas establecido por la Naturaleza.* Algunas no pueden o no deben o no suelen existir sin otras. De ahí se originan las conjeturas de los espíritus avisados y perspicaces, a quienes toca colegir lo que va a suceder de lo que sucedió ya. En ellas están incluídos los *ejemplos* y las *comparaciones.* En todo esto, las conclusiones buenas son hijas de la discreta observación de su naturaleza y su manera de ser; verbigracia: *El fuego arde; luego existe humo;* el cielo, al atardecer, *enrojece; mañana será claro el amanecer; quiebran albores; antes de una hora será de día; brilla el sol, el día es llegado; ahí está un hombre: luego tiene cabeza, tiene corazón y vive; el revolucionario Catilina, de noble abolengo, acuciado por la escasez, tomó las armas contra la república; luego éste, que es pobre noble, amigo de novedades, también las tomará; Nasica, simple ciudadano, mató a Graco por sedicioso; está bien, pues, que Cicerón, cónsul, ordene la muerte de Catilina por conspirador.*

En aquello que nuestra mente recibe de las cosas, existen los signos de las cosas, a saber: las *voces*, las cuales, relacionadas entre sí, son pares, impares u opuestas. En éstas inferimos de esta manera: *Es justo, luego también equitativo, no es justo; pues tampoco equitativo; no existe ninguna virtud, luego tampoco la justicia; toda virtud, luego toda justicia; hombre, luego animal; ningún hombre, luego no algún animal.* Y qué—objetará alguno—,

¿si no existe ningún hombre, ya no está el animal sobre el hombre que no existe, como tampoco se dirá que el hombre esté por encima de los troyanos, cuando ya no quedan troyanos? Aquí no lo deducimos todo para la inteligencia, como cuando tratábamos de lo que se había de significar, sino en su mayor parte para las cosas. De ahí toman su fuerza aquellas conclusiones que de lo *estricto* van a lo más *lato*: *El hombre es blanco, luego hombre; existe el perro de Sócrates, luego perro; la vida de la piedra, luego vida; pintura de hombre, luego hombre.* Así, del verbo sustantivo, al cual se añade algo, como: *Es miserable, luego es,* pues el verbo *es* lo contiene todo, afuera de lo que se entiende que no tanto está en la naturaleza de las cosas, como en la potestad, en el ánimo y pensamiento nuestro, como *significa, denota.* Este género es aquel de Aristóteles: *Homero vive como poeta,* y *Aristóteles disiente de Platón; Filón platoniza,* y *Platón filoniza; una cosa es la quimera y otra el Anticristo,* pues estas cosas refiérense a la mente, no a su existencia. *Hay padre, pues hay hijo; no hay hijo, pues no hay padre,* pero no cuando se dice: *Veo al padre, luego al hijo también.* Refirióse esto en la esencia, no en el ver. Pero se dice rectamente: *Si perjudico a este confederado, también perjudico al otro,* pues en esto están confederados. *Es blanco, es vidente, es hombre; no es, pues, negro, ni ciego, ni caballo;* pero no, *si no es blanco, es negro,* porque son muchos los colores intermedios; *no es ciego, luego ve;* tampoco, porque el cachorro, antes de nueve días, no es ciego, pero no ve, y una piedra no es ni una cosa ni otra. Pero si *pugnan sin medio,* como *sano, enfermo,* como dice Aristóteles, y en un *supuesto* ya *apto y congruente,* el *confirmado* anula y mata, por decirlo así, al que repugna, y viceversa: *Este hombre no es ciego, vidente, por tanto; no enfermo, sano, pues.* De estas complexiones, aquellas primeras que se toman de todas las cosas, no pertenecen a una profesión determinada, sino que cada cual será juez en la suya. De ésta será un médico quien juzgue: *Hay un acceso de fiebre; luego el corazón palpita más de lo debido.* De estotra juzgará el hombre de mar: *Las cercetas juegan en la arena seca; luego amaga tempestad.* Estas últimas, propiamente, son del dialéctico, pero de tal modo que cada cual utilice ese instrumento en su arte. No será el dialéctico quien entienda en esto. *Todo triángulo tiene dos ángulos iguales a los rectos, luego isósceles,* si ya es que no conoce aquélla: *Isósceles es un triángulo* que enseña la geometría. Distintas son estas conexiones, y han recibido diferentes nombres: *entimemas, epiqueremas, ascensos, descensos, comparaciones, ejemplos, epágoges, gradación, sorites, dilemas, antistrefontes.*

No existe acuerdo acerca de lo que es el *entimema,* pero la mayoría conviene en que es un *silogismo imperfecto;* es, a saber: todos los géneros de argumentaciones que propusimos, pues algunos retóricos llamáronle *argumentación por contrarios,* por cuanto la que con ellos se hacía era la más aguda. De esta manera el nombre común pasó a ser propio de uno solo, como los griegos llaman *el poeta* a Homero y los latinos a Virgilio. *Epiquerema* suena lo mismo que *agresión.* No es, como parece, género de argumentación, sino que pertenece al orden, como en un ejército *la vanguardia,* pues es la intención con que atacamos el

tema. El *ascenso* va de los singulares a lo universal y el descenso, al revés, con la diferencia de que en el *ascenso* se sube *conjuntivamente* a lo universal *distribuído* y *disyuntivamente* a lo *no distribuído*, y así también se desciende. De ello hice mención más arriba.

Ejemplo es aquello por lo que se prueba algo semejante: *Escipión prefirió desterrarse antes que disminuir la libertad de la patria; esto mismo, pues, debe hacer todo buen ciudadano.* Aquello que se enuncia mediante negación, es algo así como una semejanza: *Aquél no lo hizo, ¿tú lo harás? Comparación* es aquello en que ocurre frecuentemente el ejemplo: *Marcelo, en tiempo de guerra, no quitó la libertad a los vencidos, ¿tú se la vas a quitar en la paz?*; de mayor, o menor, o igual: *¿No sufriréis vosotros llevaderos baldones por Cristo, por cuyo amor los mártires profusamente derramaron la sangre y la vida? Muchos, con sus solos alcances, tuvieron las pasiones debajo de su dominio, y ¿no las domeñará el varón seguidor de la sabiduría? El filósogo Sócrates disimuló las injurias recibidas; esto mismo está bien que hagas tú, también filósofo.* La *epagoge* o *inducción* abarca el *ascenso y los ejemplos.* Sócrates hizo gran uso de ella; por este procedimiento descubriéronse las artes todas. De experiencias singulares que acarrearon los sentidos, se formó la regla del arte por obra de la mente, aun cuando no raras veces aquellos singulares se refieren al ánimo solo. Sócrates, cuando quería probar algo, acumulaba muchas semejanzas, de modo que lo que en aquellos *se dió,* fuera mengua que no se diera en aquello de que se trataba y se agitaba en la controversia. Rodolfo Agrícola llama al *ascenso enumeración* y a la *epagoge, inducción,* porque de algunas premisas indúcese el oyente a persuadirse. Así que la *epagoge* es la *enumeración* de partes semejantes que mediante la *confrontación* llega a donde se propuso.

La *gradación* verifícase cuando muchas cosas se toman de tal manera que de lo primero se infiere lo segundo, de lo segundo lo tercero y así sucesivamente: *Lo que Diofanto quiere, su madre lo quiere; lo que la madre quiere, lo quiere Temístocles; lo que Temístocles quiere, el pueblo ateniense lo quiere; luego lo que quiere el niño Diofanto, lo quiere el pueblo de Atenas.* Cicerón dice en el primer libro *De las leyes: Aquellos a quienes la Naturaleza otorgó la razón, otorgóles asimismo la recta razón: luego también la ley, que no es más que la recta razón en el mandar y en el prohibir; y si la ley, también el derecho. Y así como a todo fué dada la razón, así igualmente a todos fué dado el derecho.*

Esta norma dedúcese de Aristóteles en las *Categorías,* cuando *una cosa* predícase de otra, como del sujeto, todo cuanto se dice de aquello de lo cual se predica, dícese igualmente del sujeto, verbigracia: *hombre,* predícase de este hombre y de aquél; animal predícase también del hombre y, por tanto, de este hombre, pues éste es *hombre* y a la vez es animal. Por tanto, si *tengo* mi linaje de César, también de Eneas; si de éste, también de Anquises, porque César, por Eneas, es hijo de Anquises. Igualmente todo *lo que se sigue* para la ilación de una conclusión buena, síguese también para el *propósito de la misma.*

La *coacervación* se verifica cuando por añadiduras o sustracciones voy acumulando y no me detengo; pero pruebo que no se acaba ni se destruye nunca, como el ejemplo de

la *cola del caballo*, en Horacio, y el del *pueblo* y el del *montón de trigo*, el cual, si un grano no lo constituye, ¿qué dos granos? Y si ni dos ni tres ni en cualquier número, los griegos llámanle *soron* o *sorites*.

Dilema es un argumento cornudo, en el cual, propuestas dos cosas, sea la que sea la que escogiere, quedas cogido: *Si te casas con una mujer hermosa, la tendrás con muchos; si con una fea, te será enojosa; si rica, tendrás que soportarla; si pobre, tendrás que mantenerla.* Parece deducirse que Hortensio utilizaba con muchísima frecuencia esta manera de argumentar del discurso de Cicerón contra Verres, acerca de la *Adivinación*. A la *antistrefón*, llámale *conversión* Marco Tulio. En puridad no es más que el desenlace del dilema: *Si te casas con una mujer hermosa, gozarás; si con una fea, no la tendrás común; si con una rica, te mantendrá; si pobre, de ninguna cosa te hará cargo.*

DEL SILOGISMO

Síguese ahora la verdadera, genuina y perfecta argumentación llamada por los griegos *silogismo*, que significa *colección;* Cicerón le da el nombre de *raciocinación*. Nosotros no vamos a hacer del nombre caballo de batalla; usaremos los vocablos tradicionales. Ella no solamente es eficaz en aquellas palabras y en aquella significación, sino también prescindiendo de toda significación, y en otras, con la misma apariencia y forma; es decir, por la razón del nudo y por la congruencia de las partes entre sí, conforme dejamos dicho. Por esto, es de la competencia privativa del dialéctico y a su exclusiva profesión pertenece.

Definámosla nosotros: La raciocinación es *una colección de tres enunciaciones, en las que la tercera, que significase ser la que se infiere, brota naturalmente de la conexión de las otras dos.* Digo naturalmente, porque ninguna otra cosa extrínseca es necesaria, sino que de su propia naturaleza nace de ellas sin recurso o suplemento de la inteligencia, pues el que lo necesita no es un perfecto silogismo. O de estotra manera puede definirse: *Silogismo es la comparación de dos con un tercero, de la cual nacen la relación de los dos entre sí, de forma que o se enlazan o se sueltan.*

Esta es su razón natural: Puesto que *todas las cosas que convienen con una tercera tienen congruencia entre sí y las que entre sí tienen congruencia la tienen con un tercero*, de modo que si el *isósceles es igual a dos ángulos rectos y el escaleno es igual a dos ángulos rectos, el isósceles y el escaleno son iguales entre sí*, y al revés. Con todo, de ello no se sigue que si no guardan conveniencia con un tercero, tampoco la guardan entre sí, pues el *isósceles y el escaleno* no tienen congruencia con el círculo. Por esto, de los nuevamente negativos nada se infiere. Aquellos que en una sola parte tienen congruencia con un tercero, no es necesario que la tengan entre sí, verbigracia: *El isósceles y el cuadrado tienen congruencia con el escaleno; éste, en el ángulo recto, y aquél, en el agudo*, y no por ello son congruentes entre sí. Y tampoco si es en el todo, *como el ángulo agudo conviene todo con parte del isósceles y el recto con parte del cuadrado y, sin embargo, son diversos entre sí.*

Toda la fuerza de los silogismos consiste en que *de la universalidad se infiera la universalidad o la par-*

ticularidad; de la negación, la negación; de las afirmaciones, la afirmación. Hase de procurar que se tome íntegramente el medio y todo lo que en las premisas no es el medio, ni parte del medio traslädese a la *intención* sin añadir ni quitar nada que altere el sentido, conservando la misma significación de las palabras, para que no resulte *equivocación o anfibología.* Tómese, pues, la *congruencia total* y la *congruencia parcial,* pues de *la no congruencia per se* no resulta nada. Por esto en el medio, por una congruencia total, esté el *todo;* por una congruencia parcial, *algo.* En uno y otro hácense diez *colaciones ó conexiones,* que los nuestros llaman *combinaciones. El medio sea* a; *los extremos,* b c. El medio, como es la medida de los dos, así que cumplió con su oficio de *medir, se queda fuera.* Inquiérense la razón y el hábito de *aquellos dos,* pues eso es lo que se buscaba por *la medida.* Por esto, *el medio no entra* en aquello que queremos conseguir y comparar.

El *término,* que en *la primera* se toma *con el medio,* se llama *término mayor;* el que entra en la segunda, *menor.* Las mismas *pronunciaciones,* la primera llámase mayor; la segunda. *menor,* y ambas, *premisas.* Capella llama a la primera *asumpción;* la segunda, *proposición;* la tercera, *ilación.* Yo pienso que en este caso las voces están trastornadas, pues Cicerón, a quien él sigue, lo hace al revés y lo mismo Quintiliano, que a la enunciación mayor llámala *proposición* y a la menor, *asumpción.* Expliquemos este punto con ejemplos pertinentes.

Las comparaciones son éstas: Si alguna parte *a* abarca todo *b* y alguna parte *b* abarca todo *c;* todo *c* será abarcado por *a.* De modo que si se dibujan tres ángulos. de los cuales *B* sea el mayor, dará cabida al segundo *A* y el tercero será el menor dentro de la *A,* llamémosle *C;* así decimos, si todo *b* es *a* y todo *c* es *b, c* es *a.* Aplíquese la regla que dijimos ser el canon o norma de todas las artes y de la vida toda: Si por *quedar* el propósito se debilita lo deducido, concederánse dos cosas que se contradicen, a saber: algún *c* no es *a* y él mismo es *a,* pues si no todo *c* es *a,* sea enhorabuena *c, d.* Además, si todo *c* es *b,* también *d* será *b,* y si todo *b* es *a,* también *a* será *a,* y él mismo *no será a.* En aquéllas que concluyen directamente por la contradicción del consiguiente con el menor, infiérese el contradictorio de la asumpción.

Este es el camino para hallar más fácilmente la razón de examinar la bondad de la conexión. Tomemos empero, para que la cosa quede más distinta y desarrollada, no ya letras, sino vocablos con sentido: *Toda virtud es bien; toda justicia es virtud; luego toda justicia es bien,* no porque sin significación la cosa sea válida por su sola estructura, sino porque el ingenio sufre menos confusión en las voces que significan algo que en las letras, por razón de su insignificancia. Si la conclusión es que toda *justicia es bien,* inferiráse también que *alguna justicia es buena,* porque a *todo* síguese *algo,* aunque *alguna justicia sea buena,* asimismo *algún bien es la justicia.* En este caso sólo las palabras se invierten, pero el sentido queda el mismo. Por esto, hablaré más parcamente de las que se igualan o se siguen, pues haré cuenta que se dijo para las unas lo que dijere para las otras.

SIGUENSE DIECIOCHO FORMAS

Llamemos a esta primera forma, como la llama el vulgo, *Barbara*, porque no parezca que en cosa que no va ni viene, por afán de singularidad nos apartamos del camino trillado y común. En este punto queda harto claro que de la *universalidad* procede la *universalidad* y de la *particularidad*, la *particularidad* exclusivamente cuando *b*, que era particular en la *razón*, es tal en *el juicio de la ilación*. Estará permitido regular todas las fórmulas por aquella fórmula que hemos señalado acerca *de la congruencia de dos con un tercero;* pero, para hablar más clara y compendiosamente, será omitida después. Bastará con haberlas tocado al principio. Examínelas cada cual por sí, pues estas cosas mejor se entienden por separado que en tropel.

Segunda conjunción: *Si toda virtud es bien y alguna justicia es virtud, ciertamente que alguna justicia es buena.* Pongamos lo opuesto: *Ninguna justicia es buena; luego tampoco esta justicia que es virtud* (por asumpción), *luego alguna virtud no es buena* y, sin embargo, *toda virtud es buena.* Esta llámase *Darii.* De las *particularidades*, colígióse la *particularidad*, es decir, lo que en los *precedentes* fueron *particularidades, porticularidades* se quedan en el *consecuente.*

Tercera: *Si ninguna virtud es bien y toda justicia es virtud, ninguna virtud es bien.* Pongamos lo diverso: *Alguna justicia es buena y la misma es virtud; alguna virtud es buena.* Sea esto *Celarent.*

Cuarta: *Si ninguna virtud es buena y alguna justicia es virtud, alguna justicia no es buena.* Volvamos hoja: *Toda justicia es bien, luego esta justicia es buena;* indico aquella que *por la segunda es virtud, luego esta virtud es buena*, y, con todo, *ninguna virtud es buena:* sea *Ferio.*

Quinta: *Si toda virtud es bien y alguna justicia no es virtud*, nada se consigue; es inútil la *colación*, puesto que se procede de lo *no distribuído* a lo *distribuído.* Sea el bien mayor que la virtud y la justicia igual o menor que el bien: *Todo hombre es animal, alguna sustancia sensible no es animal; luego alguna sustancia sensible nó es algún animal.* Pero nadie habla así; por eso Pedro Mantuano y otros sofistas dicen ser ésta una *desacostumbrada manera de hablar.*

Sexta: *Toda virtud es bien; ninguna justicia es virtud.* No puede nacer ésta: *Ninguna justicia es virtud* ni *alguna justicia no es virtud*, pues *bien* que no era antes universalidad, ahora se hace tal, pero indirectamente: *Algún bien no es justicia;* entonces todo se queda como cumple que se quede. Dame la que la repugna: *Todo bien es justicia; este bien, pues, que asimismo es virtud*, según la asumpción primera, por lo que: *Esta justicia es virtud*, que es lo contrario de la segundà. Llámase *Fapesmo.*

Sigamos con la sexta: *Si toca virtud es bien y toda virtud es justicia, alguna justicia es verdadera.* Supongamos lo otro: *Ninguna justicia es bien*, luego *tampoco esa justicia*, demostrada aquella que sea virtud por la menor. Así que *esta virtud no es buena*, y, sin embargo, *toda virtud es buena.* No puede inferirse la universalidad: *toda justicia es bien.* Tomemos la virtud menor que el bien y la justicia mayor que el bien: *Así todo hombre es animal, todo hombre es cuerpo y no lo contrario.* Sea ésta *Darapti.*

Séptima: *Toda virtud es bien, al-*

guna virtud es justicia, alguna justicia es buena. Repugna: *Ninguna justicia es bien, luego tampoco aquella justicia que es virtud,* conforme a la segunda, por lo cual alguna virtud no es buena y, sin embargo, *toda virtud es buena.* Sea *Datisi.*

Octava: *Toda virtud es bien, ninguna virtud es justicia; luego algún bien no es justicia.* Redúcese a *Fapesmo,* por conversión de la menor, y en este caso fácilmente se prueba a tenor de la regla, según ya se dijo. Por esta razón no le pongamos nombre, porque en absoluto depende del otro. Si alguno exige que se le ponga nombre, llámese *Fapello..*

Novena: *Toda virtud es bien, alguna virtud no es justicia;* no la producen; *alguna justicia no es buena,* si la justicia es menor que el bien. *Todo hombre es animal, algún hombre no es español, luego el español no es animal.* La conclusión es de lo no distribuído a lo distribuído; empero, ella procederá de una desacostumbrada manera de hablar: *Alguna justicia no es buena,* o indirectamente: *Bien no es justicia.* Si alguno no se conforma, pase a la oposición: *Todo bien es justicia; es así que toda virtud es bien, luego toda virtud es justicia,* lo cual contradice lo asumido, pero recibe autoridad de *Barbara,* y por esto déjesele. Si alguno así lo quiere, sea *Barboco.*

Décima: *Ninguna virtud es bien, toda virtud es justicia.* No puede inferirse universalmente: *Ninguna justicia es bien,* si la justicia es superior al bien: *Ninguna piedra es hombre; toda piedra es sustancia, luego ninguna sustancia es hombre.* Sino así: *Alguna justicia no es bien.* Supongamos lo opuesto: *Toda justicia es bien, luego asimismo aquella justicia que es virtud.* Así que: *Alguna virtud es bien y ninguna virtud es bien.* Llámase *Felapton.*

Undécima: *Ninguna virtud es bien, alguna virtud es justicia, alguna justicia no es buena.* Supongamos la diversidad: *Toda justicia es bien; luego también ésta,* con referencia a *lo que es virtud,* y, sin embargo, *ninguna virtud es bien.* Dícese *Ferison.*

Duodécima: *Alguna virtud es buena, toda virtud es justicia; luego alguna justicia es buena.* Toma lo opuesto: *Ninguna justicia es buena, luego tampoco aquella que es virtud,* por lo cual, *alguna virtud no es buena* y a pesar de ello *toda virtud es buena.* Dícese *Disamis.*

Décimotercera: *Alguna virtud es buena, ninguna virtud es justicia;* no se infiere: *Alguna justicia no es buena,* pues se sube de lo no distribuído a lo distribuído. Queda claro si la virtud tiene más ensanche que la justicia. *Alguna piedra es sustancia, ninguna piedra es animal.* Pero la conclusión es indirecta: *Algún bien no es justicia.* Presupongamos lo otro: *Todo bien es justicia, luego también aquel bien que es virtud,* así que *virtud es justicia* y, no obstante, ninguna virtud es *justicia.* Llámese *Ferisco,* pues pertenece a *Ferio,* si se convierte la asumpción y de mayor se hace menor.

Décimocuarta: *Alguna virtud es no buena, toda virtud es justicia; luego alguna justicia es buena.* Concédase lo opuesto: *Toda justicia es bien y toda virtud es justicia; luego toda justicia es bien.* Lo contradictorio de la proposición toma la fuerza de *Barbara,* pero la fórmula escueta suele denominarse *Bocardo.*

Décimoquinta: *Todo bien es virtud, toda justicia es virtud;* nada se consigue por la particularidad del medio en una y otra; y *todo bien es virtud, ninguna justicia vir-*

tud, ninguna justicia bien. Pero póngase: *Alguna justicia es bien, luego algún bien es justicia;* doy a entender aquel bien que es la virtud, por la primera: *luego algún bien es la virtud,* que es lo opuesto de lo segundo asumido; llámase *Camestres.*

Décimosexta: *Todo bien es virtud, alguna justicia no es virtud, alguna justicia no es buena,* pues *si toda justicia es bien, luego también esta justicia,* indico aquella que no es virtud, así que también *esta justicia es buena,* que no es virtud: *pues algún bien no es virtud,* que contradice la mayor. Llámase *Baroco.*

Décimoséptima: *Ningún bien es virtud, toda justicia es virtud; luego ninguna justicia es bien.* Si no te conformares, *sea, pues, alguna justicia buena y toda justicia es virtud;* tomo esta justicia, que es *bien; ella misma es virtud, luego alguna virtud es buena,* que contradice la proposición. Llámase *Cesare.*

Décimoctava: *Ningún bien es virtud; alguna justicia es virtud, alguna justicia no es buena.* Repugna a la intención: *toda justicia es bien;* indico aquella justicia que es virtud: *alguna virtud es buena,* que está en contradicción con el primer asumido. Llámase *Festino.*

Existen otras *colaciones* que distan mucho de las que hasta ahora hemos expuesto, como cuando decimos: *Toda virtud es bien y toda justicia es virtud* si se dice: *Toda justicia es virtud* y *toda justicia es bien.* En éstas, se *concluirá* de la misma manera que en las otras, pero indirectamente, como: *Todo pecado es acción; toda acción es voluntaria, luego todo pecado es voluntario;* o como se lee en Cicerón: *Todo lo que es bueno es laudable; todo lo que es laudable es honesto; luego lo que es bueno es honesto.* No obstante, si alguno prefiere una conclusión directa, no tiene más que evitar el paso de la particularidad a la universalidad: *Toda justicia es virtud; toda virtud es bien, luego algún bien es justicia.* Por esto las *colaciones* son diecisiete, que se podrán distribuir en tres órdenes, de forma que cuando el *medio* en la una es el *objeto* y en la otra es el *dicho,* exista el orden primero, cuando en una y otra es el *dicho,* el segundo; y cuando en entrambas es el *objeto,* el tercero. En el primer orden hay estas formas o grados: *Barbara, Darii, Celarent, Ferio, Fapesmo;* en el segundo: *Camestres, Baroco, Cesare, Festino;* en el tercero: *Darapti, Datisi, Barboco, Felapton, Ferison, Disamis, Ferisco, Bocardo.* Aquí no hemos atendido a los enunciados que puedan inferirse, sino cuáles son las comparaciones que infieren algo. Todas las restantes, colaciones o combinaciones, o son de particularidades o de negancias, o concluyen un universal de lo particular o alguna intención desviada a una desacostumbrada manera de hablar. Ni toqué tampoco las comparaciones que no son de uso común: *Toda virtud es todo bien; justicia es toda virtud.* Nada son éstas, si a esto se reducen: *Toda virtud es justicia,* para que se haga del segundo orden. Y aquélla: *Toda virtud es todo bien,* es semejante a ésta: *Cada una del as virtudes es cualquiera bien;* no difiere del singular; ni de otro modo puede ser verdadera, pues si hay dos virtudes y dos bienes, no puede ser verdadera de ningún modo.

Por lo demás, aquellas formas del orden primero son eficacísimas, porque llevan ostensiblemente aparejada la refutación si alguno no asiente y en grado sumo son congruentes

con la Naturaleza, pues vemos que las personas rudas y carentes de instrucción hacen tranquilamente de ellas uso frecuentísimo. Por eso quieren que los otros órdenes puedan reducirse a él, a saber: que estotros órdenes por él sean *examinados* y *aprobados*. Cada forma redúcese a la forma con la cual tiene la letra principal común, como *Cesare: Ningún animal es piedra; toda roca es piedra, luego ninguna roca es animal*. La equipolente de la primera, que al revés vale lo mismo, es ésta: *Ninguna piedra es animal*, conviértese en *Celarent: Ninguna piedra es animal, toda roca es piedra, luego ninguna roca es animal*. En *Baroco* es así: *Todo hombre es animal; algún cuerpo blanco no es animal, luego algún cuerpo blanco no es hombre*; así, *todo hombre es animal, todo cuerpo blanco es hombre, luego todo cuerpo blanco es animal*, en *Barbara*. La razón de todo esto consiste en que a *lo que es igual* síguese lo mismo, como lo que lo es al bien y a la justicia lo es a la justicia y al bien, y lo que se saca de la *menor*, más fácilmente se extrae de la mayor. Asimismo, del *contradictorio de lo inferido* se recurre al *contradictorio del propuesto*, que viene a ser como la piedra de toque de toda buena colección.

Lo que dijimos de aquellos sujetos y dichos distribuídos, lo mismo debe decirse y opinarse en toda particularidad y universalidad, verbigracia: *Los libros de cada autor docto están escritos cuidadosamente; Budeo es uno de los doctos, luego sus libros están escritos bien y diligentemente. Ningún soberbio agrada a Dios; algunos ánimos de los hombres son agradables a Dios; algunos, pues, de estos ánimos no son soberbios. No veo a ningún juez justo; Moro es un juez justo; no veo, pues, a Moro*. Y de la misma manera en los casos restantes.

Si alguno toma *siempre, nunca, alguna vez sí, alguna vez no*, fabricará todo aquel mismo linaje de silogismos que antes. Se observará lo que acabamos de decir para que todos resulten *iguales: Claymondo siempre anda pensando algo de letras; ayer te reuniste con Claymondo, luego ayer te reuniste con quien meditaba algo de letras*. Del mismo modo, en los casos en que entiéndese la *universalidad: La virtud es bien; la justicia es virtud, luego es buena*. Séneca: *Nadie confía un secreto a un borracho, es así que lo confía a un hombre honrado; luego el hombre honrado no es borracho*; en *Felapton*, pues tómese universalmente el *borracho* y el *hombre honrado*. Lo que se inquiere de los afectos; *posible, imposible, necesario*, débese juzgar por las reglas: *posible* es particular, más particular que cualquier tiempo del verbo; *imposible* es un universal negativo; *necesario*, es universal que se expresa. Recordemos lo que dijimos más arriba de la universalidad y de la particularidad. Hay determinadas palabras que, envueltas, perturban la razón del silogismo, desenvueltas, son facilísimas: *Todo placer está en el sentido, todo el sentido en la parte brutal del alma, luego todo placer en la porción brutal del alma*. Ese *todo* indica cuanto a él pertenece. Análogamente: *Ningún animal, excepto el hombre, es capaz de religión; el elefante no es hombre aun cuando sea animal, luego no es capaz de religión*. Explícase así: Ningún animal, que no sea hombre, *tiene religión; ningún elefante tiene religión*; pues él *solo* echa la universalidad al otro extremo, por manera que viene a decir: *Todos los*

que tienen religión son hombres; el elefante no tiene, etcétera.

Los hay que valen en determinadas voces y en otras no, verbigracia: *Pocos hombres hay en campaña; el ejército no lo forman pocos hombres; luego no está en campaña.* La conclusión será nula si dijeres: *Hombres blancos hay en campaña; los etíopes no son blancos; luego no están en campaña,* en la que estén etíopes y germanos. La *singularidad* es lo mismo que si fuera cierta *universalidad,* y por esto, tejerás en ella silogismos de buena ley, y por cierto que en los tres órdenes. En el *primero Juan lee; Juan es hijo de Gaspar, luego el hijo de Gaspar lee; Sócrates no disputa, Sócrates es hijo de Sofronisco, luego no disputa.* No vale en la menor: *Sócrates es filósofo; Platón no es Sócrates, luego no es filósofo,* pues se arguye de lo no distribuído a lo distribuído, si ya no se dice como antes: *Alguno no es filósofo. En la segunda* de las que afirman: *Cicerón es orador, Cicerón es filósofo; luego algún orador es filósofo.* De la negativa: *Algún teólogo no es Vergara, algún teólogo es Vergara;* de aquí no se sigue que *teólogo no es teólogo,* sino que *algún teólogo no es un determinado teólogo.* Y de la menor negativa, de la misma manera. En el *tercero: Aristóteles es docto, y él mismo es marido, luego algún marido es docto.* Y de las negativas: *Sócrates no fué codicioso de dinero; Sócrates fué filósofo; algún filósofo, pues, estuvo exento de la codicia del dinero.* De la menor negativa: *Sócrates es hombre y no es troyano;* no se sigue que *algún troyano no sea hombre,* sino, conforme se dijo, que *algún troyano no es un hombre determinado.* Hay ciertos silogismos múltiples, como era aquel socrático: *Todo es común entre los amigos; los dioses y los hombres son buenos amigos; luego todo es común entre ellos.* Algunos le llaman gradación; el motivo porque yo no le dé este nombre es que no siempre lo posterior se sigue de lo primero, sino que es un silogismo mellizo, de este tenor: *Los bienes de cualesquiera amigos son comunes; los dioses y los hombres virtuosos son amigos; luego sus bienes todos son comunes.* Otro: *Todo lo que es de los dioses, es de los hombres virtuosos; todo lo que es de los dioses es, por tanto, de los hombres virtuosos.* Si alguno se empeñare en llamarle gradación, no seré yo quien le mueva pleito.

Los silogismos que se hacen en *comparativos* y *superlativos* tienen una razón especial, verbigracia: *Todo aquel que cultiva su espíritu, es mejor que el que lo descuida; no hay cosa mejor que el apasionado de la filosofía; y lo es, luego cultiva su espíritu. Al hombre feliz no puede faltarle lo que es óptimo; no existe cosa mejor que la sabiduría y la virtud; de ellas no carece, pues, el hombre feliz.* En los *relativos que refieren con exactitud* hase de tomar el antecedente con el relativo, pues no siendo así, la conclusión no es buena: *Todo hombre que se humillare será ensalzado; el varón sabio es el que se humilla,* luego será ensalzado el *varón sabio;* pero no así: *El sabio es hombre, luego el sabio que se humilla será ensalzado;* pues en una semejante, podría oponérsele: *El varón necio y abatido es hombre; luego un varón así que está a los pies de todos, será ensalzado,* siendo así que nadie es tal. En los que se *refieren el género,* basta con tomar el antecedente, como: *Todo sofista es pendenciero, porque también es caviloso; Luciano es sofista, luego es pendenciero y a la vez caviloso;* semejantemente: *Toda*

justicia es fortaleza; Catón o Cicerón valen por simples. La *conjunción* de naturaleza es de universalidad y por lo mismo es necesario que ambos sean verdaderos: *Hay que obedecer a Dios y al hombre constituído en autoridad; luego al hombre constituído en autoridad.*

De la negación de la parte conclúyese la contradicción del todo: *Ninguna república hay en la discordia; luego en la discordia no hay república. Los magistrados avaros administran con rectitud.* Es una *disyunción.* Los que quieren que una parte de la disyunción sea verdadera y la otra falsa piensan que se arguye bien de la posición de una parte para retirar la otra: *O está sentado* o come; está sentado; no *come, pues.* Así Cicerón dice en su defensa de Cluencio: *Una cosa hay cierta: nadie será tan injusto con Cluencio que no me conceda si consta que hubo soborno en aquel juició, que quien sobornó fué Avito u Opianico;* si demuestro que no fué Avito, venzo por *Opianico; si hago ver que por Opianico, disculpo a Avito.* Parece que en el género no es recta esa conclusión, pues pudo ser sobornado por entrambos.

Vayamos a *la condicional.* Quien pone la condición, pone lo que se sigue; quien quita lo que se sigue, quita la condición, no viceversa: *Si es virtud, es bien; es virtud, luego bien; no es bien, luego no es virtud; si es virtud no es bien; es virtud, luego no bien; es bien, luego no virtud; si no es virtud, es bien; no es virtud, luego bien; no es bien, luego virtud; si no es virtud, tampoco bien; no es virtud, luego no es bien; es bien, luego virtud.*

Todos éstos son silogismos, medida y regla con la cual juzgamos las otras argumentaciones, pues el *entimema* se hará universalmente bueno, si a él se reduce; pero el entimema es de dos maneras; el uno que toma su validez de la significación de las palabras, como: *el hombre corre, luego el animal se mueve.* El otro, de las palabras también, pero hasta cierto punto, como lo que tiene en ambos pronunciados algo idéntico, el objeto o el dicho, verbigracia: *Sócrates verdaderamente filosofa; luego Sócrates menosprecia las riquezas y la gloria; Sócrates no tiene ninguna arrogancia, luego algún filósofo no tiene ninguna arrogancia.* Sólo éste se reduce a un silogismo y aquel primero a muchos, lo cual se hará, en primer término, mediante la invención, luego de propuesto el tema que quieras probar o refutar, verbigracia: *El hombre es blanco; no es el hombre blanco.* Hase de ver previamente qué es lo de encima, qué es lo de abajo, qué lo que se opone o es ajeno de los términos puestos en la argumentación, como cuando tomo *hombre* y *blanco*, encima de hombre, está *animal, cuerpo, sustancia;* debajo, *troyano, romano;* no hay *contrariedad* alguna; *separadas* son todas aquellas cosas que no son *hombre*, verbigracia, *león, piedra, olor, sabor, blancura; negro*, su contrario; separado, *verde, alegría, olor, sabor.* Para una conclusión afirmativa es menester tomar por *medio* lo que cumpla a uno y otro de los términos; para una conclusión negativa, hase de tomar como *medio* no lo que discrepe de ambos términos, pues de negaciones no se concluye nada, sino lo que convenga al uno y al otro no. Para la universal afirmativa es preciso que el medio sea mayor o igual a aquello que se distribuye y menor que lo que no se distribuye; si es igual a ambos, todo será igual en el resultado, verbigracia: *Todo visible es*

cuerpo; el medio será *hombre* o *animal* de esta manera: *Todo animal es cuerpo, todo visible es animal;* luego también el *cuerpo.*

Para lo particular *anuente* nada estorba que el medio sea menor que entrambos: *Todo hombre es animal, todo hombre es sustancia, alguna sustancia es animal.* Esto infiérese en el primer y tercer orden; en el primero, así: *Todo hombre es sustancia; algún animal es hombre, luego también es sustancia.* Para lo universal *anuente,* el medio tenga congruencia con uno y en éste apóyese la negación, pero será mayor que el otro o le será igual, y en esto recalcará la afirmación: *Justicia, placer, bien,* éste será el medio: *ningún bien es placer, toda justicia es bien; luego ningún placer es justicia.* Esto infiérese en el primero y segundo orden; por eso en lo universal no se distribuye la afirmativa. Para la particular negativa, para quitar el medio en que se apoya la negación, todo del todo, o todo de la parte, convenga con la otra de la manera que sea. Hácese en los tres órdenes. Si todo se quita completamente del todo, verifícase en *Ferio, Festino, Felapton, Ferisco, Fapello,* en los cuales la primera es universal *anuente.* Si es en parte solamente, realízase en *Baroco* y *Bocardo* y *Barboco,* en los cuales la segunda es negación particular.

Hablemos, ya más de cerca, del *entimema.* En todo entimema o está la mayor con ilación o la menor con ilación; acá falta la mayor, acuyá falta la menor. Lenguaje común es, y los oradores que al habla común se acomodan emplean más el entimema para persuadir que no expresos y perfectos silogismos y omiten con preferencia aquella parte de la argumentación que de suyo es tan fácil y tan obvia que causaría empacho si se explicase y engendraría fastidio como si el orador que habla desconfiara del oyente. Del mismo modo en las *epagoges* créese que bastan por todos no más que dos o tres ejemplos. Suelen los entimemas reducirse al primer o al tercer orden; al segundo, rarísimas veces. Cuando el *objeto* es el mismo no puede reducirse al tercer orden pues el *medio* entraría en la *confección;* redúcese al primero. Si el *dicho* es el mismo, puede reducirse a ambos, pues si de lo que se le añade por suplemento, el *objeto* tiene congruencia con el *objeto,* existe en el tercero; si el *objeto* la tiene con el *dicho,* existe en el primero; y cuando el *dicho con el dicho,* en el segundo. Cuando faltare la *proposición,* cuando la *asumpción,* se presentará el caso de averiguar lo que hace falta para la prueba perfecta.

Los restantes entimemas, que nada tienen de común, redúcense a muchos silogismos: *El hombre corre; luego se mueve el animal.* Esto se infiere así: *El hombre corre, todo hombre es animal; luego el animal corre.* Para la exploración del silogismo y de cualquiera consecución, no hay piedra de toque más fiel que la que tantas veces hemos dicho, a saber: que el *contradictorio de la intención* repugna a toda la *razón,* o con una de sus partes repugna a la otra y es llegado el caso de la concesión de dos contradictorias; examen éste el más evidente en la Naturaleza. De ahí este axioma dogmático: *El consiguiente siempre es de mejor condición que el antecedente, o por lo menos igual,* pues si algo bueno tiene la *razón,* comunícalo a la *intención* y no al revés. Pero si alguna incomodidad tiene el consiguiente, échala sobre el *argumento.* Siempre es más claro y transparente lo que se *expresa:*

si *propósito* verdadero, también la *intención;* si *propósito* necesario, también la *intención;* de lo contrario, pudiera darse un *verdadero antecedente de una ilación falsa.* Si el antecedente es posible, también lo que de él resulta; si algo tiene congruencia, con la *sumpción* también la tiene con la *intención.* Pero no al revés, pues el antecedente puede ser falso y verdadero el consiguiente, verbigracia: *Los estudios son buenos; luego por todos son deseados.* Si algo se sigue para la *ilación,* síguese para el *precedente,* pues lo que para el *posterior,* también para lo *anterior: Todo hombre es blanco y todo racional es blanco y todo racional es hombre.* De aquí se sigue: *Algo racional es blanco,* pero no que *todo racional es blanco,* aun cuando nace de lo anterior. Si algo repugna a la *siguiente,* repugna también a *la precedente;* pero no recíprocamente, puesto que con el *antecedente primero* mantiene repugnancia con ésta: *Algo racional no es blanco,* pero no con la *intención consiguiente.* Cosa semejante verifícase en nosotros en las cosas; si el *argumento* es sabido, es entendido, debe concederse: también, la *ilación.* Cuando ésta deba negarse o ponerse en duda, también la *razón.* Si alguno comienza a tener sus recelos acerca del *consiguiente* de una buena *conclusión,* este recelo extiéndese al *antecedente,* respecto del cual no abrigaba la duda más ligera, verbigracia: *Dos cosas iguales a una tercera, son iguales entre sí;* a *y* b *son iguales a* c; *luego entre sí también son iguales.* Cuando *c,* con una indefinible diferenciación, excede de la *a* y es excedido por la *b,* y *b,* por una diferencia perceptible, excede de *a,* piensa saber la *proposición,* cree mirar con sus ojos la *asumpción* y se da cuenta que en el resultado fué víctima de engaño, retrae el pie y recurre a lo primero para averiguar dónde estuvo el fraude.

Quedan las celadas de los *pseudómenos,* que los modernos llaman *reflejos,* porque hablan de sí mismos y en sí mismos revierten la verdad o la *mentira;* ésta, con frecuencia mayor; por esta razón se les dió aquel nombre griego, verbigracia: *Esta enunciación es falsa,* demostrada por ella misma; *toda universal,* significa que es de otra manera de lo que en realidad es: *Epiménides dice que todos los cretenses son mentirosos; él es cretense, luego mentiroso también; si es mentiroso, no se le debe dar crédito; dice que los cretenses son mentirosos, luego no se le ha de creer; al revés: son veraces y hay que creerles; pero éste es cretense, luego se le ha de creer.* Esto mismo viene a decir el Salmista: *Yo dije en mi exceso: Todo hombre es mendaz.* Se lee en Lactancio que uno, estando dormido, fué avisado que no diera fe a los sueños. Yo pregunto: *¿Les dará fe o no la dará? Si le cree, creerá en los sueños; si no cree en los sueños, le creerá a él.* Otro: *¿Te devolveré el hijo o no te lo devolveré? Dime la verdad, si no no lo recibirás.* Si dices que *te lo devolveré, lo retendré, porque mentiste; si dices que no te lo devolveré, lo retendré para que resulte verdad, pues si lo devolviera, sería falso, y de todos modos habría de retenerlo.* Conocida es la anécdota de Protágoras, el sofista de Abdera y de Evateo, su discípulo, acerca de una paga convenida, que Aulo Gelio refiere. El mismo Protágoras decía *que todas las opiniones de todos eran verdaderas.* Sócrates, el platónico, refútale así: *Pero el caso es que son muchos los que opinan que esta opinión es fal-*

sa, luego es; es falso, pues, que todas las opiniones sean verdaderas. Sócrates decía que *él nada sabía, y eso era ya saber algo; luego no era nada lo que sabía.*

De los pseudómenos hace mención Marco Tulio Cicerón en el libro cuarto de sus *Cuestiones académicas* y en su obrecilla *Del hado.* Allí dice que su aparición ocasionó un recio desorden y alboroto en las filas de los estoicos, que les aplicaron el mote de *inexplicables, de aguijones* y trazas tortuosas en el disputar; Crisipo más los fortaleció que no los solucionó, por manera que quedaron excluídos de la regla consabida: *Todo enunciado es verdadero o falso.* Por eso mismo, también los nuestros adjetivaron a los pseudómenos de *insolubles.*

De todas estas cuestiones, *una es la derrota,* porque las palabras, a guisa de instrumentos, acomódanse a otras cosas no a sí, pues no se inventó el cuchillo para cortarse a sí mismo, ni el martillo para golpearse a sí mismo, sino para otros usos. Asimismo, en las palabras siempre deben entenderse las otras cosas por aquello que se dice, pero no eso mismo, si ya no es en donaires y juegos pueriles. Cuando hablamos seriamente: *Esto escribí por las calendas de octubre;* queremos significar las pasadas o las siguientes, no el acto mismo. Como asimismo Cicerón, escribiendo a Atico, y en otros lugares: *Esto es lo que te tenía que decir de la amistad.* Y Horacio: *Esto escribía para ti detrás de las mohosas ruinas del templo de Vacuna.*

Igualmente cuando decimos: *Todo hombre es mendaz;* todos los otros y yo también, pero no en esto. *No se ha de dar fe a los sueños,* a los otros, ciertamente; *todos los cretenses son mentirosos,* fuera de él. Y lo que dijo el otro: *Así que hubiere vencido la primera lid, te daré la paga,* pero no de esa misma cosa. ¿Nada se puede responder a la interrogación cocodrilina? Proponga otras cosas que no se retuerzan en sí mismas, pues por lo que toca a aquélla no puede tener respuesta más verdadera y justa sino que no lo sabe, o cualquier otra salida provocante a risa. Aquello de que *todas las opiniones de todos son verdaderas,* será en otras cosas. Algunos dijeron que ellos *no sabían nada,* ni esto siquiera, por miedo de aquel argumento. El propio *Sócrates no ignoraba que él era él* y que *Jantipa era su mujer,* y que *Platón era discípulo suyo;* por lo demás, referíase, al hablar así, a una *determinada suerte de ciencia perfecta.* Algunos añadieron una excepción, en ningún modo necesaria: *Sócrates nada sabía sino sólo esto,* como lo hace Varrón en las *Cuestiones académicas* de Cicerón.

EXPLANACION DE CUALQUIER ESENCIA

De esta materia, que está por todo difundida, va a tomar siempre como de una selva, y añade a ella su peculiar artificio como el fermento de la masa, según en otra parte ya dije. Aquellos seres en quienes introduce el mismo fermento, son de la misma especie o forma, pues ese fermento hace en ellos las veces de *afección o forma,* así y en dondequiera. Quede esto declarado con esta imagen. Con todo insistiré en explicarlo de otro modo para que la cosa resulte más clara, pues no tanto curo de la exactitud como de la claridad. Así como los boticarios y los perfumistas tienen en sus boticas, puestos en orden conveniente,

cajitas, cofrecillos o potes de los cuales los unos contienen pimienta y otros canela, y otros triaca o cualquiera otra suerte de pociones, y todo lo demás que es propio de quienes tienen tales tiendas, y en cada uno de los recipientes escriben el nombre de la sustancia que contienen, así también la Naturaleza lo tiene todo distribuído, digamos, en cajitas y cofrecitos, y en cada uno de ellos ha escrito el nombre común a todo lo que contienen: hombre, caballo, diamante, pera, blancura, negrura, virtud, vicio. Además, así como hay una ciudad y en ella muchas familias de los Escipiones, Léntulos, Cicerones, Fabios, cada una de ellas descendiente de algún personaje epónimo, considerado como fundador de la estirpe, así también en el mundo hay familias: ésta de hombres, aquélla de caballos, de peras, de oro, de plata. Así que por el lugar no se distinguen, sino que, como los Escipiones en la ciudad, los unos habitan en la Saburra; otros, en las Esquilias, y otros, en el Palatino, y, no obstante, todos son de una misma familia; no de otro modo en la Naturaleza las unen la semejanza y la conformidad, no el lugar. Ahora bien: esta semejanza refiérese siempre a la esencia, no a los adherentes, extremo al que se ha de atender con muy agudo desvelo, pues también entre los inherentes existe esa comunicación y conformidad, como entre dos blancos, y entre dos negros, y, con todo, ambos blancos y ambos negros pertenecen a la esencia del negro y del blanco. Existe esta comunicación y conformidad entre un etíope y un cuervo, no en cuanto son animales, sino en cuanto uno y otro están teñidos del mismo color. Así que esta comunicación es en muchos *una semejanza esencial*, que se llama *universal* en la escuela.

Conocemos la esencia de cada cosa no por sí misma, sino por lo que de ella alcanzamos por los sentidos, a saber: las acciones y pasiones de cada cual, pues *lo que no hace nada*, como dice Cicerón, *ni aun se puede pensar qué cosa sea*. En esas acciones y pasiones, no contemplamos solamente aquellas que nacen de la sola constitución de la materia, como son los machos y las hembras en los animales y en determinadas especies vegetales; ni las contemplamos tampoco como temporales y accesorias, sino que vienen de su intimidad, donde está la forma y la fuente de toda esencia. Estas acciones y pasiones son perpetuas, no porque estén en acto continuamente, sino porque siempre su facultad está a punto para actuar, porque, en definitiva, parece tenerla de la Naturaleza.

Seguimos este camino de la verosimilitud, aun en aquellas cosas que están exentas de materia, como son todos los inherentes y como son los ángeles, de modo que de sus acciones íntimas y constantes decimos cuáles son semejantes y cuáles son desemejantes. Yo no veo cuál sea la razón de que algunos ángeles coincidan en una semejanza de ingenio y de naturaleza, como las almas de los hombres y muchos de los inherentes. La materia no hace a un solo individuo, sino la efección y la forma, indiferente para muchas cosas; lo que obliga a ello es lo uno. Continuemos hablando de aquello que cae debajo los sentidos, a saber: lo que tiene esta materia, que por ella misma se muestra a los ojos de quienes la miran y ofrecen su forma exterior a los sentidos para que la conozcan, por lo cual, casi exclusivamente, está permitido juzgar del estado interior, que originó el

primer nombre de la forma y de la especie.

Es de saber que esa imagen, y forma, y apariencia, y especie en todos los hombres hizo que se dijera de ellos ser de la misma forma y especie, así anduvieran armados, así estuvieran sentados, fuesen negros o fuesen blancos. Por lo demás, difícil es formar juicio por las acciones, por cuanto no podemos tener satisfactoriamente pesquisado y explorado de dónde nacen y cuáles sean. A menudo, de muchas afecciones y formas semejantes nacen diversas acciones, y, algunas veces, todo lo contrario. Empero, o tenemos las verdaderas y genuinas, cosa rara en extremo, o hasta donde nos es factible, fronterizas y próximas, pues en esas acciones de las formas se van a buscar la razón de la distinción de las formas. Así que éstas son las que son propias de cada especie y por ellas quedan separadas unas especies de las otras.

Ya Aristóteles se lamentó con razón de la apurada escasez de esas diferencias. Mas así como en la ciudad un solo linaje se divide en muchas familias y cada una de éstas se subdivide en otras ramas, como en la *gens Cornelia* hay algunos Léntulos, unos cuantos Escipiones, y de esos Escipiones los unos son africanos, los otros son nasicas y una parte de ellos son asiáticos, así también en la Naturaleza existen determinadas similitudes, más extendidas que en sus círculos encierran otras, más reducidas, y las hay más reducidas aún que ya no pueden entre sí partirse y separarse, por manera que todos los animales están trabados por alguna similitud de forma viviente y sensible; pero los hombres lo están entre sí no sólo por la similitud de forma viviente y sensible, sino inteligente y dotada de razón. Todos los objetos colorados son semejantes por el color en que su superficie está bañada, y los objetos blancos también por eso mismo y porque tienen un color que la vista distingue. Pongámosles, pues, nombres desde ahora, para que en adelante resulte más fácil su inteligencia. Esta semejanza llámase naturaleza, o condición, o razón, o forma, o nota; en los más extensos, es más usado el nombre de *género;* en los más reducidos, el de *especie.* Ella abarca muchas cosas conformes en un solo punto; esto es: dícese de muchos por cuanto en un solo punto son semejantes y mantienen comunicación, porque aquel *uno* es de la razón de su esencia, esto es, en cuanto son ésas o aquéllas. Las similitudes más amplias en relación con las más reducidas llámanse géneros. Los que abarcan muchas especies en cuanto comunican en una cosa esencial, llámanse *todo y partes.* He de decir que abusamos del nombre de género, refiriéndolo a razón, modo, forma y nota; decimos género de guerra, de alimento, de dicción, y por nación y gente, como género humano, troyano. El vínculo del género, como el de la especie, se conforma e implica con la esencia de cada cosa, y perece la esencia si se quita el vínculo. Abraza, pues, el género muchas especies y dícese de cada afirmación. Si a alguna cosa le puede competir la afirmación, el género también le compete. Más aún: dícese en todo tiempo y no puede dejar de decirse. Por lo demás, las ramificaciones amplias, si se refieren a otras más amplias, se convierten en especies.

Así que hay algunas que tienen una amplitud muy grande; más arriba no hay otras que tengan más, y más allá de ellas ya no hay

sino la nada, verbigracia: cosa *(res)*. Estas llámanse *géneros de géneros*, o sea *supremos, primeros, antiquísimos*, de las cuales están suspendidas las otras especies, como dice Séneca. Llamemos *ínfimas* a las puras y más limitadas, bajo las cuales no hay nada común con algunas, sino solas singularidades, como hombre, caballo, pues troyano y romano, si se considera la razón por la cual son conformes en humanidad, es una la semejanza, si en la patria se distancian. La distinción no afecta al hombre, sino al lugar o a la nación, pues esa diferencia no queda comprendida bajo el concepto de humanidad, como rugir y relinchar en la vida. El mismo hombre sería Marco Catón, aun cuando hubiese nacido en otro lugar que no fuese Roma; pero no sería el caballo *Bucéfalo* el mismo animal si no relinchase. La especie contiene todo lo que es de la Naturaleza y la esencia; pero encima añade de por sí algo que es de su esencia, no inherente o de la materia, así como el hombre, a lo que es animal, es decir, a la vida y al sentido, añade la razón, y lo blanco añade a lo colorado el esparcimiento de la vista. Ser troyano nada esencial aporta al hombre, ni el ser varón ni el ser hembra, pues el sexo es cosa de la materia, no de la forma; así que no hay que maravillarse en demasía de que algunos hayan cambiado el sexo, porque ello no significaba el traspaso de una forma a otra distinta. Así que en la Dialéctica hay algo muy superior, y la especie y el género en esta especulación, puesto que aquello se refiere a una *denominación* más capaz y esto a una *esencia* más amplia. De un lado y otro nos son propuestos esos nombres; pero en el uno los nombres son dichos afirmativamente y en el otro las cosas comprendidas y consignadas en los nombres, puesto que este género o especie no solamente radica en los nombres o en nuestras inteligencias, sino que aquella semejanza y comunicación están en la naturaleza de las cosas, aun fuera de los nombres y de nuestras inteligencias, pues está en las mismas cosas o, mejor, las cosas mismas son semejantes y conformes; también en la facultad de la Naturaleza, ley del mundo, para la producción de seres semejantes, por manera que en aquélla está por una cierta fuerza; y en las cosas está por expresión. Con todo, nosotros comparamos las semejanzas, y según las singularidades, les ponemos otros nombres, siendo así que las cosas no son otras.

Hay determinadas semejanzas intermedias que estaría bien se llamasen *subalternas vicisitudinarias*, que ni son muy amplias ni son del todo reducidas, que tienen algo más antiguo que ellas. Estas llámanse géneros y especies intermedias o interferidas, porque lo único está contraído en sí y tómase de la semejanza, y el mismo abarca otras cosas. Los griegos le llaman *atomon;* nosotros podemos llamarle singular, uno, único, individuo. Séneca llama hombres *especiales* a Cicerón y a Catón, y *general* a lo que no cae bajo el dominio de los ojos. Cada cosa del mundo, así sea sustancia, así sea accidente, es una y singular por la imagen de su autor, y no hay jamás tanta semejanza entre dos cosas que de dos pueda hacer una, sino cuando en lenguaje figurado decimos algo así como que de dos almas el vínculo de amor hace una sola y de dos cosas blancas decimos que están teñidas del mismo color, porque es semejante. Asimismo lla-

mamos singular a lo que no tiene par ni semejante, verbigracia: el amor singular de Cristo para con nosotros.

Mas de tal manera cada cosa está contraída en sí, que no sólo es desemejante de sí ni es tal que sea la más semejante a sí misma. Y como en lo sustancial lo indivisible es uno y singular, que por sí mismo subsiste solo, así en los adjuntos lo que está inherente en una sola cosa es singular.

Con todo, debemos precavernos porque en los nombres no nos engañen las cosas. Hay, en efecto, determinadas cosas que son solas y singulares y no tienen nombre individual, como sol, luna; y en ello hay que parar mientes en la significación de los nombres. Hemos de ver cómo les fué impuesto o en qué sentido lo usamos nosotros; si significa esto solo exclusivamente y ninguna otra cosa más, como *Sócrates;* o si, como significa esto, significa también todo lo que por su esencia se le asemeja; si significa esto solo, es especie; si significa aquello otro, es individuo; así que Sol es especie; Saturno o Venus, individuo. Aquel grado por el cual del género se desciende a la especie, es decir, aquella facultad de acción o pasión, propia de cada una de las especies y por la cual la especie abunda sobre el género, *es propio* de su especie; la de los otros es *diferencia.* Propio de cada uno es lo que es duradero y continuo, verbigracia: *Los placeres son propios de los dioses,* como dice el cómico famoso; y propio lo que con otro no es común, como costumbre propia de Pablo. Así que lo que cada uno tiene él solo, aquello le es propio.

La *diferencia* es aquello por lo cual las cosas difieren entre sí, como Platón y Sócrates, en nobleza, en belleza, en edad. La diferencia supone tres géneros de cosas distintas: *diversas, varias* y *separadas,* de manera que la diversidad se refiere a la esencia, la variedad a los inherentes, la separación a la trabazón o coyuntura. Un ejemplo para aclararlo: dos partes *blancas* de este papel, *enteras,* son diversas; si una de las dos está salpicada de *negro,* son varias; *si se rompen,* quedan separadas.

Mas nuestro propósito es mirar la razón de la esencia, por manera que aquella facultad y fuerza atribuídas a cada forma por un don de Dios establecido por la Naturaleza y no a ninguna otra, sea propio de ella, a diferencia de los otros. Si lo conseguimos, bien va; si no, andamos en pos, según nuestras posibilidades, de lo que le está próximo. Lo que se busca con industria y práctica no se dice de la Naturaleza, como tampoco lo que se les agregó de fuera, como por algún medicamento o droga o por propiedad peculiar del suelo o del cielo, puesto que no lo son por don impuesto por la Naturaleza y asignado simplemente a aquella forma, sino por añadidura, como que un persa muera en Persia y no aquí. Lo *propio* es, pues, aquello por lo cual el género queda restringido a la especie. *Diferencia* es aquello que la separa de otras formas del género propio o del ajeno. Cicerón aconseja a su hijo que, si no halla lo propio, en lugar de lo propio use copiosamente de lo común. De ninguna otra cosa sufrimos tanta penuria como de *diferencias,* por lo cual es sumamente difícil asignar géneros y especies, ora se tenga que descender de lo superior a lo inferior, estrechando, ora ensanchando se tenga que subir. Además, como adolece-

mos de inteligencia de las cosas, carecemos también de nombre, que no nos nacen de las cosas, sino que, según el alcance de nuestro ingenio, se adaptan a las cosas. Puesto que a cada paso hacemos mención del *inherente*, digamos unas palabras de él:

Inherente es todo lo que se allega a la esencia, a saber: aquella que no es de la índole y condición de la esencia, como la *blancura* en el hombre y en el cisne. De estos inherentes los hay que son momentáneos, verbigracia: el *rubor* en quien siente empacho. Estos inherentes son efímeros y pasan de seguida. Otros tienen más permanencia, como la *blancura* en un papel; otros son perpetuos, pero podrían cambiarse como la *negrura del cuervo*, pues pueden nacer de huevos cuervos de otro color; otros, que por manera ni recurso alguno pueden mudarse, como el *calor en el fuego*. En esas leyes de la Naturaleza, la semejanza es accidental, cuando las cosas coinciden en una modalidad que no es de su esencia, como el etíope y el cuervo, el germano y el cisne. Mas si uno dice *dos negros*, la semejanza es esencial, pues la negrura es de la esencia del negro, es decir, es su forma. Sócrates y Platón, estando sentados, tienen similitud de *adjunto*. Si uno dice: *Dos hombres sentados, en cuanto están sentados*, tienen similitud de esencia, y el *estar sentado* es la especie de esos dos singulares. Así, el *accedente* no es universal, porque no hay en la esencia cosa que le esté encima. Unos nombres se toman de la esencia o afección o de su facultad natural, como hombre o racional. Estos se llaman esenciales; también blancura, negrura, pues los adherentes tienen una esencia a su manera; mas lo que saca de los inherentes por significación, esto es accidental, como *blanco negro* en aquellos en que están; y los que acusan materia, como *corpulento*, y los que indican parte, como *jugoso*, y los que significan *inherente*, bien del sentido exterior, como *blancura*, reír, o del interior, como *inteligente, apto, bueno*. En este extremo está contenida la fuerza de las cosas; verbigracia: de las *hierbas*, de las *piedras*, o aquellas que provienen de relación: *padre, hijo*, o las que se les aplican, como *herboso, coronado, vestido, armado*, y las que están en el lugar y el tiempo o no lo están; es decir, los que contienen y son contenidos, como *vino de tinaja* o *tinaja de vino*, y los que indican mezcolanza y son más interiores, como *limoso, camino pedregoso, lago pescoso*, y los que andan separados, como todos los que son poseídos y poseen, como *rico, amujerado, paulino*, o lo que de ella parte y a ella se encamina, *como acción y pasión*, en los cuales. si bien por vía de ejemplo, hemos incluído casi toda la distinción de las cosas. Aunque tal vez no sería imposible del todo situar casi todas las cosas de la Naturaleza, digámoslo así en asientos determinados: ¿quién va a poder con las palabras tan desparcidas, tan difusas, tan llevadas y traídas, tan impropias, con tanta licencia de hablar y tanta variedad de lenguas?

De estas conformidades nace *lo mismo* y *lo diverso* o *lo otro*, pues a las que son muy conformes solemos llamarlas *lo mismo; y lo otro* y *lo diverso* tomámoslo por lo desemejante, pues la semejanza casi identifica, como se dice de un amigo que es otro él por razón de la conformidad de sus almas. También seguimos el juicio de los sentidos y de la fantasía, a la cual el vulgo le

da mucha participación en denominar las cosas; pero el juicio de semejantes lo hace *uno* por sí y ante sí. De estas mismas, las unas son las mismas o lo mismo en especie, como semejantes en especie, pero bajo la misma agrupación de la especie y, por decirlo así, familia, como dos hombres; otras lo son en género, como *este hombre, aquel caballo;* es decir, bajo el mismo linaje de animal; otras lo son en individuo; son una unidad *atómica*, una cosa singular. Cuando decimos: *Estas dos o tres cosas son lo mismo individualmente*, o sacamos a colación dos nombres, como *Sócrates* y *el hijo de Sofronisco,* o una cosa del mismo nombre en diversos tiempos o lugares, como *Sócrates ayer y hoy,* o se muestran dos cosas diversas, como *Aristóteles sentado y paseando,* en el mismo tiempo y lugar o en diversos. Las cosas *mismas* son *lo mismo* individualmente en varios lugares y tiempos que no cambiaron; unas, las que cambiaron, dícense diversas individualmente. Este cambio o se considera en la misma realidad y naturaleza o por nuestros juicios. En la realidad sólo Dios es inmutable, porque es el mismo en todo lugar y en todo tiempo. Sócrates hoy es distinto de ayer, y muchas cosas en Sócrates han sufrido variación; pero la mudanza o se refiere a aquello en que consiste la esencia de la cosa, como la materia y la forma o afección, y estas cosas, trocadas, constituyen otro *ente*, si algo se quitó a la materia, si algo se le añadió. Por esto el alma de cada uno de nosotros, cada ángel, el peñón en el mar, no son otro *ente* distinto del que fué el año anterior. El hombre es otro hoy de lo que fué ayer, pues en los vivientes la materia está en flujo continuo por razón de los alimentos. Los inherentes hacen otro *tal.* De este modo, los ángeles y las almas cambian, y lo mismo es Barquero, blanco que moreno.

Nuestros juicios no tienen regla constante y fija. Según reflexiona cada cual, siente y habla. Uno observa unas cosas y otros observan otras. Lo que a cada uno no le parece cambiado, dícese que es *lo mismo,* como el agua de ayer y de hoy en un río que corre. Mas lo que parece recayó en lugar y orden semejante, y para muchos no pierde el nombre primitivo, por manera que durante diez años enteros sigue siendo la misma la nave remendada con frecuencia, como los atenienses lo imaginaban de la nave de Teseo. A lo que experimenta menguas y crecimientos, muchos le llaman *lo mismo,* como en el hombre, niño y adulto, en la blancura, en la justicia, en la prudencia; y los hay que le dicen *otra cosa.* Aquéllos llámanle *uno,* como si se hubiera desarrollado lo que estaba contraído, eso en el aumento; o se hubiera contraído lo que estaba desplegado, eso en la disminución; éstos, como si se le hubiere quitado algo o se le hubiere añadido de nuevo. No faltan quienes, por la mutación de los accidentes, le llaman otro *ente,* como otro hombre, otro caballo, otro Sócrates. En este caso, los unos se fijan en el semblante, los otros en las costumbres, ingenio, fortuna, hechos, hasta el punto que con bravo desatino dicen de Dios ser otro, según la diversidad de operaciones.

Del descenso del género a la especie nace la *división* y la *definición,* dos cosas éstas en alto grado necesarias a todas las artes. La división no es otra cosa sino la separación de lo que estaba unido, y la definición es la limitación de cualquier cosa. Hay partes que están unidas

en una masa continua y partes que están juntas numéricamente. Cuando se seccionan las partes de una masa continua, se verifica propiamente la partición; cuando las partes numéricas, se llama distribución, segregación, separación y otras denominaciones por el estilo. Empero hay determinadas partes reunidas en un cúmulo de conformidad y semejanza, como los individuos en la especie, la especie en el género, y por eso el género se dice *todo* y las especies *partes*. Así que el género consta de todas sus formas, como el cuerpo de todas sus partes, sino que en algunas todas las partes no obtienen el nombre de su todo. Cada uno de los hombres es animal, pero no cualquiera parte del hombre es hombre; en cambio, cada parte de agua es agua, pero no aquella agua cuya parte es. Cada hombre es animal, pero no otro animal que es él y otro cuya parte es, pues la razón de esa conformidad está derramada equilibradamente por todos los seres comprendidos en esa conformidad y parentesco, como en una familia y linaje cada uno es Escipión y Cornelio.

Así que la misma semejanza hace que cada porción de sangre, que a su vez es parte de la masa, sea sangre, no aquella sangre cuya parte es, ni en cuanto es parte de la sangre, sino en cuanto le es semejante en composición y naturaleza. Mas los que están comprendidos en la ambigüedad del nombre, éstos no se separan, sino que se declaran, como *toro, monte, animal.* Si alguna semejanza los une hasta un punto tal, el nombre de su semejanza es su género, como: *Si el perro es animal en esa forma o figura,* el perro marino y el terrestre están contenidos debajo de ese nombre; y: *Si Sócrates significa todo lo que así se llama,* es especie con relación a todos cuantos llevan este nombre. Si no están ligados por ninguna similitud, no es género, sino que se llama ambiguo, como *toro, monte, animal, águila, ave y lucero.* Lo que se dice en sentido translativo no pertenece a esa semejanza de que hablamos, como: *Fuego ardiente y amor.* Otrosí, los que reciben nombre por imagen, como: *Hombre pintado y verdadero.* Del *pintado* no se dice simplemente hombre, sino por abuso del lenguaje corriente, que es regido por los sentidos como el mismo vulgo, árbitro y señor del lenguaje.

La separación, pues, de las partes comprendidas bajo la totalidad del género, llámanla *división* los filósofos. Pero como en el dividir resulta incómodo perseguir muchas cosas, por eso las formas son sustituídas por las diferencias que pueden reducirse a más pequeño número que las especies, por manera que si uno quisiera enumerar el régimen político de todas las ciudades, sería infinito. Estotro es mucho más breve: *Existen determinadas ciudades que son regidas por uno: la monarquía; otras, por unos pocos, oligarquía; otras por las masas: democracia.*

Hay que poner atención en que lo que divide agote lo dividido. No es buena esta división: *De los animales, éste es bípedo; aquél, cuadrúpedo,* pues los hay que son ápodos, pues carecen de pies; fuera de que las partes no deben contener más que el todo. Por esta razón tampoco es buena esotra: *De los animales, éstos viven y aquéllos murieron;* porque los animales no son muertos. En tercer lugar, que un miembro no pueda decirse del todo afirmativamente. Tampoco será mejor esta distribución: *De los ani-*

males, algunos son cuadrúpedos, otros bípedos, otros reptiles, pues hay cuadrúpedos que en ocasiones se arrastran. Por esto debe ponerse cuidado en que no sean congruentes entre sí; sean o bien opuestos o bien dispuestos, que se llaman disparatados: *De las virtudes, ésta es ciertamente la piedad para con Dios, y aquélla la justicia para con los hombres; en los metales, oro, plata, bronce, estaño, plomo, cobre, azogue* o *plata viva.* En los opuestos, los hay *contrarios* o *adversos,* como los que bajo un mismo género tienen las fuerzas remotísimas como *blanquinegro, dulce amargo, caliente frío; movimiento hacia arriba, movimiento hacia abajo. Estos* tienen de la Naturaleza fundamentos ciertos y definidos, pues *ni la piedra es buena* o *de malas costumbres ni está enferma ni sana;* en los otros contrarios, interpónese un medio. como ocurre en casi todos: *lo blanco y lo negro envuelven lo cerúleo y lo verde.* Los hay que carecen de este medio, como *sano y enfermo,* en opinión de Aristóteles. Hay otros opuestos que se llaman *privantes,* uno de los cuales parece no ser otra cosa que privación y acto de desnudar a otro, como: *luz y tinieblas, ciego y vidente;* algunos se contradicen: *también, no; esto, no esto.* Hay algunos relativos, de los cuales se trató en otro lugar.

Resulta buena la distribución de todos éstos; a saber: de los *adversos,* entre los cuales no hay medio: *De los animales, parte están sanos y parte están enfermos;* si tienen medio, hay más dificultad. Pero debe tenerse cuenta con que no se omita nada, a no ser que por vía de ejemplo se haga una división más para la inteligencia de la cosa que para su cuidadosa exposición, como: *Los sabores son dulce, amargo, desabrido, ácido,* y así por el estilo, lo que a menudo puede hacerse principalmente al proponer ejemplos de artes, como nosotros mismos hemos hecho. Por los *privantes,* de esta manera: *De los lugares, los unos están alumbrados, los otros, oscuros; de los hombres, los unos tienen vista, los otros, ciegos.* Por los *contradictorios* tiene lugar cuando o se ignora el nombre de la diferencia o son tantos y tan varios que no es fácil comprenderlos a todos: *Parte de los volátiles es rapaz y parte no es rapaz.* Los *relativos* tienen lugar principal en los asuntos políticos: *Todos los ciudadanos, o son simples particulares o son funcionarios.* Esta manera de *dividir* mira también a señalar las *definiciones,* porque sentado el anterior y luego de haberle aplicado un miembro de la sección y separado convenientemente de los otros, surge la definición. Es de saber que, así como la Naturaleza dispúsolo todo en determinadas semejanzas de formas, así también separó cada una de las cosas de todas las otras no comprendidas en aquella semejanza. Por eso la división es conveniente para la explicación de aquello que anda comprendido bajo aquella conformidad, y a su vez lo es la definición para la segregación de lo disforme y lo desemejante, a fin de que aquella semejanza se reconcentre dentro de sí misma y no admita cosa que no sea de la misma condición y naturaleza. Por eso la *finición* o la *definición* es llamada por los griegos *oros,* que suena lo mismo que *término* y *fijación de límites,* porque la cosa misma pase a los ajenos o algo ajeno se filtre en ellos. Si así no fuera, seguiríase grande perturbación en el hablar y el pensar, como vemos que acontece cuando se trata

de cosas cuya definición se ignora. Por eso Platón, muy cuerdamente, preceptuó *que toda disputa y disertación en la definición tenga su comienzo.* Así que debemos entender que la finición *es una explanación breve de la semejanza y la desemejanza, de la comunicación y la propiedad,* aquélla en el *género* y ésta en el *propio.* Esta es la auténtica definición que se llama esencial; pero como sea que las esencias de las cosas por sí nos son desconocidas, pesquisó por qué fuese que nos eran conocidas; a saber: se fué en busca de los *adjuntos,* pues así como nuestras inteligencias nacen de las sensaciones, así el conocimiento de las esencias, que es propio de la mente, nace del conocimiento de los *adherentes* que están en la esfera del sentido. Y esto ocurre no solamente en la esencia de las sustancias, sino también en la esencia de los inherentes. Por lo demás, esas explanaciones *por los adjuntos* mejor debieran llamarse *declaraciones* o *exposiciones* o *explicaciones* o (como algunos las llaman) *descripciones más que finiciones.* Pero como sea que no sólo por ellas se nos muestra un cierto vislumbre y razón de la *esencia,* sino también en cuanto se delimita y ciñe dentro de ciertos confines, parece poder denominarse definición, siempre que sepamos qué discrepancia existe entre ellas; a saber: que aquélla define y ésta declara, y por cuánto la definición toca más íntimamente la esencia de la cosa, por esto mismo es más verdadera, pero también más oscura. Ello hace que las definiciones de la esencia nos enseñen harto poco y en ninguna manera nos sean útiles, y pienso que por esta causa también son raras. Mas por la *finición de la esencia* defínese sola la especie como especie, que también tiene género para la comunicación y para la segregación tiene propia diferencia. El género no está comprendido en el género, sino en cuanto es especie; pero tampoco el singular tiene propia distinción de la esencia y es figurado por los accidentes, verbigracia: *Quién sea Marco Catón, quién Bucéfalo, quién Porcia o Lucrecia.* Concluyamos, pues, que la definición *es la naturaleza de la cosa comprendida breve y propiamente por medio de aquello que constituye su intimidad,* y que la declaración es, a su vez, *la exposición de los conoscibles inherentes, propiamente congruente a lo que declara.* De ambas maneras la definición *es la limitación o circunscripción de la cosa breve y ajustada.* De muchas maneras se explica y se declara cada cosa. La *interpretación* que nace de la ignorancia de una voz determinada como el vocablo arcaico *tuburcinari,* que quiere decir *comer de prisa,* o *antigerio,* que significa *mucho,* o *antropos,* voz griega, que significa *hombre* (y ello acaece cuando de una lengua se pasa a otra, o quizá también en la misma), no tiene nada que ver con este lugar ni con la definición.

Muy allegada a la interpretación es la *etimología,* como *fides: quasi fiat quod dicitur.* No tiene la etimología suficiente empuje y arrestos para orientarnos en lo que buscamos, y varía en cada pueblo y recibe su fuerza y autoridad de aquellos que, o así la llaman o así exponen su origen. Con todo, hay ciertas *etimologías* que, deducidas aguda y sutilmente de la naturaleza de la cosa, pueden hacer las veces de definición, como son los nombres verdaderos, y que por este motivo dijo Platón en su *Cratilo* que lo significaba, naturalmente, como *vipera*

(víbora) *quod vivum paviat* (porque pare hijo vivos, vivípara), pues así se la definiría en cualquier lengua. Estas son explanaciones de voces más que de cosas, como en las divisiones unos filósofos toman su denominación de los inventores, otros de la escuela, otros de las opiniones de la secta, algunos pocos de la vida.

La tercera exposición se hace *por metáfora: la primavera es la infancia del año; el hombre es un mundo pequeño; el coito es una breve gota coral.* Todo eso es puro juego, aun cuando algunas veces declara y circunscribe la cosa, como: *La pasión es el fuego del alma, cuyo ardor se puede ocultar con dificultad.* A esto pertenece toda semejanza o proporción: *La mente, en el hombre, es lo que en el mundo es Dios.* La cuarta exposición consiste en la remoción de aquello que conocemos, porque sepamos que lo que no conocemos no es nada de aquello: *El ánimo es lo único que no aparece en el hombre; no obstante, produce estas obras tan admirables.* En ocasiones, quitado aquello que conocíamos singularmente, se añade alguna otra cosa: *Los ángeles son, no Dios, no hombres, sino ciertos espíritus intermedios entre ellos.* Hay algunos que se distinguen mediante alguna nota para que se los conozca, como las ovejas o las mercancías: *Pablo es aquel a quien, mientras perseguía a la Iglesia, Cristo convirtió a sí. Cestio es quien decía que Cicerón no sabía letras,* aun cuando hay veces en que no alcanzas a determinar cuál es la nota de uno, si Cestio de su expresión o la expresión de Cestio. Pero el término no es justo y legítimo si la cosa no está comprendida por sus cuatro lados, que en ellos quede incluída ella y todo cuanto comprende y todas las otras cosas que no son de la misma razón y naturaleza queden excluídas.

Por todo ello, para una correcta definición se ha de tomar de buenas a primeras, no tanto el género como alguno superior acomodado a la expresión de la cosa, sea esencia, sea adherente o también metáfora; luego se le ha de aderezar y reducir con la añadidura de las cosas inferiores, hasta que lo encaje todo y lo haga propio, cosa que enseña Severino Boecio puede hacerse cómodamente por el procedimiento de dividir: *Que se divida todo cuanto se añade y se examine si un miembro es congruente con la sola cosa propuesta, y el otro, no; o entrambos. Si el otro no le compete, se le debe restringir aún más apretadamente, y si ninguno de los dos es propio, débese hacer alto ahí, porque la definición queda completa en todas sus partes.* Así que en nuestro caso no tanto se ha de escoger lo propio y las diferencias de la esencia como de la declaración. Lo superior de que ya hablé, ello también debe ser hasta donde sea posible, declarante y que meta la cosa dentro de los ojos. El ejemplo de buscar una definición puede leerse en Platón en su *Sofista,* aun cuando no sea lo más apropiado para darlo a entender. Más eficacia didáctica tendrá lo que acerca del derecho trae Rodolfo, cuyas son esas palabras:

Tomemos—dice—*por vía de ejemplo el derecho, y definámoslo. Hallaremos, en primer lugar, que el derecho tiene un cierto poder de coacción; tiene el mandato* (jussum), *de donde parece haber tomado el nombre; así que el derecho será para nosotros una cierta orden o decreto. Con todo, no todo decreto será jurídico, pues dan órdenes los dueños a sus criados, los padres a*

sus hijos, los filósofos a sus discípulos y nosotros no las llamamos derecho. Pensemos algo para excluir esto. Vemos que en ellos existe una cierta potestad, pero, desde luego, muy por debajo del poder de hacer Derecho. Añadamos ahora, que ésa es la voluntad de un poder más alto, es decir, del pueblo, o de aquel en quien el pueblo delegó su potestad, verbigracia: el Senado, el príncipe. Y ahora, ¿qué? Todo lo que mandare el príncipe, por ejemplo, que sus criados le hagan la cama, ¿será derecho? Parece que no, sino aquello que se mandó a la colectividad y lo que toca y atañe a su defensa. Pero tampoco eso será derecho si oprime gravemente alguna porción de esa colectividad o lesiona a los pueblos fronterizos contra el derecho natural y de gentes. Será menester que sea equitativo. Llevemos diligentemente nuestros ojos alrededor, y veamos qué es lo que puede caber dentro del complejo de la definición y lo que no está contenido en el nombre del definido, y al revés, si el definido contiene algo que la definición no admita. Y si no lo descubriéremos, recojamos velas y digamos: El Derecho es el decreto de la potestad soberana para la defensa de la colectividad, fundado en la equidad y el bien.

Esto dice Rodolfo.

En hecho de verdad es muy necesario que quien ha de definir o dividir como se debe, tenga el asunto bien estudiado y conocido por dentro y por defuera y que esté en completa y total posesión de todo cuanto le atañe. Para contribuir al esclarecimiento de un punto de tanta importancia, diré que unas cosas son de la esencia misma de la cosa, como *género, forma, diferencias, singulares, parte, todo;* todo esto, en serie directa, ora ascendiendo, ora descendiendo, pertenece a la esencia mutua, como son: *animal, hombre, dotado de razón, cuerpo, cabeza;* otras están aplicadas y adheridas a la esencia (como las que son comprendidas por el sentido, y las que lo son por el pensamiento y la mente), asidas y pegadas a la cosa tan estrechamente que sin ella no pueden subsistir un momento. De ahí proviene la *acción* y la *pasión;* también las *causas*, la *eficiente* y el *fin* y los *medios* y los *efectos;* luego, lo que contiene la cosa: *armas, vestidos, lugar, tiempo*, y en esto, el *orden*, y en el orden, lo *anterior* y lo *posterior*, y lo que la propia cosa abraza: qué en el *lugar*, qué en el *tiempo*, qué en el *cuerpo*, qué en el *vestido*. Y a continuación lo que se refiere a la cosa, donde están los cuatro géneros de oposición: *lo que pugna, lo que priva, lo que contradice, lo que se refiere*. Por lo que toca a lo dísito y separado, son dos cosas *diversas*, o muchas, no colacionadas entre sí por ningún vínculo de comparación. Yo llamo comparación a aquellas cuatro formas de oposiciones. Hay también lo añadido y aplicado de una manera u otra, como *sangre en el vestido, barro en la cara, la geometría añadida a la retórica en el conocimiento;* hay los atributos, que nosotros les ponemos: *posesiones y los que las poseen, posibilidades, riquezas, honor, dignidad, nobleza, magistratura*. A esto se añade lo que está antes de la cosa, que, sea de la manera que fuere, créese que la antecedió: *ascendencia, predicciones, oráculos, sueños*. Y, finalmente, lo que de la manera que sea le sucede: *fama, posteridad, ejemplaridad*. Casi todo esto ya lo dejamos sutilmente explanado en los libros de la Filosofía primera y con más extensión al tratar de la probabilidad.

De todo esto se sacan las definiciones y las divisiones, como es fácil de ver en los escritores de alguna nota y en la experiencia de la vida. Anda en manos de todo el mundo un librito de Peusipo acerca de las definiciones de Platón, donde pueden verse copiosos ejemplos de lo que hemos estado diciendo. Empero, nosotros diremos algo de cada uno de los géneros, singularizándolos, por el mismo orden con que los pusimos: del género a la forma: *El régimen de la ciudad, o es democracia, o es oligarquía, o es monarquía;* las monas son *monos, cercopitecos, cinocéfalos, esfinges, sátiros, cinosopos, manticoras, crocutas.* Por lo que refiere a los diferentes: *De los animales: éste, dotado de razón; aquel otro, carente;* para cada cosa: *Reyes del mundo cristiano: Carlos, Fernando, Francisco, Enrique, Juan, Jaime.* La división del todo a las partes se hace así: *Las letras, unas se trazan con tinta; otras, con bermellón; otras, con tiza; otras, con carbón.* Estas son las partes o, digamos, materia de las letras de los *adherentes. En parte, unos hombres son de nariz chata; otros, de nariz recta; otros, aguileña; unos pocos, ancha; otros, estrecha.* Contrariamente, dividir de *las partes al todo, de lo menor a lo más capaz,* no es dividir; las finiciones de lo *inferior* hácense por lo *superior,* como ya se declaró. Algunas veces se va hacia atrás, de suerte que por lo *inferior* se define lo *superior* y lo *mayor* cuando en este lugar se puso lo *superior,* de forma que, más allá de él, no admite nada con que se explique o, ciertamente, con que no pueda hacerse con justeza. Ejemplo: *El ente es lo que es sustancia o es accedente de las sustancias,* donde cuando no es posible subir se desciende.

De ese orden son las definiciones: *La cualidad es aquello por la que se nos dice ser cuáles*—como dijo Aristóteles—. *Inherente es aquello por lo cual la cosa no tiene otro nombre sino por la razón de su esencia.* La definición también se hace *por las partes del todo,* como se lee en Cicerón: *Derecho civil es aquello que se funda en leyes, resoluciones del Senado, sentencias judiciales, autoridad de los jurisperitos, edictos de los magistrados, costumbres, equidad.* Papiniano lo define así: *Derecho civil es el que emana de las leyes, plebiscitos, resoluciones del Senado, decretos de los príncipes. Hombre es aquello que consta de alma racional y de cuerpo formado de manera determinada; el cuerpo se compone de alma y tronco; la casa, de cimientos, paredes, techo; la ciudad, de Senado, orden ecuestre y pueblo bajo.* La definición queda admitida cuando las partes son más conocidas que el todo. Contrariamente, del *todo* hácese la definición de la parte. *Materia es aquello de que constan todas las cosas que se engendran y que se corrompen.* Difícil resulta hacer este género de definición, apto y simple, sin mezcla alguna tomada de otro lugar, verbigracia: *La cabeza de todo animal es lo primero.* Refiérese al orden: *Por el semblante, el hombre se conoce y juzga;* a la *acción,* pues la *parte* por sí no puede suficientemente explicar el todo. Síguense los inherentes, que abren un campo anchísimo a los que dividen y a los que definen: *De los ojos, unos son negros; otros, garzos; otros, verdes; otros, azules; de los animales, unos son simples; otros, cautos; otros, torpes.* La definición que de ahí se acepta es ésta: El hombre *es un animal recto, de pecho amplio, expandido en brazos, manos con-*

traídas en dedos, cutis liso, hecho y dispuesto para la prudencia y la bondad, capaz de religión. La descripción del buey está en Varrón; la del caballo, en Virgilio; pero ¿por qué entretenerme en cada cosa? Todos los animales, plantas, piedras, metales, gemas, declaránse de esta manera, puesto que es la más congruente con los sentidos. En la *acción,* la división es los animales, o caminan, o se arrastran, o nadan, o vuelan. Definición: *El delfín es el pez más rápido de todos los que nadan y el único que salta;* el amor *es el condimento con que todas las cosas, incluso las más desabridas, se endulzan;* por la *pasión:* de los que viven bien, quienes alternan con males experimentan muchas incomodidades, y los que moran entre buenos se les hace objeto de honores. El iracundo se define: *El que se deja llevar de la ira arrebatadamente por causas del todo livianas.*

A esto añádense las causas: *Todo calor, o proviene del sol y del cielo o del fuego.* Definición: *El día es la luz del sol desparramada por nuestro hemisferio; el hombre es un animal creado por Dios como una peculiar obra suya. En el número de las causas* están comprendidos *los instrumentos. La erudición se granjea mediante la práctica, mediante el estudio, mediante la doctrina. Toda persuasión se consigue con cosas o con palabras, según qué trigo es molido por un molino de agua o por un molino de viento.* El aceite *es un líquido exprimido de la oliva en las almazaras.* Otra causa es el *fin. Por lo que se refiere a la erudición, por unos es buscada para el uso del cuerpo; por otros, para el uso del ánimo, y por otros, para ostentación y alarde.* En ese lugar, defínese el hombre: *Animal creado por Dios para la eterna bienaventuranza.* El derecho civil es *la equidad establecida para quienes son de una misma ciudad, para la obtención de sus cosas.* Casi todos los *medios* andan incluídos bajo la razón de instrumentos: Hay *causas sin las cuales* el efecto no se sigue: *El hambre es producida unas veces por esterilidad de los campos y otras, por asolamiento.* La guerra troyana es *la que los griegos hicieron con los troyanos por el rapto de Helena.* En los casos desconocidos hace su aparición la *fortuna,* verbigracia: *A unos hombres holgazanes todo les cunde; a otros, ni estando en vigilancia perpetua; a otros, escasa y avaramente.* Definición: La honra popular es un *lugar de dignidad adonde la ciega suerte, sin discreción, remonta a quienes no ve.* La casualidad está en aquello que acontece fuera del Destino: *Esos dos hombres cavaron; éste halló el tesoro; aquél, una trampa. Las bestias, en parte, descubrieron los tesoros, y en parte, los hombres; arando, una parte fué la ruina de los edificios o de las montañas. Definición: El oricalco es un latón semejante al oro, que Orio, el metalista, produjo mientras ensayaba convertir el cobre en oro.* La bombarda es *un arma de guerra que le salió inopinadamente a un metalúrgico que hacía otra cosa.* De las causas nacen los efectos: *Hay una ira que obliga a poner las manos en otros, y otra ira que las pone en sí mismo.* Definición: La víbora *es la única serpiente que pare viboreznos vivos.*

Lo que *comprende la cosa* es de género variado, como demostraremos en la *Filosofía primera.* De ella se sacan divisiones y definiciones, cuyos ejemplos poco más o menos son éstos: En aquello que comprende: Esos hombres *visten paño;*

ésos, visten lienzos; aquéllos, holandas o sedas; los hay que se cubren con hojas entretejidas o con plumas; el vino, el uno se conserva en cuba; el otro, en tinaja; el otro, en odre. Por el lugar: De los animales, *los unos sirven en la tierra; los otros, en el agua; parte, en el aire, y algunos son anfibios;* hierbas: *algunas son agrestes y otras son de huerta.* Cocodrilo *es un pez serpentino que vive en el Nilo.* Bálsamo *es un líquido intensamente aromático que sola la Judea cría.* Valencia *es una ciudad en la España ulterior, separada del mar una milla.* Arenga *es un discurso que se pronuncia en un lugar público para la multitud.* Triarios *son los soldados más bravos colocados en la postrer línea.* En el tiempo: nacen flores; *algunas, en primavera; otras, en estación más avanzada; otras, en el verano y hasta en el otoño.* El almendro *es el árbol que primero florece;* el peral silvestre *es el que florece el último.* La vegetación *es la fuerza del alma que más temprano se manifiesta en el hombre;* la razón *es la que más tardíamente.* La pasión, por la gloria, *es la última de que se despojan los varones egregios.* Los que son como inherentes en la sustancia: *La fuerza intelectiva reside en los hombres o en los ángeles o en los demonios;* la angina *es una dolencia localizada en la garganta,* y la podagra, *en las articulaciones de los pies.*

Partes en el todo: Dedos, *son comunes a las manos y a los pies;* hojas, *las tienen los árboles, los arbustos y las hierbas.* Intercalar es el *día* que *sólo viene cada cuarto año.* Lo que *está en potencia en otros: las mieses, unas están en hierba y otras en semilla.* Las pinturas, *algunas están ya delineadas y otras en la mente del pintor.* Lo que está en otros en fuerza o potencia: *reino, está en uno, o en muchos, o en pocos, en la nobleza o en la plebe.*

No es fácil hallar en estos géneros definiciones que declaren algo, por cuanto lo que está en la potestad o potencia de otros está de tal manera latente, que más debe ser explicado por otro que no que ello explique los otros. Pero de esto, ni una palabra más. Aducir ejemplos de cada uno que habremos de estudiar en la *Filosofía primera,* encima de ser largo, no es nada necesario, y sería de temer que el sutil desmenuzamiento de cosas menudas acarrearía pesadumbre y cansancio al lector.

Lo que *por otros es comprendido,* viene a ser casi lo mismo en lo que ahora acabamos de decir. En el odre *consérvase o miel, o agua, o aceite, o vino;* en la bolsa de la mujer *o nace el niño o se forma la carne mola;* semillas: *las hay que contienen en sí el árbol, las hay que el arbusto y las hay que la hierba;* de reyes: *los unos tienen la totalidad del reino; los otros, una buena parte; los otros, exigua.* Son definiciones: La mente humana *es la sede de la inteligencia, de la razón, del consejo;* ciudad sin justicia *es una cueva de ladrones;* el año *es el espacio de tiempo que comprende doce meses;* pie, *es la parte extrema y más baja del hombre;* el alba *es el principio del día;* el buen príncipe *es el que está sumido todo no en la preocupación de sus intereses personales, sino en los de su pueblo. Los que se refieren a otros,* son inherentes de suyo, pero comparados entre sí, pertenecen a ese lugar donde no cabe la división, pues éstos si se parten por su parte superior son de otro lado, como: de colores: *éste negro, éste blanco,* que son de *género* y *formas;* de hom-

bres: *éstos ven, aquéllos son ciegos; unos son padres, mas otros son hijos*, son puestos entre los adjuntos. Si intentas dividir el uno en el otro, nada adelantarás. Definiciones las hay en este pasaje de Horacio: *Virtud es ya huir del vicio y comienzo de sabiduría es carecer de necedad.* Pero de más cerca y con mayor exactitud: blanco es *el color al que por contrariedad más repugna el negro;* ceguera es *privación de la vista*, que también es *esencial*, pues la esencia de la privación es la ausencia de posición, como las tinieblas de la luz. También éstas son esenciales: *padre es el que tiene hijo;* dueño, *el que tiene siervo;* siervo, *el que tiene señor.* En los añadidos hay división: El arte de hablar, *en algunos está solo; en otros anda unido con el conocimiento de la filosofía.* Definición: Parásito es *el acompañante asiduo de los ricos necios y manirrotos. Atributos:* Entre los hombres, *hallarás ricos y pobres, nobles y villanos, honrados y bellacos; pobre es aquel cuyo censo no vale cincuenta escudos de oro;* caballero es *el ciudadano romano cuyo censo es de quinientos mil.* Posesiones: *las unas son de los pobres; las otras, de los ricos; otras, de los nobles; otras, de los plebeyos.*

Nobleza es *una dignidad estimada por la antigüedad de las riquezas. Antes de la cosa:* los que nacen, *unos con el padre vivo; otros, muerto;* de los que viven, *los unos tienen padre, los otros tienen madre, otros los tienen a ambos, otros ni uno ni otro;* póstumo es *el que nace muerto el padre; opiter* es el que, muerto el padre, tiene el abuelo; *París es hijo de Príamo, de quien los padres soñaron que sería la tea de Troya.*

Después de la cosa: Unos mueren en la oscuridad, otros dejan detrás de sí un rastro de luz. Feliz es la muerte de aquel ciudadano que ocurre en *vísperas de la perdición de la patria.* Mézclanse con aportaciones de diversos lugares aquellas definiciones que llamamos mixtas, ora se las considere del lugar principal o de aquel en que cada cual se habrá fijado. Esto, así como no es vicio en el definir, en el dividir sería feo. Hemos de guardarnos de no confundir las razones de dividir en la misma división, como: De animales: *unos son terrestres, otros son acuáticos, algunos son aéreos, otros son rapaces;* hierbas: *unas son de campo, otras son de huerta, medicinales, de muchas hojas, de pocas hojas*, pues ocurre aquí un conflicto de miembros y más arriba advertimos que debía evitarse. Mas si pertenecen a varias divisiones, no se mezclan. Hombres: *son de color blanco, cetrino, negro; de nariz aguileña, chata, ancha; de ojos negros, garzos, azules;* aves: *unas van a bandadas, otras van solas, unas son bravas; otras, mansas; unas son carnívoras; otras, frugívoras y algunas una cosa y otra.* Es harto difícil decir de dónde saca la definición si no es aquel que previamente conoce muy bien, interior y exteriormente, toda la esencia y razón de la cosa. Y aun aquellos mismos que tienen eso bien explorado, no por ello les fué más fácil determinar de dónde se saca la definición que definir.

Las leyes de la definición son que la definición sea igual a lo definido, ni menor ni mayor; luego que explique la cosa. Por eso es poco acertada la definición cuando en ella se pone el definido; no debe contener nada superfluo ni redundante; es decir, que pueda cortarse sin pérdida del todo. No a todos los

ingenios les bastan las definiciones breves; pero tampoco conviene que sean largas, confeccionadas para la rápida y expedita inteligencia de la cosa. Cuando la explanación se refiere al ingenio de los oyentes, se debe mirar con suma diligencia quiénes son los que oyen, a fin de que, hasta donde la materia lo sufra, la definición se acomode a sus alcances. Por ello Cicerón y Quintiliano enseñan que debe definirse como más convenga al momento presente. De una manera define Cicerón la gloria en su discurso de gracias a César por haber restituído a la patria a Marcelo, hablando al pueblo popularmente, y de otra, en las *Cuestiones tusculanas*, expresándose filosóficamente ante unos pocos. Y Aristóteles, por su parte, en su *Retórica*, dirigiéndose a Teodectes, dice que *es menester que se piense ser suficientes aquellas definiciones que sean ceñidas, pero no oscuras*. Esta sentencia pertenece a las cosas de la moral y de la vida. Y por lo que toca y atañe a la definición, recordar y practicar todo cuanto hemos dicho, puesto que es necesario al que ha de dividir y definir.

Es evidente cuán propio sea de un grande y excelente varón este oficio de definir, el cual debe estar bien impuesto no solamente de la naturaleza de la cosa que ha de definir, sino que no debe caracer de otros muchísimos conocimientos. De otra manera, no podrá incluir en otra mayor aquella cosa que se propuso limitar ni partirla en menores y apartarla y separarla de lo que la toca y la rodea. Por ningún otro recurso ni nota podrás distinguir el docto del indocto, el agudo del romo, como por la pericia en definir, pues aquellos para quienes por su rudeza o torpeza hay muchas cosas confusas, no saben discernirlas. En lo vecino y semejante se engañan, dado que todo engaño nace de la conformidad. Un error en la definición, por pequeño que sea, en breve se acrece y agiganta, porque avanzando en el escrutinio se ensancha más y más. Y si desde el comienzo la definición está bien hecha, todo resulta más fijo y muchas cosas más fáciles.

FIN DE
«DEL INSTRUMENTO DE LA
PROBABILIDAD»

FILOSOFIA PRIMERA

(METAFISICA)

O SEA

DE LA OBRA INTIMA DE LA NATURALEZA

(DE PRIMA PHILOSOPHIA SEU DE INTIMO OPIFICIO NATURÆ)

(1531)

LIBRO PRIMERO

Voy a discurrir en el presente tratado de la obra íntima de la Naturaleza, a saber: de qué causas, de qué modo y con qué acto cada una de las cosas nacen, crecen, subsisten y perecen. En la investigación de todos estos extremos, aun cuando de grandes tinieblas esté nuestra mente anochecida, ni podremos ni debemos tener en esta vida otra guía de todo cuanto hemos de sentir y decir que lo que ella alcanza con su fuerza natural, con la experiencia y la reflexión, no sea que mientras nos inventamos lo que por ninguna razón se demuestra, vayamos a dar en absurdas novelerías y persigamos volátiles sueños en vez de doctrinas de sabiduría. Aquello que nuestra razón nos preceptúe y avise, eso no solamente lo escucharemos al especular la Naturaleza, sino también en la contemplación, y hasta donde nos sea dable, en la exposición de las cosas divinas con todo acatamiento y reverencia. Mora Dios en una luz inaccesible para nosotros, rodeada de noche y de tinieblas, de tal manera que nosotros, envueltos en este cuerpo de pecado, no podamos entrar en esta luz ni penetrar esas tinieblas. Los que de más cerca se aproximan a Dios, experimentan cómo la calígine ambiente los ofusca y confiesan que no pueden conseguirlo, como lo confiesa aquel santo varón ilustrado con luces del cielo. *Yo no pienso todavía*—dice—*que haya comprendido*. Y, con todo, de aquello mismo que está a indecible distancia de nuestro alcance debemos tratar con palabras y al estilo común de hombres y sentir según nuestra razón y juicio consigan, no sea que, desdeñosos con

ese guía, con pasos vagos e inciertos vayamos a despeñarnos en muchos y lamentables errores. Es pura locura que el hombre, dando de lado a lo que comprende, afirme lo que no comprende, sino aquel de quien conste haber sido enseñado por un maestro que supere a toda la Humanidad en sabiduría y excelencia, cosa concedida a bien pocos. Hemos de decir, no obstante, que no es tan obtusa y roma la agudeza de nuestra mente, que no barrunte verdades hasta el punto que conviene al género humano, pues éste es un beneficio grande que Dios tuvo a bien conceder al linaje de los hombres.

De los juicios humanos, unos son naturales, pero hay otros, llámeseles como se quiera, artificiales o arbitrarios o, si place, deliberados. Dícese que son juzgadas naturalmente las cosas que lo son por todos, de la misma manera y siempre como las que son percibidas por los sentidos; también aquellas otras que lo son por los más y por quienes mantienen la entereza y rectitud de su juicio; es decir, perfectamente humano, no estragado por la admiración ni depravado por una educación en cierto modo salvajuna, no maleado ni torcido por apasionamientos ni fanatismos. Los juicios artificiales arbitrarios, o resultantes de consejo y deliberación, son aquellos que unos forman de una manera y otros de otra. Lo que es natural no puede proceder de lo falso, pues Dios no infundió en el ingenio humano falsas opiniones de las cosas, ni puede haber garantía más segura de verdad que la unanimidad natural de pareceres. Si pesa mucho y con razón la autoridad de un gran sabio, ¿cuánto mayor peso no tendrá la autoridad de todo el linaje humano adoctrinado por la Naturaleza, que es el más verdadero y cierto de todos los doctores? ¿Qué es lo que ignora Dios o qué cosa hay en que quiera que seamos engañados? Quiere El que nosotros, hechura suya, tengamos conceptos verdaderos de Sí y de todas las cosas, y nuestra ignorancia de ninguna manera puede favorecerle.

Vamos a entrar con buen pie. Teniendo que hablar de esa obra tan grande y tan admirable, tomaremos comienzo de Aquel en quien están puestas las raíces de todas las cosas, en quien están los medios y a quien se refiere la finalidad, como el Apóstol santo nos enseña.

Es evidente que la Naturaleza infundió en nosotros el firme convencimiento de la existencia de Dios, puesto que no hay nación tan bárbara y salvaje cuya conciencia no esté penetrada de la creencia y noticia de Dios. Quienquiera que levante sus ojos hacia arriba, hacia tan grande y tan maravillosa hermosura, y considere el orden y la continuidad de los cielos y de los tiempos, en manera alguna puede dudar de que sean regidos por un gobernador sapientísimo. Esto, fuera de que las cosas que son naturales se demuestran aquí evidentísimamente y, repentinas como son, excluyen toda deliberación y consejo.

Es sabido que en los casos alegres o tristes que nos cogen de sorpresa y aun en los que nos ocasionan maravilla, cuando los efectos que nos producen no se dejan conducir por la reflexión, todos instintivamente alzan sus ojos al cielo, en imploración de socorro o de acción de gracias o en actitud de reverencia y adoración. Ello es indicio clarísimo que allá arriba mora el Creador Todopoderoso y soberano Gobernador

del universo. Al elevar los ojos al cielo, siendo así que el Príncipe de la Naturaleza está en todas partes, ni más ni menos dan a entender que aquel lugar es el más digno de que se le llame mansión o alcázar del Rey y Señor de todo el mundo, y que, a su vez, su poder y su sabiduría declaralos el Cielo principalmente, como cantó el Vate divino: *Los cielos proclaman la gloria de Dios.*

Cualquiera que pronuncie el nombre de Dios no cabe duda que se da cuenta de que nombra a un Ser sapientísimo, Todopoderoso, suma bondad, y está convencido de que es impiedad muy grande pensar de Dios de manera contraria. ¿Quién puede haber más sabio que quien gobierna esta maravillosa fábrica, cuya sola contemplación pone estupor en las mientes? ¿Puede haber cosa de mayor poder que Aquel a quien toda esta máquina obedece? ¿Qué puede haber mejor que el que todas esas cosas creó tan hermosas, tan grandes, a pesar de que no tenía necesidad de ninguna? ¿Que quién procura tantas comodidades a sus criaturas para su conservación? ¿Que quién tiene tan poca prisa para vengarse de aquellos que con delitos nefandos ofenden su divina majestad? En medio de tantas y tan frecuentes y tan abominables maldades, el mundo no subsistiría ni un instante más, si quien lo gobierna no fuese suma bondad y por ende longanimidad inacabable. Dado caso que es sapientísimo, todo lo enderezó a un fin, y porque es bondad suma, lo enderezó a un fin bueno, pues el sabio no hace nada impremeditadamente ni a tontas y a locas, sin que se proponga un objetivo al cual tienda. Y quien es bueno no atiende sino a lo bueno, y como Todopoderoso que es, fácilmente puso en ejecución todo aquello cuya conveniencia le dictó su sabiduría. Nosotros, por la lentitud y torpeza de nuestros ingenios y el desconocimiento de las cosas más grandes, ignoramos el nacimiento, el desarrollo, el fin y las causas de cada una de las cosas; pero es de todo punto imposible que El no tenga grandes causas, aun en las cosas más pequeñas, pues de otra manera, no sería cual la misma Naturaleza nos le muestra ni como la mente puede figurárselo diferente; mas las razones y consejos de aquella su santa y recóndita voluntad se esconden de nosotros.

Así que es pura insensatez inquirir las causas de las cosas, causas que El no exteriorizó, sino que se las reserva en los arcanos de su consejo. De ese adorable secreto hablan las Sagradas Letras: *¿Quién conoció los designios del Señor o quién fué su consejero?* Tales son las causas de aquellas cosas que la Sabiduría divina emplea como instrumentos para su fin. Es ello privativo de su voluntad como lo es del artesano tomar de varios a su placer aquel o aquel otro instrumento para una obra determinada, el que merece sus actuales preferencias. Todos los instrumentos le sirven igual a Dios para cualquiera obra, y con no menor comodidad, para el mismo fin, pudiera utilizar otros distintos de los que toma, como que el fuego sea caliente, la nieve fría, que el hombre está compuesto así, que así se mantenga, que así viva, que haya tantos cielos, tantas estrellas, ni menos ni más. Esto para la Naturaleza; es decir, para esa obra es lo primero; para nosotros es lo último; de manera que ni nosotros ni ella pasamos más allá. Aquella que allí comienza y nosotros que estamos allí,

para Dios son medios e instrumentos de su voluntad, pues las cosas de la Naturaleza no son más que instrumentos suyos. Investigar por qué los astros son más o por qué no son menos, y por qué no es otra su disposición, y hacer lo mismo con los elementos, las formas de los seres animados, de su número, de su magnitud, organización y fuerzas que componen esa grandiosa fábrica del universo, es traspasar los lindes acotados y meterse de rondón en los secretos de la divinidad. Todos ellos son exclusivos de su voluntad, cuyo íntimo consejo no sé yo si fué comunicado a los ángeles, pero sí sé que a nosotros está oculto.

Presupuesto esto, todo lo que de ahí se sigue es cosa de la Naturaleza y por las leyes de la Naturaleza establecido y sancionado; por qué el fuego consume la leña y no la piedra; por qué el estómago humano digiere el pan y la carne y no la estopa; por qué la luna llena se eclipsa y calladamente oculta el sol; por qué los días son más largos en verano que en invierno. En estas interrogaciones, la inquisitiva diligencia humana halla determinadas conjeturas, ya que no merecemos su conocimiento, contaminados como estamos por el pecado y por ende bajo la pesadumbre de la grave masa del cuerpo. Pero tampoco nos es necesario, pues vemos que el hombre ha sido constituído señor y rey de todo cuanto existe en ese mundo sublunar, siendo así que no está aparejado para las bestias que no saben hacer uso de ello, y que también se ha descubierto algún fin aun en las cosas más pequeñas y ruines.

Y no es ello de extrañar, cuando, como hemos dicho ya, Dios no creó nada de balde e inconsideradamente y en vano, como sapientísimo que es. Hombre de tan excelente naturaleza no vemos aquí ninguno, sino que, mientras le dura esta vida, ansiosamente y sin quietud se encamina a otra parte, porque en otra parte tiene puestas sus tendencias y sus miras. No habría cosa en el mundo más mísera ni más vana que el hombre si todas sus acciones y pensamientos se refiriesen acá abajo, siendo así que está claro que no tiene punto de reposo, vive en perpetua acucia, atormentado por la preocupación de lo venidero, sin alcanzar la realización de unos anhelos donde halle pleno descanso, deseando siempre lo que no ha de conseguir nunca (otro era el lugar en que debí tratar esto más extensamente). Ello indica, sin posible duda, que no fué hecho para esta vida, sino para otra a la cual llegará, cuando se hubiere aligerado de los vínculos del cuerpo y del pecado. Así como en el claustro materno, recatado en tantos envoltorios, durante nueve meses, se va formando para la existencia terrena, así también, metido en la cárcel del cuerpo, se prepara para la vida celestial. El hecho de que tan gran misterio fuese entendido por Séneca es una poderosa demostración de hasta qué punto están por la Naturaleza conformados nuestros entendimientos para la inteligencia de toda verdad y que si quisieran dedicarle afanoso estudio llegarían a conclusiones que a los impíos y a los ignorantes semejan increíbles.

Pero volvamos a nuestro punto de partida.

Así como en el útero el feto humano, poco a poco, toma fuerzas y se adiestra a soportar esta luz y este aire, así también en ese estado actual ejercítase con la práctica de la virtud para sostener el estallido

de aquella tan grande luz en la que consiste el fin para el que fué creado, porque colocado en ella ya no se afanará por ninguna cosa más, radiante y feliz en su seguridad gozosa. Pero aquí debémosle contemplar como puesto a la cabeza de este mundo, capaz de religión y de conocer a Dios. Y puesto que conoce tan gran bien, también lo ama, porque la voluntad, por su propio impulso, propende al bien como el entendimiento tiende a la verdad. Ciertamente, lo que se ama, se desea, ¿qué es, en fin de cuentas, lo que se ama, sino lo hermoso y, por ende, lo deseable? El amor es el vínculo único de las cosas espirituales, pues no se pueden unir sino con ese aglutinante. Aquello que el hombre naturalmente desea, es señal evidente de que puede conseguirlo, puesto que no hemos recibido los apetitos naturales para cosas que sean imposibles.

Para esto tienen todos, índita por la Naturaleza, la facultad de desear que muchos coartan como un anhelo ímprobo y un deseo imposible al verse ellos tan chicos y ver la aspiración tan alta, como suele pasar en las grandezas de la fortuna humana. Por esto fué necesario algo intermedio que, abrazando en sí la naturaleza de lo sublime y de lo ínfimo, destruyese la desesperación y acrecentase la confianza para de lo humilde encaramarse a lo excelso.

Es muy de creer que ese hombre, ya señor de cosas tan grandes y destinado a tan soberanos bienes, fué dotado por Dios de facultades tan sobresalientes como se requerían para tan altos destinos. El Ser sapientísimo que mandó que nos encaminásemos al fin, El mismo, a fuer de bueno, quiso atribuirle la facultad y los instrumentos adecuados para la consecución de este fin; y poderoso como es, se los atribuyó. Fué, pues, adornado y, por decirlo así, armado de *fuerzas y robustez física* para que poseyese dotes más excelentes que las de los otros seres, sus subordinados; *rapidez de inteligencia* para recorrer lo divino y lo mundanal, cuando quisiera, cuando fuera menester; *hombre de juicio y de consejo* para que pudiese valorar el precio y aquilatar la importancia de aquellas cosas cuyo dueño era; *de equidad* y de voluntad para ir en pos de lo que fuese conforme con aquel Bien soberano y único, señero y solo, al que debía obedecer y evitar lo que le contrariase, para con esa obediencia y amor unirse con Aquel para quien tenía la mayor estima y, por ende, el mayor deseo.

Ahora, empero, viendo al hombre, enfermizo en su cuerpo, y hecho esclavo de aquellas criaturas que Dios puso bajo su dominio, viéndole tardo en su inteligencia, tenebroso en su consejo y depravado en su voluntad, no cabe duda que es una degeneración de aquel hombre a quien Dios subordinó el mundo, a quien Dios creó y destinó a bienes tamaños. Harto sabemos nosotros que la causa es el pecado, por el cual se separó de Dios, su soberano Señor. Hubo filósofos que por un proceso natural llegaron a decir que las almas de los hombres, detenidas en esos cuerpos como en tétricas y malolientes mazmorras, expiaban sus grandes maldades. Lo que hemos de estudiar es si con la pérdida de aquellas facultades han retenido o han perdido el señorío de las cosas y el fin a que estaban destinados.

Retiráronsele las fuerzas y la celeridad en el conocer, también el poder de regir y a continuación la

obediencia de los subordinados y, por ende, asimismo el reino, cuyos instrumentos eran. En su cuerpo quedó como marcado al fuego el estigma de la rebelión primera, de modo que no obedecen a la mente ni el cuerpo ni las pasiones: pérdida grande y deplorable. Pero consuélanos de ese quebranto la esperanza del fin, que se funda en la facultad que le quedó para conseguirlo, pues en aquel pecado inicial en que el hombre, en cuanto estaba en su mano, se amputó de todo derecho al fin, a pesar de todo, Dios, compadecido de él, castigó a su Hijo; no lo desheredó. Con aquel su pecado primitivo perdió el hombre el señorío del mundo, pero, no obstante, Dios no le rechazó en absoluto del fin, objeto el más deseable. Por eso no le quitó los instrumentos o digamos el viático para llegar a él y le dejó tanta luz cuanta era menester para atinar el camino que derechamente le condujese a la felicidad. En ningún tiempo consintió Dios que el hombre quedase ciego y huérfano de aquella luz que El de su propia luz encendiese en el hombre cada día.

Jamás por jamás hubo nación tan estúpida y tarda ni hubo edad tan ciega y caliginosa en la que los hombres ignorasen aquellos principios morales cuyo conocimiento les hubiera conducido a la felicidad si los hubieran puesto en práctica. Por esto es que del Hijo de Dios, que es luz y sabiduría divina, se dice *que ilumina a todo hombre que viene a este mundo*.

Perdimos, pues, la hacienda y aun el dominio, pero por la divina bondad, o mejor, por la divina indulgencia, nos quedaron los bienes verdaderos. Para el conocimiento de las cosas de la Naturaleza nos dejó el tanto de facultad para alcanzar lo que era suficiente a defender esta vida, si bien con harto trabajo, con mucha diligencia y con muy intensa atención. No quiero con esto decir que tengamos que arrancar a viva fuerza las cosas del seno de las tinieblas, sino que nuestro ingenio se hizo tardo y más débil la fuerza de nuestra mente por aquella caída en el pecado y el apartamiento de la luz. No son las cosas las que están cubiertas de nubosidades, sino nuestras mentes, que están anochecidas.

A pesar de todo, no faltan quienes culpan a la Naturaleza de los vicios que son personales. Así y todo, con esa ignorancia no sufrimos el más pequeño quebranto por lo que toca y atañe a la perfección, que estriba en la consecución del fin, pues el conocimiento de las causas más amplio es hermoso verdaderamente y ocasiona un gran placer a vista del hermosísimo espectáculo, hasta el punto que Virgilio llama dichoso a quien pudo conocer las causas de las cosas. Este conocimiento es necesario en cuanto suficiente para disponer y conservar la vida o la virtud y la vida por la virtud; con lo cual parece que el mismo Virgilio atribuye la felicidad a la inteligencia de las causas; y añade: *Y que puso debajo de sus pies los miedos todos y el hado inexorable y el estrépito del avaro Aqueronte.*

De una quiebra tan grande, al género humano esto fué lo que le quedó. Mas ese conocimiento ansioso no es hasta tal punto necesario para llegar al fin que nos proponemos, sino que a menudo nos aparta de él. Son muchos los que, seducidos por el sabroso aliciente de escudriñar el *porqué* y *el cómo cada cosa se hace*, desvíanse del cuidado y del pensamiento de las cosas celestiales

y del culto de la virtud, mientras embebecidos en sus estudios, y como cautivos del canto blando de las sirenas, no tienen ocasión ni holgura para gobernar los pueblos ni aun regir sus casas ni ordenar sus costumbres, por donde se camina a aquella felicidad (y no hay otro camino) y abandonan las mayores y principales utilidades de la vida, mientras se entregan exageradamente a sus placeres no de otra manera que los que, por afición a los juegos y a los pasatiempos, se hurtan de los negocios, que importan más.

Acaso no faltará alguno que, como Aristóteles, diga que es connatural en el hombre este deseo de saber y de conocer el comienzo, el desarrollo, el resultado final de las cosas. ¿Pues qué? ¿Vamos a dejarlo malogrado y estéril? De ningún modo. Y diré más: porque no puede quedar frustrado totalmente y vemos que no puede tener cabal cumplimiento en esta vida, un filósofo tan grande como Aristóteles debió de colegir que después de esta vida quedaba espacio donde poder saciarse. Breve es ese plazo de vida concedido al hombre para que, durante él, con la práctica de la virtud, se ejercite y prepare para la felicidad de la otra, atento a ello exclusivamente, sin que otros cuidados le estorben; y si así lo hiciere indefectiblemente conseguirá aquello que desea. Cuando estaremos unidos con Dios y hechos, mediante el amor, como una sola cosa con la Divina Sabiduría, en quien residen todos los tesoros de la ciencia y el conocimiento, rasgada y desvanecida esa niebla que ahora la oculta, allí nos será permitido beber tan a placer en la hontana caudalosa y pura que el ánimo ávido de conocer fácilmente se hartará y saciará aquella sed devoradora; cosa que Sócrates enseña en el *Fedón* platónico y también Marco Tulio, que lo toma de Platón. Nosotros, mientras tanto transcurrimos esa vida, llámela cada cual como le plazca, peregrinación o destierro, hemos tomado nota de algunos extremos convenientes para esa jornada. Tiene en la actualidad sus ventajas inquirir sus razones y porque las tiene para nosotros, por ello se nos muestra más indulgente la Naturaleza, que siempre pone más a mano los objetos que son de mayor provecho.

De cada una de las cosas que los ojos vieron u oyeron los oídos o los otros sentidos conocieron, cada cual en su respectiva función, nuestra mente estableció preceptos universales, luego de haberlas comparado entre sí y de no haber observado nada en contrario. Muy a menudo estos preceptos son inciertos, pues las cosas están sujetas a las mudanzas de tiempos y lugares y sorpréndese con frecuencia la falsedad de averiguaciones que durante largo tiempo eran recibidas y gozaban de favor entre los eruditos. Pero fuesen ellas cuales fuesen, tenía interés humano el consignarlas y perpetuarlas por la enseñanza, pues más vale descuidar lo raro, que no anotar y no enseñar lo frecuente. Muchos hicieron sus aportaciones, cada cual la suya, y las depositaron en un acervo común, porque al colegir no nos equivocásemos, y no hiciésemos universal lo que sólo estaba abonado por uno que otro experimento. Puesto que el discurso del tiempo cambiaba las cosas, consultamos la antigüedad, que registró las observaciones que habían hecho nuestros mayores con sus experiencias. Demás de esto, porque no nos engañásemos con la varia naturaleza de los lugares, fui-

mos a indagar qué obra en cada lugar producía la Naturaleza y que nos revelase, por decirlo así, su propio milagro. Así que mendigamos unas migajas para sustentar esa pobreza y carestía, pues no hay afirmación menos verdadera que la contenida en aquel proverbio tan trillado en boca de algunos, a saber: *que entre todos se sabe todo.* Mejor se diría: *Lo que todos saben es una pequeña porción de las cosas que se ignoran.* Y dado caso que fueron muchos los que contribuyeron a sustentar esa misería, no hay ninguno que no inquiera algo para su uso o el ajeno, pues para aprender las disciplinas de utilidad práctica para nosotros, cada cual tiene fuerzas y determinada industria natural. Por eso es que deben sujetarse a un serio examen las palabras con que cada cual comunicó sus observaciones a fin de entender qué es lo que se presenta. Muy sabia precaución fué la de Dioscórides Cílice, quien al escribir la historia de las hierbas expresó el nombre de cada una en muchas lenguas, porque jamás se ignorase cuál era la hierba de que trataba y que en tanto grado era conveniente conocer.

Para esto, casi toda la fuerza del saber y del entender reside en las palabras, pues las palabras registran el sentido; y todo lo que cada cual alcanza con su inteligencia y su reflexión exprésalo mediante palabras, unidas hasta donde puede hacerlo, con la explicación de la naturaleza de cada cosa. Con suma diligencia, pues, hase de fijar la atención en la significación corriente; extremo éste que en todas las disciplinas da origen a muchas cuestiones enrevesadas, como es de ver en Aristóteles, Platón y otros grandes pensadores. Espero decir en otra ocasión la autoridad que debe dar el filósofo al consentimiento de los que hablan. Respete el filósofo el sentido corriente de los vocablos y discurra acerca de él templadamente, porque no parezca que se ocupa más de las voces que de las cosas, que es procedimiento harto ajeno de su profesión. Y entonces él, como cualquier otro, exprese lo que diga, hasta el límite de lo posible, con lenguaje y palabras usuales tomadas del vulgo. Esto impone la obligación de conocer exactamente el habla vulgar a quien, maravedís sobre maravedís, reúne un caudal, sea el que sea, o con gotas de rocío pretende llenar un vaso. Por eso, esta disciplina que al presente acometo tratar acomódase a los principios de todas las artes, porque ella estudia y explora las causas y orígenes de las cosas que las otras disciplinas admiten como principios inexplorados, puesto que no hay cosa anterior al principio. Hay más; el uso común desentraña las palabras que las otras disciplinas admiten de buena fe, como cubiertas por su corteza, nada medrosas del fraude. Pero esta que yo trato descubre el fraude si en alguna parte estaba escondido, puesto que las mira todas una por una. Y así es que las otras disciplinas piden prestados, digámoslo así, los cimientos de su edificio. Encima de esto, es apta para la vida práctica y para sentir y juzgar bien, entendido aquello que es del uso común de los hombres.

Finalmente, no establece reglas universales sin haber prestado toda la atención posible al artificio de la Naturaleza y tomados los experimentos como norma. Todo esto quiero que se entienda de la naturaleza de las cosas.

Penetramos en el conocimiento por las puertas de los sentidos; no

tenemos otras, encarcelados como estamos en ese cuerpo nuestro. Así como aquellos que en una buhardilla no tienen sino una sola ventana por donde entra la luz y por donde miran afuera, no ven más sino lo que aquella abertura les permite, así también nosotros no vemos sino cuanto nos lo permiten los sentidos, aunque oteemos el exterior y nuestra mente colija algo más allá de lo que nuestros sentidos nos mostraron, pero hasta el punto que ellos nos lo consienten. Empínase la mente por encima de ellos, pero apoyada en ellos. Ellos le abren el camino y no le dejan otro escape. Colige que hay otras cosas, pero no las ve. Por eso, lo que nosotros decimos que es o no es, que es esto o aquello, que es tal o cual, lo conjeturamos del parecer de nuestro ánimo, no de las cosas mismas, pues ellas no son para nosotros la medida de sí propias, sino que lo es nuestra mente. Cuando decimos bueno, malo, útil, inútil, no lo decimos objetiva, sino subjetivamente. A veces andamos tan a la zaga de nuestros sentidos, que, según a ellos les parece, nosotros sentenciamos, aunque la mente establezca lo contrario y Cicerón diga que no tienen existencia las cosas que no se pueden tocar o ver por más que las comprendan el ánimo y la inteligencia. Por esta razón debemos nosotros juzgar de las cosas, no por sus características, sino por nuestra estimación y juicio. No me allego yo bruscamente a la opinión de Protágoras de Abdera, que decía ser las cosas tales cuales eran juzgadas por cada uno. Con toda justicia le reprenden acremente Platón y Aristóteles. Los que sostenemos que nosotros decimos de las cosas a tenor de nuestro juicio no torcemos la verdad de las cosas acomodándola a nuestro juicio. Nosotros tenemos el conocimiento o el juicio de los sentidos, de la fantasía, de la mente.

Cosas hay que conoce la vista, como las coloradas y las luminosas; otras que son de la incumbencia del oído, como los sones; otras que afectan al tacto, como las calientes, frías, secas, húmedas, ásperas, lisas, duras, blandas, densas, sutiles; las hay que tocan al gusto, como los sabores, y las hay que al olfato, como son los olores. Las hay comunes a varios sentidos, como la grandeza, el número; bajo los cuales está lo unido y lo separado y de ahí, con relación al todo, la parte; a la unión ciertamente, pero no a la unidad, el reposo, el movimiento, la figura, que comprende el estado y disposición de las partes, como estar sentado, estar tendido, y las que son contrarias a la tiniebla, el silencio, y las que son asimiladas, como los colores del iris y los del cuello de la torcaz, que pueden decirse sensibles. La fantasía recoge algo de la unión de las cosas sensibles, que, por lo común, son éstas. En las sensibles, sin raciocinio alguno, aquello en que suelen estar; es decir, su sujeto, verbigracia: por el color, la forma, el estado, la figura, al hombre, al león, la cabra. Por eso se engaña por la semejanza de los accidentes, como los pájaros que fueron a picar las uvas pintadas, y aquel otro que descorría una cortina imaginaria, como si fuera real. Así que todos los compuestos naturales pertenecen a ese conocimiento. Asimismo, de ese sensible exterior colige su acción, como la oveja y el perro, por la forma, el maleficio o por la memoria o por un ciego estímulo de la Naturaleza que le es necesario. Demás de éste, el agente conoce por la acción, como por el calor al fuego, que podría

referirse al primero. Todas estas cosas llámense fantásticas; el hombre las tiene comunes con las bestias y por ello se engaña en ellas tantas veces.

Por lo demás, de las cosas que proporcionaron los sentidos y que la fantasía cambió y fabricó, aplicando el juicio, las hay que las halla fácilmente con una recta y breve argumentación, verbigracia: de la causa, el efecto; del efecto, la causa; de la acción, el fin; del instrumento, la acción; en una palabra: todo aquello que suele averiguarse, aplicando la materia de cualquier arte y ello en cosas que consisten exclusivamente en la obra de esa naturaleza exterior, que nosotros llamaremos *deprehendidas*.

Cosas hay que la mente ardua, levantándose por encima de los sentidos, con un osado golpe descubrió e investigó, tras luenga búsqueda, no sólo rectamente, sino oblicuamente y con ambages y rodeos, no ya que algo era, porque era algo y que algo no era porque algo era, y al revés. De este género son Dios, los ángeles, los demonios, el alma, la inmortalidad, la virtud, el vicio, la ciencia, la prudencia, la felicidad y todas las que no caen bajo la influencia de los sentidos, que llamaremos *indagadas o inquiridas*. Estas son naturales; es decir, que tienen su sostén en su naturaleza, no en nuestras inteligencias u obras. Nosotros también, en haciendo algo, hemos imitado a la Naturaleza. Excogitó nuestra mente qué haría con un fin determinado, buscó los instrumentos adecuados, utilizólos en su operación y en parte se detuvo en la forma y en parte, de ella, produjo la obra. Llámense todas estas cosas *excogitadas;* ellas abarcan las artes todas. todas las disciplinas, la administración de la cosa privada y pública, la geometría, la aritmética, la música; no las que consisten en la ejecución natural, sino en los humanos ingenios, que son más perfectamente conocidas de nosotros, cuanto más la mente se aguza y amaestra con la propia experiencia. Están estas cosas en la Naturaleza, pero de nosotros procedieron y sin nosotros son vanas y de nula eficacia, como tales. Las hay que son absoluta ficción nuestra, pero en la realidad, como el honor, la calamidad, la injuria, el ultraje, las cuales, si cesase nuestra persuasión, quedarían reducidas a la nada. A éstas llámeselas *fingidas*. Aquellas otras que nosotros hemos imaginado, pero fuera de la realidad, como las quimeras, los centauros; no les demos lugar ni orden alguno. Todo lo que hasta aquí hemos dicho toca y atañe a aquellas cosas que tienen realidad. Por lo que se refiere a lo futuro y a lo pretérito, cuando a ellos se aboca el alma, se sirve de la memoria en lo que pasó y de la perspectiva en lo que después se sigue: llamemos a esto último: mirado por delante (*prospecta*), y a lo primero: mirado por detrás (*respecta*). Baste por ahora haber expuesto así la universalidad de las cosas, pues quienes están en lugar oscuro, no se aventuran a definir y afirmar lo que son las cosas, sino lo que a ellos les parecen. Esta observación es útil para el ejercicio del conocimiento.

De lo mirado por delante decimos *que será;* de lo mirado por detrás decimos *que fué;* de lo restante se dice *que es*, porque, como ya dejé sentado, hablamos de la esencia de cada cosa para el examen de nuestra inteligencia. Cuáles y de qué modo sean cada una de estas cosas, lo explicaremos con mayor sutileza y delgadez a medida que

vayamos avanzando en esta obra, porque no todas las cosas pueden decirse de golpe. Poco a poco hay que ir limando las asperezas y hay que subir de lo inferior a lo superior, de modo que lo primero se enseñe rudimentariamente y luego, ya con más precisión, lo restante, no tanto cómo es ello en sí, sino cómo podemos nosotros entenderlo. Así como todos los bienes verdaderos están en Dios y en sus criaturas, lo están como en imagen reflejada de aquella realidad, así el ser verdadero está en Dios y de El se comunica a todas las otras cosas. Y éste es el primer don que Dios concede a la cosa creadora, y como el fundamento de todos los otros dones. Todas las cosas que El creó, de El recibieron el ser, de modo que en cierta manera y por modo grosero, puede definirse diciendo que *es lo primero que Dios da a todas las cosas que crea*. Como no hay nada que esté por encima del ser, todo está por debajo de él o, ciertamente, no hay cosa que esté más allá; y así es que nuestro entendimiento más fácilmente comprende el nombre que no explica la cosa, antes todas las cosas se explican por él o por una adición suya. El vocablo *ens* derívase de la voz *esencia;* el nombre de cosa (*res*) es más oído de las orejas latinas. Por eso, de esta significación general extiéndese a muchísimas otras y unas veces la voz *res* significa estado como *res* pública, privada, familiar; significa dinero, verbigracia: *Facis rem;* otras, asunto literario como aquello de Horacio:

Verbaque promissam rem non invita
[sequentur (1).

(1) Las palabras, ellas mismas seguirán la materia naturalmente.

Lorenzo Valla estudió la vastísima extensión que tiene esta voz latina: *De re morbi disserere* (tratar de la enfermedad); *res est tibi cum duro homine* (tienes que habértelas con un hombre de pelo en pecho); *res Apostolorum scripsit Lucas* (Lucas escribió los *Hechos de los Apóstoles*); *de re uxoria* (de cosas de la mujer); *de re rustica* (agricultura); *de re bellica et navali* (asuntos de guerra y de Marina). Y ya no es sólo la lengua latina en la que la palabra *res* toma tantas y tantas acepciones.

También las lenguas vulgares extienden fabulosamente lo que ella significa: cosa. Ciertamente que la voz *ens*, una vez que se le admita, expresa con mayor justeza la fuerza de su significado, como es para los griegos el *tó òn*, que Séneca se lamenta de no poder traducirlo por una palabra latina. Pero la voz *ens* sólo el uso puede vulgarizarla. Con razón Quintiliano reprocha a los latinos esta su tardanza en hacerlo. Sigamos, pues, declarando las formas y modos del *ente*.

A lo que está cubierto y revestido del *sensil* (*sensile*), razonablemente llamaremos *sensado*, como al varón con armas se le llama armado. Allí reside el *sensil*, y aquella masa exterior que el *sensil* cubre. Es necesario que sea algo íntimo, no accesible a la vista ni a ningún sentido de donde proceden las *acciones* y las *obras*, como en el hombre el consejo y la razón; en el árbol las hojas, las flores y los frutos; en el perro el ladrido y el instinto de perseguir la liebre. Si aquel *sensado* perece y en su lugar sucede otro, como cuando el hombre perece y queda el cadáver, y el árbol se seca y queda la leña, y la leña se reduce a cenizas, quedan todavía muchos de los *sensiles*, subsiste la

masa, compacta como antes o con la misma apariencia, cual en el cadáver, o esparcida, como en la ceniza y el humo; con todo, las *acciones* no son las mismas, y por ende no es el mismo el origen, y como la fuente de las acciones, es decir, aquella interior energía latente, pues en el cadáver la masa es la misma, y toda la apariencia exterior, pero no el sentido ni la mente, ni las acciones de antes. Toda la *fuerza* denúnciala la acción, como la *facultad del artista*, pues no vemos la energía, ni la facultad, ni la alcanzamos por ningún sentido, porque está como quien dice en el *sagrario*, en la más envidiable intimidad de cualquier cosa, donde no penetran nuestros sentidos embotados y groseros. Y es tan generosa y tan activa esta fuerza, como la masa en la cual reside es abyecta y perezosa; así que no puede ser conocida por ninguna acción ni obra que no tiene el inerte y perpetuamente apático. Encúbrenle los *sensibles*, que de alguna manera la ofrecen a la vista, como nosotros decimos ver al hombre, siendo así que no vemos más que sus vestidos. Por eso, con toda razón, pueden llamarse *especies* y *forma*, porque forman al informe, y *facies*, porque en cierto modo le hacen ser y sin los cuales parecería ruda y no acabada. Por lo demás, aquella naturaleza suya indolente y tal cual es, se comprende mejor cuando el estado anterior termina y surge otro nuevo, como cuando un buey perece o el fuego consume la leña, porque lo que al retirarse unas fuerzas y quedar sustituídas por otras le ofrece un asilo temporal, es esta masa que se llama *materia;* masa ingente y como los griegos la llaman *ile*, que viene a ser como una *selva* por todo el mundo difundida, de la cual, tomando partículas el Autor de todo, le añade aquella fuerza y así es como tiene existencia cada uno de aquellos seres tan hermosos y tan varios de que el mundo está ataviado: *hombres, animales, plantas, piedras* y *metales*. Dios creó aquellas fuerzas más excelentes, de las que dió alguna participación a cada uno, según su poder y su sabiduría; a unos más, a otros menos, conforme los hizo capaces de sus dones.

Nosotros, en asunto de tanta monta, iremos dirigidos hacia su inteligencia por *una imagen* o comparación. Así como los que van a amasar el pan añaden fermentos a la masa y los que van a heñir queso ponen cuajo en la leche, y según el pan o el queso que quieren hacer es la cantidad de fermento o cuajo que mezclan; y como son muchos los sellos que grabamos en la misma cera, así Dios utiliza esta masa, como el quesero la leche, como el panadero la levadura. Fermentos y coágulos tiene varios distribuídos en diversos recipientes; toma parte de la masa y añade una porción de fermento o cuajo. Aquellas partes de la masa a las cuales aplica fermento del mismo recipiente, tienen las mismas fuerzas, verbigracia: *dos hombres, dos caballos, dos árboles;* a quienes lo aplica de recipientes distintos, las tienen distintas, como *el hombre y el perro*. Aquéllos llámanse de la misma naturaleza y razón, y éstos, de varias. Esta diversidad, por tanto, nace de los fermentos, no de la masa; los fermentos son muchos y la masa es de una sola manera y no hay ninguna que no pueda recibir cualquiera *fuerza* y, debidamente *trabajada* y *preparada*, la recibe. Todas son igualmente inactivas e inertes los depósitos de tamañas fuerzas, de las cuales la experiencia nos enseña

cada día los azares, las muertes, los nuevos nacimientos. La materia, por más que sufra desgaste, de todos modos continúa y préstase fácilmente a esas mudanzas, de guisa que queda claro que provienen de un mismo origen las cosas que son de una misma condición. En este mundo, sublunar esto es fácilmente comprensible. Santo y bueno que haya quien dude de la materia celeste, puesto que no se ve que sea de la misma condición que la nuestra, que no es flúida, sinó firme y consistente. ¿Eso le viene de la forma y no de su condición y manera de ser? A no dudarlo, ninguno de los mortales podrá definirlo, puesto que no estuvo en el cielo jamás. No obstante, tienen para mí gran fuerza las palabras del *divino filósofo*, iluminado por la Sabiduría hacedora de todo, y llego a pensar que es de distinta naturaleza, pues así comienza Moisés el libro de los orígenes del mundo: *En el principio creó Dios el cielo y la tierra.* Esa distinción parece señalar dos condiciones y características de la materia, no dos esencias de cuerpos. Añade Moisés que la tierra era vacía y caótica y envuelta en tinieblas. ¿Qué podría decirse más significativo de la materia de aquellas cosas sujetas a generación y muerte? Es fluctuante, informe, tan tenebrosa, que no puede verse; se le añade presencia y rostro, se le da forma, se la imprime sello. Estos son *los dos pedazos* con los cuales Dios aglutina o, mejor, combina y mezcla todas las cosas dotadas de sentidos.

Por eso se dice que son sus principios. Yo no veo qué sea necesaria aquella privación aristotélica ciertamente no más que la noche y el día. Es el caso que Aristóteles, por no disentir en absoluto de la opinión de los antiguos que hicieron antagónicos los principios de los seres mixtos naturales, agregó *la privación*, a saber: la *fuerza que se aparta,* como principio de la materia y fuerza subsiguiente; y eso que acostumbra separarse del parecer de los filósofos antiguos con excesiva timidez. Pero no puede ser principio de una cosa con la cual está en pugna y a la que ocasiona estorbo. Y no de otra manera de la privación nace la fuerza subsiguiente, que los juegos gímnicos de los juegos olímpicos, el día de la noche y todo lo posterior de lo antecedente, dado que él mismo reconoce que el día no es propiamente generación. Dígaseme: ¿por qué razón los compuestos de la Naturaleza deben ser producto de elementos contrarios y no de elementos concordantes? Si es obligada la contrariedad, esto es, la diversidad, tan diversas son la materia y la fuerza como dos fuerzas. Cuando es una la materia de todo, no puede de ella tomarse la diferencia de que las cosas sean tales o cuales. Por sus fuerzas sí que hay variedad en las cosas y en sus denominaciones. En los nombres de las cosas, unos significan la esencia de la cosa; otros, la afección, su manera, su estado, las modalidades que dan al ente otro nombre distinto del que le tocó por su esencia. Pongo por ejemplo: si a esa materia se le infunde la fuerza de nutrir y echar hojas, flores y frutos, hácese *árbol,* que es el nombre de su esencia. Si el árbol es bajo, colorado, verde, blando, espinoso, estos nombres indican modalidades de la cosa; ni la altura del árbol ni su color le darán otro nombre que el debido a la razón de su esencia. Estas modalidades y afecciones de las esencias son las que nosotros, con nombre vulgar,

llamamos *accidentes*. Pudieran igualmente llamarse *accedentes, adjuntos, anejos, adherentes* o *inherentes*.

Pero esos accidentes no mudan la *esencia* de la cosa, a la cual se adhieren y en la cual prenden esos adjuntos que en ella se apoyan como en su fundamento primero, y que se llama *sustancia*. Esta sí que recibe esos adherentes y los cambia o podría mudarlos ciertamente sin menoscabo suyo, al paso que ella a ninguno está adherido. Esos anejos permanecen siempre en aquella sustancia, a la cual se asieron una vez y no pueden salir de ella sin morir en el propio traspaso. Y aún diré que esos mismos accidentes dan fundamento los unos a los otros, como el *cisne a la blancura, la blancura a la extensión y a la densidad;* mas el fundamento primero y de todos es la sustancia, llamada así porque sustenta a los otros. Estas dos cualidades andan tan implicadas entre sí, que ni puede hallarse el accidente separado de la sustancia en el estado actual de la Naturaleza, ni la sustancia desnuda de accidentes; es decir, sin alguna modalidad y razón, por la cual se mantenga. Por esta causa fueron muchos los que se preguntaron: *Si la sustancia y el accidente son distintos, si no en el lugar, al menos en las esencias, como en un paño mojado, en que a una de las dos cosas le llamamos paño y a la otra humedad*. No faltaron quienes dijeron que no eran dos cosas; otros distinguieron y con una lista interminable de adherentes abrumaron no la Naturaleza, sobre la cual no tenían ningún dominio, sino el ingenio de los discípulos. Otros introdujeron determinadas separaciones, verbigracia: los colores y los sabores; otros hicieron al revés, estableciendo determinadas unificaciones, como el movimiento y la figura con una harto difícil discriminación. De esta manera, la cuestión se escindió en varias sectas y fué tratada por la pasión, no por la ciencia, que en tal asunto no puede haberla, pues sustancia y adherente son dos cosas implicadas tan indisolublemente que no sólo no pueden desdoblarse por el sentido, pero ni siquiera por el pensamiento, de manera que la imagen separada de una y otra puede ser comprendida por nuestro ánimo, tan gran creador de imágenes, porque nuestra mente, encerrada en ese cuerpo, no alcanza la imagen de la sustancia desnuda de accidentes.

Con todo, para nosotros, todas las cosas son comoquiera juzgamos que son cosas de la Naturaleza o sus modalidades; y los adjuntos, o algo diferente de la sustancia o alguna razón y afección suya. Así como Dios *es* verdaderamente y todas las cosas que creó, comparadas con El, *no son;* así también, entre las cosas creadas, sola es, y muy justamente con voz griega, llámase *osía*. Los adherentes tienen una muy débil participación de la esencia que deben a la sustancia, ora sean cosa diferente de la sustancia, ora no lo sean, pues de cualquier manera que las cosas se miren, nada importa a nuestro propósito ni a la sustancia; y al inherente se atribuye la entidad de otra manera que la denominación de hombre a ti y a tu imagen pintada en una tabla. De las sustancias, la materia *está muy próxima a la nada*, como dijo San Agustín, porque por ajeno don recibe la apariencia y la conoscencia; es decir, gracias a aquella fuerza de la cual dijimos que convenía fuese tal que pudiera acoger cualesquiera fuerzas viles, medianas, excelentes, no de otra

manera que el ojo está libre de todo color para recibirlos a todos y el oído lo está de todo sonido exterior, por no excluir ninguno, pues si los poderes están impregnados de *alguna energía*, ella, la materia, para con la menor se mostrará altanera y para con la mayor se mostrará tacaña y contumaz. Llámase materia por la razón de que la materia es aquello en que cualquier operación se ejecuta; todo cuanto hace actúa cerca de algo y en aquello quiere completar lo que se propuso. Así, para el herrero, la materia es el hierro y para el carpintero, la madera, y para el médico, el organismo humano, y para el orador, las palabras y las ideas; materia de alabanza es la fortaleza, y de vituperio, la apatía; materia del libro es el asunto sobre el que trabajó el escritor; Clodio es la materia de la gloria de Milón, y Veyes, materia del triunfo final de los romanos, con quienes sostuvo catorce guerras distintas.

De toda *materia* con el aditamento congruente de *acción para algo* nace *aquello* de lo cual la materia es una parte, y aquello que se le agrega de otra acción, pues Clodio, materia de la gloria de Milón y la fortaleza, materia de la alabanza son tales, porque *de Clodio* y de la *acción de los hombres*, a saber: con aquello que los hombres sienten y hablan de él, redunda gloria sobre Milón: de *la virtud*, y el concepto en que los hombres la tienen, resulta alabanza. Ni Clodio entra allí ni la virtud entra no por otro motivo sino porque son materia. No son las cosas precisamente la materia de la alabanza o de la gloria, sino que están en las mentes de los hombres. Estas cosas se dicen metafóricamente, bien así como las imágenes reciben el nombre de aquello que reproducen, como cuando decimos: *Escipión siempre andaba en la boca...* Por lo demás, las que sin metáfora constituyen la cosa, son propiamente la materia de ese propósito, a saber: las naturales, de las que subsiste algo con la accesión de aquello que con la acción se pretende y en ellas se verifica la acción del agente, como en el hierro y en la madera. Las otras, con mayor propiedad, son objetos a los cuales se endereza la acción; con todo, el uso a las cosas análogas las hizo unas como en otras muchas. En ello debe muy seriamente parar mientes el estudioso, porque su juicio no se perturbe. Este mismo uso dió el nombre de materia a aquello de lo cual partía algo, y así dijo *que las riquezas eran materia de ruina; que Helena era materia de guerra.*

Aquello que por la acción de Dios se añade a la materia, es de dos maneras: interno y externo; lo externo es, como dije, la apariencia y el semblante; lo interno es la fuerza y la facultad para obrar. Pero ésta no es simple, pues la una viene a ser la principal y como la *artífice;* la otra, instrumento del artífice, pues todas las cosas que actúan necesitan instrumentos, excepción hecha de Dios. Y, en efecto; en el ser animado el alma es el artífice de todas las funciones de la vida que, no obstante, desempeña por *el calor*, por *la humedad*, en los órganos del cuerpo, como *el estómago, el hígado.* Estos instrumentos tráelos consigo el artífice en el cuerpo, como el pintor trae su pincel, el artesano su sierra y su escoplo.

Con justeza Cicerón denominó aquella *fuerza* principal y *obradora efección;* Aristóteles, *acto;* esto es, *energía.* No porque mediante ella lo que en *potencia era esto*, sea *en*

acto esto, pues no se hace *en acto hombre* lo que antes era *en potencia hombre;* quiero decir, materia aderezada y apta, aun cuando en tal cosa acaso fuera menor el absurdo, sino ciertamente que lo que era en *potencia para esto* tórnase realmente *en esto*. La escuela de los filósofos modernos, con voz por ellos admitida, dan el nombre de *formas* a la *efección*, a la *apariencia y semblante*, a los *instrumentos* y a casi todos los *adherentes*. No conviene en esa disciplina lidiar por cuestión de palabras siempre que se entiendan las que se usen. Definen ellos la forma como la que da el ser a la cosa y en él la conserva.

Casi todos los accidentes comunican alguna razón de esencia a la cosa, sea sustancia o accidente, pues así como por su efección racional el hombre es hombre, así por el verdor el paño es verde, por el calor el agua es caliente, por la paternidad el hombre es padre; y como hay fermentos de cosas esenciales, también los hay de los adjuntos, por manera que lo que tienen del mismo fermento de *verdor* o de *calor*, son de la misma condición y naturaleza y (según acostumbraron hablar los filósofos) de la misma *especie y forma*, aun cuando la *efección y el acto esencial* son más semejantes al *fermento*, al *cuajo*, y el *adherente* se parece más al *sello impreso*. Tiene ciertamente la efección para con la materia una cierta imagen de lo que dijimos de los adjuntos, pues parece que está pegado a ella y no se separa; más adelante diré cuál es la que se separa. Hay más: la materia cambia las efecciones; empero la sustancia es más y más verdaderamente efección que materia, pues si el accidente es accidente por aquello de que hay accidentales, ¿no habrá acaso sustancia por la razón de que hay accidentales? Por el verdor, la cosa es verde; por el alma racional, la cosa es hombre. Si, por ejemplo, el calor y el frío fueran la efección, el hombre no se diría hombre, diríase caliente o frío. Perecerían las denominaciones de sustancia que nacen de la efección, no de la materia, por la cual nada es esto ó aquello, o de ese modo y el otro. Jamás la materia bruta produciría tantos efectos como ni tampoco el inherente a una sustancia ternísima y tan próxima a la nada. Queda, pues, en pie que lo que obra es algo distinto de la materia y de los adherentes que no tienen fuerzas para producir obras tan grandes; es decir, queda la sustancia. Los accidentes son cosas livianas; y esas obras son grandes, sólidas, muy superiores a la posibilidad de los accidentes. Aquello que es hecho no es mayor ni más excelente que su causa principal; ni los accidentes son artífices, sino que se ofrecen a los artífices. Pero ¿a qué artífices? No a la materia, que es inactiva y no sólo inadecuada a la acción, sino que la perturba y la estorba con su desgana y su pereza; y no porque coloque uno los inherentes de un diamante en un trozo de madera, el diamante se convertirá en madera y tendrá las mismas fuerzas.

Cada día experimentamos que entes diversos con los mismos adjuntos producen efectos diversos y muy desemejantes, no ya solamente los que tienen adherentes torpes y como aletargados, sino los que los tienen vívidos y activos y que reciben el nombre de primeros. Me refiero a la humedad, al calor, al frío, de los cuales, como de sus padres, salen los otros. ¿Y qué más si los entes naturales prontamente cambian los adjuntos, aun en su in-

timidad, no solamente en su parte externa y no por ello la esencia varía, como los animales todos, según la edad, las comarcas, el régimen alimenticio, las enfermedades que sufren bravas mudanzas y perseveran en su misma forma o efección? El agua, cuando hierve, ¿deja por ventura de ser agua? Como ni tampoco si a uno se le ocurre aplicar a un caballo de cera todo el calor y la humedad y todos los demás adjuntos, en el mismo grado que los tiene un caballo real, será por eso caballo. Quisiera que se me dijese: ¿Cuánto calor y cuánta humedad bastan para hacer un asno? ¿Cuánto para un caballo, una raposa, un perro, un león? Los mismos sentidos repudian esos absurdos. Proceden no de otra manera que los que atribuyen a los instrumentos la obra toda, si no ven al artífice. Muy sabiamente Aristóteles pregunta a Empédocles qué cosa es la que en la materia contiene y retiene adjuntos tan varios y tan refractarios entre sí, si no es la fuerza de la forma. Por otra parte, ellos, por sí mismos, no subsistirían, porque por su contrario empuje, cada uno se separaría del otro, especialmente cuando vemos que mantiene una cohesión violenta e ingrata. Luego tienen alguna mezcla natural, que no es por la material, que es casi nada, ni por el accidente, que aún es menos, sino por la forma que entre esas cosas inferiores es lo más grande y acaba y perfecciona aquello a que se agrega. Por todo esto, la sustancia es forma, y por ello solo existen los nombres de sustancia. Por cualesquiera otras causas, son accidentales, aun por partes, como frondoso, musculoso, grueso, y por acciones, si bien íntimas a la efección, como viviente e inteligente, que significan acto o realidad y no facultad aparejada y dispuesta para eso.

Por todo esto se dice vulgarmente y con no mucha exactitud que la planta no siente por la densidad de la materia, porque las efecciones de la esencia no nacen de la afección de la materia; más aún: no hay hierba alguna que no esté más enrarecida que cualquier cuerpo humano. En la materia está la *efección* con tal manera de conexión, que no disponemos de símil alguno que pueda dar una idea justa, si ya no es la del agua en la masa de la harina. Ni el acto se adhiere a la materia, como el accidente y su nombre propio es este de adherir; empero, la efección no se adhiere, sino que se *inhiere* o, mejor, está en ella (*inest*), puesto que está en su intimidad. Por cualquier lado lo mires, los accidentes están adheridos a la superficie, aun aquellos que parecen estar clavados en lo más oculto, pues si se descubriera lo que está cubierto, como el calor en las entrañas, hallaríase que es un adjunto que está en la más somera superficie, no de otra manera que las letras en un libro cerrado o el agua en una esponja o en un paño. Y así como las efecciones en sí mismas carecen de materia, así también fueron creadas por Dios ciertas esencias, más aproximadas a la divina Naturaleza, pues las efecciones parecen casi que se extienden por el cuerpo, cosa que demuestran las plantas y ciertos reptiles anillados, los cuales, si se parten, cada pedazo tendrá vida autónoma. Mas aquellas otras esencias no pueden extenderse ni pueden difundirse en ninguna materia, porque rehuyen toda masa. Nosotros los llamamos espíritus, porque entre aquellos cuerpos que están debajo del dominio de nuestros sentidos no hay ningu-

no más tenue que el *espíritu*. Por eso hemos trasladado allá ese nombre, para denominar aquellos seres que no tenían nada de craso, nada de extenso, bajo este concepto semejantes a Dios, que carece de todo cuerpo y de toda mezcla, pues si aquella santa e inmortal Naturaleza tuviera alguna corporeidad como el hombre, ya no viviría por sí, sino por otro, a saber: el ánimo, y algo habría en El de imperfecto que iría a buscar a otra parte su virtud y su cumplimiento; es decir, el cuerpo lo pediría prestado al ánimo. Y así como el hombre es eso, es hombre, no por la materia, sino por el ánimo, así también Dios recibiría su nombre del ánimo y habría en Dios un algo que no sería Dios. Diré más; sería formado de aquellos elementos que no son dioses como el hombre lo es de aquellos que no son hombres. Si tuviera otro linaje de concreción y de cuerpo, quedaría constituído de pequeños dioses aquel Dios máximo, no de otra manera que toda el agua queda formada de partículas de agua. Mas el ingenio humano, por poco esfuerzo que ponga en remontarse, guiado por la luz de la Naturaleza, fácilmente colegirá que existen espíritus creados por Dios, de muy diversa condición de esos otros cuerpos que caen bajo la jurisdicción de los sentidos.

Dejo de decir que para ese magnífico atavío del mundo cumple que existan algunas sustancias que tengan corporeidad que afecte a los sentidos y otras, exentas de ella, como sola la mente. Pero así como hay algunas cosas creadas muy desemejantes de Dios, como las que vemos y palpamos, así también es razón que las haya, que le sean semejantes en simplicidad de naturaleza. Y como Dios, siendo de una sola manera y sin mezcla alguna, con todo parece de alguna manera unido con el mundo cuando lo gobierna, y en cierta manera, disociado del mundo, cuando lo consideramos en sí, sin el mundo, también cabe contemplarle rigiendo el mundo y confiriéndole incolumidad con su presencia, igual al mundo, y sin la administración del mundo, anterior al mundo. Así conviene también que haya dos géneros de espíritus, uno mezclado con el cuerpo, que gobierne el cuerpo y le comunique vida y salud y sea igual al cuerpo; y el otro no mezclado con el cuerpo y anterior a todo cuerpo. Y así como Dios en aquella su simplicidad contiene en su mente y en su inteligencia todas las cosas, así también conviene que existan cosas creadas por El que puedan, de alguna manera, abarcarlas todas con el alcance de su inteligencia. En este orden de las obras de Dios, puesto que aquellas que vemos son tan desemejantes de su Autor, es razón que no falten algunas que más se le asemejen. De ahí es que la mente, para que todo quede satisfecho y cumplido, requiere también aquella semejanza que la haga una con El, de modo que ya no pueda decirse que es obra suya, sino que es El mismo. Vemos que son tantas las criaturas tan remotamente distanciadas de El, que es menester que haya alguna que le esté unida muy estrechamente. Ni es bien que haya algún lugar en ese espacio o digamos orden de las cosas creadas por Dios, que quede vacío, porque la Naturaleza le tiene horror, ni tampoco lo consienten la sabiduría y el poder del Hacedor; vacío, digo, no de cosas, sino de la similitud y conformidad de las cosas con el que las creó. Pues bien: la mente, partida de Dios para la mera y desnuda

materia, iría a parar en un grandioso local vacío de espiritualidad. ¿Y qué más, si con ello se hubiera dado amplia satisfacción al conocimiento y juicio de los sentidos, pero muy escasa al juicio de la mente? Los sentidos tendrían lo suyo, lo apropiado a su comprensión, y la mente, en cambio, no tendría poder alguno ascensional sin los sentidos.

Desués de esto, yo quiero que se me diga: ¿Cuánto es, en fin de cuentas, lo que el ingenio humano puede alcanzar? ¿Cuál fué la causa de la creación del mundo? Y ¿cuál la finalidad de fábrica tan enorme? Ora fuese el mundo creado en algún principio del tiempo, ora fuese eterno; luego al punto voy a hablar de eso. Los pitagóricos y Platón dicen que la causa fué la bondad de Dios. Siendo Dios bueno y siendo condición del bueno no escatimar nada a nadie, quiso no ser El solo quien gozase de su bienaventuranza, y creó otros seres a quienes comunicarse. Aristóteles siente que el Príncipe de la Naturaleza se comunica a todos, a los unos más y con mayor evidencia, y a los otros menos y de una manera más oscura. Vemos que todas las cosas, en cuanto se lo consienten las fuerzas de la Naturaleza, se levantan a la imitación, a la semejanza y a alguna si bien menguada participación de la perfección eterna e infinita de su tutor; cierto que unas más que las otras, según el grado de poder ascensional que consiguieron. Vemos asimismo cómo todas las cosas, cada cual a su manera, levantan a El sus ojos, le admiran, le aman y demuestran, con los indicios que pueden, el ansia de unirse con El. Y si El quiso seriamente y de buena fe comunicarse a sí mismo y su bondad indecible, necesariamente tuvo que crear algunas a quienes se comunicase por manera más generosa y perfecta que a estotras que caen bajo el imperio de los sentidos. Así como es muy débil y casi nula la comunicación de las cosas inertes y que se quedan para siempre detenidas en el sitio de su naturaleza sin mente y sin sentido, ¿cuál es la comunicación de los brutos? ¿Cuál la de los hombres mientras estén en el encierro de ese cuerpo? ¿Este es el objeto de la construcción de máquina tan grandiosa? La rotación de los astros y del cielo, obedientes a una ley tan fija. ¿Y después que acá abajo naciese todo y se alimentase y creciese proporcionalmente y que poco a poco cobrase vigor y que insensiblemente decayese y feneciese? Esos movimientos, impuestos a los cuerpos más grandes, las alternativas de su orto y de su ocaso; esta que San Pablo, gráfica y certeramente llamó vanidad, a la cual está sujeta toda criatura en ese transcurrir de siglos, ¿qué fruto o qué deleite pueden aportar a la sabiduría y a la gravedad de Dios, cuando no los aportan, entre nosotros, a ningún varón prudente y no quiera ningún hombre cuerdo hacer nada por recabarlos, cuanto menos Dios con aquella su sabiduría y la infinita alteza de su mente? Luego debemos concluir que para la verdadera y justa comunicación de sí mismo creó indudablemente algunos seres que, en primer lugar, pudiesen entender quién y cuán grande es, y por esa inteligencia, amarle, y por el amor querer unírsele, y de esa conjunción y unión ser participantes de sus bienes inmensos y participioneros de su bienaventuranza imperecedera.

A los seres que creó para ese alto destino, los creó tales cuales convenía que fuesen para conseguirlo; para la inteligencia de lo inmate-

rial, inmateriales, activos y de mente rápida, porque el embotamiento propio del bruto no penetrará jamás cosa tan sutil; para la unión con el Ser simplicísimo, simples; y con la suma Bondad, buenos. ¿Cómo no siendo así podrían unirse extremos tan desemejantes, singularmente siendo la unión por amor, que jamás une seres dispares?

Porque la similitud es la residencia y la sede del amor, y la desemejanza lo es de la antipatía y del odio.

Allende de esto, si una vez que se hubiera catado esa felicidad, se acordasen los hombres de que eran mortales y que algún día iban a ser privados de tantos bienes, mezclaríase con el soberano goce una desazón amarguísima, en tal grado, que la bienaventuranza desaparecería. Por esto mismo, a quienes crió para el amor y la unión consigo y les hizo capaces de su felicidad, también les otorgó la inmortalidad, ya porque convenía que fuesen tales los que entendiesen al Inmortal y con el Inmortal se uniesen, recibidos en su amistad, ya porque la memoria de la muerte les estragase y corrompiese aquellos gustos cuando con ellos se saboreasen.

Por todas estas causas y razones, es menester que existan algunas mentes partícipes de la intelección, simples, libres y exentas, naturalmente, de todo cuerpo, a quienes el amor de su Autor las haga buenas y se unan con El en la bienaventuranza para vivir por toda la eternidad. Cierto que nuestra mente no puede siquiera imaginarse cómo pudo hacerse de otro modo. A ésos, como ya dije, los llamamos espíritus. Entre ellos, los primeros, por razón de su cometido y misión, se llaman ángeles, de los cuales se sirve Dios para el gobierno y misterio del mundo, simplicísimos, y, por ende, agilísimos, sapientísimos, bonísimos, fortísimos. Tales conviene que sean los criados de Dios para las más importantes funciones. Iguales a éstos, por origen de naturaleza, hay algunos, pero desiguales en condición, porque se separaron de Dios; por eso se llaman desertores y tránsfugas y no cesan de importunar a los hombres para que también deserten de Dios, aunque, indudablemente, el pecado les rebatió las fuerzas y embotó su agudeza natural, como pasa con los hombres.

En segundo lugar, están nuestras almas, inferiores a los ángeles en excelencia de su naturaleza, puesto que del hombre se dice en el salmo: *Hicístele poco menor que los ángeles*. Es cierto que estos espíritus, por decirlo con un vocablo griego que otras veces usé, son *usías*, pues como sean más excelentes por su condición y naturaleza, ciertamente no serán algo menos que ellos. Puede preguntarse también si son sustancias de los accidentes. Estos entes tienen ciertas afecciones de un modo peculiar suyo gracias a las cuales entienden, juzgan, quieren, no quieren y se están asidos con ellos según la condición de su naturaleza, no de otra manera que los sensiles lo están a los sensados, es decir, por la parte de afuera, como si nuestra alma o el ángel pudiera hacerse cuerpo. Así habría en él como en nosotros aquellos adherentes que caen bajo los sentidos. Pero lo que no ha llegado a saberse de los sensados si sus sentiles y demás anejos se distinguen de ellos realmente. Cosa es ésta que tampoco está averiguada en los espíritus. Nosotros seguiremos hablando de ellos en el mismo lenguaje figurado con que empezamos. Un problema: ¿Cuántas son aquellas mentes que

nosotros llamamos ángeles? Aristóteles contó cincuenta y cinco, movido por el huero cálculo de Eudoxio acerca del número de los mundos; pero deben de ser muchos más, atendida la administración de reino tan vasto y tan vario, vistas la majestad de Príncipe tan grande y la comunicación de la felicidad divina y eterna, que fué la causa de la creación del mundo. ¡Con cuánta mayor verosimilitud y verdad aproximativa insinuó su número Daniel, que vió a Dios sentado en su solio! *Millares de cuentos de espíritus*—dice—*le servían y miríadas de miríadas le asistían.* Cristo, Señor de ángeles y hombres, dice que, preparadas por el Padre, tiene diez legiones de ángeles, si los pide, para que el hombrecillo se avergüence de resistir a Aquel cuyas órdenes ejecutan dócilmente huestes tan aguerridas y copiosas, con quienes no tienen todos los ejércitos que en el mundo han sido posible comparación ni en sabiduría ni en pujanza.

Los entes todos, ora sean sustancias, ora sean adjuntos, unos van paso a paso a la esencia y otros inmediatamente, y de un golpe consiguen toda la esencia. El hombre, los animales todos, las plantas, las piedras, los metales y, en general, todos los que tienen alguna masa, hácense y se desarrollan poco a poco, y lo mismo sus inherentes, que son de la incumbencia de los sentidos y todas las otras cosas de modo idéntico, como las artes, la prudencia, las virtudes y los vicios. En cambio, reciben simultáneamente todo su ser porque, como los ángeles, carecen de masa nuestras mentes, y de los inherentes, que no tienen partes, no se dice que crezcan ni disminuyan. De las cosas que existen, las unas tienen a la vez y en el mismo instante sus partes todas, como la piedra, el hombre, el verdor; otras, déjanse llevar como de una corriente fluvial, verbigracia: el movimiento y el tiempo, que nunca están en su totalidad y dícese que en cada parte de sí, como la hora, el año. Mas *en aquellas cosas* que, poco a poco, van como emergiendo a esa luz vital de la Naturaleza, las hay que tienen el término de la Naturaleza, y las hay que el nuestro. Al hombre y a las cosas naturales, la misma Naturaleza les fijó el término. Así que llegaron a él reciben el nombre de su esencia, verbigracia: recibe la denominación de hombre el que antes había sido embrión, o de cadáver, el que antes fuera hombre, o de ceniza lo que antes era leña y de fruto lo que antes fué flor. En esas cosas hay términos fijos y puntos determinados, antes de los que todavía no es *esto*, pero tan pronto como tocó esa meta, ya es *esto* en todo lugar, en todo tiempo. A las cosas que nosotros ignoramos, pusímosles límites, y esos límites son: muchos, pocos, grandes, pequeños, largos, breves, anchos, estrechos; en una palabra: lo que consta de número y magnitud. Eso lo medimos por nuestros juicios, como aquellas otras invenciones nuestras: claro, oscuro, rico, pobre, que también se refieren a cosas anteriores, medida, masa, número. Cualquiera medida no es de la cosa, sino del ánimo que la mide, puesto que nosotros determinamos las cosas más grosera y burdamente que la Naturaleza. A unos y otros, las cosas les parecen diferentes, y no hemos podido sentar nada admitido por la unanimidad de todos, por la variedad de pareceres en el linaje humano.

Así que es difícil decir con qué término indivisible algo se dice

grande, en qué término pobre, en qué término rico, en qué término montón, ejército, mies, río, de modo que por encima de él ya no haya más y por debajo de él todavía no sea *esto* y, finalmente, en todo lo que consta de las cosas que dije, mucho, poco, grande, pequeño y así por el estilo, que está puesto en nuestra estimación. En este punto no hay que señalarnos una meta indivisible, que ello es cosa de la Naturaleza, sino que el límite es ancho, en que aquella cosa sea *esto*, y encima y debajo no lo sea, como en el *montón* de trigo no hay que proceder por granos, como hacían las espinosas cavilaciones de los estoicos y los académicos, ni en el *pueblo*, por cada uno de sus individuos, sino en aquél por algunas medidas, y en éste, por cincuentenas o centenas. Así que a un juicio craso deben presentarse objeciones crasas para que las juzgue, y en aquella amplitud tan grande quede comprendida tanta variedad de juicios y pareceres. Cualquiera cosa, una vez que avanzó hasta el término de su esencia o de su naturaleza o de nosotros, es lo que consigue el nombre de su esencia, como hombre, piedra, prudente, bueno, rico, montón, pueblo, blancura, verdor; es ser *esto*, y en él no recibe más ni menos, de modo que en un tiempo sea más *esto* que en otro tiempo. De dos hombres o de dos verdores, el uno no es más hombre o más verdor, o lo es menos. En los accidentes, empero, que son susceptibles del más y el menos y que ya dijimos que crecían y disminuían en relación con la sustancia, hay más y menos, como en lo blanco y en lo verde. Los apósitos de la sustancia pertenecen a los accidentes, como humano, como manso; marmóreo, como que contiene mármol; como blanco, que tiene blancura; el uno lo es más que el otro. Mas si alguno estudia la razón de la esencia en lo blanco, en lo justo, más que la inherencia en el sujeto, ninguna cosa justa es más justa que otra, ni tampoco lo es menos, sino que por el sujeto, en quien está adherida la justicia, para éste lo es más y para aquél lo es menos. Pero cuando el más y el menos se toman por más *preferible*, o más *semejante*, o más *cercano*, o los nombres de la *sustancia* se toman por accidentales, entonces esos adverbios pueden unirse a la esencia.

Los griegos son más hombres que los escitas, no por la esencia de la humanidad, sino por sus actos, como si uno dijere: *Tienen más hombría, valen más por su ingenio y su razón y por todas aquellas cualidades que avaloran al hombre.* Así este verdor es más verdor que el otro; esto es, tiene más prestancia, más brillantez, más viveza, alegra más la mirada, y así por el estilo. *Las amazonas son más hombres que los frigios;* es decir, tienen obras y arrestos más varoniles; es más ciudadano el nativo que el adoptivo, porque es más distinguido y considérase que cumple más sus deberes de ciudadano. El cocodrilo es más serpiente que pez; es decir, se le asemeja más; el ladrillo cocho es más piedra que cuando está crudo. Todo esto se refiere al accidente, a la acción que se manifiesta o a algún inherente oculto, aun cuando por la vecindad del primer y verdadero ente, los hay que pueden decirse más o menos entes, como luego quedará demostrado. *Las fuerzas y las facultades* que Dios atribuye a los espíritus, o a las efecciones o formas, o a los adherentes, a todo, en una palabra, para obrar sobre lo otro o para recibir en sí las accio-

nes de lo otro, denomínanse *naturalezas*. Así que la *Naturaleza* no es otra cosa sino la *fuerza índita* por Dios en cualquiera ser para la actividad, para la pasividad, como la naturaleza del fuego es para calentar, y la de la estopa la facilidad, y la del hierro la dificultad de combustión. Y puesto que esas fuerzas les son infundidas por Dios, son de la incumbencia de su voluntad, cuyas causas son de nosotros ignoradas, aun cuando son poderosísimas, son sapientísimas, son justísimas.

Hay algunas naturalezas menores o privadas, y otras mayores o públicas. En cada cosa, su propia naturaleza está puesta en la efección o forma. Hay una cierta fuerza en el cielo; hay una fuerza esparcida por el todo, quiero decir, determinadas leyes ya originariamente sancionadas por Dios. Ella es común que enlaza y abraza las que son propias, de modo que con ellas, como con otros tantos miembros, con una maravillosa conexión se forma como un solo cuerpo y las alienta y ayuda con sus mayores fuerzas, como un buen príncipe a sus vasallos, o como un padre a sus hijos cuanto le es posible, y en cuanto las menores se acomodan y prestan a ello. De ahí nace en cada una un indecible amor para con ella, hasta tal punto que se dejan a sí mismos si así conviene a la naturaleza pública. Así que no subirá el aire ni descenderá el agua, porque no se produzca vacío, del cual la Naturaleza siente horror; y los miembros de nuestro cuerpo, siempre que mantengan su integridad, ofrécense al peligro por impulso natural para socorrer a todo el cuerpo. Esto es una no liviana demostración de que la salud pública debe ser más antigua y tener preferencia sobre la privada, por cuanto la salud personal está contenida en la común, cual acontece con los que van a bordo de un mismo navío. En todas, la Naturaleza depositó este principio: *que no hay cosa privada que quede en salvo, si anda mal la cosa pública.*

Pero expongamos con un símil más asequible y claro cómo sea la Naturaleza. Debemos considerar que la Naturaleza toda fué aparejada y organizada por Dios ni más ni menos como vemos que una máquina automática, digamos un reloj u otro mecanismo semejante, es compuesta por el artífice, quien la monta con tan paciente e inteligente minuciosidad, que ella, después, se mueve por sí sola y por sí sola cumple su cometido. Algo de esto hay en la primera constitución de la Naturaleza. La diferencia estriba en que el artífice hombre sepárase de su máquina y la deja que obre por sí; pero Dios no interrumpe un momento su asistencia a la Naturaleza y con su presencia mantiene su organización y le infunde continuo valimiento, no por otro estilo que el alma conserva la armonía del cuerpo; por eso la imagen más propia y más apta fuera el imaginarnos a Dios a manera de un *neuropasta*.

Por lo demás, brava ha sido la contienda entre los filósofos acerca de la condición del mundo; traer aquí las respectivas opiniones, podría parecer cosa fuera de propósito. Yo confío que a mí me será fácil demostrar primeramente *que fué creado por Dios*, y en segundo lugar, que lo fué *en un momento determinado del tiempo, no desde la eternidad*. Tomo una hierba, por ejemplo, y pregunto: ¿Quién la crió? Dicen que la tierra, con su propia fuerza. ¿Quién infundió esa fuerza en la tierra? El cielo. ¿Y quién otorgó al cielo y a los astros

ese poder? La tomaron de sí mismos. Pero quien tal dijere, dirá una cosa que no puede entenderla el ingenio humano; y eso no debe hacerlo el filósofo cuando discurre sobre la Naturaleza. No cabe duda que el no haber hecho nada él mismo es la mayor demostración que todo debió ser hecho por alguno solo. En confirmación de esto, yo invocaré el testimonio del género humano. Todos a una voz, a quien gobierna el mundo llámanle el Hacedor de todo, y en su pensamiento no pueden imaginar otra cosa. Y yo pregunto: Si los hacedores del cielo son de este mundo, ¿fué ello por una ley cierta e indeclinable o por un acto libre de su voluntad? Si por una ley indeclinable y cierta, ¿quién se la impuso? ¿Qué cosa hay que pudiendo ser libre se obligue a algo? Además, ¿con qué consejo se dispusieron y acordaron para la eternidad tantos y tan variados efectos? Ciertamente fueron menester consejo y sabiduría para ordenar en serie continuada tanta muchedumbre y variedad de seres para una tan luenga duración. Pues bien, el consejo y la sabiduría excluyen la necesidad de los actos.

Responden que obran así y no pueden de otra manera, porque así conviene al mundo. ¡Cuántas y cuán innumerables son las soluciones que no convendrían menos al mundo que se hiciesen de otra manera! El hecho de que uno tenga tantos pelos, ni más ni más pocos, el que haya tantas especies de hierbas, ¿es cosa que tenga nada que ver con el régimen del mundo; y que iba éste a sufrir mucho quebranto si fuese de otra manera? Y si la creación fué obra de una cierta libertad, ¿por qué, en eternidad tan prolongada, no existió ninguna o muy contadas especies de cosas? ¿Y por qué no otro mundo, siendo así que la fuerza actual es la misma de antes? Yo a esos tales les pregunto: ¿Con qué mecanismo rueda el cielo? ¿Tienen plan o no le tienen? ¿Qué puede decirse más fuera de razón y de seso, que sin consejo ni ley se mueven cuerpos tan concertados y de hermosura tan maravillosa? Si tiene quien le empuja y le gobierne, querría yo saber: ¿cuál es la causa de tantos y tan varios efectos como se nos muestran en las vicisitudes del año? Responden: El movimiento del cielo. Luego aquellas primeras y potísimas serán las causas que los cielos mueven; porque si el equilibrio de los pesos hace que a determinadas dimensiones del tiempo suenen las horas, no cabe duda que será más causa de esas pulsaciones quien compuso y equilibró el reloj; y si las vueltas del torno dan forma al vaso de oro, con mayor razón ha de atribuirse este efecto al tornero. De aquellos que rigen aquellos globos celestes, aquél será el soberano y más excelente que impulsa y gobierna los otros, que con toda verdad y justicia hay que llamar Dios. Veo que hay algunos que juzgan que la materia no fué creada por Dios, sino que anda en ella y en ella se ejerce la obra de Dios; por eso le llaman Opífice y Artífice, Organizador, Gobernador y Fabricador del mundo más que Hacedor, lo cual es una brava necedad. Reconocen que todas las formas son creadas por Dios; ¿por ventura no es más crear formas de tanta excelencia que no materia bruta e inerte? Todos los artífices creados y finitos obran en la materia y en ella se ejercitan. Y si aquel Soberano Artífice, que no es creado, que es infinito, manipula la materia del mismo modo, ¿en qué aventaja a los

otros? ¿Dónde está su inmenso poder de eficiencia?

La no eternidad del mundo demuéstranla los nuevos inventos. Cada día sale algo que no había sido oído, algo incógnito, como si el mundo progresara. ¡Cuántos linajes de enfermedades, de artes, de regiones descubiertas no vió nuestra edad, no conocidas de nuestros mayores ni aun de nombre! ¿Y qué decir de los viejos inventos que no se alejaron mucho de su iniciación por manera que parecen nuevos del todo? Dícese que se truecan las alternativas de las cosas y que retornan veces infinitas. ¿Por qué no hicieron mención de ellas los siglos anteriores? Ningún diluvio, ningún incendio arrasó todo de una vez el universo mundo. Si algunas comarcas pudieron perecer, o ellas o sus ruinas o alguna memoria de ellas existiría en las que quedaron enteras y no sufrieron el asolamiento, ya que no por recuerdo de los hombres, al menos por beneficio de las letras, puesto que es eterno su uso y como debiera ser en un mundo eterno. Y si algún mortal se salvó del cataclismo o de la quema, éste hubiera contado a la posteridad el estrago y acabamiento de los suyos. Y si ninguno se salvó, otros emigraron a las regiones desoladas después que las aguas se secaron y la conflagración se apagó; éstos, al menos, hubieran encomendado a la memoria de los pósteros algo de sus orígenes y de su patria antigua. ¿Cuál es la causa por que nadie jamás hizo memoria de esa nueva India, y de ese orbe nuevo? La historia profana no hace mención alguna de los acontecimientos de tres mil años atrás, ni había siquiera letras, y antes de este siglo no hubo tipos de bronce, porque, aun cuando la vanidad alabanciosa de egipcios y caldeos amontone años a su antojo, con todo no podría señalar ningún hecho concreto. Añade a esto que aquellas cosas que se reputan antiquísimas de Isis y Foroneo son cosas frescas para los griegos, que no se permitieron ninguna suerte de ligereza mentirosa en el cómputo de los años.

A la grandeza de Dios toca y atañe que el mundo sea hecho por El para que supiésemos qué y cuán grande era lo que podía hacer. Nadie hubiera podido colegir ni barruntar su poder en la hipótesis de la eternidad del mundo, aun cuando se dijera haber sido El su Autor. Haber creado todas las cosas de la nada es un atributo de la omnipotencia. Allá en el fondo de la eternidad quedará como escondida la virtud del divino Hacedor. Lo qué, lo cuánto, el cómo de la creación, todo estuviera sepultado y sumergido en una profundidad insondable; en la eternidad de la obra no podría juzgarse cuán grande era El por sí solo. Y a la bondad de Dios toca y atañe que el mundo se considere creado para que entendamos cómo quiso comunicarse. Bajo la eternidad ocúltase cierta necesidad que a la bondad le quita precio. ¿Quién hay que tenga por bueno o que muestre su agradecimiento a quien haga lo que hiciere, sucumbe a una necesidad inevitable, sin opción para obrar de otra manera? También porque nosotros supiéramos cuál era la bienaventuranza que con El habíamos de gozar, no aquella que consiste en la rotación de las esferas celestes ni en la creación, sino aquella otra que tenía en sí solo y que le era suficiente, antes que el mundo saliera de sus manos.

LIBRO SEGUNDO

Sigamos tratando de la Naturaleza y la materia, acerca de lo cual debemos persuadirnos que la Naturaleza es una suerte de artífice, pero hábil, enseñado y amaestrado por Dios, quien le asignó y deparó la materia para que en ella ejerciese las fuerzas y facultades recibidas de El precisamente. Por esto, sin duda, no hay materia eterna; pero, no obstante, fué producida toda de una vez, pues por más acciones naturales que se realicen y por más formas y adherentes que se originen, no perece de la Naturaleza ni un átomo siquiera: se disgrega, se disipa, se traslada a otro lugar distinto de aquel en que estuvo y no se detiene en ningún punto, y con todo no se consume ni pierde porción alguna de su ser. Si ello así no fuera, con tanto ajetreo y mudanza de todo cuanto nace y de todo cuanto fenece, ya estaría consumida del todo y sería menester constreñir el cielo y aproximarlo a la tierra. La *Naturaleza* es el *agente* que actúa precisamente *sobre tal materia*. No es misión propia del agente fabricar su propia materia, sino, habiéndola recibido de otra parte, obrar sobre ella. Así que quien proporcionó la materia al opificio o actuación de la Naturaleza es anterior a la Naturaleza, como el leñador que corta el bosque antecede al que fabrica la nave. En caso de ser la Naturaleza quien creara la materia, no hay duda que con crear haría algo, y puesto que toda acción de la Naturaleza consiste en algo y para algo, dime: ¿Qué sustituiría a la acción de procurarse materia nueva? ¿Cuáles serían los instrumentos de esta acción? Cierto que de ellos se adheriría a la materia algo que le sería congénito y, por ende, natural. Luego padre y producidor de la materia lo es aquel que no ha menester instrumentos para obrar ni obra *en algo* ni para algo, sino que *per se* obra en la nada; bien así como no hay ninguna Naturaleza creada, sino que hay sólo Dios.

Esta materia no tiene fuerza alguna, y por esto mismo ninguna naturaleza tiene fuera de ésta, a saber: no tener ninguna fuerza, ninguna naturaleza, de modo que sea capaz de todas, si ya no hay quien la denomine facultad y naturaleza para padecer. Luego siendo así que aquella fuerza sea a modo de artífice, bien para la acción, bien para la pasión (pues la pasión, en cierta manera, es acción y es menester artificio para que sea fácil y llevadera, no sea que en un instante la acción anule al paciente), aquella fuerza para una y otra cosa necesita instrumentos, pues sólo el divino Artífice obra por sí al paso que todas las otras criaturas aplican instrumentos. Y no son suficientes cualesquiera instrumentos, sino que tienen que ser instrumentos determinados y útiles, indicados para la obra que debe realizarse, así como el pintor para pintar no utiliza por pincel cualquier palo, ni un escritor para escribir empuña cualquier punzón.

Empero como todas las cosas que están en acción sirven a su fin, el artesano, atento a su obra, con toda su acción, ningún otro resultado intenta sino preparar la senda y la facultad a su fin, para que éste, si tiene alguna fuerza, use de las que

halla aparejadas para ejercer su acción o sobrellevar su pasión, o, en el caso que no hubiera más que la forma, como en las artificiales, tenga a su inmediata disposición la materia idónea en que descanse, de guisa que en cierta manera parezca *el padre que atesora para su hijo por instinto* natural, como San Pablo dijo. Así, la Naturaleza, en el vientre materno, fabrica los órganos congruentes para el alma que en ellos se ha de hospedar. A seguida, entrada en ellas aquella forma, adapta, lima y pule aquellos instrumentos que anteriormente la facultad elaboró para sí, y hasta donde alcanza hácelos lo más adecuados posible; bien así como el alma con su calor fomenta, aumenta, fortalece los miembros corporales, si ya no fuere que esta adaptación es un beneficio de la primera naturaleza.

Y no de otra manera que el artesano, con herramientas diferentes, realiza trabajos diversos y a veces contrarios, y esta obra es facilitada por la comodidad del instrumento y es estorbada o empeorada por su inadaptación, así también en la Naturaleza la misma facultad, con instrumentos diversos, produce obras variadas y antagónicas. La misma alma, por ejemplo, en el ojo ve, en el oído oye; en el apetito, guiado por el juicio de la fantasía, quiere; en la voluntad guiada por la razón, no quiere. Así que la obra se hace con mayor expedición o estorbo, como la visión por el órgano visual, la operación manual por la mano de cinco dedos, o siquiera de tres, pues la obrera es la misma, como es también el mismo el pendolista o el artesano.

De todo esto resulta que, una vez bien puesta a punto la materia por la naturaleza anterior, es introducida la naturaleza posterior como un huésped en la posada. Y los instrumentos son los mismos y es la misma la preparación cuando la facultad se va gastando y disminuyendo y se vuelve más tarda para actuar y más flaca para padecer; de donde síguese fácilmente la corrupción por el contrario. Así que las generaciones y corrupciones provienen de la disposición y naturaleza de la materia, que es indiferente y no mira a esta forma o cara más que a aquella otra y no desea mudanzas, pues es neutral para con cualquiera efección o forma, sino que de este aderezo de la materia, y como instrumentos de las facultades y naturalezas, resultan nacimientos y muertes, porque las formas, que de suyo son activas y vívidas, cuando están destituídas de la facultad de obrar se anquilosan y extinguen. Allégase a esto que son continuas las acciones y como luchas de unas naturalezas sobre otras, puesto que no hay cosa que no tenga su contrario, nacido de sí misma cuando de otro lado le falta. Las hay que, por medio de sus instrumentos, obran más enérgicamente, y otras resisten con mayor flojera. La naturaleza que más flojamente resiste y, en cierto modo, deprime y desmoraliza el ánimo, da facultad a su enemiga para que obre más vigorosamente sobre ella; pero la que más reciamente actúa, neutraliza en la otra la facultad de resistencia. Así que la una genera lo que quiere; la otra se retira vencida y perece, de modo que a la corrupción siempre va aneja la generación, y a ésta, aquélla.

La primera preparación de la materia es algo así como la operación de amasar el pan para que esté templada y ablandada y dócil a los usos de la Naturaleza, a la generación de los cuerpos, a la introducción de las formas, al ejercicio de las fuerzas

físicas. Simultáneamente atendió Dios a las particularidades dotadas de sentidos y a la universalidad del orbe, de modo que la materia no estuvo arrumbada, informe, desordenada y confusa, sino dispuesta para recibir fuerzas y preparada para el ornato y los usos de este mundo. No se le endureció con una prolija servidumbre y la violenta irrupción de las formas, las cuales, armadas de muchos y fuertes instrumentos, engañasen a la naturaleza operante y no cedieran fácilmente, sino que de manera suave se les adjuntaron las formas provistas de instrumentos escasos y, por decirlo así, de una flaca escolta, que no solamente cediesen a la Naturaleza, que aplicaba su mano a una acción más trabajosa, sino que la auxiliasen con sus instrumentos que dejan en la materia.

Comenzaré por decir que, como no pareció bien al Hacedor de todo que todas las cosas se mantuviesen inactivas, torpes y como muertas y recíprocamente que todo anduviese meneado y agitado, por eso creó el *fuego*, activo, vigoroso, rápido, cuyo solo aspecto da a entender su fuerza y su agilidad incansable; al paso que a la *tierra* hízola sólida y estable; cualidades que acusa su espesor, su perezosa frialdad, su no turbado descanso, su posición central en la creación, por lo que no tuvo necesidad de ceder nada a las otras cosas; porque hacia ella tiende todo lo que tiene ligereza. Así es que el fuego, que no tiene descanso, siempre tiende hacia arriba, y, en cambio, la tierra se mantiene en reposo inalterable y de suyo no se mueve. Todas estas cosas eran idóneas a los sentidos humanos, a saber: el fuego a la vista y al tacto la tierra. Mas estas dos cosas, que por su naturaleza son tan distantes, no podían unirse sin un medio congruente.

En el *Timeo* pitagórico y en Platón leemos: *El más indicado y hermoso de los vínculos es aquel que por sí y por aquellas cosas que constriñe produce la más estrecha unidad.* Consigue cumplidamente esta aspiración, la que llaman los griegos *analogía*, y que en latín pudiera denominarse comparación o proporción. Pareció que esta unidad era buenamente posible, no tanto con un solo vínculo como con dos, a saber: *aire* y *agua*, por manera que el aire fuese vecino del fuego y el agua de la tierra. El agua conciliaríase con la tierra por su densidad y frialdad; y el aire, por su enrarecimiento y fluidez, se amistaría con el fuego. El agua, con su humedad, mantendría la tierra fresca porque no se disgregase, al paso que con su rigidez húmeda pondría frenos al fuego, porque en su rapidez devoradora no lo consumiera todo. El aire proporciona al fuego un alimento ligero, a saber: él mismo, y lo que, quitado del agua, él, con sus continuas agitaciones, extenúa y casi convierte en su propia naturaleza, no sea que el fuego, conseguido un alimento espeso y sólido, hasta un punto tal se envalentonase que pusiera en peligro al mundo mismo. Agrégase a esto que, concitado desde arriba por el fuego, no deja que el agua y la tierra y los cuerpos intermedios se entorpezcan en el ocio. Además, insinuándose por todos los lugares por su delgadez y lubricidad escurridiza, disípase fácilmente, sin daño del que le parte, al paso que aumenta los cuerpos con esta su insinuante intromisión, abriendo lo que le precede y contiene disimulados los elementos de la nutrición hasta que cede el lugar a un alimento más sólido, que es el

que sustenta a los vivientes y los hace crecer. Finalmente, con suma facilidad, admite en sí cualesquiera impresiones que de fuera recibe, como es natural en quien es medio y está difundido por las capas inferiores. Unense, pues, y en cierto modo se mezclan, lo más sutil inferior con lo superior más denso, y así el agua aplícase al aire, que parece que insensiblemente se enrarece en aire, no de otro modo que vemos que acontece en el año y en las edades del hombre o en el curso de las partes del día, con un tránsito tan callado y tan imperceptible, que en él no se repara sino después que pasó.

Estos cuerpos, fuego, tierra, agua y aire, guardan entre sí conexión y templanza, en primer lugar mediante esos adherentes o vínculos, llamémosles así: *calor, frialdad, humedad, sequedad,* de forma que la humedad restriñe la enjutez porque no sobrevenga la disolución y la enjutez refrena la humedad porque no se convierta en tromba arrolladora, y la frialdad pone en el calor templanza, y el calor a su vez mitiga el rigor del frío; el calor con la humedad se hace más blando y con la sequedad se torna más vivo. Este es el primer estrujamiento de aquella materia ruda, hermosa para el mundo y útil a la Naturaleza, en el estado presente o en el intento de engrandecerse y mejorarse. Estos cuatro elementos son convenientes a la Naturaleza para la acción o la pasión y, por ende, a la generación y corrupción de las cosas. Nosotros hemos de tomarlos, no porque sean cuerpos así afectados, sino como afecciones y adjuntos de los cuerpos, de donde luego, al punto, de sus acciones nacen otros. El calor, como es activo y sutil, escápase del lugar inferior, que lo es de reposo e inactividad, y anhela la altura para desde ella difundirse y dilatarse y actuar y cobrar valencia, próximo a aquellos movimientos celestiales, que no practican ni conocen el descanso. Por esto son muchos los que asignan al fuego como su lugar natural la *concavidad del globo de la luna,* como el globo terráqueo es el centro del mundo. De ello habremos de ocuparnos en otro lugar. Pero no cabe duda que aquel sitio es el más caliente y fogoso de todos. El calor nútrese de la humedad; por esta razón, en proporción de sus fuerzas, seca todos los cuerpos que invade, y ello hace que en los cuerpos húmedos el calor es más atenuado porque la humedad le es un freno no menos que un cebo. Entretenido el calor interiormente en consumir la humedad, sale afuera más debilitado, al paso que en la sequedad es agresivo y acometedor, pues teniéndolo en el interior todo vencido, irrumpe afuera como hambriento, rapaz y voraz, no de otro modo que el estómago cuando hambrea. Por esta causa pudiera parecer a muchos cosa difícil que pueda resultar la atemperación de las cualidades naturales del aire o de cualquier otro elemento de la mezcla de lo cálido y lo húmedo, puesto que es violenta su cohabitación, pues si pudieran vivir en apacible familiaridad en una misma morada, esa única mezcla produciría la vida del ser animado y reforzaría el alma en el cuerpo para la inmortalidad, dejado aparte el alimento.

Séneca y otros estoicos opinaron que el aire no era caliente, sino frío. También los pitagóricos denominan al aire *éter frío.* Con todo, parece ser que el aire es más capaz de influirse de las cualidades ajenas que de gozar de una propia, de modo

que un cuerpo superior lo caldea y lo seca y un cuerpo inferior lo humedece. El hecho de que en medio sea frío no demuestra su naturaleza, sino que del cielo y del vaho de la tierra, entibiado por los rayos del sol, por uno y otro lado el rigor es empujado hacia el medio, donde se concentra y fortalece por la acción de la cohibición, que Aristóteles llama *antiperistasis.* De manera que es razonable pensar que entre el fuego y la tierra no hay sino un medio único, a saber: el agua, y que ella, adelgazada increíblemente para comodidad de la Naturaleza, cuando está arriba llámase aire, anuladas en tamaña delgadez de la materia sus cualidades principales o prendidas a ella por una ligerísima adherencia.

Pero vuelvo a la actuación de las cualidades.

El frío es tardo y perezoso, por eso no se mueve; y piénsase acertadamente que el lugar de los fríos es el más bajo, el ínfimo. De ello es un buen indicio que el hierro candente pasa menos que el frío y el hombre vivo menos que el cadáver, y todos los demás hácense pesados o ligeros según que participan de éste o de aquél. El aglutinante de los cuerpos es la humedad, en cuya ausencia todo se atomizaría y reduciría a polvo, como acontece en los arenales por razón de su aridez. Y como la humedad sea el cebo del calor, cuando el calor la invade la disgrega y la convierte en líquido aéreo para que más fácilmente se reduzca a él mismo, como el alimento se digiere en el cuerpo de forma que poco a poco se vuelve muy semejante al cuerpo; y de esta semejanza pasa a la identidad. Asimismo el calor resuelve, extenúa, enrarece la humedad; quiero decir que en lugar igual hay menos materia y otro tanto más en un lugar mayor, pues lo enrarecido y lo denso, bien así como lo pequeño y lo grande, dícese por la relación que guardan entre sí. Adelgazado el humor y consumido y hecho vapor y aire, lo que queda de más seco, al retirarse el calor, se contrae y se restringe. Y si el gluten queda consumido totalmente, hácese mucho menor que antes, como es de ver en las cenizas, que son otro tanto menores que la leña, y en el cuero y otros cuerpos, que una vez afectados por la fuerza del calor, quedan enteros, pero disminuídos, pues achica la humedad calentada. Así es que los miembros de los animales se hinchan con el ejercicio físico y con los calores estivales; pero toda vez que se enfriaron, son mucho menores que antes, pues resolviéronse los humores que el calor enjugó. Y no de tal manera el calor se ceba en la humedad que la destruya y corrompa del todo, pues en la Naturaleza no perece materia alguna, sino que, apagado el fuego, luego al punto se convierte en aire. Aquello que está como bañado de humedad hácese más liso, como el cuero y el cutis de la gente moza. Cuando falta este humor y la sequedad ocupa las extremidades, tórnase desigual, rugoso, como vemos que pasa con el cuero si se le aproxima al fuego, en el cual lo primero que se consume es la humedad de la superficie, pues no de la sola desigualdad procede la aspereza si la sequedad no la acompaña. ¿Qué más ligero que el agua en la tempestad y en la altanera hinchazón de las olas? Y cuando el frío se recoge y se acurruca en el centro y el calor se refugia en las extremidades, resulta que, añadido el calor a la humedad, las hincha, y añadido a la humedad el frío, las achica,

pero las espesa, como ocurre en el hielo y en las manos y los pies humanos, que son más anchos en los varones que en las mujeres. Si en el cuerpo hay alguna sustancia densa y pegadiza, se enrarece o se echa afuera violentamente, se ablanda como en la cera junto al fuego, en el cuerno, en el hierro. Pero lo que tiene un gluten más denso y más seco, es más duro. Duro es aquello cuyas partes no ceden al tacto; blando es todo lo contrario; esto se dice comparativamente con referencia a la acción del que toca. Y nadie vaya a pensar que es lo mismo denso y duro que pesado y duro, pues el plomo es más blando que la madera, aun cuando sea más denso y más pesado, pero es mayor en él la cantidad de líquido. Aquello que tiene la humedad pegadiza o viscosa de manera que las partes densas estén asidas muy tenazmente es flexible como el cuero, determinadas raíces, como muchos rábanos y nabos. Pero lo que tiene humores acuosos, sus partes quedan unidas muy superficialmente, y se vuelve tierno, puesto que su unión es flaca y se disgregan con facilidad. Pero esto ya pertenece a la *Segunda Filosofía*, como lo que trata del coágulo, de la fracción, de la disminución, de la escisión y cosas por el estilo, que Aristóteles, con su diligencia habitual, estudia en el postrer libro de los *meteorologuicon*.

Estos elementos, pues: tierra, fuego, agua, aire, son elementos de este mundo inferior y como materia de la Naturaleza apta para obrar; no que ellos mismos sean la materia propiamente, sino que porque ella no quedase desdeñada, informe y confusa, adornóse con estas cualidades que fueran fácilmente utilizables a la Naturaleza operante. Por esto esos elementos están derramados por todo eso que vemos, de modo que la materia está a la disposición y, como quien dice, a mano del artífice para que en ella se ejercite y de ella saque sus obras. No de otra manera que cuando uno entra en el obrador de artesanía y ve material echado arreo por el suelo, no duda un punto que aquélla es la materia del respectivo oficio. Pero entre sabios se discute si los cuatro elementos consabidos entran en cada uno de los compuestos de aquella masa (que dijimos) y especie sustancial. Cuestión añeja y difícil de explicar. Con todo, en la ceguera actual de nuestras mentes hay que valernos de los sentidos que nos conduzcan por la mano, a modo de lazarillos, a fin de que la mente juzgue por los elementos que ellos le suministran y que ellos perciben, bien en las mismas cosas, bien en sus acciones o en aquello que tiene analogías con la Naturaleza, cuales son las artes. Pero por lo que a las artes atañe, nada de momento nos ofrecen las que no emplean composiciones sino de cuerpos aislados y simples, por disminución o formación. Mas determinadas composiciones constan de cosas que no se repugnan entre sí, de cuya naturaleza son las perlas con el oro, la lana con la seda, el estaño con el plomo, y otras, en cambio, se componen de cosas que pueden mezclarse, pero no se mezclan, sino que solamente se yuxtaponen, como cuando se hacen figulinas con azúcar, con jengibre, con canela, con pimienta enteros. Otras hácense de una mezcla de trocitos, pero no se les añade enlace que los una, como cuando se mezclan por desmenuzamiento, pues les falta la humedad, que es su aglutinante. Otras composiciones los tienen todos, pero en proporción de su acción y reacción

tan desigual, que la acción es rapidísima y casi instantánea, como cuando unas pocas gotas de agua se vierten en una vasija de vino.

Hemos, pues, de buscar un artífice más acomodado a nuestro propósito, que no sólo aplique las partes, sino que las mezcle y las combine y las amalgame y contraste las que repugnan entre sí y aporten fuerzas para la duración de la lucha y el gluten las pegue y las aúne. Fácil es de ver esta suerte de mezcolanzas en cocinas y boticas. Pasteleros y boticarios se afanan en ello. Del mismo modo que la Naturaleza, a través de sus composiciones, fabricó los cuerpos de los animales, así ellos también con las suyas los conservan y los reparan, semejantes a las naturales, en los límites posibles. Pero sigamos hablando de los boticarios, cuyas combinaciones vienen a ser como un reflejo de las naturales. Así es que en las recetas y fórmulas que confeccionan, en unas los elementos simples permanecen en su integridad, como en los emplastos y fomentos que suelen aplicar a las heridas; así, vemos íntegros en el ascua los elementos del fuego. En otras, en cambio, están como triturados; las propiedades solas y la facultad activa y reactiva que antes contenían, existen visibles y prontas como en la triaca antigua que vemos en los cuerpos de todos los animales. En otras permanecen las restantes propiedades, pero adormiladas; despiértanse con el calor, agitándolas o aproximándolas al fuego, como es de ver en la triaca nueva, y se advierte en el vino, en el vinagre, en muchas hierbas, unas veces por disolución, como cuando en el agua se pone azúcar. A las claras se verá que determinadas partes van al fondo, verbigracia: las térreas; y otras tienden a lo alto, como las aéreas o ígneas. Todos los días se dan cuenta de este fenómeno los que resuelven las mistificaciones y separan las sustancias. En otras resulta algo que es todo uno, donde están como sumidas las propiedades de los otros, de guisa que jamás ni por asomo se dejan ver.

Cuerpos hay en los cuales, por sus cualidades manifiestas, dirás que todo es tierra y que de lo restante conservan nada más que un mínimo; son inertes y estables, como los metales y las piedras. Los hay cuya mayor parte es agua; tienen inercia, fluidez, blandura, terneza, no solamente aquellos compuestos que se denominan incoados: nieve, granizo, rocío, escarcha, sino la carne de las ostras y las estrellas marinas. Mas dondequiera se manifiesta el fuego en el compuesto, quedan manifiestos también los elementos restantes, pues el fuego jamás descenderá a la tierra sin los consabidos primeros medios de la Naturaleza. Aun en la brasa ardiente, aun en la llama misma, hay alguna poquísima humedad, la cual así que fué consumida, se apaga el fuego, tanto el terreno como el aéreo. Y al revés: el impulso ascensional de la tierra hacia el fuego no es tan evidente y acaso la piedra no tiene nada de fuego, o si lo tiene por azar, es tan exiguo que se escapa al sentido. ¿Será porque un poquitín de fuego, como tan activo que es y tan excelente, basta a una gran porción de la tierra, donde se oculta de modo que apenas puede descubrírsele, como el coágulo en el queso, el fermento en la masa? No pareció bien al Autor de la Naturaleza unir las formas con la materia sin aquellos principales inherentes de los elementos, que así como quedan oscuros en las cosas que carecen de sen-

tido y de vida, destácanse, en cambio, muy notablemente en los seres vivos: Todos los seres que se alimentan y nutren es menester que tengan alguna propiedad ígnea, pues no hay cosa que viva sin calor, para que se entienda que ni aun nosotros viviremos la otra vida, la eterna, sin la caridad. La virtud del fuego en el ser vivo arrebata, retiene, consume, convierte, expulsa. En nuestras cocinas reparamos que todas estas funciones las desempeña el fuego. Queda, pues, en claro que si los vivientes tienen fuego, tienen también humedad, que es el cebo del fuego; humedad acuosa primeramente y aérea luego. Además tienen algo sólido que reciba los alimentos y los modifique para el incremento y conservación de aquella capacidad ígnea, como en una severa clausura; pues de no ser así, fueran brevísimas todas las vidas y rapidísimas y no habría suficiencia de alimentos.

Por estas razones llamémoslas ígneas a estas formas, porque sin fuego no se defienden ni se tutelan a sí mismas. El fuego es, en cierta manera, algo vivo, pues se alimenta y consume. Ello es fácil y obvio en los seres vivientes, los cuales, cuanto más calor natural tienen, apetecen y consumen más manjares. Las formas (*effectiones*) animales, porque además de la función de vivir sienten, dan a entender que algo tienen que está por encima de los vegetales. Hay, pues, en ellas algo que excede las naturalezas de estos elementos; llamemos a este algo afecciones celestes, pues observamos que prodigiosamente experimentan cambios al tenor de los cambios del cielo. Las almas humanas están dotadas de mente y razón, cosa que es más que celeste: es divina, por lo que conocen a Dios y le aman, y por ello, con su descenso todo lo arrastran consigo.

Pues bien: los primeros y más simples comienzos y los elementos de las cosas creadas son la potestad y el acto o la materia y la virtud. En los sensitivos aquella primera, ruda e innoble materia y efección es la actividad, rutina o, digamos, el opificio de la Naturaleza. Donde hay adherente, la sustancia hace las veces de materia que se le adhiere por una determinada fuerza natural. En los espirituales, los mismos espíritus, en cierta manera, son materias para sus adjuntos.

A la primera materia alléganse los que vulgarmente denomínanse elementos, como los principios de las cosas; pero los segundos, como el pan, que antes de serlo fué harina y agua, y de ahí la masa heñida ya. Simples son los elementos de los que se forman los compuestos, como la palabra fórmase de letras, la ciudad de moradores. Las partes del ser dotado de sentido, son principios, no tanto de la sustancia como del volumen o del número. Cada uno de los entes tiene fuerzas o de por sí o de otros.

Digo que los tienen de por sí aquellos a quienes la dadivosa bondad de Dios se los otorgó por lo que poseen interiormente, como por la efección de la sustancia o formas inherentes. A cada una de las partículas de la masa de fermento, insistiendo en el primer símil, atribuye Dios determinadas propiedades que introduce consigo en aquella masa de la materia, como a las almas de los asnos, a las almas de los leones, a las formas de los diamantes, de las vides, de los olivos. De estas propiedades participan todas aquellas cosas que son fermentadas con aquella suerte de fermen-

to que más arriba dijimos ser de la misma especie y forma. Y lo mismo pasa con los inherentes, pues del calor, del frío, del verdor, de lo denso, de lo pesado nacen determinadas fuerzas. Otrosí, también en las cosas espirituales. Otras fuerzas alléganse exteriormente por alguna motivación del suelo, del cielo, de la semilla, de la siembra, de la medicación, del alimento, que se aplican o se injertan como los albérchigos, que en Persia son mortales y aquí son saludables y sabrosos. En éstos, las fuerzas de las efecciones están no por especies, sino por individualidades que se forman de la primera fuerza y aditamento de este peculiar, por manera que son lo simple de la especie y el elemento de ésta, compuesta. Aun cuando se ha de decir que la composición de este peculiar resulta de la composición de dos o más efecciones, a saber: del alimento o de este suelo añadido a la efección de la vid o del albérchigo o del hombre, de manera que de la conspiración de las fuerzas de las especies se forma alguna singularidad. De esta regulación equilibrada, la fuerza primera se ayuda, o se estorba, o se elemina, o se desvía, o recibe algo nuevo, sin perjuicio de permanecer íntegra.

Dádivas son éstas de Dios y de su voluntad adorable. Y no de otra manera que si uno toca uno de los dos platos de la balanza que está en el fiel, acto continuo se inclinará hacia abajo, así todas las cosas están preparadas para aquellas propensiones que Dios pondrá en ellas; ésta será su Naturaleza. Pero aquellas interioridades se manifiestan y se muestran por las acciones y las reacciones externas, pues para una y otra cosa se dieron fuerzas y facultad que por este procedimiento será fácil conocer. La piedra es la misma siempre y semejante a sí misma; dentro no tiene, pues, nada sino su esencia. La planta, a su debida sazón, produce hojas, flores, fruto; crece, decrece; algo consiguió por encima de su esencia. El animal no solamente crece y disminuye, sino que siente y conoce; en algo, puja por encima de la planta. El hombre tiene todo esto y por añadidura entiende, raciocina, juzga; algo hay en él que está por encima del bruto. Estas son obras de Dios, que El, por su voluntad destina, por su sabiduría constituye, por su poder ejecuta; facultades éstas de obrar y de llevar a término que otorgó a aquellas mentes, que creó semejantes a sí mismo. Hablemos del hombre; luego que hubiéremos tratado de él, fácilmente entenderemos el ángel.

Tiene, pues, el hombre, por alguna imagen y semejanza de Dios, voluntad, consejo o razón, fuerzas para persuadir o disuadir el consejo a la voluntad, que es la que ha de mandar. Ordene y mande la voluntad a las fuerzas que se manifiesten y se ciñan a la obra. La voluntad es la señora; la razón es la consejera; las fuerzas son la servidumbre. Estas facultades son naturales ciertamente, índitas en el hombre por Dios cuando constituía la Naturaleza y éstas tienen algo de natural, a lo cual tienden por propio impulso o del cual se apartan y huyen con horror. Refiérome a la voluntad y al consejo; pues las fuerzas, como servidumbre que son, ni son admitidas al mando ni siquiera a la deliberación y al consejo, sino que a fuer de cuerpo bruto que son, deben siempre obedecer al mandato y en ningún caso deben mandar. Tiende, pues, la razón a la verdad y la falsedad la repugna. La voluntad es llevada al bien y evita el mal; digo

lo que por tal tuviere la razón. Si se engaña o no, no importa para el caso; baste con que lo juzgue bueno o verdadero. Esta razón y juicio, cuando se quiere aplicar a algo, dentro de sí o fuera de sí, tiene con frecuencia propuesto el fin al cual dirigirse y previstos el camino y la manera para llegar a él. Esta razón llámase industria y arte, y por el arte llámase solercia, que es la razón o facultad de hacer o padecer algo, en sí o en otros, ingénita o adquirida por el estudio. El habla, por ejemplo, es cosa de la Naturaleza, pero hablar griego o latín es fruto de la propia diligencia. El culto a Dios es ingénito en las mentes humanas; pero que sea de esta o de estotra manera es hijo de la persuasión humana. Y no somos nosotros solamente quienes hacemos algo por arte y escuela, sino también las bestias amaestradas por nosotros, como que un elefante ande por una maroma, o un perro cace de tal o cual forma, o que un caballo piafe. Lo que ellos hacen de suyo es natural; pero cuando no se prefijó el fin o no se previó el camino para llegar a él, sino que emprendemos a ciegas la jornada, lo que resultare es puramente casual, como descubrir un tesoro cavando, pues no era éste el propósito, o que un hombre muera de una teja caída de un tejado. Cuando los niños quieren remedar nuestras construcciones, amontonan a la buena de Dios piedras, y palos, y hartas veces sale espontáneamente aquello en que un ingenio avisado toparía harto trabajo para sacarlo a luz. Esta temeridad irreflexiva se presenta o bien cuando se obra sin ninguna finalidad propuesta, o cuando en ella no se pensó, o con menor interés, o de diferente manera de lo que se debía. Así es que el azar cuenta mucho en las acciones del hombre, a quien su torpeza le impide el juicio o a él se abalanza empujado por una rápida perturbación anímica. El varón cuerdo deja muy poquísimo al azar en aquellos casos en que el azar acostumbra intervenir como en las cosas y negocios de la vida, puesto que en aquellos que no están en nuestra mano, verbigracia: en los efectos naturales o en las eventualidades inciertas, confía lo más a Dios, por no decir que todo. Ello hace que en ocasiones determinadas, el azar se trueca en arte, cuando se observa cómo él se produjo. Por este camina se hicieron muchos inventos.

Por lo que toca a las cosas artificiales, llámanse así las que produce el arte solo, pues las hay que siguen el poder de la Naturaleza, como persuadir al hombre la indignación es cosa del arte; pero el que a impulsos de esta indignación el hombre se sienta acuciado a la ira y que una vez indignado destruya y derribe casas, es imputable a la Naturaleza. En la vihuela, el sonido es natural, pero el tañido pertenece al arte, como el son que produce la caída del instrumento o cuando la caída de la paleta produce algo así como una pintura. La montura de un reloj es cosa del arte de relojería; pero la medida del tiempo, a intervalos determinados, es cosa natural; la dosificación de una droga es cosa del arte; el efecto que en el organismo produce es natural. El arte es emulación de la Naturaleza, y esfuérzase hasta donde le es posible en reproducirla, cosa que nunca consigue, pues la Naturaleza penetra en la intimidad de las cosas, al paso que el arte no hace sino merodear por las exterioridades y por la superficie. Y así como la Naturaleza empieza por los principios más ru-

dos, que luego, poco a poco, conduce a la perfección, así también el arte pule y perfecciona poco a poco; la Naturaleza, influyendo en la intimidad, y el arte, sobre lo exterior, añadiendo, sustrayendo, cambiando como en las fundiciones, bien por la mudanza de la figura externa, como cuando se funde el bronce y una estatua se convierte en caldero, bien por la aplicación y contacto, como cuando se tiñe un vestido. Esto no sólo se advierte en los trabajos manuales, sino también en aquellas cosas que tienen su raíz y asiento en el alma, verbigracia: el saber, la prudencia, las virtudes. Además, así como en el propósito de la Naturaleza muy a la callada índito en ella por Dios, lo primero que se le ocurre es la obra perfecta, y en la acción, lo primero que se busca son los elementos simples para la composición de la obra perfecta, así también el artífice humano lo primero que tiene que hacer es concebir la obra y luego pasar a la ejecución.

Por esta razón es que el ánimo en la operación de entender sigue el camino no de la acción de la Naturaleza, sino del propósito consabido, pues primeramente entiende lo mixto y sujeto al sentido, y luego lo más simple y recóndito. Y en la misma actitud con que el hombre se sitúa ante el artificio de la Naturaleza, se coloca también el hombre inerte ante el artificio del hombre entendido, pues al hombre esle mejor conocida la obra absoluta de la Naturaleza que sus elementos, y al imperito le es más conocido el supuesto artificial que sus partes. Y no de otra manera se maravilla el hombre de que de tales principios pudiese la Naturaleza producir tantas obras que el aldeano ignorante se asombra de que el artífice realice esto mismo de materia tan grosera y tan ajena de lo que ve elaborado por el arte.

Y así como por el acercamiento de la forma natural a una materia informe y ruda se hace natural, por ejemplo: el hierro, el árbol, así, allegándose a lo natural el arte, hácese artificial, verbigracia: la espada, el banco, el gramático. Esfuérzase la Naturaleza en promover su obra a la posible mejoría, tanta cuanta es asequible a cada una de las especies, nada menos que a la semejanza y participación próxima de la virtud de Dios; el arte, en cambio, a la cabal imitación de la Naturaleza. Pero ni la Naturaleza puede llegar a tocar a Dios ni el arte a la Naturaleza, porque una y otra imitación es una fuerza que está encerrada en cada uno, Naturaleza o arte. Cuando se manifiesta y desenvuelve, hácese acción o pasión, siempre que no exista obstáculo. *Acción* es el desarrollo de la potencia en cosa menor; *pasión*, el desarrollo de la potencia en cosa mayor, menor verbalmente y más flaca y débil. En las acciones naturales, *acción y pasión* difieren en sus términos, pero no en su realidad, como el camino entre Lovaina y París, pues la *acción* va de *a* a *b*, y la *pasión*, de *b* a *a*. De esta acción síguese un efecto con esta ley, a saber: que haya algo que haga y no a ciegas, sino con miras a un fin, pues a tontas y a locas ninguna acción se emprende. Aun los niños se señalan algún fin en sus acciones, consíganlo o no, que ello no importa; pero tampoco los hombres hechos y derechos y ni aun la Naturaleza misma lo alcanza siempre. Cierto que tienen sus fines, pero eso de mirar y caminar al fin, puesto que también lo tienen aquellos seres que vemos privados de toda fa-

cultad intelectiva, es claro que lo gobierna el que no carece de la facultad consabida, pues los seres no inteligentes que obran como inteligentes, forzosamente tienen que ser movidos por otro inteligente. ¿Cómo podrá el ciego juzgar de aquello que entra por los ojos, si no le informa quien esté dotado de vista?

Y estas verdaderas y propias causas, el agente y el fin, la causa *a qua* o *propter quam*, hácese algo, vienen a ser lo que en el movimiento el comienzo y la meta. No está en uso que la materia y la forma, como partes que son, se llamen causas. Mejor harás nombrándolas, como a las causas, principios y orígenes. Con todo, si alguno se empecina en colocarlas entre las causas, no podrá excusar la controversia. La causa eficiente precede la acción; la final sigue la acción y su efecto, es decir, aquello que se hace con vistas a ella, como al albañil la casa, la habitación. En quien obra, es necesaria la facultad para obrar. Esta facultad puede ser interior o exterior, como ya demostramos. Otras cosas hay que despliegan en el obrar fuerzas rápidas y por ende provocan movimientos acelerados, como el calor; otras, tardas, como el frío. Al revés, en el padecer, el calor tiene muy flacas energías, porque es más débil que el enemigo; y el frío, para soportar, tiene muy muchas. Por esto, rapidísimamente penetra el fuego y el frío tardíamente, y con la misma presura se expulsa el calor y con lentitud el frío, como las fiebres agudas, que muy de prisa se extinguen o extinguen la vida del paciente. En cambio, las enfermedades frías son más pertinaces; el opio, en la triaca, es el más remiso en ceder.

De las facultades naturales, las hay que son necesarias y no pueden mudarse, como la quemazón en el fuego; y voluntarias otras, que proceden de la voluntad del hombre, verbigracia: comer, beber, correr. Que digiera el estómago es natural, y otra de las cosas que no están en la mano del hombre. Natural es en cada uno aquello para cuya acción o pasión recibió facultad de la Naturaleza, y esto no de una sola manera, ni en todos de una manera semejante, pues o aquella fuerza está índita en la forma, de suerte que obre siempre cuantas sean las veces que se la aplica a lo que hace, como al fuego quemar, al enojadizo enojarse, o que lo haga siempre cuantas veces le viene en talante, como al hombre raciocinar, o es una fuerza índita en el todo, como en el hombre el caminar, o índita en el inherente, como que el agua hirviente dé calor. Es inherente o es un atributo de la condición del compuesto, como en la piedra la pesadez y la dureza, o entrado a viva fuerza, como en el agua el hervor, o acontece casualmente, como en el hongo el veneno, que se le pegó de un suelo ponzoñoso, o es una conquista del arte, como la comodidad de la pluma para escribir y de la espada para cortar.

Dícese también natural aquello para lo que recibimos potencia y no tenemos en absoluto contrario alguno, como al hombre le es natural equivocarse, enfermar, morir, pues no puede no errar nunca ni permanecer inmortal. Todo lo que fué índito en su origen o en sus proximidades, llámase natural, como en algunos la ceguera y la sordera, y en cada uno el habla, que mamó con la leche. Natural es asimismo todo cuanto no es contra la Naturaleza. Según esto, pueden llamarse naturales todas las cosas artificiales y voluntarias, pues aunque para todas

las cosas que realizamos por nuestro ingenio y práctica recibimos de la Naturaleza una potencia en nosotros innata, con todo, lo que granjeamos con nuestro esfuerzo, estudio e industria, dícense obras de arte y no de Naturaleza, cuando a nuestra industria atendemos, pero cuando ponemos la mira en la potencia, a la Naturaleza las debemos, como natural le es al hombre el poder pintar y no lo es al caballo. Lo artificial, o pertenece al arte en su totalidad, como la escritura a determinada posición física, como andar de esta manera, estar sentado de estotra, y comer y hablar. Voluntario es todo aquello que procede de una voluntad libre, como la del hombre, la del ángel. Esto, o es un producto espontáneo de la voluntad, como querer, o mandado, como entrar. Lo natural en especie hácese voluntario en particular, como caminar ahora.

Existen determinadas cosas fuera de la Naturaleza, a las cuales no dió facultad, como que el árbol eche flores y frutos en invierno, que la peña sea cavada por la gota de agua. Otras hay que están por encima de la Naturaleza, cuando hace más de lo que ella permite, como que un niño levante una muela de molino. Otras, contra la Naturaleza, cuando se hace lo contrario de aquello para lo que le dió facultad, como que el carámbano arda, que el fuego refresque, que la piedra por sí remonte hacia arriba, pues lanzarla es violento, pero no contra la Naturaleza, sino con conformidad a sus leyes. Fuera de ella están todas estas cosas. Empero estas distinciones el lenguaje común las confunde, pero no es inútil observarlas en filosofía. Alléganse a éstas en último lugar las obras de Dios, como todas las que se salen de los límites de la Naturaleza, como los milagros de Cristo y lo que nos revela de sus adorables arcanos. Muchas son las cosas que se refieren al evento, por manera que la especie sea de la Naturaleza y lo singular del evento, como que el agua fluya es cosa de la Naturaleza, pero que corra en una dirección u otra pertenece al evento. El uso y la costumbre, aun cuando sean de las artes y de cosas que acarreó la industria, constituyen el hábito que pertenece a la Naturaleza, ciertamente en aquello que recibe el hábito, pues no en todas la habitación deja huella. El hábito es una propensión a aquello mismo a que la cosa se avezó ora sea en el obrar, como en los dedos para tañer un instrumento músico, ora sea en el padecer, como encenderse de fiebre, inflamarse de enojo, o es negación o privación de una cosa u otra, como callar, no reír, no ladrar.

El hábito no debe pensarse que sea otra cosa, sino como un sello impreso en la materia, y así como en las cosas que llevamos entre manos acontece que la huella no se imprima sino en una materia blanda, así en la Naturaleza toda la habituación deja la huella adherida a una cosa fofa. Para mejor entendimiento podemos imaginarnos que las cosas blandas fluyan a manera de río, al cual, si se le da franquía y se le proporciona cauce, por allá corren, como en los cursos de agua y en los humores de los seres animados. Así es que contraen hábito los cuerpos de los animales y de las plantas, y los ánimos también no por sí, sino por el cuerpo, al cual están como ligados y del cual hacen uso como de un instrumento, mientras estén encerrados en él. En aquellos seres en que los honores abundan, la impresión se adhiere

más de prisa que en aquellos en quienes escasean; más de prisa en los niños que en los ancianos y más en los sanguíneos que en los coléricos. En los cuerpos secos la huella no se pega como en la roca, o en el hierro, y no dura nada en los muy flúidos, como en el agua, en el aire, que, como algunos hombres, son livianos y mudables. Si los cuerpos muelles se endurecen luego de contraído el hábito, lo retienen con mayor tenacidad, como en la cera, cuando se endureció, en el hierro, en la plata que, en ablandándose, conserva la marca que se grabó en ella. De la misma guisa, aquello de que se inhiben los ánimos tiernos, persevera tiempo larguísimo, a medida que el cuerpo, de día en día, se hace más sólido y firme. Los que son de la naturaleza de toda especie, o contra ella, no contraen hábito, como en el fuego el arder y en la piedra remontarse arriba.

Crea también el hábito gusto y aun deleite en la iteración de aquellas prácticas que, por otro lado, son duras y difíciles, pues en las fáciles, la mudanza es un alivio, al paso que el hábito pone sabor en las cosas usadas, porque hace que se sienta menos la molestia de la acción y por ende se hace más pronta y expeditivamente aquello que se hizo muchas veces. En los trabajos nuevos e inexperimentados se va remando contra la corriente y en las tareas usadas se navega río abajo. No es poca la importancia que supone el deleite en lo que se ha de hacer, o se ha de padecer, o no se ha de hacer, o no se ha de padecer. Y puesto caso que el hábito sabe a Naturaleza, acontece que por más aprendizaje que requiera la acción si a ella nos hemos acostumbrado desde largo tiempo y sin interrupción, llega a parecer natural, así como es cuidado y elegante el lenguaje en Eurípides, y lleno de gracejo y de sales en Plauto, y el hacer bien a los buenos truécalo el uso en naturaleza. Parece que el arte se transformó en uso y luego pasó a ser naturaleza, pues todo lo que no denuncia arte o artificio llámase natural y simple, como en cualesquiera acciones donde no hay cosa simulada o fingida. Distínguese lo natural de lo fingido, como las flores naturales se diferencian de las flores de talco o de papel. Y así como la corriente de agua discurre por el álveo que ella misma se abrió con su mansa perseverencia, así también, si cejas en el esfuerzo, se ensucia de cieno y el agua comienza por correr mal y acaba por torcer y cambiar su curso, así también el hábito, que de puro repetirse se imprime profundamente e indeleblemente, con la desidia se enmohece y estraga. En la próxima vecindad de lo natural está lo necesario y lo posible; y de aquello que es contra la Naturaleza está lo imposible. Necesario es aquello que no puede ser de otra manera de la que es; y esto, ora simplemente, como que Dios exista, o con referencia, o dependencia de otra cosa, como que el hombre debe respirar si tiene que vivir y estudiar si ha de ser sabio, y el alma es necesaria al cuerpo para la vida. Este necesario puede ser considerado desde muchos puntos de vista: de Dios, de la Naturaleza, del hombre, de ese hombre, de aquél, de este tiempo, de este lugar, de esta situación. Necesario hay que lo es más que otro; más necesario es para la vida respirar que comer, más necesaria el alma que la respiración, porque más se puede prolongar la vida sin alimento que sin respiración y más sin respiración que sin alma. Lo cierto es que esta ne-

cesidad no se limita a un tiempo fijo, sino a un plazo más largo.

Bajo el concepto y nombre de necesario anda incluído lo que es conveniente, como para el hombre el vestido y la vivienda; igualmente lo que cumple que se haga, como todo lo que está conforme a la equidad, a la ley, a la costumbre, al oficio, a la profesión. Este necesario está en la cosa y luego en los enunciados, verbigracia: Dios es omnipotente; lo que vive, tiene alma. Lo imposible es contrario a lo necesario en la enunciación, no en la cosa, pues en la realidad todo es posible, pero en el dicho, cuando no puede ser tal como se asegura o se niega, como que el hombre no puede vivir mucho tiempo sin respiración. En la realidad, lo imposible es contrario a lo útil y a lo cómodo, como sin vestido y sin techo es imposible pasar la vida. Lo posible que con nombre trillado llaman los griegos *dinaton*, pues raramente, por no decir que nunca, los latinos usamos esta voz peregrina, aun cuando yo no veo por qué se la ha de desechar en la filosofía, especialmente cuando los antiguos no tuvieron reparo en decir *imposible*. Pero es incuestionable que su significación se refiere a lo necesario, como *alguna vez* a *siempre*, y a lo imposible, como a *nunca*. De cuando en cuando, lo posible, para quienes se sirven de este vocablo, tómase por sinónimo de fácil, como lo imposible se toma por lo arduo y difícil. En esto, una cosa lo es más que otra, según esté más próxima a la facilidad, como expedito y pronto, como tres y cuatro y cualesquiera sean los grados que uno quiere poner. De las cosas que vienen de otra parte, algunas van contra la naturaleza de la forma por determinada violencia externa que se introdujo.

Lo que se hace contra la Naturaleza, conócese de este modo. El efecto se produce de mala gana y como por extorsión, y ello mismo, a la primera oportunidad, poco a poco se restituye a su condición nativa. Por esto, sus acciones, así que consiguieron evadirse del ímpetu que las coaccionaba, quedan más débiles que antes, pues la violencia tiene un límite, más allá del cual la acción se torna más lenta y más flaca. Es un hecho asimismo que no toda la fuerza de coacción se manifiesta de un golpe, sino que insensiblemente se desarrolla hasta que se acaba la amplitud de su poderío. Por esto, una piedra lanzada hacia arriba tiene fuerza menor cuando está distanciada de la mano no más que un dedo; llegada a su mitad es cuando tiene más, y al final tiene muy poca; y al revés: en su caída tiene más fuerza cuando está próxima a la tierra que cuando está en mitad del aire. Este es el movimiento natural. Ello demuestra muy a las claras que todas las cosas entre las cuales andamos fueron creadas de la nada por Dios y, por decirlo así, como lanzadas por El con algún impulso vigoroso, con un alcance definido, y que una vez que a él llegó, poco a poco va reduciéndose a la nada con ímpetu y esfuerzo mayor de aquel que las hizo subir, a saber: a su propia naturaleza. Y si ésta es la condición de cada uno de los seres, cumple que lo creamos también del mundo mismo, cuanto que el nacimiento y el término de estos movimientos pertenecen a esas fuerzas.

El eficiente, así como antes de obrar se propone algún fin, así también, toda vez que se lo tiene fijado, se provee de los instrumentos o medios para su consecución. Instrumento es aquello que utiliza uno

fuera de sí, o ciertamente distinto de sí para hacer o padecer algo. Instrumento del hombre es el hierro; también es instrumento la mano; la razón, empero, es el instrumento del ánimo, facultad que se entiende que es del ánimo y como una parte suya, la cual, aunque no difiera esencialmente, con todo difiere por su facultad y poder y en todo caso por nuestra inteligencia, que ya nos basta por toda definición. Y puesto que todos los instrumentos se aplican a la adaptación de la materia, la adaptación de la materia es obra de los *instrumentos;* mas la obra que existe de una materia ya apta, dícese que es del *artífice,* como de la sierra el hender, del escoplo desbastar; pero el arca que de esta manera se consigue es del carpintero, como tal, pues del hombre *per se* no es, ni de Sócrates.

De este lugar también es el ejemplar que uno, al obrar, contempla para fabricar una semejante, como es caso socorridísimo entre los pintores, o como las ideas de Platón. No las tiene Dios ciertamente ni fuera de El ni distintas de El, pues es demasiado grande y poderosa su sabiduría para que necesite suministros ajenos y excesivamente aquella soberana y divina grandeza la contrae y la estrecha el más sabio de los filósofos cuando la acomoda a la angostísima cortedad de nuestra mente.

Por lo que toca a los instrumentos, los unos son animados e inanimados los otros. De los animados los hay dotados de razón y otros, que de ella carecen, unos libres y otros serviles; ejemplos de esta variedad son los amigos, los clientes, los camaradas, los criados, los hijos, riquezas, armas, autoridad, poder. El instrumento, si se acomoda al agente contra la razón de su naturaleza, se siente forzado y obligado como que una piedra suba hacia arriba y mate a un pájaro, o que, moviéndose la azuela, se haga una mesa; si no es así es natural, como que una piedra tirada por alguno desde arriba vaya a dar en el que le está debajo. Aquello que hacemos según la naturaleza de cada instrumento, no ha menester fuerza alguna, como que una piedra tienda hacia abajo; lo que hacemos contra la Naturaleza sí la necesita. Las hay naturales, como en la medicina. A las que se ejercen manualmente, se les aplica la fuerza; de ahí la dificultad; de la dificultad, el trabajo; del trabajo, la fatiga. En la dificultad considéranse el instrumento, la cosa con que se ha de obrar y en qué objeto, cómo escribir con una péñola de plomo y en un papel rasposo o arrastrar un batel contra corriente de un río; una espada pesada para cortar un tronco nudoso o con una segur mellada hender un madero. Por lo cual como las fuerzas naturales de cada cosa no sean sino las que Dios puso en ella, pues nada existe que se dé fuerza a sí mismo, es menester que todas las cosas se ofrezcan a Dios para obrar naturalmente. Tan conforme es a la Naturaleza que el fuego sea frío cuando Dios quiere, como en la actualidad, que Dios no lo quiere, es contra su naturaleza; es decir, contra Sí mismo. Otra cosa no es la Naturaleza en cada uno de los seres, sino lo que Dios quiere y lo que El da.

Pues así como la luz de la luna es la luz del sol, porque del sol procede y es el sol quien la conserva o la que de un reverbero metálico opuesto al sol se refleja en la pared, así las fuerzas naturales, fuerzas de Dios son, y aun con más propiedad y verdad que estas mismas y de ellas que en modo ninguno le

son necesarias, se sirve para obrar, pues aquel que obra por otro, no podría obrar a la continua por sí mismo, como el maestro cuando manda que un discípulo sea castigado por un condiscípulo. Puesto que El lo creó todo de la nada, es cierto que en alguna ocasión obró solo El, lo mismo que obra ahora por causas naturales, como que el hombre o la hierba sean engendrados de su propia semilla. Y aun cuando esto se realiza por obra y virtud de un agente natural, toda esa virtud se la dió Dios con larga mano. Es de todo punto cierto que si pudo producir idéntico efecto, sólo aquel mismo que comunica toda cuanta facultad y poder posee el agente para obrar. Hay más: si alguno estudia con detenimiento las causas naturales que se demuestran como cooperadas de alguna obra de Dios, hallará que de su misma mismedad no tienen fuerza alguna para realizarla ni siquiera para ayudarla, sino que todo está al arbitrio de la voluntad de Dios. Abastanza lo dió a entender El mismo, cuando, con un pellizco de lodo abrió los ojos del ciego de nacimiento. ¿Qué virtud tenía el lodo para abrir los ojos? A primera vista, parecía que más había de servir para cegarlos. Allende de esto, quiso demostrar que El, por ese mismo estilo, utilizaba las causas segundas de su propia voluntad, no por necesidad alguna. Por esta razón, comoquiera que todas las cosas son naturales a Dios, que las usa, obra Dios su trabajo sin molestia, sin resistencia. Si hubiera el menor conato de resistencia, obraría contra la Naturaleza, dado que la resistencia originala el deseo de la propia conservación. Así que resistirá a quien intenta su corrupción, obrando contra el beneplácito de su naturaleza. Ni se compadece con el poder de Dios, la existencia de cosa que se le pueda resistir, porque ¿qué proporción pudiera haber entre las fuerzas de Dios Creador y de la criatura, que ni un solo instante podría subsistir contra su voluntad? Por esto, puesto que su voluntad es la naturaleza de cada cosa, obra con su sola voluntad, es decir, con la naturaleza que le infundió, pues si quiere que la piedra tenga tendencia ascensional, hará que sea tal su naturaleza, y en este caso irá hacia arriba, no de otra manera que ahora va hacia abajo, porque ésta es su voluntad.

Las causas, si a su acción se atiende, son fijas las unas, es decir, que siempre actúan de la misma manera, como que el fuego comunique calor, y otras son variables, que no obran siempre de la misma manera, verbigracia: que una piedra que se arroja vaya a dar en un pájaro. Causas hay *sin las cuales* una determinada cosa no se hace, aun cuando no tienen ninguna naturaleza para hacer esto, verbigracia: que una luz no alumbre una habitación si no se abre la ventana. Estas tienen un alcance extensísimo. Algunas hay que están en quietud e inercia total o, como Cicerón dice, en estupidez absoluta. Estas, por sí mismas, no obran nada en lo que les es el sujeto, como el dinero de la riña o del robo; algunas otras contribuyen con determinadas ayudas, como el semblante, la conversación, la amabilidad. Los hay que en este género incluyen las herramientas y los instrumentos todos. En el mismo género se alinean aquellas causas que por su remoción y ausencia producen un efecto contrario del que ocasionan con su presencia y actuación, verbigracia: que por la retirada del sol se enfríe la tierra que se caldea con su presencia. Si se atien-

de al efecto y en el efecto su lugar y su tiempo, existen causas que en tiempo y lugar son próximas, como el fuego lo es del calor si se le acerca la mano; y las hay remotas, como asimismo el fuego lo es del calor en la mano que se calentó al contacto del agua caliente. Y en este orden de causas, las hay aún más alejadas y remotas, pues entre ellas hay prioridades y posterioridades, de forma que unas son primeras; otras, segundas; otras, terceras y aun cuartas. Pero con todo no se prolongan hasta el infinito por un camino recto en las causas que en la realidad coexisten en el tiempo, ni en aquellas otras que siguen un orden sucesivo, pues ni infinitas son las cosas ni el tiempo tuvo infinitud. Las que están distanciadas en su número o en su orden, no lo están en el lugar o en el tiempo, o en la acción. El sol da su luz a la luna, la luna la refleja en el espejo, el espejo reverbera en la habitación. Simultáneamente existen todas estas cosas en el mismo instante del tiempo.

Allende de esto, refiérense las causas a nuestro conocimiento, de modo que las unas nos son conocidas y desconocidas nos son las otras. A su llegada y manifestación primera, casi todas nos quedan ignoradas; cuando, cumplida su misión, se retiran, nos son ya conocidas muchas de ellas. Fin es aquello por lo cual se hace alguna cosa. El fin moviliza la fuerza y la facultad de obrar, por lo que él es la causa principal, pues la causabilidad se afirma en su propia definición y de él tomamos el principio de toda acción y en él toda acción descansa y en él está en cierto modo la motivación de quien hace algo; por esto decimos: *La salud se da estos paseos y ocasiona el poder sobrellevar los trabajos que se toman por ella.*

Todo fin nace del apetito concupiscible, bien por tener presente algo que falta, bien porque permanezca alguna cosa que ya se tiene, o se aleje y alontane lo que habrá de presentarse. El fin no mira a lo pasado ni a lo presente; siempre va como una flecha tendida al futuro. Las acciones y los destinos dirígense siempre adonde apuntan las esperanzas y los deseos. Para cada uno, el fin es siempre lo que se le antoja que va a serle de provecho y, por ello, todo lo que alcanza categoría de fin, siempre se muestra cubierto y disimulado bajo una capa de bien. Aunque cuando el bien no lo sea en realidad, al menos como tal es considerado. Ni puede proponerse como fin aquello de cuya consecución se desespera, pues nadie jamás iba a señalarse un destino, luego de haberse cerciorado que no podría conseguirlo.

Medios son aquellos a guisa de instrumentos que harán posible la consecución del fin. Es de imperiosa necesidad que sea de muchísimo aprecio el fin, a trueque de que los medios sean viles, dado que el fin, que es el término del apetito, es amado por sí mismo y este amor no tiene medida, antes por él se miden todas las cosas. El uso que cada cual hace de los medios viene condicionado por su idoneidad para alcanzar el fin. No hay nadie que a lo que quiere mucho le señale un precio bajo, pues aun el que *pesca con anzuelo de oro*, como dice el refrán, hácelo o porque el deleite que toma para él vale más que el oro, o lo hace por un alarde de riqueza que le contenta más; no ciertamente porque precie más el pescado que el oro, sino otra cosa diferente de la que el pescador pone como fin de su pesca. Tampoco el barbero

rasura a sus parroquianos con navaja de plata, no señala como fin el mísero cornado que recibe en paga, sino otro, a saber: el de enriquecerse con la esperanza de que gracias a este recurso acrecentará la clientela y hará más copiosa recolección. Y como todo el esfuerzo de la voluntad caminaría a la consecución del fin, así también con más vehemente empuje se abalanza a arrebatar aquellos medios sin los cuales no podría conseguirlo de manera alguna, que aquellos otros con que lo podría asimismo alcanzar, pero a su parecer no con tanta seguridad como con aquellos otros. Por lo cual, se propone exclusivamente como fin aquella cosa que es dueña de voluntad y capaz de apetito. Todos los demás seres que de ambos carecen, dependen de aquel que goza de querer y que por su voluntad les aventaja y se enderezan a lo que aquél manda, como las cosas materiales dependen de Dios y sus tendencias equivalen en ellas a determinados y naturales apetitos.

No hay cosa alguna que obre sin fin. Es el fin lo que acucia las fuerzas para obrar, como ahora decíamos, no porque todo efecto de la acción sea el destino que se asignó, sino porque nada hace sino lo que se propuso. Ni de no ser así, elegiríanse para determinadas acciones instrumentos determinados, sino que para cualquiera de ellas se escogerían a capricho y las acciones todas resultarían vagas e inciertas. Y ello no es así, pues la experiencia nos enseña que cada cosa tiene su especialidad y que el hombre tiene aparejada variedad de instrumentos y que Dios concedió a las cosas distintas disposiciones y facultades, de modo que si las emplean se hace esto y si no, aquello otro. Con instrumentos impropios no se llega a resultados propios y a los iguales instrumentos corresponden resultados iguales. Esta es la prueba máxima de que, en el obrar, algo debe haber señalado y fijado anticipadamente, que condicione la elección de los instrumentos. Y si los instrumentos dan a entender el fin, ¿qué motivo hay para que la inteligencia del hombre y la fuerza del amor recíproco, la religión y el culto de Dios no nos pongan delante de los ojos el fin para que fuimos creados? Superfluos y excesivos resultarían tantos y tales instrumentos si lo hubiéramos sido no más que para comer, beber, vestir y tener vivienda. Demás de esto, muy ajena de la razón es la temeridad, ¿y temeridad hubiera en Dios y en el hombre si en sus obras no tuvieran a la vista algún fin, sino que se abocaran a un salto en el vacío? ¿Qué es lo que decimos que se hace temerariamente sino aquello que sin consejo, sin criterio, sin razón (cosas todas que siempre tiran a un blanco), se lanza y aventura a un resultado ciego? Por esto, al hombre se le concedió no la sola voluntad *para que quisiese hacer algo*, sino también mente y razón que le aconsejen *si ha de hacerse o no ha de hacerse tal obra, y cómo conseguirá lo que desea*. Por análoga manera atribuímos a Dios una voluntad sabia y providente, sabiduría y providencia que tienen consistencia por razón del fin. La providencia mira de cara al fin, de suerte que tanto más providente o previsor es uno cuanto más lejanos son los fines que avizora y barrunta. Por lo que acontece en el hombre y en la universalidad de las cosas creadas, aquellas, digo, con las cuales estamos en relación, no hay obra sin dificultad y trabajo, pues los trae consigo el esfuerzo para llegar al fin, siendo así que no hay

quien tome un trabajo sin el señuelo de un fin, puesto que es más sabroso oficio el de no hacer nada y eximirse de molestia.

En ningún caso el medio es más preciado que el fin, por el cual se echa mano de él. Y eso no solamente lo descubrimos y lo comprobamos en la voluntad y razón del hombre, sino en las voluntades naturales; ni persistiera el hombre en el esfuerzo que supone la acción, sino que a los primeros síntomas de cansancio pasaría a otra cosa, como acostumbran hacer los niños y los hombres no graves, a quienes no estimula en exceso el deseo del fin. ¡Cuánto menos sentirían esa espuela, si no tuvieran ninguno! La voluntad, una vez que se hubiera puesto en reposo, ya no se movería, pues no se mueve por sí misma y dejaría de moverse, y si algo la espoleara y la moviera para que se lo atrajera a sí, éste sería su fin. Ni veríamos que descansara una vez el fin alcanzado, pues así que llegó a donde quería, el movimiento cesa por remoción de la causa; ni una vez movida reposaría jamás, pues siempre la causa del movimiento sería igual a la de antes, es decir, sería ninguna, sino puro azar y temeridad.

Y si todos los instrumentos están a disposición del Artífice principal y por El se gobierna y se pone en movimiento todo, no hay cosa que se mueva sin causa y fin, como sea que el azar y la temeridad están a inconmensurable distancia de aquella providencia infinita. No es lícito decir de Dios lo que no estaría permitido decirlo del varón cuerdo, a saber: *que obra en realidad, pero que no sabe por qué obra.* Y si en el reino del mundo las cosas mayores están ordenadas, tienen algún fin, aunque ninguna cosa menor hácese sino para lo mayor, y esas minoridades no carecen de fin. No es propio de su sabiduría dejar de ver lo que de la acción se seguirá, ni de su consejo, si lo ve, dejar de enderezarlo a algún blanco fijo, y lanzarse ciegamente a la ventura. Y si lo crea todo porque quiere, será temeraria la voluntad de aquel que sin causa será impulsada. Sólo el pensarlo es locura e impiedad.

Sus fines refiérense a nosotros y no a El, es decir, a nuestros bienes, no a los bienes de El, puesto que El está colmado de todo bien que puede desearse. De no ser así, fuera de peor condición que nosotros a quienes, si algunos bienes nos faltaran, de El puedan tomarse; y los que a El le faltasen no podría tomarlos de ninguno; así que siempre aspiraría a aquello de que careciese y no podría conseguirlo. En resolución, ¿qué existe mayor o menor que El, el cual de su propio bien le diera parte, siendo así que los bienes todos y cualesquiera otras cosas proceden de El como de un manantial irrestañable y no pueden proceder de ningún otro lado? Y si Dios ya se basta a Sí mismo, no creó las cosas para Sí, sino para las cosas; y si es bueno, no creó para el mal, sino para el bien.

Así que vemos en estas naturalezas que en la medida de sus posibilidades imitan al Padre del universo de manera que las primeras y engendradoras no trabajan, al obrar, para sí, sino para la obra y la naturaleza que se sigue. Aquello que está escrito en las Sagradas Letras: *Todo lo creó el Señor para sí mismo, y al impío también para el día malo* demuestra para qué fin están todas las cosas aparejadas, a saber: aquellas criaturas a quienes no les cupo razón, para el hombre dotado de razón; al paso que el hombre con referencia a Dios para

que con El sea bienaventurado. A los hombres que se hubieren apartado de Dios, espérales aquel día calamitoso. No fué el hombre creado para el Angel como el caballo lo fué para el hombre. En hecho de verdad no necesita del hombre el Angel como de ninguna cosa corpórea. El hombre es quien necesita de ello y que de ello se vale, y del Angel también por conductor y lazarillo de su ceguera y para sostén y apoyo de su debilidad, si ya no fuere que Dios quiere cumplir con los oficios de todos. Por esto mejor es el hombre que todas las cosas del cuerpo, o en otros términos, mejor que los medios es el fin. Por esto también pertenece en determinadas circunstancias a la causa eficiente el hecho de que el Señor no sacara a luz este mundo por alguno porque alguno lo mereciera, sino por Sí, porque es soberana bondad.

El fin, como ya dije, es el primero en el propósito, pero es el último en la ejecución. Fines hay que subordinados a otros fines, como escribir para ganar dinero, y ese dinero para regalo de la vida. Así que en este caso el fin es medio y en aquél es extremo. Fabricar un navío es fin para el artesano y es medio para el navegante; para éste, llevarle al puerto tras la navegación; es medio para el mercader, cuyo fin es la ganancia. Fin del carpintero es construir la mesa, del padre de familia, utilizarla; del pobre, trocarla por dinero. El fin propio de todo artesano es aquello que así que lo ha conseguido deja de obrar como obró, o cesa como tal artesano. Cuando el marinero se hace a la mar y en ella anda engolfado, esto lo hace como marinero; cuando bebe o come, lo hace como animal; cuando recibe dinero, o como avaro o como que lo va a gastar. Cuando Apeles pinta una tabla, actúa como pintor; pintada la tabla, el pintor desaparece; cuando le pone precio, obra como negociante; convenido el precio, se desvanece el negociante y pasa a otras actividades. Todas éstas son propias y *per se;* cuando se aplican a otros menesteres, dícense que proceden por otro, verbigracia: *el pintor negocia.* Luego cuanto más posterior es el fin, más acentuada tiene la naturaleza del fin, y cuanto es más primero y viejo en el propósito, es mayor y más excelente; además, cuanto más prudente, por eso mismo mayor atención pone en los fines postreros, pues a eso último orienta la penetración de su mente y a ello dirige todas sus intenciones.

Los animales, al revés, sólo perciben lo actual y lo presente y a ello tienden desde aquel punto. Pero en los fines, del uno al otro, no se tiende hasta el infinito ni por la vía recta ni la refleja, por manera que los unos lo son de los otros en número interminable, porque, de ser innumerables ¿cómo iba a hacerse algo en gracia de un fin que estaría a infinita distancia del agente? No pudiéramos conseguir este fin ni aun por incitación de la mente, porque en un tiempo finito no se puede con definida celeridad pasar la medida de una distinción infinita; ni cosa alguna sería el fin extremo, porque en lo que no tiene número no hay cosa última. Empero, puesto que lo restante es considerado como de fin extremo, no quedaría censura ni precio alguno de los fines interferidos, ni tampoco nada óptimo, puesto que lo óptimo es aquello *en gracia de lo cual lo hacemos todo.*

Razón tuvo la Naturaleza para aborrecer esta inutilidad y confusión de fines, porque, ordenadísima como es, siempre va referida a alguna utilidad. Así es que vemos que

cada una de las cosas naturales tiene alguna meta cierta que a cada cual fijó el Creador providentísimo en que se detuviera y en ella vemos que en realidad se detiene. Ni aun nuestra mente abarca de una vez los infinitos separados, y por eso no se extiende a los innumerables aun cuando en determinadas circunstancias llévase a alguna cosa única que es un infinito continuo, como es el apetito del infinito cual lo sintieron aquellos que desearon la igualdad con Dios. Pero quizá en los hombres no existe aquel apetito único de un todo inmenso si ya no es por partes, de modo que, conseguido éste, pase a otro, y luego a otro y en ninguno ponga el alto definitivo. Mas, hacia el reflejo o circular de los infinitos va nuestro apetito, no único, como decía poco ha, sino múltiple, como si uno ambicionara riquezas por el honor que traen consigo, y ambicionara honor por la fama, y la fama, otra vez, por las riquezas, de modo que parece que no se toman los singulares, sino las formas y razones. Sin embargo, no hay cosa más miserable que el que una cosa se haga fin de otra y que no se detenga jamás, sino que siempre se ande como colgado y bebiendo vientos.

Por esto no hay cosa más ruin que esta vida, en la que no se conoce descanso, sino que todo es pura vanidad. Vano es y huero todo lo que, allá en su interior, no tiene cosa útil que sacar afuera, como son vanas las bambollas y es vana y engañosa la paja y son vanos los hombres envanecidos de su mente vana, o de sus palabras, que parecen llenas y son huecas y vacías. Así que es vana también la acción de las cosas desdeñables, como en un juego de niños. Vano es también lo que nunca consigue el fin o que si lo consigue es menor y de más bajo precio que el trabajo puesto en conseguirlo o que es de tal linaje que en él no descansamos, sino que lo tomamos como punto de partida para otro, lo que demuestra la liviandad y exigüidad del éxito, que no se detiene en sí, sino que, cual si no se hubiera hecho nada, estimula, desde luego, para otras cosas, como si siempre nos pesara de lo primero. En este sentido dice San Pablo que *toda criatura es esclava de la vanidad*, porque parece que para ella no hay hito terminal en que reposarse, sino que sin descanso se pasa de una cosa a otra, o en realidad es vil y despreciable, de modo que nos duele el esfuerzo puesto en aquella carrera; de este linaje son los cuidados todos de esta vida, si se elimina la virtud. En la investigación de las causas, así eficientes como finales, fuertemente nos extraviamos por culpa de la ignorancia y las tinieblas y la flaqueza de nuestro ingenio. El Divino Hacedor de tantas cosas reservóse su conocimiento para El solo y ni siquiera lo comunicó a los ángeles y a aquellas mentes bienaventuradas. Expuestas están todas las cosas en verdad, pero nuestras inteligencias no traen consigo suficiente lucidez para verlas ni asaz capacidad para que puedan abarcarlas. Empero nosotros, dado que por la experiencia de los sentidos lo colegimos todo y las experiencias lo son de efecto y de acción, acontece que de ahí llegamos a las causas y que luego, alternativamente, retrocedamos y de las causas tornemos a los efectos.

Por el calor entendimos que el fuego calentaba; desde ese instante, en viendo fuego, sabemos que calentará. Del hecho de que un león haya devorado a un hombre, entendemos

que tal es de devoradora la naturaleza del león. Así que cuando vemos un león no nos queda duda que va a devorar a quien alcance y por esta razón tenemos miedo y huímos. Una experiencia frecuente nos ha enseñado que acostumbra llover después del mediodía, cuando, a la salida del sol, observamos las rojeces del cielo; así que en viendo el cielo rubicundo pronosticamos lluvia. Y con todo, nos equivocamos muy a menudo, pues pensamos que alguna debe de ser la causa por la que suele verificarse. Un viandante que por diez o doce veces consecutivas emprendió jornada en luna llena, ¿deducirá por ello que el plenilunio es la causa del viaje? Cuando dos fenómenos están simultáneamente expuestos a la vista, dudan muchos en declarar cuál de los dos es causa del otro, como cuando en la muerte de Rómulo, el sol se eclipsó, dicen unos que el defecto del astro fué la causa del fallecimiento del rey, otros sienten lo contrario; que el astro se eclipsó porque el rey había muerto; pero ni los unos ni los otros tienen razón, pues hartas veces ninguno es la causa del otro, como en este ejemplo. Asimismo, los fines se quedan confinados en el más profundo misterio por la razón de que ni nosotros penetramos en el conocer adónde penetra la naturaleza en el obrar, ni llegamos tan adentro como llega ella, y por esto no alcanzamos el punto que ella alcanza, así que nos detenemos muy hacia acá o nos descaminamos siguiendo la senda aviesa. Todo lo que es causa de la anterior estímase ser causa de lo que se sigue, como la persuasión de la voluntad, la voluntad de la obra, luego también la persuasión de la obra; así que es autor y consejero, causa de la obra y su principio y su origen. Luego Dios es la causa primera, origen, fuente, principio, cabeza de todas las causas. Y puesto que no hay cosa que se engendre a sí misma, sino muchas veces a su semejante, así nada es causa de sí mismo, sino de un semejante, como el calor del movimiento, el movimiento del calor, no del mismo calor, sino de otro, aumentado o disminuído, como la edacidad de la dolencia y la dolencia de la edacidad, no la misma dolencia ni de la misma edacidad. Yo espero el consulado por la honra y la honra por el consulado, no el mismo consulado, sino en especie.

Hora es ya de decir que tenemos a la causa eficiente provista de su facultad y el fin que mueve hacia sí. Síguese que haya *cuándo* y *dónde* se realiza la acción, pues nuestra actividad no se ejecuta sin *tiempo* y *sin lugar* ni tampoco la de aquellas cosas que tienen masa y cuerpo, pues todo lo que cae debajo de algún sentido es extenso y en cualquiera que esté aquello digamos extensión o cuantidad existe mole o volumen que abarca aquella primera materia y forma y si se parte en pedazos, surge el número, así que el número potestativamente queda incluído en la extensión. La extensión se considera o por la parte exterior de la masa o por su intimidad. En su parte exterior están el largo y el ancho; en su intimidad está su hondura. El geómetra separa estas extensiones de la masa, esto es, de los cuerpos de la materia, para enseñar los preceptos de su arte. Aquello que se considera sin ninguna extensión, hácese *punto*, como el sol en el firmamento, la tierra en el mundo; lo que solamente tiene una, toma el nombre de largo, no ancho ni profundo, a saber: la línea, como las líneas que describe el sol en su carrera. Aquello que

tiene dos extensiones en el mismo plano, en recto y transversal, quieren que sea la *superficie* o digamos *cara superior;* aquello que desciende a lo profundo es el *cuerpo* que imagina que se hace si la superficie está quieta; aquello que se ve con una sola dirección es el largo, ora se tienda en sentido recto ante nosotros, ora en sentido oblicuo, como la línea; aquello otro que se tiende en dos direcciones, una de ellas, la mayor, es la longitud, la menor es la latitud, pero si son iguales, lo recto es el largo, lo transversal es el ancho; por esto el largo y el ancho será juzgado por los espectadores como en el cuadrado o en el círculo, y esto también en aquello que tiene partes semejantes, porque lo que las tiene desiguales, algo, naturalmente, es lo largo, y otro algo es lo ancho, como uno es lo inferior y otro lo superior, principio, medio, fin. De todo ello existen ejemplos en nosotros y en cualquiera ser animado: en el hombre lo largo va de la cabeza a los pies; lo que está entre los brazos o costados es lo ancho. En las plantas, el principio tómase del comienzo de la vida, más concretamente, de la raíz, como el exordio del libro es su principio, tanto entre nosotros como entre los hebreos, a pesar de la diferente manera de escribir.

No hay masa, no hay extensión, por exigua que sea, que no se componga de partes, aunque engañen los sentidos, pues no se forma de partes indivisibles, como agudamente colige Aristóteles en el *libro sexto del oído físico*. Esto hace que sea mayúsculo mi asombro de que Epicuro, después de estos argumentos, abrazara la opinión de los átomos, pero quién sabe si había leído la doctrina aristotélica él que desdeñaba todas las que no eran las suyas. La división de la grandeza teóricamente no tiene limitación, aun cuando la limitación está en nuestra facultad; pues las partículas microscópicas no solamente se escapan de nuestras manos y de nuestros instrumentos, sino que burlan la potencia de nuestros sentidos. Con todo, se ha formulado esta pregunta: ¿Existen en alguna masa partes indivisibles, aunque no sean parte suya, quiero decir, un punto, una línea, una superficie carente de densidad? No es fácil la contestación, pero ciertamente parece que no. Aquellos que arrastrados por la autoridad de los geómetras lo creyeron así, engañólos la ignorancia de los principios de aquel arte, pues ellos dicen que hay algunos y sólo mentalmente los separan de la materia. Por esto, Aristóteles dice que no mienten, porque no dicen que *sea* así, sino que lo *imaginan* así, y en la suposición no puede caber mentira. Los puntos terminan la línea, pero no la constituyen; las líneas, la superficie, y éstas, el cuerpo. Quienquiera, pues, corta una línea, siendo así que de dos fines hace cuatro, añade también dos puntos, es decir, manifiesta los términos de dos líneas que anteriormente eran una; estos términos antes permanecían ocultos; no es que nazcan, sino que salen y se exteriorizan. Quienquiera divide una superficie, produce cuatro líneas; quienquiera separa un cuerpo, parte muchas superficies. Y como no hay cosa que no pueda cortarse en extensión, así tampoco no hay nada que sea inmenso o infinito en el sentido de que en absoluto no tiene fin alguno.

El infinito entiéndese de dos maneras: o que no tiene término alguno o que no lo tiene definido y cierto, como la línea del círculo; como decimos que en los magistrados la

autoridad es infinita. No tiene el cuerpo limitación alguna en el partirse, que es infinito, no en la realidad, sino en la potestad. Realmente no está el infinito en la Naturaleza, ni en extensión, ni en número, ni en lo otro puede mentarse el infinito, sino en cuanto volumen o número o en lo que por tal se tiene. Al mismo mundo vémosle finito, envuélvanlo los astrólogos en cuantos cielos quieran, pues cada uno de ellos tiene proporción con alguna tierra; y lo que tiene proporción con lo finito, no puede ser infinito. Sólo Dios es infinito con aquella, digámoslo así, grandeza de fuerzas y de duración, y aun de otras cosas que por sus obras le atribuímos. De ello trataremos más adelante.

Hay determinadas cosas que sin materia y volumen expansivo tienen ciertos visos y proporciones de grandeza y de extensión, como el *tiempo y el movimiento*. Qué cosa sea el tiempo, pareció cosa sumamente ardua de definir a grandes filósofos como Cicerón y San Agustín, y no lo definió del todo satisfactoriamente Aristóteles diciendo que es la *medida del movimiento y del descanso*, aunque con bastante congruencia. Tratemos nosotros de explicarlo con una especie de imagen: *Medida de la duración y permanencia de la esencia de cada cosa.* Más fácilmente nos formaremos de él un concepto, aun cuando sea borroso, mediante una figura que por la declaración de la esencia del tiempo. *Eternidad* es aquello que *toda de una vez* y *siempre* está presente a quien en ella está como la propia medida suya.

Este es sólo Dios, de donde se le llama eterno, pues todas las restantes cosas que no son eternas dícense estar en el tiempo, no en la eternidad, la cual, aunque lo comprenda todo, no es, sin embargo, la medida a la cual pueda ajustarse cualquiera cosa que no sea eterna. En el tiempo existe, en hecho de verdad, el momento *ahora* presente, pero que a la continua pasa y como resbala; existe el pretérito que ya pasó y se hundió en la nada; existe el futuro que se acerca, que acomete, que empuja, que urge al presente para que le ceda el paso. Estas son las tres partes del tiempo.

En la eternidad hay el *ahora uno* que siempre está parado, que está fijo e inmóvil. A este *ahora* parece llamarle *hoy* el Salmista cuando dice: *Yo hoy te engendré.* Pero esto no lo alcanzamos nosotros. Nosotros no hacemos más que aplicar a Dios nuestros tiempos por la comparación de nuestras cosas, verbigracia, que *creó*, que *crea*, que *creará*, que este o estotro *agente* fué, que *será*, que *es*, siendo así que no le son congruentes a Dios ni el *pretérito* ni el *futuro*, ni nuestro *presente*, ni nuestro *ahora*, como sabiamente sintio Platón, pues por más que hagas no podrás establecer firmemente qué cosa sea el futuro, qué el pasado, qué ese presente nuestro. Unos dan al *presente* una interpretación más amplia que otros, según la amplitud de su mente. Mas Dios abarca toda la eternidad; pero entre nosotros los hay quienes la abarcan más, quiénes menos; las bestias lo hacen en grado muy exiguo. Por lo que toca a nuestro tiempo, por más reducido que sea constando de partes, no nos será tarea fácil decir qué parte *sea* en realidad, porque una parte de él ya *pasó*, otra todavía no *es*, por lo cual ni aun ese *ahora* nuestro compete a Dios bastantemente. Ni con toda verdad se dice que *es*, pues nosotros no somos ni por nuestra naturaleza, con lo cual siempre anda mezclada la muerte;

ni por el tiempo, en el cual, como en las aguas de un torrente rapaz andamos envueltos, que nunca es, de cuyo presente una parte ya se desvaneció y otra no vino todavía. De este natural es todo tiempo, inconsistente, transitorio, por más que se prolongue hasta el infinito, cosa que no pasa sino a las mentes que jamás morirán, que son perpetuas, pero que no son eternas, dado que en ellas hay autoridad y posteridad, incompatibles con la eternidad. Dícense sempiternas, y hasta cierto punto eternas, por cuanto gozan de una parte de aquella eternidad bienaventurada que habrá de seguirse. Entiéndase ello de la manera que lo decimos. Por lo que hace a las palabras, cada cual empleará las que fueren más de su agrado.

Hemos exprimido nuestro tiempo de la eternidad y cortado nuestra parte de aquella que no se puede cortar, pero como la lía del vino puro y por esta razón tan desemejante, no por aquello de donde se extrae, sino por aquello en que se vierte; recipiente que al instante vicia y corrompe el líquido por más puro que lo reciba. Con todo aplícanse a aquella eternidad incortable las partes de nuestro tiempo que pasa a través de aquella que es fija con no excesiva desemejanza de cómo aplicamos a la tierra las partes del cielo que la rodea. En este sentido acomodamos a Dios el *fué* y el *será*. Pero en nuestro tiempo hay algo que se dilata al infinito, de suerte que la razón de esta medida es triple: inmensa antes y después; inmensa ahora en lo que seguirá, pero limitada por ambos extremos. La cuarta razón no existe, pues lo que jamás tuvo principio, no puede tener salida. ¿Qué nueva ocasión de muerte puede existir que fué nula en tiempo infinito? Y como sea que lo recto es la medida de sí mismo y de lo torcido, y el orden lo es de lo desordenado y no hay otra manera de descubrir lo torcido y lo desordenado sino mediante el cotejo con lo ordenado y lo recto, por eso referimos todos nuestros tiempos a los movimientos celestes que guardan maravilloso concierto.

Las partes del tiempo, unas son esenciales, como futuro, pretérito, momento, punto, hora, día; por el espacio de la rotación solar, mes, año; *ahora* y *entonces* no son sino indicaciones nuestras. Partes accesorias son que provienen o de las cosas que naturalmente tienen lugar en el tiempo, día, noche, invierno, verano, niñez, juventud, siglo. Los calificativos *lluvioso*, *sereno* ya no son partes del tiempo, sino determinadas manifestaciones del mismo. Nuestros tiempos son los que pertenecen a las acciones y obras de los hombres: día festivo, día de hacienda, siembra, vendimia, que ofrecen la ocasión de hacer cosas que han de hacerse, esto es, en que suele, o cómodamente se puede o se debe o importa que algo se haga o no se haga, verbigracia, callar, hablar, menearse, estarse quieto. Ocasión es el tiempo más indicado para alguna determinada faena.

La cesación de la acción está en nuestra intención incluída en la acción, como callar, como descansar, que más se refieren a la privación de esta acción que a la negación universal, pues en la negación no está simplemente la ocasión, que tiene una infinita amplitud e incluye los géneros de muchísimas cosas. La ocasión llámase también tiempo. La ocasión refiérese a nosotros y tómase de la razón de las cosas, pues un tiempo mismo para el uno es ocasión y para el otro no lo es. Y así como las cosas son en el tiempo,

así también son en el lugar. Decimos que está en otro porque va comprendido en él. Es tal el modo de proceder de nuestra imaginación, que parece ser mayor y más capaz aquello en lo cual hay algo que este algo mismo que en aquello está, aun cuando en hecho de verdad no sea así, pues a menudo es igual o mayor aún. Fuera perseguir el infinito decir todas las maneras de su existencia, no ya solamente en la compleja variedad de hablas, cada una de las cuales tiene su genio propio, sino en cada una de ellas por la abundancia de expresiones figuradas; pero nosotros nos limitaremos a consignar determinados casos en la lengua latina y griega, para la inteligencia de la filosofía y de la vida. Existe algo que está en otro, dentro de él, como el vino en la tinaja, los riñones y el corazón dentro del cuerpo; de donde nacen las restantes razones de las cosas que dícese que dentro están. De esta suerte todas las cosas creadas están en el tiempo. Al tiempo imaginámosle extendido sobre todo el universo mundo, no de otra manera que el cielo, pues a nadie le resultará sencillo explicar el cómo en realidad estamos en el tiempo. Hay cosa que está dentro de alguna otra como pegada e inherente a ella, como los hombres en una era, en la tierra, en una nave, en el lecho, como a manera de apoyo. Hay alguna cosa dentro de otra cuya parte más grande o principal está cubierta por ella como un individuo dentro de una capa. En este punto el lenguaje corriente tuvo consigo mismo hartas complacencias. Dícese, en efecto, que está dentro de una capa un hombre, siendo así que solamente cubre su cabeza y sus hombros, que está debajo de su boina, que no le tapa más que la coronilla, y también dentro de todo lo que le ciñe y le rodea, como el cuerpo dentro de la faja y la cabeza dentro de la corona o del tocado.

Algunas cosas están en otras cuando en ellas está su esencia, como el inherente en su sustancia, el alma en el cuerpo, Dios Padre en Dios Hijo y Este en Aquél. Está en otro cuya facultad de producir está en él como la planta está en su semilla, en el padre, el hijo y aun el nieto, como San Pablo dice que en los lomos de Abrahán estuvo Leví cuando le salió al camino Melquisedec, rey de Salén. De esta manera en el pintor está la pintura todavía no realizada, en Dios está el mundo y toda obra está en su autor antes que la saque a luz. La semejanza, que casi identifica las cosas, consigue también que se considere que las cosas semejantes están dentro de otras, como el niño está dentro del varón formado y el amigo entrañable está dentro del amigo, pues imagínase también que las mismas cosas están a la recíproca unas dentro de las otras, verbigracia, el cónsul segunda vez, dentro del cónsul que lo fué por vez primera, y la ciudad que existió un milenio atrás, continúa dentro de la ciudad actual. Por sucesión son las mismas cosas, según demostraremos. Está en otra porque anda comprendida en su generalidad, verbigracia, el hombre en el animal; el brazo en el cuerpo. Lo general, por distribución, está en aquello que comprende; lo universal está en cada cosa y el todo en su totalidad, como el animal en el hombre, el hombre en la sociedad, el cuerpo en todos sus miembros. Transfiérese algo a sus propias fuerzas; entonces dícese que está en aquello donde sus fuerzas están como el reino está en el rey. La preposición *en* tiene también la acepción de poder como en su mismo lu-

gar, por ejemplo, cuando decimos que *la honra no está en el honrado, sino en el que honra*, que es un axioma griego. Transfiérese el animante al pensamiento y a la intención del ánimo, del modo que se dice que está en aquello que hace y en aquello a que se dedica, como el sabio magistrado está en la constitución de la república y el teólogo en el estudio de la religión.

Propio es de este lugar el fin en el cual están los medios y los instrumentos para cada uno, como para el avaro los tiene colocados todos en el dinero y el varón cuerdo todo lo tiene colocado en sí mismo. Aquello dentro de lo cual cada cosa está contenida es su lugar propio, verbigracia, esta habitación es mi lugar, y la casa cuya es la habitación, y esta ciudad, y este ambiente, y este cielo que lo abarca todo, pero el lugar más propio y más aproximado a cada cosa es el que de más cerca la rodea y no otro. Esto debe entenderse matemáticamente considerando el cuerpo como una superficie con tanta densidad como cada cual guste, siempre que sea sólo bajo razón de anchura y de ambiente, y se mueva esto que comprende al ritmo del comprendido y no de otro modo. Hacemos esta añadidura en gracia del habla común, que no dice que se haya mudado el lugar, aun cuando en realidad el cuerpo que tiene a su alrededor se mude. No mudan estos edificios porque un nuevo ambiente los envuelva, que se dispersa con el viento. Por esto, el *lugar* no tanto tiene razón de *cuerpo* como de *comprensión* (que atañe ciertamente al movimiento) *referida a algo fijo;* como, por ejemplo, si esta consabida *comprensión* está en posición idéntica a la de antes, junto a una pared inmóvil, el lugar no se considera cambiado. Puede algunas veces ser considerada la sustancia del cuerpo continente como cuerpo; en este caso, no cambiado el contraste de la comprensión con una cosa inmóvil, diráse cambiado el lugar como el vino que en la bodega púsose en la misma posición, se trasiega de la vasija a la bota, aun cuando no faltarían quienes dijesen que el recipiente cambió, pero no el lugar, pues éste tiene razón de cuerpo y el lugar la tiene de superficie. Señaló la Naturaleza para cada cosa el lugar conveniente a su genio y por ende a su propia conservación, como a nosotros el aire, el agua a los peces, la superficie de la tierra al agua. Éstos lugares, puesto que fueron distribuídos por la Naturaleza, se denominan naturales. Este lugar, en el lenguaje de las relaciones sociales, en el sentido de *situación de las cosas*, no es de la incumbencia de ese estudio, ni tampoco en el sentido de *concepto*, verbigracia: *está en lugar de hermano*.

En el lugar hay determinadas partes, algunas de posición, otras inherentes. Son partes las que señala el orden de la Naturaleza: abajo, arriba, delante, detrás. Posición es la actitud referida a alguna otra, como derecha, izquierda, aquí, allí. En un sitio redondo el lugar medio es el ínfimo siempre; el circuito es el superior; así en el mundo el cielo, debajo de nosotros, está por encima de la tierra, aun cuando a nosotros nos parece ser el inferior. A menudo, de las partes resultan tales posiciones, de suerte que los lugares anteriores con relación y respecto a determinadas cosas se convierten en posteriores, y los inferiores en superiores, como pasa con la derecha y la izquierda. Al número de los inherentes se adscriben los nombres de las partes del lugar, tomados de los cuerpos ambientes: *cielo, aire*,

agua, tierra. También las partes de la tierra: *Italia, España, Francia;* asimismo las partes del agua: *ese estrecho, ese mar, ese puerto.* El aire y el cielo reciben las denominaciones de la tierra, verbigracia: este pájaro vuela en España, el véspero brilla en Italia, en Grecia aparecieron dos soles. Más apartados de la esencia del lugar son los adjuntos: lugar ancho, estrecho, llano, montuoso, sano, marítimo. Por la relación que tiene con nosotros, es el lugar solitario, famoso, sagrado, profano, plaza, templo, circunstancias éstas que nosotros las ponemos. Aquellos lugares que tienen *delante* y *detrás* tienen también *anterior* y *posterior*, a saber: así en el tiempo como en el lugar. En el tiempo, los unos por el orden mismo del tiempo, como los más antiguos son los primeros, pues nosotros, a veces, a lo más cercano le llamamos primero y a lo más antiguo lo más próximo, como lo más antiguo llámase lo último. Tienen prioridad en el tiempo las cosas que en su curso natural preceden a las otras, como *Dios es el primero* por antonomasia, y los cuerpos simples son primero que los compuestos y las partes primero que el todo, y el corazón primero que los restantes miembros, y que lo engendrado, el engendrador y las causas primero que los efectos, y, finalmente, primero es aquello de que se nace y sin lo cual otra cosa no puede tener existencia mientras que aquello otro la puede tener sin él. En el lugar, primero por el orden de la posición, como todo principio es primero que el medio y la cabeza primero que los pies; primero, en nuestro orden, como el más honrado en el honrado es el primero, y el lugar de en medio es el primero según entre quienes, y según entre quienes no lo es. Por ese estilo, lo primero tiene ventaja sobre lo restante, como tiene precedencia el cónsul sobre el pretor y éste sobre el cuestor, y el hombre tiene prioridad sobre la bestia, y la forma sobre la materia. Por esto mismo lo más antiguo denomínase lo mejor por traslación del lugar al tiempo, y aquellos a quienes amamos más entrañablemente y que con nosotros tienen deudo de sangre o alguna muy estrecha amistad, son primeros que los otros, como para el padre el hijo es primero que el hermano, en el lugar y orden de los afectos.

Hay también una prioridad establecida por el orden de la Naturaleza, como la que tiene aquello que ella puso por principal en cada cosa; así la cabeza en el hombre, la raíz en el árbol y todo lo que le es más caro, como cada cual a sí mismo, y lo propio más que lo ajeno, de la misma manera y razón que lo que le es más excelente, como el Creador más que las criaturas y el fin que los instrumentos, y una cosa real a otra fingida, y el todo que la parte y lo celeste más que lo terreno, y por decir en una sola palabra, todo lo que es más preciado que el mundo.

Tampoco es faena llana explicar en qué lugar y cómo están las cosas espirituales. Con todo, ellas son, y por ende es menester que estén en algún lugar, a pesar de que no están en él como los cuerpos físicos, de manera que la superficie o el cuerpo rodean su esencia como si ellas llenasen todo cuanto se deja dentro, cual si de otra suerte hubiese de quedar vacío. Yo no puedo declarar mejor cómo están en el lugar los espíritus que con decir que ellos de tal manera están *en él*, como nosotros estamos en el tiempo. Está, pues, la esencia del espíritu en

el lugar, pues no dondequiera. Los límites de este lugar serán determinados por su operación exterior, lo cual, tan ampliamente como se produzca, podrá juzgarse que allí está la esencia del ángel. Por esto cuando nuestra mente, encerrada en el cuerpo tanto cuanto solamente puede concebirse por imagen del alma, podemos decir del modo que sea, podemos hablar del lugar de la *operación* de los espíritus, pero de manera ninguna del lugar de la *presencia*. Pero ¿qué diremos de la inmensidad de Dios que comprende lo que es y lo que no es? Harto poco en verdad, más bien para declarar que está fuera de nuestro alcance que porque confiemos poder definirla. Así como de la eternidad fluye el tiempo impuro del puro y lo divisible de lo indivisible, así de la inmensidad se desprende el lugar, dado que la inmensidad es la presencia *toda y simultánea en todas partes*. Y no de otra suerte que por la flaqueza de nuestro juicio dícese de Dios que está en el *tiempo*, también así lo decimos del *lugar*, pues de manera semejante se han respetado de Dios el lugar y el tiempo. Por esto, aquello mismo que hemos dicho de la eternidad con referencia al tiempo, puede acomodarse a la inmensidad con relación al lugar. La eternidad es la medida de lo que no la tiene, infinita de lo infinito; la inmensidad es el lugar de lo inmenso. Y aquél *aquí* es uno, y lo mismo para todo cuanto hay en el mundo y fuera del mundo, que no comprendemos nosotros los moradores del mundo. Dios, sin embargo, no está menos *allí* fuera del mundo que fuera de nuestro tiempo. Y ese nuestro lugar aplícase por partes a aquel lugar inmenso sin partes. Como decimos que Dios está en este lugar o en aquel otro, de modo no muy diferente que el alma humana en todo el cuerpo y en cualquiera de sus partes; pero este asentimiento es arduo para los humanos ingenios, por lo cual se impone pasar a otra cosa.

En el problema acerca del lugar con sobrada comodidad se ha preguntado a los filósofos: ¿Existe el vacío en el mundo en alguna parte? Del vacío hablan los hombres de diferente manera. El vulgo da el nombre de vacío a aquello donde no hay nada sólido, como este medio y región del aire que por esta misma razón se llama *inane*. Esta manera de hablar engañó a los epicúreos. De otro modo, cuando no hay aquello de que debe o suele llenarse, como *cabeza vacía*, cuando no contiene nada de prudencia; *pecho vacío*, aquel en que no hay corazón; bolsa sin dinero, vacía; ciudad vacía, cuando aperece desierta de moradores humanos, aunque esté llena de reses; fuelle vacío, cuando el viento no le hincha; *vacío* es el lugar donde no hay nada en absoluto. En esta inteligencia hablan los filósofos, de forma que no hay en la Naturaleza física vacío ninguno. Lo que hay fuera del cielo sábenlo sus moradores. Es verdad averiguada que en esta Naturaleza Dios creó todas las cosas provistas de cuerpos, ninguna inane, ninguna vacua para que este mundo fuera semejante a su Autor, en quien todo está lleno y colmado, nada ocioso o vacío. Pues aquello que mayormente podría parecer vacío lo vemos lleno de aire. Quiso que el aire fuese de una sustancia lúbrica y sutil, para que con facilidad penetrase dondequiera, y lo hinchase y al paso que los restantes cuerpos se retirasen, él los reemplazara ocupando su lugar. Prueba de que la Naturaleza toda tiene horror al vacío, son las naturalezas espe-

ciales que están al servicio de la Naturaleza común. Es un hecho que éstas, a su pesar, van en contra de sí mismas, obran contra sus quereres y sus cualidades, porque ni un solo instante exista algo vacío. Así es dable ver que el agua metida en una caña o en una cañería, por atracción sube hacia arriba, y que una vasija, cuando se le practica un agujero, no da salida al vino si previamente no se le abre algún respiradero para el aire. Grande y sana lección ésta para los hombres, que deben posponer sus ventajas privadas a las públicas. También los cuerpos planos puestos en contacto sepáranse violentamente hasta que acude el aire a llenar el vacío.

Lucrecio, el poeta epicúreo, recoge determinados argumentos, por los cuales pretende llegar a la conclusión de que el vacío existe, porque, de no ser así, no hubiera cosa que en el pleno pudiera moverse o alimentarse o aumentarse, colmados y obstruccionados los conductos; mas en fuerza de esos mismos argumentos no hay vacío, pues ni hubiera movimiento alguno en el vacío, sino un paso repentino y momentáneo de un lugar a otro; ni el alimento poco a poco fuera admitido en las venas, sino que en un instante lo invadiría todo, lo cual fuera sobre manera nocivo para la nutrición y crecimiento. Omito otras pruebas por el estilo, más inconsistentes aún y más ridículas que éstas. ¿Qué más? ¿Toda mudanza de la Naturaleza no se verifica por trámites ocultos, inaprehensibles, del invierno a la primavera, de la primavera al verano y luego al otoño para tornar al invierno; del día al crepúsculo, del crepúsculo a la noche, de la noche a la aurora y al día? Idéntico curso es el de las edades del hombre, de modo que no queda laguna ni resquicio. Estos fenómenos dicen a las claras que está lleno todo.

Antes que hable del movimiento, añadiré lo que me queda por decir acerca de la cuantidad, que también será conducente para el conocimiento de la acción. Aquellas cosas en las que existe cuantidad tienen parte y todo; parte es aquello que con otro u otros hace otro. Toda parte está en aquellas cosas en que hay mucho y poco. Y aun cuando en una masa continua hay partes, no obstante, el nombre de parte tiende más a la cuantidad del número, pues cuando se señalan partes en el cuerpo, se forma colección, a saber: número; pero es menester que las partes estén unidas en un espacio conveniente. Unidas no pueden estarlo demasiado, pues ¿qué unión, en fin de cuentas, puede imaginarse más estrecha que la de la materia y de la forma? Empero pueden disociarse hasta el punto que ya no se denominen partes, como si el vecindario de una ciudad estuviera muy desparramado. La *primera conjunción* es la de la materia y de la forma; la que le sigue inmediatamente, es la del inherente, pues la forma insinúase por la intimidad de la materia; el inherente parece que toca más la parte más superficial de la materia que la recóndita, como poco ha nosotros lo hemos declarado; pero ciertamente es la conjunción segunda. Estas dícense partes de la esencia ésta que siguen, y aunque constituyen la esencia de la cosa, no obstante llámanse partes de la cuantidad, pues se toman más de las cosas ya absolutas entre sí o de la extensión de cada cosa que de la complicación de la materia y de la especie de la cual se forma la esencia de la cosa.

Así que la *conjunción tercera* es

la de aquellas cosas que, aun cuando constan de materia y forma, están de tal manera adaptadas o conexas entre sí, que semejan no estar unidas, sino que se muestran como cosas de un mismo tenor y como que la una nazca de la otra. Llámanse *continuas* vulgarmente; nombrémoslas *unidas* nosotros. No es ésta simple, dado que la otra no es conexa del todo, sino ajustada de suerte que las que, con exclusión de todo medio, sino por sí mismas, por la correspondencia de la una con la otra, se traban tan estrechamente que uno es el tenor, no sólo de la cosa, sino también de los nombres. Así, agua, aire, hueso, nervio y cosas análogas tienen partes que los griegos denominan *homogéneas*, como quien dice de la misma naturaleza, parientas, hermanas germanas, pues cada parte de la extensión del agua es agua, pero no de la esencia, pues ni la materia es agua. Otras hay fuertemente diferenciadas entre sí por las formas de los inherentes, por su aspecto y configuración y, por ende, también por sus nombres, como cabeza, brazo, mano; como asimismo, entre sí, carne, hueso, nervios, corteza, ramas, hojas, flores, frutos, y por esto necesitan de un enlace, que en ello es tal cual es en el mundo, enlace que con aquello que une y consigo mismo hace una unidad, reteniendo la naturaleza de ambos, no por el apelativo de la forma, sino por la cualidad de la cosa, como el cartílago, que de la carne es carne y que poco a poco se va haciendo hueso hasta el hueso, y comenzando por éste, es hueso y espaciosamente acaba en carne.

Todos los cuerpos vivos y artificiales, por regla general, tienen partes de este género que los griegos llaman *eteroteneis*, voz que suena disimilares y que nosotros denominaremos miembros. Aquellos que tienen partes anteriores, díganse *omoyomere*, y los que las tienen posteriores, *eteromere*, como si dijéramos *unipartidas* y *varipartidas*. En los inherentes, que crecen y que disminuyen, aquellos sus aumentos y disminuciones considerámoslos nosotros como partes, así que pequeña es la ira que tiene pocas y aun exiguas partes y grande la contraria. Son *omoiomere* la negrura, la prudencia. Hay algunas cosas artificiales que tienen partes disimilares, como la gramática, pues no cada una de las partes de la gramática es la gramática.

La *conjunción cuarta* es la de aquellos cuerpos que se tocan no más y que están o simplemente yuxtapuestos como tablas que se unen estrechamente y se llaman conexos como en una cuerda, en un tejido, en un nudo. En este género entran los que se unen, sí, pero en virtud de un aglutinante que no se resabia de la naturaleza de ambos. Todos éstos llámanse *contiguos*; así, la casa tiene partes contiguas, como el libro tiene hojas. Ocurre, no obstante, que andando el tiempo aquella sustancia pegadiza se convierte en aquello mismo que aglutinó, como la cal se trueca en piedra, y en este caso, con los *contiguos* se forma un cuerpo de *unidad*. De este género son los que se mezclan, como el agua y el vino o como los productos farmacéuticos, hasta hacerse una sola cosa.

La *quinta conjunción* es de aquellos cuerpos que, reunidos en intervalos determinados, forman algo así como los granos de trigo constituyen un hórreo, la leña un montón, los hombres un pueblo o una ciudad, si ya no fuere que hay quien piensa que una ciudad se forma de

una colectividad humana en el recinto de unas mismas murallas que constituye con idénticos derechos y deberes, con la misma magistratura, como en la guerra civil pompeyana; esa distinción no me quita el sueño. Las palabras y el lenguaje pertenecen a este género, pues ni los granos, cualquiera sea la separación que entre ellos hubiere, no harían montón, ni los hombres harían pueblo, ni las letras palabra, ni las palabras discurso, ni las casas ciudad, ni los soldados ejército. Pero el número unas veces es de la naturaleza y de la cosa y a veces de nuestro pensamiento. Así, a cuatro reyes, por más separados que estén, los unimos mentalmente cuando contamos los reyes y completan este número. Existe además otra *conjunción* de espíritus mucho mayor que cualquiera otra de cuerpos, aun de los que están unidos, cuando los espíritus únense por su nexo propio, que es el amor, como los ánimos de dos amigos se juntan en la más sabrosa de las coherencias y constituyen una unidad espiritual.

Lo que se compone de partes es el *todo;* pero no se dice *todo* simplemente, pues *todo* o se refiere a cosas menores o así o a cosa mayor. En el primer caso, es decir, cuando se refiere a las partes, todo es cualquiera cosa que la parte completa con otra cosa; a saber: todo lo que comprende aquella parte, verbigracia: con referencia a la mano, el hombre es el todo, y lo es también el brazo. Si a sí mismo se refiere, todo es lo que se compone de todas sus partes, de las que, según la naturaleza de su especie, suele constar. Y éste llámase entero en oposición a incompleto o truncado cuando falta algo a la forma que la naturaleza lo atribuyó. Esta mutilación no consiste en lo pequeño o en lo grande, sino en el conjunto de las partes que aquella especie recibió en dádiva de la Naturaleza; por este motivo, la mutilación está en los miembros, pero no en las partes genuinas, pues no deja de ser mano la mano chica ni deja de ser brazo el brazo corto; otra cosa sería si careciera de uno de los cinco dedos. Ni queda mutilada ni disminuída una ciudad por el hecho de que muera en ella un ciudadano particular ni cada uno de los hombres son partes que la Naturaleza atribuyó a la ciudad, es decir, a la razón y esencia de la ciudad, siempre que no sean magistrados o corporación o pueblo. Y aun cuando toda detruncación suele ejecutarse en personas singulares, siendo así que las formas no acostumbran truncarse ni disminuirse, con todo existe una disminución de ésta en nombre de la especie y otra en cosa singular. Esta mano, si se le corta una parte del dedo meñique, no es una mano disminuída, pero lo es en el sentido de no ser como era antes. Y cuando el todo se refiere a mayor, es *todo* todo aquello que no es parte de otra cosa. Dificultosa de hallar es la cosa que no constituya parte de otra, porque, en definitiva, cada una de las cosas es parte del mundo; pero tal como la consideramos, tal la expresamos. Si uno, por ejemplo, no piensa en modo alguno en la ciudad, dirá que un hombre es un *todo;* pero si en ella piensa, será *parte* de ella. Luego el todo que resulta de las partes o procede del conjunto, o de la unidad, o de la conexión, o de la vertebración, o de la mezcla, o de la agrupación. Por lo común, todas estas partes tiene el cuerpo del ser animado; a saber: materia simplicísima, forma, inherencia, cabeza, tronco, vértebras en la espina dorsal y en el

cuello, conexión de los intestinos, trabazón de los nervios y de los huesos, sangre, mezcla de humores y como ensambladura de partes.

De las partes, las hay que afectan a la sola cuantidad con separación de toda masa, como lo que es matemático, ángulo, palmo, codo, pues todo esto lo entendemos fuera de toda materia. Otras hay que dicen entre sí comparación de cuantidad, como todo lo que anda en la comparación de mayor y menor, simple, duplo, mitad; éstas aplícanse más al número; aquéllas a la extensión. Algunas partes de la cosa tienen en el todo una dignidad tal, que sin ellas el todo no puede subsistir, como ocurre con la cabeza en el hombre y en todo animal con el corazón o lo que hace veces y oficio de corazón. Otras son de dignidad subalterna, las cuales separadas, aunque el todo anterior no se mantenga, con todo la parte que resta usufructúa el nombre de la primera esencia y forma, como si a un hombre se le amputara un dedo, permanecería hombre y continuaría siendo ciudad la colectividad urbana afectada por la defunción de un ciudadano particular. Se ha ventilado una cuestión capciosa. ¿Algunas partes de un ser animado se las ha de juzgar por el nombre del todo? Más claro: si el brazo del hombre es animal y hombre, pues es aquel en el que dicen que se alberga el alma, y por cierto alma racional dicen que con toda razón, debe llamarse animal y hombre. Yo respondo: Aquellas partes del animal que, aun cuando estuvieran separadas de las otras, constituirían el animal, séales lícito continuar decorándose con el mismo nombre, como el restante cuerpo, disminuído en un dedo o en una mano; a las restantes no las compete la denominación del todo como al brazo o a la pierna. Ni los cuerpos son animados, es decir, que tienen alma o forma, aun cuando sientan la fuerza del alma, pues, en resolución, lo animado es aquello en que el alma es la forma. Enhorabuena esté en el brazo del hombre el alma racional, como presente, pero no como forma o efección y como su artífice. Más claro: aquello que en algún lugar no tiene los instrumentos aptos, esto no puede ser allí artífice o efección. Por esto el cuerpo provisto de los instrumentos necesarios, que por esta razón se llama orgánico, éste sólo es el cuerpo del alma, es decir, dentro del cual puede el alma desempeñar cómodamente todas sus funciones; no significa otra cosa ser animado, no más que si en una piedra se pusiera el alma del hombre, pues la simple presencia no constituye la animación, sino el ejercicio de las operaciones.

Volvamos ya al compuesto que dijimos que estaba formado de partes. *Simple* y único es el ente que en absoluto no tiene parte, como el ángel. Y cuanto menos partes tiene una cosa y menos desemejantes entre sí, más simple es, y más de una sola manera, como el agua y el papel lo son más que el hombre y el árbol. *Simple* es también aquello a lo cual no se le añadió cosa por razón de su esencia, como *sólo Dios es simple*, pues todo cuanto se considera que hay en El es de la naturaleza y razón de su divinidad. En este concepto, ni siquiera los ángeles son simples, pues les añadimos la bondad y el entendimiento de muchísimas cosas que no son de su naturaleza: se acercan, se apartan, disminuyen, crecen. Nosotros a Dios llamémosle *simplicísimo* y *de una sola manera;* y a los ángeles, en cambio, y a nuestras mentes, *simples y mixtas*. Cada una de las co-

sas, así como *es* por una cierta semejanza de Dios, así también por su semejanza *está reducida dentro de sí misma* para abarcar y contener en sí toda su sustancia y su esencia, separada de las otras sin admitir en su esencia esencias ajenas. Llamo ajenas a todas aquellas que en nada contribuyen a que ella sea esto o sea tal. Por esto, cada una de ellas, por más que resulte de una mezcla de varias, es un ente uno, como es uno Dios, pues aunque no sea uno por la simplicidad de su esencia como el ángel ni por el conjunto de sus partes esenciales, como cuerpo y alma, ni por la unión como el papel o la planta, ni por la conexión como el paño, ni por la conglutinación como la pared, hallará, no obstante, alguna forma de uno por la cual se apropie la unidad; a saber: bien a manera de montón o de hacinamiento o de agrupación. Las mismas razones de las *partes* y del *todo* lo son igualmente del *uno*. Por lo cual, así como cada cosa es *una* y la universalidad es *una* y es *uno* el mundo y es *uno* el linaje humano que puebla el mundo y es *uno el Cristo, Hijo de Dios, Maestro, Restaurador y Salvador del género humano caído, que también es uno.*

Réstanos hablar del movimiento que Aristóteles hace cuadrúplice: de un lugar al lugar opuesto; del nacimiento a la muerte, o al revés; del adjunto a un adjunto mayor, menor, adverso o de la remoción del adjunto al adjunto o viceversa; de grandeza mayor a menor o de ésta a aquélla. El primero es traslación; el segundo es generación, si tiende a ésta, o corrupción si tiende a aquélla; el tercero es variación, que el propio Aristóteles denomina *etereosin*, que suena *alteración* en latín (y en romance); el cuarto es incremento, si se va a mayor, y es disminución, si se va a menor; de manera que, generalmente hablando, puede definirse: el tránsito o mutación de esto en aquello. Así que toda acción y operación será movimiento, o digamos tránsito, de aquello de donde parte la acción a aquello otro a que se dirige. Por esto dícese que los ángeles se mueven cuando hacen algo, y se mueven también nuestros ánimos, no solamente en los tan conocidos tumultos y tempestades pasionales, sino también en el conocimiento y la plácida inteligencia, como parecióle a Platón; este punto lo estudiaremos en otro lugar. Así el movimiento es el paso o tránsito del ente para conseguir en efectividad lo que tiene en potencia. Por esto no se mueve Dios, puesto que no se le puede allegar novedad ni modificación alguna. Esencialmente el reposo es privación del movimiento, como las tinieblas lo son de la luz y el silencio lo es del sonido; así que de cuantas maneras como se expresa el movimiento, de otras tantas se expresa el reposo. De las cosas que se mueven, las unas se mueven por sí y otras al impulso de otros, y otras, por fin, por entrambos movimientos. Por sí se mueve el hombre cuando echa a andar; por el movimiento de otro se le lleva, y de ambas maneras cuando va embarcado en nave combatida por la tempestad. No es a nadie cosa fácil explicar el movimiento en las cosas del espíritu. Empero en las masas, gracias a un medio, el movimiento va de un extremo a otro extremo, esto es: de su principio a su fin, ni jamás es simultáneo en el todo, porque de otra manera, en un instante preciso estaría irreconciliablemente en dos lugares, a saber: en el principio y en el término. Si en el justo medio hubiera alcanzado el fin, allí se de-

tendría. Así que en el medio estaría el fin del movimiento, y ya no fuera el medio, sino el extremo, con lo cual el medio se restringiría infinitamente hasta un punto tal, que todo lo que fuese medio remataría en meta.

Ni aun la actividad de nuestras mentes o la de los ángeles es independiente del tiempo. El tiempo mide todas las acciones de las cosas creadas, como la eternidad mide las divinas, por lo cual entiéndese tanto del movimiento y de la acción en el presente cuanto se entiende del tiempo. Puesto que el tiempo es la medida del movimiento, así también el tiempo define la celeridad del movimiento, de modo que aquello que en un tiempo igual recorrió más espacio, en proporción del tiempo y del espacio recorrido, estímase que su movimiento fué más acelerado. En las cosas del espíritu, aquello que en menor tiempo dió cabo a una acción o a la obra de una acción se dirá que se mueve más de prisa. Por esto son maravillosas las excitaciones y celeridades de las cosas espirituales; compáranse entre sí de forma que unos ingenios dícense más rápidos y activos que los otros, a saber: los que más velozmente consiguen lo mismo o resultados mayores en igualdad de tiempo. Diríamos que en los ángeles son más ímpetus rapidísimos que movimientos, pues con expedición increíble dan término a lo que se propusieron. Los movimientos se consideran del mismo modo que las líneas de las cuales las unas, las más breves, van directamente de un punto a otro punto; las otras describen curvas y rodeos; como sea que éstas se repliegan en sí mismas para llegar primero al último punto, quedan convertidas en círculos. Así como la línea curva es una y la línea quebrada no es una, así también el movimiento curvo u orbicular es uno; pero si se quiebra, hácense muchos. Rómpese el movimiento por una pequeña detención o intersticio. Si continúa avanzando más allá, siempre hacia el borde contrario del punto de donde salió, los movimientos son rectos; pero si retrocede hacia el punto de partida, son reflejos o recíprocos, ora se haga esto por la misma línea directa o por otra curva, camino del mismo punto, o por otra del todo diferente a otro punto, mirando a la misma región, más alto o más bajo o igual.

No cabe duda que entre esos tránsitos interfiérese alguna cesación; la razón lo enseña, y en muchos casos nuestro sentido lo percibe, pues toda cosa muévese naturalmente o por la fuerza. Si se mueve naturalmente, una vez que hubiere alcanzado su fin, descansará. Si se mueve a la fuerza, entre el fin de la violencia y el comienzo del recobramiento de su propia naturaleza, pondrá alguna suspensión, mientras la violencia se extingue y se recupera la naturaleza, como se ve en una piedra lanzada para arriba. Del movimiento a la fuerza y del natural, no nacerá un movimiento único, unido y de un mismo tenor. Aun en aquello en que de súbito una segunda fuerza se abate y lo retuerce, ofrécese algún intersticio, aunque más difícil de descubrir, por lo cual la fuerza primera, cansada, cede el puesto a la nueva, vigorosa y pujante. En ello hay como una cierta pugna y contienda, que no se ventila en un instante indivisible, sino que requiere algún tiempo brevísimo, ciertamente para una acción aceleradísima, pero con todo, divisible. Los hay en quienes nuestro sentido mismo nos denuncia la cesación, como se aprecia en una fle-

cha disparada hacia arriba, la cual, en el momento mismo de iniciar el descenso, se detiene un poco y lüego comienza el nuevo movimiento. Esto mismo acontece en las acciones y reacciones de las principales cualidades del cuerpo. Y lo mismo es posible observar en todo aumento y disminución de la Naturaleza, verbigracia: en el tiempo, en las mareas del Océano, en los seres animados. Y esto mismo ocurre en las mismas naturalezas espirituales, concretamente: en los pensamientos de nuestro ánimo.

El movimiento recto no puede ser infinito, uno, continuo, porque necesitaría espacio infinito por donde extenderse, como no lo hay en lugar ninguno. El circular sí que puede ser infinito, porque podría continuarse en el mismo espacio, aun cuando fuera estrecho, mientras estuviera sostenido por alguna fuerza o poder no susceptible de cansancio. Por esta razón, esta clase de movimiento se atribuyó al cielo, para que pueda ser duradero, sin que interponga pausa alguna, porque es así por uso de la Naturaleza. Y así como a la magnitud le ponemos determinados límites: en el cuerpo, la superficie; en la superficie, contorno; en el contorno, notas o puntos, así también en el tiempo ponemos ciertos puntos que vienen a ser principios y fines, no partes del tiempo, digo, que nosotros partimos, pues él de suyo es uno y continuo y no se detiene nunca.

También en el movimiento imaginamos algunos intervalos a manera de puntos, por medio de los cuales partimos en pedazos el movimiento, como con el tiempo lo hacemos. Y puesto que la acción de todo movimiento va de alguna cosa a otra diferente, para ello se necesita de quien la mueva para el principio y para el término. Para el principio muévela el fin señalado, y el eficiente la mueve desde el comienzo hasta su término. El fin está en la voluntad; el eficiente está en las fuerzas. Con esa templada regulación y esa unión armónica concertó Dios todas las cosas, pues ambos a dos, tanto el fin como el eficiente obran en el principio y en el medio, el eficiente por el despliegue de las fuerzas, el fin con su acucia y su estímulo; el deseo del fin detiene al agente en su trabajo. Sabiamente dijo Horacio: *El ánimo, por la ilusionada esperanza del fin, soporta toda suerte de asperezas.* En aquellas cosas en las que es el deleite el que detiene, este mismo deleite es el fin. Por esto, para la acción son necesarios dos requisitos: querer y poder. Poder es el atributo de la fuerza; querer lo es del fin. En aquellos seres dotados de razón, de juicio, de consejo, la voluntad es libre, pues en gracia de ésta se le atribuyeron aquellos, digamos, asesores, para que con ellos consulte y delibere lo que les parece mejor que haga. Los restantes no tienen sino cierta instigación y una callada espuela que, sin deliberación, las espolea y azuza y no pueden volver atrás si no son repelidas con una fuerza mayor, como cuando el frío circundante pone estorbo en el ardor del fuego y la avidez de comer se retrasa en el perro por miedo del palo. En este caso, están en pugna fuerzas naturales antagónicas, pues van arrebatados igualmente por el impulso de la Naturaleza el animal bruto y la cosa inanimada. Así que es ocioso el consejo donde no hay consulta; y aquel en quien reside ha menester un estímulo íntimo y saludable.

En la potencia y facultad están las fuerzas del agente; las unas

considéranse como dádiva del que las da. Estas fuerzas son congénitas en cualquiera efección o forma o índitas de cualquier otro lado. Una parte de ellas son adquiridas, verbigracia: las artes que el hombre ejercita; otras son *metidas violentamente o impresas*, como el hervor en el agua puesta a la lumbre. En la cuenta de las fuerzas pónese el instrumento que las ayuda, como la mano o la espada. Si el instrumento es inadecuado, *impedimento* es y no *instrumento*, como fuera el armar a un muchacho enteco con un espadón imponente. Considéranse las fuerzas por el *lugar* o, digamos, *sede* donde residen, o por su *eficacia*. Por el *lugar*, pues las unas son *morales* en los espíritus, como en nuestro ánimo la fuerza del ingenio y la memoria; otras, *físicas*, en los cuerpos, algunas de las cuales están en los seres insensibles, y otras en los seres animados; algunas, en nosotros, o fuera de nosotros, o dentro de nosotros. Allégaseles a éstas la comodidad de su utilización por el *lugar* y el *tiempo*, dos cosas éstas que unas veces favorecen y otras veces estorban. Más y mayores cosas hacemos con uno u otro, pequeño o grande, lugar y tiempo. Añade a esto los *adjuntos* al tiempo o al lugar, verbigracia: comer, digerir, estudiar, trabajar en sitio sano, en día sereno o borrascoso.

Consideremos las fuerzas por su obra o eficacia. Las hay dóciles y espontáneas, de las que hacemos uso por ganosa inclinación de su naturaleza, como del fuego para quemar, del calor del estómago para digerir. Las hay que utilizamos como por coacción y a pesar de su repugnancia, como de la espada para astillar, del criado a quien se le impone un servicio a la fuerza. De otras hacemos un uso *precario*, como del príncipe para lograr una pretensión. Otras se ofrecen a mano como por *obligación*, verbigracia: las leyes y los buenos funcionarios. La obra de otros hay que *reblandecerla*, como la de los amigos vulgares y aun nuestros propios ingenios han de ser *atraídos con alicientes*. Los hay de quienes usamos por *autoridad y mando*, cosas todas que unas veces nos ayudan en nuestro favor y otras nos lastiman y causan estorbo, volviéndose contra nosotros.

Cuanto mayor es la facultad del agente tanto menor y menos acomodado es el instrumento de que echa mano y necesita, como asimismo por la oportunidad de lugar y de tiempo. El instrumento más válido ha menester menos de ayuda exterior, porque de lo contrario no fuera más válido en sí, y poco se diferenciaría del instrumento más fuerte el instrumento más flaco. Por esta razón, los grandes artistas, con instrumentos deficientes, realizan obras más primorosas y acabadas que los artistas mediocres con instrumentos más perfeccionados e idóneos, como se cuenta de Apeles, que con un carbón que del fogón tomara, expresó mejor el asunto a que le había invitado Ptolomeo que cualquiera otro pintor con la más rica paleta y el más fino y sensible de los pinceles. Siendo como son las más excelentes y aventajadas la potestad y la virtud de Dios, Dios no precisa instrumento alguno, porque el instrumento supone deficiencia y flaqueza para conseguir con el concurso ajeno lo que no se puede con el recurso propio. Toda fuerza y potencia creadas enciérranse en límites determinados, no solamente para la continuación de la obra, sino para la magnitud y permanencia

del efecto. De aquí nace un cierto equilibrio desigual del hacer y del padecer, que se denomina proporción o comparación, y no hay cosa, por hacedera que sea, que no sea hecha por el agente con más o menos dificultad, en razón de la limitación de su fuerza y por la repugnancia del paciente. Yo soy de parecer que los ángeles, así como en la incorruptibilidad de su esencia, también en la expedición de su obrar, reciben especial ayuda de Dios, porque no sufran la más pequeña molestia. Por esto, aquellos en quienes reside como una suerte de equilibrio y competición entre las fuerzas del agente y del paciente han menester esfuerzo para que el agente reúna tantas fuerzas propias cuantas estima serle necesarias y que las ponga a contribución para conseguir el fin. Tras esto, necesita también de tiempo propicio para ejercitar el esfuerzo con vistas a llegar al fin. No hay, pues, comparación alguna entre Dios y su obra. De no ser así, necesitaría tiempo para el remate de la obra que se propuso y que en menor plazo no podría realizar. Necesitaría esfuerzo también, y en ese forcejeo no podría ser ayudado de nadie, como El, con su ayuda, comunica eficacia al esfuerzo ajeno. Todo esto dice muy a las claras que no le comunicó ninguna cosa que tenga, y pregona su poderío infinito, pues querría yo saber, en caso de ser finito y limitado, quién fué que le fijó los límites. Tratándose de cosas creadas, la respuesta es fácil y al alcance de quienquiera. Pero en Dios, ¿quién lo dirá? ¿Quién podrá ni imaginarlo siquiera, si no hubo cosa anterior a El y en El no hay otra cosa sino la Divinidad una, sin mezcla, sin aleación, purísima, simplicísima?

Y si nadie le dió las fuerzas, sino que El se las tomó y no de otra parte sino de Sí mismo, no es posible dudar que se las tomó infinitas. ¿Quién toma para sí el bien que no lo haga en la mayor cantidad posible? ¿Qué recibió, pues, según una medida finita, cuyo límite no pudiera traspasar? ¿Quién ató sus manos? ¿Quién pudo parar sus pies? Dime, por favor: ¿No es verdad constante ser Dios mayor que todo cuanto se pueda pensar? No tan solamente mayor que lo que se puede pensar, sino infinitamente mayor, como sabiamente encarece Juan Pico de la Mirandola. Si no es infinito, es menor de lo que nuestra mente puede concebir, pues no hay cosa finita sobre la cual la mente humana no pueda subir de pies y gallear. Allégase a esto que no puede la mente gallardear por encima de su primer Autor, como tampoco hay cosa que pueda retroceder más arriba de su origen; es así que ella concibe con amplitud mayor que la de cualquiera cosa que tenga límites; luego, más grande es el Creador de todo. ¿Adónde vamos con eso de cavilar impiedades que ni están al alcance de nuestro entendimiento, siendo así que hartas veces ni en la misma religión lo sufren algunos? Digan ya de una vez para siempre esos filosofastros: ¿Prefieren que el mundo haya sido hecho en algún tiempo o lo quieren eterno? La eternidad del mundo, la virtud infinita de Dios queda declarada por su conservación por tiempo infinito, sin relajación ni cansancio. Si se produjo en algún principio del tiempo, la infinita virtud de Dios queda patente con haberle sacado de la nada. Toda virtud finita se ejercita en algo, se ejercita a sí misma y se ejercita de otro; pero el poder que saca alguna cosa de la nada, es fuerza que sea infinito,

pues tiene tanta desproporción de fuerzas sobre la obra como es la desproporción del ser sobre la nada, desproporción que es infinita ciertamente. Las obras de Dios dan testimonio de cuán grande artífice sea. Y yo pregunto: ¿Qué hizo en el número, en la grandeza o en el modo que ya no pueda hacer cosa mayor y más excelente? ¿Qué es lo último, lo sumo en la obra de Dios, para que sobre ello ya no pueda haber nada? ¿Algo, en cada una de las cosas? ¿Por ventura en las formas y en las que se llaman especies? ¿No pudo acaso crear más árboles, más caballos, más hombres, más cielos, más estrellas? Porque el hombre se alimenta de frutas y de pan, ¿se mantiene también de troncos y de piedras? ¿Y qué como el cielo de este punto del Oriente corre a esotro del Occidente, se enrede en un movimiento contrario?

Piensa Aristóteles que no puede ser de otra manera, porque tal como hecho está, está bien hecho para el mundo. Puedes todavía añadir lo óptimo, pero en el sentido de que no pudo hacerse mejor, pero no en el sentido de que esto sea lo mejor de todo cuando El puede hacer. Lo óptimo aquí no está en un punto indivisible; tiene mucha amplitud. Si hubiera hecho otra cosa, también esotra fuera lo mejor para el mundo. Empero, Aristóteles hace lo mismo que si uno, porque vió que un arquitecto edificó una casa cómoda, pensara que el arquitecto de marras no podía construir otra igualmente habilitada para los mismos usos. Y si es locura pensarlo de un arquitecto humano, ¿qué no será pensarlo del Arquitecto de inmensa sabiduría y bondad? En el siglo de Aristóteles creíase que los cielos eran ocho; con éstos, a su entender, se había contentado la Naturaleza; tras esto, era opinión común que no existía espacio para más. Los astrónomos posteriores añadieron un cielo noveno, y más tarde, un décimo cielo. En el mundo, ¿qué misión es la de las estrellas? Aristóteles quiere que con ellas se rociase el firmamento, para su gala y atavío; dime: con una que se quitase o se añadiese, ¿viviría ese adorno? Y si los astros no pueden ser ni más ni menos, tampoco los hombres podrán ser ni en número mayor ni menor, puesto que el humanal linaje importa más para la salud del mundo que los astros, porque, desaparecido él, no tiene utilidad ninguna este bellísimo aderezo. Y si Dios puede crear cada una de las cosas en número mayor y menor, ¿por qué no pensamos lo mismo de las formas? Especialmente después que con el crecimiento del mundo han aparecido nuevas especies de cosas por mezcla con las antiguas, no menos entre las que carecen de sentido, como entre las animadas; al paso que determinadas especies vegetales desaparecieron. ¿Y qué más, si muchas, por nuestra industria e intervención, se hicieron mejores de lo que en sus principios la Naturaleza las produjo, verbigracia: el trigo, las uvas? ¿Podremos nosotros mejorar, por decirlo así, las obras de Dios, esto es, hacerlas más convenientes para nosotros; y El no podrá? O secundado por nuestra intervención, ¿podrá más que obrando solo? Loco de remate tiene que ser quien tal cosa piense.

Afuera de esto, el intervalo de la excelencia de las formas entre sí tiene alguna amplitud, de modo que en él podría interferirse una nueva especie. De la especie última y más próxima hasta El, el espacio es no sólo grande, sino infinito, e infini-

to continuaría si se creara otra especie cien veces más aventajada. Resulta claro que queda lugar para infinitas formas antes que se llene toda la inmensidad del espacio que se extiende entre el divino Hacedor y cualquiera de sus obras. Con razón los platónicos reprendieron a Aristóteles que con aquella suya espectacular distribución de funciones del universo mundo, luego de asignar a las mentes siete orbes inferiores, atribuye el octavo a Dios; proporcionalidad injusta a todas luces, pues Dios aventaja a todas las mentes juntas, incomparablemente más que el orbe octavo al séptimo. Así que el Príncipe Autor del mundo no tiene una obra especial, porque de El son todas las cosas y está por encima de ellas a distancia tan grande cuanta es la que va de lo inmenso a lo definido.

Acaso pregunte alguno: Siendo Dios infinito, ¿por qué no ejecutará sus obras infinitamente? Respondo: Infinitamente por lo que toca a la acción; finitamente por lo que atañe a la obra. Crear cada una de las cosas de la nada, es de acción infinita; mas las obras que de la creación resultan son finitas. No acomoda las cosas Dios a su poder, sino a nuestros usos y conveniencias. No atiende a lo que puede hacer, sino a lo que conviene al mundo que haga, como cuando nos habla, no hace gala de su infinita elocuencia y sabiduría, con las que abrumaría y confundiría la mente, sino de aquella otra elocuencia y saber que se avienen a nuestra debilidad de comprensión. Si todas las cosas fuesen infinitas, no subsistiría orden alguno; todo fuera repidísimo, vertiginoso; las acciones súbitas e instantáneas, muerte y nacimiento, simultáneas de cada una de las cosas o, lo que es más seguro, una perpetua rigidez sin movimiento, dentro de las mismas pisadas, entumecimiento, inercia eterna. Desaparecería este ornato, este orden, estas alternativas, esta diferenciación consolidadas y constantes. Y aun cuando El en su naturaleza no tiene número, peso ni medida, sin embargo, dió consistencia a la creación con medida, peso y número, como lo dijo nuestro Sabio, porque así le pareció bien, no porque debiera ni pudiera dejar de hacerlo de otro modo.

Si necesariamente hubiera tenido que obrar así, su acción sería natural, no fuera señor de sus obras y aun cuando en ellas se deleitase, no se produciría para con ellas de modo distinto que las plantas, los irracionales o nuestro cuerpo; empero no como mente. Mas la libertad de nuestras funciones y la libertad de los espíritus todos, refiérome a lo que se tiene que hacer, declara a vista de ojos que cuanto más vecinas les son las cosas, están dotadas de libertad mayor y que por ende en El está la fuente pura de la libertad, como de la esencia, de donde comunicarla a los demás. ¿Qué desvarío puede haber más incongruente que el de pensar que nosotros somos dueños de nuestras acciones y que El no lo es? Si obrara naturalmente, todas las cosas produciría según su fuerza extrema y absoluta, como lo vemos en aquellos agentes que, naturalmente, obran algo. De El todo saldrá infinito, como producto de una infinita fuerza y potencia completamente desplegadas en la obra. Los agentes que obran naturalmente, gastan sus fuerzas sin discreción alguna, sin que comprometan en la acción no más que una parte y reservándose la otra parte para sí, sino que de golpe las arrojan todas y aún más

si las tuvieran. Esta experiencia podémosla hacer en nosotros mismos en la acción de la voluntad y la acción de la mente, de la cual es natural ésta y aquélla libre. Aun cuando no carezca Dios de su naturaleza y por esta causa tampoco de su acción natural, lo que de ella nace, como nace de potencia infinita, es fuerza que sea infinito y, como engendrado naturalmente, sea muy semejante a su padre, pues a este resultado convergen todas las acciones más naturales. Y puesto que ya dejamos sentado que Dios nada tenía potencialmente, sino que era todo acto puro, síguese que estarse El ocioso en cualquier momento es impiedad contraria a la ley de su naturaleza. Por esto, jamás cesó en su acción. Y más verosímil es el no cese de la acción natural que de la libre, según podemos observarlo y comprobarlo en nosotros mismos, en quienes la voluntad descansa a ratos, pero la mente no cesa ni ceja nunca.

Colegimos, pues, de todo lo dicho, que Dios produjo naturalmente algo infinito, muy semejante a sí, eterno, lo cual, porque entendemos que más viene del lado de la mente que de la voluntad, porque en aquella dirección se aplica la Naturaleza y por ésta la libertad, lícito y justo es llamarla sabiduría. Decore el filósofo esto con el nombre que le pluguiere, la *sabiduría cristiana llámalo Hijo del Padre*. Insistir en este punto y seguir por este camino con una mayor exigencia de exactitud, pertenece a un estudio más encumbrado.

Hete aquí, Aristóteles, a Dios, acto puro, jamás cesante y produciendo naturalmente algo. No obstante, no te acribillamos de dicterios, como si hubiéramos descubierto nosotros verdades abstrusas que se te hubieran escondido a ti; ni nosotros las hubiéramos conseguido si no nos adoctrinara la propia sabiduría de Dios. Hacimiento de gracias le debemos por esta inefable dádiva suya, no a nuestros ingenios ni a la diligencia de nuestros estudios.

Volvamos ya a las fuerzas finitas que para sus acciones necesitan *tiempo*, siendo así que lo infinito no lo ha menester. Si la potencia es finita, *hasta cierto punto* podrá. Si toda acción es tránsito y no hay tránsito sin medio, no podrá verificarse sino en el tiempo, por aquella potencia que simultáneamente no puede estar en ambos términos, limitada como es. Y si en una acción cualquiera existe el esfuerzo de llegar al cabo, algún tanto, a buen seguro, dista el principio del remate, y es en esta quiebra o hendidura donde el esfuerzo actúa; de no ser así, ninguna necesidad habría de él.

En aquellas acciones que van contra la naturaleza del paciente, siempre hay lucha en el principio, el medio y el final, pues nunca dejan de pugnar la violencia del agente y la naturaleza del paciente. En aquello que es según Naturaleza, no hay lucha alguna al comienzo del movimiento, pues este movimiento es excitado por la Naturaleza, que existe en cada cual, que no está en oposición consigo misma si ya no fuere que lleva involucrado algún impedimento, verbigracia, la propensión instintiva del ánimo por remontarse a la especulación, que queda neutralizada y deprimida por la indócil masa del cuerpo.

Pero por más natural que sea la fuerza, así que acometió la acción choca al punto con el agente, porque el agente, que es el motor, se empeña en penetrar hasta el fin, empero el medio por blando que esté se resiste a la penetración, por-

que toda penetración es como una división y toda división significa el comienzo de la corrupción, del mismo modo que la unión es el sostén de la conservación. Y cuanto más duro fuere el medio, tanto más sostiene la trabazón de las partes que supone aumento de fuerzas y más poderosa resistencia. Por eso el movimiento es más difícil en el agua que en el aire, y en el barro más penoso que en el agua.

Todo este lenguaje se traduce al mundo del espíritu por manera que atribuímos *agudeza* al ingenio y al juicio, dando a entender que penetra en el sentido más profundamente y resultan *duras* las cosas que son difíciles y abstractas, como cubiertas de mucha y espesa corteza o porque están puestas lejos de guisa que a ellas se ha de llegar con un más largo camino y a través de estorbos ajenos. En este *medio* de la acción, la materia se compone y adereza para la inducción de aquella especie que el agente se propone de arte, de naturaleza, esencial o inherente. Extremos son los puntos *del cual* la cosa *pasa al cual* y el medio es aquello que está entre esos extremos. Pasa, pues, la cosa de un lugar a otro distinto, pasa de un adjunto a otro adjunto, pasa la materia de una forma a otra forma. La cosa va de un lugar para otro lugar, bien porque, abandonado el primero, ocupa un lugar nuevo sin mudanza en su tamaño o con mudanza si el movimiento es de lugar. Si mudanza hubo fué por dilatación o por contracción; si por dilatación, creció; si por contracción, quedó achicada. En el movimiento local, el medio es la traslación que se verifica bien por el mismo movido, como en los animales se realiza andando, nadando, volando, arrastrándose; o se verifica de parte de afuera la expulsión, atracción, erección, depresión, arrastre, rotación, etcétera. En el incremento, el medio es añadidura de extensión; en la disminución es encogimiento. Del inherente al inherente hay variación o, en lenguaje usual, alteración, que tiene lugar cuando se busca un inherente nuevo. Pero si reponemos, digámoslo así, las orfandades y expoliaciones de los accedentes en los accedentes, como tinieblas, descanso, silencio, irán del accedente al accedente o del todo accedente al todo que es algo, así como el movimiento local de un término al término, o del mayor al menor, o al revés, que son el aumento y la disminución.

De los inherentes los hay que poco a poco reaparecen como aquellos que afectan a la extensión y también aquellos que contraen habitaciones, como la virtud y el vicio; otros lo hacen de repente, como la paternidad, la filiación y algunos otros. El accedente tiene su contrario o su adversario. Contrarios son los inherentes que significan la razón y el efecto de las acciones bajo el mismo género de los diversísimos, de manera que ya otros no los hay más diversos y remotos y, ciertamente, del mismo género, verbigracia: refiriéndonos a colores, éste es el que más fija la vista y aquél la disipa; éste alegra más los ojos y aquél los entristece. Por lo que toca a los sabores, los hay que son gratísimos al paladar y otros que no pueden ser más desabridos. De las principales cualidades las hay que obran con vehemencia extraordinaria y otras con desgana total; unas que exaltan y otras que abaten. Ni es inconveniente que bajo una única amplitud de género haya muchos extremos y muchos contrarios, como cuando el género es am-

plio, verbigracia: en el táctil; los hay que no tienen adversario alguno; esta ausencia tiene un nombre propio: orfandad, desnudez, privación, como si un ser animado carece de vista, hay ceguera en él; donde debiera haber luz, hay tinieblas; donde no hay sonido, hay silencio; donde no hay movimiento, hay inactividad. Estos linajes de orfandades, como las lenguas son varias, tienen varias denominaciones. Los hay que tienen más pocas, otras que tienen muchas más, según la mayor o menor riqueza de los respectivos idiomas. Estas orfandades no tienen siempre una nomenclatura fija; sin embargo, no raras veces se expresan por nombres compuestos que entrañan la idea de privación o con la proposición *sin*. Entre los griegos hace este oficio *to alfa*, fórmula que para ellos es sumamente cómoda. Tienen los griegos nombres más propios que los latinos, que no tienen muchos más que los afijos *in* o *ex*, aun cuando algunos de ellos más denotan contrariedad que orfandad, como *justo*, *injusto*. En lugar de lo que parecen las cosas, acostumbramos decir lo que son: madera incortable, porque se corta con dificultad; materia imperecedera, porque fenece tras larga duración.

Las cosas que verdaderamente son *privantes* no tienen esencia alguna; los que la tienen son sus contrarios. No la sola ausencia de calor es el frío, ni la ausencia del frío es calor tampoco, ni la de la salud es enfermedad, ni la de la enfermedad es salud. Existe el concierto de humores, que constituye la salud, y ocasiona la enfermedad algún humor excesivo, si ya no fuere que la enfermedad no nace de aquel humor redundante, sino de la alteración de su equilibrio. Empero, cuando no es la sola ausencia de una cosa que produce la otra, sino que las causas para una cosa y otra son fijas, no se denominan *privantes*, aun cuando esto es más fácil de decirse en general que no explicarlo en cada uno de los casos, porque muchas causas son desconocidas, especialmente aquellas entre las cuales no se halla medio, dado que son aquellas que en una sustancia idónea, si una de las dos no está, necesariamente tiene que estar la otra, como en cualquiera de los hombres, a una edad determinada, sea dentado o desdentado, dotado de vista o ciego, pues no tiene vista la piedra ni la tiene el cachorro de perro antes de un plazo determinado. Aristóteles afirma que el enfermo y el sano no tienen medio; esta afirmación le ocasionó controversia con los médicos. En las cosas que se hacen poco a poco, el movimiento se produce por aumento o disminución del adherente hasta el término del mayor o el menor o, ciertamente, hasta otro, como cuando de blanco se hace negro o prieto o de blanco azul oscuro, de ciego dotado de vista, de dotado de vista ciego. En las privaciones hácese todo mediante aquellas cosas que traen algo que son las posiciones o hábitos. Muchas veces las orfandades reciben de ellas sus nombres, pero siempre las definiciones, y por esto, ésa es la nota principal de la privación, a saber: que por su posición es declarada como ausente y de otra manera no puede. Y nadie se maraville que yo de *ciego* vuelva a *vidente*, puesto que no veo dónde tiene lugar aquello que se dice: *De la privación al hábito no puede hacerse regreso*, pues del silencio, del reposo, de las tinieblas, de la ceguera experimentamos que se hace cada día, y aun de la muerte misma, manifestándolo los mismos gentiles. En los

accedentes, aquellos que súbitamente se producen, la acción no está en ella misma, sino en aquella por la cual subsisten, como en la paternidad que sea engendrado el hijo; en el consulado, que sea declarado el cónsul, en cuyos movimientos todavía no hay la paternidad ni el consulado. De una forma a otra forma la materia emigra por la expulción y como *revulsión* de la primera, pues toda forma está enraizada en la materia, y cuanto más enraizada está más costoso es el arrancarla.

Cuanto más poderoso es el agente con tanta mayor celeridad y facilidad y aptitud toma cualquier materia y la prepara para la obra a que le destinó, y por eso más pronto termina la obra. Cualquier materia es docilísima y obedientísima a Dios; para nosotros son muchas las que repugnan y resisten; otras no pueden ser llevadas a donde queremos, como del aire no podemos hacer una estatua, cual podría hacerla un ángel.

Por idéntica razón, todas estas cosas que repugnan la fuerza y otras por el mismo estilo, dícense por relación, no por sí y simplemente como grande, pequeño, robusto, débil. Y puesto caso que en toda acción la resistencia proviene del paciente, el agente, para vencerla, acumula fuerzas, menores cuando ve que la resistencia es menor y en este trance actúa con cierta desidia y flojera, o mayores cuando piensa que será enérgico el esfuerzo y poderosa la resistencia del paciente. Lo mismo hace a su vez el paciente contra el agente. Este recoger fuerzas llámase conato. Aun cuando no haya obra, basta con que el agente piense que hay obra. De donde viene el viejo dicho: *Con gran esfuerzo hacer grandes bagatelas*, contra aquellos que malgastan su vigor intelectual o su elocuencia en tareas que nada valen.

Del conato nace el trabajo, como la acción y la pasión nacen del poder, pues la ejecución de un gran conato, trabajo es: de la acción en aquello que se juzga que resistirá fuertemente; de la pasión en lo que se juzga que actuará vigorosamente. Cuanto más recia se cree que va a ser la contienda, mayor es el trabajo. Por eso los hombres hechos se imaginan trabajar más que los niños, porque ponderan más sus actos; pero los niños, que sin ninguna idea de valorar su esfuerzo se empeñan en trabajos, aun cuando hagan más, con todo paréceles que no trabajan. Al trabajo sigue la fatiga, que es la debilitación del poder, que se vuelve más flaco. Por esto, aquellos que miran el trabajo y les cuesta poco medirlo, creídos como están de haber trabajado más, aflojan su brío y se persuaden de que están cansados mucho antes de haber llegado al cabo de sus fuerzas. Los que no atienden al trabajo ni lo pesan como las cosas que obran naturalmente sin desgaste de acción, como las bestias y los muchachos, no experimentan cansancio antes que sus fuerzas queden exhaustas. Por esta razón, *al hombre debe avezársele al trabajo, cuando no siente el trabajo.*

LIBRO TERCERO

Así que se llegó al fin de la acción natural, ya no hay resistencia; está rematada la obra y toma descanso el agente. Es de saber que si todavía en aquella obra quedaran restos de violencia y de lucha, el agente no descansaría hasta haber acabado con ellas, puesto que aún no se había llevado a cabo la obra que desea el agente. Cuando de pura fatiga el agente se detiene, se entrega a la inactividad antes de dar término a la obra, no consuma la acción ni de la obra ni del fin, sino el agotamiento de sus fuerzas. Así que, préparada la materia, de la propia naturaleza de la preparación síguese la efección o la forma del adjunto con exclusión de todo trabajo, no de otra manera que en toda operación natural, como una vez que la casa se aderezó penetra en ella el dueño, o cuando reunió las herramientas, entra el artesano. Nuestro arte no va ya más allá del punto para el cual la materia es apta y apropiada, como en la pintura o en la construcción. Nosotros vemos cómo se realiza la obra de arte porque es arte nuestra, pero no vemos cómo se realiza la obra de la Naturaleza, porque es de Dios. Nosotros de la parte de afuera usamos de la conjunción, de la combinación de la merma, al paso que la Naturaleza actúa en la intimidad. Por esto es que por ser naturales los nacimientos, los progresos, el curso, las disminuciones se verifican a la callada y a hurto, y no nos damos cuenta de ellas hasta que están avanzados, como en las revoluciones del cielo, en el cambio de los tiempos, de las edades, en los aumentos y daños de los seres animados que nadie sorprende en el momento de hacerse y de los cuales se percata cuando ya están hechos.

Entre la Naturaleza y el arte hay esta diferencia, a saber: que la Naturaleza, terminada la acción, introduce las formas que tiene por dádiva de Dios y por la ley que estableció cuando creaba el orbe; al paso que el arte carece de ellas, porque de tenerlas, tan naturales fueran las obras de arte y no menos cumplidas en todas sus partes que las de la Naturaleza. En el estado presente, manifiéstase ya el comienzo de nuestra obra, porque le falta la efección o forma, a saber: aquel último toque y, por decirlo así, su colofón, lo cual es fácil de ver en las curas que nosotros incoamos mediante composición y que perfecciona la Naturaleza por la acción de sus fuerzas, fuerzas que depositó en la mezcla de varios ingredientes. Pero la preparación de la Naturaleza no es única ni simple, como cuando el trigo, metido en el surco, se pudre y luego germina, crece, saca la espiga. A los que se ocupan en las adaptaciones medias no se les llama opífices u obreros principales, sino aquellos que tratan la postrera, cuando se le agrega la última mano y la obra se da por acabada, puesto que aquellos que en el taller del pintor majan los colores y pulen las tablas y con carbón delinean la imagen, no se llaman pintores, sino los que extienden los colores y los matizan y añaden a la pintura una apariencia de movimiento y una cierta fuerza o, digamos, alma, que es una suerte de semejanza e imagen de la

forma. Existe la acción que deja tras sí algún efecto, como en los casos en que el fin no es la propia acción, cual en la construcción de edificios, y hay otra, que es su propio fin, como el canto en la cigarra, puesto que en el hombre parece exigirse el deleite y en el deleite la restauración de las fuerzas del cuerpo o del espíritu.

Algunos de los efectos producidos son semejantes a las causas, como el hombre del hombre, el calor del calor, que suelen llamarse homogéneos o conformes, y otros son desemejantes, como en la acción del fuego el endurecimiento en el barro, la licuación en la cera y se denominan dispares, diformes o heterogéneos. Otros efectos nacen simultáneamente y corren parejas con sus causas, como la luz con el sol, el calor con el fuego; otros se producen con posterioridad, como el hombre después del hombre. Otros no duran más allá de la existencia de sus causas, como la luz del sol, como la imagen en el espejo; en este número se agrupan todas las cosas creadas, a las que Dios, con su presencia salvadora, preserva de caer en la nada. Las hay que ciertamente perduran algo más, pero apartada la causa, luego al punto se debilitan, como el calor apagado el fuego; el movimiento, cuando la rueda se detiene. Otros, por fin, no dependen de la causa, como los seres animados engendrados por otros seres animados.

Pero hablemos ya concretamente de las obras de la Naturaleza, a saber: de aquellas que entiéndese que son resultantes de la consabida materia ruda y de la forma. Entre éstas las hay que, así que son creadas, se detienen y quedan fijas como las piedras, las gemas que son raras en verdad, pues en la mayoría de casos crece todo, pues vemos cómo salen de harto pequeños principios. Por eso, existen elementos propensos a una emigración recíproca: caen, pasan, se mudan fácilmente para que no falte a todos los seres suficiencia de alimentos, y aquello que uno dejó pasa al dominio y naturaleza de otro. No se agrega al mundo materia nueva, sino que todo se amasa de aquella materia vieja y, sin embargo, no se sustentan del mismo modo. Los unos, mientras existen, se alimentan, crecen, disminuyen; algunos otros, no siempre. Los primeros son las plantas y los animales; los segundos son los metales, las piedras, el alumbre, el azufre, la madera cortada del árbol o arrancada de la tierra, o el hueso quitado a un animal. Los que se alimentan o toman creces por añadirse al primer todo, como los metales y las guijas, o por oculta infiltración de la Naturaleza, como los seres animados y las plantas. Por ello es conveniente que tengan o muchos conductos o más anchos, por los cuales penetre el alimento, pero no tan abiertos tampoco que lo que por ellos se coló salga al momento.

La fuerza y la facultad de alimentarse poco a poco transforman el alimento en la semejanza del cuerpo de su naturaleza; breve es el tránsito al cuerpo, como que se verifica entre conformes. Por esto se dice que los vivientes se alimentan de aquello mismo de que son hechos, pues si el mantenimiento no sufre esta conversión, el ser viviente no se alimentaría, como acontece a aquellos en quienes aquella fuerza está afectada y debilitada. Por esta razón los seres vivientes crecen en una proporción determinada, después de la cual retroceden y disminuyen; empero los alimentos, por su virtud nutritiva, remien-

dan y reparan el daño sufrido. Siempre, mientras el cuerpo vive, se va quitando algo de su calor natural; pero menor, no obstante, que el que se le agregó hasta el límite del crecimiento, si no falta el pasto conveniente. Empero, así como compuesto cual se debe y equilibrado un reloj, el relojero le proveyó de la fuerza y el poder de que a intervalos determinados marque y taña las horas, fuerza que a sus debidos tiempos se produce y se manifiesta; no de otro modo cualquiera ser viable, en la primera constitución de su origen recibe de la Naturaleza la facultad para cierta proporción de fuerzas, vigor, incremento que en momentos determinados desarrolla gradualmente, como cuando alarga los miembros, desarrolla la fuerza hasta un punto tal que piensas ser imposible que en un cuerpo menudísimo se escondiera aquel tan voluminoso y crecido que vemos después, como las mieses, las frutas, los árboles corpulentos, los hombres, los elefantes que proceden de tan chicas semillas, las cuales no fueron echadas a boleo y encomendadas al azar para un destino incierto y oscuro, sino que todas esas dimensiones de todos esos cuerpos están ya señaladas originalmente por la Naturaleza, de suerte que los que se entregaron a esas observaciones, en el examen de las semillas o del animal recién nacido, emiten el fácil pronóstico de los ulteriores crecimientos, fuerzas y robustez que adquirirán en lo sucesivo.

Con todo, entre el artífice y la Naturaleza existe una acusada distancia en el hecho de que el relojero deja montado el reloj y lo abandona luego, al par que la Naturaleza no desampara su obra jamás, la acompaña siempre o, mejor, la guía; inicialmente no hace más que echar los cimientos de la obra tal como habrá de ser y, por decirlo así, en un espacio reducido delinea el boceto, según quiere que la obra le salga. Las cosas todas, así como alcanzaron la cumbre de su naturaleza, hacen un alto antes de iniciar su retirada, pues entre dos contrarios siempre se interpone algún movimiento de la nada a algún linde determinado y en dirección de retroceso camino de la nada. En este preciso intersticio, la Naturaleza pugna con la violencia o, mejor, ambas naturalezas luchan entre sí, a saber: la progresiva hacia el ser, la retrógrada hacia el no ser. La primera, es decir, la que promovió el ascenso, esfuérzase en conservar el sitio en que se colocó, empero la que maquina el descenso empuja para retrotraer hacia el lugar de donde la cosa fué tomada. Mas la que sale vencedora es esta segunda, por ser más natural y porque partió de su origen. La consistencia es tanto más duradera cuanto la contienda es mayor. Con el triunfo de la *Naturaleza de la nada*, las cosas vuélvense hacia atrás, parte de ellas al mismo ritmo con que subieron, parte con mayor pausa, parte con pasos más llenos, según sea la valencia de la naturaleza respectiva; pero así que llegó, no lejos del resultado final, fuertemente quebrantado y extenuado el sostén de la naturaleza primera, se envalentona la *Naturaleza de la nada*, que es el origen de cada cosa, y a paso de carga arrebata la forma llevándola a la misma nada de donde se tomó. Y no solamente cada una de las cosas, sino también las propias especies tienen señalados los términos del crecimiento y de la disminución, definidos por la Naturaleza. El volumen y el aumento de las cosas susceptibles de dilatación, no llegan al infinito ni pueden en-

cogerse hasta un mínimo, debajo del cual ya no quede nada. Luego hay puesta una meta, definida y fija por el opífice cierto y providente, puesto que la forma del caballo no puede ocupar una mole tan grande como son los Pirineos o los Alpes, ni encerrarse y estrujarse en otra tan chica como un piojo. En toda conjunción de la forma con la materia, suelen aplicarse determinados inherentes, que la forma utiliza a guisa de instrumentos para ejercitar sus fuerzas; de la forma proviene la restricción, de los inherentes, la dilatación. La forma del asno y del caballo puede ponerse en la minucia más ligera; puede igualmente el alma racional situarse en un punto indivisible; empero, los inherentes, gracias a los cuales desempeña las funciones vitales, reclaman una materia extensa. Y al revés, pueden alargarse y difundirse muy espaciosamente, mediante la adición de semejantes; mas la forma, que es de un poder definido y concreto, no puede dilatarse tanto ni prolongar sus fuerzas por espacio tan grande.

De todo esto puede colegirse qué cosas tan diversas son la forma-opífice y los instrumentos adjuntos a la forma. El ejercicio de los inherentes no solamente pide alguna magnitud de la materia, sino también densidad y trabazón segura, gracias a lo cual pueda reunir el acopio de fuerzas suficiente para hacer o para padecer. Así que no en cualquier materia rara desempeñará sus funciones el alma del caballo y del león, ni apretada y densa de cualquier manera, porque en una materia extenuada, menguado será el caudal de fuerzas para hacer, y en una materia densa para padecer, dos cosas que son necesarias para los que nutren y aumentan. Cuanto más sutiles, y por decirlo así, más espirituales son las fuerzas y facultades temporales, menos necesitan materia para su propio ejercicio y obrar algo. De este género es la fuerza del fuego y de todo aquello otro, resabiado de su naturaleza y genio, como los venenos cálidos y la pedrería. No porque en materia mayor y más espesa sean más potentes, sino porque en materia exigua y muy tenue obtienen tal vigor, que fácilmente se demuestran y se conoce su presencia. Por lo demás, en tan menudas limaduras habrás desmenuzado la gema o atenuares el veneno o encendido el fuego en tan pobre combustible, que se dejará una huella insensible a la eficacia, pues así como aquellas fuerzas no son indivisibles quitándoles algo o adelgazándolas, puede reducírselas a una flaqueza tan exagerada, que se queden en estado comatoso y como muertas. Este fenómeno vémoslo comprobado en el agua, cuya humedad no se percibe en una gota pequeñísima ni en la evaporación muy enrarecida.

No son los mismos los límites de todas las formas ni son fijos aquende y allende ni acaso colocados por la Naturaleza en un cierto punto indiviso, sino que tienen latitud, y así como crecen las sustancias, así también sus adjuntos, en los que se considera su extensión o su intensidad y cierta altura y como una saturación de tinte. En extensión no tienen meta hacia arriba; tiénenla hacia abajo, y en profundidad la tienen por ambos extremos, porque en la extensión aumentan por aplicación, que es infinita y en la intensidad por fuerzas, que son finitas, porque no existe límite en unirse materia y en quitarla lo hay para que pueda adherirse. Lo profundo hácese por incremento de las fuerzas que necesariamente tienen al-

gún extremo. Así es que vemos alguna blancura que no puede ya ser superada y determinado dulzor que ya no puede intensificarse. En el otro extremo, si el color se diluye en exceso o flaquea cualquier otro inherente, pierde el nombre de aquella forma más pronto para nuestro juicio que para la naturaleza de las cosas; pero, por esto, también alguna vez.

Aquellas cosas que no tienen mixtura ajena, llámanse *puras* o también *simples* y a veces *meras*, como medicina simple, oro puro, almizcle mero. Dícese ser ajeno todo aquello que no es necesario a la naturaleza de cualquiera composición; y no importa aun cuando se halle siempre unido; basta con que no sea de la razón de aquel temperamento y esencia. Cuando digo razón, me refiero a la que la Naturaleza constituyó en la especie. Con esta reserva mental acostumbramos decir que en ninguna parte se halla agua o tierra pura o algo por el estilo; como los médicos a la fiebre terciana o cuartana, a la una la llaman pura y a la otra no pura. Esta costumbre de hablar pasó a las artes humanas, de suerte que son puras aquellas a las que no se añadió cosa que no la impusiera la razón del arte, como la triaca pura o no pura, según tenga o no mezcla de ajenjo o menta, pues el arte no preceptúa que se le añada nada de esto. Mixto dícese, y no de una sola manera, pues lo hay compuesto de muchas otras cosas, como hombre, poción medicinal, a lo que le es contrario lo puro de que ahora hablaba; así, el *mitridático* unas veces se llama puro y otras veces mixto. Si se le mezcla cosa peor, corrompe al ente y lo estraga.

Empero cuando en la procreación de semejantes lo engendrado aparece peor que el engendrante, degeneración se llama este fenómeno, que de manera principalísima se verifica en el adherente, pero no raras veces también en la esencia, como en las mieses, en la seminación de los animales, en los hombres. Ello acontece o por el mismo engendrante previamente degenerado como cuando de un perro fuerte nace un cachorro enteco, engendrado en momentos de enfermedad de sus padres o cuando de un huevo de águila nace un gavilán y del huevo de un gavilán sale un milano; si en este suelo siembras habichuelas, cogerás arvejas; *o por mala disposición accidental cuando se produce y nace*, como cuando el trigo candeal, por humedad excesiva, truécase en centeno; o después de nacido, por la *cualidad del cielo, del suelo, del régimen, de las costumbres*, como aquellas cabras del interior del Asia, que producen un pelo suave como la seda, las cuales, transportadas al Asia interior, o a las islas Egadas, pierden la bondad del pelo, al paso que sus crías son semejantes en un todo a las otras indígenas; los perros si se acostumbran a dormir echados en la casa y alimentarse de los desperdicios de la mesa, por más que hubieren nacido de padres buenos ventores cambian de natural, como Licurgo lo demostró a los espartanos en aquellos dos perros célebres.

Todas las cosas tomáronse de la nada, y las más de ellas sujetas a maldición por el pecado del hombre, que era su señor. Así que no sólo propenden a la nada, sino que también por lo mismo que se estragaron, a la nada van con ritmo más acelerado, empujadas por aquel empeoramiento que con ellas se mezcló. Por esto, si no se pone ningún cuidado ni diligencia, esto es: si se emperezan y entorpecen, dan oca-

sión para que aquel empeoramiento degenere en corrupción. Así, las aguas estantías crían cieno y las tierras sin cultivo se ensilvecen, el oro se cubre de escoria, la cizaña infesta los panes o se los come el gorgojo, muy más peor que la cizaña; el organismo humano contrae enfermedades y en nuestra alma penetra mucho de la bestia y el bruto, ignorancia, inercia, estupidez, y en la razón y el juicio, imprudencia, ímpetu avasallador y ciego. Esta degeneración adviene cuando estuvo largo tiempo embrutecida en el ocio la razón, lánguida y desmoralizada, y todo se hace al empuje de las pasiones. ¿Qué otra cosa más es ser bestia?

También las artes se tuercen y depravan por la desidia, al paso que con el ejercicio enérgico todo se purifica y lozanea: fuego, agua, tierras, mieses, libros, vestidos, vivienda. Por esto dice Anneo Séneca que la providencia y Dios soberano, organizador del mundo, entregó el aire a que lo agitase el viento, y al viento le mandó soplar en todas direcciones porque no quedara cosa enmohecida en torpe inactividad. La ventilación vigoriza las plantas; la trilla limpia y conserva los cereales; el uso purga y bruñe el oro, la plata, el hierro; el deporte fortifica los cuerpos de los animales; el ejercicio pule nuestro espíritu para las letras de humanidad, y faltos de toda suerte de sabiduría e inhumanos son aquellos pueblos que, sumidos en innoble ociosidad, aumentan su apática indolencia. Discreta y sabiamente dice Platón en su *Teeteto* que *el movimiento hace ver que la cosa es engendrada y existe, pero la inactividad patentiza que la cosa no es y que perece*. La agitación y zarandeo echan afuera todo cuanto de dañino y perjudicial que a la continua y del exterior se aplica a la cosa, y no deja que quede allí como pegado; mas por de dentro sacude y arranca lo que se insinuara en el interior; purifica el calor saludable limpiándole de impurezas y lo templa y refresca como con una corriente de aire y, por ende, lo aviva, manifiesta lo escondido y despierta lo amodorrado, e invadiendo el terreno enemigo, se apodera de él y con tanta mayor facilidad cuanto que aflojado por la sacudida estaba menos adherido a la cosa. La inercia, en cambio, cesando el calor, deja que cobre fuerzas el frío, el cual, como no repugna los contrarios, da ocasión y entrada a muchos elementos de corrupción y de muerte: prueba grande y admirable de que los cuerpos son por el calor vivificados y que las mentes lo son por la caridad y que el frío arrece y mata. Cualquiera naturaleza obra con este fin; a saber: de importar la forma; de paso se lleva la primera, con la que quiere introducir, con la que sería incompatible.

Por esto los agentes naturales no corrompen directamente como si tal fuese su finalidad, sino de una manera indirecta, porque otramente no pueden llevar a cabo lo que se propusieron. Verdad es que cosa ninguna está en pugna con la efección, sino con aquellas cualidades y formas que atemperan y como amasan la materia a fin de que sea apta para la efección y sin las cuales la efección no puede durar en la materia, como el hombre no puede habitar en una vivienda de todo punto desmantelada. Las enemistades irreconciliables que existen en la Naturaleza, como las de la zorra y el cisne, y las afinidades instintivas, como las de la paloma y la perdiz, que los autores de Historia Natural estudian, aun cuando parecen

ejercitarse entre las efecciones en toda especie, en hecho de verdad entre ellas no pasan de ser *contemperaciones* de la materia, o digamos simpatías, no de otra suerte que las que sienten dos personas desconocidas la primera vez que se encuentran y las que se establecen entre el veneno y el animal. En efecto, el veneno requiere cualidades, como el frío exige calor y la sequedad humores, y como los vicios, síguese la muerte del ser vivo, pues la efección destituída de todo instrumento y ornato se ve obligada a ceder el lugar. Yo no niego que a veces el agente voluntario en su malicia no atienda sino a la muerte de la cosa; pero nosotros hablamos de casos naturales y corrientes. Toda acción contra la cosa o se echa sobre ella exteriormente como oprimiéndola o quemándola, o interiormente ataca; pero con todo, insinúase a mayores intimidades, como el manjar, el veneno, la caries; en una palabra: los vicios que haya en toda cosa, porque la composición de la cosa es hecha de contrarios. Mayor resistencia es la que ofrece a lo que le viene de fuera, porque tiene mayor fuerza, no para obrar, sino para resistir y, por ende, se conserva más tiempo; verbigracia: el frío, la sequedad. Mas aquella que se cuela y se insinúa, si allá dentro topa con resistencia, se alía con una de las dos partes; a saber: con la más conforme a su condición y agrava la otra, y de ahí el equilibrio queda perjudicado y roto, pues el equilibrio, como la armonía, no es más que la proporción ponderada de las partes. Rota la proporción, necesariamente queda desbaratado el equilibrio. Por esta razón siempre hay que asistir al paciente que queremos conservar. Toda acción y pasión trae consigo alguna dificultad aneja, y la dificultad ocasiona trabajo, y la persistencia del hacer y del parecer gasta y cansa las fuerzas que convendría aumentar o conservar o por lo menos reparar.

Estas fuerzas se acrecen con aumentar y robustecer aquello donde las fuerzas tienen su asiento, como en el animal los nervios, que con el humor demasiado se entorpecen y con el frío se contraen y se excitan y se dilatan con el calor moderado. Así es que el ejercicio contribuye mucho al aumento de las fuerzas, así por causa del calor como por la costumbres, gracias a lo cual el jugo y el espíritu del vigor se comunican a los nervios, como por el cauce abierto por el cual dijimos que pasaba todo, especialmente en los seres animados. Estas fuerzas se conservan, si se las arrebata a su contrario, que las corrompe, y se reparan y restablecen si se compensa todo cuanto perdieron. Esto se consigue de la parte de afuera con medicinas, untos, emplastos o inyecciones, o por la parte de adentro, con la eliminación del óbice, verbigracia: la indigestión, si era ella la causa, o con caldos y reconstituyentes. A los brazos del obrero manual, a los pies del andarín o el corredor, al cerebro del estudioso, el descanso tras la fatiga es el mejor de los lenitivos, según dijo el poeta Ovidio: *No es durable aquello que carece de alterno reposo. El reposo restablece las fuerzas y restaura los miembros cansadas.*

Aunque el descanso, en cuanto es un simple alto en el trabajo, no reporta estas ventajas y la privación sola, que por sí no significa nada, no supone robustecimiento, no obstante, por la difusión del jugo mediante la digestión, y el acopio que haya podido hacer durante el descanso, en que las fuerzas que no

tuvieron que ocuparse en expulsar el enemigo pueden dedicarse a reunir de donde sea aquellos elementos con cuyo auxilio se restablezcan. Con este procedimiento las fuerzas del estómago debilitadas por el ejercicio, con el descanso se recobran y se restauran. Y esto mismo pasa en el intelecto apremiado, en el campo, en la ballesta en estado de tensión, el nervio y la armadura sufren trabajo continuo cuando cada uno de ellos está en violencia contra el otro, y si la disparares con frecuencia la agitación la gasta y se disgregan sus partes; pero si la aflojares, se concentran y se aúnan. En todas las cosas, después que llegaren a aquella meta que la fuerza de la naturaleza pueda alcanzar en su carrera y alacridad, consumido en una y otra cosa el vigor de la potencia, a pesar de todo queda el enemigo y la lucha que amenaza con la muerte. Y en este punto las fuerzas cansadas y castigadas no pueden nunca de ninguna otra parte recibir el apoyo y la ayuda que les compense de las pérdidas, porque siempre es más lo que perece que lo que se restablece. El enemigo siempre está fresco, al paso que las fuerzas fatigadas de la contienda, poco a poco vacilan, a punto de caer, y abren una enorme brecha a la corrupción.

Esta falta de firmeza, que no por ninguna fuerza súbita y rapidísima, sino poco a poco, y como, naturalmente, se introdujo luego de consumada la etapa del vigor, se llama vejez; etapa ésta que a los unos fué concedida más breve y más larga a otros. Esta distinción también se aplica a los que son de una misma forma, verbigracia: hombres, caballos, ciruelas, cerezas. Algunas cosas tiénenla más breve de lo que prometía la razón de las primeras fuerzas y valencia naturales, porque algo les acaeció que las afligiera y debilitara, de suerte que de puro cansancio tuvieron que detenerse sin franquear el más allá, de la parte de acá de la meta. Eso acontece con las enfermedades corporales, con los sufrimientos morales exagerados, con el uso excesivo del deleite venéreo. En una palabra: todo lo que afecta a la salud afecta a la vejez asimismo. Las cosas que llevan en sí pugna mayor de elementos están más expuestas a las mudanzas y al azar, como todos los seres vivientes, y entre los vivientes, de una manera especial, los animales. En éstos aparece más manifiesta y en ellos observamos más frecuentes variaciones y cambios más notables, que causan admiración. Y cuando el mirador del alma humana, que se llama fantasía, rígese por un cuerpo tan variable, y aquello que ve enturbia el juicio de la mente, acontece que echamos de ver muchos cambios y veleidades en el sentir y en la voluntad de los hombres y, por ende, en los actos humanos que de ellos nacen, en los cuales no cuenta tanto el choque de contrarios como en los seres inanimados, siendo la variación mucho menor y más rara, aun cuando se produzca alguna. Allí donde es menor el equilibrio de los elementos en pugna, la firmeza y la estabilidad son más duraderas, como en las piedras, oro, plata, hierro y demás minerales.

La cosa que tiene vecindad con el fin como por un cierto impulso natural es empujada al precipicio por la Naturaleza, que, o bien se la lleva en volandas a la nada o bien aderezó la materia y la preparó para el nuevo ente que luego al punto va a existir. Por lo demás, por la acción natural se expulsa la efección, que camina a toda priesa a la postrera lucha y pelea decisiva,

y puesto que es caso de vida o muerte, saca afuera todos los recursos que le quedan y que antes estaban escondidos y apostados en la intimidad, por lo cual parece que cobran nuevos bríos y en cierto sentido nueva vida. Eso vemos que ocurre en el fuego y en las enfermedades de los animales; pero oprimido y cohibido ese ímpetu por una fuerza más poderosa, instantáneamente, la efección desarmada sucumbe.

Por lo que toca a los inherentes, los unos son nativos, que nacen simultáneamente con la cosa, como el calor nace del fuego, y los otros se le allegan de la facultad de la cosa, como en el hombre: saber algo, proveer, escribir, o por cualquier otra causa exterior. Demás de esto, los unos se manifiestan y crecen poco a poco, como la prudencia, el vicio, la virtud y los sensiles, y algunos de repente y como en un momento; verbigracia: la paternidad. Los hay otros que duran siempre, como los nativos, que no admiten violencia; el frío puede quitarse con el agua, pero con la nieve no puede, como del fuego no puede separarse el calor, y todas las fuerzas de la efección. Los adjuntos, tomados uno por uno, no son continuos, como este calor, este frío; en especie sí que pueden serlo, como calor, frío, en el fuego, en la nieve. Los hay muchos no nativos, pero que son constantes; en ambos géneros se colocan los hábitos del alma; los unos son de efímera duración, como el calor del agua retirada del fuego; algunos momentáneos, como el rubor de la vergüenza; la palidez por un temor vano. Por el mismo estilo otros accidentes súbitamente se quitan como la paternidad, otros se retiran con la misma lentitud con que vinieron, bien por causas contrarias: la pérdida de color contraída por el frío quítala el retorno del calor, bien por privación o ausencia de la causa, como el calor producido por la presencia del fuego, con su separación se extingue paulatinamente. Asimismo el habitual avezamiento del alma con la deshabituación se debilita y acaba al fin por desaparecer, como con la obstrucción del conducto por el que el humor solía comunicarse. Algunos, con no más que el paso del tiempo, acaban por desvanecerse, como la mayor parte de los movimientos del ánimo. Algunos otros reconocen diversas causas, como la de exteriorizarse o de sustraerse, inasequibles para cualquiera. Los que son perpetuos no perecen sino cuando el sujeto perece; desaparecido el sujeto, desaparecen y se extinguen, no sólo los perpetuos, sino también cualesquiera otros inherentes.

Con todo, con diligencia suma debe mirarse cuál sea el verdadero y auténtico sujeto en el que está prendido el inherente, por no incurrir en engaño. Inherentes hay que están fijos en la sola forma, como en el hombre está el entender; en las piedras, en las hierbas, en las plantas, en los animales, aquellas fuerzas útiles para muchas cosas que, aun cuando se ejercen sin masa, no son de la masa, sino de la forma. Los que son así, automáticamente desaparecida la forma, desaparecen ellos del todo. Otros están en la materia, gracias a la forma, como el calor en el fuego. Estos, quitada la forma, quédanse por algún tiempo, mas poco a poco se desvanecen, como el calor del animal, no de otro modo que la rueda se detiene cuando cesa el agente que le imprimía la rotación. Si la forma sucesiva no rechaza los adjuntos de aquella forma, se conservan en la materia todo

el tiempo necesario para la abolición de la forma primera y se confirman con la llegada de la nueva forma; por este estilo son casi todos los sensiles. Algunos quedan asidos en la unión de la materia y la efección o forma; de este género son las *sensiones*, que al disolverse aquellas dos acaban también ellas. Algunos están fijos en la materia, pero mediante la cuantidad, como todo lo que se refiere a la figura y a la forma, que perecen con el cambio de cuantidad, como el triángulo, el cuadrángulo, lo recto, lo oblicuo, el sonido, que viene a ser como una forma impresa en el aire; así que disipado el aire, el sonido calla o recibe otra nota; ejemplo de ello son las voces en el viento. Los hay que pasan a la efección, pero a través de la materia, como una agitación violenta. Estos, aun cuando la efección perece, quedan todavía como cuando un hombre se ahoga en el oleaje. Estos adjuntos tienen su origen en el exterior y pueden perecer en el exterior, mientras queda el fundamento; así la paternidad que sobrevive a la muerte del hijo. Por muchas otras causas pueden los adherentes nacer y corromperse; pero nosotros ya nos hemos ocupado de su manera y de su muerte con sus sujetos.

Todo aquello que obra tiene un fin que se propuso como blanco. Cuando llegó a él, la obra está acabada. En este punto cesa o se dirige a otro lado, a saber: a otro género de obra, o en la misma obra a otro género de acción, como cuando está hecho el hombre, cumplida queda esta obra de la Naturaleza en esencia, y entonces se traslada a su aderezo y aumento; procura que se haga mayor, que las facultades de que la dotó con mano larga le den algún rendimiento, pues a esto la Naturaleza la encamina y a ello le instiga como con una espuela oculta. Cuanto más la cosa se aproxima al fin, tanto más es perfecta, como en la pintura, en el color, en la ciencia, en la virtud, en el hombre cuando va tomando cuerpo en el materno claustro. Pero diversos son los fines siendo las cosas diversas; los hay nuestros, los hay de la Naturaleza; esto es: de las causas naturales, y las fuerzas de la Naturaleza, extendidas y desparramadas por el mundo, son las de Dios. El árbol es una cosa acabada por Dios y la Naturaleza, pero no para el escultor ni para el fabricador de navíos. El hombre que nace con una sola mano o con seis dedos, es un ser imperfecto para la Naturaleza, así como para la Naturaleza la hembra es un varón imperfecto, porque la Naturaleza, en cualquier especie, tiende a lo mejor, y por esto en la especie humana tiende al varón y no engendra hembra sino falta de fuerzas; hembra perfecta ciertamente, pero hombre imperfecto. Acabado y perfecto por comparación, como perfecto entimema, silogismo imperfecto; político acabado, filósofo comenzado. Como se lee en las Sagradas Letras, *son perfectas las obras de Dios*. Para Dios todas las cosas son consumadas y acabadas en todas sus partes, y por esta misma razón, buenas. Y con efecto; para cualquier cosa es bueno lo que ella quiere o como fin o como conducente al fin, pues toda voluntad y apetito no se enderezan sino a lo que tiene razón y especie de bien. Así que el fin y todo lo que se refiere al fin siempre tienen forma y apariencia de bien. Por esto dice el Génesis: «Vió Dios todas las cosas que había creado y eran muy buenas.» Platón, en el *Timeo*, encareciendo más esta idea, dice que el opífice

de la Naturaleza, al contemplar el universo terminado, se llenó de gozo y le pareció bien. Efectivamente, en todas las cosas quedó adherido algo de la índole y condición de la causa, porque el mundo fué creado, a saber: de la voluntad de Dios, que le condujo a esa nueva estructura. Para nosotros, como los fines son diversos, así son diversas sus perfecciones y bondades, y son otras según fuere otro el tiempo.

Dios colocó al hombre en este mundo y le proporcionó todo cuanto le era necesario para conseguir la felicidad eterna. Luego para Dios es perfecto el hombre que fué habilitado para este fin, perfecto para sí, que ya goza de la eternidad, y cuanto más cercano a El, tanto más perfecto. No hay hombre perfecto mientras vive esta vida; empero el varón bueno que se ejercita en la práctica de la religión se perfecciona de día en día hasta que, *mediante la fe y el conocimiento del Hijo de Dios, termine en varón perfecto, en la medida de la edad de la plenitud de Cristo,* y lo imperfecto se una a la perfección o a la suma que pensarse puede.

No raras veces perfección tómase por sinónimo de excelencia y prestancia; de lo cual no podemos excusar decir breves palabras. En las prestancias es menester que haya una norma por la cual se mida, pues de no ser así, no podrá decirse en qué unas cosas se aventajen a las otras. Y así como lo recto es la medida de sí mismo y de lo oblicuo, y no al revés, pues lo oblicuo no lo es ni de lo recto ni de sí mismo, puesto que lo recto es uno, simple y semejante a sí mismo, y lo oblicuo es vario, desemejante, múltiple; así lo excelente será la medida de lo menos excelente, y no viceversa, pues no de otra suerte se juzga lo imperfecto sino por la distancia de lo perfecto. Lo imperfecto, pues, es a su vez, en determinados casos, norma de lo absoluto, como lo prestante es la norma de sí y de lo que le está por debajo, recta y simplemente. Y como sea que unas cosas aventajan a las otras, es fuerza que haya algo que esté por encima de todo, de donde todo lo restante saque prestadas sus excelencias y la medida de estas excelencias. Empero cuando las excelencias no son otra cosa sino determinados bienes y dádivas, atribuídas a la naturaleza de cada cosa, allí es menester que esté la fuente de las excelencias, de donde dimana a todas las cosas restantes todo cuanto hay de bueno, a saber: en la Suma Bondad, que distribuye con largueza los bienes a todas las otras cosas, no de un fondo ajeno, sino de sí misma, que es la misma bondad que posee de suyo y no de otro ni por otro, por manera que alcanzar una cierta sombra o simulacro ya constituye un bien. Y si su semejanza sola torna buenos los entes, colmados de muchas excelencias, ¿cuánta es razón que juzguemos ser su excelencia? Es infinita su prestancia, demostrada y realzada con copiosas razones por nuestros ingenios, de suerte que parece que son muy muchas. Pero tómanse en cuenta las que se comunicaron con las cosas creadas, y las tiene como Creador, a saber: como causa de la obra, la que creó y aquella por la cual fué creada. De tan grandes arcanos y de tan santos misterios se ha de hablar con reserva y con reverencia, no sea que en algún punto, por la depravación del sentido o por deficiencia de expresión, demos un grave tropiezo, cosa que el Cielo no permita.

La causa eficiente de crear el mundo fué su bondad; su fin fué la

bienaventuranza, pues viéndose a sí mismo inefablemente feliz y bueno como era, quiso crear otros seres con quienes compartir su soberana felicidad. Es por sí mismo felicísimo y de ningún otro lado recibe su propia felicidad, que carece de todo vaivén y alternativa, de suerte que de lugar ninguno ni de tiempo alguno se le allega ni se le aparta ni un adarme: esencia una, bienaventuranza una, simple, semejante siempre a sí misma, pues no fuera felicidad suma la que pudiera tener creces ni consistiera en ella la alegría suma, estando sujeta a incrementos y disminuciones. Y ciertamen no hay cosa por la cual pueda mudarse, pues de El se lee en las Sagradas Letras: *Yo soy Dios y no sufro mudanza.* Y el Apóstol Santiago enseña que *en Dios no hay ni sombra de alternativas*; y Platón, a su vez, dice que *aquella hermosura eterna no tiene ninguna suerte de eclipses.* En aquella su purísima bondad no existe el más leve deseo de dañar, pues quien es dañado de sí mismo recibe el daño, no de Dios, pues si se acerca a El halla ayuda por la vecindad del bien, y si de El se aparta, recibe perjuicio de la vecindad del mal. Comunícase a sí mismo en la proporción en que cada cosa puede recibirle y está aparejado a cualquiera en todo lo que quiera y pueda. Y para dar a entender que se comunica y que quiere y que puede, engendra a un semejante a sí en todo y únese con él mediante un nexo semejante a ambos en todo. Con ello se nos da motivo de grande confianza de cómo seremos con El en la inmortalidad. Ejemplo de ello es la unión que existe entre hijo y padre; por ella conoceremos cómo ha de ser la nuestra. Cosa ésta que el mismo Cristo declaró cuando pidió a su Padre *que fuesen uno como nosotros lo somos.* Y no fuera bueno ni conocería su felicidad si no tuviera la virtud de conocer y de entender y no querría de otra manera comunicarse ni nos fuera placiente su comunicación si fuese bruto o inactivo. Añádese a esto que es fuerza que sea sabio, ya para hallar la vía de comunicación, ya porque no sería acabada la felicidad con la unión de un insipiente.

No puede haber bien ninguno en cosa muerta ni es sólida la felicidad de alternar con un difunto. Vive, pues, y ciertamente sin envejecer jamás, siendo así que dentro no tiene cosa de que pueda afectarse, dado que es Dios, ni tampoco puede haberla fuera cuando fuera de El no hay nada que por El no sea creado y por cuya sola voluntad subsiste. Es, por ende, inmortal y nunca por nunca desfallecerá nuestra bienaventuranza; ni fuera bienaventuranza la que anduviera mezclada con el temor de su pérdida. Por esto, a una voz, cielos y tierra le aclaman: *Tú eres siempre el mismo y tus años no se acabarán.* Es una fuerza infinita, de suerte que los que confían en El solo, y los que de El son participantes tienen la absoluta certidumbre de que tendrán todo cuanto deseen y no puede producirse interferencia alguna que agüe y perturbe su gozo porque una fuerza infinita es su defensa. No sin motivo razonable Timeo y Platón introducen al autor de los dioses prometiéndole la inmortalidad, no por su naturaleza, sino por su consejo, que puede más que cualquier fraude y daño. Y Nuestro Señor Jesucristo confirma que los que vinieren a Sí nadie se los arrebatará de la mano, porque su fuerza es parigual a su voluntad, o, mejor dicho, facultad y fuerza no son otra cosa que su voluntad, de la cual es-

tá escrito: *El lo dijo y todas las cosas fueron hechas; El lo mandó y fueron todas creadas*. Y esta facultad tan grande no va alternada con ninguna cesación, sino que es un acto puro, que no descansa nunca, pues si así fuera, con mayor razón debiéramos cesar nosotros que con El estaríamos unidos, y de este modo nuestra bienaventuranza, expuesta a vaivenes, no sería continua. Todas las cosas hácelas expeditivamente; no le alcanza dificultad alguna ni trabajo alguno. No hay cosa trabajada ni impedida ni atollada en dificultades que sea feliz ni que sea bienaventurado quien de ella participa, cual fuera nuestra bienaventuranza cansada. Pero es que ni siquiera tiene de dónde cansarce cuando todas las cosas hacen naturalmente lo que El quiere, como ya demostré.

Y si es acto puro, nada se le mezcla de potestad y como de materia. Ello hace que, pues conoce sin potestad, conoce soberanamente, pues la potestad impide el conocimiento. Por esta razón está escrito *que todas las cosas están desnudas y abiertas a sus ojos*. Y así es que ni imaginarnos podemos que no sea soberanamente sabio, puesto que a su inteligencia no hay estorbo que la retarde o la turbe, y por ello cosa ninguna puede engañarle. Y, finalmente, aquello que es el fundamento de todo, verdadera y absolutamente *es* porque de El y por El todas las cosas *son*. Recogiendo en general desde el principio todo cuanto llevamos dicho, las excelencias que en El se enumeran son éstas: bondad, bienaventuranza, inmutabilidad, comunicación de sí mismo, generación, conocimiento, sabiduría, vivir sin envejecer, inmortalidad, fuerza, acto puro, acción expedita, esencia. Aquel en quien tienen asiento tantos bienes y tan maravillosos que no pueden imaginarse otros ni mayores ni tan hermosos ni tan excelentes, es menester que en sí mismo halle el contentamiento y que esté satisfecho de su estado y que, por ende, es infinitamente más feliz de lo que nosotros podemos expresar, ni siquiera pensar, y que también nosotros seremos soberanamente felices si se nos admite en el consorcio y participación de la más chica centella de tamaña bienaventuranza. Pero no hemos de creer que estas excelencias ni realmente ni específicamente ni por razón alguna se distinguen en Dios; hay una que las abarca todas, y ésta es cada una de ellas; a saber: la bondad son todas, la inmutabilidad son todas, la generación son todas, el acto puro son todas, y así por el estilo, todas las restantes, no por confusión o mezcla, sino por simplicidad y unidad de aquella santa Esencia. Somos nosotros quienes las separamos para nuestra inteligencia y comodidad de expresión; cosa que es lícito y justo, y la razón prescribe que lo sintamos de aquella Divinidad todopoderosa, con toda veneración y reverencia.

Ahora lo que toca es considerar las excelencias de este modo: Puesto que toda excelencia hace morada en El, unirse con esta excelencia inmensa, de la cual se origina la bienaventuranza inmarcesible, es fuerza que sea excelentísimo, porque nos vincula en El y nos hace uno, y esta unión hácela el *amor*, pues el amor es el broche de los espíritus. Del amor nace la confianza en El solo para amarle y confiar en El solo, puesto que vemos que amamos la suma bondad y el poder sumo. Esta llámase *bondad;* no aquella que Dios derramó en general por todas sus criaturas, sino aquella otra por la cual la mente se trans-

forma en una como semejanza de la naturaleza divina, que a todos quiere beneficiar y no causar daño a nadie. Esta manera de bondad distribúyese en muchas partes, pero no es éste lugar indicado para hablar de ello. Cercana a ella está la *comunicación de sí mismo*, si algo tiene de útil, pues está íntimamente unido con la bondad no envidiar a nadie y dar participación de sus bienes a los otros. Síguese luego la *sabiduría*, pues el grado más próximo al bien obrar es el cuerdo sentir de las cosas. A la sabiduría no se llega sino por la *inteligencia*, y a la inteligencia por el *conocimiento*, así interno del ánimo como el exterior de los sentidos, en los que están dotados de sentidos como en cualquiera de nosotros es el ver. La *vida* y el vigor son como un principio del impulso hacia el conocimiento. A la *generación* natural toca el deseo aun sin sentido, que es un remedo de la generación divina. La *caridad* mira más arriba, mira los frutos y no carece de sentido, y por ella imitamos aquel *vínculo de amor que une al padre con el hijo. La inmortalidad* o la duración de la vida es un adjunto, como la *perseverancia del mismo estado y modo y la inmutabilidad sin vejez*, pues en aquellas en que las excelencias comprenden otras son superiores, puesto que tienen muchas prestancias. Aquellas que pueden subsistir sin otras son consideradas inferiores, puesto que son más pocas las que encierran.

Síguense ya la *fuerza* y la *acción*, que puede ser sin vida, como también la acción prolongada, expedita, menos fatigable. La *esencia* es lo *ínfimo* de todo que puede subsistir sin todos los otros y sin ella ninguno de los restantes. Comunícanse éstas a las criaturas, según la respectiva capacidad y con mano larga lo que está en Dios y de la manera que pueden, porque la excelencia de Dios cuando llega a la criatura de tal modo queda en ella viciada y turbia, que no parece salida del manantial purísimo, sino de una ciénaga, como le ocurre al agua tomada de fuente límpida, que cuando se estraga por vicio del ánfora parece sacada del fango y no del terso manantial. Por esto las perfecciones que están en Dios se comunican a las criaturas y por ellas son perfecciones, pero imperfectas en comparación con las existentes en Dios. En cada una de las excelencias es harto fácil de observar la degeneración por el cotejo de la mayor en las criaturas, como dará a entender hasta qué punto degeneró el conocimiento del bruto si se le aproxima el conocimiento, pues aquél no pasa más allá de la fantasía y éste se eleva muy por encima de él. El vicio del conocimiento humano lo da a comprender su relación con el conocimiento angélico, pues el nuestro es vago, incierto, laborioso. Y fácilmente asimismo colegiremos la degeneración del angélico si nos levantáremos un poco a la contemplación del divino. Dios tiene la luz en Sí y de Sí; el ángel la tiene prestada de Dios. Pongámonos delante de los ojos tamaña realidad con un ejemplo. Imaginemos un anillo cuyo sello se imprima en papel múltiple. Más fuerte es el grabado en la primera cara del papel que en la segunda, y en ésta más que en la tercera, y así sucesivamente hasta que se llega a las últimas, en las que se ve todavía el grabado del sello, pero tan confuso y borroso, ya que dirás en general que aquello es un sello efectivamente, pero sin poder notar ninguna particularidad; en alguna de las últimas capas del papel, o siquiera en la postrera de

todas, donde se dirá que aquél es la marca de un sello, sí, pero no se sabe de qué sello. A pesar de todo, ninguna habrá que no retenga alguna huella de la impresión. La que no retiene ninguna en absoluto, no hace al caso. Ejemplo tan expresivo como éste es el de los círculos que promueve en un estanque la piedra que se lance en él.

Tales son las perfecciones de Dios dibujadas e impresas en las criaturas, en lo que afecta a su distancia: las que más cercanas le están, más recio ostentan la impresión del sello. Llámolas más cercanas, no por la proximidad de lugar, sino por semejanza de la Naturaleza. Para darlo mejor a entender, tomemos otra comparación, que acaso sea más apta, no ya por el lugar, sino por la naturaleza. Pongamos de cara al sol muchos cuerpos de diferente perspicuidad: agua clara, vidrio, cristal, lámina de cuerno, lienzo, paño de lino, marfil, madera, piedra, hierro. En estos cuerpos fácil será de ver con qué variedad transmitirán la luz; cada uno la transmitirá según el grado de su lucidez. De manera idéntica la luz de cada excelencia divina se comunica a la Naturaleza según su respectiva receptibilidad. En las unas el rayo trasluce; otras lo sombrean, y esta sombra es más densa en los menos perspicuos y en los muy sólidos es densísima, como la que proyectan la madera o la piedra. Podremos figurarnos, a manera de ejemplo, un ángulo agudo, cuyas líneas tiendan al infinito; imaginemos que este infinito es Dios. Las criaturas, en este ángulo, avanzan hasta un punto determinado. Ejemplo: sean las líneas *A B*; sea el ángulo *C*; la más baja esté en contacto; las superiores extiéndanse más, unas encima de las otras, hasta *D*, *E*. Así que la medida y norma de las excelencias en nosotros es doble: la una es recta, y es refleja la otra; la recta y verdadera de cada cosa para medir más perfectamente lo que es menos perfecto, en la actualidad es ésta: no la proporción o el acceso a la excelencia divina, más allá de la cual, a distancia infinita, todas las cosas subsisten, pues de ello resultaría que todas serían iguales, como finitas separadas por un espacio igual infinito; sino que es una cierta semejanza, imitación, efección, imagen de la excelencia divina que alcanzan nuestras mentes en aquellas cosas que dijimos para que conceptuemos las que más aproximada y expresivamente reproducen la divina imagen que concebimos en el ánimo, más elevadas y sublimes y, en su consecuencia, para que tengamos por más bajas aquellas otras que las reproducen más opaca y borrosamente.

En este orden, los primeros serán los ángeles, los segundos son los hombres, luego los animales privados de razón, en quienes dirás que en ellos se grabó más la huella que la imagen, por manera que si uno se figura mentalmente que Dios, al crear el mundo, pasó revista a su obra, hallará que todo lo dejó como derribado y echado por el suelo, excepto el hombre y el ángel, que los dejó derechos, en posición vertical, y que en esto quedó prendida alguna semejanza de la imagen de Dios y en las restantes criaturas no dejó sino vestigios. Existe otra censura refleja, de la cual nosotros, por la flaqueza de nuestros juicios, usamos más frecuentemente y para mayor comodidad que de la consabida censura recta. La fórmula nos la dará el apartamiento de lo más vil y raez, de suerte que cuanto más una cosa se aleje de lo ínfimo, se juzgará

tanto más excelente. Las cosas que se rozan con excelencias más altas, son más excelentes; también las que alcanzan las mismas, pero más copiosa y expresivamente con relación al ejemplar. Si en los seres menos nobles existen determinadas excelencias que no se dan en criaturas superiores, no arguyen perfección mayor por el hecho de haberles cabido cosas preferibles o mejores, como en el ser animado el engendrar, que no se da en el ángel. Esta operación en el ángel sería crear, porque produciría de la nada, al paso que el ser animado engendra de la materia que en el ángel no existe. La piedra, en su esencia duradera e inmutable, se aventaja al ser animado; y muchos animales, en el sentir son antepuestos a los hombres. En cada una de las especies, las facultades son excelencias por cada una de las partes de las cosas; pero no lo son los actos, por cuanto aquella facultad a veces es impedida o retardada, como por todo el género humano el *poder conseguir la bondad*, aun cuando ninguno sea bueno, siempre que no se le haya retirado la facultad de serlo, cual ocurre en el demonio, en quien la maldad, como un golpe de ariete hizo fuertemente retroceder la excelencia de una criatura nobilísima, hasta la suma abyección. Sólo el demonio, en las Sagradas Letras, es denominado *malo*. El pecado también despojó al hombre de excelentes facultades para muchas cosas.

Es cierto que cada uno de los entes créese que ha recibido alguna particular dádiva de Dios, cuyo estudio no incumbe a ninguna ciencia. No pudiera con lo que es infinito y perturbaría lo que es más necesario, como si en medicina persistiera alguno en escudriñar la virtud propia de cada hierba o la complexión del enfermo. Generalmente o específicamente deben ser tratados estos puntos por las artes, no uno por uno. Con todo, en los actos que nacen de las facultades existen determinados límites establecidos en cada una de las especies, que ningún singular transgredió, a saber: lo que es sumo en la facultad de la forma. Las acémilas no pueden traer a cuestas cualquiera carga ni en las artes se puede ir a lo inmenso, aun cuando por otros se les haga alguna adición. Ni tampoco sirve de nada la adición que está en la cosa, si en nuestro ingenio rebosa y se derrama. Describir los órdenes de las formas y clasificarlas señalando qué especies son superiores a las otras, ordenándolas en nuestra especulación, como están ordenadas en la Naturaleza, esto sólo lo puede hacer el que las creó.

Para nosotros, son ignoradas las propiedades de las cosas, sus fuerzas, sus excelencias, no siendo en general como el que los ángeles son los primeros por la bondad y la felicidad que poseen copiosísimamente; luego siguen los hombres por su facultad para bienes semejantes; a continuación, los seres animados íntegros, que se denominan perfectos, es decir, dotados de sentido y conocimiento; a seguida, los incoados que carecen de algún sentido; las plantas, después, porque sirven; y de todas estas improductivas, las productivas, cuyo juicio se ha de formar de su generación y fuerzas; vienen ahora los metales, que no son del todo inertes, y tras ellos las piedras y la grava. La postrera de las sustancias es la materia y próxima al no ente, pues los adjuntos son como entes pintados, conforme ya expusimos. Pero entre éstos, son los primeros los que consiguen asiento en las mentes; luego, los

que lo consiguen en los ánimos y los sentidos.

Preguntará alguno: ¿De dónde nació la distinción de las cosas, siendo así que el Autor es uno, simple, y en dondequiera semejante a Sí mismo? Nos aventuramos a tocar cuestiones graves y recónditas, y es de recelar que se nos escapen afirmaciones temerarias e inconsideradas; no obstante, con una tímida reserva y no sin perdón previo vamos a decir breves palabras. Parece que las diferencias de las cosas están tomadas de la comunicación de la excelencia divina, de suerte que si ella resplandecía de modo distinto en distintas cosas, más fácilmente podría ser entendida por la mente racional, que comunicada a una sola fuera menos indicada para conocer y estimar. Serviría también para que los mayores conociesen cuánto de más les dió Dios a ellos que a los menores. En lo deforme y en lo discorde se ha ido a buscar un estupendo atavío y un decoro inefable. A esto se añade que para el disfrute de las cosas más preciadas Dios creó las más viles. Dispuso, además, para su semejanza, que la una hiciera ser; otra, vivir; otra, entender, y El, que es el único que lo puede todo, concertó de tal manera cada una de las cosas, que por una cierta imitación de Sí pudiese algo; el único que en cierta manera lo es todo, quiso que cada una de las cosas fuese algo. No de otra suerte procede el varón docto que conoce todas las artes, escribe un libro de Gramática y otro de Dialéctica y otro de Filosofía natural; y estos libros son como un simulacro de su mente, que expresan cómo ella se condujo en su interior. Finalmente, por el hecho de que el Infinito haya producido cosas finitas, y siendo uno, haya creado muchas, quiso atestiguar que El fué movido a crearlas por su voluntad, no obligado por necesidad alguna. Pero ya las tinieblas comienzan a ofuscarnos, y volvamos el pie atrás. Si alguno desea filosofar, ¡qué zona tan amplia de filosofía descubrirá, desconocida de los hombres! Del orden de las excelencias entre las especies, de la semejanza o de los vestigios de los entes creados con relación a Dios, puesto que no existe cosa creada que no esté proyectada y organizada para expresar alguna perfección de Dios. ¿Para quién iba a crear cosas semejantes sino para el ejemplar en quien tenía puestos los ojos, que era El mismo? A quien se conoce solo y por sí todo lo que es, y todo lo que no es, y todo como si fuese, y en realidad es para El. Que el hombre tenga dos manos y cinco dedos, y en sendos dedos, uñas; que el león sea vedijoso, lampiña la murena, barbado el varón, imberbe la hembra, siempre verde el laurel, redonda y roja la cereza, prolongada la ciruela, voraz el lobo, tímida la liebre, astuta la raposa, la oveja mansa, aliñosa la abeja; todas estas cosas fueron hechas para reflejar alguna imagen suya. ¿Quién no se siente movido a exclamar: *Oh profundidad de las riquezas, de la sabiduría y ciencia de Dios?*

Las especies entre sí no son como los números, independientes los unos de los otros, sino como las series en la magnitud, en la cual las unas se unen con las otras. No hay comparación que refleje esto que digo con más exactitud, como la de los eslabones en el collar, en que nada queda vacío sin que por esto se distingan por puntos indivisibles; llenos están los espacios y así y todo puede interponerse algo entre las próximas por comunica-

ción de ambas, como entre el caballo y el asno el mulo, cosa que no puede ocurrir en los números, pues nada vas a poner entre el cuatro y el cinco, al paso que vemos nacer especies nuevas. Luego la excelencia inferior alcanza algo de la superior; se yergue hasta donde puede para penetrar en la excelencia de aquélla y participar más de su comunicación. Si lo consigue, se aventaja a las otras de la misma categoría, como la piedra si vive la vida de la planta, y la planta si reproduce algo del sentido del animal, y el animal irracional de la inteligencia del hombre, y el hombre de la sabiduría del ángel, y el ángel de la bondad y felicidad de Dios. La semejanza con estas excelencias llámase excelencia también, en comparación con aquellas cosas que no tienen de ellas ningún vestigio, como en la abeja y la hormiga aquella precisión del futuro, la sagacidad en el perro, la cautela en la zorra. Por esto, lo que está arriba siempre es la norma y el criterio de lo que está abajo: Dios lo es de todo; el ángel, del hombre; el hombre, de los animales; éstos, de las plantas; las plantas, de los metales; los metales, de las piedras. Dígalo en el punto en que sobresale, pues en el sentir extrínsecamente el hombre no es la norma ni el ideal de los otros animales. Siendo ello así, el elefante es el más perfecto de los animales, porque es el que más se aproxima a la inteligencia racional. Y si la forma del hombre entre los animales es la más hermosa de las formas, más excelente será el rostro del simio que el del caballo. Si esto no se admite, ya no habrá norma alguna para las excelencias ni habrá juicio firme; pero en el simio, lo que nos ofende es la desemejanza del hermoso rostro humano, el color feo, el vello que le cubre, la *simiedad*, aquella inquietud como de azogue, que nos ofenderían aun en un etíope.

Cada uno de los entes obra por aquella razón por la que tiene la excelencia y padece por aquella por la cual tiene la imperfección y se aparta de la semejanza de lo sumo. Hablo de la pasión que impele al fenecimiento, no de aquello que se apercibe para conseguir algo mejor. Esta es, ciertamente, la prestancia de las cosas; pero a veces lo prestante tómase por el bien; y en este sentido son para nosotros más prestantes aquellas cosas que mejor sirven nuestros designios. El apetito, como demostré, refiérese al fin, y éste, al bien. Así es que en las cosas, a las ventajas llamámoslas prestancias, como el oro se aventaja a la plata, la carne de carnero a la del lobo o del pescado y el ruiseñor al grajo, todo lo cual se refiere a nosotros. Y si todo esto fué por Dios aparejado para el hombre, en realidad y simplemente pueden decirse prestancias, y cuanta mayor comodidad reporten, tanto más excelentes serán.

Perfecto es aquello que bajo todos los conceptos es acabado y cumplido, que por sí se basta a sí mismo, no necesita socorro ajeno, como ni los hombres, ni los ángeles, ni los cielos son perfectos, sino sólo Dios omnipotente, infinito, eterno. Natural es el deseo de cada cosa de llegar a lo mejor y a lo más excelente de su especie, hasta donde lo pueda conseguir, según sea su facultad. Así que lo consiguió, se sosiega y se afana por permanecer en aquella situación. Mas el hombre, como siempre desee un más allá y viva apoyado en lo futuro y no quiere jamás permanecer fijo en lo que tiene a mano y siempre anhe-

la una cosa tras de la otra y aun de género diferente, colígese con toda seguridad que él, en esta vida presente, no tiene aquello supremo y perfectísimo y no puede acá abajo ser feliz. Los restantes apetitos nacen del deseo de perfección, a saber: del instinto de su propia defensa y de resistencia al enemigo, puesto que, no siendo cada cual, no puede alcanzar el ideal de la perfección. Tiene también el hombre el tal apetito natural de la conservación de sí mismo; pero como no juzga por la información de la Naturaleza, sino por su persuasión, cae en errores y perturbaciones, ignorante de lo que es él mismo y cuál sea su conservación; así que unos a sí mismos le llaman su cuerpo; otros, su poder; otros, sus riquezas; otros, el concepto en que se tienen. En este sentido dice San Pablo que aquellos hombres son amadores de sí mismos.

De la propia conservación nace el inmediato instinto de resistir al contrario, que le corrompe, y de adunarse con aquello que le puede proporcionar algunas fuerzas para su defensa, quiero decir, con su semejante. Esta conjunción o conspiración, por decirlo así, con voz griega llámanla *antiperístasis* Aristóteles y Teofrasto; nosotros la denominamos *cohibición* o *coerción*, que, preferentemente, toca a aquellas cosas que son resbaladizas y por lo mismo pasan fácilmente de una en otra. De este género son todos los líquidos: aire, agua, y los que son de esa misma naturaleza: aceite, vino, sangre; de ello existen en la naturaleza de las cosas repetidas y cotidianas experiencias. En los cuerpos áridos no se observan estos fenómenos con frecuencia igual. También en las bestias se da esta *conspiración* para el auxilio mutuo. Ni a los hombres les falta aquello que de una vieja costumbre de los cretenses se llama *sincretismo;* a esto se refiere el dicho: *Los males, unen a los hombres.* Nada acarrea mayor felicidad que la consecución del propio deseo y no hay cosa más acre y lastimosa que verse frustrado de ella. Por esto debemos rogar al Padre Celestial, Autor y Monarca de la Naturaleza, que nos dé ánimo por el que queramos y nos aumente las fuerzas con que podamos llegar a la cúspide del bien natural y verdadero.

Brujas, año 1531.

FIN DE LA
«FILOSOFÍA PRIMERA
(METAFÍSICA)»

TRATADO DEL ALMA

(DE ANIMA ET VITA)

(1538)

DEDICATORIA

A DON FRANCISCO

DUQUE DE BÉJAR, CONDE DE BELALCÁZAR

No existe conocimiento de cosa alguna ni más excelsa, ni más sabrosa, ni que mayor maravilla ocasione, ni acarree más utilidad a las más generosas empresas, que el conocimiento del alma, pues siendo el alma la criatura más excelente de cuantas fueron creadas bajo el cielo, y por esto mismo más valiosa y excelente que el cielo mismo, síguese que merezcan la mayor estimación todos los conocimientos que podemos adquirir acerca de ella.

Reúne el alma en sí tan rica variedad, concierto tan armonioso y tanta gala y tan lindo ornato, que ni la misma tierra ni el cielo mismo hacen alarde de tan exquisita y tan minuciosa pintura. Es, además, el alma inventora y artífice de obras tan portentosas por todo el discurso de la vida, que ni puede contemplarse sin gran deleite ni sin extraordinaria admiración. Empero, ya que radica en ella la fuente y el origen de todos nuestros bienes y males, no hay cosa que convenga más que el que se la conozca a fondo, a fin de que, purificado el manantial, dimanen y corran puros los arroyos de todas las acciones. Mal podrá gobernar su interior y sujetarse igualmente a obrar bien quien no se haya explorado a sí mismo. Y, en efecto: lo primero de todo hase de conocer el artífice para que sepamos qué obras tenemos derecho a esperar de él; para qué empresas es hábil como agente o como paciente y para qué empresas no lo es.

Por eso aquel oráculo antiguo, celebradísimo en el universo mundo, establecía, como primer paso en el camino de la sabiduría, este principio: *Que cada cual se conociera a sí mismo*, no por cierto los huesos y la carne y la sangre y los nervios, aun cuando ello no fuera indiferente, sino también el estudio de la naturaleza y la cualidad del

alma, y su ingenio, sus facultades y pasiones, y la exploración de sus varios y luengos codos y recodos y tortuosidades.

Por estas razones, me pareció bien estudiar algunos puntos de sujeto tan importante, y ello mucho más porque los filósofos modernos, como hicieron ya en las distintas materias de conocimiento, también en ésta mostraron pereza y apatía, contentándose con los escritos que nos dejaron los antiguos, aun cuando se debe decir que por no hacer absolutamente nada agregaron algunas cuestiones, cuya explicación era de momento casi imposible y que explicadas harto poco era el fruto que rendían; tan viva y tan activa era su comezón de gastarse en cosas totalmente vacías.

Por lo que se refiere a los antiguos, en tocando asuntos tan recónditos, envolviéronse y enredáronse en grandes absurdidades. Y no es de maravillar que juzgasen tan torcidamente del alma, que no cae bajo el dominio de ningún sentido corporal, cuando ellos mismos afirmaron tan bravas necedades de aquello mismo que percibimos por medianería de los sentidos. Y así fué que los estoicos, al querer definirlo todo y reducirlo a delgadísimas y capciosas nimiedades, hicieron un verdadero derroche de parlería enojosísima. Aristóteles, según su costumbre, se muestra encapuzado y cauto.

Yo voy a exponer más ampliamente cuál es mi sentir, ajustándome a la norma no de la luz natural con que sueñan los indoctos, sino de la verdad, la cual, así en la Naturaleza como encima de ella, es una solamente y no dos. Este es un error, del cual traté con bastante extensión en el tratado *De la corrupción de las artes* y reincidiré en el mismo tema en los libros *De la verdad de la fe cristiana.* Por eso no pondré empeño en refutar las falsas opiniones acerca del alma, que son muchas más que en cualquier otra cuestión, que resultaría laborioso en extremo, por inacabable, y que acarrearía más espinas que frutos.

Por lo que toca al tecnicismo de las palabras, no solamente las inventadas y recibidas del pueblo, sino también las manipuladas en el laboratorio de los doctos, no fué corto el trabajo que me tomé en el esfuerzo de acomodar a nuestro lenguaje las que son poco congruentes.

Como no exista cosa más recóndita que el alma ni más oscura e ignorada de todos, las cosas que a ella atañen son las que menos pudieron expresarse con vocablos perfectamente adecuados. Con todo, nosotros hemos tolerado algunos, hemos pulido y luego adoptado otros y a algunos, en fin, los hemos retirado, según lo aconsejaban las conveniencias de los lectores.

Esta obra, expuesta en tres volúmenes: *Del alma de los brutos*, *Del alma racional* y *De las pasiones*, determiné dedicarla a tu nombre, ilustre Francisco, duque muy esclarecido, no tanto en consideración a tus beneficios para conmigo, grandes desde luego, y por tu colmada y egregia benevolencia hacia mí (que yo tengo en la mayor estima), como porque me informé de que tu excelente ingenio, toma singular deleite en esta clase y linaje de estudios.

Añade a esto que el tratado de las pasiones, contenido en el libro tercero, es el fundamento de toda la doctrina moral, privada o pública, la cual, según oí de tu boca en Bruselas, allá en los tiempos de nues-

tra camaradería, es la que te atrae y cautiva más que cualquier otra de las restantes. Y ello con razón muy merecida, porque ninguna otra hay tan conveniente a un príncipe, para, como es debido, gobernarse a sí y a los suyos y aun toda la república.

LIBRO PRIMERO

DEL ALMA Y DE LA VIDA

DIVISION DEL ASUNTO

Las cosas que no son accidentes expuestos a la regulación de nuestros sentidos y que no andan implicadas en esos mismos accidentes, sólo por sus operaciones pueden ser de nosotros conocidas. Con frecuencia nos es dable ver en el mundo físico ciertos cuerpos pesados privados de todo punto de su movimiento, que no se nutren, que no crecen, que por impulso propio no se desplazan de su lugar, sino que están fijos permanentemente en el sitio en que, desde el principio, fueron creados por su autor con sólo la mudanza exterior del aumento que experimentan por la agregación de nuevas moléculas o de la disminución, por la sustracción de otras, como ya quedó por nosotros explicado en la *Filosofía primera*. Otros vemos que se nutren, que aumentan, que disminuyen por de dentro. Los hay que se mueven por su propia fuerza e ímpetu; otros hay que, además de esto, tienen sentidos internos y externos, y, por último, hay aquellos que están dotados de razón y de entendimiento. Los primeros, porque carecen en absoluto de toda fuerza y vigor propios, dícese que no viven; los restantes, a quienes se adjudica la vida por causa de aquella fuerza interior, distribúyense en cuatro grados, pues los que sólo reciben alimentos y los difunden por el cuerpo para propagar la vida y aumentar el volumen, dícese que tienen vida o facultad nutridora, y en ese género se agrupan todas las plantas; los que además de esto han cobrado sentidos, refiérense a la vida sensible o senciente, como son las esponjas marinas, las conchas y los que se llaman *estirpoanimantes*, en griego, *evofota;* otros tienen además de sentidos una cierta vida inteligente, dotada de memoria y entendimiento, como las aves y los cuadrúpedos; la vida racional y humana es la más excelsa y preeminente de las vidas, intermedia entre los seres espirituales y corporales; con esta suerte de vida sólo fué distinguido el hombre. Con el mismo nombre con que se significa la vida, significase también el alma, de suerte que en unos es alma alimentadora; en otros, sensitiva; en otros, inteligente, y en el hombre, racional. De cada una de ellas trataremos separadamente.

NUTRICION

La nutrición es el acto de convertirse el alimento, en virtud de la facultad que reside en el cuerpo animado, en el cuerpo ya previamente animado. Esta facultad existe de un modo fácil e inmediato en aquellas materias que por sus efectos y

cualidades son a propósito para que de ellas se sirva la facultad de alimentarse, ingénita en el ser viviente, pues ni el leño seco, ni la fría ceniza son de esta condición, aun cuando en determinadas circunstancias, por los cambios de las acciones de la Naturaleza, puedan convertirse en hierbas y en mieses. Mas esta facultad es remota, y las cosas serían ya otras de lo que fueron antes.

CALOR

Dos son los principales instrumentos que en el cuerpo tiene esta alma nutridora, a saber: el calor y la humedad, aun cuando de estos dos, el calor pertenece propiamente a la facultad nutridora, y la humedad pertenece al calor. Sólo el calor conserva toda el alma en el cuerpo; éste es su instrumento principalísimo, bien así como la vida de nuestras almas propágase por el calor, a saber: por el amor divino, pues sin el calor, todo se queda arrecido y acaba por morirse. Y como este calor ha menester algo que le sirva de alimento para no desvanecerse y extinguirse en seguida, por esto, a los cuerpos vivos se agregó la humedad, que diera temple al calor, para la continuación de la vida. El calor echa mano de la humedad y la absorbe. Y la humedad, a su vez, refresca el calor y ataja y estorba su rapidez.

REDUCCIÓN DEL AGUA A LA FRIALDAD

Y no es otra cosa ese tránsito del agua a la frialdad que algunos filósofos mencionan al decir que el agua caliente vuelve poco a poco a su condición natural, a saber: al frío. Y, en efecto, no menos vuelve a acogerse al frío el agua, cuando se le separa del fuego, que el vino y el aceite y otro líquido cualquiera, pues lo húmedo, en virtud de su naturaleza, comienza por refrenar el calor y si es en cantidad conveniente, lo consume; de aquí que todo cuerpo húmedo, aunque cálido ocasionalmente, se enfría al retirársele la calefacción exterior.

LA SED

Cuando el calor predomina en él, aparece la sed, que es apetencia de húmedo y frío, o sea lo contrario del calor; entonces hay que intensificar la humedad para templar los encendimientos. Si llega a la fatiga al obrar el calor sobre la humedad y ésta sobre aquél, entrambos necesitan restaurarse y fortalecerse.

EL HAMBRE

Este fenómeno se denomina hambre, apetencia de caliente y de húmedo si el líquido que apetece la sed está en desproporción con el que el hambre desea; pero si el líquido se aumenta exageradamente se adelgaza el calor y la gana de comer languidece y es preciso repararla con remedios estimulantes. La nutrición es en cierto modo más eficaz que la medicina, aunque el alimento repara lo animal y la medicina los instrumentos de la facultad, que reservamos para un estudio ulterior.

Se dió el apetito a los seres vivientes para su conservación, a saber: para que persigan lo útil y eviten lo nocivo. El apetito se mantiene mediante el equilibrio entre la humedad y el calor cuando conservan igualdad o una situación

de desigualdad, que fácilmente puede saciarse por la comida y la bebida, desigualdad gratísima por cierto, porque es uno de los placeres naturales y un incitante para desearlos, y un aliño que los sazona sabrosísimamente.

Por todo esto que dijimos aparece manifiesto que nos nutrimos con las materias análogas y nos curamos con las contrarias, porque la proximidad de las cosas facilita el paso de unas en otras, y hace más expedita la nutrición. Así es que los animales recién nacidos nútrense de leche convenientemente, que es el alimento que más semejanza guarda con la masa de la cual se han congregado las partículas del cuerpo.

BASE DE TODOS LOS ALIMENTOS

Los elementos de la Naturaleza constan de los elementos mismos de la Naturaleza, universalmente admitidos, que son cuatro: fuego, aire, agua y tierra. De todos éstos nos alimentamos ya de su misma naturaleza, ya de sus propiedades: del agua y del aire, directamente y por sí mismos y por semejanza de las cosas acuosas, espirituosas, calientes, sólidas y duras, como cerveza, vino, aceite, carnes, frutas, especias. Y así como cumple que sea sólido el cuerpo del animal, a efectos de contener los elementos vitales que en él funcionan, porque no se dispersen y disuelvan, asimismo conviene que los comestibles tengan alguna solidez, como de la cualidad de la tierra, que retenga otros líquidos, en la cual se aloje la fuerza del calor y pase a la masa del animal, porque de no ser así, el animal estaría hambriento siempre y jamás acabaría de comer.

En el mar, unos peces se comen a los otros, y los que se cree que se sustentan del agua marina, toman de ella la crasitud, y así se hallan peces hasta en las conchas y las ostras, cosa que delata su sabor aciduloso. Las plantas fijas en el suelo chupan por medio de sus raíces el jugo de la tierra, de cuya parte más tenue brotan las hojas y las flores; de su parte más densa, los frutos, y de la que tiene el mayor grado de densidad, la raíz, el tronco y las ramas.

Se ha comprobado igualmente que todas las naciones comen pan y viandas o lo que sustituye el pan, como son: castañas, bellotas, raíces, pescados secos. Entre los animales, los que son más gruesos y tienen calor más fuerte en su masa compacta necesitan alimento de mayor fuerza y riqueza de grasas; esto pasa en el Norte y con los caballos y asnos. El caballo, antes de beber el agua, la enturbia con el pie, si acaso es demasiado líquida, y no le conviene como alimento tan delgado como es. Dícese de ciertos pueblos asiáticos que viven del solo olor de las frutas, y muchos de nuestros españoles mueren en las islas del Nuevo Mundo y en el otro extremo del Continente a causa de la tenuidad del cielo y de los alimentos, pues aquellos cuerpos sólidos, hechos a un aire y a unos alimentos más crasos, no pueden prolongar su vida. Por esta misma causa se dice que el agua pura no nutre, sino que disuelve, ni la bebida por sí constituye materia de alimento, si no se agregan otras sustancias inventadas en parte por la necesidad y en parte por la gula. Además, halláronse otros géneros de bebidas exprimidas de zumos vegetales, verbigracia: de uvas, peras, manzanas.

BEBIDA

Pero éstas son nuestras bebidas; la bebida natural es aquella que beben promiscuamente todos los animales y también los seres humanos que se gobiernan sin artificio alguno, por el solo dictado y enseñanza de la Naturaleza; por eso vemos que se ofrece abundantísima por doquiera a todos los seres vivos. Así como la humedad detiene el calor, el calor, hasta donde puede, coge y absorbe la humedad.

COCCION

El calor cuece y disuelve las sustancias por virtud y obra de su naturaleza; mientras las va cociendo, discrimina y separa lo que es provechoso al cuerpo de lo que es superfluo y redundante y por ende perjudicial. Lo útil al cuerpo es el jugo adecuado, porque con él tiene análoga o, digamos, simpatía; lo nocivo es o la materia árida o el jugo extraño, y por lo mismo perjudica la salud física. Lo útil se distribuye primeramente entre los miembros; luego se convierte en cuerpo del animal, a quien abraza la fuerza del alma, y casi le reconoce ya como parte de su cuerpo.

PARTES DEL ALMA VEGETATIVA

Muchos son los oficios, y como particulares funciones de esta facultad nutridora que sirven a la general, a saber: *la fuerza que atrae a sí* el alimento y que sorprendemos también en las plantas, las cuales extienden en todas las direcciones las fibras de sus raíces, a guisa de dedos, para tomar de qué alimentarse. Por esto, toda raíz tiene una cierta fuerza natural *para romper y abrir*, de tal suerte que aun cuando está sujeta al suelo, puede franquearse paso por capas duras y prietas, ya para extenderse, ya también para absorber lo que haya de alimento en sus proximidades. Pero poco le aprovecharía esta facultad prensil si se le escapara inmediatamente lo que tomó. Por eso se le agregó otra fuerza *retentora* que detiene y sujeta el alimento hasta tanto que se haya verificado completamente el cambio adecuado mediante la potencia *coctriz*. Viene luego la *purgatriz*, que segrega lo puro de lo impuro y entrega lo impuro a la fuerza *expulsora* para que lo arroje fuera: mas lo puro entrégalo a la *distributiva* para que lo reparta por los miembros. La postrera de todas estas funciones es la *incorporadora*, que transforma aquel jugo o alimento y lo incorpora en el ser viviente, por manera que su nombre de *incorporadora* no puede ser más exacto. Todas estas funciones se relacionan y se ayudan entre sí; el alimento se cuece antes que se haga la discriminación y la discriminación antes que sea expelido lo dañoso, y la función de atraer no se verifica antes que el cuerpo se haya evacuado ni la de cocer, si el anterior alimento no se expurgó. Pero si alguna de ellas cesa en su cometido, instantáneamente sienten las demás cierta flojera y desidia; tan grande es el concierto y la simpatía que entre ellas reina y la correspondencia establecida por disposición divina en el complejo del cuerpo. Ella, dócilmente, y como de la mano, nos conduce a la admiración del Hacedor supremo, cuya obra es tal que no digo imitarla ya (pues esto no puede hacerlo fuerza alguna ni sabiduría), sino comprenderla sólo con el enten-

dimiento, y la razón es obra magnífica y hermosa, sobre todo lo que pueda encarecerse.

Estas facultades no tienen asiento fijo en el cuerpo animado, de manera que cada una esté en un miembro determinado y no en los otros. Están derramadas en todas las partes y en todos los miembros, aun cuando en mayor proporción en unos que en otros y más asequibles a nuestra observación, aun cuando en otros, más atenuadas y oscuras, fuera de que también de diversas maneras. Eso es fácil de comprobar en los animales perfectos, en cuyo estómago la cocción se realiza a modo de tisana; en el hígado, la de la sangre, y en los miembros, la de la sustancia animal. Al principio la sustancia es uniforme e igual a sí misma; luego, distinta y desemejante.

Y no tiene término ni fin, ni se toma pausa ni descanso la función de cocer y la de purgar, pues el calor mantiene en perpetua ebullición lo húmedo, ni hay sustancia tan pura que no tenga heces que separar. Por eso todo el cuerpo del animal está como acribillado de poros y dispuesto para la expulsión de residuos que se verifica día y noche, primeramente por los orificios abiertos arriba y abajo: boca, narices, ojos; después, por los llamados enumeratorios o descargadores que hay en los sobacos y junto a las ingles, y, en fin, por todo el cuerpo se exhalan heces más sutiles. Esto mismo demuestran las caspas y asperezas de la cabeza, la ablución de las manos que siempre tienen algo que eliminar, y del mismo modo en los pies, como en toda otra parte del cuerpo. Por esta causa tiene el animal tan repetida necesidad de tomar alimento para restablecer lo que va desapareciendo a la continua. Esta facultad *nutridora* es la primera y la más sencilla de todas, dada por Dios para el sostenimiento del animal.

CAPITULO PRIMERO

DE LA FACULTAD ACRECENTADORA

Vemos cómo todos los seres vivientes crecen de alguna manera y que la más parte de ellos engendran otros semejantes a sí mismos. Ello obedece a que a la facultad *nutridora* se ha sumado la facultad *acrecentadora* en todos y en la mayoría la facultad *generadora*.

Hemos dicho que la facultad acrecentadora era universal, pero que no estaba en continuo funcionamiento, pues las cosas acrecidas se detienen de crecer y aun sufren retroceso, puesto que disminuyen y en cierta manera se contraen y reducen la expansión que tomaron al crecer. La facultad generadora se manifiesta en sazón determinada cuando las fuerzas han adquirido su desarrollo normal y se debilita a su vez por la disminución de vigor y acaba por fenecer. Así, pues, la potencia alimentadora es perpetua en el ser vivo; la acrecentadora y la generadora de seres semejantes son temporales; la acrecentadora desde el nacimiento mismo hasta un cierto límite; la engendradora sólo después de haber alcanzado determinado tamaño y fuerza.

Tratemos en primer lugar de la función acrecentadora.

Esta función no consiste en una justa posición externa, como cuando por la agregación de maderas y piedras se edifica una casa o se confecciona un vestido cosiendo paños, sino mediante la misma función callada y oculta, que nos nutre, esto

es, al convertirse el alimento en sustancia íntima se extiende la cantidad al exterior. De aquí que esa fuerza dimane de la nutridora, y el manjar alimenta cuando hay sustancia dotada de cualidades adecuadas y aumenta donde existe masa. Por eso creó Dios los cuerpos de los animales a guisa de esponja; y aunque unos los tienen más densos que los otros y menos perforados, con todo, todos tienen poros, por los cuales penetra el alimento y se difunde la masa.

Hay quienes cuentan los metales entre las cosas dotadas de alma, porque parecen crecer y, por cierto, de dentro afuera, de forma que aparentemente ello no puede verificarse sin alimento. Esta opinión no es de ningún modo absurda, no habiendo nada que impida admitirlos entre los seres vivos, mayormente no careciendo de poros. A pesar de esto, su aumento puede referirse más bien a la adaptación de la masa que a la acción de la facultad acrecentadora, de la manera que crecen las fuentes y los ríos por agregación del agua, como también los peñascos en las entrañas de la tierra y las piedras y guijas en la superficie. No faltaron en la antigüedad quienes opinaron que el fuego era un ser vivo y de ahí nació la idea supersticiosa entre los romanos viejos de que no se apagaba, como refiere Plutarco, sino que misteriosamente se alimentaba y crecía. En realidad, el fuego no es tanto un ser animado, como algo muy semejante a la virtud nutridora y acrecentadora, esto es, no causa por cierto, sino instrumento de dichas facultades en el cuerpo animado. Aristóteles, con gran acierto, colige que no es tal causa, porque el fuego no tiene término en su crecimiento, sino que se va extendiendo a medida del combustible en que se ceba, mientras que en el animal tiene algún límite o tope por razón del alma, que para unos es más próximo y para otros más lejano, según la fuerza y la intensidad de la humedad y del calor o de los elementos naturales o primitivos que la Naturaleza depositó, y como sembró en la estructura corpórea o ya de los que se le allegaron con posterioridad por la condición del ambiente, del lugar, de la costumbre. Todo esto dentro de ciertos límites conocidos de Dios Creador y señalados por El mismo a la Naturaleza, de quienes más hacedero nos sería decir cuáles no son que fijar los que son. En realidad, el hombre jamás alcanzará la corpulencia ni la proceridad del olmo o de la encina; ni jamás el alma humana, provista y adornada de sus facultades e instrumentos, se encerrará en la pequeñez de una hormiga. He leído que hay quienes anuncian desde el nacimiento mismo del niño la estatura que ha de alcanzar. Pero esto habrá que entenderlo más bien del tamaño general que respecto de un punto determinado; de forma que de la constitución de los miembros y los huesos y la proporción del todo se puede anticipar sin temeridad demasiada que será de estatura pequeña, o mediana, o regular, o descomunal; de cuerpo cuadrado y muy compacto; o al revés. ¿Y qué decir, cuando lo que en lo sucesivo se les agrega influye hartas veces en eso mismo, como los alimentos secos o húmedos, o el sitio caluroso y sediento o frío y aguanoso, pues el líquido aumenta los cuerpos? Por esto son más corpulentas las bestias marinas que las terrestres y éstas más que las volátiles; y por eso también son más gruesos los hombres que viven en

lugares húmedos que los de las tierras secas, y los del Norte más que los del Mediodía. La bebida distiende más los cuerpos que la propia comida.

Esta facultad de aumentar fué concedida para la perfección de cada ser viviente. Plugo, en efecto, al Autor de todas las cosas imponer tales leyes a su obra de la Naturaleza, que los seres que saca a luz de estos elementos del mundo inferior vayan de chicos comienzos creciendo paulatinamente, y cuando son adultos ya y llegados a su plenitud, detienen algún tanto su marcha y de ahí retroceden por pasos contados hacia su origen, como se puede observar por dos veces todos los días en el movimiento del Océano.

Esta producción de cosas realizada por la Naturaleza es una imagen del mundo creado desde el principio. No puede la Naturaleza crear cosa alguna de la nada, esto sólo puede hacerlo Dios; pero produce de un comienzo tan flaco que, a juicio nuestro, parece no estar muy lejos de la nada; luego, sustenta y aumenta lo que ha producido. En ello admiramos a una la bondad y el poder del Creador en esta que es como una creación segunda. Después, ya agotadas las fuerzas de aquello que ya había crecido hasta un límite en que no podía sostenerse, disminuye. El curso y la duración de cada cosa es como el lanzamiento de un proyectil, según ya se declaró en la Filosofía primera. Por ese camino van todas las cosas que vemos y tocamos en este mundo sublunar, ora sean las obras de Dios, ora sean las invenciones de los hombres. Aquella primera constitución del cuerpo animado y aquella atemperación del calor y de la humedad conseguida por la beneficiosa influencia de la Naturaleza, después de haber llegado ésta a su completa evolución y desarrollo, en pugna con ellas las cualidades diversas del lugar y de los alimentos, se desgasta y se debilita más de día en día hasta que llega a sucumbir a manos de los oponentes; y ello de una manera natural. Interfiérense muchas situaciones que no dejan evolucionar aquella constitución, y otras la paralizan, y otras, por fin, la hacen retroceder paso a paso y acaban por matarla de repente o en breve plazo, y siempre con el empleo de la violencia.

Ocurre también no raras veces que aquella constitución es harto endeble, porque la materia no es suficiente dócil a la acción de la Naturaleza o porque es escasa y mal abastecida, o porque está infectada de alguna cualidad nociva. El instrumento del alma nutridora y acrecentadora es el calor y el pábulo del calor es la humedad. Existe un cierto calor ingénito de la Naturaleza; agrégasele también cierta humedad, la cual, difundida por todo el cuerpo, tiene su fundamento en los nervios y en los huesos. Inicialmente, ésta es mucha y ocasiona que los niños sean entecos, que no puedan hacer uso de sus sentidos y de su ingenio y que necesiten un sueño prolongado.

De esta humedad se apodera el calor poco a poco y la corrige. Pero para alejar la violencia del calor y porque en breve tiempo no acabe con ella por agotamiento, nos ha dado Dios los comestibles y las bebidas. Con todo, esa humedad se hace menor de cada día; mientras que el calor, como actúa en medios secos, se hace más activo hasta que desfallece por falta de cebo; de donde flaquean asimismo las fuerzas corporales. De esta manera gradual-

mente el cuerpo se vuelve hacia abajo casi con el mismo proceso e idénticos pasos por los que había subido.

CAPITULO II

DE LA GENERACIÓN

Después que ya creció el cuerpo vivo y comienza a sentir un deseo secreto de que su especie no perezca, Dios concedió a la Naturaleza el poder de infundir en los seres vivientes la virtud de engendrar otros semejantes a ellos y de propagar el linaje. Primeramente obra la Naturaleza en los momentos iniciales del ser mediante la función de alimentarle; luego, la de aumentarle por el crecimiento, y, por fin, a la medida de su posibilidad, por la conservación de los individuos de cada especie por la procreación de semejantes. Vemos, pues, que la generación es obra del animal completo y adulto. Esto no solamente es obvio observarlo en los animales, sino también en las plantas. Durante la primavera tienen toda su fuerza en la raíz; luego, en las hojas y en las ramas; después, en la flor y en el fruto, y a la postre, en la semilla, de la cual, sembrada, brota una planta semejante a la anterior. Así que la generación es la conversión del cuerpo animado (que en hecho de verdad no es más que una semilla) en otro ser semejante a aquel del cual fué tomado.

Y dado caso que el nutrirse, crecer y engendrar provienen del alimento, quedan comprendidos bajo el nombre de alma vegetativa. Aristóteles la definió como la facultad que convierte el alimento en cuerpo animado para su salud, y de él la aumenta hasta completar la masa debida y procrea un cuerpo animado de su misma forma y condición. La semilla contiene en una porción muy chica la fuerza de su acción, la cual si atina a dar en una materia congruente, se manifiesta y cobra desarrollo. Esto más bien pertenece a la índole de la acción que a la de la masa y por eso viene la función última después que cumplió la fuerza vegetativa su misión de aumentar el cuerpo cuando ya está falta de aquellas facultades que mantienen el alma en el gobierno del cuerpo, es decir, las de agrupar mucho en espacio chico. De ahí, luego al punto se manifiesta una acción semejante en cuanto lo consienten las cualidades de la materia, pues cuando éstas pugnan con aquellas cualidades que convienen a la acción, lo producido degenera, como acontece en el suelo cuando produce plantas de diversa especie de aquellas de donde la semilla se tomó, en los monstruos de los animales y en la mujer cuando en vez de dar a luz a un niño da a luz una bestia de varias formas, fenómeno frecuente en Nápoles, de Italia, y en Flandes, de Bélgica, donde se engendran en las mujeres animales multiformes, con frecuencia solos, de cuando en cuando con un niño, medio comido o chupado por el animal. La causa es que en estas mujeres abunda un humor muy espeso y pútrido en extremo por alimentarse de coles y beber cerveza. Esos animales se procrean en ellas no de otro modo que las lombrices en el vientre del niño, por comer frutas crudas. En efecto, la mala disposición del receptáculo violenta la propiedad de la semilla de su especie y la obliga bien a no producir cosa de su especie o a producir con ésta otro ser. El tumor de la matriz es debido a la misma causa.

No raras veces la degeneración

proviene de la semilla, cuando está maleada por afección interior en su producción, o exterior, por el lugar, tiempo, o alguna circunstancia agregada. Entre los seres vivientes, unos tienen generación espontánea, como las moscas, los mosquitos, hormigas, abejas, que no tienen sexo alguno; otros nacen de la mezcla de sexos, como el hombre, el caballo, el perro, el león; los hay que tienen una procreación ambigua, como los ratones, pues los unos nacen de las inmundicias, sin coito, y otros proceden de coito. Todas las plantas tienen origen espontáneo, primeramente de la propia semilla; después, también de la fuerza de la tierra, en la cual el Creador del mundo sembró a voleo simiente de todas las hierbas, arbustos y árboles, cada una en lugares distintos. Los cereales y viñedos, que con tanto esmero cultivamos, son naturales y han salido de la tierra con espontánea originalidad, pues no fuimos nosotros quienes los hicimos. Es fama que en Sicilia nace el trigo de suyo sin cuidado humano. Con todo, luego nosotros hemos aplicado nuestra industria a esas semillas para hacerlas más provechosas a nuestro uso. Por eso los que imaginaron este cultivo o lo enseñaron a otros tiénense por sus inventores, como Ceres, del trigo; Noé, del vino; Minerva, de la oliva.

Existen determinados árboles que no rinden fruto ni semilla, como el tamarindo y el álamo, que por eso se llaman estériles. Pero puesto que no se propagan por semilla, cumple las veces de semilla un tallo que se les corta, o la Naturaleza y fuerza de la tierra. De los seres que procrean por la mezcla de sexos, quien proporciona la semilla es el macho y es la hembra quien la recibe dentro de sí. Sobreviene la generación cuando el animal es completo para que se pueda sacar del macho sin daño suyo y recibirlo sin molestia la hembra, nutrirlo y acrecentarlo de su propia sustancia.

Lo principal que hay en el cuerpo vivo y como más allegado al alma proviene de la semilla del padre, y lo que hay más craso de la materia de la madre. Por esta razón, aventaja en calor el macho, ya para expeler el semen fuera de sí, ya para comunicarle fuerza, al paso que la hembra es más fría y más húmeda para retener el semen y alimentar el feto. El semen del varón y la materia de la mujer se han entre sí no de otra manera que el grano seminífero de cualquier planta y la sustancia del suelo, pues la fuerza de procrear tal género de árbol está en la semilla; mientras que la masa de lo que se alimenta y crece el árbol está en la facultad del suelo. Por eso se salen y se desarrollan la fuerza y naturaleza de la semilla en la materia que la tierra suministra.

Pequeña es la diferencia entre los sexos, pues la hembra no es más que un macho incompleto, porque no reunió la justa medida del calor; de modo que parece que la hembra nace de escasez. Empero la Naturaleza, señora universal, impuso el régimen y la necesidad de uno u otro sexo en los animales, y que uno nazca de las fuerzas y otro de la debilidad, sin que falten nunca ambas concausas para engendrar el uno y el otro. Quien de los males supo extraer bienes es, a no dudarlo, el mismo que saca el vigor de la flojera: tanta es la sabiduría del Sumo Hacedor.

Aquellos animales que en proporción de su corpulencia recibieron mucho de la semilla paterna, se imponen por sus bríos, por su agili-

dad, por sus fuerzas, por la sutileza del alma. A la vez, aquellos otros que recibieron más de la materia de la madre son tardos y flojos.

En la familia de las plantas es grande la semejanza de figura y de índole entre el engendrado y el engendrador; menor es en los animales, pero mayor en los brutos que en el hombre, porque en ellos la imaginación está más estabilizada que en nosotros, pues nuestro ánimo es más vagaroso y andariego.

Las propiedades particulares de la facultad generadora son éstas: la expulsora en el macho, por la cual se derrama el semen y penetra en la hembra; y en la hembra, a su vez, la que lo recoge y lo conserva. Además, la propiedad permutadora que mezcla y templa el semen masculino con la materia de la madre, en cuanto conviene a la atemperación del cuerpo y de cada uno de sus miembros; la formadora, que da forma y traza a los miembros, y, finalmente, la que en el período establecido por las leyes naturales da salida al feto.

Tal es el alma vegetativa y tales son sus funciones, las cuales, como son tantas y tan diversas, es razón que sean también varios sus instrumentos y los lugares en que actúan. Por eso existen partes también en el animal y miembros, no de una sola clase y similares, sino diferentes, varia y admirablemente distintos.

CAPITULO III

DE LOS SENTIDOS

Esta forma de vida es común a las plantas y a los animales; con todo, en los animales vemos algo de que carecen las plantas, a saber: el conocimiento, ver, oír, tocar, gustar y oler, cosas que pertenecen a lo exterior, siendo así que toda la vida de la planta converge hacia adentro, huérfana de todo lo exterior e ignorante de ello.

Tres son las clases de conocimiento; primero, el que conoce sólo los cuerpos presentes; segundo, el que conoce también los ausentes; el tercero, el que conoce las cosas incorpóreas. El conocimiento del primer género se llama sensación o sentido, y aun cuando ese nombre es poco adecuado, puesto que se extiende no menos que el mismo conocimiento, no hay más remedio que usar las palabras recibidas, salvo cuando existe otra expresión más clara, como cuando uno tiene el acierto de decir: *sensación corporal*, que yo no desapruebo.

Esta que llamamos sensación corporal no es más que el conocimiento del alma mediante el instrumento externo del cuerpo. En el animal observamos ojos por los cuales ve; oídos por donde oye; nariz por la cual huele; paladar por el que discrimina los sabores, y, además, por todo el cuerpo un sentido difuso de lo caliente y de lo frío, de lo húmedo y de lo seco. Se les llama sensorios, como órganos e instrumentos que son del sentir o receptáculos de las sensaciones. En ellos, aquella fuerza que opera y efectúa el sentir se llama sentido y lo que se siente llámase sensible. Así que en la sensación existen dos primeros elementos, el vigor y el sensorio u órgano; y ello por potestad de la Naturaleza.

Mas para que esta potestad se manifieste, se agrega algo en que se manifieste y ejercite, a saber: el objeto como materia de sensación. Para esto, pues, se unen los sentidos y lo sensible. Pero como en la Naturaleza se reúnen cosas diver-

sas, hay que referirlas a un medio común adecuado a ambos, como cuando el hueso se une a la carne mediante el cartílago. El medio, por tanto, es aquello que se conforma con el sentido y lo sensible, como en la vista y el oído, el aire y el agua. Tiene también el medio otra causa, de forma que en cierta manera, lo sensible queda atenuado por la distancia y llega al sensorio algo menos materializado y más congruente con la naturaleza del sentido, el cual es más espiritual que el objeto mismo sensible. Por esto se exige una distancia proporcionada, pues si está lejos se debilita y adelgaza la imagen enviada por lo sensible o aquel vigor que imprime en el sentido lo sensible, de suerte que no puede ya existir sensación alguna.

Ejemplo de ello puede verse en el sello impreso en cera; si fuere demasiado crasa la figura, no se estampará tanto en el medio como en la parte superior próxima al anillo. La distancia no es única y siempre la misma en todas partes, sino distinta en cada lugar en proporción del sentido, del objeto y de la cualidad del medio. Importa asimismo que exista cierta analogía o proporción entre la fuerza senciente y su objeto sensible, para que éste esté comprendido dentro de los límites de aquélla. Con todo, no debe ser tan tenue que se escurra, bien así como los granos chicos se escapan de la muela del molino.

CAPITULO IV

DE LA VISTA

Débese tratar primero de este sentido; es el más sencillo y el más conocido, hasta un grado tal, que su denominación se hace extensiva a los sentidos restantes y al conocimiento del alma. *¿No ves*—decimos todos—*qué manzana tan sabrosa, qué moneda tan pesada, qué armonía tan dulce, qué olor tan mefítico y repulsivo, qué raciocinio tan acabado y sutil?* Y así por el estilo todas las restantes nociones se ilustran por esta sola.

Los ojos están en el alma lo mismo que en el cuerpo. Cuanto se dice de la vista aguda o bota aplícase por un igual a las funciones de los demás sentidos. El Autor de todas las cosas derramó su luz por el universo mundo, la luz espiritual para los objetos espirituales y la física para las cosas corporales a fin de que gracias a este beneficio los espíritus entendiesen y los ojos corporales viesen. Así es que en el ángel existe la luz espiritual de Dios y el sol irradia la luz física.

Esta última luz que a manera de cuerpo es recibida por las masas, cuando se pega a un cuerpo delgado le hace transparente, de modo que se le puede ver todo entero, como el cristal, el agua, el aire; *diáfanos* les llamaron los griegos. Pero cuando afectó a una materia más densa, excluída de sus intimidades, adhiérese a la superficie y la luz tenue que se ve en la cara externa llámase color; no porque no esté también coloreado el interior de los cuerpos, sino porque el efecto del color se muestra sólo en el haz.

Según la cantidad de la luz, el color se gradúa de distinta manera; pues o retiene el máximo de aquélla y se llama blanco, o retiene el mínimo y entonces es negro; de uno y otro hay ciertas distinciones, o digamos grados, pues hay blanco y claro; negro, oscuro, sombrío, y de su mezcla y combinación salen

otros diversos colores; muy próximos al blanco, otros vecinos del negro, y algunos como intermedios entre uno y otro. Enumerarlos todos fuera el cuento de nunca acabar, pues dentro de estas mismas formas hay otras menores en número incalculable. Es una clara demostración de lo que digo el hecho de que sólo en el color verde no hay hierba alguna ni árbol alguno que no luzca su verdor propio y distinto de todos los verdes restantes.

El órgano exterior de la vista son los ojos. El órgano interno son dos nervios que a ellos llegan desde el cerebro. La luz exterior se alía con la de los ojos para la función de ver, como la luz espiritual con la luz de la mente, para la función de entender. No es posible ver y discernir objeto alguno si no hay una cierta graduación de luz o claridad, según la fuerza y potencia de los ojos; y no basta para ello una luz deficiente, como ocurre de noche.

Por otra parte, la luz exagerada obstruye el empleo de los ojos, como cuando uno mira el sol sereno en el momento de ponerse; molestia que el águila no sufre. La luz o la claridad (en las cuales no hago yo ahora distinción) no es tan necesaria por el espacio que media entre el ojo y lo visible, como por el objeto mismo visible, de forma que una luz pequeña se ayuda de otra mayor, porque si cerca del objeto visible no hay luz, aunque la haya en el intervalo restante, no se verá. Pero si hay oscuridad en el espacio intermedio y hay luz cerca del objeto visible, se verá. Por esto es que aquellos que de noche llevan antorchas y linternas encendidas son vistos de los otros y ellos no se ven. Los objetos que en mayor grado participan de la luz, en la oscuridad se ven más fácilmente, como las brasas, los diamantes, los granates, la nieve, los espejos, el oro, la plata, el cobre, el oropel, los objetos bruñidos o pulimentados y aquellos insectos que se llaman luciérnagas. La luz de todos ellos queda ofuscada en los esplendores del día y persiste en la noche como la de las otras lumbres pequeñas en la luz de las mayores. Y no sólo estos objetos lúcidos se suministran luz en la oscuridad para ser ellos vistos, sino que la hacen extensiva a las cosas cercanas.

Es menester, pues, que exista un determinado espacio y como un intervalo entre el color y el ojo, porque, desde luego, el ojo nada ve de por sí sino la luz, y por eso la ve sin intervalo. Si el color se sobrepone encima del ojo, no se le verá, porque queda excluída la luz gracias a la cual se realiza la función visual. Pero si el color se retira algo más lejos de lo debido, no será visto ya, porque la fuerza visual es demasiado débil para llegar hasta él o ya porque se desvanecen con tanta distancia los rayos que parten del objeto visible al ojo.

Lo principal visible, como antes decíamos, es la luz. Las restantes cosas se ven por razón y modo particular de la luz; es, a saber: en forma de una pirámide, cuya base es el objeto que se mira; el cono toca a la pupila, muchas veces no por entero, porque el cono de un objeto grande no puede caber en la estrechez de una pupila. Por eso, la pupila se revuelve activamente con rapidez asombrosa para recorrer todos los contornos del cono hasta donde le sea posible. Por esta causa, si el objeto visible se agita, se ve con menos seguridad, porque las líneas del cono no hieren el centro de la pupila con la fijeza conveniente a la visión.

También se perturba la vista por conmoción del intervalo, como ocurre en el aire; pero más claramente en cosas más densas, como el agua y el cristal. Los que tienen la vista débil necesitan un cono mayor para ver, y ésta es la razón por que no ven lejos. Para obviar ese inconveniente se usan anteojos para que el objeto aparezca mayor y no escape a la vista flaca. Otros hay que cuando quieren mirar con mayor intensidad contraen las mejillas para que, recogida en sí la fuerza de los ojos, sea más eficaz y a la vez para que la imagen del objeto, reducida a mayor estrechez, no se diluya, sino que se imprima con mayor amplitud y estabilidad en el sensorio. Fenómeno éste que observamos igualmente en los espejos y en los ojos: si unos y otros son cóncavos, reciben una imagen mayor, mientras que es menor en los espejos convexos y en los ojos salientes.

De suyo los ojos son incoloros, pues de tener color, se harían la ilusión de que todas las cosas són de aquel color mismo; como los que miran por un cristal azul o rojo, juzgan que todo es de uno u otro de estos dos colores. Así también, en una seria congestión biliosa, las cosas parecen negras y en un arrebato de cólera parecen amarillas o sangrientas las que no lo son efectivamente.

En resumen: lo primero visible es la luz; lo segundo, el color, y lo tercero, por virtud de la proximidad, aquello que está investido de luz o de color. No obstante, las cosas que sólo obtienen luz, como el aire tenue y límpido, no se dice que se vean, porque a nadie le es fácil definir lo que son, mientras que efectivamente se dice del agua y del cristal, en los que la materia es más densa y devuelve la luz que más se aproxima a la naturaleza del color.

CAPITULO V

DEL OÍDO

Hay otro sentido que percibe los sonidos que no son, naturalmente, percibidos por los ojos. ¿Qué es el sonido? Es difícil explicarlo; prodúcelo el choque de dos cuerpos, que empuja el aire y lo lleva hasta el oído. Cuestión es ardua de explicar y, por otra parte, innecesaria del todo, si el sonido consiste en el aire así expulsado o en aquel golpe de los cuerpos o en alguna sustancia que se adhiere. El sonido se engendra en el aire no de otro modo que aquellos círculos que se forman en el agua, cuando se arrojó en ella alguna piedra. Por esta misma ley, el sonido se extiende por el círculo, debilitándose y desvaneciéndose más de cada vez. Si estos círculos se quiebran antes que lleguen al oído, el sonido se percibe con deficiencias. Por esta razón importa que sea sólida y dura la masa desde la que el aire es repelido, porque las masas blandas, como el lino y la lana, no tienen esa fuerza. Una materia más ligera, más extensa y aplanada, si tiene dureza, percute el aire vigorosamente, lo envía lejos, íntegro, y suena a distancia; y a mayor distancia todavía y más íntegramente, si la materia es buena, como en los calderos y los címbalos, por la frecuente repercusión, porque el choque se multiplica. La superficie áspera rompe el aire y suena como algo ronco y confuso. El aire tiene que ser impelido, no disuelto, por lo cual, a una, se necesitan el golpe y la rapidez, no sea que chocando los cuerpos con flojera, el

aire lento disipe sus ondas a la continua; esta disipación hay que prevenirla con la celeridad del golpe. Cuando hendimos el aire vivamente con una vara delgada o una correa, la velocidad del golpe no permite que se perturben las ondas del aire, y estalla el sonido, en el cual el aire, estremecido, hace de masa herida y el que está próximo ocupa el lugar del intervalo.

El sensorio u órgano exterior, por cierto, es el oído, y en él un cierto aire craso, a manera de humor. El órgano interno son los nervios que van desde los oídos al cerebro. Este aire auricular se une con el exterior, que es el expulsado por el golpe de los cuerpos, y de ahí resulta la audición, así como la visión resulta de unirse luz con luz. Dícese ser indicio de ese aire natural el que, si uno aprieta su oreja con la mano, sentirá allá dentro un ruido que no es otra cosa sino aquel aire removido.

Por lo demás, existe allí algún aire que yo, personalmente, pienso que es un humor tenue y esponjoso; pero éste carece en absoluto de movimiento y de sonido. ¿Y cómo ha de tener conocimiento de los demás sonidos? Aquel zumbido es del aire exterior que, aplicando la mano, queda encerrado en las revueltas y senos de la oreja, y mientras busca salida, produce aquel sonido, como en una bocina retorcida.

Los hay quienes afirman que en el agua se oye también, porque los peces oyen los sonidos, cosa que a mí no me parece exacta; no, los peces no oyen en el agua, sino que, por el tacto, sienten cómo el agua se menea. No seré yo quien niegue que oigan determinados peces, que observamos que tienen en la cabeza agujeros a modo de orejas para la función de oír y que fuera del agua oyen los ruidos que escuchan atentamente, unas veces con admiración, otras con terror y otras como presos de hechizo. Pero esto son arcanos de la Naturaleza, incomprensibles para nosotros. Es posible que algunos peces oigan debajo del agua y sea ésa su particularidad. Quede ahí este punto por resolver. En cuanto a los demás, si no tienen acceso para el aire, tampoco lo tienen para el sonido, lo mismo que ocurre en las paredes gruesas. Con todo, yo vi en el tesoro eclesiástico de doña Mencía, marquesa del Cenete, un globo de oro, sin abolladura alguna, que producía un sonido interior por las partículas u hojas de oro que lo formaban. Pero ese extraño fenómeno explicábase porque la lámina exterior de oro era muy delgada y, sacudida por las partículas interiores, agitaba el aire y producíase el sonido.

El aire, que salta por el choque de las masas, si se rechaza todo él de la parte de donde venía, por interferencia de un cuerpo sólido, prodúcese un sonido reflejo que por los griegos es llamado *eco*. Cuanto más próximo se halla el cuerpo con el cual choca y más completamente se rechaza, tanto mayor y más sonoro resulta el eco y resulta menor y más confuso cuando aquel cuerpo está más lejos o el aire está más reducido, y porque los últimos puntos rechazan más que los primeros, el eco reciproca siempre con mayor claridad lo último del sonido.

Con razón dice Aristóteles que el aire sacudido se refleja siempre y que por esto el eco se produce siempre, pero que no siempre nosotros lo percibimos porque la reflexión es débil. El aire, aun cuando no se interponga cuerpo sólido alguno, no empuja el aire que le está vecino sin que a su vez sea repelido por

él; pero el aire herido arrolla al aire inmediato, que está quieto, por el ímpetu y la vehemencia que la fricción de los cuerpos le comunica. Ello hace que cuando soplan vientos recios, se oyen menos los sonidos y las noches son más a propósito para oír que los días, porque con el movimiento del viento no se extiende el aire sacudido, como cuando todo está en quietud, cosa que es de ver en el agua ondeante, en la cual se quiebran continuamente los círculos producidos por el objeto que en ella se arrojó.

El sonido es el objeto sensible del oído, y los cuerpos que suenan es por el sonido. Así aquellos cuerpos que no emiten sonido, como el lino y la lana, se llaman inaudibles. El sonido, en su acción, es tardío o acelerado, y en la sensación, es agudo o grave. Entre unos y otros existen numerosos intervalos con distinta graduación.

CAPITULO VI

DEL TACTO

La constitución primitiva del cuerpo natural comprende aquellos elementos de la Naturaleza cuyas cualidades y fuerzas son las principales y las más sencillas: lo caliente, lo frío, lo húmedo, lo seco. De éstas nacen otras combinaciones de duro y blando, de áspero y suave, de pesado y de ligero.

Quien establece todas estas diferencias es un solo sentido, que se llama tacto, diseminado por todos los nervios del cuerpo o por todo cuanto hace oficio de éstos. Esa facultad de tocar se comunica igualmente a la carne por la aproximación, pero de modo más tenue y débil. El medio del tacto es la carne, que de suyo es táctil a su vez, pero también es órgano o sensorio en virtud de cierta cualidad que posee. Si se pone algo encima de la carne experimentará sensación el alma del nervio en que reside la facultad de tocar; como pasa a través del guante lo caliente o lo frío, lo duro o lo blando, pero no sin que antes penetre en la carne aquella cualidad.

Mas entre aquellos objetos tangibles que hemos sentado por unánime consentimiento, si alguno examinare la cuestión más detenidamente, hallará que propiamente sólo pertenecen a este sentido las cualidades primitivas y elementales, mientras las demás pertenecen a las fuerzas y al vigor; así que unas se reputan más blandas o más duras, más pesadas o más ligeras; pero lo áspero y lo suave se dice de lo seco o de lo húmedo por la igualdad o la desigualdad de su superficie. Es, por tanto, uno el sentido de tocar y uno lo tangible, a saber: aquella propiedad elemental por cuya virtud constituye la trabazón del cuerpo natural.

Con todo, estas cualidades, puesto que por su proporción y congruencia son perjudiciales o saludables para el cuerpo de los animales, se les ha concedido el tacto para conocerlas, extensivo a todo el cuerpo, para que más fácilmente se decline lo nocivo. Débese decir que en el hombre reside principalmente en los extremos de los dedos de las manos, no porque esa carne sea la más blanda, sino parte por adaptación y parte por la costumbre. Así es que nos inclinamos naturalmente a tocar con los dedos los objetos, para hacer un ensayo de sus cualidades primeras. Esto, así como es facilísimo de hacer, el posible daño será ligerísimo.

Regalónos también la Naturaleza este beneficio, a saber: que las materias tangibles provocan en el sentido menos irritabilidad que las visibles o audibles, que, por sí mismas, no tocan el animal, pues de ser ello así el perjuicio fuera más directo y de mayor gravedad. El cuerpo, que se ve o se oye, no toca por sí mismo el ojo ni el oído. Existe también otro beneficio, y es que los actos de tocar y de gustar se hallan circunscritos en términos más breves que los de la visión y de la audición, pues nos cansamos más pronto de tocar y gustar que de ver y oír. La razón es que el tacto y el gusto pertenecen a la esencia del animal, pero no el oído y la vista; puso la Naturaleza límite y tasa a sus actos, porque las repetidas operaciones estropeasen el sentido y sucumbiese el animal, peligro que no existe de parte de los demás sentidos.

CAPITULO VII

DEL GUSTO

No todos los productos que la Naturaleza extrae del suelo constituyen alimento adecuado a los animales. Algunos de ellos les son convenientes, como las frutas y el pan de trigo al hombre; la hierba, al ganado; los hay que le son enteramente inadaptables, como el barro y la madera, algunos de los cuales, por su fatuidad o insipidez; otros, radicalmente contrarios y nocivos, bien por su amargor y desabrimiento, como la hiel y el ajenjo, ya por los desarreglos que causan, como los venenos. A los que habrían de producir daño les comunicó cualidades repugnantes al gusto, como, al revés, a los que habían de resultar saludables, un sabor conveniente y deleitoso. Yo los llamo saludables con relación no tanto al organismo enfermo como al sano. No deben tomarse en cuenta aquellos individuos que por su índole particular o por la costumbre se aficionan a cosas amargas, desabridas y extrañas al gusto, como pasa con los hombres tragones, o borrachos, o con mujeres encintas, o con quienes padecen bilis negra. Esa cualidad que halaga o desabre el gusto, se llama sabor.

El órgano o sensorio del gusto es un nervio que se extiende por la lengua, al cual llega el sabor conducido por la saliva, y así como el sentido del tacto es más delicado en las puntas de los dedos, lo mismo sucede en el gustar con la extremidad de la lengua, por la sensibilidad del alma del nervio, pero no por sí (pues el verdadero y más seguro sentido reside en la raíz de la lengua, por donde se une al paladar), sino porque, como toca la punta de la lengua, llega al paladar muchísimo más pronto.

La humedad de la saliva es algo así como un medio para la sensación, y ésa cambia con el sabor, así como los demás medios cambian por sus cualidades. La lengua, que es de suyo carente de todo sabor, fácilmente es sensible a todos. Por esto es que cuando la lengua está seca, no sentimos gusto alguno. Tampoco la lengua no percibirá ninguna suerte de sabores si la saliva no estuviera impregnada de alguno, como sucede en la fiebre, como todos los objetos parecen azules a quien los mira a través de un vidrio azul. Sostienen algunos la existencia de otro medio, unido con ese mismo órgano por una relación más íntima y profunda, a saber: la carne de la lengua. pero ésta, más que

medio, es una parte del órgano. Los seres animados que carecen de lengua, gustan con la boca o con aquella parte del organismo que haga sus veces, a saber: aquella por donde injieren el alimento.

Puesto que la saliva es el medio, solamente se gustan aquellas cosas que pueden convertir la saliva en su cualidad, a saber: lo cálido y lo húmedo, pues de la resolución de éste en aquél resulta el sabor. El calor agota la saliva para recibir más sutilmente la humedad del objeto sápido. Por esta causa, las cosas más ricas de sabor son una combinación de lo cálido y lo húmedo, como el azúcar y el vino. Por lo que se refiere a la miel, aunque tiene la virtud de enjugar y secar, posee mucha humedad en la sustancia.

Las cosas que tienen más calor y poca humedad se gustan con más viveza por la razón que acabamos de exponer, como la pimienta, el clavo, la canela y las especias. Las que tienen mucha humedad y poco calor son insípidas y empalagan el gusto, como las que abundan de agua. Efectivamente, se espesa con ellas la saliva y por ello la sensación se hace más obtusa, como acontece con la vista en la oscuridad o en la niebla.

La estopa y las maderas secas no afectan al gusto, como tampoco el agua, siempre que sea elemento puro, porque aquéllas carecen en absoluto de humedad y ésta se halla del todo desprovista de calor.

CAPITULO VIII

DEL OLFATO

Hay en la Naturaleza muchas cosas que luego, al punto de gustadas, producen gran daño, y aun a veces una toxemia mortal, como son los venenos activos que obran inmediatamente. Por esta razón, concedióse a los animales la facultad de oler para advertir al gusto previamente respecto de aquello que es conveniente o no lo es, antes de todo peligro, no fuese que el animal, por ganosa acucia de comer, pusiera su vida en riesgo, o por sospecha o miedo se abstuviera de mantenimientos saludables.

Así es que este sentido tiene gran afinidad y congruencia con el gusto, pues para cada cual lo que bien sabe huele bien, y lo que mal sabe huele también mal; aun cuando no es cierta la recíproca, porque muchas cosas de buen olor repugnan al gusto. Esto no rige siempre por lo que toca al provecho, pues en el gusto y en el olfato hay provechos y hay deleites, y éstos unas veces favorecen y otras se oponen al provecho; y no solamente en casos de enfermedad, como el ajenjo y el acíbar, sino en estado de salud normal, en la que la crianza y el hábito pervierten la naturaleza a menudo. Antiguamente no había fragancia más sabrosa que el olor de las mieses, el del campo en primavera, que aún hoy es el que más deleita a la gente aldeana, como agrada a los viejos el olor del pan recién cocho. Luego, con el andar del tiempo, se han buscado otros, como el de la mejorana, almizcle, la nuez moscada, nardo y las aguas destiladas de flores o mezcladas y preparadas con artificio, por culpa de los cuales lo natural hiede. Esto mismo acontece con la afición a las comilonas y a las tabernas, que siendo lo más contrario a la Naturaleza, son muchos los que no pueden vivir sin ellas. A éstos los dulces les amargan; no gozan con la delicadeza de los olores y no son

pocos ciertamente aquellos a quienes el olor más suave les produce una fuerte cefalalgia. Esto mismo sucede también a algunas personas de cerebro débil o por la violencia del calor demasiado que tienen determinados olores, como el incienso, el ciprés, el almizcle.

El órgano del olfato está en las carnosidades de la nariz o de lo que en otros animales suple la nariz de donde llegan los nervios al cerebro. Hay olores suaves o moderados; hay otros penetrantes, bien así como pasa en los colores, en que algunos son placenteros, como el verde; otros muy acentuados, como el blanco y el carmín. Por razón del objeto sensible sobresale la cualidad primera, como en la luz; al paso que con respecto al órgano se destaca la cualidad de lo suave, porque se refiere al gusto.

Lo contrario a un olor apacible se llama hedor, como lo opuesto a lo dulce es lo amargo. Como lo seco y lo frío no se gusta, tampoco despide olor, aun cuando el olfato tiende más que el gusto hacia lo caliente y lo seco. La evaporación cálida produce un olor muy vivo, como en las especias. Todas las plantas de Etiopía y la Arabia exhalan un olor muy penetrante.

CAPITULO IX

DE LOS SENTIDOS EN GENERAL

Cinco son, pues, los sentidos de los animales perfectos: ver, oír, tocar, gustar y oler, que Dios les concedió para su bienestar. Siendo corpóreo todo animal y teniendo que vivir entre los cuerpos, plúgole dotarlos de cierto conocimiento de éstos para que apeteciese lo saludable y evitase lo dañino.

Lo que está entrañado en las cosas conócese por las manifestaciones exteriores. Para esto sirven los sentidos por los cuales se conoce todo lo externo, pues, a lo que parece, no queda cosa alguna que no caiga bajo el conocimiento de los sentidos. Con esto se evidencia que no debieron ser menos los sentidos atribuídos al animal completo, ni convenía que fuesen más, aun cuando esta afirmación no puede pasar de ser conjetural, con acatamiento y respeto de la sabiduría y poder de Dios, que es el único que sabe lo que conviene, lo que no conviene y hasta qué punto conviene. Puesto que ello es así, continuemos en nuestros ruines y tenebrosos razonamientos.

De la fuerza y las cualidades de los cuatro elementos hemos obtenido las facultades de los cinco sentidos, para que, en virtud de cierta semejanza y proporción, experimentemos cada una de las cosas. El tacto tiene un vigor como de tierra; quiero decir espeso, tenaz y fuertemente pegadizo; el gusto es acuoso; el olfato, de aire grueso, como el humo, el cual, como es exhalado de lo húmedo en virtud del calor, lo relegaron al elemento ígneo los pontífices de la escuela peripatética Aristóteles y Teofrasto. Ciertamente ése es su fundamento y, en cierta manera, su origen; pero el olor reside en la evaporación y es como un aire más denso; el oído es aéreo; la vista es ígnea. Ciertamente es acuosa la conformación del ojo, pero son ígneas su fuerza y su actividad. Los sentidos, en suma, experimentan mejor la sensación de aquellas cosas que son correspondientes a su índole respectiva.

El primero de los sentidos es el tacto; el postrero, es la vista. La unión de estos dos es la primera;

lo mismo que acontece en aquella unión material del mundo, en la cual los primeros que se combinaron fueron el fuego y la tierra; más tarde se les agregaron los otros elementos.

La distinción y separación de las sensaciones parece debe tomarse de los objetos sensibles, pues toda facultad referiráse a aquello en que se ejercita. Aunque existen algunos objetos comunes a varios sentidos, como el movimiento, el volumen, el número, la forma o figura, el sitio o la posición en un lugar, así como las cosas en ellos comprendidas, que son próximamente comunes a la vista y al tacto, de ningún modo pertenece a los sentidos lo que la facultad interior saca de los conocimientos dados por ellos, verbigracia: la hermosura en la forma o figura, o la fealdad, la semejanza y desemejanza. Así como luego de catada una fruta parece que la vista juzga del sabor, y en el fuego juzga del calor; pero no es ella la que juzga, sino el alma por medio de la memoria; pues si la memoria faltare, volveráse de nuevo a la experiencia de cada uno de los sentidos, como sucede en los niños y en determinados animales.

Estos verdaderos objetos sensibles son hermanos designados por una voz griega, que vale tanto como decir *por sí mismos*, pues la sustancia es percibida por su inherente y, en tanto, por sensación ajena, la cual es más bien de la mente que del sentido. Por esta razón los seres que mentalmente valen menos penetran con más dificultad por los inherentes a la especulación de la esencia, como las bestias y los hombres rudos y tardos. Llegan al infinito las cosas que inferimos por conjeturas y raciocinio. Yo veo, en efecto, a un músico y veo también a un rey; pero el discernimiento entre el músico y el rey no es de la vista, como tampoco lo es del canto, aun cuando vea unos papeles con notas musicales. Esto es un resultado de nuestra manera y costumbre de hablar; y aun cuando ello sea cosa natural y corriente en la conversación, no es necesario tenerla al juzgar por ley y por norma. Fuera el cuento de nunca acabar la pretensión de querer cohonestar y defender hábito tan vicioso con mezquinos distingos y con novedad de palabras.

Pasemos ya a otras cuestiones de este mismo asunto.

Dudóse si a nuestros sentidos llega alguna especie procedente de las cosas. Cuestión es ésta no tan fundamental como contenciosa y, por tanto, de muchísima aceptación y aplauso en los grupos de escuelas y en la locuacidad polémica.

Nuestros sentidos están dispuestos y ordenados por Dios de tal forma que vienen a ser como receptáculo de cuanto sucede fuera de ellos, pues es cosa manifiesta que sacan de lo exterior, pero ellos nada emiten. Demuestra esta verdad la forma cóncava de todos los órganos, adrede para recibir lo que de fuera se les allega. Y no otra cosa diferente de lo que sucede en los sentidos sucede en el alma, que de sí misma nada envía al exterior, sino que de otras partes atrae a sí materia que conocer y que elaborar.

Esto, ello se observa fácilmente en los sentidos mismos, quienes, si por ventura andan ocupados en eliminar algo, no cumplen con su función específica, verbigracia: el gusto, si escupe; el olfato, si respira; el ojo, si lagrimea. Si las sensaciones se verificasen cuando se echa algo al exterior, se cansaría excesivamente el ser animal con

acción tan continua; mientras que en su actividad de recepción es más atenuado el cansancio y menos trabajosa la reparación.

Si en todo conocimiento pensamos que de algún modo es también objeto conocido el mismo que conoce, como la imagen reflejada en un espejo o el sello estampado en la cera, no es ciertamente la proyección hacia afuera quien lo verifica, sino la recepción hacia dentro. Yo veo que este hecho es asaz aceptable, que, por lo común, enseña la misma Naturaleza por la disposición del sensorio o por el acto de las sensaciones.

Queda esta cuestión, sobre la cual se puede polemizar: ¿Los objetos sensibles envían de sí propios algo a los sentidos, que recibe el nombre de especies?

Es cosa evidentísima que algo llega de los objetos sensibles a los sentidos en las cuatro sensaciones: a la nariz los olores, al paladar el sabor, al tacto las cualidades principales del objeto, a las orejas el aire en movimiento. Por lo que se refiere a los ojos, les llegan las luces o las lumbres, según más arriba hemos demostrado, y no cabe duda de que éstas impresionan la niña del ojo, de la misma manera que al espejo; en uno y otro caso, el efecto es el mismo. Estas son las especies, y yo no veo la necesidad de que haya otras.

Es realmente cosa de prodigio que algo llegue del cuerpo a los ojos con tanta rapidez que en un instante recorra distancias larguísimas. Esta consideración engendró en muchos hartas confusiones. Mas esos movimientos deben distinguirse según la calidad e índole de cada elemento. En la vista la celeridad es mayor que en el oído, porque la sensación de la vista es de origen ígneo y la del oído es de origen aéreo. Y, en hecho de verdad, el ímpetu del fuego es rapidísimo; y si a los colores les llamamos luces mortecinas, es porque la naturaleza de la luz indica la índole del color. La luz, en el momento mismo de su aparición, recorre espacios inmensos. Los colores son del mismo género que la luz, que es su principio y es su madre.

Aquellos animales que necesitan muchos recursos para su conservación y defensa y están ocasionados a muchos daños, recibieron muchos sentidos, a guisa de instrumentos, ya para procurarse la salud, ya para evitar los peligros. El tacto y el gusto concediéronse a todos ellos porque les son necesarios para propagar la vida, y para este fin se les dispuso un intestino en medio del cuerpo. Por el gusto disciérnese qué alimento es útil o inútil; por el tacto lo que pudiera causar su destrucción o puede no hacerles daño alguno. Por esta causa la Naturaleza no localizó el tacto en un punto determinado como los demás sentidos, sino que lo distribuyó equitativamente por todo el cuerpo para que cada una de sus partes, a guisa de cantilena, vigilase su propia conservación. El olfato le es muy útil al gusto; por esto se le adelanta en servicio de descubierta para notificárselo, inclinándole a ello o apartándole. No era este sentido muy necesario para el conocimiento de las cosas; por esto hay hombre en quien está sumamente atrofiado, hasta el punto que conoce los manjares por el nombre. Realmente es un sentido que se embota con facilidad por el flujo del humor craso, y hasta llega a desaparecer por completo. Son muchos los que carecen de él y con ello se libran de hartas molestias no pe-

queñas, especialmente en la actualidad, en que son como son las costumbres públicas y privadas.

Aquellos animales que debían procurarse de lejos el sustento recibieron oído y vista, sentidos éstos que proporcionan un gran número de ventajas. La vista presenta el aspecto del mundo y la Naturaleza; es para cada uno su guía y su lazarillo de todas horas; por eso es considerado como sentido más excelente, y demuéstralo la elevada posición que ocupa en la atalaya de la cabeza. Es el sentido que cada cual ama más entrañablemente, porque le somos deudores de las más exquisitas comodidades de la vida. Este sentido fué el autor y el inventor de casi todas las artes y estudios. Por la explicación que nos da conocemos la luz, el color, el tamaño, la figura, el número, el lugar, el movimiento de los cuerpos que se hallan esparcidos a nuestra vera o en la lejanía. También el oído es muy a propósito para transmitir los conocimientos de unos a otros, y por eso se llama el sentido del aprender, del cual carecen los animales, que no son adecuados para entender suerte alguna de doctrina, como los gusanos.

Es increíble la solicitud que puso la Naturaleza en compensar a los animales, a quienes privó de algún sentido, bien aumentando el vigor de los restantes, bien valiéndose del conocimiento interno. Así es que a los ciegos y a los sordos les dió una finísima sensibilidad de tacto, memoria rápida y firme, agudeza de ingenio. Allégase a esto la necesidad que aviva el seso y le despierta y estimula. Y puesto que la vista y el oído sirven al conocimiento interior, no se hallan en todo animal, como los otros tres que están a las órdenes del cuerpo.

Grande es la comunicación que reina en la vista y el tacto, y es muy estrecha su amistad y su solidaridad muy solícita, hasta el punto que uno enmienda los posibles errores del otro, en un objeto sensible que a ambos sea común; verbigracia: en la pintura cree la vista percibir partes salientes; pero rectifica ese error el tacto, que es el más seguro de los sentidos que tiene el hombre, aun cuando ese error sea de los ojos, no del ánimo, porque los filósofos polemizan acerca de si pueden los sentidos engañarse. Añeja cuestión, llevada y traída ya por estoicos, epicúreos, académicos. A mi entender, no pueden los sentidos engañarse, aun cuando pueden engañar. Engáñase, en efecto, quien toma lo falso por verdadero, o al revés; pero los conceptos de verdad y falsedad constituyen una determinación y distinción que no caen debajo de los sentidos; porque los sentidos conocen simplemente sus objetos, sin añadir que tal cosa sea esto o lo otro; ello es incumbencia del pensamiento. En ese sentido paréceme que se expresa aquel axioma antiguo: *Quien abstrae no miente*. Mas la noticia que los sentidos nos dan no es sino una cierta recepción o la impresión de una imagen como la de un anillo en la cera o la de una figura en el espejo. Pero queda otro interrogante: ¿Puede el alma engañarse en virtud de la noción que proporcionan los sentidos?

Intervienen en la sensación el órgano, el objeto sensible y el medio. Engaña el órgano deficiente como la vista legañosa o miope. Engaña asimismo un objeto lejano o agitado o que se ofrezca de repente; y, por último, engaña también un medio no bastante adecuado, como el humo, la niebla, el agua, el

aire movido, un cristal manchado de color.

Si todos estos factores se mantienen en su normalidad, a saber: un órgano bien impresionado, un objeto que se presenta tranquilamente y un medio congruente en su lugar y a su hora no engañarán al espíritu atento. Esto mismo acontece en todas las demás cosas, de forma que los que siguen a la Naturaleza no viciada, de ningún modo errarán. Añadí que importa que el espíritu esté atento, porque si está abstraído en otra cosa, el sentido seguramente será fiel a su misión; pero el espíritu sentará juicios torcidos, como cuando el pregonero anuncia una nueva cierta a quien no le presta atención. Por este mismo desvío pensamos no haber visto lo que realmente hemos visto o que lo hemos visto en otro lugar. Harto fácil de entender es que esto es posible cuando algunos oyen cosas que no escuchan y se callan sin haber parado en ello mientes; pero poco a poco, como quien despierta de un sueño, repiten de coro lo que se les había dicho y declaran haberlo oído y entendido.

CAPITULO X

DEL CONOCIMIENTO INTERIOR

Además del conocimiento externo de estos objetos presentes, muy a las claras se comprende que existe otro de las cosas ausentes, pues no solamente vemos muchas en sueño, sino que en estado de vigilia, y sin que funcione en absoluto ningún órgano de nuestros sentidos, damos vueltas con el pensamiento a cuanto hemos antes visto. oído, tocado, gustado y olido: fenómenos éstos que se presentan con claridad a la observación general, aun en los animales mudos.

Así como en las funciones de nutrición reconocemos que hay órganos para recibir los alimentos, para contenerlos, elaborarlos y para distribuirlos y aplicarlos, así también en el alma, tanto del hombre como de los animales, existe una facultad que consiste en recibir las imágenes impresas en los sentidos, y que por esto se llama imaginativa; hay otra facultad que sirve para retenerlas, y es la memoria; hay una tercera que sirve para perfeccionarlas, la fantasía, y, por fin, la que las distribuye según su asenso o disenso, y es la estimativa.

Las cosas espirituales son, efectivamente, imágenes de Dios, mientras que las corporales son, en cierto modo, como simulacros de aquéllas. Por eso no debe causar admiración que las cosas espirituales se infieran de las corporales, como de las sombras o de las pinturas se destacan las representaciones de los cuerpos.

La función imaginativa en el alma hace las veces de los ojos en el cuerpo, a saber: reciben imágenes mediante la vista, y hay una especie de vaso con abertura que las conserva; la fantasía, finalmente, reúne y separa aquellos datos que, aislados y simples, recibiera la imaginación. Yo no ignoro que son muchos los que confunden la imaginación con la fantasía, empleando ambos nombres indistintamente, y que algunos piensan ser la misma su función; pero a nosotros nos pareció más conveniente dividirlas, tanto por el fondo de la cuestión como para facilitar la enseñanza, por cuanto vemos que existen funciones distintas, de las cuales colegimos sus respectivas facultades, aun cuando no habrá peligro alguno en usar

a veces una u otra denominación.

Agrégase a ellas el sentido, llamado común por Aristóteles, que juzga los objetos sensibles ausentes y distingue los que afectan a varios sentidos; puede colocarse después de la imaginación y la fantasía. La fantasía es prodigiosamente licenciosa y suelta; ella forma, reforma, combina, encadena y disocia todo lo que la viene en talante; enlaza las cosas más distintas y separa caprichosamente las que se hallan unidas por vínculos muy estrechos.

Y así es que si no anda gobernada y contenida por la razón, impresiona y perturba el alma como al mar la tempestad. Ese gobierno pónenle en movimiento los sentidos y también el estado del organismo por aquella manera misma con que los seres espirituales, como son los ángeles buenos y malos, intervienen para excitar aquella facultad, aplicando con suma delicadeza las acciones de las cosas naturales, que con harta facilidad frustran y anulan el conocimiento de los sentidos y nuestro propio juicio. Efectúan además aquellos espíritus algunas acciones que desconocemos, como las que entre sí los hombres realizan y que los brutos no alcanzan. Así como algunos hombres conmueven la fantasía y la mente de los demás con su palabra, con señas y con gesto, con escritos y signos, lo cual excede la comprensión de los animales, así también pueden aquellas esencias espirituales consabidas agitar nuestra fantasía con alguna acción propia y sólo de ellas conocida, luego de haber impresionado nuestra facultad imaginativa, que está tan estrechamente relacionada con el cuerpo que nuestros sentidos la mueven, y ella a su vez comunica al cuerpo maravillosas energías, de manera tal, que cualquiera impresión que reciba el uno tiene en la otra su reflejo fiel. El cuerpo, en efecto, recibe y devuelve la forma y la acción que la imaginación concibiera, fenómeno fácilmente comprobable en materias venéreas e indudable y clarísimo en las mujeres embarazadas, en quienes la imaginación excitada obra aquello que en ningún otro caso podría hacer inteligencia ni razón ninguna.

La facultad estimativa es aquella que, partiendo de las impresiones sensibles, produce el acto del juicio. Este juicio tiende a determinar el provecho o el daño, puesto que la Naturaleza lo creó para nuestra salud y para conocimiento y estímulo de los sentidos. Así que primeramente se juzga qué es en sí cada objeto, y acto continuo, si es conveniente o nocivo. En el primer examen, el alma sigue el dictamen del sentido, pongamos la vista, por ejemplo; en el segundo examen se mueve por un secreto instinto y estímulo natural; e inmediatamente desaparece, como cuando la oveja huye del lobo que no había visto jamás, o la gallina del buitre o del milano, y el hombre mismo del dragón y otros monstruos. Más aún: hartas veces nos sobresalta la repentina presencia y encuentro con determinados sujetos.

De la memoria trataremos más adelante.

No cabe duda que los sentidos externos tienen determinada proporción, es decir, cierta analogía con los internos, siendo así que existen imágenes crasas, térreas, y las hay también de cosas sutiles y espirituales. En el alma no hay cosa tan semejante a los sentidos como el ojo. Así es que las imágenes anímicas parecen hallarse allí de igual modo que las externas, en la debida proporción; se imprimen éstas en los

ojos y aquéllas es, a saber, las interiores, grábanse en el espíritu lúcido, que las retiene largo tiempo y las brinda a los ojos del alma con mayor pureza y claridad; fenómeno éste que viene a ser como una impresión o pasión; mas cuando el alma se ocupa en combinarlas o en separarlas, ese acto ya es privativo suyo; es un acto anímico.

A esas facultades atribuyó la Naturaleza diversos instrumentos y unos como laboratorios independientes en las partes del cerebro. Afírmase que en la parte frontal del cerebro sitúase el origen y el asiento de los sentidos y que éste es el trono de la imaginación, que en su centro se hallan la fantasía y la facultad estimativa y que en el occipucio se alberga la memoria. Esto lo coligen del hecho de que cuando cualquiera de estas partes sufre alteración, de rechazo la experimenta la función correspondiente, sin que las otras se sientan afectadas. No acusan diferencia alguna nuestras experiencias en los miembros del cuerpo; con una lesión en un pie no podemos andar, pues aun cuando el motor y la facultad de la marcha están en el alma, el instrumento y el aparejo de la marcha están en el pie.

El conocimiento crítico de lo dañoso y de lo beneficioso engendran en nosotros el deseo de la conveniencia y la aversión y alejamiento del daño y también los movimientos del alma que nos inclinan al bien actual o eventual y nos apartan de lo que pudiera perjudicarnos. Estos movimientos se llaman afectos o perturbaciones; separadamente habremos de tratar de ello con mayor detenimiento y extensión.

El apetito que *tiende a algo* y la aversión que *huye de algo*, así del mismo modo que mueven el alma, comunican también ese movimiento al cuerpo para que se encamine a lo útil y se aleje de lo que le habría de dañar. Esto se verifica con andar, con volar, con nadar, con arrastrarse. Con todo, existen animales minúsculos que no se mueven jamás de un sitio, plantados en él, porque no tienen que ir a buscar a otra parte lo que necesitan y que, por ende, no experimentan esos desplazamientos, como las conchas y las esponjas, que se limitan a encogerse y estirarse en el grado que conviene a su conservación.

En cuanto a la palpitación o latido en cualquier animal, no es cosa que los produzca el apetito, sino que provienen de la nutrición, por cuanto el calor actúa sobre las cosas húmedas, como es fácil de comprobar en aquellas que se aplican al fuego.

CAPITULO XI

DE LA VIDA RACIONAL

Estas facultades de los sentidos, así externos como internos, son en los brutos las más elevadas, mientras que en el hombre están subordinadas a la mente que, apoyándose en el conocimiento de la imaginación y de la fantasía, se eleva más, se eleva hasta el conocimiento de las cosas espirituales y llega a la conclusión de que ella, encerrada como está en la oscura cárcel corpórea y cercada de tinieblas, se ve alejada de la inteligencia de muchos objetos y que no puede mirar ni entender con la deseable claridad lo que quisiera, esto es: la esencia de las cosas envueltas en la materia, la cualidad de índole de lo inmaterial, como tampoco por el obstáculo de esa calígine corpórea sacar todo el posible rendimiento de su acumen

y de su viveza. A esa altura no llega ninguna de las facultades de los animales, porque no es capaz de volver nunca sobre sí misma ni piensa o juzga cosa alguna que se halle sobre los sentidos del cuerpo.

De ese conocimiento de las cosas soberanas, las más excelentes de la Naturaleza, por las cuales llega la mente al Autor de todo, nace el amor de ellas. De ahí la pugna y la contienda entre la mente y la fantasía; ésta arrastra el alma hacia lo corpóreo, al paso que la mente yérguese con brío hacia las cosas más elevadas, las cosas supremas no comprendidas por ningún sentido ni por la fantasía, deteniendo a ésta en su camino errante y vagabundo a través de inacabables veredas aviesas y trayéndola a la senda de la realidad.

Ni concreta la mente toda su aspiración a la actualidad del provecho o del daño, sino que recuerda lo pasado y conjetura lo futuro; busca el juicio de lo verdadero y de lo falso, cosa de que no cuida el animal, que no pone sus miras más allá del cuerpo, de lo que le conviene o le daña, movido sólo del arrebato de la fantasía.

De esa vigorosa facultad de la mente nace el lenguaje, índice y revelador de lo que la mente concibe, privilegio de que carecen los brutos, que por esto se denominan mudos. Todo esto, muy por menudo, lo detallaremos a lo largo de la obra, pues tiene que ser desarrollado con método porque no engendre confusión la inteligencia de cosas tan abstrusas y difíciles. Definiremos la vida racional diciendo que es *la vida dotada de mente, esto es: de prudencia, de juicio, de razón, que los antiguos llamaban lógica y nosotros vida racional; es la que, habiendo sido creada para conocer a Dios y amarle, por ende, tiene por fin la bienaventuranza eterna granjeada por estos medios.*

CAPITULO XII

¿QUÉ ES EL ALMA?

Hasta aquí hemos hablado de la vida de los animales. Hablemos desde ahora, hasta donde alcance nuestra investigación, qué cosa sea aquello por lo cual vive todo ser.

Repitamos, desde luego, lo que al comienzo asentamos, a saber: que a todas luces, en todo ser que vive, hay algún principio que infunde vigor a sus actos y que falta en las cosas inertes, o sea aquello que les da vida y de que éstas carecen. No puede ser, no, que ese principio vivificante sea aquella masa que se llama materia, inmóvil siempre, y sólo semejante a sí misma, sin ser capaz de sacar fuerzas de su propia índole y naturaleza. Si a la materia le hubiera cabido en suerte esa virtud, donde la materia abundase hallaríamos que también la tenía en mayores proporciones, siendo así que vemos precisamente todo lo contrario: que en un cuerpo de mediano volumen no existe menor alma e inteligencia que en uno grande y enorme; ni un cadáver sería menos hombre que cuando gozaba de vida.

No hay elemento alguno adherente que pueda comunicar facultades tan grandes, puesto que lo que las da es la cosa más extremada y tenue de toda la Naturaleza; una cosa tan próxima a la nada que casi es la nada misma y que hartas veces es la nada escueta, que existe no más que en el conocimiento de nuestra mente.

Pues bien: de esa fuerza y facul-

tad de la vida vemos originarse producciones maravillosas y es un verdadero y asombroso prodigio que tengan su origen en una sustancia que con toda razón los sabios más eminentes han colocado en el orden superior de las sustancias. Es, pues, ajeno de todo motivo racional que lo que con justificada admiración nuestra proviene de estas sustancias elevadísimas nazca de las cosas inherentes.

Pero decidme: ¿qué son, en fin de cuentas, esos dichosos inherentes?

Son las cualidades de los elementos, llamadas primeras o principales, y la conformación de los miembros interior y exteriormente. Pero no porque uno tenga más calor o más frío tiene también más inteligencia, ni aquel enlace y armonía nacidos de esta diversidad de cualidades puede ser una forma de la Naturaleza, pues aquélla puede aumentar y disminuir, al paso que las formas siempre son las mismas y de igual manera. No siendo así, podría variar el orden y la naturaleza de la especie, cosa que jamás se le ocurrió afirmar a ningún filósofo. Nada significan para el caso la composición y figura del cuerpo, puesto que es idéntica en el cadáver que en el ser vivo.

Añade a esto que es mayor y más próximo al sentido humano el de algunos animales que más se apartan de la conformación del hombre como en el del elefante que en el del puerco, del cual se dice que ningún otro se parece más a él interiormente, hasta en el temperamento de la carne, como lo declara su sabor, según afirman quienes se vieron reducidos a tales extremos de hambre, que luego de aplacarla en carne humana refirieron ser de un gusto semejante a la de puerco. Demás de esto, nuestra mente no sólo no sigue la naturaleza del cuerpo, sino que le gobierna, doblega y tuerce a su arbitrio, y siente repugnancia de las impresiones que provienen de ésa como maceración de la masa. Y si la sola facultad de experimentar sensaciones excede de la potencia corporal y de la de sus adherentes, por manera que ninguna facultad del cuerpo puede expresar las operaciones de aquélla, ¡en cuánto mayor grado la excederá aquella facultad de entender que es en nosotros la más elevada! Sabia y profunda interrogación aquella de Aristóteles a Empédocles: ¿Qué es, en definitiva, aquello cuya virtud contiene y encierra en el cuerpo todos aquellos adherentes de tan rica variedad de funciones, sino una determinada sustancia y no, ciertamente, de los grados últimos de la esencia?

Manifiesto está que hay también en los distintos cuerpos de los animales unos mismos inherentes, ya sean de primero o de segundo orden, ya también de tercero o de ínfimo orden; pero son muy diversas sus operaciones, como puede observarse en el niño y el mono, en el león y el gato, en el cuervo y en el grajo, y que, al contrario, los adherentes son diversos, siendo muy semejantes las acciones, como en el viejo y el mozo. Empero a quienes no se elevan a ninguna investigación de las cosas insensibles no les cuesta mucho atribuir a los inherentes algo que está más por encima y más recóndito que la apreciación de los sentidos; así es que a ellos les parece superflua toda forma y aun la materia misma, y no les queda más que una cierta masa del género de la cantidad, como son las cosas geométricas. Ni tampoco te aventurarás a afirmar que esta facultad de sentir y de entender es

un cuerpo compuesto de materia y forma, pues lo primero que mueve el ser viviente a realizar las operaciones de la vida es aquella fuente y principio vital, de quien nos hemos ocupado más arriba; luego, en todo cuerpo, el principio y el origen de sus actos es la forma misma. Y sería aún más acertado decir que la forma es aquello por lo cual vivimos, que llamar al cuerpo compuesto de materia y forma, pues antes pudiera esto llamarse cuerpo animado que ahora, o sea lo que vive por su forma, como lo blanco es blanco por la blancura.

De todas estas cosas que llevamos dichas, fácil es colegir *lo que el alma no es*, para luego declarar *lo que es*. Pero esto no puede hacerse directamente, puesta y presentada a la vista, en su desnudez, la esencia del objeto, sino vestida y como en pintura y con los colores más propios y adecuados que nos sea posible. Ella habrá de ser observada en sus operaciones, porque no cae bajo la jurisdicción de nuestros sentidos, al paso que con todos ellos, así internos como externos, podemos venir en conocimiento de sus obras.

La benignidad del Autor de la Naturaleza para con nosotros se demuestra con pruebas inequívocas que asoman por doquiera a nuestro alcance y con la más generosa largueza puso lo que nos era conveniente. La señal más evidente de que algo no nos conviene es el que esté apartado, sea raro y de costosa adquisición. No es cosa que nos importe demasiado saber qué es el alma, aunque sí, y en gran manera, saber cómo es y cuáles son sus operaciones. Quien encareció que nos conociésemos a nosotros mismos, no quiso que se entendiera con respecto a la esencia del alma, sino de los actos conducentes a la compostura de las costumbres, a fin de que, rechazado el vicio, siguiéramos la virtud que ha de encaminarnos a donde, enriquecidos de sabiduría y de inmortalidad, viviésemos vida bienaventurada.

Continuando la explicación que nos propusimos, digamos que tampoco es posible definir en absoluto todo lo que se refiere a las operaciones mismas, puesto que se presentan poco a poco y por partes a nuestro entendimiento, hasta que conseguimos abarcar el conjunto. A la materia bruta e inerte agregó Dios aquellas *efecciones* o, digamos, eficacias, que se ha dado en llamar especies o formas, de las cuales hemos tratado en otra parte. Son partícipes de la divina magnificencia cada una, según su manera y alcance, y podemos figurárnoslas como rayos de aquella luz sempiterna e infinita. La soberana excelencia de Dios es condición de aquella vida eterna, abastada y colmada de toda felicidad. Toda la que se puede imaginar o desear, movido de su bondad, quiso El comunicarla a las mentes que creó para que fueran capaces de bien tan extremado.

Y así es que en las cosas creadas es la bienaventuranza como una mano en el extremo de la perfección universal, y como consecuencia obligada es la bondad a modo de instrumento, por el cual Dios nos infunde la bienaventuranza y nosotros la recibimos. Fué su bondad la que le indujo a la susodicha comunicación y a nosotros nos encumbró a la participación susodicha. No puede haber bondad alguna donde no exista conocimiento de lo que se debe hacer y, concretamente, de lo que hemos de conservar y de aquello de que debemos huir.

A estas tan importantes y excel-

sas cimas se asciende por medio de las formas, a manera de escalones unidos y relacionados entre sí, de suerte que no queda espacio vacío entre los extremos más apartados por Dios y los más inmediatos. Uso los vocablos de unión y proximidad más por analogía de su importancia para nuestros juicios, que por aplicación de su esencia, de modo que tal conjunción y separación no han de tomarse simplemente sino para algo; quiero decir, por comparación, no respecto de Dios, sino entre las cosas creadas, por la participación de que gozan de la excelencia divina. Son, pues, aquellos elementos por los cuales viven las cosas formas o especies de los seres vivientes, verbigracia: aquello por lo cual este papel es papel, es la forma del papel; aquello por lo cual el diamante es diamante, y la lana es lana, y la piedra es piedra, es la forma de cada uno de estos objetos, no de otra manera que yo, por la forma humana, soy hombre, y el caballo es caballo por su forma de caballo, y el perro es perro por su forma de can. Esta forma toma su nombre del género de cada una de las cosas; géneros y partes o figuras efectúa la Naturaleza misma de la forma, como la adamantina, la papirácea o lapídea, por virtud de las cuales son aquellos objetos diamantes, papeles o piedras.

Sería lícito en los animales llamarla vida si el uso corriente no hubiera utilizado esta voz más bien para expresar la acción que la esencia de la especie. Y no de otro modo está el alma unida al cuerpo (o aneja y agregada como place a algunos), que las restantes formas a sus materias respectivas, si no fuera que hay una gran diferencia en la índole y manera del enlace, como acontece en el orden natural, donde las cosas superiores se juntan con las inferiores, a saber: la tierra con el agua, el agua con el aire, el aire con el fuego, lo celeste con lo supraceleste y, hasta cierto punto, divino.

Las cosas que se reúnen y combinan en la Naturaleza, todas ellas están enlazadas por algún medio, ora sea porque participan de la esencia de los extremos (pues con este modo se unen los cuerpos: la tierra con el aire, por mediación del agua; el agua con el fuego, gracias al aire; la carne con el hueso, mediante los cartílagos), ora sea por medio de cierta congruencia de la función y la operación, como la que tiene el artista con su obra mediante los instrumentos, a saber: el pintor con su tabla, por su pincel o su carbón; el carpintero con la madera, por el hacha o la azuela. De esta manera, toda forma es artífice en su materia; los instrumentos son cualidades y conformación de ésta; por medio de ellas se une la especie a la masa. Y no de otra manera el alma se viste del cuerpo, que la luz se viste del aire, de cuya combinación el aire se torna lúcido, si bien permaneciendo íntegros aquélla y éste, pues no se confunden como los elementos en una mezcla natural, como la hierba majada con el aceite en la droga medicinal. Pero en otras formas está más próximo el enlace o la sustancia de ambas partes. En el alma, la distancia es extensísima.

De qué naturaleza sea cada forma, colígese de sus oficios y acciones. Las rocas y las piedras nada tienen de suyo más que lo frío y lo inerte, tomando su forma de la tierra y el agua; su nexo depende de su índole y cualidades; las plumas y el tamo han tomado algo de su naturaleza aérea. El alma, empero, que lleva

la denominación de alimentadora, es ígnea y todas sus funciones y toda su fuerza son ígneas también. Las almas de los brutos son superiores, esto es, celestes, por lo cual han obtenido sentidos y cierta noción, mediante la cual no sólo sienten, sino que de alguna manera rudimentaria atisban los cambios y movimientos de los cielos y los astros, tales como los del día y de la noche, del invierno y del verano, aun cuando estos elementos no tengan la facultad de dar sensación y conocimiento, sino que ello procede de poder celestial.

Por lo que toca al hombre, elevóse por encima de los cielos hacia Dios, porque es divino su origen. La materia yace hundida en lo ínfimo de las cosas todas. Ninguna forma puede abajarse hasta ella, si no lleva consigo arrebatados los medios, es decir, la condición y naturaleza de las formas intermedias. Así la especie animal contiene la facultad del alma vegetal; la especie humana contiene las facultades de ambas, juntamente con las de los elementos inferiores. Esto mismo observamos en los sentidos: ígneos son los ojos, aéreos son el oído y el olfato, acuoso el gusto y térreo es el tacto. Aquel a quien se concedió la vista, fuéronle concedidos también los sentidos restantes. Aquel a quien se concedieron el gusto y el tacto, no por ello goza del ver y del oír. Por una inspiración feliz se dió del hombre una definición generalmente aceptada, a saber: que era un microcosmos, es decir, un mundo pequeño, porque comprende en sí las facultades y naturaleza de todas las cosas. Con todo, no debe ignorarse que las vidas inferiores no son principio y origen de actuar, de suerte que nazcan de ellas las superiores, sino sólo unos adminículos y como grados, por los cuales éstas suben y bajan; como no es la vegetación origen de los sentidos, sino peldaños por donde viene el sentido al cuerpo y asciende poco a poco a sus funciones específicas. Cada vida tiene en sí propia su origen y la meta en la que hace alto.

De los instrumentos del alma los unos son líquidos, atemperados según determinado concierto y ley; otros son miembros exteriores o interiores conformados y distribuídos de diversa manera, los cuales, antes que aquélla se revista del cuerpo, le son adaptados por la Naturaleza, en tanto no puede hacerlo ella misma por sí; los demás se le reservan, puesto que, por virtud de su presencia, es capaz de anexionarlos, como función en que se ocupa y ejercita, según nos enseña la experiencia en los animales pequeños.

De todo esto se deduce con toda claridad que *el alma es un principio activo esencial que mora en un cuerpo apto para la vida.* Es menester declarar un poco más estos términos con un ceñido razonamiento acerca del orden de cada uno: llámase *principio activo, artífice,* como quien dice, porque cuando alguno realiza cualquier cosa valiéndose de instrumentos, la facultad de hacerlo reside en él mismo; así en el pintor radica la facultad de pintar y radica en mí la facultad de escribir, aun cuando el pintor no pinte sin pincel y sin paleta ni yo escriba sin péñola ni tinta. Quien no tuviere la facultad de hacer algo no lo realizará, aun cuando disponga de instrumentos adecuados. Si existe o no algún acto que el alma ejecute sin estas armas a su alcance, es cosa que más a placer tocaremos más adelante. Se agrega: *esencial,* porque si alguno dice que el calor, la humedad o el aire operan algo

en el cuerpo, débese considerar que ésos no actúan de por sí, sino que es del alma de quien proceden en aquel trance; no de otra manera que si la tinta estampa estas letras y las traza la péñola, es por mí, no por la péñola ni la tinta. Es, pues, el alma misma, el *artífice*, el *principio activo*, sin que pida prestada en otra parte la fuerza que emplea en el cuerpo. Se dice que *habita* en el cuerpo, pues Dios está en aquel cuerpo y, sin embargo, no habita en él, bien así como el demonio puede meterse en el cuerpo de un animal; pero quien realmente habita en el cuerpo es el alma; ésta es una mansión efectiva, con todo el aparejo y ajuar doméstico. Por lo demás, este cuerpo *apto* y definido, conviene que corresponda a la forma de su especie, pues el alma no puede adherirse a capricho a cualquier forma y figura corporal, para efectuar las funciones de la vida, sino con sujeción a un orden natural determinado y a aquellas leyes que el Autor del universo fijó desde su creación.

Aquella atemperación de líquidos y cualidades, siendo más íntima en el cuerpo y en la obra misma de la Naturaleza, es también por eso el órgano del alma más adecuado y es más estrecha la unión del artífice con él; de suerte que si éste falta, el alma se aparta y con ese apartamiento falta aquél en seguida. Pero los miembros, después de la separación del alma, permanecen, porque la conformación de los miembros interiores y exteriores está más lejana y apartada, al paso que la mezcla de las humedades en aquéllos es íntima. ¿Y qué si las cualidades de los miembros están a su servicio y son como los instrumentos de los instrumentos? Por estas cualidades, el alma utiliza sus miembros, y si faltan, carecen éstos de toda utilidad, como acontece en los miembros que están secos o los que están tumefactos o dolidos de cualquier enfermedad. Todo miembro es idóneo para el ejercicio exterior, y la atemperación de las humedades lo es para mantener aquel órgano en su idoneidad. Los humores, por tanto, siempre están en movimiento y deben siempre conservar el miembro que no lo está dispuesto para la acción cuando el uso lo requiera.

A los artesanos que no ejecutan sino una obra simple y única, bástales una herramienta sola; así, para sacar agua de una fuente basta un cántaro o un jarro; una espada basta para cortar, y para aserrar basta una sierra; mientras que los artífices que hacen muchas cosas o una variada, necesitan muchas, como los que cincelan, o pintan, o los que edifican. Esto mismo hemos de pensar del alma, a quien se concedieron atributos externos para las operaciones exteriores y líquidos para las funciones de la vida. La sangre coopera a la saludable irrigación del cuerpo por donde se exhalan las emanaciones, como salubres y frescos airecillos emanan de ríos y de fuentes. La bilis negra sirve para contener y reprimir los aires ambulantes, a fin de que, demasiado enrarecidos por su sutileza, no se desvanezcan más de lo que al cuerpo conviene. La bilis amarilla sirve para la cocción de los humores sobrantes y para excitar el cuerpo, que no quede sumido en el sopor. La pituita es un alimento de ígnea avidez y a modo de freno que impide se arrebaten de golpe todas las cosas. Y no de otra manera que el artífice ejecuta diversas obras con varias herramientas y no la misma con todas, ni siempre cosas diversas

con varias, hay en el cuerpo del animal ciertos actos que el alma ejecuta con determinados miembros, y otros con varios de ellos; los hay que son hechos con todos indistintamente, pero de modo diverso en los diferentes seres vivos; como el experimentar sensaciones, alimentarse, crecer, que se hallan esparcidos por todo el cuerpo, siendo así que el ojo no sirve más que para ver y el oído no más que para oír.

Es un hecho comprobado que en los árboles, de las ramas amputadas enterradas en el suelo, las unas retoñan y echan raíces, y otras mueren, sin prender, así como que determinados animales tienen partes que aun después de cortadas viven por sí mismas, como los insectos con voz griega llamados *entoma*, cuales los gusanos, las abejas, las hormigas; mientras que en otros, cualquier miembro separado del cuerpo muere inmediatamente. Así como el instrumento es un gran factor para hacer bien o mal la obra, también en los humores y miembros del cuerpo consiste mucho que ejecutemos debidamente los actos de la vida de los sentidos, del movimiento, de la inteligencia. Del mismo modo que con la densidad o el enrarecimiento del aire, la luz resulta más pura y sutil o, por lo contrario, más densa e impura (comparación ésta que usa San Gregorio Niseno hablando de este mismo asunto), también están todos los órganos a disposición del alma, como de un artífice, y ésta es quien exclusivamente los utiliza. De ahí se infiere que debe tenerse como perfección y complemento de su adaptación al cuerpo del animal, en cuyo desarrollo se ocupa la Naturaleza con tal diligencia y cuidado. Con razón Aristóteles, con su agudeza habitual, llamó al alma *entelequeian*, como la que lleva consigo el perfeccionamiento.

Antes de pasar a debatir otras cuestiones, parece deberse dilucidar cuántos son, en la esfera de los seres vivientes, los grados u órdenes y formas de vida. Lo que mayor importancia reviste es saber cuál es el camino para la investigación de las *formas*, que de suyo no tienen acceso, y con harta dificultad se llegará a esa averiguación si no tomamos como punto de partida acciones propias y genuinas. Al efecto, algunos establecieron muchos géneros diversos, ya observando su respectivo movimiento, según el cual las dividieron en animales que nadan, que andan, que vuelan o se arrastran por el suelo; ya el estado del cuerpo, de donde se diversifican en bípedos, cuadrúpedos, ápodos, supinos tumbados, rectos y curvos; ya su localidad o morada, a tenor de las cuales resultan terrestres, aéreos, acuáticos y ambiguos, que los antiguos llamaron *anfibios*. Ahora que todo esto son exterioridades que declaran muy poco y confusamente la índole de las *formas*, es decir, las íntimas, las propias, las que no pueden quitarse sin desmedro, no tanto del ser como de la especie y que, a fin de cuentas, son las que declaran cuál es su forma definitiva. Cuando llegue el momento trataremos con la extensión prudente lo que toca a los actos de la vida, luego de demostrar que unos son de la vida vegetativa; otros, de la sensitiva; otros, del conocimiento, y otros, por último, de la razón y de la inteligencia.

Estas operaciones son las más abstractas e íntimas de los animales y tan en conexión con ellos que no pueden separarse de su sustancia, aun cuando puedan sus actos inte-

rrumpirse por algún obstáculo que les impide funcionar hasta que haya desaparecido, como el que no vea ni oiga un hombre en un arrebato de locura o en un ataque de apoplejía, o que por embriaguez, o ira, o pánico está privado de razón e inteligencia. Así, pues, tantos son aquellos actos como los géneros de animales, esto es, vegetativo, sensitivo, cognoscitivo o pensante, racional. De esos géneros, unos son parte o formas, como el vegetativo, que corresponde a todas las plantas y se extiende también en cierto modo a los metales que se nutren y crecen en las entrañas de la tierra. Este género de vida comprende las facultades de todas las *formas* inferiores, sin llegar al sentido. Tienen sentido, pero no tienen conocimiento las que los griegos llamaron *psófita*, de una cierta índole intermedia entre animales y plantas. De este género son las ostras, las esponjas, las conchas de muchas clases, que están dotadas de gusto y de tacto, aun cuando carecen de pensamiento y de noción interior, si bien la concha se acerca más que la esponja a la vida animal.

Tienen los animales un conocimiento interior, en el cual no llegan a no carecer de discernimiento, y aun cuando algunos no están dotados de todos los sentidos, han logrado un tenuísimo y rudimentario pensamiento interno que aparece nulo en ciertos de ellos, como son los insectos. Sin embargo, vemos y admiramos en algunos otros una presión e industria naturales, en las abejas, en las hormigas, en los gusanos de seda. Puesto que es difícil la clasificación de estos últimos seres, la dejaremos en el género animal, y para distinguirlos, los llamaremos *incipientes*. En cambio, son perfectos los animales que tienen cinco sentidos. De ello puede razonablemente colegirse que tienen algún pensamiento interior, pues la vista se les dió para que observasen, y el oído, como he dicho anteriormente, es el sentido de la discencia.

Ocupa el lugar superior el alma, que tiene uso de razón, a saber: el alma humana, que en su facultad contiene todas las inferiores, de la cual tendremos que hablar más adelante; pero antes debemos tocar dos cuestiones.

La primera es que, puesto que vemos en el hombre lo vegetativo y lo sensitivo y el conocimiento propio de los brutos, y en el animal, el sentido, el conocimiento y la nutrición, ¿hay un alma en el animal y otra en el hombre, o más bien hay tantas como funciones? Sobre todo, cuando vemos que son distintas en lugar y tiempo, como la vista que está en los ojos, el pensamiento y la inteligencia en el cerebro, que el feto, mientras está en el útero, apenas se diferencia de la planta y, una vez nacido, el infante apenas se distingue del bruto, viviendo antes lo que es animal, como dice San Pablo, y luego lo que está dotado de razón.

En hecho de verdad, el alma es única en todos y cada uno de los animales como en cada cuerpo hay una *forma* por la cual vive, aunque diferenciándose en sus facultades y funciones, como hay muchos cargos y oficios en un mismo hombre, que los desempeña en diversos sitios y en distintos tiempos con variedad de instrumentos y de utensilios.

De igual modo, la diversidad de órganos y actos contrarios entre sí demuestra que su autor es uno, del cual proceden todos, el cual los modera y gobierna con su sabiduría del modo que conviene a cada ser

viviente. Si los distintos actos, operaciones e instrumentos probaran que hay variedad de almas, no había inconveniente en admitir que una tuviera muchas especies. Y en ese caso, ¿por qué no se podría decir que produce obras multiformes?

Si así no fuera, no habría un modo constante de *formas* y engendraríase una enorme confusión en el estudio de la Naturaleza; y lo que vemos es que al acercarse lo más excelente, le cede el puesto lo inferior, como acontece en la sucesión del orden natural e intelectual. Así, cuando tenga realidad la perfección de nuestra eterna bienaventuranza, cesará todo lo rudimentario e imperfecto, cuando el amor de Dios habrá llegado a su consumación y plenitud. En virtud de ese múltiple cuidado y sabiduría de tal artífice, Dios mismo ha dado al alma varios instrumentos de diversa forma, sustancia y naturaleza a cuya particular descripción consagraron muchos libros ingenios sobresalientes.

La otra cuestión es: ¿Cuál es en el cuerpo el asiento del alma? El alma está en todo el cuerpo lo mismo que cada una de las formas está en toda su materia respectiva. Si en alguna de las partes no estuviera el alma, aquella parte perecería como sucede en un miembro completamente encanijado. Por lo demás, el alma ve por los ojos, oye por el oído, como el labrador hiende el suelo con la reja y lo escarda con el rastrillo, lo apisona con el cilindro, lo cava con azadón o pala. Eso paréceme a mí lo mismo que preguntar en cuál de esos utensilios de labranza está el labrador preferentemente. Por eso es que algunos piensan ser más adecuada la pregunta: ¿Cuál es el instrumento principal del alma?

Pero tampoco es demasiado discreta esa pregunta. Para ver, el instrumento más adecuado es el ojo; para oír, el oído; como para el agricultor la más indicada herramienta para arar, el arado; para escardar, el rastrillo; el instrumento para el conocimiento y la inteligencia es el cerebro, y en el cerebro, ciertas emanaciones en extremo sutiles y luminosas.

La fuente de la vida es el corazón. Hay en el animal muchos miembros interiores y exteriores, tan sumamente necesarios, que no puede vivir el animal privado de uno de ellos; verbigracia: la cabeza, el corazón, el hígado y algunos otros; pero no todos ellos son fuentes de vida, sino el corazón, que es el primero que vive en la formación del ser animado, como un manantial que brota desde el principio, y es el último que muere, porque en él están el comienzo y el término de la vida.

Los demás miembros pueden lastimarse y herirse sin la obligada muerte del animal; pero el corazón no puede. Por esto, vemos que está situado en el centro, en el sitio del cuerpo preferente, protegido y amparado por la robusta defensa del tórax, de los intestinos, de los diafragmas, como reducto y custodia de la vida corporal y que desde él, como de una ciudadela, manan las saludables aguas del arroyo a todas las partes del cuerpo y por ellas vive y prospera todo lo restante. Si se allega a él alguna desazón más cerca de lo conveniente, aun cuando no le toque, de pronto todo el animal languidece y desmaya por más ánimos que tenga. La razón es que nada le hace animoso, sino un corazón bien pertrechado y como armado de sangre y de calor, para que no llegue fácilmente a él achaque ninguno. Los seres que tienen corazón privado de estos recursos

son miedosos y quedan como exánimes por cualquier dolor liviano de los demás miembros, no por culpa de los miembros, sino por la debilidad del corazón, con lo cual confiesan y proclaman a todas luces que allí está la vida y que desde allí se comunica a ellos.

Inspiró la Naturaleza a todos los hombres el gesto instintivo de que al hablar de sí o señalarse a sí, pongan su mano en el pecho, observación anotada ya por Crisipo, el filósofo estoico, ademán no desautorizado por Galeno, fuera de que no debe considerarse como argumento evidente e indiscutible, sino como una simple conjetura que no debe ser rechazada en absoluto.

No hay miembro alguno de que no carezcan ciertos animales. Los hay que no tienen pies; otros, cabeza; otros, pulmón; pero no hay alguno que carezca de corazón o, por lo menos, de alguna víscera que haga sus veces, y eso ni aun en las mismas plantas.

LIBRO SEGUNDO

TRATADO DEL ALMA Y DE LA VIDA

INTRODUCCION

Creado el hombre para la eterna bienaventuranza, le fué otorgada la facultad de aspirar al bien con el fin de que desee unirse y como pegarse con él. Esta facultad recibe el nombre de voluntad. Pero el hombre no deseará si no conoce; de ahí la existencia de otra facultad que se llama inteligencia. Y puesto que nuestro espíritu no permanece siempre en un mismo pensamiento, sino que pasa de unos en otros fuéle necesario un cierto receptáculo o almacén, en donde al presentarse los nuevos, recondiese los anteriores como en tesoro de objetos actualmente ausentes, para reproducirlos y sacarlos cuando la oportunidad lo pidiere. El nombre de esta facultad es la memoria.

Así que el alma humana consta de tres principales, llamémoslas funciones, o facultades, o fuerzas, u oficios, o (como las llaman otros) potencias y partes, no porque lo que es indivisible tenga parte alguna, sino que denominamos partes a su oficio y función. Son la mente o inteligencia, la voluntad y la memoria, en las cuales relumbra la imagen de la Santísima Trinidad, según ya demostraron los Santos Padres.

Tarea muy ardua y muy díficil, sumida en tinieblas, más que cimerianas, la de investigar las operaciones de estas facultades: ¡cuántas y cuáles sean en realidad su origen, su desarrollo, su crecimiento, su mengua y su ocaso, porque no tenemos otra inteligencia superior a ella, capaz de contemplar y juzgar a ésta inferior, así como lo hace la mente misma con facilidad respecto de los sentidos y de la parte vegetativa, en concepto de inferiores. Dios nos concedió estas facultades más para nuestro uso que para adquirir conocimiento de ellas; cuáles son, sábelo El, que es su Autor; nosotros somos unos simples obreros que las utilizamos; no obstante, es ocupación muy hermosa, porque

versa en cosa hermosísima y excelentísima y sobre manera provechosa para la dirección y gobierno de nuestro espíritu, indagar y poner en claro hasta dónde nos esté permitido la cualidad de nuestra inteligencia, su poder, sus funciones, sus operaciones. Todo lo que con este ejercicio halláremos y sacáremos a luz será adquisición de gran importancia de nuestro estudio y especulación y no se sacará cosa por baladí y exigua que sea que no tenga un elevado aprecio.

Las facultades, como indica su propio nombre, están dispuestas para actuar; por eso se distinguen según sus actos, es decir, por las respectivas operaciones que de la esencia de la cosa se derivan, no de sus adherentes o de aquello que exteriormente acontezca. De ello nos ofrecen ejemplo los sentidos. La facultad del ojo es ver no uno u otro color ni de esta o estotra manera, sino muda y simplemente. Consideramos doble la inteligencia, pues existe como facultad general en todo el universo y como una función particular de la misma. Observamos que la inteligencia humana conoce aquello que viene de fuera y que conserva como en una cajita las cosas entendidas para tomarlas de nuevo en el momento oportuno; este volver a tomar, esta recuperación se llama reflexión, y de ahí se pasa al recuerdo. A seguida vemos que compara entre sí las cosas que ha conocido, que de ellas pasa a otras y luego que ha hecho todo esto, ve y juzga lo que es verdadero y lo que es falso, lo que es bueno y lo que es malo. Según fuere su resultado, la voluntad escoge lo bueno, repele lo malo y a ello se refieren las facultades y actos superiores, recorriendo igualmente esos mismos grados desde el último al primero. La voluntad, en efecto, nada persigue ni evita, sino lo que previamente el juicio le declaró ser bueno o malo; ni se establece juicio alguno sin que lo haya formado la razón ni la razón lo forma, sino luego de haberlo comparado; ni es posible compararlo antes de ser reflexionado y reproducido por la memoria ni en la memoria quedará asido e incrustado si con antelación no fuera conocido y entendido.

También lo ausente se ofrece al conocimiento, porque no sólo de lo presente hay apetito o aversión de nuestra voluntad, entonces se discurre por qué desea lo elevado y lo distante, a lo cual se ha de llegar por grados y tras larga investigación, y, por último, aquello que conoce y que escogió, que anhela o a que da de lado, contémplalo a veces con una serenidad tal que viene a ser como un reposo y un asueto de su espíritu. Son, por tanto, las facultades del alma racional: voluntad, inteligencia, mente; y bajo la mente, la simple inteligencia, la reflexión, el recuerdo, la comparación, el razonamiento, la censura o juicio y la atención.

De cada una de ellas trataremos por separado.

CAPITULO PRIMERO

DE LA INTELIGENCIA SIMPLE

Es la primera y sencilla recepción de las cosas que se ofrecen a la mente y no de otra manera está en la mente que el ojo en el cuerpo y la imaginación en el espíritu. Esta inteligencia no se llama simple porque sólo conozca las cosas simples, esto es, la singularidad de las mismas, sino porque no comprende ni atiende cosa que no sea lo que se

le ofrece al conocimiento. Por lo que toca a lo vario, por cualquier concepto, a lo compuesto, a lo conexo, como los raciocinios, los discursos largos y múltiples aparecen con mucha confusión a esta inteligencia.

Cuando al espíritu se ofrece un objeto simple y sin combinación, si este objeto está presente, la imaginación recibe la figura misma que se ofrece a los sentidos; si está ausente el objeto, cuando de él en alguna conversación se hace memoria, si es cosa que caiga bajo el dominio de los sentidos, y está impresa en la memoria, la fantasía sugiere su forma tomándola de la memoria. Y si fuere cosa que no pueda ser conocida por los sentidos, el ser o el no ser, de una o de otra manera, es la mente quien lo infiere con la razón y la fantasía quien inventa su imagen, tomada de las cosas que ya conoce; así, por ejemplo, cuando representa a Dios, a los ángeles, a nuestras mentes y otras realidades análogas. Esto mismo hace en las cosas corpóreas desconocidas, a las que se representa como las conocidas, verbigracia, un león, un elefante, la ciudad de Roma, la ciudad de París y cosas por el estilo, nunca de antes vistas.

No existe lo universal en la imaginación, como tampoco en la Naturaleza; sólo se alcanza por el discurso de la razón y bajo una imagen sumamente confusa y tenue, despojándose la inteligencia, hasta donde es posible, de los caracteres de la fantasía. Difícil es averiguar qué formas tienen en el espíritu los ciegos de nacimiento. Y del mismo modo que para ver es preciso tener abiertos los ojos, la inteligencia para entender necesita la atención, es decir, una cierta advertencia del espíritu, una especie de abertura de la mente para recibir cuanto se le ofrece.

Los impedimentos de esta inteligencia, los unos son *interiores*, ya porque el espíritu se halla absorbido por algún pensamiento muy intenso, ya por una amotinada acumulación de atenciones, en que las unas expulsan inmediatamente las otras y la mente acude a varias de ellas sin pararse en ninguna; ya porque cuando la voluntad ordena que se ocupe de otras cosas, abandonando la presente, cosa que no se verifica sin que el espíritu, por complacer a la voluntad, aparte a la inteligencia de otro pensamiento que se presente a la puerta, como quien dice.

De la parte de afuera, la causa de los impedimentos está en el cuerpo por los humores fríos y crasos que producen espíritus densos y tardos y por ende no muy adecuados para percibir. También es de fuera, cuando los sentidos se hallan harto ocupados en otras cosas y apartan a la inteligencia de atender a las demás, aunque esto ya se refiere a lo que queda dicho, a saber: que unos pensamientos empujan y excluyen a otros, pues los sentidos en nada estorbarían si a ellos no se adhiriese la mente, como quien presta oído al que habla. Con todo, de cuando en cuando una acción laboriosa y vehemente de los sentidos corporales impide funcionar a la inteligencia por separar o ligar emanaciones, que son instrumento principal de la mente, como ocurre en la enfermedad y en el dolor.

Aquellos que andan de un lado para otro asendereados por sus pensamientos, están como peregrinando siempre en su espíritu, sin hallarse jamás en el objeto presente; llámanse *los que hacen otra cosa* para quienes discurre baldíamente la ma-

yor parte de la vida. Son aquellos que no entendieron la primera parte de un discurso; por lo que han entendido después, conjeturan con acierto lo que se quiso decir anteriormente, o ya, por lo poquísimo que entendieron del principio o por la comparación de las conjeturas desde las negativas hasta las afirmativas. Así ocurre cuando se argumenta, verbigracia: No es verosímil que esto sea aquello ni lo otro, ni lo tercero; luego será este cuarto objeto, puesto que ya no queda ningún otro.

A dos, pues, se reducen en total las causas de no entender: cuando el agente está ocupado o cuando no sirve el instrumento, en lo cual se comprende también el cansancio de la facultad, que no reside en ésta, sino en los instrumentos. Nuestra mente, en efecto, no dispone de ilimitada potencia ni de lo grande que la quiere para una acción inmediata o para la materia propuesta, aunque sí en cuanto a la duración temporal y continuación de su obra, porque en estos actos nunca falla por debilidad propia, sino por flaqueza de los órganos.

La intensidad en los cansados se restablece ora por el descanso, ora por la mera conversión del espíritu a otro objeto, y con tanta mayor facilidad cuando se pasa de un asunto grave a otro ligero; de un objeto enojoso a otro apacible; como también por la recreación de los sentidos, como con un espectáculo ameno, con el deleite de la música, con el refrigerio de comida y bebida; ora con cambiar de postura, sentándose si estuvo en pie o poniéndose en pie si se mantuvo sentado, o con un simple paseo, o mediante la excitación de un afecto nuevo, a saber: de alegría, tristeza, deseo o venganza, según fuere la inclinación de cada uno, y, finalmente, con cualquier otro recurso que devuelva al espíritu su frescura.

CAPITULO II

DE LA MEMORIA Y EL RECUERDO

Es la memoria aquella facultad del alma por la cual aquello que uno conoció mediante algún sentido externo o interno consérvalo en la mente. Así, pues, toda su actuación está vuelta hacia dentro, y la memoria es como la tabla que un pintor iluminó. Así como la tabla, mirada con los ojos, produce una noción, la memoria la realiza por los ojos del alma, que entiende o conoce. Esta noción no es simple, pues necesita primero la reflexión examinadora e investigadora, y luego viene el recuerdo cuando ya se llegó a lo que nos proponemos reproducir.

Hay en el recuerdo una segunda operación cuando el espíritu insiste en traer alguna cosa que maneja y revuelve en su pensamiento, lo cual se llama recoger. Este recuerdo engéndralo la simple mirada del alma a la memoria, y nos es común con los animales, con la diferencia que la que se verifica por ciertos grados mediante el discurso procedente desde las cosas que se presentan al espíritu a las que se le habían ocultado es propia del hombre, de quien es el discurso exclusivo también. Reminiscencia (*reminisci*) la llaman los filósofos. En esta denominación no se conforman con el hablar corriente, pues Virgilio dice, refiriéndose a un caballo:

Dulces moriens reminiscitur Argos (1).

(1) Esta alusión del poeta no se refiere a ningún caballo, sino a Antor, compañero de Hércules y partidario de Evandro. (*Eneida*, X, 782.)

Mantengamos, con todo, para la comodidad de la explicación, ese vocablo trillado en las escuelas con el sentido que tuvo entre los griegos la voz *anomnesis*, o sea la reducción a recuerdo, una especie de recuerdo del recuerdo mismo.

Tenemos, por consiguiente, memoria, recuerdo y reminiscencia. La sede y como el laboratorio de la memoria fué colocada en la nuca con admirable sabiduría por la Naturaleza, porque contempla lo pasado y como lo dejado a la espalda, a manera de un ojo mucho más avizor que si tuviésemos uno corporal situado en la frente. como el que la fábula atribuye a Jano.

Dos son las funciones de la memoria, análogas a las de la mano: asir y retener. Asen o aprehenden fácilmente los que tienen húmedo el cerebro. Cierto que todo cerebro es húmedo, pero conviene que se entienda que lo es de un modo extraordinario. Un sello, por ejemplo, se imprime rápidamente en una humedad flúida, pero no es duradera esta impresión si la materia no está seca. Esto explica que los biliosos son más aptos para retener lo que una vez aprehendieron, si bien esa constitución es adecuada para ambas funciones. Este temperamento en los niños arguye bondad de ingenio, como notó Quintiliano, porque la memoria le ayuda para percibir fácilmente lo que quieres y reproducirlo rápida y fielmente cuando es menester. Esos dos extremos, rapidez y fidelidad en la representación, pertenecen a la función que llamé retentiva, pues los hay que retienen bien, pero son tardíos en devolver ese depósito y se esfuerzan largo tiempo en buscarlo o lo devuelven con escasa puntualidad y fe, quiero decir, no íntegramente, sino con confusión e incoherencia. Los que se hallan en este caso, tienen un entendimiento pervertido e infeliz.

Los jóvenes, a causa del calor y las humedades más puras, tienen más robusta memoria que los viejos. Lo primero en que los años hacen mella es en la memoria, dice Séneca, y no hay síntoma más certero de vejez que ese descaecimiento de la memoria. La edad rebaja el calor y aprieta las emanaciones. En cambio, en compensación de ese eclipse de la memoria, Dios otorgó a los ancianos un beneficio muy grande, a saber: una prudencia obtenida por la experiencia y un juicio más agudo y eficaz.

No todos tienen igual memoria para todo. Los hay quienes retienen más fácilmente dichos, y quienes más fácilmente retienen hechos. Así se dice que Temístocles se distinguió mucho en la memoria de cosas y Hortensio en la de palabras, ejemplo éste extensivo a toda clase de hombres y de asuntos. Unos recuerdan más pronto y mejor los hechos curiosos; otros, los corrientes y sencillos; quiénes, los públicos; quiénes, los privados; quiénes, los viejos; quiénes, los nuevos; quiénes, los propios; quiénes, los ajenos; los vicios, las virtudes, según su peculiar idiosincrasia, y según que atiendan con preferencia a unas u otras cosas, pues la atención es, en definitiva, quien confirma y ratifica la memoria. Y así como en una pintura no vemos ni observamos de golpe todo cuanto en ella está representado ni se nos ofrece de pronto lo que en ella nos interesa, también en la memoria tenemos muchas cosas desconocidas y que creemos no tener aun cuando las tengamos, y al revés. Las hay igualmente que ciertos que las tenemos no aparecen aun después de mucho buscarlas y mu-

cho perseguirlas, las cuales, si alguno nos las presenta, inmediatamente las reconocemos, como sucede en el hablar. Muchos entienden diversos idiomas cuando los oyen, pero no saben hablarlos. La razón es que al expresarnos buscamos las palabras, mientras que cuando las oímos, ofrécensenos ellas mismas y las reconocemos fácilmente.

Mucho contribuye a la memoria el temperamento natural del cuerpo, como es de presumir le tuviesen Temístocles, Ciro, Cineas y Hortensio, cuya memoria prodigiosa es celebrada en monumentos literarios. Favorece esta facultad el régimen entero de vida: sustento, comida y bebidas, ejercicios moderados, descanso y sueño proporcionados y adecuados, instrumentos de ella. También hay cosas determinadas que auxilian específicamente la memoria, y otras que la dañan, observadas ya por los médicos y registradas en sus libros.

Así como no se estampa el sello de un anillo en un arroyo ni se escribe en el agua rápida, tampoco se fijan en la memoria las cosas conocidas si el cerebro se halla en estado de fuerte agitación, como pasa en los párvulos a causa del incesante crecimiento de su tierno organismo, en los borrachos y en los enfermos, porque la vehemencia del ardor arrastra consigo y arrolla todas las exhalaciones. Asimismo, reciben con dificultad los que tienen en el occipucio humores fríos y por ende duros, de naturaleza pétrea para la impresión, tales como los ancianos, los lerdos y los tardos. En cambio, los sanos y cabales, pero que tienen rapidez de comprensión, aprenden pronto, pero no son tenaces en la retención; de este género son los biliosos. *Los ingenios lentos*—dice Aristóteles—*se distinguen por la fidelidad del recuerdo y por su viva reminiscencia.*

La memoria es más tenaz en el tardío, como es más duradero el sello en la roca o en el hierro; con todo, los rápidos vuelven con más facilidad al recuerdo.

A las profundidades de la memoria descienden las cosas que desde el principio se han recibido con atención y cuidadosamente. Ello hace que muy a menudo hombres inteligentísimos y dotados y largamente enriquecidos del beneficio de la memoria no recuerdan muchas cosas tanto como algunos que no les igualan en esas facultades, porque ven u oyen o leen muchas veces con descuido. Cuando un afecto excitado y vivo mézclase con la memoria primera de cualquier objeto, su recuerdo es luego más obvio, más pronto y más tenaz, como sucede con aquello que ha calado en las entrañas de nuestra alma con acerbo duelo o con gran dolor. De estas cosas es muy larga la memoria, y por esta razón, costumbre es de algunos pueblos golpear cruelmente a niños que presencian el deslinde de los campos para que con más firmeza y por más tiempo recuerden los límites señalados.

Adquiere la memoria gran vigor con el ejercicio y la reflexión frecuente; con ello tórnase pronta para recibir y de más amplia cabida para contener muchas cosas y de mayor tenacidad para retenerlas. No hay otra ninguna función espiritual que exija más cultivo de sí misma.

Las dotes del entendimiento no sufren deterioro con la interrupción y el descanso, sino que hartas veces con ellos se restauran y adquieren más vigorosa lozanía; la memoria, empero, si no la ejercitares, se entorpece y se hace más tarda cada

día y más floja en la ociosidad y la quietud.

De cuatro maneras dícese que en nosotros se produce el olvido: o cuando la imagen pintada en la memoria se deslía y borra por completo, o cuando está como interrumpida y destruída parcialmente, o cuando se hurta a nuestras pesquisas, o cuando está como anochecida y encubierta con un velo, como ocurre en las enfermedades o en la excitación pasional. La primera manera es el olvido propiamente dicho; la segunda es oscuridad o aniquilamiento; las otras dos, ocultación; fenómenos todos éstos fáciles de ver y comprobar en cualquier cuadro, de cuyas figuras la una está borrada, la otra gastada a trechos; la tercera se nos escapa y la última desaparece debajo del engrudo.

Dícese también que olvidamos aquellas cosas que hemos recibido de la Naturaleza como acontece cuando dudamos de aquellas primeras informaciones naturales que reciben el nombre de verdades evidentísimas y certísimas, pues es igual que si las hubiéramos aprendido alguna vez del magisterio directo de la Naturaleza.

La primera clase de olvido exige un conocimiento nuevo del todo; la cuarta clase ha menester una especie de descubrimiento que venga a ser la recuperación de la salud del cuerpo y del alma; y las dos intermedias que quedan, precisan una restauración verificada mediante pesquisa que como grados nos conduzca a lo que buscamos; verbigracia: del anillo al orífice, del orífice al collar de una reina, del collar a la guerra que hizo su marido, de la guerra a los capitanes, de éstos a sus antepasados o a sus hijos, de ellos a las disciplinas que estudiaban, carrera en la cual no existe meta alguna. Esta gradación se extiende a todo linaje de argumentos: de la causa al efecto; del efecto al instrumento; de la parte al todo; del todo al lugar; del lugar a la persona; de ella a sus antecedentes, a sus consiguientes, a los contrarios, a los semejantes, en concatenación indefinida. No obstante, tiene este proceso ciertos pasos larguísimos y aun saltos; como cuando de Escipión vengo a pensar en el poderío turco, por las victorias de aquél en Asia, donde reinaba Antíoco; o cuando el nombre de Cicerón me sugiere el recuerdo de Lactancio, que fué su imitador; y de Lactancio a la calcografía, porque es fama que el libro de Lactancio fué el primero o uno de los primeros que se estamparon con caracteres grabados en cobre.

Esta reminiscencia es: o natural por el pensamiento que pasa espontáneamente de unos objetos a otros, o voluntaria e impuesta, cuando el alma se propone llegar al recuerdo de alguna cosa. Son más fáciles de recordar las cosas anotadas y dispuestas por orden; de este género las principales son las verdades matemáticas. También los versos son adecuados para su fiel retención en la memoria, a causa del orden de su composición y estructura, que no anda suelta y dispersa, devaneando a su capricho, sino que está contenida en límites fijos, que no consienten que el espíritu divague porque el camino, por una parte y otra, está protegido y cercado como de bardas. Por el contrario, es difícil coger y contener lo esparcido a voleo o lo acumulado con desorden. Por ello es que los que desean recordar algo observan con cuidado y atención el orden de todo cuanto encomiendan a la memoria y los maestros de mnemotécnica ofrecen a sus discípulos

ciertos pasajes seleccionados para aprender. Las cosas que se han recibido juntas en la fantasía, cuando alguna de ellas se presenta, acostumbra traer de la mano alguna otra.

En el palacio de la memoria hay determinados miradores para otear el sitio de las cosas desde el cual nos viene a la mente lo que en él sabemos que ha pasado o se halla. Ocasiones hay en que simultáneamente, con una voz o un sonido, nos sucede algo agradable, y así nos gusta siempre que volvemos a oírlo, o si lo que ocurrió fué triste, nos entristecemos. Fenómeno es éste que también se observa en los animales, quienes, si al llamarles de cierto modo se les da una cosa de su gusto, acuden corriendo alegremente cuando oyen el mismo sonido; pero si se les golpea, temen después aquel mismo sonido por el recuerdo de los golpes. En este doble recuerdo suele ocurrir que con más frecuencia nos viene al pensamiento la cosa mayor desde la menor que al contrario.

Cuando digo mayor, entiendo la mejor, más excelente, más rara, más preciosa y estimada; en una palabra: aquella que tenemos en más. Así, siempre que veo en Bruselas una casa que hay no lejos del palacio real, me acuerdo de Idiáquez, cuya era aquella mansión, y en donde departimos en sabrosa conversación muchísimas veces y muy largos ratos, cuando se lo permitían sus ocupaciones, sobre asuntos a uno y otro sumamente placenteros. Pero no al contrario; no siempre que me viene a las mientes el recuerdo de Idiáquez pienso en aquella mansión; la razón es porque en mi espíritu es más notable el recuerdo suyo que el de su casa.

Esto mismo acontece con los sonidos, con el sabor y con el olor. Siendo yo niño, hallándome en Valencia calenturiento y postrado en cama, como hubiese comido cerezas con el paladar estragado, muchos años después, siempre que comía esta fruta, no solamente me acordaba de la fiebre, sino que me parecía sufrirla en aquel momento. Por eso conviene que sean desnudos y estén sin muebles los locales donde se practica el arte de la mnemotecnia, pues si los hay que se destaquen mucho, ahogarán lo que se desea encomendar a la memoria. En efecto, aquel objeto saliente acapara el recuerdo y lo ocupa, distrayéndolo de todo lo demás, no de otra manera que el estómago prefiere entre los muchos y variados manjares aquel que le es más adecuado, con desgana y desdén de todos los restantes.

Y dado caso que la semejanza hace que muchas cosas parezcan una misma, constituyen un yerro fácil y corriente, no solamente de la memoria, sino también del pensamiento, al pasar de un objeto a otro objeto parecido. Así tomamos *Georgio* (Jorge) por *Gregorio,* problema por entimema, Píndaro por Pándaro. En los vocablos esta semejanza puede estar en el medio, en el principio o en el fin. Igualmente puede ofrecerse el yerro en las cosas o personas con respecto a aquello en que se fija nuestra atención, como el tomar Jenócrates por Aristóteles en la filosofía y doctrina de Platón, Escipión por Quinto Fabio en las guerras púnicas, Iro con Codro por su pobreza proverbial, Narciso por Adonis por su hermosura física, y por su olor el ajo por las cebollas. También existen errores de lugar y tiempo, de actos y de cualidades, cuyos ejemplos no tienen fin.

La similitud perturba también la memoria como trastorna los propios ojos corporales hasta un punto tal que no puede formar juicio acerta-

do de aquello que se le confía confusamente. Este vicio tiene su origen o *en la primera atención*, porque la inteligencia no puso el debido aviso en lo que se la ofrecía para poderlo encomendar a la memoria en su integridad y distinción, en cuyo número entran *los que hacen otra cosa*, o en la *memoria misma* que lo custodió con harto poca fidelidad, o en la *segunda reflexión*, que es la atención, cuando saca malamente lo que en toda su entereza se había depositado en la memoria.

Esto ocurre unas veces por negligencia o desidia, otras por excitación anímica, como en los borrachos, los coléricos, los pusilánimes y apocados, en los que aman o aborrecen, en los insolentes y otros de esa misma laya.

Cuando este depósito no se devuelve tal como se entregó, la culpa recae o sobre el que lo recibe o el que lo guarda o lo reproduce. Igualmente la reflexión se perturba si al mandársele buscar o sacar algún objeto, se la presenta de fuera una cosa distinta o extraña. Así, por ejemplo, cuando digo: Ayer, en la plaza, me saludó Pedro de Toledo, pero no me fijé bastante ni me acuerdo bien de ello; ahora, si alguno me pregunta quién fué el que me saludó, si no dice otra cosa, me acordaré más fácilmente que si añade: *¿Fué J. Manrique o L. Abulense?* Si se pregunta: ¿Quién fué el padre de Sócrates?, vendrá el nombre más pronto a la memoria que si se añade: *¿Por ventura no fué Demócrito?*, porque se confunde más la reflexión cuando se halla el asunto en peligro de error por semejanza. En efecto, si solamente busca una cosa, se ocupa en la única tarea que le incumbe, mientras que si simultáneamente se le presenta otra distinta, crece la tarea de refutar a ésta y así el trabajo es doble; primero el de rechazar lo no congruente y luego el de determinar lo que se pide.

Es necesario distinguir los momentos de la reminiscencia, pues de no ser así, confundiríanse las imágenes como en un cuadro si las unas sin intervalo se pintan encima de las otras. Aquello que recibimos con espíritu desahogado y tranquilo, con facilidad mayor se queda prendido en la mente e imprime una huella más duradera y gráfica, si a ello aplicamos nuestra alma con atención.

Por esta causa, lo que hemos visto y oído en la edad primera lo recordamos por más largo tiempo y con mayor integridad, porque en aquellos años se halla la mente exenta de cuidados y cavilaciones; es más diligente nuestra atención, porque todo nos parece nuevo y observamos cuidadosos lo que nos produce maravilla y cala más profundamente en nuestra alma y queda con más eficaz relieve grabado en la memoria y con mayor facilidad se hace obvio a la mente y con claridad mayor se saca a luz cuando fuere menester.

Los ancianos, fuera de que por culpa de la edad perciben y retienen más difícilmente, porque se condensan sus espíritus y no imprimen las imágenes con facilidad, su ocupación y su atención dispersa y disipada en varias direcciones promueven un bullicio interior tal que ni admiten cosa con quietud ni permiten que se la halle cuando se la busca; estráganse y desvanécense en la memoria las imágenes que en ella quedaron impresas, por lo cual el recuerdo resulta manco, pareciendo que anda siempre en busca de algo que se le escapa; perdiéronse

las circunstancias de lugar, tiempo y personas, vicio éste el primero de una memoria que se extingue por la edad.

La reflexión es la que se encarga de investigar lo que quedó escondido en la memoria. Las imágenes de las cosas que conserva la memoria se imprimen bien en un espíritu lúcido, que a fuer de cálido y ágil no tiene punto de reposo. Cuando la fuerza de la reflexión, es decir, el espíritu que está a su servicio, alcanza una parte del objeto, la contempla directamente. Por eso no siempre lo recordamos todo, ni aun aquello mismo que ordena la voluntad: muchas veces buscamos lo que no encontramos y que poco tiempo después se ofrece espontáneamente, aun durante el descanso, como pasa con algunos que, después de investigar muy largamente con empeño ahincado y con el seso avivado y despierto la resolución de una dificultad o el nombre de alguna cosa, dan con ella durante el sueño.

Hay cosas que recibe aquella primera inteligencia simple, que se refiere a las cosas que ocurren en el exterior, mediante el sentido del oído o de la vista, las cuales, sin que en ellas ponga la advertencia debida, entrégalas a la memoria. La atención, como desperezándose, pone en ellas su vista y las entiende inmediatamente, a veces tras un intervalo largo, lo mismo que cuando a uno se le despierta de un sueño o vuelve en sí después de un estado de enajenación mental. Este linaje de hombres son o tardos de ingenio o de espíritu errabundo o muy distraídos en otra cosa, como ocurre también en la audición y en la visión, cuando el sentido común está haciendo algo distinto, según antes se declaró.

CAPITULO III

DE LA INTELIGENCIA COMPUESTA

No hay en el alma imagen alguna de sustancia pura, esto es: despojada de sus accidentes, sino la de estos mismos que la envuelven. Recibida ya aquella primera y sencilla imagen, que ha entrado por las puertas de los sentidos, la fantasía añade a ella otras representaciones y formas de las cualidades y actos que se perciben mediante los sentidos mismos. Luego se allega la razón y compara aquellos elementos entre sí, los clasifica debidamente, que son éstos o aquéllos, que hacen tal cosa o tal otra. Añade a continuación aquello que en las escuelas se llaman *sincategoremas*, que suena: cosignificantes, no cognoscibles por ningún sentido y que son en tanto mayor número y tanto más adecuados cuanto más crece la razón; más en los adultos que en los niños, en los inteligentes que en los zafios y en los doctos que en los imperitos.

La fantasía no une o separa nada mediante cópula; verbigracia: esto es tal o no es tal; hace esto o aquello, de esta manera o de otra, o al revés. Harto lo demuestra el lenguaje de los niños, de las personas rudas y bruscas, que al hablar omiten habitualmente las conjunciones y sin enlace alguno amontonan los nombres de las cosas.

La razón pasa de los accidentes a la sustancia y expresa, no solamente cuál sea la cualidad de una cosa o lo que hace, sino que es o no es; cuando afirma se llama conjunción; cuando niega, separación.

CAPITULO IV

DE LA RAZÓN

Todo cuanto hemos entendido, hemos reflexionado, hemos comparado, está dispuesto para servir a la razón. Es éste un proceso de la comparación de una cosa a otra, de varias a una o a diversas. Por esto mismo llámase *discurso* también y *nueva poda*, porque así como en la vid se podan los sarmientos inútiles, también en la razón se verifica la poda para que nada más que lo útil se conserve limpio y podado, hasta donde este resultado se puede alcanzar.

No nos produzca extrañeza alguna ese título de discurso, pues a veces la razón no tanto procede paso a paso como por pequeños saltos y vuelos, libando en cosas diversas a su antojo. Hay, efectivamente, una razón que anda por sus pasos contados, sin interrumpir ni truncar el ritmo; otra, en cambio, va como saltando y deja espacios intermedios, ya porque ignora la senda recta y verdadera, ya porque no juzga necesario recorrerlos uno por uno.

No puede la fantasía figurarse imagen alguna que no sea de las cosas que adquirió con el concurso de los sentidos, ya sea que exista en la Naturaleza o la forme tomándola de alguna o varias de ellas. Mas la razón pasa tan de vuelo por aquellas imágenes, que no concibe en sí ninguna absolutamente o tan ligeramente, que parece que no es ninguna. Nada toma de los accidentes particulares; por eso mira a lo lejos y se aparta cuanto puede de lo que vió, porque si en ello se envolviese y enredase, fuera arrebatada como por una avenida torrencial, como acontece en la embriaguez o en el acceso de locura, y lo miraría como a través de una lente pintada y abigarrada.

Por esto se necesita una muy robusta sanidad mental para discurrir como es debido, por las cosas que nos convienen; porque la mente que impresionada y agitada por las cosas que ve no puede detenerse, es semejante a quien va resbalando por un deslizadero. Con todo, para la expedición del discurso no es menos necesario el recurso de la fantasía, ya que no desbocada, pero sí suelta y libre, porque la razón utiliza también fantasmas, aunque sin mezclarse con ellas. Así que el sentido sirve a la imaginación y ésta a la fantasía, la cual a su vez sirve al entendimiento y a la reflexión, y la reflexión al recuerdo, el recuerdo a la comparación y ésta a la razón, en último término. El sentido es una como mirada de la *sombra*, la fantasía, o la imaginación lo es de la *imagen*; la inteligencia, del *cuerpo*; la razón, de la *forma* y de las fuerzas.

Hay un cierto discurso de la razón impuesto por la voluntad, a fin de que busque alguna verdad para la mente o alguna cosa buena para la voluntad misma. Hay otro discurso no obligado, sino ultróneo, procedente de su propia espontaneidad e iniciativa, movido por la libre actividad de la mente, que no puede cesar. Esta razón espontánea no acomete su obra guiada por principios ciertos y conocidos, como la primera, porque investiga con negligente descuido lo que en cada cosa haya de verdadero o falso, de malo y de bueno. La noción que el hombre adquiere procede de lo que conocen los sentidos, de los cuales se pasa a lo que conocen el alma y la inteligencia; a saber: de lo singular a lo universal; de lo material a lo espiritual; de los efectos a las

causas; de lo inmediato y patente a lo recóndito.

Para Dios, Autor y Moderador de todo cuanto existe, las causas son más conocidas y con anterioridad que los efectos; lo general que lo particular de las cosas. Nosotros, en cambio, al conocer e inducir, seguimos más bien el camino de la Naturaleza, es decir, de Dios, según cada cual se distingue por su inteligencia, por la práctica de las cosas o por la ciencia. Los que son más torpes siguen la dirección de los sentidos.

Por lo que toca al discurso de la razón, marcha por todos los derroteros de raciocinio: va de la negación a la afirmación; verbigracia: no es esto ni es aquello; luego es estotro. Este proceso discursivo es oblicuo; o pasa de la negación a otra negación; verbigracia: no es esto ni aquello ni aquello otro; luego es algo incierto; uno es falso; otro es verdadero y legítimo, que va de objeto a objeto y también de la negación a la afirmación. Es esto; luego no es aquello.

Se ha dado la razón al hombre para inquirir el bien a efecto de que la voluntad lo abrace. Manifiesto está cuál es el bien del bruto; reside en el cuerpo; el bien del hombre está oculto en la inteligencia. Por esto nos fué necesaria la investigación de la verdad en las tinieblas; los animales no se debaten en las tinieblas; su estimativa sólo conduce al bien y al mal; pero la estimativa nuestra se orienta a la verdad y a la falsedad. Desde ese punto el discurso se bifurca y toman distinta dirección la razón especulativa, cuyo fin es la verdad, y la razón práctica, cuyo fin es el bien; la primera se detiene aquí y no da un paso más; la segunda trasciende a la voluntad. La razón especulativa no es simple, porque o está en las verdades que es posible conseguir por el sentido, la fantasía o por estos medios reunidos, y se llama inferior o se halla en las cosas más altas o más escondidas y recibe el calificativo de superior. En estas dos razones no se distinguen ni se ejercitan los hombres por igual, porque así como los hay que ven mejor por la tarde que al mediodía, los hay asimismo que raciocinan bien acerca de lo verdadero, pero no acerca de lo que debe hacerse; y otros, al contrario, porque la manera de obrar se aprende por la experiencia y la de saber con la fuerza y agudeza del entendimiento. Los hay también quienes sobresalen en artes manuales, según que el impulso de su carácter los inclinó a uno u otro lado por sugestión de la Naturaleza.

El rasgo definitivo de quienes se emplean en el bien es la prudencia; el de aquellos que se ejercitan en las cosas útiles de esa vida exterior es el arte, en opinión de Aristóteles; pero como el experto actúa con más seguridad que el sabio, no basta la ciencia para tener prudencia o arte; hace falta también la experiencia, incluídas en ella la memoria y el recuerdo. Por este motivo, los inexpertos no son buenos artistas ni asaz prudentes, como ocurre a los bisoños y a los que no ocupan sus manos en el trabajo que aprendieron a ejecutar. El acumen de la mente se agudiza y se afila más con el saber, como la fuerza muscular se acrecienta con el ejercicio. La meta de la razón contemplativa es la verdad, y la de la razón práctica es el bien. Esta razón segunda forma juicio de la comparación de lo verdadero y lo bueno; de la facultad de comparar lo bueno con lo malo carecen las bestias, porque se

abalanzan impetuosamente hacia el primer bien que se les presenta, al paso que nuestro juicio se detiene, vacila, se para, se revoca. Pero no por ello se ha de dudar que los irracionales han recibido de Dios ciertas inclinaciones y normas para su bien, como el hombre para el bien y la verdad; porque no es de creer que tan gran artífice haya creado de mejor condición a quien es inferior que al que no tiene cosa alguna que le sea superior bajo el cielo.

Pero el pecado anocheció nuestra mente con grandes y espesas tinieblas y quedaron maleadas aquellas normas instintivas de rectitud. De la ignorancia nacen muchos errores cuando establecemos juicios desde aquellas generalidades a las especies y a las cosas particulares; quedan, con todo, en nosotros algunas reliquias de aquel bien tan grande que atestigua elocuentemente de cuánto valor era lo que perdimos. La mayor parte de los teólogos llama a esto *sindéresis*, con voz griega, que en romance suena conservación; para San Jerónimo, es la conciencia; para San Basilio, un judicatorio natural, y San Juan Damasceno llámala la lumbre de nuestra mente. Los filósofos han entrevisto de lejos esta idea y la consideran como unas anticipaciones y naturales informaciones que no hemos aprendido de los maestros ni de la experiencia, sino que las sacamos y realizamos de la Naturaleza, aun cuando algunos, según la relativa potencia de cada entendimiento, más y más seguras reglas de éstas que otros; reglas que además se cultivan y perfeccionan con la práctica, los experimentos, el estudio y la meditación.

Esta a manera de luz intelectual o criterio, unas veces directa y otras oblicuamente, nos lleva siempre hacia lo bueno y lo verdadero y nos mueve a la aprobación de las virtudes o a la censura de los vicios. De ahí manan luego las leyes y preceptos morales, así como el interior de cada uno, la conciencia que reprende y condena sus propios vicios, si ya no fuere que está absolutamente desprovisto de todo sentido humano y haya degenerado a la condición de bruto.

Con todo esto que dijimos queda solucionada la dificultad por Platón, tocada en su *Menón*, el cual, para demostrar que los entendimientos no fueron creados en bruto, por decirlo así, sino adornados del conocimiento de las ciencias y artes más elevadas, aduce el argumento siguiente. Dice: *De no ser así, no asentiríamos a los primeros y más evidentes axiomas antes que a sus contrarios, ni como tales los conoceríamos en el acto mismo que se nos proponen; del mismo modo que uno no conocería a un esclavo propio fugitivo, al hallarle, si nunca le hubiera visto antes de huir*. Pero diga Platón lo que quiera, lo cierto es que nuestra inteligencia no posee condición alguna antes de unirse al cuerpo; pero yo no niego que al ser creada recibió propensiones más pronunciadas hacia lo verdadero que hacia lo falso, y como resultado de estas inclinaciones y congruencias, obtuvo también ciertos cánones o fórmulas, que no me avengo a llamar semillas de todas las disciplinas. Así como en la tierra misma existen gérmenes de todos los vegetales que de ella sacan luego todo su crecimiento, aunque se fomentan y se aplican luego a nuestras necesidades, por el cuidado y diligencia del hombre, también en la mente de cada uno están sembrados y latentes principios que son

origen de las artes, de la sabiduría y de toda ciencia. Ello hace que nacemos idóneos para todo y no hay arte ni disciplina de la cual nuestra mente no pueda demostrar algún asomo, aunque tosco e imperfecto. Este rudimentario indicio es susceptible más tarde de perfeccionamiento por el ejercicio y el estudio, como acontece en las plantas que se crían mejor que otras cuando a ellas aplica su industriosa y cariñosa mano el diligente agricultor.

Hablo ahora del conocimiento de las cosas que se ofrecen en la Naturaleza con continuidad, pues aquellas otras que fueron excogitadas por el entendimiento humano no pueden aprenderse sin maestro y sin su enseñanza, como acontece con cualquier lengua, latina, griega o española. Por eso no se equivocan en la satisfacción de sus necesidades los animales al seguir aquella naturaleza primitiva, íntegra e incorrupta; pero el hombre que anda en pos de sus conjeturas se descamina por las sendas que se traza él mismo, luego de haberse salido del camino real. Así es que obran del mismo modo todos los brutos de una misma especie, porque siguen unas mismas reglas y avisos de la Naturaleza. El hombre, vario como es en sus juicios, obra de una manera distinta y aun contraria en diversos momentos.

Aquí preséntase espontáneamente esta cuestión: ¿Tienen los animales inteligencia? ¿Discurren los brutos y coligen lo conocido de lo desconocido? En esa cuestión atormentáronse largamente los antiguos, no tanto por la conclusión como en los razonamientos, pues en la conclusión final, a saber, que carecen de razón los animales, la unanimidad es casi absoluta. Plutarco escribió una obrecilla, a la cual puso por título: *De cómo los mudos animales tienen uso de razón*, en estilo más declamatorio que filosófico, pues no se apoya en argumento alguno sólido y digno de la severa escuela de la filosofía, sino solamente en un error popular, y antes discurre acerca de la bondad y maldad de las costumbres que sobre la razón. En su *Dialéctica*, afirma Lorenzo Valla que los animales están dotados de razón. En esa obra, con el ciego prurito de contradecir y sutilizar, cae en muchas boberías y absurdos. Otros dijeron que eran racionales por ignorancia de lo que es la razón y cuáles son las cualidades que la adornan. Aclarémoslo de una vez.

Si el discurso es la transición de una cosa a otra, no cabe dudar que los animales discurren; pero si consiste en pasar por comparación de lo menos conocido a lo más conocido, como dependiendo lo uno de lo otro o siguiéndose de ello, es evidente que no discurren. No pasan de lo conocido a lo desconocido aquellos seres cuyos juicios se concretan a lo particular, sin descender de las cosas generales a las especiales y de éstas a las particulares, ni suben de nuevo de éstas a aquéllas para, de esta manera, alcanzar la verdad. Pero ni tampoco conocen las cosas ausentes para de ellas colegir otras ausentes también o las cosas presentes, ni viceversa. No hacen depender unas cosas de otras u originarse por el trásito recíproco, sino que permanecen estacionados en aquellas presentes y particulares que conocen, aprobándolas o desechándolas. Pues bien: el discurso no es un estado, sino una progresión. Por eso nuestro juicio, al combinar entre sí las comparaciones por el camino de la razón, no asiente, sino que se queda colgado de la incertidumbre.

Por ilustrar esta doctrina con un ejemplo, los animales no principian en *A* y de ahí pasan a *B* a fin de conocer *C*, ni tampoco proceden de *A* a *B* para volver de *B* a *A*, como conexas y dependientes entre sí, sino que, porque *A* no les agrada, buscan otra cosa y van a parar en *B*, como cuando un sabueso o ventor cuando busca a su amo o sigue un rastro de caza, olfatea y mira a un hombre; si el olor o el aspecto de éste le recuerda el de su dueño, allí se detiene, aun cuando no lo sea; pero si no, deja la huella y sigue otra y luego una nueva, sin guiarse por relación alguna con la primera, hasta que da con la que busca.

Allégase a esto que el animal sigue lo que conoce simplemente por el sentido, lo que enlaza y combina con la fantasía o lo que le estimula su facultad estimativa, que es un afilado y tácito aguijón de la Naturaleza. Mas el hombre compone y clasifica, pasa de unas a otras cosas, comparándolas entre sí, y de ellas saca y produce algo. De la forma misma del animal y de todo su organismo es fácil inferir que su alma está privada de razón. Mucho es lo que enseña al hombre la sola mirada llevada alrededor y por todas partes con alguna atención, al paso que los ojos del animal van siempre derribados y arrastrados por la tierra. Eso sin contar con que sus cuerpos son incapaces para ejercer arte ninguna, siendo así que Dios les dotó de órganos a propósito para realizar los actos correspondientes a las facultades que les concediera: tal es el don de aquel Artífice sapientísimo.

Pero ni de razón necesitan los animales, que a ellos resultaría superflua, pues por virtud del impulso mismo de su naturaleza se dirigen, sin más, hacia el bien que les es propio. En vez de una inteligencia racional, se les ha infundido cierta innata solercia e industria para defenderse y conservarse. Ello es más que suficiente para que algunos, en un exceso de admiración por tal facultad, la hayan ennoblecido y decorado con el nombre de razón, como es de ver en la abeja, que construye sus panales y elabora su miel; en la hormiga, que previene su sustento; en la araña, que teje su red; en el podenco, que descubre la caza; en el caballo, en el mono, el elefante, en muchos de cuyos actos se nos antoja ver algún destello de inteligencia humana. Si hay quien a esto le llama razón, porque en hecho de verdad es cosa grande y maravillosa, ¿qué impedimento hay para afirmar que de la razón provienen cosas tan admirables, formadas por la Naturaleza? Proceden ciertamente de la razón, no del objeto natural, sino de la Naturaleza misma, esto es: de Dios, su Hacedor soberano. Cosa ninguna grande puede hacerse sin la razón, siempre que este nombre se aplique a la sabiduría divina. De tal modo podrán creerse dotadas de razón hasta las hierbas y todos los vegetales, la mayor parte de las piedras, muchas clases de aguas y otros seres cuyas admirables acciones presenciamos.

Demás de esto, es muy poderoso argumento de que las bestias carecen de toda clase de religión y de que son irracionales y de que son mortales sus almas, pues el fruto y la fuente de la piedad no están puestos en esta vida perecedera; luego están en la otra que seguirá a esta vida presente. Nuestra razón, esa dádiva tan rica y tan excelente, no se nos concedió para cosas tan viles y momentáneas como son esas en

que se ocupa la vida humana (¿y cuánto más viles son aquellas en que se emplea la vida de los brutos?), sino para que conozcamos, honremos y amemos a Dios, finalidad y destino los más altos y más dignos de la razón y a la vez la más soberana y descollada de todas las facultades.

Y en esto consiste la religión de que están privados los brutos en absoluto; como, por el contrario, no hay hombre que esté en absoluto horro y carente de alguna. Y de igual modo que a la piedra no se le asignó la vida del árbol porque a ella le basta ya su naturaleza ruda e inerte, clavada siempre en un mismo sitio, y tampoco a los árboles se les destinó sentido o fantasía, que ninguna falta les hacen para vivir así, no se ha concedido razón al bruto porque ya tiene bastante con la facultad estimativa, unida a la imaginación, para su vida y su esencia.

Demás de esto, su afasia o carencia del don de hablar demuestra su ausencia de razón; si interiormente tuvieran la razón por guía, ¿qué les faltaría para hablar? Y no ciertamente porque la palabra sea la diferencia esencial entre el hombre y el bruto, como quisieron algunos que no meditaron bastante en qué consiste la esencia de uno y otro, sino que aquélla nace, como el arroyo de la fuente, de la otra, a saber: de la razón. Cierto que entre los animales se distinguen también unos de otros en habilidad, agudeza, prudencia; mas estas cualidades no son genuinas, sino únicamente semejantes a las nuestras. Igualmente se ha comprobado que ciertas plantas realizan actos por los cuales pudiera creerse que están dotadas de sensibilidad; como también alguna clase de piedras. Sin embargo, con este mimetismo no hacen más que expresar un vago simulacro de vida, pues sabido es que ni los vegetales tienen sentido de ningún género ni vida las piedras, sobre todo las cortadas y labradas; son sombras, no son cuerpos. Así como todos los hombres hemos recibido la facultad de la razón y, ello no embargante, hay entre nosotros grandes diferencias con respecto a ella, así todos los animales han aprendido de la Naturaleza, aunque sin la razón, por más que unos aprendieron esa doctrina más pura o más extensa, aun cuando son irracionales todos ellos.

Así lo estatuyó aquel Todopoderoso Autor de todas las cosas para que por una escalonada serie de peldaños, desde lo más bajo a lo más alto, según ya expusimos en la *Filosofía primera*. Pero se debe entender que en ellos no interviene la obra de la razón, como ya notó San Gregorio Niseno, porque los actos de los irracionales se verifican por especies, sin variar con multitud de matices desemejantes, sino en más o en menos, hasta el punto de que si algún animal obra un poco diferente de los restantes de la misma familia, se le clasifica de seguida en otra especie.

Allégase a esto que el hombre se eleva mediante la razón sobre los sentidos y la fantasía, que se afirma aun dentro de las tinieblas, como aquel que se halla encerrado en una habitación, y aunque nada perciba con sus sentidos, sino lo que está en ella, comprende que existen fuera muchas cosas. El bruto se produce no de otra manera que el niño, el cual, cuando mira a través de un cristal azul o rojo, por ignorancia de cómo sea aquello, imagina que en realidad todo es de aquel mismo color que ve.

Pero pasemos ya a otras cuestiones, pues ésta presente parece ya estar explicada suficientemente.

Grande es la variedad de discursos conforme son igualmente varios los caracteres de los hombres, en parte por su misma constitución física, en parte también por la formación recibida, por sus hábitos y otras causas de las cuales vamos a tratar más adelante. Para decirlo en resumen, hay el discurso *agudo*, acerca de alguna materia, que penetra en sus intimidades; y hay el *sagaz*, que parte de livianas y diseminadas conjeturas, y, a pesar de ello, llega hasta donde se propone; hay el *extenso*, que abarca muchas cosas, pues algunos están dotados de tal amplitud de entendimiento, que de una sola mirada ven cuanto hay en su derredor, congruente con el asunto. Esos tales gozan de una fantasía expeditísima, de un rebosante tesoro reunido por la memoria de reflexión fácil, de fresco y entero recuerdo, mientras que una fantasía lenta o una memoria sellada o un recuerdo flaco engendra un discurso tardo e infeliz, como en los niños, en los enfermos o en quien está agitado por alguna pasión o abrumado de vejez demasiada.

Hay en la inteligencia como una primera mirada de las cosas que vemos u oímos; esta primera mirada es simplicísima. Y hay otra mirada por la cual, a distancia, barruntamos el lugar a que cada una de las cosas corresponde. Y es esta segunda mirada la que por discurso de la razón se orienta hacia lo desconocido por costumbre en lo conocido; tiénenla los perros, los caballos, los elefantes cuando consiguen la percepción de algo por la práctica suya o por amaestramiento nuestro.

El fin del discurso es el hallazgo, la conclusión y recogida del objeto. Cuando no alcanzamos lo que perseguimos es por la misma razón por la que el perro pierde la pieza que persigue, o porque el discurso es indolente de suyo, o porque el objetivo está situado lejos, de manera que no tiene arrestos bastantes para llegar hasta él, o por flaqueza de decisión, como cuando no anda ganoso de atender o lleva sus pies por parajes improcedentes. Así ocurre a los que no conocen la vereda que deben seguir, ya por deficiencia y pocas luces de su ingenio, ya por alguna perturbación temporal, como pasa en una pasión excitada, o cuando en tropel se agolpan diversos pensamientos que unos a otros se producen embarazo, o porque pasa a volapié, como se dice, por encima de cualquier objeto. Ello es de ver en las personas dotadas de demasiada vista o en las que tienen una fantasía excesivamente rápida. Estas, en hecho de verdad, pasan más allá del sitio donde está el objeto y dejando a la espalda la que conviene, se fijan en cosas ociosas e innecesarias de todo punto: necedades, absurdos, demencias, en una palabra, en objetos los más disconvenientes de los que hace al caso.

Así, pues, conviene después del discurso de la fantasía de la averiguación, detenerse en la memoria, a fin de que el entendimiento se posesione con firmeza de aquello que persiguió para que no le lleve en volandas a otra parte aquel arrebato velocísimo.

CAPITULO V

DEL JUICIO

El juicio es una censura, es decir, la aprobación y desaprobación de la razón, o sea el discurso y sus conclusiones, que está en la mente co-

mo una cierta o norma o como el fiel de la balanza. Así es que mientras la razón actúa, el juicio descansa; y tan pronto como ha cumplido con su deber, la censura surge y juzga primeramente acerca de la concesión, y luego juzga del discurso, y si aprueba éste, no puede ya rechazar la conclusión. Mas si ésta parece absurda y en contradicción con la sentencia anteriormente recibida y afirmada, el juicio queda en suspenso y sospecha su propia falsedad; pero si no tiene el menor recelo de engaño, pasa a otro parecer distinto al empuje de la argumentación. Y ésta es la mayor fuerza, por no decir la única, en el caso de presentarse como verosímil, que se puede imponer al entendimiento, inexpugnable e inaccesible a cualesquiera otras imposiciones.

Cuando estima que el discurso no está bien y que no anda por el camino que debe, el juicio se detiene y se reserva y no se inclina a un lado ni a otro; caso que a menudo ocurre al sabio por la gran variedad y las dificultades que se ofrecen con toda probabilidad, que por lo común más se presentan al pensamiento del hombre docto y sesudo que del aldeano zafio. No anduvieron desacertados los autores de aquella máxima, a saber: que el juez necio precipita la sentencia, porque son pocas las circunstancias a que atiende. Así como la razón emplea fórmulas dialécticas que se refieren a la probabilidad, el juicio se sirve de las que se refieren a la argumentación. Engáñase en ellas con frecuencia por la cerrazón de nuestro entendimiento, porque pensando que hace bien un raciocinio, a la postre se percata que lo hizo mal. Por eso, los ingenios poco cultivados y de arrebatado temperamento definen y resuelven con temeridad desbocada. También no pocas veces, después de un discurso recto y acabado, se interfiere una especie de niebla a la conclusión y juicio de un objeto que engendra alucinación y hace que se tome una cosa por otra. A esto están especialmente dispuestos los biliosos, aun cuando tengan ciencia y experiencia, tanto más cuando se hallan bajo una impresión de miedo, de ira o de vergüenza; esos tales discurren mejor por escrito que de palabra. Los hay que a solas, consigo mismos, raciocinan harto discretamente, pero al mismo tiempo son blandos y movedizos para dejarse arrastrar de otros, bien por afecto, bien porque tienen de sí sobrada desconfianza.

Es recto y sano aquel juicio que examina con calma y con tiento de qué se origina una cosa, qué es propio de cada una de ellas, qué ajeno y contrario, qué congruente y adecuado. No hay cualidad mejor que ésta para la docencia y para las artes todas y, en último término, para la vida entera. No más que por ella se diferencian los entendimientos más altos y esclarecidos de los más bajos o mediocres; no por la práctica, no por el conocimiento de muchas y variadas cosas, no por la agudeza ni la erudición ni aun la ciencia de las doctrinas y artes.

La verdad es una cosa congruente con el entendimiento, como el bien con la voluntad. La mentira, empero, le extraña y, hostil como el mal, s enemiga de la voluntad. También para los sentidos hay cosas congruentes y cosas que no lo son. Si estima el juicio que su conclusión es verdadera, adhiérese a ella y se abraza con ella como congruentes que son ambos a dos. Esta simpatía llámase asentimiento, opinión, apreciación. Si estima que es falsa, la

rechaza; y ésta es la discrepancia y disentimiento. Si es firme y sólido el asentimiento, llámase fe, como Cicerón concluye en sus particiones, diciendo que es una opinión firme. Hay otro débil, que es la sospecha, cuando algo es mental y no se inclina al mal ni al bien, ocupando un lugar intermedio entre el asenso y el disenso. Hay la duda, la ambigüedad, la credulidad y la incredulidad, que más que un acto significan un hábito de la mente. Son crédulos los que desean, los sencillos, los optimistas. Son incrédulos aquellos que no alcanzan las razones y las causas de alguna cosa; los que disponen de razones contrarias, que les sujetan de varias maneras, los que no quieren, los que sienten inmoderadas desazones cuando experimentan que la realidad no corresponde a sus previsiones o deseos.

Caracteres hay que de suyo son torcidos y malévolos; inclinados a una incredulidad total, que rehuyen sistemáticamente toda conformidad con otros y nada quieren creer sino lo que ellos inventaron o propusieron.

Es la suspicacia un hábito del alma que se inclina siempre a la parte peor: tales son los envidiosos, los avaros, los ambiciosos, los maliciosos, los malévolos, los escarmentados por copiosas desgracias, perjuicios y engaños, como los viejos y los que intervinieron en negocios fraudulentos o tenido tratos con tahures y bellacos. Engéndrase la sospecha cuando nos creemos en posesión de conjeturas baladíes y sin solidez ni asidero para determinarnos, como también al contrario, cuando no existe conjetura alguna o son tales que juzgamos tienen más validez que las contrarias. El asentimiento se produce más fácilmente con la seguridad que con la preocupación y el ansia, pues más pronto te apoderarás de quien nada teme y que por lo mismo no se precave de nada. Por eso, damos más fácil crédito a una hablilla referida con sencillez desafeitada que a una argumentación dispuesta previamente para controversia en un certamen. Por esta razón misma, para inspirar confianza al vulgo necio, más vale la retórica que la dialéctica, conforme hemos demostrado en otro lugar.

CAPITULO VI

DEL INGENIO

Al vigor y fuerza de nuestro entendimiento plugo llamársele ingenio porque tiene su expresión y manifestación por ministerio de sus instrumentos. La inteligencia está en ese cuerpo, como quien, encerrado en una habitación, no tiene otra ventana para mirar afuera que una abertura de cristal ni puede ver sino lo que el cristal permite; si está limpio y transparente, verá con mayor claridad, y si estuviere sobado y polvoriento verá de manera más borrosa. Está de la misma manera que el sabio en la casa del necio, llevado como en angarillas por los sentidos y semejante al que está recluso en una habitación y no ignora que hay un cristal que le estorba ver los objetos con la debida claridad y lucidez. Así está nuestro espíritu en nuestro cuerpo, y aun cuando va conducido por los sentidos, corrige los sentidos a su vez.

San Jerónimo, en su invectiva contra Joviniano, emplea para explicar la relación de nuestra inteligencia con los sentidos el símil del jinete que va sentado en su caballo: a ninguna parte va el jinete sin que el caballo le conduzca, pero él, a su

vez, gobierna el caballo. La diferencia entre el hombre y el bruto que le lleva es que aquél remedia la imbecilidad de los sentidos; sus frecuentes errores y engaños mediante la razón, mientras que el segundo, que de razón carece, no entiende pizca de tal corrección. Tanta es la separación que existe entre la mente y la materia, que se remonta por encima de ésta y por encima de todo cuanto pertenece a ella y a la imaginación, si bien nada puede hacer mientras se trate de cosas concretas y corporales sin el instrumento material, según antes dijimos. Ello hace que muy a menudo se retarden sus actos, siempre que el instrumento se muestra poco dócil con aquella facultad. Gustaría la inteligencia de ocuparse en pensamientos sabrosos, escogidos y elevados; pero con harta frecuencia se lo impiden sus órganos, que la apean muy a pesar suyo de aquellas serenas excelsitudes a cosas de juego, a boberías, a puerilidades para las cuales se muestran más dóciles y manejables aquellos instrumentos.

Los órganos de esta función son ciertas emanaciones finísimas y en extremo luminosas del cerebro que hacia él exhala la sangre del corazón. Estos constituyen los órganos interiores de todos los conocimientos, y cuando se evaporan con frialdad cerca del corazón por una sangre también fría, resultan débiles y lánguidos los actos de la mente. Esto hace a los hombres obtusos y torpes, como da a entender Virgilio, cuando dice en las *Geórgicas: Si no puedo allegarme a estos misterios de la Naturaleza, y en derredor del corazón, la sangre me cuaja...*

Al revés: si aquellas exhalaciones son cálidas, también los actos resultan prontos y vigorosos.

Esto hace que el estado y disposición del corazón influyan no poco en el pensamiento y en la inteligencia. De ahí que los hombres se llamen «cuerdos» (*cordati*), o al contrario, «no cuerdos» (*excordes, vecordes*). Al célebre Publio Nasica, que era sumamente sabio, se le puso el mote de *Corculus* (Corazoncito). A veces, por esta misma causa, se toma el corazón por la inteligencia misma, como en las Sagradas Letras: *Del corazón suben y salen los pensamientos*. Y a Dios, con una denominación especial, se le llama *Escudriñador de corazones*. En ese órgano reside la fuente y origen de todas las acciones del alma.

Mas la oficina central está situada en la cabeza. La mente no entenderá, la mente no experimentará ira, miedo, tristeza o vergüenza antes que lleguen al cerebro aquellos efluvios procedentes del corazón. La prueba es que por más que hierva la sangre en torno del corazón no ocasiona ninguna perturbación del alma, como en los varones animosos y equilibrados, en cuyo pecho la sangre bulle y, con todo, no dan indicio alguno de cólera, porque su cerebro no está recalentado. La sangre y los efluvios siguen la fuerza y la índole de las cuatro cualidades principales, según aquella que en la combinación prepondere: la pituita engendra humores espesos y provoca lentitudes en las operaciones de la inteligencia; la bilis amarilla produce reacciones rapidísimas, subitáneas; la sangre las ocasiona moderadas. En los insanos y furiosos, todos los líquidos se enardecen; en los estúpidos se enfrían y condensan; por eso unos y otros son físicamente recios y robustos; los furiosos son prontos para obrar a causa del hervor que prevalece en la sangre; los apocados se muestran dispuestos a sufrir por causa del

frío, que es propio de la incansable paciencia.

Equilibrados debidamente el calor y las humedades, contribuyen a formar un ingenio agudo y sano. La bilis negra enfrena para que pongan atención en lo que hacen los pensamientos que exacerba la bilis amarilla y que andan vagando sin orden ni concierto, sin perjuicio de que esa misma bilis, o sea la materia densa cuando se inflama, asuma más fuego y más calor; así es que no anda mariposeando por la superficie de las cosas, como la llama sobre la estopa o la paja, sino que penetra hasta lo íntimo y profundo de ellas. La melancolía se encandece con la agitación de los pensamientos o de los afectos cálidos. Por ello conviene que esté mezclada con otros humores, principalmente con la bilis amarilla que sirve como de freno para evitar que aquélla, inquieta y antojadiza de suyo, se precipite a donde no debe, pues si se deja sola a la bilis negra por la desecación de todas las humedades, invade el cerebro amotinadamente, condensa y oscurece los espíritus de donde proceden los furiosos y los maníacos. Luego el cuerpo se desjuga, se rechupa y se debilita, como pasa también en todo pensamiento arrebatado y esfuerzo mental, a causa de que con aquella acción del cerebro y de los efluvios, por obra admirable de la Naturaleza, sube el calor desde el estómago y órganos vitales a la cabeza, como si se enviase a aquella parte a traer socorro y refuerzo donde se trabaja más intensivamente. Esta causa reconoce la crudeza y abundancia de los humores nocivos, la debilidad de los nervios y, en último término, la decadencia y destemplanza de todo el cuerpo.

Pero si la bilis negra anda mezclada con los efluvios sutiles y claros, engendra habilidad de razón, de juicio, de prudencia y de sabiduría. Tales ingenios profundizan, construyen y descubren muchas cosas con gran lucidez. A esto alude el dicho de Platón, tomado de Demócrito Abderita: *No hay ingenio sobresaliente sin manía*, esto es, el grano de locura que es efecto de la bilis negra. Parécese al furor que engendra el vino, que produce sus resultados según el cuerpo que lo tragó, como ya quedó explicado detalladamente por Aristóteles en sus problemas.

Son, pues, todos ellos instrumentos de la inteligencia y no de otra manera que en el momento que el artífice dispone y prepara sus instrumentos no puede ocuparse en la obra que quiere hacer, así también la facultad racional, ocupada al principio totalmente durante la infancia en sus líquidos y efluvios, no puede aplicarlos a sus funciones porque hay tanta mezcla y confusión de cosas en aquella adaptación, que hasta la razón misma se confunde y se ve abrumada para realizar su cometido, como si se hubiera perturbado alguno de sus centros. Además, aquel movimiento y agitación de la materia no deja que en la fantasía se graben las imágenes de los objetos. Y así como en la infancia la razón no emplea sus órganos, porque todavía no tienen aptitud, eso mismo sucede en la edad decrépita, porque ya la perdieron, gastados y estragados por el demasiado uso.

De estas humedades y efluvios no sólo es tanta la variedad y diversidad como hay de ingenios, sino también tanta oposición como la que existe en el semblante humano. De esto ya insinué algo en mi *Arte de enseñar*.

Unos tienen reciedumbre de ingenio, capaz de aguantar el trabajo e insistir en él como los melancólicos y los flemáticos, a lo cual también contribuyen condiciones análogas de lugar y de tiempo, verbigracia: cuando la frialdad no ha debilitado por completo la fuerza del calor ni la oscuridad amenguado la luz. Por eso los tales son a propósito para las artes mecánicas en que es menester hacer prueba de paciencia y no desesperarse porque se frustre la labor, lanzándola con enfado lejos de sí. Otros tienen pocas y débiles fuerzas y no pueden perseverar en la obra largo tiempo, como los biliosos y calientes de sangre, los que moran en países cálidos y algunos durante el verano. Descuellan éstos por el empuje, no por la tenacidad. Otros rehusan poner atención en el trabajo, a causa de su cuerpo pesado y grueso, y otros por falta de costumbre o de ejercicio. Algunos no toleran imposición alguna ni son capaces de hacer nada por mandato ajeno, sino que, libres de suyo y sujetos sólo a la inclinación de su espíritu, emprenden fácilmente por sí mismos grandes obras, pero no se avienen a los más ligeros si son mandados o impuestos. Algunos corren muy de prisa, pero no largo espacio, alternando en la carrera el ritmo inicial del avance, siendo muy diferentes de lo que eran al principio. Algunos, puesto que se apresuran poco a poco, llegan lejos. Muchos tienen necesidad de reposo frecuente y de tomar nuevos alientos. Los hay que se cansan y sienten como una oscuridad que se extiende por el entendimiento y les quita su vigor; esos tales conviene que empiecen siempre con el ánimo fresco. Así son los vergonzosos, los timoratos, los iracundos; asimismo cualquier pasión movida del alma ofusca el ingenio como una niebla. Algunas hay que de nada se turban ni se espantan de una ejemplar constancia para consigo mismos; a su mente viene al punto cuanto es preciso, tanto para interpretar como para responder; parecen todo tenerlo a mano y de ellos puede decirse lo que Augusto acostumbraba decir de Vinicio: *Tienen el ingenio al contado.* (*Ingenium habent in numerato.*)

Algunos son muy perspicaces para una cosa, y en presencia de muchas, quedan como trabados y agobiados; otros van a su objeto por el camino más corto y lo examinan con gran agudeza y valentía y sutilidad; pero no miran lo que tienen a su alrededor, a la izquierda o a la derecha. Estos, aun cuando tienen despejo, carecen de prudencia y de juicio.

Determinados ingenios cambian para mejorar como los coléricos cuando se calman; otros, para empeorar, como los flemáticos, en quienes se extingue el calor por la preponderancia de su humedad fría; por esto es que se embrutecen los que en el primer período de su vida parecían de mucha cordura; cámbiase también durante el curso de su temperamento, e igualmente por las circunstancias de localidad, régigen alimenticio, de ocupación o por ociosidad. Hay quien sufre frecuentes cambios como los ingenios inconstantes; otros los experimentan poco a poco y a largos intervalos, en el tránsito de una edad a otra, en la juventud, en la vejez, tras una enfermedad grave. Aquellos que tienen efluvios tenues en extremo les conviene engrosar mudando de sitio o de régimen, por lo cual ya dijimos que a los biliosos y sanguíneos les era útil la melancolía. Lo que verdaderamente asombra es que haya ingenios adecuados para todo

y que además lo sean para una sola cosa, como el personaje horaciano harto conocido en Argos, que tenía la manía de que estaba escuchando maravillosos versos trágicos; espectador complacido, aplaudía en medio de un teatro vacío y un escenario desierto; en todo lo demás, era cumplidor puntualísimo de todos sus deberes.

Por lo que toca a la materia, también es grande la variedad. Aquellos cuyo ingenio penetra hasta lo profundo de las cosas, tienen gran valor para los asuntos de mucha gravedad e importancia. Aquellos otros que se mueven mariposeando por la superficie, son gentes sutiles, decidoras y sofistas sin solidez alguna; fíjanse en ciertas minucias que no eran precisas para nada y para las cuales tienen los otros razonable desdén; tienen el filo del escalpelo, no el tajo de la espada; cortan un cabello al aire, como se dice, pero si dan en un cuerpo duro se embotan y se mellan. Unos se distinguen por sus estudios; otros, por su prudencia en la conducción de los negocios; quiénes, en las artes manuales. Entre los primeros, unos son poetas de suyo; otros, muy dispuestos para aprender idiomas, si bien refractarios y poco felices para las disciplinas restantes. Verás a algunos nacidos y hechos para hablar; te cautivará la desafeitada elegancia de su palabra; exprésanse muy artísticamente sin emplear artificios. Para los unos están indicadas las matemáticas; para los otros, la medicina; para los terceros, el derecho civil, y para algunos, en fin, la investigación de lo desconocido. *Tal es la distribución de las dádivas de Dios; nadie puede gloriarse de haberlos recibido todos, ni nadie quejarse de no haber recibido ninguno.*

CAPITULO VII

DEL LENGUAJE

Gráficamente, Demócrito llamó al lenguaje *el arroyo de la oración.* Para los griegos, la misma voz *logos* suena lenguaje y razón. Yo quiero que con ese nombre se entienda no solamente aquello que tiene expresión verbal, sino también aquello que la tiene escrita, porque el lenguaje fluye como de una fuente de la inteligencia entera; las palabras simples, de la inteligencia simple; las palabras compuestas, de la fantasía; las adecuadas y coherentes, de la razón que une y que discrimina, y el lenguaje total, de la razón que discurre y del juicio que acomoda las cláusulas. Por eso es de advertir que aquellos en quienes la razón cuenta poco, como en los niños y en los fatuos, expresan todas sus ideas con palabras simples e inconexas; vicio éste igualmente observado en los idiomas rudimentarios.

Aun cuando las palabras provengan del alma, no está allí la compostura que en las palabras se manifiesta. Muchas cosas simples exprésanse con compostura y aliño, y otras que se hallaban vertidas afuera con sencillez, no las recibe así el alma, sino que añade a ellas algo que la fantasía agrupa con rapidez y tiñe de sus propios colores.

A muchos les faltan palabras. Necesitan de largos rodeos los que son torpes, los que tienen la fantasía cohibida, el recuerdo moroso y débil; todos estos manifiestan penosamente lo que sienten. Aquellos que poseen razón y juicio prontos, pero sin eficacia, éstos acaso serán parleros, pero elocuentes no lo serán jamás. Entiendo por elocuencia la expresión cabal de cuanto concibió

la mente por medio de palabras adecuadas. Ello estriba en el perfecto conocimiento de la lengua que sea, en la conexión congruente del lenguaje y en los raciocinios empleados, lo cual supone no sólo un conocimiento muy agudo a la vez que cauto y sólido. Salustio definió bien a Lucio Catilina: *Hombre de bastante elocuencia, pero de poco seso.*

Verás a muchos que tienen facundia para narrar, y en la argumentación son perfectamente bisoños; y al revés. La ponderación de lo que se ha de decir y la consideración de las circunstancias de lugar, tiempo, personas y otras análogas revelan a menudo el gran ingenio de quienes son de palabra tarda y premiosa, mientras que los listos y versátiles, como no tienen pensado nada que decir, son de una arrolladora verbosidad, sueltan lo que les viene a la boca sin que la razón oponga dique alguno a la desbocada licencia de su pensamiento.

También a veces la penetración agudísima en la intimidad de las cosas y la amplia complexión de pensamiento, que abarca muchos y graves asuntos, vuelve como infantiles a ingenios excelentes y clarísimos porque no aciertan a hallar palabras adecuadas para expresar tanta multiplicidad de objetos. En cambio, aquellos que han de hablar de las cosas que cada día traen entre manos, hallan palabras y giros fáciles y abundantes para expresarse. El lenguaje ha menester teoría y práctica. No es extraño que personas dotadas de despejo y de muchos y extensos estudios, en determinadas ocasiones parezcan niños que apenas han aprendido o han practicado poco su odioma.

La memoria ayuda muy mucho a la facultad de hablar. Los que la tienen buena, aprenden lenguas con facilidad, hablan con expedición, como quien dispone de un rico almacén que les proporciona benévolamente todo cuanto necesitan. Por eso se ha incluído con razón el conocimiento de las lenguas entre los ejemplos de memoria feliz, como en Cleopatra de Egipto, en Mitrídates del Ponto y en Temístocles de Atenas.

Todos entendemos mejor una lengua que no la hablamos, porque al hablar buscamos para expresarnos medios que a menudo se nos ocultan y no parecen a pesar de nuestras pesquisas, mientras que para entenderla nos basta con que conozcamos lo que se nos presenta, y este trabajo es notablemente más fácil que el primero. Con todo hallarás algunos que aquello mismo que saben decir no lo entienden cuando lo oyen decir. Explícase esta anomalía porque, cuando hablan, buscan y forman tranquilamente los vocablos, mientras que cuando oyen, el lenguaje va más de prisa que su atención y esto pone embrollo en su pensamiento; de esa clase son principalmente aquellos que han aprendido una más por la lectura que de viva voz.

Más grande va a ser tu extrañeza cuando veas que algunos desconocen en la lectura aquello mismo que saben decir y que entienden cuando lo oyen a otros. Consiste eso en que leen con atención débil y en que ésta se aviva y excita cuando hablamos o escuchamos. En pasando a la lectura la atención se amortigua y la inteligencia se adormece.

Hay quienes hablan mejor que no escriben, como decía Cicerón de Galba. Dice que ello acontece a personas que, aunque dotadas de ingenio, tienen escasa instrucción y que, pasado el calor del hablar, sin el auxilio del arte, se sienten incapaces

de escribir. Las personas instruídas, en cambio, tienen habilidad a falta de calor interno. Mas esta habilidad no sirve a su vez de mucho cuando decae el vigor del ingenio, como ocurre a la persona docta en estado de fatiga, de enfermedad o perturbación. Otros, habiendo aprendido la práctica de personas instruídas y no sabiendo suficiente por qué se dice cada cosa, y puestos a escribir, queriendo expresarse con mayor corrección y pulidez, se desvían del sentido recto de las palabras y van a dar en un lenguaje defectuoso e indocto.

Mas, puesto que el lenguaje nace de la razón, es el lenguaje tan natural al hombre como la razón misma; dondequiera esté el manantial, está el arroyo que de él fluye, No existe un lenguaje fijo por naturaleza; todos son artificiales. Por ello hay diversas lenguas, cuyo estudio corresponde a otro lugar.

Todo lenguaje consta o de palabras escritas o de voces pronunciadas; este mismo nombre aplícase también a la escritura. La voz es un sonido como todos, pero más adecuado y peculiar, que el animal emite por su boca para significar alguna cosa. El sonido articulado y distinto es solamente propio del hombre. A imitación suya, también decimos que producen voces los pajaritos y los instrumentos músicos; mas esos sonidos se emiten sin criterio ni inteligencia. Las voces en el hombre son expresiones del alma entera, de la fantasía, de los afectos, de la inteligencia y de la voluntad. En los animales, lo son únicamente de sus instintos, exactamente lo mismo que nos ocurre a nosotros con ciertos vocablos deformados que, por los gramáticos, son llamados interjecciones. Cosa admirable es que una tal diversidad de sonidos de la voz humana pueda abarcarse en tan pocas letras, de las cuales se ha formado tanta variedad y abundancia de palabras, de clases de lenguaje y de idiomas.

CAPITULO VIII

DE LA MANERA DE APRENDER

Doctrina o enseñanza es *la transmisión de aquello que uno conoce a quien no lo conoce*. Disciplina es la *recepción de lo transmitido;* sólo que la mente de quien recibe se llena y la del que transmite no se agota, antes bien, aumenta la erudición, comunicándola, como crece la llama con el movimiento y la agitación. Excítase ingenio y discurre por aquellos objetos a los que el asunto del momento se concreta, acaba por hablar y formar otros, y aquellas cosas que no venían a las mientes de quien estaba inactivo ocurren al que enseña o diserta porque el calor aguza el vigor del ingenio; por esto es que no hay cosa más conducente a atesorar erudición como la enseñanza.

La disciplina es de dos clases: una, la colocación en nuestra alma de cualquiera cualidad, como cuando se transmite un idioma nuevo, según ocurre en los descubrimientos humanos; otra, traspasar el entendimiento de la potestad al acto, como sucede en las ciencias y artes cuya materia es cosa natural, pues, como antes dijimos, las semillas de todas ellas están infundidas por la Naturaleza en nuestras mentes, como las de las plantas están metidas en la tierra, de tal modo, que el que enseña parece no hacer cosa distinta que la del sol que vivifica los gérmenes de las semillas, las cuales, a buen seguro, saldrán por sí mis-

mas, pero no tan felizmente ni tan pronto.

Enseñan los brutos a su súbole a ejecutar con más rapidez lo que desde luego harían ellos por sí, como el ave que enseña a volar a sus polluelos, el gato a cazar los ratones, con el fin de verlos lo más pronto posible semejantes a sí mismos, esto es, perfectos en su especie. Nosotros, en cambio, enseñamos a nuestros semejantes aquello que acaso no harían nunca o lo harían de una manera diferente de como queremos. No otra cosa es en ellos nuestra enseñanza, que avezarles a hacer alguna cosa material, como hablar, correr, mover el cuerpo o alguna de las partes del cuerpo con un gesto determinado. El animal bruto es amaestrado para sus fines por el magisterio de la Naturaleza; nosotros, en cambio, necesitamos del ejercicio propio y de la monición ajena para sacar al exterior lo que llevamos escondido dentro.

La marcha del aprendizaje va desde los sentidos a la imaginación y de la imaginación a la mente, como es la marcha de la vida y de la Naturaleza. Así resulta que el proceso va de lo simple a lo compuesto, de lo particular a lo general, como es de observar en los niños, quienes, como decía yo más arriba, expresan primero las partes separadas de cada cosa y después las juntan y combinan; además, con un nombre singular, significan los universales, verbigracia: a todos los artesanos con el nombre del primero que conocieron, y todas las carnes son para ellos buey o vaca, si fué la primera que oyeron nombrar cuando iban formando su infantil vocabulario. Después la mente colige lo universal de lo singular y vuelve a su vez de aquello a esto. Así es que los primeros maestros son los sentidos, en cuya mansión está encerrada la mente. El principal de los sentidos es la vista, la cual, como dice Aristóteles, es la que nos manifiesta mayor número de especies y es autora de la investigación de la sabiduría, como escribió Platón excelentemente. De la vista nació la admiración, y de ella, la observación, la averiguación y la pasión del saber.

Luego de hallado el conocimiento de las cosas y de constituídas las artes, el sentido del oír nos enseña nuevas cosas, más elevadas y con mayor rapidez, pues en un tiempo brevísimo recibimos lo que con largas demoras acarreó el que nos adoctrina. No sin razón Aristóteles le denominó el *sentido de la disciplina,* y dijo que los animales que carecen de él no son de ella capaces. Muy de admirar es que haya habido un sordomudo de nacimiento que aprendía las letras, como lo afirma, bajo su palabra, Rodolfo Agrícola, que es quien refiere el caso por haberlo visto él, según asegura terminantemente. Verdad es que en los reducidos límites de nuestra mente es admirable la extensión de la facultad y las fuerzas que posee. ¡Cuán bondadosamente se hubo Dios con poner tan al alcance del hombre todo cuanto le era necesario!

Nada hay más útil que aprender muchas cosas ni más fácil que oírlas. En determinados hombres, su inteligencia, naturalmente dispuesta y hábil, con levísima ayuda ajena, se extiende y dilata mirificamente; hácese autodidacto y educador suyo, y ni aun por sus propios sentidos ni a veces por una persona docta puede ser amaestrado mejor que por sí mismo.

En primer lugar, tienen ingenio feliz aquellos que conciben fácil y deliberadamente las imágenes de las

cosas y de cuanto está comprendido en el espacio o el tiempo, a quienes los griegos llaman *enfantasiotos*, según nos enseña Quintiliano. Estos tales son los más aptos para describir y narrar, por lo cual hallan fácilmente argumentos eficaces; luego, los que discurren con rapidez, ya de modo natural, ya según arte, inducen con rectitud y hábilmente conjeturan. En este número están comprendidos los dialécticos naturales y, principalmente, aquellos que averiguan con gran ingenio los orígenes primordiales de una cosa, como fueron Aristóteles y Galeno. También aquellos que sin enseñanza de nadie traen a su mente todo lo que les es preciso, como Tucídides afirma haber sido Temístocles.

Los ingenios grandes y excelentes, en cualquier esfera de la disciplina y del conocimiento lo son por beneficio de la Naturaleza. Como por impulso innato oriéntanse hacia lo más alto, y lo que importa más y adquieren en su mente una imagen exactísima del objeto a modo de canon, al cual adaptan como a una norma todo lo que ellos mismos y los otros hacen en aquel orden. Ello hace que perciban y juzguen con muy perspicaz finura sus obras personales y las obras ajenas, así las erróneas como las llevadas acertadamente a término feliz.

A estas formas, las llamó Platón ideas, es decir, los modelos más verdaderos y exactos para hacer las cosas. Si las ideas reciben el socorro de la enseñanza y práctica ajenas, no cabe ponderar cuánta es la magnitud y excelencia de los ingenios que las poseen. Coadyuva maravillosamente a este resultado su cultivo prolongado e intensivo; la lectura atenta y diligente de los monumentos literarios que nos dejaron aquellos que consiguieron tamaño bien, pues necesariamente algo debe de pegársenos de ese trato asiduo.

Contribuyen asimismo a esa rapidez y acumen mental la meditación y la práctica de cualquier disciplina, mediante las cuales aquélla se acrecienta, pues no tanto se sabe lo que recibimos por una callada contemplación como lo que se nos transmite por el ejercicio y el uso. Esto pasa en las maneras de los actos y obras externas, en la virtud, en la música, en la elocuencia, en el arte fabril, en el arte pictórico y en todo lo demás de este género. Y es tanto más grande el provecho cuanto más tenaz es la perseverancia en la obra sin pesadumbre ni enojo del espíritu. Hay que insistir y persistir en el empeño y lo que por este camino no dió rendimiento hay que intentarlo por otro. Es preciso luchar con la obra; no desabrirse con ella.

En las ciencias contemplativas, sirve de meditación y de ejercicio el pensamiento tácito y el pesar las cosas, por cuyo medio penetramos más profundamente en el conocimiento de la cosa que con discusiones y polémicas que más a menudo oscurecen que no aguzan el juicio. Los talentos mediocres que no están tan provistos por la Naturaleza de aquellas normas, aun cuando se ayuden con lecciones de las grandes inteligencias, no conseguirán tanto como estos que parecen inspirados por grandioso numen, pues a aquéllos fáltales lo que más vale, o sea el modelo para hacer una cosa con toda perfección. Todo esto es interno; lo externo son el maestro y los instrumentos.

No le basta al maestro saber bien la disciplina que profesa si no puede explicarla con soltura y no la completa con arte y habilidad. Con

tales cualidades un discípulo dócil llegará a obtener pronto una notable instrucción. Ayuda a la docilidad la diligente atención, cuando el ánimo está completamente absorto en lo que ve y oye, sin torcerse ni alejarse con otros pensamientos. En breve tiempo aprovechan los que reúnen los datos individuales y reflexionan sobre ellos. Adelantan mucho también aquellos que no tienen empacho de aprender; por eso los soberbios se cierran a sí mismos el camino de la enseñanza inspirados por esa mala pasión. Bión decía ser la arrogancia un gran obstáculo para todo aprovechamiento. Isócrates decía: *Si fueres deseoso de aprender, en breve serás eruditísimo.* Pertenecen igualmente a ese grupo los que se imaginan no haber adelantado mucho con instruirse, y de ellos dice Séneca con su tino habitual: *Yo estoy convencido que muchos hubieran podido llegar a sabios si no hubiesen creído que ya lo eran. Menester es que se detenga quien estima que ya no le queda objetivo a que encaminarse, y si está creído que ya llegó al final, goce ya su bien ganado descanso.*

Hay quienes se anticipan al que enseña; otros hay que van a zaga de sus huellas; recogen bastantes enseñanzas y con ellas se satisfacen. Tales son los que estando dotados de inteligencia no saben o no quieren investigar con ella, ya porque es lento el discurso de su razón o porque no dominan el impulso de su mente, sino que andan vagueando a capricho y licenciosamente por doquiera.

De aquellos que se adelantaron, lo hacen rectamente los que disfrutan de razón y juicio; otros, en cambio, lo hacen con ineptitud porque son más a propósito para conjeturar.

El receptáculo, y como tesoro de todo cuanto los maestros enseñan, es la memoria, que conserva todo lo aprendido. Baldío es todo el trabajo empleado en los estudios si no tuviéramos sitio donde ensilar lo que hemos cosechado. Si todo lo adquirido se derrama es lo mismo que echar agua en un tonel agujereado, como la fábula cuenta de las hijas de Dánae. Por esto la edad pueril es la más a propósito para recibir lo que se enseña, por cuanto tiene la memoria expedita y libre, no estorbada por otros pensamientos y cuidados que no dejan paso fácil a la enseñanza que se les ofrece, como ocurre con los individuos de mayor edad.

Demás de esto, para los niños no es ninguna molestia permanecer sentados, estar atentos, leer y escribir; aprender y ejercitarse, por esto se cansan menos. En cambio, fatígales no poco la aprensión del trabajo que tienen.

Con harta propiedad y justeza los griegos llamaban *paidomazes*, que en romance suena instruídos desde la infancia a los que sabían bien alguna cosa. Es oportuno decir que el viejo, en vez de esta facilidad de aprender, goza de un juicio más seguro y de una prudencia fruto de la experiencia; quiero decir, tiene maña en vez de fuerza.

Otro de los deberes del maestro es la de enmendar y corregir, tarea no menos útil que la explicación ceñuda de los preceptos, tanto más si conoce por qué el corrector aprueba o desaprueba en cada caso y si sabe enseñar y quiere razonar minuciosamente los motivos de su censura. De esta guisa evitamos lo que él condena y marchamos por donde vemos que el maestro nos precede y guía. Y si el preceptor es de juicio macizo y exacto, se obtiene de

la corrección más provecho que de todos los otros ejercicios de la escuela. La comparación de cada paso que damos con lo que hicimos en la época anterior y lo que hacen los demás pone de manifiesto nuestros adelantos, lo que se consiguió y lo que nos falta todavía. A todo esto se allegan los instrumentos, que constituyen una no pequeña parte del artífice.

Dió la Naturaleza al hombre, que es el más excelente de los artífices de este mundo, un instrumento externo con el cual ningún otro tiene comparación posible, a saber, la mano. De su aptitud, de su comodidad, de su utilidad sería obra larga el disertar; y, además, ajena de este tratado.

La mano puede sustituir la propia palabra, como puede observarse en los mudos y en las gentes que son bárbaras las unas para con las otras, a quienes entenderíamos con dificultad sin la gesticulación de las manos. Bien es verdad que la habilidad y pericia del artífice auxilian y rigen el uso de un instrumento tan apto y conveniente, y aún no sé si es la excelencia del artesano la que hace la herramienta excelente, puesto que así lo demuestra fácilmente la experiencia cotidiana: cuanto mayor ingenio y arte tiene una persona, tanto más bellas y perfectas obras es capaz de crear con pocos y sencillos instrumentos, aun los menos indicados. No pueden creer sino aquellos que lo vieron lo que llega a hacer con la mano izquierda un hombre que tiene cortada la derecha. ¿Y qué no hace con los mismos pies, cuando está privado de manos: llevar la comida a la boca, cortar, coser, tejer cuando la necesidad aguija el esfuerzo mental, como en los ciegos y los mudos?

No hay cosa más parecida a la inteligencia que el ojo corporal. La erudición es para la mente lo que la luz para la pupila. La mente especula con auxilio de la instrucción y el ojo mira con auxilio de la luz.

Y así como una luz demasiado brillante deslumbra los ojos, sin embargo, si son fuertes los ojos, gradualmente se avezan a soportarla, mientras que los débiles y enfermos quedan como abrumados con ella; así es llevadera la instrucción para los ingenios grandes y robustos, al paso que los flacos y pequeños no son de ella capaces, sino que con ella se rinden y se derrumban a su pesadumbre excesiva, como los ojos pierden el poder de la visión ante un resplandor demasiado vivo. Como son muy pocos los dotados de firmes y sólidos ingenios, acontece que en todos los oficios y artes de la vida son muchísimos los que hacen muy rápidos progresos, al paso que son muy contados los que descuellan por su erudición; esos tales adelantan con escaso empuje y grandes lentitudes.

El mismo ingenio de segundo orden, avezado a mirar de hito en hito el brillo de la erudición, de tal manera queda embotado que ni aún mira la ciencia en sí, y después de convertirse a otros objetos, tampoco se halla apto y acomodado como si estuvieran cegados sus ojos por un fuerte resplandor. Y aun aquellos mismos que han sido honrada y felizmente formados, cuando de pronto se trasladan a esas inferioridades de la vida, que parecen colocadas en un sitio oscuro, se quedan como ciegos, no de otra manera que quien pasa de repente de un lugar con mucha luz a otro que está sumido en las tinieblas. Son muchos los que, no teniendo en cuenta esta circunstan-

cia, se espantan de que personalidades doctísimas no demuestren tanta aptitud para la administración pública o la particular como otras personas indoctas que están ejercitadas en ella.

La marcha de la erudición es lenta; con paso tardo se llega a la meta. En otras actividades de la vida, la mayor parte de las gentes avanzan mucho en poco tiempo y pasan por más despiertos y dispuestos para todas las profesiones. Con todo, es cierto que los estudios de la sabiduría están puestos en un lugar arduo; afligen y debilitan las inteligencias hasta que, hechas y avezadas, respiran ya y cobran fuerzas porque de suyo son fuertes y robustas.

Pero las demás artes y conocimientos están comprendidos en límites reducidísimos y llegar a ellos no supone demasiado trabajo, por eso es que los indoctos manejan sus negocios expeditivamente. La sabiduría, en cambio, tiene muy alejados sus confines; mejor pudiera decirse que no tiene fronteras y hay que andar muchísimo camino y jornadas muy largas antes que hayamos hecho progresos apreciables en viaje tan largo.

Con todo, cuando un hombre instruído, ya bien firme en su propósito, y rico de los recursos que el estudio le granjeó, consagra su atención al gobierno de la vida (siempre que sea de buena fe, cosa que pocos pueden conseguir de sí mismos, porque creen no ser cosa que valga la pena), pero, de todas maneras, se consagra a él, se adelanta a todos los demás de larguísimo trecho y manifiesta evidentemente cuánta distancia hay entre la ignorancia y la cultura.

CAPITULO IX

DE LOS CONOCIMIENTOS O LAS NOCIONES

El conocimiento primero y más sencillo viene de los sentidos. De éste se originan todos los demás, los unos de los otros, y toman creces y cobran aumentos. Ese auge progresivo lo experimentamos, no sólo en las artes y disciplinas, como Aristóteles enseñó en sus *Resolutarias*, sino en todo el discurso de la vida.

De los objetos diversos los unos caen bajo el dominio de nuestros sentidos y son aquellos que están al exterior, obvios; otros están más ocultos. Los obvios, a su vez, unos están presentes; otros, ausentes.

Los sentidos conocen las cosas presentes; las que no están presentes conócelas la imaginación, y a seguida, la reflexión escudriña los recursos de la mente y la refleja como en sí propia para reconocer lo que hay dentro de ella, y lo que sea, y cuánto sea. Por último, la razón saca de los objetos concretos y obvios los recónditos y carentes de cuerpo, y de lo particular, lo general; todo ello entrégalo a su inteligencia y después a la contemplación si está libre. Y así como los ojos físicos necesitan para ver de luz exterior, el ojo mental también necesita una luz interior para conocer y para entender.

Las cosas son o de índole mudable y temporal o inmutables y perpetuas. Para ver estas últimas se necesita una luz sobrenatural, cuyo conocimiento llámase sabiduría. Lo que la sabiduría comprende de carácter pasajero y variable, como es lo que conocemos de objetos particulares y aun de los generales, pero que no guardan constancia seguida,

es lo que Marco Tulio denomina cosas opinables y su conocimiento es la verosimilitud u opinión, según place a otros autores, que no hacen sino traducir la voz griega *doxa*. Ejemplo de conceptos universales son, entre otros: *El hijo es amado por su madre; tal enfermedad se cura con esta o con la otra hierba; los que se hallan afectados de tal pasión desean o repugnan estas o aquellas cosas; cuando el cielo se presenta así, acontece esto o estotro.* Todos estos casos admiten alguna excepción y variedad, por más que haya siempre una gran diferencia entre lo particular y lo general de cualquier género que sea, pues de esto último se pueden establecer reglas y preceptos de los cuales se forme algún arte o disciplina; al paso que de las cosas particulares, infinitas como son y variadas infinitamente, no hay posibilidad de formarla, pues no es capaz el ingenio humano de alcanzar lo que carece de número. Por eso, acertadamente aconseja Platón detenerse cuando se descienda por las formas últimas de las cosas antes de llegar a lo indivisible. Pero volvamos ya a donde nos encaminábamos.

Queda el tercer grupo, que se compone de aquello que en la naturaleza mudable es perpetuo y constante, como las cosas que vemos permanecer siempre las mismas y de igual modo, tales como las celestes y esas otras del mundo sublunar, que son propias de un género y forma determinada. De ésta tenemos como unos lejos y vislumbres infundidos por la Naturaleza, como decía yo más arriba; de ellas, muy muchas las colige la razón, y su conocimiento llámase ciencia; en segundo lugar, está cierto vastísimo resplandor de la luz natural, que puede aumentarse con el despejo, la enseñanza, la meditación y el ejercicio. Entre la multitud de aquellos conocimientos primeros naturales, los más próximos a éstos, es decir, los que de ellos provienen por trámite rapidísimo y evidente, al irse progresivamente de pronto desarrollando, se envuelven en tinieblas, no de parte de los objetos, sino de nuestras inteligencias, que, abrumadas por la grave pesadumbre del cuerpo, ora sufren retardo en su marcha, ora, por interferencia de alguna nube, sufren perturbaciones y alucinaciones. Así es que la formación del conocimiento y de la claridad para alcanzar la verdad radica en nuestra mente, no en las cosas. Hay quien se ofusca ante las más claras y se ve rodeado de tinieblas al filo del mediodía por ignorancia o por torpeza. Y, en cambio, los hay también quienes ven las más oscuras distintamente por voluntad de su ingenio, ya natural, ya cultivado.

Consecuencia de todo esto es que cuanta más luz, más ciencia, y cuanto menos luz, más duda. Si no hay luz alguna, o ésa es tan macilenta y mortecina que equivale a su carencia casi total, la ignorancia se ofrece a manera de densa oscuridad en noche nublada y sin luna. En este caso, falta toda ciencia, toda verosimilitud, y hasta toda ambigüedad. Esto da a entender que ni la ciencia ni la verosimilitud es causa del error, sino la calígine, que anda mezclada con la luz; y si la luz no alumbra nada cuando la sombra de un cuerpo se interpone, ¿cómo es posible que la ciencia engendre ignorancia, que la pericia produzca error, que el fulgor ocasione niebla?

No de otra manera que cambian la cualidad y la fuerza de la luz por la interposición de una masa, de suerte que unos objetos reciben más

claridad y otros reciben menos, una asombrosa variedad reina en la iluminación de nuestra mente por las muchas cosas que se interponen en esta vida, de suerte que los infieren, juzgan y resuelven de muy distintas maneras acerca de lo bueno y lo verdadero. Las condiciones diversas de constitución corporal, edad, estado de salud, robustez, costumbres y pureza, estado actual del alma, propias de las cualidades temporales, son productos también de las circunstancias de lugar y tiempo. Influyen asimismo los actos y exterioridades aun cuando éstas varían por razón del individuo, de las costumbres, afectos del ánimo, la torpeza o viveza mental, la agudeza, el embotamiento, la enseñanza, la escuela o partido tradicional, y también una persuasión anterior, los hábitos, las costumbres, la autoridad ajena. De aquí nace tan grande y tan frecuente variedad y aun oposición en nuestros sentimientos y afirmaciones, no sólo de los hombres, unos respecto de otros, sino hasta de cada uno para consigo mismo, hasta el punto que en un momento posterior se condena y se anula una determinación anteriormente adoptada y resuelta.

CAPITULO X

DE LA REFLEXIÓN

Tras la acción, el descanso. Así como la razón es una especie de escrutinio, y el juicio es una suerte de elección, la reflexión es una inspección sosegada y firme de todo aquello que la razón ha coleccionado y sellado, después que el juicio lo recibió y aprobó. En la reflexión no hay raciocinio alguno; en ella están ya todos los conocimientos ciertos y demostrados. Así como todo deleite nace de cierta proporción y congruencia entre el objeto y la facultad correspondiente y no hay cosa más congruente con la inteligencia que la verdad, también en la reflexión existen grandes deleites para nuestra mente y de ellos forma parte a la vez la contemplación de la verdad y del entendimiento.

Son, pues, las verdades tanto más gratas cuanto más ciertas y más acrisoladas, cuando se presentan en unión de sus orígenes y causas primeras. Pero si no puede ser verdad tanta belleza, viene en segundo término aquello que más se aproxima y se parece más a la verdad. Nadie tiene un espíritu tan rudo e inclinado a la tierra, que no levante la cabeza a palabras tales: *Voy yo a manifestarte la causa de esto.* Tan entrañablemente metió la Naturaleza en el hombre el deseo de conocer las causas de las cosas, que con razón el poeta proclamó *feliz a quien pudo conocer las causas de las cosas.*

Las inteligencias, a su vez, se complacen con la semejanza y la proporción; las más soberanas y eminentes con las cosas de mayor excelencia y siguiendo las otras a continuación, según la esfera de cada una, hasta llegar a las más pequeñas y despreciables que se ocupan en lo más trivial y raez.

Es tan grande este placer de la reflexión para los espíritus elegidos que una vez se saborearon con él, que no es de extrañar que sólo por él hayan renunciado muchos pensadores gentiles a todas las cosas humanas, aunque parezca increíble y absurdo a quienes jamás cataron tan sabrosas dulzuras espirituales. Por estas razones, la más deleitosa de las contemplaciones habrá de ser en el cielo la de Dios, ser el más grande y excelente que cabe pensar,

alejada de toda niebla, manifestada la suma verdad, no con verosimilitud, sino con la más firme de las certidumbres, viendo y conociendo las causas de todas las cosas en el mismo Autor de ellas, emancipados a la vez nuestros entendimientos de esta cárcel tenebrosa, no existiendo ya distinción alguna ni diferencia de juicios, de suerte que convengan unos con otros, o, mejor, existiendo un juicio igual para todos.

Los que trabajan no más que por saber, perseveran en la misma contemplación reflexiva, sin buscar aplicación alguna externa; los que se ocupan en lo que ha de hacerse para el bien, se manifiestan exteriormente; y allí, aquello que tiene preceptos fijos y constantes e invariables o muy generales se comprende en un arte, porque el *arte es la colección de fórmulas generales que le encaminan a un resultado*. Pero aquello que cambia con las circunstancias o por la diversidad de asuntos (y por lo mismo se denominó con el vocablo griego *polidáseis)*, es decir, según los lugares, tiempos, personas o relaciones análogas, es propio de la circunspección o prudencia, a la cual muchos llaman juicio. Hay que decir que en estas denominaciones comete graves errores el lenguaje usual, como hemos advertido repetidamente.

CAPITULO XI

DE LA VOLUNTAD

Todo conocimiento ha sido otorgado para desear el bien; el conocimiento sensible para el bien sensible, el conocimiento mental para el bien inteligible y para que, mediante el deseo del bien una vez conocido, vaya en pos de él hasta unírsele en el grado que le sea posible. Sólo así, y no de otra manera, será tal bien para el conocimiento, y su contrario será el mal para que lo rechace, lo evite y no se adhiera a él.

La facultad que ejecuta este fin es en los brutos el apetito sensual, y en el hombre es la voluntad. Es, pues, la voluntad *aquella facultad o energía del alma por la cual deseamos lo bueno y aborrecemos lo malo, guiados por la razón*. La guía de los animales es la Naturaleza, que estimula los sentidos. Existen, pues, en la voluntad dos actos: propensión o adopción del bien y aversión del mal. Orfandad o privación de ambos fines existe cuando la voluntad, abúlica, no se inclina a ninguna de las dos partes.

Es de suyo la voluntad dueña y señora de todos sus actos, pero no tiene por sí luz alguna, sino que camina alumbrada por el candil del entendimiento, a saber: por la razón y el juicio colocados a ambos lados de ella como consejeros y guías, no para imponerse a ella y torcerla, sino para dirigirla y advertirla de lo que es mejor. Y así es que nada apetece o evita la voluntad que previamente no haya sido demostrado por la razón y en tanto el acto voluntario, aunque producido por la voluntad, es juzgado y aconsejado por la razón; para decirlo gráficamente, lo engendra la razón, pero la voluntad la alumbra. De esta suerte, es la razón maestra y preceptora, pero no dueña de la voluntad, a quien su autor quiso exenta y libre, con pleno derecho y propiedad. Y aunque en todo caso obedece ella siempre a la razón, no está obligada a un determinado acto, sino que sigue al que mejor le parece de todos los que se le proponen. Es libre la voluntad, por tanto, de optar entre un acto y su omisión,

puede querer o no querer, pero no decidirse entre dos actos contrarios, porque como esta facultad no puede querer sino aquello que se presenta bajo algún aspecto de bien, ni rechazar sino lo que tiene de mal, acontece que ante una especie cualquiera de bien, puede la voluntad no quererle, pero no lo contrario, es decir, aborrecerle u odiarle; y viceversa, si se ofrece una forma de mal, puede no aborrecerle, pero no quererle, esto es, unirse con él y amarle.

De muchas maneras se pone de manifiesto esa exención y señorío de la voluntad. La primera, porqué antes de la deliberación es libre, puesto que puede o no puede dar cuenta a la mente del caso en cuestión, y dentro de la deliberación misma, puede resolver el aplazamiento o la suspensión total del asunto y ordenar que el pensamiento se oriente hacia otro objeto con la misma autoridad que un príncipe puede mandar a su Consejo que delibere respecto de un asunto cualquiera o que se suspenda esa deliberación o que queda del todo suprimida.

Y aún diré más; después de adoptada una resolución, puede la voluntad contenerse a sí misma y dejar de apetecer lo que la consulta dictaminó como bueno. La misma consulta corresponde a la voluntad porque no vamos arrastrados, a guisa de bestias, como por un torbellino, por un impulso fijo e inmutable de la Naturaleza, sino que la razón inquiere hacia dónde hemos de ir y de dónde debemos apartarnos, y sopesa y aquilata lo que en cada cosa haya de bueno o de malo.

Puede igualmente la voluntad ordenar una nueva deliberación y que en vez de conformarse con el primer dictamen, hasta donde sea posible la investigación, prosiga hasta dar con algo mejor y más conveniente. Como efectivamente sean tantos los objetos que se presentan a nuestra elección, por más que la razón demuestre con poderosos motivos que uno de aquéllos es el bueno y aconseje su adopción, si se ofrece otro que tenga algunas apariencias aunque muy tenues y adelgazadas de bien, es señora la voluntad de inclinarse a él y abrazarse con él con esa tan leve sospecha, mientras rechaza al otro que presenta una excelente forma y sustancia de bien. Para esta opción, ofrécele un recio asidero el hecho de que todas las cosas humanas andan entremezcladas de bienes y males, no sólo de parte de nosotros mismos, que constamos de elementos tan distintos, sino también por la multiplicidad de circunstancias referentes al alma, al cuerpo y al exterior, que no podemos dejar de tener en cuenta.

En una tan grande variedad de objetos, ninguno de ellos se ofrecerá a la deliberación, en el que la facultad de la razón no halle cosas buenas y malas que aconsejar o desaconsejar según los diversos sitios, épocas, personas, cualidades y restantes circunstancias. Y aun con harta frecuencia acontece que la voluntad, para manifestar su soberanía, lo rechaza y lo desdeña todo con un desdén parejo del de aquel príncipe flagelado por Juvenal, porque no pareciese que se dejaba gobernar por alguno, fuese quien fuese, rechazaba sistemáticamente todos los sanos avisos de sus consejeros, resultando lo que dijo el poeta en su sátira:

Así lo quiero; así lo mando; valga la voluntad por la razón. Verdad es que esto mismo no sucede sino bajo alguna forma de bien, pues la voluntad no puede apetecer ni eje-

cutar nada, sino bajo la condición de que la razón encontró alguna bondad en ello, y la voluntad aprueba este juicio para que así queden demostrados y patentes su poder y su libertad. Cosas son éstas que en el ejemplo del príncipe tienen más importancia que a los consejos útiles que oye sobre una situación de hecho. Asimismo, algunos jóvenes, para declararse libres con alarde y jactancia, no obedecen los preceptos de nadie, antes bien, desdeñan con resistencia impertinente cuanto les aconsejan prudentemente sus padres o sus maestros.

Esto, por lo que toca a la libertad de obrar interiormente; respecto de la libertad externa, no es menos evidente, porque aun después de aprobada la determinación, puede no ejecutarse y hasta cesar de actuar una vez comenzada ya la acción, o no realizarla en las proporciones o con la debida diligencia. Nada de esto ocurre en los animales; su facultad natural obra siempre con la extensión y rapidez que permiten las fuerzas que se les concedieron. El hecho de que unas veces obren más enérgica y velozmente que otras, no significa que atenúen o aumenten sus esfuerzos mediante un acto voluntario, sino por virtud de estímulos que provienen unos de afuera, por circunstancias de lugar o tiempo; otros son internos por hábito corporal o afecto anímico, los cuales excitan y aguzan sus energías y las aumentan en cantidad y en fuerzas, como pasa con el fuego cuando se le echa aceite, se sopla sobre él o debajo se le coloca madera seca, pues aviva más su llama una vez que ha dominado la resistencia del frío o de la humedad; pero siempre arde en relación con el brío que tiene en cada momento, lo mismo que hace o padece la bestia que anda movida por un resorte o impulso ciego.

Y hasta se da idéntico caso entre los hombres cuando uno ha degenerado hasta descender a la naturaleza e índole del animal y se precipita a ejecutar actos sin consejo ni deliberación alguna. Y, en cambio, hay determinados animales naturalmente dispuestos por la Naturaleza para la ficción y el disimulo, como la zorra, como el gato que acecha al ratón; precauciones éstas ocasionadas por el miedo de sufrir o perder algo. En hecho de verdad, si algún peligro amenaza al bruto que se arroja sobre su presa, el instintivo arrojo queda neutralizado por otro opuesto; no es que haya deliberación, sino que se presenta un obstáculo al primer movimiento, como cuando un arma arrojadiza se detiene y rechaza por el adversario; al final es el más fuerte quien arrolla al que intenta resistir.

En el hombre, cuando bravamente excitados luchan dos afectos antagónicos, aunque en aquella pelea ardiente la mente se halla cohibida, no falta del todo la deliberación. El que de los dos afectos en pugna resulta vencedor, no triunfa sin tener alguna razón por tenue que sea, tal, sin embargo, que en el momento parezca muy valedera para el afecto vencido y muy digno de que uno se someta a ella. En esto consiste la ignorancia del pecador, que estima ser bueno al presente lo que apetece, sin pensar que existe otro mejor en el momento mismo y siendo incierto el bien futuro que espera habrá de compensar este mal actual.

Dádiva de Dios muy grande es la libertad de la voluntad por la cual nos constituyó en hijos suyos, no siervos, y puso en nuestra mano, *formarnos como quisiéramos con*

auxilio de su favor y gracia. Si así no fuera, no existiría diferencia alguna, por lo que toca a la excelencia de la virtud, entre el hombre y las bestias, si obrase en nosotros una potencia natural tan necesaria e inevitable como en ellas. Mueven, eso sí, nuestra voluntad los mismos resortes que mueven el juicio como con cierto contacto, de igual modo que cuando se tira del primer anillo de un collar, se tira también del segundo, y también del tercero y de todos los otros, a causa del enlace con que están trabados. Hay asimismo instigación de parte de las inteligencias superiores, de los ángeles y de los demonios, de Dios principalmente, único que puede obligarnos, como de quien hemos recibido no solamente la libertad, sino la misma existencia. La voluntad, cuando va empujada por una fuerza y poder mayores, se eleva sobre su facultad por encima de su naturaleza, cosa tanto más evidente, tratándose de Dios, y efectúa obras que ella misma admira después que las ha realizado; aunque si se detiene a observar, comprende muy a las claras que ha sido conducida por potencia superior.

Los hay que supeditan totalmente al Cielo y a los astros la voluntad y afirman que por ellos somos impulsados y coaccionados, cuanto más guiados por sus avisos e instigaciones. De esta laya son los astrólogos, que en este punto piensan como suelen hacerlo los que se consagran en absoluto a un arte cualquiera, o que de él obtienen honra y provecho. Tienen estos tales la pretensión de que todo cuanto existe en el mundo entero se reduzca a la conciencia que cultivan y se encierran dentro de sus límites. Hacen esto, no tanto por la descomedida afición que tengan a su arte como por amor desapoderado de sí mismos, por manera que se figuran saber y poseer aquello que es, no sólo lo principal, sino casi lo único del mundo.

En realidad, el Cielo, como inanimado que es, no puede mover e impulsarnos sino mediante aquello que es semejante a sí mismo, es decir, por la constitución del cuerpo. Ahora bien: si las facultades del Cielo para actuar son naturales, dentro de una misma facultad y causa natural no pueden existir efectos contrarios, y como vemos que bajo cualquier astro que sea la voluntad del hombre, por más que sea solicitada por esto o por aquello, se aplica, sin embargo, a cuanto le place (cosa que pugna con la acción natural, la cual produce por necesidad algún efecto determinado, y no hay cosa más ajena y distante de la necesidad que la libertad), resulta que si en los cielos y los astros impera la necesidad y reina la libertad en la voluntad humana, según ya demostramos, queda patentizado que son entre sí cosas muy diversas y contrarias el Cielo y la voluntad del hombre.

Los hay también quienes dudan ante la presciencia y providencia divinas que nuestra libertad pueda con ellas compadecerse. ¿Es posible que pueda nuestra voluntad libre alterar lo que Dios ha previsto como venidero y hacerle engañado y mentiroso?

Por lo demás, cumple reparar que esa presciencia divina no me priva de la libertad más que la presencia de cualquiera que me esté mirando cuando ejecuto algún acto. Tampoco me priva de la libertad su providencia. La presciencia es la inteligencia divina que lo conoce todo previamente, o, mejor dicho, que sabe lo presente; porque nada hay pasado ni futuro para ella; y la providencia es la voluntad que gobierna to-

das las cosas con su prudencia infinita, y como esa voluntad divina quiso que fuesen libres las voluntades de los ángeles y las nuestras, debemos concluir que lo que hacemos libremente lo hacemos por ella; esto es: a su mandado y por su bondad.

Podía Dios engañarse o mentir si para Dios hubiera algo futuro o algo pasado, como acontece en nosotros; pero como toda la eternidad le está presente, nadie se preocupe de su sabiduría y de su verdad.

Dos son los actos de la voluntad: la aprobación y la reprobación de los cuales proceden las acciones exteriores. La aprobación que se aplica al bien, produce la ejecución para conseguirlo; la reprobación del mal ocasiona la reacción para dominarlo o el retraimiento y la fuga para evitarlo.

Muchos aprueban mediante el juicio y la voluntad, pero inerte y mortecina, que no asoma por afuera. De estos tales dice Salomón: *Quiere y no quiere el perezoso.* Aquí se da otro acto de voluntad que estorba la realización del primero; a saber: la dificultad de la ejecución que la voluntad juzga ser un mal y la opone al bien que antes le había agradado.

Es para muchos un motivo de admiración por qué nuestra voluntad se enardece y estimula más por lo que le está vedado que por lo que le es libre, permitido y lícito. ¿Será que, en la generalidad, por el hecho de que no se prohiben las cosas corrientes y vulgares y sí las raras y preciosas, surge la sospecha, en cuanto una cosa se prohibe, de que es muy apetecible, y esta sospecha vaga acucia más y más el deseo?

Otros se dejan llevar por la curiosidad de saber, porque no les cabe la menor duda de que debe ser cosa digna de conocerse cuando se dificulta su noticia. ¿Será entonces que para aquellos que saben lo que es y cómo es la cosa prohibida, el deseo libre se presenta con menos intensidad, como sucede con el viento en la llanura espaciosa, que al pasar por angostas hoces toma empuje, brío y velocidad? ¿Sucederá esto mismo con la voluntad que, holgada y a sus anchas, es lenta, y si está apretada se torna vehemente y arrolladora?

Las cosas naturales en nosotros no atienden a la voluntad, verbigracia: el sentirse en la salud templado o destemplado. En otras muchas cosas, aun cuando recibimos de la Naturaleza su facultad respectiva, nacen de la voluntad los actos; así el poder oír, el poder hablar, el poder comer son dones de la Naturaleza; pero el oír o no oír, el hablar o dejar de hablar, el comer o el no comer, son actos relativos a la libertad. Si la voluntad es reina de los actos humanos, en su mano está el obrar bien o mal, la virtud y el vicio, la alabanza y el vituperio, el premio y la penalidad.

CAPITULO XII

DEL ALMA EN GENERAL

Hemos explicado ya, según era nuestra suficiencia, los actos del alma humana. Quédanos por averiguar cuál es su esencia. Su esencia es por nosotros fundamentalmente ignorada; mas como fué formada por Dios para unirse con El en la eterna bienaventuranza, no es posible definirla mejor que afirmando que es de la misma sustancia divina, tan capaz de participar de la divinidad y de unirse con ella, que su conocimiento engendra el amor y, uniéndose

de tal suerte que alcance la suma beatitud para siempre jamás. Digamos, pues, que *el alma humana es el espíritu por el cual vive el cuerpo a que está unido, apto para conocer y amar a Dios y unirse por lo mismo a El para la eterna bienaventuranza*. Efectivamente, así como nuestra alma desciende de lo más encumbrado a lo más bajo y sumido que es el cuerpo, en virtud del amor que le tiene Dios, su Hacedor soberano, quien por ese descenso quiso comunicarle su felicidad a ella y a todas las cosas en que ella está implicada y conexionada; también el alma, a su vez, se levanta y retorna a su origen mediante el conocimiento y amor divinos. De lo más empinado baja a lo más hondo, y de lo más hondo se encarama a lo que más se empina. En este proceso se manifiesta el curso de la vida entera. La vida inicial del hombre es la vida de la planta; a continuación vive vida animal y, por fin, vida humana; pero cuando ya se depuró más y más y puja encima de las cosas terrenales, se transfigura en ángel, y, por último, unido a Dios, queda en cierta manera divinizado. Nuestra progresión ascendente va de la materia a los sentidos, de los sentidos a la imaginación y a la fantasía, de ésta a la razón y a la reflexión y de ahí al amor, que es su etapa final. La descendente sigue un camino del todo inverso, y no de otra manera perviértese el alma cuando cede el juicio ante el empuje de las pasiones o la razón se somete a la fantasía, que le sucedería al cuerpo si se empeñara en andar con la cabeza al suelo y los pies en alto.

Una sola es el alma en cada hombre, aun cuando dentro de su esencia están sus varias actividades públicas o privadas, como son para el hombre las artes o las ciencias. Por esto es que cuando está ocupada de lleno en algún quehacer, no puede fácilmente meterse en otro; y cuando la embarga el pesar, no es capaz de reflexión; cuando con intensidad piensa o medita algo, no ve nada, y si pone gran esfuerzo en entender, averiguar o admirar una cosa, no juzga, como acontece ante una novedad imprevista; pero una vez que pasó esa parálisis fugaz producida por la maravilla o el ansia de investigar, asoma el juicio otra vez, como vemos que acontece cuando la cosa perdió ya su novedad.

Por esta razón es que los monumentos literarios de la antigüedad que sufrieron y vencieron al tiempo, quiero decir, que resistieron el juicio y las críticas de muchas gentes, tienen preferencia sobre los modernos, en quienes la novedad obstaculiza el juicio. Igualmente son merecedores de admiración aquellos que simultáneamente pudieron dedicar el ingenio a variedad de actividades, como César Dictador y aquellos otros que pueden abstraer su atención de las cosas que ocurren exteriormente a los pensamientos más íntimos, como escribe Séneca que acostumbraba él hacer en los baños y en el teatro, y como Porfirio lo cuenta de Plotino, ocupado en asuntos de interés público. Esto mismo pasa con los dolientes o enfermos, quienes si consiguen distraer la atención de las molestias momentáneas, las sentirán menos. Todo ejercicio vehemente y sostenido del alma debilita los órganos, mengua que le es común con los trabajadores mecánicos. Asimismo vemos que se cansa la vista cuando mira con mucha fijeza y el oído cuando escucha con absorbente intensidad; y ello tanto más cuando la materia en que se actúa es dura e impenetrable, como la escritura en

un papel áspero embota la péñola y mella el cuchillo un nudo en la madera. Por eso, un objeto sensible inadecuado estropea el sentido, como place a los peripatéticos, por ser difícil rebasar la fuerza del órgano. De la misma manera ocurre en los actos de inteligencia que se fatigan y estragan con los objetos difíciles, como los ojos cuando se fijan en el resplandor.

Y puesto que nuestra alma es acto, no puede cesar enteramente en la acción, sino cuando se le opone poderosamente alguna facultad, quiero decir algún obstáculo que los órganos le opongan, verbigracia: la masa que abruma la sede de la maternidad, el mareo de la embriaguez, los vapores contrarios en la estupefacción, impedimentos todos ellos que, como algún otro análogo, son de índole violenta y opuestos a la naturaleza del espíritu; cuando cesa su resistencia, automáticamente el alma vuelve a su usada laboriosidad. Para ello no necesita de ningún auxilio exterior, sino únicamente la remoción del obstáculo. Una vez eliminado éste, en manera alguna puede el alma ociosear; es fuerza que piense en algún objeto y trabaje en él. Si alguien se esfuerza en que cese, como hacen los que no quieren pensar absolutamente en nada, se mete en un empeño tan estéril como si quisiera que no ardiera el fuego prendido en una materia combustible. De ello se seguirá una de estas dos cosas: o que consiga apagar el fuego o que su fuerza arrolle el obstáculo con más violento poderío. Sucederá que o la vida fenezca en esa lucha desesperada o que, en vez de reprimir el pensamiento que quieres, se produzca un enorme alboroto de pensamientos y desvaríos, esto es: una auténtica locura

CAPITULO XIII

DEL SUEÑO

Después de la actividad tratemos del descanso; es, a saber: del sueño, que es un reposo y vacación de toda el alma, y no tan sólo de los sentidos. El descanso es privativo de los animales. Vamos notando que los animales todos, unas veces se sirven de sus sentidos y otras cesan éstos de funcionar en absoluto, como en disanto o en asueto. Este fenómeno llámase sueño, y el anterior llámase vigilia.

Parece ser el sueño un don sabroso y gracioso de la Naturaleza, porque la acción circunscrita de los sentidos necesita algún reposo; y necesitan, pues, del sueño todos los animales, y porque lo han menester lo tienen, pues es para con ellos la Naturaleza bondadosa. En unos este descanso es más breve y es de mayor duración en otros.

Proviene el sueño de la evaporación del alimento, por escaparse los efluvios que rodean los nervios hasta impedir la función de los sentidos que están en libertad, durante la vigilia y en el sueño están como atados. Este vapor sube al cerebro, donde adquiere materia húmeda y fría, y con ello se humedece y condensa más, y de ahí se difunde por todo el cuerpo a manera de nube. Por esto cuando el animal duerme se desploma en la incapacidad de sostenerse, porque amodorrados sus nervios, cuyo origen radica en el cerebro, los sentidos y los miembros todos no cumplen con su función. En estado de pesadez el cerebro, verifícase un cambio rápido en el animal durmiente. El sueño invade con preferencia la parte anterior de la cabeza, que es la más húmeda y manifiéstase principalmente en los

ojos, que tienen cerrados durante el sueño los animales todos, con excepción de las liebres y algunos hombres. Este fenómeno en los lepóridos se explica por el miedo, que no les permite, al dormir, cerrar los ojos, y cuando ya duermen, cobran cierta rigidez. Después aquella humedad oprime los músculos de las mejillas, y para rechazarla tiene lugar el bostezo.

También oprime y agobia el sueño el sentido común, situado en la región anterior de la cabeza. No es el sueño, por tanto, un estado de atonitez y estupefacción del animal, como acontece en el descaecimiento del ánimo o en una enfermedad, sino el descanso de los sentidos externos, por evaporación del alimento que cuece en el estómago, que mantiene al cerebro como impedido y atado. En el sueño reposan los órganos o sensorios tranquilamente; pero en el pasmo o desmayo una recia y brusca opresión invade la mente y el alma entera.

El cuerpo recobra con el sueño su equilibrio, como la planta con el riego oportuno, porque en estado de vigilia y con el trabajo se agotan los efluvios, los cuales durante el sueño se reúnen adentro y se recobran; allí se verifica su concentración, y de este modo se reparan de nuevo para las fatigas de la vigilia. Por esta causa el que duerme siente más frío exterior y en las extremidades que en estado de vigilia. Demás de esto, las cosas creadas y frías son soñolientas, las primeras de suyo, las otras por su crasitud y densidad.

El descanso, la soledad y el silencio invitan y persuaden el sueño, porque entonces la bilis está quieta y se refrigeran los humores. Mejor se hace la digestión durante el sueño porque el calor se recoge adentro, como acontece en el invierno, y porque mientras se descansa cumple mejor que despierto sus funciones propias la facultad vegetativa del alma. El que no duerme es solicitado por la actividad de los sentidos y se fatiga; y así es que las facultades del alma ceden todas la preferencia a la nutritiva.

Con elegancia y acierto Plinio Segundo llamó al sueño: *Recogimiento del alma al centro de sí misma.* Asimismo el sueño cunde por causa de la fatiga, pues los nervios cansados ceden en seguida a la humedad del sopor, y también porque hay más frío cuando el calor se debilita y consume con los ejercicios, cosa que puede aplicarse por igual a la fatiga del alma como en los estudios en el abatimiento después de pasar un susto. Esto acontece por el trabajo y flojedad consiguiente del cuerpo a consecuencia de los estados anímicos de que hemos hecho mención. Si el cuerpo está seco y ardoroso, no es tan fácil el dormir, como es de ver en los estados morbosos; así es que los niños son muy propensos al sueño, pero los viejos no tanto, aunque están ahitos de humedad fría, porque les falta el calor que la haga hervir, mediante la evaporación e irrigación.

Por este motivo, los temperamentos biliosos son dormilones cuando tienen abundante humedad; es decir, si existe evaporación copiosa por humedad demasiada, la cual tiene debajo un fuego más brioso; ni hay otra cosa más eficaz para hacer biliosos a los hombres que el sueño, como se cuenta de Alejandro el Macedón.

La índole de las cualidades del cuerpo tienen las condiciones de lugar y tiempo; así, en épocas de lluvia, el sueño suele ser más largo. Esto mismo pasa en las regiones

húmedas y después de copiosas libaciones en un banquete opíparo.

El despertar del sueño puede sobrevenir por causa interior nuestra ó puede proceder de fuera. Despertamos espontáneamente por haberse soltado el vapor como una atadura por manera que el cerebro quede libre para sus propias funciones. Nos despertamos igualmente si se nos pincha o nos acucia un dolor físico, la pesadilla que produce cualquier enfermedad o excitación anímica, verbigracia: el miedo o el deseo; pero quitan antes el sueño las pasiones ardientes, como la ira, el amor, que las pasiones frías, como son el miedo, la tristeza, pues hartas veces nos dormimos rendidos por la acción de una de estas dos afecciones últimas, como es de ver en aquel pasaje evangélico: *Habiendo llegado a donde estaban sus discípulos, los halló dormidos de tristeza.*

También el miedo, por su parte, coacciona el sueño y le echa la mano encima y le rompe con preocupaciones y cuidados. De la parte de afuera ocurren igualmente movimientos, ruidos, punzaduras, pellizcos, heridas; todo ello enrarece la densidad de las humedades; pero mientras no se desvanezca, hasta cierto punto, la evaporación, no cesa la modorra, esto es: la lucha indecisa del sueño con las funciones de los sentidos; no puede suprimirse totalmente la humedad que sube del estómago a la cabeza. Es esta densidad la que hasta un determinado límite constituye el sueño. Su adelgazamiento o atenuación constituye la vigilia, esto es: la liberación y soltura de los sentidos. Esta alternativa varía con la cualidad y constitución de los cuerpos, puesto que cada uno ha menester cosas distintas.

También la voluntad, con su contrariedad y resistencia, puede impedir y alejar el sueño. El sueño es un privilegio o atributo concedido al animal por razón de la vigilia a fin de que, después de él, vele solícitamente y con mayor prontitud y ligereza cumpla las funciones de la vida. La vida, como dijo aquél, es una vela y una alerta constante, al par que el sueño es una especie de imagen de la muerte y como una frontera entre la muerte y la vida, de modo que de quien duerme no puede decirse que esté muerto ni que aparente vivir. Por esta razón, Nuestro Señor Jesucristo y su Apóstol San Pablo, a aquellos a quienes el común de los hombres dan el nombre de muertos, los llaman *durmientes,* porque algún día han de despertar y resucitar para la vida.

CAPITULO XIV

DE LOS ENSUEÑOS

Dormido el cuerpo, no por eso está dormida el alma, cuyas facultades internas en su totalidad siguen realizando sus funciones; esta acción continua llámase ensueño, es decir, aquel acto interior del alma que se verifica estando el cuerpo en estado de sueño. No contenta a Aristóteles que se llame ensueño todo cuanto se presenta al espíritu durante el descanso; quiere que se llamen no más que fantasmas. Pero paréceme a mí que esto no es más que una logomaquia o cuestión de palabras, que no debe inquietar a quien investigue la naturaleza de las cosas. Mucho más fácil y expedito es referir al orden de los ensueños todo cuanto se presenta durante el sueño al espíritu y a la mente.

Sueñan, pues, todos aquellos seres

que tienen sentido interior que pueda ver, mientras duermen, las imágenes de las cosas que se ofrecieron a los sentidos durante la vigilia. Así es que sueñan casi todos los animales porque la fantasía en ellos no se permite vacación. En el hombre no duerme la mente, mucho menos que el alma en los mudos animales, pues recogido en el descanso, inquiere, escudriña y colige y le viene la solución de aquellos problemas que durante la vigilia no se le alcanzaba. A quienes en estado de vigilia no son precisamente elocuentes, a menudo la noche y el descanso les dan con mano larga una facundia que no tenían.

Mas comoquiera que la fantasía se halla en aquel estado emancipada de la razón, extrae de la memoria objetos y más objetos, sin orden ni concierto. De ahí tantas absurdidades, tantas majaderías, tantas incoherencias, como en una enfermedad que ataque la cabeza.

Muy a las claras los ensueños dan a entender que llevamos dentro algo distinto del alma vegetativa y de los órganos del cuerpo; algo que percibe y conoce los objetos ausentes que en cierto modo oye y ve. Las visiones nacen de las evaporaciones, que al cerebro suben del corazón, como desde una fuente, y cuya cualidad, lo mismo que la de los vapores que de ellos surgen, acusan frecuentemente los ensueños, en particular aquellos que en ese proceso se presentan a la emanación ascendente, a saber: en la garganta o en el pecho o en cualquiera otro sitio análogo. Cuando esos hábitos, durante el sueño, invaden el sentido común, no puede éste juzgar rectamente de los objetos sensibles ni de los actos de los sentidos; por esto, si hay algo de pituita húmeda en la garganta, se nos presentan visiones de agua; si hay algo de sangre, soñamos visiones sangrientas; si de negra bilis, nos asaltan sueños tristes; si fuera amarilla la bilis que en la garganta se aloja, soñamos peleas y contiendas. Y así es que los médicos diagnostican con precisión la presencia de estos líquidos por los sueños de los enfermos. Hay veces que la presencia alternativa de líquidos contrarios nos da la impresión de que en un mismo sueño hemos tenido visiones contradictorias.

Con idéntica equivocación juzga el sentido común acerca de las funciones de los sentidos corporales. Vaya como ejemplo: cuando oímos un pequeño ruido nos imaginamos que son estrépitos fragosos; si sentimos calor, pensamos que vamos ardiendo; si quedó alguna humedad en la garganta o en la tráquea, creemos ir nadando y aun ahogándonos en un río caudaloso, y no de otro modo parecen agrandados los objetos vistos a través de la niebla o de un cristal espeso. Y puesto que el cuerpo sigue el ritmo del corazón, cuando algún vapor le empuja hacia arriba, soñamos que vamos subiendo, unas veces por escaleras y otras por una cuesta escarpada y maligna. Cuando aquel vapor se adelgaza y extenúa y poco a poco el corazón recobra su sosiego, nos parece bajar; y si de súbito el vapor se desvanece y en rápido movimiento el corazón vuelve a su sitio, se nos antoja rodar por un despeñadero y nos agarramos nerviosamente a las almohadas y ropas de la cama. En cambio, si el corazón está ahito de humedad demasiada y densa, sentimos angustia y creemos soportar penosamente un peso enorme sobre el pecho. Estos sueños hartas veces ocasionan quebrantos graves a la salud, y aun puede que la muerte. Otras veces, cuando existe algún

obstáculo para que la consabida humedad cambie de sitio, nos parece que queremos correr o subir, pero una gran fuerza contraria nos lo estorba.

Con frecuencia soñamos lo que hicimos o presenciamos durante aquel mismo día. Ello sucede o porque la fantasía está fresca y ágil, no distraída por otras representaciones, como ocurre a los niños, o porque nos entregamos al descanso, ocupados en aquel pensamiento que se nos presenta inmediatamente al espíritu y en él se graba. Esto mismo acontece en las visiones impresas por una fuerza superior que actúa en nosotros, como son los pensamientos fijos y constantes o una pasión enérgica sostenida, como el miedo, el amor, el deseo, la ira o la envidia. Ello se debe a que la fantasía se apodera rápidamente del sentido común y de la atención, obligándole a fijarse sólo en el objeto que ofrece con radical omisión de todos los otros, como a menudo es dable apreciar en los enamorados y en todos aquellos a quienes domina alguna perturbación anímica vehemente.

Algunos tienen ensueños fragmentados y descompuestos, al paso que otros los tienen sosegados y continuos; los hay que los tienen temerosos y otros los tienen apacibles. Son claras y puras las representaciones, cuando la sangre está depurada de humedades impuras, como suele acontecer a la del alba, cuando terminó ya la digestión nocturna. Por este motivo, los antiguos filósofos tuvieron esas visiones como dotadas de mayor realidad. Pueden ellas ser más completas y más compuestas y detalladas, pero no serán por ello más reales por lo mismo que una ficción novelesca puede ser más bella y más aliñada que otra, sin que ni una ni otras sean más verdaderas.

Si el vapor es más templado y tenue, el curso del sueño discurre más sesgo y continuado, pues más plácidamente resbala la fantasía, como un manso arroyuelo; pero si su fumigación es muy ardorosa, la fantasía corre arrebatada y rienda suelta a través de los fantasmas a modo de velocísima. Origínase entonces una gran mezcla y confusión de tiempos y lugares: amalgamamos Roma con París y hacemos contemporáneos nuestros a César y Pompeyo; de una misma persona hacemos a un rey y a un esclavo; juntamos y separamos las cosas más absurdas, increíbles, imposibles. Los sueños así perturbados nos acarrean grave molestia, pues este caos repugna, no sólo a la inteligencia y al pensamiento, sino aun a la fantasía misma. Y sentimos aversión por dormirnos otra vez por no recaer en tales pesadumbres, como suele acontecer en una enfermedad o dolor físico, o en una gran excitación del espíritu; en suma, todas las veces que el cerebro está en mala disposición.

A veces el sueño vuelve sobre sí mismo y creemos que soñamos o se nos antoja que no soñamos; fenómeno éste que se produce en los sueños agradables, en los que tememos que no resulten un espectro vano, o en los muy tristes, en los que querríamos que todo fuese falsedad pura. Como las visiones en el ensueño siguen aquello que fantaseamos durante la vigilia, ocurre también lo contrario, como en los niños, los enfermos y los de ánimo mal dispuesto, quienes aterrorizados por las imágenes soñadas, aun después de despertar creen estarlas viendo; por eso dan gritos y huyen y corren a esconderse.

El adormecimiento es un estado intermedio entre el sueño y la vigi-

lia, en que nos parece soñar lo que vemos u oímos en hecho de verdad, si bien débil y deficientemente, y lo mismo en los restantes sentidos, como oír la voz de uno que nos habla, o ver una vela encendida, o las pisadas de uno que se pasea por la habitación, o tocar algún objeto áspero o suave. Esto acontece cuando el sentido común no está por entero poseído del sopor; por esta misma causa roncamos cuando dormimos. Si el sentido común está algo despabilado, percibe algo sensible; pero como no está libre del todo, juzga de ello con borrosa exactitud y se imagina que aquel sonido son trompetas o bocinas o gritos u otros ruidos espantables.

A menudo le parece oír a alguno que le habla y no distinguir ni entender bien aquellas voces. Asimismo nos imaginamos leer cartas que no comprendemos perfectamente y nos debatimos en esfuerzos vanos, y ello nos hace sufrir.

Esto se explica porque la fantasía no toma de la memoria nociones bastante fijas y expresivas, porque la memoria no las proporciona o porque la fantasía las recibe con indolencia o de mala gana. También ocurre al contrario, que mediante los sentidos externos nos figuramos percibir objetos presentes a nuestra consideración cuando estamos dormidos. De ese linaje de visiones nocturnas, unas se imprimen en la memoria de tal modo que al despertarnos las recordamos distintamente; otras, con menos relieve, pero de las cuales podemos recordar algo, y otras, por fin, quedan grabadas tan débilmente que su recuerdo se extingue por completo, como en los enfermos y en los beodos.

Puede también acumularse tal condensación y mezcla de vapores y espíritus que nada se sueñe, porque hállanse mediatizados y como encadenados los instrumentos del laboratorio animal, como acontece en una gran maceración alcohólica o en un párvulo o en un recién nacido y hasta en el claustro materno, cosa que algunos no aprueban. No faltan autores que en sus libros de viaje, describiendo el mundo, dicen que determinados pueblos no tienen sueños nocturnos; hombres nuevos que afirman no haber soñado jamás ni creen que los otros sueñen; que ello es una pura invención que sirve de apacible entretenimiento para el autor y el que le oye. Esto sucede porque las cosas presentes al espíritu durante el sueño no se fijan en la memoria con tal relieve que se puedan recordar durante la vigilia. Dos son las razones de este fenómeno: o la dureza de los espíritus, que no las recibe, o la fluidez del medio, que no las retiene bien, así como ocurre con un sello que no se imprime ni en la roca ni en el agua.

Problema grande y antiguo ese de la interpretación de los sueños, que aún ahora atormenta agudamente a los temperamentos miedosos y preocupados de lo por venir. ¿Hay, realmente, en los sueños alguna efectividad reveladora de lo venidero? O por conjetura de lo que vemos cuando en el sueño estamos sumidos, ¿podemos conocer de antemano lo que tiene que suceder?

Mucho se ha discutido desde muy atrás en pro y en contra de una cuestión que ni es ni muy difícil ni demasiado oscura. Este punto dudoso no tiene un solo sentido, porque puede interpretarse de dos modos: ¿Son los ensueños signos, o son causas de las cosas presentes, pasadas y venideras, como se dice de los astros a los cuales se interroga el Destino?

Que no son causas, ni que decir

tiene; son puramente signos de vapores de humedades, según ya dije, como efectos de sus causas y no de otra cosa alguna, y esto de la manera más natural, porque todo en la Naturaleza tiene su término previsto, hacia el cual tienden, ya por camino derecho o tortuoso. La Naturaleza no concedió a los animales el ensueño para que nos revele lo que está oculto y es abstruso, sino que soñamos porque la energía anímica, dado que dispone de un órgano adecuado, no sabe descansar aun cuando el cuerpo descansa. Pero se dirá que a veces los ensueños resultan verídicos. Ello será por puro azar y accidentalmente, no en virtud de una cualidad natural suya, como cuando, aterrados por efecto de alguna pasión o, por el contrario, halagados por alguna esperanza, soñamos con peligros que nos amagan o con venturas que nos sonríen. Hay más; cuando alienta el alma un proyecto vehemente y exclusivo, éste es el que se presenta cuando estamos dormidos.

Un postrer razonamiento, que Aristóteles emplea con acierto, es que como soñamos todos los días tantas cosas y tan variadas, no es de extrañar que alguna vez acertemos lo que va a suceder o lo que ya sucedió, sin que nosotros lo supiéramos. Quien a menudo lanza proyectiles, necesariamente tiene que dar en el blanco una que otra vez, aunque ignore por completo el arte de la balística.

A veces, los sueños son infundidos por la inteligencia superior con igual arte y fuerza con que ellos afectan a la fantasía. Los sueños, que tienen origen celestial, es decir, que son infundidos por espíritus bienaventurados, llegan a nosotros para avisarnos de algún grande beneficio, público o privado, como las Sagradas Escrituras cuentan los sueños de Faraón, de Nabucodonosor y de José. No desacertadamente ordena Néstor en Homero que se estudie con diligencia y se descifre el sueño de Agamenón, caudillo del ejército griego, mientras que los sueños de los otros jefes no debían observarse con igual cuidado.

Infunde el demonio, con la aviesa intención de engañar, sueños de cosas oscuras, vanas o superfluas, y es señal evidente de ese su intento dañino el que nos hace juguetes de esas ilusiones provocativas. Por su fin puede colegirse la procedencia del sueño, aun cuando es natural que, cediendo a un afecto y convicción temeraria, lo juzguemos unas veces celestial y hostil otras veces.

CAPITULO XV

DEL HÁBITO

Las facultades engendran los actos; ello hace que para todo aquello que hace el alma, las recibió por dádiva de la Naturaleza. Con todo, hay determinados actos que siguen inmediatamente la índole de la potencia respectiva cuando ya por su madurez se hizo dueña de sí. Estos actos, no menos que las facultades mismas, son naturales, verbigracia: el ver y el oír, una vez que estos sentidos llegaron a su completo desarrollo como en el niño, así que nació, y en el cachorro del perro, a los nueve días de nacido. Para estos actos, no se necesita reflexión ni ejercicio alguno para que salgan bien, sino vigor y madurez y buena disposición, pues la Naturaleza es la mejor y eficaz maestra.

Otros actos hay que necesitan práctica y ejercicios para producirse pronto y bien; de esos ejerci-

cios y práctica nace la *asuefacción* o costumbre de realizarlos, en la cual se reúnen facilidad para obrar y propensión, que con voz griega se llama *exis*, que para nosotros suena *habitus* (hábito), que no es sino la inclinación a realizar actos semejantes a aquellos de los cuales se formó. Esta *asuefacción* o costumbre no se dice sólo de los actos, sino también de las pasiones, que en cierto modo son actos en las facultades del animal, porque, como ejercen su actividad padeciendo, aplicaremos el nombre de acto a ambas cosas.

Sucede a veces que la índole del acto es natural, pero su forma, atributo o circunstancia son propias del ejercicio; así hemos recibido de la Naturaleza el ver, oír, gustar, oler y tocar, y, sin embargo, pertenece a la costumbre la facilidad de soportar formas absurdas, repugnantes y que causan miedo o sonidos desapacibles y desgarrados, desabridos y amargos y otras sensaciones por el estilo. De esa habituación nacen la aptitud y facilidad en el artífice y la adecuación correlativa en el instrumento, como con el ejercicio, el pintor y el artesano se tornan más prontos y más hábiles, y el órgano mismo, como la mano y aun a veces el instrumento externo, adquiere mayor aptitud si ya no fuere que la materia se deteriora con su resistencia, como ocurre al pincel, al hacha, la sierra y el cepillo. Esto mismo verifica el hábito en el ánimo, hácele más docto y hace a los espíritus más dispuestos para una clase de ejercicios, aunque también a veces se deterioran con el uso inmoderado y llegan a estragarse.

Esta costumbre arrastra hacia sí el ánimo al cual se pegó y forma la que se ha llamado propensión. Cuando un hábito echa raíces por el uso continuado, adquiere casi fuerzas de Naturaleza, pues nos lleva a obrar no sólo sin dificultad, sino con deleite. Las cosas que nos son familiares se nos hacen agradables, y no solamente en cuanto a las de índole activa, sino también a las pasivas, y las que contrarían nuestro temperamento amenguan la sensación de molestia y trabajo, bien así como a la misma enfermedad y al sufrimiento, que trae consigo la familiaridad, los torna más llevaderos y benignos. Muy cuerdamente procedió quien nos aconsejó elegir el mejor método de vida, porque con la costumbre se nos volverá sabroso; y Platón, a su vez, dice que importa mucho el modo como se ha formado y acostumbrado cada uno desde la niñez.

Este enraizamiento del hábito se concedió a nuestra alma para bien suyo, como todas las demás cualidades, a fin de acostumbrarla mediante el uso y el ejercicio a cuanto debemos hacer que sea recto y conveniente. Si la continuidad y el tiempo no confirmasen la facultad de poder seguir obrando en un mismo sentido con libertad y expedición de saber hacerlo con más aptitud y de quererlo con más gusto, baldío resultaría todo el trabajo tomado y siempre estaría nuestro espíritu rudo para lanzarse a nobles empresas y nada haría a derechas y con brillantez, porque no habría adelantado un paso con el tiempo. Esto, por lo que toca a lo que hacemos voluntariamente, pues por lo que atañe a cuanto sufrimos mal de nuestro grado, harto miserable fuera la condición de la vida humana, si la costumbre no nos sirviera de lenitivo entre tantas amarguras y desabrimientos.

El hábito, así como creció y se

confirmó con el tiempo, también con el tiempo disminuye por el desuso o por la irrupción de alguna grave violencia, ya interiormente por un veneno o cualquier enfermedad, ya exteriormente por una llaga o herida. Cuéntase asimismo que algunos perdieron el conocimiento de las letras por una enfermedad; otros, por el golpe de una piedra o un palo. Todo esto me parece que se refiere más al hábito del instrumento que al del artífice, pues a quienes ocurren tales lances, en lo sucesivo convalecen y recobran su actitud primitiva, lo cual no sucedería si el artífice hubiera perdido por completo las huellas impresas por el hábito.

CAPITULO XVI

DE LA VEJEZ

La materia suministra al alma que ha de soportarlo la materia del cuerpo en forma de miembros, y una vez que ha entrado en él, va poco a poco acomodando a ella instrumentos suficientes hasta que la conduce a la perfección, hasta donde pueda admitirla y mantenerla la cualidad y constitución de la materia. Estos instrumentos, una vez llegados a su auge máximo, con el uso se deterioran y paulatinamente vuelven al estado de inercia de la masa primitiva, y a la postre, se estropean y perecen del todo.

La adaptación de los miembros se verifica en el útero; la acomodación de las emanaciones y humedades, en la infancia. La juventud es un cierto estado de vigor y perfección de los órganos; la vejez es su decadencia y la destrucción e inutilidad de los mismos; la muerte producida por su curso natural, sin violencia. No anduvo desacertado quien comparó la edad del hombre al día y al año; así la infancia es la mañana y la primavera; la juventud, el mediodía y el verano; la vejez, la tarde y el otoño, y la muerte, el invierno y la noche final.

El calor es el adminículo e instrumento principal de la vida. Este calor, en la infancia, insensiblemente, adquiere fuerzas y robustez para consumir la redundancia de humedad que el niño sacó del útero, cuyo indicio es el sueño casi continuo. Reducida luego la humedad a una porción tal que el calor actual baste para alimentarla y sostenerla y no para agotarla, aquel calor luego crece, es decir, crece la juventud en el animal; por eso, los animales más calientes, si es bastante el alimento dado al calor, prolongan más su juventud. En cambio, disminuye el calor cuando se va secando el jugo en el grado conveniente. Así en los ancianos, aunque abundan en las extremidades los residuos de humedad que producen las secreciones, como legañas y fluxión de ojos, mucosidades y destilaciones, las interiores son más tardas, por ejemplo, los nervios y las medulas. Por lo que toca a la pituita de los viejos que sale al exterior, es porque se debilitó el calor, que a causa de su fatiga, no puede cocer aquellas humedades.

Consiste, por tanto, la juventud en el equilibrio entre lo cálido y lo húmedo; llega la vejez cuando falta uno de estos dos elementos. Los enjutos envejecen pronto; más tarde, los húmedos y fríos. Compañeros de la vejez son la calvicie, la canosidad, las arrugas. La calvicie procede de la sequía cuando, agotada la humedad, el cabello pierde su raíz no de otro modo que las plantas en la arena; por eso se quedan

calvos más pronto los de cabello rizado. Se produce la calvicie en la parte anterior de la cabeza, porque es menos espesa y sólida que la posterior, como dice en los *Problemas* Afrodisio o quien fuere el autor de esa obra.

Causa de la canicie es la pituita; por eso empieza el pelo a encanecer en las sienes, después en el cogote y pescuezo, por ser estas partes más húmedas que el occipucio. Los niños, aunque más húmedos que los jóvenes, no encanecen, porque las canas se producen por el líquido frío, no por el que efervesce por la fuerza del calor.

Las arrugas son señal más cierta de vejez que las canas y la calvicie. Las arrugas se producen al contraerse la piel por secarse aquella humedad saludable, lo cual acontece especialmente en los individuos cuya constitución acumuló mucha bilis ya amarilla, ya negra, aunque es más bien la última, porque la amarilla, con el tiempo, viene a parar en negra, de igual modo que se inclina a ese lado cada edad, conforme va avanzando el otoño en el año y la tarde en el día. No sólo envejecen pronto los que tienen esa constitución natural, pues es un temperamento el más contrario a la juventud, sino que también se avejentan prematuramente y se arrugan los que caen bajo la tiranía de la bilis negra, ya por enfermedad, por pasión de ánimo, por influencias del lugar o por el deporte físico, como también los que padecen fiebres cuartanas o experimentan las angustias del miedo, del odio, de la envidia y, principalmente, de la tristeza; los que habitan moradas oscuras, consagradas a estudios tenaces o a meditaciones intensas.

CAPITULO XVII

DE LA LONGEVIDAD

La vida es la *conservación de aquellos instrumentos que usa el alma en el cuerpo.* El principal de todos ellos es el calor y después, su alimento y conservación, mediante la humedad congruente con el calor. Así es que aquellos seres vivientes, que por más tiempo pueden conservar estas cualidades, son los más vivaces. La primera razón y la causa de la longevidad radican en la constitución de cada uno, en que sea cálida y húmeda, en los nervios, las medulas, los líquidos y las emanaciones. La segunda está en que tal combinación se mantenga el mayor tiempo posible. A ello contribuye en gran manera los elementos, el lugar, el régimen de deportes y ejercicios, pues aquellos que comen cosas muy calientes, hacen enrarecerse los jugos saludables del cuerpo y evaporarse el calor hasta el punto de que, extenuado el calor, pierde todas sus fuerzas y por ende, en plazo corto, la vida misma, a menos que abunde tanto el humor flemático que les convenga aquel régimen de vida. También aquellos que habitan regiones cálidas con harta dificultad conservan el equilibrio de lo cálido y lo húmedo, pues se evaporan los efluvios excesivamente y queda el cuerpo como desnudo, por lo cual la vejez y la muerte se apresuran. Igualmente los que habitan en lugares húmedos y pantanosos se emponzoñan con enfermedades de muchos y varios linajes por abundancia de pituita.

Son las enfermedades camino expedito para la muerte, siempre que ataquen los centros vitales, pues al-

gunas enfermedades hay que no abrevian la vida. En los sitios frescos y secos se conservan los cuerpos más puros y por lo mismo más vigorosos, y se alarga más su longevidad, pues el calor, por antítesis, se conserva en clima algo fresco, en invierno más que en verano. La sequedad del cielo y del suelo disipa las humedades pútridas; de este carácter es la vivienda en las colinas, en sitios elevados y planicies, continuamente oreados de vientos frescos; allí el aire libre y abierto purifica los cuerpos y no los deja consumirse ni enmohecerse. Al sereno se torna más ágil el espíritu de los animales.

También el ejercicio moderado activa y aumenta las fuerzas, porque excita el calor y fortalece los nervios. Así es que los organismos que hacen ejercicio prolongan más la vida que los ociosos. Con todo, el trabajo excesivo debilita el cuerpo y quebranta los fuerzas. Los machos de todas las especies, porque disponen de más calor, son naturalmente más vivaces que sus hembras; empero el uso venéreo exagerado abrevia sus días, y en este caso, las hembras les sobreviven. Así, Hipócrates dijo con razón: *Comida, bebida, sueño, placer venéreo, ejercicio físico, todo debe ser moderado.*

Los animales pequeños y que tienen menos calor, tienen existencia más corta que los grandes; así las abejas, más que los perros o las ovejas, y de éstos, los que han obtenido calor más fuerte alargan más la vida, verbigracia: las abejas, más que las avispas y las avispas más que las moscas, y las moscas más que los mosquitos. Hay más: los animalillos de cuerpo exiguo no resisten el rigor de las estaciones: calor, frío, humedad y sequía, como tampoco las hierbas, por su escaso calor y póca materia. Pero los árboles, de masa más compacta, resisten muchos veranos y muchos inviernos, y más que todos los árboles, la palmera, que es la más caliente de todos los árboles. Como está más condensada la materia de los árboles que la de los animales, son aquéllos más duraderos que éstos. No porque sean unos cuerpos más sanos que otros su vida se prolonga más ni mueren más pronto los que están afectados de enfermedades, sino que por lo regular consiste en la cantidad de calor y humedad correspondiente, tanto general como individual.

CAPITULO XVIII

DE LA MUERTE

Destruídos o determinados los instrumentos, cesa la vida y sobreviene la muerte, lo mismo que gastados o perdidos el martillo, yunque, tenazas y otro herramental de una fábrica, cesa de funcionar la fábrica y el obrero se ve reducido a un paro forzoso. Así que la muerte es la *falta de los instrumentos del alma, por los cuales se prolonga la vida.* El alma se separa, no por incompatibilidad alguna entre ella y el cuerpo, como tampoco los había unido anteriormente ninguna proporción o correspondencia. Entre mí y esta pluma con que escribo no existe proporción alguna, a menos que se pretenda también que media congruencia entre el artífice como tal y el instrumento hábil de que se sirve, asunto éste en que yo no tomaré cartas.

La vida entera consiste en lo cálido, como he dicho repetidas veces, y por razón de lo cálido también en lo húmedo. La muerte es natu-

ral cuando, secándose la humedad que alimenta el calor, decae éste y acaba por extinguirse, como una lámpara que consumió todo su aceite.

La muerte violenta es la que los gentiles llamaban venida contra lo que decretara el Destino, cuando por algún azar la humedad se seca o el calor se agota a causa de una opresión ya interior, como por veneno, hartazgo o exagerada ingestión de bebidas, como cuando se echa en una lámpara demasiado aceite; o ya exterior, como cuando, verbigracia: la compresión de los vapores que refrigeran el corazón en la arteria o en la boca, como cuando se cubre de improviso o se ahoga la lumbre con piedras o con mucha ceniza.

Para la vida del animal es necesaria la mezcla equilibrada de todas las cualidades, unas por sí mismas, otras por las demás; faltando una de ellas, no puede medrar la vida. La principal de todas es la cálida y húmeda, ubicada en la sangre, por cuyo agotamiento el animal perece en tiempo brevísimo. De los miembros, hay algunos principales, sin los cuales el ser animado no tiene conservación posible; el más esencial es el corazón; el corazón es el primero que vive; el corazón es el último que muere; como a su vez los ojos son los postreros en vivir y en el morir son los primeros. Siguen en importancia los que están situados en la cercanía del corazón: el hígado, los pulmones, el diafragma y, finalmente, todos aquellos que por esta razón se llaman órganos vitales, y asimismo el cerebro y la cabeza. Otros miembros son de más baja condición y, por decirlo así, de un orden ínfimo que, amputados y todo, no afectan a la permanencia de la vida, como las manos, los brazos, los pies, las piernas, los ojos, la nariz, las orejas, las nalgas.

En el reino animal, los insectos viven aun después de cortados, como los gusanos, abejas y avispas, cualidad que les es común con las plantas. Entre la muerte del animal y del bruto hay esta diferencia: en la del bruto, su alma, como también el vigor de nuestros sentidos, perece en la muerte del todo, al paso que el alma del hombre sobrevive a su cadáver. Por eso podemos definir la muerte del hombre: *Es el acto de separarse y desunirse el alma del cuerpo.*

CAPITULO XIX

INMORTALIDAD DEL ALMA HUMANA

Ya inquirieron los sabios de la antigüedad si nuestras almas sobreviven a la muerte del cuerpo y quedan emancipadas y exentas de la fuerza ciega del Destino. Este problema se hizo más espinoso e intrincado, de un lado, por la ignorancia de los hombres; de otro, por la perversidad o el vicio de quienes, atribuyéndolo todo a los sentidos corporales, llegaron a la conclusión de que el alma nada sabe y cree fuera de lo que cae bajo el dominio de ellos. Enfangados otros en sus deleites y regalos, desearían que todo acabase simultáneamente con esta su vida corporal y que no hubiera juez que nos pidiera razón de ella.

Nosotros, empero, dado que este punto es de tal importancia para toda la vida, para la religión y hasta para la felicidad humana o para su miseria extremada, la examinaremos con alguna mayor detención. No se debe tocar con ligereza lo que es peligroso dejar sin resolución.

Si se diere crédito a sólo los sentidos y si todo queda encerrado en sus límites angostos, como pretenden algunos que juzgan harto groseramente de las cosas, ni atribuiremos alma a los irracionales, porque no la vemos ni la percibimos por ningún sentido ni creemos que existan *efectos* o *formas* en los seres naturales, sin admitir, en fin de cuentas, realidad alguna fuera de esta masa que vemos y palpamos, lo cual es contrario a toda doctrina científica y totalmente ajeno y distante del sano juicio de la mente humana.

Los niños pequeños, si ven a su padre con un arma y luego ven esta misma arma arrimada al tronco de un árbol, creen que este tronco es su mismo padre, se le acercan, le hablan y se sorprenden de que no se mueva ni les conteste y se asustan y se enfadan y, por último, se echan a llorar.

Estos mismos niños, al igual que los bobos, toman por seres vivos las figuras pintadas en un cuadro o en un tapiz, y les incitan a hablar y les ofrecen cosas de comida. Pues ese mismo juicio forman los animales, pensando ser verdaderas las cosas fingidas. Aquellos que se guían no más que por los sentidos, no se diferencian mucho de los niños y de los frutos, por no decir de los animales, al afirmar que es un hombre aquel cuerpo inerte y, sin embargo, no sospechan que lo es un cadáver que ven tendido en el suelo.

Y, sin embargo, no reparan que esos mismos ojos y esos sentidos corporales, incapaces de ver ni percibir lo que hay en un local cerrado, sólo puedan saberlo por demostraciones exteriores, verbigracia: el fuego por el humo, el animal por la voz, la carroña por la hedentina que despide. ¿Quién hay que no distinga cuánta distancia media entre el hombre y el bruto? Prescindiendo de pruebas de menos valor, el hombre practica muchas artes manuales, produce obras tan diversas y admirables de invención y de ejecución, recorre con su pensamiento el mundo todo, disfruta de razón y de lenguaje, en todo lo cual resplandece cierto poder e imagen de la inteligencia divina. Y si por la semejanza del cuerpo lo igualamos con las bestias en el nacer y en el morir, se impone necesariamente que lo juzguemos superior por su grande y evidente superioridad mental. Y si se renuncia a tan grande prerrogativa como es la de la inmortalidad, hase de renunciar también al ingenio, a la razón y al entendimiento, a los que somos deudores de ella. Y si vemos en el hombre señales que atestiguan su origen celestial y divino, se impone la consecuencia de que algo hay en él más grande y superior a lo que puede verse con los ojos o tocarse con las manos.

Nadie, dice, vuelve a nosotros de esa otra vida hipotética que nos cuente cómo van las cosas por allá y qué es lo que allí pasa. Esto es lo que dice el vulgo que piensa haber hallado algo ingenioso; pero esto es como casi todas sus cosas. Dejo a un lado que muchas almas de difuntos volvieron a sus cuerpos y hablaron a los vivos, y algo les dieron a entender de cosas que afectan a nuestras creencias, esto es, que están por encima de la Naturaleza. Por lo demás, si nadie navegase a las Indias ni nadie viniera de las Indias acá, ¿no por esto existirían las Indias ni los indios? En tantos miles de años hasta esa edad nuestra no hubo quien navegase hasta aquel nuevo mundo, ni de allá hacia nosotros, ni de una ni de otra parte se tuvieron noticias ni atisbos de co-

nocimiento. ¿Qué tiene de particular que no se haya establecido comunicación normal entre los espíritus emancipados del cuerpo y nosotros, que andamos metidos en él? Grande y accidentado es el camino entre nosotros y esotros hombres nuevos; pero así y todo se puede establecer y de hecho lo está; pero el camino entre nosotros y el cielo y el infierno por ley natural es impracticable. No cabe correspondencia alguna entre lo corpóreo y lo incorpóreo, ni nosotros podemos acomodarnos a su condición, mientras seamos prisioneros de este cuerpo corruptible.

Hay más; las almas de los muertos gozan de bienes mayores o sufren males peores, para que tengan holgura o talante de ocuparse de cosas terrenales, que son puras naderías; los unos no quieren y los otros no pueden volvernos a ver. Si a uno le nombraran magistrado en su propia ciudad, no querría, a buen seguro, volver a la isla de su destierro; así que éste no lo desea. Y si otro está detenido en la cárcel o en el calabozo, ése no puede. Lo que es cierto es que adondequiera dirijamos la mirada, arriba, abajo, alrededor nuestro, todo nos enseña, demuestra y proclama que el alma es inmortal: la naturaleza y la necesidad de las causas, la proporción y semejanza, la vida, la conveniencia, la dignidad del hombre, la bondad de Dios y nuestra utilidad por razón de ella.

En principio no nos son conocidas por sí las esencias verdaderas y propias de todas las cosas, sino que permanecen latentes en la intimidad de cada uno, a donde no penetra nuestra mente, encerrada en esta masa corporal y en las tinieblas de la vida. Es nuestra razón quien colige, especialmente de las circunstancias y los actos, qué es y cómo es cada objeto, pues según advirtió Aristóteles con su agudeza habitual, toda cosa se presenta lo mismo en el ser que en el obrar; quiere esto decir que sus obras y acciones declaran su cualidad, cuantidad y razón de su esencia. Estudiemos, pues, en primer lugar, las acciones propias del alma.

La primera de todas es el conocer que en cierto modo equivale a coger, comprender, concebir, pues con todos esos nombres significamos el conocer. No existe facultad alguna cognoscente, más o menos poderosa y que conozca aquélla, que no tenga correspondencia también con ella misma. El conocimiento es a modo de una imagen de las cosas que se reflejan en el alma como en un espejo; ahora bien: el espejo material no puede reflejar lo espiritual y lo que pertenece a otros sentidos que no sea el de la vista, ni puede ofrecer tampoco lo que tenga proporciones mayores que el espejo, como una montaña entera situada muy cerca, si no se aleja más para que del espacio intermedio surja la proporción, ni puede reflejar tampoco aquello que no se le presenta frontalmente.

Nuestros sentidos externos, como extensos que son y dotados de cantidad, no perciben lo que de extensión y cantidad carece, ni lo que tiene una masa más voluminosa que su radio de acción, ni tampoco perciben lo ausente. Los sentidos internos no perciben lo espiritual, a saber: los ángeles y Dios. La mente, pues, que es quien los concibe, conoce y comprende, única de los seres sublunares, es espíritu como aquéllos, y puesto que comprende su inmortalidad, es inmortal también, pues no siendo así en manera alguna concebiría lo que le exce-

de incomparablemente en amplitud.

Demuéstralo más claramente el hecho de que de toda la eternidad no alcanzamos a comprender con nuestro pensamiento, abrumado por su imponente grandeza, aquella parte que nos precedió con su duración inmensa; pero a estotra que se seguirá por siglos innumerables, fácilmente la comprendemos y la entendemos, de donde muy a las claras aparece que la eternidad primera es más vasta que nuestra alma y que no tiene con ella proporción ni analogía alguna, pero sí la tiene con la eternidad segunda, que de ella está adecuada.

De esa misma fuente de conocimiento, fácilmente se infiere que las almas de las plantas y de los brutos son creadas y dispuestas por virtud y potencia de la materia; que nuestra mente es de modo peculiar creada por Dios en el cuerpo sobre las fuerzas de la materia de éste y su Naturaleza, porque nada es capaz de superar y rebasar aquello de que recibió su esencia y sus fuerzas; si así no fuera, no lo recibiría de éste, sino de algo anterior y ulterior hacia lo cual tendiese. Nuestros sentidos internos y externos, como también los irracionales que de ellos están dotados, ninguna otra cosa conocen que lo que atañe a esa naturaleza que vemos y ya no suben más arriba. En cambio, nuestra mente, no deteniéndose en el cielo, en los astros y en los ángeles, llega hasta el mismo Dios y ya no puede allende. ¿Qué demuestra esto sino que las almas de los brutos son engendradas por esa Naturaleza sobre la cual no pueden remontarse y que la nuestra lo ha sido por Dios, que está por encima de la potencia de ella?

Acontece a nuestra alma lo que con el agua de un manantial, que sube tan alta como el origen de donde procede, y ya no puede subir más arriba. Y no de otra manera que nuestra alma, que no solamente se detiene por bajo el conocimiento de Dios y aun mucho más abajo; también los sentidos se paran en punto muy inferior a las obras de esta esencia, no penetran en su intimidad, sino que se ejercitan siempre en la superficie más exterior. Parece que Moisés, al narrar la génesis del mundo, significó esto con no equívocas palabras, pues al afirmar que todas las cosas fueron creadas por solo el mandato de Dios, así que llega al hombre no atribuye a la Naturaleza el poder de crearle, sino a Dios solo, pues dice: *Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza.* Y poco después: *Inspiró Dios en la faz de Adán el aliento de la vida.* Con una y otra sentencia, significó tanto el origen propio de Dios como la inmortalidad de las almas.

Por lo demás, para que nadie sea inducido a error, aun cuando la creación del alma por Dios sea obra que rebasa el poder de la Naturaleza, ya elemental, celeste o angélica, es, no obstante, creada naturalmente por Dios, es decir, en virtud de una ley por El ordenada y establecida, no de otra manera que cualquier otra cosa. No siempre que Dios crea a un hombre, hace un nuevo milagro, es decir, algo contrario o distinto de la ley prescrita; si ya no es que alguien lo proclama *milagro de esa Naturaleza*. De ello yo no disiento de guisa que no sin razón Mercurio Trismegisto (si él fué en realidad) dijo con razón que el hombre es un gran milagro.

Dios, en la materia adecuada y ya apercibida, infundió un alma sobre las facultades de la materia misma y las de la Naturaleza formadora,

aun cuando conforme a una ley por El establecida. Así es que concedió alma aun a los engendrados en adulterio y en incesto repugnante, pues aun cuando lo son contra el bien y la religión, no es contra aquella ley como lo sería si se concediera igualmente a los sodomitas y otros seres de esa laya. El ser nuestra alma creada no por facultad de la Naturaleza, sino sólo por la bondad de Dios, es una verdad que además interesa al género humano que lo sea. Y porque le interesa es verdad no dudosa que siendo obra peculiar y propia de El, a Dios y no a la Naturaleza debe el hombre la parte mejor de sí mismo y le reconoce por único Padre de su alma para ofrecerla y consagrarla a El únicamente, sin conceder a ningún otro derecho a participar en ella más que a Dios, único y todopoderoso Autor de los espíritus.

Ancha es la potestad y el derecho que en nuestro cuerpo y en todos sus sentidos se arrogan los padres carnales; y lo mismo los hijos, la propia Naturaleza, la patria, los parientes; pero el alma es sólo de Dios, que manda que se le reserve a El exclusivamente para nuestra felicidad, porque El es su único autor y progenitor. Si, pues, el alma es producida no por la Naturaleza, sirviente y obrera de Dios, sino por El mismo, es consecuente que nada haya en la Naturaleza que pueda extinguirla, sino que sólo Dios puede.

Y no es creíble que Dios cree por sí mismo cosa que luego haya de destruir. ¿A qué venía haberlo hecho así? Más atinado fuera haber concedido a la Naturaleza el poder de crear y aniquilar el alma humana como la de los demás animales. ¿Y por qué reservarse a sí una obra especial si más tarde había de someterla a la ley y condición común?

Valga esto por lo que se refiere al conocimiento; hablemos ya del apetito. Todo conocimiento, como en otras ocasiones y con relativa frecuencia quedó demostrado por nosotros y por otros casi cumplidamente, fué otorgado a los seres animales para desear o evitar algo. Nuestros sentidos conciben el ser actualmente lo mismo que los animales; en cuanto a la cualidad de éstos y de sus afectos, podemos conjeturar con mucha certidumbre por los sentidos mismos, ya externos, ya internos que tenemos comunes y enteramente iguales a los suyos.

Así es que los animales tienden no más que al *ahora*, a la actualidad, pues el instinto de conservación les viene, no del conocimiento de las cosas, sino por obra de la Naturaleza. Por eso la facultad de procrear no pertenece a la función principal, a saber: la cognoscente, sino a la vegetativa, es decir, la ínfima; empero el hombre conoce que es interminable porque desea lo que es conveniente y bueno para sí; de modo que este apetito es natural y, por ende, de algo que nos es conveniente y proporcionado congénito, y no de balde; puede satisfacerse, por tanto, y necesariamente debe satisfacerse alguna vez, pues en otro caso fuera vana y estéril, sobre ser cruel, la concesión de un beneficio tan grande.

Indicio de la existencia del deseo de la esencia eterna, que nunca muere del todo, es el ansia de perpetuar nuestro nombre por los venideros siglos, tan innata en los pechos humanos que aun aquellos mismos que creen que todo fenece con la vida, a pesar de esto aspiran a la fama y aun sepultados quisieran oír hablar bien de sí; como Epicuro,

aquel heraldo de la impiedad que precavió en su testamento que fuera festejado su natalicio con un banquete a sus devotos el día vigésimo de la luna.

Este deseo natural de la auténtica inmortalidad, estragado y averiado por las tinieblas del entendimiento y por torcidas aficiones del alma, degeneró en esa otra pasión por la fama a guisa de semilla buena caída en tierra mala. Las pasiones mismas declaran cuál es la naturaleza de nuestro espíritu y de los sentidos y la diferencia que separa las unas de los otros, digo de los sentidos, así los internos como los externos. Y, efectivamente, si empieza el alma a pensar en su muerte, los sentidos internos y la fantasía, si se imaginan que esta vida va a ser larga, no se impresionan en exceso por aquella otra muerte y hasta quitan toda importancia a tal pensamiento. Pero el alma se envuelve en esas tinieblas y se llena de confusión hasta el punto de que nada teme y rehuye más. Aun aquellos mismos que apuran males extremados y en un arrebato de ciego pesimismo desean la muerte y su aniquilamiento total, si consiguieran volver a sí mismos algún tanto después de aquella desesperación, serenarse un poco y pensar en la muerte del alma, seguramente rectificarían su fatal propósito y se horrorizarían ante la perspectiva del morir y juzgarían ser un mayor mal que todos los que antes los vejaron y los afligieron. Y, al revés; cuando se piensa en la muerte inmediata del cuerpo, todos los sentidos se conmocionan; pero el espíritu, si está sano y tranquilo, permanece impasible, ridiculiza y enmienda ese error y ese pánico de los sentidos.

Por esto Platón, en la *Apología de Sócrates*, presenta a éste, el más agudo y sagaz de los filósofos, hablando acerca de su muerte ante los jueces de Atenas. Y como la masa se deja conducir por los sentidos, dejó en la incertidumbre la inmortalidad del alma, valiéndose de sólo este dilema: *Si el alma no muere, espéranme bienes mayores, y si, por el contrario, fenece, ningún mal sentirá.* Pero una vez en la cárcel, rodeado de sus discípulos, expertos en la ciencia de las cosas y ganosos de saber más, no puso nada en duda, sino que con firme constancia y abundancia de razones se esforzó en convencerles y persuadirles que nuestras almas perseveran y sobreviven a nuestros cuerpos.

¿Qué se deduce de todo esto? ¿No manifiesta que la muerte del alma es contra su propia naturaleza y que por ello teme y repugna su sola mención, al par que los sentidos no se preocupan más que de esta vida? ¿Y que esa muerte corporal en nada afecta al espíritu, sino que es del cuerpo exclusivamente y de aquello que anda anejo al cuerpo, a saber: los sentidos internos y externos? ¿Y qué más? Prueba esto mismo el que al alma mal habituada con el cuerpo, como perturbada por la pasión, confundida en un revuelo de fantasmas, indocta, viciosa, culpable, impía, el recuerdo de la muerte corporal le hace mayor mella que si es sobria, está sana, está serena, es docta, inocente y piadosa. Averigüemos de cuál de ellas es más cierto y más verdadero el juicio, de la perturbada o de la quieta, de la enferma o de la sana, de la indocta o de la instruída, en buen estado corporal o piadosa y santa.

De lo que nos ocasiona deleite se infiere también la esencia del alma humana. Los placeres son más grandes, más sabrosos, más duraderos cuanta mayor analogía con la facul-

tad que se deleita y más afinidad y proporción con ella las causas generadoras del placer. Cuando se va a juzgar de alguna especie o forma, para resolver se toma el modelo de las cosas que están mejor dispuestas dentro de ella, es decir, buscando la Naturaleza incorrupta y sincera, según la especie.

Yo no ignoro que hay hombres de temperamento tan brutal que se dejan esclavizar de solos los placeres de los sentidos; pero, pongamos nosotros los ojos en las almas de mayor prestancia y generosidad. Esas se deleitan más con los sentidos internos que con los externos, más con la inteligencia que con la fantasía, y en trance de pensar, de aquellas cosas sobre las cuales reflexionan toman con mayor gusto y conservan más tenazmente las de orden supremo, las exentas de masa material, las que son eternas. Estas son las que el alma apetece con mayor avidez, las que retiene fielmente, y las que con menos cansancio escudriña y contempla. Estas son espirituales y sempiternas; más conformes con el alma que las corporales; más consortes, por decirlo así, y más participantes de la naturaleza e índole de aquéllas que de éstas. En aquéllas descansan perfectamente como en algo que tiene su propia semejanza y proporción, de igual modo que los sentidos externos se dejan llevar de las cosas materiales, dado que no pueden aspirar a conocer las demás, ni aun conjeturalmente. Si el alma fuese mortal como los sentidos, ni más ni menos que éstos se apasionan, las almas más excelentes y casi divinas se apasionarían por las cosas perecederas, con macizo y verdadero deleite.

Pero la misma estructura de nuestros cuerpos y el rostro erecto hacia el cielo demuestran que somos de origen celestial, vueltos siempre allá como a la patria hacia la cual peregrinamos. El cuerpo mismo manifiesta el modo de ser del espíritu; está elevado también; pero a una empinación mucho mayor que el cuerpo, ascendiendo como por grados desde las cosas inferiores, sin tomar punto de reposo hasta llegar a lo celestial y divino, donde se detiene y descansa como remate y fin de su carrera. De esta guisa, por el movimiento y la quietud, propios de todos los seres de la Naturaleza, se evidencia cuál sea su sitio natural. Los animales restantes, como los terrestres, van siempre mirando a la tierra, donde está su bienestar; mientras que nuestro bien, si no estuviese en aquella eternidad celeste, ¿a santo de qué el hombre mantendría la cabeza alta y los ojos vueltos al cielo? ¿Será porque en medio de tantas calamidades, desabrimientos y asperezas como esta vida ofrece, la vista de aquel hermosísimo paraje, apartado de toda miseria, nos haría la vida más penosa y aguzaría en nosotros el vano deseo de aquella felicidad, tanto más acucioso y vivo cuanto mayor ingenio y erudición se tiene o cuanto más agobiado y ajetreado se halle de las vejaciones e incomodidades de la vida? Acaso algunos hombres, semejantes en esto a las bestias, pasen por alto tales razones, ya por la torpeza mental, ya en la embriaguez de los favores de la Fortuna.

Por el estilo común de nacer que tienen los hombres a esta vida mortal puede también colegirse el de renacer en la inmortalidad. Así como en el claustro materno el hombre se forma y habilita para la vida presente, así también en esta presente vida se dispone para la otra, en comparación de la cual esa nuestra luz es tiniebla y noche oscurísima.

No de otra manera que en acercándose el tiempo del nacimiento, la vida uterina decae y parece que en realidad muere el feto con aquel nuevo linaje de vida; así también el hombre, a punto de ser parido y salir de esta vida para nacer en otra, muere en esta modalidad de vida para vivir en otra tanto más excelente cuanto es mejor esta luz terrena que la noche del útero. Así es que en el útero nos disponemos para la vida del cuerpo; y en el cuerpo para la vida de la mente. Tiene el alma horror al tránsito de esta vida por razón del gran cambio que se efectúa, e impresiónase lo mismo que el niño que va a nacer si le diere algún sentido para la prenoción y el conocimiento. Salen, pues, el párvulo que nace, y el hombre que muere, entrambos a una nueva luz y vida, a un espectáculo de las cosas que les produce pasmo; ni una ni otra, en la sorpresa y susto de la novedad, querrían salir de su angosto encierro si la premura de la Naturaleza no les empujase hacia fuera.

Es indudable que la muerte del hombre tiene gran afinidad y semejanza con el nacimiento a causa de la imperfección que tiene el niño en el útero y el hombre en la vida, pues si el niño fuese perfecto y acabado en todas sus partes dentro del claustro materno, no tenía para qué nacer, mas, habiéndosele atribuído el sentido y la facultad de conocer, que no puede desarrollar en el útero, sale a esta espaciosa luz, donde puede sentir y conocer.

Hasta aquí, todas las cosas nos son comunes con las bestias. Mas, porque las bestias cumplen aquí todas sus funciones y ponen en uso todas las facultades de que la Naturaleza las dotó, aquí es donde viven y mueren. Mas el hombre, a quien se concedió el alma, de la cual nada o muy poco usa en esta vida, tiene ciertamente otro nacimiento en la otra donde cumplir sus funciones espirituales. Eso lo explicaremos en los libros *De la verdad de la fe cristiana* e igualmente trataremos la cuestión de que, si el alma es mortal, todo pertenece a esta vida y en vano fué creado el hombre, a causa de no responder a ningún fin preconcebido o a uno que sea digno de su excelsitud, con lo cual todas las cosas habían sido formadas por Dios en vano. ¿A qué fin las hubiera creado? ¿Para que poco después de haberse mostrado desaparecieran como por escotillón? ¿Para que el hombre beba, coma, duerma, se regodee, sin diferenciarse en nada de los animales, sino en ser más de compadecer que ellos, porque jamás podría alcanzar aquello que para él es más trascendente y codiciadero, como confiesan Aristóteles y Teofrasto? Y si el hombre, a cuyo servicio todas las cosas están dispuestas y que él solo puede, quiere y sabe utilizarlas, fué traído a la vida sin objetivo alguno, con mucha mayor razón habrán sido traídas a la vida todas aquellas otras cosas que fueron creadas para su bien, calamidad ésa irremediable y que Dios mantenga alejada de nosotros. En tal caso, vana sería la creación entera e indigna de la majestad y de la sabiduría inmensa de Dios, cosa que ni pensarse puede; más aún, nula sería igualmente la providencia de quien gobierna el mundo, pues tan conexas y unidas se hallan en nuestra creencia y convicción estos tres preceptos: la religión, la Providencia divina y la inmortalidad de nuestra alma. Así, quien intentare mellar cualquiera de estos principios, de rechazo quebrantaría la fe en los otros dos.

Si las almas no son inmortales, no hay premios ni castigos para las obras buenas o malas, pues todo eso lo vemos tan mezclado y confuso en el transcurso de esta vida, de tal modo que la vida humana no es más que una estafa continuada. Es, pues, inexistente el cuidado que Dios tiene de nosotros. Y si no nos cuida, ¿para qué hemos de profesarle culto? La religión de Dios y la piedad serían creencias hueras y necias. A pesar de todo, nosotros vemos que todos los hombres y las diversas naciones por más bárbaras que sean, ajenas y reñidas con toda civilización humana, se pronuncian de suyo por alguna religión, aprueban y encarecen la modestia, la gratitud, la piedad, la mansedumbre, la paciencia, la equidad. Así que no pueden menos de ser estas virtudes buenas y preferidas a sus contrarias. Este hecho no tendría explicación, si Dios no fuese nuestro testigo y nuestro juez. Muy al contrario, ellas son las que atestiguan que estamos bajo su cuidado y que el premio de la piedad debe ser esperado en la otra vida. Pues si allí residen el premio de la virtud y el fin del hombre, sin duda el alma vivirá allí, y recíprocamente, si el alma vive allí, allí también está el fin del hombre, pues el fin es lo que toca a lo último, y más perfecto, que por eso se llama fin.

Y si atribuimos alguna autoridad al sentir de la mayoría de los hombres y a los más sabios, fuera del asentimiento tácito del género humano, tenemos otra prueba expresa y manifiesta en el hecho de que no sólo entre las gentes doctas pulidas por la Civilización, sino entre las más bárbaras y zahareñas, como los getas, escitas, indios y aun las que, durante tan largo espacio de siglos, vivieron perdidas e ignoradas en la remota soledad del Nuevo Mundo, existe la firme persuasión de que las almas de los hombres emigran desde aquí a otros parajes proporcionados a los méritos o deméritos que contrajeron en vida. En cambio, los desconocidos que también cultivaron la ciencia y aun aquellos otros que colocaron en los placeres el bien supremo, hicieron mortal al alma. Esos son los que se propusieron extirpar radicalmente la religión, el culto a los dioses, su bondad, su providencia y aun su misma existencia. Una vez minada la fe por esas perversas doctrinas, no iba a quedar indemne la inmortalidad de las almas, que anda unida y mezclada con la causa de la providencia y de la religión. Pero los filósofos más sabios y virtuosos nunca afirmaron la mortalidad del alma, como si estuviera condenada a pena capital, como Ferecides, Siro, Pitágoras, el más antiguo cultivador del pensamiento en Grecia; Sócrates, su discípulo; Platón, Zenón el estoico y otros innumerables que de ellos procedieron como de un manantial.

Uno de los argumentos de Sócrates en el *Fedón* platónico es que es innato en los hombres el deseo de saber, que, siendo muy escaso, por no decir nulo, el que en esa vida efímera se pueda granjear, no cabe duda que ese deseo debe satisfacerse en otro lugar, pues lo que es natural no puede ser nulo ni superfluo. Así como resultaría ocioso que los animales estuviesen dotados de ojos, si paralelamente no se les diera nada que ver, teniendo que vivir siempre de noche y sumidos en tinieblas, sería a la vez ridícula y vana la pasión por la verdad si nunca hubiéramos de abrazarnos con ella. Afianzados en la firmeza de esta persuasión, huelga y pierde valor

aquel pasaje de Teofrasto en que se quejaba de *haber la Naturaleza concedido una vida larguísima a los animales, que para ellos no tenía interés, y muy brevísima al hombre, a quien tanto importaría la longevidad para conseguir la sabiduría, máximo bien del hombre; pero ahora, cuando empezàmos a saber, morimos.* Esa queja, cuerda por otra parte, no alcanza de lejos ni de cerca a la sabiduría y bondad divinas.

Vida harto larga conseguimos para aprender cuanto nos es conveniente saber aquí. En la otra, tendremos abundancia y aun hartura de sabiduría. En la vida actual, cuán poco sería lo que adelantaríamos en esa carrera del saber, aun cuando nuestra vida se cuadruplicase y se dilatase hasta los quinientos o mil años. No soporta el fulgor de la sabiduría esa nuestra mente oprimida en las estrecheces y lobregueces de ese cuerpo, no de otra manera que las lechuzas no sufren la luz del sol, según el símil magistral de Aristóteles. Por eso un filósofo tan grande como él no debería insistir en ese reproche a la Naturaleza, esto es, a Dios, bondad y sabiduría sumas, sino ser avisado de ella misma de la existencia de otro lugar donde se halla esa sabiduría, cuyo tan vivo y tan acuciante deseo sembró la Naturaleza en el pecho humano, y que allí encontraríamos la coyuntura de satisfacerlo. Acerca de lo que sintiera Aristóteles, nada tengo que decir; es oscuro, resbaladizo, cauto y redomado en esta cuestión como en todas las otras. Ha dicho en determinado lugar: *Si puede la mente entender sin la fantasía, puede separarse de ella; en otro caso, no puede.* Con todo, su gran ingenio no echa de ver que el alma, mientras esté metida en el cuerpo, por fuerza tiene que entenderlo todo corporalmente, o sea mediante los instrumentos corporales, que son los sentidos externos, y a la imaginación interior sucede como a los que miran a través de un cristal que no puede ver sino lo que el cristal permite. Y en otro lugar dice el mismo filósofo *que la muerte se separa del cuerpo por los sentidos, como lo que no muere se separa de lo caduco.* A esta máxima de los filósofos más eminentes y aun propia de toda la filosofía, se adhiere el bueno con toda su alma y sus sentidos; empero los malos, carentes de esperanza, querrían, por su conveniencia, que el alma fuese mortal, al paso que los buenos desechan y repugnan esa idea como catastrófica. Si alguno, como decíamos poco ha, da en pensar que todo acaba con la muerte y queda sumido en perpetuas lobregueces, ¿qué hombre bueno y de generoso corazón no tendrá horror de la muerte? ¿Qué resignación, qué ánimo le bastará para dejar de temer la muerte y de rehuirla por todos los medios? ¿Y cómo no va a esperarla con la más aguda impaciencia y la soportará con gusto cuando la necesidad la haga inevitable? En medio de grandes sufrimientos, cuando se desea la muerte y se la invoca como un puesto de refugio contra tamañas tempestades, trae consigo algún alivio e intervalo en los dolores. También el ánimo excitado invoca la muerte, y cuando se calma algún tanto la excitación, consuélase a sí mismo con la esperanza de que o cesará el dolor o que el tiempo y la costumbre de sufrir la harán más benigna. En cualquier caso es placentera esa luz vital, aun para los más desgraciados. ¿Y qué no será para quienes no sienten molestias corporales ni contratiempos en la vida?

Hay más. ¿Qué desesperación pa-

ra el hombre bueno si para mientes en sus buenos pensamientos y obras que no ha obtenido premio alguno en esta vida, sino todo lo contrario, porque con mayor frecuencia sucede recibir, en vez de galardón, mal pago; verbigracia: pobreza, ignominia, dolores, enfermedades, martirios, suplicio; si después de la vida no existe compensación alguna para la virtud y que no va a recibir más que el ímprobo y el malvado?

Ni el renombre se consigue en toda ocasión y hartas veces es injusto, porque se atribuye loor y gloria a las malas acciones y a la virtud y a la honradez desdén, y lo que es más indigno, infamia. Además no se aplica con amplitud igual a la diversidad de inteligencia, costumbres y pareceres en todas las naciones, puesto que en las unas se juzgan bellas y laudables cosas que en las otras no lo parecen. Ni tampoco la fama puede ser duradera, porque la vejez es madre del olvido; ni los muertos perciben de ella ventaja alguna; ni a Aquiles ni a Sócrates les aprovecha su gloria ni a Catilina y a Tersites su ignominia les causa daño.

Al hombre de ciencia, luego que haya escrutado con toda la intensidad y la robustez de su inteligencia los cielos, los astros, los elementos; luego que haya discurrido por el estudio de plantas, animales, hombres, ángeles hasta llegar al rey de la creación; luego que haya conocido los hechos de la más remota antigüedad y todo cuanto en el mundo ha acontecido, ¿qué nueva más amarga y más sin consuelo se le puede anunciar, como que en medio de tanta hermosura y de espectáculo tan risueño y deleitable se ha de extinguir la mente que contempló tantas maravillas y que es como registro y museo de todas ellas? ¿Que en lo sucesivo dejará de percibir cosa alguna, que no ha de estar en ningún otro sitio; ni más ni menos que el abyecto espíritu animal, raez y torpe, incapaz de toda elevación? ¿Quién hay que después de haber pensado todo esto no tema la muerte, aun cuando esté sumido en los más graves males de la vida?

Y, por el contrario, ¡qué gran consuelo para el bueno y el sabio, para todas las contingencias e infortunios de la vida, saber que hay aparejado un lugar de reposo, no de privación y orfandad y carencia de todo, como soñaron muchos necios (¿cómo lo que no es puede reposar?), sino de bienandanza, dispuesto por un Dios justísimo, omnipotente, óptimo para quienes pusieron a contribución su buena voluntad con todo su corazón y toda su alma, para vivir bien y santamente!

Todo esto que he dicho respecto a las opiniones y autoridad de los hombres se encamina a dejar en claro que la Naturaleza y la verdad se hallan en el bando de los buenos y los cuerdos, es decir, en el bando nuestro. Su criterio es más recto e íntegro que el de los malos y los locos. A ese juicio de los hombres más destacados y que constituyen la mayoría del linaje humano se allegan la justicia, la probidad, la religión y las virtudes, todo lo cual se apoya y se cimenta en la inmortalidad del alma. Es fuerza que la verdad se incline hacia la parte a que ellos se inclinan. Y así será, más bien que hacia los delitos, los pecados, hacia la maldad y la impiedad, que son el cortejo más fiel de la inmortalidad del alma.

Pero no hay que maravillarse en exceso del hecho que al definir y establecer la naturaleza del alma ciertos seudofilósofos, filósofos chi-

quitos, filosofillos anónimos, como les llama Cicerón, y aun otros de más extendido renombre, hayan desatinado tan feamente en las cosas que caen bajo nuestros sentidos hasta afirmar ser negra la nieve que ven blanquísima y que es frío el fuego contra el testimonio de sus propios dedos. Lo que es muy para sentir en los asuntos y opiniones de la vida y que merece llorarse con lágrimas no fingidas, es que para la afirmación de la verdad y el bien no hay autores asaz competentes y dignos de fe, mientras que cualquiera es suficiente para la falsedad y el mal, por manera que no carece de razón aquel dicho del mimógrafo: *Para lo malo está siempre pronta la sospecha*, aforismo éste confirmado por el poeta Ovidio: *Para el vicio todos somos una masa crédula.*

Somos malos, somos tenebrosos, y por eso inclinados a lo falso y a lo malo, como algo que con nosotros tiene parentesco. ¡Que muchos son los que se burlan de Epicuro, refutan a Plinio; llámanles idiotas, porque sin suficiente averiguación trataron de las cosas de la vida o de la Naturaleza, y a pesar de esto, abrazan sus opiniones y las alaban cuando suprimen la Providencia y la religión! ¡Hasta ese punto ha anochecido sus mentes la niebla de los vicios y de la maldad!

Hay quienes dicen que es una creencia vital indesarraigable la inmortalidad del alma, como asimismo la existencia de los dioses, porque de otra manera los hombres no conservarían la convivencia cordial ni iban a hacer cosa buena si no les cohibiera el saludable temor que detrás de esa vida quedaba otra vida y en ella divinidades vengadoras. ¿Y qué decir? ¿Es menester mentira tan grande para que los hombres se resuelvan a obrar bien? ¡Oh miserable condición de la virtud si no se puede convencer a los hombres sino mediante una gran mentira, siendo así que no hay dos cosas tan amigas y tan concordes como la verdad y la virtud, hermanas al fin, hijas de Dios, utilísimas para el alma humana y gratísimas a toda mente honrada!

¿Dios, pues, omnipotente, sapientísimo, óptimo, hubiera creado al hombre con la condición de que no podría ser inducido a bien obrar por la verdad, sino por la mentira? Y siendo artífice tan grande, ¿hubiera tomado para el perfeccionamiento de su obra un instrumento no de su propio fondo y abundancia, sino la mentira, que es de su enemigo el diablo, la más alejada de Dios, que es la verdad pura? ¿Qué queda, pues, sino que quien hubiera aprendido la mentira por su propio ingenio o por la enseñanza recibida, como los que esto afirmaron y los aleccionados y aconsejados por ellos, se vieran libres de aquel miedo que antes los ataba y que así el más docto, como el dotado de ingenio más agudo, a la vez que el más peor, aliviados de toda superstición, no temiera castigo divino alguno, sino solamente la penalidad de las leyes? De este modo, cuanto más se acercase el hombre a la perfección humana por el cultivo de la inteligencia y la instrucción, tanto más dispuesto e inclinado estaría a la maldad y al pecado, pues se le habría revelado el secreto de que son puras ficciones cuantas se nos preceptúan acerca de la verdad y la honradez. Esta creencia constituye la mayor corruptela del alma humana, nos aparta de la perfección, y a sí misma se refuta, puesto que cuanto más perfecto es uno tanto más imperfecto es, y tanto peor cuanto mejor, y

cuanto más hombre y cuanto más veraz, más semejante a la índole de las fieras y a mayor distancia del hombre.

¡He aquí cuán brillante ejército de razones pelea a nuestro favor, a saber: a favor de la verdad! Porque ¿qué somos nosotros? La verdad, en cambio, es fortísima, provista y fortalecida por los más firmes apoyos. ¿Qué esperamos? ¿Esperamos acaso llegar a ver salir las almas de los cuerpos moribundos, como el humo de la llama?

Aun en este caso no faltarán quienes dijesen que temían ser víctimas de trampantojos y que sus ojos padecían alucinaciones, como cuando veían la nieve blanca y fogoso el fuego. ¿Qué argumento le va a bastar a quien tiene en sus adentros el obstinado propósito de no dar su asentimiento, si el asunto no se tramita ya ante el tribunal de la razón, sino de una pasión malévola y pertinaz? ¿Acaso han aducido los filósofos tantos argumentos para corroborar esta convicción nuestra que tenemos por tan clara y tan cierta como lo que tocamos con las manos y miramos con nuestros ojos? Si sólo una décima parte de ellos estuviera a favor de los adversarios, ¿quién podría soportar la impertinente insolencia de éstos? ¿Quiénes destituídos ahora de toda razón, juicio y entendimiento, nos hacen ascos y nos desdeñan y se befan de nuestra verdad, como de una idiotez porque tenemos fe en las razones, mientras que ellos a su favor tienen sólo ese *Quizá no sea así; tengo mis sospechas; creo que no es eso?...*

Por todas estas causas y razones llego a pensar que esta máxima de la inmortalidad del alma, siendo de tanto peso y fundamento de toda probidad y religión, no se incluyó en los artículos de la fe porque puede ser colegida por la ciencia, pues, en fin de cuentas, ¿con cuáles y con cuántos argumentos conseguiríamos la ciencia si éstos no bastasen?

Algunos que afectan parecer filósofos dicen que a luz de la fe el alma es inmortal, pero que es mortal a la luz de la Naturaleza. ¿Habrá ignorancia o locura mayor? Como si aquí discutiéramos lo que parece, no lo que es en realidad; ni investigamos la luz de la fe y de la Naturaleza, sino la verdad misma, que no es doble, sino única. Dime: ¿Qué es la luz de la Naturaleza? ¿No es, por ventura, lo mismo que la razón humana? Dime aún: ¿Se han hallado más y más evidentes razones a favor de aquello que nosotros pensamos saber por causas naturales, que a nuestro entender es muy cierto y muy comprobado? Pueden aducirse muchísimas otras, y no debemos dudar que fueron aducidas por otros. La verdad es cosa de enorme extensión; pero yo solamente expuse las que me vinieron a las mientes.

Quisiera yo formular esta pregunta: ¿Por qué se admiten como verdades indudables todas las demás que se afirman del alma sin otra prueba que muy escasas y muy livianas conjeturas, mientras se tiene por poco afianzada esta de la inmortalidad, rodeada y defendida por tan vigorosa hueste de razones? Por más que consideremos también como firmes e indudables aquellas primeras, lo que nos interesa es declarar como cierto que existe alguna fuerza hostil y enemiga del hombre que se esfuerza por traer al palenque de la controversia esa verdad que nos es tan necesaria, y de cuyas tinieblas perniciosísimas nos proteja Dios, Lumbre inmensa y verdadera.

LIBRO TERCERO

DEL ALMA Y DE LA VIDA

INTRODUCCION

Sigue a continuación la parte del alma referente a las pasiones; parte la más difícil por su extraordinaria diversidad; parte necesaria para poner remedio a tantos males y deparar medicina a enfermedades tan crueles como producen.

Este punto no ha sido estudiado ni enseñado con la suficiente diligencia por los pensadores de la antigüedad. Los estoicos, a quienes Cicerón asegura haber seguido, lo estragaron todo con sus sutilezas y argucias. Aristóteles, en sus tratados retóricos, expuso de esta disciplina no más que lo que pensó bastaba para un profesional de la política. Nosotros, por nuestra parte, la estudiaremos con toda puntualidad y la mayor exactitud posible.

Creó todas las cosas el Rey de la Naturaleza a fin de que participasen de su esencia para ser y de su bienaventuranza; para el bienestar, según las facultades e índole de cada cual. Para adquirir y conservar aquellos dones, otorgó las facultades correspondientes: para el ser la propensión a defenderse de todo influjo corruptor, hasta donde le sea posible: para el bienestar, el apetito de lo bueno y la aversión a lo malo. A este fin se le agregó el conocimiento, tanto el sensible como el interior para juzgar y el juicio ya para impulsarnos, ya para retraernos. Por lo que toca a la retracción o retiramiento, se concede con miras a algún bien, pues consiste en apartarse de lo malo hacia lo bueno. Por esto es que todo cuanto hacemos es por causa del bien, semejantes a nuestro Hacedor, que es la suma bondad. Huimos, con efecto, del mal por el bien y al bien deseámoslo por sí mismo, aun cuando en la elección de él cometemos grandes errores en la vida.

Es bien simplemente lo que simplemente aprovecha; es bien para cada uno lo que a él le hace bien. Al lado opuesto está situado el mal que daña. El bien, así como por naturaleza es bueno, lo es también para nosotros; a saber: aquello que es tal en verdad y por cuya participación nos hacemos buenos y, por esta razón, felices. Por lo demás, la ciega ignorancia nos trajo muchos géneros de bienes en el alma, en el cuerpo, en el exterior. No es éste el lugar indicado para enumerarlos, pues muchos autores ya lo hicieron muy por menudo y muchas veces por nosotros mismos en otro lugar.

Los actos de estas facultades otorgadas a nuestra alma por la Naturaleza para seguir el bien y evitarnos el mal se llaman pasiones o afectos, por los cuales nos inclinamos al bien o contra el mal y nos apartamos del mal. Llamo aquí bien o mal, no lo que lo sea realmente, sino lo que cada uno cree que lo es para él. Lo que pensamos sea el bien o lo que sea el mal, es incumbencia del juicio, y en éste cabe gran engaño por la multiplicidad de opiniones y las densas tinieblas que anublan nuestro juicio, aun cuando aquí tenemos infusos natu-

ralmente ciertos gérmenes de verdad, aunque de carácter muy universal, como lo son ambos dones de Dios: *Es un bien la conservación de uno mismo y el vivir feliz.*

Mas como de esta digamos cabeza se desciende a las partes, luego al punto se presentan grandes deslizaderos y caídas. Hay asimismo ciertos movimientos del alma, o más bien ímpetus naturales que surgen del cuerpo afectado, verbigracia: el apetito de comer en el hambre, de beber en la sed, la tristeza en la enfermedad o bajo la presión de la bilis negra, la alegría en la sangre líquida y pura que rodea el corazón, la irritación de una herida. Todos estos movimientos se anticipan al juicio; todos los demás, por prontos y veloces que sean, siguen a la resolución del juicio.

Y con efecto no se mueve el alma si no prejuzga la bondad o malicia del objeto de su acción, y lo mismo sucede en los animales, en los cuales la imaginación sola no produce la pasión si no se le añade un acto estimativo que en ellos hace, digámoslo así, las veces de juicio. Pero las agitaciones de nuestro juicio son aceleradísimas y no dan tiempo a nuestra percepción y estudio de ellas. Ello, en determinadas ocasiones, hace parecer que ese movimiento del alma se adelanta al juicio. No obstante, a medida que cambian las enseñanzas y doctrinas que el alma recibe, las pasiones cambian también por aumento o disminución o quedan eliminadas en absoluto y pasan al dominio de otras. En el libro anterior ya dijimos cuáles son las que alteran el juicio y lo convierten a diversas resoluciones. En consecuencia, sirven para concitar y para aplacar los movimientos anímicos. Con todo, para excitar una pasión no siempre se necesita un juicio determinado en virtud de un cúmulo de razones. Bastan y es lo más frecuente para moverla las representaciones de la imaginación.

Así, con sólo que la fantasía arrastre consigo tumultuosamente una cierta especie de opinión o juicio de que es bueno o malo el objeto que se la presenta, andamos entre toda suerte de perturbaciones anímicas: tememos, nos alegramos, lloramos, nos entristecemos. Ello hace que converjan hacia la parte del cuerpo donde prepondera la fantasía. Por eso atribuímos a todas las pasiones que sufrimos las mismas cualidades que tiene la naturaleza corporal: son cálidas unas; otras son frías; éstas son húmedas y aquéllas secas, pues el temperamento del cuerpo humano es una resultante de esas mismas cualidades, y según fuere la índole y naturaleza de cada pasión, se produce fácilmente y se aumenta en su semejante corporal, y no así en la contraria.

Esos temperamentos del cuerpo unas veces se excitan y aguzan; otras, por el contrario, se refrenan y comiden, bien por agentes internos, bien externos. Los primeros agentes son las pasiones mismas; la tristeza, por ejemplo, los hace fríos y secos; la alegría, cálidos y húmedos, puesto que aquéllas no sólo reciben, sino que conservan la naturaleza del cuerpo. Al cuerpo pertenecen la comida y la bebida, la edad, las enfermedades, factores que obran no perfectamente ni para todo, sino las más de las veces. Estos factores cambian mucho en el cuerpo, de donde varían también las pasiones, en particular en aquellos que se dejan llevar de ellas y no saben gobernarse con el timón del juicio exacto.

Hay más. A esto se agregan los pensamientos obsesionantes. Los es-

tudios grandes, difíciles, arduos, tornan a las personas melancólicas; la opinión que tenemos formada de las cosas, como Demócrito, que se reía constantemente de las perpetuas estulticias y boberías humanas, o Heráclito, que no cesaba de llorar en vista de la continua miseria de los hombres. Los exteriores son éstos: el tiempo natural, como las cuatro estaciones del año, las horas del día y el nuestro propio, o sea el estado de nuestros intereses privados o el de los públicos; la localidad natural; todo esto fué objeto en otro sitio de detenida explicación. Por lo que afecta al lugar, están la vivienda, el vestido, las compañías; los negocios y los actos intencionales; vehementes, laboriosos, agradables, molestos, difíciles, plácidos, ligeros.

No tienen las pasiones un nombre único, porque también son pasiones aquellas facultades naturales en el alma de ampliarse hacia el bien y de alejarse del mal; e igual denominación tienen sus actos, llamados también costumbres, que de su reiteración se formaron. Todo ello debémoslo tener en cuenta en lo sucesivo por no engañarnos, a pesar de que el sentido mismo indica cómo deben entenderse esas palabras.

Aun cuando el alma se había de albergar en el cuerpo, infundió Dios, artífice admirable, en el ser animado esta facultad de las pasiones para con ellas, a guisa de acicates, estimular el alma, porqué no se echase en el suelo inerte y agobiada por la pesadumbre del cuerpo, cual asno perezoso, con entorpecimiento perpetuo, y se amodorrase en su bienestar cesando en aquella actividad que le era conveniente. Ellas la excitan como otros tantos espolones o bien como un freno la contienen para que no se despeñe en el mal. Tampoco al hombre le faltan esos estímulos o frenos, por la parte que tiene de animal y a la cual, por esta causa, le son imprescindibles. Nosotros, empero, o aguzamos en demasía esos aguijones y hacemos los frenos más pesados mientras sobrecargamos la necesidad llevadera y expedita un peso monstruoso de superfluidades.

Mas así como en los movimientos del mar, a los unos los provoca una brisa mansa, a los otros un viento más movido y fresco y a los otros una borrasca brava, que lo remueve hasta el fondo, incluso con las arenas y los peces, así en estos alborotos anímicos, los hay algunos ligeros que son como los soplos que los erizan y preludian la tempestad; otros son más enérgicos, y otros que sacuden y zarandean el alma toda y la derriban del trono de la razón y del firme asiento del juicio, constituyendo verdaderas *perturbaciones* y *tumultos* invencibles, como si el alma ya no tuviera dominio de sí, sino que hubiera caído en ajena soberanía y *ceguedades* que no aciertan a ver nada. A las primeras, con toda exactitud las llamarás *afecciones;* a las demás, *conmociones* o *alteraciones*, que los griegos denominan *paze*, que suena en latín *pasiones*, porque realmente padece el alma con ese a modo de golpe y agitación que si llegan a mayor violencia se llama *confusión*.

Aquellas pasiones que son su actuación reiterada, llegaron a enseñorearse, se llaman, con razón, enfermedades y vicios del alma, por lo cual pertenecen más bien al género de malas pasiones que se tratan en otro lugar. Hay también pasiones en transición, como el pudor, que es hijo de la vergüenza; el miedo ocasionado por un ruido leve; otras, como el temor, la reverencia, per-

manecen y se confirman por la duración; en suma, persiste toda pasión arraigada por la costumbre en virtud de la repetición de actos o impuesta por alguna acción vigorosa y continua. Algunas son infundadas por la Naturaleza y por la constitución física, aun cuando pasan a ser facultades nativas a causa de una habituación prolongada. Como las pasiones van unidas en parte a la carne animal y se pegan con ella, cuánto mayor es la contaminación del juicio por el contacto del cuerpo y va más adentrado en la carne, estallan con más gravedad y en número mayor y perturban y pervierten no sólo los sentidos internos del alma, sino también los externos. Así a los enamorados, a los enojados, a los miedosos paréceles ver y oír lo que jamás existió. *Muy bien*—dice Virgilio—, *que todos los que aman se fabrican ellos mismos sueños.*

Cuanto más puro y elevado es el juicio, tanto menos y más leves pasiones admite, pues examina con mayor cuidado lo que hay de bueno y verdadero en cada objeto y por esto mismo se deja conmover más raramente y con más serena lentitud. Aquellas agitaciones enormes y sumamente confusas nacen efectivamente de la ignorancia y de la falta de consideración, o también de la falsedad, porque creemos que el bien y el mal son mayores de lo que son realmente, puesto que miramos a través de la niebla del desconocimiento y no obramos con miras e intención de un bien cualquiera, como importa, sino habiéndonos propuesto muchos y diversos bienes, fines y medios, que a cada instante cambiamos con maravillosa veleidad, según los sitios y las ocasiones.

Hay más. Como no tenemos en cuenta el movimiento que se inicia y no tenemos el dominio de nosotros mismos, nos echamos de bruces en la misma tempestad que nos llevará no a donde queremos, sino a donde a ella se le antojará; y como no miramos y comprendemos las cosas con un criterio fijo, sino por arbitrio de la Naturaleza, nos conmovemos tanto como la Naturaleza puede, porque los actos naturales no están encerrados en los límites de nuestra voluntad, sino graduados por el mayor esfuerzo y potencia de cada facultad.

Todo ello es muy diferente en el sabio, dado que el sabio ni se engaña en la elección del bien y se propone siempre alguno determinado, y para alcanzarlo toma pocos caminos, pero explorados y seguros. No permite que los negocios le gobiernen a él, sino que él gobierna los negocios y los mantiene en su derecho y potestad, con el fin de cuando aflore una pasión por la fuerza de la Naturaleza, contenerla al punto con el freno de la razón y obligarla a ceder ante el recto juicio.

CAPITULO PRIMERO

ENUMERACIÓN DE LAS PASIONES

Todo movimiento del alma se refiere al bien o al mal en cuanto es contrario al bien; es, por tanto, o hacia el bien o lejos del mal o contra el mal.

El bien, como asimismo el mal, es presente, futuro, pasado, posible. La ausencia del bien equivale a un mal, y la ausencia del mal vale por un bien. El bien, así como es conocido, agrada instantáneamente, y es como el primer rizo de la brisa que surge, y se denomina agrado; el cual, si se confirma, se convierte en amor. El movimiento o la reacción del bien presente que hemos conse-

guido se llama alegría; el movimiento o reacción del bien futuro llámase deseo, el cual se halla dentro de los límites del amor. El primer movimiento del mal es el enojo, contrario al agrado, y si se confirma se trueca en odio; el del mal presente, tristeza; el del venidero, aprensión o temor. El movimiento contra el mal presente es ira, odiosidad, indignación; contra el mal futuro, confianza y audacia. Bajo el amor están el favor, el respeto, la misericordia; bajo la alegría, el deleite; bajo el deseo, la esperanza; bajo la tristeza, el pesar. La soberbia es un monstruo, amasijo de muchos sentimientos: alegría, deseo, confianza.

Todas estas pasiones se extienden al pasado; así que amamos, odiamos o compadecemos a los que de mucho tiempo atrás murieron. Se extienden también a las cosas posibles y las ocurridas en cierto modo, como en las novelas, que sabemos no corresponden a la realidad, y lo mismo a las futuras, que se nos representan como presentes, verbigracia: el odio actual que sentimos por el Anticristo; y las que se nos antojan venideras, como si un libro de caballería nos contase que aparecería un varón descollado por su valor y la magnitud de sus hazañas, desde luego le amaríamos. Se extienden también a lo pasado como futuro, como cuando leemos una historia, nos mantienen el alma en un hilo la esperanza y el temor de cuál será el desenlace del enredo.

Debemos observar que siendo las pasiones movimientos del alma ya en acto, ya en potencia y facultad, no son conceptuadas como tales la ecuanimidad, la tranquilidad del corazón, la mansedumbre, la seguridad, puesto que no son movimientos, ni se llaman pasiones las obras, ni nacen del juicio, contra lo que plugo a los estoicos, sino que son naturales, según el estado de cada uno, el llanto en la tristeza, el encogimiento en el miedo; los transportes y las gesticulaciones en la alegría inmoderada.

De las pasiones, algunas son pujantes de suyo, como el amor y el odio; otras lo son por causas anejas, es decir, que vienen de fuera; pero todas ellas adquieren su fuerza principal de la constitución del cuerpo, como decía antes. Así como unas pasiones brotan fácilmente de las otras, las hay también que son cohibidas y refrenadas por las demás. Del amor nacen la malquerencia, el odio y la ira, como si alguien aborrece o daña a un ser querido para nosotros; de la ira, el deseo de venganza y la alegría de haberlo satisfecho. Si uno ama algo, espera y desea que venga para apoderarse de ella; teme porque no llegue, y si llega, se goza; y si no llega, cuando lo pensaba y lo esperaba, cae en depresión y abatimiento.

Y al revés, una gran alegría es aventada por la tristeza; la envidia es desterrada por la misericordia o el miedo; una tristeza agobiadora es echada por otra tristeza o por el miedo, el dolor y la aflicción, como sucede en una lucha o en una contienda, pues hasta el cojo corre cuando el enemigo le acosa. Estos vaivenes son a manera de olas, la que sigue aumenta unas veces la anterior; otras disminuye y la amortigua. No de otra manera que en una revuelta civil nadie escucha al mejor, sino al más fuerte, así también en ese encuentro de las pasiones ninguna obedece a la más razonable, sino a la más violenta, o sea a la que somete el espíritu entero a su jurisdicción, como acostumbra

hacerlo el amor reconcentrado. El hecho de que alguno ceda por miedo al vencedor o a un ladrón sus bienes, su mujer y sus hijos, indica que se ama más a sí mismo que a los otros; pero quien está poseído del sentimiento contrario está decidido antes a morir que a cejar. Y quien persigue tenazmente y recibe con mala voluntad al enemigo por el odio, al adversario por la ira, al aborrecido por la malquerencia, lo hace también aunque con profunda contrariedad, porque se ama a sí mismo con toda vehemencia y en ello se obedece, condesciende consigo o más verdaderamente se hace su propio esclavo, porque los que a sí mismos no se quieren con tan desorbitada ternura son menos pertinaces en la aspereza de sus actos, y no se dejan arrebatar con tanto ímpetu a la satisfacción de los apetitos de su alma.

CAPITULO II

DEL AMOR

Aquello que se juzga ser bueno, tan pronto como se ofreció a la voluntad, luego al punto la mueve y la atrae a sí por una cierta conformidad natural, como es la de la verdad con el entendimiento, entre la hermosura y los ojos. Este movimiento de la voluntad tiene su expresión en una suerte de alegría, en un desarrugamiento del semblante, iluminado de sonrisa, con lo cual significa que le gusta aquello por ser bueno y congruente. Llamémoslo nosotros agrado. Con signos exteriores lo manifiestan los animales, verbigracia: saltos, con gritos descompasados y zalamerías. El hombre lo exterioriza con la placidez del rostro, con la desaparición del entrecejo, el regocijo y la risa. En suma: así el hombre como el irracional, a la primera vista de lo bueno, depone su fiereza, si es que la tiene, y comienza a amansarse.

El agrado confirmado constituye el amor, y se puede definir *la inclinación o progreso de la voluntad hacia el bien*, pues efectivamente la voluntad sale al camino del bien que se le acerca para recibirlo en sus brazos, de donde nace el deseo de unirse con él. Este deseo, si es por nosotros mismos y nuestro bienestar, más aún; si fué conceptuado bueno no por otra razón sino por la utilidad que nos rinde, este amor llámase apetito o concupiscencia, y tiene dos partes: Si apetecemos un bien que todavía no poseemos se proyecta al futuro y se llama deseo, pero si se refiere a cosas que de hecho poseemos, recibe el nombre de apetito, de conservación o de retención. Esta es la manera de amar las cosas que creemos son útiles o agradables al alma, al cuerpo, a los bienes, y aun diré que son no pocos quienes aman a Dios de esa manera, por ser Autor y Dador de grandes bienes. Este amor existe cuando la cosa se ama por sí misma, porque es buena en sí, sin mira alguna interesada de nuestros propios provechos. Este es el amor verdadero y legítimo, como el de los amigos entre sí, cuya muestra más clara y ejemplar la vemos en el amor del padre para con el hijo. Del amor nace la amistad cuando paga el amor con amor, y existe reciprocidad en la benevolencia.

Este bien hacia el cual el amor se orienta, no es sólo del tiempo actual, sino que igualmente se remonta al pasado, como ocurre con las personas descolladas en virtud, que han merecido nuestro más subido aprecio, y se extiende también al

futuro y hasta a las cosas imaginarias y fabulosas por las apariencias de verdad que toman, como decía más arriba.

La bondad se infiere de las obras; juzgamos buenos a quienes han cumplido bien sus deberes para con Dios, la patria, los padres, el monarca, el dueño, los amigos, los hijos, los parientes, los aliados, los conciudadanos, los extranjeros. Esta serie de obligaciones se prolonga indefinidamente en el género humano, porque, como muy cuerdamente escribió Cicerón: *Ningún miembro de la vida ya pública, ya privada, puede carecer de obligaciones.*

Tiénense por buenas personas a las que han procurado provecho a muy muchos, a quienes la procuran ahora o la procurarán en adelante. Y puesto que cada cual se tiene a sí mismo en gran aprecio, ama al que le hace bien o le hace a quienes él ama, hijos o amigos muy estrechos, pues el amor todo lo hace uno. Quien nos acarreó provecho a nosotros personalmente o por manera indirecta a aquellos con quienes nos une el cariño, pensamos que cumple perfectamente con su deber y es persona buena, puesto que ama lo que es digno de amarse, como cada uno cree serlo y no desearía conservarse ni defenderse si no tuviera esa convicción respecto de sí mismo.

Hasta el mismo que pone en sí propio las manos violentas, hácelo por egoísmo y amor que se tiene, a saber: por hurtarse a unos males que le aguijan o le amenazan. De este amor a nosotros mismos nace el que nos profesamos a nosotros mismos, como parte de nuestro ser; a nuestros semejantes, a nuestras obras. La semejanza es, en efecto, causa de amor como a otro él mismo, porque la semejanza, en cierto modo, produce identidad, por lo cual todos los animales se juntan naturalmente a los seres semejantes a ellos, y los niños tienden los brazos y besan los espejos, donde ven su imagen, porque piensan que detrás de él hay algún otro niño pequeñito como ellos. ¿Cuán grande hemos de pensar que fué la súbita llama de amor que se despertó en el pecho de Adán al ver por primera vez a Eva, en quien le parecía mirarse a sí mismo bajo un nuevo aspecto?

Empero, para granjearnos amor es más poderosa la semejanza de las almas que la de los cuerpos, si bien aquélla proviene de la misma constitución física y de análoga proporción del temperamento, de comunidad de estudios, de opiniones, de régimen de vida y de paridad de costumbres. También la práctica y la costumbre adaptan un alma a otra. De ahí nacen las amistades entre consanguíneos, deudos, conciudadanos, condiscípulos, correligionarios, familiares y domésticos.

Existe entre ciertos hombres una admirable conformidad de espíritu que une automáticamente sus voluntades en cierta simpatía misteriosa hasta el punto que amamos con sólo verlos a quienes jamás habíamos visto, y al revés, sentimos una antipatía instintiva hacia personas del todo desconocidas, en virtud de una oposición y desigualdad internas; ni podemos tampoco avenirnos a querer sinceramente a otros que de nosotros han merecido bien. Este fenómeno no tan sólo obedece a una semejanza del temple físico, como en cierto recíproco contraste entre las almas para constituir la armonía que resulta, por ejemplo, entre los sonidos del acorde musical o la proporción de los

humores en el cuerpo sano, de modo que no se busca el uno al otro por la semejanza, sino por la proporción para realizar esa conjunción armónica y ese sonido grato, que equivale a querer o no querer nuestras almas una misma cosa. Ello hace que no pocas veces hombres de muy diversos ingenios y de una constitución física contraria sostienen amistades firmísimas. De este amor dice Plutarco con toda razón: *No sabrás de dónde vino ni cómo nos invadió.*

Así como por las obras juzgamos de la bondad interior, pensamos ser el rostro imagen del alma. Por esta causa amamos naturalmente a los hermosos. *La cara hermosa*—dice el Cómico—*es una recomendación callada*, a menos que por experiencia sepamos que es mala su alma y es a manera de un huésped deforme que mora en una linda casa. Más recomendable es el rostro, aunque no sea tan hermoso, como uno gentil y atractivo, en que brillan la modestia y la compostura. Señal es ésta más segura de un ánimo bien formado.

Existen otras causas por las cuales la belleza atrae a sí el amor, como el ámbar atrae las pajuelas que vamos a tomar de Platón y los platónicos. Así como el mundo se hizo, por virtud del amor, de algo informe no sólo formado sino hermoso, así también el amor, difundido por el mundo, va arrebatado hacia la hermosura, para conformarse con la fuente de donde se deriva. Añádase a esto que la hermosura es a manera de irradiación y vestigio de aquella inmensa hermosura de Dios, y por ello recíbese como un gran bien y lo admiramos, y del mismo modo que la belleza divina alumbra verdaderos amores, también su imagen produce la imagen de aquellos amores.

¿Qué más? La hermosura de los cuerpos refleja la hermosura de nuestras almas y casi la pone delante de nuestros ojos con su aliño, con su elegancia, con su proporción y su armonía. La perfección interior engendra la perfección exterior; aquélla llámase bondad y ésta se denomina hermosura, que viene a ser como la flor y la eclosión de la bondad y como nacida de su propia semilla. Así es que nuestra alma propende a la hermosura como a su semejante; en ella, no sin admiración y complacencia, contempla, digámoslo así, la expresión física de aquello mismo que posee espiritualmente y que es pura dádiva de Dios. Por eso nuestra alma abrázase con la Naturaleza, que le es semejante, y menosprecia todo lo que exterioriza deformidad como cosa desemejante y ajena.

Existe en el ánimo de cualquiera una figura de bondad y belleza o, al contrario, de malicia o fealdad pintada por obra de la Naturaleza, del arte o de la costumbre; y una pintura exterior del objeto que corresponde con la pintura interna, la cual, si conviene con lo bueno y bello que en nosotros hay, es amada; pero que es rechazada si se conforma con lo malo y con lo torpe. De ahí tanta discrepancia en los juicios de lo bueno y lo malo, de lo hermoso y lo feo. Esa congruencia entre almas y cuerpos podémosla comprender por la obra y su imagen en el alma del artista.

Hay más. La bondad del Autor de todas las cosas fué la que le movió a la creación de obra tan grande. La hermosura es un rayo de esa bondad difundida por todo el mundo. Según lo que cada uno recibió de ella, más digno de amor es. Padre del amor es la bondad, de modo que la belleza y el amor parecen hijos

de un mismo padre; ello hace que no sea una sola la causa de la hermosura. El primer rayo emanado de la creación cae en la *mente*, adornándola con la inteligencia y la reflexión, que es la belleza suprema; el segundo, va dirigido al *alma*, a la cual ilustra con el conocimiento; el tercero, a las *formas* de los grados inferiores para fecundarlas con las semillas de la propagación de la especie; el ínfimo, ya de índole turbia, atañe a la masa de la materia, la cual dibuja y pinta con variedad de formas. Estas son las cualidades y órdenes de toda hermosura, reflejo de la inmensa luz divina.

La inteligencia se remonta a los dos primeros grados de amor; pero la imaginación se detiene en los dos posteriores. De éstos provienen los amores corporales y el deseo de engendrar en lo hermoso o de lo hermoso para sacar una forma semejante a lo hermoso, hacia lo cual se dirige la pasión. La finalidad última y suprema del amor es de muchas hacer una sola cosa; de diversas, hacer la misma; así que quien desea y hace bien al ser amado, parece que hace esto mismo al amante y tanto más si es por causa de este mismo, como acontece en la recomendación. Por la misma razón amamos a quien sabemos que es querido de aquellos a quienes queremos, pues como el amor es de suyo unitivo y copulador, adondequiera se vuelve, siempre junta y acopla, al revés del odio, que desune, separa y disgrega. Mas debe precaverse que lo amado no sea de tal naturaleza que quieras ser su dueño exclusivo, pues entonces surge la rivalidad y la hija de la rivalidad, que es la celosa malquerencia. A menudo se falsea la concupiscencia y se toma por verdadero amor. Ejemplo: Yo amo al médico por razón de mi salud; después que me la devolvió, ámole de veras y con toda mi alma, como a varón bueno. Cuanto más me importa a mí el bien recibido y cuanto más frecuente es, más suave y fuerte se desliza el amor en mi pecho.

Por esta razón, el amor más grande y más ardiente es el que se dirige a Dios en aquel que contemple como es debido a aquella Naturaleza bienhechora sobre todo encarecimiento. Todo amor que tiene su raíz en el debido agradecimiento es tanto más ardiente cuanto menos remunerados somos o cuanto menos lo deseó y esperó aquel a quien aprovecha. En este número están en primer término los padres carnales, aun cuando a todos les aventaja Cristo. Entre los beneficios, cuéntase el haber rechazado y apartado el mal, como hace las veces del mal, todo impedimento u óbice del bien.

No es el amor genuino y puro mientras no esté limpio de toda mira interesada. Y así como se ama al bienhechor, el bienhechor, a su vez, ama a aquel a quien favoreció como si fuese obra suya; ejemplo de ello es el amor del padre para con el hijo y el del maestro para con el discípulo. Y aun sucede a menudo ser más ardiente el amor de quien favorece y ayuda que el de quien recibió el beneficio, pues el del primero es por bondad y el del otro, por necesidad; en aquél estaría el honor y la gloria como en quien es mayor y más poderoso; en éste, inferior como es, hay, por decirlo así, un cierto empacho. Por todo esto el que hace bien tiene más fuerte y concentrado el principio del amor, que es su voluntad y su bondad, pues el amor, como se concreta al bien, va con mayor facilidad y fuerza del bien al bien, que de la nece-

sidad al bien. El bienhechor hace el bien porque quiere; el que lo recibe, en cambio, es porque lo necesita. No reza mal aquel tan socorrido proverbio: *El amor, aunque de naturaleza ígnea, baja, no sube.* Más ama el padre al hijo, el maestro al discípulo, el tutor al pupilo, que al revés.

El amor más grande de todos los amores y el más encendido es el amor de Dios para con nosotros. A Dios, San Juan muy sabiamente le llamó no amante, sino *el amor en persona;* y de la misma manera le llamó San Dionisio en su tratado *De los nombres sagrados.* Con absoluta confianza y con toda razón diremos que el Autor de todas las cosas, según la grandeza de su bondad lo ama todo, lo obra todo, lo perfecciona todo, lo contiene todo y todo lo convierte hacia Sí.

Mas entre todas las cosas que producen el amor, no hay ninguna más fuerte y poderosa que el amor mismo; no hay hechizo más eficaz ni poderoso, pues para ello no valen las palabras, como dijo Marcial en el famoso epigrama: *Marco, si quieres que te amen, ama,* siempre que sea de veras y de grado, pues el amor simulado e hipócrita no tiene fuerzas ni nervio. El fuego pintado en una tabla no calienta nada, ni brama ni se enfurece un león de mármol. Esta generación mutua del amor recibe su fecundidad como de un secreto contacto de la Naturaleza y a través de un vínculo de todas las cosas entre sí, que admitieron con agrado algunos filósofos, de suerte que tocada una cosa cualquiera se mueven las que son análogas y semejantes a ella, como acontece en las cuerdas de una cítara, que resuenan de una misma percusión. Explícase también por el hecho de que cuando nos enteramos que somos amados por alguien, tenémosle por buena persona y creemos de justicia que se corresponda al amor de aquella buena persona. Por esta causa, hartas veces el amante no es correspondido, porque el amado no se enteró de que lo sea.

Los platónicos fueron a buscar más arriba las raíces de este afecto. Dicen que la madre de este amor es la semejanza, por cuanto, como cada cual se profesa a sí mismo el más entrañable de los afectos, la semejanza viene a ser una misma naturaleza, en muchos a quienes identifica con nosotros. Si tú eres semejante a mí, es fuerza que yo lo sea a ti. De ahí se sigue que la misma semejanza que te induce a que me ames, esa misma me induce a mí a que yo te ame. Añádese a esto que el amante dibuja en sus entrañas el rostro y la imagen del amado. Por esta razón, el pecho del amante ha venido a convertirse en una suerte de espejo que reproduce la presencia del amado. Cuando el amado se contempla y reconoce en el pecho del amante, siéntese obligado a amar a aquel dentro del cual se imagina que vive, así como los niños besan sus propias imágenes vistas en los espejos. Afuera de esto, el amante se hurta a sí mismo y se entrega y esclaviza en poder del amado y el amado se apodera y cuida del amante como de una cosa suya muy querida. Si pudiéramos ver nuestra voluntad, por ella juzgaríamos acerca del amor; mas esto sólo puede hacerlo Dios, escudriñador de corazones; pero como sea que nuestra voluntad se recata en tantas y tantas envolturas de modo que en sus escondrijos no puede penetrar la agudeza de nuestros ojos ni de nuestra mente, juzgamos de ella por sus obras según sean: grandes, frecuentes, desinteresadas, es-

pontáneas. Y si alguno no pudo efectuar obras, pero dió un consejo sano y oportuno, dió a comprender esfuerzos de un afecto en que aparezca la voluntad. Así nos aborrecen aquellos a quienes aborrecemos y nos aman aquellos a quienes amamos; enójanse con nosotros aquellos con quienes estamos enojados; se alegran en nuestro regocijo, se entristecen en nuestro duelo y vierten lágrimas que son muy elocuentes demostración del estado interior de su voluntad. De consiguiente, conceptuamos merecedores de nuestro amor y de nuestra amistad a quienes nos secundan, quienes loan todas nuestras cosas, aquellos que nos tienen por buenos:

La lisonja—dice el Cómico—*proporciona amigos; la verdad engendra odio*, a saber: quienes procuran deleitarnos y agasajarnos, quienes nos ahorran desabrimientos, mas los que nos censuran y nos llevan la contraria y nos ocasionan sonrojo, a ésos los evitamos. En aquéllos se revela un afecto idéntico al nuestro; en éstos se denuncia un afecto contrario y repulsivo. Esto mismo acontece a quienes prefieren lo aparatoso a lo útil, los placeres hueros al provecho permanente y macizo, como son los mozos y los que se entregan a la sensualidad, los cuales les son más gratos al alcahuete, la celestina, el bufón y el tahur y el corrompedor de las buenas índoles que las personas más sabias y prudentes, no de otro modo que el jabalí prefiere el cieno al almoradux.

Hácense amar de todos las virtudes sencillas y apacibles: la equidad, la modestia, la templanza, la austeridad por su misma condición inofensiva o porque nos inclinamos por lo común a lo que es inferior a nosotros y nos molesta lo superior, en virtud de una especie de independencia o, digamos, libertad que, nacida en una naturaleza depravada como en suelo delicioso, degeneró en arrogancia. Añádase a esto que las personas modestas, dulces, blandas y halagüeñas nos parece que son excelentes, dignas de estimación y simpatía; todo al revés de lo que nos acontece con los censores inflexibles. Entre las virtudes apacibles están la sobriedad y la circunspección silenciosa; tales como son las amamos. Pero ninguna bienquerencia sentimos por los charlatanes y los veletas o los empeñados en averiguar las desgracias y aciagos de los amigos, no para darles el socorro que necesitan, sino por lo odiosa y malsana curiosidad de saber, y aun las más de las veces para tener de qué charlar con otro y ejercer su oficio de roedores. A ellos se refiere aquel verso de Horacio: *Huye del inquisidor, pues el inquisidor es parlero.*

Estos son los que demuestran una acuciante solicitud para averiguar desgracias, mientras que ante la prosperidad ostentan indiferencia y descuido. También juzgamos aptos para la amistad a aquellos que olvidan fácilmente las injurias o las perdonan, como a su vez nos son antipáticos aquellos que las recuerdan con tenacidad. A éstos se suman aquellos que no echan en cara los beneficios, aquellos otros que guardan a los suyos fidelidad y benevolencia, bien así como Dionisio, tirano de Sicilia, deseó ser el tercero en la amistad de Damón y Pitias, filósofos de la escuela pitagórica, cuya lealtad, para cuando para alguno amagaba peligro de muerte, quedó eternizada en monumentos literarios. Así como nos es placiente el recuerdo de los trabajos ya pasados, mucho más nos lo son los

nombres de aquellos que no nos abandonaron en aquella situación azarosa, ni tampoco nos negaron la posible asistencia. De ahí aquel proverbio: *Amigo cierto en circunstancias inciertas.* De esta persistencia en el afecto decía Nuestro Señor a sus discípulos: *Vosotros sois los que permanecisteis a mi lado en mis tribulaciones.* A los que tememos, no podemos amarlos, pues su poder no queda igualado por su bondad. La prudencia sin justicia es sospechosa, pues se le considera como astucia y engaño.

La confianza en algo brota de la misma raíz que el amor, es decir, del concepto del bien. Y así es como el amor aumenta la confianza y la confianza secunda el amor naciente. El amor es un sentimiento cálido, y nace con facilidad en los temperamentos y disposiciones cálidas y lo mismo en circunstancias de lugar, tiempo y acciones de ese mismo carácter. Pero la mayor parte de las personas cálidas dejan el amor por motivos fútiles, en parte porque son en extremo puntillosas y en parte porque se presentan dominantes otros afectos, como la envidia, la ira, la soberbia, que ahogan el amor ni más ni menos que las malezas ahogan el buen trigo; y pasan también con ligereza viscosa de unos amores en otros, que expulsan a los primeros. Si la sangre es delgada y los vapores enrarecidos, con la brisa más ligera se extingue la llama que prendió en combustible de poco cuerpo; cuando la materia es densa y fuerte y no demasiado sensible a los cambios, domina el amor vigorosamente con sus temperamentos cálidos, aparte el peligro que ofrezcan otros afectos muy ardientes como la ira, la arrogancia, el odio. Los templados y sanguíneos son menos accesibles a la irritación, y por esta causa conservan el amor por más tiempo y mayor fidelidad, pues en ellos el amor es menos ardiente; pero en cambio, tiene alimento más nutrido. Dirás que aquellos amores primeros son a manera de estopa, y estotros, semejantes a la leña; en los primeros la embestida es mayor; en los segundos es más firme la perseverancia. Verás amigos jóvenes, cualquiera de los cuales expondría por el otro su vida a cualquier riesgo evidente, cosa que acaso no haría un padre por su hijo único; con todo, la estopa es aquella llama viva, arrebatada y súbita, al paso que el amor del padre es más grande, más sólido, más duradero.

Los temperamentos fríos aman con mayor lentitud y más apaciblemente; pero si una vez el amor prendió en ellos su llama, aman con más ardor y constancia, como en materia densa y seca, que, como el hierro, es un recio y duradero combustible.

CAPITULO III

DE LOS DESEOS

El deseo es un apetito del bien que nos parece conveniente, ya con el fin de alcanzarlo, si no lo tenemos, o de conservarlo si lo poseemos. Una parte de los bienes se refieren al ser; otros, al bienestar. Pertenecen al ser las necesidades propias para defender y propagar la vida, que se llaman naturales: comida, bebida, medicinas, techo, vestido, que más propiamente se llaman apetitos que deseos. Hacia ellos va impelida nuestra alma, aguijada por un callado estímulo de la Naturaleza, que cuando está en excitación, desborda el juicio y no le presta oídos, como sucede con la

sed y el hambre, que por eso Virgilio epitetizó de *malesuada*, es decir, mala consejera, y en los antojos de las mujeres preñadas que toman el nombre de aquellas aves rapaces que se llama *picazas*.

Para nuestro bienestar nos procuramos comodidades, verbigracia: manjares bien sazonados, vino o cerveza para bebida, tejidos muelles de lana y lino, adminículos externos tomados de las bestias y los hombres. Demás de esto, nos buscamos placeres y deleites de todos nuestros sentidos que se acarrean más lejos. Nosotros, por nuestra parte, hemos inventado otros, como la nobleza, los honores, el renombre, las dignidades, las riquezas, la gloria y todo ello no en corto número ciertamente, sino aumentado en proporciones enormes, de donde se origina un enjambre tupido de deseos que no tienen término ni moderación, por manera que no sin razón dice Plinio Segundo: *Ningún animal tiene apetito más grande de todas las cosas que el hombre, que por otra parte necesita tan pocas.*

Infundióse el deseo en el hombre para apetecer lo que cree serle bueno y andar en pos de ello, y una vez que le dió alcance, lo retenga y lo conserve. El bien verdadero del hombre y el más sólido es Dios; así es que se extiende hasta desearle; y como es inmenso, síguese que también sea inmensa la flojera de nuestro deseo que no puede satisfacerse con otra cosa, sino con Dios mismo; aquí se detiene y se reposa. Cuanto más conveniente nos parece una cosa tanto más vivamente es apetecida y con mayor diligencia conservada. Pero en cuanto al concepto de lo conveniente, divergen las opiniones de los hombres; al ánimo juvenil parécele lo más conveniente el placer; al hombre maduro, los honores; al enfermo, la salud; al anciano, el sustento; a los que ejercen mando, la gloria, y para cada cual, según su propia inclinación, los afectos físicos o espirituales, como dijimos más arriba. Los de temperamento cálido tienen deseos inquietos, impacientes, que quisieran ver satisfechos perentoriamente, pero elevados y variados, como dijimos del amor. Los de temperamento frío tienen menos deseos y más sosegados, aunque pertinaces, dirigidos por lo general a uno solo, aquel que eligieron o que inflamó su alma.

La confianza disminuye los deseos y los acrecienta el temor. Los que tienen seguridad de que no les va a faltar lo que necesitan, no tienen ansia por adquirir ni por conservar. Así son los jóvenes, los hombres corajudos, los borrachos cuya sangre afluye al corazón abundante y ardorosa. A éstos, hanse de añadir los que por experiencia saben qué son estrecheces, y los que no saben cómo se consiguen o se pierden las cosas provechosas. Los que temen que no les falte, son aliñosos y guardosos, como los inválidos, los enfermos, las mujeres, los ancianos y, por último, todos aquellos que tienen junto al corazón la sangre poca, tenue, tibia. Sienten éstos el agobio, que les causa la preocupación natural de no carecer, y no por ningún motivo racional que les haga suponer que padecerán necesidades, sino por el miedo y el cuidado que les oprime el corazón. Ello ocasiona que, a una mocedad dispendiosa y despilfarrada, sigue a menudo una vejez roñosa y aun sórdida; los que cuando estaban en todo el poder de su salud y su robustez eran espléndidos, cuando enfermos se fijan en los pormenores más ruines, hasta el punto de rehusar ali-

mentos más sustanciosos si cuestan más caros de lo que ellos querrían, y los sobrios y aun avaros, se sienten generosos cuando el vino les escalentó.

Aparte de todos estos, quienes no sin dificultades consiguieron lo que deseaban, lo retienen con tenacidad, ora por el recelo de volver a recomenzar el penoso trabajo, ora porque lo que se allegó con esfuerzo se tiene en mayor estimación, como las cosas compradas a carestía; por ejemplo, su dinero al mercader laborioso y diligente, el hijo a la madre y nosotros a Cristo, que nos rescató al precio de toda su sangre. En cambio, se desestima aquello que nos ha venido fácilmente, como, por lo general, las herencias.

Para alcanzar lo que deseamos se ha concedido al hombre el cuidado, la diligencia, la astucia; para conservarlo y custodiarlo, la cauta previsión y aun la audacia para arrostrar cualquier peligro que se presente.

Los deseos han recibido sus nombres específicos según los objetos en que recaen, verbigracia: del dinero, la avaricia; de los honores, la ambición; del gusto, gula; del amor venéreo, lujuria, y otros muchos infinitos que varían según los pueblos y los idiomas; el idioma que posee más nombres de éstos es el griego. Para la vida usual son los más principales aquellos en que interviene un vicio o bien una virtud, como en el dinero, en el honor, en las dignidades que afectan a la justicia; en el gusto y tacto que atañen a la continencia; en el conocer y saber que tocan a la curiosidad. Los indiferentes, como la pasión por los caballos, la casa, los espectáculos y otros que son infinitos no caen bajo los preceptos del arte y no tiene interés alguno su estudio singular.

CAPITULO IV

DE AMBOS AMORES, INDISTINTAMENTE

Tratemos ahora del amor en general, pues el deseo es un amor falso y fingido que hartas veces recuerda y suplanta en sus actos el amor auténtico. Todo amor engéndrase del bien y tiende al bien. Mas la naturaleza del bien trae consigo que nosotros deseemos unirnos a él por su conformidad con nosotros, de donde nace el deleite y la dicha; por eso la meta última del amor es la reunión hasta llegar a la unidad si fuera posible. Cuanto más estrecho es el enlace, si el enlace se verifica en la misma esencia, con mayor verdad y perfección el amor consigue su fin, afirmándose con la disolución de su propia naturaleza.

Discreta y oportuna es la fábula inventada por Platón. Refiere que habiéndose Vulcano presentado a dos personas unidas por amistad muy estrecha, complacido de ver sus recíprocas muestras de cariño, les indujo a que le pidiesen una gracia digna de la munificencia de Dios. Ellos le respondieron: *Oh Vulcano, fabricador de dioses, te rogamos que con estas herramientas tuyas y este horno nos fundas a ambos de nuevo y de los dos hagas uno solo.*

Asócianse los hombres para sus mutuas conveniencias: aquellos para quienes han de ser provechosas o nocivas unas mismas cosas, para conseguir aquéllas y repeler éstas, siempre que no se estorben mutuamente, porque en otro caso se friccionarían y se separarían. De este género son los que tienen enemigos comunes, a quienes se refiere el añejo proverbio: *La bellaquería une a los hombres;* también los que van a bordo de una misma nave y los que moran en una misma ciudad y

los que confiaron a un mismo batel sus mercaderías. Existe el amor del precio, pues preciamos en más los mayores bienes y de los provechos mayores preferimos el que nos parece de más valor y, por tanto, es querido con afecto preferente el que nos lo proporciona. Para el mozo, los placeres y los regalos del cuerpo son los bienes principales; para los ancianos, la opulencia, para los unos la salud, para los otros los honores, la fama, el prestigio, la gloria; bien así como para el ciudadano romano tuvieron mayor aprecio y mayor correspondencia de gratitud los que ensancharon las fronteras del Imperio que aquellos otros que educaban para la virtud a las promociones juveniles. Y el vulgo ama con afecto preferente aquellas virtudes de provecho general, verbigracia, la liberalidad, la tolerancia, la sencillez, que aquellas otras virtudes que se recatan y esconden, por más respetables y admirables que sean, como la grandeza de alma, la constancia, la firmeza, la entereza y la santidad de vida.

Por esta razón gozaron más del favor del pueblo romano Pompeyo y César que Marcelo y Catón, aun cuando éste fué más venerable. Por esta causa nosotros reservamos nuestra benevolencia y simpatía por aquellas virtudes que beneficiaron a otros por su semejanza con las que a nosotros nos acarrean ventajas, como son el haber cumplido con los deberes para con la patria, para con los padres, parientes, deudos, amigos; el haber mantenido la palabra, aun dada al enemigo, como hizo Atilio Régulo. Y, en cambio, sentimos aversión instintiva hacia los que descuidan sus obligaciones, hacia los desmemoriados, como los ingratos, impíos e inhumanos. El rey Alfonso de Aragón, habiéndose hecho aborrecible a muchos próceres napolitanos y, principalmente, al partido de Anjou, empezó a querérsele, después que se informaron de que, estando de caza en un bosque, ayudó a un carbonero con su propio esfuerzo personal a sacar a su asno de una hoya en que había caído.

No interviene la razón exclusivamente en la estimación del amor, pues el precio es unas veces constante y fijo, y otras persuade nuestro ánimo instantáneamente porque de momento nos parece bueno y útil, o en virtud de algo que nos hemos en ello imaginado. A mí me importa mucho más la salud que un manjar o un condimento bien aderezado, y, no obstante la violencia del apetito, me lleva a poner mano en ellos y a comerlos, prefiriendo el sabor a la calidad, con perjuicio de la salud; bien por no comparar entonces aquellas condiciones encontradas o por esperar que no serán tan nocivos al cuerpo como era de temer, o que con facilidad daré con el adecuado remedio. De la misma manera muchas personas, sin ser malas en absoluto, pierden el favor divino por conseguir algún logro en las cosas de la vida, cosa que no harían jamás si lo mirasen bien, pero por sorpresa apodérase de su espíritu el olvido de un gran bien o la confianza de que podrán recuperarlo.

Las fuerzas y acciones del amor, poco más o menos, son estas que se siguen: la voluntad es la dueña y directora del alma entera; y el amor lo es de la voluntad, puesto que el amor se la lleva en volandas hacia su bien; ese movimiento es el más raudo y arrebatado de todos porque es el más acelerado de suyo y nace y corre queriendo y complaciéndose en él la voluntad misma, como en el declive de un desliza-

dero. Por esto el amor es la más fuerte y poderosa de todas las pasiones; hasta tal punto que mereció la unánime aprobación de todos los siglos aquel axioma: «Ante el amor, cede todo como ante una fuerza avasalladora.»

Y, por otro lado, si uno examinare la cuestión con más fijeza y detenimiento, se percatará que, como poco ha decía, todas las pasiones tienen en el amor su origen y manantial. Y así es en hecho de verdad: seguimos y apetecemos el objeto de nuestro amor y huímos y aborrecemos todo cuanto le contraría; verbigracia, la enfermedad porque nos es cara la salud; la deshonra, porque amamos el honor. Y, al revés, quienes desconocen los bienes, tampoco los aman y ni aborrecen ni temen las cosas contrarias, como los niños no tienen miedo de las espadas ni de los despeñaderos o como aquel sátiro que quería jugar con el fuego, nunca de antes visto por él, y desconocedor de su daño. Por esta misma razón del desconocimiento no temen su ignorancia los hombres rudos ni los hombres malos sus vicios, achaques más graves que los que afligen el cuerpo, porque ni conocieron ni ponderan cuánto importan la ciencia, la virtud y el bien. Así como el amor surge del juicio de lo hermoso o de lo bueno, así también cuando adquirió fuerza y bríos fortalece y confirma a su vez el juicio mismo, de suerte que ya no puede resolver otra cosa acerca de aquel objeto de su amor, si no es en el caso que se transforme radicalmente y de manera tan rápida que el trueque haga desmerecer pronto lo bello o lo bueno; pues si el cambio es paulatino, la fuerza violenta del amor atenúa el efecto de la mudanza. Empero, después que el amor extendió en el alma su señorío, aquel juicio pasa a otras particularidades, hasta que el amante llega a ver en el amado bondades y lindezas que antes no descubriera. Por esto es que el amor se adjetiva de ciego; por esto es que el que ama engrandece y transfigura las cualidades del amado y adelgaza y absuelve sus vicios o deformidades, como dice Horacio: *El padre, al hijo tuerto, le llama bizco, y dice que es un polluelo el que tiene un hijo enano; al que tiene las piernas tuertas le dice torcido, y al que es zancajoso y mal fundado en sus pies, le llama zambo, bondadosamente.*

Yo he conocido a padres que juraban no haber reparado en las fealdades de sus hijos, aun cuando las tenían harto visibles, en los ojos o en la cara, y sé de otros que sostenían ser sus hijos de muy notable gallardía y apostura, siendo así que eran de una notoria y chocante anormalidad.

De aquí mismo nace el mucho crédito que se otorga a todo cuanto dice el amado, pues lleva en su pecho constantemente un juez que en todo caso pronuncia a su favor. A veces tiene el amor muy generosas absoluciones en cuanto al juicio de otras cualidades. Así el que ama a su hijo o a su esposa, que harto ve ser fea, o ruda o torpe, como su cariño no toca a estos defectos, sino sólo a la persona de la esposa o del hijo, no se enfría su ardor. Ello se explica por la intervención de la benevolencia, que juzga muy tolerables aquellos defectos en un ser querido.

Ocasiones hay en que el amor nace del juicio acerca del bien, y en nuestra mano está no admitirlo, pues no hay cosa dotada de bondad o de hermosura de tal pureza y excelencia que no ande mezclada con

algo que pueda desplacernos o no convenirnos, y por esto se nos antoje menos buena y por ende menos deseable. En este orden, yo exceptúo a sólo Dios, al cual si la mente humana metida en la cárcel oscura de este cuerpo le contemplara no tal como es, pues no es ello posible, sino como está en sus posibilidades, fuera con mayor vehemencia arrebatada a amarle y echarse en sus brazos con las verdades más certísimas, porque a sus ojos relumbraría el bien sin mezcla de mal alguno. Todas las cosas restantes llevan por delante o contienen dentro de sí algún elemento por el cual puedan ser desaprobadas por el examen del juicio o rechazadas por el albedrío de la voluntad. ¿Y qué si aun teniendo cualquier cosa por buena, podemos con todo apartar nuestra atención de mirarla y comprenderla?

Puede, en efecto, la voluntad recibir fríamente la propuesta del juicio o no admitirla en redondo. De ahí el axioma: *Puede el amor ganarse, pero no forzarse*. Sentencia ésta robustecida por el poeta Claudiano: *Ni aun con la mayor de las extorsiones, conseguirás que se te quiera*. Pero una vez que el amor consolidó su poderío y se constituyó en dueño de la voluntad, no está en nuestra mano echarle de su dominio cuando nos pluguiere: *Entra el amor por arbitrio del alma, pero no sale así*. Egregiamente dice Plutarco: *El amor se cuela muy callando y muy poco a poco; pero una vez entrado, no desaparece fácilmente, aun cuando tiene alas*. Una vez el amor introducido, obliga, efectivamente, a pensar en el objeto amado; esa entrañable obsesión le introduce en la familiaridad de cuantas cosas con él se relacionan; hasta tal punto le sonríen, hasta tal punto aprueba, y le atrae y cautiva todo, y cuanto más le cautiva con tanta mayor hondura echa el amor sus raíces en el pecho. Y no sólo el amor determina un pensamiento constante, sino que le empuja al deseo de averiguar y conocer todo lo que guarda alguna relación con el amado. *El amor*—dice el Santo Apóstol—*lo investiga todo, aun las mismas profundidades de Dios.*

El amor físico quiere la unión física; el amor espiritual quiere la fusión de las almas con una tan íntima estrecheza que haya una sola en dos cuerpos, que es el nudo más sabroso, más verdadero y persistente. De ahí se origina el querer y no querer una misma cosa y que el amigo sea otro ser igual a uno mismo.

Muy justamente Horacio llamó *mitad de su alma* a Virgilio, de quien era amigo estrechísimo. Por ende, todo cuanto pertenece al amigo dice el amigo ser suyo; y de ahí el dogma pitagórico, a saber: que son comunes todas las cosas de los amigos. Muy a menudo cuidan los amigos las cosas de los amigos con un celo más vigilante que lo suyo propio, y, olvidados de sí, recuerdan lo de ellos con una memoria más fiel y tenaz.

El amor es el apetito de gozar del bien, de unirse a él, a fin de que el mismo amante, por el contacto de lo que ama, o sea del bien, se haga bueno. El amor de concupiscencia quiere acercarse y juntarse con una suerte de enlace que satisfaga el deseo o la retención. Bebo el vino; injiero el alimento; mas, lo que sólo he de oler, no lo aproximo tanto: todavía de más lejos percibo los sonidos y veo las cosas; el vestido aplícomelo al cuerpo o lo guardo en el armario; el dinero, en una arca o en un sitio donde espero que po-

dré tomarle cuando quisiere. Hay quien se considera rico por las partidas de su libro de cuentas, por las mercancías que navegan en sus barcos o que andan en manos de sus consocios o administradores. No es igual para todos los hombres la estima de las cosas queridas; unas veces se busca lo necesario para la vida y otras lo que ocasiona contentamiento. Los amigos, hasta donde la posibilidad se les ofrece, se juntan personalmente, se ven y se hablan, se mencionan ó se recuerdan. Y cuando no pueden realizarlo en la medida de su deseo, síguese desabrimiento y tristeza, tanto más punzantes cuanto más liviano es el obstáculo que los separa. Y así es que cuanto más corta es la lejanía más viva es la impaciencia y la acritud con que soportan la separación. Y aún acontece que los que siguen profesando un vivo afecto a los difuntos, hasta donde les es hacedero, alternan con ellos en frecuente comunicación y recuerdo, visitando los lugares donde acostumbraron convivir y hasta con la presencia de las cosas que renuevan su memoria, tal como lo hacemos con los amigos ausentes.

Injirióse en el hombre este deseo de unión en el amor para que en fin de cuentas quiera juntarse con su verdadero y Soberano Bien, que es Dios, con el objeto de que hecho a decirlo así, a su vez, una suerte de Dios, sea particionero y consorte de su eterna bienaventuranza. Esta es, en resumen, la más sabrosa y fructuosa, la más verdadera y maciza de las uniones y el precio más generoso del amor. Las restantes uniones son hueras y sin fruto y tales que si uno bien mirare cuál es la finalidad deseada en la correspondencia de amor de los amigos, hallará no haber cosa más vacía, como resulta ser el estar juntos, el verse y el hablarse.

Atormenta el amor con el deseo del goce, no precisamente por causa del amor mismo, que es la mayor de las dulzuras, sino por ese deseo que, en viendo aplazarse su satisfacción, aflige el ánimo; pero si brilla alguna esperanza de goce produce no solamente consuelo, sino deleite, pues así como el amor tiene en la fruición su mayor placer, así también lo hay, y no poco, en la esperanza a quien la imaginación hace y actualiza y hace presente. Ello hace que la mayoría de los deseosos se forjan vilos de vanas esperanzas y dan crédito fácil a los que les prometen que aquellos deseos cuajarán en realidades. Con esta engañifa los bribones embaucan frecuentemente a los codiciosos.

El amor de concupiscencia mira hacia dentro de sí. El amor de amistad mira hacia afuera, hacia aquel a quien ama. El amante, poco a poco, muere en sí mismo, al paso que en él vive el amado: *Vivo yo, pero no yo*—dice el Apóstol—, *sino que Cristo vive en mí.* El amante deja de pensar en sí, deja de cuidar de sí; deja de atenderse; y en trueque, piensa en el amado, cuida del amado, anda absorto en los intereses del amado. Esto es lo que se llama *éxtasis*, cuando el amante, olvidado por completo de sí, está todo él fuera de sí; está todo en el amado y el amado está en él; porque si esa llama de amor viva se vuelve y se recoge toda dentro de sí, menor encendimiento mostrará fuera. Y así acontece que quienes se aman a sí mismos, aman a los demás con frialdad y todo lo refieran a sí mismos y a lo que ellos consideran como bienes, verbigracia, placeres, regalos, honores, dignidades, poderío. Verás que hay algunos que no tie-

nen miramientos para con su mujer ni para con sus hijos y para otros afectos merecedores de todo respeto y consideración, por servir a su egoísmo. Estos tales se aman a sí mismos con ardor y para todos los otros no tienen más que tibieza y hielo. El amor de concupiscencia desea el bien del amado por sí mismo; como desea dulzura y generosidad en el vino, brío y ligereza en el caballo, belleza y elegancia en la amiga, riquezas en el filántropo; de igual modo desea todo aquello que se figura ser bien suyo.

Muy de otra manera procede el verdadero amor: desea y procura toda suerte de bienes al amado, por el propio amado, no por sí. El amor auténtico no tiene nada de mercenario; no pide ni espera premio para sí porque ello contrariaría al genio y condición del amor, pues, de desearlo, ya no le amaría, no por bueno en sí, sino por conveniente. Considera el amor el origen del bien, no el fin de la utilidad. Ejemplo patente se ve en los hijos, cuyos padres los aman con desinterés total por ellos mismos sin atención alguna a sus ventajas, provechos y frutos. Tal es el amor de Dios para con nosotros; y tal debe ser nuestro amor para con El. El amor no desea la conjunción como recompensa de su acto, sino que es la meta hacia la que tiende por espontáneo impulso de su naturaleza. Así como no te amas a ti mismo para serte de aprovecho, sino que procuras tu provecho porque te amas, así también amas no porque quieras unirte, sino que quieres unirte porque amas, ni deseas unirte para deleitarte, sino que el deleite proviene del contacto con nuestro bien y como de su posesión y abrazo. El fruto del amor y el fin de su deseo es el que acompaña el amor antes de su unión. El amor, cuanto más íntimo es, más igualador es, pues produce la igualdad en cuanto lo permite la naturaleza de las cosas que une: *Las más altas*—como nos enseña Dionisio con doctrina de Hieroteo—*se bajan al nivel de las inferiores; las iguales se asocian entre sí, al paso que las inferiores suben a la altura de las más excelentes y sublimes.*

El amor es extremadamente miedoso y ansioso para los seres queridos; bien así como el aficionado al vino teme que la escarcha no dañe las vides, como el galán porque el frío o el calor lastimen a su dama; recela las borrascas el mercadante; el amigo teme por el amigo, el padre por sus hijos, el marido por su esposa, la esposa por el marido y aquella perfecta casada experimenta los miedos que expresó el poeta Ovidio: *¿Cuándo no temí yo peligros mayores que los peligros reales? Cosa es el amor llena de temor solícito.*

Por esto causa enojos el amor en todos los hombres y trastornos en las cosas humanas. No hay cosa para la cual no se teman riesgos mil por más defendida y resguardada que esté contra los asaltos de la Fortuna. Pero deleitosísimo es el amor para con Dios, de quien ningún cuidado ni molestia puede provenirnos. En El están seguras todas las cosas. En El todo está lleno y rebosante de goces y felicidad sempiterna. En los demás amores existe un fondo de desabrimientos. En la amistad, un miedo continuo nos desasosiega; en el deseo, cuidados y ansiedades nos desazonan; en la conservación, recelos, y no son para contar las contrariedades del amor libidinoso. En el peligro es medroso y cauto el amor si espera que fácilmente podrá evadirse de

él, como Tiestes dice a sus hijos en Séneca: *Vosotros me hacéis miedoso;* pero si se le enfrenta alguna dificultad, entonces se torna audacísimo.

El amor no puede estar un punto ocioso, pues es el acicate de la voluntad que le acucia a la acción y a la obra. Siempre imagina algo y piensa qué puede serle grato al amado y qué puede aprovechar, no ya al amado solo, sino a aquellos para quienes el amado siente bienquerencia. Y si no puede ser con obras, por lo menos con buenos deseos, con oraciones, con presagios faustos, procura el bienestar del amado, deséale las mayores venturas, gózase si se realizan y duélese si no llegan a verificarse o no salen como las había concebido.

Del amor de concupiscencia nacen la rivalidad y la envidia, pues son muchos a desear lo que anhela poseer uno solo, como sucede con una amiga, con un amigo rico, con una ganancia. En contraposición, del amor de las almas origínase la sinceridad y la comunicación. Quien ama a un hombre bueno, no teme rivales; al revés, quiere que sean muchos los que le acompañen en el afecto, no de otra manera que el que ama a Dios quisiera traer a todos al consorcio de esa divina amistad y piensa que son sumamente miserables aquellos que de ella no participan. El amigo que quisiera ser exclusivamente caro al amigo, no le tiene verdadero y sano afecto, sino que mira por su propio interés, a saber: quiere gozar solo del trato, de la erudición, de las riquezas, de la opulencia, de la fama, de la gloria del amigo. El fino amante desea que se le presente algo grande y generoso que redunde en gracia del amado, y es grande su alegría si ve realizado su deseo: *Iban los discípulos gozosos de delante del concilio de que fueron tenidos por dignos de padecer afrenta por el nombre de Jesús.*

Nada rehusa sufrir el amor por grave y difícil, por humilde y abyecto que sea, bien exceda las fuerzas físicas, bien lastime la dignidad y autoridad de la persona; todo se le antoja llevadero, todo le parece que le está bien mientras piense que con ello ha de complacer al amado. Y no solamente es dulce y sabroso al amante el sujeto amado, sino todo cuanto le es grato a él, como los hijos, los deudos, los amigos; la misma servidumbre; aun su perro, de donde aquel dicho vulgar: *ama al perro quien ama a su dueño;* que, en romance castellano, tiene esta expresión: *Quien bien ama a Beltrán, bien ama a su can.* Y todo cuanto objeto refresque la memoria de él, le es grato: sus vestidos, sus pañuelos, sus retratos, los lugares que frecuenta; esto, a menos que con el amor ande mezclada la tristeza, pues entonces son tristes los recuerdos del amado, como el de un hijo, que se le murió en la flor de la verdura, el de la mujer, el del marido. Y por cuanto el amante está en continua preocupación y cuita del amado, asciende el calor desde el estómago al cerebro y síguese de ahí la crudeza y empobrecimiento de la sangre, la palidez del rostro y de todo el cuerpo, el ahogo de la respiración, los sollozos del alma por la tensión vehemente, muy en particular ante la presencia o mención del ser querido, como si el espíritu se sintiera aliviado de un gran peso. Y no raras veces saltan también las lágrimas por liquidarse la humedad con el calor del cerebro haciéndola manar por los ojos. Muchas veces también se canturria para esparcimiento del ánimo fati-

gado por la lucha de la imaginación. Miran con gran fijeza y extravagante expresión al ser querido sin dirigir a otro lado la mirada ni el pensamiento; el encendimiento del rostro alterna con la lividez por la afluencia o retirada de la sangre. Por esto mismo se está a veces sofocado, a veces rígido; no se acierta a estar quieto en un punto; es frecuente la excesiva agitación de los miembros, las lamentaciones son continuas, las alabanzas necias y fuera de tiempo. En el amor cupidíneo, enojos súbitos, procacidad, petulancia, suspicacias frecuentes y sin fundamento. *En el amor*—dice Terencio—*hay todo esto que se sigue: injurias, celos, enemistades, treguas, guerras, gustos, enojos y otra vez paz.* Y todas aquellas acciones y reacciones que el otro cómico, Plauto, junta tan al vivo en su *Cistelaria: Yo creo*—dice—*que el primer amor entre humanos nació en un lugar de tortura: soy lanzado, asendereado, agitado, espoleado, volteado miserablemente en la rueda del amor,* con todo lo demás que se sigue. Y para estar los amantes juntos más largo rato, el uno entretiene al otro con huera locuacidad, con cuentecillos, con chismes recogidos de allá y acullá, con tan irrestañable verborrea que es cosa de admiración ver borbotear tal chorro de palabras. Enamorados hay quienes, por tener perturbado el pensamiento u obsesionados en su manía, no se pueden permitir discursos luengos y verbosos, y a largos intervalos dicen una que otra palabra, como: «¡Oh amores!... ¡Vida! ¡Dulzura! ¡Esperanza! ¡Beldad celeste, divina!»

Todos los amores de concupiscencia lisonjean y alaban, envileciéndose, en una lagotería repugnante. Aun las personas más graves, cuando algo espolea su deseo, se ponen al servicio de otras indignas, temen a los poderosos y ofrecen sus respetos a los más bribones; los mismos avaros hacen regalos y los orgullosos se apean y se humillan. Anhelan del modo que fuere colmar su ambición y satisfacer su deseo y, ensimismados en esta obsesión, no tienen cuenta alguna ni con su persona ni con su calidad; por asperezas y atajos se lanzan desaladamente a sus placeres, bien así como los ambiciosos se encaminan tozudamente al poder a través de la abyección y el servilismo. *Para poder dominar, se avienen a servir,* dice Ausonio con frase gráfica. Tales son aquellos que en el cortejo de los soberanos padecen servidumbre misérrima, por ver si al cabo consiguen su privanza y alguna participación en el poder. Y aun los reyes mismos toleran en sus ejércitos a hombres de la mayor insolencia y maldad, para con su ayuda poder extender su poderío o gobernar más a su capricho.

El amor, por el grandioso incendio en que arde, impele a la ejecución de empresas maravillosas que sobrepujan las fuerzas, el ingenio, la facultad; se acometen empresas de gran aliento en que se han de arrostrar y soportar con firmeza bravos riesgos; se derrochan patrimonios como si fuesen pajas livianas. *Y aun cuando diere el hombre toda su sustancia por el amor*—como se lee en el *Cantar* de Salomón—*estimará no haber dado nada.* Ese mismo calor aumenta el ingenio, excogitan razones sutiles, hallan consejos eficaces, sueltan el grifo de los versos, tórnanse parleros de repente; de todo esto no les va a quedar nada, si se les extingue el amor. Crece el amoroso incendio con el frecuente pensar en el objeto querido que se va grabando y asiendo en

el alma más profundamente. No tiene el amor enemigo más cordial que el olvido. Y si cuanto más se piensa mayores bienes se ofrecen, enardécese otro tanto con la benevolencia, como acontece con el amor de Dios. Y esto mismo sucede si sobrevienen algunos bienes inesperada e inopinadamente, que aun cuando sean harto pequeños, se consideran muy grandes, porque se presentan de improviso y todavía muchos más si vienen contra lo que esperábamos, como si sabe aritmética quien creíamos que solamente sabía arar o responde agudamente aquel a quien considerábamos lerdo.

En suma, amamos el bien en razón directa de lo que podemos entender de él. Antes de ser amado el objeto debe conocérsele; pero el conocimiento debe ser suficiente para producir el amor. Mas así que tenemos conexión con la cosa amada, la conocemos mejor porque la conocemos de más cerca y entonces la gozamos. Por el primer conocimiento sabemos que es buena; por el siguiente, lo experimentamos; y esto es en todo amor igualmente válido. Por estas razones, el fruto del amor es la fruición, que es un acto de deleite no solamente de la voluntad, sino también de la inteligencia, como sucede en Dios.

Así que el amor ocupa un término medio entre el conocimiento incoado y el conocimiento pleno, que en la unión tiene su cumplimiento. En la unión extínguese el deseo, pero el amor no siempre, sino que hartas veces se inflama con tanta más viva acritud cuanto mayores son los bienes que en la unión se encuentran, amén de aquellos que se nos ofrecieron en el conocimiento primero, que al amor dió origen. Allende de esto, la costumbre, que vuelve los males más livianos y aun a veces torna agradables las molestias, destruye las cosas contrarias al amor; así es que por ello, el amor se depura y enardece. A los acostumbrados enojan menos las molestias, así morales que físicas, las cuales, al principio, nos causan sensación de dolor y desabrimiento. Con el frecuente ejercicio no sólo el amor se aviva, sino que todo cuanto ve y oye el amante lo aplica al amado, ya por comparación, por semejanza o por algún recuerdo indirecto, porque casi siempre está pensando en el amado como en presencia del amado. Crece igualmente el amor cuando aquello que juzgamos digno de ser amado no es amado por los otros; recógese entonces el amor en el pecho del amante y adquiere fuerzas más robustas, como el calor en los pozos y en los cuerpos de los animales durante el invierno.

Así la madre ama con amor más frenético al hijo que los otros aborrecen, porque si todos le aman, parece como si el amor se divida entre muchos o que reposa en la estimación general del objeto aquel primer impulso del alma hacia él. Así es que el amor se vuelve menos vehemente y vivo, si ya no es que amamos lo que queremos disfrutar con exclusión de cualquier otro, como acontece en el amor cupidíneo. También el amor se acrecienta por la compasión como sucede con los padres para con los hijos pequeños, inválidos, enfermos, pobres, desgraciados, en viaje o en peligro, verbigracia: en campaña, navegación o en expediciones largas y difíciles. Cuanto más numerosas y graves son sus causas, es razonable que se aspire al amor que ellas engendran, de igual modo que si a la bondad de una persona se agrega la hospitalidad paternal que ofrece el paren-

tesco, la amistad y otras parecidas circunstancias.

Los deseos de cosas naturales tienen algún término; mas los de aquellas cosas que nos imaginamos no tienen meta ni límite alguno; verbigracia: haciendas, riquezas, honores, poderío, gloria; pues no consiste en su cualidad, sino en el falso concepto que de ellas nos hemos formado, porque nos las hemos forjado para llevar una vida tranquila, apacible y feliz. Y ellas, en cambio, como no tocan el alma en sí, fuera de que no pueden favorecerla, por mucho esfuerzo que pongamos en utilizarlas, resultarán siempre vanas y livianas y no alcanzan a colmar la profundidad del espíritu. Tan lejos andan de hacernos felices, que nuestro ánimo, así en imaginarlas como en procurarlas y conservarlas, apura increíbles sufrimientos.

Una vez excitadas la avaricia y la ambición por varios indicios, llegan hasta lo inmenso. Piensa nuestro ánimo que si alcanza el dinero o los honores que desea, va a vivir con sumo placer y felicidad; mas una vez que vió colmado su deseo, descubre que está en el mismo lugar y no raras veces en lugar peor. No se nos ocurre la idea de que las cosas no pueden dar de sí lo que se les pide, sino que aún extendemos el error a la magnitud del objeto, y apenas conseguido lo suficiente para satisfacer nuestro deseo, que se abalanza a nuevas adquisiciones, las cuales, una vez conseguidas, vese envuelto en el mismo error. Y así es como la ambición no tiene fin; jamás se detiene, por manera que con toda razón quejóse el Salmista de Israel: Es vanidad universal todo hombre viviente. Así que no son las necesidades efectivas de la vida las que producen y aumentan las ambiciones, sino nuestra errada opinión acerca de ellas, como acontece en los viejos, a quienes con toda razón el Catón ciceroniano reprende *porque hacen tanto mayores provisiones de viático cuanto menos les resta de jornada.* Esto lo hacen el miedo y el cálculo exagerado de nuestras necesidades.

De esa misma fuente mana la conservación de las cosas situadas fuera de nosotros. Extiéndese el juicio no sólo a las necesidades actuales o a las que pensamos que sobrevendrán, sino también a las posibles; como asimismo a los placeres, que en mucho influyen las riquezas y honores, porque mediante éstos pueden proporcionarse cuantos goces se apetezcan. Una vez saboreado el deleite, nos detiene en la posesión del dinero, del mando, del poder, de la gloria, de los honores que constituyen el homenaje de los demás; el que estén todos dóciles a nuestro mandamiento y nosotros atentos a ninguno.

Se amortigua el deseo de conservar cuando es tan exiguo lo que poseemos que no supone alivio alguno para ninguna necesidad previsible, como hacen los que vienen a parar en pobreza, que desdeñan y esparcen lo poco que les queda. A esa disposición se refiere el añejo proverbio: Tardía es la moderación en la hacienda.

No con mucha dificultad atenúase el amor en sus comienzos, y por esto es que el poeta Ovidio, maestro en amoríos, aconseja que al principio se les oponga resistencia. Y dice el poeta trágico: *El que en los primeros momentos resistió al amor y le rechazó, quedó seguro y victorioso.* Así como aumenta con el pensamiento intenso y frecuente, así se adelgaza y amortigua, llevando a otra parte la atención y a ocupacio-

nes y asuntos diversos: *Si suprimes el ocio, quebróse el arco de Cupido*, ha dicho un poeta. Si en el examen del objeto querido, o viéndole en quien esté cerca, se descubre grave deformidad o malicia, el ardor se enfría y se retarda el ímpetu.

A veces estalla el amor irreflexivamente, sin que medie juicio alguno o muy débil; pero si con el tiempo el juicio se hace más atinado, el amor se diluye, puesto caso que en el ser amado no se descubran motivos razonables. Y tanto más de raíz se le descuaja, cuanto mayor es la fealdad del vicio que en él sorprendemos, como cuando es de aquellos que más nos repugnan o de los que más contrarían nuestras inclinaciones, verbigracia: para el ambicioso, un defecto que ataque al honor; para el avaro, el que dañe la hacienda; para el flojo y comodón, el que le ocasione trabajo y molestias. Padres hubo que mataron a sus hijos e hijos que mataron a sus padres por motivo de reinado; el padre avaro echa de su casa al hijo por manirroto. Una mujer de Esparta mató al suyo porque, huyendo de la batalla, corrió a refugiarse en su casa. Borrachos hay que rehusan a su mujer y a sus hijos el necesario sustento si no pueden sacar de otro lado recursos para beber. Añádase a esto que, si el defecto está en un sitio que nosotros creíamos bellísimo y donde nuestro amor se originó, es grave nuestra desazón, como si descubrimos en quien queríamos por hermoso, como la afasia en quien creíamos elocuente, la ignorancia en quien teníamos instruído, la deslealtad en quien reputábamos fiel; la doblez en quien considerábamos franco, y por este estilo en todo lo demás. Así como las cualidades no sospechadas engendran y atizan el amor, así la defraudación de las esperadas lo amengua y lo mata. Por esto es que los amigos, cuanto mejores son, más ven robustecida su amistad que entre buenos es más duradera. Entre malos no es propiamente amistad lo que existe, sino familiaridad, sociedad, conspiración y aun ésa, efímera y débil.

Ni son los males solos quienes extinguen el amor, sino también los bienes cuando no corresponden a las esperanzas o son de un género que no nos interesa, como cuando uno tiene muchas cualidades dignas de estima, pero que no nos sirven cuando esperábamos que iban a sernos utilísimas. Muere también el amor por frecuentes ofensas, más pronto y con menos motivo en el iracundo y el soberbio, que no desea tanto que se le quiera como que se le honre. La felicidad del amigo aparta y ahuyenta de él al amigo envidioso, pues los hay que quieren mucho a los amigos en la desgracia, pero en la prosperidad los odian, sobre todo si alguno ocupa situación descollada, pues muchos de los amigos de posición inferior sospechan que el amigo encumbrado los menosprecia y los tiene en nada. *Las riñas de los amantes*—dice Terencio—*son acrecentamiento de amor*. Lo que se dice del amor venéreo aplícase muchas veces a la amistad, que con la reconciliación hácese más fogosa, como si mientras duró el enojo tomara nuevos bríos, bien así como la tierra se torna con el descanso más fecunda y arrecia el ardor del horno rociado con algunas gotas de agua.

Allégase a esto que la sensación de dulzura causa mayor placer tras la dureza y la aspereza. Duélenos haber ofendido a quien importábanos tener aplacado, y así es que con doblada energía volvemos a la amis-

tad y en lo sucesivo cuidamos con mayor cautela que no haya en el amor motivo alguno de desabrimiento, con lo cual se robustece.

Conviene, de todos modos, que sea breve la discordia y no motivada por cosa grave, pues no siendo así queda rota la concordia, como si fué crónica la desazón o alguno de los dos hizo o dijo cosa que le da grima, siempre que se le viene a las mientes. Estas riñas no solamente apagan el amor como la abundancia de agua apaga el fuego, sino que cuando se enconaron y embravecieron, suelen degenerar en odio y rabia cordiales, no de otro modo que se hiela con más dureza el agua que estando caliente se la expuso al frío.

El amador que tiene el seso perturbado por desatinada pasión ha menester que su ánimo sea atraído a sí poco a poco, como de un viaje, por medio de la música, de banquetes exquisitos y aderezados con suntuosidad y aun por medio de vino claro y líquido, y, si fuera necesario, sin llegar a la embriaguez. Con razón decían los antiguos que *el culto de Baco contribuye a la purga del alma;* por medio de juegos y pasatiempos de todo género: pelota, dados, bailes, contemplación de pinturas, tapices, espectáculos, recreos, amenidades de campos y de ríos, edificios; por medio de la pesca, de la caza, viajes por mar, cuentos, narraciones festivas; ocupación intensa, trabajo duro que provoque el sudor a fin de que los poros se abran a la transpiración, y aun es conveniente la sangría, a fin de expeler la sangre primera y dar lugar a otra nueva, la cual produzca nuevos vapores y el sometimiento de la pasión primera vehemente; por ejemplo: con la ambición de riquezas y honores, con el miedo, la indignación, la ira. Todo esto el tiempo prudencial para que el alma se afirme en la inclinación opuesta y no vuelva de pronto a recaer en el amor primero.

Hasta aquí he dicho todo cuanto pude del amor, cuyas energías, grandes e increíbles como son, resultan inagotables. El amor nos creó; el amor nos perfecciona; el amor nos beatifica. Grandiosos, profundísimos, abstrusísimos, incomprensibles son los misterios del amor. Baste por ahora lo que hasta aquí hemos dicho.

CAPITULO V

DEL FAVOR

Muy cerca del amor está el favor, que nace del concepto de algún bien y viene a ser una suerte de benevolencia, por manera que no hay amor sin favor, pero puede haber favor sin amor cuando deseamos bien a alguno a quien no amamos. Por esto el favor con amor es más fuerte y duradero, y sin amor es más ligero y breve.

Es, pues, el favor un amor inicial o incoado, pues comenzamos a amar a aquel de quien tenemos buen concepto y al que creemos digno de algo bueno, y a nuestra vez, a aquel para con el cual existe en nuestro pecho algún viso o grado de amor, a ése le favorecemos, verbigracia: a los parientes, a los deudos, a los conciudadanos, a los consocios, a los familiares, a los conocidos más que a los desconocidos, porque el conocimiento es el primer acceso para el amor, y como favorecer de palabras es el deseo expreso del bien, así, favorecer con la intención equivale a deseárselo.

Este juicio tocante a la dignidad o mérito de alguno es simple o general para todas las cosas, de donde

proviene el favor o simpatía universal que sentimos para la simplicidad y la inocencia, verbigracia: con los niños, pues esta edad es de todos favorecida sin envidia y sin querella; con los animales jóvenes, edad en la cual acariciamos aún a los lobeznos, a los cachorros de león y a los pequeños raposos. Y el mismo es el juicio por sólo la hermosura del semblante, que, como dijo el mimógrafo, es una callada recomendación. En una palabra: todos los motivos que valen para el amor son válidos igualmente para el favor.

Otra clase de juicio se funda en la estimación de una cosa determinada, de donde proviene el favor solamente hacia ella, como en la competencia para la magistratura, en el juego, si uno alcanza algo, por lo cual lo consideramos simplemente digno o más meritorio que su competidor. Por esta razón, y no pocas veces, el favor nace del odio, que nos inclina del lado del adversario de aquel a quien aborrecemos o contra aquel a quien él favorece.

También engendra favor la misericordia, por ejemplo, como cuando uno es afectado por una injusticia que no merece y deseamos que en otra cosa reciba satisfacción del daño. Hubo acullá, en Atenas, un caudillo, reo de muerte, que solicitó la pretura para que, siéndole denegada como era previsible, se le indultase más fácilmente, confiado en que los jueces habían de inclinarse a favorecerle, sustituyendo el afán de vindicta por la compasión del desaire conseguido.

Igual origen tiene el pedir una cosa injusta por obtener una justa. Innumerables son los casos de este sentimiento compasivo.

El favor, cuando el amor no lo sostiene, es afecto que desaparece por los motivos más baladíes, y con tanta mayor rapidez cuando va contra algún interés nuestro o de los nuestros, como cuando aquel favor nos ocasiona algún daño, peligro o molestia. El juicio que se formó de la dignidad de alguno, a tontas y a locas, y por un motivo baladí, se abandona también con suma facilidad. A quien por interés favorecimos, a ése dejámoslo de favorecer una vez recibido el premio que fué su causa, o si nos le defrauda, porque entonces nos enojamos con él y le queremos mal. Si favorecemos a alguno por odio o antipatía del otro, una vez sosegado este movimiento, debilítase el favor; fenómenos éstos que ocurren cada día en las luchas y competencias de tipo político.

CAPITULO VI

DE LA VENERACIÓN O RESPETO

Nace la veneración del concepto de un gran bien, que no nos perjudica, porque si creemos que nos perjudica o nos perjudicará entonces ya es miedo. Tiene, sin embargo, alguna mezcla de miedo y de reserva toda veneración que no es más que una cierta compresión o encogimiento del espíritu ocasionado por la idea de una grandeza buena o al menos inofensiva para nosotros. La veneración está basada en la comparación de esa grandeza con la pequeñez propia o ajena que, a pesar de todo, nosotros no tenemos por exigua, porque toda veneración anda unida con la admiración. Lo que no admiramos, tampoco lo respetamos. Y así como el espíritu se ensancha con la consideración de la propia grandeza, por contraste se encoge por la ajena, de donde nace el rebajamiento y menosprecio de nuestra estimación cuando la mente

se levanta a la consideración de la Majestad divina. Excelentemente dijo Ovidio: *Muy luego penetró en las mentes el respeto del honor; púsose precio a los dignos y no hay quien a sí mismo se complazca.*

A buen seguro no es el honor, como pensó Aristóteles, a quien siguieron la mayor parte de los gentiles, el precio de la virtud, sino el testimonio mediante el cual hacemos demostración de que creemos efectivamente que existe virtud en aquel a quien honramos. Y esta significación exterior, por la cual el ánimo manifiesta su sumisión a la excelsitud, varía mucho según la variedad de pueblos. Entre los nuestros, sonlo doblar la rodilla, hincarse de hinojos, que son ademanes de humildad; descubrir la cabeza, que, según las costumbres griega y romana, era indicio de servidumbre, como el birrete era símbolo de la libertad; ceder el sitio y el paso, acompañar, conducir y traer a la persona honorable, con lo cual reconocemos su superioridad; el silencio con que prestamos atención o tememos las reprensiones; nuestras palabras, que significan su prestancia. Pero no hay demostración más comprensiva que el pasmo que se apodera de nosotros al admirarla, de tal modo que no acertamos a exteriorizarlo; quedamos atónitos y fuera de nosotros. La veneración extraordinaria pone estupor en el ánimo y le obliga a olvidar sus propios deberes, verbigracia: teniendo que hablar ante el Senado o en una junta de personalidades eminentes o en presencia de un soberano; muy a menudo se quedan cortadas las personas y no aciertan a proferir una sola palabra de las que tenían pensadas. Asimismo, al saludar a un varón eminente, olvidamos muchas veces tributar el debido homenaje a otros que con él se hallan, por estar nuestro ánimo embargado en su veneración exclusiva.

Pero cada cual entiende a su manera esta suma de bienes, como en todas las cosas de la vida. En Dios, aparte de las demás excelencias, existen estas dos: la del poder máximo y la de la bondad sin fin; bajo del poder, está la sabiduría. Todo lo que en la tierra se refiere a la omnipotencia produce veneración, y produce amor todo lo que se refiere a la bondad.

El poder se aplica a hacer el bien y a resistir el mal, primero *en los bienes externos*, en cuyo número están incluídos los príncipes y los hombres opulentos; luego, *en los corporales*, como son los valientes y hermosos, por la natural conjetura de que albergan un ánimo semejante a la belleza externa. De ahí, el viejo proverbio: *El buen parecer es digno del mando; en el alma*, cuáles son los animales; *en la mente*, los prudentes, los instruídos, los elocuentes, los sabios; *en la voluntad*, los justos, moderados, fuertes, constantes; los que no se dejan vencer de las cosas y eventualidades y caprichos de eso que llaman fortuna. A los buenos, es decir, a los justos, a los comedidos, a los templados, más los amamos que los reverenciamos, aun cuando los hay que por no hacer sobrado aprecio de los restantes bienes hacen objeto de mayor reverencia a estos últimos.

Es la majestad el supremo honor hacia los bienes más encumbrados. La voz majestad derívase de *major*, como si dejase el honor para los objetos medianos y reservase la majestad para los máximos, y aun cuando el honor tiene más ancho campo que la majestad, a saber: su género, con todo el lenguaje usual los distingue con harto relieve.

Imaginaron por donaire los poetas que la Majestad era hija del Honor y de la Reverencia, fábula que Ovidio narra en el quinto libro de los *Fastos* con mucha sal y donosura. Del respeto nace el amor, si consideramos la magnificencia templada con la bondad como está en Dios, quien, por ser *máximo* es también *óptimo*. Por lo que toca al temor, padre del odio, nace cuando recelamos que nos viene o vendrá algún daño, como acontece a los que consideran sólo el poder de Dios y la severidad de su juicio, sin tener cuenta con su clemencia. Con harta agudeza dijo aquél: *Los que osan, ¡oh César!, hablar en tu presencia, parecen ignorar tu grandeza; los que no osan, tu bondad.*

La admiración defiende y preserva el respeto; destruída la admiración, fenece también el respeto. Por eso el trato y la familiaridad gastan la veneración; como los fabulistas fingiéranlo en el apólogo de la zorra, que, desmayándose la primera vez que vió a un león, a la tercera comenzó a jugar con él confiadamente. Por eso entre las gentes rudas no sólo se pasa del respeto a la familiaridad, sino que a menudo degenera en desprecio, según dice el conocido comediógrafo.

A pesar de todo, consérvase la veneración aun en medio del trato y la costumbre asidua, si aquellos con quienes estableciste comunicación comprenden la verdadera grandeza que honran tanto más vivamente cuanto la contemplan más claramente y de más cerca, o si a diario se manifiesta en la grandeza alguna novedad, o si la magnitud lo es en tal grado que por sí misma se impone y se indica del desdén o de la distracción.

Las palabras y acciones graves, viriles, constantes, nobles, sin vanidad ni arrogancia ofensiva, que es lo más odioso que puede haber, cuales son los que convienen a la auténtica grandeza, guardan la veneración. Y al revés, la debilitan y estragan las palabras y hechos pueriles, afeminados, bufonescos, truhanescos, lascivos, ligeros, vanos, versátiles, bajos y abyectos, los ajenos impropios de aquella excelencia, como también los jactanciosos, los alabanciosos, los iracundos, los amenazadores.

No concuerdan bien ni moran en una misma vivienda la majestad y el amor, dijo cierto poeta. Y en efecto, el amor, olvidado de su deber y dignidad, halaga, ruega, se rebaja, tontea, dice burlerías, entre lo cual desaparece del todo que por otra parte había echado raíces débiles y someras, fáciles de arrancar al menor impulso. Perece la veneración con la desaparición del concepto de aquella excelencia que le dió origen. Y este concepto se amengua con gran facilidad por cuanto toda excelencia humana está mezclada con bajeza, la cual, por culpa de nuestra debilidad, se exterioriza más pronto que aquella que es tardía. Nuestros juicios, por depravación de la Naturaleza, se apoderan con mayor prontitud de lo que es vicioso y malo, como por cierta afinidad y analogía. Además de esto, el indiscreto amor que cada cual se profesa a sí mismo, donde la soberbia toma su origen, engendra el deseo de no ser aventajado por ningún otro y la halagüeña creencia de que lo es en hecho de verdad.

Casi todas las pasiones, cuando están excitadas, son un estorbo para la veneración y la hacen desaparecer, como la ira, la envidia, el amor, no solamente contra aquel que de la veneración es objeto, sino contra los otros, puesto caso que

perturbamos y trabucan el juicio en tal grado, que no puede o no quiere sentenciar en justicia acerca del mérito respectivo, hasta el punto de que si está presente una persona enemiga o despreciada, omitimos con deliberación las señas de respeto hacia otro, porque no parezca que borramos a quien merece nuestro odio o nuestro menosprecio. Esto es fama que hizo Eneas, mientras celebraba un sacrificio, quien, pasando Diomedes por delante de él, no hizo demostración alguna exterior de adoración y de culto divino, porque no se interpretara como un homenaje al enemigo. Esto ocurre muy a menudo en la vida común, si es que no nos espolea un sentimiento más poderoso que nos obligue a exteriorizar aquellos signos, verbigracia: la codicia o el miedo, como cuando tememos que no nos perjudique la omisión de ese deber o cuando esperamos o deseamos algo de aquel por quien sentimos veneración.

Sufre la veneración según el grado de maldad y vileza de las cosas que le dieron nacimiento y según nuestro juicio acerca de la excelencia de ellas. Si nació de un juicio de prudencia, ningún daño le ocasionó la flaqueza corporal o la vulgaridad, dáñale el lenguaje rústico, la inurbanidad, la cólera, aun cuando hay algunos que sitúan en un solo sitio la fuente de todo bien, creídos que fuera de él no hay nada excelente y digno de veneración. Unos la ponen en la cuna ilustre; otros, en la elocuencia; otros, en la gramática o en la versificación; otros, en la belleza física, y la inmensa mayoría, en las riquezas. Muchos amalgaman necia y perversamente las cosas más dispares, confundiendo la manera de vestir, de andar o de sentarse con la erudición, de suerte que si no reúne uno aquellas circunstancias como a su entender es debido, no le tienen por persona culta. Así también piensan que no es magnate quien no habla con altanería, ni escribe con desaliño, ni tienen por buen soldado el que a cada palabra no eche juramentos.

CAPITULO VII

DE LA MISERICORDIA Y LA SIMPATÍA

Definió Aristóteles la misericordia: El dolor del mal que nos viene sin merecerlo al parecer. Llama a ese mal *ftastikon,* que suena en romance *corruptivo* o *corruptor,* como son las enfermedades, la muerte, el hambre, la sed, los tormentos, las heridas, la expoliación y otros males de género análogo. Tal vez afirmaba esto porque no discurría de cosas naturales, sino de preceptos políticos, pues en la curia y el foro no se manifiesta la conmiseración por las cosas restantes.

Todos los géneros de males afectan a ese sentimiento; compadecemos a los deformes, a los lisiados, a los lerdos, rudos, necios y bellacos. En nuestra opinión no merecen sufrir el mal los hombres buenos, los que cumplen correctamente con su deber, ni los inocentes que sufren una pena indebida; los seres humanos totalmente inofensivos y sencillos como son los niños, los privados de razón, los incapaces de soportar grandes trabajos y miserias, como las mujeres, los ancianos, los enfermos y personas delicadas. Añade a éstos los que fueron apeados de una gran fortuna y aquellos otros que no pudieron disfrutar de sus bienes, verbigracia: cuando un varón de gran ingenio malógrase en el curso de sus estu-

dios, como Juan Pico de la Mirandola, o el presunto heredero de pingües riquezas muere antes de heredarlas, o el electo para una brillante magistratura fallece antes de tomar de ella posesión.

Tanto más sentida es la conmiseración, cuando en vez de los bienes esperados cae en males inopinados, por ejemplo: el presunto heredero de un reino cae en cautiverio y cárcel, como acontece a diario a las almas de los impíos y de ello no nos pesa. Quienes animosamente soportan sus calamidades nos parecen menos dignos de ellas y con mayor frecuencia nos compadecemos de aquellos que no imploran misericordia. También mueven a compasión los peligros que tienen tan estrecha vecindad con los males, como los que supone una campaña militar, una navegación azarosa, un viaje por caminos infestados de salteadores. Los que presumen que a sí y a los suyos les ha sobrevenido algún mal, más padecen tristeza que conmiseración; pero la conmiseración se une a la tristeza cuando creemos que sucede injustamente ese mal a nosotros o a los seres que más amamos, cosa que puede colegirse de los términos del pésame, a saber: que padecen unos males no merecidos. Esto es la conmiseración de nosotros mismos.

La semejanza engendra simpatía y mueve la misericordia, como sucede con los aproximados en edad, costumbres, constitución, estudios, dignidades y alcurnia. Es la simpatía a modo de tañido de una facultad, con la cual concuerdan facultades semejantes, como dicen que dos cuerdas de dos liras distintas, puestas en igual tono, la una suena y responde al son de otra.

Muy mucho queda el alma afectada por los males ajenos, que, viéndolos de cerca, parece que también a ella le amenazan. Es fácil el tránsito entre cosas semejantes y desdeña el ánimo lo que otea lejos, como si no le tocara, como pasa con un hombre de tierras adentro que apenas se afecta por un grave naufragio, o un monje, por las penalidades de la milicia. Fué aguda y donosa la contestación de aquel filósofo que preguntado con sorna porqué las personas pudientes dan con preferencia limosna a ciegos, sordos y cojos que a los filósofos necesitados, compadecidos más fácilmente de aquéllos que de éstos, respondió: *Porque los ricos creen que más aína están expuestos a ser sordos y ciegos que filósofos.* Así también los que por la embriaguez de una gran felicidad se creen exentos del destino humano, se tornan inmisericordiosos, convencidos de que a ellos no les van a llegar las vicisitudes de los demás hombres, pensando estar en lugar segurísimo al abrigo de toda contingencia. De igual modo, los que padecen males extremados o se hallan en una crisis agudísima, no sienten compasión de nadie, pues ya no temen empeoramiento y la aspereza de los males les quita todo sentimiento de humanidad y les embota aquella ternura y suavidad del alma en que se asienta la compasión.

No hay cosa más conforme con la naturaleza humana que compadecerse de los afligidos. Espántome yo de que los estoicos pusieron tan tenaz empeño en arrancar este sentimiento del pecho del varón recto; empeño utópico y que va contra la condición humana, porque nace de cierta semejanza y congruencia de las almas entre sí. No puede menos el espíritu, ante los males ajenos, que pensar que también él vive expuesto a los mismos males y com-

padecerlos y dolerse de que un semejante tenga que sufrirlos.

Y si es verdad que el amor todo lo hace común y hasta lo hace todo uno, ¿cómo puede un amigo no condolerse de que su amigo sufra? ¿Y cómo puede este mismo amigo condolerse de uno de sus amigos y no condolerse del otro? Si es una máxima de la sabiduría y de la bondad que todos los hombres estén entre sí unidos como con un nudo sacratísimo y para esta unión nos hizo la Naturaleza dispuestos y conformes, no cabe duda que la Naturaleza, la sabiduría y la bondad, todas a una, nos imponen e inspiran la misericordia. Suprimida la misericordia, dime: ¿Qué pones en su lugar? La dureza, la ferocidad, la crueldad, la inhumanidad. ¿Con ese procedimiento despojas al género humano de esa humanidad, que es su gala, y le injieres la crueldad? Pero dice Séneca: *Yo puedo ayudar al afligido y socorrer al desgraciado, sin aquel dolor y tribulación del alma, que vosotros llamáis misericordia.* Podrás tú acaso, alguna que otra vez, pero no podrás siempre, ni podrán aquellos otros que para dar un paso necesitan un acicate interior. ¿Y qué? Cuando no tienes con qué socorrer, ¿no puede al menos tu sensibilidad afectarse por los males ajenos y declararás que aquellos males no te interesan a ti?

No es menester hablar más del asunto. La conclusión es ésta: No puedes ayudar ni dar socorro más válido al afligido que condolerte con el doliente. No hay cosa que más alivie y consuele las dolencias y los males más graves del alma como la comunicación del dolor; no hay auxilio ni más grato ni más eficaz. ¿Qué contingencia puede ocurrir a alguno más triste o más desesperada en la vida como la de pensar que no hay quien la compadezca? ¿Qué puede ver el desgraciado con más gratitud que las lágrimas ajenas mezcladas con las propias? Pero dejemos ya a los estoicos, quienes, creados hombres por la Naturaleza, con cavilaciones de escuela, quisieron convertirse en peñas; pero no lo consiguieron. Despachemos lo que nos queda por decir sobre esta materia.

Es la misericordia un sentimiento de infinita dulzura y mansedumbre, injerido por Dios en el género humano por su bien, para el mutuo auxilio y consuelo de los variados azares que ocurren en la vida, en los cuales la misericordia suple la falta del amor. Lo que hemos dicho de los males que nos rondan y a los cuales estamos expuestos, trasládase igualmente a nuestros allegados, íntimos y demás seres queridos. Tienen, en efecto, una especial predisposición para compadecerse los que tienen esposas, hijos, nietos o grandes amigos amenazados de los mismos males. Por eso son misericordiosos los viejos, porque lo temen todo para los suyos. La blandura de corazón hace a las gentes simpáticas y compasivas, hasta el punto que los hay que se apiadan de quienes sufren males que han merecido, como los niños y las mujeres sensibleras que compadecen a los ladrones y a los parricidas, aun cuando no se los castiga sino con azotes. Y al contrario, la dureza de corazón disminuye la misericordia, como sucede en los arrebatos de ira, en la guerra, en el pillaje; en aquellos que no consideran lo que es malo, bien por torpeza de su natural, como los palurdos de quienes dijo Virgilio que *no se condolecen del mendigo ni tienen envidia del poderoso,* o por ambición de lo que estiman bueno.

Los imprudentes e inexpertos se compadecen fácilmente y mucho de los males pequeños. Las almas generosas y sencillas son muy sensibles a la misericordia, como los mozos y las personas de calidad; mas los curtidos por la experiencia y los prudentes entre los magnates no hacen caso de niñerías, así como los santos varones conceptúan gravísima la perdición de las almas en los pueblos y aun cuando les conmueven los males físicos, tienen en descuido y risa la fortuna.

Las obras de la misericordia son semejantes a las del amor, puesto que del amor mana la misericordia. A su vez, con la misericordia, el amor crece, como el de la madre para con el hijo doliente o desgraciado o ausente allá por tierras remotas.

No hay afecto alguno que tenga las lágrimas tan prontas como la compasión, hasta el punto que muchos que sufren los males propios, se dejan avasallar y lloran los ajenos. Ambos sentimientos son dignos, respetables y generosos. También acontece a menudo que algunos que tributan lágrimas a los males ajenos, no pueden hacerlo con los propios, como paralizados por la magnitud de su desabrimiento y dolor, según se cuenta de Amasis, antiquísimo rey de Egipto, que lloró la muerte de un amigo, pero no la de un hijo.

Dícese asimismo que la misericordia entra generalmente por los ojos, según aquella feliz sentencia horaciana: *Más flojamente impresionan los ánimos las cosas que penetran por los oídos, que no lo que discurre bajo los ojos fieles y que el espectador atestigua por sí mismo.*

Por eso en la antigua Roma, para mover a compasión, sacaban a la plaza o a la asamblea a los hijos pequeños. Iba delante el reo, andrajoso y harapiento, y los amigos, anochecidos con vestidos negros, mostrábanse las heridas o las cicatrices en el pecho desnudo, las ropas ensangrentadas y la representación del hecho pintado en un cuadro. ¿Quién duda sino que esto ejerce una gran impresión sobre el vulgo que se deja llevar de los sentidos? Mas las personas habituadas a pensar y a meditar conmuévense más pronto y eficazmente por una hábil y bien expresada relación del hecho. No son pocos los que, impresionándose por una novela o una historia, quedarían impasibles ante la realidad si discurriera delante de sus ojos. *En los actores escénicos*—dice Marco Fabio Quintiliano—*la misma voz, la misma entonación mueve más eficazmente los afectos bajo la máscara teatral.* Y, en efecto, al paso que oímos, ayudan a la emoción el pensamiento y la fantasía. La misma tragedia lamentosa gana mucho con el arte del actor, explicando, verbigracia: la gravedad de los males, la indignidad del que los sufre; se comparan las ventajas del bien, se comenta cuánto menos digno era el protagonista de tal o cual desgracia, se hacen resaltar las circunstancias de lugar y de tiempo, todo lo cual acentúa la probabilidad.

Demás de esto, los oyentes sacan avisos para los hijos, las esposas, los seres más queridos y aun para sí mismos, en virtud de la suerte común.

Inculcan los preceptistas del arte que sea breve el efecto de la compasión obtenida por el arte del narrador, y no por la fuerza del hecho. No hay cosa más fácil de secar que una lagrimita.

CAPITULO VIII

DE LA ALEGRÍA Y EL GOZO

Es la alegría un movimiento del alma por el juicio de un bien presente o apetecido como cierto. La privación del mal equivale a un bien, sino en que en el bien hay alegría siempre, pero no siempre es así en la privación, como cuando desaparece la enfermedad que nos atenazaba. La alegría no soporta cosas contrarias, o si llega a soportarlas se convierte en afecto leve, que es la llamada hilaridad, que es una alegría atenuada.

El juicio de un bien ajeno que nos satisface, siempre que no nos complazca tanto que sea una sola cosa con nosotros mismos, como también el de bienes que han de sobrevenir o que son ya pasados y también de males que desaparecieron, produce en el alma un cierto movimiento agradable, muy parecido a la alegría, pero que no es alegría precisamente, sino más propiamente gozo, que se experimenta por igual en los bienes propios cuando los tomamos con templanza.

La alegría, en efecto, es un impulso vehemente y, por lo general, es producido por aquello que hemos deseado con intensidad o por lo cual hemos trabajado y luchado, o que nos viene de repente cuando no lo creíamos o esperábamos. La agitación producida dilata el corazón por manera extraordinaria, tanto que a veces se sigue la muerte como en aquellas mujeres, allá en la segunda guerra púnica, que al ver de pronto sanos y salvos a sus hijos, de cuya muerte habían sido hechas noticiosas, cayeron exánimes. Más rápida viene la muerte por desmesurada alegría que por desazón inmoderada.

De esa misma dilatación del corazón saltan la risa y el júbilo, cuando ya el pecho no puede contener el corazón; y también por ello es provocada la gesticulación, y hasta puede serlo la demencia. La comedida alegría, o sea la hilaridad y el gozo, con su calor purifican la sangre, vigorizan la salud, provocan un color placiente, nítido, hermoso de ver, como se lee en el libro de la Sabiduría: *El corazón ledo es pura medicina; el espíritu triste seca los huesos.*

Los que son de corazón blando son accesibles al pesimismo y a la tristeza, como pasa con el sello estampado en la cera. Los que le tienen fuerte y cálido acogen presto la alegría y la retienen largo tiempo. En trueque, los que lo tienen duro y frío se empapan fácilmente de tristeza, como acontece en la bilis negra. Es la tristeza una pasión terrosa, fría, seca, mientras que la alegría es un afecto cálido y húmedo, por eso prende tan fácilmente en los niños, en los mozos, en las personas sanas, en las optimistas y firmes, porque el miedo estorba la alegría, especialmente si se refiere a un objeto de mayor importancia que el que motivó el alborozo. Preséntase más regularmente en primavera, en parajes templados, en fiestas, en celebridades faustas, en banquetes.

A la aparición de la alegría, por no estorbarla, muchos apartan los obstáculos que la obstruyen y llevan a mal que se les inquiete, y aunque se les pregunte el plausible motivo. Por idéntica razón no quieren oír hablar de cosas tristes, al iniciarse una fiesta, unos juegos, un convite o un espectáculo; no quieren que se les hable de muerte, privaciones, pobreza, de negocios públicos o privados, de la severidad de la virtud y de la frugalidad. En tales circuns-

tancias esos temas son odiosos; mas, así que la alegría se desvaneció, prestan oído fácil y se impresionan mucho más que en otra ocasión, por el recuerdo de la alegría fugaz, porque ven que lo gustoso pasa pronto; pero como su corazón ya está refrescado, admiten con facilidad consideraciones serias.

La alegría es tanto mayor cuanto más grande se nos antoja el bien que creemos haber alcanzado; quiero decir, amplio, nuevo, raro, insólito y que haya recaído en personas muy contadas, y aun éstas de sobresaliente calidad y honorables de todo punto. En las ocurrencias contrarias, la alegría es mucho más atenuada.

CAPITULO IX

DEL DELEITE

La alegría es el primer movimiento del bien que se aproxima o que ya se allegó a nosotros. Cuando después de recibido el alma recobra su sosiego y disfruta y se saborea con aquel bien congruente, se resuelve en placer o deleite que puede definirse: la aquiescencia de la voluntad en el bien que con ella se conforma.

Hartas veces advertí que no importa a las pasiones que la realidad sea aquélla u otra, siempre que se considere que lo es, pues algunos consiguen por el solo reflejo de la imaginación convencerse de que gozan de los mayores bienes, como aquel conocido personaje de Argos, de quien se lee en la epístola segunda, del libro segundo de Horacio, quien tenía la manía de que estaba escuchando maravillosos versos trágicos, y espectador complacido, aplaudía en medio de un teatro desierto. Harto sabido es el cuento. Es un fenómeno común en todas las aficiones.

El deleite estriba en la congruencia, que no puede darse si no existe alguna razón de proporción entre la facultad y el objeto, o sea una cierta semejanza entre ellos, de modo que ni sea mucho mayor lo que produce el deleite, ni notablemente menor que la facultad que lo recibe en la parte recibida. Por eso, una luz moderada es más grata a la vista que una luz violenta, y las cosas semioscuras son más agradables a una vista débil. Esto mismo cabe decir de los sonidos, y así nos cautiva más el canto con versos conocidos que con los que no lo son. Añádese *en la parte recibida*, porque es allí donde se aplica su fuerza la facultad al objeto. Para unos mismos oídos unos sones son extensos y son moderados para otros, y el son que era exagerado a corta distancia, si se aleja un poco más, parece tenue. Dios, que es inmenso, es recibido con deleite por la parte del alma, que también tiene su inmensidad y su capacidad de acomodarse a El. Mas, así como existe diferencia entre salud y placer, pues estar sano no es deleitarse, como falsamente creyó Epicuro, también la hay entre recreación y deleite, porque si bien muchas de las recreaciones consiguen naturaleza y fuerza de placer, pero no todas, la cesación o cambio de trabajo, aun de menor a mayor, los juegos, las conversaciones triviales, no pocas veces no tanto deleitan el espíritu como lo esparcen y refrescan. Por eso, la recreación tiene más amplitud que el placer; todo placer recrea, pero no toda recreación produce placer.

En cada una de las facultades por las cuales el animal conoce, existen placeres eficaces, verbigracia, en los sentidos externos, internos, en la

mente; y en la medida que cada cual se entrega más a alguna de esas facultades es atraído más seductora y vivamente por sus deleites. El vulgo se deja llevar más de los sentidos; los sabios, por la inteligencia y según la índole y cualidad, ora de nuestras facultades, ora del objeto grato, es el respectivo placer excelente y levantado, puro y duradero, o, por el contrario, sórdido y vil, efímero, mezclado y enturbiado por molestias; el más bajo de todos es el que corresponde al sentido del tacto, quiero decir, el terrenal; un tanto más noble es el del gusto, pero, de todas maneras, propio de los animales. Es ligero en el olfato, el más obtuso de los sentidos del hombre, y no es tan grato el olor suave, como es molesto el fétido y nauseabundo. El oído, que está en relación con el aire, ocasiona placer algo más exquisito. Los ojos, de naturaleza ígnea, casi etérea, descuellan sobre los demás sentidos. Más excelentes que estos placeres son cualesquiera placeres del espíritu; empero los más puros y elevados de todos son los que se refieren al alma, y en esos dones privilegiados del alma, los que se refieren a la contemplación. Los placeres del tacto y del gusto no son durables, pues con facilidad se cansan sus órganos y arrastran consigo harta pesadez y molestia. Más duraderos son los de los otros sentidos, y entre ellos la facultad visual es fuente inagotable de placeres. Los deleites de la fantasía son más estables que los de los sentidos. Ello ocasiona que los placeres de la mesa, de la bebida, los sexuales, de la música y los espectáculos, pronto producen saciedad; pero no es así en el de la posesión y adquisición de dinero, de poder, de honores, de gloria, que radican en la fantasía y en una falsa opinión. Los placeres de la inteligencia son los más acendrados y duraderos, que en vez de cansarla, la restauran. Son tales que no puede imaginárselos sino el que los saboreó; pero pueden ser testimonio y probanza de esa afirmación aquellas personas que habiendo perdido sin dificultad ni pena todo cuanto tenían, en su goce libre hallan satisfacción y contentamiento. Los placeres de la contemplación son de la misma naturaleza de aquellos que en la eternidad nos proporcionarán la suma bienaventuranza. Por esto Pitágoras decía que la vida consagrada al pensamiento era con mucho entre todas la más excelentísima, y Aristóteles situó en la contemplación el colmo de todos los bienes.

Esto se entiende con una conducta recta y sincera del hombre; mas, corrompido por el delito y como agobiado bajo su enorme pesadumbre, inclínase hacia abajo y busca objetos inferiores para su esparcimiento y diversión. Y así es como se aparta de la contemplación de las cosas soberanas para dedicarse a la vida práctica; se ocupa de política, de administración pública y privada. Y aún hay gentes que a esto se avienen, sino que se recrean con fábulas y con el solo conocimiento y recuerdo de los grandes hechos. Otros se dedican a trabajos manuales, como la edificación, el arte textil, el oficio de sastre, a la artesanía plástica, a la pintura, etcétera. Los hay que no tienen capacidad para tanto y atollan en la molicie, en los juegos, en el ocio infecundo y embrutecedor, o con fácil pie se deslizan en los placeres e ilusiones de los sentidos hasta sumirse en aquella abyecta brutalidad, que se lleva arrebatada el alma en el vértigo de los deseos desenfrenados. De ahí ya

no puede el hombre descender más y se desvía completamente del camino de la razón y del juicio. Entonces inventa la nobleza, los honores, la fama, el favor popular y todo aquello que hay en la Fortuna conducente a la vanidad. Y en el último peldaño de la degradación llegaría, si pudiera, a despojarse y emanciparse del pensamiento con el fin de enlodazarse más a placer en la sensualidad. Y como esto no se atrevería a hacerlo por vedárselo el cuidado de su propia estimación, introduce un intermediario que le facilite la faena, un muchachuelo dicaz o un loco o un bufón, a cuyo lado se idiotiza. Tan endeble se hace su espíritu, que no sostiene el menor peso, o tan deprimido, que se va al fondo deliberadamente.

La inteligencia no ha menester intervalo alguno en el goce de sus placeres; los sentidos sí que lo necesitan, y, por cierto, con harta frecuencia. La inteligencia trueca deleites por deleites del género más diverso, los mayores por los menores, y viceversa; pues los pasatiempos y las distracciones en cosas ligeras y placientes són acciones y entretenimientos del ingenio. Mas los sentidos necesitan de ocio y descanso y de un cierto retiramiento en sí mismos, no ocupándose en nada, al paso que la mente no puede parar ni permitirse punto de reposo.

Con el ocio y la interrupción son mayores los placeres de los sentidos, como dijo Juvenal en una de sus sátiras, pues los hay a quienes les recomienda su propia rareza, y se hacen más intensos por excitación de sus contrarios, como la comida por el hambre y la bebida por la sed.

Los placeres del cuerpo y los del alma se repelen mutuamente. Los que se han dado a los placeres corporales no perciben los que tienen su asiento en el alma, y al revés. Combátense entre sí con gran saña, según sea su excelencia y vileza y no toleran suerte alguna de comunicación. Los objetos naturales causan deleite más puro y duradero que los artificiales. Si uno mirase tres o cuatro veces seguidas objetos de oro y plata, primorosas y lindas pinturas, mansiones suntuosamente decoradas, vestidos de arte exquisito o de mucho precio, o de gran elegancia, se hartará de tal manera que le causará enojo mirar más; en cambio, jamás se saciará de mirar y contemplar praderas, montes, huertas, vegas, ríos, cielo, mar, por la razón de que cada cosa se deleita con lo que le es adecuado y conveniente, y a nosotros, que somos seres naturales, nos interesan más las obras de la Naturaleza que las del artificio humano. Añádase a esto la perfección de la obra, que es mayor en cualquiera de la Naturaleza que del arte. Y aun el arte mismo aprueba y gusta más de las obras naturales que de las suyas propias y siempre desea y se esfuerza en imitarlas y copiarlas, y si ello fuese dable a los artistas preferirían hacer las obras naturales a las artificiales. Quienes se aproximaron más a la perfección de las obras de la Naturaleza se felicitaron de esa aproximación y merecen los más entusiastas plácemes de los espectadores.

La rareza y la habilidad añaden valor a las cosas que proceden del arte, pues nos causa maravilla que el ingenio haya podido progresar hasta el punto de haber podido dar expresión a tales bellezas. Finalmente, todo cambio gusta siempre que brinde novedad a los sentidos, como sucede en las pantomimas, en los papagayos, en los niños cuando comienzan a hablar.

La admiración y el placer que nos producen las grandiosas y estupendas obras de la Naturaleza se atenúan con la costumbre o se ocultan por nuestra falta de atención, pues solamente la prestamos a las cosas viles y no tenemos holgura para levantar los ojos y contemplar esas grandes y maravillosas obras.

Muy a menudo una ligera molestia agua y estraga un placer vivo, porque nuestra constitución física y el curso de la edad siempre propenden al empeoramiento. Y así es que un pequeño dolor alcanza en nosotros mismos mayor fuerza para achicarnos y derribarnos que un deleite para elevarnos y ensancharnos y hanse menester esfuerzo y reciedumbre para sostener este cuerpo vacilante. También es cierto que con mayor facilidad carecemos de placeres que nos sentimos afectados de dolor. Lo primero es propio de la privación, y esto último, de la existencia. En lo primero, no perdemos nada; en lo segundo, afígese el sentido y, entre tanto, desaparece su buen estado.

CAPITULO X

DE LA RISA

De la alegría y del placer nace la risa, que no es un afecto, sino una acción externa que procede del interior. Con la alegría y el placer se dilata el corazón, con cuyo movimiento se expande el rostro y en particular la parte contigua a la boca, que se llama *rictus*, y de ahí la risa. Así que la risa tiene su sitio exterior primeramente en el rictus y de ahí en los ojos y en todo el semblante. Plinio Segundo dice que la risa tiene su asiento interior en el diafragma que los griegos llaman *freínas: En esta membrana se localiza la hilaridad, como se observa inequívocamente en el cosquilleo de los sobacos, donde va a parar.* Afirma además el propio autor que morían riendo los gladiadores que hubieran sido heridos en aquel sitio; risa que es completamente mecánica, no de pasión, como sucede en el cosquilleo debajo de las axilas o en otros lugares. Yo mismo, al primero o segundo bocado que tomo después de un ayuno prolongado, no puedo contener la risa, lo cual se explica, porque con la comida se dilata el diafragma contraído. Hay risa que no es verdadera, y se manifiesta en la tristeza y en la indignación, como dicen que fué la de Aníbal, vencido por Escipión en el Senado cartaginés; aquélla no era risa, sino crujir de dientes.

Aquellos en quienes abunda la bilis amarilla son propensos a la risa, porque con el calor exagerado fácilmente se dilata el corazón, como a su vez los flemáticos y los que padecen bilis negra por el retraso que produce el frío, son lentos para reír. La risa que nace de pasión es de alegría o de un nuevo deleite, pues surge de aquel primer contacto por el cual la alegría y el deleite reciente impresionan el ánimo. Las impresiones inesperadas y repentinas nos afectan más y nos hacen reír más pronto y mayor rato, a no ser que alguno las considere nuevas y conocidas por primera vez, como acontece con aquellos que de suyo son inclinados a la risa. De este linaje son los niños, las mujeres, las personas fatuas. Provoca la risa también la índole del chiste, que es tan congruente con nuestro espíritu que cuantas veces se ofrece lo recibe como nuevo.

Algunos no ríen por no haber puesto atención a cosas que mucho

tiempo después, al recordarlas, comienzan a reír, pues un pensamiento intenso, así como impide la pasión, impide también la risa. Por esta razón, en los varones sabios y prudentes la risa es más rara y forzada, que mejor debería llamarse sonrisa que no risa. Ello se debe, bien a que sus pensamientos son intesos y profundos, ya a que para ellos existen pocas cosas nuevas o desusadas, por tenerlas previstas y ponderadas.

Añádese a esto la constitución corporal, en los varones de gran ingenio, que les inclina a la bilis negra. Además, ellos mismos se han vedado la risa inmoderada, que va contra el decoro y el bien parecer. La risa es siempre acto espontáneo, no forzado por la voluntad; pero la cohiben la costumbre y la razón para que no estalle ruidosamente, sacudiendo el cuerpo todo, como acontece en las carcajadas de los zafios y de los villanos, de los chicos y de las mujeres, incapaces de frenar las crisis de risa vehemente.

Así como son diversos en cada uno los motivos del deleite, así también la risa es provocada por muchas causas. Los unos ríen por lo que ven; los otros, por lo que oyen; otros, por objetos mentales en que se complacen, o por alegría del bien o por el deleite que produce lo extraño de un dicho o un hecho, verbigracia, como en las gesticulaciones, en las barrumbadas y bravatas desproporcionadas de una persona enojada a quien faltan las fuerzas para ponerlas en ejecución, porque si las tiene, nos inspiran temor aun no siendo culpables; en las ocurrencias necias o bufonescas, en las interpretaciones y preguntas absurdas, las respuestas en que se desvía ingeniosamente el sentido a cosa distinta de la que se preguntaba, con asimilación de palabras que tienen significado contrario, y en otras muchas ocasiones análogas.

En todo esto gusta lo inesperado, porque las cosas que vienen por su camino ordinario las pasamos por alto, como cosas salidas ya y en cierto modo previstas, mientras que las torcidas y malignas nos impresionan porque no son esperadas. La inextinguible risa de Demócrito era más afectada que natural; era una irrisión, no una risa para zaherir las necedades de los hombres que ellos pensaban ser sabiduría. Entre todos los animales, sólo el hombre ríe, porque sólo él tiene rostro donde la risa se manifiesta. En los demás, impídelo la inexpresiva inmovilidad de la cara. Y no es porque los animales carezcan del sentido del bien y sean insensibles al placer con más intensidad aún que el hombre, dando algunas señales que hacen las veces de la risa, como saltos y gritos informes a su manera, sino que como no alteran la expresión de su rostro, cual hacemos nosotros, decimos que no ríen.

Quienes con voz griega eran llamados *agelasti*, que suena no rientes, no se denominaban así porque no pudieran reír, sino porque lo hacían raras veces, bien por su temperamento melancólico o por dureza de corazón, o por estar embargados en pensamientos de mayores males que diluyen la alegría y el placer, ya por hallarse su atención preocupada por asuntos diversos, o bien porque, luego de miradas bien las cosas, éstas no presentaban ninguna novedad.

Por el contrario, salen borbotando con frecuencia risotadas estruendosas por las delicias que rebosa un corazón reblandecido por el vino; el juego, los amores, las fábulas festivas, el canto, la lujuria, o por dejar

a un lado los pensamientos serios, por la recuperación de la seguridad, por haberse el espíritu emancipado del miedo o de las molestias enojosas, o ya por gozar de deleites exquisitos, singularmente si son nuevos e inusitados.

CAPITULO XI

DEL DISGUSTO

Hasta aquí he tratado del hombre como tal. Desde ahora voy a tratar del hombre como de la bestia más atroz y fiera, pues las pasiones que provienen del aspecto del mal exasperan y ponen fuera de sí al espíritu humano.

La primera mordedura del mal llámase ofensiva o disgusto, que es como cuando uno se pincha; es el dolor procedente del contacto con un mal que nos contraría y que lleva como incubadas consigo otras pasiones, como el odio, la malquerencia, la ira; dolor nó desemejante del físico, que nos produce un pellizco o una punzada. Es un mal que nos disgusta cualquier cosa adversa o inconveniente, enemiga de nuestra comodidad, como cuando vemos alguna cosa deforme u oímos sones discordes y mal acordados. Este bienestar o congruencia está en el cuerpo y en el alma. En el cuerpo es la armonía de la salud, la cual, cuando se siente atacada por un movimiento adverso, nos desazonamos, como en todo choque, empujón, lesión, herida, presión, calor o frío, hambre o sed.

La congruencia espiritual está primeramente en los sentidos, cada uno de los cuales tiene su concordancia con ciertas cosas y se aparta de las contrarias, verbigracia, los ojos con los colores y las líneas bellas, los oídos con el concierto de los sonidos, el gusto con los sabores agradables, el olfato con determinadas fragancias, el tacto con la proporción de las cualidades primordiales. Existe otra concordancia en los sentidos internos, como en la imaginación y en la facultad estimativa. De ahí nace la delectación y horror que sentimos en los sueños; cosas ambas que experimentamos en las bestias que rehuyen o acometen los objetos ajenos o contrarios a su naturaleza. Hay asimismo una concordancia en la razón y ésta es doble: la una acerca de la verdad y de lo que se sabe solamente, y la otra respecto de lo que se ejecuta. El acto, a su vez, es de aquellos que se ejecutan con la mano y se distinguen con el nombre de obras, o de aquellos que consisten en la práctica y orden de la vida en su prudente administración.

A todos nos ofende la mentira, aun cuando se exprese como verdad. Por otra parte, la composición y ficción de la verdad agrada, como una pintura o un remedo. Aquellos conocimientos, artes o enseñanzas que no guardan proporción con nuestra manera de ser nos disgustan sólamente para la aversión, no para la censura malévola, a menos que se allegue malignidad, perversión o soberbia que no nos consienta reconocer nada como bello, sino lo que nos complace, o aquello de que estamos dotados. En la vida es conveniente y digno aquello que se basa en la rectitud, en el cumplimiento de los deberes y en la virtud, para la cual apenas existen fórmulas prescritas, sino que depende del criterio y opinión de cada uno. Es increíble la variedad de casos de disgusto que de ello resultan, pues difícilmente hallarás dos personas a quienes guste una misma cosa, pues

cada cual sigue su inclinación o sus ideas, no el recto examen de la razón. De ahí proviene también tanta diversidad en los juicios, puesto que la razón es única o al menos no múltiple en exceso y los ingenios son infinitos, diversísimos, varios. Hay más; nada hay susceptible de tantas versiones y argumentos contrarios entre sí como el concepto de los deberes y la dignidad en la vida. En cualquier sentido que te orientares hallas iguales razones y probabilidad de acierto que en el opuesto. De ahí el error y el engaño de quienes no investigan cada cosa con miras elevadas.

La cuarta proporción o concordancia es la de la voluntad con respecto de aquello que cada uno ha creído bueno actualmente. De ahí nace el disgusto tal cual es y la voluntad vehemente de desear cuanto juzgamos bueno y de rechazar con energía lo contrario, malo y perjudicial.

Los disgustos son tanto más graves cuanto calan más adentro, es decir, en la parte principal del objeto, en lo más íntimo; por eso lo que le toca, toca y lesiona al objeto mismo, de donde el disgusto es más acerbo y vivo. Los disgustos más graves son los de la voluntad; menos graves son los de la razón y de los sentidos; el menos grave es el del sentido corporal. No nos ofende aquello que nos daña el cuerpo si la voluntad no se muestra ofendida, como acontece cuando son muy amigos nuestros los que nos infieren un daño que en los otros juzgaríamos intolerables y cuando no nos impresiona una mentira que nos es agradable porque complace a la voluntad, mientras que nos disgustaría profundamente si se dijese de otra persona.

El disgusto supone la sensación; lo que no se siente, no disgusta. Al hombre le molestan las moscas, pero no al elefante, porque no las siente. Por esto también son muy sensibles al disgusto los que tienen sentido delicado por naturaleza, hábito o debilidad. No hablo sólo del sentido exterior, sino del general de la razón o la voluntad. Son tiernos por naturaleza los niños y las mujeres; y lo son por costumbre los niños criados con mimo, por ejemplo, los de madres viudas, los príncipes, magnates y aquellos a quienes todos adulan y halagan y nadie contraría y todo les va a medida de su deseo. Por debilidad lo son los enfermos, los ancianos, los fatigados, hambrientos, sedientos, los acosados por grandes conflictos anímicos, como amores y deseos ardientes que no pueden satisfacer. A esto se allegan las vigilias, angustias, miedos y terrores y en general cualquier forma de desecación o efervescencia corporal, pues el disgusto se refiere a los temperamentos cálidos y secos, y, por lo mismo, crece fácilmente con una análoga constitución del cuerpo y con circunstancias semejantes de lugar y tiempo. También por falta de costumbre es grande y frecuente el sentido del disgusto. Los inexpertos y novatos se disgustan a cada paso por las cosas más menudas, porque les impresiona todo aquello a que no se han acostumbrado, como los que no habiendo salido jamás de casa emprenden largas peregrinaciones y condenan todo cuanto ven distinto de las costumbres de su patria y abominan de ello como de cosa absurda, necia, bárbara, aun cuando las más de las veces es preferible a lo que se acostumbraron en la familia. No tienen la piel tan delgada los curtidos por las experiencias de la vida, los hechos a sufrir baldones y afrentas, como Sócrates, quien en su hogar aprendía

la paciencia que demostraba en público, ni los que sufrieron ya las acometidas y frecuentes cornadas de la suerte.

Interminable sería exponer las peculiares clases de disgusto de cada uno. Los hay que no pueden sufrir el chirrido de una sierra, el gruñido de un cerdo, el desgarro de una tela, el partir un ascua con las tenazas. Los hay a quienes ofenden ciertos ademanes, el modo de andar, de sentarse, de mover las manos, de hablar. Y aún los hay a quienes saca de sí ver una arruga en el vestido de otro. ¿Quién acertará a explicar todas las impertinencias de este animal difícil, que a veces no hay quien le sufra ni puede él sufrir a los demás, y esto en cada uno de los hombres? Pero ¿quién hay que de ello se extrañe, si no hay cosa tan bien hecha, tan recta, tan buena, que guste a toda la multitud? Algunos, por la mala costumbre de despreciarlo todo, contrajeron el hábito de disgustarse por cualquier cosa, sin detenerse a examinar y juzgar. Suplen la sabiduría con la displicencia, no dando aprobación a nada, ni aun a lo ejecutado con la mayor rectitud, inquiriendo con sistemática iniquidad aquello que sea censurable. Con este título se halagan mucho, y ante los espectadores necios cobran fama de ingeniosos; como si no fuera mucho más hacedero y expeditivo a quienquiera condenarlo todo sin distinción que establecer diferencias entre lo bueno y lo malo, como compete a un hombre de talento y cordura.

El disgusto se aminora y destruye por las causas contrarias. El máximo del disgusto es la irritación, y la aversión es el mínimo, pues se aplaca no más que con ésta y la separación, como cuando el regocijado se aparta del triste, el jocoso del serio, el batanero del carbonero, a lo cual se da el nombre de molestia. La irritación sacude todo el cuerpo y enardece el corazón; pero la que está cohibida y no puede estallar truécase en rabia y pone sobre sí misma las manos violentas; en este caso se desorbita y extiende hasta aquellos que en nada le ofendieron; se irrita, se azuza y exacerba y sale de nosotros.

Se ha dado a los hombres el disgusto para que a la primera cata del mal se eche atrás y no pase allende para que, en fuerza de la costumbre, empiece a agradarle, pues el envés del disgusto es el agrado. La privación es cierta ecuanimidad y profundidad por la cual se tolera fácilmente aquello que los demás no pueden sufrir.

CAPITULO XII

DEL DESPRECIO

El desprecio nace del disgusto cuando el mal ocasionado en realidad no daña, sino que se considera vil y abyecto, como sucede con bribones y bellacos. No deseamos beneficios a quien despreciamos, pero no queremos perjudicarle, sino solamente hacer burla de él y demostrar cuán digno es de desprecio y de ser tenido en nada.

El desprecio a menudo modera la acritud del odio y de la envidia, hasta el punto que no nos inspira deseo del mal, pues aunque se propone dañar, no tiene fuerza para ello y se enfurece contra su propia impotencia; ello produce odio en algunos, pero en otros no hace más que aumentar la irrisión y el menosprecio, según tiene su expresión en aquel aforismo: *La mujer,*

espada. Al desprecio síguenle la burla, la gesticulación, el desdén, el apartamiento de vista y oídos de aquello que hace o dice el despreciado, como si no mereciera ser visto ni escuchado.

Los pusilánimes son suspicaces y se imaginan que todos los desprecian. Cualquier cosa que los otros hagan o digan interprétanlo como si fuera en menosprecio suyo; de ahí las inacabables quejas y maldiciones. Está ocasionado al menosprecio el que alcanzó muy poco de aquellos bienes a los cuales atribuímos la mayor importancia, que para los unos es la nobleza, para los otros la elocuencia, las riquezas, el valor y otras cosas por el estilo. Con todo, se le aprecia si consiguió otros bienes de no menor estimación, verbigracia: poder, dignidad, popularidad, erudición; o si puede acarrearnos daño considerable, pues no acostumbramos despreciar a quien tememos: *Nada esperes de él* —dice Cicerón—, *porque no querrá; ni de él temas nada, porque no podrá.*

CAPITULO XIII

DE LA IRA Y EL ENOJO

La ira es una fuerte excitación del ánimo al ver que se desprecian sus bienes que él cree que no merecen precisamente desdén. La ira es un movimiento; la iracundia es un hábito o predisposición natural. Toda ira nace del enojo, pero no todo enojo es ira. Estos dos movimientos difieren como lo general de lo especial, si bien el común lenguaje los confunde, tanto que la una se toma por el otro. Por otra parte, tienen movimientos y efectos semejantes; diferéncianse no más por la adición del menosprecio como con la distinción entre la forma y el género, porque no hay ira sin desprecio, mientras que sin desprecio puede haber enojo. Así decimos que nos enfadamos con los animales, los niños, los seres inanimados, cuando no obedecen nuestros antojos, y aun con nosotros mismos cuando nos arrepentimos de alguna acción o cuando nos empeñamos en hacer algo y el empeño no resulta; pero eso es enojo y no ira, porque en ellos no hay apariencia de desprecio. Pero de tal manera la ira y el enojo andan confundidos en el lenguaje usual, como decía ha poco, y no solamente entre el vulgo, sino también entre personas doctas, que muy a menudo debe entenderse de entrambos lo que de cada uno de ellos se dice o se preceptúa.

Asimismo existe un cierto modo de inflamación en nuestro pecho cuando el ánimo se excita y concentra grandes alientos para realizar algo grande y difícil; lo cual se verifica sin ira y sin enojo, pues no se presenta ninguna especie de mal, y, sin embargo, todos a una voz dicen que esto es irritarse, aun el mismísimo Aristóteles, y atribuyen las grandes obras a la parte irascible, abusando del vocablo, porque comprenden en el concepto de ira todo encendimiento de la sangre, que en nuestro caso es puro ardimiento del deseo. Pero volvamos a nuestro propósito.

Tómase por desprecio el desdén especialmente entre aquellos que tienen de sí mismos una muy elevada opinión o estiman que sus cualidades deben ser preferidas y respetadas por todos. De este número son los nobles, los militares, los oradores elocuentes, los hermosos y superiores en cualquier género de cualidades; piensan que es menester que se les rinda acatamiento, y

cuando no se les rinde. se persuaden que se les desprecia.

La suspicacia de la humana soberbia ha multiplicado en exceso los signos que denuncian el desdén: expresiones, actos, risas, ademanes, gestos y movimientos del cuerpo; y una vez que arraigó la sospecha, no se quita así como así. Existe un cierto movimiento natural del enojo hacia quien lesiona el cuerpo, como nos sucede con los animales, y hay otro que nace instantáneamente, como si no interviniera la más pequeña porción de tiempo, al primer contacto del desprecio, hasta el punto que algunos creen que es natural y que se anticipa a todo juicio. Prodúcese éste a veces por una exagerada inflamación de la bilis, y otras proviene, no de un juicio formado de pronto a causa del desprecio, sino del que tenemos ya impreso en nosotros y bien asentado de que somos buenos, doctos, liberales, industriosos, excelentes, y que se nos debe manifestar honor y respeto y que es menester que no se nos menosprecie. De este concepto que nos hemos formado en nuestro interior y tenemos tan firme y tan fijo se encandece de súbito la ira al primer asomo, aunque sea lejano, del desprecio. Con la ira y el enojo vehemente se pervierte el espíritu hasta un grado tal que no se acuerda de lo que es justo ni piadoso, ni de la benevolencia ni del parentesco, pues los hubo quienes en un arrebato de ira dieron muerte a sus esposas y a sus hijos muy queridos, y hubo avaros que prodigaron sus riquezas y hubo ambiciosos que desdeñaron honores, todo ello por otra pasión aún más desapoderada.

También la indulgencia demasiado blanda para consigo mismo entenebrece el juicio y se descuida hasta dar en la venganza. Es, ni más ni menos, que una ceguera mental y cunde de tal manera que delira por vengarse, aun cuando cayese a pedazos el cielo, la tierra y se perdiera el linaje humano, y se indigna porque no conspiran en la venganza los astros mismos y tomen en ello participación apasionada. Nos irritamos no solamente contra alguno solo que nos dañó, sino con toda su nación por culpa de él. Así procedió Dido contra los troyanos y su posteridad, por Eneas. Pero acaso fuera este sentimiento; más fué odio que ira, como plugo a Aristóteles. Séneca dice que es ira.

Algunos con delectación morosa se complacen, no en la ira, sino en el pensamiento de la venganza, placer exquisito del hombre, imaginando medios molestos contra aquel que les dañó. Cuando la ira es arrebatada, provoca el furor mental y la locura, como en Ayax y en otros origina enfermedades y muerte. Lucio Sila murió en su finca puteolana de un ataque de irritación. Sus efectos en el cuerpo son horrorosos, indignos del hombre. Al iniciarse el enojo hierve la sangre que rodea el corazón, y ese mismo órgano se hincha y produce el huelgo y la palpitación del pecho, si bien no es todavía ira ni enojo hasta que los consabidos vapores del corazón subieron al cerebro. Por mucho que el pecho se caldee, quedará el hombre quieto y tranquilo si el calor no penetra en el cerebro, como no está beodo el que ha bebido mucho vino, sino cuando el vino atacó la cabeza. Así es que se sofocan a toda prisa aquellos cuyos humos cerebrales hierven más de la cuenta. De ahí la alteración del rostro, el temblor de la boca, el impedimento de la palabra y otros visajes feísimos de ver, más bien de fieras que de hombres.

Y aún los hay de tan rematada estolidez, que, además de la deformidad que la ira exterioriza y pinta en la cara, se entregan al gozo insano de hacer más feroz el rostro y el gesto de todo el cuerpo. De los encolerizados los hay que se ponen pálidos por refugiarse la sangre en el corazón; éstos son los valientes; otros se ponen encarnados, porque la sangre les sube a la cabeza, y éstos son los apocados.

Y así como la ira es el desabrimiento que experimenta cuando son despreciadas unas cualidades que piensa que no son merecedoras de desprecio, por eso mismo quiere demostrar que esas cualidades no son desdeñables y cree que va a conseguirlo con el alarde de su poder y especialmente ocasionando daño; de donde el apetito de venganza que le es común con el disgusto, el odio, la envidia. Aristóteles señala algunas diferencias entre el odio y la ira. *El odio*—dice—*se encona y crece con el tiempo; la ira disminuye.* La venganza de la ira es devolver el dolor; la venganza del odio es hacer mal y dañar gravemente; la ira quiere que se sienta su venganza; el odio no se preocupa de ello, mientras cause daño, y por eso infiere la muerte al enemigo o lo que equivale a la muerte, privación de un miembro, enfermedad, escasez, cárcel, destierro, un vicio o la locura, como los antiguos cretenses, que para sus enemigos no pedían otra cosa sino que se complacieran en sus males y se habituasen a ellos.

El airado se duele; el que odia no se duele. La ira y el enojo hacen temibles a los poderosos y a los impotentes les hace ridículos, como a los niños y a las mujeres, si profieren palabras enfáticas y trágicas y, a imitación de los poderosos, amenazan con males fieros. Séneca dice que toda la ira estalla de golpe y por completo, y con razón Plutarco le contradice. La ira crece por virtud de sus motivos, como crece el fuego con el combustible con que se le alimenta; es decir, arrecia ante las propias causas de las cuales naciera; a saber: de la creencia del desprecio que se le infligió, y cunde con las diversas circunstancias, según es quien está airado: tierno, endeble, fatigado, enfermo, hambriento, amante, según los añejos proverbios: *Para quien desea, nada se apresura asaz; buscar reyertas al cansado; con el hambre y el mal humor se revuelve la bilis.* Y ello hasta un punto tal, que en algunos temperamentos este hervor es natural, como ya dije, y se anticipa al juicio. Los que no están hechos a sufrir injuria, para éstos la ofensa es intolerable de todo punto. En los débiles la ira es pronta y aguda, porque piensan que por ser inválidos se los desprecia y el mal humor los hace suspicaces.

Toda debilidad lleva consigo el recelo del desprecio del que es superior, y por eso fácilmente se incomoda y le reprocha su altanería. Finalmente suele irritarse todo el que está persuadido de que con facilidad se le puede menospreciar: los ancianos, enfermos, pobres, plebeyos, villanos. Los bebedores de agua, o digamos abstemios, suelen ser vehementes e irascibles, porque tienen sus vapores tenues y son presto víctimas del incendio. Los que beben vino o cerveza los tienen más crasos y, por ende, menos combustibles y más refractarios a la ira. Los hombres consagrados al estudio son propensos a esta pasión, porque con el trabajo de pensar sube el calor al cerebro, que es la sede de la iracundia; e igualmente

las personas tiernas y delicadas y para quienes se guardan abusivas condescendencias. Por eso son catastróficas y tenaces las iras de los príncipes, a quienes todo el mundo no solamente complace, sino que adula. Por razón del lugar es más irritable quien desprecia al maestro en su escuela. Este fenómeno se observa también en las localidades cálidas, y dentro del mismo sitio es de gran importancia en presencia de quien se hace el desprecio, pues llevamos con mayor desabrimiento serlo delante de personas de quienes querríamos ser objeto de las mayores consideraciones.

Por razón del tiempo y circunstancias, cuando uno va a solicitar una dignidad, cuando va a coronarse, como leemos en Demóstenes en su oración contra Midias: *Detener el agricultor al tiempo de la recolección.* Influye también la situación, pues se tiene por más grave la afrenta si somos objeto de menosprecio cuando nos hallamos en posición desairada, que otrora fué próspera y lucida. Nos encolerizamos con el que nos contradice porque parece hacer poco caudal de nuestro juicio, máxime cuando se trata de nosotros mismos. Nos encolerizamos asimismo cuando el que nos desprecia nos es inferior en el mismo concepto en que nos desprecia, verbigracia: en nobleza, riqueza, saber; si es amigo o si ha recibido beneficios de nosotros o de los nuestros, él mismo o alguno de sus allegados; si queremos o quisimos servirle, en lo cual muchas veces hay más enojo que ira, igualmente que en el caso de que no nos muestren el debido agradecimiento y muchísimo más si corresponden al beneficio con daño; como también si aquel a quien se menosprecia está en condición de auxiliarnos, como el hijo y el padre, respectivamente; el soberano, en el cual hay o una omisión o una violación del deber. Pero es ira, en realidad, cuando nos vemos menospreciados por nuestros familiares e íntimos, cuyo menosprecio es mucho más ofensivo, porque siendo los que mejor nos pueden conocer, parece que somos despreciados con razón.

Considérase intolerable el desprecio cuando no nos respetan aquellos que acostumbraban respetarnos antes; si nos desairan o nos causan injuria y afrenta. También cuenta el instrumento de la vejación, según que fué golpeado con la mano, el puño o una caña; el modo de acción, pues se encoleriza bravamente quien desea algo con ansia, y lo mismo si alguien viene o parece venir contra nosotros; igual pasa con aquellos que no piensan lo mismo y no se apasionan a una. También promueven enojo no solamente los que infligieron el menosprecio, sino los que lo refirieron o lo publicaron, como se cuenta de aquel que agredió al recitador de una sátira compuesta contra su persona, diciendo: *Quien declama un poema que dice mal de mí, ése lo hace.* Esto tiene una aplicación extensísima a todo aquel que de cualquier manera fué causa, por más que muy remota y tenue, no del acto despreciativo, sino que dió pie para él o le facilitó o no lo impidió si hubiera querido, porque en todos estos casos se halla un cierto desprecio, desdén o negligencia. Nos irritamos si se hace poco aprecio de lo que tenemos en mucha estimación en nosotros o en los otros, y respecto de lo cual queremos que se nos estime mucho, nosotros o las cosas que nos son caras, como el filósofo, cuando delante de él se vitupera la filosofía, el militar

si la milicia y tanto más cuanto más inexpertos y legos son en la materia que baldonan el indocto o el cobarde.

El que piensa causar a otro un bien como noticias agradables o un obsequio, se enfada con el que dice que no es tal bien, pues parece desestimar lo que a él le parecía valioso y se gloriaba de haberlo traído. Si alguno se alegra de nuestra desgracia, nos ofende gravísimamente. Nos desabrimos con quien nos anuncia sucesos adversos, como Agamenón con Calcante, a quien llamó mal agorero; con aquellos que presenciaron u oyeron nuestras cuitas, porque parece que no se afectan por nuestro dolor, pues se conducen como desdeñosos o enemigos y que nos tienen por nada, dado caso que los amigos y los que nos respetan se conduelen, se indignan y nos defienden. Y con tanta mayor impaciencia nos irritamos si sonrieron burlonamente, si demostraron complacerse en nuestra desgracia. También nos enfadamos con los que toman a burla nuestras seriedades y las salpican con chanzas, pues parecen complicar la broma con el desdén.

También nos desabrimos con aquellos que hacen beneficios a todos menos a nosotros, porque esta exclusión tiene ciertos visos de negligencia; con los que se han negado a acceder a nuestros ruegos insistentes, caso éste en que muchas veces asoma la envidia o el odio. También el olvido produce la ira, por la incuria que supone. Los hay que toman muy a mal que se les llame con nombre ajeno, porque les parece que no se puso en ellos la debida atención y que los dejaron de lado por insignificantes. También son causa de desazón, el fin, verbigracia: si se expolió a uno por befarle o mofarle; las circunstancias, pues cuando el desprecio tiene lugar sin pensarlo o, contra lo que se pensaba, es más doloroso; los antecedentes, si proviene de un amigo; los consiguientes, cuando el desprecio lleva consigo ignorancia permanente para nosotros, la familia o la nación. A veces nos airamos por influencia ajena, pues no existiendo razón alguna para irritarnos, nos aprietan y estimulan a ello nuestros parientes, afines, los íntimos o nuestros superiores, pues nos parece un crimen no sacrificar nuestra opinión personal en su obsequio. Como si no bastaran tantas pasiones como en nosotros germinan, que aún hemos de sufrir las impuestas. ¡Oh, cuánto es de doler que por tantas causas nazca y crezca un monstruo tan pernicioso para el género humano!

Personas hay que, aun después de pasada la ira, continúan fingiéndola por soberbia para que no se diga que se encolerizaron sin motivo. Sabiamente dijo Séneca: *Absolveremos a muchos si empezamos por juzgar antes de irritarnos; pero es el caso que nos dejamos llevar del primer ímpetu y luego, cuando nos hemos irritado por cosas baladíes, persistimos en la irritación, porque no parezca que comenzamos sin causa y, lo que es el colmo de la iniquidad, nos hace más contumaces la injusticia de la ira, pues la conservamos y la aumentamos como si el irritarse mucho fuese demostración de que la ira era justa.* Esto dice Séneca.

Aquel hervor se apaga en los pulmones cuando los toca la cúspide del corazón. Observamos que algunos, en brevísimo tiempo, cejan en el deseo de venganza por una especial predisposición de los pulmones y la delgadez de la sangre que aflu-

ye al corazón que se extingue al punto como fuego prendido en estopa. Son más remisos para la ira los temperamentos fríos, aunque también son en ella más pertinaces; por eso ayuda seguir un régimen de vida moderado, en que los alimentos y bebidas sean fríos; en los biliosos, el alimento craso, el sueño prolongado, el descanso, la templada actividad. Se deshincha la ira cuando se atenúa la opinión del desprecio o amaina el deseo de venganza, bien porque hayamos dado al olvido la injuria o hayamos desechado el pensamiento de ella, para lo cual conviene dar entrada a pensamientos más alegres. Así es que se aplaca fácilmente en los días festivos, en las conmemoraciones faustas, en los juegos y deportes, en los convites, espectáculos y pasatiempos, en las prosperidades, en los éxitos.

Las risas y alguna réplica donosa desvanecen los enojos y desarrugan entrecejos, como los jóvenes de Tarento aplacaron a Pirro, irritado. También queda remachada y roma, cuando aquellos cuyo juicio estimábamos en mucho y cuyo desdén nos escocía, cayeron en olvido, bien porque murieron o se marcharon adonde ya no nos despreciarán o su desprecio en tal lugar no nos preocupa o porque no nos enteramos de él. También cesa si sus autores, porque han venido tan a menos que más que motivo de preocupación lo son de ridiculez si afectan desdén hacia nosotros. Cesa la ira así que se pone en claro que no hubo el desprecio que creímos, por proceder de un necio, imprudente, ignorante o afectado de algún género de locura, de modo que no pueda juzgar a derechas; además, el ya habituado o el que desprecia involuntariamente o forzado a ello, esos tales propiamente no menosprecian, así como cuando la injuria se refiere a una necesidad inevitable, verbigracia: a la voluntad divina, a la cual nadie puede resistir, o a un mandato de un rey, o a la imposición de un tirano, o en general de todo aquel que nos puede coaccionar en último extremo.

Tampoco se dice que menosprecie el que daña a otro en provecho propio. Prefieren los hombres recibir injuria de individuos agitados por una perturbación psíquica, que de personas reposadas y normales. No hay desprecio cuando se presume que el hecho despreciativo partió de alguno que confiaba en la benevolencia, en la amabilidad, en la aplacabilidad de otro, lo cual es más bien un reconocimiento de superioridad. Agréguese a esto cuando la opinión de vileza queda anulada por un honor nuevo, recaído en el presunto agraviado. Cuando nos damos cuenta que nuestros amigos más leales y cordiales, cuyos sentimientos tomamos por los propios, no se irritan ni creemos que haya afrenta, nos ablandamos por autoridad ajena, del mismo modo que por ella nos encolerizamos, como dijimos más arriba. Aplácanos asimismo el hecho de que muchas personas se enfadan con quien nos injuria y protestan del caso indigno, apareciendo ya claro que se juzgó mal de nosotros y asentimos a tantas opiniones en contrario. ¿No es verdaderamente como un desagravio que sabe a venganza el hecho de que tantos y tantos se enfaden contra uno solo? Asimismo, cuando se arrepiente el que nos ofendió, para quien el arrepentimiento ya es un castigo. Los que confiesan que se equivocaron desarman nuestra ira; los que niegan haber hecho lo que se les imputa, pues no admitieron el

desprecio que nosotros sospechábamos o porque nos temen, y con ello confiesan que les somos superiores. Cuando hay enojo, pero no ira, nos irritamos más si pensamos que mienten; así sucede con los hijos, criados y discípulos, pues nos incomodamos con su indiscreción y contumacia. Cuando alguno se nos somete, aplaca nuestro coraje, como puede observarse en las fieras. Cuando alguien nos proporciona algún beneficio notable, nuestra ira contra él se amansa y domestica. Sométese también el menesteroso, el que pide o cae en alguna desgracia.

Pierde hervor la bilis cuando los que nos quieren nos respetan y temen, pues esa sumisión es contraria al desprecio. Añade a esto, cuando se da el caso que nos condenamos a nosotros mismos, persuadidos de que lo que padecemos, lo padecemos merecidamente, como hizo David con Semei, pues entonces no estimamos que deben apreciarse mucho nuestras cualidades, ponderando nuestra maldad. Y así como la bilis excitada provoca fácilmente el enojo y la ira, cuando disminuye se apaga aquella especie de llama de la perturbación, por lo cual es muy conveniente lo que decía poco antes, a saber: refrescar la bilis con la comida, con la bebida, con las abluciones, con el sueño, con el aire libre y contemplación de paisajes amenos. Por esta razón, los que asisten con frecuencia a banquetes y diversiones se enojan menos y están más dispuestos a deponer el enfado como pasa con las gentes del Norte.

Contribuye mucho a excluir la ira la convicción previa de que casi todos los hombres juzgan muy mal de las cosas, acaso por alguna torcida afición del espíritu, por manera que precisamente aquellos que nos desprecian son los despreciables o, por mejor decir, dignos de lástima. Contribuye igualmente el no tener de nosotros mismos una opinión exagerada, sino el modesto reconocimiento de cuántos y cuántos yerros, debilidades y bajezas está amasado y engalanado uno mismo.

Concedióse a los hombres la ira para que apeteciera las cosas excelentes y para que cuando se viese y se doliese de ser rechazado por sus actos viles y abyectos pusiese empeño muy tenaz en librarse de ellos y se consagrase a obras elevadas, que razonablemente no pudieran ser objeto de desprecio.

CAPITULO XIV

DEL ODIO

El odio es el enojo enraizado, que hace que uno desee causar daño grave a aquel en quien recae la creencia de que nos ofendió. Este enojo no se contrae al momento actual ni al tiempo pasado, sino que se extiende al venidero y aun a la sola posibilidad. Así odiamos a quien nos dañó, nos daña, nos dañará o que pensamos que puede dañarnos. La sospecha tiene aquí campo muy ancho; hacia ella nos dejamos llevar de nuestro carácter receloso o de la conjetura racional o de experiencia de que uno causó daño a otros, y si no él, sus padres, o sus parientes; de que los que acostumbran ser como él suelen hacer daño; los forzudos, los valientes sin discreción, las fieras hambrientas o irritadas. Por eso los que han sufrido injurias de muchas gentes, se enojan menos y más raras veces, pero se tornan más miedosos y suspicaces, y por ello más propensos al

odio, si ya no es que les mitigan la bondad de su naturaleza o consideraciones de sabiduría, como Sócrates ateniense.

Aun los animales brutos aborrecen lo que les trae a representación un daño antes recibido. Las personas cobardes son propensas al odio por la aprensión que les domina de que por todos lados les acecha algún peligro y por eso odian todo género de fuerza y poder que pueda inferirles daño moral o físico o en su hacienda. De aquí que en los poderosos es grande la crueldad, que va unida con el miedo, como lo leemos de Calígula, de Nerón y de otros príncipes cobardes.

Los que ofendieron a poderosos, profésanles un odio cordial por temor de la represalia, y quisieran verlos eliminados para vivir con más seguridad. De ahí el aforismo: *El ofensor no perdona.* Vehementes causas de odio son para cada uno, según las estima cada cual. Para un ambicioso no tiene perdón el que se haya dicho, hecho o pensado algo contra su reputación; para un avaro, lo que va contra sus intereses; para un religioso, lo que va contra la religión; para el buen ciudadano, lo que va contra la patria y la cosa pública. Si el alma estaba anteriormente ocupada por el amor, desaparecido éste sucédele fácilmente el odio, como cuando nos damos cuenta de que alguna cosa no es como pensamos. Con más viva acritud el odio suele exacerbarse cuando tocamos con las manos todo lo contrario, verbigracia: que es avaro aquel a quien amábamos por su presunta liberalidad, o que es cobarde aquel a quien apreciábamos por su presunta valentía. Esto mismo sucede cuando al amor se le opone una causa de odio que le agrava, como el hecho de que nos despoje aquel cuya generosidad para con los otros conocíamos.

El odio es propio de temperamentos fríos y secos, y por eso cunde y se propaga en las personas, lugares y tiempos de esas características; en los melancólicos en tiempo de invierno, en enfermedad, en hambre, en mala fama. Arraiga el odio profundamente en esos tales, pero flojo e inactivo; con el calor, en cambio, se exacerba y torna agresivo. Son propensos al odio los soberbios, los envidiosos, los dotados de alguna malevolencia ingénita o la contrajeron por hábito, avezados a alegrarse de los males humanos. Los que se aman entre sí muy tiernamente, por motivos baladíes odian a los otros porque a cada momento se presagian daños e interpretan siempre que se les injuria.

Se confirma y acrecienta el odio con la ira frecuente; por donde algunos dijeron que el odio no era sino una ira crónica; igualmente, por la envidia se acrecienta y confirma el odio y éste es el más virulento y fiero de todos, pues se aplaca mucho más pronto el odio nacido de una gran injuria o afrenta que el de la envidia. El odio, por miedo, aparta el pensamiento, pues nadie piensa con gusto en lo que le aterroriza; el de la ira o de la envidia, en cambio, crea una obsesión, así en nuestras prosperidades, para que rabien nuestros enemigos, como dice Gnatón en aquella comedia de Terencio: *¿Acaso ves algo que no quieres?*; o en las adversidades, para que los enemigos no se regodeen, como es aquello del Néstor homérico: *Príamo se gozará de esa nuestra disensión.* Así es que cuidamos en lo posible de que no nos sepan tristes y abatidos, si ya no es que deliberadamente evitamos el odio de la envidia como Dionisio de

Corinto; pero nos alegramos si están mal aquellos que aborrecemos, tanto más si es en lo mismo que nos ofendió, por ejemplo: la pérdida de fuerzas en el insolente, la pérdida de la autoridad en el altanero, sus riquezas al rico, que usaba mal de ellas.

Del sentimiento de la alegría del bien nace el amor; del amargo sentimiento del mal nace el odio. Los bienes, por la flaqueza de nuestro natural, jamás son puros ni duraderos y dejan una exigua sensación de sí. Los males, al contrario, porque hallan en nosotros sitios en donde establecerse y enraizarse son más largos y más graves e imprimen una huella persistente. Ello hace que el odio nazca más pronto que el amor y eche raíces más robustas, sean más lozanos sus pimpollos y más recias sus fibras, porque hallaron tierra adecuada. Aguda y certeramente dijo Cicerón: *Se acuerda el dolido; el contento se olvida.*

Del odio pulula viciosamente la maledicencia; y cuando se encandeció, la dureza y la crueldad. El amor estimula a bien obrar, y del obrar bien nos aparta el odio y nos azuza y acucia a causar daño. Por esto siembra semillas de enemistades y taimadamente procura que aquel a quien odia caiga en peligro e incurra en la ira de aquel que puede ocasionarle mucho mal, pues sea como sea, por sí o por otro, oculta o abiertamente, desea que le sobrevenga mal. El odio se embota con lo cálido y con lo húmedo, con la alegría y la prosperidad; también con sus opuestos que producen amor, ya superiores a los que fueron causa del odio, ya iguales y aun a veces inferiores, según sea nuestro ánimo en cada momento. El odio elimínase por la misericordia, quítase con la esperanza o el deseo cierto de conseguir del enemigo lo que creemos que será útil o gustoso y digno de que le amemos por tal don. También se disuelve mediante un odio más crecido y grave o por la solícita y acuciante preocupación de negocios de gran importancia.

Acontece también que desaparecida la causa del odio, desaparece el odio también, como cuando uno cambia y ello con tanta mayor prontitud si ocupa lugar otra causa de amor, verbigracia: un pariente, un amigo íntimo, una persona instruída y útil a la república o por haber puesto orden en su vida. El menosprecio de las cosas terrenas y la elevación del espíritu a las cosas celestiales y eternas, quebranta odios y enemistades. ¿Qué le pueden importar al que todo él está atento a la patria celestial las pequeñas ofensas de esa breve peregrinación?

El odio también se enflaquece si uno se acostumbra a tomar a buena parte todo lo que los otros hicieren o dijeren, pues con esa diversión desaparecerá el origen de la ofensa y por ende del odio.

CAPITULO XV

DE LA ENVIDIA

El bien que ocurre a otro puede considerarse de cuatro maneras: o nos perjudica cuando nuestros bienes sufren mengua, al sobrevivir otros mayores, verbigracia: cuando se perjudican las luces de nuestra casa por haber levantado más arriba de lo pertinente las paredes del vecino, en lo cual hay un cierto dolor natural, pues la privación de bienes equivale a un mal. Otra razón es la del bien ajeno, cuando en realidad no nos daña, pero sentimos

que no haya sido para nosotros solos, lo cual es una cierta forma del deseo. La tercera es cuando no querríamos que otros consiguieran lo que nosotros hemos conseguido o deseamos, o hemos deseado y no pudimos conseguirlo. Y es mayor esa envidia cuando se refiere a aquellos bienes que creemos que nos importa tener y no los tenemos o que se adjudican a otros cuando opinamos que deberían correspondernos, como la dignidad a un noble; esta especie de envidia llámase celos. La cuarta forma es cuando el bien nos duele simplemente y sin mira alguna de nuestras utilidades, sino sólo porque creemos ser un mal que otros estén bien, la cual es la verdadera y más propia naturaleza de la envidia, cual es la del diablo y la de sus hijos. Hay otras pasiones que por cierta analogía con ésta llámanse también envidias. Es, pues, la envidia un determinado encogimiento del ánimo por causa del bien ajeno; en ese encogimiento hay cierta mordedura y dolor y por eso tiene una parte de tristeza. Los bienes que envidiamos principalmente son los que llevan consigo precio: estimación, honores, prestigio, gloria; los demás, verbigracia: acumen de ingenio, la vasta erudición desconocida o la virtud desdeñada no son tan envidiados, a menos que se les aprecie en poco. Así es que la envidia no los ansia por ellos mismos, sino por el precio que se les atribuye, de suerte que más envidiamos en los demás la honra y la gloria que los verdaderos bienes a quienes se rinde este honor.

Por lo regular, la envidia, nace de la soberbia, pues el ambicioso desea más lo sublime y lo aparatoso que los bienes verdaderos y sólidos, de los cuales aquello viene a ser una especie de sombra. Por esta razón, los soberbios son envidiosos de suyo, pues la envidia da cierto deseo de sobresalir y tanto más envidia uno cuanto más carece de los bienes que desea y menos es lo que afecta parecer. Por eso los envidiosos, en general, son pusilánimes, como dice Job: *La envidia mata al pequeño;* y excelentemente dice Cicerón: *Ninguno que confíe en su virtud envidia los bienes de otro.*

La envidia es una pasión abyecta y servil, porque todo aquel que envidia juzga mejores y preferibles los bienes ajenos que los suyos propios o, al menos, teme que no suceda así. Por eso nadie confiesa a las claras que envidia a otro, sino que más bien dice que siente ira, odio o temor, pues esos movimientos son menos torpes e inicuos. Por eso al que odia, el que se encoleriza, el que está triste, el que teme o el que ama se atreve a descubrir esos sentimientos, con lo cual experimenta gran alivio de alma y corazón; mas el que envidia pone gran cuidado en impedir que se manifieste esa miseria interior, de donde se derivan al cuerpo graves accidentes: palidez, lividez, demacración, ojos hundidos, aspecto torvo y degenerado. La generosidad del león nunca mira de reojo y lleva muy a mal que se le mire así. Encerradas y encarceladas en el ánimo están en erupción esas destemplanzas y furias, tormento éste que no puede tener par. Muy bien dijeron aquellos que dijeron que la envidia era justísima, pues es el suplicio merecido del envidioso.

Complácense los envidiosos con la maledicencia, y se apoderan de todo cuanto otro envidioso dice o hace para infligir una nota o propagar una mancha, tergiversando en el peor sentido lo que es bueno, no tanto porque ellos lo juzguen ma-

lo, sino para que lo parezca a los demás. Con todo, la envidia, cuando cobró fuerzas, pervierte el juicio con más vehemencia que las restantes pasiones y toma las pequeñeces por enormidades y por un monstruo de fealdad lo que es un espejo de hermosura. En ello influye mucho la fuerza del odio, pues la envidia lo lleva ingénito consigo con el carácter más atroz. Es fácil de mitigar el odio de la ira; el de la ofensa desaparece con la satisfacción, mas la envidia ni se amansa ni admite excusas, sino que se irrita con los beneficios, como el fuego prendido en la nafta, que se yergue con mayor furia cuando se le echa agua. Un solo medio hay de que pierda fuerzas, y es la supresión de la felicidad, que ve tan de mala gana. Así es que la envidia querría ocasionar miseria; el odio querría ocasionar perdición. Asimismo la envidia esfuérzase en esto mismo cuando por otro camino no puede acarrear desdicha; cobra también la grave rabia del odio, por lo cual desea la destrucción de aquel a quien envidia.

La cuarta clase de envidia se extiende a todo género de bienes; las tres primeras solamente a aquellos que pensamos que de una manera podemos conseguir, y por eso existen preferentemente entre semejantes e iguales, como el alfarero envidia al alfarero, y el mendigo al mendigo, y el poeta al poeta, según el dicho de Hesíodo. Es decir, que se considera desdoro que, perteneciendo al mismo estado, no le seas en todo igual. Y, naturalmente, molesta al hombre, pues se tiene como injuria que valga más el que no es reputado como mejor, mas cuando uno de los dos es superior ya no hay deshonra ni queja alguna. Llamo aquí iguales o semejantes a los que lo son ante la comparación de algún bien determinado, aunque en otros conceptos, verbigracia: un rey músico con relación a los otros músicos, como Nerón y César comparados con artistas griegos de la más ínfima extracción social; los doctos desiguales en fortuna; los afortunados desiguales en erudición y talento; ciertamente, cuando la comparación se establece acerca de la fortuna o de la ilustración.

No es la verdad la que mide la semejanza o la desemejanza, sino la apreciación y juicio de cada cual. Son personas de la condición más ínfima quienes envidian a los reyes la opulencia y la felicidad, y en su creencia insana alardean de ser sus iguales. Otros se juzgan más dignos del reino y enfádanse de que el rey sea él y no ellos. Y aun hay algunos encerrados en los manicomios de prosapia raez, que dicen que el reino les toca a ellos de derecho, como hemos visto algunos aquí, en Brujas y en la Gran Bretaña. Lo propio ocurre en literatura, en todas las artes, doctrinas y en la posesión del talento. Conocí a un hombre que apenas había pasado de las primeras letras, que se jactaba de no ceder en erudición ni ante Tomás Moro ni Erasmo de Rotterdam.

La envidia de los bienes espirituales abarca más amplios límites que la de los bienes corporales y externos, porque el prestigio y la estimación de aquéllos no tienen fin, ni siquiera lo tienen los bienes mismos que se dilatan indefinidamente con el poder inmenso del alma. Los del cuerpo, empero, tienen metas más breves ya en su desarrollo, como también en la práctica y en el precio que se les atribuye. Esto es de ver en la irritación que nos produce ser perdidosos en el juego. El

desabrimiento es mayor cuando nos escuece más el fracaso, cuando ocurre en juegos que requieren mucho ingenio, como el ajedrez, que en juegos de simple azar, como en los dados o cartas.

Decae la envidia cuando la felicidad llega a tal grado en nosotros o en el émulo que suprime toda equivalencia, como en la fortuna de Alejandro, a quien muchos podrían odiar, pero envidiar, nadie. La grandeza abruma; la envidia, no; de otra manera que una gran llamarada sofoca el humo. A la inversa: Después que Adriano César hubo alcanzado el principado, encontrándose con un viejo y enconado enemigo, le dijo: *¡Cómo te me has escapado!* Con todo, el cuarto género de envidia no entiende de diferencias; todo lo invade y lo destruye todo.

Truécase asimismo la envidia en misericordia si en vez de la felicidad sobreviene el infortunio. Así es que, por regla general, los envidiosos son propensos a la compasión, e inversamente, los compasivos, a la envidia. El desprecio, como parte que es de la desgracia, embota la envidia. Eso sucedió a Dionisio *el Menor*, cuando, derribado de la tiranía, en Corinto, donde vivía, era tratado abyecta y despectivamente. Envidiamos menos a los enfermos, a los ancianos, a los niños, porque compadecemos su debilidad. A los enfermos y a los viejos parece que se les echa encima el fin de la vida, y no sabemos si los niños llegarán a alcanzar la grandeza que nosotros no querríamos y, por otra parte, los niños, como todos los animales jóvenes, se hacen querer por su misma inocencia y sencillez.

Una envidia menor queda excluída por otra mayor, a saber: de cosas de que nosotros hacemos mucha mayor estima. Enfrénala también el miedo de algún mal grande, porque la atención puesta en el peligro inminente no da espacio a la envidia. Debilítase asimismo la envidia con respecto a los que viven distanciados, en lugar o en tiempo, como pasa con los que marcharon muy lejos o con los muertos, a menos que alguna circunstancia los aproxime, como cuando se establece comparación y crítica de ingenio, erudición, de obras escritas, hazañas, nobleza, riquezas, influencia, poderío y cosas por el estilo.

La envidia comunicada hácese menor; la nuestra se borra con la ajena respecto de una misma persona, como si ésta resultara digna de compasión por ser tantos los que mal la quieren. Hasta hay quien habla y juzga bien de los que envidia, cuando oyen hablar de ellos más desfavorablemente de lo que es de razón u oye vituperar en ellos cualidades que a él le parecen loables. Conmuévese el alma por la indignidad de tal conducta, persuadido de que a un hombre bueno le acaecen males y cree que la venganza consiste en contradecirles y aprobar lo que ellos reprueban para mortificarlos.

Esta cuarta forma de envidia es decididamente la más inicua; no nos fué índita por Dios, sino introducida mediante el pecado por el demonio, enemigo de Dios. Las otras tres restantes son estímulos para que deseemos alcanzar y conservar los mayores bienes.

CAPITULO XVI

DE LOS CELOS

Comprendidos en la tercera clase de envidia están los celos, que, como lo suena el mismo nombre, son una emulación tocante a la be-

lleza, un miedo de que disfrute de belleza alguna el que nosotros no queremos. Esta pasión se manifiesta en forma doble: o de gozar algo nosotros solos o que lo goce solo quien queremos. Por eso tenemos celos hasta de los hijos, de las hermanas, de las madres, de los pupilos y de los confiados a nuestro cuidado, no para disfrutar de su belleza, sino para que los demás no la disfruten contra lo que es justo y lícito. A eso considerámoslo como un mal, bien para nosotros mismos, en sentido de pena o de ignominia, bien para aquellos mismos que nos son queridos, en concepto de deshonra o pecado. Los celos de nuestra fruición nacen de nuestra concupiscencia, que es o de placer, o de posesión, o de propiedad, o de honra. Con el aumento y disminución de estos deseos, los celos aumentan o disminuyen, pues o bien creemos que es tan grande el placer, que deseamos gozar de él solos, persuadidos que se atenuará si es comunicado, o anhelamos poseerlo, temerosos de que se pierda mediante la transmisión; y sea lo que fuere lo que poseemos, no queremos tener a nadie por consocio, como aquel que aseguraba que no toleraría por rival ni al mismísimo Júpiter. Por esta razón, acontece con frecuencia que aquello que tenemos como propio, si se convierte en común, lo rechazamos decidida y desdeñosamente y nos desprendemos no ya de los celos, sino hasta de todo deseo de aquello mismo. Por último, en esta pasión se atiende al aspecto de honra o deshonra; según la estimación o censura de cada uno entramos en celos, o los desechamos, o los aumentamos, o los disminuímos. Ello, que en individuos de diversas nacionalidades esta pasión presenta características distintas de todo punto Los occidentales y meridionales reputan como gran deshonra de los maridos el impudor de sus mujeres y por eso son muy celosos. No ocurre así con la gente del Norte. Algunos animales acusan también esta pasión como los cisnes, los palomos, las gallinas, los toros por medio de la comunicación, para que no se aminore o se pierda por completo aquello de que otros participan.

Crecen y decrecen los celos, según las personas, lugares, tiempos y ocupaciones. Por lo que toca a las personas, hay que distinguir: el celoso, aquel de quien lo está y el que motiva los celos. Si el celoso es suspicaz y da a todo una interpretación siniestra, da gran acceso y auge a su enfermedad; si piensa de sí propio que no tiene cosa que agrade, cae más pronto en los celos y con gravedad mayor. La persona de quien somos celosos puede dar ocasión a ellos con el crecer y decrecer del afecto, en el cual, antes que se haga notorio con la experiencia, se consideran preferidas la madre, la abuela, la institutriz, la educación misma y toda la vida anterior. Después, en la práctica, el lenguaje, las costumbres, la religiosidad, la constancia, el talento, la discreción, el amor hacia nosotros, el cuidado del buen nombre y el temor de la mala fama. Asimismo importa mucho nuestro estado de ánimo para con la persona, pues si estamos incomodados con ella, asimos toda ocasión de rencilla y de calumnia; pero si le profesamos cariño, con menos facilidad nos dejamos empujar a los celos. El verdadero amor no tiene nada de suspicaz; mas bien se desvanece con los celos, a no ser tal que vaya unido con la concupiscencia, según dijimos en otro lugar, o cuando un amigo envidia la bien-

querencia de su amigo para gozar de ella él solo.

La persona de la cual estamos celosos, si acostumbra solicitar al impudor, cuando puede, si tiene bien conocidas las artes que se han de emplear, si se enamora de un tipo de belleza como la de quien tenemos celos; si, en efecto, procura solicitarla; si tiene por donde le pueda agradar o más cosas y mejores que las que le causan desagrado, todo ese conjunto produce y alimenta los celos.

Por razón del lugar, si no tiene acceso, si está todo cercado o cerrado, si es lugar sagrado, si es concurrido, si está expuesto a la vista de muchos, de amigos que nos sean fieles, o de enemigos, o de curiosos, o de habladores, o de un guardián prudente y discreto tienen menos fuerza los celos y en los casos contrarios tienen mucha más. Por lo que toca al tiempo, hase de tener en cuenta la oportunidad, la religiosidad, las ocupaciones del solicitante y el solicitado y, respecto de las ocupaciones, si están absorbidos por negocios importantes, si creen que es perjudicial a sus intereses o a su reputación o que se trate de cosa que para ellos tenga más importancia que el placer.

Añade a todo esto las causas contrarias, pues las anteriores se sustituyen unas a otras al paso que éstas producen efectos contrarios. En estas de las que hemos hecho mención, más y mayores causas tienen mayor peso; pero son mayores o menores, no por su realidad, como dije ya muchas veces, sino según el estado de ánimo y la opinión de cada uno.

Los celos engendran desasosiego en el alma, y ocasionan días y noches agitadísimas; el celoso capta todos los rumores, todos los airecillos, se apodera de ellos, los amplía y agiganta, envolviendo a cada uno en la más alevosa de las calumnias. Los celos nacen de los suspicaces y hace a la vez a los suspicaces y los hace sumamente propensos a la credulidad de todo lo peor. Los celos se convierten en odio y rabia, no sólo contra su propio objeto, sino contra todo, sea lo que sea; hacen formar aviesamente, en el ánimo injusto, la idea de haber dado ocasión a algún crimen que le mantiene en ensiedad, y, en último término, hasta contra sí mismos, disposición ésta de la cual hartas veces siguiéronse venganzas crudelísimas y aun se ha dado el caso de que el celoso haya puesto manos violentas en su misma persona, sucumbiendo a la violencia de su morbosa pasión.

Hablo, según es mi costumbre, de uno solo de los sexos; pero lo que digo debe entenderse de ambos, porque en las mujeres no es menor esa perturbación ni es más ligera la impaciencia que en los varones.

Esa pasión se extingue con la desaparición de las causas que la produjeron y, sobre todo, de las sospechas y la credulidad; también cuando se invoca la razón y se reflexiona cuán en vano se atormenta uno, sin ganar sino molestias. Por esto, algunas mujeres dotadas de gran prudencia, así en los antiguos tiempos como en nuestros días, persuadidas de que con los celos no podían atraer del mal camino el ánimo de sus maridos, los abandonaron como cosa inútil y calamitosa. Otras, considerando que la liviandad de sus maridos no les ocasionaba ignominia, antes les acarreaba a menudo mayor gloria, toleraron con resignación el adulterio y el abandono.

CAPITULO XVII

DE LA INDIGNACIÓN

La indignación es un enojo o dolor por una felicidad inmerecida. La indignidad está o en la persona o en el objeto. Está en la persona cuando el indigno o desea algún bien o, lo que es mucho peor, lo consigue. Está en el objeto cuando a un individuo malo le acontece algo bueno o le viene de otro malo.

Hay en ello un doble movimiento del alma: indignación contra el que obra sobre el malo y compasión para con aquel que lo sufre sin merecerlo. Nace la indignación fácilmente de la envidia, pues injusta como es, nos hace creer que recae en un indigno cualquier bien que recae en otro. La punzada que uno siente por la molestia que le puede provenir del bien ajeno, esa perturbación, digo, no tanto será indignación como miedo; y el miedo cuaja en odio, y si ya actúa en un daño presente, ocasiona desabrimiento en el ánimo. Hay a veces quien se indigna de su propia felicidad con aquel que se la procuró, cuando se considera indigno de ella o se imagina no estar a la debida altura de las obligaciones que le impone, verbigracia: con el soberano que le nombró cónsul o con sus amigos que se interesaron por su nombramiento, consigo mismo que lo ambicionó, lo pidió y lo aceptó, como Vespasiano después de triunfar sobre los judíos, según refiere Suetonio Tranquilo. Eso ocurre por lo regular cuando se interpone alguna molestia. Por eso, en la definición, cuando puse una felicidad inmerecida, no añadí ajena. A esto puede referirse aquel personaje de la comedia: *Atorméntase a sí mismo, porque se conduce mejor en paz que su hijo en la guerra, y por eso resuelve hacerse mal a sí mismo.*

Esa indignidad comprende todo género de bienes; nos indignamos de que al malo le hayan tocado riquezas, hermosura, fuerza, entera salud, elocuencia, talento y letras. Digo malo al que, a nuestro juicio, no ha de hacer buen uso de esos bienes. Con sólo que el beneficiado reúna justicia y honradez, no nos indignamos porque creemos que lo merece y no se nos pasa por las mientes que él va a sernos enemigo o nocivo para nosotros, o aquellos a quienes queremos. Es fama que los cretenses deseaban, a quien querían mal, que se habituasen a las cosas malas, y una vez que hubiesen adquirido buenas costumbres, no persistían en tal deseo, pues no hubieran sido enemigos de quienes no consideraban que lo eran suyos, pues no hay nada tan amable como la justicia y la probidad.

Más acerbamente nos indignamos con aquellos a quienes otorga alguna ventaja el azar que con aquellos otros a quienes se lo da la Naturaleza, y con las recientes adquisiciones que con las añejas, dado caso que la antigüedad adquirió un fuero que hace parecer naturalmente lo que de antiguo se posee. También nos incomodamos si alguno pretende cosas que están por encima de sus disposiciones y sus méritos, verbigracia: la magistratura, honores, dignidades, competencia con un superior, ora sea en aquello mismo en que le es superior o en otros conceptos. Casos de lo primero son la rivalidad entre un ignorante y un docto, de un cobarde con un valiente, del pobre con el rico; y de lo último, de un músico con un varón probo, un orador con un caudillo, de un pintor con un magistrado, comparación ésta en el arte pictórico que

compite en dignidad con la magistratura, al paso que en otras denominaciones no establecemos comparación alguna. Nos desabre asimismo que uno, digno de loa ciertamente, es loado más de lo que se merece, pues en este caso nos empeñamos en quitarle hasta la parte merecida.

La indignación tiene el máximo de fuerza en el soberbio, quien, mientras se cree dignísimo de los mayores bienes, juzga a todos los demás como indignos y situados muy por debajo de las ventajas más corrientes; por esto censuran a todos los que ostentan algún género de bien, como no merecedores de él y por lo mismo, lesivo de la justicia. Si acontece que entren en competencia o emprenden igual camino que el que ellos recorrieron, furtivamente nace la emulación, porque no lleguen adonde ellos llegaron, verbigracia: a la riqueza, fama, erudición, favor, gloria; por esto no están muy expuestos a esa perturbación los hombres modestos y los de espíritu humilde y servil.

La indignación sale de la misma raíz que la misericordia; es, a saber: del juicio del amor y el bien. Pero en cuanto al sujeto hay efectos contrarios, puesto que la indignación es por el bien de quien no lo merece y la misericordia por el mal también no merecido. De la mezcla de ambos, nace aquella pasión que en las Sagradas Letras llámase a veces celo, como en los libros de los reinos de Hella y en los Salmos: *Porque tuve celos de los malos, viendo la paz de los pecadores.* Y lo mismo se dice de aquellos celosos en la guerra de los judíos, de quienes habla Josefo. Es, en efecto, este celo la indignación que se experimenta por las cosas que se hacen indignamente contra quien nos es querido, contra Dios, contra los santos, contra la nación o contra el soberano. Con ese pretexto, con harta frecuencia se hacen esclavos de muchos malos instintos y satisfacen la acerbidad de su odio, cohonestándolo con el nombre de celo. Otros se dejan arrebatar de esa pasión ignorante e indirecta, como en su epístola a los romanos explica San Pablo la había entre los judíos: *Se ha dado al hombre la indignación para comunidad de vida, a fin de que se establezca una distribución equitativa y recta de todos los bienes y no vayan a parar a los indignos, es decir, a quien ha de hacer mal uso de ellos.*

CAPITULO XVIII

DE LA VENGANZA Y LA CRUELDAD

Cuantas cosas nos afeccionan, sean buenas o malas, deseamos devolverlas a su propio origen; de aquí nace la benevolencia hacia el benévolo, el beneficio respecto del bienhechor o al contrario, la malevolencia y la maleficencia. Por eso el alma, afectada por algún dolor, desea echar sobre quien le ocasionó una mordedura semejante. Este movimiento llámase apetito de venganza, y cuando se traduce en acto, llámase venganza o ulción.

La venganza no es sino la imposición de una pena, a juicio nuestro merecida, o una lesión a cualquier linaje de bienes, del espíritu, del cuerpo, de la fortuna, según el criterio acerca de cada uno de ellos; pues los hay quienes creen vengarse de una injuria con un movimiento despectivo, con un gesto feo o un ultraje; los hay, a su vez, quienes prefieren la agresión con un palo o una espada a una palabra injuriosa. Los que creen no tener fuerzas y arrojo suficientes para la ven-

ganza, o la desean con suma avidez, se desfogan en denuestos y maldiciones o invocan a un vengador más alto, verbigracia, al príncipe o a la divinidad.

Toda ofensa, pues, que se amplía mediante el odio, la ira, la envidia o la indignación, alimenta el deseo de venganza, es decir, de devolver el dolor, si es que otras pasiones no aconsejan o imponen lo contrario. La envidia se arrastra astuta y taimadamente, porque no quiere que se entienda que fué ella la que impulsó la venganza. La ira y la indignación proceden a las claras precisamente porque quieren que no haya duda de que la venganza partió de ellas y que lo experimente el mismo que es su objeto. La emulación estima gloriosa y digna de ser pregonada la vindicta ejercida sobre aquel a quien reprocha. El odio es más complicado en su actuación; cuando se encandece, pasa a convertirse en ira; mas, el odio en frío, se infiltra y daña alevosamente como el veneno. La acerbidad del enojo, que no puede ya contenerse, sino que descarga copiosamente en toda suerte de venganzas para ocasionar el mayor daño posible, llámase rabia, voz tomada de la enfermedad que ataca a los perros y a los lobos, la cual, puesto que no le es dable romper, aumenta y comprime el corazón y afecta gravemente y fulmina al organismo, que queda roto y destruído.

El acto enérgico del castigo y de la venganza se convierte en sevicia o crueldad, que es la privación de simpatía, pues los que se compadeden experimentan también misericordia. Esa carencia de simpatía es perpetua en unos y en otros es temporal; es perpetua en aquéllos por natural complexión física o por costumbre que se trocó en naturaleza; es temporal en éstos porque se endurecen momentáneamente, sacudidos por alguna pasión vehemente; ese estado no es más duradero que la misma sacudida. Así, verbigracia, la codicia vehemente de alguna cosa exacerba la dureza contra el que se opone, ora se trate de riquezas, de sed de mando, de placer; de miedo por una cosa querida como la vida, el poder, cosa que aconteció a Nerón, a Calígula, a Cómodo, quienes eran crueles de puro miedo. Todo lo contrario fué Tito Vespasiano, hijo, que por confianza y seguridad de su espíritu, era benigno en extremo, aun contra los que conspiraban contra su soberanía.

Cuando la ira y el enojo echan fuego, se llevan los buenos pensamientos y aconsejan asperezas y violenta crueldad. La crueldad es de tres maneras: cuando procura el acto, cuando lo ejecuta y cuando lo omite. Lo procuran quienes lo mandan y los que lo realizan con artificio y astucia; lo realizan los verdugos o los soldados, pues muchos que son crueles en el mandar, no pondrían sus manos en la ejecución de la orden. La tercera forma de crueldad, o sea la de omisión, es cuando no nos compadecemos de quienes deberíamos por mala voluntad o por cobarde negligencia, como cuando abandonamos o dejamos en el olvido a padres, parientes, amigos, a los necesitados en trance de enfermedad, miseria, peligro sin que sus desventuras nos conmuevan. La razón es que carecemos de aquella simpatía de que hablé. La fiereza e inhumanidad se presentan cuando arrumbando el juicio y la condición humana, tomamos condición y ánimo de fieras.

Queda confinado en el interior el deseo de venganza, cuando se refrescó la sangre en los pulmones o se

ha enfriado espontáneamente, como acontece en aquellos cuya bilis se inflama pronto, pero se apaga en seguida por haber prendido en materia ligera como la estopa. Más pertinaces son los melancólicos o los flemáticos enardecidos, puesto que son más tardos para calentarse.

Tornamos a nuestro habitual sosiego una vez que se recibió el castigo impuesto por nosotros o por otro, sea un amigo, la Naturaleza o la suerte; cuando uno se hace desgraciado, enfermo, pobre, deshonrado, o cuando arrostró suplicios mayores que los que le hubiera infligido el encolerizado. Con los muertos, la ira no se ensaña por haber traspasado el linde fatal y haberse escapado de nuestra venganza. A menudo dejamos de apetecer la venganza, cuando ya la tenemos a punto, cosa que ocurre a muchos que perdonan a su enemigo cuando lo tienen en su poder, contentándose con haberle podido causar daño. Asimismo descaece aquella dureza, vencida de puro cansada, cuando momentos antes se ensañó en otras personas, como, por ejemplo, en las ejecuciones públicas, se aplaca el príncipe en la ciudad y el general en el ejército, con el suplicio de unos pocos reos. A veces se desmedra por otra pasión, verbigracia, por males mayores o por una ira más grave, como una piedra es quebrantada por otra piedra o por un martillo.

Cuando la ira se está cociendo y está en pleno hervor no admite aquella curación; antes, con el remedio se exacerba, porque la razón está profundamente perturbada, y el fuego cohibido arde con más brío, a menos que sea tal la fuerza de la compresión que abruma el fuego y lo extingue como el derrumbamiento que el incendio produce acaba por apagarlo. Mitígase asimismo por consideración y afecto de aquel que intercede por el enemigo, o cuando el perdonar acarrea prestigio o cuando del acto clemente esperamos alguna utilidad o recelamos algún perjuicio, como un clavo saca otro clavo. En resumen: *el tiempo mismo trae remedio a todos los males del alma*, más pronto o más tarde, según la condición del cuerpo, las convicciones y el juicio de cada cual. Y así como la bilis exacerbada produce fácilmente enojo e ira, así también cuando remite apágase la llama de la perturbación que la ocasionó. Por eso es muy conveniente que se refresque la bilis de la manera que más arriba se dijo.

La venganza se reprime y se reserva para otra ocasión, si no hay oportunidad de momento, cosa que nos dice Homero que hacen los reyes: disimular el deseo de venganza hasta hallar la coyuntura favorable. Pero en el ínterin se acumula y se pudre en nuestro interior y cuanto más tiempo es aplazada, con mayor purulencia se vomita.

CAPITULO XIX

DE LA TRISTEZA

La tristeza es un encogimiento del alma por un mal presente o que se tiene por presente. Esta perturbación es totalmente contraria a la alegría; Cicerón la llamaba pesadumbre. Aquí sería fácil enumerar las partes de que consta esa pesadumbre, según las doctrinas de los estoicos; y yo lo hubiera hecho ya si creyera que fueron transmitidas con la debida fidelidad y que Cicerón las comprendió y las explicó a derechas; pero no estoy convencido de una cosa ni otra. Si alguno gusta de conocerlas, no le pongo estorbo

alguno; están a su disposición en el libro cuarto de las *Cuestiones tusculanas*.

A veces nace la tristeza de la sola ausencia del bien, por ejemplo, en la madre a quien le murió el hijo único. También son muchos los que se entristecen después de los deleites y banquetes, y días festivos y alegres: no es más que la añoranza del goce perdido y la inquietud del ánimo, que requiere algo más, como la yegua a quien quitaron su cría. La tristeza ocasiona la bilis negra, y la bilis negra, a su vez, exacerba la tristeza y también por la creencia de un nuevo mal. Verás muchas veces tristes a personas melancólicas a quienes ningún mal ocurrió ni ellas podrían dar la razón de su tristeza.

Efecto de ese negro humor es entenebrecer el espíritu, de donde provienen esas incomodidades; el alma se queda sin su ágil lozanía y por esta misma causa la ofuscación del entendimiento asoma al rostro. *Las molestias*—dice Marco Tulio—*me entontecieron*. De Níobe se dice que fueron las lágrimas las que la trocaron en risco. Cuando el cerebro se despeja es salteado del sueño, como dice el Salmista: *De pesadumbre se durmió mi alma*. Surge entonces la misantropía y hasta el aborrecimiento de la misma y de todas las cosas humanas y el placer insano de sumergirnos más y más en la tristeza y no se admiten satisfacciones ni consuelos, como aconteció a Octavia por la muerte de su hijo Marcelo, acaecida en la flor de su verdura, y hasta tal punto la pesadumbre que piensa que nunca está asaz triste. Lucano pone en boca de Cornelia de Pompeyo, en el paroxismo de su dolor, esta exclamación: *Es fealdad no poder morir después de ti de solo dolor*.

Crece singularmente la tristeza en los miedosos, que prolongan las sospechas a extremos indecibles, tejiendo un extenso tapiz de males; de un daño nace otro, y otro, y otro, para acabar en odio a sí mismo, y en desesperación y rabia, como lo leemos de Hécuba, que por esta razón fíngese metamorfoseada en perro.

Con la pesadumbre se reseca el cuerpo y el corazón se contrae hasta el punto que en algunos que de pesadumbre murieron se halló no más abultado que una membrana. El corazón contrae consigo el rostro, que es su imagen, y, por último, estraga la salud misma. Compañeros inseparables de la tristeza son lamentaciones, gemidos, llantos. Esta pasión es fría y seca; por esto prepondera en épocas y sitios fríos y, generalmente, en todo cuanto ostenta complexión melancólica, como en el otoño y en el invierno, en tiempo de nublado, de noche, hacia el Norte, regiones en las cuales la tristeza hace más víctimas que en España o en Italia.

Y al revés; la luz y la serenidad alegran las almas, y *el sol*—como dice Plinio—*desvanece las tinieblas y la tristeza no solamente del cielo, sino también del espíritu humano*. Así como la alegría comunicada a las personas queridas aumenta, aumenta también la tristeza con la comunicación. En la alegría, además de nuestro propio bien, nos alegramos con la alegría de las personas a quien bien queremos. Lo mismo ocurre con la pesadumbre. Allende de nuestro propio mal, nos damos cuenta de que aquellos a quienes tenemos voluntad, participan de los mismos males, porque el amor lo funde e identifica todo. En aquellos que no se profesan afecto mutuo sucede puntualmente todo lo contra-

rio, a saber: que la alegría comunicada no se aumenta, como en la solidaridad de ganancias, victoria, guerra, juego, pleitos. Mas en la tristeza transmitida a otros se alivia el ánimo, porque es un consuelo el no estar solo en la desgracia y que otros compadezcan nuestra suerte como si la padeciésemos sin merecerla. Y cuando alguno se conduele de nuestro dolor y ese dolor no se devuelve recíprocamente, parece que trasladamos una parte de nuestro dolor de nuestros hombros a los ajenos. Ello hace que la alegría ajena irrite más nuestra pesadumbre, como acontece en días festivos y solemnidades públicas, en que la tristeza se concentra en nuestro interior y crece por contraste, como en invierno el calor de los cuerpos vivos. Y cuando pensamos que los demás no son afectados por nuestro dolor, surge la indignación y la compasión de nosotros mismos y la tristeza se intensifica con un nuevo mal.

La tristeza se desvanece, ya por la supresión del mal, ya por recuperación del bien perdido, o por la afluencia de impresiones alegres que nosotros estimamos de mayor importancia que aquellas cuya ausencia nos dolía. Desvanécese asimismo con todo aquello que entibia la bilis negra, como son manjares calientes y humeantes, y, especialmente, con el vino, del cual se dice en las Sagradas Letras: *Da vino al triste*. Asimismo, con los regalos de la vista y del oído, a cielo abierto, en espaciosos campos y praderas abiertas, con la música, aun cuando hay cierto linaje de música que infunde en el alma tristeza mayor.

A los habituados a sufrir males, el alma se les encallece, y la pesadumbre los abate menos, y el mar mayor mata la sensación del mal menor. Aléjase también la tristeza apartando de ella el pensamiento, verbigracia: en los negocios, con historietas festivas, con reflexión serena, esto es, pensando que el mal no es tan grande ni tiene tal importancia que valga la pena de que nos aflijamos, que perdemos más obrando así que en aquello cuya pérdida deploramos, pongo por caso: negocios, ocasión de ganancias, dignidades, autoridad, fama y gloria, así como otras satisfacciones comunes; que en realidad no es un mal o de tamaña importancia; que no lo es para aquel a quien le ocurre, ni para nosotros, ni para nuestros seres más queridos; que se nos acerca o hemos alcanzado un bien mayor; que ése es el destino común y que proviene de Aquel a cuya voluntad y juicio no es lícito desobedecer y que con la tristeza no se remedia nada.

Finalmente, como sucede en otras enfermedades del alma, un clavo empuja a otro clavo, ya cuando se pone de manifiesto que no hay para qué tener en cuenta un peligro de mal mayor que el que ya está presente, como sucede a quien se duele del dinero perdido, en la alternativa de esclavitud, de muerte, de pérdida de sus hijos o cuando nos sonríe la esperanza de bienes los más grandes, como de fama, de inmortalidad del nombre, de las dignidades, de la gracia principal o de aquello que supera todos los restantes bienes, la bienaventuranza sempiterna.

CAPITULO XX

DE LAS LÁGRIMAS

El lagrimeo no es una pasión, como tampoco lo es la risa. La lágrima es un humor producido por el caldeamiento del cerebro húmedo y tierno que brota por los ojos. En

un caldeamiento excesivo, cuando el cerebro está seco, las lágrimas no salen, como sucede en la cólera varonil, ni tampoco cuando ya está seco de antes, como en una tristeza prolongada y en el duelo, en la vejez, ni cuando uno es seco de suyo, como sucede a los melancólicos.

Hay personas a quienes una gran pesadumbre embota de tal manera que, comprimido todo calor, no pueden verter lágrima ninguna, y eso que en un dolor mediano las derramarían en abundancia. Las lágrimas saltan cuando el cerebro está humedecido, como en los borrachos, o blando y tierno, como en los niños, mujeres y enfermos; salen también a menudo con el viento recio, con el humo, con una mala disposición física; también con la risa, porque con ella caliéntase el cerebro. Surgen asimismo de las pasiones: verbigracia: del amor, del deseo de gozar de un objeto querido, de la ira en los individuos débiles y en quienes no pueden vengarse; de la envidia en las mujeres y en los niños; de la vergüenza, de la alegría; pero principalmente acuden las lágrimas a los ojos por la compasión. La compasión es doble: de sí mismo o de otro.

Se compadece alguno de sí mismo y se pone triste por juzgar que le viene el mal sin merecerlo. Son entonces tan naturales las lágrimas, que muchos las vierten con profusión al solo pensamiento de que les pueden sobrevenir injustamente males como cárcel, destierro, pobreza, orfandad, muerte. Y como cada cual se ama con ternísima indulgencia y se cree digno de los mayores bienes, por eso tiene suma propensión a compadecerse de sí mismo y, por ende, llora a la sola imaginación del mal.

También los males ajenos nos conmueven por simpatía y nos arrancan lágrimas. Pero esas lágrimas simpáticas son más lentas en salir y más fáciles de secar, porque como en lontananza vemos los males ajenos y su sentimiento llega a nosotros ya atenuado. Igualmente se arrasan en lágrimas los ojos cuando hemos visto o leído algo, o lo vemos en la actualidad o recordamos alguna palabra, alguna acción piadosas, justas, amables, tanto más si el que la dijo o la hizo no hizo caudal de su propio daño o peligro ante la belleza de la actitud.

Concediéronse al hombre las lágrimas para atestiguar nuestro dolor, para inducir a los demás a que nos compadezcan y socorran, para ayudarnos los unos a los otros con auxilio mutuo y también para dar testimonio de que los males ajenos nos afectan, en lo cual hay una gran fraternidad de almas.

CAPITULO XXI

DEL MIEDO

El miedo es, dice Aristóteles, la aprensión de un mal que se aproxima. Por eso tememos los peligros que son precursores y heraldos del mal próximo, como son las tempestades, las malas condiciones de los tiempos, seguidas de inundaciones, hambre, peste. También tememos las iras y los enojos de quienes nos pueden causar daño; puesto que pueden y quieren, está claro que algo malo nos amaga. También son temidos los astutos, los taimados, los felones más que los francos y sencillos.

Temen también los que de los otros son temidos, según el dicho del cómico Liberio: *Es fuerza que tema a muchos aquel a quien muchos te-*

men. El que causa temor a otro, si no está loco de remate, ve que le amenaza el peligro, de parte de todos ellos, de que traten de librarse del miedo, según el proverbio añejo: *Se odia a quien se teme;* si ya no fueren los temerosos aquellos de quienes ningún daño les puede venir o porque no querrán o porque carecerán de fuerza para ello. Cosa rara es ésta, porque no hay ser tan débil que no pueda causar algún daño, sobre todo si se presenta la ocasión. Los males remotos nos perturban menos, verbigracia: la incertidumbre de la muerte, que aun los mismos ancianos confían que todavía está lejos.

De otra manera, el mismo Aristóteles define el miedo como una perturbación por la creencia de un mal futuro, simplemente molesto o mortal. Dice que, en efecto, no lo tememos todo, por ejemplo: el llegar a ser malvado o necio, sino aquello que nos acarrea graves molestias al ánimo o la muerte al cuerpo. Y esto casi concretado a la vida civil, de la cual trata el mismo Aristóteles en las reglas de la Retórica, pues la mayor parte de los hombres no admiten como un mal la ignorancia y el vicio, sino lo que perjudica al cuerpo o a la vida afectiva. Mas los que gozan de la prerrogativa del talento no tienen menos horror del vicio y desconocimiento de las cosas buenas que los otros, de las enfermedades y de la muerte. Así es que con mayor justeza se definirá: El miedo es el encogimiento del ánimo por aquello que a alguno le parece malo cuando se piensa que está al llegar; y por cuanto el miedo nace de la consideración del peligro, los que más reflexionan son los que temen más, cuales son los prudentes, los virtuosos, los experimentados.

Los peligros próximos, aunque personalmente no nos afecten, nos infunden el temor propio de que el mal no anda lejos de nosotros. Esa proximidad puede ser de lugar, como en la frase: *Cuando arde la pared vecina,* o por semejanza de condición; por ejemplo: el ladrón tiembla cuando ve ahorcar a otro; la mujer encinta, cuando otra pierde la vida en el trance del alumbramiento. Y es tanto más turbia y confusa la perturbación cuanto la condición es más parecida, sobre todo en aquel punto de donde proviene el mal, como cuando se castiga a un salteador que, no contento con robar, causó lesiones graves; otro que hizo otro tanto, se estremece. Si existe alguna diferencia, el miedo es menor, como si no hizo más que robar, sin herir, o si aquél fué preso estando solo y éste tuvo cómplices; si aquél porque pernoctaba en una posada y el otro en una cueva; si murió de fiebre cuartana alguno que se daba con exceso a la bebida, el abstemio que padece fiebre cuartana tiene menos miedo.

El primer efecto del miedo es contraer el corazón; en socorro suyo le envía la Naturaleza el calor superior, y si éste no basta, también el inferior, de donde procede la palidez y el frío.

Cuando tiembla el corazón tiembla todo el cuerpo, pues sigue el movimiento del corazón; de aquí el titubeo y la vacilación de la lengua. Eso mismo es de observar en otras pasiones, en las que el corazón late con suma presura, como en la ira, la alegría y el deporte. En el miedo la voz es débil, porque el calor baja desde el corazón y la regiones superiores, y en la ira es más recia porque sube. También se erizan los cabellos, porque con el frío los vasos se comprimen, y de ahí la rigidez del pelo. Los que en derredor del

corazón tienen poca sangre caliente son cobardes; por eso los de corazón voluminoso por la proporción de la sangre son tímidos por naturaleza, como la liebre, las palomas y los ciervos, porque carecen de hiel donde pueda la sangre encenderse, pues aquellos en quien se hincha la bilis amarilla, la sangre les hierve también cerca de los intestinos y se hacen fuertes y animosos. Los que tienen sangre gruesa, copiosa y cálida cerca del corazón son de ánimo seguro y audaz, por esa abundancia de calor, elemento principal de la confianza, pues conserva tiempo larguísimo la materia por su densidad y fortaleza. Mas cuando el calor exiguo se retira dentro del pecho, el corazón se torna más débil y tiembla más; de ahí que el que la faz se enrojezca en crisis de miedo es indicio de espíritu pusilánime; al paso que es lo contrario en el que palidece, pues la Naturaleza fortalece el corazón con el suministro de calor y sangre que de dondequiera le envía. Si este calor disminuye, crece el miedo, desamparado el corazón, y hasta el vientre se afloja. Y por una razón natural Homero dijo de un cobarde que el corazón se le cayó a los calcaños.

Hay que anotar que toda opresión del corazón ocasionada por la pesadumbre y el miedo y también por enojo y por algún deseo refrenado se llama angustia. A veces esa angustia se presenta sin estado pasional, por algún humor espeso que gravita sobre el corazón. Estos son los efectos del miedo en el cuerpo; mas en el alma son estotros: perturba y confunde los pensamientos. Certeramente dijo aquél: *¿Cómo podrá investigar los cielos y los elementos el que siempre esté dominado por el miedo de la pobreza, de la esclavitud, de la muerte?* Y aquello otro: *El pavor me saca del alma toda ciencia.* El tener ánimo en los peligros y poder echar mano en cada momento de una resolución como de Aníbal lo dice Livio y Salustio lo dice de Yugurta, no sólo es de los hombres más esforzados y de aquellos a quienes no impresionan en exceso los peligros, sino también de personas agudas y de gran ingenio. Tales llegan a ser por la práctica y larga experiencia o tales los formó y los forjó la Naturaleza, por tener sangre abundante, cálida y líquida cerca del corazón que envía al cerebro vapores copiosos, sutiles y templados. Plinio dice: *En ninguno de los animales el pavor produce tanta confusión como en el hombre.* Suya sea la responsabilidad de esta afirmación. Aquel que por predisposición de su carácter se inclina al miedo, apenas halla razones y exhortaciones suficientes para recobrar el ánimo y mostrarse confiado. Grande y poderosa es la fuerza de la Naturaleza cuando actúa en los adentros, esto es, en la primitiva constitución, si es que no hay una intensa y asidua meditación para despreciar los peligros, para fortalecer el ánimo frente a los males hasta persuadirse y confirmarse en la idea de que los males que se temen no son tan dañosos o que hay aparejados bienes mayores si superamos aquellos males o males mayores si no evitamos y vencemos los males que nos amenazan.

Muy bien dijo Catilina, según la versión de Salustio: *Soy muy cierto, soldados, que las palabras no aumentan el valor y que la arenga del jefe no puede trocar unas tropas indecisas y tímidas en un ejército valeroso y fuerte. En la batalla suele demostrarse cuánta sea la acometividad de cada uno, por su propio*

natural o por la costumbre adquirida. En vano se exhorta a quien ni la gloria ni el peligro mueven. La cobardía obtura el oído. Esto dice Salustio. Si te empeñas en convencer a un tímido que el temor le perjudica más y agrava más los inconvenientes, temerá más aún, como sucede en las enfermedades contagiosas, en las que causa mucho daño la imaginación del mal, porque da origen a un miedo doble, uno del peligro y otro del miedo mismo.

Las consecuencias del miedo, generalmente hablando, son el abatimiento, la propia abyección, la lagotería, la adulación, las sospechas, la precaución que en las almas recias estimula a buscar remedios al mal, al paso que en las débiles introduce la consternación, la perturbación, el desánimo, la pereza, el derrotismo, la desesperación, la postración, como si sobre un ser yacente se abatiera todo amago y amenaza. Por eso no hay para el alma calamidad mayor ni más negra esclavitud. Esta es la causa por la cual el odio hacia la persona temible se aguza con el miedo como con una piedra de afilar, lo mismo que contra un tirano. Desea el alma afirmarse en la libertad; recobradas las fuerzas, se recalienta la sangre enfriada y, por efecto de la reacción, enciéndese en vivísimos deseos de venganza. Esto a menudo hace animosos a los que habían sentido miedo y en amos despóticos a los que antes servían y con ímpetu arrollador sacúdense a los que antes los oprimían.

El miedo, como casi todas las restantes pasiones, es suspicaz, y suspicaces son todos los miedosos; todo lo exagera y jamás es tan grande el peligro como uno se lo figura. Por eso sirve de alivio a quien teme por un ser querido el intervenir en sus peligros o al menos conocerlos con toda claridad. Muy bien expresó ese estado el poeta Ovidio por boca de Penélope en aquel verso famoso: *Mejor estarían ahora en pie las murallas de Troya*, y los otros que siguen; conocido es el poema.

Aumenta el miedo con las causas de donde nace; también con el miedo de otros que experimentaron tales peligros y saben cuántos males acarrea, como cuando el piloto se asusta en la tempestad, se ponen a temblar los tripulantes. Los intrépidos aumentan nuestro miedo si ellos lo tienen, como cuando un soldado bisoño ve cómo tiembla un veterano. Igualmente nos espantan más los peligros cuando nuestro amparo se debilita; como el pueblo que se asusta doblemente cuando sienten temor los magistrados o aquellos que acostumbraban mirar por la ciudad en trance de peligro o los pollos que tiemblan cuando ven a su madre asustada. Asimismo, luego de haber pasado situaciones muy duras, es mayor nuestro miedo, como temen el combate los gladiadores que salieron del anterior con heridas graves.

Existe seguridad cuando pensamos que no hay peligro alguno, y eso por reflexión o por ignorancia; por reflexión, si salidos de un peligro nos persuadimos que ya no queda otro, o, en general, no hacemos caso de cuanto pueda amenazarnos y juzgamos que nada malo nos sucederá. Obran seguros también quienes se despojaron de todo interés y cuidado por el bien que está amenazado de peligro, riquezas, fama, la vida misma; nada les queda ya que les pueda dar cuidado y, por ende, temor.

La ignorancia está en aquellos que no piensan ni reflexionan, verbigracia: los que están dormidos, los niños, los que sufren embriaguez, los

que carecen de experiencia; también en quienes tienen su atención puesta en otros pensamientos o preocupaciones o se hallan perturbados violentamente por la ira, la envidia, la ambición. La seguridad está, como dije, en creer que no existe para nosotros peligro alguno.

Sobreviene la confianza cuando en pleno peligro tomamos aliento contra los males inminentes. Esta confianza nace o por aumento del calor interno, verbigracia: bebiendo vino u otra cosa que fortalezca el corazón, ya con alguna pasión hervorosa, como ira, amor, deseo, miedo de un mal mayor, todo lo cual sustituye, aun en los más cobardes, la presencia de ánimo. También la confianza sobreviene por medio de cierto género de música, como se cuenta del músico Timoteo, quien, con el sonido de su lira, incitó a la pelea a Alejandro el macedón, y luego al punto, trocado el compás, le devolvió la calma.

Surge la audacia cuando, para rechazar los males o para conseguir bienes difíciles, el ánimo se levanta y arrebata; lo que se produce con un mayor hervor de la sangre, y por esta razón se refiere a la irascibilidad, de lo cual ya hablé al tratar de la ira. Se aprecia el peligro por el lugar, por el tiempo, por las personas—nosotros mismos o nuestros enemigos—, por las fuerzas. La consideración de todo ello o acentúa la opinión del peligro o la atenúa cuando vemos que poco es el daño que se nos puede causar en tales circunstancias de tiempo o de lugar, por quien no quiere dañarnos, ya por amor a nosotros, ya por bondad de ellos mismos, como sucede con la confianza en Dios.

Aquellos que no pudieron hacer daño porque carecen de fuerzas, no se atreverán porque desconocen su poder, porque en realidad no lo tienen o no lo entienden como los caballos, los toros y muchos hombres, mientras que nosotros podemos servirnos de la familia, amigos y allegados, examinar y comparar entre sí nuestras fuerzas y recursos que preservan, así la parte invadida como la invasora.

Al talento pertenecen la perspicacia, la erudición, la elocuencia; a la fortuna, las riquezas; a la salud, la complexión, la robustez, las medicinas; a las dignidades, la autoridad, el favor, todo lo cual es extraordinariamente extenso y no toca a este lugar explicarlo.

Quienes afrontaron repetidas veces el mismo peligro y salieron del trance indemnes o con poco daño, tórnanse en lo sucesivo más confiados, como los soldados veteranos a cada batalla. Mas los peligros nuevos, repentinos, inopinados, impresionan y consternan a los espíritus, por más fuertes que sean. Por lo que toca a los que teníamos previstos y con los cuales nos hemos familiarizado a fuerza de pensar en ellos, agobian bastante menos; la insistencia en meditarlos equivale a la costumbre de sufrirlos y encallece nuestro espíritu para cuando se presenten. Confórtannos asimismo los ejemplos ajenos: Aquél lo hizo, ¿qué tengo yo menos que él? Y cobramos tanto mayor ánimo cuanto más creemos aventajar a los que arrostraron los mismos peligros con resultado feliz, en fuerzas suficientes para soportarlas o rechazarlos, como son elocuencia, prudencia, don de gentes, fortaleza o en auxilio de amigos, de lugar o de tiempo, del príncipe, de Dios.

Cuando al mal inminente no le conceptuamos considerable o pernicioso, el pecho se reafirma, como cuando sabemos que nos está prepa-

rado un bien mayor, que compensa el daño posible con mucha ventaja, verbigracia: riquezas, erudición, gloria, vida inmortal. El horror y el desánimo, que son efectos y consecuencias del miedo en el alma, se extienden hasta a lo pretérito, según la expresión de Virgilio: *De recordarlo, el ánimo se horroriza*. Refiérese de un tal Judeo en la Galia, que volviendo de noche a su casa, dormido en su asno, y habiendo pasado un puente roto por encima de una estrecha tabla, al día siguiente, recordando el gravísimo riesgo corrido, se desmayó. Y es que la imaginación nos presenta el objeto como presente.

Los temores se extienden aun a lo meramente posible. Ciertos esposos empezaron a lamentarse con muy vivos lamentos, porque habían estado hablando apaciblemente al amor de la lumbre: ¿Qué iba a ser de ellos si perdían a su hijo único, el cual estaba sano y robusto? El reino de la fantasía campea extensamente en todas las pasiones.

En resumen: *El miedo se ha concedido al hombre para que se guarde de lo que ha de causarle daño, antes que llegue a él.*

CAPITULO XXII

DE LA ESPERANZA

La esperanza es un aspecto del deseo, a saber: la confianza de que sucederá lo que deseamos. La esperanza no tiene la evidencia de la ciencia, sino la conjetura de la opinión, ya probable o ya posible, fundada en que muchas veces acaeció cosa análoga o, al menos, en alguna ocasión; que en casos parecidos pasa lo mismo; que por alguna razón o causa debe suceder; que es natural que ocurra o debe creerse que será así en tal circunstancia, por cuál causa en este momento, lugar o situación.

No hay cosa tan liviana, tan menuda, tan lejana o extraña a la cual el alma no se adhiera fácilmente, mientras anda buscando los puntales de la esperanza. De cualquiera cantidad o género que sea ello tiene suficiente fuerza para sostener la esperanza, tan ligera es, y tan fácil de pescar con tan chico anzuelo y con cebo tan insignificante. *Sabrosísima es la persuasión de la esperanza y de primera necesidad en la vida*, en medio de tantas asperezas y penalidades, que apenas se pueden sufrir. Sin el condimento de la esperanza, todo se tornaría no solamente insípido, sino muy desabrido. Por eso es tan rica de sentido la ficción de la caja de Pandora, en la cual profusamente desperdiciadas y perdidas todas cuantas cosas contenía, la esperanza sola se quedó en el fondo. Esta es la imagen de la vida humana. Por esto es que el Soberano Hacedor del mundo dispuso que de motivos harto fútiles nazca la esperanza y con ellos se alimente.

CAPITULO XXIII

DEL PUDOR

Es el pudor el miedo de un desdoro del cual no se sigue daño. Aristóteles lo definió: *Un dolor o perturbación del alma por cosas que parecen inferir deshonra*. Refiérese a todos los tiempos: presente, pasado, futuro, posible; y no sólo versa sobre el desdoro en sí, sino también del peligro, porque no admitas cosa en la cual parezca que se incurre en peligro de vileza.

Dado caso que el pudor es miedo

de deshonra, influye mucho en quienes tienen la pasión del honor, los cuales temen lo contrario del honor como un mal grave.

Así, lo vergonzoso como lo honroso son de muchas clases, unas propias de la Naturaleza misma, por ser afectas o repugnantes a la naturaleza humana. La justicia, la humanidad, la modestia son cosas bellas y decorosas, y sus contrarias son deformes.

Lo vergonzoso se deriva del primer delito que se comete; cuando la Naturaleza se corrompió, disminuyó la bondad y prevaleció el vicio. El vicio reside en toda manifestación libidinosa, según leemos en el *Génesis*, cuando los primeros cónyuges, después de su desobediencia, cubrieron su verenda desnudez. La causa de esto es que la ingénita nobleza del alma humana, cuando ve que sus miembros no le obedecen, sino que son arrastrados por algún motivo y pasión propia, hurta de la vista y esconde al siervo desobediente y al súbdito que se le rebela. Por eso aquellos cuyos miembros consabidos no desobedecen a la razón y a la voluntad humana, los ocultan menos en la presencia y en la mención, porque el pudor no se les impone tanto. Así pasa en la primera inocencia y en nuestros ancianos y en los niños, en quienes, con la pubertad, viene también el pudor de aquellos miembros.

Asimismo hay otra clase de vergonzoso que proviene de la ofensa natural de los sentidos; en un olor o aspecto feo y repugnante, como sucede en todo excremento corporal, principalmente el que sale por el desaguadero ancho del cuerpo. Estas cosas son vergonzosas de suyo, y las voces que las designan no carecen de obscenidad y debe evitarse su mención. La razón es que las palabras mueven necesariamente la inteligencia y la imaginación de quien las oye. En quienes se entregan a placeres sexuales, la fantasía excita movimientos pecaminosos de deseo; mas en personas tristes, ocasionan repugnancia y náuseas, con perturbación de todo el cuerpo, si son un tanto delicadas y sensibles.

Con esto queda refutada aquella maliciosa censura de los cínicos a la Humanidad, porque tiene vergüenza de mentar actos necesarios, que no son pecado, como el procurar hijos, evacuar el vientre, sonarse las narices, mear; y no se avergüenza de hablar, clara y públicamente, de vicios y maldades; verbigracia: de latrocinios, de hurtos, fraudes, traición a la patria, violación de leyes, tiranía. Pero hase de decir que la mención de estos delitos, aun cuando son abominables, no mueve la fantasía a nada torpe o dañino al cuerpo, y, en cambio, sí las mueven aquellas otras, aun cuando necesarias y convenientes a la Naturaleza. Y diré aún más: que las personas serias y prudentes guardan silencio sobre tales actos en presencia de quienes sospechan que las imitarían si las conocieran, no en atención a su torpeza, sino mirando por el peligro ajeno; y si se han de referir a alguno de ellos, añaden la condenación para doctrina y guarda de los oyentes. De estas formas de la fealdad y del decoro nacen aquellos principios que regulan las costumbres y las opiniones de los hombres. Mucha importancia tiene saber cómo pensamos de aquéllas nosotros y aquellos por cuyo criterio nos guiamos.

El concepto del decoro o de la deformidad fórmase por las costumbres o las opiniones admitidas; de ahí que las cosas parecen más o

menos feas a cada cual, según los sentimientos de las personas con quienes vivimos y alternamos: para un militar no hay cosa de mayor oprobio que la cobardía; para los comerciantes, que la pobreza; para los estudiosos, que la ignorancia de las letras de humanidad. Cualquiera de estos defectos que se les atribuye, les causa pudor. Mas, en general, puesto que no hay cosa más hermosa que la virtud, todos los vicios infunden pudor y aun sus mismas semejanzas, sus imágenes o sus símbolos.

Es vicio todo cuanto se hace contra lo piadoso y lo lícito, contra la equidad, el derecho, las leyes, contra las instituciones tradicionales, contra las costumbres del país, contra los preceptos de los sabios y los consejos de los prudentes.

La carencia de las bellas cualidades que no faltan a otros semejantes tuyos, ya sean particulares, como la falta de educación noble en un mancebo de ilustre prosapia, o ya públicas, como la de las leyes o de la libertad en una nación, suele contarse entre los vicios, como si fuera cosa que por culpa tuya hubieres perdido o no te hubieras procurado.

Las cosas que se apartan de la razón común imprimen vergüenza, ya se trate de vicios reales o de cosas indiferentes, como una estatura descomunal o chiquitita; la deformidad del rostro o del cuerpo, los defectos de pronunciación. Y no solamente son las deformidades las que nos ruborizan, sino las de aquellos que son allegados nuestros, por manera que redundan en nosotros como las nuestras redundan en ellos, verbigracia: las de nuestros padres, abuelos, hijos, nietos, consanguíneos; de los soberanos y los súbditos; de los tutores y pupilos; entre todos éstos, la de los padres es la mayor cosa que ya quedó consignada en aquel versillo griego: *No hay varón tan excelente ni tan confiado de sus virtudes a quien no afecte la ignominia de sus padres.* Ello es porque los vicios de los padres parecen derivar en nosotros por analogía de naturaleza, como hereditarios.

Con todo, para el que considera bien las cosas, nada de esto lleva consigo un pudor justo y legítimo, excepto en aquellos casos en que hay alguna culpa de nuestra parte, verbigracia: en los defectos de quienes están encomendados a nuestra responsabilidad y gobierno, como son hijos, discípulos, vasallos, clientes, familia y amigos en general; de donde aquel dicho: *Tolerando los vicios del amigo, los haces tuyos;* como también en aquellos otros que incumbre a nuestra solicitud evitar o corregir. Por esto es que hasta las leyes, la religión, las buenas instituciones tradicionales no gozan de buena fama en otros, si aquél no se mejora con todas aquellas cualidades, como dijo San Pablo: *Por culpa vuestra se habla mal del nombre de Dios en las naciones.*

Con ocasión del pudor y de la ignominia ajenos, también nosotros nos avergonzamos así que somos noticiosos de aquella torpeza o si hemos sido sus causantes, o maestros, auxiliares y colegas, o cuando uno se avergüenza sin motivo, no pareciendo bien en él la vergüenza. También nos ruborizamos de la impudicicia ajena, viendo que no se inmuta nada o muy poco quien tenía sobrados motivos para avergonzarse. Los que ven que no se les muestra la reverencia que ellos estiman que se les debe por determinadas personas, en cierto lugar, tiempo o circunstancia, no sólo se avergüen-

zan, sino que se indignan y encolerizan a menudo, tanto más cuanto mayor es el mérito que se atribuyen y más deseosos de honor. Las personas modestas se avergüenzan de recibir alabanzas discretas, como dice Cicerón de Cayo Aquilio en la oración por Publio Quincio. Es que temen incurrir en sospecha de arrogancia si escuchan impasibles sus alabanzas, como pareciendo que las reconocen y aprueban.

Los mismos que desconocen esas diferencias entre lo feo y lo decoroso temen la deshonra y a cada paso se avergüenzan sin motivo, como los niños y la mayoría de los aldeanos; de ahí ese su rubor característico. Pero los que de nada de ello curan, no se avergüenzan tampoco; las causas son complejas. Unos lo ignoran por falta de educación, como los villanos y los hijos de gente pobre; otros se echaron en brazos de la vida disoluta tan a ciegas y aturdidamente, que se han despojado por completo de todo respeto humano, como son los ladrones, los rufianes, las cotorreras; los hay también a quienes sus desgracias lanzaron a la desesperación y al aborrecimiento de todo decoro, como los miserables, los mendigos, los deshonrados. Otros, a su vez, se creen superiores a los demás, y que pertenecen a una clase que no tiene que guardar respeto a quien sea, como los soberanos, los maestros, los padres y los ancianos; los hombres cuellierguidos que miran a los otros como muy inferiores a sí. De otro lado, los que sienten de sí mismos modestamente sienten pudor más a menudo, no de parte de las cosas, sino de su propia manera de ser. Los que se ufanan de no ser inferiores ni súbditos de nadie, afectan su impudencia deliberadamente y buscan ocasiones en que deba aflorar el pudor al rostro, para hacer gala de esa confianza en sí mismos.

En la mejor y principal categoría están clasificados los pontífices y corifeos de la sabiduría, que se burlan de estas vulgares distinciones de los conceptos, porque creen tenerlos ellos más excelentes y pensados y pesados más concienzudamente y conformes al criterio de verdad.

En el discernir lo hermoso y lo deforme se tienen en cuenta las circunstancias de *lugar*, verbigracia: en Etiopía el color negro no es feo, ni lo es la pequeñez de la estatura en los pigmeos, ni el robar lo es en Lacedemonia; las circunstancias de *tiempo*, como en el Carnaval, el bromear y perder un poco el seso; las circunstancias de las personas, bien sea la propia, porque es más indecoroso hacer una cosa fea un funcionario público que un simple ciudadano particular; bien sea la persona ajena: más nos avergonzamos en presencia de aquellos cuya reprobación tememos que nos acarree mayor desdoro, ya por el concepto que de ellos tenemos formado, verbigracia: padres, tutores, maestros, ya por el de todos o la mayoría, de los príncipes o de aquellos más prestigiosos en sabiduría en su juicio de las cosas, en virtud y muy principalmente de aquellos que están limpios de la ignominia que tememos contraer, pues nos causa menos vergüenza hacer algo indecoroso entre los que proceden de igual manera.

Finalmente nuestra vergüenza es mayor ante aquellos que nos inspiran respeto. Lo contrario nos sucede con las personas por cuyo criterio no tenemos deferencia alguna, como son los niños y los necios. Lo que se hace delante de muchos cau-

sa menos rubor que lo que se hace delante de pocos, aunque el hecho sea igual y las circunstancias idénticas. Así es que nos da harto empacho hacer manifestación de algo indecoroso a presencia de quienes presumimos que han de contarlo, y tanto mayor será el empacho si recelamos que han de darle extensa publicidad. De ese linaje son los que tienen esa costumbre, los charlatanes, los que lo hacen con gusto, verbigracia: los enemigos o los que tienen medios a su alcance, los escritores famosos o los que tratan con muchas y elevadas personalidades.

El amor, si anda unido con la opinión de grandeza, trae el pudor por compañero; en otro caso, prescinde de esa compañía, como acontece entre iguales. Entiéndese por grandeza toda excelencia que se considera como tal, ya sea de condición, de fortuna, de cuerpo, de alma, de entendimiento. También la esperanza contribuye al pudor. Cuando esperamos recibir un bien, sea del género que sea, de una persona o que nosotros pensamos que lo es, a presencia de ella, nos enrojecemos a la más pequeña falta de decoro, temerosos de que se frustre nuestra esperanza, pues deseamos vivamente merecer su agrado para ver colmada nuestra ilusión.

Los signos de la fealdad son éstos: reprensión, increpación, el grito, la burla, la mofa, el dicho, las señales y gestos, las voces desordenadas.

El pudor tiñe las mejillas de rubor; es la vergüenza, porque el peligro del miedo es de tal condición, que para desecharle hace falta el auxilio del corazón, quiero decir, del calor que en él se concentra. Mas también hay en el pudor cierta perturbación del alma por la opinión del desdoro, arrebátase el calor a la cabeza y de allí se difunde por el semblante. Por esta causa a Marco Catón no le parecía bien que el muchacho palideciese en la crisis del pudor, ni que el soldado enrojeciese en el momento del combate; en éste, según él, era una prueba de cobardía; y en el muchacho, de confianza e impudencia.

Las torpezas nuestras que se ven, nos causan más pudor que cuando se oyen, y mucho mayor si las ven personas a quienes respetamos. Por eso son muchos los que al avergonzarse, bajan los ojos; otros, los desvían, y otros, los cierran. Los niños pequeños, cuando se ruborizan, se tapan con las manos ojos y rostro, en un impulso natural.

Habiendo Sócrates de hablar del amor en el *Fedro*, de Platón, se cubrió la cara con el manto, como si se tuviera que ocupar de materia poco digna de él. No sin razón dice el proverbio: *El pudor está en los ojos*.

En la oscuridad casi no hay pudor, y si llevamos envuelta la cabeza y no se nos conoce, es menor la vergüenza. Con todo, hay personas tan delicadas que aun estando en soledad se avergüenzan de sí mismas, ya cuando realizan algún acto feo, ya cuando recuerdan haberlo hecho.

El pudor, como el miedo, perturba el alma aun cuando no la sacude con empuje tan bravo; pero de todos modos, confunde las ideas y aventa los pensamientos acertados, como se ha podido comprobar en personas doctas y sensatas al empezar a hablar ante la multitud o ante algún príncipe que les imponga un gran respeto. El deseo poderoso de alguna cosa expulsa la vergüenza, como pasa entre los amantes o cuando se está en peligro de perder algo querido, como la vida o un hijo. Por

esta misma razón, los avaros no son muy sensibles al pudor, si barruntan un posible lucro; ni se avergüenzan tampoco mucho los ancianos, en parte porque se hallan entre jóvenes, a quienes consideran como inferiores o como hijos, a menos que los reconozcan por más fuertes, como sucede con príncipes y potentados, o bien que sean sus patronos; también produce este efecto el hecho de que no se guían tanto por el decoro o el desdoro, como por lo útil o lo inútil.

Concedióse el pudor al hombre para que le fuese como pedagogo y ayo. Y así es, en efecto. Tanto el niño como el mozo, carecen de consejo por ignorancia de los lances que trae consigo la vida. Si confían en sí propios, caerán en muchas incomodidades. Con el fin de que se avengan al criterio de los prudentes, tienen el pudor como estímulo, que los acucia a reverenciar a sus superiores. Son superiores o por razón del número, cuando se reúnen muchos; otros, por la edad, por la experiencia, por la prudencia, por el conocimiento de las leyes y costumbres, las opiniones paternas ya universales, o en mayoría, o de aquellos que están en gran predicamento. Por todo esto no hay cosa que pueda ser más útil a quien no está impuesto de los deberes de la vida. Allende de esto, estorba que las pasiones se suelten y campeen y suple a la educación en niños y en mujeres. Nada pudieron decir las Sagradas Letras más depresivo y afrentoso para la mujer sino *que había desechado el pudor*. Y al revés, lo que aquel filósofo antiguo dijo al ver a un muchacho ruborizarse: *Buen ánimo, hijo mío; ése es el color de la virtud*. También a los hombres hechos les sirve de freno para que no se lancen a acciones indecorosas, inconvenientes para ellos y para los demás, porque no ejecuten cosa alguna torpe o pecaminosa, malvada o indecente por razón de la persona, edad, tiempo, lugar, vida social y humana. Es, en fin, el pudor grandemente necesario a todos cuantos hayan de vivir en mutua comunicación y sociedad.

CAPITULO XXIV

DEL ORGULLO

Es el orgullo una hinchazón del alma por la creencia en un bien excelente que reporta honra y prez, ora sea actual, pasado o venidero. Hincadas están en nuestros pechos las raíces de este mal, porque nace de aquel amor que cada uno se profesa naturalmente a sí mismo. Este sentimiento de egoísmo, como va mezclado con ignorancia, se ciega y hace que cada cual se crea a sí mismo el mejor y por el más digno de cualesquiera bienes. Esta creencia pasa de nosotros a aquellos a quienes amamos con suma ternura, porque son otros *nosotros*, como dijimos.

Así, la fuente primera del orgullo es el inconsiderado amor que cada cual se tiene a sí mismo. Ahora bien: todo lo que mana de la inconsideración, es fuerza que influya copiosamente en las personas rudas, tardas o estúpidas, en las precipitadas e irreflexivas, porque las doctas, las perspicaces, las templadas y todas aquellas que dirigen su vista a su interior, reconocen demasiado bien que ningún mortal tiene de qué envanecerse. Los biliosos, aun los instruídos y agudos, si no se contienen y frenan con la galga de mucha reflexión, se abalanzan precipitadamente en medio de pertur-

baciones del alma, y están muy expuestos a ese mal. Y también porque el fuego tiene tendencia a propagarse, y la cólera, esparcida por todo el cerebro, sacude de pronto, como de un golpe, toda la fuerza de la razón. Con harta frecuencia esa niebla espesa de la inconsideración ensombrece la mente hasta un punto tal, que el más orgulloso sea el que tiene menos motivos de ensalzarse.

Del orgullo nace la arrogancia, pues, como el orgulloso se cree digno de los mayores bienes, estima grandes, sobrepujantes, únicos, aquellos bienes que posee; y de ahí la soberbia toma su origen, así el noble sobrevalora su linaje; el hermoso, su belleza; el agudo, su ingenio. Cuanto de otra parte se agrega a esto, son pequeñeces que están muy por debajo de su dignidad; pero si se atribuye a otros, piensa que está muy por encima de su dignidad y merecimientos, por pura envidia y malevolencia, que son las compañeras del orgullo. Todo cuanto puede granjearle honor, autoridad y dignidad afánase por obtenerlo realmente o, al menos, simula poseerlo y evita todo cuanto pueda perjudicar esa estima. De aquí su fogosísima avidez de ostentar los propios bienes para que los otros los conozcan y el cuidado y diligencia que paralelamente pone para ocultar sus vilezas no sólo en las cosas mismas, sino por su lenguaje jactancioso y con los ademanes y meneos de todo el cuerpo. Y como sea que nuestra admiración encarece el valor de lo que es raro, nuevo, inusitado y singular, él quiere que los demás se persuadan de que posee tales bienes en las cosas del alma, en las cosas del cuerpo, en lo que toca y atañe a la vida, hasta en el comer, en el vestir, en el jugar, en el andar, en las mayores futilidades, en las que nada importa comportarse y obrar de esa u otra manera; y aun en aquellas en las cuales es peligrosa la novedad, afecta discrepar de los otros y abrirse por sí mismo el camino que emprende. De ahí la absurdidad de las aseveraciones en la enseñanza para dar a entender que aportó algo nuevo; de ahí la envidia contra aquellos que hacen cosas mejores o iguales. Consiguen esos tales que las cosas que con más vivo deseo apetecemos sean únicas y propias nuestras.

Nada desea tanto el orgulloso como alguna semejanza con Dios, no ciertamente por lo que toca a la bondad, sino a su poderío y grandeza; que él no necesite de nadie y que muchos necesiten de él; que él no sea súbdito de nadie y que lo sean de él muchísimos, que nadie le haga beneficios y que los pueda hacer él. Para hacer alarde de su grandeza, los soberbios se conducen de una forma no amable, sino temible. Aparentan y se jactan de poseer riquezas, recursos copiosos, poderío, desdén de los demás, que con ellos no admiten comparación y no se dignan hablarles ni tratarlos; usan un tono de voz grave y de palabras campanudas y trágicas; echan mano de la irrisión y la burla, de reprimendas y de amenazas; y de ahí la intolerable insolencia de sus dichos y hechos. En toda disputa manifiéstase su indomable pertinacia contra toda autoridad y frente a la verdad más evidente, hasta en contra de lo que es bueno y hostil al propio orgulloso. Todo lo pospone a su preeminencia, por no ser tenido inferior en cosa alguna. Así que no sufren ser amonestados ni quieren ser enseñados; una vez que tomaron una postura la mantienen. De ahí las sectas y partidos.

Antes quisieran que cambiase la verdad y el ser de las cosas que mudar ellos sus afirmaciones, que no raras veces saben ellos ser equivocadas.

Sigue al orgullo la ira, porque piensa que nunca se le concede tanto como merece, y luego el deseo de venganza; el castigo, cuando se presenta la oportunidad o también la circunspección hacia toda palabra, signo o ademán ajenos, porque no asome nada que no sea honorífico para él.

El orgullo es suspicaz; convierte en calumnia con la más maliciosa de las interpretaciones lo que se ha dicho o ejecutado con la mayor sencillez.

Por esa costumbre tan mala que viene a ser una desorbitada condescendencia consigo mismo, el espíritu se torna sensible en extremo y nada sufrido respecto de todo cuanto sucede contra su voluntad; de ahí el enojo y la indignación más rabiosa y los denuestos y baldones no sólo contra los hombres, sino contra el mismo Dios, tácitos las más de las veces, pero otras, expresas y manifiestas. Esta ignorancia tan crasa, esta irreflexión tan imprudente no nos permiten, cuando meditamos sobre nuestros bienes, pensar de quién proceden; quién nos los dió; de qué modo y por qué razones. No nos ocurre la más remota idea de Dios; pensamos que es nuestra industria y diligencia y mérito nuestro quienes nos los proporcionaron, como es aquello que se lee en Ezequiel, quien lo pone en boca del diablo: *Yo me hice a mí mismo*—que es como dice Job—*besar su propia mano*, lo cual es una muy grande impiedad.

El orgullo se desliza en el alma maravillosamente como por terreno minado. Muchas veces nace de grandes virtudes; otras veces nos envanecemos, y habida cuenta de nuestra moderación y aun al reflexionar que somos orgullosos, y ello nos pesa, vuelve el alma sobre sí, pero seguimos siéndolo aunque su orgullo la desagrada.

Es en verdad sinuosa aquella serpiente enemiga de los hombres; pero también nuestra materia está muy estragada por la larga continuación de los vicios. En ocasiones despierta el orgullo un régimen recto de vida; *enferma curando*, como dijo aquél y como se dice de la palmera, *doblándose se empina*. En efecto, cuando aconsejamos a alguno que confíe en su virtud, que es un bien verdadero y macizo, y no en la alcurnia, en las riquezas, en la hermosura, en la buena labia, en la erudición, popularidad, que son puras vanidades, resulta las más de las veces que, despreciando la admonición, cree que lo que más vale en él es precisamente aquello de lo cual se le aconseja no ponerse moños y que posee gran erudición, belleza o dotes semejantes, puesto que ve que se imponen remedios para que con tan buenas partes no se ensoberbezca. Así, con la aplicación de la medicina, se encona la enfermedad, porque el medicamento recházase como molesto o se omite como inútil; empero la causa de la enfermedad, porque parece que contiene un honor, resulta grata y se fomenta con suma delicadeza y cuidado. Es, pues, necesaria mucha escuela para domeñar ésta fiera que toma tantas formas y levanta tantas cabezas.

El orgullo impide que se hagan grandes progresos en la ciencia, en parte, por empacho de aprender, por no manifestar inferioridad, y también porque los orgullosos pasan la mayor parte de la vida en la ambi-

ción, en la envidia, la ira, la sed de venganza. Ocupados así, no es posible que idea alguna sana quepa en su pensamiento. Y así como los animales venenosos si comen algo saludable lo convierten en ponzoña, así también el orgulloso, todo cuanto hace lo refiere a procurarse honores y a captar popularidad. Y como se perece por ser único y singular, si oye que se habla de alguno con elogio, luego al punto saca a relucir sus dotes para establecer comparación, porque las considera preeminentes. Preguntado Temístocles cuál era la música que más deleitaba su oído, contestó: *Mi panegírico.* Y aun se saborea con el goce de saberse ensalzado no solamente por aquellas cualidades de que se sabe falto, sino que tampoco ignora que lo saben los otros. *Mientes, pero me das gusto,* díjole una dama a la señora de compañía que la lisonjeaba. Pésale al orgulloso de que los demás se fijen, piensen, hablen de otra cosa que de él solo, y cree que no cumplen con su deber si hacen otra cosa, como Suetonio Tranquilo lo escribe de Calígula. Por eso querrían ver derribada toda altura, porque hace estorbo a sus luces, bien así como determinados príncipes, que sienten una tácita molestia cuando oyen mentar el poder divino y desearían que no hubiera nadie más poderoso que él, ni siquiera el mismo Dios. Ese mismo Calígula simulaba estar enemistado con Júpiter.

Tan profundamente convencido está el orgulloso de su preeminencia, que cree que debiera estar libre de las leyes humanas, y que todos sus actos gozaran de impunidad, a la vez que él es para los otros un juez rigurosísimo, y no solamente que todo lo suyo quedase impune, sino—lo que es más intolerable—que haya exentos en las cosas bien hechas de las leyes de la Naturaleza sin ser súbditos de Dios, Sumo y Todopoderoso. Así los hay que consideran ser vergonzoso orar en los templos, rogar a Dios humildemente, arrugar el rostro al recuerdo de sus débitos o verter una que otra lágrima. Muy bien dijo aquel declamador del soberbio: *Roburízase de tener miedo al César.*

El orgullo hace al alma hinchada y por ende vacía, no de otra manera que la lumbre al agua, como lo comprobamos en los cuerpos biliosos, donde fácilmente se producen flatos y ventosidades.

En todo el linaje de los vicios, excepto el orgullo, pueden coexistir la paz y la concordia. A esa incompatibilidad se refieren los *Proverbios* de Salomón: *Entre los orgullosos siempre hay peleas.* Todos los restantes viciosos desean lo que pueden conseguir; los orgullosos, lo que desean no lo pueden haber, a saber: que ambos a dos sean preferidos a otro. El soberbio sólo tiene alguna apariencia de amistad con aquel que se le somete por adulación en las cosas o por lagotería en las palabras. No hay medio de persuadir al orgulloso de que se abstenga de aquellas pasiones que rozan con la humillación: el miedo, la alegría caudalosa, la lisonja, el alarde ostentoso, aun cuando se rebaja en determinadas ocasiones, para luego remontarse más, de igual modo que retroceden los que quieren saltar más lejos. Esto explica el que a veces se abate a la más abyecta servidumbre para señorear con más desafuero y se humilla aun a los más necesitados y a los más ruines y bellacos, si piensa que con ellos podrá construirse un peldaño para escalar el mando, como en la anti-

güedad lo hicieron Cayo Mario y Julio César y lo hacen cada día nuestros príncipes.

Existen también una cierta cortesía y educación orgullosísima, no para el honor de otro, sino de nosotros mismos, para que se nos considere como buenos, prudentes y bien educados, y esto nos granjee estima. De este orgullo dice Jesús en el *Eclesiástico: Hay quien se humilla malignamente y sus interioridades están llenas de engaño.*

Esta pasión es efervescente en sumo grado; nace y se desarrolla sigilosamente en sitios, tiempos y lugares cálidos, verbigracia: en el mediodía y con ocasión de guerras y de altercados. Cuanto mayor aprecio hagamos del bien que creemos poseer, más levanta su cresta ese gallo, como si fuese el más raro, que tocó a muy pocos y aun de los más destacados, por no decir que a ninguno. Se examinan y tienen en cuenta las opiniones de los presentes; el soldado aguerrido se envanece en los campamentos y en los choques bélicos, y el sabio ilustre en las academias. Al revés, pierde moral el hombre estudioso a la sombra de las banderas militares y el soldado en medio de libros se desconcierta y desmoraliza. Por eso los más orgullosos de todos son los nobles y los hermosos, porque así la cuna ilustre y la belleza física son muy apreciadas dondequiera; también los ricos, porque, como dijo el Sabio: *Todo rinde pleitesía al dinero,* y todos le hacen honor.

El orgullo se quebranta primero por la sabiduría, por la consideración de nuestra vileza; también cuando sabemos claramente que los demás no ignoran que carecemos de aquellos bienes que aparentamos o saben que no son nuestros sino con relación al tiempo. También se quebranta si vienen tantos males que abrumen los bienes presuntos y nos despeñan en el encogimiento del alma o por un gran peligro nos precipitan en el miedo y el horror.

Siendo como es el orgullo una pasión cálida, se entibia con el enfriamiento del cuerpo, por los alimentos, por el lugar. Considerados en sí los bienes pasados, nos levantan el ánimo y, en cambio, nos lo deprimen si los comparamos a la vergüenza de la suerte actual, pensando que los hemos perdido por culpa nuestra y más si nos ha acarreado infamia, como la traición, el hurto, el latrocinio, el adulterio, el juego, la imprudencia, la locura.

No era malo, no, aquel primer germen de orgullo, del cual degeneró en tamaña malicia; no, no era malo. Era para que el hombre, considerándose nacido en condición excelente, se amase y se conceptuase digno de los bienes mayores y verdaderos, a saber: de los celestiales para desearlos con toda la grandeza de su alma. Empero, caído en la ignorancia, se apartó muchísimo de aquel fin hasta parar en el deseo de cosas viles y las más vanas, a las cuales doró con el nombre de bienes y los puso en lugar de aquellos otros eternos.

Brujas, año 1538.

FIN DEL
«TRATADO DEL ALMA»

OBRAS
APOLOGETICAS

DE LA VERDAD DE LA FE CRISTIANA (1)

(DE VERITATE FIDEI CHRISTIANÆ)

(1543)

OBRA POSTUMA

DEDICATORIA

A PAULO III

PONTÍFICE EN TODOS LOS ÓRDENES SUMO, FRANCISCO CRANEVELT, DE NIMEGA, EL MÁS INSIGNIFICANTE DE LOS JURISCONSULTOS: SALÚD Y ACATAMIENTO

ENTRE tantas y tan grandes alabanzas y tan ilustres merecimientos, ¡oh Paulo III, Pontífice Máximo!, con cuyo adorno subiste al ápice de la sublime dignidad pontifical para universal admiración: en primer término, por los domésticos y antiquísimos blasones de tu familia muy esclarecida; después, por el celebérrimo testimonio que en sus escritos dejaron consignado los hombres de mayor erudición, y en último lugar, por las innumerables dotes, así físicas como morales, que te otorgó con mano larga la benignidad de Dios, Optimo, Máximo, o te granjeó tu personal industria, ninguna otra cosa te realzó más verdaderamente sobre los demás hombres de tu categoría o te ilustró con grandeza mayor como el hecho de que a esa cumbre soberana de todas las dignidades, la más descollada que en hombres mortales puede recaer, subiste contigo la adecuada conveniencia moral, la llaneza, la justicia, la entereza, y aquella conducta en la cual el propio Momo no hallaría cosa que poder reprender ni en el desempeño de tu ministerio supremo, a lo cual no den mucho mayor lustre tus hechos preclaros y tus virtudes eximias. Estamos viendo cómo Tú, con un celo que corre pa-

(1) Prometió Luis Vives en términos vagos esta obra apologética en el tratado *Del alma y de la vida*, en que ocupó parte del penúltimo año de su existencia. Seguramente trabajaba en ella a sus tiempos desde fecha bastante anterior. Con piadosa diligencia Margarita Valldaura, su viuda ejemplar, recogió estas hojas, carentes de la última lima y confió su publicación al fiel amigo de su marido, quien, satisfaciendo un plausible deseo del malogrado autor, dedicó la obra al Papa Paulo III y respetó con escrúpulo sumo el texto imperfecto y venerable.

rejas con tu sabiduría, con preferencia sobre cualquier otro cuidado, te propusiste siempre y aún mantienes el mismo constante propósito de que cada día más y más se amplíe con cosechas más felices y cunda más copiosamente aquella piedad verdaderamente cristiana, a la que, en los pasados años, arruinaron en gran parte así las guerras calamitosas que estallaron en casi toda la redondez del orbe, como las disidencias y escisiones de las sectas. Pero Tú, a fuer de astro benigno de tal manera relumbraste a nuestros ojos, mientras andábamos engolfados en este mar peligroso y bravío, que redujiste a serenidad esas borrascas fieras, esas guerras que casi ya habían acabado con Francia y con Italia y en el reparar la religión descaecida te nos demostraste como un nuevo Esdras, conviene a saber, como industrioso y diligentísimo restaurador y arquitecto, que no solamente pudieras remediar los vicios posibles que acaso se deslizaran en tamaña empresa, sino, también, restituir la robustez primitiva del edificio y reponer y confirmar con hermosura acrecentada la bella fábrica antigua que iba reduciendo a ruinas la propia vetustez. Pero no faltará ocasión de celebrar los loores de Tu Santidad con pregón más ilustre y sonoroso. Ahora, en pocas palabras, entenderá Tu Santidad cuál fué el motivo que pudo impelirme al extremo de escribirte, a mí, hombre desconocido, casi del último confín de la Galia Bélgica, cuyo nombre hasta ahora no voló en alas de la fama. Pensaba Juan Luis Vives, polígrafo sapientísimo, unido conmigo por sabrosa comunidad de estudios y por muy estrecha y dulce familiaridad, luego de haber entregado a la posteridad muchos monumentos literarios que andan asiduamente en las manos de los doctos, ser asimismo obligación suya que en estos tiempos tan estragados, en que se promovían tantas polémicas sobre cosas tocantes a la religión y se originaban tantas y tan trascendentales tragedias, también él por su parte y con todo el ardor que pudiese debía arrimar el hombro a la tarea y contribuir al bien público. Por espacio de algunos años y ya en los postreros de su vida, fué escribiendo esta obra acerca *De la verdad de la fe cristiana*, en cinco libros, tratados con tanta suavidad como elocuencia, y en los cuales desplegó toda la fuerza de su ingenio y de su doctrina, que pudo parecer que puesto que iba a morir, era aquél su canto de cisne. Consta que en estos libros puso más diligencia y trabajo que en todos sus hermanos entenados que fué publicando en todo el no largo discurso de su vida. Y, con todo, no bien les había dado la última mano, se lo llevaron sus crónicas dolencias de cálculos, gota y fiebre, y quedó libre de la cárcel de su cuerpo ruin, cuando apenas había llegado a los cuarenta y ocho años de su edad, agotado, según mis conjeturas, por la continuada y devoradora aplicación a sus estudios, que era la más poderosa pasión y la más dulce tirana de su vida. Pensó Vives, cuando todavía respiraba, que al frente de esta obra, a título de dedicación, debía estamparse el nombre de Tu Santidad, como Cabeza y Asertor de nuestra Religión, cuyo soberano criterio debía aprobar cuanto aquí se disputa sutil y firmemente acerca de los fundamentos de nuestra Religión, contra los judíos, los infieles, los musulmanes y los malos cristianos, y que si a ella se allegara el visto bueno de Tu Santidad, iba a leerse toda ella con ma-

yor aprovechamiento de todos los estudiosos; si por acaso hubiera sufrido al componerla algún yerro o alucinación, puesto que no hay obra humana que sea perfecta, todo ello lo sujetó a la corrección de la Santa Madre Iglesia. Muy bien pudiera él, si el Cielo hubiera prorrogado su vida algún espacio más, añadir, o cambiar, o quizá suprimir algo. Pero la temprana muerte de varón tan grande ocasionó que carezca del último toque esta bella obra, como aquella clásica pintura de Venus, a la cual pienso yo que no habrá mortal alguno tan osado que acerque a ella su pincel, como se cuenta de la que el pintor Apeles había empezado para los isleños de Coos. Terminada una parte, como dice Plinio, interpúsose la muerte avarienta y envidiosa y no se halló quien asumiera el pavoroso compromiso de dar el obligado fin al genial diseño. Así en el fin del segundo libro, que termina bruscamente, al borde abrupto de una sima que con su hondura temerosa aleja con terror de toda nimia y ulterior investigación de las cosas divinas, puesto que están por encima del alcance de la mente y del ingenio humanos. Por esto, ni en aquel pasaje ni en algunos otros aún no suficientemente desbastados, no añadimos, ni quitamos tilde, porque pensábamos que ello no se avenía con nuestra misión.

La única concesión que admití, fué que revertiera a mí, su viejo compañero y malogrado amigo, el deber sucesorio de escribir la epístola nuncupatoria. Desgraciadamente, ese nuestro estilo es más duro y más desafeitado de lo que convenía; pero de manera alguna pude negar a la respetable dama Margarita Valldaura, esposa cariñosísima de aquel marido ejemplar, este pobre servicio que me pedía por cartas encarecidas. Y era asimismo deseo suyo muy entrañable que yo engalanara con palabras mías e hiciese a Tu Santidad la presentación de la ofrenda y del autor de la ofrenda, a lo cual pensé yo que me había de negar en redondo por no ajar ni pisar la gloria de tan excelente varón por la insuficiencia de mi ingenio. Más recio y más sonoro repique de campanas le resultará de la lectura que el que yo le pudiera hacer con mis pobres encomios. La gloria del autor, a la cual de toda justicia se le debe la publicación del libro, no solamente excluye las obligadas estrecheces de una carta, sino también la pobreza de mi expresión. Por lo cual de él se puede decir lo que Salustio dice de Cartago: «Pienso que es un acierto mayor el silencio total que el escaso balbuceo.» Así que Tu Santidad hubiere dado a este libro el puesto principal en tu biblioteca, cuidará de que se publique y se lea con la seguridad de que, aprobado con esta irrecusable autorización, se lea con gran aprovechamiento y fruto de los estudiosos. Todos los amantes de la verdad cristiana le pedimos a Dios, por cuya providencia nació ese Paulo III, imitador perfecto de aquel otro Paulo, Príncipe de los Apóstoles, y fué dado al mundo para socorro de los negocios de los mortales. Quiera el Cielo prolongar su longevidad hasta el límite máximo y le dé buena manderecha en restablecer la concordia de nuestra religión y en fortalecer la verdad, colaborando en esa tarea con todas sus fuerzas, y, como suele decirse, a remo y a vela, el César Carlos V, invictísimo príncipe, siempre augusto y siempre feliz. De todo lo restante, trataremos con el piadoso lector.

PREFACION

Grandes y muy graves heridas infligió al humanal linaje el primer pecado de aquel primer hombre que se llamó Adán; y no en el cuerpo solo, que desde aquel momento quedó irremediablemente enflaquecido e inevitablemente expuesto a las enfermedades, a la progresiva vejez y a la irreparable muerte allá, al final de la jornada; sino en el alma también, que es la parte del hombre más divina. Y lo que es aún más para lamentar: recibió una lesión gravísima en la voluntad, la cual como fuese que antes, por generoso impulso inicial, tiraba al amor del Hacedor soberano, desde aquel mismo instante empezó a desviarse de aquel perfecto y auténtico bien y se torció a la vanidad y a la nada. Entonces, en la mente (que es la porción del hombre más elevada y como su atalaya vigilante) se apiñó un nublado y como una borrasca de tinieblas, quiero decir, que en ella se entronizó la ignorancia y arrastró consigo la ceguera tan grande que ya desde entonces por sí misma no pudo barruntar ni atinar el camino recto y el punto de su destino. Hija inmediata y precoz de esta ignorancia, luego al punto nace en el hombre la difidencia suspicaz, que hace que aun cuando las personas más ilustradas le advierten de lo que es mejor, él, con todo, no cree fácilmente que ello sea así, y les rehusa la obediencia, ni aun cuando es Dios mismo quien por su boca enseña o manda algo, pues o bien no creen los hombres que Dios prescribiera tal mandamiento, o lo olvidan, o ciertamente lo descuidan, o, por ventura, sospechan que no entendieron bastante cuáles son a ciencia cierta las enseñanzas que por lo que atañe a su propio culto Dios mismo no se desdeñó de darnos en el Antiguo y el Nuevo Testamento. Y siendo así que los unos son en este punto francamente incrédulos y los otros desconfiados y vacilantes, ¿no valdrá la pena de que las afiancemos y corroboremos con razones humanas, a efecto de conducir a la fe a aquellos a quienes la sola autoridad de Dios, que nos lo dice, parece no tener validez suficiente para la persuasión? Aun entre los cristianos, son muchos aquellos cuya fe, como una pintura ya casi borrada por la antigüedad, tiene necesidad de que se la renueve con el pincel de una más enérgica persuasión.

Quizá algunos se maravillarán cuando oyeren que los mandatos de Dios se afianzan con razones, como si nos hubiéremos propuesto robustecer la autoridad divina con soportes humanos y dirán a gritos que casi todo el mérito de la fe desaparece y se desestima, si la afirma y corrobora la razón humana. Tengan entendido esos que se escandalizan que las razones de que nos vamos a servir en esta obra serán razones efectivamente humanas, pero idas a buscar y tomadas de fuente divina. Son ellas tales, que jamás por jamás vinieran a las mientes de hombre alguno por más ingenioso e ilustrado que fuese, si Dios mismo, según la muchedumbre de sus misericordias, por mediación de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo, no nos hubiera revelado la verdad, arrebujada en lugar abstruso, y como dice el refrán, agazapada y sumida en el

pozo de Demócrito. Pero enseñada ya la verdad y patente en su casta desnudez y rotos aquellos siete sellos que acullá, en la visión del Apocalipsis, cerraban el Libro de los misterios, que sólo el Cordero sin mancilla fué considerado digno que lo abriese, ya no resulta demasiado difícil aplicar razones para explicar aquella verdad. No porque tengamos la pretensión de sostener lo divino con apoyos y palancas humanas (¿qué cosa pueda haber más absurda?), sino para demostrar, según nos lo consientan nuestras flacas fuerzas, la total conformidad y connivencia que mantienen entre sí, puesto que la razón humana no es sino un reflejo de aquella luz divina, según cantó el coronado Salmista: *Signada está sobre nosotros, ¡oh Señor!, la lumbre de tu rostro.* No disienten, pues, ni son antagónicas, si se las sabe debidamente desempolvar y escudriñar.

Y que nadie recele perder el mérito de la fe, si leyere estas páginas mías, pues no voy a aducir razones tales que ofrezcan (como dijo aquél) la experiencia de los sentidos. Y, con todo, entre ellas las hay de una eficacia incontrastable. No obstante, hase de confesar que es mayor el mérito, en la esperanza y en la caridad, que en la fe sola, pues aun los mismos demonios, como dice el Apóstol Santiago, *creen y tiemblan,* pero no esperan ni aman. Y que nadie sienta aprensión de que aquí se dispute acerca de la verdad de la fe, pues así, mejor y más claramente, quedarán al descubierto los fraudes y las imposturas y trampantojos del diablo en que desea enredar las almas y sepultarlas en el infierno. Y si todos nosotros tuviéremos el Espíritu Santo y aquella sagrada unción espiritual que nos lo enseñase todo, esto mismo ya fuera suficiente y no tendríamos ninguna necesidad de razones. Pero siendo tan sublime este don que no se da a todos ni a todas horas, vamos aquí a utilizar razones muy buscadas, cosa que ni hacemos los primeros, ni sin pisadas que seguir, puesto que hasta nuestros días acostumbraron hacerlo muchísimos varones ilustres en santidad, cuyos dichos, bien así como quien va a zaga de los segadores, hemos reunido en manojos y ensilado para nuestros usos. Y nadie piense que la fe se perfecciona con esas razones humanas o que con ellas pueda engendrarse en nosotros. Modestamente no pasa de ser una *Isagoge* o una suerte de introducción, a efecto de pedir a Dios la fe, puesto que es dádiva suya, hasta el punto que no sin motivo los Apóstoles dijeron: *Señor, aumentad en nosotros la fe.* Aun cuando debemos abrigar certidumbre firmísima, sin la más leve sombra de duda, de que la da a quien se la pide, con benéfica bondad y con largueza no tasada. Es cierto que la fe es un don del Altísimo; pero nosotros en todos estos libros no hemos hecho otra cosa ni hemos tenido más propósito que el de conducir por la mano, como quien dice, y mostrar de quién debe ser pedida, cómo ha de ser pedida, y por quién; conviene a saber, por Cristo, Señor Nuestro.

Yo no escribí esta obra para enaltecer la fe cristiana, que, venturosamente, no necesita de la recomendación ni de la propaganda vocinglera de nadie, y cuanto menos de nuestros pregones ruines, sino para confirmar a los hermanos y conducir a los de fuera de casa, a los heterodoxos, a la comunión del bien tan grande; empresa ésta que yo tomé sobre mis hombros, no sé con qué garantía de fruto, pero sí con las

más halagüeñas esperanzas y con la más grande resolución, aun cuando estemos viendo que en la actualidad este asunto se llevó más por el apasionamiento, como en las banderías y partidos políticos, que por la razón y el juicio. Así es que el judío se aferró a su secta con las uñas y los dientes, con el mismo fanatismo que el musulmán y los restantes infieles, porque las recibieron de sus padres, y no paran mientes adónde les conducirían el seso y la razón, convenientemente llamados a consulta.

Nosotros en toda esa obra hemos puesto cuidado singular en que cualquiera pueda entender los argumentos de que nos valemos, por poca advertencia que ponga en ellos. Dejamos para los círculos escolásticos algunos por demasiado intrincados y sutiles, pues parece que son más propios de ellos. ¡Ojalá consigamos desarrollarlos tan lisa y claramente que puedan entenderlos todos los buenos! Lactancio Firmiano, en trance de tocar materias muy semejantes a estas que tocamos nosotros, echaba de menos una elocuencia pareja a la de Cicerón. Es muy otro mi sentir acerca de Marco Tulio Cicerón, el cual, si alguna vez subiera al púlpito para hablar de esas cosas, entendiera a buen seguro cuánto más fácil era tratar causas forenses y cosas de guerra y temas políticos en presencia del pueblo romano, que disputar con la dignidad debida de Dios Padre y Autor del universo y de asuntos remotísimos del humano sentido, para que las oigan las naciones todas de la tierra. Pero pongamos ya manos a la obra, luego de haber suplicado a Cristo, favorecedor de todo buen propósito, que se digne acercar la suya a la tarea, porque no parezca que asumimos sin fruto y de balde empeño tan trabajoso.

LIBRO PRIMERO

QUE TRATA DEL HOMBRE Y DE DIOS
O SEA
DE LOS FUNDAMENTOS DE TODA LA RELIGION

CAPITULO PRIMERO

DEL FIN DE TODAS LAS COSAS

La principal de las muchas cosas por las cuales el sabio dista tanto del que no lo es es el hecho de que el sabio, cualquiera cosa haga o diga, refiérela a un fin determinado; el necio, empero, y el desatinado obran temerariamente y sin consejo sin detenerse a pensar en su posible resultado. Y entre estos mismos sabios, cuanto más agudo y más cuerdo sea cada uno, tiene para cada caso más cierta y más fija su finalidad, y hasta donde le fuere posible deja a la eventualidad las más pequeñas contingencias. Muy celebrada fué de la antigüedad aquella sentencia de Aristóteles que a esto mira: *Donde la prudencia despliega su pujanza toda, allí no tiene asidero alguno la Fortuna.* Quiere esto decir que no es larga la licencia que da a su poder y a su albedrío anto-

jadizos aquel que prevé con diligencia el probable suceso de las cosas y pone en práctica los consejos pertinentes. Es en extremo propio del varón sabio ordenar y señalarse un plan, hasta donde estuviere en su mano; pero no va a conseguirlo jamás si no lanzare sus ojos y su intención a un fin bien circunscrito, como a su blanco el flechero. Por esto, como no haya ser alguno en el mundo más sabio que el Hacedor del mundo (y no es lícito pensar ninguna otra cosa de El), no es siquiera imaginable que no haya enderezado cada una de sus cosas a sus precisos objetivos; ni es posible hallar en la Naturaleza criatura alguna hecha de balde y sin consejo, sin miras a la meta a la cual debiera dirigirse. Verdad ésta, descubierta siglos ha, por ingenios clarividentes, demostrada y puesta en claro con tanta fortaleza y abundancia de argumentos, que es de todo punto ocioso que yo vaya a repetir aquí sus razones. A la mano están sus libros, que llegan a decir que no hay torpeza mayor en el mundo físico que decir que cosa alguna fué hecha sin causa.

Gran pecado sería, merecedor de dura expiación, que el ingenio humano sintiera y pensara de quien es el Creador o el Gobernador de esa fábrica grandiosa, lo que apenas es lícito juzgarlo de cualquier sabio corriente, a saber, que se metió en algún empeño a tontas y a locas, sin motivo suficiente de pechar con él y consagrarle sus desvelos. Los cursos y rotaciones del cielo, las alternativas establecidas y ciertas de las cosas, todos los seres distribuídos separadamente en géneros y formas nos advierten y nos enseñan esto con toda puntualidad y certidumbre, que son estables y firmes las causas de cada una de las cosas, ora sean creadas, ora conservadas, ora estén en trance de perecer, pues de otra manera no se producirán estos fenómenos o no tendrían tan perseverante constancia y regularidad. No pueden tener firmeza y estabilidad las cosas echadas al voleo y que no se dirigen a un éxito preconcebido y cierto. Acerca de este punto ya hablamos en la *Filosofía primera*, y más abajo insistiremos en él de soslayo y de una manera fugaz. La sabiduría, pues, se apunta un fin cierto y sólido, y la bondad un fin bueno y útil, pues no es cosa del sabio proponerse fines insignificantes o inciertos, leves como vilos, al emprender una acción o una obra sin andar a los alcances de aquellos cuyo premio esté muy por debajo del esfuerzo realizado. Ni es propio del hombre bueno proponerse finalidades aviesas o dañinas, pues si tal hiciere, ya deja de ser bueno; y si el sabio hace aquello primero, ya deja de ser sabio, puesto que su mente alienta en la necedad o su voluntad en la malicia. Y puesto que no hay ser alguno más sabio que Dios ni mejor que El, no cabe duda que encaminó todas sus obras a fines ciertos, grandes, sólidos y saludables, cuales son todos aquellos dignos de su sabiduría y de su bondad. Y si nuestros mismos sentidos nos amonestan que los fines y las aplicaciones de las cosas chicas son grandes y admirables, ¿cuán grande es razón que pensemos que es el fin del hombre, que puja tanto sobre todos los otros seres?

Todo agente, cuando emprende una acción, se señaló un fin que a manera de aguijón le acucia a obrar y a persistir en la obra. Esto es una experiencia diaria que cada cual puede comprobar en sí mismo y en los otros. El que por codicia de dinero emprendió una navegación, a

ése, el dinero encariñado en su pecho y que en lontananza le sonríe, le metió en la nave y le retiene en la nave. A esa meta el agente encamina la obra y no la deja hasta que a ella se llegó o le atribuye fuerzas y facultad por las que va camino de ella. Los mismos artistas construyen masas inertes y en reposo, y a las máquinas les aplican los necesarios adminículos para que puedan desarrollar sus movimientos y locomociones. La estatua, como estática que es y carente de movimiento, no puede acabarse a sí misma, y el escultor o el fundidor la termina. En cambio, al reloj o al molino sus respectivos artesanos los llevan a tal punto que, desde luego, pueden marchar por sí mismos. Los nombres mismos declaran de consuno, con una tácita unanimidad del género humano, qué principio tienen los movimientos y las acciones y cuál es la fuente, por decirlo así, de donde dimanan. Hay unos movimientos que son naturales; prodúcelos la fuerza y el poder de la Naturaleza. Otros hay que son voluntarios, llamados también humanos; a éstos verifícalos el hombre o la que en él es su más poderoso móvil: la voluntad. A aquéllos, la facultad de la naturaleza los conduce al fin; a estotros, la facultad del hombre o de la voluntad; la misión de esta potestad es ejercer el supremo mando en el hombre: gobernarlo y templarlo todo en él. A este poder supremo anda adjunta la mente a fuer de consultora. Nada hay tan propio de quien recibe consultas, como retener y conocer aquellas materias sobre las cuales se acostumbra consultarle, pues de otra manera no serán acertadas las soluciones que dé. Por esta razón, esa mente, de cuyo consejo se aprovecha la voluntad, y que le enseña qué es lo que debe seguir, qué es lo que debe practicar, y, por otra parte, qué debe evitar y desdeñar, no es sino la luz del alma. En esa luz de la mente necesariamente debió Dios depositar, informe e ingénita, la noticia de la idea del fin para el cual fuimos criados. De no ser así, bien poco aprovecharía ese maestro y consejero, y tendríase que buscar otro más idóneo que nos impusiera en conocimiento tan necesario, y cuya ignorancia, por sí sola, constituiría una gravísima calamidad y una mortal pestilencia. De ninguna manera puede creerse que ese maestro que se le ha puesto a nuestra voluntad, como su ayo o su lazarillo, esté manco y destituído del conocimiento de aquellas cosas que tanto nos importa saber. Ni hubiera dado la postrer mano a su obra Dios, artífice sapientísimo, no añadiéndole un mentor que le encaminase a la finalidad ignorada; ni nosotros tendríamos culpa alguna si nos desviáramos del fin que desconociéramos.

Los mismos animales irracionales nos declaran inequívocamente la misión final por la que fuimos enviados a la vida. Viéndolos a todos copiosamente pertrechados y adornados de todas las cualidades requeridas para su fin, por una muy fácil conjetura podemos entender que más copiosamente se dotó al hombre de la facultad de alcanzar su meta. Más alto es y muy mejor el fin del hombre que el de todos los seres restantes, cuanto más excelente es él que todos ellos. Si todas las otras criaturas tuvieran aparejo pobre para conseguir su fin, acaso la pérdida fuera liviana; pero resultaría gravísima si el hombre, rey de la creación, estuviera privado de la mejor y más principal parte de sí; y si por ser la obra maestra, salida de sus dedos, la divina sabi-

duría padeciese mengua y en tan primorosa factura se echara de menos alguna perfección. Si a todos los restantes seres creados para servicio y comodidad del hombre, que es su cabeza, su príncipe, su motivación, les cupieron en suerte las condiciones que habían de conducirles a la consecución de sus destinos, es de todo punto necesario el haber alcanzado una facultad superior, porque no parezca haber sido creado en balde, con alguna queja contra el Criador, cosa que Dios no quiera. ¿Por ventura Dios, que puso tanta diligencia y tanto cuidado en lo que toca a la defensa del cuerpo y a la propagación de esa vida temporal; que tantas plantas, tantos animales, tantos frutos produce en su sazón determinada y cierta; en aquellos otros elementos que nos granjean la inmortalidad, habrá tenido la mano más parca y más breve y no nos habrá provisto de ellos con más largueza y plenitud? Así que puesto que es razón que de Dios lo creamos todo, o mejor todavía, que debemos tener por verdad cierta y averiguada que todo es en El sumo, óptimo, perfectísimo, debemos tener también como realidad explorada y comprobada que el hombre, que aventaja en excelencia a todos los otros seres corpóreos, está dotado de una más excelente y ventajosa condición, para que sea comunicada a su voluntad la propensión a su fin y el conocimiento de ese fin sea inculcado a su mente, mentora y consejera de la voluntad. Este conocimiento crece y se desarrolla mediante el uso, la experiencia, el mayor saber, la contemplación del mundo, la meditación sobre lo que está dentro del hombre y lo que le está fuera. No de otra manera este conocimiento congénito se acrecienta y se manifiesta como la semilla ayudada por el suelo y por el cielo produce hierbas, flores y frutos. No querría yo que se me moviera controversia por cuestiones de nombre, ora se llame comprensión ingénita, ora se denomine semilla, o luz, o facultad, o natural inclinación, como suele haberla en el ingenio para las cosas más manifiestas que desde el momento mismo que se nos ofrecen, luego al punto las arrebatamos y nos las hacemos nuestras, verbigracia, que el todo es mayor que la mitad; si de las iguales se quitan partes iguales, las que restan son iguales. En éstas convienen hasta los niños con tal unanimidad que parecen tener un conocimiento informe, si se quiere, pero nacido con ellos acerca de estas verdades. Sea el que fuere el nombre que pluguiere más, la realidad será siempre la misma.

El apóstol San Pablo, escribiendo a los romanos, enseña de qué modo aquellas como semillas de nuestras mentes se demuestran y se desarrollan, ora aquella luz del alma manifieste lo que es necesario, ora se ejercite la facultad y exteriorice su obra: *Las cosas invisibles de Dios* —dice—*entendidas por la creación del mundo se barruntan por las cosas que son hechas.* Y esto no desde Moisés hasta Abrahán, sino desde los primeros albores del mundo, y no solamente aquellas cosas superficialmente invisibles y someras, sino también aquellas muy íntimas guardadas en un recato inviolable, por manera que no tiene exculpación posible nadie que se desvíe de su propio destino. Pecamos por vicio, no de la naturaleza, sino de la voluntad, la cual, desentendiéndose de los cuerdos avisos, se va en pos de lo peor o desdeña a su mentor y su guía y no cuida de ejercitarse en aquello mismo que ha de ense-

ñar, no sea que saliéndose del camino por achaque de la ignorancia, le conduzca a un precipicio y a una perdición cierta. De estos vicios, el uno es de ignorancia, y el otro es de malicia, por no obedecer a su monitor. Por lo demás, no te excusa de pecado la ignorancia que por tu desidia o por tu enajenación se circunscribió a liviandades, inanidades, superfluidades; no más que si delinques contra las leyes humanas que por apatía o pereza desconocieres. Esta pequeña lumbrera de la mente que recibimos por dádiva de Dios, o se torna lánguida y mortecina en la ociosidad, o cuando se vuelve a vilezas, se enlobreguece y no alumbra la meta ni el camino que a ella conduce; y la semilla, por malignidad del suelo o porque matorrales y pedregales la entierran, queda sofocada. De ahí nace aquella perversa y dañina costumbre que se enseñorea del espíritu y lo habitúa a no levantarse a la contemplación de lo necesario, sino de lo superfluo solo y que ningún provecho debe reportar. Si la mente se ofusca por la negligencia o el vicio y en cierta manera se embosquece, se cierra el paso a la luz. Las tinieblas ya no nos descaminan solamente, sino que nos llevan en sentido contrario y a nuestra segura perdición. Deber nuestro es tener cuenta con las desviaciones, que son tantas y tan cotidianas en la vida de los hombres, cuando la mente ciega conduce la voluntad ciega.

CAPITULO II

CUÁNTO IMPORTA ENSEÑAR EL FIN

Considerando esto, aquellos grandes varones de la antigüedad que, por singular beneficio de Dios, adquirieron mayor robustez mental y aquella facultad superior de que hablaba poco ha, aventajándose al común de los mortales y a las que ellos mismos, con la práctica y el cuidadoso ejercicio dieron esplendor y creces, tomáronse el magnánimo empeño de mondar esta trocha espesísima y dar en ella paso a la luz, para que, por fin, el hombre atendiese a lo que era, cuál fué la misión que le trajo a la vida, y por qué caminos debía enderezar a ella sus pasos. Pensaron atinadamente que ninguna otra obra podrían hacer más bella ni más excelente, ni por la cual pudieran más merecidamente granjearse la gratitud de todo el humanal linaje. Indudablemente no se engañaban. ¿Qué hay en cualquiera cosa más grande y de mayor estimación que enseñar su utilización y para qué uso está aparejada? El hombre, si no sabe para qué fin está puesto en la vida, ni adónde tiene que ir, ¿no parecerá que fué procreado de balde? Con razón y por unánime consenso, es alabado el ateniense Sócrates por haber sido el primero que a la filosofía avecindada en el cielo, errante y sumergida en los elementos naturales, la hizo bajar a la tierra para que inquiriese la virtud, y la introdujo en las ciudades y en las moradas humanas para el provecho de los hombres y para que cada cual averiguase la causa por la cual había sido creado.

No había él hecho apear del cielo la filosofía, si solamente hubiera enseñado la verdadera y anténtica virtud, sino que, volandera y andariega, sin brújula ni rumbo cierto y haciendo grandes y vanos rodeos, la había reexpedido al cielo para que los hombres la fueran a buscar allí mismo a donde ellos habían de retornar, conducidos por ella. El favor

divino no atribuyó a los hombres la facultad de entender e inquirir la verdad para que se malogre infructuosamente en escudriñar con curiosidad las cosas, sino para volvernos al cielo, esto es, a nuestro primitivo origen. De aquí vino que se haya dado en pensar que la cabeza y el eje de toda la filosofía consista en el conocimiento de los fines de los bienes y los males, y que los que discrepan de ese parecer se juzgasen alejados y ajenos a toda la escuela. Aquella era, por decirlo así, la nota que distinguía y caracterizaba las diversas tendencias de los filósofos, y ello con razón sobrada, porque si la filosofía es la ley y la razón de la vida, es necesario que ella sea el camino por el cual se llega a la meta. Donde existen metas diferentes y contrarias, no puede ser única la senda que nos acerca a ellas.

Dejaron éstos monumentalizadas no pocas verdades, a cuya consecución cualquiera de los nuestros se maravillará que hayan ellos llegado, bien porque alcanzaron una lumbre natural mejor, o porque la purgaron de escorias y tinieblas y la utilizaron con más grande diligencia.

Pero en muchas otras sufrieron alucinaciones y caídas, y principalmente en aquellas en que, por nuestra parte, hemos de maravillarnos de que los autores e inventores de las cosas más grandes y más bellas no atinaron a ver lo que se seguía de las mismas que ellos habían descubierto. Parece que ellos no acertaron a reconocer su propia voz y que fué casualidad pura lo que les hizo dar en la verdad más que no despejo de su inteligencia. Engañóse la flaqueza humana en parte por la lentitud y torpeza de su pecho, en parte por ignorancia y falta de ejercicio, bien por estar mal formada y criada de otros, verbigracia: los padres, los educadores, los maestros mismos de humanidades, los formadores de su espíritu, de las costumbres públicas, de las opiniones generalizadas y recibidas por el vulgo, que es harto difícil desechar del todo, una vez que hicieron presa en nosotros. Allegóse a esto el afán de contradecir y de adquirir renombre para también ellos figurar entre los inventores y fundadores de escuela. Húbolos quienes a la medida de sus deseos, forjaron sus opiniones y su conducta, como los hombres que, entregados a crímenes, delitos y maldades, querrían que no hubiese un Dios vengador de las malas obras; y de esa disposición, rodando por el halagüeño deslizadero de los vicios, llegan a persuadirse que Dios no existe en realidad. Combatida la humana fragilidad por el embate de tantas máquinas e ingenios bélicos, se viene al suelo, pero con una caída que, si debe perdonarse, en ningún caso debe dejarse de lamentar.

De ahí, la escisión y desmenuzamiento del estudio de la sabiduría en tantas disciplinas y filosofías, y por eso mismo en tantas sabidurías, pues cada una de aquellas facciones y bandos pregona a voz en cuello y sostiene tercamente que la sabiduría milita debajo de sus banderas. De ahí, tantas pelamesas entre ellos y tantas estocadas traicioneras, y, por una y otra bandería, tantas razones excogitadas por ingenios, que de puro sutiles se quiebran, y que aparentan superficialmente una gran verosimilitud y no son más que trampantojos que ilusionan la mente y espesan aún más la cerrazón del ingenio humano y no consiguen sino reexpedir desde la escuela a su casa a los apasionados bus-

cadores de la verdad más inciertos y despistados que cuando se sentaron en sus bancos. Concentrando exclusivamente toda la fuerza del ingenio en querer persuadir que lo bueno es lo malo y lo falso es lo verdadero, se impone dar a luz algún engendro que haga parecer a algunos que en efecto lo ha conseguido. En estas grandes y bravas ondas de la ciega ignorancia, anduvo por mucho tiempo y muy reciamente peloteado el linaje humano, hasta que Dios se dignó abajar sobre nosotros su mirada y revelar a los ojos mortales la más pura lumbre de su verdad, a Abrahán primeramente, por la magnitud y firmeza de sus confiadas esperanzas, y luego a la estirpe suya, por Isaac y Jacob. Mas con el discurso del tiempo a los descendientes de Jacob, muy acrecentado en Egipto con la ley dada por Moisés, pero esto a muy pocos. ¿Cuál era, en efecto, la porción del género humano que acaudillaba? Y en la postrimería de los tiempos abrió los tesoros de su bondad, y los brindó a todos los pueblos de la tierra, enviando al mundo a su Hijo, Jesucristo, que es su misma verdad y sabiduría. Vestido de nuestra humanidad, diónoslo por maestro y guía de nuestro camino, dechado de nuestra vida, expiador de nuestras maldades, heraldo de paz, autor de nuestra salud. Pero los impíos cierran y tapian sus oídos a tan albriciador y saludable mensajero y rechazan lo que para ellos, como para los otros, debiera ser lo más deseable y el más vivo objeto de sus votos todos, y repudian la bondad y las misericordias del Señor de que andan tan necesitados, y por su propia medida miden a Dios en tanto grado, que así como ellos son inmisericordiosos, envidiosos y malos, creen que Dios es asimismo malo, envidioso, inmisericordioso. Esos tales, desviándose del recto camino que es único y llano, tomaron veredas aviesas, cuyo número ni calcularse puede. Cada uno hízose su propia senda por donde caminar, y abandonando a Dios, que es el Guía infalible, cada cual se constituye en su propio guía y no se deja guiar de la mejor parte de sí; es, a saber: la mente pura y purificada, sino por las perversas pasiones del alma o por razones turbias y flacas.

CAPITULO III

HAY QUE OBRAR SEGÚN RAZÓN

La medicina que Dios trajo al género humano doliente, consignáronla por escrito varones santos dóciles al dictado del Espíritu de Dios, y las que el Espíritu dictó son verdaderas voces y oráculos del cielo. Pero ni aun a ese testimonio le dan crédito los impíos, quienes sospechan que las Sagradas Letras, como cualesquiera otras, son invención de los hombres. A esos tales poco provecho les harán las palabras sagradas. Y con todo, hemos de poner empeño para que éstos también sean conducidos y reducidos a la contemplación de la verdad, a fin de que seamos ministros de Dios, que quiere que todos los hombres vengan al conocimiento de la verdad, es decir, al conocimiento de El mismo. Ningún otro recurso queda ya sino que los que cierran los ojos a esa nueva luz se alumbren con aquella otra precaria y primitiva, que el hombre desagradecido llama natural y suya, como si también no la hubiera recibido de Dios, como estotra. Empero, como esa facultad la saca consigo del úte-

ro materno y a todos es común, no reconoce al que es autor de ella, de guisa que no es en vano que parece amonestarnos aquel proverbio viejo: *No debe colocarse el beneficio en el niño, porque no se acordará de él.* Y aquel otro: *Quien a todos beneficia, de nadie granjea el reconocimiento.*

Pero dejemos por ahora de hablar de la ingratitud de los impíos, pues no es éste su lugar. Indagaremos la verdad guiados por la luz natural, puesto que es la única que queda entre nosotros y los contradictores a manera de camino donde poner nuestros pies para una menguada exploración de la verdad.

Pero antes de acometer la aventurada empresa, debemos responder a algunos varones piadosos que creen no ser lícito dar razones a la fe o confirmar la fe con razones, quienes aducen aquel tan sobado adagio vulgar: *No tiene mérito la fe, cuando la razón humana proporciona el experimento.* Importa mucho saber cómo entienden esto, pues ni se expresan con rigurosa exactitud, ni es total su apasionamiento de la verdad.

Ante todo nos debe constar qué es la razón y qué apoyar la fe en razones; cuáles razones y con qué alcance. La razón, puesto que en otro lugar quedó explicado lo que era, de momento vamos a declararlo refiriéndola a nuestro actual propósito. La razón viene a ser una especie de rayo que Dios derivó de aquel hontanar perenne de su luz sobre la mente humana. De este rayo divino, dice San Juan en el Evangelio *que ilumina a todo hombre que viene a este mundo.* Es, pues, nuestra razón como un arroyuelo emanado de la fuente de Dios, cuanto más ancho mana de la fuente, discurre tanto más lleno, y cuanto más cercano, tanto más terso, de arte que cuando corre turbio y barroso es señal evidentísima de que se aparta lejos de su fuente, y que es poco lo que le llega a él de aquel raudal bendito. Así que cuanto más pura y transparente es la razón, con ello manifiesta ser más vecina y más conforme con su origen que es Dios, y cuanto más pequeña y oscura, tanto más se aparta de él y por ende se le hace más desemejante. Si es mucha su proximidad, mejor y más fácilmente contemplará lo que es divino y lo que es verdadero de Dios. No hay que ir a buscar muy lejos la prueba de esta afirmación, pues los hombres doctos alcanzan más de las cosas divinas que el indocto y profano vulgo. No puede ser ajena de la razón verdad alguna, estando conforme con Dios, que es la fuente y el origen de la razón, o para mayor exactitud, la verdad y la razón manan de la misma fuente, y el mismo Dios es la luz de la razón y de la verdad, y así como El no puede ser contrario a Sí mismo, así tampoco puede serlo la razón informada por la verdad, ni aun cuando esté pervertida y oscurecida la habilidad y astucia de los hombres o de los demonios puede estar en pugna con la verdad; más aína, se dan ayuda mutua, de modo que por la razón se llega a la verdad fácilmente y por la verdad queda la razón limpia y pura de tenebrosidades.

Nadie ignora que las verdades de Dios son innumerables y son incircunscritas; mas la capacidad de nuestro ingenio es reducida y la luz celestial de la razón infundióse en ella según su medida, y así es como en nuestra mente no puede ser idéntica la medida de la verdad y la razón. La verdad de las cosas es mayor que la razón nuestra; pero no

lo que supera nuestra razón, por esto mismo le es contrario, enemigo ni antagónico. Mucha es la diferencia que va entre el superar y el repugnar. Por esto, aquellas razones forjadas contra nuestra santa Religión o son vanas del todo, y a primera vista archirridículas y despreciables, o andan enmascaradas y como encapuzadas en alguna especie de fraude o de engaño.

Los misterios de Dios, por lo que toca y atañe a nuestra comprensión, son de dos géneros: uno de estos géneros pertenece a nuestra salud, es decir, su conocimiento es necesario para consumar esta jornada que nos conduce a nuestra felicidad. El otro es de verdades arcanas, recónditas, cuyo conocimiento no nos es indispensable. Con indulgencia tan amorosa fuimos tratados por Dios, aun después de habernos separado de El y de haber merecido penas y suplicios gravísimos, que para aquello que en absoluto no nos era necesaria recibimos un mínimo de luz. Y al revés, para aquellas verdades que nos importaba conocer, recibimos luz a raudales, no de otra manera que lo que en la Naturaleza nos es más útil está a disposición de todos: cielo, aire, agua, productos del suelo, animales domésticos; su allegamiento a ello no es costoso; mas las superfluidades apartólas Dios en esquividades y remotas lejanías, como son las aves raras, los peces exquisitos, las fieras, la púrpura, las piedras preciosas, los metales ricos. De esos misterios abstrusos aconseja el sagrado oráculo: *No busques lo que está muy por encima de ti y no vayas a escudriñar lo que es más fuerte que tú.* Y dice más aún: *El escudriñador de la majestad será abrumado por la gloria.* Y San Pablo nos dice con acento imperativo: *No sepáis más de lo que conviene saber.* Acerca de las verdades necesarias se lee en el mismo Apóstol: *Lo conocido de Dios está a ellos manifiesto, pues Dios se lo enseñó.* Vale la pena de advertir acentuándolo sobre todo lo que se puede encarecer cómo Platón, Aristóteles, Cicerón, Séneca revelaron en sus escritos lo que llegaron a descubrir en aquellas tinieblas de la gentilidad y que no podemos jamás admirar bastante; conviene a saber: la sabiduría de Dios, que es su razón y su Hijo, *que ilumina a todo hombre que viene a este mundo.* El hombre, en el momento de salir de las manos de su divino Hacedor, era hermosísimo, aparejado y adornado de todos aquellos elementos que le eran necesarios para la vida, como merecía serlo obra de tan gran Autor. Un fulgor de luz increíble henchía su mente y le mostraba todo cuanto le convenía que supiese. Pero así que separándose de Dios cayó en la actual calamidad, aquella claridad se oscureció y en la ceguera y la tiniebla anocheció su mente de modo que no ve asaz ni lo verdadero ni lo útil. Y si alguna vez lo barrunta, luego al punto una nube que se le pone delante de los ojos, espesísima nube de pasión o de ignorancia o de inadvertencia, le roba toda visibilidad. Por eso, no halla ya por sí mismo las razones religiosas que tan necesarias le son o, si las halla, por las lobregueces en que se debate su espíritu, no las entiende o de todo punto las desdeña, agobiado por la pesadumbre de su carne o afligido y asendereado por los embates de su espíritu. También a veces es llevado a la deriva por la pasión o por la lentitud y pereza de su corazón, consejeros nefastos en tanto grado que con facilidad demasiada presta su adhesión

y asentimiento a aquello que milita a favor del mal contra el bien o por lo falso contra lo verdadero. Por culpa de esa ceguera de la mente, no con desacierto dijo Aristóteles que muchas falsedades son más probables que muchas verdades. Pero no siempre aquella razón está en armas contra la verdad y la piedad, salidas de nuestra mente, y se abriga con determinados visos de razón, sino con un huero simulacro de ella y no es un arrojo salido de la fuente divina, sino que es agua cenagosa, sangrada de los pantanos de nuestra ceguera. Pues como acontece con nuestros ojos corporales, que no pueden sostener un golpe de luz violento y quedan deslumbrados y cercados de noche, esto mismo pasa con los ojos de nuestro espíritu ante los fulgores de la verdad, que, con todo, no deja de ser luz, porque los ojos no puedan mirarla de hito en hito, ni es oscuridad tampoco, porque así lo parezca a nuestra vista. Por esto mismo, no perece la verdad, porque la mente humana no la alcance, ni se trueca en falsedad porque así se le antoje a nuestra mente.

Enviado nos fué desde el cielo Cristo Jesús, maestro de la verdad, purificador de tanto cieno, enderezador de tanta torcedura, reparador de la naturaleza caída para restituir al hombre a su pureza e inocencia originales en su sentir y en su saber. Desterró de la mente de los suyos la ignorancia y calígine introducidas por el pecado, y restituyó aquellos verdaderos y enteros sentidos a la Naturaleza sincera e incorrupta. Y así fué que, una vez que Cristo hubo abierto los tesoros de la verdad, los que fueron dóciles a aquellas celestiales enseñanzas encontraron las razones de la religión tan claras, tan manifiestas, tan válidas, tan eficaces, tan inexpugnables, que no tiene fin nuestro asombro de que no se les vinieran y se les metieran en los ojos de aquellos que en la gentilidad hacían profesión de sabiduría. Con todo, hemos de reconocer que Cristo encendió sobre las cosas una nueva luz, la que nos trajo al bajar del cielo, luz que faltó a los desalumbrados filósofos gentiles. Si esta luz hubiera resplandecido ante los ojos de su mente, excogitaran sin duda cosas más grandes y más bellas que nosotros, según era su penetrante sagacidad y su ardiente aplicación a cualquier suerte de estudio y disciplina; cosa que podemos colegir de los descubrimientos que aun sin esta luz consiguieron hacer. Una vez que la luz esclareció las cosas, resulta fácil decir qué es cada cosa y de qué manera, y autorizar y robustecer con sólidas y multiplicadas probanzas tus afirmaciones. La verdad conocida, como decía poco ha, engendra y saca a luz la razón y confirma la verdad la razón aplicada.

Y si no hay nada más verdadero que nuestra fe, ¿por qué hemos de sentir recelos por aquellas razones que en absoluto están contra nosotros y todas militan en nuestro favor? Ciertamente que la sombra y digamos el fantasma de la razón pueden situarse y en determinadas circunstancias pelear contra nosotros; pero la razón verdadera y maciza no puede, y en un abrir y cerrar de ojos nuestra luz disipará aquellas sombrías apariciones. De oro acrisolado es nuestra religión; no dorada solamente, y cuanto más se la escarifica y recubre tanto más se demuestra hermosa y valiosa. La lucha la torna más acendrada y más bruñida que la paz contra los gentiles, contra los herejes, empeñados en des-

lustrarla con escorias y con herrumbre. Cuanto más reciamente se la agita y se la sacude demuestra más los quilates de su pureza. Esta es la sabiduría que Dios prometió que daría a los suyos, con la cual no podrían enfrentarse las arterías, los amaños, las sinuosidades, las celadas, todas las astucias de los hombres. No debemos, pues, abrigar temor alguno de que nuestra religión, desnuda de sus velos, muestre fealdad alguna a los ojos de los que la contemplen. Témanlo, sí, las otras religiones falsas, amasijos de sombras que no tienen solidez alguna, y por eso no dejan que nadie se las arrime ni las toque. El judío lleva con pesadumbre disputar con un cristiano acerca de su ley. Mahoma prohibió toda disputa sobre su secta. No toquéis el vidrio delgadísimo, falso, vano; el más leve contacto al momento le quiebra. Nuestra religión, más aún por de dentro que por defuera, es hermosa, maciza, firme. Acérquese el que quiera, tóquela, agítela, aráñela, siempre que lo haga con ingenio y con juicio. Bajo pobres apariencias hallará tesoros escondidos; la sabiduría en la simplicidad; la divinidad en la humanidad; lo que han demostrado muchos otros y que yo espero, si me fuere propicio Cristo, mi Maestro y mi Señor, que también conseguiré demostrarlo en estos libros.

Tiene su importancia, y no poca, discriminar quiénes son los que emplean estas razones y qué uso hacen de ellas, diferentísimos como son los ingenios y las mentes de los hombres. Los unos son perezosos y tardos, otros son rudos, otros de flaca razón, otros embebecidos en los negocios temporales (cuya mayor parte son fingimientos nuestros), otros son niños aún, otros ancianos, enfermos, mujeres, inexperimentados. Todos ésos ni pueden atinar con las razones, con estas razones de las que hablamos tan largo rato ha, ni halladas por otros pueden entenderlas. Pero como ocurre en las alturas, en cosas tan sublimes sufren vértigos y se les enturbian los ojos, y mirando de hito en hito sol tan deslumbrador, quedan ciegas sus pupilas. Y como sea que el vulgo y la masa conste de hombres crasos y no ejercitados en ningún uso de razón, por esta causa los autores de los Sagrados Libros los apartaron de disquisición tan soberana y excelsa; no de otra manera que a los que adolecen de la vista mandan los médicos que no miren directamente al sol ni en su puesta ni en su levante porque no sufran alucinaciones y reciban mengua y daño. A nosotros nos ha movido a esta empresa, no la confianza que tuviéramos en nuestro ingenio o en nuestra pobre erudición, sino la que hemos puesto en la eficacia de este ejercicio, que con el favor de Dios, intentada algunas veces, no nos dió resultados del todo negativos. Y al mismo tiempo la emprendí por tantear si podía contribuir provechosamente al bien y ayuda de los hombres y por complacer en este punto al Padre Celestial, que quiere que todos los hombres corran a sus brazos. No pocas esperanzas deposito en aquellos que van a usar de estas razones. La cosa mejor y más saludable, si la tomas de manera inconveniente, ocasionará daño y aplicará en sentido perjudicial a aquel para quien estaba aparejada su naturaleza y sus propiedades. Muchos fueron los que de las mismas Sagradas Letras sacaron el germen de sus errores. Los hay que en aquellos misterios abstrusos, que, como dicen, nos atañen harto poco, exigen no menos razón que en aque-

llos otros cuyo entendimiento interesa a la religión. Y diré más: diré que, en aquellos misterios que no son nuestros, escudriñan con mayor curiosidad y sutileza que en estotros que son nuestros hasta cierto punto, abuso éste en el cual no pocos de nuestros teólogos no están exentos de responsabilidad. Los hay que reclaman en todo paridad de razones y, lo que es una indignidad que no se puede sufrir, no van a creer de la religión un punto más allá de lo que la razón les convenciere, y aquello mismo que no harían en la disciplina de aquellas cosas que caen bajo el imperio de los sentidos, lo exigen en la religión; por manera que para ellos la razón es la medida de la fe.

¿Y qué más, si muchos de esos tales no quieren que se apliquen a estos divinos asuntos las luces y la razón divina, sino esta razón humana, infecta y mancillada, y que ella sea como el fundamento de toda la religión? De ahí nació aquella malhadada distinción entre la luz de la fe y la luz de la Naturaleza, de modo que unas cosas son verdaderas por esta luz y son falsas por aquella otra, y al revés. ¿Quién fué que disoció estos dos extremos unidos por la realidad y la Naturaleza, sino un malsín, tan impío como necio? ¿Acaso hay en las cosas más de una verdad? Si no la alcanzo por el camino de la Naturaleza, ¿va a existir, desde luego, otra verdad que fabricará la luz de la Naturaleza? Dime: ¿quién que pueda señalar metas a la Naturaleza, que ose afirmar con certidumbre que la senda de la Naturaleza no se prolonga más allá? Ridículo es que digas que allí mismo donde se detiene el ingenio del investigador hace alto también la Naturaleza y transfieras a las fuerzas de la Naturaleza la imbecilidad del ingenio humano. No existen palabras asaz enérgicas de condenación de esta demencia. ¿Cuál quieren que sea la medida de esta cosa? ¿Platón? Pues Platón es reprendido y desautorizado por Aristóteles. ¿Aristóteles, por ventura? Pues Aristóteles no es del gusto de los académicos ni de los estoicos, quienes le riñen muy desabridamente; y todo esto no a la luz de la fe, para que nadie pretexte esta excusa, sino a la luz natural, puesto que no pueden referirse a otra.

Pero vamos a la enumeración de las otras causas. Las disputas y contiendas de las tertulias escolásticas ocasionaron la terquedad y el prurito de arañarlo todo. Algunos fueron muy lejos, y con razones sofísticas, de ningún momento, vacías, impotentes, quitaron gran autoridad a cosas que la tenían y muy mucha.

Muy otro es nuestro propósito. Trataremos no más que de los misterios divinos, en cuyo conocimiento y en cuya fe se basa nuestra salvación, a la luz de aquella luz que Nuestro Señor Jesucristo trajo a los suyos, a cuyo lustre todo se vuelve claro y certísimo. No pediremos que el canon y norma de la fe sea nuestra razón, sino como una suerte de introducción para los de fuera y cimiento y soporte para algunos de los nuestros. Esto vemos que acostumbró hacerse ya desde los mismos tiempos de Nuestro Señor hasta nuestros días. El mismo Jesucristo empleó razonamientos con los judíos para persuadirles de determinadas verdades, puesto que les bastaban tanta muchedumbre y variedad de milagros, verbigracia: diciendo ser el Cristo, Hijo de Dios, mayor que el rey David, enemigo de los demonios, amigo de Dios. Pedro, príncipe de los Apóstoles, quiere que *estemos preparados a efecto*

de poder dar razón de nuestra esperanza y de nuestra confianza a quienquiera que nos la pidiere. San Pablo, recio pilar de la Iglesia, dice que su predicación no fué con la elocuencia de la sabiduría humana útil para persuadir, sino con el Espíritu y la virtud de Dios. Ciertamente así convenía que se hiciese, como luz que se aplicaba a contemplar la verdad de la fe y que tomábase, no de los afeites y colores retóricos, no del cieno de aquella sabiduría humana y del fiemo y corrupción de los vicios, sino de la virtud y del Espíritu de Dios, que es la doctrina de Jesucristo, de la cual, más abajo, el mismo Apóstol dice: *Sabiduría hablamos entre perfectos, sabiduría no de este siglo perecedero, sino que hablamos la sabiduría de Dios, recóndita en velos de misterio.* Con argumentos aprendidos en esa escuela altercaba Pablo con judíos y con gentiles, convenciéndoles de que Jesús es el Ungido, el Cristo del Señor y otras verdades de fe, como es de ver en sus epístolas. A Tito le manda, puesto que es obispo, que sea celoso y fuerte en exhortar con doctrina sana y convencer a los que contradijeren.

No ignoro yo ciertamente que de poquísimas razones (por no decir ninguna) necesitaríamos si el Señor se dignase dar a nuestras palabras aquella fuerza que por mediación del Espíritu Santo dió a sus Apóstoles y a los que de los Apóstoles estaban enseñados. ¡Cuánta llaneza, cuánta sencillez había en las que pronunciaron los primeros próceres de la Iglesia; pero ¡cuánto era su poder de persuasión según demostró el suceso! Y no es de maravillar, porque en su vida y en sus palabras alentaba el vigor del Espíritu Santo; iban acompañadas de prodigios que trascendían la fuerza de la Naturaleza y eran más eficaces que cualesquiera razones, por más numerosas que fuesen. Mas los sucesores, faltos de aquella facultad divina (porque la vida de algunos había degenerado de la de los Apóstoles y de la de los mártires), se vieron obligados a proveerse copiosamente de razones, y en vez de la autoridad que les diera la conducta y el poder de obrar milagros de que estaban hartas veces desposeídos, apelaron a la fuerza de su ingenio y a su habilidad polémica. De este número fueron Tertuliano, San Ireneo, San Justino, Orígenes, San Atanasio, San Juan Crisóstomo, ambos Gregorios, San Basilio, Eusebio, Lactancio, San Jerónimo, San Agustín, San Cirilo, Santo Tomás de Aquino. Tras éstos, la flota de teólogos modernos y las escuelas todas, cuyo ejemplo nosotros seguiremos, cautelándonos con su autoridad contra esos descomedida y a veces imprudentemente piadosos y minuciosos en religión o que unas veces con malicia y otras con arrogancia ponen en los otros espanto. Siéntense tan poseídos de sí mismos y se tienen en tan magnífico concepto, que creen que los parajes donde no penetraron ellos son inaccesibles a todos los otros. De ellos no faltan quienes querrían que no saliese a luz lo que para ellos estuvo escondido y soterrado. Estos tales creen que es desdoro y mengua suya el beneficio que Dios benignamente dispensa a los otros. Pero, en fin, ¿quién hay que pueda dudar que entre todas las que se llaman facultades y fuerzas humanas, para ganar y atraer a los hombres a la opinión que más te pluguiere, tiene el poder máximo la razón, que ella sola dobla la humana mente, invencible y exenta, libre de todas las otras fuerzas, cualesquiera ellas sean?

¿Y qué más diré si, de cuando en cuando, en determinados lugares y tiempos y en la estimación de algunos hombres, es más eficaz que la fe en los milagros? Los milagros pueden algunas veces ser aducidos para la controversia y aun para la calumnia; la razón, empero, como la luz, métese suavemente en los ojos y aun en el mismo ánimo; lo invade todo mansamente, triunfa de todo si ya no es que a su llegada se le cierren las puertas y a su resplandor se le cierren los ojos. Así, pues, como la facultad vegetativa es el camino para los sentidos, y los sentidos ofrecen el primer escalón para subir a la mente, así también esta razón humana y natural tenderá la mano a los demás para que se levanten a la contemplación de la luz divina y afianzarse en ella; de modo que cuando les fueren mostradas la omnipotencia y la bondad de Dios y las tuvieren bien conocidas, en sólo El tengan puestos sus ojos y empiecen a creerlo todo de El y a esperar de El todo lo mejor, todo lo más hermoso, todo lo más saludable, todo lo más perfecto. A la vida puramente vegetativa sucede en nosotros la vida animal; a continuación, la humana, y en esta vida humana se injertará esta otra divina; el término de la una es el principio de la siguiente, y es tan grande y estrecha su aproximación, que parecen tocarse sus extremos. De todo lo que he dicho más arriba es fácil colegir qué es lo que yo llamo la razón humana, a saber: la que al hombre le quedó después de la prevaricación lamentable. Por esto es que son necesarias las razones a los que van a entrar, así como son ociosas para los introducidos, si es que entraron de verdad y de buena fe, como me propongo decir en otra parte. Con todo, yo no creo que para muchos que profesan la fe de Cristo resulten inútiles razones sobrias y juiciosamente sopesadas; que al mismo tiempo servirán para robustecer a los flacos y deleitar a los robustos, pues con agrado escuchamos lo que creemos y se corrobora más nuestra creencia, siempre que se lean con espíritu de piedad y con prudencia, sin curiosidad, sin escrúpulos, no para que creamos que con ellas se confirma o crece la fe, sino que se expone y se declara.

Pluguiera al Cielo que el universo mundo conociera y entendiera a Dios y a la sabiduría y bondad de Dios Jesucristo. Ninguna necesidad habría de más razones y argumentos que las propias palabras que El dijo. Pero un inmenso número de hombres en parte no conoce al Hijo de Dios y la salvación que nos trajo y en parte no le reconocen los que están fuera de la Iglesia. Y en el seno mismo de la Iglesia, ¡cuántos flacos hay, cuántos dudosos! Unos lo disimulan; otros, cosa más para doler, lo manifiestan con franqueza. Los unos se conducen en la vida de tal manera que parecen sentir todo lo contrario de lo que manifiestan y diríase que no están seriamente persuadidos de lo que acerca de los bienes y los males eternos nos enseña nuestra santa religión. Por esto es por lo que me parece que en la vida de piedad, por los vicios de los hombres que de cada día cobran nuevos bríos, que entre los que estamos alistados en las banderas de Cristo, acontece lo mismo que en una tabla hermosa y diestramente pintada, pero que de puro vieja perdió poco a poco la luz y la frescura del color primitivo y está borrada en diversos puntos; la cual, si no necesita ser pintada de nuevo, ciertamente debe

ser limpiada del polvo y del moho y que se restaure lo que de ella desapareció. Mucha oscuridad y mucha niebla acarreó la inmoralidad arraigada y crónica y la tan pertinaz y obstinada inclinación de las masas al mal, como también el descuido y la impericia de los doctores de la Iglesia, por su remisión en el cuidado de la religión genuina y verdadera y la muchedumbre de supersticiones más que de viejas mujerucas que en ella se han introducido. Está muy por encima de lo que se puede encarecer la aflicción y daño que a nuestros espíritus ocasionaron las disensiones con los herejes y aun entre nosotros mismos en muchísimos puntos. Y, en fin de cuentas, la autoridad de la Iglesia quedó mermada, la palabra de Dios o descuidada o sospechosa por el escandaloso ejemplo de los eclesiásticos, hasta el punto de estar desprovista de todo crédito la predicación de aquellos cuya vida era aborrecible, infligiendo en nuestros pechos una herida muy grave. Urge renovar la fe, quiero decir que no nos queda otro remedio que intensificar la corroboración de aquella verdad para que con nuevo brillo relumbre el color original y no contentarnos con sólo el infalible testimonio de la palabra de Dios, como cuando acullá, en remotos días mejores, tenía firmeza indestructible y echadas raíces bien profundas en la conciencia de los varones santos.

Pondere cada cual eso que dije consigo mismo y con aquellos con quienes conversa y llegará a la conclusión de que no son vanos mis avisos y que es un negocio de mucha mayor importancia de lo que se cree comúnmente. No ignoro que emprendí una tarea muy ardua y una carga muy desproporcionada a mis hombros; pero el incalculable fruto de tan soberana empresa aguija mi espíritu y me fuerza a depositar mis mejores esperanzas en Cristo Jesús, que nunca dejó de asistir a quien le invoca favorable y propicio, sin cuyo valimiento nosotros no tan sólo nada podemos, sino que no somos nada. Por esto es que ya desde esta solemne hora inicial, y en el comienzo de mi obra, suplico e imploro a aquel Maestro de la Sabiduría Divina, es decir, de Sí mismo, que se digne acercar aquella su luz un poco más, en primer término a mí para que pueda hallar y transmitir lo que más convenga, como a los que me leyeren para que las entiendan, a fin de que ellos y yo coincidamos en la verdad y nuestra santa fe quede tan arraigada y firme en nuestros pechos, que no tengan vigor ni fuerza alguna todas las artimañas y toda la impetuosa agresividad de nuestro enemigo infernal, que todo lo añasca para arrancarla ni aun para moverla. Y si por desgracia mis pecados me excluyen de ese favor, yo previamente comienzo por declarar que con mejor información trocaré mi parecer. Estoy y siempre estaré sumiso al juicio de la Iglesia, aun cuando la razón más manifiesta me signifique lo contrario. Yo puedo engañarme, y en hecho de verdad me engaño muchísimas veces; en cambio la Iglesia, en lo que toca y atañe a la suma de la religión, no se engaña nunca. Y vosotros, hermanos que esto leéis, por la inmensa caridad de Cristo para con nosotros, yo os suplico que os suméis con concordia espiritual, con pureza y simplicidad, a ese deber de caridad fraterna que el Señor me impuso, de retornar a los descaminados al camino y de restituir a la luz à los desalumbrados y que no haya nadie que mire a las personas, sino

a ese negocio trascendental. En otras cuestiones opinables acerca del mundo físico, de los problemas históricos, del arte de la elocución, de la literatura, tolérense en buen hora las disputas y los apasionados partidismos humanos, porque es liviano el daño que estas controversias producen. Pero en cuestiones religiosas evítense en absoluto, porque la pérdida es fatal.

CAPITULO IV

CUÁLES SERÁN NUESTRAS RAZONES

Los argumentos todos sácanse bien de la esencia de la cosa, bien de sus adjuntos, que se llaman inherentes y vulgarmente accidentes, y puesto que nuestra mente no cala por un igual en la esencia de cada cosa ni conoce todos sus accidentes con la suficiente claridad, ello hace que las razones de todas las cosas puedan ser iguales. Esta realidad, ya señalada por Aristóteles, demuéstrase por sí misma a quienquiera ponga en ello alguna atención. En el estudio del mundo físico no se aducen pruebas tan convincentes como en las matemáticas; ni en la filosofía primera, que trata de las reconditeces de la Naturaleza como en la segunda filosofía que se ocupa de lo que está expuesto a los sentidos. Con todo, en la filosofía primera las pruebas son más fuertes que en la disciplina de las costumbres. De ella con toda razón dice Aristóteles que harto y aun mucho se consiguió si se aducen razones verosímiles y específicamente probables, pues evidentes y apodícticas no se puede. Así que en este tratado de la verdad de la fe cristiana aduciremos argumentos evidentes e irrefutables y a veces tendremos que contentarnos con argumentos probables y simples conjeturas. No habrá nadie que sea tan sinvergüenza o sin cordura que pretenda que sean del dominio de los sentidos cosas que se refieren a tan escondidos misterios, cosa que en absoluto no puede prestar ningún arte o disciplina. Esto sintió aquel que no quiso que se prestara fe al experimento de la razón humana, esto es: la evidencia de los sentidos, y San Pablo dijo que las cosas que espera la fe se muestren a los sentidos. Serán, en suma, todas nuestras razones mucho más manifiestas y fuertes que las que puedan aducirse en contrario, aun en los más recónditos y encumbrados misterios. Y diré aún más: la mayoría de ellas serán tan probables y tan invictas que no son en tan gran número ni más firmes muchas de aquellas en cuyo afianzamiento y solidez asientan filósofos magnos los dogmas y los principios inmutables de las ciencias que piensan ser naturalmente tan perspicuas y ciertas al ingenio humano que creen que no merece el apelativo de hombre quien las rechace. Y no son pocos los puntos en nuestra religión tan congruentes y bien avenidos con la mente y el ingenio humanos, que así que los conoce, los abraza, en tal grado que basta su simple exposición escueta y, por decirlo así, completamente desarmada.

Yo pienso que son muchísimos los que no se suman a nosotros por esta exclusiva razón, a saber: que no oyeron palabra de nuestra religión o que oyeron muy pocas. De ellos dice San Pablo: *¿Cómo creerán en Aquel de quien nada oyeron? ¿Y cómo oirán si no hay quien les predique?* Por lo demás, uno solo es el camino de lo verdadero y de lo bueno; de lo malo y lo falso los caminos son innumerables, a saber:

cuantos son los que se desvían de aquel camino único. Por eso no perderé el tiempo yo ni para el lector valdría la pena, enumerando o refutando todas las opiniones de todos. Lo que a cada cual le puede venir a las mientes es el cuento de nunca acabar y hacer de ello demasiado caudal es la vacía faena de un hombre que abuse excesivamente de su ocio o de su estudio. Indudablemente existen determinadas insignificancias que no merecen la más leve atención, las cuales, como en ninguna razón se afianzan, se derrumban por sí mismas, aun sin el embate de ningún argumento en contra. De esta laya son las que algunos echan a volar sin ningún argumento, sin ninguna probabilidad, con esta inconsciencia: *Acaso es así, acaso no lo es, quién sabe, es posible, no lo sé, me lo figuro.* Y si estas aseveraciones, en lo humano instantáneamente quedan rechazadas y silbadas como temeridades, ¿cuánto más no lo serán en lo que toca a la doctrina del cielo, afianzada en la autoridad de Dios y que excede toda capacidad humana? Por esto yo no me tomaré para refutar sino aquellas razones aviesas y averiadas que tengan alguna apariencia de razón, aunque amañada y falaz. Afuera de esto, aquellas doctrinas que para muchos son aceptables, verbigracia: las sectas más renombradas y las invenciones de los hombres acerca del culto de la divinidad, y luego las que placen a pocos, pero prestigiosos, de mucho y muy autorizado saber, como son las opiniones de los filósofos. Y en éstos no me fijaré sino en aquellos puntos de donde veré que pueda resultar algún daño a la religión o peligro de que se enfríe o de que vacile o de que se venga al suelo. Lo que ya está muerto y enterrado, lo que ya derrotaron y silbaron nuestros abuelos, ni siquiera lo rozaré, como Júpiter, Juno, Hércules, Venus, Marte y otros de la misma estofa. ¿Qué hombre actual hay tan loco que crea ser dioses suyos esos que nadie querría por hijos ni aun por esclavos? Harto dijeron muchos siglos ha los Santos Padres para la convicción de ese error cuando todavía hacía sus víctimas y ocupaba el espíritu de los hombres.

A trechos, dejando en desdeñoso silencio las opiniones de los adversarios, me contentaré con disputar en favor de los nuestros, puesto que con fortalecer y consolidar las opiniones de los nuestros, identificadas con la verdad, caerán por su base las ajenas que de la verdad se apartan. No puede enumerarse una por una, puesto que son infinitas. Afirmada la verdad y asentada sólidamente, fácilmente caerá y se evaporará todo cuando le es contrario. En este negocio en quien exclusivamente anda contenida y comprometida la salvación del linaje humano, no haré nada con amaño ni astucia; no emplearé argumento alguno doloso o capcioso y no afirmaré sino aquello de lo cual yo estaré persuadidísimo, ni me empeñaré en que valga alguna razón que para mí no tuviere previamente la máxima probabilidad. No miraré por los otros de otra manera ni con ojos diferentes de los que antes habré mirado por mí mismo.

A decir verdad, ¿qué cosa hubiera más monstruosa y más ajena de toda humanidad que fabricar engaños y falacia en un punto que tanto importa saber y sin cuyo conocimiento de ninguna manera podemos salvarnos, sino que necesariamente seríamos merecedores de conmiseración? Tampoco sacaré a relucir aquellos argumentos o embrollados o

sutiles en demasía o cavilosos o afeitados como los excogitaron en sus corros y disputas nuestros hombres con una profusión que rebasa toda mesura y decencia. Todos serán, según espero, fáciles y claros, perfectamente inteligibles para cualquier lector de esta obra que no fuese docto e ingenioso; más rápida y razonablemente esperara yo que de un lector así alcanzaría conformidad y fe para mis argumentos. Con los imperitos y lerdos será harto más costosa la faena, porque con dificultad se cree lo que no se entiende suficientemente.

Mas si el lector contare poco en erudición y pecho, valga al menos mucho por la diligencia; preste toda la posible atención a esa disputa en la que le va la salvación eterna. Y puesto que Dios hizo derivar al espíritu humano un rayo de luz de su propia luz, aun después de la caída original, nos dejó tanta cuanta, si se conservase y fomentase, bastaríanos para situarnos en el camino de la salud, eso lo daremos nosotros como verdad averiguada y reconocida por la generalidad del linaje humano. Excelentemente dice Cicerón: *Aquello en lo que conviene el espontáneo consentimiento de todos, es forzoso que sea verdad.* Así como a muchos animales fuéronles por la Naturaleza concedidos determinados estímulos e instintos que les impelen a sus provechos y les retraen de sus daños, así también es creíble que en las mentes humanas el Cielo infundió ciertas nociones que les conduzcan a todas aquellas cosas que han de serles de utilidad, pues no ha de pensar que sea mejor la condición de las bestias que la nuestra, aun después de aquella ruina deplorable. Ello hace que, según la sentencia de San Pablo, no pueda excusarse la malicia de los hombres. Y sería excusable realmente no estando nosotros suficientemente apercibidos para la verdad ni instruídos, como se debe, en la ciencia de la vida, guiados y adoctrinados por la Naturaleza. Aquello a que los leones se abalanzan en espontánea arremetida, esto decimos que a los leones les es natural; aquello a que los perros se abocan decimos ser natural a los perros, y de la misma manera lo decimos de todos los animales dóciles a su propio instinto.

¿Y qué puede decirse con mayores garantías de probabilidad que es natural a los hombres sino aquello a lo que todos los hombres propenden con impulso congénito? Y si es natural, no es falso, pues a lo falso lo hallamos nosotros, no lo metió en nosotros la Naturaleza, sino que la niebla y la torpeza de nuestros ingenios lo dieron a luz. Esta verdad debe entenderse del sentir del linaje humano en los universales, pues en los singulares puede engañarse, dado que aquellas concepciones comunes de los ánimos versan sobre generalidades.

En segundo lugar, parece que puede ponerse aquello que admiten los más, los mejores, los sin tacha; quiero decir, aquellos que por su constitución física consiguieron mayores y más puras luces o que ellos mismos, después, las esclarecieron más a fuerza de estudios, saber, reflexión, experiencia honrada y diligentemente anotada. De cuando en cuando, nosotros utilizamos el testimonio de éstos para confirmar los nuestros, a fin de que los que solamente fían de los testimonios humanos, de mejor gana y con más seguridad se avengan a ellos cuando vieren que nuestra razón conviene con aquellas adjudicadas a las fuerzas de la Naturaleza por varones

eminentes; y usamos de él con tanta mayor frecuencia, cuanto más válidas razones adujeron en favor de su opinión, de modo que más estaremos por la opinión que por el hombre, no sea que parezca que caprichosamente andamos buscando favorecedores. Por esta causa, si una razón evidente desautorizare sus afirmaciones, demostraremos cómo es averiado su juicio. Y si los seguidores de la humana sabiduría disintieren entre sí, cosa que hacen las más de las veces, la razón se declarará por la verdad, nosotros sentenciaremos al dictado de la razón. Acontece de cuando en cuando que algunos disienten entre sí de modo que ninguno de ellos esté en posesión de la verdad; pero no ocurre que sean muchos los que disientan cuando uno la posee, porque la verdad es una y la falsedad es varia y múltiple. Las cosas que están sujetas a los sentidos, no necesitan aquella razón, sino el experimento que suelen enseñar los filósofos. Por fin, en materia religiosa debemos admitir como razones preferentes aquellas cuya consecuencia es lo preferible y lo mejor y rechazar aquellas cuya secuela sean daños y males. Pero así como de Dios, que es la suma bondad, debemos pensar y sentir siempre lo más bueno, así también es más creíble que El siempre hace lo que nos es más provechoso que lo que nos es dañoso y nocivo; y comoquiera que su obra es la Naturaleza y la verdad, con la verdad y la Naturaleza es más conforme lo que es bueno y conveniente.

Existen en lo divino misterios escondidísimos, conocidos de sólo Dios y de cualquier otro inexplorados, a cuya razón y causa no se remonta la mente humana, verbigracia: *la generación del Hijo, la procesión del Espíritu Santo; cómo el mundo, salido de la pura nada, llegó a esa hermosura que arrebata todas nuestras admiraciones; cómo se sostiene; por qué no fué creado antes; por qué no lo fué después.* Existen asimismo leyes misteriosas en los fenómenos que caen bajo la jurisdicción de los sentidos: *¿Cómo es que los cuerpos pesados tienden hacia abajo y los leves hacia arriba, y no al revés? ¿No hay más cielos que éstos, ni más astros que éstos, y no algunos más o algunos menos? ¿Por qué el hombre fué creado conforme es: enteco, necesitado de tantas cosas, hostigado, peloteado por las pasiones anímicas?;* y otras que son secretos de Dios y exceden nuestra comprensión. Sabiamente dice Sócrates: *Lo que está más arriba de nosotros, no nos toca a nosotros.* Quiso decir: Aquello que la mente humana no puede comprender ni investigar de ninguna manera, dejémoslo de lado. Con todo, esas cosas que trascienden la humana razón hágalas creíbles la autoridad de quien las dice, toda vez que estuviere demostrada y confirmada. ¿Y qué diré, si con harta frecuencia no se le acude al ánimo la razón en aquellas cosas que se creían inasequiblemente encaramadas y fuera de todo alcance y luego ofrécese ella espontáneamente cuando no se la busca? En esos vericuetos tan ocultos y tan esquivos me contentaré con refutar a los contrarios y exponer llanamente mi opinión, cuanto lo permitiere el asunto. Si alguna que otra vez adujéremos alguna probable conjetura del divino consejo, será como una propina generosa. Siendo obras de Dios los hombres y los ángeles todos y los cielos y la universalidad del mundo, no podemos nosotros, por nuestros propios recursos, levantarnos a aquel divino consejo

inescrutable, anterior a la creación y que condujo a Dios a sacar a luz las criaturas. Lo que es anterior a una cosa no puede entenderlo aquella cosa si no se lo enseña quien la precedió. Por eso, con sus propias facultades, no llega a aquellas intimidades nuestra mente, no sólo esa actual averiada y depravada por los vicios y ciega en su cerrada lobreguez, pero ni siquiera aquella más pura que admitió el pecado que fué origen de todos los otros.

Mas lo que especialmente es enseñado de Dios, recibímoslo con hacimiento de gracias; todo lo demás nos está oculto, manifiesto y patente no más que a Dios solo, Sumo y Todopoderoso. Una voz del cielo respondió a Moisés, que pedía contemplar la faz y la majestad divina: *No me verá el hombre y vivirá; verás mis espaldas, pero no podrás ver mi rostro.* Las espaldas de Dios son sus obras, mediante las cuales los unos, más arriba o más abajo que los otros, subimos, como por una escala, a una cierta especie de contemplación. Si mirásemos el sol de hito en hito, quedaremos deslumbrados; mas si de soslayo utilizamos su claridad, nos será fácil mirar lo que deseamos y aun veremos el mismo sol sin lesión del órgano visual. Así que tampoco nadie mire a Dios de hito en hito, porque no le ciegue y le fulmine el esplendor de su majestad y de su grandeza. No difícilmente llegaremos a algún conocimiento suyo mediante las cosas por El creadas, pues todas las cosas hechas por un autor determinado conservan la imagen y la huella de quien las produjo, ora sea una semejanza física, como en el animal que engendra, en el fuego que funde y cosas análogas, ora sea espiritual aquella imagen, como en el pintor, en el constructor, etc. Hablo de aquellos que en el obrar no se dejan llevar de la temeridad y salga lo que saliere, como los niños y los locos, sino de aquellos que se propusieron una idea y la ejecutaron. No quiero con esto decir que la casa sea semejante al arquitecto, sino a aquella forma arquetípica que concibió y que se propuso como dechado, para acomodar a ella la estructura exterior.

Por esto, no habiendo ser alguno que conciba y realice sus concepciones más sabiamente que Dios, ocurre que ninguno tiene más cierto ni más determinado su fin. Y si ello es así, todas las cosas que salen de El necesariamente responden a sus pensamientos y les son semejantes. Pero sus pensamientos no son El, como en nosotros, inherentes, sino que son El mismo, pues no hay otra cosa en aquella santa naturaleza sino ella misma, pura, simplicísima, siempre y dondequiera semejante a sí misma. En Dios no hay nada sino Dios. Semejantes a El, pues, son todas las cosas, más expresivamente o más borrosamente unas que otras, pero ciertamente semejantes y de verdad; no de otra manera que las imágenes que con el mismo molde, en cera, en barro, en corteza o en arcilla se graban, aunque no con la misma nitidez reproducen todas el molde. Nos está permitido, pues, a través de las criaturas, conocer y entender de alguna manera al Creador, como se reconoce al padre por el hijo, al cuerpo por la sombra, al pintor por el lienzo, al arquitecto por el edificio. Los argumentos referentes a Dios que se toman de este mundo, son para la realidad de Dios, como lo son las imágenes de las cosas, débiles ciertamente y oscuras, pero verdaderas así y todo, aun a pesar de que con harta frecuencia se enturbia nuestra

mente en esa comparación, bien porque no atiende lo debido a la correspondencia o juzga con poca rectitud de las cosas creadas. El que ha de colegir y conocer la causa por los efectos, si se engaña en la naturaleza del efecto, irremediablemente se engañará en la causa, porque echó un mal cimiento. De ahí tantos errores acerca de Dios, porque sufrieron grave desviación en juzgar sus obras, verbigracia: que el cielo lo hace todo, que la fortuna todo lo tiraniza, que Dios no abaja su mirada sobre los lances humanos y otros absurdos de ese calibre monstruoso, porque quienes los formularon no tenían asaz conocidas y exploradas las respectivas naturalezas y genialidades del cielo, de los hombres, de los astros.

Este entendimiento y consideración de Dios mediante sus obras, toman creces con acercárseles la luz buscada ingeniosamente o con la penetración y bondad de los ingenios o por la doctrina, la formación, la práctica y la experiencia, o por la enseñanza directa de Dios. Con estos dones de Dios, hállanse razones mayores y más eficaces, aunque nunca llenas ni perfectas. ¿Quién en tan larga distancia va a pedir perfección de un conocimiento que no se cifra en lo que vemos con los ojos y tocamos y resolvemos con las manos? Con todo nos atrevemos a prometer que serán más ciertas las razones que aduciremos en esta disputa, que todas las que se afirman con seguridad en toda la filosofía. Filosofía ésta que se jacta de no apoyarse en opiniones ni en conjeturas, sino en la ciencia y en conocimiento que se tienen por muy ciertos y muy probados. Y si se juzga ser estado muy cercano de la locura furiosa, repudiar por falso y vano todo cuanto no alcanzamos en las disciplinas de la Naturaleza o de las cosas humanas, ¿cuánta mayor y más desatada demencia no lo será en las cosas divinas? Ninguna verdad hay en nuestra religión tan recóndita y tan arrebujada en el misterio, a favor de la cual no militen razones soberanas numerosas, valentísimas; pero nosotros no recibimos igual luz para todos los casos.

Ya querría que mis lectores no olvidasen que soy hombre, y no más que un hombre, y que no todo lo alcanzo por mí mismo y que no leí ni recuerdo todo cuanto Dios manifestó a los otros. De mí ni esperen ni exijan más que lo que se puede esperar o exigir de un hombre de talento mediocre y de una instrucción superficial, y no cometan con la verdad tan imperdonable injusticia que vayan a creer que el ingenio de un hombre solo es la medida cabal de toda ella. También podrá ser que alguna vez tope el lector en esta obra con razones que no responden asaz a su expectación preconcebida. No será ésta culpa de la religión, sino culpa mía o de las brumas cegatosas de mi entendimiento.

CAPITULO V

CONSIDERACIÓN DEL HOMBRE Y DE LAS COSAS HUMANAS PARA ATINAR CON EL FIN

Tras estos preliminares, quizá demasiado largos, pero grandemente necesarios antes de entrar en el asunto, metámonos ya en el meollo del tema con el favor de Cristo. Para atinar con el fin genuino y verdadero del hombre, hemos de proponernos delante de los ojos al hombre mismo y todas sus particularidades humanas, desarrolladas y ex-

plicadas una por una. Lo primero que vemos es que nace el hombre y luego se alimenta y crece; a esto se le da el nombre de vida. Este fenómeno le es común con las plantas, y no se da en los seres inanimados. En el hombre existe, pues, una cierta fuerza y facultad, por la cual vive, y que es negada a los seres que no viven. Para esto, sírvese de los sentidos exteriores e interiores, en lo cual en nada se diferencia de las bestias y en algo se diferencia de las plantas. Existe, pues, en él algún vigor, con cuyo auxilio ejerce aquellas funciones, vigor que no tienen las plantas ni las hierbas. Vengamos ya a lo que es propio del hombre: goza de consejo, de razón, de juicio, del don de la palabra, no atribuídos a las bestias, como declararon los filósofos. y es un hecho evidente. Algo tiene, pues, de que carecen los otros seres animados, por lo que es animal racional, al paso que los otros son animales brutos, mudos, sin uso de razón. Esta fuerza o facultad llámase mente o razón, que determina exclusivamente su condición de hombre, no de semejante de todas las otras cosas separadas por un intervalo tan largo: piedras, árboles, bestias. En la mente radican dos funciones: la una que tiende al bien y es la *voluntad;* la otra que un poco más arriba dijimos que era como su consejera, el *juicio,* que indaga lo que es verdaderamente malo y bueno. La voluntad, por sí misma, no tiene cualidad alguna; hácese tal cual es la cosa que abraza; si es el bien, buena; si es el mal, mala; a un lado está la virtud; al otro, el vicio. En el ingenio, si no se ejercita, crece la ignorancia, que la envuelve a manera de bruma; pero si se ejercita debidamente, lo esclarece la pericia o la ilustración, que es como una luz pura; mas cuando se le ejercita aviesamente, lo malbaratan la perversidad o la corruptela, que viene a ser como la luz que arde en una linterna mágica, que ofrece a los ojos imágenes ilusorias, como cabezas de asno, cabezas de buey, parras tendidas por la pared y engaña a los espectadores con aquella misma luz que debiera mostrarles objetos reales.

En el ánimo que hicimos común con las bestias, tienen su asiento los sentidos internos, la imaginación, la fantasía, el criterio, la memoria. De ahí las varias posiciones acerca de la opinión del bien y del mal presente y venidero, alegría, tristeza, deseo, miedo y otras cuyo estudio concienzudo y sutil no es propio de este lugar. En el cuerpo están los sentidos externos y en ellos la integridad, el vigor, como también la integridad de los miembros, salud, fuerzas, robustez, hermosura, apostura y disposición y el placer que por los sentidos se difunde. De fuera vienen a nosotros los elementos que conservan el cuerpo; aquellos de que está formado y trabado. De la tierra, del agua, del aire y del fuego tomamos los recursos convenientes a la defensa y sostenimiento del organismo y también los remedios con que se recupera la salud perdida o se confirma la dudosa y vacilante, y aquello con que cada uno de los sentidos se regala en el halago de los adecuados deleites con una cierta sensación blanda y gustosa. A éstos nos los dió la Naturaleza, y a ellos, nosotros, añadimos los nuestros, necesarios a nuestra terneza y flaqueza corporal, a saber: el vestido, la vivienda, los aperos de labranza, para domar la tierra y obligarla en cierto modo a producir sus frutos, y a que ni más ni menos que un deudor pague sus

créditos. Además, porque las fuerzas con que nacimos eran harto exiguas, nos adjuntamos quienes nos ayudasen, socios, amigos, servidores, esclavos que nos proporcionó la rabia de las guerras. Por otra parte, habíamos nacido y estábamos compuestos y organizados para la vida social, como lo indican la mutua simpatía y el don de la palabra. A la procreación de la prole nos estimula la Naturaleza para la conservación del linaje; por eso nos asociamos esposas, de quienes nacen los hijos. De las esposas origináronse afinidades; de los hijos, consanguinidades y parentescos y lazos de recíproca bienquerencia; de la sociabilidad, agrupaciones y sociedades de hombres; de ahí, las caserías y aldeas primeramente; luego, las villas y las ciudades, siendo no siempre el amor el aglutinante de los hombres, sino a veces el común peligro o la necesidad, al reunirse en vida común aquellos que podían ser útiles los unos a los otros.

De la malicia e iniquidad de los hombres nacieron las leyes, y para salvaguardia de las leyes y de la equidad, constituyéronse magistrados con poderes correspondientes para reprimir la audacia de los malos; para rechazar la embestida hostil y la injusticia exterior inventáronse las armas, y una muchedumbre armada hizo la guerra. Al que acaudillaba con éxito aquella aglomeración, aquella agresiva masa humana, se le concedían honores para demostración de gratitud o para acicate y ejemplo de los otros. Para el intercambio de efectos, comenzó por servir el trueque, y al trueque, puesto que resultaba embarazoso y poco práctico para salvar las diferencias de estimación, sucedió el dinero, que allanó todas las diferencias. A continuación, como el hombre se conducía entre los hombres por una cierta semejanza natural de Dios, que nosotros estragamos, originóse la pasión de descollar y sobresalir, deseo de excelencia inicialmente noble, que degeneró en naderías y falsedades, porque está averiado nuestro sentido del bien. Los unos pusieron el bien, y por ende la prestancia en la hermosura; los otros, en la animosidad. Y no faltaron quienes la pusieron desastradamente en rapiñas, en matanzas de hombres, y quiénes en cosas de juego, quiénes en el lustre del linaje, quiénes en una ignorancia cerril y en una vida muy cercana a la de las bestias. También otros hubo que pretendieron las honras y no solamente en su patria, sino muy lejos, en peregrinos países, y no solamente entre contemporáneos, sino entre los venideros; llámase gloria esta quisicosa. Imagínaronse muchos signos de honor y de distinción, en el tratamiento, en la inclinación de cabeza, en el gesto, en la expresión de todo el cuerpo, en el lugar, en el sentarnos, en el levantarnos, en el pasear, etc. En todo esto se inmiscuyó el juicio avieso, y el insaciable deseo de mostrarse y de significarse lo trastornó y lo desbarató todo y lo torció a fines extraordinariamente alejados así de la misma Naturaleza como de la recta intención para la que los introdujeron los hombres. No puedo ocuparme de ello pieza por pieza, que fuera tarea de fatiga inmensa y que por ahora es de todo punto innecesaria. ¿Quién, al ver eso, no se siente impulsado a exclamar: ¡Oh hombre, jumento ruin! ¿Quién te cargó hasta tal punto? Pero no; no es carga que otro le impusiera, sino que él mismo se la procuró y se la impuso con sus propias manos. Eso es el hombre. Pero fijémonos ya en su fin.

Llamo fin a aquello a lo cual se endereza todo lo otro y él a ninguna otra cosa se refiere. Para más aclararlo con un ejemplo, el fin del aparejo de la nave es la navegación, pero no el último, pues no se detiene allí la intención del ánimo; la navegación trae consigo el propósito de ganancia y ni aun este objetivo es el final, puesto que buscamos la ganancia para otro destino, a saber: para procurarnos vestido y alimentación; otros la quieren para granjearse esclavos, palacios, fortuna cuantiosa; otros para hacer la guerra o para ganar honra y autoridad, según el ideal y la pasión de cada uno. El manjar deseámoslo para la salud del cuerpo o del espíritu y a la salud la queremos para poder desempeñar ampliamente las obras que queremos y estas obras tienden a otro lado o se encaminan al mismo lugar de su procedencia. No son éstos los fines que nosotros estudiamos aquí, sino que investigamos aquel fin último, al cual, como a fin supremo y excelentísimo, tienden todas las cosas. Este fin es buscado por sí mismo, no por los otros; este fin llámase fin de los bienes. Antiguamente, los que hacían profesión de filosofía, en parte por espíritu de contradicción, en parte por hacer alarde de sí mismos y en parte porque no tenían el mismo concepto del hombre, fantasearon fines diversos. Húbolos que pusieron el fin en el placer, porque al placer todas las bestias, como lo es la parte animal que tenemos, por su propio impulso, dócilmente se encaminan. Añadieron otros la indolencia y dijeron ser el deleite más exquisito; otros dijeron que la salud; otros, con un sentido completamente vulgar y plebeyo, afirmaron no haber cosa preferible a la riqueza, al honor, al poder. Más de cerca otros y más íntimamente estudiaron la naturaleza del hombre y establecieron que imperiosamente el fin debía residir en el ánimo y que por ende era la virtud que adereza y atavía el ánimo y lo robustece y forma para que no se hinche y alborote en el descomedimiento y violencia del oleaje de las pasiones; éstos fueron los estoicos. Aristóteles sube más arriba y llega hasta la mente, y porque piensa que en ella reside lo mejor, es decir, la contemplación de las más soberanas visiones, colige que el último fin reside en los bienes. Agrega a manera de aditamentos los bienes, como les llama él, del cuerpo, del ánimo o de la vida, o las comodidades, como las llaman los estoicos.

Estas dos escuelas divergentes nacieron de las doctrinas socráticas, a las que dió forma escrita Platón, su discípulo, quien en asentar la bienaventuranza del hombre, se muestra vario y fluctuante, aun cuando en determinados lugares vió más que todos los otros filósofos juntos. Dice en alguna parte que la virtud y el saber son el bien principal; y en otro lugar dice que lo es la contemplación de lo mejor, a saber: la contemplación de Dios, y en otro pasaje, remontando el vuelo a más soberanas esferas, afirmó que lo era su amor y su imitación, afirmación ésta que por ser tan aproximada a la verdad, la reseñaremos para el cabo del tratado. Todas las opiniones restantes y sectas, que se acribillan a flechazos las unas a las otras, han quedado refutadas por las respectivas impugnaciones, pues más fácil es a cualquiera declamar contra la falsedad que atinar con la verdad. Aducir sus razones fuera aquí empeño trabajoso y del todo superfluo. Tocaré solamente algunas, pero no de aquellas sutiles y

enrevesadas, sino proporcionadas y congruentes al alcance de cualquiera. Consta el hombre (como nadie ignora) de alma y de cuerpo. Su fin, por tanto, no puede situarse en las cosas externas, que ni están en el hombre ni son nada del hombre, y puesto caso que todo se buscó y aparejó en atención al hombre, no pueden en manera alguna ser el fin del hombre; al revés: más bien es el hombre el fin y la causa de ello. No buscamos el dinero, ni las posesiones, ni otra cualquiera 'suerte de riquezas por sí mismas, sino porque proporcionan bienestar o decoro o alguna utilidad práctica; está, pues, el fin situado mucho más allá que las riquezas. Y si éste pudiera alcanzarse sin dinero, pocos serían los que se empringaran los dedos sobando dinero, como los reyes y los próceres acaudalados, quienes, teniendo a mano todo cuanto dinero quieran, ellos no lo tocan ni lo ven jamás. Y si las cosas externas, puesto que sirven al hombre, fueron inventadas en su obsequio, no pueden ser la meta ni el blanco de esa carrera. Por esta misma causa tampoco radicará en el cuerpo este bien de que venimos hablando, pues el cuerpo está al servicio total del alma, como el vestido lo está al del cuerpo, y es en favor del espíritu que se tiene cuidado del cuerpo. Elegantemente dice Salustio: *Usamos preferentemente del ánimo para el mando; del cuerpo, para el servicio; el uno nos es común con los dioses; el otro, con las bestias.* Y queremos que el cuerpo tenga salud y guardar la entereza de los sentidos y regalarnos en el placer para que el ánimo se conduzca más apacible y gustosamente y con mayor libertad y rectitud desempeñe sus funciones.

¿Quién hay, pues, que consciente de lo que es la demencia si se le diera opción escogería salud robustísima, regalos y placeres de todos los sentidos con demencia y preferiría infinitamente más conservar la salud mental que la salud física? Por unánime consentimiento del género humano consta que no hay más grave dolencia que la dolencia mental y que todas las enfermedades del espíritu son más crueles y atroces que las del cuerpo y mucho más se han de evitar. Por último, el nero humano consta que no hay más ligera observación de lo que hace, demuestran a quienquiera muy a las claras que en el ánimo reside el gobierno, y que en el cuerpo reside el servicio. Y si el cuerpo es el sirviente o el criado o, como dicen otros, el instrumento del ánimo, ¿quién será tan desatinado que en lo que es más abyecto y más raez colocará el sumo bien de lo que es más excelente? Y si todo lo corporal está al servicio del ánimo, el fin de aquello será el ánimo y no al revés. Pero es menester que el fin propio de cada cosa pertenezca a aquella parte que es la más propia de cada cosa. Si estuviera puesto en alguna cosa común con otras el fin de cosas diferentes, pudiera ser idéntico y común con ellas y propio a cada una de ellas, lo cual no puede ser.

Así que débese buscar el fin peculiar y propio del hombre de aquella parte del hombre, por la cual el hombre es hombre, distinto de todos los otros seres. Esto puédese demostrar con un ejemplo. Si a un hombre habituado a la vida corriente, hombre avisado y listo, pero que jamás vió un cuchillo o una espada, se le ofrece una espada o un cuchillo, y sin previa indicación busca el uso de la espada y para qué fin fué fabricada aquella herramienta, no pondrá su posible uso en que sea

alargada o puntiaguda (pues muchos bastones también lo son), sino en aquello que le es propio, a saber: en su tajo o corte. Lo mismo pasa con el hombre. ¿Quién irá a poner el fin último de los bienes en el cuerpo, que, por lo mismo que le es común con las bestias, también la bienaventuranza del hombre sería la bienaventuranza de los brutos?

Y así es forzoso que suceda a aquellos que pusieron el fin supremo de los bienes en la insensibilidad o ausencia de dolor, a quienes lo situaron en la salud, a quienes lo pusieron en el placer, de manera que en el bien sumo igualaban a hombres y a bestias, a quienes la Naturaleza separó por un tan ancho claro de distancia. Pertenece, pues, a la mente el sumo bien y en la mente debe colocarse.

¿Y qué congruencia puede haber mayor que lo que en el hombre es supremo y óptimo sea colocado en aquello que en el hombre es lo mejor y más excelente? Harto entendieron esto Aristóteles, los académicos, los estoicos y otros que en el ánimo pusieron este fin. Los estoicos dijeron ser la virtud la que pone compostura en las costumbres y gobierno en las perturbaciones y movimientos desordenados del espíritu; pero esta virtud aposéntase en la parte baja del espíritu que nos es común con las bestias. Y no puede ser el último y supremo de los bienes la virtud, la cual, por las incomodidades de la vida, es lo más laborioso, lo más cargoso, lo más calamitoso. El bien está situado en la quietud y en el bienestar. Aristóteles especula con alguna mayor alteza y profundidad de visión; quiere que sean dos las bienaventuranzas: civil y política la una; privativa del sabio la otra. Y quiere que sean tres los géneros de bienes: del alma, del cuerpo, de la vida o externos. El bien supremo del sabio y que merezca este nombre sin reserva ni atenuación, bien perfecto y acabado dice estar en la mente, que es lo más excelente que hay en el hombre y lo más divino. Su principal obra es la contemplación; y concluye ser ésta la soberana felicidad. Algo dijera quizá de las almas sueltas de los hierros del cuerpo; pero habla de esta vida, en la cual, en definitiva, ¿qué puede contemplar el espíritu, aplomado, abrumado por la pesadumbre de este cuerpo y en una tan densa cegazón de tinieblas? ¡Cuánto menos, aquellas cosas hermosas y preclaras sobre toda ponderación! Especialmente cuando su sentencia en la *Filosofía primera*, recibida de todos con grande y general aplauso, al decir que la agudeza de nuestra mente, aun ante los más simples fenómenos de la Naturaleza, anda a ciegas y deslumbrada no de otra manera que los ojos de la lechuza a los fulgores del sol.

Afuera de esto, por más que te esforzares en contemplar o en seguir la virtud, te apartan o al menos te embarazan en ese empeño las enojosísimas e inevitables necesidades corporales que quieras o no quieras debes satisfacer. Y así es como aquella hermosa y soñada contemplación y el ejercicio de la virtud tienen que ceder el paso a las más abyectas funciones y vese obligado o a caer rodando o a irse apeando de la cumbre de la bienaventuranza. ¡Cuán congruente es poner la felicidad en lo que no es de casi nadie y decir en el libro primero de los *Morales* que no es la fortuna quien da la bienaventuranza, porque es justo que la bienaventuranza sea común al género humano y todos tienen de-

recho a ella! Y si a ti, Aristóteles, te pareció bien colocar en la mente la felicidad, ¿por qué omites a la voluntad, dejándola a solas y desamparada, extrañamente cuando tú mismo confiesas que todo conocimiento fué dado por la Naturaleza por causa del apetito, tanto en el animal irracional como en el hombre, pues conocemos los bienes y los males, aquéllos para apetecerlos y estotros para huirlos? Los estoicos no quisieron dorar con el nombre de bienes a aquellos que fuesen útiles al cuerpo. A los bienes que el hombre descubrió en la vida, llamáronles comodidades o provechos; pero Cicerón y otros dieron satisfactoriamente a entender que cualesquiera fuesen los nombres que tomaran, la realidad era la misma. Y si en esta vida exígese para la felicidad una suerte de concierto y armonía de todos los bienes, fabrícanse un hombre feliz tal como nunca existió, ni existirá, ni puede existir, porque esa felicidad y consumación de bienes en esa vida no pueden recaer en nadie. Si uno, con diligencia, inspeccionare al hombre interior y exteriormente, pronto y fácilmente entenderá que no puede haber en la vida fin alguno digno del hombre en quien pueda definitivamente reposarse. Y si los seres que carecen de fin congruente consigo mismos tienen baldía la existencia, debemos necesariamente concluir que el hombre fué creado en vano por Dios, aun cuando le echó a esta vida como a una peregrinación o a un destierro, y que son vanas las cosas que le proporcionan su uso y utilidad, que es nula o harto pequeña e indigna realmente, pues dentro no traen nada que pueda servirle, nada de lo que exteriormente muestran, como las burbujas de las fuentes, como los caramillos y otros juguetes pueriles. ¿Qué cosa hubiera sido creada por Dios más vanamente y más inútilmente si nada tuviera ni esperara después de esta vida? Y si pensar esto de un Dios sapientísimo es abominable sacrilegio, a otra parte hemos de ir a buscar el fin del hombre, no aquí. Y por no rematar el asunto con un equívoco verbal, puntualizaré diciendo que yo entiendo por fin, y en ello convienen todos los filósofos y lo dice la palabra misma, aquello que hace al hombre perfecto y bienaventurado.

Las condiciones del fin, para que sea propio del hombre, y por esta causa colocado en su parte más excelente y mejor, y que sólo él baste para hacer su felicidad; mas lo que debe acarrear la felicidad y la bienaventuranza, es menester que ocasione los mayores placeres sin ninguna molestia o perturbación. Allende de esto, debe ser perpetuo y que no pueda quitarse, pues si existe el más leve recelo de que se pierda, este recelo borrará y estragará la felicidad. Por esto es que cada cual debe tenerle en su mano o por lo menos en manos de aquel de quien tengamos probada certidumbre de que nos lo dará todos las veces que nos pluguiere. Si alguno para mientes en el hombre en esta vida, hallará que no hay cosa que menos alcance su fin que él: flaco el cuerpo y frágil, expuesto a las enfermedades y a todo género de muertes; breve e incierta su existencia, cuyo término amenaza todos sus momentos por efecto de muchísimas y variadas causas. Más robustos son los cuerpos de las bestias, menos afectados de dolencias y de más larga duración. Esta era la motivada queja formulada por Teofrasto y algunos otros filósofos, a saber: que en la jornada de la sabiduría eran mu-

chas las paradas y se les interceptaba el paso antes que llegasen a la meta.

La figura del hombre anda en opiniones; para todo ser animado su figura es sagrada e intangible y la más hermosa de todas. Viejo es aquel dicho proverbial: *Para cada cual es hermoso lo propio.* Esto quiere dar a entender que no hay unanimidad en el juicio de los hombres cuando se trata de definir la belleza. Si el color debiera determinarla, cedamos la palma al pavo real y a muchos pajarillos y aun a muchísimos insectos.

Además, ¿qué felicidad es ésta, que ningún provecho tiene para su poseedor y deleita más a quien la mira que a quien la posee? ¿Y qué, si es un accidente momentáneo y mil azares le corrompen: achaques, años, lesiones, úlceras, soles, vientos, calores y fríos? Los placeres físicos son breves, instantáneos, no siempre puros y siempre mezclados y acibarados con desabrimientos, y dejan detrás de sí dolores y desencanto. Los brutos animales gózanlos más numerosos, más intensos y más duraderos, puesto que de todas partes los toman, y más groseros y materiales son los sentidos que preferentemente los proporcionan, a saber: el gusto y el tacto. Añade a esto que los toman sin recelo alguno, sin reverencia ni respeto a Dios y a los hombres, sin repugnancia de la mente, que en los hombres protesta contra las pasiones desordenadas. Si en los placeres estuviera la felicidad, fueras tanto más feliz cuanto con mayor duración y mayor frecuencia los gozases. Pues bien: de esos goces tan repetidos y tan prolijos sales más quebrantado, pues estragan el cuerpo y lo debilitan y por ellos el alma degenera en condición de bestia, por manera que tu felicidad no es otra sino convertirte en bruto. Y ni aun el placer afecta sus propios órganos si su uso no es moderado y raro, como lo dijo el poeta Juvenal: *El uso tasado recomienda y da nuevo sabor a los deleites.*

Cómo ha de ser enjuiciado el deleite, declarólo el consentimiento del género humano, que quiso que estuviese encubierto, que quiso disimularlo y ocultarlo. No hay nadie que se jacte de los placeres que gozó en la gula o en el coito, si ya no fuere un loco rematado y que echó de sí toda vergüenza, esto es, que, según frase de Cicerón, sea hombre nominalmente, pero no en realidad. Todo el que tuviere sensibilidad humana busca las sombras y los escondrijos aun en aquellos placeres que autoriza la ley y el derecho, verbigracia: en las relaciones sexuales entre cónyuges. Aun los mismos filósofos epicúreos que situaron en el placer la suma bienaventuranza, aunque desde luego no se recataron de decir que se referían al deleite sensual, como el mismo Epicuro, pero no pudieron aguantar la reprensión de los otros filósofos y el empacho que les infligió la Humanidad. Y así fué como envolvieron en un velo la desnudez de la matrona honesta y atenuaron la crudeza de su doctrina diciendo que los deleites principales, verdaderos y macizos son los deleites del espíritu; que de ellos hablaban y no de esotros abyectos y brutales. Contra ellos se yergue bravamente, además de muchos otros, Marco Tulio Cicerón. Pero esto no nos interesa un comino a nosotros, que nos hemos contentado con degradar y quitar a los placeres de la carne toda estima y toda dignidad.

El mismo comer, el beber mismo, ¡qué molesto no resultan tantas ve-

ces y tanto tiempo repetidas! Y así que terminó, cesa el placer y queda el regüeldo, el gargajo, la micción, la excreta, la pesadez del sueño durante el cual el hombre en nada se distingue del árbol. Si te hubieres excedido en la comida o en la bebida o injerido alimentos poco convenientes a la Naturaleza, síguese trabajo, molestia, enfermedad, dolor y fatal desenlace. La edificación es cosa de reír: poner una piedra encima de otra piedra, trabar madera con madera, caña con caña, paja con paja. El vestido protege nuestro pudor. ¿Qué bien puede haber en aquello cuya carencia, si fuera posible, haría nuestra felicidad? Estos hallazgos hizo nuestra indigencia, no nuestra excelencia. ¡Cuánto son de mejor condición aquellos que no los han menester! Y, finalmente, ¿qué bien o qué cosa deseable puede haber alrededor del cuerpo o en el cuerpo mismo si ese mismo cuerpo nuestro es la cosa más torpe, más asquerosa, más maloliente? Levante el que guste esa pelleja y verá lo que se le aparece: una materia repugnante, que de todas partes, por todos los conductos del cuerpo, como por un secreto sistema de cloacas, le mana sin interrupción. Lo que le es externo es preternatural; lo natural es harto poco y exiguo; se reduce a lo que mantiene y abriga el cuerpo. Todas las restantes cosas hallólas la vanidad humana y con el andar del tiempo, regalones como somos y con el mal uso que de ellas hicimos, las multiplicamos hasta el infinito, erigiéndolas en verdaderas necesidades. Son muchos los pueblos que no usan esas invenciones de nuestra demencia, y maldita la falta que les hacen y llevan una vida más fácil y más feliz, aligerados de tan graves cargas. Los que andan a caza de riquezas, en qué muchedumbre y variedad de molestias se van emboscando. Fuera de que no están en la mano y en el poder del que las posee. Son hijas del azar. Quien las desea y las persigue, las más de las veces no las alcanza; corren ciegamente en pos del que las descuida y aun del que las desdeña. Allende de esto, son origen y pábulo de muchas enemistades, por envidia de competidores y rivales, las cuales perturban la quietud no solamente de los interesados en ello, sino de toda una ciudad, de toda una provincia, de todo un reino. Y cuán odiosos son a los que les están debajo, que están persuadidos de que son sus opresores.

Y dime, en una palabra: ¿Por qué cosas se riñe esa tan brava pelea al arma blanca y se lucha una contienda tan encarnizada y sañosa? Por fruslerías, por nonadas, por dinero. El dinero, de suyo, no es nada. En unas partes es de oro; en otras, de plata, de bronce, de cobre, de latón. Tiempos hubo en que fué de suelas de zapato. En ciertas ciudades del Oriente hace la vez del dinero un determinado número de habas distribuídas a voluntad del gobernador o el príncipe. Y puesto que el uso es el mismo, ¿qué importancia tiene la calidad del dinero que se introdujo para proporcionarse aquello de que está cotidianamente el cuerpo necesitado? La primera cosa a que se asignó valor, dicen que fueron las piedras preciosas por cierta virtud talismánica que comúnmente se les atribuía y por eso tenían aplicación en muchos recetarios. Prescindiendo, pues, del uso, nada te importa tener oro o guijarros recogidos del torrente. Si el dinero es un simple instrumento, cuando en el uso se gasta es cosa del todo vana y superflua, como si

alguno, no habiendo de escribir nunca, coleccionase plumas y más plumas. El uso verdaderamente necesario es exiguo. ¿Qué hacen centenas de miles de ducados, donde dos o tres ya bastan? El uso superfluo indica perversidad de juicio, pues con sólo que alguno diga *superfluo*, con este adjetivo solo reprende la vanidad redundante y hueca. Allégase el honor. ¿Qué es eso de honor? Se desvanece luego al punto si pretendes tocarlo con las manos. Descubrirse la cabeza, ceder el paso, la derecha, el lisonjero tratamiento protocolario, etc., etc., todo esto es pura nada; lo impone la necia opinión y la irreflexión para que se figuren ser algo. Añade a esto que son halagos y atenciones del albedrío ajeno, del pueblo, quiero decir, que es una bestia de mil cabezas. Este monstruo policéfalo, como juzga apasionadamente del mérito, asimismo aplica el honor donde no parece bien y de donde parece bien lo quita. ¿Qué sólida felicidad puede apoyarse en el capricho ajeno, y por esto mismo, rudo craso y hartas veces inicuo?

De la nobleza no diré una palabra, porque pienso que fué la mayor mentecatez y la más grande vacuidad y la cosa de menos sustancia que pudieran imaginar los hombres.

La magistratura trae consigo cuidados y solicitudes si quieres desempeñarla con honestidad. Y si no, ¿qué felicidad puede haber en la tiranía y en el odio de los más? Si son éstos los fines del hombre, si para esto el hombre fué creado, ¿qué cosa puede imaginarse que merezca más lástima que él? ¿Cuánto más felizmente se vive sin todo esto que, en definitiva, no son otra cosa que fuentes y orígenes copiosísimas de todo linaje de cuidados, molestias, de interminables tormentos del alma, contra cada uno de los cuales dispararon sus baterías con bravura los ingenios más eminentes y ello hace que sea faena excusable la insistencia en un punto que es obvio a todos? En resumen: todos estos subsidios que para esta vida hemos excogitado, ¿cómo nos beatificarán o harán felices, si no pueden defendernos eficazmente de enfermedades, dolores, molestias, congojas, hambre, sed, frío, calor, muerte? Esto en los aledaños del cuerpo o en el cuerpo mismo. Escudriñemos el ánimo si nos place, en cuya parte inferior, la que está en contacto con el cuerpo, residen aquellos movimientos y alborotos que se llaman pasiones. ¿Y qué cosa hay más revoltosa, más atroz, más cruel que las pasiones, que se encrespan y embravecen al menor soplo y levantan en el hombre todo sañudas borrascas, en tal grado que ya no parece que es hombre, sino animal bruto o fiera salvajina, y están tan lejos de hacer bienaventurada toda la vida que más aína la hacen insufrible y amarguísima? Todo su cuidado y todo su trabajo consume la filosofía moral en poner paz y reposo en esos movimientos procelosos.

La parte superior y mejor llámase mente. ¿Cuáles son sus bienes? Sus bienes son dos, como son dos sus funciones. En la inteligencia está el saber; en la voluntad está la virtud. En la inteligencia humana hay tantas tinieblas y una noche tan lóbrega y cerrada, que todo lo que consigue vislumbrar el hombre más agudo y más sabido, parece no distar mucho de aquello que vemos en noche negrísima con las luces apagadas. Y en hecho de verdad la memoria es angosta, es floja, es infiel; la punta del ingenio es roma, la dili-

gencia es perezosa y tarda. ¿Cómo vas a constituir la felicidad en cosa que o es nula o es tan exigua y tenue que se la debe considerar como nonada? Por eso espántome tanto más de la sentencia de Aristóteles, que, como no ignoraba cuán flacas eran las fuerzas de nuestro ingenio acerca de las cosas materiales que caen bajo el dominio de los sentidos, colocó el fin del hombre en la contemplación de las cosas supremas, aun en esta vida, por manera que parece que no hizo más que excitar en los hombres el deseo de una cosa que no podrían conseguir. ¿Quién dirá que en un ciego o en un individuo de vista muy embotada la felicidad consiste en mirar muchas cosas de hito en hito? Esto más bien parecería un sarcasmo, que demostrar lo que la Naturaleza tiene de mejor. Con cuánto mayor tino se expresó Platón, que llama feliz a aquel a quien siquiera en su senectud cupo la suerte no de tener ciencia, sino opiniones exactas de las cosas. La otra parte es la voluntad y es la eminente; su perfección es la virtud; por eso se dice que reside encumbrada en alteza soberana, señora y reina de todo. Cierto, al nombre de la virtud yo no puedo menos de ponerme en pie y tributarle todos mis obsequios. Reconozco que es una cosa única, la más hermosa y más excelente, a la cual todas rinden pleitesía; pero no por sí misma, sino por aquella eterna bienaventuranza a la cual se llega mediante las virtudes, pues si todo se refiere a esta vida y no hay ninguna esperanza, no recuerdo de otra, no hay ciertamente nombre más vacío que el nombre de virtud, que no lleva nada dentro, si ya no es en la interpretación de los ladinos y bellacos una treta para vivir cómoda y regaladamente. Tiénense por virtudes éstas que siguen: Justicia, Fortaleza, Continencia. A éstas suele añadirse la Prudencia, que más bien es rectora y moderadora de las virtudes que virtud propiamente. No arrebatas a nadie lo suyo; devuelves el depósito que se te confió; no defraudas; no engañas; profesas amor a la patria, a los padres, a los parientes, a los amigos; manifiestas gratitud a tu bienhechor; eres, pues, justo. Y de la misma manera, en la práctica de las restantes virtudes: arrostras los peligros con intrepidez, sufres virilmente las contrariedades, abalánzaste a la muerte con denuedo, eres fuerte. Si haces todo esto porque te tengan por bueno, para que te aprecien y valoren, para ganarte simpatías, honores, distinciones, cosas que granjean dignidad, riqueza y vida regalada, mientras que lo contrario depara desprestigio, desdoro, daños, sanciones legales, ¿por ventura tu virtud no es pura cautela o, mejor aún, pura especulación, que no difiere de la navegación, de la negociación, de la guerra interesada que los soldados hacen por la soldada? Si ello es así, en una obra buena tendré una pésima voluntad y no conseguiré menos, sino mucho más que ese que sencillamente tiene la mejor voluntad y de buena fe obedece su inflexible conciencia.

Pero dirás: «Este es el bueno verdaderamente y no aquél.» Las palabras son vanas. Si sola esta vida se mira ¿qué es eso de hombre bueno, sino un vano calificativo? ¿Quién es el juez, quién es el vengador de las intenciones que cada cual oculta en su pecho? No menos larga es la vida del malo que la del bueno y más a su gusto y a su antojo. En el remate de la jornada, nada queda en un lado ni en otro; si ya no es que del lado del malo queda un patrimonio

amasado con la astucia y el amaño, y quedan los hijos honrados con el nombre que su padre dejó de hombre tan ilustre como bueno. Pero, con todo, la naturaleza y el reflejo de la verdad tienen tal fuerza sobre nuestro espíritu, que de ninguna manera podemos admirar una virtud falsa y degenerada por alguna remota semejanza o algunos lejos que acaso tenga de la verdadera, porque Dios sembró en el pecho humano la veneración y el afecto de la auténtica virtud. Así es que nada puede decirse contra la virtud genuina gracias a la cual conseguimos los bienes eternos; mas, contra esa fingida y enmascarada, pueden decirse muchísimas cosas con tanta acrimonia como verdad. Si no tienes la mira puesta más que en este siglo, nuestra vida, sin duda, será la vida del cuerpo; pero el cuerpo no tiene ninguna cosa tan hostil como las leyes y los preceptos de virtud, que prohibe todo lo que es halagüeño al cuerpo, de modo que no sin razón fueron puestas la carne y la virtud en dos platos de balanza, cada una de las cuales esforzábase cuanto podía por pesar más que la otra. Y si la virtud es contraria al cuerpo, también lo es a esta vida, y si a esta vida, también al mismo hombre. Gustaríame oír de labios de aquellos que todo lo circunscriben a la vida qué significación tienen aquellas expresiones magníficas sin duda; enfáticas, sin duda, pero inconsistentes como burbujas: *Aun cuando receláramos y esperáramos que los dioses nos podían engañar, con todo, nada deberíamos hacer injustamente; nada aviesamente, sino todo ajustado a la virtud.* Y eso, ¿con qué finalidad? Responden: *No más que para ser buenos.* ¿Adónde se va con esa bondad? ¿Cuál es su fruto? Pues la bondad es una molestia para la cual sienten repugnancia el cuerpo y las pasiones del ánimo. Pues bien: no hay cosa que, según la Naturaleza, sea molesta, y por lo mismo no eficiente de bienaventuranza, pero si se capta aquella bondad para vivir más apaciblemente, mediante el sosiego impuesto a los movimientos anímicos, atiéndese y cáptase aquella bienandanza que no es virtud y que quedará desairada y olvidada si fuera posible alcanzar esta bienandanza sin la virtud.

Dicen además de esto: *¿Acaso el sabio, si él muere de hambre, quitará el alimento a otro hombre, que para nada sirve? De ninguna manera; no me es mi vida tan útil como esta disposición de mi ánimo, a saber, que nadie sufra mengua en gracia de mi provecho.* Donoso y peregrino es que quienes no alientan ninguna esperanza después de esta vida no se rían cuando escriben o dicen esto. Decidme, por favor: ¿qué cuantioso provecho ha de acarrear al sabio esta disposición del ánimo que prefiera morir a violarla? ¿O cómo va más contra la naturaleza, lo que se llama injusticia, que la muerte, siendo así que la más apremiante recomendación de la Naturaleza sea la de que cada cual mire para consigo mismo? Pero siguen hablando engoladamente: *Más vale un solo día vivido bien, en conformidad con lo que prescribe la virtud, que la inmortalidad toda, en el apartamiento de la virtud.* Y a continuación nos exhortan a que *luego de abandonadas todas las cosas vayamos en pos de la virtud y vayamos de prisa, y más vale que sea tarde que nunca.* Todo esto es vano y sin fruto. Está bien; pocos días antes que me muera, renuncio a los placeres de una vida regalada; doyme a la austera y áspera virtud;

poco después salgo de esta vida, ¿qué gano con la virtud? ¿Cuál será su fruto? Contestan: *En el vientre del toro de Falaris exclamará el sabio: no curo de nada, no siento nada.* ¿Adónde bueno estas bravatas si en seguida muere? Voces hueras son las que emiten y parece que quieren echar grandilocuencia como en las tragedias para que el pueblo los admire. Con cuánto mayor cordura se expresó Cirio, como se lee en Jenofonte, y cuánto más conforme con el sentido común. Mi parecer es éste, dijo; a saber: «Que no hay virtud alguna ejercitada por los hombres porque no tengan nada más los buenos que los malos. Los que temporalmente se abstienen de los placeres, no lo hacen con la intención de privarse definitivamente de ellos, sino porque después de esta continencia, sea el goce más extenso y vivo.» Esto fué lo que dijo. Por eso, los filósofos más sensatos más entendieron que todo era vano y fútil, si se refería acá abajo. Por eso remitieron la recompensa de las virtudes y los vicios a la otra vida, como Sócrates, a quien Platón siguió, y Cicerón, que le fué detrás siguiendo sus pisadas y otros muchísimos. Y los poetas, guiados y enseñados por la Naturaleza, reconocieron esa verdad que el vulgo había aceptado. Pero estas cosas están dichas tan ligera y fríamente, que ellos mismos daban a entender que no creían demasiado en sus propias afirmaciones, como en otro lugar diré. Pero en hecho de verdad, así es. Ningún fin tiene el hombre en esta vida que sea digno de sí. Si en la otra no lo tiene tampoco, sobra perfectamente. Pero no sobra, no; fué creado para la otra y allí está su descanso, y allí está su fin y su bienaventuranza.

CAPITULO VI

CUÁL SEA EL FIN DEL HOMBRE; INVESTIGACIÓN EN EL MISMO HOMBRE

Pero no sería faena demasiado cargosa, estudiando al hombre con la atención debida, concluir cuál sea su fin o ciertamente cuál sea su motivación. Y ello con la misma lógica fácil con que un indígena de las islas remotas del Atlántico, donde el hierro no es conocido y que hubiera dado, al azar, con una espada portada allá por alguno de nuestros colonizadores, a fuerza de darle vueltas y de manejarla, y haciendo pruebas con ella, a la postre llegaría a descubrir para qué uso estaba apercibida. Con este mismo interés y curiosidad obsérvese el hombre por de dentro y por defuera. Dijimos poco ha las interioridades y las exterioridades del individuo humano. De su excelencia natural y del uso de su razón fácilmente se entenderá que él no se concreta a este bajo mundo y que no fué creado para esta vida. Más alta es la condición de su naturaleza, que para esas cosas ni su uso requiere instrumento tan excelente ni el empleo que de él se hace es a propósito para ellas. Digamos esto con mayor claridad y extensión para que por todos pueda ser entendido, si en ello paran mientes y atención. Nunca se toma nada para un uso y fin no propio que sea mejor y más excelente que aquel por el cual se toma. Eso no acontece nunca en la vida entre personas sensatas, ni tampoco en la Naturaleza, que es gobernada por la suprema Sabiduría. Siempre y en todo tiempo, aquello que es deseado con ajenas miras es inferior a aquello otro por lo cual se lo desea, pues no siendo así, desearíalo de una manera contraria. Todos entregamos

dinero a cambio de comida, y a la comida querémosla para la vida. La vida, pues, para cualquiera vale más que el manjar, y el manjar más que el dinero. El que da la vida por el honor y la gloria, para éste vale más y es mejor la gloria que la vida. Nuestro apetito de suyo tiende a aquello que juzga le es bueno, y cuanto mejor y más excelente lo juzgará, con mayor propensión y vehemencia tenderá a ello. De modo que lo que juzgará ser potísimo, creerá que le es óptimo sobre todo lo otro. Y, en realidad, será lo óptimo aquello que deseará más que todo lo otro y en cuya gracia tomará lo otro.

La Naturaleza, pues, que es la más sabia de todos, como compuesta, establecida y provista por el Creador sapientísimo, colocó en soberano lugar lo que en realidad es lo mejor y más excelente, y en gracia de ello, todo lo demás; no viceversa. Creó, pues, toda cosa y le asignó este fin para que le vaya bien; no puede darse cosa más excelente ni mejor y en ella descansa todo apetito y merece que para ella se tome y a ella se refiera todo lo demás. El fin de los sentidos corporales es sentirse bien, y lo mismo el fin de la mente. De suyo, los sentidos ocúpanse en las cosas de esta vida: en comer, en beber, en calentarse, en refrescarse, etcétera; porque con estas ocupaciones se sienten bien; pues guardan mejor su integridad, conocen más agudamente y gozan de sus placeres. Empero la mente si se ocupare en las cosas de esta vida, ¿cuál será su fruto? No lo pasará bien, porque ni con más pura claridad contemplará las cosas excelsas y escondidas, ni fruirá los deleites del conocimiento. Al revés: tanto más lejos estará de la inteligencia de las cosas dignas de ella cuanto con mayor atención y diligencia se dedicará a las cosas de esta vida, es decir, en la procuración de las cosas que el cuerpo pide. Así que lo que es mejor haríase instrumento de lo que es peor; la mente pondríase al servicio del cuerpo y la inteligencia al de los sentidos, siendo así que por el contrario la Naturaleza infundió en todos los seres esta gradación: lo externo fué creado para el cuerpo, el cuerpo para el alma, y en el alma lo que es inferior para lo superior; de modo que lo menos bueno es para lo mejor. Añade a esto que la mente es un órgano que en manera alguna es necesario para la vida. El animal bruto necesita de sus sentidos para la vida; también le son necesarios al hombre para procurarse el mantenimiento; ninguna o muy poca necesidad tiene de la inteligencia, no mayor por cierto que la que tiene el perro o el elefante. Son de ello una prueba viva los hombres bobos, que no viven menos ni gozan menos de los placeres de la vida que los hombres ilustrados; ni la mente les es precisa; al contrario, si te concretas a esa vida sola, no sin razón dijo el griego famoso: *La vida más sabrosa reside en el no saber nada.* «Donde hay mucha ciencia—dijo Salomón—hay mucha aflicción y cuidados y preocupaciones, y ansiedades graves y molestas, de las cuales carecen los dementes.»

Pero dirá alguno: «La inteligencia es necesaria para el tren de la vida en el vestir, en el condimentar los alimentos, en templar las bebidas, en aderezar la casa y el ajuar, en los viajes por mar, en las jornadas por tierra; también para la guerra (¡perdóneme Dios!), para la conquista de honores, de dignidades y otras cosas de este género.» Esas cosas, digo yo, no nos las dió la Na-

turaleza, sino que las excogitó la vanidad, gravosa carga sobre los hijos de Adán. Esto es, precisamente, aquello mismo de que me quejo, porque desvía la mente de su conocimiento y la obliga a actuar de criada en menesteres indignísimos de su excelsitud, y lo que debía consumirse en cosas soberanas se malgasta en cosas vilísimas. Sin duda, para ellas precísase inteligencia, pero pobre y venida a menos de su excelencia original. Si alguno viere un tejido de Malta, como antiguamente se decía, o como los que hoy toman el nombre de holandas, tan vaporosos y tan blancos ¿pensará, acaso, que fué hecho para envolver barro o fregar el pavimento? No, sin duda, sino para un uso más noble. Así también, si alguno contemplare y estudiare con el detenimiento debido la inteligencia de nuestra mente, ¿estará tan privado de mente y de seso que piensa que no tiene más aplicación que coser zapatos, salar pescado, amontonar piedras? ¿Y qué, si los pudientes y los primates se dignan hacer o saber y los sabios lo desdeñan sacudiéndose de sí el cuidado de todas aquellas cosas para dedicarse a empeños de mayor monta? ¿Acaso se concedió al hombre tanta pujanza de razón y conocimiento para labrar metales, para tallar piedras y maderas, para buscar mantenimiento y abrigo para su cuerpo, para conseguir distinciones con el propósito de que los otros se levanten a su presencia y se descubran ante él y le cedan el paso? ¡Oh miserable e infelice condición de la vida! ¡El hombre, criatura de todas la más noble, rey del mundo sublunar, ocupándose todo el día en confeccionar calzado, en trasquilar cabezas, en arrastrar togas, en cocinar manjares, en maquinar en sus adentros venganzas, fraudes, matanzas y fieros males! Ruin género de servidumbre. ¿Para esto crees haber sido creado? Pues qué —dirá alguno—, ¿nos entregaremos a una holganza total como aquellos indios abúlicos, sin viviendas, sin agricultura a guisa de rebaños? Es, sin duda, aquella vida agradabilísima, alejada de todo cuidado, pero condénala la Naturaleza, que nos hizo activos. Para hombres así, holgaba la mente; así que no la usan, como tampoco los nuestros hacen buen uso de ella. Acaso continuará insistiendo: Será como dice Aristóteles: «Ejercitaráse la mente en la contemplación y el conocimiento de cosas soberanas.» ¿A qué fin no han de aprovecharle de nada? Luchará con las dificultades de su ingenio y será durísima la contienda; así que la tortura será mayor que el deleite y no dará jamás con el remate y no hallará descanso en aquello mismo que inquirirá.

Pero miremos ya al hombre cara a cara. Forma parte del hombre el cuerpo a cuyo servicio están las cosas externas. Luego el fin no puede estar en las cosas externas, porque no se detiene allí, sino que pasa allende, es decir, al cuerpo; y esto gracias a los sentidos; no es, pues, el fin último el cuerpo. Los sentidos refiérense al ánimo, y lo que en el ánimo está, refiérese a la mente. Propiedad de la mente es el conocer. El conocimiento engendrará, pues, algún apetito relacionado con la mente, pues todo conocimiento en el animal procede del apetito; nadie desea para conocer, sino que conoce para desear, pues no podemos desear lo desconocido. Este apetito de la mente llámase voluntad, cuya consejera y guía es la misma mente. En la voluntad está, pues, la suma del fin y el fin de la voluntad es el fin del hombre. El fin y la bien-

andanza de la voluntad es sentirse lo mejor que pueda. No se siente, pues, bien en la cesación de todo acto; pues al parado y al dormido pudiera irle mejor que al despierto y activo. Y si al que huelga del todo es a quien mejor le va ¿de qué sirven la fuerza, el vigor y la vida, y el movimiento y la propensión a la actividad, que son dádivas hermosísimas de la vida y que nosotros merecidamente apreciamos tanto? Y a su vez, la abulia, la estupidez, el ocio y la holganza, por su fealdad, deben evitarse, como la ausencia y privación de aquellos dones. Para aquella felicidad que procediera de la estupidez ninguna falta haría la mente ni el conocimiento ni la voluntad, que podrían ser suplidos por una piedra. Y puesto que voluntad se llame así de *volo* (querer), ¿cómo puede irle bien si deja de ser voluntad? Querer es, pues, mejor para ella que desocuparse y estar mano sobre mano. Y mejor es querer que no querer; pues el querer es una acción de la voluntad hacia su bien, y no querer es aversión y apartamiento de su mal. Por eso mismo, amar, que es adherirse por el querer, es mejor que odiar, que es apartarse por el no querer. En el amor está, pues, la mejor y más excelente acción de la voluntad. El amor trae consigo el deseo de la unión y goce de la cosa amada; si la voluntad lo consigue, tiene un suave descanso y fluye de un sabroso bienestar. Cual fuere, pues, el objeto de su amor, tal será su bien y tal será ella misma. No tendrá, pues, el goce más subido y completo si no goza de una cosa óptima capaz de henchir toda la amplitud de su deseo. Y no hay cosa que pueda henchir su deseo, sino sólo Dios. Todas las otras cosas que puedan enamorarle y cautivarle son viles, desleídas, breves, momentáneas, pequeñas. En la unión, pues, y en la fruición de Dios halla el incomparable bienestar; allí, pues, está su fin y por ende el fin del hombre.

Esta conclusión puede también colegirse del mismo conocimiento. Tiene el hombre sentidos corporales por los que conoce el haz externo de las cosas que están presentes; tiene sentidos internos por los cuales conoce las mismas cosas, pero ausentes; tiene la razón, que anda vagando y discurriendo por las causas y las más esquivas reconditeces de la Naturaleza toda, por el cielo, por los elementos, por los efectos de las cosas, por aquellas que porque están libres y exentas de cuerpo, llámanse espirituales. Dígaseme: ¿Por ventura este conocimiento que es el más hermoso de todos importa mucho para vivir esta vida? A decir verdad, nada. El hombre, irguiéndose sobre las cosas creadas, trasciende los cielos y el universo mundo, hacia Dios, que es el autor de todo. Mezquino es, quiero decir, deficiente y muy turbio este conocimiento; pero tanto cuanto basta para aconsejar la voluntad y excitarla para que se comporte con cualquiera de éstos como él mismo es.

Así de todos estos conocimientos nacen amores, de las cosas corporales presentes, de las cosas corporales ausentes, de las cosas espirituales y, finalmente, del mismo Dios. Dios, pues, es lo mejor y lo más excelente que la mente puede columbrar y que puede mostrar a la voluntad y a ese blanco se enderezan todos los conocimientos. Conocemos las cosas presentes por las cuales venimos en conocimiento de las ausentes; conocemos las corpóreas, por las cuales se pasa a las incorpóreas; conocemos lo compuesto,

por lo cual se pasa a lo simple y de las mortales a las inmortales y de lo creado al Creador. El ápice o la cima del conocimiento es lo simple, lo incorpóreo, lo inmortal, el Creador, y ya no hay más allá, y Este solo hinche, pues todo lo otro deja un inmenso vacío. Esto es lo que hace bienaventurado, lo que llena, lo que sacia, lo que aquieta, y esto es lo mejor y lo más encumbrado que ella puede amar. Y como por otros conocimientos se sube a Dios y allí nos detenemos, así, mediante el amor de las otras cosas, se sube al amor de Dios, por encima del cual ya no hay otro.

Y si nuestra mente puede amar a Dios por conocido, debe amarlo por óptimo, pues el amor siempre tiende al bien y sin duda puede conseguirlo, porque otramente la Naturaleza hubiera depositado en nuestra mente apetitos frustrados de antemano y hubiera fallado en lo principal. El amor no beatifica ni admite reposo, hasta que por la unión goza de la cosa amada, pues ausencia y deseo desazonan. Ninguna otra cosa nos harta, pues todas se nos escapan de las manos en el momento que las poseemos; mientrras deleitan, ya son idas, y en ellas no puede ser detenido aquello que buscamos.

La unión con Dios no puede en esta vida ser tal que nos haga bienaventurados. Queda la otra vida, pues, en la cual se verifica. Es de saber que en esta vida, por el grande oscurecimiento de nuestro cuerpo, no conocemos a Dios ni le amamos tanto como sería necesario; fuera de que, de este conocimiento y de este amor, nos aparta nuestro cuerpo, que tiene hambre, o tiene sed, o tiene sueño, o languidez, o adolece, o se cansa. Ni gozamos de aquellos bienes de Dios, antes cuanto más ardientemente amamos tanto más nos tortura el acre deseo de la unión. Allí, empero, dejado el cuerpo en el sepulcro, o trocado por la resurrección, contemplaremos con más claridad y amaremos con más hervor, y nuestra unión será muy más estrecha y gozaremos de bienes increíbles. Este es el fin del hombre, o no hay otro; pero hemos demostrado que hay alguno; éste es, con absoluta certidumbre. Y aún hay más: ese argumento que concluye que el bien del hombre no está aquí y que de todas maneras hay otro, tiene tal fuerza que obligó a muchos filósofos a afirmar que después de esta vida está el bien futuro que esperamos; si bien esta convicción fué por ellos formulada con timidez y como con cierta desconfianza.

Viene en apoyo de esta nuestra opinión la misma configuración de nuestro cuerpo, recta y mirando al cielo, como quien mira a la patria, desde la peregrinación o el destierro. Y aún, la misma razón de nuestra vida que no tiene punto de reposo en ningún lado ni se acomoda ni resigna a lo presente, tendida siempre y abocada desaladamente a lo futuro. Las bestias se contentan con lo presente y gozan a placer de esta vida; verdad que corroboran nuestros sentidos, que también en lo presente hallan su contentamiento. Empero nuestra mente, como un río en curso continuo, en ninguna parte se arremansa; siempre yendo a los alcances de lo futuro, en suspensión y ansiedad constante. Los niños se aparejan para la juventud; los verdes años, para los años canos; la senectud lanza más lejos sus aspiraciones. Ninguna edad mira para sí, sino que atiende a la edad venidera. Los padres andan solícitos por sus hijos; éstos, de los nietos;

el día de hoy sirve al día de mañana; la hora de ahora sirve a la hora siguiente y el momento actual al momento inminente. Aun en medio de los placeres, si con ellos mezclamos alguna reflexión, nunca tomamos el presente, sino con expectación del que seguirá inmediatamente, hasta quedar consumido por completo; así que pasó antes de que acabara de esperarse. Absolutamente todo lo que en esta vida pensamos, decimos, ideamos, olvidamos, no va directamente a lo presente, sino que tiende a lo futuro y está colgado de la esperanza: arar, sembrar, escribir, leer, comer, beber y todo lo demás, porque sepamos que acá abajo estamos peregrinando y que vamos a otro destino en una jornada sin descanso; en suma: que no es ésa nuestra pertenencia. La naturaleza de aquella sumidad donde está el fin de los bienes, excluye todo mal, y por ende todo cuidado, tristeza, dolor, exclusión que no puede verificarse en la vida. El mismo pensamiento que asalta a quien se tiene por dichoso, de que ese estado puede trocarse o que es fuerza que termine en la muerte, no dejaría que la vida, ya no diré sea bienaventurada, sino que tenga todo su sabor, si ya no se hubiere propuesto poner olvido en su espíritu y no pensar pizca en la alternativa de los casos y en la obligada salida de este mundo. Y ese propósito no es realizable con tantos ejemplos como todos los días se nos vienen a los ojos. Y así como el cuerpo, erguido, nos da aviso del cielo, así su trabazón nos lo da de su pesadumbre y de esa vanidad. Tenemos unos cuerpos necesitados y mendigos de muchas cosas, expuestos a toda suerte de trances, enfermedades, molestias, por lances varios y casi cada día. ¿Y el ánimo, qué? Perturbado, irritable; la mente, ignorante. ¿Qué felicidad puede haber en medio de todo eso? Metida está en lo más cordial y hondo del género humano todo la persuasión de que después de la muerte ha de haber algo mejor que esta vida, y esto espera el deseo universal, de modo que necesariamente debemos concluir que esa convicción entrañable fué sembrada en nosotros por la Naturaleza.

CAPITULO VII

DE LA VIDA EN EL CLAUSTRO MATERNO, DE LA VIDA ACTUAL Y DE LA OTRA VIDA

Así como en el seno materno nos preparamos para esta luz y esta vida, así también en la vida actual (que referida a la otra es semejante a la uterina), en angustia y lobregueces, nos preparamos para la otra sempiterna. Nadie piense que esa opinión haya sido formulada con mayor sutileza e ingenio que verdad.

En las plantas colegimos que hay una sola vida, que se llama vegetativa, que las nutre y las hace crecer; en los brutos, entendemos que hay dos, a saber: la misma vida vegetativa y la sensitiva; y que hay tres en el hombre, a saber: estas dos primeras y la intelectual o racional, que es la de la mente. Y en la mente hay dos acciones: la inteligencia, como Aristóteles enseña y con él los otros filósofos, y la realidad misma enseña; y la otra es la que se ocupa propiamente en la acción, como en las artes, que se ejercitan con el concurso de las manos y con el conocimiento y estudio de los lugares, de los tiempos, de las personas a las que conviene

acomodar cada una de las cosas, y el negocio que se trae entre manos. Esta aplica la razón a las cosas que se perciben mediante el conocimiento de los sentidos. La otra le es superior y más noble, puesto que escudriña, descubre y contempla las causas naturales y las verdades ocultas a los sentidos, y tiene no sé qué de divino; esta misma aplica la razón y el juicio a aquellas cosas que exceden los límites de los sentidos. Vemos que el hombre, durante algún tiempo, vive vida vegetativa en el seno materno; salido de ahí, vive la vida sensual, esto es, la vida del bruto; mas con el progreso de la edad, aprende las artes, ejercítase en la vida privada o pública, y con el uso y la experiencia acumula saber. Réstale no más que el hombre haga progresos en aquella porción divina de su mente, cosa que jamás se hace en el decurso de esta vida. Poquísimos son los que cultivan su mente o siquiera se preocupan de ella; los más apenas saben si tienen o no tienen mente; quienes, empero, por algún gran impulso y fuerza poderosa, se levantan y tienen algún cuidado de su mente, no se detienen allí, sino que, retraídos por la masa de su cuerpo, recaen de nuevo en los cuidados y solicitudes de esta vida. Los que se detienen algún tanto por impedírselo la densísima cerrazón de su cuerpo, no ven nada, no consiguen nada. Esta presente vida, pues, es el camino de una vida mejor y más excelente. De no ser así, ¿se nos hubiera concedido de balde tan gran bien?

Y si vemos que el uso de las cosas más viles alcanza alguna perfección, a ése tan excelente no puede faltarle su perfección propia, pues no es Dios artífice más diestro y primoroso en las cosas pequeñas y viles que en las grandes y excelentes, ni perfecciona lo ruin y deja lo excelente comenzado y defectivo. Y así como el hombre cuando se va formando en el útero, puesto que vegeta como una planta cualquiera, está encerrado en un reducido tugurio, que es ya suficiente para el género de vida que lleva, así también, una vez que salió del útero, porque ha de usar de sus sentidos, ingresa en una anchura y en una luz necesaria para la función y oficios de los sentidos; y así también, en alejándose de aquí, porque ha de hacer uso de su mente, pasa a una luz tanto mayor y más excelente cuanto el conocimiento de la mente es más amplio y más capaz y más excelente que el de los sentidos. En naciendo el feto, deja las telas en que estaba envuelto en el útero y el cordón umbilical, por el que se mantenía; sale desnudo. Así también el hombre, al irse de la vida, depone acá abajo, digamos esas sus envolturas; mueren al nacer el feto los envoltorios del feto, y mueren también los del hombre cuando emigra a la otra vida. Nace el infante como de mala gana, con trabajo y padecimiento; y así también el que desaloja ese domicilio de su cuerpo. Toda vez que el infante ha salido, es muy diferente su manera de vida de la de antes, así el alma, cuando abandonó el cuerpo. Demás de esto, así como la habitud y todo el tenor de esta vida tienen su primer origen en aquella formación y constitución en el seno de la madre, por manera que uno es de tal cuerpo tal hábito, tal salud, tal estatura, forma, fuerzas cuales las recibió en aquel su esbozo primero, así también la condición de la vida siguiente depende en gran parte de las acciones de ésta, por manera que en lo sucesivo, el ánimo es tal cual se

formó y modeló en la vida del cuerpo, a saber: ruin, abyecto, miserable, si atolló en el cieno y en las suciedades y pasiones carnales; y al revés: generoso, levantado, celestial, feliz si se consagró a pulir y cultivar su mente con altos y soberanos pensamientos y virtudes. Ve la luz el niño recién nacido y en ella las formas de las cosas que le son nuevas, inusitadas y maravillosas por esto mismo. Contempla paralelamente también el ánimo al renacer, es decir: al separarse del cuerpo otra luz, y en ella nuevos y admirables aspectos de las cosas como jamás antes las hubiera sospechado. En el claustro materno, determinados fetos tienen tal vida y vigor, que no tienen punto de reposo y parecen que tienen alguna sensibilidad; otros son torpes, inmóviles del todo; no se delatan más que por el tumor del embarazo. Así también en esta vida, los unos no demuestran ningún sentido de la otra vida, acolchados en la calígine de éste y como sumidos en profunda hoya; otros, apoyados en la inteligencia y en las virtudes, ya dan indicios de lo que deben ser en lo futuro, y nos ofrecen en cierto modo una cata de la eternidad venidera. También todos los días nos es dado barruntar una imagen aproximada de esta presente vida y de la que seguirá en lo que vemos y conocemos durante el sueño y en las horas de vigilia. El reposo es el reinado absoluto de la fantasía: va de arriba abajo, todo lo revuelve, lo mezcla, lo confunde, lo trastorna, según son los pensamientos, los deseos, los caprichos de esta vida, en todos los cuales nos dejamos llevar de los sentidos, y por ende de la fantasía y de una razón harto tenue y harto turbia. Si con esta confusión y esas tinieblas comparas lo que conocemos y entendemos en el desvelo, fácil te será colegir cuán otra habrá de ser la vida ulterior de la mente de lo que es esta vida actual de los sentidos. La vida es sueño, y su paso es como el del sueño, y contemplamos todas estas cosas pasajeras como las que revolvemos en el ánimo durante el descanso. Soñando vemos muchas cosas que juraríamos ver y que obran con no menos realismo y eficacia que las que contemplamos y obramos cuando estamos despiertos. El que soñó piensa que vió, y el que vió imagínase haber soñado. Eso quiere decir que no es menos espesa la bruma que envuelve el ánimo de los que están despiertos y de los que duermen. Nuestra memoria contiene muchas cosas reservadas, que el conocimiento no sabe discernir si las vió despierto o dormido, tan confusas y tan sumidas en oscuridad están la mayoría de las cosas en nuestro espíritu. En la otra vida, será mayor la luz y más expedito y libre el conocimiento y el ejercicio, y por eso mismo todo será más claro, más distinto, más cierto.

CAPITULO VIII

QUÉ ES DIOS

Mientras me dispongo a explicar la fuerza y la razón de este amor que con Dios nos une, se me ocurren algunas objeciones que me conviene ojear antes de pasar adelante, para que no nos sean estorbo en el camino. Muchas cosas hemos dicho y mucha esperanza hemos sembrado en la otra vida inmortal y en Dios Supremo y Todopoderoso. Preguntará alguno: «¿Y cómo es este Dios?» E insistirá preguntando: «Después de la muerte,

¿quedará algo de nosotros?» Pues si no queda sino lo que nuestros ojos ven, ¿cómo es posible la realidad de otra vida? Hablemos antes de Dios, pues así lo exige el orden lógico. Mucho dijimos en la *Filosofía primera* contra aquellos que no sienten con la debida rectitud acerca de su infinita y soberana Naturaleza. Aquí diremos lo que fuere suficiente para nuestro propósito; todo lo demás se deducirá de ahí. En este lugar trataremos este punto con mayor llaneza y claridad, porque aquel tratado primero acomodábase al oído de las personas doctas, y éste también a las del vulgo.

Comenzaré declarando que de Dios es más fácil decir lo que no es que lo que es, pues rebasa los alcances de nuestro entendimiento. Con razón fué celebrada aquella respuesta de Simónides, quien, preguntado por Hierón de Siracusa qué era Dios, dícese que pidió algunos días para pensarlo. Pasó el plazo y pidió otros tantos días más y así, en progresión ascendente, fué duplicando el número. Habiéndole el tirano significado su extrañeza por esa demora y procrastinación, le contestó: «Porque cuanto más lo inquiero, menos lo hallo.» Muchos más problemas y más difíciles se ofrecen a mi espíritu. Nuestra mente se engolfa en un piélago inmenso, donde no se vislumbra tierra alguna, sino que, como dice el poeta Virgilio: *Por todos lados, cielo; por todos lados, mar.*

Y, con todo, la ignorancia de la Divinidad engendra grandes y perniciosos errores en la vida de los hombres, no el desconocimiento de lo que es, sino aquella otra ignorancia apática e indolente y descuidada de la Divinidad, que no da lugar a que se conozca en la parte que se puede o el torcido conocimiento de lo que no es: abulia calamitosa, que cunde y difunde a través de todo el linaje humano. Nosotros, a pesar de todo, no le iremos a investigar de cualquier manera por las cosas por El creadas, como se busca al autor por la obra, como ya hemos dicho en otra parte, ni de lo que no es, iremos a colegir lo que es, turbia y pobremente, sino cuanto nos fuere suficiente, para reverenciarle y amarle, pues así como esto nos es necesario, también nos basta. Lo que consiguiéramos, expondrémoslo con palabras nuestras, pues no las tenemos propias con que declarar exacta y adecuadamente su esencia divina. Y no es de maravillar si el hombre no halla palabras para explicar lo que no penetra su entendimiento. Atribuímosle a Dios aquellas excelencias que descubrimos aquí entre nosotros, siendo así que El deja muy por debajo de Sí todas nuestras excelencias. Pero no por eso deben ser tenidas por falsas y deben rechazarse nuestras expresiones, que a nosotros se acomodan y están indicadas para el menguado conocimiento que nosotros tenemos de El, y son suficientes para aquella inteligencia que se contenta con el amor.

Dejemos al principio bien sentado que todo cuanto en alguna especie o forma y sea el que fuere el nombre con que nos pluguiere denominarla, todo cuanto digo es en ella natural, esto refleja alguna imagen o semejanza o vestigio de su autor, cosa que notamos en nuestros artistas, de modo que todo cuanto han llevado a término el respectivo arte o ingenio son reflejos de los íntimos ideales de su ánimo. Desde luego decimos que Dios es el Ser más principal y Sumo de todo cuanto existe, y que no puede haber cosa mayor que El, pues si podía ha-

llarse cosa mayor que El, este Dios ya no sería Dios, sino que lo fuera aquel otro ser más grande y más excelente. Decimos además que es único, pues ésta es la razón de lo sumo, que sea único y solo, y no la pluralidad de esencias, de entes o de cosas. Habrá que exponer esto con algún detenimiento para su más fácil inteligencia. Esta pluralidad no puede estar en la naturaleza divina ni en su reino, como queda demostrado por muchos; cómo sea y qué cosa sea aquella pluralidad, dirémoslo en su propio lugar. Vemos que todas las cosas, así naturales como productos del artificio, hasta donde es posible, se refieren a la unidad. El despedazamiento o la división entrega a la corrupción los entes naturales. Por esto, hasta el punto en que pueden conseguirlo, únense entre sí y se unifican y persisten en la unión para su propia defensa. Este instinto puso en ellos el Opífice de la Naturaleza para que conociesen que así como en la unidad está puesta su salvación, por el contrario, en la desunión y desquiciamiento está su ruina. Y aún diré que aquellas cosas que numéricamente son plurales, redúcense a cierta unidad, como los maderos y las piedras en una casa o en un montón, y los granos en un acervo. El régimen doméstico redúcese a sólo el padre de familia; el de una ciudad a sólo el príncipe. Aun los pueblos que tienen un régimen aristocrático o democrático, a pesar de ello ponen a su frente un magistrado temporal; y si ponen muchos es con el designio de que con el concierto y conformidad de pareceres y voluntades, aquellos muchos hagan uno solo. Y si existe desacuerdo de temperamentos y de opiniones, la ciudad perecerá irremisiblemente escindida en bandos antagonistas y en discordias, que se cebarán en sus entrañas.

El arte militar que enseña la manera más práctica de conservar el ejército, requiere unidad de mando, un solo caudillo, en cuya mano se concentren todos los resortes. Si los capitanes son dos o dividen el ejército, como ocurrió con Quinto Fabio y Minucio, o mandan en días alternos, como Lucio Paulo y Terencio Varrón, o siguen un plan común único, como tantos y tantos otros. Mas este nuestro Dios, único que gobierna el mundo que creó, tiene el máximo poder y la absoluta supremacía. Y como el mundo es uno, es uno el rector que lo comanda, y viceversa, así como un cuerpo corresponde a un alma, también un alma corresponde a un cuerpo. Y no hay cosa que pueda resistir el poderío de Dios. Es omnipotente de modo que puede llevar a término todo cuanto se propusiere. De no poderlo llevar a cabo, existiría algún estorbo en El o en las cosas. El no está en pugna consigo mismo, porque es simple y en dondequiera es semejante a Sí, ni está compuesto de elementos ni adversos ni diversos. Si en los entes hallara resistencia, ello indicaría que algo le es igual, que sólo pensarlo es sacrilegio y no sería el mayor y el más soberano de todos. En cualesquiera cosas, la causa y motivación de la resistencia está en que padecen algo que va contra su naturaleza. Tal como manda y quiere Dios que sea cada cosa, tal es su naturaleza, su fuerza, su inclinación, pues la Naturaleza no es más que esto. Todo lo que Dios quiere que se haga en cualquiera cosa, ello se hace según su naturaleza, no según una naturaleza ordinaria y usual, sino según otra extraordinaria, y a pesar de todo sin ninguna violencia ni conato algu-

no de resistencia. Por lo demás, su omnipotencia consiste no en que no padece lo que no quiere, sino en que hace lo que quiere. No puede ser cuerpo ni puede ser sacudido, herido, ni sentir dolor, ni sufrir aumento, ni disminución, ni cansancio, ni olvido, ni coacción, ni violencia, ni derrota, ni muerte. Estos no son achaques del poder, sino de la debilidad, pues ninguno de ellos padeceríamos nosotros si pudiéremos. Ni son tampoco privilegios del poder hacer que algo sea y no sea, blanco y negro a la vez, cosa que Plinio Segundo imagina que Dios no puede hacer, de donde él, estúpidamente, piensa haber dado con algún argumento contra su omnipotencia. Esto fuera propio de inconstancia, no de fuerzas, a saber: en un momento mismo querer y no querer, aprobar y reprobar, pues si algo hace correr, quiere que corra y si esto mismo hace permanecer sentados, no quiere que corra. La voluntad no puede tener dos movimientos contrarios y dos juicios irreconciliables, que se debe hacer y no se debe hacer; esto es tal y no es tal.

Pero no puede obrar lo que no puede querer, como suicidarse o hacerse infeliz, pues no puede suceder nada que haga que lo quiera. Y si es omnipotente, no hay cosa alguna que pueda dañarle o hacerle estorbo, ni puede tener la voluntad de fenecer, pues así como es inmortal es también eterno. Si alguno hubiera creado a este Dios, también ese Dios hubiera muerto, lo que es una blasfemia. Este mismo Dios es bienaventurado en grado sumo y de todos los bienes abastado. Si hace todo cuanto quiere, ¿qué causa puede haber para que no sea sumamente bienaventurado? Siempre hay miseria en las cosas que acontecen contra nuestra voluntad. Ni fuera de Sí necesita de cosa alguna, lleno y colmado por Sí mismo, pues de otra manera habría algo que podría estorbar su felicidad, a saber: aquella cosa exterior. Y no sería sumamente bienaventurado, si la fuente y origen de la bienaventuranza no estuvieran en El mismo, sino exterior y allegadiza. Y lo que nadie concedería en un hombre, a saber: que lo que le es exterior le haga bienaventurado, ¡cuánto menos hemos de concederlo en Dios! A todo esto agrégase la suprema sabiduría, pues lo conoce todo y en su conocimiento no se interpone ninguna nubecilla que le impida verlo todo con absoluta claridad. Y si no fuese sapientísimo ni omnipotente, pudiera querer algo que no pudiera llevar a término por su ignorancia, como los niños, o los rudos, o los inexpertos, y aun como las personas instruídas, a quienes se esconden muchas cosas y son víctimas de frecuentes engaños. Y por lo mismo que es bienaventurado en grado sumo, es también óptimo, es decir: beneficentísimo y munificentísimo, exento de toda avaricia y mezquindad. No hay cosa alguna que pueda pervertir su naturaleza y volverle malo, esto es, dañino y maléfico, pues somos tales, o por enojo, porque estamos dolidos, o por miedo de que no se nos dañe, o por malicia y error de la mente. A Dios nada puede dañarle, Beatísimo y Todopoderoso como es, y, consciente y tranquilo en su grandeza, nada teme. Y téngase en cuenta que el mismo recelo de recibir daño, desazona el espíritu y trastorna su quietud.

Y así como aquella su infinita sabiduría no se engaña, tampoco puede engañar. Engañan los que algo codician que no pueden obtener, sino de aquellos a quienes engañaren.

Y tiene tal bondad, que en todos los momentos la experimentamos; bondad que, puesto que no la recibió de ningún otro, tiénela de su propia naturaleza, pues no puede recibirla de las criaturas, que le son posteriores y que recibieron de El todo cuanto son y nada dieron a quien de suyo ya estaba colmado y rebosante. Y no hubo Dios alguno que le precediera de quien recibiese como en herencia su sabiduría y su bondad. Aquel a quien le es natural el bien, el mal será contra su naturaleza; nada hace contra su naturaleza, pues lo haría de mala gana y coaccionado y violentado, cosa que no puede acontecer. Y como la voluntad de Dios es la causa de todas las cosas, y la malicia no puede afectar su voluntad, todo lo hace para aprovechar, para ayudar, para beneficiar. Así que de las obras y efectos que vemos nos es dable colegir la razón de su voluntad; que tal cosa debía ser por consejo de su sabiduría; que convenía tal cosa, porque a ella le exhortaba su bondad. De unas cosas se pasará a las otras como por grados, el más elevado de los cuales será su suprema bondad.

CAPITULO IX

DIOS LO CREÓ TODO, Y TODO SE RIGE POR SU PROVIDENCIA

No cabe en humano entendimiento que ninguna cosa se hiciese a sí misma. Ni tampoco llegó a la existencia por puro azar y casualidad. A esta falsa invención de los Epicúreos, dan un enérgico y clamoroso mentís el concierto y la estabilidad del universo; y atestigua esto mismo el consentimiento del linaje humano, de que quien en el mundo tiene la soberanía es el autor y el padre de todo. Todo fué creado con consejo y con el más razonable de los consejos, consejo y razón cuales sólo están en Aquel que es el Ser máximo. Cuerdamente dice Marco Tulio: «No tan sólo necesitaron de razón, para ser hechas todas las cosas que hay en el mundo, sino que no podrían entenderse cuáles son sin una razón soberana.» El que todas estas cosas hizo, razón es que sea eterno, como dijimos más arriba, no producido por nadie, de potestad ilimitada. Es menester que reúna potencialidades infinitas Aquel que de la nada sacó a este aspecto y hermosura todas las cosas que vemos; de la nada al ser hay un espacio e intervalo interminable. Cuanto más separada y lejana está una cosa, mayor es la fuerza necesaria para conducirla al destino que fijó el agente, como mayor es la fuerza que se ha de aplicar a la leña crasa y verde para prenderla fuego o cortarla, que a una arista seca. Por esto, fuera de la divina potestad, no hay otra que pueda sacar ser alguno de la nada; a eso, los nuestros le llaman crear, pero esta operación mediante la cual un ente sale de un no ente, como es la más grande y soberana, así también es privativa del Agente sumo y poderosísimo. Pero no tan solamente en esto, sino también en muchas otras cosas sufrieron alucinación los estudios de la filosofía mundanal, de los cuales unos lo refirieron todo a los sentidos corporales, como si totalmente estuvieran privados de razón, y otros circunscriben a las fuerzas y límites de nuestra naturaleza las cosas que son de la omnipotencia divina y que rebasan la naturaleza toda.

Los filósofos de la más remota antigüedad no tuvieron en cuenta

más que los nuevos cuerpos; por eso pensaban que todo constaba de cuerpos con sola la mudanza de accidentes, como Demócrito, Leucipo, Anaxágoras. Epicuro siguió la sentencia de Demócrito. Los filósofos posteriores, como Platón y Aristóteles, tuvieron un poco más de mente, esto es, de hombre, y con su estudio y su industria penetraron más adentro en la contemplación de los efectos, llamados *eide* con voz griega, y por los nuestros, formas o *efecciones*, de las cuales ya hablamos en la *Filosofía primera*, como también en esa obra dijimos que nada en el mundo tiene lugar a ciegas o fortuitamente, sino que todo se realizaba bajo la dirección de la mente divina, cosa que también enseñaron los mayores y más nobles filósofos. La casualidad y la fortuna son hijas de aquellos que o no estudian o no alcanzan las causas de las cosas, lo cual es origen de muchos errores en la vida y en todo orden de conocimientos. Esos deslumbrados trasladan la ceguera que llevan en su caletre al gobierno de la Naturaleza, hasta el punto de opinar que se hace sin causa aquello cuya causa no atinan y encierran en los lindes de su propia ignorancia la administración del mundo, no de otra manera que los niños y los bobos juzgan de las obras de los sabios. Lógicamente, los que no admitieron dioses ningunos o los admitieron lerdos y perezosos, lo atribuyen todo a la casualidad o a la fortuna, porque los dioses no tengan mejores ministros de lo que lo son ellos mismos, pues de reconocer una mente y razón gobernadora, a buen seguro todos querríamos que ella fuese Dios. Bien así como los que contemplan una chica porción de un reino grande, como ven que no todo acontece como a ellos les conviene, condenan sin más la procuración y consejo de aquel reino, siendo así que es gobernado muy bien y muy prósperamente y como conviene a la comunidad en general. Y como aquellos que han sido huéspedes unos pocos días de la casa de un muy prudente e ingenioso padre de familia, echan, no obstante, de ver algo que no merece su aprobación, condenan irreflexivamente, luego al punto, aquel régimen familiar, siendo así que el cabeza de familia tiene organizado el gobierno doméstico, no en vistas a uno que otro día, sino de todo el año y aun para un plazo más largo. De la misma manera, los que en su miopía estudian alguna parcela del mundo para un tiempo breve o para los provechos o, mejor, para la pasión de algunos, de tal manera la reprueban que piensan que es conducida por el acaso y sin la asistencia de la divinidad, siendo así que la sabiduría divina no lo reduce todo ni refiere sus obras a algún rincón o a algunos hombres determinados o a un año o a un siglo, sino con un consejo razonable sobre todo encarecimiento a todas las partes de su reino y para un tiempo imprevisible. Si considerásemos esto, si interrogásemos a los sabios y consultásemos la Historia, juzgaríamos de cosas tan grandes con mayor circunspección y cordura. Mas ahora, infantes nacidos ayer o anteayer, sin instrucción, sin experiencia, sin sentido práctico, atiborrados de estudios disolventes, juguete y ludibrio de las pasiones, vacíos, horros de toda doctrina y de todo pensamiento de erudición, sentenciamos olímpicamente acerca de la majestad de Hacedor tan grande, y quienes debieran tener empacho de pronunciar palabra alguna sobre cosas pura-

mente humanas, no tienen el pudor de asentar su caprichoso criterio sobre cosas divinas, de despojar a Dios del reino del mundo y regalarlo generosamente a la temeridad y a la fortuna, que jamás han visto en el mundo, sino que la introdujeron en él por la irreflexión e inadvertencia de sus acciones y por no poder soportar los eventos. Con sobrada razón y satírica mordacidad juvenal les acosa cuando dice: «No hay dios distante, si está cerca la prudencia; pero a ti, Fortuna, somos nosotros que te deificamos y te colocamos en el cielo.» Y Aristóteles dice: «Allí donde hay mucha prudencia, tiene escaso asidero la Fortuna.» Otra vez había dicho: «Donde la Fortuna puede mucho, la prudencia puede harto poco.» En muchos es tal el desapoderamiento de la soberbia y de la altanería, que piensan que debiera encargarse a ellos solos la responsabilidad del gobierno de las tierras todas. Si les acontece algo que ellos no querrían, inmediatamente hacen a Dios un gran reproche, diciendo que se le escapó el gobierno del mundo, que lo rige mal, que su administración es pésima, y moverle querella. Dejo a un lado las demencias de los monarcas locos, como Jerjes, como Calígula, que reñían con Júpiter y Neptuno, que creían eran dioses. Con cuánta y cuán gráfica exactitud pinta Lucano la arrogancia del príncipe, a quien la felicidad insolentó poniendo esas palabras en boca de César, dictador:

«Jamás el cuidado de los dioses se acucia tanto que los hados respeten vuestra vida y vuestra salud; todo esto sigue los movimientos de los príncipes; con muy poco vive el linaje humano.» (*Phars.*, V. v. 340.)

Como si para el rey de la Naturaleza, cuyas leyes son los hados, exista en el mundo una cosa grande y otra pequeña, y no sólo en las cosillas y negociejos de los hombres. El es inmenso, infinito, excede todo cuanto es definido, grande, pequeño, humilde, excelso. Todo esto son invenciones nuestras, no de El, que no solamente no conoció sino en las más de las cosas su sierva la Naturaleza, para la cual tan fácil es producir oro que plomo, alheña que rosas; bien así como al pintor le es igualmente tarea fácil pintar una toga de seda que una de lana; y en la creación de los hombres con tanta dificultad nacen los plebeyos como los nobles; todos nos componemos de los mismos elementos. Cierto es que Dios gobierna las ciudades y los pueblos mediante los potentados y los príncipes; pero no menos le preocupa el cuidado del simple particular que el del príncipe. Y si demuestra estar más atento a las cosas de los príncipes, no es por ellos precisamente, pues cualquiera de ellos no es más que un homínculo ruin, sino porque le están confiados tantos millares de hombres. Y con todo, si alguien para mientes en todo el discurso de la vida del hombre privado, sorprenderá inequívocamente el cuidado que Dios tiene de él. Algunos querrían que no estuviera Dios tan ubicuamente presente, proveyéndolo todo, viéndolo todo, testigo, juez, vengador de los malos, y como observador de todas nuestras acciones, palabras, pensamientos. Y así como los malos y facinerosos piensan que la libertad consiste en la abolición de los magistrados y las leyes, por no esperar ni temer de nadie el castigo de sus fechorías, así éstos también esperan que iba a reinar una libertad increíble si providencia y consejo ninguno gobernaran el mundo, si todo lo llevara a ciegas el torbellino

del azar, y así pecarían sin árbitros ni testigos. En este sentido dice Lucrecio Caro, poeta epicúreo, que Epicuro libró las mentes humanas de un gran miedo, porque descuajó las supersticiones y dió la seguridad de que la casualidad gobierna al mundo, incluso a los mismos dioses en su bienaventuranza, que ni nada tienen que hacer, ni muestran interés por las cosas ajenas. Viene a decir Epicuro que iba a interrumpirse su olímpico reposo, si meditasen alguna obra.

Pero quiero que se me diga: ¿Significa libertad para una agrupación humana carecer de gobierno? ¿Es libertad para la nave aventurarse a las ondas y a los vientos sin timón y sin piloto? Si eso es libertad, será libertad también que en la escuela no haya preceptor alguno, ni en el hogar ningún cabeza de familia, ni mente en el hombre, sino las pasiones solas y alterarlo y revolverlo todo a la medida del capricho. Esta anarquía no la quisieran para sí las mismas manadas de borregos a quienes importa muy mucho tener rabadanes y pastores que les lleven al pasto y les defiendan de las arremetidas de las fieras. Finalmente, dígaseme a qué libre agrupación conviene vivir sin magistrado, sin gobernador, sin norma y sin leyes. Así que es bien cierto que Epicuro libró de un gran miedo las humanas mentes, pero a las rematadamente malas y criminales. ¿Qué nueva más desabrida puede comunicarse a los buenos como la de que Dios no inclina sus ojos a la tierra ni se cura de los hombres? Cuánta soltura y licencia para cualquiera desmán se da al malo y cuánta desesperación se acarrea a todos los buenos porque carecen de aquel de quien han de esperar la aprobación de su mente y su conciencia; aprobación que no pueden darles los hombres o de la cual no harían ningún caso. Para el varón bueno, quier se le destierre, quier se le saquee y despoje, quier se le maltrate y aflija o reciba mal por bien, cuán grande y cuán eficaz consuelo no es saber que rige el mundo quien no puede engañarse, que es óptimo, todopoderoso y para quien nuestras conciencias están abiertas y francas y que bajo su mirada y su arbitraje ellos son los buenos y los otros los malos. Pero enojosa es la superstición; lo confieso; descuajóla Epicuro. Muy bien dice Cicerón que no es difícil descuajar la superstición de donde la religión fué arrancada. Como si uno se jactara diciendo: A Fulano le libré de la profusión; le hice avaro; le libré de la temeridad, pues le hice cobarde; le libré del dolor, porque le maté. Pero esta opinión es de filósofos chicos; los otros, los grandes Sócrates, Platón y todos los de la escuela de Sócrates afirman el gobierno del cielo y de la tierra por divina providencia y consejo, y que nada acontece por azar o fortuitamente.

Y, en efecto, ¿qué cosa más contraria y hostil a la voltaria ligereza de la fortuna y el azar que el ritmo y la constancia de un orden seguido y firme? En el mundo todo es cosa de ver y de admirar el concierto invariable. El aspecto del universo es ahora tal cual fué desde que existe memoria de hombres; no otro vieron nuestros padres ni verán otro los nietos, dice el poeta Manilio. El movimiento de los ciclos y sus acciones siempre semejantes a sí mismas y de la misma manera proceden las cosas inferiores, pues aun cuando en cada una de ellas varíen de vez en vez los accidentes, como en determinados hombres, en ciertos productos de la tierra, en este o en

aquel tiempo o lugar en los vientos, inundaciones, incendios, con todo la naturaleza de su aspecto es perpetuamente invariable y la misma, idénticas las formas, idénticas las apariencias, idénticas las pasiones, los apetitos, las acciones, las obras. ¿Dónde está la casualidad, dónde la liviandad irreflexiva y tornadiza en la Naturaleza, donde es tanta y tan firme la constancia y todo tan asentado y sujeto a leyes tan ciertas? Propias de la temeridad y del azar son la variedad, la inconstancia, las mudanzas inmotivadas, frecuentes y desconcertantes. Si tú, de la variación de los vientos y de los lances y las fortunas de los hombres, deduces la casualidad, dirás que también ocurre por casualidad que en verano tomes un sayo y en invierno otro distinto y tomes otra suerte de manjares. De la misma manera afirmarás que son casuales los cambios de tiempo en las cuatro estaciones del año, pues no siempre es el mismo el estado del cielo y del suelo, siendo así que no puede imaginarse rotación más ordenada e inflexible. Cambian siempre las acciones de las cosas fijas e inmutables según conviene a aquello a que se refieren. Con cuánta sabiduría y certero juicio Aristóteles notó que si un hombre emergiese de las tinieblas a esa luz del cielo y del mundo, el cual no hubiese visto antes ni de él hubiese tenido noticia, y considerase el curso y las acciones de las cosas en modo alguno dudaría, que todo esto se gobierna por el cuidado y consejo de un príncipe sapientísimo y poderosísimo. A esto, añadiré el argumento de Marco Tulio: «Todo cuanto se rige según consejo, está mejor y más diestramente regido que lo que se rige sin él.» Es así que no hay cosa mejor y más hermosamente gobernada que el mundo; luego el mundo es gobernado por el consejo, no por el azar.

Indíqueme uno cualquiera, por favor, algún factor en el mundo todo que no se desenvuelva con orden y sabiduría: cielos, elementos, animales, hierbas, plantas y cualesquiera otros seres, todos tienen sus cursos, sus fines destinados y ciertos. Regir es enderezar la cosa a su fin y regular su proceder mediante el cual alcance su objetivo; gobernar es esto mismo; como a una nave, a un caballo. ¿Quién rige y gobierna mejor las cosas creadas que aquel que las creó, que les señaló la meta y les dotó de fuerzas para que la alcancen? ¿No rige, por ventura, el caballo quien le dirige por el camino? ¿No dirige la nave el que empuña y gobierna el timón? ¿De dónde vienen los comienzos, los progresos, los fines, las fuerzas, las facultades de las cosas? Dado que no vengan de sí mismos, vendrán de alguno que tendrá soberana virtud y arte que excluye todo azar. Este ser, pues, de sumo o, más exactamente, inmenso poderío, es creador, rector, gobernador y moderador de la fábrica del mundo, pues no dejó las cosas creadas por él al arbitrio del azar, sino que a cada una le dió fuerzas con que se defendiesen y ejercitasen obras útiles a sí, y viviesen, y cobrasen vigor y pujanza. Vemos que Dios concede los medios por los cuales se propaga la vida, que procuran deleite a los sentidos y nuestra mente queda embargada del hermosísimo y maravilloso espectáculo.

Ea, pues; dejemos ya a Dios tal como le hemos descrito con razones evidentísimas y preguntemos a los adversarios que nos digan qué causa ven para que un ser que es así no ha de regir y gobernar el mundo por su procuración. ¿Le faltará en

el gobierno tino a quien es la suma sabiduría? ¿Le faltará fuerza o poderío que en él es inmenso y sin límite? ¿Pues qué? El firmamento o la fortuna o el azar podrán y sabrán mantener la dirección del mundo y llevarla adelante; y el príncipe del mundo con tanta fuerza y tanta sabiduría, ¿no sabrá o no podrá? Algunos, al estilo de los epicúreos, pretextan que Dios estaría ocupado y ansioso en demasía si en sus hombros pesara la administración del universo. Por esta razón, el sofista Luciano y Plinio Segundo hacen escarnio de la providencia de Júpiter, burla burlando uno y otro sobre el reino del mundo con necias y sosas cavilaciones. Por eso dice Plinio que les llega tardío el castigo a las hechicerías, porque el príncipe de la Naturaleza, ocupado por la abrumadora mole del gobierno del mundo, no puede tomarse el mismo interés por todas las cosas a una. Dejo de lado a Luciano, burlador de los hombres y los dioses, pues reírse de todo es cosa la más fácil; hablaré de Plinio.

¿No os parece que en asunto de tal monta un varón de tanta gravedad hace el bufón? Si Dios es nuestro semejante y medimos sus fuerzas a la medida de las nuestras, con razón se ríen de la providencia de Dios y tienen de él compasión muy justificada, porque sobre él pesa esa mole del gobierno tan ponderosa y por ende tan molesta. Pero ¿quién es capaz de fingirse un Dios tal, sino quien no carece en absoluto de reflexión y seso? Con no menor estupidez y con igual absurdidad Aristóteles, en un librito *Del Mundo* (si es que sea realmente suyo, puesto que su estilo desmiente la autenticidad, o sea de quien fuere) hace a Dios semejante a alguno de los grandes reyes persas, verbigracia: Jerjes, Cambises o Darío, que por sí mismo desempeña las más altas y hermosas funciones del reino y las más bajas y caseras las encomienda a los otros, considerando que es indigno que un príncipe tan grande aproxime sus manos al puchero, o a la escoba, o al estropajo. Así que confirmado el príncipe de la Naturaleza en lo postrero del cielo, administra esas cosas terrenales por sus sirvientes, que le informan de cómo va. Análogo a esto es aquello de Cicerón en el libro segundo *De la naturaleza de los dioses*: «De lo grande curan los dioses; y descuidan lo pequeño.» Malamente se han con la piedad que a la divina majestad se debe quienes transfieren a Dios las flaquezas humanas; pues no se hace el hombre semejante a Dios poderosísimo y óptimo, sino que, al revés, créese que Dios es malo y semejante al hombre cargador de flaquezas. Este es el error de Homero y de los poetas acerca de los dioses, error silbado y refutado por los filósofos y desechado y desautorizado por la luz de la verdad que Cristo bajó consigo del cielo. Dígaseme: ¿qué tiene Dios de semejante o de común con Jerjes? Jerjes, hombre regalado, se había propuesto una vida de placeres que pensaba que sufría mengua, pesadumbre y desdoro si él en persona miraba su cocina o sus cuadras, o acepillaba sus vestidos, o peinaba su cabeza. Así procedía Jerjes. Ciro, rey de la misma nación, procedió muy de otra manera; y Fabricio, y Aníbal, y Mario, y César, y Alejandro, quienes en sus campañas eran los primeros en aplicar sus manos a los trabajos más recios y difíciles, y con su ejemplo enseñaban a los soldados lo que se había de hacer. Pero todo eso ¿qué relación tiene con Dios, como si para El hubiera

más o menos sordidez y limpieza, y como si todo no fuese igual para quien es infinito e igualmente puro para quien es espíritu?

Pero estos servicios son indignos de príncipe tan grande. ¿Quién los hizo indignos? Lo digno y lo indigno no lo separó la Naturaleza en Dios, sino la soberbia en los hombres. Es indigno que un rico malo e idiota barra su habitación; no es indigno que haga esto mismo un varón bueno y sabio, si fuere pobre. Ves cómo es propio del juicio depravado y de la soberbia, que nace de la opulencia. Pero, en fin de cuentas, ¿cuáles son estas faenas sórdidas e indignas de Dios, no fuera que las manchasen?: Cosas de este mundo sublunar, vagas, flojas, inconstantes, ocasionadas en todo momento a mil mudanzas, a salidas y puestas cotidianas, como si más arriba de la luna los movimientos no fuesen más arrebatados y los cambios más frecuentes que debajo de la luna. El ritmo del mundo es que muchas cosas nazcan y muchas mueran, como que nazca el sol y los restantes luceros que se escondan, que se conjuguen, que se separen. Ni la grandeza y la sabiduría brillan menos en esas cosas pequeñas que en aquellas inmensas masas siderales. ¡Cuánta no es la admiración del divino artificio y la veneración de la majestad, de la contemplación de una abejuela o de una hormiguita! El mismo Aristóteles lo confiesa en el libro *De los animales.* Y ¿qué diré más, si los cielos y las estrellas andan por su propia estabilidad y docilidad a las leyes de su Autor, por manera que parece que poca necesidad hay de providencia? Eso que tú llamas deleznable y vago e inconstante, si no fuese regulado por una muy atenta providencia y consejo, en poco tiempo caería en el caos y perecería, de modo que se manifiesta más la cotidiana providencia de Dios en las cosas inferiores que en las superiores. No son, pues, indignas de la procuración de Dios de que están tan necesitadas y que con toda evidencia demuestran la sabiduría del procurador para su veneración y culto

Pero rige todo esto y se entera de ello por intermediarios. Difícil resulta pensar cómo tan perfectamente lo conoce. Si lo entiende por relación ajena, ¿quién ha limitado su sabiduría? ¿Qué lugar, qué región pudo impedir que su conocimiento pasara allende? ¡Que esto lo declare y lo defina un hombrecillo cualquiera, de cuánta y cuán desaforada avilantez resulta! Tú, pues, que con tu ingenio te esfuerzas por ahondar en tierras, mares, y aun en los mismos cielos, ¿recluirás la mente divina en las cárceles del cielo? ¿Cuánto más congruente no sería afirmar que todas las otras mentes conocen por El todo cuanto se les alcanza, y no al revés, que El conoce a través de ellas; o mejor aún: que El lo conoce todo en sí mismo y que todas las otras mentes lo conocen vés de ellas; o mejor aún: que El lo permita? Ello, aun cuando es cierto que se vale de ministros y servidores, pues así lo atestigua el divino oráculo: *El que a los espíritus les hace sus mensajeros y ministros suyos al fuego flamante.* Y en otro lugar: *Miles de miles le servían,* como es opinión de muchos que todas las cosas inferiores son gobernadas por el instrumento de los cielos. No obstante, El, que es Hacedor de todo, no ha menester instrumento ninguno, pues si luego al punto se hace lo que El quiere, su voluntad será a una autor e instrumento y no menos necesita de los astros para regular todo esto como cuando

con lodo iluminó los ojos del cielo, como cuenta la historia evangélica, pues más bien parece que el lodo debía cerrarle los ojos que abrírselos. Con ello quiso demostrar que toda la Naturaleza es instrumento suyo para cualquier obra por más extraña que fuere; de forma que si este dueño y señor de la Naturaleza quisiera, así gobernaría el mundo con piedras que con astros. Arquímedes, el matemático de Siracusa, compuso una esfera automática que muchos remedan todavía; ¿podrá, pues, un hombre mover la esfera sin ángeles y Dios no podrá? Creó Dios, pues, ministros para el ordenado concierto de la Naturaleza, no para su menester, pues no es Dios ignorante e impotente, como el hombre. Las cosas que creó El sin instrumentos, El solo puede mantenerlas y regirlas. ¡Cuán desatinado fuera y alejado de toda razón que El pudiera lo más y que fuera impotente para lo menos y más hacedero.

Y aquello mismo que El desempeña por sus ministros y a través de sus instrumentos, ¿no podemos decir que es El mismo que lo hace, como se dice del prínicpe a cuyo mandado obra un sirviente suyo? ¿Es que no soy yo quien escribo porque para escribir me sirvo de la pluma? Por esta razón tiene cuidado del mundo quien cuida de él por sus ministros y por sus instrumentos. No de otra manera que quien monta un reloj o cualquier máquina automática, pues las fuerzas y el movimiento del aparato de él provienen.

Hemos hablado de su ciencia y de su poder; réstanos hablar de su voluntad, que casi es más manifiesta que estas dos anteriores. ¿Qué cosa hay que pueda mirar con ojo displicente o considerar como indigna de su atención el que las creó todas? Jamás hubiera creado cosa que no quisiera que fuese puesta entre sus obras ni conservaría lo que conceptuara indigno de su cuidado. ¿Quién puede o resistir a su voluntad o pedirle cuentas porque lo hace así, a quien todo lo hace justísimamente y lo refiere todo a nuestro bien y nada al suyo, pues ninguna necesidad tiene de ello? Dime: ¿qué ser ha creado jamás tan abyecto en nuestra estimación y tan desdeñado, en el cual de diversas maneras no relumbre algún viso más o menos lejano de su sabiduría, de su majestad, de su bondad, hasta el punto que parece que por El es menospreciada cosa alguna de las que creó con tan primoroso artificio? Añádese a esto que todas las causas se interesan por sus efectos y cuanto está en sus posibilidades los conservan y ello con tanta mayor diligencia cuanto más dotados están de la facultad del conocimiento. Y siendo esto natural, no cabe duda que fué inculcado en las cosas para reflejar alguna semejanza de Dios, pues no de otro lugar proceden nuestras naturalezas sino de El, y todas las cosas a El se enderezan y refieren para, hasta el punto que les es posible, dar una imagen y representación de Dios.

Afuera de esto, todo sabio artífice conserva, si puede, la obra que hizo mientras le agrada; piensa cuerdamente que ello pertenece a su cuidado. Empero Dios no solamente es sabio, sino bueno más de lo que se puede encarecer, y todas sus obras, porque son suyas, buenas son. Pues, bien: cuanto más uno se aventaja en bondad, a mayor número de seres quiere extender el bien y toma más cosas a su cuidado y las trata y gobierna con tacto y sabiduría si con la nativa bondad anda la habili-

dad unida. Además, fué el amor la causa de que creara el mundo. ¿Y qué cosa hay objeto del amor que no lo sea a la vez de cuidado diligente y solícito? Y si lo cuida todo, si no omite nada, aun cuando le esté distanciada (sufridme que hable así) y reproduzca no más que una débil huella de El mismo, ¿cuánto más y más peculiarmente cuidará del hombre, que por muy poderosa razón, aun cuando todas las criaturas son obras de sus manos, sólo él, por la comunicación de la mente, puede a boca llena ser llamado hijo suyo? Por eso, en las Sagradas Letras no solamente se dice que fué creado a semejanza de Dios, cualidad que le es común con todas las criaturas, sino también a imagen suya. Y dado caso que sólo al hombre, entre todos los seres vestidos de cuerpo, impuso el sabroso deber de adorarle y de amarle, más inequívoco queda el parentesco de Dios y del hombre de quien quiere ser conocido, reverenciado, amado, y por todo esto, obtiene de Dios un cuidado especial. Y si aquello que se ama más es cuidado con mayor diligencia, a todas luces se ve que Dios tiene gran cuidado de las cosas de los hombres. ¿Qué cosa manifiesta Dios amar más a las claras que a nosotros para quienes nos aderezó todas esas cosas inferiores, como un ajuar doméstico? Si uno se detiene a considerar la vida, la condición, las costumbres de los animales brutos, fácilmente comprenderá que ellos no habitan en su propia casa, sino en la nuestra, y que fueron creados para nuestro servicio y aprovechamiento. Si tienen algo suyo solamente lo tienen en cuanto con ello nos sirven, como en el salmo está escrito: *Que da el heno a los jumentos y la hierba para el servicio de los hombres*. Ni toman del mundo cosa para el cuidado de la vida, sino que viven al día y aun a la hora y toman no más que lo que les basta para su sustento, y todo su trabajo y su esfuerzo y su rendimiento sirve a nuestros provechos, no a los suyos, como los de los perros, ovejas, caballos, bueyes, abejas. Y aun los que son considerados dañinos, algún servicio nos prestan o para la mesa o para medicina.

Cuando hablo del cuidado de Dios, hablo el lenguaje usual humano, pues esos misterios divinos no pueden expresarse con palabras apropiadas y justas. El cuidado no está en Dios como en nosotros, acompañado de desasosiego, de angustia, de fatiga; ni es mayor ni menor el cuidado de unas cosas que de otras, sino que en la ocurrencia de los sucesos transferimos a Dios lo que es propiamente nuestro, como se declarará en otro lugar; si no lo hiciéramos así, nadie podría pronunciar o entender debidamente una palabra acerca de las cosas divinas, como acabo de decir. Señales son del principal cuidado y de la benevolencia de Dios para con el hombre, que avisa, qué enseña, que le acostumbra al camino por donde ha de llegar a El, esto es, al inmortal seguro para el cual fué creado. Enseña que ha de acudirse a El en hacimiento de gracias en las prosperidades, en petición de remedio en los trances adversos, socorro y auxilio en las necesidades, pues de El nos vienen todos los bienes. Si Dios descuida y tiene a menos ocuparse de la tierra, ¿adónde acudirá el mísero linaje humano? ¡Cuánta aflicción o, mejor, cuánta desesperación en las calamidades! Si el rey de la Naturaleza no nos da sus oídos, si es inexorable, ¿qué necesidad tenemos de un Dios así, que (como dice muy

bien Cota en Cicerón) allá se vaya El si es insensible a toda gracia y a todo afecto para con nosotros? Acudir a Dios en los lances difíciles, implorar su benevolencia y su auxilio, es cosa tan verdadera y natural que todos los que gimen bajo el agobio de una aflicción, enseñados por la Naturaleza, inmediatamente levantan al cielo sus ojos y sus manos. Allí, por la excelencia del lugar, piensan que tiene su morada aquella majestad tanta y todopoderosa. Y si no nos oye ni se dobla a nuestros ruegos ni se inclina a nuestro amor, sino que se está sentado, duro, huraño, cerrado a toda súplica, ¿qué puede haber para los hombres más desabrido o más triste? ¿No estaría muy puesto en razón que el hombre se quejara de un Dios como éste y elevara al cielo ese reproche? ¿Así nos tienes desamparados, Padre y Autor santísimo de todas las cosas? ¿Este es el cuidado que tienes de nosotros, que somos hechura tuya? Dinos, pues: ¿A quién nos entregas: al ciego azar, a la Fortuna tornadiza? ¿Qué idea puede haber más cruel?

Engendraste al hombre, que quisiste que fuera la cosa más bella y excelente de todas las cosas visibles, y a esa eminente creatura tuya entrégasla para que la eduque, no a un ama honrada, no a un ayo prudente, sino a la estúpida Fortuna, a la loca casualidad, mísero juguete en mil peligros y calamidades; a la casualidad, digo, que es la cosa más contraria de tu sabiduría. Mandas que se te rinda culto, que se practique la virtud; ¿para qué, si de ello no esperamos más que penalidades? Las comodidades de esta vida tiénenlas acaparadas los impíos, los bribones, los audaces. Para ésos la Fortuna es más blanda y risueña que para los buenos y los comedidos, es decir, los que a ti se asemejan. ¿Qué gracias hemos de darte por haber introducido en el mundo a quienes necesariamente y sin más opción tienen que ser o malos o infelices, por haber dispuesto que la directora de todas nuestras acciones sea la alocada Fortuna? Esta queja estaría justificada en el dios que tienen ésos; pero es incompetente y blasfema contra nuestro Dios, que nos envió a la vida con una singular y egregia misión y en ella nos conserva y por soberana merced suya nos es fácil, si queremos, ser dioses a una con El. Algunos de ésos se imaginan un dilema, en concepto suyo, muy agudo e irresoluble para dejar a los hombres en incertidumbre del poder y la existencia de Dios. Si Dios existe, dicen, ¿de dónde proceden los males? Y si no existe, ¿de dónde los bienes? Este versillo es griego y a él alude Cicerón casi en el mismo sentido. Si los dioses se preocupan de las cosas humanas, vayan ellas bien a los buenos y mal a los malos. Con palabras antagónicas, ¿qué puede decirse con mayor aliño literario y con ligereza mayor, puesto que es completamente huero su sentido? ¿Cuáles son, en resumen, estos bienes y estos males? Llaman bienes a las cosas que son útiles a nuestros cuerpos, convenientes a nuestro apetito, y males a sus contrarios, verbigracia: inundaciones, incendios, pestilencia, esterilidad, hambre, guerras, destrucción de ciudades, cautiverio, pobreza, infamia, deshonra, dolor, miseria. Con el nombre de bienes doran la abundancia, las riquezas, la libertad, la influencia, las dignidades, la salud, la felicidad, de modo que bienes son las cosas útiles al cuerpo, y males, las molestas y nocivas, no al alma, sino al cuerpo y a las pasiones que

andan aliadas con los movimientos irreflexivos del espíritu. Crea Dios ciertamente todas estas cosas, como lo dice Isaías con las palabras del mismo Dios: *Yo soy Dios, que crea la luz y hace las tinieblas*, el bien y el mal, esto es, lo grato y lo desapacible al sentido. Pero en sus sabios e indescifrables designios los refiere a alguna finalidad para nosotros provechosa, bien por hacernos mejores, bien por apartarnos de la maldad y conducirnos a vida más arreglada. No crea Dios las ricas cosechas o los años estériles por causa de los animales irracionales: *¿Por ventura cuida Dios de los bueyes?*, dice San Pablo. A nosotros se dirige aquel cuidado, no a los bueyes, caballos, asnos, que fueron creados para nuestro servicio, como declaraba poco ha.

¿Y qué más? El soberano Gobernador del mundo no se atiene a un año solo, sino a la duración de los siglos. Su providencia se alarga a los que vendrán después en un porvenir remoto, para con su continuada permanencia llegar a alguna egregia finalidad de aquellos que son dignos del mismo cuidado suyo, a saber: de los buenos que le aman y a cuyo amor El corresponde. Para éstos, a través de muchas vueltas y rodeos maravillosos, todo lo trueca siempre en bien y en sus mayores conveniencias; no con vistas a la menguada utilidad presente, sino a la sempiterna felicidad, que es el único bien del hombre cierto y verdadero, pues todos los otros son, como los llaman los filósofos, *adiáfora* o cosas neutras, y según San Pablo, nadería pura. Catón el Viejo dice, no mal, *que los necios son de gran provecho a los sabios, porque les hacen más cautos y mejores, y que, en cambio, los prudentes, no son de provecho alguno a los bobos, que no saben discernir lo que aquéllos hacen bien.* Si alguno parare mientes en ello, verá que es así. Por eso yo no quisiera que quedara ningún resquicio para la queja de que a los buenos les sobrevengan males y a los malos les sobrevengan bienes. Ese dicho nació de la ignorancia de lo que son bienes y males; punto éste en que disienten muy mucho del vulgo. El vulgo todo lo mide por el cuerpo y los sabios por el alma. Por esto es recia la diferencia que entre ellos existe, pues hablamos de una manera vulgarmente, y de otra filosóficamente. Dicen, pues, que al ateniense Sócrates y a Marco Régulo en medio de los tormentos y la muerte no les fué mal; ni a Sardanápalo, rey de Siria, en lecho de rosas le fué bien. No acabaríamos nunca de hablar de esa inconsecuencia en el hablar y en el opinar. Y no es extraño, porque andaban en tinieblas de las que ellos no sabían desenvolverse; nosotros, por la gracia de Cristo Jesús, fuimos sacados a la luz y al día. Así es que los hombres que sin alteza ni amplitud de miras ponen los ojos en el plan divino y no miden los bienes y los males con su regla exacta, inconsideradamente por uno u otro caso aislado, que no les parece por completo bien, lo condenan todo en bloque y ello con tanto mayor desencanto y desesperanza si a ellos o a los otros a quienes ellos estiman las cosas les van cual no querrían, como los niños mal criados, que, cuando sus padres les hacen algo que les desplace, al instante reclaman de ellos comprensión y afecto.

Nada hay en las cosas que vienen a nuestro conocimiento más semejante al reino del mundo que la vida que nuestra alma presta a nuestro cuerpo. Pues así como el alma

sustenta, vigoriza, vivifica todo el cuerpo y cada una de sus partes, así la presencia de Dios acarrea salud y vida a todas las cosas, y gran imagen de Dios que gobierna el mundo es el alma humana, concediendo a su cuerpo la vida y el sentido. Y tan a imagen de Dios gobernando el mundo fué creado el hombre, como el ángel a imagen de Dios apartado del cuidado del mundo físico, de que luego hablaremos. Y aun cuando El está presente a todo y todo lo mira, y ve no solamente los cuerpos, sino también las almas que El creó y Este es, al cabo, Juez verdadero y justiciero, cuya sabiduría ninguna cosa puede engañar, cuya equidad pondera y aquilata una por una todas las cosas y de cuyo poder nadie podrá eximirse, pues las leyes humanas y los magistrados pueden ser engañados por hombres astutos y ladinos y a El no se le puede engañar. Catón, como se lee en Aulo Gelio, en un discurso que hizo en defensa de los habitantes de Rodas, dice que las leyes no pueden castigar la voluntad, sino las obras, y no pueden expresarse preventivamente así: *Si alguno tuviere la voluntad de apoderarse de tal campo, sea castigado;* sino: *Si alguno se alzare con él.* Cicerón y otros filósofos no niegan que con la sola voluntad pueden cometerse muchos delitos, como el caso que refiere en su segunda acción contra Antonio: *Si haber asesinado a César es un crimen, haberle querido asesinar también será crimen.* Y dime tú ahora: ¿Quién será el juez y el vengador de esa voluntad malvada, sino sólo aquel que la ve? El hombre no ve sino las exterioridades.

Existen determinados crímenes que aquellos filósofos avocan al tribunal y venganza de Dios, como en Séneca la ingratitud, según se lee en el primer libro *De los beneficios*, y Cicerón, en el libro segundo *De las leyes: A los dioses debe el hombre acercarse con pureza; observe piedad, aleje de sí las riquezas; si alguien lo contrario hiciere, será Dios su vengador.* Todo eso no puede vengarlo Dios, si no escudriña los pensamientos y no se preocupa de nuestras cosas y no tiene señorío sobre los difuntos. Así es en verdad, otramente la vida de los hombres no sería sino un puro latrocinio o hipócrita simulación de virtudes por mor de sus ventajas egoístas. Plinio, en su Historia Natural, dice que en la vida es corriente la creencia de que todo se gobierna por la majestad de los dioses y que esa creencia fué introducida por los sabios. ¡Oh embaucador del género humano! Si nos importa tanto ignorar ese secreto, tú que lo revelas, ¿no nos traicionas a todos por ventura y disuelves aquel vínculo que aúna la sociedad y las agrupaciones humanas? Macrobio escribe que un tal Valerio Sorano, el más docto de los togados, fué puesto en cruz por haber revelado el verdadero nombre de la ciudad de Roma. Y tú, Plinio, que divulgas un tan grande y tan saludable arcano, ¿de cuántas cruces eres merecedor? Sacrílegos son y votados a la saña de los dioses los que en tierras del Atica divulgan los misterios de Ceres Eleusina. Y tú, que profanas tan augusto misterio, ¿qué pena merecerás? Pero no es misterio, ni arcano, ni invención maquinada por hombres ingeniosos para los provechos de la vida, sino grabada por la Naturaleza y clavada en el pecho de todos, ¿tan mal piensas tú que se trata al género humano que los hombres no pueden ser hombres, sino por la mentira? No queda en la vida cosa alguna digna

del hombre si Dios está apartado del cuidado del hombre. ¿Quedará por ventura la justicia, o el mutuo afecto entre los hombres, o la amistad, o la piedad para con la patria, para con los padres o el reconocimiento para con los bienhechores? ¿Qué necesidad tienen de todas esas nobles virtudes? La hipocresía las sustituirá a todas, cuanto conviniere a tus intereses, o a tus cosas; las virtudes todas serían mercancías, no virtudes. ¿Y qué otra cosa podrían ser si no hubiere nadie que cale en las profundidades del alma y la juzgue? ¿No es una vergüenza que los filósofos, luego de haber eliminado la providencia, no dicen una palabra de la virtud o de la religión, o autorizan con ese nombre una religión inexistente, si Dios no nos tiene acogidos debajo de su cuidado?

Pero siguen obstinados en decir necedades. Aun cuando no exista, dicen, remuneración alguna de la virtud, si no hay Dios, a pesar de todo se sirve más tranquilamente más gustosa, más seguramente según la virtud, que según el vicio. ¡Oh insana vocería de hombres que no se oyen a sí mismos! Si al fin y a la postre no he de tener otra cosa que lo que esta vida me durare; si no veo a nadie que se asome y conozca mi conciencia, ¿mandaisme que yo renuncie a mis gustos, ventajas visionarias? Esto ya fué demostrado por nosotros más arriba. Hay también quien define que nadie más de veras practica la virtud como el que perdió la fama de bueno por no perder la conciencia. No puede decirse cosa con mayor verdad, pero con congruencia escasa, si Dios no es escudriñador de corazones. ¿Qué le aprovecha a El, o qué fruto reporta, o para qué tiempo se reserva? Persigue no más que unos nombres especiosos, pero vanos, lindas flores sin fruto. Pero vívese más a placer con la virtud y con mayor descuido. Así es, en efecto, con la simulación de la virtud, con solas exterioridades aderezadas en obsequio de las leyes humanas. No temes el castigo, porque no quebrantas la ley y se te conceptúa bueno, y de ahí proviene aprecio, honra y buen nombre. Todos fían de ti, te creen, te encargan sus negocios públicos y privados. Así que esta profesión tuya es lucrativa; no tiene importancia la voluntad con que la practicas. ¿Qué más, si andas en pos de la virtud para vivir más sabrosamente, con más quietud y más sin cuidado, precisamente como aquellos otros que para su tranquilo bienestar buscan riquezas, y otros se procuran campos y huertas, y otros, esposas ricas y aliñosas, y otros, pingües beneficios eclesiásticos y prebendas suculentas? Tú practicas la virtud como instrumento de tu bienandanza, de modo que parece que especulas y comercias con la virtud y que tienes en mayor estima tu bienestar que a ella misma. Con ello das a entender que por otros caminos pudieras alcanzar ese reposo y esa seguridad; darías un largo adiós a la virtud, de la cual dices que nada hay en el mundo más hermoso, más holgado, más excelente. Es enervar en el espíritu de los hombres el respeto de Dios y de la religión, si piensas que la virtud debe granjearse para mayor garantía y seguro provecho de la vida, aun cuando no existiera Dios, que viera nuestras cosas. Enfríase el fervor en el servicio de Dios, y refieres toda virtud, no a la probidad de la conciencia, sino a un alarde exterior. ¿Y qué, si muchos piensan que el bien obrar no es esta virtud, que es laboriosa y difícil, sino no hacer mal a nadie para que na-

die te lo haga a ti? Esto no es virtud, sino cautela y astucia para la tranquilidad de la vida. *De ello trataré en el libro quinto.* La justicia, pues, y todas las manifestaciones de la piedad y las amistades y las gratitudes, y la fortaleza, y la continencia, y todo cuanto hay en el hombre de grande y de noble, refiérense y practícanse con respecto a Dios. Y si El no está presente, todo es vanidad, todo es necedad, todo es ridiculez.

CAPITULO X

QUE EL MUNDO ALGÚN DÍA EMPEZÓ A SER

Por lo demás, no faltan quienes, a trueque de conceder que Dios es el Creador y el Gobernador de todo, sostienen que el mundo no ha comenzado, sino que es eterno, como su Hacedor. Por esta opinión se declara Aristóteles, pertrechado con sus axiomas: *De la nada no se hace nada; quien fué engendrado, muere; y otros por el estilo.* ¡Qué inmensa bobería no es dictaminar sobre la creación del mundo atendidas las leyes de la Naturaleza, siendo así que la consabida creación se anticipó a la Naturaleza! Fué creada la Naturaleza cuando el mundo fué creado y la Naturaleza no es sino lo que mandó Dios, pues de lo contrario, Dios sería vasallo de la Naturaleza, no el dueño y señor. Pero el progreso del mundo claramente nos pone delante de los ojos su propio origen, y por ese progreso le vemos crecer como a un hombre o como a un pueblo. Abramos los viejos anales y la progresiva continuación y mejorías de las cosas: veremos con una claridad absoluta que hace tres mil años el género humano era rudo, silvestre y no muy distante de las fieras salvajinas. Eran los hombres cavernícolas, solívagos, sin rey, sin ley, sin ningún derecho, sueltos de todo lazo de asociación humana; cada individuo tiraba por su lado o, a lo más, con su hembra y con sus hijos. Poco a poco comenzaron a construir cobijos con ramas de árboles y a agrupar cabañas y tiendas que dieron origen a aldeas y caseríos. Tal fué la habitación, no de las gentes bárbaras y fieras, sino de los mismos griegos, contemporáneos de la guerra de Troya, según refiere Tucídides. Hallo en los escritores griegos que aquellos héroes que condujeron a Troya el ejército de los griegos no sabían letras, que, por otra parte, si existían, eran rarísimas, como Homero da a entender en las tablillas donde estaban las divisas de aquellos que en singular combate debían contender con Héctor. Es un hecho histórico que antes de ese mismo Homero fueron contadísimos los escritores gentiles e inexistentes las letras, excepto entre los hebreos, como se colige inequívocamente de la ciencia cronológica.

Siguieron las ciudades, y los ingenios se fueron afinando por medio de la cultura, y cada día van saliendo nuevos inventos, como en el arte militar y en el de la edificación. Tenemos la calcografía; descubrimos pueblos e ínsulas, desconocidas y no oídas de toda la antigüedad y otras muchas invenciones de ese género, como si el mundo siempre anduviera avanzando, como el propio hombre, aun cuando envejecido. Se pule y se perfecciona de cada día más el método de vida; quiero decir, que el mundo, como el hombre que llegó a viejo, de cada día necesita de más medios e instrumentos de vida. Antiguamente, como que era joven, le era fácil la vida con cual-

quier régimen y con cualquier mantenimiento. Ahora, las enfermedades son más y la constitución física es de cada día más flaca, y por eso, las necesidades son más y mayores. ¿Qué más? En papeles escritos queda constancia de los sucesivos inventos y de quiénes los realizaron, inventos éstos que, en la supuesta eternidad del mundo, no serían de ahora, sino que forzosamente deberían haberse hecho y aumentado y perfeccionado desde siglos infinitos. Demás de esto, si es eterno el mundo, también los pueblos y naciones serán eternas, como Italia, España, Francia, Alemania. Pues bien: nos son perfectamente conocidos los orígenes de esas naciones y sus aumentos y sus progresos. De los pueblos descubiertos recientemente, nos consta su relativa juventud. En Italia, eran sumamente raras las letras en los tiempos en que los galos senones se apoderaron de Roma; en esta misma sazón no había vides en la Galia. De cuántas y de cuántas cosas la primera noticia y uso en Francia y en España se tuvieron de recuerdo de nuestros padres o nuestro, en el vestido, en la vivienda, en la alimentación, en todo el conocimiento de las cosas necesarias en hierbas y en animales. Somos unos niños; si ahora acabamos de nacer. Todo esto no se compadece con la duración infinita. Y la infancia, fácilmente comprobable en muchas partes del mundo, ¿qué otra cosa da a entender sino que el mismo mundo no solamente no es eterno, pero ni siquiera tan viejo como se cree comúnmente?

La vida humana en el Nuevo Mundo no difiere en nada de la que se llevaba en el mundo todo tres mil años ha. Más allá de este tiempo no hay historia alguna de gentiles. Este hecho desautoriza y refuta la vanidad de los caldeos y los egipcios, que tantos miles de años se fabricaron. Si los escritores griegos relatan hecho alguno, como refieren otros de los egipcios, con grande avidez y entusiasmo se hubieran apoderado de estos hechos y los hubieran consignado por escrito. Pero aquellos años eran soñados y fantásticos, pues los hechos más antiguos que los egipcios cuentan de Foroneo e Isis acontecieron mucho antes de las guerras troyanas. ¿Qué más? La lengua hebrea, que por muchas y evidentes razones demuéstrase haber sido cronológicamente una de las primeras, denuncia muy a las claras la infancia del mundo, pues tiene muy vivo parecido con la de los niños; es anfibológica, es poco suelta, no une bien las partes y confunde los tiempos de los verbos. Y diré más: ella, que es la más antigua, nos proporciona un testimonio de la antigüedad del mundo, al cual no sitúa más arriba de cinco mil años. Dicen los que sostienen la eternidad del mundo que infinitas veces se hicieron los mismos descubrimientos, y que otras tantas veces se perdieron con el descuaje de los pueblos, en los cuales esos descubrimientos subsistían y lozaneaban, en parte por incendios, en parte por inundaciones, que periódicamente es fuerza que se produzcan a plazo fijo en relación con los movimientos y revoluciones de los astros. Así fué que con la desaparición de los hombres, aquellos inventos perecieron, y luego, la experiencia, la sagacidad y el ingenio poco a poco fueron reparándolos y restableciéndolos. Esos tercos contradictores, antes de desasirse de la opinión que abrazaron y convenir en algún punto con un dogma religioso, la defienden a mordiscos contra viento y marea. Este cuento fué fan-

taseado para eludir razones irrefutables. Las que se les proponen, clarísimas, acerca de la creación del mundo que un día hubo de tener lugar, y que se ven obligados a admitir, quedándose en sus trece, admítenlas por aguaceros y combustiones. Excogitaron esa salida no para averiguación de la verdad, sino por no verse forzados a divorciarse de su sentir. Primeramente, ¿cómo saben que esos cataclismos y esas quemas guardan relación con el curso de los astros? De grado les concedo que esas conjunciones y separaciones de las estrellas errantes, ora tienden a húmedas redundancias, ora a la sequía y combustibilidad. Pero ¿cómo sabrán que todo eso se verificó en todo el mundo, para que puedan asegurarlo con tanta intrepidez? Pues veo que consta entre aquellos en quienes es más jactancia que efectividad el conocimiento de estas cosas, que estas conjunciones astrales afectan a determinadas localidades del mundo y que les anuncian y ocasionan bienes o males, pero no a toda la redondez del orbe.

Quizá fué la experiencia la que les condujo a estas afirmaciones. Nada menos que eso. ¿Qué inundación o conflagración del mundo han visto o han leído o se les ha contado? Nosotros, en las Sagradas Letras, tenemos la relación de un diluvio único, que ignoran los gentiles. Posteriormente, acontecieron cataclismos, sismos, incendios no en el mundo todo, sino de regiones determinadas. En el diluvio de Ogigia, inundáronse el Atica y la Beocia; reinando Deucalión, la Acaya. Lión ardió en una sola noche, en tiempos de la tiranía neroniana; la ciudad de Delft, en Holanda, en unas pocas horas. Parejas calamidades hemos oído o hemos leído posteriormente; pero en esos accidentes devastadores se escaparon muchísimos de esas regiones y ciudades, quienes se llevaron consigo las letras y las artes y la memoria que se conservó de los inventos para ejercerlos ellos y entregarlos a la posteridad, de modo que la pérdida se reduciría a los edificios y a las riquezas, no de las artes ni de las conquistas del ingenio humano. El diluvio de Noé atribúyese no a las mezclas de los astros, sino a venganza de la Divinidad. Estos, empero, con su habitual temeridad, explicaron por determinado horóscopo el universal diluvio; y horóscopo semejante es fama que le tocó al año 24, año que por las insanas predicciones de esos profetas de mal agüero puso terror en casi todo el mundo, siendo así que en el recuerdo de los que vivían no lo hubo más benigno, más sereno, más templado en cada una de sus estaciones. Primeramente, en medio de tanta variedad y tanta incertidumbre, ¿qué año pueden indicar los cronistas y redactores de anales en que tuviese lugar ese hipotético diluvio? Así que no dicen que esto aconteció por la conjunción de los astros, sino que porque acaeció afirman que fué tal. Este procedimiento no es para colegir ciencia de la experiencia, sino fantasear experiencias para sostener la temeridad de la aserción. Pero les dejó en ridículo la Naturaleza, porque al tiempo mismo que habían amenazado en que todo el mundo iba a nadar en trombas de agua, con mayor serenidad y placidez que nunca brillaron los soles y la primavera fué entre todas apacible.

¡Ea, ya! Puesto que nosotros hemos aducido un diluvio universal único, aduzcan ellos otro o cualquiera conflagración terráquea. ¿No hubo ningún sobreviviente de tamaña

catástrofe, caso que no fueran algunos? Si no hubo ninguno, ¿cómo sin semilla alguna pudo ser reparado el linaje humano? Más difícil será explicar este absurdo que no que el mundo fué creado. Si se escaparon indemnes algunos del baño o de la quema, éstos a buen seguro traerán a la posteridad nuevas de sus mayores, de sus artes, de su industria ingeniosa, como hizo Noé, que informó a su descendencia de los comienzos del mundo desde el propio Adán.

Y aun cuando los que sobrevivieron ignorasen aquellas artes, no podían ignorar su existencia, y, al menos, esto hubieran contado a la posteridad. ¿Y qué más si el cultivo de las letras que necesariamente en la hipotética eternidad del mundo hubiera sido eterno, no dejara que se ignorasen las costumbres y la manera de vivir? Y con todo, de las más antiguas narraciones resulta que el mundo era aún rudo y nuevo. Dícese que a grandísimas distancias del mar se han hallado conchas marinas. Mela y Ovidio son los que dicen esto. ¿Qué se deduce de aquí? Que el mar estuvo allí algún tiempo. Y entonces, ¿qué? Dejo a un lado que en los montes pueden formarse alguna vez costras parecidas a los caracoles marinos y que ellas más bien son huellas e indicios del diluvio del cual hablan las Sagradas Letras. ¿Y qué se sigue de aquí, aun cuando demos de barato que el mar estuvo algún día allá donde ahora se extienden campos espaciosos alejadísimos del mar? ¿Tomarán ese dato como demostración de la eternidad del mundo? Como si no viéramos esto todos los días en los estuarios de Francia y de esa Bélgica. ¿Y qué, si lo que siempre aconteció en los temblores de tierra, que quedaron en seco ríos caudalosos, que se derrumbaron altos montes, cuyas ruinas llenaron hondos valles y en otras partes surgieron montañas repentinas? Búscanse hoy día con afán sierras, fuentes, ríos, ciudades, mares, que los antiguos cosmógrafos pusieron en la descripción del mundo. No son necesarios para tanta mundanza siglos infinitos; en una o dos épocas acontecen.

Esto no obstante, pregúntannos esos contradictores si Dios fué eterno antes que fabricase el mundo. ¿Qué hacía en toda aquella inacabable eternidad? ¿En qué pensaba? ¿Qué repentina novedad le asaltó para que emprendiese la nueva fabricación del mundo, cosa que antes no le ocurrió jamás? ¿Por qué no sacó el mundo muchos millares de siglos antes? ¿Por qué no más tarde? Mucho vigor da a la impiedad y a las erradas opiniones si a un hombre, para confirmar o negar lo que se le antojare, le basta con que no alcance o no atine la razón de lo contrario. Tú, pues, ¿porque no entra en tu mollera un tan gran misterio de la voluntad divina, luego al punto pasarás al partido de enfrente para que tengan el mismo límite tu capacidad y la verdad y lo que menos se puede sufrir en las cosas divinas? ¿Es un enorme sacrilegio escrutar las causas y las razones que, por decirlo así, mueven a obrar a la voluntad divina? *El escudriñador de la majestad*—dice el sabio—*será abrumado por la gloria;* sino querer, obedecer y adorar cualquiera cosa que mandare. Con todo, no dejaremos en la duda esto que ahora se nos pide, porque los hombres querellosos e injustamente suspicaces piensen que faltan a la verdad razones que oponer a sus preguntas impertinentes, aun cuando ¿quién habría de asombrarse de que nos faltaran? El que no tengamos

la fina inteligencia de lo divino es la causa principal de que sentimos de Dios demasiado humanamente y medimos sus tiempos como los nuestros y le atribuímos alteraciones del ánimo como a nuestros príncipes y le agobiamos con indigencias y necesidades. El que no se levantare a la consideración de la eternidad para abarcarla en su conjunto hasta donde fuere posible con su pensamiento y con su mente, en muchos puntos será impío su sentir, y no digno de aquella naturaleza y majestad sempiternas. En la eternidad no hay *primero* ni *posterior*, ni *antes* ni *después;* todo es *ahora*, mucho más de lo que pueda encarecerlo explicación alguna humana. Más diré aún: este nuestro *Es* apenas conviene a Dios, como afirma Platón en su *Timeo*.

Quien considerare esto en su ánimo, no tiene por qué partir en la eternidad el tiempo, como se hace con la duración, de modo que más cosas sean *antes* y otras *después;* bien así como en aquella vaciedad inmensa e incomprensible que hay más allá del mundo, no hay *aquí* ni hay *allí*. Por ese mismo estilo pudiera preguntarse: ¿por qué este mundo está más bien puesto *aquí* que *en otro lugar?* Estas distinciones del lugar y del tiempo verifícanse sólo en el mundo y nacieron con el mundo; antes del mundo o fuera del mundo, ni existen ni se dan.

Por lo que toca a la pregunta: ¿Qué hacía antes?, el mismo que la formula pudiera preguntar: ¿Qué hace Dios fuera del mundo? No existía el *antes;* pero si tú, hombre, engendrado y viviente en el tiempo, imaginas un *antes,* antes del mundo y sin el mundo hacía lo que ahora hace con el mundo, contento consigo mismo en su felicidad, bastándose a sí mismo, colmado de todos los bienes. Desde la eternidad determinó producir el mundo y crear seres a quienes comunicar su bienaventuranza, pero entonces, no antes ni después, porque así le plugo. Y si nosotros apenas o de ningún modo entendemos lo que por El fué creado, ¿cómo vamos a alcanzar la razón de su voluntad antes que crease?

Pero ya nos debatimos en sutilezas y pequeñeces indignas de la eternidad de Dios. Que el mundo fué aderezado y constituído desde la eternidad más se defendía antiguamente en las disputas de los filósofos, que no se persuadió al pueblo. Pero tan pronto como Cristo reveló quién había creado, cuándo, cómo, inmediatamente fué aceptado por el género humano, no ya solamente los cristianos, sino los judíos, los mahometanos y aun los filósofos del mundo. Importa mucho a la grandeza de Dios saber que el mundo fué en su día creado por Dios para que entendamos qué y cuánto sea lo que El puede hacer. ¿Quién hay que pueda calcular su poder en la eternidad si esta eternidad oculta la pujanza del Creador y casi la abruma? Qué, cuánto, hasta qué punto, cómo haya fabricado cada una de las cosas, todo está escondido en la eternidad, sumido en una profundidad inmensa; ni en la eternidad de su obra puede bastantemente juzgarse cuán grande era El de suyo. Importa también mucho a su bondad que se piense que el mundo fué creado en su día para que entendamos cuál fué la manera con que se quiso comunicar, pues en la eternidad anda incluída alguna necesidad que a la bondad le quita estima. Aristóteles, después de haber afirmado que el mundo era eterno, colocó a Dios en el cielo más alto, naturalmente acti-

vo, coaccionado por la necesidad, de modo que no puede menos de hacer lo que hace y de la manera que lo hace, de guisa que los hados y las leyes le obligan no menos a El que a todos los otros seres, víctima de aquella coacción que dicen con otros poetas el poeta Lucano: *Al hado el mismo Júpiter está sujeto, constreñido por la ley, sin que pueda pasar de los siglos que tiene señalados.*

Aristóteles le quita a Dios aquello que en los entes dotados de razón e inteligencia es lo mejor y que más vale: la libertad, y del Dueño y Señor del mundo hace un esclavo de la Naturaleza, a cuyo servicio está puesto. Dondequiera se presenta la acción de la Naturaleza y de la voluntad, siempre es anterior y preferible la de la voluntad, como en el hombre. Pero ese tan agudo y recio escudriñador de las cosas despoja a Dios de lo que es más excelente y mejor y le obliga a un orden, sin acordarse que en sus obras políticas, y no una vez sola, dijo que el rey no estaba sujeto a las leyes; opinión ésta que él, por derecho y constitución de justicia, corroboró con gran agudeza, explicando los motivos por los cuales convenía que así fuese. Y si está muy puesto en razón que un príncipe humano, que puede ser víctima de la ignorancia, imbécil y tornadizo, no esté sujeto a las leyes, ¿cuánto menos es razonable que lo esté el Sapientísimo, el Topoderoso, el que se mantiene inmutable en el bien? Por el hecho de haberle hecho esclavo de la necesidad, privóle de todo culto, de todo afecto, de toda gratitud. ¿Quién se va a reconocer deudor de aquel que, hiciere lo que hiciere, no puede proceder de otra manera? ¿Quién se mostrará agradecido al fuego, porque coció la carne o calentó el agua? ¿O al agua porque nos mojó y apagó nuestra sed? Estas acciones son naturales y no pueden obrar de otro modo. Estemos agradecidos al cocinero y a los criados que, por atención a nosotros, nos prestaron un servicio que si se les antojara pudieran no prestarnos.

Si alguno implorare a ese Dios aristotélico y le suplicase con encarecimiento que le otorgue algún bien o aparte de sí algún mal, ¿qué pensáis que va a responderle? Tú, que me suplicas, pierdes el tiempo y las súplicas. Esto que tú me pides no está en mi mano el concedértelo; yo no puedo sustraerme a leyes definidas de antemano; la inflexible necesidad me coacciona a mí, agente, tanto como a ti, paciente; si lo que te concediere te sirve, aprovéchalo; si no, sobrelleva tu necesidad con ánimo igual como yo la sobrellevo con ánimo grande. ¡Oh menguada suerte, indigna de la naturaleza y la majestad de Dios! A cada uno de los espíritus Aristóteles les atribuye cielos inferiores; al Dios verdadero, supremo, poderoso, le atribuye el octavo cielo, el más encumbrado; hízole generosa entrega de ese sector, y ¡con qué proporción tan desigual! Con tanta mayor ventaja excede la naturaleza de Dios las otras mentes cuanta la obra de Dios descuella sobre sus obras y la órbita de Dios las otras órbitas. Esto el mismo poeta Homero no dejó de advertirlo, pues introduce a su Júpiter haciendo noticiosos a todos los dioses restantes, que si desde el Cielo sueltan una cuerda de la que cuelguen todos los dioses, él sólo volverá a subir de nuevo toda la ristra de dioses. Me muero de ganas de preguntar a Aristóteles, si las mentes motrices de los cielos son finitas, ¿cómo mueren

en tiempo infinito cuando fué sempiterno el mundo y lo será en lo sucesivo? Pero esto pertenece más a las disputas filosóficas que a las de la religión, como aquella del número de las mentes. Dirá alguno, por ventura: ¿Qué queréis vosotros? ¿No afirmáis que Dios, desde la eternidad, lo determinó todo? Luego no puede ocurrir de otra manera. Sí que lo determinó, pero libremente, de modo que pudo hacer esto y otra cosa distinta. Aquí se trata del hado y de la necesidad. Si es El quien lo hace, necesariamente todo se realizará, pues ¿quién podrá introducir mudanza? Si lo prevé, necesariamente también se realizará, pues si no fuera así, se engañaría. No hay medio, pues, como concluye Marco Tulio en el libro segundo *De la adivinación*.

Estas opiniones acerca del hado, de la fortuna, de la necesidad, en la gentilidad toda, son tan variadas y tan contradictorias, que no puedes sacar en claro lo que de ellos se ha de decir o se ha de sentir. El vulgo piensa de otra manera que los poetas, y éstos de otra manera que los filósofos, y los filósofos andan discordes entre sí. Demócrito opina que lo que acontece es porque debe acontecer forzosamente. Los peripatéticos dicen lo mismo, poco más o menos, pues la casualidad o la fortuna no es de las cosas, sino de nuestros actos y deliberaciones. Platón admite la necesidad, el hado, el azar. Los estoicos no discrepan de eso mucho. Para los epicúreos, todo es fortuito. Fácil te será colegir que a vueltas de tantas discordias anda mucha desorientación y los unos han batido a los otros con sus propias armas. Todo ello porque ignoraban cuáles eran la naturaleza y la fuerza de Dios; por eso no es de extrañar que en medio de tanta niebla unos tomaran una dirección y otros otra. Nosotros, en cambio, demostramos que Dios es el Autor de todo y que desempeña sus actos libremente; además de esto, decimos que es eterno, en cuya eternidad, si alguno, a estilo humano, como no ha mucho decía, se fija en el *ha sido* o el *será*, inevitablemente caerá en muchos y graves errores, pues en El no hay más que el simple *ser*, y apenas si eso mismo. Por esta causa, todas las cosas son presentes a Dios, y ni *hizo* ni *hará*, ni *vió* ni *verá* o *prevé*, sino que *obra* y *ve*, porque nadie vaya a pensar que Dios primeramente tomó el cuidado y luego se descargó de él, luego de haberlo echado sobre la naturaleza de los cielos y los elementos. Quien no se eleva a este pensamiento e inteligencia, que no se ponga a pensar ni en el hado ni en la providencia de Dios y no se atreva a abrir boca sobre este punto, pues le sería pernicioso si quisiera medir a Dios con medida humana ni aun angélica. Y puesto que Dios lo obra todo, bien solo, bien mediante instrumentos, no necesarios, sin embargo, ¿qué otra cosa puede ser el hado o la fortuna sino su voluntad, que dió a cada cosa su naturaleza?

Pero insisten con enojosa tesonía:

Esto mismo hace que todas las cosas ocurran por necesidad. Pero la necesidad o es aquello que absolutamente no puede hacerse de otra manera (y así no hay cosa natural, ni que el sol amanezca ni que el cielo gire son de necesidad, sino sólo las cosas que son de Dios, como que El sea bueno, que sea sumamente bienaventurado, que sea eterno, y nosotros hemos demostrado que El, en su obra, se mueve libremente y que puede hacerlo de otro modo si le pluguiere), o la ne-

cesidad es aquello que El mandó y definió en el orden y curso de la Naturaleza, que siempre acostumbran proceder así, y se basan en causas naturales permanentes. Así este curso de la Naturaleza es necesario; muda, no obstante, aun cuando raras veces, o muy de tarde en tarde, como que se detenga el sol, que un muerto resucite, que torne a ver la luz aquel a quien se le sacaron los ojos. La necesidad está en aquello que no suele acontecer de otra manera, aun cuando sea posible, como el que no nieve bajo la línea equinoccial. Añade a esto la necesidad de la condición: dado que sea hombre, tener uso de razón. La necesidad de la Naturaleza es doble; la una es simple, desde su primera constitución, como que el sol dé vueltas en el zodíaco; la otra proviene de causa, cuando la causa engendra causa, como el que se canse el que mucho ha trabajado; que se enoje quien tenga la sangre encendidiza. En la ordenación de la Naturaleza nuestras voluntades son libres, por manera que no pueden ser coaccionadas por causa alguna, ni por estas inferiores ni por los cielos mismos, porque nuestro origen es más elevado, como luego diremos. Yo hablo como si los cielos actuaran y rigieran este mundo inferior, pues algunos así lo dicen; tocar este punto no viene ahora a propósito. Digo, pues, que las mentes no pueden ser coaccionadas por una causa inferior a ellas mismas, aun cuando pueden ser incitadas y coaccionadas, verbigracia: por el cuerpo y el sentido. La libertad de nuestra voluntad demuéstrala la misma experiencia. A esto pertenece la facultad de consultar y de elegir que Aristóteles con razón condenó por superflua si no era libre la mente humana. No habría servidumbre mayor ni más pesada que la del espíritu humano si no tuviera dominio sobre aquello que es propiamente suyo, a saber: en las intimidades dé la voluntad, pues no es menor esclavonía no poseer bienes de fortuna, ni tener derecho alguno en su cuerpo, como no tenerlo en la voluntad. ¿Qué tribulación, qué desesperación si nos creyéramos atados e implicados en lazos indisolubles y no fuésemos como quisiéramos, sino que anduviéramos envueltos en las redes de la necesidad, como las bestias, a quienes no resulta molesta esa situación, porque no entienden? Entre los hombres, quien tiene menos ingenio y menos juicio, por esto mismo tiene más intervenida su voluntad y usa menos de su libertad, sino que las más de las veces va como una pelota de un lado para otro; raras veces toma él mismo la iniciativa. Por esto, nuestra voluntad por necesidad de la Naturaleza, esto es, por ciertas y establecidas leyes de la Naturaleza, es libre y libremente se aplica a una cosa o a la contraria. Así es que acontecen muchas cosas que pudieran no acontecer, y las que suelen acontecer son neutras o indiferentes. Engañaráse, dicen, la ciencia y la providencia de Dios si el hombre hace algo que pueda no hacer. Si Dios viere que Pablo iba a embarcar mañana y Pablo no subiera a bordo, hubiérase Dios engañado en su previsión; o mejor: engañóse todo el que atribuyó el futuro a Dios, pues Dios no ve que algo será, sino que ya es. Esto hace que de ninguna manera pueda equivocarse o engañarse. Y ello no sucede al instante por necesidad, ciertamente no más que cuando te veo pasear, o yo te atribuyo la necesidad, o tú a mí la decepción. Tú te paseas y puedes estarte quieto; una cosa y otra ve Dios; ve tu

acto y tu potestad. Y no porque predijo Cristo que tal cosa ocurriría, ocurrió por esto, sino que porque la veía futura, por esto la predecía.

Siendo esto así, nada ya representa la fortuna ni tiene influencia ninguna en las cosas, pues unas cosas están trabadas con otras y no acaece nada sin su correspondiente causa. Nosotros, empero, hemos fabricado la fortuna por ignorancia de las causas, como también porque un hallazgo no nos estaba destinado, creamos la casualidad, como que cavando dimos con un tesoro. La causa fué que aquel tesoro estaba escondido allí y que yo lo toqué con el azadón o la pala. Las cosas que proceden de nosotros y que llamamos voluntarias, no carecen de causas a nuestro querer; pero éstas unas veces son grandes, de cuando en cuando son graves y alguna vez leves, pero algunas no necesarias, sino las que la voluntad aprueba como convenientes, pudiendo ser diversas y aun también adversas. Entenderá asimismo claramente cuanto aprovechen las plegarias robustecidas; con la confianza en Dios todo él se levantare a la consideración de Dios tal cual es, pues El, al establecer el curso de las cosas, ya contempla presentes en su acatamiento los píos ruegos que se le dirigirán muchos años después, y por esto acomoda a ellos no pocas cosas que ve que sus amigos le van a pedir. Altéranse también en el sentido de los ruegos los sucesos que debían seguirse de las causas naturales, como aconteció en Ezequías, rey de Judá, a quien, puesto que el natural proceso de las causas le amenazaba con la muerte, le dijo el profeta de Dios: *Morirás y no vivirás.* Pero este curso de la Naturaleza trocóse a las súplicas del rey, y Dios había previsto ese trueque y que el rey no moriría en aquel trance, circunstancia que El había puesto en la serie de los hechos, pero como una diversión del camino natural pisado y trillado.

CAPITULO XI

CUÁL FUÉ LA CAUSA DE LA CREACIÓN DEL MUNDO. ACERCA DE LOS ESPÍRITUS

Quien haya ponderado la grandeza y la sabiduría de Dios y su majestad inmensa, establezca luego comparación con la utilidad, sordidez y abyección, y póngalo todo en la misma balanza. Cuanto más detenido sea el examen y más escrupuloso el paralelo, tanto menos hallará el motivo asaz poderoso y digno por el cual Dios haya creado el mundo con tanta diligencia, con tan sabio plan y con obra tan primorosa y maravillosa. ¿Qué otra cosa hallará en sí mismo sino pura vanidad, como enérgicamente proclamaron dos hombres sapientísimos: Salomón y San Pablo? Alguna causa mayor había, pues, y más digna de Dios que le llevó a tal obra. Y fué ésta: siendo El la suma bondad y viéndose bienaventurado, quiso comunicar con otros esta bienaventuranza, pues la naturaleza del bien es difundirse y repartirse con muchos. Ofrécese Dios, pues, a la partición de la bondad y de la bienandanza a todos los seres según su fuerza y su capacidad puedan abarcar y sostener. Pero es tan débil la comunicación de los seres carentes de vida, que más parece ser nula; la que se establece con los animales irracionales es escasa y liviana, incapaz de reflejar y ostentar la comunidad de tamaña bienandanza. Necesario fué, pues, crear otros más

aptos y capaces de su felicidad a los cuales se entrega más verdadera y plenamente y en quien quedará más expresa y manifiesta la imagen de un bien tan grande.

La bienaventuranza de Dios no es otra cosa sino el mismo Dios. Y no se debe pensar que ella es como aquella que en los hombres llama bienaventuranza la ignorancia del vulgo, verbigracia: la consistente en dineros, posesiones, amigos, patria, honras, cosas todas que están fuera del supuesto bienaventurado. Ni Dios puede ser bienaventurado por cosa ajena a El, como si por El mismo no tuviera toda plenitud y perfección, sino que le fuera necesario el acceso de otra cosa. Y si El mismo es su propia bienaventuranza, comunicándose a sí mismo, hace común con otros su suerte y su condición felicísima. Mas esta comunicación no puede hacerse por ninguna partición que en Dios no es posible, pues es uno, simple, sin masa alguna divisible. Comunica, pues, cuando adjunta y une a Sí, de modo que infinito como es, por expresarme de alguna manera, le absorba en Sí y le haga una consigo. Entonces hechos sumamente semejantes a la naturaleza y condición divina y en cierto modo deificados, hácense partícipes de aquella felicidad inestimable. Y dado que Dios no es un cuerpo ni tiene masa ni grandeza física alguna, no se le toca por partes ni nada puede adherírsele por parte alguna, porque en El no hay partes.

Creó, pues, entes idóneos, para esta conjunción, o más propiamente, para esa unión. Esa unión hácela la similitud de la Naturaleza, que es doble en esencia y en cualidad; en esencia, siendo simples y espirituales como Dios mismo; y en cualidad, teniendo tal cualidad que une muy estrechamente y unifica los espíritus. Los cuerpos trábanse de muchas maneras; los espíritus, de una sola: por el amor, como a su vez sólo por el odio se disgregan y separan. A esos seres que habían de amar dióles razón y mente, donde nacen el amor y la caridad, pues la caridad de los brutos es más un ímpetu ciego que una querencia firme y gobernada por el juicio. Expliquemos con alguna mayor extensión cada uno de estos puntos que proponemos.

Convenía que fuesen creados seres espirituales para que el círculo de la creación, partido de un espíritu, Dios, por medio de los cuerpos, terminara en los espíritus que van a realizar su conjunción y unión con Dios. Además de esto, eran muy pálidas y muy borrosas las imágenes del Creador; y era razonable que se produjesen otras más expresivas y más vivas, como son las espirituales y dotadas de razón, pues tiene mayor semejanza un fuego con otro fuego que con su calor. La semejanza de la mente divina es doble: la una, de Dios en la eternidad, sin el mundo; la otra, del mismo Dios gobernando el mundo. La primera semejanza reprodúcenla los ángeles incorpóreos; la segunda, los ánimos humanos vestidos del cuerpo, cuyo Señor es. A los ángeles otórgales el cielo, morada digna de seres tan excelentes; a los hombres, mientras alientan en cuerpo terreno y corruptible, les señala un lugar congruente, a saber: la tierra, hasta que se repare y restablezca otro más espiritual y digno de Dios. Harto sabemos cómo los parajes deshabitados e incultos se cubren de malezas y se entorpecen. Es cosa de notar que todas las partes del mundo están pobladas de seres vivos. No cabe duda que también en el cielo el Autor de la Naturaleza puso

seres vivos que lo habitasen, tanto más excelentes que las otras vidas cuanto el lugar es más holgado y glorioso. Pero Dios ninguna necesidad tiene del cielo ni de lugar alguno, puesto que en sí mismo es felicísimo y perfectísimo. Y no hubiera motivo racional de extender sobre nuestras cabezas ese cielo, obra de tamaño esfuerzo, cuya vista y contemplación no podrían saciarnos, si no tuviera más destino que el de servir a esas cosillas tan inferiores, a engendrar lluvias, vientos, tempestades, cosechas, etcétera. Fábrica tan grande y tan hermosa fué aderezada para una más alta y excelente finalidad, a saber: a los ángeles y a nuestros espíritus y también a nuestros cuerpos puros y acrisolados por la renovación del universo mundo. Que no existan otras cosas más que las que caen bajo el dominio de nuestros sentidos, es cosa que repugna a todo juicio. Si Dios es su Autor, no merece la obra que en ella se gaste tanto poder y tanta sabiduría; y si su gobernador, no es ese reino congruente y condigno con su grande majestad.

El mismo aspecto del cielo atestigua bastantemente que belleza tanta no está subordinada a esa deformidad ni a esta humildad excelencia tan eminente. A nosotros mismos nos será fácil juzgar a cuál de los dos pertenecemos, si ponemos en ello algún aviso y atención; nuestros sentidos son de este mundo corpóreo, la mente es del mundo espiritual. Demuestran esto el apetito, el conocimiento, el deleite. Los sentidos apetecen, conocen, se gozan sólo en aquellas cosas que son materia y visten un cuerpo. En cambio, nuestra mente tiende siempre a lo que está desnudo de toda masa; en ellas está a su sabor y deléitase grandemente en su conocimiento y, por decirlo así, en su uso, como es de ver en las mentes descolladas y generosas. Las que degeneraron a peor naturaleza no ofrecen indicio de ingenio ni de su cualidad natural, como en la inquisición e investigación de la naturaleza de una bestia, de una planta, de una raíz, de una flor o de una fruta, no estudiamos aquellas que degeneraron a peor condición, sino las que conocemos ser más perfectas. De la comparación de esos dos términos, el sentido y la mente, es fácil colegir cuánto más excelente es el mundo incorpóreo. Y, en efecto, ¡qué ruines, qué abyectas son esas cosas crasas, en redor de las cuales andan ocupados los sentidos! ¡Cuánto más altas y más nobles aquellas otras que son aderezos y galas de la mente! ¡Qué riquezas las riquezas de nuestro ingenio, recogidas del mundo espiritual y, por cierto, pobre y escasamente, como agua lluvia goteando poco a poco! ¿Qué no será cuando beberemos placer en el manantial vivo y lleno?

Declara asimismo que nuestra mente no es de aquí, sino del mundo incorpóreo el hecho de que, puesto en ese mundo material como en suelo ajeno, no puede tener punto de reposo, siempre desea y demanda algo, como si estuviera expatriada y falta de recursos; entiende que le falta algo, pero estupefacta por la ignorancia y tinieblas de este cuerpo y del mundo, no acierta con lo que ello sea, hasta que se le aproxima alguna luz que disipe aquella niebla e ilustre su ignorancia. Entonces ella reconoce del todo dónde está, de dónde vino, adónde se dirija y encamine; y contempla todas esas grandezas, todas esas admirables sublimidades, como cosas ya de antemano conocidas, a las cuales no sólo no penetran los sentidos, sino

que las desdeñan y mofan como fábulas y cosas imposibles, porque no pueden remontarse allá por más esfuerzo que en ello pongan; no de otra manera que si se concediera el don de la palabra y alguna inteligencia del lenguaje a los leones, a los osos o a los lobos o a algún otro linaje de animales brutos; si alguien, en una asamblea de estos animales, disertase de las cosas de los hombres y de lo que llegan a hacer con su mente, juicio y razón, sería objeto de escarnio y sería echado del ruedo por forjador de fábulas increíbles, puesto que las bestias medirían a los hombres por sí mismas.

Por lo que se refiere a que tanto los espíritus angélicos como los humanos, por el amor se unen con Dios o, más propiamente, se hacen uno con El, es posible que alguno juzgue que viene a ser algo así como cuando determinados médicos nos prescriben que para curarnos de una enfermedad difícil y casi desesperada vayamos a buscar unas hierbas o unos huesos de animales de lo postrero de la India o de la Escitia. Dirá alguno: ¿Cómo van a unirse cosas tan diversas como son el ángel y Dios y, lo que aún es más, el hombre y Dios? Por lo demás, no está Dios lejos de nosotros, porque no se le ve, y se dice que en el cielo tiene su morada. En realidad está presente en todas partes, y no es menos íntimo en nosotros que el alma misma, por la cual vivimos y aun más entrañado que ella. Y no tan sólo está presente en nosotros, sino en el cielo, en los astros, en los elementos, en los árboles, en los animales, puesto que es más la vida y la esencia de cada uno que los actos del alma, por las cuales cada cosa es lo que es; no hay, pues, ningún obstáculo de distancia ni de lugar. La manera de unirse los espíritus y el lazo más indicado es el amor, como a su vez, el disolvente y el más activo instrumento de disociación es el odio. Toda facultad cognoscitiva, por lo mismo que alcanzó fuerza de conocer, apetece y va en pos de lo que cree ser bueno, y se desvía y huye de lo que es malo. Este apetito del bien llámase amor; la aversión del mal es odio. Lo que apetecemos, querríamos alcanzarlo para que la unión hartase nuestro deseo. De lo que odiamos, queremos huir, porque su presencia no nos ocasione tormento. El amor tiene fuerza de yuxtaponer y de unir, fenómeno que observamos no en los hombres solamente, sino también en las fieras, que aman a sus crías y no quieren apartarse de ellas. Las alimañas nacidas y crecidas en las selvas y en la soledumbre odian, porque le temen, al hombre, a quien tienen por enemigo, y porque le odian le huyen y le evitan. Mas los animales domésticos, como los gatos y los perros, porque nos aman, viven entre nosotros apaciblemente y nos vienen a la zaga, si nos dirigimos a algún lugar.

Y a los hombres, ¿qué es lo que les une con lazada firme sino el amor? ¿Qué es lo que les separa sino el odio? Hasta el punto que la ausencia paréceles la muerte. Y cuando están ausentes, hasta el grado que pueden, se los tornan presentes con el recuerdo, con billetes, y al que odiamos, no es de buen grado que nos acordamos de él. Pero el amor del hombre dotado de razón es de una índole muy distinta del de los brutos. Entre éstos, la querencia es hija del ímpetu infundido por la Naturaleza o del deleite de los sentidos; y en los hombres que viven, como las bestias mana de idéntica fuente, sin juicio de la razón. Mas

el amor que nace de la reflexión y de la mente, lleva su origen de aquel bien que la mente juzgó ser tal. Así que el amor es libre y sabe lo que ama y cuando goza de su amigo, conoce cuánto y cuál es lo que disfruta y no existe la hartura, como en los placeres sensuales. El amor de la mente, puesto que radica en lo íntimo, penetra hasta lo íntimo del amado. El amor de los sentidos conténtase con el haz, con el exterior, como en los animales irracionales, y no considera cuál sea interiormente cada cosa y no quiere unirse sino con las exterioridades, no con las intimidades; por eso los perros y los gatos y los hombres que son como los perros y los gatos, no pasan más allá de la vista y del tacto. Mas el amor de la mente conduce a la unión y querría que el ánimo del amigo pasase al amigo. Fué un varón discreto y sabio quien imaginó aquella linda ficción, según la cual Vulcano topó con dos amigos llenos de un óptimo deseo recíproco. Complacido el dios por aquel amor, les ofreció todo cuanto habían deseado y que ellos a una respondieron: ¡Oh Vulcano, tú, que eres forjador de dioses, haz de nosotros dos uno solo! Agudamente dijo Aristóteles que el amigo para el amigo era otro él.

Este amor es adecuado a la unión con Dios y a su biénaventuranza, no al amor de los sentidos.

Razón, mente, juicio, consejo concedió Dios con mano larga a las naturalezas espirituales, porque, por su medio, entendieran cuál era, en definitiva, su verdadero bien, porque lo deseasen, deseado, fueran en pos de él y apeteciesen unirse y hacerse una cosa con él. A esto síguese la eterna bienaventuranza, que una vez conseguida, supiesen cuánto habían conseguido y gozasen verdaderamente de la unión con Dios. Donde no hay este juicio, ni razón, ni ponderación de bien tamaño, ¿qué bienaventuranza puede haber? ¿Qué más? Esta bienaventuranza de Dios, como incorpóreo que es, no conviene a los sentidos solos, ocupados no más que de cosas corpóreas, sino a las mentes, y el amor que unifica es, en fin de cuentas, el que hace a los espíritus bienaventurados, mediante la unión con el que lo es en grado sumo, en la cual vuelven a El los espíritus por el mismo camino por donde de El procedían. A impulsos del amor nos creó; a impulsos del amor nos revierte y reduce a Sí; de El hemos salido por la puerta del amor y por la misma puerta hemos de volver a El. La causa por la que fué engendrado el mundo no fué ninguna indigencia que padeciese el Divino Hacedor, sino rebosante abundancia, afluencia, riquezas colmadas increíbles, porque viéndose a Sí mismo bienaventurado en grado sumo, la bondad le indujo a crear seres idóneos para esa bienaventuranza. En esa operación relumbra la bondad de quien comunica lo suyo y el amor para con aquellos seres a quienes resolvió dar con largueza tantos bienes, no de otra manera que la madre manifiesta su amor al infante que trae en sus entrañas, preparándole sonajas, nodriza, cuna, juguetes y todo cuanto considera que conviene a aquella edad.

El amor que tiene a la creación manifiéstase en su conservación, pues si no la amara, no la conservara. Su voluntad omnipotente es la creación y la conservación. Algo de esto barruntaron muy de lejos aquellos antiquísimos y sapientísimos varones. Mercurio, Orfeo, Hesíodo, Parmenio, que dijeron que el amor era el más antiguo de los

seres todos, nacido de sí mismo, muy rico de consejo y colocado en la hondura del caos antes que el mundo fuese creado. Esa misma opinión profesa Platón en su *Timeo* y en su *Convite*.

Tenemos la forma y la manera de la unión y coadunación. La prueba de que podemos conseguirla es la misma cualidad y condición de nuestra mente, que está de tal manera hecha y formada, que de suyo tiende poderosamente al bien y a la hermosura. Esta tendencia, como dije, llámase amor. Si al hombre se le dió una comprensión de Dios oscura y deficiente, pero alguna sea como fuere, conoce que en realidad no puede pensarse cosa más bella, más excelente, más grande, mejor. Para con aquél, pues, que se juzga que es tal, enciéndese el amor inmediatamente. Si nosotros amamos estas nuestras livianas y borrosas bondades y bellezas, ¿qué debemos pensar de la fuente, del origen, de la abundancia de la hermosura, de la bondad, de la sabiduría, de la potencia infinita? Si la ama, deseará sin duda unirse con él. Y si no puede conseguirla de ningún procedimiento ni camino, ese conocimiento no solamente será superfluo, sino enojoso y descorazonador. ¿A qué amolar una espada y afinar más y más su corte, si no hay nada que cortar? ¿Por qué brindar a un hambriento o a un sediento manjares o bebidas, como a Tántalo, si no puede tocarlas? A eso equivaldría haber creado al hombre dotado de inteligencia y con deseo de imperecedera felicidad, si no pudiera llegar a ella. ¿Qué otra cosa sería, sino una burla cruel, mostrarle bienes que desea y a los cuales tiende con ímpetu desalado; y, a pesar de ello, apartarle de su posesión y de su disfrute? A las bestias, como no se les concedió gozar aquellos bienes, tampoco se les concedió que los deseasen y no llevan con pesadumbre su carencia ni siquiera la imaginan.

Vale bien la pena de advertir que nosotros, mediante el calor, en el claustro materno, estamos preparados para esa luz y esa vida, y que en ella, por el calor, vivimos y nos conservamos, y mediante el calor volvemos a la otra. Pero así como esta vida es corporal, somos en ella conservados por el calor corporal, y para la otra, que es espiritual, por el calor de la mente. El hombre sale de Dios por el amor y queda avisado que a El vuelva sus ojos. Si lo hace, enciéndese a la contemplación de tantos bienes como le vienen a los ojos; y una vez encendido con gran arrojo, lánzase hacia allá para unirse con El; unido, goza una total bienaventuranza, porque es como un dios: la mirada hacia El es el nacimiento del amor; la ilustración es el alimento del amor; el encendimiento es el crecimiento del amor; síguese la acción del ánimo en desearlo, mas en la unión consiste el cumplimiento y remate de todos los bienes.

CAPITULO XII

INMORTALIDAD DE LOS ESPÍRITUS

Cuando Dios hubo creado a todos los espíritus para que le conociesen y le amasen, y por ende se uniesen con El y participasen de su felicidad que no ha de tener fin, quiso también que fuesen inmortales. Ese don de la inmortalidad es una parte no pequeña de su gozo: saber que jamás por jamás ni ellos ni sus bienes van a faltar nunca ni ellos a aquellos bienes. Ni era tampoco razón que los que una vez habían estado unidos con Dios con tan es-

trecha y sabrosa unidad, el día de mañana la muerte les arrancaría de sus brazos. Este pensamiento bastaba para acibarar todo el transporte de su bienaventuranza. Creó, pues, Dios mentes capaces de Sí, inmateriales, porque no tuvieran cosa contraria u hostil, cuya violencia pudiera eliminarles, si lo quisiera el mismo Dios que la había creado. Como Platón introduce al Dios supremo hablando a los dioses menores y subalternos, creados por él y diciéndoles que ellos serán eternos por su voluntad. Esta voluntad de Dios es el vínculo más estrecho y de más firme garantía de su perpetuidad que aquellos que les mantenía unidos en el momento de engendrárseles. Las mismas son la condición y naturaleza de la mente humana, la cual no sucumbe juntamente con el cuerpo, como las restantes de los brutos, sino que por una merced peculiar y propia fué creada por Dios para una duración inmortal, como aquellos superiores espíritus celestiales. Pero esta cuestión hízose más molesta e intrincada en parte por la ignorancia, en parte por la depravación de los hombres, que midiéndolo todo por el rasero de los sentidos indujeron al ánimo a no creer sino lo que caía bajo su dominio. Los hay quienes, atollados en regalos y placeres, desearían que todo terminase con ellos, esto es, con el cuerpo, y que no hubiera juez alguno que nos pidiera cuenta de esta vida.

Pero nosotros, dada la gran importancia que este punto tiene en la vida y en la religión o, mejor dicho, en la bienaventuranza o extremada miseria de los hombres, lo vamos a estudiar más de propósito, porque no se ha de tocar ligeramente aquello que es peligroso no rematar. No será enojoso volver a tratar esta cuestión, que ya fué íntegramente tratada por mí en los libros del alma. Si no se da crédito más que a los sentidos y todo queda encerrado en sus límites, como parece a algunos que tienen de las cosas un juicio craso en demasía, tampoco daremos alma a los animales irracionales, porque no las vemos ni por ningún sentido las percibimos; ni pensaremos que haya en las cosas de la Naturaleza causas eficientes o formas; nada, en fin, más que la masa física que vemos y que tocamos, lo cual es contrario a toda disciplina y del todo ajeno a todo juicio de la mente humana. Los niños pequeños, si ven a su padre armado y luego ven esas mismas armas colgadas de un tronco recto, piensan que es su mismo padre y se le acercan, y le hablan, y se extrañan de que no se mueva y les responda, se asustan, y se enfadan, y acaban por romper en llanto. Estos mismos niños y los lobos creen que las imágenes pintadas en una tabla o lienzo son hombres de veras, y provócanles a que hablen, y les convidan a que coman, y les ofrecen manjares. Idéntico es el juicio que forman de las bestias que, fingidas y simuladas, tómanlas por reales. A algunos les engaña esta común manera de hablar, pues como el pueblo es el creador y dueño del lenguaje y guíase más por los sentidos que por el juicio, es inevitable que nos expresemos al dictado de los sentidos. Por eso, a un hombre pintado y a un hombre muerto, le decimos hombre.

Empero, los que para formar juicio de cosas recónditas déjanse llevar nada más que de los sentidos, no se diferencian mucho de los niños y de los locos, por no decir de las bestias, que ese cuerpo lerdo y bruto dicen que es el hombre, y

cuando ven un cadáver echado, sospechan que no fué otra cosa sino un hombre, aun cuando los ojos y esos sentidos corporales, ¿cómo entienden que algo se esconde en un lugar cerrado, sino por los indicios que se manifiestan afuera, verbigracia: fuego por el humo, un ser animado por la voz, una carroña por el hedor que despide? ¿Quién no se percata de la distancia que existe entre el hombre y el bruto, por no mentar otros seres inferiores? El hombre practica tantas artes manuales y cada día saca otras nuevas y tantas maravillas inventadas y perfeccionadas por su gran ingenio; deja merodear su mente por el universo; tiene la razón, posee la palabra, en todo lo cual relumbra una cierta virtud e imagen del ingenio divino. Y si hemos igualado al hombre con las bestias por la semejanza que con ellas tiene en el nacer y en el morir, menester es que por tanta y tan evidente diferencia de su mente le hagamos muy superior. Y si se le niega esa tan grande prerrogativa de la inmortalidad, también hay que negar el ingenio, la razón, la mente, por la cual somos inmortales, y si vemos en el hombre esas señales que testimonian que él tiene un origen celestial y divino, síguese que algo hay en él mayor y más excelso que lo que con los ojos puede verse y puede tocarse con las manos.

Ninguno, dicen, vuelve a nosotros de la otra vida que nos cerciore de cómo están allí las cosas y qué es lo que allí se hace. Esto es lo que dice el vulgo, creído de haber hallado y pronunciado una genialidad; pero esto es como casi todo lo suyo. Prescindo de que muchas almas de difuntos volvieron a sus mismos cuerpos, que otras han hablado a los vivos y les significaron algo de nuestra santa religión; es decir, que está por encima de la Naturaleza. Pero dígaseme: si nadie embarcase para las Indias; si ningún indiano viniese a nosotros, ¿por ello no existiría la India ni los indios? Por espacio de tantos miles de años hasta nuestros días, nadie había navegado a ese nuevo mundo, ni ninguno de ellos a nosotros; ni nosotros acá ni ellos allá habíamos oído o conocido unos de otros. ¿Qué maravilla es, pues, que no haya existido ninguna comunicación y trato entre los espíritus libres de cuerpo y nosotros que somos corpóreos? Grande, variada y difícil es la jornada entre nosotros y esos hombres nuevos, pero puede realizarse, y de hecho se realizó; pero entre nosotros y el cielo y el infierno es impracticable por ley de naturaleza.

Entre lo corpóreo y lo incorpóreo no puede haber, pues, intercambio ni nosotros podemos adecuarnos a su condición, mientras estemos en la cárcel de ese cuerpo corruptible. Téngase además en cuenta que los espíritus de los muertos gozan de los mayores bienes o gimen bajo grandes males para que tengan tiempo o humor de ocuparse en cosas terrenales, que son puras bagatelas. Además, los unos no quieren volver a nosotros y otros no pueden. Si alguno en su propia ciudad hubiere conseguido una honrosa magistratura, a buen seguro no querría volver a la isla de su destierro, porque no la echa de menos; menos, el que está detenido en la cárcel o en el calabozo. Pero es cierto que adondequiera nos volvamos, arriba, abajo, alrededor, todo nos enseña, todo nos atestigua, todo nos dice a voces que el alma humana es inmortal: la Naturaleza, las causas necesarias, la proporción y la semejan-

za, la vida y la congruencia, la dignidad del hombre, la bondad de Dios, nuestro provecho, fruto de su beneficencia.

Comienzo por decir que las verdaderas y genuinas esencias de las cosas no son conocidas de nosotros por sí mismas, agazapadas y ocultas están en lo más escondido de cada cosa, adonde no penetra nuestra mente bajo la mole de ese cuerpo y en las tinieblas de esa vida. Nuestra razón colige qué y cuál sea cada cosa de sus inherentes y, sobre todo, de su acción, pues como agudamente observó Aristóteles, toda cosa se ha con respecto al ser, como al obrar; sus obras y sus actos declaran la cualidad, la cuantidad y la índole o carácter de la esencia. Ponderamos lo primero de todo las mismas acciones del alma, de las cuales la primera es el conocer. No hay facultad cognoscitiva, por poderosa que sea, que conozca lo que no tiene proporción alguna con su naturaleza, pues el conocimiento es como una determinada imagen de las cosas reflejada en el ánimo como en un espejo. No puede un espejo corporal reproducir lo que es espiritual, o lo que es propio de los otros sentidos puede serlo por la vista; ni será expresado tampoco lo que en proporción es mayor que el mismo espejo, verbigracia: una montaña muy cercana, si no se aleja, a fin de que del espacio intermedio nazca la proporción, ni tampoco lo que no cae dentro de su ámbito. Nuestros sentidos externos, es decir, extensos y dotados de cuantidad, no cogen las cosas que carecen de ella, ni las que tienen un volumen más amplio que su ámbito, ni tampoco las cosas ausentes. Los sentidos internos no cogen lo espiritual, a saber: los ángeles y Dios. Luego la mente que coge esto, que lo conoce, que es la única de las cosas sublunares, es espíritu, como ellos mismos y la que entiende su inmortalidad, es también inmortal. De no ser así, de ninguna manera abarcaría aquello que la desbordase con su anchura infinita.

Más claramente declara esto el hecho que, de toda la eternidad, aquella que nos precedió con su duración inmensa, no podemos abarcarla con el pensamiento y queda abrumada nuestra mente por su grandeza pavorosa. En cambio, no nos cuesta demasiado imaginar y entender la que seguirá por siglos que no tendrán fin. Inequívocamente aparece ser la eternidad antecedente más vasta que nuestra alma y no tener con ella ninguna proporción ni analogía; pero que la eternidad subsiguiente ésa sí que la tiene; que no es apta para aquélla, pero sí para ésa. De esa misma fuente del conocimiento fácilmente se colige que el alma de los vegetales y de los brutos son producidas de la fuerza y potencia de la materia; más que nuestra mente es de una manera especial engendrada por Dios en un corpezuelo por encima de las fuerzas de la materia y de esta naturaleza. Nada se yergue por encima o trasciende más allá de aquello del cual recibió la esencia y las fuerzas, pues de lo contrario, ya no recibiría de aquello, sino de algo anterior o posterior, al cual tendería. Nuestros sentidos internos y externos, como también las bestias que de ellos solos están dotados, no conocen otra cosa que lo que es propio de esa Naturaleza que contemplamos; ya no se encaraman más arriba. En cambio, nuestra mente, no contentándose con el cielo, con las estrellas, con los ángeles, se remonta hasta Dios mismo. ¿Y esto qué demuestra sino que las almas

de los brutos son engendradas por esa naturaleza por encima de la que ya no se levantan, y que la nuestra es creada por Dios más allá del poder de la Naturaleza? Así que a nuestra alma le acontece lo que se dice del agua de la fuente que se levanta tan arriba como había descendido y que ya no puede levantarse más. Y no de otra manera que nuestra mente, no solamente se detiene, dentro del conocimiento de Dios, sino aún mucho más abajo, así también nuestros sentidos detienen mucho más abajo de las obras de esta Naturaleza y no penetran en su intimidad, sino que no pasan de su superficie. Parece que esto significó en términos no oscuros al narrar el génesis del mundo, pues luego de decir que todos los otros seres fueron creados por la sola palabra de Dios, así que llegó al hombre, no atribuye a la Naturaleza el poder de producir al hombre, sino a Dios sólo, puesto que dice: *Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra;* y poco después: *Sopló Dios en el rostro de Adán el soplo de la vida.* Con esas dos expresiones distintas, denotó Moisés la obra directa de las manos de Dios y la inmortalidad de las almas.

Por lo demás, porque nadie se engañe en ese punto, aun cuando esté por encima de las fuerzas de esa Naturaleza elemental, celestial o angélica, que el alma del hombre sea creada por Dios, a pesar de todo es creada por Dios, naturalmente, esto es, según una ley ordenada y asentada por El, del mismo modo que todas las otras cosas. No todas las veces que un hombre es creado, obra Dios un milagro nuevo; es decir, cosa contraria o distinta de la ley general, si ya no es que alguien se empeñe en llamar milagro de la Naturaleza, que a mí personalmente no me parece mal, como no sin razón lo definió Mercurio Trismegisto, o fuere quien fuere, diciendo que el hombre era un milagro grande. Infunde Dios el alma en una materia de antemano preparada y apta sobre las fuerzas de la misma materia y de la Naturaleza fabricadora, con sujeción a una ley por El establecida. Por esto es que infunde almas en los fetos adulterinos o fruto de una unión pecaminosa, porque esos seres, aun cuando son engendrados contra la probidad y la religión, pero no contra la ley señalada por Dios, como sucedería si ello se concediera a las uniones sodomíticas o bestiales. Y no solamente es verdad que nuestra alma no es creada por facultad alguna natural, sino por exclusivo beneficio de Dios, sino que importa grandemente al linaje humano que lo sea; y porque es de gran interés, no hay duda que es así. Introducida, pues, el alma en el cuerpo, no por obra de la Naturaleza, sino propia y peculiarmente por Dios, es deudor el hombre de la parte mejor y más apreciable de sí mismo, no a la Naturaleza, sino a Dios, y reconócele como al único padre de su mente, y a El solo se le debe dedicar y consagrar y no conceder a ningún otro derecho alguno sobre ella, sino a Dios, único y Todopoderoso, Padre de los espíritus. Mucha potestad y derecho se arrogan sobre este cuerpo y todos sus sentidos los padres de los cuerpos, y también los hijos, la misma Naturaleza, la patria, los amigos; pero el alma es sólo de Dios y se la reservó para nuestra felicidad, porque El es su único autor y padre. Y si el alma no es obra de esa Naturaleza, que está al servicio de Dios y actúa por su mandado, sino de Dios sólo, síguese inexorablemente que nada hay en la Naturaleza que pueda ex-

tinguirla. Sólo Dios puede hacerlo. Pero no es de creer que Dios mismo directamente cree un ser que luego haya de sacrificar, pues ¿a qué venía que esto se hiciera? ¿Por qué no concedía a la Naturaleza el poder de engendrar y de acabar con el alma humana como con las de los otros animales? ¿Por qué se reservaba a Sí mismo lo que había de sujetar a la ley y condición común?

Valga lo dicho por lo que se refiere al conocimiento; hablemos ya del apetito.

Todo conocimiento, como en otra parte y muy a menudo, así por nosotros como por otros, quedó demostrado, fué infundido en el ser animado para el apetito o la repulsión. Nuestros sentidos, como los animales irracionales perciben su *existencia actual*. Podemos conjeturar con toda certidumbre cuál sea el ingenio de las bestias y cuáles son sus reacciones, por nuestros sentidos, así externos como internos, puesto que nos son comunes y del todo semejantes a los suyos. Así es que los brutos refiérense sólo al *ahora*, pues el apetito de conservación reside en ellos, no por conocimiento de las cosas, sino por artificio de la Naturaleza. Por eso la facultad de engendrar no es de su principal oficio, del de conocer, sino del de vegetar, que es el más bajo. Mas el hombre conoce *al ser que no tiene fin*, quien, porque ve que el bien le es conveniente, también lo desea. Así que este apetito es natural, y si es natural, luego este apetito tiene que ser de una cosa congruente y apta y no de balde, infundido en nosotros. Puede, por tanto, satisfacerse, y es necesario que alguna vez se satisfaga, pues de lo contrario, no solamente esta ostentación del bien resultaría vana, sino cruel refinadamente. Indicio de este deseo de una existencia perpetua, no fallecedera, es la avidez de prorrogar el nombre por todos los siglos venideros. Este deseo anidólo la Naturaleza tan íntimamente en los pechos humanos, que aun aquellos que piensan que todo se apaga con la vida aman la fama aficionadamente, y aun sepultados quieren oír hablar bien de sí. Aun el mismo Epicuro, aquel alférez de la impiedad, ordenó en su testamento la celebración de su día natal y que se diera un banquete a sus pedisecuos, a la vigésima luna. Ese deseo natural de la verdadera inmortalidad, estragado y corrompido por las brumas y pasiones que ponen noche en la mente, degeneró en ese amor cupidíneo del renombre, no de otra manera que la buena semilla viene a caer en un suelo vicioso.

Las pasiones mismas declaran cuál sea la naturaleza de nuestra mente y de los sentidos y la diferencia que entre ellos existe; cuando digo sentidos, digo los sentidos así internos como externos. Si el espíritu comienza a pensar en su muerte, los sentidos internos y la fantasía, mientras se figuren que esa vida va a ser larga, no se impresionan mucho de aquella otra muerte o, por mejor decir, fácilmente tragan ese pensamiento sin sensación alguna. Y en cambio, la mente se envuelve y arrebuja en estas tinieblas y se enreda en una tan grande confusión, que nada le pone tanto miedo y nada quiere evitar tanto como esa zozobra. Aun aquellos mismos que andan engolfados en los mayores males y en momentos de impetuosa ceguera invocan la muerte, desearían su extirpación total si arrancándose de su desesperanza un momento pudieran volver en sí mismos y recobrar la serenidad y pensar en la extinción del al-

ma, con toda seguridad condenarían su resolución primera y se empavorecerían de aquella muerte y se persuadirían que es un mal mayor que aquellos otros por los que se sentían afligidos y vejados. Y al revés: cuando el pensamiento de esa muerte temporal asalta la mente, instantáneamente todos los sentidos experimentan escalofríos; pero la mente, si se mantiene sana, permanece quieta e inmóvil y se burla y castiga aquel terror y aquella trepidación de los sentidos. Por eso, según se lee en la *Apología* de Platón, Sócrates, el más agudo de los filósofos, hablando a los jueces y al pueblo ateniense acerca de su muerte, dado que las masas no se guían más que por los sentidos, dejó en la incertidumbre la inmortalidad del alma y se valió de este dilema: «Si el alma no muere, espéranme bienes mayores; y si muere, nada sentiré.» Empero, el mismo Sócrates, en la cárcel, en medio de sus discípulos cultos y seguidores fervorosos de la sabiduría, no lo puso en duda, sino que, con un acento de total convicción y con abundancia de pruebas, se esforzó por persuadirles que nuestras almas perseveran, supérstites de sus cuerpos.

¿Qué se deduce de todo esto? ¿No se deduce que la muerte del alma va contra su propia naturaleza y que por ello se horroriza de sola su mención? ¿Y que los sentidos, al revés, se preocupan no más que de esta vida, que esa muerte corporal en nada afecta a la mente; es la muerte del cuerpo y de lo que anda anejo al cuerpo, a saber: de los sentidos internos y externos? ¿Y qué más diré? La mente, en esa fementida morada del cuerpo, perturbada por la pasión aturdida de fantasmas, ignorante, criminal, malvada, impía, estremécese más al recuerdo de la muerte corporal que cuando es sobria, sana, serena, quieta, docta, inocente y pía. Busquemos ya cuál de los dos juicios es más cierto y verdadero: si el de la mente alborotada o de la mente sosegada, de la mente enferma o de la mente sana, de la indocta o de la instruída, malvada e impía o religiosa y santa.

También los deleites acusan la esencia de la mente humana. Los placeres son tanto mayores, más sabrosos, más duraderos y macizos cuanto más semejantes son aquellas cosas causadoras del goce a la facultad del ánimo que recibe el deleite y tiene con ella correspondencia mayor y vecindad más estrecha. Cuando se tiene que juzgar de algún género o forma, la prueba para la sentencia definitiva tómase de aquellas cosas que en aquel género están mejor situadas y constituídas, esto es, más según la verdadera y genuina naturaleza del género. No ignoro que son muchos los hombres de condición tan de brutos que no tienen más ideal que el regalo de los sentidos; pero nosotros fijamos nuestra atención en las mentes más generosas y excelsas. Estas reciben más gusto de los sentidos internos que de los externos; más de la mente que de la fantasía y, principalmente, por la contemplación y por aquellas cosas que contemplan, ellas las toman muy a su sabor y retienen, por tiempo larguísimo, las que están en la más alta esfera, en la rueda que huye más del suelo, las que están exentas de cuerpo, las que son eternas, pues a éstas más golosamente les apetece y las retiene el ánimo y menos se fatiga en escudriñarlas y contemplarlas.

Estas cosas espirituales y sempiternas confórmanse más con la

mente que las corporales; es más consorte y más participante de la naturaleza e índole de aquéllas que de éstas; en ellas encuentra reposo muy sabroso, como en su propia semejanza y proporción, como los sentidos interiores y exteriores se prendan de las cosas corporales, y ni aun por conjeturas pueden alcanzar otras. Si la mente fuera tan mortal como el sentido, no menos que él, las mentes excelsas y tan vecinas de lo divino cautiváranse de las cosas caducas para el verdadero y sólido deleite no menos que los mismos sentidos.

La misma configuración de nuestro cuerpo y el semblante levantado al cielo nos testifica que somos celestiales, tensos siempre hacia allá como a la patria para la cual caminamos. El cuerpo mismo demuestra cuál es la disposición de nuestro ánimo. Erguido está él y mucho más sublime que el cuerpo; ascendiendo por la escalera de las cosas inferiores, sin reposarse hasta haber llegado a lo celestial y divino. Allí se detiene por fin y toma descanso, por manera que el movimiento y la quietud se ponen de manifiesto como en todas las cosas de la Naturaleza, sea cual sea el lugar que le corresponde.

Todos los restantes animales, a fuer de terrestres, miran siempre a la tierra, donde está su bien. Si nuestro bien no está allá arriba en la eternidad del cielo, ¿qué es eso de la cabeza levantada y los ojos espaciándose por el campo de las estrellas? ¿Será porque en esa tan grande calamidad y aspereza de vida, mirando aquel alcázar hermosísimo, tan lejos de toda miseria, la vida nos crucifique más y se aguce para nuestro más vivo dolor el vano deseo de la felicidad? Añoranza ésa tanto más vehemente e impaciente y activa, cuanto más dotado y afinado y enriquecido de ingenio y erudición está uno o más agobiado y más largamente vejado de los desabrimientos y mezquindades de la vida. Porque acaso algunos hombres, a manera de bestias sin seso, pasan esto por alto, o bien por torpeza de su mente, o por embriaguez de favores de la Fortuna.

Del modo del nacer en esa vida mortal, puédese rastrear cuál sea el modo de renacer en la eternidad. Así como el hombre se forma y se plasma para esa luz de acá abajo en el materno claustro, así en esa misma luz se apercibe y apareja para aquella otra, en cuya comparación esa luz nuestra es pura lobreguez y noche oscurísima. Y no de otra manera que cuando el tiempo del nacer se aproxima, la vida del útero languidece y parece morirse el feto con aquel género de vida; así también cuando el hombre va a salir de la vida de este mundo como en trance de ser alumbrado para la otra vida, muere para esa condición de vida para vivir en otra tanto más sobrepujante cuanto es mejor la de esta luz terrena que la vida ciega del útero. En resumen: en el útero maduramos para la vida del cuerpo, y en el cuerpo para la vida del espíritu. Pone miedo en el espíritu la salida de ese mundo por mor de la radical mudanza y está en la misma situación en que estaría el infante que va a nacer si se le diera la facultad de conocer y de pensar. Sale, pues, el infante naciendo y el hombre muriendo, ambos para una luz nueva y un espectáculo maravilloso. Espantados uno y otro de tamaña novedad, no quisiera ninguno salir de su cuchitril angosto, si a ello no le empujase una ley de la Naturaleza. No cabe dudar que la muerte del

hombre tiene con el nacimiento gran semejanza y parentesco, por causa de aquella imperfección que tiene en el útero el infante y el hombre hecho en esta vida. Si estuviera acabado en todas sus partes el infante en el claustro materno, ninguna necesidad tendría de nacer; pero habiéndosele atribuído el sentido y la facultad de conocer que en aquel encierro no puede ejercitar, sale y libérase hacia esta luz, donde podrá conocer y sentir.

Hasta aquí todo cuanto nos es común con las bestias.

Mas como las bestias cumplen aquí sus cometidos y ejercitan las facultades que la Naturaleza puso en ellas, aquí viven y aquí perecen. El hombre, a quien se le concedió la mente, de lo cual ninguno o muy poco uso hace en esta vida, no cabe duda que tiene otro nacimiento en el que la mente desempeña todas sus funciones, como hemos enseñado en los libros del *Alma*, como también estudiamos el caso si el alma es mortal, todo pertenece a esa vida y el hombre fué creado en balde, puesto que se hizo sin ningún fin propuesto o que al menos fuese digno de una excelencia cual es la suya; de modo que casi todas las cosas serían creadas en vano por Dios.

¿A qué bueno crearlas si, de haberse mostrado un poco, una a una iban a desaparecer? ¿Para que el hombre beba, coma, duerma, se regale, en nada se distinga de las bestias, muy más que ellas miserable, porque no consigue jamás lo que para él es lo más principal y deseable, como reconocen Aristóteles y Teofrasto? Y si el hombre, para quien están preparadas todas las cosas materiales, que es el único que puede, que quiere, que sabe utilizarlas, fué introducido en la vida, ¿cuánto más aquellas cosas que fueron creadas en su obsequio? Baldía y ociosa es, pues, toda la Creación, indigna de la majestad y de inmensa sabiduría de Dios. ¡Perdona Dios esta blasfemia! Más aún: nula es la providencia del soberano gobernador del mundo; pues estas tres cosas: religión de Dios, providencia de Dios, inmortalidad del alma, andan tan relacionadas y unidas en el concepto y persuasión de todos, que de ninguna manera pueden ni es lícito separarlas ni disociarlas; pues de intento, de cualquier menoscabo de alguna de ellas, se resentirá la firmeza de las otras. Si las almas no son inmortales, las obras buenas o malas no tienen ni premio ni castigo.

En el discurso de la vida presente lo vemos todo mezclado y confuso, por manera que la vida del hombre no es más que un puro latrocinio. Nulo es el cuidado que Dios tiene de nosotros. Y si no cuida de nosotros ¿a qué viene su culto? Creencia vana y necia será la religión. Pero, a pesar de todo, nosotros observamos que todos los hombres y todos los pueblos, por bárbaros que sean y extraños a toda institución de humanidad, tienen natural tendencia a alguna religión, a loar y aprobar la modestia, la templanza, la gratitud, la piedad, la mansedumbre, la paciencia, la equidad. No es posible, pues, que éstas dejen de ser obras buenas y más validas que los actos contrarios. Y ese hecho no tendría explicación si Dios no fuese espectador y juez. Ello atestigua que Dios tiene cura de nosotros y que el galardón de la piedad debe aguardarse en otra parte. Y si allí está el premio de la virtud y el fin del hombre, el alma, sin duda, vivirá allí. Y si el alma vivirá allí, el fin del hombre está allí, pues el fin pertenece a lo último y a lo

más perfecto, que por este motivo se llama fin. Si hemos de dar alguna validez a la autoridad de muchísimos hombres, que se da el caso que son los más sabios, allende del tácito consentimiento del género humano, tenemos otro más expreso y clamoroso, puesto que no sólo las naciones civilizadas y doctas, sino también las más bárbaras y ariscas como los getas, los escitas, los indios, durante tantos siglos sepultadas e ignoradas en el Nuevo Mundo, tienen el entrañable convencimiento de que las almas humanas transmigran de aquí a otros parajes donde hallan la remuneración de las obras buenas o malas que hubieren hecho en esta vida. Los más innobles seguidores de la filosofía que en el placer pusieron el bien sumo, hicieron mortal al alma. Eran, precisamente, los mismos que se propusieron arrancar de cuajo toda religión, todo culto y amistad con los dioses, toda idea de la providencia y aun la misma existencia de Dios. Luego de haber extirpado todas estas prácticas y creencias de raíz, no había de quedar incólume la inmortalidad del alma, que está implicada y unida con la causa de la providencia y de la religión. Empero los filósofos más sabios no tuvieron vicio ni tacha y jamás tuvieron la avilantez de sostener que el alma era perecedera, ni de condenarla a muerte, como Ferécides Siro, el más antiguo y firme asertor del alma que en Grecia hubo, su discípulo Pitágoras, Sócrates, Platón, Zenón, Estoico y otros innumerables emanados, por decirlo así, de esas fuentes sanas.

Uno de los argumentos de Sócrates en el *Fedón*, de Platón, es que es natural en el hombre el deseo de saber y de la sabiduría, y puesto que ese deseo alienta en esta vida efímera, o por mejor decir, inexistente, no hay duda que ese deseo, nacido aquí un día u otro, ha de tener su satisfacción en otra parte. Lo que es natural no puede ser hijo de la nada ni puede quedar vano y superfluo, como superfluos y vanos serían los ojos de que están dotados los animales, si no se les diera ocasión de mirar, debiendo vivir siempre sumidos en noche y en tinieblas. Así también el deseo de la verdad, si jamás debiéramos alcanzarla, fuera fraude, ridiculez y sarcasmo. Firme este convencimiento y esta certísima persuasión, no ha lugar a la queja de Teofrasto, de que la Naturaleza hubiera concedido a los animales irracionales, cuya vida no importaba nada, una provectísima longevidad y que muriera tan verde y tan en flor el hombre a quien tanto convenía vida larga para dar alcance a la sabiduría, bien del hombre el más preciado. Pero es el caso que cuando empezamos a tener seso, morimos. Esta queja, por otros conceptos justa, no puede ir contra la sabiduría y la bondad de Dios. Edad harto larga se nos dió para aprender todo cuanto convenga aquí; allá daremos con la abundancia y la saciedad de la sabiduría. En este siglo, ¿cuánto sería lo que progresaríamos en la carrera de la sabiduría aun cuando la vida se nos duplicase y llegase a los quinientos, a los mil años? No resiste los destellos de la sabiduría nuestra mente oprimida por las estrecheces y lobregueces de ese cuerpo, no de otra manera que los ojos de la lechuza deslumbrados por el sol, según el símil del maestro Aristóteles. Por eso, filósofo tan grande como era Teofrasto no debía detenerse en acusar a la Naturaleza, esto es, a Dios, soberana sabiduría y bondad, sino ser por ella advertido de su

sabiduría, cuyo vivo y agudo deseo la Naturaleza infundió en los pechos humanos y que otro era el lugar y la oportunidad de hartar esta avidez.

Nada tengo que decir de lo que sintió acerca de la inmortalidad del alma Aristóteles; es oscuro, es resbaladizo, es huidizo, es cauteloso y astuto también en este punto, por no salirse de su costumbre. En un lugar solo dice: «Si puede la mente entender sin la fantasía, puede separarse de ella; si, de lo contrario, no puede.» Esto no fué observado por él con la característica agudeza de su ingenio. Nuestra alma, prisionera de ese cuerpo, no puede entenderlo todo sino corporalmente, esto es, por los instrumentos corporales, que exteriormente son los sentidos, e interiormente, la imaginación; bien así como los que miran a través de un cristal, que no pueden ver sino lo que el cristal les deja ver. No obstante, en otro lugar dice el filósofo que la mente se separa de los sentidos y el cuerpo, como lo inmortal de lo perecedero. A esa opinión de los filósofos más autorizados y aun de toda la filosofía se suman los más sensatos y mejores. Son los malos y los desesperados quienes desean, porque les conviene, que el alma sea mortal; los buenos huyen de ello y repútanlo como nocivo. Pues si (como decía poco antes) revuelve uno en su pensamiento que todo se hunde en la mente y queda sumido en la eterna noche, ¿qué pecho bueno y generoso habrá que no sienta horror de la muerte? ¿Qué consuelo o qué aliento le bastará por no tener miedo de la muerte y la rehuya de todas las maneras y la espere y la soporte con la más amarga de las resignaciones y el más negro pesimismo cuando la necesidad le obligue? Aun en medio de los tormentos mismos, cuando la muerte es deseada e invocada como un puerto tranquilo de tan fieras tempestades, hay, sin embargo, en su fondo alguna suerte de quietud y mitigación, y el ánimo, acuciado, llama la muerte a gritos, mas así que cobró un poco de sosiego, se deja consolar y mecer de la esperanza o de que el dolor cesará o el tiempo y el acostumbrarse lo harán más llevadero.

Por fin, sea como fuere, es grata esta luz aun a los más miserables. ¿Y qué no será para aquellos que no sufren ni vejación corporal ni desabrimientos de la vida? Dime, por favor: ¿cuál no será la desesperación del hombre bueno si le viene a las mientes el recuerdo de sus buenos pensamientos u obras, él que en la vida no recibió de ellos premio alguno, al revés, como es corriente que ocurra, al beneficio se le correspondió con la ingratitud y apuro pobreza, infamia, dolores, enfermedades, torturas, suplicios, y se percata que después de la vida no tendrá la virtud compensación alguna y que no recibirá más que el delincuente y el bribón? La fama, que es la memoria del nombre, no siempre viene y es injusta, puesto que dispensa loor y gloria a las bellaquerías, y a la virtud y a la probidad las galardona con el olvido o (lo que es el colmo de la injusticia) el vituperio. Ni es extenso tampoco el renombre por causa de la diversidad de ingenios, costumbres, pareceres en los pueblos, pues lo que a unos les parece hermoso y loable, a los otros no se lo parece. Ni puede ser duradero, puesto que la vejez lo consume todo. Ni importa un bledo a los difuntos. Ni a Aquiles ni a Sócrates les aprovecha su gloria; ni a Catilina o a Tersites les perjudica

su ignominia. Pues ¿y qué? Luego que el varón sabio se espació por el cielo, por las estrellas, por los elementos todos con toda la intensidad y vigor de su espíritu; por las plantas, por los animales, por los hombres, por los ángeles hasta el Rey y señor del mundo, por los hechos de la historia antigua, por los diferentes acontecimientos: ¿qué noticia más agria puede recibir y más desconsoladora como la de que, en medio de hermosura tanta y tan apacible y sabroso espectáculo, ha de extinguirse la mente, espejo, receptáculo, tesoro de riquezas tantas, de forma que ya no tendrá sentido alguno, en ningún lugar, ni más ni menos que el alma del bruto, abyecta, vil, torpe, incapaz de ninguna excelencia? ¿Quién hay que después de haber considerado esto no tema la muerte, aun cuando esté agobiado de los más graves males de la vida? Y al contrario: ¡qué consuelo tan grande para el varón bueno y sabio en todas las contingencias e infortunios de la vida el saber que le está aparejado un lugar de reposo, no de orfandad ni ceguera total, como soñaron los necios (¿cómo puede descansar lo que no existe?), sino de felicidad establecida por Dios, justísimo, poderosísimo, bonísimo, que dispensará con mano larga los que aplicaron a vivir bien y santamente una voluntad sincera y cordial!

Eso que aduje de los pareceres y autoridad de los hombres tiende a demostrar inequívocamente que la Naturaleza y la verdad están en la misma parte en que están los sabios y los buenos, que es nuestra parte, porque es más recto e íntegro su juicio que el de los malos y deslumbrados. A ese juicio acércase el de los más grandes hombres y la justicia, y la probidad, y la religión, y todas las virtudes de la mayor parte del linaje humano, las cuales se asientan firmemente en la inmortalidad del alma. A la parte donde se inclinan todos estos testimonios, necesariamente tiene que inclinarse la verdad, pues más resueltamente abogará por las virtudes la verdad, que por los crímenes las maldades, la improbidad, la impiedad; pues aquéllas son las más fieles y ciertas compañeras de la inmortalidad del alma. Pero no ha de causarnos excesivo asombro que en tratando de definir y fijar la naturaleza del alma se engañasen algunos filósofos chiquitos y clandestinos, como dice Cicerón, cuando otros de mayor autoridad y renombre, en aquellas mismas materias que están bajo el dominio de los sentidos, cayeron en tan feos desvaríos, verbigracia: que era negra la nieve, que veían blanquísima; que era frío el fuego, que ellos tocaban tan encendido y quemante.

El colmo de la miseria que merece ser llorado con lágrimas sinceras en los negocios de la vida y en los pareceres humanos es que para la verdad y el bien no hay autores asaz ricos de doctrina y de crédito robusto. Para lo falso y lo malo, basta el más ruin, de modo que no sin razón dijo el Mimógrafo: *Para la mala parte, la sospecha es siempre osada*, porque, como dijo Ovidio, que *todos nosotros somos una turba crédula para el vicio*; sí, malos y ceñudos, y por eso tendenciosos para con el mal semejante a nosotros. ¡Qué muchos son los que se burlan de Epicuro, refutan a Plinio, llámanles idiotas y que no tenían la suficiente averiguación los fenómenos que afirman de la vida o de la Naturaleza! Pero cuando esos mismos desautorizan la providencia y la religión, abrazan su pa-

recer y les encomian: hasta tal grado anocheció sus mentes la bruma de los vicios y de las maldades.

Los hay que dicen ser una creencia vital esa creencia en la inmortalidad del alma, paralela a la fe en la existencia de Dios, porque, de no ser así, no iban los hombres a conservar su inviolable solidaridad ni iban a hacer cosa a derechas, sin la sana y poderosa coacción del miedo de haber otra vida después de ésta y un Dios justiciero. ¿Qué me decís? ¿Es preciso forjar una gran mentira para que los hombres se determinen a obrar bien? ¡Oh mísera condición de la virtud, si no puede ser persuadida a los hombres sino mediante una gigantesca supercheria! Dado que no hay dos cosas tan amigas, tan concertadas entre sí, como la virtud y la verdad, como hermanas mellizas que son, hijas de Dios, tan provechosas a las humanas mentes como agradabilísimas a las conciencias íntegras. No faltaba más sino que Dios, poderosísimo, sapientísimo, bondad suma, hubiese creado el linaje humano con esa ley y condición a saber: que no pudiera ser inducido a la práctica de la virtud por la verdad, sino por la mentira, y que un Artífice tan grande como El para perfección y remate de su obra hubiera tomado un instrumento no de la abundancia y opulencia de su casa, sino que tuviese que pedir prestada la mentira a su enemigo, el demonio; recurso éste el más ajeno de Dios, que es la Verdad pura. ¿Qué iba a resultar sino que aquellos que, gracias a su ingenio y a sus luces, hubieran sorprendido la mentira, como los que la fabricaron y la enseñaron a los otros, quedarían sueltos y libres de aquel miedo que antes los agarrotaba y que cuanto más docto y asesado y talentudo fuera, sería tanto peor cuando ya estuviera exento de toda superstición y de todo temor de Dios, sin más miedo que a las leyes? Así que cuanto más se aproximase al cabal perfeccionamiento humano, por su cultura y formación intelectual, mejores armas y pertrechos tendría para la maldad y más recia propensión al crimen, por haberse desvanecido para él el arcano que le ponía miedo, a saber: que eran puro fingimiento y disimulación todos los preceptos que imponen la virtud y la probidad. Pues bien: este concepto trae consigo la mayor corrupción y estrago del espíritu humano y le aleja irreparablemente de toda perfección. Por esto, esa sentencia se revuelve contra sí misma y se destruye a sí misma, porque cuanto más perfecto es uno, es tanto más imperfecto, y cuanto mejor, tanto peor; cuanto más hombre (y esto sí que es una gran verdad), más pariente de las fieras y más lejano del hombre. Ved cuán lucido escuadrón de razones milita en favor nuestro, es decir, en favor de la verdad, porque nosotros muy poco contamos.

Es muy fuerte la verdad, apoyada en fuerzas poderosas y atrincherada en reductos inexpugnables. ¿Qué esperamos? ¿Ver a las mismas almas desprendiéndose de los cuerpos moribundos como el humo de la llama? Aun en este caso, no faltarían quienes dijeran que se asustan de trampantojos y que aquello es una ilusión óptica, como cuando veían blanca la nieve y fogoso el fuego. ¿Qué razones van a convencer a aquel que en sus adentros se obstinó en no asentir, de modo que el asunto ya no se debate en el tribunal de la razón, sino de la pasión pertinaz y torcida? ¿Por ventura adujéronse en ningún tiempo por los filósofos para corroborar aquello

que creemos tener tan explorado y tan averiguado como las cosas que tocamos con las manos o vemos con los ojos? Si en favor de la parte contraria estuviera una décima parte de pruebas, ¿quién podría aguantar los tufos y la insolencia de esos que ahora, pobres y destituídos de toda razón, de todo juicio y de todo seso, no obstante, con grandes ascos nos rocían con su menosprecio y se burlan de nuestra verdad como si fuese bobería porque tenemos fe en las razones, siendo así que ellos no tienen en su favor sino esto: *acaso no es así, sospecho o creo que así no es*. Estas causas y razones me llevan a pensar que esta opinión de la inmortalidad del alma, siendo de tanta importancia y fundamento de toda probidad y de toda religión, no ha sido puesta entre los artículos de fe, porque no rebasa la esfera de la ciencia. En fin de cuentas, ¿con cuántos y con cuáles argumentos alcanzaríamos la ciencia, si éstos no bastaren? Algunos, queriendo dárselas de filósofos, dicen que, a la luz de la fe, el alma es inmortal, pero que es mortal a la luz de la Naturaleza? ¿Qué necedad o desatino pueden decirse mayores que éstos? Como si nosotros disputásemos de lo que parece, no de lo que es. Nosotros no buscamos ni la luz de la fe ni de la Naturaleza, sino la verdad misma, que no es doble, sino única. Dígaseme: ¿qué es la luz de la Naturaleza sino la propia razón humana? Dígaseme: ¿acaso halláronse mayores y más evidentes razones en favor de aquellas cosas que nosotros pensamos conocer por las causas de la Naturaleza más ciertas y averiguadas, según nuestro pobre saber? Podrían aducirse muchas otras y no debemos dudar que otros las adujeron, pues la verdad tiene dominios anchurosos; yo solamente puse las que me vinieron a las mientes. Yo querría, en conclusión, que se me dijera por qué todas las otras cosas que se dicen del alma, apoyadas en conjeturas harto flacas, se admiten como indudables. Sólo esto, respaldado por tan aguerrida hueste de razones y asentado con tal firmeza se tiene por endeble y de poca consistencia. Y poca importancia tiene para nosotros que aquello sea estable e indubitado. Y sólo esto tiene tanta trascendencia, como ya se declaró. Queda muy en claro que es alguna fuerza funesta y enemiga del hombre, que se empeña en convertir una verdad tan necesaria en materia polémica, de cuyas tinieblas líbrenos Dios, que es luz verdadera e inmensa.

CAPITULO XIII

DEL FIN DEL HOMBRE

Por fin se halló lo que con tanto tesón los antiguos y tanto importa saber al género humano: *cuál sea el fin para que el hombre fué creado*. Hemos demostrado que este fin era el mismo que el del alma; y del alma el que sea de la mente, y de la mente se transfunda a todo el hombre. El fin de la mente es aquello que la hace bienaventurada; pero no puede hacérsela bienaventurada por estas cosillas del bajo mundo, caducas y diarias, siendo ella inmortal. Pero ni aun las mismas cosas inmortales, que no tienen la bienaventuranza de por sí, como el cielo y las estrellas. ¿Cómo podrá ser hecha bienaventurada por la conjunción de aquello que no es bienaventurado? Pero ni aun el ángel le puede comunicar una bienaventuranza, que no tiene de suyo sino por ajeno beneficio. Ni el mis-

mo ángel puede ser bienaventurado por otro conducto que su conjunción y unión con Dios; y si no puede comunicar esa misma unión, tampoco podrá comunicar la bienaventuranza; pues si pudiera repartir esa conjunción, ya no fuera el ángel quien la hiciera bienaventurada, sino Dios, que por la unión la hiciera suya. Y como sea que así el cielo como los ángeles tengan fuerzas limitadas, no podrán henchir la capacidad de nuestra mente, que es inmensa; pues no se llena con cosa alguna finita, como es de ver en muchos que desean una condición de felicidad mayor y más excelsa que la angélica. Desearán que se les hiciera dioses, y si pudieran medir cuán grande sea Dios, aún desearían más; desean a buen seguro aquello cuyo más allá no pudiera pensarse. Creó Dios al hombre no para los seres superiores, que no necesitan de él; ni para los inferiores, que sería cosa indigna; no hay, pues, cosa alguna interpuesta entre el hombre y su Autor. Fué, por tanto, creado el hombre por causa de él mismo, de modo que todo su bien y su felicidad dependieran de su Creador exclusivamente.

Por esto sólo Dios, que llena El solo y rebasa los límites de nuestra mente; Dios, que es la suma bienaventuranza, puede hacer nuestra alma bienaventurada; Dios, que es inmortal, que es infinito; Dios, que la bienaventuranza que tiene tiénela de Sí mismo, no alcanzada de otro lado, y puede conmunicarla y comunicándola no sufre merma. En toda peregrinación, con equivalencia de destierro, dulcísima es y deseable la tornada a la patria, tanto más si la peregrinación es molesta y peligrosa o el destierro difícil y aburrido y la patria sosegada y apacible. Nuestras almas, salidas de Dios para esta vida como para una peregrinación o un destierro, ¡cuántas pesadumbres soportan, cuántas injusticias, cuántos trabajos, cuántos sinsabores, del todo disconformes con su dignidad hasta un punto tal, que algunos filósofos no sin justicia llamaron a ese cuerpo hierros y cárcel del alma! Mas en Dios todo es tranquilo, hermosísimo, felicísimo, más de lo que podemos decir, y aún más de lo que podemos desear. Allá, con suspirantes y clamorosas ansias, el alma anhela volver.

Pero a veces no puede manifestar con soltura lo que siente ni entenderse a sí mismo, sumido en densísimas tinieblas de ignorancia. Y si llega allá, tiene colmado su deseo y su ansia satisfecha; y de otra manera no puede. Añade a todo esto aquellas obras que pueden ser semejantes a su Autor; la perfección de estas obras es hacerse lo más semejantes posible a El. Pero nosotros somos mentes idóneas para el entendimiento y el amor, aptas para la bienaventuranza como nuestro Hacedor. Nuestra perfección final es hacernos tan semejantes a Dios como se pueda en esas mismas dotes, inteligencia, amor y al cabo, bienaventuranza. Allende de esto, el movimiento circular es el más perfecto de todos. Nosotros no hemos salido de la Naturaleza, como más arriba se mostró, sino de Dios mismo, y si volviéremos a El, habremos consumado el ciclo perfecto. Por lo demás, ni podemos hacernos semejantes a Dios ni retornar a El si no nos unimos, con El, y con El nos hacemos uno (como ya se demostró) y unos como dioses, que es lo más encumbrado de todo cuanto puede desear el apetito más ambicioso y ardiente. Este es, pues, el fin verdadero y digno del hombre, tanto como

él lo puede recibir y tal como lo da con manirrota largueza el Autor y Señor de todo.

CAPITULO XIV

MULTITUD DE LOS ESPÍRITUS

La escuela peripatética nos endilga esa cuestión: ¿Cuántos son los ángeles? ¿Cuántas las almas? Aristóteles no admite que sean más, ora se les designe con el nombre de mentes o (como dicen nuestros hombres) inteligencias (él las llama *nous*), que cuantas son las órbitas y movimientos de los cielos. Como si los ángeles hubieran sido creados para voltear en derredor del cielo. Ellos, como los mismos hombres fueron creados según la bondad del Hacedor para aquella inmensa bienaventuranza. Reciben el nombre de ángeles por el ministerio que prestan a su Rey. *¿No son todos los espíritus, servidores*—dice San Pedro—*enviados en servicio por causa de los que serán herederos de salud?* Mientras dura el curso de este siglo, son ángeles y sirven en los negocios de este reino; pero éste no es el fin de su Naturaleza, sino una función nuevamente temporal. Su número y su misión lo expresó mucho mejor el profeta Daniel, que lo vió: *Miles de miles*—dice—*le servían* (habla de Dios) *y diez veces centenas de miles estaban a su derecha.* Acerca de este punto, dice San Dionisio: *Multiplicando por sí mismas las más elevadas cifras humanas, nos enseñó que los órdenes de espíritus celestiales carecen de número para nosotros.* Esa muchedumbre tan sin número ofende a los aristotélicos, pero de una manera más especial les molesta el número de las almas, dado caso que sean inmortales. ¿Adónde va tanta multitud de ellas, naciendo y cayendo tantos cuerpos a guisa de las hojas, cuando se visten los árboles y cuando se despojan en primavera y en otoño? Y si el mundo es eterno como sostienen, el enjambre de almas será infinito, lo cual es contrario a los principios de la secta que niega que pueda ser infinita la multitud de entes con existencia separada. Antes que todo diré que ya quedó por nosotros demostrado que el mundo no es eterno. Luego, muy apasionada y muy intrincada es en las escuelas la disputa de aquel axioma aristotélico de que no puede existir una suma de entes infinita. El casi unánime consentimiento está de acuerdo en que se refiere a los cuerpos, no a los espíritus. Pero es el caso que una muchedumbre de almas tan tupida les ahoga el ánimo con su espesor y aun al mismo Dios abrumaría, si Dios fuera semejante a ellos.

Pero es que no consideran que para la infinitud de Dios esa muchedumbre, por grande que sea, es exigua. Aun a esos mismos reyes nuestros, por una suerte de parentesco y semejanza del alma humana con Dios, aun cuando sumamente pálida y lejana, no les contentan ni sacian los reinos por dilatados que sean. ¿Quién de ellos no se cree con capacidad para un reino más espacioso? ¿Quién no lo desea, y en cuanto está en su poder no se lo procura? A Alejandro, nacido en el reino de Macedonia, es decir, en un rincón de Grecia, ese mundo no le bastaba. Es fama que lloró a la mención de muchos mundos, una vez que los sabios, en presencia suya, disputaban de éste. Pero aquellos filósofos que en el infinito vacío pusieron no ya muchos mundos, sino infinitos, ¿con cuánta mayor verdad

y propiedad concibieron en su ánimo la grandeza de Dios, que estos otros filósofos pequeños que se asombran y confunden con esa muchedumbre de espíritus? Como si estuvieran solícitos y ansiosos de sustituir a Dios, porque no ande demasiado ocupado y atareado con el cuidado de tantos espíritus. ¡Oh necios! Os halláis en el reino de Aquel cuyo poder y sabiduría no tienen término alguno. Aun cuando fueran infinitos los espíritus, serían pocos para Dios. Dejo a un lado aquella su íntima fuerza y grandeza cuya porción, aun la más pequeñita, rebasa todos los entendimientos de los hombres y los ángeles. Tranquilícense nuestras mentes que son tan groseras y tan perezosas. Levantad al cielo los ojos del cuerpo y pensad de cuánta grandeza es capaz esa esfera tan grande que por su proporción es más vasta que ese mundo donde moramos y que no hay un solo cielo, sino muchos; cuanto más que esos espíritus no han menester lugar, ni aun esos mismos cuerpos, si a Dios le pluguiere reunirlos donde bien le pareciere.

CAPITULO XV

DEL PECADO DEL ÁNGEL Y DEL HOMBRE

A efecto de que aquellos espíritus amasen de veras y convenientemente para la bienaventuranza que les había aparejado, dióles Dios, Padre universal, una mente, por la cual conociesen y entendiesen, se valiesen de juicio y de consejo y con la libertad de ese juicio y deliberación fuesen en pos de lo que juzgaban que debía ser amado; es, a saber: lo bueno y lo conveniente. En fin de cuentas, amor verdadero (pues sin libertad es más ímpetu que amor) y apto para la bienaventuranza es aquel amor que no mal de su grado y sin repugnancia les mantiene en los bienes y sabe cuán grandes son aquellos bienes. Hácelos bienaventurados saberse y estar a su contento; el mantenerse aun en la felicidad colmada contra su propia voluntad, haríales los más miserables de los seres. Pero es menester que nazca del juicio de quienquiera que ame él amor natural que pueda producir el supremo deleite y hacerles bienaventurados en Dios. Si Dios obligara al espíritu humano a que le amase, ése no sería amor, sino imposición y violencia; como acontece en los amores provocados por bebedizos y artes de hechicería; ni ese amor podría acarrear deleite al amante; porque no nace de la juiciosa elección de una cosa hermosa, deleitable, deseable, sino que es provocado por un ímpetu ciego; ni podría ser grato a Dios, pues no fuera espontáneo, sino sacado por extorsión; como para los hombres cuerdos e inteligentes el amor causado por drogas amatorias. Por nuestro propio sentir podemos conjeturar del divino. Quien es amado según juicio, gózase de que su amador piense que en él hay bienes que merecen ser amados, y ese concepto conduce a corresponder en el amor a quien siente de nosotros tan favorablemente. Mas ese juicio no existe en quien ama empujado, arrastrado, coaccionado. ¿Y qué más diré si esa misma razón vale para el amor entre las bestias? Las bestias, cuando están bien afeccionadas para con nosotros, como los perros, los gatos, las gallinas, los pichones, los caballos, los mulos, se ganan nuestro cariño y simpatía, porque nos lisonjeamos pensando que lo hacen con algún discernimiento y juicio, verbigracia: porque crean

que nosotros somos buenos para ellas y que de nosotros les proviene alguna utilidad. Y si algunas bestias ajenas y desconocidas nos hacen halagos y blanduras, nos es menos grato, porque sabemos que ello es por casualidad y por error.

Así es que Dios concedió a los ángeles y al hombre algún plazo para ejercitar el uso del juicio y de la deliberación acerca de lo que les fuese bueno y conveniente; qué fuese lo que debían perseguir y así que lo hubieran alcanzado, cómo retenerlo y conservarlo. No hay duda que al hombre fuéle concedido un espacio de tiempo mucho mayor, puesto que nuestra mente es más lerda y tardía que la angélica. En ese mismo espacio de tiempo, tan reducido como se quisiere (pues ni nosotros lo sabemos ni nos tiene cuenta saberlo), los espíritus fueron enseñados e ilustrados por Dios para formarse una idea de la grande y admirable majestad de la naturaleza divina, de su poder, de su sabiduría, de su bondad, hasta donde sus fuerzas alcanzasen, a fin de que se persuadieran de que El era su bien y a El se adhiriesen con gran encendimiento de amor, y con El se hiciesen una misma cosa. Convenía al ángel y al hombre no desviar del todo hacia ningún otro lado el ojo de su mente, sino tenerle bien fijo y clavado, sin pestañeo en aquella luz y en aquella bondad, hasta que hubieran concebido muy altas y encendidas llamas que por ellas se uniesen a Dios en la inmortalidad de la bienaventuranza con una unión tal, que jamás pudieran separarse. Pero el hombre, y no pocos ángeles, apartaron los ojos de Dios y los pusieron en sí mismos. Luego de mirar su excelente naturaleza, de su propia contemplación, concibieron un gran gozo, y de Dios trasladaron el amor a sí mismos. Apartados de la luz los ojos, anegáronse en tinieblas y quedaron ciegos hasta el punto que, olvidados de Dios, atribuyeron arrogantemente a su naturaleza y a sus fuerzas la felicidad que habían de esperar de Dios, y habiéndose borrado de sus pechos cuánta era la grandeza de Dios, se persuadieron de que le eran iguales. El amor une a aquellos entre quienes anda. Si el ángel hubiera proyectado su amor en Dios, quedara unido a El; lo desvió en sí y unióse consigo mismo y separóse de Dios. Distanciado de la luz, vino a parar en las tinieblas; apartado de Dios, bueno y bienaventurado cayó en la malicia y en la miseria. Eso mismo aconteció al hombre, como luego se dirá. Otros ángeles, empero, no pensaron nada de sí, sino de su verdadero y macizo bien, tuviéronle siempre delante de los ojos y le amaron más que a sí mismos. Estos son bienaventurados por toda la eternidad y los otros por toda la eternidad son miserables. Los que quedaron envueltos en aquella ignorancia y ceguera de la mente, en aquel amor perverso de sí mismos, quedan en él para siempre y nunca jamás se arrepienten ni reconocen haber pecado.

No deja de ser verdad que los ángeles precitos tienen para otras cosas acumen grande de ingenio, conocimiento ágil y amplia inteligencia de las cosas; pero todas cuantas veces aquella rabiosa egolatría suya se alza ante el vigoroso empuje de su mente se los lleva arrebatados como en torbellino a sentencias las más disparatadas, como cuantas veces piensan en Dios y en sí mismos. Amanse a sí mismos tan desaforadamente y tan sin freno, que no hay manera de que reconozcan su maldad ni de que se confiesen malos, ni

de haber incurrido en demérito alguno. Ese feroz egoísmo hace que atribuyan la culpa de su catástrofe no a sí mismos, sino a Dios. Quéjanse de que recibieron de El un grave ultraje y llámanle injusto y ponen cuanto esfuerzo pueden en resistir su voluntad, y en hostigar y vejar, en parte por odio y en parte por envidia, con persecuciones furiosas a aquellos hombres que ven que son más gratos a Dios que ellos mismos. Y aun otras veces, por coraje contra Dios, que hace que lo odien todo, por ser creación suya.

En aquella caída y ruina desde el cielo, muchos de esos espíritus precitos se quedaron en el aire; otros, en el agua, y otros, por fin, fueron empujados en el báratro y más profundo centro de la tierra. Se abalanzan a hacer daño siempre que se les da licencia y por apartar a los hombres de Dios, los tientan de mil maneras y con mil astucias y artimañas los solicitan a mil maldades. Conocen por la viveza de su natural y su prolongada experiencia y práctica las propiedades de cada hierba, árbol, piedra, animal. Valiéndose de ello, mueven los humores del cuerpo humano, que a su vez impresionan la fantasía y que solicitan la razón y la voluntad. Y aun ellos mismos, por su condición de espirituales, pueden actuar sobre las facultades inferiores del alma con determinadas y secretas influencias, como se declara más extensamente en los libros *Del alma;* esa intrusión o solicitación es la que llaman tentación los nuestros.

Que lo referido sucedió así, de tal manera se viene contando generación tras generación a todo el humano linaje, desde la antigüedad más remota, perdida allá en la noche de los tiempos, que no puede dudarse más de ello, que de un suceso histórico, de una total averiguación y certinidad. Homero, escritor antiquísimo, introduce a Atán, o sea el espíritu del mal personificado en una diosa, poniendo turbación y alboroto en el cielo y que por esta causa fué derribada por Júpiter del Cielo a la Tierra, donde daña el linaje humano.

Los egipcios, en sus ceremonias, predican que Júpiter lanzó del cielo a los demonios más impuros, quienes, a su vez, por cuantos medios tienen a su alcance, se empeñan en hundir a los hombres consigo en el hondón más profundo de la tierra. También Plutarco habla de Tifón, que es un cierto espíritu de la demonología egipcia. Ferécides Siro escribe que hubo un demonio serpiente que ocasionó a las tierras los mayores daños, y que se denominó con voz griega *Ofioguene.*

Este derrumbamiento de los ángeles en tradición ininterrumpida desde los primeros autores del género humano, contáronlas los padres a los hijos, o también los mismos demonios, o quienes con ellos tenían familiaridad, como también otras cosas referentes a sí mismos y a su naturaleza, también les refirieron esto. Pero algunos ríense de todo ese cuento, porque, según ellos, se parece demasiado a las fábulas y ficciones de Homero y de los poetas. Los ridículos son ellos, que ignoran lo que admitió el unánime consentimiento de los doctos, a saber: que todas las fábulas son hijas de una verdad probada y que el fundamento de las fábulas poéticas no es otra cosa sino un hecho real. ¡Qué desatino y necedad no sería pensar que un relato es fabuloso, porque se parece a una fábula! Como si la verdad debiera considerarse como mentira, porque la mentira es muchas veces semejante a la verdad. ¿Por

ventura las ficciones y simulacros que los autores crean no las acomodan hasta donde pueden alcanzar a la imagen y como a la norma de la verdad? Así, pues, que si a un autor se le antoja crear un personaje dotado de gran sabiduría, probidad, desdén de las cosas mundanas, ¿las cosas que de Sócrates se escriben serán fabulosas, porque parecen copiadas de aquel personaje ficticio? ¿O lo que se dirá de la paciencia o de la discreción de alguna dama ejemplar, será vano porque se asemeja a la linda y ejemplar novelita que compuso Juan Boccaccio? Pero ni a Homero ni a los otros escritores podía acudírseles a las mientes para una ficción tan grandiosa, tan recóndita, tan maravillosa, si no las conocieran por haberlas oído de sus mayores. Pero dejémonos ya de poetas y de fábulas.

Plutarco y Ferécides son filósofos; a éstos les añado a Euclides, Platón, Cicerón, Apuleyo, Jámblico, Plotino, Porfirio, Mariano Capela y toda la gentilidad, a quien los demonios fueron familiarísimos. El paganismo y las escuelas filosóficas a todos los espíritus llamáronlos *demonios*, que suena en castellano *sabios*, género intermedio entre los dioses y los hombres. Dividiéronlos en dos categorías: *agatos daimonas* (demonios buenos) y *cacos daimonas* (demonios malos). A unos y a otros rendían culto; a los buenos, porque les favoreciesen; a los malos, porque no les dañasen. A esa misma familia agregáronse los *lares*, los *manes*, así los buenos como los malos. Euclides dice que a cada cual se le atribuyó un genio doble, bueno y malo. El malo hace todo el daño que puede; el bueno defiende de la violencia del malo. Refiere Plutarco que en tiempo de las guerras civiles se le apareció a Marco Bruto algo así como la atezada faz de un etíope, tétrica y horrible. Como Bruto le preguntase quién era, respondióle que era su genio maligno, a quien volvería a ver en Filipos de Macedonia, donde se dió la famosa batalla, y Bruto mordió el polvo. Demonios malos son los *lémures* o espectros y nocturnos espantajos que todo lo turban con revueltas y motines y tumultos. De ellos han hecho mención todos los filósofos, y su existencia percíbese en todas las ciudades, por manera que no hay cosa más conocida ni explorada, y espántome de que haya quien dude de ello si ya no fuere quien sistemáticamente niega crédito a todo lo que él no vió ni tocó con las manos. En las Islas Afortunadas, que ahora llámanse Canarias, antes que vinieran a poder de los cristianos, los demonios hablaban claramente dentro de los ídolos al pueblo y le imponían adoraciones y culto. En ese orbe nuevo recién descubierto no hay cosa más socorrida y corriente, no solamente de noche, sino aun al filo de mediodía, que eso de que un demonio inequívoco se manifieste en la ciudad, en el campo, que hable, ordene, prohiba, dañe, aterrorice, hiera, mate. Y entre nosotros, ¿qué ocurre? ¿Por ventura no hemos visto todos muchas veces a personas, poseídas del mal espíritu, hablar lenguas peregrinas, de las cuáles no conocerán una palabra, una vez vueltos en sí? Los que ignoran el caso atribuyen este fenómeno al furor y a la agitación de la mente concitadísima; explicación de todo punto irracional. Hablar una que otra palabra desconocida puede ser propio de una mente alterada; pero hablar una conversación corrida y aun correcta y aliñada e improvisar en ella versos que hagan sentido y ten-

gan la medida correspondiente es un fenómeno superior a todo desvarío. El demonio es quien por instrumento del pobre poseso articula aquellas voces, como por una flauta pastoral.

Maravíllese, sí, maravíllese el que quiera maravillarse de que Dios, de cuyo albedrío depende todo, sufra que vivan esos enemigos suyos. Si Dios fuera tan enemigo suyo como ellos lo son de Dios, sin duda no vivirían un minuto más; pero es cierto que los demonios odian a Dios, pero Dios no les odia a ellos, pues está a infinita distancia de aquella naturaleza santa y bienaventurada: el odio, esa tan negra y tan repulsiva. Dios puede dañarles, pero no quiere. Ellos, por su parte, desean causar daño a Dios, cosa que no pueden. Perdieron ellos con aquel apartamiento de Dios cuanto pudieron perder; es, a saber: la bienaventuranza eterna, y retuvieron lo que a la esencia de su naturaleza Dios, al crearlos, les dió con mano larga para que fuesen ingeniosos e inmortales. Los daños y desmedros que recibieron, los recibieron de sí mismos, no de Dios, que, siendo la verdadera bondad, a todos hace bien y a nadie perjudica. Malo es el demonio; malas son sus obras y piensa mal de Dios. Con todo, Dios, que es artífice sapientísimo, trueca ese mal en bien de todos aquellos que son sus amigos. Lo corporal sirve a lo espiritual, y Dios creó todo lo espiritual por la participación de su bienaventuranza. Estima, pues, con amor preferente a quienes comparten con El su misma bienaventuranza. Por esto es que todos los bienes y males son para aquellos que son herederos del bien eterno. Los bienes les aprovechan directamente; los males, por providencia de Dios, conviértense en bien para los que se le muestran obedientes y dóciles, como está escrito por el apóstol San Pablo: *A los que aman a Dios*—dice San Pablo—*todas las cosas les ayudan a bien.*

Por todas estas razones, los santos ángeles experimentan un contentamiento indecible de la ruina de los demonios, porque ellos permanecieron en el partido de Dios. De ahí deben tomar los hombres ejemplo para no separarse de Dios. Los justos tienen ocasión de ejercitar su virtud, y al ver con cuán poderoso enemigo entran en liza, con una sana desconfianza de sus fuerzas, que son nulas, aprenden a confiar en Dios, y a acudir a El, y a implorar su asistencia con toda seriedad y buena fe, y a unirse a El más y más estrechamente, a reconocer su auxilio y a amarle, puesto que pelea a nuestro favor y nos defiende de la sevicia de enemigo tan poderoso y bestial, porque todas las obras de Dios andan templadas por la justicia y la bondad: su bondad relumbra en los santos y en los malvados la justicia.

CAPITULO XVI

DEL CUERPO DEL HOMBRE Y DEL PECADO

La creación de las cosas fué algo así como la impresión de un sello en muchas materias; la primera de todas reprodujo con todo relieve y fidelidad el emblema del anillo y la última, casi ya borrado por completo. Así que Dios, de la creación del ángel tan próximo a El, avanzó a la creación de aquella masa caótica e informe, que está lejanísima de Dios y frisando con la nada, y queriendo impartirse a todo, comunicóse plenamente a los espíritus, que

eran capaces de El, y para comunicarse también a los seres materiales, cuanto su fuerza y facultad lo consintieran, unió lo material con lo incorporal, a saber: el cuerpo del hombre al alma. Este cuerpo, en hecho de verdad, abarca en sí mismo todo el mundo físico: fuego, aire, agua, tierra, vida vegetal, a lo cual unióse la sensibilidad, por manera que, en síntesis, en la bienaventuranza del hombre la universalidad de los seres hácese bienaventurada. En el principio creó Dios a un hombre solo, que fué Adán; de su costilla sacó Dios a su esposa, Eva, como refieren los más antiguos monumentos literarios de los hebreos, de los cuales luego al punto vamos a hablar. De ese par de esposos salieron todos los restantes, pues la condición de esa naturaleza es apta para la generación. Ciertamente que no convenía crear de una vez a todos cuantos fuesen aptos para la generación, pues se les hubiera atribuído una facultad que hubiera resultado baldía y superflua. Los ángeles, a quienes no se les otorgó la facultad de engendrar, fueron alumbrados, por decirlo así, de un solo parto. Añádase a esto que, dado que los hombres habían sido engendrados e idóneos para el amor, era conveniente que entre sí se uniesen por el amor. Para ese nexo sirve el cuerpo; por esto, de ese digamos tronco único fueron saliendo todos a fin de como obligados por el deudo y unidos por la sangre, todos se profesaran bienquerencia y jamás pudieran parecer naturales las enemistades.

Ese hombre fué creado y se le dió la vida corporal, ya porque estuviera investido de cuerpo, ya también porque era razonable que fuese corpóreo entre cosas corpóreas y luego espíritu entre seres espirituales con Dios. Y puesto que por el amor había de ser uno con Dios, como los ángeles, señalósele también un plazo, durante el cual su inteligencia estimulase el amor y el amor se inflamase; plazo, desde luego, más largo para el hombre que para el ángel, por causa de sus pasiones y su cuerpo, que son estorbo para la razón, no tan grande ciertamente como ahora, pero de todas maneras un estorbo no liviano. Este estorbo nace de esto. El Creador, como padre universal que es, lo ama todo; a todo se quiere impartir, según la respectiva fuerza y capacidad. Dado que El es espíritu, para que ello resultase más fácil, más propio y completo, al cuerpo unióle un espíritu, a saber: un alma racional que entendiese a Dios y le amase y le poseyese; bienaventuranza ésta que redundase y se hiciera extensiva al cuerpo. Las almas son celestiales y cercanas de la divinidad, espíritus, en definitiva. Mas los cuerpos son crasos, son densos, a infinita distancia del cielo y de la divinidad. Toda cosa propende a su naturaleza y origen. El alma mira hacia arriba a lo celestial y divino; el cuerpo siente la atracción de la tierra y aparta al alma lejos de la divinidad, a empellones si puede. Las pasiones, que vienen a ocupar un término medio y actúan como enlaces entre el cuerpo y el alma, se ladean a la parte del cuerpo. De ahí proviene la tan pronunciada inclinación a lo corporal, es decir, a todo lo que se percibe mediante los sentidos, y tanta apatía por lo más hermoso, lo celestial, que la mente abarca; tanta comezón para separarse de la ley del espíritu, esto es, de la ley de Dios, y atollar en las concupiscencias de ese cuerpo y de esa vida, y tanto mayor cuanto más agobiador es el peso de los pecados, como posterio-

res a la caída original y después de la crecida y del brío que los vicios han tomado en el humano linaje.

Aunque antes del pecado el apetito estaba sometido a la mente, no lo estaba tanto que no tuviera un objeto de su deleite o de su aversión hacia el cual, sin consejo de su mente, le empujase su propio ímpetu. No está radicalmente trocada la esencia de la Naturaleza, aun cuando maleada y caída esté muy lejos de la pureza y excelencia del primer origen. Si en aquella venturosa sazón la mente hubiera ordenado algo, inmediatamente el apetito hubiera obedecido la orden. Ahora ocurre muy al revés. El hombre había sido creado con sujeción a una ley tal que, de la misma manera que así como tras nueve meses de vida uterina, sin morir, viene a esa luz nueva, así también, luego de haber vivido aquí algún tiempo, sería trasladado al cielo. Para acostumbrarse en esta vida a conocer y a amar a su Creador, fuéronle presentadas muchas cosas por las cuales se levantase hacia El; la variedad de las cosas creadas en obsequio de su cuerpo, que así como está formado de varios elementos necesita también de varios, ora para su uso, ora para su placer. De esa variedad, la mente con mayor llaneza entiende a su Autor, pues El es tan grande y tan múltiple en su simplicidad, que con una obra sola declárase a la mente humana. Hubo necesidad de muchas para la manifestación y expresión de su naturaleza, y tan soberano y tan variado Artífice fabricó muchas, porque había concebido muchas en su ánimo. Toda aquella semejanza del ánimo tuvo que ser reproducida en obras (toda ciertamente exprésase en el hijo); pero hasta donde le pareció suficiente, mediante las criaturas, en cada una de las cuales imprimió algún vestigio de sí mismo, esto es: de su bondad, de su poder, de su sabiduría. El uso de estas cosas corporales no se otorgó a quienes no las necesitaban como los ángeles; pero tampoco a los que no sabían hacer uso de ellas, como las bestias. Se otorgó exclusivamente a quien le era necesario, como al hombre, por el cuerpo, y que sabría utilizarlas, por la razón.

Todas las cosas fueron, pues, creadas para el uso del hombre. Al frente de todas ellas púsole Dios, que le hizo señor y rey de todas ellas, que para él había sacado de la nada. De estas causas podía nacer e ir creciendo el amor, la reverencia y el culto de Dios, por ser tanta su bondad que tal muchedumbre de cosas para él había creado; y tanta y tan admirable su grandeza que la había sacado de la nada y las conservaba. De tantas realidades obvias al sentido y de tantas causas ocultas que con su industriosa sagacidad investiga el ingenio humano, mejor se yergue el hombre contemplativo al conocimiento de Dios para amarle y reverenciarle, que no lo haría con una que otra, porque nuestro conocimiento, a fuer de encerrado en el cuerpo, sigue la naturaleza del cuerpo, y de varias se asienta y corrobora más firmemente que de alguna aislada, y de la colección y comparación de cosas variadas, aunque esparcidas más fácilmente, llega a donde tiene intención de llegar. Y porque no convenía al hombre escudriñarse y conocerse a fondo ni calibrar lo que él podía o no podía en sí mismo y en las otras cosas, porque como había sucedido al demonio, se engriese e insolentase de este examen, y porque exclusivamente enderezase toda su inteligencia hacia su Autor, que así alcanza-

ra la eterna bienaventuranza, se le vedó catar la fruta del árbol de la ciencia, ora esta fruta tuviera tal virtualidad que la aplicase a la consideración de las cosas como en la actualidad las hay muchas que alientan el corazón, esclarecen el cerebro y dan delgadez a la mente; ora fuese un aviso indirecto para que no se desviara su ánimo de la contemplación de Dios a sus dotes personales y a hacer experiencia de las cosas que le estaban subordinadas; que debía confirmarse antes que todo en el conocimiento de Dios para amarle a El solo, y que de aquí debía pasar al uso de las otras cosas cuando ya estuviese fuera de peligro.

Pero él fué instigado por el ardid del genio malo, que, dirigiéndose a él bajo la figura de una serpiente, le prometía del bocado de la fruta una ciencia y una grandeza equiparables a Dios y decíale que el motivo de la prohibición divina no era otro sino el miedo de verse obligado a tener al hombre asociado en el reino de la Naturaleza. Ante los hombres calumnia a Dios; ante Dios calumnia a los hombres; por eso se le llama con voz griega *diábolos.* ¡Palabras necias! Pero en un espíritu codicioso de tamaño engrandecimiento fácilmente alcanzaron autoridad. Ya su misma esposa había accedido al consejo del demonio y había hincado el diente en la manzana y brindábala a su esposo Adán. De esta manera, con la soberbia aliábase el amor a la compañía, pues Dios había extraído a Eva del costado de Adán mientras estaba dormido y se la había dado como ayuda de su vida, semejantes en figura e ingenio, pues ayudas semejantes tenía no pocas. Hostigado, pues, Adán por el doble ataque, se inclinó a la parte de la rebelión contra Dios. Con la propuesta de premio tan grande, en opinión suya probó la fruta de la ciencia; en puridad, volvió los ojos de Dios a sí mismo, como el demonio había hecho; instantáneamente quedó sumido en tinieblas, y olvidado de Dios se amó a sí mismo y separóse del abrazo divino. La condición puesta al veto era que en cualquier momento comiesen la fruta prohibida, morirían. Y así aconteció. Si alguno se pone a considerar el hombre en la actualidad, le verá a todas luces adoleciendo de una enfermedad gravísima e incurable, ya desesperado y desahuciado: flaco su cuerpo, expuesto a las injurias de todos los otros seres; amago de dolencias inminentes para cada uno de los miembros del cuerpo, con dolores acerbísimos y escocedores como cauterios; la mente como en un trance de dolencia mortal, inválida, ciega, imprevisora; la voluntad que rehusa toda ilustración, como el paladar estragado que no apetece más que lo que daña, enemiga de lo que habría de aprovecharle; intratable y desabrida para con el médico; las pasiones todas al rojo, y el hombre mismo, señor y dueño de la Naturaleza, esclavo de aquellas mismas cosas de que está menesteroso. En esa enfermedad congénita vamos agonizando y muriéndonos unos pocos años hasta que exhalamos el alma. A esta final solución se le llama morirse, siendo así que con mayor verdad puede llamarse muerte el propio nacimiento como elegante y agudamente dijo Manilio: *En naciendo morimos, y el fin está colgado del comienzo.*

Tal muerte fué dada a Adán en castigo de su culpa; pena mucho más cruel que la muerte instantánea. Inmediatamente el pecado, es decir, el conocimiento de sí mismo,

les demostró no ser tales como ellos pensaron. Los que creían ser seres excepcionales se avergonzaron de sí mismos y se ruborizaron de su desnudez; juzgáronse tan feos, tan torpes, que creyeron que los otros iban a mirar con menos displicencia las envolturas en que se arrebujaron que sus personas mismas, y con hojas arrancadas de un árbol, cubrieron aquellas partes de su cuerpo, que desde aquel momento serían pudendas, no siéndolo antes. Y entendiendo que habían pecado contra la ley de su Hacedor, escondiéronse en una tupidísima enramada, esquivando su presencia. Anteriormente cerrados estaban sus ojos a todo lo que no era Dios; desde aquel punto y hora, los tuvieron cerrados para Dios y abiertos a cualesquiera otras cosas. Perdióse aquella simplicidad de la inocencia, y ya en aquel momento mismo los que sólo debían preocuparse del concepto que Dios tuviera de ellos, dejando el juicio divino, no cuidaron más que del humano; disimulan sus vergüenzas, y quien antes era libre en el mundo empezó a ser esclavo de los juicios ajenos. Anochece su mente. Huían estúpidamente de la presencia de Dios, no reparando que todo era desnudo y patente a sus ojos y que su fuerza lo regía todo y lo henchía todo. Esto no lo ignoraban antes de su lamentable caída. En aquel punto Dios hizo saber al hombre que había perdido su poder sobre los seres inferiores y que a costa de sudores y fatigas buscaría el necesario mantenimiento; que la misma tierra, por la buena semilla y en pago de su trabajo, le correspondería con espinos y abrojos, cosas inútiles y desapacibles. Ese castigo debe entenderse no sólo de la tierra, sino de todas aquellas cosas en que se manifiesta la diligencia humana; en el agua y en el aire ora se produzcan por vías naturales, ora por artificio e ingeniosidad. Faena y fatiga están señaladas a todos. Y puesto que Adán es el padre de todos los mortales, en Adán quedó nuestra naturaleza tan fundamentalmente viciada, que ya jamás en lo sucesivo había de llegar a la posteridad en su entereza primitiva.

CAPITULO XVII

CORRUPCIÓN DE LA NATURALEZA HUMANA

Que nuestra naturaleza está corrompida, ella misma lo manifiesta y lo grita tan claramente como que está enfermo quien sufre una dolencia grave. Todo lo que creó Dios está aparejado para alguna utilidad. ¿Qué es lo menos que se le puede ocurrir a aquella santa y eterna sabiduría que lo de crear cosa alguna a ciegas, sin fruto y sin finalidad humana? En toda familia bien constituída y organizada, cada uno tiene su propio oficio, como reza el proverbio añejo. ¿Y no lo tendrá en el mundo, que es la organización más sabia y minuciosamente ordenada? El uso no puede ser sino de aquel que lo necesita y puede usarlo. Dios de ninguna cosa tiene necesidad fuera de sí mismo, y los ángeles, que son espíritus puros, no tienen que hacer uso del mundo de los cuerpos. Las bestias, que se contentan con tan poca cosa, como es dar satisfacción al vientre; de todo lo demás, ni saben ni pueden hacer uso, ni ello les da cuidado alguno. Para el hombre está, pues, aparejada la creación, ya que por las exigencias de su cuerpo necesita de ella, y dotado como está de mente y de ingenio, sabrá utilizarla. Dios, sabio y óptimo artífice, que por su

bondad ponía al servicio del hombre su mundo material, y que por esta su bondad misma habíale dado facultad larga para aplicar a sus usos las cosas entre las cuales andaba, es decir, su conocimiento y ciencia, dióle también sobre ella misma el señorío y la dominación para que, con no menos habilidad que despejo, pudiera hacer uso de lo que quisiera y en el momento que quisiera; constituyóle, pues, señor de todo cuanto para él había creado. ¿Qué sería eso de preparar una herencia para un hijo y esconderla de tal manera que no la encontrase o que, después de haber dado con ella, añadiese tales dificultades a la posesión, que no la pudiese tomar ni retener? Eso mismo puntualmente sería concedido por Dios al hombre: el generoso regalo de plantas, de animales, de piedras, si el hombre ignorase lo que era todo aquello y hasta qué punto debía tomar de ello cuando el uso lo pidiera. Y aun cuando supiera utilizarlo, no podría hacerlo con aquellos objetos que le ofrecieran muy poderosas resistencias; es, pues, un singular favor de la divina bondad y sabiduría haber hecho munificiente entrega de todo esto al hombre junto con la facultad correlativa de saber y de soberanía. El hecho es que nosotros, por una ceguera lamentable y una total ignorancia, quedamos excluídos y apartados de su uso, y aquello mismo que llegamos a alcanzar no podemos tomarlo ni poseerlo porque está separado por anchas distancias, porque está escondido, porque opone resistencias, porque nos ocasiona daño y muerte.

Dicen: Es que Dios quiso ejercitarnos. Yo respondo que, por más que se nos ejercite a todos, no conseguiremos una mínima parte de lo que ignoraremos. ¡Pero si al menos supiéramos lo necesario, como las bestias fieras!...

Pero éstas no solamente no obedecen a nuestros antojos ni a nuestros mandatos, sino que nos acechan por todos lados, para dañarnos si pueden por alguno; el calor y el frío riguroso empecen las cosechas y a los animales de nuestra domesticidad; el fuego nos devora con sus incendios; el agua nos arrasa con sus crecidas; los edificios que construímos para tutela nuestra nos entierran en sus escombros; nos ahogamos en el mar, pescando, navegando; la polilla roe nuestros vestidos; el polvo y la humedad estragan los metales, y el orín los consume; no hay producto agrícola para el cual la misma tierra no produzca su enemigo que los corrompa y los pierda: pájaros, topos, ratones, hormigas, innumerables formas de gusanos dañan los frutos y las mieses; los gatos y los perros criados en nuestras casas saquean nuestras despensas; acechan nuestros gallineros las martas, las zorras, las comadrejas, y el lobo nuestras majadas, por no mentar las fieras más raras: leones, osos, jabalíes, tigres, leopardos, panteras, capitales enemigos de nuestros rebaños. ¿A qué enumerar venenos tan múltiples, de tan activa virulencia? Y del hombre, ¡cuántos males no provienen al hombre! Más y mayores de sólo él que de todos los restantes enemigos, en nuestra propia casa, en privado, en público, en la vida civil, con calumnias, contiendas, barajas, agresiones, hurtos, rapiñas, mutilaciones. Finalmente, la guerra exterior; la pavorosa guerra que, siendo una, abarca todos los aspectos, todas las formas de la crueldad, de la monstruosidad, de la inhumanidad en grado tan feroz, que ella sola es la prueba más evidente y eficaz de nuestra naturaleza de-

pravada y viciada. ¿Qué alimañas hay que se arremetan entre sí por bandas para su matanza mutua? No las hay; sino que, como Plinio dice, vemos que se juntan y luchan contra sus desemejantes. ¿Qué fiera hay que se ensañe tan rabiosamente contra una fiera de su misma especie? Mantiénense ellas en su ser primero, que en nosotros degeneró y empeoró. Así que nosotros no somos señores de las cosas, sino que ellas son dueñas de nosotros. Y nosotros nos avenimos a esa servidumbre, ¡con cuánto trabajo y con cuán asidua solicitud! Como si la mayoría de los hombres no tuviera otro quehacer en la vida sino acarrear lo que ha de servirle para el cuerpo, y una vez acarreado, conservarlo porque no se pierda. Y si, a pesar de todos los cuidados, se pierde, ¡cuánta quiebra, cuánta aflicción! De manera que todo lo hacen menos cumplir con la misión para lo que el hombre fué expedido a esta vida, y, como dice Ennio: *Vívese fuera de la vida.* Debimos, pues, de hacer algo; debimos de cometer algo por lo cual perdimos todos aquellos dones, concedidos por el divino Hacedor a la excelencia de nuestra naturaleza.

Con todo, hay que decir que en toda cosa hay algo óptimo, importantísimo, de donde aquella cosa toma el nombre de su especie. Todas las bestias, así que nacieron, o pocos instantes después, toman lo mejor y lo más importante de su naturaleza y producen acciones conformes con eso que en ellas es lo más excelente y descollado, y aun cuando algunas tarden un poco más, acaban por producirlas, y con ello demuestran realmente ser de aquel natural y de aquella índole. Y si no lo hacen, formamos el certero juicio de que están depravadas y corrompidas por alguna causa interna o externa. Y el hombre, ¿por cuánto tiempo no hace uso de su razón? ¡Cuán pocos, alguna vez; qué muchos, nunca! De modo que parecen haberse desviado de la rectitud de su naturaleza. ¿Qué más? Los animales todos propenden por una cierta tendencia instintiva a su propio perfeccionamiento. Unicamente los hombres se apartan del suyo, es decir, del cultivo de la mente y de la sabiduría. Las bestias, guiadas por la Naturaleza, no querrían vivir la vida de las plantas, y, por no caer de nuevo en la vida puramente vegetativa, ejercítanse a sí mismas. Y, en cambio, ¡cuántos hombres desean vivir la vida de los brutos, enfangados en regalos y carnalidades, sin ningún cuidado ni atención para el alma y sin detenerse a pensar si en realidad existe el alma y si entre el hombre y la bestia hay alguna diferenciación! Si al hombre se le entregase a sí mismo, despojado de toda crianza y disciplina, ¡cómo por sus propios medios correría desalado, saliendo al camino de cosas que de ninguna manera son de hombre! De ello, inmediatamente ya desde el propio nacimiento, la infancia toda y la puericia dan señales inequívocas.

¿Qué otra cosa busca sino mimos, placeres, juegos y blanduras indulgentes? ¿Qué cosa para él se parece más a la muerte que aquella su primera iniciación en las letras y formación moral? Nuestra mente de suyo apetece la verdad y nuestra voluntad el bien; de modo que Quintiliano se admira de que los malos sean tantos, siendo ello contra Naturaleza Y a pesar de esto, ¡cuán pronunciada es la inclinación de la verdad a las fábulas, del bien al mal. Degeneró, pues, nuestra naturaleza de su recta condición y de su camino recto.

Dime: ¿qué naturaleza hay que desee su propia muerte? Pues bien: sólo en el linaje humano hay individuos que ponen las manos en sí mismos y se suicidan; muchos que desean la muerte y la invocan muchísimos que tienen salud y fuerzas, hastiados de la vida por un enfado ligerísimo. A todo esto hay que añadir que los hombres hemos sido puestos por el Príncipe de la Naturaleza en una situación intermedia entre los ángeles y los brutos, más cercanos de los ángeles por la mente y la inteligencia, más próximos a los brutos por el cuerpo. Pero es cosa de ver a cuánta mayor distancia de nosotros están los ángeles que nosotros de los brutos; y hablo de los ángeles en su naturaleza no abatida por la miseria ni sublimada por la bienaventuranza. Por lo que toca a las dotes del cuerpo, somos superados por muchas bestias en corpulencia, fuerzas, celeridad, agilidad, sana constitución, vida, agudeza y vigor de los sentidos. Además, no es creíble que por Dios, suma bondad y tan amigo nuestro, inicialmente fuese creado el hombre de cuerpo tan endeble, expuesto a tantas incomodidades de la vida y que nuestra alma nobilísima fuese metida en esa mazmorra fementida donde todo malestar tiene su reino perpetuo, sino que es indudable lo que el sabio dice, a saber: que él averiguó esto no más; que Dios hizo al hombre recto, sincero, íntegro, y que fué él mismo quien se enredó en esas calamidades que le agobian. Algo de esto columbraron del seno de sus tinieblas los filósofos pitagóricos y Platón, que les siguió, como suele, cuando dijeron que ese cuerpo es sepulcro y cárcel del alma, y que, detenida aquí y encadenada, espía grandes maldades. Desde aquí estoy viendo a algunos contraopinantes armados de muchas cuestiones que son puras redes y lazos: Si Adán pecó solo, ¿por qué el castigo del desafuero hemos de expiarlo nosotros? Se impone esclarecer más esto que decimos del primer pecado y del primer pecador.

La mente del hombre estaba ilustrada por raudales de luz divina e inflamada de grande amor para remontarse arriba; y la carne, gracias a esa ilustración y encendimiento, estaba subordinada a la mente y todo lo estaba al hombre. El hombre, empero, separándose de Dios por el pecado, pasó de la mente a la carne. La carne, cuyo natural es gravitar hacia abajo, es decir, hacia su origen, arrastra lejos de Dios, esto es, del espíritu. Tiene la carne, por su naturaleza y propensión, sus deseos y concupiscencias ajenas del espíritu, las que por asistencia del favor divino eran reprimidas. Así perdió el hombre aquellas dádivas que alcanzara por gracia de Dios; de espiritual y divino que era, hízose carnal y terreno. De ahí que toda la carne que debía tomarse de aquella carne quedaba condenada y mancillada y como enemiga de Dios. Toda carne, por el consorcio y unión con aquella carne enemiga de Dios, no tanto se le hizo enemiga como ajena. Así fué como en Adán, por causa del pecado, toda carne humana quedó condenada como en su semilla y raíz. Del mismo modo que cuando la semilla está averiada y dañada la raíz, todos los frutos que tienen esta procedencia nacen viciados, esto mismo sucedió con el vicio de Adán, porque todos procedemos de él. Por eso la generación del hombre hízose vergonzosa, como lo demuestra el empacho instintivo de mostrar los órganos genitales, y por eso fué que Adán y Eva los recataron, pues así que localizaron el vi-

cio, se cubrieron de rubor por aquellos órganos. Dice el infalible oráculo de las Sagradas Letras: *El alma que pecare, ésa morirá; el padre no sobrellevará la iniquidad de su hijo*. Y es así. Pero todos, en cierta manera, pecamos en Adán no de otro modo que todos los frutos futuros quedan tarados del vicio de la semilla o de la raíz. Aquella primera justicia que se llama original no era un don concedido por Dios individualmente a Adán, sino a todo el género humano. Por eso, porque quienes entonces constituían el género humano, cometieron la fechoría, todo el género humano perdió aquel beneficio. Por una razón análoga aquellas mismas ordenanzas que estableció una ciudad cuando era pequeña y poblada escasamente, obsérvalas la misma cuando creció en grandeza y población; y los padres, aun cuando son pocos, dejan obligada y atada para lo sucesivo su numerosa progenie.

Añádase a esto que sea la que fuere la razón por que pecamos, por otra semejante somos castigados, no con mayor severidad. Todos pecamos en Adán, hasta el punto de perder los dones del favor y de la gracia de Dios, mediante los cuales se va a la unión con El. ¿Careces tú de ellos? No por ello serás atormentado, sino que sólo carecerás de la unión consabida. No se hace, pues, injuria a nadie, pues que no castiga con acerbidad de sentido, porque él no tuvo el sentido del pecado. Pregunta otro, dado que Adán, con una culpa sola, experimentó caída tan monstruosa: ¿por qué nosotros, agobiados, aplomados literalmente de tantos crímenes y maldades no caemos mucho más gravemente que él? Porque a cada cosa Dios le dió la naturaleza por la cual fuese aquella cosa; de quitarla, ya no sería más aquella cosa, sino otra cualquiera, de forma diferente. Así, Dios dió al hombre con qué fuese hombre; después le adornó y le enriqueció de dones valiosísimos, de la ciencia y del conocimiento de las cosas, de un ilimitado señorío sobre todas las cosas, de un cuerpo sano y entero y de una vida duradera a su propio gusto. Los dones primeros debíanse a la naturaleza del hombre, pues sin ellos no sería hombre; los otros dones son gratuitos, según el favor del Creador. El mismo día, pues, en que el hombre se apartó de la gracia y del favor de su príncipe, el mismo día perdió todo cuanto el favor y la gracia le habían dado y le conservaban. Quien recibe calor del fuego, si se aleja, se enfría. Cayó, pues, Adán de aquella cumbre de los beneficios de Dios. Nosotros, que yacemos postrados en el suelo, no tenemos ninguna eminencia de donde caernos; perdimos, pues, los dones gratuitos; por ninguna otra culpa de Adán, si es que la cometiera, no nos dañó ni nos afectó; ni las nuestras personales nos quitan la índole natural, aun cuando no pocas de ellas nos acarrean graves y muy sensibles achaques: oscurecimiento de la mente y una cierta degeneración a la escala de las bestias, enfermedades, flaquezas, tendencia a lo peor, apatía para lo mejor, todo lo cual cada día vemos cómo se insinúa y se desliza en nosotros. No puede dudarse que ello es el castigo de nuestras maldades. ¡Qué gran desgracia no es y cuán de doler que el hombre ande envuelto en las tinieblas de la ignorancia y ciertamente de las cosas más necesarias! Andar con esposas en las manos y con cepos en los pies, adolecer de enfermedad y flaqueza; apartarnos por innumerables pensamientos de la obligación

de adorar y amar a Dios; angustiarnos por la solicitud de tantas cosas que nosotros multiplicamos cada día.

Pero algunos insisten en preguntar: ¿Todo pecado no es, por ventura, de la voluntad? Sin duda, y este pecado de la voluntad estuvo en Adán; él ennegreció su alma y manchó su cuerpo. Y esa corrupción se comunicó a la posteridad, como también el quedar despojados de aquella pureza que nuestros teólogos llaman justicia original. Por eso en los otros más es privación de bien que contracción de mal o de culpa; e infección del alma por el contagio del cuerpo que con ella está unido, como nuestro cuerpo cuando entra en una zona deletérea se lleva consigo la maligna influencia del lugar.

Y en este punto preguntan otros: ¿Cuál será el paradero de aquellos que murieron antes de los años hábiles para conocer a Dios? Respondo: A la bienaventuranza eterna no se llega sino por el amor de Dios, como dije antes. Los párvulos, que por beneficio de Cristo no lo consiguieron, quedan apartados de aquellos bienes eternos. Y no se les hace ninguna injusticia si no consiguen lo que no se les prometió ni sienten mayor pesadumbre que la que sufre el hijo de un zapatero si no se le hace rey, o un hombre cualquiera porque no pelechó ni le salieron alas en los hombros. Con todo, piadosamente se ha de creer que goza de bienes amplísimos; eso sí, naturales, libres y expeditos. No sufren incomodidad alguna, puesto que están sueltos y exentos de la tétrica pesadumbre de su cuerpo; campean y lozanean sus almas en la libertad del conocimiento, y gózanse con la contemplación franca y clara de todas las cosas.

Allá va una nueva pregunta:

¡Tanto mal hizo el pecado de Adán! Y su reconciliación, ¿qué? ¿Por qué por esa reconciliación no quedan canceladas aquellas resultas fatales que por su delito merecieron? Si los hijos de Adán son execrables, ¿por qué no habrán de ser gratos los hijos de los santos patriarcas? Respondo: Porque en la reconciliación de Adán no se quitó la execración de la carne, sino que el alma quedó libre de la servidumbre de la carne y repuesta en la gracia de Dios. Sucedióle a Adán lo que a los buenos patriarcas, y fué que, permaneciendo el vicio en la semilla, el fruto se adobó y confitó para un más apacible olor y un gusto más sabroso.

Algunos se empinan más arriba y se cuelan temerariamente en el sagrario de la divina sabiduría y del divino querer. ¿Por qué, dicen, Dios puso al hombre un mandato que sabía que iba a infringir? Esto es muy semejante a aquello otro: ¿Por qué crea a aquellos que sabe de antemano que serán malos y enemigos suyos? Esto es, ni más ni menos, con sacrílega procacidad, emplazar a Dios a rendir cuenta de sus actos; avilantez impúdica que no osarías tener con un príncipe o varón prudente, porque te intimidaría su grandeza o te coaccionaría su mucho crédito. Y tú, en el Rey del mundo todopoderoso y sapientísimo, ¿no reverenciarás la grandeza de su poder ni la autoridad de su sabiduría? Peca el hombre, no por voluntad de Dios, sino por la suya propia. A las bestias no les dió la libertad de la mente, pero se la dió al hombre y propuso a su opción la vida y la muerte para que alargase la mano a lo que más le apeteciera. Pero no faltan quienes calumnien ese bien de la libertad de espíritu, dádiva la

más rica y excelente que pudiera darse, y casi emplazan a Dios ante el tribunal porque dió aquello por lo cual pecamos, como si nosotros mismos no invirtiéramos en pésimos empleos todos los otros bienes: inteligencia, imaginación, sensibilidad, salud, robustez, riquezas, poderío, honores; más hubiera valido que no nos diera nada, porque hacemos mal uso de sus dones y porque convertimos lo que de suyo es instrumento de grandes bienes en instrumento de todos los males. A este tenor, Cota, el interlocutor de los diálogos ciceronianos, acusa a los dioses porque a los hombres les dieron la razón, que muchos truecan en instrumentos de crímenes y maldades. ¿Tendrá la culpa el autor si tú eres malo precisamente por aquello sin lo cual no podías ser bueno? También a los demonios la excelencia de su naturaleza les ofreció la ocasión de su caída; culpe, pues, el diablo a Dios, porque le creó tan excelente. Pero El sabía, insisten, que yo usaría mal de ello. Asimismo sabía que otros harían buen uso, y por esto dió a todos los del mismo linaje los mismos dones, y tolera a los malos por los buenos; todo es *por causa de los que serán herederos de salud*, como dice San Pablo.

Pero nuestros ojos, al comparar lo temporal con lo eterno, no solamente se ofuscan, sino que quedan sumidos en noche lóbrega. Debemos imaginarnos que allá en la eternidad son una cosa misma en Dios la acción y la presciencia, como en nosotros hacer algo y verlo hecho. Yo pongo en tus manos una espada; esto, en orden al tiempo, es lo primero; tú vuelves y empleas la espada que yo te entregué en tu propia destrucción; esto es lo segundo; entonces yo echo de ver que hiciste de ella un mal uso. Así, también en Dios lo primero es hacerte mercedes envidiables y riquísimas; lo que viene después es abusar de ellas y que El lo conoce, no por sucesión cronológica, sino por cierto proceso de la razón y como por grados naturales. Pues ¿y qué? ¿Castigador tan cruel es Dios que vaya a arrebatar de un golpe bienes tan grandes por el quebrantamiento de un solo mandato? ¿Esta es para vosotros su nunca asaz depreciada bondad? No ha de ser considerado Dios como cualquier juez humano que castiga una fechoría, pues el hombre inflige una pena, y excitado por la ira o movido por el odio del delito, ejecuta la ley o manda ejecutarla en un cuerpo dañado. Dios, en cambio, es la misma suavidad, es la misma mansedumbre, es la bondad misma, quien, para hablar más justa y propiamente, no había dado el mandamiento a Adán y añadido a continuación la pena, sino que, como padre amantísimo, le había previamente amonestado que no desviase de El sus ojos para ponerlos en otras cosas, porque de hacerlo así inevitablemente por sí mismo incurriría en las mayores calamidades y miserias, no de otro modo que quien señala con el dedo una sima en la que todos los que caen hallan muerte cierta. Y fué así como Adán, en su malicia y en su demencia, vino a dar en aquel mortal precipicio, del cual se le había advertido que se guardase. No amañó Dios ese precepto y lo tendió como una paranza o una trampa ante los pies de Adán. Ni aun después de la transgresión les hundió de un empujón en tamañas calamidades por violadores de su ley, sino que ellos mismos, porque voluntariamente se apartaron del bien, cayeron en el mal necesariamente, porque de su

estado feliz vinieron a dar en la malandanza. Demuéstralo la puntual narración de la Historia sagrada. Así que hubieron gustado la fruta prohibida, instantáneamente se percataron de lo que habían hecho, y antes que Dios les hablase y les reprendiese por la fea culpa y les diese a conocer el castigo, ya en sí mismos experimentaban el castigo y lo llevaban reflejado en sus caras.

Ni Dios condenó la tierra ni carne, sino que la condenación fué una secuela del pecado y de su apartamiento de Dios y acercamiento al diablo. Mas las Sagradas Letras hablan al común estilo del hombre y con palabras humanas, singularmente cuando se dirigían al vulgo del pueblo hebreo, que era muy tardo para la comprensión de misterios elevados. Y con todo, a esa dolorosa y lastimosa caída, Dios, que es un Padre indulgentísimo, acabó por convertirla en un bien suyo muy grande. Y en efecto, atacado el hombre por una dolencia gravísima, por la que, por culpa del ciego y descomedido amor de sí mismo, habíase separado del amor y confianza en Dios, ¿de qué otro modo debía ser curado sino no recayendo en su fatal amor propio y acostumbrándose a volver a Dios? Nuestra mente ciega, sumida en tinieblas hondas, advierte y estimula al hombre para que, desconfiado de sí, ande buscando un guía de su vida y un maestro de sus acciones todas que ni puede engañarse ni quiere engañar; este Guía y este Maestro es Dios, en quien exclusivamente confíe. El hombre, zarandeado por tan brava borrasca de alborotos pasionales, se ve forzado a implorar a quien le sosiegue y le pacifique y a desear alguna quietud como no puede haberla en esta vida. En solo Dios debe esperarse: enteco su cuerpo y afligido de tantos achaques y dolores, salteada su vida de tantas molestias, inducen al hombre a amarse menos a sí mismo; a levantarse en hombros de la confianza y del amor a Aquel que nos dará descanso en tamaños males. Y aun en medio de todas esas espinas, en medio de tan graves enojos, son muchos los que se asen a esta vida con las uñas y los dientes y con horror se apartan de la otra; y en pensar en Dios son rarísimos y perversos y en el amor son puro hielo. ¿Qué no harían si acá abajo el cuerpo se mantuviera en firmeza y robustez, exento de dolores y fatigas; si los deleites fuesen muchos y duraderos y todo se deslizase al albedrío de nuestra voluntad? Si ese enfermo desea sanar, ¿cómo de otra manera se le podría sanar? ¿Qué remedio más activo y eficaz podía excogitar el más cariñoso de los padres?

Preguntan: ¿Por qué si el pecado de Adán introdujo tanta perdición y ruina, la reconciliación de Cristo no nos exime de esa consecuencia fatal y nos restituye a nuestro primer estado? Respondo: La venida y la reconciliación de Cristo nos devolvieron lo que convenía que se nos devolviese, a saber: el camino de vuelta a los bienes eternos; no nos devolvieron aquellos bienes que no convenía que recobrásemos. Si el hombre hubiera sido creado exclusivamente para esta vida, Dios, bueno y bienhechor, hubiera devuelto aquellos sus primeros dones excelentísimos así a Adán ya reconciliado como a aquellos que no se contaminaron con el pecado. Pero puesto que Dios, bueno y liberal, nos creó para la inmortal vida del cielo, ofreció en el primer hombre una muestra de estos bienes, hízole admirable no sólo por la dignidad

de su naturaleza, sino que le invistió y adornó de los más ricos bienes de la vida; y así le hubiera dejado a él y a su posteridad si hubiera perseverado en la gracia de Dios.

Pero Adán, con una defección tan rápida de su Padre y Señor, dió a entender a los ángeles y a los hombres que nacerían después que no le convenía ni a él ni a todos nosotros una tan grande y tan paternal indulgencia. Demostró además ser mejor para todos que acá abajo andemos afanosamente como peregrinos y advenedizos y no como ciudadanos fijos, aposentados en su patria, a fin de que deseemos y busquemos con toda nuestra alma y con todo nuestro corazón aquella otra patria, la auténtica, la soberana, la que no ha de tener fin; y porque no, si nos sintiéramos bien lejos de ella, nos cogiese no solamente el olvido de ella, sino el desdén y la displicencia, pues en ese hipotético estado de cosas tan feliz y tan colmado y rebosante de bienes por todos lados, ¿cuántos serían los que pensasen que habían sido hechos y dispuestos para el cielo o que se curasen de ello, o que lo deseasen si la fuerza de la mente en un conato venturoso y una gran hambre de cielo no hubiera dejado muy debajo de sí el sentido de tamaña felicidad? Ello hubiera resultado harto difícil en tanta bienandanza y blandura de vida.

Y así fué que en uno solo hízose el experimento de lo que a todos convenía. Jesucristo, Hijo de Dios, resarció la pérdida que todos tuvimos en la caída de Adán. No restableció ciertamente aquellos bienes que fueron causa de su ruina y que para todos nosotros lo hubieran sido igualmente. Pero los repondrá, sí; los repondrá cuando ya no podrán ser ocasión de daño; los repondrá cuando, ascendidos al cielo, de tal manera estaremos con Cristo y por Cristo, con Dios, que ya no será de temer caída alguna ni fuerza alguna podrá arrancarnos de los brazos y de los abrazos de Dios.

Todavía en este punto los recalcitrantes, los tesoneros nos presentan esta otra cuestión: Puesto caso que el hombre es hecho para la vida celestial, ¿por qué Dios le puso acá en la tierra, esto es, en la peregrinación y no le colocó desde luego en la patria donde había de permanecer para siempre? ¿Qué necesidad había de ese espacio y curso de vida? ¿Para qué ese cuerpo de tan admirable y tan primoroso artificio? Esto es, ni más ni menos, lo mismo que preguntar: ¿Por qué nos forma Dios en las entrañas maternas y no nos saca de buenas a primeras a esa luz en que hemos de vivir? ¿Por qué crea flores antes que frutos? ¿Por qué, frutos verdes y acedos antes que sazonados y maduros? ¿Por qué los animales nacen chicos y luego, paulatinamente, van creciendo? Puestos a preguntar impertinencias, llegaríamos al infinito. Quiso Dios que las cosas que constan de materias estuvieren en dimensiones de lugar y que se desarrollasen al paso del tiempo. El cuerpo tiene un grande y maravilloso artificio para esta vida y todas las restantes obras, aun las más pequeñas, atestiguan la destreza y la sabiduría del Creador. Admiramos la linda y primorosa fábrica de este cuerpo para la vida, esto es, para un finalidad temporal. ¡Cuán minucioso no es el artificio del feto en el útero materno para solos nueve meses! Cuán delicado el de la hormiga, el de la mosca, el de las mariposas y las florecillas, que en un día y en un botón hallan cuna y sepulcro.

LIBRO SEGUNDO

QUE TRATA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

INTRODUCCION

Abrese para mí un nuevo volumen con el advenimiento de Jesucristo, Dios y Señor nuestro, en el que tengo el propósito de demostrar cómo Dios se determinó a socorrer al hombre caído. Hasta qué punto afligió a Adán aquella caída dolorosísima, por sí mismo, puede cualquiera ponderarlo cuando, por culpa de ello, se vió huérfano de los dones que Dios le otorgara así en su cuerpo como en su alma, y pasando la vida con increíbles desabrimientos, considerando la astrosa calamidad que se había acarreado tanto a sí como a su esposa e hijos, y la que había ocasionado a toda su posteridad. Entre otras desazones impresionóle amarguísimamente la muerte de su hijo Abel, que en el linaje humano fué la primera, luego de haber puesto delante de sus ojos la imagen horrible de aquella misma muerte que cada cual había de sufrir por causa de su delito. Pero le consoló la bondad de Dios, con mostrarle lejana a los ojos de su mente la reparación y la restauración amplísima y copiosísima de ruina tan grande. Apoyado en esta esperanza con pecho más animoso, sobrellevaba la gran pesadumbre de los trabajos, y él mismo comunicó, para que la repitieran de generación en generación, esa misma esperanza y confianza a sus hijos y a sus nietos, a la vez que con algunos barruntos de religión, que conservó como un lucero mortecino entre nubes sañudas, a saber: que al Dios único, creador de todo, se le debía culto y reverencia, obediencia y amor; que en El se cifraban todos los bienes y que lejos de El no había más que calamidades, tribulaciones y toda suerte de males. Pero la posteridad de Adán, como llevase una vida ruda y salvajina, sin instrucción ni cultura alguna, guiábase no más que por el instinto sensual. Y como no sintieran la presencia de la Divinidad ni repararan en las cosas sensibles, a través de las cúales pudieran contemplarla, asentóse en sus mentes un profundo olvido de Dios, y simultáneamente se despreocuparon de su justicia por la misma causa, que aún ahora muchísimos la tienen olvidada, a saber: porque no verán el castigo pisar los calcañares del pecado. Por esto fué que, rotos todos los reparos del pudor y del respeto a la Divinidad y saltadas todas las barreras, con desenfrenada licencia y procaz y desmandada soltura, lanzáronse a todo linaje de torpeza; no en aquellos pecados espirituales, que diríamos de soberbia, de odio, de ira, de envidia, que entre ellos todavía no habían prendido, pues éstos nacieron y crecieron con las colectividades humanas, con la opulencia, los honores, las dignidades, sino en aquellos que les pedía el instinto y voluntad de su carne.

En estas obscenidades irrumpieron violentamente, y en formación cerrada, los más grandes y los más pequeños, los más altos y los más bajos, por manera que los que descollaban por la nobleza de su inge-

nio y por aquellas dotes del alma, mediante las cuales les costara bien poco levantarse al conocimiento y culto de Dios, a quienes las Sagradas Letras llaman ángeles e hijos de Dios, embruteciéronse como todos los otros y atollaron en las mismas ciénagas de los deleites carnales. Deprimida y desmoralizada toda la fuerza de la razón, y como metida y sepultada en el cuerpo, retrocedieron a una distancia infinita de la semejanza con Dios, y fué tan intenso y continuado el empecatamiento, que cuando ya no quedaba una centella de esperanza, la venganza de Dios los borró del haz de la tierra, soltando la rienda a las aguas de arriba, de abajo, del mar, de las fuentes, de los ríos. De ese cataclismo universal queda mención y constancia en los autores gentiles como Pomponio Mela, que dice que Joppe, la ciudad de Egipto, fué fundada antes del diluvio, testimonio que no puede referirse al diluvio de Deucalión o de Ogigia, que para nada afectaron a Egipto, pues uno y otro ocurrieron en Grecia; el de Deucalión, en la Acaya; el de Ogigia, en la Beocia y su vecina el Atica. Con todo, en tan enorme muchedumbre que se apartó muy lejos de la manera de vivir de los otros, y daba a Dios culto puro y santo.

A éste, con su mujer y sus tres hijos y otras tantas nueras, Dios les preservó del universal castigo. Aquí, en este tronco, comenzó el restablecimiento del linaje humano, y fueron tan ricas sus cosechas, que quinientos años después, ya moraban en populosas ciudades y se agrupaban con fines bélicos en ejércitos poderosos. No es de admirar esa propagación en quinientos años, ni aun refiriéndola a doscientos lo sería, si alguno, con idea de comparación, calculase cuán grande multitud puede, en breve tiempo, proceder de una sola pareja de casados. De un solo matrimonio, dentro de veinte años, quedándome muy corto, veinte; de veinte matrimonios, después de otros tantos años, cuatrocientos, y de ellos, en lo sucesivo, una turba tal, que ya no cabe en una cifra, y esto antes de sesenta años, como es fácil de colegir haciendo números.

Quizá habrá alguno que no se explique cómo desde esta nuestra región, cultivada y habitada, pudieron pasar los hombres a otra diversa o, mejor, adversa o antípoda, por tierras inabordables, sin caminos, tostados del sol fogoso. Esta pregunta es hija de una crónica ignorancia. Hase demostrado en estos nuestros días que la tierra toda con el mismo Océano es accesible y penetrable sin dificultad y que no es obstáculo la vía que está bajo el Zodíaco, siempre hollada y encendida del sol. Pero también hay hombres en el mar como en la tierra, y debe tenerse por indudable, dice Plinio, que viven en el mar hombres enteros y verdaderos como nosotros; uno de los cuales fué pescado en los Países Bajos, aún no hace doce años; y fueron muchísimos los que le vieron. Y hace poco más de dos años que se pescó a un hombre mudo, que ya empezaba a hablar, el cual, dos veces atacado de peste, se le envió de nuevo al mar con harta alegría y saltos de contento. Pero también éstos fueron engendrados por hombres terrestres, pues en ciertos parajes marítimos viven hombres extraordinariamente aficionados a la natación, a cuyo deporte acostumbran a sus hijos, de modo que por muy largo tiempo pueden permanecer debajo del agua. Los hijos de éstos, por lo general engen-

drados, nacidos y crecidos en el agua, disfrutan no menos que los peces en esa morada. Y así como los restantes hombres viven en lugares secos, éstos viven en el mar, como por las relaciones de los cronistas de Indias, que hemos leído de aquellas remotísimas islas del Océano, que sufren calores tropicales, es lícito conjeturarlo. Refiere Rafael *el Volaterrano* que hace cosa de unos doscientos años, un mozo acostumbrado desde su infancia a vivir en el mar, así que pasaba día tras día entre las bestias marineras, conviviendo con ellas y sin recibir daño alguno, penetraba en los más íntimos senos del mar y a las orillas más remotas, y con frecuencia volvía a la ribera y pronosticaba a los marineros las borrascas que iban a desencadenarse. Llamábase primero Nicolás, y poco después, Colapece, como quien dice el pece Nicolás. Pero volvamos al curso de la historia.

CAPITULO PRIMERO

RELIGIÓN DE LOS PRIMEROS HOMBRES

Como iba diciendo, Noé enseñó a sus hijos la religión y el culto de la Divinidad, que él había aprendido de sus mayores. Mas ellos partieron con sus mujeres, hijos y servidumbre a diversas partes del mundo y retuvieron fácilmente lo que era natural, a saber: el culto obligado de la Divinidad; pero cambiaron el modo y el camino, cada cual a su antojo, y de aquí nació tanta multitud y variedad de dioses y de religiones. El unánime consentimiento del género humano demuestra que la religión fué infundida por la Naturaleza en los pechos humanos. Diré esto con las palabras de Cicerón en el primero de sus libros *De las leyes:* De los mismos hombres dice él: *No hay gente alguna tan bárbara ni tan fiera, que aun cuando ignore qué Dios está bien que tenga, no sepa que debe tener alguno.* Este hecho ha sido comprobado no sólo en las naciones de esta tierra nuestra, a quien los autores dan el nombre de Continente, sino también en este Nuevo Mundo, que los españoles han descubierto y en donde penetraron con luengas y azarosas navegaciones. Nuestros descubridores hallaron muchas gentes que arrastraban vida salvaje: sin letras, sin leyes, sin rey, sin organización política alguna, sin arte alguno; pero no sin religión. Ello demuestra que más verdaderamente la religión es connatural que todas las demás artes e invenciones humanas. Pues así como pensamos que todas las facultades y los apetitos del alma y del cuerpo fueron infundidos por la Naturaleza, porque aun cuando no siempre apetecen ni obran lo mismo, con todo siempre obran algo y apetecen algo; esto mismo hemos de sentir de la acucia de la religión; no para todos es la misma, pero para cada cual siempre hay alguna, bien así como no todos comen los mismos manjares ni todos se dejan seducir y se deleitan con las mismas cosas; pero como echamos de ver que todos comen y todos tienen sus deleites, afirmamos ser ello natural. De la misma manera la religión es natural genéricamente; las especies, formas y cualidades son cosas de los hombres.

Antiguamente, la religión sola era considerada como sabiduría, y no había otros sabios sino los que la enseñaban y la explicaban a los mortales, y eso entre los etíopes, indios, egipcios, griegos, romanos; establecer por menudo el catálogo fuera tarea prolija. Dios, de su propio

conocimiento, no concedió ni dejó más a las humanas mentes que lo que era suficiente para la religión. Pésimamente se condujo el sofista Luciano de Samosata, quien, al mismo tiempo que quitaba a los hombres la religión vieja y admitida, en el vacío que dejaba la religión ausente no colocaba otra ninguna. Bien que escarneciese y zahiriese las antiguas demencias y desatinos, muy bien; pero debía sustituirla con creencias mejores. Arranca de cuajo todas las religiones; ¿no equivale a dejar al hombre despojado de humanidad? Esto era como figurar el papel de Epicuro y hacer como quien de la luz se acogiera a las tinieblas. Con jocosa mordacidad se burló de la filosofía y de toda práctica de virtud. Dime (si es que por un momento puedes hablar sin sarcástico juego): ¿qué quieres, en fin de cuentas, que los hombres hagan? Quitas el culto de los dioses, pones en solfa la erudición, atacas los placeres del cuerpo, dogma que profesa tu secta; ¿qué ocupación dejas para el ingenio humano? Y, a pesar de todo, éste (con perdón del Cielo), a muchos les parece un sabio de cuerpo entero, a saber: a aquellos que con el rabioso despecho de la envidia, odian todo lo que ellos no tienen o aquello por lo cual ven que otros se han hecho célebres y esclarecidos. De éstos era el mismo Luciano, a quien azuzó a arremeter y despedazar a colmilladas la filosofía la corajuda envidia que tenía a Plutarco de Queronea, al cual, con dolor amargo y concentrado y venenosa mala voluntad, veía gozar de gran consideración y estima ante el emperador Trajano.

Pero volviendo a nuestro tema, la Naturaleza depositó en el hombre el instinto religioso. Siendo ello así es un monstruo, no un hombre, quien vive sin religión. Mas los descendientes de Noé, hombres crasos y rudos, no veneraron a Dios, Autor y Señor de la Naturaleza, puesto que no le veían. No se dejaron guiar más que de sus sentidos. Aquello que en el mundo veían hermoso de ver y que ganaba su admiración o cuya utilidad rastreaban, en su juicio tan tardo y tan boto tomáronlo por Dios. Este error pasó de los padres a la posteridad y de día en día acrecentado, cobró fuerte crédito de su misma antigüedad, y los siglos subsiguientes creyeron que repugnarlo era cosa nefanda. La posteridad cree deber a sus mayores aquella misma reverencia que profesan los hijos a sus padres. Y así fué como unos por su hermosura y grandeza imponente adoraron los cielos, los astros y los elementos; otros dieron culto a brutos animales que les rendían algún servicio, como los egipcios a los bueyes, y a los gatos, y a los ibis; otros, a los hombres, a quienes tributaron honores divinos por beneficio, o por miedo, o por lisonja: A todas estas aberraciones, por la grande calamidad y miseria del género humano, se les dió categoría y estimación de dioses. De esta manera el hombre, aumentando las religiones, para lo cual cumple tener buen tino, de cada día un poco más, ponía en derredor de sí una grande y espesa muralla que le impedía llegar al culto del verdadero Dios y al camino que conduce a su bienaventuranza. Y en cambio, a todos aquellos a quienes el demonio, por una bondad nativa de su ingenio o por su ilustración y humana formación intelectual, podía llegar a más sana cordura, con las grandes preocupaciones que les sugería, apartábales de aquel pensamiento y cuidado. A los ingenios griegos y romanos dió-

les la poesía, la historia, el arte de la palabra bella, el conocimiento de la Naturaleza, las matemáticas, los ejercicios físicos, los negocios bélicos, la nobleza, la política, la economía, la opulencia, el decoro, las dignidades, la ambición, la fama, la gloria. Y en medio de tantas y tan variadas ocupaciones, ¿qué tiempo les quedaba para pensar en la religión y dedicarse a ella seriamente y de buena fe? Daban un fácil y cómodo asentimiento a las añejas supersticiones, admitidas a barrisco, acerca de los dioses y su culto; y todos sus otros pensamientos los consagraban a estos derivativos, que bastaban y sobraban para abrumar cualquier ingenio y secar cualquier cerebro.

Muchos años después de Noé vino Abrahán, de la Caldea, que rindió culto y adoración a Dios, Señor del Cielo y Rey de la Naturaleza; le obedeció y puso en El toda la confianza de su pecho. Sin duda alguna, en aquella edad, como los había habido en las edades anteriores, quienes según la costumbre y rito de Noé ofrecieron sacrificios al Dios del Cielo, como Melquisedec, que reinaba en los primeros tiempos de la fundación de Jerusalén, y era sacerdote del Altísimo; pero acaso todos estos varones santos no rendían ni alcanzaban por ventura cuánta debiera ser la fe a depositar en Dios, ni cuánta la confianza, ni cuánto el amor que debían profesarle.

Abrahán fué el primero de todos ellos que descubrió que el Autor y Gobernador del universo mundo no solamente debía ser honrado con sacrificios exteriores, sino en amor y confianza, de modo que le ames más que a ti mismo y tener fe no menor en sus palabras y bondad que en las mismas cosas que ves y que tocas. Y estando él en esa creencia y por ende abominando de los dioses patrios, contrajo enorme odiosidad entre sus paisanos, y Dios se dignó hablar con él, cara a cara. Avisado por El que traspasase a otro sitio su casa y su hacienda, sin ninguna tardanza se entregó confiadamente a Dios y, con su esposa y servidumbre, pasó primero a la Mesopotamia y más tarde a Palestina. A ese varón tan grande y tan pronto en su servicio, tan estable y firme en su confianza, escogióle el Señor para que de su progenie naciera Cristo, Salud del mundo perdido y estragado. Como no hubiese engendrado hijos de su esposa Sara, dióle Dios en su provecta ancianidad y a Sara condenada a la esterilidad, ya por la Naturaleza desde el principio, ya por la carrera de la edad pasada, un hijo, Isaac, a quien amó Dios en extremo, por no ser en un punto desemejante de su padre. Isaac, a su vez, a fuerza de oraciones, impetró de Dios dos mellizos, Esaú y Jacob, quien más tarde, por una lucha que tuvo, fué llamado Israel. Este fué un varón no solamente imitador de la piedad paterna; sino de una ejemplarísima mansedumbre, que le hizo acepto a Dios de una manera singular. Así que de los dos hermanos mellizos, aunque Esaú fuese nacido antes que Jacob, éste fué elegido por el Señor para propagador de una descendencia de santos.

Jacob tuvo doce hijos varones, con los cuales, en una gran carestía, emigró, haciendo vida pastoral con sus hijos; linaje de vida éste, que Marco Varrón, tomándolo del Dicearco, escribe que fué el más antiguo, más aún que el de la agricultura. Ello da a entender que la nación hebrea es la más vieja, y aun hay quienes opinan que el nombre

hebreo se deriva del pasto del ganado.

Por lo demás la sucesión de Jacob multiplicóse maravillosamente, tanto que llegó a ser motivo de terror para los egipcios y dió ocasión para que el Faraón que entonces gobernaba en Egipto ordenara que los hijos varones de los hebreos no fuesen criados, sino que fuesen arrojados al Nilo; y aun a los mismos hebreos se les agobiaba con trabajos de albañilería, de sol a sol, en aquellas, pienso yo, gigantescas y locas edificaciones reales, de quien quedan en los escritores de las cosas de aquel país recuerdos copiosísimos.

Allende de esto, los hebreos, por su convivencia con los egipcios, habíanse contaminado de su impiedad, y abrumados por su esclavitud y no pudiendo desasirse de la necesidad cotidiana y agobiante, habían aceptado luengos olvidos de aquel Dios cuya religión habían recibido de sus mayores. Y como pareciese ya al consejo divino ser ya llegada la hora de entregar la Palestina a la estirpe de Abrahán, según había prometido, y librar a su pueblo de la esclavitud corporal y de la idolatría, escogió a Moisés, hebreo de la tribu de Leví, para caudillo de su pueblo. Ese Moisés obligó a Faraón, luego de haberle vencido con prodigios y portentos, y fatigado y abrumado de sufrimientos y aflicción, dió licencia al pueblo a que saliese de Egipto y sacrificase a su Dios. Como hubiesen llegado al mar Rojo, repentinamente el rey cambió de parecer y determinó hacerles retroceder, y corrió en su persecución con un gran ejército, y cuando ya le iba a los alcances, entrado que se hubo en el mar Rojo por un camino seco que se había abierto en él, cuando ya los hebreos estaban en la orilla opuesta, Faraón, con todo su ejército, por disposición divina, quedó envuelto en los remolinos del mar, vuelto a su lecho primitivo.

Todas estas cosas, aun cuando para el estado presente, y por ende para nuestra capacidad de comprensión, son grandes y llenas de maravilla, ¡cuán pequeñuelas son si se atiende al que las obraba! Eran obradas por Aquel que con un acto de su voluntad sacó de la nada el cielo y los elementos y los conserva para que no vuelvan a la nada originaria. Cuarenta años pasaron viviendo en tiendas, en los desiertos de Arabia, y recibieron la ley que Dios dió a Moisés. En resolución, más tarde, acaudillados por Josué, hijo de Nave, entraron en Palestina, de Siria, tierra que poseyeron hasta Nabucodonosor, rey de Caldea, que trasladó aquel pueblo a Babilonia, de donde volvieron a su patria setenta años después, por un edicto del rey de los persas. Y en su tierra estuvieron hasta el emperador Vespasiano, que pasó a cuchillo a casi todo aquel pueblo. Prolija tarea sería exponer brevemente los hechos sucedidos en tan larga carrera de edades, que, por otra parte, narraron a la posteridad muchos autores, así profanos como sagrados. Nuestro discurso tiene prisa hacia otro lado. Algunos años antes de la toma y destrucción de Jerusalén, envió Dios a su Hijo Jesucristo, por cuya medianería debía detener y reparar la miserable ruina del hombre. Cristo trajo consigo del cielo al linaje humano la luz, la sabiduría, la redención. Este Cristo es hombre, es Dios, es Hijo de Dios, en igualdad y paridad con el Padre, y uno con El en esencia y en naturaleza.

CAPITULO II

DE LA DIVINA TRINIDAD

Al bajar Cristo del Cielo por amor nuestro, nos trajo aquello que ni el hombre tenía ni en la tierra había de hallarse. Entre todo lo demás, *cuál sea y de qué manera Dios en su íntima esencia y que sea Padre, Hijo y Espíritu Santo*. Esto, que jamás ningún ingenio humano, ningún juicio, ningún vigor mental (por poderoso que fuera) hubiera averiguado por sí mismo, Cristo nos lo enseñó. Según la divina sentencia del apóstol San Juan, *nadie vió jamás a Dios*. Quién fuese, nos lo reveló el Hijo, único sabedor del secreto divino, puesto que habita siempre en el seno del Padre; es, a saber: en los intimísimos y reconditísimos arcanos de Aquel al cual ni los ángeles mismos tienen acceso. No esperamos a que nos demuestre estas verdades el humano ingenio; creamos a Aquel que nos habla de sus propias cosas. ¿Qué palabra puede haber para nosotros más valedera y fuerte que lo que un varón probo pronuncia acerca de lo suyo?

Y con todo, no faltan para esa verdad tan abstrusa razones y no pocas que la hacen probable, aun para quienes la contradicen. Antes que Jesucristo descubriese esa verdad, jamás a hombre ninguno se le viniera a las mientes, ni la existencia de esta verdad, ni de sus razones; pero después que la supimos del Maestro celestial o, mejor, del propio Dios, que quiso sernos Maestro, empezaron a mostrársenos y a descubrírsenos gran número de razones, de las que vamos nosotros a decir algunas. Los que, conscientes de la maldad de su causa, desconfían de sus razones, ponen empeño muy activo en desorientar el criterio del lector y ponen ante sus ojos una cortina de humo para que no pueda juzgar lo verdadero y lo recto. Nosotros, confiados en la verdad, tiramos por el camino contrario; pedimos atención y exhortamos a quien disputa con nosotros a que avive el seso y le avisamos del peligro, si con todos los sentidos bien despiertos y atentos no ponderare las razones que aduciremos.

Vaya por delante aquella afirmación que hicimos en el libro anterior, a saber: que todas las cosas hechas reproducen alguna cosa de su autor. Sabios de todas las escuelas, con una firme unanimidad, afirmaron que Dios es un acto puro, pues la potestad, sea cual fuere el ente en que estuviere, supone alguna imperfección, que está muy lejos de la excelencia de la esencia divina. Y si el acto es puro, no cesa nunca. Obró, pues, todo el tiempo que fué, pues en el ocio y en la cesación inmediatamente la potestad halla lugar. Ya, pues, desde toda la eternidad (dado que es eterno), obró algo. Mas en Dios está la Naturaleza, a saber: la fuerza y la virtud; está también la facultad (sea cualquiera el nombre con que se la designe, para entender la cosa) mediante la cual la Naturaleza obra según su íntima y propia fuerza y potencia. Asimismo hay en el mismo Dios una voluntad libre, por la cual obra donde y cuando quiere. Para la declaración de esta cosa, puede tomarse ejemplo del hombre que tiene una fuerza natural y libre o voluntaria. Todas las veces que podemos, obramos por esta fuerza natural y obramos no de una manera determinada, según nuestro albedrío, sino a la medida grande o pequeña de esta facultad y potencia; mas por la fuerza voluntaria, obra-

mos en el lugar, tiempo y manera que nos pareció bien. Del mismo modo, la acción natural de Dios es eterna, porque sin potestad es un acto puro, y no solamente infinita por el tiempo, sino también en la manera y en la medida. Así que lo de esa acción dimana o, mejor, esta misma acción o acto, forzosamente tiene que ser eterno e infinito. Y lo que sea así, ¿qué otra cosa puede ser sino Dios? Tenemos, pues, según la Naturaleza de Dios, a Dios de Dios.

Vayamos un poco más allá.

Dios tiene mente o, mejor, es la propia mente con la que lo conoce todo. Del conocimiento nace la voluntad posterior, según está en cualquiera mente. Luego es sapientísimo, y de ninguna manera ni en ningún caso, puede errar. Amase naturalmente, porque, naturalmente, se conoce y ve y entiende que ni puede hacerse ni pensarse cosa mejor que El. Estos dos actos en Dios, de su conocimiento y de su amor, a saber: de su voluntad y de su mente, son naturales a Dios, y por ende eternos e infinitos. No puede cesar la Naturaleza de esta su mente divina. Hay, pues, dos actos en Dios coeternos con El y, por decirlo así, coinfinitos. Por esta causa, Dios es cada uno de ellos, como Dios mismo, pues en Dios, de un solo modo y simplísimo, ninguna otra cosa puede ser de otra naturaleza o esencia, lo cual fuera en puridad una mezcla y combinación cual no puede caber en aquella Naturaleza inmensa, según la afirmación de todos los sabios.

Y con todo, no hay muchos dioses, como no hay muchas esencias en aquella esencia simplicísima y única, pues no entiende ni ama por otra cosa sino por Sí mismo, así que nada de lo que nace de su voluntad y su mente jamás será otra cosa que El mismo. Unica es, pues, o su esencia o su naturaleza. Pero no pueden ser muchas, pues aun cuando fuera de Dios son muchas las acciones voluntarias de Dios, íntimas y naturales en Dios mismo, no pueden ser más de dos: entender y amar, como tampoco en nuestra mente, que es una cierta y expresiva imagen de Dios. La memoria que reside en nosotros más es potestad que acto, cuyo acto es la inteligencia. Mas en Dios siempre es acto, de modo que lo que es memoria en nosotros, es imagen de Dios inteligente donde nace el entendimiento y de ambos el amor. El primero llámase el Padre; el segundo, el Hijo; el tercero, el Espíritu Santo. Las personas o hipóstasis son tres: la esencia o naturaleza, una. La causa porque se le pusieron nombres es ésta. En aquellos seres que están dotados del don del conocimiento, lo que cada uno de ellos produce a su imagen y semejanza, aquello le es hijo; mas la inteligencia del que se entiende ser Dios le es tan semejante y tan igual, que no hay cosa entre las creadas que lo sea tanto con el que la produjo. Dios entiéndese por Sí mismo. El Hijo es, pues, su entendimiento y para El no pudo hallársele nombre más adecuado que el que le dió el evangelista San Juan, *logos*, que algunos de los nuestros vertieron por *discurso* y otros, por *palabra*. Con ninguna otra voz latina tiene expresión tan justa como llamándola razón o mente. Llámase también Sabiduría del Padre. ¿Y dónde está la sabiduría de quienquiera sino en la mente? El amor que reside en la simplicidad de Dios, tercero en la unidad de la deidad, tomó nombre de las obras y se le llamó Espíritu Santo. El amor que Dios tiene pa-

ra consigo se comunica a las cosas creadas por su bondad y su candor, y por ello es que con mano larga dispensa a los ángeles y a los hombres su favor y sus dones. Y porque esto se nos inspira en la mente por beneficio del amor divino, llámase Espíritu Santo y no Hijo, como la inteligencia, pues aun cuando todo son esencias de uno mismo, no obstante, porque la inteligencia forma, expresa y representa más la cosa misma que la colisión, al amor no se le llamó Hijo, sino *logos*.

Agrégase a esto que así como el conocimiento o la inteligencia antecede a la volición, así el Hijo considérase primeramente engendrado que el Espíritu procedente, no porque el uno se anticipe al otro en el tiempo, puesto que son coeternos, sino en atención a nuestro conocimiento y al orden de la Naturaleza, como si en el caso que uno y otro hubieren tenido principio el Hijo tuviera que ser más antiguo. El amor nace del amante por el conocimiento, así que el Espíritu nace del Padre por el Hijo. Pero se dice también que nace o procede de El por la misma razón por la que decimos que la voluntad parte del conocimiento. En tan adorable misterio hay que emplear los mismos vocablos admitidos allá en la antigüedad por la Iglesia, la cual, adoctrinada siempre y en todo tiempo gobernada por sola la divina Sabiduría, conoce ella sola cómo se ha de hablar, ajustándose, ya que no a la realidad (¿qué lenguas de hombres o ángeles podrían tanto?), a la disciplina establecida y a nuestra santa religión. El Hijo no engendra a otro hijo, ni el Espíritu Santo produce otro espíritu, porque el Hijo no tiene otra inteligencia que aquella misma por la cual Dios se conoce a Sí mismo, que es el mismo Hijo; ni el Espíritu Santo otro amor que aquel con que Dios se ama a Sí mismo, que es el mismo Espíritu Santo, pues una es la esencia de la Divinidad y, por lo mismo, también es único el entendimiento que de aquella esencia nace de sí mismo, y único el amor que se tiene para consigo. El Padre, entendiéndose a Sí mismo, engendra el *logos* o la inteligencia, que es el Hijo. Y éste no se produce afuera, sino que vuelve al Padre y se detiene en ese Ser beatísimo. Por esta causa no engendra, porque está vuelto al Padre y no puede mirar a otra parte; y la generación es un proceso ulterior hacia lo que sigue. De este trato y como mirada mutua, nace su amor mutuo, que es el Espíritu Santo. Esta es la esencia, la naturaleza, la sustancia íntima de Dios de Sí y en Sí y no puede haber ya otra interferencia.

Hay que procurar con diligencia suma en que no se rompa la unidad y simplicidad de la esencia ni se confunda el número de las personas, pues todas cuantas cosas se separan en aquellos vocablos pertenecen a la relación entre aquellas hipótesis, como engendrante, engendrado, procedente, Padre, Hijo; las demás cosas que son de la esencia, son nombres únicos, como Dios, Señor, Creador y otras por el estilo. Y así como toda obra reproduce alguna imagen o semejanza del artista, por manera que de la obra puede colegirse el artista cuál es y del artista puede conjeturarse cuál será la obra, así también en todas las cosas es dable observar alguna representación de la Trinidad en la unidad de sustancia. En cualquiera cosa, la esencia viene a ser como el Padre, de donde nace la potencia, esto es, el Hijo, y de ambos, la acción, a saber: el Espíritu Santo. Es-

to mismo se observa con alguna mayor claridad en los animales, en los cuales, el que engendra, engendra otro ser de su misma especie y figura; no siendo así lo engendrado es un engendro, es un monstruo y un error de la Naturaleza; a seguida, el amor une y aduna el engendrante y el engendrado. Pero es tanto más eficaz y verdadera esta imagen en las mentes, cuanto que son más cercanas y semejantes a Dios como Mente que es. Por esta razón, Moisés, al narrar la historia de la creación del mundo, cuando llega al hombre, dice con palabras prestadas de Dios: *Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra*. Y esto mismo diría de los ángeles si de los ángeles hablara más de propósito. En la mente, pues, así del ángel como del hombre, la mente misma viene a ser el Padre; en la mente está la inteligencia, que de la mente parte, esto es, el Hijo; y de ambas, la violación, el Espíritu Santo. Y ni son ni más ni menos en el hombre y en el ángel.

Disputan con ardor los escudriñadores de la Naturaleza si aquellas tres cosas son de la misma sustancia o esencia, por cuanto parece que en el ángel y en el hombre pueden concurrir cualidades o adherencias de otra naturaleza o esencia que la de las mentes, acerca de las que son muchos y muy variados y muy discrepantes los pareceres. Pero esta cuestión y disputa no pueden hallar asidero en Dios, en quien no cabe combinación ni composición alguna, ni hay en El calidad ni cosa adyacente o allegada; en El la esencia es única y simplísima y de una sola manera tal, que Dios es El mismo y es el mismo Dios todo cuanto hay en El.

Dejo a un lado muchas otras semejanzas con las cosas que los Santos Padres antiguos señalaron. En la creación fueron designados tres: el Padre, Creador; el Hijo, la Sabiduría, a modo de un cierto instrumento; el Espíritu Santo, esto es, el amor y la causa que le indujo y animó para la obra. Los santos y sabios del judaísmo alcanzaron cierto conocimiento, deficiente y borroso, pero conocimiento, al fin, de esta Trinidad santa, que con el favor de Dios estudiaremos en el cuarto libro de esta obra. Un tenue rayo de esta verdad brilló a los ojos de la gentilidad. Zenón, fundador de la escuela estoica, dice que el *logos* es el hado, la necesidad, Dios y el ánimo de Júpiter. Platón, en el libro sexto de su *República*, dice existir cierto Hijo del Bien mismo, que en todo lo es muy semejante; que ese Bien es algo así como el Sol y que su Hijo es como la facultad de ver que tenemos gracias al Sol. Y en la carta a Hernia, dice jurar por Dios, Gobernador de todo cuanto existe y de todo cuanto existirá, y por el Padre y Señor del Gobernador del universo, y en su *Epinómides*, hace mención de la razón, divinísima de todo; dice, además, que lo tercero es inefable.

En Trimegisto hállanse copiosas sugerencias acerca del Hijo de Dios. Los poetas, que son más antiguos que los filósofos y que envuelven los más viejos recuerdos de la Humanidad en velos fabulosos, tienen a Minerva por la diosa de los ingenios y de toda la sabiduría, y por ende en ella personifican a la misma sabiduría, que no es más que la mente de Júpiter. Afirman, además, que fué engendrada de Júpiter solo, sin concurso de mujer, alumbrada de la parte superior y más noble de Júpiter: el cerebro.

Baste esa sucinta alusión a la fábula, que toqué no más que porque

se nos atravesó en el camino, a fin de que aquellos que se muestran escépticos ante todo lo que es divino, por incomprensible, no se nos ofrezcan tan ariscos y se muestren razonables y templados en ese punto de la Trinidad divina. Es un hecho que los filósofos que vinieron después de Cristo no rechazaron de plano la idea de la Trinidad divina, y luego de haberse dado cuenta que se apoyaba en razones poderosísimas y que no repugnaba a la Naturaleza, esforzáronse en arrebatarla de nuestro campo y pasarla y retorcerla a las invenciones y sueños platónicos. Pero la verdad hurtada y secuestrada no permanece oculta largo tiempo; siempre y a la vista de todos, trae la marca de su dueño y proclama cúya es. Platón y todos los otros, si algo decían del Hijo, decían más de lo que sabían o alcanzaban. El conocimiento de ese misterio es doctrina no del paganismo, sino del cristianismo. Pero sea de ello lo que fuere, ojalá esta cosa estuviere tan avanzada, que, plenamente admitida y aprobada la doctrina por nuestros adversarios, jamás nos apartásemos de su verdad ni aun del Autor.

CAPITULO III

CONVENIENCIA DE QUE DIOS VINIERA A NOSOTROS

Si alguno estudiare al hombre con la debida atención y detenimiento, hallará en él tan grande dignidad de naturaleza inficionada y mancillada con tanta miseria y pecado, que no es de maravillar que Dios se dignase poner los ojos en su obra, tan hermosa y excelente, y que, puesto que podía levantarla de su colapso, pusiera gran afán en restablecerla en su eminencia primeriza. Averiguar los diferentes medios con que pudo Dios conseguir esta rehabilitación y llevarla a término no es cosa atañedera a la mente humana. Indudablemente nos damos cuenta que tal como se verificó, quedó realizado con la mayor conveniencia y sabiduría y que nosotros no podemos imaginar procedimiento más cómodo y mejor, si es que ya no queremos ver invertidas y trastornadas toda naturaleza física y las leyes por que se rige el universo mundo. Por todas estas consideraciones, tendrá gran valor estudiar con ahincado interés el orden, la razón y las causas, según las cuales cada cosa se hizo y se perfeccionó. Por sí mismo, quiso Dios redimirnos de nuestra cautividad, levantarnos de nuestro caimiento, salvarnos de la perdición. Hacerlo, por otra vía, ni era razón ni conveniencia nuestra. El nos había creado por sí, para su felicidad, y nosotros nos apartamos de ella por nuestra culpa. Mayor y más amplio bien es ser devueltos a la eterna bienaventuranza prevista, que el ser engendrados y nacidos, porque es más grave e intolerable daño estar sumidos para siempre en una miseria que no tiene fin, que carecer en absoluto de existencia, como en veredicto pavoroso lo sentenció de Judas Nuestro Señor Jesucristo. Engendra el padre al hijo en el vientre materno, y la Naturaleza lo saca a esta luz y a esta vida. Más hace por el infante la Naturaleza que los padres, y más deudor es el niño a la Naturaleza que a los autores de sus días. Estos habíanle puesto en estrecha y tenebrosa mazmorra, y la Naturaleza lo alumbra a una situación incomparablemente más noble y mejor. Y si la perfección del hombre consiste en la consabida inmortalidad bienaventurada, ¡cuánta ma-

yor es la contribución de quien a ella le conduce que la de quien le mete y encierra en la imperfección y calamidad de ese destierro y esa cárcel! Y si Dios, por sí, nos hubiera enviado a esa vida miserable y otro nos llevara a aquella otra mejor, ese tal nos hubiera dado lo más hermoso y magnificente y le deberíamos lo mejor y más deseable, y a Dios le deberíamos lo que es más vil y menospreciado.

En creando Dios al hombre, quiso El crear por Sí mismo naturaleza tan excelente. Por esto dijo: *Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra.* Cada día El, como más arriba hemos demostrado, va infundiendo en los cuerpos almas humanas. Aquello, pues, que no se desdeña de crear por Sí mismo, pecado será pensar que no se digne restaurarlo por Sí mismo. Ello, a nosotros nos convenía grandemente y de no hacerlo, así nuestro quebranto fuera muy grave. El espíritu humano está inficionado y mancillado de la soberbia que contrajo por su delito, y malaconsejado y estimulado por ella tiene a menos sujetarse y obedecer al hombre, bien porque unas veces le tiene por sospechoso de ignorancia y otras, prevenido de torcida pasión. Y esto lo colige o de sí mismo o de las ajenas experiencias. Porque le supone ignorante recela que no tenga suficientemente conocidas y averiguadas las cosas que dice; y de su posible y torcido apasionamiento teme que no le quiera engañar y que dice esto o aquello por granjear dinero, influencia, favor, autoridad, admiraciones o que le lleven al redopelo y por la melena, como se dice, el odio, la envidia, el amor, la esperanza, el miedo; que sentiría y se expresaría de otra manera si estuviera en nuestro lugar, si fuera rico, si pobre, si criado, si príncipe, si soldado, si artesano, si marido, soltero, padre, hijo, doliente, sano, viejo o mozo, necesitado, peregrino, cautivo, desterrado o cualesquiera otras de las modalidades sin cuento que pueden presentarse. ¿Qué hombre entre los otros, o qué hombres resolverían y satisfarían tantas y tantas excusas y pretextos? Así fué que el pueblo israelita desestimó y desautorizó a Moisés y murmuró de tan gran virtud como la suya y de tanto amor como profesaba a su pueblo, luego de haber sacudido de sí toda memoria y perdido el respeto que le imponían tantos milagros. Su posteridad desertó del culto del verdadero Dios a la idolatría; mofáronse, persiguieron con encarnizamiento y mancharon sus manos en sangre de los profetas.

La gentilidad hizo escarnio y burla de sus filósofos, en parte porque no comprendían sus doctrinas de sabiduría y en parte porque, atollados en crímenes y maldades, aborrecían toda predicación de vida mejor y, finalmente, y por manera principal, porque a vista de ojos advertían que esos mismos filósofos observaban una conducta muy diferente de la que predicaban. Por todas estas causas, no solamente tuvieron los filósofos que apurar dicterios, ataques y escritos violentos en gran número, sino que no faltaron quienes vituperaron y condenaron en redondo toda la filosofía. Tiene el hombre muchos doctores para la verdad: el cielo, los astros, los elementos, las plantas, los animales. Todas las cosas nos hablan de su Hacedor, si queremos prestar oído, como en el salmo se dice: *Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento pregona ser obra de sus manos.* Pero el hombre aparta el oído, las mientes, el pensamiento de

todos estos pregones. Al hombre fuéle dado el hombre porque le instruyese, y a ése, unas veces le desoyó y otras veces le menospreció y otras le tuvo en sospecha. Ya ninguna doctrina nos aprovechaba. Fineza de la bondad de Dios fué, en ese apuro y desesperación, traernos por sí mismo un socorro que en vano nos había traído por mediación de otras muchas criaturas. Y fué en sumo interés nuestro que El en persona nos hablase; ni convenía que ello fuese de otra manera. Nadie puede dudar que Dios lo conoce todo y que no le empuja antojo alguno ni torcida pasión y que nada se refiere a un provecho de que no necesita, y todo, en cambio, se endereza al nuestro, porque El es bueno.

Allégase a esto que los movimientos de nuestro ánimo instantáneamente se yerguen y erizan contra toda ley que les contraría, sea de quien sea, y acúsanla de inicua e insoportable y recházanla hasta el punto que pueden, como los niños que se insolentan y rezongan contra las órdenes de sus maestros, o de sus padres, o de las personas mayores respecto de sus juegos y caprichos. Y si expresan sus quejas ante otros muchachos de su edad todos a una declaran que la persona mayor que les amonestó, es regañona y difícil, cuando no necia e imprudencia. Hartas veces la razón en medio de tanta gritería y tanta resistencia sufre eclipse y pasa al bando del ciego y clamoroso apasionamiento.

Y si alguno afirma ser enviado de Dios, no lo cree nuestra aviesa interpretación y sospecha que algo finge de su propio caudal o que no explica de buena fe las ordenanzas que recibió. Y cuando se dice que aquel mismo que con argumentos copiosísimos y señales evidentes demostró y evidenció ser El, Dios, que es el que manda tal y cual cosa, el ánimo se solivianta y protesta y murmura algún tanto, pero con todo se avergüenza y rechaza la contumacia de la soberbia, porque siente empacho de ser rebelde a Dios y se da cuenta de que es un juego peligroso. Y, mientras tanto, la razón más sosegada y libre reflexiona sobre aquello que se manda y halla no haber cosa más justa, más santa, más congruente. Allende de esto, los moralistas de la antigüedad, dado caso que a la virtud no le prometían premio alguno, hallaban a muy pocos que les fueran obedientes, tantos que no sin razón exclamó Juvenal, que era uno de ellos en sus sátiras: *¿Quién va a abrazar la virtud, si suprimes las recompensas?* ¿Cuál es el fruto de la virtud, cuál es el verdadero fin de la religión, y en qué debe afianzar su tranquilidad el varón sabio y bueno? La bienaventuranza eterna. ¿Y qué hombre podía prometer este premio, para ganar crédito, sino el mismo Dios, cuya unión constituye esa bienaventuranza? De los hombres, ¿cuál bajó de los cielos para hacer estas revelaciones? ¿Quién puede hacer tales promesas y garantizar su cumplimiento? Así fué que el mismo Moisés no prometió a su pueblo, en nombre de Dios y con sus propias palabras, más que terrenales bienandanzas. Y por lo que toca y atañe a las disputas de los filósofos acerca de la otra vida, ni ellos acertaban a explicar lo que decían (como que de ello no tenían cabal conocimiento), ni podían dar seguridad alguna, sino que a la buena de Dios echaban al voleo lo que para ellos era desconocido y fuertemente dudoso; para los unos, en parte, eran cosas ridículas, y en parte, fal-

sas o grandemente sospechosas para los otros.

A esto se añade que así como la vida humana no puede conducirse sin recto juicio, así tampoco sin amor bien ordenado, a fin de abrazar o rechazar cada cosa según su mérito y dignidad. De otra manera, no solamente andaríamos revolcándonos ignorantes y ciegos en lobregueces y tinieblas, sino luchando en asperezas y calamidades, por haber hecho dejación de la voluntad en lugares indignísimos, donde no se disfrute de aquello que se desea, sino que sufran tormentos y se expíe las aviesas apetencias de lo que no convenía desear, dejadas y tenidas en nada, lo que era sumamente ventajoso abrazar. Pues bien: los ordenados amores, como los juicios rectos, sólo puede comunicarlos quien no se puede engañar; sólo quiere comunicarlos quien posee la suma bondad. Por esto, al fin, sólo con ese maestro pudimos aprender las cosas que nos eran necesarias. Este fué quien trajo la luz a las tinieblas humanas y derramó claridades sobre la verdad agobiada y encerrada bajo las llaves de la duda; la desenvolvió del velo y confirmó los dichos de los profetas; y si los filósofos gentiles tuvieron acertadas enseñanzas, fueron aceptadas y recibidas, explicadas por este maestro y aprobadas por este autor. La ley mosaica estaba envuelta en densa y muy oscura calígine. Este Maestro la rasgó y descubrió y sacó a la luz los misterios encerrados en aquel arcano, como Tutor que es de toda verdad y Señor de todas las cosas. Demás de esto, limpió y acicaló la ley natural enmohecida y ofrecióla nítida y bella a los ojos de todos porque la mirasen. La ley buena y recta había sido sembrada por Dios en el pecho de los hombres; la cual, puesto que en los primeros comienzos del linaje humano era para todos igual, ley natural fué llamada.

Por causa del primer pecado y por la continuación de los pecados restantes arreció y se ensañó más y más la crual dominación de la ira y de la concupiscencia, so la cual, como bajo un régimen tiránico, la ley buena perdió su fuerza y su valía; quedó oscurecida, agobiada, vejada por la iniquidad. Así que se hizo necesario que El mismo que la había dado purificase y confirmase la ley de la Naturaleza. Cualquier otro no bastara. Todos a una, ángeles y hombres, estamos sometidos a la Naturaleza y no disponemos de tantas fuerzas que podamos recomponer, consolidar y reparar todo lo que en la Naturaleza está roto, debilitado, desquiciado y trastornado.

Sólo Dios está por encima de la Naturaleza; su Creador y su Señor. De ese Maestro recibimos la ley de la Naturaleza en toda su integridad; de ese Maestro convenía que la recibiéramos limpiada, acicalada, restaurada. De otra manera, la ignorancia y la sospecha humanas tuvieran el continuo recelo de sí, en efecto, aquélla era la ley de la Naturaleza. Enseñada por cualesquiera maestros humanos, jamás fuera segura, como aconteció antes de la venida de Dios al mundo. Y no es cosa que maraville. Todo lo humano, por grande y recio que sea, es quebradizo, porque procede de un vaso corrompido y quebradizo y es forjado por un brazo débil. Dios, en cambio, es todopoderoso y da a su voz una fuerza incontrastable.

Enseñónos, pues, Dios cuáles eran el origen y la causa de los males de esta vida, a saber: la Naturaleza averiada por la culpa, y el demonio, tentador solícito y astuto. Como

esta verdad fué ignorada de los filósofos, maravilláronse grandemente que en los hombres fuese tanta y tan pronunciada la inclinación al mal, siendo así que el ingenio humano tiende naturalmente al bien. Los poetas imaginaron determinadas furias que dijeron acosar a los malvados. Deparó Dios un remedio contra el demonio, conviene, a saber: la confianza en El, y contra el vicio de la Naturaleza, otro remedio, es decir, el don de su espíritu. Los filósofos ignoraban totalmente cuál fuese el camino para llegar a Dios y guardaron impenetrable silencio acerca de la *gracia* y de su espíritu y de la confianza para con El. Los seguidores más modernos del platonismo, como Plotino, Jámblico, Porfirio, señalaron determinadas virtudes purgativas, pero espúreas, y fruto adulterino, quiero decir, criatura ajena hurtada. Hurtáronla a los autores cristianos, porque ninguno de ellos, antes de la venida de Cristo, había hecho de tales virtudes mención alguna.

Sustrájonos lo nuestro el diablo —dice San Basilio—, *y esfuérzase en entregarlo generosamente a los suyos por sembrar escrúpulos en las conciencias, como si la filosofía bastase para todo y resultase superflua la religión.* Estas grandes verdades que nosotros defendemos y consolidamos con razones tan evidentísimas, jamás hubieran podido bajar a la mente de ningún mortal, si Dios no hubiera abierto los ojos humanos y las hubiera sacado de su profundo escondrijo a la luz y a la vista de los hombres.

A un solo pueblo fué dada la ley mosaica, y por esto, por mediación de un hombre de este pueblo; mas, las que se daba al universal linaje humano, muy razonablemente fué promulgada por el Creador de todos los pueblos, que conocía el carácter de todos, que tenía una norma única, atemperable y acomodable a todos ellos. La enojadiza musa de Lucano no recata su mal humor y desabrimiento, porque Amnón situó su oráculo allá, en lo postrero del Africa, *para revelarlo a unos pocos, y de esta manera sepultó la verdad en las arenas líbicas.* Era razón, pues, que existiera alguien que revelase la verdad a todos. Es fama que Platón, en un momento de gran inspiración y divino entusiasmo, preceptuó a sus seguidores que debían estar a sus mandados y obedecer sus órdenes, hasta que apareciese en la tierra otro hombre más divino que él, que abriera las fuentes de la verdad para que todos fueran en seguimiento suyo. Por todo esto, imponíase a su bondad, a nuestra salvación y bienaventuranza que viniese Dios a nosotros, como Maestro y Preceptor de la verdad.

CAPITULO IV

CONVENIENCIA DE LA VENIDA DEL HIJO

De las tres personas de la Divinidad conveníale al Hijo potísimamente la misión y función de ese restablecimiento; digo convenía a aquella propiedad por la cual es Dios Hijo. El mismo Hijo, pues, vino a nosotros en persona y nos confirmó y ganó para Sí. Dios no tomó carne por aquella razón porque es Padre o Espíritu Santo, sino por lo que es Hijo, conforme ya dijimos más arriba. Fué de congruencia suma que el linaje humano fuese recreado y reparado por aquello mismo porque fué procreado. El Hijo es la Mente de Dios y la Sabiduría de su Padre, como hemos de-

clarado ya. Esta Sabiduría creó el género humano y debió de ser esta misma Sabiduría la que, una vez caído, le levantase y le fortaleciese. Con su sabiduría, a manera de instrumento, por decirlo así, creó todas las cosas. ¿Y qué más? Todo lo que Dios produjo, prodújolo a una cierta imagen de su Hijo, Primogénito del Padre, Unigénito del Padre. Todas las restantes obras dependen de esta primogenitura. El acto primero y el principio de todos los actos es el Hijo de Dios. Las obras todas que el artista saca fuera de sí, guardan semejanza con las que antes estaban en su ánimo. Esta afirmación podemos comprobarla en nosotros, que obramos de la misma manera que en el ánimo concebimos. La inteligencia del Padre es el Hijo; necesariamente, pues, todas las cosas creadas deben serle semejantes. Y si ello es así, no cabe duda que debió aplicarse un modelo para restaurar la imagen borrosa y desvanecida.

Allégase a esto otra consideración. Todo pecado en los hombres se comete por el apartamiento de la mente humana de la sabiduría divina, como toda obra buena se realiza por el acercamiento y conversión a la misma sabiduría, pues la sabiduría de Dios ilustra y enseña a cada uno lo que debe hacer. El que la sigue, toma el camino que debe; quien se aleja de ella, se desvía y anda sin ton ni son por veredas aviesas y se le oscurece la mente porque no vea lo que le conviene y anteponga livianas comodidades a bienes macizos, de forma que no hay manera de dudar que con toda mala acción andan en mezcolanza el error, la oscuridad y la ignorancia. Y así es que cualquiera en el universo mundo, entre judíos, entre griegos, entre romanos, escitas, indios y cualesquiera otras naciones, obra rectamente, débelo a la sabiduría de Dios. No tiene otro Maestro. Pues bien, esta Sabiduría es el Hijo de Dios, de quien dice San Juan que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. Era, pues, atañedero y decoroso que se verificase mediante el Hijo la reconciliación, esto es, la purificación de los pecados para que la conversión y retorno a El nos granjeara la gracia y el favor de Dios, como la aversión nos había acarreado el pecado y la culpa. Al Hijo de Dios, pues, debe su salvación todo el que la consiguió en cualquier lugar, en cualquier tiempo. Enviado fué el Hijo por el Padre, no de otra manera que cuando la voluntad pone en la misma alma el gusto y el talante para contemplar y para conocer.

CAPITULO V

CONVENIENCIA DE QUE DIOS HIJO SE REVISTIERA DE HUMANIDAD

Vino a nosotros el Hijo de Dios vestido, por decirlo así, y abrigado de humanidad. Era este disfraz el más significativo y congruente, y el más adecuado para la misión a que obedecía, a saber: nuestra salvación. El perdón es un atributo de Dios, no de los hombres. Un hombre puede perdonar a otro hombre la injuria, perseverando en entrambos la recíproca voluntad hostil. Empero Dios no perdona al hombre si éste no vuelve a congraciarse con El, lo que no se consigue sino mediante la benevolencia y el afecto; ahora que no siendo para otro transparente el ánimo ajeno, para Dios, en cambio, todo es abierto y patente. El hombre no perdonaría al hombre si conociera que su ánimo está enojado

con él y alienta malas intenciones. La benevolencia, en cambio, nos reconcilia con Dios y nos prepara para la unión, según hemos declarado en el libro anterior. Esa benevolencia y caridad, puesto que el linaje humano, cargado como está con ese cuerpo de pecado, propenso y complaciente con sus antojos y concupiscencias, aplomado bajo el gran peso y partido y desmenuzado por los cuidados de esta vida, no las puede tener tan adecuadas y congruentes que le unan con Dios. Por esto vino un hombre que, unido con Dios y objeto de todas sus complacencias, supliera en aquellos que a El se aplicaban y a El se pegaban muy de veras y con toda su alma lo que faltaba a su amor para la bienaventuranza, a fin de que el Padre, ya incorporados en Cristo y como miembros suyos, los amara con el amor inmenso de su Hijo. Y esto era precisamente lo que deseaba la Naturaleza misma, y la razón de nuestra reconciliación, de nuestra salvación, de nuestra felicidad.

Unense los hombres con Dios por la caridad o amor y por la que es compañera del amor, la confianza. Y este amor y esta confianza provócalos así la bondad de aquel que debe ser amado y en quien se ha de confiar como el amor suyo para con nosotros. Y este afecto de Dios para con nosotros no lo entendía el hombre por la distancia de las respectivas naturalezas divina y humana.

Con haberse Dios hecho hombre nos demostró y nos puso delante de los ojos el amor de Dios para con nosotros, por manera que lo contemplamos no sólo con los ojos de la mente, sino con los propios ojos físicos.

Afuera de esto, el pecado del hombre le abocó a tres males grandiosos, la flaqueza, la ignorancia, la malicia, que le hicieron inepto para la imitación de la virtud divina, para el conocimiento de la verdad, para el amor de la bondad. Vino Dios vestido de hombre para ofrecerse al hombre imitable, cognoscible, amable; cosa que no pudo hacer más cómodamente que por la proximidad, la vecindad, la semejanza de la misma naturaleza. Ataña esto a la robustez y fuerzas de aquella doctrina, a saber: interesaba nuestras propias necesidades, de manera que quien mandaba lo que se había de hacer fuese el primero en poner manos a la obra y ejecutar sus propias ordenazas, porque de lo contrario iba a tener menos autoridad su doctrina.

Si viniera muy desemejante de nosotros, es, a saber: en forma de Dios, cada uno de nosotros iba a excusarse con ser muy inferior a Dios y no poder dar cumplimiento a sus mandatos. Apareció, pues, como hombre, parigual en todo con cada uno de nosotros en todo cuanto afecta a la constitución corporal y diónos una indudable ejemplaridad de vida, que debiéramos imitar sin tardanza; ejemplo el mejor, porque sólo El no puede engañar; ejemplo el más cierto, porque no puede engañarse.

El hombre hecho por el pecado, corporal y de carne, puede más fácilmente alcanzar, entender y seguir a Dios, por decirlo así, ya hecho carne.

Añádese a todo esto que consistiendo nuestra bienaventuranza en la unión con Dios, gran ejemplo y estímulo de nuestra confianza nos deparó Cristo al ver a un hombre unido con Dios, en Cristo; empecemos a esperar más firmemente nuestra propia unión y a creer que va

a ser indisoluble, como en Cristo, la contemplación. Es mayor asimismo la confianza de nuestra reconciliación con Dios, puesto que tenemos a Cristo, Hijo de Dios, como intérprete y garante de nuestra paz. De la privanza y gracia de cualquier hombre con Dios podemos recelar con más o menos fundamento, pues todo hombre es voltario y tornadizo; condición ésta que debilita y enflaquece mucho nuestra confianza. De Cristo no podemos abrigar tal recelo, puesto que está unido con Dios inseparablemente y está sentado a la derecha del Padre.

Demás de esto, era razón que Aquel cuya caridad debía suplir la caridad de todos le amase y fuese por El amado infinitamente. Circunstancia ésta que no puede darse en otros sino entre Dios Padre y Dios Hijo. Ni hay mero hombre que pueda encaramarse a tan alto grado de favor divino que pudiera impetrar de Dios cualesquiera cosas desease. Grandes ejemplos de ello tenemos en los santos y en los profetas y en aquellos que fueron muy amigos de Dios e íntimos suyos, a saber: Moisés y Abrahán.

Acreciéntase esa nuestra confianza y se enardece nuestro amor de Dios con ver que tiene cuidado de nosotros, pues por nuestra salvación nos ofreció a su Hijo; a su Hijo a trueque de esclavos; a su Hijo amadísimo, por nosotros enemigos suyos.

Por todas esas causas era menester que El fuese nuestro libertador, quien nos redujese de la servidumbre, nuestro restaurador, para enseñanza y ejemplo y desatamiento y soltura de los vínculos del pecado y de la muerte. Todo lo que quitares de Cristo, de su humanidad, de su divinidad, lo quitas de la bondad de Dios, del consejo de la sabiduría, de nuestra propia salud.

Oportunísima se presenta en ese lugar aquella pregunta acerca de qué género o cuál sea a punto fijo la unión de Dios y del hombre en Cristo.

Ardua es la sentencia, pues no hay cosa alguna acá abajo entre las criaturas que refleje exactamente aquella unión. Con todo, tiene alguna semejanza, como dice San Atanasio, con la unión del alma racional con el cuerpo, por manera que la divinidad en Cristo venga a ser como el alma en el cuerpo de los otros hombres; y su humanidad, algo así como el cuerpo. Y así como en este nexo del hombre el hombre todo, por razón de su alma, llámase racional y por razón del cuerpo llámase mortal y flaco, así también lo que en Cristo es de su divinidad y humanidad atribúyese todo a Cristo, de modo que es a una Dios Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, y hombre que come, bebe, duerme, se cansa, padece, muere y es sepultado. Semejante es también esta unión al nudo del amor y constituye un cierto linaje de amor, pues así como aquel Amor inmenso que también es Dios une al Padre y al Hijo en la divinidad, así el amor une en Cristo a Dios y al hombre por manera más alta y excelente de lo que el pensamiento humano puede alcanzar.

Así como el amor hace comunes todas las cosas y convierte al amigo en un segundo él mismo, como Aristóteles lo definió, así también esta conexión que excede toda amistad y cualesquiera otros amores, transfiere lo divino al hombre y lo humano a Dios. Y así es que el hombre es llamado Dios, inmortal, todopoderoso, y se dice que Dios padeció y murió. Para que no se escan-

dalicen los oídos ignorantes, digo yo que Dios, en su esencia, nada padece ni puede padecer; pero tampoco la humanidad de Cristo creó el cielo y la tierra. En esta fusión, permanece íntegro Dios y el hombre permanece íntegro. No se realizó esta conexión para que uno restase al otro ni un átomo ni una centella de su dignidad, de su majestad, de su esencia, de su naturaleza, no porque Dios fuese menor, sino porque el hombre fuera más excelente, si bien no por encima de su naturaleza. Ni Dios está recluído en el hombre como el alma lo está en el cuerpo; más aína el hombre está en Dios recluído. Pero así como el alma se sale fuera del cuerpo mediante la inteligencia y se expande por el universo mundo, asimismo aquello que Dios, con su esencia y presencia, llenaba antes de María, llénalo también después del parto de María, a saber: todo cuanto existe y todo cuanto no existe.

En este nexo y conjunción está esa comunicación de cosas humanas y divinas y no en las naturalezas humana y divina. Acaso me objete alguno: Si las esencias son distintas en realidad y sólo están prendidas por un lazo, ¿por qué transferís a la otra lo que es propia de una? Porque de otra manera no podríamos expresar adecuadamente si por esa comunicación de atributos no diésemos a entender ser aquellas dos cosas una cosa sola. Esto quiérelo Dios y a nosotros nos conviene para expresar más gráficamente la inmensa caridad de Dios para con Cristo y a través de Cristo para con nosotros, por la cual se dignó unir consigo al hombre, para que por su mediación nos unamos a El todos nosotros.

CAPITULO VI

DE LA VENIDA DE JESUCRISTO

La venida de Cristo, y su vida, y su muerte, y su doctrina, y todas las cosas que de ahí se siguieron, están henchidas de misterios adorables y ponen manifiesta su divinidad a nuestros ojos, si en ello queremos parar mientes con detención. No envió Dios a su Hijo inmediatamente después del pecado, ni aplicó el remedio a la enfermedad en su mismo principio, el cual, por lo mismo que hubiera sido desconocido, hubiera tenido poca aceptación, y por ende, eficacia muy escasa, presupuesto que el hombre hubiera desdeñado o tenido por de ningún valor aquello que tan pronto y tan liberalmente se le había ofrecido. Dejó Dios al hombre abandonado a sí mismo para una prolija experiencia con el objeto de ver si quien por su malicia había caído, podría levantarse por sus propias fuerzas. En el *Génesis* de Moisés, cuando Dios recrimina al hombre cara a cara, no se volvió el hombre a Dios, reconociendo su pecado, para pedirle perdón y paz, sino que el varón echó la responsabilidad en la mujer y la mujer echó la culpa a la serpiente.

Añádese a esto que la Naturaleza atribuyó al hombre cuerpo, alma y mente; y ésta es doble: de prudencia la una y de sabiduría la otra. Primordialmente ejercitóse el hombre en faenas corporales: en la caza, en la agricultura, en aquella primera edad remotísima, sin ninguna de las artes de la vida, atollados y encenagados en la carnalidad, y por esta causa le anegó en un diluvio purificador. El espíritu se rehizo después del Diluvio y curtióse en la guerra, en el honor que la valentía

reportaba, en el poder, en el mundo. A continuación apareció la prudencia, las artes de la vida, el gobierno de las ciudades, la elocuencia, el estudio de la Naturaleza. Con todo esto anduvo el hombre ajetreado; pero ninguna de estas ocupaciones le aprovechó un punto para conseguir aquella felicidad a la que estaba destinado. Vino el Hijo de Dios para dar libertad y soltura al hombre, esclavo del demonio y sumido en la servidumbre del pecado, y a quien habían puesto estrecho y peligroso cerco las riquezas, el poderío, los honores, la guerra, las artes humanas, la investigación del mundo natural, que no le dejaban levantar la cabeza. Cristo liberó, enseñó, instruyó la parte superior del hombre para que volviese y alzase las miradas a Dios. El conocimiento de Dios y la ciencia de su culto, que constituye la religión, es la verdadera sabiduría y como tal se la tuvo siempre en todas las naciones. Y así fué que el hombre, ya desconfiado de sí mismo y de su ingenio, donde veía tener tan ruin defensa, entendió a la postre de quién únicamente debía impetrar socorro. Obsérvose asimismo que el Rey de la paz nació en tiempos de paz, de la paz que en aquella sazón reinaba en todo el imperio del pueblo romano, que se extendía por la mayor parte del orbe.

Notan y encarecen nuestros autores cristianos que Cristo vino a la tierra cuando había llegado a su colmo la humana malicia y las costumbres habían caído en tan profunda degeneración, que ya no podrían diferirse más la reprensión y la rehabilitación. Esta afirmación no es de absoluta certidumbre. Lo que sí es indudablemente cierto es que Cristo vino a un mundo cultivado hasta un grado sumo, instruído y amaestrado en ciencias, en disciplinas, en práctica y conocimientos universales, porque nadie pudiera recelar que su venida fué una impostura hecha a la simplicidad. Dice Cicerón que gran predicamento fué el conseguido por Rómulo, quien, no en tiempos rudos e incultos, sino en un siglo ilustrado, fué tenido por Dios. Espántome que tal afirmación proceda de un hombre tan competente en el conocimiento de la antigüedad. ¿Qué pueblo había más inculto que el pueblo de Roma en los tiempos de Rómulo? Hiciéronle dios unos extranjeros advenedizos, bandidos, ladrones, esclavos traicioneros. Y en cambio, Nuestro Señor Jesucristo fué predicado en el pleno auge de la filosofía griega, y en una Italia atiborrada de literatura y de literatos, floreciente de talentos y de artes. Los astros no tuvieron la menor parte en su venida.

Es éste un acontecimiento mayor y más excelso que el firmamento y los luceros. Por eso no fueron astrólogos quienes predijeron el advenimiento de Cristo, sino las Sibilas de la gentilidad y los profetas de la nación judía. De tanta monta es la venida de Cristo, tan saludable a todo el linaje humano, necesaria en tanto grado, que fué conveniente su anuncio para que los que le precedieron le esperasen con confianza, los cercanos se aparejasen a recibirle, los presentes le reconociesen y los que vinieron después creyesen en su venida, a fin de que no pasase por alto o les dejase burlados aquella medicina, deparada para la común salud. No hay cosa más triste ni más acerba que adolecer de enfermedad grave e ignorar el remedio.

CAPITULO VII

DEL ANTIGUO TESTAMENTO

Pero acaso su misma antigüedad hundió en el olvido los vaticinios sibilinos; ni era pertinente la conservación de tales oscuridades envueltas y mancilladas de muchas supersticiones, como eran las admitidas por aquellos entre quienes vivían esas hembras présagas y cuyas ambigüedades y lobregueces ocasionaban que sus intérpretes pudieran licenciosamente torcerlas a sus individuales y caprichosos pareceres. Los vaticinios judaicos mucho más autorizados y excelsos quedaron reservados para la utilidad común.

Habiendo Dios creado al hombre, le instruyó sin enseñanza oral y sin letras, pero por culpa del pecado sordamente la ignorancia se insinuó en él y hasta se olvidó de aquella superior erudición. Con todo, dos cosas le dejó Dios: una para esperanza y solaz y otra para provecho de la vida. La primera fué que Cristo vendría para la redención del humano linaje; la segunda, fueron las huellas de la ley natural, la cual, si era seguida, caminaría por senda derechera al fin conveniente. Estas dos cosas, porque son necesarias al hombre, créense que fueron dadas al hombre por Dios, que es bueno y quiso, y es poderoso y pudo. No ignoraba el hombre que con sus propias fuerzas no podía levantarse. De haberlo creído, hubiérase implicado en un no más pequeño crimen de soberbia que antes. Con copiosas y amargas experiencias, había llegago a su impotencia y a la conclusión pesimista de que nada podía, nada sabía, nada era. Desahuciado de la esperanza de su propia redención, ¡cuánta fuera su desventura!

El primer profeta de Cristo Señor nuestro fué Adán. Que un día u otro amanecería para los hombres este beneficio de la redención era un tesoro que de mano en mano se transmitía de padres a hijos, además de que lo prometían entre sombras y celajes muchos acontecimientos para consuelo de los males presentes, como la muerte de Abel, figura de Cristo; como el arca de Noé, figura del Bautismo y de la Iglesia. Muchos otros actos confirmaban la ley natural; pero arreciando la ignorancia y, por ésta, la malicia, los hombres, ciegos a todo, no paraban mientes en nada.

Entonces Dios, compadecido de los hombres, suscitó el espíritu de sus santos. Y éstos escribieron para advertir y enseñar al hombre quién era el Hacedor de todo, cómo el pecado nació y se propagó entre los hombres, cómo Dios castigó a los malos. La historia de todo esto la tenemos escrita por Moisés, ora sea él su primer y original autor, ora la hubiere recibido de Abrahán, de quien opinan algunos que escribió algo de ello en lengua caldaica. Refiere el historiador Josefo que los hijos de Set consignaron en dos columnas la generación del cielo y de la tierra. Quede para él la responsabilidad de esta afirmación. La génesis del mundo está de tal manera escrita por Moisés, que los más grandes sabios que vinieron mucho después admiraron en ella la profundidad de la sabiduría y se rindieron a la verdad de la narración. Los filósofos pitagóricos y Platón, que siguió sus pisadas en su *Timeo*, plagiaron la creación mosaica del mundo, a veces casi con sus mismas palabras.

Después que casi la totalidad del linaje humano se hubo separado de Dios, Dios eligió a un hombre que de buena fe buscaba a Dios. En este

hombre hizo gala y demostración de su bondad y de su mano larga en retribuciones. Y eligió su descendencia por Isaac y Jacob, de la cual El nacería y que debían ser para los otros ejemplo y edificación, para que el hombre considerase cuán inclinado era al mal, cuán pronto sería rehabilitado y alzado del suelo por la mano de Dios, y con cuánta abundancia de socorro asistiría a quien se mostrare dócil a su dirección. Entonces mandó que para consolidación de la piedad y de la esperanza en el Mesías, prefigurado, fuesen escritos sus hechos. Con toda diligencia y puntualidad los consignó aquel mismo autor que narró los orígenes del mundo; es, a saber: Moisés. Y cuando los hombres, hundidos en la carne, no curaban de la bondad, sino de la fuerza bruta y del poderío, les dió a entender cuánta sería la pujanza que desarrollaría en el momento que quisiese.

Sacó de Egipto a la posteridad de Jacob con los consabidos milagros y portentos y con potente brazo aventó las gentes de la Palestina para colocar a los descendientes de Jacob en aquella tierra que había prometido a sus padres. Todo esto queda consignado en monumentos escritos para edificación de los venideros. Dióles una ley que, al presente, los apartase de la maldad y el pecado, y si querían levantarse en espíritu, entendieran cuáles debían ser en lo futuro. Entonces se escribieron las hazañas de aquel pueblo: la entrada al mundo de Josué, en la tierra prometida; y ya establecido en ella, cómo se vivía bajo los caudillos y los jueces; cómo los reyes fueron creados; el cautiverio de Babilonia; todo esto para la doctrina, la esperanza, la confianza en Dios. Todos estos grandes hechos eran como imágenes de más altos hechos, que habían de verificarse y como sombras de cuerpos y gloriosas realidades. Envió a los profetas como maestros y avisadores del pueblo, por cuyo ministerio parecía Dios visitar a aquel pueblo. Ellos, al presente, enseñaban la ley y la explicaban y exhortaban a su observancia. Encarecían y autorizaban esas predicaciones con el ejemplo de su vida santísima e invitaban y animaban a muchos a su imitación. Vaticinaban a aquella nación así los sucesos calamitosos que habían de sobrevenirle cuando la prosperidad la hubiere desmoralizado o se hubiera olvidado de Dios, o para su consolación los acontecimientos venturosos, a fin de que con la doctrina de aquella ley y la probidad de vida que con sus mismos ojos comprobaban tuvieran fe en aquellos que tales cosas les prometían. A todo esto se añadieron escritos morales, a los cuales los hombres se ajustasen en la vida común, de la cual son autores Job, Salomón y Jesús, hijo de Sirac. Otros, aumentan este número con Filón Alejandrino, a quien atribuyen el libro de la Sabiduría, cuestión que no es de este lugar. Y como la vida toda del hombre piadoso es un puro amor continuado, tiene nuestra alma delicias y sabrosísimos amores con su Esposo Jesucristo, en el *Cantar de los Cantares*, que refieren el diálogo y los requiebros de quienes aman castamente.

Componen el Viejo Testamento la historia del pueblo de Israel, para ejemplo y doctrina; la ley, para su observancia; las profecías, como aparejo y preparación de lo por venir, y los preceptos morales para todos los deberes de la vida. Algunos de estos libros tienen dificultad de ser entendidos por causa de la ambigüedad de la lengua hebraica y

por sus frecuentes traslaciones, a quien su propia vetustez oscurece. Cuando habla de Dios, puesto que se dirige a hombres rudos, lo acómoda y traslada todo a las costumbres y semejanza de los hombres; de otra manera, no lo hubieran entendido.

Con muy buen acuerdo dice Dionisio Areopagita, en su *Celestial Jerarquía*, ser más congruente que las cosas divinas se presenten bajo el ropaje metafórico de cosas corporales y corrientes que de cosas nobles y encumbradas; en primer lugar, porque, mediante ellas, el sentido humano está menos expuesto a error, pues está claro que éstas se dicen de lo divino, no con estricta propiedad, lo cual pudiera ofrecer duda si se expresaran con las más nobles figuras de las cosas corporales, especialmente de parte de aquellos que no aprendieron a excogitar nada mayor que los cuerpos nobles. Alléguese a esto la fraseología que ofende a muchos, ajena e impropia de aquellas lenguas a que ellos están acostumbrados. Usan de tropos y traslaciones gratos a aquellos hombres y a los tiempos aquellos y que ahora se nos antojan fríos, inspirados en las faenas y usanzas de aquellos hombres que eran por lo general agricultores y pastores; que nosotros somos pendencieros, galanes, litigantes, bien así como las traslaciones del latín arcaico fueron rústicas y más tarde se tornaron castrenses o forenses. Pero es razonable pensar que eso acostumbra pasar en todas las lenguas, aun las más conocidas y vecinas, como en la latina y la griega, en la latina y en la española. La frecuencia de las repeticiones es cosa de aquella época, según es fácil de comprobar en Homero, en quien las hay muchas y ofensivas. Demás de esto, en las obras poéticas existen traslaciones laudatorias traídas de muy lejos, que tienen la mayor eficacia gráfica para expresar el ánimo vulnerable e inflamado de amor, quien en viaje de exploración y peregrinaje por el mundo todo de dondequiera acarrea con qué contentar al amado, aun cuando los conocedores de esta lengua encarecen con muy subidos encomios su gentileza, su garbo, su gracia, su probidad y afirman que posee la mayor gravevedad y majestad, a la vez que los misterios más profundos. Con todo, hay algunos que se apartan con horror de la lectura de los sagrados libros, no por dificultad de su inteligencia ni por los misterios abstrusos a los que jamás se asomaron, sino a guisa de aquellos estómagos delicados o viciados que no pueden admitir los manjares más sanos si no están adobados con aliños y exquisiteces. Esos temperamentos, sin los aderezos y primores del lenguaje, a nada pueden dar orejas ni entrada en el espíritu, de modo que prefieren las fabulillas narradas con elegancia que la verdad pura, cuya belleza es la desnudez. Y ni aun sufren más acicalamientos en la oración que aquellos a que se acostumbraron, pues, por otra parte, si bien se mirare, hallarán muchos y grandes en las Sagradas Letras. Allí están todos los géneros de figuras y tropos de tanta y tan ingenua naturalidad como son los homéricos y que en ningún tiempo perderán frescura ni agrado.

Pero no negamos, no, la sencillez del lenguaje. ¿Es razón que en un convite que para todos se adereza y sazona, se atemperen los platos al gusto de un solo paladar? ¿Paréceles acertado a esos tales que Dios hable con sutilezas y preciosismos para granjearse autoridad y crédito? Les gusta constantemente el es-

tilo de Séneca, que parece estar a la continua en una escuela de declamación y maneja argucias y argumentos retorcidos y otras flores de dicción y de sentencia y que por ello, ¿cuál es del gusto de los más? No, no es razón que Dios hable así al hombre, sino como el señor al criado, como el padre al hijo, como el príncipe al vasallo, como el maestro al discípulo. Abundan en Séneca las sentencias que se distinguen más por su atavío y su rapidez brillante que por su verdad, como cuando dice: *El varón bueno es mayor que los dioses; Dios está más allá del sufrimiento del mal, pero el sabio está por encima del sufrimiento y puede rivalizar con los dioses en la felicidad.* Pero ni el mismo Séneca les satisface porque es un recaudador de la virtud demasiado severo. ¡Y qué más, si el mismo Aristóteles, tan gran maestro del bien decir y del recto sentir, enseña que a los más graves asuntos los deforman y en cierta manera los desvirtúan el brillo y el ornato excesivo de la oración!

Y así que las cosas de nuestra santa religión en ninguna otra lengua y estilo pueden reproducir aquella majestad que tienen en las Sagradas Letras. Los hay quienes desdeñan las historias de Abrahán, Isaac y Jacob. ¿Y eso por qué? ¿No hay en ellas, por ventura, gran variedad de lances y coordinación de sucesos y otras cualidades que son el embeleso de quienes las leen o las oyen?

Así es, en efecto; pero dicen que son cosas de pastores y de aldeanos. ¡Qué melindrosos son esos ignorantes pretenciosos! ¿Apolo no fué pastor? ¿No lo fué Paris? ¿No lo fué Pan, cuyas ya no digo historias ni hechos, harto sabéis que son fábulas forjadas para solaz y pasatiempo? ¿Y qué me decís de aquellas pastorales de Virgilio y de Teócrito, que leéis con tanto sabor y que aún canturreáis? ¿Qué narración es más apacible y fructuosa: la caza del jabalí de Calidonia o la historia de José, hijo de Israel? Unos y otros fueron pastores; pero esos pastores se aventajaron a cualesquiera reyes, porque fueron amados de Dios. Y de los jueces y los reyes, ¿qué? ¿Qué le falta a esa historia? ¿Será que tú prefieres leer las crueldades de Nerón que las mansedumbres de David; las idioteces de Calígula o la prudencia y sabiduría de Salomón? Pero es el caso que a tales lectores las opulencias les deslumbran. ¿Y qué opulencias hubo jamás más deslumbradoras que las de David y Salomón? Por lo demás, ¿por qué leen de los Fabios, por qué de los Fabricios, Curios, Quincios, Coruncanos, de Arístides, de Milcíades, de Foción, de sus filósofos?

¿Qué más diré? En las narraciones de los Sagrados Libros hay llaneza de afectos, hay verdad; hay sinceridad, y por eso su hechizo es más vivo. Y no falta variedad de peripecias repentinas no esperadas, situaciones apasionantes, maravillosas, todos aquellos episodios, en fin, que en el curso de la narración suelen cautivar el ánimo de los lectores.

En tiempo de nuestros padres hubo en Roma un tal Pedro, calabrés, tan apasionado por la lengua de los quirites romanos, que no osó acercarse a la griega por no contaminar su latinidad con ningún barbarismo. Con este dato comenzad a valorar el juicio de este hombre como si antiguamente todo el que en Roma fué latinísimo no fuera también grecísimo. Admirador tan ciego era de la antigüedad romana, que trocó su nombre de Pedro por el de Pom-

ponio, como si en los nombres hubiera alguna diferencia, no siendo que Pomponio, por causa de la *P* y de la *M*, suena más rotundamente. Así es que muéveles, no el significado de las voces, sino las voces mismas, como a las bestias. No sé qué otro lanzó esta exclamación: ¡Feliz tú, Publio Marón, que no tuviste que acomodar en tu poema los onomásticos Pedro ni Pablo!

¡Oh delirios pueriles en hombres ya hechos! ¿No saben que *Paulo* es un nombre romano, como *Mario* y *María?* No tienen escrúpulo en decir *Petra* (piedra); ¿por qué no también *Petrus?* (Pedro). ¿No se escriben estos nombres con letras y sílabas y no constan de acentos? Si ya no es que pensaba que los hechos de los dioses y de los héroes y de hombres facinerosos, manchados con toda suerte de crímenes, eran más aptos para la poesía que los temas sagrados. En eso yo soy en parte de su opinión. Los asuntos piadosos exigen mucha gravedad; en cambio, aquellas crueldades, aquellas rebeldías, aquellas avaricias, aquellas lujurias, reclaman un estilo desaliñado y tumultuoso. Pero esa úlcera tiene raíces más profundas. La impiedad está fija en las entrañas, que no solamente les hace desabrida la piedad, sino también aborrecible. Pero sigamos con Pomponio Leto y lo que había comenzado a decir. Celebraba el día natal de la ciudad de Roma y daba culto a Rómulo y a sí mismo se llamaba *Dictador*, y a Fedro, otro que tal, llamábale *Maestre de caballería* y otras excentricidades que no sé si Todas las veces que se excavaba un calificar de impías o de burlescas. mármol antiguo de las ruinas de la ciudad arrasábanse de llantos sus ojos. Preguntado por el motivo de este llanto, respondió: «Es la añoranza de mejores tiempos.» ¡Loco de remate!

¿Y qué tiempos pensaba que fueron mejores? ¿Los que discurrieron bajo los Caracallas, Cómodos, Domicianos, Nerones, Calígulas, Claudios, Tiberios, todos los cuales tuvieron guerra declarada a la virtud? ¿O anteriormente, cuando las guerras civiles de Antonio, Pompeyo, Mario, Sila, durante las cuales no hubo en el mundo todo ciudad más desgraciada que Roma? Ea, dime con franqueza: ¿No prefieres, por ventura, alguna obra filosófica de Cicerón, de Séneca, de Plutarco, de Platón, que el poema de Valerio Flaco? ¿Por qué esto? Porque son obras de filosofía y de moral. Pues bien: lo que en el Viejo Testamento se lee es también doctrina moral, no enseñada por magisterio humano, sino por el magisterio de Dios. Angel Policiano hacía ascos de toda lectura sagrada. Domicio Calderino no quería oír misa siquiera, y como unos amigos le llevasen allá, dicen que dijo: «Vamos al error común.» Sepamos de una vez cuáles eran las ocupaciones de esos fanáticos de la antigüedad pagana, para quienes eran vitandas sordideces las cosas de la religión y la piedad, pues a buen seguro debían de ser trascendentales y excelentísimas. Domicio andaba metido hasta los codos en las *Priapeas*, de Virgilio o de Ovidio, con mayor seguridad. ¿Qué ocupación puede haber más fea y abominable? Policiano andaba enfrascado en averiguar si debía decirse *Carthaginensis* o *Carthaginiensis*, si *primus* o *preimus*, *Vergilius* o *Virgilius*, y con estas bagatelas escribía centurias y más centurias, y cuando esta noble tarea le producía cansancio, se ponía a componer algún epigrama festivo sobre la *Venus macho*, en griego, porque tu-

viera más gracejo y resultase más venéreo y no lo entendiesen los que no sabían más que latín. ¡Grandes cuidados, en verdad, que con toda razón les hacían menospreciar u olvidar la religión y sus prácticas!

Sin embargo, los hay que en el Antiguo Testamento se desazonan con aquellos preceptos de la ley, tan indignos de la divina majestad, como ellos dicen. Yo no me maravillo que algunos se maravillen, porque la ley judaica es pueril, como que se daba a niños, y bajo la especie que los judíos habían de verla y que aun sólo así aguantan contemplarla, y desde este punto de vista es verdaderamente indigna de Dios. Y diré más aún: Si Cristo no hubiera afirmado que fué dada por Dios, muchos no hubieran podido convencerse de que así era. No obstante, dan fe a tan irrecusable testimonio, como también por haber el mismo Cristo alzado el velo de las realidades latentes bajo el enigma y la imagen y mostrado aquel semblante de la ley que es digna de Dios legislador, dando a entender cómo todo atañe a la esperanza de la futura redención y salvación. Cristo es el fin y remate de la ley y de los profetas.

Y así fué cómo Moisés, desconocido antes y de muchos escarnecido, empezó, por beneficio de Cristo, no solamente a ser conocido por los gentiles, sino a serles grato y risueño. Esto le daban a Jesucristo los ingratísimos judíos y no le reconocen. Todo cuanto precedió a la ley, por varios modos era figura de Cristo y de sus actos: vida, muerte, reino e Iglesia, como en la muerte del inocente Abel, en el diluvio, en los restos del linaje humano salvados por Noé, en la fe de Abrahán, en la obediencia de Isaac, en la simplicidad de Jacob; en la envidia y exaltación de José; en el cordero pascual, en la salida de Egipto, en el paso del mar Rojo, en la entrada en la tierra de promisión. Todas estas cosas, como sombras que eran del reino de Cristo, fueron con tanta diligencia consignadas por Moisés.

Toda la ley es sombra y bosquejo de aquella ley verdadera que Cristo había de dar digna de Dios, que la daba, y del hombre que la recibía; de ello me ocuparé contra los judíos. Las historias que se leen en el sagrado canon son figuras de Cristo certísimas. Prueba esta afirmación mía el que los restantes dichos y hechos que no pertenecieron a la imagen de la salvación quedaron relegados a los otros libros profanos, a lo cual hace referencia aquello que se lee en los libros de los *Reyes* y *Paralipómenos:* Todos los demás dichos de este o de aquel rey y todos sus hechos, ¿no están, por ventura, escritos en el libro que contiene las palabras y el reinado de los reyes de Israel?

Los profetas todos, fuese lo que fuese lo que de las cosas de su actualidad hablaban, avisaban, reprendían, alababan, erguíanse inmediatamente a la contemplación y a la perspectiva de la salvación y de la felicidad eterna y comunicaban algún vislumbre de la justicia, de la majestad, de la bienandanza mesiánicas, bien para consuelo de las aflicciones y estímulo para la virtud, bien para condenar los vicios y cohibir la impiedad. Y no de otra manera que los amantes, todo cuanto dicen, hacen, piensan, todo cuanto ven, todo cuanto les sale al paso, luego al punto lo refieren a sus amores, así también los profetas, de cualquier cosa, de cualquier hecho, tomaban ocasión para hablar del Mesías, por quien suspiraban entrañablemente y hacia el cual estaban

orientados sus pensamientos, hasta un punto tal, que a veces se sustituyen a sí mismos por el Mesías.

Creerás de cuando en cuando que hablan de sí mismos, cuando lo que dicen se ha de entender del Mesías, de idéntica manera que el amigo, cuando habla del amigo en plural: *Mucho hicimos hoy. Mucho hemos rendido*, y en singular: *Di remate al negocio; no se lo di.*

Son los profetas difíciles y muy oscuros por muchas causas, ora porque mezclan con lo presente conocido lo futuro desconocido, ora porque, barruntando en alas de su imaginación y pensamiento el porvenir grandioso y glorioso, no podían expresarlo con palabras asaz adecuadas, por ser indóciles al sentido y que hartas veces ellos mismos entendían deficientemente, cosa que también ocurría a los vates de la gentilidad. Añade a esto que, como aquello lo veían en su mente como en un espejo, expresaban los sucesos venideros unas veces como presentes, otras como futuros y en determinados casos como ya pretérito y cumplido, pues frecuentemente cambian las personas. Todas estas oscuridades Cristo las iluminó, y con figuras y sombras demostró su realidad efectiva, de manera que, conociéndola ya, ninguna necesidad tenemos de imágenes ni vislumbres. El judío, en cambio, todavía esta royendo la corteza durísima y sin jugo y presta asentimiento a cosas que no son dignas ni de Dios ni del hombre. Cristo sacó el meollo saludable. El es la sal, es la vida, es la luz del Viejo Testamento que vivificó lo muerto y saló lo insípido. Este tema lo trataré en otro libro. Ahora, a nuestro propósito.

CAPITULO VIII

DE LOS AUTORES EVANGÉLICOS

A la sombría calígine del Testamento Viejo, como a las tinieblas de la noche, sucedió el sol de Cristo y el día del Evangelio. Admíranse algunos de lo que de Cristo se cuenta, cosas grandes de quien era inmenso, cosas divinas de quien era Dios, sólo haya sido referido por los autores cristianos y no por otros escritores contemporáneos, judíos o gentiles. Tertuliano, Luciano de Antioquía y Eusebio de Cesárea afirman que fué mucho lo que de los hechos de Cristo, tanto por los presidentes de Siria y de Palestina como por los procuradores, se escribió al Senado y al príncipe, y añaden esos mismos autores que se conservaban entre otros escritos públicos en el archivo del pueblo romano. No puede menos de creerse que fueron muchos los que consignaron por escrito, encomendándolos a la posteridad, hechos tan grandes y tan públicos, parte en libros y comentarios y parte en correspondencias epistolares con los suyos. Demuéstralo aquel famoso capítulo del historiador Josefo en el libro décimoctavo de sus *Antigüedades*, en el cual este autor judío hace mención de Jesús, hijo de María, con estas palabras: *En aquellos tiempos existió Jesús, varón sabio, si es que es lícito llamarle simplemente varón; obraba hechos maravillosos y enseñaba a aquellos hombres que de grado escuchaban la verdad; se ganó la adhesión de muchos del judaísmo y también de muchos de la gentilidad. Este era Cristo. Habiéndole Pilato condenado a morir en cruz por las acusaciones de los primates de nuestro pueblo, no le abandonaron aquellos que de temprano se le habían*

adherido y aficionado. Al tercer día se les apareció vivo, conforme los profetas, por divina inspiración, anunciaron éste y otros milagros innumerables, y aun el día de hoy dura el nombre y el linaje de los cristianos que de él tomaron nombre. Esto dice Josefo.

Pero la antigüedad, madre del olvido, tragó los libros y las cartas y las actas del pueblo romano, como borró muchas otras obras, objeto de mayor celo y cuidado, como muchas de Cicerón y casi todas las de Varrón, acaso el más docto de los autores romanos. De Menandro, a quien en su tiempo todos se sabían de coro, nada queda; ni sobrevive nada de Ennio, Accio, Pacuvio; de Cornelio Tácito, de cuya estirpe se jactaba de ser el emperador Tácito y que tantas copias suyas ordenó y mandó colocar en las bibliotecas públicas, a pesar de todo, son muchas las obras que se echan de menos. Perdiéronse casi en su totalidad los oráculos sibilinos, sagrados para los romanos; como asimismo se perdieron las leyes de las Doce Tablas que los niños aprendían en las escuelas, por no mentar que de los filósofos que en número tan grande florecieron en Atenas nada absolutamente ha llegado hasta nosotros, fuera de Platón, Aristóteles, Teofrasto, a pesar de que es fama que dejaron una inmensa multitud de libros. A los escritores de las cosas romanas, que son los únicos que nos quedan, no les interesaban más que los hechos públicos del pueblo romano y las actas de sus príncipes. Gravemente se queja Cornelio Tácito de los historiadores latinos y griegos, que pasaron de largo, como si fuera un desconocido y un anónimo, ante Arminio, el gran caudillo germano, que infligió a Varo Quintilio aquella derrota tan sonada. Hay más: los gentiles todos sentían gran desdén por los acontecimientos de la Judea, como cosas de una superstición pasada de puro vieja, y ni siquiera se preocupaban de conocerlas. De tarde en tarde Tácito y Suetonio se ven obligados a dedicar una fugaz alusión a los judíos y a los cristianos, porque el hilo de la narración les llevaba a ello; pero de tal manera hablan de ellos, con tanta indocumentación y tanta ligereza, como si nada hubieran oído sino de niños que estuviesen jugando. Para estos dos autores las cosas judaicas y las cristianas les eran tan ajenas y tan lejanas como si pasaran en otro mundo y en otro linaje de hombres, y las referían a magia o a impiedad vana y maléfica. Mas en los tiempos que sucedieron después, cuando el nombre de Cristo, a guisa del sol, comenzó a derramar más espaciosas claridades, excitóse el odio de muchos contra la verdad aborrecida, y muchos escritos acerca de Cristo fueron suprimidos y destruídos por quienes deseaban y se esforzaban por borrar el nombre de Cristo del haz de la tierra y de la memoria y el corazón de los hombres. Y no faltaron quienes, no sintiendo mal de Cristo, callaron, sin embargo, todo lo que no podían reprobar ni se atrevían a aprobar.

¿Y qué hay que decir, en suma, aun cuando los cristianos solos hubieran consignado en monumentos escritos los hechos de Cristo y de sus discípulos? ¿Acaso porque los judíos solos escribieron la historia judaica debe ser ésta tenida por sospechosa? Nadie sino los griegos escribieron las cosas de Grecia y los romanos solos la vieja historia de Roma. ¿Quién hay que, no más por este motivo, les ponga pleito y les merme autoridad? Como si ex-

clusivamente los extraños o los enemigos fuesen los indicados para decir cosas ciertas e indubitadas y no corra más peligro la verdad de la malevolencia y pasión del enemigo o del desconocimiento y descuido del extraño. ¿Qué más? Va muchísima diferencia entre escribir la vida y los hechos de Cristo, y los de cualquiera otra nación, secta o escuela. Estos pueden ser referidos por extraños que no sean de aquel rito, de aquella costumbre, de aquella ley, de aquel instituto, de aquella creencia. Mas las cosas que afectan a nuestra santa religión nadie puede monumentalizarlas en escritos con honradez y diligencia sin que instantáneamente se pase a nuestro campo y se haga cristiano. Entenderá muy a las claras que ésa es la doctrina y el culto de Dios, donde exclusivamente está puesta la salvación del hombre, y que afuera no hay sino perdición indudable. ¿Y qué digo del escribir y del comentar las cosas de nuestra religión? Con sólo oírlas, con sólo meditarlas, con sólo conocerlas, en un momento de clarividencia e intuición, han sido muchos los miles que dieron a Cristo sus nombres, dando de lado de una vez para siempre, tenidas por pura nonada, todas las ventajas y provechos de esta vida y aun esta misma vida.

Por lo demás, aun cuando autores profanos hubieran escrito de Cristo, no hubiera Dios consentido que nuestra religión se afianzase en el testimonio de los extraños. Tan entrañable fué su deseo de que la suma de nuestra felicidad no fuese enseñada más que por hombres de vida muy santa y de toda ejemplaridad, porque no acaeciese que a esa historia, que en interés de todos debe estar establecida en tanta certidumbre y firmeza, le restase alguna autoridad la indignidad de los autores. Cristo no dejó escrita palabra alguna en absoluto, porque no había venido para grabar su ley en tablas o en pergaminos, sino en humanos corazones, bien así como El mismo, en el principio del mundo, había escrito la ley de la virtud en el pecho de los hombres. Por esta causa envió al Espíritu Santo, del Padre y suyo, para que fuera un asiduo mentor de su doctrina y un maestro presente en todo momento. Ni era conveniente que Dios escribiera en otra parte sino en aquellos mismos corazones que El había formado, y no pareciera que el escrito acudiera en apoyo de la voz divina como poco eficaz y supliera lo que faltase a su fuerza.

Ni convenía tampoco a la persona de Cristo que, después de su divina ascensión, pudiera mostrarse algún escrito suyo, porque con ocasión de él, la humana flaqueza desbarrase y para unos fuera retocado en exceso y para otros descuidado en demasía, porque diferentes como son los gustos de los hombres, a algunos no les pereciera tener toda la perfección asequible, como es digno y justo que la tengan las cosas de Dios. Cristo tuvo bastante con hacer aquello de que otros hicieran memoria, y si bien les parecía o lo creyeran necesario, lo consignaran en papeles para perpetuar su recuerdo. Escrita está en los corazones la doctrina de Cristo, cual la Iglesia su esposa, discípula del Espíritu Santo, la lleva grabada y clavada en su corazón; pero puesto que el hombre se olvida de la voz divina y movido de su malicia atropella y desoye la inspiración del divino Espíritu, plugo a la divina bondad que de las obras de Cristo se consignasen por escrito aquellas cuyo conocimiento bastara para la

salvación de los hombres y fuesen consignadas por aquellos cuya autoridad y crédito fuesen con razón aprobados por la Iglesia. Convenía que a quienes habían de referir a la posteridad los hechos de Cristo, quiénes sus prodigios y quiénes su doctrina, los hubieran visto uno por uno y los hubiesen observado puntualmente y anotado con diligencia y que hubieran conversado con El en estrecha familiaridad. No podía conseguir estos resultados la masa del pueblo, cuya opinión y testimonio es incierto y hartas veces vano, vagaroso, inconsistente. Cristo, pues, aun cuando la mayor parte de sus actos y, singularmente los principales, los hiciera en público, no se sometió al testimonio de la multitud; escogió setenta hombres a quienes comunicar más de cerca sus cosas y a otros doce hombres, especie de cohorte o compañía de amigos íntimos, que en público y en privado, en casa y fuera de ella, tuvieron con El trato familiarísimo, y conocieron sus más sagrados y secretos designios. Por si alguno cree ser éste un detalle de interés, diré que este número duodenario ya desde muy antiguo era sagrado para muchos pueblos, y parece preludiar y prometer ese sagrado colegio de los príncipes de nuestra santa religión. Doce fueron los dioses de Atenas; doce, los dioses selectos de Roma; doce, los dioses Consentes, divinidades etruscas: seis dioses y seis diosas, que forman el consejo ordinario de Júpiter, y gobernaban el mundo.

Dióseles el nombre de Apóstoles por ser enviados de Cristo como pregoneros del reino celestial. Fueron éstos hombres plebeyos, rudos, ignorantes de letras, de humanidad y de las artes liberales, sencillos aldeanos, que no sabían disimular, ni fingir, ni usar de astucia ni hipocresía; lentos y tardos no sólo para percibir las cosas grandes, sino también para creer, de cuya tarda lentitud y dureza de corazón Nuestro Señor se quejó hartas veces. Estos quiso Cristo que fuesen sus confidentes y testigos de sus actos, a fin de que una vez que hubieran entendido y creído, la fe fuera en ellos más estable y más cierta en el concepto de los otros, cómo acostumbra serlo el cuño impreso en materia dura.

Para propagación de las doctrinas humanas, como naturales que son, se necesita luz natural, a saber: ingenio agudo y cultivado; pero para la predicación de la doctrina celestial y divina, como sobrenatural que es, es necesaria lumbre sobrenatural, que es una pura dádiva del cielo. Tales fueron los Apóstoles. Rudos y lerdos los recibió el Señor, y cosa que entraña misterio muy profundo, los hizo muy entendidos y sabios, y dotóles de tal ingenio y prudencia, que todos admiraban su sabiduría y nadie pudiera sospechar que en aquellas materias se habían engañado. Significaron y testificaron saber las cosas que aseguraban y las tenían por muy averiguadas, no con protestas y juramentos verbales, sino por haberse desprendido de todas las cosas que tienen estimación en la vida y por la constante firmeza con que sufrieron dolores, tormentos, muerte acerba e ignominiosa. ¿Quién creerá que ellos no se negaran a sufrir males extremados por una especiosa incertidumbre? Por cosas ciertas y corroboradas con la más escrupulosa averiguación, ¿cuántos hay que afronten la prueba de su reputación y de su fortuna y desafíen la muerte y tan amarga? Pero el que miente, se propone en sus adentros gran-

jear algún provecho de su mentira: quién, dineros; quién, placeres; quién, fama y honores; quién, venganza o satisfacción de alguna pasión mala. Empero, los Apóstoles, con propagar y predicar la doctrina de Cristo, ¿qué cosa deseable buscaban para en vida o para después de su muerte? Para en vida, todo aquello para cuya expulsión y alejamiento los hombres acostumbraron mentir: pobreza, trabajo, sed, hambre, tormentos, ignominia, suplicio extremo, y para después de la muerte, infamia, y si la doctrina no era verdadera y celestial, penas en el infierno por mentira tan impía. Halagados y sobornados por tales premios, fácil hubiera sido empujarlos a mentir.

¡Y cuánta crueldad y cuánta inhumanidad no fuera que los discípulos de Cristo se entregasen a sí mismos a los peligros, a los tormentos, a la ignominia, a la más fiera de las muertes, y luego procurar con tanto cuidado y diligencia que una tan grande porción del género humano, por haberle inculcado el convencimiento de una falsedad y de una ficción, fuera a despeñarse en los mismos males. Algunos de aquéllos, pues, que acompañaron al Señor en sus misiones por la tierra y le conocieron de más cerca y con más íntima familiaridad, dieron publicidad a sus palabras y a sus obras, puntualizando lugares y tiempos donde los acontecimientos se realizaron, los nombres de los que asistían para que la verdad resultara más cierta e indubitada. Jamás osaran escribir tales cosas, si hubiera en ellas ficción, cuando todavía vivían muchos que habían visto al Señor y hubieran podido desmentir sus imposturas, especialmente cuando eran numerosísimos, que nada deseaban tanto y en ninguna tarea ponían tanto ahinco como en mancillar y entenebrecer nuestra verdad por los procedimientos que fueren. De todos cuantos consignaron por escrito los hechos y la doctrina de Cristo, aquella veneranda Iglesia primitiva, casi contemporánea de los acontecimientos evangélicos, aprobó no más que cuatro como intangibles y del más firme crédito y de la verdad más acrisolada; y los retuvo, de Mateo y Juan, que intervinieron personalmente en todos; de Mateo, que lo recibió de la relación de Pedro, y de Lucas, que lo supo de la revelación de Pablo y del relato de otros que habían conversado con el Señor.

Sabiamente dice San Agustín: *Porque no se pensase que por lo que toca a la percepción y predicación del Evangelio tuviera demasiada importancia que lo anuncien aquellos que fueron en seguimiento del Señor cuando se mostraba en carne mortal, o estos otros que creyeron fielmente lo que aquéllos les contaron, por divina providencia procuróse por el Espíritu Santo que a algunos de aquellos que seguían a los primeros Apóstoles se les atribuyese autoridad no sólo para anunciar, sino también para escribir el Evangelio.*

Estas son las palabras de San Agustín.

Pensaron que estas historias evangélicas eran necesarias y bastantes. Al admitirlas siguieron especialmente dos, por lo que toca a la verdad histórica, de la cual habían sido hechos noticiosos directamente de los mismos Apóstoles o de los varones apostólicos, discípulos inmediatos de los Apóstoles. Después de esto fué recibida y aprobada la verdad de la historia evangélica, cuando aún había sobrevivientes que habían conocido a Cristo en su mor-

talidad o habían oído a quienes le fueron familiares. A seguido, fué conveniente y provechoso aprobar lo que las edades consecutivas tuvieron por indudable, cuando todos conocían aquellos hechos y aquella doctrina no tanto por los documentos escritos como por tradición de aquellos que habían intervenido personalmente y lo habían visto por sus propios ojos. Estos, en definitiva, estaban en condiciones de juzgar lo que debía aprobarse y mantenerse, y al revés, lo que debía desautorizarse y rechazarse. Siguieron asimismo aquellos padres de la primitiva Iglesia el juicio del Espíritu Santo, que les enseñó que esos Evangelios estaban compuestos con mayor sabiduría e inspiración más que humana, y que fueron por divina revelación infundidos en su pecho. De ello hablaré luego al punto.

Pero se dirá: En determinados pasajes, estos cuatro Evangelios difieren entre sí. A esa dificultad contesta San Juan Crisóstomo: Esas pequeñas divergencias que a trechos asoman en los Evangelios ofrecen una prueba de su verdad, porque no parezca que se pusieren de acuerdo previamente si la coincidencia fuese total.

Estuvo el apóstol San Juan en Efeso, al mismo tiempo que San Pablo, y, con todo, ninguno hace mención del otro en sus epístolas. No se veían ni se hablaban mucho desde que cada uno por su cuenta, asaz ilustrado e instruído, evangelizaba, como armado por el Espíritu de Dios, porque no pareciese que anunciaban a Cristo de común acuerdo, sino aleccionados por la misma doctrina de Cristo y por avisos del Cielo.

En lo fundamental, jamás discrepan, a saber: que Cristo es Hijo de Dios, nacido de la Virgen María; que obró grandísimos milagros; que enseñó el menosprecio de las cosas de este mundo, la confianza y el amor para con Dios y los hombres; que llamó a los mortales todos a la eterna bienaventuranza; que padeció, murió, resucitó, subió a los cielos, que está sentado a la derecha de Dios Padre, que vendrá a juzgar a los hombres todos. Esto proclaman a una voz y con sentir unánime. Discrepan a veces en las circunstancias que los griegos llaman *perífrasis*, que cambian el fondo de la cosa. Este es más sucinto en la narración; estotro es más difuso. El uno dice que fueron curados dos; el otro dice que tres; el uno, a la salida de la puerta; el otro, a la entrada. Esto acontece por la razón de que es tanta la multitud de los milagros de Cristo, que los que son distintos, nosotros, por alguna analogía que tienen, creemos que son los mismos. Lo mismo sucede en el texto de la doctrina. En varios lugares y con palabras distintas dijo lo mismo Nuestro Señor. El uno refiere lo que dijo allá de este modo; el otro, lo que dijo acullá, un poco diferente. Forman los evangelistas como centones de la predicación y las palabras de Cristo que importan a nuestra instrucción y salvación. Y como coleccionan los hechos de Cristo, atendiendo más a su sustancia que a razones cronológicas, parece que son diferentes los mismos y que los mismos son diversos. Esto acostumbráronlo hacer también los escritores profanos, como es aquello (por poner un ejemplo que valga por muchísimos) que leemos en Virgilio en el libro undécimo de la *Eneida: Vimos, ¡oh ciudadanos!, a Diomedes y los campamentos argivos, y luego de haber medido el camino, superamos todos los azares.* Esto mismo se ve con palabras muy

claras en los *Hechos de los Apóstoles*, narrados por San Lucas: *Así vinimos a Roma, y de ahí, enterados los hermanos de nuestro viaje, nos salieron al encuentro hasta el foro de Apio y las Tres Tabernas.*

También a veces el uso de las palabras introduce alguna variedad cuando un escritor pone el mismo vocablo con significación distinta. Ejemplos de éstos están claros para el lector del Evangelio; pero éste no es el lugar de citarlos, pues mejor se demuestran en el propio sitio de cada ocurrencia, que se tiene debajo de los ojos.

CAPITULO IX

VIRTUDES Y EXCELENCIA DEL EVANGELIO

Por lo demás, si alguno más de cerca y con mayor detenimiento parare mientes en las virtudes y en la admirable hermosura del Evangelio, comprenderá, sin posible duda, no ser obra humana, sino de Dios, y que sin una especial inspiración del Cielo no pudo ser compuesto por ingenio alguno de hombre. Ojalá tratara yo aquí con quienes hubieran manejado y examinado el libro con alguna atención y diligencia; entenderíanse mejor las cosas que yo dijere y haría una regular economía de palabras. Tiénelo todo, como es regular que lo tenga, el libro divino, a saber: el libro de la salud humana.

Antes que nada, los preceptos que da este libro inmortal no se refieren a las artes u oficios humanos, ni a la especulación de las causas, ni al gobierno público o privado, sino a la inmortalidad y a bienes no fallecederos; por esto, llámase Evangelio, que quiere decir bueno y alegre anuncio. Las otras disciplinas, las ciencias, las artes, cualesquiera ellas sean, la prudencia de este mundo pregonan cómo se ha de llegar al mando, al reino, a las riquezas, al poder de ese siglo frágil y efímero, a mesa opípara, a los juegos, a los placeres, a los honores, a la gloria, a la sombra fría y hueca de la fuerza, al país que mana leche y miel, a las mujeres hermosas, a las francachelas cotidianas. Y en cambio, el Evangelio de Cristo enseña a correr con toda prontitud y ligereza al amor de Dios para unirnos con El por toda la eternidad; unión que nos ha de producir una bienaventuranza por encima de todo encarecimiento. Luego nos cuenta cómo Dios creó a todos los hombres, sin excepción alguna, aptos e idóneos para participar de su felicidad. Quiso también que la ley que El había de dar, a saber: el más certero e infalible camino de esa felicidad, fuese común a todos. No quedan de ella excluídos ninguna edad, ningún sexo, ninguna nación, ninguna condición de vida. Por esta causa se llama fe católica. Y si se entregó a todos sin distinción, como la medicina a los enfermos, era razón que pudiera ser recibida y mantenida por todos para su observancia y culto.

No se entregó un Evangelio oscuro y difícil de entender que hubiera aprovechado a muy pocos, sino fácil, lúcido, abierto y accesible a todos para que no hubiere nadie que no pudiese ir a sacar de allí, como de una fuente, todo lo que conviniere a su salvación. Pitágoras, Parménides, Heráclito, Platón y otros sabios antiguos, cuando creían haber averiguado algo de cosas divinas y misterios abstrusos de la Naturaleza, lo ocultaban con muy avara diligencia, o si lo publicaban,

comunicábanlo a muy pocos y aun ésos, muy amigos suyos y muy incondicionales; no lo confiaban a escrito alguno, y en caso de hacerlo, lo oscurecían con palabras raras, rebuscadas, tenebrosas. Platón, escribiendo a Dionisio de no sé qué pequeños misterios religiosos, mándale romper la carta inmediatamente, porque no vaya a parar en manos indignas. Otros oradores y filósofos se expresaron con más aliño, ornato, cuidado y sutileza en todo linaje de artes, quiero con ello decir que no escribían para todos o de su ingenio y facundia pretendían gloria y provecho. Pues bien: a esas obras literarias tan rodadas y elaboradas pocos se acercan y más pocos las entienden. No significa mengua ni peligro alguno el hecho de que queden en la clandestinidad, ignoradas y oscuras. Pero lo que conviene a todos y es necesario saber, aquello cuyo desconocimiento ocasiona calamidades extremadas e irreparables, es de toda conveniencia que lo entiendan todos suficientemente. Dios no solamente es Padre de los talentudos, de los doctos, de los ricos, sino que de todos, promiscuamente, se apiada y a todos llama e invita a Sí y quiere el bien de todos. Por eso Nuestro Señor Jesucristo ordena a los maestros de las iglesias: *Lo que se os dijo al oído, divulgadlo a los cuatro vientos.* Los hombres son avarientos para con los otros hombres, o refieren a su gloria o a sus particulares intereses lo que dicen. Dios, cuando nos beneficia, no atiende a sus provechos, sino a los nuestros con llaneza y benignidad. Esta es la causa porque siendo muchas y eficacísimas las razones que pueden darse de Dios, descubiertas por la fuerza natural y acumen del ingenio, con todo quiso el mismo Dios que quedara comprendido en su doctrina, clara y fácil, todo lo que nos era conveniente. Y si a aquellas razones de Dios no las penetran ni se llegan a ellas sino los hombres dotados de ingenio agudo y eso después de un estudio largo y ahincado, y necesitan un sano y robusto criterio para no engañarse, ¿qué no sería con aquellos a quienes aún no les permitió estudiar la edad, o no se lo consiente la salud ruin, o los negocios y cuidados inevitables de la vida, o se lo vedara el ingenio lerdo y tardo o refractario por propensión natural y ajeno de esta suerte de lucubraciones?

Por todas estas causas, propónese a todos esa doctrina celestial, y de una vez toda aquélla que conviene saber por autoridad de Aquel que ni puede engañarse ni engañarnos Si se dejara a las razones y a la especulación de los ingenios, correrían los hombres un grave riesgo en ese punto, sin el cual no se pueden salvar, porque las razones y los argumentos no siempre obran según su virtualidad, sino según la inteligencia en que cayeron, como la semilla en la tierra. Para los unos es sospechosa la más poderosa de las razones, y los hay quienes la que es simplemente verosímil, la admiten por irrefragable y certísima.

Propúsose esta doctrina de Dios con una suma facilidad, accesible a todos los ingenios, que todos fácilmente la asimilaran con llaneza de exposición, con ejemplos y símiles tomados de cosas archiconocidas. Y con todo, en esa facilidad y simplicidad, tan útil, tan conveniente a todos, ¡cuánta profundidad de misterios no oculta, que por larguísimo tiempo pueden ejercitar los eminentes y sublimes ingenios y ser pasto de los buenos y consagra-

dos al misticismo! No hay palabra en el Evangelio que no encubra algún grande y admirable arcano. Los que no habéis hojeado el libro con detención y meditádole con ahinco, creed a los experimentados o haced vosotros mismos la experiencia. Y experimentad también cuán manifiestamente en las obras de Dios son grandes todas y maravillosas, especialmente por este artificio, a saber: que bajo una apariencia fácil y tersa acarrean provechos muy grandes y ocultan materia de profundísima especulación que producen pasmo en los ingenios por más descollados que sean y que nunca se hartan de contemplarla, como en la hormiga, en la abejuela, en las cosas más chicas, en el cielo, en el sol, en los astros, en los elementos, en las cosas grandes, en los brutos, en las plantas, en el organismo humano, en las cosas medianas, cosas todas estas que contienen la mayor hermosura, la mayor amenidad, la mayor apacibilidad, la mayor utilidad y conveniencia. Y para su escrutinio e investigación, ¿qué cosa hay más profunda y más abstrusa? Así que en el Evangelio todo cuanto nos es necesario se nos hace encontradizo y está al alcance de la mano. Nada más grato para el alma que la contemplación de estos misterios, ni nada más maravilloso y excelso que su investigación y examen, ni nada que sea capaz de apacentar y cautivar las mentes sublimes con más soberano deleite y fruto, para que el espíritu preclaro y generoso no tenga necesidad de ir a buscar en otra parte el pasto conveniente a su preeminencia.

Grandes son estas cosas que acabo de decir, pero a no dudarlo, menores que aquellas otras en dignidad y magnitud. Esto fácilmente lo colegirá cualquiera, aun sin experimento y sin atenta lectura del sagrado Evangelio, por una conjetura manifiesta. Si nada absolutamente ha salido de Dios que no esté henchido de secretos y de maravilla, cuánto más es razonable que lo sea la vida de Dios en un cuerpo humano y en la tierra; la función y la administración de la salud humana y de la bienaventuranza, por lo cual, por decirlo así, los hombres se deifican como Dios en persona se ha humanado. ¡Cuánta admiración no produce que en todo el Evangelio, escrito ciertamente por hombres desconocedores de la sabiduría humana, no se halle aquello mismo que se halla en los monumentos literarios de los ingenios más excelentes, enriquecidos de gran erudición, experiencia y técnica, en los que tal detalle es contradictorio y desigual, y tal particularidad es inepta, pueril, fría, absurda, ridícula, que hay que perdonar al autor porque dormitó, como Horacio lo dice de Homero. En el Evangelio no hay tal, de modo que harto a las claras se ve que quien ilustró y gobernó aquellas mentes y rigió aquellas manos fué el mismo Dios, y que a ellos concedióseles una merced no concedida a humano ingenio alguno, abandonado a las solas luces naturales. ¡Cuánta coherencia tiene en el Evangelio la narración, qué andadura siempre igual; qué facilidad desafeitada y dondequiera semejante a sí misma! Su gravedad, su majestad son las que convienen a las cosas divinas. Nada de juego y de ridiculez. En ningún punto descendieron los autores evangélicos a ningún alarde de sí mismos, ni a citar sabios extranjeros, ni a insertar autoridad alguna de la sabiduría del mundo que entonces estaba en boga. ni a descripciones de regiones ni lugares, ni a digresio-

nes vanas y ociosas o que por su amenidad pudieran atraer al lector. No hay cosa huera ni porque sí, o esté fuera de propósito; no hay palabra que no tienda certeramente a su fin, con la mira exclusiva de la piedad. Y como sea que en lo que puede parecer mediocre y accidental brille de tal manera el efecto del divino consejo, menos asombro causará que no haya en ellos cosa oscura y torpe, como en el Alcorán de Mahoma y en los poetas de la gentilidad, ni chocheces de vieja, ni delirios ni blasfemias como en el Talmud de los judíos y en muchos filósofos.

En la exposición de las cosas que Cristo dijo u obró, resplandece la misma majestad imponente que en todo lo demás, o si se quiere más amplia aún y más sublime. Pues la Razón de Dios, el Hijo asumió la naturaleza humana para utilizarla como instrumento de nuestra doctrina, ejemplo, redención y una vez cumplida esta misión quiso hurtarla a los ojos humanos, porque el amor de los suyos no se detuviera en aquel punto, a saber: en la envoltura, sino que se transfiriese a la divinidad. Por lo cual, con objeto de que quedara patente que esta obra de Cristo era celestial y no terrena, que miraba a Dios y no a las cosas de este mundo, hicieron muy discreta mención de los ascendientes de Cristo, contentándose con mostrar que su linaje procedía de Abrahán y de David, a quienes había sido prometido especialmente. Y de su Madre, ¡qué poco dicen! ¡Y de qué Madre, digna de que se le dedicasen loores copiosísimos! Y El dice taxativamente que su madre y sus hermanos son los que obedecerían a la voluntad y mandatos de su Padre celestial, no repudiando, no, los que tenía por su sangre, pero declarando tener sus preferencias aquellos que se le acercaban por el espíritu. Por esto, los parientes que le siguieron no fueron antepuestos por el deudo que con El tenían, sino por el parentesco espiritual; es decir, por la excelencia de sus virtudes. Y por lo que toca al aspecto físico de Cristo, nada dijeron: cuál fuese su estatura; cuál, su semblante; cuál, su fisonomía; cuál, su voz; cómo vestía, caminaba, comía, bebía, descansaba; rasgos éstos que los cronistas, aun tratándose de personalidades mediocres, se complacen en comunicar a la posteridad con tanto mayor cuidado y prolijidad cuando trazan su biografía.

Esa abstención se explica por soberano consejo de Dios, porque no pensásemos que lo que conociéramos de la persona física de Jesús fuese sumo y acabado y excepcional en cosas al fin y al cabo neutras e indiferentes, como el vestir de una manera determinada y el comer y el hablar y el andar. De ahí ¡cuánto cuidado supersticioso y cuánta minuciosidad y escrúpulo en remedarle, y cuánta complacencia en quien lo consiguiera, tanto mayor cuanto fuera más natural, por manera que pareciese aire de familia y una suerte de parentesco carnal con el Hijo de Dios! La curiosidad y policía que en ello se pusiese supondría olvido de aquellas otras cosas que de veras son agradables a Dios; detendríamos en el hombre y no pasaríamos a Dios. Cuentan que Nicias, capitán ateniense, manumitió a un esclavo porque decían que se parecía a Baco. Le inspiró esa extraña determinación un escrúpulo religioso; pensaba no ser lícito que sirviese a un mortal quien tenía semejanza con un inmortal. ¿Qué no pasaría entre nosotros con quienes

reprodujesen naturalmente a Cristo en su rostro o en sus gestos?

Ni faltarían a su vez, puesto que son tan diferentes y encontrados los pareceres de los hombres, quienes opinasen que aquellas cualidades de Cristo no eran soberanas ni perfectísimas, y de ahí la antipatía para con Cristo, peste la más calamitosa para las mentes humanas y angélicas. No escribieron los Evangelistas palabra que no nos importase conocer ni nada omitieron que nos importase. Todo lo que es interés nuestro saber, está explicado en los Evangelios; lo que es objeto de simple curiosidad, quiero decir, lo que no importa para la salvación de nuestra alma, quedó preterido. Y todo esto lo tocan no en tono de panegírico, sino en apacible forma narrativa, en su pura y sencilla desnudez, que engendra la convicción inmediata de que fué el mejor de los hombres y el mismo Dios soberano y todopoderoso.

Por todas estas causas y razones puedo hacer esta afirmación tan osada como verdadera: Si toda la humana sabiduría se propusiera de consuno demostrar que un hombre determinado era Dios y que sus hechos y sus dichos eran divinos y acumulase en este hombre todo cuanto le pluguiera al ánimo fingir, y en este objeto de su ficción pusiera todos los primores del lenguaje y quilates del estilo y la fuerza lógica y la agudeza de razones, con todo no podría componer un Evangelio como el nuestro, quiero decir, un Evangelio tal capaz de convencer y persuadir, como los Evangelistas cristianos lo hicieron con sólo el contexto de la Historia, con una total supresión de toda la eficacia y ornato de la humana sabiduría. Y con esta afirmación mía, que acaso parezca increíble o no asaz probable a los profanos y a los ignorantes, acabará por coincidir todo el que con alguna profundidad ahondare en las sentencias del Evangelio.

A su antojo fingió Homero en Aquiles la semblanza del príncipe o del caudillo ideal, y en Ulises el espejo de la prudencia. ¿Y qué resultó? A Aquiles hízole cruel, sanguinario, desalmado, inhumano; a Ulises hízole astuto, fraudulento, mendaz. Jenofonte forjó a Ciro, como dice Cicerón, como el tipo del gobernante justo y templado, y dijo lo que le vino en gana y que todos sabían no aplicable a aquel rey; ¿y qué sacó? A un príncipe pugnaz, sembrador de guerras con semilla de otras guerras, olvidado o desdeñoso de las artes de la paz. Filóstrato, el retórico de Atenas pinta, por odio a Cristo, a Apolonio de Tiane como un personaje ahito de divinidad. Esta apología es el esperpento más fabuloso, más sin sustancia, más vacío de toda razón y juicio, y acaba por presentarnos un mago, colmo de la hinchazón, de arrogancia, de jactancia, cuyas imposturas y demencia, que en pocas palabras puso en evidencia Eusebio Cesariense, no es fácil que le pasen por alto a ninguna persona cuerda. Pero volvamos a los escritores de mente más sana, pues por lo que atañe a Filóstrato, en aquella su fantástica novela, no hay persona de juicio tan oscuro que no se percate que anduvo falto de toda salud mental. Platón fantaseó una república, escarnecida y silbada de todos. Minos, el cretense, fingió haberle el propio Júpiter dictado sus leyes; Licurgo, de Lacedemonia, dijo haber recibido del mismo Apolo las suyas, que fueron combatidas y confutadas por Platón, Aristóteles y los más grandes filósofos que en

el mundo han sido. Cicerón pidió prestada la imagen o, por decirlo así, la idea de una república justa y legítima a la vieja república romana, que floreció durante las guerras púnicas y poco antes; no existió, de memoria de hombres, república más inicua y turbulenta que esta que Cicerón tomó por prototipo.

¡Y qué escritores eran quienes soñaban tan bellas fantasías! ¡Qué talento el suyo, qué erudición, qué prudencia, qué elocuencia! Pero a primera vista veíase que era obra humana, es decir, débil y caediza. En los Evangelios, en cambio, resplandece por todos lados el arte y el consejo de Dios. El mismo Marco Tulio, ¿con qué cuidado, con qué ansiedad, con cuánto proyecto dice que va a consagrar la memoria de su hija y de todos los ingenios excelentes, y con obras griegas y latinas va a conseguir que se la tenga por diosa, y con qué interés escribe a Atico para que le compre un campo en un lugar famoso, donde erigir un templo a su Tuliola? ¿Y qué resultó? Escribió dos libros de la muerte de la hija, donde es de creer que con todos los recursos de aquel ingenio suyo tan grande y tan ejercitado en la elocuencia y con la pompa y el atavío de la oración puso todo su conato en persuadir a la posteridad que su hija era diosa; pero los contemporáneos y los pósteros hicieron mofa del duelo senil y del encomio frágil del obcecado padre.

Volvamos ya a todos los libros sagrados del Viejo y del Nuevo Testamento. El principio y la cabeza y la norma de los oráculos divinos y de la salutífera y necesaria verdad es el Evangelio de Cristo, que da la medida de todos los otros libros y los valora así a los del Viejo como del Nuevo Testamento. Las epístolas apostólicas son como una explicación de algunas sentencias del Evangelio y su explicación más difusa dictada por el Espíritu Santo para que comencemos a descubrir y reconocer la doctrina del mismo Espíritu, conforme y consonante con el Evangelio o por hablar con mayor justeza, una y la misma en los Apóstoles. Los *Hechos de los Apóstoles* es el primer edificio que se levanta sobre el fundamento de Cristo, en el cual insistirá la Iglesia de allí nacida, hasta que este edificio reciba su coronamiento en la vuelta del Señor, hasta donde sea posible, según los tiempos, regiones y estado de las iglesias. Todos estos libros son los libros de la alianza y del pacto de Dios con los hombres, llamado Testamento, según la propiedad de la lengua hebraica, pues es la alianza de la misericordia divina y de su reconciliación con el linaje humano. El Viejo Testamento de esta alianza contiene las sombras de aquella realidad que en el Nuevo está explicada y demostrada. El Testamento Nuevo fué dado para el conocimiento franco de la verdad, y el Testamento Viejo lo fué como preparación del Nuevo, para que los hombres, en aquella noche antes que el sol amaneciese, tuvieran la doctrina del culto de Dios y la especulación de las cosas más altas, latente bajo el nuboso enigma de las flacas; los ejemplos de la bondad de Dios para inspirarles confianza y de su grandeza y severidad para infundirles temor, a fin de que aquellos a quienes el temor había puesto en fuga y andaban errantes, quedaran detenidos como quien lleva lazos en los pies y porque no desesperasen les estaban aparejadas tantas y tantas obras de su misericordia.

En el Testamento Viejo, el len-

guaje y las sentencias son de niños; en el Nuevo lo son de varones ya formados, aun cuando, en determinadas ocasiones, Cristo habló a sus discípulos, como judíos que eran todavía, con metáforas judías y conforme a su gusto de mesas puestas en la eterna bienaventuranza, de manjares y convites y de otras cosas por el estilo, si bien muy pocas. Formaba el Señor a sus niños, primero puerilmente, y no quiso conducirlos a la plenitud y perfección de la doctrina ni meter en sus ojos bruscamente el fulgor de la verdad, hasta que, habiendo terminado la carrera de la vida, hubieran granjeado tanta autoridad en sus espíritus que deseasen mirar el esplendor de los grandes misterios y comenzasen ya a poder. El había depositado en sus pechos la semilla de toda verdad y de la doctrina santa que, entendiéndolas ellos poco en los comienzos, amaestrados luego por el mismo espíritu de Cristo, las miraron después de hito en hito. No trajo el Espíritu Santo a los Apóstoles una doctrina nueva, sino una explicación de la ya recibida; de esto hablamos ya antes.

El hombre dotado de razón y mente, hecho y apto para las disciplinas y el cultivo de su espíritu, ha menester de alguna disciplina para que aquella fuerza de su ánimo, activísima como es, no se enmohezca en el abandono y la ociosidad. Para la instrucción y las disciplinas no todos están dispuestos de la misma manera; los unos se aficionan y consagran a unas, y otros, a otras. Pero hay una que conviene al universal linaje humano, porque le es necesaria. Llamo necesario a aquello sin lo cual no puede vivir ni defenderse. Así como para la vida corporal, aun cuando quites al hombre todas las profesiones y todas las actividades y todo aquello que se acarreó para el placer o para la utilidad, es de todo punto preciso que le conserves el alimento si quieres que viva, así también hay una disciplina, hay un cultivo del alma, sin el cual no puede la vida del alma sostenerse ni propagarse, siendo así que puede sin todos los restantes. Esta arte es, a no dudarlo, aquella por la cual el hombre, después de esta vida corporal brevísima, alcanza la otra de la eternidad y aquel fin para el cual, por la bondad de su Hacedor, fué creado.

Esta es la ciencia de dar culto a Dios, que se llama religión; y está explicada en los libros de la alianza divina. Puesto que el hombre necesita de esta religión más que del pan que come, la bondad y la benignidad de Aquel que proveyó y aderezó el mantenimiento no descuidó lo que tan agudamente era conveniente y necesario. Son tales la bondad y la sabiduría de Dios, que nadie puede dudar que El se interesa por nuestras necesidades y que su remedio procede de El. Las disciplinas, pues, que tratan de cosas de deleite y de ornato o de utilidad práctica, temporal y fugacísima, fueron halladas y enseñadas por el ingenio de los hombres, y son de muy floja e incierta autoridad. Mas aquello que es menester que sea verdadero, aquello sin lo cual no podemos salvarnos, fué razonable que fuera de Dios. Sólida es y maciza la autoridad de su sabiduría infinita, que ni se engaña ni engaña. Convenía, pues, que estuviese fundada sobre la inmovilidad de la verdad eterna. De no ser estable, seguiríase una perturbación gravísima y una muy acerba calamidad. Por ende, todo el que habla mal detrae y deroga las Sagradas Letras,

detrae y deroga la bondad y benignidad de Dios y la confianza y amor nuestro para con El, que es nuestra salud y nuestro bien supremo y único, y no piensa ni obra de otra manera que si alguno, enfermo grave y peligrosamente, calumniase como nociva o rechazase o desdeñase por inútil la medicina salvadora, única que le hubiera ofrecido un médico tan sabio como amigo. Y a pesar de todo, esto que en tan alto grado nos conviene que quede bien asentado, cierto, estable, son muy muchos los que por su malicia intentan sacudir y cuartear o lo oscurecen con sus errores y lo sumen en las tinieblas, de forma que entre tantos que están empeñados en malearlo, corre peligro la insuficiencia y flaqueza de nuestro ingenio. La misma bondad divina que lo dictó a sus santos, dejó la norma y la luz que durará hasta el fin de este mundo, que nos guíe en las tinieblas y que nos sirva de medicina en la duda y en la incertidumbre: la Iglesia, cuyo maestro y caudillo eterno es el Espíritu Santo, a fin de que, por su gobierno, sea verdaderamente la Iglesia, como dice San Pablo, columna y fundamento de la verdad. Ella escudriña, examina, censura los libros místicos, prueba o desaprueba cada una de las palabras y los sentidos con las luces del Espíritu Santo, porque de no ser así seguiríase una gran confusión, perturbadora de todas las cosas. La Iglesia no admitió ni aprobó más que aquellos libros que están contenidos en el Canon como necesarios para nuestra salud, porque el Espíritu Santo le dió a entender que sus autores los habían escrito al dictado del mismo Espíritu de Dios. Recomendó muchos otros como útiles, pero no necesarios, porque no está segura de su inspiración. Estos otros autores, aunque al escribirlos se aprovecharan del magisterio del Espíritu divino, de quien provienen todos los dones santos, con todo el Espíritu no los dictó queriendo que fuesen perpetuos o necesarios a todos para su salvación.

CAPITULO X

DE LOS HECHOS DE JESUCRISTO

Acerquémonos ya más de cerca a los hechos y a la vida de Jesucristo, a fin de que todos entiendan que estuvo siempre regida por el divino consejo y que no convenía que en ella se hiciera ninguna cosa que no fuera como es y que todas las mentes humanas juntas pudieran hallar un plan mejor para nuestra salud.

En primer lugar, el Señor pudo fabricarse para sí un cuerpo nuevo de la tierra, como el de Adán. Pero El, que atraído por nuestro amor había bajado a la tierra, quiso estar unido con nosotros por la sangre y el parentesco ya para conciliar mayores afectos entre nosotros y El, ya para borrar en sí mismo más eficazmente el pecado, tenazmente clavado en nuestra carne, y también para ejemplo nuestro, que es más poderoso en quien, siendo hombre, no difiriese de la naturaleza de los demás hombres. Y así fué que se eligió una virgen de la tribu de Judá y de la familia de David, María, para que diese a luz a Cristo Nuestro Señor. No cabe duda que fué promovida a tan soberana dignidad por la grandeza de sus virtudes. ¿Y quién duda sino que quien tenía la facultad de escogerla de todas cuantas quisiera, la escogió descollada en todo linaje de virtudes y piedad, y tan semejante a Sí como fuera posible? Estaba desposada con

José, varón de la misma tribu y familia, para que fuese el custodio de su virginidad y de la debilidad de su sexo. En ello se miró no solamente a la castidad de la Virgen, sino también a su buena fama, porque no hubiera nadie que abominase como adulterio a un niño nacido fuera de matrimonio: Ella, antes de toda boda humana, concibió a aquel Varón admirable, sin contacto alguno carnal, pues no era decoroso que quien venía para testificar toda integridad, quebrase y destruyese la integridad en su madre. Además, para significar nuestra regeneración espiritual, pues así como Cristo, cabeza nuestra, nace de una Madre virgen, así también nosotros renacemos de la Iglesia virgen. También la Virgen María estuvo desposada. En ese punto es asimismo semejante a la Iglesia, que es virgen y es esposa.

Un ángel declaró a la Virgen el misterio. ¡Cuán acertado y concorde era que misterio tan soberano fuese anunciado por un ángel, si antiguamente las cosas de menor importancia eran anunciadas por ángeles a los patriarcas. Era asimismo decoroso que la Virgen no lo ignorase, porque creciendo el preñado, sin conocer la causa, cayera la doncella castísima en un mar de estupor y confusiones. Y era razonable que le enviara un ángel de semejante o de próxima condición para que supiese que no era una embajada vulgar la que con tal aparato enviaba el cielo. José, turbado a la vista de la gravidez de María, fué avisado por revelación celestial de lo que el Señor aparejaba para el humano linaje. Y así fué que el santo José, en todo justo y piadoso, se abstuvo en todo momento de allegarse a ella, y en la casa no fué otra cosa que escudo y velo del buen nombre de María, guardián del sexo débil y de la tierna edad del niño.

Nadie tiene motivo de espantarse de esta continencia de José y María. Guardaron esa misma continencia muchos pares de esposos de quienes se tiene memoria, el mártir Julián y Basilisa, Crisanto y Darío, alejandrinos; el rey Enrique y Cunegunda, Amós, Malco y otros sin cuento de quienes no quedó memoria escrita. El ejemplo de María provocó la imitación; la imitación confirma la fe del ejemplo, para que lo mismo que hicieron esos tan grandes, se animen a hacerlo los menores, y dado que éstos lo hicieron, no se dude de aquéllos. Y si consta la verdad de los menores ¿por qué en los mayores se ha de dudar? Más verosímil es que esto se verificase en la Madre de Cristo que en las esposas de los siervos. Sea porque José, ya en el trance de su desposorio, tuviera bien asentado en su ánimo el propósito de no unirse con mujer, sino de conservarse puro de su contacto, tanto que Dios, cuyo soberano consejo conducía a la Virgen a aquel misterio grande, asoció a su plan un tal cooperador, para que así como debía ser consorte suyo de toda la vida, lo fuese también en el propósito de su pecho; sea porque aquel varón, penetrado de religioso sentimiento, por el temeroso respeto que le infundía la majestad divina, no osó introducir la torpeza en el lugar santo, a saber: en aquel templo infinitamente más santo y sagrado que el de Jerusalén, o sean ambas cosas a la vez. La ocasión confirmó el propósito.

Se ha escrito que Filipo, rey de Macedonia, completamente persuadido que Apolo, bajo forma de dragón, se había ayuntado con su esposa Olimpíada, en lo sucesivo no se atrevió a acercarse a ella. Algo no dese-

mejante se nos refirió de Platón, ateniense, si ya no fuere que lo que es creíble de Filipo y del padre de Platón, no lo sea de José, y que tenga más crédito la superstición en el ánimo de los necios que la religión verdadera en el de los sabios y las sombras de la piedad en los impíos, que la piedad sólida y auténtica entre los piadosos. Cosa muy hacedera era para Dios conservar la entereza de su madre; con todo, el Señor la quiso desposada; no quiso nacer de madre infamada; prefirió que algunos dudasen de su origen divino que no de la pureza de su madre. Fácilmente El, con la grandeza y maravilla de sus obras, afirmaría y aseguraría y probaría su origen; pero no convenía que la limpieza de la Virgen quedase empañada con cualquiera leve mancha, cosa que hubiera conturbado y confundido sobre todo encarecimiento el espíritu de la doncella.

¿Y qué más? Aquellos que hacen a Cristo hijo de José, como los furiosos y rabiosos judíos, no piensan acusar la castidad de María, pues a su juicio, no hizo nada contra la ley; mas los que hubieran pensado mal de María, de rechazo hubieran infamado el origen de Cristo. Así, la deshonra de la Virgen sería por ambos compartida. En cambio, la duda de la paternidad de Cristo a ninguno de los dos hace injuria, porque se juzga que nada se cometió contra la ley del matrimonio.

Asimismo esto se orienta al ejemplo de la Iglesia, porque las otras mujeres no descuiden su buena opinión, como si en este punto fuesen desemejantes de la Madre de su Señor las que dieron que hablar mal de sí. Hay más: no carecía de misterio grande nacer de madre sin padre. No siendo así, ¿por qué hubiera resultado más feo tener padre que madre, puesto que el varón es más excelente que la hembra? Pero era sacrilegio puro que un hombre cualquiera se hubiera dicho padre de Aquel que tenía por padre a Dios. La teología de los poetas fundada en tradición oral antiquísima dice que Minerva es hija de Júpiter, nacida de su cerebro, que es la sabiduría divina; y Baco, que es este mundo, dícese nacido del muslo de Júpiter, que es su parte más ínfima, y Vulcano dícese engendrado de sola Juno, que es la humanidad de Cristo.

En la inminencia del parto decretó César Augusto, amo y señor del mundo romano, que cada cual se empadronase en su ciudad de origen, y como las familias de José y María eran de David, fueron a Belén, antigua patria de su gente. Como no hubieran hallado lugar en el mesón por la rebosante aglomeración de gente de la casa de David que allá acudiera dócil al edicto del César, María parió a su hijo Cristo Jesús el día 25 de diciembre y, envuelto en unos paños, le acostó en el pesebre. Al punto, sintió el infante frío y pobreza, es decir, las incomodidades propias de la naturaleza que había asumido; los ángeles, con grandes esplendores, desde el cielo invitan a los pastores a la adoración del Dios nacido; una estrella condujo al mismo lugar a unos Magos. Fueron enviados ángeles a los pastores de Judea, porque ya estaban acostumbrados a los coloquios angélicos. Si hubiera sido un ángel quien hablara a los Magos, existiría sospecha de intervención diabólica, pues los demonios avezáronse a hablar y alternar con los gentiles, pero no los ángeles de luz. Por esto se les muestra desde el cielo clara señal, tanto por ellos mismos, hombres versados en la con-

templación de los fenómenos celestes, pues entre los asirios, los magos vienen a ser lo que los filósofos entre los griegos, como por el hecho mismo porque no creyeran que el negocio pertenecía a ese mundo elemental, sino que era celestial y divino, y envióles una estrella para que supieran que en el mundo era nacido un nuevo Dios, aquellos hombres ejercitados en el conocimiento de los cielos y de la Naturaleza toda.

Pero subiendo un poco más arriba en nuestra contemplación, ¿qué quiere dar a entender todo esto, sino que del pueblo judío habían de acercarse a la adoración y culto de Cristo los pastores, conviene, a saber: unos hombres aldeanos y rudos, y que ellos iban a ser pastores de la Iglesia, y que de la gentilidad se arrimarían a Cristo los Magos, es decir, los seguidores de la sabiduría, hombres dotados de gran ingenio y doctrina, y que primero irían los judíos y luego los gentiles, unos y otros conducidos por lumbre celestial? ¿Y qué es eso de que a la llegada de los Magos toda Jerusalén se alterase, ora fuese por celos de que los gentiles fueran admitidos a la amistad y gracia de Dios, ora fuese por admiración de que la Iglesia se multiplicase, extremos ambos que leemos en los *Hechos de los Apóstoles?* Considerad con detención cada una de estas cosas, pues como ya desde el principio advertí, no hay palabra alguna que no encubra un misterio grande. Es circuncidado el Niño, que estaba exento de la ley, y el que es la misma limpieza y había de purificar a todos, es conducido a la ceremonia de la purificación, para enseñarnos a obedecer las leyes patrias y no dar a nadie pretexto de queja o de recelo. Se le impone un nombre adecuado, Jesús, *Soter*, en griego, que suena en castellano Salvador.

El rey Herodes, cuando se vió frustrado por los Magos, temiendo que no fuese a sucederle en el reino, ordenó dar muerte a todos los niños de Belén incluídos en la edad de dos años, inclusión que alcanzó a su propio hijo. Enterado de este degüello Augusto César, jocosamente comentó la ferocidad: *Preferible fuera*—dijo—*ser puerco de Herodes que ser hijo suyo*, aludiendo al rito judaico que les vedaba comer carne de cerdo. Se impone creer que Herodes vió y oyó de boca de los Magos alguna cosa grande, maravillosa, temible para él, por la cual no tuvo reparo alguno en ejecutar su crueldad no solamente contra los ciudadanos, sino contra su propio hijo natural. Para evitar ese estrago, José, avisado por un ángel, se retiró a Egipto con el Niño y la Madre. Con esto nos enseña el Señor que debemos esquivar las persecuciones, siempre que fuere posible, quedando a salvo la justicia y la piedad. La persecución del Niño Jesús augura e inaugura la persecución de la Iglesia naciente. Buscaba Herodes a Cristo para matarle; pero El se escapó, y fueron degollados los infantes, flores tempranas de martirio. Tan pronto como José conoció la muerte de Herodes, por mandamiento de un ángel vuelve a Galilea. A los doce años de edad se quedó en el templo, sin que lo supiesen su madre ni José, y disputó con los doctores hebreos acerca de la ley y el Mesías. Hízolo Cristo por razones poderosísimas; primeramente, para demostrar que ya entonces sabía a qué había venido y cuáles eran los mandatos del Padre, y que si hubiera querido enseñar, no estaba horro de sabiduría, y que no temerariamente ni de improviso había sido es-

cogido y llamado a soberanas misiones, como Moisés y muchísimos otros, y que no por azar había venido a dar en esa función docente, y que por eso, ya en su mismo nacimiento hubieron lugar tamaños prodigios, para que ya desde luego se supiera que El era el elegido, el designado, el enviado por Dios para la reparación del mundo. No leemos que hasta sus treinta años hiciera el Señor manifestación alguna pública que enseñase o que con signos y prodigios descubriese la majestad de su divinidad, y esto por razones no menores ni menos convincentes que por todo lo restante. Si de niño hubiera hecho aquellas tan grandes y tan estupendas maravillas, hubieran sido sospechosas para un gran número de gentes; unos las hubieran conceptuado y abominado como cosas de magia; otros las pusieron en ridículo, como niñeces y hubieran trascendido a la posteridad la desconfianza y el recelo de que hubiesen sido aceptadas y aprobadas por los contemporáneos con temeraria ligereza. Afuera de esto, ¿quién sabe si Cristo hubiera sido suprimido antes de tiempo, es decir, antes de haber completado sus enseñanzas, antes que hubiera podido dejar de sí un ejemplo sazonado y maduro, porque nadie acometiera empresas grandes antes de alcanzar la edad debida?

Hay más: convenía a la importancia de su misión que fuese desempeñada por un hombre hecho. El que había venido acá para dar ejemplo a todos, personificó en sí todos los estados y condiciones de vida respetuosa con la ley austera, callada, afable, urbana. Con todo, no se consagró a ningún arte ni oficio de los géneros de vida el varón bueno y que ha de acarrear común provecho; pero no igualmente todas las artes y oficios. Preveía que de haber ejercitado cualquier rama de la artesanía, fueran muchísimos los que la abrazarían depositando en ella las esencias de la religión; evitó, pues, aquello que muchos imitaran con quebranto; pero no evitó aquello otro cuya imitación y práctica no traerían ninguna desventaja. Observó perpetua castidad y no tomó esposa. No fuera bienquisto que tuviera una mujer por esposa quien tenía por esposa a la Iglesia, y que engendrara hijos carnales quien todos los días los debía engendrar infinitos, espirituales. Parecía bien en un hombre espiritual la castidad y limpieza del cuerpo. Allégase a esto, que había venido a hacer no hombres terrenos, sino celestiales, y para librarles del contagio de la carne, transfigurados por la pureza, que es una virtud del Cielo. Y, por fin, no quiso dejar ninguna diferencia entre la sóbole natural y la adopción. A todos les quiso crear espiritualmente, porque sepan que todos pertenecen a la gracia y a la adopción de la herencia del Hijo de Dios, no a la Naturaleza.

¿Pues cómo?, dirá alguno. ¿Es que da a todos ejemplo para que vivan solteros y castos? Sin duda, hasta el punto que cada cual lo pueda conseguir; pero como El mismo dijo, hablando de la castidad: *No en todos cabe esta palabra, sino en los que recibieron del Padre don de ello.*

Ocurren en la vida de cada cual muchos lances ciegos y fortuitos, muchas obras hechas por ajeno consejo, muchas, muchas anticipaciones ajenas y contrarias a las resoluciones posteriores. Si uno considera la vida de Cristo en conjunto o en detalle, verá que en su totalidad y de un cabo al otro estuvo conducida por su propio consejo y autonomía,

es decir, por su propia y libérrima voluntad. Todos sus actos son de tal santidad y sabiduría, y los primeros concuerdan con los medios y los medios con los últimos, que queda harto claro que la misma mente que gobernó los anteriores gobernó asimismo los consecutivos. Y por comenzar: el mismo nacimiento, que no está en la mano de los que nacen, ¡cuánta consonancia no tiene en Nuestro Señor con la austeridad de toda su vida! En el corazón del invierno, de noche, en una aldehuela exigua y fría; y en ella, no en el mesón, sino en un portal y reclinado en un pesebre. En ese nacimiento, como en toda su vida restante, resplandece la humildad terrena unida con la majestad y la gloria celestial, esto es, el hombre con Dios. En el pesebre y entre pastores le cantan y le sirven aquellos espíritus celestiales; en su presencia se ahinojan los Magos, es decir, la sabiduría del mundo.

No bien ha nacido el Señor, cuando se levanta la persecución contra El, desasistido, presa de temor y de terror, fuga y atolondramiento de los que son su guarda. Luego, la matanza de niños ordenada por el rey Herodes, mientras se busca a Cristo para hacerle desaparecer. ¿Qué imagen más conforme y expresiva así de su vida toda, como de Cristo al nacer en su Iglesia? El mundano poderío conspira contra el Ungido del Señor; sacrifican mártires, príncipes y reyes que maquinan acabar con Cristo; pero sus padres le sustraen y le esconden, como fué puesto en lugar seguro por su Padre, es decir, colocado en el cielo a su derecha. Por causa del Niño, son sacrificados niños; por causa del hombre, hombres; por causa del inocente, inocentes; es ofrecido en el Templo e inmediatamente prodúcense testimonios de santos y no menos de mujer que de varón. Poco más arriba expliqué la profundidad misteriosa del consejo por el que se quedó en el templo sin conocimiento de sus padres. Aún hay más: no leemos que en todo el discurso de su vida poseyese ninguno de los que se llaman bienes, ni campo, ni granja, ni dinero, ni domicilio propio o alquilado. No parecía bien que tuviese cosa particular Aquel cuyo es todo el universo, y ni aun vestido tuviera si el decoro permitiese la desnudez en la convivencia social. Consejo y determinación suya fué no poseer nada desde su nacimiento hasta su muerte.

No faltan quienes, llegados a la edad adulta alejan de sí la administración y propiedad de todas las cosas de la vida. Con todo, ésos algo tuvieron algún día. Obra de un consejo bien establecido y firme en Cristo y regla de toda su vida fué no haber tenido nada, ni comprado, ni regalado, ni heredado, ni alquilado desde la misma niñez hasta el postrer día de su vida, ni siquiera sepulcro en su muerte. ¿Y qué más? No tuvo ayo en su niñez, ni mentor ni consultor de sus acciones; ningún arte ni oficio manual ejercitó, que acaso los adultos puedan desempeñar según sus disposiciones. Mas tratándose de un niño, ¡qué extraño es que ni por su Madre, ni por José, ni por ningún pariente fuese acompañado a algún taller o a alguna escuela! ¿Nadie hubo en Galilea que por su parentesco, por su función pública o por simple curiosidad admitiese el niño para su aprendizaje? ¿Nadie que cuando ya era un hombre formado le aconsejase lo que debía hacer, y a cuyos avisos El prestara el oído dócil? Muy al contrario: si alguno intentaba amonestarle, El devolvía la amonesta-

ción en sentido contrario, haciéndole presente la obligación en que estaba de atender a los intereses del Padre celestial, y le contestaba con algún desabrimiento, como es de notar en el texto del Sagrado Evangelio. No fuera ningún pecado que un hombre fuese enseñado y amonestado de otro hombre y tomase su consejo. Moisés, a quien Dios habló y dióle la ley y la sabiduría, fué instruído por sacerdotes egipcios y advertido por su suegro y admitió el consejo de los ancianos de Israel; pero gran pecado fuera que la sabiduría de Dios fuese adoctrinada o siquiera levemente avisada por las tinieblas humanas.

CAPITULO XI

DOCTRINA DE CRISTO

Una vez que hubo inaugurado su magisterio, comenzó sus enseñanzas por la refutación de los errores autorizados por la adhesión de grandes sectores sociales acerca de las riquezas, los placeres, la honra, las dignidades, la popularidad y el poder, cuyo desdén y vilipendio encareció a sus seguidores como inconsistentes, vanos, falsos, perecederos y efímeros; dijo que el punto principal de su doctrina y el fundamento de toda su religión era el amor para con Dios y para con los hombres. Con ello dió a entender al hombre cuál era el fin y el destino de todos los buenos y cómo debía conseguirse. El amor de Dios, puesto que nos une con El, que es la suma bienaventuranza, nos hace bienaventurados; perjudican el amor para con Dios los amores de las cosas terrenales, entre las cuales alternamos. Menos ama a cada una de las cosas el que ama a muchas. Y el sentido, estragado por el uso y el placer de las cosas de este bajo mundo, como con la mano arranca el alma de los amores de las cosas soberanas. Debemos, pues, menospreciar estas cosas que vemos y tocamos, si deseamos colocar todo nuestro amor en aquello en que importa colocarlo. Nuestro amor no debe dividirse en muchas cosas, porque aun siendo todo, es exiguo. Toda la enseñanza de Cristo fué ésta, a saber: que todas las cosas de tal manera deben ser poseídas y usadas, que no lleguen a nuestro ánimo; no debe nuestra voluntad atraer a sí las cosas que no sirven más que a nuestra necesidad presente y nos sustraen al cuidado de la eternidad. Ordenó que se desechara todo lo que se oponía a este cuidado exclusivo: honores, amigos, parientes, hasta hijos, si fuere necesario, y hasta el propio cuerpo, y que a todo lo que fomenta y secunda este cuidado se le debe requerir y abrazar, a saber: la sobriedad, la paciencia, la tolerancia, la ecuanimidad.

Del amor de Dios nace el amor del prójimo, como debe necesariamente amar al hijo el que ama al padre. Las mismas cosas, a una, son perjudiciales y útiles a uno y a otro amor. Del deseo de riquezas, de poder y de gloria nacen lides, riñas, pendencias, rivalidades, matanzas, odios; de su menosprecio nacen la quietud, la paz, la amistad. A su vez también, y porque estamos formados y advertidos para aquel amor celestial, Cristo nos prohibe que nos aficionemos y avecemos a los odios y a las contiendas; quiere vernos unidos por la lazada del amor, para que ya, desde ahora, comencemos a pensar en aquella vida inmortal, y que no solamente se ha de corresponder al afecto del amigo, sino que no se debe profesar odio al enemigo. Precep-

to es éste arduo en demasía y áspero de practicar para nuestra mala costumbre inveterada y uno de los más difíciles de la religión cristiana. Así al menos lo parece a nuestra naturaleza estragada y corrompida por el sentir y las opiniones corrientes, porque al sentir de la Naturaleza, que Dios restituyó a su integridad, no hay cosa que merezca mayor aprobación, ni más equitativa, ni más hacedera. Todo lo que contraría la razón y el hábito de la Naturaleza anda torcido, desquiciado, viciado. La tendencia natural de nuestra alma es la de ir siempre dirigida y orientada hacia la verdad; la de la voluntad, al amor, a la caridad, a la benevolencia. Descarriada va, pues, la mente que tiende a lo falso, y torcida la voluntad que tiende a la malevolencia y al odio, pues el odio es una torcedura de la voluntad y como una enfermedad, bien así como la mentira lo es de la mente. Aquel, pues, que había venido para cortar a cercén el error, desterrar la maldad y raer el pecado del pecho de los hombres, no debía omitir esta adherencia tan importante y tan grave en la parte más principal y elevada del hombre, que era tal que hubiera acostumbrado al hombre a un camino, que es el opuesto diametralmente de aquel otro que conduce al cielo y al mismo Dios.

Empero ya te oigo que me dices: Fulano me odia, y me quiere mal, y me maldice, y me perjudica todo lo que puede. ¿Quieres, porque él es malo, ser malo tú también? ¿Quieres volverte loco tú porque él está loco? ¿Curará tu dolencia su dolencia? Y como si no bastara con que uno solo fuese malo, ¿quieres que sean dos? ¿Qué ataque más furioso de locura que dar tú de cabezadas contra la pared, porque tu enemigo da en ella da cabezadas? ¿No va eso contra toda razón, contra el juicio de la naturaleza normal? La vida de Nuestro Señor Jesucristo estuvo conforme con su doctrina, admirable y divina de todo punto. No poseyó bien alguno ni lo deseó, contentándose con abrigar su cuerpo y con su mantenimiento buscado día por día, fuese el que fuese. Ofreciósele un reino; lo desdeñó y lo rechazó; no fué en pos de placer alguno; jamás fué incriminada su conducta, ni la más leve sospecha de delito en medio de tanta envidia y tanto odio; nunca aduló a nadie, ni habló palabra por puro halago; habló con toda rectitud y con toda verdad, con inminente peligro de su vida; prefirió el oficio de Magdalena, que no estaba atenta a otra cosa sino a recoger sus palabras, a las faenas de Marta, que le servía a El y a sus discípulos y les aderezaba la comida y el hospedaje. No acabaríamos nunca de hablar de su modestia y mansedumbre. ¡Con cuánta ecuanimidad soportó los ultrajes que se le hicieron y sufrió todos los sinsabores y contratiempos! No volvió maldición por maldición, ni volvió el mordisco a quien le mordía. A veces reprendió los vicios con aspereza muy viva, no en interés suyo, sino del pueblo, o más propiamente de los mismos a quienes reprendía con aquella desazón, de modo que no había cosa ni más útil ni más mansa que aquel desabrimiento; ninguna burlería en su palabra ni donaire alguno en sus dichos o en sus hechos; todo en El fué siempre, como convenía en Dios, serio y grave.

Demostró su grandeza y el amor de padre que nos tenía, acomodándose, en su hablar, al alcance de aquellos a quienes se dirigía. No dijo nada por puro alarde de sabiduría, como lo hubiera hecho cualquiera

que hubiera granjeado autoridad y crédito con tan nuevos y admirables preceptos morales como lo hizo Mahoma en el Alcorán, los rabinos judíos en el Talmud y los filósofos de la gentilidad. Todo lo que se decía de este bajo mundo, Cristo refería al negocio de nuestra salvación, motivo único de su venida. Cuando se le contaba de aquellos galileos cuya sangre había Pilato mezclado con sus sacrificios y con aquellos dieciocho, sobre los cuales se había desplomado la torre de Siloé, no mostró sentimiento por su desgracia ni execró la crueldad del gobernador desalmado, sino que levantó a los suyos a más altos pensamientos. *¿Pensáis*—dijo—*que no había en aquellas caserías hombres peores que los que murieron? Así también os espera un grave desastre si no volvéis a la cordura.* Y cuando se le preguntó si era lícito a los judíos, pueblo de Dios, pagar tributo al César, hombre pagano, después de habérsele mostrado la moneda del tributo: *Si al César*—dijo—*le devolvéis lo que decís ser del César, devolved a Dios lo que es de Dios.* A los que le dirigieron preguntas vanas y superfluas, les dió respuestas de provecho, como a Pedro, acerca de la condición de la muerte de Juan Evangelista, y a otros discípulos, acerca del reino suyo.

CAPITULO XII

DIVINIDAD Y MILAGROS DE CRISTO

Sócrates, Platón, Séneca y otros personajes principales de la gentilidad hablan moderadamente de sí mismos y prometen poco y aun a veces, con una humildad exagerada. Todo al revés lo hace Cristo, que dijo de Sí lo más glorioso y grande que decirse puede; entre otras cosas, dijo que El era la Salud de los hombres enviado del Cielo a la tierra por su Padre; dijo que El era Dios, juntamente con su Padre, que creó el cielo y la tierra. Sienta bien en los hombres que piensen y hablen modestamente de sí; pero en Dios parece bien que nos enseñe quién es y cuán grande es. El hombre puede juzgar del hombre y de las cosas humanas, y por grande que sea uno, siempre se hallará otro que pueda valorar y medir su grandeza y su prestancia. Por eso, al que habló de sí con moderación y templanza, después que su virtud es conocida, se le conceptúa mayor y más excelente, y su modestia redunda en gloria tanto mayor cuanto más inesperada se manifestó su virtud. Mas por lo que se refiere a Dios, si El claramente no revela su esencia y su grandeza, ¿qué hombre o qué ángel acertará a comprenderlas? Por esto sus primeras revelaciones comienzan así: *Yo, Dios Todopoderoso*, etc., etc. De todos los que sólo veían a Cristo, ¿cuántos había que considerando la grandeza de Dios y la excelencia de su naturaleza, al ver a ese hombre, podían persuadirse que era Dios soberano y omnipotente? Ello entrañaría un grave peligro, pues dejar a un lado, sin entenderlos, a Sócrates, Séneca, Platón, se hace sin daño ni quebranto del humano linaje; empero es peligrosísimo que no sea conocido y sea ignorado Dios, de quien salen beneficios grandiosos. Incurre el hombre en ingratitud, no demostrando agradecimiento al bienhechor, ni ama como debe a aquel de quien no sabe que a cada momento recibe tantos beneficios y menos obedece mandamientos, si ignora que es Dios. Dios no necesita honra ni reputación que le acarree la modestia, como el hom-

bre. Somos nosotros quienes tenemos necesidad de su culto; de reverencia, de temor, de amor, por el conocimiento que tenemos de su poder y de su bondad, que nadie jamás conocería si El no nos los hubiese mostrado.

Y así fué que Cristo, para los venideros siglos de Sí y de su Iglesia, prometió el más espléndido porvenir, de cuya realización estaba cierto. De no ser así, si en alguna falsedad hubiere sido sorprendida en fundación tan nueva y tan maravillosa y tan alejada del sentir de los hombres, se hiciera mofa y repudio de todo lo restante como invención vana y ficticia. Comenzó por decir que El era Dios, Hijo de Dios; y como esta afirmación era estupenda, para confirmarla hizo milagros estupendos que le declarasen amigo de Dios. Ellos le granjearon autoridad, que no solamente lo hizo creíble, sino que alejó todo recelo de que tal hombre dijera tan sacrílega mentira.

Añadiéronse prodigios de tal naturaleza, que para quienes tuvieran algún poder de observación sería muy fácil colegir que solamente podían ser obrados por quien fuese Dios, Autor y Señor de la Naturaleza, y que se entenderían tanto mejor y se creerían con tanta más firmeza cuanto más sabio fuera uno y más conocedor de las fuerzas y facultad de la Naturaleza. A nacidos en ceguera y sordera, devolvióles no el sentido del ver y del oír, que no habían perdido, sino que les concedió generalmente uno nuevo; caminó sobre las aguas hinchadas como nosotros sobre la tierra firme; dió mandatos al viento, al mar, a la tempestad y los obedecieron dócilmente; expelió demonios de cuerpos humanos, purificó leprosos, robusteció miembros y partes cascadas del cuerpo humano, curó todo linaje de enfermedades; devolvió luz y vida a muertos.

De muchas maneras el milagro supera el poder de la Naturaleza. *En su mismo acto*, como detenerse el sol o hacerle retroceder de Occidente a Oriente; que una piedra o el cuerpo de un hombre se levante hacia arriba o un cuerpo pesado no se sumerja en el agua. En el *sujeto de la acción*, como devolver la vista a un ciego, la vida a un muerto, pues la Naturaleza puede darlas, pero no a ésos. *En el orden y método* con que se hacen, como curar de repente a un enfermo, hacer que llueva el cielo sereno, atajar de súbito el viento en su carrera, apaciguar una tempestad embravecida. También en el *agente*, como que un hombre penetre los pensamientos de otro hombre, o en el *instrumento*, como curar la ceguera con un puñado de cieno.

De todos estos géneros fueron los prodigios obrados por Cristo. Por si uno de ellos (dado que son tantos los pareceres de los hombres) fuera sospechoso o no satisficiera plenamente, fueron en tan gran número y tan variados, que no quedó ya materia ni ocasión de duda. Y obrólos de varias maneras. Los unos, *con sólo mandarlo*, para demostrarse rey de la Naturaleza. Otros, *invocando al Padre*, para indicar de quién recibía este poder, y para adelantarse y desvirtuar la calumnia de quienes decían que expelía los demonios en virtud de Belcebú, príncipe de los demonios. Algunas veces, *aplicando algún recurso*, como lodo, como saliva, para demostrar cómo Dios obraba; otras, *con sola una palabra o ademán;* otras, con no más que *el contacto del vestido;* otras, con los *instrumentos que quiere*, aun los menos indicados, como él

barro para alumbrar la vista. Para el Señor de la Naturaleza no hay instrumento que no sea apto, puesto que no necesita instrumentos; en determinadas ocurrencias, *con sólo imponer la mano;* en otras, *ausente, con sólo mandarlo.* Nunca buscó la ocasión de hacer el milagro, siempre aprovechó la que se le ofrecía. Para el uso de este poder milagroso no escogió previamente tiempo ni lugar, como hacen los embaucadores, sino *de repente siempre y asiendo la oportunidad;* no atendió *a su provecho* o a ventajas posibles suyas, sino ajenas, porque viesen que con el milagro no servía su gloria, sino que era llevado a su realización en confirmación de la confianza que se lo pedían para acostumbrar a los hombres a tener fe en El y en Dios. Jamás hizo ningún *milagro corporal que no tuviera grandes significaciones espirituales.* Referirlos aquí uno por uno sería tarea prolija y superflua, especialmente porque de estas cosas andan henchidos los libros de nuestros autores.

CAPITULO XIII

MILAGROS DE LOS DEMONIOS

Los milagros que vienen de Dios distínguense por muchos signos de los fingidos milagros diabólicos. El demonio, que odia a Dios, y quisiera apartarnos a nosotros de El, remeda todo lo divino que puede y con tanto mayor cuidado los milagros, porque ve que ello se acerca mucho al poder de la divinidad que está por encima de la Naturaleza. Así que, como por sus propias fuerzas naturales, es más poderoso que el hombre y más conocedor de las fuerzas y la facultad de la Naturaleza, burla con facilidad nuestros sentidos para engañarnos y apartarnos violentamente de la verdad; realiza, pues, obras estupendas, y fíngese (porque ello es atributo de la divinidad) sabedor de las cosas abstrusas presentes, pasadas y futuras, y aun de los mismos pensamientos, puesto que a Dios se le dice *escudriñador de los corazones,* para que el hombre titubee y vacile en la contemplación del poder divino. Es para la verdad una cosa perniciosísima (por lo que se refiere a nosotros) la mentira solapada bajo apariencias de verdad. Así es que, grandemente, adelgazan y disminuyen la fe en los milagros auténticos los milagros falsos perpetrados por demonios y por ministros de demonios; por esta consideración son más execrables, es decir, más semejantes a Satanás, aquellos que en los santuarios de nuestros santos fingen milagros por una sacrílega invención, con lo cual consiguen que, cuando su vanidad queda en evidencia, empiezan los hombres a dudar de los milagros reales. Los milagros traen consigo estas notas de su autenticidad: *verdad de esencia, cualidad, manera de acción, causa eficiente, causa móvil antes que se verifique y fin.* A estas, digamos, piedras de toque o piedras lidias, se deben examinar los milagros, tanto los de Cristo, los de los santos, divinos de verdad, como los fingidos y diabólicos, como son los que por sí mismo obra Satanás cuando, sin ser visto, habla o hace algo, como cuando aflige a alguno con una enfermedad y le sana, cuando llueve sangre, carne; cuando en el aire hace combatir ejércitos contrarios, o cuando, luego de tomar un cuerpo áreo, se hace visible a los hombres, como muy a menudo en ese Nuevo Mundo recién descubierto y antes en la Canaria y en las célebres islas Afortunadas, o cuando habla en un

ídolo, como en la antigüedad hablaba a los gentiles, o en un árbol, como en la encina de Dodona, o en un hombre, como en los sacerdotes y sacerdotisas de los templos. Tiene Satanás por ministros suyos a los magos, encantadores, trasgos, hechiceras y toda laya de adivinadorzuelos, augures, arúspices, intérpretes de sueños y agüeros, quirománticos, geománticos, hidrománticos y otras imposturas de la ciencia oculta, que no tienen números. Los escritores gentiles refieren sartas de esos milagros supuestos, por los cuales el demonio aparta las almas de la verdad y las confirma y enreda en sus trazas y engaños. En ellos, lo primero que se ha de considerar es que muchos de ellos no tienen *verdad de esencia*, sino trampantojos e ilusiones ópticas, como que no está en realidad enfermo quien parece estarlo o que no vive verdaderamente, como se cuenta que determinados magos con determinados hechizos consiguieron que cadáveres sin alma caminasen, hablasen y realizasen algunas de las funciones de la vida. Otros no son milagros porque hácense *por virtud natural*, verbigracia: mediante la aplicación de alguna hierba o algún hueso, o alguna piedra o talismán, cosas todas que puede ocultamente utilizar el demonio. Muchas cosas que son sabidas de los conocedores de la Naturaleza, tiénenlas por milagro de ignorantes, como son las que se hacen por aquella que se denomina magia natural.

Otras verifícanse de la manera más burda y ridícula, que harto se ve quién las hace, pues el demonio, porque nadie sospeche que se realizan con poder natural, manda que se reciten fórmulas y palabras que nada tienen que ver con el caso, como si para curar a un caballo se dijera: *El mar es salado y en el invierno se hiela*, o algo más absurdo todavía. De cuando en cuando el lobo se viste con piel de oveja y quiere que se añadan textos de la Sagrada Escritura, uno que otro verso del salterio o, con perdón sea dicho, alguna sentencia tomada del Santo Evangelio, o que se digan una o más misas rezadas, o que debajo del mantel del altar se pongan habas o cierto número de garbanzos, o que en una cuerda se hagan tantos nudos como veces se pronuncia el nombre de Jesús en la sagrada Pasión. Demos gracias a Dios, que no permite que nuestro enemigo nos tienda redes tan ocultas que no podamos de una u otra manera descubrirlas, si ponemos alguna atención, ni deja que seamos tentados por encima de nuestras fuerzas.

Otros milagros realízanse por medio de aquellos que, aun cuando fuesen milagros verdaderos, la indignidad de sus autores les restaría crédito y fe, criminales, malvados, maléficos, impuros, magos, brujas, hombres raeces y perdidos, cuyas imposturas no son dudosas. Otros se hacen sin que nadie los pida; otros, sin motivación confesable o por la sola ganancia, como los que hacen los magos y las hechiceras, o por donaire para reír, o para granjear una admiración liviana, o por pasatiempo, o por hacer miedo, como los que se verifican en el aire o por ostentación, como los que Filóstrato atribuye a los de Apolonio de Tiana, a los brahmanes, como los que cada día hacen los magos, las brujas, los encantadores que conviven con nosotros, como que la leche de una vaca pase a otra vaca y la mies de un campo pase a otro, como acostumbróse a

hacer en los tiempos más remotos. como Virgilio da a entender y más taxativamente la ley de las Doce Tablas: *No muevas con conjuros las mieses de un lugar a otro*. Dejo a un lado otros maleficios, que la crueldad satánica, mediante brujas, ejercita sobre los niños.

En las predicciones y manifestaciones de cosas ocultas queda no menos evidenciada la vanidad y engaño de Satanás. Fácilmente de las cosas pasadas puede conocer aquéllas en que él intervino, y las cosas presentes, por una razón idéntica. Sólo Dios conoce los pensamientos de nuestra mente, pero el demonio los colige por conjeturas exteriores, por el semblante, por el ademán, por la fantasía que para él es accesible; pero no sabe nada de cierto, como tampoco de las cosas futuras que él inquiere con sagaces conjeturas, por su conocimiento de los astros, por las cualidades de los elementos, como hacen los labriegos y los marineros, con gran asombro de quienes los ignoran. Los conocedores de la curiosa y óculta filosofía, traen muchos pronósticos; y muchos también los médicos en el ejercicio de su profesión. Igualmente, por el curso de las cosas y de la experiencia, de modo que de lo anterior colige lo siguiente, como hacen entre nosotros las personas sagaces y prudentes, a las cuales se refiere aquel proverbio: *Quien bien conjeturare, di de él que es el mejor de los adivinos*. Asimismo, por el aspecto de los santos ángeles, a quienes son semejantes en naturaleza y en poder de comprensión y de inteligencia. Y como todo lo sacaron de conjeturas, se quedan en la incertidumbre y dan respuestas ambiguas como: *Ajo te, Æacida, Romanos vincere posse;* y aquello otro: *Crœsus Habim penetrans magnam pervertet opum vim* (1). El *modo* como se hacen estos pronósticos, no puede ser más estúpido e incongruente y con razón ríéronse de él por debajo de la nariz los más grandes ingenios de la gentilidad, a saber: mediante el gorjeo o el vuelo de las aves, el pienso de los pollos, las entrañas de los animales, el chillido de los sorces o ratones pequeños, por los gritos inarticulados.

CAPITULO XIV

MÁS DE LA DIVINIDAD DE CRISTO

Tres cosas hay que considerar en Cristo: la sabiduría de su doctrina, la probidad de su vida, la divinidad de su esencia. Harto declara la sabiduría su propia doctrina, que siendo breve, clara, expuesta impuso silencio a las escuelas y a las disputas de los filósofos; declara la bondad su vida transcurrida con la mayor inocencia; los milagros que estuvieran por encima del alcance de los hombres y a pesar de ello lo parecieran, fueron hechos para probanza de misterios que superarían el alcance de los hombres, y con todo no lo parecieran. La misma ocasión del milagro miró siempre el provecho de los hombres; pero mediante ellos, Dios, su Obrador sapientísimo, prepara algo más grande y más saludable para todos los hombres en general, a saber: la confirmación y aprobación de la divinidad y de la doctrina de Cristo.

---

(1) Respuestas de oráculos citadas por Cicerón. Lib. II *De divinatione*, 56, que no pueden traducirse sin destruir la ambigüedad: *Dígote que el hijo de Eaco puede vencer a los romanos (o los romanos vencer al hijo de Eaco).*

¿Qué importancia tiene devolver a uno que otro hombre a la salud o a la vida? Como si todos los días no hubiera muchos miles aquejados de dolencias que rinden su tributo a la muerte. Lo más grande y que debe desearse, con un deseo único, es que se salven las almas inmortales por la fe en la doctrina de Cristo. Los milagros de Cristo fueron tantos y al mundo entero tan manifiestos, que no ha existido jamás pueblo tan sin pudor y tan contrario y enemigo de Cristo que haya tenido la avilantez de negarlos. Así que los gentiles, los judíos, los mahometanos, todos a una voz confiesan que Cristo realizó grandes y maravillosas obras; pero los unos dan diferentes explicaciones de los otros. Los mahometanos confiesan que su autor es Dios; los judíos y los gentiles dicen que el demonio. Pero el hecho mismo declara a todas luces que todos ellos se verificaron, haciéndolas y aprobándolas Dios. Aquellos sus primeros seguidores que luego de abandonar la ley y los ritos patrios, luego de repudiar y abandonar todas las cosas de la vida que acostumbran ser gratísimas al hombre, anduvieron en pos de Cristo, que le dieron crédito cuando hizo cosas nuevas y admirables, que le obedecieron cuando les imponía deberes ásperos y duros y acabaron por ofrecer sus cuellos por su doctrina y su gloria, vieron sin duda en El algo mayor y más excelso que la sabiduría y el poder humanos. Por una norma corriente de vida y que en nada se singularizaba y excedía de los otros, ¿qué hombre cuerdo hubiera renunciado a todas sus cosas, sin la compensación de ninguna esperanza que no fuese de pobreza, de calamidad, de trabajos, de ignominia, de muerte?

Esto, pues, que en su hablar y en su obrar estaba por encima de toda condición humana, necesariamente tenía que proceder de una fuerza y una potencia que fuera más fuerte y más potente que las simplemente humanas; tales, solamente hallamos dos, la diabólica mala y la divina buena. Demos por aceptado lo que todos admiten del diablo y que nosotros hemos declarado en el capítulo anterior, a saber: que por su naturaleza es ángel y por su albedrío enemigo de Dios. Entiendo comprendidos bajo el poder divino los ángeles buenos, que son ministros y servidores de Dios. La intención, el ánimo, el deseo ardiente y vivo es resistir a Dios, y hasta donde puede conseguirlo, apartar a los hombres de Dios con halagos, con blanduras, con astucia, con engaño, con juegos de pasa, pasa, con ilusiones, con amenazas, con terror, no omitir recurso porque el hombre no se una con Dios. Los milagros que obraba Cristo pertenecían a la autoridad de la persona, y por ende, a la corroboración de la doctrina. Su doctrina era que todos, luego de haber repudiado sin excepción todas las cosas de la vida, de haberlas menospreciado y tenido en nada, siguiesen a Dios, que le ofreciesen y le consagrasen sus almas, sus mentes, sus corazones; que rompiesen con todos los obstáculos que pudieron impedir o retardar este propósito y que abrazasen y secundasen todo lo que podía facilitárselo; que aborreciesen y abominasen del demonio como enemigo de Dios, que no tuvieran trato alguno ni comercio con él; que tuviesen como peste y veneno todo lo que de él procedía, porque era el origen y la fuente de toda mentira y engaño.

Y ahora dígame alguno: ¿puede

imaginarse cosa más implacablemente enemiga de Dios que el diablo? ¿Y pondría el diablo sus artimañas y sus fuerzas a robustecer y dar solidez y asiento a una doctrina, a una ordenación de vida que estaba en tan irreconciliable pugna con sus deseos? Malo es el diablo sin duda; pero no es tonto ni desconocedor de sus conveniencias. ¿E iba a poner sus trampantojos y sus afeites para apoyar una enseñanza tan antagónica con sus deseos?

Dirá acaso alguno con una suspicacia henchida de la malicia más sutil. El demonio coadyuvaba a la obra de Jesús con esta exclusiva cuenta y razón, a saber: inculcar y dejar bien asentada en el ánimo de los hombres aquella blasfemia e impiedad; que aquel Dios era hombre. Este adefesio tiene más de mala voluntad que no contiene daño efectivo. Esta conjetura no solamente está lejos, muy lejos de la verdad, sino de la verosimilitud. Si Cristo no es Dios, no pasa de blasfemia piadosa que nosotros le tengamos por tal; que ni sirve los fines del diablo ni es enemigo de Dios. Primeramente, Cristo no nos mandaba creer o sentir nada indigno de la majestad de Dios. La doctrina estaba conforme con Dios, nos purificaba de vicios, nos adornaba de virtudes, nos levantaba de la carne al espíritu, del mundo a Dios y nos consagraba a todos a Dios, uno y supremo. Todo cuanto hacía de grande y de admirable, El lo refería a Dios como a su Autor, y exhortaba y animaba a que le tributasen hacimiento de gracias. De ahí que el pueblo no raras veces exaltábase y glorificaba a Dios, porque en sus días había suscitado su profeta grande, por cuya medianería visitaba a su pueblo. En todo esto ¿qué cosa hay que no sea dignísima de Dios? De la humanidad que veían, jamás dijo que fuera Dios o Hijo de Dios, sino Hijo del hombre. ¿Y quién podrá tachar de blasfemia el que Dios se uniese al hombre para nuestra liberación, para la salvación de todos? ¿Acaso Dios no está unido, no es íntimo con todas las cosas? ¿Y que esté tan anejo, tan pegado al hombre, que el mismo sea Dios y hombre? ¿Qué blasfemia es, en fin de cuentas? ¿Por ventura no queda en salvo la naturaleza de ambos, su sustancia, su dignidad?

Dios no padece cosa que sea indigna de El; solamente la Humanidad es elevada a la comunicación de la excelencia divina. ¿Y es impío eso que demuestra la inefable bondad y amor de Dios para con nosotros, porque agiganta y fortalece nuestra confianza en la vida y salvación eterna? Diré más: ¿qué es la religión si no es sentir y pensar de Dios aquello por lo cual crece mi confianza en El y se enardece más mi amor para con El? ¿Y a esos fines cooperaba el demonio? ¿Con qué objeto, con qué interés? ¿Qué deseaba? ¿Qué pretendía? De decir Cristo ser Dios no siéndolo, resultaría una injuria hecha a Dios por Cristo; pero en ello no entramos ni salimos nosotros, que gracias a su doctrina y ejemplo nos hacemos mejores y más santos, nos alejamos del diablo, nos acercamos a Dios por el culto, por el amor, por la imitación de sus virtudes. ¿Quién va a creer del diablo, que él quiso, que él se empeñó, que él se esforzó porque se abriese en su reino, en su señorío una brecha tan grande, por el afán de sembrar enemistades entre Dios y un hombre? En el pueblo judío nada iba a buscar el diablo. Cristo jamás prohibió a ninguno que no obedeciese la ley, sino que más sinceramente y con mayor

rendimiento de la voluntad obedeciese a Dios que no depositase su confianza en un acto físico, sino en la bondad de la intención. Y en la gentilidad, ¿cuándo estuvo más lozano y floreciente el reinado del diablo: antes de Cristo o después? No ignoraba el demonio que la doctrina de Cristo era la supresión de la idolatría.

A todo esto se añade que el procedimiento de los milagros y su manera son absolutamente contrarios a los demonios, como he explicado poco ha; y así como Cristo apartó muy lejos a los suyos del comercio del demonio y de la imitación de su mente tan torcida y tan malvada, así los demonios a su vez, por todos los medios y con cuanta astucia pudieron, se esforzaron por arrancar y separar los hombres de la fe en Cristo.

Donde la autoridad de los demonios era suspecta y malquista, como entre los judíos, allí le recomendaban y le encarecían para elevar su fe; donde su autoridad era eficiente y poderosa, como entre los gentiles, allí la vituperaban y la perseguían; y si los demonios no le favorecían, al contrario, le eran hostiles y enemigos capitales, resulta que su favorecedor, su ayudador en obras tan grandes fué Dios. Y si lo fué Dios cuando Cristo se proclamaba Dios, era, pues, Dios; pues de no serlo, jamás hubiera habido enemigo de Dios más grande y encarnizado. En comparación con éste, ¡cuán chico fuera el pecado del diablo! El demonio codició no más que la igualdad con Dios. Y Cristo le usurpaba su esencia, su naturaleza. Y si el ángel réprobo fué tan gravemente castigado por haber ambicionado la igualdad con Dios, ¿qué no hubiera hecho con aquel usurpador, con aquel ladrón de la sustancia, de la esencia de la misma divinidad?

Es, pues, Hijo de Dios, de su misma naturaleza y esencia, enviado al mundo para nuestra salvación. Yo no tendré reparo en añadir y afirmar que si fuimos engañados en Cristo, Dios nos engañó. Atribuyó Dios a Cristo tanta sabiduría de doctrina, tanta ejemplaridad de vida, obras tan admirables, negocio tan saludable para todos, tan digno de la bondad de Dios, que si realmente fuimos engañados, con razón sobrada pudiéramos quejarnos a Dios de habernos engañado. Pero Dios ni quiere ni puede engañar a nadie; ni nosotros tampoco nos hemos engañado, porque, en hecho de verdad, Cristo, en quien tenemos puesta nuestra única confianza, es Hijo de Dios y Dios, Doctor y Autor de nuestra salud y de nuestra bienaventuranza interminable.

CAPITULO XV

PASIÓN Y MUERTE DE CRISTO

Si el hombre hubiera continuado en aquella primera integridad con que Dios, su Autor y padre, le dotó en su origen, nada le fuera más grato, nada le fuera más sabroso que la ley de Cristo, y que él hubiera aceptado del mejor talante. Pero anochecida y agrietada su mente, excitada por la ley de la concupiscencia y temerario y violento despotismo de la carne, ninguna cosa le pareció más desabrida y hostil que aquello que le convenía en mayor grado, como la luz a quien está habituado a las tinieblas y al enfermo la medicina. Y así fué como el demonio insistió en sus inveteradas enemistades, y los hombres, entregados, atados de pies y manos a los instintivos movimientos de su

espíritu, no solamente no rechazaron lo que les era contrario, sino que le fueron a los alcances y levantáronse contra Cristo no de otra manera que si una mano abriera de repente las ventanas para que diese el sol en los ojos cegatos de unos hombres que tuvieren su morada en las tinieblas. Se alejaron de El los amigos del regalo; los ricos le mofaron, le persiguieron los ambiciosos y soberbios, esto es, los hombres a todas luces diabólicos, singularmente aquellos que so capa de santidad, captando dignidades y honores magníficos, estaban convencidos que el mayor obstáculo de sus pretensiones eran la doctrina y la austeridad de Cristo, que les quitaba aquella máscara de teatro y los exponía al pueblo que los viese tales como eran, menguados y horros de aquella santidad por cuyo concepto se pirraban, para que nadie quisiera imitarlos. Todos estos hipócritas de la virtud, ciegos de odio y de rabia, aun cuando viesen sus grandes y admirables obras, acometiéronle con varias asechanzas y con varias trazas se esforzaron por suprimirle y quitarle de en medio; pero no consintió que le diesen muerte ni antes del *tiempo*, ni en otro *lugar*, ni de otra *manera* que en el punto y hora y forma que su Padre Celestial había determinado, a saber: del modo más conveniente a nuestra salvación.

Por lo que se refiere al *tiempo*, se esperó que hubiera terminado la misión que se había impuesto de adoctrinar y enseñar y de haber obrado aquellos milagros que bastasen a consolidar la fe en su religión y de dejar constancia del cumplimiento de las profecías que se referían a El, y de las sombras y figuras que le habían precedido y prometido. Murió en todo el vigor de la juventud, a saber: a los treinta y tres años de edad, para demostrar más inequívocamente su amor para con nosotros y su obediencia a los mandatos de su padre. Dejó la vida cuando el vivir es más deleitable. Pero tampoco convenía que en su sagrado cuerpo hubiera mengua de edad, de fuerzas, de salud; por eso desapareció cuando estas cualidades estaban en toda su entereza y su poder. Fuera de esto, quedó demostrada en la especie de su cuerpo santísimo la cualidad de nuestra resurrección. Tales resucitaremos como El, nosotros por reformación de nuestros cuerpos, El por el curso de su naturaleza. Por lo que atañe al *lugar*, plúgole que el lugar escogido fuera Jerusalén. Consumóse este verdadero y sumo sacrificio allí mismo, donde los restantes sacrificios de la ley que eran su sombra y su anuncio; pero fuera de la ciudad, pues los cuerpos de aquellos animales, cuya sangre, como San Pablo dice, se introduce en el santuario, para expiación del pecado, quémanse fuera del real por mano del Pontífice. Por esto Jesús, que por su sangre había de santificar el pueblo, padeció fuera de las puertas de Jerusalén, porque no se creyera que el fruto de tan cuantioso beneficio pertenecía a una sola ciudad, sino, en general, a todo el orbe, y para ejemplo nuestro es clavado en la Cruz, fuera del recinto de la ciudad y para confusión de vanidad inventada por el hombre. Así debemos nosotros ser crucificados con Cristo, luego de renunciar al cuidado y al amor de estas cosas materiales. Muere el Señor en un *madero*, esto es, consuma el misterio de nuestra redención en un leño, porque, precisamente, fué un leño el que nos acarreó perdición y muerte. Muchas son en el Anti-

guo Testamento las figuras del leño, como se explicará en la disputa contra los judíos.

Este género de muerte no sólo era oprobioso, sino durísimo y casi insoportable. Para mayor ignominia, fué crucificado en medio de dos ladrones, y esto acrecienta la atrocidad de la calumnia y la inhumanidad de los envidiosos. De estos dos ladrones, uno fué reservado por Cristo para la bienaventuranza; el otro pereció con gran escarmiento y gran misterio. ¿Qué cosa más conveniente para todos los hombres, como la certidumbre de que, en los trances extremos y casi desesperados, está aparejada nuestra salvación por la sola confianza en Cristo, si nosotros nos encomendamos a El de todo corazón en un momento fugaz? De esto tenemos un certísimo y clarísimo ejemplo en uno de los ladrones; en el otro quedó demostrado que nada vale la asociación en los trabajos y en la Cruz de Cristo, si no va acompañada de la confianza en El. De nada sirve ser crucificado con Cristo si no amas a Cristo. Estos dos ladrones son un símbolo de todo el género humano, que en conjunto expía las penas de su pecado; en él los hay buenos que están unidos a Cristo, y a éstos la muerte de Cristo les acarrea salvación; los otros son malos, quienes afligidos en su cuerpo con Cristo, en su alma se separan de El. A éstos nada les aprovecha que Cristo haya sido crucificado. Despojóse Nuestro Señor de su vida, no de otra manera que si se despojara de su vestido o de su calzado. Las cosas que en nosotros son naturales no están sujetas al albedrío de nuestra voluntad, porque nosotros vivimos dentro de los límites de la Naturaleza; pero como la Naturaleza estaba subordinada a la voluntad de Cristo, todas las cosas naturales estaban puestas debajo de su albedrío. Así que abandonar el alma y reasumirla luego, estuvo en su mano y en su poder. Por eso expiró con un gran grito, de que se admiró el Centurión, pues los otros puestos en cruz, quebrantados, rotos, extenuados por la pérdida de sangre y por los tormentos, abandonan la vida tan silenciosamente que ya se les cree muertos antes de haber expirado. Dió el Señor en su persona lugar y poder a las causas de la muerte, y sufrió que en El se hiciera lo mismo que en los otros mortales, de modo que a El le diera muerte aquello mismo que hubiera muerto a los otros. De otro modo, ¿qué grande fuera que a Sí mismo se conservase la vida, quien había venido a devolver la que los otros habían perdido? ¿Qué más? ¿Qué cosa más fácil no le hubiera sido escaparse de las ligaduras del prendimiento? ¿O lo que había hecho otras veces, ocultarse a Sí mismo no en ningún lugar apartado ni esquivo, sino a vista de todos, en medio de una plaza, filo de mediodía, metiendo niebla y tiniebla en los ojos de los circunstantes, para que no le viesen? Para obrar milagros no necesitaba ni instrumentos ni tiempo. Pero esto no convenía a la redención humana.

Admirable es, sin duda, y semejante a otras obras suyas, cómo en su acusación y condenación fué siempre dueño de sí. Hasta qué punto su alma permaneció concorde y obediente a la divinidad, de guisa que queda evidenciado que no fué traído a la muerte a viva fuerza, sino por su propia libérrima voluntad. En prisión indignísima, víctima de calumnia urdida por la mentira y la desfachatez, traído a presencia de jueces de iniquidad,

enemigos suyos implacables, entre tanto griterío acusador que pedía para El el suplicio, arrastrado, golpeado, zaherido, ¡con cuánta y con cuán divina templanza se condujo! No rompió en llanto ni alaridos, ni mesándose se afligió a Sí mismo, ni se arrojó a los pies de los jueces pidiendo mitigación de la pena; ni al revés: indignado del ultraje y la iniquidad, exacerbado, encandecido, fustigó con maldiciones a calumniadores, a jueces, a sayones. De aquella su sagrada boca no salió palabra áspera ni ofensiva. Ni por alarde dijo cosas grandes y admirables, ni obró prodigio alguno, especialmente a presencia de Herodes, que con tanto interés y por tanto tiempo lo había deseado; no hizo en su defensa ningún discurso largo y aliñado; no hizo dejación de su divinidad, ni negó a los jueces su autoridad, con una moderación increíble, en situación de tal apuro y dificultad. Viendo que nada conseguiría, se calló; mas cuando fué menester, contestó a las preguntas con unas pocas y modestas palabras, porque el silencio no fuese interpretado por contumacia, y porque no pudiesen alegar ignorancia alguna, declaró quién era, sin querella ni ofensa de nadie.

Y cuando era arrastrado al suplicio, no fué allá con patéticas arengas, ni habló de la Cruz a la multitud que le rodeaba, disculpándose a Sí mismo y culpando a testigos, acusadores y jueces. En medio de tanto estruendo y tanto tropel, en medio de tanta y tan caótica confusión, inspiráronle esa conducta su sabiduría, su modestia, su moderación, su constancia, de modo que se veía a las claras que todo aquello era regido por Dios y que El daba cumplimiento a un mandato del Padre, al cual no debía sustraerse. Y así como dejaba gustosamente la vida, ofrecíase a los tormentos y a la muerte, bien cierto de todas sus cosas y del suceso final que todas habían de tener. ¿Quién hubo jamás que inerme, acompañado de una pequeña escolta de inermes, de imbeles, de aldeanos, de rudos, de cobardes, que El había anunciado que corriendo le abandonarían, estando ensañados y encarnizados con un odio fiero capital contra El y su doctrina, los pontífices y los primates judíos con el pueblo, cambiante a voluntad y capricho de los campanudos personajes? ¿Quién hubo jamás, vuelvo a decir, que osaría esperar, que una vez El eliminado, iba luego a haber quien se atreviese, no digo ya a predicar, sino ni siquiera nombrarle o confesar que le conocía? Pues cuando aún vivía, porque se prohibía participar en el culto a quien dijese que El era el Cristo, no faltaron quienes negasen su doctrina, su trato, su conocimiento. Y, con todo, el Señor, ya próximo a la muerte, anunció que su Evangelio sería divulgado y predicado por toda la redondez del orbe y que sería eterno su testamento.

CAPITULO XVI

MISTERIOS DE LA PASIÓN Y MUERTE DE CRISTO

Esta es aquella Cruz de Cristo que, como dijo San Pablo, para los judíos es escándalo y abominación y para los gentiles es locura, y que en hecho de verdad es ciencia del cielo y salud de los que se salvan. No existe otra cosa alguna más henchida de misterios soberanos y profundos. En el mismo Cristo quedó demostrada y aprobada su obediencia para con el Padre, por la

cual no solamente se vistió de carne y, en cierta manera, se aniquiló, tomando forma de siervo, pero obedeció hasta la pasión y muerte inmerecidísima. Por esto el Padre le exaltó y le colocó por encima de los ángeles, de los hombres, de los demonios, hasta el punto que todos, ante su nombre y su poder, se postran de hinojos el cielo, la tierra y el infierno. Quedó asimismo declarado el amor de Dios para con nosotros, que no perdonó a su propio Hijo, pues por nosotros, ruines y pésimos esclavos suyos, entregó a su Unigénito amado con un amor único. Quedó demostrada también la caridad de Cristo, que de grado aceptó y consintió en todo aquello tan acerbo y tan áspero, porque nos convenía, pues si El no quisiera, no se le hubiera mandado ni impuesto. Harto conocemos la generosidad y la grandeza benignísima de nuestra liberación y de nuestra redención. Nuestro retorno a la reconciliación con el Padre nació del amor del Padre y del Hijo, cuyo amor, con su abundancia inagotable, suplió lo que faltaba al nuestro. Añadióse tan grande y puntual obediencia a su fidelidad y tan fiero e ignominioso suplicio en interés nuestro, porque si este negocio se hubiera llevado con pequeño y liviano trabajo, acaso creeríamos deberle poco a Cristo, por haberle costado poco. Empero, ahora le debemos una inmensa gratitud, que por causa nuestra soportó en su cuerpo inocentísimo tormentos tanto más vivos cuanto su cuerpo era más tierno y delicado.

Debémonos todos nosotros a El, pues que El se dió todo por nosotros. Toma creces mutuamente nuestro amor para con Dios y para con Cristo, de quien entendemos ser amados tanto y que tanto cuidado tienen de nosotros. Aumenta la confianza de que no es posible que nosotros dejemos de serle caros a Cristo, que a tan alto precio nos redimió y ganó para sí y que tanto y tanto hizo por nosotros. Natural es que el bienhechor ame a aquel a quien otorgó el beneficio, y que le ame con tanto mayor ardor cuanto más numerosos y ricos fueron los beneficios de que le colmó. De ahí nace también el amor del prójimo por el cual vemos que Cristo hizo tan copioso dispendio, a saber: el de sí mismo, porque no tengamos por cosa de poca monta un alma por la cual Cristo murió. Conozcamos cuánta sea la gravedad del pecado y cuál la torpeza y la mancha que así tuvo que lavarse, y por un hombre el más justo, objeto del mayor merecimiento ante Dios. Conservémonos puros de vicios por no crucificar de nuevo a Cristo en nosotros; sepamos que por la sangre de Cristo fuimos librados del más abyecto cautiverio y esclavonía del demonio, no sea que reincidamos en tan miserable condición. Quebrantada está la tiranía y el poder del diablo; ya no tiene tantas fuerzas contra el linaje humano; no se le consiente tanta sevicia y tanto asalto. Dondequiera se divulgó el Evangelio de Cristo cesaron instantáneamente sus imposturas, como en Grecia, Asia y en todo el continente, así que se oyó la santa voz de los Apóstoles. Todos los autores de aquellos tiempos quéjanse de que cesaron los oráculos; extráñanse de que los dioses hubieran dejado de dar respuestas, porque desconocen el motivo de aquel alarmante silencio.

De memoria de nuestros abuelos en la isla Canaria y otras del archipiélago de las Afortunadas, los demonios bajo varias formas se ha-

cían visibles a los pueblos y platicaban con ellos y les inducían a muchos linajes de sacrificios de una espantable crueldad, a degollar a sus hijos pequeños, a echarlos al fuego y otras atrocidades por el estilo. Tan pronto como fueron conquistadas por las armas de España y se oyó la predicación cristiana, todos aquellos engaños y embelecos, como una niebla embestida por la luz, se disolvieron y desvanecieron.

Pero no vayamos a buscar ejemplos de edades alejadas. En nuestros días, en las Indias Occidentales y en ese Nuevo Mundo hallado por los españoles en mares nunca de antes navegados, los demonios por todos los caminos y encrucijadas hablaban a menudo a aquellos indígenas y les mandaban hacer lo que ellos querían; pero así que llegaron allá misioneros cristianos, se produjo al punto un gran silencio y hubo una grande y apresurada fuga; quise decir que la luz disipó las tinieblas y la verdad desterró la mentira. Y como la doctrina no tiene valía ni eficacia alguna cuando el predicador observa una conducta en pugna con su predicación, también las costumbres son contrarias a la doctrina. Pero es eficacísimo el apostolado cuando el que lo ejerce lo corrobora y sanciona con sus actos.

Era razón que Cristo, así como se mostró doctor consumado en la disciplina de la salud, también fuese ejemplar y dechado en la norma de vida, de modo que los que antes dudábamos de quienes debíamos imitar, no es posible la vacilación cuando a Cristo se refiere. Sigamos intrépidamente al mejor y al más sabio para que, insistiendo en sus mismas pisadas, lleguemos al mismo término. Por esto Cristo propúsose a Sí mismo como ejemplo nuestro para que no titubeemos un minuto en afrontarlo todo, por áspero y recio que sea, por obedecer a Dios, porque su amor se acreciente en nosotros por prestar un poco de él a nuestro prójimo.

Ven algunos con disgusto que Dios haya venido en tanta bajeza y humildad, por cuyo motivo para muchos pasó, como quien dice, de incógnito; de modo que parece haber sido El mismo que ocasionó el error y la impiedad para consigo. ¡Cuánta verdad es que lo que habla así es la ignorancia y la ceguera de las pasiones, no el sano juicio! Ellos mismos no entienden lo que dicen. Díganme, ea: ¿A qué llaman humildad; a qué sublimidad de Dios? Si querrían que Dios hubiera venido en su misma forma y especie, la Naturaleza toda no le comprendiera, pues es incomprensible aun para los ángeles; hubiérase abajado a la condición de los ángeles. Pero ni aun éstos son aptos para conversar con los hombres, sino investidos de cuerpo, y no nos pueden dar ejemplo porque son de una jerarquía superior.

Pero como es propio de la condición humana, hubieran querido esos tales que Dios trajera consigo riqueza, fuerza, poderío, ejército; que no padeciera incomodidad alguna y que hubiera evitado la muerte. De ser ello así, Dios hubiera sido reconocido por las malas pasiones y desconocido por la razón y el atinado juicio. ¿Qué cosa hubiera o más vana que Cristo o más desgraciada que el humano linaje si Cristo se hubiera mostrado tal? Aquel mismo que venía para arrancar a los hombres de la perversa codicia, de las malas concupiscencias, del tumulto, de la borrasca de las pasiones y traerles a la humildad, a la sobriedad, a la continencia, a la

equidad, a la tranquilidad, a la paz del espíritu, éste mismo con su conducta, con su ejemplo, ¿les iba a retraer y arrastrar de la cordura a la locura? No hay cosa más bella ni más deseable para todos que tornarse, hasta donde se pueda, semejante a Dios. Si El trajera consigo mundanales opulencias, ¿qué hubiera hecho sino aguzar y exacerbar nuestras codicias? De ahí vinieran el olvido de la religión, la soberbia, la arrogancia, la envidia, las pendencias, las rivalidades, las muertes aun entre hermanos, mientras las vamos acarreando, las vamos reteniendo, o andamos solícitos y cuidadosos de no perderlas. De esta manera Dios nos hubiera despeñado en todos estos males, inclinados y propensos como somos por nuestro propio impulso. ¡Qué humos, qué arrogancia la de los ricos! No se contentaran con menos que con ser tenidos como dioses. ¡Qué sombría desesperación la de los pobres!

Hay más. ¿Qué deberíamos a Cristo si hubiera venido rodeado de poder tan aparatoso, si hubiera vivido regaladamente, muellemente, entre delicias y blanduras, el plazo de vida que le hubiera señalado el Padre Celestial? ¿Cuáles fueran sus merecimientos para con nosotros? Amenguas, sin duda, o destruyes, mejor, nuestra gratitud para con Cristo, y, por ende, la benevolencia y el amor. ¡Cuánto mejor y con cuánta mayor sabiduría lo hizo El, que, siendo Señor y Rey del mundo y de todas las cosas, para demostrarnos su bondad y su amor se humilló hasta nuestra bajeza! Entonces el amor se exterioriza y se declara cuando establece igualdad entre lo más alto y lo más bajo, a fin de que, como en las leyes de la amistad, dice Cicerón, el más pequeño suba y el más alto se achique: *No conviven bien*—como dijo cierto poeta—*ni habitan de grado en una misma vivienda la majestad y el amor.*

Si un rey, luego de haberse despojado de su majestad protocolaria, por el amor de una doncella se digna entrar en una cabaña o en un tugurio vil y le manifiesta su cariño, la doncella le es deudora de mucho. Es señal de amor supremo, singular, inmenso, que Dios, con ser tan grande, se haya identificado con el hombre por amor del hombre; por ello, el hombre le debe todo y jamás podrá satisfacerle cumplidamente esa deuda. Esto es lo que nos une con Dios, no la opulencia ni el arrogante alarde de riquezas. Y por lo que atañe al ejemplo. No piensan ésos que no puede ser apto el ejemplo que no se ajuste y acomode a aquel que le ha de imitar. Todos los que enseñan se ponen al alcance de los discípulos. En Nuestro Señor Jesucristo hay aparejada la medicina de todas las enfermedades morales y al alcance de la mano el consuelo de todos los sinsabores. El experimento en sí mismo, frío, calor, cansancio, hambre, sed, desvelos, pobreza, indigencia, persecución de los suyos, ignominia de los ajenos, desdenes, insultos, malévolas interpretaciones de sus beneficios, asechanzas, traición de un familiar, abandono de los suyos, prisión, calumnia, azotes, golpes, burlas, salivazos, bofetadas, desnudez, pasión, cruz, muerte, precario descendimiento de la cruz y sepultura prestada. Y todo esto lo sufrió el Inocentísimo, ¡con qué paciencia, con qué ánimo igual, con qué humildad, con qué moderación, con qué silencio! ¡Qué fuente de consuelo hay aquí para todos los desventurados! ¡Qué freno para los venturosos! Y para unos y otros,

¡qué escuela de sabiduría! Este es el camino, ésta la doctrina, la salud, la vida para el género humano, y no lo que se fabrica e imagina la necedad de la pasión; que agua y diluye el amor de Cristo, que adelgaza y extenúa la bondad, que disminuye nuestra piedad, que impide y aleja la salvación eterna.

Pero yo quiero poner por todos conceptos más en evidencia esa locura de la codicia tonta y poner de relieve cuán grande es este desatino. Insisto en decir que si Cristo hubiera venido en la opulencia, fuera menos conocido por las personas de seso, pues los metales preciosos, el atuendo y las pomposas vestiduras, los esclavos, las honras, la dignidad, el poder, son objeto de la ambición humana; cada cual lo desea y hasta donde puede los arrima a sí, con violenta mano, lícita e ilícitamente; pero no es de Dios el poseerlas, sino el menospreciarlas. Dime: ¿qué reino dieras a Cristo, que es Señor de todos los reyes? Pienso que el reino de Israel, donde nació. Pues mayor reino hubiera tenido César Augusto; mayor el macedón Alejandro. Desdorara la dignidad de Cristo la elección de un reino terreno, El, cuya es la tierra y el cielo. En poder y aparejo real no se hubieran podido conocer ni apreciar ni su justicia ni su caridad ni su obediencia. Todo desapareciera y quedara tragado por el remolino *verticoso* de aquel poder, como acontece en nuestros príncipes. Ni jamás hubiéramos sabido la razón de lo que decía y obraba, pues las palabras y los consejos de los príncipes son oblicuos al través. En Cristo convino que todo fuese simple, llano, transparente, sin tapujos ni disimulos; todo obvio y fácil a quien quisiera reflexionar sobre ello.

Hay más. ¿Existe alguno que se atreva a criticar que el poder y la grandeza de Cristo estén recatados y como ocultos? ¿Y qué cosa hay más clara o manifiesta? ¿Qué fué, en suma, el poder de Alejandro? En su verde mocedad, salido del reino paterno, acompañado de cuarenta mil soldados escogidísimos, derrotó a Darío y se apoderó del Asia. ¿Y cuál fué el poder de Julio César? Con soldados romanos veteranos, hechos a vencer, sojuzgó a la Galia en una campaña de diez años. A continuación, caudillo expertísimo, en el curso de sus victorias, venció a Cneo Pompeyo, desavezado de la guerra por una larga paz, y a su ejército de bisoños. Venció a Ptolomeo, a Escipión, a los hijos de Pompeyo.

Y el poder de Cristo, ¿cuál fué? Vino joven, hijo de María, esposa de José, el artesano, solo y sin armas y con un solo ademán de aquiescencia curó todas las enfermedades, expelió demonios, con poquísimos mantenimientos sació muchos millares de hombres, devolvió muertos a la vida, domeñó los vientos y el mar, y los cielos y los elementos lloraron su muerte. ¿Qué poder existe hoy día semejante a este poder, por no decir igual? ¿Quién comparará a este poder todos los restantes poderes que son, que serán, que fueron? Si esto no es demostrar y meter por los ojos una potencia infinita, divina, díganme, ¿qué será? Enséñenme esos tales una manera mejor de manifestarse una potencia.

¿Es que, por ventura, pensarán que todo consiste en el dinero y en las armas, cuyos poseedores son los más miserables de los hombres por los alborotos amotinados de sus almas? Dícese que el macedón Alejandro (por hablar de unos hombres

que son más del gusto de esos tales), como Parmenión le dijese: «Si yo fuera Alejandro, admitiría ese oro que Darío ofrece por el rescate de su esposa y de su hija», le respondió: «Y yo también, si fuera Parmenión; pero acuérdome que soy Alejandro.»

Así también, si Dios fuese como ellos, hubiera venido como ellos deseaban; pero El nos recuerdo que es Dios; esto es: tan poderosísimo como mansísimo y benignísimo. Por esto no hubo nadie que experimentase su poder taumatúrgico en daño propio sino para su salud y provecho. Pero, ea; ahí tenéis a Cristo, no en humildad, no en oscuridad, no para dar un asidero a la ignorancia, sino encumbrado, potentísimo, tan manifiesto que nadie pueda jamás alegar ignorancia, cosa que El mismo atestiguó: *Si no hubiera venido y les hubiera hablado, no tendrían pecado; mas ahora no tienen excusa de su pecado*. Su vida dió testimonio de su bondad y su inocencia; su doctrina, de su sabiduría; los milagros, de su poder. Ea: ¿qué juez nos presentáis? No rehusaremos ninguno. ¿A cúya censura y juicio queréis estimar o medir la grandeza, el poder, la soberana alteza de Jesucristo? ¿Queréis que los sentidos sean los jueces? Ved los milagros. ¿Queréis que sea la mente? Aquilatad la doctrina.

¿Queréis que sea el afecto? Si tenéis alguno por la hermosura de la justicia, por la probidad de la inocencia, considerad sus dichos y sus hechos. Manifiesto, pues, vino el Señor, pero para los ojos viciados, para la ignorancia, para la irreflexión, demasiado encubierto, como cualesquiera otras cosas grandes y excelentes si en ellas no paras mientes, como el cielo, el sol, las estrellas, la misma Naturaleza y las obras de la Naturaleza.

CAPITULO XVII

INSTITUCIÓN DE LA EUCARISTÍA

Y cuando llegó el tiempo en que Cristo había de hurtar su presencia física a la vista de sus discípulos, ¿qué menos podía hacer, dado que tan tierna y cariñosamente nos amaba, que dejarnos una tal memoria de sí mismo que no permitiese que nosotros nos olvidásemos de su amor y nos sirviera de consuelo en nuestra orfandad y que nos le presentase y nos le representase hasta donde fuera posible? Este memorial en nuestras almas es el Espíritu de Cristo, que es el mismo de Dios Padre, quien como invisible quedará siempre en la invisible mente de la Iglesia, avisándola y enseñándola de todo cuanto era menester. Mas como no tenemos sólo el conocimiento de la mente, sino también de los ojos corporales, Cristo nos dejó una admonición perenne bajo unas especies que cayeran bajo la jurisdicción de los sentidos, a saber: de pan y de vino, por manera que así, interiormente como exteriormente, resultara real y verdadera su promesa: *Yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos.*

En este punto hácennos objeto de sus irrisiones y de sus vehementes ataques los profanos, porque aseguramos que un bocado de pan es el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, y que el vino es su sangre. ¿Qué cosa no fué milagro la primera vez que se inventó, según dice Plinio? Nada hay que no parezca absurdo a quien ignora la manera, la razón,

las causas de una cosa; ni hay nada tan grave, tan respetable, tan excelente que no pueda estar sujeto a la calumnia y a la irrisión, si tú de ello no sacas lo que tiene más o menos semejanza con la necedad o el absurdo. Y así fué que los epicúreos, filósofos los más ridículos que en el mundo han sido, porque no la entendieron, hicieron burla de la providencia divina, del orden del universo, de toda la región, de los amaneceres y de los ocasos, curso de las estaciones, espectáculos que no nos cansamos de ver y que nos admiran siempre, y lo escarneció Luciano, el más rematado de los epicúreos; como si también nosotros no nos reiríamos, si Dios fuese tal, si el mundo fuese tal y tal el orden del universo, como ellos lo fantasearon. Pero volvamos a lo que íbamos.

Para la debida veneración de tan gran sacramento, para agradecerle dádiva tan rica, hemos de explicar las causas y la razón de todo este negocio. Sabia y aun piadosamente nuestros padres en la fe, allá en la antigüedad eclesiástica, quisieron que en estos misterios no fuesen iniciados sino aquellos que previamente hubieran sido instruídos acerca de cuál era su eficacia y su naturaleza. Lo primero que se ha de considerar es que este sacramento fué instituído por Aquel para quien no solamente cosa alguna le es imposible, pero ni siquiera difícil ni ardua. El cuerpo de Cristo está en ese Sacramento de un modo para nosotros incomprensible. Y ello no es de extrañar. ¿Qué cosa hay de éstas naturales que alcanzamos por el conocimiento de los sentidos, de esas que tocamos con las manos, cuya esencia, razón, cualidad y fuerzas íntimas conozcamos a fondo? Donado nos fué este sacramento por un Amante para recuerdo suyo, por el Padre para conhorte de los desamparados y en cierta manera huérfanos; por un manso y misericordioso para corroborar la confianza de los dudosos, por un médico para la salud de los enfermos. Por eso nos dejó su propio cuerpo, para que todo eso fuera más cierto y más firme. No podía hallarse otro que de tal modo conservara el recuerdo íntegro y entera y robusta la afición. ¿Quién podía impresionarse más profundamente, por otra cosa por más excelente y admirable que fuera, como por el cuerpo del mismo Cristo? Ni era razón que quien amaba tanto a su Iglesia fundara en otra prenda el memorial de su amor y de sus beneficios, que interiormente en su espíritu, y exteriormente en su cuerpo. Quien así nos amaba y estaba poseído de tal celo para atraernos exclusivamente a sí y por El al Padre, porque nuestras almas no se desanimasen en cualquiera otra dirección, jamás hubiera soportado que nuestros espíritus se aplicasen a otras cosas para el culto, veneración y renovación de la caridad que a El mismo. Ello es indudable porque así sea, en Dios parece bien y nos conviene a nosotros.

Las formas elegidas son las del pan y del vino, porque son cosas las más puras y porque las tomamos dentro de nosotros a fin de que sepamos que hemos tomado a Cristo, a fin de que, no solamente con nosotros, sino dentro de nosotros, entrañemos un ser entrañablemente amado, lo cual es el ideal del amante. Allende de esto, tienen estas dos sustancias significaciones de cosas altísimas y contienen como dos semejanzas; una, material, a saber: que pan y vino son alimentos fundamentales; otra, espiritual, porque el pan hácese de los granos moli-

dos de trigo y el vino de las uvas prensadas. Con la primera forma del pan se declara que el principal y aun el más saludable de los alimentos es este sacramento, que confiere vida eterna y vigoriza a los que lo toman como es debido. Con la segunda forma del vino entendemos la caridad del cuerpo de la Iglesia y de sus miembros entre sí; por eso los griegos llámanlo *sinaxis* y nosotros comunión. Este cuerpo místico compónese de todos nosotros, como el pan de los granos, el vino de los granillos del racimo, pero antes triturados y prensados, de manera que ya no hay granos de trigo ni granillos de racimo. Así, en esta comunidad de la Iglesia nadie es suyo, sino de los otros; nadie tiene sentido ni afectos propios, sino ajenos, es decir, convertido en sustancia del cuerpo común. Así que a otras ventajas de este sacramento se añade esta otra, a saber: que mediante él se nos informa de cuál sea la trabazón de la Iglesia y cómo debe ser cada uno de nosotros y los sentimientos que debe abrigar para con los demás hombres.

CAPITULO XVIII

RESURRECCIÓN, ASCENSIÓN Y MISIÓN DEL ESPÍRITU SANTO

No era congruente que el cuerpo sacratísimo de Jesucristo, tan obediente al espíritu y a la razón, instrumento de la divinidad para un bien tan grande, yaciera en el polvo y en la podredumbre y de ninguna manera nos convenía a nosotros para la veneración y amor de Cristo. ¿Quién hace objeto de una reverencia o amor igual a un muerto y a un vivo? Ni nos convenía tampoco para nuestra esperanza, así para con Cristo como para la de la resurrección de nuestros cuerpos, a fin de que nosotros esperemos volver a la vida, no de otra manera como vemos que resucita el Autor de nuestra salud. La resurrección de Cristo es el principio de la nuestra, pues Dios resucitó de entre los muertos la humanidad de Cristo que le es tan allegada y a través de ella llegará a lo más remoto, a saber: a los demás hombres. Hizo alarde Cristo de su pujanza, enfrentándose con la muerte, El, que era el autor de la salud y de la vida y que daría vida no solamente a los otros, sino a sí mismo. El mismo, sin ajeno socorro ni oficiosidad, se restituyó a la vida y desmintió el sarcasmo de los judíos: *A otros hizo salvos, pero a Sí mismo no puede hacerse salvo.* La espontánea resurrección demuestra que la muerte fué también espontánea. El sepulcro de Cristo, nuevo e intacto; el peñasco puesto a la puerta del sepulcro, la guardia militar, son pruebas ciertas de la resurrección y del cuerpo trasladado a la eterna bienaventuranza. La novedad del sepulcro excluye la sospecha de que acaso fuera otro el que resucitó a la vida; la piedra pesada y grande demuestra no haber nada que estorbe a aquel cuerpo que penetre donde quisiere; la guardia militar enseña que si a El le viene en talante, no se le puede ver. Pero la demostración más cierta de haber resucitado es que se mostró vivo a sus discípulos, que conversó con ellos muchas veces, y por esto, los que le vieron después de la resurrección decididamente entregaron sus cuellos en testimonio de la resurrección. Si los discípulos no le hubieran visto vivo inequívocamente, renunciaran a la norma de vida emprendida, aborrecible al mundo, recelando que en

ello habría afeite y engaño. ¿Quién de ellos estuviera tan falto de seso y tan rico de insania que no pensase mucho en ofrecerse a la muerte por la fe de la resurrección de quien hubiere frustrado su esperanza? ¿Qué otros desengaños iba a esperar de aquel de quien recordase haberle estafado en su promesa grandiosa? ¿Quién no maldeciría a aquel que en tan importante negocio como el de la religión le hubiera hecho víctima de una incalificable impostura?

Pero después de la resurrección no se manifestó a los ojos de la multitud con la asiduidad de antes. El vulgo rudo, desconocedor de misterios tan grandes, hubiera creído en una fantasmagoría o en una ilusión de sus ojos provocada por arte de magia o de encantamiento. Ni hubiera otorgado a los discípulos pregoneros de la resurrección aquella fe que les otorgó cuando ellos mismos, luego de haberle visto y tocado, la confirmaron con sus tormentos y su muerte. Y cuando fuere llegada la hora conveniente de que Cristo subiese al Padre, nada convenía menos que dejar detrás de sí el más leve recelo sobre su resurrección. Por eso, en este punto, como en otros, quiso que el testimonio de ella, que debía propagarse a las edades venideras, lo diese una multitud de gentes mezcladas, porque ese testimonio es veleidoso y temerario, no fuese que la posteridad pudiera sospechar en él la más pequeña ligereza. Ni quiso aparecer a nadie que después hubiese de dudar y propalar aquella duda y extenderla a los venideros siglos, a manera de contagio ni tampoco a ninguno que no estuviera dispuesto a derramar su sangre y dar la vida por la afirmación de esta verdad.

¿Y qué más? El convencimiento de la resurrección no solamente requería la vista, sino también el coloquio, la conversación, la plática, el tocamiento físico, como dijo Tomás; pero ello no podía hacerse para todo el mundo e iba mucha diferencia entre mostrarse a todos hombre nacido y vivo que resucitado de la muerte. Para lo primero, muy pocas pruebas son suficientes; pero para lo segundo, son menester muchísimas. Por esto, aquello primero fué concedido a la turba, y estotro último a pocos y escogidos. No nos convenía a nosotros que Cristo, después de su resurrección, anduviese por la tierra y alternase y conversase con los suyos, pues más agudos serían los recelos acerca de su grandeza, si le viéremos presente. No es fácil que alcance la mente humana que crea ser Dios, Hacedor y mantenedor de todo lo creado, a aquel mismo que ve hombre, como él mismo.

Demás de esto, no era ya aquel cuerpo suyo en plena bienaventuranza idóneo para una larga estada entre los hombres. *Dígoos de verdad que os cumple que yo vaya*—decía el Señor a los suyos—; *porque si no fuere, no vendrá el Consolador a vosotros.* Si los Apóstoles no hubieren dejado de ver al Señor, no hubieran sido aptos y capaces de recibir al Espíritu. Jamás se levantaran a la contemplación de aquella soberana divinidad, embebecidos y embelesados en la contemplación gustosísima de su humanidad; quedaran retenidos en el amor de las cosas temporales y se empinaran e irguieran a las espirituales. A los ojos del cuerpo la divinidad de Crista queda absorbida en su humanidad, pero a los ojos del espíritu, la humanidad queda sumergida y náufraga en la divinidad. Si la mirada física contempla a un hombre le ve

todo corpóreo y el alma se oculta bajo la exterioridad del cuerpo; pero si es la mirada de la mente, no verá más que el alma, por manera que el cuerpo ya no parece ser del hombre, sino como una simple cobertura y aditamento. Esto mismo pasa en la contemplación de Cristo, Dios y hombre.

Por todo esto es que Cristo sube al cielo para que nos acostumbremos a enviar el alma, los deseos, los anhelos todos allí donde El está y para que se nos muestre el camino por donde hemos de ir y se nos meta en el pecho la confianza de llegar. Mejor es para nosotros que Cristo esté sentado a la derecha del Padre, de donde confiamos que más fácilmente nos van a venir bienes mayores y más copiosos que si morase aquí en la tierra continuamente. La ascensión de Cristo abrió a las almas santas el cielo que antes les estaba cerrado, y ninguno de los patriarcas había subido allá. Este es el fruto glorioso y riquísimo de la venida de Cristo y de nuestra redención y de nuestra liberación. Era también equitativo que quien había venido acá abajo para enviar los hombres al cielo tomase él la delantera y fuese guía de los otros. No es lícito atribuir a ningún otro este honor y esta gloria de haber sido él quien primero haya entrado en el cielo. Era razón que el primero que había abierto el camino y lo había dispuesto y lo había fortificado y protegido, entrase el primero y abriese la puerta el primero, porque no aconteciera que si otro alguno hubiera subido antes de él pudiera agradecérsele a él el beneficio del camino hecho y de la puerta abierta.

Primero, pues, que todos fué Cristo en la resurrección, primero y cabeza de la Iglesia, primero en la bienaventuranza; para los demás El es el caudillo y el autor y la causa; los demás lo son de El y por El y después de El. En las otras cosas humanas fácil es que cualquiera aventaje a Cristo; mas en sus propios bienes, en su heredad, fuera nefando sacrilegio.

Cristo, en subiendo a los cielos, mandó a sus discípulos que no se movieran de Jerusalén hasta que se sintieran confirmados y corroborados por una virtud celestial que les enviaría. Antes de ese tiempo, la presencia de Cristo les servía de grandísimo solaz y, saboreándose con él, no deseaban otra cosa. Cuando ya fué conveniente que esta presencia les fuera hurtada, fuéles enviado el Espíritu Santo que le supliese con sus enseñanzas, con sus avisos, con sus consuelos, inflamando sus corazones. No quiso enviarle en el mismo instante ni el mismo día para acostumbrarles a esperar con paciencia el auxilio del Señor y confiar en El, aun difiriéndolo y demorándolo. Claramente nos percatamos del efecto del Espíritu Santo en los Apóstoles, en la ilustración de sus mentes, en la confirmación de sus ánimos, hasta el punto que si no quedara de ello constancia alguna escrita, la conjetura sería indudable y certísima. ¡Tan indoctos como eran los discípulos antes de la muerte del Señor y después de su resurrección tan doctos, maestros sabios del universo mundo! ¡Y aun cuando eran testigos de sus milagros, siempre andaban titubeantes y desconfiados, le abandonaron en el peligro y aun el que parecía más animoso y constante, le negó con juramento! Después de la resurrección se ofrecían por El espontáneamente y tenían a gloria muy grande derramar por El la sangre y deponer la vida.

Sin duda mucho hizo la resurrección, pues así que vieron que se había restituído a la vida, trajeron a su memoria sus grandes y divinas obras. Por esto, grandes eran para con El la reverencia, la confianza, el amor. Pero ni tan fácilmente hubieran recordado todo lo que habían oído de sus labios ni le hubieran entendido, pues mucho se les escapó sin entenderlo cuando lo decía. Ni hubieran sido tan unánimemente firmes y constantes en la defensa de la fe que de El habían recibido, arrostrando ignorancia, daños, tormentos, muerte, si no hubieran sido amaestrados y fortalecidos con alguna virtud divina. El suceso demuestra claramente su causa. Aun en aquellos diez días que se dilató la venida del Espíritu Santo, viviendo juntos en una misma morada, azorados, medrosos de males extremados, empezaron a experimentar en sí mismos cómo estaban inasistidos de todo auxilio divino y aprendieron a pedirle y suplicarle con toda la fuerza de sus deseos. Empero, pues, fuertes con aquella ayuda, ¡cuán corajudos y animosos se tornaron! Grande es la limpieza que se opera en nuestras almas al ingreso del Espíritu Divino, si reconocemos nuestra nada y que Dios es nuestro todo, a fin de que menospreciándonos a nosotros mismos, nos recojamos en solo Dios, invocándole e implorándole con *gran confianza y caridad*. Con el envío del Espíritu Santo quiso que nosotros conociéramos que para la inteligencia de toda doctrina es imprescindible luz celestial y para la puesta en práctica de los mandamientos, fuerza y virtud del Cielo.

La misión del Espíritu miraba a la enseñanza y edificación de la Iglesia futura, para que se acostumbrase a mirar arriba y a desear que le viniera de allí mente sana y voluntad recta, y que tuviera por cierto que ella también le recibiría como le recibieron los Apóstoles y que no porque no se había beneficiado del magisterio inmortal de Cristo se dejase ganar del desánimo, acordándose que podía tener al mismo Espíritu Santo que Cristo, después de su magisterio y tutela, quiso que fuera el doctor y el tutor de los Apóstoles, y cómo en la misma cuna de la Iglesia fué el expositor, el doctor, el mentor y el mantenedor de todas las enseñanzas de Cristo, y que así había de seguir en la Iglesia de los venideros siglos, por manera que en ningún tiempo la Iglesia iba a cambiar de Maestro ni de doctrina, sino que retendría hasta el fin la misma de los comienzos de su peregrinación y que El mismo sería el Educador que sugeriría y explanaría siempre lo que Cristo le enseñó. ¿Qué otra cosa convenía más para nuestro consuelo, para nuestra instrucción, para la conservación de la piedad, para la salvación eterna? ¿Qué otra cosa se podía esperar de tan fino Amigo, de tan amoroso e indulgente Padre? Dióse el Espíritu Santo a los Apóstoles sensiblemente para que ellos se diesen cuenta de que le recibían y para que los demás no desesperasen de recibir espiritualmente al que habían visto y oído que los otros lo habían recibido sensiblemente. Conviene que al principio la fe de las grandes cosas sea más manifiesta, para que de allí se adentre a lo más oculto. Sobre cada uno de ellos, aparecieron sendas lenguas de fuego, dice San Lucas. El fuego sirve para inflamar y esclarecer, y la lengua para la explicación de los conceptos de la mente. Para la tarea de apóstol del Evangelio de Cristo es necesaria la inteligencia

que comprenda los misterios, y un celo animoso que predique sin miedo, y una lengua que hable con elocuencia. El don de lenguas les fué atribuído para enseñar la variedad de naciones, pues la fe, como dice San Pablo, entra por el oído. Así, en aquella ocasión, por la pronunciación de las lenguas, el Espíritu Santo se manifestaba al que le recibía y al que le oía.

CAPITULO XIX

DE LOS APÓSTOLES Y MÁRTIRES

Lo que se siguió a la Ascensión de Cristo a los cielos y después la misión del Divino Espíritu, no nos ponen menos la divinidad de Cristo delante de los ojos que lo que las precedió, pues si alguno hubiera anunciado como venidero lo que vemos hecho, nadie iba a creerlo si no tuviera el convencimiento bien arraigado y profundo de que se iba a verificar sino por asistencia y obra propia y peculiar de Dios, pues nadie que no fuese Dios hubiera podido llevar a cabo sin fuerza humana alguna, ni intelectual ni moral, tantas cosas como llevó a término Cristo.

Digamos de antuvión que todo cuanto hace el Señor es justo y nadie le puede decir: ¿Por qué haces esto? Pero dado caso que concedió al hombre la mente y la inteligencia para la libertad de la voluntad, plúgole someterse a su aprobación por no dejar en él asidero de queja alguna que pareciera justificada. Igualmente porque no hubiera nación alguna que se quejara de que el Señor no hubiera nacido de su seno, no quiso que pudiera quejarse de que no recibió sus enseñanzas. Y quiso nacer de aquella nación que recibiera el conocimiento y la ley de Dios; y no salió a anunciar el reino de Dios a la gentilidad, pues si algunos de los gentiles oyeron a Cristo, le oyeron dentro de los límites de la Judea. Tampoco consintió en vida suya que sus discípulos, a quienes enviaba dondequiera a anunciar la salvación de los hombres, marchasen a las ciudades de los gentiles. Mas en trance de volver a su Padre, mandó que a todos los mortales, sin excepción ni diferencia, anunciasen el Evangelio del reino de los cielos, que Dios es el Padre de todos, que en su presencia no hay distinción, que El para todos es lo mismo; que la religión y gracia de Cristo ya no pertenecen a uno que otro pueblo, como la ley de Moisés, sino a todo el humano linaje, ni es de un solo hombre. Moisés fué buen ministro del Señor, pero para el pueblo israelita. El Hijo de Dios, que a la vez es Dios, es el Señor de todos, Padre de todos, igual para todos, siempre El mismo y semejante a Sí.

No convenía, pues, que aquel Dios, que no quedaba encerrado en las fronteras de un solo pueblo, abriese los tesoros de su misericordía a un solo pueblo, sino que se extendiese y dilatase tanto como su poder y su sabiduría. Por esto, la fe de Cristo se llama *católica*, que en romance suena universal, porque es de toda gente, de todo sexo, de toda condición, que contiene todo lo necesario para alcanzar la salvación, y que jamás ha de tener fin. Y porque la predicación de los Apóstoles se difundiera por la redondez del orbe, sujetó la mayor parte del orbe al señorío e imperio de uno solo, al poder del romano. Esta circunstancia facilitaba el paso de una nación en otra, el comercio, la mutua comunicación de to-

dos. Ayudaba a ello la comunidad de lengua, pues la mayoría de pueblos, sujetos al poder de Roma, hablaban latín, y muchos, griego, y así, en breve tiempo, la fama pregonera se dejaba oír por todos los confines. Dios, para esa obra tan grande y tan maravillosa, eligió a sus Apóstoles, que parecían ser los menos indicados para ello; pero Dios, como dice San Pablo, *escogió lo flaco del mundo para confundir lo fuerte*.

Es propio del artista hábil y experto conseguir con un instrumento malo e inadecuado lo mismo que otro apenas puede alcanzar con el más apto y bien dispuesto. Cuéntase de Apeles que con un carbón tomado del hogar hizo tan expresivo retrato de aquel por quien había sido invitado al banquete de Ptolomeo, que a los primeros rasgos todos conocieron a aquel invitador. Pero no es de extrañar que Dios, con instrumentos incongruentes, consiga lo que se propone, porque para labrar cualquier cosa no necesita de instrumento alguno. Así fué que envió contados Apóstoles a pueblos sin cuento; Apóstoles rudos a pueblos archicivilizados, porque entonces el mundo se había empinado a tal grado de cultura, como en lo sucesivo no se había de ver, porque nadie pudiese sospechar que los hombres fueron seducidos por embelecos y trapacerías; envió tardos de palabra a hombres de palabra suelta y elocuentísima; envió hombres sencillos a hombres redomados; hombres inermes a hombres armados; envió imbeles a belicosos; envió pobres al fausto y a la pujanza del pueblo romano.

Convenía que en los primeros albañiles de esa majestuosa arquitectura hubiese tal humildad, porque ellos no atribuyeran nada a las fuerzas, recursos y trazas humanas, ni pusieran en sí mismos esperanza y confianza alguna, sino que, desconfiando de sí mismos radicalmente, estuvieran colgados de la asistencia y auxilio divino; y también porque no hubiera nadie, ni necio ni loco, que atribuyese a poder humano algo de lo que se hubiese hecho, y también con objeto de que los mismos Apóstoles no pudieran desdeñar bajeza alguna, acordándose de la suya; para que ellos, a su vez, aprendieran a impartir a los otros la mansedumbre y la misericordia que de Dios hubieran alcanzado. Esta es la ciudad de Cristo, Rey de la dulzura y de la mansedumbre. Nada menos conveniente que el que en los primeros fundamentos de ese edificio, del cemento de la ciudad enemiga, a saber: del diablo, se le mezclase alguna veta de soberbia y arrogancia, de la cual él es autor, inventor y caudillo. Y para que ellos mismos se acostumbrasen más a acudir a Dios e implorar su auxilio, y para que la verdad de la doctrina resultase más acendrada y acrisolada, a sus discípulos les dió por adversarios a príncipes, próceres, soldados, filósofos, el mundo casi todo entero. Eran muchos los que guerreaban a los pocos, desprovistos y desposeídos de toda protección, que no fuese la divina; impugnábanles con odios, con envidias, con rabia, con maldiciones, con acosos, con tormentos, con muerte; reservada estaba a los que abrazasen el cristianismo la infamia, la deshonra, la pobreza, la pasión, la muerte, la ignominia para todo su linaje y aun para su posteridad. Y así como para la predicación de los Apóstoles fué elegido el Imperio romano, así también lo fué para la tortura y el martirio, porque los cristianos no tuvieran

reyezuelos, a los cuales acogerse, sino que carecieran de todo efugio posible de la saña del emperador romano. ¿Quién osara amparar y defender a quienes hubiera condenado a muerte el tirano universal?

Todo esto se lo había profetizado Cristo, porque cuando tuviera realidad, no se aterrorizasen, sino que, acordándose de quien se lo había anunciado, con pecho fuerte arrostraran el peligro. ¡Con cuán soberano y divino consejo hízose todo esto, porque la religión no fuese deudora al mundo de ninguno de sus aumentos, sino que toda dependiese de Dios y que supiera su origen, crecimiento, sus avances, sus éxitos, y que todo lo tenía de solo Dios, a pesar de la contrariedad y las repugnancias de todo el mundo!

Al principio, cuando echábanse los fundamentos de nuestra santa religión, harto procuró la redomada y activa astucia de Satanás que Cristo se uniese con él para ser admitido a alguna participación del reino santo. Consiguió que Tiberio escribiese al Senado romano sobre la conveniencia de la admisión de Cristo entre los otros dioses; lo mismo intentó con un edicto de Adriano; lo mismo por la real gana de Alejandro Severo; pero fracasó. No puede Satanás formar sociedad con Cristo; no es congruente, ni nos conviene a nosotros. Si Cristo, en aquella ocasión, hubiera sido tenido por uno de los dioses, pareciera beneficiaria su divinidad, otorgada por los emperadores romanos; y su religión señera y sola no fuera conceptuada, sino una de las buenas. Convenía, pues, para que su virtud y excelencia fuesen conocidas, que fueran contrastadas por toda suerte de contradicciones. ¡Con qué énfasis nos recomiendan el sufrimiento los filósofos! Para exhortarnos a él, recogen unas pocas máximas de varones fuertes, a saber: de filósofos o de guerreros que, curtidos por su veteranía en los trabajos y asperezas, no es de extrañar que aventajasen a los demás en reciedumbre corporal. Pero nosotros podemos aducir numerosísimos ejemplos nuestros, ejemplos de quienes, con derramar su sangre profanamente, santificaron y estabilizaron nuestra religión. Pero éstos no son exclusivamente varones fuertes y robustos, militares filósofos, a quienes sus teorías y ejercicios físicos endurecieron el alma y el cuerpo, pues los tenemos abastanza, sino mujeres, niños, doncellas, ancianos. ¡Y qué tormentos aquellos que movían a compasión aun a los mismos que, como Cornelio Tácito, decían que los cristianos eran merecedores de los suplicios extremos! Entre los restantes milagros parece que no debe ser tenido por uno de los más pequeños el que corpezuelos tiernos hayan podido soportar tormentos tan gigantescos. Es que lo que la Naturaleza de ningún modo pudiera, lo realizó Dios.

Enhorabuena que Cayo Mario o Alejandro de Macedonia o cualquier varón endurecido por las guerras y la tolerancia de los trabajos sufriera una que otra herida mortal; pero ¿qué decir de una doncella delicadísima, que arrostró tantos y tantos y con tan fieros mordiscos del dolor? No baldíamente regaba el suelo aquella sangre sacrosanta. No caía gota en tierra de la cual no surgiesen muchos cristianos, de tal forma que parecía una exacta expresión de la verdad, la fábula mitológica de los dientes de la hidra, sembradas a voleo por Cadmo en la Beocia, de donde surgían huestes armadas. *¡Gran fuerza la de la verdad*—exclama Cicerón—*que contra el ingenio, la astucia, la*

sagacidad y contra las fingidas asechanzas de todos se defiende fácilmente por sí misma!

Así la religión cristiana cuanto más reciamente, cuanto más rabiosamente era combatida, salía de la pelea más robusta, más fresca, más bella. Muy bien dijo aquel que dijo: *La verdad es la más fuerte de las cosas.* Y así fué como nuestros mártires, muertos y todo, salieron vencedores. Y no os parezca esto absurdo; vosotros, que a Marco Atilio Régulo, muerto por los cartagineses, le proclamáis vencedor de aquellos mismos por quienes, inicuamente y sin que lo mereciera, fué bárbaramente torturado y ejecutado. Y esto mismo afirmáis de Zenón de Elea y de otros varones de marcada reciedumbre que fueron eliminados con muerte inicua. Aun cuando vosotros, como decía poco ha, podéis aducir ejemplos muy contados de quienes de buena gana murieron por la verdad y la justicia, y de éstos, muchos huyeran, si pudieran, como Zenón, pues a Anaxágoras le salvó la fuga. Otros sirvieron su propia gloria, como Atilio; Sócrates, en el tribunal, a la pregunta que le dirigían los jueces: ¿Qué sentía acerca de los dioses?, créese que soslayó la respuesta. Los hermanos Macabeos murieron por la ley de su patria, como los hermanos Filenos sufrieron que se les enterrase vivos por los límites de su patria, como refieren Salustio y Valerio Máximo. También Curcio, en medio del foro romano, se arrojó en un lago, y los Decios, en medio del ejército enemigo; y esto por amor de la patria.

Pero sufrir la muerte con constancia por la verdad religiosa, no huir, no disimular, es una estupenda novedad que Cristo nos bajó del cielo, luego de haber incendiado el pecho de los suyos con tan increíble llama de caridad para con Dios, que por amor de Dios no estiman ni tienen en precio sus propias cosas, su vida y su sangre. Y eso lo afrontaron no uno que otro, sino millares y millares, en cantidad tal, que el hecho de que tantos hombres coincidieran en esa heroica resolución debe tenerse por un gran milagro.

Movidos por la ejemplaridad de nuestro martirio, algunos profanos, por puro mimetismo, remedaron en cosa falsa lo que nosotros hicimos en cosa verdadera. Es de saber, que el diablo pone diligencia grande por reproducir en sus malos lo que Dios obra en sus buenos, pero sin resultado ninguno, como cuando se esfuerza por fingir todo género de virtud y aparentar piedad profunda; mas cuáles sean los mártires del diablo y cuáles los de Cristo no es difícil discriminarlos por sus respectivos frutos. ¿Qué vamos a decir: cuán gran milagro es, qué obra manifiesta de Dios realizaron nuestros mártires cristianos ya sufriendo con ánimo invencible suplicios tan monstruosos, ya hombres sencillos como eran, humildes, pacíficos, ignorantes, inelocuentes, destituídos e inermes de todo aquello que suele imponer temor, si bien no del auxilio divino, persuadieron a doctos cosas tan sublimes, siendo así que los filósofos, con harta dificultad, persuaden moralidades y con mucha mayor dificultad verdades naturales, a pesar de los recursos del arte, de la elocuencia, del ejercicio y de la práctica de que están provistos y como armados? Nunca tienen la misma eficacia las ficciones que las realidades. Si nuestra fe fuera una cosa simulada, no haría demostración de tamaño efecto en los pechos humanos para creer,

para obrar, para sufrir durante tantos siglos, en tantos millones de hombres que vienen no coaccionados, sino por su propia voluntad, a pesar de que tantos son los motivos de su retraimiento de nosotros.

Veamos ahora cuán contra licitud y derecho sufrieron tan graves penalidades. Con razón y cordura dijo uno: *Si bastare acusar, ¿quién será inocente?* Para Cornelio Tácito, ya es una razón grande y legítima que Cristo fuese condenado por Poncio Pilato, presidente de la Judea. Dime, Publio Cornelio: Si ello es así, ¿qué se hará con Sócrates? ¿Qué, con tu Cicerón? ¿Qué, con Rutilo? ¿Qué, con aquellas lumbres de tu historia, Helvidio, Traseas, Séneca? ¿Qué, con tantos y tantos otros? Oigamos las acusaciones; salgan los acusadores, siéntense los jueces. Los acusadores son muchos; la acusación no es una sola, según el antojo de cada cual. Desagrada a los filósofos lo que contradice sus principios y cuando se hace caso omiso de la Naturaleza el espíritu humano se yergue más y más, como en Atenas Pablo fué objeto de befa por parte de los estoicos y los epicúreos, al mentar la resurrección de los muertos. Desazonábales muy vivamente aquello de que con la introducción de una doctrina mejor veían que iban a no ser tenidos en precio y que a los esplendores de una nueva luz iba a ser menospreciada su ceguera. Molesta al soberbio que sean puestos debajo de los pies la gloria, el fausto, los honores y que la opulencia deba ser tenida en nada. Al príncipe le es odioso que se alegue un poder mayor que el suyo y que se diga que hay otro a quien se ha de obedecer con preferencia. Esta pasión de la soberbia, desgraciadamente, es dable hallarla aún en determinados príncipes cristianos que no oyen con suficiente resignación hablar de la divina omnipotencia, singularmente cuando se trata de la humana suya. El amigo del regalo lleva con desabrimiento que se le prive de sus gustos, y los prelados y sacerdotes, sus privilegios, su autoridad, sus temporalidades; los padres toman a mal que sus hijos, que no haciendo caudal de honores, preeminencias, nobleza, herencias, casamientos ventajosos se acojan como en un asilo certísimo, en los brazos de Cristo, desnudo, pobre, humilde. Pero ¿quién es capaz de detallar una por una todas estas particularidades, si no faltó en Efeso un fabricante de estatuas que azuzó al pueblo contra los cristianos, porque quitaban los ídolos, con cuyas imágenes él ganaba de comer y hacía grandes logros? *Sus propios intereses*—dijo el poeta—*llevan a cada uno a bravas peleas.*

Con todo, el general pretexto era la violación de las religiones patrias y el menosprecio de la majestad de los dioses inmortales; éste era para todos el pretexto más especioso. Cornelio Tácito y Suetonio Tranquilo, a buen seguro no leyeron una palabra de lo que condenaron tan a ciegas, siguiendo servilmente la opinión y el griterío del vulgo. Harto claro se ve que ellos consumieron todo el afán de sus estudios en pulir la lengua, pero no la mente. ¿Cómo pudieron llamar maléfica a nuestra religión, cuyo principal capítulo es querer el bien, mirar por el bien y hacer el bien de todos? ¿Qué acusación se intentó jamás contra la comunidad cristiana, sino que no adoraba a Júpiter? Algunas calumnias se forjaron con la más rabiosa y venenosa de las intenciones y se las dieron a los niños para que las leyesen, las apren-

diesen de coro y las cantasen en público; pero a fuer de falsas e inventadas, no se pegaron a los acusados y disolviéronse por sí mismas. Oíd a vuestro compañero Plinio Cecilio que, gobernando la provincia de Asia, presidió la investigación de esas acusaciones, ya que vosotros juzgáis por el clamoreo del pueblo. Plinio, pues, en una carta a Trajano, se expresa así: *Se me presentó un libelo anónimo conteniendo los nombres de muchos que niegan ser cristianos o haberlo sido jamás, quienes, precediéndoles yo, invocaban a los dioses, y con incienso rendían culto a tu imagen que para este fin yo había mandado sacar con los simulacros de los dioses, y a seguida maldecían de Cristo, cosas éstas ninguna de las cuales dícenme que no se puede obligar a hacer a los que son cristianos de veras; yo creí que debía darles libertad. Otros acusados nominalmente, por el delator, dijeron ser cristianos y luego lo negaron; que en hecho de verdad lo fueron, pero que luego desistieron, algunos tres años atrás; otros, muchos más, y alguno que otro, veinticinco, todos los cuales adoraron tu imagen y los simulacros de los dioses; también éstos renegaron de Cristo. Afirmaban que la esencia de su culpa o de su error consistía en que un día determinado, antes de que amaneciese, cantaban alternativamente un himno en que proclamaban a Cristo, como Dios, y que con juramento se habían obligado a no cometer maldad alguna ni hurtos, ni latrocinios, ni adulterios, ni quebrantar la fe ni negar un depósito confiado; hecho esto, tenían la costumbre de separarse y de volverse a reunir de nuevo para tomar algún manjar, pero promiscuamente, sin causar daño a nadie, por lo cual creí lo más pertinente inquirir de dos criadas, que decíase les servían lo que hubiese de verdad a fuerza de tormentos, pero ninguna otra cosa encontré, sino una superstición despistada y exagerada.* Así reza la carta de Plinio a Trajano.

Pero además de estas causas que ya hemos dicho, había otra, por la que aquellos escritores no podían hacer mención de los cristianos sin infamarlos. Habíase exacerbado de tal manera el odio de los emperadores y del vulgo contra la nueva religión, que quien la comentaba con alguna serenidad y templanza caía en la sospecha de que la favorecía, puesto que no la maldecía ni la lastimaba con fieras colmilladas. Para librarse de este recelo calumnioso, los escritores, todas las veces que nombraban a los cristianos, cargábanles de oprobio y de ofensas todas las veces que ocurría hacer de ellos mención. Cosa ésta que aún hoy vemos hacer a algunos con las opiniones condenadas que no osan nombrarlas sin una detestación previa para demostrar que ellos están muy lejos de la facción heterodoxa.

Si era culpa tan grande contravenir a las religiones primitivas y autorizadas por el culto de los mayores, ¿por qué se dejaba sin castigo a los filósofos que no solamente hacían escarnio de los ritos y los cultos tradicionales y los condenaban, sino que muchos de ellos no creían en la existencia de los dioses? Afirmaban los unos que nuestras almas eran inmortales y que la atención y cuidado de los dioses jamás se abajaban a la tierra y a la cuitada Humanidad. Esa doctrina extirpaba en sus fundamentos no sólo aquellas religiones falsas e introducidas por error de la ignorancia humana, sino cualesquiera otras santas y verdaderas. Quienes tales

enormidades afirmaban y propalaban no solamente eran muy considerados y colmados de honores en las ciudades, sino que sus libros eran tenidos en mucho aprecio y andaban en manos de todos. Si los nuestros hablaban contra las religiones antiguas, hubieran oído al menos la que los otros propugnaban, y hubieran comparado las unas con las otras, sopesando pro y contra. Nada de eso. Por el vocerío de la apasionada y ciega multitud fueron condenados los que andaban reñidos con los placeres, las riquezas, el poder, los honores, el demonio, a todo lo cual habían declarado guerra para, mediante esas enemistades, levantar los hombres a la amistad de Dios.

Empero, decidme: ¿Quiénes fueron los jueces que los condenaron y entregaron al suplicio? ¿Los justos, los incorruptos? El primero de todos Nerón; a continuación, Domiciano, Severo, Maximino, Majencio, Diocleciano, Decio y sus serviles ministros. Preocupábanse esos tiranos de la religión, esos de quienes los mismos paganos confiesan que eran menospreciadores de los dioses, y contra los hombres eran monstruos de fiereza y crueldad, inmersos en crímenes, abrumados de maldades, enemigos de toda virtud, de toda probidad, de cuanto era honesto y loable, hasta un punto tal que resulta evidentísimo que era el bien lo que no podían sufrir. Del mismo juez se colige la inocencia del reo condenado.

Tenían estos príncipes, como es costumbre, esbirros a imagen y semejanza suya, prefectos y gobernadores de las provincias. Atormentados, despedazados eran los mártires, en parte por la feroz condición del natural del juez, en parte por una suerte de ambición, para ofrecerse a su príncipe y presentarse ante la multitud como vengadores y ejecutores del odio público y exactos cumplidores de los edictos de su amo y señor. Otras veces era el odio de una religión que estaba en grave disidencia y pugna con sus costumbres; otras veces era una cierta competencia. ¿Cuál de las dos partes vencería: la violencia del juez o la paciencia del mártir?

Quiso Cristo que la religión que El había traído del cielo fuera ratificada como lo había sido ya con su propia sangre, y también con la sangre de los suyos. Primeramente, porque era razón que los trabajos y penalidades de la cabeza redundasen sobre los miembros; así se colman las aflicciones que faltan a Cristo, como dice San Pablo: *Cumplo en mi carne lo que falta a los dolores de Cristo.* Y también por confirmar con mayor certidumbre una fe que no solamente afirmaban de palabra y con vanas polémicas los que la profesaban, sino con una muerte ignominiosa y crudelísima. Y, por fin, para que los que vendrían después tuvieran ejemplo de lo que era preciso hacer y padecer por la verdad divina.

CAPITULO XX

DURACIÓN DE LA SANTA IGLESIA CATÓLICA

El discurso de la Iglesia cristiana sobre la tierra será continuo y durará hasta después que toda ella sea trasladada al cielo y de temporal sea eterna, y de afligida, bienaventurada. San Agustín y Juan Pico de la Mirandola cuenta que los hubo quienes pusieron plazos a la vida de la Iglesia, todos los cuales tiempo ha que ya pasaron, mani-

festando la vanidad y la vergüenza de quienes querían poner límites a aquello que Dios quiso que fuera sempiterno. Querían ellos colegirlo de la posición de los astros, siendo así que ni la religión ni la voluntad del hombre están sujetas al cielo y a las estrellas. No hay conjunción de astros que pueda extender su influencia a tan espaciosas regiones y por siglos tan dilatados. Los argumentos de la religión acerca de este punto son éstos: El cielo, puesto que lo rige un Dios de tanta bondad, no puede ser ocasión de leyes malas y de impiedad ni de nada de aquello que contradiga y hostilice la bondad y sabiduría de Dios. En toda la Naturaleza échase de ver el orden, el concierto, la sabia organización. ¡Qué absurdo no sería que lo que la marcha de la Naturaleza no quiere que se haga, sea con diligencia procurado por aquellos elementos que no pasan de ser partes de la Naturaleza, grandes, poderosas, óptimas, principales! Si en virtud de una conjunción astral naciera alguna religión, una vez que esa conjunción se aboliese, necesariamente debiera abolirse también la religión. No hay conjunción alguna de astros, cuya virtud puedan imaginar los astrólogos, que dure tantos siglos como hace que perduran la idolatría, la religión mosaica y la cristiana. Las triplicidades de los astros que hubo en la antigüedad también se dan hoy día; aun las que Ptolomeo pone que son causadoras de religiones. ¿Por qué nadie adora hoy día los ídolos como en otro tiempo? Pero ese punto no me parece necesario elucidarlo con ansiedad, después que quedó demostrado que el Autor de nuestra religión es Dios y que Este es bueno, es clemente y derrama su benignidad sobre todas las generaciones hasta la consumación del linaje humano. Puede concederse que si El ha de hacer alguna cosa, naturalmente sea producida por causas naturales; pero si ha de actuar por encima de la Naturaleza, ninguna necesidad hay de que ello esté influído o indicado por el cielo y las estrellas.

Los hay quienes a estas horas requieren milagros para la confirmación de su fe, o si se atrevieran a hablar con más franqueza, para creer simplemente, dudosos más de lo que es razón, poseídos de la incertidumbre del convencimiento de la santa verdad. Primeramente es indudable que se obraron milagros sin cuento, que llenan las historias y que confiesan nuestros enemigos, sea la que fuere la secta a que pertenecen, judíos, gentiles, mahometanos. De no ser así, este milagro sería el mayor de todos ellos, como dijo alguno, a saber: que sin milagros el mundo haya sido conducido contra su talante, y a pesar de su repugnancia a una creencia tan alejada de las más extendidas e inveteradas opiniones, a través de tanto obstáculo y persecución de los poderosos. Y no es dudoso tampoco que se hacen cada día por la robusta fe de los que los piden; pero no todos se escriben ni de todos llega a nosotros la noticia. Se escriben muchos también, pero la sospecha de que sean falsos esparce ambigüedad sobre los verdaderos. La avaricia de algunos inventa milagros falaces, cuya falsedad, así que se sorprende y comprueba, torna inciertos los más efectivos, lo cual resulta pestífero para la religión y deben ser execrados los que los imaginaron, y son merecedores de más recio castigo que los que falsean la moneda o con la contrahierba mezclan acónito.

Por lo demás,. ¿para qué exigen milagros? Los que no merecen ni siquiera ver los fenómenos naturales, y que andan continuamente con la cabeza derribada al suelo, a guisa de las bestias, dicen que quieren por encima de los celestiales; ellos que jamás levantaron sus ojos al cielo. Quieren ser arrebatados a lo alto por la uña fulmínea del portento, no subir allá arriba por la escalera de las virtudes, como dice Marsilio Ficino. Jamás hacen uso de su corazón y se empeñan en mirar de hito en hito lo que supiera la razón. Si hicieran uso de razón, de consejo, de juicio, algún día estas facultades les servirían de grandes y admirables prodigios para su confirmación religiosa. Esa postulación de milagros, ¿contiene más materia de risa o de indignación? ¡Que unos locos se atrevan a pedir milagros para confirmar su religión, como si fuera para Dios un negocio ganancioso el que ellos abracen la religión verdadera y no interés personal suyo que de la más profunda miseria y perdición pasan a la salvación y a la felicidad. Esto es semejante a aquel dicho de determinado príncipe: «Conténtese Cristo con que nosotros los príncipes le prestemos fe.» ¡Qué tenebrosa incomprensión y ceguera la de quien tal dijo! Estos imagínanse a Dios como alguno de nuestros reyes, a quien conviene que sus vasallos le den fe, le amen, le veneren. Hartos milagros se hicieron ya; crea el que quiera creer, su negocio hará; no el de Dios.

Añádese a esto que la fe o confianza de los milagros es eficiente. ¿Dónde está ahora en nosotros aquella confianza para con Dios, que de Dios pueda impetrar que haga el milagro o le reciba? Aun cuando si uno lo reflexiona bien, no nos faltan milagros en las razones de la religión y lo refiere a un exacto juicio. No hay duda que aquellos Santos Padres, los Apóstoles, próceres de la Iglesia naciente y creciente, y los mártires, se valieron principalmente de razones, mezclando alguna vez milagros, como perlas, que impetraba la fe y el fervor, así del predicador como del sermón. Los milagros eran una concesión a los ojos; las razones un obsequio a la mente. Cuando el hombre tiene el conocimiento de los sentidos que le es común con los irracionales, y el conocimiento de la mente, que le es privativo y propio, es mejor que se forme a la virtud y al culto divino por las razones de la mente, que no que se vea impelido a ello por los prodigios que se ofrecen a los ojos y a los demás sentidos y le producen admiración y estupor. Esto es lo que respondió Abrahán a aquel rico que le pedía que alguno de los muertos resucitase para avisar a los vivos la necesidad de una vida más ordenada: *Tienen a Moisés y a los profetas; si no les creen a ellos, tampoco creerán a quien de aquí retorne al mundo.*

Más eficaz valía tiene la razón para el que piensa bien, que no la admiración instantánea del milagro. El milagro padece sospecha y calumnia como si fuera una alucinación de los sentidos. La verdadera razón no está sujeta a una ni a otra; y cuanto más se la maneja, se la pesa, se la examina, tanto más se la halla firme, sólida, cierta. Antiguamente la bondad de Dios dió milagros; los da cada día; da a cada cual algo más poderoso que el prodigio para aficionarle a la práctica de la piedad. A nadie le valdrá la excusa de la malicia. Cada uno es malo por vicio propio y por beneficio de Dios es bueno.

CAPITULO XXI

DE LA RESURRECCIÓN DE NUESTROS CUERPOS

Anteriormente quedó demostrado con copiosos argumentos que el hombre fué creado por Dios para la eterna bienaventuranza; hará, pues, bienaventurados a aquellos hombres que a El se adhirieron con amor y confianza. Y si los hombres son bienaventurados e inmortales, las almas serán devueltas a los cuerpos. El hombre no es alma sola ni es solo cuerpo, sino el resultante de ambos. En otro caso, no venía a cuento haber creado a los hombres corpóreos; bastárale la simple parte espiritual, como a los ángeles si los cuerpos que se hubieran reclinado en la muerte, no tuvieran que resucitar jamás. Hay más: nosotros hemos anotado en el hombre la vida vegetativa en el útero materno; la vida sensitiva en la infancia; la vida pasional y de la parte inferior en el restante discurso de la vida. Queda la vida de la mente y de la parte superior, que puesto que aquí no la vemos, en algún sitio debe de estar, no sólo en el alma, sino en todo el hombre, en el cual todas las otras tienen sus manifestaciones y sus ejercicios. Excelentemente dice Atenágoras:

Dado que el anhelo de eternidad está hincado en todo el hombre, resulta que el hombre todo es inmortal; su cuerpo, pues, será devuelto a la luz y a la vida. Dios no consignó al hombre para un uso ajeno, sino que le creó para un acto íntimo y muy congruente a su naturaleza: para que ame a Dios, para que le imite, para que le goce. Su cuerpo y su alma de consuno están empeñados en esa misión o en sus contrarios; en comunidad, pues, recibirán el galardón o la pena. Si el hombre no resucitara en su enteriza totalidad, en balde el alma hubiera sufrido la impedimenta del cuerpo y el cuerpo el estorbo del alma; ésta, gobernando el cuerpo; aquél, obedeciendo al alma. De ahí les vinieron a entrambos muchas molestias y pesadumbres; así que en duras condiciones el uno estuviera atado a la otra y los cuerpos irían a dar en la sociedad de los males, no de los bienes. Añade a esto que las leyes impusiéronse indivisiblemente al cuerpo y al espíritu. Cada cosa tiene su finalidad fija. La finalidad cierta del hombre, ¿cuál es sino la felicidad? Todo el hombre, pues, es capaz de ella y la gozará.

Tal es el razonamiento del sabio Atenágoras en la adolescencia de la Iglesia de Cristo.

Por lo demás, sostienen con empeño no ser la resurrección posible a aquellos que han encerrado en los límites de este mundo y como metido en esa cárcel a Dios soberano y todopoderoso. Eso pareció el colmo de los absurdos a los filósofos atenienses cuando Pablo les predicaba la religión de Cristo. A pesar de todo, queda constancia en los anales que muchos cristianos fueron devueltos a la vida; ellos no los admiten; admitamos nosotros los suyos. Dejo a un lado las fábulas mitológicas, como la de que el hijo de Calistón fué resucitado por Júpiter, como Pélope también; la de Alcestes, devuelto por Hércules a la vida; los muchos resucitados por Esculapio, como Hipólito, que se llamó Virbio, divinidad latina; Glauco, hijo de Mimos, y Pólux, el hijo de Tíndaro. Pero Platón, en el postrer libro de la *República*, dice haber revivido un tal Hero de Panfilia. El mismo Platón toma de la doctrina pitagórica la *metempsico-*

sis, que es una suerte de resurrección. Teopompo escribe que Zoroastro profesó la opinión de que todos habíamos de volver a la vida. Refiere Plinio que han vuelto a la vida muchísimos, de los cuales bastará citar dos ejemplos. Cuenta, pues, que de dos hermanos del orden ecuestre, a Corfidio, que era el mayor, le sucedió que pareció haber expirado, y abierto su testamento, el menor, que era declarado heredero, apresuró el entierro. En el ínterin, aquel que parecía muerto se puso a batir palmas y a revelar secretos en voz alta y contó que venía de parte de su hermano, quien le había encomendado a su hija. Demás de esto, mostróse el lugar donde, sin saberlo nadie, había enterrado oro y rogó que se le enterrase con las honras fúnebres pertinentes. Mientras esto contaba, los familiares del hermano, llegando apresuradamente, anunciaron que él había muerto, y el oro se halló donde había dicho.

Un poco más abajo refiere que en lo más recio de la campaña de Sicilia, a Galieno, valiente marino de la Armada de César, caído prisionero de Sexto Pompeyo, por orden suya se le cortó el cuello casi a cercén, de modo que apenas estaba prendido al tronco y quedó tendido en la playa todo un día. A boca de noche, el infeliz descabezado, con gemido y ruegos, pidió al corro que se congregó en su derredor que Pompeyo viniese a él en persona o al menos enviase a alguno de los que más quería; que él salía enviado del infierno y tenía nuevas que comunicarle. Envió Pompeyo a muchos de sus amigos, a los cuales Galieno dijo que a las divinidades soterrañas placíanles la causa de Pompeyo y la piedad de sus partidarios, y que por esto el resultado sería el que él desease; que a él se le había encargado la misión de comunicárselo. En confirmación de la verdad, dijo que una vez cumplimentado el mandato expiraría. Y así fué.

No sostendré yo con demasiado empeño la autenticidad de estos relatos. Basta que con estos ejemplos dé a entender que no es imposible. Cuando los gentiles decían esto, nadie se escandalizaba; cuando lo decimos nosotros, no se nos puede sufrir.

Oigamos ya la razón por la cual ningún muerto puede tomar vida: de la privación es imposible la vuelta al hálito. Frágil axioma para cuyo sostén se necesitarían seiscientas vigas. ¿Es que no hay vuelta de las tinieblas a la luz, del sueño a la vigilia, del descanso a la actividad, de la ceguera a la vista? Pero insisten en sus cavilaciones. No de la privación al mismo hálito. ¿Qué importa esto si es tan semejante que parece el mismo? Quien recobra la vista que perdió, dícese que la ha recobrado. En todo caso no dirás que mi vista hoy es la misma que fué ayer. Argucias son éstas estúpidas y pueriles. Y si es posible la vuelta de la privación al mismo hálito que pereció ya o a uno muy semejante, ¿cuánto más no lo será de la disyunción a la conjunción? La muerte no es otra cosa sino disyunción y disociación; mientras que la vida es conjunción y enlace. Así que permaneciendo el alma y el cuerpo, es lo mismo que si las piedras se separan en forma de balas y luego se vuelven a reunir. Yo querría que esos recalcitrantes reflexionaran y ponderaran con detención si es más difícil dar un alma nueva al cuerpo que antes no la tuvo o devolverla al que antes la tuvo. Pero esos obcecados, porque

ven que una cosa sucede cada día y de la otra no tienen experiencia, siguen, sin pensar, el testimonio de los sentidos y tienen a lo primero por muy fácil y a lo segundo por imposible. Pues bien: es propio del filósofo guiarse más por la razón que por el sentido; razón que si la cortedad de su ingenio no puede atinar, su amor al saber debe abrazarla una vez que se le presenta y se le demuestra.

Pero ¿a santo de qué eso de empeñarse en elucidar por principios naturales un punto que rebasa toda la amplitud de la Naturaleza, y aun por principios, no claramente naturales, sino los que un fulano cualquiera se forjó con más o menos verosimilitud? Muchos son los atormentados por este problema: ¿Resucitará el mismo hombre con la misma materia, el mismo rostro, la misma forma? ¿Cómo puede ser, se preguntan? La forma en un mismo hombre sufre muchas mudanzas; la materia fluye a manera de río; la que existía cuatro años ha, ya no existe; sucedióle otra y otra, como el agua por un cauce fluvial y pasa a diversas formas; como cuando de cadáver hácese gusano; de gusano, serpiente; de serpiente, lodo; de lodo, hierba, y de nuevo, comida por él, en determinadas regiones existe la antropofagia.

Estas y otras muchas dificultades amontonan algunos que en parte no se acaban de explicar con qué cuerpo volveremos a la vida y en parte tienen serias dudas acerca de la resurrección universal; pero todo ello, como casi todas las otras vacilaciones acerca de la verdad, tienen su origen en la ignorancia, porque no consideran bastantemente lo que es imprescindible y esencial, por qué el hombre, el mismo en épocas diferentes, cosa que el lenguaje corriente no ignora, es el mismo, aun cuando la enfermedad haya consumido su carne, aunque sea quebrada su color, aunque sea ciego y sordo, que cuando estaba en plena lozanía, la color rosada, dotado de vista aguda y de oído fino. Así que la variación de forma y de semblante, el cambio de la materia y del cuerpo no constituye otro hombre, si este otro no se refiere a cosas adherentes, como se dice ser otro el que mudó de opinión o de pasión.

Volverá, pues, la misma alma a la materia que Dios proporcionará y será el mismo hombre que antes de morir; la materia será de la misma composición y género que la de los cuerpos humanos, a saber: compuesta de las cuatro primeras cualidades, con aquella cara y figura, con aquellos sentidos, con aquellos miembros internos y externos, con aquella organización, con aquella contextura, con aquella proporción, con aquella armonía, por defuera y por de dentro, que son los hombres actuales, porque en otro caso no serían los mismos hombres, pero ni siquiera hombres, sino seres de otra especie.

Oigamos a San Pablo, confidente y poseedor de los más altos arcanos, del cual dice Eneas el filósofo: «Pablo aduce la similitud con la semilla para que cada cual, por lo que ve, barrunte lo que no ve; y bien así como Dios obra la generación cotidiana, será aquella generación extraordinaria. De la semilla nace el árbol y el animal; así, de una pequeña parte de cada cuerpo crecerá el cuerpo, y de la costilla de Adán el cuerpo de Eva, del cual dice el primer varón: *He aquí carne de mi carne y hueso de mis huesos.*» Esto es del filósofo Eneas.

Todavía hay otro problema más

pequeño: ¿Qué pasará con aquellos que tenían un sentido deficiente y casi nulo? ¿Volverán a la vida como los párvulos y los idiotas? Los porvulillos tienen el sentido, como quien dice, en capullo y recibirán el que habían de tener al llegar a la edad proporcionada; como el cogollo del trigo llegará a la espiga y la verdura llegará a la madurez. Los idiotas, los estúpidos, los dementes, tienen mente, pero oprimida y anochecida; se la soltará y se la iluminará, como los ojos se devolverán a los ciegos y las manos y los pies a los mancos y a los cojos. Todos resucitarán hombres perfectos. Eso a nadie debe causarle extraordinaria maravilla si se atiende al Autor de la resurrección. Las imperfecciones de los cuerpos y, por ende, de los sentidos y de las mentes humanas en esta vida, o provienen de la insuficiencia de la obra de la Naturaleza o por algún azar desgraciado o por una enfermedad o lesión. Si fuese la Naturaleza quien nos debiera devolver a aquella vida, quedaríamos expuestos a la múltiple injuria de los casos humanos, y sin duda seríamos como ahora somos acá. Pero el Rey y Señor de la Naturaleza, en quien no cabe ignorancia ni deficiencia y que está por encima de todos los azares, nos devolverá nuestros cuerpos y nuestra vida sin ningún ministerio de la Naturaleza, así que entonces no nos acaecerá ninguno de los contratiempos que en este bajo mundo nos vienen de la flaqueza o de la casualidad y nuestros cuerpos cambiarán en una condición muy más ventajosa que esta nuestra. Esto queda patente para quien considera la excelencia de aquel estado. La grandeza de la beatitud no podría caber, no, en la flaqueza de las almas, en la vileza y miseria de los cuerpos. ¿Y qué más, si ni aun aquel lugar del cielo en que tendremos nuestra morada no podría soportar la oscuridad y fealdad de nuestros cuerpos?

CAPITULO XXII

CESACIÓN DE LAS MUDANZAS Y ALTERNATIVAS

Nuestros cuerpos, unidos con Dios inmortal en la bienaventuranza interminable, serán inmortales como las almas mismas. El hombre compuesto de cuerpo y alma, ocupando un lugar intermedio entre aquellas mentes que se llaman ángeles y los cuerpos sublunares, como lo fueron los ángeles, fué creado inmortal por su alma, y por su cuerpo, como todas las otras cosas que están debajo del cielo, caduco y mortal en relación con estas cosas voltarias, flacas y perecederas. Estas se tornarán firmes, estables, sempiternas. En esa emergencia, también nuestros cuerpos, como los otros elementos de donde se tomaron, se confirmarán y estabilizarán en la eternidad de la vida. Ni seríamos bienaventurados si de nuevo tuviéramos que volver a la existencia, porque o bien volveríamos, para morir y resucitar de nuevo, o después de la muerte ya no reviviríamos más. Si de nuevo resucitásemos, por la misma razón y muchas veces hasta el infinito, lo cual es ridículo. Si, por el contrario, consumidos los cuerpos, quedaran solas las almas, ya no seríamos hombres, sino espíritus despojados de cuerpo. Y si hubiésemos de volver a la misma vida, ¡qué pena la de sufrir los mismos dolores, las mismas calamidades! Y si tuviéramos que volver a otra desconocida e incierta, ¿qué nueva más triste podía comunicar-

se a aquellos espíritus que la de correr otra vez al albur de la infelicidad, apurando la dramática incertidumbre de si volarán de nuevo a la misma felicidad o si serán empujados y hundidos en aquella miseria en que ven que son castigados los enemigos de Dios?

No pudiendo desenvolverse de este problema pegajoso, los pitagóricos y otros filósofos que profesaron el dogma de la vuelta de las almas a esta vida, como Platón y sus seguidores, con los cuales no pocos poetas asintieron, imaginaron en el infierno el río Leteo, bebiendo del cual las almas sorbían el olvido de todas las cosas y de todas las obras que hicieron, y así insinuábase en ellas el vago deseo de volver a sus cuerpos. Así es que si aquellas almas elíseas supieran que debían caer de aquella situación y bienandanza y no podrían fruir de cumplida felicidad, no quisieran que ellas supieran esta suerte.

Decidme: ¿Qué desvergüenza no es afirmar que aquellas mentes despojadas de sus cuerpos, esto es, de sus tinieblas y de su ignorancia, en aquellas soberanas luces y en aquella ciencia tan subida, no saben lo que les va a suceder y que nosotros, en ese oscurecimiento o, mejor dicho, en esa ceguedad total (¡qué procacidad e impudor para mentir!), nos jactemos de saberlo? ¿Quién se lo enseñó? ¿Quién se lo reveló? Pero quizá ni lo saben del todo ni no lo saben del todo; sencillamente, dudan. Pues esa sola duda les agua y corrompe aquellos inmensos goces. Y si ven que otros vuelven a esta vida, de ellos pueden tomar una sólida conjetura.

Y pregunto más aún: ¿Por qué crimen, desde aquellos grandes bienes, han de ir despeñándse y rodando a esa mazmorra y a esa condición de miseria extremada? No es creíble que sin algún demérito suyo el Dios de toda bondad los derribe de aquella felicidad suprema. Todo delito nace de ignorancia o de flaqueza. Pero ¿qué ocasión o qué causa de pecado se puede ofrecer a aquellas almas purísimas y purificadísimas, versadas en la ciencia de todas las cosas, aquellas almas en quienes no hay insanos deseos ni pasión alguna que acucie su voluntad contra la rectitud; en quienes no hay ignorancia ni flaqueza alguna en un estado como no lo podrían ni querrían anhelar otro mejor?

Hay más: la vuelta de las almas a su condición antigua parece ser contraria a la razón y a la causa porque Dios creó ese mundo, de la cual ya hablamos en el libro anterior, la cual es ciertamente para hacer a muchas almas participioneras de su bienaventuranza. Una vez conseguida esa finalidad, ¿no sería cosa de juego o de capricho pueril volver a hacer lo no hecho y entretenerse por pasatiempo en alternativas de caer y de levantarse, de felicidad y de miseria, como cuando los niños construyen casitas con bastoncitos y tierra, y una vez que las han construído las derriban y las acomodan a diferentes estilos, ninguno de los cuales agrada mucho tiempo?

Y si nuestros cuerpos glorificados serán inmortales, unidos con Dios inmortal, supremo, todopoderoso, y como inmersos en El, en quien residen todos los bienes, no necesitarán ciertamente de los apoyos de la vida, ni para crecer, ni para repeler la enfermedad, ni para evitar o diferir la muerte. El mantenimiento y la medicina se hallaron y se introdujeron por causa de la vida, vida ésta que, si por la unión con la misma inmortalidad

no ha de fenecer jamás, no necesitará de alimentos ni de adminículos, ni recursos exteriores. Por ende, todo lo que atañe al uso y modo de esta vida que debemos pasar, el nacimiento, crecimiento y muerte de las plantas, animales, flores y frutos, las sazones de arar, sembrar, segar; las alternativas del sueño y de la vigilia, todo cesará; es decir, con la eliminación del fin holgará el trabajo. La naturaleza y condición del fin es instigar al agente para que insista y persevere en la obra. Ninguna necesidad habrá de primavera, estío, otoño, que tienden a la recolección de los productos necesarios para estos usos; ni del día y de la noche, que se encaminan a la actividad y descanso de estos cuerpos. Se detendrán, pues, las carreras y las revoluciones del cielo, pues no serán menester ya más de aquella que con estos movimientos se consigue bien para la necesidad de la vida, ya para la contemplación de los ingenios, y de ahí coligiesen cuál fuese el Autor y Gobernador del universo y le rindiesen reverencia y culto. Lo que no se abolirá será lo que no es nuestro, sino del mundo, como los cuerpos celestes y sus especies y atavíos y también los elementos del número inferior. Tal como vemos que ahora perdura el cielo, será el mundo sublunar después de la resurrección universal. Por una merced especial de su Creador en el cielo ya la esencia es inmortal con cualidades, conviene a saber: los movimientos y vaivén de las revoluciones. Mas debajo del cielo no hay sino las semillas de la inmortalidad, que brotarán en plantas y frutos cuando, en expresión de San Pablo, Dios lo será todo en todos, es decir, cuando la vida y la inmortalidad de Dios se habrán difundido y comunicado a todos los seres. Y si lo mortal es allegado a la inmortalidad, a buen seguro quedará constituído en su esencia natural, limpio de sordideces, en estado de pureza y acrisolamiento. Lava y limpia el agua ciertamente, pero no más que la superficie; el fuego, en cambio, purifica lo más íntimo, como experimentamos cada día con el agua, el vino, el aceite, los metales, las carnes. La limpieza, pues, de estos elementos de las impurezas que con ellos se mezclaron, contraídas por sus continuas generaciones y corrupciones, se realizará mediante el mismo instrumento que más íntimamente lo acendra todo, a saber: el fuego. Entonces habrá quietud total en los cielos, en los astros, en los elementos. Y según dijo aquel conocedor de los arcanos más profundos, toda criatura será librada de la servidumbre de la corrupción, a saber: de aquel trabajo que sufre por las cosas corruptibles. Un poco de ese olor de la quema del mundo sublunar, ha trascendido a los gentiles. Panecio, el filósofo estoico, según cuenta Cicerón, temía que al final el mundo no se incendiase. Y Plinio, dice que el mundo se inclina del lado del fuego. Y Ovidio, en versos de indudable inspiración sibilina, dice poéticamente: *Queda en los hados reminiscencia que vendrá un tiempo en que el mar, la tierra y alcázar del cielo han de arder y crujirá la trabajosa máquina del mundo.*

CAPITULO XXIII

DEL JUICIO DE JESUCRISTO

En esa vida y en la carrera de ese mundo, todo lo vemos amalgamado y confuso: bienes con males,

mezquindades con grandezas; que a los buenos les sobrevienen contratiempos y a los malos prosperidades, y viceversa. Esta absurda mezcolanza enrareció el juicio de muchos, hasta el punto que pensaron equivocadamente de la Providencia que gobierna la universalidad de las cosas e introdujeron y reemplazaron en lugar de la sabiduría eterna e inmensa la fortuna, el azar y la reflexión ciega. Es razón, pues, y muy congruente con la sabiduría y la equidad del Gobernador Sumo, que se muestre a los hombres, a los ángeles, con los demonios alguna distinción entre los buenos y los malos, y de ahí el juicio final y universal.

Juzgó Dios ya en el principio del mundo a Satanás y a toda su facción sabiéndolo los ángles, pero ignorándolo los hombres. Juzga a cada uno inmediatamente después de la muerte, pero en privado y en secreto. Queda, pues, por hacer un juicio patente a todos los espíritus para que los buenos loen la justicia de Dios y los malos no puedan quejarse de ella. En este juicio, declarará Dios a todos con qué consejo y miras procedió que los necios reprobaban porque no las conocían. Simultáneamente El juzgará de todos y a la vez demostrará cuán torcidamente juzgó de El el ningún seso de muchos. Las conciencias de todos serán manifiestas a todos; así que en un instante fugacísimo, cada cual dictará su propia sentencia. El bueno se acercará al Señor con confianza; el malo, con miedo, y ese miedo engendrará odio de Dios; el odio ocasionará tristeza, envidia, rabia. Y ese odio no se extinguirá jamás, porque en medio de tan acerba pesadumbre y tanta atrocidad de tormentos, nadie entrará en razón ni a contrastar sus maldades con la Justicia divina. Pasará lo que vemos que pasa acá abajo entre nosotros, donde experimentamos que no hay reo tan culpado ni tan maligno que en medio de los tormentos merecidos se acuerde de las leyes del derecho ni de la equidad, como tampoco de sus crímenes abominables, sino que se queja y a gritos dice que se le atropella y atormenta injustamente. Así también los demonios y los impíos, compinches de los demonios, en medio de aquellos tormentos, a voz en cuello clamarán que Dios les hace una injuria, y como injusto le acosarán con insultos y odios implacables.

Este su odio eterno hará también eterna su pena. Misterio es éste que pone horror no solamente en esos sin ventura, sino también en nosotros, cuyo resultado es incierto. Plegue a Jesucristo sernos propicio y misericordioso; El, que ha de ser Juez de vivos y de muertos; El, a quien el Padre, por muchas causas, le dió todo juicio. En primer lugar, porque el Padre le puso al frente de todo y le hizo Cabeza de toda la creación; como Señor y Príncipe y Cabeza juzgará todo lo demás. El rescató el linaje humano de la servidumbre del demonio y El, su rescatador, juzgará a sus rescatados. El es el Legislador supremo, y El juzgará de la observancia de sus leyes. Vendrá Juez corporal para juzgar a los corporales. Hombre vendrá a los hombres, con el fin de que pueda con todo derecho argüir, absolver y condenar al semejante, semejante como es por naturaleza, conocedor de todo lo que suele recaer en una naturaleza de esa índole. Pero ¿qué será de aquellos a quienes el Evangelio no se predicó? ¿O con aquellos que por la mucha antigüedad ya no lo recuerdan los

tataranietos y nada conocen sino las tradiciones patrias? Propónense ese problema unos hombres curiosos, quienes, olvidando su propia hacienda y quehacer, atienden a la ajena. Oye que dice el sabio: *No busques cosas que están por encima de ti; aquello que Dios te mandó, eso recapacítalo siempre*. Nuestro Señor, en el Evangelio, salió al encuentro de esa curiosidad, pues habiendo dicho a Pedro: *Sígueme*, éste, volviéndose, vió al discípulo a quien amaba Jesús, y le dijo: *Señor, ¿y éste, qué?* Reprobó el Señor ésta curiosidad y no se dignó contestarle lo que había de ser de él, sino que le dijo secamente: *Si yo quiero que éste quede hasta que yo venga, ¿qué te importa? Sígueme tú*. No nos incumbe a nosotros decir cómo cada cual será tratado. Dice el Señor que *más blandamente se conducirá en el día del juicio con Tiro y Sidón y los niniritas*. No cabe duda que quienes oyeron la palabra evangélica y la descuidaron por desdén, serán más gravemente castigados. A este propósito dice San Pablo: *Los gentiles que no tienen ley y, naturalmente, cumplen lo que es de la ley, ellos son su propia ley*. A todos los salva el Hijo de Dios, como Dios y como hombre, sin su humanidad o con su humanidad, *por el amor y la confianza en Sí*.

CAPITULO XXIV

DE LA PREDESTINACIÓN

Escrúpulo grande y brava querella de muchos. No más que los elegidos alcanzarán la bienaventuranza. Algunos son predestinados; otros, reprobados, según está escrito por el Profeta: *Amé a Jacob y a Esaú le tuve aborrecimiento*. Gran disputa en San Pablo en su epístola a los romanos: ¿De qué me sirven los sudores apostólicos si no estoy predestinado? ¿Qué provecho sacaré? Y aun cuando holgares, se me ofrecerá la bienaventuranza, si soy predestinado. Todo esto envuelto en ignorancia. De esta cuestión hablé en el libro anterior. Nuestra manera de expresarnos bien poco conviene a Dios; el *será* y el *fué* no están en Dios; todo es presente para El, a quien apenas compete el *ser* nuestro, como dicen Platón y San Gregorio Nacianceno. Las obras que nosotros desconocemos porque tendrán realidad dentro de diez años, a Dios ya le son presentes. Así que eligió a Jacob porque le ve bueno; reprueba a Esaú, porque le ve malo. Dice el Profeta: *Cuando todavía nada de bueño ni nada de malo habían hecho a la presencia de Dios*, a saber: cuando nacían y todavía no habían hecho ni pensado nada. El modismo es hebraico; para el mundo eran párvulos, para Dios eran viejos. Dícese que se *hace a la presencia de Dios* toda obra que se exterioriza.

A todos llama el Señor, porque a todos muestra y propone grandes bienes; pero ser elegido, predestinado, precito es cosa de nuestras obras. Dios a todos se ofrece; esta es la vocación; si alguno la aprovecha, ésta es la elección; si persevera hasta el fin, es la predestinación; si alguno la rechaza, es el endurecimiento. Estas cosas júzganse por el resultado como cuando hablamos de la ira de Dios, del furor de Dios, del arrepentimiento de Dios, por sus efectos. Eres tú, pues, quien te haces predestinado, elegido, precito, impenitente. Pero la que actúa es la gracia de Dios. Así es, pero a todos está aparejada: *Yo estoy parado a la puerta y llamo*. Y en

otra parte: *Ilumina a todo hombre que viene a este mundo*, no sin que a algunos no se les ofrezca mayor gracia por el mayor bien que pueden producir, como a algunos se puede otorgar más feliz y perspicaz ingenio y un cuerpo más flexible para la virtud, puesto *que les cupo en suerte un alma buena.* A pesar de ello, a todos se les ofrece tanto cuanto si lo cultivaban, y la gracia de Dios no fuese en ellos honra y baldía, les podría elevar a un mayor perfeccionamiento, como Abrahán y el Centurión. Las cosas naturales son vàrias y tales que se llaman indiferentes: unos son cojos; otros, ciegos; otros, mudos; otros, longevos; otros, de vida corta; pero por lo que toca a ese único necesario, a todos se proveyó, pues *Dios quiere que todos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad.* Pero en todo esto, es más cuerdo adorar el consejo del Señor que irlo a escudriñar. Por eso San Pablo, considerando el oscurecimiento y la flaqueza de nuestros ingenios y cuánta firmeza e intensidad de la mente y cuánta luz se necesitaba para inquirir ese misterio pavoroso, severamente desautorizó a aquellos que con temeridad se metían en una cuestión cuya síntesis es: ¡Oh profundidad de las riquezas!

LIBRO TERCERO

CONTRA LOS JUDIOS: JESUCRISTO ES EL MESIAS

CAPITULO PRIMERO

DIÁLOGO

Parte enojosa esa parte de mi obra; parte de bien dudosos resultados esa de disputar contra los judíos, linaje de hombres de terquedad indomable, que aguza implacablemente su odio contra nosotros y, lo que es peor, contra el propio Jesucristo, Hijo de Dios. Esa terquedad, digna de mejor causa, es de más difícil refutación por la oscuridad de los libros sagrados del Antiguo Testamento. Envueltos como andamos en esa oscuridad casi inextricable, nuestros antagonistas nos reclaman y exigen que nosotros, por los vaticinios de los profetas y las figuras de los patriarcas, les demostremos inequívocamente que Jesús, Hijo de María, es el Mesías prometido por la ley y los profetas. No sufren que nosotros, valiéndonos de la lógica y la razón, aventuremos la más pequeña interpretación, sino que les demostremos apodícticamente con palabras directas y simples, sin velo alguno de alegorías, que así está expuesto y declarado. Por esta exigencia suya no hay persona que tenga su cabeza sobre los hombros que se deje llevar no de juicio y razonamiento alguno, sino de su irrefrenable antipatía y odio congénito. Tan obstinados andan sus ánimos en llevar la contraria al Ungido Dios, que cierran sus ojos a los resplandores de la luz y no quieren oír lo que está dicho con toda claridad, por no verse acorralados y sentirse obligados a confesar una verdad manifiesta, de la cual abominan. Pero, cogidos y enredados en mallas de las que no se pue-

den desenvolver, transfórmanse en mil figuras, como Proteo, para evadirse.

Invéntanse así nuevas lecciones de los textos bíblicos, admiten y afirman los mayores absurdos, las monstruosidades más indignas de Dios y de su ley, siempre que vayan contra nosotros o, al menos, que no resulten a nuestro favor. Espinosa tarea esa de curar a quien rechaza la medicina y odian al médico, no de otra manera que a un verdugo llamado a ejecutarlos.

A pesar de todo, nosotros vamos a tratar ese punto con tal ecuanimidad, que si alguno no es semejante a los otros, es decir, perdido y desahuciado por su malicia y su malevolencia enconada, pueda ser reducido a la cordura y al buen seso.

Para que nuestra verdad quede más manifiesta, introduciremos a un cristiano y a un judío, que defenderá su secta con todo el ardor y vehemencia posibles, pero que, no obstante, no se obstinará en negar por sistema la verdad patente, sino que esté dispuesto a ceder ante la razón clara y que discurra honestamente como un hombre con otro hombre, actuando en arbitraje la razón y el buen sentido.

CRISTIANO Y JUDÍO.

CRISTIANO.—¿Qué libro es ese que tienes en las manos?

JUDÍO.—El libro de la verdad, el libro sagrado por excelencia; el texto hebreo de nuestra ley.

CRISTIANO.—¿Entiendes o no entiendes esto que lees? ¿Es para ti un libro cerrado como aquel a que se refiere Isaías: *Y será para vosotros toda visión como palabras de libro sellado, el cual, si le dieren al que sabe leer y le dijeren: «Leed ahora esto», dirá: «No puedo, porque está sellado?»*

JUDÍO.—En entenderle pongo gran empeño y con todo cuanto afán puedo me esfuerzo por ver si entiendo algo.

CRISTIANO.—Si realmente llegares a entenderle como es debido, luego al punto serás cristiano y pedirás el bautismo por pertenecer al redil de la Iglesia Católica.

JUDÍO.—¿Cómo es eso?

CRISTIANO.—Porque yo de ti y de los judíos no pediría más sino que sintiereis de Dios como parece bien en El y en vosotros, que sois seres humanos.

JUDÍO. — Prométemes cosa tan grande, que me parece no haberla oído o no haberla entendido; repítela, por favor, más claramente.

CRISTIANO.—Digo y repito que el único obstáculo que se opone a que abracéis la profesión de la fe cristiana es el no sentir de Dios lo que es digno de El y lo que es digno del hombre dotado de inteligencia y razón.

JUDÍO.—Y eso que el mismo Dios nos lo manda y nosotros a ello vamos y estamos convencidos que lo hacemos.

CRISTIANO.—No he de ocultarte que yo creo que la causa principal de nuestros errores y de la impiedad nuestra es que sentís de Dios de un modo indigno de su majestad soberana, pues si sintierais, como es razón, ¿quién de vosotros sufriría que la letra del Antiguo Testamento fuese violentamente arrastrada a los sentidos más bajos y más abyectos? ¿Quién soportaría el Talmud, que es lo más injurioso para Dios que pueda imaginarse? Dime: ¿qué piensas tú que es el hombre?

JUDÍO.—Lo que ves.

CRISTIANO.—Más fácilmente y con

mejor acierto me responderás si te ilustro que si te pregunto simplemente. ¿No consta el hombre de cuerpo y alma? El cuerpo es eso material y visible; el alma es eso que no se ve sino por las obras que mediante el cuerpo realiza, grandes y maravillosas.

JUDÍO.—Así es.

CRISTIANO.—En el alma está la razón y el imperio de la voluntad, y en el cuerpo está el servicio.

JUDÍO.—Fácil es ello de ver.

CRISTIANO.—No hay nadie que no pueda declarar eso con razones evidentes y ampliarlo con abundancia de argumentos. Me explicaré con brevedad, porque para nadie es dudoso. ¿En ese mismo hombre no notaste de cuando en cuando aquellos movimientos y tempestades de ira, de envidia, de tristeza, de odio, de miedo, de deseo que se llaman perturbaciones o pasiones?

JUDÍO.—¿Quién, en cualquier momento, no lo ve en los otros y aun en sí mismo lo experimenta?

CRISTIANO.—¿Puede darse miseria y calamidad más grande que ese ajetreo y agitación por aquellas destemplanzas, por no decir furias?

JUDÍO.—Efectivamente, no puede darse ninguna, puesto que no puede concebirse ventura mayor que la de su carencia y que todos los afectos en el pecho humano estén sosegados y tranquilos.

CRISTIANO.—Así es, en efecto, como dices. Por esta causa, algunos sabios de la gentilidad colocaron la bienaventuranza humana en la quietud del ánimo, que ellos, con una voz griega, llamaron *eutimia*.

JUDÍO.—También nosotros, según antiquísima costumbre de nuestros padres, ninguna felicidad podemos desear a nadie mayor que la paz; yo pienso que debe entenderse de la paz del corazón.

CRISTIANO.—Dime: Y el cuerpo, ¿qué te parece que es?

JUDÍO.—Heces e inmundicia.

CRISTIANO.—Exactamente; estercolero hediondo cubierto de piel. ¡Cuánta miseria y cuán variada y en determinados momentos cuán apremiante; qué imperiosa y qué pegajosa necesidad de comer, de beber, de evacuar, de dormir; qué de achaques, debilidades, mutilaciones, enfermedades! Así es el hombre. ¿Cómo piensas que es el ángel? ¿Esclavo también de esas miserias?

JUDÍO.—No tengo idea.

CRISTIANO.—Pues fácilmente la misma razón te la dará. ¿No piensas que son ángeles aquellos que en el cielo asisten al trono de Dios, bienaventurados ya y ciertos y seguros de su suerte?

JUDÍO.—Por lo menos les llaman ángeles las Sagradas Letras, y no en un solo lugar.

CRISTIANO.—Si en el cielo están cerca de Dios y son por ese motivo bienaventurados, es claro que a ellos no puede llegar mal alguno ni ninguna de esas miserias nuestras, pues en otro caso, ya no serían bienaventurados, sino infelices como nosotros somos. No experimentan, pues, las incomodidades de nuestros cuerpos ni los crueles movimientos ni agitaciones de nuestras almas. Remontémonos, pues, a algún conocimiento rudimentario de Dios. Con qué énfasis, con qué voz de trueno clamáis vosotros: *Dios es conocido en Judá y en Israel grande es su nombre*. Pero el caso es (y tengo empacho de decirlo) que algunos filósofos gentiles sienten más sabiamente y con mayor instinto religioso y hablan de Dios con mejor acierto que vuestros rabinos. Pues muchos de vosotros se imaginan un Dios como un rey, un poco más poderoso que Alejandro o

que Julio César, un poco más sabio que Salomón, un poco mejor que Abrahán o que David. También los hay que creen que es un hombre compuesto de miembros humanos y que su sede está en el cielo, encima de Jerusalén, que viene a ser el ombligo de la tierra, como antiguamente para los gentiles lo fué Delfos. Si es corporal, tendrá figura. Pero Isaías está en contra: *¿A quién* — dice — *habéis asimilado a Dios y qué imagen le pondréis?* ¿Por qué prohibís poner simulacro alguno en vuestro templo sino porque se os mandó dar culto a solo Dios? Dios no tiene aspecto material ni tiene forma, espíritu, como es exento de cuerpo. Ahora voy a preguntar acerca de su forma; no dudo que diréis que es la humana, según aquello del *Génesis: Creó Dios al hombre a imagen y semejanza suya*. Y si El es de esa figura y composición corporal, ¿qué le falta ya para ser hombre y le sea grata la imagen del hombre y no prohiba que se le dé culto y se le adore, como semejante que es a su esencia y naturaleza, y que le reproduzca verdadera y propiamente y para aviso de nuestra memoria no rechace tal simulación ni le desdeñe por indigno? ¿Cómo puede tener su trono encima de Jerusalén quien dice por Jeremías: *Yo lleno el cielo y la tierra?*

JUDÍO.—Esto corresponde ciertamente a su fuerza y a su pujanza, que se ensancha ampliamente por el universo mundo como la del rey por el reino.

CRISTIANO.—Si la fuerza y la majestad de Dios Todopoderoso se extiende por todo el mundo, ¿por qué localizáis su trono encima de Jerusalén? ¿Qué importancia tiene el lugar donde lo tenga? Si ya no es que en la inmensidad de su potencia, pensamos que El oirá o verá mejor de cerca que de lejos. Decir esto es el colmo de la insensatez. ¿Cómo pudiera ser capacitado gobernador del mundo o recto juez de todos si no estuviera atento a todo por un igual? A fe que muchas cosas le iban a pasar por alto y otras quedarían descuidadas; ni lo conocería todo con igualdad, puesto que oiría y vería exacta y agudamente lo que hiciera o se dijera en Jerusalén; pero muy deficientemente y con descuido lo que en Roma o en Persia. Que eso no cabe en aquella fuerza y sabiduría infinita, no digo ya los filósofos y los hombres dotados de un ingenio corriente, pero ni las más ignorantes mujerucas o los niños más bobos pueden pensarlo. ¿Y adónde bueno eso de ponerle una silla aunque sea real? ¿Es que nunca está en pie ni se apea de su trono ni se desplaza nunca? ¿Qué dimensiones físicas corresponderán a su naturaleza infinita? Es finito todo lo que puede limitarse y circunscribirse. Yo me espanto que desbarren muchos de vosotros, adoradores del único Dios verdadero que de El recibisteis la ley y los mandamientos, que tuvisteis a tantos profetas y personajes santos en un punto en que no desatinan los gentiles, hombres sin Dios ni religión.

JUDÍO.—¿Y vosotros, qué? ¿Por ventura no sentís lo mismo?

CRISTIANO.—Dios te dé mejor seso.

JUDÍO.—¿No decís vosotros que Cristo es Dios hombre?

CRISTIANO.—Es verdad; pero sus miembros humanos son no de Dios, sino de la humanidad de Cristo; no Dios tiene cuerpo, sino que se arrimó un cuerpo, no para unirse con El como el alma del hombre, sino para tenerle anejo y unido consigo por una suerte de nexo maravillo-

so, libre no obstante y suelto de por sí.

Judío.—Eso que dices de Dios, Espíritu, es más verosímil y más digno de aquella majestad inmensa.

Cristiano.—Adelante, pues; ¿no tiene fuerzas y poderío interminable?

Judío.—Así parece, porque hizo el cielo y la tierra y todo cuanto quiso.

Cristiano.—¿Acaso no lo rige y gobierna todo?

Judío.—¿Por qué no?

Cristiano.—¿No penetra los pensamientos de los hombres?

Judío.—*Dios, que escudriña los corazones y los riñones.*

Cristiano.—Por ende es de una sabiduría infinita.

Judío.—Grande es nuestro Dios y su virtud es grande y su sabiduría no tiene cuento.

Cristiano.—Oye a Isaías, y concluyamos con unanimidad: *Dios es el Señor eterno que creó los términos de la tierra; no desfallecerá, no trabajará con fatiga y su entendimiento no hay quien lo alcance.* Y si lo puede todo, no se acercará a El ningún mal ni incomodidad alguna; puede alejarlos porque no lleguen a El. A quienes les sobrevienen males, por debilidad e impotencia, les sobrevienen porque no querrían sufrirlos; pero no tienen fuerzas suficientes para evitarlos o resistirlos. Si su sabiduría es infinita, lo prevería todo.

Judío.—Mil años a la presencia de Dios son como el día de ayer que ya pasó.

Cristiano.—Los prevé, pues, y provee que a El no llegue ningún daño. El mal, y las incomodidades, y los daños, y las cosas tristes que tienen su origen en la flaqueza, están muy lejos de aquella infinita fuerza y facultad. Nadie llama a sí el mal por voluntad espontánea; pero infligir daño a quien no quiere, que es inmenso por su poder y por sus fuerzas, no hay cosa alguna que lo pueda, según está escrito: ¿Quién resiste a su voluntad?

Judío.—Parece que no puede ocurrir de otra manera, ni siquiera pensarse.

Cristiano.—Todo lo que es cosa de flaqueza o de miseria humana no cabe en Dios: encogerse de tristeza o de odio, ensancharse de alegría, saltar de placer, borbotear de ira, pudrirse de envidia, enajenarse de soberbia y de arrogancia, pasiones todas que nos hacen miserables e infelicísimos del todo.

Judío.—No parecería bienaventurado si le sacudieran las mismas tempestades que a nosotros.

Cristiano.—Si todo esto que hemos afirmado es verdad, si consuena con la razón y no está en pugna con los ingenios que juzgan rectamente de la Naturaleza divina, ¿cómo vuestras almas no se horrorizan ante las impiedades y blasfemias del Talmud, libro en el cual a Dios se le presenta casi más ruin y mísero que el hombre doliente, llorón, arrepentido, afligiéndose a sí mismo, enojado, cruel? Pésanle las ingratitudes de Israel y llora una vez cada día. ¿No sabía El por ventura que ello había de acontecer? Y si sabía que había de dolerle tanto, ¿por qué lo permitía? Y si no lo sabía, ¿qué decir de su ignorancia? ¿O de su imprudencia, si no sabía la manera de evitarlo? ¿O de su impotencia, si conscientemente se arrojaba en aquella situación penosa? Enojadizo es Dios; se desazona cada día cuando la cresta del gallo pierde color, porque se lee en Job: *¿Quién dió al gallo la inteligencia?* ¿Y qué sabiduría es esa de leer como un estudiante el Talmud todos los días durante cuatro horas,

que tienen precisamente que ser las cuatro primeras horas de la madrugada? Y cuando el templo de Jerusalén fué destruído no quedaron a Dios más sino tres o cuatro codos de suelo donde sentarse para la lección del Talmud. De todo esto se deduce que o los rabinos que hicieron el Talmud saben más que Dios, o Dios es olvidadizo y no se acuerda de aquello mismo que les inspiró. Acumuláis en Dios envidia y miedo como cuando deja un agujero al Septentrión para hacer experimento de la divinidad en el caso de que algún otro se jactase de ser Dios para dar orden de llenar aquella laguna. ¿Por qué he de mentar que vosotros decís que Dios mintió y faltó por haber hecho a la luna más pequeña que el sol? Esta misma ceguera lenguaraz descendió a los ángeles y al cielo y contáis que la luna se quejó a Dios insolentemente del sol; y por esto quedó menguada la luz. Asimismo de Adán, porque tuvo ambos sexos y tuvo tratos con todos los animales y porque no encontró temperamento asaz condicionado al suyo, fué creada la hembra de los celos del cuervo contra Noé en el arca; monstruosidades que vosotros no tenéis empacho de poner en vuestros libros sagrados y yo tengo vergüenza de mentarlas en esta plática. Y paso por alto las niñerías más que pueriles, como aquello del convite de todos los circuncidados, por las cuales paso, como gato por ascuas, porque tú las conoces mejor que yo. Demás de esto, las historias y las historietas mendaces no sólo declaradamente, sino estúpidamente, como lo que contáis de Og, rey de Basán; de Tito Vespasiano, de la destrucción de Jerusalén, y no estáis avergonzados de desviar la majestad de las Sagradas Letras a esas valientes ridiculeces. Amontonáis pasajes de Job, Isaías, de los salmos y otros que los autores inspirados, metafóricamente, como era costumbre hablar entonces, referían a un sentido espiritual y vosotros los encenagáis, impía e impúdicamente, en los atolladeros de la carnalidad, que no podríais persuadir ni a niños ni a viejas, si la costumbre o la pasión no oscureciese el recto juicio. Y esto no lo enseñan los alfayates y remendones ni los cocineros ni la hez del vulgo, desmán que apenas fuera tolerable, sino los personajes principales y los rabinos, con gran sobrecejo y arrogancia tratándose de un asunto de quien nadie podía hablar como requiere su dignidad. Hubo entre vosotros rabinos que vosotros veneráis y admiráis, fatuos, temerarios, de gran descaro y desfachatez, que aumentaron vuestra impiedad y vuestras tinieblas, blasfemos contra los patriarcas, los profetas, contra todo lo más respetable, contra la ley, contra Dios mismo. Los unos dijeron que los profetas habían mentido; otros que habían oído a Dios llorando. Otro le vió mesarse cabellos y barba, porque había jurado hacer daño a Israel y buscando quien le absolviese de su juramento. Otro afirma ser él tan justo y tan santo que en el día del divino juicio podrá salvar a todos los mortales nacidos después de él. Y si se le unía Jonatás Uziel, ambos a dos podían salvar el linaje humano desde Adán al último hombre. ¿Habrá sido posible hallar locos furiosos, locos de atar a quienes en la crisis de su demencia les hayan ocurrido tales cosas? ¿Qué tal te parece?

JUDÍO.—¡Pardiez!, que me parece vergonzoso.

CRISTIANO.—Considera lo que hace la pasión y hasta qué punto tuerce

el juicio. No hay judío que cuando oye esto en la sinagoga, en aquel enardecimiento de su fanatismo y de su odio contra Jesús y los cristianos, con el cual sazonáis vuestros sacrificios, no ponga sus ojos en blanco y se postre de hinojos; y esto mismo si lo oyere fuera de la sinagoga, cuando aquel ardor se enfrió, se cubrirá de rubor por haberlo aprobado y dado crédito. Si tuvierais un adarme de buen sentido, si hubierais leído algo de los escritores antiguos, si tuvierais el ingenio pulido y versado en altas y soberanas materias, este solo del Talmud bastaría para enajenar vuestros espíritus del judaísmo y de la doctrina y fe de vuestros rabinos. Pero vosotros estáis ciegos y sordos a todo, excepto para la ganancia. Más ligera y más expedita sería para mí la disputa con un gentil. Traen éstos a la contienda ingenio, variedad de conocimientos, conocimiento de toda la antigüedad, atención afable, ponderación y equilibrio; vosotros no traéis sino obstinada pertinacia, ignorancia total y ganas rabiosas y ciegas de condenarlo todo.

Judío.—Vuelve hoja, por favor; deja esto tan odioso y vuelve a tu propósito.

Cristiano.—Recojámonos a nosotros mismos. Dios es eterno, de inmenso poder, sabiduría; bondad que a sí mismo se basta, colmado de todos bienes por sí mismo, y por esta causa soberanamente bienaventurado; mayor y mejor en todo de lo que pueda pensar el humano ingenio. Si es óptimo, a nadie envidia ni tiene por qué envidiar; si es poderosísimo y nada puede resistir a su voluntad, cielos y tierra le obedecen; es la propia dulzura y la misma mansedumbre. Si es bonísimo, quiere hacer bien a todos, y puesto que puede y quiere, en hecho de verdad hace bien a todos los que no se hurtan a sus beneficios; es liberal y suavísimo. Y todo esto dícese de El, no como de un hombre cualquiera, sino de una naturaleza infinitamente infinita, sin mezcla alguna de elementos contrarios como en nosotros, sino que en El todo es puro y no puede ser de otra manera; pues Dios no es bueno al estilo común de los hombres, en quien recae o puede recaer alguna malicia. En El todo es puro y perfectísimo; tal fué desde la eternidad y tal continuará por siglos interminables. ¿No te parece tal también a ti aquella infinita y soberana naturaleza?

Judío.—Así es, en efecto.

Cristiano.—Esto y no otra cosa es digno de que se sienta, se piense o se juzgue de ello.

Judío.—A mi entender, es crimen inexplicable pensar de El de otra manera.

Cristiano.—En efecto, es una maldad grandiosa. Pero no vayas a creer tú que haces una gran cosa al sentir esto de Dios, como es razón; esto mismo hicieron muchos de los gentiles, a cuyos padres no había hablado Dios como a los nuestros, ni les había dado una ley.

Judío.—Para mí no es tan baladí eso, como tú supones, cuando la más parte de los nuestros en este punto son de tal manera groseros, y algún tanto impíos, si me es permitido hablar así, y hasta blasfemos contra Dios.

Cristiano.—Y esto que el primer fundamento y la base de toda religión consiste en sentir de Dios lo que es digno, como también del hombre. Mucho holgaría de conocer tu criterio en este punto.

Judío.—¿Qué otra cosa he de pensar del hombre, sino que es un ani-

mal caedizo y miserable, como Job le describe: *El hombre, nacido de mujer, viviendo breve tiempo, se llena de muchas miserias?*

CRISTIANO.—Conforme; pero importa ser algo más y mejor de aquel de quien dice el mismo hombre de Dios: *Aun sobre ése abriste tus ojos y me conducirás a juicio contigo.* Y dice David: *Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que Tú compusiste. ¿Qué es el hombre para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre para que le visites?* ¿Sin duda es una criatura excelentísima con la cual Dios se digna hablar, conversar, darle ley, hacer con él convenio y alianza? Dime: ¿De cuántas partes se compone el hombre? De alma y de cuerpo, ¿no?

JUDÍO.—Nadie lo puso en duda.

CRISTIANO.—El cuerpo, ¿no es caduco y mortal?

JUDÍO. — Caduco y mortal, en efecto.

CRISTIANO.—¿El alma no es eterna?

JUDÍO.—Esto no está entre nosotros asaz averiguado, a causa de aquello que dice Salomón en el *Eclesiastés: Porque la salida de los hijos de los hombres es como la salida de los brutos.*

CRISTIANO.—Recítame todo ese texto y considera con más detención; toma el agua de un poco más arriba, donde dice: *Vi más debajo del sol; en lugar del juicio, allí la impiedad, y allí la iniquidad, en lugar de la justicia.* Yo, ajustando ese texto a la norma de la razón y la equidad, entendí que no era propio de la Divina Justicia dejar que pasase esto así en tal confusión. Así que al justo y al impío que no discrimina la censura humana, sino que mezcla y enturbia, juzgarles ha el mismo Señor justísimo; y vendrá el día en que de cada una de las cosas, Dios justo dictará el juicio justo. Mientras tanto, Dios, en esta vida, hizo a los hombres semejantes a los brutos, de manera que quien se fijare en ello con solos los ojos del cuerpo, pensará que no hay diferencia ninguna entre el hombre y la bestia en su nacimiento, en su aumento, en su decadencia ni después de la muerte ve el espíritu de los hijos de los hombres volver a su Hacedor. Este pensamiento es una prueba que hace el Señor para ver si el hombre, pensándolo así, se levantará sobre la bestia o si se encenegará en los deleites del cuerpo y se embrutecerá hundido en solo el cuidado de las cosas presentes. Este paréceme a mí ser el sentido de aquel pasaje, pues el mismo Salomón, en la misma obra, más claramente dice lo mismo, cuando se recoge en su propio pensamiento y habla en primera persona y sin dialogismos: *Y volverá*—dice—*el cuerpo a la tierra de donde salió y el espíritu retornará al Señor, que lo ha dado.* Yo no te pregunto los delirios de algunos de los vuestros acerca de la inmortalidad del alma, sino lo que piensas tú con los más sensatos de vuestros rabinos.

JUDÍO.—Nuestra religión enseña que las almas no fenecen con los cuerpos, pues cuando venga el Mesías todos los buenos resucitarán y en la tierra prometida abundarán de toda suerte de bienes y vivirán en suma tranquilidad y beatitud.

CRISTIANO.—¿Pues qué? ¿No resucitarán también los malos?

JUDÍO.—No todos, sino algunos de ellos, para que vean, para su tormento, la felicidad de los buenos, conforme se lee en el salmo: *El impío verá y se airará; crujirá sus dientes y se carcomerá; el deseo de los impíos perecerá.*

CRISTIANO.—Muchas impiedades y absurdos descubro en esta opinión. Primeramente, que Salomón, en el *Eclesiastés*, como decía yo ahora mismo, después de haber dicho que en esta vida todo anda mezclado y confundido, a lo último dice que todo queda reservado para el futuro juicio de Dios, que no podría ser universal ni justo si resucitaban algunos de los malos y no todos. Y en el salmo sexagésimo segundo se lee: *Tú pagas a cada uno según sus obras*. ¿Qué necesidad hay de que algunos de los malos sean devueltos a la vida para ser testigos de la felicidad de los buenos? ¿Pero no serán siempre los más, los malos y los profanos, los seguidores de los ritos impíos, que lo vean, si ello viene a cuento? ¿Y cuándo va el Señor a juzgar a aquellos malos que vivirán en los días del Mesías, que perseguirán a los buenos, y cuya felicidad les será suplicio? Hay más. Si todos los vuestros que han ido esperando la venida de vuestro Mesías han de volver al mundo para disfrutar con el Mesías de los bienes de la vida, ¿en qué Palestina van a caber, aunque se aprieten como los higos secos o las pasas en un cesto de esparto? ¿Qué mantenimientos les van a bastar? Ni menos el mundo cogería a todos los malos, si muchos de ellos volvieran a la vida. Dime: ¿qué harán los buenos en la tierra de promisión?

JUDÍO.—Gozarán bienes.

CRISTIANO.—¿Qué bienes gozarán?

JUDÍO.—Deleites por todo el cuerpo; abundancia de todas las cosas, oro, plata, alcázares, aderezos, ajuar doméstico, manjares, con fruición suma, sin querella alguna, en una inalterable seguridad y reposo.

CRISTIANO.—Pues debo decirte que los santos patriarcas y profetas, y aun los sabios de ingenio más excelente, con generoso desdén menospreciaron siempre esos placeres del cuerpo. Por ello consiguieron entre los hombres muy extendida gloria, y a los ojos de Dios muy eficaz recomendación, como Jeremías, Isaías, Eliseo, Daniel y otros muchísimos. Y si ésta es la bienaventuranza del hombre, seguramente Dios en esta vida hubiera hecho anticipadamente catar algo de ese gusto a alguno de sus preferidos para que supieran ya desde ahora lo que habían de esperar después de la muerte. Yo te pregunto: esos hombres que fruirán esos bienes con el Mesías, ¿conservarán la condición actual de la naturaleza o sufrirán una mudanza de raíz?

JUDÍO.—Conservarán la condición natural.

CRISTIANO.—Así parece; pues en otro caso no se dejarían aficionar por estas cosas que ahora agradan y deleitan a esa naturaleza nuestra. Si han de tener, pues, el mismo temperamento, necesariamente brotarán los instintos anímicos, en los unos de arrogancia, en los otros de envidia, en los otros de deseo desordenado, o de ira que perturbarían aquel reposo y bienandanza.

JUDÍO.—No será así, porque todos serán buenos.

CRISTIANO.—Aun cuando serán buenos, no van a ser mejores que Adán, cuya entereza y recto juicio fueron derrotados y abatidos por una perturbación del ánimo. ¿No piensas tú que en los tiempos del Mesías no habrá algunos en otras sectas y religiones que, con suma tranquilidad del alma, disfrutarán de los bienes de esta vida? ¿No piensas que, por ventura, hay algunos entre vosotros? Pues ésos son felices sin el Mesías. Otras cosas aún pueden ser dadas al hombre; la mayor de todas, aquella que vos-

otros esperáis alcanzar por el Mesías único.

JUDÍO.—¿Y qué me decís vosotros de vuestro Cristo? ¿No concedéis que pueden salvarse algunos que no habían siquiera oído su nombre? Ha venido en balde, pues.

CRISTIANO.—Nada tiene que ver esto con lo que yo decía. El que se salva, se salva por merced y socorro de Dios, el cual Dios es nuestro Cristo; así que lo mismo que nosotros adoramos abiertamente, él lo adora encubierta y oscuramente. ¿Qué tiene de semejante vuestro Mesías con aquellas opulencias de la vida? De la felicidad de los buenos, dice Isaías que ni el ojo vió ni la oreja oyó ni ascendió en pensamiento y corazón de hombre lo que el Señor aparejó a los suyos. ¿Son corporales esos bienes que nuestro pensamiento no puede alcanzar? Y ese vuestro Mesías, ¿vivirá siempre o morirá algún día?

JUDÍO.—Es creencia nuestra que morirá, pero que su progenie le será muy semejante y nos amparará y mantendrá en aquellos bienes a los que nos hubiere conducido el Mesías.

CRISTIANO.—Con todo, en el salmo setenta y uno se dice que sus años durarán por todas las generaciones y eternamente reinará delante del Señor. ¿Qué obstáculo hay para que los que tras El vinieren sean también Mesías, puesto que no es tarea baladí conservar los bienes, una vez adquiridos? Y si el Mesías morirá, no hay duda que también moriréis vosotros, pues no sois de mejor condición que él.

JUDÍO.—No cabe duda.

CRISTIANO.—Pues ¿qué felicidad es ésta, amenazada y aguada siempre por el temor de morir? Colígese, pues, que allá habrá casamientos, nacimientos y muertes. ¿A santo de qué resucitar muertos, cuando la prole puede ser reparada por la generación, como pasa en este mundo? Y por lo que toca a los muertos, tornará la misma cuestión y el problema volverá a su punto de origen, a saber: que entre esa vida y la otra sempiterna, será baldía la famosa resurrección para comer, para beber, como quien de un sabroso y no rompido sueño se levanta a la medianoche para beber un vaso de agua, para luego dormirse de nuevo. El alma, pues, tras ese reinado del Mesías, ¿no permanecerá, por ventura, para toda la eternidad?

JUDÍO.—Así lo creen muchos de nuestros rabinos.

CRISTIANO.—Menester es que todos crean aquello que claramente está consignado y elucidado en las Sagradas Letras. Dícese también en los salmos que los justos vivirán perpetuamente y que es preciosa ante el acatamiento del Señor la muerte de sus santos, y que es pésima la muerte de los pecadores. ¿Y por qué pésima si no le sigue nada detrás? Yo diré que es vilísima si el justo no se extingue de otro modo que la bestia, de la cual no queda nada. Y Daniel dice en su capítulo duodécimo: *Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra, serán despertados; unos para la vida eterna y otros para vergüenza y confusión perpetua.* El mismo Balaam, profeta de los gentiles, no desea los regalos de esta vida, sino que dice: *Muera mi alma de la muerte de los justos y sean mis postrimerías semejantes a sus postrimerías.* Finalmente, harto declara la consideración de la condición y prestancia humana y de la grandeza y poder divinos que la bienaventuranza no consiste en las comodidades de ese cuerpo, sino en aquella

porción del hombre, que es la más principal y excelente, a saber: el alma; y no en el transcurso laborioso y penoso de esta vida, sino en los bienes no fallecederos, y es más equitativo y decoroso que en premio de su piedad para con El la dé a sus amigos, la grandeza y la munificencia de Dios.

JUDÍO.—¿Así que ningún galardón se dará al cuerpo que compartió y conllevó los trabajos del alma?

CRISTIANO.—Se le dará, ciertamente; pero quiero hacerte una consulta previa. ¿Qué premio darías tú al cuerpo que secunda a su alma en toda probidad y religión? ¿No le darías, acaso, lo mejor y más deseable?

JUDÍO.—¿Por qué no?

CRISTIANO.—Reflexiona, por favor, si para cuerpo es mejor beber, dormir en esa miserable y soez condición de vida o librarse de este yugo de servidumbre y pasar a la condición de vida libre, sin aflicciones ni achaques, sin necesidad de comer y beber para ir tirando. ¿Qué hombre de seso hay, y con el ánimo formado e imbuído para la humanidad, que esto es preferible de desear? Vivirá, pues, una vida más bienhadada de lo que pueda imaginarse y no andará entre cuidados y acucias para dar satisfacción a esas necesidades apremiantes y a esos placeres siempre vanos, sino que perseverará en tranquilidad suma y en sabor gustoso en su eternidad, no ya esclavo de su alma, sino socio y particionero de la bienaventuranza. ¿Y hay algo que pueda compararse a esa felicidad mancomunada del alma y del cuerpo, como escribió Isaías, que ojo no la vió ni oído la oyó, ni puede soñar la mente lo que Dios ha preparado a sus amigos?

JUDÍO.—No se me ocurre qué puede decirse con mayor elevación y nobleza; a mí me parece excelente y aun deseable que se diga todo esto.

CRISTIANO.—Pues éste es el galardón más grande y excelente que Dios puede dar al hombre.

JUDÍO.—Así parece.

CRISTIANO.—¿No comprendes ya que no hay cosa tan conveniente como que el hombre la pida y la espere de Dios, soberano bienhechor, o que Dios la prometa y la conceda a sus amigos, como el más rico y acabado de los bienes, esa vida inmortal en el cielo? Esto es digno de entrambos, del que lo da y del que lo recibe; todo lo otro le es muy inferior y está muy por debajo de la dignidad del hombre y de la majestad de Dios. No de otra manera que si un cortesano pidiera al más poderoso de los príncipes por sus grandes méritos y servicios o confiado en la real munificencia un par de zapatos viejos y rotos y el rey estuviera atento y ocupado en concederle ese don. ¿Qué otra cosa son todas las cosas humanas de esta vida en parangón con la inmortalidad, sino un calzado viejo o un burdo vestido usado? Y que Dios, en premio de la religión, lo prometa o que el hombre lo pida, ¿qué otra cosa es que conculcar su divina dignidad y tenerla por nonada?

JUDÍO.—Rezongan los nuestros y protestan furiosamente, pero para mí esta idea se me hace de cada momento más probable.

CRISTIANO.—Pues recuérdalo con frecuencia en el retiramiento de tu interior; piénsalo y medítalo; si de ello te persuadieres, habrás hecho la mayor parte del camino para el Cristianismo.

JUDÍO.—Estoy persuadido; pero ese camino del Cristianismo no lo veo todavía.

CRISTIANO.—Haré que lo veas. ¿No

convinimos poco ha que Dios es espíritu simplicísimo, incorpóreo, no necesitado de cosa alguna y que dispone de todas las cosas cuyo creador es y cuyo gobierno tiene?

Judío.—Convinimos.

Cristiano.—Bien, dime: ¿Le reporta alguna ventaja o conveniencia el que te mande que no comas carne de cerdo o no cosas lino con lana?

Judío.—Jamás creí que El utilizase o necesitase estas cosas.

Cristiano.—¿Y qué cosa hay más condigna y congruente para tu utilidad, me refiero a la de tu porción superior, a saber: la de tu alma inmortal y casi divina? Tú fuiste creado para la eterna bienaventuranza; a ella te encaminas para llegar a ella; úneste con Dios con tu culto y con tu amor. Dime: ¿Qué importancia tiene para ese viaje a la felicidad comer carne de puerco o lana cosida con lino y otros detalles por el estilo, innumerables en vuestra ley? Si es propio de la grandeza e inmensa bondad de Dios invitar a aquella bienaventuranza, y es propio del hombre dotado de razón y hecho para la inmortalidad buscarla e ir en su seguimiento, todo lo otro está por debajo de su dignidad. Todas estas cosas que no tienen nada que ver con la felicidad consabida, son viles y abyectas e indignas del cuidado de Dios, que las manda; rebajáis demasiado al hombre, por no decir al mismo Dios, si ocupados como están uno y otro en negocio de tanta monta como es la inmortalidad bienaventurada, a Dios porque la entregue y al hombre para que la reciba, les traéis a cuidados terrenales tan ajenos y reñidos de la persecución de tan gran bien, por cierto bajo especie de religión, que es el camino único para la inmortalidad. Y si Dios es tan grande como es lícito y justo imaginarle, no os hubiera dado preceptos religiosos referentes a cosas vilísimas o superfluas, sino de cosas soberanas dignas de El y de nuestras almas, que son inmortales. Siendo ello así, es evidente que todo aquello del cerdo, de la liebre, de los manjares, de los vestidos no debe entenderse en su sentido material, sino espiritual, y referirse no a la carne, sino al espíritu. Sólo así se hacen aptas a Dios y al hombre.

Judío.—Pero no conviene comer carne de cerdo, que produce la lepra.

Cristiano.—Supina ridiculez. Como si la augusta majestad de la religión verdadera descendiera a dictar normas acerca de lo que aprovecha o daña la salud. No quiero meterme en disputas sobre la carne porcina, que Hipócrates, Galeno y otros grandes médicos recomiendan sobre todas las demás; cambia de sabor según las comarcas y según las comarcas varía también su salubridad. ¿Y qué me dices de la liebre; qué de las aves y de las variedades de pescados? Pero dejo este punto, que es de la competencia de los médicos; no os daba Dios un régimen dietético, sino una ley espiritual, según la cual debíais darle culto. ¿Qué diré de las oblaciones y de las ceremonias? Estúdielas quien quiera cuanto le plazca y déles las vueltas que quisiere, y no hallará ninguna razón porque una cosa sea mandada de una manera y no de otra. Ni se acomodan a Dios ni conducen nuestras almas a la probidad, ni sirven a la salud física ni a ninguna utilidad práctica de la vida, si no son interpretadas con un sentido espiritual más alto que las haga congruentes con nuestro bien y las ponga en consonancia con Dios y con nuestras almas, ya que sin

esto tan craso era su sentido literal que ni de niños eran dignas ni de nada les servían.

CAPITULO II

LA INTELIGENCIA DE LAS SAGRADAS LETRAS

JUDÍO.—Yo no quiero sutilizar en las palabras de mi Señor, sino observar los preceptos que sé que fueron dados por El; ni pretendo que mi razón sea la medida y la norma de las palabras de Dios, sino que la rindo en su divino acatamiento, pues Dios es sapientísimo y yo, conforme está dicho en los salmos, soy a sus ojos no más que una acémila.

CRISTIANO.—Con esa tan fina simulación de modestia que es o expresión de desidia o de astucia y fraude (pues no tiene que ver con la modestia auténtica, sino con el odio que nos profesáis y con la pereza que os caracteriza en puntos en que debierais avivar el seso), conseguís que mientras receláis dar en lo ilícito, no atendéis a lo necesario. De ninguna manera podéis leer las Sagradas Letras sin aplicar la mente, el juicio y la razón como guías de la inteligencia, pues en otro caso no sería leer, sino jugar a usanza de los niños, que echan palabras grandes, pero huecas y vacías de sentido.

JUDÍO.—Nosotros las observamos como nos fueron dadas e impuestas; no queremos con interpretación humana tergiversar las palabras de Dios a nuestro antojo.

CRISTIANO.—Evasiva ridícula, tanto más si fuese sincera y no dicha para salir del paso. ¿Por qué vuestros mayores tuvieron escribas y fariseos para que les explanasen la ley? ¿Y por qué más tarde tantos rabinos, de cuyas elucidaciones salió el engendro del Talmud? Sería el cuento de nunca acabar si comenzare a referir una por una todas sus interpretaciones. Cada uno sigue su camino, y si los hay entre ellos que tengan mediana cordura, son simpatizantes del Cristianismo. ¿De manera que entre vosotros las Sagradas Letras admiten en su interpretación el juicio de los sabios y el nuestro no lo admiten? ¿No os percatáis que estáis hablando al dictado del capricho y no de la razón? ¿En qué lengua no queréis que se dé la explanación? Decidme primeramente: ¿Es que en la nuestra, como en cualquier otra, no existen voces raras y desusadas que no todos comprenden? Y esas voces, ¿no precisan explicación? Vuestros modismos son oscuros. ¿No carecisteis siglos atrás de vocales, que fueron sustituídas por acentos? Tanta es la ambigüedad y tan fácil y breve el tránsito a significaciones contrarias introducir un signo ortográfico trazado de esta o de estotra manera. ¿Y qué decir de la concisión y del balbuceo infantil de la oración? Y las traslaciones tan frecuentes y los enigmas, que si los tienen todas las lenguas, la vuestra más que ninguna. Ello hace que casi nunca dos hebreos coincidan en el sentido de un pasaje de las Sagradas Letras algo oscuro. Todas estas anfibologías, ¿han de ser entendidas en su sentido recto y simple, sin explanación ni declaración alguna? ¿Y qué de los pasajes figurados? Entendidos directa y naturalmente y sin tropo, no resultará cosa ni más absurda ni más impía ni que engendre más y mayores errores. *Hagamos*—dice—*al hombre a imagen y semejanza nuestra*. Y yo pregunto: ¿Tiene Dios figura semejante al hombre? Brazo, ojo, oído, dedo, co-

razón, ira, pesar, trabajo, referidos al Señor, todas las veces que se leen en las Sagradas Letras, ¿deben entenderse tales como suenan, simplemente, naturalmente, sin figura?

JUDÍO.—Todo esto debe entenderse en sentido traslaticio.

CRISTIANO.—Así es, en efecto, y sola esta confesión quería oír de tus labios; luego las Sagradas Letras han menester alguna explanación.

JUDÍO.—Conforme; explanación de vocablos, no de sentidos.

CRISTIANO.—¿Y qué contienen los vocablos si no contienen sentidos? Dime: La oscuridad en muchos pasajes, ¿no está precisamente en el sentido, como en aquel que acabo de citar: *Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra?* Y también en estotro: *Pésame de haber hecho al hombre. Mi hicisteis sufrir con vuestras maquinaciones. Estoy cansado,* y tantas y tantas otras expresiones que de ninguna manera pueden aplicarse a Dios? La espada del Señor, el arco del Señor, las saetas del Señor. ¿Tiene espada nuestro Dios topoderoso; tiene arco, tiene aljaba llena de flechas, como el Cupido de los gentiles? Y si lo del brazo del Señor se dice por su poder, y lo del ojo del Señor se dice de su omnividencia, y la espada se dice de su justicia y de su venganza, ¿cómo sabes si también cuando se te prohibe comer carne porcina el puerco se toma por la inmundicia, como el león personifica la fiereza y el lobo la voracidad?

JUDÍO.—No se toma.

CRISTIANO.—¿Cómo lo sabes?, te vuelvo a preguntar. ¿Qué norma pone en ello distinción?

JUDÍO.—Los maestros son quienes lo dicen.

CRISTIANO.—Esos maestros, ¿acaso no enseñan ayudados de la razón, del juicio, de la doctrina, que es el acarreo de la razón?

JUDÍO.—Así enseñan.

CRISTIANO.—Pasito a paso te acercas a mi sentir. Esta razón será tu guía y tu luz en la inteligencia de las Sagradas Letras.

JUDÍO.—De todos modos, nuestra razón debe estar subordinada a la razón divina.

CRISTIANO.—Es indudable que sí, siempre que conste que la razón es divina y cuál es su sentido; pero mientras no tengamos constancia de ello, no tenemos más camino y norma de entender que nuestra razón.

JUDÍO.—¿Quieres tú hacer de tu razón la medida de la razón divina?

CRISTIANO. — ¡Oxte, afuera! No quiero que en mí mi razón tenga más fuerza y valía que la razón de Dios; pero en todo precepto, dos cosas son de considerar: su inteligencia y la causa; verbigracia: Amarás a tu enemigo. Lo que es amar y lo que es mi enemigo, si Dios no me lo explicare claramente, mi propia razón me lo dirá. El porqué he de amarle y el porqué se me preceptúa, no seré yo quien lo inquiera.

JUDÍO.—Pues yo procedo mucho mejor y más dócilmente que tú, dado que obedezco a lo que no me explico y no quiero averiguar la razón que pueda tener Dios.

CRISTIANO.—¿Y cómo sabes que tú obedeces a Dios, si no lo entiendes y la razón repugna a que venga de Dios? Si Dios te dice que ahora es medianoche y tus ojos te dicen que es mediodía, ¿qué harás?

JUDÍO.—No creeré que es Dios quien me lo dice.

CRISTIANO.—Figúrate que te consta no menos que el que Dios os dió su ley por Moisés.

JUDÍO.—Le pediré que me conceda

la inteligencia, el sentido, la intención de su dicho.

CRISTIANO.—Imagínate la retirada instantánea como en virtud de una ley, de la facultad de convenir.

JUDÍO.—En buen aprieto me pones.

CRISTIANO.—Todavía más; cuando se te dice con palabras de Dios: *Este pueblo anda en tinieblas*, ¿qué entiendes? ¿Que anda a tientas en negra noche, sin linternas y sin antorchas?

JUDÍO.—No entiendo nada de esto; lo interpreto por ceguera y cerrazón mental.

CRISTIANO.—Es lógico, pues, que por medianoche entiendas que en los espíritus se abatieron sombras espesísimas.

JUDÍO.—¿Qué inconveniente hay?

CRISTIANO. — ¿Quién te enseña esto?

JUDÍO.—Veo adónde me empujas; me lo enseña la razón.

CRISTIANO.—Esta es, pues, la maestra, el camino, el índice, el canon; menos maravilla te causará si sabes qué es nuestra razón.

JUDÍO.—¿Qué es, en fin de cuentas?

CRISTIANO.—Un rayo de aquella inmensa luz divina caído sobre nosotros; por esta causa, cuanto más puro y abundante es el chorro, más se conforma con su fuente, y cuanto más conforme, más cercano a la verdad. Así es que la mente, ejercitada y amaestrada por una recta formación, se levanta más arriba que la apocada y torpe, y tanto más si luce alguna centella de la divina lumbre que por el universal linaje humano se derrama, según se dice en el salmo: *Que enseña al hombre la ciencia*. Luego de hacer buen uso de esta ciencia, muchos que no eran de Israel llegaron a tener privanza con Dios, como Job y el principal de todos, Abrahán.

JUDÍO.—Pero es el caso que las Sagradas Letras prohiben toda adición y merma de las palabras de Dios, como se ve en el *Deuteronomio*, Proverbios e Isaías.

CRISTIANO.—¿Por qué, pues, el Talmud aumentó los mandamientos hasta el número de ciento diecisiete, que observáis con más puntualidad que los auténticamente divinos expresados en la ley?

JUDÍO.—¿Y qué habéis hecho vosotros? ¿Por ventura no habéis añadido muchísimas cosas a vuestro Evangelio?

CRISTIANO.—Nuestra causa es muy otra, y ahora no tratamos de esto; trataremos cuando tú quieras. Ahora hablemos de lo vuestro, como nos propusimos. Confesamos nosotros sernos necesarios la mente, el juicio y la razón para entender e investigar lo nuestro, como para cualesquiera artes y disciplinas. Examina bien el texto preciso de nuestra ley: *No añadiréis, no quitaréis nada de estas palabras*. La interpretación ni la declaración de algún dicho no añade ni quita nada ni trueca el sentido, sino que lo explana y lo saca a la luz de la oscuridad en que estaba metido, para ejecutar mejor lo que se te mandó que hicieras. Si uno dice: «Cúbrete la cabeza con el sombrero», y el aludido ignora qué cosa sea el sombrero, y yo se lo explico, ¿parécete que añado o quito a la orden, sino que la aclaro más bien para que más fácilmente la cumpla? Si un padre dice a su hijo, inclinado a los regalos y placeres carnales: ¡No seas puerco!, y yo interpreto y atenúo: No seas sucio, obsceno, inmundo, no cambio el consejo, sino que hago que, expuesto el sentido, pueda reportarle más provecho. Dios, que a vuestro pueblo dió la ley por Moisés y a nosotros nos dió la gracia por su Hi-

jo, también dió al hombre la mente y la obra principal de la mente que es la razón. Así que cuando dedica sus preceptos a la mente (pues habla al corazón), quiere, no que la mente los examine y sopese con la medida de su inteligencia, sino que con su inteligencia, como quien alarga la mano, los tome y los recuerde y los medite y los ejecute cuando viene el caso. ¿Cuántas veces nuestros propics libros sagrados os reprenden porque con la cabeza derribada al suelo, al estilo común de bestias, no queréis levantar vuestras mentes a la inteligencia de los preceptcs divinos? Como quejándose de ello en nombre y persona de Dios, dice David: *Te daré entendimiento y te enseñaré el camino en que andarás; sobre ti afirmaré mis ojos.* ¡Cuántas veces Dios y sus santos profetas echan de menos en vosotros la inteligencia de sus palabras y se quejan de vosotros porque, ciertamente, con vuestros ojos veis y con vuestros oídos oís y con todo carecéis de la inteligencia de aquello que ni con los ojos ni con los oídos se percibe, sino con sólo el intenso ejercicio de la mente! Este reproche, si alguna vez os alcanzó, en estos tiempos con mayor motivo. Dice el Señor, por boca de Isaías: *Por eso mi pueblo fué llevado cautivo, porque no tuvo ciencia, y su pueblo glorioso pereció de hambre y la multitud avideció de sed.* Y por Oseas, en su capítulo cuarto, que dice así: *Mi pueblo fué talado porque no tuvo ciencia. Porque tú, sacerdote, desechaste la sabiduría, yo te echaré del sacerdocio.* En verdad, ¡cuán gran aprecio y caudal debe hacerse de la ciencia e inteligencia de los sagrados oráculos, demuéstralo el Señor por Jeremías, quien, a guisa de premio grande, hace esta promesa solemne: *Yo os daré pastores según mi corazón, que os apacienten de ciencia y de inteligencia.* Esto se dice ciertamente de la época mesiánica, pues antes había dicho: *Convertíos, hijos rebeldes*—dijo el Señor—, *porque yo os he señoreado y yo os tomaré uno de la ciudad y dos de una familia y os introduciré en Sión.* ¿Por ventura no afirmáis vosotros que, según los vaticinios de Isaías y Jeremías, acontecerá que a la venida del Mesías todos serán enseñados de Dios y el prójimo no tendrá necesidad de decir a su prójimo: enséñame, pues todos conocerán al Señor, del más chico al más grande? Empero, mientras tanto él no viene, carecéis de esa recíproca enseñanza e inteligencia. ¿Cómo podréis adquirir alguna partícula de ella sino por conducto de la razón? La cual, puesto que es el mayor bien del hombre en esta vida, si a alguno se la concedió Dios, no tanto sirve para procurarse comida, bebida, vestido y vivienda, como para investigación y hallazgo de cosas infinitamente mayores y más altas. ¿Para qué se da un instrumento muy bueno sino para cosa muy buena? Y entre las cosas excelentes, ¿cuál hay más excelente que la religión? A la religión, pues, han de aplicarse y acomodarse la razón, la fuerza, las luces de la mente humana para entender como es debido lo que tanto nos importa que se entienda y se practique. ¿Y qué diré, si los profetas mismos apenas entienden sus propias visiones? Daniel dice: *Y oí y no entendí, y dije: Señor, ¿qué significa esto último? Y díjome: Vete, Daniel, porque están cerradas y selladas estas palabras hasta el tiempo del fin.* ¿Acaso entre vosotros los unos no valen más que los otros por su ingenio, por su juicio, por su estudio, por su habilidad, por su inte-

ligencia, que vosotros de buena gana admitís como maestros y doctores de los otros? Todos vosotros los oís en las sinagogas hablando de la ley del Señor; ellos la interpretan y la explanan e ilustran vuestro juicio caliginoso.

JUDÍO.—Todo esto es verdad; pero ¿a qué viene?

CRISTIANO.—Con miras muy altas, luego de haber aplicado la razón y una explanación verosímil, léanse y trátense las Sagradas Letras, y no con aquella elemental y rudimentaria inteligencia de las palabras, que es el colmo de los absurdos. Esta ha sido la causa por que ni vosotros ni vuestros padres reconocéis al Mesías, porque no queréis levantaros a considerar la razón espiritual, sino quedar pegados a la espesa grosería de la letra pueril y estúpida contra todos los respetos debidos al hombre y a Dios. Y si tamaño mal recayó sobre vuestros padres por voluntaria ceguera, cuando todavía estaban en posesión de Jerusalén y tenían conocimiento de la ley y tenían doctores que día y noche estaban consagrados a escudriñar las Sagradas Letras y estaban asentados en el solar patrio y las tribus se mantenían enteras, ¿qué no será de vosotros en ese destierro, dispersas las tribus y casi extinguidas, sumidos en esa ignorancia que os agobia o mejor que os aploma? Principalmente después de Jesucristo y la destrucción de Jerusalén, vuestros rabinos no se preocuparon de explanar los libros sagrados para entregarlos a sus lectores más fáciles de entender, sino de desviarlo todo para que no cuadrase a Jesús. Este fué el objeto de todas las interpretaciones y declaraciones. Y si en ese ruin empeño pusieron todo su afán, a saber: en verter más nieblas y más tinieblas en sentencias ya oscuras de suyo, fíjate tú cómo aumentaron las lobregueces, cómo torcieron lo que estaba derecho y cómo en el inextricable intríngulis pusieron más laberinto y más embrollo. Singularmente porque poco a poco en vosotros cayó en desuso la lección directa de las Sagradas Letras; las abandonasteis como cosa desjugada y lánguida por su vejez y os embobasteis con las enarraciones, fábulas y delirios de vuestros rabinos, con todo lo cual confeccionasteis el Talmud que comenzó entre vosotros a tener más autoridad que los mismos oráculos divinos. Entre otras invenciones de vuestra ignorancia y de vuestra malicia, una es no haber lugar en las Sagradas Letras que no pueda exponerse de setenta maneras. A tamaño amasijo de demencias la autoridad del rabino Salomón Gallo, hombre no ya sólo idiota, sino loco, furioso, que con interpretacioncillas en parte impías y ridículas en parte, afeó y estragó todos los libros santos. Y dicen los vuestros que no pueden entenderse sin la explanación de ese sacrílego comentarista. Y sabiendo como sabes que todo esto es verdad, ¿con qué cara dura osas pedirme y exigirme a mí que con textos de la Sagrada Escritura, sin ninguna interpretación, sin conjetura verosímil, aparte de toda razón, te convenza de eso que me propuse? Si te acuerdas que eres hombre, debes pensar en todas tus cosas, cuál es la mejor y principal parte de ti mismo, de la cual exclusivamente nacen en el hombre todos los bienes y los males; si sentís rectamente de Dios, debes elevar sus palabras a una interpretación espiritual, no encenagarla en la idiotez y el barrizal de la carne. ¡Cuánto más hermosa y magnificente sería la investigación de los misterios

de las Sagradas Letras, remontándolos a un sentido excelso y celestial, en el cual la propia inquisición apacentara el espíritu con maravilloso deleite y con sabroso fruto! Si un varón prudente o una dama honesta dice algo que sea rastrero o estúpido o un sí es no es licencioso, consideramos que le hacemos una injuria si no lo elevamos a un sentido más alto y más sano, cosa que vosotros mismos hacéis en los cantares de Salomón, como es razonable. ¡Con cuánta mayor congruencia debe hacerse en las palabras que el mismo Dios dice! Los griegos, porque tenían a su Homero en tanto precio, elevaron sus fabulillas y sus cosillas baladíes a una soberana gravedad de sentido para hacerle más admirable aún y demostrar que con razón le amaban y le ponían tan alto. Vosotros negáis una admiración paralela a las palabras divinas, y en ellas, lo que se dijo por metáfora lo entendéis a la letra y según su sentido directo, o mejor, lo metéis en el cieno, según aquello que se lee en Miqueas: *Depondrá nuestras iniquidades y echará en los profundos de la mar todos nuestros pecados*. Vosotros pensáis que será así, y de ello celebráis una fiesta en el mes de septiembre. Y porque dice el salmo: *Todos mis huesos dirán: Señor, ¿quién semejante a ti?*, os sacudís todo el cuerpo en la solemnidad de un día festivo. Filón, judío, en el libro *De contemplación*, encarece y admira grandemente la finura de los cristianos en la inteligencia de las Escrituras, que, gracias a los Apóstoles, entendieron mejor los judíos sus contemporáneos, cuando no habían cuajado todavía las absurdas ficciones talmúdicas.

CAPITULO III

CÓMO SE HA DE DISPUTAR

JUDÍO.—Merece mi aprobación más entusiasta esa digamos prelusión tuya, que por una sola razón me temo no quede manca y lisiada.

CRISTIANO.—¿Qué razón es ésa?

JUDÍO.—Porque te veo desarmado en absoluto del conocimiento de la lengua hebrea.

CRISTIANO. — ¿Qué inconveniente tiene?

JUDÍO.—¿Cómo podrás citar los lugares de las Sagradas Letras que están escritos en hebreo?

CRISTIANO.—Haré lo que hacen los viajeros que andan por países extraños, que llevan consigo trujimanes que conocen el idioma propio y el de los otros; ellos les prestan el servicio de que la ignorancia de la lengua peregrina no les acarree ningún perjuicio.

JUDÍO.—Así es, en efecto; pero no acierto a ver cómo, si tú no me entiendes, podrá mediar plática o comunicación.

CRISTIANO.—No cabe de ello duda; pero gracias a la interpretación se consigue que no exista estorbo alguno en la inteligencia de las palabras; como si tú de un extranjero cualquiera, comprándole seda o especias, le preguntas: ¿Cuánto? Y él te contesta: La pimienta, a ocho dineros la libra, y el intérprete te lo vuelve a decir en tu propia lengua y a ti el precio te parece exagerado y le ofrece cinco o seis denarios: ¿la controversia será de las palabras o del artículo que solicitas?

JUDÍO.—Del artículo que solicito, no del sentido de las palabras.

CRISTIANO.—De la misma manera procederé. Cuando tendré que citar los libros sagrados, me procuraré intérpretes muy entendidos y saga-

ces en escudriñar los secretos de vuestra lengua, conforme lo podré yo alcanzar, pues nadie puede juzgar eso con competencia sino quien en ella sea docto.

JUDÍO.—Muy bien está lo que dices; pèro ¿quiénes sabrás tú que son peritos en nuestra lengua que tú desconoces, siendo tantas y tantas sus oscuridades y dificultades, que hartas veces ponen en apuros y confusión a los maestros envejecidos en su conocimiento?

CRISTIANO.—Tú das el nombre de oscuridades a las de los sagrados libros, y yo las llamo tinieblas y noche lóbrega. ¿No echaste de ver cómo a cada paso ocurren lugares duros y difíciles, sentencias intrincadas, oblicuas, ambiguas, fáciles de torcer a sentidos contradictorios? De ahí procede el que veamos entre vuestros rabinos tamaña discordia, controversias tantas, tantas opiniones discrepantes, y aun diré que se repelen con gran energía.

JUDÍO.—No dejé de advertirlo y de extrañar que los nuestros no pensasen esto.

CRISTIANO.—En esa ruta tan ardua, difícil, tortuosa, accidentada, bajo un cielo anochecido, ¿cómo piensas que se debe entrar?

JUDÍO.—La contestación es fácil: con una antorcha luminosa que guíe nuestros pies.

CRISTIANO.—Me felicito de que me hayas contestado como un hombre práctico en los usos de la vida. ¿Y qué te parecería si a las tinieblas amontonábamos tinieblas?

JUDÍO.—Que fuera lo más conducente al derrumbadero si nos quisiéramos despeñar.

CRISTIANO. — Pues mientras andemos por una vereda tan poblada de tinieblas, hemos de desterrar muy lejos la noche oscura del espíritu: ira, envidia, odio, arrogancia, pertinacia, que en las cosas más claras y aun a filo del mediodía acarrearían tétricas nieblas y total eclipse. Lo que más importa de momento es que las mandemos estar quedas y alejadas a la mayor distancia posible, mientras hablamos de los sagrados oráculos. Y no te enojes porque un cristiano profiera algo contra opiniones muy recibidas entre vosotros o contra los dogmas de vuestros rabinos mièntras no te imponga el asentimiento inmediato. Yo no te lo exijo; pero aguántate unos momentos y óyeme con serenidad, a fin de que puedas ponderar y valorar lo que se dice.

JUDÍO.—Veo que removiste los impedimentos. ¿Qué auxilios aduces?

CRISTIANO.—¿Aludes a la luz y a la guía?

JUDÍO.—A la luz y a la guía aludo.

CRISTIANO.—La luz y la guía (puesto que las palabras mismas no se explican por sí solas) será para nosotros aquella que más arriba dije que era un rayo de aquel divino y eterno fuego prendido en nuestros pechos, a saber: la razón o el examen del juicio. Dios nos dió esa muy rica dádiva para que fuese guía y luz de las acciones todas de la vida. En las perplejidades, en los embrollos, en las oscuridades, en las asperezas y dificultades de la vida no hallo yo otra cosa de que nos podamos servir como de luz y guía sino la razón, nuestra o ajena. Y cuando la razón es ajena, también la nuestra es necesaria, pues la razón ajena no nos convencerá si con la nuestra no se aviene.

JUDÍO.—A nuestros hombres, duros e inexorables como son en este punto, acaso no los hallarás excesivamente amables en eso que pides; a mí, personalmente, estas afirmaciones que sentaste me parecieron harto razonables y muy indicadas y

convenientes para la averiguación de la verdad.

CRISTIANO.—Y así es, sin duda. ¿Qué malhadada tozudez es ésta, en una setencia oscura y difícil, decir: Yo la entiendo así, y no admitir ninguna otra inteligencia? Investigación, examen, razón, bagatelas, blasfemias, impiedad. Si Dios os hizo hombres como a nosotros, si vuestras cosas, conforme pretendéis, son mejores que las nuestras, si la razón es recta y ponderada, como otorgada que nos fué por Dios, dádiva excelente y divina, ¿qué motivo hay para sospechar que la razón más está de vuestra parte que de la nuestra? Tanto más ayudará vuestra causa cuanto mejor, más verdadera y más justa será. La razón, dotada de las mismas cualidades, se aficionará a una naturaleza semejante a ella y la abrazará, la defenderá, la secundará.

CAPITULO IV

FIN Y PREMIOS DE LA LEY

CRISTIANO.—Volvamos, si te parece, a nuestro propósito.

JUDÍO.—Volvamos.

CRISTIANO.—El camino más cierto y más expedito para el Cristianismo, como decía, es desear el hombre de Dios lo más conveniente a su excelente naturaleza y a sus sublimes anhelos y esperar de El y confiar que de El recibirá este don digno de su grandeza y de su poder, a saber: del que es sumamente feliz la felicidad; del que es inmortal la inmortalidad. Para estas dos cosas fué creado, dispuesto y nacido el hombre, en quien el espíritu está enriquecido de razón y la voluntad tiene tal capacidad y anchura, que no la puede llenar criatura alguna; sólo en Dios halla su sosiego y cuya naturaleza y esencia son aptas para una duración interminable.

JUDÍO.—¿Por qué no decía esto con palabras claras? ¿Por qué siempre la ley promete ventajas terrenales?

CRISTIANO.—Porque hablaba a niños rudos, todavía no capaces de cosas celestiales. Así que, en su corteza, vuestra ley es pueril; dentro está el meollo del espíritu que Cristo sacó y mostró al mundo. A los niños, para que aprendan el abecedario y los primeros rudimentos de su formación moral, no los ganamos enseñándoles riquezas, honras ni aquellos otros premios gloriosos que siguen a la virtud sino con alguna pera o algún mendrugo de pan untado de miel o prometiéndoles lindos zapatitos. Por esto mismo, a vosotros se os engolosinaba a la observancia de la ley con objetos expuestos a los sentidos. En cambio, a nosotros Cristo nos acostumbró a tener idea, deseo y esperanza de la bienaventuranza eterna.

JUDÍO.—Prométese una cosa material y temporal. ¿Cómo se sustituye por otra espiritual y sempiterna?

CRISTIANO.—Porque a un muchacho se le promete un buñuelo o cualquier otra fruta de sartén a cambio de algún esfuerzo en el estudio, el cual más tarde le granjeará honor grande y riquezas cuantiosas. Dios, Padre indulgentísimo y sapientísimo, conquista a los hombres hechos a las cosas terrenales con la promesa de las celestiales, dándoles luego con mano larga lo que aquéllos apenas hubieran osado desear.

JUDÍO.—Si esto es así, ¿cuál fué el motivo de no decirlo claro?

CRISTIANO.—Este recelo no es digno de tu talento. Si a quien no se levanta sobre los sentidos y las co-

sas corporales se le habla de la espiritualidad, ¿qué otra cosa fuera más que sermón perdido retirar el color que constituía el aliciente del sentido? El entendimiento todavía no lo comprende; quitado todo aquello que cautivaba los sentidos, no queda nada en que se afiance la realidad; y siendo así, es fuerza que por su propio peso se derrumbe. Si tú a tu hijo pequeñuelo le enseñas una fruta o una golosina para que vaya a la escuela y al mismo tiempo le hablas de las riquezas, de la virtud y de sus premios opíparos, ¿qué otro resultado vas a conseguir sino que no haga caso de lo pequeño y no consiga lo grande? Lo confundirás todo y él no se resolverá a lo que tú deseas, puesto que no entiende lo grande y tiene lo pequeño por pura nonada. Si Dios os hubiese hablado en sentido espiritual, deslumbrara vuestros ojos, como los ciega un lampo de luz repentina. Por eso dijisteis a Moisés: *Que no nos hable el Señor; háblanos tú*, y en señal de ello Moisés tendió un velo delante de su rostro, dado que vuestros ojos no podían mirar de hito en hito su semblante radioso. Escuchad a Isaías, que con palabras inequívocas dice, refiriéndose a vosotros: *¿A quién se enseñará ciencia o a quién se hará entender doctrina? Son como niños quitados de la leche, arrancados de las tetas. Como se acostumbra con los niños, dáseles mandamiento tras mandamiento; mandamiento, mandamiento, renglón tras renglón, renglón tras renglón; un poquito allí, otro poquito allí; porque en lengua de tartamudos y en idioma extraño hablará a este pueblo*. Todo esto es de Isaías. Si se os proponían cosas rudas y crasas porque no erais capaces de cosas espirituales, ¿qué razón había de prometeros cosas espirituales?

JUDÍO.—¿No había entonces persona alguna capaz? ¿Eran niños todos? ¿Niño Moisés, niño David, niño Elías, niño Eliseo y los otros profetas?

CRISTIANO.—Ciertamente había en aquel pueblo algunos capaces de percibir el sabor de lo espiritual, como era razón; pero la masa del pueblo no se levantaba una pulgada por encima de los sentidos, como quedó evidenciado en el desierto, donde entre tan grandiosa muchedumbre no se halló a nadie idóneo para hablar con Dios, excepto Moisés. Este mismo Moisés y los profetas que eran más instruídos y cuerdos, y con los cuales se comunicaba la divinidad, tenían miras más altas que la masa del pueblo. De esta ciencia dice David: *Enseñado me has lo incierto y lo oculto de tu sabiduría*. Y en otro salmo: *Descubre y alumbra mis ojos y consideraré las maravillas de tu ley*. Y en el mismo salmo: *Más que los viejos he entendido, porque guardé tus mandamientos;* para la verdadera observancia de la ley, *dame entendimiento y la guardaré; la guardaré de todo corazón*. Y como sea que Isaías dice que el Señor dará a los que lo esperan aquello que sólo sabe el mismo Dios, pero que jamás vió el ojo humano, no hay duda de que algunos tuvieron atisbos y esperanzas de bienes tan grandes; pero cuando aquellos varones sabios os hablaban, con sus palabras y con toda su manera de hablar demostraban que vosotros erais niños; prometen puerilidades a trueque de la observancia de los preceptos divinos y dicen de Dios, para que lo entendáis, aquello tan grosero y tan absurdo que los más sanos filósofos gentiles se ruborizaran de decir. Atribuyen a Dios todos los miem-

bros humanos, todas las pasiones, todas nuestras miserias. ¿No es esto hablar para niños?

CAPITULO V

DE LA ABROGACIÓN DE LA LEY

JUDÍO.—Confieso que los nuestros pecan en la inteligencia de la ley; pero pecáis muy más gravemente vosotros, que no observáis esta ley aun cuando confeséis que ha sido dada por Dios.

CRISTIANO.—Porque esta ley era temporal hasta la venida del Mesías, quien luego de haberla ilustrado con su presencia y su doctrina, la anuló, sustituyéndola con otra mucho más excelente y más en consonancia con la dignidad del hombre y la majestad de Dios.

JUDÍO.—Pues sábete que esa ley nuestra hartas veces es llamada por el mismo eterno Dios alianza perpetua y pacto sempiterno, como si jamás debiera tener fin.

CRISTIANO.—Tú blandes contra mí esa prueba, más para desconcertarme, porque desconozco vuestra lengua, que porque estés convencido de su fuerza, pues no puedes tú ignorar la coincidencia de todos los conocedores del hebreo, en que la voz de que se sirven tus connaturales, que los nuestros traducen unas veces por *in œternum*, otras por *in sempiternum*, otras por *sæculum*, no se dice del tiempo que no tenga fin alguno, sino de duración larga o indefinida, o de lo que ha de durar continuadamente sin interrupción. Es una voz sinónima de las voces latinas *perpetuum, perenne, juge, infinitum,* de lo cual hay copiosos ejemplos en las Sagradas Letras, verbigracia: en el capítulo vigésimo primero del *Exodo: Será su siervo para siempre;* y en el capítulo vigésimo quinto de Jeremías hablando de la emigración babilónica, donde dice: *Pondré en estas regiones soledumbre sempiterna,* esto es, duradera o perenne hasta la vuelta de Babilonia, pues a seguida agrega: *Servirán esas gentes al rey de Babilonia setenta años e inmediatamente que se hubieren cumplido setenta años, visitaré al rey de Babilonia y su nación misma y su iniquidad y la tierra de los caldeos y pondré en ella sempiterna soledumbre.* Dícese que esos sacrificios nuestros serán eternos, es decir, mientras durare la ley, que no habrá de cesar ni sufrir interrupción mientras estuviereis en el lugar donde debiereis ofrecerlos. De todos modos, cesaron en Babilonia tantos centenares de años entre vosotros, según predijo Daniel en su capítulo duodécimo.

JUDÍO.—Pues ¿y qué? ¿Hay en Dios cambio y veleidad?

CRISTIANO.—¿De dónde sacas esa conclusión?

JUDÍO.—Porque manda lo que ha de abolir después y da una ley que El mismo anulará luego.

CRISTIANO.—¿Hay veleidad en el médico que hoy al enfermo le receta casia y mañana áloe? ¿Hay veleidad en ti si, en saliendo de casa, mandas a tu criado que te haga las cuentas de la semana, y luego que aderece el lecho, y después que barra la estancia, y luego guise la comida? ¿Hay cambio y mutabilidad en Dios porque en esa estación echan hojas y flores todas las plantas que dentro de cuatro meses estarán desnudas.

JUDÍO.—No son veleidades ésas ni comprendidas en la misma constitución del ser.

CRISTIANO.—De la misma manera está comprendido en la constitución de Dios que os entregaría una ley

áspera y desabrida, una sombra de espiritualidad en consonancia con vuestro temple, y luego daría la espiritualidad a todo el humano linaje. La mente y la sabiduría no crecen en el género humano de otra manera que en cada uno de los hombres, quienes por constitución de Dios primero son niños, luego muchachos rudos e ignorantes y luego varones instruídos, industriosos, prudentes.

Judío.—Querría oírte explicar más de asiento y con mayor detención la finalidad por que dió la ley, pues no acabo de maravillarme que Dios haya dado una ley que ha de abrogar luego.

Cristiano.—No puede en pocas palabras ser explicado este punto que entraña grandes y sorprendentes misterios; se necesita ingenio y atención muy avivada.

Judío.—Héteme aquí muy atento y todo oídos.

Cristiano.—Habiendo Dios de enviar a su Mesías, esto es, el Salvador y Redentor del linaje humano, quiso que existiera un pueblo que le fuera peculiar, en medio del cual nacería y crecería y transcurriría su vida mortal; a ese pueblo le instruiría y le distinguiría con su conocimiento y su culto a fin de que, siendo sólo él quien profesase la religión santa y verdadera, no tuvieran los otros pueblos motivos de queja porque en su seno no había nacido la salud del Señor ni crecido entre ellos ni manifestádose a ellos. Aquel pueblo escogido reunía para ello eminentes condiciones y era más apto que otro alguno para ser depositario del culto y de la piedad al Dios verdadero. Por eso Nuestro Señor nació entre los judíos, e igualó a todas las restantes naciones, privándolas de su presencia y declarando que sólo había venido para las ovejas descarriadas de la casa de Israel; más tarde envió a los Apóstoles al universo mundo. No os eligió a vosotros para que fueseis su pueblo y su herencia por ser los mejores, pues harto sabes cuántas veces aquellos mayores vuestros delinquieron y cuántas y cuán amargas son en las Sagradas Letras sus recriminaciones de la dureza de vuestro corazón, de vuestra impiedad, que no viene a cuento repetir; están en la mente de todos. Plúgole la fe de Abrahán, hizo prueba de la entereza de Jacob; por causa de ellos tomó para Sí la descendencia de Jacob como gente a El dedicada y consagrada; como también por el recuerdo de David, no quiso arrancar de cuajo el reino de la familia de Salomón para que la lámpara de David no se extinguiese. En el *Deuteronomio*, capítulo cuarto, léese: *Por cuanto él amó a tus padres, escogió su simiente después de ellos.* Y en el cuarto de los *Reyes: Compadecióse el Señor de Israel y volvió a él por causa del concierto que tenía pactado con Abrahán, Isaac y Jacob.*

Judío.—¿Por qué, pues, dió esa ley, y tal ley, tan dura y para tan breve tiempo?

Cristiano.—Temporal había de ser esta ley, a fuer de dura, y esto era lo que mejor se avenía con la bondad de Dios. Lo primero de todo, os quiso marcar a vosotros como ovejas con su señal y separaros de todo otro rebaño, y por eso dió su ley. Afuera de esto, porque por la ignorancia y corrupción de costumbres de vuestros mayores en Egipto, no tenían un rito y usanza solos de dar culto a Dios y muchos iban resbalando a ceremonias depuradas, os señaló lindes y setos, de los cuales no debíais salir. La razón más poderosa de promulgar esa ley fué

una increíble benevolencia de Dios para con vosotros, que quiso, como a sus hijos más caros, volveros del descarrío a la senda y amaestrar vuestra impericia. Ahora bien: antiguamente, vuestros mayores, por el hecho de que Dios había hablado a los patriarcas y fundadores de vuestra gente y había hecho de la circuncisión como un convenio entre El y ellos, afianzados en esa garantía, creyeron haber conseguido con creces todo cuanto había que conseguir de la religión. Nada de implorar la misericordia divina; mostraban soberano desdén por las otras naciones, a quienes conceptuaban profanas e impías, pensando ser ellos los santos sacrosantos de Dios. Queriendo Dios curarles de esa estúpida arrogancia e instruirles para la cordura, dióles una ley para que, en viendo que no la cumplían, entendiesen cuán lejos andaban de la justicia perfecta y el culto verdadero de la divinidad; y por eso, desconfiando de sus fuerzas humanas, se acogieron al amparo y misericordia de Dios, implorasen y esperasen con deseo vivo el Mesías, por cuyo medio se obrase la reconciliación y alcanzasen la salvación eterna. Me he referido a aquella ley fácil, suave, llevadera, de los diez mandamientos, la cual, siendo expedita y llana y muy en consonancia con la Naturaleza y, así y todo, no la podéis observar, os enseña hasta qué punto necesitáis de la gracia de Dios y de Aquel por quien siempre queda abierta la puerta del regreso a la gracia de Dios. Todas aquellas normas y prescripciones dictadas acerca de los ritos y las ceremonias, tan numerosas, tan variadas, tan pesadas, tan enojosas, tan insoportables, no se os infligieron para que fueseis mejores, sino porque no os tornaseis peores, a saber: propensos a la idolatría y al culto de los demonios más peores. Para arrancaros de esa malvada costumbre, mandó que el culto que habíais de dar a los demonios se lo dieseis a El solo, pues en otro caso, ¿qué necesidad hay de inmolaciones a la Divina Majestad, soberana y todopoderosa? ¿Acaso queda hoy hombre sano de pensamiento que crea que se le aplaca con la sangre y el humo de los animales sacrificados? A fin de que no lo ignoraseis, harto se os inculcó y predicó esa verdad, y de ello están henchidos los libros de todos los profetas. En el salmo quincuagésimo se dice: *Porque no quieres sacrificio no te lo daré; el holocausto no te place. Los sacrificios de Dios es el espíritu atribulado; tú, Dios, no menospreciarás el corazón quebrantado y contrito.* Y en otro salmo: *Holocausto y sacrificio por el pecado, Tú no les pediste.* Y en el salmo cuarenta y nueve: *Oye, pueblo mío, y hablaré y testificaré contra ti, Israel. Yo soy tu Dios. No te reprenderé sobre tus sacrificios, que tus holocaustos delante de mí están siempre. No tomaré de tu casa becerros ni cabrones de tus apriscos*, con todo lo demás que se sigue. A continuación, vuelto al impío, demuestra que no le complacen los malos por más diligentes que se muestren en la ley y en sus preceptos. Mas al impío le dijo el Señor: *¿Por qué tú predicas mi ley y llevas continuamente en los labios mi alianza?* Isaías, de una manera muy clara, por cierto que al comienzo mismo de su vaticinio, pone como piedra de su fundamento: *Oíd la palabra del Señor, príncipe de Sodoma; escuchad la ley de Dios, pueblo de Gomorra. ¿Para qué a mí la multitud de vuestros sacrificios?, dice el Señor. Harto estoy de holocaustos de carneros y de sebo de*

animales gruesos; no quiero sangre de bueyes, ni de ovejas, ni de chivos. ¿Quién demandó esto de vuestras manos, cuando vinieseis a ver mi rostro, a hollar mis atrios? No sigáis trayéndome más presente vano; el olor me es abominación. Luna nueva y sábado, en que convocáis inicuas reuniones, no puedo sufrirlos. Vuestras lunas nuevas y vuestras solemnidades tienen mi alma aborrecidas. Me han sido pesadumbre. Pené mucho por llevarlas. Oíd ahora esto que el Señor pide del hombre: *Lavad, limpiaos, quitad la malicia de vuestras obras, dejad de obrar el mal, aprended a bien hacer, buscad juicio, restituid al agraviado, oíd a derecho al huérfano, amparad la viuda.* Y el mismo Isaías en el capítulo cincuenta y ocho: *Pregúntanme juicios de justicia y quieren aproximarse a Dios. ¿Por qué ayunamos y no nos miraste? ¿Afligimos nuestras almas y no lo supiste? He aquí que en el día de nuestro ayuno hacéis lo que os viene en gana y reclamáis vuestras deudas; para debates y contiendas ayunáis y tiernamente os golpeáis unos a otros. No ayunéis como hasta aquí cuando en las alturas se oye vuestro griterío. No es ese linaje de ayuno el que yo quiero de corazón: que de día aflija el hombre su alma y encorve su cabeza como junco y haga cama de saco y de ceniza. ¿A esto llamáis ayuno y día aceptable al Señor? ¿El ayuno que yo escogí no es desatar los líos de la impiedad?* Y a seguida agrega otras cosas que afectan al amor de Dios y de los hombres, todo lo cual yo no lo repetiré porque sé que lo tienes conocido. En eso mismo insiste en el capítulo sesenta y seis. También Miqueas, en el capítulo sexto, luego de haber exhortado al pueblo a mostrarse agradecido a Dios por sus grandiosos beneficios, a aprender justicia y a practicarla, a fin de enseñar la verdadera gratitud y la justicia verdadera, dice: *¿Con qué aplacaré a Dios? ¿Me encorvaré a la presencia del Altísimo? ¿Le prevendré con holocautos y con becerrillos de un año? ¿Querrá el Señor millares de carneros? ¿Querrá diez mil arroyos de aceite? ¿Daré mi primogénito por mi prevaricación? ¿El fruto de mi vientre, por el pecado de mi alma? Yo te anunciaré, hombre, lo que es bueno y qué es lo que el Señor requiere de ti: hacer juicio, amar misericordia y humillarte y andar en pos de Dios.* A menudo el salmista nos avisa que sacrifiquemos sacrificios de justicia.

JUDÍO.—Todavía sigue atormentándome un escrúpulo. ¿Por qué esta ley, sea como fuere, puede envejecer siendo venida de Dios?

CRISTIANO.—Daréte una respuesta fácil y clara a esa pregunta, si no me engaño.

CAPITULO VI

VOCACIÓN DE LOS GENTILES

CRISTIANO.—¿Qué piensas tú de la gentilidad? ¿No son ellos hombres ni más ni menos que nosotros?

JUDÍO.—¿Quién abriga la menor duda?

CRISTIANO.—Están dotados de razón, juicio, consejo, voluntad, amor, alma inmortal. Su Creador y Padre es Dios, como lo es de vosotros mismos.

JUDÍO.—Esto también es seguro.

CRISTIANO.—Es, pues, creíble que Dios, que es bueno y bienhechor en grado sumo, que de nadie es envidioso ni para nadie abrevia su mano, también quiere llamar a los gentiles a su gracia y a sus inmortales

recompensas; verdad ésta atestiguada por los oráculos de los santos profetas. Jacob, en trance de muerte, predice al Mesías futuro, expectación de las gentes. Y en el salmo, el mismo Mesías suplica al Padre: *Líbrame del pueblo que me contradice y me hostiliza; ponme por cabeza de las gentes.* Y el Padre le responde por Isaías, en su capítulo cuarenta y nueve: *Poco es que tú me seas siervo para despertar las tribus de Jacob y para que restaures las devastaciones de Israel; también te di por luz de las naciones para que seas mi salud hasta lo postrero de la tierra.* Este lugar no puede entenderse de ningún otro más que del Mesías en quien Dios quiere demostrar las opulencias de su misericordia y la grandeza de su poderío. Por eso dice que es misión liviana y baladí la suya si no ha de venir más que por el exclusivo provecho de la nación judía; conviene que sea enviado a la universalidad del linaje humano y eso parece bien en Dios, Hacedor y Padre de los hombres todos. Tocantes a ese punto y en el mismo capítulo, hay más cosas, cuando dice, verbigracia: *He aquí que yo alzaré mi mano a las naciones y a los pueblos levantaré mi bandera.* A ti, hombre familiarizado con las Sagradas Letras, bástate señalar el pasaje con el dedo. No solamente los profetas vaticinan que las naciones han de ser llamadas al conocimiento y culto del Dios verdadero, sino que tendrán preferencia sobre vosotros. Isaías, en el capítulo cincuenta y seis, con las propias palabras del Señor, promete en la casa de Dios a los eunucos y a los extranjeros alienígenas que le dieren el debido culto lugar de preferencia en relación con sus mismos hijos e hijas.

JUDÍO.—Amenaza el Señor con pasarse a los gentiles para despertar celos en nosotros, como cuando dice por Isaías: *Por causa del pecado de Judá*—dice el Señor—*fuí buscado de los que no preguntaban por mí y fuí hallado de los que no me buscaban. Dije a la nación que no invocaba mi nombre: Heme aquí, heme aquí.*

CRISTIANO.—Pero no; ésta no es conminación, sino vaticinio de cosa advenidera, como otras de las que ya hemos hablado. Vosotros quisierais que Dios se compadeciese de vosotros, pésimos como sois y no queréis que se compadezca de otras naciones no peores de lo que sois vosotros.

JUDÍO.—Si por ocasionarnos celos pasa el Señor a las gentes, no pasara si no hubiéramos pecado contra El o, a buen seguro, cuando nos reconciliáramos con El, repudiará a la gentilidad como concubina, y volverá del todo a sus esposa, la sinagoga.

CRISTIANO. — Haríalo seguramente Dios si fuese como vosotros; pero vosotros no lo haríais si fuerais semejantes a El. Dime, por favor: ¿Crees tú que puede Dios abrigar un sentimiento tan abyecto y tan ruin que no alberga ningún pecho honrado que por emulación, envidia o enojo haga bien a quien no quiere, para que a otro le duelan los ojos? De suyo es El benéfico y munificentísimo y a todos reparte con largueza, no por perjudicar a nadie, sino por beneficiar a todos. Así que si vosotros no hubierais pecado, no por eso hubiera Dios pasado a las gentes, sino que hubiera dilatado su misericordia a todos, cuyo Dios es. En este caso, vosotros fuerais los principales y los otros a manera de agregados. Ahora ocurre todo lo contrario; si alguno de vosotros se salva es porque se allega a las

gentes, como en el *Deuteronomio* está escrito: *Si oyeres la voz de tu Señor Dios para guardar todos sus mandamientos, el Señor te elegirá como su pueblo santo y te pondrá por cabeza no por cola, y estarás encima y no debajo; pero si no obedecieres la voz de tu Señor, el extranjero que está en medio de ti te será superior y tú serás su inferior; él te prestará a ti y no tú a él; él será la cabeza, tú serás la cola.* Esto y muchas otras cosas dice Moisés con palabras del Señor. Cuando Dios se reconciliare con vosotros, no dejará de ser misericordioso para con los que le buscan, sino que también lo será para con vosotros.

CAPITULO VII

MÁS ACERCA DE LA ABROGACIÓN DE LA LEY

CRISTIANO.—Y si Dios llama también a las gentes a su abrazo, a su amistad, a su gracia, es lógico que se dé una ley que se acomode y sea conveniente a todos, como a buen seguro no lo es vuestra ley. Vuestra ley, ¿era universal para todas las gentes y naciones o era privativa de un solo pueblo?

JUDÍO.—Era universal, como que era de Dios, cuyo es el universo mundo.

CRISTIANO.—Está bien. Si un médico es público, por la razón de que es público lo que prescribiere a un enfermo, ¿se le considerará extensivo a todos los demás enfermos?

JUDÍO.—Pienso que no.

CRISTIANO.—El hecho de que un señor mande a uno de sus criados una faena cualquiera, ¿deben al punto todos los criados restantes interpretarla como señalada a ellos también?

JUDÍO.—De ninguna manera.

CRISTIANO.—Así, pues, Dios, siendo Médico y Señor universal, aplica la medicina congruente a cada cual, sin que afecte a los otros. Por lo que toca a vuestra ley, está escrito expresamente: *El que denuncia sus palabras a Jacob; sus estatutos y juicios a Israel. No ha hecho otro tal con toda nación y no les manifestó sus juicios.* Y en otro salmo: *Dios es conocido en Judá y en Israel, grande es su nombre.* Si era universal la ley, ¿por qué no se os mandó que la explicaseis a todos? Quiero oír de tus labios la respuesta a esa pregunta: ¿La divulgáis?

JUDÍO.—No la divulgamos.

CRISTIANO. — ¿La predicasteis en Babilonia o en Roma?

JUDÍO.—No la predicamos, que yo sepa.

CRISTIANO.—No solamente no la predicabais a las gentes, pero ni siquiera tenéis trato con ellas para predicársela. ¿Persuadisteis, por ventura, que pasaron a vuestro bando aquellos que os vieron y reconocieron que dabais culto al verdadero Dios? Jamás Moisés aconsejó a Jetró, su suegro, que permaneciese consigo, sino que le remitió a su padre, sacerdote de los ídolos, como era antes. Salomón no aconsejó a la reina de Saba que se hiciese judía; ni Daniel a Nabucodonosor, ni a Darío, ni los Setenta Ancianos a Ptolomeo, que tanto los estimaba y en tan gran precio los tenía. Aun en la actualidad ocultáis vuestros misterios y consagráis a las furias la cabeza de quien ose no más insinuarlos; con pertinacia decís que no hay salvación sino entre vosotros. ¿Y qué más si todas las circunstancias que acompañan la observancia de vuestra ley y las ceremonias con que la practicáis declaran inequívocamente que todo aquello pertenece a un

solo pueblo? El sacerdocio de una determinada tribu, el templo en una ciudad determinada, concretado y referido todo a la tierra prometida y a las doce tribus. Bien se colige de ciertos particulares mandamientos que la ley está acomodada a vuestra peculiar idiosincrasia. Porque, naturalmente, sois celosos, se os permitió el libelo de repudio, a fin de que más aína echaseis vuestras esposas que no las mataseis. Porque sois inclinados a la usura, se os permitió dar a logro al extranjero, absteniéndoos del hermano; porque sois crédulos para el mal, quiso Dios que os privaseis del comercio con los idólatras, porque no os arrastrasen a sus ritos. ¿Aplicarías tú ese tratamiento a quien, luego de haber aprendido que hay un Dios, que son vanos los ídolos, no corra peligro alguno de volver al culto de los falsos dioses? Y si mantiene trato con otros impíos, ¿será más fácil que haga pasar a los otros a su religión o que sea él quien pase a su idolatría? Caso es éste que muchísimos cristianos han comprobado por la experiencia, de modo que uno solo de ellos a veces ha traído a su religión a un pueblo todo entero. Dime ya: ¿Qué necesidad hay de una ley sobre la celotipia y otra sobre la usura, para una gente que no es de suyo ni celosa ni usurera? La ley que se da a un pueblo debe estar conforme con su propio temperamento para mejorar sus costumbres; la ley que a todos generalmente se da, debe conformarse con el linaje humano. Ninguna de esas exterioridades vuestras puede acomodarse a todos por la diversidad de ingenio en diversas regiones y tiempos. Toca, pues, a Dios, que es Autor de la Naturaleza, y El solo conoce las regiones, los tiempos y los ingenios de los hombres, dar una ley adaptable a todas las edades, sexos, regiones, tiempos, como es la ley de Cristo, que a todos conviene. Esto demuestra su universalidad, en la que (y quisiera que en ello parases mientes) no hay precepto alguno que no convenga a todos y que ninguno puede exceptuarse por su edad, sexo, lugar, tiempo y temple físico.

Judío.—¡Cómo puede ser esto? ¿No tenéis vosotros ayunos y días festivos y preceptos que regulan los casamientos y muchos otros de los cuales eximís a muchas clases de hombres? Y vuestros Papas, por dinero o por favor, ¿no dispensan a muchos de leyes y de cánones?

Cristiano.—Acaso tú, en alguna conversación oíste algo de nuestras leyes e instituciones; pero a lo que veo, con no demasiada atención ni exactitud; preceptos de Cristo son que todo lo esperamos de El y en todo confiemos en El, pues satisfizo por todos a Dios Padre; que amemos a Dios más que nosotros mismos y al prójimo no de otra manera que a nosotros mismos. Esta es la cifra y el compendio de la ley de Cristo, de la cual no puede exceptuarse ningún linaje de hombres, sea cual fuere su condición. Con posterioridad, los padres y obispos dictaron determinadas reglas que, como por la mano, condujesen a ese ideal de la piedad, verbigracia: acerca de ayunos, santificación de fiestas, oración, matrimonios. La ley divina, como dada por el sapientísimo creador de todo, comprende todos los tiempos, todos los lugares. La ley humana, como hecha de un hombre que ni es capaz de todo ni lo prevé todo, admite muchas excepciones ya de sí misma, ya previstas por el legislador. Pero escúchame con alguna atención y entenderás cuánta diferencia va entre nuestras

leyes y las vuestras. ¿Cuál es el verdadero culto de Dios?

JUDÍO.—El mismo que Dios estableció y prescribió.

CRISTIANO.—¿Y cuál fué el que estableció?

JUDÍO.—El que lees en los libros de Moisés.

CRISTIANO.—¿Noté que un momento antes, con autoridades de los salmos y de los profetas, te demostré que la verdadera religión era la pureza del alma y la justificación, no las víctimas y los sacrificios de animales? Dime: ¿Hay algo que pueda complacerte y ganarme más pronto tu afecto que poner todo mi empeño en hacerme lo más posible semejante a ti?

JUDÍO.—Nada, a lo que me parece.

CRISTIANO.—¿Podrás tú estimarme más por alguna otra razón o traza, que contemplándote en mí como otro tú mismo?

JUDÍO.—¿En qué pararán todos esos rodeos?

CRISTIANO.—Pararán en que no hay religión ni culto más aceptable a Dios que haciéndote semejante a El, hasta donde te sea posible. Esta semejanza consiste en la santificación no del cuerpo, no de las cosas exteriores, sino del alma. *Sed santos*—dice—, *porque yo soy santo.* ¿Qué te parece esto? Si en este punto vacilas o requieres algo, voy a satisfacerte antes de seguir adelante.

JUDÍO.—No me parece absoluto ni ajeno del recto juicio. Recuerdo haber leído yo mismo en los Libros Sagrados máximas parecidas que testimonian eso mismo.

CRISTIANO.—La semejanza, pues, engendra bienquerencia entre tú y Dios; y este culto de Dios es, con mucho, el mejor, el más verdadero, el único. Sábete, pues, que el mismo amor engendra mayor semejanza y añuda más las almas y de dos consigue hacer uno.

JUDÍO.—Todo esto es demasiado profundo.

CRISTIANO.—Es que a vosotros, a quienes se dió la ley del terror, no habéis oído palabra del amor; muchas son las cosas que unen los cuerpos con sabrosos lazos. ¿Y qué es, en suma, lo que une las almas y los espíritus?

JUDÍO.—No lo sé.

CRISTIANO.—Lo creo; nada sabéis de lo agudo, de lo recóndito, de lo pulido y primoroso, excogitado por los ingenios o la erudición, de la cual aposta andáis tan lejos como con propósito tenaz y deliberado. Jamás oísteis decir que la amistad funde a los hombres en una tal unidad que un amigo es para el amigo otro él? El amor, pues, no solamente hace semejantes a las almas y a los espíritus, sino que los hace unos. Y si el verdadero culto de Dios es ser semejante a El y por esta similitud más grato, no hay cosas que más agrado granjee que el amor; el amor es engendrado del amor. Si amas, serás correspondido. Este amor es el nexo de las almas; serás uno con Dios, y por ende como otro Dios. Esta es la bienaventuranza eterna del hombre. Expresiva o calladamente acá se encaminan todos los otros del corazón humano. Compara las leyes respectivas, la vuestra y la nuestra. La vuestra casi nunca habla del amor, y si alguna rara vez habla, lo hace breve y oscuramente; su tema constante es el miedo, es el terror. Dios, para vosotros, es grande, batallador, vengador, celoso, todo lo cual hunde los ánimos en un afecto servil; para nosotros, todo es amor de Dios y del prójimo. Nuestro Dios es manso, misericordioso, suave, perdonador, padre. Todo esto sume nuestros áni-

mos en una dulcedumbre filial. Todo cuanto prescribe Cristo en el Evangelio se orienta hacia esos amores que quienes tienen la dirección de las iglesias refieren al verdadero culto de Dios. Ayunamos para que el espíritu se levante a la contemplación de Dios; oramos para abrasarnos en la caridad; honramos los días festivos para que el espíritu, libre de los cuidados de esta vida, piense más holgadamente en las cosas de Dios. Oímos la misa en memoria del sacrificio de nuestra redención.

JUDÍO.—¿Y qué me dices de las leyes pontificias acerca del sacerdocio y las órdenes religiosas?

CRISTIANO.—No discutimos aquí de leyes políticas y que afectan al régimen civil, sino de los sagrados ritos, de las ceremonias establecidas para el culto divino. Saca acá lo vuestro: no comer carne porcina, ni liebre, ni anguila, ni zurcir lana con lino, ¿qué semejanza de Dios trae, qué justificación, qué pureza de conciencia y qué benevolencia con Dios acarrea? ¿Cuánta diferencia va entre mostrar simplemente el camino que conduce a Dios, el amor, como lo hizo Cristo; y anegar el mísero espíritu bajo una turbamulta inmensa de preceptos que harta faena da sólo el retenerlos en la memoria, como os ocurrió a vosotros por mano de Moisés? Con esto se os trata como esclavos bellacos que se enmiendan con azotes. Anejas a los preceptos van amenazas atroces, y a vosotros, porque no sabíais administrar bien el ocio, se os dió negocio que os tiene trabados, prolijo, multiforme, enojoso, odioso no con el fin de que lo practicaseis, sino porque no hicieseis lo contrario. No para que dieseis culto a Dios se amontonaron preceptos tan ceñudos y preñados de amenazas, sino porque no tuvierais holgura de volver a caer en la idolatría. Dios os encerró en un tan estrecho cerco de preceptos, que no quedaba sitio para los ajenos.

JUDÍO.—Este punto requiere muy seria reflexión.

CRISTIANO.—No diré yo que no requieren ninguna, pero no tanta como a ti ahora se te antoja. ¿Te los metiste en la mollera?

JUDÍO.—Me los metí.

CRISTIANO.—¿Parécete que los retendrás?

JUDÍO.—Pienso que sí.

CRISTIANO.—Pues en tu casa medítalos a solas, cuando te huelgue.

JUDÍO.—Así lo haré.

CRISTIANO.—Tornando, pues, a lo que decíamos, cuando se abrieron las puertas de la divina benignidad para que las gentes entrasen por ellas, vuestra ley se avejentó y una nueva fuéle dada por Dios a todo el género humano, que congeniaba con todos, como antiguamente os dió a vosotros una, que sentaba bien a vuestro carácter. Esto, al par que la razón convence de que se hizo así y no se debe pensar de otra manera de aquella suma sabiduría, queda corroborado por los oráculos de los profetas. Malaquías dice en su primer capítulo: *Yo no recibo contentamiento en vosotros*—dice el Señor de los ejércitos—, *y no aceptaré el don de vuestra mano. Porque desde donde el sol nace hasta donde se pone, mi nombre es grande entre todas las naciones, y en todo lugar se ofrece a mi nombre incienso y oblación pura, porque grande es mi nombre entre las naciones.* Pondera cada una de las sentencias de esta profecía. Predice el acceso de las gentes al culto de Dios, en el cual demuestra que vosotros no seréis aplacibles con vuestros sacrificios, ritos, ceremonias, ni le será grato el presente,

según la ley de Moisés; empero, si en aquel culto universal queréis agradar a Dios, ofrecedle, dice, no un inmundo sacrificio de enjundia, de sangre, de meollos, sino una oblación limpia. ¿Qué puede imaginarse más inmundo, más tétrico, más feo que esa tan grande y tan continua inmolación de tantos y tantos animales? ¿Qué otra cosa eran antiguamente los pontífices y los sacerdotes, sino carniceros y cocineros perpetuos? Así que el sacrificio limpio se refiere a la limpieza de las almas y de las manos. Yo no veo a qué tiempo puede referirse aquello que Isaías dice en el capítulo sesenta y seis más que a ese en que con tantas ansias esperáis al Mesías y soñáis con el retorno a Palestina, y con tanto empuje y pecho tan bravo en vuestra ilusión y en vuestras conversaciones edificáis el templo. *El cielo es mi silla*—dice el Señor—*y la tierra el estrado de mis pies. ¿Dónde quedará esta casa que me habéis edificado? ¿Y dónde quedará lugar de mi reposo? Todas estas cosas hizo mi mano*, dice el Señor. Luego añade eso mismo que decimos nosotros, a saber: que el pecho puro y santo es el verdadero templo de Dios; y con todo, El dice: *Miraré al pobre y al contrito de espíritu y que tiembla sobre mis palabras*. Acerca de los sacrificios mediante los cuales vosotros en aquella morada grandiosa confiáis hallar gracia ante su acatamiento, continúa diciendo: *El que sacrifica buey, como si matase un hombre; el que sacrifica oveja, como si degollase un perro; el que ofrece presente, como si ofreciese sangre de puerco; el que ofrece incienso, como si bendijese la iniquidad; su alma amó sus abominaciones*. Esto dice Isaías. Y con palabras mucho más claras denuncia Jeremías la cesación de la ley: *He aquí que llegan los días* —dice el Señor—, *y concertaré con la casa de Israel y la casa de Judá una nueva alianza, no según aquella que pacté con sus padres en el día en que los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto, porque ellos hicieron írrito mi pacto y yo los señoreé*—dice el Señor—. *Y ésta será la alianza que yo pactaré con los hijos de Israel. Después de aquellos días*—dice el Señor—*daré mi ley en medio de ellos y escribirla he en su corazón, y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo.* Es de saber que el profeta vaticina todas estas cosas después de la dispersión de los judíos y su destierro por todo el mundo y después de aquella tan milagrosa novedad que el Señor ha de obrar sobre la tierra: *una Hembra rodeará al Varón.*

JUDÍO.—Eso se refiere a nuestro Mesías.

CRISTIANO.—Todavía no hablo del Mesías, sino de la cesación de la ley, que ves claramente profetizada, como una medicina oportuna para vuestra enfermedad. Y no te desazones ni estés ansioso por la constancia y firmeza de Dios en su propósito y no deplores tu ley como rechazada y muerta del todo. Sábete que su abrogación es en cuanto al sentido de la letra, no en cuanto al sentido del espíritu.

JUDÍO.—¿Qué es lo que oigo?

CRISTIANO.—Te lo voy a decir más claramente. La ley que Dios dió al pueblo judío por mano de Moisés es divina aún y tiene vigencia, y los verdaderos cristianos la observan.

JUDÍO.—Pues sois judíos también como nosotros. ¿En qué andamos desavenidos?

CRISTIANO. — Vosotros observáis aquella ley carnalmente como os la presentó Moisés. Nosotros, en cambio, la observamos en espíritu, co-

mo Cristo y sus discípulos nos la explicaron. Nos abstenemos de puerco y de liebre y ofrecemos los holocaustos que prescribe la ley, pero trasladándolas a un sentido digno, así de su grandeza divina como de la prestancia humana; nos abstenemos del puerco, esto es, de la inmundicia de la carne, y a Dios le sacrificamos reses, es decir, nuestras pasiones bestiales; pero fuera prolijo enumerar cada cosa. Los verdaderos cristianos son judíos espirituales, hijos de Israel y simiente de Abrahán, engendrados por ellos no según la obra brutal del cuerpo, a tenor de la que fueron engendrados Ismael y Esaú, sino por un más excelente estilo, es decir, por el espíritu, mediante la imitación de sus virtudes. Así que a unos y otros se nos mostró la misma ley, a vosotros, por Moisés, cubierta con un velo, y a nosotros descubierta y revelada por Jesucristo Señor Nuestro.

JUDÍO.—¿Cómo podéis vosotros observar lo que no solamente no preciáis, sino que menospreciáis? Vosotros estáis persuadidos que nuestra ley no solamente murió con vuestro Jesús, sino también después de su resurrección mortífera.

CRISTIANO.—Nosotros, en efecto, sentimos esto de vuestra ley carnal o tomada en su literalidad, sin figuras; más la espiritual, todavía vive.

JUDÍO.—Pero es un hecho que la masa de los cristianos y de la mayoría o, al menos buena parte, ignoran nuestros ritos y ceremonias. ¿Cómo pueden saber adónde va u observar rectamente lo que no saben?

CRISTIANO.—Aquellos de nuestros hombres conocen las sublimes significaciones y los misterios de nuestra ley; observan, a pesar de todo, lo que está mandado, porque lo que a vosotros se dió envuelto en misterios y en arcanos, a nosotros se nos preceptuó con palabras más llanas y sentido más descubierto. Y si no sé qué es el puerco ni lo que significa la abstinencia de sus carnes en sentido espiritual, con todo, observaré el precepto si se me dice que no hay que apacentar el alma, es decir, ensuciarla con obscenidades e inmundicias, como los brutos y como desearía nuestra abyecta carnalidad. ¿No te acuerdas que tú algún día aprendiste a unir las letras en sílabas y las sílabas en palabras?

JUDÍO.—No me acuerdo muy bien, pero lo he observado en muchos niños.

CRISTIANO.—¿No reparaste cuántas fórmulas, cuántos procedimientos les enseñan los maestros de escuela para la recta coordinación de las letras? De todo esto se olvidan cuando ya aprendieron de leer, no obstante leen con más soltura que con aquellas fórmulas y las observan todas aun cuando hagan otra cosa y no pongan atención en ello. Cuando un muchacho inconsiderado tiene que hacer algo, le damos muchos consejos y le hacemos muchas advertencias, que sólo la experiencia y el tiempo le proporcionarían. Por esto mismo es que los preceptos y normas de vida y manera de dar culto a Dios están explicados muy por menudo y propónense a los que carecen del espíritu de Dios, esto de confianza y amor para con Dios, todo lo cual ese amor enseña ocultamente y cuando la conveniencia lo requiere lo suministra. Y si muchos de aquellos preceptos y estatutos tienden a que rindáis el culto debido a la Divinidad y a la Divinidad no se le da culto mejor que el de la semejanza, porque la semejanza engendra amor, la soberanía la tiene el amor.

El que puede hacer que amemos, éste es el que enseña la mejor y más auténtica manera de dar culto a Dios y encierra y comprende todo lo que con otras palabras, ritos, instituciones, ceremonias puede explicarse. Nuestra ley tiende toda a ello, así nos propone a Dios y de tal manera nos afecta que de verdad y de todo corazón le amamos. Ninguno de vuestros ritos os hubiera sido dado por Dios si de veras y de todo corazón le hubierais amado a El y a vuestro prójimo. Yo te ruego que algún día, libre de prejuicios y cuidados, ponderes y examines toda la fuerza respectiva de vuestros preceptos y de nuestra ley universal, como también los dichos, los avisos, las exhortaciones de los profetas, y verás que se dirigen a estos dos, digamos, blancos: amor de Dios y amor del prójimo que de tal manera son dos que se funden en uno.

JUDÍO.—Todo esto es absolutamente nuevo e inaudito; me es difícil tomar una posición determinada.

CRISTIANO.—Estotro me gusta más a mí, que lo pienses y madures, cuando tengas holgura, aplicando a ello tu más fino juicio. Acaso las cosas que a la primera audición por causa de su novedad te parecieron absurdas y reñidas con la verdad, si las estudiares con mayor detención y profundidad, hallarás que son la misma verdad y pureza. Y no quisiera que te limitaras exclusivamente a rumiar este pasaje, sino toda esta nuestra conversación.

CAPITULO VIII

EL PERPETUO JUDÍO ERRANTE

CRISTIANO.—Ese vuestro destierro del solar de vuestros mayores, debiera demostraros claramente que la ley que acostumbrabais observar y que todavía mantenéis y defendéis con las uñas y los dientes, queda ya anticuada y periclitada. Dios había limitado y encerrado en una sola región los sacrificios, ritos y ceremonias; y de esta región en una sola ciudad, y de esta ciudad en un solo templo, bajo un pontífice único, de la tribu de Leví, de la familia de Aarón. El templo está demolido, la ciudad destruída y a vosotros se os aleja de Palestina. Todo eso vuestro encerrólo en un lugar bien definido y acotado, de modo que habiéndoseos arrebatado este lugar, deberíais comprender que se os arrebató todo lo que este lugar contenía. Hay algo más. Juntamente con la ley quedó constituído el Sumo Sacerdote, que es como el presidente, el custodio, el defensor de la ley y veis que también os ha sido quitado. Por todo esto podéis comprender que la ley está abolida y que, según la profecía de David, el Mesías ha sido constituído sacerdote por el Señor y, ciertamente, con juramento que no mudará jamás y secerdote eterno, no según el rito de Aarón, sino según la orden de Melquisedec.

JUDÍO.—¡Bien hablaste! ¿Por qué mentar nuestro destierro perpetuo? Nosotros, confiados en los oráculos de nuestros profetas, esperamos nuestra vuelta. Algún día será, aun cuando se difiera por ocultos consejos de Dios.

CRISTIANO.—La misma causa de la expulsión y vuestro buen sentido deberían mostraros claramente que ese retorno es ilusorio. Dime: ¿Por qué ese destierro dura tanto?

JUDÍO.—Por el pecado de idolatría en el desierto, pues de ello, en el capítulo treinta y dos del *Exodo*, se escribe esto: *Yo, en el día de la venganza, visitaré en ellos su pecado.*

CRISTIANO.—Sí, pero lee lo que sigue: *Hirió Dios a su pueblo porque había hecho un becerro que había fundido Aarón.* ¿No fué por esta maldad por la que fueron muertos tantos millares? ¿Entró por ventura alguno de ellos en la paz del Señor? No Moisés, no Aarón, ninguno fuera de Josué y de Jacob. ¿Y qué es eso de acordarse después de cien generaciones, de un pecado que no expiaron las generaciones intermedias? *Yo soy*—dice—*Dios, fuerte, celoso, que venga la iniquidad de los padres en sus hijos hasta la tercera y la cuarta generación, con aquellos que me odiaron, y obrando misericordia en millares, con aquellos que me aman;* pero no dice hasta la centésima generación. Vosotros no parecéis de aquellos que le aborrecen, sino de los que le aman y le dan culto. Lleváis con paciencia destierro tan prolijo, esperáis que se digne miraros, no sois idólatras, ¿por qué, pues, no obra misericordia con vosotros? Hay más: Cuando todo Israel se había apartado del Señor y esto por tanto tiempo, todos los reyes de Israel estuvieron entregados al culto de los ídolos, excepto David, Ezequías, Ozias, fuisteis conducidos a Babilonia. Con todo, allí tuvisteis jueces de vuestra sangre y profetas que os consolaron; estuvisteis allá setenta años y volvisteis a vuestra patria antigua; ahora andáis desperdiciados y derramados por el universo mundo, avasallados, esclavizados, de extremada y misérrima condición, no tenéis profeta que os anime y os consuele, siendo así que no cometéis ningún pecado de idolatría tan grave como antiguamente, no tenéis sacerdotes ni registro y distribución de tribus para saber de cuál ha de nacer el Mesías, fuera de que ya no es necesario. ¡Y reparad con cuánta diligencia estaba eso registrado antes de Cristo! ¿Qué más si los Vespasianos dieron orden de matar a todos los sobrevivientes de la familia de David? Vosotros estáis ciegos y sordos a todo esto, y no uno o dos años, sino mil y quinientos. ¿Qué maldad tan monstruosa hubiera debido de ser ésta que no quedara expiada en tan largo discurso de siglos? También querría que me dijeses si no te da pesadumbre: ¿por qué no os solicita ahora el demonio a la idolatría, como antiguamente tentó a vuestros padres, entre los cuales no más que los tres reyes que acabo de mentar fueron observantes de la ley del Señor?

JUDÍO.—Porque no somos tan agudos ni tan habilidosos como fueron nuestros padres.

CRISTIANO.—¡Oh egregia agudeza! ¡Oh loable habilidad! Separarse de Dios y allegarse a los pésimos demonios. ¿Entonces fué más agudo Acaz que sirvió a los ídolos que David, que sirvió al Dios único? En este caso, la verdadera religión es estupidez y demencia. Yo no querría que jamás tal dicho te hubiera venido a la mente, y cuánto más que no lo hubieras pronunciado.

JUDÍO.—¿De qué discutimos, pues?

CRISTIANO.—El diablo está bien descuidado de vosotros; piensa que ya os habéis metido lo suficiente en vuestro bando y que no pudo haber idolatría mayor que la de haber menospreciado al mismo Señor y Autor de todo que os traía la salud. Mirad lo que ya erais cuando Tito Vespasiano asoló vuestra patria. Desde la vuelta de Babilonia no había existido entre vosotros culto de dioses extranjeros. Con la constancia debida, Israel daba culto al Señor; disteis muerte a Jesús, que se decía el Cristo. Este, si en realidad no era el Mesías, como vosotros afir-

máis, no podíais hacer obra más placiente a Dios, y que menos os hubiera desmerecido su favor, que haber levantado la cruz a un hombre falsario contra Dios y su Mesías. Si a Fineas, hijo de Aarón, Dios le confirmó en el sacerdocio por el celo del Señor que había ejercido, castigándole en un hijo de Israel, ¿de qué premios no erais vosotros dignos, crucificando a quien se proclamaba el Mesías sin serlo? Dice el Señor por su profeta: *Os haré salvos, no por vosotros, sino por mí; porque no digan las gentes que su Señor no les puede hacer salvos.* Cuánto más ahora, porque no digan que disteis muerte al Cristo del Señor, que no lo era. Pero el hecho es que después de su muerte, fuisteis, bajo el reinado de Claudio, acosados por hambre, vejados por latrocinios, por la discordia de Félix y Festo, por guerra, bajo Nerón y Galba, por el asolamiento y destrucción total bajo Vespasiano; luego fuisteis maltratados por Adriano, expulsados por Galo del patrio suelo, derrocada la ciudad y el templo. Más cruelmente se hubieron los romanos con vosotros que con las otras ciudades que tomaron, de guisa que aparece claro que fueron el brazo de la venganza de Dios. Decís vosotros que tenéis un reino allende los montes Caspios. ¡Oh cuántos castillos vanos os habéis fabricado por cerrar los ojos a la luz de la verdad! ¿Quién lo ha visto? ¿Quién os lo da? Organizóse, decís, bajo el macedón Alejandro. Esto es falso. Cuando fuisteis vencidos por Tito, todas las doce tribus estaban en Palestina. Pero vosotros sois tan desvergonzados, que sin empacho de las otras naciones, aseguráis lo que todos los otros saben ser mentira paladina. No respetáis la memoria de las gentes ni su claro testimonio contra vosotros; a todas las tenéis como perros, no porque se lo merezcan, sino por vuestra procacidad y desvergüenza incurable. Habéis sido arrojados a ese destierro tan extremado, porque, como os dijo Cristo, no conocisteis el tiempo en que el Señor, para consuelo vuestro, os visitaba. De ello se queja Jeremías en su capítulo octavo: *Aún la cigüeña en el cielo conoció su tiempo, y la tórtola, y la grulla, y la golondrina guardan el tiempo de su venida, y mi pueblo no conoció el juicio del Señor.* El judío Josefo dice que algunos sospechan que la causa fué la muerte de Santiago. Pero ¿es de creer que por la muerte de un solo hombre, por más justo que fuese, toda una nación fuese primeramente castigada con una matanza general, luego con un asolamiento y al fin con un destierro tan largo y tan cruel? La muerte de Santiago, la muerte de Cristo si no era el Mesías, ¿qué otra cosa era sino la muerte de un profeta? Por la muerte de Zacarías, de Isaías, o de Jeremías, no fuisteis echados fuera de la patria. Oíd el profeta Amós en el capítulo segundo: *Por tres prevaricaciones de Israel y por la cuarta no le perdonaré, porque vendieron por dinero al justo y al pobre por un par de zapatos. Ese precio vil significa lo que en la antigüedad un sestercio y ahora un mendrugo de pan.* ¿Qué justo es este cuya venta aprecia tanto Dios y con tal saña la venga sino Jesucristo, que vino a vosotros bajo apariencias de pobre, manso, humilde, sin recurso alguno? Vuestros profetas, si hubierais querido abrir los ojos, con harta claridad os expusieron y echaron en rostro aquel nefando y grandioso crimen. Isaías dice en su capítulo octavo: *Al Dios de los ejércitos, a Él santificad; él sea nuestro temor y él sea vuestro miedo. Entonces él*

será en santificación y a las dos casas de Israel será piedra para tropezar y tropiezo para caer, lazo y red al morador de Jerusalén. Y muchos tropezarán en él y caerán y serán quebrantados, se enredarán y serán presos. Y el mismo profeta, en el capítulo tercero, dice que ese pueblo fué rechazado, despedazado y dejado sin caudillo, ni príncipe, ni guerrero, ni profeta, porque con sus lenguas y sus obras irritaron al Señor y no recataron su pecado, sino que lo proclamaron abiertamente. ¿Y qué pecado es el nuestro que confesáis con la frente alta, sin el empacho más leve, sino la muerte de Nuestro Señor Jesucristo? Y añade el profeta: *¡Ay del alma de aquellos que a sí mismo se hicieron mal!* A saber, cuando dijeron: Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos. No hay cosa más evidente que ésta. A seguida añade: Y estando sumido en esa calamidad por manera que no tienes ciencia ni reino, ni libertad, ni justicia, los que te llaman feliz, ¿acaso no te seducen? ¡Engáñante y te desvían de la derecheza de tus caminos! ¿Por ventura no vemos hoy ese mismo cumplido cuando vuestros rabinos os persuaden que vosotros solos sois venturosos porque tenéis la suerte de adorar al verdadero Dios y alentáis la verdadera e infalible esperanza del Mesías? Así pervierten vuestros caminos, pues os fuerza a insistir en el mal camino y en no querer salir de él, pues pensáis que os conduce derechamente a la bienaventuranza. ¿Pudo referirlo más gráficamente si fuera historiador y no profeta? En el *Deuteronomio* están descritos ese vuestro destierro y esa abyecta esclavonía vuestra; entre otras cosas, allí se dice: *El Señor te herirá con locura y con ceguedad y con pasmo de corazón. Y palparás al mediodía como palpa el ciego en las tinieblas.* Rumiad todo entero ese capítulo veintiocho y veréis cómo a ningún tiempo pueden aplicarse esas execraciones como a ese de ahora; sois de veras ciegos. No dais culto a dioses extranjeros; y cómo nunca sois celadores de vuestra ley. Vuestra ceguera consiste en no reconocer a Cristo. Jeremías dice a las claras que es mayor ese pecado vuestro que los pecados de vuestros padres. *Desde el día*—dice—*que vuestros padres salieron de la tierra de Egipto hasta hoy, y os envié a todos los profetas mis siervos, cada día madrugando y enviando, y no me oyeron ni bajaron su oreja; antes endurecieron su cerviz e hicieron peor que sus padres.* Si este pecado es mucho más grave, ¿cómo decís que se os castiga por el becerro idolátrico? Más claro está aún en el capítulo quinto: *Discurrid por las plazas de Jerusalén y mirad ahora y sabed y buscad en sus plazas, si hallareis varón, si haya alguno que haga juicio, que busque verdad y yo le perdonaré. Y si dijeren: Vive Dios, por tanto jurarán mentira. ¡Oh, Señor! ¿No miran tus ojos a la verdad estable? Azotástelos y no les dolió; consumístelos, no quisieron recibir castigo, endurecieron sus rostros más que la piedra, no quisieron tornarse. Yo, empero, dije: Por ventura ellos son pobres; enloquecido han; porque no conocen el camino del Señor, el juicio de su Dios. Me iré a sus mayores y les hablaré, porque ellos conocen el camino del Señor, el juicio de su Dios. Ciertamente ellos también quebrantaron el yugo, rompieron las coyundas.* Con esas palabras está descrita esa vuestra actualidad. Quedáis pintados, como dicen, con vuestros propios colores, vosotros y vuestros rabinos. El mismo profeta, poco después, vaticina vues-

tro destierro y vuestro descuaje del patrio suelo, pero tales que vuestra raza no acaba del todo, y a la vez añade la causa porque decaisteis del favor del Señor: *Escalad sus muros y destruid, mas no hagáis consumación; quitad las almenas de sus muros, porque no son del Señor; porque rebelando rebelaron contra mí la casa de Israel y la casa de Judá, dice el Señor. Negaron al Señor, diciendo que no es.* ¿Y quién dijeron ser aquel que es sino Jesús, Hijo de Dios? El mismo Jeremías dice en el capítulo duodécimo hablando al Señor de la causa de la desolación de la tierra: *Porque aun tus hermanos y la casa de tu padre aun ellos se levantaron contra ti. Aun ellos dieron voces en pos de ti: congregación. No les creas cuando bien te hablaren.* Y luego habla el profeta con palabras del Señor: *Dejé mi casa, desamparé mi heredad, entregué lo que amaba mi alma en la mano de sus enemigos. Fué para mí mi heredad como león en breña; dió contra mí su voz; por tanto, le aborrecí.* Y el mismo Jeremías en el capítulo décimosexto: *Y acontecerá que cuando denunciares a este pueblo todas estas cosas, ellos te dirán: ¿Por qué habló el Señor sobre nosotros todo este mal tan grande? O ¿qué maldad es la nuestra que pecamos contra el Señor Dios nuestro? Entonces les dirás: Porque vuestros padres me dejaron, dice el Señor, y anduvieron en pos de dioses ajenos y los sirvieron y se encorvaron a ellos y a mí me dejaron y mi ley no guardaron.* Esto es de Jeremías. Y a seguida agrega la historia de estos tiempos: *He aquí que vosotros camináis cada uno tras la dureza de su corazón empedernido en la maldad y no me oís. Por tanto, yo os echaré de esa tierra que ni vosotros ni vuestros padres conocieron y allí serviréis dioses ajenos de día y de noche, porque yo no os impartiré misericordia.* ¿Cómo podía decir más por menudo que vosotros habéis sido rechazados de la misericordia del Señor y que no dais culto al Dios verdadero y vivo, sino a los falsos dioses, que vosotros mismos os forjasteis? Dedidme, por favor: ¿A qué tiempos compete eso más que a los actuales? Tarea de nunca acabar sería si yo quisiera hacer hincapié en cada uno de estos pasajes, según merecen. Examínalo tú mismo, que veo que estás versado en el estudio de las Sagradas Letras. El capítulo quinto de los Trenos del mismo Jeremías es del pueblo judío pidiendo misericordia, y al final léense estas palabras: *¿Por qué te olvidarás para siempre de nosotros? ¿Por qué nos dejarás por largos días? Conviértenos, Señor, a ti y nos convertiremos; renueva nuestros días como al principio, porque reprobándonos nos has reprobado y te has airado contra nosotros en gran manera.* Esta es la cláusula final del libro que explica vuestra actual situación. Aún hay más. Si Dios ha de comunicarse a Sí mismo a todas las gentes, como rezan los oráculos, para darles una ley universal, ¿qué necesidad hay de esa vuestra? Bajo esta otra ley viviréis también vosotros. Y si decís que esa ley universal es la del Mesías, ¿para qué queréis el retorno? ¿Para qué el templo? ¿Para qué Jerusalén? En dondequiera podéis vivir según aquella ley, que, siendo universal, no os ligará a un solo templo, a una sola ciudad. Preguntoos además: ¿Confirmará el Mesías esa vuestra ley o introducirá otra? Los oráculos atestiguan que esa vuestra será abrogada. Y si ha de traer otra, ¿por qué refunfuñáis contra Cristo Jesús, que no introdujo otra sino que transportó, o

mejor dicho, elevó esa vuestra a un sentido más digno del hombre y de Dios? Si lo queréis considerar con alguna mayor atención, no os será difícil dar con la razón, porque fuisteis, en tiempos, elegidos para peculiar herencia del Señor, porque fuisteis conservados, porque al fin rechazados y expulsados. La causa de todo es Jesús, es el Mesías. Quiso Dios, como decía poco antes, que en el mundo hubiera algún pueblo que le conociese, depositario de los ritos, ceremonias, leyes y preceptos; un pueblo de cuyo seno naciese su Hijo, que con él conversase, para excusar la queja de las otras naciones. Quedó en la incertidumbre hasta David cuál sería la tribu elegida de las doce que la componían, para la generación del Mesías, aunque algo había insinuado Jacob al morir. A David, en premio de mansedumbre, se le renovó la promesa, como se había hecho con Abrahán por Isaac y Jacob, tribu la de Judá y la familia del rey David. ¿Cómo os enseñó Dios y os amonestó y os castigó y os llevó hasta el Mesías? Cuando el instrumento hubo cumplido con su finalidad, arrojóse el instrumento, como que en adelante sería ya inútil. Se os añadieron cincuenta años para que, convertidos a mejor seso, pasarais a la vocación universal de todas las naciones. Luego siguióse una confusión grandiosa y la abolición de todas las ventajas, del divino culto, de la ciudad, del templo, de los sacrificios, del sacerdocio, de las tribus. ¿De todo esto no colegís que ya no sois instrumento apto? Jeremías, en su octavo capítulo, así reprende a vuestros rabinos y a vuestros sabios: *¿Cómo decís: Nosotros somos sabios y tenemos con nosotros la ley del Señor? Cierto, he aquí que por demás se cortó la pluma, por demás fueron los escribanos. Los sabios se avergonzaron, se espantaron, y fueron presos, aborrecieron la palabra del Señor y no hay en ellos ninguna sabiduría.*

JUDÍO.—Grandes razones aduces y así siempre lo oí decir a nuestros rabinos, que todas vuestras afirmaciones se afianzaban en razones poderosas halladas por hombres de gran ingenio, que siempre tuvisteis en gran número.

CRISTIANO.—¡Qué maliciosa calumnia! Cuando la realidad más diáfana que el mediodía se os mete por los ojos, acusáis la luz, porque no podéis otra cosa. Primeramente: el hecho de que nosotros hayamos tenido en nuestra religión muchísimos y poderosos ingenios, ¿no es prueba no pequeña de ser verdad lo que nosotros aceptamos, dado que merece la aprobación y el asentimiento de tales ingenios? Además, la razón, ¿no es cosa que la tengamos por igual nosotros y vosotros, que siempre se manifiesta más decidida y valerosamente por la verdad? Si no fuese verdadera nuestra religión, no bastaran razones, ni bastaran ingenios para sustentarla, pues que lo falso y lo fingido un día u otro caen al suelo, rendido a su propia pesadumbre y flaqueza. *Las invenciones de la opinión las borra el tiempo,* ha dicho un pensador gentil, y *en cambio, corrobora los juicios rectos.* Lo que está conforme con la razón, no discrepa de la verdad de Dios, de quien dimana toda verdad. Ya oíste qué linaje de hombres puso Cristo a su lado; cuán poco apto para imaginar razones.

JUDÍO.—Pero nosotros somos el pueblo de Dios, y así siempre se nos llama, aun en el mismo destierro; somos su herencia y su viña de elección.

CRISTIANO.—Se os llama así por la primera elección, como se lee en Isaías: *Israel no me conoció y mi pueblo no entendió. ¿Sois el pueblo de Aquel a quien no conocéis?* Por lo que toca a la viña, lo que dice Isaías en su capítulo quinto, y cómo lo descuajó el Señor. Y Jeremías en el capítulo segundo: *Yo te planté de buen vidueño, toda ella simiente de verdad, ¿cómo, pues, te me has tornado sarmientos de vid extraña?*

JUDÍO.—Puedes decir lo que quieras; nuestra vuelta a la patria se nos está prometida por muchos oráculos del cielo, como en el *Deuteronomio*, y en Isaías, Jeremías, Ezequiel, Amós y otros en tantos y tantos lugares, que no es posible ignorarlos ni es necesario aducirlos aquí.

CRISTIANO. — Ninguna necesidad tienes de traérmelos; harto me los sé. Antes de hablar de ellos, quiero que me digas: ¿Cuál será el motivo ocasional de vuestro retorno?

JUDÍO.—Para ofrecer sacrificios al Señor. Por estos sacrificios nos congraciaremos con Dios, viviremos en libertad; en holgura y reposo, en abundancias y en regalos. Las mismas palabras con que Isaías nos lo promete ya anegan el alma en dulzura: *Y mi pueblo se sentará en la hermosura de la paz, y en los reales de la confianza y en quietud opulenta.*

CRISTIANO.—Veo que son dos las cosas que esperáis de esa vuelta, la gracia y el favor de Dios mediante los sacrificios, la opulencia de la vida y la abundancia de bienes de fortuna, tantos como se pueden desear.

JUDÍO.—Eso mismo.

CRISTIANO.—Comencemos por los sacrificios. Creo que todavía no se te olvidó aquel principio en que ambos convinimos, a saber: que el bien mayor y más excelente que Dios puede dar al hombre es la bienaventuranza eterna y que ésta consiste en la unión con Dios; la unión hácela el amor, y el amor lo engendra la similitud de las almas. Vosotros, pues, mediante la observancia total de la ley, ¿qué otra cosa más soberana y excelente podéis conseguir sino su amistad?

JUDÍO.—Ninguna, a fe; ni más grande ni más deseable.

CRISTIANO.—Si los sacrificios os darán esto, ¿por qué cuando los sacrificios estaban en todo su auge en Jerusalén, la mayor parte eran bellacos, poquísimos sabios y más pocos todavía profetas? ¿Y qué dirás cuando sepas que fueron muchos más los varones justos antes de los sacrificios, que luego de estar establecidos? Tú mismo, ahora que no sacrificas, ¿no tienes buena esperanza de que podrás alargar tu vida de un día? Tú no sabes si podrás granjearte la amistad de Dios y toleras la vida. Pero consolarte he con el ejemplo de Jeremías, de Ezequiel, de Daniel, de Ananías, de Azarías, que fueron santos y sabios y profetas, sin Jerusalén, sin templo, sin sacrificios, sin ceremonias. ¿Qué más? Estáis dispensados de sacrificios con permiso de Dios, mientras estáis en el destierro y en la peregrinación. ¡Buen ánimo, pues; mi parabién más entusiasta! Puedes ser amigo de Dios sin sacrificios, no más que con buena voluntad. Y si ello es así como enseñan la razón, los ejemplos, los profetas, nada o bien poco van a conseguir los sacrificios exteriores, según que la voluntad, allá en sus adentros, esté ajenada de Dios o con El esté unida. Y si el Mesías no os ha de dar otra cosa, sino que sacrifiquéis con tranquilidad y holgura, de balde se tomará tal y tanta y tan tumultuo-

sa molestia, pues no os dará más que lo que ya ahora pensáis tener, para que podáis merecer el favor de Dios con la justificación del alma. Respecto de la libertad, riquezas, opulencia, placeres, éstas son cosas indignísimas de que de ellas se haga mención (mientras estamos hablando de cosas celestiales y diversas), que no raramente separan de Dios y constituyen un estorbo para el divino amor.

JUDÍO.—Eso nunca nos sucederá porque todos seremos justos, sabios, profetas, como no hicieron daño las riquezas a Abrahán, Isaac, Jacob, David, Ezequías.

CRISTIANO.—¿Seréis vosotros más perfectos que Adán? Y, con todo, leéis que un solo deseo le enajenó aquella tan grande amistad de Dios. ¿Qué será de vosotros en medio de tantos y tan variados deseos? Y por lo que se refiere a esos que nombraste, ¿no piensas que algunas veces las riquezas les impidieron hacer lo que convenía a varones tan santos? Vuelve a leer sus vidas, y hallarás que entre Abrahán y Lot existieron diferencias. David cometió gravísimos pecados, de que después tuvo que hacer sincerísima penitencia. Isaías tuvo que reprender enérgicamente a Ezequías por haber mostrado sus riquezas a los embajadores de los asirios. ¿Y no diste en pensar que sin riquezas y todo hubo grandes y santísimos personajes, como Elías, Eliseo, Jeremías y otros profetas?

JUDÍO.—Sea ello así, si tú lo quieres; pero ¿no vale más que la bondad vaya acompañada de la libertad y de las riquezas?

CRISTIANO.—Pues así y todo dice Salomón que todo lo mundanal es vanidad pura. ¿Qué provecho reportarán las cosas vanas? ¿Cómo la recompensa del culto de Dios puede ser una cosa vana? Tú mismo, si tuvieras opción, ¿no escogieras más de grado la vida de Elías, santo y pobre?

JUDÍO.—Ruégote que de ninguna manera pidas para mí al Cielo la pobreza, que es el más funesto de los males. Ve a recomendársela a tus frailes menores o a tus cartujos.

CRISTIANO.—Sábete que el cuidado de las cosas de esta vida, tan acucioso, tan intenso, tan arrollador no os deja levantar los ojos al cielo. Mientras tengáis bien henchidas vuestras arcas, estáis persuadidos ser fácil todo lo restante y descuidáis todo cuanto se refiere a la virtud o al vicio, consolándoos con aquel proverbio: Los duelos con pan son menos. De ahí resulta que os imagináis al Mesías y a Dios tales como vosotros querríais ser. Tales haríais también a los profetas si la verdad histórica no os dijese todo lo contrario. A Dios no se le ve con los ojos corporales, y el Mesías aún ha de venir. Dondequiera podéis, dejáis allí clavada la mentira, como una cuña, al servicio de vuestras pasiones. Así que oye con muchísima atención lo que importa en tan alto grado saber a ti y a todos los otros de tu gente: ¿Qué destierro piensas tú ser más desapacible y soledoso: el alejamiento de Dios o de la patria donde nacieron tus mayores?

JUDÍO.—¿Quién puede dudarlo? Prefiero infinitamente andar desterrado de la patria que de Dios; pero cuando estuviere en la patria de mis abuelos, estaré más cerca de Dios.

CRISTIANO.—De esto es cabalmente de lo que se queja el Señor por Jeremías: *¿Por ventura soy yo Dios de cerca*—dice el Señor—*y no Dios de lejos?* Dios ve lo cercano y lo lejano, y lo que está descubierto, y lo

que está encubierto. Tan próximo está a una cosa como a otra. Dónde está aquello: *¿Yo lleno el cielo y la tierra?*, dice el Señor. Más cercano estaba Dios de Daniel en Babilonia que de muchos en Judea y Jerusalén. El destierro de veras, el destierro efectivamente luctuoso es ser rechazados del Señor, andar lejos de El. La verdadera patria, y los sacrificios, y la piedad, y la felicidad es estar unidos con El con pureza de alma, confianza, caridad, que demostramos ser el culto más verdadero y digno de Dios, como el que le rindieron aquellos personajes santos en sus peregrinaciones, Jeremías, Daniel, Ezequiel, Ananías, Azarías y otros muchos. Ese es el retorno a vuestra patria que debéis desear: la unión con Dios en espíritu, que es vuestro único padre y vuestra patria. Y si el distanciamiento de Dios es un auténtico destierro y acercarse a El es vivir en la patria, resulta verdad que los profetas y los varones santos llenos de Dios, que enseñaban a los hombres la más verdadera y principal doctrina, inspirada y dictada por el Espíritu divino, no compadecieron ni lloraron vuestra pobreza ni vuestro cautiverio ni vuestra peregrinación, ni despertaron en vosotros la esperanza de un mejoramiento de vuestro estado, sino lo que deploraron era lo digno de su santidad, de su sabiduría, de su excelencia humana y de la majestad divina: lamentáronse del amarguísimo destierro y apartamiento de Dios, la pesada servidumbre bajo la tiranía del pecado, servidumbre que ya entonces os traía agobiados y os prometieron un retorno alegre, no a Palestina ni a los regalos de la mesa y los placeres del lecho y otros deleites corporales, más propios de las bestias que de hombres dotados de alma de origen celestial, sino a la gracia y al favor de Dios, mediante la justificación de vuestros corazones. Esta es la religión, y el premio perdurable de la religión es aquella tierra prometida del Cielo a Abrahán y a vuestros padres, aquella tierra, manadero de leche y de miel, esto es, de todos aquellos bienes que puede desear el alma humana orientada rectamente. Cuando vivíais bajo la ley aún no abolida, erais en verdad domésticos, pero siervos; ahora sois extraños o, mejor, sois enemigos. Convertidos a Dios por virtud del espíritu, seréis libres e hijos. Esto fué lo que vaticinó Isaías en su capítulo décimo: *Y acontecerá en aquel tiempo que los que hubieren quedado de Israel y los que hubieren quedado de la casa de Jacob, nunca más estriben sobre el que los hirió, sino que estribarán sobre el Señor, santo de Israel, con verdad. Las reliquias se convertirán, las reliquias de Jacob, al Dios fuerte. Porque si tu pueblo, Israel, fuere como las arenas de la mar, las reliquias se convertirán en él.* Este pasaje da buena esperanza de vuestro retorno a mejor seso, aunque tardío. Querría yo que reparases que el profeta no dijo que todo se salvaría como vosotros esperáis por la resurrección y vuelta a la Judea, sino sus reliquias, a saber: aquellas que reconocerán a Jesucristo. Cata, ahora, cómo es mejor y más deseable este retorno a Dios que a las delicias de Palestina. ¡Cuán reiterada y copiosa mención se hace en las Sagradas Escrituras de las misericordias, fieles a David, de la verdad estable y eterna prometida a David! ¡Cuánto más verdaderas son estas misericordias y más provechosa esta verdad: reconciliarse y unirse a Dios por Cristo, que no la permanencia de un

reino para la descendencia de David y la conservación inextinta de su lámpara!

CAPITULO IX

EL MESÍAS DE LOS JUDÍOS

CRISTIANO.—Ardo en deseos de saber de vosotros qué Mesías es ese que esperáis ha tantos y tantos miles de años.

JUDÍO.—Nosotros esperamos todo aquello que los profetas nos vaticinaron y nos prometieron en nombre de Dios, que no puede engañar, y como todavía no lo vemos cumplido, tenemos por descontado que se cumplirá, por más que se dilate su realización. No son los hombres quienes han de poner plazos al consejo de Dios.

CRISTIANO.—Muy bien. Pero ¿qué es ello, en definitiva?

JUDÍO.—Te lo diré por el testimonio de Isaías, Jeremías, Joel y otros profetas y por las tradiciones firmísimas de nuestros rabinos, a saber: Que del linaje y sangre del rey David, un Caudillo, que con su gran poder y fuerza de armas conducirá a la tierra prometida a los padres, a todos los sobrevivientes de Israel. Allí en libertad o, mejor, en el reino, en las riquezas, en la abundancia de todas las cosas reedificaremos el templo de Jerusalén y celebraremos los sacrificios, las ceremonias, las festividades; todos seremos sabios; profetizaremos todos, no solamente los padres de familia y los ancianos, sino también nuestros hijos y nuestras hijas, nuestros criados y nuestras criadas; todos seremos amaestrados de Dios y no habrá necesidad que uno diga al otro: Enséñame, o ven y te enseñaré la ley del Señor, pues todos estaremos asaz instruídos en ella. A este Rey o Caudillo, estaránle sujetos todos los demás reyes y naciones, y muchos de ellos vendrán según la ley del Señor a sacrificar en Jerusalén y serán enseñados de los judíos. Este es el décimotercero artículo de nuestra fe, sin el cual no podemos salvarnos.

CRISTIANO.—Examinemos, si te place, cada uno de estos puntos de por sí, con todo tiento y toda calma, por no sufrir tropiezo. Tú no ignoras cuán oscuros y difíciles son nuestros profetas, como los vates todos, y hasta qué punto estoy por decir que impertinentes, si con juicio agudo no depara una recta inteligencia. Cierto es que los profetas le hacen poderoso, pero con fuerza y poderío divinos, desprovisto del todo de recursos humanos. Como Isaías: *He aquí mi siervo; le recibiré escogido mío, en quien mi alma toma contentamiento; puse mi Espíritu sobre él, dará juicio a las naciones. No clamará ni alzará ni hará oír su voz en las plazas. No quebrará la caña cascada ni apagará el pabilo que humeare.* Y Zacarías: *Alégrate mucho, hija de Sión; jubila, hija de Jerusalén. He aquí que tu Rey vendrá a ti, Justo y Salvador, pobre y cabalgando sobre un asno y sobre un pollino, hijo de asna.* Y más expresivamente todavía Oseas: *Casa de Israel*—dice el Señor—*compadeceréme y les salvaré en el Señor Dios suyo, y no los conservaré con el arco, y la espada, y la guerra, y los caballos, y los jinetes.* Por lo que toca y atañe a la tierra que esperáis, oye a Isaías, en el capítulo octavo: *Y pasará por la tierra fatigado y hambriento, y acontecerá que teniendo hambre se enojará y maldecirá a su rey y a su Dios, y volverá a alzar los ojos y mirará a la tierra; he aquí tri-*

bulación y tinieblas, oscuridad y angustia y cerrazón espesa. Yo querría que examinases este lugar con detenimiento, pues lo que dicen los profetas, a vosotros toca especialmente, puesto que fueron dichas para vuestro aviso, amonestación, castigo, corrección o enseñanza. En actual situación vuestra, cada uno de vosotros pasa por la tierra de esa peregrinación, la cual no puede expresarse con más justeza que con el verbo *pasar;* peregrinos somos todos como lo fueron nuestros padres. Pasa, pues, el judío empedernido, agobiado por las incomodidades de la vida, hambriento, es decir, reducido a estrechez y penuria, y no conocerá a su Dios ni reconocerá a su Mesías, a todos les olvidará y execrará a todos los que espera le serán provechosos no por otra cosa sino porque con larga mano les brinden riquezas. Y alzando sus ojos a la tierra, ¿qué tierra es esta que estamos pasando, sino barrancosa y pedregosa? ¿Y qué tierra es aquella que se mira con los ojos en lo alto, sino la común patria del cielo? De ella dice el salmo: *Espero ver los bienes del Señor en la tierra de los vivientes.* A la vista de esa tierra, es decir, a la consideración de los verdaderos bienes, luego al punto surgen ante vuestros ojos una densa calígine y una noche oscurísima; pero, a otra cosa: ¿En dónde se verificarán estos deseados sacrificios?

JUDÍO.—En Jeruralén.

CRISTIANO.—¿Vosotros, con todas las naciones de la gentilidad?

JUDÍO.—Todos a una.

CRISTIANO. — Dime, por favor: ¿Qué te parece eso de reunir el universo mundo en el recinto de una sola ciudad, en las paredes de un solo templo? ¡Qué tropel! ¡Qué barahunda! ¡Qué de bramidos, qué de balidos, qué de mugidos, qué carnicería, cuánta sangre, cuánto vaho, cuánto asco, cuánta náusea, cuánto fiemo de tantas reses sacrificadas, qué babélica confusión de tantas naciones, tantas edades y sexos! Si pensáis que en otro lugar no podéis ser oídos, ciertamente debe de estar confinado en un lugar fijo nuestro Dios, que dice: *Yo lleno el cielo y la tierra.* Y hasta parece que no por su voluntad libérrima os va a conceder en Jerusalén lo que le pidiereis, sino como coaccionados y hechizado sin opción para hacer otra cosa una vez que estuviereis allí.

JUDÍO.—Pues así está prescrito en la ley.

CRISTIANO.—Está bien; mas para las doce tribus de Israel, si no tuvierais coyuntura de sacrificar separadamente, os construiríais viviendas y celdas y aun ídolos, como hizo aquel en el libro de los *Jueces.* Hay más: como el arca de la alianza era para vosotros el recuerdo de los beneficios del Señor, quiso para que ese recuerdo se conservara, y por ende también vuestra gratitud, que sacrificarais al Señor donde ella estuviera; y puesto que ella no podía estar sino en un lugar solo, sólo en aquel lugar se ofrezcan sacrificios. Por esta razón y causa, harto podéis comprender que en todo culto y adoración de Dios no tanto se piden sacrificios como el agradecido recuerdo de sus beneficios, que engendra benevolencia. Sacrificar en un lugar cualquiera era fácil; pero como lo que conservaba y renovaba la memoria era una sola cosa, a saber: el arca, y lo que por viejos milagros se guardaba en el arca, digo, la vara y el maná, todo el culto se redujo a su presencia. Mas el Mesías es todavía esperado. Si el Mesías ha de venir, ¿dónde están

los santos y los profetas, sus heraldos, y los precursores, cuales los tuvisteis en todo tiempo antes de Jesucristo? Por ellos el Señor les tornaba a ver y consolaba y animaba a su pueblo. Por esto se dice en el salmo, por miedo, por temor o por vaticinio de estos tiempos: *Ya no hay profeta,* y a nosotros no nos conocerá más. Todos los que de entre vosotros, después de Jesús, se lanzaron a vaticinar algo del Mesías venidero, quedaron convictos de vanidad e impostura y a todos se les mandó callar, y uno de vosotros exclamó: ¡Ay de las almas de los que definen el tiempo del Mesías! Fácilmente puedes colegir de todo esto que dije cuán baladí, cuán ilusoria es vuestra expectación del Mesías, por manera que no sin razón se os puede aplicar en este negocio aquello de la fábula: *Estarán de parto los montes; nacerá un ridículo ratón.* Y nuestro Mesías, cuán gloriosas, cuán deseables bienandanzas no nos trajo: liberación del pecado, mejor entendimiento, reconciliación con Dios, esperanza firmísima de la eterna felicidad. Y lo mismo diríais vosotros de aquel Mesías vuestro, si nosotros no lo hubiéramos dicho del nuestro, porque entre vosotros y nosotros en ningún punto hubiere conformidad. Y harto convenía que este beneficio trajese consigo Aquel que era objeto de tales promesas y de tanta expectación. No siendo así, ¿qué necesidad había de tantos vaticinios, de tantos aparejos, de tan larga e insistente predicción? No tiene tanta importancia el retorno no a Jerusalén, sino hacerse amigo de Dios y ser adscrito a la eterna bienaventuranza. Esto sí que la tiene, y aún mucha más. ¿Y qué, si Isaías dice del Mesías claramente: *El Señor puso en él la iniquidad de todos nosotros?*

CAPITULO X

DEL MESÍAS NUESTRO Y DEL DE LOS JUDÍOS

Pero para que resalte con mayor relieve la diferencia de ambos Mesías, el vuestro, que todavía soñáis, y el nuestro, que más de mil quinientos años habitó entre los hombres, comparémoslos entre sí, a fin de poner en claro que la razón y causa del Mesías de ninguna manera conviene con el vuestro; y al revés, convienen con nuestro Mesías en un todo. Empecemos: ¿Qué significa Mesías?

Judío.—Llámase entre nosotros el Mesías el que vosotros llamáis el Ungido y con voz griega, según tengo entendido, Cristo. Mas esta unción es como un distintivo y consagración de dignidad real y de imperio.

Cristiano. — ¿Llamaráse Mesías, pues, todo rey que haya sido ungido?

Judío.—Sí; todo rey ungido puede denominarse Mesías; pero con una denominación especial y como propia, llámase así aquel Mesías que antiguamente prometió Dios a nuestros padres y que de tanto tiempo es esperado de Israel.

Cristiano.—Importa, pues, que éste sea el más grande y más admirado de los reyes y que las ventajas que acarreará a Israel sean dignas así de tan grande expectación de todo el pueblo, como también, y esto es lo más glorioso y lo que más se debe tener en precio, de la promesa de Dios. ¡Cuán grande conviene que sea esperado aquello que Dios prometió tantas veces a tantos y de tantas maneras. Y vosotros, ¿cuál pensáis que será la principal obra del Mesías?

Judío.—El retorno triunfal y felicísimo a la patria.

CRISTIANO.—¿A qué patria?

JUDÍO.—A la Judea.

CRISTIANO.—Pues la obra de nuestro Mesías es la peregrinación, el destierro de esa tierra y la vuelta a la patria celestial.

JUDÍO.—Esto mismo hará el nuestro, pues nos establecerá donde sacrificaremos como es debido y seremos buenos.

CRISTIANO.—El retorno de nuestro Mesías, ¿cuánto mejor y más deseable, pues no retornó o Adán, Abrahán, David, Daniel y otros a la vanidad de esta vida, sino a los bienes eternos. Dime: ¿Por dónde andan vuestros padres mientras a ese Mesías vuestro no se le ve? Si están en el cielo con Dios, ¡cuán grave injuria se les hace trayéndolos de nuevo a las comodidades de esta vida, que es una cosa tan baladí y tan huera como Salomón dijo! Y si no están en el cielo, ciertamente están dondequiera y son de mejor condición que la vida de Palestina: comiendo, bebiendo y sacrificando reses en holocausto.

JUDÍO.—Volverán acaso a la gloria del Mesías.

CRISTIANO.—Es decir, que quienes habían salido de este mundo, hombres mortificados, parcos y bravos, menospreciadores de la fortuna y de las cosas de esta vida, volverán con las pasiones en la otra vida exacerbadas y comenzarán a desear manjares delicados y exquisitos, atavíos primorosos, suntuosos edificios, y otros viles ministerios de este cuerpo. Digo que tomarán alguna droga que hará que les sepa sabrosamente lo que antes solía parecerles fatuo e insipidísimo. ¿Y qué gloria es esta de Mesías a honrar y engrandecer la cual serán enviados los patriarcas santos? La gloria y el decoro de nuestro cortejo son de nuestras costumbres, no del cielo, pues en el cielo no se mira si uno entra con mucho o con poco, con qué linaje de hombres, con qué atavíos, con qué vestido. De ello hacen gran aprecio y caudal, entre nosotros los hombrecillos, no ciertamente aquellos que tienen algún seso, sino los extraídos de en medio del vulgo. La honra ni la gloria no se miden allá por el mismo rasero que entre nosotros. La única gloria que vale allá es ser grato a Dios, cuanto más grato mejor, con absoluta indiferencia de todas las otras cosas; huelga cualquier otro acompañamiento. Pero ¿qué equidad sería esta de que los santos patriarcas, por la gloria u honra ajenas, quedasen defraudados de su derecho? No entraban, pues, en el cielo para volver con el Mesías a esa luz, o mejor, a esa noche y a esas tinieblas, como vosotros os imagináis, sino que del acceso al cielo los alejaba el pecado y ninguna otra cosa podía ser obstáculo para que, una vez muertos, volasen al cielo.

JUDÍO.—Pero no pocos de ellos fueron del todo inocentes de toda culpa, como Jeremías, Elías, Daniel y Juan, como aseguráis vosotros mismos.

CRISTIANO. — Verdaderamente nosotros no lo negamos; pero de ahí puedes colegir que no solamente para lavar las manchas que cualquiera de su propia voluntad había contraído se prometió un Restaurador y un Salvador, sino principalmente para lavar aquella con que Adán, nuestro primer padre, contagió toda su posteridad, por la cual se dijo: *Detestable es la tierra por tu obra.* En esas palabras, si atentamente las considerares, entenderás que está significada la corrupción de la Naturaleza. Esto mismo es lícito colegir del salmo donde de la naturaleza íntegra del hombre se

dice: *¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él?* ¿A cuál de los hombres, en definitiva, están todas las cosas subordinadas? A ninguno o poco menos. Ese lugar ya lo traté yo extensamente en la disputa con los gentiles; acude allá cuando te plazca. De ahí a los demás patriarcas se les mostró la esperanza del retorno a la gracia con Dios; se les dijo que tuvieran buen ánimo de parte de Aquel que era a su Padre graciosísimo. Ves que la medicina fué general para que entiendas que fué general la dolencia y que la esperanza de la salud era a todos agradabilísima, porque no había quien estuviera exento de daño; todos necesitaban restablecimiento y reparación, porque todos habían caído y todos se apoyaban y recreaban en el recuerdo de la promesa. Con palabras no veladas, Isaías expuso esta expiación de los pecados: *¿Quién creyó lo que se nos dijo? Y el brazo del Señor, ¿sobre quién se ha manifestado? Y subió como renuevo delante de él y como raíz de tierra seca.* Largo es el discurso de esta profecía, pero no tomaré pesadumbre de repetirlo porque compete a nuestro Cristo con tal justeza y exactitud, que no tanto parece anunciar cosas venideras como profeta, como narrar hechos consumados como historiador. Así que continúo: *No parece en él decoro ni hermosura; le vimos y no tenía aspecto y le deseamos. Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en la flaqueza, y escondíamos nuestro rostro de él; menospreciado y no le estimamos. Verdaderamente nuestras enfermedades él las llevó y nuestros dolores él los sufrió, y nosotros le tuvimos por azotado, herido por Dios y humillado. Pero él fué llagado por nuestras prevaricaciones y molido por nuestros pecados. El castigo por nuestra paz sobre él y sus cardenales fueron nuestra salud. Todos nosotros, como ovejas, nos descarriamos; cada cual se desvió por su camino y el Señor transpuso en él el pecado de todos nosotros. Fué oprimido y afligido y no abrió su boca. Como cordero fué llevado al matadero, y como oveja delante de sus trasquiladores enmudeció y no abrió su boca. De la cárcel y del juicio fué quitado, y su generación, ¿quién la contará? Porque fué cortado de la tierra de los vivientes; por la prevaricación de mi pueblo fué azotado. Y se puso con los impíos su sepultura y no hubo engaño en su boca. Con todo eso, el Señor quiso molerle y le sujetó a enfermedad.*

Judío.—Pues sábete que nuestros rabinos, esto mismo que vosotros convenís con tanta justeza a vuestro Jesús, lo aplican al pueblo de Israel afligido y azotado por el Señor.

Cristiano.—Fácil es hacer cualquiera acomodación si no has de dar explicaciones de por qué lo haces. ¿Conviene realmente a vuestro pueblo aquello de: *Verdaderamente él llevó nuestras enfermedades?* ¿Quién habla aquí sino Isaías, que es del mismo pueblo? La nación judaica fué herida del Señor por sus propios pecados, no por los ajenos; por esto se dice: *El fué llagado por nuestras prevaricaciones y molido por nuestros pecados.* ¿Y qué te parece esto que sigue?: *El castigo por nuestra paz sobre El y sus cardenales fueron nuestra salud.* ¿Se refiere también esto al pueblo de Israel? Ninguna ventaja recibieron las otras naciones de nuestras calamidades y tribulaciones, no más ciertamente que cuando se castiga a algún delincuente, puesto que ven

en ello un cierto experimento de la Justicia Divina. Y dime: ¿quiénes son estos otros?: *Todos nosotros, como ovejas, nos descarriamos.* ¿Son el profeta y el pueblo del profeta? Aparece manifiestamente que quien arrostró la pena por todos fué otro que no el pueblo de Israel. Y aquello: *Como cordero fué llamado al matadero y como oveja delante de sus trasquiladores enmudeció y no abrió su boca*, está tan lejos de conveniros a vosotros que no puede decirse cosa que os sea menos ajena, que sois nada sufridos, maldicientes, que cargáis de imprecaciones y anatemas a todos los que no son de vuestra secta. A lo último el profeta añade clarísimamente: *Por la prevaricación de mi pueblo fué azotado.* Este pequeño inciso echa por el suelo todas vuestras cavilaciones, pues declara que fué otra tercera persona, y no el pueblo, el herido por los delitos del pueblo. No creo yo que vayáis a atribuiros a vosotros mismos aquello de que no obró iniquidad ni hubo engaño en su boca, cuando poco antes se dijo de vosotros: *Por las maldades de mi pueblo fué herido.* Pero será mucho más fácil establecer la diferencia entre nuestro Mesías y el vuestro, esperado tanto tiempo, si los comparamos a ambos entre sí. Contéstame a esta pregunta brusca: ¿El Mesías será Dios?

JUDÍO.—De ningún modo. ¿Para qué iba a ser Dios?

CRISTIANO.—Porque así como cuando os daba una ley peculiar se dignaba demostraros su presencia casi visible, mediante milagros, así cuando daba la ley universal estuviera más cerca de nuestros sentidos y le viéramos, no mediante fuego ni truenos, sino vestido de carne y semejante a cada uno de nosotros. Isaías dice con palabras del Señor: *Por eso mi pueblo conocerá mi nombre en aquel día, porque yo mismo que hablaba estoy aquí.* Estas cosas no pueden entenderse de otro sino de Dios, que en tiempos habló a los patriarcas y cuyas voces y truenos oísteis como en señales. Más tarde conversó con los hombres, hecho hombre, cosa que también dice Baruc, que entre vosotros goza de autoridad no escasa: *Este es nuestro Dios y nadie será estimado contra El. Este halló toda senda de disciplina y la entregó a Jacob, su siervo, y a Israel, su amado. Después fué visto en la tierra y conversó con los hombres.*

JUDÍO.—Está escrito también: *No me verá el hombre y vivirá.* Tener hambre y tener sed, tener frío y tener calor no son cosas que compitan a Dios. Es una impiedad atribuir a Dios esos achaques.

CRISTIANO.—Ello es una manera de hablar y no manera de entender. Vosotros soléis decir: *Setenta almas bajaron al Egipto y muchas almas perecieron*, siendo así que el alma no perece, ni sube ni baja a ningún lugar. Pero en lenguaje corriente, unas veces el alma tómase por el hombre todo; otras por el cuerpo, y a veces por la vida. Así, en nuestro Cristo, por una naturaleza es Dios, por la otra es hombre, como en el hombre una parte es cuerpo y otra es alma. Aquello que en Cristo estaba expuesto a los ojos de los que le veían no era Dios, bien así como aquello que vemos en el hombre no es el alma. Dios, pues, no tenía hambre ni tenía frío, sino el Hombre estaba unido con Dios. El nombre de una parte redunda en otra o en todo el cuerpo, como el hombre se dice que tiene hambre por su cuerpo y que es racional por el alma.

JUDÍO.—¿Y qué orejas pueden so-

portar que Dios fuese puesto en cruz y muerto?

CRISTIANO.—Si no estuvieras acostumbrado a esa manera de hablar del hombre, ¿qué orejas soportarían que se dijera que *fueron vendidas almas*, que *fueron heridas almas*, refiriéndose al hombre, y que el *hombre* es cojo si sólo lo es de un pie? Explicado así, está tan lejos de contener absurdo el entenderlo de ese modo, que no comprendo cómo hay quien se ofenda de esa manera de hablar, siempre que aprueban la que se refiere al hombre. Y si os da tanta grima ese modo de expresión a que no está avezado vuestro oído, nosotros, por cuestión de palabras, no os seremos molestos. ¡Ojalá fuera tan fácil el acuerdo en las cosas como lo sería en los vocablos!

JUDÍO.—Demuéstrame con el Sagrado Texto en la mano que se profetizó que el Mesías sería Dios.

CRISTIANO.—En otro lugar te demostré la conveniencia de que así fuese con muchos y poderosos argumentos, a mi parecer. Si quieres ve a buscarlos en aquel libro, o si prefieres, en éste tocaremos algunos de ellos.

JUDÍO.—Para mí, huelgan todos los argumentos. Abre las Escrituras e ilústrame.

CRISTIANO.—¿Cómo puedo ilustrarte con eficacia mayor que demostrándote que así convenía, que así era necesario, siendo así que Dios no hace nada, sino lo que más conviene e importa más? Si vosotros tuvierais contra nosotros tal masa de razones como las tenemos contra vuestras flacas convicciones, ¿con qué énfasis, con qué palabras no exageraríais la fuerza de la razón, su excelencia, su divinidad? No toleraríais siquiera la más ligera alusión a las Sagradas Escrituras. Pues de esos mismos oráculos sagrados sacaré los testimonios de mi verdad. ¿Y qué si lo que yo afirmo no estuviera explícito en las Sagradas Letras? ¿No tiene más valor lo que está escrito por Dios en nuestros corazones que en piedras o en pergaminos?

JUDÍO.—No lo pienso yo así, porque este libro es libro de verdad y vida, de forma que lo que no está en ese libro no debe tenerse ni por la verdad ni por la vida.

CRISTIANO. — ¡Quisquillas y minucias para las cuales tenéis vista de lince, y para las cosas andáis a ciegas completamente! Si este libro es el de la verdad, colígese que no contiene falsedad alguna. Que ello es así, yo tengo la convicción profunda; pero no se sigue que no haya ninguna verdad fuera de él. Los libros proféticos son el libro de la verdad; pero hay muchas verdades fuera de ellos, como en los libros de Moisés, en los Salmos, en las parábolas y otros por el estilo. Y aun vosotros mismos, fuera de los libros canónicos, creéis que contienen muchas verdades los libros talmúdicos.

JUDÍO.—Deja esto por ahora y, ciñéndote a la Sagrada Escritura, cumple la primera promesa que hiciste.

CRISTIANO.—Aduciré no pocas profecías; si tú te obstinares en darles aviesas y perspicaces interpretaciones, no queda ya nada que no puedas desviar a sentidos peregrinos y ajenísimos, aun en los escritores latinos y griegos, no ya solamente en tu lengua, cuya oscuridad y maraña en voces, en tropos, en sentencias, en toda la dicción, te dará gran asidero para forzadas interpretaciones. Y ello lo haces con tanta mayor malicia cuanto que a mí me pides imperiosamente que te proporcione luz pura y limpia de tanta niebla y polvareda. Por esto a esas oscuridades

acercaré nuestra luz, deficiente y débil, desde luego, pero que te será de alguna ayuda en esa cerrazón.

JUDÍO.—Y, en fin de cuentas, ¿qué es esa luz nuestra que ponemos en las cosas de Dios?

CRISTIANO.—¿Te has olvidado ya que tiempo ha hemos convenido que la luz de la mente humana, derivada de aquella lumbre soberana y sempiterna, es la razón? Esa luz encenderemos, pues en esa augusta oscuridad que tienen las Sagradas Escrituras para ver qué sentido es el que más conviene a las palabras del profeta, guiados por la lógica del contexto, cuál sea el más adecuado a los misterios y cosas sacratísimas de que allí se habla, por no torcer las sentencias altísimas y divinas, cuales son las de los oráculos sagrados, a ínfimas, estúpidas e idiotas interpretaciones, esclavos de la pasión y no servidores de la inteligencia. ¿No te parece que esto es lo más cómodo para entender las Sagradas Letras y lo más digno de la majestad de Dios? ¿Por qué callas?

JUDÍO. — Me embelesé oyendo la elegancia de tu discurso; pero palabras de Dios no he oído ninguna.

CRISTIANO.—No puedes quejarte de eso, pues hasta hace un momento las oíste y vas a oírlas también luego al punto, según espero. Pero el asunto mismo me obligó a esta advertencia previa, que no dudo merecerá tu aprobación.

JUDÍO.—Todavía no formé criterio.

CRISTIANO.—Aprobárasla si te las dijera el rabino, y las loaras e hicieras grandes aspavientos de admiración. Yo voy a cumplir mi propósito. Ojalá quisieras, por unas pocas horas, asumir equilibrio y serenidad de juicio; pero, desgraciadamente, tengo la certidumbre de que no va a bastar ese preámbulo; tal es vuestro carácter y vuestra obstinación contra la verdad. No pienso que dudes que el blanco de todos los vaticinios es el Mesías; todos, unos directa, otros oblicuamente se orientan hacia Aquel por cuya medianería promete Dios que va a enviar la salvación a Israel. Los mismos poetas, hartas veces, asumen la personalidad del Mesías, y aun la de Dios, fenómeno éste tan común a todas las lenguas que con significativa frecuencia los amigos con el nombre de sus amigos hablen de sí mismos. Acostumbra decir el que en nada intervino: «Hicimos un gran negocio»; o al contrario: «Nada pudimos conseguir.» «Se nos rechazó, se nos hizo un desaire», dice el amigo, refiriéndose al amigo que considera ser uno con él, aglutinados por la amistad. Esta transposición frecuente, como es en los profetas y en el Salmista acerca de las cosas del Mesías, no es de admirar que haya pasado al lenguaje común y corriente de todas las naciones.

JUDÍO.—Esto me parece asaz probable.

CRISTIANO.—Empecemos la lucha, pues. Dices que el Mesías no será Dios. ¿Será sacerdote?

JUDÍO. — Ni sacerdote tampoco, pues es de la tribu de Judá y no de la de Leví.

CRISTIANO.—A pesar de todo centésimo décimo, declara su divinidad y su sacerdocio. En este salmo, David, que fué rey de Israel, de cuya estirpe había de nacer el Mesías, le llama Señor, diciendo: *Dijo el Señor a mi Señor.* Más grande es, pues, ese Señor que el hombre y el rey y el padre de su humanidad. Por grande que fuera, mientras sólo fuese hombre, el profeta, el rey, el progenitor suyo, más aína le llamaría hijo que Señor, como en el salmo cuadragésimo cuarto, cuando,

después de la mención del rey, a quien llama rey y señor y Dios, el oráculo profético vuélvese a la reina (a la cual, puesto que no más que la humanidad había en ella, muy alta y muy excelente por cierto, puesto que como esposa asiste a la derecha del rey con diadema de oro y con vestido bordado; pero no la divinidad), le da el nombre de hija: *Oye, hija, y mira.* Oigamos ya lo que el Señor dice al Señor: *Siéntate a mi diestra.* Expresión insignificante si derribas la cabeza al suelo como la bestia, pero expresión gloriosa y admirable si la levantas un poco y miras hacia arriba. ¿A cuál de los hombres habrá dicho Dios: *Siéntate a mi diestra?* No hay tamaña grandeza ni en hombres ni en ángeles que pueda sentarse al lado del Señor, y mucho menos a su diestra. ¿Por qué cayó Lucifer, hijo de la mañana, como se lee en Isaías, sino porque dijo: *Subiré al cielo; sobre las estrellas de Dios exaltaré mi silla y en el monte del testimonio me asentaré. en los lados del Aquilón. Sobre las alturas de las nubes subiré y seré semejante al Altísimo.* Esto era querer sentarse al lado del Señor. Nadie, pues, se sienta a la diestra de Dios, ni hombre ni ángel, sino Aquel que es participante de la Naturaleza Divina. Por lo que toca al sacerdocio, añade a continuación que por Dios fué constituído sacerdote, y con juramento del cual no ha de haber jamás arrepentimiento; y no según el orden de Aarón, porque no tengas cuidado de la tribu, sino según el orden de Melquisedec. El sacerdocio judaico conferíase atendidas la tribu y la familia; empero en el sacerdocio de Cristo no se atendió a la familia ni a la tribu, sino la dignidad del sacerdote. Y porque se patentizara la abrogación del viejo pontificado y bajo el pontificado la abrogación de la ley y de las ceremonias, dejóse a un lado toda mención de Leví y de Aarón y alegóse el rito del sacerdote Melquisedec, que antes de la ley y los profetas ofrecía sacrificios al Dios del cielo. Este sacerdote reinaba en Salem, que luego se llamó Jerusalén, y pidió bendiciones a Abrahán cuando volvía de Pentápolis de derrotar y dar muerte a sus reyes y ofreció pan y vino y a quien Abrahán, el patriarca, ofreció diezmos de todo cuanto poseía. Melquisedec, como tú sabes mejor que yo, interprétase rey de justicia; mas el rey de Salem es rey de paz. Su sacerdocio ejercitábase, no con sangre y despedazamiento de víctimas, sino deparando a los mortales alimento y faustos augurios, todo lo cual conviene admirablemente al sacerdocio de Cristo. A este sacerdote se somete Abrahán, padre no tanto de los judíos como de todos los creyentes, y tiene por un beneficio muy grande el que ruegue por él y le ofrece décimas de todos sus bienes en nombre suyo y de la posteridad. Y no se lee que Abrahán, principio de la fe y de la piedad, conociera a otro sacerdote ni le venerara fuera de éste, en quien adoraba la figura del supremo y único sacerdote, explicada después por las palabras del Salmista. También al sacerdocio de Cristo se refieren aquellas palabras de Malaquías: *Y sabréis que yo os envié este mandamiento haciendo mi concierto con Leví, dice el Señor de los ejércitos.* Repara atentamente lo que sigue; entenderás que no se refiere a la ley carnal, sino a la espiritual, pues nada tiene que ver con el linaje de los levitas esto: *Mi concierto fué con él de vida y de paz, las cuales cosas yo le di por el temor, porque me temió, y delante de mi*

nombre estuvo humillado. La ley de la verdad estuvo en su boca, e iniquidad nunca fué hallada en sus labios; en equidad y en paz andará conmigo y de la iniquidad apartó a muchos. Porque los labios del sacerdote guardan la sabiduría y de su boca buscarán la ley porque ángel es del Señor de los ejércitos. De Malaquías son todas estas cosas que no se pueden decir de Aarón ni de Finees, su hijo. Ni en ningún tiempo fué tan santa la familia sacerdotal que le conviniera la grandeza de este pasaje. Y no solamente es sacerdote nuestro Mesías, sino que es doctor, como se deduce del capítulo segundo de Joel: *Alegraos, hijas de Sión, y gozaos en el Señor Dios vuestro, porque os dará quien os enseñe justicia.* Pero volvamos a la divinidad de Cristo. No dudo que con frecuencia reces el salmo cuadragésimo cuarto, pues paréceme que eres devoto. Yo querría que pesases y sopesases, no ya cada una de las sentencias, sino también cada una de las palabras. Este magnífico salmo se refiere al rey y trata del rey, a saber: del Mesías, a quien van enderezadas aquellas palabras: *Tu silla, ¡oh Dios!, eterna y para siempre; vara de justicia la vara de tu reino.* Que todo esto se dice del Mesías, esto es, de otro que no es el Dios Padre, no puede resultar más claro del verso siguiente: *Amaste la justicia y aborreciste la iniquidad; por tanto, te ungió el Señor, tu Dios, con óleo de alegría más que a tus compañeros.* Aquí se ve clarísimamente expresada la divinidad de dos: del que está sentado y reina eternamente y del que unge a este rey; y cinco versículos después: *Deseará el rey tu hermosura, porque él es Señor tu Dios; inclínate a El.* Y en el capítulo noveno de Isaías: *Nos ha nacido un pequeñuelo y se nos ha dado un hijo, y el principado se asentará sobre su hombro y su nombre será llamado Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre del Siglo futuro, Príncipe de paz.*

JUDÍO.—También en las Sagradas Letras algunas veces Dios se toma por príncipe o juez o caudillo, como en aquellos pasajes: *Aarón será tu Dios. Sentóse Dios en la Sinagoga de los dioses,* y otros más aún.

CRISTIANO.—Ahora tú mismo experimentas la grave ambigüedad y las densas tinieblas de vuestra lengua, que necesita de grande y muy brillante luz de mente y de juicio, pues si no nos valemos de la razón como guía y maestra, ¿cómo va a saberse cuándo por Dios debe entenderse el verdadero Dios, creador del cielo y de la tierra; cuándo un personaje principal, cuándo un juez, cuándo por Israel debe entenderse Jacob, hijo de Isaac; cuándo su progenie, cuándo las doce tribus, cuándo los elegidos, cuándo la Santa Iglesia? En otros lugares, Israel es el Cristo como David, y es el hijo de Jesué y es el mismo Cristo prometido como muchas veces en los salmos y los profetas. ¿Quién va a distinguir esos y otros enredos, sin luz de juicio, lo más ilustrado y más acertado posible? Averigüemos, pues, si el vaticinio de Isaías debe entenderse de Dios, soberano y eterno, o de un príncipe humano. Y si a un príncipe humano se refiere el profeta, ¿qué cosa excepcional dice del Mesías que no sea común a muchos otros príncipes? ¿Qué quiere decir el epíteto *Fuerte*, a diferencia de otros que son imbeles y flacos? Así que en las Sagradas Letras el epíteto *Fuerte* es privativo de Dios, como en el salmo: *Cómo juró al Señor, cómo votó al Fuerte de Israel.*

JUDÍO. — Hay ciertamente determi-

nados pasajes de las Sagradas Letras en que se escribe el mismo nombre directo de Dios, verdadero y sumo y no es otro sino el que vosotros llamáis *Tetragramma* y nosotros *Semhamforas*.

CRISTIANO.—Eso no es una norma constante, pero los entendidos en vuestra lengua lo escriben del mismo modo en aquel pasaje de Isaías como en el de Jeremías en su trigésimo quinto capítulo: *Este es el nombre con que será llamado nuestro Dios*.

JUDÍO.—No dice: *Será llamado*, sino *llamará*.

CRISTIANO.—No hay sentido en el verbo activo, y dicen los vuestros que se puede y suele vertirse impersonalmente y que con este criterio lo interpretaron; y el *Targo caldaico* lee así en Isaías: *Será llamado su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Mesías, que por los siglos de los siglos permanece*.

JUDÍO.—Los hay de los nuestros que lo refieren a Ezequías.

CRISTIANO.—Referidlo a los mulos o a los asnos mientras no dejéis que nada convenga a nuestro Cristo. ¿Cómo puede aplicarse a Ezequías eso que sigue: *Se multiplicará su principado y la paz no tendrá fin, se sentará sobre el solio de David y su reino, para confirmarlo y corroborarlo en juicio y en justicia, desde ahora y hasta la eternidad?* Y en el capítulo cuarenta y cinco del mismo profeta: *Pasarán con cepos en los pies y ante ti se encorvarán y te suplicarán: sólo en ti está Dios y no está en otra parte más que en ti; verdaderamente Tú eres el Dios escondido, el Dios salvador de Israel*. ¿Qué Dios es este Dios que se esconde? ¿Por ventura Dios, en tiempos, no se manifestaba bastantemente y con milagros grandes y variados no daba a conocer que era Dios? Y poco antes había dicho: *Para que sepan desde el nacimiento del sol hasta su ocaso que no hay otro fuera de mí, yo el Señor y no hay más*. Cristo, nuestro Dios, está escondido a los ojos del cuerpo, y no puede hallarse otro al cual convengan aquellas palabras. Para anular la persuasión de los sentidos dice el profeta: *Verdaderamente Tú eres Dios*. Y así como Isaías llámale *Padre sempiterno*, así también Miqueas dice que su salida fué desde el principio, desde los días de la eternidad. E Isaías, en su capítulo cuarenta y ocho, hablando de la purificación y santificación de Israel, pide una gran atención: *Oyeme, siervo Jacob, e Israel, llamado por mí. Mi mano fundó la tierra y mi diestra midió los cielos. Les llamo yo y parecen juntamente. Juntaos todos vosotros y oíd: ¿Quién entre ellos anunciará estas cosas? Allegaos a mí, oíd esto: Desde el principio no hablé en escondido; desde el tiempo que esta profecía se hizo yo estaba allí. Y ahora el Señor Dios me ha enviado y su Espíritu*. ¿Quién fué ese enviado que existió desde el tiempo de la profecía? No Israel, porque no fué ni se le envió, sino que a El se le envían los profetas: En levantándome—dice—a la madrugada les enviaba mis profetas. La doble naturaleza de Cristo se expuso por Daniel, cuando dice: *Veía en la visión de la noche, y he aquí en las nubes del cielo como un Hijo del hombre como que venía y llegó hasta el Anciano de días y le hicieron llegar delante de El, y le fué dado señorío y gloria y reino y todos los pueblos, naciones y lenguas le servirán; su soberanía, soberanía eterna, y su reino no caducará*. Eso de ninguna manera puede entenderse de quien sólo

sea Dios ni de quien sea no más que hombre, sino que a las claras son dos los designados, uno de los cuales es Dios a todas luces y el otro compuesto de humanidad y divinidad, y por eso le llama *como hijo de hombre.*

JUDÍO.—¿Pues qué? ¿Serían muchos los dioses?

CRISTIANO.—No serían muchos, sino uno solo, pues el que engendra y el que es engendrado son diversos, no por esencia y naturaleza, sino por persona. No ignoraron esa generación eterna los patriarcas santos ni la callaron, pues se dice en el salmo segundo: *Contaré el pacto de Dios conmigo. El Señor me dijo: Tú eres mi hijo; yo hoy te he engendrado.* Ello significa la generación natural, no la de adopción. El hijo que es adoptado no es procreado por el padre; es admitido a los derechos de familia. Ni otra cosa quiso significar el profeta sino que este a quien el Señor habló era hijo por una razón muy otra que los otros hombres santos que por gracia y favor de Dios fueron hechos hijos suyos; empero éste lo fué por generación. Y otra vez, en el salmo setenta y dos: *Perseveró su nombre para siempre; delante del sol es hijo su nombre.* Unos interpretan *engendrado,* otros *nacido.* Paralelo es este pasaje de Zacarías: *He aquí que yo traigo a mi siervo Oriente.* Añádase a esto que el santo nombre *Tetragrammaton* significa ser o esencia, como en el *Exodo* es dicho a Moisés: *Yo soy el Ente,* o *Yo soy el que es,* y *El que es me envió a vosotros,* significa también *generación.* También en las parábolas de Salomón: *¿Cuál es su nombre y cuál el nombre del Hijo, si lo sabes?* Esta interrogación da a entender que el nombre del Hijo de Dios es inefable, es decir, que es imposible a la inteligencia humana el conocimiento de su esencia. Es verdadero y acomodado el nombre de cualquiera cosa cuando explica su naturaleza y su carácter, como se insinúa en el *Génesis: Condujo Dios toda bestia a Adán para que a cada una le impusiera nombre,* y como a cada cual la llamó, ése es su nombre. De los otros hijos de Dios, que son numerosísimos, por lo que les recomienda su virtud, ni el nombre ni la esencia ni las cualidades son incognoscibles. No debe parecerte ni impío ni nuevo que se atribuya a Dios multitud de esencia, estando tan versado en la lectura de los Sagrados Libros, pues se dice en el *Génesis: En el principio crearon los dioses el cielo y la tierra;* siendo así que consta que el universo mundo fué creado por Dios, Sumo y Todopoderoso, y fuera impiedad pensar otra cosa, como se dice en el salmo treinta y dos: *Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos y con el aliento de su boca toda su fortaleza.* Y en el mismo libro del *Génesis: Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra.* Y poco después: *Y formó Dios al hombre del polvo de la tierra.*

JUDÍO. — Costumbre es de reyes usar del número plural cuando hablan de uno solo.

CRISTIANO.—Es realmente una costumbre de príncipes, como tú dices, pero hallada e introducida mucho tiempo después de Moisés. Ni en el *Pentateuco* ni en los restantes libros sagrados, todos los cuales fueron escritos después de Moisés, hallarás tú tal manera de hablar. A los pasajes dichos añadiré estos otros. De Malaquías, en su primer capítulo: *Si soy del Señor, ¿dónde está mi miedo?* Y en el salmo ciento treinta y cinco: *Confesad a los*

Señores de los Señores. Te cito este pasaje, no como lo vertieron los maestros, sino como vosotros leéis en el hebreo. Y en Jeremías, capítulo veintitrés: *Pervertisteis las palabras de los dioses vivientes; del Señor de los ejércitos, Dios nuestro.* Y en el libro segundo de los *Reyes: ¿Qué gente hay como el pueblo de Israel, por la cual fueron los dioses para redimir a su pueblo?* Y en el *Deuteronomio: Sabe que hoy, piénsalo bien en tus adentros* —esta preparación da a entender que va a revelar algún misterio grande, que sólo debía mirarse con los ojos de la mente; es, a saber, lo que sigue— *que el Señor es Dios en el cielo arriba y en la tierra abajo, y no hay otro*. Yo te suplico que una y otra vez medites qué quiere decir aquello del *Génesis* en su capítulo décimoctavo, cuando, habiendo el Señor aparecido a Abrahán, vió él tres varones y los adoró como a uno y los apostrofó en singular: *Señor*. Y el mismo patriarca, teniendo que enviar al mayordomo de su casa a traer esposa para su hijo Isaac, díjole: *Pon tu mano sobre mi muslo y te tomaré juramento por el Señor del cielo y Dios de la tierra*. ¿Qué es lo que oímos en este pasaje? ¿Habrá algo divino en el muslo de Abrahán para que, quienes lo tocaren, como si tuvieran la mano en el Arca de la alianza, juren por Dios y no por un dios cualquiera, sino por el Señor del cielo y Dios de la tierra? Si esto se refiere a la fe y a la santidad del varón de Dios, ¿por qué no se le toca la mano derecha o el pecho, asiento del corazón o la misma cabeza? No había tal. Tócase aquello donde está el origen del Mesías, en quien hay el Dios de la tierra y el Señor del cielo. Por el juramento no se nombra ni se demuestra sino Dios o aquello en que se tiene la certidumbre que Dios habita, porque en otro caso fuera cosa nefanda y una suerte de idolatría. En Isaías el cántico de los serafines era: *Santo, Santo, Santo, Señor de los ejércitos, llena está la tierra de su majestad.* Aquí está expresada la Santa Trinidad. El Señor de los ejércitos es Cristo, caudillo y guía de las huestes celestiales y terrenas. Si en estas palabras del cántico no estuviera encerrado un misterio grande e inestimable, quien lo cantara no fuera la voz de los Serafines, que son los espíritus más elevados de la jerarquía celestial. ¿Y qué me dices de aquello de que el nombre *Semhamphoras* o *Tetragrammaton,* vuestros rabinos, con un celo cuidadoso y receloso, y sólo a los discípulos que ellos consideran merecedores de ese secreto confidencial, lo explican por doce nombres y cuarenta letras; el cual, explicado así, significa Padre, Hijo y Espíritu Santo? Y aún más clara y manifiestamente por las denominaciones de cuarenta y dos letras que arrojan este sentido: Padre Dios, Hijo Dios, Espíritu Santo Dios, Unidad en la Trinidad, Trinidad en la Unidad.

JUDÍO.—Todo esto para mí tiene una novedad inaudita.

CRISTIANO.—Infórmate de los más doctos de vuestros rabinos. Nuestros doctores, que lo sacan de vuestros archivos secretos, afirman ser muy vieja esta observación antes de que vosotros lo estragaseis todo con vuestro rabioso y amargo odio contra nosotros. En la actualidad nos consta que vosotros ignoráis, no solamente las antigüedades ajenas, como siempre, sino también las vuestras. Si Jesús hubiera dicho que no era Dios, vosotros hubierais afirmado que el Mesías debía ser Dios, y hubierais hecho catálogo de todas

estas expresiones proféticas y de mil otras más. Pero como El dijo que era Dios, vuestro odio lo abomina y despojáis al Mesías de su divinidad.

CAPITULO XI

CÓMO JESÚS CONFIRMÓ LA FE DE LOS VATICINIOS DEL MESÍAS

Pero recorramos brevemente la vida de Cristo y comparémosla con los vaticinios que a El se referían. Claramente se demostrará que El fué el Mesías que dió cumplimiento a todos ellos.

JUDÍO.—Si Cristo fué tal como lo presentan vuestros evangelistas, no cabe duda que muchísimos de los oráculos de nuestros profetas a El le competen; pero nosotros rechazamos esa historia de los Evangelistas por falsa o imaginada a su arbitrio.

CRISTIANO.—Vuestros rabinos antiguos no niegan que son verdaderas las cosas que los nuestros refieren de Cristo, pero sostienen que las profecías no guardan congruencia con Cristo. Son los rabinos modernos quienes acusan de falacia a nuestros Evangelistas, porque con el tiempo arreció vuestra rabiosa inquina contra nosotros. Y si no es antigua esta opinión, ¿de dónde pudieron rastrear esos bisoños de rabinos que era falsa la vida de Jesús narrada por los Evangelistas? No fuera empeño baladí para los Evangelistas fingir al dictado de su capricho, cuando aún vivían muchísimos judíos y gentiles que habían conocido a Jesús y que pudieran haberlos desmentido. La fábula, por ridícula, hubiera sido silbada. Por una falsedad o ficción no se quisieran exponer a sufrir daños, ultrajes, infamia, tormentos, muerte. Aun en el caso que tuvieran el propósito de fingir, no crearan una ficción a la que cuadrasen los vaticinios de una manera oscura o de soslayo, sino que fabricaran una personalidad hacia la cual convergieren todos directamente, claramente, inequívocamente, sin dejar ningún resquicio a la contradicción o a la duda.

JUDÍO. — Oigamos las profecías. ¿Cuáles tienes a tu favor?

CRISTIANO.—La primera de todas: Dios se encierra en el vientre de una mujer. De ello habla Jeremías en su capítulo treinta y uno: *El Señor ha creado una cosa nueva sobre la tierra. Una Hembra rodeará al Varón.* Si esto no se entiende de aquel Varón grande y admirable que contiene en sí la divinidad, ¿qué cosa podía decirse más sandia y pueril? ¿No nace, por ventura, de mujer todo varón, tras una gestación de nueve meses? Y ese Varón sale a luz, no al estilo común de los demás hombres, de una mujer fecundada por ayuntamiento carnal con un hombre, sino de una Virgen, irrorada por el Espíritu Santo. Esto quedaba anunciado en figura en un pasaje del capítulo cuarenta y cuatro de Ezequiel: *E hizo que me volviese hacia la puerta del santuario de afuera, la cual mira hacia el Oriente, la cual estaba cerrada. Y me dijo el Señor: Esta puerta será cerrada; no se abrirá ni entrará hombre por ella, porque el Señor, Dios de Israel, entró por ella.* Dime ahora: ¿Qué otro, sino Jesucristo, es el Dios de Israel que entró por la puerta cerrada? Dios, en aquella su esencia y naturaleza eterna y todopoderosa, ni entra ni sale; es un espíritu inconmovible, que lo llena todo y lo contiene todo. Esto es lo que Salomón dice que le está escondido (Proverbio 30): *El rastro*

del hombre en la doncella. Cómo entró en ella, cómo salió de ella. Pero con palabras más expresivas lo dice Isaías en el capítulo siete: *He aquí que una virgen concebirá y parirá hijo y llamará su nombre Emmanuel.*

JUDÍO.—No está *Virgen* en el hebreo, sino *Aalma,* que significa doncella.

CRISTIANO. — Los entendidos en vuestra lengua dicen que *Aalma* significa la virgen jovencita, recatada, que vive en retiramiento, guardada por el cuidado y vigilancia de sus padres, y que en ningún caso la voz *Aalma* se aplica a la mujer casada. Pero ¿qué doncella era ésta y cuál el sentido del vaticinio?

JUDÍO.—El vaticinio quería decir que una doncella de la corte de Acaz se haría fértil y daría a luz.

CRISTIANO. — ¡Qué gran sentido, digno de tan solemne profecía! ¡Qué gran verdad es aquello de que la ira y el odio no tienen ojos, y a trueque de hacer daño a otro, no se perdona a sí! Por querer ajenar de Cristo los vaticinios, los hundís en el cieno y en las cloacas. Reconstituyamos el orden de la profecía: *Continuó el Señor hablando a Acaz, y le dijo: Pide para ti señal del Señor, tu Dios, demandando en el profundo o arriba en lo alto. Y respondió Acaz: No pediré y no tentaré al Señor. Y dijo: Oíd, pues, casa de David: ¿No os basta ser molestos a los hombres, sino que también habéis de serlo a mi Dios? Por tanto, el mismo Dios os dará señal.* Nota con diligencia cada cosa una por una. El Señor ofrece a Acaz una señal en el cielo o en lo más profundo del suelo; y como Acaz desdeñase o rehuyese toda señal, convoca el profeta, no a uno cualquiera de la ínfima plebe, sino toda la casa de David y los conjura y excita a que oigan y a que entiendan. Y puesto que el rey no había pedido ni quería señal alguna, afirma rotundamente que Dios dará una señal a su pueblo. El hecho de convocar a la casa de David presagia algo muy solemne, un estupendo milagro que el Señor, espontáneamente, les mostrará. ¿Qué prodigio es éste? Dígalo el profeta: ¿Veis esa muchacha? Pues concebirá y parirá un hijo. ¡La preñez de los montes, que parirán un ratón ridículo! Si éste es el auténtico sentido de la profecía, ¡qué absurda y desgarbada la cláusula con que se formuló y cuán huero el gran énfasis! Y si no lo es, ¡ay de vosotros, judíos, más que sacrílegos, más que blasfemos, que así ensuciáis las Sagradas Escrituras. Que una Virgen conciba y dé a luz al Mesías libertador de Israel, ésta sí que es una señal digna de Dios que la daba, digno de aquellos a quienes se daba, a saber: a la casa de David, digna de que el mayor profeta la anunciase a todo el mundo. ¿Y qué es lo que sigue? *Y será llamado Emmanuel, que quiere Dios con nosotros.* Los que saben vuestra lengua dicen que ese nombre está escrito con aquellas letras con que está consignado el nombre de Dios verdadero y sumo. Y se añade: *Comerá manteca y miel para que sepa desechar lo malo y escoger lo bueno.* ¿Y esto, a santo de qué? ¿Por qué comiendo miel y manteca sabrá escoger el bien y reprobar el mal? ¿No comen manteca y miel todos los niños?

JUDÍO.—Comerá dulce y comerá amargo para que escoja lo dulce y deseche lo amargo.

CRISTIANO.—¿Cuál de estas dos cosas es la amarga?

JUDÍO.—La manteca.

CRISTIANO.—No ciertamente en esa región ni en ninguna parte, sino

que debe entenderse del Señor que se llamará Dios con nosotros, conversando con nosotros, comiendo con nosotros, obrando con nosotros; y porque sepan todos que es hombre verdadero, vivirá al estilo común de los hombres. En su niñez será mantenido con los mismos alimentos con que los otros niños: miel y manteca. En nada se singularizará de nosotros, alternará con nosotros sin diferencia visible para con la experiencia personal de nuestras cosas, alejar de nosotros los males y acarrearnos los bienes. El mismo profeta, en el capítulo cincuenta y tres, antes citado, dijo que supo que eran enfermedades. Pero continuemos. Nació, reinando Herodes. Ese tiempo había sido el vaticinado para el Mesías por Jacob en trance de morir (*Génesis*, cuarenta y nueve): *No será quitado el cetro de Judá y el legislador de entre sus pies, hasta que venga el que ha de ser enviado y será la expectación de las gentes.* Herodes Ascalonita, por favor de los caudillos romanos, traspasó a sí el reino de los judíos, no siéndolo, puesto que era advenedizo, de Idumea. Su hijo Herodes, apodado *Antipater*, quitó a los judíos el sanedrín, esto es, los jueces ordinarios del pueblo, los intérpretes de la ley y la autoridad de castigar a los transgresores que, por lo común, eran de la tribu de Judá. En esta coyuntura y sazón, nació Nuestro Señor, nuestra suma felicidad, que había sido prometido y era esperado de las gentes. Ya veis, pues, cuán grande multitud de pueblos entró en nuestra Iglesia.

JUDÍO.—Debes saber que antes del nacimiento de Jesús, tuvieron el gobierno de Judea los Macabeos, que eran de la tribu de Leví.

CRISTIANO.—Por línea materna fueron de la de Judá. Tú no puedes ignorar lo que está escrito en el libro cuarto de los *Reyes*, a saber: que la tribu real y sacerdotal estaban mezcladas. ¿Qué más? Los legisladores y jueces de que acabo de hablarte no desaparecieron hasta los días de Herodes, quien eliminó el Consejo de los Setenta, constituído ya desde los tiempos de Moisés, y venía a ser como un senado agregado al príncipe, el cual, luego de haber perseverado en el cautiverio de Babilonia, fué abolido por Herodes. El propio Herodes, después de haber matado a los niños, hizo matar a todos los nobles de la familia de David. Muchos años después, ambos Vespasianos, padre e hijo, acabaron con las reliquias de la sangre de David, para que ninguna de la estirpe real sobreviviese. Las setenta semanas de Daniel se refieren a los tiempos de Cristo, y que fueron profetizadas del Mesías, ni vuestros rabinos lo dudan. Las palabras del profeta son éstas, tomadas de la revelación de Gabriel: *Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad para fenecer la prevaricación, y abolir el pecado, y expiar la iniquidad para traer la justicia sempiterna y sellar la visión y profecía y ungir el Santo de los santos.* Estas cosas tan grandes y tan magníficas no pueden concurrir sino en el Mesías, forzosamente en el nuestro, no en el vuestro. Nosotros decimos que el nuestro es el Santo de los santos, y que por su favor y gracia quedan expiados los delitos en el acatamiento de Dios, y en El tienen su fin los oráculos de los profetas. Estas setenta semanas se entienden de semanas de años, como las de Ezequiel (capítulo cuarto) y las del Levítico (capítulo veinticinco): *Y te contarás siete semanas de años, siete veces siete años, y te serán los días las siete semanas de años cuarenta y nueve años.* En-

tre nosotros y vuestros sabios hay bastante acuerdo en que Daniel habló de septenarios de años. Cuéntense como se cuenten esas semanas, desde los tiempos de Ciro o de Darío, pertenecen a los tiempos de nuestro Cristo. Dado caso que se acomodaban a ese tiempo, los judíos contemporáneos estaban del todo persuadidos que el Mesías iba a venir. Asiéndose a esa oportunidad cronológica, muchos anunciaron ser el Mesías, ellos, como Judas Galileo, Josef Benzara, que so capa del Mesías, se atrevió a rebelarse contra el emperador Adriano y muchos judíos le siguieron; Adriano le derrotó en Bitera y echó a todos los judíos lejos de la vista de Palestina; reedificó a Jerusalén y de su nombre Elio la llamó *Elia*. Hubo otro, de nombre Barcozibas, bizarro y entendido militar, que por sus muchas victorias creyóse ser el Mesías; largo tiempo gozó de esta opinión hasta que Adriano le castigó por sus fechorías. En vuestro historiador Josefo puedes leer el caso de muchos, quienes so capa del Mesías, embaucaron al pueblo; con todos ellos acabó Félix, el presidente de la Judea. Ese mismo historiador de vuestra raza, Josefo, escribe que por aquella sazón en los Sagrados Libros hallóse un oráculo que afirmaba que en aquel tiempo saldría un personaje de sangre judía que iba a señorear el orbe todo; de este vaticinio hace mención Suetonio Tranquilo; ello no puede convenir sino a Jesucristo. Convencidos con tantos y tan evidentes oráculos vuestros rabinos, se acogen a sus ficciones, a saber: que en realidad Cristo nació en el reinado de Herodes, pero que por causa de los pecados del pueblo permanece oculto; unos dicen que en Sión, en compañía de ángeles; otros, que de incógnito allende los montes Caspios, y otros, por fin, que anda por el mundo en traje de mendigo y que se revelará cuando a Dios le pareciere. ¿Cuál es o cuál fué en estos mil años vuestro pecado tan grande que por él vuestro Mesías está oculto? Recuerda vuestra historia anterior y hallarás que en ningún otro tiempo vosotros delinquisteis menos contra los preceptos de la ley mosaica, menos inclinados al culto de los ídolos, más celadores de la ley que en todo ese milenio. Si vuestros pecados os le alejan y vuestras justicias le han de traer, tiempo ha que debería haber venido. Y porque no se reduzca a los tiempos de Cristo la predicción de Jacob acerca del reino de la tribu de Judá, vais diciendo y mintiendo que tenéis un reino más allá de la cadena montañosa que rodea el mar Caspio, circunvalado de picos altísimos que se engríen hasta el cielo y que nadie puede traspasar. Fácil e immune osadía esta de mentir en cosas que nadie vió u oyó, porque no hay quien pueda desmentir vuestro cinismo. Pero para que no con tanta licencia nos brindéis vuestras mentiras, son vuestros mismos profetas quienes os desmienten, verbigracia: Amós, en su capítulo noveno: *He aquí que los ojos del Señor están sobre el reino que pecó y yo le asolaré de la haz de la tierra; mas no raeré del todo la casa de Jacob*, dice el Señor. Y Oseas, en el capítulo tercero: *Muchos días estarán los hijos de Israel sin rey, y sin señor, y sin sacrificio, y sin ídolo, y sin efod, y sin teraphin. Después volverán los hijos de Israel y buscarán a su Señor y a David, su rey, y temerán al Señor, y volverán a El y a su casa en el postrero de los días.* Esto es lo que dice Oseas, que evidentemente se refiere a estos tiempos, pues en Babilonia ni permanecieron

muchos años ni les faltaron príncipes; mas ahora ni tenéis rey, ni príncipe, ni sacrificio, ni ornamentos pontificales, ni paramentos sacerdotales, ni idolatría y en los días postreros os convertiréis a Dios y a su Mesías. Fueron de los vuestros quienes cayeron en tan profundo abismo de locura, que luego de afirmar que el profeta Daniel, varón de deseos, de tanta sabiduría y santidad, en todo lo demás habló bien, pero que en lo de las semanas se engañó: ¿Esta es la veneración que os merecen la ley y los profetas? Pero es el caso que, por no convenir con nosotros en ningún punto, estáis dispuestos a disentir de aquellos a quienes tenéis por más que santos; tanto más maligno es vuestro odio para con nosotros, que vuestra bienquerencia y piedad para con los vuestros. Algunos han confesado que pasaron ya todos los plazos asignados al Mesías y que la redención y la liberación de Israel dependen de la sola penitencia. Otros anatematizaron y execraron a quienes ponían término a la venida del Mesías. ¿Qué iban a hacer los pobrecitos? Grandes y luengos son los rodeos y las jornadas de quienes buscan e investigan lo que no está en parte alguna. El camino de la verdad es único y simple, y el de la falsedad es múltiple, vasto, infinito. Antes de Jesús, hijo de María, nadie se atrevió a declararse Mesías; ese honor reservóse íntegro para Jesucristo. Después de El fueron muchos que osaron con desfachatez usurparle esta dignidad, cosa de fácil averiguación en las historias antiguas. O fué verdad lo de aquel demonio que echó al mar a un gran número de los vuestros, quien afirmando que el Mesías era él, decía que desde Creta los trasladaba a la tierra de promisión. ¿Qué más quieres? Tres años ha que el emperador Carlos mandó quemar en Italia a un pobre diablo judío, que con tesonera constancia afirmaba ser vuestro Mesías y que manifestó que no sé en qué región estaba a punto de llegar o se reunía una gran hueste para una campaña. Pero volvamos a la narración de la vida de Jesucristo. Su Madre fué de la tribu de Judá y de la familia del rey David. Por eso, ella y José, en aquel universal empadronamiento que se hizo en tiempo de Augusto, fueron a Belen, que es la ciudad de David, a declarar sus nombres, porque a David estaba prometido el Mesías. Por esto nació en Belén, de quien dice Miqueas en su capítulo quinto: *Y tú, Belén Efrata, poco es para ti que seas una de las mil y mil de Judá: De ti me saldrá el que ha de ser dominador en Israel y su salida desde el principio, desde los días de la eternidad.* Palabras éstas no aplicables a David, que vivió muchos años antes como tampoco puede decirse de él que su salida sea desde los días de la eternidad. Al octavo día fué circuncidado el Niño y fué llamado Jesús, que significa Salvador. Y así como Jesús Nave introdujo el pueblo judaico en la tierra de promisión, material y temporal, así Jesucristo entró a todos los buenos en la tierra de promisión del cielo. Muy a menudo, en las Escrituras Cristo es significado con el nombre de sus progenitores, pues se le llama David, Israel, Adán, como cuando decimos: De este Eneas nacerán muchos Eneas, o como se dice en Virgilio: *Si un pequeño Eneas mío jugase y correteasen en mi palacio,* manera de hablar común a todas las lenguas.

JUDÍO.—Han sido muchos los que con anterioridad al Hijo de María tuvieron el nombre de Jesús; lo mis-

mo que muchos contemporáneos suyos y muchos después de él, puesto que Isaías dice: *Te llamarás con un nombre nuevo que la boca del Señor declarará.*

Cristiano.—Me felicito de que por fin hayas dicho una palabra discreta. Prescinde de si algunas autoridades de vuestra lengua afirman que el nombre de Jesucristo se escribe de manera distinta de Jesús Nave, o Jesús Sidrach, o Jesús el sacerdote u otros. Con todo, conviene recordar aquello en que yo no tengo competencia alguna porque soy un completo desconocedor de la lengua hebrea, que el nombre de cada cual, apropiado y verdadero, es el que explica su esencia o cualidades íntimas. El nombre exterior de la acción principal de Cristo es Jesús, esto es, Salvador; pero con la mayor justeza se declara su esencia si uno dice de El que es Hijo de Dios omnipotente, Dios y hombre. Este nombre es nuevo de todo punto, y con el cual nadie antes que El fué designado, y declaralo la boca del Señor, cuando dice: *Hijo mío eres tú. Yo hoy te he engendrado.* Misterio tan soberano no lo podemos conocer sino por revelación divina, porque excede la capacidad de las mentes humanas. Cuarenta días después fué ofrecido al templo, como Ageo vaticinara: *Y vendrá el Deseado de todas las gentes, y henchiré esta casa de gloria, dice el Señor de los ejércitos. Y grande será la gloria de esta casa postrera, mayor que la de la primera.* Querría que me dijeras, si no te causa enojo: ¿en qué es mayor la gloria de ese templo que la del otro?

Judío.—Algunos de nuestros rabinos dicen que la gloria es mayor porque duró diez años más que el otro; empero también los hay que dicen que por estar mejor edificado.

Cristiano.—En ambos conceptos, la gloria es harto menguada. La gloria de una mansión no es su edificación ni su estructura, sino que la constituyen sus moradores; pero tampoco es verdad que estuviera mejor construído, pues no tenía comparación posible la estructura del templo posterior con la riqueza y magnificencia del primero, que fué tanta que a los lectores profanos les parece imposible. Y léese en Esdras que los ancianos que al volver de Babilonia conservaban el recuerdo del primer templo, al comparar la estructura de la obra y la magnificencia y riqueza del sagrado ajuar, lloraron y gimieron. Si se atiende al autor, más grande es la gloria del primero que la del segundo; el de aquél fué Salomón, el de éste fué Zorobabel, y Jesús, hijo de Josedech; las riquezas y los vasos del templo posterior fueron pura miseria en parangón con los primeros; los sacrificios mucho más numerosos en el primer templo que en el segundo, y lo que importa más, eran más santos, aprobados con milagros evidentes, como aquel fuego bajado del cielo para la consunción de los holocaustos. Por todo esto, la gloria mayor del segundo templo se refiere al advenimiento del Mesías, quien tornó aquel templo más glorioso y augusto con su presencia, que Salomón con su opulencia y milagros. Llevaron sus padres al Niño a Egipto para esquivar la crueldad de Herodes. Allí permaneció poco menos de siete años; y así como la niñez de Israel corporal, es decir, del naciente pueblo israelítico, discurrió en Egipto, en Egipto discurrió también la del Israel espiritual. Y así como del Egipto fué llamado el Israel corporal a la tierra de la libertad de los cuerpos, fué llamado de Egipto también el Israel espiri-

tual para la libertad de las almas. Dice Oseas en su capítulo undécimo: *Cuando Israel era muchacho, yo le amé y de Egipto llamé a mi hijo.* Si esto se dijo del verdadero Israel, ése es Cristo; si se dijo del carnal, es figura mesiánica, que tiene fuerza de profecía, como diremos luego; mas el contexto convence que se ha de entender de Cristo, cosa ésa en que yo quiero que repares: *A la mañana, cortando, fué cortado el rey de Israel.* Quéjase Dios porque el Mesías, rey de Israel, en el mismo comienzo de su niñez, esto es, en su madrugada y aurora, fué buscado para darle muerte, y fué echado fuera de la Judea. Por sólo este hecho, la nación judía había merecido perderle. Pero el Señor, no acordándose de la que habían merecido, sino del gran amor que tuvo siempre a ese pueblo por causa de sus mayores, llamó a su Hijo del Egipto y de la gentilidad, y le retornó a Judea, retorno éste cuyo deseo expresa Isaías en su capítulo décimosexto, con este acento conmovido: *Envía al Cordero dominador de la tierra, de la piedra, del desierto, al monte de la Hija de Sión.* Vuelto Jesús con padres, habitó con ellos en Nazareth de Galilea, de donde fué llamado *Nazareo.* Con ello dió coronamiento y cima a la imagen de Sansón, quien, con su vida y con sus actos, figuraba al Cristo del pueblo judío. A ese Sansón, el ángel del Señor, enviado a sus padres antes que fuese engendrado, mandóle ser *Nazareo del Señor;* y en Isaías, en aquel famoso lugar del capítulo undécimo: *Y saldrá una vara del tronco de José y un renuevo retoñará de sus raíces.* En vez de ese *renuevo* o *flor*, dicen que vosotros, en el Hebreo, leéis: *Un nazareo crecerá de sus raíces.*

JUDÍO.—Tengo una objeción que hacerte antes que pases adelante.

CRISTIANO.—¿Por qué no la dices?

JUDÍO.—Mi objeción es que muchos de los oráculos de los profetas no parecen haber tenido realización ni confirmación, ni autoridad en vuestro Mesías, pues el capítulo segundo de Isaías, refiriéndolo a los tiempos del Mesías, dice: *Las espadas se convertirán en azadas y las lanzas se encorvarán en forma de hoces; una nación no alzará el cuchillo contra otra nación ni se ensayará más para la guerra.* En el mismo sentido se expresa el profeta en su capítulo undécimo: *Habitará el lobo con el cordero, y el leopardo se tenderá al lado del cabrito, y morarán juntos el becerro, el león y la oveja, y un Niño pequeño los pastoreará. La vaca y la osa pacerán; sus crías se echarán juntas y el león, como buey, comerá paja. Y jugará el niño sobre el agujero del áspid, y el recién destetado extenderá su mano sobre la caverna del basilisco. No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte, porque la tierra estará llena de la ciencia del Señor, como las aguas del mar rebosante.* En esta misma sentencia coincide Miqueas en su capítulo cuarto, e Isaías añade que los montes se humillarán y se engreirán los valles, cosas todas que no vemos se hayan cumplido con la llegada de vuestro Mesías.

CRISTIANO.—Vamos por partes y hablemos con calma de todas. En primer lugar, por lo que toca al tiempo, no ignoras aquello del salmo: *Mil años a la presencia del Señor son como el día de ayer que ya pasó.* Por los días últimos de la edad del mundo entiéndese esa postrera en que nosotros existimos, no tanto por una exacta y minuciosa cuenta de años como por la separación de sucesos verificados en el tiempo,

pues de este modo se pone distinción en las edades del mundo. Háblase también en los profetas de días últimos, de los tiempos postreros del pueblo y del rieno judaico en la Palestina. *Acontecerá*—dice Isaías—*en los días posteriores;* no de la edad del mundo, ¿de qué hubiera servido la gracia por tan largo tiempo dilatada? Aprovechara a poquísimos, sino en los días finales de la profecía, del reino y del sacerdocio, tres cosas que cesaron después de Jesucristo. Y todo lo otro de la paz, de la concordia de las fieras, de los montes y de los valles, ¿lo entiendes tú en su sentido material o espiritual?

Judío.—Yo lo entiendo directamente, como lo leo. Y me haría escrúpulo de ser curioso en demasía de las palabras de Dios y de los profetas.

Cristiano.—¿Cómo es eso? ¿Piensas tú que con la venida del Mesías va a cambiar la naturaleza física, hasta el punto que el león deponga su ferocidad y su sevicia; el basilisco, su veneno, y que los montes y los valles desaparecerán? ¿Qué será, pues, aquello que se dice en el salmo? *¿Traerán los montes la paz al pueblo y los collados la justicia?* Y el mismo Isaías: *¿El monte del Señor se encumbrará sobre los otros montes?* Y en el capítulo treinta: *Y habrá sobre todo monte alto y sobre todo cerro subido, corrientes de aguas.* Ya ves que habrá montes y habrá cerros en aquel día *cuando la luz de la luna será como la luz del sol y la luz del sol siete veces mayor, como luz de siete días el día que soldará el Señor la quebradura de su pueblo y curará la llaga de su herida.* Y el propio Isaías dice en el capítulo cuarenta y uno: *He aquí que yo te he puesto por trillo, trillo nuevo, lleno de dientes; trillarás montes y los molerás y tornarás en torno a los collados.* ¿Quieres tú entender eso en sentido literal, como Amós en su capítulo nono?: *He aquí que vienen días*—dice el Señor—*en que el que ara se llegará al sembrador y el pisador de las uvas al que lleva la simiente y los montes destilarán mosto y todos los alcores se derretirán.* Y Miqueas, en su capítulo primero: *He aquí que el Señor saldrá de su lugar y descenderá y hollará sobre las alturas de la tierra y debajo de él se derretirán los montes y los valles se hendirán como la cera ante la faz del fuego y como las aguas que se despeñan cuesta abajo.* Y aquello del salmo: *Los ríos batirán las manos y harán regocijo los montes.* Por mucha que sea tu simpleza y hagas escrúpulos en la inteligencia de las Sagradas Letras, no pienso que seas tan estúpido que creas que los profetas dijeron todas estas cosas en un sentido que aun para mujeres y niños sería ridículo, sino que lo finges porque disputa conmigo como con un profano; entre los tuyos dirías más abiertamente tu parecer.

Judío.—¿A qué piensas tú, pues, que se refiere todo esto?

Cristiano.—A significar la igualdad, la concordia, la admirable paz bajo el reino de Cristo.

Judío.—Pero no es perpetua la paz bajo vuestro Mesías.

Cristiano. — Si quisieras parar mientes en ello, hallarías bajo su reinado una paz mayor, más excelente y más deseable que toda esa paz material que los reinos y naciones pactan entre sí mediante alianzas y conciertos. ¿La paz no es consentimiento, no es conformidad? Esta paz material es la paz de los cuerpos cuando descansan y no se lanzan el uno contra el otro o de las almas cuando entre ellas hay consonancia

y benevolencia. ¿Cuál de esos dos consentimientos te parece más verdadero?

JUDÍO.—Ese último de las almas, porque la paz de los cuerpos es cosa ficticia e ilusoria.

CRISTIANO.—Así que es mucho más congruente pedir a Dios y que nos la dé aquella paz verdadera y genuina. Pero ¿hablando, hablando alguna vez no has oído de pasiones y perturbaciones en nuestras almas?

JUDÍO.—He oído y no poco.

CRISTIANO.—No hay disensión más desgarrada, ni guerra más reñida, ni borrasca más brava que cuando estas pasiones alborotan el alma. Atroz es la guerra entre pueblos fronterizos; más atroz cuando es entre ciudadanos de una misma provincia y nación; pero esta guerra es superada en brutalidad y crueldad canibalescas, cuando es en el seno de una misma población y dentro de sus propios muros, que es la guerra civil. ¿Y qué diremos si esa guerra es dentro del mismo hombre, dentro de su misma alma? No existe nombre asaz proporcionado a tanta atrocidad. No es pequeño el beneficio que hace a los hombres quien concilia el sosiego y la armonía entre sus cuerpos, pero mayor es la paz que concierta quien siembra en los pechos humanos el amor recíproco; mas el que apacigua las pasiones, éste aporta una increíble paz a cada hombre consigo mismo y a los hombres entre sí, puesto que esos movimientos del alma engendran todas las disensiones, pleitos, contiendas, guerras, matanzas, de guisa que no sin razón Nuestro Señor Jesucristo llama a esa paz aquella paz que el mundo no puede dar, sino Dios solo. Trajo Cristo la paz porque sembró en el corazón de los suyos la mutualidad del amor y enseñó a nuestros ánimos y pasiones a obedecer a la razón soberana y a la verdad. De esa semilla divina brota la paz y la concordia entre los hombres, mucho más firme y más estable que todos los tratados de paz concienzuda y más cautamente elaborados y ratificados por los demás solemnes juramentos. Por esto, el Salmista vaticinó aquella paz que nacería en el reinado de Cristo, duradera hasta que del cielo se retire la luna. No cambiará el león la ferocidad de su naturaleza al advenimiento del Mesías; no se aplanarán los montes ni los sotos se henchirán, empero los hombres que son de una fiereza, de una audacia, de una crueldad verdaderamente leoninas, si aceptan el yugo de Cristo, llevadero y suave en sus cervices, esto es, si dan entrada en sus pechos a la doctrina de Cristo, se despojarán de su propio natural y de las costumbres leoninas y habitarán en paz y concordia con las ovejas, es a saber: con los hombres mansos y simples. Introducido mediante la caridad de Cristo, el cariño mutuo, los montes, es decir, los personajes encumbrados, apeados de su soberbia, se avendrán a igualarse con los más bajos. ¿Qué paz podrías tú imaginarte mayor y más verdadera? Para traerla nació Nuestro Señor Jesucristo en tiempo de paz universal, como testifican los monumentos escritos de la antigüedad. En consideración a todo esto, aquello que dice el Profeta: *No se ensayarán más para la guerra*, tiene un claro e inequívoco sentido, esto es, dondequiera reinare Cristo, allí habrá el verdadero amor que excluye toda desavenencia y toda pelea. En aquella ley donde todos los preceptos y todos los avisos tienden a la benevolencia, no convenía que hubiera precepto alguno de la guerra

o del ejercicio de la guerra, como los hay en vuestra ley, verbigracia: en el capítulo tercero de los *Jueces*. Y dime: Del reino del Mesías, ¿qué pensáis?

JUDÍO.—¿Qué otra cosa quieres que pensemos sino aquello que se lee en el salmo setenta y dos: *Le adorarán todos los reyes y todas las gentes le servirán.*

CRISTIANO.—¿Cómo, pues, en otro salmo se dice: Señorea en medio de tus enemigos? ¿También esto se ha de entender a la letra, en el sentido de que el reino de Cristo, con sus atributos exteriores, se ha de extender sobre todos los hombres y han de obedecerle todos, como el pueblo de Israel obedeció a David o a Salomón, cosa que todavía no ha ocurrido con Dios mismo, a cuyos mandatos exteriores jamás obedecieron las naciones todas? Si ello era así, mayor rey haría Dios del Mesías que de Sí mismo. Pero dime: ¿Cómo el Mesías se aparejará reino tan grande?

JUDÍO.—Con gran poderío de armas y con la ayuda de Dios.

CRISTIANO.—También Mahoma dice de sí haber sido enviado de Dios por la fuerza de las armas; mas Cristo, por virtud de señales y milagros. Ahora que la obra que es común de muchos no se conceptúa de uno solo. Y no es de creer que aquello mismo que consiguieron ladrones y aventureros, pésimos, mortales enemigos de Dios, sea la magnífica recompensa que Dios dé al hombre más entrañablemente querido, como algo privativo y peculiar. Sabemos que por la fuerza de las armas se distinguieron y se impusieron muchos hombres impuros e impíos y que el curso de sus victorias no tuvo interrupción, como Alejandro, César, Aquiles, Sila, Dionisio; y parece que pudiera asignarse a fuerzas humanas una tan grande obra de Dios, como del crecimiento del Imperio romano, que fué grandioso; y aun cuando Cristo hubiera hecho grandes milagros, siempre quedaría flotando en la posteridad la sospecha de que los hombres hubieran ido en seguimiento suyo por miedo de tan gran poder o por esperanza de las más tentadoras conveniencias. ¿Y qué más diré si la guerra supera todo linaje de crueldad y sevicia? ¿Y será creíble para ti que con un procedimiento tan brutal y tan atroz Dios encumbraría a quien amaba con un amor único? El hecho de que en otro tiempo vuestra nación fuese ayudada del Cielo en algún trance bélico, se explica por la maldad de aquellas gentes con quien contendía. Añade a esto que los carnales y vacilantes y cobardes judíos, si no hubieran experimentado la fuerza bélica de su Dios, inmediatamente desertaran a otros dioses, a quienes hubieran conceptuado más batalladores, y por ende más potentes, como hizo Acaz: ¡Con cuánto énfasis y con qué voz tonitruante cantáis: Dios de los ejércitos, Dios fuerte en la pelea! Nosotros, en cambio, decimos: Dios de paz, Dios de toda consolación. Con cuánta mayor verdad se demuestra la actuación y el auxilio de Dios, si, como es propio de El, de pequeñeces saca grandezas, de flaqueza saca fortaleza, de la abyección saca sublimidades. Esto quedó declarado en Cristo, a quien de tanta humildad, promovió a un reinado increíble, para dominar libremente en las almas, más que hacer coacción a los cuerpos. ¿Cuál de los dos reinos piensas tú ser el mayor y el más verdadero, el más semejante al divino: el de las bestias o el de los hombres?

JUDÍO.—El de los hombres, porque son libres.

Cristiano.—¿Y cuál es el mayor, el que domina cuerpos humanos o almas humanas?

Judío.—Por la misma razón que dije, el que domina almas.

Cristiano.—Muy bien dicho; las armas coaccionan los cuerpos, pero no coaccionan las almas. Acontece muy a menudo ser obedientes los cuerpos, pero las almas muy refractarias y hostiles. Otorgó, pues, el Padre a Cristo un reino más excelente para que dominase sobre mentes libres, que el que había de tener vuestro Mesías o Mahoma tuvo común con los ladrones. Domina, pues, nuestro Cristo en las mentes de aquellos que confían en su gracia. También tiene el señorío de los cuerpos, como de los demonios y de los malos que le guerrean continuamente mediante la herencia que recibió del Padre. ¿Esto es lo que testifica el salmo: *Pídeme y yo te daré las naciones por herencia y por tu posesión los cabos de la tierra?* No solamente recibió el imperio sobre todas las almas y los cuerpos humanos, sino sobre las mismas leyes de la Naturaleza, que cambió todas las veces que le pareció bien, con una gran multitud y variedad de milagros que para la salud de todos obró para demostrar que había venido a salvar a los hombres en su cuerpo y en su alma, a fin de que, por el beneficio exterior, coligiesen el interior y se encendieran de amor para con un Dios tan benigno. Con referencia a estos portentos tan admirables, profetizó Isaías: *Decid a los medrosos de corazón: confortaos, no temáis; he aquí que vuestro Dios vendrá con venganza, y veréis la recompensa de Dios; El vendrá y os salvará. Entonces los ojos de los ciegos se abrirán y las orejas de los sordos serán abiertas; entonces el cojo brincará como un ciervo y la lengua del mudo prorrumpirá en loores, porque manaderos de aguas serán alumbrados en el desierto y torrentes en la soledad.* Todas las cosas de Cristo son altas y profundas como el cielo, el cual, aunque en su parte inferior parece estar bajo nuestros pies, con todo, él mismo dondequiera está elevado. Así la soberanía de Cristo consistió en no poseer dinero, ni armas, ni campos, ni familia, ni casa, ni sentir ninguna falta de ellos, sino vivir aquella su alma tan excelsa encerrada y contenta consigo misma. Muchos le contradijeron; muchos le infirieron ultraje, le pusieron asechanzas; le calumniaron. Todo esto no hizo sino manifestar la firmeza de su magnitud, inconmovible a cualquier sacudida y ser su altura tanta que no podían alcanzarla. Ni tampoco Nuestro Señor atemperó y acomodó el curso de su vida a los oráculos de los profetas; porque no vivió de aquella manera ni obró aquellas estupendas maravillas, porque de El habían sido vaticinadas; al revés, fueron vaticinadas porque El había de obrarlas. La verdad no se subordina a la semejanza ni a la imagen, ni el cuerpo es esclavo de su sombra, sino todo lo contrario. Por esto algunas veces asoma alguna discrepancia entre la profecía y la acción de Cristo, como la que suele haber entre el cuerpo y su sombra o imagen. Hay que buscar, pues, un móvil más alto y más aceptable de las obras de Cristo, que el hecho de estar escritas de El.

Judío.—Jamás los nuestros han dudado que Cristo obró sus grandes prodigios para persuadir al mundo una cosa tan nueva y tan desusada y tan en pugna con las ideas más autorizadas y corrientes.

Cristiano.—Y tú, personalmente, ¿qué piensas de esos milagros, pues

yo en cierto libro mío paréceme haber demostrado con razones apodícticas que se obraron no con la fuerza y auxilio de los demonios, sino de Dios?

JUDÍO.—Algunos de nuestros doctores dan una razón muy otra y una muy diferente causa de los milagros de Jesús.

CRISTIANO.—¿Cuál es? Dila.

JUDÍO.—Temo hablar porque tú no te enojes conmigo.

CRISTIANO.—¡Cuánta y cuán nueva timidez! Di francamente cuanto quieras, pues la verdad no teme las malignas invenciones de los hombres.

JUDÍO.—Aseguran algunos que en Egipto aprendió, en su niñez, las artes de hechicería. Cuentan otros que en el techo del templo de Salomón, este rey colocó una piedra preciosa y con su arte y su saber escribió el verdadero nombre de Dios, que cada uno podía leer; pero esa piedra contenía una maldición contra quien lo copiase y lo aprendiese. Montaban la guardia dos leones a las puertas del templo, atados con cadenas, que el propio rey había puesto allí al acecho de quien lo hubiese aprendido. En caso de haberlo hecho, se ponían a rugir tan fieramente que aquel osado lo olvidaba del susto; y si lo había copiado, en parte por los fieros rugidos de los atroces guardianes y en parte por la tremenda maldición, quedaba partido por el medio. Empero Jesús, hijo de José y de María, desafiando la maldición y los leones, escribió aquel nombre en una cédula, y porque al registrarle no se le encontrase entre los vestidos, con un cuchillo chico cortó un poco cuero de su calzado y allí lo cosió. Y por más que a la salida del templo los leones rugían y se enfurecían más de lo acostumbrado, él, con una serena impavidez, burló su ferocidad y en adelante, ayudado por la virtud de aquel nombre, pudo obrar aquellos prodigios admirables.

CRISTIANO.—Donosa patraña me contaste; pero dime: ¿Tú crees esa sarta de sandeces?

JUDÍO.—No viene a cuento que yo te diga si las creo; escritas quedan en un libro de gran autoridad y fe.

CRISTIANO.—¿En qué libro?

JUDÍO.—En el Talmud.

CRISTIANO.—Pero volvamos a vuestras sospechas calumniosas. Decís que Nuestro Señor aprendió la magia en Egipto y que de ese conocimiento provienen los milagros que hizo. Esta acusación no estaría tan desplazada en vuestro Moisés como en nuestro Jesús, no porque yo quiera reprochar o menospreciar a Moisés, varón de Dios que fuera ilícito. Quéjome de nuestra iniquidad y condeno vuestra demencia, que nos echáis en rostro lo que a vosotros compete. Muchas cosas sobre las fuerzas de la Naturaleza obró Moisés y muchas, Cristo. Moisés escribió las suyas; de Cristo las escribieron los que las vieron o los que de ellas se informaron. ¿Por qué razón creéis a Moisés amigo de Dios y no a Cristo? No tenéis prueba más cierta ni más evidente de las cosas que Moisés cuenta de sí que de las que de Jesucristo contaron los cronistas evangélicos. Y ¿qué me dices sobre que Cristo obró cosas más grandes y más cercanas a la divinidad, y ello sin doctrina humana, siendo así que se lee de Moisés estar instruído en toda ciencia de los egipcios y por los mismos egipcios acusado de magia? Todo esto es más fácil de creer de quien en Egipto y en Egipto se crió y se educó en el propio palacio real y que allí pasó todos sus años hasta la madurez, hasta que Dios le llamó; que no de un niño que entrado en Egip-

to con la leche en los labios, a los siete años de edad salió de Egipto. Compara las obras de uno y otro y su respectiva doctrina, y hallarás que más cerca de la magia estaba Moisés que Jesús, como hallarás también que fué más inocente su vida y su doctrina más pura y más del cielo.

JUDÍO.—Pero contradice a Moisés.

CRISTIANO.—¿No demostré yo suficientemente en mi larga plática que no contradice a Moisés, sino que le aprueba, y que con la declaración espiritual de su ley le hace más augusta y divina? Pondera cómo Nuestro Señor obró sus milagros. Nada hizo a manera de los magos, ni con preparación anticipada, ni con fingimiento, ni con engaño de los ojos; ni, como los magos acostumbran, para captar popularidad, ni para adquirir nombradía, ni para agenciar logro alguno. Todos sus milagros encamináronse al provecho ajeno y fueron obrados en trances de necesidad. Si Cristo, siendo niño de siete años, aprendió en Egipto aquella magia por la cual obró prodigios tan estupendos, ¿por qué los ancianos, en todo el discurso de su vida, curtidos y trillados y molidos en el estudio de la sabiduría egipcia, no podían hacer ninguno de ellos? ¿Ni Pitágoras, ni Eudoxio, ni Platón, ni todos los otros filósofos griegos que con la idea de instruirse penetraron en Egipto? ¿Por qué no los mismos sacerdotes de las divinidades egipcias? Si los milagros de Cristo son obra de magia, ¿qué son los milagros de los Apóstoles y los Mártires, que como las arenas de la mar carecen de número? Fué menester que realizasen obras grandes y admirables, porque en otro caso, desaparecido Cristo de entre los vivos, poco tiempo después su autoridad y su predicación hubieran caducado. ¿Cómo esta magia fué pasando de una mano en otra como un depósito? ¿Qué género de magia es éste o cuál es su ventaja: jugarse a cada momento la cabeza por la doctrina de Cristo, exponerse a perder la fortuna y la vida con torturas refinadísimas? Y si Cristo, confiado en esta magia, abandonada la vieja senda de Moisés, abrió una nueva y a Sí mismo se exaltó y se hizo célebre, ¿por qué los mártires, que se habían adueñado de esta misma pericia, no convertían a sí y a sus personales intereses esa magia dichosa? ¿Por qué no preferían vivir felices que morir atrozmente por Cristo? Pero os escudáis con eso del auxilio divino. Es difícil atar estas moscas por los rabos: el arte mágico y el nombre de Dios. Aun cuando yo no me atrevería a refutar esa consejilla del nombre de Dios si no se leyera en un libro de tanta autoridad y no fuese aducida muchas veces por los vuestros en contra nuestra, como cosa averiguada o, al menos, urdida con ingenio; ésta es mi primera pregunta: ¿Cómo fué que toda esta fábula nació después de la venida de Cristo? ¿Cómo antes estuvo ignorada esta preciosa margarita y no sabía palabra de los leones, tan celosos guardadores del decoro y de la majestad del templo? ¿Cómo es posible que maravilla tal, tan inusitada, tan pública, no haya sido escrita nunca? ¿Y eran inmortales aquellos leoncitos? ¿Pudieron durar tantos años como los que van de Salomón a Cristo? ¿Qué se hizo de ellos cuando Jerusalén fué tomada por los egipcios y los babilonios? ¿Cómo no rugían tan fiera y temerosamente, cuando los egipcios, cuando los asirios, los macedonios, los romanos entraron a saco y lo profanaron todo y Jerusa-

lén se quedó campo de soledad? ¿No eran jamás relevados de su guardia a las puertas del templo? ¿Y aquella perla enorme se salvó de todos los saqueos y rapiñas que sufrió el templo? ¿Y cómo se explica que el lector de aquel nombre podía hacer milagros y no se lee que hiciese ninguno Salomón, que tan conocido tenía aquel nombre taumatúrgico? Lo que se lee de él es que se descaminó de la religión verdadera que David, su padre, había seguido siempre y dió en la idolatría. ¿Y por qué aquella envidia y tacañería de Salomón al prohibir que nadie se beneficiase del nombre de Dios, siendo así que la voluntad de Dios es que sus beneficios se hagan extensivos a todos? Si Dios creó algo para la utilidad común, ¿no es envidioso y avaro quien aparta a los otros de su disfrute? ¿Qué inconvenientes se seguirían si por la invocación del auxilio divino se hiciesen prodigios? ¿No sería mayor la autoridad y reverencia de Dios ante los hombres y no se apartarían muchos de la idolatría? Y si no era lícito sacar afuera aquel nombre, sino leerlo en el templo, allí seguramente cualquiera hubiera podido hacer milagros arreo; y no fué así. Y si los otros lectores del santo nombre de Dios se olvidaban de él al bramido de los leones, ¿por qué no se olvidó Cristo? Si los otros quedaban partidos por medio, efecto de aquella maldición, ¿por qué no Jesús también, que había de hacer de aquel nombre un uso mucho peor que todos los otros, a saber: que había de servirse de él para la abrogación de la ley divina? Dime: ¿Obra Dios milagros por el nombre, o el nombre por Dios? ¿Está Dios ligado a su nombre para favorecer a su adversario y enemigo capital, quiera o no quiera, sólo porque pronunció aquel nombre, y para trocar el orden de la Naturaleza? Resultaría un encantamiento y no una invocación si Dios se moviera por determinados sones, como perro o caballo amaestrados, que es el colmo de la impiedad. Ves cómo se está disolviendo, como la sal en el agua, tu patraña tan mal urdida.

Judío.—Pienso que más valdrá que hablemos de las Sagradas Letras, comunes a nosotros y a vosotros, que de estas peculiaridades, que son nuestras exclusivamente.

Cristiano.—Hablemos de ellas, sí, que yo también lo prefiero; pero no me resigné a que tú ignorases la calidad de esas fábulas que con tan entusiástica unanimidad aplaudís. Con los milagros de Cristo anda relacionada su doctrina; vosotros, en cambio, no decís que vuestro Cristo tenga ninguna misión docente.

Judío.—Tengo entendido que no.

Cristiano.—Claro; harto tendrá que hacer, con sus huestes en pie de guerra, con la organización política del reino, con la administración de justicia y otras atenciones propias del poder real. Con todo, Isaías escribe del Mesías: *El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto el Señor me ungió; envióme a predicar a los abatidos, a vendar las llagas de los quebrantados de corazón, a publicar la libertad de los cautivos y a los presos la abertura de la cárcel; a predicar el año de la buena voluntad del Señor y el día de la venganza del Señor nuestro; a consolar a todos los que lloran; a poner orden en los enlutados de Sión, a darles gloria en lugar de ceniza, óleo de gozo en lugar del luto, manto de alegría en lugar del espíritu angustiado; y serán llamados árboles de justicia, plantación del Señor para glorifi-*

carme. ¿Qué es evangelizar a los pobres sino llevar a los afligidos y atribulados pobres de aquellos bienes que son verdaderos y perdurables el anuncio de haber venido la redención y la salud a fin de, mediante la confianza y el amor, unirse con Dios y poseer en abundancia los bienes auténticos y sobre manera deseables. ¡Cuánto mejor noticia es ésta que aquella otra: «Volved a Jerusalén y rebosaréis de oro, plata, trigo, vino, leche, miel, grandes manadas de reses que podéis sacrificar en el templo y luego comerlas hasta la saciedad!» Sigo interrogándote: ¿Cuál será el estado de vuestro Mesías y cuál su condición?

JUDÍO.—De bienandanza completa, con abundancia absoluta de todas aquellas cosas que pueden en la vida apetecerse, opulencias, placeres, honores, poder; de él está escrito en el salmo: *Gloria y riquezas en su casa.*

CRISTIANO.—Ya muchas veces os reprendí acerca de él, porque todo lo entendéis demasiado carnalmente. ¿Le reconoceréis cuando venga?

JUDÍO.—Vaya que sí, y bañados de alegría indecible.

CRISTIANO.—Y, a pesar de todo, los salmos y los libros de vuestros profetas casi no hablan de otra cosa sino de un Mesías agobiado de trabajos, de penalidades y de todo linaje de tribulaciones; y lo que David, Isaías, Jeremías y los profetas restantes dicen de tristezas y de calamidades, todo se refiere a Cristo, y en El se personalizan y no pueden competir a los mismos que lo dicen. Es el caso que aquellos santos personajes, en su celo, transportan a sí mismos lo que ven que Cristo ha de padecer, y lo escriben como si ellos mismos lo padeciesen. Ello es fácil de notar en muchos salmos del rey David.

Hijas del mismo celo son aquellas maldiciones y venganzas que piden sobre aquellos que tantas aflicciones habían de acarrear al Mesías; pues no hubiera sido indicio de probidad ni de mansedumbre, especialmente en el rey David, que por su mansedumbre, de una manera singular agradó a Dios, que desatara tan fieras imprecaciones contra sus enemigos. Que no habéis de conocer al Mesías, anunciáronlo vuestros profetas, como Isaías: *¿Por qué vine y no había nadie? Llamé y nadie me respondió.* Y Jeremías, en su capítulo décimocuarto: *Esperanza de Israel; guardador suyo en el tiempo de la aflicción, ¿por qué has de ser como peregrino en la tierra y como caminante que se aparta para pasar la noche? ¿Por qué has de ser como hombre atónito y como valiente que no puede librar?* Toda su vida transcurrió entre pobres y hombres de pecho simple y apocado. Esto es lo que dice Isaías: *Envióme a predicar a los mansos.* Y precisamente estos humildes fueron siempre los más agradables a Dios, esto es, más dispuestos a recibir las leyes y los avisos divinos que los hinchados por la opulencia o el poder, el saber o el ingenio. Aproximándose al tiempo del suplicio que le estaba prescrito por su padre, entró en Jerusalén, caballero en un asno, a cuyo encuentro salió procesionalmente una grandiosa multitud y recibióle con regia pompa. A este paso de su vida se refiere Zacarías cuando dice: *Salta de júbilo, hija de Sión; he aquí que viene a ti tu Rey, con mansedumbre, sentado sobre un asna.*

JUDÍO.—Cualquiera hubiera podido hacer esto mismo con soltar el asno que para el servicio público estaba atado a la puerta del castillo, y montado en él entrar en Jerusalén.

CRISTIANO.—Si esto te parece tan vulgar y tan hacedero, ¿qué cosa grande o digna de notar anuncia el profeta? Ciertamente está a mano de quienquiera montar un asno; pero no está a mano de quienquiera mover de tal manera los ánimos de la multitud para que se le reciba con honores reales. Y esto es la cosa grande que contiene la profecía cuando a la hija de Sión se le promete su rey, manso, entronizado en un asno. Pero puesto que ese Rey mostraba el camino de la verdadera piedad y deshinchaba la altanería humana y decía muchas cosas contra aquellos que en lugar de las divinas leyes proponían a la observancia del pueblo sus novedades y sus tradiciones, encendióse contra El la ceñuda y siniestra envidia de aquellos que so pretexto de religión tenían la adhesión del pueblo, a saber: de los sacerdotes, pontífices, escribas y fariseos, quienes le prendieron y le llevaron al presidente Pilato. Josefo, vuestro autor, en el libro décimoctavo de sus *Antigüedades,* dice explícitamente que la envidia de los próceres de la Sinagoga fué la causa de la muerte de Jesús.

JUDÍO.—¿Y no hubo acusación alguna?

CRISTIANO.—¿Qué acusaciones decís vosotros que hubo?

JUDÍO.—Estas: que se hacía Hijo de Dios, igual al Padre; que exhortaba a los hombres a la adoración de otro Dios y abrogaba la ley dada por Moisés; contradecía las tradiciones de nuestros padres, violaba el sábado; en sábado curaba las enfermedades, y a cierto lisiado restituído al uso de los miembros también en sábado le mandó que tomase el lecho en que de enfermo estaba recostado; prometió destruir el templo de Dios y en tres días reedificarlo.

CRISTIANO.—Harto hemos hablado de la generación divina; digamos algo de cada uno de los cargos restantes. El primero es grave y digno de pena capital si resulta verdadero; mas él mismo afirmó siempre que Aquel de quien Moisés había recibido la ley era el Dios verdadero y único; que Este mismo era su Padre, que le veneraba, que le rendía culto y que debía ser de todos amado y reverenciado. ¿Qué dices tú de otro Dios y a quien se debía dar culto, o de la ley de Moisés, que debía darse por anticuada? ¿Habría mortal alguno hoy día en todo el haz de la tierra a quien se le pudiera persuadir que esa ley vuestra, tan rígida, tan áspera, tan sin misericordia, tan pueril en muchos de sus pasajes, había sido dada por Dios, si no lo hubiera afirmado Cristo, en quien no cabe mentira? No enseñaba a dar culto a otro Dios sino a ese vuestro y nuestro y dárselo como se debe; no abrogaba otra ley, sino que a esa vuestra le arrimaba la luz y el sol para que se lo tributaseis sinceramente y de todo corazón sin atender a las comodidades de esta vida, sino a aquellos otros bienes celestiales y eternos. En toda la historia evangélica no hallaréis palabra ni mandato de Cristo en que se os dijese que no observaseis, por liviano que fuese, algún precepto contenido en la ley. Hay más; para precaverse de esa calumnia no quiso El por sí mismo abrogar una ley que con su venida era superflua y muerta ya, sino que después de su ascensión al cielo, sus Apóstoles, al dictado del Espíritu Santo, aliviaron al género humano del intolerable yugo de vuestra ley. Por lo que toca a las tradiciones de vuestros padres, ni las rechazaba ni adelgazaba su autoridad, sino que se quejaba y reprochaba que para

aquellos hombres tuviesen más valía que los propios mandamientos divinos, y que siendo tantos los preceptos de Dios, aquellos hombres desalmados e importunos añadiesen por su cuenta un peso más pesado de su propia invención; invención que ellos habían cavilado, no para mejor guarda de la religión, sino para halago de su vanidad y aumento de sus ganancias. Demostrábales además, cuando la oportunidad lo pedía, que no se debía hacer demasiado caudal de esas tradiciones, que siempre debían tener más importancia las cosas del espíritu que cualesquiera otras materiales. Por lo que toca y atañe al sábado, querría que me dijeses si curar en sábado es quebrantar el sábado. ¿Qué obra más excelente puede hacerse en sábado que socorrer al prójimo en una necesidad extremada? ¿No comes tú en sábado?

JUDÍO.—No puedo vivir de otra manera.

CRISTIANO.—No ibas a morirte con no comer un día solo.

JUDÍO.—Acaso correrían peligro mi salud y mi vida.

CRISTIANO.—Mayor riesgo correrías y menos podrías vivir si no fueses curado. ¿No te paseas? ¿No te vistes? ¿No hablas en sábado? ¿No quebrantan el sábado esos menesteres sin los cuales no se puede vivir y conservar la salud, y, en cambio, lo quebranta dar asistencia y salud a alguno puesto en apuro extremado? ¿En sábado, tú, a un familiar tuyo enfermo no le sirves la comida y la medicina para que se cure? A ti te es lícito asistir a un enfermo, ¿y curar de un golpe toda la enfermedad a un enfermo, no le será permitido a Cristo? ¡Y eso que tú lo haces con las medicinas servidas por tu mano, y El con sola su palabra!

JUDÍO.—Lo cierto es que él se cargó el lecho, porque Cristo se lo mandó.

CRISTIANO.—Tú te avienes a que Cristo hasta tal punto sea grato a Dios, que a su orden la Naturaleza mude sus leyes, ¿y no te avendrás a que el enfermo, curado por El, le mande tomar su lecho? Si a ti se te robara el sayo y el sábado te lo devolvieran, ¿no lo admitirías y lo tomarías? En sábado, ¿no arrimas la silla a la mesa donde comes? Y cuando has comido, ¿no la vuelves a poner en su sitio? Puerilidades son éstas. No comprendéis el espíritu con que se os manda observar el sábado con tanta diligencia y con qué clase de santificación lo habéis de santificar. Esta manera de santificación es aquella por la cual os debéis tomar el bien ganado descanso, durante el cual el ánimo, en sosiego tranquilo, tras los inevitables trabajos de la vida, se levanta a la contemplación y amor de Dios. De este descanso habla el salmo: *Dad paz a la mano y ved que yo soy el Señor*. La postrera acusación es que dijo: *Puedo destruir este templo y en tres días puedo restablecerlo*. Yo no acierto a ver qué atrocidad o qué odiosidad contienen esas palabras, que por ese crimen merezca ser puesto en cruz. ¿Qué legislador castigó jamás con pena de muerte una pura jactancia verbal, exenta de blasfemia o de sedición? Si realmente Cristo podía hacer lo que prometía, más de admirar eran sus palabras que de castigar; si no podía, debía hacerse befa de él. Hubiéranlo mandado los pontífices y otros para quienes era aborrecible que, al menos, en un año construyese un templo; si no lo hubiera hecho, hubieran triunfado sus enemigos de él, como de un hombre vano y jactancioso y le hubieran quitado toda

autoridad a los ojos del vulgo, que era lo que más se podía desear. Pero pasó que no entendieron el sentido en que aquellas palabras se decían, pues habiendo Jesús entrado en el templo y echado de él aquellos inmundos feriantes, pidiéronle los judíos un milagro que diera firmeza a su confianza y fuese prueba de su poder. Jesús, según costumbre de todos los profetas y suya, ofréceles un milagro no frívolo, no ocasional, no pequeño como ellos lo pedían, sino grandioso, maravilloso, eterno, a saber: la resurrección de su cuerpo a los tres días de muerto. Ese cuerpo, con mayor verdad y con mayor justeza era templo mucho más que aquel de piedras de Jerusalén, pues en su cuerpo más próxima y más presente moraba la divinidad. Esto, respecto a los crímenes que sus enemigos buscaban con tanta diligencia. Pero el crimen mayor y el más grave para ellos era la excelencia de su santidad y doctrina, que eran una reprensión eficaz y constante de su vida y los despojaba de toda su autoridad inicua. Pero como era tanto su prestigio en el pueblo no se atrevían a poner las manos sobre él sin motivo razonable. Acecharon la ocasión en que pudieran hacerlo impunemente. Uno de sus discípulos lo vendió por treinta dineros. Ni esto se han callado las profecías. Dice Zacarías en el capítulo once: *Y apreciaron mi salario en treinta piezas de plata. Y el Señor me dijo: Echalas en el tesoro, hermoso precio con que me han apreciado.* Prendido, fué desamparado de todos los suyos. De él dice el mismo Zacarías: *¡Oh espada! Despiértate sobre el pastor y sobre el hombre que fuere mi compañero, dice el Señor. Heriré al pastor y se derramarán las ovejas.* Claro está que esto no se dice de un pastor cualquiera, sino del Mesías, el pastor máximo y el más unido con Dios. De las lamentaciones de Jeremías, si éste es el lugar de llamar la atención sobre cosa de tanta monta, los primeros capítulos pertenecen a la Iglesia o al alma; y el tercero a los trabajos y penalidades de Cristo, cuyo comienzo es éste: *Yo soy el hombre que vió aflicción en la vara de su enojo.* Compadeciéndose de esa aflicción, ese Príncipe de los hombres ofreció su cabeza a tales molestias y calamidades y entregóse por los hombres, cuya cabeza era; y de él dice el profeta: *Condújome y me hizo ir a las tinieblas y no a la luz; volvióse contra mí y revolvió su mano todo el día; consumió mi carne y mi piel y quebrantó mis huesos.* Esto y todo lo demás que se sigue a nadie más conviene sino a Cristo: *Fuí escarnio a todo mi pueblo; canción de ellos todos los días. Dará la mejilla al que le hiriere; será saturado de oprobios.* Y en el capítulo cuarto, lamenta la destrucción de Jerusalén, acaecida *por los pecados de sus profetas y las iniquidades de sus sacerdotes, que, en medio de Jerusalén, derramaron la sangre de los justos. Titubearon ciegos en las calles; fueron contaminados en sangre que no pudiesen tocar a sus vestiduras.* Esto debe entenderse de la última destrucción, porque aquella primera del rey de Babilonia, todos a una confiesan que fué en castigo de la idolatría de los reyes de Judá. Mas estotra sangre derramada con que los judíos se contaminaron, es la sangre de Cristo y la de sus Apóstoles, por Cristo. La conclusión de tamaña calamidad es ésta: *El aliento de nuestra boca, el Cristo fué preso en sus hoyos; de él habíamos dicho: Debajo de su*

sombra viviremos entre las naciones. Efectivamente, los judíos mismos se amputaron aquella esperanza máxima de sus padres acerca de la salvación del Mesías, en la cual de tal manera confiaban que, fortalecidos por ella, no había cosa que les pareciera tan grave y tan atroz que debieran temerlo. Cristos y señores hay muchos; pero el aliento de nuestra boca es el Dios único por quien vivimos y respiramos. No puede entenderse de Oseas, que no fué preso nunca. Zedequías no tenía tanta importancia para que Jeremías, un profeta tan santo y tan libre, le llamase *aliento de nuestra boca.* Indudablemente el profeta habla de aquel Cristo, de aquel Ungido que fué preso en los hoyos del pueblo judaico y fué causa de la destrucción de todo su pueblo. Después del prendimiento y la cárcel siguieron los escarnios, los esputos, los golpes en las mejillas, los ultrajes y las otras vejaciones. A ellas se refiere Isaías en el capítulo cincuenta: *Di mi cuerpo a los que me herían y mis mejillas a quienes me las mesaban; ni hurté mi rostro de las injurias y escupiduras.* ¿De quién se dice esto? ¿Por ventura del mismo profeta de quien no se lee que padeciese jamás tales atropellos y al tiempo de estas visiones era tenido en gran aprecio ante los reyes de Judá? Todo lo que antecede muestra casi con el dedo a Aquel que dice: *¿Por ventura vine y no había nadie; llamé y no había quien respondiese? ¿Por ventura se debilitó mi mano para redimir? ¿O no hay en mí poder para librar?* Fué puesto en cruz. Muchas veces, en tiempos antiguos, un leño significó la salud, la imagen y el vaticinio de esotro leño como en el arca de Noé, en el arca de la alianza, en la vara de Moisés, en el madero echado en el agua amarga. Fué levantado en alto y como mostrado a todos los pueblos y naciones para salvación de los que le mirarían y en El confiarían, como Moisés en el desierto puso en alto la serpiente y visible a todo Israel, para remedio de aquellos mortalmente mordidos de la serpiente. Entonces la humanidad de Cristo se mostró en la más profunda abyección e inferior a los hombres de ínfima condición, de forma que, amedrentados y corridos, huyeron sus próximos parientes y sus amigos más estrechos, como se lee en el salmo: *Ahuyentaste de mí a mis conocidos y me has puesto a ellos como abominación.* En aquellos días el más hermoso de los hombres perdió hasta tal punto su gentileza y donaire, que era en extremo difícil identificarle, como Isaías vaticinó: *He aquí que mi siervo será prosperado, será engrandecido y será ensalzado y será muy sublimado. Como te abominaron muchos, en tanta manera fué desfigurado de los hombres su parecer y su hermosura, de los hijos de los hombres. Así salpicará muchas naciones; los reyes cerrarán sobre él sus bocas porque verán lo que nunca les fué contado y entenderán lo que nunca oyeron.* Y un poco más abajo: *No hay parecer en él ni hermosura; vímosle y no tenía aspecto. Despreciado y desechado entre los hombres.*

JUDÍO.—Ese vaticinio refiérenlo los nuestros a Israel y no al Mesías.

CRISTIANO.—Los vuestros inventan y aseguran todo lo que les viene en gana; pero más cuerdo es oír la razón y hacerla prevalecer que no vuestra afirmación, aunque procaz y pertinaz. De lo que antes dije acerca del capítulo cincuenta y tres de Isaías y con palabras copiosas, se colige, cosa por otra parte facilísi-

ma, que no puede aplicarse a vuestro pueblo. Ni es más oscuro este otro pasaje de Isaías en el capítulo cincuenta y dos: ¿En qué tiempos fueron muchos los que admiraron a Israel, a saber: el pueblo judío? Al contrario, en todo tiempo habéis sido aborrecibles a todas las naciones, especialmente a las vecinas. ¿A quién odiaron más cordialmente los egipcios que a vosotros, cuando por el Egipto andabais peregrinando? En el desierto fuisteis no menos detestables para los pueblos de Palestina que para Dios. En la Palestina, odiados, vejados, acosados por las ciudades fronterizas, después botín vilísimo de las naciones grandes, menosprecio e irrisión de todos. Evoca la añeja historia de tus mayores y no hallarás tiempo alguno en que fueseis objeto de admiración, no ya de muchos como la profecía anuncia, sino de uno que otro hombre. Pero lo peor es que jamás merecisteis admiración, pues jamás el pueblo de Israel dió culto a su Dios, según está prescrito en la ley mosaica. Los pontífices y los fariseos lanzaron grandes baldones y sarcasmos contra Jesús crucificado, como previó Oseas: *Yo les redimí y ellos hablaron contra mí mentiras; para el trigo y el mosto se congregaron; se rebelaron contra mí; yo les enseñé, yo fortalecí su brazo y contra mí pensaron mal; volverán y no al Altísimo; fueron ballesta de engaño.* Isaías, en el capítulo treinta y uno: *Como el león y el cachorro del león brama sobre su presa, contra el cual, si se reúne cuadrilla de pastores, por las voces de ellos no temerá, ni se acobardará por su tropel; así bajará el Señor de los ejércitos para luchar contra el monte de Sión y contra su collado.* Y en el salmo treinta y cuatro: *Con los lisonjeros escarnecedores de escarnio crujieron sobre mí sus dientes.* De las manos del Señor y del costado traspasado por la lanza, dice Zacarías: *Y derramaré sobre la casa de David y sobre los moradores de Jerusalén espíritu de gracia y de oración; mirarán en mí a quien traspasaron y harán llanto sobre él como llanto que se hace sobre unigénito.* Y no de otra manera mirará el pueblo judío a ese Señor a quien crucificó, que por el espíritu de gracia que le concederá y que ellos, orando, aumentarán no oponiendo repugnancia a los avisos celestiales, sino mostrándose dóciles y obedientes al divino llamamiento. En otro caso, son ciegos y no volverán los ojos jamás a Aquel que crucificaron. Y llorarán sobre él, dice, los judíos en su pertinacia y ceguera. Los judíos lloran la muerte de Cristo por el castigo que se siguió; mas los que vinieron a mayor cordura lloran el abominable deicidio de sus mayores. En este vaticinio de Zacarías, si lo reparas bien, descubrirás las dos naturalezas de Cristo: la humana y la divina. El que habla, es el Señor Dios; el que es enclavado es Jesús hombre. En su muerte, el cielo se anocheció de tinieblas, cerca del mediodía, como si el sol desfalleciese, siendo así que era la luna décimoquinta, es decir, la luna llena; un gran terremoto conmovió la tierra. De ese terremoto habla Joel en el capítulo tercero: *El sol y la luna se oscurecerán y las estrellas retraerán su resplandor. Y el Señor rugirá desde Sión, y desde Jerusalén dará su voz, y temblarán los cielos y la tierra.* Estas cosas venideras anuncia el profeta para aquel tiempo en que el Señor derramará su espíritu sobre toda carne y convertirá el cautiverio de Judá y de Jerusalén. Y dice Amós en el capítulo octavo: *Y acaecerá en aquel día*—dice

el Señor Dios—*que haré que se ponga el sol, filo de mediodía, y cubriré la tierra de tinieblas en el día claro.* Si inquieres en qué tiempo esto ha de acontecer, averígualo del mismo profeta que dice que vendrá cuando llegare el fin del pueblo de Israel, cuando *convertirá vuestras fiestas en lloro y todos vuestros cantares en planto.* Esto empezó a verificarse pocos días después de la muerte de Cristo, y veis que dura todavía. Pienso si también puede referirse a esto mismo aquello de Zacarías en el capítulo catorce: *Y será un día; este día es conocido del Señor; y no será un día entero ni una noche entera, mas acontecerá que al tiempo de la tarde habrá luz.* Crucificado fué el Señor, fuera de la puerta, como aquella hostia que se inmolaba para la purificación y santificación era sacada fuera de los reales por la multitud de los hijos de Israel, conforme está escrito en el capítulo dieciséis de los *Números.* Inmolábase a presencia de todos una vaca bermeja, de cuya sangre, cenizas y agua hacíanse las lustraciones. Lee el capítulo con detenimiento y echarás de ver que consuena admirablemente con este sacrificio de Cristo. Existe otra figura o profecía con mayor verdad, acerca de la rapidez del suplicio de Jesús Nuestro Señor, quien, preso a la noche y conducido a los pontífices, al día siguiente, a la amanecida, presentado a viva fuerza ante el tribunal del gobernador y al mediodía fué clavado en cruz. Tenían preceptuado los hijos de Israel que iban a salir de Egipto celebrar aquella fiesta y comer en pie y aceleradamente el cordero saludable. No hay huevo, como se dice, tan semejante a otro huevo como aquel cordero pascual lo es a Nuestro Señor Jesucristo. Tenía que ser macho el tal cordero, sin mancha, y las puertas teñidas en su sangre defendían a quien las habitaba del ángel exterminador. Ninguna parte de él debía comerse cruda ni cocida en agua, sino asada al fuego. Ninguna parte del cuerpo de Nuestro Señor estuvo exenta de la tremenda asadura y quemazón de los dolores más vivos. Los hijos de Israel se lo comieron con lechugas silvestres, esto es, con ánimo muy desabrido, y fué inmolado por toda la multitud de los hijos de Israel. Lo que se hizo en Jerusalén por consejo y voluntad de los pontífices y de los escribas y fariseos, sin duda alguna parece hecho por todo el pueblo de Israel. Taladrados por clavos fueron sus manos y sus pies y su costado hendido por una lanza. Con todo, no sufrió la fractura de ningún hueso; ni come de ese cordero el inmundo, el incircunciso, sino el circunciso, es decir, el que es de ánimo puro y admitido por la fe en la familia del Señor. Y, por último, fué inmolado el mismo día en que solía inmolarse el cordero pascual, que era sombra e imagen del Cordero de Dios. Y así como el sacrificio de aquel cordero típico fué grato al Señor y después de él fué sacado de Egipto, así también, por el sacrificio de Cristo, el linaje humano quedó reconciliado con Dios y del cautiverio y esclavonía del diablo, traído a la libertad. Figuras o vaticinios de esa santificación o pacificación fuéronle también el sacrificio de Noé, por el cual prometió Dios que no perdería de nuevo los seres que en el mundo vivirían; el sacrificio de Abrahán, por el cual fué constituído padre de gentes innumerables y muchísimos otros sacrificios, contenidos en la ley para purgar los pecados y reponer a los pecadores en gracia con Dios. Tras el descen-

dimiento de la Cruz, fué colocado en el sepulcro, del cual se lee en el salmo ochenta y siete: *Harta de males está mi alma, y mi vida ha llegado a la sepultura. Soy contado con los que descienden al sepulcro; fuí como hombre sin fuerza; entre los muertos, libre como son los que duermen en los sepulcros de quienes ya no vuelve a haber memoria y que son cortados de tu mano; pusísteme en la huesa inferior, en las tinieblas profundas.* Y mientras su cuerpo exánime yace en el sepulcro, su alma desciende a aquel lugar donde estaban los santos padres que iban a ser libertados por el sacrificio de su muerte. El profeta Zacarías, que habló de la mansedumbre de Cristo, habla también de su paz, y dice: *También tú fuiste conservada, Jerusalén, pues en la sangre de tu alianza di a tus cautivos libertad de aquel hoyo donde no había agua.* Pondera cada una de estas sentencias. Los que fueron rescatados y libertados por Cristo habían muerto antes que él; algunos fueron de la gentilidad, pero la mayor parte eran de Israel. Por esto dice: *Tus cautivos, hija de Sión.* Y fueron librados por la sangre de la alianza de Cristo, no por la violencia ni por las armas, como vosotros esperáis. La profundidad de la hoya o ergástula, donde los santos padres estaban detenidos, queda significada por lo que añade a continuación: *En la cual no había agua,* para dar a entender que esa región es distinta de esa nuestra soterraña, que es más horrible cuando a las tinieblas se suma el agua. Quedó el cuerpo del Señor en el sepulcro aquella parte del día sexto que ya empezaba a ser sábado, y todo vuestro pueblo se abstenía de cualquier trabajo, y luego, el sábado todo entero, expirado el cual, al primer lustre del día resucitó para significar haber sepultado consigo el sábado judaico y haber vuelto a la vida en la novedad de la piedad y de la reconciliación con Dios, dejando también en el sepulcro la vieja Sinagoga y despierta y constituída la nueva Iglesia. Así fué que el Señor, antes de su muerte, no abrogó la ley mosaica, bien por otras causas que en otro lugar puntualicé, ya también porque todavía no había traído consigo el sábado a la muerte y a la sepultura. Que no había de permanecer en el sepulcro mucho tiempo, habíalo profetizado David en el salmo quince: *También mi carne reposará en la esperanza, porque no dejarás mi alma en el sepulcro ni permitirás que tu santo vea la corrupción.* Esto no puede referirse al mismo David, que se descompuso en el sepulcro. Al quebrar los albores a la primera hora del sábado, se restituyó a la luz y a la vida aquel mismo que fué nuestra luz y nuestra resurrección de la muerte sempiterna. Y en persona de la Iglesia de Cristo se dice en el capítulo sexto de Oseas: *Venid y tornémonos al Señor, que El nos arrebató y nos curará; hirió y nos vendará; nos vivificará después de dos días y viviremos delante de El; nos volveremos sabios para seguir y conocer el Señor.* Padece y conduélese con Cristo su Iglesia, y luego su inteligencia se abre y predica la salvación, salida de sus llagas y de su muerte, a la vez que la ciencia de la verdadera piedad, que es conocer al Señor e ir en su seguimiento. Ya sé que contáis entre las profecías la historia de Jonás. Querría saber de vosotros: ¿qué es aquel vaticinio sino un simulacro de la resurrección del Mesías? Haber traído a los ni-

nivitas las órdenes del Señor, no es profecía, sino relación de un suceso; ni les pasó a los ninivitas aquello que les anunciaba, ni se refería a vosotros, ni al Mesías, ni a los venideros siglos, de modo que no hay más motivo racional para que se le cuente entre los profetas, sino porque se lo tragó el cetáceo, en cuyo vientre estuvo tres días y tres noches, y luego por el pez fué echado a la arena, devolviéndole a ese cielo y a esa luz, imagen y figura muy expresiva de Cristo colocado en el sepulcro y tornado a la vida. Esta es la profecía que hizo el profeta a Jonás. Las predicciones y vaticinios de los profetas fueron en todos los casos simples y uniformes. A menudo, anunciaban lo venidero con palabras expresas, pero también con actos realizados unas veces en otros objetos, como cuando, en el capítulo cuarenta y tres, a Jeremías se le manda tomar con su mano piedras grandes y cubrirlas de barro, a veces en ellos mismos, como cuando Ezequiel se rapa la cabeza y la barba, cuando Oseas toma por esposa una ramera. Si uno considera con la atención y penetración debidas las palabras de los profetas, entenderá que en solo el signo o la imagen está la profecía, pues lo que se añade más es explicación del vaticinio, que el mismo vaticinio. Es de saber que la profecía es una visión que suele más consistir en las cosas que en las palabras; mas los que explican sus visiones, algunas veces usan de palabras solas, con las cuales interpretan a qué se refería el espectáculo de las cosas que vieron. Mantengamos, pues, lo que la misma cosa nos enseña manifiestamente, a saber: que las profecías expónense con palabras, figuras, sombras, diseños, digámoslo de las realidades que serán. He dicho todo esto para que tú no te asombres cuando oyeres la historia y el hecho verificado en tus mayores, que nuestros autores aducen como vaticinio, pues las más de ellas eran alusiones al Mesías, y sombras y simulacros del Mesías, que fué la realidad de todas ellas. ¿A qué finalidad era razón que se refiriesen los actos de los padres, sino a la más alta y más noble, a la salvación eterna, no solamente de Israel, sino del universal linaje humano?

JUDÍO.—De todas maneras, la sombra o figura de Jonás parece no tener demasiada correspondencia con su cuerpo. Jonás estuvo tres días y tres noches en el vientre del cetáceo y no así vuestro Jesús en su sepulcro, sino que solamente permaneció en él la tarde y la noche de Parasceve, el sábado entero y una parte exigua del día que sigue al sábado. Algunos de los nuestros demuestran que el cuerpo del Jesús fué sacado a hurto de la sepultura y ocultado en el herbaje del prado contiguo y hallado poco después por los exploradores que los pontífices enviaron.

CRISTIANO.—Lo que no tiene correspondencia son los miembros de una mentira mal urdida. El sepulcro estaba sellado y guardado por una patrulla militar enviada por el presidente. Pero dime: ¿Por qué los pontífices no colgaban el cadáver en la plaza? Esto hubiera anulado todas las afirmaciones. Esta fábula forjada por vuestros modernos rabinos, ¿por qué no aparece mentada por ninguno de los autores antiguos? Si los autores primitivos y sus contemporáneos nada de esto pusieron en papeles, ¿cómo nació mil trescientos años después? Es evidente que toda ella es pura leyenda, imaginada por el más amargo y crudo de los odios. Querría que me dijeses: ¿Piensas tú

que los Apóstoles de Cristo o cualesquiera otros hombres podían llegar a tal extremo de demencia y de furor, que se aparten de las costumbres patrias, de los divinos ritos y las leyes, y con ánimo invicto arrostren trabajos, aflicciones, penalidades, muerte acerbísima, por la fe de la resurrección y la vida de uno cuyo cadáver tuviesen? A los cuarenta días después de su Resurrección volvió Jesucristo al Cielo, a su Padre, a cuya derecha está sentado por toda la eternidad. De allí envió a sus discípulos y a la Iglesia, que les sucedió al Espíritu Santo como Maestro e Inspirador. De esta Ascensión dice el Salmista en el salmo sesenta y siete: *Subiste a lo alto; cautivaste la cautividad, tomaste dones para los hombres.* Y por lo que toca a sentarse a la derecha del Padre, dice el mismo Salmista: *Dijo el Señor a mi Señor: siéntate a mi diestra.* La diestra del Padre significa todos aquellos bienes suyos más principales: bienaventuranza, clemencia, bondad, munificencia, de los cuales Cristo, estando sentado, es dispensador y distribuidor, y su reino es la liberalidad de tantos bienes sobre las santas mentes bienaventuradas angélicas y humanas, de quien se dice en el salmo quince: *El Señor es la parte de mi herencia y de mi cáliz; tú eres quien mi herencia me restituirá, herencia que alcancé en lo más preclaro y mi herencia es la más hermosa para mí.* Cierto es que el Espíritu Santo, para siempre, permanece invisible en la Iglesia; pero igualmente le es que a los diez días después de la Ascensión del Señor fué enviado visiblemente en forma de lenguas de fuego. Este Espíritu renueva primeramente en los Apóstoles, y más tarde en la Iglesia universal la memoria de lo que Cristo enseñó. Y este mismo Espíritu explana aquellas enseñanzas de Cristo, que pueden parecer más difíciles y ocasionar alguna controversia. Esta misión del Espíritu profetizó Joel con estas palabras: *Y será después de esto* (esto es luego de haber recibido Israel al Maestro y Enseñador de la justicia, para que los hombres recuerden y entiendan sus enseñanzas), *derramaré mi espíritu sobre toda carne y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas, vuestros viejos soñarán sueños y vuestros mancebos verán visiones.* Y así aconteció efectivamente. Sobre toda carne derramóse el Espíritu del Señor, no sobre cada uno, sino en general, sobre judíos, gentiles, ancianos, mozos, varones, hembras, siervos, libres, ignorantes, sabios. No penséis vosotros que hubiese de acontecer que todos cuantos israelitas había en Palestina, en tiempo del Mesías, tuvieran el Espíritu de Dios y el don de profecía. Sino que acontecerá todo como dice Isaías: *que el que quedare en Sión y el que fuere dejado en Jerusalén se llame santo, todos los que quedaren en Jerusalén, escritos entre los vivientes.* Aquello que dice el mismo profeta: *Serán todos enseñados de Dios,* entiéndese claramente de aquella doctrina que jamás hubiéramos podido aprender de maestros humanos y Dios mismo, por Sí mismo, nos enseñó. Así que en lo sucesivo, *no enseñará cada uno a su hermano diciéndole: Conoce al Señor, pues todos me conocerán del más pequeño al más grande, dice el Señor.* Antiguamente, el hombre se hacía para el hombre director, guía, maestro de religión, como entre los gentiles. Mas ahora, aun cuando el hombre enseña a otro hombre el culto de la divinidad declara que su doctrina no es suya, sino de Dios. Y

nadie que esté bautizado en nombre de Cristo (siempre que por su edad y alcance de su ingenio lo pueda conseguir), que ignore que lo principal y la meta de toda la filosofía es, a saber: cuál es el fin del hombre, cuál sea la verdadera bienaventuranza que desea, cómo la alcanzará y adónde toda la religión se encamina. Esto, entre los gentiles, casi nadie lo sabía, y entre vosotros eran muy contados. ¿Qué instrucción mayor o más excelente que ésta? ¿Y cuál más eficaz? No iba el Señor a enseñar a los suyos las cualidades y combinaciones de los elementos; ni tropos ni figuras retóricas, ni ningún oficio manual, sino lo que es lo primero y principal de toda la vida y sin lo cual no podemos salvarnos, cosa que ignoraban los sabios gentiles, cuya suma de erudición se concretaba a los fines de los bienes y los males.

CAPITULO XII

DE LO QUE ACONTECIÓ DESPUÉS DE CRISTO

CRISTIANO.—Hemos discutido ya la vida y la muerte de Jesucristo; a cada una de sus fases hemos aportado las profecías, según la disponibilidad y abundancia no del asunto, que es amplísimo y ubérrimo, sino de nuestro ingenio y de nuestra erudición en las Sagradas Letras. Síguese ahora el proceso y marcha de la Iglesia en esa peregrinación a través de la cual se encamina a Dios. Acerca de los discípulos del Señor y sus seguidores, Isaías, con palabras de Cristo vaticinó: *Heme a mí y a mis siervos, que el Señor me dió para que sean signos y portentos en Israel, por el Señor Dios de los ejércitos, que habita en el monte de Sión.* ¿Qué portento mayor o qué milagro más evidente que los Apóstoles y sus obras? Poquísimos en número, imbeles, débiles, ignorantes y muchas otras cosas que de su flaqueza pudieran encarecerse, obraron milagros estupendos y consiguieron que a ellos se volviesen el rostro y la atención de los hombres. Estos son los hijos que a la Iglesia fuéronle dados en lugar de los patriarcas antiguos, como el Salmista dice: *En lugar de tus padres te nacerán hijos y los constituirás príncipes sobre toda la tierra.* Empero la Iglesia, aun cuando tuvo sus primeros padres y constructores del judaísmo, con todo ella formóse principalmente con elementos de la gentilidad de aquel rebaño estéril e inútil de quien dice Isaías en el capítulo cincuenta y cuatro: *Alégrate, estéril, la que no parías, canta alabanzas, salta de júbilo la que nunca estuviste de parto, porque más son los hijos de la desamparada que los hijos de la que tiene marido, dice el Señor. Ensancha el lugar de tus reales y extiende las cortinas de tus tiendas; no seas escasa; alarga tus cuerdas y fortifica tus estacas. Hacia el Mediodía y el Aquilón te extenderás y tu simiente heredará naciones y habitarán las ciudades asoladas.* Esto dice Isaías. Y del mismo Isaías, capítulo sesenta: *Por cuanto fuiste desechada y aborrecida y que no había quien pasase por ti, te pondré en gloria perpetua y en gozo de generación y generación. La pequeña familia será por mil y la menor, por nación fuerte. Yo, el Señor, a su tiempo, haré que esto se acelere.* No es ambigua, por cierto, la figura de vuestra Sinagoga y de esa mujer horra, que con sus crías aumentó la Iglesia de Cristo en las dos esposas de Helcana, Fenena y

Ana. Los hijos de Fenena, que baladroneaba de su fecundidad y baldonaba por su esterilidad a Ana, murieron desconocidos y quedó su útero cerrado; mas a Ana naciéronle hijos y vivieron; el primogénito fué profeta y juez en Israel. Con ninguna suerte de duda declárase la significación de estas dos mujeres en el cántico de Ana, que es el vaticinio de los venideros siglos: *No queráis*—dijo—*hablar grandezas y cesen las palabras arrogantes de vuestra boca, porque el Dios de las ciencias es el Señor, y de El son conocidos los pensamientos. El arco de los fuertes se quebró y los flacos se ciñeron de fortaleza. Los hartos se alquilaron por pan y los hambrientos se hartaron, hasta que parió siete hijos la estéril y la que tenía muchos se agotó. Dios levanta del polvo al pobre y al pordiosero levanta del barro.* De esos tiempos vuestros, así como de los de vuestra Iglesia, hay en el profeta Isaías el siguiente vaticinio: Después de haber descrito la ruina y la calamidad grandiosa del pueblo de Israel, añade: *En aquel día, siete mujeres se apoderarán de un varón y dirán: Comeremos vuestro pan y con vuestros vestidos nos cubriremos; con sólo que sea invocado su nombre sobre nosotros, aparta nuestro oprobio.* Esas palabras echan sobre vosotros un desdoro e ignominia grandes. Y en medio de vuestra calamidad, ¿qué es lo que anuncia? *En aquel día*—dice—*el pimpollo del Señor estará en gloria y decoro, y el fruto de la tierra, sublime, para gloria del afirmador de Israel.* Aquí ves un Israel doble: carnal el uno, en tanto agobio y aflicción que siete mujeres se apoderarán de un solo varón; espiritual el otro, que es liberado y conservado por el pimpollo del Señor. Aquí fácilmente echarás de ver que el Mesías toma el nombre de pimpollo del Señor y fruto de la tierra, según ambas generaciones. El Targo caldaico, en vez del pimpollo del Señor, traduce el Mesías. De vosotros dice el mismo profeta en su capítulo noveno: *El señor cortó de Israel cabeza y cola, ramo y caña en un mismo día. El viejo y venerable de rostro es la cabeza y el profeta que enseña mentira ése es la cola.* Y habrá quienes llamen bienaventurado a ese pueblo. Mas vosotros estáis ciegos no sólo de superstición, sino de odio y rabia contra nosotros. De ahí aquellas maldiciones y crueles execraciones vuestras, muy ajenas de los varones buenos y piadosos y del carácter de Dios, que imagináis que vosotros pensáis adorar solos y que por Jeremías mandó en tiempos a vuestros padres, que emigraban a Babilonia, que rogasen por la paz de aquella gente, ¡Cuánto más diferentemente nos conducimos nosotros, que por vuestra salvación y redención rogamos a nuestro Dios cuando vosotros habitáis en vuestros reinos, y no ignoramos lo que de vosotros sentís y decís lo que ponéis por escrito, lo que enseñáis a vuestros hijos acerca de Cristo y de todo el nombre cristiano. En la gentilidad, ¿sería hacedero hallar locos furiosos, salidos fuera de seso, que en un arrebato de locura furiosa fueran capaces de excogitar tales cosas? ¡Gracias os damos, oh Cristo Jesús, que nos libraste de esa tan gran ceguera e insania! Todas estas cosas, ¿no demuestran que no solamente están dejados de la mano de Dios, sino rechazados y alejados los que estas cosas de Dios hablan y afirman? ¿Reconoceríais al Mesías si volviera, vosotros, imbuídos y atollados desde la niñez en tales opiniones, y

aun si viniera otro Mesías como vosotros lo esperáis? Los oráculos de vuestros profetas anuncian que será recibido por la gentilidad, pero que de la mayoría de los vuestros no será reconocido, sino rechazado y abominado. Jacob predijo que los gentiles volverían a El sus ojos; predicción que tuvo ya su cumplimiento en Cristo, hijo de María. Hacia El se volvió la muchedumbre de las naciones y esperó en El, en proporción tan grande como vosotros no podéis esperar que hagan lo mismo con vuestro Mesías. No fué conversión lo que se hizo hacia Mahoma, sino captación ciega y violenta; la misma que se haría con vuestro Mesías si viniera otro, como vosotros os le imagináis y esperáis. Hoy día, todos los que hubieron alguna noticia de Jesús, excepción hecha de vosotros, le quieren y le veneran: agarenos, herejes, idólatras, gentes sin ley. No es posible que venga otro en quien coincidan con tal exactitud y justeza los oráculos de los profetas, como el Mesías nuestro. Y si este Mesías es por vosotros ignorado y rechazado, con la misma ligereza o encono sombrío rechazaríais a cualquier otro que Dios enviase. De eso habla Amós en el capítulo quinto: *¡Ay de los que desean el día del Señor! ¿Para qué queréis este día del Señor? Tinieblas y no luz.* Y añade el motivo: *Porque los llenará de pavor y confusión y será para ellos piedra de escándalo. Como el que huye de la faz del león y se topa con el oso, o si entrare en casa y arrima su mano a la pared y le muerde la culebra. El día del Señor, ¿no es tinieblas y no luz; oscuridad que no tiene resplandor?* Por lo que toca a la niebla y tinieblas de la mente de aquellos que no conocen el día de la visitación y el beneficio del Señor cuando envió a su Hijo para salvación de todos, puesto que, para los que recibieron la largueza de Dios, aquel día es esplendor y alegría. Dime, por favor: ¿Qué es lo que en nuestro Mesías os disgusta para que no le abracéis y le veneréis? O, mejor: ¿Qué hay en El que no sea muy digno de aquel su nombre y de su majestad y de la promesa de Dios? En primer término, nació de vuestra sangre, entre vosotros se crió y se educó; la santidad de su vida fué irreprochable aun para la envidia y la calumnia, que está al acecho de cualquiera ocasión; hubo dignidad y autoridad en su plática y en sus preceptos; su poder fué mucho mayor del que vosotros, en vuestros falaces desvaríos, atribuís a vuestro Mesías. Manifestóse Señor de los elementos y de la Naturaleza con tantos y tantos milagros, tan variados, tan estupendos; la no abrogación sin la ilustración de vuestra ley para que de tenebrosa se volviera luminosa, de vil se tornara excelente; de áspera, ligerísima; toda su doctrina congruente con Dios; el premio de su religión, el más apetecible al hombre; los pueblos todos de la gentilidad que han vuelto sus ojos hacia El; vuestra ley amada y venerada por ellos, por causa de nuestro Cristo. ¿Qué habéis notado en El que sea indigno de El? Nada ciertamente, sino que no es semejante al vuestro: avaro, ambicioso, amigo del regalo; que no brillaba por sus holandas, por sus sedas, por su oro, por su plata, por sus atavíos; que no le seguía un acompañamiento de lucidos cortesanos; que no prometía molicies ni deleites corporales: Pero ¡cuánto más valía y seducía lo que El prometió! No esperéis que, enviado por Dios, va a venir otro alguno, como vosotros os le imagináis. Dios

es Espíritu puro y se complace en bienes espirituales. Esas cosas corporales que más convienen al bruto que al hombre, El las descuida, las repugna. Sírvannos de ejemplo vuestros profetas, quienes, enviados a vosotros por Dios con excelencia de mente y humildad de carne, por esta misma razón ofendieron el espíritu de vuestros mayores, que le recibieron mal y le pusieron en cruz. ¿Y aprobáis vosotros este hecho? ¿Y no abomináis de El? Vosotros no ignoráis que son enviados por Dios, menospreciadores del fausto y comodidades de la vida y del cuerpo, semejantes a Aquel que los envió. A pesar de todo, con un poder visible, aun para los ojos del cuerpo, vendrá en el fin de los siglos, a juzgar Salomón en el *Eclesiastés*, después de haberse quejado muchas veces en propia o ajena persona, que todo en esta vida andaba mezclado y confuso y que no había diferencia alguna entre el bueno y el malo, entre el sabio y el necio, entre el religioso y el impío y que lo mismo les acontecía a todos, satisface esta queja con decir que ahora los tiempos son varios de variedad de cosas, pero que vendrá un tiempo en que todas las cosas serán una en que serán examinadas por Dios las obras y acciones humanas. El libro concluye con que todas estas cosas nos están ocultas, pero que Dios traerá todo acto humano a su tribunal y descubrirá todo lo que ahora se nos recata, sea bueno o sea malo. El profeta Isaías, en su capítulo tercero, expone dos juicios de Dios: *El Señor está en pie para juzgar y está para juzgar a los pueblos;* esto es, el juicio cotidiano de cada cual después de su muerte, privativo de la divinidad; por eso dice: *Está en pie.* Síguese lo que es propio de la humanidad de Cristo: *El Señor vendrá a juicio contra los ancianos de su pueblo y contra sus príncipes.* A Cristo dánsele por asesores los profetas y los santos, para confundir y quebrantar la contumacia de los malos; pero dar asesores a la divinidad, no es hacedero. Puesto que el primer juicio se ejecuta cada día, dice el profeta: *Stat:* está en pie. El segundo juicio, porque sólo una vez se ejecutará, dice: *Vendrá.* Que va a ser pavoroso aquel día, dícelo el mismo profeta en el capítulo trece: *Aullad, porque cerca está el día del Señor; como asolamiento del Todopoderoso vendrá. He aquí que el día del Señor viene cruel; y enojo y ardor de ira para tornar la tierra en soledad y raer de ella a los pecadores. Por lo cual, las estrellas del cielo y sus luceros no derramarán su lumbre; el sol se oscurecerá en nacimiento y la luna no echará su esplendor. Y visitaré la maldad sobre el mundo y sobre los impíos su iniquidad. Y haré que cese la arrogancia de los soberbios y la altivez de los fuertes abatiré. Haré más precioso que el oro fino al varón y al hombre más que el oro de Ofir. Porque haré estremecer los cielos, y la tierra se moverá de su lugar en la indignación del Señor de los ejércitos y en el día de la ira de su furor.* Todo esto es de Isaías. Ya ves con cuánta extorsión vuestras mismas profecías se aplican al Mesías que vosotros os forjáis, y con cuánta naturalidad se aplican al nuestro. Si alguno todavía no se aviene a creer que Jesús es el Cristo prometido en la ley, si no ve que todas las Escrituras, abierta e inequívocamente, le convienen en medio de tanta oscuridad y perplejidad de aquellas Letras, menester es que no crea nada de la ley judaica y que no es Dios quien dictó

aquellos oráculos y que no aconteció ni acontecerá cosa alguna de las que los profetas anunciaron. Por lo demás, de las cosas claras tome conjetura de las más oscuras, aplicando la luz de la razón y del juicio. Una y otra vez te repetiré la advertencia.

LIBRO CUARTO

CONTRA LA SECTA DE MAHOMA

PROLOGO

Es tan grande la parte del linaje humano adicta a la necedad de los sueños de los mahometanos, que para quien lo considera con la debida atención no hay cosa de mayor maravilla o de mayor lástima. Están persuadidos de tales aberraciones, que las refuta su solo enunciado, que se rebate y quebranta a sí mismo; nosotros no la atacamos tanto como ella se ataca a sí misma. Ojalá quisieran escuchar tan fácilmente como fácilmente quedarían desvirtuados.

CAPITULO PRIMERO

DIÁLOGO

CRISTIANO y ALFAQUÍ (1).

CRISTIANO.—¿Cómo te parecieron estos amenos paseíllos? ¡Cuán placiente el manso murmullo de ese arroyuelo que corre y bulle en su lecho de guijas!

ALFAQUÍ.—Tiempo hacía que ninguna vista me ocasionó tanto regalo. Admirable el aspecto del cielo; admirable la pintura del suelo.

CRISTIANO.—Admirable la obra del Artífice.

ALFAQUÍ.—Sin duda alguna.

CRISTIANO.—¿Cuánto piensas tú que es más admirable El que su misma obra?

ALFAQUÍ.—Cuanto nadie es capaz de imaginarlo.

CRISTIANO.—¿Pues y qué? ¿Tan grande piensas que es el Autor de todas las cosas?

ALFAQUÍ.—Por lo que a mí toca, si mi juicio no me engaña, creo que Dios es mayor y es mejor que lo que la mente humana es capaz de comprender.

CRISTIANO.—Siendo ello así, es menester que sea infinito en esencia y en potencia.

ALFAQUÍ.—Claro que sí.

CRISTIANO.—Y óptimo y sapientísimo y bienaventurado, y todo ello en grado superior a lo que pueda alcanzar el pensamiento.

---

(1) ALFAQUÍ.—Doctor o sabio de la ley entre los musulmanes.

E non trajo consigo sino un alfaquí que preciaban mucho los moros e era como obispo de su ley. (*Gran conquista de ultramar*. Ed. Rivad., tomo XLIV, pág. 200.)

En el su estrado possava—Albofacen, este rey—por sus privados enviava e por los alfaquies de la ley. (*Poema de Alfonso XI*, 1038.)

Los moros embiaron un alfaquí al Rey a le offrescer el castillo. (PULGAR: *Crónica de los Reyes Católicos*. Ed. Rivad., tomo LXX, pág. 388.)

El *alfaquí* o sacerdote musulmán ha arengado a los moriscos. (ALARCÓN: *La Alpujarra*. Ed. 1882, pág. 348.)

ALFAQUÍ.—Sin duda, El es todo esto que tú dices; ¿no piensas tú lo mismo?

CRISTIANO.—Yo pienso que no hay verdad que yo profese con mayor y más firme certidumbre. Con todo quise saber tu opinión, y ruégote que no la olvides y la mantengas en esa plática que vamos a tener y que no te apartes de ella un punto.

ALFAQUÍ.—No hay peligro; todo ello quedó muy grabado y fijo en mi ánimo desde la niñez por obra de un maestro mío, varón de mucha y variada erudición y que estaba imbuído no solamente en nuestros dogmas, sino también en los vuestros y en los judaicos.

CRISTIANO.—Cosa ciertamente muy rara entre vosotros. Pero tú haces muy bien y no es poca mi satisfacción de que hayas visto alguna cosa fuera. Y del hombre, ¿qué piensas?

ALFAQUÍ. — Ese mismo maestro mío, refería que Abdallá, uno de nuestros sabios, preguntado cuál era para él la maravilla mayor, respondió que la mayor maravilla del mundo le parecía ser el hombre; que en él había la parte superior, la mente o la razón; luego, las pasiones; luego, el cuerpo; que el cuerpo era el instrumento del alma o su morada o, como perecióles a algunos sabios de la antigüedad, su cárcel; que las pasiones o perturbaciones del alma nos eran comunes con las bestias, y que si la razón no las gobierna no existe entre el hombre y el bruto diferencia alguna y que el hombre degenera en mil géneros de fieras.

CRISTIANO. — Forzosamente ese maestro tuyo estaba excelentemente versado en el conocimiento filosófico de las cosas. ¿Y qué decía que había en la mente?

ALFAQUÍ.—La voluntad, dueña y señora de todo, cuyos actos nos hacen buenos o malos; la inteligencia, por la cual vemos lo que en cada cosa hay de verdadero o falso, bueno o malo, y, por fin, la memoria, que es el tesoro que recibe todas las cosas pasadas con anterioridad.

CRISTIANO.—Continúa, pues eso que dices me complace extraordinariamente. ¿Y qué sentía acerca de la muerte del mismo hombre? ¿Afirmaba que aquella fuerza y facultad tan excelsa y casi divina moría cuando el cuerpo moría, o muerto el cuerpo tenía una vida independiente?

ALFAQUÍ.—Que entonces vivía por fin y era inmortal.

CRISTIANO.—¿Por qué causa y para qué fin opinaba que el hombre había sido creado por Dios?

ALFAQUÍ.—Para su propio bienestar, mediante la obediencia a la ley divina.

CRISTIANO.—¿Para su propio bienestar, acá abajo o en la venidera inmortalidad?

ALFAQUÍ.—En la otra vida, porque en ésta, todo anda revuelto y confundido, y a buenos y a malos, indistintamente, les acaecen bienes y males.

CRISTIANO.—Muy bien; pues conviene que el bienestar del hombre inmortal sea inmortal y esto no puede realizarse sino en la inmortalidad. Pero ¿por qué camino será posible llegar a esa bienaventuranza imperecedera?

ALFAQUÍ.—Mediante el culto de Dios y la observancia de su ley divina.

CRISTIANO.—Y en conclusión: esa ley, ¿cuál es? Pues nosotros decimos que es la cristiana; los judíos, la mosaica; vosotros, la mahometana. ¿Qué decía tu maestro?

ALFAQUÍ.—El estaba convencido que la mahometana, y nos prohibía,

a tenor de lo mandado por el mismo Mahoma, admitir acerca de ella discusión ninguna ni hacer ninguna averiguación, sino mantener firmemente las tradiciones de nuestros padres y no apartarnos de ellas ni el largo de una uña. Mi padre fué mahometano; yo seguiré sus pisadas.

CRISTIANO.—Si yo pensara que eres hombre de ingenio tardo o nulo, como lo son la mayoría de los de vuestra secta, no añadiría una palabra más a las dichas por no perder el tiempo y el trabajo; pero como echo de ver que eres un hombre agudo y discreto y no ignorante de las cosas de la vida y la Naturaleza, no me pesará de platicar contigo de materia de tamaña importancia.

CAPITULO II

DE LO QUE SE HA DE DISPUTAR EN RELIGIÓN

CRISTIANO.—Sentémonos, si te place, aquí sobre la viciosa hierba, bajo este árbol tan coposo.

ALFAQUÍ.—Como tú quieras; pero no me lleves a disputar de nuestra ley, cosa que nuestro legislador tiene severamente prohibido.

CRISTIANO.—No quiero disputar ahora contigo de nuestra secta, puesto que me dices que vuestro legislador lo vedó con tan recias amenazas. Yo te pido no más que ambos a dos busquemos la razón de ese veto tan enérgico, pues para hacerlo tendría sus motivos.

ALFAQUÍ.—No cabe duda que los tuvo.

CRISTIANO.—¿Y cuáles debemos pensar que fueron?

ALFAQUÍ.—Que en el pueblo los hay muchos ignorantes, romos, lerdos, sin cordura, a quienes si se les explicase la razón de cosas tan sublimes, se desmoralizarían y concebirían escrúpulos, en menoscabo de su religión. ¿Acaso vosotros también no tenéis prohibidas las disputas acerca de la fe que profesáis?

CRISTIANO.—No voy a ser yo quien niegue que resulta peligroso que los ignorantes traten de los misterios de la religión; pero los instruídos, los más prudentes y los de más seso no solamente pueden hacerlo sin peligro, sino que deben.

ALFAQUÍ.—¿Quién puede haber tan instruído y tan cuerdo que conozca los consejos de Dios y sus temorosos arcanos?

CRISTIANO.—Pero dime: en el arte del pintor, del alfayate, del albañil, ¿no consigue el ingenio del hombre algún resultado, mientras otros quedan fuera de su alcance?

ALFAQUÍ.—Efectivamente.

CRISTIANO.—En el gobierno doméstico, familiar, político, unos más y otros menos, con la práctica y la experiencia adquirieron conocimientos apreciables; pero ninguno llega a la perfección.

ALFAQUÍ.—Así es.

CRISTIANO.—¿Pero qué más? Por ventura las obras de la Naturaleza, ¿no son sagradas y recónditas: el curso del cielo y las estrellas, los cambios de los elementos, de la vida, las fuerzas de las plantas y los animales y otras cosas innumerables? En ello se ejercita el ingenio humano, avanza todo lo que puede; deja de lado lo que es demasiado abstruso. Y eso mismo pasa en todo arte, disciplina, ciencia, conocimiento.

ALFAQUÍ.—Así parece.

CRISTIANO.—Y cuando el ingenio pide o da la razón, esta razón es la mejor y la más pura que puede labrar la fuerza de la mente. Eso mismo acontece con la religión cuando

se pide su motivo; no se pide lo que es más cierto ni lo más acabado, sino lo que puede alcanzar la diligencia humana. Dime: ¿No hay por ventura muchas cosas que a primera vista el espíritu no ve, y luego, con atención, diligencia y experiencia acaba por percibirlo?

ALFAQUÍ.—Así es, en efecto.

CRISTIANO.—Quiero que respondas a esa pregunta mía: con atención despierta y avivada y por el contraste de unas razones con otras, ¿qué se saca: la verdad o la falsedad?

ALFAQUÍ.—Dime eso más detalladamente.

CRISTIANO.—Si el ojo en el ver y el oído en el oír actúan con más indolencia y pereza que las pertinentes, ¿no se engañarán en muchos casos, creyendo haber visto o haber oído lo que no vieron o no oyeron, o no tanto, o no tal?

ALFAQUÍ.—Muy a menudo.

CRISTIANO.—Y si se les aguija y aviva, y miran o escuchan con detenimiento, ¿acaso no verán u oirán con seguridad, sin alucinación posible?

ALFAQUÍ.—No cabe duda.

CRISTIANO.—Valen, pues, la atención y la averiguación para dar con la verdad; la mentira, en cambio, se agazapa en la apatía y en la indolencia. Acontece que si aflojas las riendas al ingenio, si no te esfuerzas por indagar o escrutar se te echará encima el engaño con demasiada facilidad. Pero si especulares y buscares y confirieres razones y causas, acontecerá que la verdad se te demostrará casta y desnuda, podada de hojarasca. Si alguno te mostrase algún nuevo invento y te dijere que lo mirases con los ojos entornados o, mejor, cerrados del todo y que lo oyeses con los oídos obturados, ¿qué no sospecharías de aquel engendro? ¿No pensarías en algún contrabando?

ALFAQUÍ.—Grande sería mi recelo.

CRISTIANO.—¿Y qué se te ocurriría si el que introduce una ley nueva y una nueva norma de vida y un culto nuevo, distinto de los anteriores, y no dijese más que estas palabras: Esto es la verdad pura; creedlo, Dios lo manda; Mahoma en el Alcorán hace a Dios hablar consigo y dice: Si alguno quisiere disputar contigo, dile que tú volviste tu rostro a Dios y a sus seguidores; haciéndolo así tanto los sabios como los ignorantes, observarán la ley. ¿Qué impostor o qué charlatán no pudiera decir esto mismo, si ello fuera suficiente?

ALFAQUÍ.—Pero viniendo de Dios no se ha de pedir la razón.

CRISTIANO.—¿Y cómo sabes que viene de Dios? No admite razones, no robustece su doctrina con milagros que ninguno hizo, ni con pruebas concluyentes que no las tiene y confiesa que no fué enviado con poderes de taumaturgo. ¿Quién hay que para todas sus ficciones no pueda añadir: Esto es verdadero, cierto, viene de parte de Dios; no lo dudéis, no lo averigüéis? Linaje de mentir el más irresponsable y seguro ese de no querer razón de lo que dices y echar la responsabilidad sobre Dios, a quien nadie puede interrogarle.

ALFAQUÍ.—¿Piensas tú que Mahoma fué tan protervo y tan impío que pusiera su mentira al abrigo de Dios? ¿Acaso no temería algún castigo grave por una ofensa tal? ¿Cuál es el más malvado, la hez de los mortales, sino aquel que atribuye la mentira a Dios y que dice ser enviado de El sin que en realidad lo sea? ¿No dice muy a las claras que esa mentira le causa horror? Y en otros lugares maldice y condena

con suma energía a los mentirosos.

CRISTIANO.—Eres simple en demasía si hablas con sinceridad, o, mejor, eres un aldeano perfecto. ¿Qué otra cosa dicen todos los mentirosos sino que son veracísimos, y reniegan de la mentira y dicen pestes de los mendaces? O bien, creían que no iba a haber castigo alguno en el futuro o no querían pensarlo. Muchísimos entre vosotros, por el aliciente de las comodidades más livianas, nos acusan de fechorías capitales y ellos se implican en delitos de que no saben desenvolverse. ¿Qué no haría Mahoma por causa del reino, por sólo el cual dijeron algunos que el derecho podía ser violado? Pluguiera al Cielo que en estos fementidos tiempos nuestros no tuviéramos tantos y tan crueles ejemplos. Para entender todas las cosas que fueron creadas por Dios, hasta el punto que nos es conveniente, Dios atribuyó, como poco ha decías tú muy bien, las luces de ingenio y la facultad de conocimiento, así de las cosas presentes como de las pretéritas. Provisto el hombre de esos dones, hace muchos adelantos en las cosas de acá abajo y de las cosas de acá abajo se empina a las superiores, como vemos en el curso mismo de los estudios y de la vida toda que el ejercicio del ingenio conduce de lo pequeño a lo grande, de lo humilde a lo sublime, de lo claro y lúcido a lo oscuro y a lo abstruso. El que confía en su propia verdad, no teme nada el examen del ingenio; al contrario, lo llama y lo aguza hasta donde puede. Mas vuestro legislador, que harto sabía cuál era la ley que daba y cuál la fórmula de vida y de religión que introducía, no solamente os apartó de su consideración y crítica, sino que, de haber podido, os hiciera mudos y ciegos, como estatuas de piedra. El no os permite hablar de sus leyes ni sopesar lo que dice y la razón porque lo dice. Los notables de vuestra secta os ojean y alejan de las letras y de toda especulación generosa, y no os conceden el conocimiento de la Historia, como si fuerais seres irracionales, sin entendimiento y sin memoria. Pero el mismo Mahoma suele usar de una grande inconsecuencia, pues en otro lugar dice: *Sé afable siempre con todos los hombres, menos con los malos, y cambia con ellos palabras honestas*. No excluye, pues, la disputa en absoluto. Yo querría oír de tu boca, ya que no estás del todo ayuno de ciencia, ¿qué opinas ser lo más grato y más conveniente al ojo?

ALFAQUÍ.—Contemplar vivos, varios y lindos colores combinados con maestría.

CRISTIANO.—Y al oído, ¿qué es lo más placiente y congruente?

ALFAQUÍ.—Oír concierto de sones blandos y melodiosos.

CRISTIANO.—¿Tiene, pues, cada una de las facultades del ser animado alguna cosa determinada, conforme en sumo grado con su naturaleza, en el que goza de su mejor regalo?

ALFAQUÍ.—Sí, lo tiene.

CRISTIANO.—¿Y qué diremos que contiene la memoria?

ALFAQUÍ.—El recuerdo de las cosas pasadas.

CRISTIANO.—¿Y el ingenio?

ALFAQUÍ.—La verdad de cada cosa.

CRISTIANO.—¿Por qué, pues, no ejercitáis la memoria en la evocación de las cosas idas y el ingenio en la investigación de las cosas? Es que vuestros superiores y los principales de los alfaquíes, que la historia, las artes, las ciencias y, en una palabra, todo cultivo del ingenio, son enemigos irreconciliables con vuestro Alcorán, y por eso os

los quitan y os los esconden. En cambio, no hay arte ni conocimiento alguno contrarios a nuestra religión, sino que más bien le son amigas, le son útiles, se acomodan a ella, porque una verdad no contraría nunca a otra verdad, sino que congenia con ella y la sirve. Mas vuestra mentira es combatida por toda verdad. Esto hace que los más sabios de nuestra religión son los más religiosos, al paso que entre vosotros, si algunos llegaron a catar un poco de sabor de letras y a reunir un poco de erudición, ésos, inmediatamente, se apartan de vuestras ciegas creencias.

CAPITULO III

DE MAHOMA

CRISTIANO.—Estudiemos primero la dignidad del legislador, pues de ahí dimana la primera autoridad de las leyes para que fácilmente se entienda si fué realmente enviado por Dios como institutor y maestro de la vida de los mortales, o si él, por sí mismo, se alzó con esa misión, por avidez de poderío y de mando. En sus primeros años, Mahoma fué pobre y perpetró latrocinios; más tarde, habiendo conseguido un matrimonio opulento, militó bajo el emperador Heraclio, entre los árabes, sus paisanos. En estas campañas halló la coyuntura del encumbramiento y el poder, porque, enojados los árabes con Heraclio y desertado de sus banderas, él se metió en las filas de esos desertores sublevados y exacerbó más su animosidad contra el emperador y les confirmó en su defección. Entonces una parte de esos soldados proclamaron por jefe suyo a Mahoma, como es frecuente en toda sedición que se encaraman en el mando quienes aprueban la revuelta y atacan a los poderosos y a los príncipes. Eran muchos los que sentían asco y desdén por la humildad de su cuna y las aventuras y sordidez de la vida anterior del nuevo jefe. Y él, para sacudirse aquel menosprecio, recurso el más fácil y eficaz ante la plebe estúpida, tendió sobre todos sus actos un velo de divinidad, no ya galleando como jefe y caudillo encaramado por el favor militar, sino como profeta y misionero del Dios Todopoderoso, con el fin de conseguir con aquellos humos de divinidad que todos le fueran obedientes. Y con efecto, ¿quién osará contravenir los consejos y voluntad de Dios, y a aquel a quien el que fabricó la máquina del cielo y de la tierra escogió para que desempeñase su embajada? Vieja traza es ésta, practicada por Minos, Licurgo, Numa, Escipión, Sertorio.

ALFAQUÍ.—Mahoma no conocía a ninguno de éstos.

CRISTIANO.—No me cuesta nada el creerlo, aun cuando no lo jures. No inspiró su invención en el arte de ninguno de ellos sino aquel recurso tan expeditivo de todos los bellacos y ladrones, cuando ya no tienen con qué escudarse. En nuestros días, hemos visto en España capitanes de motín que decían tener confirmación de Dios para aquella empresa y que no acometían proyecto alguno sino por mandato de Dios; pero a esos infelices, el ardid les resultó mal y a Mahoma le salió muy bien. La trama de su negocio era que Dios había, de buenas a primeras, enviado a Moisés al género; después de Moisés, a Jesucristo, pertrechados con el don de obrar milagros, pero que los hombres no les prestaron docilidad y que, en vista de ese fracaso, resolvió enviar a Mahoma sin milagros, pero con armas, a fin de que los que no se ha-

bían dejado convencer por la taumaturgia, lo fuesen por el dinero; que él era el postrer enviado y que ya no había otro; que él había sido anunciado por Cristo en el Evangelio, profetizado por una admirable luz, que por Eva, a través de la sucesión del humano linaje, fué pasando hasta su madre. ¿No está todo eso en el Alcorán?

ALFAQUÍ.—Sí que está, y todo ello muy verdadero y digno de veneración.

CRISTIANO.—Poco a poco iremos tocando otros puntos. Ahora, éstos.

CAPITULO IV

DE LAS ARMAS

CRISTIANO.—¿Cuál es la misión de las armas?

ALFAQUÍ.—La coacción.

CRISTIANO.—Si Dios quiere coaccionar a alguno, ¿qué falta le hacen las armas? Por ventura, el que creó y el que sostiene, ¿no puede doblegar y obligar a su antojo? ¿Qué es lo que más cuenta: atraer los ánimos al propio sentir por la persuasión o la coacción física?

ALFAQUÍ.—La persuasión.

CRISTIANO.—La ley, ¿a qué se da: al cuerpo o al alma?

ALFAQUÍ.—Al alma.

CRISTIANO.—¿Y a qué parte del alma: a la memoria, al entendimiento, a la voluntad?

ALFAQUÍ.—A esa tercera, a la voluntad.

CRISTIANO.—Y la voluntad, ¿pueden coaccionarla las armas o cualquier otra fuerza humana?

ALFAQUÍ.—De ninguna manera.

CRISTIANO.—Y, pues, a la voluntad, ¿cómo se la guía?

ALFAQUÍ.—Con avisos, con persuasiones, con razones, con milagros.

CRISTIANO.—No cabe respuesta más discreta. Es, por tanto, propio de Dios, que estableció la ley, obligar a los cuerpos no por la violencia de las armas, sino con la virtud de los milagros y ganar los ánimos por el convencimiento. Esto hicieron Moisés y Jesucristo, pues aquello que dice Mahoma, a saber: que los hombres no les obedecieron, es mentira paladina. A Moisés le obedecieron los judíos y a Cristo casi el universo mundo, y aun ahora, muy muchas naciones, y en vida de Mahoma, muchas también. Dime, por favor: ¿Cómo podía demostrar más claramente haber sido enviado de Dios, como obrando lo que sólo Dios puede obrar y que concede exclusivamente a aquellos que El mismo envía para salud de los hombres? Pues en aquello que dice, conviene, a saber: que a los incrédulos no les aprovecha milagro alguno, no se entiende a sí mismo, como en otras sentencias suyas. ¿A quienes llama incrédulos? Si a aquellos que de ningún modo han de creer, yo le digo que con éstos ni milagros ni armas han de poder nada. Pero si para él los incrédulos son los que no creen o que son difíciles de persuadir, para ésos más eficaces serán los milagros que las armas. El mundo volvió a mejor seso con los milagros de Cristo y de los Apóstoles, que con las victorias de los persas y de los romanos. Empero, Mahoma consiente de no tener el don celestial de obrar cosas que superarán las fuerzas de la Naturaleza, apeló al recurso fácil de decir que había sido enviado guarnecido de hierro. Pues bien, ese fanfarrón con armas fué tundido alguna vez y recibió en la cara una linda herida, y perdió unos cuantos molares y dientes, y fué echado en una hoya bien aporreado, y precisamente

un día después que se había prometido la victoria a sí y a los suyos por aviso celestial. Diré más: en sus buenos tiempos de forajido, fué muchas veces apaleado por los drianitas, cuyos camellos desvalijaba en su viaje, de regreso de la Meca. Y esa misma ciudad que actualmente le adora, le condenó a pena capital como pillastre el más facineroso, y puso precio a su cabeza, si alguno lo entregaba vivo o muerto. Este es el soldado de Dios, que antes fué ladrón, luego militar sublevado, luego desertor y luego capitán del ejército perjuro. Pero que sea invicto, si quieres. ¿Qué tiene más que Alejandro, o Julio César u otros muchos caudillos no vencidos, cuya gloria militar y cuyas bravas hazañas jamás igualó Mahoma, que había recibido las armas del Cielo? ¿Y qué, si como vemos a menudo en el juego sangriento de las armas, que la causa peor vence a la mejor? Dígote eso porque entiendas que las guerras no son de equidad divina, sino de malicia humana. Sea de ello lo que fuere, Mahoma no ignoró que la mansedumbre, la clemencia, la humanidad son armas más divinas que esotras de hierro y de acero, fabricadas por las manos de los obreros; por eso dice: Fuí enviado por Dios a los hombres con la piedad y la misericordia. Dice también que la persuasión es arma más de Dios que la violencia y la coacción. Por esto dice en otro lugar: No hay violencia en la fe. Y dice de nuevo: Por causa de la ley no hagáis violencia cuando hubiereis mostrado el camino recto y el torcido. Si él hubiese observado esto mismo que decía, se quedara sin fuerza el reino del profeta y vacante y desierto el principado. Nadie hubiera sido llevado a asentir por la persuasión a una secta tan absurda y pueril. ¿Y qué empleo hubiera tenido el hierro si nadie era coaccionado y la cosa tenía que resolverse, no por espadas, sino por razones? Por eso, como olvidado de sí mismo, dice en otra parte: *Si no admitieres mi escritura y creyeres que me fué enviada desde el Cielo y confesares que yo soy el profeta enviado de Dios, yo arrebataré toda tu hacienda y llevaré tu mujer y tus hijos a la cautividad y a ti te daré muerte.* Y dice él mismo: Fieles míos, ¿qué os reportan vuestros tratos con aquellos incrédulos? Con ninguno de ellos contraigáis negocio, sociedad o amistad si primeramente, por el camino recto de Dios, no sale a pelear o a coger botín. Y si se negare a hacerlo, dondequiera que le halléis, matadle si es posible. Todo esto dice él. ¿Qué puede decirse más congruente y decoroso para Dios y para un profeta? Por eso en vuestra lengua y con aquel nombre designáis a quienes se agregan a vosotros, con lo cual se da a entender que ellos se conservaron a sí mismos y su fortuna y su familia, mediante la profesión de la ley mahometana. ¿Y qué pasa si no puede pelear o saquear el anciano y el inválido? ¿Y qué si no quiere y siente aversión de la sangre y de la matanza? No está en su libre albedrío el hacerlo, sino en el vuestro para obligarle a hacerlo. Esta es aquella seguridad y descuido, por la cual dice que nadie puede ser arrastrado sin voluntad y todo lo relega a la autoridad y querer de aquel por quien fué enviado. ¿No entiendes que no solamente las palabras están en pugna con los hechos, sino consigo mismas, de forma que ni aun en el lenguaje, que es lo más fácil, pudo ser consecuente con él mismo? Cuando un rey ha de enviar un legado o un embajador, ¿por ventura

no le escoge de entre todos los suyos el que más pueda mantener y realzar su dignidad?

ALFAQUÍ.—Sin duda alguna.

CRISTIANO.—¿Quién conviene, pues, que sea enviado de Dios, sino aquel que más se le asemeje en santidad, en inocencia de vida, en sabiduría y en otras virtudes, soberanas e infinitas en Dios, como lo fué Moisés y mejor que Moisés, Cristo, según el testimonio de vuestro legislador? El mismo Mahoma, que, antes de asumir la embajada que iba a desempeñar en nombre de Dios, era pésimo, lo fué más en el desempeño de su legación. El mismo hombre abierto y simple manifiesta lo que no podía negar, teniendo tantos compinches y testigos de sus bellaquerías, a saber: que fué primeramente pecador y hombre facineroso, pero que sus pecados fueron perdonados por Dios. ¿Y cuáles fueron aquellas sus primeras fechorías? Era ladrón, robador a mano armada, homicida, adúltero asqueroso y esto mismo continuó siendo después de haber bajado del Cielo sin mudas una tilde de su inveterada bellaquería y crueldad. En una palabra: Mahoma fué tal como tú no querrías que fuese un hijo tuyo. ¿Quién va a creer que Dios le escogió para una misión tan elevada, sin que le hubiera hecho mejor? ¿Puede bondad tanta recaer en un hombre, sin que le haga bueno? ¿Y tanta pureza sin que le purifique? Pero porque nadie fuere osado de reprender o vituperar los crímenes y maldades que paladinamente el profeta declaraba, los escudó todos con la autoridad divina que interpuso, y confirmó que en realidad había hecho todas aquellas campañas, matanzas, pillajes y adulterios. Y no se contentó con ser malo y malvado, sino que hizo autor y causa de sus fechorías a Dios, padre de la bondad y de la justicia y aborrecedor de los vicios; mueve guerras, las acaudilla, roba, mata y dícese enviado por Dios con poderío militar; es incestuoso, adúltero, estuprador de vírgenes, atropellador de casadas; hace a Dios rufián suyo y dice que Dios le dió tanto poder sexual como a cuarenta varones juntos. ¿Puede concebirse mayor obscenidad? ¿Adónde iba esa tan monstruosa capacidad generativa sino no sólo impune y licenciosamente, sino, también, bajo alguna especie de religión, a que por la simplicidad y superstición femeninas se le admitiera al concúbito, permitiéndole el marido o el padre, y aun con algún sentimiento de reverencia para con la autoridad de Dios, que con tan larga mano le concediera aquel don?

ALFAQUÍ.—¿No piensas tú que el robar es cosa fea?

CRISTIANO.—Sí que lo pienso.

ALFAQUÍ.—Y a pesar de ello Dios lo permitió a los hijos de Israel cuando salían de Egipto. Muy bien, pues, pudo ser indulgente con la libídine de Mahoma.

CRISTIANO.—Larga distancia va entre el hurto y el goce venéreo, que siempre lleva aneja alguna inmundicia, y si es en mujer de otro, es obscena de todo punto. Este hurto a que te refieres de algún oro y plata se les concedió para un uso más digno, a saber: para con esos metales labrar el tabernáculo del Señor. En cambio, aquella desenfrenada y arrolladora lujuria de Mahoma, ¿qué fruto había de tener, especialmente cuando a pesar de toda su potencia sexual no engendró sino una niñita ruin? El simbolismo de aquella sustracción era más elevado, a saber: que quienes pasan de Egipto a la tierra de promisión, esto es, de la carne al espíritu, despojen su

carne de todas aquellas cosas que no pueden servir ni rendir provecho al espíritu. Y si aquel poco envidiable don fué concedido por Dios a Mahoma, enviado tan grande, profeta tan grande, ¿por qué a ninguno de los otros profetas no se les permitió, ya no diré tanto, sino nada en absoluto? Y si este don es digno de Dios, que lo concede, y del profeta, que lo recibe, todos deberían desearlo y encenagarse en aquel pegajoso y hediondo atolladero. Y si vosotros hubierais contenido la más chica y flaca porcioncilla de la divina naturaleza e ingenio, conoceríais instantáneamente cuál era ese vuestro nuncio divino, que se jactaba de haber recibido de Dios esa pujanza y capacidad de torpeza, esa licencia tan bestial y desenfrenada de lujuria. Si era tan pariente, tan acepto, tan amado de Dios, hubiérale Dios infundido con largueza no deseo de riquezas, no deseo de placeres, no deseo de rapiñas, sino la excelencia de sus virtudes, como a Moisés, a Cristo, a Juan y otros que vosotros mismos confesáis que a Dios le fueron muy caros.

Alfaquí.—No niegan algunos de los nuestros que fué un bellaco y un perdido nuestro nuncio; pero Dios elige a quienes quiere y no se le debe pedir explicación alguna de sus actos.

Cristiano.—Eso último sí que nunca; pero no deja de ser cierto que tanta familiaridad y pláticas tan frecuentes con los ángeles y con Dios, y la misma ley que le fué enviada del Cielo le hubieran hecho más santo. ¿Qué es eso de que Dios dé a los hombres la fórmula del bien vivir, de la religión, de la santidad por medianería de un hombre ajenísimo de aquellas virtudes, de guisa que nada discrepaba más de aquella norma como la vida del legado medianero? ¿Y qué cosa puede ser más equitativa y razonable como que los hombres se acomoden y compongan al ejemplo de aquel que ven que es admitido al comercio con los ángeles, al coloquio con Dios; que por el mismo Dios se le ha puesto al frente del mundo para establecer las leyes de la vida y la santidad? ¿Cúya vida y costumbres imitarán los hombres, si a éste rechazan y desprecian? ¡Cuán necio es e impío aquel cuentecillo de la luz! Si constase en el Alcorán lo refutaría copiosamente, pero puesto que es invención de alguno de los vuestros, lo tocaré brevemente y de soslayo. Cuentan que fué creada una luz increíble en Adán, semilla y origen de Mahoma. Esa luz, engendrado ya Set, pasó a Eva y de Eva a Set, y de Set a su esposa, luego de concebido aquel que debía propagar el linaje y a continuación, por orden, a través de los padres hasta Mahoma. Y siguen encareciendo que esa luz fué tanta que todos los seres animados le admiraron. Menester fué que fuese más grande que la luz del sol, pues los animales irracionales no admiran esa luz solar. ¿Quién se acordó jamás de cosa tan inusitada y estupenda? ¿Dejara a un lado tamaño prodigio Moisés, quien se detiene en los más insignificantes pormenores referentes a los patriarcas? ¿Lo hubieran pasado por alto todo el cuento sin cuento de los otros escritores que hubo desde la creación del mundo hasta el nacimiento de Mahoma? ¿Qué necesidad había de luz para la revelación de Mahoma, como si Moisés y Cristo no hubieran sido nuncios de Dios, sin la luz de marras? Mas, cuando se llegó a Abrahán, aquel resplandor no emigró a Isaac a través de Sara, sino a Ismael por Agar. Y eso que las promesas gloriosas

hiciéronse a la descendencia de Sara, no a la sóbole de Agar y de Sara por Isaac arranca el origen de Moisés y de Cristo, que el mismo Mahoma confiesa que son mayores y más santos que él mismo. Finalmente, esa luz llegó a la madre de Mahoma, de la cual toda pasó a Mahoma, y en Mahoma se detuvo. Si esta luz pasó de sus padres a Mahoma, ¿cómo el mancebo fué idólatra y salteador de caminos y no desde el primer instante de su concepción santo y venerando? ¿Quién no le adoraba como bajado del cielo, viendo en él un tan maravilloso indicio del favor divino? ¿Qué necesidad tuvo de otros milagros u otras pruebas de su divina legación? Dice que él no estaba revestido del poder de obrar milagros: ¿qué milagro más grande que éste y más manifiesto? Basta ya de esa luz; tan absurda y pueril me parece esta conseja, que yo no dudo que va a parecerlo igualmente a cualquiera de vosotros que la examine con atención. Voy ahora a lo que decís, a saber: que Mahoma fué prometido por Cristo, pero que los nuestros borraron esa profecía, pues en aquel lugar en que dice: *Y os enviaré el Espíritu consolador*, estaba escrito Mahoma, pero que este nombre fué raído por los nuestros por el odio que os profesan. Ante todo os pregunto: ¿Quiénes lo borraron? ¿Los anteriores a Mahoma o los posteriores? Los anteriores no tenían motivo alguno, pues no sabían quién o cuál había de ser ese Mahoma; al contrario, en buena lógica debían creer que sería el mejor de los profetas, un profeta divino, que no solamente estaba recomendado por Cristo, sino que dejó mandato de que le esperasen. Los posteriores no lo fueron, pues el propio Mahoma se queja de ese borrón. ¿Qué más? Existen los Evangelios, escritos antes de la era de Mahoma, y ni contienen mención ni alusión alguna de Mahoma, ni en aquel pasaje hay tachadura alguna. ¡Tantos escritores cristianos como precedieron a Mahoma, diferentes en opiniones, partidos, pasiones y ninguno de ellos hace mención de Mahoma! Si Jesucristo hubiera impuesto la expectación de Mahoma, hubiera sido de parte nuestra maldad tan grande no esperarle antes que viniese, y luego de venido no recibirle, que equivaliera a renegar de Cristo. Cordial y feroz veo que es el odio entre nuestra gente y la nuestra; los unos para con los otros no somos hombres, sino perros, descarnados de toda humanidad. Lo propio sucede con nosotros y los judíos; lo propio con los judíos y vosotros. Mahoma dice que Moisés fué enviado por Dios, y que Jesús, el Verbo de Dios, nació de María Virgen. ¿Creerá alguno de vosotros que puede pensar y hablar de otra manera?

ALFAQUÍ.—Fuera ello un gran crimen.

CRISTIANO.—Seguramente; pero no por amor nuestro o de Cristo, sino por el testimonio de vuestro profeta.

ALFAQUÍ.—Así es; si nuestro profeta no lo hubiera testificado, no creeríamos nada de eso.

CRISTIANO.—Es razón, pues, que tú pienses eso mismo de nosotros. Nosotros leemos los libros del Antiguo Testamento; los ponemos sobre nuestra cabeza; sabemos con inconmovible certidumbre que son oráculos de Dios todopoderoso. Creemos que Moisés fué un varón de Dios; creemos que los profetas fueron santos por el testimonio de Jesús, quien, si nos hubiera recomendado a Mahoma, sería para nosotros más santo que todos ellos, como el

propio San Juan Bautista, cuyo elogio de Jesús tenemos de Jesús: *Entre los nacidos de mujer, ninguno se levantó tan alto.* No de otra manera fuera Mahoma esperado y deseado de los nuestros que lo fué de los Apóstoles el Espíritu consolador que diez días después de la ascensión les colmó de dádivas divinas.

CAPITULO V

CONVENIENCIA DE QUE CRISTO VINIERA EL ÚLTIMO

Cristiano.—Vosotros decís que el postrer enviado de Dios fué Mahoma, y que después de él no había de haber otro; que él trajo la fórmula religiosa definitiva y universal, a la cual la posteridad no añadirá ni quitará una tilde. ¿No es eso?

Alfaquí.—Eso es.

Cristiano.—Por ende, la legación de Mahoma, así como es la última. es la más principal y acabada.

Alfaquí.—Eso es.

Cristiano.—Dime, por favor: ¿A quién conviene que se confíe la legación más destacada, según aconsejan la prudencia, la experiencia, el buen sentido y la lógica, sino al legado más distinguido? Cuando ha de tratarse un negocio de la máxima importancia y que interesa al supremo gobierno del reino, ¿a quién se envía sino al más allegado del rey y a su más íntimo? Y aun a veces es el rey en persona que se pone al habla con aquellos que traen el negocio en sus manos. Comienza la cosa por ser tratada por los inferiores y al final, para que la autoridad sea absoluta, perfila y da las últimas puntadas al asunto el que tiene la soberanía. Comparemos desde este momento a Cristo con Mahoma, no con textos nuestros, sino del Alcorán y de vuestra secta. Cristo es el Verbo de Dios; Mahoma, no más que un hombre. Cristo es el Mesías, prometido a los santos padres, anunciado por el ángel a la más excelente de las vírgenes. Mahoma es un hombre desconocido y vulgar; Cristo, siempre santo; Mahoma, en tiempos, fué profano, aventurero, vagabundo, salteador de caminos; adorador de ídolos; Cristo, doctor sapientísimo; Mahoma, ayuno casi del todo de cualquiera erudición y que no entendía su propio Alcorán; Cristo, bien cierto, de sí y de los suyos; Mahoma, incierto, como él mismo confiesa en el Alcorán; Cristo, viviente o, como decís vosotros, arrebatado al Cielo por Dios, o, como decimos nosotros, restituído a la vida; Mahoma, muerto y vuelto podredumbre y polvo. Finalmente, ni el mismo Mahoma niega que no sea muy inferior a Jesucristo. ¿A cuál de los dos era razón que se le encomendase la última legación que debía poner el sello a la norma de la religión y de toda la vida? Convenía, pues, que Mahoma, si era enviado de Dios, viniera con los otros profetas antes de Jesucristo o que después de Jesucristo no fuese enviado ningún otro. Hay más. Cristo, para confirmación de su ley divina, aducía pruebas y milagros, que cuantos los veían no podían dudar ser obra de un poder divino y que superaban toda facultad de la Naturaleza. Vosotros testificáis de vuestro Mahoma que devolvió la vista a ciegos, la salud a leprosos, oído a sordos, luz y vida a muertos y otros innumerables prodigios. En cambio, vuestro profeta dice no haber obrado milagro alguno, siendo así que el milagro es la señal más cierta de la divinidad, es decir, la demostración visible y palpable de que él o el que

le envió es superior a las leyes de la Naturaleza. Eso vosotros, aun cuando ignorantes y despreocupados, no dejáis de barruntarlo y alcanzarlo algún tanto, puesto que contra el propio testimonio de Mahoma, que dice no haber hecho milagros ni haber recibido de Dios este don, se los atribuís; y qué milagros. Milagros absurdos, milagros tontos que evidencian su artificialidad, como que la luna un día se hizo pedazos y uno de esos pedazos cayó en la manga de Mahoma y que él lo devolvió al cielo y la luna volvió a su entereza primitiva; y que hizo hablar a un camello hembra, y de noche, por cierto, ¿para qué?, y que por el aullido de un lobo conoció que era el rey de los lobos. ¿Quien, oyendo eso, puede no soltar la carcajada?

ALFAQUÍ.—Pero es el caso que vosotros decís que después de Cristo fué enviado el Espíritu Santo. Luego otro vino después de él.

CRISTIANO.—No es otro; es el mismo Espíritu de Cristo; y éste vino, no como Mahoma, para volverse luego al punto, sino para quedarse para siempre jamás en la Iglesia, como su Maestro y su Consolador, y suplir la ausencia de la humanidad de Cristo. Así que muy otra es la misión del Espíritu Paráclito de la de Mahoma, pues el Espíritu nos trajo y nos infunde lo que Mahoma no pudo traernos ni infundirnos.

CAPITULO VI

DEL ALCORÁN

CRISTIANO.—Vengamos ya a la ley que dice que el Cielo le entregó para que la comunicase a los hombres, que es un monumento de inconsecuencia desconcertante, pues en un lugar dice que tiene una nación particular a quien va enviado y que nadie entenderá su Alcorán, si no es árabe o no conoce el árabe, y en otro lugar dice que es portador de leyes para todos los pueblos.

ALFAQUÍ.—Y vuestro Jesús, ¿no decía no haber venido sino por los hijos de Israel?

CRISTIANO.—Mahoma pretendió ser el jimio o mona de Jesucristo. Porque Cristo había dicho esto, él no quiso ser menos y se acotó también un pueblo para sí. Cristo vino a los hijos de Israel porque a ellos estaba prometido a los merecimientos de sus progenitores Abrahán, Isaac, Jacob, David, y porque era la única nación del mundo que conocía al verdadero Dios. A los árabes, ¿para qué había de ir un especial enviado del Cielo? Cristo cumplió lo que dijo; a nadie predicó sino a los israelitas; a sus discípulos, en cambio, les envió al universo mundo. Observa la diferencia grande que hay entre nuestro Evangelio y vuestro Alcorán. Vuestro libro sagrado es oscuro, difícil, intrincado, y nadie, si no es árabe, es capaz de entenderlo; el texto evangélico es todo llaneza y facilidad; en la lengua que fuere no puede haber cosa más clara y es abierta y asequible a todos aquella su filosofía, que se vulgarizaba para la salvación de todos. ¿Y qué más, si el mismo Mahoma dice que él no entiende el Alcorán y que nadie le entenderá sino Dios? ¿Qué provecho pueden sacar los hombres de una doctrina que los hombres no entienden? Dime, por favor: cuando un hombre sabio habla a un auditorio de aldeanos y les inculca que hagan tal o cual cosa, ¿acomoda lo que dice a su preclaro entendimiento, o se apea y se pone al nivel de aquellos a quienes habla?

Alfaquí.—Se pone al nivel de su auditorio, como es lo natural y lo razonable.

Cristiano.—¿Y cómo piensas que debe hablar Dios cuando habla a los hombres y en qué sentido debe expresar sus palabras y sus sentencias? ¿Dirá lo que en congruencia con su sabiduría infinita nadie va a entender o lo que se adapta y acomoda a la cortedad del ingenio humano?

Alfaquí.—¿Es que tú penetras las causas del divino consejo y alcanzas a saber por qué Dios hace cada cosa?

Cristiano. — Una cosa es que la fuerza de nuestra mente penetre las causas de las obras divinas y otra muy diferente es entender lo que El nos dice. Y si Mahoma escribía de las causas y razón por que Dios hace cada cosa, ¿quién le hubiera entendido, expresándose así? Pero esto no es propio del Alcorán. En toda acción y obra de la Naturaleza, ¿quién es capaz de precisar las causas de los cielos, de los elementos, de los animales, de nuestros cuerpos? Pero Mahoma no hace caso ninguno de lo que habla ni de cómo, según te demostraré en la práctica siguiente.

CAPITULO VII

DE LA CORRUPCIÓN DE UNO Y OTRO TESTAMENTO

Alfaquí.—No es de admirar que el Alcorán discrepe de vuestros libros, que vosotros corrompisteis y adulterasteis.

Cristiano.—¿Quién dice eso? ¿Es Mahoma?

Alfaquí.—No él precisamente, sino que nosotros lo hemos averiguado tras él.

Cristiano.—Sí; con este argumento: el Alcorán y ambos Testamentos difieren entre sí. El Alcorán, por fuerza, es verdadero, íntegro, auténtico. Por fuerza, ambos Testamentos están viciados y tergiversados.

Alfaquí.—Con este argumento que no tiene vuelta de hoja.

Cristiano.—¿Y por qué no al revés? El Alcorán y ambos Testamentos discrepan entre sí. Uno y otro Testamento, deducidos de las más antiguas fuentes, se conservan íntegros, inviolados y, por ende, verdaderos. Luego el Alcorán está depravado, extorsionado y falseado.

Alfaquí.—A nosotros no nos es lícito sacar esa conclusión.

Cristiano.—A vosotros no os es lícito sacar esta conclusión. Y a los otros, ¿lo será admitirla?

Alfaquí.—Los árabes no se preocupan de los otros.

Cristiano.—No es el camino de la verdad el que os conduce a ese convencimiento, sino vuestra ceguera de desalumbrados. Pero acerquémonos más a la cuestión. Decís que ambos Testamentos están depravados. Hablemos primero del Evangelio. Nuestro Señor nada escribió de por Sí; lo que llevó a término entre los hombres lo consignaron por escrito no uno u otro, sino cuatro, en diversos tiempos y lugares. Yo pregunto: ¿Fueron éstos los que adulteraron el Evangelio? Estos no pudieron adulterarlo, porque de ellos manó y ellos fueron sus autores. En otro caso: ¿dónde está ese Evangelio que Mahoma denomina el libro de la vida, de la salud, de la dirección? Antes de ese libro del Evangelio no hubo otro, de manera que pueda decirse que ése fué viciado y que el otro fué el libro de salud. Añade a esto que estos Evangelios fueron escritos cuando aún vivían muchos de aquellos que habían co-

nocido personalmente a Nuestro Señor y le habían tratado; y quienes escribían en épocas y lugares diferentes no pudieron coincidir en la adulteración. ¿Y qué más si estos Evangelios fueron escritos y aprobados por aquellos varones que Mahoma recomienda, diciendo que los judíos habían sido incrédulos para con Cristo; pero, con todo, algunos de ellos, vestidos con ropas blancas, le siguieron en nombre del Señor, aludiendo a los Apóstoles y a las cartas de Pedro, Santiago, Judas, que fueron del número de aquellos personajes vestidos de blanco, que guardan perfecta consonancia con los cuatro Evangelios? Y si ambos Testamentos fueron falseados muchísimo antes de Mahoma, ¿por qué, en corroboración de lo que dice, os remite a la ley y al Evangelio? ¿Por qué no hacía a los suyos noticiosos de que esos libros estaban adulterados y les amonestaban que se guardasen de no ser víctimas del fraude? Después de Mahoma no pudieron adulterarse, pues todo lo que antes de Mahoma fué dado a la publicidad por nuestros escritores, está conforme con este Evangelio que ahora tenemos. Tanta muchedumbre de libros desperdigados por tantos lugares no pudo viciarse de común acuerdo. ¿Qué más, si existen todavía códices evangélicos, escritos antes de Mahoma en muchísimas lenguas: en griego, latín, caldeo, siríaco, persa, árabe, que no discrepan en una tilde de aquellos que ahora usamos en lo que toca a la sustancia y en las sentencias esenciales de la fe? Y aun en las mismas regiones que ya desde Mahoma estuvieron sujetas al gobierno y dominio de vuestra gente y de vuestra secta hállanse ejemplares antiquísimos de Evangelios como los que al presente tenemos entre manos. No vayáis a tener a Mahoma por tan descuidado o tan vergonzoso y respetuoso que si hubiera creído que ambos Testamentos estaban falseados, lo iba a pasar en silencio puesto que tanto interés tenía para él. Y si nosotros no tenemos el Evangelio auténtico, ¿dónde está ese libro de dirección y de salud tan recomendado por vuestro profeta?

ALFAQUÍ.—En el Alcorán.

CRISTIANO.—¿Cómo a los que no tienen fe en el Alcorán, los remite Mahoma al testimonio de los judíos y los cristianos? ¿Ves cómo la cosa se destruye a sí misma? Y cómo nuestra religión es enemiga cordial del reino y del poder diabólico, en todo tiempo nuestro enemigo, con todas cuantas artimañas pudo, la combatió y la infestó; sembró entre nosotros copiosas discusiones y discordias, suscitó sectas y opiniones absurdísimas acerca de la fe. Los fautores de esos yerros sentían un odio y una rabia más que capital contra los que opinaban rectamente, y buscaban toda suerte de pruebas para fortalecer su secta. Ninguno de ellos nos echó en rostro que el Evangelio estuviera adulterado; discutióse el sentido de las palabras, no las palabras mismas. Y si una secta hubiera viciado un ápice, preparados estaban los adversarios que les hubiesen acusado de falsificadores. Afuera de esto, ¿cuál pudo ser la razón de viciar el Evangelio? ¿Cuál pudo ser el fruto? ¿Hubieran los sabios y prudentes depravado aquella escritura, por cada una de cuyas expresiones, por la más insignificante de sus sentencias, estaban aparejados a dar la sangre y la vida? Y si algo habían de mudar, hubieran cambiado aquellos pasajes por los cuales ellos vivieran con mayor regalo o con mayor facilidad hubie-

ran atraído a los disidentes a su sentir; a saber: estableciendo una norma de vida más blanda y más acomodada a los deleites y placeres o diciendo de Cristo aquello que menos había de chocar los oídos humanos y que oirían con oreja más dócil. Vosotros, procediendo al revés, decís que nosotros hemos depravado el Evangelio en aquellos lugares que habían de granjearnos más sañuda antipatía y apartar el ánimo de los más de nuestra religión. Quiero decir que, por lo que toca y atañe a la divinidad y muerte de Cristo, hubieran desvirtuado aquellos pasos en que parecen disentir los evangelistas o alejarse de la versión del Antiguo Testamento que dió ocasión a los enemigos para atacarnos. Pero precisamente esa disonancia es el argumento más robusto de que los Evangelios están enteros, sinceros e intactos a través de todas las edades, llegados a nosotros desde sus propios orígenes y que conservaron su integridad sin menoscabo, con la observancia más escrupulosa.

CAPITULO VIII

HISTORIA DEL ALCORÁN

CRISTIANO.—Y con no menor impavidez fabrica el Alcorán una sarta sin fin de mentiras, en parte del Talmud de los judíos que él corrompió todavía más, como, por ejemplo, en torno de Adán, Caín, Abel, predicación de Noé, muerte de Moisés, Faraón (que mandó construirse un edificio que llegase al cielo para ver al Dios de Moisés) de Salomón, porque tenía un ejército de hombres, de demonios y de pájaros que le glorificaban; de David, a quien los montes y las aves altaneras obedecían. Los hechos, que están en el Antiguo Testamento, paladina y llanamente explicados, él los tergiversa y da una falsa versión, como de Moisés, del Faraón, de Gedeón, de Saúl, de Noé y el arca, de Abrahán y Lot, de José. En trance de referir su historia, anticipa a manera de epígrafe estas palabras: «Ahora voy a contar la más hermosa de todas las palabras que te fueron enviadas.» ¿Y qué es lo que dice? Nada; vierte sonidos sin sentido. ¿Por qué esto es más hermoso que lo restante? ¿Qué tiene de más hermoso que las maravillas que obró Dios cuando sacaba el pueblo de Egipto? Por lo que se refiere al Nuevo Testamento, el Alcorán da una versión falsa de la Natividad del Señor, y Juan Bautista. Dice: Dios dijo a Zacarías: Tendrás un hijo con un nombre que jamás de antes fué impuesto a otro. Que esto es falso, harto lo entenderás con sólo que hayas leído algo de las Sagradas Letras. Y, añade que sobre Juan se posó la salud del Señor el día de su nacimiento, muerte y resurrección. ¿Cuándo, dime, ha resucitado Juan? Y no sólo miente con ese desparpajo en las cosas de ambos Testamentos, sino también en las historias profanas. Afirma que a Alejandro dióle Dios el conocimiento de todas las cosas. ¿Qué historiador latino o griego, que escribiera su vida y sus hazañas, ha dicho nunca cosa parecida? No, no es posible que Mahoma leyera ambos Testamentos, pues aun cuando yo le tengo en un pésimo concepto, no creo que fuera tan desalmado que cambiara y torciera lo que no le podía ocasionar daño alguno dejándolo entero, en lo cual, si hubiera habido error, no sería de tal monta que necesitase enmienda divina. Lo que tal vez ocurrió es que hablando, hablando, debió de oír

alguna especie de uno y otro Testamento y la retuvo mal o que los cristianos y judíos le convencieran de que era así. De esta manera escribió cosas que evidenciaron su vanidad y su ignorancia, y en que la verdad no era difícil de percibir. No tenía la menor idea de lo que era el Evangelio, aun cuando dice a menudo que Dios dió a Cristo un libro que era el Evangelio. ¿Pensaría que Dios dió el Evangelio a Cristo, como yo te doy esa florecilla? Dios no dió ningún libro a Cristo; ni Cristo escribió el Evangelio, sino que comunicó al mundo una nueva muy alegre, a saber: que se hacía la reconciliación del hombre con Dios, que la ira de Dios estaba aplacada, que la venganza cesaba, que había franquía para el retorno a la gracia. Nueva mejor que ésta no la hubo, pues Evangelio quiere decir Buen anuncio. Esto mismo cabe notar de aquello que dice, a saber: que a David se le envió el libro del Salterio, cuando la verdad es que David compuso los salmos uno por uno y los cantó a la presencia del Señor. ¡Qué desfachatez! ¡Qué desvergüenza! ¡Como si no hubiera mudado nada! Si os queda alguna duda, dice, en eso, consultad a quienes leyeron el libro antes que nosotros, preguntadlo a quienes han leído la ley y el Evangelio, a saber: a los judíos y a los cristianos. ¿Piensas tú que ese hombre tuvo cara o corazón? Forzosamente o no leyó nada o aceptó por bueno e indudable lo que los otros le contaron, lo cual pone en evidencia su grosedad y su apatía; o si algo leyó y se le alcanzó, acusa no ya un impudor ruin, sino la demencia más desatada, aducir a su favor testigos cuyo testimonio le condenará. Una de dos: o él era una bestia o tuvo por bestias a aquellos a quienes hablaba.

CAPITULO IX

DE DIOS

CRISTIANO.—Veamos ya cuál hace a Dios Mahoma, cuán absurdo, cuán ajeno no sólo de lo que es, sino muy diverso y contrario. Primeramente, le hace corporal, cosa contra toda razón y filosofía, pues dice que tiene mano y que es llevado por ocho ángeles en una silla gestatoria. Dice que Dios le tocó con su mano, que estaba sumamente fría. Más pertinente fuera haber dicho que estaba muy caliente, pues Dios en el cielo, en la luz, en la caridad, con mayor razón es caliente que frío, y en las Sagradas Letras se dice: Nuestro Dios es fuego consumidor. Demás de esto, así como Plutarco escribe que Pitágoras, por la proporción del pie de Hércules con los otros pies, averiguó cuánto mayor era Hércules que los otros hombres y el estadio que había recorrido cuánto más largo que los otros estadios, así también, si Dios tiene mano, por el tamaño de la mano deducirá el volumen de su cuerpo y por grande que sea no será infinito; finito, pues, será Dios, y si bien te acuerdas, es esto precisamente lo contrario de lo que dejamos sentado al principio de nuestra plática. Puede igualmente colegirse que es finito de los ángeles que le llevan, pues por más grandes que sean estos ángeles, vastos, monstruosos, montañosos, son siempre finitos; y si ellos son finitos, finito debe ser el cuerpo que llevan, puesto que lo pueden llevar, pues entre lo finito y lo infinito no hay proporción ni de fuerzas, ni de magnitud, ni de dimensión. Lo que Mahoma dice de Dios es palabra sacrosanta, algo así como el tetragrama de los judíos, de modo que es muy extra-

ño que no se hiendan piedras y montes cuando lo pronuncia la boca de algún jerarca de vuestra religión. Dios no es sino Dios. ¿Puede decirse idiotez mayor? ¿Quién no lo sabe? ¿Qué judío, qué cristiano, qué gentil no lo diría y lo confesaría? Diré más, parodiando esa definición luminosa: ¿El hombre no es sino hombre; el asno no es sino asno? Todo cuanto a Mahoma se le antoja, atribúyelo a Dios, que se lo inspiró y mandó: sus campañas, sus rapiñas, sus lujurias, sus incestos, sus violencias, hasta el punto que parece que Dios no le sirve sino como pretexto de sus fechorías y sus crímenes, no de otro modo que a un rey niño o loco, un regente infiel. Y a este Dios, al cual le parece el colmo de la impiedad agregarle un socio, le introduce muchas veces hablando en plural: *Dijimos, mandamos.*

ALFAQUÍ.—Es el plural mayestático que acostumbran usar los reyes.

CRISTIANO.—Si Mahoma hubiera escrito eso, tendría alguna disculpa; pero es el caso que lo escribió Dios, en cuya boca parece bien la más exacta propiedad en el hablar, pues este número plural pónenlo por razones de modestia los reyes y las personas privadas, y no puede entenderse de Dios y de los ángeles, porque algunas cosas no convienen más que a uno solo, verbigracia: Dijimos a los Apóstoles que adorasen a Adán; nosotros creamos el cielo y la tierra y justificamos al impío y enviamos a Jesucristo, Hijo de María. ¿Y qué afecto deposita Mahoma en ese Dios suyo? El afecto que él llevaba en sus adentros, sañudo, sanguinario. De los infieles, dice, Dios no ama sino al caído y al despeñado. ¡Cuán de otra manera habla nuestro San Pablo y con cuánta mayor congruencia con la divina bondad: Dios quiere que todos los hombres se salven y que vengan al conocimiento de la verdad. Y si de los infieles Dios no ama sino al caído en el precipicio, ¿por qué les envió sus legados, y el mismo Mahoma dice que se le mandó predicar su ley a los infieles? Por lo que toca y atañe al perdón de los pecados, su sentir es éste: Dios no perdona a los hombres los pecados graves. Mahoma había oído vagamente lo imperdonable del pecado cometido contra el Espíritu Santo, del cual dice Nuestro Señor que no se condena ni en este mundo ni en el otro. Quédanos por preguntarle qué pecados son graves para él, pues nunca iba a concretarlos. Pues bien: que los homicidios, rapiñas, incestos, adulterios, perjurios, idolatrías, todos éstos fueron perdonados a muchísimos pecadores, como aparece claro en los Sagrados Libros; es un hecho que no niega el mismo Mahoma, quien dice que lo tiene experimentado en sí mismo. ¿Qué pecados son esos pecados graves privados de todo perdón? El mismo Mahoma dice en otro lugar: La gente que perpetró pecados nefandos, no desespere. Pero ese hombre parece que tenía el mayor de los gustos en afirmar contradicciones. Leemos en las Sagradas Letras que Dios, cuando quería dar garantía de algo a sus amigos mediante juramento, puesto que no había cosa mayor ni más sagrada por la que jurar, juró por Sí mismo, como a Abrahán. Pero el Dios de Mahoma jura por el viento, por los ángeles, por el monte Sinaí, por el lucero del alba, como los dioses gentílicos juraban por la laguna Estigia, como dice Virgilio: *Los dioses, por cuya divinidad espantable tiemblan de jurar y de engañar.* Y los egipcios juran por los perros y los gatos.

CAPITULO X

DE CRISTO

CRISTIANO.—Niega Mahoma que Cristo sea Hijo de Dios y Dios. Dice: Ninguna realidad siguen, sino su propia opinión, los que dicen que Dios tomó para sí un Hijo que ninguna falta le hacía. ¿Tienen razones por las cuales pueden persuadir esta afirmación suya? ¿O es que atribuyen a Dios una cosa que ignoran? Esto es lo que dice. Este razonamiento puede volverse contra todo el Alcorán: Tiene Mahoma razones por las cuales pueda no ya demostrar, sino defender tantas y tan manifiestas mentiras. Oigamos su agudeza dialéctica: No puede atribuirse un hijo a Dios, pues Dios tiene esposa de quien pueda procrear. Y se queda tan satisfecho y orondo, como si nos dejara con la boca abierta y sin atrevernos a chistar, cuando no es posible decir idiotez y puerilidad más descomunales.

ALFAQUÍ.—¿No te parece asaz bien dicho que no puede engendrar quien no tiene esposa?

CRISTIANO.—¿Pues qué? ¿No puede engendrar un célibe?

ALFAQUÍ.—Desde luego; pero no sin mujer. Cuando dice esposa debes entender toda hembra; pero más honesto es el nombre de esposa cuando hablamos de Dios.

CRISTIANO.—¡Donosa honestidad y circunspección exquisita la de Mahoma en el expresarse! Cómo se olvida de tan fina educación cuando hace a Dios su alcahuete. Pero al grano: ¿Quién dió al varón y a la mujer la facultad generativa? ¿No fué el mismo Dios?

ALFAQUÍ.—El mismo.

CRISTIANO.—Y lo que El dió a los otros, ¿no lo tiene El mismo cuando quiere? Y si la mujer puede concebir del varón por aquella fuerza y facultad que recibió de Dios y puede el varón engendrar en la mujer por aquella fuerza y facultad misma, podrá ciertamente ese mismo Dios engendrar en la hembra lo que quisiere sin concurso de varón, y con varón y sin hembra, y sin ambos, cuando bien le pareciere. No hay, pues, ninguna necesidad de aproximación de la mujer a Dios para que engendre. ¿Por ventura no creó a Adán sin varón ni hembra, y a Eva sin hembra de sólo varón, y a Cristo, como reconocéis vosotros mismos, de sola mujer, sin obra de varón? Aunque Mahoma no debiera ponerse muy fuerte en que Dios carece de esposa, puesto que lo hace corpóreo y del todo semejante al hombre. Si tiene mano y píes y cabeza es consiguiente que tenga cuello y tórax y todos los otros miembros consabidos y el uso de esos miembros. Y parece que no debe de sentir demasiada aversión por aquel deleite que es principal que con generosa largueza va a dar en el cielo a sus amigos y a los que les fueren semejantes. Pero Mahoma, hombre carnal, sin pizca alguna de inteligencia, no entendió que la manera de engendrar de Dios guardaba proporción y conformidad con su naturaleza y esencia. Si no alcanzaba esto en Dios y su caletre espeso y terreno no se elevaba a esa altura, aprendiérala de aquellas naturalezas entre las cuales andamos, por escasa atención que hubiera puesto; pero hombre de armas como era y absorbido por urgencias militares, no tenía un momento para volver los ojos a ninguna otra parte. El hombre y los animales cuadrúpedos propagan la especie por el ayuntamiento sexual de macho y hembra; los ratones, en par-

te, por ayuntamiento sexual y en parte por putrefacción; muchos de los peces no necesitan fecundación masculina, ellos engendran huevos en sí mismos y de ellos nacen peces de la misma especie. Moscas, mosquitos y pulgas no tienen sexo; las abejas sacan sus enjambres por modo desconocido al hombre, y Dios es Causa y Autor de todas estas cosas. Si, pues, cada naturaleza produce sus crías según la fuerza, facultad e ingenio que le ha dado Dios, ¿no era lógico que Mahoma pensase que Dios, si había de engendrar, no engendraría al estilo común del hombre, del caballo o del toro, sino según una norma soberana, inefable, maravillosa? Pero ese hombre villanesco, a quien la disciplina castrense enseñó esa única manera de engendrar de que hace uso largo y frecuente o lo intenta al menos y con poco lucidos resultados. En suma: Dios engendra a Dios; la Mente engendra la razón y la sabiduría, el Eterno engendra al Eterno, y quien para obrar no necesita ayuda alguna, por Sí mismo engendra a su Hijo tan semejante a Sí que es su misma esencia. Añade otro argumento no menos irrebatible que el primero: Si Dios tuviera un hijo, todo el mundo correría peligro. ¿Pero qué peligro correría el mundo?

Alfaquí.—Que la ambición de reinar acaso pondría entre ellos disentimiento y estallaría una revuelta sediciosa entre los ángeles y los hombres.

Cristiano.—Sus buenas razones tuvo Mahoma de temer que no aconteciera al mundo lo que él vió que pasaba en el ejército de Heraclio, y tomó prudentemente sus precauciones él, que no tuvo hijos, porque, así como se benefició de la sedición aquella, una nueva sedición entre él y su hijo no diera al traste con su predominio. Si tú haces a Dios y a su Hijo, como sois tú y Heraclio, la sedición temida es segura. Pero si tú admites que el Hijo de Dios es tal como la recta razón nos enseña que es el mismo Dios, no cabe disensión alguna en tan grande conformidad de voluntad. Dije conformidad y no hay tal, sino que es una voluntad y la misma, como es una la esencia, y no de otra manera pueden disentir Dios y su Hijo, que la mente y su pensamiento. Por lo que toca al argumento de marras, pensando que Mahoma tuvo algún atisbo de erudición mitológica, debió de tomarlo de las fábulas de los gentiles, que acaso oyó cuando era idólatra. Cuentan que Júpiter se alzó en armas contra su padre Saturno, y que le derrocó del cielo, como Saturno había derrocado del cielo a su padre Urano; que Júpiter había evitado toda cópula con Tetis, porque, según decreto de los hados, el hijo que naciera sería más poderoso que su padre. Si Dios tuviera un hijo como el que Saturno engendró, temía Mahoma que no moviesen guerra entre sí con riesgo de una catástrofe universal y que él, hombre justísimo, de delicadísima conciencia, no supiera bastantemente cuál de los dos bandos había de seguir o por cuál de los dos el Alcorán sería admitido. Que Cristo es Dios, colígese de muchos lugares del Evangelio y de los Apóstoles; y no había razón para que los cristianos afirmasen que Cristo es Dios, si a ello no les hubieran inducido así las enseñanzas de los evangelistas y de los Apóstoles como las del mismo Cristo, además de otras razones poderosísimas y evidentísimas, algunas de las cuales toqué en el libro segundo de esta misma obra, capítulos doce y catorce. De ellas tomaremos las que te

pluguieren. ¿Qué ventajas había de proporcionar a los cristianos el proclamar ser Dios aquel que sabían que no lo era? Primeramente fuera una blasfemia irremisible atribuir la divinidad a quien no fuese Dios. Jamás por jamás consintieran en ligarse con tan execrable delito ellos, los más religiosos de los mortales, que perdían la vida de buena gana por no hacer ni decir cosa indigna de ellos mismos y de Dios. ¿Qué más? Mucho más favorable hubiera sido para ellos delante de los judíos y toda la gentilidad no poner distinción ninguna ni ningunas personas en Dios. Pero la verdad, por la cual morían, les obligaba a afirmarlo.

ALFAQUÍ.—En ningún lugar dijo Cristo que era Dios.

CRISTIANO.—¿Quién dice esto?

ALFAQUÍ.—Mahoma.

CRISTIANO.—Si aduzco autoridades evangélicas, vosotros diréis que las hemos adulterado. Será, pues, el mismo Mahoma testigo, actor, juez, y lo que él dijese contra nosotros, sin contradicción alguna, será la verdad. ¿Es posible dar licencia y soltura mayor a la ficción para que invente lo que se le antojare, que haciéndole saber por adelantado que va a haber contradicción? ¿Qué dices tú? ¿Que Cristo jamás afirmó que era Dios? Bien; si tú, con sólo palabras, me lo afirmas, yo, con solas palabras lo negaré. ¿Para qué gastar saliva en vano? Si hay otro procedimiento de discusión, veámoslo. Ya no podemos acudir a Cristo y preguntárselo. De quienes le oyeron no queda nadie vivo de muy largo tiempo. Resta un recurso único: la memoria de la antigüedad consignada por escrito. Y ésta, si no está en los evangelistas y sus Apóstoles, ¿dónde estará? ¿De dónde la tomó Mahoma? ¿Adónde remite a quienes no van a dar crédito a su palabra? Está bien; pase que Cristo nunca dijese que era Dios, ¿de qué le iba a servir el predicar de Sí mismo, donde sus obras clarísimamente lo declaraban; obras que nadie podía hacer si no era Dios? Si queda en vosotros algún resabio de fe en el Evangelio que el mismo Mahoma dice que en vosotros es grande, de las obras de Cristo y su misma predicación aprended que El es Dios. Decís que Cristo es el Verbo de Dios y que por el Verbo de Dios todas las cosas fueron creadas. Si alguno interrogare al mismo Mahoma sobre este punto, no podría desenvolverse de sus propias palabras más sutilmente que de muchos otros absurdos y puerilidades que pone. ¿Qué Verbo es Cristo? ¿Un verbo, una palabra material que, una vez pronunciada, se desvanece y pasa? ¿Un verbo, una palabra mental que, concebida en el ánimo, allí se imprime y queda? No puede ser un Verbo corporal Cristo, que es una naturaleza permanente, ni a Dios ha de atribuírsele tal Verbo. Negáis vosotros que Dios tenga un Hijo, porque no tiene esposa. Mucho menos tendrá Verbo y Espíritu quien no tiene pulmón, cuello, faringe. ¿Y qué si es corporal y salió de la sustancia de Dios? ¿Qué hay en la sustancia de Dios que no sea el mismo Dios? ¿Vais a fabricar un Dios de elementos muy diversos y contrarios, como un hombre o una cabra? Y si el Verbo es espiritual y mental, queda evidenciado que permanece siempre en la mente del Padre, y que no es otra cosa sino la misma naturaleza y esencia que es el Padre.

ALFAQUÍ.—Cristo es el Verbo de Dios, porque por el Verbo fué producido de El.

CRISTIANO.—Aguda interpretación.

Será, pues, esta silla, el hacha y la azuela, porque mediante esos instrumentos fué hecha por el carpintero, y la pintura será el mismo pincel. Si Cristo es el Verbo de Dios, porque por El fué engendrado, los peces, los árboles y las piedras tendrán la misma dignidad, pues todas las cosas fueron creadas por la palabra o Verbo del Señor, como testimonian las Sagradas Letras.

ALFAQUÍ.—¿Cómo podía ser Dios quien comía, bebía, dormía?

CRISTIANO.—Liviano es este dardo y romo. En cuanto Dios no comía, ni bebía, ni dormía, como tampoco es racional, en cuanto come y bebe, pero como lo hace el cuerpo, dícese que lo hace todo el hombre por traslación de las acciones y cualidades de la parte al todo, o de la parte, o del todo a la parte, a la común manera de hablar.

ALFAQUÍ.—No es creíble que varón tan grande, el mayor de todo el linaje humano, haya querido padecer aquellos tormentos y aquella muerte acerba e ignominiosa que vosotros decís, de manos de los judíos, ralea de hombres la más pésima.

CRISTIANO.—¿Qué piensa de ésto vuestro Mahoma?

ALFAQUÍ.—Nuestro Mahoma piensa que no padeció nada de eso, sino que burló el odio y la malicia de los judíos, que puso a otro en su lugar y que él se escabulló al cielo; que fué otro el que padeció todos aquellos vejámenes que vosotros contáis de Jesús, y que los judíos, engañados, ejecutaron su saña en aquel supuesto Jesús.

CRISTIANO.—En efecto: Mahoma, para quien no había nada más allá del cuerpo y las cosas de esta vida, si hubiera atribuído aquellos trabajos y penalidades a Cristo, a quien celebraba con tan crecidos loores, si bien muy por debajo de su mérito, pareciera no ser consecuente consigo mismo. Si hubiera presentado a aquel de quien él decía ser enviado de Dios, y por cierto con un distintivo preferente, ejercitado por tantas aflicciones y tormentos, admiráranse los otros de por qué él los perseguía y los mataba en vez de imitar y practicar su tolerancia y su mansedumbre. Mahoma no quiere que Jesús haya padecido molestia alguna por ser tan amado y tan próximo de Dios. ¿Por qué, pues, pasaron tantas asperezas y durezas los profetas y aquellos otros varones santos, aun cuando no estaban tan cerca de Dios? Y si no sufrió pasión y muerte, porque eso no parecía bien en tal hombre, habrá que rehacer y enmendar su vida toda. Ciertamente que no parecía bien en él padecer hambre, cansancio, sed y otras incomodidades de la vida que el Evangelio refiere; ni comer, ni beber, ni dormir, cosas todas éstas que no indican precisamente la excelencia, sino la flaqueza y servidumbre de la condición humana. ¿Y por qué Mahoma execra con tal energía la muerte de Jesús, siendo así que dice que a la fin del mundo ha de morir no para obedecer al Padre, no para consumar la redención, no para dejar a una ejemplo y consuelo, como en otro tiempo, sino para que Dios pueda preciarse de que a manera de verdugo exterminador detrás de sí no ha dejado cosa viva? ¿Y qué significa el oprobio de su muerte en comparación de la gloria y grandeza de la resurrección? Y luego que esta muerte hubo pasado, ¿qué hubo más honroso, más bendecido, más agradecido y más sagrado que esta misma muerte? Y más aún: después que la Humanidad toda, así cristiana como infiel, ha creído siempre que Cristo tomó pasión y

muerte de cruz, ¿cómo, de la noche a la mañana, se salió Mahoma con que esa divina tragedia no era más que pura fábula?

Alfaquí.—Dios se lo manifestó.

Cristiano.—¿Por qué, después de seiscientos años y no antes, Dios se lo reveló a él solo y no a ninguno de aquellos que simplemente y con vestidos blancos, en nombre del Señor, fueron en seguimiento suyo, según el mismo Mahoma dice? ¿Qué más? Lo que Dios hace en nosotros hácelo no por sí mismo, sino por nosotros; El, ninguna necesidad tiene de ello; somos nosotros quienes tenemos de ello necesidad. Y si Dios sustrajo a Jesucristo a los tormentos y a la muerte y no fué ello conocido, es igual que si no se hubiese verificado, y de este tan grande Enviado de Dios nosotros no hubiéramos recalado fruto alguno, pues como el culto divino y toda la religión nazcan del convencimiento, poco importa al linaje humano que una cosa sea un hecho o se crea que lo es.

CAPITULO XI

DE LA NATURALEZA

Cristiano.—En aquello que toca y atañe a la Naturaleza, Mahoma se expresa de tal manera que se pone de manifiesto no ser enviado del Dios de la Naturaleza sino para contar al amor de la lumbre, tras un copioso yantar, en un corro de doncellas, fábulas y consejas para reír y engañar la noche. Prohíbenos comer carne de cerdo; está bien. ¿La causa? Responde: Porque como todos los animales estaban en el arca de Noé el elefante evacuó el vientre y nació el puerco, quien, con el hocico, revolvía el excremento, y de ahí nació el ratón, quien roía la estopa que tapaba los intersticios de la trabazón del arca. Ello ocasionó a Noé un miedo atroz. Consultado el Señor, sugirió un remedio cuando la situación era casi desesperada: mandó a Noé que golpease la frente del león, y de la frente del león, enfurecido, salióle un gato por la nariz, que dió caza al ratón y libró al linaje humano de tan peligrosa crisis. No son, por tanto, el gato y el puerco animales creados por Dios desde el principio, sino que nacieron ocasionalmente y, por cierto, el puerco del excremento del elefante. Es extraño que los que se dedican a la cría de elefantes, no sepan sacar de su estiércol aquella utilidad, y que no haya vuelto a nacer ningún puerco así. ¿Y de dónde tan súbita enemistad entre el gato y el ratón? ¿Qué necesidad había de gato? ¿No hubiesen podido los otros animales matar al ratón o comérselo, por ejemplo, el león mismo, la mustela, el perro, como uno pequeño que yo vi en Lovaina, cazador de ratones? Dejo de lado lo que Mahoma dice del hombre, a saber: que Dios, queriendo crear a Adán, recogió en su puño polvo de muchos colores. Ello originó que unos hombres son blancos; otros, negros; otros, amarillos; otros, rubios; otros, buenos; otros, malos; otros, agudos; otros, lerdos y perezosos. ¿No tuvieras tú empacho, dime, de haber dicho tal cosa? En primer lugar, Dios es incorpóreo y no tiene puño. El color en el hombre es influencia del clima de cada región, como que los etíopes sean negros y son blancos los germanos, o por un tinte especial de la epidermis, que nada tiene que ver con el clima ni con el parecido de los padres. Por lo que toca y atañe a las cualidades del al-

ma, dependen de la constitución física o del hábito y costumbres. Pero oigamos detenidamente cómo vuestro legislador explica este caso. Dice: Creó Dios a Adán del limo; el limo era de espuma, la espuma de borrascas, la borrasca del mar, el mar de las tinieblas, las tinieblas de la luz del verbo, el verbo del pensamiento, el pensamiento del jacinto, el jacinto del precepto. Esta cadena está ideada para provocar la risa. Todo esto parece eslabonado como una concatenación retórica, que no pensado para decir algo y manera de decirlo. El limo, dice, era de la espuma; al revés: la espuma suele ser del limo. La razón por que dijo que el mar era de las tinieblas, adivínala tú, ya que el agua se refiere a aquellos cuerpos que son traslúcidos; mas aína, llamarías tú tenebrosa a la tierra, pues el agua fácilmente recibe la luz y la transmite. ¿Y las tinieblas, por qué han de provenir más de la luz que la luz de las tinieblas? Como se dice en el principio del *Génesis*, que Dios creó el cielo y la tierra, y la tierra estaba desadornada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la haz de las aguas, y Dios mandó que la luz fuese; y fué la luz. Pero esto no viene a cuento, pues las tinieblas no nacen de la luz como de su propio origen ni la luz de las tinieblas, no más ciertamente que el bien nace del mal y el mal del bien, o la ceguera de la claridad o la claridad de la ceguera, si ya no es que se entiende por la alternativa con que se suceden unas y otras, y, según esta rotación, no menos de las tinieblas nace la luz que la luz de las tinieblas, como el día de la noche y la noche del día. Pero todo eso, ¿qué os interesa a vosotros y a vuestro legislador? Tú eres un hombre de ingenio con algún baño de erudición y sabes que lo que yo digo es pura verdad. Ese legislador vuestro se hubiera reído de todo esto copiosamente y a son de trompeta interrumpiera lenguaje tan odioso. El pensamiento, dice, del jacinto; el jacinto del precepto. Esto dijo; averiguad vosotros el significado de tal algarabía, que a nosotros no nos interesa descifrarla. Pero oye aún otras cosas: Dice el judío: Después de esto, ¿qué obró Dios? Responde: Una tabla y una péñola. ¿Qué tabla y qué péñola? La tabla en que está escrito todo lo que fué, es y será en el cielo y en la tierra; es el libro de registros, que acostumbran tener los padres de familia diligentes, porque nada les pase por alto. Hace bien; es el régimen de la buena economía doméstica; pero es enojoso anotar y borrar luego tantas hojas y tantas flores. Y por lo que toca a la péñola, ¿cuál es la longitud de la péñola? Respuesta: Quinientos años de camino; su anchura, la de ochenta años de camino. ¿Camino de quién? ¿A pie o a caballo? ¿Al trote o al paso? Preguntador poco curioso era Abdías, el judío, aun cuando con harta frecuencia molestó a Mahoma. Pero continúa erre que erre con sus desvaríos: Esta péñola tiene ochenta puntas, que no cesarán de escribir todo cuanto aconteciere en el mundo en el día del Juicio... Estos son los cuentos que las viejas narran a los niños cuando les quieren provocar el sueño. Pregunta el judío: ¿De dónde, dime, fué creado este cielo vuestro? Respuesta: Primeramente de agua verde, luego de agua clara, luego de esmeralda, luego de oro cendrado, luego de jacinto, luego de niebla luminosa, luego de color de llama viva. ¿Y qué hay sobre estos siete cielos? Respuesta: Un mar vivificante. ¿Y después,

qué? Respuesta: Un mar brumoso. Sigue por orden hasta lo más arriba. Respuesta: encima, un mar aéreo; encima, un mar pétreo; encima, un mar tenebroso; más encima, el mar del consuelo; encima, la luna; más por encima, el sol; encima, el nombre de Dios; encima, la oración; encima, el angel Gabriel; encima, un pergamino de raso; encima, un mar lleno; encima, setenta intervalos de luz; encima, setenta mil intervalos de virtud; encima, setenta mil montes; encima, mil espacios, en cada espacio setenta mil turbas, en cada turba cinco mil ángeles que jamás cesan de alabar a Dios; encima, intervalos de perlas; encima, intervalos de gracia; encima, intervalos de poder; encima, intervalos de divinidad; encima, intervalos de dispensación; encima, el escabel, encima el solio, encima, el palacio de la universalidad. Esto nadie puede decirlo en serio ni oírlo en serio, como aquello: ¿Dónde está el sol? En una fuente cálida, la fuente cálida en una serpiente, la serpiente en un intervalo, el intervalo en el monte Caf y Caf en la mano del ángel, que sostiene el mundo hasta el día del Juicio. También aquello otro: ¿En qué disposición están los que llevan la silla gestatoria de Dios? Respuesta: Sus cabezas debajo de la silla de Dios, los pies debajo del trono. Tienen tal anchura de pescuezo, que un ave en vuelo continuo no llegaría en mil años de una oreja a otra. Tienen en su cabeza cuernos enroscados; la primera fila de cuernos es mitad fuego y mitad nieve, y con todo el fuego no derrite la nieve ni la nieve apaga el fuego; la segunda fila es mitad trueno y mitad rayo; la tercera, está mezclada: una mitad es tierra y la otra mitad es agua, pero ni el agua encharca la tierra ni la tierra absorbe el agua; la cuarta, es mitad viento y mitad lluvia; la quinta, mitad hierro y mitad fuego; la sexta, mitad oro y mitad plata; la séptima, mitad alabanza mitad gloria; la octava es de resplandores fulgurantes. Y dime: ¿Qué hay debajo del monte? Tierra. ¿Su nombre? Uvil. Dice: ¿Qué hay debajo de ella? El mar. ¿Qué nombre tiene? Aliason. Ve diciendo por orden lo que hay más abajo. Respuesta: La tierra Alioulem; abajo, el mar Zeyt; abajo, la tierra Heribet; abajo, otra tierra, Agiba de nombre, blanca como la leche, oliente como el musgo, suave como el azafrán, resplandeciente como la luna. Encima de ella congregará Dios a todos los justos; debajo de ésta, el mar Albimliam; debajo, el pez llamado Albelibiit, cuya cabeza está al Oriente y cuya cola está al poniente, y sobre cuyos lomos gravitan tierras, mares, tinieblas, aire y montañas hasta el fin de los siglos; más abajo del pez, el viento que sostiene el pez; debajo, un monte; debajo, el trueno; debajo, el rayo y debajo de todo esto un mar de sangre; debajo, el infierno confuso; debajo, un mar de fuego; debajo, la oscuridad; debajo, el mar del poder; debajo, el mar de niebla; debajo, las alabanzas; debajo, la glorificación; debajo, el solio; debajo, la tabla; debajo, la péñola; debajo, el nombre mayor de Dios. «Y más abajo ¿qué hay?», pregunta Abdías, y Mahoma responde: «Pregúntasme, Abdías, lo infinito. ¿Quién puede señalar límites razonables a la omnipotencia de Dios?»

ALFAQUÍ.—¿Por ventura no hay cosas parecidas a éstas en vuestros profetas y en vuestra Apocalipsis?

CRISTIANO.—Las hay, en efecto, pero puestas de muy diferente manera. Ellos referían visiones; pero

vuestro profeta expone la descripción de la Naturaleza. Ellos narraban las cosas que se les habían mostrado; pero éste describe y casi pinta la naturaleza, el origen, la situación, la apariencia de las cosas. ¿Y qué formas, qué dimensiones, qué enormidades de ángeles no presenta? Esos son monstruos y no ángeles. Y con todo, esto que no puede ser más absurdo y de una estolidez cual no la soñó ningún mentecato, halla más fácil crédito entre la plebe ignorante que la misma verdad de la Naturaleza. La masa, como se deja guiar de las pasiones y tiene poca agudeza y vigor de ingenio, adolece de juicio flaco para percibir la verdad. Dado caso que de los grandes personajes, de los sabios, de los ángeles, de Dios tiene un concepto magnífico, como es natural que así sea, se imagina que todo lo de ellos es desmesurado, inusitado, descomunal. Si les cuentas de ellos algo moderado y no reñido con la forma y el curso común de las cosas, eso les asquea y se figuran que no es real, como si estuviera muy por debajo de su dignidad y majestad. Y al revés; todo cuanto rebasa toda razón, toda moderación y credulidad, todo cuanto excede de toda posibilidad, se lo tragan como más congruente y proporcionado con sus principios; creen que en estas exorbitancias se hinche su magnitud, aquella magnitud que en su ánimo preconcibieron, aquella que conocen exclusivamente o por su volumen físico o por el dinero, o por la familia, o por la robustez, o por la fuerza, o por la celeridad, o las batallas, o las victorias, o el reino.

Alfaquí.—¿Pretendes tú que el pueblo sea sabio?

Cristiano.—Bien lo quisiera, si pudiera ser. Añade otra cosa, a saber: que Dios, habiendo llamado aparte a Adán, le reveló los nombres de todas las cosas. Entonces provocó a los ángeles a disputar con él, y no siendo iguales, les mandó que le reverenciasen y le adorasen, cosa que hicieron todos; Belcebú se negó y desobedeció a Dios. ¡En tan pocas palabras, tantas blasfemias! ¿Tuvo alguna contienda o facción con sus ángeles Dios que enseñó a Adán? ¿No fué el mismo Dios soberano y eterno que ilustró también a todos los ángeles cuyo Creador y Padre es? ¿Qué tiene el hombre que no lo haya recibido de Dios? ¿Qué tiene el ángel que del mismo Dios no lo haya recibido? Esto, unos y otros lo reconocen con gusto y lo pregonan. ¿Y quién ignora que la naturaleza angélica es tanto más excelente que la humana en dignidad, en sabiduría, en conocimientos cuanto la humana supera la de las bestias, y ello por dádiva de Dios? Harto hubiera podido Mahoma ilustrarse con las palabras del Salmista, si es que en su vida llegó a leer un salmo: *¿Qué es el hombre para que tengas de él memoria, o el hijo del hombre para que le visites? Hicístelo poco menor que los ángeles y coronástele de gloria y de hermosura.* No convenía ciertamente que a aquel a quien Dios había hecho más excelente, luego le sujetase a una naturaleza inferior sin causa alguna. Pero acaso había oído que San Pablo había escrito a los hebreos que *luego de haber introducido a su Primogénito en la redondez de la tierra, dijo: Adórenle todos los ángeles de Dios;* y Mahoma pensó que ese primogénito introducido en la redondez de la tierra era Adán. Está demasiado claro para que se discuta que el Apóstol lo dijo de Cristo, pues harto se colige de todo lo que precede y de

todo lo que sigue. Y qué fondo de impiedad hay en aquello de que Dios como un maestrillo orgullosillo alecciona a su alumno para una contienda de la cual ha de redundarle algún honor.

CAPITULO XII

DE AQUELLOS A QUIENES GANÓ PARA SU SECTA

CRISTIANO.—Entre aquellos soldados de quienes era capitán, eran idólatras los unos y cualquiera cosa les hubiera dicho de un Dios uno, les hubiese parecido más verosímil y decoroso que la pura idolatría, bien así como acontece en las islas recién descubiertas, a la menor probabilidad que se les muestra, las poblaciones en masa pasan del vano culto de los ídolos a la religión de un Dios único. Otros de sus soldados tenían un ligero tinte de cristiandad, quienes, a fuer de desertores del emperador romano, por el odio que le profesaban, ninguna cosa fué más hacedera y grata para ellos que renegar del culto que el emperador patrocinaba.

ALFAQUÍ.—¿Cómo es eso? ¿De manera que si se hacía guerra con el hombre parecía bien hacerla con Dios?

CRISTIANO.—De ningún modo parecía bien, pero ello acontece a menudo, cuando el odio se exacerba, como cuando odiamos un oficio manual en aborrecimiento del artesano o la filosofía porque no podemos ver a un filósofo. Este es un fenómeno corriente. Las tribus de Israel, cuando desertaron de la casa de David y se pasaron al partido de Roboam, vilipendiaron también la ley paterna, se pasaron asimismo del culto de un Dios a la invocación de los demonios. Los asasinos, de Asia, luego de haber recibido nuestra religión y nuestro bautismo, enviaron legados al patriarca de Jerusalén para que les instruyese más exactamente de la fe; a la vuelta de aquella embajada aconteció que expoliados y maltratados por un bellaco de cristiano, cobraron tan encendido enojo contra él, que renegaron de la religión y del bautismo por el atropello de aquel mal cristiano. Además tuvo Mahoma un auditorio ignorante y craso, más hecho para juzgar de lances de guerra y armas que de la ley y los misterios de Dios, de la verdad, de la sabiduría, de la justicia. Si entre ellos los hubo algo más sensatos y de mayor cordura, apercibidos de la ficción se separaron de Mahoma, según cuentan los escritores contemporáneos. Pero ninguna necesidad tenemos de citar testimonios añejos. Aun hoy día, los más avisados de entre vosotros, por poca atención y detenimiento que pongan en el examen de vuestra ley, forman de ella un concepto poco favorable. No los hay más pertinaces en la secta que los ciegos y los sordos que nada quieren ver y oír. No solamente fué afortunado Mahoma teniendo por discípulos a unos hombres tan dóciles y dispuestos para sus ficciones, sino que también aquella edad suya y la que le siguió estaba sumida en la ignorancia, apagada toda lumbre de cultura, humilladas las armas cristianas empeñadas en guerra gravísima o en insano reposo adormecidas, como en España, en la que por culpa de la luenga paz prevaleció el falso Profeta sin lucha de ingenios ni de brazos.

CAPITULO XIII

DE SUS CAMARADAS

CRISTIANO.—Ese mismo hombre, ayuno de toda suerte de letras, tuvo por maestros y consejeros dos cristianos, un tal Sergio, arriano, y un tal Juan, nestoriano, a los cuales luego se agregó un judío talmudista. Cada uno de éstos, así que vió que había en Mahoma materia para ganar y atraer a muchísimos deslumbrados a su opinión, le fué inoculando su secta respectiva, pensando cada cual para su capote que Mahoma enseñaría a los suyos no más que lo que él le hubiere enseñado: Sergio, la pravedad arriana; Juan, la nestoriana; el judío, las invenciones talmúdicas. Y Mahoma, por su parte, pensando que no solamente daría gusto a sus camaradas, sino que más fácilmente atraería a sí todas las naciones, arrambló con todo. Del judío enseñó la circuncisión, de los cristianos las frecuentes abluciones y como bautismos, y negó que Cristo fuese Dios, aun cuando confiese que es el Verbo de Dios. Y porque se separaba de Moisés y de Cristo, porque establecía la circuncisión, dió a su ley el nombre de ley de Abrahán. No es, pues, una ley que el Cielo diera a Mahoma, sino la ley de Abrahán. ¿Qué le importaba a él la manera de hablar? La ley es, pues, de Abrahán por causa de la circuncisión. Sea, si te place, la ley de Moisés, puesto que os abstenéis de la carne de cerdo y ley de los nazarenos, porque os priváis de vino, y sea de quien fuere cualquier otro precepto, de él será toda la ley. ¿Y qué deciros, si no observáis la ley de la circuncisión que fué dada a Abrahán, a quien se le mandó que a los ocho días del nacimiento se cortase el prepucio del infante?

ALFAQUÍ.—Nosotros circuncidamos a los catorce años porque a esa edad fué circuncidado Ismael, nuestro padre.

CRISTIANO.—¡Cuán necio es esto, como todo lo demás! Sancionada quedó la ley del octavo día. Samuel no pudo ser circuncidado el octavo día, porque tenía catorce años cuando Dios impuso este precepto a su padre Abrahán. Si fuera de ocho días, entonces mismo fuera circuncidado; mas, puesto que la ley le cogió a los catorce años, fué circuncidado a aquella edad, sin que ello implicara la derogación de la ley, pues este hecho no la invalidaba. Más pronto debiera dudarse si él fué legítimamente circuncidado, que no si la circuncisión a los catorce años irritaba la ley que imponía expresamente el día octavo. Pero vuestro Mahoma, que legislaba para quienes no habían de hacer averiguación alguna ni oír nada en contrario, impunemente de todo esto podía hacer mangas y capirotes y decir lo que le venía en gana.

CAPITULO XIV

LEYES Y VIDA DE LOS MUSULMANES

CRISTIANO.—Es hora ya de que fijemos nuestra atención en qué leyes dijo Mahoma que le fueron dadas por el mismo Dios, soberano, todopoderoso, justísimo, bienhechor, bondadosísimo, y que quería que para todo el humano linaje fuesen santas y perpetuas; pero él dictó aquellas que más habían de complacer los deseos de aquellos con cuyo principado soñaba, a saber: de los árabes. Hombres pobres, avezados a vivir del pillaje, les

permitió el pillaje, y con una ley sancionó la venganza: «A quien os infiera perjuicios y molestias, inferidle molestias y perjuicios.» Pues bien: no solamente nuestra religión, la de la santidad y mansedumbre, sino los mismos filósofos gentiles enseñan que es mejor y más santo ser lesionados que lesionar, recibir una injuria que hacerla. ¡Qué fautor de paz y de concordia! ¡Cuán semejante a Dios, que es la misma clemencia! ¿Cuándo tendrán fin las peleas, las enemistades; cuándo se pondrá templanza en la vindicta si a todo el mundo le está permitido vengar el propio agravio, que cada uno piensa ser desaforado y gravísimo, lo cual ocasiona que el agraviado no pueda ser juez ecuánime en su ultraje personal? Mahoma permitió además la poligamia, habitual en el Africa toda, así como el divorcio por motivo ligerísimo, y la fácil reexpedición de la mujer a su casa. Respecto de las mujeres casadas, las leyes civiles establecieron lo que les pareció. Rómulo quiso que en Roma al marido le fuese permitido todo, a la mujer, nada. Los germanos tienen a sus mujeres como criadas. Al enviado de Dios no le estaba bien mirar lo que, en este punto, había sido recibido por costumbre antigua o por virtud de leyes determinadas, sino informarse de lo que era decoroso, de lo que era piadoso y humano, de lo que a todo el humano linaje convenía, ya que daba leyes en nombre de Dios, ante quien el varón y la hembra son iguales, y la justicia de uno y otro le es igualmente grata e ingrata la iniquidad, como Dios, que es de paz.

ALFAQUÍ.—¿Y no te parece a ti que fué muy meditada y prudente esa disposición acerca de las mujeres y, principalmente, la de que un solo marido tenga muchas? Un hombre solo puede satisfacer a muchas, lo cual rinde más fruto que no que el semen se desperdicie. Demás de esto, si alguna mujer no congenia con el marido y se hace incómoda la convivencia, no retiene contra la propia voluntad a la mujer el marido contra su propia voluntad; la ley del divorcio la echa de casa. Si con posterioridad ella se enmendó o mejoró de carácter, o el marido la echó en un ciego arrebato, queda expedito el camino de la reconciliación. ¿Puede haber cosa más razonable?

CRISTIANO.—Será cosa muy razonable en un burdel, pero no en la casa y en asuntos domésticos.

ALFAQUÍ.—Dime los motivos por los que no apruebas esta institución tan cómoda.

CRISTIANO.—Lo haré con sumo gusto, como lo demás, y tendré presente que no hablo con un puerco cualquiera, quiero decir, con un hombre ayuno de todo trato y doctrina, sino con quien está dotado de juicio y no carece de sociabilidad y experiencia. Tú que al principio de esta plática demostrabas tanta hombría, no puedes ignorar que el hombre, por la parte que es animal, tiene determinados apetitos, y por la parte que es hombre, tiene otros, y que aquellos apetitos animales son harto inferiores a los humanos y harto más débiles. Entre ellos está el apetito de la procreación, acerca del cual un sabio gentil, interrogado cuándo debía verificarse el ayuntamiento carnal, contestó discretamente: *Cuando quieras hacerte inferior.* En este apetito, mírase, o bien sólo el deleite, o la finalidad que es la propagación de la especie. El deleite, puesto que es bestial, no conoce medida ni razón; no le bastará cuatro, ni cinco, ni diez, ni mil

ni diez mil. Uno de los deseos humanos es la sociedad de la convivencia para el afecto y el socorro mutuo. En este aspecto, la convivencia principal es el matrimonio, como Moisés en el *Génesis* refiere que dijo el Señor que no convenía que Adán viviese solo y que se le había de buscar una ayuda semejante a él. Tanto este apetito de la vida en común como el de la propagación de la especie manifiesta claramente que a un varón debe unirse una sola mujer y a una sola mujer un solo varón. La forma misma de la unión para la propagación de la especie advierte que es cosa de dos y no más y que no deben intervenir ni un tercero ni un cuarto. De haberle parecido así al soberano Gobernador del mundo, a saber: que a cada varón se le asociasen cuatro o cinco, o diez, o veinte mujeres, hubiese puesto en la Naturaleza tal ley que fuese mucho mayor la cosecha de hembras que de varones, y que el número de mujeres excediese en un séxtuplo o en un décuplo la suma total de varones, cosa que vemos no sucede. La asociación, así de bienquerencia, como de auxilio y servicio mutuo más verdadera y segura es la sociedad de dos. Nuestras referencias y nuestra propia experiencia nos han enseñado que las más verdaderas y más firmes amistades son las amistades entre dos. En cambio, vuestro legislador quiso mirar por la quietud doméstica; tendréis, dijo, tantas mujeres cuantas podréis mantener con vuestras posibilidades y regir y tener sujetas a vuestra autoridad; establece en la casa la concordia, sin la cual la vida toda, así privada como pública, es pura miseria. ¿Qué concordia puede haber dentro de unas paredes donde reinan la envidia, los celos y de ahí las pelamesas continuas? El amor entre dos es el más sabroso y el más tranquilo. El amor de dos o más a uno no está exento de emulación. En la amistad de muchos cada uno mira a cada uno, o cada cual a todos los otros o a cada uno de ellos; no todos a uno, como al dueño los criados, sino como en una república por una cierta comunidad jurídica y de vida práctica. El que dos o tres estén pendientes de uno solo eso no es amistad igual, sino rivalidad y predominio de alguno sobre muchos. De ahí suelen nacer envidias y rencillas, cosa que es inevitable, cuando el favor deseado de muchos o los indicios de este favor se inclinan más a una parte que a la otra. La mujer que se siente objeto de las preferencias del marido, créese vencedora de las otras, se insolenta y veja a las otras y no las tiene por compañeras, sino por criadas. Y a su vez, aquella que no se siente tan favorecida, envidia a la favorita. Aun cuando el marido las quiera a ambas igualmente, las ampare por igual y les tenga las mismas consideraciones, equilibrio harto difícil de mantener, con todo no conseguirá persuadírselo a ellas. Y no solamente las esposas, pero ni tampoco los criados que están sujetos a un mismo amo ni los hijos que lo están a la férula de un mismo padre, por escrupulosa que fuere la igualdad con que se les trata, jamás creen ser tratados con igualdad, por la natural afición que cada cual tiene a sí mismo. De ahí el rencor y la rabia que se tienen unas a otras, que viene a recaer sobre la cabeza del marido. La mujer picada del tábano de los celos, no cuidará la hacienda, ni los hijos, como acosada por las furias, y si fuere madrastra, no querrá dar mantenimiento ni crianza a los entenados y les proporcionará todos los desa-

brimientos que pudiere y mucho más si la madre viviere, pues no la tendrá por compañera, sino por barragana. Si nos remontamos a buscar el ejemplo y como la constitución natural, allá en los comienzos del linaje humano, veremos que el Señor señaló a un varón una mujer, Eva a Adán, costumbre que luego siguieron los restantes pueblos, fuera de los africanos. De Eva dijo Adán: *Esta es hueso de mis huesos y carne de mi carne. Esta será llamada Varona, porque fué tomada del varón. Por tanto, el varón dejará a su padre y a su madre y se allegará a su mujer y serán dos en una carne.* Yo te ruego que repares que en estas palabras que vienen a ser la ley del matrimonio promulgada en los orígenes del mundo, no se dice que serán tres o cuatro en una carne, sino dos solamente. Y así como a Adán le fué dada una Eva, así también a Noé y a aquellos que entraron en el arca para reparación del humano linaje, se les asignaron sendas esposas, según se lee en el *Génesis* de Moisés.

ALFAQUÍ.—¿En qué quedamos? ¿No leemos que los patriarcas antiguos, Abrahán, Jacob, David, Salomón y otros tuvieron muchas esposas?

CRISTIANO.—Algunos de ellos las tuvieron y no con demasiada santidad, como Salomón, que no deben citarse como ejemplo, porque su conducta mereció reprobación. Por lo que toca a otros cuya santidad es evidente, creemos que no obraron con destemplanza, sino con alguna finalidad superior y más que humana. Abrahán servía a la prometida estirpe, Jacob a la multiplicación del pueblo escogido, David para que su familia fuese aquella numerosísima elegida para el reino y la generación del Mesías.

ALFAQUÍ.—Y del divorcio, ¿qué me dices? ¿No contiene a las casadas en su deber?

CRISTIANO.—El divorcio infiere no menores calamidades a la cosa familiar y a la tranquilidad de la vida conyugal, que la multitud de esposas. Esposa no quiere decir servidumbre, sino convivencia y amor. El divorcio hace que el marido abuse de la esposa como si fuera una esclava, amenazándola a cada paso con lo que se amenaza a un criado, con echarlo a la calle. ¿Qué amor puede cuajar entre aquel que así desprecia y la que así es despreciada? Y en el caso de que no la desprecie, la mujer es suspicaz de suyo y todo lo forma a mala parte. Dijo un pensador gentil allá en la antigüedad: *Ama como si debieras aborrecer.* Sentencia que mereció de otros sabios la más enérgica condenación, pues decían que ella mataba toda bienquerencia, toda sabrosa convivencia de la vida. Y, con efecto, ¿a quién amaré de buena fe si pienso que puede llegar a ser enemigo mío? Y este caso se repite con frecuencia en el divorcio matrimonial. ¿Qué marido amará la mujer con amor sincero y confiado si ella recela en sus adentros que por una pequeña reyerta o por un simple mal humor del marido, puede ser echada de su hogar, y que aquel hombre con quien se casó ya no será su esposo? Pero ni tampoco cuidará la hacienda familiar como suya, ni educará a sus hijos, puesto que todo tendrá que abandonarlo el día que a su marido se le antoje. Allende de esto: ¿cuántas mujeres sin merecerlo serían echadas por sus maridos, acuciados por la lujuria o cualquier otra pasión desordenada? Y no solamente esos inconvenientes que el repudio ocasiona en los bienes familiares y en todo el

curso de la vida, sino la misma naturaleza del matrimonio en todos los pueblos parece atajar toda facilidad y salida al divorcio. Primeramente, hay el consentimiento de las voluntades que realiza en el matrimonio aquella predicción de Adán, a saber: que serían dos en una carne, esto es, en el hombre uno, según la manera de hablar de los hebreos. Además, lo que vemos todos, el abrazo marital, que pone delante de los ojos aquella unidad del hombre; la comunidad de vida y de bienes mientras dure la existencia, y, por fin, las prendas de los hijos, que son un nuevo lazo de unión entre los padres, tan sabroso y tan fuerte que imposibilita la desunión. ¿Cómo se van a disgregar los hijos si los padres se desunen?

ALFAQUÍ.—La sucesión va en seguimiento del padre.

CRISTIANO.—En derecho civil, sí; pero no por derecho natural, no por equidad ni por justicia. De los dos fué engendrado el hijo y pertenece a los dos.

ALFAQUÍ.—Pero son muchas las parejas que no están dispuestas aptamente para engendrar.

CRISTIANO.—Las leyes no atienden a lo excepcional, sino a lo universal. Muy discretamente dijo un sabio que no hay ley alguna que sea cómoda para todos. Ni tampoco el matrimonio se impuso como fin exclusivo la generación, sino la apacible e indisoluble comunidad de vida, de la cual dijo Dios: *No es bueno que Adán esté solo; hagámosle una compañera semejante a él.*

ALFAQUÍ.—Pero es más fructuoso que no se pierda aquella semilla.

CRISTIANO.—Tienes tú en tu casa un caballo de silla, y un caballo semental y deseas que el semental sea extraordinariamente prolífico. ¿Te preocupas tanto del caballo de tiro?

ALFAQUÍ.—No tanto.

CRISTIANO.—¿Y qué es lo que procuras en él?

ALFAQUÍ.—Que sea lo más idóneo para la carga.

CRISTIANO.—¿Y por qué no para la cría?

ALFAQUÍ.—Si el caso viene, no lo llevaré a mal.

CRISTIANO.—Pero no será éste tu cuidado.

ALFAQUÍ.—Al revés; de cuando en cuando, y aun muchas veces, le alejaré de la remonta para cabalgarle con mayor comodidad.

CRISTIANO.—Y en el varón, ¿qué pretenderás? ¿Que fecunde a muchas mujeres o que sea prudente, templado, sabio, docto, piadoso?

ALFAQUÍ.—Esto último, sin duda, que es lo más propio del hombre.

CRISTIANO.—Si engendrare hijos, no le desdeñaras; si no los engendra, lo llevarás sin pesadumbre, o todavía mejor, como decías del caballo, lo retraerás de esa tarea para que mejor cumpla con sus deberes de hombre; pues es fuerza que en tan copiosa lujuria atollen y se debiliten la probidad, la modestia, el pudor, la honestidad y toda otra virtud. No puede pensar en la religión, en la santidad ni en cosa alguna alta y soberana quien tenga tan gran número de esposas y criadas y tenga que cuidarlas, y lo que rebasa toda obscenidad, tenga que hincharles el vientre. Yo te suplico que repares, por lo que toca a la multiplicación de la especie, cómo estáis engañados con esa multitud de mujeres. Son mucho más pobladas las regiones en que los matrimonios son de dos que las vuestras; como Europa lo es más que Africa y que Asia. Y aun la misma Asia, que ahora es Turquía, tiene más despobladas de habitantes sus ciudades desde que cada uno toma seis

o siete mujeres, que en la antigüedad, cuando cada cual se contentaba con una.

ALFAQUÍ.—Pero vemos muchos casamientos mal avenidos por incompatibilidad de temperamentos y costumbres. ¿No quieres tú que esa desavenencia se enmiende con la separación? ¿No proporcionas ningún remedio?

CRISTIANO.—Cristo, nuestro divino Legislador, quiere que los suyos se avecen a la modestia, a la templanza, a la grandeza de alma, gracias a la cual, con facilidad, si alguna molestia se les atraviesa en la vida, la pasen y la superen. No permite que sean quejumbrosos, malhumorados, regañones, que a cada paso hallen espinas con que se pinchen y piedras en que tropiecen; a ambos les provee de querencia mutua, que es magnánima y muy sufrida, y nada sensible a las ofensas. Para éstos se les hace tolerable y llevadero lo mismo que a otros se les antoja pesadísimo e insufrible. Nuestro Señor nos manda ser mansos y perdonar con facilidad las ofensas los unos a los otros, y tener indulgencia y comprensión para los pequeños yerros, y lo que se nos antojare hacerlo leve con el amor del hombre o más seguramente con el amor de Dios. No nos acostumbra, pues, a rezongar ante cualquiera ofensilla y a romper el nudo de la benevolencia, como hace vuestro legislador, sino aguantarla y habilitar el ánimo a aquellas incomodidades, cuya tolerancia les hace de día en día perder su odio y aspereza. Grande será la recompensa de este trabajo, pues es Dios quien lo renumera.

ALFAQUÍ.—¿Y qué pasa si es tal la hipotética discordia y disensión de voluntades que den al traste con la tranquilidad del espíritu y la piedad sufre menoscabo?

CRISTIANO. — Para situación tan apurada, la Iglesia tiene aparejado remedio con disposiciones políticas. Empero, de esa vuestra famosa reconciliación, cuando los casados que se separan han resuelto congraciarse, no quiero decir palabra por no avergonzarte. ¿Puede pensarse cosa más puerca? Tú sentirías empacho; pero tu legislador, como quien moraba entre bestias y se había despojado de todo respeto de Dios y de los hombres, de nada sentía sonrojo. Pasemos al ayuno, que al establecerlo vuestro legislador, claramente da a entender que, como en todo lo demás, no sabía qué cosa era el ayuno ni a qué finalidad obedecía. Dime: ¿Qué es el ayuno?

ALFAQUÍ.—Abstinencia de alimentos.

CRISTIANO.—No podías dar respuesta más sencilla y natural. ¿Pero con qué fin impuso Dios a los hombres esta abstinencia de alimentos en época determinada? ¿Por ventura como médico, porque es higiénico comer a tal hora y a tal otra? ¿O como maestro de almas, porque conviene a la buena conciencia no tomar nada en tal tiempo o tal otro?

ALFAQUÍ.—Eso último me inclino a creer.

CRISTIANO.—¿En qué proporción el alimento daña la mente? ¿En qué proporción nutre y robustece el organismo?

ALFAQUÍ.—De ningún modo con ésta; al contrario, alegra la mente y la apuntala.

CRISTIANO.—¿De qué manera?

ALFAQUÍ.—En la proporción que sea inmoderado y excesivo o que por su calidad afecta al cuerpo y embota la mente y la perturba para que no pueda pensar cosa de Dios, de su culto, de la religión, de la virtud.

CRISTIANO.—Consistirá, pues, el

ayuno conveniente a nuestras almas, en que los hombres se abstengan de esas incomodidades.

ALFAQUÍ.—Así lo pienso.

CRISTIANO.—Y establecer el ayuno será digno del enviado y profeta de Dios. ¿Cómo, siendo esto así, vuestro legislador os exhorta y casi os instruye para la crápula y la tragonía? Comienza por mandaros la abstinencia de manjares hasta el atardecer; y a la noche, como quitados los frenos y retiradas las barreras, envía a los ganosos de comer a un pesebre de bestias; comed, dice, y bebed hasta el alba. ¿Qué descomedimiento mayor o más bestial es ese de estar sentados a la mesa desde la puesta del sol hasta que esclarece? Esa no es norma de ayuno, sino arte y oficina de engordar.

ALFAQUÍ.—¿Quieres decir que entre vosotros no existen abusos parecidos?

CRISTIANO.—Existen abusos con bastante mayor frecuencia de lo que convendría. Pero aquí no tratamos de indagar lo que hacen los nuestros o los vuestros, sino lo que mandó el legislador. Si los nuestros no obedecen la ley, culpa es de ellos, no de la ley. Pero lo que hacéis vosotros es un precepto de vuestra ley, de modo que la culpa recae sobre la ley o, mejor, sobre el legislador, no sobre vosotros, sino en cuanto obedecéis sin discreción ni tino alguno una ley sucia e impura. Pero evita la embriaguez y quita el vino a los suyos. Refieren algunos que el motivo fué que una vez, luego de estar más bebido que un azumbre, señaló estas prohibiciones, de las cuales le pesó toda la vida. Pero cuenta a este propósito una donosa anécdota. Dice Abdías, el judío: Refieres que en el paraíso hay vino, ¿qué falta hace allá si el vino es ilícito? Y si es lícito, ¿por qué lo prohibes en este mundo? Responde Mahoma: Tan sutilmente preguntas, que con una pregunta sola vas a sacar por fuerza dos respuestas. Voy a explicarte una cosa y otra, por qué allí es lícito y aquí es ilícito. En tiempos antiguos hubo dos ángeles, Horoht y Maroth, que fueron enviados por Dios del cielo a la tierra con la misión de gobernar e instruir el linaje humano; tenían prohibido matar, juzgar injustamente y beber vino. Luego de haber estado así por mucho tiempo, siendo ya conocidos como jueces por el universo mundo, acudió a ellos cierto día una mujer hermosísima sobre todo encarecimiento, con una querella contra su marido. Esta mujer, para ablandar a los jueces a su pretensión, les invitó a comer, y mientras comían, ella misma, en persona, les escancia vino, les sirve en pie, les brinda y les insta para que beban. ¿Qué más? Las blanduras insinuantes de aquella mujer triunfaron de su rigidez; embriagados, se emocionaron con la hermosa huéspeda y le pidieron echarse con ella. Ella se aviene con la condición de que uno de los ángeles le revele la palabra por la cual subían al cielo y el otro la palabra por la cual bajaban. La condición plugo. Así que la hubo aprendido, de repente se remontó y subió al cielo. Dios, así que lo hubo visto y se informó de la causa, le puso por lucero de la mañana, la más hermosa de las estrellas, como lo había sido de todas las mujeres. Llamados a juicio los ángeles prevaricadores, Dios les propuso que escogiesen entre las penas de este mundo y las del otro; optaron por las del otro: fueron colgados de cadenas recias, con las cabezas hacia abajo, en el pozo llamado Behil, hasta el día del Juicio. ¿No te parece, Abdías, que hay razón su-

ficiente para que en el paraíso sea lícito el vino y acá abajo sea ilícito? Esta es, dice, la causa verdadera y merecidamente. Así se expresó Mahoma. ¿Cuál reprenderé primeramente de todas estas criminales y locas invenciones? Estoy cansado de refutar en serio cosas que pueden parecer ser dichas en broma. ¿Quién va a creer que no son consejas imaginadas para pasar el tiempo y provocar la risa? Dice que dos ángeles fueron creados para gobierno del linaje humano; y para que sepáis que proclama una verdad cierta y averiguada, pone los nombres de estos dos ángeles. ¿Quién escribió jamás esto? ¿Quién lo dijo? ¿Cuándo se oyó o se leyó? Cosa tamaña, ¿cómo pudo por tan largo tiempo estar sumida en las tinieblas del olvido y que se borrasen los nombres de esos pretores del linaje humano cuando la Historia registra los nombres de los reyes, caudillos, cónsules, pretores de cualquiera ciudad? Mas por lo visto, también comen los ángeles y beben y se entregan al amor. En el cielo, ¿hacen esto mismo? Y si allí no lo hacen, ni lo pueden hacer, ¿qué circunstancias les trocaron de tal suerte que hiciesen acá abajo lo que va contra su hábito natural? No sé qué iba a responder Mahoma, que dice que ninguna suerte de deleite faltará en el cielo. Tiene, pues, sus manjares, sus convites, sus ayuntamientos sexuales, y unos son varones y otros son hembras y doncellas, si ya no es que se allegan furtivamente a nuestras mujeres y nos hacen ese ultraje a los maridos. Oxe afuera, esta impía obscenidad que ni el mismo Mahoma hubiera puesto, a pesar de que no dejaba de consignar ninguno de sus desvaríos. ¿Y qué diré de lo que sigue? Se ahitaron de vida y ardieron; el vino, pues, se ha de prohibir. ¿Qué agudeza mayor puede fantasearse? Fueron víctimas de la belleza de la mujer; debe, pues, ser evitada. ¿Agrada eso de privar del uso de toda cosa que de una manera u otra puede dañar? No va a quedar nada: pan, leche, queso, carnes, frutas, agua, todo puede hacer daño y dañan en efecto a quienes las toman de una manera y a un tiempo inoportunos. El vino, moderado, es bueno; pero, bebido inmoderadamente, perjudica, como el pan, como todas las otras cosas. ¿Qué acarreó a la Humanidad mayores calamidades que el oro en causa y el hierro en efecto? ¿Por qué apeteces el oro y empleas el hierro? Pero ¿qué necesidad hay de hacer hincapié en cosa tan conocida? ¿Quién hay que no sepa que no debe, a tontas y a locas, condenar y eliminar una cosa porque su uso puede ser perjudicial? Lo que se debe enseñar es el buen uso, no prescindir de la cosa. Si tú prohibes el vino, porque los ángeles se embriagaron, ¿por qué no prohibes las mujeres, con tanta mayor razón porque fué una mujer la que dió ocasión a ello? Pero es el caso que Mahoma era mujeriego, no vinoso, y a él y a los árabes les fuera más ligero abstenerse del vino que de las mujeres. Y puesto que se finge que este hecho ocurrió antes de Moisés, ¿por qué Moisés no prohibió el vino en la ley y Cristo en el Evangelio? Uno y otro prohibieron la embriaguez, pero dejaron el vino, que no solamente es útil en muchos casos, sino algunas veces necesario. ¿Y qué decir de aquello otro, a saber: que piensa que con decir determinadas palabras los ángeles, a su voluntad, suben y bajan del cielo como si no fuese por la fuerza de su naturaleza, sino en virtud de cierta fórmula mágica, y que Dios está tan ayu-

no de lo que pasa en el mundo, que cuando menos lo pensaba aquella mujer se le coló en el cielo?

CAPITULO XV

DEL DÍA DEL JUICIO

CRISTIANO.—Por cosas que oyó mal y entendió peor, Mahoma coligió el día del Juicio qué es lo que inculca con más frecuencia. Hácelo por inculcar en los ánimos la religión suya. Oigamos ahora un cuentecillo, como es costumbre. Dícele el judío: «Ruégote que me describas el día del Juicio.» Respondióle: «Acerca de él mandó Dios al Angel de la muerte que mate a toda criatura que tenga espíritu vital; así a todos los ángeles como a los diablos, a los hombres todos, peces, bestias, rebaños; así lo dice en el Alcorán: muerte a todo, fuera de Dios.» Después de esto llamará al Angel de la muerte y le dirá: «Adriel, ¿queda viva ninguna de mis criaturas?» Adriel le contestará: «Ninguna, Señor, fuera de mí, siervo tuyo ruin.» Entonces le dirá: «Puesto que diste muerte a toda criatura mía, vete de ahí entre el paraíso y el infierno, y mátate a ti mismo y muere.» Irase el infeliz, y en el lugar previsto, echado al suelo, se envolverá en sus alas y se ahogará con un bramido tan fiero, que si vivieran produciría la muerte a los espíritus celestiales y a los animales terrenales, y el mundo se quedará vacío por espacio de cuarenta años. Después de esto, teniendo en su puño el Cielo y la Tierra, dirá Dios: ¿Dónde están ahora los reyes y los príncipes y los poderosos de este mundo? ¿Cúyo es el reino y el imperio y el poderío? Decídmelo, si sois veraces. Repetidas estas palabras tres veces, resucitará a Serafuel y le dirá: «Toma este añafil y baja a Jerusalén y táñelo.» Entonces Serafuel, tomado el añafil o trompeta, cuya longura es de cincuenta años de camino, de pie en medio de Jerusalén, soplará en ella y con su soplo desalojará de su interior todas las almas justas, que volarán por toda la tierra e irán a buscar cada cual su cuerpo respectivo y al tañido primero todos los huesos se reagruparán. Pasados otros cuarenta años, Serafuel volverá a tañer el añafil, y a este segundo son los huesos se vestirán de carne, y luego tras otros cuarenta años, cuando sonare el tañido tercero, todas las almas se revestirán de sus cuerpos. Hecho esto, un incendio iniciado en Occidente empujará a todas las criaturas hacia Jerusalén, y cesará como por encanto cuando todas habrán llegado allá. Una vez aquí, cuando por espacio de cuarenta años habrán nadado en su sudor en espera del Juicio, abrumados de tantas y tamañas miserias, llamarán a Adán, diciendo: «Padre Adán, ¿para qué nos engendraste para esos tormentos y miserias? ¿Consentirás, padre, que de esta manera tus hijos fluctúen en la incertidumbre entre la esperanza y el miedo? Pide a Dios que pronto termine en nosotros lo que ha de hacer entre el paraíso y el infierno.» Adán responderá: «Oh hijos, harto sabéis que por instigación del diablo yo desobedecí el mandamiento de Dios; id, por tanto, a Noé.» Y vueltos a Noé dirán: «Intercede por nosotros, padre Noé, elegido de Dios.» Noé responderá: «Hice lo que pude; os salvé en el Diluvio; aquí nada me queda por hacer; id a Abrahán.» Invocarán a Abrahán, diciendo: «Abrahán, padre de la santidad y de la fe, inclina tus ojos a nuestra miseria y ten piedad de nos-

otros.» A los cuales Abrahán dirá: «¿Qué me pedís a mí? ¿No os acordáis que por mucho tiempo anduve errante e incircunciso, vagabundo idólatra? Yo no puedo hacer nada; llamad a Moisés.» Llamarán a Moisés, diciendo: «Profeta y nuncio amado de Dios y siervo suyo, óyenos.» Responderá: «¿A quién llamáis? ¿No os di yo una ley y la confirmé con milagros, y vosotros no me creisteis? Si me hubierais creído, haría lo que me pedís; id a Jesucristo.» Vueltos a Jesucristo, dirán: «Jesucristo, aliento, verbo y virtud de Dios, muévate tu piedad e intercede por nosotros.» Entonces les dirá: «Eso que me pedís, vosotros mismos lo perdisteis. Fuí enviado a vosotros en la virtud de Dios y en la palabra de verdad y os descarriasteis y me hicisteis vuestro Dios contra lo que yo os había predicado; así que perdisteis este beneficio mío; empero id al último de los profetas, dando a entender a Abdías, que era éste con quien hablas.» Y vuelto a él dirán: «¡Oh nuncio fiel y amigo de Dios! Hemos pecado gravemente en no haberte creído; óyenos, a pesar de todo, piadoso profeta, única esperanza sobreviviente, porque después de ti ya no nos queda nadie en quien esperar; óyenos con el poder que Dios te ha atribuído. Te asistirá Gabriel y no dejará a su amigo en la impotencia; tus compañeros se adelantarán ante el acatamiento de Dios, y Dios les dirá: «Sé a qué habéis venido. Lejos de mí dejar frustrado el más pequeño deseo de mi nuncio fiel. Aquí, pues, en el puente hecho sobre el infierno, habrá una balanza; pesadas en ella las obras de cada uno, caminarán sobre el puente. Los santos pasarán; los precitos caerán en el infierno.» Toquemos brevemente algunos de esos diversos extremos. Dios mandó al Angel de la muerte que matase a toda criatura que tuviera espíritu vital. ¿Qué necesidad hay de que las almas mueran y mueran los ángeles que fueron creados inmortales? Pero como había oído que San Pablo decía que todos debían morir, envolvió en una muerte general a los ángeles y a todas aquellas criaturas que fueron creadas inmortales. Y porque San Pablo había hecho mención de una trompeta, Mahoma dió al ángel una trompa descomunal, de la cual los ignorantes se horrorizarán y los instruídos se reirán. Y crea un Angel de la muerte para que Dios tenga su verdugo, como nuestros gobernadores. ¿Qué falta hace un Angel de la muerte si no existe el Angel de la procreación? Con mayor motivo debiera haberlo de la generación que de la muerte. Por ley natural todo nace, crece, envejece, muere, sin que para nada intervenga en ese proceso inexorable el ministerio de ángel alguno, a no ser que intervenga excepcionalmente Dios fuera del curso de la Naturaleza. Esa historieta del Angel de la muerte y de Moisés es muy a propósito para amedrentar a algún muchacho díscolo. Moisés, dice, vagando por el desierto a solas y al azar, se encontró con un sepulcro abierto y vacío, exactamente a su medida; maravillado del hallazgo, lo midió con su propia estatura. Mientras tantos, el Angel de la muerte llegó para matar a Moisés, quien, habiéndole conocido, le preguntó: «¿A qué viniste?» «Fuí enviado por tu vida», le respondió. «¿Cómo piensas quitármela? Por la boca no podrás, porque por ella hablé con Dios. Por las orejas no podrás, porque con ellas oí la voz de Dios. Por los ojos no podrás, porque con ellos vi el rostro de Dios; ni por las manos,

con las cuales recibí el don de Dios; ni por los pies, con los cuales subí al Sinaí. Conoces las razones válidas por las cuales no puede la muerte penetrar por aquellos miembros. Empero si el cuitado de Moisés hubiese olido algún olor excelente y de aquellos divinos, la muerte no hallara rendija por donde entrarle.» Oído esto, se fué el ángel del Señor, y trocada su apariencia, trájole una manzana del paraíso, y ofreciéndosela para que la oliese, la tomó Moisés y, acercándola a la nariz, cogióle el ángel por ellas como si fuera un buey y como quien ordeña le extrajo el alma; así su cuerpo se quedó en el sepulcro no estrenado. Con todo, es extraño que no le hubiera valido el vaho de las víctimas sagradas en los sacrificios ni el olor del humo que salía del fuego en que el Señor había bajado al Sinaí. Si Moisés no podía recibir la muerte por aquellas partes por las cuales tuvo tratos con Dios, ¿cómo murió Mahoma, que le vió, le oyó, le habló y el Señor le tocó? Ese tocamiento no debió causarle dolencia alguna ni le debilitó el cerebro, cosa indigna de Dios, sino la salud y la inmortalidad. Volvamos al Juicio y acabamiento de todas las cosas. Y como si hubiera realizado una gran hazaña, introduce a Dios pidiendo jactanciosamente: «¿Dónde están los reyes y los príncipes y los poderosos del siglo?» Cual si anteriormente hubieran existido y en aquellas circunstancias despojados del cuerpo mantuviesen su reino y su principado; o como si no fuera más crearlo y conservarlo todo que destruirlo. Y si es una hazaña tan grande abolir, alguna parte de gloria tocará al ángel, ministro de tanta destrucción. ¿Qué necesidad tenía Dios de aquel reproche alabancioso, como si hubiera alguno que ignorase que Dios lo puede hacer todas las veces que quiere? Es que Mahoma pensó que Dios iba a hacer lo que él hizo en sus campañas, soñando siempre con guerras en las que lo hermoso y señalado es dar muerte a cuantos más mejor. Y qué egregio recurso para reparar almas y tan digno de Dios echarlas soplando del añafil como si fueran plumas. ¿Quiénes son, en fin de cuentas, estos que desean el día del Juicio? No parecen ser los buenos, sino los malos, pues así se les contesta por Moisés y por Cristo como malos que no pudieron ser reducidos a la creencia. ¿Cómo ésos desearán el rigor de la sentencia, si ya tendrían bastante con nadar en su propio sudor? Pero si Moisés y Cristo no habían de ser oídos en su intervención a favor de quienes no creyeron en ellos, fué oído Mahoma como mejor, siendo así que vosotros admitís que era inferior a Moisés y a Cristo en bondad y estrecha unión con Dios. Por lo demás, ¿por qué Moisés y Cristo les niegan su socorro? ¿Por su indignidad o por la dureza de los corazones de los otros?

Alfaquí.—Por esa misma dureza.

Cristiano.—¿Pues qué? ¿Tampoco faltaron a Mahoma quienes no tenían fe en él? Y si la incredulidad y la bellaquería apenas eran estorbo para no interceder con Dios, ¿qué razón había porque no lo impidiesen también a Mahoma? Pero no; no quería Mahoma ser ante Dios más favorable que Cristo, sino ante sus ejércitos tener más favor que Heraclio. «Resucitarán—dice—de la estatura de Adán y la belleza de Jesucristo.» Oyó a San Pablo hablar de la plenitud de la edad de Cristo, y él, por su cuenta, añadió la estatura de Adán. Pero ¿cómo es eso? Pues él cuenta que los discípulos rogaron a Cristo que los contase del

arca, puesto que dice: «Siendo Jesucristo rogado de sus discípulos que les explicase la figura del arca, y como era la porción del linaje humano que sobrevivió, defiriendo a su ruego, tiró al suelo una figurita hecha de barro que tenía entre sus manos, y dijo: «Levántate en nombre de mi padre.» Y surgió un hombre con los cabellos blancos. Y Cristo le dice: «¿Quién eres tú?» Respondió: «Yo soy Jafet, hijo de Noé.» Y Jesús le dice: «¿Así moriste de cano?» Contestó: «De ninguna manera, sino que en ese instante, pensando que me levantaba para el Juicio, encanecí de miedo.» Y si él por un falso temor encaneció, ¿qué harán los otros cuando el miedo sea efectivo? Darásele a cada cual un libro con todas sus obras y el Juicio durará cinco mil años. Si el examen de los crímenes de cada uno debe hacerse como se acostumbra en nuestros tribunales, no es de maravillar si dura el Juicio, no cinco mil años, sino incluso quinientos mil. Pero ¿cómo aplaca la ira del juez? Entonces, dice, Mahoma dirá a Dios: «Señor, todos éstos se apresuraron a recibir este libro con la frente alta. Como si Dios no supiera o se hubiere olvidado quiénes son los justos, se atiene al asesoramiento de Mahoma; pero capta benevolencia para su libro, como con un escudo fortísimo contra Dios enojado. Al final—dice—la muerte se trocará en carnero y será colocado entre el paraíso y el infierno.» ¿Puede imaginarse puerilidad mayor? Y que la población del paraíso, por miedo de la muerte, deseará la muerte a la muerte, como si ya no estuviesen ciertos y seguros de su inmortalidad.

CAPITULO XVI

DE LA BIENAVENTURANZA

CRISTIANO.—Mahoma prometió una bienaventuranza que más conviene a un cerdo que a un hombre. El suelo del paraíso, dice, es de oro con incrustaciones de esmeraldas y jacintos, poblado de toda suerte de árboles frutales, con corrientes arroyos, de los cuales unos son de leche, otros de miel blanca y otros de vino purísimo. Estas cosas dichas del Cielo rebasan todos los absurdos; yo no sé en qué parte de la Naturaleza sitúa su paraíso. Y sigue diciendo: «Un día dura allí mil años, un año equivale a cuarenta mil años corrientes.» Qué proporción tan docta entre el día y el año, de las leyes de los astrónomos, de manera que, según este cómputo, un año es sólo cuarenta veces más largo que un día. Pero ¿qué noche puede haber en el Cielo, donde siempre relumbra el sol, sin que jamás se hurte y se esconda del paraíso? Si el día es la presencia del sol, en el cielo es día siempre, y si es la revolución natural del cielo, no tiene más de veinticuatro horas. Añade: «Andarán allí vestidos con ropas de todo color, con excepción del negro. El primer plato que se pondrá en la mesa será el hígado del pez Albisburi.» Deduzco que debía de ser muy del agrado del paladar de Mahoma; pero no todos tienen el mismo paladar ni los manjares tienen para todos el mismo sabor. ¿Qué pasará con aquellos que sienten verdadero horror por toda suerte de pescado? ¿Qué necesidad tienen de alimento los que son inmortales? ¿Qué falta les hace el deleite venéreo a los que no han de engendrar? Los placeres del paladar y del tacto son viciosos si no se refieren a la necesidad de

prolongar la vida o de propagar la especie. Por esta razón nos fueron índitos por la Naturaleza, de modo que los deleites del paladar y del sexo no son el fin de las funciones de aquellos sentidos, sino que las funciones son la meta y como el blanco del placer. No para que nos deleitemos fabricó la Naturaleza en el animal el gusto y el tacto, sino que engendró el deleite para que quiera desempeñar aquellas funciones mediante las cuales se mantenga y engendre a un semejante. Con cuánta mayor lógica procedió Epicuro, quien, habiendo situado la felicidad en el deleite físico, hizo al alma mortal, pues vió que para este linaje de placeres no había lugar para la inmortalidad. Pero con demasiada claridad se ve que esos placeres groseros eran del gusto de aquellos soldados zafios y los deseaban para después de la muerte, y necios y carnales como eran, no alcanzaban a comprender qué otro linaje de gustos pudiera haber. ¿Pues qué? ¿No habrá fin ni comedimiento en el comer, en el beber, en el abrazar mujeres, en el paraíso mahometano? ¿Y nunca habrán de estar hartos ni hastiados; ni sufrirán empacho ni estarán enfermos jamás? ¿Cómo digerirán y cómo expulsarán lo digerido? ¿Dónde estará el albañar y dónde la excreta? Mahoma, que debió de ser un médico avisado, pronto halló la solución. Los excrementos se expulsarán por el sudor. ¡Cuánto se va a sudar allí con peligro de arrecirse de frío, si alguno se desnudare! Hay más: si la felicidad de los varones consistirá en la muchedumbre de pucelas que gozarán, ¿cuál será la felicidad de las mujeres, si ya no es que las mujeres, fieles a las leyes del Alcorán, han de ser también felices? Y si en estos placeres consiste la bienandanza celestial, ¿por qué se privan en esta vida? O, mejor: ¿por qué no acomodamos hasta donde sea posible las costumbres de ese mundo a las costumbres de la inmortalidad? ¿Qué puede decirse mejor o más excelente que reflejar la vida celestial y mediante esta semejanza llegar hasta ella? Pues bien: tú, Mahoma, los prohibes en ese mundo como cosa vitanda y enseñas a la vez que de ellos hay grandísima abundancia en el cielo. Según esto, Cristo y la Virgen Santísima y los profetas y los santos todos, que fueron sobrios, templados, castos en la presente vileza e imperfección de esta vida, en aquella perfección de la vida celestial serán borrachos, carnales, intemperantes, pues, en otro caso, no serían bienaventurados. Y los que acá abajo vivieron atentos y reconcentrados en su propia alma, allí tendrán que apearse de ella para descender el cuerpo, y de aquella su perfección, fuere la que fuere, pasarán a la imperfección. Pero Mahoma dice: «No faltará allí ningún género de deleite.» ¿Qué quiere decir con ello? ¿Que jugarán al disco o a los naipes y habrá allí baños y funámbulos y titiriteros, puesto que son tantos los que con estos espectáculos se divierten? Olvidóse de la música, cuyo deleite no es ciertamente el más grosero. Sería quizá porque él y los árabes guerreros, natos y groseros, no percibían su hechizo como aquel rey de los escitas, que dijo que prefería oír el relincho de su caballo que tañer la vihuela al ministro del rey Filipo. ¿Y qué más, si serán tejedores también? Vestirán asimismo de paño. Y habrá allá tintoreros, pues vestirán de todo color, excepto de negro. ¿El vestido será de lana, de seda o de lino? Y unos envidiarán a los otros el co-

lor o el tejido o la materia. ¿Puede soñarse cosa más propia de viejas decrépitos? Inventóse el vestido para guarecerse de los ultrajes del clima, del calor, del hielo o para velar aquellas partes del cuerpo cuyo nombre ignora la modestia y que destapadas producen sonrojo. Allí no había pudor ni rigor de frío ni calor fogoso. ¿Qué falta van a hacer en aquella bienaventuranza de cosas que son de la tierra, no del cielo, propias de nuestra flaqueza y no de aquel cumplimiento de perfección? Es sabido que ni Adán ni Eva, antes de pecar, andaban vestidos; pero fué el pecado quien trajo consigo la vergüenza, la flaqueza, la enfermedad y todo linaje de miserias, el que vistió los cuerpos. Y ese profeta que se precia de estar enterado de todos los misterios de la Naturaleza, dice que en el cielo los días serán de mil años, como si en el Cielo hubiera noche. Si el día es una revolución del cielo y un año es el curso del sol, ni el día ni el año no serán ni mayores ni menores en el Cielo que en la tierra. No hace al año sino cuarenta veces mayor que el día. Pero ¿quién hace caso de sus palabras? Le era igual decir cuatro que cuarenta. Y como si Mahoma no fuese más que cuerpo sin alma, no reserva nada para el alma, en la cual tienen asiento las principales complacencias del hombre, las solas dignas, sólidas, puras, perpetuas. No faltará ningún género de deleite. Así es, sin duda, si refieres los deleites al alma, pues en el alma radican deleites tales como nadie nos haya deseado ni imaginado. Vuestros sabios Averroes y Avicena reconocieron y confesaron que era mejor y más verdadera bienaventuranza la enseñada por el pagano Aristóteles que por vuestro legislador. Según Aristóteles, la bienaventuranza consiste en la acción de la mente acerca de las cosas más y más bellas. En aquello que en el hombre hay de mejor es razón que se sitúe lo mejor que hay para el hombre, a saber: la felicidad; no en la parte fea y brutal, en la que el hombre no se diferencia de la bestia.

ALFAQUÍ. — Pero Cristo, hablando de la eterna bienaventuranza, se refiere también a deleites corporales.

CRISTIANO.—Así es, pero jamás a los deleites venéreos, que siempre declara viciosos, excepto los conyugales que sirven a esta vida. De ellos dice que los hombres, en el cielo, no contraerán matrimonio, sino que, abolida la ley de los sexos, serán como los ángeles de Dios. Por lo que toca a la abstinencia de manjares y a la sobriedad, puesto que él la observó severísimamente, la impuso también a sus discípulos. De la mesa del reino celestial hace mención alguna vez, a tenor de la costumbre de hablar de los judíos, quienes, por aquellos manjares materiales, entendían las espirituales delicias de la bienaventuranza. Aparte de esto, El mismo expresamente dió a entender que hablaba en sentido figurado y singularmente en aquel pasaje: *Muchas cosas os tengo que decir que ahora no entenderéis; pero el Espíritu Consolador os lo enseñará todo.* Así fué que, después de recibido el Espíritu Santo, todo quedó mucho más claro. Entonces se comprendió que la palabra manjar, en los labios del Señor, debe entenderse el fruto que cada cual recoge de sus obras y al cual El nos exhorta: *Obrad el manjar que no perece.* Y en otro lugar: *Yo tengo que comer otro manjar que ignoráis vosotros.* Muy al revés vuestro Mahoma, sin traslaciones, sin figuras, a la pata la llana, y con

suma naturalidad, dice que así se pasan las cosas allá arriba, como quien refiere un suceso. Y no es de extrañar que él se imaginara una tal bienaventuranza, pues el cielo para él es como la corte de un gran príncipe, donde todas las cosas pasan al estilo común de los hombres. Dice que, en tiempos, los demonios acostumbraban subir al cielo para tomar información de lo que se hacía en el consejo de Dios; pero Dios, enterado de que sus enemigos algunas veces habían penetrado sus secretos, montado en cólera descubrió el espionaje. Con este motivo puso guardias y porteros diligentes para que vigilasen que ningún demonio en lo sucesivo le pudiese engañar y creó un lucero brillantísimo que descubre a los demonios espías y los persigue. ¿Puede fingirse cuento más grosero y más inconveniente? Como si Dios pudiera ser engañado por ardid ninguno o si no supiera lo que piensan los ángeles y los hombres, cuanto más lo que hacen; o si necesitase de porteros o si los demonios, después de su caída, tuvieran acceso al cielo, o si Dios reuniera consejo de ministros acerca de lo que se ha de hacer, o se pudiera conocer qué es lo que delibera y lo que resolvió. Pero lo que hace reír más a gusto es imaginarnos cómo los demonios acechadores suben al cielo silenciosamente, como las arañas por su hilo, y entran de puntillas, y cómo engañan a los porteros. Eso por una parte, y por otra, el enojo de Dios, cejijunto y suspicaz, haciendo pesquisas por descubrir a sus porteros infieles. Mahoma cuenta otra historieta, según su costumbre. Habla el judío Abdías: «¿Dónde está aquel a quien Dios llamará después del día del Juicio?» Respondió: «En el centro del infierno hay un valle, en el valle hay una sima, en la sima un pozo, en el pozo un arca, atado con cadenas, con los pies en un cepo, quien en pie por espacio de mil años incesentemente invocará la misericordia de Dios.» Dícele: «¿Y qué le hará Dios?» Respondió: «Después de mil años, hará que se lo presenten y le dirá: ¿Qué quieres, miserable, que no das paz a mis oídos? ¿Qué confianza te sostiene? ¿En qué mérito esperas?» Responderá entre sollozos: «Señor Dios mío, yo no tengo fuera de ti quien de mí se apiade, y tú tienes, fuera de mí, en quien ejecutar tu ira; compadécete de mí, Señor; compadécete de mí.» Pero Dios dará orden de que se le devuelva al infierno. Será quitado de su presencia y con todo no cesará de invocar la misericordia de Dios. A la postre, movido Dios, mandará que se le liberte, y como saldrá ahumado del calor infernal más negro que la pez, preguntarán los ángeles cómo se le puede mezclar con los moradores del paraíso. Entonces Dios mandará que se le lave en una fuente aérea y quedará blanco todo, excepto una mancha en la frente. Lavado, pues, andará por el paraíso, distinguido entre todos. Todos, en viéndole, le señalarán con el dedo y murmurarán de él y le cubrirán de baldones; y él se correrá en tan alto grado que llegará a decir que prefiere ser devuelto al infierno a sufrir por más tiempo aquellos improperios. Dirá, pues, a los ángeles que le laven cinco veces más en la misma fuente. Tras esa quinta ablución se le quitará la mancha y será restituído al paraíso. El oprobio habrá tenido fin. Ves aquí ahora a aquellos espíritus celestiales convertidos por tu Mahoma en burladores, envidiosos y soberbios, tales como entre nosotros no lo son las personas buenas, y lo

que es más delictivo, condenando el consejo, la voluntad y la misericordia de Dios, Señor suyo. Además, ¿qué necesidad había de fuente para lavarle? ¿Dónde está esa fuente del cielo? ¡Y qué mansa la deprecación de aquel muerto! Yo no tengo fuera de ti quien se compadezca de mí; tú harto tienes en quien desfogar tu enojo! Como si a eso estuviera aplicado Dios a guisa de ladrón cruel o tirano carnicero, que quiere ahitar su ira de venganzas. Si comenzáremos a ponderar punto por punto esos extremos, no tendría fin ese discurso. De cosas así está lleno el Alcorán.

CAPITULO XVII

DEL ALCORÁN

CRISTIANO.—Del Alcorán voy a hablar brevemente luego de haber expuesto su contenido. Ese es vuestro Alcorán, del cual dice el propio Mahoma que ni un solo capítulo pudiera ser compuesto por el ingenio de todos los hombres y todos los demonios, aunque todos a una se lo propusieran y colaboraran en el empeño y con supuestas palabras de Dios provoca a todos a que lo hagan. Pero ¿quién será el árbitro y el juez? Tu espada. Aun cuando yo no dudo que sea verdad lo que dice, pues nadie es capaz de escribir un libro tan soso, tan mendaz, tan contradictorio. Efectivamente, la sabiduría humana no compondría tal libro, sino la majadería, en colaboración con la desvergüenza.

ALFAQUÍ.—Pues sábete que dice él «Traedme un libro mejor que éste y yo lo seguiré con toda docilidad».

CRISTIANO.—¿Quién será el juez? Mahoma mismo quiere ser juez, reo y actor. Puesto que no admites hombres, actúe de juez al menos la razón natural y estará hecho del Alcorán. No le parangonaremos el Evangelio, pues no le queremos infligir tal deshonra, sino cualquier opúsculo de cualquier filósofo pagano. Va siguiendo, pues, y, por cierto según su costumbre, con palabras de Dios: Si hubiésemos enviado este libro a algún monte, veríamos cómo el monte de reverencia y devoción se hincaría de rodillas. Esa hipérbole monstruosa jamás se dijo ni del Evangelio ni del Antiguo Testamento ni de los salmos. ¿Y por qué no lo hizo y subió el libro al monte? ¡Qué enorme autoridad se hubiera granjeado! Y añade: Si se sorprende en él una sola mentira, quedará demostrado irrefragablemente no ser obra de Dios. ¡Cuántas y cuántas mentiras hemos probado que contiene! ¡Cuántas contradicciones! Es menester que el mentiroso tenga buena memoria. Pero oye esta frase, que no tiene desperdicio: «Si este libro no fuese de Dios, ¡cuántas contradicciones no contendría!» Como si no pudiera escribirse un libro sin contradicciones, si no fuere enviado de Dios. El no contradecirse consigo mismo es fruto de ingenio, de diligencia, de atención, de sagacidad. No fueron tan tontos vuestros alfaquíes que no se percataran que había muchas afirmaciones inconciliables y lo confesaron honradamente. Muerto Mahoma, los agarenos se apartaron de la secta por frívola; pero retuviéronlos en ella las armas de los sucesores, que pensaron que importaba mucho a la consolidación de su poderío si los pueblos creían que aquel principado fué sustituído por el enviado del Dios topoderoso.

¿Y qué diré más si consta que el Alcorán fué retocado por los exége-

tas posteriores que introdujeron muchos cambios? Ese libro fué comenzado por el monje Sergio, continuado por los judíos, después trocado por los mismos judíos, bajo Hali, hijo de Abitalio. Así que es un hervidero, infecto de fábulas semejantes a las talmúdicas. Introdúcese a un judío en disputa con Mahoma, concediéndoselo todo, aun las más insignes majaderías, acerca de Dios, los ángeles, de la Naturaleza, y a lo último, que Jesús, el hijo de María, es el Mesías. Esto, aun cuando es la pura verdad, no debía el judío admitirlo, porque, en otro caso, ¿qué razón había para que aquel judío no se hiciera, en el acto, cristiano, si reconocía que Jesús era el Mesías prometido por la ley y los profetas? Si confesáis que en el Alcorán se han hecho muchas enmiendas y copiosos remiendos, ¿dónde está el libro de la verdad enviado por Dios para salvación de los hombres?

CAPITULO XVIII

LOS HOMBRES, SEGÚN MAHOMA, PUEDEN SALVARSE EN CUALQUIER LEY

Cristiano.—Para confirmar a los suyos en su opinión y evitar el enojo de las disputas y querellas que le pudieran suscitar los que no pertenecen a su campo, dice que cada cual puede salvarse en su ley, excepto en el caso de pasar del Alcorán a otra ley. Es de saber—dice— que, por regla general, todo el que vive rectamente, sea judío o cristiano, o que, luego de haber abandonado su ley nativa, pasa a otra, indudablemente alcanza la divina caridad. Y para tener a su favor a los sacerdotes cristianos dice que los prelados y sacerdotes de los cristianos que no lo son de mala gana o con arrogancia, cuando oyen la palabra de Dios revelada a los profetas y conocen la verdad, se echan a llorar y exclaman: *¡Oh Dios! Nosotros, que somos creyentes como esos buenos hombres, tenemos la recia esperanza de que nos asociarás a ellos*, y con estas palabras son merecedores del cielo. Esto dice Mahoma. Si los cristianos estuvieran persuadidos de que la palabra de Dios se hizo sobre Mahoma, ¿qué razón habría para la indignación? ¿Acaso se enfadarían contra Dios y reprenderían su juicio y su voluntad? Indígnanse porque Mahoma lo finge y echa mentiras a voleo a nombre de Dios. Si el Alcorán es la verdad única, si conocen la verdad, no serán cristianos, sino musulmanes. ¿Y qué quiere decir aquello de *Nosotros, que somos creyentes con estos buenos hombres?* Si creen lo mismo que vosotros, ¿por ventura no son mahometanos como vosotros? Entran, pues, en el paraíso, no por obra de su ley, sino de la vuestra. ¿Y qué es eso de decir que todas las restantes leyes están viciadas y que sólo vosotros la tenéis pura y entera? ¿Cómo puede salvarse nadie sino mediante el verdadero culto de Dios? Y el verdadero culto de Dios, ¿en qué puede afianzarse sino en la verdad, por manera que sientas acerca de Dios y de las cosas divinas como son en realidad? Si yo pienso que Dios es otro del que es, ¿cómo podré rendirle el culto debido? Y con todo el hecho, ¿es que nosotros y vosotros tenemos acerca de Dios ideas contrarias? No pueden, pues, ser verdaderas ambas. Y si unos y otros profesamos mentiras acerca de Dios, ¿cómo le daremos el culto verdadero que se le debe? Ya nosotros y vosotros, tan distantes como andamos de la opinión, rito y sacrificios de los dioses,

¿cómo podemos todos adorar la divinidad que nosotros creemos única y ellos múltiple? Y si, naturalmente, todos nos salvamos, ¿quiénes son éstos que serán condenados en el postrer juicio? ¿Qué necesidad hubo de leyes, de instituciones, de sacrificios? ¿Qué falta hacían Moisés, Cristo, Mahoma, el Alcorán? Si esto no es algo cierto, verdadero, averiguado, importa que lo haya en el culto divino, gracias al cual tomemos el vuelo hacia la inmortalidad. Pero todo ello se encamina a que ni el judío ni el cristiano estorben al agareno ni el agareno no se preocupe por una religión mejor, seguro de la suya, y los restantes humanos aplaudan como a un bien común. Pero en este punto hay la misma inconsecuencia que en los otros o mejor disensión, pues en otros lugares dice que los hombres imbuídos en las leyes y en la fe no pueden llegar a la perfección si no obedecen los preceptos del Testamento Viejo, del Evangelio y del Alcorán, y que los hijos de Israel, por la dureza de su pecho, fueron excluídos de la benevolencia de Dios, como Dios testificó por boca del rey David y de Cristo, hijo de María; como si de esa repulsa de los judíos no hubieren dicho Isaías y Jeremías harto más que Cristo y David. De la coherencia y conformidad de esto con lo que dijimos antes, juzga tú mismo.

CAPITULO XIX

DEL GRAN NÚMERO DE LOS AGARENOS

ALFAQUÍ.—Y todas esas incoherencias que tú dices, ¿pudieron seducir y enredar a una tan grande porción del linaje humano, aun después que le fué mostrada la luz del Evangelio?

CRISTIANO.—La causa no pudo ser otra sino que, en justo castigo de sus maldades, los hombres fueron dejados a su propio parecer, como en la gentilidad, como dice San Pablo: *Dios, en los primitivos tiempos, permitió que las naciones anduviesen por sus propios caminos.* ¿Qué otra cosa hemos de exclamar con el mismo San Pablo?: *¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! Cuán incomprensibles son sus juicios y sus caminos cuán inapeables.*

ALFAQUÍ.—Tú mismo estás viendo la prodigiosa multiplicación de nuestra secta, que es tan grande que parece se aumentó con el favor divino.

CRISTIANO.—El número no es exponente de bondad. Más fueron los gentiles en la antigüedad. Tiempos hubo en que el linaje humano todo creyó absurdos mayores, como se comprueba en esas nuevas islas que oyes decir que los españoles van descubriendo cada día. Y para darte mayor motivo de maravilla, las doce tribus de Israel, luego de haber recibido del Cielo la ley y el conocimiento de un solo Dios, al cual harto propende de suyo el ingenio humano, por odio al rey de Judea, pasaron, llamados por Roboam, al culto de los demonios; y muchos años después, numerosísimos judíos coaccionados por las armas de Antíoco, desampararon la ley patria. Y entre los mismos gentiles, entre los cristianos, entre vosotros, agarenos, cuánto más pocos son los buenos que los malos. Con razón dijo un sabio de la gentilidad: *Jamás van tan bien las cosas humanas, que lo mejor sea del agrado de la mayoría.* En vuestra secta, los unos se mantienen por error atávico transmitido de padres a hijos o

por ignorancia de cosa mejor; otros, por miedo; otros, por codicia; otros, por el aliciente insano de la carnalidad. Todos los preceptos de Mahoma son tales, que los hombres ni con leyes penales pueden apartarse de ellos, de forma que no es de extrañar que, groseros y rudos como son, se aplicasen a aquello mismo que su propia lujuria les persuadía. Y así como el poder se retiene por la fuerza y las armas, así también la secta se mantiene. Vuestro legislador, que supo preverlo, dícese que dijo que su ley duraría tanto como durase la hegemonía de los suyos. Harto sabía él que no estribaba en la persuasión de su rectitud, sino en la violencia. Por eso, mientras estaba planeando qué ley iba a dar, rodeó la de cuatro vallas, por no dejar pasillo por donde pudiera derribársela: primera, mandando dar muerte a quienes contradijeren el Alcorán; segunda, veto de discutirlo con quienes sean de otra confesión; tercera, que no crean a nadie, si no es agareno; cuarta, que se aparten de los otros y digan: Para mí, mi ley; para ti, la tuya; vosotros estáis libres de practicar lo mío, y yo lo estoy de lo que practicáis vosotros. Con esos antepechos está segura la institución de cualquier charlatán, de cualquier rufián, de cualquier déspota.

LIBRO QUINTO

DE LA EXCELENCIA DE LA DOCTRINA DE CRISTO

CAPITULO PRIMERO

OTROS PUNTOS DE REFLEXIÓN

Son muchos los que al contemplar el humano linaje despedazado en tantas opiniones y sentires acerca de la religión, exclaman debatiéndose en su duda y en su pasmo: «En este caos, ¿cuál es la verdad? ¿En pos de qué opinión iremos?» Los hay quienes, engolfados en ese oleaje proceloso de discordia, sumidos en dificultades de las que no aciertan a desenvolverse, porque no sostienen peso alguno de reflexión y de consideración en su esfuerzo por discriminar lo que en cada una de estas opiniones haya de verdad, las condenan todas y proclaman que ninguno de los ritos admitidos para el culto de la divinidad es verdadero y que el nombre de religión es bueno y sin sustancia y que los que predicaron a los hombres una religión determinada, eran unos taimados impostores, así se llamasen Moisés, Jesús y Mahoma. Moisés engañó a los israelitas, Cristo nos engañó a nosotros, Mahoma engañó a los árabes; que los pueblos no pueden gobernarse ni conducirlos a donde quieres sino atraídos por el cebo espacioso de alguna religión. De ello existen ejemplos numerosísimos de Minos, de Licurgo, de Sertorio, del *Africano* mayor; que para ese menester sirve igualmente cualquier forma de religión, sea la que sea. A esa conclusión llegan no por razón alguna, sino por un odio rabioso contra todo culto de la divinidad. De Mahoma hablaré un poco más abajo. De grado reconozco que Moisés, en su éxodo por el desierto, no contuvo tanto a aquel pueblo contumaz mediante la religión de que ellos tantas veces hicie-

ron menosprecio que por la eficacia prodigiosa de los milagros. Si Moisés y Jesucristo fueron impostores, en el mismo vicio habrían de ser incluídos todos aquellos que exhortaron a los hombres a una u otra forma de religión, puesto que la religión no es nada ni Dios tiene cuidado de las cosas humanas. También fueron unos bravos bellacos los filósofos todos y aun todos aquellos que enseñan la virtud y educan el espíritu a la bondad y a la Humanidad, porque apartada la religión y la providencia divina que la sigue de la virtud, ¿qué puede quedar? ¡Si el alma misma no es nada! Y si todo el ingenio que nos resta debemos gastarlo en buscar ventajas y placeres corporales. En resumen: los legisladores, los padres, los educadores, los maestros no solamente son impostores, sino crueles, porque cohiben y enfrenan las pasiones y a cada cual le forman y le disponen más a servir el bien público que el propio y personal.

Pero ¿para qué convidamos al hombre a la reflexión? Dios es el engañador número uno, el impostor máximo, al infundir en los hombres el instinto y el respeto de la religión en los pechos humanos. Pero para éstos, como la religión y el alma no son nada, así no sé yo si existe alguna divinidad. ¿Quiénes son, pues, los que quedan, verdaderos sabios, dignos de toda alabanza, a quienes el linaje humano no pagará nunca la gratitud que les debe, guías certeros para todo bien? ¿Será Apicio, que escribió un tratado sobre los manjares delicados? ¿Ovidio, que escribió el *Arte de amar*? ¿Será Marco Ambivio y Menas Licinio y Cayo Mucio, cuya cultura y estudio se redujo, según dice Columela, a dar reglas al panadero, al cocinero, al bodeguero? Añade a éstos los cómicos, los charlatanes, los esclavos, los servidores de las pasiones del cuerpo. Esto mismo diríanlo los bueyes, los cochinos y los que se conducen como los bueyes y los cochinos. Pero Mahoma, con el cuento de la religión, engañó a sus árabes; entonces, qué. ¿Acaso porque un hombre malo imitó en algún punto a un hombre bueno, la imitación del sujeto malo malea instantáneamente al hombre bueno? El buen médico se sirve de drogas para la salud del enfermo y de drogas se vale el médico bellaco para su mal. Este procedimiento ¿se volverá en perjuicio del buen médico? Menos te costará hacer a Mahoma bueno porque en algunos puntos hizo bueno a Cristo, aunque con tal desemejanza, que a Cristo malo porque el bellaco de Mahoma le quiso remedar. La verdad no imita a la mentira, ni la honradez al vicio, sino al revés, el vicio y la mentira a la honradez y a la verdad; no el padre al hijo, sino al contrario, porque el padre es anterior al hijo, y la verdad a la falsedad, y la honradez a la maldad Y no decimos que la verdad mienta la falacia, sino la falacia la verdad. Valga esto como dicho en general de toda semejanza de los buenos y los malos, para los que dicen que no se gobiernan los pueblos y los individuos con alguna especie de religión no de otra manera que los caballos con el freno y las espuelas, y que, bajo ese aspecto, es conveniente la religión. Esto no quita fuerza ni la naturaleza a la religión, pues demuestra que es tal el respeto de la religión depositado en los pechos de los hombres, que los hombres se dejan conducir con la sola especie de la religión, como por las apariencias de la virtud y el arte de la prudencia.

Y si alguno dijere que las agrupaciones humanas no pueden gobernarse ni mantenerse en el orden, ¿qué se sigue? ¿Que la prudencia no es nada? ¿Quién sacará esta consecuencia? Todo lo contrario; deducirá que la prudencia es la fuerza, y la luz, y la facultad mayor del ingenio humano. Así que la religión es connatural al hombre. Pero la ignorancia humana contamina la prudencia y otras artes con algo malo que la vicia, como también la religión, que por esta mezcla hartas veces degenera en superstición.

Pero continúa el impío sus averiguaciones y se imagina que nos pone en un grave aprieto: los judíos aseguran que sus ritos les fueron impuestos por Dios; los agarenos, que son la mayor parte del género humano, dan preferencia a los suyos; vosotros, los cristianos, decís que la salvación está puesta en sólo el cristianismo. Cada cual dice lo que quiere; ¿cuál de estas tres religiones es la verdadera? ¿A cuál me allegaré? Si vuestro caletre fuere capaz de contener una centella de pensamiento y la labor de la reflexión, no existiría para vosotros esta cuestión tan difícil. ¿Qué haríais si entre el acusador y el reo estuvierais sentados como jueces? ¿Mantendrían en suspenso vuestro veredicto las afirmaciones del defensor, las negativas del reo? Y como si estuvierais colocado en una estrechez de la cual no pudieseis desenvolveros, diríais: «Este afirma el hecho, estotro niega el hecho; ¿qué línea mantendré? ¿Adónde me volveré? ¿Por quién me pronunciaré?» Arbitro loco, oye, reflexiona, compara, pesa las razonas de ambos y te será fácil dar con la verdad. Este mismo procedimiento has de guardar en la discrepancia de pareceres acerca de la religión. Estudia las respectivas razones que a favor suyo alegan los judíos, los agarenos, los cristianos, y si quieres dar un juicio acertado, no te será costoso en demasía dar con lo que es más verosímil, pues en esa parte, confiamos haber satisfecho plenamente en los libros anteriores.

CAPITULO II

EPÍLOGO DE TODO LO ANTERIOR

Aun cuando en los cuatro libros anteriores harto hablé sobre doctrinas peregrinas y quedaron refutadas sus sentencias y opiniones y bien asentada y corroborada la nuestra verdadera; con todo, en este libro postrero, haré como un memorial de todo lo dicho para el lector, con algunas adiciones que hacen a nuestro propósito.

Lo primero de todo que conviene considerar es cuál sea la naturaleza y la virtud de Dios; que El es quien gobierna el mundo, óptimo, máximo, eterno, infinito, bienaventurado más de lo que se puede encarecer, y que está de tal manera enraizado en las almas humanas no por insinuación de ningún maestro ni por ninguna otra doctrina que le haya venido de fuera, sino que lo sacó consigo del útero materno, esculpido por la Naturaleza misma en el corazón de cada cual. En segundo lugar, debemos considerar quiénes somos nosotros, esto es, qué cosa sea el hombre mismo, compuesto de cuerpo y alma; que su parte principal es el alma y por ende a su ornato y cuidado deben referirse sus más recogidos pensamientos; que el espíritu es inmortal, capaz de la bienaventuranza divina y a conseguirla debe enderezar todos sus bríos y sus fuerzas; pero que

no puede conseguirla, si no llega a tan estrecha unión con Dios, que en cierto modo se hace Dios; para esta unión no hay cosa que pueda prestar su aglutinante, sino sólo el amor de Dios. Y si la religión verdadera debe encaminarse toda a la unión con Dios, de manera que el hombre por ella se haga como otro Dios y goce por toda la eternidad de la divina bienaventuranza, no puede dejar de ser, sino que la religión verdadera, en su totalidad y en todos sus aspectos, se refiera al amor de Dios y que nadie puede enseñar ese camino de la religión, a saber: de dar culto a la divinidad de aplicarse y de unirse a ella sino aquel que conoce como es debido al hombre y a Dios y sepa qué nudo puede unirles, que es sólo Dios y que nadie puede prometer al hombre aquellos bienes eternos, sino Dios, que es dadivoso y rico. Por eso, Dios mismo, impulsado por el amor que nos tenía, vino a nosotros para sernos Maestro de tanto bien, y nos trajo consigo como ley de amor la caridad resonante, la caridad respirante, la caridad llameante. Y para que más verdaderamente y con más fina fidelidad amásemos a Dios, Cristo se demostró a Sí mismo y a su Padre como mansos y benignos en grado sumo, no poderosos, no vengadores como en la ley de Moisés; no quiere aterrorizarnos porque sabe qué grande peste es para el alma el odio de Dios, como en los demonios y en los condenados. Pero puesto que no hay mortal alguno que tenga amor tan grande que baste para unirle con Dios, Cristo, apiadado del humano linaje, vino para suplir este amor en aquellos que de veras tuviesen puesta en El su confianza. El fin de este amor tan grande no es ningún premio temporal en la fugacidad de esta vida, sino soberano e inmortal en el cielo. Este es el compendio y la cifra de nuestra santa Religión.

CAPITULO III

DE LAS RESTANTES DOCTRINAS RELIGIOSAS

Las otras doctrinas religiosas, ¿cuál hacen a Dios? Prescindo de aquellas que no reconocen ninguno, como aquellos a quienes los griegos denominan *ateos*, como también dejo a un lado a los que, como los epicúreos, le hacen tal que más valiera suprimirlo del todo. Plinio, tras muchas cavilaciones, acaba por llegar a esta conclusión: Dios, en fin de cuentas, es que el mortal ayude al mortal. ¡Plinio infeliz! ¿Con qué recurso puede el mortal socorrer al mortal, que merecidamente le esté en lugar de Dios? ¿Puede darle ingenio, virtud, salud, fuerza, nada de aquello, en fin, que es objeto de los más vivos deseos? ¿Qué le puede dar sino dinero, o el mando de una provincia, como lo hizo contigo Vespasiano? Si éste fué el sentir de este varón doctísimo, ¿es posible cosa más descabellada? Si así lo expresó por dar gusto a sus amos imperiales, ¿qué pudo decir más feo y peor intencionado una persona grave, según es fama? ¡Excelente forma y norma de vida y de gobierno señalaba a sus emperadores si les inculcaba la idea de que los dioses eran ellos y que no tenían otros por encima de sí! Más tolerable es lo que dice Cicerón en su tratado *De los deberes:* Cuando se tiene que emitir una sentencia jurada, recuerdo el que la ha de emitir, que ha puesto a Dios por testigo, esto es, según yo pienso, su conciencia, que es lo más divino que

Dios ha dado al hombre. ¿Qué necesidad había de transferir la reverencia del juramento y de toda la religión, de Dios a la mente de cada uno, es decir, a cada uno? Como si el hombre debiera temerse más a sí, en caso de delinquir, que a Dios, Vengador y Juez. Otros indagadores de la sabiduría se forjan un Dios lleno de pasiones humanas, sañoso, vengativo, sanguinario, horrible, de cuyo miedo fácilmente se pasa al odio; de ese linaje son los judíos. Otros se lo imaginan prisionero de una necesidad o fatalidad inevitable, como Aristóteles. Muy bien dijo aquel que dijo que la doctrina de Aristóteles hace impíos, pero la de Platón, supersticiosos y demoníacos. Nosotros decimos que Dios es omnipotente y por su voluntad, largo dador de toda suerte de bienes.

Los hay quienes piden y esperan de Dios riquezas y bienes fortuitos, y en cambio, la virtud, la cordura y otras ventajas inapreciables en todo hombre, espéranla no de Dios, sino de sí mismos, como aquel que dijo: *Déme, Júpiter, fortuna, que virtud yo me la granjearé a mí mismo.* Y Escipión *Africano*, respondiendo a un legado del rey Antíoco, formula una sentencia ultrajante para los dioses e indigna de aquel gran varón, por otra parte muy religioso en aquellos ritos: *Los romanos*—dice—*de aquellas cosas que los dioses inmortales tenían en su potestad, tenemos las que los dioses nos dieron; mas el valor animoso, que es cosa nuestra, lo hemos derrochado en la próspera y adversa fortuna y lo seguimos derrochando.* Pero ¿qué maravilla es que ellos digan tal cosa, si Tulio, el más grande de sus filósofos (*philosophaster*), escribió en su libro tercero *De la Naturaleza de los dioses: ¿Quién da gracias a Júpiter porque sea bueno? Eso se lo debe él a sí mismo.* ¿Cómo era posible que no sintieran de Dios tan abyectamente, puesto que le hacían como simple ecónomo o administrador de la fortuna, como distribuidor de pequeñeces y ruindades, y que lo que más valía cada cual se lo granjeaba y se lo debía a sí mismo y no al Creador y Gobernador del universo? ¡Oh ciegos! ¿Qué conveniencia mayor que la de manifestar reconocimiento por sus beneficios? Infinitamente más cuerdo hubiera sido decir que Dios olvidaba lo fortuito y repartía lo grande y elevado; esto fuera ciertamente más digno de Dios. Pero dime: ¿De dónde tienes el cuerpo? ¿No lo tienes de Dios? ¿De dónde el ánimo y la mente? ¿No los tienes de Dios? ¿De dónde, la inclinación al bien? ¿De dónde, la facultad? ¿No tienes recibida la vista de aquel que fabricó ojos en ti? Y de la misma manera el uso de las fuerzas del ánimo se lo debes a aquel de quien recibiste la mente. Pero así como debes el ver a la Naturaleza y el no ver cuando se te antoja a ti mismo, así también la virtud, la sabiduría y demás bienes que consigues mediante las facultades del ánimo, débeslas a Dios, de quien provienen aquellas facultades; mas el no usar de ellas o darlas una aplicación aviesa, esto lo debes a ti mismo, cosa que esos no ignoran, pues el que dijo: *Déme la fortuna, Júpiter*, etc., como olvidado de sí, dice en otro lugar: *Hay que pedir que una mente sana se albergue en un cuerpo sano.* Y lo mismo dice Cicerón: *Esa mente se la dieron los dioses,* pensamiento que ocurre con frecuencia en Homero, como, verbigracia: *que a los esclavos, Júpiter les quitó la mitad de la mente.* Pero en su *Memnón* dice Platón más expresamente:

La virtud no se granjea con el ejercicio ni con la disciplina, sino por dádiva de Dios. Nosotros esperamos de Dios la felicidad eterna, cosa digna del que la da y la recibe. Los hay quienes por ventajas materiales dan culto a Dios, con lo cual dan a entender que más precian ellos esas ventajas que a Dios mismo, con el mismo espíritu servil con que por las riquezas y comodidades de la vida van en pos de los príncipes y los adulan.

CAPITULO IV

CRISTO TRAJO CONSIGO LA LUZ

Todos estos y aún mayores absurdos dicen los impíos, y más gordos los decían aún antes de la venida de Cristo; pero Cristo, a manera de sol, no solamente llenó de luz su hemisferio, esto es, su Iglesia, sino una parte del otro, es decir, bañó con ella a los hombres de las otras sectas. Mas los poetas, después de la venida de Cristo, avergonzados de las idioteces y demencias de los poetas anteriores, esforzáronse por elevar a más soberana interpretación sus bagatelas. De los platónicos dice Eneas, uno de sus seguidores: *Los platónicos posteriores apartáronse mucho de la mente y sentencia de Platón y las cosas absurdas que ven que Platón dice, verbigracia: lo de la transmigración de las almas de unos cuerpos en otros, vélanlas de interpretaciones, insinuando que celan algo sagrado, cambiando los nombres, confundiendo los sentidos; los antiguos platónicos no mudaron nada.* Esto dice Eneas. Llama antiguos a los que vinieron antes de Cristo. Así es que ya los gentiles y los judíos dicen cosas que sus mayores ni siquiera habían soñado, verbigracia: de la inmortalidad del alma, unidad de Dios, Padre del universo, providente, que tiene cuidado de todas las criaturas, los hombres especialmente, y que la mejor forma de su culto es la pureza del alma, es la santidad; que el premio de la religión es la vida eterna.

¡Cuán perplejo es todo lo de los filósofos antiguos, adecuado no más que los hombres sutiles y ejercitados; y allende de esto, oscuro, dudoso, incierto. Ahora nuestras mujerucas cristianas entienden mejor misterios reconditísimos, dignos y necesarios de saberse, que antes los filósofos más eminentes. ¿Qué sabiduría puede haber mayor que, al par que expuso cosas abstrusas, hizo a las mentes más dóciles para la comprensión de lo más grande y sublime, no a largo plazo y con ardua dificultad, sino fácilmente, sino brevemente, en el acto? ¿Y qué más si la ley misma de la Naturaleza aún se ignoraría por causa de la corrupción de las costumbres admitidas en todas las naciones? Cristo purificó esta misma ley y ofrecióla a todos que la mirasen. Así que a esa misma ley que antes no hallábamos, luego de buscarla mucho y por largo tiempo, ahora la reconocen todos pura, sincera, radiante a vista de todos, y todos la abrazan, mostrándose ingratos con el autor de tamaño beneficio. No nos lo enseñó Cristo todo por sí, pero derramado su esplendor por doquiera, todos lo vimos. Los sabios del siglo dieron variadas explicaciones del curso de los cielos, de los astros, de las causas ocultas y latentes en la Naturaleza; de las propiedades de las hierbas y las piedras, de las enfermedades, de las artes de la construcción, de compra, venta, de la arazón y de la siembra, del oficio zapateril y

textil y otros conocimientos que constituyen enciclopedia. Empero, el Maestro de la sabiduría celestial vino exclusivamente para enseñar aquella doctrina sin la cual viviríamos en la miseria más extremada y en los mayores males imaginables, y para mostrarnos el camino del retorno a aquellos bienes de los cuales nos habíamos despeñado. Esto sólo era decoroso y conveniente que nos enseñara; los otros menesteres más humildes que se refieren al curso de esta vida, dejólos a la industria y sagacidad humanas.

CAPITULO V

DE LO QUE ESTÁ EN EL ÁNIMO

Hemos hecho parangón de lo que los nuestros y los ajenos sienten y dicen acerca de la majestad de Dios y del fin de los buenos. Avallemos ahora a cada una de las particularidades del hombre y de la vida. Acerca de la mente dice Aristóteles que somos objeto de mayor estimación si hemos conseguido algún avance en las cosas más elevadas y recónditas, que en estotras obvias y puestas a los ojos del vulgo. ¿Qué contemplación puede ser equiparada a la que se tiene en Dios, en las cosas divinas, máximas, sempiternas? Es de saber que los unos rechazan determinadas artes y los otros otras, como Epicuro, la dialéctica y las matemáticas; los musulmanes tienen prohibido establecer y mantener discusiones acerca de sus dogmas. Nosotros tenemos franquía absoluta en lo tocante a las ciencias, a todas podemos acercarnos, porque persuadidos como estamos de poseer la verdad, no tenemos miedo de ninguna otra verdad, pues una verdad no puede ser contraria de la otra. No faltan impíos que nos echan en cara que en nuestra religión hubo muchos varones eminentes en talento y en saber, gracias a los cuales todos nuestros dogmas están fundados y afianzados en razones poderosas. De buena gana lo reconocemos y agradecemos que se nos diga haber habido en nuestro campo grandes y sobresalientes ingenios, así por su acumen natural como por el cultivo de la inteligencia, que inclinaron su cabeza ante nuestra religión. ¿Qué prueba puede darse más eficaz de que la nuestra es la más verdadera? Y aun en las otras sectas y confesiones quien por la penetración de su talento o gracias a su pericia ve más lejos que los otros, tanto menos importancia atribuye a su religión. En la nuestra, pasa todo al revés: cuanto más instruído, tanto más cristiano. ¿Es eruditísimo? ¡Pues es cristianísimo! Después que nuestras creencias fueron oídas y propagadas, toda la flor de la erudición y la nata de los ingenios se pasó a nuestras filas; aquellos de los nuestros que fueron los más doctos, esos mismos lo fueron de todo el linaje humano, en su época respectiva. ¿Qué apología mayor y más grande puede hacerse en favor de nuestra verdad cristiana, que el hecho de que todo entendimiento robusto y poderoso asiente a ella?

Tras el cultivo del ingenio, síguense las pasiones, grandes y bravas tempestades del alma humana, motivo por el cual los estoicos se empeñaron bravamente en descuajarlas. Pero estos intentaban separar el hombre del hombre. No existe recurso para arrancar de raíz las pasiones, sino aquel que coloca al hombre por encima de la condición humana, quiero decir, un eclipse mental o en un pasmo perpetuo

del espíritu. Y por lo tocante a los otros, ¡con cuán variados procedimientos salían al encuentro de esos movimientos para que no se embravecieran en exceso! ¡Cuántos remedios no aplicaban a una enfermedad tan compleja, que en tantos lugares y por maneras tan varias acomete y veja! Pero mientras porfían en curarlas una a una, la cura se hizo infinita, y por ende desahuciada. Si entre estas pasiones existe una pasión predominante, ésta agarrota a todas las otras y las tiene sojuzgadas a su dominio. Si la pasión es buena, todas las otras tendrán buen gobierno; y si es mala, lo tendrán malo. Quien, pues, injiriere en su ánimo esta pasión buena, ésta se habrá deparado de una vez una medicina infalible y obvia a tantas enfermedades.

Busquemos, pues, cuál sea la pasión de más avasalladora pujanza y más firme señorío en nuestra alma. Todos los maestros del espíritu convienen en que esa pasión señera y señora es el amor, que es madre de todas las otras, que las gana para sí, que las contiene en sí, que las gobierna, que las rige. ¿Y qué amor hay más fuerte o firme que el amor de Dios? El amor de las otras criaturas puede ser más o menos desvaído, porque en cada una hay algo y aun algos que pueden desplacer y debilitar la viveza de su llama. Mas en Dios están todas las causas del amor y cuanto más le conocieres le amarás más ardientemente y un amor así concebido no puede tener fin ni tasa. ¿Qué puede haber de más santo, de más puro, de más recto, de más compuesto que ese amor que lo es de la verdad, de la sabiduría; que es el culto entrañable de la rectitud? La religión cristiana, pues, que injiere ese amor en los pechos humanos, cura todos los otros amores y los mantiene en el cerco de su deber.

Aquel para quien Dios será amado con amor exclusivo, tendrá en sí todas las delicias y todos los bienes y todo cuanto puede desearse. Y no podrá deslizarse en su ánimo cosa que le inquiete o le perturbe, sino que será admirable su reposo y su tranquilidad, que es una verdadera *eutimia*. Pues esa eutimia que los antiguos filósofos nombraban más que no procuraban de sólo el amor puede nacer y de ninguna otra parte. No hay virtud sino en este amor, pues la virtud no puede ser venerada con entera buena fe sino por el hombre que no sienta la emoción de la divinidad. Mas diré: no quedará a su conciencia el respeto debido, quien no se cura de dioses ni de hombres. Por eso resultan ineficaces los preceptos de los filósofos acerca de la virtud, porque no se afianzan en sólidos y firmes fundamentos. Esta medicina de las pasiones, este estudio de la sabiduría no se enseña con aquellos preceptos a los cuales son contados los que se pueden acercar, sino que deben ser tan desarrollados y con tanta llaneza y acomodación a la Naturaleza y a la fuerza del ingenio humano, que sea accesible no ya solamente a los varones, sino a los niños y a las mujeres del pueblo, para que beban tan largamente como puedan de ese manantial copiosísimo. Y los filosofastros que filosofen cuanto les venga en gana.

CAPITULO VI

DE LAS RIQUEZAS

Riquezas son fincas rústicas, propiedades urbanas, servidumbre, metales preciosos, vestidos, joyas; en

pos de esas miserias rutilantes corren, apresurado el huelgo, judíos y musulmanes a porfía. Los filósofos gentiles las desdeñaron como inútiles para el que profesa sabiduría; pero ni éstos ni aquéllos pudieron dar una explicación razonable de su conducta ni hacer que su causa merezca aprobación, puesto que no tienen un objetivo cierto y fijo al cual enderezar sus pensamientos y sus ideales. Por lo que toca y atañe a los filósofos, muchos de ellos, con harta gloria, se dedicaron al estudio de las letras y con su trabajo honrado consiguieron opulencia y dineros, como Aristóteles, Séneca, Cicerón, Plinio; a muchos, a su vez, su indigencia los perjudicó. Dado que a los filósofos estas cosas les sean estorbo, no lo serán ciertamente a los políticos. Los judíos y los musulmanes de tal modo atollaron en los pegadizos regalos de la vida, como si solamente tuvieran cuerpo, no alma; tan delgado es, por no decir nulo, el cuidado de las cosas que interesan a la mente. Empero, a nosotros nuestra santa religión nos ha enseñado que esos bienes materiales fueron creados y concedidos por Dios al hombre, como corporal que era, para que use de ellos, y que el hombre, en esta vida, anda como peregrino o desterrado, camino siempre de otra vida, es a saber: de la verdadera patria. Por esta consideración, nosotros debemos tomar las cosas útiles para esta vida no de otra manera que un viático para la presente jornada. Todo lo demás debe ser preterido del todo o poseído sin afición como si lo introdujeras en tu casa, pero no en tu ánimo; y que no nos impliquemos y enredemos en ello tanto que nos desvíe del camino recto y del anhelo del retorno a la patria, según nos exhorta San Pablo: *El tiempo es corto; lo que resta, hermanos, es que los que tienen esposas sean como los que no las tienen, y los que lloran, como los que no lloran, y los que se huelgan, como los que no se huelgan, y los que usan de este mundo, como los que no usan.* ¡Cómo se encarece y alaba aquel dicho que Marco Tulio atribuye a Catón *el Viejo! Yo*—dijo—*salgo de la vida como de un mesón*, pero no dice una palabra acerca del destino a donde se encaminaba, cosa harto más elevada y conveniente de saber. ¡Con cuánta mayor sabiduría se expresó nuestro San Pablo: *No tenemos aquí una ciudad permanente, sino que andamos en busca de una futura!*

Nosotros, pues, somos los únicos que usamos rectamente de las cosas de esta vida, porque sabemos en qué dirección caminan, dirección que ignoran los profanos. Judíos y musulmanes, a una voz, nos reprochan, puesto que todo ello fué creado para el hombre; el repudio sin objeto a que lo sometemos. No repudiamos, no, lo que Dios ha creado, sino que de ello hacemos recto uso; lo tomamos por necesidad, no lo admitimos por afición. Y para que su extrañeza sea mayor, voy a añadir otra cosa: precisamente nosotros, los que nos limitamos a su uso, lo gozamos con mayor sabor y gusto que quienes lo buscan ansiosamente y se abrazan con ello; más es su tormento que su fruición, porque el ánimo siempre solícito y atento al logro o a la guarda, no puede catar el deleite que el uso proporciona. Ni convertimos nosotros nuestras posesiones a la vanidad, a la soberbia, a la lujuria. Los que tal hacen, averían el recto uso de aquellas cosas que Dios, con mano larga, concedió al hombre. Ni su utilidad consiste en la cuantía de

la opulencia, pues el uso natural es reducido de suyo. Muy fácil de contentar es la Naturaleza; pero contentar a la opinión es dificilísimo. No me importa nada si, necesitando yo de un solo pan, lo tome de un cesto donde haya dos panes o haya ciento; un pan solo es el que necesito.

CAPITULO VII

DE LA PROSPERIDAD Y LA ADVERSIDAD

Todo esto que dijimos toca a aquellas necesidades que impuso la Naturaleza. Otras necesidades hay que son las que nos hemos creado: alcurnia, dignidades, honores, poderío, gloria. No faltan quienes las admiran con mayor vehemencia y las ambicionan con mayor avidez que las que la Naturaleza nos impuso. Harto declamaron contra todo ello los sabios gentiles y esforzáronse por tapiar las orejas de los que los seguían a esas voces del pueblo, como hizo Ulises con los cantos de las Sirenas. ¿Pero cómo van a evitarse todas esas cosas, si la vida presente no tiene más allá? Dicen que porque aquí vivas con una mayor tranquilidad. ¿Y qué si con ellas vivo tranquilo? Enséñame a vivir con ánimo sosegado, y todo lo demás me será fácil, así carezca, así posea. El dolor físico hiere y sobrecoge con eficacia fulmínea; no puede decirse con cuán escaso resultado trataron de mitigarlo los filósofos. El libro tercero de las *Cuestiones tusculanas*, de Cicerón, recoge todos los remedios de los antiguos para apaciguar el sufrimiento. Mejor hubiera hecho con acudir a los laboratorios de los médicos que a los bancos de las escuelas filosóficas, pues aduce unas recetas que a nadie pueden ayudar. Avócanos al culto del buen parecer, pues no es propio de la entereza varonil llorar ni gimotear ni quejarse en la aflicción, como si el espíritu pudiera preocuparse de la afectada compostura y del decoro teatral cuando la cruda antorcha del dolor se ceba en los costados del paciente. Soportar el dolor con serenidad o paciencia no es cosa de preceptos ni de mónita filosófica, sino de resistencia física o de prolongada habituación, por manera que una tortura agobiante en un cuerpo enflaquecido y tierno, con facilidad daría al traste con la moral de un espíritu cuya mirada no trascendiera más arriba de lo puramente humano. Ello hace que no sorprenda en tan alto grado que en el paganismo hayan sido tantos los que, en la imposibilidad de soportar el dolor, renunciasen a la vida y pusieran en sí mismos las manos violentas. Empero nosotros, a quien Cristo manda tener siempre puestos los ojos en la patria, es a saber: en Dios, no hacemos ningún caudal de las prosperidades de la vida, como puras superfluidades que son. ¿Qué puede acontecer mientras dure la peregrinación de esta vida, que baste a soliviantarnos o a deprimirnos si en nuestro pecho está firmemente asentada la esperanza de nuestro retorno a los bienes no perecederos? Fluctúan entre prosperidades y adversidades quienes pusieron su afición y amor en las cosas de este siglo; no puede haberlas para nosotros que tenemos nuestras aspiraciones puestas y fijas en otra mira, a saber: en Dios, sustancia maciza, estable, sempiterna, y de la cual no puede llegarnos noticia mala que conturbe nuestros espíritus si no somos nosotros mismos quienes nos la fabricamos. Y en nuestros dolores, en cambio, ¡qué alivio, qué consuelo, infunde en ellos Dios,

Padre indulgentísimo, que los consiente, que a veces los aprueba y los impone para nuestros mayores aprovechamientos, a fin de que desdeñosos de ese cuerpo y de esa vida aborrecibles pensemos frecuentemente en la otra y nos acostumbremos a desearla! Son muchos aquellos en quienes pone tal pavor la incertidumbre del futuro, que recurren a magos y a caldeos y a otros adivinos. Y otros hay a quienes la angustia mantiene colgados día y noche, embebecidos y embobecidos por el suceso de sus intereses personales o por los de aquellos a quienes aman. Por lo que a nosotros atañe, nuestro Maestro y Legislador nos manda ser diligentes y asiduos en las cosas presentes y poner en ellas el empeño posible; pero que depositemos en El exclusivamente la acucia de lo que pueda sobrevenir, pues en nosotros fuera ilusoria y vana; que nadie sino El conoce lo venidero y puede modificar su rumbo; que le merecemos un cuidado especial, puesto que El fué quien nos situó en esa posición de privilegio corporal y anímico. Y si somos objeto de cuidados tan cariñosos por parte de nuestros padres, que engendraron ese cuerpo, ¿cuánto más conviene que lo seamos para Aquel que comunicó a los padres aquella facultad y que formó nuestro cuerpo y le hizo albergue de su alma, que nos alimenta cada día, que nos sostiene, y con cuyo auxilio vamos alargando la vida? Dígame alguno de una vez qué escuela de filosofía, qué otra confesión religiosa, deparan tan excelentes preceptos para toda virtud, consuelos tan eficaces para la adversidad, remedios tan a mano para las enfermedades, consejos tan certeros, tan activos y tan expeditos para consecución del Soberano Bien.

CAPITULO VIII

DE LA MUERTE

Pero lo que sobre manera aterroriza a todos es el desenlace de esta vida, y no hay cosa más horrible para el hombre que salir de ella. Por esta razón los filósofos excogitaron innumerables defensas y reparos que nos fortificasen contra tantos terrores; pero todos, a mi ver, flacos y en estado ruinoso. Este es el motivo por el cual, dado que la cosa es de tamaña importancia, quiero tratarla con algún detenimiento y dar más extensión a ese capítulo. Si en lo que toca a las otras comodidades e incomodidades de la vida superamos en la parte preceptiva a todos los autores profanos, en ese punto de la consolación no cabe duda que los dejamos muchas jornadas a nuestra espalda.

Peléanse de esta guisa ellos entre sí; y he aquí los consuelos que dan. El primero, que por la escalera hurtada de la muerte nos escapamos de esta vida y de sus achaques y sufrimientos, actuales o en amenaza. Nos escapamos asimismo de la vejez a quien de por sí y no con injuria se le da el nombre de enfermedad y hacia la cual, como a una sentina, afluye todo cuanto puede imaginarse de incomodidades físicas: aflicción de la salud, debilitación de los sentidos, pérdida de la memoria, embotamiento del juicio, quebrantamiento de las fuerzas, conmoción y agrietamiento del hombre todo, no de otra guisa que una casa flaca sacudida por un terremoto; de ahí el mal humor consiguiente, las quejas continuas, el aborrecimiento de los otros y de sí mismo, que le hace insoportable a sí mismo y a todo el mundo. ¿Por ventura no debe reputarse como un beneficio insigne

el librarse de tempestad tan brava y tan asidua y surgir de repente en el puerto de tan grande calma y mansedumbre? A esa no grata e indeclinable perspectiva añaden los azares y lances inseparables de toda vida larga: escasez, infamia, odiosidad, duelo por la ausencia de los suyos, esclavitud, destierro, cárcel y negro pesimismo. La vida misma, aun siendo apacible y sabrosa, enseña que abundan más las desazones que las dulzuras; que son momentáneos los placeres y tenaces los desabrimientos físicos y morales.

Allende de esto, preguntan: ¿Qué teme el moribundo? ¿Lo que antecede a la muerte o sigue a la muerte? Lo que antecede a la muerte, es la vida; en la muerte hay como una dormición ligera, de manera que son muchos más los tormentos de la vida que la muerte misma; después de la muerte hay la eternidad, en la cual, si todo se hunde con el cuerpo, no vamos a ser infelices, pues al fin y al cabo no seremos otra cosa que lo que éramos antes que naciésemos, y no sentiremos sino una suerte de marasmo muy parecido a un sueño profundo sin insomnios; y si al revés, el espíritu tomado de un origen inmortal, persevera inmortal, se nos está reservada una grande y deseable felicidad, a la cual deberíamos apresurarnos con paso aceleradísimo. Esto es lo que dicen los filósofos paganos; esto es lo que amplían, amplifican, exornan, repiten, remueven e hincan. Este es el resumen de todo lo que está tratado con soberana facundia en ponderosos volúmenes por los ingenios más sobresalientes. Pero ellos, puesto que andaban lejos de la luz, en la oscuridad, a tientas buscaban conjeturas que no habían de tener eficacia si no caían en un ánimo especialmente dispuesto ni iban a tener más peso que el que cada cual consentiría que tuviese. Estudiémoslo punto por punto.

Dices que no debe rehuirse la muerte porque sustrae a las enfermedades y dolores físicos. ¿Y qué le dirás a quien tiene salud, a quien es joven, corpulento y robusto? Ese a buen seguro responderá: «Pues déjame vivir mientras queda en mí esa recia vitalidad; mientras ese cuerpo y ese espíritu mantiene su vigor; cuando me saltearen los achaques, gustoso saldré de la vida; cuando viere de cerca la senectud rondera, si es cierto que es mal tan grande como me encareces de buena gana; aun cuando, ¿qué razón hay para temer la vejez con tanta aprensión, siendo así que vemos muchos viejos que gozan de un organismo entero y vigoroso? No voy a citarte aquellos ancianos gloriosos Gorgias, Isócrates, Sófocles, Catón; ni aun al mismo Sócrates, quien, según se lee en Jenofonte, dijo que de buen grado salía de la vida para hurtarse a los trabajos de la ancianidad; y allí mismo, hace un largo y horrible recuento de todos ellos de los cuales él, que ya había rebasado los setenta años, no había hasta entonces experimentado ninguno. Arreo, en ciudades, en aldeas y caseríos te presentaré numerosos octogenarios de tal entereza física como cuando tenían veinte años. ¿No goza entre vosotros de celebridad aquel dicho, creo que de Gorgias, a quien habiéndosele preguntado por qué quería vivir tanto, respondió: *No tengo ningún motivo de queja de la vejez, ni para que me mandes que los gajes de la senectud los trueque con la muerte; enséñame con mejor acuerdo a vivir sobriamente, y con templanza a fin de no incurrir en las molestias y sumideros de la decrepitud, pues la moce-*

dad intemperante entrega a la vejez un organismo estragado.

Existe un pequeño libro de Marco Tulio retulado *Catón* en el cual el famoso anciano, ante los jóvenes Escipión y Lelio, defiende la causa de la vejez. Este pequeño libro está henchido de tantas cosas buenas que a los griegos pareciόles conveniente verterlo a su lengua; así es que ahora se tiene su texto griego; quien lee ese librillo, se considera harto bien pertrechado contra los males de la vejez. ¿Y qué decir si la Naturaleza organizó las cosas con tal artificio que no es repentino el salto de una cosa a su contraria ni admitió una mudanza súbita? No puso el fuego al lado del agua, sino que entre una y otro colocó el aire que de tal manera desciende del fuego que insensiblemente se transforma en agua y tan poco a poco sube al fuego, que se convierte en fuego. Ni el junio pisó los calcañares al diciembre, sino que de por medio está la primavera, cuya primera parte es muy semejante al invierno y la postrera al verano, y la parte media es como una mezcla y templanza de ambas. Asimismo, en esta nuestra vida no se pasa de un brinco de los verdores de la juventud a la sequía de la senectud, sino que envejecemos tan callando que no nos damos cuenta que hemos envejecido, ni hemos sentido que envejeciésemos. Así es también que la niñez extrema nos acostumbra a la adolescencia temprana, ni ésta a la mediana, ni la mediana a la postrera y ésta a la firmeza y madurez de la edad. Paulatinamente avanzamos a la senectud y es tanta la semejanza de la cercanía, que cualquiera de estas dos, puesta al lado una de la otra, parecen no ser dos, sino una sola. Siendo, pues, tan fáciles y suaves los peldaños, los primeros son una preparación de los segundos, a fin de que acostumbrados a ellos sintamos menos la aspereza de la cuesta. Con elocuencia soberana aligeró Cicerón las servidumbres y los accidentes de la vejez y expuso las ventajas que traía consigo. Por todo esto, habiendo sido la causa defendida por tan gran abogado y puesta en boca del propio Catón, yo debo considerarme dispensado de la deslucida tarea de insistir en la defensa de la senectud, pues el librillo anda en todas las manos.

Pónense ante nuestros ojos los casos humanos. ¿Qué harás con aquellos que lejos de la envidia y el favoritismo de las ciudades viven en el campo y en la soledad, contentos con lo suyo, que es harto poco, y que, como Virgilio dice: *Ni se dolió, compadecido del pobre, ni tuvo envidia del que poseía?* Pero al objeto de que por aprensión de estos accidentes no tema la muerte ese a quien vosotros exhortáis, es menester que le persuadáis de que son realmente graves y casi intolerables. Habéis perdido, pues, todo el fruto de vuestro sermón, mientras queréis convencerle con toda la fuerza de vuestro ingenio que ésos no son males propiamente y debe afrontarlos el sabio, si le asaltaren, y sobrellevarlos, no solamente con ánimo igual, sino con ánimo alegre y brioso. Si así lo hiciere y a ello avezare su alma y su cuerpo, todo cuanto sermón le prediquéis después no conseguirá más que si os empeñáis en persuadirle que no tema la muerte porque le librará de pasear, de estar sentado, pues para un hombre persuadido o conmovido por vuestra oración, no tendrán más importancia estos males que estar sentado o pasear. Os colocasteis en el medio. Es cierto que los

que dijeron que eran males, quisieron que se sobrellevaran con ánimo grande y gozoso, y de esta sentencia no discreparon los epicúreos militantes del placer. Y dime: ¿No te acuerdas que toda la vida del hombre estriba en la esperanza, como en su fundamento, y que se desmoronaría toda de una vez sin el apoyo de la esperanza? De temer es la penuria; pero es de esperar el abastamiento; temes la infamia, aguarda la honra; al miedo del destierro, de la cárcel, de la orfandad, de la esclavitud, opón con pecho recio la confianza en tu dignidad dentro de la patria, de la vida de los tuyos; de la libertad. ¿Cúyo es aquel dicho? ¿No salió, por ventura, de vosotros? *El anciano, con vivir mucho, ve hartas cosas que no quiere; pero ve muchas que quiere*. En este punto oigo el ejemplo de aquellos a quienes la vida larga entregó en manos de la Fortuna traicionera; oigo hacer mención de Príamo, de Ciro, de Pompeyo, de Craso. Como si no se dieran infinitos casos en ambos sentidos de quienes en su edad provecta vieron trocada su ventura en infortunio y de quienes de la abyección y el vilipendio se vieron encumbrados a la cima de la fortuna. Mario, después del destierro y de la derrota sufrida en las marismas formadas por el Liris, cerca de Minturno, fué cónsul de nuevo, y fué proscriptor después de proscrito, y Sila, igualmente proscrito, proscribió. Preñada de venturas fué la ancianidad de Augusto después de tantas conjuraciones. Tiberio, del destierro de Rodas se encaramó en el imperio. Claudio, después de ser ludibrio de la Corte, fué emperador del mundo. Claudio, tras la enemiga de Nerón, o mejor, tras su desdén, llegó a reinar. De esta manera le plugo templar las humanas vicisitudes a aquel que no haciendo nada sin el mayor consejo, y a quien nosotros damos el nombre de Fortuna porque no alcanzamos sus designios. No sin razón exclama el Trágico: *Nadie confíe en la prosperidad excesiva; nadie desespere de la mejoría en el caimiento; Cloto revuelve alternancias y vicisitudes y no quiere estabilidad en la fortuna; da el hado muchas vueltas en su rueda.*

Quien fuere bien afortunado, a estas exhortaciones tuyas a la muerte oponga esta sola respuesta: los bienes que ahora tengo, véolos, siéntolos, gózolos y espero otros mayores aún y tengo certidumbre que los conservaré. Los males que tú me prometes pueden no venir. ¿Por qué quieres que yo abandone lo actual y lo cierto por el temor de un futuro incierto y sombrío que acaso no tendrá jamás realidad? ¿No es, por ventura, cobarde aquel soldado que suelta el botín por miedo vago de un enemigo que él no ve ni el centinela descubre, pero de quien se suena que puede que venga? ¿Y añade, si ello te place, que suele venir? Yo, por miedo de las incomodidades, ¿abandonaré la esperanza de las comodidades? Y por aprensión de no ser infeliz, ¿desestimaré la felicidad presente y moriré de miedo de morir? Cuando yo viere el enemigo, acaso estaré a tiempo de huir, pero después que nos hubiéremos empeñado en lucha y no me quedara ninguna otra esperanza de salir con vida. Toda esta sombría perspectiva de males y aciagos que pones delante de mi vista, para cuya evitación me propones la muerte alegre y confiada, si puedo burlarla por algún favor de la Fortuna, por algún consejo o treta del ingenio humano, luego con el tiempo darán a mi felicidad un sabor más gustoso, como es más grata la

serenidad del cielo después de los nublados y las tempestades. Si uno les da esa respuesta, ¿qué le podrán objetar sino que es un hombre regalado, no asaz fuerte ni sesudo?

Y continúan confirmándonos en nuestro sentir: ¿Qué es lo que temes? ¿Lo de antes de la muerte? Yo no lo temo; al contrario, lo abrazo y lo quiero; a la muerte misma temo, más aún a lo que sigue a la muerte. ¿Cómo me eximís de este miedo? Decís que la muerte es como un sueño. Yo no lo sé; pero no lo creo y rechazo esa interpretación; veo que son insufribles los dolores que produce la separación del alma de alguna parte del cuerpo, ¿cuánto más acerbos tienen que ser forzosamente cuando el alma toda se desgarra de todo el cuerpo? Y si por ventura en el anciano es más ligera la disolución, porque es natural, en un mozo no puede menos de ser dolorosísima, como vosotros mismos reconocéis, al comparar esa muerte con la fruta verde, mal madura, que no puede antecogerse del árbol sin alguna violencia; la misma que llegada a sazón cae por su propio peso.

Y después de la muerte me imponéis la grandeza de ánimo con este dilema: O sentirás algo, y en este caso el espíritu será inmortal; o se extinguirá a una con el cuerpo y fenecerá con él todo sentido. Espántome que hombres tan ingeniosos y doctos se hayan asido con tanta afición a ese dilema. ¿No queda una tercera solución, a saber: que el espíritu permanezca algún tiempo después del cuerpo y esté sujeto a la muerte? Ello place a los estoicos; por manera que si se junta con el cielo, puro, es inmortal; pero si impuro y mancillado de crimen, no puede quebrar este aire; expía su pecado y luego muere. Yo temo más esa segunda muerte que la primera. Bueno. ¿Y qué si nada sintiere? ¿No serás infeliz como no lo eras antes que nacieses. Y esos que eso dicen, ¿profesan la filosofía? Antes que naciese, no tenía ningún sentido de la vida; mas, después que nací, tuve experiencia no solamente de la vida, sino de aquellas otras cosas que vosotros decís ser lo mejor y más prestante, los sentidos, la mente, la razón, el juicio; contemplé esa variedad y hermosura del mundo, ese maravilloso teatro de la Naturaleza; vi, toqué; en alas de mi mente y mi razón alcancé cosas soberanas y las alcanzo todavía; sentirme huérfano de tantos bienes, paréceme un mal tan grande que no hallo consuelo para él. A un niño o a un loco o a todos aquellos que no usufructúan más que la materialidad de esta vida, acaso no les importaría permanecer después de muertos en el lugar mismo en que estuvieron antes de nacidos. Pero para mí, que vivo fundado en mi razón y en mi juicio, ese nihilismo me sería intolerable; no porque, después de muerto, quiera o no quiera, si no hay sentido, tenga que ser de otra condición, sino porque ahora, cuando lo considero, no puede ofrecérseme compensación más consoladora que la permanencia en esta vida lo más prolongada posible y gozar por larguísimos años de este bien tan semejante a la existencia divina. ¿No sabéis que es más dura la escasez para quien algún tiempo nadó en la abundancia? Ahora, y habiendo experimentado las dulzuras de la vida que los sabios cantan en mayor grado que los necios, pareceríame el colmo de la miseria volver a quedar sumido en aquellas tinieblas originales, en las que estaría privado de todos estos bienes; o peor aún, verme hundido

en la nada bruscamente, luego de haber sido tanto y estar empinado en cumbre tan maravillosa. Pienso lo que será, en fin de cuentas, cuando careceré de todo sentido; paréceme que aquello será un espantable caos; desvarío; mi espíritu se empavorece; rehuye y teme el solo pensamiento y no lo puede resistir, ¿qué no será el acceso?

Pero si es una suerte de sueño sabrosísimo, sin pesadillas, del cual por gusto nadie querría despertar. ¿Quién dice esto? Sócrates. Me extraña. ¿En dónde? En el tribunal; ante los jueces. Créolo. ¡Cuán de otra manera se expresaba en la cárcel, en plática sabrosa con sus discípulos, hombres aficionados a la sabiduría, que ante la plebe profana y regalona. ¿Quién, en son de loa, celebrará el sueño aun sin aquellos insomnios y pesadillas a los oídos del sabio, que sabe y está del todo persuadido que la vida es una vigilia perpetua y que cuanto más en vela esté más vive y tiene horror al sueño por ser tan deudo de la muerte; y que mientras está despierto está lo más que puede allegado a Dios, y, en cambio, cuando duerme no se señala en nada de la planta o de la piedra? Dice Marco Tulio que no hay nadie que quisiera vivir la vida de Endimión, por cuanto nos abrazamos a la acción como a un deporte deleitoso y huímos de aquella inactividad como del mayor de los males. ¿Quisiera acaso el mismo Sócrates dormir así cuatro días continuos sin ensueños si ante aquel mismo tribunal se niega a aceptar la vida de la ley, si ha de descansar indefinidamente y dejar la ciudad sin su magisterio?

¿Y qué decir si conservo el sentido, si es inmortal el alma, si la recompensa propuesta es grandiosa? ¿No ves que emigras a una suerte de eterna bienaventuranza? En este punto no cabe la menor duda. ¿No están reservados suplicios para los que llevaron vida estragadísima? No disimularon que los había, sino que lo enseñaron explícitamente, tanto que a los sabios se les antojaron fabulosas invenciones. Los mitos de Ixión, Sísifo, Teseo y Flegias quedáronse para los poetas y fueron desautorizados y objeto de pullas por los filósofos. Y ni siquiera hallaron crédito los balbuceos de Platón y otros filósofos acerca de los premios de la virtud y del castigo de los malvados, pues ellos mismos no estaban del todo convencidos de sus propias doctrinas. ¿Por qué Cicerón, entre tantas consolaciones, para mitigar duelos amargos ocasionados por la muerte, jamás hace uso de aquella sentencia suya expresada en el libro sexto de *La República*, a saber: *Que todos aquellos que salvaron, auxiliaron, engrandecieron la patria tienen un sitio cierto y fijo en los cielos donde gozar de una eternidad de bienaventuranzas?* La explicación de ese silencio la da el hecho de que el gran orador, como muchas otras afirmaciones suyas, las hizo con la boca, pero no con el pecho. Tema de una de las declamaciones en la época de Séneca padre, fué si Cicerón ha de pedir la vida a Antonio; todo aquel coro gárrulo de declamadores, aconséjanle que no lo haga y le ponen ante sus ojos la gloria que le espera. Pero ¿qué impresión le había de hacer la gloria a quien escribió dos libros contra la gloria? ¿Por qué ninguno de aquellos oradores retoricados, con las propias palabras de Cicerón no levanta a Cicerón al desdén de la vida y le confirma en el deseo de aquella otra soberana e inmortal *reservada a todos los que salvaron,*

auxiliaron y engrandecieron la patria?

Por esta razón abandonóse la consolación de los filósofos en trance de fallecimiento, placiente al ladrón, sospechosa al hombre bueno. ¿Qué otra cosa puede proporcionar al malvado que el hecho de que la muerte elimine toda responsabilidad de su mala vida o les abra las puertas de la felicidad imperecedera reservada a sus malas obras? Mas el varón bueno, cuando ve que se le propone la ambigüedad de un dilema condicionado, no tanto se regocija de los premios propuestos, como le desazona y ensombrece la sospecha del desvanecimiento de su alma. La consolación de esos hombres más sirve al criminal para confirmarle en su vida de fechorías, que el varón honesto para consuelo de la salida de la vida. A un ladrón, a un parricida, ¿qué puedes decirle que le dé más gusto cuando le vieres vacilante y medio dispuesto a mejorar de vida por temor del castigo? ¿Por qué tú, el más cobarde de los cobardes, tienes miedo de un suplicio que, si mueres del todo, te librará de los mayores males o te trasladará a bienes increíbles, si subsiste la mejor parte de ti? Según cuentan de Dionisio, tirano de Siracusa, quien viendo sacrificar un buey por su cocinero y que tan rápidamente moría, exclamó: *Por una cosa tan breve como es la muerte, ¿voy yo a dimitir un Imperio y un reino tan hermoso?*

No existe, pues, consolación verdadera y cierta, sino la que se toma de la esperanza de la otra vida, a saber: que Dios, Padre y Gobernador del universo y Juez de todos, remunerará la virtud con premios no fallecederos y afligirá el vicio con castigos espantosos. La consolación más sabia, auténtica y eficaz, es aquella de San Pablo a los fieles de Tesalónica: *Hermanos, no queremos que ignoréis acerca de los que duermen, que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con él a los que durmieron en Jesús.* Esta consolación tan breve, expuesta con tanta llaneza, supera con mucho todas las pretenciosas sutilezas e invenciones de los filósofos todos.

Y cuando se llegó al trance de la muerte, qué dulcísimo consuelo, qué tranquilidad espiritual el recuerdo de que Cristo nos rescató, que El es el abogado y medianero nuestro más eficaz en la presencia del Padre, y que sosteniéndonos en su confianza inconmovible emprendemos la jornada del regreso a la eternidad y a nuestra patria. ¿Qué pueden aportar todas las otras escuelas filosóficas, no digo semejante a esto, sino que se le pueda comparar? No porque sepamos que a los justos les está aparejado en el cielo un lugar de bienaventuranza imperecedera aborrecemos o rechazamos la vida; pero tampoco nos asimos a ella con avidez ni la retenemos con afición demasiada, deseando la unión con Dios. Esta es, en suma, la más definitiva de las consolaciones en la estrechez, en el destierro, en la cárcel, en la enfermedad, en los achaques que nos acompañan en los arrabales de la vejez que agobia el cuerpo.

CAPITULO IX

DE LA VIDA CIVIL

Vale la pena de examinar lo que dicen de nuestras cosas los impíos, al dictado no ya de su razón, sino

de su odio. Como sea que nuestra ley inculca en el ánimo de los hombres las costumbres que hemos descrito, con todo nos declaran ineptos para la vida civil, esto es, para celebrar y mantener relaciones y asociaciones políticas. Los hay que se figuran echarnos al rostro un gran baldón con decir que no somos hábiles para la conducción de la guerra, porque no hay cosa que nuestra ley recomiende con más celo que el amor y la tolerancia; prohiben odios y venganzas, como si con ello quisieran decir que no tenemos aptitud para los latrocinios; ¿qué otra cosa es la guerra, si bien se la mira? Dejo esta cuestión por ahora, porque no hace a nuestro propósito. Hablaré de las ciudades, es decir, de las agrupaciones humanas; si alguno repara en sus orígenes, en sus progresos y en sus resultados, se dará perfecta cuenta que no puede excogitarse sistema más indicado que nuestra ley y los hombres formados y amaestrados en ella. No se reúnen los hombres por las necesidades de la vida, como advirtieron excelentemente los filósofos, sino porque el hombre es un ser animado, creado por Dios, aptísimo para la vida social. Esa aptitud decláranla dos razones: la benevolencia y la palabra. Una vez congregados y establecidos en domicilios contiguos, porque las pasiones ponen alboroto en las almas y los malos deseos acucian los corazones, fué necesaria la justicia que por un igual mirase por el bien de todos y enfrenase aquellos ciegos movimientos anímicos y les obligase a obedecer a la recta razón. La justicia está formulada en leyes y encomendóse a un varón bueno y prudente que la defendiese mediante la coacción del poder público. Y así como el bien máximo de la convivencia humana es la paz y la concordia, el peor de los males es la disensión y los odios públicos y privados, de donde nacen riñas, pleitos, rivalidades y el venirse a las manos y provocar la muerte.

Los odios nacen o de la soberbia y envidia o de la depravada concupiscencia de las cosas. Pregunto yo: ¿Quiénes serán los más inclinados a esos vicios, los que tienen sus pasiones libres del imperio de la recta razón, agudizadas y exacerbadas por el inmoderado amor de sí mismos y el deseo infinito de todas las cosas o aquellos otros quienes por su ley no han olvidado que son peregrinos en la vida y se consideran tales y tienen sus pasiones o anuladas o muy debilitadas, atentos siempre y embebecidos en la idea del retorno a la patria? ¿Y qué decir de aquellos que se sienten unidos con los demás hombres por el gran fundamento de la benevolencia? Cristo dice que toda la ley consiste en el amor de Dios y de los hombres, y nos manda amar a Dios más que a nosotros mismos y a los hombres como a nosotros mismos, y que nuestra correspondencia de amor debe envolver no solamente a nuestros amigos, sino que debe extenderse a nuestros enemigos y querer bien aun a los que para con nosotros tienen un ánimo sañudo y nos lo manifiestan cuanto pueden con obras maléficas. Es éste un precepto para el cual la carne siente la máxima repugnancia y protesta y grita por ese insufrible engrillonamiento. De manera que yo, a quien me maltrata, me acosa, me daña todo cuanto puede, ¿he de mirarle con buenos ojos y no he de corresponderle en la medida que pueda, y a quien me desea pestes no he yo de quererle mal? Y tan es así que algunos sostienen que este precepto

va contra toda la Naturaleza. Y con todo es naturalísimo, formulado por Cristo Señor Nuestro y consecuencia de la reparación de la Naturaleza. ¿Qué es aquello hacia lo cual tiende nuestra mente y le da mayor prestancia y excelencia? ¿No es la luz y el conocimiento? ¿Qué es aquello hacia donde tiende el placer? ¿No es el amor? El odio es su mazmorra y su tirano. Tan conforme con la naturaleza de la voluntad es el amor y el odio tan contra la Naturaleza, como el conocimiento y la verdad lo son con la inteligencia y las tinieblas y la falsedad contra su naturaleza. ¿Parécete a ti conforme con la Naturaleza que quiera yo caer en la ignorancia y en la calígine, porque cae en ellas algún otro? ¿Por ventura la ignorancia ajena quitará o excusará la imperfección de mi mente en su ignorancia? El vicio de otro no destruye ni enmienda el mío. ¿No va contra la Naturaleza querer enfermar porque mi enemigo está enfermo? Quien odia tiene enferma y viciada la voluntad. Y porque aquel que mal me quiere arroja de sí la perfección de su mente como si con ello me satisficiere, ¿he de arrojar también yo la mía? Locura furiosa más que venganza y voluntad torcida es infligirte a ti una gran herida, porque otro te la quiso infligir y desear tú ser desgraciado, porque lo sea tu enemigo.

Llámanos, pues, Cristo o, por mejor decir, vuélvenos a llamar a la integridad de nuestra naturaleza, a la semejanza con su Padre y nuestro Padre, que es Dios, el cual, aun cuando le odian los demonios y muchos de los hombres, nada odia, lo ama todo y beneficia a todos los seres hasta donde ellos lo comportan. Establecido y cimentado este amor tan difuso y tan espaciosamente extendido entre los hombres, ¿qué leyes serán necesarias en toda agrupación y convivencia? Muy bien dice Boecio: ¿Quién impone ley a los animales? Mayor ley es el amor para sí mismo. No existen leyes humanas para la madre por lo que respecta al amor del hijo, porque la Naturaleza metió tal ley de amor en su pecho que cualesquiera otras leyes resultarían superfluas. El freno de las leyes púsose para las concupiscencias, la envidia, la ira, la soberbia, la rapacidad, la ambición humanas; donde reina el amor, todas ellas están ausentes; ello hace que las leyes sean de todo punto innecesarias. ¿Quién se enoja con aquel a quien profesa cariño entrañable? ¿Quién desea aventajársele? ¿Quién vengarse de aquel cuyos bienes y cuyos males considera como propios? ¿Quién piensa en quitar, quién demandar en juicio lo que dice que es suyo, si todo cuanto posee imagínase que es de él y no cree menos que está en su poder como en el del otro, como lo que tiene en su casa, bajo llave en sus arcas? No parece ser una ciudad, sino una casa de hermanos bien avenidos.

Deseaba Platón, a fin de que la ciudad quedase firmemente establecida en la concordia, que fuesen expurgadas del uso corriente aquellas dos palabras: *Mío* y *tuyo*. Esto las leyes no lo conseguiran jamás ni la industria humana; conseguirálo el amor índito en el pecho, no los preceptos ni las voces hueras de la filosofía, porque carecen de fundamento y no enseñan lo que hemos de seguir ni cómo hemos de seguirlo, sino el mandato de Cristo, porque muestra que es natural y preceptúa que lo hagamos por Dios y promete que le está aparejado un gran premio. De lo contrario, los mejores para la sociedad serán los

epicúreos que no reverencian a los dioses ni los tienen siquiera y todo lo refieren a sus regalos y placeres. Espántome que en la antigüedad fuesen tantísimos quienes profesaran este linaje de filosofía y de vida con consideración social, y que no fuesen echados de las agrupaciones y comunidades humanas. ¿Qué justicia puede haber en quienes enderezan amistades, religión, toda cosa santa, toda cosa justa a sus utilidades y deleites no del espíritu, sino del cuerpo? ¿Y quiénes serán más aptos para la sociedad y la convivencia que aquellos que ni harán daño a los que odian y harán el bien posible a los que aman? El amor en el ánimo obra como freno porque no quiera hacer mal y como acicate para avivarlo y estimularlo. En esa república y en esa sociedad ideal habrá leyes ciertamente no para cohibir la malicia, que será nula, sino para gobernar la ignorancia. Este es el verdadero siglo de oro, y no aquel mentido del reinado de Saturno; porque no consiste en la abundancia y en el suelto libertinaje, como la edad dorada de la fábula antigua, sino en el ánimo puro, cándido, encendido en la más hermosa de las llamas para la concordia, la paz, el honesto regocijo, en la gratitud y en el hacer bien.

Estas cosas parecerán ridículas o difíciles a la más parte de los mortales, según son las costumbres de esos hombres de hielo en quienes jamás alienta el calor de ninguna centella de amor santo.

Yo no dudo que muchos se maravillen acaso de que en las ciudades cristianas no es frecuente hallar esta concordia y benevolencia mutua y las otras virtudes eximias que nosotros, con tal encarecimiento, predicamos de nuestra ley, de guisa que parece nuestra república ser semejante a la ideada por Platón, que se asienta toda en leyes y preceptos y no en la realidad y práctica de la vida. Sé que esa perplejidad atribula el ánimo de muchos. Nosotros no hablamos ni de esas costumbres ni de esos hombres, sino de aquella moral que la ley de Cristo introduce en los espíritus y de aquellos hombres que se muestran obedientes con la ley, como los hay muchos en cada ciudad, aun cuando parecen menos confundidos con la masa turbia y densa de los malos. Como los había en aquella primitiva cristiandad cuando en los pechos fieles hervía aún la sangre de Cristo. De ellos se lee, en los *Hechos de los Apóstoles, que era uno el corazón de todos los creyentes.* Con el crecimiento de la Iglesia y la aceptación de la religión por el pueblo, se filtró una gran hez de hombres que en las asociaciones religiosas introdujeron los vicios de la gentilidad, que no solamente ellos retuvieron y ejecutaron, sino que los transmitieron a los otros como por contagio. La ley que se da para los espíritus es más fácilmente violada que la que se funda en ciertas y preestablecidas acciones externas, porque tenemos el espíritu más contumaz y más indócil al imperio de la razón que las acciones y las obras, y con menor esfuerzo habituamos el cuerpo a cuanto nos place, que el ánimo cerril, turbulento, juguete de ciegos movimientos. Por eso obedecemos más pronto y por más tiempo a las leyes humanas que nos mandan actos externos que a la ley divina, que pone compostura y gobierno en aquel oleaje pasional. Añádese a esto que por la grande y activa diligencia del demonio se produce la triste realidad de que, pública y privadamente, sean hartas veces malas y corrompidas las costumbres de

los cristianos, y las de los impíos íntegras y laudables, hasta el punto que si alguno compara la comunidad de vida y la asociación de muchas ciudades formadas de hombres profanos con las nuestras, en parangón con ellos, seremos conceptuados como los peores y los más monstruosos de los mortales, lo que es de notar así en las antiguas asociaciones gentílicas y aun en esa edad nuestra entre los musulmanes y las islas recién descubiertas y el continente que forma el Nuevo Mundo. Empero el demonio, que es el enemigo nato, irreconciliable de Dios y de los hombres, esfuérzase con enorme empeño en separar los hombres lo más posible de la amistad y unión con Dios. Y como no hay cosa que más distancie el hombre de Dios como la impiedad, cuyo primer dogma es no reconocer ni reverenciar al Dios verdadero, no hay cosa que el demonio desee ver tan metido en el pecho de los hombres como este error fundamental. Una vez que lo ha conseguido, ya no le preocupan demasiado los demás vicios y maldades, porque asentado este error, toda la construcción de buenas costumbres y virtudes que consiguieres levantar no contribuye un punto a la eterna bienaventuranza.

Por esto es que les deja que usen de los bienes de la Naturaleza y aun hartas veces les ayuda a ello, como, por el contrario, nos lo estorba a nosotros, a fin de que de la comparación de las costumbres y tenor de vida de los profanos con los nuestros resalte su bondad y la desestimación nuestra y se conciban escrúpulos acerca de nuestra ley y los que no pertenecen a nuestro campo nos desprecien y nos abominen y se confirmen en su superstición e impiedad y rechacen como vana e inútil una religión que no puede hacer mejores a los que la profesan. Pero la realidad es que (y no puedo menos de decirlo sin profundo dolor) profesamos la ley de Cristo, pero no la practicamos. Esta ley hace a aquellos espíritus en quienes halla obediencia y docilidad tales como hemos declarado. Y no solamente los hombres verdaderamente cristianos se conducen entre sí mismos de la manera que he dicho en la misma ciudad y agrupación humana, sino que también para con cualesquiera otros hombres, sean del linaje que fueren, ejercitan la benevolencia y la beneficencia. En la antigüedad, veíase cómo los hombres, por su patria respectiva, contraían enemistades naturales, el asiático con el europeo, el griego con el bárbaro, el judío con el gentil, entre los cuales parecía no ser posible la reconciliación, o, peor aún, entre ellos estaba permitido, y aun era piadoso, el odio mutuo, la aversión sistemática; y era nefanda la convivencia y el coloquio. Cristo, con su ley, abolió todas esas distinciones y derribó al suelo las murallas que separaban unos pueblos de los otros, unió al hombre con el hombre, cualquiera que fuese su condición con el fundente de la buena voluntad, proclamando la hermandad de los hombres todos, puesto que todos eran hijos del mismo Padre que era Dios.

Entre los dichos de Sócrates que Grecia recibía como oráculos, cuéntase que, habiéndosele preguntado de dónde era, respondió no que era de Atenas, sino del mundo, porque consideraba ser cosa indigna que un varón sabio, ciudadano del mundo, quedara recluso en los muros de una sola ciudad; que nada menos que el mundo es la patria de la mente humana que por el mundo

se espacia libremente como por su propia ciudad o, mejor, como por su propia casa. También el cristiano se considera como ciudadano del mundo, no por desprecio de su propia patria como de una casa demasiado estrecha, sino por el gran amor que su pecho alberga y que se difunde por las fronteras del mundo. Antes de Cristo, ¡cuántas y cuán molestas disputas acerca de la comparación de lo honesto con lo útil, qué trabajosas deliberaciones, porque desconocían lo honesto y no sabían qué era lo útil! ¡Cuán varios e inciertos los fines de los bienes que mantenían las mentes humanas en una angustiosa ambigüedad! Todo lo solucionó, todo lo ilustró Cristo. Por El conocemos ya nuestro verdadero fin; sabemos qué camino conduce a ella; sabemos qué es lo honesto, qué es lo útil, qué es lo dañoso; los enigmas están descifrados; son transparentes; son facilísimos.

CAPITULO X

FUNDAMENTO DE LA FE CRISTIANA

Esta es nuestra fe, certísima e indudable, porque inefable y certísimo es su fundamento, a saber: la bondad, la sabiduría y la potencia de Dios, amén de la excelencia de nuestras mentes. En esas virtudes de Dios afiánzase nuestra fe, como también en el pensamiento de que nosotros no fuimos creados para cosas caducas y viles, sino divinas y sempiternas. Si en Dios hay sabiduría y bondad, se interesa para las cosas humanas; si se interesa, existe en el fondo del alma humana algún culto suyo, alguna religión; si existe religión, es ésta nuestra, pues no puede hallarse ninguna otra más apta y congruente que señala el camino y el fin de la religión, los más aptos para la religión y al hombre más convenientes. Si Dios es bienaventurado y bueno, quiere que nosotros seamos partícipes de su bienaventuranza y nosotros somos idóneos y capaces de ella. Si lo quiere, nos da el medio mejor que El solo conoce. No hay posibilidad de pensar modo mejor que este que hemos declarado con tantas pruebas y razones; el modo, pues, es éste. Por un procedimiento inverso llégase a la misma consecuencia: si no quiere éste, y no hay otro mejor ni más digno de Dios, no quiere ninguno, ni a nosotros nos quiere bienaventurados. Ello hace que o no sepa el modo, extremo, achacable a la ignorancia, o que no nos quiere bienaventurados, que no sería cosa de bondad ni de amor, o no puede, que es cosa de flaqueza. Y como sea que todo esto anda muy alejado de la majestad divina, es forzoso concluir que Dios sabe, quiere y puede; así que nuestra fe va implicada y conexa con aquellas verdades de las que no puede dudar el hombre si no se despojare de la humanidad.

También de la misma vida cristiana puede tomarse argumento para establecer y confirmar la fe. Porque la vida cristiana es la purificación del alma para comprender y amar a Dios; y no habiendo cosa más sublime ni a Dios más allegada, no puede provenir de falsedad, porque la falsedad es la cosa más ajena de Dios, ni Dios por falacia inculcaría en el espíritu humano tal y tan excelente género de vida ni favorecería el fraude y la mentira contra los buenos y los sencillos y los más semejantes a sí y los que llegan con El a la mayor aproximación posible. Cuanto más cristiano es uno, más semejante a Dios y, por

ende, mejor y más divino. Optimo es, pues, y divino es Cristo, Cabeza, Autor y Ejemplar de esta fe. Esta fe es tal que, así como conviene al linaje humano que Dios, que gobierna el mundo, sea óptimo, sapientísimo, todopoderoso, es deseable que sea tal, aun cuando uno creyera que no lo es. Y de la misma manera es utilísimo al género humano que nuestra fe sea verdadera, y aun cuando hubiere alguno que dudare de su verdad, debería, con todo, desear que lo fuera, porque, en otro caso misérrimo, sería el linaje humano, por haber sido creado para un fin que es del todo indigno de sí.

¡Ah ciegos y mentecatos! Quiere Dios mostrarnos y comunicarnos los tesoros de su bondad y sabiduría, y vosotros los rechazáis. Sin Cristo todo hombre viviente es pura vanidad, como dice el Salmista. Por Cristo es que ni el infante de una hora cae a tierra, como una flor derribada por el aquilón, pues éste, que tiene una mente tal que en nada se diferencia del bruto, es, con todo, conservado por Cristo. ¡Y qué gran consuelo para todos, qué tranquilidad para el alma cuando llegamos al término de la vida, cuando pensamos todo el transcurso de ella malgastado en vicios y pecados y, no obstante, se nos está reservada la salvación y la participación de la felicidad eterna por la confianza en Aquel que por todos nosotros pagó y satisfizo al Padre! ¿Habrá loco que renuncie a galardón tan grande? ¿No lo asirá? ¿O que al menos no desee que sea verdadero y efectivo? Y si conviene a todos, sin duda fué obrado por Aquel que es todopoderoso y óptimo y que por su bondad nos quiere bien a todos nosotros.

* * *

Después de las razones que se han dado acerca de la fe, cuando sobreviniere algún escrupulillo sobre alguno de estos puntos que deben tenerse como certísimos no se moleste en aplicar a todos la razón que ello fuera, como aplicar un cauterio a una picadura de mosquito, porque, aparte de ser cosa de nunca acabar, sería harto peligroso. Nuestro enemigo es muy astuto y ladino y no se da punto de reposo y que no sólo está al acecho de la ocasión cuando nosotros se la damos, sino que él mismo se las busca y las crea de mil maneras a cada momento. Su artera especialidad consiste en suscitar dudas frecuentes para que, sin ningún aparejo por parte nuestra, entremos en liza con él, porque espera que si combate muchas veces saldrá vencedor de alguna refriega. Por esto es menester asentir a toda sentencia recibida y confirmada y permanecer a pie firme en este asentimiento. Hay que tener en todo momento presente a nuestros ojos lo que cada cual debe sentir de Dios y del hombre y pensar que todos los bienes nos vienen de Dios, porque esto es el más estable fundamento de nuestra fe. Aunque todos los otros nos vengan de la bondad y magnificencia divinas, ¡cuánto más esta del recto convencimiento, tan grande, tan excelente y al hombre tan necesario! Por eso hay que refugiarse en El y rogarle que con largueza conceda y conserve este don, y que nos asista y defienda en la tentación que es una a manera de combate, y que alumbre nuestras mentes con aquella luz suya que nos fortalece y nos hace más firmes que cualesquiera otras razones humanas. No raras veces acontece que quien, por razones, asiente en puntos de religión, luego entra en dudas acerca de

su valor y firmeza. De Dios se ha de pedir el auxilio, como lo hicieron los Apóstoles, quienes, después de recibida la doctrina del Maestro celestial y de ver prodigios tan estupendos, le piden con todo: *Señor, acrecienta nuestra fe.*

* * *

He escrito yo todo esto para que sepamos todos que la fe cristiana es verdadera y queramos pedirla a Dios, *que a todos da con abundancia y a nadie desoye*, como dice el Apóstol Santiago. Adujimos las más poderosas razones, que todos deben sopesar y meditar. Así como Dios es más fácilmente conocido por la comparación de muchas de las cosas creadas por El, verbigracia: de todo el orden del universo, del curso del año, etc., así la verdad de la fe cristiana no debe deducirse de uno que otro lugar, sino de toda ella, paragonando unas partes con otras, y la divinidad de Cristo debe colegirse del orden de toda su vida, como también la de la Iglesia. Pero aun cuando hayamos traído razones claras y válidas, no faltarán lectores de quienes no impetraremos la fe, en parte por la inveterada costumbre de oír y de creer cosas contrarias, en parte por el pasmo del corazón y embotamiento de la mente, como también por los vicios que les llevan en encontradas direcciones; de ellos se dice en el salmo: *El hombre necio no sabrá y el loco no entenderá estas obras de Dios maravillosas.* Estos son aquellos en quienes domina aquella parte que nos es común con los brutos, a quien San Pablo llama *hombres animales*, y que dice que no *entienden las cosas del espíritu de Dios, porque en ellos mora la estulticia.* Donoso caso el de poseer tantos argumentos en favor de la verdad y olvidarse de todos ellos al primer airecillo de la tentación. Es que la pasión les trae la razón ciega y no hay cosa, por pequeña que sea, bastante a soliviantarles contra la razón, no de otra manera que en toda guerra civil cualquiera se alza con el caudillaje mientras despotrique contra el adversario. Lo más lastimoso en cosas de religión y que con gran habilidad cuida nuestro enemigo es que a aquellos mismos que provocaran la general hilaridad, si hablaran de cualquier asunto, del cielo, de los elementos, de costumbres, de política, sin letras, sin ingenio, sin juicio, y no dirán más que simplezas e idioteces, si despotrican contra la religión, son muchos los que les escuchan y se atormentan de escrúpulos. Los unos se fabrican gran opinión de sabiduría, no creyendo nada. Otros, hijos de este siglo, con muy buena vista para la vida práctica, pero en puntos de religión completamente cegatosos, aplican a su propio criterio religioso aquella misma autoridad que le dan los otros en las cosas de la vida.

No se atreve a dogmatizar en cosa alguna sino el docto, el ejercitado, el enterado; en cosas de religión se despacha a su gusto el que no tiene ni ejercicio ni espíritu. Otros hay que no quieren oír, los cuales, como se lee en el libro de Job, dicen a Dios: *Apártate de nosotros; no queremos saber la ciencia de tus caminos.* Los hay asimismo a los cuales el demonio, amo del mundo, con sus trampantojos y engaños, les fascinó los corazones y por odio de la santa religión piden en los misterios divinos una razón que tendrían empacho de pedir en cualesquiera otras cosas. Sea de todo ello lo que fuere, nosotros, en

cuanto estuvo en nuestras posibilidades, nos hemos esforzado por hacer luz.

Si algunos obstinados cerraren los ojos o no hicieren caso de ella porque no les aproveche, no será por nuestra culpa ni por la luz que les hemos proporcionado, aunque ello nos ocasione gran dolor.

Dígnese Nuestro Señor Jesús, que abrió los ojos de los ciegos, sanar y abrir los ojos de todos para que puedan mirar de hito en hito su luz santa y salubérrima.

FIN DE
«DE LA VERDAD DE LA FE
CRISTIANA»

EPISTOLARIO

EPISTOLARIO

NOTA DEL EDITOR

El epistolario de Juan Luis Vives, escasísimo en la primera edición casi *completa publicada en Basilea, no comprende más que veinte cartas, entre ellas las que por su importancia excepcional, y por ser más que cartas específicamente, puesto que son verdaderos tratados, han hallado su lugar más propio en sus* Obras políticas. *Tales son las que con nuncupación epistolar dirigió a Enrique VIII, a Juan de Longland, obispo de Lincoln, y al Papa Adriano VI. En 1556, de las prensas de Guillermo Simón salieron estas mismas veinte cartas. En 1571 y 1572 la colección aparece aumentada con treinta y nueve cartas más, inéditas hasta entonces, amén de otras diecinueve más escritas a Erasmo, una a Gilberto Cousin (latinizado en* Cognatus *por Vives) y otra al portugués Damián Goes. La edición de Valencia, que es la que nosotros manejamos, contiene, como lo explica el propio Mayáns, las cincuenta y nueve cartas publicadas por Simón, más otra de Vives a Maldonado, datada en Breda a los 16 de diciembre de 1538. Esta carta, por cierto interesantísima, fué hallada entre los manuscritos del teólogo Juan Maldonado, conservados en la magnífica biblioteca del Colegio Mayor de la Santa Cruz, de Valladolid. Posteriormente Bonilla San Martín enriqueció el demasiado flaco tesoro epistolar de Vives con otras dos misivas al gran teólogo y humanista toledano Juan Vergara, publicadas en* Clarorum virorum epistolæ ineditæ (Revue Hispanique, *VIII, París, 1901). Síguese otra carta de Vives al duque de Calabria, en agosto de 1538, dada a conocer en 1791 por el* Diario de Valencia, *el 24 de octubre.*

Agrupadas y formando como una obrilla separada, presentamos aquí las que forman la interesantísima correspondencia que Vives mantuvo con Erasmo, para hacer destacar la enorme importancia que tienen esas cartas para la historia del erasmismo y de las letras de humanidades en España. Y últimamente el canónigo H. de Vocht, benemérito profesor de la Universidad de Lovaina, sorprendió al mundo en 1928 con la publicación de otras cuarenta y cinco misivas que Vives, entre otros humanistas, dirigió a Francisco Craneveld, gran helenista y jurisconsulto de Malinas. Por su importancia y por expresar menos disimulado el pensamiento de Vives en aquella ominosa hora de Europa, eclipsan el epistolario anterior.

PRIMERA PARTE

I

JUAN LUIS VIVES, VALENCIANO, A ENRIQUE OCTAVO DE ESTE NOMBRE, REY DE INGLATERRA: SALUD

Por espacio de algunos años, rey ilustre, mantuvo mi ocio estudioso tu largueza bondadosa; pero el año que corre es el tercero en que nada recibo de ti. No es razón que lleve yo con desabrimiento que no se me dé lo que por ningún título se me debe, sino al contrario, que corresponda con hacimiento de gracias a la anterior bondad tan prolongada. Por lo que toca a mi humilde persona, yo procuro con la más tenaz persuasión, y te lo ruego con el más firme encarecimiento, que no me utilices sino a modo de instrumento y como quien te desea las prosperidades más felices. Pero tiempo ha también que ni de la reina misma recibo cosa alguna. Con todo, a ti y a ella quisiera veros vivir en la más dulce y sabrosa de las concordias lo poco que os resta de la brevedad de esta vida. Y puesto que no tengo otra cosa a mano que os testimonie esa disposición mía, tomé la resolución de escribirte brevemente acerca de ese punto, en el cual se cifra una gran parte de la salud del nombre cristiano.

Andas en averiguación del sentir de las academias sobre aquel pasaje del Levítico: *El hermano no se casará con la mujer del hermano.* Yo ignoro la respuesta de los eruditos; pero cuál debe ser su respuesta, muy bien la sé. Acerca de este debatido lugar bíblico, estando yo en Inglaterra, escribí un opusculillo à ruegos del cardenal de York. En la incertidumbre en que estoy sobre si lo leíste, parecióme bien, en las actuales circunstancias, enviarlo a tu majestad.

Pero ahora, independientemente, dejando a un lado la cuestión y la estrecha cuenta que cada uno de nosotros ha de dar a Dios, escudriñador de los corazones, ruégote a ti, el mejor de los príncipes, que consideres y ponderes la determinación que debes tomar en negocio de tal monta, lo que haces y adónde vas.

Tienes un reino en todo su auge y su flor. En ti adoran tus vasallos, y tú mismo lozaneas con toda la robustez y la verdura de los años. En qué infierno de molestias arrojaríaste a ti y a tu reino, asumiendo enemistades y enzarzándote en lides con un príncipe vecino muy poderoso y lo que cuenta más en lances bélicos muy afortunado. ¡Qué privación no será tan enojosa y tan insoportable para tu pueblo carecer de accesò a sus dominios! Y si te granjeas para la guerra el socorro de otros príncipes aliados, ¿adónde, pobre de mí, empujas el conflicto? Ya no quedan más que dos o tres reyes en el orbe cristiano: a tantas estrecheces nos han reducido las victorias de los turcos. ¿Y en esos dos o tres reinos cristianos, ¿queréis armar pelea? ¿Creéis que Dios os preservará de que vayáis a parar en sus manos y ser su mísero botín?

En el caso de empeñarte en esa guerra, el daño que al enemigo infligieres, ningún provecho te aca-

rreará a ti. Y lo que él a ti te dañare, te producirá hartos escozores. ¡Cuántos apuros, cuántas acucias, cuántas ansiedades y a cada instante cuántos y cuán fieros peligros!

¿Y qué es lo que vas a buscar con esa guerra presunta? ¿Una esposa? La tienes ya, y tal, que la nueva esposa que codicias, ni en bondad, ni en linaje, ni en buen parecer, ni en afecto hacia ti puede parangonarse. Y a través de la esposa, ¿qué es lo que se busca? No creo yo que sea un placer feo y fugaz. Dícesme: Sucesión que pueda heredar el reino. Pero es que ya la tienes, gracias sean dadas a Cristo: tienes una hija de índole admirable. Escogerás a tu gusto al yerno, con unas cualidades que no te es dado escoger en un hijo ni siquiera elegir hijo. Al hijo has de aceptarlo como la Naturaleza lo hubiere hecho. Y en cambio, al yerno podrás elegirlo a la medida de tus deseos.

¿Y quién te podrá asegurar que de esa mujer que pretendes vas a engendrar y precisamente un varón y que este varón vivirá hasta la sazón oportuna en que tú, a punto de salir de esta vida, le entregues el reino y se lo pongas en la mano? Y siendo inciertas cada una de estas eventualidades, ¿cómo podrás tener certeza de todas ellas juntas?

Piensa de qué escándalo serás autor y a cuántos darás motivo de grave ofensa. Finalmente, piensa contigo mismo cuánta y cuán combustible materia de guerra civil dejarás en herencia a Inglaterra, que no tiene criterio unánime acerca de la sucesión legítima, y que con este proyectado matrimonio agravarás, haciendo más dudosa la legitimidad, esa enconada disidencia.

Ruégote que medites una por una todas estas reflexiones y otras que fácilmente te vendrán a las mientes, que yo callo con toda deliberación por motivos harto comprensibles.

Moviéronme a escribir esto, así la respetuosa observancia que te guardo y a la cual me considero muy deudor y de que en toda ocasión hago gala, como también el amor que profeso a Inglaterra, que en otros tiempos, cuando Dios quería, me dió tan dulce y suave hospitalidad y, especialmente, mi vivísima preocupación por la quietud del orbe cristiano tan despedazado y afligido por guerras y disensiones, hasta el punto que parece que ya no pueda recibir herida nueva en parte alguna, sin peligro de perdición total. Pongo por testigo a Cristo, Juez de los humanos corazones, que yo no escribí esta carta con otro intento ni por ningún otro motivo. Leerásla tú, rey clementísimo, con ese mismo espíritu con que yo la escribí y me dispensarás esa franqueza brotada de un pecho que te ama como el que más, y como el que más te reverencia. Haga el Rey de los reyes que siempre, cualesquiera sean tus determinaciones, redunden en tu propia felicidad personal y en la de tu reino.

Brujas, 13 de enero de 1531.

II

JUAN LUIS VIVES AL SEÑOR DE PRAETS: SALUD

Tiempo ha que no recibo carta tuya alguna; con todo, lo que yo espero de ti no son cartas precisamente, sino un intercambio de afectos entrañable y singular. Recientemente te escribí a ti y al César. Mi mayor deseo es que esas mis cartas arribasen a su destino y así me atrevo a esperarlo. Por lo que a mí

toca, esta maldita podagra me causa molestias vivísimas; subió trepando hasta mis rodillas, hasta mis manos, hasta mis brazos, hasta mis hombros. Algún día tendrán fin estos fementidos cepos míos: ¡ojalá sea cuanto antes, con el favor de Cristo! Ahí donde tú estás, en el cortejo del César, anda un mancebo, Constancio Alamar, hijo del cuestor civil de Amberes, cuyos deudos desean en grado sumo que sea recibido en tu familia, y para ello consiguieron letras de recomendación de tus amigos y con sus ruegos moviéronme a mí para que las reforzase con las mías. Yo no conozco al tal mancebo y por mi cuenta no puedo asegurar nada de él. Con todo, no pude negarme a las presiones de sus parientes. Si todas sus otras cualidades no te desplacen y las recomendaciones merecen alguna concesión, ruégote con sumo encarecimiento una y otra vez, ilustre y queridísimo amigo mío, que des lugar a que esta recomendación mía tenga ante ti algún valimiento. En ese trance, mi mayor gusto ha sido que para otros fuese notoria esa nuestra mutua bienquerencia y que los otros pensaran que alguna valía ante ti tendría mi intervención si el caso lo demandase. Yo, si no estuviera ciegamente confiado en tu bondad, jamás me hubiera arrogado tal audacia, siendo como son tus beneficios para conmigo muchos y grandes, y mi correspondencia para contigo la pura nada. Pero si es cierto que el amor todo lo iguala, tú y yo, yo, con esta pobreza mía, tú, con esa posibilidad y esa abundancia, hacemos tablas. Ten salud.

III

LUIS VIVES, «DOMINO PRATENSI»: SALUD

En tanto agobio y variedad de grandes negocios, no extraño en nada que se me olvidase, si es que se me olvidó, una cosa tan baladí y tan poca cosa. Lo que tú querías que yo hiciera no cuidaste de dármelo a entender por ninguna vía explícita. Ahora, dícenme que vas a detenerte en Francia más tiempo del que yo creí, cosa que me explico fácilmente, siendo tal la costumbre de los legados. Recelo muy mucho que con esas demoras y dilaciones no se nos escape de las manos la ocasión y que ese hombre salga de ahí antes que nosotros hayamos resuelto su caso, lo cual sería muy enojoso para mí, porque aun cuando sea en sí de muy poca monta, con todo, en su relatividad, no es menos grande para mí, que para los reyes y los príncipes lo son sus cosas. Esto de grande y de pequeño no consiste más que en la comparación. Ruégote, ¡oh el más ilustre y el más amigo de mis amigos!, que te dignes significarme en dos palabras lo que tú creas que debo yo hacer o dármelo a entender por recado verbal. Ten salud.

IV

JUAN LUIS VIVES A SU MUY QUERIDO HONORATO JUAN

Aquella desabrida queja tuya a mí me fué no menos grata que el sorbo de agua tomado del más sabroso y dulce manantial; puesto caso que brotaba de un pecho rebosante de amor demasiado para conmigo y poco satisfecho de sí mismo,

porque sospecha que no era de cabal satisfacción para su amigo. Siento vivamente que por haberte escrito con premura excesiva o distraído por alguna preocupación o bien porque pensase decir menos de lo que decía en realidad, te haya ocasionado algún desabrimiento. Al escribirte yo y reprocharte la tardanza con que me remitías tus cartas, pensaba más en tu púdica y casi virginal reserva que en un posible enojo tuyo. Harto experimentado tengo yo cuán alejado de ti está todo enfado tuyo para con los otros; ¿puede haber cosa más templada y mansa que tu carácter?, enfado ése que contra mí sería, ante tu conciencia, pecado imperdonable. Tan grande es la benevolencia que para conmigo tu pecho abriga; ¿pero qué digo benevolencia, si es reverencia y culto? De tal manera te consideraba ofendido, que aun cuando no existía motivo alguno, apurases alguna vergüenza, según es la sinceridad y la probidad de tu carácter; pero que esa posible vergüenza degenerase en enfado, jamás se me pasó por las mientes.

Si en algo y en alguna ocasión merecí tu crédito, quiero que estés muy íntimamente persuadido de mi convencimiento de que hoy por hoy no hay ser viviente alguno a quien cedas en el amor mío. Pero tú, a tu vez, debes convencerte también de lo muy carísimo que me eres y de lo muy hondo que te traigo desde el primer día que te vi, clavado en en mis entrañas con los clavos más firmes y más tiernos, cosa que no acertaría a expresar con palabras y que por más que las ahincase, se quedaran muy por debajo de la realidad. No existe motivo alguno, mi querido Juan, para ese recelo tuyo torturante de que yo entretenga sentimiento alguno contra ti que no sea digno de nuestra amistad. Quisiera yo que desde hoy no valorases más mis palabras que mi ánimo. No raras veces me ocurre que, absorbido por otras muy intensas atenciones, escribiendo a los amigos y a los que están unidos conmigo con muy estrechos vínculos de afecto, se me escapan, fuera de mi intención, cosas de mayor o de menor importancia. Es menester que tú y los restantes muy queridos amigos míos lo interpreten benignamente y aprecien mejor lo que quise decir que lo que dije. Sea ello como sea, lo confesaré llanamente. No puedo menos de holgarme de que tengas mi amistad en tal aprecio. Mi más vivo deseo es que esa amistad aliente muy robustamente en el pecho de ambos y que dure por los siglos de los siglos. Quiera el Cielo que tenga efectividad lo que me escribes de la suegra y espero que en buena parte así será. Pero acontece que nosotros, en el llorar nuestros muertos, más nos solemos mirar a nosotros que a ellos. Ten salud.

V

VIVES A SU QUERIDO HONORATO JUAN: SALUD

Después de tu marcha de aquí, recibí dos cartas tuyas: la primera expedida desde París; la segunda, de Valencia, nuestra patria común, cuya vista te envidiara ciertamente si te amase menos. Lo que hiciste y cómo te divertiste en París conocílo no tanto por tu carta como por la relación de nuestro Maluenda, que está aquí, con un pie en el estribo para marchar a la corte, donde tratará determinados negocios con Granuell (?), que, como sabes, es un grande amigo nuestro. Peréz-

come por saber de ti muchas cosas de nuestra patria, y día por día estoy esperando aquella misiva tan larga, que me prometiste y me haces aguardar. No es ésta la ocasión de mentar el sentimiento que me causó la muerte de aquel Estrany de nuestros amores; es cosa que ni yo te la puedo contar ni tú la puedes creer. Yo todavía no sé a punto fijo si un clavo fué sacado por otro clavo o si una herida se enconó con otra herida, con la noticia de la muerte de Dixar, marido de mi tía. ¿Qué le vas a hacer sino tomarlo con paciencia?

Desastres así los oímos y los vemos todos los días. En ocho días perdimos a Hardara y a Najario; aquél sucumbió a una enfermedad larga y prolongada y éste murió de vejez, que es una dolencia incurable. No dudo que es grande la soledad que reina en nuestra familia con la pérdida de aquel hombre a quien tú llamaste con toda razón sostén y pilar de aquella familia. Ruégote, mi carísimo Honorato, por el mutuo bien que nos queremos y el afecto correspondido que nos profesamos, que vayas con frecuencia a ver a aquellas damas y a tenerles algún rato de compañía. Por lo que toca a aquel negocio, sé que harás todo lo que buenamente puedas, aunque no me cabe duda de que ahí lo hallarás todo muy trocado y muy diferente de lo que aquí pensabas. Pienso llamar acá a mi hermana, porque espero que o bien aquí se casará con mayor acomodo o vivirá a mi lado de soltera, si ya no es que tú hubieras hallado para ella alguna conveniencia; en otro caso, lo más acertado será que venga a mí, en parte por caminos de tierra, a través de España, y en parte por vía marítima desde uno de los puertos cantábricos a Flandes.

Te felicito de que tu hermano se haya recobrado. No dudo que su vista te alivió de una gran parte de tu dolor. Paradoja pura todo ello. ¿Quién lo sospechara si ya no es que el nombre trae consigo algo de infausto? Pero tú, con todo, recuerda en qué lugar está, para reverenciar en ella la persona; halágala con tu mansedumbre y tu blandura para llevarla así con estos procedimientos de suavidad a conseguir de ella lo equitativo, en lo cual será fácil de convencer. Procura de todos modos obtener lo que sea justo. En lo que quede oscuro, como fundado en muy livianas conjeturas, será mejor granjearlo con benignidad y benevolencia que exigirlo con enemistades y violencias, que resultarán baldías. Y, por fin, débese cuidar mucho la tranquilidad del espíritu, aun a trueque de algún perjuicio material. Tengo vivo deseo de conocer en lo que paró todo ello.

Yo todavía no pude entrevistarme con el César, porque Prat me significó que no lo hiciera en ausencia suya. Ese fué enviado a Francia por el príncipe para el recibimiento de la reina; se le espera en breve. Empezáronse a imprimir en Amberes mis *Disciplinas.* Dilaté para otros tiempos la impresión de mis tratados retóricos, literarios y filológicos, abrumado como estoy de filosofías, más que no las puedo llevar. Lo que vaya saliendo, ya procuraré que te vaya llegando a la mayor brevedad y que lo presentes al tío o a la tía, cosa que te será sumamente fácil, y si no me engaño podrás hacerlo en toda ocasión. Tú veas cuál sea la disposición de tu ánimo en eso que te digo; querría vivamente saberlo para nuestra co-

rrespondencia epistolar acerca de aquello que debe para nosotros valer más que cualesquiera rentas. Haz, mi carísimo Honorato, y piensa con todo ahinco no quién eres o quién se piensa que eres para tan pocos días, sino cuál conviene que seas y que vas a ser en todo el discurso de la eternidad. Para mientes en ello y no en cualquier otra mira temporal o, mejor, momentánea.

Pienso que ya muy pronto todo tu trabajo estará en preocuparte por lo de tomar esposa. Yo quisiera, mi caro Honorato, sobre todo, que no atiendas al dinero ni al deleite fugaz, sino a otras cualidades que, a buen seguro, te harán feliz en esta vida y en la otra. No quieras anteponer lo efímero a lo duradero, ni lo temporal a lo eterno. Alégrame sobre manera lo que me dices de que toda nuestra nobleza en peso estuvo a saludarte, mientras tú, para algunos, puedas ser dechado de virtud. No acaezca que aquella cruel conspiración de juzgar mal, a manera de torrente, te arrastre a donde se propone. Lo que ella aprueba, acaso no será muy seguro degustarlo, como tú piensas. La entrada será facultad tuya; la salida será facultad ajena. Siempre se ha de recelar de aquello que no se puede tomar sin peligro. Ruégote que de la familia que tengo aquí hables algo. A quien tú sabes, ya le escribí algo acerca de este punto. Pídote, ¡oh el mayor de mis amigos!, que en ocasión alguna no me haga falta tu amistad. Ten salud.

VI

VIVES A SU CARO PATO: SALUD

Soy contento de que, como espero, hayas llegado a Francia felizmente. Pon interés en que nunca jamás te arrepientas de haber marchado de aquí por razón de estudios, y ten siempre el noble orgullo de que quien te envió fuese el obispo de Lincoln. Pienso que fácilmente conseguirás una cosa y otra si pusieres en práctica con el empeño pertinente lo que tu Barquero te aconsejare así en lo que atañe a las costumbres como a los estudios. Harto tengo conocidos su prudencia, su probidad y el vivo amor que te profesa. Nada te aconsejará sino lo que te sea de más provecho en lo futuro. Corresponde con creces al amor de quien te ama y sé dócil a un compañero, el más cuerdo y el más amigo. Ten salud.

VII

VIVES A SU QUERIDO PATO: MUCHÍSIMA SALUD

Insistí en mis cartas a Bequisalo y a Massón y a Tomás Winter, a quien no quiero menos ahora que cuando tenía la más envidiable privanza del cardenal. Yo, en la amistad, no sigo los altibajos de la Fortuna; al contrario: cuanto más afligido veo a mi amigo, tanto más le quiero; la desgracia multiplica el afecto. Pero fíjate en los vaivenes de las cosas humanas. Mísero de aquel que construye sus castillos sobre estas deleznables mundanidades y confía en un hombre mortal, flaco y tornadizo. Me extraña que mi querido Volconio no me escriba palabra; cerciórame si está en Francia todavía. Tenemos a Moro, que ya es todo un canciller; no sé si se acordará de sus amigos pobres. A mí no se me ha enviado de Inglaterra la pensión de año y medio. Sábete que Claymundo, aquel

adorable anciano, me escribió una carta rebosante de aquella gentileza y humanidad, que es en él característica para conmigo y me envió veinte sueldos. Ese envío fuéme sobre manera grato, no precisamente por la ayuda que pueda prestarme en tantos gastos como tengo cada día, sino por lo que significa por proceder de un ánimo para mí tan benevolente. Ten salud.

VIII

VIVES A GONZALO TAMAYO: SALUD

Véote tan ocupado, que no tienes tiempo que consagrar a tus estudios. Ojalá tampoco lo tuvieras para las bagatelas y los amoríos, en los cuales dícenme que como hasta aquí sigues ocupándote por burlería, como dices tú, con amartelamiento y con total buena fe, como piensan los otros. Y en hecho de verdad, las primeras entradas de Cupido, los primeros flechazos, ¿qué otra cosa son sino burlerías y juego puro? Luego, poco a poco, el juego se convierte en pasión. Muchas veces te amonesté de esta misma cosa y de cualquiera otra que de ninguna manera te es conveniente hacerte esclavo del amor. Si has de casarte, lo más cuerdo es no enamorarte anticipadamente; si no has de casarte, es locura crearte en balde una tirana, y de libre hacerte siervo. Si no lo entiende así el vulgo imperito y necio, aprenda al menos el aprendiz de sabio a no tornarse bobo, a pesar de sus letras. ¿Quieres acaso que no exista diferencia entre tú, que cultivas el entendimiento, y el necio, que ni siquiera tiene entendimiento? Breve es la vida, Carillo mío, aun cuando toda se consagre a la mejoría del alma. ¿Y qué decir si de esta vida breve se consagra al espíritu la parte más pequeña y aun a veces ninguna? Ya desde ahora, en esos años tuyos que aun cuando no son tiernos del todo tampoco son del todo maduros, hazte, lábrate tal como quisieras ser en adelante y haz por fin de joven lo que no hiciste de mozo. Mira que por una muy vana golosina de deleite dejes escapar de las manos ninguna ocasión de preclaros hechos. Si ya estás cogido, cantamos para los sordos. Si no estás cogido todavía, para mientes y recapacita lo que yo te escribo y tú lees. No me gusta tanta confianza; dices: *Yo lo hago por pasar el tiempo; no me cogerán.* Juego peligroso es éste; especialmente porque esa confianza, por lo que he podido colegir, te tiende muchas más redes, te pone muchos más lazos que a todos los otros. Cuida siempre de tener la mente sana en un cuerpo sano. Ten salud.

IX

VIVES A SU CARO GONZALO TAMAYO: SALUD

Gratísima me fué tu carta, Gonzalo mío, y en ella te mostraste como siempre has sido. Paréceme que no pusiste un afán vano en el aliño del estilo. Ruégote que por la falta de uso no dejes contraer orín. Superástete en mucho a ti mismo desde que salí de Lovaina; así que procurarás que no se te pase ningún día sin que leas o escribas algo y piensa que en dondequiera serán academia para ti los libros, el ocio, el espíritu libre y ágil para el estudio. Darás en nombre mío, por el cuidado o, mejor, por el interés que se toma por mis cosas, a tu pa-

dre, que es el mejor de los hombres y que a mí me quiere tanto. Dícenme que la etiqueta de palacio es tal que el acceso público al príncipe no está permitido a nadie y el privado a muy pocos o, mejor, casi a ninguno; que en la audiencia pública no se hace nada; por eso me parece que lo mejor es esperar al pratense. ¡Ojalá estuviéramos en condición de poder sufrir esta espera! Tiempo hace que hubiera echado de mí, Gonzalo mío, este cuidado enojoso, y quién sabe si voy a echarlo luego, acobardado a la primera experiencia por la dificultad del caso. Apenas atiné a leer la carta de Graneo, tal era el embrollo de su redacción. Diferentes son las opiniones de los hombres. Más quisiera mejorar las costumbres que complacer los juicios, aun cuando esto es agradable y, en sentir de muchos, codiciadero en extremo. Lo primero tiene una muy fecunda utilidad, lo segundo proporciona una satisfacción huera. Ten salud.

X

A DON FRANCISCO, DUQUE DE BÉJAR, ESCLARECIDO PROTECTOR SUYO

La carta de tu excelencia, a primera vista, no pudo menos de serme muy grata, como me lo eres tú y me lo son todas tus cosas; pero cuando por ella me enteré por cuán grave crisis pasaste en tu enfermedad, un escalofrío corrió por mi alma y por mi carne. Hiciste muy bien, muy bien en buscarte solaces y pasatiempos que contribuyesen a reponer tu salud, y para con todos los que somos tuyos, con harta beneficencia. Y, en efecto, ¿qué cosa puede sernos más conveniente que el que tú te sientas bien? Yo no dudo que este castillo tuyo, hermoso según algunos me lo describieron, está muy indicado para tu organismo y para reparar tus fuerzas, así por la salubridad del clima, como por la amenidad del sitio. Por lo que toca a la dicción de tu carta, parecióme tan castiza y tan acicalada en comparación con las anteriores, que de buenas a primeras dudé si sería redactada tuya. Pero me lo demostró inequívocamente el hilo de la oración, que es bien tuyo, y determinadas palabras y ciertas frases que te son familiares. Así que compruebo con satisfacción que la obligada interrupción de tus estudios no te acarreó mengua alguna, sino que contribuyó a tu aprovechamiento, como los campos a quienes el barbecho hace más productivos. Ten salud.

XI

VIVES A DON FRANCISCO, ILUSTRE DUQUE DE BÉJAR: SALUD

Escribo a tu excelencia más raras veces de las que querría y debería, pero esta huéspeda mía, molestísima, me acarrea graves ocupaciones. Una sola ventaja trae consigo, y es que hace mejor la vida colmada de tantas asperezas y desabrimientos; si trae consigo alguna satisfacción, pasa a volapié como un sueño. Hace poco que me contó un anciano de la ciudad una fábula divertida de lo sueño que es la vida, que merece que se la conozca. Contaba haber estado al servicio, siendo muchacho, de Felipe, duque de los belgas. Ese Felipe fué hombre de ingenio agudo y ameno, guerrero valiente y afortunado, cuyo renombre es grande en aquella nación, y por la probidad y afabilidad de sus cos-

tumbres, apellidado *el Bueno*. Este, habiendo conseguido en todas partes una gran paz, tenía su residencia habitual en Brujas, viviendo a placer y entregado a los pasatiempos propios de la mocedad: juegos, teatro, dichos agudos, facecias y cosas por el estilo. Una noche, al salir de una comilona, dando un paseo por la ciudad con algunos de sus mejores amigos, topó en medio de la plaza con un hombre del pueblo, borracho, tendido en el suelo y roncando profundamente. Parecióle que sería cosa donosa hacer experiencia en él de que nuestra vida es sueño, tema que a veces hahabían ellos tocado, y dió orden de que se recogiese a aquel hombre, se le llevase a palacio y se le colocase en el lecho ducal.

A la mañana siguiente, así que se despertó, se le presentaron los pajes y camareros del duque, quienes como si él fuese el mismo duque en persona, le pidieron si le apetecía levantarse ya y cómo quería que le vistiesen aquel día, sirviéronle los propios vestidos del duque. Espantóse el hombre de verse en aquel lugar. Le vistieron; salió de la cámara, se le presentaron los próceres, que le acompañaron a la capilla. Oyó misa se le dió a besar el evangelario y todo el sagrado ajuar, como al propio duque. De la misa, a un opíparo almuerzo. Almorzado, el camarero ofrecióle naipes y todo cuanto dinero quiso. Jugó con los magnates, se paseó por los jardines, cazó en el vivero de liebres y conejos y cobró algunas aves en el ejercicio de la cetrería.

Celebróse la cena con igual esplendidez que el almuerzo. A la encendida de luces, introdujéronse en la estancia instrumentos musicales de todo género. Doncellas y mancebos de la aristocracia tomaron parte en el sarao; representáronse entremeses y loas. Luego, hubo su resopón que, con su natural regocijo y mutuas invitaciones para beber, se prolongó hasta altas horas de la noche. El bebió más que un azumbre, como la pasada noche, y quedó sumido en sueño profundísimo. Mandó el duque que se le vistieran los andrajos primeros y se le llevase al mismo lugar de donde fué recogido la noche anterior. Allí se pasó toda la noche durmiendo a pierna suelta. Al despertarse al día siguiente, empezó a pensar consigo mismo en aquella vida ducal, sin saber a punto fijo si había sido realidad o sueño que durante la noche se le hubiese atravesado. Por fin, reuniendo y comparando todas las conjeturas y pruebas, se convenció de haber sido todo aquello un sueño y como tal se lo contó a su mujer, a sus hijos y a sus compinches.

Y ahora digo yo: ¿qué diferencia hay entre aquel día fantástico del borracho y nuestros años tan breves? Ninguna, en absoluto, sino que éste es un sueño un poquitín más largo. No hay más diferencia que la que existe entre el que soñó una hora y otro que soñó diez. Nada hallé yo más gráfico que esta anécdota para expresar la vanidad de nuestra vida. Parecióme que te debía escribir esto, porque sé que te contentan estos cuentecillos, que contribuyen a nuestra formación espiritual. Ten salud.

XII

A JORGE HALOINO, SU SEÑOR: SALUD

Estuve ausente cuatro meses por haber marchado a la corte del César; estuve de regreso la semana

pasada y parecióme ser hora ya de responder a tu carta, dada a los doce días andados de junio, aprovechando la oportunidad de que iba a emprender viaje a Cominio Jaime Haloine, súbdito y cliente tuyo devotísimo. Haces muy bien en dar empuje a tus trabajos. No pienso yo ser la gramática causa de pendencias y porfías, sino el carácter de los gramáticos; paréceme que van desatinados aquellos que transfieren a las artes los vicios de los que las profesan. Si fuera válida esta razón, la filosofía y todas las disciplinas y aun la misma religión, debían condenarse en absoluto. Yo no entiendo que Budeo afirme que ya está terminada su obra *Del as*, ni tampoco él lo dice en el prólogo del volumen primero, y, por otra parte, es un hombre que en dondequiera y en cualquier ocasión, habla de sí con toda templanza. El hecho mismo prueba que fué el primero que puso el comentario justo y verdadero a aquella cuestión. Sin controversia posible, Porcio no hizo más que saquear a Budeo. Blondo y Policiano y Prisciano y aun el mismo Isidoro, qué poco y con cuánta incertidumbre y con cuánta oscuridad entreverada con falsedades fué todo lo que dejaron, o, mejor dicho, fué nada si se lo compara con las aportaciones de Budeo al *As*.

Aquello de que Budeo divide en solas veintinueve partes, cuando Horacio escribe en su *Arte poética:* «Los niños, acá en Roma, aprenden tras prolijos cálculos a dividir un as en partes ciento, es argumento liviano.» Trátase de una hipérbole, harto socorrida y familiar de Horacio y de todos los poetas, y aun en el lenguaje cotidiano. Reprendiendo Horacio la diligencia de la muchachez romana en los intereses materiales, siendo en grado sumo en las letras y el cultivo de los ingenios negligentísimos y perezosísimos, dice que ellos dividen el *as* no en veintinueve partes, cosa que cualquiera haría muy fácilmente, sino en ciento. Como vulgarmente solemos decir de los comerciantes expertos que suelen dividir el escudo en mil partes, pues divididas en veinticuatro o en cuarenta y ocho porciones no tendría importancia. Pero por pequeñas que fuesen las fracciones, no fueron más en el *As* que veintinueve. A pesar de todo, no ya en cien partes, como dice Horacio, sino en mil, fuera hacedero dividirlo y aun hasta el infinito, como lo afirman los filósofos de cualquier cuerpo continuo. La estimación es una cantidad continua que puede fraccionarse sin limitación numérica. Ten salud.

XIII

VIVES A JORGE HALOINO: SALUD

Doy respuesta a tu carta, abrumado de ocupaciones, pero algún tributo merece nuestra amistad y, sobre todo, a tus estudios acreedores a las más vivas alabanzas. Difícil es decir de qué vocablos usó el pueblo romano antes que fuese tal pueblo; no quedan monumentos de aquellas remotas edades, y la cultura en aquella noche de los tiempos no solamente era rara, sino nula en absoluto. Pero desde que la ciudad fué tomada por los galos, según el testimonio de Livio, conjeturo que en su mayor parte fueron voces griegas, como en aquella sazón lo eran muchas en el Lacio, que poblaron primitivamente los árcades y luego los troyanos. Las voces *assis* y *aeris* son de lo más arcaico de las Doce Tablas y también en los

tiempos de los reyes. Las otras no tienen tanta antigüedad: *assarión*, que se lee en el Evangelio, es un diminutivo formado del latín. Eran muchos los nombres latinos aceptados por casi todas las naciones por causa de los romanos; que en aquella sazón tenían el imperio del universo mundo, verbigracia: *denario*, *cuadrante*, *pretorio*, que están en el Evangelio. *Talento* es un vocablo griego que se apropiaron los latinos. *Sestercio* es un nombre todo romano, cuya etimología explica Varrón en su libro IV de la lengua latina: *El dupondio* y el *semis*, para los antiguos, es el sestercio y fué vieja costumbre decir *semis* tercero, *semis cuarto*. Mas por su lado, dice Pompeyo Festo: Decimos *sestercio*, es a saber: dos *ases* y un *semis* tercero. Así que se llama *sestercio*, como quien dice *semis tercio*, según la fórmula griega, como si dijéramos dos libras y media. Si es de bronce, llámase *sestertius;* si es de plata, *sestertium*. Así, en los libros antiguos, está señalado por II, S; esto es, dos libras y un semis; pero entre las dos II, púsose una vírgula y la fórmula quedó así: I-I-S. Al final de tu carta me dices que una explicación mía algo extensa será de gran provecho para todos los estudiosos. No sé qué me quieres dar a entender con eso; ¿preparas alguna obra para publicarla más tarde? Querría que a ese punto me lo pusieses más en claro. Ten salud.

XIV

VIVES A JUAN VERGARA, SU QUERIDO TEÓLOGO

Tiempo ha que no te escribo nada, ni a fe, que nada tengo que escribirte, puesto que tú, en todo un siglo, apenas me envías una carta. Esa abstinencia tuya atribúyola yo en parte a la abulia que te da ese clima y en parte a tus absorbentes ocupaciones. Mas como sea que estoy perfectamente cerciorado de tu buena voluntad para conmigo, no me preocupa demasiado esa carencia de cartas, aun cuando me sería sumamente grato que me comunicases algo de que soy cierto que estás muy puntualmente enterado. En las cosas de Inglaterra, ha habido una gran mudanza. Habrás oído hablar de esas diferencias entre el rey y la reina, pues es cosa sabida de todo el mundo. Yo tomé partido por la reina, pues me pareció apoyada en mejor causa, y la ayudé en cuanto pude con mi palabra y con mi pluma. Esta posición mía disgustó al rey, que ordenó mi detención durante seis semanas, al cabo de las cuales me soltó con la condición que no volviera a aparecer por palacio. Así que ya libre pensé ser lo más conveniente irme a mi casa, y esto mismo me aconsejó la reina por unos billetes que discretamente me envió. Después de algunos meses, el cardenal Campegio fué enviado a Inglaterra como juez de la causa.

El rey, con una extraña priesa, intimó a la reina que se buscase defensores y abogados para propugnar su causa ante el mismo Campegio y el cardenal de Inglaterra. La reina me llamó para que estuviese a su lado; yo la significqué no ser conveniente que nadie la defendiese delante de aquel tribunal; que más le valía ser condenada sin ese trámite que por ninguna suerte de defensa; que el rey no buscaba más que un pretexto ante su pueblo para que la reina, caso de que no se la oiga, no apareciese víctima de una coacción; que todo lo demás

no le importaba. Enfadóse la reina conmigo porque no me puse al punto a sus órdenes, dócil a su voluntad, más que a mi conciencia. Para mí, mi conciencia vale más que todos los príncipes y señores del mundo. Y así fué que el rey, como a enemigo, y la reina, como a díscolo, ambos a dos me retiraron mi pensión anual. Yo mismo no acabo de maravillarme de cómo pude subsistir durante estos tres años, hasta el punto que toco con las manos que es mucho más lo que la Providencia suministra, tan callando, que lo que los hombres dan con gran énfasis y ruido.

Esto es lo que en poquísimas palabras me atañe a mí. Deseo saber de ti lo que tú tuvieres a bien comunicarme. Por lo que se refiere a Alemania, cuya preocupación debe ser la más acuciante para el mundo cristiano, no dudo que con mayor amplitud estáis informados aquí por las cartas de los otros, que no podríais estarlo por las mías, principalmente porque aquí, en Brujas, sólo me cuentan generalidades y aun no de todas éstas estoy noticioso. Se ha conocido aquí una exposición presentada al César por los luteranos, en la cual convienen con nosotros en los artículos de la fe, y lo mismo sobre el bautismo, el orden sagrado, la Eucaristía; pero disienten en lo de la confesión, la misa, la sagrada Comunión, los méritos de las obras, el poder de los obispos, el culto de los santos.

Admiten la permanencia de la confesión, como práctica provechosa, pero en la cual no es preciso revelar todos los pecados; que ha de celebrarse una sola misa los días festivos, en la cual se acerquen a la sagrada mesa los que quisieren, con la previa aprobación del sacerdote y con la exclusión de aquellos a quienes el sacerdote considerare indignos; deben comulgar en las dos especies: en los días festivos no debe celebrarse, sino si alguno quisiere acercarse a recibir el sacramento. Piensan ser doctrina abominable la de que con determinadas obras pueden borrarse los pecados, fuera de la fe en Cristo; que los obispos pueden estatuir todo lo que pertenece al buen orden de la Iglesia, como las fiestas de precepto; pero no pueden imponer la distinción de manjares. Que ellos no tienen, *ex se*, por sí mismos jurisdicción alguna, sino delegada por el príncipe, y deben admitirla con la condición de que no impida sus sagradas funciones. Que pueden proponerse los santos a la imitación, pero no para impetrar de ellos ningún auxilio. Del purgatorio no dicen palabra. Acerca del libre albedrío, todo es perplejidad. Esta es la confesión de los luteranos, porque la de los secuaces de Ecolampadio resultaría mucho más absurda.

Como quisiere el César apartarlos de este sentir, amenazáronle con toda suerte de fieros males y aun con aliarse con el Turco; pero, con todo, que se someterían a las decisiones de un Concilio. Dicen que el César se avino a ello. Yo veo esa solución muy difícil. ¿Quiénes serán los árbitros en tanta desavenencia? ¿Quiénes van a ser jueces en facciones y en enemistades tan enconadas? ¿Cómo podrán satisfacer a entrambas partes? Los ordenados no placerán a los alemanes, los monjes singularmente; los seglares no agradarán a los ordenados, pues los tienen por bárbaros y por indoctos. Hacer que entiendan en una causa cualquiera los indoctos es introducir perturbación en todo. ¿Quién va a elegir a esos doctos con entereza y serenidad de juicio, si

del docto no puede juzgar nadie más que otro docto? ¿Será que Dios nos habrá encerrado en esos apuros para que más claramente se manifieste su sabiduría y su bondad en el socorrernos? Esto que hizo el César con los príncipes, más hubiera querido que lo hubiese hecho con los maestros y los doctores de la multitud. Si no merecen fervorosa aprobación las cosas que a la multitud acaecieren, no estará en mano del príncipe devolver lo que recibieron al príncipe, y dícese que aquellos asambleístas tienen a su favor las simpatías de los pueblos. ¿Qué remedio nos queda sino hacer votos para que todo redunde en bien de la Iglesia? Ten salud.

XV

CARTAS DE LUIS VIVES A ERASMO

Ahí va en una piececita entera, viva, íntima, donde asoma insobornable, directa, sin tercerías, la recia y sana personalidad de Vives, precisamente en uno de los puntos que dió lugar a recelos y a suspicacias, a dañadas interpretaciones, y pudo parecer que forma alguna niebla en su ortodoxia intemerada, su correspondencia epistolar con Erasmo, nombre que en España singularmente fué bandera de combate y signo de contradicción, y que, por estar en tan elevado asiento, era blanco de todas las saetas.

Estas cartas, evidentemente, no fueron escritas para publicadas. No es posible rastrear en ellas ninguna suerte de narcisismos; están llenas de reticencias elocuentes que en aquella sazón imponía la prudencia más elemental; andan con el paso incierto y con la desafeitada elegancia de quien está en su casa, según lo requiere el estilo epistolar, como lo enseña el propio epistológrafo en su tratadito De conscribendis epistolis, *tan loado por Gracián, que dice ser este opusculillo no un tomo, sino un átomo...*

1

VIVES AL ESCLARECIDO VARÓN DESIDERIO ERASMO DE ROTTERDAM, SU MAESTRO, DIGNO DE LOS MAYORES RESPETOS: SALUD

Ido yo de viaje con el cardenal Croy hasta la frontera de los dominios de nuestro príncipe, mi querido Erasmo, más docto que nadie, con muchísima ventaja, y mejor que nadie, plúgome entrar en la vecina Francia, y en breves y pocas jornadas llegarme hasta París para ver a los sobrevivientes de mi añeja familiaridad y amistad, y granjearme nuevos amigos, para, en su presencia, gozarme con su trato e intimidad de vida, y en mi ausencia con el sabroso solaz de su recuerdo y de su correspondencia. Pensaba yo que este viaje iba a resultarme desabrido porque estaba fresca mi invectiva contra los *seudodialécticos* y, nominalmente, los de París. Yo daba por descontado que muchos de los hombres incluídos en aquella clasificación, que ahora llaman *sofistas*, me harían sentir su desamor nada suave. Pero la cosa resultó muy diferente de la que yo me había imaginado con una suspicacia aprensiva y meticulosa en exceso.

Llego a París, no cansado precisamente, sino encantado del camino, y por un criado hago saber a los amigos mi llegada. Acuden a mí en gran número y con cariñosa obsequiosidad; danme el parabién por mi arribada; al día siguiente tráenme a otros, y así todos los días, in-

cluso a los *sofistas* de mayor renombre. En nuestras pláticas, como es obligado, hácese mención de sus estudios y de los míos. Yo tuve gran cuidado en disimular y no decir palabra de mi carta a Juan Fort (y eso que él estaba presente) recelando que aquella carta hubiera sido enviada con los agüeros más siniestros. En este punto, Fort no se pudo aguantar por más tiempo en el cuerpo lo de la carta. Riéronse todos, y no solamente confesaron que no les molestó la invectiva virulenta, sino que me debían agradecimiento no pequeño, porque la circunscribí a confutar y poner en ridículo verdaderos desatinos. Dijéronme que los ingenios parisienses habían cobrado mucha cordura desde los tiempos en que yo estudié allí filosofía, aun cuando duraban algunas supervivencias, y quedaban doctores que se acomodaban graciosamente a la fama divulgada y al gusto de los oyentes, y que no se deciden o no se atreven a despojarse totalmente de un disfraz que hasta hace poco les fué tan favorable, y a una comedia que les ganó tantos aplausos; que había en el grupo de los españoles quienes a su ejemplo dan gran impulso a los estudios más lucidos; que Juan Población es la más destacada autoridad en ciencias matemáticas, y que estudió con fruto buenas letras. Eso mismo ha hecho Francisco Melo; lo mismo Gabriel Aquilino; lo mismo promete que hará Juan Enzina, mozo de todos el más aguerrido polemista en aquellas materias: está pertrechado por mil artes y recursos (si alguno contiende con él con igualdad de armas) para atacar, para contraatacar, y otros tantos para evadirse, para deslizarse, para escabullirse.

Dijeron muchas cosas; pero muchas más vi yo en Martín el Lusitano, pariente cercano de su rey, cuya harto merecida mención pidiera para sí una carta entera. Este, una vez que cató el gusto acedo de aquellos sofismas, tomó tal displicencia por aquel sabor repelente, que ¿diré yo que se entregó o se sumergió del todo en esotra auténtica y verdaderamente humana erudición? Yo creo esto último para borrar con esa golosa dulcedumbre aquella acidez repulsiva de su paladar. Grandes son los progresos que ha hecho en estas disciplinas. Por sospechar que en ellas alguna era mi autoridad no puedo decir con cuánta amabilidad, con qué simpatía y con qué favor me acogió. Fuera tarea prolija puntualizar qué honores y de qué hombres los recibí por aquella aventajada opinión que tenían de mi ingenio. Y no son los príncipes solamente y las personas de calidad quienes emprenden el estudio de las disciplinas que convienen a su vida y a su alcurnia y ajustan a ellas su conducta y dejan la sordidez para los sórdidos, sino los teólogos más conspicuos de aquella Universidad. Difícilmente creerás cuánta sea su naturalidad y cuánto mejor las interpretan, que muchos de los que tú conoces; ignoran algo, es verdad; esa ignorancia les duele; pero no tienen envidia de los que saben y animan a sus discípulos.

Comí con todos éstos, y no pocas veces, y con harto gusto. En la mesa, a la tercera palabra, saltaba al punto tu nombre; ocurrían muchas variaciones acerca de ese tema y prolongábase hasta mucho después de haberse levantado los manteles. Pudiera decirte el nombre de más de diez comensales de esa categoría que te prometen y te prestan todo su apoyo, todo su interés, todo su favor, toda su adhesión entusiasta

y protestan no haber cosa que no estén dispuestos a hacer por ti; que sus casas te están abiertas, si allá fueres, y a tu disposición están sus posibilidades, sus familias, sus riquezas, sus amigos. Pídente con encarecimiento que allá vayas, que ellos procurarán que los contendientes no suelten sandeces en sus certámenes teológicos. Así está la cosa. Si alguno se aventura a proferir en la Sorbona un argumento tejido con telas de araña, los oyentes arrugan el ceño y protestan y lanzan gruñidos y lo echan de la escuela. Si en las contiendas filosóficas, algún *enigmatista* salta a la arena armado y cargado de muchos *sincategoremas*, y cuyo vocabulario necesita un intérprete etrusco, ése es echado, al punto, del campo de la liza con gritos, con silbidos, en medio de una batahola imponente.

No dudo que estas noticias serán de tu agrado por el amor que tienes a los buenos estudios; al menos yo tuve gran satisfacción de comprobarlas, aun cuando aquella república literaria no haya podido ahuyentar toda aquella nebulosa cáfila de esfinges. Todo esto que te conté contribuyó al solaz y divertimiento no pequeño que yo tomé en París. Y no solamente a mi divertimiento y solaz, sino también al fruto de mi viaje, contribuyó en grado sumo el hecho de que me cupo la suerte de ver y de hablar a Budeo, que de antiguo era amigo tuyo y ahora mío, o mejor, que ya es nuestro. ¡Gran Dios!, qué hombre aquel, ora se atienda a su talento, ora a su erudición o a sus costumbres, o a lo que menos vale en el hombre, que es su fortuna, la cual, aun siendo en él esplendidísima, con todo, es insignificante y muy pálida si se la compara con la eminencia y la brillantez de sus otras prendas

Comenzó por nacer en noble cuna, y en su estamento goza de una intachable respetabilidad, heredada de su prosapia más remota. Además, goza de una opulencia de que su cuna no ha de avergonzarse. En este punto, no se le ha de valorar, pues todas sus otras cualidades, como el sol oscurece las otras lumbres, ofuscan esta estrella de su fortuna y de su linaje. Gózome de escribirte a ti (y de Budeo precisamente), pues los libros que publicó, clara y paladinamente, pregonan sus alabanzas, y tú mismo no terminas de admirar y celebrar las virtudes de un hombre que yo querría más oír de ti que contárselas yo mismo. La enorme cantidad de sus lecturas, y cuán repetidas y cuán bien digeridas, demuéstranla a saciedad todas las obras que lleva escritas hasta ahora. No hay cosa que él no la haya leído, y con atención muy despierta. ¿Quién no admirará su poderosa memoria? Dirás, a fe mía, que su pecho es una biblioteca. Así están en él catalogadas, en este rico pecho, historias, fábulas, antigüedades, todas las ciencias, todos los vocabularios.

Escribe de tal manera el latín, habla en latín de tal manera, que grande fuera su renombre en la época de Cicerón si en la época de Cicerón viviera; y habla el griego con tal perfección, que los mismos griegos no se recatan de decir que está en condiciones de enseñarles su propia lengua nativa. A la vez que los cinco volúmenes acerca *Del As*, le pregonan filólogo peritísimo; nadie va a creer fácilmente lo que todavía retiene si no le hubiera contemplado de cerca y en su gabinete de trabajo. Hasta qué punto esté versado en los autores no quiero que nadie lo crea porque yo lo digo, sino por lo que dicen los maestros

en sus juicios críticos acerca de las *Pandectas* y los libros *Del As*. Esta obra hizo bajar la cabeza a todos los Hermolaos, Picos, Policianos, Gazas, Vallas, a la Italia toda, de forma que no con menor comprensión que verdad escribió Tonstaldo, varón doctísimo, que si Budeo llegaba a anunciar su propósito de escribir su obra acerca del *As*, antes de que la sacase a la luz, la rechifla fuera general. *Y no miente, no, el que dijo que era más fácil hacer escarnio de esa obra que imitarla* (1).

¿Por qué hablar de sus costumbres? ¿Qué no tiene él que no sea en grado soberano y ejemplar: accesibilidad, equidad, humanidad? ¿Y su religiosidad para con los santos y su bondad para con los hombres? Franco y expedito tenía el camino ese hombre para la más brillante de las fortunas si se aviniera a apartarse no más que el grueso de un cabello de esta su conducta inflexible y purísima. Y con todo, prefirió esta su virtud a todas las fortunas prometidas, a todos los halagos tentadores. Jamás por jamás, deslumbrado por el esplendor de las riquezas, desvió sus ojos de lo justo y de lo recto. Sabes tú muy bien que todo esto que te digo es verdad, y con toda tu elocuencia no lo engrandeces ni lo hiperbolizas por encima de la realidad (yo no sé si podrías), puesto que llegaron ya a la cumbre sus cualidades, pero ciertamente les das prestigio e impones el convencimiento de que ello es así. Consideras tú y amas entrañablemente a Budeo. El, en estas tierras alpinas, es el sabio preferido por ti a no pocos italianos. Esta es tu opinión de él, éste es el respeto que te merece y en este concepto tienes tú su ingenio y sus estudios. El, a su vez, piensa lo mismo de ti, no por obligada correspondencia de gratitud, sino porque así piensa realmente. El te proclama príncipe de la cultura en este tiempo; te coloca en el punto más alto de la erudición; se descubre ante tu talento, ante tu doctrina, ante tus obras monumentales; es celosísimo defensor de tu fama y de tu nombre. Seguid amándoos mutuamente, seguid estimándoos, seguid admirándoos; sois dos cuerpos, sí; pero es una sola alma. ¿Qué espectáculo puede ser más grato y más edificante para todos los hombres de letras? Si en vuestra comunicación epistolar se chanceó (como acaso podrá parecerlo a los que no os conocen) con un sí es no es de mal humor, en contra de lo que parecía bien en vuestra amistad, harto motivo hubo y harta culpa en cada uno de los dos y en el asunto que se debatía.

Primeramente, cada uno de vosotros buscaba afanosamente la ocasión de escribir al otro, y no siempre en porfía de alabanzas, pues esto no puede ser perpetuo ni puede ser largo, y en caso que pudiera serlo, cada cosa tiene su medida. Dado que la elocuencia sin antagonista es cosa muerta, estuvo bien que al principio os hostigaseis el uno al otro con alguna que otra muy ligera punción. ¿A qué se reduce el orador, si habla en monólogo y nadie le pincha y le excita? Forzosamente se entorpecerá y languidecerá. Escribe Cicerón que C. Erucio acusó con suma negligencia y debilidad a Roscio Amerino porque se figuró que no iba a haber quien le replicase. Como hice mención de vuestras obras, no era, ciertamente, angosta la zona de la fricción, puesto que habéis escrito copiosísimamente y con suma erudición y vuestros

(1) En griego en el original.

escritos andan en las manos de todos los estudiosos. Mientras, el uno pide al otro la razón de lo que hizo y ambos a dos explanáis los puntos de mira respectivos, ligeramente, o cada cual aparta de sí o echa sobre el otro aquello que, si no lo reprochaba, admirábase de que el hecho hubiese sido tal. Este fué el motivo inicial de la desavenencia; os desabristeis ambos de que el uno no aprobara completamente lo del otro en todos sus puntos. En ese comedio salió tu *Apología* enderezada a Fabro, que tuvo la virtud de irritar un poco más la escaramuza verbal, mientras tú a Budeo le pareces excesivo o finge que se lo pareces, porque no sigas atacando a Fabro con tus escritos; y a ti, a su vez, ello te parece módico y escaso. De ahí se pasó a aquellas demasías que muchos juzgaron desmesuradas, atroces e intolerables, cuando a ti (cosa que a Budeo le satisface plenamente) te parece que no traspasaron los límites de la más correcta amistad, ni tampoco me lo parece a mí, que juzgo la cosa sin pasión, pues uno y otro hablasteis con libertad, confiados cada cual por su parte en la sinceridad de la amistad, de suerte que aquellas chanzas que para los extraños tienen uñas y dientes, para los amigos son de todo punto inofensivas; no hieren, no muerden, apenas si pinchan; cosquillean solamente. El espíritu con que se decían, lo que menos deseaba era dañar, y las expresiones, si no tenían miel precisamente, carecían de toda hiel y de toda acedía. No rezumaban más que sal, gracia y burlerías de aquellas que dicta la amistad; y no la amistad corriente, sino aquella otra amistad, auténtica y probada, como la que medió entre Cicerón y Atico y Bruto, que a menudo se mortificaban con cartas de ese mismo tono. Por lo que toca a la disposición del ánimo de Budeo para contigo, aun cuando yo sé que lo tienes muy explorado y conocido, atreveréme a darte las más firmes garantías. Me enseñó algunas cartas que dice él le fueron escritas por las furias (ese nombre les cuadra mejor que el de hombres) que se proponían dividir vuestros ánimos, y de uno que sois querían hacer dos; insinuaban sospechas siniestras y echaban aleve semilla de discordias sacadas del mismo seno venenoso de Alecto.

Dije todo cuanto me pareció oportuno para que el ánimo de Budeo, si por ventura estuviese inficionado por tanta ponzoña, se amansase y se apaciguase. Pero ninguna falta hacían mis recursos persuasivos. Budeo, que para con todos los otros tiene una tenacidad ejemplar en la amistad que una vez concibió y que no fácilmente la abandona, ni siquiera hostigado por la injusticia, a ti te tiene tan firmemente asido en su espíritu con las raíces del amor y del respeto, que no hay fuerza que de él te pueda desarraigar. Yo te garantizo por él, como se lo garanticé a él por ti, que vuestra amistad va a ser perpetua, y que ella, con toda certidumbre, será muy grata y sumamente provechosa a las letras y a toda suerte de buenos estudios. Yo me atrevería a salir fiador de esa certidumbre si no os supiera dotados de una prudencia tal que siempre daréis más crédito a las realidades firmes que a los livianos rumorcillos, que a las añagazas de los intrigantes, que a los interesados consejos de los amigos influídos por alguna pasión inconfesable. Pero basta ya de esto. Yo espero que echasteis tan a nivel y plomo los cimientos de vuestra amistad, y con tan buenos auspicios, que por su

propia fuerza y estabilidad se mantendrá para siempre y no podrá mellarla ni menoscabarla el embate de ninguna suerte de traidoras baterías.

Vuelvo a mis jornadas de París. Pensaron mis amigos ser un pecado muy grande, merecedor de expiación, el que yo cesase en mis lecciones por espacio de quince días y negociaron conmigo que yo también en París devanease públicamente algo. Plúgome la insinuación. Y porque la cosa no fuese demasiado seria, escogí un sueño, en el cual, si llegaba a dormitar algo, no pareciese que me apartaba del decoro conveniente. Así que echado y durmiendo de claro en claro y de turbio en turbio, volví a soñar el *Sueño de Escipión.* Cuando me hube despertado de él, aderecé mi partida. Muchos eran los negocios que me llamaban del otro lado, pero retuviéronme algún tiempo más, así los viejos amigos como los amigos recientes, atentos conmigo hasta la molestia, pues con la implacable amabilidad de tantos comeres y de tantos beberes ya me habían producido empacho. Y la cosa iba a tirar para largo si no me hubiera sido entregada muy oportunamente una carta de mi señor el cardenal, que me reclamaba con urgencia. Ella leída, les envié a todos a pasear con sus desayunos, almuerzos, meriendas, cenas, tostadas y pasteles grandes y pequeños; y a los cinco días de haber salido de allí, que fué la fiesta de la Santísima Trinidad, llegué a Brujas, en carruaje, y al día siguiente te escribí a ti. Ten salud. Quédate adiós, maestro mío.

2

En este instante me notifica Lorenzo, decano, que su camarada Esteban va a salir para ahí; que si quiero darle alguna encomienda; va a partir mañana, a la salida del sol. Ante esta premura, sabrás por mí lo que de momento se me ocurra. Tenía yo la intención de escribirte una carta larga si se me ofreciera la oportunidad de un correo que me avisara con una discreta anticipación. En Lovaina, el día antes de salir de allí, di al regente cartas de Lily para ti; pienso que te las entregaron. Dábate a entender que al día siguiente saldría para Amberes, donde hallé a tu amigo Juan, en un carro de feriantes, y requeríle poco después que te escribiera; ya no le vi lucir por ningún lado y extrañé que nada me trajera de parte tuya. Como en Amberes no acababa de ponerme bueno, víneme a Brujas, pensando que no iba a prolongar mi estada más allá de dos semanas. Y ésta que corre es la sexta semana que aquí me tiene detenido; ¡tan enconado estaba mi mal! Con todo, en su mayor parte cedió, y lo que queda ya no me ocasiona espanto excesivo. Pero puesto que aquí estoy en detención forzosa, aquí permaneceré con el fin de avistarme con el rey, y con Moro, para determinar mi ulterior manera de vivir. Con la pensión de la reina me mantuve hasta aquí y me mantengo ahora. Escribí a Moro que cuando llegare hablaré con él espaciosamente; ya puede él sospechar lo que quiero, pero a punto fijo no lo sabe, pues no quise anticiparle nada sin consultarte a ti, aun cuando poco más o menos ya sé tu parecer, con el intento de poder procurarme una fecunda holgura para mis estudios, sea la que fuere. Ello, aun cuando yo puse por mi parte todos los esfuerzos pertinentes, no está en mi mano procurármelo. Si en esto sólo está fundada la fortuna, es falso que pueda cada uno *ser artesano de su propia*

fortuna, como Apio decía. Ahí tienes lo que hasta aquí he hecho y lo que en breve pienso hacer. Sé de qué pensamiento está tu ánimo poseído. ¿Y de *Agustín* (1), qué? Tengo seis libros preparados, quiero decir, revisados (los escritos son muchos más); estos seis libros te los pudiera enviar si tuviese quien me los copiase. Por lo demás, si no te los envío este mes de agosto, espero enviártelos antes del invierno. Sabe Dios cuánto me agobia este trabajo, ¿pero quisieras *verme combatir con los dioses?* (2). Preferí demorar ese *Agustín* a sucumbir en la demanda o quedar inútil para otras tareas, acabado de sufrimientos y sin ningún medio de vida. Difícilmente podría recuperar eso una vez que lo hubiere perdido; defiriéndolo me sería fácil tomarlo de nuevo cuando yo quisiere. Ruégote más y más que si no crees que esa falta mía debe ser imputada al tiempo o a la suerte o al hado, me disculpes ese yerro, puesto que fuí yo quien erré. *Yo te envío otros proverbios* (3), que son los que se deben leer. Te estimaré que por el mismo dador de esta carta me envíes la contestación si tienes ocasión y tiempo. Y si por escrito no puedes o no quieres, al menos de palabra haz que me entere de tu salud y del estado de tus intereses materiales, que yo no estimo ni cuido menos que los míos propios. Adiós, maestro mío, el más entrañablemente querido de todos.

Brujas, 10 de julio de 1521.

(1) *La Ciudad de Dios,* de San Agustín, en cuyos comentarios andaba engolfado.

(2) En griego en el original.

(3) Idem íd.

8

Recibí tu carta deseada con el más vivo de los anhelos uno de esos días pasados, la cual, puesto que procedía de ti, no pudo menos de serme gratísima; mas, por cuanto me daba a entender que era endeble tu salud y las cosas no te sucedían al sabor de tu paladar, impresionóme muy desagradablemente, o mejor, muy tristemente. Harto querría, cuando últimamente estuviste aquí, que hubieras hablado conmigo. Contárate lo que yo oí, aun cuando yo no lo creo verdadero ni verosímil, sino porque tuviera más explorado el ánimo de algunos. Harto sé que no te son desconocidos y que, de haberlos oído de mi boca, acaso no te afectaran tanto esos rumores que dices ya desvanecidos también en Alemania. Es verdad que aquí te tienen por luterano, pero son precisamente aquellos mismos que tú, cuando aquí estabas, no ignorabas que no había odiosidad ni envidia que no acumulasen encima de ti, persuadidos que no hay camino más fácil para menoscabar tu fama y reputación que identificándote con los luteranos. Los que están empeñados en esa conjura no son muchos, ciertamente, pero no cesan de gritar y de intrigar, y no omiten medio que pueda conducir a que se forme ese ambiente. Y su empeño principal es que quisieran inculcar esa persuasión en el César y en los príncipes, aun cuando esto, por lo que a mí se me alcanza, no lo hacen a la clara ni directamente, sino de refilón y cuando la oportunidad se presenta. En la Universidad hay algunos doctores parisienses; ésos, lo único que prueban en ti es que, por lo que toca a Lutero, siempre te pronunciaste ambiguamente. Estos ta-

les fácilmente te soportan, siempre que Lutero quede aplastado.

Estos días ha sido traído un agustino desde Amberes a Bruselas para comparecer en juicio; allá acudieron *el jorobado y el cojo* (1). Dícenme que algunos se dispararon en brutales denuestos contra ti; no es ello nuevo, pues ya lo hacían antes de que Lutero naciese. Jamás Orestes ni Hércules estuvieron tan locos como éstos; pero, con un favor increíble, el Saxicida, cuyas palabras y cuyos actos son verdaderos peñascos; varón digno de una tragedia más que aquellos héroes míticos. *El emisario de Roma*, hombre de pecho rajado, no oculta sus secretos, ni los ajenos; quéjase de haber recibido de ti vejámenes sin cuento; pero, con todo, no se desnudó del añejo afecto que te profesa. Dijo que el duque de Alba estaba enojado contigo porque escribiste a España, a Barbirio, que los españoles son partidarios de Lutero para que les crean cristianos, cosa no creíble, pues no pienso que tú hayas escrito tal cosa, y aun cuando lo hubieres escrito por donaire, ¿quién se lo pudo comunicar? Más tarde yo hablé con su hijo, quien me contaba que su padre había dado alguna vez en hablar de ti, pero que nunca hizo mención de tal cosa. Como pensaba él no pudo jamás conocerlo, pues manteníase en la más invulnerable neutralidad. Ese hombre es un *charlatán* (2), y no se lo iba a callar si algo hubiese olido, pues no se calló estas dos cosas: primeramente, que tú dijiste en Amberes a un mercader de libros que vendiese los de Lutero sin reparar en la autorización; en segundo lugar, que Lutero, como se le incitara a retractarse, respondió que no podía hacerlo honradamente sin consultar a aquellos por cuyo consejo y estímulo había tomado aquella actitud; sospechaba que tú eras uno de ellos y de los primeros que nombró.

Este es el origen de todo el rumor esparcido por Alemania, cosa que tú, cuando estuviste aquí, casi viste por ti mismo, pues los que de ti tenían tal concepto como de un cristiano no adicto a otras confesiones, mantiénense en el mismo sentir. Ello es una comprobación de que la fama, a medida que anda, toma arrestos y corpulencia. Trátase de una polvareda que tú, como la ves de lejos, la crees muy grande; otra cosa dirías si de más cerca la vieses y experimentases. No es extraño que los hombres mientan hasta ese punto de lo que pasa lejos cuando aquí todos los días se nos refieren sucesos acontecidos en Bruselas y en Malinas que ni siquiera pasaron por la imaginación de un calenturiento.

Así que no debes impresionarte por esos rumores. Los que aquí te llaman luterano y los que en Alemania te proclaman no luterano, unos y otros son los mismos, y caminan a lo mismo, sino que, según la calidad del teatro y los espectadores, truecan el papel; con todo, intentan crearte antipatías, y no pudiendo penetrar por otro punto asaz fortalecido, inténtanlo por esotro lado flaco. Querría yo que escribieras a tus amigos de la corte con qué calumnia pretenden mancharte esos malos nombres. Podrías, verbigracia, escribir a Deloino, como también, si tienes con él alguna amistad, al confesor del César, en quien la Corte cree casi tanto como en Cristo. Yo mismo iré a la Corte así que haya acabado mi *Agustín*, donde con el calor que pondré en el em-

(1) En griego en el original.
(2) Idem íd.

peño disiparé no poca de esa niebla, pues no me conceptúa a mí el menor de todos y procedo como si fuese de la familia de Fernando. Pero eso, a Harpócrates; porque si acaso trascendiere, no pueda impedirse. Si tuvieras ocasión de designar un *recadero de confianza pondríasle completamente a tu disposición* (1), pues se me quejó que tú no le mostraste agradecimiento por tu estancia en casa de Estúñiga (2). Pienso que te das por entendido. Ve tú lo que le ha de impresionar más o mejor, qué es lo que opina de ti cuando con tal ansia desea alabanzas tuyas.

Mas estos otros muerden con diente más venenoso; aguárdales una muerte como la de determinadas bestias mordedoras, pues están convencidos de que ellos no van a tener esa juventud que es toda tuya, a saber: de los buenos estudios. Al Saxicida de Cristo ódianle sus colegas, y a duras penas le soportan. Tantos humos tomó con el ingreso en esa casa de Cambray, y piensan ser mucha su influencia porque anda detrás del niño, ¡Oh hombres a quienes las sombras aterrorizan!, como si pudiera algo aquel a quien sigue o pudiera él lo que puede el Señor. Tu determinación firme y resuelta es la de ser cristiano como siempre, y sin duda Cristo te tiene aparejado aquel glorioso y copioso galardón, dado que tan negra es la ingratitud de los hombres. Con todo, por lo que a éstos atañe, según fueren las simpatías o antipatías del nuevo Pontífice para contigo, apaciguará o agudizará su vocerío. Pero, dime: ¿Quieres tú desentenderte de la suerte común de los hombres? Por Cristo te ruego, una y otra vez, Erasmo mío, que no lo tomes a pecho y no precipites tu vejez dando asilo en lo más hondo de tu pecho a esas hablillas envenenadas. Si el mismo Cristo y todos los buenos y el incorruptible testimonio de tu conciencia están de tu parte, no es fácil empresa la de los malos en sus pretensiones de dañarte. Estando limpio de culpa, que es lo único que debe estimar el hombre bueno, no debes preocuparte por la salida que Dios dé a este negocio. Pero ¿por qué te digo yo estas cosas a ti?

Tengo por discípulos a Verrano, a Taleo y a Mauricio, a quienes yo amo, pero cuyo amor enardece más todavía tu recomendación, y especialmente el de ese último, si es posible que aún le pueda querer más. De *San Agustín* tengo acabados trece libros: siete están ya releídos y copiados; los otros téngolos bajo llaves por algún tiempo; en el comedio algo avanza el trabajo. Con alegre inconsciencia juvenil prometíme una breve jornada, sin parar mientes en cuán larga iba a ser la faena, tan compleja, de tan peregrina erudición, tan repleta y colmada como está de alusiones históricas, fabulosas, de conocimientos naturales, morales, teológicos. Explicárate el método de mi trabajo si no me comunicara contigo por carta. Pídote que no te molestes si te envío el *Agustín* algo más tarde de lo que esperabas, a condición de que no salga un trabajo completamente indigno de Agustín.

Lastimaste mi pecho con aquella palabra tuya: *En adelante ya no te importunaré más con mis peticiones.* Parece que no quieres de hoy más advertirme de la utilidad de mis estudios. Esta incitación tuya, o como tú la llamas, ese ruego importuno, ¿qué otra cosa es sino una espuela que a mí, en mis crisis de descaecimiento y derrotismo, me estimula

(1) En griego en el original.
(2) Idem íd.

a empresas levantadas? ¿Y a eso llamas tú ruego importuno? ¿Qué nombre darás a las indicaciones del maestro? ¿Quieres para con tus amigos y para con tus discípulos extremar la cortesía hasta un punto de ocasionarles tristeza cuando ven que colaboras con ellos como con conocidos superficiales o con iguales tuyos? Todavía, ni con sus actos ni con sus palabras, pudo Vives persuadirte que tú no puedes hacer nada molesto para él, sino cuando temieres serle molesto. De este género es aquello que pones en la dirección: *A mi amigo de toda consideración, o de mi mayor consideración.* Si en lo sucesivo permitieras a ese Juan y a ese Livino que escriba así, rechazaré las cartas. El que a mí me debe consideración, ése no es Erasmo. Por todos los derechos de la amistad y por todos los favores que me dispensaste, y si tienen algún valor para ti los pequeños servicios que acaso te hice, ruégote que me trates con mayor familiaridad.

Alégrome del recibimiento que se te dispensó en Alemania. Eso, para mí, no fué ninguna sorpresa. Gózome de que tengas aquí a Velio, del cual pienso que existe un poema genetlíaco acerca de ti, y también a Pusquio y aun a Renano si está ahí. De Mauricio muchas encomiendas. Saludaráte Juan Clement, que no irá a Italia antes del próximo verano. Díceme que sintió mucho que, sin sabida suya, marchases a Basilea; de saberlo antes te hubiera acompañado y se detuviera allá todo el invierno. Trataba yo de enviarte un mensajero ex profeso cuando, para comodidad mía, Francisco, el librero, me hizo saber que él muy pronto te iba a enviar no sé que libros; que si algo quería añadir yo, metiéralo en la misma valija. Así que le confié los siete libros ya revisados por mí. Comience Froben a imprimir, si tal te parece. Los otros diez, hasta el décimoquinto, te los enviaré, con toda seguridad, antes de la Cuaresma, y todo lo demás restante por el mismo Francisco, que irá a la feria de Francfort. Por estos siete libros, si es que tienes tiempo para leer cosas ajenas, podrás conocer el sistema de comentar, aun cuando los restantes, fuera del octavo, del noveno y del décimo, dan mucho menos que hacer, porque no son tan variados, y gran parte de lo que en ellos se trata es cosa asequible a cualquier lector. Suplícote que te preocupes porque se impriman algunos centenares de ejemplares de esta obra, aparte del cuerpo de *Agustín,* pues serán muchos los estudiosos que no querrán o no podrán comprar todo el *Agustín,* porque no lo necesitarán o no tendrán dinero suficiente para la obra toda. Harto sabes que entre los que se dedican a estos estudios superiores, fuera de esa obra de Agustín, casi ninguna otra se lee del mismo autor. Ten salud, ¡oh tú, el mejor de mis maestros!

Lovaina, 19 enero 1522.

4

Recibí tu carta escrita en Basilea el día antes de las nonas de febrero; la recibí no del todo abierta por completo, pero con el sello tan aflojado y malparado, que no era difícil conocer que fué violada en el camino. Alégrome de la tirada aparte de la *Ciudad,* de Agustín, y te estoy muy agradecido porque te ocupaste de ello; pero quisiera que se imprimiese con las restantes obras de Agustín, porque a su cuerpo no falte ese miembro. Creo que Froben lo va a hacer e imprimirá unos ejem-

plares por separado y otros ejemplares en conjunto. Desearía que luego que hubieres leído algunas páginas de aquellos libros que te envié me escribieses tu opinión por saber lo que debo evitar, en lo que debo insistir y en lo que debo mantenerme. Yo, en esa obra, me propuse la brevedad y me afané por servirla. Salieron determinados pasajes, en los que no me fué posible llevar a la práctica mi propósito, como cuando se presentaban asuntos no suficientemente conocidos de nuestros teólogos, como historias, fábulas, puntos de filosofía, especialmente platónica. Por ello, en los libros octavo y décimo acaso fuí más largo de lo que convenía, bien para darles a conocer rincones ignorados, bien para que no desconociesen las teorías platónicas y se percatasen que en nada cedían a las aristotélicas y comenzasen a querer conocer a otros grandes autores; y con todo no metí todo lo que hubiera podido; dejé de lado más cosas que las que puse. En los otros libros me fué más fácil ser fiel al laconismo que me había impuesto, porque las historias tomadas del sagrado texto son más conocidas del vulgo y no requieren explicación más amplia. No desarrollé demasiado los asuntos teológicos, contentándome con sólo tocarlos; de otro modo, si no, fuera el cuento de nunca acabar. Y no fuí tan esclavo de la gloria como tú piensas, aun cuando algo la atendí, pero ni la sazón ni la tarea dejáronme demasiado espacio para pensar en la gloria. Más tiempo deseaba yo para mi obra que el que se atribuyera al aura popular y a la celebridad de mi nombre.

Allende de esto yo no sé cómo los comentarios, si no lo son de las Sagradas Letras, tengan probabilidad de proporcionar gran nombradía. La obra que acarreará gloria grande es la original, no la que se escribe para ilustrar la ajena. Con todo, la trabajé yo con tal cariño que no desconfío por completo que el lector se convenza de que yo quise servirte a ti, que me diste la idea, y a Agustín y aun a la gloria. No omití lo que dije irónicamente contra el intérprete, y por otra parte, aun cuando tú no me lo advirtieras, en el prólogo tenía yo la intención de consignar de qué manera los hombres habían escrito en contra de Agustín; y así lo haré y mentaré sus nombres, con lo cual daré al lector copiosa materia de risa. Además, en el discurso de la misma obra, voy esparciendo, acá y allá, como quien siembra flores, extractos de sus comentarios y de las ediciones de Passavanti, cuya suave fragancia recree el olfato del lector y alivie la pesadumbre del camino. Por los retazos que yo te envío conocerás hasta qué punto yo tengo miedo de sus arremetidas.

Querría yo que tú añadieses la biografía de Agustín, pues yo no tengo suficiente confianza en mi juicio para recogerla sintéticamente con el mismo sentido crítico con que tú lo haces. Por otra parte, haría yo una injuria al Santo si escribiera lo que tú tienes que escribir, y con mis inepcias daría pie porque su vida no llegase a la posteridad ilustrada por tu elocuencia; yo te pido, una y otra vez, y te encarezco que la escribas. Envíote aquí diez libros, desde el octavo al décimoséptimo; los cinco que restan espero enviártelos allá por Pascua o poco después; están terminados en su mayor parte; ahora los repaso, y luego al punto cuidaré de ponerlos en limpio. El autógrafo lo guardaré en mi poder, en la más sagrada de las reservas. Sé cómo se enojaría Froben si

lo dejase copiar a alguno. Pero yo, a mi vez, le ruego que no dé a leer a nadie lo que vaya imprimiendo hasta que toda la obra esté impresa. Digo eso y no sin graves motivos. Veo que tú siempre pones la defensa de tu vida al amparo de tu inocencia. En la inocencia confiaba aquel grande y celebérrimo orador engolfado en muy bravas tempestades y borrascas civiles, y decía que poco le costaba desafiar y desdeñar todos los embates y contradicciones. Y en hecho de verdad no puede ser de menos que Dios te dé su favor y bienquerencia, puesto que estás persuadido de que la instantaneidad de esa nuestra vida no merece la pena de que para defenderla provoquemos tragedias y desatemos catástrofes.

Por lo que toca a Alejandro, no dudo de que es así como escribes, aun cuando él, en ocasión en que yo de Lieja volvía a Bruselas, me juró haber defendido siempre tu dignidad ante los primates. Ahora ha salido a uña de caballo para España a cumplimentar al nuevo Pontífice, de quien todos esperan y se prometen los mayores bienes. ¡Haga Cristo que su promoción sea para remedio de tantos males como afligen a su Iglesia! Lo que aquí temen tus amigos, a saber: que haya quien aguce su pluma contra ti; esto, como respondió Cicerón, es un favor que te hacen. ¿Qué defensa más hacedera y brillante puede haber que el hablar de Erasmo o en pro de Erasmo? ¿Cuán fácil y cuán no ya verdadera, sino verosímil es la defensa de la inocencia? Tú, que apruebas tu vida con el incorruptible y firmísimo testimonio de tu conciencia, ¿desconfiarás de que otros la aprueben también, aun con un juez enemigo, como se dice de Escipión? Lamento que tardíamente hayas venido, a mi parecer, sobre el monje negro. Siempre resultará verdad que hay que evitar el amigo que puede causar daño, pero que no puede reportar provecho.

Vergara me ha contado que Estúñiga prepara contra ti largas y atroces invectivas, y me leyó la carta que él le envió a Roma en que consigna esta amenaza. Está escrita en español la carta en que responde a la de Vergara, escrita en latín.

Vergara se extraña de que se conteste en lengua vulgar a un escrito latino. Una carta así no la escribieran jamás ni Trasón ni Pirgopolinice. Todavía no he hablado de Estúñiga con ningún español que no me haya dicho que le encocoran su temperamento, su arrogancia, su jactancia, su mala lengua, su envidia, por encima de lo que puede decirse y creerse. Ha escrito un libro venenosísimo contra Fabro (1). Ese libro irritó el coraje de muchos y le ajenó muchísimos amigos. Dicen que no puede sufrir la existencia de amigos que de veras se quieran. Trabaja con una sombría terquedad, no solamente por distanciarlos, sino por ponerles uno frente del otro. Dijéronme esto precisamente unos caballeros de quienes, de amigos entrañables que eran, hizo enemigos irreconciliables. Dirías que es una Furia, no un hombre. Muy subido honor es ser vituperado por una de estas sabandijas a quien nadie puede ser grato sin incurrir en la sospecha de semejanza de costumbres. No se me ocurre más que aquel verso virgiliano con que exhortarte: *Tú, no te dejes vencer por el mal; al contrario, sal a desafiarle con más gallardía y osadía.*

---

(1) Jaime Lefèvre d'Etaples, llamado *el Estapulense.*

Acaso hablaría muy de otra manera si estuviera yo ahí; con todo, no declaramos lo que haríamos nosotros en semejante coyuntura, sino lo que debiera hacerse. Has consumado ya la mayor parte de ese sueño, de esa comedia de burlas que es la vida. Lo que de ella te restare conságrale al aplauso, no ya del público y de los contemporáneos todos, sino a la aprobación y aplauso de Cristo, a quien consagraste tantos sudores y fatigas; a la aprobación y aplauso de tu conciencia, y si alguna concesión crees que debes hacer a los espectadores, hazlo a los venideros más que a los actuales. Ellos, los venideros, sin envidia y sin querella, refrigerado el ardor de todas las pasiones, contemplarán a un Erasmo, puro y auténtico, y te dispensarán las alabanzas merecidas con tanta mayor abundancia cuanto más escasos e injustos hubieran sido los hombres de tu siglo. Tu virtud, evidentemente, es menos conocida de aquellos mismos ante cuyos ojos se manifestó, cosa ésta que vemos también aconteció a Sócrates.

Encarézcote una y mil veces que no te aflijas y consideres, si es que no tienes tus miras puestas más que en ti mismo y en tu gloria, que ya tuviste bastante, y que tienes asegurada la inmortalidad. De los juicios de algunas personas rectas puedes deducir cómo hablarán de ti los pueblos que están por nacer. Bien mirado, debes tener como un gaje precioso esta supervivencia; vivirás seguro y alegre; y esto sí que, por fin, será vivir sin ansiedad, sin congoja, y tu edad, enriquecida con el honor de tu canicie gloriosa, te hará desdeñar esos vanos y estúpidos ladridos, y tú, exento del hado tiránico y colocado en el alto asiento de la opinión de los buenos, lo contemplarás todo como puesto debajo de tus pies.

Pero ya empiezo a olvidarme de aquel a quien escribo. Creo que vas a recibir carta de Tomás Moro por vía de Clemente, que uno de estos días pasados marchó a Italia con el propósito de pasar por Basilea, como me decía en una de sus últimas cartas. Moro no me escribe nada de su enfermedad; créole convalecido, pues en las cartas anteriores ya me indicaba su franca mejoría.

Al principio de la Cuaresma me traslado a Brujas, porque la Cuaresma de Lovaina me resulta nociva en una población tan metida tierra adentro, que no comemos pescado sino ya podrido, que mi estómago no puede soportar. Pocos días antes de ese viaje se nos había muerto Pedro Laurino, que me produjo muy amargo duelo. Salúdate Decano, que la semana pasada marchó a Bruselas y me contó que te saludaba también el abad de San Bavón de Gante, quien el día de Año Nuevo aparejó para ti, en espera de tu llegada, aguinaldos áureos. A punto fijo no sé qué; pienso que un buen donativo en metálico.

Por lo que toca a Fernando, nada procede ahora, y por la lentitud y frialdad con que veo que ello anda, acaso no procederá jamás. El duque de Alba ofrecíame una no desdeñable canonjía si yo hubiera podido conocer el ofrecimiento por los frailes. Quería él, con mucho interés, que yo me encargase de la enseñanza de los nietos que tiene en España, de su hijo primogénito, y como tratase de enviarme a un camarero suyo que me hiciese la proposición y me ofreciese doscientos ducados de oro anuales como paga, llegó un cierto fraile dominico y le pidió al duque qué órdenes le daba para Lovaina, para donde iba a partir al día

siguiente. «Mejor oportunidad no pudo haberla, respondió el duque. Sí; habla con Vives y entérate a ver si con esta paga quiere encargarse de la educación de mis nietos.» Al mismo tiempo, un noble llamado Bertrán, aquel mismo que te hizo una visita tiempo ha, le da una carta para mí, en la que me comunicaba todo el negocio. Llegó el fraile a Lovaina; habla conmigo más de cien veces y ni una palabra del duque, ni me entrega la carta de Bertrán. El duque, viendo mi tardanza o prevenido del fraile que yo no acepto, encarga la formación de sus nietos a un fray Severo. Ayuno yo de todo esto, voy a Bruselas. Allí Bertrán se me queja por no haber contestado a su carta. «¿A qué carta?», díjele yo. «¿En serio, a qué carta?», me responde. Entonces me cuenta, punto por punto, la cosa, ante muchos testigos, que decían haber intervenido en la entrevista en que el duque hizo al fraile aquella encomienda; que él se dolía muy mucho que yo hubiese desdeñado la oferta; que ya no era posible deshacer el contrato convenido entre el duque y fray Severo: «¡Bellaca trastada!», dije yo. ¿Cómo iba a desdeñar un ofrecimiento que me hiciera el duque, cuando siempre había buscado con suma diligencia alguna ocasión de demostrar al duque mi buena disposición para servirle? Le quedaba muy reconocido por la cariñosa atención que había tenido conmigo, y que no tanto lo sentía por el escamoteo de la plaza, como por haber tenido que conocer la picaresca condición del fraile. Si esto lo padecemos de los *hermanos*, ¿qué no será de los extraños? No contentos con atacar la erudición, ya apañan con nuestros dineros. Dios hará justicia. Ten salud, mi venerado preceptor.

Brujas, 1 de abril de 1522.

5

Aquellas cartas que me escribiste a los trece días de las calendas de marzo yo las recibí por las nonas de abril. No sé cómo viajaran con tanta lentitud. Entregué al canciller la que para él le escribiste. Así, que en el momento de abrirla reconoció las señas; sonriendo se volvió a nosotros (estaba presente Narciso, el médico): «Se equivocó—dijo—Desiderio Erasmo en el nombre.» En efecto, era así; habías puesto primeramente Guillermo; luego, borrado este nombre, habías escrito Mercurino. Yo no dudo que aquella sonrisa originóla, no la chica equivocación tuya, como pretendía dar a entender, sino la alegría que le produjo recibir carta tuya. Entonces se puso a leer dos, a lo que me pareció: la una no escrita de tu puño ni en letra itálica, y fué la que leyó primero; luego se puso a leer aquella otra escrita por ti o por alguno de los tuyos, y la leyó con mucha atención, y no por compromiso. Entonces me preguntó si le habían escrito alguna otra cosa. Díjele que no tenía ninguna otra cosa para él. Con todo, me dijo: «Esta carta parece significar algo en contra.» Respondíle que yo no sabía nada de ello. «Háblame—replicó él—de un viaje que no especifica.» Narciso preguntó qué tal andaba tu salud. Respondió él que tú le escribías de cierto cálculo urinario o biliar. Entonces calló, y luego de haberle saludado, se marchó.

Todavía no había llegado el cardenal de Lieja; llegó a boca de noche. Al día siguiente, presentándome en su albergue, halléle en el vestíbulo, que se preparaba para ir a entrevistarse con el César, y le hice entrega de tu carta, que pareció recibir con harto contento, y dijo que la iba a

leer, y, en efecto, subido en la mula, la abrió y comenzó a leerla. Al marchar de allá, topé de manos a boca con nuestro Hilario tocando a mi puerta; me dió buenas nuevas de tu salud, cosa que me alegró no poco. Por lo que se refiere a tu llegada, dijo nada saber a punto fijo, aun cuando dijo que no dudaba de tu corta ausencia. Son muchos los que desean verte aquí, precisamente de los más considerados en este centro y de los árbitros en punto a la censura de los ingenios y de los estudios, si no es que nos engañan a todos y lo hacen con fingimiento, cosa que en ningún centro de estudios es nueva, ni aquí es rara. Hoy hablaré a Coronel, a quien todavía no vi desde que llegó. Si algo rastrease de él, cuyo conocimiento a ti te interesa no ignorar, pondrélo como posdata a esa carta si todavía no he tenido oportunidad de enviártela; si ya la hubiese enviado, te lo escribiré por otro conducto. Vergara te saluda. Me ha contado que anda ahora por Roma un español, Miranda de apellido, que escribió acerca de tres o cuatro pasajes de tus anotaciones al Nuevo Testamento, pero con gran comedimiento y con la máxima consideración; lo hace sin desabrimiento, más a manera de advertencia que a manera de reprensión. Decía que esa obra le había sido dedicada.

Hablábase aquí de que había quienes la tenían; si puedo dar con ella, la daré a Hilario para ti. Hablé con Coronel, y ciertamente a todo sabor, porque veas mi suerte (1). Contóme primeramente sus dares y tomares con los luteranos. Decíame que ello fué causa porque no pudo contestar tu carta, que me mostró; me aseguró que lo haría antes de marchar de Brujas; díjome que tenía tu juicio y tu censura, y que eso le cohibía para toda clase de respuesta; que padecía de pobreza de conceptos y de palabras; de palabras sobre todo. Está convencido que tú, si es cierto lo que me dijo, y me lo dijo con juramento y que hablaba según sentía, eres un segundo Jerónimo o un segundo Agustín; muy celoso de tu renombre, admirador de tus obras monumentales, que proclama purísimas y cristianísimas, y que por ellas batallaría con no menos ardimiento que por el Evangelio de Cristo. Entonces yo le pregunté: «Pero ¿quiénes son los que le atacan como luterano?» «Nadie», respondió; todos han enmudecido; estúpidos son los que así piensan. Este es el resumen de nuestra charla. La hora de la cena nos separó. No tenía el libro de Miranda; dicen que los hay en Bruselas; si puedo, de un lado u otro, lo pescaré para ti.

Ayer vino a encontrarme uno que sirve de criado en Lieja, que es español; tiempo atrás estuvo a mi servicio y me contó haber entregado tu carta a un dominico de Italia, que dejó aquí Alejandro, y tengo mis sospechas de que es su pariente. Este dominico, después de haber recibido tu carta, dijo a los que estaban presentes: «Erasmo se excusa cuando nadie le acusa, y quéjase de Alejandro, siendo así que Alejandro habló siempre con respeto de él y escribió una carta al Pontífice, rebosante de estima por Erasmo.»

Praet, hoy o mañana, va a salir para Inglaterra en calidad de legado perpetuo, y díjome que el de Lieja le enseñó tu carta y que estaba preocupado porque tú le habías escrito diciéndole que te sentías enfermo. Dijéronme que el canciller se interesaba por ti cariñosamente; quienes lo dijeron eran funcionarios

(1) En griego en el original.

subalternos de esa Universidad. Harto ves que esta carta es un centón noticieril, porque así que tenía una noticia te la escribía; pero yo sé que tú prefieres ese linaje de cartas en que se te entera de todo que aquellas otras lamidas y atusadas en que no se te dicen más que cortesías y cumplimientos lisonjeros.

Ayer, cuando Hilario estaba conmigo, vino a mí un español de la servidumbre de Lieja. Me contó, e Hilario lo oía, que hoy no había bajo la capa del cielo hombre alguno en Lieja que sea más entusiasta lector tuyo; que tiene a todas horas tus obras en sus manos; que las lee con suma diligencia, que las admira; que te defiende cuando alguno te calumnia con no menos fanatismo con que defendería el altar y el hogar; que a menudo había asistido a convites y cenas en que se hacía mención de ti; defendió tu nombre y tu erudición contra ciertos italianos, con lo cual dió a entender que le eras caro en extremo. Tu querido Hilario estuvo diligentísimo en recabar respuestas de aquellos a quienes habías escrito; porque este país es el genio de la cachaza y de la morosidad. Mi *Agustín*, con la llegada de mis amigos cortesanos, ha sufrido un momentáneo desvío y se le ha dejado un poco de la mano; así que se hubieren marchado volaré a Lovaina. Así, con la mayor urgencia, le daré la última lima. Fáltanme no más que cinco libros, pues Froben tiene diecisiete. Recomiéndote a ese Hilario, en tiempos condiscípulo mío en París. Pienso que, por otro lado, lo tendrás recomendadísimo. Ten salud.

Brujas, 20 mayo 1522.

6

Acabé, por fin, con el favor de Cristo, los veintidós libros *De la ciudad de Dios*, cuyos cinco postreros que quedaban te los envío por ese joven de Colonia con una carta nuncupatoria al rey de Inglaterra, con una introducción acerca de sus viejos intérpretes y comentaristas, y, al final, el opusculillo acerca de los godos; pondráse al principio de la obra, pues viene a ser una especie de proemio. En el prologuillo toqué de soslayo alguna porción de tus grandes alabanzas. Dios quiera que con la elegancia, y la doctrina, y la verdad, y la entonación de estilo que yo querría y tú mereces. Todo esto lo leerás tú antes de que se imprima, y tu crítica pondrá templanza en todo; añadirás y quitarás lo que te parezca, siempre que no atenúes y adelgaces lo que yo digo, pues si así lo hicieres, va a quedarse en nada. Si algún yerro hubiere, no solamente en lo griego y en la ortografía, sino también en la fábula o la filosofía o la teología o el estilo, todo te lo entrego para que lo enmiendes, con la seguridad de que a mí me parecerá bien todo lo que hicieres en esta obra, como si la hubiera hecho yo mismo, y lo aceptaré como un beneficio singular porque me habrás enseñado lo que yo no sabía y habrás mejorado mi trabajo. No dudo que añadirán en las márgenes las pequeñas notas, siguiendo mi ejemplo de los dos otros primeros libros o el suyo, como más prácticos que son en ello.

Hecho esto, no será difícil recoger el índice, del cual ya te escribí en otra carta que te envié por Jorge. Ya me dirás qué quieres que yo haga del libro de Colonia, puesto que ya no me he de servir, a menos que este libro haya de reimprimirse con

más cuidado, pues en este caso quisiera yo compararlo con los antiguos ejemplares de Agustín; procurarás que conozca yo tu voluntad, que para mí será un mandato. Por lo que toca al dinero, déjolo a tu arbitrio y al de Froben. Tú mismo sabes cómo no soy yo demasiado codicioso de él. Con todo, hay que vivir en esta época aciaga y en un país donde los gastos son grandes y ruines las ganancias de un hombre consagrado a los estudios liberales. Si enviares algún pico, cuida de que se me entregue por un conducto seguro y a la mayor brevedad posible.

Por ahora no te diré más porque no creas que he mudado mi costumbre de que tú mismo diste testimonio en papeles que vieron la luz pública; pero hazme el favor de acordarte de ti; tú sabes lo que me prestaste cuando estábamos aquí. Paso a tu carta que recibí—pienso—hace cuatro o cinco fechas, despachada el día después de la fiesta de la Santísima Trinidad, enviada para mí desde Amberes. El mensajero por quien me dices que yo envié la obra, ni le vi ni vino por acá. Pedro Gil escribió a Conrado que, por distinto camino y con mayor lentitud, volverá a ti. Esa cosa creímos que debíamos evitarla en las presentes circuntancias. El mismo Carlos, que dijo que iba a partir cuando aquí estaba Jorge, no sabe a punto fijo cuándo marchará. Así fué que Conrado alquiló a Juan Andernaco y cerró un contrato con él como pienso que lo colegirás de su carta. Yo no tuve tiempo ni holgura para preocuparme de ello, ocupadísimo como estaba en el final de la obra y en la revisión y pulimiento de los proemios, y con un achaque físico. Hace muchos días que no oigo decir palabra de Estúñiga. Espero que no te van a faltar estudios dignos de tus aficiones, de tu talento, de tu erudición, de tu probidad. Por Jorge te envié el librito de Carrama, pero veo que ya se te había transmitido.

Si tengo oportunidad, enseñaré una pequeña parte de tu carta al doctor Jodoco. Mándasme que entregue no sé qué carta a Mauricio; hiciéralo aunque no me lo mandaras. Yo, por mi parte, jamás vi a tu joven ni vi más cartas tuyas que las que me escribes a mí directamente. No dudo que Pedro Gil habrá cuidado de cumplimentar tu encargo. Mauricio está en Inglaterra. Aquí tienes dos cartas de G. Tabeo, que desea muy vivamente saber noticias de ti y comprobar si te fueron entregadas las que para ti despachó por Cuaresma. Salúdante nuestros y tuyos también Craneveld, Laurin y Fevín, Walter, del Consejo de Flandes, y nuestro Ruffald, que no tiene olvidado tu negocio; hoy mismo ha escrito a su padre de este asunto. A cualquiera que esté de retorno para aquí puedes darle algunos de los pliegos impresos, si te pareciere bien, para que los ponga en mis manos. Mis saludos para todos los tuyos de aquí, que son nuestros también, y de un modo especial para Froben con toda su familia. Ten salud.

Lovaina, 14 de julio de 1522.

De Tomás Moro recibí estos días dos cartas, donde, bendito Dios, me dice que su salud es perfecta.

7

Estoy ansioso en grado extremo y lo estaré hasta que se me haga noticioso de que se os entregó lo que faltaba del libro. Enviéle, aconsejado por Conrado, por mi mozo de Colonia, el día 15 de julio, por-

que Carlos había mudado de parecer en punto a la marcha, respecto a lo que había dicho a Jorge cuando estaba aquí. Nada me queda ya que enviar por Hilario, a quien no he visto todavía. Dicen que marchó a Amberes y que volverá en breve. Por él pienso enviar esta carta, que escribo con salud no muy segura y, desde luego, no repuesto del todo, pero algo más libre del dolor que me atormentó estos días. Desde que terminé con San Agustín no he tenido día bueno. Toda la semana pasada, y aun ésta, quebrantado todo el cuerpo y derrotados los nervios de cansancio y debilidad, paréceme que encima de mi cabeza gravitan diez torres con un peso indecible y un volumen insoportable. Estas son las ventajas del estudio; ésta la recompensa de un trabajo honradísimo. ¿De qué aprovechan el esfuerzo y las buenas obras? Aquello que me dices de la mujer parida me viene como anillo al dedo. Figúrate que a los cuatro días de haber quitado mano de Agustín ya me tracé el plan de un nuevo libro. Tanta verdad es, dirás tú, que el ave halla su pasto en su trabajo. Pero, créeme, quiero tomarme dos o tres meses enteros para reponer mis fuerzas intelectuales, a fin de que con el descanso y la vacación recobre el brío de mis años mozos, como con los barbechos acontece.

Deseo ver cómo respondiste a Carranza y todo lo otro que dices haber escrito aquí, que debe de ser mucho y bueno. En lo de Carranza andaba yo engañado, pues habíame seducido el afeite de la carta, que era lo único que leí de toda la obra. Hoy envié tus cartas a Moro, y al de Cantorbery, a Inglaterra. En breve las recibirán, pues son muchos en la actualidad los que regresan del mercado de Amberes. Felicítote por la distinción de una Orden gloriosísima con que se premia tu talento y tu saber, si es cierto lo que uno me contó aquí (que lo había oído de Conrado) de una pensión anual que se te ofreció harto decorosa. Extrañóme de que me privases a mí de la alegría que había de proporcionarme tan buena nueva; a mí, que tanto te quiero, y porque sólo a mí no me la escribieses, como si yo fuese a alegrarme menos que los otros o que si convenía mantenerla reservada no fuese capaz de silenciarla. Pero, sea como sea, me felicitaré de todos esos aumentos y de esa buena suerte harto digna de tus méritos, por cualquier conducto que la conociere, aun cuando preferiría saberla de ti, porque siendo segura la noticia, el gozo fuese más seguro. A decir verdad, estoy alcanzado de dineros; con todo, aceptaré lo que tú y Froben determinaréis; si algo enviáis, cuidad que se me entregue cuanto antes. Si alguna cosa quieres escribir a Vergara, enviámelo acá a mí. El mes próximo pienso ir a Inglaterra; si alguna encomienda tienes que hacerme, escríbeme por N., cuando esté de vuelta de la feria de Francfort. Al mismo tiempo, te rueque por él mismo me envíes unas letras de recomendación para tus amigos de allá, al menos porque sepan que yo también soy amigo tuyo y hagan más caso de mí. Mi propósito es estarme allá no más de tres meses o cuatro, a lo sumo. Pienso que de esto ya te hablé en Brujas. Me tomó tal hastío de las escuelas, que estoy dispuesto a hacerlo todo antes que volver a aquellas tacañerías y alternar con críos.

Rufaldo te saluda con muchísimo cariño. Díceme que en breve va a reunirse con su padre y conseguir de él, cara a cara, que no te difiera por más tiempo esta solución. *En*

medio de esta paz (1) todo está aquí sumido en silencio sospechoso. El favor de los buenos para contigo es más ardiente que nunca. *Muchos de aquellos que vociferan se han callado, y los que siguen gritando meditarán la muerte* (2). Yo espero que aun en vida alcanzarás a ver el entusiasmo de los hombres por ti, cual es debido a tus méritos, y que se extenderá a tu posteridad. Tú debes reservarte para esos tiempos, pues me contó que mortificas y comprometes tu salud con tus estudios inmoderados. Aquí todos los tuyos sentimos soledad de ti y pedimos a Dios que te nos restituya sano y salvo. Aquí preparamos la guerra con mayores ánimos que no la hacemos. ¡Ojalá una cosa y otra los tuviese menores! Dicen que algunos millares de soldados españoles desembarcaron en Inglaterra para mezclarse con las tropas inglesas. Mucho se espera del nuevo Papa; hasta ahora está frío. Piensan que acaso se enfervorezca con esa entrevista con el César, que abordó a la orilla cantábrica el día 16 de julio. Yo me temo que no se acuerde tanto de que es romano Pontífice como de la antigua autoridad que el emperador tuvo sobre él, y que la coacción de esta autoridad primera no le arrastre a su parecer. En que pare mientes en lo que es y no en lo que fué está fundada nuestra gran esperanza de paz. Pero dejemos esto en las manos de Dios. Pienso que de Grafeo y otros asuntos te escribe Pedro Gil y otros que están bien informados. Yo, metido siempre en mi casa, nada oigo, y si oigo es tan tarde, que antes llega la noticia ahí que a mí. Estos días de asueto vino Clava a Gante con el exclusivo fin de oír a un griego. ¡Qué noble afán el de ese viejo! ¿Y los mozos, no nos avergonzamos de dormir? Adiós, adiós, maestro mío.

Lovaina, hoy que somos a quince días de agosto, fiesta de la Asunción de la Virgen, 1522.

(1) En griego en el original.
(2) Idem íd.

8

Para que Froben no se engañe, por lo que toca al negocio, la cosa está así. Francisco desea, antes que el libro salga, veinte florines de oro; a finales de enero dió tres. Esta suma la recibí yo y también tres libros. Decía que Froben había dado orden de que se me diesen treinta y dos florines de oro, pero que de éstos retiró ocho, que se te debían a ti. Lo que él os escribió de mí y en mi nombre no me hizo impresión alguna. No hay nadie, si me queréis creer, que conozca más mi falta de sentido práctico que yo mismo, ni que menos la disimule. Por eso no me da frío ni calor no granjear gloria alguna, porque sé que no la merecí. Séame Cristo propicio si creo haber conseguido un nombre superior a mis merecimientos; muchas veces me maravillo de que la fortuna me favorezca con tanta generosidad. Por eso es que de aquello que él dijo yo no estoy desabrido, porque en este punto me va mejor de lo que era razonable que yo esperase. ¿Qué diría ahora yo si me hiciera de mí mismo un concepto mucho más alto y estuviese convencido de que escribo libros trascendentales, flor y nata de la erudición? Con todo, yo no ignoro que es un favor especial del genio que comunica vida a las obras literarias, y que lo es de la buena suerte que da a las cosas valor e inmortalidad, y que nosotros ponemos los proyectos, pero no los

resultados. Por eso es propio del varón sabio, luego de haber dispuesto lo que está en su mano con toda la posible industria y diligencia, demostrarse resignado con lo fortuito. Sin duda, estas reflexiones me consolarían si fuera del todo desconocido en la verdadera erudición y sabiduría; pero se da el caso de que soy más conocido de lo que las más de las veces yo quisiera, porque no fuesen tantos los espectadores convencidos de mi total insuficiencia. Veo yo ser tanta mi impericia, que mi propia vergüenza me obliga a confesarla, ya que, puesto que los otros han de descubrirla, con mi previa y espontánea confesión quede aminorada mi culpa. Con todo, empecé yo a escribir impulsado por el entusiasmo de la edad juvenil, y luego, porque son muchos los que están enfermos del prurito incurable de la pluma; pero yo espero que curaré el mío, pues así que hubiere publicado el libro que estos días compuse para la reina de Inglaterra me acogeré a un largo retiro y a un ocio sin gloria, tanto porque éste es el camino más breve para una vida buena y feliz como por no delatarme tantas veces a mí mismo por mi propia voz, como el ratón, jugándome la carta de la fortuna y del renombre y, finalmente, como Apio aconsejaba, porque más vale cesar que no hacer nada. Tampoco voy a causar ningún estorbo a aquellos que miden nuestra nombradía por sus ganancias. Francisco os habrá escrito esto, que es la pura verdad; si es así o no lo es, espero que el tiempo lo declarará.

De San Agustín sé que vendió numerosos ejemplares, y yo conozco a los compradores. ¿Quién es ese de Londres que miente con tal descaro, cuando él mismo me confesó que en pocos días despachó más de treinta cuerpos? Cierto es que Lupseto decía que él, en Inglaterra, no vió ningún *Agustín* mío puesto a la venta. En la misma Inglaterra él afirmó haber vendido más de cuatrocientos ejemplares de mi *Sueño* (de Escipión). Acaso piense que no tiene éxito de venta mi nombre si se le compara con el tuyo o el de Budeo. ¿En dónde está ese otro para que Froben lo asocie a su negocio? ¡Ruin gloria la de los ingenios si no tuviera más cimiento y sostén que el capricho de esos embusteros! Yo, desde ahora, renuncio a la gloria y aun a toda suerte de estudios si tengo necesariamente que pasar por esas horcas. Mi profesión literaria me afrenta si no ha de salir libro que no tenga la aprobación de la avaricia de los literatos. ¡De Kempones, de Brectos, de Torrentinos tantos como quieras, a barrisco, y a Cicerón no le tiene casi nadie! Nunca, Dios inmortal, debiera demostrar tanta ojeriza con los estudios que no pueden cultivarse si no es por aumentar los ingresos de N. De ese N. pienso ya captarme toda la antipatía, porque habiéndome citado varios días en Amberes, en oportunos escondites, no sé por motivo de qué dinero que había salvado de la cuenta, dije a sus dependientes que estaba cansado ya de aguantar sus escurridizas artes de magia y de burlas, gracias a las cuales con tal desvergüenza se reía de mí. ¡Adiós, gloria, si trae consigo tanta servidumbre que no se pueda con libertad decir una palabra, mientras que los que no persiguen la gloria dicen todo lo que les viene en talante! Querría que me escribieses si Froben va a imprimir aquellos opúsculos; si no, dímelo en tu carta próxima. Los enviaré a otros sitios; mi egoísmo no es tan desaforado que quiera yo que nada mío salga de

las prensas de Froben con daño suyo. No ha merecido él esto de mí. No piense que yo voy a enfadarme con él si no editare mis obras. Haga lo que creerá que más conviene a sus intereses. Pero basta ya de tacañerías, y contadas a ti. A lo del título: Sin duda yo habré cometido seiscientos solecismos bien definidos, ridículos hasta para Egmondano. A las gramáticas no les tengo miedo tan servil. No dudo que en Roma lo hallarás todo revuelto y turbado, especialmente después de la toma de Rodas. Del Turco temen todos que irrumpa en Sicilia e Italia. El obsequio de Budeo no es tan alegre como son tristes las noticias de su salud; le escribí días pasados. Luego de escrito esto, por cartas de amigos se me notificó que mis opúsculos no fueron impresos por Froben, y que N. propala que ello fué por consejo tuyo, y que acerca de este punto me ibas a escribir por el criado que vas a enviar dentro de pocos días. Aun cuando no te interese mucho lo que pueda creer de todo ello, con todo, si yo tengo algún crédito delante de ti, quiero que sepas que yo no lo creo ni lo creería aun cuando me lo dijera un hombre de intachable responsabilidad, cuanto menos habiendo la versión salido de N. Dije todo esto porque sepas que N. es todavía el mismo. Mentiría yo si no dijese que experimenté algún desabrimiento, pero acaso menor del que estas cosas acostumbran ocasionar. Tus cartas me habían dado alguna esperanza, pues me escribías que Froben gustosamente publicaría mis opúsculos si N. entraba en la asociación, como si dieras a entender que los imprimiría en hecho de verdad. Ahora veo que ni yo ni mis cosas tienen tanta importancia, puesto que en una tan grande variedad y aluvión de libros no hay lugar para un libro tan chico si no se vende al primer grito del pregonero, aun cuando los hiciese vendibles el prestigio de las prensas de Froben, como yo lo había soñado, y en una Alemania tan espaciosa y tan poblada de estudiosos, donde ¿qué es lo que no se despacha?

Aquí Beato cuidó de que se editaran ciertos opúsculos míos, pero yo no vi ni un ejemplar. Hállome, a decir verdad, engañado por mi propia ilusión. Harto sabía yo que no tenía mi localidad en la orquesta; pero pensaba o deseaba haber llegado a la hilera catorcena; y ahora reconozco estar en las últimas filas, entre el populacho. ¡Cómo resulta cierto que a las categorías las delimitan los ingresos, aun en esa ciudad! ¿Adónde fué a parar aquello de *clarísimo y en cualquier disciplina doctísimo?* En esto hay que descubrir la mano e intrigas de la suerte; los que menos tienen que ver con ella son los más felices. Yo, por ningún motivo, he podido sustraerme a ese viaje de España para donde pienso salir mañana o pasado mañana. Plegue a Cristo prosperar mi jornada. Y de allí pasaré a Inglaterra; en Inglaterra, como allá en mi Patria, prometo prestarte los servicios de buen amigo. Pido a Cristo que por tiempo muy largo te guarde sano y alegre. Dondequiera estuviere te informaré de mis cosas. Adiós, maestro mío; acuérdate siempre de nuestra amistad y encomiéndame a Cristo, a quien sirves tan sabiamente. Recuerdos a Beato y a Froben.

10 de marzo de 1523. Brujas.

9

Salíme de Inglaterra el mes de abril no más que por tomar esposa, con orden del cardenal y de los príncipes de volver allá a finales del mes de septiembre, cosa que haré si alguna necesidad o fuerza mayor no me lo impide o alguna enfermedad muy seria. Tan agradecido debo yo estar a estos personajes, que sería imperdonable en mí no secundar su voluntad cuando ellos en tantas cosas secundan la mía. Por la festividad del *Corpus Christi* sujeté mi cuello a la coyunta mujeril, que a decir verdad todavía no me resulta pesada ni deseo por ahora sacudírmela de mi cuello. Dios dirá. Hasta hoy lo hecho no me disgusta, y a todos los que nos conocen la pareja les contenta mucho. Dícenme que, en muchos años, no hubo aquí boda con tan general aprobación. Por lo que toca a los hombres, contra quienes te azuzan mis amigos, es un mal que no tiene remedio; pero deben ellos lamentarse en unos tiempos en que los acontecimientos se precipitan. En lo que concierne a las cosas sagradas, si no se hace lo que conviene, no se hace nada en absoluto. Y, por otro lado, si se hace lo que no conviene a esos individuos, a sus ojos se comete un crimen, porque toman por cosa mala y vitanda lo que es excelente. ¡Graves dificultades éstas, en las que anda revuelto tu nombre, hasta un punto que no parezcan honrados tus titubeos, sin que el mío no te implique en aferes políticos, y que no puedes poner a salvo tu independencia sin vulnerar la susceptibilidad de uno u otro, y quién sabe si la de ambos! Procura traer a las mientes el verso de Ennio que hace referencia a Fabio Máximo.

Claymond te saluda. En mucho tiempo no oí nueva más grata que la de que tus obras se ganaron la cordialidad de nuestros españoles. Yo tengo la esperanza de que, acostumbrados a ellas y otras semejantes, se amansarán y se despojarán de algunos resabios de barbarie en que están imbuídos ingenios agudos por ignorancia de las humanidades, y que van pasando y perpetuándose de mano en mano. Estando yo en Inglaterra, me llegó la noticia de que tú te habías trasladado a la Borgoña para curarte del cálculo con aquel vino puro y generoso. Otros decían que ibas a venir, y oí de uno que afirmaba con toda certinidad que ibas a ir si fueres llamado. Ojalá yo lo hubiera sabido allá; esta invitación no se hubiera hecho esperar mucho. Llegarás grato y deseado por el rey, por el cardenal, por la nobleza toda. Si tienes este propósito, empieza simultáneamente a suavizar asperezas y limar aristas; si lo hicieres se desarrugarán muchos sobrecejos, que te conviene que estén apacibles y risueños. Pero yo no dudo que Moro, que lo puede hacer con mayor conocimiento, te escribirá largo y espaciosamente. Por lo que a mí toca, maestro mío, ya sabes que estoy a tu total disposición si en algo puedo serte de alguna utilidad. Aun cuando las fuerzas sean pequeñas, es gigantesca la voluntad. Recuerdos de mi parte a Froben y a Renano. Adiós mil veces, señor mío.

Brujas, 16 junio 1524.

10

Luchador te hicieron éstos, quieras o no; pero con tal dominio te impones a tu antagonista que los espectadores conocen que perdonas a

quien pudieras derribar... Y convenía que fuese así porque no se atribuyesen a sí mismos la victoria cuyo aplauso fuera la pena del mundo. Ayer fué entregado al rey tu libro *De libero arbitrio*, del cual, al tiempo de los Divinos Oficios, leyó algunas páginas y dió muestras de que era de su gusto. Dice que va a leerlo con toda atención. Me indicó el pasaje que le gustó de una manera especial, y es cuando apartas a los hombres del inmoderado escrutinio de los secretos de la Divina Majestad. La reina se muestra también encantada de ese opúsculo tuyo y de ese pasaje, y te felicita. Me mandó que te saludase en su nombre y te diese las gracias, porque siendo todo un sabiazo, y tratando de materia tan soberana, te abajaste tanto y lo trataste con esa llaneza tan cautivadora.

Las anotaciones de los salmos, que el rey desea, los conocerás por Montjoy, a quien encargó especialmente que te escribiera. A la vez me significó que le complacería mucho una conversación contigo. No dudo que tratarás de ello con Moro, que es un gran personaje y tiene con él una privanza decisiva. De sus cartas entenderás en qué feliz indigencia estuvieran las letras si no hubiera sobrevenido esa borrasca. ¡Ah, aquel tu nuevo contrincante, fogoso con imprudencia, mientras se deja seducir por el señuelo del ingenio de las argucias o de la prometedora mansedumbre del nombre! Tarea fácil esa de decir los perjuicios que causó a la mejor de las causas, a favor de la cual había hecho su primera salida por manera que no solamente perdió todo el crédito, sino que dió armas a la ojeriza de todos aquellos que osaron decir algo entre dientes de los mejores dichos. Me alegro de que hayas revisado las cartas de San Jerónimo, pues en ellas había terminados colapsos mnemotécnicos, como los había también en la carta que me dirigiste a mí con las señas de *mimógrafo público a favor de don Laberio también mimógrafo*. Pero esos deslices, ¿quién, aun cuando los reconozca, no los perdonará en esta tu portentosa erudición y en tantos monumentos de elegancia, de doctrina y de talento? Pero es el caso que yo quisiera todas tus cosas tan exactas y acabadas, que en ellas no encontrase asidero el mismo dios Momo. Al avisarte a ti, paréceme anunciarte a mí mismo, o mejor, reprenderme como aquellos que reprendieron a Catón. Linacre se nos fué de este mundo con duelo muy amargo de todos los hombres doctos para quienes abrigaba los mejores deseos y a quienes favorecía, pues en él podía más la fama de ingenio y erudición que la sospecha de rivalidades. Imprímese su libro la *Enmienda de la construcción*, en el cual hace de ti mención honrosa, con tal efusión y cariño que experimentarás que no tan solamente te amaba, sino que te reverenciaba. Francisco Byrchman me había rogado que repasara los libros míos que yo deseaba que se imprimiesen en las prensas de Froben. Ahora se me ha escrito (no sé si es una excusa) que Froben no tiene tiempo. Compadézcome de ti que tantas veces trataste con un hombre así este negocio. Tendré que buscar otro porque no tenga que enfadarme con él por haberme engañado. Si Froben quiere admitir mis originales, con gusto se los enviaré, siempre que Francisco no se inmiscúa en ese negocio; de lo contrario, tú me buscarás y hallarás otro.

Me sorprende la poca cantidad de libros antiguos que salen impresos de Alemania. Estas animosidades en

pro de Lutero o contra Lutero han desterrado del pecho de los estudiosos toda otra afición literaria: tan grande y tan avasalladora es la pasión por contemplar esos pugilatos. Adiós, señor mío.

Londres, 13 noviembre 1524.

11

Esta carta será tanto más breve cuanto que yo ignoraba si ya habías emprendido el viaje, como lo divulgaba la voz pública. Empezó por decir que tú estabas en Colonia antes del día primero de septiembre. Este rumor se desvaneció. Luego se levantó otro, nacido, según dicen, de una carta tuya, que tú marcharías de aquí a primeros de octubre. Sea cual fuere tu determinación, pido al Cielo que prosperen todas tus andanzas. Respondí a tu carta última y entregué la respuesta a Pedro Gil; no dudo que la puso en tus manos cuando las ferias de Francfort. Si Froben no está resuelto a dar a las cajas mis opúsculos, querría que me los remitieses. Oigo decir que *San Agustín* se está imprimiendo; quisiera saberlo con toda certeza de ti. Si así es, enviaré a Froben algunas enmiendas mías a la *Ciudad de Dios*, tan breves que no llenan un cuaderno. Sepas que los ingleses concertaron la paz con los franceses; creo que esa oportunidad es la mejor para que vayas a ver a tus viejos amigos. Yo no pienso ir allí antes del año próximo. El portador de esta carta es un genovés, mercader él, admirador entusiasta tuyo y muy deseoso de conocerte personalmente. Ojalá, y ello sea sin molestia tuya, pronto te veamos aquí sano y contento. Quédate adiós.

Veinte septiembre. Brujas. Año 1525.

12

De Francisco no sé mucho; no merece la pena. Fuera injusto pedir a Froben cosa que le perjudicase. No es extraño que no se despachen mis obras. No solamente carecen de ingenio, sino de doctrina, de renombre y de todas aquellas cualidades que suelen recomendar a los libros. Buscaremos otro impresor de quien tengamos que dolernos menos de haberle impuesto esta tarea a Froben, que hizo tanto por la cultura con la impresión de tus obras monumentales. Paréceme a mí haber granjeado gloria muy grande, si lo que dices en tu carta lo dices sinceramente y no para agradar lisonjero mis orejas. No busco más gloria que la de contentarte a ti y a los que son como tú, si los hay: ¿Puede haberla mayor y más magnificente? Platón vale por mí lo que todo el pueblo de Atenas, dijo aquel poeta y músico. Canta para mí y para las Musas. ¿A qué criterio pueden mis obras acomodarse mejor en estos tiempos que corremos que al tuyo?

Huelga, por tanto, aquella admonición tuya puesta al final de la carta: Nosotros, con el favor de las Musas y de las Gracias, defendamos nuestra amistad indisoluble. No soy tan poco cuidadoso que yo consienta que se desvanezca una amistad que tanto me honra y me enorgullece; la conservaré con los puños cerrados, pues de ti no tengo ningún recelo. Antes de cuatro días, con el favor de Cristo, emprenderé el viaje a Inglaterra. Desde allí te escribiré más largamente, pues ahora nada tengo que merezca ser escrito. Pienso que ya habían llegado ahí las noticias de la paz, esto es, de la quietud y de la invitación a los desmanes, si algunos quedaban excluídos

o interrumpidos por las estrecheces de la guerra. ¡Oh si la paz de Cristo descendiera en nuestros espíritus y en su Iglesia, aquella paz que no puede dar el mundo! Todo está despedazado por las banderías; pero el desenlace final debe ser aprobado por Cristo, y de El solo hemos de esperar el aplauso. Salúdate con mucho cariño nuestro Fevino. Ten salud. Adiós, tú, el mejor de mis maestros.

Catorce febrero 1526 Brujas.

13

Desde Inglaterra te escribí una carta harto larga; una verdadera miscelánea, como acostumbro; sentiría que no hubiera llegado a tus manos. Hace tiempo que no he recibido yo ninguna tuya. Culpo de ello a tus múltiples ocupaciones, pues tú *tiras por la senda derecha y los perros ladran* (1) al borde del camino, así que te ves obligado a descaminarte un poco para remover el estorbo que retarda la jornada. Pudiera referirte algunas hazañas de aquel sujeto; pero yo no quiero que entre vosotros se trate de la vida, sino del parecer. Tiempo ha que había formado el propósito de escribirte (no sé cómo se me olvidó) que procurases que tus obras completas, mientras vives, se impriman repartidas en un número determinado de tomos. Yo no dudo que ese pensamiento lo habrás tenido desde antiguo también tú, y que vas madurando ese proyecto; pero te darás más diligencia en ello cuando supieres que hay otros que desean vivamente lo mismo. Muchas son las ediciones y las impresiones de tus obras. Si murieres, cosa que a ti y a todos tiene que ocurrir, antes de que las hayas reunido todas y hayas declarado cuál sea en último término tu pensamiento y el punto en donde estás, querría yo que hiciesen esto mismo los otros, los que han de pensar como tú, pues tengo fundados motivos para temer que tus obras originen un gran confusionismo y perturbación, y que en ese remolino no naufrague tu gloria (pero eso quizá a ti no te ocasione preocupación mayor, sino también el fruto de tus estudios, pues quien te lea no sabrá a ciencia cierta lo que apruebas ni lo que repruebas). Ahora los que distinguen tus ediciones saben en cualquier momento lo que piensas; mas los lectores que vendrán después, que por la confusión que habrán introducido los tipógrafos no podrán precisar la fecha de las ediciones, quedarán defraudados del provecho de tus obras monumentales.

Agrega a esto que, como tus libros van pasando de un lado a otro, muchas obras fueron publicadas sin tu intervención, cuyos títulos ni siquiera oyeron jamás decir tus lectores más constantes y los que sienten y no se recatan de decir lo mucho que en tus obras aprendieron. Entre éstos los hay algunos que me preguntan con qué intención pienso yo que fué compuesto y publicado aquel atrevido coloquio: *Ictiofagía*, acerca del voto y la fuerza de los preceptos, en una obra con un título juvenil e inofensivo, y por qué piensan que los niños para quienes, al parecer, fué escrito, de ninguna manera van a entender tema tan elevado y vidrioso. Yo los respondo con vaguedades que no sé si satisfacen su curiosidad, pero que a mí no me convencen ni contentan. Yo te he de hablar francamente; esa disertación me parece del todo ajena del

(1) En griego en el original.

lugar y de las personas a quienes se dirige. Yo soy de opinión que no debías haberla compuesto especialmente con el desagrado y la repulsa de tantos. Pero, eso sí, no me cabe la menor duda de que tú tuviste tus razones para aquella obra que tú consideras un acierto. No tomarás pesadumbre, en la primera carta que me escribas, de indicármelas de una u otra manera para aliviarnos a mí y a mis amigos de esa molesta espinilla. Curcio llegó ayer de Lovaina.

Cuéntame que Vicente y Gotscaldo están muy al cabo. De Egmondano las nuevas son muchas y trágicas; amenázale una angina que cada día se irá haciendo más cruel; temo mucho que no se nos le lleve. Díceme también que Latomo vive en Cambray: ¡Cómo debe de estar la Academia de decaída con el derrumbamiento de tantas y tan sólidas columnas! Muchas encomiendas a Froben y a Renano y a Canciúncula también si está ahí. Recuerdos de Laurino. Cuida de tu salud, maestro mío, y no me olvides.

Seis de agosto. Brujas, 1526.

14

En la ansiosa espera diaria de alguna carta tuya se pasó casi un siglo, y se me han escapado de las manos muchas ocasiones de escribirte mientras estoy a la expectativa de recibir algo tuyo a lo cual responder. Dos o tres veces te escribí; pero tu silencio me obliga a sospechar o que las cartas no te fueron entregadas o que estás abrumado de ocupaciones. Sea ésta o fuere cualquiera otra la causa por que no escribiste, yo me resigno mientras vea buena tu salud y que no es total tu olvido. Bástame con que este recuerdo mío esté grabado en tu pecho, aun cuando no tenga exteriorización alguna gráfica con que me lo certifiques. Lo que París hace llegar aquí acerca de tus letras yo no lo sé. Dice Decano tener carta tuya llena de quejas del estado de tus negocios. Todos los escolares que de allí llegan atestiguan para contigo una entusiasta simpatía general, aun de aquellos que te sabrán ser extraordinariamente hostiles. En España, tu *Enquiridión* empezó a hablar en nuestra lengua y aun a favor del pueblo, que solía estar dominado por los frailes. Asimismo se piensa en romancear tus *Paráfrasis*.

Son muchos lo que harto se extrañan de que tú no vuelvas o que no marches a Francia, donde vivías más agradablemente. Tú sabrás por qué se me ha dicho esto. Querría yo que tuvieses cuenta con el reposo de tu ancianidad, porque con el tiempo a vivir que esté reservado a tu edad, copiosa será la cosecha que recogerán la piedad y las letras, si estás contento y a gusto; y será harto menguada, si estás desabrido y pesimista. Te agradeceré, maestro mío, que si hojeaste algo las obras que yo publiqué en ausencia tuya, me escribas tu parecer, o mejor una reprensión admonitoria como de maestro y de padre, porque no hay cosa de que yo saque mayor provecho; pero ni aun la de un imprudente ni de un enemigo hacé daño. ¡Ojalá estuvieses más cerca y pudiera consultarte! Pronto marcharé a Inglaterra, con el favor de Cristo. Si quieres algo, dímelo y yo lo haré. Si no me haces otro encargo especial, me acuerdo de aquellas *Católicas* que deseas que se te envíen. Cuida de tu salud y no me olvides. Recuerdos y respetos de tu Laurino y de tu Fevino. Adiós.

Brujas. 18 marzo 1527.

15

VIVES A SU MAESTRO, DESIDERIO ERASMO: SALUD (1)

Sumamente rara es la parsimonia con que me escribes; pero cuando considero el volumen y la variedad de los negocios que pesan sobre tus años ya avanzados y tu salud quebradiza, no sólo te excuso ante mi conciencia, sino que por ella encarecidamente te alabo y me felicito por pensar que con harta razón dejas de lado en tu correspondencia precisamente a aquellos de cuya finísima e invariable amistad estás convencido, y que por esa interrupción de trato escrito no van a pensar que tú les faltas en la tuya, deduciendo del afecto que ellos te profesan la estimación con que tú les correspondes. Hay más: por este concepto te quedo muy reconocido, porque veo que me cuentas entre tus amigos principales; créeme, por favor, cuando te digo no ser otra la interpretación que doy a tu silencio; así que respóndome cuando tuvieres ocasión y gana. No te pido más sino que cuando escribas a Goclenio o a Pedro Gil, a uno y a otro les impongas la obligación de que en dos palabras me notifiquen el estado de tu salud y de tus negocios y de todo cuanto tú les escribieres y les pareciere que deben hacerme parte.

Hame desde España escrito un tal Virués, benedictino él, de quien hasta ahora no había sabido nada; pero que desde este momento, por la fama de que goza y por referencias de muchos, conózcole como persona docta y pía, y admirador tuyo apasionado como el que más. El tuvo, pues, la atención de enviarme las actas de una sesión habida en presencia del Inquisidor General; carta y actas cuidé de que sean vueltas al latín por mis amanuenses, con el objeto de remitírtelas a ti. Añadí la misiva que Maldonado escribió en latín a un tal Osorio acerca de la entrevista de Virués y Victoriano; tú mismo te enterarás de todo por las mismas cartas. Tiene este Victoriano un hermano carnal, que en nada se le parece, a saber: Francisco de Vitoria, dominicano también, teólogo de París, varón del mayor renombre y autoridad entre los suyos, el cual, y no una vez sola, ha defendido briosamente tu causa en una muy concurrida reunión de teólogos del Colegio de París; está en esa suerte de controversias sumamente ejercitado, y desde su niñez ha tenido trato muy feliz con las buenas letras; te admira y te profesa adoración; pero así como es inteligente hasta la exageración, es de temperamento sosegado y aun sí es no es indolente; de no ser así, hubiera parado los pies a su hermano, que se desbocaba más de lo que era razón. Muchos siniestros pudiera él haber remediado en España en estos asuntos por la autoridad y opinión de sabio de que goza entre sus hermanos de hábito y la mayoría de sus paisanos.

No me cabe la menor duda de que Francisco de Vitoria asistió a aquella reunión de la que escribe Virués, y que debió de celebrarse el día después de la Ascensión. Profesa en Salamanca aquella cátedra que allá llaman *de prima*, con no escasa retribución; y dudo mucho menos

(1) D. ERASMI ROT: *Opera omnia;* Lugduni Batavorum, 1703, t. III, col. 1719-20. Esta carta échase de menos en la edición mayansiana. «No sé por qué motivo fué omitida; pero lo sospecho», dice Bonilla, que la publica, en su original latino, en los apéndices de su obra *Luis Vives y la filosofía del Renacimiento.*

de que fueran convocados Luis Coronel y Lerma, abad de Alcalá, y quizá Vergara también, que me hacen esperar con muy buenos fundamentos de que tu causa, que es la causa de la religión y de las letras, va a salir airosa y vencedora; trátase de personalidades de toda entereza, favorecedores ejemplares de la buena erudición, y por este concepto devotísimos amigos tuyos. Grande será el peso que comunicarán a la parte adonde se inclinen, pues la restante jauría, ¿qué cuenta en comparación con éstos? Aun cuando a todos se les eche en un plato de la balanza, el otro plato pesará mucho más. Lo que falta es que todos coincidan en tu favor, como yo tengo por averiguado que coincidirán.

Pienso yo que todo este bullicio ha sido provocado por la versión romanzada de tu *Enquiridión*, puesto caso que si se divulga y anda en manos de muchos, como según mis informes así es, no será poco el ascendiente y tiranía que los frailes van a perder. Y quién sabe si este descenso se inició ya, bien porque excitados los ánimos de muchos con esa lectura se sintieron espoleados a la averiguación de cosas tan grandes y tan hermosas como hasta ahora permanecieron sumidas en recato tan avariento, bien porque muchísimos comenzaron a sentir la vergüenza de esa indignísima servidumbre con que hasta ahora agobian a la mísera plebe, servidumbre que, siendo gravísima, dondequiera impere el nombre cristiano, aun en nuestra nación, no la tolerarían ni los mismos esclavos, ni aun las mismas acémilas. Poseídos los frailes del convencimiento de que no debía ser que la lectura de un solo libro pequeño les derribase de la cumbre empecinada de su dignidad, de su opulencia, de su poderío y de tantas otras fortunas, arremetieron contra el autor en tropel fiero. Pero ello es una dolencia agravada por la avaricia y la ambición y enraizada por la cronicidad y exacerbada por el remedio, que no puede menos de ser violento, que ahora demuestra tus fuerzas todas y existe aquel choque, como los médicos dicen, de la enfermedad y de la naturaleza. Jamás tuve más fundada y racional esperanza que ahora de que mi España te conozca y te entienda.

De tales alborotos y contiendas en todos los tiempos salieron situaciones goriosas para tu engrandecimiento y esplendor. Así, las letras, salieron más aventajadas y lucidas en Francia y en Alemania. Espero además que un día u otro, Cristo se conmoverá y se moverá a misericordia para con su grey desventurada, porque no siempre ande deslumbrada y descaminada, arrastrada por mil barrancos y precipicios por aquellos a cuya custodia se había ingenuamente confiado para que la guiase. Excelente ocasión de ello la brindó Cristo a nuestros tiempos por las victorias del emperador y la prisión del Pontífice. Yo desearía que escribieran al arzobispo de Sevilla, inquisidor general, en su propio interés de tus asuntos personales, y al emperador de los negocios generales del Estado (1). Pero esto y las otras cosas tú las determinarás mejor. Pídote si es que haya de hacerse una nueva edición de mi *Ciudad* (2), como me dió a entender Francisco, hombre del todo veraz,

(1) Estos dos párrafos están en griego en el original.

(2) De los *Comentarios de la Ciudad de Dios*, de San Agustín, salidos de las prensas de Froben, en Basilea.

que me lo comuniques para enviar mis comentarios en algunos puntos e introducir algunas añadiduras, pocas de todos modos.

Volví de Inglaterra a fines del mes de mayo y pienso regresar allá a primeros de octubre, con el favor divino.

Quédate adiós, mi caro maestro.

De Brujas, a los trece de junio, año 1527.

16

Por fin me ha llegado un poquitín de carta tuya, que así como fué muy esperada y muy deseada, me fué muy gratísima. Por eso mismo más grata, porque aquella admonición, o mejor, aquella lección del bien escribir puso ante mis ojos una doble personalidad con la condición del maestro y el afecto del padre. Por lo que toca a los *Coloquios*, convencido. Para mí ya supone hasta satisfacción el que tú lo hayas hecho; esto, para mí y para muchísimos otros, tendrá mayor importancia y fuerza que las copiosas y ponderadas razones de los otros. Lo que desde un momento pensé que debía hacerme mayor fuerza es aquello que M. Julio escribe a Pompeyo: Cuando menos descubro yo la finalidad que te propusiste con ello, tanto más me hace creer que tú no obraste sino tras madura reflexión. ¿Pero a qué viene hablar de ello? No hemos perdido el libre albedrío que tú estudiaste tan a fondo.

Te va a costar trabajo creer cuánta tranquilidad y alivio me proporcionan tus advertencias y cuánto te las agradezco. Ruégote encarecidamente que continúes haciéndolo así, siempre que vieres alguna cosilla mía. Creo que no hay felicidad mayor en este género de escritos y aun en todas las circunstancias de la vida que tener algún monitor amigable y prudente. ¡Ojalá te tuviese más a mano! Con todo, porque conozcas las razones y causas de mi determinación, has de saber que, cansado de los comentarios de San Agustín, puse mano en la composición de aquella obra, hecho el propósito firme de enviar algo a la reina. Así que no tuve tiempo de limpiar mi pluma, si es que la hubiese podido limpiar, aun cuando me lo hubiese propuesto. Exclusivamente tenía puestas mis miras en aquellas para quienes escribía; es decir, en las mujeres, y de una manera especial en la augusta dama a quien la dedicaba.

Así que adrede me abajé, porque me entendiese aquella para quien aliñaba la obra, y cuya aprobación me afanaba por ganar. Pero muy bien y muy sagazmente dice Horacio: *Tengo tres convidados...*, por manera que no hay frase, por primorosa y atildada que sea, que no disguste a alguno, ni tan mala que a alguno no le conteste. Fueron muchos los que pensaron así y aprobaron con gran calor la desafeitada llaneza de la locución en aquella obra, o al menos así lo decían. Pero yo (y no podría ser de otra manera) prefiriera infinitamente más que aprobara Erasmo, como un atleta que precia mucho más ser aprobado por Hércules, que por toda la restante turbamulta de espectadores. En adelante, será atendido tu consejo.

Te mando un librillo mío que contiene algunas cosas escritas con mayor esmero. Cuando holgares de ello o cuando tuvieres humor, escríbeme tu parecer acerca de él. Puesto que yo ya franqueé los lindes de la vergüenza, puedo ser ya procazmente desvergonzado. Dices que trato a las mujeres con aspereza de-

masiada. ¿Y dices esto tú, que nos restituiste a San Jerónimo? ¿Qué cosa hay más desmandada y sin riendas que una mujer? Si las aflojares un poco, ya no tendrán moderación ni mesura. En un mismo discurso Catón abogaba por mí y por la ley Opia. Todo esto yo no lo dije ni como ejemplo ni como hipérbole, sino porque pienso que las mujeres deben vivir así e indudablemente lo harán si tienen presentes dos cosas: que son cristianas y que el mismo hombre es cada una de ellas mismas y es a la vez su marido.

¡De la roña, cuánto más y con cuánta mayor claridad no habló San Jerónimo! Si es que entiendo bien lo de la roña de que habla, pues no lo acabo de ver claro. ¿Que con demasiada complacencia me detengo en los míos? ¿Y quién no lo hace? ¿No lo hace Séneca? ¿No lo hace Quintiliano? ¿No lo hace Cecilio? Y hasta el mismo Tácito, tan severo como es, lo hace, pues dedicó todo un volumen a la cariñosa biografía de su suegro. Pienso que sólo en tres pasajes me acordé de los míos: dos veces de mi madre; una vez, de mi suegra, y ni aun digo que es mi suegra, pues cuando escribía no lo era aún. A ello me llevó la sinceridad y aquella su conducta ejemplar que, a mi parecer, bien lo merecía, como muchas otras que llegaron a nuestro conocimiento.

En mi madre excúsame la piedad filial. Y lo hice moderadamente, porque recelaba las críticas y no ignoraba que los hombres de suyo tienen más propensión a prestar orejas a la maledicencia que a los elogios.

No pude menos de sonreírme por aquello de la comunicación con Cicerón. Luego, al punto, víneme a las mientes también aquello de que habla Marcial: *De los poemas que escribo ni las Musas ni Apolo saben palabra.* A tu carta única yo respondí con dos. De lo que se hizo en España en asuntos tuyos ya te comuniqué en fecha reciente lo que a mí me había escrito Afonso Virués. Pienso que obrarán en tu poder, pues fueron confiados a Erasmo Esqueto, que tengo entendido acostumbra transmitirte otros muchos recados. Si no las recibiste, tendría que rehacer una novela larga. En resumen, decían esto: que tu nombre había sido denunciado por los mendicantes al inquisidor general, que es el arzobispo de Sevilla; el consejo y la investigación se hicieron en la Cuaresma; en esta sesión no se hizo más que oír las acusaciones de los frailes contra ti; en favor tuyo pronunciaron sendos discursos los benedictinos y un fray Dionisio, agustino, y una semidefensa, un cierto Castillo, fraile menor; convocóse nueva junta para el día después de la fiesta de la Ascensión del Señor. Para esta sesión estaban convocados los sabios más descollados de toda España y el hombre más limpio de pasión, Virués, erasmista nato. Pienso que no faltarán Coronel, Lerma, Dionisio, adictísimos a tu causa, que es serlo de la verdadera piedad y erudición. Asistirán también los obispos que hallo enviará el César. Yo expliqué esto con todo detalle. Con posterioridad recibí carta de Vergara, Escepero y Virués. Lo que había de interés para ti en sus cartas preocupéme de copiártelo en esta carta. Esto es de Escepero: «Los frailes, con gran empuje, han declarado la guerra a Erasmo; su plan y su interés más vivo se cifran en que se prohiba a los españoles la lectura de todos los libros de Erasmo. Oponemos obstáculo unos hombres estudiosos que a ruegos molemos al canciller para que tome bajo su protección al va-

rón doctísimo y ejemplar. Y lo hace a fe! pero esto es cosa de otros. Es presidente del Tribunal de la Inquisición (así le llaman) el reverendo señor arzobispo de Sevilla, hombre bueno a carta cabal, y que ha conseguido por algún tiempo refrenar su arrojo, pero no puede dar gusto a todos y de ahí la rabia de ellos.

«Hace algunos días que se desistió de leerlo públicamente en los conventos para que cada cual se despachara a su gusto contra Erasmo. Sacáronse a relucir algunas proposiciones que ellos tildan de heréticas y cismáticas. Defiéndele Luis Coronel; está presente el obispo de Canarias y algunos otros. Mientras tanto, nosotros deploramos nuestra impotencia para remediar la situación comprometida, pues el peligro que tal osadía nos iba a acarrear sería inmediato. Pero ¿para qué te he de contar yo, español, todo esto, a ti que harto tienes experimentada esa tiranía? No quiero ser más largo. Con suficiente extensión te lo contó el señor Luis de Praet.» Todo esto es de Escepero. La carta de Vergara es más fresca; es del día anterior a los idus de abril, y la carta de Escepero es del mes de febrero. Vergara se expresa así:

«Reciente es la conspiración de nuestros frailes contra Erasmo; no de todos, a decir verdad, pero sí de la mayoría; cuanto más se aparte cada uno de estas órdenes de la *mendicidad*, tanto menos le es hostil. La cosa pasó a los Tribunales, y hasta ahora todo va muy bien para Erasmo. Mi príncipe y señor asumió la defensa del perseguido con todo calor; el César le favorece muy a la clara; favorécenle los magistrados y todos los buenos, en una palabra. Los adversarios, puesto que ven que en esta contienda no buscan más que la satisfacción del odio común, poco a poco comenzaron a entibiarse, y soy de parecer que de buena gana anularían lo hecho, porque ello podría hacerse con general consentimiento.»

Virués incluyó en mi fajo todas estas cartas que te enviaré porque entiendas que no debe serte sospechoso, como si no te fuese adicto con suficiente buena fe o como prevaricador hubiese tomado tu defensa. De éste, todos los que vienen de España cuéntanme haber suscitado bravas pendencias por tu causa, y que no hay otro que con mayor simplicidad y sinceridad abrace o defienda tu doctrina; es, según me dicen, un predicador de primera fila y de justo renombre, de costumbres edificantes y de una vida tal que no se le puede poner tilde. Es un hombre digno de que desees conocerle, que sería amarle más de cerca y de que le pusieses, como un amigo nuestro suele decir, en la lista de tus amigos y no de cualesquiera, sino de los más distinguidos y mejor calificados y de alcurnia ilustrísima. Muévese a respetarte y a defenderte y a enaltecer con todo el tesón que puede, no por ninguna razón utilitaria, sino porque está convencido de que tu doctrina se deriva del verdadero y puro manantial de la religión cristiana. Encarézcote que no quieras menospreciar a tales abogados de la mejor de las causas que asumiste.

Fresquísima es la carta de Alvaro, aquel mercader que te solía enviar tus pensiones desde Inglaterra. Este, ahora tomó una mujer de Burgos, de España. Escríbeme que antes de quince días se piensa y se espera que va a ser dictada sentencia en tu favor y contra los frailes, y que los partidarios de tu doctrina pidieron al inquisidor que se inquiera en las obras de Santo Tomás y

Escoto; que quieren traer a nuevo examen sus opiniones, por si hay algo contrario a los Sagrados Libros y a los santos padres. De todo lo referente a ese punto que se me dijere con más certeza y con más pormenores, te haré noticioso. Al mismo tiempo, Alvaro me envió una carta redactada en español, de Virués, a un fraile menor de gran autoridad y renombre. Esta epístola corre en España de mano en mano, y se lee con unánime aprobación. Está escrita con suma elegancia en nuestro romance; yo la pasé en latín, sólo porque puedas entenderla. Ten salud, mi cariñoso preceptor y padre.

Brujas, fiesta de Santa Margarita, 1527.

17

De las anotaciones que tengo puestas al *Séneca*, unas las tomé de códices antiguos; las otras de mi propio caletre, filológicas en parte y exegéticas; pero sean cuales sean, yo prefiero que se conozca a ese autor dignísimo de serlo, más depurado por tus manos que por las mías pecadoras. Yo no dudo que irá a salir digno de tu nombre, siempre que tú quieras dispensarle tu prestación personal y tu sombra y no confíes a otro el asunto en el cual van empeñados una parte de tu prestigio y el fruto de los lectores, pues tal como está, dudo si las mismas Sibilas lo interpretarían. Antes de leer tu carta yo no había oído nunca el nombre de Aldrisio. En casa de Moro yo no vi nunca Séneca que tuviera corregida ni una tilde. A tu *Ciceroniano* más lo paladeé que no lo leí. Por cierto que yo de Italia he recibido una carta de un señor que no solamente es amigo mío, sino un poco pariente, que me aconseja que durante dos años enteros yo no lea más que a Cicerón, y que le remede en las sentencias, en el vocabulario, en las figuras; que de esta manera dejaré muy detrás de mí no ya a otros muchos, sino al mismo Longolio. Yo me reí de esta puerilidad del remedo, que como una fiebre se apoderó de muchos ingenios.

Que hubieras hecho mención de mi nombre, me fuera extraordinariamente grato; pero no me cuesta nada perdonarte esta omisión, imputable a tu avanzada edad, aun cuando fuera deliberada, pues harto sé que nada hiciste con ánimo hostil para conmigo. No es de extrañar que te olvidases de mí, embebecido como estabas en recoger tantos nombres de todo orden y categoría; de modo que me vino a las mientes aquello que Atico dijo a Cicerón cuando hacía el recuento de los oradores: *Aun cuando pensaba que no me habrías olvidado, no obstante, di otra explicación benigna a tu olvido.* No acabo de maravillarme de que Budeo o alguno de los que ignoran el arte de los diálogos, se sienta ofendido por aquello que dijiste. Con todo, esta discordia no existe propiamente entre vosotros. Soy de parecer que esta nueva discordia es continuación de aquélla misma vieja, la cual, tras la primera reconciliación por una parte y otra, de palabra o por escrito, ha sido exacerbada, y a pesar de que por algún tiempo estuvo disimulada, ahora, en esa ocasión, se manifiesta de nuevo, al abrigo de una capa ajena. Tan cierto es que esa Alecto, o sea Ate, de la discordia, envenena las relaciones humanas, que no deja tranquila ninguna cosa pública ni ninguna cosa privada. Guerra entre los príncipes; disensiones entre los

intelectuales y odios enconados en los mismos que cultivan el humanismo; cisma en la unidad de la fe, odio y sevicia en la misma profesión religiosa. ¡Ojalá Cristo se dignara con la mansa blandura de su rostro acabar con tantos males y poner reposo y serenidad en las contiendas humanas! Y con todo, si entre algunos importaba que hubiese concordia, debiera ser entre nosotros, monjes profesos del amor a las artes y a las letras, tan aborrecidas, tan combatidas por muchísimos, confiados en su gran autoridad y en su gran poder.

Saludos a Jerónimo Froben de mi parte. Si le cuesta escribir, que no se fatigue respondiendo a mis cartas. Siento que mis obras hayan acarreado a esa imprenta tantos perjuicios y tantas pérdidas. En adelante, yo pondré sumo cuidado en no molestarle más, y si el día de mañana puedo, no dejaré de indemnizarle; asumo el compromiso de hacerlo y lo procuraré con todas mis fuerzas. En lo que le había escrito tuvo su participación un franciscano, que estuvo poco ha en Basilea para verte. Este me contó que Jerónimo Froben deseaba imprimir mis libros. No me extrañará, pues, que él mienta, siendo tantos los que, en llegando de luengas tierras, cuentan luengas mentiras. Pregúntasme: ¿quién es ese mentiroso? No falta quien aquí nos dice una cosa y ahí os diga otra cosa a vosotros. Yo te agradeceré, maestro mío, puesto que yo en lo sucesivo no te hablaré de estas miserias, que, si a ti te parece, no me hables tampoco, pues tengo la impresión que todas las veces que tocas ese punto no lo haces sin algún desabrimiento. No me juzgues tan deseoso de que mi nombre salga a relucir. Yo mil veces prefiriera ser de provecho a uno que otro, que no que mi nombre se difundiese con pompa y sonido por todo el haz del espacioso mundo, sin fruto para nadie.

Y no es que ignore yo cuán inicua y antojadiza es esta gloria que no atiende al merecimiento; cuán huera y cuán hueca, sin ninguna solidez que pueda asirse con la mano; que no te gozas con ella más tiempo del que dura el aplauso y el ruido de los vítores, oyes cosas ajenas y ves hasta qué punto eres nada, pues vuelto a ti te encuentras con nada. Y luego, ¡cuánto acíbar no anda mezclado con esta gota de miel! Cuando no de otro lado, pudiera tomar de ti ejemplo y escarmiento. Y por fin debiéramos pensar que somos unos peregrinos o mejor que nos dirigimos al mismo señalamiento, y que muy en breve nos presentaremos ante el tribunal y el Juez, por más rodeos que queramos hacer en el camino. Allí ni la escasa reputación ante los hombres perjudicará la defensa ni serán admitidas como testigos la gloria ni la popularidad. El aprobado, en fin de cuentas, será aquel a quien el Señor hubiere recomendado. No conozco nadie tan encendido en el amor de la gloria a quien no le enfríen estas consideraciones. Por esto te ruego, maestro mío, que en adelante ya no me escribas de renombre ni de gloria mundanales, porque bajo fe de juramento te digo que esos títulos hacen mucho menos huella en mí de lo que puedas creer. Mucha mayor importancia me parece el bien público; en ello te ayudaré con sumo gusto en la parte que pudiere, y tengo por felices a los que en este punto hicieren algo efectivo. Yo te atribuyo gloria más verdadera y alabanza más firme cuando veo que alguno se hizo mejor con los monumentos

que tu ingenio dejó que cuando oyes todos aquellos sonantes encomios: *elocuentísimo, doctísimo, máximo*. Ojalá Júpiter y Juno, un día u otro, acaben por sacrificar no a la antigua Venus, sino a Cristo, trocador de corazones (1). Saludos míos a Renano y a Canciúncula, si está en Basilea. Adiós, adiós.

Brujas, 1 de octubre 1528.

18

Estando en Amberes el mes de junio, te escribí acerca de la revisión de mi *Agustín*, y expedí una carta para que te la diesen. Con posterioridad recibí tus cartas harto pasadas que espediste para mí desde Friburgo, en que me decías haber tomado la vuelta de Basilea. ¡Quiera el Cielo que sea para tu mayor bien! ¡Ojalá te acercases más aquí, si es que no te lo desaconseja el estado de tus asuntos! He revisado casi todo el *Agustín;* antes de octubre lo entregaré terminado a Francisco, quien me dió seguridades de que no llegaré demasiado tarde si lo prorrogare hasta el primero de noviembre. De haber recibido yo más pronto tus cartas, o de habérmelo N. advertido, tiempo haría que Froben tendría el libro en su poder. El arzobispo de Toledo estuvo enfermo muy gravemente, hasta el punto que casi por toda España se le tuvo por muerto, y en este sentido recibiénronse cartas aquí; pero convaleció, y el César, antes de su marcha, en Ausburg, le adjuntó al Consejo para la administración de las cosas de España. A los dos que ya había añadiéronse el duque de Alba y el maestre de Santiago, hijo del que ha poco murió, de manera que estos tres vienen a ser los monitores y consejeros; ella [España] es la emperatriz y directora de todo.

El recuerdo mío que pones en la prefación de *Agustín* no puede dejar de serme gratísimo, porque procede de ti y es una demostración de nuestra mutua bienquerencia. Por otra parte, no me impresiona mucho ni la mención que se haga de mí ni la fama de mi nombre, que es la cosa más vacua y más acibarada de hiel. Aun cuando el mundo todo en un teatro me admirase y me aplaudiese, no experimento que me haya mejorado en un pelo ni añadido un adarme de felicidad, sino a veces me encuentro más ruin y peor, puesto que ese ruido me saca a mí mismo de dentro de mí mismo y no puedo fijar en mí mis ojos y mi pensamiento, que tienen que prestar atención a los que me aplauden. Verdad es que a la fama, mirada de lejos, yo la admiraba y le iba a los alcances; ahora, puesta más cerca y casi tocada con las manos, hállome con que es una cosa completamente vana, y que más vanos son los que la persiguen. Si en alguna cosa puedo ser de provecho a los hombres, eso sí que lo tengo por macizo y permanente. Te dije todo esto porque tú no me presentes tantas veces como un aliciente el señuelo de la fama, a la cual has de saber que yo no atribuyo importancia alguna, y que no me impresiona más que el resplandor de un

---

(1) Alusión a la discordia conyugal entre Enrique VIII y Catalina de Aragón, que iba enconándose y que acabó con la ruptura escandalosa y originó el sangriento cisma. Luis Vives había significado a Erasmo la conveniencia de que empleara la alta estima en que le tenían ambos cónyuges para atajar el previsto desenlace. Erasmo se excusó: *En las disensiones entre Júpiter y Juno, yo no he de intervenir.*

halo inconsistente. Me moverás mucho más con la demostración del provecho público por el cual te considero más feliz que por la fama y el renombre, dilatados larga y anchamente, que con toda justicia te cupo en suerte; pero si se unen estos dos extremos: *merecer y alcanzar*, no es de negar que en mucho más los estimaré. El don con que te distinguió el arzobispo es harto chico en comparación del afecto y de la gran veneración que te profesa. Un día te enviará más, aunque bien sé que tú tienes en mayor aprecio la procedencia, es decir, la egregia voluntad que expresan que los dones mismos. Creo que habrá llegado a tus oídos que el César levó anclas en Barcelona con una armada poderosísima, donde hay cuarenta trirrenes, setenta naves de carga y diez fragatas. Además del cortejo áulico y la flor de la noble mocedad española, hasta diez mil soldados de marina, escogidos de toda España. Escriben de Marsella que ha sido vista esa escuadra bordeando la ribera del mar de Francia el día cinco de agosto. Los hay quienes dicen que el día siete arribó a Génova, y que allí desembarcó; dígolo con las debidas reservas. Consérvele Nuestro Padre Jesús, y concédale el poder y el querer necesarios para reponer en mejor estado los negocios del mundo cristiano. Adiós, adiós.

Brujas, 30 de agosto 1529.

19

Ha venido a verte aquí en Gante, tu Grineo, que me pareció dignísimo de tu amistad y de la del mejor de los hombres, con aquella bondad que respira su cara, con aquella su verecundia virginal, con aquel espíritu suyo apasionado de las bellas artes y tan avanzado en las buenas letras. A este mozo, por costumbre mía y por orden tuya, en la más sabrosa de las familiaridades, le dediqué una hora y otra hora; en una palabra: le consagré todas las horas que quiso. No pude recomendarle a los amigos de Inglatera, porque vino a verme precisamente cuando yo regresaba de allí. Escribí estos renglones entre festejo y festejo de los concurridísimos que aquí se celebran en el cortejo del César, y por esto será más breve de lo que quisiera. Yo te envío menos cartas que de costumbre, porque no dudo que, sumido en tus negocios, cansado por la edad y la salud deficiente, no tienes tanto humor para entregarte a este ejercicio de la correspondencia epistolar. De todas maneras, tampoco nuestra amistad necesita de aquellos refrescos que han menester las amistades someras. Pídote con encarecimiento que en lo sucesivo, cuando me escribas, me des a entender en pocas palabras cómo estás de salud física y de salud moral, pues pienso que ello, por lo que nos queremos, me merece una preocupación especial. Ten salud.

Gante, 12 junio 1531.

20

Tu carta, que se me entregó el día cinco de enero, fuérame mucho más grata si me anunciara tu cabal estado de salud; pero ese estado tuyo tan afectado, a tus años, no pudo menos de serme desabrido. Pido al Cielo la salud para ti; pero si a Cristo no pluguiere, al menos la entereza moral y física para que te sean los sufrimientos más soportables. El verano pasado enfermé

grave y peligrosamente de cólico. La podagra se me ha hecho tan familiar, que la propia costumbre me la ha suavizado. Pienso haberla contraído de frío más que de cualquier otra causa. Estos son los dulces regalillos con que este cuerpo nuestro nos obsequia por el asiduo y solícito cuidado que le tenemos. ¿Qué templanza o qué circunspección van a ser suficientes en el caso de que la carta que se escribió de alguno llegue a manos de aquel mismo sobre quien se escribió? Esto es, simplemente, como dice Cicerón, raer de la vida la comunicación entre unos y otros. Yo no pienso que te hayas en tibiado en la amistad ni me quejo de que me escribas más espaciadamente. Esta queja recaería sobre mí, que no te escribo menos raramente; y en mis muchas cartas enderezadas tanto a ti como a otros amigos, harto he manifestado no aquilatar las amistades por la mayor o menor asiduidad en escribir, cosa que a veces cumplen con más diligencia los menos amigos, especialmente cuando entre nosotros no media algún asunto que requiera la comunicación escrita. Mi propósito fué impedir que ese Carvajal, en lo sucesivo, si publica algo contra ti, mezcle mi nombre en la baraja. En mi carta le di a entender que ello no me sería grato, con la debida cautela, porque nadie entendiese que entre nosotros existía desavenencia, cosa que resultaría desedificante, bien por nuestra amistad y familiaridad antiguas, consignadas en documentos de uno y otro, bien por la comunidad de nuestros estudios, porque se nos tome por obreros de la Sabiduría. Pero el alfarero... Los tiempos son difíciles y no podemos hablar ni podemos callar sin peligro. En España han sido detenidos Vergara y su hermano Tovar y otras ilustres personalidades. En Inglaterra lo han sido los obispos Rofense y Londinense y Tomás Moro. Pido al Cielo para ti una verde y llevadera ancianidad.

Brujas, 10 de marzo de 1534.

* * *

Esta es la postrera carta conocida de nuestro Luis Vives a su carísimo amigo y venerado maestro Desiderio Erasmo. ¡Y con cuán negras tintas se cierra! La verde y llevadera ancianidad que Vives pedía al Cielo para él le fué crudelísimamente denegada. Erasmo moría dos años después, a los doce días de julio, con los ojos llenos de visiones de horror y el corazón anochecido de los más sombríos presentimientos.

XVI

JUAN LUIS VIVES AL ÓPTIMO Y ERUDITÍSIMO JOVEN GILBERTO COGNATO NOZERENO, AMANUENSE DE DESIDERIO ERASMO

De las cartas tuyas, Cognato carísimo, la primera de las cuales me la envió Levino Panagato desde Amberes y la última me la entregó Quirino, vecino de La Haya, no pude colegir lo que me interesaba vivamente, a saber: si te habían entregado las que yo desde Londres había expedido para Erasmo y para ti. Harto lo sospechaba por la ninguna mención que de ellas hacías en las tuyas. De los libros que Quirino puso en mis manos te doy infinitas gracias; cuando tenga tiempo los leeré. Haré lo que me pides en tu carta; por otra parte, ya lo envié a Carlos Montjoy. Muchas veces te he rogado, querido Cognato, que, al menos por este motivo, me informases con mayor frecuencia de la salud de nuestro Erasmo y del esta-

do de sus cosas, que me preocupa tanto como mi propia persona, por no tener que dar crédito a lo que se dice o por no impresionarme por ello. Ahora te lo pido con renovado encarecimiento, porque desde Amberes se me escribió de su salud con pronósticos tan pesimistas, que me horroizo de pensarlos. No es novedad oír de él cosas semejantes. Por esto no me producen tanta impresión, porque me encuentran curtido y encallecido; pero con cuanta mayor frecuencia lo oímos más nos intranquilizan los humanos azares y la conciencia de la común mortalidad.

Goclenio me volvió el alma al cuerpo al anunciarme que en Brabante habían corrido acerca de Erasmo rumores siniestros que regocijaron a sus enemigos, pero que, por lo demás, él había averiguado que todo en vuestra casa iba bien, por lo cual yo doy a Cristo gracias inmensas. A mí este clima ventoso, espeso, húmedo, me resulta inclemente, como también la alimentación, muy diferente de la mía habitual; todo lo demás, viento en popa, gracias a Dios. Los reyes me tienen cariño y me lo demuestran. Con todo, tengo decidido regresar a Flandes por el mes de junio, como ya te lo indiqué en otra carta. Por lo que toca a ti, tú ya conoces mi opinión y el deseo de mi alma. Sea lo que fuere lo que resolviere en último término, quiera el Cielo bendecirlo. Merecerás mi más fina gratitud si en mi nombre saludas a Desiderio Erasmo, nuestro maestro común, y a Zasio y a Glareano. Adiós, adiós.

6 de los idus de marzo. Oxford.

XVII

JUAN LUIS VIVES A SU QUERIDO DAMIÁN GOES

De que yo no respondiera a tu carta, Damián amigo, no culpes a mi voluntad, que, como pudiste conocer, es total para contigo, sino a mi bellaca falta de salud, que me tuvo afligido con dolores físicos y morales. Y ni aun ahora te escribiría si no recelara que sospechases un trueque en mi amistad, que no ha sido ni yo querría que fuese. Deseo que entiendas que en eso de la amistad juego contigo a la par, y puesto que tu afecto es mucho, mi correspondencia no es mediana. Deseo que te vaya muy bien con eso del cargo que te da el rey que lo disfrutes por mucho tiempo con todo el valimiento y toda la deseable tranquilidad espiritual. Eso que me dices que vas a escribirme desde tu patria me harás contentísimo.

Deséote un viaje feliz. Ruégote que, cuando tuvieres ocasión, que saludes con el máximo respeto a tu rey, que también es mío, por el beneficio que me dispensó, y le des las gracias por el copioso donativo con que me distinguió el año pasado, que me vino en tan críticas circunstancias que no pudo menos de parecerme muy rico y serme muy gratísimo.

Saludarás también en mi nombre al señor obispo veseviense. A Hevión no le contestaré por ahora, por mi flaca salud, y aún lo pensaré mucho por el estado de los tiempos y las suspicacias de los hombres. Felicítote por tus adelantos en las letras.

Yo no puedo menear la mano al escribir. Ten salud.

Brujas, 17 junio 1533.

XVIII

VIVES SALUDA A SU QUERIDO FRANCISCO CRANAVELDIO

Querría saber cómo te pareció aquella *excelente* crítica mía acerca de tu interpretación, como si yo pudiera hacer una tal cosa. Ciertamente es histórico el caso del zapatero que criticó a Apeles el zapato que él no supiera pintar. Pero sé que tú vas a tomar a buena parte lo que entre nosotros se pasa por derecho de nuestra amistad, que tiene más importancia que estos nuestros *filologómenos*. Dicen que el príncipe aseguró a los germanos que iba a celebrar concilio que será convocado dentro de seis meses; no se sabe si esta iniciativa fué voluntaria o forzada. ¡Cuánta dificultad, mi querido Cranaveldio! ¿Quiénes van a ser los jueces? ¿A quiénes se confiará misión de tanta importancia en que anda metida y comprometida la salvación del mundo cristiano? Van a ser todos gente de Iglesia, sospechosos y malquistos de los germanos. Los seglares somos despreciados y desdeñados por la gente que recibió órdenes sagradas, como legos en Teología y en aquellas materias de que se trata principalmente. Si se convoca a los indoctos, ¿quiénes podrán resolver de cosas que no entienden? Pero es que no tendrán asiento más que los doctos. ¿Qué doctos? ¿Quién los seleccionará? ¿Quién conocerá a los doctos sino un docto? Inevitablemenacontecerá lo que Lactancio cavila acerca de los sabios de Grecia: *La elección y el desecho de los jueces será un embrollo insoluble para los espíritus, soliviantados por odios y perturbaciones de todo género que ahogan todo juicio.* Yo, cuanto más embrollada veo la cosa, tanto más confío que van a estar dispuestos el auxilio y las luces de la Divinidad. Toda la costa de los Países Bajos experimentó grandes daños de una crecida que, acrecentándose día por día de todo este mes, de luna llena, se extendió empujada por un viento fortísimo por toda esta comarca; rompió las esclusas y campeó e inundó extensiones que desde hacía doscientos años no experimentaran tales calamidades. Perdióse mucha ganadería, mucha cosecha, y dicen que las sementeras quedaron averiadas de la salazón del mar. En la actualidad trabájase con toda diligencia por excluir el agua salada; témese carencia de mantenimientos, y el pueblo, exhausto y pobre, teme muchas otras cosas más. Esto nos viene del cielo; con todo, nosotros preferimos atribuirlo al azar o a cualquier otra causa que a la bondad de Dios que nos avisa. Dicen también que el Tíber se salió de madre licenciosamente y ocasionó gravísimo estrago en hombres y en animales; arruinó muchos edificios y que muchos otros amenazan con caerse y que toda la ciudad no es más que alarma y terror. Ten salud.

XIX

VIVES A DON ALFONSO VIRUÉS: SALUD

Siento que de tanto tiempo quedase suspendida entre nosotros la costumbre de cambiar cartas; esta correspondencia me era agradabilísima: Yo te pido que para nuestra mutua satisfacción volvamos a ella. Las noticias que aquí nos han llegado de Alemania son éstas, poco más o menos: El César se ha toma-

do muchísimo interés en lo de Alemania y no dejó de hacer de lo que compete al buen príncipe, pues ejecutó con suma prudencia todo cuanto era pertinente en tan grave asunto. Exhibiéronle algunos determinados capítulos de su confesión, y de ellos dicen no poder apartarse sino empujados por la autoridad del Concilio que dicen les fué concedido. Dícennos que el príncipe determinará el lugar y el tiempo y todo lo que se refiere a su convocatoria el próximo mes de junio, a lo sumo, en el mes de julio. Aquí nosotros esperamos al César antes que termine el presente año. Esta visita hízonosla esperar por una carta que dirigió a su tía. Su profesión de fe se reduce a esto: Creen en los doce artículos de la fe y en el santo sínodo de Nicea; que sacerdotes no lo son a barrisco cualesquiera bautizados, sino los que han sido llamados legítimamente; que en la Cena del Señor hay el verdadero Cuerpo y Sangre del Señor; que el bautismo se ha de administrar a los niños; que los adultos no deben ser rebautizados; que la confesión ha de mantenerse en la Iglesia como útil, pero que no todos los pecados han de revelarse al sacerdote; que en los días festivos, en cada una de las iglesias no ha de celebrarse más de una misa, en la cual se acerquen a la Cena del Señor todos los sacerdotes y diáconos y los fieles que quieran, y que en los restantes días no festivos no se celebre el sacrificio de la misa, si no es que alguno quiera recibir el Sacramento; que todos comulguen bajo entrambas especies; que es de la incumbencia del sacerdote admitir a la mesa del Señor a los dignos y rechazar a los indignos; está a todos consentido tomar esposa y que nadie pueda hacer voto de castidad; que el obispo no puede prescribir diferencias de alimentos, y que no se piense que las culpas pueden borrarse más que en la fe de Cristo; que a los santos se les ha de imitar, no rogar; que el obispo puede mandar en lo que atañe al orden de la Iglesia, no en lo otro, verbigracia: qué días son festivos y cuáles no lo son; que el episcopado no tiene aneja ninguna otra jurisdicción o potestad si no se la atribuye el príncipe laico, que debe ejercer cuando ha cumplido con sus sagrados deberes y no en ningún otro caso. En estos artículos hay muchas afirmaciones obscenas y otras astutas, y muchas dejadas de lado. Grave es esto; pero más grave lo que se temía, a saber: del bautismo, de la Cena del Señor o la Eucaristía, del sacerdocio, puntos éstos acerca de los cuales hay en Alemania quien siente pésimamente, verbigracia: los secuaces de Ecolampadio y Zuinglio, a quienes contradice Lutero y les impugna con su pluma. ¡Tan seccionadas están esas sectas! En el concilio yo no veo cosa más difícil como el determinar quiénes serán los jueces en asunto de tanta monta, especialmente en un siglo tan infestado de partidos y tan exaltado de partidismos. Los unos son sospechosos y aborrecibles a los otros. Yo no veo que pueda hacerse algo de bueno si Cristo no aporta socorro manifiesto en situación tan crítica y casi desesperada, de la cual ya te escribí con preponderante interés, porque en este tiempo yo no veo cosa que más afecte al estado del mundo cristiano. Ten salud.

XX

VIVES A SU MUY QUERIDO MIRANDA: SALUD

Hasta ahora no respondí a tu carta, que me fué mensajera de muchísimo placer, porque estaba absorbentemente ocupado en no hacer nada y del todo avezado a la desidia Yo, que antes para todos los negocios solía crearme una ociosa soledad, ahora yo mismo opongo negocios a negocios, ficticios y creados por mi opinión para excluir los verdaderos y los serios. Increíble es, aun cuando lo digamos, que por vicio de nuestra naturaleza se haya llegado a tal situación, que en las universidades, que son como las capitales de los reinos, y donde (porque de ellas deriva el régimen sobre todas las otras capas de la sociedad) convendría que se impusiera la mayor prudencia y sabiduría, el seso y la cordura son el puro desvarío. A este inconveniente general allégase otro privado y no pequeño ciertamente, y es que aun cuando el espíritu quiere volver a sus usados ejercicios leyendo, escribiendo o meditando, y reponerse y recrearse con aquella añeja usanza familiar, no queda lugar ni espacio para esa cosa. Tengo por habitación un cuchitril estrechísimo donde no hay mesa alguna, apenas sillas, rodeado circularmente de otros cuchitriles llenos siempre de estrépitos y de gritos, por manera que no puede el espíritu recogerse dentro de sí mismo, aun cuando quiera y haga los mayores esfuerzos para ello. En este caso, aléjome algún tanto de la corte, y porque el día no se me vaya todo en ir y volver, a veces salgo de casa a la mañana y no vuelvo hasta la noche. Allí, si he cenado, no ando en esas estrecheces, ¿cómo podría?, sino que doy vueltas como en una jaula; ni cuando estoy ahito, puedo estudiar, pues hay que atender a la salud, especialmente aquí, donde si enfermare me echarán en algún muladar y no habrá quien me mire con más compasión que a una perra roñosa y ruin. No cenado, leo alguna cosa, y aun frecuentemente no ceno, porque esta vida sedentaria mía no me permite digerir como cuando salgo a pasear afuera.

En escribiéndome, que yo voy a dejar con este tenor de vida un dechado de grandes virtudes, tú, según mi costumbre, escríbesme no lo que hago, sino lo que debiera hacer. Es tu bondad la que te dicta eso, ora escribas porque en realidad lo sientes así o porque tu afecto te inspira esas amabilidades. Yo soy de un natural que no es flaca mi culpa, pues veo la virtud, la apruebo, la predico y, con todo, no la practico. Cuando ya esté en mi lugar, a su debido tiempo, terminados mis estudios y conseguida mi tranquilidad, acaso haré algo de bueno; pero ahora, con esos continuos desplazamientos, yo mismo me disloco y soy otro muy diferente de cuando estoy quieto y en casa; diríase que el ingenio y la mente se mueven juntamente con el cuerpo. Yo no dudo que a ti, que avanzas por el camino derecho de la probidad, que te hacen mucho daño aliados del vicio dondequiera, tus parientes, tus amigos, tus vecinos y todo lo que ves y todo lo que oyes. Pero tienes donde retirarte y recobrarte de esa barahunda y haber con amigos sabios y afectuosos, con los cuales alternas con frecuencia como me lo significa esa carta tuya que quiero que sepas cuánto me contentó, grave de sentencias y de buenos dichos, redactada en

un latín terso y de elegancia acicalada y sembrada de primores. Hasta aquí no has escrito nada que me haya parecido tan lindo. Ruégote yo con todo encarecimiento que te ejercites asiduamente en ese género de escritura y que te refugies dentro de ti mismo para ponderar la razón y el precio de cada cosa, y cuál es su utilidad y cuál es el fin que le fué señalado por Dios y la Naturaleza. Todo esto invirtiéronlo las torcidas opiniones nuestras, por manera que resulta verdad aquello que dice el Salmista ser vanidad universal todo hombre viviente.

Aquello que dices de las molestias de la vida de cada cual, es la pura verdad; pero se vuelven más llevaderas o más pesadas según la fuerza y los nervios que haya en el espíritu de cada uno, aun cuando no puede evitarse que todo tenga sabores de hiel para quien lo refiere a esas caducidades. Y al revés, es fuerza que se vuelvan dulces cuanto más se eleven a aquel manantial del bien y de la total bienaventuranza. *Todo lo puedo*—dice San Pablo—*en Aquel que me conforta.* Miserable es la vida que se ha de llevar pendiente de los juicios y opinión de los hombres. ¿Veráste obligado tú también a exhalar aquella gran queja de San Pablo: *¡Infelice de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?* Yo, todas las veces que pienso por cuántos trabajos y cuántas penalidades arrastramos el pingajo de esa vida, muchas veces me asalta y me domina el deseo de pedir a Dios el fin de mis trabajos y el reposo del puerto definitivo; pero mi reacción es inmediata y rechazo enérgicamente de mí ese pensamiento tan malo de poner tasa a la misericordia y a los juicios de Dios acerca de mí; por manera que si digo con voz de gemido: *Mísero de mí, ¿quién me librará de esta cárcel de muerte?*, repito también con el exuberante optimismo del apóstol: *Doy gracias a mi Dios, por Jesucristo.* Ten salud.

XXI

VIVES A SU QUERIDO ESTRANY

Con mucho desabrimiento supe de tu enfermedad, y de tu restablecimiento, con suma alegría. Para mí ya no es ninguna novedad un día sí y otro también oír y leer un hecho o un dicho en favor mío, clarísima expresión no ya de amor, sino de veneración para conmigo. Por esto, dado que son cotidianas estas amabilidades tuyas, no consideré haber cumplido este deber mío de gratitud con una que otra carta de hacimiento de gracias; he resuelto con una perpetua gratitud corresponder a ese beneficio perpetuo, dándote siempre lo único que te puedo dar, a saber: ser agradecido, cosa que a la vez que es la más fácil es también la más hermosa, por manera que ya no sea verdadero aquel tan celebrado proverbio griego, a saber: que es una *dificultad propuesta a la belleza.* Ten salud.

XXII

VIVES A IUAN CLAYMOND: SALUD

Ninguna necesidad había de carta, marchando ahí nuestro Barquero, que conoce mis cosas no menos que yo mismo. Es un amigo tal, que con razón puede llamarse *otro yo.* pero no pude menos de saludarte con este conato de carta, especial-

mente porque estoy de vuelta a Flandes, para donde pienso salir la semana que viene, con el favor de Cristo. Ten salud.

XXIII

VIVES A GASPAR DE CASTRO: SALUD

Tu carta me fué gratísima. Deseo que tu viaje sea feliz; hay que acomodarse a las circunstancias y a la voluntad de los padres. El consejo que me pides a título de nuestra mutua bienquerencia, te lo darán el tiempo y las realidades. No podemos prever ni adivinar las incidencias y los azares de los negocios; así que el consejo y la determinación con harta frecuencia suelen brotar de la inmediata eventualidad. Con todo, en general puedo darte un consejo y es que refrenes las pasiones de tu alma y seas dueño de ellas, porque no te impidan en ninguna circunstancia atinar con lo que debes hacer. Si estas pasiones alborotadas y amotinadas quitan la mente y el juicio a los viejos más experimentados y prudentes, cuánto más a ti y a los mozos como tú, carentes de experiencia. En consecuencia, cuanto sintieres que vas a ser presa de alguna pasión, si desde el primer momento no la resistes con energía, sábate que no harás nada ni dirás cosa alguna de la cual muy pronto no tengas que avergonzarte y arrepentirte. Y, al contrario, si, expulsada aquella perturbación pasional, vuelves a seso y razón, todo cuanto hicieres merecerá tu propia aprobación y la aprobación ajena.

Las pasiones se doman principalmente por la paciencia y la igualdad de ánimo. Puesto caso que en medio del oleaje de los negocios el hombre se tiene que enfrentar con diversas situaciones y no todo discurre al dictado de nuestra voluntad o de nuestra previsión, pensemos que no nos conviene todo conforme deseamos ni juzgamos. Dios todo lo gobierna según su sabio consejo, desconocido por nosotros y conocido por El. Si tú, ya desde ese momento, te preparas y haces el propósito firme de no dejarte conmover por los sucesos que contrarían tu opinión y tu deseo, sino de soportar con paciencia e inalterable igualdad de ánimo todo cuanto te acaeciere, recordando aquel añejo dicho: *Desea lo mejor, piensa lo peor y sobrelleva lo que viniere;* si con frecuencia ponderas eso en tus adentros y lo pones en práctica, pasarás por este mundo con toda sabiduría y felicidad; pero si soportas la adversidad con impaciencia y dejas que las pasiones se enseñoreen de ti, te fabricarás una vida misérrima para ti e intolerable para quienes contigo convivieren. Piensa que todo esto no te lo dice Vives, sino el oráculo. En paga de este consejo no te pido ni pretendo otra cosa sino que la releas frecuentemente y ponderes y aquilates cada una de sus palabras. Medita igualmente una y otra vez cuánta sea la eficacia de estos preceptos, y a medida que lo hicieres irás experimentando su utilidad. Ten salud.

XXIV

VIVES A SU QUERIDO LUIS ZIFREO: SALUD

Fuéme gratísima tu carta que de tantas cosas me hace noticioso. Aun cuando a algunas ya las tenía conocidas y averiguadas, con todo, como

me las escribiste tú, me causaron renovado placer. Ten salud.

XXV

VIVES A SU QUERIDO JAIME ECCIO: SALUD

Muy placentera, mi caro Eccio, me fué tu carta, que me testimoniaba aquel antiguo afecto tuyo para conmigo; del trueque del mío, no existe causa alguna. Yo no acostumbro depositar las amistades en mi pecho tan a la ligera, que una interrupción del trato o un cese de las mutuas oficiosidades sean parte para desalojarlas y, mayormente, porque tú contrajiste conmigo tales merecimientos por tu cuidado, por tu diligencia, por tu prestación personal, por tu fidelidad, que fuera ingratitud muy negra que yo me olvidase de mi Jaime. Así es que me acuerdo de ti, y con aquellos que conmigo te conocieron en Lovaina hago de ti gustosa memoria y avivo el sabroso recuerdo. Ten salud.

XXVI

VIVES A HÉCTOR DECAMIO: SALUD

Mis ocupaciones tienen la culpa, Héctor mío, de que hasta ahora no di respuesta a tus dos cartas. Por otra parte, fuera de la cortesía y las palabras amables debidas a la amistad, no atinaba qué cosa de importancia podría escribirte; por eso diferí la contestación para cuando tuviese más holgura. Esto lo hice no sin cierta audacia, porque harto conocida tengo tu disposición para conmigo y pienso a la vez que tú no dudas de la mía. Gózome de que aquí tengáis salud; querría yo poder decir de mí otro tanto, aun cuando me acontece aquello que dice Ulises en Homero, a saber: que *al hombre cada día, con el sol, le amanecen nuevas ideas.* Así también a mí me amanece una nueva dolencia, y desde hace dos días muy diferente de la acostumbrada. La causa está en ese clima demasiado húmedo y aquí, en Oxford, tierra palustre, demasiado craso. Ten salud.

XXVII

VIVES A SU LINACRO: SALUD

Ya hace tiempo que no recibo nada de ti y ello no sin grande ansiedad mía, no porque ya se me haya deslizado de tu memoria, ¿qué cosa hay que pueda temer menos de ti?, sino porque temo que no te lo estorbe tu fementida salud. Si me amas, líbrame de ese cuidado, angustia diría mejor, si no con cartas frecuentes, al menos por encomiendas frecuentes por medio de aquellos que al partir para aquí, han acudido a recibir órdenes. Harto habrás podido entender si es que yo he tenido la fortuna de demostrarte todo el afecto que te tengo, que para contigo tengo no menos cariño reverencial que para con un padre, porque tú has hecho comprender que me amabas no menos que a un hijo. Al mismo tiempo sería contento de saber, si puedes y si quieres, qué haces de tu Gramática y qué piensas hacer. Ten salud.

XXVIII

VIVES A SU QUERIDO EGIDIO GERALOPO: SALUD

Muchas veces hablé en palacio con tu hermano, quien por su va-

lentía y la entereza de su ánimo es amado del rey, de la reina y de los restantes primates de Inglaterra. Hemos platicado de muchísimas cosas más, puesto que él, nuevo Ulises errabundo, ha visitado luengas tierras, conocido las costumbres de muchos hombres y habla muchas lenguas a la perfección. Yo siento avidez de sus charlas y ocurre que hagamos no escasa mención de ti. Soy de parecer que a ti te ama no como hermano, sino como padre, atento siempre y buscando las ocasiones de engrandecerte. Mas aún: en presencia mía habló a la reina de ti, en trance de acompañarla nosotros dos desde Richemond a Syón, para asistir a los divinos oficios. Con todo, desea que tú seas tal, que no se crea que es el piadoso impulso de la sangre quien le lleva a hacerte beneficios, sino tus méritos, tu virtud, hasta el punto que aquellos beneficios puedan parecer muy justamente colocados, aun cuando le fueras del todo ajeno. Y por más que yo le garantice que acerca de este punto tuviese buen ánimo, no contentándose con estas seguridades mías, me rogó con el más ahincado de los encarecimientos que te escribiera alguna carta monitoria sobre los estudios y la virtud; yo deferí al ruego, y le prometí que lo haría, y a ello voy quizá más tarde de lo que él había esperado y con toda certeza mucho más de lo que yo hubiera querido; pero no más tarde de lo que me ha sido posible.

Estoy tan agobiado de negocios, que apenas me queda momento para escribir de cosas sumamente necesarias, y con todo, ¿cuál lo es más que exhortar a los mozos a la virtud y a la sabiduría. Yo dejé pasar el tiempo con alguna confianza, porque no ignoraba que tú, por tu propio impulso, eres a ellas muy propenso. Así es que no pensé que debía desaprovechar la ocasión de espolear a quien ya corre, si es que necesita de quien le incite a quien puso más cerca de su pensamiento aquel semblante de la honestidad, que, si pudiera contemplarse con los ojos corporales, despertaría una admirable afición a ella misma. En ella lo primero a que atiendes es al fin para el cual fuimos criados, y constando, como constamos, de alma y cuerpo, el cuerpo no es común con los animales irracionales y el alma lo es con Dios. Cuanto más nos elevamos por el alma, tanto más nos acercamos a aquella naturaleza divina. Ambos tienen sus deleites o placeres. Organizólos la Naturaleza de tal manera que los que residen en el cuerpo, a saber: los brutales, siguen el carácter y la condición de las bestias; son feos, livianos, inciertos, pasajeros y como las bestias mismas, perecederos. En cambio, los que radican en el alma, reciben en cierta manera la naturaleza de Dios y son puros, ciertos, sólidos, verdaderos y con el alma misma, inmortales. La compañera de los primeros es el hastío; la de los segundos, la alegría; y así como las bestias que buscan escondrijos donde meterse están deshonradas y todos las denuestan y las acosan, así los placeres corporales se tapujan en las tinieblas y no se atreven a sacar la cabeza a la luz, engendran deshonor y provocan su persecución propia. Y al revés, los deleites del espíritu se gozan de estar en la luz, gustosos se manifiestan y merecen general respeto y admiración. Por eso, con toda razón la virtud tomó el nombre de honestidad que como es la sola que merece honor, sola y señera también recibe el honor debido. Y aun

cuando no es propio de alma grande y elevada profesar la virtud por un premio humano (pues ella misma ya es de suyo premio suficiente y harto glorioso), y no es razón que por unas cosas tan tremendamente inferiores se vaya en busca de la virtud, que es la soberana dueña del mundo y se la destrone en cierta manera de su solio y se la obligue a servir a sus propias criadas, como son la opinión, las riquezas, la dignidad; con todo es de ánimo generoso no desdeñar del todo el concepto público. Por todo esto querría yo que no ignorases que en esto consisten los premios más altos ofrecidos a la virtud y a la erudición, como pienso que lo habrás oído contar de muchos de tu familia y de tu sangre, quienes, como si obedecieran a una consigna, defiriendo a la voluntad de los príncipes y espoleados por la común admiración, remontaron a la contemplación de la doble majestad de las letras y de la virtud y a irles a la zaga con todo género de distinciones, de honores, de dignidades, de premios, por manera que puesto que *el honor fomenta las artes*, es admirable y ejemplar el fervor de todos para aprender disciplinas.

Muchísimos son los que se dejan conducir por tan espléndidas retribuciones al estudio de las letras; pero luego, puesta la mira en el esplendor de la ciencia y de la virtud, desdeñan ya los primeros móviles que les impulsaron a los estudios, los desdeñan ya como muy inferiores a estos otros que emprendieron por aquella recompensa. Empero, a esos tales no les acompaña la alabanza, la honra, la admiración, los opíparos dones de la fortuna, porque esos en cuya mano está la fortuna reverencian vehementemente como es razón los bienes del alma, si son ordenados como lo eres tú, por la comodidad de los beneficios eclesiásticos. No es que yo te exhorte a la virtud y a las letras con ese fin. ¿Qué menos digno que yo lo diga y que lo consigas tú, sacerdote, de Cristo, que renunciaste al mundo y a todos sus alicientes por seguir, libre y desnudo, a Cristo libre y desnudo? Y cuando celebras el adorable misterio de nuestra fe o recuerdas cuyo sacerdote eres, no dudo que te compones y acomodas a la vida del Maestro, que quiso que los suyos no tuviesen nada común con el cuerpo para ser más inequívocamente hijos de Dios, sino que para entender los misterios evangélicos, anduviesen en pos de la sabiduría, para tratarlos más religiosamente, y de piedad y el conjunto de las restantes virtudes. Y porque experimenté que no careces de ingenio y de juicio, por eso abrigo la confianza de que para persuadirte de esta verdad, no serán menester muchas palabras. Incluso me atreví a ponerte en el número de aquellos ingleses que conocí allende el mar, de quienes concebí buenas esperanzas. No ha de ser para ti uno de los menores acicates el entender que aquí toda la juventud arde en amor tan vivo de los estudios y de la virtud; tú no te faltes a ti mismo y no defraudes ni los deseos de aquel varón excelente que es tu hermano, ni las esperanzas que se han fundado en ti. Piensa la gente que vosotros que habéis pasado el mar, bien porque os acordáis que con este fin salisteis de la patria o porque en los lugares donde estáis se puede acarrear mayor erudición que en Inglaterra, tenéis la forzada necesidad de regresar a vuestros lares con grandes aumentos de acumen,

de juicio, de doctrina, de virtud. Y aún me serás ocasión de grande corrimiento a mí, cuyo testimonio piensan ser de algún valor por la práctica de tantos años, si no te demuestras tal cual prometí que serías.

Todo esto que he dicho es por lo que toca a los otros, por callar los deleites que te van a procurar la erudición y la virtud; y cuánto sosiego y tranquilidad espiritual y cuánta salud y confianza de conciencia, tesoros éstos que no admiten comparación con ninguna riqueza ni con ningún reino. Y allende de esto, el conocimiento y el seguimiento de aquel Maestro de la religión cristiana y Dueño y Señor del universo mundo. Si alguno piensa que con estas purísimas fruiciones han de compararse aquellas corporales, abominables y feas, o el lujo o la pereza, ese tal no ha de ser considerado como hombre, sino como bestia. Yo no dudo que piensas esto y que te ajustas a esas enseñanzas. Pongo, pues, fin a la carta. No la tomes como un aviso porque no vivas así, sino como un estímulo y como un parabién si así vivieres. Ten salud.

XXIX

VIVES A SU QUERIDO BARRETO: SALUD

Si no conociera yo a mi caro Barreto, sospecharía que le caí de la memoria, porque no escribe; ahora, tratándose de un amigo tan conocido y probado, no temo más sino que se encuentre de otro modo de lo que él querría, porque tiempo ha que no oigo de él. El amor es en extremo receloso. Escríbeme, pues, no por aumentar el amor, que ya llegó a lo sumo. sino por quitar el recelo que sigue o rodea al amor. Ten salud.

XXX

VIVES A P. MALUENDA: SALUD

La unión de nuestros espíritus no sufre silencio tan prolongado. ¿A quiénes escribiremos si entre nosotros no nos escribimos? A mí impúsome este silencio un romadizo y una oftalmía que me duró todo este verano, y a ti te lo impuso, según creo, esta teología peleona con que te armas para salir al sol, por ahora, y el día de mañana, a la arena y dar mucho que hablar en una materia la menos indicada para ser fábula y representación escénica. Pero es el caso que el público, tirano muy cruel, al cual no convendría que cediesen los varones fuertes, sino que le rechazasen con la libertad de la verdad, en cosa de tanta, pone en los cuellos humanos el yugo de torcidos juicios. Ten salud.

XXXI

VIVES SALUDA A JUAN, OBISPO DE LINCOLN

Aun cuando no tenía de momento cosa que valiera la pena de serte escrita, a ti, que estando absorbido por tantos negocios y cuidados públicos no es caso de escribirte lo que viniere a los puntos de la pluma, con todo el amor singular que te profeso ha hecho que te hablase cualquier fruslería antes que callarme la boca, tanto porque tú, en medio de tan graves preocupaciones, no te olvides de mí (aun cuando eres tenacísimo retentor de los amigos y muy recordador suyo), como

porque no me creas olvidado de tus bondades y de tus favores. Ten salud.

XXXII

VIVES A SU QUERIDO FRAY JAIME MENESES: SALUD

Recibí tu carta, que me fué agradabilísima, ya por el recuerdo de nuestra vieja conoscencia, ya porque procedía de ti, cuya destreza de ingenio desde que convivimos yo favorecí, deseando que te ejercites en lo mejor, sin la menor duda de que descollarías en cualquiera actividad. Ten salud.

XXXIII

VIVES A SU QUERIDO JUAN CASTELL: SALUD

A tu carta bien nutrida, hízomela breve, mi caro Castell, el placer que tomé de leerla; me impresionó muy gratamente como una conversación entre los dos, cosa que haría más gratamente, si la oportunidad se presentase o mi camino fuese para ahí o el tuyo para aquí. Quiero que perseveres en el propósito de encontrarnos antes que vaya a Inglaterra Concertemos un lugar cómodo para los dos. Ten salud.

XXXIV

VIVES A JUAN CLAYMOND: SALUD

Estoy corrido de no haberte escrito una palabra en tanto tiempo. A buen seguro, si supieras qué tiempos y cuán revueltos y cuán ásperos oprimieron casi por completo mi voz, no te costará excusar mi silencio. No dudo que conoces buena parte de estas incidencias: tan divulgadas fueron por Inglaterra y esta región. Ten salud.

XXXV

VIVES A SU QUERIDO BENITO HUGU: SALUD

Huélgome infinitamente de que hayas demorado tu viaje. ¡Ojalá fuese para dentro de diez años! ¿A qué se te llamó? Al ejercicio de todos los crímenes, a la aprobación y aplauso de las maldades, a la persecución y a la mofa de la virtud. Acuérdate de estas palabras cuya expresión verás en Roma. Recibí una carta de tu hermano, escrita con mucha anticipación, breve y desaliñada, en la que me dice que no puede hacer nada de lo que yo le había pedido, como si yo le hubiese pedido algo por propia iniciativa y no provocado e instigado por él. Pero yo cuento responderle de forma que conozca que es su amistad lo que yo pido, no sus regalos ni ninguna oficiosa diligencia en favor mío en cosas que no se me habían acudido a las mientes antes de que recibiera en Lovaina su carta de mano de Nicolás. No sé por qué mal hado mío sufro la pérdida de mis mayores amistades, y cuando los amigos no pueden concederme lo que buenamente me prometieron, avergonzados se hurtan a mi trato, siendo así que yo ni les incité a prometer ni les apremio porque me den. Tú, mi querido Benito, arréglate de tal manera ya desde ahora que no desees las riquezas si no las tienes, y si las tienes, adminístralas con suma integridad. Por el estudio alcanzarás aquel grado de prudencia y de virtud sin las cuales te serán cargosas la riqueza y la pobreza y

gracias a ellas se te harán del todo llevaderas. Gracias por la *Retórica*, de Hermógenes. Ya me las había enviado desde París, juntamente con otros tratados de lo mismo, mi querido Valldaura, y por cierto más caros de lo que yo quisiera.

XXXVI

VIVES A SU SEÑOR G. BRIXIO: SALUD

Juan Justiniano, el cretense, que estuvo aquí algún tiempo y te trató familiarmente según tengo entendido, contóme muchas particularidades de tus estudios, de la singular probidad de tu carácter y de la buena voluntad que me tenías; no era todo esto ninguna novedad para mí, pero me contentó indeciblemente. Por ese don de gentes de esa habilidad con que te granjeas la querencia de los hombres, te admiro mucho y te felicito. Quedo muy agradecido a lo que sientes de mí o, mejor, por lo que me quieres, aun cuando pienso que yo en ese punto no te debo nada. Creo que estamos a la par en el amor, desde que conocí qué hombre eras, pues antes más que por un criterio me dejaba guiar por no sé qué innata simpatía o por la obligación a un hombre a quien sinceramente deseo toda clase de bienes. Tu caro Justiniano vuelve a Italia a aquella salubridad de los baños, por probar si podrá soldar la rotura de su brazo; tiene ese hombre no sé qué vergüenza aldeana. Te lo recomendaría si no fuese, como presumo, más familiar amigo tuyo que mío, aun cuando yo tuviese para contigo tal valía que pudiese recomendar a los otros. Por la bienquerencia que le profesas, bastará que yo te lo haya insinuado, pues él no lo hiciera nunca, si no me engaña la opinión que tengo formada de él. Lo hice con tanto más gusto y prontitud, porque entendí por el título de algunas de tus obras que estabas al frente de los limosneros del rey.

Con este empleo, tu prolija buena voluntad se vió aumentada con una mayor posibilidad de hacer bien. Ten salud.

XXXVII

VIVES A LOS HIJOS DE JUAN VALTER: SALUD

La amistad que sabéis que me une con vuestro padre, dechado de todo género de virtudes, requiere que yo os tenga en lugar de hijos.

Para mí no hay cosa más grata que el que me cuenten que vosotros os acordáis del motivo por el cual fuisteis enviados aquí, porque a una os esforcéis por corresponder a la expectación general y a los ardientes deseos de vuestros padres. Me dicen que vosotros os aplicáis con diligencia al estudio de las lenguas y del derecho aprendiendo al mismo tiempo a bien saber y a bien decir. Este doble ejercicio, si como lo comenzasteis lo lleváis a buen término, os reportará en lo sucesivo provechos grandes y gloria grande; os distinguiréis entre los hombres no menos que entre los barbechos descuidados e incultos, los campos cultivados. Si somos hombres por el alma, por el cuerpo no nos distanciamos demasiado de las bestias; queda claro, pór tanto, que aquel que con todas veras cultivare su espíritu, va a ser hombre en realidad de verdad, a pe-

sar de su proximidad con el bruto que consiente que el ánimo perezoso e inerte se vuelva salvaje como un matorral. ¿Y qué cultivo del ingenio puede ser más excelente que el conocimiento del derecho, mediante el cual cada uno no solamente se mejora individualmente, sino que se constituye en conductor y caudillo de la vida (que es lo más excelente que imaginarse pueda en la vida), puesto que es imagen de aquella Naturaleza celestial soberana y omnipotente que lo rige todo? La palabra nos distingue de los brutos, que se llaman mudos por eso.

Poco o ningún provecho acarrearán todas las disciplinas sin el recurso de la facundia que las saca afuera, pues de otra manera quedarían escondidas como una espada dentro de una vaina. ¿Y qué más diré si el conocimiento de las lenguas no solamente significa una ayuda y un adorno para las otras artes, sino que sin él no pueden subsistir, puesto caso que, como no hay nadie que ignore, las cosas tienen su expresión en las palabras, por manera que sin las palabras no hay posibilidad de llegar a las cosas?

A la verdad, cuando por otras pruebas evidentísimas es fácil colegir cuánta sea la prudencia de vuestro padre, puesto que con tanto juicio moderó vuestra educación y quiso que a ella se uniesen aquellos estudios que habían de reportaros la distinción máxima. Por todo esto, sed dóciles al designio de vuestro sapientísimo padre, excelentes mozos, y entregaos al cultivo del respectivo talento por el cual habéis sido enviados a la Academia. Tened salud.

XXXVIII

VIVES A SU AMIGO: SALUD (1)

Tú siempre te ases a cualquier ocasión para merecer bien de mí; yo, en hacimiento de gracias, porque no tengo ninguna posibilidad, no puedo ofrecerte más que mi voluntad, que abriga para contigo los mejores deseos; contentaráste con ella y la aceptarás como única correspondencia posible. Tu obsequio me fué grato por muchísimos conceptos, por él mismo, porque venía de ti y por la sazón en que vino. Ten salud.

XXXIX

VIVES A SU QUERIDO FRANCO LEARDO: SALUD

Yo confío que nuestra amistad, que nos granjeó tu hermano, como la comunidad de nuestros estudios, será firme y perpetua; pero es el caso que en las mayores amistades con harta frecuencia se interponen largas temporadas de silencio, porque andan sorbidos por otros negocios o no tienen asunto de qué escribir. Ten salud.

XL

VIVES A GUILLERMO BUDEO: SALUD

Volveríate yo a nuestra interrumpida correspondencia epistolar si no fuese por el recelo de parecer importuno, por añadirte a ti, harto ocupado en funciones públicas, una nueva faena. Así es que no te pido que me hables por escrito con tan-

(1) Esta carta que se lee en la edición de Mayáns, tomo VII, pág. 217, no lleva el nombre del destinatario.

ta frecuencia como acostumbraste en otro tiempo, cuando Dios quería, cosa de la cual yo granjeaba múcho placer y gran provecho. Me limito a pedir que no te sea demasiado gravoso enviarme de vez en vez alguna carta, pues quisiera que creyeses que para mí no hay cosa más grata que nuestra amistad y que me es sumamente grato todo cuanto refresca su memoria. De ahora en adelante tendrás mayor comodidad de transmisión si quieres que algo llegue a mis manos. De aquí marcho a París por motivo de estudios. Nicolás Valldaura, hermano de mi esposa, que fuera de la afinidad está para mí en lugar de hermano, va a estudiar medicina, para la cual tiene una decidida vocación; será él quien te hará entrega de esta carta. Si alguna vez tuviste entre los tuyos a algún recomendado mío, título por el cual te estoy sumamente agradecido, a ése le tendrás, ilustre y carísimo Budeo, no de otra manera que si fuese yo mismo. No pienses que esa recomendación es una de las corrientes. A ningún otro profeso más cariño que a ese joven; una vez que hubieres experimentado su bondad, su docilidad, su modestia, no dudo que le considerarás digno de tu afecto. No es posible que haya ser más modoso y comedido que él. Así que, si algún valor tuvo para contigo mi cariño, le recibirás con los brazos abiertos tan efusivamente como si fuera yo mismo y le pondrás en relaciones de familiaridad con esos grandes médicos, amigos tuyos, Ruelio en primer lugar, cuyo trato le va a ser de muy eficaz ayuda.

Si no tuviera que escuchar más que mi afecto, lo que dije de Valldaura no es más que un pálido comienzo; pero si he de atender a tu perspicacia y a nuestra mutua amistad, ya es demasiado.

A punto estuve el mes de octubre próximo pasado de hacer un viaje a París, por huir de la famosa peste, que se encarnizó cruelmente en toda esta comarca; peste de la cual no dudo que tuviste nuevas. Pero salido ya de casa con esa intención y llegado a Artesia, unos españoles me detuvieron en Lensio; y nuevas más tranquilizadoras que todos los días llegaban de Flandes en el sentido de que la peste amainaba, pues en ningún lugar duró más de ocho días. De manos de mi recomendado Valldaura recibirás mi libro *De la concordia*, escrito el verano pasado, por la compasión que estos tiempos me inspiran. Y puesto que por la flaqueza de mis fuerzas no puedo poner remedio a tantos males, al menos en papeles digo lo que siento y ello me consuela, y sea como sea, me da un poco de tranquilidad. Ten salud.

XLI

VIVES A SU QUERIDO ANTONIO BARQUERO: SALUD

Tiempo ha que no recibo cartas tuyas; yo te envié dos de un mismo tenor y no dudo que una u otra debieron de llegar a tus manos; eran harto largas y te comunicaban muchas cosas que, si no me engaño, tenías deseos de conocer. Mientras tanto, originóse una alarma general y un pánico increíble a causa de la plaga del sudor que de Inglaterra saltó al continente y se propagó por toda esta comarca, llenándola de miedos. En esta sazón, salido de casa con mi mujer y llegado a las islas, que también atacó la pestilencia, mi mujer de todo punto quiso volver a Brujas,

por estar libre de toda aprensión. Luego de haberla restituído a casa, viendo que no corrían el menor peligro los que no lo temían, tenía resuelto ir a veros, y a ese Valldaura, que es mi correo, le había dado orden de comprar un caballo para que me acompañase; pero en Artesia detuviéronme unos españoles y las noticias más tranquilizadoras del contagio. De esas jornadas te explicará lo que quisieres Valldaura, mi cuñado, que va para ahí para dedicarse al estudio de la medicina. El no necesita recomendación mía para ti; sé que le quieres mucho, tanto por mí como por él. No puedo ahora recomendártelo con mayor interés que te lo recomendé en Openta. Harto pudiste comprender en los tiempos de nuestra camaradería hasta qué punto le amo, o mejor, le quiero. Pero has de saber que desde aquellos tiempos ha crecido muchísimo más para con él aquella querencia mía que parecía no admitir aumentos. Por todo esto, mi querido Barquero, para decírtelo en una palabra, piensa que yo soy ese Nicolás. Nc cargaré con más palabras esta misiva, porque el dador de la misma suplirá con su presencia personal cualquier carta, por más larga que fuere. Ten salud.

XLII

VIVES A JERÓNIMO SALINEO: SALUD

Tus grandes virtudes, que son alabadas y pregonadas por todos con increíble unanimidad, me impulsaron a que desease tu amistad. Y esas mismas virtudes tuyas me animaron a que te escribiese esta carta, bien por iniciar la amistad con los mejores augurios o al menos para confirmar nuestro mutuo conocimiento. De hoy en adelante sírvete de mí como amigo, como conocido, como quieras a tu comodidad; pero yo te prefiero como amigo. Tendrás ahí a Nicolás Valldaura, hermano de mi mujer, a quien profeso tanto cariño que le considero otro yo. Este será como un retrato o como un recordatorio para que con frecuencia te acuerdes de mí. Ten salud.

XLIII

VIVES A JUAN MALDONADO: SALUD

Todavía no he visto a Jaime Astudillo, que me recomiendas, porque estoy ausente de Brujas, donde había de reunirse conmigo y donde espero se reunirá la próxima primavera. No pienso antes de ese plazo alejarme de Breda por no dejar a la marquesa en el duelo tan amargo de su viudez. Pero, vuelto a casa, con el favor de Cristo, es decir, restituído a mí mismo y a mi tranquilidad, veré al mancebo, por cierto. según tu deseo, que es para mí un mandato, de más cerca y más familiarmente. No dudo que será como me lo describes.

A mi vez yo te recomiendo a otro Jaime, a Jaime Ortega de Burgos, que te lleva esa carta. Vengo a lo postrero de tu carta, que es lo primero, pues respondo al revés, homéricamente, como dijo aquél. Ningún agradecimiento te debo por haber dicho que mis libros te hicieron admirador mío; si con razón, eres tú quien me lo debes; si sin razón, tú quedas culpado. Lo mismo te respondo a lo que dices que tú muchas veces me defendiste de mis envidiosos. Si lo hiciste por amor de la verdad, hiciste lo que debe hacer un sacerdote de Cristo y un caballero.

como por referencias de muchos estoy persuadido que eres; si lo hiciste sacando el pecho por la impostura, no me haces gracia alguna, asumiendo la defensa de la mentira, aun cuando a favor mío. Es posible que en la censura de los envidiosos vayas alucinado por afecto para conmigo demasiado tierno, puesto que tachas de envidiosos y que piensan mal de mí, a todos cuantos buscan otra cosa de la que hallan en mis libros o que querrían verla dicha de otro modo; en eso cada cual juzga y siente a su manera, sin mengua de la benevolencia. Los unos se engañan a sí mismos; los otros, con recta intención me advierten que yo me he equivocado. Envidiosos no creo yo tenerlos, en España especialmente, por muchas razones. Primeramente, porque vivo lejos de España; luego, porque mis obras son pocos aquí los que las leen, más pocos los que las entiendan, y poquísimos los que las compran; tan fríos están en el estudio de las letras nuestros hombres.

Por esto, ya que nunca escribí palabra de envidia, ni ofendí a nadie, a ninguno muevo de su lugar, ni perturbo ni estorbo las ganancias de nadie y, finalmente, porque mis obras no son tales que despierten la envidia de nadie. En el caso de que sí, en efecto, tengo quienes me envidien, quienes me muerdan, yo, a pesar de todo, prefiero no saberlo, decidido a no volver baldones por baldones ni mordiscos por mordíscos. Adiós, adiós. Breda, 16 de diciembre 1538.

Porque te dije que yo nada te debía en lo tocante a mis estudios, no vayas a pensar que me crea absuelto de toda deuda para contigo. Confieso que por esa voluntad que me tienes, te quedo muy deudor, pero de modo que te pago con igual o semejante moneda, a saber: con mi voluntad rebosante de bienquerencia.

XLIV

VIVES A JUAN VERGARA, TEÓLOGO, SECRETARIO DEL REVERENDÍSIMO ARZOBISPO DE TOLEDO: SALUD (1)

Me entregó tu carta nuestro amigo Jaime y con cuánto agrado la recibí, ¿por qué he de decírtelo? No tengo reparo en indicarte qué de tu propia disposición conjetures la mía. Tan grande y tan fogosa es la fuerza de mi amor para contigo que no puede menos de ser que mueva también tu pecho a amarme, por la conciliación de aquella semejanza de la Naturaleza, por la cual dice Platón que anda trabada y unida la universalidad de los seres. Ello hace que crea yo que no existe filtro más poderoso que el amor.

¿Quéjase de sus ocupaciones y de su apartamiento de los estudios quien tales cartas escribe? ¿Qué harías con holgura y en las escuelas? En ti, entre trabajos y negocios digiere no menos tu ingenio que tu estómago. Gran verdad es que el manantial de nuestros bienes y de nuestros males se halla en nosotros mismos. Tú en la Corte, en medio de tantos tráfagos y de tanta barahunda vives, quizá, con más quietud y más sosiego que muchos otros en la aldea, en el campo, en la soledad, porque no tienes nada que haga ruido en tus adentros. Sócrates, en plena ágora ateniense, andaba engolfado en inefable calma. Y Laer-

(1) Esta carta y la siguiente están sacadas de *Clarorum Virorum Epistolæ meditæ*, publicadas por Bonilla San Martín. *Revue Hispanique*, VIII. París, 1901.

tes, en cambio, era como aquella vieja de la *Odisea* que con su criada, que le servía de comer y de beber, en agreste esquividad, padecía toda suerte de males.

Hay hombres activos que, acomodándose a la vida civil, hallan el cebo en su propio trabajo, y otros, perezosos, sedentarios e ignorantes, que buscan la quietud y el apartamiento. Y quién sabe si tú, si de esa actividad te pasases a nuestra inercia, se entumecería tu ingenio y echaría de menos la usada labranza y añoraría aquel suelo generoso, producidor de las más bellas cosechas. Mas nosotros no solamente temerosos de las tempestades, sino también del mismo mar, nos refugiamos en ese mar muerto, en ese mar lánguido como en un puerto. Así es que por más que alabes y admires esa sombra en que yo vivo y esa oscuridad de vida, creo con todo que ese esplendor tuyo y esas funciones públicas se acomodan más a tu ingenio. Aquí tienes al príncipe de todos los *amadores de las elegancias* que hay en España, varón elocuentísimo, y así por su propio natural como por su formación juiciosa es amante de la erudición y de la virtud, y cuya conversación y trato no dudo que alivian el enojo que puedan haberte ocasionado los negocios y satisfacer tu deseo de la comunicación erudita. Yo no dudo tampoco que serás amigo suyo muy estrecho. Estos ingenios excelsos y sublimes, aunque se entregan a pocos hombres en el trato y familiaridad, con todo si dan con un amigo a la medida de su deseo, derrámanse en él como en el más afín a su propia naturaleza, le reciben con los brazos abiertos y no le aman menos que a sí mismos; así estimo que será el tuyo. Sé lo que él piensa de mí por las referencias que tú me das; muchísimas gracias. ¿Quién es de piel tan dura a quien no le lisonjee que hable bien de él héroe tan grande?

En cuanto al recelo que tienes de que mis cuidados domésticos me aparten de la vida de estudios que me propuse, te digo que estés tranquilo. Hace más de tres años que contraje matrimonio. Hasta el momento presente, gracias a Dios, no he restado a mis estudios ni siquiera una hora y de ello no puedo darte demostración más cierta que esta que de tanto en tanto me produce cierto pánico, a saber: mi pobreza. Hasta el día de hoy viví de la largueza de mis príncipes; lo que dan, lo dan a un ser libre, sin contrapartida de ninguna obligación. Y aun cuando fuese así, no atino a ver en qué pudiera serles de provecho un hombre como yo formado en estudios y letras que no dan ningún rendimiento.

Regresé de Inglaterra el mes de mayo, luego de haber prometido que volvería allá a primeros de octubre; mas, para mí, en esas convulsiones mundiales, todo es incierto e inestable y tengo la impresión de que llevo mis pies por un deslizadero sin lugar firme donde apoyarlos, por lo cual vivo casi al día y no hallo donde reposar mi esperanza el día de mañana. Parecíame cuando estaba soltero tener un camino abierto a la Fortuna, con un beneficio eclesiástico; pero yo, que acariciaba otros planes, me aparté de ese camino. Ahora he vuelto a pensar en ese camino y volverme a él, si alguno me alargase su mano. Mi esposa tiene tres hermanos; a uno de ellos le haré entrar en las órdenes sagradas, si alguno quiere darle después de la ordenación lo que yo no puedo recibir porque soy seglar. No obstante, me temo que

lo que rehusé de soltero, no lo halle ahora de casado. ¿Hay en el mundo beneficios eclesiásticos suficientes como para dar a los casados, cuando no a los solteros y cuántos ordenados hay para repartírselos? Si hubiere alguno de sobra, acaso te pediría que interesases en esa petición mía a tu príncipe y señor. Pero sospecho que aun cuando tuviese muchísimos que dar, serán muchos más los pedigüeños que se los piden con la boca abierta. Muchos son los que despacha ricos y felices, pero deben ser bastantes los que se apartan de él quejosos. Confiaremos, pues, en Aquel que en el dar es inexhausto, que da con largueza y sin compensación, que abre su mano e hinche de bendición todo ser viviente.

Lo que ahora llevo entre manos de materias grandes variadas ni te lo puedo explicar en pocas palabras ni me atrevería tampoco porque no me tuvieses por temerario, por haberme engolfado en tan anchuroso piélago, o me tuvieses por arrogante por prometerme tanto de mis fuerzas. Si estuvieses aquí te descubriría todos mis planes y me aprovecharía de tus luces. Pero puesto que estás ausente, no hay por qué enviarte esquemas, no pudiendo oír opinión tuya útil ni práctica sino después de maduro conocimiento y examen. Tampoco me es posible consultar a Erasmo, que, poco más o menos, está tan lejos como tú. Así es que yo solo abro las velas, gobierno el timón, siéntome en el escálamo y tarareo la canción de los remeros y hago yo solo todos los aparejos de esa nave a quien dé Dios buena ventura, sostenido en mi propio juicio, porque no tengo nadie con quien pueda contrastarlo. Quizá cuando los libros estén publicados los buenos amigos con sus avisos y los enemigos con sus críticas, y aun los desconocidos con los juicios que a la ligera emitieren dirán algo que pueda serme de provecho. Harto sabes que el vulgo ni sabe pensar rectamente ni puede callar lo que piensa. Yo de detrás del tablado escucharé las charlas y los juicios de la multitud, como aquel celebérrimo pintor de Grecia, y no va a faltar un zapatero que dé consejos cuerdos acerca de los zapatos. Tampoco tengo intención de sacar prematuramente estos volúmenes de mi casa hasta que tenga la casi seguridad de poder salir en público sin riesgo de tenerlos que recoger y ponerlos de nuevo en el yunque. Tengo la idea de que nosotros, en la publicación de los libros, abusamos con harta frecuencia de nuestro trabajo y del trabajo del lector, con no pequeña mengua del fruto de la obra en que comenzaré a *hispanizar*.

No sé si darte razón en lo que dices de nuestros hombres. No puedo disentir de ti, puesto que sé con cuánta prudencia pones atención y ponderación en todas y cada una de las cosas. Pero acaso algún intérprete menos benigno, a eso mismo que tú llamas poca prisa con un bondadoso eufemismo, otro le llamaría pereza o rudeza de la pluma o escasez de tipógrafos y dificultad de pronunciar el nombre. Con todo, hay que hablar bien de la patria, aun cuando sea otro el propio sentir. No seré yo quien niegue que hay en España, especialmente estando tú ahí, quienes puedan competir en erudición y variedad de conocimientos con cualesquiera otros, sean de la nación que fueren; pero créeme por fuerza tiene que haber más erudición general donde mayor es la abundancia de libros. No pueden adivinar los hombres de estu-

dio. La instrucción hay que sacarla de los autores, algunos de los cuales son de gran reputación, cuyas obras ni siquiera de nombre conocen los filósofos que gozan aquí de mucha fama. Nunca creeré que exista ahí gran muchedumbre de estudiosos, hasta que me dirán que hay en España diez o doce impresores que publiquen y divulguen los autores clásicos. Por este procedimiento, las otras naciones se limpiaron de la herrumbre de la barbarie.

Mucho me complacerás si me escribieres lo que haya pasado posteriormente en el asunto de Erasmo. Llegó a mí la noticia oral, confirmada luego por cartas, que los erasmistas asintieron con Santo Tomás y Escoto y que se intentó la acusación y que se pide que también se haga inquisición contra ellos. ¿Cómo les vino a las mientes? Yo ni siquiera sospechaba que ello fuese posible. Si tú hicieres en sus escritos escrutinio tan minucioso como el que ellos hacen de las obras de Erasmo, halláranse en ellos sentencias más intolerables, sino que a muchas recias y muy graves, la costumbre y el uso les quitaron las esquinas.

Con todo esto, no faltarán, que nadie puede profesar ni defender sino con una interpretacioncilla o con una distincioncilla como no fuera que un heterodoxo se abrigase tras ella.

Poco ha me escribió Alfonso Virués, benedictino, acérrimo partidario de Erasmo, a lo que se ve, y fervoroso cultivador de esas letras y artes en que tenemos nuestras complacencias. Quisiera saber qué tal es ese hombre. A mí no me parece indocto y, además, me parece muy sesudo. Pienso que no había llegado todavía a tus manos el opúsculo *De la insolidaridad de Europa*, que es mi más reciente producción. Haré que te lo envíe desde Burgos Alvaro de Castro. No respondí a aquel pasaje en que me declaras tu buena voluntad para conmigo; esto no es para mí ni novedad ni incertidumbre, aun cuando me fué tan grato como si fuera nuevo.

Prométesme que en adelante me escribirás con frecuencia; nada podrá serme más deseable. Ruégote encarecidamente que así lo hagas. Ten salud.

Brujas, 14 de agosto de 1527.

XLV

VIVES A JUAN VERGARA, TEÓLOGO: SALUD

Te participo que tu billete recorrió gran parte de Europa antes que llegase a mí. De España fué a Francia; de ahí pasó a Alemania, y de Alemania se me remitió a mí. No he visto a Fonseca; no quiso separarse un paso del cortejo de su duque. Grato me fué ciertamente, aun cuando ya sabido; en algunos años no vi cosa semejante. De lo del beneficio eclesiástico, dígote que me será cosa convenientísima. Este asunto lo dejo a tu decisión y comodidad. El César me socorrió con un salario de ciento cincuenta ducados, que cubren aproximadamente la mitad de mis gastos, siempre que sea seguro y periódico, como era aquella pensión de Inglaterra. Yo deposito todos estos cuidados en Cristo. Diez años ha que te separaste de nosotros. ¡Qué rápido ha sido su vuelo! Y no serán menos veloces los que quedan. ¿Por qué, pues, esa ansiedad y acucia por cosas tan momentáneas?

Te hago saber que yo, desde ha tres años, sufro jaqueca muy grande y un agudo mal de ojos; con todo, esa bellaca salud me es sumamente saludable. Amengua en mí el deseo de esta vida y aumenta el deseo de la otra. Te traerá esta carta Alfonso Tamayo, mozo a quien quiero mucho por sus cualidades personales y también porque es hijo de uno de mis mejores amigos.

Pienso que quizá para cierto negocio suyo va a necesitar de tu consejo y de tu ayuda. Me harás muy grato servicio si, sin incomodidad y molestia tuya, le ayudares. Tiene algunos parientes a quienes yo me reconozco y hago gala de declararlo, que les soy muy deudor y desearía que desde ahí escribiera a los suyos que esa recomendación mía no le ha sido inútil. Ten salud.

Brujas, 8 de agosto de 1532.

XLVI

JUAN LUIS VIVES A FERNANDO, ILUSTRÍSIMO DUQUE DE CALABRIA (1): SALUD

Recibí tu carta por la que me recomiendas a algunos conciudadanos míos. La cosa es baladí y puede hacerse con liviano trabajo. ¡Ojalá algún día se ofrezca la ocasión de que me impongas una tarea más pesada y de importancia mayor. Yo, por la grande admiración que desde antiguo me inspiran tus virtudes, abrásome en el más vivo deseo de demostrarte cuánta sea la benevolencia de mi ánimo para contigo y su adhesión y estima a un espíritu tan cultivado y excelente.

A tu excelencia deséole toda suerte de venturas y felicidades.

Breda, a los 20 de agosto de 1538.

SEGUNDA PARTE

CORRESPONDENCIA DE JUAN LUIS VIVES CON FRANCISCO CRANEVELT

NOTA DEL EDITOR

A punto estuvo de perecer en la noche trágica del 25 a 26 de agosto del año 1914, en que ardió la ciudad de Lovaina, incendiada por los alemanes invasores, este precioso epistolario de Juan Luis Vives con Francisco Cranevelt, consejero del Parlamento de Malinas, que comienza en diciembre de 1519 y termina a los 14 de julio de 1528. Un tardío azar feliz le redimió del oscuro olvido en que yacía y acaso de su irreparable perdición. Contiene cuarenta y siete cartas, que van a sumarse a las sesenta y cinco co-

(1) Don Fernando de Aragón, virrey de Valencia, casado con doña Mencía de Mendoza, marquesa de Zenete. El original se conserva en el *Archivo General del Reino de Valencia.* (Del *Diario de Valencia,* 24 octubre 1791, pág. 94.)

nocidas, contando en ellas las descubiertas y publicadas por Bonilla San Martín.

* * *

El jurisconsulto Francisco Cranevelt, antes de ser distinguido con aquel nombramiento, en septiembre de 1522, había sido, durante un septenio, pensionado de la villa de Brujas. Allí reanudó la conoscencia y la suave amistad, sazón de todo, con su antiguo condiscípulo Juan de Fevyn, ya canónigo de la colegiata de San Donaciano, y por medio de éste, trabó conocimiento, que fué trabar sincero afecto, con Juan Luis Vives, ya amigo muy estrecho del canónigo humanista. La amistad, dice Vives muy a menudo, que sólo cuaja entre buenos. Bien pronto este trío de amigos tuvo un valioso aumento con Marcos Laurin, que con ellos compartía comunidad de aficiones. Mientras coincidieron en Brujas, alimentaban el afecto mutuo y el amor de las letras de humanidades con frecuentes y muy sabrosos diálogos, en un pequeño círculo intelectual que constituyeran en la ciudad de los puentes. Cuando el rebañuelo se disgregó, cultivaron el dulce comercio con cartas frecuentes, que no fueron otra cosa sino sabrosas conversaciones a distancia.

Había conocido Vives a estos amigos unánimes en ocasión en que se había trasladado a Brujas, en un momento crucial de su vida en que no veía claro el camino que debía seguir para poner al abrigo de todo evento desagradable la actividad de su pensamiento y la noble independencia de su pluma. Allá había ido a saludar y a interesar en su favor a sus amigos de la corte imperial, que, en seguimiento de Carlos V, iban a embarcar para Inglaterra y España. En aquella coyuntura, el pensador valenciano trabajaba en los Comentarios a la ciudad de Dios, *de San Agustín, y residía en Lovaina.*

Pero Lovaina le desagrada: es sucia, es huraña, es grasienta, carece de todo atractivo. Parece que por entonces había pensado en graduarse en Sagrada Teología y tomar órdenes y ponerse en condición de poder optar a determinados beneficios eclesiásticos. Pero no puede con Lovaina: «Si la ordenación es a este precio—escribe—, renuncio a la ordenación y al beneficio.»

Permanece en Brujas hasta los primeros días del año 1523. En este comedio, se le ofrece la cátedra que dejó vacante en Alcalá de Henares el gran Antonio de Nebrija, que él no acepta, sin duda por poderosas razones desconocidas.

Este mismo año, en febrero, vuelve a Brujas y se hace asiduo contertulio de los canónigos Fevyn y Laurin, que le acogen con sumo agrado en la tranquila y estudiosa paz de sus viviendas y añudan el suave diálogo verbal interrumpido.

Se ha querido insinuar que Fevyn, que parece que compartía sus ocios canonicales con la afición a la pintura, trasladó al lienzo la verdadera efigie de Vives. Si ello es así, tenemos que lamentar su pérdida. A mediados de abril pasa Vives unos días huésped de su otro gran amigo, el señor de Comines. Se desentiende de la oferta de Alcalá y se establece en Oxford.

Mudan el clima, pero no el ánimo, quienes corren allende el mar. Juan Luis lleva a Flandes en las telas de su corazón, y Brujas es su patria electiva. No acaba de aclimatarse del todo en la estudiosa ciudad oxo-

niense. Goza, es cierto, de la sociedad de Tomás Moro, de Linacre, de Tunstall, Latimer, Claymond, Mountjoy, Fisher; pero su cielo es torvo y lagrimoso; el sol unce sus caballos demasiado lejos, y su estómago no soporta su régimen dietético. Siente muy aguda y viva la soledad de Brujas, la ciudad blanda, la ciudad acogedora, amiga del hombre, sumida en el silencio que sube de sus canales taciturnos, bañada de aquella luz de la Flandria donde el Norte, en deleitoso maridaje, se une con el Mediodía.

* * *

Este epistolario de Vives con Cranevelt tiene mayor franqueza e intimidad aún que las cartas que se conocían hasta el venturoso hallazgo de esta colección publicada en 1928 e ilustrada con las pacientes notas de Enrique de Vocht, profesor de la Universidad de Lovaina. A la gentil amabilidad del director de la Biblioteca Central de Barcelona, el fervoroso vivista valenciano don Felipe Matéu Llopis, debo haber podido consultar el raro opúsculo y brindar a los amigos de Juan Luis Vives esta su primerísima versión.

Esta correspondencia ofrece un interés enorme y esclarece tal cual punto oscuro y llena tal cual laguna de la biobibliografía de su autor. Estas cartas sí que no pasó jamás por las mientes de Vives que pudieran leerlas otros ojos que aquellos para los que se escribieron y que, pasando por la imprenta, de humo se hicieran luz, la brusca luz de la publicidad. Son verdaderas cartas familiares y casi casi domésticas, llenas de noticias hogareñas a vueltas de osados y certeros comentarios políticos. En ellas nos informa de su familia; nos habla de su mujer, de una oftalmía que padece, de la enfermedad y muerte de su suegra, de la de su padre, de la de un hermano único, de la triste situación en que quedan sus hermanas solteras, de un obsequio que la reina Catalina envía a su dulce Margarita, de sus armas heráldicas, de sus libros, de sus proyectos. Desespérase de ver que no puede hacer nada efectivo en la desavenencia conyugal de Enrique y Catalina; habla de su detención de cinco semanas en casa de un consejero, en compañía del embajador de Carlos V, Iñigo de Mendoza, culpable como él de haberse puesto al lado de la reina. Comenta el Tratado de Madrid *y combate su* Apología, *y no una vez sola; la toma de Rodas, la Liga Santa; alude al Papa* Clemente *y* Médicis, *que ojalá fuera una cosa y otra; comunica haber publicado la* Introducción a la Sabiduría *y la* Del socorro de los pobres, *que es mordido con diente canino por el vicario general de Tournai, el franciscano Nicolás de Bureau...*

En suma: en este valioso epistolario aparece un Vives no sustancialmente distinto del que muestran sus obras, pero con algunos toques enérgicos como de aguafuerte.

CORRESPONDENCIA

(Esta correspondencia está sacada de *Literæ Virorum Eruditorum ad Franciscum Craneveldium*. A collection of original letters edited from the manuscripts and illustrated with notes and comentaries by Henry de Vocht, professor in the University of Louvain. Louvain, Librairie Universitaire. Uystpruyst, publisher. 1928) (1).

1

De Lovaina, diciembre de 1519.

...Aquí Pedro de Thenis (2) dimitió el profesorado. Fueron muchos los que lo solicitaron y primeramente Gabriel (3) de Mera y no sé cuántos licenciados más. Hablábase de ello frecuentemente en casa del cardenal Croy, de cuya formación yo estaba encargado, pues los licenciados pretendientes deseaban ser recomendados por él al Senado de esta ciudad. ¿Y por qué, pensándolo mejor—dije yo—no se llama de Brujas al de *Nimega?* (4). ¡Qué pureza de costumbres la de ese hombre, dioses inmortales, y qué erudición la suya! Este dicho plugo al cardenal, pues éste, por lo que entonces adiviné, te conoce y te trató con alguna familiaridad. Por azar estaba presente *Paludano* (5) cuando yo dije esto mientras comíamos. Este apoyó mi opinión; pero llegábamos, como dice el refrán, a misas dichas. Gabriel ya había conseguido del Senado aquella plaza. ¡Oh desencanto! Tan pronto como este hecho se divulgó, todos los alumnos quedaron decepcionados y alicaídos. ¿Qué van, pues, a oír? ¿A algún Orestes o a Atamante? Todo este año se presenta tal que no iban a entrar por otro camino; si hubieran jurado que iban a derribar la Academia...

(1) La numeración corresponde a la que lleva el epistolario de Vocht.

(2) Peter Van Thienen.

(3) Gabriel Van der Meeren, de Breda.

(4) El propio Francisco Cranevelt.

(5) Juan de Marais (a Palude, *Paludanus*)

2

De Lovaina, marzo de 1520.

...Quise, por darme gusto a mí, comentar aquí públicamente el *Sueño* de Escipión. Solicité la autorización oportuna. El rector y algunos cuantos diputados, al oír eso de *Sueño*, se echaron a reír. Creo que esa hilaridad fué ocasionada por oír el nombre sueño, que constituye su pasatiempo preferido, pues a él se dan con tanta continuidad y placer. A seguida me mandaron que fuese a aquella Facultad a que pertenece la materia del libro que me proponía comentar. Ayer que aquel *Santo Senado* (1) tenía sesión, fué consultado acerca de la Facultad a que correspondía el sueño, y el día se pasó con la emisión de muchos y variados pareceres y en su posible concordancia, y en esa deliberación se pasarán muchos más. Arduo tema ese de saber a qué Facultad incumbe el sueño. ¿No hay para volverse loco el que está directamente

(1) Alusión irónica al *Sanctum Senatum* de Virgilio (*Eneida*, I, 426).

interesado en ello? ¿Y no hay motivo para que se ría irónicamente el que es simple espectador?...

5

De Lovaina, enero de 1522

...¿Sábesme ocupado en los *Comentarios* de San Agustín, urgiendo Froben mi trabajo y regañándome Erasmo por mi trabajo? A esto se allegan mis dos lecciones cotidianas, una en Hales, sobre *Plinio*, y otra, particular, sobre las *Geórgicas* de Virgilio. Muy en breve se les va a sumar otra tercera, sobre *Pomponio Melo;* piensa que me van a sumergir hasta ambas orejas...

6

De Lovaina, 24 de junio de 1522.

¿En dónde está aquel brío de mi querido Cranevelt, tan obstinado en su tarea? ¿Dónde la mano diligente? ¿Dónde su péñola laboriosa por arte o por tenacidad? En todo esto anduviste a la zaga de los griegos... Como por ambos lados están echados los cimientos de una obra no desdeñable, de los cuales quizá surgirán unas moradas más anchurosas que las de Crasano o las de Lúculo, construídas por mercaderes, pero no para mercaderes; servirán también para aquellos infelices a quienes mi guardián no admitió en el *Templo de las Leyes* para que no duerman al sereno.

De Malinas víneme a Lovaina. ¡Huy! ¡Con qué disposición recibieron aquellas arpías que se les aparejase presa tal para sus vientres, tan rica, tan abundante! No hay ninguno de ellos que de esa guerra, antes que las manos se estrechen reconciliadas en la paz, no devore en deseo y en esperanza riquezas para sí y para sus tataranietos. Cada uno ya se señaló casas, se acotó predios rústicos, urbanos, fundos, naves y puertos. Haylos que no trocaran sus esperanzas por diez millares de ducados. Están creídos que vosotros ahí hormigueáis de ducados como ellos mismos aquí de textos y de leyes, y que esos ducados vosotros los repartís con tanta facilidad y largueza como ellos sus mentiras a un pleiteante rústico y adinerado. Así es que nada esperan con tanto afán como que suenen las trompas y se dé la señal de la batalla y se traben las huestes en pelea y empiecen a volar de un campo a otro proyectiles áureos. Empezad, pues, con buenos augurios, a instruir los batallones, y quien regresare a su casa sin huella de sangre cuente la marcha y el suceso de guerra tan grande a los viejos, a la esposa, a los niños y a las niñas no casadas y píntese todo un pergamino con un poco de vino rojo.

A pesar de todo, ¡ojalá hiciera Dios, ya aplacado y más blando para con el linaje humano, que todas las guerras que se llevan entre cristianos fuesen de ese tenor, en las que, por una parte y otra, no hubiera más pérdida ni mengua mayor que la del arcón y de la bolsa, y no de sangre, de mutilación física, de vida, de honestidad, de religión! ¡Cuánto más gustoso fuera oír denuestos que tiros, contemplar caras mohinas que ensangrentadas, retirar de la colisión guerreros exhaustos que exánimes! Pero basta de quejas. Para éstos, hombres y dioses tienen tapiados los oídos; obstináronse en no dejar a los espíritus rincón alguno donde refugiarse.

Saludos muy cariñosos de mi par-

te a Laurino (1), presidente del Cabildo, y a Juan de Fevin, también capitular, y mis respetos a la bondadosa dama que es tu mujer.

Adiós, mi dulcísimo Cranevelt, con quien me bromeo y me chanceo con mayor gusto que con ningún otro, conociendo como conozco el candor de tu alma. Escribo esta carta algo destemplado, pues ésta es la noche tercera pasada de claro en claro. El sueño, ese diosecillo leve, está desabrido conmigo y no barrunto la causa. Si no se me reconcilia, mucho me temo que en su lugar me deje algún achaque más grave, desgracia que aleje Cristo, y el mismo San Agustín, por cuya causa padezco esos males, si bien con gusto, puesto que son por causa suya. Con todo, repare el sueño que, de continuar jugando conmigo tan inoportuna y procazmente, en alguna de sus ausencias, no maquine contra él alguna venganza. Ten salud. Lovaina, Natividad de San Juan Bautista. Interin, dirijo al sueño esta súplica:

«Vente a mi vera, sueño delce de mis trabajos sumo lenitivo, y por la noche, sueño blando, no me niegues tus favores.»

Al señor don Francisco Cranevelt, jurisconsulto, amigo míō el más entero. En Brujas.

8

De Lovaina, a los ocho días andados de julio de 1522.

Con sobrada razón te quejas de esos correos, pues ejecutan los mandados con harto poca diligencia. Ni a mí me han sido entregadas todas tus cartas ni las mías a ti, según entiendo de la última recibida. Por lo que a mí toca, Cranevelt querido, la causa porque no te escribí con más frecuencia fué la misma que impediría hablar contigo a todo mi placer, quiero decir: dar fin a esa *Ciudad de Dios*. A ella estoy entregado tan en cuerpo y alma, tan de día y de noche que, por desgracia, temo que mientras voy construyendo mi *Ciudad*, no destruya mi cuerpo. Y a pesar de ello, te escribí, antes que recibiese carta tuya, así que estuve en Lovaina de regreso.

¡Si vieras qué cartas recibo de Erasmo! Hoy mismo me ha llegado una, y ¡cuán desabrida y cuán llena de reconvenciones y cuán cargada de rayos y truenos! De parte de Froben me amenaza si a tiempo no le envío lo que falta de original con que va a salir la obra cual está, esto es, con mis comentarios hasta el libro XVII, informe aún y no más que comenzada. Así que pasado mañana, o el domingo a más tardar, entregaré la obra a un joven recadero para que se la lleve a fin de que quede terminada su impresión antes de septiembre, para la feria de Francfort. Luego al punto, libre ya de este agobio, volveré a nuestras prolijas correspondencias.

No sé a punto fijo qué quieres darme a entender con insinuar el recelo de que sea algún disgustillo lo que hizo que no te escribiera. ¿Y eso sospechas de mí, mi querido Cranevelt? ¿Cómo pudo asaltarte sospecha tal y alojarse en tu pensamiento? ¿Yo ofendido por ti? ¿Considerarme tú a mí, con quien la amistad me unió con lazos más sabrosos que con cualquier otro de los mortales, tan quisquilloso y tan enojadizo? ¿Y que, no habiendo tú jamás ofendido a nadie, comenzases en mí esa triste faena? Si es

(1) Marco Laurin.

que ya no me tienes por más digno de mal que todos los otros, hasta el punto de resolverte a ofenderme a mí, dándome la primacía sobre todos los demás, es lo que yo atestigüé de ti en el libro XIX; muy en breve vas a verlo impreso, con el favor de Dios.

Mis andanzas no me fueron tan molestas como la estada en Lovaina, donde a mí todo me parece aburrido y monótono por demasiado semejante a sí; es decir, sórdido, desapacible y desagradable en extremo. No cabe duda que el genio de este lugar está cordialmente reñido con mi genio; no sé cómo es que nunca me sonrió. En ninguna otra parte estoy tan a disgusto como aquí. Ya deseo ponerme alas, y ojalá aquellas hermosas y divinas sandalias, guarnecidas de oro, que le llevaban con los soplos del viento, así sobre el mar como sobre la tierra inmensa (1), y dejar que esos gocen de sus tacañerías, que ellos no trocaran con los esplendores de Lúculo. Ten salud, Cranevelt mío, y saborea ese ocio agradabilísimo que te revierta en bien, y saluda de mi parte a la dama ejemplar que es tu esposa, y a Marco Laurin, y a Juan de Fevin. Quédate adiós. Lovaina, 8 de julio de 1522.

Al señor don Francisco Cranevelt, jurisconsulto y amigo sin tacha. Estante en Brujas.

9

De Lovaina, a los 10 de agosto de 1522.

VIVES A SU CARO CRANEVELT: SALUD

No quiero disputar cosas de teología, hombre como soy, que apenas vi la sombra de la filosofía, contigo gran teólogo, doblado de filósofo y de erudito, principalmente por ignorar por qué mal hado mío todos nuestros escarceos filosóficos vienen a parar en mi enfermedad. Recuerdo, efectivamente, que el año pasado bromeamos de esta suerte, estando enfermo yo. Así que a esta materia yo la tengo por fatídica y de mal agüero. No sé si fué eso lo que quiso significar el filósofo Platón con instalar la Academia de Atenas en sitio insalubre, a saber: que la excesiva e insolente salud física daña al estudio de la sabiduría; que hay que domar y templar la demasiada lozanía del cuerpo porque no mueva guerra al espíritu. Con referencia a lo que me dices que tú vas a conformarte preferentemente con tu criterio personal y con el de Erasmo, que con el que yo tengo formado de mí me ocurre lo mismo que a determinados reos de Roma, que tras una vida facinerosa no tenían más reducto en que ampararse sino en la dignidad de que habían caído. Y en esto yo mismo soy feliz, pues siendo pobre y necesitado de toda cosa buena, no obstante tuve la suerte de que fueran mis padrinos Erasmo, Budeo y Moro. No creció mi fama con el poema, como dice aquél, sino que nació por espontánea generación. Por lo demás; hágase esto por la razón que sea; soy contento, bien porque se fijaron en mí tan buscados y solicitados personajes, bien porque me ven, y no tal como soy. Lo que importa es que yo, en hecho de verdad, sea bueno. Si de ello me aprobáis, la ventaja es doble; si no lo soy, de todas maneras parecerlo es una gran satisfacción.

Ya tratas conmigo de la disciplina jurídica, común a entrambos, a ti que la conseguiste, a mí que sigo tus pisadas y me demuestras

(1) En griego en el original.

que a nadie puedo decirle loco furioso, puesto que los de sano juicio pueden hacer lo que los locos hacen. ¡Dioses buenos, cuán otro es y divergente su camino y el de los locos furiosos! Hay cosas que nunca las hace un varón sesudo, como vociferar por la calle, alancear a amigos y a criados, quebrar ollas y vasos, romper el vestido porque sí, derribar la mesa en presencia de los convidados.

Existen determinados indicios de mente poco firme y sana, que se manifiestan en los actos de los hombres y descuellan con tanto relieve que no consientan equivocación en el juicio; pero, a pesar de todo, el trato cotidiano y el frecuente remedo de los mentecatos denuncian un fondo de mentecatez. Había algunos que creían que éstos eran los comienzos de la locura, amenaza y escaramuzas del mal que nos ha de sobrevenir, dentro de poco, odio mudo, y ley inexorable, y blasfemias vulgares, y un tribunal sombrío, y griterío, y cólera, y todo en general, lleno de rencor (1).

Arquitas, en ocasión de que un esclavo le tiró en cara que había enloquecido de tanto enojo, respondió: ¿Por ventura me ves hecho una fiera y echando espumarajos y palidecido todo el rostro, de donde con razón colijas que estoy loco? Es fácil, dice Cicerón, fijarse en el semblante de los enojados o de aquellos que están dominados por el deseo o por el miedo: su gesto, su voz, su meneo, su estado sufren una profunda alteración. Esto, si de momento no lo consigo de ti por la fuerza de los argumentos, al menos lo impetraré por la fuerza de la amistad, por manera que si me tienes por estoico, no me creas enojado; si crees que realmente estoy enojado, imagina que soy peripatético, porque no parezca que represento mal el papel del personaje del drama que asumí.

(1) En griego en el original.

De lo de *estudio* y *estadio*, haz que las fórmulas queden más claras, porque nosotros no tengamos que hacernos adivinos o zahoríes y sacar el sentido por las conjeturas.

Mi salud es más flaca que cuando te escribí la próxima vez. Paréceme tener bazucado todo mi cuerpo y dirás que sobre mi cabeza gravita el peso de una recia y elevada torre. Para reparar mi salud arruinada pensé tomarme algunos meses, porque no me acaezca que mientras exijo de mis facultades intelectuales un esfuerzo excesivo y una contribución demasiada, la comprometa toda y no me quede ya más cosa que pedirles. La suciedad y la inmundicia me matan, mi querido Cranevelt; si esas funciones no se hacen de otra manera, no quiero esas funciones. Como tampoco, ya desde mi temprana niñez, no me agradan en exceso los embutidos, porque sospecho que son puras porquerías.

¿Por qué dices que los dientes son, no sólo mis armas, sino mi armadura completa? De esta manera, ¿parézcote un hombre mordedor o más bien lenguaraz y burlón para atracar con esta panoplia? Pero ¡oh mi amigo, mi muy querido Cranevelt, varón el más sabio y el mejor!, quisiera saber si tú también, teniendo lo mío, tendrías por ventura lengua y de ningún modo dientes (1).

Te estimaré que saludes a Moro de mi parte; en lo de las sortijas, estuvo de broma. También me las

(1) En griego en el original.

envió a mí, pero para que las ofreciese a esas damas brugenses, familiares mías (1); créeme demasiado despreocupado porque yo cumpla con esas finezas.

Por lo que toca a la guerra, yo ya estoy encallecido. Rabien cuanto quieran rabiar estos guerreros. Al fin han de verse hartos. ¿En dónde está el Evangelio de Cristo? Y los teólogos, ¿dónde están? ¿Dónde están los confesores? De diferente manera ordenó esto el Celestial Legislador, en cuyo nombre parece que creemos (2).

Saluda de mi parte a la honestísima dama que es tu mujer y a nuestros Fevin y Laurin. Adiós, mi bonísimo Cranevelt. Fiesta de San Lorenzo.

Al señor don Francisco Cranevelt, jurisconsulto, amigo mío el más entero.

Estante en Brujas.

22 Y 23

De Lovaina, 8 de noviembre de 1522.

Cranevelt mío: Si tienes salud, bien va; yo la tengo también, ocupadísimo en enseñar al *Cameracense* (3) en un centro público, como si fuera poca mi molestia en instruir al niño. Pero esta lección me sirve de recreación y alivio intelectual; halágame tanta concurrencia de alumnos y su tan decidida aplicación. No dudo que no debes de estar demasiado ocioso en tus búsquedas de casa. Dios te depare alguna muy feliz, de la cual veas a tus hijos salir para encaramarse a los más altos honores y de donde salgan tus hijas para las casas de sus respectivos maridos; una casa en la cual tú te vayas volviendo viejo al lado de tu perfecta esposa, con toda tranquilidad e inocencia de vida, y en ella pases lo que de vida te reste, con la ventura que tienes bien merecida por la conocida bondad de tu carácter.

Saludaré en tu nombre al *Cameracense* con mucho cariño, según me encargas, aunque, por de pronto, no importa demasiado la recomendación a un príncipe que todavía no llegó a la edad viril. La carta de Fevin me fué gratísima; díceme que a mí no se me ha de escribir sino en estilo *Asinio* (1). Así lo dice él; yo pienso si quiso escribir: *Asinino*. A continuación me escribe con una reserva tan verecunda que yo no puedo atribuirme tanto pudor, sino que no me queda más recurso que envidiar el candor del ingenio y el recato exquisito en varón tan virginal. Docta fué su carta, y sin duda aprovechara harto si tuviese holgura para estudiar. En breve le contestaré; pero no le digas tú nada de lo de *asinino*, no sea que lo tome en otro sentido del que yo le doy y se nos incomode nuestro amigo. No dudo que te va a afectar dolorosamente la marcha aquella de Brujas, cosa que también Fevin dice de sí. Allí no abriremos boca.

No puedo en este momento escribir una letra más; el correo por-

(1) Clara Cervent, viuda de Bernardo Valldaura, y sus hijas, solteras, Margarita y María.

(2) En griego en el original.

(3) De Cambray. Este era su obispo Roberto de Croy, *generoso doncel, de la diócesis de Reims, clérigo minorista.*

(1) Alusión directa a C. Asinio Polión, general, hombre de Estado, orador, poeta e historiador, celebrado por Virgilio en su égloga IV, *Polión,* y en su égloga III, verso 84

tador de esta carta está con un pie en el estribo; por eso la carta es de mi puño y letra. El mozo que te la dió es hijo del tesorero Rufald, persona la más proba y amable que hayas visto jamás; no cabe duda que sería otro tú si en el estudio tuviera hechos los progresos que tú; con todo, hacia ese fin su andar no es perezoso; cátale y le tendrás por amigo. Adiós, mi querido Cranevelt, y *cuando tengas los autores griegos, heleniza con fruto en tu casa* (1). Saluda ahí de mi parte a L'Apostole, colega tuyo, y a tu huésped el Decano (2), si no en nombre mío, al menos *en nombre de la filología* (3), que está tan lejos de mis alcances. Lovaina, 8 de noviembre.

Al señor don Francisco Cranevelt, senador de Malinas, amigo mío muy entero. En Malinas.

30

Lovaina, diciembre de 1522.

VIVES A SU QUERIDO CRANEVELT: SALUD

Quedo muy agradecido y muy obligado con L'Apostole y con tu huésped; pero qué letras mías sean las que le contentan, no alcanzo a barruntarlo. ¿Acaso mis libros, pocos, malos y oscuros? ¿Son las cartas quizá que te escribo a ti tan desabridas, que nadie puede gustar de ellas, sino el que me tenga tanta estimación como tú? Duélome tanto más del infortunio de tus libros (4), cuanto que esta desgracia sobrevino a mi amigo más estrecho y porque ellos constituyen tu contentamiento. Es muy mucha verdad que la fortuna, al dañar lo propio, hiere de refilón a los que más nos quieren.

Si has de creer a Vives, a nada ni a nadie tengo tanto odio como a los vinosos. Con leones viviera con más gusto que con borrachos. Existe en los leones un cierto atisbo de sensatez, gracias al cual, de uno u otro modo, conducirás a la fiera donde quisieres; el ebrio ni sabe templarse ni sabe morigerarse.

Tocante a lo que dices no ser tú aquel Parmenón de la comedia (1), das como prueba la función a que fuiste promovido, merecidísima en concepto mío. Escríbesme esto a mí, querido Cranevelt, como si yo hubiera echado de menos jamás en ti tu constancia, tu lealtad, tu reserva, tu prudencia, tu exquisita cortesanía y no estuviera convencido de que esas cualidades residen en ti copiosísimas y singulares y yo no las hubiera pregonado. ¡Ojalá lo hubiera podido hacer con la frecuencia deseada! Ni escribí aquello porque recelase que adolecieras de algún vicio, sino como suelen hacerlo aun los hombres más prudentes, con toda simplicidad y sin la menor impericia ni malicia. No creo yo tan irritable a mi amigo (2) que vaya a ofenderse por esa chanza que creo que yo le voy a escribir a él mismo. Adúcesme pruebas copiosas. En ello

(1) En griego en el original.
(2) Juan Robbyns.
(3) En griego en el original.
(4) Posiblemente, una expedición de libros griegos que esperaba y no llegaron a sus manos.

(1) Personaje de la comedia de Terencio *El eunuco* (I, 2, 105), que dice: «Lo que entiendo ser verdad lo callo y lo retengo muy bien; pero lo falso, vano y fingido, luego lo publico; todo estoy lleno de resquicios; por mil partes me desaguo»: *Plenus rimaron sum; hac atque illac perfluo.*
(2) Juan de Fevin.

no sé hasta qué punto convendrás conmigo; pero yo siempre te consideré, por tu conducta y por tu talento, dignísimo de ese honor tan descollado, y cuando a él llegaste, pensé que era el honor que se cohonestaba aún más contigo y que a ti ninguno te confería él. Siempre te consideré grande y admirable por las muchas y ejemplares cualidades de que diste pruebas en todas las funciones que desempeñaste, las que desgraciadamente sabemos y vemos que se encomendaron a quienes en nada se te parecían. De hoy en adelante no me eches en cara tu jerarquía, sino tu ingenio, tu erudición, tus soberanas y singulares virtudes, especialmente cuando no hay categoría alguna tan sagrada ni tan segura y protegida contra los indignos, que hasta ella no trepe ni se encarame la ambición.

Duéleme que Ruffault, cuando estuvo ahí, no tuviera ocasión de reunirse contigo, que tanto y tanto lo deseabas; una vez te vió en la sala, mientras se celebraba sesión; allí no era cosa fácil hablarte. Todo el restante tiempo estuvo asido a las faldas de su madre, celosa de su hijo, a quien no había visto desde algún tiempo: conoces tú las costumbres y trazas de ciertas madres tan simiescas que, en fuerza de estrechar a sus hijos en los brazos, los ahogan.

Séate próspera la nueva casa, angosta ciertamente, como dices, pero henchida de amigos fieles; interiormente decorada por el sano y verdadero gozo del espíritu y exteriormente ennoblecida por el respeto de tus conciudadanos.

Al señor don Francisco Cranevelt, senador de Malinas, amigo integérrimo. Malinas.

32

Lovaina, 4 de enero de 1523.

VIVES A SU CRANEVELT: SALUD

No sabes con cuánta desazón recibí la noticia de que habías estado aquí y no te avistaste conmigo. Al momento de saberlo, te envié al criado para notificarte que al día siguiente iría a verte yo; víneme y te habías ido a la chita callando. Así que me quedé muy desabrido, no tanto porque pasaste no saludado y, por tanto, desairado, sino porque no conseguí verte ni hablarte. Aliviaras con tu vista y con tu conversación buena parte de mi tristeza; sólo el pensarlo hace que con menos molestia soporte esa ida tan fugaz, pues cuando yo quedara recreado y aligerado por haberte visto, tú de mí no te llevaras más que gemidos y quejas, y por la simpatía que me tienes te hubieras ido callado y contagiado de mi tristeza.

El día de San Juan Evangelista recibí la nueva de que mi único hermano había muerto. La suerte no se contentó con este golpe solo. Dícenme también que mi padre está enfermo y muy al cabo, que muere poco a poco con muy flacas esperanzas de curación; que por nuestros flacos bienes se sigue un pleito encarnizado y odiosísimo; que van a quedar tres hermanas mías huérfanas, solteras y pobres. Siempre hay que escribir alguna queja de los hados; nunca un alegre anuncio. ¡Jamás podremos felicitarnos del Destino! ¿Por ventura hace esto con tanta insistencia en la continuación que pueda en algún trance sernos desagradable? ¿Y que no nos den paz en el acoso? Sabiendo que tal es su naturaleza, llevémos-

los con menos molestia, puesto que no puede ella mudarse.

Con estas noticias recreciéronse la ansiedad y la inquietud de mi espíritu. Estoy pendiente de las cosas de España y no me atrevo a tomar una resolución definitiva para más adelante. No sé si conviene en esas circunstancias irme allá o quedarme. ¿Es allí necesaria mi presencia? Ni lugar me queda para la deliberación, tan atados nos tiene la condición de las cosas.

Pido al Cielo para ti, mi querido Cranevelt, un muy feliz y próspero Año Nuevo y para mí algún remedio de mis males tan grandes. Si de verdad la Fortuna pudiera hacer a alguno miserable, tiempo ha que a nadie haría más miserable que a mí. De esto somos deudores a la filosofía, que aquélla, desmandada y feroz, consume su derecho sobre nosotros, después que nosotros nos dimos a la filosofía porque nos formase y nos defendiese.

Ten salud, y en nombre mío saludarás al decano de Malinas, a quien de cada día amo más por su probidad singular.

A los cuatro días de enero de 1523. Lovaina.

Al señor don Francisco Cranevelt, senador de Malinas, amigo mío especial. En Malinas.

38

Lovaina, 28 de enero de 1523.

VIVES A SU QUERIDO CRANEVELT: SALUD

En Amberes recibí tu carta, y hallé que mi fascículo (1) fué llevado acá. Respondí como pude responder mientras duró mi ausencia. Ni de momento tengo mucha cosa que contar. Pregúntasme acerca de aquel vocablo, tú, que eres una autoridad en lo pignoraticio. Si me consultaste como a jurisconsulto, témome que no parezca que creíste a un infeliz (1), cuando no digo ya que me crea más docto que tú, hombre de esa práctica, de ese talento, de esa condición, sino que ni siquiera de cualquiera aprendiz de Derecho que no salió del *Christus*. Y ya no sólo en pericia jurídica puedo compararme con nadie, sino en cualquier pericia, sea la que ella fuere.

Cuando no hay nadie que por estudio o por industria no haya alcanzado algún conocimiento jurídico, yo estoy completamente ayuno de este género de erudición. No responderé, pues, como jurisconsulto. Y mucho menos como helenista, puesto que apenas salí del alfabeto, y de ninguna manera a ti, que eres mucho más docto que yo, aun en letras griegas. Hablaré, pues, simplemente por conjeturas. Paréceme que debe leerse: *idioqueiras* (2), como si fueran escrituras privadas o escritas de la propia mano de aquel que hace algo, no del escribano o del notario, y así paréceme conforme al sentido de la ley, *no como guardián de las leyes, sino como gramático* (3).

Jerónimo Ruffault será el portador de la presente y te verá, pues está deseoso de verte y de hablarte. Yo, dentro de unos pocos días, marcharé a Brujas. Ten salud.

27 enero, en Lovaina.

(1) Probablemente, la *Veritas fucata* (*La verdad embadurnada*).

(1) En griego en el original.

(2) Voz griega que significa *autógrafo*.

(3) En griego en el original.

Saluda de mi parte al decano Robyn.

Al señor don Francisco Cranevelt, senador de Malinas, amigo mío muy sincero.

45

Brujas, 22 de febrero de 1523.

...Contra viento y marea, como dijo aquél, y así no arribamos al punto donde debíamos rendir viaje, sino que tuvimos que subir a un burgo enriscado, guarida de sicarios y ladrones. Nos felicitamos de haber salido indemnes.

Hallamos a los amigos incólumes y alegres, cosa ésta que nos compensó de la pesadumbre enojosa del camino. ¡Dichosos los que viven en quietud! Yo tengo el propósito firme de descansar. Quiero reconciliarme con la Fortuna, incondicionalmente, mientras no fuere *contra la Fuerza* (1), aun cuando veo que sin una de ellas dos, o con ambas a la vez (tales son las costumbres y los tiempos), es imposible que sobrevenga aquella famosa perpetua risa de Demócrito.

¡Oh poderío grande el que la Fortuna tiene sobre nosotros (¡córrome de decirlo!), hombres iniciados en el cristianismo, cuando de nada cuidó tanto Cristo como de que tuviésemos con ella las menores relaciones posibles! *Pero protesta y serás llamado hereje* (2).

Mejor será precavernos que quejarnos. Dícenme que está hecho de Rodas. Fabio, con su demora, restableció la situación. Estos, con su demora, harán la situación irremediable. Y es de temer que comprometan fatalmente la República.

Adiós una y otra vez, mi Cranevelt. Salúdante Laurin y Fevin, con quienes almorcé hoy, primer domingo de Cuaresma. En Brujas. Saludos y encomiendas de mi parte a tu mujer honestísima y al señor decano Robyn.

Al señor don Francisco Cranevelt, senador de Malinas, amigo candidísimo. Malinas.

(1) En griego en el original.
(2) Idem íd.

47

Brujas, 15 de marzo de 1523.

VIVES A SU CRANEVELT: SALUD

Platicando con los amigos, los días discurren sabrosos para mí; pero a pesar de sus amabilidades, mi espíritu sufre duramente por la indecisión de lo que debo hacer. No repatriarme, no me apetece, y quedarme aquí, no puedo. De mi tierra me llaman; últimamente, por carta. Me retrae el gasto y me lo desaconseja el riesgo.

Imagínate tú, en ese oleaje, qué tranquilidad puede haber para un engolfado. Y sin tranquilidad, ¿qué estudio es posible? ¿Y qué alacridad y presteza alegre? ¡Oh siglos más que de hierro! ¡Oh *magnánimo Ulises* (1)—si ya no fuiste pura creación de Homero—, puesto que tenías adónde enderezar tu rota! Mi mayor adversidad es que no tengo cosa destinada fuera del hado. Lo que me escribes de los turcos (2), lo veo y me duele; deseo el remedio y lo espero apenas: remédielo Cristo. Si quieres entregarte al pesimismo, el duelo no va a tener fin. Ten salud. Encomiendas

(1) En griego en el original.
(2) Alude a la toma de Rodas.

a los tuyos y al señor decano. A tu carta anterior respondí por don Gerardo, paisano tuyo, hombre que se interesa mucho por ti y por mí.

Brujas, 15 marzo.

Al señor don Francisco Cranevelt, senador de Malinas, incomparable amigo mío. Malinas.

48

Brujas, 17 de marzo de 1523.

VIVES A SU QUERIDO CRANEVELT: SALUD

En mis manos tu carta dulcísima. ¡Ojalá siempre se enviasen las cartas así, acompañadas de algún recuerdo, y llegasen con esa puntualidad! Te contesto por el mismo mensajero, por no acostumbrarnos a enviar nuestras cartas por correos sospechosos y descarados pedigüeños y que no tienen reparo alguno en *distraer* las cartas por abreviar.

Aquella exclamación mía: ¡Venturosos aquellos que tienen quietud!, se refiere a esos venturosos y no poco también a ti. En sus adentros no sienten la molestia de los movimientos y no nos afectan para mal sino la agitación que nos bazuca por defuera. Así como el cielo gira en perpetua rotación sin daño suyo; y también, a su semejanza, el fuego, el aire y el mar se dejan mover de su propia y espontánea fuerza y con aquel menearse, no sólo no pierden fuerza, sino que, más aún, la adquieren, así también vosotros sois conducidos por vuestro propio movimiento, no esclavos del azar ni de los deseos inciertos. Os mantiene y os vigoriza aquella hermosísima práctica forense o, mejor, aquel espectáculo que cambia cada día, os sorprende siempre con algo nuevo y maravilloso. Y aun después que lo visteis, entretiene vuestro espíritu para que en vuestra casa no estéis ociosos; permíteos dispensar vuestras atenciones a vuestra mujer, a vuestros hijos, a la servidumbre y exigirlas de ellos no más que por el respeto en que os tienen; y luego podéis refugiaros en vuestra fecunda y laboriosa quietud. Con aquellos negocios trabajosísimos, como el soplo de un viento vivo, se despereza y se despabila la llama de vuestro ingenio y no permite que se enmohezca y se extinga en la inacción. Con este mudar de las cosas, cada una de ellas hácese más agradable, porque la mudanza neutraliza el hastío. Nosotros, en cambio, a las veces languideciendo en una modorra pegajosísima, como en una borrasca surgida en la bonanza estival, cogigos incautamente y por sorpresa, comenzamos a sentir náuseas y a agarrarnos a cualquier asidero y a tambalearnos de acá para allá, a quejarnos mucho, a afligirnos demasiado y la nueva situación creada por la mudanza inopinada de un estado que nosotros considerábamos bien asentado y firme, no tanto nos estimula como nos agobia y con cuanto mayor cuidado nosotros, a quienes tú con fina ironía llamas estoicos, nos defendemos y fortalecemos con la virtud, con intensidad proporcionada la Fortuna ataca a los más flacos en su salud o dispara sus tiros contra nuestra fortaleza para demostrarnos que ni aun con la virtud nos podemos escudar, sino que ella es quien tiene poder sobre todas nuestras acciones; que ella es nuestra señora y nuestra dueña, y que el que se lo opone, no tiene más recurso que sucumbir a su antojo y a su mandado. ¡Pluguiere al Cielo que hubiera en mí aque-

lla reciedumbre espiritual que escribes, no sé si en broma o si en serio.

Consuélame el que el maestro de nuestra filosofía, que no es Zenón, sino Cristo, sitúa el desdén de la Fortuna delante de todas las prosperidades y venturas. Aunque por lo que a mí toca, toda la barahunda de males privados desaparece ante la contemplación de los públicos. ¿Quién hay que sea tan egoísta y tan blando consigo mismo que se acuerde de sus cosas privadas en ese temporal embravecido que corren las públicas? Se suena otra vez que Rodas ha caído. ¡Quiera el Cielo que yo resulte un falso profeta; pero ya verás adónde conducen el negocio esos malos Fabios morosos!

Ten salud, candidísimo Cranevelt, con tu perfecta esposa y tus hijos dulcísimos. Saluda afectuosamente en mi nombre al señor decano Robyn.

Brujas, 17 marzo 1523.

A don Francisco Cranevelt, senador de Malinas, mi más probado amigo. Malinas.

56

Brujas, 10 de mayo de 1523.

¡SALVE, CRANEVELT MÍO!

Mi respeto para contigo es tal, que al buscar disculpas para mi silencio sudaba, aun cuando jamás las tuve tan numerosas, tan justificadas, tan crueles. No porque de nuestra amistad y de nuestro común afecto, subidísimo y ejemplar, sospeches algo que no sea lo que de siempre conociste y tienes harto probado, sino porque estaba muy bien que yo hablase con mayor frecuencia con un amigo tal y tan grande aliviase la desazón de mi espíritu con tus cartas, llenas de prudencia y de sabiduría. Mas, puesto que fuí yo solo quien en ello sufrí daño, puedes pensar que no fué por culpa mía, porque ni estoy deseoso de sufrir este daño ni estoy indiferente por mi propio bien y mis conveniencias. Pero pesa sobre mí una fatalidad que me cierra el camino para todo linaje de solaz y aun me hostiga con mayor saña sin posible lenitivo.

Mañana parto de Brujas para Inglaterra, donde saludaré en tu nombre cariñosísimamente a Moro, como conviene a la amistad común; de ahí, a España, pero por mar, pues ahora, en este tiempo calamitosísimo, apenas vivo por tierra. Diferí este viaje hasta ahora por si amanecía alguna esperanza por la bondad de España. Todo es cerrazón y noche, no menor en las cosas que en mi espíritu y en mis consejos, que todos me los quitó la violencia de mis molestias. Y no faltan quienes dicen que es un viaje de recreo. Quiera el Cielo que ellos no se tomen jamás tales recreos. Pero basta de quejas.

Está ahí Herman (1), teólogo, hombre de sólida erudición, huésped del Panormitano (2), que pienso es conocido tuyo; *fué educado sin duda en tu escuela* (3). Este, mediante carta, porfía conmigo que envíe acá a determinados colegas tuyos el discurso que pronuncié en Lovaina el mes de diciembre. Pienso haberte dicho que no son más que unos ligeros esbozos en forma de comentario, fuera de unos pocos puntos que trabajé con alguna pro-

(1) Herman Lethmaat of Gouda.
(2) Juan de Carendolet, obispo de Palermo.
(3) En griego en el original.

lijidad, pensando que harto tiempo tendría para darles redacción definitiva. Pero avisado dos días antes de pronunciarlo, considera qué invención pueden tener, qué disposición y qué forma. Luego la cosa no me pareció de tal importancia, que debiera añadir a los dos trabajos primeros un tercer trabajo.

Adiós, mi querido Cranevelt. Deséote a ti y a los tuyos toda suerte de alegría y ventura buena. La cosa no estará peor en España, sino porque me dicen que allí no voy a encontrar ambiente literario. Adiós, y acuérdate siempre de nuestra recíproca bienquerencia.

Escrito lo que antecede, llega a mis manos tu carta escrita a los cuatro días de marzo, en que me mandas que me exculpe. Sé que no hay de ello necesidad alguna delante de ti. Yo mismo, si tuviere que buscar defensor, luego al punto daré con uno, elocuente de veras, y aun violento y más fulmíneo que el propio Pericles, el gran orador ateniense, es a saber: el amor que me tienes. Por lo que dices de Haloino (1), chancéaste con el amigo viejo y el nuevo, insinuando que yo te habré antepuesto alguna amistad reciente, más estrecho y fiel que Pílades y el mismo Teseo. ¿Qué hallaré en otro? ¿Qué echo de menos en ti? Es ciertamente Haloino digno de todo afecto, porque es literato eminente, varón lleno de humanidades y que a su vez corresponde a mi estimación. Pero tienes tú *filtros más eficaces* (2) para granjearte la simpatía que ataron con tan fuertes lazos, que no hay peligro que se rompan. No prepares un nuevo bebedizo, pues aquel primero es harto efectivo y harto poderoso, cuya sabrosa fuerza yo a todas horas paladearé, saboreándome siempre con ella, y no habrá allegamiento de amigos noveles que sea parte para arrancar a mi Cranevelt de lo más íntimo de mis entrañas ni a moverle del sitio y grado en que le tengo puesto. *En cuanto al rey, que lo coman los cuervos* (1).

Adiós, y de mi parte da muchos recados y encomiendas a la ejemplar matrona que es tu mujer, espejo de honestidad, y a toda tu familia.

Al señor don Francisco Cranevelt, jurisconsulto, mi amigo mejor, senador de Malinas.

80

Oxford, 11 de noviembre de 1523

Según es esa condición mía, no puede concebirse cosa que me contente más que la amistad de los príncipes. Es un gaje no desdeñable: gozo de unos amigos grandes en todo linaje de disciplinas y que para verlos hay que levantar los ojos a las nubes. Conoces a los Moros, a los Linacres (2), a los Tunstalos (3), a los Latimeros (4), a los Claimundos (5), a los Montioyos (6), a los Rofenses (7); esperamos de día en día a Paceo, Aníbal (8); también, a Sampson (9); en todos los

(1) Jorge de Halewyn.
(2) En griego en el original.

(1) En griego en el original.
(2) Tomás Linacre, famosísimo médico londinense (1460 † 1524).
(3) Cubterto Tunstall, obispo de Londres.
(4) Guillermo Latimer, famoso profesor (1457 † 1545).
(5) Juan Claymond, presidente del Corpus Christi de Oxford (1457 † 1537)
(6) Lord Montjoy (1479 † 1534).
(7) Juan Fisher, obispo de Rochester (1459 † 1535).
(8) Ricardo Pace (1482 † 1536).
(9) Ricardo Sampson († 1552).

cuales, no puede debidamente encarecerse hasta qué punto su soberana erudición está sazonada y aliñada por su cortesía y afabilidad de costumbres, que no suelen faltar a los que están formados en la auténtica sinceridad.

Estas son las ventajas; ahora pon las desventajas en el otro plato de la balanza: clima lluvioso, afeado de tempestades, con ausencia de sol y hurañez de cielo. El régimen alimenticio, incompatible con mi estómago y, por lo mismo, contrario; muchas enfermedades, algunas de ellas mortales sin remedio; la digestión, lenta y tardía y molesta, además. Así que cosa que antes no me pasó nunca, algunas veces sufrí del estómago y dolores de vientre, enfermedad ya no nueva en Flandes, pero que aquí se me ha tornado familiar y cotidiana. Una o dos horas antes de sentarme a escribir esta carta, sentí tales dolores en el bajo vientre, que no necesité otra lira para tañer la verdad, aunque yo no necesite tal recurso para expresarla.

Y no solamente aquellos bienes y estos males simultáneamente se vencen, se atenúan, se desvanecen ante el carácter de los príncipes, noble par de esposos, los más blandos, los más tratables, los más suaves, los más propensos de suyo y más generosamente a todo linaje de virtudes. Así es que, mi querido Cranevelt, en tu congratulación no leí cosa de mayor contentamiento, aun cuando todo me lo causó en grado sumo, que los elogios al rey y a la reina.

Pero antes que responda a los otros extremos de tu carta escrita, según es costumbre tuya, con suma discreción y elocuencia no debo callar el testimonio de la gratitud no vulgar, aposentada en lo más íntimo de mi pecho, por ese cuidado y ese interés por mi salud y por mi reposo. Pero eso, entre nosotros, tiempo ha que debe ser omitido. Al expresar la esperanza de que voy a ser muy querido de los príncipes y disfrutar de su privanza, participaste de un entrañable deseo mío, deseo mío tan grande que de desearlo fuera yo osado, y de manifestarlo, fuera jactancioso. Pero no creas que me dé ánimos el hecho de que los reyes me mantengan en esa holgura: son reyes, en verdad, de una amabilidad exquisita, pero no de pocos hombres, como dice Terencio en su comedia. Este favor es asequible y obvio a toda virtud y a toda erudición y es favor tan grande el suyo, que ya no atribuyo está gracia a personales merecimientos míos, sino que la echo toda sobre su benignidad, y creo que no es el juicio lo que hace que me quieran, sino su propio natural hecho y educado para el afecto. Sea por lo que fuere, alégrome de esta distinción que debería agradecer no ya a tales y tan grandes personajes, aunque no fueran reyes, sino simplemente hombres, pues si has de creer a Vives, fuera para mí objeto de una estima increíble haberlo recibido de personas las más privadas.

Pero no es de temer que hechizado por esas, digamos, sirenas, me olvide de mi patria. Cuando digo patria, nombro a Flandes y a Brabante; ¿olvidaréme de esa patria a la cual me ligué por mi propia voluntad? Enraizada la llevo en mis entrañas y su solo recuerdo me emociona y la esperanza de volver a ella me conforta, y en mis achaques no tengo más solaz ni lenitivo más eficaz y suave, que aquel recuerdo y aquella esperanza de volver a ella. Muchas veces, para sacudir la añoranza que pesa sobre mi

espíritu, busco las ocasiones de hablar de todos vosotros en esa región de destierro y los temas de la conversación sabrosa nacen unos de los otros para alivio de la nostalgia, por lo cual el coloquio se prolonga con riesgo de que no ocasione hastío. Pero en este punto, condescendiendo tanto con mi aguijador deseo, que no me pongo a considerar si a los otros ha de serles grato o desabrido. Por eso, ruégoos que no sólo por correspondencia escrita mantengáis comunicación conmigo, sino que cuando vinieren acá amigos comunes de quienes pueda saber noticias verídicas y dárselas a mi vez, envíame nuevas de tus cosas y de los otros amigos, pues tú debes ocuparte en negocios de más monta. Con todo, creo que va a ocurrir que el tiempo te proporcione alguna fracción de hora y que me la podrás dedicar.

Por lo que toca al hermano de la esposa de Valldaura (1), si puedes, haz lo que me escribes. Ruégote que saludes a Gudano (2), y aun cuando yo no te lo encargue, porque quiero a ese hombre y es digno de ser querido por su ingenio pulido y rico de buenas dotes y de buenas letras, y exornado por una insigne afabilidad y modestia; a falta de esas cualidades no hay dote que pueda hacerme recomendable a ninguna persona. Si tú eres de la misma opinión en este punto, no dudo que le serás muy amigo, como serás muy ajeno de los inmodestos, de los arrogantes, de los engreídos, de los virulentos, a quienes hace tales no la verdadera y maciza erudición, sino el concepto de sabios que ellos formaron de sí mismos, quienes es que los otros les tengan por tales si do creen que no van a conseguir que los otros les tengan por tales si no quitan a los otros lo que tienen, como si se comunicara a ellos lo que a los otros se quita, y como no pueden mostrarsé grandes con la ayuda prestada a otros, que puesto que es lo mejor resulta lo más difícil, van a dar en lo más fácil y corriente que es lo peor: ocasionar daño. Con la posibilidad de hacer mal demuestran que pueden algo, como si hubiera cosa tan flaca que no tuviera esa triste capacidad; de ahí, la envidia; de ahí la maledicencia y aquel descomedido afán de detracción. Y también aquello de injerirse en la familiaridad de las personas para descubrir algún vicio real con la dañada intención de divulgarlo, o fingido, para pregonarlo, como si lo tuvieran comprobado de sobras, pues tuvieran trato íntimo con el presunto vicioso. Hasta tal punto piensan no poder eximirse de los crímenes, que tienen que implicar en la criminalidad a todo el mundo y temen que se les vea sumamente feos, si existe alguno hermoso o puro. Y con todo Dios mantiene y fomenta a algunos de éstos, como los malos espíritus, como los venenos, como los tiranos, para provecho y aumento de las virtudes de los buenos. Otórguenos la divina benignidad contra esos tales una firmeza de ánimo inflexible, a fin de que si de ninguna manera los podemos evitar, al menos, probados y ejercitados por su perversidad, nuestra virtud gane primores y quilates.

Saludarás de mi parte a tu esposa, honestísima dama, con toda tu familia. Ruégote que saludes en nombre mío a mi huésped, el señor Lapostole (1), de cuya hospitalidad

(1) Francisco Cervent.
(2) Herman Lethmaat of Gouda.

(1) Pedro L'Apostole.

y sabrosísima conversación yo espero gozar algún día.

Oxford, fiesta de San Martín.

A nuestro Dorp, personalmente o por carta, muchos y muy cariñosos saludos y encomiendas de mi parte.

Al ilustrísimo jurisconsulto don Francisco Cranevelt, senador de Malinas, amigo sincerísimo. Malinas.

90

Oxford, 25 de enero de 1524.

VIVES A SU CRANEVELT: SALUD

Diferí la contestación a las dos cartas tuyas que nuestro Moro me puso en las manos, porque ocupación áulica que tiene cierta similitud con la disciplina castrense me reclamó estos últimos días en toda mi totalidad hasta el punto de no permitirme no solamente escribir, pero ni siquiera mirar un libro.

Habiendo la reina hecho esta jornada y habiendo ido el rey con ella—rebelándose contra la añeja costumbre que vedaba a los monarcas poner el pie en esa villa—; estando ellos aquí, preguntándome la augusta y honestísima dama hasta cuándo no sería yo palaciego más de un día. Pues anteriormente, todas las veces que visitaba el palacio, a la noche próxima me volvía a mi casa o, a lo más tardar, el día siguiente, recordando el dicho proverbial: Alóngate de tal manera que no pases más allá de tu choza. La augusta dama quería que yo permaneciera en la corte más tiempo, porque no hay cosa que la contente tanto como conversar de las Sagradas Letras, de las costumbres virtuosas, de la vida y de sus buenas o malas acciones. Prometíle que las fiestas de Navidad y de la Epifanía yo las pasaría enteras en Palacio y así lo hice en el castillo de Windsor, que dista de Londres obra de veinte millas. Tuve ocasión de contemplar el bullicio y la ruidosa alegría de muchos y variados festejos: juegos de naipes y de escaques, toros y osos en lucha con molosos, camellos bailarines, conciertos musicales de todo género, danzas variadas, representaciones escénicas, cenas espléndidas, frecuentes comilonas. ¿Qué tiempo ni lugar quedan en medio de tanto jolgorio para leer o para escribir?

Y a pesar de todo, de cuando en cuando filosofaba con la reina: espíritu más puro o más cristiano que el suyo confieso no haberlo visto en ninguna parte. Ultimamente, en ocasión que en un esquife navegábamos rumbo a un cierto monasterio (1) de sagradas vírgenes para asistir a los divinos oficios, recayó la conversación sobre las prosperidades y adversidades que jalonan esta presente vida. «Yo—dijo ella—, si fuese hacedero, deseara una vida tal en que unas y otras anduviesen mezcladas y templadas; no querría que todo fuesen adversidades, pero tampoco todo prosperidades. Y si tuviera que optar entre uno de ambos extremos, prefiriera que todo me fuese muy áspero e infeliz antes que favorable en demasía, pues paréceme que los desgraciados necesitan consuelo; pero los venturosos excesivamente, lo que necesitan es seso.» ¿Quién no venerará y adorará un alma tan cuerda? Así de ella como de su marido hanme contado muchas otras cosas edificantes, que se dirán a su debido tiempo.

Ayer me restituí a mis libros y a mis estudios y mucho me temo

(1) El monasterio de religiosas de Syón, en Isleworth.

que también a mis achaques. *Háblame tú muy amigablemente de Demócedes, así como de todas las otras cosas; sepa él que yo no necesito de médicos, sino de aire más puro, como el que tenéis en Flandes, ¡oh felices mortales!, o en Brabante, en la argéntea Malinas o más bien en la benigna Brujas* (1). Saludarás a Gudano, cuando estuviere de vuelta, y por su mediación al de Nimega, si no pudieres por otra vía.

Referente a lo que escribes que en ese tiempo, de palabra y de obra, se comprueba aquel viejo dicho de Pirro, que los hay para quienes la prudencia es o una superstición acuciadora o un tesoro sin labrar, así es en realidad. Y no faltan quienes prefieren imitar las fazañas del primero de los Dionisios y no se privan de repetir sus palabras y son religiosos tan torcidamente, que piensan que toda la religión consiste en menospreciar toda religión. De Alemania nos cuenta la fama tales cosas, que me alegro infinitamente de vivir en estas comarcas remotísimas adonde esas nuevas siniestras llegan raras, tardías y pocas.

De Vasanaro (2) tiempo ha que había oído hablar; pero si las personas instruídas tienen cordura o quisieren escuchar mis avisos, dígoles yo que los que matando y haciendo violencia al linaje humano aderezan su vida para la inmortalidad, que se engañarán bravamente y más oscura será su memoria que la de cualquier cochero o zapatero. Del actual Pontífice (3), mejores eran los augurios: ciertamente él es el principal culpable y el autor de esa tragedia que conmueve el mundo cristiano. ¿Y qué hay que esperar de los mismos romanos a quienes place Julio y Adriano descontenta? ¡Ojalá ése sea tan clemente de obras como de nombre, aun cuando yo le prefiriera al menos *pacificador!* Pero puede mudarse en sentido contrario, como León. En fin, el corazón del rey está en la mano de Dios.

Queda contestada la primera carta.

Por lo que toca a la segunda, que llegada posteriormente tenía una fecha más antigua, contenía cariños como de enamorado y en la cual, con toda verdad, decías que nuestra amistad está tan asentada que no necesita el apoyo y fomento de la correspondencia epistolar. Por lo que a mí se refiere, no acierto a avistar lo que me reserva el futuro; pero estoy de tal manera afectado, que me parece que de mi ánimo no puede desprenderse ni desasirse, mi entrañable Cranevelt, aun cuando viviera entre los escitas o en las Sirtes años y más años sin carta alguna. Pero esto, entre nosotros, ya es cosa vieja, como es de razón.

Saludarás de mi parte al señor Knight (1) muy cariñosamente; es hombre digno de toda suerte de alabanza y a mí me quiere muchísimo. No te engañes pensando que me desama; pero no sé hasta qué punto se embrutecería ese hombre docto con la convivencia con personajes campanudos, aunque por otra parte generosos. Para éstos no cuenta más que el linaje, y atribuyen más nobleza a la cuna que al talento. Y como Horacio dijo de Virgilio no está por debajo de la posi-

(1) En griego en el original.
(2) Juan de Wassenaar.
(3) Clemente VII (Julio de Médicis).

(1) Guillermo Knight, arcediano de Chester, enviado de Enrique VIII a misiones especiales por España, Italia y Holanda.

bilidad del varón bueno que le tome por amigo un poderoso mientras cautamente se lo escogiere digno. Estos no fueron favorecidos con esta distinción por la maravillosa reciprocidad del afecto que se tenían, sino porque agradaron al patrono que pudo discernir de lo torpe lo honesto y lo noble, no por su linaje, sino por la pureza de su alma.

Poco ha que el impresor envió a las cajas tres libros *De la formación de la mujer cristiana*. Con todo no hay cosa para mí que me descontente más que el título de esa obra tan antipático. En este punto, cébase sobre mí un singular mal hado; siempre mis libros llevan al frente ese linaje de títulos, los cuales no me recomiendan un pelo a mis amigos, me hacen aborrecible a los enemigos y me acarrean el desdén de los indiferentes, pues haciendo de la obra una estimación excesiva por lo ambicioso y prometedor del título, así que la abren se sienten defraudados por la distancia que media entre el rétulo y la bondad efectiva del libro. Los libreros van a lo suyo y es posible que sí, que el libro se venda más por el señuelo del título, pero las más de las veces, cuando está leído, hállase el libro muy por debajo de lo que promete, y yo quedo odioso y ridículo. Por lo demás, lo pasado más fácilmente puede reprenderse que enmendarse. El libro salió ya de mis manos y es del dominio público; no me preocupa demasiado la opinión que se formará de mí; puedo conseguir la salvación eterna sin haber publicado libro alguno. Aproveche el libro a los que lo leyeren y ceda en aumento de la religión y la gloria de Cristo; esto me basta; nosotros mismos no somos nada. Hay que servir a Cristo, que persevera eternamente; a El hemos de referirlo todo; no a nosotros mismos. No quisiera estorbar el libre juicio que forme cada cual de mi persona y de mis obras, siempre que el propósito de mi alma sea la gloria de Cristo. A eso solo atiendo; por lo demás, no puede haber envidia ni procacidad de lengua que puedan impresionarme en absoluto. No tengo ojos para las cosillas de este mundo, ya que los tengo puestos de hito en hito en Cristo. Quisiera que tú, amigo mío, me avisases, como acostumbras, si alguno de mis preceptos no tiene la debida rectitud, especialmente con esa turbación de espíritu mía que tú conoces, y que me indiques si encuentras que falta algo. *Yo soy muy agradecido para con el monitor, y tales amigos ocupan el primer puesto ante mí* (1).

¿Es que no es preferible ser avisado privadamente por un amigo, que ser atacado públicamente por un enemigo?

Ya ves qué amanuense me he tomado. No creas que exista otro, con tanta escuela como hay, que pueda escribir esto mejor. Tan grande es la pereza reinante. Es desidiosísimo el linaje de hombres de aquí. Yo no doy tanto la culpa a ellos como al genio del lugar, pues yo mismo no siento aquí aquel vigor de otro tiempo. Saluda en mi nombre a la bonísima señora que es tu mujer y a toda la familia. Andrés (2) ha hecho tantos progresos en su vida mercantil, que no es fácil que le engañen los mercaderes. Encomiendas también para él y para el señor Robyn. Ten salud.

En Oxford, el día de la Conversión de San Pablo, luego de haber escrito esta carta de mi puño quin-

---

(1) En griego en el original.
(2) Andrés Was Cranevelt.

ce días ha; pero ése no solamente escribe mal, sino poco a poco; por eso no extrañes si en adelante te expidiere cartas más de tarde en tarde, si no te envío el sello que veo ser necesario que yo lo haga.

Al ilustrísimo don Francisco Cranevelt, jurisconsulto, senador de Malinas y amigo fidelísimo. Malinas.

102

Brujas, 1 de mayo de 1524.

VIVES A SU CARO CRANEVELT: SALUD

No respondí palabra, mi Cranevelt querido, a tu última carta que se me entregó en Inglaterra, difiriendo toda contestación para mi llegada. Ni son muchas las cosas que tengo necesidad de escribirte, excepto lo de las anotaciones. La semana pasada llegué a Brujas, por lo demás sin novedad, más que algún tanto cansado de navegar aguas y de andar caminos.

Pienso haberte comunicado con frecuencia mi propósito de tomar esposa; sábete ahora que lo voy a hacer a finales de este mes: quiera el Cielo que con suceso feliz. Me casaré con una hija de Bernardo Valldaura, en quien no miré ni las riquezas ni la hermosura, sino exclusivamente su ingenua y honesta educación bajo una madre y una abuela ejemplarísimas, como también la honradez del padre y mi permanencia en esta casa por espacio de doce años. A la verdad, como en este negocio no puse más miras que en Cristo, espero confiadamente que El hará que jamás tenga que arrepentirme de haber dado este paso.

Por espacio de muchos días, la más grata contingencia que me ocurrió fué tu amonestación tan aguda, tan libre, tan amistosa. No tendría fin el hacimiento de gracias mío si tal cosa hubieras pretendido tú y si la dignidad de nuestra amistad lo consintiera. ¡Ojalá hubiera tenido holgura para leer con más detenimiento y para fijarme en cada particularidad! ¡Ves cuán grande es el descuido de los tipógrafos, y cuán grosero cuando imprimen *videndum* por *viuendum* y *millium* por *militum*, y *cogita* por *cogitata*, y *obediant* por *obeant*. Siempre no lo que el autor pensó, sino lo que ellos entienden. Me hizo reír aquella broma tuya del telar, en la cual convengo contigo, como es razón, a fuer de soltero con un casado, aun cuando no lo sé por experiencia, sino por sólo miedo. Créeme, es razonable el miedo.

En el ejemplo de las *Doncellas de la Lócrida*, cité textualmente las palabras de San Jerónimo. En el capítulo: *Cómo se habrá la doncella fuera de casa*, se imprimió *harum* por *haud;* en este mismo capítulo se saltaron dos o tres líneas que no puedo subsanar sin consultar el original. Ahora voy a lo más feo: *Attincta* dije yo de *attingo*, como si fuese menos que *aspergo;* pero por tu consejo, lo enmendaré. *Nuptum dare* es harto frecuente en los escritores. *Pudicior* dícese como *amicior*. En una obra sencilla no tuve reparo en emplear esas voces, como tampoco afecté elocuencia alguna, contentándome con expresar mi pensamiento, *en especial a la mujer del rey, educada con moderación, y a las otras mujeres en la actualidad no eruditas en demasía* (1).

Puse *detecte* porque alguna vez fueron *tectœ; altius cogitandum est* es expresión ciceroniana: *alte spe-*

(1) En griego en el original.

ctare si voles; quatenus está puesto por *quia* al modo latino, como sabes; *adultum,* no sé a punto fijo si lo escribí o si puse *adulturum* o *adultum ire;* si puse *adultum,* el yerro es mío. *Adulari,* púselo en pasiva, como Cicerón *in officiis: neque adulari nos sinamus,* pues antiguamente decían: *Adulo te.* Las restantes erratas son de los impresores, como tú pensaste con acierto. ¡Pluguiera al Cielo que me tocasen a mí tantos amigos Cranavelts como amigos Zopiros deseaba el rey de los persas! Pero Dios conserve tu vida largos años y suplirás la amistad de muchísimos. Saluda en mi nombre a la excelente dama que es tu esposa y comunícale lo que yo te escribo de mi boda. También nuestras mujeres os saludan.

Adiós, mi Cranevelt amicísimo, bonísimo. Moro te desea salud y toda suerte de prosperidades, y envía a la señora que es tu mujer seis sortijas de plata para distribuirlas entre los suyos: son bendecidas, según costumbre de Inglaterra. Irán incluídos en este papel. Ten salud.

Brujas, fiesta de la Dedicación.

106

Brujas, 7 de junio de 1524.

VIVES A SU CRANEVELT: SALUD

No dudo que recibiste mi excusa que te envié por Lucena (1), porque no había contestado a tus cartas. Supongo que la aceptarás, pues tiene tanta fuerza que Nuestro Señor la emplea en su Evangelio, entre las más válidas de este mundo (2). Ahora fuéme preciso escribir y sacudir toda pereza, pues comenzó a faltarme el pretexto. Tú me felicitas por la boda; yo a ti, por el nuevo hijo; esto es, tú a mí, por las hojas; yo a ti, por el fruto; tú, por mi primavera; yo, por tu otoño.

Aquella interpretación de la etimología me contenta sumamente y la apruebo en absoluto; haga Cristo que dé cada día más. Yo confío que será así, tal es la honestidad de la muchacha (1), y la probidad de sus padres, y la honradez del propósito que me condujo a ese acto. Quien calla mucho tiempo ha contra su costumbre, eres tú; ello me duele porque tus cartas, en los momentos de gozo, me son deleitosas, y en los de tristeza, llegan henchidas de consuelo.

A tu mujer, si ya dió a luz, deséale una prole afortunada; si todavía no, un parto alegre y feliz, y tú y ella recibid cariñosísimas encomiendas de mi mujer, suegra y abuela. Saluda en mi nombre a mi huésped L'Apostole y a tu huésped Robyn. Ten salud, mi Cranevelt, más bueno que el pan.

9 de junio. Brujas.

A don Francisco Cranevelt, jurisconsulto, amigo integérrimo, senador de Malinas.

(1) Fernando de Lucena, miembro del Parlamento de Malinas.

(2) Alusión a la excusa del invitado que no asistió al banquete del padre de familias evangélico por haber tomado mujer: *Uxorem duxi; et ideo non possum venire.* (Luc. XIV, 19.)

(1) Margarita Valldaura, su esposa.

112

Brujas, 24 de junio de 1524.

VIVES A SU QUERIDO CRANEVELT: SALUD

La carta que te escribí el día nueve de este mes no dudo que la re-

cibiste no mucho después, es decir, el mismo día de la fecha, con una rapidez verdaderamente pasmosa, no del correo, sino de mi pluma, que pasó volando del día 7 al día 9.

Estábamos a 7 y yo puse 9; pensaba que era este día. Ya ves que no me interesa el día; cada día es para mí como línea de carpintero y *todos los días son fiestas para los buenos*, como decía en Grecia aquel filósofo (Diógenes, el cínico) (1). Por lo que toca a la excusa evangélica, ve que no resulte más fácil ir que escribir. Para mí, ciertamente, por aquellos días fuérame más fácil caminar cien pasos que escribir cien palabras; tanto si prefería recibir palabras o darlas, *porque más vale ser agraviado que agraviar, por no decir cosa ofensiva a nuestro mejor amigo* (2).

Quien da hijos, curará con qué alimentarlos. Nosotros no somos más que simples administradores de la providencia de Dios con la gran aprobación de nuestra obediencia cuanto más confiadamente depositamos en El nuestro cuidado. Y no podemos proporcionarles alimento más seguro que mediante la justicia de Dios. Harto conoces aquellas dos sentencias suyas: *Jamás vi al justo abandonado*, y *Buscad primero el reino de Dios*.

Conté a mi suegra lo que me escribes del parto de tu mujer, que coincidió con el día de mi boda; ella lo tomó como agüero de que mi esposa, en su primer parto, dará a luz una hija. Deséote una casa alegre y feliz. El cambio que dices no sería *Glauci*, si ya es que no viene de *Glauco*. Doyte gracias; no pienso utilizar este tu beneficio, pues él me amenazó con renunciar a mi amistad si yo no le complazco.

Si hiciéramos paces con Dios, fácilmente la paz cuajaría entre los hombres; pero no quiere El que estemos concordes entre nosotros, pues con El estamos en discordia. Lo que falta es que, puesto que a nosotros ahora nos tocó ser espectadores, pensemos que asistimos a una representación, en la cual se nos muestran desgracias ajenas para pasatiempo nuestro, bien así como a veces en la acedía encontramos algún sabor. Pero a lo que veo, nosotros contemplamos el espectáculo, como antiguamente aquellos romanos contra los cuales los histriones arrojaban astillas de los asientos, para que no se marchasen completamente ayunos de tragedia.

Saluda a mi señora tu mujer y para ella y para ti se mantenga vuestra prole sana y salva; también a mi huésped L'Apostole y a Robyn, tu huésped.

Brujas, 25 de julio. Ten salud.

No me dejan estas calores hablar contigo más largo; me tienen agotado física y moralmente.

(1) En griego en el original.
(2) Idem íd.

118 y 119

Calais, 4 de octubre de 1524.

VIVES A SU CARO CRANEVELT: SALUD

Aun en medio de la barahunda del viaje, cuando voy olvidado de mí mismo, tu recuerdo gira obsesionante en mi memoria. Desde Calais te escribo, a punto de transfretar a Inglaterra, con el favor de Cristo para, continuar los trabajos de esta vida cargosa, con el mayor aburrimiento del camino y con la más

viva añoranza de mis nuevos amores.

No sabría decirte hasta qué punto en Malinas deseé tus abrazos que me negó mi mala suerte y que habían de serme sabrosísimos. Desde aquel tiempo, ni tú me escribiste a mí ni recibiste letra mía; hubo cese de una parte y otra; pienso que por el mismo motivo: el de pensar que dentro de poco nos reuniríamos en Brujas, como la fama llevó a nuestros oídos y acaso tú te habías propuesto. Por lo demás, la más efusiva entrevista y el abrazo más amistoso es el de los espíritus; por este lado, nunca dejas de estarme presente y en dulcísima confabulación mental. Nuestro amor tan asentado y firme más se apoya en las calladas voluntades que en los coloquios expresivos.

Saluda de mi parte a tu perfecta esposa con la retozona grey de vuestros hijos, a quienes Dios guarde en todo tiempo y los haga muy siervos suyos.

Calais, fiesta de San Francisco, tu onomástico patrón, de 1524.

Al señor don Francisco Cranevelt, jurisconsulto, senador de Malinas, amigo el más acendrado. Malinas.

122

Londres, 1 de noviembre de 1524.

VIVES SALUDA A SU CARO CRANEVELT

Por la carta que te expedí desde Calais, comprendiste, así lo espero, que no te había olvidado y que ninguna negligencia me hizo transgredir los deberes de la amistad. Así que me congratulo de haber dado satisfacción a tu afecto, es decir, a tu amor un poco gruñón; aun cuando yo por este mismo motivo pudiera quejarme de ti, si no te supiera demasiado absorbido por urgentes quehaceres para que tuvieras tiempo de escribir a nadie ni hurtar a tus ocupaciones aquellos momentos que quisieras que te consagrara a ti tu pequeño amigo. Ya ves cómo tienes en mí un defensor aun contra mí; piensa tú cómo sería contra los otros. Aunque ¿qué mal han de hacerte los otros?, como dijo aquél. Tu candor, no envidioso de nadie, te pone a cubierto de cualquier envidia y mala voluntad.

Hemos perdido a Linacro, lustre y prez de las letras, que de nadie era segundo. Muy amargo es nuestro duelo por la muerte de tan gran amigo, no por causa suya, puesto que goza de una vida mejor, sino por causa nuestra, que quedamos huérfanos de su docta compañía. Había en el pecho de aquel hombre el más activo interés por favorecer a los estudiosos y en bien de ellos no tenía reparo en hablar con libertad y amonestar seriamente a los príncipes.

Quiero saber de ti lo que piensas de aquel librito mío que poco ha salió en Lovaina (1). Pero mira, mi querido Cranevelt, te agradeceré que excuses toda lisonja. Jerónimo Ruffault me escribió que yo dejé un ejemplar en Lovaina, borrado en muchos lugares, y tan confuso, que tuvo él que proceder por adivinación. Yo no he visto el librito impreso; pero por esas palabras de Ruffault deduzco que lo está con muchas erratas. *Tú ciertamente con harto provecho te dedicas a la tra-*

---

(1) No tan pequeño como Vives quiere dar a entender. Contenía: *Introducción a la sabiduría, Escolta del alma* y dos cartas de *Pedagogía pueril*. (Lovaina, 1524.)

ducción en la misma biblioteca, es decir, a tus anchas y feliz. Pero nosotros pasamos la vida aporreados dondequiera y ni aun podemos consagrarnos a las cosas que más convienen a nuestra formación. Pienso, pues, interesarme en lo referente a la educación y a la virtud. De ellas quisiera hablar y en ellas ocuparme, de lo cual me es testimonio el mismo Cristo. Pero así nos manda El que trabajemos sin cejar. Por lo demás, no debemos pedir más que esto, a saber: que las cosas hechas y las que hemos de hacer se enderecen a nuestro provecho. Seamos de aquellos de quienes se ha dicho: Para los que aman a Dios, todas las cosas cooperan para el bien (1).

Saluda a L'Apostole, mi antiguo huésped, merecedor de todos mis agradecimientos. A tu mujer y a tus hijos, les deseo toda felicidad; adiós, amigo querido entrañablemente.

1 de noviembre.

Esta carta recibiérasla mucho antes si los negocios de Inglaterra no hubieran detenido a Levin más tiempo del que calculaba Erasmo y yo mismo.

Al señor don Francisco Cranevelt, senador de Malinas, amigo todo candor.

128

Londres, 2 de diciembre de 1524.

VIVES A SU QUERIDO CRANEVELT

Una sola carta tengo recibida desde que estoy de vuelta, de manos del recadero de Erasmo y por él mismo la contesté. No solamente callas tú, sino todos los amigos de ahí: de todos ellos tengo los más punzantes deseos de saber cosas. Envié a Fevin la carta que enderecé al Papa Adriano, que pienso te di a leer en Lovaina; dile orden que, así que la haya leído, cuide de que se te lleve a ti; cosa que sé que él hará, aunque nadie se lo prevenga. Los consejos y los empellones de mis amigos obligáronme a hacerla pública, y porque no pienses que es poca la licencia que me tomo sobre ti, hícete a ti responsable de mi osadía. Con todo, quisiera yo que me dieses privadamente por escrito tu parecer, como también de los librejos que salieron y constituyen mis últimos partos.

Mis asuntos de España son tristísimos y me obligan muchas veces a abrir las velas al pesimismo. Aun en el momento de escribir esto, llegóme la noticia de la muerte de un tío mío muy amado, que cuidaba de nuestra casa con diligencia no menor de la suya propia. La Fortuna, con tantos golpes, conseguirá hallarme insensible y llegará a pinchar en hueso. Remédielo Cristo. No hay tribulación tan aguda que la paciencia no la haga soportable a la naturaleza humana. Adiós, mi bueno y amicísimo Cranevelt y saluda de mi parte a tu óptima esposa, para quien pido al Cielo que te la conserve incólume por muchísimos años, con esa vuestra prole, que es una miel y un encanto.

2 diciembre. Londres.

Ahí, ¿qué esperáis o qué teméis de las cosas de Italia? Mi opinión es que en una situación militar de equilibrio no va a cuajar la paz. Tan pronto como uno de los dos comience a estar en inferioridad, no se demorará la concordia. Estas armas serán lanzadas de las manos por la fatiga; o arrancadas por la victoria. Otra vez, adiós.

Al señor don Francisco Cranevelt,

(1) En griego en el original.

jurisconsulto, senador de Malinas, flor, nata y espuma de la amistad.

136

Oxford, 25 de enero de 1525.

VIVES A SU CARO CRANEVELT: SALUD

No puedo conjeturar lo que ha ocurrido al criado de Erasmo (1). Así es que nadie dice haberle visto por algún lado desde que salió de aquí. Ni ha hecho entrega de las cartas que yo le di para los amigos. Ni habló con un tal Vintero (2), consanguíneo de nuestro cardenal, a quien fué enviado por el camino más corto para ser de su servidumbre, en unas condiciones no ciertamente desdeñables y de las cuales no le había de pesar.

La Fortuna continúa siendo igual y fiel a sí misma, contra mi padre, contra todos los míos y aun contra mí mismo, pues lo que hace con ellos, pienso yo que lo hace conmigo, pues a todos ellos les quiero no menos que a mí. Pero el Soberano Hacedor de este mundo, a cuyas leyes todas nuestras cosas están subordinadas, así como conoce todas las razones y causa de cada evento, así con su callado consejo nos consuela y con sus mandatos nos impone que todo lo sobrellevemos con ánimo resignado. Pero veo que sigues quejándote con la vieja cantilena de siempre, como si el hombre ocupado no cumpla con su deber de amigo si con cartas de su puño y letra no da a entender que no tiene en olvido a su amigo, aunque ese amor entrañable hace que las cartas más largas del amigo sean las más dulces y sabrosas.

Por lo que se refiere a mi carta al Papa Adriano, me alegro que abundes en el mismo sentir. Espántome de haber dado a luz una producción tan lenta, que en tres meses que anda no haya podido aún llegar a Malinas. Por lo demás, conozco la prole; sale muchísimo al padre, para quien el viajar es la mayor de las molestias. Un calcógrafo de Lovaina la editó y no pienso que haya dado con mercaderes tan ávidos y adquisitivos que tenga despachados todos los ejemplares. Por eso desearía vivamente que te procurases un ejemplar de esos libros por alguno de tus amigos y que consagrases un pequeño día de aquellos en que uno no sabe qué hacer, si es que puedes encontrarlos, a fin de asegurarme más con tu juicio la importancia que di a la introducción de los muchachos y aun de los mancebos a la sabiduría, si es que no me engaña mi propio parecer. Ruégote que no tomes esto como un prejuicio, sino como defensa provisional de una causa en la cual tú simplemente debes juzgar del mismo modo que acostumbras haberte conmigo, a saber: con libertad y con amistad auténtica.

No sé si había en tu carta algún otro extremo al cual debiera responder, pues la dejé en Londres junto con el bagaje que, recogido a toda prisa, no tuve tiempo ni gana de traerme aquí, pues allá tengo que volver, conforme espero, en los primeros días de abril, Dios queriendo. No vemos a ninguno de aquellos embajadores de los moscovitas; si vienen empujados hasta aquí por la avaricia o la ambición o la guerra, ¿a cuento de qué traer acá un poco más de mal donde ya lo hay hasta la saciedad? Si es por

(1) Liviano Algoet.
(2) Tomás Winter.

amistad que vienen y por interés de conocer nuestras costumbres, sean bienvenidos; admitan e importen a su tierra las mejores y concierten con nosotros alianzas a fin de que la universal comunidad de los cristianos viva en concordia. Esto es hermoso aparentemente, pero peligroso también, según es nuestra demencia y nuestra ambición y demás vicios nuestros. Con muchas naciones no tendríamos hoy guerra si nunca tuviéramos paz y alianzas y asociaciones y otros nombres igualmente bellos y seductores. Cada uno se duele más de ser ofendido de un amigo o de un familiar que de un desconocido.

A tu intachable esposa y a tu familia, muchos recuerdos de mi parte; también al señor L'Apostole. Volví a Oxford, y volvieron, a una, mis consabidas molestias y la fementida salud del año pasado. Cuida de tu salud y ámame, como ya lo haces.

Oxford, 25 enero 1525.

Al señor don Francisco Cranevelt, jurisconsulto, senador de Malinas, amigo mío de verdad.

144

Oxford, 7 de marzo de 1525.

VIVES A SU QUERIDO CRANEVELT: SALUD

No tan grata me fué la crítica tuya de mis libritos, cuanto el que me confesases que había sacado provecho de su lectura un hombre como tú, de tanta erudición y de tanta cordura. ¿Qué otra cosa pretendía yo con aquellas normas de conducta sino que alguno de los lectores diese algún paso avante en la senda de la sabiduría? Pues no filosofamos por vanidad ninguna ni por hacer alarde de ingenio, sino por ajustar nuestra vida a los preceptos de la sabiduría y a la vez para, con nuestra palabra y con nuestro ejemplo, incitar e inducir a los otros a nuestra imitación, aun cuando, desgraciadamente, hasta tal punto se han apoderado de los espíritus aquellos dos vicios detestables, a saber, la ambición y la avaricia, que no quedó puerta abierta para las más cuerdas resoluciones. De ahí resulta que de los buenos consejos que no gustan, se hace mofa, y los que merecen aprobación, se dan al olvido. Y con efecto, en ningún lugar hallan donde asirse.

Aquí suenan rumores de paz, sin duda de la paz general que comprende a todos; pero ínterin los contendientes se amenazan con las más fieras atrocidades, pienso yo que porque el terror impugna las condiciones de paz más ventajosas.

Con todo, no se duda de que la guerra se enardecerá y se hará más feroz si ese conato de paz se queda baldío. Pero eso remédielo Cristo o, mejor, nosotros, que tan adelante hemos llevado nuestras bellaquerías y maldades que ni la guerra las puede aumentar ya ni la paz puede disminuírlas. Si cuaja alguna paz entre los príncipes, ¿cuál de ellos la hará con Cristo?

Está aquí Pedro Garcías de Laolo de Middelburgo, a quien aquí otorgamos la licenciatura en derecho civil, amigo mío muy estrecho y que yo querría que le hicieras tu familiar, pues harto sé que merecen tu más viva aprobación su índole, su ingenio, su juicio.

Las notas que pusiste a mis libros fuéronme gratas hasta tal punto, que me parecieron demasiado pocas. Ojalá hubieras advertido más y me hubieras llamado sobre ellas

la atención. Es puntualmente así como dices; viciaron algunos pasajes pensando que los enmendaban, como *in ea colitur, sævientis etsi.* Pienso que yo escribí *meruit;* si ese pretérito no se halla en ninguna parte, me dejé engañar por la analogía y las reglas gramaticales. *In bonas artes eruditio,* díjolo Tulo Gelio, tomándolo de Marco Varrón. *Honera* algunos lo escriben, lo mismo que *Honustus.* Mira si puede decirse *trahere lineam; quatams* púselo correctamente por *quoniam,* como se lee en Plinio: *Quatenus non datur nobis din vivere, saltem faciamus aliquid quo nos vixisse testemur* (1).

¡Cuánto te agradezco, mi amigo queridísimo, y cuán delicadamente me acordaré de tus reprensiones escritas con tanta libertad y condimentadas con tanta amistad, que es la sazón de todo. Continúa, por favor, haciéndolo así (2).

Saludarás de mi parte a la dama ejemplar que es tu esposa, juntamente con vuestros encantadores hijos. Sean también saludados por mí mi huésped el señor L'Apostole, y el tuyo, el señor Robyn.

Oxford, 7 marzo 1525.

Al señor don Francisco Cranevelt, senador de Malinas, amigo sincerísimo.

(1) En griego en el original.

(2) Puesto que no nos está concedida vida larga, hagamos al menos algo con que podamos atestiguar que hemos vivido.

153

Brujas, 27 de mayo de 1525.

VIVES A SU QUERIDO CRANEVELT: SALUD

Estoy de vuelta en esa Brujas de mis amores, añorado y añoroso de mi esposa, Cranevelt mío, desde el día diez de mayo, con el favor de Cristo.

Halléles a todos sanos y contentos, sino que mi mujer adolecía de un flujo en el ojo derecho que se le había corrido de la cabeza; y la inflamación del ojo con el párpado y una parte de la mejilla hacían la dolencia grave y peligrosa; ella, por otra parte, con el miedo agravaba la enfermedad; lloraba día y noche, temiendo que de aquella dolencia se quedara con un solo ojo.

En Inglaterra, por lo que toca a las cosas de la guerra *alcedonia* (1) no hay cosa que difiera más la guerra. Tiempo ha que todo el mundo está harto de la actual situación. Piérdese el tiempo en embajadas y a esto van los franceses a fin de que so pretexto de consultas, se alargue la cosa hasta el invierno, poco propicio para guerrear. Tampoco a los otros los veo demasiado ganosos de lucha. Buen síntoma ése, si de veras quisiesen la paz.

¡Cómo me agradaría que nos reuniésemos aquí, cuando vinieres! Pero confío verte en Malinas a principios de otoño; pues en época de calor no me atrevo a emprender viaje. Hablé muchas veces en Inglaterra con vuestro presidente (2); tiénete en la más alta consideración y estima y no se excusa de expresarlas. Haz, puesto que nos hemos acercado algún tanto, que por tus cartas entienda cómo estás de salud y qué es lo que haces.

Esta carta tenía que ser escrita con prisa; por eso será más breve, porque no me siento demasiado bien de la cabeza. Por otra parte

(1) En griego en el original.

(2) José Lanwereyns, presidente del Parlamento de Malinas.

había tomado la resolución de chancear contigo copiosísimamente; lo que será en la próxima carta, con el favor de Cristo, pues renovaremos nuestra antigua correspondencia, que sufrió un paréntesis temporal. Saludos a tu excelente esposa. Ten salud.

27 mayo 1525.

Al señor don Francisco Cranevelt, jurisconsulto, senador de Malinas.

157

Brujas, 20 de junio de 1525.

VIVES A SU QUERIDO CRANEVELT: SALUD

Todo cuanto dices de tu mujer es lindo y es agudo y hasta prudente como soldado a quien la práctica dió veteranía. Pero yo, que aún soy inexperto, me apoyo más en la fuerza que en el arte. Aun cuando en estas cosas existe el peligro que el esclavo señala al parásito en la comedia: que esa fuerza no acabe por resolverse en látigo. Por eso también hay que aprender la técnica, cuyo capítulo principal pienso yo que será el ejercicio asiduo y diligente.

De Inglaterra recibí un paquete de correspondencia, en el que iba una carta tuya a mí, desde allí reexpedida, y esta de Moro para ti, con unos cuantos anillos. Detúvose algunos días en mi casa en espera de correo a quien pudiera confiarse con relativa seguridad. Las guerras de los príncipes, como ves, son una fiebre lenta; como los médicos dicen: *Hetiquez.* Más grave esa de Alemania, hasta el punto que mucho me temo que no tengas que decir que las otras son puro pasatiempo y juego. En fin de cuentas, es corroborar el Evangelio: con trescientos mil soldados armados, talarlo todo y causar calamidad y estrago dondequiera que entraren. No tantos millares se prometía a sí mismo Cristo, a saber: diez legiones de ángeles; ésos tienen cincuenta legiones, si bien no de ángeles, como la cosa misma indica. Todo se reduce a dinero, y esto, precisamente, es lo que se precave en los capítulos quinto, sexto y séptimo de San Mateo y con muchas autoridades de los Apóstoles. Cierto es que para nuestras fechorías les buscamos nombres especiosos. Esto que para otro acaso fuera poco, para ti es, quizá, demasiado.

¿Conque Dorpio (1) se remontó al cielo? ¡Ojalá allá arriba *teologice* con mayor aplauso! ¡Oh incertidumbre de nuestra vida! ¡Injerta ahora perales, Melibeo; planta vides en ringlera! No menor duelo me ocasionó esta nueva que si la oyera de un hermano carnal. Han salido con ello perdidosos los eruditos todos, para quienes él sentía veneración. También perdidosos con ellos los estudiosos, a quienes él favorecía y a quienes ayudaba en la medida de sus posibilidades. Era afable y cortés y cristiano sin mancha. Quiera Cristo que haya volado a aquellos asientos que El en la Casa de su Padre aparejó para las almas puras e inocentes, es decir, para quienes eran sus amigos.

Nuestro rey se ve envuelto en la guerra por sus amigos viejos; cosa que él ni había buscado ni creía que le conviniese, sino porque la guerra sirve para gratificar o hacer préstamos y porque en tu mano está declarar la guerra, pero no dejarla. ¿Qué quieres? ¡No merecemos vivir tiempos tranquilos por-

(1) Van Dorp's

que toda la santidad la tenemos a flor de labio! Evangelio, Cristo, caridad, piedad, religión, fe: esto en la punta de la lengua; pero en el corazón, dinero, dinero, dinero; logro y latrocinio (1).

Agradeceríate que husmeases cuyo es el libro de Taxandro y me lo escribieras a mí o a Moro, que desea averiguarlo. Yo planeé ciertas obras con ese argumento y no me atrevo a decirte más porque no pienses que me he vuelto loco; avergüénzome de mí mismo, que tanto me prometí. Alégrome sin fin de la convalecencia de tu esposa; salúdala de mi parte, respetuosamente; también a los hijos, uno por uno. Tienes en vuestro presidente a un hombre educado como el que más, y accesible; por él sabrás cosas de Inglaterra. Quisiera que hubieras estado aquí a mi llegada; hubiéramos hablado con sabor y con amor. Hace tiempo que me perezco por verte y por platicar contigo.

Saluda de mi parte a mi señor L'Apostole y demás amigos.

20 de junio. Brujas.

Al señor Francisco Cranevelt, jurisconsulto, senador de Malinas.

(1) En griego en el original.

159

Brujas, 18-25 de julio de 1525.

VIVES A SU CARO CRANEVELT: SALUD

Recibí tu carta, por la cual entiendo que no llegó a tus manos la que te envié el mes próximo pasado por Cervent, hermano de mi suegra, que comienza por *De uxore*, responsiva de dos tuyas. El original obra en mi poder; la pedirás cuando quieras; la copia es cosa que no tiene importancia.

¿Tu esposa está lejos de ti? Sé que no faltarán quienes exclamaren: «¡Oh tres veces feliz; y esto muy trágicamente; pero habrían sido aquellos para los cuales, cuando no quieren, no tienen lugar asaz ancho, como Quinto Cicerón, que tenía a su Pomponia, como Marco da a entender, un poco durilla y difícil y en la cual de cuando en cuando se echaba de menos la amabilidad.

¿Ves cómo el César y Francisco no cupieron en reinos tan extensos? A ésos yo les diría a voz en cuello: ¿Qué os va a bastar, si toda Europa no es suficientemente espaciosa? Y pensar que unas hazas de tierra contenían y mantenían una tan numerosa familia como la de los Elios, y ello porque andaban avenidos. Dicen que Francisco, por orden del César, fué enviado a Játiba, ciudad rural del reino de Valencia.

A ese Gatinará mentado en tu carta no le conozco, si no es *archigramático*. ¡He aquí cómo soy ambicioso recordador de los grandes nombres! No aprendo los nombres porque no les he de pedir nada. Nosotros, con tantos calores, nos vamos liquidando y no salgo a la calle sino a boca de noche, como una lechuza; tan poco sufrido soy del calor. Más fácil me resulta resistir el frío riguroso; creo que éste cura más pronto que aquél. *Pero ¿a cuento de qué viene ese Gatinara? ¿Es que vosotros le consideráis feliz como si pudierais juzgar de los dioses y de los mortales?* (1).

Ya en mi pasada carta iba incluída una de Moro con sortijas de pla-

(1) En griego en el original.

ta; no sé su número exacto; hazme noticioso de si te fué entregada.

Saluda de mi parte a tu óptima mujer, muy señora mía; también a L'Apostole y a Robyn.

Brujas, 18 julio. Adiós.

Cervent, en una carta, me escribe que entregó la mía a Pedro Gilles para que la hiciese llegar a ti.

Pienso trasladarme a Amberes el día primero de agosto; de ahí a Lovaina; no querría que sin haberte saludado ni visto como el año anterior. Espero que nos reuniremos, pues no estarás ausente, como otras veces. Adiós, de nuevo.

Esta carta estuvo detenida en mi poder hasta este día, festividad del Apóstol Santiago. Tan pocos son los que salen de ahí.

Al señor don Francisco Cranevelt, jurisconsulto, senador de Malinas, integérrimo amigo mío.

160

Brujas, 2 de septiembre de 1525.

VIVES A SU QUERIDO CRANEVELT: SALUD

La marcha de los negocios con frecuencia ocasiona que de ningún modo vayas allá donde tienes el máximo interés de ir, como yo a Malinas, donde, según mis noticias, era esperado de ilustres personalidades, de ti, principalmente, y de algunos otros de esta misma primerísima categoría, de cuya conoscencia y trato me vi privado con la más amarga de las decepciones. Pero tenía que volver a casita por muchísimas razones; la primera de todas, porque había perdido muchísimo tiempo, sin hacer nada, cosa que en estos tiempos he de permitirme con suma parsimonia, puesto que llevo entre manos obras cuya breve terminación se impone, y otras comenzadas que debo activar, y otras en proyecto y en estado gaseoso, a las que debo dar concreción y forma. Y a esas razones añade tú la increíble molestia que me ocasionan los viajes.

Luego, al punto de regresar, recibí tu misiva con harto retraso, expedida el día 26 de julio. Extraño que la mía hubiese sido abierta y el sello cambiado. Nada contenía que yo tuviese empeño de ocultar: por mí podían exponerla a las puertas de las iglesias. Así con los hombres como ante Dios, según el viejo proverbio.

En los asuntos de Alemania, bonanza absoluta; los alciones crían (1). Pedro Gilles me contó en mi estada en Amberes que en el libro de Taxandro no se puso ningún seudónimo, sino un nombre en gran parte ajeno, pues es un tal Ruisio, campiniense, una picaza en Zelandia, como dices tú.

Diré solamente aquello que de Homero se lee en Silio Itálico: *En su poema abarcó tierras y piélagos, luceros y manes y todo esto, antes que viese, por su orden lo contó al mundo...*

Quisiera tenerte aquí; recrearías mi cansancio y ayudarías mis trabajos. Pero nosotros, ya que no pudiéremos hacer otra cosa, al menos entregaremos nuestros conatos a otros más diestros y venturosos, como la antorcha simbólica en la fiesta del fuego; quiero decir, que facilitaremos el estudio de muchos o, lo que es más hacedero, lo estimularemos: *Los que con los artes que inventaron hicieron más bella la vida y*

(1) *Alcedonia* en el original. Significa la razón bonancible en que los alciones hacen sus nidos sobre el agua.

los que con sus merecimientos dejaron en los otros el recuerdo de sí; todos éstos ciñen sus sienes con níveas vendas, como canta Virgilio. Pluguiera al Cielo concederme que, engolfado en estos afanes, devolviera yo mi espíritu al Padre celestial.

Me extraña que no hagas mención alguna de la carta que te envié a últimos de julio; temo que no te la hayan entregado; pero esto no es cosa nueva.

¡Como si hubiera lugar alguno que pueda preservar de la muerte! ¿Y a eso le llaman seriedad?

Si alguno dice que todo anda al revés, ríanse de él, puesto que es quien anda más. La fe pública descansa en ese viaje a pie. Deseo conocer cuándo será la marcha, y de Erasmo, todo cuanto te llegue. Mi esposa y suegra te devuelven a ti y a los tuyos tus saludos, y para todos ellos pido la salud al Cielo.

Brujas, 2 de septiembre. Adiós.

Al señor don Francisco Cranevelt, jurisconsulto, senador de Malinas.

163

Brujas, 17 de septiembre de 1525.

VIVES A SU QUERIDO CRANEVELT: SALUD

Me temo que los sueños que tú dices vas a fabricar para tu uso, no los tomes de mis sueños verídicos. Pero esto dejémoslo para Cristo y en sus manos exclusivamente. El sabe que yo contribuyo a la obra con intención pura y pía. Lo demás dispóngalo El según convenga, pues El solo sabe lo que en resolución nos conviene. No te maravilles si la comparecencia quedó desierta a pesar de que vieses cicatrices y emplazamientos como los de los griegos, según se lee en Plinio. Pero había otros motivos que me retraían de un viaje largo. Auguro que ese parto mío va a resultar algo más tardío que los otros; pero siempre será pronto, si sale asaz bien. No me satisfará comadrón que no sea Cristo; yo imploro su propicia divinidad, si no, abortivo será el parto, y no viable.

Oigo decir que se difiere la partida de vuestro jefe, porque éste rehusa ir, y a mi parecer, obra cuerdamente, prefiriendo una sabrosa quietud a una molestia aparatosa. Sabes que los ingleses han concertado la paz con los franceses, con el consentimiento, según dicen, y el beneplácito del César. Nosotros aquí tenemos treguas que no son treguas. En España las cosas andan o tan inciertas o tan ocultas que de dos correos que ayer llegaron de allí, no pudo saberse en claro nada, a pesar de traer grandes fajos de cartas.

Mi mujer y mi suegra te devuelven los saludos. Saludarás de parte de todos nosotros a la tuya, con tus hechiceros hijos y con tu pequeña hija, que pienso que debe de ser ya algo letrerilla.

17 septiembre. Brujas.

Muchos saludos a L'Apostole, mi huésped, y a Robyn, que lo es tuyo.

Al señor don Francisco Cranevelt, jurisconsulto y senador de Malinas, mi amigo número uno.

167

Brujas, 25 de octubre de 1525.

VIVES A SU CARO CRANEVELT: SALUD

Verbalmente te explicara los títulos y los argumentos de los libros;

pero no me atrevo a confiarlos a una carta del amigo más querido, sin duda, porque no caiga en otras manos. Con todo, no pariré antes que la elefanta, caso que no aborte; pero no con el parto elefantíaco novenal como cree el vulgo, sino bienal, como enseñan los naturalistas.

El correo de España fué portador de pocas nuevas y aun éstas, confusas. Un rumor poco autorizado esparció que los príncipes se habían reunido. Hay quienes dicen que el francés enfermó en Segorbe; hízole la distinción de ir a verle y hablarle el César para alivio del doliente. Tomás Moro ha sido nombrado canciller del Ducado de Lancaster; este cargo es de honor y provecho no pequeño y lo desempeñaba Vinfeldo (1), que murió de embajador en España. Cobrará todos los años mil quinientos *angelados* y resignará en otro la Subtesorería.

Recibí de Budeo, poco ha, la primera carta desde que empezó la guerra. Díceme que lee mucho, pero nada que tenga relación con las Musas. Añade que tiene carta de Erasmo, donde dice que es su resolución hacer a Basilea gloriosa de su gloria personal.

Saludos a ti y a tu esposa ejemplar, de la mía y de mi suegra. A los amigos de ahí, encomiendas. Ten salud.

25 de octubre. Brujas.

Dime cuándo piensas que va a marchar vuestro presidente.

Al señor don Francisco Cranevelt, jurisconsulto, senador de Malinas, amigo mío de cuerpo entero.

---

(1) Sir Ricardo Wingfield.

171

Brujas, 10 de diciembre de 1525.

VIVES A SU AMADO CRANEVELT

De lo que me dices que por fin conseguiste oler algo de aquello que yo ocultara con tan diligente avaricia a un amigo tan grande, es una parte de la obra, pero una parte exigua. No menos te lo manifestara a ti, si te hallaras presente, que a Ruffault, que es amigo mío tan estrecho.

Con pertinacia tal se encarniza en mi suegra la enfermedad, que no hay fuerza humana capaz de arrancársela. Parece que la fiebre remitió; pero ella está tan flaca y tan al cabo, que no puede andar ni puede mantenerse en pie sin vahidos y desmayos; todo alimento le da náusea; se pasa las noches blancas y de día no pega el ojo. Pero estamos esperando siempre una mejoría que no vemos. No es poco que no empeore la que tan alcanzada está.

Ninguna otra cosa me devolvió a casa sino la buena administración del tiempo, que no ignoras tú que debe ser la primera preocupación de aquellos que emprendieron algo grande, si no en la realidad, al menos en la proporción de sus fuerzas, pues por ellas deben los hombres medir sus posibilidades. Así que todos los días me voy a dormir porque parezca que el día fué brevísimo, y avanzo en la obra a manera de quien tiene los pies delicados; has de saber que navego entre arrecifes; si una vez salgo de ellos, la vía quedará más libre. ¿Hasta qué punto estaba bien que yo te llamase desde Malinas? ¿Tanto importaba que me hablases? No te digo que estuve perplejo hasta el mismo día en que ya me era forzoso partir.

A la astrología me remites para el caso de la hija de la hermana de tu esposa; mentida ciencia, que yo quisiera ver raída del suelo o mentada así como lo haces tú, irónicamente, como juego de niños. Cuanto mayor es la confianza que se pone en las cosas del mundo, tanto menor es la que queda para Dios. Muchos piden a los astros su buena ventura, como si la ventura buena estuviese en otras manos que las de Dios. Sólo El conoce lo por venir. Buscarlo en otro sitio es no pequeña inclinación a la idolatría. Ello hace que contentándonos con lo que vemos, poco a poco nos olvidemos de Dios.

En el verso de Homero no es un pie lo que sobra, sino una sílaba, breve por cierto; si lees *antik epeita* (que no es fenómeno raro en este poeta), ya no hay escollo. Con todo no me atrevo a decir, bajo mi responsabilidad, que deban ser tachadas aquellas dos letras. Acaso ellas ocultan un secreto de la lengua griega, que se me escapa a mí, como a muchos otros matices, no sólo en aquel habla, sino en cualquiera otra.

Saludos a ti y a tu mujer bonísima, de mi parte y de la de todos los míos. Saluda a los amigos de ahí. Adiós.

10 diciembre. Brujas.

Al señor don Francisco Cranevelt, jurisconsulto, senador de Malinas, amigo de todas veras.

175

Brujas, 17 de febrero de 1526.

VIVES A SU CRANEVELT

Recibí tu carta o, mejor dicho, tus centones homéricos; has zurcido un poema con versos de Homero. Paréceme que acabas de llegar de la región del Hades (infierno), donde platicaste con la sombra de Homero, como el Menipo de los *Diálogos*, de Luciano (1).

Porque ya puedas citarme a un Aristarco, quien, por la práctica y lectura de Homero, tenía los oídos sobre modo descontentadizos; éste te diría fácilmente cuál verso es homérico y cuál no, e inventaría escolios y apostillas con que exornarlos. ¿Y eres tú quien me preguntas de Homero? ¿Y por qué yo no a ti?

Pero hablemos de las disciplinas. ¿Qué siglo es éste, mi querido Cranevelt, en que cree uno que se le injuria, si se le libra de un yerro? No lo lleva más desabridamente que el ciego que de las tinieblas es sacado con brusquedad a la luz del día, y que sea error todo lo que no place o no se entiende. Paso a aquello que, según es fama, ocurrió a Midas, quien toda cosa que tocaba, acostumbraba convertirla en oro; así algunos hombres de nuestro tiempo a todo lo que desconocen lo llaman herético. No pienses que yo chancee ahora; los hay no pocos que piensan ser ellos los más cristianos de todos, la flor y nata de la cristiandad, que a muchos llámanlos heterodoxos. Desde que existe memoria de hombres, pienso que no hubo época alguna en que fuese peor visto eso de estimular los estudios como esta presente, cuando todo anda desvencijado y roto por las disidencias y los sectarismos. Una sola esperanza nos queda, y es que el tiempo borra los desvaríos de la opinión y confirma los auténticos y sólidos juicios de la Naturaleza. Pluguiera a Dios que esas corruptelas de las artes fueran los escollos de las sirenas. ¡Al menos el

(1) En griego en el original

canto nos deleitaría, y, cautivados los hombres por este hechizo, no fuera cosa de admirar que se detuviesen a oírlo y que oyéndolo envejeciesen! Pero el caso es que demás de que son dañinas, son desabridas sin el atractivo de la hermosura, sin la seducción del placer ni la utilidad del fruto. Y ya no es la sutileza sola que anda en pleito, sino que en unos es el logro; en otros, la ambición; en los más, la ignorancia de lo mejor el querer más haber aprendido que aprender y la contrariedad que causa ver que nada se consiguió con el afán de tantos años.

Antes, ya había visto el epitafio de Dorp's. ¿Cómo es posible que no agrade el de Homero? Califica de pésimo a este siglo. Sin duda lo es para aquellos que están poseídos del ansia de vivir; pero a mí me parece felicísimo y el más acomodado para los que mueren. Tantas son las incomodidades que tiene, que no hay persona de mediana cordura que con San Pablo no desee ser disuelto y estar con Cristo. No hay cosa segura; no hay cosa grata; el hablar engaña; el callar engaña; si no chillas, entiéndese que asientes; para los unos todo es herético; para los otros todo es frívolo. Lo que antes era tolerable y perdonábase tras la excusa justa, ahora se tuerce a sospecha de mayor mal. Para los unos, si no estás bravamente desinteresado de Dios y no tienes en desdén a todos los santos, no eres asaz cristiano; si no robas, serás tenido por hipócrita. Y confiar en las obras, no en la fe. ¿Qué consuelo hay, en medio de todo esto, sino hacerse al pensamiento de la partida irrevocable y afianzarse en la confianza de que cada uno irá a Cristo, en quien ya no había nada de fingido ni de simulado; nada entregado al odio, nada al favor; todo desnudo, todo claro, todo cierto?

Escribí yo también un epitafio para nuestro llorado Dorp's, según la vieja costumbre romana y no sujeto a número; te lo envío.

Saludámoste a ti y a los tuyos yo y todos los míos. Mañana, con el favor de Cristo, pienso emprender el viaje a Inglaterra.

En este momento se me entrega otra carta tuya y tu *Homerocentón*. No tengo tiempo de contestar. Desde Inglaterra, conforme espero, te contestaré. Adiós, adiós.

Brujas, 17 de febrero de 1526.

Al señor don Francisco Cranevelt, jurisconsulto, senador de Malinas, amigo el más verdadero.

EPITAFIO DE VIVES A DORP'S

I. (UAN) L. (UIS) V. (IVES) V. (ALENCIANO)

TÚ TE APRESURAS, CAMINANTE, PERO NOSOTROS TE PEDIMOS UNA PARADA BREVE: SI EN INTERÉS TUYO O NUESTRO, JÚZGALO TÚ CUANDO ESTO HUBIERES LEÍDO

MARTÍN DORP'S, TEÓLOGO, QUE DE TAL MODO VIVIÓ QUE LA TIERRA FUÉ DE ÉL INDIGNA Y MURIÓ DE TAL MODO QUE EL CIELO DIÓ A ENTENDER QUE LE ENVIDIABA A LA TIERRA; LA MUERTE, AL SERVICIO DE LOS CELESTIALES MORADORES, LE ARREBATÓ A LOS MORTALES Y LE RESTITUYÓ A LOS INMORTALES. DIOS LE LLEVÓ EL ALMA; LA ENFERMEDAD, SU CARNE; Y LOS HUESOS QUE PARA CONSUELO SE NOS FUERON DEJADOS, HÉMOSLOS DEPOSITADO AQUÍ. A LOS AMIGOS DESEÁMOSLES TAL MUERTE; A LOS ENEMIGOS, NO TENER QUE DECIR NADA SEMEJANTE; Y A TI, CRISTIANO, UNA VIDA COMO LA SUYA. ¿PÉSATE, POR VENTURA, DE CONOCER VIRTUD TAN GRANDE?
ADIÓS.

AL AMIGO MARTÍN DORP'S, NATURAL DE NAALDWICH, CONGRATULÁNDOME CON ÉL Y PARTICIPANDO DE LA TRISTEZA COMÚN POR SU AUSENCIA, PARA CONSOLACIÓN DE LOS VIVOS.

F. C.

185

Londres, 13 de abril de 1526.

Tu *Homerocentón* me contentó; pero no sé si los otros lo darán como bueno en igual grado (1). Parecióme que todo corría con soltura y sonido. Pero como son varios los juicios de los hombres y aun injustos, témome que a alguno no le parezca suficientemente elaborado y logrado. Vuélvelo al yunque y torna a él cuando se hubiere enfriado el ardor de la invención, y así, visto de nuevo y con algunos cambios, manda esculpirlo en el sepulcro. No digo yo que los repruebe, y no creo que pueda haber juez más competente en esa materia que tú mismo, tan empapado de Homero. Mas yo, viejo grecisizante, no podría hacer otro tanto. ¡Bendito Dios, si pudiera hacerlo en Virgilio! No sé si leíste mi pequeño libro *Del socorro de los pobres*, plagado de erratas, como impreso en Brujas. Léelo, por favor, y envíamelo cuanto antes, con tu parecer anotado, como acostumbras. Previamente pídote indulgencia para un impresor primerizo (2).

Esperamos paz cierta y duradera, ya porque el *gallo*, herido, perdió combatividad, ya porque se le recibió benigna y humanamente. De la banda del Turco se nos amenaza con atrocidades: tememos que sea pronto (3). Mucho será su poder en medio de nuestra discordia. Si nosotros anduviéramos unidos, no vacilo en garantizar que iba a ser presa de las naciones de Europa.

Yo, aquí, en mis asuntos, voy navegando un sí es no es contra corriente; pero espero que pronto saldré de esa situación, pues comienza a soplar un poco de buen viento. Ninguna otra cosa deseo más que casa, quietud y holgura para terminar lo mucho comenzado y pulir escabrosidades. Si te parece que en el librito *De los pobres* hay algo que convenga a la República, comunícalo, por favor, a aquellos que puedan ayudar y promover la obra.

A vuestro presidente le saludarás con muchísimo cariño de mi parte, y lo mismo a los señores L'Apostole y Robyn y a tu cónyuge dignísima, a quien deseo salud y las mayores prosperidades. Escríbenme que mi suegra está enferma de mucho cuidado. Esta noticia me aterró, pues sabes que para mí está en no otro lugar que en el de madre. Recibirás saludos de nuestro común amigo Moro y de sus hijas facundísimas y fecundísimas, pues dos de ellas parieron ya y la tercera entró en meses mayores. Ten muchísima salud.

13 abril, Londres, 1526.

Al señor Francisco Cranevelt, jurisconsulto, senador de Malinas y amigo de todas veras. Malinas.

(1) En griego en el original.

(2) En griego en el original. Parece que su editor, Hubert de Crook, era, a la vez, librero, vendedor de grabados e impresor, y como tal se estrenó con esa obra de Vives

(3) En griego en el original.

193

Brujas, 10 de junio de 1526.

VIVES A SU QUERIDO CRANEVELT: SALUD

De retorno en Brujas, recibí tu carta escrita el día de San Marcos. Me felicito que merezca tu aprobación mi crítica semiacadémica. La tuya leíla con gusto. Espántome que no pusieras más observaciones, si ya no es por ventura que, en po-

niéndolas, exclamaste: «¡Hola! Basta ya.» A lo que dices que te parece que suena más el *plus* que el *magis*, añado yo que no solamente es más enfático, sino también más apropiado. Así que te obedeceré y haré como tú mandas. Opino que *tigna* y *tignos* pueden decirse, aun cuando *tigni* no se me ofrezca a la memoria. *Sibi* púselo por complacer a los gramáticos; pero lo mismo convenía que hiciese en *fraudatus fuero*. La precipitación, sin embargo, fué el motivo de que siguiera la regla corriente, no estudiada. *Fido tibi* y *te*, dícese, como en César: *Affinitate Pompeii fidebat*, y en Cicerón: *Illo confisus*, y frecuentemente en otros pasajes. Escribo *Hesaias* con ortografía griega. Todas las otras son grafías viciosas. Muchos me escriben hartas felicitaciones. Créeme, ninguna me es tan grata como tu sincera y prudente admonición; por ella te doy las gracias más efusivas y te ruego que continúes haciéndolo en mis obras restantes.

Por lo que toca a la paz, todo es incertidumbre para los que tienen envidia del autócrata (Carlos V), que, ¡por Júpiter!, no es Satanás, sino que son los sucesores del mismo Cristo, maestro de la paz y su predicador. Estos, mientras al pueblo le dicen palabras de paz, toman las armas, uniéndolas a su gran autoridad, con la cual te tapan la boca, si uno quiere preguntar algo. Esto ya no merece la aprobación ni de Dios ni de los hombres: que los perturbadores de la paz mundial sean aquellos mismos que tenían la obligación de procurarla y conservarla. Considera adónde condujeron la situación las riquezas inmoderadas. Dicen que son muchos los conjurados contra Carlos, y ésta es la fatalidad de Carlos, que no puede vencer sino a muchos para que sea más sonada su victoria. Todo esto son trazas de Dios para demostrar a los hombres cuán flacas son nuestras fuerzas engreídas contra su poderío. Si otra vez se apela a las armas, mucho me temo que acaezca lo que tu entrañable Homero dice de Júpiter: *Arrasó ya muchas ciudades altaneras, y aún demolerá más, pues es incontrastable su pujanza* (1).

Regresé a Brujas dos días después de Pentecostés. Espero veros a todos vosotros este verano, Dios queriendo. Saluda a tu ejemplar esposa y al señor presidente y a Robyn y a L'Apostole, como de costumbre. Cuida de tu salud y ámame, como haces.

10 junio, Brujas.

Quisiera saber de ti qué te parecen aquellas leyes para el socorro de los pobres. Preocúpame más esto que todas las menudencias de análisis y de prosodia y cualesquiera otras gramatiquerías.

Al señor don Francisco Cranevelt, jurisconsulto, senador de Malinas, mi amigo más grande.

200

Lovaina, 4 de septiembre de 1526.

VIVES A SU AMADO CRANEVELT: SALUD

No tenía formado propósito de ir a ver aquellos hombres tambaleantes y más bebidos que un azumbre (2); pero a la fuerza me llevaron allá unos amigos, que me asegu-

(1) En griego en el original.
(2) Se refiere Vives a la *Kermesse* o feria de Lovaina, que se celebraba el 2 de septiembre.

raron ser un espectáculo divertido. Por eso me quedé aquí y no puedo salir, tan abarrotadas van las diligencias. Deseo saber de ti y de mi hermana y de toda la familia, como también de la salubridad de vuestro clima, por la cual veía a mi bonísima hermana en tan gran cuidado. Pero se me ocurre la idea de que no hay motivo de tan aguda preocupación, puesto que hogaño no hubo nieblas que los médicos afirman que son en alto grado insalubres.

Mi criado se olvidó de llevar consigo el libro español *De Rebus rusticis* (1); así que lo dejó en tu librería. Dalo, por favor, a ese español que lo lleve a Amberes a Cervent; de allí se me le enviará a Brujas. Espero mañana o pasado salir de aquí: haré el viaje por Bruselas y por Grammont. Mucha salud con los tuyos, que son míos también por el afecto.

4 septiembre. Lovaina.

Al señor don Francisco Cranevelt, consejero de Malinas, amado hermano mío en espíritu.

(1) Probablemente una versión española del tratado de Agricultura de Moderato Columela, o el libro de Tauro Emiliano *De re rustica*

202

Brujas, septiembre de 1526.

VIVES A CRANEVELT, HERMANO: SALUD

Desasosiego grande me acarrearon quienes me hicieron noticioso de que la epidemia ahí había recrudecido. Espero que el rumor será vano, como también la fama que en este punto consolidará su añejo crédito de que, andando, toma corpulencia. Si así es, cosa que no quiera el Cielo, mira por el peligro de los tuyos y respeta sus temores; sustráete de Lovaina y vete a tu suegra. En ningún otro sitio estarás más a gusto, si es que mi hermana se desprende algún tanto de aquellas pasioncillas que me pareció oler tiempo ha por algunas palabras tuyas y del hermano de tu esposa; los cuales, muy poco ha que tuvieron una manifestación algún tanto áspera, aun cuando yo, desvío la conversación y amortigüe el choque. Pero así son los hermanos y parientes carnales; se complacen a veces en verter en palabras su desabrimiento y su mal humor y manifestar qué es lo que echan de menos en sus hermanos; y con todo, se quieren y no sufrirían con gusto que otros hablasen mal de sus hermanos como ellos ni consentirían a los extraños que se tomasen la licencia que se toman ellos. Pero de esto tú no digas una palabra a mi hermana.

No parece bien que conozca los misterios de Ceres yo, que soy un profano.

Mi criado dejó aquel libro español en tu casa; me imagino que lo entregaste a un cierto español, por quien yo te escribí desde Lovaina, sobre este mismo punto. Pienso que habrás visto la *Apología del tratado de Madrid en favor del rey de Francia* (1), que es lo más desca-

(1) Se refiere Vives a la obra *Apologia Madriciæ conventionis... dissuasoria*. París, 1526. El privilegio lleva la fecha de 31 de julio. Apareció también una versión francesa: *Apologie contre le traité de Madrid;* y en Roma, en latín, con el título: *Defensio pro christianissimo Francorum Rege adversus calumniantes eum, quod conditiones cum Cæsare initas minime servaverit.*

rado y necio que pueda decirse. Espántome que en su confección haya intervenido tan gran número de doctores y que engendro tan torpe esté autorizado con la aprobación real.

Recibí noticias de París en que se me dice que el rey envió cartas al Senado y al Colegio de Teólogos, en el sentido de que no aprueba que se publiquen libros como los de Sutor (Pedro le Cousturier † 1537, doctor de la Sorbona) y de Beda (Nadal Beyde), sobre Erasmo y Fabro Estapulense (Lefèvre d'Etaples).

La obra comporta este título: *Annotationum Natalis Bedae in Jacobum Stapulensem, libri duo, et in Erasmum liber unus super Evangelia et Epistolas Canonicas).* Dice el rey que en adelante curará él de que nadie se vuelva loco impunemente; que quiere asistir a las vociferantes pelamesas sorbónicas y que va a conseguir que en lo sucesivo en las discusiones se tenga cuenta con la dignidad del tema, del lugar y del prestigio de tan ilustre Cuerpo.

Al mismo tiempo llamó también a Fabro y le abrazó tres veces en la primera entrevista; determinó reintegrarle en su primitivo grado de honor y dignidad, con gran despecho de esos que quisieran que todas las buenas letras, con sus profesores, acabasen en la hoguera.

Ten salud. Salúdante los míos a ti y a todos los tuyos; a ti y a mi hermana los saludos más cariñosos.

Brujas, septiembre 1526.

217

Brujas, 31 de diciembre de 1526

VIVES A SU CRANEVELT: SALUD

Tu enfermedad, Cranevelt mío, me ocasionó gran pena, como me fué causa de mucha más alegría tu alivio y curación; pero dícenme que aún no te has restituído a tus actividades. Espero que ello será en breve, mientras tuvieres buen ánimo, cosa que en la salud es de la mayor importancia. Tu constitución física nunca me pareció propensa al raquitismo ni a las enfermedades. Querría que a la primera oportunidad me contestases sobre ese punto. Desde Amberes te será fácil, con los mercaderes.

Poco ha publiqué un librillo: *De la insolidaridad de Europa.* No dudo que haya llegado ahí. Acerca de él, como tienes por costumbre hacerlo con los otros, escríbeme con amistad y con libertad tu pensamiento (1). Es obra apropiada a la situación de estos tiempos. Dicen que el Papa nos quiese quitar a Nápoles.

Pero el César tiene en Italia fuerzas poderosas, así de soldados alemanes como de españoles, a quienes todos los otros ceden en valentía. *Así que el Papa Clemente está en peligro* (2) *y piensan que va a perder la Ciudad Santa* (3), la alianza está rota y desatado el nudo. Cada cual va a lo suyo; el inglés, poco a poco se sustrae de la confabulación; el francés *(gallus,* gallo) pretende una cosa y hace otra, como ave que es e inquieta; pero no falta en su casa, créeme, asaz miseria de

(1) En griego en el original.
(2) Idem íd.
(3) Idem íd.

que cuidar. Defiéndese con su quiquiriquí y con su lengua, puesto que las armas le aprovechan muy poco.

La *Apología* primeramente y luego la *Epístola* (de la misma harina y del mismo costal), a los electores de Alemania tiene un tonillo sí es no es sedicioso; con todo, parece que no va a surtir resultado, por su evidente mendacidad. Pienso que la habrás visto, pues parece que circula impresa. No tienen empacho de divulgar todo cuanto les viene a las mientes y confían con tener oyentes crédulos que comulgan con ruedas de molino y son de una tan abundante buena fe, que no tienen reparo en hacer partícipes a otros de tan suculentas y transparentes mentiras. Yo no dudo que entre los Pirineos y el Sena los hay a miles a quienes profundamente desagradan. Los venecianos dijeron que ¡agur! a la Insubria y se marcharon a defender lo suyo por no sufrir en su casa un daño que habían intentado ocasionar a los otros. Nosotros estamos enloquecidos, pero el Turco se ríe y nos parte por en medio. Otro mal nos aqueja en la parte dolida de nuestro cuerpo. Ojo a los húngaros y al conde de Vida (1): tienes guerra a la vista entre él y Fernando. ¿En dónde?, me pregunto. Como en el circo, bajo los ojos del enemigo común, regocijado y que aplaudirá sea el que fuere el vencedor y que le incitará a la crueldad.

Muchos y muy cariñosos saludos a mi santa hermana, tu mujer y al señor L'Apostole, y de una manera especial al señor presidente. Querría, si fuera posible, ver a mi mujer, que está en casa de Clerk, hablando francés. Adiós, una y mil veces.

Postrer día del año 1526.

Al señor don Francisco Cranevelt, jurisconsulto, senador de Malinas.

(1) Juan Szapolyai, conde de Vayvod (*Vida*).

221

Brujas, 15 de enero de 1526.

VIVES A SU QUERIDO CRANEVELT: SALUD

Yo no dejo pasar coyuntura de escribirte; pero ahora son muy pocos los que me piden si quiero algo de Malinas y de ti; por eso mis cartas son más raras. Ese esfuerzo mío por imprimir algo que yo crea que va a ser útil es para mí una montaña, por eso avanza poco y no saldrá por ahora.

No se trata de los *Comentarios de Agustín*, que deseas saber, sino de un tema no merecedor de demasiada investigación y ciencia, sino un libro mío rotulado *De los principios de la Filosofía* (1), publicado tiempo ha entre otros opúsculos míos. No me extraña que te contente *Agustín*, por la variedad y talento del autor. ¡Ojalá no estuviera tan plagado de erratas! El corrector de pruebas, al imprimirse, era un quídam a quien Erasmo solía infligir el apodo de *Sueño*.

Mi traslado a Lovaina, ni aun durmiendo me vino a las mientes; ni pienso qué será si las cosas cambian radicalmente; lo único por que lo querría sería por estar más cerca de ti. Pero será difícil arrancarme de Brujas, y especialmente

(1) Evidentemente, alude Vives al folleto *De los principios, escuelas y loores de la filosofía*, publicado en Lovaina en 1519.

arrancar de ella a mi mujer, que vió la luz aquí.

De mi *Insolidaridad de Europa* (1) quisiera conocer tu opinión autorizada y libre, como sueles dármela. Ese opúsculo salió poco ha; no dudo que ya te habrá llegado.

Tengo a mi suegra gravemente atacada de fiebres cuartanas, aumentadas con otros gajes: seria perturbación de humores y magulladuras en todo el cuerpo; inapetencia total, abatimiento y pesimismo. Así que unas veces tememos no poco y otras veces esperamos algún poco. Cristo nos devuelva la bonanza. Mi mujer salúdate a ti y a mi hermana encarecidamente y con encarecimiento no menor yo también, y al señor presidente y a L'Apostole. Hoy hemos perdido a Roberto Hellín; pero no, no le hemos perdido; le hemos enviado a la patria delante de nosotros, que tan a gusto estamos detenidos en este destierro.

Ten salud, hombre óptimo e integérrimo.

15 de enero de 1527. Brujas.

Al señor Francisco Cranevelt, senador de Malinas, principal amigo mío.

223

Brujas, 27 de enero de 1527.

POSDATA

Había dado esa carta a cierto estudiante que decía iba a marchar el día siguiente, muy de madrugada; y a los ocho días di de manos a boca con él en San Donaciano. Pídole si va a salir inmediatamente para Lovaina; díceme que no partió: ¡demasiado conozco la diligencia estudiantil! Reclamo mi carta, y ni aun entonces me la devuelve. Interin, recibo la tuya el día 12 de enero, que me alegró infinitamente por tu salud recobrada; pídole al Cielo que continúe. Harto sé que el excesivo trabajo nos agota; gózome con mis estudios, pero que no me impidan convivir con los míos: esto último es un alivio de cuidados y preocupaciones. Alégrome de que mi mujer hable francés... *(Laguna.)* Dicen que a la zorra no se la coge dos veces. Pero él no es una zorra. *Ha sido cogido una vez y de nuevo lo será* (1). ¡Aquellos con quienes trata tienen no poco de lobo y de raposa. ¡Cuánto mejor es la paz!

27 de enero.

Pero, oye. Si buscas a un homónimo (2) *tuyo que a la vez sea buen hombre, pregunta a los minoritas si tienen alguno.*

(1) *De dissidiis Europæ et de bello turcico.*

(1) En griego en el original.

(2) Doble alusión intencionada a Francisco I y a los frailes franciscos.

227

Brujas, 26 de febrero de 1527.

VIVES A SU QUERIDO CRANEVELT: SALUD

Dos cartas tengo tuyas a las cuales todavía no respondí; la una, del 6 de febrero; la otra de tu cumpleaños. Veo que te gustó el diálogo *Sobre la guerra del Turco*. De los otros también quisiera que me enviases algo; pero con enmiendas y anotaciones según costumbre. El hecho de que muchas cosas agradasen es indicio de que algunas descontentaron. Me hacen un gran ser-

vicio esas advertencias de un amigo, que a la vez es hombre de seso. Siempre me precié de ser muy deudor y obligado de los que me avisan.

De lo de Italia, silencio extraño. Los mercaderes, que lo huelen todo, que lo averiguan todo, que todo lo acechan, que todo lo conjeturan, dicen no tener noticias de Italia. Desearía que tuvieses noticias autorizadas acerca de la paz. Si Pompeyo es el que yo sospecho, a saber: el que quiso reinar contra la voluntad de los dioses, mucho me temo que no se restituya a su reino tanto como Sexto, hijo de Gneo.

Dime: ¿estos hombres desesperaron de lo de Alemania? ¡No hay cosa mejor para enmendar los yerros que empuñar las armas! Yo me temo muy mucho que los hados no hostiguen a alguno de éstos. *El salmanticense aquí banquetea; pasará a Inglaterra a ver si consigue del rey dinero para la guerra con los turcos* (1).

Cosa maravillosa: que no se busque con tantos reinos y dominios nada más que no tener nada y necesitar de muchos, como si la saciedad acarreara el hambre. *No creo que aquel que tú conoces vaya a marchar para allá y piense que será portador de esa carta* (2).

Yo, ¡ojalá me salga bien!, preparo mi viaje a Inglaterra para principios de Cuaresma; nada tengo decidido de la vuelta. A vista de las cosas, resolveré con el auxilio divino. Saluda a mi hermana de mi parte y por tu hermana y suegra, que están algo mejor, gracias a Dios. Ten salud.

De Brujas, a 26 de febrero.

Tu Vives.

(1) En griego en el original.
(2) Idem íd.

237

Brujas, 13 de junio de 1527.

VIVES A SU QUERIDO CRANEVELT: SALUD

Notifícote antes mi tornada de Inglaterra que mi ida. El motivo es así la precipitación de mi viaje como la variedad y la molestia de los negocios. Torné de allá con la condición de volver antes de primero de octubre; cosa que tengo resuelto hacer siempre que *los ánimos de estos magistrados no se enzarcen en barajas mutuas* (1). Veo que su más cruel estimuladora es la envidia y también el miedo al nuestro [Carlos V].

Claro está, mi caro Cranevelt, que todo anda lleno de infortunios y en el nuestro es necesaria la mayor cordura para gobernar la marcha de las cosas. Y si no se tiene, ¿de qué sirvió que el mundo fuese sacudido por tantas guerras si, separado un solo hombre revolvedor, se pone en su lugar otro más desapoderado?

Mucho me temo, en verdad, que no sea así, tal es la superstición de algunos. Si esta ocasión se nos escapa de las manos sin que la situación haya experimentado mejoría, no puede pasar nada más sino que las cosas empeoren rápidamente de día en día. Antiguamente, quejábase Catón de que se adulara al vientre, que no tiene orejas, y ahora, ¿qué, con las pasiones, las cuales si no tienen orejas, tienen ira y poder y armas contra los que dan buenos consejos? Sepas que estoy grandemente preocupado por la religión cristiana, de la cual mucho me te-

(1) En griego en el original.

mo que no esté perdida si aquel a quien Dios otorgó la potestad de las cosas más bellas y deseables le negare la voluntad.

Mi suegra continúa molestada por sus cuartanas y te saludo a ti y a mi hermana. Lo mismo mi mujer y la madre de mi suegra. Adiós, una y otra vez.

Brujas, 13 de junio de 1527.

Al señor Francisco Cranevelt, jurisconsulto, senador de Malinas, amigo entre todos el más íntegro. Malinas.

241

Brujas, 12 de julio de 1527.

El día después o al tercer día de haber vuelto de Inglaterra, te escribí por un tal Vulcanio, vecino de Brujas; pienso que te entregó la carta, pues es un joven amigo mío de toda confianza y procedente de aquel nuestro círculo literario de Brujas.

El que tú no me hayas contestado me hace sospechar fundadamente o que tú no recibiste la tal misiva o que (cosa que Dios no quiera) no estás bien de salud, pues acostumbras ser muy diligente en los contestaciones. Líbrame, si me amas, de esa espina cuanto antes.

Inglaterra, en ese último viaje mío, no me retuvo mucho tiempo, creo que en gracia de mi suegra enferma y de mi mujer afligida por la enfermedad de su madre. Pertinacísimas hicieron presa en mi suegra esas cuartanas, que maldiga Aquel que con amenazas las echó de la suegra de Pedro. Simultáneamente, por la tristeza de la enfermedad, invadió su organismo un ataque de atribilis, que no solamente la quitó todo buen humor, sino que la cerró casi todos los conductos de la respiración: arrastra una vida mísera que, habiendo de morir, muera tan largo tiempo, y si ha de vivir, pague tan cara la miseria de vida que le resta. Pero esto es cosa del Cielo y, por lo mismo, se la ha de llevar no solamente con conformidad, sino con gusto.

De Roma, nada cierto, de momento. Dirías que esta guerra la hacen los bastras o los sogdianos. Dicen que el cardenal de Inglaterra está a punto de llegar a Francia; yo no dudo que Dios interviene, pues a este nudo bien vale la pena que lo desate Dios. Quien acierte a soltarlo, hará mucho más que el que cortó el nudo gordiano famoso.

Esos y otros semejantes nudos debieron desatar los cardenales y los Papas en vez de concertar Ligas *en que ellos quedan cogidos como avecicas en los lazos del parancero. Sépaste que Erasmo ha sido acusado en España; los acusadores son, según costumbre, los frailes mendicantes; juez lo es el inquisidor general; la acusación más frecuente es que en sus escritos hay blasfemias y herejías* (1).

Una adhesión tan instantánea al César surgió de los próceres, de todos los doctores, de los monjes no mendicantes, de la nobleza, del pueblo, que ahora los acusadores son objeto de una increíble odiosidad y pagarían mucho de no haber denunciado aquel nombre. Esperamos el resultado que me escriben mis amigos de España, que no es dudoso.

Será muy alegre para Erasmo y lastimoso para sus acusadores. En esa ralea de hombres lo insoportable es que sean tan hostiles a los doctos todos: los desemejantes con

(1) En griego en el original.

los desemejantes; contubernio de perros y de gatos.

Saludos a tu santa mujer, hermana mía. Recibidlos también de mi esposa, de mi suegra y la madre de mi suegra. Ten mucha salud. Encomiendas cariñosas de mi parte al señor presidente.

12 de julio. Brujas, 1527.

Al señor Francisco Cranevelt, jurisconsulto, senador de Malinas.

246

Brujas, 16 de agosto de 1527.

VIVES A SU QUERIDO CRANEVELT: SALUD

Llegó a mis manos tu carta escrita el 17 de julio, responsiva de mis dos anteriores. Veo que esperas que el cuerpo de la república cristiana, tras tantas y tan variadas dolencias, volverá a su salud primitiva. ¡Haga Cristo, mi querido Cranevelt, que veas la realización de tu deseo y no el cumplimiento de mi vaticinio, pues nada bueno presagia mi ánimo; aparte de muchísimas otras causas, porque hasta tal punto se apoderaron los vicios de todo linaje de hombres, que donde hay ignorancia, allí hay poder, y donde conocimiento de la realidad y de la verdad, allí hay también miedo. ¿Piensas tú qué remedios humanos pueden conjurar enfermedades peores que humanas? Y no pedimos los auxilios divinos y los abominables. Y lo que es más alarmente todavía es que algunos los tienen por diabólicos.

¿Sabes que la ciudad de Roma fué tomada por asalto y que la soldadesca cometió en ella sacrílegos e insolentes desenfrenos, què no se pudieron atajar porque cayó el generalísimo que tenía la máxima responsabilidad? Créeme; peores desmanes cometiera la Liga Santa si hubiera triunfado. Y no tendrás inconveniente en admitirlo y confesarlo cuando hubieres leído los acuerdos de esa Liga, según los cuales el Papa y el francés ya se habían repartido a Nápoles y su dominio. Y aun habían ofrecido participación y determinados donecillos al rey de Inglaterra y al cardenal, para atraerlos a su partido con la esperanza del botín: al inglés, cuarenta mil ducados, a él y a sus herederos, para siempre, y al cardenal diez mil, con igual condición, de los despojos del mísero e inocente César. ¿Qué me dices? Esto un Papa; esto un médico (médicis), y esto un Clemente.

Por lo que toca a los asuntos de Erasmo en España, no me llegó más nueva que la que ya te escribí. El obispo Saraptano (1), vicario del obispo de Tournai, hombre latinísimo y competentísimo en los escritores antiguos de nuestra religión, con muchos denuestos baldona mi librito *De los pobres;* lo declara herético y luterano, y creo que me amenaza con delatarme. ¿Qué hacer con tanta tiranía? ¡Que quienes por su autoridad y función pública tienen tanto poder, condenen por luterana, con el peor de los sambenitos, toda doctrina que no comprendan o no les plazca! ¿Y esperas tú remedio para tamaño mal? Yo no lo espero. Con todo, lo que es imposible a los hombres, es posible a Dios. Dígnese El inclinar sus ojos sobre nosotros, no según merecemos, sino según acostumbra cuando en su inescrutable cónsejo le parece que debe usar de aquella in-

(1) Era un fraile franciscano, Nicolás de Bureau.

mensa clemencia, madre y nodriza del universo mundo.

Mi suegra no está mejor que antes; tememos el otoño que se nos echa encima, que ya parece enviarnos como heraldos de su llegada a sus intendentes.

Reciba nuestros saludos mi hermana con toda su familia agradabilísima. Adiós, una y otra vez.

Brujas, 16 de agosto de 1527.

Al señor don Francisco Cranevelt, senador de Malinas, amigo mío predilecto.

248

Brujas, 10 de octubre de 1527.

VIVES A SU CRANEVELT: SALUD

Del *Saraptano* no oigo decir nada; pienso que debe de haber enfriado; ni acierto a ver, si no es que me engañan mucho mis ojos, pasaje donde pueda hallar asidero ni siquiera la calumnia de un hombre procacísimo, ni qué crédito puede hallar ante los jueces más inicuos. Porque en eso sí que puse un cuidado especial que no hubiese nada que estorbase el fruto que yo me proponía hacer, y que destimaba a muchos millares de mortales. El purpurado vuelve a su patria; lo que hizo queda en el misterio.

Nosotros aquí estamos colgando entre la esperanza y el miedo y nunca los hombres están más aparejados que en aquel tiempo. Yo pienso irme a Inglaterra mañana o trasmañana, a más tardar, cuando estuviere mejor del vientre, que me hizo ayer sufrir dolores muy agudos. Mientras dura la crisis, una cosa me consuela no más y es que no me alejan mucho del desenlace, si se detienen conmigo un poco más de la cuenta. A fe mía, cuanto mis fuerzas lo consientan, yo seré para ellos un huésped incómodo y molesto. Ahora mismo, cuando escribo, me dan un nuevo asalto. Creo que sobre el asunto de la reina.

De la alianza y las peleas de los príncipes, tú tratas con demasiada gravedad y seriedad. Ve cuán lejos ando yo de tu sentir. Querría yo que todo se pasara entre ellos con reyertillas, con pleitecillos, con denuestillos y que no se llegase jamás a aquellas espantables colisiones bélicas, de donde queda desterrada la cordura, y donde se entroniza la violencia y para cuyo negocio paréceme que son más aptas las bestias que los hombres. De su majestad, no podrán quitarles tanto las palabras que pocos oyen y más pocos entienden, que los hechos que todos ven y que todos sienten para su gran daño.

Sobre este punto pienso yo que en más de su mitad es una ficción del vulgo vano que se goza con exagerar y difundir las mayores barbaridades. Yo, de eso tengo muy pocas cosas averiguadas, pues como sabes, ya ha cuatro meses que estoy en mi casa; ni siquiera que se notificasen por carta cosas tan trascendentales, sino cuando ya pasaron y todo el mundo las conoce. Así que no conozco más que lo que con pregonera voz publicó la fama; pero no me cabe la menor duda que la realidad es muy diferente de lo que oímos.

Se suena, y tiene todos los visos de verosimilitud, lo de la toma de Génova y que allende los Alpes se estacionan nutridos ejércitos franceses; pero en su mayoría compuestos de soldados bisoños e inexpertos, recogidos a barrisco del hampa de la Francia toda, sin preparación y con perversa instrucción,

tanto por lo que toca a la disciplina castrense como en avituallamiento y armas, hasta el punto que se dice jefe mal visto de los soldados y del paisanaje Lautrer (1), a quien los italianos odian cordialmente, como es sabido. Por eso, los críticos militares dicen que se les envió al matadero, y si se traba batalla campal, será vergonzosa su huída y sangriento su descalabro. No pienso que ignores qué clase de soldados tenemos nosotros en Italia. Nada es tan cierto como que los nuestros tropiezan con dificultades de aprovisionamiento; pero éste, para los enemigos, no es más expedito ni fácil. En la misma Venecia, los primates apenas tienen cecina bastante para su manutención, y por eso la compran con suma carestía; carnes frescas pienso que no las cataron desde primero de agosto.

Olvido, créeme, los males domésticos cuando veo los públicos, verbigracia: la muerte de la suegra, que sábete que la perdimos el día 11 de septiembre: era una excelente mujer, perla y ornato de su sexo. Yo no dudo que de algunas pláticas con ella adivinaste y mediste las eximias cualidades de esa dama. Eran éstas tales, que aun cuando de ellas no hacía ningún alarde, descollaban y se traslucían tanto, que cualquiera hubiera dicho que era una mujer excepcional. Reinaba en ella como un perpetuo concierto y consonancia de virtudes en sus palabras, en sus obras, en su semblante, en su cuerpo y en todos sus gestos, de modo que no había en ella cosa que desentonara o discrepara. Dejónos una muy viva soledad. A la madre de mi suegra el tiempo la curará; a mí un solo pensamiento me confortó: que ha recogido ya el fruto ubérrimo de virtudes tan probadas. Y no veo quien pueda hallar gusto y deseo de esta vida y saborearse a placer con ella, siendo tan turbia la hora actual del mundo.

Para tu esposa y hermana mía pido al Cielo un parto fácil y feliz; querría que le fuese partera no aquella Juno Lucina que presidió los alumbramientos paganos, sino la santísima Virgen, Señora Nuestra, que, incorrupta y gandiosa, dió al mundo aquel parto verdaderamente de oro, parto próspero y saludable. Quiero añadir lo que hace poco leí de las parturientas; hay que cuidar que no penetre persona ajena en la estancia; ello hace el parto más lento; con todo, creo que no hay cosa mejor que el ánimo bueno y firme, confiado en Dios.

Al señor presidente y al señor L'Apostole, muchos recados míos. Adiós, una y otra vez.

Brujas, 1 de octubre de 1527.

Al excelente señor Francisco Cranevelt, jurisconsulto, senador de Malinas.

251

Greenwich, 22 de enero de 1528.

VIVES A SU CARO CRANEVELT: SALUD

Porque eres tal que en eso de escribir a los amigos a todos nos ganas en diligencia y puntualidad, tiéneme fuertemente inquieto tu silencio tan tenaz. Yo te escribí de mi casa al partir para acá, pienso que por el mes de octubre. No te extrañe que no haya escrito nada aquí; maravíllate, pensándolo mejor, de que haya podido redactar esta carta. Tal es el estado de ese tiempo que

(1) Odet de Foix, vizconde de Lautret

no nos hemos de tornar piedras como se cuenta de aquella Níobe, que se convirtió en risco por desesperación.

¡Oh si ya, por fin, el Señor se dignase librar de la corrupción a su criatura! Gran combate está entablado entre todas las virtudes y los vicios, y al parecer vencen éstos en número y cohesión. Y si las cosas siguen como comenzaron, debemos alegrarnos, mi querido Cranevelt, de haber pasado ya más allá de la mitad de nuestra vida. No dudo que os tienen separados a todos esas vacaciones por defunción del presidente (1); házmelo saber así que hubiere nuevo nombramiento. Este es el término final de los honores o, mejor, la seguridad del puerto en el mar enfurecido de este mundo; la muerte, digo, porque no pienses que me refiero a la magistratura, que yo, como todas las otras funciones públicas, pienso que tienen más apariencia que realidad. Terminada la farsa, ya no se necesita decoración. Y en esa farsa, ¿qué otra cosa tienen los que representan primeras partes, sino trabajo y peligro, mientras persiguen el vano placer del pueblo?

Sobre modo gocé poco ha con dos poetas de ese nuestro tiempo: Jerónimo Vida: *De arte poética*, y Sanazaro: *Del parto de la Virgen*, autores virgilianísimos; tanto, que a trechos dan la impresión de que no se lee una obra original, sino un centón o taracea de Virgilio. En ello, poco me satisficieron; por el estilo de aquellos que en prosa escriben con un purismo tan supersticioso, que ninguna elocución emplean si no está tomada de Tulio, como si con él la Naturaleza se hubiera agotado y perdido toda su savia y su sangre. Con todo, si los leyeres no te pesará de haber dedicado a su lectura unas cuantas horas. Sanazaro es bastante más personal y absolutamente cristiano; el otro, por definirle en una sola palabra, no tanto es virgiliano como es el propio Virgilio.

Saludos muy cariñosos a mi virtuosísima hermana y a mi huésped el señor L'Apostole. Pronto vas a tener noticias. Vas a quedar con la boca abierta si algún dios no nos socorre con alguna ayuda inesperada. Ten salud, varón prestantísimo.

Greenwich, 22 de enero de 1528.

Al señor Francisco Cranevelt, jurisconsulto y senador. Malinas.

(1) José Lauwereyns.

261

Brujas, 24 de mayo de 1528

VIVES AL SEÑOR FRANCISCO CRANEVELT

Vuelto a casa, me entregó nuestro Fevin dos cartas tuyas harto atrasadas, y recibí luego una tercera del día anterior; me perdonarás la tardanza con que las contesto; hícelo así porque estuve hasta hoy absorbido en mis bagatelas de siempre, y porque nuestra muy probada amistad hízome confiar que no por dejar de cumplir este sabroso deber iba a pecar y a ofenderte gravemente. Por otra parte no dudaba que alguno de los amigos te habría hecho noticioso de mi regreso de Inglaterra, pues Fevin me aseguró que él cuidaría de ello. Apenóme, como no podía menos, la muerte de tu madre, principalmente por la pena tuya, no por ella, para quien la muerte fué un regalo generoso. ¿Para quién en ese ruido mundanal

la muerte no hace las veces de un espléndido beneficio? Ciertamente que a mí la vida no me sabe demasiado y me felicito de haber vivido ya la mayor parte de la vida.

Los negocios de Europa llegaron a un estado tal, que parece que ya no pueden levantarse ni restablecerse con recursos puramente humanos. Nosotros los derribamos: sólo Dios puede repararlos. Combátese más con odios que con fuerzas, y ya es evidente que la victoria acarreará estragos crudelísimos, sea cual fuere el bando a que se incline. No serán depuestas las armas, sino que el que más pueda, a viva fuerza las arrancará y quedarán los pechos abrasados con odio tan inextingible, que más adelante no pasará ocasión de guerrear sin que haya guerra. ¡Ojalá fuera yo tan falso profeta como soy anunciador de males!

Creo que llegó a tus oídos lo de mi detención en Inglaterra por motivos no muy horrorosos para quienes la determinaron, y es porque ayudé la causa de la reina con toda cuanta fuerza pude. Fuí puesto en libertad a los treinta y ocho días, con la condición de que no pusiese los pies en palacio; lo que hice de mil amores, estando los tiempos como están. A los siete días andados de abril volví a mi casa.

En lo que se refiere a los estudios, casi no veo novedad. Vi impreso en Basilea tu *Homerocentón*. Dos son en el mismo códice los epitafios míos de Dorp's; al segundo lo reconozco por mío; el primero no sé cuyo es. La cosa es baladí; pero no es baladí el antecedente: poner en las obras nombres ajenos. Los libelos agrios de que te quejas, ¡de cuánto odio son expresión! Antiguamente se tenía por poco gallardo que el enemigo armado insultase al enemigo armado; la cosa se ventilaba con la fuerza y los brazos; ahora se daña como se puede y si pudieran se devorarían: tan enconada está la rabia. ¿Quieres saber más? Ni a Dios le ahorraron la ofensa, pues llamaron al Turco para que derrueque nuestra religión tan batida y tan afligida. Pero Dios será más que ellos poderoso y pujante. Más disculpable es el *nuestro* (1), que no hace más que guerra defensiva y se limita a sacudirse la calumnia.

Saluda de mi parte a L'Apostolè. Encomiendas a mi hermana y a vuestros hijos. Francisco Cerveni, que pondrá esta carta en tus manos, es hermano de mi suegra, cosa que creo que sabes; pero por el amor y la bienquerencia es hermano carnal mío. Lleva pleito con un recaudador de Amberes. Me obligarás muy mucho si le ayudarès con tu consejo. Pienso que huelgan contigo más palabras de recomendación.

Ten muchísima salud tú, el mejor y el más amigo de mis amigos.

Brujas, 24 de mayo de 1528.

Al señor Francisco Cranevelt, jurisconsulto, senador de Malinas.

266

Brujas, 12 de julio de 1528.

VIVES A SU QUERIDO CRANEVELT: SALUD

Tres cartas tuyas recibí; no sé si merece este nombre lo que creo que debiste de escribir en una barca o en carroza tan de prisa que parecían borroneadas. Pero tu solo nombre y tu mano, aun sin carta,

(1) El César Carlos V.

ya me hubieran complacido. *Aquello* (1) *que yo defendí dices que son misterios eleusinos. Pues bien: Lejos de aquí, profanos, principalmente cuando hay dos peligros: para el vidente y para el hierofrante.*

En los negocios de Europa nada celestial entreveo; más que celestiales deben de ser, que no puramente celestiales. Y, por otra parte, aquel libro tan abierto de nadie es leído bien. Sin la paz de Cristo, ninguna cosa estará en paz, y somos indignos de esa paz. Esto es lo más amargo de todo, pues todo lo otro se sazona con este condimento. ¿Qué importancia reviste la vida que haya tenido aquí, si me queda la otra a la cual me encamino con confianza grande no de mi bondad, sino de la de Dios, que prosperará mis esfuerzos? Felicítome de la vuelta de tu esposa, aun en el mes de julio; para vosotros es primavera siempre, y gozáis del estío en meses que no lo son. Dile que yo la saludo.

Ayer se me notificó que Erasmo vino a Lovaina, cosa que yo desearía para que aquel anciano dignísimo de una más tranquila vejez y de más apacibles ocupaciones se viese libre de odios tan sañudos. En gran manera dolíase el rey de Inglaterra que una tan excelsa personalidad arrastrase una vida agriada entre adversarios tan implacables. Por eso, por cartas, le llamó a Inglaterra; pienso que viejo como es, ya no irá. Con todo yo desearía que volviera acá y creo que si lo hiciera, no miraría mal por sí ni por sus asuntos. Tendría menos adversarios que antes y menos encarnizados, y más admiradores que favorecerían su virtud, su talento y sus obras.

Luego supimos que ese rumor era huero. Querría saber qué ha pasado con la versión de mi *Mujer cristiana*. Ten salud.

Brujas, 14 de julio de 1528.

Al señor Francisco Cranevelt, senador de Malinas.

(1) Posible alusión a los secretos que le confió la reina Catalina de Aragón, a saber: que el cardenal Wolsey la quería sacar, y que ocasionaron su prisión y la enemistad del rey. Todo el pasaje está en griego.

* * *

EPITAFIO DE VIRGILIO

POR VIVES, SEGÚN FELIPE LABBEUS

HIC EGO QUI JACEO, TERNO MARO CARMINE CLARUS PASTORES LUSI, COLUI RUS, BELLAQUE SCRIPSI.

EPITAFIO DE MARTIN DORP'S

TEÓLOGO DE LOVAINA, AVENTAJADO EN LETRAS GRIEGAS Y LATINAS, QUE MURIÓ EL AÑO 1525.

QUICUMQUE PROPERAS VIATOR, SISTE, EXIGUAM MORULAM POSCIMUS.
TUA NE MAGIS CAUSA AN NOSTRA, UBI HAEC COGNOVERIS, CENSETO.
MARTINUM DORPIUM, BATAVUM, MORS, SUPERUM MINISTRA; MORTALIBUS ERIPUIT; IMMORTALIBUS REDDIDIT:
SIC MORTUUS EST, UT CÆLUM VIDERETUR ILLUM TERRIS INVIDERE:
ANIMAM TULIT DEUS, CARNEM MORBUS, OSSA NOBIS AD SOLATIUM RELICTA:
AMICIS TALEM MORTEM PRECAMUR; INIMICIS TALEM VITAM IN REM TUAM MATURE NUNC PROPERA.
VALE ET VIVE.

FIN DEL «EPISTOLARIO»
Y DE LAS
«OBRAS COMPLETAS DE JUAN LUIS VIVES»

INDICE

INDICE

OBRAS APOLOGETICAS

De la verdad de la fe cristiana (De veritate fidei christianæ):

EPISTOLARIO


RETORICA
GRAMATICA
DIALECTICA
ASTRONOMIA
ARITMETICA
GEOMETRIA
MVSICA


RETORICA
GRAMATICA
DIALECTICA
ASTRONOMIA
ARITMETICA
GEOMETRIA
MVSICA

